PUCKY

La Lectura Para Todos

Acción Drama
Misterio Aventuras

EL COLLAR TRAGICO

Por HERMAN LANDON

(Continuación)

No. 480

Diciembre 9 de 1932

Buenos Aires

XXXVIII

PUCKY
La Lectura Para Todos
Acción Drama
Misterio Aventuras

No. 480 Año XIII

PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

BUENOS AIRES, DICIEMBRE 9 DE 1932

El Collar Trágico

Por HERMAN LANDON

Nuevas y emocionantes aventuras de El Picarón

(Continuación)

INCERTIDUMBRE

THOMAS Maynard, alias Martín Dale, alias el Picarón, estaba sentado ante su escritorio en una pequeña oficina, contigua a la biblioteca. Tenía delante de él un montón de catálogos y papeles diversos y trabajaba concienzudamente. Fielding le había dicho que después de su muerte, toda la colección completa iría al Museo Nacional de Arte. Aunque confiaba en llegar a muy viejo, y disfrutar de sus tesoros por muchos años todavía, deseaba tener su colección debidamente catalogada. La tarea prometía ser ardua y larga.

Maynard, como se hacía llamar el Picarón actualmente, se detuvo en su trabajo y encendió un cigarrillo. Era de una marca común y no de la clase que acostumbraba a fumar Martín Dale. Gracias a la amabilidad de su patrón, que le había pagado un mes adelantado, habíase comprado un traje gris que se adaptaba muy bien a su empleo de secretario. Había hecho también traer un baúl y dos valijas a la casa, por que Fielding quería que el secretario viviera bajo su mismo techo.

Sonrió Maynard al humo de su cigarrillo. Todo había salido bien hasta entonces y su papel no era difícil. Nada más sencillo que dar al cabello un tinte gris y a las facciones color cetrino, caminar un poco agachado, alterar la voz y cultivar nuevos modales. Martín Dale había hecho la misma cosa muchas veces. Pensaba si el inspector Summers, su amigo y enemigo, lo reconocería bajo su actual disfraz.

Si, las cosas marchaban bien. Había logrado introducirse en la casa de J. Stanley Fielding y eso era lo principal. Su futura conducta sería determinada por los acontecimientos y circunstancias. Y no sentía escrúpulos por lo que hacía, por que el mismo Fielding se lo había buscado. El Picarón aceptaba simplemente un desafío.

Sólo una cosa lo intrigaba. Había dejado transcurrir tres días entre la aparición de su aviso "personal" en el "Wire" y su carta ofreciendo el manuscripto de Valerio Máximo, en venta. Le parecía que Fielding sospecharía de cualquiera que se le aproximara después de haber aceptado el Picarón su desafío. Sin embargo, aun que Martín Dale era buen lector de rostros no había podido descubrir la menor señal de sospecha o recelo por parte de Fielding. Parecía increíble y, sin embargo, estaba convencido de que su patrón no abrigaba la menor duda respecto a su identidad fingida.

Pero, naturalmente, Fielding podía ser más profundo y sutil de lo que parecía. Quizá en aquellos momentos se reía tranquilamente. Era o bien eso o bien el modo como se le aproximó el Picarón que adormeció sus sospechas. Quizá el manuscrito de Valerio Máximo, una de las más caras posesiones de Martín Dale, había sido un anzuelo aun más poderoso de lo que el mismo Picarón creyera. Fuera como fuere, Dale había conseguido su principal objeto, obtener un empleo de secretario con Fielding. Que su patrón fuera confiado como un cordero o desconfiado como un zorro, poco le importaba.

Oyó ruido fuera de la puerta y Martín Dale, rápidamente, hizo caer la ceniza del cigarrillo y volvió a convertirse en el atareado secretario. Abrióse la puerta y entró una joven y esbelta personita, con vestido de tres volados, color hoja de otoño. Un sombrero blando, de ala caída, sombreaba su carita vivaz sus audaces ojos.

—Buenos días — dijo sentándose en un ángulo del escritorio. — Soy Margarita Fielding.

—¿Cómo le va? — dijo el secretario embarazado.

805
PU
v.38: 480-492
1932D-1933Mr

—Entre nada más que para verlo—le dijo ella, mirándolo con cándida curiosidad, mientras cruzaba sus esbeltas piernas sobre el escritorio. — Usted no se parece nada al otro secretario que papá tenía. Es más viejo y más feo. Creo que no me va a gustar.

—Lo lamento, señorita Fielding.

—No necesita lamentarlo. Si fuera usted más joven y buen mozo, quizá yo decidiera escaparme con usted y... se le ampollarían los pies.

—¡Escaparse!... ¡ampollas en los pies! — repitió Maynard con profunda sorpresa, aunque recordaba muy bien lo que Bilkins le había dicho acerca de las travesuras de la señorita Fielding. — ¡No comprendo!

—¿No comprende? — se acercó más a él. Sus ojos violetas tenían expresión serena y astuta. — ¿Sabe que no creo sea tan viejo ni tan feo como parece?

Maynard se sintió molesto. Los ojos jóvenes y sagaces parecían penetrarlo. Pero un momento después Margarita lanzó una alegre carcajada y saltó del escritorio al suelo.

—Puede ser que me decida a escaparme con usted — le dijo.

—¿Qué diablos significa esto? — pensó Maynard cuando ella se hubo retirado. — Esta traviesa chiquilla sabe algo. ¿O lo hacía por embromarme?

Se puso otra vez a trabajar, pero pronto se produjo otra interrupción. Esta vez fué Brumby, el mayordomo, gordo, meticulosamente vestido, de rostro lustroso y benévolo.

—Su almuerzo, señor Maynard — dejó una bandeja sobre el escritorio, toda brillante de platería y mantelería inmaculada. Agradables olores llegaron a las narices de Maynard. — Generalmente es el lacayo que se encarga de esto; pero decidí servirlo yo mismo.

—¡Oh gracias! Es usted muy amable, Brumby.

Empezó a comer, mientras Brumby lo observaba con expresión melosa en su redonda cara.

—¿Le gusta su trabajo, señor Maynard?

—Espero que encuentre el papel — dijo burlonamente Margarita Fielding. — ¡Buena suerte, Picarón!

—Es muy interesante.

—Me alegro de oírselo decir. Creo que el señor Fielding desea dejarlo todo bien arreglado antes de morir. No es que nadie crea que se va a morir pronto. ¡Pero la vida es tan incierta!

Maynard apreció en silencio aquellos sentimientos.

—Sí, todo es incierto — dijo solemnemente, llevándose un trozo de carnero a la boca.

Se le ocurrió alzar la vista en ese momento y lo que vió prodújole extraña emoción. Era como si de pronto hubiera caído, de su rostro, una careta. Había desaparecido de la cara de Brumby su benévola expresión, siendo substituída por otra estuta y maligna. No duró más que un momento y luego recobró el mayordomo su habitual aspecto bondadoso. Pero aquello había parecido a May-

nard extraño. Miró a su alrededor, buscando algo que decir.

—Apropósito ¿la señora Fielding está ausente de la ciudad?

—Se halla en el continente — la voz de Brumby era suave como siempre. — Tiene mala salud y viaja mucho.

Maynard trató de continuar la conversación, pero la fugaz expresión que había advertido en la cara del mayordomo lo turbaba. Terminó su comida en silencio, sintiendo que, de tiempo en tiempo, Brumby lo observaba disimuladamente. Mucho después de haber salido el hombre con la bandeja, seguía pensando Maynard que significaría aquello. Trabajó con empeño, sabiendo que tenía que demostrar sus aptitudes de secretario; pero, de vez en cuando, una cara redonda, brillante, de ojos malignos, se alzaba ante él para perturbarlo.

Hacia la caída de la tarde tuvo una conferencia con su patrón. Luego cenó en la intimidad de su cuarto y más tarde salió a dar un paseo. Telefoneó al estimable Bilkins, instruyéndolo que, si iban visitas, dijera que su amo se había acostado con mucho dolor de cabeza. A las veintiuna estaba sentado en la biblioteca, ocupando la silla, alta y hermosamente esculpida, de Fielding.

La casa estaba silenciosa. Pensó que Fielding se había ido al club. Quizá discutía en ese momento las hazañas de el Picarón con el amigo a quien había mencionado en su carta. La suposición hizo sonreir a Tomás Maynard, mientras sus miradas vagaban por la biblioteca. Quizá el collar de la princesa Sofía estaba oculto en aquel mismo cuarto. Si era así... ¿dónde? Había allí mil y un objetos donde podía ser escondida una joya. Sin embargo, el pensamiento lo fascinaba. Hasta un objeto prosaico como el globo terrestre, que se hallaba sobre un estante, al fondo, podía guardar el ornamento real.

Impulsado por el pensamiento, acercóse al globo y lo bajó. Lo sacudió fuertemente; pero no oyó adentro ruido alguno. En realidad no era creíble que Fielding fuera a poner la joya en sitio tan visible, ni podía estar seguro de que la había ocultado en la biblioteca. Había muchas habitaciones en la casa y podía estar en cualquiera de ellas. Sin embargo, razonó el Picarón, podía empezar por allí sus pesquisas. Por espacio de una hora revisó huecos y rincones, buscando en los sitios más imposibles, examinando una gran variedad de preciosos objetos, sin hallar nada. No quedaba más que un sitio: el escritorio hermosamente tallado.

Se dirigió a él, extendió su mano para abrir uno de los cajones y de pronto se detuvo. Manteniéndose agachado, dirigió una cautelosa mirada hacia la puerta de su cuartito de trabajo, adjunto a la biblioteca. Tuvo la vaga impresión de que se había abierto y vuelto a cerrar y que, en el breve intervalo, un par de ojos lo habían atisbado.

Vaciló. Luego, con paso leve y rápido, atravesó la pieza y abrió la puerta. Delante de su mesa de trabajo, revolviendo los papeles, estaba Brumby. Pegó un brinco al entrar Maynard bruscamente.

—¡Oh!... Me... me asustó usted, señor Maynard — tartamudeó.

—Lo siento. ¿Buscaba algo?

—Sí, una lapicera fuente. Hazzlit, que así se llamaba el anterior secretario, me la pidió un día prestada y se olvidó de devolvérmela. No quisiera perderla.

Continuó buscando, mientras Maynard lo observaba dudoso, casi seguro de que, hacía pocos momentos, el mayordomo lo había estado espiando.

—¡Qué fastidio! — exclamó Brumby. — Era una lapicera muy buena. No puedo imaginar... ¡Ah! Aquí está.

Triunfalmente exhibió una lapicera verde, con bandas doradas.

—Y estuvo aquí todo el tiempo — añadió indicando un receptáculo para cintas de máquina y gomas de borrar. — Cuando faltan las cosas uno nunca sabe donde buscarlas. ¡Todo en la vida es tan incierto!

Maynard movió afirmativamente la cabeza; el mayordomo le dió las buenas noches y salió. La plausible explicación de Brumby no había disipado sus sospechas. Dejó que el hombre atravesará la biblioteca y se quedó en la puerta hasta que vió su gorda figura desaparecer a la vuelta de la escalera. Luego cerró la puerta y volvió al escritorio.

Los cajones estaban cerrados con llave; pero no ofrecieron obstáculo a los talentos de el Picarón. Sin hacer ruido, diestramente, los abrió uno tras otro, sin gran esperanza de hallar el collar en tan sencillo escondite; pero resuelto a no dejar sitio sin revisar. Había llegado al último cajón, cuando un ruido lo hizo alzar la mirada.

—¡Hola, Maynard! — dijo una voz fresca y Margarita Fielding, vestida esta vez con un vestido de crespón de la China, con volados, entró en la pieza. — ¿Trabajando todavía?

—Cierto. Andaba buscando un papel que el señor Fielding me mencionó esta tarde.

—Sí, ya sé. Los secretarios siempre andan buscando papeles. Esa era la excusa de Hazzlitt, cuando yo lo encontraba merodeando por la casa a todas horas de la noche.

—¿De veras? — preguntó torpemente Maynard, pensando de pronto si el collar de la princesa Sofía no habría sido objeto de las pesquisas del anterior secretario. — Parece que aquí todo el mundo busca algo. Hace pocos minutos, Brumby andaba a la pesca de una lapicera fuente.

—¿Una lapicera fuente? — ella frunció ligeramente el ceño. — Bueno, Brumby es un buen viejo. Está con nosotros desde que yo era "así" de alta. Yo lo quiero mucho y él me adora, como si fuera su hija.

—¿De veras? — repitió Maynard recordando la fugaz y maligna expresión que había visto en los ojos del mayordomo, a la hora del almuerzo.

—Sí, de veras — lo imitó ella. Levantó sus traviesos y brillantes ojos. — Usted es un secretario raro, Maynard. He visto lo que estuvo haciendo. Sus acciones no son tan inocentes como sus miradas. ¿Dónde se ha visto abrir un escritorio con una ballena de corsé?

—¿El qué?

—Bueno, eso fué lo que a mí me pareció — se acercó más a él y alzó su picaresca ca-

Abierta la caja, sólo tardó el Picarón pocos momentos en hallar el magnífico collar

ra. — Usted no esperaría encontrarlo en el escritorio ¿verdad?

Había en los ojos de Margarita una expresión que casi hizo olvidar a Maynard que era un secretario privado.

—¿Encontrar qué?

—El papel, naturalmente — dijo ella burlona. — ¿No dice que andaba buscando un papel? — se acercó más todavía y luego murmuró. — ¡Buena suerte, señor Picarón!

Con una alegre carcajada salió de la pieza.

PELIGRO

El recuerdo de los ojos brillantes y de la risa burlona permaneció en Maynard mucho tiempo después de haberse cerrado la puerta. El fastidio, la perplejidad y la diversión batallaban en sus ojos. Aquella pícara muchacha sabía algo. ¿Cuánto? ¿Y cómo se había enterado de lo que sabía? Movió la cabeza ante aquellas preguntas sin respuesta; pero pensó si alguien habría interceptado la carta de desafío de Fielding a el Picarón. No parecía probable. Por lo que él había visto, la carta no había sido violada. ¿Cómo entonces?

Al fin se echó a reir, con risa baja y filosófica. Después de todo, aquellas pequeñas señales de peligro añadían sabor a la aventura. Además había visto algo en los ojos de Margarita Fielding que le decía no traicionaría ella su secreto. Y le había deseado buena suerte, al parecer de corazón. ¡Qué muchacha más extraña!

Mientras pensaba en ella, sus ojos vagaban por la habitación. Se detuvieron en el gabinete donde el señor Fielding había guardado el manuscrito de Valerio Máximo.

En cierto modo, no había considerado hasta ahora la caja como escondite probable para el collar de la princesa Sofía. Una caja fuerte sería el primer sitio donde iría a buscarse uña joya así. Pero quizá Fielding se había dicho que un ladrón razonaría como el Picarón razonaba. El sitio más evidente y sencillo es a veces el escondrijo más seguro.

Dió unos cuantos pasos hacia la caja y luego se volvió. Por un momento sus ojos estuvieron fijos en la puerta; luego atravesó corriendo ligeramente la biblioteca y se refugió en su cuartito de trabajo. Con la vaga sospecha de que la persona que se acercaba era Brumby, dejó abierta una rendija de la puerta para espiar por ella. Pronto se convenció de que se había equivocado No era el mayordomo, si no J. Stanley Fielding mismo.

Esperando en su puesto, miró su reloj. Era cerca de media noche. Su primer impulso fué hacerse presente; pero luego le pareció que le sería embarazoso explicar su presencia a esa hora en la biblioteca. Y ahora, al dirigirse Fielding hacia la caja, se alegró de no haber obrado impulsivamente. Observó al caballero alto, de blancos cabellos y elegante traje de comida, detenerse delante de la caja y abrir la puerta del gabinete. Extendió la mano hacia la perilla de nikel y luego la mano se detuvo. ¿Había cambiado recientemente Fielding la combinación de la caja y olvidado la nueva fórmula?

Maynard se estremeció. Mirando por la rendija, presenció un acto que, aunque insignificante parecía tener su objeto. De su bolsillo sacó Fielding un objeto que, a primera vista, parecía una cigarrera. En vez de servirse un cigarrillo, sin embargo, simplemente revolvió el contenido de la caja y guardó ésta de nuevo en su bolsillo. Un momento después estaba agachado y movía con dedos seguros la perilla de la combinación.

Abrióse la puerta de metal y el espía se acercó un poco más. Vió a Fielding sacar algo del bolsillo y tirarlo descuidadamente dentro de la caja. Por lo que pudo ver, no era más que un fajo de papeles. Ahora, el anciano empezó a cerrar la puerta, luego, como a impulso de un segundo pensamiento, la volvió a abrir y también un pequeño compartimiento del fondo. Sacó algo de él, lo sostuvo contra la luz, lanzó una risa irónica y luego lo volvió a dejar caer en su sitio.

Maynard sintió una especie de vértigo. Por un momento la luz dió en el objeto que Fielding tenía en la mano. Fué como si su exquisito fulgor hubiera llenado toda la pieza. ¡El collar de la princesa Sofía! El corazón de Maynard golpeaba contra sus costillas y apenas tuvo presencia de ánimo suficiente para retroceder hasta el medio del cuarto cuando Fielding, después de cerrar la puerta del gabinete, se enderezó y atravesó la habitación

Por un rato estuvo Maynard inmóvil, procurando serenarse, mientras una sarta magnífica brillaba seductoramente ante su imaginación. Cuando volvió a la biblioteca experimentaba, sin embargo, un sentimiento de decepción. Todo era demasiado fácil, ridículamente simple. Gracias a la casualidad y nada más su aventura había terminado. El collar de la princesa Sofía estaba en la caja y la cigarrera de Fielding contenía las instrucciones para abrirla.

Su júbilo se extinguió. Casi se sentía resentido contra Fielding por hacerle la tarea tan poco emocionante. Era como quitarle un penique a un ciego o un juguete a un niño. Todos los instintos de el Picarón se rebelaban contra eso. Con todo, el desafío de Fielding subsistía. Sólo quedaba terminar el triste asunto y olvidarlo.

Sentóse Maynard en la silla de Fielding y fumó un cigarrillo o dos hasta que calculó que su patrón se habría dormido. Luego subió silenciosamente las escaleras y, familiarizado ya con la disposición de la casa, dirigióse al dormitorio de Fielding. Abrió un poco la puerta y una respiración tranquila, igual, le anunció que podía entrar sin temor.

Guiándose con una pequeña linterna de bolsillo encontró el jacket de comida y en el bolsillo interior la cigarrera. Debajo de un rollo de cigarrillos, sujeta por un broche, había una pequeña tarjeta con algo escrito en ella. Era una combinación bastante sencilla para caja tan grande y la recordó Maynard fácilmente.

Luego; después de borrar posibles impresiones digitales en la caja y volver a ponerla donde la había encontrado, volvió a la biblioteca.

Con paso desganado dirigióse a la caja, repitiendo en su memoria los números que había hallado en la tarjeta. Se agachó y empezó a dar vuelta la perilla. Un vago presentimiento de peligro contrajo sus ojos y trajo una sonrisa a sus labios. Muy ligeramente dió vuelta la cabeza. La pieza estaba como la había dejado, con una luz sobre la mesa de la biblioteca y otras en brazos macizos de bronce, en la pared. Nada veía, nada oía; pero experimentaba una agradable sensación

¿Un lazo? Su primer pensamiento al leer la carta de Fielding había sido de que se trataba de una trampa, con el collar de la princesa Sofía por cebo. Ahora quizá la trampa estaba por cerrarse. Quizá la aventura no iba a terminar tan sencillamente como imaginó. No había señales de peligro, si no un aviso subconciente.

Cuatro a la derecha, tres a la izquierda. Continuó dando vuelta la perilla; pero sus ojos y sus oídos estaban atentos a lo que pasaba o podía pasar en la biblioteca. Al fin se abrió la puerta. Pronto encontró el collar y dirigiéndole apenas una mirada lo dejó caer en su bolsillo. Su tensión se aflojó un tanto. Hasta entonces no había señales de trampa armada para el Picarón; pero en su preocupación casi olvidó una formalidad que nunca había omitido. Recordándola justo a tiempo, sacó de su bolsillo una pequeña tarjeta impresa. La inscripción decía:

"Espero me perdonará mi pequeña broma y la libertad que me tomo con su propiedad.

Le será devuelta no bien haya entregado el diez por ciento de su valor a la Sociedad Protectora de Animales.

El Picarón"

(Continuará)

MOSQUETEROS DEL ESPACIO

Tercera parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

LA FUGA

BUD Atlee se agarró la cabeza y gimió.

—¡Rayos y centellas! ¿Quién dijo que Tomás Alva Edison es el inventor más grande del mundo? Al lado de John Henry resulta un poroto. Cuando termine la guerra a S. M. lo rellenarán con salvia y cebollas y lo exhibirán en una caja de vidrio, en un museo. ¡Lástima que no lo hayan hecho ya!

Wagstaff, sin embargo, se enjugó los ojos y continuó la conversación.

—La idea es lo más loca posible; pero, como todas las de John Henry, tendrá éxito probablemente. Bueno, vamos ahora, si están listos. Los tres vamos a ser conducidos a una "jaula" de prisioneros alemanes, como si nos hubieran capturado esta mañana. Nos escaparemos esta noche... — todo ha sido arreglado para que podamos hacerlo — y nos dirigiremos a un aeródromo, cerca de aquí, donde un par de Fokkers capturados nos esperan. Los robaremos y emprenderemos el vuelo.

—¿Y a qué tantos rodeos? — preguntó John Henry. — Me parece que todo podría hacerse más sencillamente.

—Tal vez — contestó Wagstaff. — Pero no queremos dejar nada al azar. En nuestra fuga vamos a llevarnos a un prisionero alemán auténtico. Cuando aterricemos en Alemania, el será reconocido por los suyos y apoyará nuestra historia. Ninguna autoridad alemana sospechará que es todo un complot.

—¡Lindo! — dijo Dent. -- Eres un genio Wagger. El difícil que a mí mismo se me hubiera ocurrido una idea mejor.

—Yo también lo dudo — dijo sonriendo Bud.

—Aquí tienen papeles para ustedes dos. Se los hemos quitado a oficiales alemanes auténticos, que ya están seguros en el campo de prisioneros. Hemos elegido dos que se parecen a ustedes, en el cuerpo y en la cara,, lo más aproximadamente posible, claro está. Ambos pertenecen a un batallón que fué prácticamente exterminado en el último avance. Por consiguiente es poco probable que tropiecen en Alemania con alguien que pueda conocerlos.

Entregó un fajo de papeles a Bud.

—Aquí tienes — dijo. — Tú eres el teniente Blatzz, del 16 de Infantería Sajona. Y no lo olvides.

El otro fajo de documentos se lo puso en la mano a John Henry.

—Y tú, Johnny, eres el teniente Holtzer, del mismo regimiento. Ambos cayeron prisioneros en Paschendale. ¡Ahora, vamos. Hay una guardia esperándonos afuera, de manera que tenemos que adoptar un aire abatido, como si nos condujeran a la jaula. Hablen lo menos que puedan y déjenlo todo por mi cuenta.

Los tres dedicaron los últimos toques a sus uniformes grises de campaña y salieron de la cabaña, donde una guardia de Tommies británicos los estaban esperando, al mando de un capitán.

Solamente el capitán sabía lo que había en plata. Los Tommies no sospechaban que aquellos tres hombres, colocados ahora bajo su custodia, eran otra cosa que oficiales alemanes. Media hora de marcha llevó al pequeño grupo a un campo cercado con alambre de púa, en el cual se alojaban los prisioneros alemanes.

El campamento distaba unas quince millas de las líneas y desde allí los prisioneros eran llevados, de tiempo en tiempo, a los distintos campamentos de Inglaterra.

A la entrada se realizaron las formalidades de estilo y luego los tres fueron entregados al oficial a cargo de la "jaula". Se examinaron sus papeles y fueron llevados a una cabaña donde otro oficial británico de cara de perro, que hablaba claramente, pero mal, el alemán, les dió ciertas instrucciones:

—Caballeros, — les dijo — les aconsejo que no traten de escapar porque todo el alambre de púa que rodea esta jaula está electrizado y la carga es suficiente para matar a un toro. También, por la ley Internacional,

cualquier prisionero, sorprendido en acto de fuga, puede ser muerte a tiros.

Los tres murmuraron un gutural "Guten abend" y se sentaron a esperar los acontecimientos que Wagstaff debía anunciar. Este, en verdad, pasó algún tiempo en sus maquinaciones, porque se separó de los otros y no volvió hasta el anochecer. Estaba excitado y alegre.

—¡Vengan ahora! — les dijo. — He encontrado un pequeño soldado huno, de cabeza cuadrada, y le he dicho que necesitamos un cuarto hombre para nuestra fuga. Se lo tragó todo y apoyará nuestra historia cuando aterricemos del otro lado de las líneas. ¿Han examinado ustedes sus mapas y estudiado la posición?

Los otros le dijeron que sí y con una inclinación de cabeza, Wagstaff les indicó que lo siguieran. En el otro extremo del obscuro campamento encontraron a un pequeño soldado alemán, de cabeza de bola, que los saludó con tremenda cortesía.

Wagstaff informó a sus compañeros que se llamaba Kolk y pertenecía al 14 de Bávaros.. Añadió que, con la ayuda de Kolk el plan de la fuga había quedado perfecto.

En realidad, el oficial a cargo del campamento de prisioneros había hecho todos los preparativos. La corriente había sido cortada del alambrado de púa y, en cierta parte, se le había debilitado.

Esto, naturalmente, lo ignoraban los otros prisioneros y la guardia británica había sido reforzada para evitar cualquier contingencia.

Sin embargo, los arreglos fueron tan perfectos que los tres oficiales y el soldado salieron sin ningún tropiezo. Luego, guiados por Wagstaff, corrieron a través del campo, en la obscuridad y después de una milla de camino llegaron a un aeródromo.

Aquí nuevamente se habían hecho todos los arreglos, de acuerdo al plan de Wagstaff. Los centinelas estaban convenientemente alejados, y si vieron y oyeron a los intrusos no dieron señales de ello.

En el hangar más próximo había dos Fokkers de dos asientos. No se produjo ninguna interrupción, mientras Wagstaff y Bud silenciosamente levantaban las aletas de lona.

Luego, en lento alemán, Wagstaf habló a John Henry .

—Usted, Herr Holtzer, llevará a Kolk. Blatz y yo iremos en el otro aparato. ¿Están prontos? Tenemos que poner en marcha los dos motores almismo tiempo y partir pronto.

—¡Ja! — murmuró John Henry, evitando sólo con gran presencia de espíritu sacar el pañuelo espolvoreado de pimienta.

Subió al asiento del piloto, mientras Wagstaf hacia lo mismo en el otro aparato. Luego Bud y Kolk hicieron girar las hélices al mismo tiempo. Ambos motores prendieron a la primera vuelta. Ambos pasajeros se agacharon debajo de las alas y treparon a los asientos de atrás, mientras los aeroplanos se lanzaban hacia adelante.

Los dos Fokkers se elevaron con poderoso rugido y, por lo que pudo ver Kolk, la fuga tomó al personal del aeródromo enteramente de sorpresa.

Se oyeron unos cuantos gritos y algunos centinelas corrieron, agitando los brazos y tirando con sus rifles. Si Herr Kolk hubiese podido, sin embargo, ver a los centinelas más de cerca, su impasible mente alemana hubiera recibido eléctrica sorpresa. Porque los centinelas temblaban de risa al gritar. Hacían fuego en todas direcciones, menos en la de los aeroplanos y se agarraban luego los costados, porque no podían más.

En la pieza del rancho, unos cuantos oficiales de alto rango se sonrieron unos a otros y pidieron un refrigerio.

—Bueno — dijo uno. — Esos jóvenes valientes y locos han partido bien. Pero . . . ¿los volveremos a ver?

A tres mil pies de altura, Herr Kolk, con las manos cruzadas sobre el pecho, pensaba en Munich y se sentía muy feliz.

WAGSTAFF SALE CON LA SUYA

La aurora era como una cortina, gris y nebulosa, en el lejano horizonte y Langton Wagstaff juró.

Juró con un vigor y una originalidad que hubiera arrancado lágrimas de envidia a un barquero del Támesis. Porque en el horizonte veía tres aparatos que venían, zumbando, hacia él.

Aun a aquella distancia, podía ver que ostentaban los círculos blancos, rojos y azules, distintivos de los aeroplanos ingleses. Pensó que eran lanza-bombas nocturnos que regresaban de un raid y comprendió que iba a ocurrir lo peor, la única cosa que no había previsto en su plan.

La distancia entre los dos Fokkers y la escuadrilla británica disminuía como por obra de magia, porque los aeroplanos se dirigían al encuentro a una velocidad de cien millas por hora. Luego los "bomberos" se apartaron a un lado y descendieron rápidamente porque habían visto los Fokkers alemanes y, naturalmente, querían derribar a cualquier máquina enemiga que encontraran.

Wagstaff desvió y bajó rápidamente, cosa muy extraña en él. Sin embargo, era imposible que se trabara en pelea con los suyos. La único que podía hacer era procurar escapar.

Pero la fuga era en extremo difícil. Wagstaff hizo bajar a John Henry hasta los tres mil pies del suelo. Haciendo esto quedaba a tiro de cualquier cañón antiaéreo alemán que pudiera haber por allí y esperaba que los británicos no se atreverían a seguirle.

Parecía, sin embargo, que los británicos estaban de humor de pelea esa mañana y bajaron disparando sus ametralladoras cada vez que parecía presentarse una probabilidad de hacer blanco.

Wagstaff empezó a hacer zig zags y, mirando por encima de su hombro, vió que John Henry hacía lo mismo. Bajaron más aún y los cañones anti-aéreos alemanes empezaron a detonar. Pero la escuadrilla de bombardeo no cejó en su persecución.

Llegaron aún más cerca y rompieron la formación, procurando rodear a sus enemigos. Las balas empezaron a silbar amenazadoramente y Wagstaff pegó un brinco vio-

lento al sentir un ruido metálico al frente de su máquina.

En el mismo momento sus piernas se empaparon y él lanzó una exclamación de disgusto al ver el diluvio de petróleo que brotaba de abajo del tablero. Con gesto de enojo, paró el motor, porque el tanque de petróleo estaba agujereado y sabía ahora que no le quedaba más remedio que aterrizar.

Entretanto, John Henry no se había dado cuenta de la situación de Wagstaff. Estaba todavía haciendo zig zags, bajando y subiendo para evitar el fuego de los británicos y escapar.

Pero, naturalmente, que en todo el tiempo, no se atrevió a contestar al fuego.

Aunque su propia vida estuviera en peligro, no podía matar a sus camaradas, por equivocados que estos estuvieran.

Fué en este momento que sintió moverse en el asiento detrás y oyó vagamente un grito dominando el ruido del motor. Luego casi se le erizó el cabello al oír un tableteo que provenía de donde estaba su pasajero Kolk.

Miró a su alrededor espantado y vió que Herr Kolk disparaba y movía la ametralladora de atrás con sorprendente vigor.

—¡Ach! — gritó el pequeño alemán, apuntando a un bombero y bailando literalmente de excitación — Quedose un momento quieto, Herr Ober Lieutennant. — ¡Ach! ahora lo llenaré de balas. El cerdo inglés va a morir.

Fué una suerte que John Henry comprendiera su rápido alemán y diera una vuelta con su máquina que casi despidió de su asiento al entusiasta Kolk.

El resultado fué que la descarga no dió en el blanco y el bombero pasó ileso.

Herr Kolk, sin embargo, prosiguió su trabajo con tremenda energía. Dió vuelta la ametralladora con tanta fuerza que se pegó a sí mismo con ella en la cabeza.

Levantose poco después del suelo y, como se acercara otro bombero, la ametralladora empezó de nuevo su alegre canción.

John Henry, sin embargo, nunca había sido aficionado a la música; hizo un loop tan violento que casi chocó contra el aeroplano británico.

Debido a este movimiento, la cara de Herr Kolk pegó contra la recámara de la ametralladora, con alarmante fuerza. Medio aturdido, cayó en su asiento y juró pintorescamente en alemán. John Henry sudaba la gota gorda. Sabía que no podría seguir mucho más tiempo aquel juego.

Afortunadamente Kolk, siendo soldado de infantería, no tenía la menor idea de como se manejaba correstamente una ametralladora de aeroplano. Sus descargas no daban en el blanco. Pero, naturalmente, tenía que concluír por pegarle a algo... aunque fuera a la hélice del aeroplano o a la cabeza de John Henry.

El problema de John Henry quedó, sin embargo, arreglado unos momentos después por el tercero de los aeroplanos británicos que logró acertar, con una descarga a la cola de

APRENDA UNA PROFESION LUCRATIVA

ENSEÑAMOS POR CORREO:

Dibujante
Procurador
Constructor
Perito Agrícola
Químico - Farmacia
Corte y Confecc. masc. y fem.
Contador -- *Tenedor de Libros*
Mecánico Electricista de Autos
Periodismo - Vendedor - *Publicidad*
Electricidad-Radio-Televisión-Fonofilm

El moderno sistema de enseñanza técnica y práctica por correo, permite aprender estas profesiones

Mande el cupón. - Escriba claro.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
1059-Lavalle-1059—Buenos Aires

NOMBRE

DIRECCIÓN

LOCALIDAD 7

su aeroplano. Sintió que los controles quedaban flojos y la máquina empezó a descender violentamente, de costado.

Luchó salvajemente para enderezarla; pero comprendió que no podría. Detrás de él Kolk envió una buena cantidad de balas, en todas direcciones; pero los bomberos habían visto los efectos de su artillería y se dieron por satisfechos.

Poco después, John Henry tocó tierra, a menos de quinientas yardas del sitio donde ya había aterrizado Wagstaff. John Henry y Kolk descendieron entumecidos del aparato y hallaron que ya un grupo de oficiales alemanes, de un campamento cercano habían rodeado ya el aparato de Wagstaff.

Toda una tripulación, incluso sus dos camaradas, corrieron a encontrarlos. Todo el mundo felicitó a John Henry por su aterrizaje, que, por pura suerte, no había sido desastroso.

Wagstaff, sin embargo, era quien hacía todo el gasto de la conversación, de manera que ninguno de los otros dos tuviera que hablar. Contó como se habían escapado del campamento británico y el pequeño Kolk volublemente reforzó la historia.

Naturalmente que los oficiales no sospecharon ni por un momento la verdad de las cosas. No solamente estaba la historia de Kolk si no que habían presenciado lo que pareció un combate terrible entre aquellos oficiales y tres aparatos británicas.

Los felicitaron efusivamente. Pero Wagstaff no se apartó de John Henry y de Bud.

Luego habló confidencialmente al oficial superior presente.

Furtivamente mostrole sus papeles.

—Soy K.3 — murmuró — del Servicio Imperial Secreto. Aquí están mis documentos.

El oficial abrió tamaña boca y saludó. Porque las hazañas de K.3, que realmente se hallaba en aquellos momentos prisionero en Inglaterra, eran famosas en toda Alemania.

Dijo que se sentía muy honrado con el encuentro; pero Wagstaff interrumpió sus cumplidos.

—Tiene que ayudarme a llegar a Berlín lo más pronto posible — le dijo. — Tengo informes tan importantes que quisiera comunicárselos a Su Alteza Imperial misma. Sólo con su Alteza el Kaiser puedo hablar. De modo que podrá usted arreglar la cuestión transporte ¿verdad?

El oficial le prometió hacerlo a la brevedad posible. Pero Wagstaff dijo que tenía que llevar a sus dos camaradas oficiales con él. Explicó que, por una casualidad, se habían visto complicados en aquella parte especial de su espionaje. A Su Alteza le agradaría oír también el testimonio de ellos.

El oficial dijo que comprendía perfectamente y, en todo caso, cualquier pedido de K.3 era una orden.

De un campamento cercano fué traído un rápido auto. Con grandes cortesías los hicieron subir a él. Un chauffeur alemán los llevó por la carretera, en dirección a Berlín a una velocidad que, según afirmó John Henry luego, le había sacado unas cuantas canas.

Naturalmente que ahora Wagstaff tenía que alterar sus planes, tan cuidadosamente combinados. Debido a su desdichada lucha con la escuadrilla británica, había tenido que dejar los dos aeroplanos en el mismo lugar.

Además, ambos estaban seriamente averiados y ninguno podía elevarse. No sabía ahora lo que debía hacer. Entretanto, no se atrevía a dejar a John Henry ni a Bud sin su protección. No podrían sostener su papel mucho tiempo sin ser descubiertos.

Más pronto o más tarde, su falta de habilidad en el manejo del idioma los delataría.

De modo que Wagstaff se los llevó con él en el largo viaje hasta Berlín.

En el fondo del auto, los tres hablaban en voz baja y sombría, mientras millas y millas pasaban debajo de ellos. Gradualmente fué formulando Wagstaff un plan de acción. Tardó algún tiempo y comprendía que era de una audacia desesperada y loca.

Con todo era lo único posible en aquellas circunstancias.

FRENTE A FRENTE

—¡Escuchen! — dijo tranquilamente — Cuando yo llegue a Potsdam conseguiré con bastante facilidad una entrevista con el Kaiser; pero no me atrevo a dejarlos a ustedes dos por ahí. De manera que los llevaré conmigo a palacio. Una vez que estén adentro, aprovechen la primera oportunidad y escóndanse. No se atrevan a salir hasta eso de las tres de la mañana. Vayan luego a buscarme a la oficina privada del Kaiser y allí yo les daré más instrucciones. ¿Creen que podrán hacer eso?

Los dos contestaron que sí, que lo creían. Pero Wagstaff tenía sus graves dudas.

John Henry y Bud no eran criaturas de imaginación. Para ellos la idea de Wagstaff era fácil y brillante. Cuando el auto se detuvo finalmente frente al palacio imperial, en Potsdam, ambos estaban en excelente disposición de ánimo.

Para ellos todo era maravillosamente cómico y el constante peligro de ser descubierto añadía, según Bud, a la aventura, mucho "picante".

El largo viaje hasta la gran ciudad alemana fué monótono. El auto del estado mayor enemigo y el chauffeur eran salvo conducto suficiente para que pasaran sin ser interrogados por ciudades y aldeas. La tarde estaba avanzada cuando se detuvieron frente al palacio imperial famosa residencia del Kaiser, en Potsdam.

Entrar al palacio fué cosa muy sencilla, porque el alemán de Wagstaff era perfecto y su fingida personalidad de K.3 merecía todas las atenciones y respetos.

Con sus dos camaradas, fué conducido a presencia de un magestuoso Chambelán de la corte, que les ofreció refrescos, mientras los tres esperaban una audiencia con Su Alteza misma.

Wagstaff se alegró de aquella pausa, porque le dió oportunidad para hacer varias preguntas. Preguntó la situación exacta de las habitaciones particulares del Kaiser y el chambelán se la explicó con esa minuciosidad propia de los alemanes.

Wagstaff miró a los otros dos y vió que estaban sorprendidos, porque comprendían mejor el alemán de lo que lo hablaban.

Luego, al fin, vino un mensajero que se inclinó y dió la noticia de que Su Majestad Imperial concedería audiencia a Herr K.3.

El pequeño grupo levantose y siguió al chambelán. Wagstaff les hizo una guiñada a John Henry y a Bud. Era la señal para que se escondieran, si tenían oportunidad.

La oportunidad se presentó en un descansillo alto, del gran palacio, donde pesadas colgaduras pendían de las paredes, magníficamente esculpida. El chambelán, con Wagstaff a su lado, atravesó el descansillo y salió a otro corredor. En ese momento, Bud agarró del brazo a John Henry.

—¡Ahora!... — le murmuró — ¡ahora es nuestra oportunidad! Esa vieja salchicha no se dará cuenta de que no estamos con él hasta que no haya hecho entrar a Wagstaff a la habitación del Kaiser. Y podemos contar con que Wagstaff sabrá dar una explicación satisfactoria acerca de nuestra desaparición. ¡Ven Johnny!... detrás de esas cortinas...

Una mirada rápida les mostró que no había nadie por allí y un segundo después ambos se metían detrás de las colgaduras, que

Wagstaff hizo un saludo digno de un guardia prusiano y esperó que le dieran permiso para hablar.

eran extremadamente ricas, de terciopelo negro.

Entretanto, en la puerta de la habitación del Kaiser, el chambelán se había dado cuenta de la ausencia de los otros dos.

Pero Wagstaff se la explicó volublemente.

Todavía no había necesidad de que ellos expusieran su testimonio ante Su Alteza. ¿No le había dicho eso al Herr Chambelán? Pero, naturalmente los dos oficiales quedarían a cargo del mensajero que los conduciría a presencia de Su Majestad cuando fuera necesario.

El chambelán que estaba muy lejos de abrigar la menor sospecha aceptó esta teoría y, con una profunda reverencia, introdujo al visitante en la gran pieza.

Allí, por segunda vez en su vida, hallose Wagstaff ante el hombre a quien más odiaba en el mundo. Su Majestad Imperial Guillermo II, estaba sentado ante un gran escritorio esculpido.

Tenía aspecto de cansancio y el fiero bigote, en un tiempo negro brillante, estaba matizado por algunas canas. El rostro, agudo e irregular había adelgazado y sus hombros no tenían la rigidez de antes.

Wagstaff hizo un saludo que hubiera hecho honor a cualquier guardia Prusiano y esperó en silencio, junto a la puerta, que se le diera permiso para hablar.

El Kaiser lo miró un largo momento. Luego se levantó y en su boca, bastante gruesa, se dibujó una extraña sonrisa.

—¿De modo que es usted K.3, de mi Servicio de Información Secreta? Me han dicho que tiene noticias que sólo a mí desea comunicar. ¡Puede hacerlo!

—Alteza, — dijo Wagstaff, todavía rígido y mirando un punto como tres pulgadas encima de la cabeza de Su Majestad, a la manera reglamentaria — he estado recientemente haciendo averiguaciones en Inglaterra, en beneficio de la patria.

Por una afortunada casualidad pude ganar la confianza de Sir Edward Garrington, el diplomático inglés. Me dijo que el tratado con los Balkanes no vale el papel en que está escrito. Fué en realidad maquinado por Inglaterra. No es más que una treta. Los ingleses se alegran mucho de que Su Majestad lo haya firmado.

Los ojos del Kaiser se nublaron y sus narinas se contrajeron. Por un segundo el genio violento, proverbial en él, hizo irrupción. Apretó el puño derecho y lo descargó

violentamente sobre el escritorio.

—¿Conque sí? — exclamó. — ¿Es cierto eso? ¿Puede ser cierto? Dice usted que lo supo por el mismo Carrington? ¡Ach! Pero ¿cómo puede creer tal cosa?

Se dió vuelta de pronto y empezó a pasearse por la pieza, con largos y furiosos pasos. Luego acercose a un escritorio y oprimió un timbre.

—Hablará usted con Rolstein — dijo ásperamente. — Le contará esa absurda historia.

Rolstein es el jefe de mi Policía Secreta... su superior inmediato. Si ha permitido que suceda una cosa semejante...

Wagstaff se tambaleó y un frío sudor brotó de su frente. He ahí una carta del juego que no esperaba... con la cual no había soñado.

El barón von Rolstein, era el hombre misterioso de Alemania, el poder secreto, detrás del trono, el poder que conocía la historia íntima de cada hombre. Rolstein debía conocer a K.3, al verdadero K.3.

¡Y ahora Rolstein iba a encontrarse cara a cara con Wagstaff, el impostor!

WAGSTAFF TIENE SUERTE

Wagstaff permanecía parado, rígido, traspirando abundantemente. Frente a él una figura pequeña, encorvada, que parecía fuera de lugar dentro del lujoso uniforme, se paseaba de arriba abajo, por delante del escritorio.

La figura se detuvo en su paseo y un par de ojos atormentados se fijaron en los de Wagstaff.

Guillermo II, emperador de Alemania, descargó otro puñetazo sobre el escritorio y habló con tono de ira, apenas reprimida.

—Rolstein me responderá de esto—dijo— No bien entre por esa puerta le echaré en cara esta infamia. ¡Pensar que mi propio ministro puede ser tan idiota!

Wagstaff se inclinó; pero nada dijo. Su mente estaba demasiado llena por el pensamiento del peligro en que ahora se encontraba.

Oyose un golpe en la puerta y Wagstaff apretó los dientes. Sin embargo, el que entró no fué Rolstein, sino uno de los chambelanes de la corte.

—Alteza, — dijo el recién llegado, haciendo sonar los talones — tengo que informaros de que el Herr barón von Rolstein no se encuentra hoy en su oficina. Ha ido a Kiel por un asunto importante y es imposible hablarle por teléfono en estos momentos.

El corazón de Wagstaff se le subió a la boca de alegría; pero el Kaiser hizo un gesto de impaciencia.

—¡Bien! — dijo — ¡Muy bien, Fritz! Comuníquese con el Herr barón lo más pronto posible y dígale que lo espero aquí mañana, a más tardar, a las once de la mañana.

Hizo un gesto de despedida al chambelán y Wagstaff, en su alivio, casi se tambaleó. Luego el Kaiser abrió con llave un cajón y sacó unas hojas, sujetas con un broche, cubiertas por escritura a **máquina**.

Indicó a Wagstaff, con la cabeza, que se acercara.

—Mañana me contestará Rolstein — le dijo — Entretanto, K.3, aquí está el tratado que usted dice no es más que una treta maquinada por los agentes de Inglaterra.

Lo examinaremos y usted me dirá lo que sabe.

El rostro de Wagstaff resplandecía mientras se inclinaba ante la figura del hombre más odiado del mundo y empezaba a hablar. Habló bien y con tal habilidad que el Kaiser sintiose profundamente interesado.

Lo que en realidad dijo Wagstaff, del principio al fin, fué un tejido de absurdos. Pero había inventado este cuento del tratado para conseguir que el Kaiser lo sacara. Wagstaff sólo deseaba saber el sitio exacto donde se guardaba y confiaba luego en poder robarlo, cuando llegara la obscuridad y el palacio quedara silencioso.

Hablaron los dos por más de una hora y fué éste el trabajo más difícil que hizo Wagstaff en su vida. Su cerebro funcionaba con la rapidez del rayo y las ideas acudían milagrosamente mientras discutían punto por punto del tratado.

Finalmente Su Majestad Imperial se enderezó y volvió a guardar el tratado, encerrándolo cuidadosamente con llave.

—Herr K.3, — dijo encogiéndose de hombros — No queda duda de que lo que usted dice es cierto. Sus informaciones son valiosas, muy valiosas realmente. Mañana comparecerá usted ante ese perro descuidado de Rolstein, con esta evidencia de su estúpido trabajo. Como jefe de mi Servicio Secreto debió conocer la treta de pe a pa. ¡Ach! ¿Cómo me sirven esos imbéciles que se llaman mis primeros ministros de guerra!

—Le doy mi permiso para retirarse, K.3 — continuó con voz fatigada. — Puede quedarse en palacio esta noche, el chambelán se ocupará de acomodarlo. Mañana, a las once en punto, preséntese aquí.

Sonrió de pronto, con expresión curiosamente bondadosa, mientras Wagstaff hacía un rígido saludo y retrocedía hacia la puerta.

—Se ha portado usted bien, amigo mío — dijo — Soy generoso con los que sirven, como lo verá usted mañana cuando hayamos arreglado este asunto.

—Alteza, — balbuceó Wagstaff — no pudo haber para mí mayor honor que una palabra de elogio vuestra. Con vuestro permiso, me retiro.

Y se retiró.

Afuera esperaba el chambelán; pero se retiró enseguida para arreglarle alojamiento al gran K.3.

Wagstaff se dirigió al cuarto que le señalaron y sentose en su cama, sosteniéndose la cabeza entre las manos, ligeramente temblorosas. La prueba había sido terrible; pero, por milagrosa suerte, había triunfado. Ahora, si los otros dos podían permanecer escondidos hasta media noche, podrían todavía convertir en éxito lo que amenazó ser un gran desastre.

(Continuará)

Aventuras de SEXTON BLAKE

Condenado a la Isla del Diablo

Por G. H. TEED

(Continuación)

LA joven lo miró pensativa. No sabía si su compañero se había encaprichado repentinamente con ella o si era solamente un viejo rico y tonto que deseaba compañía, mientras estaba en París.

Movía Germaine negativamente la cabeza cuando Sofía volvió a hablar.

—¡Pero usted puede venir a casa y quedarse todo el tiempo que quiera! — dijo en un aparente estallido de generosidad. — Yo... mi hermano y yo, tenemos una casa tranquila y agradable, junto al río. ¿Puedo venir, verdad?

—¡Pero, mademoiselle, fué usted muy bondadosa conmigo cuando estaba yo en el Capitol! Sin embargo no puedo abusar aceptando su hospitalidad. Soy una extraña.

Sofía Beautemps se echó a reir ligeramente, mientras sorbía un trago de vino.

—¡Qué tontería, hija! Naturalmente que vendrá usted. A mi me encantaría. Y lo mismo a mi hermano. ¿Se acuerda de él?

—¡Pero naturalmente! Sin embargo, no puedo...

—Yo sentiría mucho que Mademoiselle abandonara París, ahora que he tenido la dicha de encontrarla — intervino Blake. — Pero si insiste la señorita, no seré tan poco galante que proteste. Quizá mademoiselle tenga piedad de un pobre forastero de América y me permita visitarla algún día.

Sofía Beautemps le dirigió una mirada rápida. Ella, ante su sugestión, no demostró la cordialidad que había puesto en su invitación a Germaine.

Pero Sexton Blake jugaba un partido de audacia y Sofía no supo que oprimía con fuerza y definida sugestión el pie de Germaine Cachel.

Sexton Blake había decidido en su mente dos cosas. Creía que Germaine Cachel andaba buscando a Sofía y ahora estaba igualmente cierto de que Sofía había andado a la pesca de Germaine. Dió un paso más en sus suposiciones y concluyó que no se buscaban la una a la otra por idénticas razones. ¿Cuál era el propósito de Germaine? ¿Cuál el de Sofía?

Esperó a oír lo que dijera la joven bailarina. No sabía si su audacia, al oprimirle el pie, precipitaría o no los hechos. Ei era así, el resultado podía ser desfavorable. Pero Germaine pareció no advertir su acción, porque la oyó decir:

—¿Es tranquilo el lugar, mademoiselle?

—Completamente aislado.

—¿Y cuando querría usted que fuera?

—Esta noche, si lo desea. Yo me voy a retirar antes de que sea más tarde.

—Entonces.... entonces, mademoiselle, acepto muy agradecida. Tengo algunas pocas cosas que quisiera llevar conmigo. Iré a buscarlas y nos reuniremos aquí.

—Yo la acompañaré a su casa.

—"Pardón", — dijo Sexton Blake, interviniendo, por segunda vez. — ¿Será mademoiselle tan cruel para mí? ¿No podré tener yo el honor de conducirla a su casa? Luego la dejaré y regresaré a mi hotel. Si mademoiselle me priva de su compañía, la noche ya no tendrá atractivos para mí.

Mientras hablaba, seguía oprimiendo el pie de la joven, suavemente, pero con urgencia. Ella no traicionó el juego que se realizaba debajo de la mesa. Pero, con un pequeño encogimiento de hombros, sonrió a Sofía Beautemps.

—¿Tiene inconveniente? — dijo. — ¡El señor ha sido tan bueno conmigo! Le permitiré que me lleve a casa y volveré aquí dentro de media hora.

Sofía Beautemps cedió, pero, lo vió Blake de mala gana. A él le hubiera gustado

Condenado a la isla..

encaminar la conversación para descubrir dónde quedaba la casa "junto al río". Pero comprendió que despertaría sospechas, si insistía y se calló.

No dió oportunidad para que Germaine retirara su permiso. Llamando al mozo pagó sin murmurar, la exorbitante cuenta, añadiendo una propina de la que sólo era capaz un millonario loco.

Luego se levantó, inclinóse sonriendo ante Sofía Beautemps y esperó a la otra joven.

Sofía Beautemps no tenía el menor deseo de perder de vista a Germaine; pero no había más remedio. Se vió obligada a sonreir mientras exigía promesa a Germaine que regresaría lo más pronto posible. Luego se paró, mientras Blake conducía a su pareja hacia la puerta.

Al pasar por el bar, vió Blake al "guía" y le hizo una guiñada indicándole a la mujer que quedaba en el cabaret, para que la vigilara. Luego agarró su sombrero y su sobretodo claro y condujo a Germaine Cachel a la calle.

Subieron a un taxímetro y se dirigieron a una dirección que la joven dió. No era lejos, en la Rue St. Georges. Bajaron ante una casa de sombría apariencia, como de cuatro pisos, semejante a otras tantas del viejo barrio.

—¿Quiere subir unos minutos? — preguntó Germaine, hablando por vez primera desde que salieron del cabaret. — Me parece que desea usted decirme algo.

—Si mademoiselle es tan amable...

—Mi cuarto es muy modesto; pero monsieur se servirá disculpar...

El murmuró que cualquier sitio donde ella estuviera sería un palacio de delicias y la siguió al hall, sucio y mal alumbrado. Subieron un tramo de escaleras, hasta el primer piso. Continuaron hasta el segundo y allí abrió Germaine, con llave, una puerta que miraba a la escalera.

Encendiendo la luz. Germaine invitó a Blake a entrar. El detective no se lo hizo repetir porque estaba resuelto a profundizar más el asunto antes de que Germaine se le deslizara de entre los dedos.

Pero no bien estuvo adentro, la joven cerró rápidamente la puerta. Luego, al darse vuelta Blake, sorprendido, sintió apoyado en su vientre el caño de una pistola.

—Y ahora, señor detective — dijo Germaine — vamos a explicarnos.

VI

LA SEÑAL ROJA

Blake fué tomado completamente por sorpresa.

—No comprendo, mademoiselle — dijo con el acento francés-español, que había usado todo el tiempo. — ¿Es que mademoiselle bromea?

—No le hallará mucha gracia a la broma, amigo mío, a menos que se explique — contestó ella sombríamente. — ¿Por qué me buscó en el cabaret ruso? ¿Qué significaban sus señales con el pie, por debajo de la mesa? ¿Por qué me ha estado espiando? Quiero enterarme. ¿De dónde es usted?... ¿de la Súreté?

Blake cesó de fingir.

—Soy detective, mademoiselle — confesó. — Pero no de la Súreté. Ni tampoco soy sudamericano, si no inglés. La andaba buscando para hablar de René Auber.

Los ojos de la joven se achicaron de pronto y Blake pudo ver sus dedos temblar sobre el gatillo del automático. Fué el momento que Blake aprovechó para moverse con rapidez tal que, aunque ella oprimió el gatillo, probando que no amenazaba en vano, logró desviarle el brazo y la bala se incrustó en la puerta.

Peleó Germaine como una gata salvaje. Furiosamente trató de clavarle uñas y dientes; pero no bien logró quitarle la pistola, que tiró sobre la cama, Blake la sujetó fácilmente.

—¡Quédese quieta! — le repetía. — No estoy aquí para hacerle daño. Trabajo por la misma causa que usted. ¡Estese quieta y escúcheme!

Ella jadeaba en sus brazos. Estaba quieta ahora; pero Blake no la soltó por miedo que volviera a empezar.

—¡Tiene que escucharme! — continuó el detective, en tono tan bajo y tranquilo, que ella se vió obligada a escuchar. — Le digo que persigo el mismo fin que usted. Usted busca a la persona que mató a Auber y yo también. Y ahora sé que usted no traicionó al banquero.

Ella se puso tensa al oír sus palabras y pareció que iba a luchar de nuevo. Pero volvió a quedar floja y dijo con acento cansado.

—Dice que es un detective inglés. Busca a quien asesinó a Auber. Y habla de que yo pude haberlo traicionado. Lo escucharé si me suelta.

—Confiaré en usted. Y tiene que oírme. No hay tiempo que perder. Mademoiselle Beautemps sospecharía.

Blake soltó a la joven, agarró la pistola y dió la espalda a la puerta. Evidentemente nadie había oído el tiro, porque no vinieron a investigar. Y cuando la joven se dejó caer en una silla, comprendió Blake que, por el momento, había triunfado.

—Sé ahora que usted no traicionó a Auber — prosiguió en el mismo tono tan tranquilo. — Voy a decirle lo que creo. Alguien supo que Auber iba a huir del país. Se sabía también que usted lo acompañaría. La noche que iba a dejar su casa de Colombes fué asesinado. Alguien mató también a un apache, llamado el "Muffin". Yo fuí a la casa y lo vi. ¿Llegó allí el "Muffin" como instrumento de mademoiselle Beautemps?

—¿Es la que está en el cabaret ruso?

—Sí.

—Ella no mandó al "Muffin". No sé como él se enteró. Debe haberse murmurado algo en el bajo fondo. Fueron los otros, sin embargo, los que mataron a Auber.

—¿Cómo lo sabe?

—He estado atando cabos. Ellos iban a menudo al cabaret de Montparnasse, donde yo trabajaba. Yo no sospeché. Pero cuando ocurrió el crimen empecé a pensar y ahora comprendo que nos vigilaban a René y a mí.

—Tiene razón. A esta mademoiselle Beau-

—Ahora, señor detective, — dijo Germaine apoyando una pistola en el vientre de Blake — vamos a explicarnos.

temps, la conozco hace tiempo. La acompaña un hombre. Es grandote, moreno, habla francés con acento británico, porque es canadiense. ¿Reconoce usted la descripción?

—Sí.

—Yo también sospecno que ellos fueron los asesinos de Auber. Yo pensé que usted lo había entregado. Pero ahora no lo creo. ¿Por qué los busca?

—Los mataré a ambos, si tengo oportuni-

dad. Se llevaron todo el dinero...

—Lo sé — interrumpió Blake. — Una bolsa de cuero con las iniciales R. A., fué hallada en una casa de la Rue Vaneau, ocupada por ellos. Pero después del hecho desaparecieron. El dinero... si usted trabaja conmigo, le prometo que recibirá una buena suma. Hay ofrecida una gran recompensa a quien entregue ese hombre, muerto o vivo, diez mil dólares canadienses, es decir un cuarto millón de francos. Auber no tendría mucho más encima y, aunque lo hubiese tenido, usted no hubiera recibido tanto por su parte.

—No me preocupaba por eso entonces. Pero ¿quién es usted? ¿Y por qué me habla de ese modo?

Hubo una pausa antes de que Blake contestara:

—¿Se enteró usted de que hirieron a una mujer la otra tarde, en Longchamps?

—He oído hablar del asunto.

—La mujer que la espera a usted en el cabaret ruso fué la que disparó el balazo y la víctima es una persona a quien yo tengo gran estima. La joven herida estaba a mi cuidado. Yo no me hallaba junto a ella en el momento de la agresión; pero desde entonces ando buscando a la agresora. Descubrí la asociación de usted con Auber. Fué después del encuentro de la bolsa de cuero en la Rue Vaneau que pensé podría usted serme útil. Creía que usted había traicionado a Auber.

Ella hizo un gesto de protesta que Blake ignoró.

—Ha arriesgado usted caer en manos de la policía por buscarla a Sofía Beautemps. Su razón es evidente, en un sentido. Pero creo que ella también la buscaba a usted. ¿Por qué?

—No lo sé.

—Pero ella quiere que vaya usted a pasar una temporada al campo, en su compañía. Por eso se acercó esta noche a nuestra mesa. La policía la busca por la tentativa de asesinato de Longchamps. Sin embargo, la desafía para encontrarla a usted. Debe tener un fuerte motivo.

—Ignoro cual puede ser.

—Creo poder decírselo. Teme que usted sospeche o descubra la verdad. Y si así sucede creo que hay gran riesgo de que la delate a ella o su compañero Martinel a la policía. Ella se ríe del asunto de Longchamps. Cuenta con su belleza y seducción para conmover al jurado. Confía ser absuelta y el asunto puede explicarse fácilmente como el ataque de una mujer celosa contra otra. Pero el asesinato de Auber es muy distinto. Hay muchos clientes, a quienes defraudó en grandes sumas, que pondrán el grito en el cielo para que se encuentre el dinero robado.

—Puede ser como usted dice.

—Es una situación curiosa. Pero creo que no me equivoco. Usted quiere ir a casa de ellos para matarlos en venganza; ellos quieren tenerla a usted en su poder para impedirla que de informes a la policía. Si va usted a esa casa, se expone a un gran peligro. No podrá hacerles frente... sola.

—Iré, a pesar de todo.

—El motivo de usted debe ser más fuerte que un deseo de venganza porque se llevaron el dinero de Auber. Dígame cual es.

—Yo... yo era la esposa de Auber.

—¡Ah!

Muchas cosas aparecieron claras para Blake al oír aquella afirmación. Este hecho, que no se le había ocurrido, modificó sus puntos de vista en varias direcciones.

—¡Escuche! — continuó Blake. — La joven que está herida en un sanatorio, luchó mucho tiempo contra ese hombre, Martinel, y su banda. Eran ocho entre todos. Martinel y Safía Beautemps son los únicos que viven. ¿Nunca oyó hablar de mademoiselle Roxane Harfield?

Ella lo miró directamente por primera vez desde que hablaban.

—Sí . su nombre es bien conocido entre nosotros ¿Es ella la mujer a quien hirió Sofía Beautemps?

—Sí. Y quizá haya oído mencionar mi nombre... Sexton Blake.

Ella asintió lentamente con la cabeza.

—Muchas veces. Es usted amigo de Emile Thibaud.

—Es cierto. Pero en esta ocasión trabajo solo. Tengo el mismo motivo que usted para encontrar a Luis Martinel y terminar su carrera. ¿Quiere ahora trabajar conmigo? Olvídese del dinero que le robaron a Auber. Le prometo que, si logramos hacerlo caer a Martinel en nuestras redes, recibirá una gran suma. Vaya a esa casa de campo, si quiere; pero manténgase en comunicación conmigo. Yo le doy mi palabra de que nada tiene que temer de la policía. Créame que ella conoce el alojamiento de usted. Iba a ser usted llevada a la Súreté para interrogarla; pero Thibaud se abstuvo de hacerlo a pedido mío. Ahora ¿trabajaremos juntos?

Ella se volvió rápidamente a él.

—Sí. Le creo y confío en usted. ¿Qué desea que haga?

Diez minutos más tarde Blake se dirigía a la Place Pigalle. Pero no volvió a entrar al cabaret ruso. En vez, se dirigió a un pequeño café, frecuentado por chauffeurs, se hizo servir medio litro de cerveza y esperó.

Pasó casi media hora antes de que ocurriera algo. Luego el "guía" que había estado de guardia en el cabaret, apareció. Sentóse junto a Blake y le deslizó un papel.

—Se han marchado en una gran limousine — dijo. — La peli-roja logró escribir esto Usted sabrá lo que significa.

—Pida algo de beber y tápeme para que no me vean, mientras lo leo — fué la respuesta de Blake.

El papel decía lo siguiente:

"No he podido averiguar mucho", decía, "pero ella dice que la casa está a orillas del río, entre Poissy y Vilennes. Yo trataré mañana de mostrarle mi echarpe rojo por la ventana. para que sepa cual es la casa.
G. C."

Blake rompió el billete en pequeños fragmentos y metió estos en el bolsillo de su chaleco. Luego se volvió al "guía".

—Termine su bebida pronto. Tengo que verlo al inspector Thibaud sin demora.

(Continuar

LA LEGION DE LOS BRAVOS

(Continuación)

EFECTIVAMENTE, señor. Conozco los hechos — contestó Luis María con desesperada firmeza. — Y puedo asegurarle que el acusado no fué culpable. Que alguien, para salvarse, escondió el pote de pintura roja en su pupitre.

Laurent se encogió ligeramente de hombros.

—¡Bah!... Puede eso ser o no ser cierto. Poco importa. El culpable fué expulsado de la escuela, como usted sabe; pero quizá ignora que no pasaron ahí los acontecimientos... El maestro de francés fué amonestado duramense por el director, acusado de falta de vigilancia. Era hombre de genio vivo. Contestó mal y viose obligado a presentar su renuncia. Su carrera estaba perdida. Se encontró sin trabajo y se incorporó a la Legión. Pero juró que se las haría pagar caras al culpable de su ruina, si algún día lo encontraba. Y lo ha encontrado. No necesito agregar mucho más. Usted es aquel alumno y eso le hará comprender que conozco su verdadero nombre. Yo tengo menos motivos que usted para ocultar el mío, que es .. Raymond.

¡Puede retirarse!

Luis María salió casi tambaleándose. ¡Un enemigo más! ¡Y poderoso, encarnizado! Laurent o Raymond lo creía a él culpable de su desgracia y estaba resuelto a hacerle aún más imposible la vida. Unido a Hoffman, quien sabe hasta donde podrían llegar. No se hacía ilusiones Luis María respecto a la protección de su padre. Aunque el capitán "Granito", las pocas veces que había hablado con él, parecía menos áspero, estaba muy lejos de mostrarse afectuoso. Quizá libraba en su alma una gran batalla entre su fetichismo por la disciplina y el cariño que, a pesar de todo, no podía menos de sentir por su hijo. Porque "Granito" no era un desalmado, sino un esclavo de las reglas de la Legión y un fanático en lo que se refería al buen nombre de los Mercier.

Desde aquel día la vida de Luis María en la Legión volvió a convertirse en una pesadilla y no tardó en darse cuenta de que Hoffman obraba por órdenes de Laurent o Raymond y que el capitán Mercier, si es que se había dado cuenta de los hechos, no se atrevía a intervenir por temor a que se supiera que Luis María era su hijo. Además él también había sido herido en el combate y, aún cuando no guardaba cama, había dejado casi el mando en manos de Laurent.

Lauchita, cuya herida debido al calor había sufrido una inesperada inflamación, continuaba en la enfermería y faltaba así al joven argentino su único consuelo en aquel infierno. Para aliviar la monotonía de aquella vida empezó a hacerse más amigo de los otros legionarios cuya compañía, aunque era bueno y servicial con todos, cuando la ocasión se presentaba, no había buscado hasta entonces.

Uno de los legionarios sobre todo un gran sueco de barba amarilla, parecía haber sentido siempre simpatía por el tranqqilo y reservado Luis María y en cambio miraba con odio a Hoffman y a Laurent por los sufrimientos que imponían al joven.

Un día Luis María había terminado su hora de centinela en la plataforma y se disponía a tirarse en su tarima, cuando el sargento Hoffman apareció en la puerta del dormitorio y lo miró con ojos de ebrio, inflamados de odio.

—¡Flores!

—¿Qué? — dijo Luis María, quizá en un momento de distracción.

—¿Cómo que? — rugió Hoffman, adelantándose y pegando un feroz culatazo con el rifle a Luis María. — ¿Se ha olvidado que soy su sargento, indio?

Un gruñido profundo resonó en el dormitorio al tropezar el joven con un balde de agua y caer sobre el suelo de piedra. Hofman, escupió una palabrota, llevó la mano a su pistolera y miró los rostros sombríos de los legionarios con sus ojos claros y rencorosos.

—¿Alguno de ustedes, basuras, tiene algo que decir? — preguntó mostrando sus dientes amarillos con mueca feroz. — ¡Que oiga yo rezongar y los haré desear no haber nunca nacido, ratas sarnosas! No olviden eso. Venga, Flores. Muévase o lo moveré yo.

Dos minutos después, Luis María estaba

parado ante Laurent y una sola mirada a su rostro, moreno y barbudo, le anunció que le preparaba un mal rato. Pero la perspectiva de nuevos castigos lo dejó frío. Ya se había acostumbrado y endurecido.

Laurent fué derecho al grano.

—El sargento Hoffman me informa que lo halló a usted dormido en su puesto esta mañana. Como sabe es esa una grave falta. ¿Tiene algo que decir?

Luis María movió afirmativamente la cabeza; pero no contestó enseguida. Dirigió a Hoffman una mirada de insultante desdén y tuvo la satisfacción de ver encenderse de obscura cólera su cara.

—Solamente esto, señor — contestó, resuelto a quemar sus naves. — El sargento Hoffman es un vil embustero, que no podría decir la verdad aunque quisiera.

La sencilla declaración, fué dicha con tranquilo acento y sinceridad, arrancando un gruñido de furia a Hoffman. El gran individuo dió un paso hacia adelante, en actitud amenazadora, con el puño levantado; pero a una mirada imperiosa de Laurent, se detuvo bruscamente y retrocedió, de mala gana.

—Esta insolencia gratuíta será tema para una nueva acusación, sargento Hoffman — dijo el oficial. — Pero, por el momento, atengámonos a la primera. Se trata de la palabra de un sargento de la Legión contra la suya, que no es muy de fiar, Flores — dijo Laurent con acento burlón — y yo prefiero creer al sargento. Irá usted al puesto de observación por una semana.

La salvaje sentencia casi abrumó a Luis María, porque a ningún hombre se le obligaba a estar de guardia más de veinticuatro horas en aquel puesto aislado.

El puesto, en sí, no era más que un montón de piedras sueltas, situado como a quinientas yardas de distancia del oasis y los legionarios a cargo de él tenían que dormir durante el día y hacer guardia toda la noche. En caso de un ataque, la muerte para el que guarnecía el puesto era segura. Sólo se enviaban a él a los "casos" muy rebeldes.

Una siniestra sonrisa torció los labios del teniente Laurent al observar el efecto de su dura sentencia; pero, si creyó ver rastro de miedo en los ojos color castaño obscuro de Luis María, sufrió honda decepción.

—Pasará usted una semana entregado a su propia y deliciosa compañía — dijo Laurent — y durante ese tiempo tendrá amplia oportunidad para la reflexión. Comprenderá, naturalmente, que los centinelas tienen orden de hacerle fuego, si trata de volver al fuerte. También, en caso de ataque, tendrá que permanecer en su puesto, después de dar la alarma. Nosotros, los soldados de la Legión, nunca retrocedemos, Flores. Los árabes han permanecido tranquilos después del último raid y no será difícil que nos hagan pronto otra visita. En caso de ataque, le aconsejo que trate de morir peleando, Flores, porque los árabes tienen un modo desagradable de tratar a sus prisioneros. Puede retirarse.

Luis María se disponía a hacerlo, cuando el otro le llamó:

—¡Eh!... Flores — el joven se dió vuelta y se cuadró.

—Si hubiera un ataque — dijo casi con acento agradable Laurent y... algo le ocurriera a usted, me comprometo a escribirle al director de la escuela, diciéndole que fué usted inocente del delito de que se le acusó, como afirma. Como antiguo maestro de Rundles, me creerá talvez. ¡Puede retirarse!

EL ARTE DE LA ELIMINACION

Luis María, al volver al dormitorio, se dió cuenta de que la sofocante atmósfera estaba cargada de electricidad. Había una tensión que hizo comprender instintivamente al joven que se preparaba algo.

Los legionarios estaban reunidos alrededor de "Chico" Johnson, el gigantesco sueco, y todos los ojos se volvieron a Luis María cuando éste atravesaba el largo dormitorio.

—¡Ma foi! — exclamó el gran sueco, viendo las facciones ceñudas y sombrías del joven — ¿Qué te ha pasado, mon enfant?

Luis María se lo contó.

—No te preocupes, mon enfant — dijo el sueco, cuyos azules ojos chispeaban —. Escucha y te enterarás de algo muy interesante.

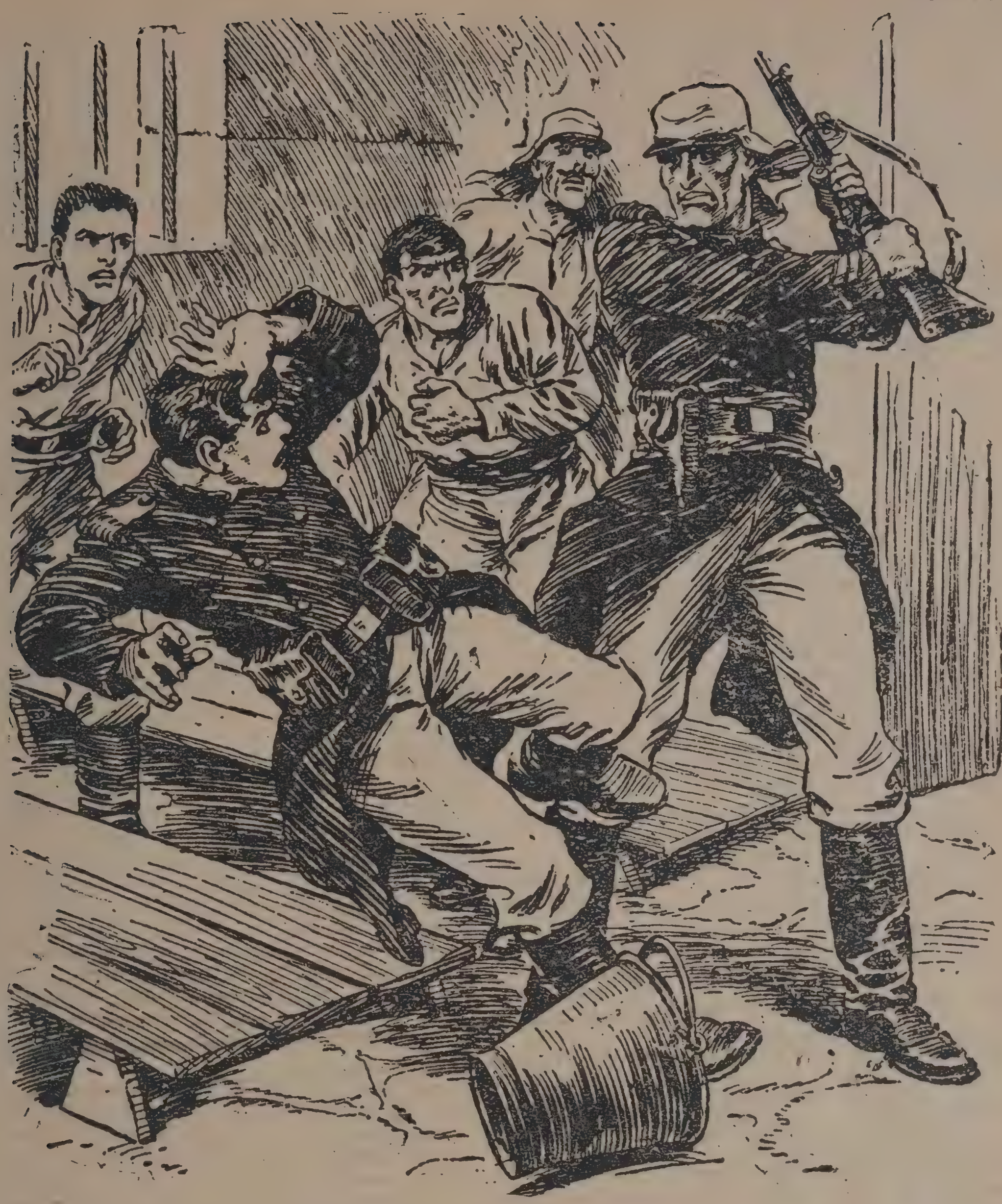
Luis María sonrió tristemente.

—¿Cuál es ese gran secreto?

—El secreto más grande de todos... el de la Muerte — contestó "Chico" con aire misterioso. — Ha llegado el momento de eliminar al teniente Laurent y a su chacal de Hoffman — se detuvo un momento observando el efecto producido en el joven por sus palabras — Laurent y Hoffman van a morir, niño mío. Eso es todo.

Un gruñido bajo, amenazador, llegó al otro extremo, donde estaban reunidos los legionarios, alemanes, belgas, uno o dos franceses, un ruso de ojos trágicos, un negro, lustroso como betún. Un extremecimiento recorrió el cuerpo de Luis María cuando vió el destello rojizo que brillaba en todos los ojos. Sin embargo, el saber que iba a cometerse un asesinato alevoso, no le espantó ahora. Sólo lo sorprendió un poco la indiferencia que sentía. Eso fué todo. No era asunto suyo si aquel miserable e injusto Laurent y el bárbaro de Hoffman hallaban prematuro fin. Uno no debe mezclarse en los asuntos ajenos, en la Legión de los Perdidos. Si Johnson y los otros habían decidido eliminar a los dos tiranos, que lo hicieran. ¿No hacía mucho tiempo que Hoffman se buscaba su destino? Y Laurent, en el poco tiempo que estaba con ellos ¿no se había hecho odioso por sus crueldades e injusticias? Ahí estaba el caso del pequeño García, el español de cabellos rizados y áspero bigote negro.

Fué por orden de Laurent que ataron al pobre diablo a una carreta, por espacio de cuarenta y ocho horas, deejándolo sin alimento y sin agua, con la desnuda cabeza



—¿Como "qué"? — dijo Hoffman, descargando un feroz culatazo a Luis María — Se ha olvidado que soy su sargento.

expuesta al sol. Había rabiado y delirado por turnos y desde ese día parecía un poco "chiflado". No estaba precisamente loco; pero Luis María había sorprendido una luz extraña en sus obscuros ojos latinos, especialmente cuando aquellos ojos seguían la esbelta figura del teniente Laurent. Luego estaba "Betún", el negro, que fué azotado por Hoffman hasta que sollozó como un niño. En su delirio había llamado a su "mamita" y Laurent y Hoffman se habían reído. Era un buen chiste. El negro volvió en sí a tiempo para oírlo. Y desde aquel día hizo un voto solemne.

Casi no había un hombre en la Legión que no abrigara contra aquellos dos, motivos de rencor.

—Y... ¿cómo los van a eliminar? — preguntó Luis María.

—La operación será sencilla y artística, mi niño — dijo el sueco. — Pero no te imagines que nosotros, los caballeros de la Legión, descenderemos hasta el vil asesinato. ¡Ni lo imagines! Laurent, mon enfant, se volverá loco y matará a su amigo Hoffman; después de lo cual dirigirá contra sí el revólver y se meterá una bala en su delirante cerebro. ¿No es perfecto el arreglo?

—Ciertamente lo parece — convino Luis

María. — Pero ¿qué pensarán de él Laurent y el otro precioso?

—No se les ha consultado... todavía — contestó el sueco, mostrando sus fuertes y blancos dientes.

—¿Cuándo se realizaría la .. eliminación?

—Mañana, a medio día. — contestó "Chico" — cuando el sol es una bola de fuego derretido y vierte sus rayos enloquecedores sobre algún pobre diablo atado a una carreta... por orden del teniente Laurent, que aprovecha la enfermedad del capitán Granito para ejercer su tiranía. Esos dos perros morirán a medio día. — Una ola de furia sacudió el gran cuerpo del sueco y desapareció. — Tú estarás en el fuerte de observación; pero... podrás oír los tiros.

—Sí, claro está — convino Luis María con el ceño fruncido, pensativo. — Pero todavía no entiendo como se realizarán las cosas.

—¡Parbleu! ¡Es todo tan sencillo! Todas las mañanas, Laurent y Hoffman se reunen a charlar, desde las doce menos veinte hasta medio día. Y es durante ese corto espacio de tiempo en que inventan medios de tortura contra nosotros, pobres diablos, que se realizará la eliminación. Pero no, morirán cuando den las doce, cuando el sol llegue al cenit. Así tiene que ser. — echó hacia atrás su leonina cabeza y se rió. — Será un gran día — declaró. — A las doce menos un minuto, "Betún" y García se dirigirán a la oficina del teniente y un momento después el pestífero Laurent y un chacal se encontrarán con un rifle apoyado contra sus odiosos corazones. Y en los ojos de los hombres verán la luz del crimen. Rápido como el rayo, se le quitará a Laurent el revólver del cinto y un minuto después la Legión tendrá un sargento menos; una segunda bala dará cuenta del teniente Laurent. Luego los vengadores colocarán el revólver en manos de Laurent, saldrán de la pieza e irán a sus ocupaciones, con la conciencia tranquila y el júbilo en sus corazones.

Es un buen trabajo, mon brave. Aprovechamos hoy porque el capitán Granito guarda cama, molestado por sus heridas.

Luis María asintió con la cabeza; pero no sentía más que cortés interés en el asunto. Comprendía muy bien que debía haberse indignado ante el solo pensamiento de semejante carnicería. ¡El que tanto había luchado por apartar la idea del crimen del alma de Lauchita! Pero, de todas maneras, fueran cuales fueran sus sentimientos, poca influencia tendrían en los hechos. Lo peor es que no se horrorizaba. No podía ocultarse a sí mismo esta verdad. Parecíale no sentir la menor piedad; la idea de que dos seres humanos iban a ser asesinados no lo conmovía. Era ahora lo que la Legión lo había hecho. Quizá la presencia de Laurent, aquella nueva injusticia del destino, había terminado por ahogar en Luis María sus últimos buenos sentimientos

—Pero... ¿están seguros de que no se descubrirá? — preguntó casi sin darse cuenta de lo que decía.

—Nada se descubrirá, mon enfant — declaró el sueco, sacudiendo su magnífica cabeza. — Esto tiene que hacerse mañana o nunca. Primero que el capitán Granito está imposibilitado. Contra él no tenemos nada; es duro, pero justo. Segundo, que mañana es probable que llegue otra compañía y habrá aquí demasiada gente. Acaso el teniente Laurent sea reemplazado. Tiene muchas influencias y aquí la vida es dura. Irá a otro sitio mejor. Y no podemos perder nuestra venganza. Mañana o... nunca.

—Entonces veremos... lo que veremos. — sonrió Luis María.

La mañana siguiente lo halló todavía impasible ante el destino que esperaba a Laurent a Raymond y al sargento Hoffman.

—No es asunto mío — murmuró tendiéndose a la sombra del montón de piedras que llamaban "fuerte de observación".

Miró indolentemente su reloj pulsera; vió que faltaban cinco minutos para las doce. Muy pronto, la apagada detonación de dos revólvers llegaría a través del aire caldeado. ¡Pim, Pum! Eso era todo. ¿Y a él que le importaba? Muertos Laurent y el sargento Hoffman desaparecerían sus más encarnizados enemigos. La vida en la Legión, después de eso, sería soportable. El nada tenía que ver con el crimen. Ni siquiera estaba en el cuartel. No iba, ciertamente, a denunciar a sus compañros.

Miró de nuevo su reloj. ¡Dios! Los minutos pasaban rápidamente. Es extraordinario como vuela el tiempo. No lo había creído posible. Faltaban tres minutos para medio día. Se imaginó la escena en la asfixiante cuadra del cuartel. Podía distinguir las caras morenas de los legionarios... la mayor parte violentas, rencorosas, criminales. Máscaras de odio. Vió a García, el pequeño español de pelo alborotado, que estaba medio lelo, sonriendo a su manera vaga. Y a "Betún" el negrazo que enseñaba la mazamorra de sus dientes con sonrisa terrible. Mecánicamente Luis María alzó su reloj. Un minuto. Sus enemigos no tenían más que un minuto de vida. Sesenta segundos...

Se puso en pie de un solo salto. Y un momento después, el silencio misterioso del desierto fué desgarrado por tres detonaciones de rifle, que se repitieron en rápida sucesión.

Las detonaciones de alarma hicieron salir corriendo a Laurent y Hoffman de la oficina de la compañía y el último lanzó un salvaje juramento al tropezar con dos legionarios que estaban parados a una yarda o cosa así de la puerta.

—¿No han oído la alarma, hijos de perra? — rugió el sargento Hoffman, pegándole un tremendo puñetazo al pequeño español de los cabellos crespos y la vaga sonrisa. ¡Muévete, mono negro! — dijo a "Betún". — ¡Un ataque! ¡Un ataque! ¡A sus puestos perros! ¡Un ataque!

Pero no había ataque. El idiota del centinela, que estaba en el puesto de observación, había dado una falsa alarma. Se pro-

—Hoffman y Laurent morirán mañana—dijo el gigantesco sueco a Luis María.

dujo mucha confusión porque algunos de los legionarios eran nuevos. Pasó una hora entera antes de que la calma volviera a reinar.

—El americano se ganará siete días más de vigilancia en el puesto de observación por esto, cabo Hoffman — dijo el teniente Laurent.

Un poco más al norte, se levantaba una nube de arena, brillando al sol. La nueva compañía se acercaba al fortín de Tahir.

REPARACION

Pero Luis María no debía cumplir esta segunda parte de su condena. Al día siguiente fué mandado buscar por orden del capitán Granito que restablecido ya, había vuelto a tomar el mando del fortín. Esa tarde Laurent debía partir, además, con su compañía, pues la que acababa de llegar venía a reemplazarlo. Experimentó Luis María un sentimiento de alivio al llegar al cuartel y enterarse de que pronto tendría un enemigo menos. Algo era algo. Se enteró también de un terrible drama ocurrido al día anterior, después de su falsa alarma. García, en un acceso de furiosa locura, había herido de muerte a "Betún", suicidándose después. El negro, antes de morir, había hecho llamar al teniente Laurent y sostuvo con él una conferencia de la que Laurent salió pensativo y, al parecer, preocupado. Antes de partir con sus soldados, hizo llamar a Luis María, quien supuso que el hombre pensaba hacerlo objeto de una brutalidad. Pero, con gran asombro, del joven, Laurent le tendió la mano:

—He sido un bruto, — le dijo. — ¡Perdóneme! Lo sé todo. El negro me lo confesó antes de morir y dijo creía que usted había dado la alarma para evitar el crimen.

¡Gracias! Me ha salvado usted la vida y, me ha hecho recapacitar en todas mis brutalidades. Soy un amargado. La pérdida de mi carrera me desesperó y como, indirectamente lo consideraba a usted responsable de ello, quise vengarme. Ahora, dígame si de algún modo puedo reparar el daño que hice.

Luis María experimentaba una emoción extraña, una dulce alegría.

—¡Sí! — contestó. — Voy a pedirle dos cosas.

—Diga. Será para mí un consuelo poder acceder a ellas.

—La primera es que relate a mi padre, el capitán Granito, lo que me ha dicho.

—Lo fué hecho ya — contestó Laurent — Por eso lo mandó él buscar. Además, le he dicho que "ahora" no lo creo a usted culpable de la falta de que fué acusado... ¿Cuál es la otra?

La emoción de Luis María iba en aumento.

—Yo soy quien le da las gracias — murmuró con voz ahogada. — No sabe el bien que me ha hecho; es suficiente para hacerme olvidar las quejas que contra usted podría tener. La otra cosa que quisiera pedirle..., no se si me atreveré.

—Diga, amigo mío.

—Pues... sea más clemente y humano con los soldados que tenga a sus órdenes, en adelante. Hay un muerto, el pobre "Betún", y un loco, García, que quizá no hubieran llegado a tan triste fin tratados con menos dureza.

Un rubor obscuro encendió la cara de Laurent.

—No olvidaré esas palabras — dijo. — Me ha dado usted una lección. ¿Quiere permitirme estrechar su mano?

Luis María se la tendió voluntariamente.

—¡Adios! — Quizá no volvamos a vernos más. Quizá la vida nos reuna de nuevo. — dijo Laurent. — Pero siempre le recordaré a usted como un joven valeroso y leal. Una vez más le pido me perdone.

—Nada tengo que perdonarle — contestó alegremente Luis María. — Todos podemos tener faltas. Lo esencial es saberlas reconocer.

INSOLENCIA

Nuevamente pasó Luis María unos días de tregua. Alejado Laurent, no tenía Hoffman quien lo apoyara y no se atrevió a mostrarse demasiado brutal. Lauchita abandonó la enfermería y cuando se reunió con Luis María este lo llevó a la cuadra y le mostró un gran paquete que acababa de recibir de Buenos Aires, de casa de su abuela.

—¿A qué no adivinás lo que contiene? — le preguntó.

—¿Y yo que sé? Seguramente no serán las únicas cosas que yo desearía tener en estos momentos, en que todavía no puedo prestar servicio.

—Decí, sin embargo. A ver ¿qué querrías tú?

—Un bandoneón, mate y... yerba.

—Luis María se echó a reír y desenvolvió el paquete, exhibiendo a los ojos asombrados de su amigo las tres cosas pedidas, como si fuera un mago que satisface milagrosamente deseos.

—¡Sandié! — exclamó Lauchita. — ¿Y de donde sacaste eso? ¿Te has vuelto brujo?

—No. Le escribí a mi abuelita que me mandara estas cosas. El bandoneón te lo regalo...

—¡Luisito! No se si estoy soñando o despierto... Podré tocar... cantar... tomar mate... Es decir... si nos dejan. — concluyó con un poco de tristeza.

—Tal vez sí. Yo ando mejor con el capitán Granito ¿sabés? Y Hoffman me tiene un poco más de respeto. Además, mientras estabas en la enfermería han ocurrido muchas cosas que ignoras. ¡Oye!

Le contó su última entrevista con el teniente Laurent, ocultándole sólo a su amigo el parentesco que con el capitán Mercier lo unía. El criollito no cesaba de lanzar pintorescas exclamaciones y abría tamaños ojos.

—¡Qué me contás! ¡Hum!... Me parece que vos vas a subir muy alto y te olvidarás del pobre Lauchita.

—No, hermano, no. Yo soy y seré siempre el mismo, para vos y para todos.

Los días continuaron con su monotonía implacable y su disciplina de hierro en la Legión. La regla es hacer hombres o romperlos. No hay en esto compromiso.

En primer lugar tiene la Legión que sacar soldados de la escoria humana de todos los arrabales del mundo y, justo es decirlo, lo consigue. De vez en cuando algún recluta se revela contra la implacable disciplina; pero prontamente va a parar a los calabozos o es fusilado a la salida del sol. A la Legión no le importa mucho de los reclutas, abundan como cambio chico.

Disciplina. Hacer o romper.

Los soldados tienen que hacer la venia a todos sus superiores, de cabo para arriba y hasta un cabo es temido y obedecido sin disputa en la Legión. Por su parte, los oficiales son todo poderosos; pero pocos tan fanáticos por la disciplina como lo era el capitán Mercier o Granito, quien gobernaba con puño de hierro la pequeña fortaleza de Tahir, una construcción hecha de barro, al borde del desierto.

Esbelto, de cara de halcón, ojos grises y boca como una trampa de acero, el capitán Granito podía con una sola mirada sembrar el terror entre los hombres más endurecidos y cualquier orden suyo tenía que ser cumplida a paso redoblado.

Todos los días pasaba revista a sus soldados y ¡ay! del que tuviera una mancha en el cinturón, o una partícula de polvo en su bayoneta. Probablemente sería despojado de sus ropas y puesto a secarse al sol. Todo eso en aras de la disciplina. Tal era el capitán Granito, que exigía igual y pronta obediencia de clases y soldados.

La mañana que siguió a la partida de Laurent, estaba Granito sentado en su pequeña y asfixiante oficina. Su voz era áspera cuando llamó a su ordenanza.

—¡Soldado Riviero!

Abriose la puerta enseguida y un joven alto cuadrose en señal de atención.

—¿Mon capitaine?

—Hace cincuenta segundos que lo mandé a usted a buscar al sargento Hoffman. ¿Dónde está?

El legionario tragó saliva y luego se humedeció los labios.

—Está tomando vino en su cuarto y...

—¿Tomando vino? — repitió el capitán, con brillo amenazador en sus ojos grises.

—Sí, mon capitaine — asintió el ordenanza, temblando ante la fiera mirada del otro — Le di el mensaje de usted...

(Continuará)

El Mendigo del Bosque Negro

Por JACQUES SAINT PRIEST

(Continuación)

ME parece muy bien, muy simpático — contestó Madette que sufría un verdadero suplicio — pero hace usted mal de tener una esperanza ilusoria, tío. Cuando el le comunicó el sentimiento que experimentaba hacia mí, hubiera debido contestar usted que yo no era libre.

—¿Qué no eres libre? — exclamó la señora Gattet — ¿y por qué?

—Olvida usted abuelita que yo soy la novia de Jean Martinier?

El tío Toine se encogió de hombros y se puso a golpear contra los cristales de la ventana.

La señora Gattet se apoderó de las manos de su nieta que se mordía los labios por retener su deseo de llorar.

—¡Pobre niña! ¡Hay que ser razonable! — le aconsejó con voz dulce. — Días, semanas, meses, han pasado desde la desaparición de Jean. Ya no puedes hacerte ilusiones: tu novio no volverá...

—¡Jean volverá abuelita! — afirmó Madette.

—¡Desgraciadamente no! — continuó la señora Gattet. — Jean ha debido dejarse llevar como los demás. Quizá lamente luego lo que hizo; pero no se atreverá a volver!...

—¡Oh! ¿Por qué me tortura así, abuelita?... ¡Es horrible lo que me está diciendo!... ¡Es una idea que yo jamás tuve!... ¿Usted no me quiere más?...

Madette se inclinó sobre la mesa y con la cabeza entre las manos lloraba desesperadamente.

El tío Toine con las manos a la espalda, caminaba por el comedor, impotente para aliviar ese dolor.

La señora Gattet se inclinó sobre el cuerpo frágil de la joven y la rodeó con sus brazos.

—Tú bien sabes que te adoro, querida — le dijo — pero trato de curarte. Ya ves tú, a veces las medicinas que curan son las que producen más dolor.

—Sí — replicó Madette a través de sus lágrimas — pero los médicos, los verdaderos, cortan en la carne que sangra, pero luego se cicatriza; usted es en mi alma que me hiere!... Mi alma sangrará siempre... sufrirá eternamente, pues su herida es de las que jamás se cicatrizan... ¿Y se figura usted que con lo que sufro, puedo encarar la idea de un matrimonio, con un hombre a quien no conozco y que me es totalmente indiferente.

Es no conocerme y no comprendo como usted que dice quererme, abuelita, usted que quería a Jean como a su propio hijo, me proponga algo tan horrible, tan inhumano; ¡unirme con un hombre a quien no amo, cuando llevo en mí el duelo de aquel que no he dejado de amar y del que, a despecho de todo lo que me digan no he dudado ni dudaré jamás!... ¿Oye usted, tío? Diga al señor de ,Laisy que amo a Jean Martinier muerto o vivo, que soy su novia y que lo seré hasta que muera y que no quiero oír hablar más de ese matrimonio!

—¡Todo eso está muy bien! — declaró el tío Toine para atenuar la mala impresión que había hecho en su sobrina — confieso que hemos anunciado un poco brutalmente ese pedido de matrimonio a esta niña. Ella no lo esperaba. ¡Eso ha debido sorprenderla!... Yo no quiero obligarla ni hacerla desgraciada. ¡La quiero demasiado para eso! ¡Ella será mi heredera, ya lo sabe! También te ayudé un poco en su educación ¿eh Juanita? — y esto entre nosotros. — ¡No estabas tú poco orgullosa en volver de París con ella!

—¡Antoine! — exclamó la señora Gattet con angustia.

—¡Ah! es cierto... ¡Te pido perdón!...

Madette se había levantado.

—¿De París, dice usted?... ¿Qué significa eso? ¿Yo nací en París?

El mendigo del bosque...

—No... — balbuceó la señora Gattet muy confundida... es decir...

La joven cortó su divagación con un gesto:

—Escuche abuela — dijo. — Ya ha pasado la hora de los misterios... Necesito saber... Diré más: ¡Tengo derecho!... Tenían ustedes hace un rato, mi tío y usted, la intención de hacerme unir mi vida a la de un hombre.

¿Cómo quieren que empiece una vida que no conozco? ¿Qué sé yo, efectivamente, de mi vida?... Nada.

Tan lejos como mis recuerdos de la infancia pueden remontar en mi pasado yo me acuerdo de usted, abuela, del tío Toine, de éste departamento... ¡Cuántas veces me he dicho: ¡Es extraordinario! ¿Por qué mi abuela no me habla jamás de mis padres?

Y yo me respondía a mí misma: Por que he debido perder a mis padres muy pronto y mi abuelita no quiere darme pena! Y esperaba... ¿Qué más podía desear? Al lado suyo y de Jean, yo era feliz...

Hoy ya no es lo mismo. Los veo a usted y a mí tío ingeniándose por buscarme un marido. — ¡Oh! con un objeto loable, lo confieso y sin ningún cálculo de parte de ustedes, lo reconozco — disponiendo, o al menos tratando de disponer de mi vida: bueno, tratando de reemplazar lo mejor posible, al padre y la madre que he perdido..

Les agradezco desde el fondo de mi corazón su afecto y su solicitud, pero tengo el deber de preguntarles ahora: "¿Quiénes son los seres queridos que ustedes representan, para hablarme como un padre y una madre? ¿Cómo eran? ¡Muestrenme su fotografía! ¡Quiero conocerlos! ¡Tengo derecho! Ya que soy su hija... Vamos, abuelita, yo me llamo Gattet, mi padre era pues, su hijo. ¿Por qué usted no me habla nunca de él? ¿Y mi madre? ¿Cómo era mi madre? ¡Oh, debía ser muy buena! Muchas veces me parece que es su corazón el que late a través del mío! ¡Vamos hábleme!

La señora Gattet y el señor Chautin bajaron la cabeza y guardaron silencio.

Madette los miró con estupefacción mezclada de tristeza:

—¿No me contestan? — siguió. — ¡Ah! ¡Ya adivino! Mi pobre papá ha debido hacer un matrimonio que a ustedes no le agradaba. Ustedes se disguntaron... no lo vieron más... El se fué con la mujer que había elegido según su corazón...

Se refugió en la capital, en ese horno inmenso, donde las uniones libres o mal hechas se purifican con la miseria y el trabajo... Y cuando murieron agotados quizá por el dolor, usted se acordó de mí, abuelita, usted no quiso que yo expiara la falta de otra, y fué a buscarme, para educarme para verme crecer y concentrar en mí el afecto que tanto tiempo sofocó en el fondo de su corazón.

La señora Gattet lanzó un profundo suspiro y secó las lágrimas que lentamente rodaban por sus mejillas.

El tío Toine levantó los ojos al cielo y se rascó la cabeza.

—¿No es eso? — prosiguió Madette jadeante. — ¿Entonces que hay? ¡Ya no sé que imaginar! Vamos... ¡No teman darme pena!... Díganme algo... no guarden ese silencio que es para mí un insulto!... Si ustedes no quieren hablarme de mis padres ¿es porque se avergüenzan de ellos?

Ante el silencio que acogió su pregunta, ella sacudió dolorosamente la cabeza:

—¿Qué hay pues de tan grave? — siguió lentamente — ¡Razón de más para saberlo todo!... Si Jean regresa un día como yo tengo la indefectible esperanza, quiero ¿entienden? "yo quiero" saber de quien soy hija para que el no tenga que avengonzarse de mí.. porque si ustedes no me dicen nada yo los voy a interrogar. Ustedes me contestan si o no... Eso les será más fácil que contarme todo... ¿Mi padre era un hombre honrado?

Gruesas lágrimas corrían ahora de los ojos de la señora Gattet sin que tratara de contenerlas. La anciana había unido sus manos descarnadas y sus labios se agitaban con un movimiento convulsivo como si murmurara una plegaria.

—¡No sabemos! — contestó el señor Chautin.

—¿Cómo? — exclamó Madette. — ¿No saben ustedes si mi padre era un hombre honesto?... ¿Lo perdieron de vista desde hacía tanto tiempo?

—¡Ignoramos quien es tu padre!...

La joven tuvo un sobresalto de sorpresa.

—¡Dios mío! — exclamó. — ¿Entonces es mi madre quien fué su hija, abuelita?... Sin duda fué una pobre desgraciada... ¿yo soy la hija de su falta y por caridad me dió usted su nombre por que mi padre se negó a darme el suyo?

—¡Ignoramos quien es tu madre, Madette! — dijo el tío Toine.

Madette lanzó un grito y vaciló:

—¡Oh! ¡Ni padre ni madre! — sollozó. — ¿Qué me dice tío?... Pero como estoy aquí abuelita?... ¡Tío! ¡abuelita! ¿qué digo?... Yo no soy nada de ustedes... No tengo derecho a darles esos nombres... ¡Es horrible!... ¡Siento que me vuelvo loca!...

La señora Gattet levantó los ojos.

—¡Tus padres son desconocidos querida! — suspiró. — Eres una niña abandonada que recogí una noche, en el inmenso París. Te traje aquí, te adopté... Tu eres mi hija... tú eres mi Madette... Yo te dí mi nombre, y quiero que seas feliz!...

La joven sollozaba desesperadamente. Se arrojó a los pies de la señora Gattet exclamando:

—¡Perdón! ¡Abuelita perdón!...

....

.. Cuando pocas horas más tarde, Madette se encontró sola, agobiada, en su cuarto se pasó la mano por la frente que le ardía y trató de poner en orden sus ideas.

—Ante todo — se dijo. — Hay que concluir con el señor de Laisy. Lo que voy a hacer no estará quizá en lo que es correcto, pero no me importa.

Le escribiré para exponerle lealmente la situación, tanto desde el punto de vista de Jean como del mío.

Lo creo honesto; me comprenderá y respetará mi dolor. ¡Veamos! Mi caja de papel.. aquí está... ¿Mi lapicera?... ¡Ah! en mi cartera...

Se sentó ante su mesita y se puso a buscar en su cartera.

De pronto se detuvo, aterrada.
Su mano acababa de encontrar dos lapiceras una guardada en el compartimiento de las monedas, la otra entre sus cosas.
—¡Es raro! — murmuró — en el auto yo creí haber perdido la mía y ahora encuentro dos...
Sacó las dos lapiceras pero al mirarlas se puso lívida.
Una era la suya. La reconoció por las iniciales M. G. grabadas en un aro de oro.
¿La otra? La tuvo entre sus dedos temblorosos. Era igual a la suya pero tenía inscriptas estas dos letras: J. M.
Era la lapicera de Jean Martinier.
No había duda. Eran las dos que el tío Toine les había regalado para Navidad el año anterior.
¿Cómo estaba allí la de Jean?
Se secó el sudor helado que le mojaba las sienes.
—Es extraordinario — se dijo. — En el auto que me trajo aquí se me cayó la cartera... Creí que mi lapicera se me había caído y la busqué, sin embargo no puede haberse caído retenida como estaba por el monedero. Es pues la de Jean la que encontré en el reborde del asiento... ¿Cómo? ¿Porqué estaba en ese automóvil?... Ha sido preciso que Jean haya ido en él... ¿y ese viejo de mirada extraña que conocía mi nombre y mi dirección?... ¿Quién puede ser?... ¡Dios mío! ¡Quizá es el asesino de Jean!...
—¡Abuelita! ¡Abuelita! — balbuceó con voz apagada.
Y cayó desvanecida al suelo

Capítulo XV

LA MESA GIRATORIA

Rao corrió a abrir el portón de hierro de la Paroliere, al reconocer los tres toques de klacson por medio de los cuales, su amo, le advertía generalmente su retorno.
El sirviente hindú se apresuró a abrir luego la portezuela del auto y siguió dócilmente a Wyoming hasta su cuarto.
El viejo profesor parecía de excelente humor.
—¡Rao, amigo mío! — le dijo alegremente. — ¡Vamos a trabajar un poco! Será preciso que saques tu bella túnica bordada y tu turbante de los días de fiesta!...
La semana próxima, el viernes a la noche, el sábado y domingo en matinée y noche, doy en el Eden de Saint-Etienne cinco representaciones de espiritismo y de hipnotismo. Tu me servirás de sujeto... Antes haré contigo algunas experiencias.
Rao se inclinó respetuosamente:
—Estoy a sus órdenes, mi amo.
—¿Qué han hecho, mientras yo estaba en la ciudad?
—La señora Valmont leyó en la terraza. El joven estuvo en su cuarto, puesto que usted me dió orden de que lo encerrara.
—¡Muy bien! ¿Tomó su poción?
—Sí, mi amo.
—¡Está bien!... Menos que nunca ¿Me entiendes? La señora Valmont y Jean no deben permanecer solos. Abre la puerta al joven y llama para la cena.

Irene estaba ya en el comedor cuando Wyoming entró. Se inclinó ante ella y le besó la mano.
Jean se unió poco después a ellos.
Su paso era inseguro, su mirada fija y sin vida. Una barba de cuatro días ennegrecía sus mejillas.
Cuando vió al profesor le dirigió una sonrisa. Luego, lentamente se sentó en su lugar.
Wyoming lo miró con aire satisfecho.
Jean no despegó los labios durante toda la comida. El viejo opiómano, al contrario, jamás estuvo más exhuberante.
—¡Parece usted muy contento esta noche! — dijo la señora Valmont.
—Efectivamente! — contestó él frotándose las manos. — Estoy como un niño al que durante mucho tiempo hubieran privado de su distracción predilecta y que se la devuelven bruscamente.
Desde hace años me he visto privado de una de mis pasiones favoritas: el espiritismo y el hipnotismo ante las multitudes.
Al fin ahora voy a satisfacerla, porque he decidido, dar la semana que viene cinco representaciones en Saint-Etienne.
—Es maravilloso — exclamó Irene. — Me sentiré muy feliz de poder trabajar en público.
—No, querida amiga — dijo Wyoming, — al contrario, le pediré como un favor que no asista a mis sesiones de espiritismo.
Su presencia en la sala podría turbarme y turbar también a Roa que será mi sujeto. Y luego, prefiero que usted se quede en la Paroliere, a causa de...
Y señaló a Jean con la mirada.
—¡Pobre muchacho! — murmuró Irene a media voz. — ¿Qué le ha ocurrido?... Desde hace unos días cambia horriblemente, no habla con nadie...
—Debe ser efecto de la conmoción que recibió.
—Es extraordinario que ese efecto se produzca tanto tiempo después del accidente... ¡Estaba tan contento la semana pasada!...
—A veces ocurre así. Se cree que un herido de la cabeza no tiene nada, o muy poco, y luego, un buen día, sin saber por qué, el mal se declara. Una lesión imperceptible en la materia cerebral que se agrava poco a poco y se produce una especie de anonadamiento, de indiotez... El enfermo puede perder la memoria, la facultad de moverse, de coordinar sus ideas y sus movimientos...
—¡Es horrible! — suspiró la señora Valmont, — ¿Y dice usted todo eso delante de él?...
—No tema, ¡no se debe dar cuenta de lo que hablamos!
Jean, efectivamente, parecía completamente ajeno a lo que ocurría a su alrededor.
Comía sin decir nada. De vez en cuando reía.
"¡Es asombroso — pensó Wyoming — como mi veneno ha hecho efecto en su organismo!... ¿habré cargado la dosis?"
—¿Puede usted devolverle la libertad? — propuso tímidamente Irene.
El viejo profesor miró a Irene en forma extraña y levantó lentamente el índice.
—¡Todavía no! — dijo enigmático
Quedó preocupado, pensando:

AVENTURAS DE

BARNIGUGLI por Debeck

—¡Qué extraña está Irene esta noche!... Me gustaría saber cuales son sus pensamientos. "Es necesario" que los conozca sin tardanza...

Y dijo en voz alta:

—¡Mire! — dijo — como hace tiempo que no me ejercito, vamos, si usted quiere a ocuparnos un poco de hipnotismo y espiritismo. ¿No le molesta, verdad Irene?

La señora Valmont, palideció ligeramente. No se atrevió a decir que no, por temor a disgustar a Wyoming, lo que por el momento no era de su interés.

—Si eso puede agradarle — contestó ella — no veo ningún inconveniente. Nosotros seremos el público, el señor Martinier y yo, y lo miraremos trabajar con Rao.

—¡No! — replicó el profesor — trataré de dominarla a usted!

—¿A mí? ¡Oh no! — suplicó Irene.

—¿Por qué? No tema. En París usted no se negaba. Yo quisiera leer en su pensamiento para asegurarme de lo que seré capaz de hacer con los espectadores el vienes próximo.

Era un mal pretexto y la señora Valmont se dió cuenta en seguida.

Justo en ese momento su mirada se encontró con la de Rao que servía la mesa y estaba detrás de Wyoming.

El sirviente se colocó un dedo sobre los labios y bajó tres veces los ojos.

Esa seña la tranquilizó un poco.

—Pero — preguntó señalando a Jean.— ¿No dominará usted a ese pobre muchacho, al menos? Sería incapaz de soportarlo.

—¿Por qué no? — replicó Wyoming — al contrario. es una experiencia. Sería interesante conocer los reflejos de un cerebro atrofiado por una conmoción. Vamos a eso!...

Jean se estremeció imperceptiblemente.

Irene se levantó — bruscamente:

—Tengo calor — dijo — Si usted me permite iré a cambiarme de vestido.

Se cruzó con Rao cuando éste salía.

—¡Estamos perdidos! — le dijo pasando a su lado.

Apenas había entrado en su cuarto, cuando la puerta se abrió sin ruido: Rao estaba ante ella.

Le tendió un saquito de tela blanca.

—¿Qué es esto? — le preguntó ella.

—Mezcla este polvo con agua, mi ama y bebe sin vacilar. Tu voluntad será tuya ocurra lo que ocurra. Pero sobre todo... sobre todo finge dormir cuando el amo lo desee!...

—¿Qué es este polvo, Rao?

—Está hecho con raíces de árboles sagrados de mi país. Preserva del sueño hipnótico. Me la dió un fakir y sé que es infalible.

—¡Pero Jean!... ¡Jean! El no sabe... ¿Qué va a hacer si él lo duerme?...

—No temas mi ama. Yo le pondré en la taza de café que más tarde voy a servir. Arréglate para prevenirte.

Irene levantó los brazos al cielo:

—¿Cómo hacer? — suspiró. — ¡Wyoming no nos deja!...

—Ten confianza — contestó él. — El amo se verá obligado a dejarlos un momento.

—¿Cómo?...

—¡Cuando suene la campana!

Antes de que Irene volviera de su sorpresa, Rao había desaparecido.

Ella se apresuró a ponerse un vestido negro laminado de plata e instintivamente se contempló en un gran espejo. Nació en ella un deseo tan violento que le hizo estremecer.

—¡Estoy como antes! — pensó mirándose al espejo. — ¡Si pidiera a Wyoming que evocara esta noche, al alma de mi marido, de mi Henry... ¿vendría por primera vez a manifestarse a mí?...

Bruscamente volcó el contenido del saquito que Rao le había dado, en una copa de agua y lo bebió.

Luego se sentó ante el tocador, corrigió el ligero desorden de su cabello, avivó el color rosado de sus mejillas, se pasó un poco de polvos y como una dama lista para un recibo bajó al salón de fumar donde Wyoming y Jean la esperaban, hojeando uno una revista ilustrada, y el otro inmóvil con los ojos fijos en la puerta por donde ella entraba.

Rao sirvió el café. A cada uno presentó una minúscula taza llena del líquido oscuro y aromático, y se retiró.

Flotaba un pesado silencio en toda la casa.

De pronto, en medio del angustioso silencio de la pieza se oyó el toque lejano de una campana.

Wyoming levantó inquieto la cabeza.

—¡Han llamado al portón! — murmuró.

—¿Está usted seguro? — interrogó la señora Valmont con aire inocente. — ¡Yo no he oído nada!

El se levantó lentamente con aire preocupado.

—Rao no debe haber oído, — monologó — está en la jaula de Bagheera dándole de comer... Iré yo mismo... ¿Quién puede llamar a esta hora de la noche?... No me gusta nada eso...

Con los ojos desorbitados, Irene seguía cada movimiento del profesor.

Con una satisfacción que le dió trabajo disimular le vió registrar en el cajón de una consola y sacando un revólver, vió que lo guardaba en el bolsillo de su pijama y salía.

—Perdóneme un minuto, señora — le dijo. — ¡Yo mismo iré a ver!...

Irene hizo con la cabeza un gesto de aprobación, escuchando el ruido imperceptible de los pasos de Wyoming que se alejaba en el vestíbulo.

Luego sin moverse, se dirigió al joven.

—¡Jean! — dijo a media voz.

A este llamado Jean volvió la cabeza hacia ella:

—¡Oigame bien! — siguió Irene — no tema. Rao puso en su café un polvo que fortifica la voluntad e impide el sueño hipnótico... Si Wyoming quiere dormirlo, no se resista y finja ceder a sus pases magnéticos. ¿Me entiende?

Jean pareció hacer un esfuerzo sobre sí mismo. Su mirada se posó sobre Irene, infinitamente triste, infinitamente agradecida y murmuró a media voz:

—¡Gracias!... ¡señora!...

Sintió un impulso para precipitarse hacia ella.

Pero Irene, temblorosa, con los ojos fijos

en la puerta, por donde Wyoming había salido, lo detuvo con un gesto.

—¡Chit! — dijo, imperiosa como una madre a su hijo que la desobedece. — "El" puede volver de un momento a otro...

Jean se inclinó suspirando.

—¡Pobre niño! — murmuró ella.

Un paso ligero, de fantasma, le advirtió el regreso de Wyoming.

El viejo profesor, entró efectivamente y guardó el revólver, murmurando:

—Algún bromista, sin duda... No había nadie en la puerta...

Con un poco de temor, a pesar de lo que Rao le había asegurado sobre los polvos, Irene se levantó y se sometió al capricho del profesor.

Este le tomó primero las manos y lentamente se las colocó a los lados del cuerpo.

Luego, su mirada fija en la de ella, le pasó varias veces las manos sobre la frente.

Irene quedó agradablemente sorprendida al notar que conservaba toda su voluntad y que los gestos de Wyoming no le producían ningún efecto.

Se contentó con cerrar los ojos como si estuviera realmente dormida.

—¡Ya está! — dijo el profesor satisfecho. — Irene — ordenó — revéleme su pensamiento, todo su pensamiento... ¿Qué hizo usted durante mi ausencia?...

—Leí... en la terraza...

—¿Pensó en mí?

—Pensé en usted y en otras cosas...

—¿Qué pensó de mí?

—Me sorprende que no me lleve más en auto.

—¿Es eso todo?

—¡Todo!...

Wyoming suspiró profundamente:

—¿Pensó usted en Jean?

—Sí, — contestó Irene.

—¿Qué pensó de él?

—Que, en el estado en que se halla debía usted dejarlo en libertad.

—¿Trató usted de acercarse a él?

—¡No!

—¿No siente usted por él un sentimiento singular?...

—Solo piedad...

—¿Por qué subió a su cuarto hace un rato?

—Para embellecerme...

—¿Por quien se pone usted bella?

—Por mi marido, a quien deseo ardientemente ver.

Wyoming quedó un momento en silencio.

—¡Vamos a tratarlo! — murmuró:

Con las manos extendidas hizo algunos pases sobre el rostro de Irene que vaciló ligeramente como si despertara y abrió los ojos.

Jean Martinier no había hecho un movimiento durante toda esa escena.

Wyoming sin decir nada, apretó un timbre.

Al cabo de un momento apareció Rao.

—Rao — ordenó el profesor — trae aquí la mesita de tres patas y pon tres sillas alrededor. Tu te quedarás luego para ayudarnos.

—¿Haremos girar la mesa? — preguntó Irene finguiendo sorpresa.

—Pero querida señora, si usted misma me lo pidió mientras se hallaba en estado de hipnósis.

—¿Yo?...

—Sí. Usted ¿no se acuerda? ¡Es muy natural!... ¡Bien! ¡Usted manifestó el deseo de evocar esta noche el alma de su marido!...

—Es efectivamente mi más ardiente deseo, usted bien lo sabe. ¿Cree usted que se podrá?

—¡Ah! — no puedo decirlo aún!... Sin embargo vamos a tratarlo.

—Nosotros ¿quién?...

—Usted, yo y Rao. Jean no tendrá, a mi opinión, el fluído necesario. El se contentará con mirarnos si es que eso le divierte...

Durante esa conversación Rao había colocado, en medio de la pieza una pequeña mesa redonda y tres sillas.

—Apaga las luces — le ordenó Wyoming — menos la lámpara azul que está sobre la consola. Hay que crear un ambientes a fin de no asustar a los espíritus.

La pieza pareció agrandarse con la obscuridad.

Una tímida luz azulada, arrojaba una claridad lunar sobre los tres personajes sentados alrededor de la mesa, acariciando la seda blanca del turbante y la túnica de Rao, poniendo reflejos sobre el "lamé" del vestido de Irene y agrandando la silueta de Wyoming como una sombra chinesca.

En su sillón, siempre inmóvil, como ajeno a lo que ocurría, Jean parecía más pálido, más fantasmagórico.

Los tres colocaron sus manos sobre la mesa.

—No se distraigan por nada — ordenó Wyoming — que sus pensamientos estén por encima de las banales contingencias de la tierra...

Con toda su alma, Irene deseaba que la experiencia resultara.

Wyoming, inclinado sobre la mesita, miraba con ojos de loco. Rao y la señora Valmont parecían perdidos en un sueño.

La mesa vaciló lentamente sobre dos de sus patas y cayó bruscamente sobre la alfombra.

—Hable, Irene — ordenó el profesor en voz baja. — La mesa se inclina hacia su lado. El espíritu que se manifiesta la conoce. Interróguelo.

—¡Ah! ¡Dios mío! — murmuró la señora Valmont emocionada. — ¿Será Henry?

De pronto estuvo tan convencida de que el ser que ella amaba por encima de todo se hallaba cerca que se puso a hablarle.

—Henry — dijo con voz ahogada por la angustia. — ¿Eres tú, mi querido? Oyeme... Háblame. ¡Hace tanto tiempo que deseo comunicarme contigo!... ¡Dime que estás a mi lado, que estás contento de mí! ¡Tú sabes que siempre te amo, a través del infinito que nos separa! Si tu supieras lo que he sufrido, todo lo que he hecho para seguir siendo la mujer bella que tú has conocido!... Sé que estás ahí... Ven más cerca... que yo te sienta... No tengo miedo... soy valiente. Si eres tú, Henry, háblame... Me harás la más feliz de las mujeres!...

La mesa se agitó como si una mano invisible la sacudiera.

—¡Aquí hay un espíritu! ¡Es evidente!...

— murmuró Wyoming. Espíritu ¿ha oído la pregunta de la señora Valmont?... Responda: dé un golpe para decir sí; dos golpes para decir no!

Y dirigiéndose a Irene le dijo:

—Repita su pregunta señora.

—Henry ¿eres tú? — repitió Irene,

Bajo las manos extendidas la mesa se levantó bruscamente y dió sobre la alfombra dos golpes muy claros.

—¡No es él! — gimió la pobre mujer.

Jean Martinier, con el rostro en tensión seguía la experiencia sin decir una palabra.

—¿Quién eres, espíritu? ¡Háblanos! — ordenó Wyoming. — ¡Dinos quién eres!

La mesa a intervalos regulares, dió un golpe, luego catorce, después cuatro, después diez y ocho, luego cinco.

—¡André! — anunció el profesor. — El espíritu que nos habla, se llama André ¿quién lo conoce?

Pero, la mesa seguía golpeando su extraño alfabeto. Las letras se sucedían, y Wyoming anunció en alta voz:

—B. O. N. N. E. F. O...

Irene no lo dejó acabar. Lanzó un grito terrible:

—¡André Bonneford!... ¡Mi padre!...

Otra vez, la mesa se levantó del suelo y cayó dando un solo golpe como si contestara:

—¡Sí!

De pronto Jean Martinier se levantó. Sus manos temblorosas señalaban un rincón del salón, el más obscuro. Dió dos pasos y se detuvo, como si una visión horrible lo clavara en el suelo.

—¡Allí hay alguien!... — dijo...

Wyoming, Irene y Rao se levantaron como impulsados por un resorte.

Wyoming se dominó en seguida.

—¿Dónde? — exclamó.

—Allí — repitió Jean con el brazo extendido. — ¡Cerca de esa cortina!

—¿Quién es?

—Un anciano. ..Está vestido de negro... tiene barba gris...

Wyoming lanzó un gemido de espanto.

—Lo veo... — balbuceó.

—Lo veo... — repitió Rao.

Irene había retrocedido ocultándose el rostro entre las manos.

—¡El anciano me hace una seña! — dijo Jean. — ¡Me hace señas de que escriba!...

—¡Rápido!... un lápiz... papel... — ordenó Wyoming — hay que obedecer.

Rao se apresuró a abrir un escritorio de laca y a colocar una hoja de papel blanco y un lápiz.

Jean, como movido por una fuerza superior, se precipitó al escritorio y se puso a escribir febrilmente.

—¡Es formidable! — murmuró Wyoming secándose el sudor que le mojaba la frente.

A medida que escribía, Jean con voz extraña leía las palabras que le dictaba el Invisible.

Y he aquí las palabras que los tres testigos, llenos de estupor, escucharon:

"Desde el fondo del espacio vacío donde vago, he oído tu voz querida que llamaba a Henry — y he venido — pues jamás, desde el día en que mi alma se separó de mi cuerpo, he encontrado a Henry Valmont. — ¿Quizá sufre su espíritu en espacios inferiores? — Irene sé fuerte, sé valiente. ¡Una fuerza superior te protege y no debes jamás desesperar!

—Ella vela sobre el inocente y lo defiende, pero, para probar la maldad original del hombre deja que se cumplan hechos espantosos. — Sin embargo, hay que tener confianza... a pesar de las lágrimas, de la sangre y del terror. — ...Confianza.... confianza siempre... Los proyectos del hombre maldito no son más que castillos de arena. Viene una ola, que los nivela todos y la playa queda lisa... como antes".

El lápiz cayó bruscamente de la mano del joven. Agotado por el esfuerzo que acababa de hacer Jean cayó sobre el sillón.

—¡Enciende la luz! ¡Todas Rao! — gritó Wyoming. — ¡Me siento enloquecer!...

La luz que inundó la pieza, alumbró un espectáculo emocionante: Jean desvanecido, Irene, lívida de espanto, sentada en un sillón, Wyoming más pálido y demoníaco que nunca.

—Lleva al joven a su cuarto, Rao... Hazle respirar sales y tráenos whisky — ordenó el profesor.

El hindú levantó en sus brazos a Jean Martinier y desapareció con su fardo.

—¡Acabo de pasar un momento terrible! — suspiró la señora Valmont.

—¡No está usted habituada a esta clase de experiencias querida amiga! — dijo Wyoming.

Sin contestar a eso Irene abrió la ventana y respiró aire embalsamado de la noche.

—Que consuelo — pensó — ver que nuestros queridos muertos pueden, a pesar de todo lo que nos separa de ellos, acudir a nuestra llamado de desesperación... ¡Hay que tener confianza! me ha dicho mi padre!... ¿pero qué confianza puedo tener yo a la vida después de los duelos y las miserias con que me ha colmado?...

Y sin embargo, mi padre no sabría mentir... El me ha dicho que la inocencia es protegida por una fuerza superior. Debo creerlo, a pesar de los desmentidos de cada día! Sin embargo una cosa me entristece: ¿Por qué Henry persiste en no querer manifestarse a mí?...

Detrás de ella, Wyoming con las manos a la espalda, caminaba preocupado a lo largo del salón de fumar.

Al ver entrar a Rao con una bandeja llena de botellas y copas, se detuvo:

—Bien. Deja eso sobre la mesa y ve a acostarte. ¡Ya no tengo necesidad de tí!...

Rao se inclinó y se dirigió a la puerta.

Irene se dió vuelta para preguntarle por Jean.

—¿Un poco de whisky? — le dijo Wyoming — eso le repondrá de sus emociones.

—Gracias — contestó Irene. — ¡Estaré mejor en mi cama! ¡Buenas noches!

Hizo un gesto para retirarse.

Wyoming se inclinó.

—¿No tiene usted nada más que decirme? — interrogó ella.

—¡No, querida amiga! Solo le deseo buenas noches!

—¡Buenas noches! — repitió Irene sonriendo tristemente.

Y salió de la pieza.

Wyoming hizo un gesto de indiferencia y se sirvió una copa de whisky que bebió de un trago.

Pero su frente seguía surcada por una profunda arruga, como si algo lo contrariara.

—¡Veamos un poco lo que dijo ese viejo! — exclamó:

Se acercó al pequeño escritorio de laca que había quedado abierto y tomó entre sus dedos la hoja de papel que estaba aún donde Jean había escrito bajo el dictado del Invisible.

Pero tuvo un sobresalto de horror.

Se colocó bajo la luz y examinó de cerca la hoja que temblaba entre sus dedos.

Tanto de un lado como del otro la hoja estaba en blanco.

Capítulo XVI

LA BELLA JUANITA

El señor Chautin se detuvo para recuperar el aliento en el corredor que conducía al departamento de su hermana.

Hizo un gesto para tocar el timbre. Pero no acabó ese gesto.

—¡Diablo! — se dijo. — podría despertarla llamando. ¿Si golpeara?

Y uniendo el gesto a la palabra, golpeó tres veces, suavemente a la puerta de entrada y esperó prestando atención.

La puerta se abrió suavemente y apareció la señora Gattet.

—¡Ah! ¿Eres tú Antoine? ¡Casi no te oigo!

—¿Cómo está Madette? — preguntó el señor Chautin.

—Ven a verla — replicó la anciana — acaba de adormecerse.

Empujó la puerta del cuarto de Madette y le señaló a la joven acostada, muy pálida, en su cama, con una bolsa de hielo sobre la frente.

—Pasemos al comedor le dijo — estaremos mejor para hablar.

—¿Vino el médico esta mañana? — preguntó el señor Chautin.

—Sí, — hace apenas una hora que se fué — contestó la anciana cuyos ojos estaban enrojecidos por el insomnio y las lágrimas. — Aun no puede pronunciarse. La meninguitis que tanto temía ayer, aun no se ha declarado. Por ese lado al menos, parece tranquilo. Pero el estado de Madette es grave, muy grave.

La señora Gattet se dejó caer sobre una silla.

—¡No puedo más! — murmuró.

—¡No me asombra! van cuatro noches que las pasas en vela sin querer que nadie te reemplace, ni yo, ni una enfermera. Debieras reposar. Ve a acostarte hasta el medio día. Yo me quedaré al lado de Madette.

—Consiento, pues no puedo más — confesó la señora Gattet — Instálate en el cuarto de Madette y si se despierta dale de beber. La bebida está sobre la mesa de luz.

—¿Cuándo volverá el doctor? — interrogó el señor Chautin.

—Esta noche, a menos que el estado de esa criatura no me obligue a hacerlo llamar durante el día.

La anciana dejó a su hermano que cuidara a su querida Madette, cuyo sueño estaba agitado de pesadillas pues a cada momento se sobresaltaba y gemía.

Esa congestión cerebral había atacado repentinamente a la joven, la noche en que supo que la mujer, que con tanto cariño la había educado no era su abuela; y cuando halló en su cartera la lapicera de Jean Martinier.

Esas dos conmociones habían sido demasiado fuertes para su pobre cerebro ya agobiado, desde la desaparición de su novio.

Al despertar de un ligero desvanecimiento se había hallado febril, temblorosa.

Sentía fuertes golpes en las sienes.

Experimentaba dentro de sí misma una expresión de aislamiento, de abandono. La vida se le apareció de pronto como un gran desierto estéril en medio del cual se hallaba perdida.

—¡Es necesario que sepa! — murmuró. Y fué al cuarto donde reposaba la señora Gattet.

Se sentó al pie de la cama y allí esperó. La señora Gattet encendió la luz.

—¡Me has asustado! — exclamó. — ¿Qué hay?

—¿Estás enferma?

—¡No estoy enferma! — dijo Madette reprimiendo el temblor que la agitaba.

—Entonces ¿qué quieres?

—Quiero — contestó la joven — saber toda la verdad en lo que concierne a mi nacimiento.

—Comprendo tu impaciencia pero ¿no podrás esperar a mañana? ¡Es más de media noche!...

—No. Necesito saber enseguida. ¿No comprende usted que no puedo dormir estando en la ignorancia?

La señora Gattet lanzó un profundo suspiro y se levantó apoyándose en la almohada.

—Siéntate a mi lado — le dijo — No es mi historia la que te voy a contar sino una confesión que te voy a hacer. Perdóname desde ya, la pena que te voy a causar.

Y la anciana en medio del silencio nocturno, empezó su relato.

Primero te haré una confesión que te va a parecer ridícula, Madette, porque tú me ves hoy con el rostro lleno de arrugas y con mis cabellos nevados.

Pero, hace treinta años yo era bella y muy agradable.

"Trabajaba en esa época en una gran casa de tejidos. Ganaba bien mi vida y era juiciosa.

"Mi madre trabajaba por su parte, como plegadora en casa de un fabricante de cintas, y tu tío era mecánico, no me acuerdo donde.

"Bueno, los tres éramos felices.

"Mi madre murió en pocos días de una afección al pecho. Viuda muy joven, había trabajado mucho para educarnos, a Toine y a mí, y tenía su organismo gastado.

"La muerte de mi madre fué para mí un inmenso dolor. La casa me pareció vacía...

¡vacía!... No podía sentirme sola. Antoine hablaba de casarse y me pidió que fuera a vivir a su casa cuando se efectuara el casamiento.

"Hallé excelentes razones para rechazar su proposición y para dejarlo cómodo alquilé un nuevo alojamiento, dejándole el departamento de nuestra madre.

"Un día, vino al negocio un joven viajante de París.

"Era un joven bello, encantador. Me observó, buscó un pretexto cualquiera para conversar conmigo, se arregló para encontrarme fuera de las horas de mi trabajo y no tardó en hacerme la corte.

"A la verdad, yo no era insensible a sus homenajes.

—"No comprendo como usted, siendo tan bella — me dijo un día — pueda vivir en esta horrible ciudad. No hay más que un estuche en el mundo digno de guardar una perla rara como es usted; en París.

"¡París! Esa palabra mágica hizo acelerar los latidos de mi corazón!

"De pronto, Saint Etienne se me apareció como una ciudad fea y estúpida donde me asombraba haber podido vivir.

—"¿Es usted parisién? — pregunté al joven.

—¿No se nota acaso en mi aspecto, en mis modales? — me respondió. — Tengo un buen comercio y hago negocios a montones. ¡Ah! ¡si yo tuviera para secundarme y dirigir mi comercio durante mi ausencia — pues me veo obligado a viajar a menudo — una mujer inteligente y trabajadora! ¡Una mujer como usted, señorita Juana!... ¡Sería demasiado bello!... Mis negocios marchan bien; gano mucho dinero. A una empleada de confianza como sería usted, yo le salvaría una situación...

"Inútil decirlo, Madette, que esas bellas palabras me giraron toda la noche en la cabeza y no me dejaron dormir. Ese joven me agradaba. Tenía el aspecto traquilo de un hombre dedicado a sus negocios. Ya me veía a la cabeza de su casa, y casándome un día con él...

"Una noche me esperaba como de costumbre a la salida, no lejos del negocio, y me llevó rápidamente a una calle poco transitada. Lo noté un poco preocupado

—"¿Qué tiene usted? — le pregunté inquieta.

—Me veo obligado a partir mañana. Un telegrama usgente me llama a París.

Debí ponerme muy pálida, pues él siguió con una sonrisa extraña:

—"¿Tanta pena le causa mi partida, señorita Juana para ponerse así?

"Yo bajé la cabeza sin responder: ¡acababa de darme cuenta que estaba locamente enamorada de él!

—"Yo — prosiguió él dando a su voz inflexiones cálidas y estrechándome la mano — siento un gran dolor al dejarla, pues la amo.

—¿Y se casó usted con él, verdad abuelita? — preguntó la joven.

—Espera un poco, replicó la anciana. — ¡Es aquí donde mi historia se hace trágica!

—"¿No nos separaremos así? — suspiró mi galán. — ¡Permítame que le ofrezca una cena, como camaradas!

"¡Que ingenua era yo! Me apresuré a aceptar.

"Fuimos a la calle Fauriel, a un restaurant de moda en esa época y pedimos un reservado.

"¿Qué ocurrió luego? Aún hoy no sabría decirlo.

"¿Me hizo beber demasiado vino, al que yo no estaba habituada?... Me encontré al día siguiente en mi casa, avergonzada de mi falta, espantada de las consecuencias que podían producirse.

"A medio día, al salir del negocio, corrí como una loca al hotel donde se alojaba: ¡mi seductor se había ido de Saint Etienne!

—¡Oh pobre abuelita! — dijo Madette, estrechando las manos de la anciana. — ¿Y luego?...

—Luego, querida, puedes adivinarlo. Pocas semanas más tarde, me dí cuenta que iba a ser madre. Oculté cuidadosamente mi estado a mi hermana y a mi cuñada, a mis compañeros de trabajo, a todos.

"Sin embargo debía tomar una determinación. Escribí varias cartas a París. Todas quedaron sin respuesta. Y el tiempo pasaba...

"Un día, tu tío me dijo que la casa que lo empleaba, lo enviaba por tres meses a Creusot para un trabajo importante del cual era especialista y que se llevaba a su esposa con él.

"¡No puedes figurarte lo que esa partida me tranquilizó!... Fué durante su ausencia que cometí la locura de dejar todo; mi negocio, mi departamento, Saint Etienne, y una noche, tomé el tren para París.

"Tenía dos o tres mil francos. En esa época era mucho dinero.

"Esperaba hallar, como él me lo había descrito, un negocio lujoso. Llegué a una casa sombría, donde empleados mal vestidos me miraban torvamente cuando pedí por el patrón.

"¿El patrón? — me contestó de mal modo uno de los empleados — Está de viaje por tres meses.

—"¿Dónde? — pregunté con voz ahogada por la emoción.

"¡Ah! — replicó — ¡Es usted curiosa!... ¿es quizá parienta?

—"No — contesté — soy su amiga.

—"¿Cuál? — exclamó ese imbécil bromeando.

—¡Tiene tantas!...

—¿Y usted que hizo entonces, abuelita? — preguntó Madette.

—¡Esperé que volviera! — contestó la señora Gattet! — Alquilé un cuarto, pagué el ajuar de mi bebé, lloré, sufrí, gasté todo mi dinero!...

"Tenía como vecina a una bailarina de Montmartre, de los cabarets.

(Continuará)

"Era bella y buena. Tuvo piedad de mí y me ayudó. Muchas veces me decía:

—"Cuando nazca tu niño, ponle una nodriza y aprende a bailar. Tendrás éxito.

"Pero ¡mi idea era ante todo dar un padre a mi hijo!...

"Todos los días, hacía lo que yo llamaba mi calvario. Iba a la calle de Cairo a rondar cerca del negocio de mi seductor y miraba al pasar a ver si lo veía.

"Al fin, después de varias semanas, lo ví a través de las grandes vidrieras.

"Como una loca me precipité hacia él:

—Amadeo, — le dije — ¡aquí estoy!

"El dió un salto hacia atrás al verme, pues debí asustarlo. Al principio no me reconoció.

—¿Qué desea usted, señora?

—¿No me reconoce? — le dije. — Soy Juana Chautin de Saint Etienne... la empleada de...

"La mirada que me dirigió heló mis palabras en la garganta...

—"¿Qué quiere usted? — me dijo con crudeza.

—"Yo... yo vine — dije tímidamente — porque me dijo usted que necesitaba a alguien para su negocio y luego... estoy...

"Me hizo callar con un gesto y me llevó a su escritorio, pues los empleados estaban mirando.

—"Mire — me dijo — ¡yo no he nacido ayer!... conmigo el chantage no resulta... ¡No es usted la primera que quiere hacer eso conmigo!... ¿Yo el padre de su hijo?... ¿qué pruebas tiene? ¿He vivido acaso con usted? ¿Tiene cartas mías? No ¿verdad?... Entonces, le aconsejo que se vaya lo más pronto posible pues esta conversación puede llevarla a San Lázaro, donde van las que son como usted...

—¡Ah mi pobre Madette! ¡que desilución! ¡que pena!... Si hubiera tenido un revólver, no se, si no hubiera matado a ese miserable, tanta cobardía veía detrás de su apariencia de impasibilidad y amenaza!... Me contenté con mirarlo y exclamar con todas mis fuerzas:

"¡Es usted un miserable! ¡un cobarde! ...¡Es usted el responsable de mi desgracia, y usted lo sabe bien!... ¡usted me ha perdido!... ¡Que mi maldición caiga sobre usted!

"Y salí con la cabeza erguida, mordiéndome la lengua hasta hacerme sangre por no estallar en sollozos.

"Mi vecina, la bailarina, me consoló lo mejor que pudo. La hice mi confidente y le conté la escena que acababa de tener lugar.

"Me obligó, con toda la fuerza de su persuación a tranquilizarme.

"¡No te aflijas! — me decía. — ¡las lágrimas no sirven para nada! Entre las dos educaremos a tu niño. ¡Hay que ayudarse en la vida!... Yo adoro a los niños de otros... ¡Seré su madrina! Aun tienes un poco de dinero. Te servirá hasta que nazca tu niño, mientras tanto; ¡se razonable y no te hagas mala sangre!... mira, los hombres no merecen ni siquiera que una se preocupe de ellos... Mira, Juanita, los juramentos de amor, los besos apasionados, eso no existe más que en las novelas. Yo, he jurado no amar a ningún hombre y no amaré a ninguno y me considero la más feliz de las mujeres¡...

—¡Tenía carácter esa mujer! — dijo Madette.

—¡Te parece! — contestó la anciana — Un día, ella encontró a un joven, gerente de un restaurant de mucho dinero. Se enamoraron uno del otro. ¡Y se casaron!... Tuvieron tres hijos y son muy felices. Aun viven en Vire, en el Calvados y todos los años me manda alguna carta.

—¿Y usted abuelita? ¿Cómo siguió su historia?

—La mía fué más triste... Entré en la Maternidad y tuve un niño muerto. ¡Todos mis sufrimientos lo habían matado!...

—¡Es horrible! — dijo Madette

—"Durante ese tiempo estuve literalmente loca. Fué la bailarina quien me consoló. Trató de distraerme enseñándome a bailar.

"Un día, descubrió que yo tenía una voz agradable. Me hizo dar lecciones por un viejo bohemio de Montmartre, antiguo laureado de Roma, caído por la bebida. Ese viejo me enseñó algunas canciones !y qué canciones! — se esforzó en crearme un estilo, inventado por él: la canción bailada.

Bueno, cuando estuve "a punto" como él decía, mi amigo y él me hicieron hacer una audición ante el propietario de un cabaret de la calle Pigalle, quien me contrató por cinco francos la noche... con permiso de hacer yo una colecta. ¡Para mí era lo fortuna!... ¡Ganaba hasta veinte francos, de las once de la noche a las cinco de la mañana! Me hice llamar: la bella Juanita, y me hice alegre, contenta, satisfecha de vivir, pero conservando en el fondo de mí misma, un amargo deseo de vengarme en todos los hombres, de aquel que tanto me había hecho sufrir.

"En ese tiempo, mi amiga, la bailarina, partió en una gira a Buenos Aires por ocho meses.

"Una vez sola me lancé a las diversiones, bailaba, cantaba y tenía más éxito, cuanto que poseía una pésima reputación.

"El tío Toine me escribió en vano para hacerme entrar por el buen camino y decirme que mi conducta escandalizaba a su esposa.

"¡En el tren que me había lanzado, date cuenta, Madette, si yo lo escucharía!...

"Del cabaret pasé al music-hall, con un serio contrato: ¡Fué el apogeo de mi gloria!

"Tuve petit-hotel, coches, alhajas, pieles, no me reconocía más... Mientras más enamorados de mí, veía a los hombres más me burlaba de ellos, y más rendidos los veía!...

"Esa vida duró veinte años. ¡Se tarda en envejecer en el music-hall! Veinte años de lujo, de diversiones, de éxito... De desengaños también, pues he rozado almas innobles durante ese período, tanto de hombres como de mujeres!...

"Una noche de fiesta — era en 1905 y me acuerdo como si fuera ayer — yo había llegado con una banda de amigos, sino de adoradores al Baratte, un cabaret de Halles. A nuestro grupo se había unido un joven, de

mirada brillante, bello como un joven dios. Había bailado conmigo. Lo habían invitado. Bebió más que todos.

"A la madrugada se habló de irse. Todos se apuraban. Yo fuí al tocador para poner en orden mi cabellera y arreglarme un poco.

"Sofoqué un grito de horror ¿qué acababa de ver? Al joven que había estado con nosotros, ante el espejo, pálido como un muerto y con un revólver en la mano.

"Lo tomé de la muñeca y le dije con risa forzada:

"No hay que dejar a los chicos que se diviertan con armas de fuego.

"Se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Y a usted que puede importarle?

"¡No haga esa tontería! — le dije apretandole el brazo. — No sabe usted lo que hace! La vida es bella, joven... y luego... luego... esa idea me atravesó el cerebro como un relámpago — tiene usted a su madre!... ¡Por ella no tiene usted derecho a matarse!...

"Su rostro se crispó dolorosamente. Había golpeado bien.

"Me miró con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Y es usted! ¡la bella Juanita, quien me dice eso!

"¡Yo! — respondí. — ¿Y qué? ¡Ya ve usted que tengo razón.

"Le quité el revólver que guardé.

"¡Vamos, valor! — le aconsejé — y cuando tenga ganas de hacer una tontería, piense en su madre! ¡Adiós!

"Lo dejé anonadado, un poco consolado, y corrí a buscar a mi amigo, cuyo coche me esperaba en la acera.

"No pensé más en ese incidente, hasta que, ocho días más tarde, mi mucama me trajo la tarjeta de un visitante diciéndome:

—Este señor insiste en ser recibido.

"Leí la tarjeta. Decía:

GEO GATTET

Aviador

"El nombre no me decía nada.

—"¡Hágalo entrar! — dije a mi criada.

"¡Cuál no fué mi sorpresa al hallarme frente al joven desesperado del Baratte!

"Venía a agradecerme el que le hubiera salvado la vida.

"Me lo dijo en términos llenos de dignidad y de tacto y halló para excusar su gesto, palabras tan sinceras, que por primera vez en mi vida tuve la impresión de hallarme ante "alguien".

"Me puso al corriente de su vida, francamente, como un camarada; me dijo sus esperanzas, sus proyectos, sus decepciones, sus sueños... ¡Pobre joven! A mi vez, le conté mi existencia, y le confesé mi odio a los hombres. Y ante él, sentí vergüenza de todo lo que había hecho. Si, yo, la bella Juanita, llegue casi a temblar ante ese hombre.

"El sentimiento perverso de malsana curiosidad que me había impulsado un momento antes a recibir la visita de un aviador, de uno de esos hombres maravillosos de audacia, que todas las mujeres se disputan, se transformó en un respeto, hacia ese joven para quien la vida había sido cruel, como para mí, y que venía a excusar su gesto de cobardía agradeciéndome por haberle salvado una vida en la que confiaba, a pesar de todo, hacer algo grande.

"Yo enrojecí al pensar en mis años de juventud tan tontamente desperdiciados, y la existencia fastuosa que llevaba me pareció de pronto estúpida.

"Sentí pronto que al respeto que Geo Gattet me inspiraba se unía un amor profundo, nuevo sincero, como jamás lo había sentido.

"Pero oculté ese sentimiento en el fondo de mi corazón, pues temía manchar la amistad maravillosa que el cielo ponía en mi camino.

"Fuimos amigos, sólo camaradas; y a su contacto, me sentí transformada, mejor, capaz de comprender los dolores de los otros, más mujer en fin...

"Una noche, él vino a verme con aire triunfante:

—"Juanita — me dijo. — ¡Tengo que darle una gran noticia!

—"¿Qué? — le dije intrigada.

—"El constructor de aviones de que yo soy piloto, acaba de inscribirme en el Circuito del Este, organizado por el diario Le Matin!

"Era la primera gran carrera que se organizaba.

"Al saber la noticia sentí un siniestro presentimiento y me puse lívida.

—"No tengo derecho, Geo — le dije — de impedir que la gloria coloque sobre su frente su corona de laureles. ¡Vaya! ¡Que el cielo lo proteja! ¿Cuándo es el circuito?

—"Dentro de un mes. El tiempo de preparar el monoplano.

"Una noche, me tomó bruscamente las manos, me obligó a sentarme.

"Juana — me dijo con voz que la emoción ahogaba — permítame que le hable seriamente. — Tengo con usted una deuda de agradecimiento infinito. No duda usted que mi existencia le pertenece puesto que es gracias a usted si no me he matado, borrando con mi vida, mi último sueño... El raid peligroso que voy a tentar, tendrá éxito tengo esperanza. Pero si me ocurriera una desgracia, no quiero, ¡No quiero! ¿entiende usted? que guarde usted de mí el simple recuerdo de un camarada. Voy a hacerle una confesión que desde que la conozco me pesa, me ahoga.

"La amo... ¡Oh! no como los otros: "mejor" que los otros... ¡Como nadie la amó jamás! Pues lo que yo amo en usted no es la mujer frívola y — digamos la palabra mala — que enloqueció tantos hombres e hizo tantos desgraciados, sino al ser sensitivo y bueno que yo descubrí bajo la máscara que se esfuerza usted en llevar, y que una noche me salvó la vida...

"Y a esa mujer es a quien hoy vengo a decirle: ¿quiere aceptarme por marido? ¡Oh! ¡no me diga nada, no haga ningún gesto! ¡oígame hasta el fin! El circuito que voy a emprender, será quizás mi gloria, quizá mi tumba... Permítame que le dé mi nombre... Si desaparezco, tendré al menos el consuelo de ser llorado y lamentado por un ser que habré amado y que llevará eternamente mi duelo!

(Continuará)

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

AL ver alejarse el aeroplano, Río Kid movió la cabeza.

—Ahí va la última esperanza de los hombres de este lugar — dijo — Los bandidos seguramente han desvalijado la caja del viejo Yarborough.

—Una razón más para que yo nunca ponga dinero en un banco — gruñó Flach — Entre los banqueros que quiebran y los ladrones, no se que seguridades tiene uno.

—Yo ví todo lo que iba a ocurrir. Fué como esas nubes inocentes que se amontonan alrededor de una montaña en una tarde de verano. De pronto se convierten en tormenta y no le dan a uno tiempo de llegar hasta su caballo.

Mientras subían al auto, para volver al pueblo, Río Kid le contó brevemente a Flash la historia de Reno Blackle, del auto negro y de sus ocupantes.

—Me pisé el palito! — dijo Río Kid — Había un coupé, en el callejón, con el motor en marcha y no sospeché de él. Pensé que era de alguno de los muchachos. No me figuré que estuviera esperando al pájaro que se hallaba dentro del banco y siempre creí que éste saliera por la puerta del frente.

—Parece que hubiera algún entregador — dijo Flash.

—Sí, — convino Río Kid — yo también lo pienso. Aquellos dos hombres tenían probabilidades de poder escapar. si todo salía bien; en caso contrario, servirían para distraer la atención, mientras Blackle se escapaba por otra puerta, con el botín.

Y hasta creo que contó con la muerte de los otros dos. ¿No le parece?

—Lo mismo pienso — declaró el otro decididamente. — El que dirigió este asunto es un tipo listo. ¡Cualquier día iba a hacer tres partes de la pechuga del pavo!

—¡Listo! — murmuró Río Kid pensativo. — Y además bien informado por gente de adentro. ¿Cómo pudo enterarse Reno Blackle de que en la caja del Banco de los Ganaderos había tanto oro?

—Quizá fué un golpe al azar.

—¿Un hombre listo intentaría un golpe al azar? — preguntó Río Kid.

—Sí, tiene razón — gruñó Flash — No es creíble.

El auto del sheriff se detuvo junto a la acera, a la vuelta del Banco y los dos oficiales se abrieron paso entre el gentío que llenaba la calle. No hubiera podido producirse más excitación si un terremoto hubiese desvastado la ciudad. Algunos pocos habían presenciado los sucesos y lo contaban a gritos.

Los dos bandidos estaban muertos, uno tendido en la calzada, frente al Banco, el otro todavía caído en el asiento del auto, restos, macabros y sangrientos que debían obsesionar la memoria de los que los contemplaban.

—Lo que sabían se lo han llevado consigo — dijo Flash, después de cerciorarse que ambos estaban fuera de la jurisdicción

de la oficina del sheriff. — Será difícil hallar el rastro.

Río Kid hizo vibrar los alambres, enviando una descripción del aeroplano a las ciudades vecinas, pidiendo a la policía y a los aviadores que hicieran lo posible por interceptar el paso del aeroplano del bandido o localizarlo. Sin embargo, tenía pocas esperanzas de que el aeroplano fuera visto, excepto quizá en algunas pocas y aisladas regiones. Lo habían visto tomar rumbo al sur y teniendo la frontera a menos de una hora, por el aire, había poca esperanza que los ladrones del Banco fueran detenidos. Las tierras desoladas que se extendían ante ellos los protegerían suficientemente hasta que llegaran a las montañas azules y desiertas de México.

El viejo Yarborough estaba completamente abatido. Lo inesperado de la catástrofe había sido para él como un golpe con un instrumento pesado. No podía creer que su valerosa y pequeña reserva hubiese desaparecido y no hubiera ya más que su viejo y fuerte corazón entre el Banco y el desastre más completo.

Estaba caído en un sillón, los rulos grises enmarañados, el rostro huraño y desencajado, examinando el horizonte en busca de algún futil rayo de esperanza. Así lo encontró Río Kid.

El sheriff cerró la puerta al entrar, para evitar la presencia de intrusos. Luego se paró delante del viejo, flaco y canoso, sobre cuyos caídos hombros reposaba la responsabilidad financiera del pueblo.

—¿Hay alguna esperanza? — preguntó con voz sin expresión.

Río Kid no contestó enseguida; se quedó mirando al otro, larga y ansiosamente.

—Viejo, — le dijo con voz que revelaba compasión y simpatía — cuando la última gota de agua se ha secado y el cowboy cuelga su montura para responder al llamado del Gran Patrón, creo que no hay mucha esperanza. Pero hasta entonces, amigo, tenemos tantas probabilidades como cualquiera. Y hasta más que el pájaro que se llevó el dinero.

—¿Quiere decir qué...? — repentina esperanza brilló en los opacos ojos del viejo Yarborough.

—Quiero decir que no hay bandido que no deje algún rastro. Lo único que uno tiene que hacer es tener cuidado de no borrarlo. Lo primero es averiguar como se enteró Reno Blaskie de que había en la caja doscientos mil dólares.

—¿Qué quiere decir? — preguntó el viejo Yarborought frunciendo las cejas. No entendía adonde quería ir a parar el sheriff.

—¿Quién estaba enterado del dinero? — preguntó Río Kid, sin hacer caso de la pregunta del otro.

—Pues, sin contarme a mí, Franck Berger, Mary Nason y Charlie Combs.

—Y yo — dijo extrañamente Río Kid.

—Sí, seguramente.

—Y alguien pasó el parte.

—Pero... ellos no pueden... balcuceó el viejo Yarborough — Yo apostaría por ellos mi cabeza.

—Quisiera hacerles algunas preguntas, si no tiene inconveniente.

—Llamaré a Mary y a Charlie — dijo el anciano — Frank Berger está de vacaciones; partió el sábado pasado. — añadió prontamente. — Me parece una pista inútil, Kid. Sáquese esa idea de la cabeza. Todos ellos son leales. Quieren al Banco. El robo es cosa que puede ocurrir en cualquier pequeña población; pero quiso la mala suerte que hubiera tanto dinero en caja.

—Mándeme a Mary Nason — dijo Río Kid bruscamente. — No creo que Charlie Combs sepa nada. Siempre me ha parecido un hombre honrado.

—¡Pero, hombre de Dios! — exclamó el viejo, saltando de la silla y súbitamente enojado — No va usted a sospechar de una señorita que...

—¡No se sulfure, viejo! — Haga lo que le digo. Este Banco es asunto suyo. Lo maneja bien.

Desde hace algún tiempo, mi oficio es luchar contra bandidos y cuatreros.

Lo conozco bien. Se lo que tienen en la mollera a veces antes que ellos mismos.

—¡Usted es un joven tonto! — estalló el otro.

Río Kid empezó a buscar un cigarrillo.

—Quiero verla a Mary Nason — dijo — Y a solas.

III

"BUSCAD LA MUJER"

Mary Nason no era ya una niña. Reservada y madura, no dejaba de ser bonita. Tenía aspecto de salud, ojos vivos y penetrantes. Era alta, esbelta y se arreglaba muy bien. No tenía nada de aturdido ni artificial. No parecía de las mujeres que fuman ni meten barullo en una sala de baile.

Pensó Río Kid, al verla entrar, que a cualquier hombre le hubiera gustado tener una esposa como Mary Nason y le extrañó que no se hubiese casado todavía.

Mary cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella. Había en sus ojos desconfianza, desafío. Desdén también quizá. Se había sorprendido ante el llamado del joven sheriff. Ella y Charlie Combs habían dado ya su versión del asalto. Habían contado todo lo que ocurrió desde que Rene Blaskie entró hasta que encerró a los empleados en la oficina de Farborough. Había advertido la expresión turbada de los ojos del viejo banquero, que se acercaba a ella de mala gana. El sheriff quería verla. Había este... una cosa que se había olvidado de preguntarle.

Y ahora allí estaba aquel sheriff, demasiado joven, nuevo en la localidad, sentado en un ángulo del escritorio.

Río Kid no volvió la cabeza al entrar la mujer en la habitación. Reinó un momento de silencio, casi embarazoso, recalcado por el tic-tac del reloj de la pared.

Al fin Río Kid preguntole sin mirarla.

—Señorita Nason ¿nunca ha estado usted enamorada?

La mente de Mary estaba llena con el torbellino de los acontecimientos ocurridos durante la hora pasada. Sentíase temblorosa y turbada; pero se había construído una especie de coraza exterior y parecía reservada y tranquila. Conocía a Río Kid, sabía que el nuevo sheriff era hombre de acción y valeroso; pero siempre le pareció un poco grosero, falto de dignidad para el puesto.

La mujer se había preparado para algo, no sabía qué. Estaba dispuesta a afrontar al oficial detrás de una careta. Y sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos, quedó desarmada. En vez de la brusquedad que esperaba, Río Kid le había hablado con acento casi dulce, sumiéndola en un estado próximo a la confusión.

—No lo comprendo, sheriff — tartamudeó go movió la cabeza y lanzó una especie de bufido desdeñoso. Esperó, con los labios apretados hasta recobrar su habitual compostura.

—Y entonces — continuó Río Kid — siempre mirando la escena de la calle — el tipo se cepilla la ropa, se peina, se lava las orejas y se para delante de las vidrieras a mirar cosas que antes no le interesaban. Se pone tonto. Le ha entrado la chifladura.

Hubo una pausa. Río Kid dió una larga chupada a su cigarro y miró de soslayo a la mujer. No vió en ella más que frío desdén y en el fondo de sus ojos algo más.

Río Kid continuó:

—Yo nunca me he ocupado de las mujeres; pero cuando llegué aquí, encontré una chica que me gustó.

—Sí, Janey Wray, la empleada de la Western Union — comentó la otra en voz baja.

El sheriff le mostró la tarjeta al comisario.

— No se que quiere usted decir.

—Creí que todas las mujeres entendían algo de eso — dijo Río Kid — La mayor parte de ellas son románticas, leen historias de amor, se enamoran de los héroes del cine. sueñan con un hogar y chicos. A lo menos yo me las he figurado así.

—¿Usted se las ha figurado? — preguntó incrédulamente Mary Nason — Es...

—Mientras que un hombre — prosiguió Río Kid, sin hacer caso de la interrupción — que anda ocupado domando potros, marcando ganado o peleando, no tiene tiempo para esas cosas... hasta que, bueno hasta que un día encuentra a una mujer...

La joven, que estaba parada junto a la puerta miró con ojos incrédulos al hombre que tenía ante ella, al sheriff de Estado Yermo, de quien había oído contar muchas hazañas; pero ninguna aventura amorosa. Lue-

—¿Lo sabía? — dijo Río Kid arrastrando las sílabas, con sorpresa — Bueno, al principio ello no parecía mirarme con malos ojos; pero luego sin duda le pareció mejor casarse con un empleado de Banco que con un pobre cowboy que se ha convertido en sheriff por casualidad. Las mujeres son muy prácticas ¿no le parece?

—Yo siempre pensó que Janey es una chica muy simpática — dijo Mary sin contestar directamente.

—No se puede culpar a una mujer que se enamore de un buen mozo como Frank Berger — continuó Río Kid — Aunque no puedo yo decir que el tipo me guste. No puedo soportar ese bigote en forma de cepillito que usa sobre el labio superior. Además es muy altanero. Dicen que fué a la universidad o cosa así.

Mary asintió.

el Gorrión
LA REVISTA SEMANAL DE LAS VERDADERAS
HISTORIETAS
24 paginas multicolores 24
3 grandes concursos 3
con valiosos y originales premios
APARECERA TODOS LOS MIERCOLES
La página del color - la página del pequeño ingeniero - la página del pasatiempo - Fábulas - Cuentos cómicos - chistes ilustrados - secciones instructivas multicolores.
el Gorrion
costará
solamente
10 cts
10 cts
solamente
costará
el Gorrion
Un concurso especial con un prémio valioso a la inteligencia mas despierta y a la colaboración mas interesante: Las bases de este concurso las hallarán publicadas desde el primer número de
el Gorrión
que comenzará a aparecer
desde el 7 de DICIEMBRE
Grandes sorpresas - regalos para los niños y niñas mas estudiosos - haga que el canillita reserve su ejemplar

—Yo lo encuentro muy simpático — dijo bajando los ojos.

A Río Kid le pareció que velaba su pena con los párpados caídos.

Pero de pronto Mary Nason se enderezó, con la cara roja, los ojos desafiantes:

—Diga ¿está usted investigando un robo o me ha llamado para hablar de asuntos de amor?

Río Kid sonrió torcidamente.

—Cierto que me aparté un poco de la cuestión — confesó, añadiendo en su defensa — Pero usted sabe que hay un dicho: "Buscad a la mujer".

—¿Y cree que hay alguna mujer complicada en el asalto?

—Puede ser que la haya. — el sheriff pareció ir de pronto derecho al grano — Aquel hombre no tardó mucho en encontrar el dinero y huír. — dijo. — No debe haber demorado más de dos minutos después de encerrarlos a ustedes aquí.

—No tardó mucho más — convino Mary Nason.

Para un tipo que nunca había visto antes el interior de la bóveda del tesoro me parece poco. Debió saber donde estaban los fajos de dinero. No pasó seguramente mucho tiempo examinando si llevaba verdaderos billetes ú otros valores no negociables.

La mujer miró a Río Kid vivamente. Quizá, después de todo, no fuera el joven tan tonto como parecía.

—No había pensado en eso — admitió.

—¿Estaba la puerta interior de la caja cerrada con llave? — insistió el sheriff.

—Siempre estaba cerrada, excepto cuando entrábamos allí por algo.

—¿Con llave o combinación?

—Combinación.

—¡Y Reno Blackie un forastero, sabe Dios de donde, la abrió en un par de minutos! — Río Kid frunció el ceño. Un auto destartalado del garage Blanco y Negro había dado vuelta la esquina y sus ocupantes se preparaban para sacar el sedan negro de frente a la barbería. El furgón se había llevado ya a los dos bandidos muertos.

—Parece extraño ¿verdad? — Mary Nason empezó a tamborilear con los dedos sobre el escritorio.

—Vamos a ver cuanto tiempo demoramos en abrir la caja — sugirió Río Kid — ¿Usted conoce la combinación?

Ella asintió lentamente con la cabeza.

—Sí, la conozco.

—Mientras se ensayaba el saqueo de la caja se descubrió que el dinero robado se había guardado en un compatimento de acero, protegido por su llave propia. De modo que, aunque una persona lograra llegar a la última defensa de la caja, todavía hallaría un obstáculo: el cajón cerrado con llave.

Por consiguiente, Reno Blackie, durante aquel breve espacio de tiempo, no solamente pudo abrir la combinación si no el compartimento especial. Esto, indicaba que además del conocimiento de que el Banco de los Ganaderos guardaba una gran suma de dinero, sabía la combinación de la caja y tenía una llave del cajón.

El viejo Yarborough estaba estupefacto. Las deducciones de Río Kid eran lógicas. Durante la excitación que siguió al robo no tuvo tiempo de pensar en esas cosas. Fué un nuevo golpe el comprender que había un traidor entre aquellos en quienes había confiado ciegamente.

Sus ojos, llenos de dolor, fueron del pálido y manifiestamente agitado Charlie Combs a la fría y serena Mary Nason. Ni siquiera el sheriff estaba enterado de aquella precaución extra, tomada por el banquero para proteger el tesoro. Tres de los que estaban en las desiertas oficinas del Banco, conocían el secreto, él y los dos empleados. Cierto que estaba también el cajero Frank Berger; pero se hallaba hacía cuatro días ausente..

—¡Un traidor! — murmuró el viejo banquero. — ¡Un ladrón! ¡Uno de nosotros es un ladrón! — repitió con doloroso énfasis.

—¿Está usted bien seguro de Berger? — preguntó Río Kid.

—Absolutamente — declaró el banquero. — Conocí a su padre. Los Bergers no tienen sangre de ladrones. Por eso es que tomé a Frank, hace diez años. Le debía un servicio a su padre y sabía que algún día yo necesitaría un sucesor. El lo hubiera sido.

Se sentirá aun más apenado que yo.

—¿A dónde fué a pasar las vacaciones? — preguntó el sheriff. — Creo que tenemos que comunicarnos con él. Puede ser que nos ayude, — miró a Mary Nason, como si la interrogación fuera para ella.

Ella movió la cabeza negativamente

—Yo... yo no se. Pensaba mandarnos una postal desde los Angeles. Habló de un viaje en barco, a Seattle y a Vancouver.

El sheriff se volvió de pronto a Charlie Combs.

—¿Usted nunca vió al tipo que los encerró?

—Lo ví en el pueblo, una o dos veces.

—¿Dónde, en la casa de juego?

—Sí, creo que fué ahí.

—¿Habló con él?

—Este... jugamos al billar una noche. Con Blackie y otros dos más. — el joven Combs estaba evidentemente nervioso. El sheriff pensó.

—¿Ah sí? ¿De manera que juega usted?

—A... veces.

—¿Pierde?

—No mucho. — vacilantemente.

—Muy bien — Río Kid se dirigió hacia la puerta. La entrevista había terminado. — Voy a llegarme hasta la oficina de telégrafos y veré si hay noticias del aeroplano.

IV

¿RIO KID ENAMORADO?

No había informes del aeroplano que poco tiempo antes se había elevado en el campo, al este de Palomas. El piloto había evidentemente tenido cuidado de evitar pasar sobre ciudades o sitios habitados, cosa que no era difícil en aquella vasta extensión desierta. Los "ranchers" no tenían conocimiento del robo y el aeroplano no les habría llamado

mayormente la atención. Diariamente pasaban aeroplanos con correspondencia y pasajeros, mientras algunos de los grandes "ranchs" tenían aeroplanos propios.

Río Kid, comprendiendo que se encontraba ante una pared lisa, confió en obtener algo enviando a todas partes la descripción del ladrón del Banco y esperando que, al hallarlo a él, quizá hallara a otro.

Sentíase desalentado, deprimido. En tiempos pasados y en ciudades menos adelantadas que Palomas se hubiera organizado una partida, con el sheriff a la cabeza para perseguir al ladrón. También pudo hacerse esto en auto; pero no había aeroplano en Palomas para seguir al bandido, con excepción de dos viejos aparatos que no podían competir con aquel de último modelo. Los tiempos y las circunstancias habían cambiado.

Y no solamente era el robo del Banco que pesaba sobre la mente del joven sheriff cuando volvió a su oficina; había otro asunto que también lo atormentaba. Río Kid no había amado nunca. ¿Se había enamorado ahora de Janey Wray, que después de parecer complacerse en su compañía demostrara marcada preferencia por Frank Berger?

Janey era linda, muy cortejada. Cuando Río Kid expresó su desagrado por las preferencias que demostraba a Frank Berger, ella le contestó que era muy dueña de ser amable con quien le pareciera y el idilio, apenas esbozado entre la muchacha y el joven sheriff, quedó trunco.

Berger bailaba muy bien y era muy entretenido, mientras que Río Kid, socialmente podía considerarse un fracaso. Río Kid sospechaba que Janey deseaba demostrarle a las muchachas del pueblo que, aun siendo una modesta empleada de telégrafos, podía conquistar al caballero más distinguido y codiciado de los alrededores: Frank Berger

Bueno, no valía la pena hacerse mala sangre por mujeres, pensó Río Kid. A la muchacha se le había llenado de viento la cabeza. Lo más probable era que sufriera un desengaño en sus ilusiones.

Lo que más le dolía al sheriff era que Janey había partido de Palomas el sábado anterior, para los Angeles, sin una palabra o billete de despedida. Pensó que ella se había ido inesperadamente de vacaciones. Pero, aunque no quería admitírselo, ni aun a sí mismo, aquello le parecía extraño. Frank Berger se había ido en el mismo tren. Esto lo había sabido por el jefe de la estación, cuyas veladas insinuaciones casi lo sacaron de quicio.

Pasó un día, dos días y Río Kid no pudo hallar rastros de Reno Blackie. Su debut cómo sheriff de Palomas era un fracaso y ya estaba pensando en mandar su renuncia.

Y luego le llegó una postal chillona, representando a una señorita española, bailando una graciosa danza del Viejo Méjico. Estaba sellada en Ensenada.

La letra era de Janey. Y decía:

"Me divierto mucho. Quisiera que estuvierá usted aquí... vecino", 73.

Era todo. No había ni siquiera firma excepto aquel "73" que era una manera telegráfica de decir "los mejores deseos".

Sin embargo, algo conmovió a Río Kid. Era una palabra del breve mensaje: "vecino".

Cuando recién conoció a Janey, la palabra "vecino" tenía un gran significado. Era como "amigo". Quizá Janey la usaba por costumbre. ¿Quién entendía a las mujeres?

Río Kid dió vueltas y vueltas la tarjeta. Sus ojos se fijaron en el sello. ¡Ensenada!

Quedaba a setenta millas de la costa, en Baja California, situada en la costa de la Bahía de Todos los Santos.

Río Kid sonrió torcidamente. Quizá no tan paraíso, después de todo. La comunicación cesaba allí, mientras un tortuoso camino del desierto penetraba en el Ranch de Hamilton, extendiéndose unas setecientas millas hacia la Paz y Cabo San Lucas. ¡Ensenada!

Entró Flash. El sheriff le mostró la tarjeta al comisario.

—¿Estuvo usted alguna vez ahí?

Flash no contestó enseguida; pero sus miradas fueron de la tarjeta a Río Kid, curiosamente.

—¿De quien es, de Janey?

—Sí...

—Linda la tarjeta.

—Muy chillona — dijo con una mueca.

—Linda mujer — examinó la figura de color, gravemente.

—S...i.

—Seguro que estuve allí. — se refería Flash a Ensenada. — ¡Vaya un sitio para ir a pasar sus vacaciones una chica!

—Estaba pensando lo mismo.

—Dice que desearía que estuviera usted allí. ¡Cómo son las mujeres!

—Creo que nos haremos un viajecito hasta allá — dijo Río Kid.

Flash lo miró, como si dudara de que hablaba en serio.

—¡Seguramente! — dijo con sarcasmo — Maldito lo que tenemos que hacer aquí. Resulta muy aburrido desde el robo del Banco. De todos modos, necesitamos un descanso.

—Eso es verdad — dijo Río Kid. — No hemos servido de mucho en este asunto. Tanto da que nos vayamos a Ensenada como a cualquier otro sitio ,creo.

—Será un lindo sitio para ahogarnos, si es eso lo que quiere decir. Sería una lástima echar a perder el agua aquí, donde hay tan poca. ¿Cuándo partimos, jefe?

—Dentro de una hora — contestó brevemente Río Kid — Lleve su revólver de seis tiros. Y algún otro no estará de más. Y póngase bien "paquete".

Flash apoyó las manos en el escritorio, mirando a Río Kid como si pensara que el otro sufría algún extravío mental, debido a la preocupación. Al fin movió lentamente la cabeza.

—¡Que lleve el revólver de seis tiros! ¡Hum! — luego añadió con tono paternal. — Déjese de hacer macanas, sheriff; no vale la pena.

(Continuará)

LATIGO NEGRO

DETECTIVE

Por Charles Hutchinson

(Continuación)

CONDUCTA SORPRENDENTE

A la velocidad que llevaba la lancha, no tardaron mucho en atracar al desembarcadero de Westminster. Al pasar junto al "Speiro" lo observó Látigo Negro atentamente.

Vió que el yate, fuera de las luces reglamentarias, se hallaba en completa obscuridad.

Dejaron a Héctor al cuidado de la lancha y se dirigieron apresuradamente al gran edificio, sobre la Embankment. Látigo Negro llevaba todavía apretadas, inconscientemente, en su mano, el pedazo de camiseta y las monedas. Presentando su tarjeta pidió ver inmediatamente al Superintendente Martín.

Después de una corta espera, le avisaron qe el sper estaba aún en s oficina. Látigo Negro y Beefy se dirigieron inmediatamente al ascensor.

En el cuarto piso abandonaron el ascensor y tomaron por un largo corredor. Desgraciadamente era un caso de "vísteme despacio que estoy de prisa". Porque al dar vuelta una esquina para dirigirse a la oficina de Martín chocaron con violencia contra alguien.

Algo resonó sobre el "parquet" del piso. Pero ni Látigo Negro ni Beefy se fijaron. Se detuvieron juntos, confundidos y alarmados, mientras Látigo Negro se deshacía en disculpas. ¡El hombre contra quien habían tropezado era nada menos que el Jefe de Scotland Yard!

—Lo siento mucho, Sir Hugh... — empezó Látigo Negro Y luego reconoció al segundo hombre.

Parado junto al comisario estaba Mr. Phillip Gusman, el famoso millonario americano, propietario del yate "Speiro".

Pero el americano no se mostraba ya frío y ligeramente desdeñoso como lo habían visto aquella mañana sobre el puente de su yate. Su rostro moreno estaba rojo de ira. Sus ojos fijos, desorbitados, estaban clavados en el suelo, mientras los nudillos de sus puños apretados relucían como perillas de marfil.

Reinó, por espacio de un segundo, una pausa embarazosa. Látigo Negro se ruborizó ligeramente por su torpeza, aunque el jefe de Policía le dirigió una amable y humorística sonrisa. Pero luego, al reparar en la alterada expresión de Gusman, sus ojos se fijaron lentamente en el piso.

Casi a los pies de Gusman estaba una de las brillantes monedas de plata que Látigo Negro había hallado en poder del marinero herido.

Látigo Negro se agachó para recogerla, maldiciéndose interiormente por su torpeza. Pero al hacerlo, una mano de acero agarró su hombro, lo echó hacia atrás. El detective hizo un movimiento de enojo. Gusman lo miraba con fiera intensidad, mientras sus delgados labios se movían

—¿Quién es usted? — su voz parecía el restallar de un látigo. — ¿De dónde sacó esa moneda?

Látigo Negro se enderezó en toda su altura. Fría y tranquilamente desprendió la mano de Gusman y miró serenamente al hombre.

—Me llamo Sinclair — dijo con su voz más dulce — Pido disculpa por haberlos atropellado, caballeros. En cuanto a la moneda, es asunto mío.

Su tono helado encendió aún más obscuramente la cara de Gusman. Retrocedió, pero en sus ojos duros, penetrantes, había un brillo extraño. ¿Sospecha? ¿Miedo? Látigo Negro no hubiera podido decirlo, aunque trató de analizar la mirada. Para poner fin a la embarazosa situación, el Jefe de Policía sonrió y dijo una palabra amistosa a Látigo Negro. En aquellos pocos segundos, Gusman se dominó también. Le costó un gran esfuerzo, sin embargo.

—Perdóneme, señor Sinclair — dijo con forzada sonrisa — Estaba... estaba fastidiado — Nuevamente sus ojos se dirigieron á la moneda, ahora en la mano de Látigo Negro.

Pareció fijarse también en el pedazo de la camiseta.

—Y... este... en Londres no es común ver una moneda de diez pesetas, del pequeño reino de... Morana. — murmuró dirigiendo una mirada escudriñadora al rostro del detective.

La cara de Látigo Negro era inescrutable.

—Le República de Morana, señor — corrigió suavemente a Gusman — Destronaron

hace un mes al rey, sepa usted. ¡Buenas noches, señor! ¡Buenas noches, Sir Hugh! Y nuevamente mis disculpas.

Se apartó para dejarlos pasar y afrontó la última y detenida mirada de Gusman con cortés sonrisa. Pero cuando el Jefe de Policía hubo acompañado a su visitante hasta la próxima esquina, el detective llegó en pocos saltos a la oficina de Martín.

Afuera de la puerta se detuvo de nuevo y tocó el brazo de Beefy, en señal de prevención.

—Quédate aquí, hijo y... vigila. Si Gusman vuelve por aquí avísame. — Antes de que Beefy pudiera murmurar una respuesta, había entrado Látigo Negro a la oficina.

El superintendente Martín, alzó los ojos de su trabajo y lo saludó con desabrimiento. Luego se fijó en las señales de la cara de Látigo Negro. Agarrando una silla, el detective de Merlin Court se sentó a su lado. Metódica y silenciosamente extendió sus hallazgos sobre el papel secante de Martín.

—El caso de Morana. ¿Todavía trabaja en él? — dijo tan enfáticamente que Martín se irguió en su silla con brusquedad. — ¿Trata todavía de encontrar al joven rey y protegerlo contra sus enemigos?

—¡Sí! — gruñó Martín — ¡Claro que sí! ¿Por qué?

—Por esto. Ha perdido usted — recostándose en su silla, Látigo Negro sacó su cigarrera. — ¡Y yo acabo de descubrir quien es el Hombre Misterioso de Morana!

LATIGO NEGRO DA UNA SORPRESA

—Y el hombre que dirige la revolución de Morana, el hombre que ha destronado al joven rey es...

Buckley Sinclair, el famoso detective conocido por Látigo Negro, se detuvo y sonrió.

—¿Es? — preguntó el superintendente Martín.

—Philip Guzman — contestó Látigo Negro.

No podría haber producido más sensación si hubiera dicho que era el mismo Jefe de Policía. Martín miró enojado a Látigo Negro, a través del escritorio que, en la oficina de Scotland Yard, lo separaba de su visitante.

—¿Qué tonterías está diciendo, Látigo Negro? — exclamó. — No son momentos para chistes idiotas. Usted sabe tan bien como yo que el joven rey de Morana es esperado hoy en Inglaterra; que algunos de los de Scotland Yard tenemos la misión de protegerlo de los revolucionarios (que están aquí con idea de matarlo), hasta que este maldito asunto haya terminado y pueda regresar a su patria.

—Exactamente — dijo Látigo Negro con helada sonrisa. — Pero los revolucionarios han ganado de mano a la policía. Secuestraron al rey hace unas pocas horas.

—¿El qué?

El superintendente demostró alarmada sorpresa al oír de labios de su amigo aquella noticia bomba.

—Tenga paciencia unos minutos, Martín, viejo amigo mío y le contaré cuanto sé — dijo Látigo Negro.

Le hizo un breve relato de lo sucedido y luego mostró al superintendente el pedazo de camiseta sobre la cual había una "S" y la mitad de una "P".

—Haciendo averiguaciones a las autoridades del Puerto de Londres me enteré de que el yate "Speiro" había fondeado tarde anoche — dijo. — Y apostaría cualquier cosa a que el gigantesco secuestrador pertenece a la tripulación del yate. Más aún, le juego lo que quiera que Gusman es el "Hombre Misterioso de Morana", responsable de todas estas perturbaciones.

El superintendente Martín se puso de pie.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo? — preguntó. — "El Speiro" es propiedad de Philip Gusman, un millonario norteamericano. Gusman está en Scotland Yard en estos momentos. ¡En compañía del Jefe de Policía, nada menos!

Siguió un pequeño silencio a aquel vigoroso discurso. Pero si Martín esperaba que

...rta del yate se realizaba una encarnizada pelea.

UCKY

...O DEL

...EGRO

Látigo Negro se turbara, se equivocó. El detective se limitó a encogerse de hombros, haciendo estallar en nuevas frases de enojo a su colega.

—¡Le digo que está con el Jefe de Policía mismo! — repitió. — Esta mañana envió una nota solicitando visitar Scotland Yard, porque le interesaba. Yo mismo leí la carta en la oficina de Sir Hugh. Y naturalmente Gusman es hombre demasiado influyente para que se le pueda desairar. El mismo jefe lo ha acompañado en su inspección. Hasta lo ha llevado al Museo Negro, donde sólo entran los visitantes muy privilegiados. Y ese hombre es el que usted dice que es el...

—¡Calma, calma, querido! — sonrió fríamente Látigo Negro. — Sé perfectamente que Gusman está en la Yard. En verdad acabo de tropezar con él y el Jefe, fuera de esta puerta. Desgraciadamente, también, se me cayó una moneda de diez pesetas bajo las mismas narices de Gusman. Y créame, super, la vista de la moneda casi lo dejó paralizado al millonario.

—¿Y de dónde sacó usted la moneda?

—La tenía el tipo que el gigante hirió. Este está, en grave estado, en el hospital; pero nos será útil. Las monedas de Morana, que encontré encima de él, me hicieron atar cabos. Y ahora déjeme decirle algo más sobre Gusman. Antes de venir aquí hablé por teléfono con su Departamento de Información Especial. Tengo algunos datos, que usted ignora, sobre Gusman. En primer lugar, es yankee naturalizado. Su verdadero nombre es Felipe María de Gusmán y nació en... Morana.

—¿El qué? ¡Cielos! — se dejó caer Martín pesadamente en su silla. Su cólera se cambió súbitamente en agudo interés. — Yo lo ignoraba — dijo. — Ciertamente eso... eso lo relaciona algo con el caso. Puede ser un eslabón...

—Es lo que yo pienso — dijo prontamente Látigo Negro. — Y un eslabón muy fuerte.

Gusman fué expulsado de Morana mucho antes de la Guerra, por sus conspiraciones políticas. Hizo fortuna en el acero, en los Estados Unidos. Y ahora, a menos que yo esté muy equivocado, quiere usar su fortuna para arreglar viejas cuentas con la familia real de Morana. Y al mismo tiempo convertirse en amo de su país natal. Una bonita venganza, por cierto.

Látigo Negro se rió suavemente.

—Ahora es huésped del Jefe de Policía de la Yard ¿no? Escribió un billete invitándose prácticamente a venir aquí, mientras la tripulación de su yate secuestraba al rey. ¡Cielos, Super! ¡Qué coartada para el señor Phillip Gusman!

Martín cruzaba y descruzaba sus dedos preocupado.

—Ciertamente su teoría es muy razonable, Buck. Casi... casi creo que tiene usted razón. ¿Pero qué puedo hacer yo con teorías? No hay una sola prueba contra Gusman. Si yo allanara el yate de un hombre así, basándome en puras teorías, perdería mi puesto.

Látigo Negro asintió gravemente.

—Lo se Super. Pero escuche mi plan.

Por muchos minutos su voz breve y tensa fué lo único que se oyó en la oficina.

Una o dos veces Martín silbó bajito; pero al final tenía aspecto tan tranquilo y resuelto como Látigo Negro. Estrechó firmemente la mano de su amigo.

—Es una gran jugada la que proyecta usted, Buck. Si sale mal, una queja de Gusman me arruinará; pero... — se paró — haga usted su parte y yo lo ayudaré con todos los recursos del Servicio Secreto de Scotland Yard.

—¡Espléndido! — sonrió Látigo Negro — Manos a la obra, entonces.

Juntos salieron de la oficina.

GUSMAN ENVIA UN MENSAJE

El hermoso yate "Speiro" de Philip Gusman estaba en un ancladero privado, cerca de Surrey, entre Westminster y Charing Cross. En lo alto de sus mástiles brillaban dos luces de ruta; pero el resto de la esbelta nave estaba a obscuras. No se advertía señales de vida en cubierta, fuera de un marinero, impasiblemente recostado en la barandilla de caoba.

La voz profunda de Big Ben daba la última campanada de las veinte, ahogando por un momento los ruidos del tráfico en la Rambla. De pronto, al oírse la última y sonora nota, el hombre que estaba abordo del "Speiro" se enderezó y miró. Luego gritó algo en dirección al obscuro puente, encima suyo.

Bajo la luz de las estrellas, avanzaba sobre el Támesis una poderosa lancha, que se iba acercando al yate a toda velocidad.

No bien cesó el ruido del motor, el piloto descendió la escala por el costado del "Speiro". Un pasajero solitario se levantó a popa de la lancha. Era un hombre, bajo, fornido, que empezó a subir la escalera de abordo con frenética prisa. El alto y desconfiado marinero, que estaba en cubierta, agarró al pasajero de la lancha no bien llegó abordo.

—¡Eh!... oiga usted... — empezó y luego se detuvo bruscamente porque el recién llegado lo agarró a su vez y murmuró jadeante:

—¿Dónde está el capitán? Quiero hablar con el capitán, pronto, compañero. Traigo un mensaje urgente.

El marinero bajó ligeramente la escalera y se oyó una voz autoritaria. Un hombre bajo, moreno, con elegante uniforme, apartó al marinero y se dirigió al robusto recién llegado.

—Soy el capitán Morro. ¿Y usted quién es? — su voz era sibilante.

—Tranquilícese, patrón. No alce la voz. Yo me llamo Nobby Stevens. — sus ojos miraron astutamente al capitán. — Y vengo de... Scotland Yard. — metió la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó de él una arrugada tarjeta de visita. — Vea, no tengo tiempo que perder, señor portugués. ¡Escuche! Un caballero me dió esto al salir de la Yard. Un caballero distinguido, americano. Se llama el señor Gusman.

—¡Gusman! — el rostro del capitán Morro se puso súbitamente pálido; los labios se le estiraron en una línea exangüe. — ¿El señor Gusman lo manda aquí? ¡Deme pronto esa tarjeta!

—Para eso he venido. — dijo con sarcasmo Stevens y entregó lo que le pedían. — Si le hubiese dado al capitán una bomba, el efecto no hubiera sido más grande.

La tarjeta era de Phillip Gusman. En el lado blanco había una película, rápidamente garabateada, en español, un mensaje que hizo dar vuelta rápidamente a Morro y dar una ronca orden a alguien que estaba en el puente.

Inmediatamente otro hombre, con uniforme de oficial, se apresuró a bajar y a reunirse con él. Siguió una agitada conversación, en español. Un momento después, luego de dirigir una asustada mirada al río, el piloto del "Speiro" bajó a la bodega, a toda velocidad.

Ocurría algo grave a bordo del yate de Phillip Gusman.

—Usted... como se llame — ¿entendió este mensaje? — la agitación del capitán hacía su acento aún más opaco mientras se volvió al vigilante Stevens. El pequeño "cockney" sonrió torcidamente.

—No pude leerlo; pero comprendo que algo pasa aquí... no soy tan zonzo. Además, me han mandado para que los ayude. ¡Escuchen!

Yo he estado una hora en la Yard... por asuntos... ¿entiende?

—Sí, es usted un ladrón ¿no? — le dijo Morro a boca de jarro.

—Efectivamente — lo dijo con acento de desafío. — Un cana muy listo me llevó allí para hacerme algunas preguntas. Sólo que esta vez no pudo probarme nada y tuvieron que soltarme al fin. Pero cuando me acompañaban fuera del edificio, me topé con ese

señor Gusman, que estaba charlando con el Jefe de Policía, que el diablo se lleve.

Stevens lanzó un escupitajo.

—El Jefe me miró de reojo. Y a mí se me volaron los pájaros. Les planté cuatro frescas a él y a los canas por jorobar a un ciudadano inocente. Me hice el gusto de ponerlos como trapo. Y tuvieron que aguantarlo. Pero cuanlo salí de la Yard ese señor Gusman me empezó a seguir.

—¿Ah, sí?

—Primero procedió como un gran señor que se interesaba por los pobres diablos como yo. Pero luego, de pronto, me hizo una guiñada y empezó a hablarme rápidamente. Después me dió este encargo.

Escribió rápidamente la tarjeta; me dijo que se la trajera a usted aun más rápido. Luego me preguntó si tenía algún amigo que conozca el Támesis. Lo tengo... Ben Doyle. Está abajo, en la lancha. Conoce el río de arriba a abajo.

Bueno, el señor Gusman me dijo que lo buscara a Ben y viniera al "Speiro" porque él no podía. Me dió un billete de diez libras con la tarjeta y luego volvió junto al Jefe, que lo esperaba adentro. Oí que le dijo que era yo un "caso muy interesante" — Stevens se rió astutamente.

—Ahora yo y Ben estamos a sus órdenes, capitán — continuó. — Usted tiene que darnos otras cuarenta libras cuando las órdenes hayan sido cumplidas y nosotros no haremos más preguntas — añadió significativamente.

Los ojos del capitán parecían querer traspasar al pequeño ratero. El cuento de Stevens parecía cierto y allí estaba el mensaje, escrito por el propio Gusman para apoyarlo. Sin embargo, antes de que Morro, pudiera hablar de nuevo, se produjo una sorprendente interrupción.

Aparecieron en cubierta, silenciosamente, media docena de altos marineros, guiados por el piloto del "Speiro". Los seguía otro marinero, una especie de gigante. Y sobre su hombro izquierdo, traía el gigante un muchacho esbelto, toscamente vestido, que tenía las muñecas atadas a la espalda.

Sin decir palabra, el gigante dejó caer al joven cautivo sobre cubierta y se acercó, balanceándose, al capitán. Cuando habló lo hizo con acento yankee, áspero, brutal e irreverente.

—Diga... ¿qué significa esto?

Morro le dirigió una mirada colérica. Pero evidentemente el hombre de confianza de Gusman era de temer, hasta para el mismo capitán.

—Un mensaje de nuestro jefe — dijo con aspereza el capitán — Piggot, algo ha ocurrido. El señor Gusman no puede abandonar todavía Scotland Yard. Comerá con el Jefe de Policía. Pero teme que cierto detective sospeche de nosotros. El muchacho... — nuestro ex rey — tiene que ser sacado inmediatamente del yate.

Insolentemente, Piggot le arrebató al capitán la tarjeta y la examinó, larga y atentamente. Lanzó una maldición salvaje.

—Es la tarjeta de nuestro jefe y está escrita de su puño y letra — gruñó. — Quizá aquel tipo con quien yo luché era un cana.

Sus ojos brutales se fijaron en Nobby Stevens que, intimidado, contó nuevamente su historia.

—Puede confiar en mí, compañero — gimió el "cockney" en respuesta a una recelosa mirada. — Ben y yo deseamos ganarnos nuestro dinero lealmente.

—Sí... Quiero verlo también a Ben — gruñó Piggot, inclinando su macizo cuerpo fuera de la borda. — ¡Eh... usted, el de la lancha! ¡Suba aquí... rápido!

Amarrando su bote a la escalera, el piloto de la lancha se dispuso perezosamente a obedecer. Era un tipo musculoso, de cara roja, con dos ojos duros que miraron con recelo a Piggot, por debajo de la destrozada gorra. Al llegar a lo alto de la escala, pasó una pierna por la barandilla.

No fué más allá.

Porque en ese momento resonó un grito de sorpresa en el barco obscuro. Dándose vuelta, los conspiradores vieron al centinela de estribor que corría a toda velocidad a lo largo de la barandilla, señalando agitadamente hacia abajo. De pronto desde las aguas de tinta salió silbando algo que brilló un instante antes de hallar blanco. Lanzando un débil gemido, el centinela alzó los brazos y cayó largo a largo.

Y luego, a pocos cientos de yardas de Scotland Yard, el yate "Speiro" fué abordado tan salvajemente como un galeón antiguo, atacado en el Mar Caribe.

Antes de que Piggot y los otros pudieran reponerse de la sorpresa, treparon por la baranda de estribor, seis hombres esbeltos, morenos, de ojos resueltos. Silenciosos como leopardos e igualmente temibles, saltaron sobre cubierta, se reunieron y avanzaron en masa.

En sus manos brillaban puñales; sus zapatos con suelas de goma no hacían el menor ruido. Pero mientras los seis hombres avanzaban resueltamente, se oyó el grito de guerra, bajo; pero terriblemente salvaje.

—¡Morana!... ¡Morana!... ¡Morana!

Era aquello algo con que no contaron ni Látigo Negro ni Phillip Gusman. Los leales amigos que tenía en Londres el joven rey habían hallado también a éste.

LUCHA EN EL RIO

El ataque tomó a la tripulación del "Speiro" por sorpresa. El centinela de babor, que habían estado vigilando la Rambla, hacía su recorrida, y se encontraba lejos, a popa. Sólo vió el peligro justo a tiempo para tirar un cuchillo por encima de la barandilla.

—¡Morana!... ¡Morana!... — con aquel grito desafiante en los labios, los seis desesperados leales atacaron a sus enemigos. El capitán había llevado la mano a la cadera. La garra de hierro de Piggot lo detuvo.

—¡Nada de armas de fuego, imbécil! ¿Quiere que venga la policía?

Un momento después empezaba la pelea.

Era encarnizada. Sin embargo, no se oía ruido, excepto el de los pies y el jadeo de los hombres. Ninguno de los dos bandos quería que la policía interviniera. Las hojas de acero chocaban, porque tanto unos como otros eran diestros en el manejo de los cuchillos y

puñales. Peleaban también a puñetazos y puntapiés.

El capitán Morro fué el primero en caer, arrastrando consigo a su adversario. Un marinero del "Speiro" lanzó un gemido y se desplomó sobre ellos. La batalla se convirtió en una masa de hombres que oscilaban y se trenzaban al pie de la escalera del puente. Los de Morana procurando abrirse paso y los de Guzman resistiendo vigorosamente. Pero el gigantesco Piggot no tomó parte en la pelea, ni tampoco el ratero Nobby Stevens ni su vigoroso compañero Doyle.

Agarrando al capturado rey de Morana Piggot saltó hacia la borda y, literalmente, empujó al piloto de la lancha escalera abajo. Stevens estaba ya en la lancha. Cuando Piggot pasaba la pierna por encima de la borda, un afilado cuchillo silbó junto a su cabeza. Después de eso, jadeando, maldiciendo, llegó el de Morana, que había tirado el cuchillo.

Con las manos limpias se lanzó contra el gigantesco Piggot. Pero con diestro y rápido movimiento, el marinero se pasó al joven rey al otro brazo y pegó fríamente. Su enorme puño cayó con toda la fuerza en el rostro del de Morana, como un martillo.

El realista se desplomó. Piggot desapareció por el costado. Descendió como un gorila que era, sujetando fácilmente al joven rey con un brazo. Un momento después estaba en la lancha de Ben Doyle.

—Creo que el grupo de salvadores fracasará, después de todo — dijo riendo roncamente. — ¡Siga rápido! ¡Devórese el río!

Rápidamente se alejó la lancha, dejando que en la cubierta del "Speiro" siguieran la pelea. Mientras el agua hervía bajo su popa, un segundo cuchillo fué arrojado desde el yate, el cual se clavó en la borda, cerca del codo de Nobby Stevens.

Con una sorprendida maldición, el pequeño ratero lo arrancó y luego, en su susto, se cayó hacia adelante, sobre el joven rey, que estaba tendido boca abajo, en el fondo de la lancha. El ratero se quedó allí, tembloroso, retorciéndose, hasta que el "Speiro" estuvo cien yardas a popa.

—¡Caracoles! Creo que nos hemos ganado bien el dinero — gimió. La voz áspera de Piggot le contestó:

—Todavía no se lo han ganado. — E inclinándose hacia adelante, tocó los inclinados hombros de Ben Doyle, que iba al volante.

—¡Diga! ¿Supongo que conoce usted su oficio, no? ¿Dónde nos lleva?

El botero se dió vuelta un momento, con mueca feroz. Con sus musculosos hombros y su cara ceñuda parecía casi tan formidable como Piggot. Sus ojos torvos contemplaron desdeñosamente al americano y luego escupió en el agua.

—Los llevo a sitio seguro — dijo con fastidio. — Pienso ganarme las cuarenta libras. Pero si usted me embroma mucho, marinero, detendré la lancha y lo tiraré de cabeza al agua.

—¿Ah... sí? Había sido malo ¿eh? — gruñó amenazadoramente Piggot. — O. K. compañero. Por ahora me hace usted falta. Después... ya nos encontraremos, quizá.

—¡Quizá! — gruñó el agresivo Doyle y viró para sortear el puente del ferrocarril. Una ahogada exclamación de Nobby Stevens hizo olvidar un instante después la breve disputa.

—¡Miren!... ¡botes! Se dirigen al "Speiro". Son los canas del río. Han visto la pelea en cubierta.

Piggot se dió vuelta y miró hacia el yate, mientras Stevens seguía acurrucado a los pies del joven rey. Tres lanchas, puntos obscuros en las obscuras aguas, se dirigían rápidamente hacia el "Speiro", desde Westminter. Los dientes de Piggot relucieron al remangar su labio superior.

—¡Más ligero! — gruñó a Doyle; pero éste ya había aumentado la velocidad. Las luces de la Rambla pasaban como borrones brillantes, reflejándose en la estela de la lancha. El puente de Blacfriars apareció arriba y desapareció. Luego la gente y el tráfico de la costa fué quedando atrás y el río se volvió de pronto más obscuro, más tranquilo, mientras pasaban calles y muelles sombríos, a través del Pool.

Piggot que estaba agachado detrás de Doyle, como un monstruo en acecho, gruñó de satisfacción. Aquello era mejor. Volvió a gruñir al mirar hacia popa y no ver señales de persecución. Aquellos dos rateros de Londres lo esconderían en alguna guarida segura, junto al río, pensó, hasta que Phillip Gusman, el jefe, diera nuevas órdenes. Si no lo hacían... Piggot desnudó sus dientes, en vez de las cuarenta libras probarían el gusto frío del acero.

Sosteniéndose en la movible lancha, contempló las filas de barcos desiertos y los obscuros galpones de la orilla. Poco después habían atravesado el Pool y los vigilantes ojos de Piggot descubrieron un pequeño y sucio vapor de carga, con cajones amontonados a proa y a popa de su cubierta.

Era el barco español en que el joven rey fué traído a Inglaterra y desde el cual lo había secuestrado Piggot.

—¡Oh vieja y segura Inglaterra! — dijo el malhechor sonriendo y saludó burlonamente con la mano al buque español.

Luego, en medio de aquel ademán burlón, su brazo cayó repentinamente al costado como si hubiese sufrido un ataque de parálisis.

(Continuará)

En el próximo número, una gran primicia

EL TESORO DE LA ISLA DEL MUERTO

LOS OJOS DEL IDOLO

Por JOHN G. BRANDON

(Conclusión)

CON un rugido de rabia, al verse defraudado en su malvado placer, ordenó que encendieran las luces, con amenazas de tan horribles tormentos que McCarthy hubiera deseado extrangularlo para hacerlo callar.

Una luz opaca, fantástica, salía del brasero y hacía aparecer las figuras del gran sótano como fantasmas sangrientos.

Nuevamente dió Shen Fang la orden de encender las luces. Dos formas salieron para obedecer. Nunca más regresaron.

Nuevamente se oyó el ruido que retumbaba por la casa, por segunda vez una ráfaga helado barrió el lugar, aullando como un temporal entre los aparejos de un navío. Por momentos era un verdadero aullido que parecía brotar de las gargantas de mil demonios.

Los chinos se arrimaron más y más a la pared y se llevaron más altas sus voces o, mejor dicho, sus frenéticos murmullos. Mc Carthy vió sus aterradas miradas fijas en la figura de su amo, Shen Fang. De McCarthy no se acordaba nadie, por primera vez, desde que había fijado sus ojos en el hombre que iba a ser torturado, el joven inspector empezó a pensar en sí mismo. Ahora o nunca era su oportunidad.

La luz del brasero empezó a palidecer a medida que los carbones se iban cambiando del rojo-blanco al rojo y del rojo al negro, fuera por falta de atención o vaya a saberse por qué. El cuarto se volvió más y más obscuro hasta que los cuerpos, teñidos de rojo se volvieron grises y por último negros.

Libre de las manos de hierro de los que lo sujetaban dentro de la red, halló McCarthy que podía moverse hacia sus pliegues exteriores un poco, lo suficiente para conseguir el libre movimiento de sus manos.

Impulsado por un repentino rayo de memoria, llevó la mano al bolsillo de su chaleco en busca de aquella lima, que era como un muelle de reloj, con filo de navaja. Mientras el círculo de luz del brasero se iba achicando, dejando el radio exterior más y más obscuro McCarthy fué cortando malla por malla de la red y librándose de ella. No era más que una tentativa desesperada.

Y todavía aquel viento extraño, sobrenatural, seguía aullando y aumentaba el ruido en la casa, ahogando las maldiciones roncas de Shen Fang. McCarthy no podía comprender la causa del misterioso fenómeno.

Una cosa lo sorprendió quizá más que cualquier otra, porque podían hallarse causas naturales para el ruido y los aullidos del viento; pero para la otra no parecía existir ninguna. Desde la primera interrupción en su horrible trabajo, Li Tai, el torturador, no se había movido, ni pronunciado una sílaba. Estaba todavía parado, rígido, con el cuchillo levantado para su primer cruel tajo. Más de una vez lo había llamado Shen Fang por su nombre; pero no obtuvo respuesta. McCarthy había leído que hombres y mujeres de Oriente morían parados por puro temor a lo sobrenatural. ¿Le había ocurrido eso a Li Tai? Parecía increíble; no podía pensarse otra cosa. Ni se movía ni hablaba.

McCarthy seguía moviéndose, como una culebra, hacia la puerta, cuando un ruido sordo que parecía provenir mismo de abajo de la tierra fué seguido, instantes despuér por un estampido que despertó en la casa cien ecos. Las paredes y hasta el piso del sótano oscilaron como la cubierta de un navío, sembrando la consternación en la ya asustada banda.

Un temblor de tierra, pensó McCarthy y dió gracias a su buena estrella.

Los chinos, en cambio, creían que la rabia de los dioses se desataba sobre ellos. Ocurrió luego algo, presagio de catástrofe, que confirmó aquella opinión.

En medio del barullo oyó McCarthy caer algo al suelo, procedente de una de las blusas acolchadas de los amarillos. Era un objeto de porcelana, una de las reproducciones baratas de ídolos que se compran por un dólar de plata o dos en cualquiera de los puertos chinos. De rabo de ojo vió McCarthy lo que era; una efigie de Quan Ti, el dios taoista de la Salud. En aquel momento se apagó el último destello del brasero, dejando el sitio sumido en una obscuridad de tinta. Fué el colmo. El hombre que había perdido a su ídolo lanzó un agudo "¡Aieyeh!" de terror. El rebaño, no más bajo el látigo del amo, estaba dispuesto a disparar, lleno de supersticioso terror.

Pero el último y más prodigioso aconteci-

miento de la noche estaba todavía por producirse.

Tan repentinamente como habían empezado, los ruidos cesaron.

De su furia de huracán el viento pasó a una calma completa.

La luz se encendió de nuevo.

Donde un momento antes había hombres que gemían de miedo, volvieron a verse rostros amarillos que tomaron su antigua y salvaje expresión. Los negros ojos oblicuos relucieron malévolamente. Bien podía Mc Carthy maldecir a su suerte que lo traicionaba cuando creía estar cerca del triunfo.

Pero de todos aquellos hombres el más jubiloso era Shen Fang. Shen Fang que habíase creído un momento antes privado de la venganza que ambicionaba, porque también él, con aquellos ruidos y aquella oscuridad, experimentó miedo. Pero ahora... Sus ojos implacables abarcaron la escena y se fijaron primero en Li Tai siempre erguido, rígido, como un hombre en trance cataléptico, tensos cada uno de sus músculos como arcos de acero. La primera mirada del Shan a Li Tai había hipnotizado al torturador. Y en aquel momento recordó McCarthy donde había visto al hombre. Era uno de los criados de Madame de Sorais.

Algo de la verdad de lo ocurrido al torturador pasó por la mente de Shen Fang, despertando en él radiante furia. Sus labios se arremangaron en una mueca feroz, mientras se adelantaba hacia los dos hombres. Una voz tranquila, que hablaba desde la puerta, lo detuvo... una voz que McCarthy hubiera reconocido en cualquier sitio: la del doctor Chang Ho.

Como quien se halla de pronto ante una aparición aterradora, Shen Fang se inmovilizó y miró al recién llegado con la mandíbula caída. No bien cruzaron sus miradas, se extinguió la ira en los ojos de Shen Fang, dando paso al miedo.

La pequeña y extraña figura de Chang Ho parecía tener en aquel instante gran autoridad. Y lo que dijo con su voz tranquila y resuelta hizo retroceder al cruel y jactancioso bandido, como un perro acobardado ante el látigo de un amo brutal.

Luego Chang Ho, con gesto de desdén, volvióse y contempló a cada uno de los hombres que se hallaban en el cuarto, con tranquilo y desapasionado escrutinio.

Y como el jefe, la manada se acobardó.

—¡Perros y esclavos ingratos! — les dijo de pronto Chang Ho, hablándoles en su propia lengua. — Inclinaos hasta el suelo en abyecta humillación por Ella, la que tiene sobre vosotros poder de vida o muerte, está aquí.

Todos a una cayeron de rodillas y tocaron con sus rostros el suelo. Pero dos hombres permanecieron de pie, Shen Fang y el hipnotizado Li Tai. Chang Ho se acercó a éste último y lo examinó atentamente unos momentos.

—Ni ve ni oye lo que pasa en esta pieza — dijo. — Que espere su destino en el estado en que se halla.

Agarrando uno de los cuchillos de la mesa del torturador, cortó las ligaduras del hombre que estaba sobre la gran X.

—Te has portado bien, Wang Eh — le dijo. — Y no se olvidará.

McCarthy se libró por sí mismo de la red. Se había quedado demasiado sorprendido ante la aparición de Chang Ho para hacer otra cosa que estarse quieto y mirar lo que ocurría. Retrocedió a las sombras de la pared, acercándose lo más posible a Shen Fang. Después de su descarada y cruel confesión no había terminado McCarthy con aquel caballero; ni tampoco con Li Tai.

Y luego apareció Ella, tan maravillosamente hermosa, con tan regia magestad, que al verla se quedó McCarthy sin alientos.

Vestía una sencilla túnica blanca, con cinturón enjoyado, en forma de serpiente, y sobre su frente brillaba un dragón amarillo.

Cuando empezó a atravesar la pieza, Chang Ho se volvió a Shen Fang.

—¡Arrodíllate, perro! — le ordenó. — O...

—No, — dijo ella con su voz tranquila, baja y musical, — que permanezca de pie, como cualquier otro criminal ante su juez.

Ella se sentó en el sillón que antes había ocupado Shen Fang y estuvo algunos momentos silenciosa, con la barba recostada en la mano.

—Y bien, — dijo de pronto con su voz más dulce — ¿Qué tienes que decirme, Shen Fang? ¿Qué tiene el asesino, el despojador de los templos de mis antepasados, el embustero y renegado, que decirle a Osari de Shan?

McCarthy vió que el bandido quedaba petrificado.

—¡Nada! — dijo ella. — Muy bien. No hace muchos minutos te jactabas de lo que me ocurriría si estuviera yo aquí, las torturas que te producirían meses de gloria y destrozarían mi pobre cuerpo. Bueno, aquí estoy, Shen Fang. ¿Y ahora?

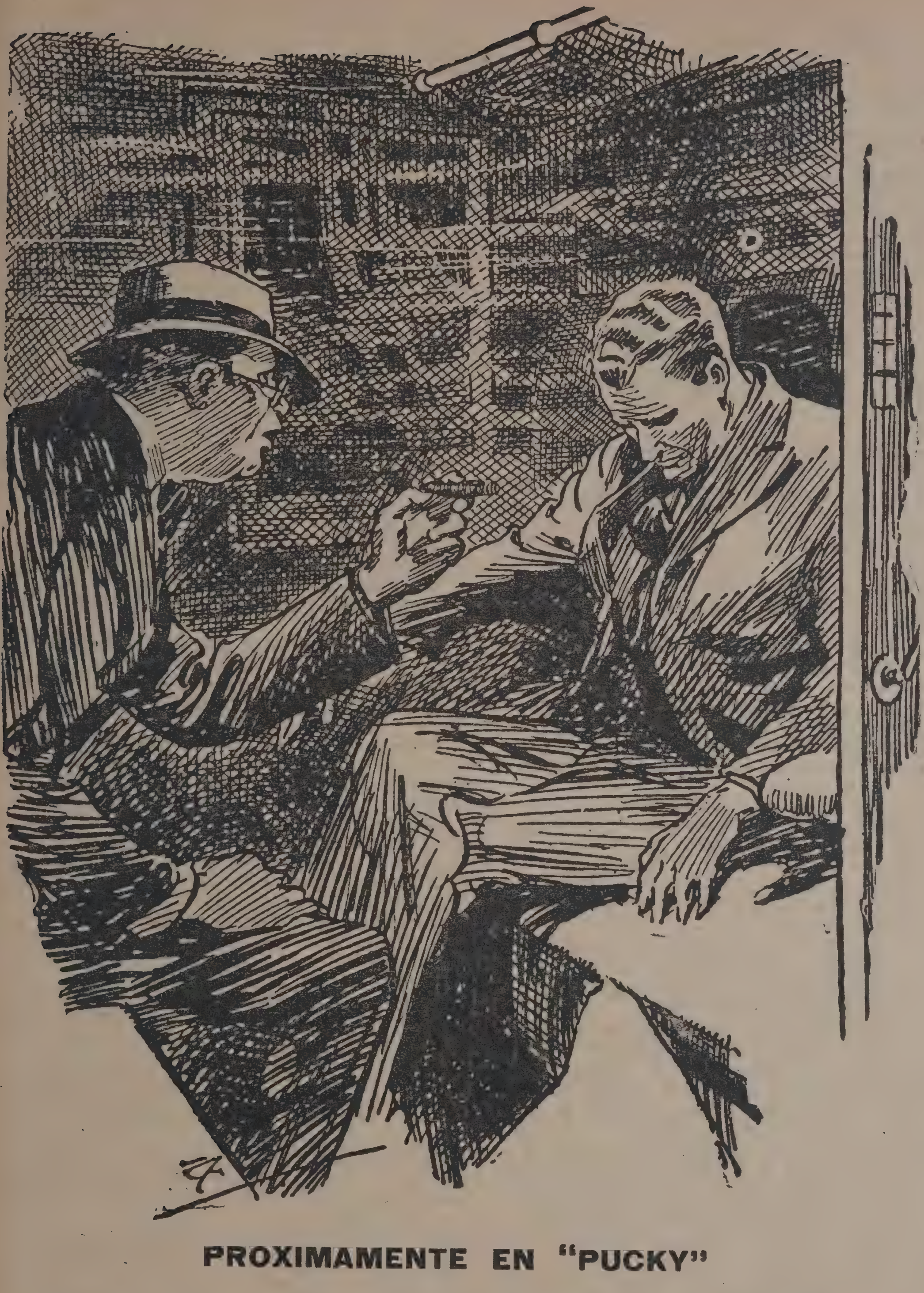
Nuevamente guardó silencio el hombre; pero retrocedió abyectamente ante la mirada de los ojos de Osari.

—Todavía mudo — prosiguió ella. — ¡El hombre que trató de usurpar el poder de nuestra raza y nos arrojó el guante! — luego inclinóse hacia adelante y con voz tranquila e inflexible hizo una pregunta:

—¿Dónde está el Ojo del Idolo que tú, Li Tai y vuestra banda de parias cruzó el océano para encontrar? El antiguo símbolo de mi pueblo, robado hace siglos de los altares de mis ilustres antepasados, los Príncipes de Shan. La joya por la cual has ennegrecido tu alma con tantos crímenes a fin de poder dominar, con tu codicia, y tu crueldad a mi pueblo, el pueblo por cuya felicidad daría yo la vida. ¿Dónde está el Ojo del Idolo?

—Yo... nosotros no lo tenemos — tartamudeó él. — Lou Sei T'ou lo tenía, lo juro. Se lo robó a mi hermano. Pero no hemos podido hallarlo.

—¡Y la mataste a ella por eso! No para devolver la piedra a aquellos para quienes significa más que todo en el mundo, si no para negociarla con nosotros, por dinero, o retenerla en tu poder — se levantó y lo señaló con dedo acusador. — ¡Qué la maldición de los Dioses Amarillos de Shan caiga sobre ti ahora y por siempre jamás!



PROXIMAMENTE EN "PUCKY"

LA GARRA DEL DRAGON

Continuación de las estremecedoras aventuras de Mc Carthy en su terrible lucha contra los bandidos chinos

—Yo no tengo el Ojo del Idolo — casi gimió él. — Si alguno lo posee, es ese diablo inglés — señaló a McCarthy, recostado contra la pared.

En seguida se adelantó él, todo desgreñado, con la ropa en desorden, muy distinto del joven, buen mozo y elegante, a quien Osari había visto pocas horas antes. Se inclinó ante Osari.

—Si lo que usted busca es un maravilloso rubí, seguramente está en mi poder — dijo. — ¿Puede describírmelo?

—Yo nunca lo he visto — contestó ella. — Fué robado de nuestros altares hace siglos. Desde entonces data la decadencia de mi pueblo. Para nosotros es la cosa más sagrada del mundo. He aquí la descripción, según la leyenda que hasta nosotros ha llegado.

Cuando Osari terminó de hablar, McCarthy volvió a inclinarse ante ella.

—No me queda duda de que la piedra que usted busca y la que yo descubrí en esta casa es la misma. Yo mismo tendré el honor de entregársela a usted mañana por la mañana.

Nunca podría olvidar McCarthy la expresión de delicia que pasó por aquel bello rostro.

—¡Nadie me habrá hecho jamás mayor servicio, en toda mi vida! — contestó ardientemente.

Y lo único que supo hacer el inspector McCarthy fué quedarse tieso y sonreir como una niña fatua.

Pero todavía no había ella terminado con Shen Fang.

—Para tí no hay castigo bastante — le dijo alejándose. — Te dejo a tí y a Li Tai a disposición de las leyes de Francia, por el asesinato de Lou Sei T'ou. En cuanto a los otros, pobres ignorantes engañados, los volveré a mandar a China. Chang Ho se encargará de ello.

Cuando Osari pasaba junto a Shen Fang, la rápida mirada de McCarthy distinguió un veloz movimiento de la mano del bandido. Un segundo más tarde, brillaba en ella un largo cuchillo. Más rápido que el pensamiento, cayó McCarthy sobre él y luchó desesperadamente para arrebatarle el arma. Cuando terminó la lucha, Shen Fang estaba tendido inmóvil sobre el piso.

—¿Quiso matarlo? — preguntó Madame de Sorais rápidamente.

—Pienso que el cuchillo estaba destinado a usted, señora—contestó él tranquilamente.

—Otro servicio que le debo, inspector — murmuró dulcemente Osari. — ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana! — repitió él.

Llegó la aurora antes que el inspector McCarthy y un escuadrón de gendarmes entregaran a los oficiales de la Súreté a los chinos, Shen Fang y Li Tai, acusándolos formalmente del asesinato de la condesa d'Arvannes.

Al principio, ninguno de los dos chinos quiso declarar una palabra, hasta que el conocido sabio chino, Dr. Chang Ho, fué hecho entrar por el inspector McCarthy de Scotland Yard. Después de una breve conversación en chino, los asesinos confesaron su crimen. El Dr. Chang Ho debió prometerles algo comparado con lo cual, la sentencia de ir a la Isla del Diablo por toda la vida, que recibieron un mes después, sin duda les pareció benigno

---

Después de dos horas más de sólida discusión entre el Prefecto de Policía y Mc Carthy, fué enviado un oficial de la Súreté para traer a Marcos, José Gilliver (Alelí) de la cárcel a la oficina del Prefecto.

M'siu habló con tono severo:

—He hecho — dijo en su extraño inglés a Alelí — un contrato con el inspector "Macarté", bajo ciertas condiciones. El me entrega dos criminales chinos, por cuya captura no desea crédito. Yo le doy en cambio, a un ladrón inglés, por cuya libertad tampoco quiero crédito. El ladrón tendrá que salir de París dentro de dos horas y no volver nunca más a Francia. ¡Nunca! ¿Queda eso entendido entre los tres, eh? ,

—Lo que es por mí — contestó Gilliver — encantado. Tengo, con este viaje, bastante de París para mientras viva.

—¡Muy bien! Está usted en libertad. ¡Váyase!

Y Marcos J. Gilliver salió sin hacérselo repetir.

—A propósito — preguntó McCarthy al despedirse — ¿hubo algún terremoto en París anoche?

—Hubo una explosión de gas en una antigua cañería, mismo debajo de donde usted estaba — le informó Monsieur. — Debe haber causado muchas muertes.

—Yo sé que salvó dos vidas — dijo Mc Carthy sentidamente.

Cuando el tren iba a partir de la Gare de St. Lazare, Alelí volvióse a McCarthy y, con cierta vacilación, le ofreció la mano. McCarthy la estrechó instantáneamente.

—¡No sé que hubiera sido de mí sin usted, inspector! — le dijo el ladrón fervientemente. — Me hubieran condenado a prisión por toda la vida. ¡Nunca podré agradecérselo bastante!

—¡Oh sí, puede! — dijo McCarthy con el mismo fervor. — Abandone esa vida indigna y trabaje. Se sorprenderá de ver cuantas emociones hay en una carrera honrada.

Alelí, el ladrón más elegante de toda Europa, pensó un momento.

—Probaré — prometió y prosiguió apresuradamente. — ¡Es extraño! De todo este asunto, asesinato y lo demás, nadie ha obtenido nada.

El inspector McCarthy pensó en la entrevista que debía celebrar con cierta hermosa dama dentro de una hora, acarició la valiosa joya que tenía en el bolsillo del chaleco y sonrió satisfecho:

—A veces pasa así — contestó.

FIN

EL EPISODIO QUE SIGUE DE ESTA INTERESANTE SERIE Y QUE SE PUBLICARA EN BREVE SE TITULA "LA GARRA DEL DRAGON"

Raúl de Lancaste

(Continuación)

SIN embargo, dejemos que el tiempo pase, que no sabemos si al fin conseguiré probar que puedo servir para embajador, en cuyo caso vuestra majestad tendría un hombre más que le fuera útil.

—No se explica vuestra calma en estos momentos.

—Pues es muy sencilla la explicación.

—Dádmela, caballero.

—No tengo vanidad, y, por consiguiente, no me atormenta verme derrotado en lo que es una cuestión sólo de amor propio.

—Sí, sencilla es la explicación; pero...

—Verdadera.

—Don Juan, no os parecéis a ningún hombre.

—Siento no parecerme a algunos que valen más que yo, y me alegro no parecerme tampoco a los demás.

—Triunfante o derrotado — repuso el monarca, — esta cuestión tendrá breve término; tan breve, como que ahora mismo quedará resuelta.

—Si a ofensa no hubiera de tomarlo vuestra majestad...

—¿Qué queríais decirme?

—Que lo dudo.

—Voy a convenceros de que estáis en un error.

—Me alegraré.

Felipe II se dirigió al sacerdote, y le dijo:

—¿Ha decidido ya María Nicasia?

El anciano dudó algunos instantes; pero comprendiendo que era preciso concluir de una vez, respondió:

—Ya está decidida.

—¿Renuncia a su hijo?

—No, señor.

—¡Que no renuncia!...

—Ni renunciará.

—¡Oh!...

—Está resuelta a arrostrar las consecuencias todas que puedan sobrevenir.

—¿Os habéis olvidado de que no necesito más que pronunciar una sola palabra para estorbar a esa infeliz a que se oponga a mi voluntad?

—Señor — repuso el sacerdote, — a vuestra majestad le sobra poder para eso; pero es posible que no lo consiga tan pronto como lo desea.

—¿Qué estáis diciendo?

—Digo, señor, que quien ha cometido tres torpezas...

—¡Padre!...

—Bien puede cometer cuatro...

—¡Ah!...

—Y aun muchas más.

—Ya sabéis que, a pesar de su disfraz, María Nicasia ha sido descubierta, está vigilada y no puede ocultarse.

—Señor — respondió tranquilamente el anciano, — nada sé más que lo que me ha dicho vuestra majestad.

—¿Acaso no estáis en relaciones con esa mujer?

—Sí, señor.

—Entonces...

—Me explicaré.

—Hacedlo.

—Vuestra majestad me encareció la necesidad de hacer que esa infeliz comprendiese su conveniencia y correspondiese a los deseos de vuestra majestad.

—Sí; porque de lo contrario me obligaría a recurrir a medios violentos.

—Me dijo vuestra majestad que María Nicasia había sido descubierta y que no había nada más fácil que apoderarse de ella.

—¿Y lo dudáis?

—Repetiré lo que antes ha dicho don Juan de Santisteban: lo dudo, señor.

—¿En qué os fundáis?

—En la seguridad que tengo de que la madre de Martín hará cuanto es imaginable para evitar el golpe, lo cual no significa que lo conseguirá; pero tampoco debe asegurarse lo contrario, porque en este asunto suceden cosas bien raras, como ya hemos visto por lo del robo de la carta de Raúl de Lancaste.

—Bien — dijo el monarca; — si esa mujer espera salvarse, y su esperanza la alienta para desobedecerme, se perderá más pronto.

—Hablé con ella, cumpliendo las órdenes de vuestra majestad.

—¿Y ella?...

—Quiso reflexionar — repuso el sacerdote, — lo cual era muy razonable.

—Ha tenido tiempo sobrado.

—Por eso ha decidido.

—No quiero proceder con ligereza; vedla otra vez, decidle que ha llegado el momento...

—Es en vano.

—¿Ha perdido la razón?

—Tal vez; pero ello es que se obstina, y se funda en que si de todos modos ha de estar separada de su hijo, prefiere haber cumplido su deber.

—Sea — repuso el monarca con acento firme.

Y volviéndose a don Juan, añadió:

—Ya lo veis; la situación ha tocado a su término.

—Me alegraré que vuestra majestad no se equivoque — respondió Santisteban.

—¿Aun insistís?...

—Perdonadme, señor; digo lo que siento, lo digo con franqueza, y así creo complacer a vuestra majestad.

—Yo disiparé vuestras dudas — replicó Felipe II.

Y luego dijo al comendador:

—¿Dónde está el alférez?

—Conmigo vino, salió otra vez para ir a mi casa; pero ya debe estar de vuelta.

—Llamadlo.

Quiñones salió de la cámara y pocos segundos después volvió con su antiguo sirviente.

—Alférez — le dijo el monarca, — id inmediatamente en busca de don Roque Mejía, decidle dónde se encuentra María Nicasia Pulido, dadle los demás antecedentes que sean menester, y que sin perder un solo instante cumpla su deber.

—¿Y adónde ha de llevarse a la delincuente?

—A la cárcel de villa.

—Si encuentro a don Roque, antes de media hora estará en un calabozo María Nicasia.

—Y si se burlan otra vez de vos, preparaos, alférez, porque será la cuarta torpeza, y es sobrada tolerancia el haberos perdonado tres.

—¡La cuarta!...

—Sí, porque el criado de doña Inés os engañó fingiéndose borracho; el criado de doña Inés quería que fuese a vuestras manos la carta de Raúl de Lancaste, y a vuestras manos fué.

—¡Oh!...

—El comendador os dará más explicaciones — repuso Felipe II. — Idos, y pensad que tenéis cabeza sobre los hombros.

Andrés tembló.

—Acompañadlo — añadió el monarca dirigiéndose a Quiñones.

—Señor — dijo el alférez, — si me permite vuestra majestad...

—¿Qué queréis?

—En cambio de las tres torpezas que he cometido, en compensación de las tres burlas que se me han hecho...

—¿Podéis probarme algún nuevo servicio?

—De mucha importancia.

—Decid en qué consiste.

Andrés miró con aire de triunfo al sacerdote y a don Juan, y dijo:

—Mi servicio consiste en un descubrimiento: Raúl de Lancaste y su amigo Martín...

—¿Qué sabéis de ellos? — preguntó afanosamente el rey.

—Están en la corte.

Resonó una exclamación unánime de sorpresa.

—¡Dios mío! — exclamó el sacerdote, elevando al cielo una mirada de súplica.

Y su rostro, pálido como el de un cadáver, se desfiguró.

El comendador rugió como un tigre.

Don Juan volvió a sonreir, y después de algunos instantes, dijo:

—La casualidad me protega, y he aquí cómo mi torpeza no os ha favorecido, comendador.

—Sí — dijo Andrés; — están en la corte y Martín tuvo la audacia de llamarme y provocarme.

—¿Cuándo ha sucedido eso?

—Aun no hace cinco minutos.

—¡Oh!...

—Y han querido burlarse de mí...

—¿Dónde están, dónde están? — preguntó el rey, perdiendo la calma.

—Los buscaremos y los encontraremos, señor — repuso el alférez.

—¡Los habéis dejado escapar!

—¿Qué he de hacer yo solo contra un hombre que se ríe de mis amenazas porque sabe que su vida es inviolable? Con el acero desnudo hemos estado frente a frente; los dos me pedían la vida y con los dos la hubiera jugado; pero los protege Satanás, de lo cual yo no tengo la culpa, señor.

—¿Qué hicieron?

—Nada más que provocarme; pero cuando ciego de ira empezaba a olvidarme de todo, apareció un fraile y me mandó envainar la espada.

—¿Y a un fraile habéis obedecido?...

—Al fraile, no...

—Entonces...

—A las pistolas que estaban en manos del fraile.

Puede comprenderse con cuánta sorpresa y con cuánto angustioso afán escucharía el sacerdote.

—No tuve miedo — añadió Andrés; — pero al dejarme matar hubiéramos perdido mucho sin adelantar nada, y como tengo la seguridad de encontrarlos otra vez, y como no siempre he de ir solo ni siempre ha de presentarse Lucifer vestido de monje y con pistolas, los he dejado y he venido a dar la noticia a vuestra majestad.

Felipe II, con el rostro pálido y contraído, dió algunos paseos por la cámara.

—¡Está en Madrid, está en Madrid! — murmuraba entretanto el sacerdote, que temblaba de alegría y de temor.

—No os detengáis a buscar a don Roque — dijo el monarca, deteniéndose; — os llevaréis algunos soldados, entraréis en la casa que habita esa mujer y os apoderaréis de ella.

—Ya es tarde, señor — dijo el buen cura.

—¡Tarde!

—Si ha vuelto Martín, deben haberse reunido el hijo y la madre...

—Mucho mejor, porque así se apoderarán de los dos a la vez.

—Y si Raúl los acompaña — observó Quiñones, — supongo...

—Es también criminal.

—Vamos, Andrés, vamos.

—Esperad — dijo el rey.

Sonó la campanilla que tenía sobre la mesa, entró un gentilhombre, y con la energía que lo caracterizaba dió las órdenes convenientes para que a disposición del comendador se pusiesen todos los alabarderos de la guardia.

—Eso es imposible — dijo el sacerdote, que apenas podía sostenerse. — Es imposible que Martín haya vuelto...

—Yo os juro que es verdad, señor cura — replicó Andrés.

—Tranquilizaos — dijo Santisteban, — que ni Martín ni Raúl de Lancaste son hombres que se dejen prender con facilidad.

El comendador y el alférez salieron.

—Ahora — dijo el monarca a don Juan — haced lo que mejor os parezca con respecto a doña Luz.

—Si no ha de llevarlo a mal vuestra majestad...

—¿Qué deseáis?

—Ir a ver si el alférez comete la cuarta torpeza.

—Don Juan...

—Seré mero espectador, y lo que es más, si el comendador necesita mi ayuda, que me la pida en nombre de vuestra majestad, en nombre de la justicia, que no se la negaré.

—Si no queréis más que satisfacer vuestra curiosidad...

—Nada más, señor.

—Satisfacedla.

—¿Queréis que os acompañe, padre mío? — preguntó Santisteban al anciano.

—Sí, sí; pero antes haré a su majestad la última súplica...

—Es inútil — replicó el monarca.

—Señor....

—Ya es tarde.

—¡Ah!

—Guárdeos Dios, padre mío — dijo fríamente Felipe II.

Y sin escuchar una palabra más, abrió una puerta y desapareció.

El sacerdote tuvo que apoyarse en el brazo de don Juan.

Ambos salieron.

—Si os encontraseis con más fuerzas, os propondría venir a ver cómo se desespera el comendador, y cómo tiembla el alférez... ¡Oh... Cuando en lugar de Nicasia encuentre a Prudencia, a la misma que le vendió el cadáver de la otra hija de Quiñones, a la que puede acusarlo...

—¡Dios mío!

—¿Por qué tembláis?

—¿Dónde estará Martín?

—Supongo que no habrá cometido la torpeza de refugiarse en vuestra casa.

—Vamos, vamos aprisa, para advertirle el peligro que le amenaza.

—No os apresuréis, porque si semejante torpeza ha cometido...

Interrumpióse don Juan, y señalando a unos hombres que junto a ellos pasaron, no andando de prisa, sino corriendo, añadió:

—Esos, por orden del rey, deben ir a vuestra vivienda y a la mía en busca de Martín y de Raúl.

—Tranquilizaos.

—Pero eso es imposible...

—No conocéis a Felipe II.

—¡Dios misericordioso!...

—Repito que os tranquilicéis, padre mío, porque ni Raúl ni Martín son tan necios que se hayan refugiado en vuestra casa ni en la mía, después de lo que ha sucedido con el alférez.

—Y ese fraile...

—He ahí lo que no comprendo.

—Según parece, se apareció sin que nadie lo esperase...

—Y con un par de pistolas, que en seguida convencieron al otro bribón.

—No acierto quién pueda ser...

—Yo tampoco.

—Apresuremos el paso:

—Como gustéis.

Hiciéronlo así.

Llegaron a la embocadura de la calle donde Nicasia había tenido su vivienda.

Detuviéronse allí.

—Mirad — dijo Santisteban.

—Sí, luces...

—Que reflejan en las armas de los soldados que han venido con el comendador.

—Separémonos de aquí...

—Al contrario.

—¿Os quedáis?

—Sí, padre mío.

—¿Vendréis luego?

—Esperadme.

El anciano se alejó con cuanta prisa le permitían sus escasas fuerzas.

—Voy a pasar un buen rato — dijo Santisteban.

—Y se dirigió a la vivienda de Nicasia.

Capítulo LIX

DE COMO ANDRES SE CONVENCIO DE QUE HABIA COMETIDO LA CUARTA TORPEZA

Hacía pocos minutos que el comendador y Andrés habían llegado seguidos de los guardias.

Tres o cuatro veces habían llamado, sin recibir contestación.

—La última — dijo Quiñones, — y si no abren, echad la puerta abajo.

Descargó un soldado nuevos y muy recios golpes.

Abrióse una ventana y una mujer asomó, preguntando:

—¿Quién es?

—Abrid a la justicia.

—¿La justicia en mi casa?...

—Abrid pronto, si no queréis que os ahorquen.

Cerróse la ventana, y la puerta se abrió poco después.

La mujer que esto hizo no era Prudencia. sino otra vecina, que miró con espantados ojos al comendador y su acompañante.

—Ahora mismo — le dijo Andrés — llevadnos a la habitación que ocupa una mendiga baldada que pide en la iglesia de San Justo.

—No nos tratamos; pero la conozco de vista, y si otra cosa no quieren de mí vuestras señorías, van a quedar servidos al momento. Bien decía yo que no era mi persona la que buscaba la justicia, porque a Dios gracias...

—Dejaos de observaciones — interrumpió bruscamente Andrés.

En aquel momento se presentó don Juan.

—Entrad, caballero — le dijo el comendador, que estaba seguro de triunfar.

—¿Necesitáis mi ayuda? — preguntó Santisteban con un si es no es de burlona ironía.

—No la necesito; pero bueno será que vos mismo veáis si cumplo las órdenes de su majestad.

—De vuestro celo no puede dudarse; sin embargo, comendador, no basta la voluntad, y aunque creéis que no puedo serviros, por lo que pueda suceder os haré compañía.

Así diciendo atravesaron un ancho patio.

Cinco o seis soldados los siguieron, mientras los demás quedaron a la puerta.

—¿Se recogió temprano esa mujer? — preguntaba entretanto el alférez a la vecina.

—Por casualidad — respondió ésta — la he visto venir antes de anochecer.

Esto mismo había dicho el espía.

—¿No ha vuelto a salir?

—Junto a mi paso, le dí las buenas tardes, le pregunté por la salud, y me respondió que no estaba muy buena y que pensaba acostarse en seguida; después no ha sonado una mosca, de modo que la encontraréis durmiendo. Algunas noches suele salir bastante tarde, y esto lo sé porque oigo el ruido de la puerta, y muchas veces he pensado que no debía ocuparse en nada bueno. ¿Qué tiene que hacer a media noche por esos mundos de Dios una infeliz como ella? Dios me perdone; pero no he sospechado nada bueno, y ya veo que no me equivoqué.

Subieron una escalerilla muy empinada y estrecha.

Atravesaron un corredor.

—Mirad — dijo la vecina, — este es mi aposento, y aquella puerta es la del suyo.

—Dejadnos.

—¿Nada más tienen que mandarme vuestras señorías?

—Nada.

Detuviéronse junto a la puerta de la habitación que Prudencia ocupaba.

Andrés llamó desatentadamente.

Pasaron algunos segundos y nadie respondió.

Volvió a llamar con más fuerza.

—¿Quién es? — preguntaron al fin desde dentro.

—Abrid.

—¿Pero quién es?

—Abrid a la justicia.

Oyóse un grito de espanto.

El alférez amenazó romper la puerta, y así lo hubiera hecho si Prudencia no advirtiese que estaba vistiéndose y que en seguida se presentaría.

—Estaba acostada, ya lo sabéis — dijo don Juan — y justo es darle tiempo para que se levante.

No tuvieron que esperar mucho.

Rechinó la llave y se abrió la puertecilla, presentándose la vieja, que se apoyaba, como todos los días, en las muletas.

Se había puesto su disfraz, y con el ojo que le quedaba descubierto fijó una mirada de terror profundo en el comendador y sus acompañantes.

No necesitó más para reconocer, no solamente a Santisteban, sino al alférez.

Aunque no era posible que se explicara el porqué éstos se presentaban juntos y en nombre de la justicia, ni mucho menos el porqué iban seguidos de soldados, empezó a tranquilizarse, creyendo que nada debía temer de los mismos que la habían buscado y pagado para que cometiera dos de los mayores abusos que podían echársele en cara.

—¡Ah! — exclamó exhalando un profundo suspiro.

—Esto es otra cosa, creí que alguna mala voluntad se había ocupado de levantarme falsos testimonios y que por eso venía la justicia a mi casa; pero no es así, porque ya veo que son amigos los que me buscan.

—¡Amigos! — murmuró Quiñones, sin comprender lo que significaban las palabras de la mendiga.

—Sí, caballero — repuso ésta, — y si no ya lo veréis y os convenceréis de que soy una mujer honrada y temerosa de Dios.

—Sí — replicó Andrés, — ya veremos lo que sois sin esa peluca y sin esas muletas.

—Pero entren vuestras señorías y descansen.

—Basta de bromas — replicó Andrés, apoderándose de las muletas.

Y sin miramiento alguno arrancó la venda y la peluca, dejando descubierto el rostro horrible de Prudencia.

Ya sabemos que el comendador no había visto nunca a Nicasia, y, por consiguiente, no pudo decir si era la misma.

Empero el alférez, que la conocía muy bien, dejó escapar una exclamación de sorpresa y quedó inmóvil y mudo.

Santisteban desplegó una sonrisa burlona.

—Vaya, que venís con muchos fueros — dijo la vieja, — mejor me tratasteis aquella noche de marras, y podéis pensar que ahora me necesitáis lo mismo que entonces, porque si suelto la lengua nos han de oír los sordos.

—¿Qué significa esto? — preguntó Quiñones alternativamente a don Juan y a su antiguo criado.

—Lo ignoro — respondió tranquilamente Santisteban; — pero creo, comendador, que vuestro escudero podrá darnos explicaciones.

—¡Se han burlado de mí! — gritó Andrés con acento de desesperación.

—¿Acaso esta mujer?...

—No es Nicasia.

—¡Oh!...

—¡Ira de Satanás!...

—¿Quién sois, decid, quién sois? — gritó Quiñones, asiendo por un brazo a la vieja y sacudiéndola rudamente.

—¡Ay!... Que me rompéis los huesos...

—¿Quién sois miserable?

—Pero... Dejadme... No puedo hablar...

—¿Y Raúl de Lancaste? ¿Y Martín?

—¡Martín!... Nada tengo que ver con él... ¿Sois amigo de Martín?...

—¿Dónde están?

—¡Martín! — repitió Prudencia con acento de profundo terror.

—Silencio — dijo Andrés.

—Vos me conocéis, sabéis muy bien...

—Callad.

—Comendador, — dijo entonces Santisteban, — sosegaos, porque si no es imposible que lleguéis a entender lo que pasa.

—¿Vos sabéis?...

—Os daré explicaciones hasta donde me sea posible; pero entrad porque no es prudente que hablemos aquí.

Tomó don Juan la linterna que llevaba un soldado, y con la vieja, el comendador y Andrés entraron en el miserable aposento, cerrando la puerta.

El alférez cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó silencioso.

Prudencia aguardó el resultado de aquella escena, sentándose convulsa en el más apartado rincón y mirando con desconfianza a Quiñones.

—Ahora — dijo éste a Santisteban — explicaos, porque todos tenemos aquí una grave responsabilidad, y es preciso...

—Que cada cual acepte la suya — interrumpió don Juan.

—No se nos ha engañado a nosotros, sino al rey.

—Es verdad; pero el engaño no ha sido mío, puesto que no he sido yo quien ha dicho a su majestad que esta mujer fuese la que se buscaba.

—Os habéis burlado de mí — dijo entonces Andrés, cuyos ojos relumbraron como dos luces fosfóricas; — pero no soy tan torpe que no se me alcance lo que ha sucedido.

—Tal vez os equivoquéis, quizá también ahora os engaña vuestra astucia...

—Se ha sustituído una persona con otra...

—Estáis en un error.

—Explicaos, caballero, explicaos — dijo con impaciencia el comendador.

—La explicación es muy sencilla — repuso don Juan: — esta mujer, por razones que diré luego, solía visitar a ciertas horas de la noche al cura de San Justo. Sin duda vuestro criado, observando la vivienda del sacerdote, la vió entrar o salir, y de esto dedujo que era María Nicasia, la madre de Martín.

—¡Otra vez Martín! — murmuró Prudencia.

—Ya lo estáis viendo — dijo don Juan: — la supuesta Nicasia tiembla al oír el nombre del protegido del cura ¿No sabéis lo que esto significa? Vais a comprenderlo.

—¡Un misterio más! — replicó Quiñones.

—Un secreto que os pertenece, comendador.

—Caballero...

—Esa mujer vendió a vuestro criado el cadáver que se puso en lugar del de doña Luz...

—¡Ah!...

—El cadáver de la hija de vuestros extravíos...

—Basta...

—¿No queréis explicaciones?

—No, no...

—¿No queréis conocer el autor de esta intriga?...

—¡Oh!... Callad, callad...

—Esto no es obra mía, sino de la mano del Omnipotente.

—Basta, repito, o no respondo de lo que haré.

Santisteban se encogió de hombres y repuso fríamente:

—Queríais que yo fuese testigo de vuestro celo en cumplir las órdenes de su majestad... Cumplidlas.

—¿Queréis aumentar mi desesperación?

—Lo que quiero es ver cómo salís de este apuro.

—¡Vive el cielo!...

—Esta mujer no es María Nicasia... ¿Quién, pues, dormirá esta noche en la cárcel?

Andrés tembló y sus dientes rechinaron.

—Yo — dijo con voz sorda, — yo dormiré en la cárcel si así lo manda el rey; pero guardáos de mí, don Juan; guardaos de mí, porque...

—Ya sé que sois alevoso y cobarde — replicó desdeñosamente Santisteban.

—¡Por Satanás! — gritó Andrés, poniendo mano a la espada.

—Quieto — le dijo severamente Quiñones.

—¿Qué esperáis? — preguntó don Juan — no está María Nicasia... Prended a la que, según asegurais, la ha sustituído, porque esto es un abuso como otro cualquiera, una falsedad, y las falsedades son delitos; prendedla y llevadla a la cárcel, en tanto

que yo, para que no se haga esperar el castigo, voy a dar parte a don Roque Mejía, que irá a tomar declaración a la delincuente. Y vos — añadió el caballero, dirigiéndose a la vieja — tened presente que estáis obligada a decir la verdad y que si así no lo hacéis, el severo don Roque, que por nada en el mundo falta a su deber hará que os apliquen dos o tres cuñas hasta que declaréis cuanto sepáis.

—¡Piedad, piedad! — exclamó Prudencia, dejándose caer de rodillas.

La situación del comendador y el alférez no podía ser más crítica.

¿Qué debían hacer?

Apoderarse de Prudencia era exponerse a que ésta hablara más de lo conveniente.

Con dejarla en libertad no evitaban más que un peligro, porque tendrían de todos modos que sufrir las consecuencias de la cólera del monarca, que no perdonaría semejante torpeza.

En todo aquello no parecía que don Juan tuviese culpa ni parte alguna más que saber que la mendiga a quien se espiaba no era la madre de Martín; y ni siquiera podía echársele en cara que esto lo hubiese ocultado porque no se le había preguntado nada sobre semejante asunto.

Largo rato pasó sin que nadie pronunciase palabra.

Al fin Santisteban rompió el silencio para decir:

—¿Qué determináis?

El padre de doña Luz, sin responder, se acercó a la vieja y le preguntó:

—¿Me conocéis?

—No, caballero.

—Yo soy el comendador Quiñones.

—¡Dios santo y bendito!

—Me sobra poder para haceros ahorcar si decís una solo palabra de lo que hicisteis con el cadáver de la infeliz que vivía con vos.

—Descuidad señor, descuidad...

—Estáis libre.

Y esto diciendo, Quiñones y Andrés salieron para volver a palacio.

Entonces don Juan se acercó a Prudencia y le preguntó a su vez:

—Y a mí ¿me conocéis?

—Sí, mi noble señor.

—No dudaréis que me sobran medios para hacer que el Santo Oficio os lleve al quemadero.

—¿Qué quiere de mí vuestra señoría?

—Nada más sino que viváis tranquilamente, recibiendo un ducado cada día, que os entregará mi criado Julián.

—Pero...

—Podéis hacer todo cuanto os de la gana menos ocultaros, porque si lo intentáis siquiera...

—Entiendo, entiendo.

—No se os perderá de vista.

—Soy vuestra, caballero, soy vuestra en cuerpo y alma.

—Eso os conviene, y la prueba de los medios con que cuento para protegeros es lo que acaba de suceder, pues a pesar de las órdenes del rey, se os ha dejado en libertad.

—¿Pero qué significa este enredo?

—No os importa.

—Decidme una cosa solamente, no más que una caballero — repuso la vieja.

—¿Qué?

—¿Y Martín?

—Mientras yo os proteja, nada tenéis que temer del noble mancebo a quien engañasteis.

—Compadeceros de mí...

—Dios os guarde, — replicó don Juan.

Y también salió, sirviéndose de la linterna para llegar sin tropiezo alguno a la puerta de la casa.

Cuando estuvo en la calle se le acerco un hombre, diciéndole:

—Aquí me tenéis, señor.

—¡Julián!...

—El mismo soy.

—¿Por qué has venido aquí?

—He ido a ver al señor cura, me ha referido todo lo que ha pasado...

—Comprendo.

—¿Se han llevado a la vieja?

—No.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Podemos necesitarla algún día y le he prometido un ducado y completa libertad, a condición de que no se oculte.

—Cuidaré de ella.

—¿Hay alguna novedad?

—Ninguna.

—¿Adónde más has ido?

—Me he paseado junto a las tapias de la huerta de la priora.

—¿Te ha ocurrido alguna traza?

—Empieza a ocurrírseme.

—Nunca en mejor ocasión, puesto que tenemos en Madrid a mi buen amigo Raúl de Lancaste.

—Ya lo sé.

—Vamos y dime lo que empiezas a idear, porque el asunto se hace cada día más interesante, nuestros enemigos trabajan, y es preciso que no nos descuidemos.

—Vamos, pues, — dijo el criado.

Y tomaron calle arriba.

Capítulo LX

DE COMO ANDRES SE SALVO MILAGROSAMENTE

A medida que se acercaban al alcázar, temblaban más el comendador y Andrés: el primero, de ira, y el segundo, de terror.

Poco hablaron, muy poco, porque ambos conocían demasiado bien la situación y no tenían que hacer observaciones sobre lo que había sucedido, como no fuera para desesperarse y atormentarse más de lo que estaban.

Con el rostro lívido y descompuesto se presentó Quiñones al monarca.

No tuvo éste más que mirar al caballero para adivinar que algo muy desagradable había sucedido.

Contrajose la frente de Felipe II, y fijando una mirada penetrante y dura en el comendador, preguntóle:

—¿Habéis cumplido mis órdenes?

—Señor — balbuceó el padre de doña Luz, — señor...

—Responded.

—Suplico a vuestra majestad...

—¿Ha quedado en la cársel María Nicasia?

Por la frente de Quiñones corrieron algunas gotas de frío sudor.

No se atrevió a contestar.

—¿Acabaréis? — dijo el monarca con impaciencia.

—Andrés...

—¿Ha cometido la cuarta torpeza?

—Se había equivocado...

—¡Oh! — exclamó Felipe II sin poder contenerse.

—La mendiga...

—¿No la habéis encontrado?

—Sí, pero...

—¿Se os ha escapado?

—No era ella...

—¡Que no era ella!...

—No, no era Nicasia...

—Esta última torpeza no la perdonaré.

—Clemencia, señor, clemencia.

—¿Os olvidáis de la burlona sonrisa de don Juan de Santisteban? ¿No comprendéis qué clase de papel ha representado mi majestad hace una hora? ¿No se os alcanzan las consecuencias de la torpeza de ese villano?

—Señor, yo suplico a vuestra majestad que piense bien...

—Basta.

—Que me escuche...

—¿Qué podéis decirme en defensa de ese estúpido vanidoso?

—Todas las apariencias engañan.

—¿Por qué se fía de apariencias?

—A mí me hubiera sucedido lo mismo...

—Lo cual probaría...

—Que soy tan torpe como él — dijo el comendador con acento de profunda amargura.

—También las apariencias lo engañaron cuando se apoderó de la carta de Raúl; también se fió de las apariencias en el alcázar de Segovia, y siempre juzgando por apariencias acabará por comprometernos seriamente. Asegurad ahora que Martín y Raúl están en Madrid, aseguradlo, comendador.

—Los ha visto...

—Apariencias también... ¡Oh!... Si no contáis con otra ayuda para luchar contra Raúl, pronto doña Luz saldrá del convento.

Quiñones hizo un gesto de desesperación.

—Y lo del fraile, — añadió el rey — será otro fantasma.

—No lo sé, no lo sé, porque ya nada creo, nada aseguro, ni entiendo nada — dijo el comendador, que apenas podía respirar.

—Hacéis bien.

—Andrés espió noche y día al cura de San Justo, en la seguridad de que éste y Nicasia se veían con frecuencia: vió entrar una noche a una de las mendigas que se colocan a la puerta de la iglesia, la esperó y la siguió, observando que la pordiosera, poco antes de llegar a su casa, dejó de hacer uso de las muletas.

—Eso significa que aquella mujer quería engañar al mundo fingiéndose baldada sin estarlo.

—Y una mujer disfrazada...

—Muchas se disfrazan con un fin cualquiera y no son todas las que buscamos.

—Pero sus visitas al cura...

—Su explicación tendrán.

—Don Juan de Santisteban las ha explicado.

—Llamadle ahora torpe a don Juan.

—¡Oh!...

—Mal enemigo tenéis, comendador.

—Algún día dejaremos de estorbarnos el uno al otro.

—No digáis eso en mi presencia.

—Perdone vuestra majestad...

—Concluyamos.

—Espero las órdenes que vuestra majestad tenga a bien darme.

—¿Habéis llevado a la cárcel a esa otra mujer?

—La he dejado en libertad.

—¿Por qué?

—Porque don Juan de Santisteban dijo que avisaría al alcalde don Roque para que éste fuera a tomar declaración a la delincuente, porque delincuente debía considerarse por el solo hecho de haberse disfrazado y aparentar lo que no era.

—Razón tiene don Juan.

—Pero precisamene por eso no la he llevado a la cárcel.

—No os comprendo.

—Me encontré con una coincidencia fatal.

—¿Otra intriga?

—No más que una coincidencia, señor.

—¿Cuál?

—La mendiga ha resultado ser la misma que vendió a mi criado el cadáver que se supuso ser el de mi hija.

—¡Ah!...

—Ha reconocido al alférez...

—Comprendo.

—Sus declaraciones...

—Entiendo, entiendo.

—Y como don Roque no es hombre que deja de cumplir su deber...

—No necesito más explicaciones

—De todas maneras, nada conseguiríamos con encerrar a esa mujer.

—¿Y qué veis tras eso, comendador?

—Yo...

—¿No veis la mano habilísima de don Juan de Santisteban?

—Pero don Juan asegura que no es su mano, sino la mano de Dios.

—Repite lo que siempre está diciendo el cura de San Justo.

—Y como nada puede probarse...

—No importa — repuso el monarca, cuyo rostro cambió de expresión.

—Ahora, señor...

—¿No me pedís clemencia?

—Clemencia he pedido para Andrés

—Pues quiero ser clemente.

El comendador miró con sorpresa al monarca.

Este pareció tranquilizarse y añadió:

—Decid al alférez que cuando quiera su nombramiento de capitán, se me presente a recogerlo; pero que ha de venir acompañado de la madre y del hijo.

—¿Lo entendéis, buen Quiñones?

—Seguro estoy de que con ellos vendrá

—Y en cuanto a vos...

—En este asunto...

—En lo que se refiere a doña Luz, defendeos, que los enemigos se aumentan, y, sobre aumentarse, valen todos mucho. Por mi parte, no he podido hacer más que dejaros en completa libertad con respecto a Santisteban, si bien debéis tener cuidado, porque ni a vos ni a vuestro antiguo escudero os serviría de excusa en ciertos casos...

Interrumpióse el monarca y miró a Quiñones.

—Comprendo, señor.

—Pues que Dios os proteja, porque yo no puedo hacer más de lo que tengo hecho.

—Debo mucho a vuestra majestad...

—El cielo os guarde.

Si el lector no adivina toda la importancia que tenía la breve escena que acabamos de referir, pronto se convencerá de que había de producir horribles consecuencias.

EXPLICACIONES

Capítulo LXI

Mientras en palacio y en el aposento de Nicasia tenían lugar las escenas que acabamos de referir, Martín y Raúl habían dado a Jorge toda clase de explicaciones, no solamente de los sucesos de Flandes, sino de la situación en que entonces se encontraban.

Llegaron a la hostería, y más bien por no infundir sospechas, pidieron de cenar.

Cuando Maese Mancioni los hubo servido y quedaron solos en el aposento que ya dimos a conocer, dijo Raúl:

—Ahora, buen Jorge, falta solamente que tú hagas lo mismo que nosotros, explicándonos el porque en vez de refugiarte en Alemania o en Francia, te viniste a Madrid, lugar para tí muy peligroso, porque una casualidad cualquiera podía descubrirte.

—Primeramente — respondió el gigante — debo advertiros que me importa bien poco morir.

—Eso te ha sucedido siempre.

—Y cuando salí de Bruselas me importaba mucho menos, porque si para algo quería entonces la existencia era para sufrir, para tener tiempo de arrepentirme y que Dios me perdonase.

—Sea como quiera, ello es que querías vivir, y no se comprende cmo viniste precisamente adonde tu vida debía estar constantemente amenazada.

—Me es imposible explicaros el estado en que quedó mi alma desde el día en que intentamos salvar a los infelices condes. El primer pensamiento fué el de huir de vosotros, ocultarme donde no pudieseis verme jamás, porque el valor me faltaba para arrostrar vuestras miradas, vuestras acusaciones, vuestro desprecio. Sin ser cobarde, cometí una cobardía, y después de haber sido generoso con todos, fuí ruin, llevando la ruindad hasta el último grado. Yo estaba ciego, trastornado, loco; no era dueño de mi voluntad, estaba ofuscada mi inteligencia y hasta habían cambiado mis sentimientos. Me arrastraba un vértigo espantoso, horrible, y sólo a sus impulsos obedecía. Llegó el momento fatal, apagué mi sed devoradora de venganza, contemplé a mi víctima, me horroricé de mi propia persona, me miré yo mismo con horror y me pregunté por qué me había vengado. No acerté a contestarme, no supe explicarme lo que pocos momentos antes había sentido; pero sí me reconocí ruin y miserable. Levantó su voz mi conciencia, y mi tormento no tuvo igual. Necesitaba huir de cuantos me conocían, necesitaba separarme del mundo para entregarme a mis remordimientos, para sufrir y expiar mi falta. Un segundo vértigo me arrastró sin que yo supiera hacia dónde, y me dejé llevar.

—¡Infeliz!

—Sin cesar anduve, y digo sin cesar, porque no me detenía sino cuando se agotaban mis fuerzas. Mi trastorno, en vez de calmarse, era cada vez mayor. Ni sé cuántos días pasaron, ni tampoco puedo deciros hacia qué parte me dirigí, ni cómo me procuré alimento, ni dónde reposé algunas horas. Siempre dejándome llevar por aquel vértigo horrible, no me cuidé más que de huir, como si me afanara por buscar los confines de la tierra. No pensé ocultarme ni evitar caer en manos de los que debían perseguirme: tal era mi turbación, tal mi indiferencia: si alguien me preguntaba mi nombre, se lo decía sencillamente. ¿Cómo es que no se apederaron de mí los agentes del duque? He ahí una casualidad inconcebible. Al fin, no sé si agotadas mis fuerzas, me detuve. Entonces me pregunté dónde estaba. ¡No acerté a responderme! Miré a mi alrededor y todo me era desconocido: escuché cuando me hablaban y comprendí que me encontraba en territorio español.

—Diríase, mi querido Jorge, que habías estado loco.

—Yo creí que había soñado, que todo lo que había sucedido era una horrible pesadilla y nada más. Parecióme que no había trascurrido más que un día desde aquel en que nos separamos. Todo era para mí nuevo, extraño, sorprendente. Entonces pregunté y supe que me encontraba en Burgos. Loco o solamente trastornado por mi dolor, ello es que recobré, sin saber cómo, el uso de mi razón, sin que por esto dejara de atormentarme mi conciencia.

—Y volviste a ser astuto...

—Simplemente dejé de ser loco.

—¿Por qué os vinisteis a Madrid?

—Pensé en vosotros.

—¿Y con la esperanza de vernos algún día?...

—No con la esperanza de veros, sino con la de poderos servir de algo, pues aunque ignoraba que doña Luz viviese, sabía que vos, señor Raúl, teníais un hijo, cuya suerte se ignoraba: un hijo, cuya vida peligraba tal vez.

—¡Ah! — exclamó Raúl, estrechando la diestra de Jorge — Tanta nobleza, tanta generosidad...

—Cumplía con mi deber, pagaba una deuda de corazón.

—¿Y aun te remuerde la conciencia?

—No me remuerde desde que os encontré; pero antes, sí, porque toda esa generosidad que sin merecerla me reconocéis, no probaba que hubiera dejado de ser ruin y cobarde.

—Prosigue, Jorge, prosigue.

—Muy poco tengo que deciros ya: llegué a Madrid, pedí refugio en el convento de San Martín y decidí hacerme fraile.

—Pero tu cabeza — observó Raúl — no está tonsurada.

—Porque aun soy simplemente novicio, y hasta dentro de algunos meses no debo profesar.

—Hemos llegado a tiempo, porque la verdad es, señor Jorge, que vos no habéis nacido para fraile.

—Eso lo decís porque no conocéis el interior de los conventos, así como yo tampoco lo conocía, pues de otro modo, buscando como buscaba la soledad, la paz del alma, en vez de fraile hubiera pensado en ser ermitaño.

—¿Qué más hiciste?

—No me ocupé más que de dos cosas: de rogar a Dios que me perdonase y de hacer averiguaciones de lo que a vosotros os interesa.

—¿Y has conseguido algo con respecto a mi hijo? — preguntó Raúl.

—He trabajado inútilmente porque me faltaban antecedentes y sólo he podido averiguar lo que de nada me servía. Si entonces hubiera yo sabido todo lo que acabáis de decirme, tal vez habría logrado mi intento; pero aun no es tarde y aquí me tenéis para trabajar sin descanso.

—Supongo — repuso Lancaste — que ahora dejarás el convento.

—Por de pronto, me parece que no debo dejarlo, sino continuar en él como hasta aquí, mientras no acabéis con vuestros enemigos. Así podré ayudaros mejor sin hacerme sospechoso.

—Pero no tendrás toda la libertad necesaria...

—Tengo cuanta quiero, como todos los frailes, y ya estáis viendo la prueba. A la hora que se me antoje, volveré al convento, nadie me preguntará en qué me he ocupado, porque allí se guarda el más profundo respeto a los asuntos particulares de todos, y si alguno se mezclara en lo que no le corresponde, si intentara siquiera averiguar los secretos de un compañero, sufriría el más terrible castigo. No se nos exige más que una sola cosa: ciega obediencia cuando mandan los superiores; pero manda pocas veces. Hermano hay que pasar las semanas enteras fuera del convento, y nadie se cuida de hacer siquiera un simple comentario.

—¿Y esos son los frailes?

—A estas horas muchos de ellos habrán dejado el sayal, habrán ceñido la tizona y andarán por esas calles en busca de aventuras.

Jorge no mentía.

Aunque en aquella época se había empezado ya a poner remedio a la relajación de las comunidades, la reforma no había producido aún todos sus buenos efectos.

Habían concluído de cenar.

Martín, cuya impaciencia era mayor cada momento, dijo:

—Empecemos a ocuparnos de lo presente, porque sobre lo pasado nos hemos dado ya toda clase de explicaciones.

—Sí, sí... ¿Qué hemos de hacer?

—¿Queréis saber mi opinión?

—Decidla.

—No os moveréis de aquí en toda la noche, porque el criado del comendador habrá dado parte del encuentro que ha tenido, y en estos momentos os buscarán, yendo adonde es más probable encontraros, es decir, a la vivienda del cura de San Justo, a la de don Juan de Santisteban y también quizás a casa de doña Inés de Guevara.

—Mucho lo temo — dijo Martín.

—Por consiguiente, sería una locura que os presentaseis en cualquiera de esos sitios, porque ahora no había de valeros ni mi presencia ni mis pistolas.

—Vos podéis ir.

—Yo iré.

—Entonces, aprovecha el tiempo, Jorge.

—Tened más calma y pensad que yo tampoco puedo presentarme sin más precauciones en ninguno de esos sitios, porque el alférez no se habrá olvidado de decir que sois amigos de un fraile, y al verme sospecharían si yo era el mismo que antes se apareció.

—Ello es preciso — repuso Martín, — que mi protector sepa que hemos llegado

—Lo sabrá, y también don Juan de Santisteban; yo iré a verlos; pero si tardo en volver, no hagáis alguna locura como la que antes habéis hecho llamando la atención de nuestros enemigos; porque con esto, si bien se prueba valor, no se consigue nada, y si no, reflexionad y os convenceréis de que a no tener lugar el encuentro con el alférez, vos, señor Martín, ya habríais abrazado a vuestro protector, y quizás a vuestra madre, y vos, señor Raúl, habríais visto a don Juan de Santisteban.

—Os sobra la razón — dijo Martín — y no me perdonaré jamás mi ligereza; pero lo que nos había sucedido me desesperó, y una vez desesperado, hice cualquier cosa.

—Bien, lo hecho no puede deshacerse, y en último caso, no se ha perdido más sino algunas horas, pues en cuanto a vuestra llegada a Madrid, no hubieran tardado mucho en averiguarlo.

—Haced lo que mejor os parezca.

—Aguardadme aquí — repuso Jorge poniéndose en pie.

—Después de lo que hemos hablado, nada tenemos que advertirte.

—No es menester.

—Si tardases mucho...

—Esperadme también.

—¿Y si pasase la noche?...

—Mientras no llegue a vuestra noticia que han matado a un novicio de la comunidad de San Martín, me aguardaréis.

—¿Por qué nombre se te conoce en el convento?

—No he cambiado el mío.

—Me parece una imprudencia...

—Por llamarse Jorge un fraile, no ha de infundir sospechas.

No hablaron más.

El gigante ocultó la cabeza y parte del rostro con su capucha y salió dando las buenas noches al hostelero.

Pocos minutos después llegó a la iglesia de San Justo, a tiempo que también llegaban dos hombres, que hablaban a media voz.

—¿Vendrán aquí? — se preguntó Jorge.

Y en vez de dirigirse a la puertecilla que daba entrada a la vivienda del cura, siguió andando y observando a los otros en cuanto se lo permitía la oscuridad de la noche.

Los dos hombres llamaron y entraron en la morada del sacerdote.

—Lo mismo pueden ser amigos que enemigos — se dijo el flamenco.

Ocultóse en el hueco de una puerta y esperó.

Pasó largo rato.

Volvió a sonar la puerta y salieron los dos hombres, que entonces tomaron hacia Puerta Cerrada sin hablar.

Jorge los siguió.

Llegaron a la calle de Segovia.

Detuviéronse.

—¿No habéis visto? — preguntó uno de los dos espiados al otro.

—Nada he visto de particular.

Mirad allí.

—Un bulto....

—Un hombre que nos sigue desde la iglesia.

—¿No será casualidad?

—Ya veis que se para cuando nos paramos.

—Vamos a convencernos.

Anduvieron algunos pasos en dirección opuesta.

El gigante los siguió otra vez.

—No me equivoqué, señor.

—Me desagrada el estorbo.

—Y, como no tenemos nada en qué entretenernos...

—Opino como tú.

—Voy a sacar la linterna y a darle con ella en las narices.

—Y después del linternazo...

—Lo que sea menester.

En aquella época, y tratándose de dos hombres como don Juan y su criado, semejante intento, por más que pudiera costarle la vida, no era más que una diversión.

No esperaron para poner en práctica la locura.

Volviéronse rápidamente, y empuñando la espada, acercándose a Jorge, al hacer lo cual, el sirviente sacó la linterna que llevaba oculta bajo la capa y la levantó, dando su luz de lleno en el acometido.

Este no hizo más movimiento que extender los brazos, dejando ver las pistolas, cuyos cañones relumbraron.

—¡Vive Dios! — exclamó don Juan.

—¡Por Satanás! — dijo el sirviente. — Aquí lo tenemos, señor.

Y los tres quedaron inmóviles.

—Sí — replicó tranquilamente Jorge; — aquí me tenéis. Idos o quedaos, o lo que es igual, elegid entre una bendición y un pistoletazo.

—Debe ser el mismo — repuso Julián bajando la linterna.

Las pistolas eran una prueba muy convincente de que aquel era el mismo fraile aparecido el alférez, porque semejante arma, de invento muy reciente, apenas estaba en uso, como no fuera para llevarla cuando se iba a caballo, y aun así pocas veces; por cuya razón no era probable, y aun podríamos decir posible, encontrar en una misma noche dos personas que llevasen estas mismas armas, y con la doble circunstancia de que ambos fuesen frailes.

Las pistolas que entonces se hacían eran demasiado grandes, nada seguras, y exigían gran cuidado y no poco trabajo para llevarlas; por lo cual, sobre ir más desembarazado, creíase un hombre mejor defendido con su espada y su daga.

—¿Qué decidís? — preguntó Jorge después de algunos momentos.

—Por de pronto — respondió Santisteban, — guardad las pistolas.

—Y en cuanto a la bendición — añadió Julián, — podéis dejarla también para otro.

—¿Y luego?

—Creo que nos entenderemos perfectamente — respondió don Juan.

—Bien puede ser — repuso con indiferencia el flamenco.

—¿Lo dudáis?

—Ni dudo ni creo.

—Mirad — dijo el caballero, desembozándose y envainando la espada.

El sirviente hizo lo mismo.

Entonces Jorge ocultó las pistolas y se acercó más a los otros, aunque siempre cuidando de que su rostro permaneciese oculto.

—Esto es otra cosa — dijo el criado.

—Pero no sabemos lo que podrá ser — replicó Jorge. — ¿Qué queréis de mí?

—¿Qué queréis vos de nosotros? — preguntó don Juan.

—Me habéis acometido...

—Nos espiabais.

—Yo estaba en mi derecho de ir por donde se me antojase.

—Y nosotros en el nuestro de quitarnos el estorbo a cuchilladas...

—¿Y por qué no lo habéis hecho?

—No ha sido por miedo a vuestras pistolas.

—Supongo que tampoco por respeto a mi pobre sayal.

—Es que hemos reconocido...

—Os equivocáis, porque no me habéis visto en vuestra vida.

—Buen padre — repuso Santisteban, — aun no hace dos horas que en la calle de Puerta Cerrada tuvo lugar una escena muy extraña.

—¿Y qué me importa lo que ha sucedido esta noche?

—Os importa, porque también allí un fraile hizo el principal papel.

—No soy curioso y podéis evitaros la molestia de referirme ese suceso.
—Sin embargo...
—¿No pensáis hacer otra cosa que darme noticias de lo que ha sucedido esta noche en Madrid?
—Tened calma...
—Tengo prisa...
—No perderéis más que algunos minutos...
—No quiero perderlos.
—Entonces...
—¿Qué haréis?
—No nos moveremos de aquí — contestó el caballero.
—Con tal que nada intentéis contra mí, bien podéis hacer lo que más os convenga.
—¿Y vos?...
—Quiero para mí lo que concedo a los demás.
—Hablemos con franqueza.
—Decid.
—No podéis negar que nos espiábais.
—¿Y qué deducís de eso?
—Que tal vez tenéis la intención de seguir haciendo lo mismo.
—Todo es posible.
—En ese caso...
—¿Nos conviene acabar de una vez?
—Sí.
—Pues volvamos a principiar, vosotros sacando las espadas y yo las pistolas.
—He aquí, padre, lo que no me conviene.
—¿Por qué, si no tenéis miedo?
—Porque no quiero mataros, sino conoceros.
—Muy difícil es.
—No importa, con tal que sea posible.
—¿Y queréis que yo os diga mi nombre?
—Lo que quiero es saber si sois el mismo de la aventura de hace dos horas en la calle de Puerta Cerrada.
—Mucho pedís.
—¿Me lo negáis?
—Yo lo niego todo a quien no conozco.
—Si no encontráis otro inconveniente...
—¿Estáis dispuesto a salvarlo?
—Sí, porque yo nunca me oculto.
—Ahora tal vez podremos entendernos.
—¿No me conocéis?
—No.
—Soy don Juan de Santisteban.
—¡Ah!...
—¿Qué os sorprende?
—Nada.
—¿Hablaréis ahora con franqueza?
—¿Me daréis una prueba de que para engañarme no habéis tomado el nombre del ilustre don Juan?
—¡Vive Dios!, que sois desconfiado en demasía.
—Soy prudente y cauto.
—Sois fraile — dijo el sirviente.
—Como os plazca.
—¿Y qué prueba he de daros, si no me conocéis personalmente?
—¿Dónde vivís? — preguntó Jorge.
—Mirad mi casa — respondió el caballero, señalando a la suya, que desde allí se veía.
—Es verdad.
—Venid conmigo y mis criados os sacarán de la duda sin necesidad de que les preguntéis.
—Pero no entraré.
—¿Qué inconveniente encontraréis en entrar?
—Os lo diré, si efectivamente sois don Juan de Santisteban.
—No s haré más observaciones, porque veo que a vos es casi imposible convenceros.
Jorge había sido siempre desconfiado y precavido; pero lo fué mucho más desde que entró en el convento y aprendió de los frailes mucho más de lo que él sabía.
Delante don Juan y su criado y detrás Jorge, llegaron a la casa del primero, entrando en el anchuroso zaguán, que aún estaba iluminado por un farol, lo cual no sucedía en aquella época sino en alguna que otra de las viviendas de ciertos personajes.
El portero, al ver a su señor, apresuróse a ponerse en pie, inclinándose respetuosamente.
—¿Quién soy? — le preguntó vivamente don Juan.
El criado lo miró con profunda sorpresa y no acertó a responder.
—Dí mi nombre — añadió el caballero con impaciencia.
—Perdone vuestra señoría; pero...
—Mi nombre.
—Vuestra señoría se llama don Juan de Santisteban.
—Basta.
Jorge, sin pronunciar una palabra, salió del zaguán.
El caballero y su fiel sirviente lo siguieron, deteniéndolo a los pocos pasos.
—¿Estáis convencido?
—Sí.
—¿Y por qué no entráis?
—Porque supongo que aquí vendrán a buscar esta misma noche a vuestro amigo Raúl de Lancaste y al protegido del cura de San Justo.
—No os equivocáis.
—Y no me parece conveniente que me encuentren aquí.
—¿Conque sois el mismo?...
—Sí.
—Es preciso que nos expliquemos.
—Nos explicaremos; pero antes debéis advertir al portero de vuestra casa que a nadie diga que ahora habéis estado aquí, ni mucho menos que os acompañaba un fraile, porque de lo contrario le retorceréis el pescuezo.
—En todo pensáis.
—No de otro modo podremos conseguir algo.
Don Juan volvió a su casa, hizo al portero las advertencias convenientes y se reunió con Jorge.
—¿Dónde están Raúl y Martín? — preguntó afanosamente.
—Vamos a verlos, y entretanto hablaremos de lo que ha sucedido esta noche.
—Sí, sí, preciso es que hablemos muy despacio, porque la situación es más grave cada día. La persona que me acompaña, a pesar

de ser mi criado, lo considero como un amigo.

—Comprendo.

—Vuestra presencia cuando Martín cometió la locura de provocar a su más temible amigo...

—Seguro estoy que nadie acertará quién es el fraile que se apareció sin saber cómo; pero vos comprenderéis claramente lo que ha sucedido cuando yo os diga mi nombre y os ponga en antecedentes que os son desconocidos.

—Ante todo, quisiera saber adónde nos dirigimos.

—A la plaza del Arrabal.

—¡Allí se encuentra Raúl?

—En la hostería del maese Mancioni.

—¡Ah!...

—¿Qué os sucede?

—¡Vive el cielo!... Todo son coincidencias...

—Explicaos, caballero.

—En esa misma hostería tiene su vivienda el antiguo criado del comendador Quiñones.

—¡Por Satanás! — exclamó el flamenco, que nunca se cuidaba de usar un lenguaje que estuviese en armonía con el humilde sayal.

—¿Os desagrada esta circunstancia?

—Pensaremos y veremos lo que conviene.

Nuestros lectores no habrán olvidado que Andrés, de acuerdo con Quiñones, había buscado otra vivienda, y como por aquel tiempo eran muy pocas las hospederías de cierta clase que en Madrid se encontraban, sucedió fácilmente que sin querer se reunieron unos y otros.

Hablando a media voz, mirando a todos lados por si alguien los seguía, y apresurando el paso más cada vez, llegaron en breve a la hostería, subiendo a la habitación que ocupaban Martín y Raúl.

Este y su amigo don Juan exhalaron un grito al verse y se abrazaron, sin que hasta después de algunos minutos pudieran dominar su emoción para ocuparse de los demás y entrar en explicaciones.

El resultado de éstas no tenemos que decirlo.

La entrevista con el sacerdote presentaba muchas dificultades porque se creía, y con razón, que con éste se haría lo que antes se había hecho con Nicasia.

Más fácil era que se abrazasen la madre y el hijo, lo cual determinaron hacer aquella misma noche, si bien presentándose antes don Juan para anunciar a la infeliz que se aproximaba el momento deseado y evitarle así la conmoción de una sorpresa, que podía costarle muy cara.

En cuanto a doña Luz, no hay que decir el júbilo que produciría en Raúl la noticia de que se había conseguido descubrir el paradero de la mujer a quien tanto amaba.

Sobre continuar o no habitando en la hostería, nada determinaron, porque aquella coincidencia podía lo mismo ser peligrosa que útil.

Como si ya hubieran triunfado, dejáronse llevar de los transportes de una alegría, que pudiera calificarse de loca, y Jorge tuvo que recordarles la situación en que se encontraban, y en que en vez de reír debían obrar sin perder un momento.

—Bien — dijo entonces Martín, tomando su capa y su sombrero y ciñendo la espada,— vamos, abrazaré a mi madre...

—¿Y luego? — preguntó Raúl.

—Haremos lo que sea conveniente, según las circunstancias — respondió el mancebo.

—Lo primero que habéis de hacer — dijo el flamenco, — es descansar, porque si os faltaran las fuerzas, todo se perdería.

—En la misma casa donde nacisteis — repuso don Juan dirigiéndose a Martín — encontraréis cama, y no os ofrezco mi vivienda porque no sabemos lo que puede suceder.

—Gracias.

Muy poco más hablaron.

Salieron, advirtiendo a maese Mancioni que no volverían en toda la noche, y sin detenerse tomaron hacia la calle de Segovia.

¡Cuán ajena debía estar Nicasia de abrazar aquella misma noche al hijo a quien le habían arrebatado y a quien por espacio de veinte años buscaba con todo afán!

Capítulo LXI

UN ABRAZO

Julián había cuidado de proveerse de dobles llaves para poder entrar a cualquiera hora en la vivienda de Nicasia sin necesidad de llamar ni que ésta tuviese que abrir.

Martín y Raúl, por la situación en que se encontraban, iban demasiado preocupados y no pronunciaron una palabra desde que salieron de la hostería.

Este silencio fué respetado por todos porque todos lo comprendían.

Llegaron a la puerta de la humilde casa donde estaba la madre de Martín.

Este se oprimió el pecho, porque sentía palpitar su corazón como nunca había palpitado.

—¿Hemos de entrar todos? — preguntó don Juan.

—No — respondió Jorge, — porque ni es menester, ni debe tampoco llamarse la atención de los vecinos. Si queréis seguir mi consejo, yo me quedaré con vuestro criado y después, cuando lo juzguemos conveniente, subiremos. Entretanto conferenciaremos.

—¿Y cómo entraréis?

—Os abriremos la puerta y nos quedaremos con la llave llevándoos vosotros la que ha de serviros para entrar en el cuarto de esa buena señora.

—Pero vos — dijo Santisteban a Martín, — no debéis presentaros repentinamente a vuestra madre.

—Me quedaré en la escalera y vos me avisaréis cuando lo creáis oportuno.

Hiciéronlo así después de mirar a todos lados y convencerse de que nadie los observaba.

A favor de la luz de la linterna subieron la empinada escalerilla y don Juan abrió, entrando con Raúl, que subió hasta los ojos el embozo de su capa.

—Soy yo — dijo en voz bastante alta el caballero.

Y atravesando un estrecho pasillo, vieron a Nicasia, que les salía al encuentro sin sorprenderse, porque no era la primera vez que había recibido aquella visita en el transcurso de la noche...

Don Juan que comprendía perfectamente la situación y las consecuencias que podía tener, quiso quitar, en cuanto fuese posible, importancia a la escena que en breve debía tener lugar; así que, con tono alegre y como si se tratara de una cosa muy sencilla, dijo:

—Regocijaos que vengo a traeros muy buenas noticias y además de las noticias, a una persona a quien profesáis mucho cariño.

Nicasia miró a Raúl sin poder conocerlo, y luego respondió:

—Adivino qué clase de nuevas me traéis.

—De Flandes...

—¡Ah!...

—No solamente no peligra ya la vida de Martín, sino que está completamente bueno.

—¡Dios mío! — exclamó la anciana, elevando al cielo una mirada de inmensa gratitud.

—Sentaos y escuchadme, porque aun no he concluído.

—¿Habéis recibido alguna carta? — preguntó afanosamente la madre de Martín.

—Una visita.

—Explicaos, caballeros, explicaos y satisfaced mi afán...

—Me parece — interrumpió Santisteban con el mismo tono de chanza que antes, — me parece que sois un poco egoísta, puesto que no me preguntáis por nuestro amigo Raúl.

—Bien sabéis, caballero...

—Dejadme concluir.

—Ya os escucho — dijo Nicasia volviendo a mirar al embozado, cuya presencia no acertaba a explicarse.

—Muy pronto veréis a Martín.

—¡Que lo veré!...

—Sí, lo veréis, quizá mañana mismo.

—¡Oh! — exclamó Nicasia, temblando convulsivamente.

—¿Qué os sucede?

—De la más completa confianza debe ser este caballero cuando con vos lo habéis traído y en su presencia habláis tan descuidadamente.

—Y vos podéis hacer lo mismo.

—Por eso no tengo inconveniente alguno en deciros que a pesar del ardiente deseo de abrazar al hijo de mis entrañas, a pesar de que por verlo una sola vez daría mi existencia...

—Comprendo: os espantan los peligros a que Martín ha de exponerse para llegar a vuestro lado; pero ¿acaso no está en constante peligro su vida en Flandes? Allí lo mismo que aquí, lo buscan y lo persiguen.

—Sí, pero...

—Aquí no tiene que arriesgar la vida en los azares de la guerra, y le bastará con ocultarse, como vos lo habéis hecho.

—Muy bien sabéis que apenas ponga el pie en territorio español...

—Os equivocáis, porque ya lo ha puesto sin que lo descubran.

—¿Y cómo sabéis?...

—Y no solamente ha entrado en España — añadió don Juan, — sino que ha llegado felizmente a Madrid.

—¡A Madrid! — exclamó Nicasia.

Y abriendo desmesuradamente los ojos, fijó una mirada de indescriptible afán en el caballero.

—¡Está en Madrid! — añadió después de algunos instantes. — ¿Y por qué no ha venido a verme? ¿No sabe ya que soy su madre? ¿No comprende el afán con que lo espero? ¿No se le alcanza que cada instante es para mí un siglo de agonía?

—Todo eso lo comprende, señora, porque Martín tiene un corazón demasiado sensible para no comprenderlo; pero a vos tampoco se os debe ocultar que puede haber motivos para que dilate hasta mañana ese momento feliz.

—Sí, puede haberlos; pero necesito conocerlos, necesito que os expliquéis con más detalles, con más claridad... ¡Ah!... ¡Está en Madrid y no entre mis brazos!... ¡Quizá se encuentre muy cerca de aquí y no lo estrecho contra mi corazón!

Los ojos de Nicasia brillaron como dos luces fosfóricas.

Su corazón palpitó como si fuera a romperse, y por algunos instantes le fué imposible respirar.

—Ya lo veis — repuso Santisteban, — el primer inconveniente sois vos misma.

—¡Yo!...

—¿Qué os hubiera sucedido si en vez de este caballero que me acompaña hubiera venido Martín? No sabéis dominaros, y debéis pensar que lo mismo mata la alegría que el dolor.

La infeliz madre, trastornada por el afán de ver a su hijo, creyó que el embozado era el mismo Martín, que había permanecido encubierto para no darse a conocer repentinamente.

Una vez sospechado esto, levantóse, acercóse rápidamente al amante de doña Luz y, bajándole el embozo antes que él pudiera estorbarlo, clavó en él una mirada intensa, profunda, exclamando luego:

—¡Raúl de Lancaste!

—Sosegaos...

—¡Y mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?... No es una nueva feliz la que teníais que comunicarme, sino la más horrible desgracia. Ahora lo comprendo todo: Martín ha muerto o debe estar agonizando...

—¿Habéis perdido la razón?

—¿Y por qué no ha venido? Si está en Madrid, ha podido hacerlo como vos...

—Escuchadme...

—Nada escucharé — replicó arrebatadamente Nicasia.

—Pero...

—¡Mi hijo, mi hijo!...

—Vais a verlo bueno y sano, ¡vive Dios! — replicó Santisteban.

—Sí quiero verlo ahora mismo.

—Ahora mismo lo veréis...

—Vamos, vamos.

—Esperad un momento.

—¿Qué espere?...

—Y si no esperáis, no lo veréis — dijo enérgicamente Raúl.

La desdichada madre se oprimió el pecho

y elevó al cielo una mirada de profundo dolor.

Don Juan aprovechó aquellos instantes para atravesar el pasillo y abrir la puerta.

Martín con los ojos centellantes y el rostro lívido y descompuesto, se presentó gritando.

—¡Madre mía, madre de mi alma!

—¡Hijo mío, hijo de mis entrañas!...

Se abrazaron.

Hay escenas que no pueden pintarse, y esto sucede con la que tuvo entonces lugar.

Pocas, muy pocas palabras se cruzaron entre la madre y el hijo; pero el llanto corrió en abundancia por las mejillas de ambos.

En ciertas situaciones, para expresar ciertos sentimientos demasiado tiernos permítasenos la frase, demasiado profundos, no hay palabras en ningún idioma; las lágrimas son la más exacta, la más fiel expresión.

Cuando la alegría o el dolor, la desesperación o la ternura nos hacen sentir con demasiada intensidad, enmudecieron los labios y hablaban solamente los ojos con el expresivo lenguaje del llanto.

Ya sabemos lo que aquellas dos infelices criaturas habían sufrido.

No les había quedado más que una sola esperanza, una sola.

¿Qué debieron sentir al verla realizada?

No encontramos palabras para explicarlo.

Muy cerca de una hora tardaron en tranquilizarse lo suficiente para poder hablar con algún sosiego.

Entonces fué cuando Jorge y Julián subieron.

Después de examinar otra vez y muy detenidamente la situación, convinieron en que Martín se instalara en la vivienda de su madre, y Raúl continuase en lo hostería de maese Mancioni.

Necesitaban descansar los viajeros; pero ya empezaba a sonreír la aurora y aun no se habían acostado.

Jorge puso término a la conversación y salió al fin con don Juan y el sirviente, dejándolos a éstos en su casa y retirándose a su convento.

Capítulo LXIII

DE COMO MARTIN VISITO A DOÑA INES

El día siguiente se pasó en conferencias entre unos y otros, procurando todos disimular, porque estaban seguros de que nunca como entonces serían espiados.

Raúl se había trasladado a la hostería y Martín había permanecido con su madre esperando la noche para ir a visitar a doña Inés, pues sólo a la hora de las tinieblas era prudente que cruzaran las calles los dos perseguidos jóvenes.

Las nueve acababan de dar en el reloj, admiración entonces de los habitantes de la coronada villa y que estaba colocado en la torre central de la puerta de Guadalajara situada en el sitio que aun hoy conserva el nombre de las Platerías.

Juan, según se había convenido presentóse en la vivienda de Nicasia, diciendo a Martín que lo esperaba doña Inés y que sin cuidado alguno podía ir entonces a verla.

Ambos salieron, llegando en pocos minutos a la suntuosa morada de la viuda.

Encontrábase ésta en un gabinete ricamente amueblado.

Sentada en un diván con almohadones de terciopelo granate, recibía de lleno la luz de una magnífica lámpara de plata.

Estaba sencillamente vestida con su negro ropaje de luto; pero no por eso menos encantadora.

Un ligero carmín coloreaba sus mejillas, y sus negros y magníficos ojos brillaban como nunca habían brillado y tenían una expresión de dulzura sin igual.

Cuando se presentó Martín estremecióse ligeramente doña Inés, brillaron aún más sus pupilas, y enviaron al mancebo, quizá involuntariamente, una mirada abrasadora, penetrante, fascinadora; mirada profunda, indescriptible, cuyo fuego parecía ser una llamarada del alma, un destello de la devoradora hoguera en que se abrasaba aquel enamorado corazón.

El hijo de Nicasia no hubiera podido decir lo que sintió; para él era inexplicable el efecto que le había producido aquella mirada.

También la suya, sin que él lo supiera, se inflamó; también sus negros ojos relumbraron como dos carbuncios.

Y sintió oprimido el pecho.

Y su corazón más que palpitar, se agitó, se revolvió como si quisiese escapar de su encierro.

Y fué tal la turbación del joven, que por algunos segundos no acertó a pronunciar una palabra, ni apenas pudo respirar.

Ella, sin darse cuenta de lo que hacía, puso una mano sobre su pecho; entreabrió los labios, desplegó una hechicera sonrisa, y dijo:

—Bien venido...

—¡Ah! — exclamó al fin Martín, acercándose a la viuda. — ¡Otra vez mi ángel tutelar!...

—Sentaos, caballero — replicó la dama, alargando su diestra.

El mancebo, que no pensaba ni lo que hacía ni lo que decía, que en aquellos momentos no era dueño de su razón ni de su voluntad, tomó aquella mano, la besó ardientemente, y luego, como si se hubieran agotado sus fuerzas, se dejó caer en un sillón.

Estremecióse otra vez la viuda.

Sus ojos dejaron escapar dos corrientes de fuego, abriéronse desmesuradamente, cerráronse luego, y quedó inmóvil como una estatua.

Entonces enrojeció su rostro como si por él fuese a brotar la sangre.

Martín quedó también mudo y como petrificado.

Contemplóla afanosamente, con verdadera avidez.

Reinó un profundo silencio, tan profundo, que casi se hubieran podido contar los latidos de aquellos dos corazones.

¿Qué habían de decirse?

Todo se lo habían dicho con la mirada.

Doña Inés era feliz, completamente feliz, porque a su perspicacia de mujer no podía ocultársele que su amor era correspondido.

A él no le sucedía lo mismo, sino que por el contrario, sufría, porque acababa de con-

vencerse de que amaba a la viuda, y no podía esperar que una dama tan ilustre y tan rica lo amase a él, pobre, hijo de la liviandad y sin porvenir, a él, que ni siquiera podía decir cómo se llamaba.

Largo rato pasó.

Doña Inés hizo al fin un esfuerzo, dominóse en cuanto le fué posible, y dijo:

—No tengo que daros ninguna explicación para haceros comprender que he deseado ardientemente que tuvieseis la dicha de abrazar a vuestra madre; pero creo que habéis cometido una muy grave imprudencia, volviendo a España antes de que el rey desistiera de su empeño en perseguiros.

—En todas partes — respondió Martín, que también se esforzó para recobrar la calma, — en todas partes me amenazan peligros, y mientras que nada tenía que hacer en Flandes más que sacrificar la vida por una causa, que por más que sea justa, no es de mi propio interés, aquí tenía sagrados deberes que cumplir, tiernas y santas afecciones que satisfacer. No, no era posible que yo permaneciese allí mucho tiempo, no era posible que ante nada me detuviera desde el momento que me decían: "Te espera tu madre, te necesitan tus amigos, y te llaman los que sufren, te reclama la justicia". Y Además de todo eso, señora, aquí tenía deudas que pagar, deudas de corazón, deudas de conciencia.

—¿Con quién? — preguntó la dama.

—¡Eso me preguntáis!... Es verdad, los sacrificios que por mí habéis hecho, los habéis olvidado, porque sois demasiado generosa.

—No hablemos de eso.

—Sí — repuso Martín, que había conseguido dominar su turbación y se expresaba con la viveza y energía de siempre; — preciso es que hablemos, aunque no sé cómo he de pagaros.

—¡No lo sabéis! — replicó doña Inés, fijando una mirada ardiente en el mancebo.

—¿Qué valgo, qué soy, qué puedo, señora?

—Insjusto sois con vos mismo...

—Imparcial.

—¿Habéis dejado en Flandes el corazón que teníais en el alcázar de Segovia? ¿Lo habéis cambiado por otro?

—No he podido dejarlo en Flandes, puesto que a Flandes no lo llevé, sino que aquí se quedó; no he podido cambiarlo, porque ¿qué corazón hubiera querido cambiarse por el mío?

—Pues si es el mismo...

—El mismo, y todo ternura para los que me aman.

—Entonces, caballero, pagadas están todas las deudas de corazón; y en cuanto a las de conciencia, ignoro que la tengáis, porque ignoro que hayáis sido causa de que nadie sufra por vos, de que nadie por vos haya perdido la honra ni haya tenido que hacer cierta clase de sacrificios. Por el contrario, vos, con una abnegación sin igual, con una generosidad que no tiene ejemplo, habéis sufrido por los demás, y si se os encerró en un calabozo, si se os persigue y os amenaza quizá la muerte, es por haberos constituído espontáneamente protector de los desvalidos, defensor de inocentes víctimas, de infelices a quienes ni siquiera os unían los lazos de la amistad. ¿Y a esa defensa, a esa protección que nadie puede exigiros, llamáis aún deberes sagrados?

—Lo son, señora.

—Os conozco bien, y estoy segura de que aun cuando no se hubiera conseguido encontrar a vuestra madre, hubieseis vuelto a España sin más objeto que el de salvar a mi desdichada amiga doña Luz, a quien apenas conocéis de vista.

—No os equivocais; pero habéis de pensar que mi acción no es tan meritoria como a primera vista parece.

—¿Por qué?

—Probablemente no hubiera yo tomado la defensa de doña Luz con el calor que la tomé, si su padre al cometer el más horrendo abuso, no me hubiera herido en el corazón.

La frente de doña Inés se contrajo ligeramente.

Una sospecha para ella espantosa, la atormentó.

¿No se había extinguido todavía quizá la llama del primer amor del mancebo?

¿No era posible que el corazón de éste palpitase a impulsos de otro amor?

—Es verdad — dijo la viuda después de algunos instantes y con voz que empezaba a oscurecerse: — os hirieron en la fibra más delicada de vuestro corazón, y aquella herida no puede haberse cicatrizado, porque según parece, tampoco vuestra pasión...

—Señora — interrumpió Martín — entre aquella pasión y mi alma está el sepulcro; la mano de la muerte que me arrebató a Rosa, apagó también la hoguera que en mi pecho ardía, porque la muerte acaba con todo...

—¿Con todo?

—Menos con el recuerdo — respondió tristemente el doncel.

—Y ese recuerdo...

—Jamás se borrará de mi alma; pero...

—¡Oh!...

—¿Me creeríais lo que os dijese aunque os pareciese muy extraño?

—Sí, porque vos no debéis mentir.

—No sé si mi primer amor fué la pasión de un niño o el verdadero amor de un hombre.

—Fácil es saberlo.

—¿Cómo?

—¿Se extinguió?

—Debió extinguirse, puesto que otro amor...

—¿Acaso amais otra vez?

—Digo, señora, que mi corazón puede sentir como ha sentido y... no acierto a explicarme... si ama otra vez, lo ignoro, no quiero convencerme...

—¿Por qué?

—Habéis creído — repuso Martín — que soy un hombre completamente desgraciado; pero os equivocáis, porque mi desgracia no será completa si otra vez no amo.

—Con razón asegurabais que era muy extraño lo que tenías que decir.

—¿No lo comprendéis?

—No lo comprendo.

—Yo no puedo amar sino a una mujer que valga mucho, muchísimo; porque mi corazón, señora, es ambicioso, muy ambicioso.

—¿Y eso lo consideráis una desgracia?

—Inmensa.
—Tampoco lo entiendo.
—¿No es desgracia amar sin esperanza de ser correspondido?
—Sí.
—Pues bien, una mujer que valga lo bastante para merecer mi ternura, no puede corresponder a quien, como yo, nada vale.
—Otra vez me obligáis a preguntaros si es el mismo vuestro corazón.
—Ya os contesté, señora.
—Pues con un corazón como el vuestro...
—Pobre desvalido.
—No es pobre quien tiene un alma tan grande como la vuestra, ni desvalido puede considerarse el que tiene valor para luchar como vos habéis luchado, el que es bastante para hacer lo que vos habéis hecho.
—Sin nombre — murmuró tristemente Martín...
—Os conquistaréis uno envidiable — interrumpió doña Inés.
—Las necias preocupaciones del mundo...
—No os reconozco en estos momentos, y perdonad que os lo diga con franqueza.
—¿Por qué, señora?
—Con vuestra inteligencia, parece imposible que discurráis como lo hacéis.
—Al discurrir me atengo a lo que es el mundo...
—Si la mujer a quien améis vale tanto como deseáis, si tiene un corazón como el que ambiciona el vuestro, si es un espíritu elevado, si es una mujer verdaderamente grande, se reirá de esas preocupaciones del mundo, las despreciará...
—¡Oh! — murmuró Martín, fijando en doña Inés una mirada más intensa que ninguna.
—¿No sois de mi opinión?
—No lo sé...
—Pensad y os convenceréis...
—Nos ocupamos demasiado de mi pobre corazón.
—¿Qué importa?
—Que este tiempo no nos pertenece, porque hay desgraciados que sufren mucho y todo lo esperan de nosotros.
—También hemos de ocuparnos de vuestra suerte.
—Lo haremos; pero antes...
—Raúl está en Madrid, y antes que vuestro, suyo es el deber de salvar a doña Luz y de buscar a su hijo; sin que esto quiera decir que no le ayudemos, aunque tengamos que hacer todo género de sacrificios.
—Desgraciadamente, no podré ocuparme de Raúl tanto como deseo, porque mi madre está en peligro, y antes que todo es mi madre.
Así era la verdad, no bastaba que Nicasia se ocultase cuidadosamente, porque en fuerza de buscarla acabarían por encontrarla, y de que así sucediese había más probabilidades, porque Martín no podía permanecer encerrado como ella, ni ambos incomunicados con sus amigos.
Observando a los unos era preciso dar con los otros, y por consiguiente había necesidad de adoptar nuevas precauciones.
La conversación del mancebo y doña Inés cantinuó sobre este asunto largo rato, más de una hora, que a ellos les pareció un minuto.
Pero era forzoso separarse y Martín se despidió, saliendo de la cámara en un estado de trastorno inexplicable.
Sobre su pasión no abrigaba dudas, como le había succdido a don Juan.
El hijo de Nicasia estaba profundamente convencido de que amaba a la viuda.
¿Debía tener una esperanza de ser correspondido?
Para otro cualquiera hubieran sido muy significativas las palabras de doña Inés; pero Martín, por lo mismo que deseaba mucho, desconfiaba de todo, y, además, hay que tener en cuenta que el mancebo no estaba acostumbrado al trato delicadísimo de personas como la viuda, y, por consiguiente, no sabía qué valor debía dar a las frases de ésta.
Fuese como fuese, ello es que amaba, que sufría y que su amor embargaba su alma toda.

Capítulo LXIV

UN GOLPE INESPERADO

En esto pensaba el doncel cuando salió a la calle, y tan preocupado estaba, que no se apercibió de un hombre que lo siguió de cerca, que con sólo extender un brazo le hubiera puesto la mano encima.
Paso entre paso, caminó Martín hacia San Justo; pero a los pocos minutos sintió que le tocaban en un hombro.
Estremecióse violentamente, revolvióse dando un salto y desenvainó la espada, mientras decía:
—¡Vive Dios!...
—¿Ya no conocéis a los amigos? — replicó el que le había tocado.
—¡Don Juan!...
—Muy distraído vais, señor Martín — repuso Santisteban, porque no era otro, — y semejantes distracciones pueden costaros caras.
—Es verdad
—Si el bribón del alférez os hubiera visto, con seguiros no más...
—He cometido una torpeza.
—¿Adónde vais?
—A mi casa.
—¿Ya habéis hecho todo lo que teníais que hacer?
—No; porque pensaba ir a ver a Raúl, pero antes quería tranquilizar a mi madre.
—Queda tranquila, porque vengo de verla, y ya la he dicho que aquí me encaminaba para acompañaros y de aquí nos iríamos a otra parte, porque era mucho lo que teníamos que hacer; por consiguiente, no le sorprenderá vuestra tardanza.
Martín hubiera preferido continuar solo, siquiera por espacio de una hora, para pensar libremente en doña Inés, pero no podía excusarse de acompañar a Santisteban, y le respondió:
—Entonces nos encaminaremos a la hostería.
—Es inútil, porque Raúl salió al anochecer y no lo encontraremos.
—¿Adónde hemos de ir?
—Si os parece, nos encaminaremos hacia Santo Domingo, y mientras por allí rondamos, hablaremos.

—Vamos.

Retrocedieron, yendo a salir a la calle de la Almudena, y tomando por la encrucijada de los alrededores de Santa María y San Nicolás, salieron frente al alcázar, y algunos minutos después se encontraron junto a las tapias de la huerta del convento de Santo Domingo, llamada entonces de la Priora, y que en aquella época se extendía mucho más de lo que hoy se extiende ocupando buena parte del terreno que pertenece ahora a la plaza de Oriente.

Don Juan y Martín, aunque no se habían conocido hasta la noche anterior, eran ya tan amigos como si se tratasen mucho tiempo.

Don Juan había pensado depositar en su nuevo amigo el secreto de su amor, pidiéndole consejos sobre la conducta que debía seguir, y el hijo de Nicasia, con el fin de que don Juan le ayudase también a disipar sus dudas, tuvo la misma idea que éste.

Debemos recordar que Santisteban ignoraba lo que doña Inés había hecho en el alcázar con Martín, pues esto, por ser demasiado grave, no se lo había confiado más que al sacerdote.

—Ya hace buen rato que espero, cerca de una hora — dijo don Juan, mientras atravesaban las calles de que hemos hecho mención.

—Hemos hablado muy detenidamente de la situación en que todos nos encontramos — respondió Martín.

—¿Y qué os ha parecido la viuda?

—Una mujer encantadora, una mujer sin igual.

—Su belleza es sorprendente...

—Aun vale mucho más su corazón.

—Le hacéis justicia, mi buen amigo.

—Y aun cuando no valiese tanto su corazón, no podría contemplársela con indiferencia, porque doña Inés es una de esas mujeres que ejercen con la mirada una influencia inexplicable...

—Sí — repuso vivamente don Juan; — la mirada de doña Inés abrasa, trastorna, fascina...

—¡Oh! — exclamó Martín con vehemencia, — no creo posible que ningún hombre pueda mirar a la viuda sin amarla...

—El que una vez la mira, la adora.

—Dichoso el que llegue a ser dueño de su ternura.

—¿Lo creéis así?

—¿Quién no ha de ser de la misma opinión?

—Pero tal vez su corazón...

—¿Qué?

—Debe ser muy difícil conquistarlo...

—Es verdad — repuso tristemente el hijo de Nicasia.

—Amarla y no ser correspondido...

—Debe ser horrible.

—Tan horrible debe ser...

—Una cosa advierto — interrumpió Martín.

—Explicaos — dijo Santisteban.

—Me parece que os ocupáis demasiado de la viuda.

—Señor Martín, voy a confiaros un secreto, porque a vos puedo contarlo, y porque tal vez con vuestra clara inteligencia me ayudéis, a explicarme lo que no me explico.

Martín se detuvo. Si no hubiera estado entre las tinieblas, habríase visto que se contraía su frente.
bríais visto que se contraía su frente.

Pero esto no pudo advertirlo don Juan, ni mucho menos se apercibió de que se alteraba ligeramente la voz de su amigo, al decir:

—Sepamos.

Santisteban empezó a confiar el secreto del modo más extraño que puede imaginarse, porque preguntó:

—¿Creéis que yo amo a doña Inés?

El hijo de Nicasia retrocedió un paso, y mientras sus negros ojos relumbraban como dos luciérnagas, exclamó con voz ronca:

—¡Caballero!

—¿Qué os sucede? — repuso Santisteban sorprendido.

La viva imaginación de Martín comprendió en seguida, no solamente que acababa de cometer una torpeza, sino que manifestar lo que sentía, el dejar que siquiera remotamente se sospechase su amor, debía producir las más graves consecuencias.

Apeló, pues, a la inmensa fuerza de su voluntad, dominóse, y con cuanta calma le fué posible, replicó:

—Me sucede lo que es natural, que me he sorprendido, porque nada estaba tan lejos como de creer que amaseis a la viuda.

A la luz del día hubiera comprendido don Juan lo que pasaba en el alma del mancebo, porque el rostro de éste debía estar lívido y desfigurado, y sus puños se cerraban con fuerza convulsiva.

Empero el noble caballero, preocupado con lo que sentía, no sospechó la verdad, y repuso sencillamente:

—No es extraño, porque tal vez os hayan dicho que soy un hombre insensible a las seducciones de la belleza, que nunca me he enamorado, y que no era susceptible de enamorarme jamás.

—Sí, eso me han asegurado, y, por consiguiente...

—El mundo juzga por apariencias, y sus juicios son erróneos la mayor parte de las veces.

—¿Es decir, que amáis a doña Inés?

—Creo que sí.

—¿Acaso vos mismo no lo sabéis?

—Lo dudo.

—Estáis incomprensible, don Juan.

—No es extraño que no me entendáis, puesto que yo mismo no me entiendo. Cuando por vez primera ví a la viuda, sentí lo que otras veces he sentido; pero con más intensidad, con más violencia, y hasta el punto de turbarme, de aturdirme y no saber lo que me sucedía. Creí que esto fuese una impresión pasajera; pero al día siguiente me sucedió lo mismo, y... No sé, amigo mío, no sé lo que me pasa... La mirada de esa mujer es para mí como una corriente de fuego...

—Entiendo — interrumpió Martín con voz alterada: — con decir que estáis enamorado, está dicho todo.

Raúl de Lancaste

—¿Vos lo creéis también?

—Vos lo decís, y... Lo que pasa en vuestro corazón debéis saberlo vos mejor que nadie.

—Lo que puedo asegurar es que sufro mucho.

—¿Y por qué?

—Temo que mi pasión no encuentre correspondencia...

—¡Oh!... Un hombre como vos debe fácilmente comprender si es correspondido.

—Si se tratara de otra mujer, sí; pero de ésa...

—Todas son lo mismo.

—Su desvío puede muy bien ser hijo de un sentimiento delicadísimo de respeto a la memoria de su esposo, y lo que pudiera tomarse por distinciones, por muestra de afecto, puede ser también hijo de su carácter singular, prueba solamente de una amistad pura, de un cariño fraternal.

Martín respiró como quien consigue librarse de una mano que lo ahoga.

Mucho lo mortificaba que Santisteban amase a la viuda; pero lo mortificaba infinitamente más la idea de que ésta amase al caballero.

Por mucha que fuese la generosidad del mancebo, no podía llegar hasta el punto de mirar con indiferencia que otro fuese dueño de la mujer a quien tanto él amaba.

Aquella generosidad, todo lo más sería bastante para que Martín renunciase a ser dichoso en pro de la dicha del hombre a quien debía, entre otros señalados servicios, el de haber salvado a su infeliz madre.

No podía ser más triste la situación del mancebo.

A su edad, imponerse el sacrificio de su pasión, era demasiado.

Mucho menos horrible hubiera sido para él sacrificar la vida.

No se necesitan muchas explicaciones para que se comprenda lo que en aquellos momentos sufrió Martín.

—Es forzoso — dijo para sí. — Antes que todo son los deberes que me impone la gratitud. ¿Qué importa mi corazón ante mi conciencia?

Le era imposible seguir aquella conversación sin que se conociese lo que sentía.

—¿Cuál es vuestra opinión? — preguntó don Juan, después de algunos momentos.

—Ninguna.

—Reflexionad, dadme un consejo...

—Decid a doña Inés que la amáis, y saldréis de dudas.

—¡Oh!

—Vamos — replicó Martín.

Y siguieron por junto a la tapia de la huerta y en dirección a la iglesia del convento.

Santisteban, muy ajeno de lo que hacía sufrir a su desgraciado amigo, insistió en sus explicaciones sobre el estado de su corazón. hablando cada vez con más vehemencia.

Martín hacía lo posible por no escucharlo, y aun puede decirse que no lo entendía.

Estaba completamente aturdido.

Se le abrasaba la cabeza, como si a ella hubiese afluído toda su sangre convertida en fuego.

Llegaron junto a los sombríos muros del convento.

Martín aprovechó aquella oportunidad para poner término a la conversación que tanto daño le hacía.

—Me parece — dijo que perderemos el tiempo lastimosamente.

—¿Por qué?

—Porque nada hemos de conseguir contemplando estas paredes...

—¿No es aquello un hombre? — interrumpió don Juan.

—Sí.

—Juraría que es mi amigo Raúl.

—Soy de vuestra opinión.

Efectivamente, cerca del pórtico de la iglesia, que no estaba en el mismo sitio en que hoy se ve, encontrábase el amante de doña Luz.

Reconociéronse y continuaron la conversación.

—¿Qué haces aquí? — le preguntó el hijo de Nicasia.

—No necesitas preguntármelo — contestó Lancaste.

—¿Empiezas a seguir el sistema de nuestro amigo don Juan? Pues ten por seguro que con la mirada no has de abrir las puertas.

—Pero medito, busco medio de abrirlas, y lo encontraré.

Martín guardó silencio.

Pasaron algunos segundos,

—¿No me contestas? — le preguntó Lancaste.

—Nada se me ocurre decirte.

El tono de indiferencia con que hablaba el mancebo, y su preocupación, muy rara en él, acabaron por llamar la atención de sus amigos.

—Mi querido Martín — replicó Raúl después de algunos instantes, — te diré con franqueza que esta noche no te reconozco.

—¿Qué encuentras en mí de extraño?

—Siempre has sido impaciente; rara vez te has detenido a reflexionar...

—¿No me has visto en muchas ocasiones esperar con calma?

—Sí.

—¿Entonces?...

—No sé, Martín, no sé lo que esta noche encuentro en tí.

—Voy a convencerte de que te equivocas.

—Veamos cómo.

—He meditado.

—¿Y cuál es el resultado de tus meditaciones?

—Si ahora mismo se abriesen esas puertas no me veríais entrar en el convento.

—¡Martín!...

—¿Qué conseguiríamos? Nada, Raúl; absolutamente nada, porque no conocemos el interior del edificio, y en vez de salvar a doña Luz, la colocaríamos en peor situación. Necesitamos saber a qué lado hemos de dirigirnos, cuál es la hora más oportuna...

(Continuará).

EL YATE FATAL

(Conclusión)

El comandante del yate Reina del Mar lanzó un juramento.

—¡Vamos! ¡Sea usted razonable, Caine! — exclamó después.— ¡Ya sabe que mi buque zarpa esta misma noche! ¿Cómo puede usted pretender que me haga a la mar con dos hombres de menos?

—No se me ha ocurrido eso. Yo le enviaré dos sustitutos, capaces de trabajar a bordo de este yate como Hunter y Whitney, pero que no me sirven para mi trabajo, aun cuando sean gente de mar, porque no conocen, como los que usted puede proporcionarme, el sitio donde tengo que cumplir el trabajo de que me han encargado. ¿Comprende, capitán? Lo único que deseo es un cambio de elementos.

El comandante movió la cabeza pensativo y preocupado.

—Me sería muy agradable decirle que sí, Caine, pero tengo que pensar en las obligaciones de mi empleo, — replicó. — Hasta ahora no he hecho jamás ningún cambio en el personal del yate sin orden de sir Roger. El es el propietario y yo tengo que proceder con cautela.

—Pero ¿ es usted el que manda en su buque o no? — preguntó suavemente, Caine. — Un comandante no es comandante de verdad si no tiene pleno mando de su buque. Pero claro está que si usted no tiene atribuciones para hacer lo que le pido, no he de insistir en que lo haga.

El capitán Dunster frunció los labios, haciendo una mueca como si las palabras de Martín Caine, dichas con toda suavidad, pero destinadas a producir su efecto, le hubieran hecho mella.

—¡Voy a demostrale que soy comandante de los que mandan y que la autoridad en este yate, soy yo! — gruñó luego. — Haré lo que usted desea, siempre que me asegure que no se va a llevar dos de mis hombres y a olvidarse de enviar los sustitutos.

—¡Le prometo que, por mi parte, cumpliré puntualmente mi palabra!

—Bien, entonces, Hunter y Whitney no son elementos de especial importancia, así que no perderé mucho con ellos. Tal vez los que usted mande resulten mejores; pero es necesario que estén a bordo esta tarde, antes de las cinco.

—Estarán a bordo a las tres.

Caine sonreía interiormente, Había conseguido su propósito y confiaba en que el éxito sería completo. Cuando los dos nuevos tripulantes llegaran al yate, los otros dos debían ir inmediatamente a un sitio donde les esperaría Caine para decirles qué era lo que tenían que hacer. Como efectivamente tenía un trabajo que encargarles, todo el plan se realizaría sin el menor tropiezo.

Hunter y Whitney no tenían, por su parte, nada que decir o reclamar. Eran miembros de la Liga del Triángulo Verde y debían obedecer, sin discutirlas, las órdenes que recibían. Probablemente les resultaría agradable el cambio.

Claro está que el capitán Dunster no pudo sospechar jamás que había algo turbio en todo aquello. Martín Caine era un Agente de Control de toda confianza y no podía tener más interés en lo que hacía, — en con-

cepto del capitán, — que el interés de la liga.

Permaneció a bordo del yate Reina del Mar algún tiempo más e informó al comandante de que los dos hombres que iba a enviar se presentarían provistos de un pequeño objeto que demostraría la legitimidad de su procedencia. Si no podían presentar ese objeto que había de servir para identificarles, en el mismo momento en que se les pidiera, quedaría demostrado que eran unos impostores. Además debían dar la palabra de orden que convinieron entre Dunster y Caine.

El Agente de Control se proponía hacerlo todo en debida forma, para que no hubiese motivo para que el capitán Dunster pudiera tener desconfianza.

Y el plan se desarrolló sin que se produjera tropiezo de ninguna clase.

Por la tarde dos individuos se presentaron en el muelle, mirando con marcado interés el lujoso aspecto del yate a vapor Reina del Mar. Uno de ellos era un hombre y el otro un muchacho; los dos eran de aspecto burdo y ambos vestían como viste la gente de mar.

—¡Ese es el buque, compañero! — dijo el hombre con la voz ronca de quien es sumamente aficionado al alcohol. — ¡Venga! ¡Subamos a bordo!

El hombre tenía barba, muy recortada y rubia, y el cabello del mismo color. El muchacho que le acompañaba tenía el rostro muy rojo y una fea cicatriz le cruzaba una mejilla.

Muy poco tiempo después estaban ambos conversando con el comandante. Dijeron la palabra de orden sin la menor vacilación, presentaron el objeto que Caine había dicho que presentarían, — y que era un pequeño trozo triangular de hojalata pintado de verde, — y que demostraba, por encima de toda duda, que no se trataba de unos impostores.

El comandante no se sintió muy favorablemente impresionado por su aspecto; pero como parecían tan útiles como los dos que iban a retirarse no tuvo nada que decir.

Ordenó a los recién llegados que fueran a proa y se pusieran a las órdenes del contramaestre. Mientras iban por la cubierta hacia el sitio a donde les habían mandado, vieron a Jim Hunter y al joven Whitney que se alejaban por el muelle, después de haber cruzado la planchada.

—¡Parece que fueran muy contentos los dos! — observó el joven de la cara roja. — Estoy seguro de que les complace poder desembarcar. De todos modos me parece que, por lo que a nosotros respecta, todo va bien.

—¡Perfectísimamente bien! — dijo su compañero, con gran satisfacción.

Ya estaban, pues, Nelson Lee y Nipper a bordo del Reina del Mar, sin tener que ocultarse y sin que nadie sospechara quiénes eran en verdad. Pertenecían a la tripulación del yate y podían, hasta cierto punto, ir de un lado a otro del buque, sin que nadie tuviera que pedirles cuenta de lo que hacían.

En esa forma iba a serles posible enterarse de todo cuanto sucediera. Había sido impracticable todo plan que tuviera por objeto sacar a Vera de donde estaba, así que habían adoptado esa otra manera de proceder. Además Nelson Lee se sentía inclinado a pensar que, ya que todo habíase producido sin tropiezo, era de suponer que el éxito final le resultara favorable.

Sabía que Vera no sufriría crueldad de ninguna clase. ¡De esto se ocuparían él y Nipper! Y tal vez sería posible que sir Roger Hogarth cayera en las redes de la catástrofe final. Sir Roger era el más poderoso de los miembros del Círculo Dirigente de la Liga del Triángulo Verde, exceptuando a Zingrave, naturalmente. Para Nelson Lee sería un éxito considerable conseguir que el pillo de sir Roger quedara suprimido o anulado en aquella ocasión.

Cuando se acercó la noche hubo gran actividad a bordo. Ya había anochecido casi cuando llegaron dos automóviles y se detuvieron en el muelle, cerca de donde estaba amarrado el yate. De esos automóviles descendieron sir Roger Hogarth y los invitados que iban a acompañarle en aquel crucero por el Atlántico del Sur. Nelson Lee y Nipper que en aquel momento estaban desocupados, miraban, apoyados en la borda, la llegada de los invitados.

El detective apretó suavemente, con una mano, el brazo de Nipper.

—¿Ha visto? — susurró al oído del muchacho.—El abogado Edmund Gresswell forma parte del grupo. No se de que se trata, pero creo que Zingrave se propone matar dos pájaros de un tiro. Sabemos que tanto la señorita Vera como el abogado Gresswell están ahora, en contra de la Liga del Triángulo Verde y podemos estar seguros de que este crucero por el Atlántico del Sur, no va a resultar puramente una partida de placer, especialmente para dos personas.

Nipper inclinó la cabeza asintiendo, pues era de la misma opinión.

—Tengo el presentimiento de que va a llegar un momento en que el viaje va a resultar muy accidentado, — dijo. — No nos faltará entretenimiento.

Algo había en el tono de su voz que indicó al detective que su ayudante consideraba agradable la perspectiva de aquel entretenimiento de que había hablado. Cuando Nipper levantó la cabeza y miró de frente a Nelson Lee, notó que el detective había fruncido el ceño.

—¿Qué le pasa, señor? — preguntó en voz muy baja.

—Estoy pensando en Clifford, — murmuró Nelson Lee en respuesta. — No tuvimos ocasión de ponerle al tanto de nuestros planes. Salió de la casa de Gray's Inn Road esta mañana y cuando fuimos a buscarle a su departamento, no le encontramos.

—¡Ya comprenderá el señor Clifford que todo va bien! — dijo Nipper.

—No estoy seguro de que sea así. No hay que olvidar que este caso es de excepcional importancia para él. Hubiera dado la mitad de su fortuna por acompañarnos. Y sin embargo, cuando debía estar, en mi concepto, impaciente por oír nuevas noticias, no fué posible encontrarle. Me tiene eso intranquilo Nipper.

—Es verdad que resulta un poco extraño lo que sucede, pero...

—Silencio, muchacho; alguien viene.

Nelson Lee y Nipper se separaron y pron-

to estuvieron suficientemente ocupados para poder pensar en Douglas Clifford. Estuvieron ocupados en las tareas del buque hasta que el yate Reina del Mar estuvo bastante río abajo aprovechando la marea alta.

Era de noche cuando el yate soltó las amarras y hacía bastante tiempo que había anochecido. Sir Roger Hogarth, el dueño del yate, estaba, con sus invitados, en el lujoso salón del yate; en las cubiertas no había casi nadie: sólo algunos miembros de la tripulación que estaban allí por obligación, haciendo algún trabajo.

Nelson Lee no encontró oportunidad de volver a hablar a solas con Nípper hasta muy tarde. Los dos pasearon, entonces, por la cubierta y fueron hacia proa. Era su hora de descanso, así que podían disponer del tiempo a su antojo.

—Pronto estaremos en el Canal de la Mancha, muchacho — observó Nelson Lee, apoyándose en la borda, junto a uno de los botes salvavidas que colgaba del lado de adentro, pendiente de sus pescantes.

—Sí, y ahora disponemos de unos momentos para nosotros, así que podemos conversar — murmuró Nípper. — Aquí está todo oscuro y no nos ve nadie. Yo deseaba preguntarle. . .

—¡Chist!

Tanto Nelson Lee como Nípper se volvieron sorprendidos. Ninguno de los dos había emitido aquel sonido porque había surgido del bote salvavidas que estaba junto a ellos. Y allí, en la casi completa obscuridad, vieron un rostro que les miraba, levantando un poco la blanca lona que cubría el bote.

Nelson Lee avanzó rápidamente.

—¡Clifford! — exclamó por lo bajo, enteramente maravillado.

¡Y era en realidad, Douglas Clifford el que se encontraba allí!

Capítulo IV

DOUGLAS CLIFFORD A BORDO DEL YATE "REINA DEL MAR". — LA RAZON Y LA CAUSA DE SU PRESENCIA. — UN RAPIDO PLAN DE NELSON LEE. — SALIENDO DEL PASO CON DESPARPAJO Y FARSA. — OBSERVANDO Y VIGILANDO. — LOS DOS "PRISIONEROS" Y SU SALUD. — EL ABOGADO EDMUND GRESSWELL SE AGRAVA. — UN ACCIDENTE EN LA CUBIERTA. — LA MUERTE DE GRESSWELL — NELSON LEE SE DA CUENTA DE LA HORRENDA VERDAD. — LA MISTERIOSA DOLENCIA DE VERA. — ANTE UNA SITUACIÓN GRAVISIMA Y ALARMANTE

"¡Que sorpresa! ¡Esto sí que no me lo esperaba yo!" Nípper emocionadísimo, pronunció estas palabras con voz entrecortada por la nerviosidad que le había producido el ver a Douglas Clifford. Un instante después, Clifford salía de debajo de la lona que cubría el bote salvavidas y se hallaba de pie ante Nelson Lee.

Por primera vez, desde que conocía a Douglas Clifford, el detective estaba furiosamente enojado con él. ¿Qué resultado podía tener su extraña presencia allí, a bordo del yate? Era imposible que pasara inadvertido y con seguridad sería causa del completo fracaso de todos los planes de Nelson Lee.

El detective le miró cara a cara y apretando los puños.

—¿Qué significa esta locura? — murmuró enojado. — ¿No podía usted dejar el asunto en mis manos, Clifford? ¿No soy, acaso, merecedor de su confianza? ¡Precisamente cuando todo parecía presentarse en forma tan favorable, ha venido usted a destruir toda probabilidad de buen éxito!

Clifford apoyó una mano en el brazo del detective y le miró cabizbajo.

—¡No pude decidirme a quedarme, Lee! — dijo. — Estaba desesperado. Me vestí como ve, y me proveí de una contraseña de la Liga del Triángulo Verde de las que tenía en casa por si acaso, y vine a pasear por el puerto, esperando verles a ustedes. No les vi. Era de noche ya. El yate iba a partir. Sin saber lo que hacía y sin pensar en las posibles consecuencias, me oculté en ese bote salvavidas. Yo no sabía que ustedes estaban a bordo.

—Pero usted podía haber pensado que yo me ocupaba del asunto y que debía tener confianza en mí.

Clifford se sintió como ahogado.

—Estaba loco de angustia y de ansiedad, — dijo en voz baja y con mucha pena. — ¡Comprendo que procedí como un imbécil! Pero Vera está a bordo de este yate y creí... pensé. . . ¡Ya no se ni lo que creí ni lo que pensé! ¡Perdóneme usted, Lee! ¡Pero Vera. . . mi adorada Vera! . . .

Clifford, sacudido por un sollozo que le ahogaba, calló. Nelson Lee, ante la intensa pena de su amigo sintió que se desvanecía todo su enojo.

—Sí; lo comprendo, mi querido amigo,— dijo con bondadoso acento. — Quizás le juzgué con excesivo apresuramiento. — Bueno me complace verle, pero la situación no puede ser más grave ni más comprometida. ¿Qué demonios voy a hacer ahora con usted?

—Lo he estropeado todo, lo comprendo, — dijo Clifford con amargura. — Lo siento muchísimo. Lee pero yo no pensaba nada más que en Vera; sólo pensaba en la pobrecita joven a la que se habían llevado esos canallas. Fuí un tonto por que no me dí cuenta de que usted y Nípper tenían necesariamente, que estar haciendo cuanto la situación exigiera. ¡Dios sea loado por que ustedes están a bordo! Ya se han disipado todos mis temores pero me doy perfecta cuenta de la locura que he cometido.

—¿Cómo diablos nos reconoció usted a pesar de nuestros disfraces?

—¡Yo no les reconocí; no les hubiera reconocido nunca! Pero vinieron ustedes, se quedaron ahí y comenzaron hablar con su voz de siempre y entonces me dí cuenta de lo que sucedía. Me di cuenta de que ustedes se hallaban a bordo y de que estaban solos y no había nadie en la cubierta. Entonces aproveché la oportunidad para presentarme.

—¡Jum! Tenemos que pensar alguna combinación a fin de evitar que pasemos todos nosotros, a bordo de este yate, los momentos más desagradables de nuestra existencia.

—¡Silencio! ¡Alguien viene! — dijo en aquel instante, Nípper. — ¡Por vida del vie-

Jo Júpiter! ¡Si es el comandante del yate en compañía de Zingrave! ¡Sí; el que le acompaña es el profesor Zingrave!

—¡Dios mío! — murmuró Douglas Clifford entre dientes.

Miró apresuradamente en redor y ya iba a meterse de nuevo en el bote salvavidas, cuando Nelson Lee le detuvo. El detective le dijo algunas palabras al oído. No había tiempo para pensar ningún plan, no quedaba tiempo para que Clifford pudiera pensar en esconderse.

—¡Pues esta sí que ha sido una sorpresa para mí, mi viejo compañero! — exclamó Nelson Lee con la desfigurada y aguardentosa voz que había adoptado y estaba de acuerdo con su disfraz y bastante fuerte. — ¡Presentarse usted así, a bordo de este yate! ¡Hola! ¡Aquí viene el comandante! Más vale que se presente a él en seguida.

—Sí; eso voy a hacer. ¡Precisamente iba en su busca cuando me encontré con ustedes! — dijo Clifford con toda naturalidad.

Había recobrado la calma instantáneamente. Estaba vestido con un traje azul de saco cruzado, con botones de metal, y tenía puesta una gorra de visera. Se había recortado la barba en punta,, hasta darle un aspecto enteramente distinto del que tenía antes.

El capitán Dunster había oído las palabras que Nelson Lee y Clifford habían pronunciado, y había apresurado el paso, dejándose atrás al profesor Zingrave, que fumaba un cigarro de hoja. El comandante miró a Clifford en forma agresiva.

—¿Quién diablos es usted? — preguntó. — ¡Usted no pertenece a mi tripulación! ¿Qué hace usted a bordo de este buque?

Clifford se llevó la mano a la gorra, saludando.

—He venido por orden, señor, — dijo muy respetuosamente.

—¿Por orden? — exclamó Dunster. — ¿Orden de quién? ¡Mía no ha sido!

Clifford sacó algo del bolsillo y se lo dió al capitán. Era un pequeño triángulo de metal. pintado de verde. Al ver aquello, Dunster varió de actitud, mostrándose menos agresivo que antes.

—Mi agente me ordenó que viniera a bordo de este yate, señor, — agregó Clifford.— Me dijo que viniera dispuesto a hacer lo que me mandaran. No se a qué razón se debe esa orden, pero no me he permitido ser curioso. Obedezco y nada más. Mi agente...

—¿Su agente?

—Sí, señor, el señor Martín Caine.

—Ned Goodwin es uno de nuestros nuevos compañeros, comandante, — intervino Nelson Lee. — Ese se llama Ned Golwin, señor. He trabajado con él muchas veces; pero no esperaba tenerle por compañero en este viaje.

El capitán Dunster no contestó por el momento. El profesor Zingrave no había oído nada de la conversación porque había seguido paseando por la cubierta y fumando. No era conveniente que aquellos miembros de trabajo de la Liga del Triángulo Verde supieran que él tenía vinculación con la sociedad. Para todos los de a bordo, el profesor Zingrave era uno de los varios invitados de sir Roger Hogarth y nada más.

—¡Ah! ¡De modo que Caine le ordenó que viniese a bordo! — exclamó el comandante después de una pausa. — ¡Pero ese Caine está loco! ¡Ya que está usted embarcado, claro está que tiene que quedarse en el yate! Preséntese al señor Jakes, el segundo oficial y pídale órdenes.

—Sí, comandante — dijo Douglas Clifford saludando de nuevo.

Dunster no sospechó ni lo más mínimo. Ni soñó un solo momento que todo aquello pudiera ser sospechoso. El desconocido había presentado el distintivo secreto de la Liga, — el triángulo verde; — además había mencionado a uno de los agentes de control de mayor importancia y, por si eso no era suficiente, había sido reconocido por el disfrazado Nelson Lee cuyas credenciales eran absolutamente fidedignas.

Todo era tan sencillo que no había lugar para sospecha de ninguna clase. La misma extensión de la Liga lo numerosísimo de su personal era lo que permitía semejante comedia. Porque era imposible que Dunster conociera enteramente a todos los hombres que formaban parte de la Liga. Habiéndose convencido de la legitimidad de la procedencia de aquel nuevo miembro de la tripulación, Dunster no tenía por qué preocuparse más, así que ni volvió a pensar en el elemento "extra" que Caine le había mandado.

¿Pero qué hubiera dicho el comandante del yate Reina del Mar si hubiera sabido que aquellos tres hombres eran nada menos que Nelson Lee, Nipper y Douglas Clifford, es decir los tres peores y más encarnizados enemigos de la Liga del Triángulo Verde?

Pero ni lo sabía ni siquiera lo sospechaba.

Así pues, gracias a haber mentido del modo más descarado que se puede imaginar, Clifford había quedado aceptado a bordo del yate Reina del Mar como uno de los miembros más dignos de confianza de la Liga del Triángulo Verde. El peligro que, durante un momento, le había amenazado, había quedado, felizmente conjurado y Nelson Lee se sentía complacido porque le agradaba que Douglas Clifford, su entusiasta colaborador, estuviese a su lado en aquella ocasión.

Clifford fué al punto, como se le había dicho, a prsentarse al segundo oficial señor Jakes. Casi le parecía imposible que hubiera podido evitar qu descubrieran su verdadera identidad y que ya no corriera peligro. Pero se daba cuenta de que era al detective a quien tenía que agradecer su maravillosa salvación.

Nelson Lee, pudo enterarse pronto de cuál era la verdadera situación. Al día siguiente. a la mitad del día, estaba al tanto del número de invitados que había a bordo del yate e iban a gozar de las delicias de una excursión por el Atlántico del Sur. Al parecer era ese y no ningún otro, el objeto del viaje.

Pero el detective estaba convencido de que había algún motivo oculto para aquella rápida e imprevista partida del yate Reina del Mar, de las costas británicas. Vera Zingrave y Edmund Gresswell estaban a bordo y se hallaban en el yate como prisioneros. De esto no tenía Nelson Lee ni la menor duda. No parecerían prisioneros, verdaderamente,

proximamente
Petazos
Petazos
Petazos
0.10 ¢
la revista de la mujer

pero el hecho era que no tenían probabilidad de escapar.

Nelson Lee pensaba que Gresswell había sido llevado a bordo contra su voluntad, obligándolo de algún modo. No le habían llevado al yate a la fuerza o amenazándole con un revólver, pero le habían obligado a ir. Tal vez le habían dicho que si no se embarcaba en el yate corría peligro de que le asesinaran a traición. Y era ésto, precisamente, lo que había acontecido.

Gresswell no tenía nada de tonto. Se daba cuenta perfecta del poder de la Liga del Triángulo Verde y sabía ya que había procedido en forma insensata cuando manifestó al profesor Zingrave lo que sentía y le enteró de su deseo de abandonar su puesto en el Círculo Dirigente de la asociación. En aquella oportunidad había dejado que el profesor se enterara de su verdadera manera de pensar, le había permitido a Zingrave darse cuenta de que ya no sería el servidor fiel de la Liga del Triángulo Verde que había sido hasta entonces. Convencido de que lo que le convenía era no insistir violentamente en aquella actitud, que lamentaba haber adoptado, Edmund Gresswell prefirió embarcarse en el yate a que le mataran a traición cuando menos pudiera esperarlo. La verdad era que dadas las circunstancias en que se encontraba, lo único que podía hacer era someterse.

Vera, por su parte, había sido tratada de modo parecido. Cuando Zingrave se metió, — en forma tan inesperada como brusca, — en el automóvil, — que ella creía un automóvil de alquiler y era uno de los coches de la Liga disfrazado de tal, — le había expuesto con toda claridad los términos de la situación y Vera había tenido que aceptarlos porque no le quedaba más camino que ese. La joven conocía ya el verdadero carácter criminal de su infame padrastro y no se podía atrever a desdeñar sus amenazas por muy suave y veladamente que, con su acostumbrada dulzura, las expusiera el profesor.

En consecuencia, se embarcó en el yate sin violencia y sin resistirse de ningún modo. Hasta cierto punto, la joven sentía el convencimiento de que no se iba a ver abandonada y sin protección en momentos de tanta gravedad. Nelson Lee y su adorador Douglas Clifford se hallaban enteramente al tanto de todo lo que sucedía y con toda seguridad, iban a acudir en su socorro.

Así lo habían hecho, sin que ella se hubiera podido enterar de ello hasta aquel momento; pero no por ignorar las medidas que Nelson Lee y Clifford hubieran podido adoptar, se hallaba intranquila la desdichada Vera. Tenía entera confianza en aquellos dos hombres y sabía que, aún cuando las apariencias fueran otras, no podían haberla abandonado a su triste destino.

El detective encontró que el grupo de excursionistas, fuera de los dos "prisioneros" se componía del profesor Zingrave, sir Roger Hogarth, el príncipe Yoni-Saka y el doctor William Northrup, que era un famoso y muy adinerado médico. Nelson Lee sabía que el doctor Northrup era, también, miembro del Círculo Dirigente de la Liga del Triángulo Verde.

Cuando Vera se presentó por primera vez sobre cubierta tenía aspecto de cansancio y de tristeza y no se le notaba en los labios la encantadora sonrisa juvenil de costumbre. Sus bellos ojos no tenían la expresión de jovialidad infantil que tanto acrecentaba su encanto y estaban cansados y serios.

Clifford la vió y sintió deseos de revelar en seguida su presencia. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos de voluntad para no provocar, procediendo en tal forma, una escena que hubiera llamado la atención.

Nelson Lee se dió cuenta de que existía el peligro de que, a pesar de todo, Clifford procediera en forma impulsiva y perjudicial para sus planes; por lo tanto el detective aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para hablar a solas con Vera y ponerla al tanto de todo lo que sucedía. Cuando Vera supiese que había a bordo quien la custodiaba, se sentiría más tranquila y Clifford, por su parte, tomaría todas las precauciones necesarias y sería todo lo cauto que la situación exigía.

Pero pasaron tres días antes de que se presentase la oportunidad esperada por Nelson Lee. Fué cuando ya había obscurecido, después de la comida. El detective vió a Vera apoyada a la borda, sola, mirando hacia la inmensidad del mar. Aquel día había presentado un specto de mayor tristeza que los días anteriores y el detective consideró llegada la oportunidad de enterarle de todo lo que sucedía y ella ignoraba.

En consecuencia se aproximó a ella y en pocas y rápidas palabras la enteró de todo y la informó de que él y Clifford la vigilaban constantemente, además de que Nipper estaba siempre alerta. Vera sintió grandísima alegría cuando conoció esas noticias y la expresión de tristeza y de pena pareció desapareecr de sus ojos, disipándose instantáneamente.

Después de aquella entrevista con el detective se le notó, durante algún tiempo, más contenta; pero el viaje la puso muy pálida y adelgazó rápidamente. Era curioso el hecho de que también Edmund Greswell tuviera aspecto de hallarse enfermo

---

,Pasaron los días y llegó el yate a la zona templada del Atlántico del Sur. El Reina del Mar no tocó en puerto alguno, navegando siempre por alta mar. Las horas del día eran entonces luminosas y encantadoras y las noches templadas y deliciosas.

Pero tanto Gresswell como Vera se hallaban cada día más pálidos y más delgados. Douglas Clifford sentía grandísima ansiedad, pero no podía hacer nada. Nelson Lee le aseguró que el cambio sufrido por la salud de ambos prisioneros se debía a la preocupación constante en que les tenía el conocimiento de su propia situación. Pero no era eso lo qu pensaba en realidad el detective, que se sentía asaltado por las más atormentadoras dudas y las más horribles sospechas.

Una encantadora mañana, el aspecto del famoso abogado criminalista fué alarmante. Pálido y desencajado, se presentó en la cubierta con los ojos hundidos y las manos temblonas, como las de un epiléptico. Vera, aun cuando no se encontraba tan mal como

él, empezaba a presentar los mismos alarmantes y misteriosos síntomas.

Gresswell se echó en una de las sillas de hamaca que había en la cubierta, con las manos caídas a ambos lados del cuerpo. Sir Roger Hogarth se acercó a él, y parándose junto al famoso abogado, que presentaba todos los síntimas de hallarse muy enfermo, conversó un rato con él. Pero Gresswell casi no hablaba, estaba con los ojos cerrados y los labios temblorosos. Nelson Lee, desde el otro lado de la cubierta ,observaba a los dos hombres con el ceño fruncido. La condición de Gresswell no podía ser consecuencia, comprendíalo con toda claridad el detective, del estado de intranquilidad de su mente.

Vera, por su parte, parecía haber empeorado aquella mañana. Se hallaba comparativamente bien, esto era verdad, pero no era ni sombra de la joven jovial y vivaz con quien Clifford s había entrevistado tantas veces en el pequeño restaurant de Oxford Street.

Dió la casualidad de que Nelson Lee se encontrara en la cubierta un par de horas más tarde. En aquel momento, Gresswell cruzaba la cubierta en dirección de la escalera que desendía a la cámara principal del yate y se tambaleaba al caminar. De repente tropezó, se balanceó un instante y en seguida cayó de bruces en la cubierta.

Nelson Lee aprovechó la oportunidad, — oportunidad que había esperado durante varios días, — para acercarse al pasajero enfermo.

Corrió hacia él y fué el primero de arrodillarse junto a Gresswell.

—¡Por todos los diablos! — exclamó Nelson Lee. — ¿Qué es esto, Dios mío?

Se notaba la presencia de espuma en los labios del abogado, que tenía el rostro pálido y de color plomizo. Respiraba en forma lenta y peligrosamente irregular.

Un instante después, Nelson Lee fué echado a un lado y el eminente doctor Northrup, al que acompañaba sir Roger Hogarth, que le ayudó a levantar a Gresswell de la cubierta. Entre los dos le descendieron a su camarote.

Pero Nelson Lee había podido percatarse de algo que ya sospechaba, Gressewell no tenía enfermedad de ninguna clase; no era víctima del miedo y el terror. Era víctima de un veneno. ¡Le estaban envenenando lenta y deliberadamente!

Aquella noche, poco antes de servirse la comida, el doctor Northrup dió la noticia de que Edmund Gresswell, el eminente abogado criminalista, había fallecido sin haber recobrado el conocimiento.

¡El abogado había muerto!

La noticia impresionó intensamente a Nelson Lee, para el que fué un terrible golpe. Pero la intensidad de su emoción no fué nada comparado con el convencimiento horrendo que se apoderó de su mente en seguida. El detective y Nipper se hallaban solos, sobre cubierta, terminadas sus faenas de a bordo.

—¡Gresswell ha muerto! — murmuró el detective tétricamente. — ¡Sé positivamente, sé, joven amigo, que ese hombre ha sido diabólicamente sacrificado!

—¡Dios mío! — dijo Nipper en voz baja y poniéndose pálido.

—¿Se da usted cuenta de lo que eso significa, Nipper? El doctor Northrup declaró que Gresswell sufría una extraña y desconocida dolencia, que no podía diagnosticar, pero que era mortal. ¡Y Vera Zingrave, según ha declarado el eminente médico, se halla atacada de la misma dolencia!

Nipper se puso todavía más pálido.

—Pero entonces... entonces...

—¡Gresswell ha sido envenenado... ¡asesinado! — dijo Nelson Lee enérgicamente. — ¡Y dicen que la señorita Vera tiene la misma, extraña, desconocida enfermedad! ¡El hecho es, muchacho, que la señorita Vera está siendo envenenada también y su muerte puede producirse de un momento a otro!

El convencimiento de que así era, en realidad, resultaba horrible, aplastante.

Capítulo VII

EL DETECTIVE Y SUS AMIGOS ANTE LA GRAVEDAD DE LA SITUACION. — EL CUERPO DEL DESDICHADO EDMUNDO GREENWELL ES ARROJADO AL MAR. — VERA ZINGRAVE Y LA ENFERMEDAD MISTERIOSA. — TRAZANDO PLANES DE ACCION. — UNA CONFERENCIA EN LA OSCURIDAD. — SORPRESA LAMENTADA. — EN LAS GARRAS DE LA LIGA DEL TRIANGULO VERDE. — LO QUE PIENSAN LOS CRIMINALES. — EL PLAN DE SIR ROGER HOGARTH

Nelson Lee no encontraba oportunidad para hablar con Douglas Clifford del infame plan que había descubierto y suponía con razón, — deseando que así fuera en realidad, — que el joven no sabía nada de todo lo relacionado con la inesperada muerte del abogado Edmund Gresswell, que se había embarcado en perfecto estado de salud y al que una fulmínea e inexplicable dolencia había abatido en tan pocos días. El detective temía que Clifford, al enterarse de la verdad, cometiera alguna imprudencia comprometedora. Por su parte, Nelson Lee se sentía aterrorizado y con la mente prefundamente conturbada.

Se enteró de que el cuerpo de Gresswell no seguiría a bordo más que hasta la mañana siguiente. Aun cuando nada hubiera costado arribar a un puerto para darle sepultura en tierra, se resolvió que el cuerpo del abogado fuese entregado al mar. La ceremonia de arrojarlo al agua se verificaría la mañana siguiente.

El detective se daba cuenta entonces de toda la infame vileza que encerraba el plan de aquellos grandísimos canallas.

Gresswell y Vera habían sido obligados a tomar parte en aquella fingida excursión de turismo porque era necesario, en bien de los intereses de la Liga del Triángulo Verde, que murieran los dos. A Zingrave no le importaba ni lo más mínimo cuanto pudiera pasarle a su hijastra y esta manera de pensar habíala exteriorizado mediante su acti-

tud, hacía bastante tiempo. Pero lo que colmaba la medida era que su infamia llegara al extremo de combinar un plan para dar muerte a la encantadora joven.

La astucia, la habilidad de ese plan era algo horrendo. Envenenándoles paulatinamente podría hacer suponer que las víctimas sufrían de una enfermedad. Era posible que los compañeros de viaje y los miembros de la tripulación del yate "Reina del Mar" sospecharan y hasta llegaran a tener el convencimiento de que se realizaba a bordo un acto criminal. Pero por muy vehementes que fuesen sus sospechas no podrían jamás, presentar ni una sola prueba, de que aquellas dos personas habían fallecido a manos de unos criminales.

De acuerdo con lo que el doctor Northrup había anunciado, Gresswell fué sepultado en el mar al amanecer del siguiente día. Fué, la que se realizó con ese motivo, una solemne y muy triste ceremonia, a la que Nelson Lee no dejó de asistir, por cierto. Cuando todo hubo terminado pareció que el ambiente se hubiera aclarado un poco y el grupo de viajeros, aun cuando grave y silencioso, todavía, se sintió aliviado. Zingrave y Hogarth, por su parte, se felicitaban porque habían podido despachar a la primera de sus víctimas sin tropiezo ni inconveniente de ninguna clase. ¡Edmund Gresswell ya no podría descubrir a nadie los secretos de la Liga del Triángulo Verde! ¡Los muertos no hablan!

A Nelson Lee no le preocupaba mayormente lo sucedido, — aun cuando nadie disculpa jamás un crimen por vil que sea la víctima del mismo, — pero se sentía agobiado por la terrible perspectiva. La segunda parte del plan de Zingrave, la preparada muerte de la segunda víctima era lo que le preocupaba aun más de lo que se confesaba a sí mismo. Gresswell había sido toda su vida un criminal y había cometido suficientes delitos para que el juez más benévolo lo condenara a muerte. Había dejado de existir del modo más doloroso y horrible que se pueda imaginar pero a nadie más que a sus amigos de una semana antes, podía culpar de tamaña crueldad.

El pensar en Vera tenía a Nelson Lee desconcertado y aterrorizado. Estaba convencido de que Clifford no se había enterado aun del horrendo significado que había encerrado en sí misma la muerte del abogado Edmund Gresswell. Pero era necesario que lo supiera todo, porque era también necesario proceder sin demora y que él ayudase a Nelson Lee y a Nipper en la acción decisiva que había de salvar a la amenazada joven.

El detective sintiose notablemente aliviado cuando vió que Vera tenía un aspecto algo más alegre cuando salió a la cubierta, aquella mañana, después de haber tomado el desayuno. Pero Nelson Lee no iba a dejarse engañar por eso. Adivinó que la muerte de la joven debía haber sido fijada para algunos días después que la de Gresswell, así que su misteriosa enfermedad no comenzaría a agravarse hasta pasados dos o tres días. Pero no por eso dejaba de existir el peligro de que los criminales pudieran decidir de pronto que muriera en las próximas veinticuatro horas.

Era enteramente imposible permitir que aquello continuara así.

¿Pero qué era lo que podía hacerse para obstaculizar el desarrollo de aquella situación?

Nelson Lee no lo sabía, pero aguzó el ingenio procurando dar con un plan que fuera inmediatamente practicable. Durante el día consiguió entrevistarse unos momentos con Clifford, en privado. Dijo al joven que se viera con él por la noche detrás de la cámara de la cubierta, en la parte de proa. Nipper se encontraría allí también y los tres celebrarían una conferencia.

Las horas de aquel día parecieron transcurrir con abrumadora lentitud. El tiempo era hermosísimo y el calor era realmente sofocante. El mar estaba sereno sin que rizara su superficie el menor oleaje. El yate Reina del Mar navegaba muy lentamente.

Cuando los tres conspiradores estuvieron juntos en el punto convenido de antemano, la oscuridad era completa pues no había luna y unas tenues nubes cubrían todo el cielo interceptando la luz de las estrellas. Tanto Nelson Lee como Clifford estaban libres de servicio, pero Nipper debía estar trabajando. Se había escurrido, abandonando la tarea porque era necesario que estuvieran reunidos los tres para combinar el plan de acción.

El sitio era solitario y tranquilo y estaba escondido de modo que no se les podía ver desde ninguna parte. En caso de repentina sorpresa el terceto podría dispersarse sin que nadie sospechara nada. Además, el sitio estaba libre de la posibilidad de que alguien pudiera atisbarles.

En las menos palabras posibles Nelson Lee enteró a Clifford de todo cuanto pasaba. Ya no se trataba de sospechas sino de hechos comprobados. Douglas Clifford se había sentido preocupado; había pensado constantemente en Vera y en el triste estado de su salud. Pero no había podido imaginarse, — porque en realidad no podía imaginárselo nadie, que anduvieran por el mundo seres humanos tan viles para combinar semejante plan, — que Zingrave y Hogarth se propusieran envenenarla, contando con el testimonio del famoso médico Northrup para que certificara, — igual que en el caso de Edmund Gresswell, el famoso abogado criminalista, — que la muerte se había producido por causas naturales.

—¡Pero ese plan es diabólico, Lee! ¡Es enteramente diabólico! — exclamó Douglas Clifford con voz ronca de emoción.

—No hay palabras para expresar tal como se necesitaría, el horror de la situación presente, — dijo Nelson Lee, con voz pausada. — Pero es enteramente necesario que tengamos suficiente serenidad para no dejarnos arrastrar por el pánico pues esto sería de deplorables y fatales consecuencias. Si nos-

otros nos asustamos no tendremos tranquilidad para hacer lo que es necesario hacer. Calma pues. No podemos dudar de que esos grandísimos canallas han tomado la determinación de que la señorita Vera Zingrave concluya su existencia del mismo modo como, según hemos podido constatarlo, la ha terminado el abogado Gresswell. Y si no procedemos a tiempo...

—Quizás en este momento, la pobre Vera esté muriendo, vencido su organismo por el veneno que le dan esos tenebrosos criminales...

—¡Clifford! ¿No lo dije? ¡Ya se deja usted arrastrar por el pesimismo! — exclamó Nelson Lee enérgicamente. — ¡Haga usted el favor de no perder la sangre fría, por amor de Dios! La señorita Vera no se halla en peligro.... en peligro inmediato, inminente; quiero decir. Esta mañana, cuando la ví, hasta me pareció que se hallaba mucho más animada que los días anteriores. Estaba alegre como no la había visto lo menos en una semana. Estudiando los hechos y las circunstancias con toda calma, se comprende que han cesado, aun cuando sólo sea provisoriamente, de administrarle las dosis de veneno que le administraban desde hace algunas semanas. Probablemente pasarán ocho o diez días antes de que se le note mayor gravedad y se produzca la muerte.

—¡Es enteramente necesario impedir que muera! — exclamó Clifford con violencia.

—¡Sí! ¡Es enteramente necesario impedirlo y lo impediremos! — replicó el detective. — Llegará el fin, pero no el fin que esos canallas se proponen. Este momento de quietud en sus actividades, motivado por el deseo de que las dos muertes, la de Gresswell y la de Vera no se produzscan una en seguida de la otra, es lo que nos va a dar, según lo espero, oportunidad para hacer lo que yo creo indispensable hacer. De un modo o de otro, por buenas o por malas, es necesario arrebatar a la señorita Vera de las garras de esos criminales que han dispuesto su muerte.

—Pero... ¿cómo vamos a conseguirlo, señor? — preguntó Nipper muy nervioso.

—¡Sólo Dios podría decirlo, porque yo no lo se, muchacho! — dijo el detective. — Pero no hay que desesperar por eso. Haremos todo lo que nos sea posible hacer. No somos más que tres contra toda una banda de forajidos, sin escrúpulos de ninguna clase. Todos los hombres que se hallan a bordo de este yate son enemigos nuestros. Todos los que están a bordo del Reina del Mar, excepto nosotros son miembros de la Liga del Triángulo Verde y han jurado servirla, aun a costa de la propia vida. Como ustedes lo comprenderán perfectamente, estamos en el mismo centro del avispero. Sin embargo hemos burlado hasta este momento, a nuestros infames y astutos enemigos, y no hay razón que indique la imposibilidad de seguir engañándoles hasta que llegue el desenlace de este drama trágico.

Clifford se acercó más al detective. Estaba preocupado y cejijunto.

—No es posible ni soñar en hacer uso de la fuerza, — murmuró con terrible frialdad. — Estamos bien armados, lo sé, pero si nos propusiéramos apoderarnos del yate no tardaríamos en ser vencidos y dominados, lo que haría fracasar todo plan en favor de Vera. Hagamos lo que hagamos, debemos hacerlo tranquilamente y en secreto.

Los tres permanecieron en silencio durante unos pocos segundos.

—Durante todo el día no he pensado en otra cosa. He ideado y rechazado infinidad de planes de acción, — dijo luego Nelson Lee. — Después de mucho reflexionar, de estudiar todas las circunstancias y todas las probabilidades, creo que no hay más que un camino expedito o relativamente expedito. No negaré que se trata de hacer frente a dificultades muy peligrosas, pero no debemos tener en cuenta más que la posibilidad de éxito favorable que se nos presenta.

—¿Qué es lo que propone usted que hagamos, señor? — preguntó Nipper.

—Debemos sacar a la señorita Vera de a bordo de este yate esta misma noche. Debemos escapar y confiar en que la suerte nos favorecerá y ha de permitir que nos alejemos antes de que se produzca la correspondiente alarma.

—Pero... ¿cómo vamos a hacer para irnos de este yate? — preguntó Clifford.

—Será necesario que vayamos cautelosamente al camarote ocupado por la señorita Vera; por fortuna, su camarote se encuentra relativamente separado de los demás, y advertirla para que se prepare, — explicó el detective. — Eso puede hacerlo Nipper. Mientras tanto yo y usted, amigo Clifford, prepararemos un bote para la fuga. El yate navega tan lentamente que casi está estacionario, y descender un bote al agua será cosa relativamente fácil.

Douglas Clifford movió la cabeza escépticamente.

—No digo que esa tarea no sea, materialmente, difícil sino fácil, — manifestó, — pero ¿y los guardianes que vigilan sobre cubierta? No es posible que podamos botar una de esas embarcaciones al agua sin que nos vean o nos oígan.

—Está usted en lo cierto, no lo niego, — dijo el detective, — pero durante esos últimos pocos minutos, debemos arriesgarnos a lo que la suerte nos depare. Es imposible trazar planes detallados porque no sabemos lo que puede suceder. Pero dos de nosotros podemos tener a raya a esas fieras mientras el otro desciende el bote, pues los pescantes están arreglados de modo que los botes salvavidas pueden descenderse maniobrando con una sola soga. Será, naturalmente, una desesperada lucha en procura de libertad, pero creo que todos nosotros sabemos tener entereza y valor cuando las circunstancias lo exigen y en el peor de los casos, venderemos muy caras nuestras vidas. Eso es, por lo demás, lo único que puede hacerse. No nos queda facultad de elegir: o hacer lo que he dicho o someternos a lo que la situación quiera hacer, no solo de nosotros sino de la señorita Vera.

—Pero yo pensaba...

Se oyó resonar el ruido de rápidos pasos, y un segundo después, los tres amigos se vieron rodeados por numerosos hombres cuyas siluetas se distinguían confusas en la oscuridad.

—¡Sujétenlos bien! — gritó con fuerte voz el comandante. — ¡Por vida del demonio! ¡Buena pesca hemos hecho!

Nelson Lee y Clifford se hallaban tan sobresaltados que durante unos momentos no pudieron pronunciar ni una sola palabra. Nipper se sintió como enloquecido.

—¡Vencidos! — gritó desesperado. — ¡Defendámonos como tigres, señor! ¡Vamos a pelear con estos canallas!

Pero Nipper no tuvo ocasión de defenderse ni de pelear. En menos de dos minutos los tres estuvieron bien atados y fueron luego llevados sin ceremonia de ninguna clase, a un espacioso camarote, escaleras abajo.

Allí estaban esperándoles el profesor Zingrave y sir Roger Hogarth. El profesor tenía una expresión tenebrosa y cruel y un fulgor de amenaza furibunda brillaba en sus expresivos ojos, un fulgor diabólico cuyo significado se comprendía de inmediato.

—¿Están bien atados los prisioneros? — preguntó. — ¡Bien! Déjelos con nosotros, Dunster. Cuando le necesite tocaré el timbre.

Nelson Lee, Clifford y Nipper quedaron de pie, de espaldas, junto a uno de los tabiques de madera del camarote. El comandante del yate Reina del Mar y los hombres de la tripulación del mismo que habían realizado la captura de los tres amigos, se retiraron. Clifford estaba sumamente pálido y respiraba jadeante de emoción.

Nipper también estaba pálido; pero Nelson Lee permanecía asombrosamente tranquilo, como si nada de todo aquello, a pesar de ser tan grave para él y sus amigos, le emocionara lo más mínimo. Se hubiera dicho que se sentía indiferente por completo ante todo lo que había ocurrido. Sin embargo en realidad era el famoso detective el que se hallaba más emocianado de los tres.

Les habían sorprendido antes de que les hubiese sido posible hacer nada, ni aún el plan que el detective había resuelto llevar a cabo como último y desesperado recurso.

El profesor Zingrave, después de una breve pausa, se encaró con los tres prisioneros.

—¡Bien! — dijo. — ¡Así que son ustedes espías! ¡Conspiraban ustedes a bordo de este yate! ¡Por el diablo! ¡Cara van a pagar su conducta!

—¡Vaya usted al infierno! — exclamó Clifford. — ¿A qué viene darse tanto tono porque nos han capturado? ¿Cree usted que ha sido grande su triunfo? ¡Estamos en su poder, pero sólo por casualidad, porque son ustedes suficientemente imbéciles para haberse dejado engañar largo tiempo!

—No ha sido por casualidad — dijo el profesor. — El comandante vigilaba esta noche y notó que ustedes tres se reunían en secreto. En vista de eso, se acercó a ustedes, oyó casi todo lo que conversaron, y... este es el resultado.

Zingrave calló y avanzó, procediendo a despojar de sus disfraces a los prisioneros.

—¡Hola! ¡Mis viejos amigos Nelson Lee y Nipper! — exclamó con satisfacción visible. — ¡Oh! ¡Ya estaba enterado de quiénes eran ustedes! Dunster oyó lo suficiente para darse cuenta de ese detalle. Pero debo confesar que este señor me es desconocido, — agregó el profesor tirando de la barba de Clifford, que era natural. — ¡Ah! ¡La barba no es postiza! Bien; no le conozco, pero me basta saber que está usted en combinación con estos infernales espías para decidir lo que se ha de hacer con usted.

—¡Por vida!... ¡Si tuviese las manos libres! — exclamó Clifford.

—Me parece que es enteramente vano que entregue usted su imaginación a tales fantasías, — díjole Zingrave. — Ustedes están prisioneros y no tienen ni la menor esperanza de libertad. A su debido tiempo sufrirán el castigo que han merecido. No necesitaría casi decirles que no tienen ustedes probabilidad ninguna de volver a pisar tierra firme.

Nelson Lee no despegó los labios. Sus pensamientos eran tan amargos que temía hablar. Además, ¿de qué le hubiera servido? Un diálogo entre él y el profesor no haría más que prolongar una entrevista que le era tan dolorosa como desagradable.

Prometiéndoles volver a hablarles poco después, Zingrave tocó el timbre y ordenó que se llevaran a los prisioneros. Indicó, antes de que se retirara, que cuando volviese a hacerles desaparecer ante él, sería para que oyeran su sentencia de muerte.

Cuando los tres se hubieron retirado, Zingrave encendió un cigarro de hoja y se sentó. Sir Roger Hogarth, que había permanecido en silencio hasta aquel momento, fué el que comenzó la conversación.

—¡Toma usted este caso con una tranquilidad admirable Zingrave! — dijo. — Por mi parte, considero que hay más que sobrada razón para dominarse. Nelson Lee conoce el secreto de este viaje marítimo...

—¿Y qué importa que lo sepa? ¿De qué puede valerle el saberlo? Dentro de pocas horas, Hogarth, los tres espías se hallarán en el fondo del mar, — dijo el profesor. — Y ya que estamos en eso, incluiremos a la joven. ¡Nuestro plan original debe ser abandonado.

—Pero ¿qué es lo que debe hacerse ahora? — preguntó sir Roger.

El profesor Zingrave se pasó la mano por su largo cabello negro.

—El caso exige que se le piense con detenimiento, — replicó. — Ya no hay que pensar en hacer uso del mismo sistema que se empleó con Gresswell. Sería muy lento terminar con todos, uno después de otro, y excesivamente dramático despacharlos a todos de una sola vez Pero podemos pensar otro plan factible y práctico. Si es necesario no debemos vacilar en sacrificar el yate.

—¡Pero, por Dios!...

—¿Qué vale el yate? — interrumpió Zingrave. — Además, está bien asegurado y usted no perdería dinero. Por otra parte, la desaparición de Nelson Lee y Nipper merecería lo que se perdiera en tal caso.

Sir Roger Hogarth dió un golpe, con el puño cerrado, en la mesa.

—¡Bravo! ¡Esa sí que es una buena idea! — exclamó. — El Reina del Mar está asegurado por mucho más de su valor. Si naufraga no habrá pérdida sino utilidad, y bastante grande. Tiene usted razón. ¿Por qué no hemos de deshacernos de nuestros enemigos y ganar dinero, al mismo tiempo?

—La idea me parece excelente, ¿no es eso? — dijo el profesor Zingrave.

—En la bodega especial hay explosivos para todo lo que se quiera, — dijo sir Roger Hogarth. — Será, para nosotros, lo más sencillo abandonar el yate dejando encendida una mecha de tiempo que lo destruya y envíe al fondo del mar junto con los tres prisioneros y la joven. Estamos a poca distancia de la ruta de los vapores correo y no tardaremos en ser recogidos sin mayor molestia. Hace media hora hablé con el operador del telégrafo sin hilos que acababa de entrar en comunicación con un gran transatlántico que se hallaba hacia el Sur. Un mensaje de pedido de auxilio, un "s. o. s." enviado en el último momento...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Eso mismo pensaba yo! — interrumpió el profesor. — Ese proyecto es factible y no es difícil de ejecutar. Podemos alejarnos del yate en la lancha automóvil y dirigirnos rápidamente en busca del vapor que nos recoja. ¿Quién va a suponer que hay algo combinado en todo eso? Su nombre es una potencia en Inglaterra, sir Roger. Se dirá que tres miembros de la tripulación perecieron en el desastre y mi hijastra figurará entre las víctimas. ¿Quien, por un solo momento, va a tener ni aun la menor sospecha?

—¡Oh! ¡No habrá riesgo! ¡Ni el menor riesgo! — exclamó sir Roger. — Pero es un plan muy enérgico y significará muchos inconvenientes...

Zingrave movió la mano con impaciencia.

—¡No hay que pensar en inconvenientes de ninguna clase! — exclamó. — ¡Hay que pensar tan sólo en las conveniencias! Piense usted, Hogarth, en que no sólo se consigue lo que nos proponíamos con este viaje sino que saldaremos cuentas finalmente, con Nelson Lee. Además, el valor del seguro cubrirá todos los gastos. El momento en que nos encontramos es desesperado, así que es necesario adoptar medidas desesperadas.

—¿Cuándo piensa usted llevar a cabo ese plan? — preguntó el dueño del yate.

—¡Esta misma noche! — dijo Zingrave. — No se puede desear una noche más a propósito para eso. Northrup y el Príncipe están jugando al billar: vamos a verles y a combinar los detalles del plan. Al amanecer el nuevo día, nuestros amigos se hallarán en el fondo del Atlántico.

Capítulo VIII

EN EL CAMAROTE DEL COMANDANTE. — LA PRESENCIA DE VERA. — NELSON LEE ESTUDIA LA SITUACION. — ENCERRADOS COMO EN UNA CELDA. — UNA SITUACION TERRIBLE. — PERSPECTIVAS DE MUERTE. — LA EXPLOSION. — MOMENTOS DE ANGUSTIA. — UNA CAJA DE HIERRO PROVIDENCIAL. — SUCESO INESPERADO, — HACIA CARDIFF. — LA LIGA DEL TRIANGULO VERDE CERCANA DE SU DERRUMBE. — CONCLUSION

"Tenemos que resignarnos y sufrir la miserable situación a que nos somete el destino, Clifford. — dijo Nelson Lee con amargura. — Estamos atrapados... atrapados sin esperanzas de libertad. ¡No! No hay ya, para nosotros, ni la menor probabilidad de salir con vida de la situación en que nos hallamos".

Douglas Clifford apretó los dientes, conteniendo a duras penas su furor.

—¡Bien! ¡Si Vera ha de morir, más vale que muera yo con ella! — exclamó después con voz ronca. — ¿Qué hemos hecho para que el destino nos maltrate de este modo? Este avispero de bandoleros...

Interrumpió la frase de Clifford el ruido que hizo, al abrirse, la puerta del camarote. Los tres prisioneros llevaban ya cerca de cuatro horas encerrados en un pequeño y poco ventilado camarote, delante de la puerta del cual se paseaban dos centinelas, cuyos acompasados pasos no dejaron de oír un solo momento. Se comprendía que durante ese tiempo, Zingrave y sus colegas en infamias habían discutido el destino que habían de tener sus prisioneros.

Durante el tiempo que llevaban encerrados, los presos no habían hablado mucho. Sus sentimientos no eran a propósito para inspirarles deseos de conversación. Preferían permanecer en silencio, pues era muy poco lo que podían decirse.

Se abrió, pues, la puerta, y los tres presos fueron sacados a empellones, del camarote. Siguieron por un pasadizo muy bien alumbrado y así llegaron al camarote del comandante que era espacioso y estaba muy bien decorado.

Hiciéronlos entrar allí, sin ceremonia de ninguna clase. La puerta se cerró y oyeron cómo eran corridos dos gruesos pasadores.

Los prisioneros sólo tenían atadas las muñecas. Clifford, en cuanto miró en redor, lanzó una exclamación de asombro.

¡Vera se encontraba en aquel camarote! La joven estaba sentada en un diván con todo el aspecto de encontrarse muy enferma. Pero en aquel momento se levantó de un salto y se precipitó al encuentro de su adorador.

—¡Douglas! — murmuró dolorosamente. — ¡Oh! ¡Mi amado Douglas!

Clifford hubiera gritado con desesperación la amargura que llenaba su alma, pero logró dominarse y se aproximó a la joven con relativa calma. Vera tardó muy poco en desatar a los tres compañeros, y entonces Clif

ford pudo abrazar a su novia, sin reparar en la presencia de Nelson Lee y Nipper. Sentían, Clifford y Vera, que se hallaban cerca de la muerte, y no habría poder en el mundo que les separara en aquel momento.

—¡Adorada Vera! — dijo Clifford. — ¡La noto a usted enferma!

—¡No; estoy bien, Douglas! — murmuró ella. — Hoy me siento mucho mejor de cuanto me he sentido algunos días anteriores. ¡Oh! ¡Cuánto me alegro de que se halle usted a mi lado, adorado mío!

Nelson Lee y Nipper se habían quedado al otro extremo del camarote. El detective estudió en seguida el aspecto de todo cuanto le rodeaba. Se había tranquilizado ya, estaba tal vez un poco pálido, pero decidido a aferrarse a toda probabilidad de esperanza que se presentara.

No se debía esto a que anidara en su pecho ni el menor átomo de esperanza. El profesor Zingrave no hubiera dejado jamás desatadas a sus víctimas si estas podían tener alguna probabilidad de conseguir su libertad.

Una sola mirada le fué suficiente al detective para darse cuenta de que la puerta del camarote era excepcionalmente recia. Además, le habían puesto pasadores del lado de fuera. La claraboya había sido quitada y su hueco cubierto con una tapa de acero, así que no había probabilidad de subir por aquel sitio. En el camarote no quedaba nada pesado o fuerte. No había en él nada que pudiese ser empleado como martillo o hacha.

Aquella única mirada fué suficiente para que Nelson Lee se convenciera de que él y sus compañeros se hallaban en una bien segura prisión.

Pero ¿por qué les habían puesto en aquel sitio? ¿Qué objeto tenía aquel cambio de alojamiento? Nelson Lee había supuesto que iba a ser otro su destino: un buen golpe en la cabeza y una zanbullida en el océano después de atarle a cada uno, a los pies, algo que pesara mucho. Pero, según parecía, el profesor tenía en vista algo muy diferente.

Los ojos del detective se dirigieron hacia Clifford y Vera. Los dos enamorados estaban todavía muy juntos. Vera había apoyado ambos brazos en los hombros de Clifford.

Algo pareció subir hacia la garganta de Nelson Lee y sofocarle momentáneamente.

—¡Oh! ¡Qué diabólica infamia encierra todo esto! — murmuró el detective. Nipper, estamos acostumbrados a todos los peligros... Pero esa pobre joven... ¡Qué infamia!

—Yo... yo siento una angustia, al mirarles, — dijo Nipper, haciendo un esfuerzo para hablar.

—Ojalá quisiera el Cielo...

Se oyó en aquel momento el fragoroso estampido de una detonación.

El camarote fué violentamente sacudido y todo el buque se balanceó como un ebrio. En la puerta de proa y seguramente en lo profundo de la bodega, había resonado una explosión terrible. Su fragor se perdió como el de un trueno y todo volvió a quedar en el más completo silencio.

—¡Ah! ¡De modo que este iba a ser nuestro destino! — dijo Nelson Lee entre dientes.

—¿Qué dice usted? ¿Cuál era nuestro destino? — preguntó Vera, muy asustada. — ¿Qué destino es ese?

—¿Nada, adorada Vera! — murmuró Clifford suavemente, aún cuando se daba cuenta de que sus palabras pretendían en vano, ser tranquilizadoras.

Pero Vera sonrió valerosamente.

—He comprendido de qué se trata y cuál es nuestro destino. — dijo con asombrosa serenidad. — Van a hundir el buque y nosotros vamos a...

—¡No lo diga, Vera, por favor! — suplicó Douglas Clifford.

Nelson Lee agarró fuertemente el brazo de Nipper. El detective sentía en aquel momento lo que no había sentido jamás en toda su vida. Había pasado gravísimos momentos de peligro muchas veces, pero aquel era el más terrible de todos.

¡Encerrado en un camarote que estaba bien cerrado como la celda de un presidio, en un camarote de un yate que se estaba hundiendo. ¿Qué fin iba a tener aquello?

No podía terminar más que de un modo. No habiendo por dónde escapar el vapor se hundiría con todo cuanto estaba dentro de él. Más terrible destino no podía ni imaginarse ni concebirse.

Nelson Lee no se dejó engañar ni un solo segundo por mentidas esperanzas. A menos que se realizara un milagro él y los que con él estaban, se hallaban condenados a morir... y la época de los milagros ha pasado hace rato.

Era enteramente inútil intentar salir; toda tentativa terminaría en un fracaso lamentable.

¡La Liga del Triángulo Verde había, por fin, vencido a Nelson Lee!

El yate Reina del Mar había empezado ya a hundirse del lado de proa. El piso del camarote se hallaba inclinado bastante.

De abajo de las bodegas del yate llegaba el ruido, inconfundible y fácil de reconocer, del agua que entra con violencia por algún agujero.

La explosión debía haber producido un rumbo bastante grande en un costado del casco del yate,, así que el momento final se acercaba a pasos agigantados.

La situación era aterradora, pero en vano se pretendería buscar algo para hacerla variar de aspecto.

Se comprendía que los asesinos y todos sus secuaces, los miembros de la tripulación y a la vez de la Liga del Triángulo Verde, habían abandonado el yate.

No se oía en todo el vapor más ruido que el del agua que entraba por el agujero que la explosión había abierto en un costado del casco de hierro.

Movióse de nuevo el yate, sufriendo una nueva sacudida y fué tanta la inclinación del piso del camarote a continuación de ese movimiento que se hacía difícil para los cuatro presos, el poder tenerse de pie.

Tenían, para no caerse, que aferrarse a

los pasamanos que había en los tabiques del camarote y que tenían por objeto el de facilitar a los pasajeros el modo de ir de un lado a otro aún cuando sin separarse de las paredes, en los casos en que el mal tiempo hacía que se balanceara mucho el yate.

Agarrados a aquel providencial pasamanos, — lo que les exigía un esfuerzo constante, — esperaron la llegada del terrible momento que les parecía inevitable.

Pero el Destino, — el misterioso Destino que suele intervenir de modo tan extraño en la existencia de las personas y a veces en sentido tan variable, — iba a tomar intervención en aquel caso, después de haber esperado el momento decisivo o poco menos.

Sin que nada lo hiciera esperar con anticipación se oyó en el camarote un ruido como de algo que se astillaba y desgarraba, con terrible violencia.

Nelson Lee levantó la vista hacia el lado del suelo del camarote que, en la inclinación en que estaba, quedaba más arriba. El y sus compañeros se encontraban, como es lógico que así sucediera, en la parte inferior donde el esfuerzo para mantenerse de pie resultaba menos violenta. La inclinación era tanta que el extremo opuesto del piso estaba casi a la altura de su cabeza.

Un enorme armario de madera se estaba desprendimiento del tabique de madera del lado alto, al que se hallaba sujeto. Pero Nelson Lee ignoraba un importantísimo detalle. El armario era, en realidad, una pesada caja de hierro, forrada de madera para que hiciera juego con los demás muebles, — que por cierto habían sido sacados de allí antes de encerrar a los prisioneros — que había en el camarote.

El peso de la caja de hierro era demasiado para los sostenes que la aseguraban al tabique de madera y en consecuencia. se estaba desprendiendo.

La inclinación que tenía en aquel momento el yate Reina del Mar fué, precisamente, la causa directa de la salvación de los cuatro presos que se habían considerado irremisiblemente condenados.

Zingrave no había pensado en lo que la caja de hierro podía hacer. Pero ¿cómo había de ocurrírsele que sucedería con ella lo que sucedió en aquel momento?

Se oyó un nuevo ruido de madera desgarrada y astillada y la pesada, casi maciza caja de hierro se desprendió del tabique y cayó por el inclinado suelo con una fuerza tarrible y avasalladora.

Oyóse otro ruido fuerte.

Todo sucedió y terminó en un momento. El tabique inferior del camarote, aun cuando era bastante resistente, no pudo resistir sin ceder, el golpe terrible que le dió la caja de hierro al desprenderse del otro tabique y caer.

La caja de hierro pasó por aquella separación de tablas con toda facilidad, igual que si el tabique hubiese sido de papel.

Quedó abierto un agujero de tres pies de ancho por cerca de cuatro de alto.

El caso pareció maravilloso a los cuatro presos, pero, mirándolo fríamente, no tuvo nada de extraordinario, en realidad. La caja de hierro había vencido a sus soportes y en consecuencia, se había caído. Al caer en el tabique desde la altura representada por el ancho del camarote, que era espacioso y tenía lo menos cuatro yardas, había roto las tablas de los tableros, que eran de media pulgada y había abierto un agujero. El incidente era lo más vulgar del mundo.

—¡Dios mío! — gritó Nelson Lee, abandonando su apatía pesimista y como súbitamente eléctrizado. — ¡La Providencia ha acudido en nuestro socorro! ¿Ven ustedes? ¡Por allí podemos escapar!

—¡Gracias, Dios mío! — exclamó Douglas Clifford fervorosamente.

La huída del yate Reina del Mar, que seguía hundiéndose, fué bastante dramática y accidentada, pero se llevó a efecto sin inconveniente grave, y tuvo el más completo y favorable éxito.

La oscuridad no permitía descender al agua, hallándose tan inclinado el yate, uno de los grandes botes salvavidas, y Nelson Lee no intentó siquiera esa maniobra. Recordaba haber visto en la cubierta un pequeño bote para pesca y suficientemente grande para los cuatro. Ese fué el que echaron al agua.

Tan sumergida se hallaba ya la proa del yate que el agua lamía la cubierta de aquel lado, de modo que los cuatro pudieron embarcarse y alejarse remando, como lo hubieran hecho desde una playa de suave y arenosa pendiente.

Remando lo más fuerte que pudieron, se alejaron del yate a toda prisa. Les favoreció a este respecto la tranquilidad del mar, que era completa.

Se habían alejado apenas la distancia indispensable cuando llegó al final con estremecedora rapidez. Hallábase el bote a doscientas yardas del Reina del Mar cuando se oyó un ruido como un sibilante rugido, lo que indicaba que el agua del mar había llegado ya a las calderas.

Un instante después el yate levantó la popa, saliendo del agua la hélice y el timón y luego se sumergió, siendo sorbido por el mar en un brevísimo momento.

Los cuatro sobrevivientes fueron recogidos poco después del amanecer por un vapor de carga inglés que navegaba con rumbo a Cardiff.

Nelson Lee habló a solas con el comandante del vapor y quedó convenido que no se diría nada, en absoluto de lo sucedido. En el primer momento el comandante del vapor no se mostró muy inclinado a acceder al pedido de Nelson Lee, pero terminó por mostrarse dispuesto a hacer lo que deseaba el detective cuando éste le prometió una generosa recompensa.

Debía desembarcar a sus pasajeros en el primer puerto en que tocara y a manifestar allí, ante la capitanía del puerto, que había presenciado el hundimiento del yate Reina del Mar y no había visto a ningún sobreviviente ni de los pasajeros ni de la tripulación. Esta declaración no sería veraz, pero tendría por ulterior propósito el servir los bien entendidos intereses de la justicia.

De ese modo Nelson Lee conquistábase

una ventajosa situación ante la Liga del Triángulo Verde. Zingrave le creería muerto, pero el detective estaría bien vivo y enteramente dispuesto a dejar caer sobre el infame profesor todo el peso del golpe definitivo que significaría, para la odiosa Liga del Triángulo Verde, el derrumbe completo y final.

El detective se daba cuenta de que, después de haber pasado tantos momentos de angustiosa ansiedad, su campaña contra la Liga del Triángulo Verde presentaba aspecto indubitable de feliz terminación. Rudo había sido el constante batallar, día tras día, frecuentes los momentos difíciles y numerosas las ocasiones peligrosas; la muerte habíase hallado pendiente sobre el detective, y su joven ayudante Nípper en más de una contingencia. Pero todo podía darse por bien sufrido si el éxito final había de ser un triunfo para su causa.

Un punto interesante necesita todavía aclaración. ¿Y Vera Zingrave? Cuando Nelson Lee, Clifford y Nípper la encontraron en el camarote que iba a ser su prisión y del que habían de salir en forma tan inesperada que pudo atribuirse a un original capricho de la Providencia, la señorita Vera tenía todo el aspecto de encontrarse enferma. Dijo que se sentía mejor que los días de la semana anterior, pero esto no indicaba muy importante mejoría porque los días a que la joven se refirió al hacer esa manifestación habían sido los peores de su misteriosa enfermedad, habiendo llegado su malestar a impedirle caminar con la agilidad acostumbrada, pues lo hacía arastrando los pies.

Se comprendía que los asesinos de la Liga del Triángulo Verde habían suspendido la administración del veneno que le daban hacía ya muchos días, veneno cuya dosis superior había matado al abogado Edmund Gresswell. Para que la muerte de Vera no se produjera demasiado en seguida de la de Gresswell había sido suspendida, pues, la administración del veneno y por eso se encontraba mejor la joven.

El plan de Zingrave, — plan que el profesor había preparado de acuerdo con sus cómplices sin tener en cuenta para nada que se trataba de su hijastra, — consistía en ir acercándola a la muerte poco a poco, en matarla paulatinamente, aumentando cada vez más las dosis del veneno y encaminándola al terrible final.

Fué el descubrimiento de la presencia de Nelson Lee, Nípper y Douglas Clifford a bordo del yate Reina del Mar lo que, a decir verdad, había hecho suspender la administración del veneno, — proporcionado y preparado por el doctor Northrup que era un notable toxicólogo, — lo que le dió ocasión de salir con vida de tan tenebrosa emboscada.

El viaje a Inglaterra le sentó admirablemente a la señorita Vera, en cuyo organismo no había podido dejar honda huella el insidioso tóxico. Cuando Vera desembarcó del vapor de carga se hallaba enteramente bien, en perfecta salud.

Todo, como se ve, — y a pesar de las angustias pasadas, — había terminado del modo mejor a que se podía aspirar.

Por su parte, el profesor Zingrave se felicitaba porque se sentía convencido de que habían sido para él todas las ventajas del plan llevado a efecto por sus secuaces, bajo su suprema dirección. Tanto el profesor como sus invitados y los hombres de la tripulación del yate fatal, del Reina del Mar que se hallaba bajo muchas brazas de agua salada, fueron recogidos por uno de los grandes vapores que hacen la carrera del Río de la Plata y se dirigía de regreso a Liverpool. El profesor Zingrave declaró ante el comandante del transatlántico que le recogió, que el yate Reina del Mar, mientras navegaba de noche, fuera de las rutas habituales y a gran velocidad, — porque deseaban llegar pronto a Buenos Aires, — había chocado con el casco sumergido, flotando entre dos aguas, de un buque náufrago y se había producido un rumbo de tanta importancia que, — a pesar de hallarse provisto de poderosas bombas y de los más modernos elementos para hacer composturas en viaje, — no pudo impedirse el desastre. Agregó que en la confusión del salvamento habían perecido cuatro personas. Esta declaración del profesor no podía ser desmentida por nadie, puesto que nadie sabía que las cuatro pretendidas víctimas se encontraban vivas y tan decididas a guardar el secreto de su existencia como a derrumbar a la Liga del Triángulo Verde en cuanto se les presentara ocasión propicia.

Mientras Zingrave sonreía, restregándose las manos y festejando su pretendido éxito. Nelson Lee estaba preparando el golpe final.

¡Por fin se vislumbraba ya la terminación feliz de la terrible campaña!

FIN DE "EL YATE FATAL"

Lea en el próximo número de PUCKY
EL ORPHEUM CLUB

PUCKY
MAGAZINE
APARECE TODOS LOS VIERNES
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION
Capital e Interior

Número de la semana . . .	$ 0.20
„ atrasado. . .	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números)	„ 4.80
Suscripción por 1 año (52 números)	„ 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países „	„ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

El escritor. — ¿Por qué al hacer el catálogo ha puesto usted mi novela entre las obras de medicina?
El editor. — Porque es excelente como remedio contra el insomnio.

En el próximo número – PUCKY

CUANTO MAS SALVAJE, MEJOR

Por A. MARSHALL HARBINSON

PIPERMIT

POR BILLY DEBECK

CORREO ARGENTINO
FRANQUEO A PAGAR CUENTA 79
TARIFA REDUCIDA CONCESION 261

CUANTO MAS SALVAJE MEJOR

Por A. MARSHALL HARBINSON

20 cts.

PUCKY

No. 481

La Lectura Para Todos
Acción en Drama
Misterio Aventuras

Diciembre 16 de 1932

Buenos Aires

PUCKY
La Lectura Para Todos
Acción Drama
Misterio Aventuras
No. 481 Año XIII

PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

BUENOS AIRES, DICIEMBRE 16 DE 1932

Cuanto más salvaje mejor

Por

A. Marshall Harbinson

A los que conocen los caballos, las mujeres y la vida, no les parecerá tan extraño lo que voy a contarles. A mi tampoco me parece extraño ahora; pero no hace mucho tiempo, sí, me lo pareció. Todo empezó cuando mi padre vendió nuestra casa y me dió mi parte de herencia.

Mi padre era hombre frugal, temeroso de Dios y mi madre — ¡bendita sea su memoria! — veía bondad en todos. Yo deseaba, inspirado por mi padre, emplear prudentemente mi dinero y, a causa de mi madre, comprar algo hermoso. De modo que al día siguiente de abandonar la granja de mi padre fuí al pueblo en busca de trabajo. Yo, sin trabajar, me siento desgraciado y me he dado cuenta de que pienso mejor cuando tengo algo entre manos.

En la lista de empleos, lo único que me pareció conveniente fué: "Peón para cuidar vacas, 30 pesos casa y comida". Pagué y me dieron la dirección. Era la primera vez que yo cargaba un atado; pero, hasta cierto punto, me agradó sentir su peso sobre mi espalda.

Había cincuenta millas, por ferrocarril, hasta la aldea cuyo nombre estaba impreso en mi boleto y como cinco más de camino hasta el "ranch". Pregunté la dirección en un almacén y eché a andar. Había terminado la época de la cosecha y la tierra presentaba ese aspecto "tuzado' que indica está preparada para recibir al invierno.

Era estación de poco movimiento y podía yo considerarme afortunado al encontrar trabajo. Nunca he visto comarca más linda. Quizá era porque había viajado poco. En la granja de mi padre había siempre mucho que hacer.

Yo había pasado toda mi vida trabajando en terrenos bajos y cuando mi padre me dió el dinero resolví buscar bien antes de adquirir un campito. Me gustaba la ganadería y vi en aquel trabajo de peón vaquero, un medio de iniciarme en mi futura ocupación.

El camino pasaba por algunas lomas bajas y atravesaba una gran pradera, la que terminaba en un largo y angosto valle. Supe luego que el valle era del "ranch". Este era grande y tenía un cerco de piedra, alrededor de las dos cordilleras que la encajonaban. Era el valle más lindo que yo había visto.

Estaba seguro de que iba a estar allí muy a gusto. Seguro hasta que... vi a Juana.

Juana era la hija del patrón, que se llamaba Worth. Puedo decir que era un hombre educado porque hablaba como los personajes de los libros. Siempre parecía bien vestido, aunque llevara "overall". La primera pregunta que me hizo me pareció extraña:

—¿Qué edad tiene, joven?

Cuando le dije que veintidós años, movió la cabeza. Ahora sé por qué. Era por Juana.

La señora de Worth era un mujercita tranquila y me recordaba en algo a mi propia madre. Cocinaba muy bien. Yo comía con la familia, lo mismo que el viejo jardinero. Este ayudaba también en las tareas domésticas y se llamaba Harry. Desde el principio pensé que el señor y la señora Worth eran personas muy simpáticos. Pero no podía decir lo mismo de la hija. En ese tiempo tenía ella diez y ocho años.

Nunca me he entendido yo con las muchachas. Lo ponen a uno nervioso. Yo me sentí incómodo no bien la vi a Juana. Ella era una linda mujercita indómita y salvaje. Tenía el cabello más lindo que he visto. A la luz del sol parecía miel y ella lo usaba partido al medio y atado a la nuca, como una cola de caballo. Tenía el cutis suave como crema y no había rastros de color en sus mejillas, excepto una débil sombra, color damasco, que se extendía igualmente por toda la cara. Pero los labios eran de un rojo violento.

—No se quede ahí abriendo la boca como un tonto — dijo Juana

El segundo día que trabajaba para el señor Worth, Juana vino al establo, donde estaba yo ensillando un caballo. Vestía una blusa de seda blanca abierta en el cuello. Su belleza casi me dejó sin respiración. Parada a mi lado, tan pequeña y tan graciosa, me hacía sentir torpe y gigantesco. Creo que debí ponerme colorado por que sentí calor en la cara.

—¿Cómo le va? — dijo ella.

Yo la saludé con la cabeza, lo más cortésmente que pude; pero un hombre que le está apretando la cincha a un caballo no puede mostrarse conversador.

—¿Qué le pasa? ¿Se ha vuelto mudo?

Le dije que no me había vuelto mudo; pero tenía por costumbre no hablar mucho mientras estaba trabajando. No quise ser grosero; pero creo que lo fuí, porque sus ojos color ámbar brillaron como carbones encendidos. Me miró un momento y luego, sin decir más, me dió la espalda y salió del establo.

Pocos días después de esto, yo esperaba una oportunidad para decirle que no había

querido ofenderla. Pero Juana no se dignó mirarme. Una mañana la encontré sola.

Uno de sus ariscos caballos le estaba dando trabajo y me ofrecí a ayudarla.

—¡Gracias! Puedo arreglarme sola — dijo sin mirarme.

—Me gustaría serle útil — dije. — Me agrada mucho ser útil a los demás. Vea, déjeme que se lo tenga.

Me miró entonces y sus ojos despidieron chispas, como la herradura de un caballo al pegar en la piedra. Me enteré entonces y también después que una mujer bonita puede ser salvaje cuando se lo propone. Juana me contestó:

—Cuando yo necesite que un peón me sujete el caballo para ensillarlo, no montaré más.

Después de eso, naturalmente, no había más que dejarla sola. Y lo hice. Pero ella no me dejó a mí en paz. Buscaba cien pequeñas maneras de atormentarme. Era como una flor de cardo debajo de mi camisa. Yo casi llegué a odiarla.

Dos veces dejó la puerta del campo abierta y el ganado se escapó al camino. La segunda vez que lo hizo, yo no la cerré; no iba yo a estar a disposición de la maldita muchacha. Más tarde ella se acercó a caballo al sitio donde estaba yo ayudando a su padre a arreglar una carreta. Le contó que todo el ganado estaba en el camino.

—Me parece que tendrás que tomar dos peones para impedir que el ganado se escape en un campo tan bien cercado como el nuestro — dijo.

Así era Juana.

II

Cuando conocí mejor al patrón y me enteré que no era hombre rico, pensaba como era que Juana podía tener toda una caballeriza llena de caballos finos, de montar y de tiro. Había momentos en que me daba cuenta de que el patrón estaba preocupado por su granja. La madre usaba vestidos muy remendados y tan relavados que no tenían más color. Pero Juana siempre parecía una pintura.

Le pregunté una vez al organista de la iglesia y me dijo que los caballos de raza no eran de Juana, si no que ella los domaba para la gente de sociedad, que toma parte en concursos de equitación. Estas personas tenían a Juana en mucha estima y a veces venían a la granja a hablar con ella. Hacían que ella montara sus caballos en las exposiciones, también, porque Juana era capaz como nadie de hacer que un caballo se luciera. Ella ganaba bastante dinero adiestrando caballos y según me dijo el organista, si no hubiera sido por eso, el amo se hubiese visto mal. Me dijo también que Juana era muy popular en las exposiciones de caballos. Creo que era eso lo que la echaba a perder. Porque no podía negarse que era una mal criada.

Una mañana nos peleamos. Yo había llegado del campo y después de darle a mi caballo una ración de grano, me dirigí al galpón de las herramientas porque quería arreglar unas rejillas para el pasto de los caballos. Yo no tenía obligación más que de cuidar el ganado; pero me gustaba dar una mano en lo que podía.

Juana estaba entrenando uno de sus saltarines caballos. Su madre y su padre la miraban. El caballo se llamaba Ecuador y le venía bien el nombre. Nunca vi un bruto de sangre más caliente y más loco, de la cabeza a los pies. Parecía un sabueso, delgado de cuello, de pecho hundido y con cola de rata. Cuando yo llegué al cerco empezó a trotar. Lentamente al principio, se hamacaba hacia adelante y hacia atrás como un caballo de juguete; pero siempre de costado. No bien Juana le aflojó la rienda, pegó un brinco y salió al galope. Era rápido. Después de un segundo empezó a corcobear. Bajó la cabeza, puso las patas rígidas y luego dió tales brincos que creí que Juana iba a salir por la cabeza; pero no salió.

El caballo quiso luego lanzarse a la disparada. Vi a Juana tirarle de las riendas. Ecuador se paró de manos. Juana trató de enderezarlo; pero él resistió sus esfuerzos. Sus patas delanteras azotaban el aire y de pronto se tiró hacia atrás.

Oí a la señora Worth lanzar un grito. El patrón pasó por debajo del cerco y yo lo traspuse de un salto. Pero antes de que ninguno de nosotros pudiera llegar junto a Juana ella ya estaba de pie, con las riendas en la mano. Nunca me pareció tan linda ni tan pequeña como parada junto al tembloroso animal, sujetándolo por las riendas, con la blusa blanca cubierta de tierra, sus pequeños pies separados y firmes. Estaba pálida; pero por la expresión de sus ojos vi que no se había asustado.

—Es mejor que dejes por hoy — le dijo el padre.

—Lo haré cuando haya conseguido que este pícaro me obedezca. No me ha derrotado todavía. ¡Ayúdame a montar!

Cuando Juana estuvo nuevamente en la silla, sacó un latiguillo de su bota y le dió a Ecuador tal latigazo entre las orejas que yo creí que se le iban a doblar las patas.

No era un latigazo de dama; pero tampoco Ecuador era caballo para damas. Juana sabía su oficio, porque cuando puso a Ecuador nuevamente al trote se condujo tranquilamente. Nunca vi trotar más lindo a un caballo.

El amo me miró y sonriose. Comprendí por la expresión de sus ojos que estaba orgulloso de Juana. El modo como conducía a Ecuador me dió ganas de quedarme por allí mirándola y me quedé.

Después de hacerlo trotar y galopar a Ecuador, Juana se acercó a donde yo estaba y desmontó. Estaba un poco fatigada y al verla parada allí, jadeante, los rojos labios separados y sus ojos color ambar brillantes de excitación, olvidé que no éramos amigos.

—Trota lindo ese caballo — le dije.

—¿Sí? — me lo dijo como si me hiciera una pregunta. De sus ojos desapareció la alegre expresión.

—Si no tiene nada que hacer, buen mozo, lleve el caballo a la caballeriza y póngale la manta. Ahí está, colgada en el cerco.

Yo me quedé demasiado sorprendido para contestarle. La miré en silencio.

—No se quede ahí con la boca abierta, como un tonto — dijo. Luego se echó a reir. — Pero quizá le tiene miedo a Ecuador. No es más que un vaquero.

Yo, para aquel tiempo, le había tomado cariño al señor y a la señora Worth y no quería decir a su hija nada que la ofendiera. Pero me enloquecí. La única arma que podía usar contra Juana eran las palabras y yo no soy muy hábil en su manejo. La verdad es que no sabía entonces, ni se ahora, pelearme con las mujeres.

Lo que al fin dije, no era precisamente lo que deseaba decir. Pero me salió antes de que me diera cuenta y no lo lamento.

—¡Váyase al infierno! — fué lo que le dije.

Le dí la espalda y me dirigí al galpón donde dormía. Imaginé que todo había terminado y sentía dejar la granja. Los señores Worths eran gente muy simpática y en la parte alta del valle había un gran prado y un campito que pensaba yo comprarle al patrón. Me gustaba mucho.

El patrón no tardó mucho en venir al dormitorio. Yo había enrollado apresuradamente mis frazadas y las estaba atando con una cuerda, cuando él entró. Antes de que él pudiera decirme algo, le dije que me arreglara la cuenta. Me miró sorprendido y quiso saber porque me marchaba.

—¿Por qué? — le dije — Creo que usted lo sabe. Usted es muy bueno y yo le tengo cariño, lo mismo que a la señora Worth; pero su hija me saca de las casillas.

Yo no simpatizo con ella, ni ella conmigo y no quiero recibir órdenes de ninguna muchacha mal criada. Eso es todo.

El patrón era un tipo raro. No supe que pensar cuando se echó a reír alegremente como si sus novillos se hubieran vendido al mejor precio de plaza. Me dijo que no quería que me fuera. Yo sabía que él adoraba a su hija y fué para mí un misterio que no despidiera de la estancia al peón que la había insultado. Pero el viejo Harry, el organista, me lo explicó después.

Parece que había habido en la estancia muchos peones y que el amo tuvo que despedirlos porque todos se enamoraban de Juana y no cuidaban las vacas. El patrón le dijo una vez a Harry que no quería a ningún vaquero por yerno. Y Harry supuso que el motivo de no haberme despedido era saber que ni Juana simpatizaba conmigo ni yo con ella.

III

A la siguiente mañana de mi pelea con Juana, en el corral, ella se acercó al sitio donde estaba yo estirando un alambre suelto del cerco. Se sentó a mirarme, mientras yo introducía una grapa en un poste. Clavar una grapa no es tan fácil como clavar un clavo y menos cuando hay una muchacha burlona, mirándolo a uno. Me pegué en el dedo un martillazo que me hizo ver las estrellas; pero no pestañeé, porque Juana se estaba riendo de mí.

—Usted debe haber aprendido a manejar el martillo donde aprendió a tratar con mujeres. Yo soy capaz de hacer eso mejor que usted, sin práctica.

Yo no le hice caso; fingí no haberla oído. Concluí de estirar el alambre, luego monté a caballo y me dirigí hacia lo alto del valle. Yo acostumbraba a llegarme allí a hacer proyectos para cuando fuera mío. Contemplaba el sol que se filtraba por entre las ramas de los robles y aspiraba el aroma de la tierra, endurecida por las heladas tempranas. Aquello era muy lindo. Lo sigue siendo todavía.

Un poco después, aquella misma tarde, yo iba a caballo, por el campo iluminado por la puesta de sol, sin preocuparme si llegaría a las casas a tiempo para comer o no, cuando de pronto mi caballo relinchó. Alcé la vista y ví que alguien venía a mí. Se puso a cabalgar a mi lado, sin decir palabra. Yo no la miré; seguí contemplando el sol que se iba ocultando detrás de una montaña, al final del valle. Todo estaba bañado por un reflejo de oro. Las viñas salvajes, que crecen sobre los algodoneros, a lo largo del arroyo, habían cambiado sus tonos escarlatas en amarillos. Al entrarse el sol el aire se puso fresco de pronto. Lo hacía desear a uno la tibieza de una compañía humana.

Nuestros caballos marchaban el uno junto al otro y de sus calientes cuerpos se exhalaba un vaho de vapor. Hay algo en ese vaho sudoroso de los caballos que le hace a uno sentirse semejante con el que cabalga a nuestro lado. Si yo hubiese estado solo, hubiera entonado una canción; pero como Juana iba conmigo empecé a conversar con ella.

—Pronto tendremos que empezar a alimentar las vacas a galpón. — dije. — El pasto va siendo muy escaso.

—¿Por qué habla de vacas? Un buen mozo, poeta como usted, podría hablar de cualquier otra cosa.

—¡Poeta! ¿Quién dijo que yo era poeta? Nunca escribí una línea en verso en toda mi vida.

—Mi padre dice que es usted poeta, que ve belleza en todo.

—Soy un peón — le contesté.

—Es usted más que eso.

Me miró de un modo que casi me hizo olvidar que pretendía burlarse de mí. Yo no quería pensar en sus burlas, de todas maneras. Deseaba sólo seguir así, cabalgando siempre, junto a Juana. Ella siguió mirándome hasta que mi corazón empezó a latir furiosamente. Antes de darme cuenta de donde estábamos nuestros caballos se detuvieron y oí la voz del patrón diciendo:

—¿Eres tú, Juana?

Era ya de noche y yo no me había dado cuenta.

—Sí — contestó ella — Pablo me ha estado mostrando el ganado. Cree que es tiempo de acercarlo más a los establos para darle alimento de invierno.

Bajamos de nuestros caballos yo agarré el de Juana para llevarlo al establo.

No habría dado más de un paso o dos cuando ella me llamó.

—Venga a la casa antes de comer y le curaré el dedo.

—¿Qué le pasó en el dedo? — preguntó su padre.

Yo lo había olvidado.

—Pablo se pegó un martillazo mientras "estábamos" arreglando un alambrado.

Yo pensé que era ella muy amable al recordar semejante pequeñez.

Al día siguiente, Juana vino a buscarme al campo dondé yo estaba y charlamos. Vino a verme también por la noche. Dijo que le gustaba oírme hablar de la naturaleza y me pidió que le indicara los distintos colores de los árboles. Ella siempre había pensado que eran verdes o marrones. Era agradable explicarle las cosas a Juana. A menudo se paraba cerca mío y me escuchaba en silencio, sin respirar al parecer, mientras yo le explicaba cosas en las que ella nunca había reparado.

Finalménte yo empecé a esperarla. Daba vueltas por la noche alrededor del establo, poniendo algún remache o haciendo un bozal, esperando que ella viniera a conversar un rato. A menudo lo hacía. Una noche que veníamos a caballo del campo, dijo que le gustaría ir al cine del pueblo, si tuviera quien la acompañara. Yo le dije que la acompañaría con mucho gusto y, después de comer, subimos al pequeño auto amarillo de ella y partimos.

No recuerdo como era la cinta; pero sí nuestro viaje de regreso. El aire estaba fresco; pero yo tenía tanto calor que me saqué el sombrero. Juana hizo lo mismo. Yo pensé que el auto podía andar a una velocidad de setenta millas por hora; pero no tenía deseos de ir ligero, ni Juana tampoco. Así lo dijo ella. Ibamos casi al paso y cuando llegamos a la casa de la granja era muy tarde.

Charlamos un rato junto a la puerta del jardín. Hablamos de la luna y de las estrellas Juana alzó la cara para mirar el cielo y su garganta era como un pilar de alabastro en las sombras purpúreas. La luz de la luna jugaba en sus dorados cabellos y sus ojos parecían estrellas.

Después que me separé de Juana me dirigí al golpón; pero no pude dormir. Me pasé toda la noche pensando en el valle alto, en Juana y en las estrellas. Pensé que había juzgado mal a Juana.

No oí la campana para el desayuno, a la mañana siguiente. Era la primera vez que me dormía y faltaba al desayuno. Cuando me desperté, el patrón estaba parado en el galpón dormitorio, mirándome con la expresión de un perro a quien le han pisado la cola.

—¡Muy bonito! — fué todo lo que dijo. Cerró la boca como si se tragara algo más.

Yo me levanté rápidamente y me dirigí al establo. El ganado empezaba a dispersarse y yo estuve muy ocupado toda la mañana, atajando los distintos grupos. Ni siquiera volví a almorzar, a mediodía; pero Juana llegó a caballo, con un paquete de sandwiches y una botella con café. Nos sentamos debajo de un viejo pino a comer y nunca comí nada que me pareciera tan sobroso. No hacía mucho tiempo que estábamos allí cuando apareció el patrón. Nos saludó con la cabeza; pero no se detuvo. Juana lo llamó y le dijo que viniera a almorzar con nosotros. Pero no pareció oír.

Aquella noche el patrón vino al establo cuando yo estaba desensillando mi caballo y me hizo una porción de preguntas respecto al ganado. Después que le dí a mi caballo un poco de pasto y acomodé la montura, el patrón me dijo.

—Y bien, Pablo, me veo obligado a despedirlo.

Me quedé sin alientos un instante. Debo haberme puesto pálido. Lo sentí. Lo único que contesté fué:

—Está bien, señor.

Cuando llegué esa noche a la casa, Juana estaba ayudando a su madre a hacer la comida. La comida estaba riquísima; pero no pude tragar bocado. El patrón y su esposa casi no hablaron y el viejo Harry se limitó a comer. Pero Juana charló y charló. Parecía muy contenta por algo. Yo pensé que no sabía que me habían despedido; pero me equivoqué.

Yo me imaginaba que Juana se pondría triste al saber que me iba. Así que esperé hasta que se terminó la comida y el viejo Harry se marchó. Luego dije:

—Bueno, creo que será la última vez que comeré con ustedes, amigos.

—¿De veras?

Miré rápidamente a Juana. Me pareció que veía todavía las palabras irónicas en sus labios. Nunca he podido oírlas luego sin pensar en aquella noche. Comprendí en seguida por qué Juana había sido tan amable conmigo. Era otra prueba de maldad.

Nunca había conocido a nadie capaz de una cosa así. Me di cuenta que ella había descubierto que su padre me tenía porque no nos llevábamos bien y se propuso hacerme despedir mostrándose afectuosa conmigo.

La señora Warth era distinta a su hija. Casi sentí ganas de llorar cuando me dijo:

—Siento mucho que nos deje, Pablo.

—¡Gracias, señora! — contesté. — Quiero decirle que es usted la mejor cocinera y la mujer más buena que he conocido, con excepción de... mi madre.

Me dirigí al establo para acomodar los caballos. Les dí a cada uno un puñado extra de avena.

Al dar vuelta la esquina del establo vi a Juana. Seguí caminando; pero ella me agarró del brazo.

—Lo siento, Pablo; pero yo no quería que papá... — se detuvo de pronto y alzó su rostro para mirarme. Sus labios sonreían; pero sus ojos estaban muy abiertos y tristes.

Lo único que pude hacer fué mirarla.

—Vamos a sentarnos junto al montón de leña y conversaremos un rato, Pablo — dijo — Venga.

Me tomó del brazo; pero yo me desasí.

—Vaya a sentarse allí sola — le dije. — Cualquiera puede burlarse de mí una vez; pero dos, no. ¡Adiós!

IV

No bien aclaró al día siguiente, enrollé mis frazadas y salí del galpón. Cuando tomé por la senda familiar que conducía hacia la entrada del angosto valle no me sentía

muy feliz. Hay lugares que se apoderan del hombre y éste seguramente se había apoderado de mí. Pero cada vez que aflojaba el paso, me acordaba de Juana y volvía a moverme lo más rápidamente posible. Es curioso que uno pueda a un mismo tiempo amar y odiar a una mujer.

Cuando llegaba a la tranquera de la granja el auto de Juana apareció en el camino y se detuvo junto a mí.

—¿Todavía está enojado? — su voz era suave y aterciopelada como la nariz de un potro. — Si le dijera que no hubo mala intención en mi conducta de anoche, ¿volvería, Pablo?

—¡No volvería! — le contesté — aunque su padre me regalara la granja y la pusiera a usted de cocinera en ella. Es usted tan salvaje como un potro cerril. No quisiera nunca estar en el mismo sitio que usted.

—¿Piensa de veras eso que dice, Pablo? — se puso súbitamente pálida y sus ojos castaños se enturbiaron.

—Sí, lo pienso — contesté.

—¡Muy bien! Si es así como piensa, suba y lo llevaré rápidamente hasta la estación. Cuanto más pronto abandone estos lugares, mejor.

—Así es. Pero no quiero ir con usted.

—¿Tiene miedo? — curvó sus rojos labios y me miró desafiante. — No lo creía también cobarde.

Yo iba a pie por el camino y el auto de Juana marchaba a mi lado. No le contesté porque todos los que me conocen saben que no soy cobarde. Ella siguió hablando.

—Cuanto mejor lo conozco, más me alegro de que mi padre lo haya despedido. Dijo que lo iba a tener siempre porque era el único cowboy que no se había enamorado de mí. ¡Como si yo pudiera enamorarme de un peón! ¡Pobre papá! Pero estaba tan contento de sí mismo y de usted que no pude resistir al deseo de derrotarlo en su propio juego. No me gusta que nadie ni nada pueda más que yo, buen mozo.

—Ni a mí tampoco — le contestó. — Por esa razón no iré con usted.

—No es por eso. Es porque tiene miedo de un viaje rápido. No creo que haya andado a gran velocidad en auto, en toda su vida. Es usted cobarde — se detuvo y abrió la portezuela. — Si no tiene miedo, prúebelo.

Apenas había subido yo al auto cuando Juana lo lanzó hacia adelante, con una fuerza que me hizo caer sobre los almohadones. Vi que se reía de mi torpeza.

—Dé toda la fuerza — le grité. — Cuanto más pronto llegue al pueblo, más me gustará.

No pasó mucho tiempo sin que el auto desarrollara una velocidad de setenta millas por hora. Yo no estaba precisamente asustado, si no furioso. Miré a Juana de rabo de ojo. Había echado hacia atrás la cabeza y tenía los labios separados, como si gozara de la mejor hora de su vida. pero no debía ser así, porque sus manos apretaban el volante con tanta fuerza que los nudillos le blanqueaban. Había en su actitud algo que me recordaba a Ecuador, el día que ella le pegó un latigazo entre las orejas.

Como a una milla del pueblo, el camino describía una brusca curva. Deseaba decirle a Juana que disminuyera la velocidad; pero no lo hice. Prefería morir a que ella creyera que tenía miedo. Ella sacó, sin embargo, el pie del acelerador y dimos vuelta el recodo en dos ruedas. Pudimos salir bien; pero Juana pareció perder la dirección del auto y caímos a una zanja, poco profunda y de pendiente suave, al costado del camino. El auto dió unos tumbos y de pronto se detuvo junto a un viejo pino.

Juana lanzó un pequeño grito y se agarró la rodilla.

—¿Se lastimó, Juana? — el pensamiento de que se hubiera lastimado me debilitó.

—Sí — dijo. — En la rodilla. Me pegué contra el guardabarro. ¡Oh Pablo, como me duele!

Se desplomó sobre el volante. Tenía los labios unidos y los ojos cerrados. Creo que debo ser poco inteligente, porque tomé a Juana en mis brazos y la apreté contra mi pecho.

—No es nada, querida — le dije. — Pronto se le pasará. — No podría explicar como fué, porque nunca he sido muy entendido en cuestión de mujeres; pero... la besé a Juana.

Cuando la besé, ella pareció sorprendida y quiso retirarse; pero no la solté. Me parece que hay momentos en que el hombre debe dominar a la mujer. La acerqué más a mí y la volví a besar. La besé hasta que sentí que sus brazos me rodeaban, en dulce y tem-

PUCKY

APRENDA UNA PROFESION LUCRATIVA

ENSEÑAMOS POR CORREO

Dibujante
Procurador
Constructor
Perito Agrícola
Químico - Farmacia
Corte y Confecc. masc. y fem.
Contador - *Tenedor de Libros*
Mecánico Electricista de Autos
Periodismo - Vendedor - *Publicidad*
Electricidad-Radio-Televisión-Fonofilm

El moderno sistema de enseñanza técnica y práctica por correo, permite aprender estas profesiones

Mande el cupón. - Escriba claro.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
1059-Lavalle-1059—Buenos Aires

NOMBRE ....
DIRECCIÓN ....
LOCALIDAD 7 ....

blorosa rendición. Nuestra manera de hacernos el amor me pareció muy hermosa; y sagrada también.

Estuvimos un rato así sentados, silenciosos, y luego empecé a contarle mis proyectos a Juana. Le hablé de la casita que había soñado en lo alto del valle, del jardín y del huerto que yo mismo cuidaría, del ganado, gordo y lustroso que pastaría en la ladera y como pensaba plantar alfalfa en la pradera y trigo en las tierras altas.

Le conté todo cuanto había soñado. Me sentía tan feliz que pensé que ella lo sería también; pero en vez empezó a llorar. Las lágrimas brillaban como gotas de rocío en sus ojos y corrían por sus mejillas; las sorbí con mis besos; pero sólo logré hacer que Juana llorara más. Finalmente me dijo:

—Llévame a casa, Pablo.

Cuando regresábamos, me pareció que iba envuelto en una nube vaporosa y fragante. Nunca, en mi vida, habíame sentido más feliz. Cada mata, cada árbol del camino tenían una belleza nueva. Cuando llegamos, Juana me apretó la mano y entró corriendo por la tranquera. Yo agarré mi atado y me dirigí al galpón. Ansiaba hablar con el patrón y contarle lo que había pasado entre Juana y yo, decirle si quería venderme el terreno del valle, Seguramente lo haría cuando viera que mis intenciones eran serias.

El viejo Harry estaba hirviendo algunas ropas en el fogón cuando yo abrí la puerta.

—¡Que me ahorquen, — estalló — si no lo consiguió! ¡Claro que lo consiguió! — empezó a reírse a carcajadas y se golpeaba las piernas con su mano mojada y nudosa.

—¿Consiguió qué? — le pregunté.

—Traerlo a usted de nuevo. Ella apostó con su viejo a que lo haría volver y lo hizo. El viejo la embromó diciéndole que era usted el único hombre además de yo y el mismo, a quien ella no había podido dominar. Le dije que lo había oído a usted cuando le dijo que no se quedaría aunque yo le regalara la granja con ella de cocinera. La Juanita se puso furiosa y golpeó el suelo con el pie, como acostumbraba a hacer cuando no era más alta que un mamboretá. Dijo que lo odiaba a usted; pero que lo haría regresar. Y que haría que la trajera usted cargada, si podía. ¿La trajo al hombro?

—¡Eso es mentira! — exclamé.

—Es la pura verdad. Pregúnteselo a ella. — Oiga, — dijo de pronto. — ¿Usted le guardará rencor a ella por eso, verdad?

Parecióme en ese momento que toda la belleza había desaparecido de mi vida. Deseaba huir de la granja lo más pronto posible. Una vez más aquel día me encontré camino del pueblo. Pero no puedo recordar como llegué a la estación. Mis recuerdos datan sólo desde que me encontré en el tren. Recuerdo haberme sentado del lado opuesto de la granja y que miraba por la ventanilla en dirección contraria al sitio que tanto había querido y donde había sido tan infeliz.

Recuerdo haber experimentado una sensación de vacío cuando el tren salió de la estación. Antes de mucho, alguien se sentó a mi lado y lo supe sin necesidad de mirar. Sentí una mano pequeña deslizarse por entre mi brazo y la tibieza de dedos, fuertes y graciosos, que se cerraron sobre mi mano. Era Juana y cuando finalmente la miré, ella sonreía y lloraba a la vez. Empezamos a hablar, después de un rato y le pregunté si lo que el viejo Harry me había dicho era cierto.

—¡Sí! — contestó ella. — Papá es muy capaz de enfurecerme cuando se lo propone. — dijo. — Sabía que yo era amable contigo para hacerlo rabiar a él. Te despidió, no por mí, sino porque sentía lástima de ti. El te quiere mucho. Lo que papá no vió fué que yo me había dejado prender en mis propias redes. Al principio es cierto que fuí amable contigo por hacerlo enojar a él; pero eso no duró mucho. Lo hice. . . por que tú te haces querer de todos. Cuando papá dijo que te ibas de la granja por culpa mía, le dije que te haría volver. Me apostó a que no. Yo le dije que te odiaba y él se echó a reir y dijo que no podía engañarlo, porque sabía que estaba enamorada de tí. Y. . . ¡papá tiene razón, Pablo!

Siempre me he fijado en esto cuando se trata de un caballo. Si uno agarra un potro enteramente indómito, es más fácil domarlo y sacar de él un buen caballo que cuando es manso. Con las mujeres debe pasar lo mismo, porque Juana es la esposa más encantadora del mundo y estoy muy orgulloso de ella.

FIN

Lea en el próximo número:

LA GARRA DEL DRAGON

Por JOHN G. BRANDON

EL COLLAR TRAGICO

Nuevas y emocionantes aventuras de "El Picarón"

Por Herman Landon

(Continuación)

SONRIO vagamente a la tarjeta mientras su mente estaba siempre alerta contra una repentina sorpresa. En cada hazaña el Picarón dejaba una de sus tarjetas. Era su desafío a la policía que lo había perjudicado y también servía para que no se culpara a ningún inocente. El detective inspector Summers había hallado muchas de aquellas tarjetas y siempre lo irritaban como a un toro un trapo rojo.

Pero esta vez el desafío casi no tenía objeto. Su aventura iba a terminar, al parecer, muy prosaicamente. Con un sentimiento de decepción cerró la caja, cuidadosamente borró de su superficie las impresiones digitales. Tentó el collar que tenía en su bolsillo; pero el roce no le produjo emoción. Desanimado se enderezó, alejóse de la caja y se dispuso a encender un cigarrillo. . .

Y luego ocurrió algo inesperado. Se dio cuenta de un repentino salto desde atrás, del movimiento de una sombra. En su mente imaginó un gato monstruoso que le saltaba encima, silenciosamente y con increíble rapidez. Sintió un fuerte golpe, una sensación de nausea y obscuridad. Agarró algo, no sabía qué Reinaron intervalos de obscuridad y de luz Experimentó la horrible sensación de caer a un precipicio y de ser absorbido por un pantano helado. Luchó, buscó algo contra qué apoyarse, batallando con desesperación.

La obscuridad se disipó algo. Estaba tendido en el suelo y junto a él había una maceta rota. El ruido de la maceta al romperse resonaba todavía en su dolorida cabeza Trató de ponerse de pie. Había en el aire un vaho que daba aspecto de irrealidad a las cosas. Se oprimió las sienes y miró a su alrededor, aturdido. Luego llevó la mano al bolsillo. ¡El collar había desaparecido!

El descubrimiento aclaró su cerebro. Por un minuto o dos debió perder el conocimiento y en aquel breve intervalo le habían quitado el collar. Nuevamente tuvo la impresión de que un gato monstruoso había saltado sobre él. Sólo un gato, pensó, pudo saltar tan rápida y silenciosamente.

Se acercaban pasos y él espoleó sus sentidos. Tenía que recordar que era Tomás Maynard, el secretario particular. Miró la caja, recordando que la tarjeta de el Picarón reposaba ahora donde había estado antes el collar, luego los fragmentos de la maceta en el suelo y por último la puerta que se había abierto repentinamente. Fielding estaba parado allí, con una mirada de asombro en su delgada cara, su larga y angulosa figura envuelta en los pliegues de una bata gris.

—¿Qué ha ocurrido? — preguntó con su voz gruñona.

Maynard se acarició la base del cráneo, donde había recibido el golpe. Los pensamientos no volvían. Mientras Fielding tocaba un timbre, dejóse caer débilmente en una silla.

—Oí un ruido de algo que caía al suelo — murmuró Fielding. — Me desperté de un profundo sueño. ¡Oh!. . . ya comprendo. . .

Había visto los pedazos de la maceta. Maynard siguió la dirección de su mirada. El debió derribarla cuando, en su ciego delirio, trataba de agarrarse a algo. Ahora las miradas de Fielding fueron, de la maceta rota, a la cara de su secretario.

—¿Qué ocurrió? — preguntóle esta vez más vivamente.

—Algo... alguien me pegó — dijo Maynard, mareado, y procurando en vano pensar claramente. — Debo haber perdido el conocimiento por un minuto o dos. Déjeme pensar...

La puerta se abrió de nuevo. Brumby, que acudía al llamado de su amo, entró y se detuvo en seco. Estaba a medio vestir y una expresión consternada apareció en su redondo y sonrosado rostro al mirar a Maynard y a la maceta rota.

—¡Dios mío! — exclamó. — ¿Está usted lastimado, señor Maynard?

El secretario le dirigió una tranquila mirada. Su cerebro funcionaba al fin. Una sospecha formóse en su mente; pero la desechó. No, Brumby era demasiado pesado y gordo para haber dado aquel salto felino. Debió ser un hombre más joven, apenas de la mitad del tamaño del mayordomo.

—Sí, Maynard ha sufrido un accidente — gruñó el señor Fielding. — Traiga un paño frío. ¡Pronto!

Brumby salió apresuradamente. Los ojos de Fielding, llenos de preguntas, se fijaron en el secretario.

—Mejor es que se acueste en el sofá. — sugirió. — Déjeme ayudarlo. Apóyese en mí.

Apoyándose bastante pesadamente en su patrón, Maynard fué tambaleándose hasta el sofá y se tendió en él. Pronto volvió el mayordomo y colocó una toalla empapada en agua fría debajo de su cabeza.

A una señal de Fielding, el mayordomo se retiró. El anciano agarró una silla y sentóse junto al sofá, los ojos interrogadores fijos en su secretario.

—No quiero apurarlo, Maynard; — le dijo — pero, naturalmente, estoy ansioso por saber lo ocurrido.

Al parecer el secretario no tenía mucho que contar. Estaba desvelado y bajó a la biblioteca en busca de un libro. Al entrar vió un hombre junto a la caja y luego las cosas ocurrieron vertiginosamente. Todo lo que sabía era que el hombre había saltado sobre él con la agilidad de un gato, dándole un terrible golpe en la parte posterior de la cabeza. Maynard no podía describirlo, porque apenas tuvo de él una visión fugitiva; pero debió ser pequeño y muy ligero de pies.

Fielding escuchó en silencio, sin quitar los ojos de la cara de su secretario. Su rostro, cruzado por venitas púrpuras, no indicaba cual era su pensamiento.

—¿Dijo usted que la caja estaba abierta? — preguntó al fin .

—Así me pareció.

—¡Es extraño! Cambié la combinación la semana pasada y soy la única persona que la conoce.

Levantóse. Fué hasta la caja, la miró un momento y salió de la pieza. Maynard sonrió ceñudamente. Sabía que la intención de su patrón era ir hasta su pieza y traer el apunte que estaba en su cigarrera, para abrir la caja. A menos que lo favoreciera su buena estrella, el Picarón pronto se vería en apuros. Fielding descubriría la desaparición del collar, hallaría la tarjeta, ataría cabos y el resultado sería una conclusión prevista.

Mientras Maynard cavilaba en la situación, su patrón volvió y dando la espalda al hombre del sofá, empezó a mover la perilla de la combinación. Poco después se abrió la puerta. Maynard apenas respiraba. Levantando un poco la cabeza, vió a Fielding parado inmóvil y erguido ante la caja. Tenía algo en la mano. La tarjeta de el Picarón, sin duda... y parecía muy agitado.

—¡Caracoles! — exclamó. — ¡El Picarón!

Se dió vuelta con una expresión de asombro en su larga cara. Maynard esperaba que su disfraz, consistente sólo en unos pocos y artísticos toques, no se hubiera desarreglado durante el incidente. Los modales del otro lo intrigaban. No había dicho una palabra acerca del collar desaparecido; pero el descubrimiento de la tarjeta de el Picarón lo asombraba. ¿Por qué, después de su carta de desafío se sorprendía así? Era lo más natural esperar una visita del audaz bribón. Pero quizá Fielding disimulaba sus sentimientos. Representaba un papel.

—¡Imagínese! — exclamó volviendo a sentarse junto al sofá. — ¿Quién cree que ha estado aquí? ¡El Picarón!

—¡El Picarón! — repitió Maynard con escandalizado acento. — ¡Ese bandido! Me gustaría haberlo agarrado. Pero no me dió la menor oportunidad. Fué demasiado rápido para mí. A través de sus lentes miró ansiosamente a Fielding. — Espero que no se habrá llevado mucho...

El otro no contestó. Con expresión de ceñudo humorismo estaba todavía observando la tarjeta.

—¡Imagínese! ¡En mi casa! Así se explica que haya abierto la caja. Las cerraduras y cerrojos nada significan para el Picarón.

Maynard le dirigió una mirada oblicua, casi cierto ahora de que fingía. La deducción era tan clara que sólo un tonto no la hubiera sacado y Fielding no era tonto.

Lo más sorprendente de todo era la calma con que aceptaba la pérdida del collar.

—¿No sería prudente dar parte a la policía? — sugirió Maynard que también decidió seguir el juego.

—¿La policía? — gruñó Fielding. — ¿Y a santo de qué? Además no quiero que... — se contuvo y dejó la frase sin terminar. — ¿Se siente mejor?

—Mucho mejor, gracias; pero no como para subir las escaleras. Me quedaré aquí un rato, acostado. ¿Quiere hacer el favor de apagar las luces?

Fielding se levantó. Metió la tarjeta de el Picarón dentro del bolsillo de su bata y, al salir, oprimió un botón que dejó la biblioteca a obscurasñ Al cerrar la puerta, Maynard lo oyó reir.

Maynard se sentó en el sofá. Pensó en aquella risa final del viejo y en muchas otras cosas más. Reflexionó que la mente de Fielding era profunda como las aguas del mar. No se había conducido como un hombre que acaba de experimentar tremenda pérdida. En vez de eso tenía cierto aire de sombrío triunfo. ¿Qué quería decir? ¿Era posible que...?

Se detuvo en medio de un pensamiento sorprendente. Era inútil tratar de profundizar una mente como la de Fielding. Se levantó del sofá, aliviado al sentir que había pasado la dolorosa palpitación de sus sienes. Tranquilamente dirigióse a la puerta. Abrió

una rendija, medio tentado a abandonar sus perplejidades esa noche e irse a la cama. Abriéndola del todo, dió un paso para salir; pero luego se retiró precipitadamente. Sintió que alguien se movía en lo alto de la escalera. Alguno bajaba y comprendió Maynard que las aventuras de la noche no habían terminado.

EN EL SUBSUELO

En el espacioso hall, con paneles de roble, ardía una vaga luz. A través de la angosta abertura divisó Maynard al merodeador, cuando bajaba la escalera y se dirigía hacia la puerta. La breve mirada le reveló la cara

Por la abertura de la puerta, vió Maynard una figura furtiva que descendía la escalera, en dirección a la puerta

pálida, delgada, de un hombre a quien parecía hubiera podido voltear una ráfaga de viento. Tenía nariz chata y ojos furtivos. Comprendió instintivamente Maynard que era el hombre que lo había asaltado y se había llevado el collar.

No era cuestión de razonamiento. Estaba seguro. Solamente un hombre de aquel tipo pudo dar tan rápido salto y asestarle aquel traicionero golpe. Pero eso había ocurrido hacía media hora. ¿Qué había estado haciendo entretanto el hombrecillo de la nariz chata? ¿Por qué, en vez de marcharse rápidamente, había permanecido en la casa?

Maynard dejó a un lado las preguntas. Oyó una serie de pequeños ruidos al descorrer el intruso los pasadores. La puerta estaba, al parecer, ampliamente protegida y el hombre parecía nervioso por la demora. Al fin logró abrir. El intruso y el collar se habían marchado.

Maynard estuvo en un momento en el hall, agarró su sombrero de la percha y lanzóse en persecución del hombrecillo. Llegó a la acera a tiempo para ver a su presa dar vuelta la esquina, tomar hacia el este y seguir derecho, por espacio de un cuarto de milla. Luego dió otra vuelta y otra más, desapareciendo finalmente en la sombría entrada de un subsuelo.

Maynard se acercó con precaución. Vió un edificio de cuatro pisos, de ladrillo, sugestivamente obscuro, desde el techo al subsuelo; la puerta baja y las ventanas estaban protegidas por verjas de hierro. Sonrió mientras bajaba tres escalones, disimulándose en la sombra de la pared. Pensó saber que clase de casa era aquella.

Mirando a su alrededor, en la obscuridad, pensó en el modo de seguir adelante. La puerta, con barrotes de hierro, del subsuelo, burlaría hasta el talento de el Picarón y no convenía a su plan, apresuradamente concebido, entrar a la manera usual. Después de un momento salió del zaguán del subsuelo, y, después de dirigir una mirada arriba y abajo del silencioso edificio, subió la media docena de escalones que conducían al piso que se hallaba a nivel de la calle. Como esperaba, la puerta estaba cerrada con llave; pero la ventana ofrecía una solución.

Era un poco peligroso, especialmente si algún agente de policía acertaba a pasar. Pero había pasado ya media noche y la calle estaba tranquilizadoramente solitaria.

Sacando una herramienta del bolsillo, se inclinó sobre el antepecho y, con unas cuantas diestras vueltas y movimientos, descorrió los cierres. Después de dirigir a todos lados cautelosa mirada, bajó el bastidor de arriba y, ágilmente, pasó por la abertura. Un momento después había cerrado la ventana y permanecía parado en un cuarto obscuro y silencioso, reflexionando que el hombre de la nariz achatada no le llevaba más de dos minutos de delantera.

Atravesó la pieza y halló la puerta. Esta se abría a un espacioso hall y en la escalera de abajo había luz. Moviéndose silenciosamente, a lo largo de la baranda, Maynard miró hacia abajo y vió el ángulo de una obscura pieza del suelo. Había allí mesas, con manteles manchados, y de las paredes colgaban litografías baratas. Oía voces; pero los que hablaban quedaban fuera de su ángulo de visión.

—Es usted un buen muchacho, Snoddy — dijo alguien. — Ya sabía yo que lo conseguiría. Cuéntenos como fué la cosa.

Maynard se agarró fuertemente a la barandilla. O estaba groseramente equivocado o era aquella la voz de Margarita Fielding. Adelantose un poco más y luego oyó otra voz, áspera y plañidera.

—Tengo que tomar primero algo. Necesito un estimulante. Eh, Sannie, sírvame un doble whisky y te cortaré el gañote si me das algunos de tus inmundos brebajes.

Maynard movió afirmativa y ceñudamente la cabeza, asintiéndose a sí mismo. No le quedaba duda de que el llamado Snoddy era el actual poseedor del collar. Pasó a la escalera, descendió tres escalones y se sentó. Ahora, estirándose un poco, podía distinguir el fondo de la pieza y lo que vió hízole contener un murmullo de sorpresa.

Había tres personas, sentadas alrededor de una mesa, y una de ellas era Margarita Fielding, la que vestía el mismo traje de crespón de China que le había visto llevar pocas horas antes. Junto a ella estaba el individuo de la nariz chata, a quien llamaban Snoddy; una maraña de pelo rojizo coronaba su maligno rostro. La tercera persona era un joven rubio, de figura atlética, cuyas facciones y vestimenta denunciaban origen extranjero. Tenía aspecto bastante atrayente, aunque algo disipado. Mientras Maynard estudiaba el extraño grupo acercose un mozo, trayendo un solo vaso y una bandeja.

—Aquí tienes, Snoddy — tenía voz suave, casi acariciadora, que contrastaba con su rostro, malvado y duro. — Es del bueno... lo mejor que hay en la casa.

Snoddy se tragó la bebida y el mozo o dueño del tugurio se retiró. Maynard pensó que si los asesinos se conocían por la cara, el mozo debía serlo. Su aspecto era aún más repulsivo que el de Snoddy. ¡Qué extraña compañía para Margarita Fielding!

En ese momento ella abría su pequeña cigarrera y ofrecía un cigarrillo al joven rubio, de aspecto extranjero.

—¿Un cigarrillo, querido? — le preguntó a su atrevida manera. — ¿O prefiere su horrible marca, sólo porque lleva su escudo de armas?

—¿Un escudo de armas? — pensó Maynard sorprendido. Si, por su aspecto, el joven rubio debía ser de sangre real. Una sospecha atravesó rápidamente el cerebro de Maynard.

Sangre real... un collar regio. No, no podía ser.

Prefiero los de usted — dijo el joven, hablando con la precisión de un extranjero bien educado. — Todo lo que toca, hasta un cigarrillo, me resulta encantador.

—¡Bah! — dijo Margarita, burlona, pero amable — Supongo, príncipe, que sufre usted un ataque de romanticismo. Pero, es usted muy amable, de cualquier modo. Bueno, Sneddy, empiece el cuento.

—¿Y para qué contar? — gimió Snoddy. La bebida parecía aumentar su malhumor. — Poco le importa como obtuve las chispas. Pero puedo decirle que fué una tarea difícil, la más difícil que me ha tocado hacer.

—¿Lo trajo, Snoddy?

—Seguro que lo traje. Aquí lo tengo. — Snoddy se tocó el bolsillo con aire agresivo — Ahora tenemos que arreglar una cosa. — ¿Tiene él la menega?

—Quiere decir el dinero — tradujo Margarita al príncipe. Claro que recibirá usted su dinero, Snoddy. Ahora muéstrele el collar al príncipe.

—¡Hum! — replicó Snoddy, metiendo sus manos en el bolsillo y alzando sus flacos hombros. — No se apure. Le mostraré el collar cuando él muestre la plata. ¿Comprende?

Quizá este títere tiene menega y quizá no. No quiero correr riesgos.

—Snoddy, — habló Margarita severamente — es usted un grosero. Tendrá que pedir disculpas a su Alteza Real.

(Continuará)

MOSQUETEROS DEL ESPACIO

Tercera parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

POR todo el resto de la tarde permaneció Langton Wagstaff en su cuarto y comió allí lo que le sirvieron. El chambelán le trajo una invitación para cenar con los oficiales del palacio; pero Wagstaff rehusó, agradeciendo con fina cortesía. Estaba, dijo, exhausto después de su viaje y la entrevista con Su Alteza. Y como había que tratar al día siguiente asuntos de igual importancia, necesitaba descansar. Si los oficiales querían invitarlo a su mesa a la noche siguiente, aceptaría con el mayor placer.

El chambelán inclinose y salió, asegurando que K.3 era el oficial más atento y amable que había conocido.

Pero antes de la comida de la noche siguiente iba a tener buenas razones para modificar su juicio.

Entretanto, como se ha dicho, Wagstaff permaneció en su cuarto. Durmió un poco en las últimas horas de la tarde; pero despertose a la puesta del sol. Y desde esa hora, hasta las tres de la mañana permaneció despierto, hecho un saco de nervios.

Eran las tres cuando salió de su habitación, dirigiéndose al obscuro corredor que conducía a las habitaciones del Kaiser. En aquel sitio y a aquella hora había quedado en reunirse con John Henry y Bud, que debían salir de su escondite cuando todo estuviera en silencio; pero no vió a nadie. Luego una cortina se movió a su lado y asomaron dos caras sonrientes.

—¿Qué tal, Wagger? — murmuró la voz de John Henry. — ¿Salió todo bien? ¿Cómo está Su Majestad?

—¿Le diste mis cariños? — preguntó Bud — ¿Cómo te trató?

—¡Cállense! — murmuró Wagstaff. — No hagan ruido hasta que yo abra la puerta; luego síganme. Miren a un lado y otro del corredor y si ven a alguien, chillen, como si fueran ratones.

Al hablar sacó un manojo de ganzúas y trabajó febrilmente con la cerradura.

Pasaron tres minutos antes de que lograra abrir la puerta; pero durante todo ese tiempo los ratones permanecieron silenciosos. Finalmente, los tres salieron en puntillas de la pieza, cerrando la puerta.

EL BARON LLEGA

Wagstaff acercóse al escritorio, insertó la hoja de una pesada navaja entre la rendija del cajón e hizo fuerza. El cajón se abrió de golpe y los tres ahogaron una exclamación al sacar Wagstaff el tratado y hacerlo desaparecer dentro de su bolsillo interior. Al mismo tiempo empezó a hablar en rápido murmullo.

—Lo tengo. ¡Cielos! Pero ahora es necesario sacarlo de aquí y llevarlo a casa.

—¿Por qué no sales y lo mandas por correo? — preguntó brillantemente John Henry; pero las palabras murieron en sus labios al darle Bud un feroz codazo en las costillas.

—¡Cállate! — le dijo con murmullo amenazador. — Calla y escucha crecer tu cabello. Es la única cosa viva que tienes en ese pedazo de sólida roca que te complaces en llamar cabeza.

—¡Caramba!... ¡caramba!... — murmuró Dent. — Pero escucha, Bud... no permito...

Wagstaff hizo un gesto, reclamando silencio.

—¡Cállense! Vamos a mi cuarto. Nos esconderemos allí hasta las seis de la mañana. Luego saldremos del palacio. Si alguien nos interpela diremos que vamos a tomar un poco de aire a los jardines. Y tendremos que escapar a la primera ocasión.

Ahora, por amor de Dios, no hagan ruido. Trágate tu dignidad ofendida, Johnny, y no digas una palabra, si no quieres que te haga dormir de un culatazo de revólver.

Ante tan feroz amenaza, el joven Dent se tragó su rabia y permaneció silencioso.

Los tres salieron de la pieza y sólo esperaron mientras Wagstaff cerraba la puerta con llave. Luego subieron silenciosamente

las escaleras y se sentaron en la pieza, respirando jadeantemente y riendo.

Por lo menos John Henry y Bud dieron señales de estar divertidos y contentos.

Eran seres muy alegres y todo aquello les parecía una broma. Sólo Wagstaff, del audaz trío, comprendía el espantoso peligro en que se hallaban.

La aurora llegó lentamente y las horas pasaron con alas de plomo mientras los tres esperaban, conversando en voz muy baja.

John Henry sacó su pañuelo del bolsillo, sin pensar e hizo estornudar violentamente a todos, debido a que estaba abundantemente espolvoreado de pimienta. Esta era, dicha sea de paso, una de las más brillantes ideas del joven Dent; llevaba en el bolsillo una bolsa de pimienta y el pañuelo cubierto de ella por si tenía que contestar algunas preguntas en alemán. En ese caso pensaba sacar el pueñuelo e impedir, a fuerza de estornudos, el diálogo. De esa manera, el atroz alemán de John Henry no se advertiría.

Una vez que se calmaron los estornudos, los dos queridos amigos de J. H. lo maldijeron vigorosamente. Luego vió Wagstaff que las manecillas de su reloj señalaban las seis; arreglóse las ropas y condujo fuera de la habitación.

Según el plan, Bud y J. H. debían guardar mortal silencio y dejar que hiciera Wagstaff todo el gasto de cualquier conversación. Todo fué bien mientras recorrieron el palacio. Pasaron por delante de la oficina del Kaiser y entraron al hall principa, donde se hallaba la magnífica entrada.

Aquí, sin embargo, un centinela los interpeló y un oficial de adormilado aspecto salió de una pieza próxima para averiguar el motivo del barullo.

Wagstaff le dió cortésmente los buenos días y le mostró sus papeles, los que lo identificaban como el famoso K. 3.

—Mis dos compañeros y yo tenemos la costumbre de madrugar — dijo. — Pensamos que podríamos dar una vuelta por los jardines de palacio antes de que los criados sirvan el desayuno.

El oficial devolvió los papeles con un profundo saludo y no tuvo el menor inconveniente en acceder.

—Si el noble K. 3 desea hacerlo, no hay ningún motivo que lo impida — dijo. — Les deseo un agradable paseo y buen apetito. — Saludó a los tres y ellos le devolvieron el saludo.

Un minuto más tarde se hallaban en los jardines húmedos de rocío y Wagstaff guió por una avenida a cuyo extremo había una fuerta.

—Todo ha salido tan bien hasta ahora que voy a arriesgar el paso final y salir. Después de todo, lo único que puede pasarnos es que nos hagan volver.

De modo que Wagstaff arriesgó el paso final. Llegó a la puerta y pidió al oficial de guardia permiso para salir, mostrando de nuevo sus papeles.

El oficial saludó y estaba a punto de conceder el permiso; pero en ese momento, un auto se detuvo delante de la entrada de un modo tan brusco que indicaba prisa. De él saltó un hombre, pequeño y barbudo e inmediatamente se dirigió hacia el grupo.

—¡Guten-morgen! — gruñó. — ¿Duerme todavía su Alteza? Por una desgraciada casualidad me hallaba ayer ausente cuando me llamó.

Wagstaff sintió que lo inundaba un sudor frío. Un segundo después casi se cayó muerto.

—¿Y el Herr K. 3? — dijo el pequeño barón. — Me dijeron que había llegado. ¿Está todavía en palacio?

El oficial sonrió y agitó los papeles que tenía en la mano.

—¡Pero Herr barón! — dijo sorprendido. — ¡El Herr K. 3 está delante de usted!

Wagstaff apretó los dientes y saludó. Existía aún una probabilidad fantástica. Podía ser que Rolstein no conociera a K. 3., después de todo.

Pero un instante después sus esperanzas se desvanecían porque el barón lo miró con sorpresa y luego extendió un dedo, acusadoramente.

—¿Usted K. 3? — rugió. — ¿Qué absurdo es ese? ¡Eh... oficial! Detenga a ese hombre. Si afirma que es K. 3., es un impostor.

CASUALIDAD Y AUDACIA

Wagstaff juró interiormente y lo dió todo por perdido. El centinela más próximo había levantado su rifle y apuntaba al pequeño grupo, con el dedo en el gatillo. No había esperanza de escapar.

El barón se dió vuelta y miró a John Henry.

—¿Y usted? — le dijo. — ¿De qué regimiento es? Dígame su nombre y a qué regimiento pertenece.

John Henry se quedó mudo. Demasiado bien había entendido el rápido diálogo en alemán entre Wagstaff y Rolstein. Comprendió que estaban descubiertos y estrujó febrilmente su cerebro para hallar una salida. Todo lo demás fué olvidado; pero en su nerviosidad empezó a traspirar abundantemente y sacó el pañuelo para enjugarse la cara.

¡Atchis! ¡Atchis! ¡Atchis!

Sólo cuando John Henry y el barón empezaron a estornudar violentamente se dió cuenta el primero de que, por casualidad, había hecho lo que debía hacer.

El barón fué presa, en compañía de John Henry de un verdadero paroxismo de estornudos y lo mismo el oficial que estaba a punto de agarrar a Wagstaff.

El centinela se les unió; estornudaba casi convulsivamente y el ruido general era terrible. En los ojos de Wagstaff encendióse una luz de batalla y murmuró rápidamente a Bud, en inglés.

—¡No respires! ¡No inhales la pimienta! Pronto... agarra a Johnny y disparemos.

Afortunadamente él y Bud habían pensado en la pimienta y estaban preparados para ella cuando John Henry sacó nerviosamente el pañuelo.

Wagstaff se libró de un tirón del oficial, se dió vuelta y le aplicó un puñetazo debajo de la barba, con toda la fuerza de su atlético cuerpo.

El oficial cayó con un gemido ahogado y al mismo tiempo cayó el barón encima suyo. Bud podía pegarle cuando quisiera y le pe-

gó en seguida. Un segundo más tarde caía también el centinela porque Wagstaff le arrancó el rifle de las manos, describió con él una curva en el aire y lo dejó caer sobre su cabeza. El centinela tenía para media hora fuera del mundo.

—¡El auto! — murmuró Wagstaff y agarró a John Henry a quien tenía ya Bud por la cintura y lo empujaba hacia adelante.— ¡Pronto, mételo en el auto! Yo guiaré.

John Henry, todavía estornudando convulsivamente, cayó de cabeza dentro del vehículo, empujado violentamente por Bud.

En verdad, todo había pasado con tanta rapidez que, desde que John Henry sacó el pañuelo hasta que el auto se puso en mo- que encontró y siguió a una carrera loca hacia la ciudad, John Henry saltaba dentro del auto y se iba recobrando gradualmente de su paroxismo mientras Bud le palmeaba las espaldas.

—¡Ay!... dé... ja... me. — ¡atchis! ¡atchis!... B... uud... no seas animal! ¡atchis! ¡atchis!... ¿Te... crees... que.. estás... sa... sacudiendo una alfombra? Me... me rompes el cue... cuello.

—Te romperé el cuello si no cesas de estornudar — le prometió Bud. — Con todo, para ser tan borrico, lo hiciste demasiado bien. Yo pensaba si tendrías suficiente sentido común para sacar el pañuelo, en el momento preciso.

El barón miró con sorpresa a los tres oficiales. — ¿Usted K 3.? — rugió. — Oficial, detenga a ese hombre.

vimiento, no mediaron más de cinco segundos.

El camino, frente al palacio, estaba solitario y, fuera de los centinelas apostados en las distintas puertas, no había nadie. Los centinelas, naturalmente, no se habían enterado de la pequeña trifulca que acababa de terminar.

Por una parte estaban colocados demasiado lejos para oír otra cosa que los distantes estornudos y por otra el incidente había ocurrido del lado interior de la puerta principal y fuera de la vista.

Wagstaff lanzó el auto a toda velocidad por el camino y el centinela lo saludó, porque los galones de su uniforme indicaban un grado alto. Dió vuelta por el primer recodo

John Henry logró dominarse y contestó con sonrisa complacida.

—Siempre puedes contar conmigo, querido muchacho. No pierdo la cabeza en los momentos... ¡atchis!... de peligro. En estas cosas hay que pensar muy rápidamente. Pero... ya aprenderás cuando tengas un poco de más edad.

Bud achicó los ojos al mirar a su querido compañero. En todo lo que se relacionara con pelea aérea, John Henry era el primero. Su "record" era superior al de cualquier otro "as" del Frente Occidental. Pero en eso de pensar rápido... nunca había sido John Henry una notabilidad.

—Bueno, — dijo Bud — que hayas pensado o no, lo cierto es que nos sacaste del paso.

De modo que no diré nada más. Con todo te declaro que no creo...

Fué en ese momento que Wagstaff detuvo bruscamente el auto. Estaban en una tranquila calle lateral y no se veía a nadie, a aquella hora temprana. Wagstaff habló rápidamente.

—¡Ahora, vengan! — dijo. — No podemos seguir más tiempo recorriendo así la ciudad. En cualquier momento todo el lugar hervirá de soldados y la policía nos buscará por todas partes. Pero, a la vuelta de la esquina, hay una estación subterránea. Bajemos y tomaremos un tren.

—¿Pe... pero... para dónde? — preguntó John Henry sorprendido.

Bud lo agarró por el cuello y lo empujó detrás del jefe.

—Yo no sé a donde vamos y Wagstaff tampoco lo sabe; pero... vamos — dijo bruscamente. — Te compraremos un mapa de un penique para que te orientes, cuando hayamos llegado. Ahora, camina pedazo de alcornoque.

El pedazo de alcornoque caminó, en primer lugar, porque no podía hacer otra cosa.

En la boletería del tren subterráneo Wagstaff resolvió la dificultad pidiendo tres pasajes de diez peniques y cuando los obtuvo los aventureros entraron en un ascensor y descendieron.

Tomaron el primer tren que salió y entraron al primer vagón. Allí eran tres respetables, aunque soñolientos alemanes que leían tranquilamente los diarios de la mañana. El tren partió y Wagstaff miró un indicador que señalaba su destino. Al mirar el indicador su expresión cambió y empezó a murmurar tranquilas confidencias a sus amigos, respecto a una gran idea que se le había ocurrido. El tren era expreso e iba hasta el extremo de la ciudad, sin parar. La primera estación era un gran campamento militar.

Cuando un cuarto de hora más tarde se detuvo en aquella estación, tres alemanes, de respetable aspecto bajaron y subieron en el ascensor a la superficie. Uno de ellos llevaba monóculo. Eran Wagstaff y sus dos compañeros.

Unos paisanos que habían subido al tren, no entraron en el primer vagón porque habían visto en él tres oficiales, que al parecer dormían profundamente. Indudablemente volvían de alguna diversión y se pondrían de mal humor si se les despertaba. Poco después sin embargo, los Tres Mosqueteron los atacaron, los desmayaron de un puñetazo y cambiaron con ellos sus ropas.

Ellos fueron los que se sintieron de un humor del diablo cuando volvieron en sí, mucho tiempo después que el tren se detuvo en su destino. Gimieron y se palparon enormes bultos que tenían en las cabezas. Tambaleantes, se dirigieron a la primer estación de policía con un cuento que hizo poner los pelos de punta al oficial de guardia.

Entretanto los tres respetables alemanes, alias Wagstaff y Cía., que habían bajado antes, salieron de la estación y se dirigieron al gran campamento.

—Convendrán conmigo que fué una idea, brillante — dijo Wagstaff sonriendo — y sólo espero no haberle pegado a mi tipo demasiado fuerte. Pero no me atreví a correr riesgos. Entretanto, hijos míos, el tío Wagstaff tiene otra pequeña idea. Vamos a incorporarnos al ejército alemán.

EL ESCONDITE DEL TRATADO

—¡Qué vamos a!... — John Henry abrió la boca como un pez extrangulado. — Mi querido Wagger, no quisiera entrometerme en tu vida privada, ¿pero estás seguro de que no ha habido locos en tu familia? Quiero decir si tú no habrás heredado...

—Nada de eso — sonrió Wagstaff alisándose su saco de brin y mirando con disgusto los tacones cuadrados de sus botas alemanas. —Vamos a incorporarnos al ejército alemán, hijo mío, en este mismo campamento. Si se hacen averiguaciones, siempre podremos desertar Es el mejor medio de perder nuestra identidad por el momento.

—¡Pe... pero Wagger! — balbuceó también Bud. — Tú puedes salir bien en la aventuraá pero... ¿Y Johnny y yo? Cuando hablamos alemán cualquiera comprende que no somos boches.

—No te preocupes por eso, chico — sonrió Wagstaff. — Hablen tan mal como les parezca; pero tengan cuidado de decir que son de Alsacia-Lorena. Es una parte del país que fué tomada a Francia en 1870. Es provincia alemana desde entonces; pero la mayoría de sus habitantes habla francés y el idioma alemán es casi desconocido.

—¡Lindo! — exclamó Bud. — Wagstaff... eres un genio.

—Con todo, tendrán que andar con cuidado — dijo Wagstaff. — Poco importa que hablen mal el alemán; digan que han estado ocupados en un trabajo nacional de importancia durante toda la guerra; pero que se han cansado de no tomar parte activa en ella y desean hacer algo real por el país. ¿Entendiste bien eso, Johnny?

—Sí — contestó el joven Dent ajustándose el monóculo. — Por Dios, Wagger, que es una idea espléndida. A mí no se me hubiera ocurrido nada mejor. Yo me ofreceré como voluntario para el cuerpo de aviación y luego, si me das el Tratado, podré alzar el vuelo, rumbo a casa, con él...

Bud y Wagstaff empezaron a hablar a la vez. Tardaron cinco minutos en convencerlo a Dent de que semejante acción sería un suicidio. No tendría oportunidad de incorporarse al cuerpo de aviación. Sus antecedentes serían investigados tres días después de enrolarse y la verdad se sabría. De modo que sólo podrían pasar tres días y nada más por soldados. Antes de que expirara ese tiempo tendrían que escapar de alguna manera.

John Henry entendió... hasta por ahí no más; pero hizo lo que le decían con toda fidelidad. De modo que los tres se presentaron a enrolarse.

La idea de Wagstaff salió a las mil maravillas. Dijo que era berlinés y su acento perfecto no dejó lugar a dudas. Afirmó que los otros dos eran primos suyos, de Alsacia. Y cuanto más raro era su acento, mejor coló la historia.

(Continuará).

Condenado a la Isla del Diablo

Por G. H. TEED

(Continuación)

POISSY, en la orilla del Sena, a pocas millas de París, es la meca de los pescadores. Claro que nadie logra nunca pescar algo que valga la pena, aun cuando lo haga desde un bote. Pero los pescadores de París son pacientes, como lo prueba la cantidad de aficionados que se ven todos los días sentados a lo largo de la orilla del río, esperando pacientemente un pez que "pique" y que no llega.

Hay ocasiones, naturalmente, en que tal paciencia es recompensada con la pesca de algún pececito de unas cuantas pulgadas de largo y puede decirse que el pescador que lo saca a la superficie se sorprende tanto como el pescado.

En Poissy, sin embargo, yendo por un lado hasta Vilennes y por el otro hasta Vielles, pueden encontrarse unos pocos gobios, peces pequeños y sabrosos, bastantes anguilas y, a raros intervalos algún peleador esturión. Y si esto no se logra siempre queda el recurso de ir al cómodo hotel "El Esturión" que está en la orilla del río, junto al puente de Poissy y con una pequeña red, sacer el pez del estanque.

Desde principios del año hasta avanzado el otoño hay siempre abundancia de esperanzados discípulos de Isaac Walton, alrededor de Poissy y Vilennes y como casi todos vienen con toscos atavíos de pescadores llaman poco la atención.

Por consiguiente, nadie en Poissy, que hubiera estado holgando en el puente cierta mañana, hubiera reparado en un viejo bote, que con un motor agregado iba lentamente, río abajo.

Tres pescadores iban sentados en él, aparentemente absortos en observar los flotadores que se arrastraban por la superficie del río. Un cuarto pescador se hallaba a popa, con el viejo sombrero echado sobre los ojos, lanzando perezosas espirales de humo de su pipa, mientras manejaba de tiempo en tiempo el motor, sólo para conservar el curso del bote.

Pasaron por los botalones que hay sobre el viejo puente. Maniobraron debajo de uno de los arcos y el hombre que iba a popa se ocupó aquí un poco del motor, porque era necesario andar con más cuidado.

Mismo debajo del puente hay una pequeña isla, entre ésta y la orilla del río, hay un pequeño canal, por el cual puede llegarse a Vilennes, si se prefiere esa vía solitaria al río, donde los remolcadores pasan amenudo, arrastrando barcas cargadas.

En verano, el canal es muy lindo; el denso arbolado de la orilla del río y de la isla, forman un fresco corredor, muy agradable para los cansados ojos del habitante de la ciudad. Además se ven pequeñas y originales villas y casitas de campo que, durante la semana, están casi siempre vacías; pero que al llegar el "week end" se llenan de familias.

Como a mitad de camino, entre Poissy y Vilennes, el canal se angosta y está cruzado por un antiguo puente de piedra, debajo del cual hay que maniobrar con mucho cuidado. Allí no se ven villas modernas, porque la mayor parte de la tierra forma parte del viejo camino comunal. desde Poissy a Vilennes.

En la misma orilla del río hay una vieja casa de piedra, casi un castillo, el antiguo feudo del estado. Es gris y sombrío por los años. Sus cimientos se hunden profundamente en la tierra y los lamen las perezosas aguas.

Tiene solamente dos pisos; pero la casa es larga, teniendo por lo menos doce ventanas, con persianas verdes en cada piso. En cada extremo tiene dos alas, que forman ángulo recto con el Sena, encerrando un patio de tres

Condenado a la isla...

lados, que queda casi aislado e invisible desde el río.

La casa tiene apariencia dormida, sin más pensamientos que los del pasado. Sus ventanas no indican, desde el río, que esté habitada. Es un lugar tranquilo, solitario en verano; frío e inhospitalario en invierno.

Fué hacia esa casa que el viejo bote se dirigió, viniendo de Poissy. A despecho de las algas y ramas sobresalientes, los tres que iban en el bote permanecieron absortos en su tarea, mientras el cuarto seguía fumando y ocioso junto al motor.

Un poco ante de llegar frente a la casa, el hombre que iba a popa, dió al volante una vuelta que hizo cobrar al motor breve actividad. Fué lo suficiente para llevarlos hacia el viejo puente bajo el que era nenecesario pasar con tanto cuidado y si alguien se hubiera preocupado de observar a los que iban en el bote, habrían notado que dirigían una breve mirada hacia la vieja casa.

El que iba sentado a popa, podía ver por debajo del viejo sombrero lo suficiente como para observar que, por debajo de una de las celosías de las ventanas colgaba un pedazo de algo rojo, que podía haber sido algún pañuelo o echarpe de mujer que quedó sujeto al cerrar descuidadamente la celosía.

Advirtió también que, por alguna razón, en aquel mismo momento se abrió la ventana y el trapo rojo se movió. Luego la ventana volvió a cerrarse con un golpazo resuelto que pudo oírse desde el bote. Casi inmediatamente después la casa se perdió de vista, al pasar el bote por debajo del puente.

Debajo del puente el hombre que iba a popa paró una vez más el motor. Sus compañeros siguieron pescando impasiblemente; uno de ellos hizo un movimiento de sorpresa, al sentir "picar" y retirando la caña sacó un pequeño gobio.

La pesca hizo que los otros dos que esta ban pescando se dieran vuelta interesados, mientras el cuarto celebraba el acontecimiento poniendo en marcha una vez más el motor.

Aquel estallido de velocidad llevó al bote hasta el final de la isla y pocos minutos después llegaban a la parte ancha del río, desde donde podían divisar Vilennes, a la distancia.

El motor no se detuvo más; siguió a ruidosa velocidad, — la corriente era favorable — hasta Vilennes. Atracaron al revestimiento de madera que cierra la terraza de una posada que allí existe y mientras tres de los ocupantes del bote se ocupaban de amarrarlo a la orilla, el que había pescado el gobio pasó por la borda y a paso rápido cruzó el jardín.

Pero no se detuvo en la posada. En vez, salió por el portón, al camino principal. Desde allí siguió caminando hasta que llegó a la comisaría. Estuvo ocupado adentro unos ocho o diez minutos, después de lo cual volvió por el mismo camino al bote.

—Volveremos — dijo en francés, con voz baja, pero clara. Pasaremos lentamente, como antes. Continúen pescando. El inspector Thibaud hará una señal no bien esté pronto. Prepárese para desembarcar inmediatamente inspector Botra.

El que hablaba, Sexton Blake, se diferenciaba mucho del rico "sudamericano" que ambulaba la noche anterior por Montmartre. Ahora era uno de los tantos pescadores, toscamente vestidos; sin embargo había cuidado tanto de su disfraz actual como del anterior.

Su llegada a aquella parte del río era consecuencia natural de la nota que recibió de Germaine Cachel. Comprendiendo que Martinel emplearía toda su desesperada astucia para escaparse de la red, había proyectado cuidadosamente con Thibaud el medio de sorprenderlo.

Hasta el momento en que vió la echarpe roja en la ventana, todo marchó de acuerdo al plan trazado. Pero a Blake le intrigó el modo como había sido retirada la señal.

No podía creer que hubiera sido la joven. La nota sugería que la señal seguiría colgando hasta que consiguiera su propósito.

Aunque ella hubiera estado observando atentamente, no podía sospechar que los cuatro "pescadores" eran Blake y los hombres de la Sûreté. Ignoraba ella de que modo o con que disfraz vendría Blake. Entonces ¿por qué la echarpe había sido retirada tan bruscamente? Pocos momentos más y Blake no la había visto. Y era la única señal que podía indicarle la casa.

En verdad sorprendióle que Martinel hubiera logrado asegurarse tan deseable retiro. Hasta que vió la echarpe roja, sentíase más inclinado a examinar algunas de las pequeñas villas y casitas por donde habían pasado. Sin embargo la señal no le dejaba lugar a dudas. Era casi imposible que se tratara de una coincidencia, que dos banderas semejantes ondearan al mismo tiempo a lo largo del río. Pero... ¿por qué había desaparecido tan bruscamente?

Se inclinaba a apresurarse y desembarcar en seguida. Pero sabía que hubiera sido una locura. Podía haber varios medios de abandonar rápidamente el lugar y comprendía Blake que no había más remedio que esperar hasta que llegara Thibaud con su escuadrón volante, de Poissy. Thibaud estaba allí desde la mañana temprano y con autos rápidos sólo tardaría unos cuantos minutos.

El presentimiento de Blake no era equivocado. El retiro de la echarpe no fué acción voluntaria de parte de Germaine. Se había producido una repentina crisis y ella se hallaba en grave peligro.

Germaine era tan buena actriz como Sofía Beautemps. Casi puede asegurarse que ni en el cabaret ruso ni durante el viaje hasta la casa del río, Sofía sospechó de ella; no imaginó que tratara de traicionarla. Habíala buscado tan ansiosamente y estaba tan contenta del buen resultado de sus esfuerzos que no pensó que Germaine Cachel pudiera también haberse prestado, con segunda intención, a secundar su plan.

Tanto Sofía Beautemps como Luis Martinel creían a Germaine Cachel una simple ambiciosa y nada más. Que sólo había buscado el oro de Auber. Y consideraban muy natural que pensara irse con él.

También creían a la joven capaz de trai-

cionarlo a Auber, si alguien le hacía una oferta mejor.

Después de la muerte de el "Muffin" y la desaparición del dinero, pensaron que era muy natural que ella quisiera matar dos pájaros de una pedrada, dando informes a la policía, vengándose así de los que se habían llevado el dinero de Auber y también poniéndose ella en buen lugar ante la justicia.

No estaba mal imaginado y, de diez veces, nueve hubieran acertado con una muchacha de la clase de Germaine. Pero ignoraban dos cosas: primero que ella había amado sinceramente a Auber y segundo que era su esposa.

No es que ellos creyeran que Germaine sospechaba la parte que habían tenido en el asunto. Lo que temían era la historia que podría contar a la policía comprendiendo que si Germaine se enteraba de sus identidades podría relacionar sus frecuentes visitas al cabaret de Montparnasse y el interés que por ella habían demostrado con el asesinato de Auber. No sospechaban que ella ya se les había adelantado en eso y atado cabos.

Por el momento estaban satisfechos de tenerla segura dentro de la vieja casa. Se dijeron que tendrían buen cuidado de que no volviera a salir de ella y, si se hacía molesta, bueno... muchos cuerpos se encuentran flotando en el Sena.

Nada sabían de lo que la joven había proyectado para vengarse de ellos y menos que, después de haberla encontrado Sofía en el cabaret ruso, había hecho un pacto con Sexton Blake.

Realmente hacía más de una hora que la echarpe roja colgaba de la ventana y la joven estaba sentada leyendo cuando el descubrimiento se produjo. Una y otra vez se había levantado Germaine a observar ansiosamente el río. Sabía que Blake vendría; pero ignoraba bajo qué disfraz y al mirar la isla, cubierta de árboles, comprendió que a menos que desembarcara en la isla misma no se fijaría en la casa.

Tan absorta estaba procurando descubrir alguna señal de Blake que no se dió cuenta de que la puerta se había abierto y de que Sofía entró silenciosamente.

No bien vió la tensa actividad de la joven, comprendió que era causada por algo más que su simple interés en el río. Apenas hizo ruido sobre la tupida alfombra al atravesar rápidamente la habitación y colocarse detrás de Germaine.

En ese mismo instante, Germaine observaba atentamente el bote de pescadores, aparentemente absortos en su entretenimiento. No se dió cuenta de la presencia de Sofía hasta que esta estuvo encima de ella. Desde donde estaba, Sofía vió distintamente la echarpe, Su instinto de mujer era tan vivo como el de la otra. Comprendió que aquella echarpe era una señal. Y obró con sorprendente rapidez y decisión.

Al darse vuelta Germaine con una exclamación de sorpresa, Sofía ya se había apoderado de un pesado candelero de una mesa próxima. Lo descargó con fuerza asesina sobre la cabeza de la otra. Poco se le importó en ese momento que la hubiera muerto o no. Estaba pálida de furia y al borde del pánico. Demasiado tarde comprendió que hubiera hecho mejor en entregarle la joven a Luis Martinel que pronto hubiere hallado medios de hacerle confesar lo que sabía.

Pero de nada servía cavilar ahora. Pasaría mucho tiempo antes de que los labios pálidos de Germaine pudieran pronunciar una palabra. No podía hacerse más que una cosa: retirar la echarpe roja y avisarle a Martinel.

Comprendió, mientras corría por el corredor en dirección a la escalera, que tenían que huir de allí sin pérdida de tiempo, y buscar otro refugio.

VII

EL ULTIMO BALUARTE DE MARTINEL

Thibaud, con su Escuadrón Volante había llegado a Poissy al amanecer.

Nadie, en la pequeña población, los vió llegar. Ni se dieron cuenta de que un escuadrón de la famosa Brigade Mobile de París se hallaba oculto en una habitación, detrás del local de la comisaría.

Sólo cuando Sexton Blake telefoneó desde Vilennes, se advirtió en la comisaría gran actividad.

Luego las grandes puertas se abrieron y dos autos de la policía, llenos de hombres, se lanzaron velozmente por la calle principal dieron vuelta la antigua plaza del mercado y, tomando un camino a la derecha, se dirigieron hacia Vilennes.

Ahora Thibaud conocía su objeto. Hasta que recibió el mensaje telefónico de Blake todo lo que había sabido era lo poco que Germaine Cachel había comunicado a Blake por medio del mensaje. Pero para Thibaud, a quien era familiar todo el distrito, la vieja casa era un mojón.

Estaba en camino antes de que Martinel hubiera podido entender bien el significado de lo que Sofía había descubierto. Y al oír lo que ella le decía, su suavidad lo abandonó por una vez.

Martinel había contado con permanecer escondido allí por tiempo indefinido.

Sabía que por algunos meses París sería un sitio peligroso para él. Se daba bien cuenta de que el Gobierno del Canadá había notificado a Scotland Yard de su fuga; no se atrevía a volver a Nueva York. Tratar de embarcarse para Sud América o el Lejano Oriente significaba pasar por muchos puertos peligrosos. Y existía siempre la recompensa de diez mil dólares ofrecida por el gobierno canadiense por el que lo apresara, vivo o muerto.

Por consiguiente comprendió bien el peligro, en caso de que hubiera sido vista la echarpe roja. Era posible, se dijo, que Sofía la hubiese descubierto y retirado antes de que otros la vieran. Pero aquella era una remota esperanza, como se dieron cuenta mientras, por precaución, él, Sofía y Henri, el chauffeur, preparaban algunas cosas para el caso de que fuera necesaria la fuga.

Fué Henri quien dió la alarma. El hombre estaba en su cuarto, que daba al patio abierto, cuando sus oídos experimentados percibieron el ruido de autos que se aproximaban por el camino privado.

No esperó hasta que los vehículos aparecieron a la vista. El instinto díjole que había allí peligro, de manera que, agarrando su pistola automático, que había tenido en una silla, al alcance de la mano, atravesó corriendo el patio y entró en la cocina.

El hombre, que era un peligroso apache, se detuvo allí lo suficiente para poner tranca a la puerta. Luego corrió por el corredor que conducía al frente de la casa.

Su voz atrajo a Martinel al descansillo. Escuchó las pocas palabras que balbuceó Henri y luego atravesó corriendo el hall y entró en una habitación que miraba al patio.

No se había sentido tan seguro que no se hubiera preparado para semejante acontecimiento. Allí, en aquella pieza, había una pequeña ametralladora Duval, montada cerca de la ventana, con la cual podía barrerse todo el patio.

Del otro lado de la casa, en una de las piezas del fondo, se había montado otra arma igual y aunque la proximidad de la casa al río hacía imposible cubrir mucho trecho, podía enviarse a lo largo de la orilla una descarga como para rechazar la mayor parte de los ataques.

Y era este lado que Martinel deseaba mantener libre. Se había preparado para fugar en cualquiera de las dos direcciones; pero el río ofrecía más esperanzas, por que, una vez que se lograra llegar hasta Rouen, había la probabilidad de alcanzar el Havre, donde era posible desaparecer en la costa.

No tuvo necesidad de llamar ni a Henri ni a Sofía Beautemps. Si en aquel momento Luis Martinel comprendió cuan lamentablemente se había reducido su banda, no dió señales de ello. Sin embargo, no hacía muchos meses, comandaba una de las organizaciones criminales más fuertes y audaces.

Ocho de ellos habían estado antes con el Gran Pistolero Cluck Snyder, quien había sido jefe de la banda de malhechores más poderosa de Nueva York. ¿Dónde estaban ahora? Todos muertos o en la cárcel. Sólo Martinel, Sofía Beautemps y Henri, un recluta relativamente nuevo, representaban a la banda mejor equipada de los dos continentes. A esto había quedado reducida por la guerra que le había declarado Sexton Blake y Mademoiselle Roxane. Y Roxane también había estado muy cerca de engrosar la lista de muertos.

Martinel debió comprender que la crisis más grande de su carrera se aproximaba rápidamente. Se movía con una sombría precisión que reveló a Sofía Beautemps pensaba pelear hasta el fin. Y Henri, sabiendo igualmente lo que significaba una pelea con la policía, no necesitaba que lo estimularan a agacharse sobre la ametralladora Duval.

—Abre fuego no bien cualquiera asome la nariz en ese patio — fué la breve orden de Martinel — Si vienen, tendremos que hacerles frente. No bien yo tenga todo pronto para la retirada por el río vendré a buscarte. ¿Podrás resistir?

—Sí, podré — fué la respuesta, igualmente breve, del apache.

Martinel indicó a Sofía Beautemps que lo siguiera. No había tiempo para preocuparse de Germaine Cachel. Si el golpe de Sofía la había matado, tanto mejor. Si no, poco importaba lo que dijera cuando volviera en sí. La crisis, para entonces, de un modo u otro, ya estaría resuelta.

Corrió hacia el cuarto que daba al río, donde estaba montada la otra ametralladora. Al apartar la cortina vió un viejo bote que venía hacia la casa. Aunque Sofía Beautemps no hubiese estado allí para decirle que lo había visto antes, hubiera comprendido que traía peligro.

Levantando un pie, pegó en el vidrio, rompiéndolo. Luego saltó hacia la ametralladora y, mismo antes de que el bote se acercara tanto que no fuera posible alcanzarlo, Martinel hizo funcionar la Duval.

Sexton Blake, que estaba a popa del bote, dió vuelta bruscamente el timón. Hubo un momento en que pudo sacar su pistola automática y disparar un par de tiros hacia la ventana; pero, sabía que acertar sería solo cuestión de suerte. Y deseaba obrar de acuerdo con Thibaud.

Cuando el bote tocó el revestimiento, Blake se paró, agarrándose al antepecho de una de las ventanas más bajas. Ahora él y sus compañeros no fingieron más ser pescadores. El inspector Botra se paró junto a Blake, mientras los otros dos se agarraban al borde del revestimiento.

Arriba, Martinel se había visto obligado a dejar la ametralladora; pero ahora él y Sofía Beautemps usaban sus pistolas automáticas. Uno de los hombres de la Sureté cayó al fondo del bote, mientras Blake forzaba la mitad inferior de la ventana.

Vió Blake caer la mano de Botra y oyó que el inspector lanzaba un ¡ay! de dolor mientras él metía la cabeza y los hombros por la

LEA en este número de
PUCKY la continuación de

EL MENDIGO DEL BOSQUE NEGRO

abertura, cayendo dentro de un húmedo sótano.

No esperó a ver si Botra lo siguió. Su único deseo era trabarse personalmente en lucha con Martinel, porque aunque se había convenido en que la excursión sería oficial, pensaba Blake que no se sentiría satisfecho a menos que fueran sus propias armas las que terminaran con Martinel.

Salió del sótano y encontróse en un corredor de piedra que lo llevó al hall principal. Aquí pudo oír las detonaciones de la ametralladora que Henri manejaba desde la pieza que miraba al patio y, ahogada por la distancia, las descargas de la policía, prueba de que Thibaud se iba abriendo paso.

Subió un corto tramo de escalera hasta el descansillo, con la pistola preparada. Fué suerte que estuviera prevenido porque al llegar a lo alto de la escalera encontrose con Martinel que venía hacia él.

Martinel hacía fuego al avanzar. Blake se aplanó contra la pared y contestó al fuego. Detrás de Martinel apareció Sofía Beautemps. Se agachaba y tiraba por debajo del brazo de Martinel.

Martinel descargó su pistola y todavía estaba Blake de pie. Oyó el "clic" del percutor al pegar en la cámara vacía. Luego Martinel se dió vuelta y con sorprendida agilidad subió corriendo las escaleras que llevaban al piso superior.

Blake vió a Sofía Beautemps enderezarse y aplanarse contra la pared. Ella también había descargado su revólver y ahora retrocedió, corriendo, por donde había venido. Blake la dejó ir. Era a Martinel que perseguía.

Su propia pistola estaba descargada; pero, mientras subía la escalera la cargó. Llegó al hall superior y nada vió más que puertas cerradas. Corrió por el corredor, a toda velocidad, pero se detuvo al llegar a una corta escalera que debía llevar a la azotea.

Comprendió que Martinel debía haber seguido ese camino. Subió los escalones de a dos a la vez. Al dar vuelta una curva, vió cerrarse la puerta.

Subió los restantes escalones y se lanzó contra la sólida madera. La puerta no cedió. Retrocedió Blake y apuntó. Dos veces bajó el gatillo y las balas hicieron saltar la vieja cerradura.

Blake agarró el pestillo y empujó la puerta con todo el peso de su cuerpo. La puerta cedió, astillándose, y al atravesar, trastabillando el umbral, Blake vió a Martinel que trepaba por una ventana para salir a la azotea.

Martinel había encontrado ya una nueva arma o, como Blake, había cargado la suya. Agachado detrás del bajo antepecho empezó nuevamente a tirar. Blake se parapetó detrás de la puerta y contestó al fuego. Martinel parecía haber enviado las precauciones a los cuatro vientos y peleaba con desesperación.

Veíase que la rapidez del ataque de Sexton Blake lo había tomado por sorpresa.

Todo lo que ahora deseaba era matarlo al detective antes de intentar una desesperada fuga.

Las balas se incrustaron en la puerta como lluvia. La cosa no podía, a ese paso, durar mucho. Blake contaba con eso. Cesó de hacer fuego cuando su revólver estaba casi vacío y dió a la puerta un empujón hacia adentro.

La treta engañó a Martinel. Vació su arma, en un último esfuerzo para herirlo a Blake y luego, al aparecer este en plena vista, le tiró, con todas sus fuerzas, el arma vacía.

Blake se agachó. Disparó a Martinel un par de tiros, mientras éste se retiraba de la ventana; luego atravesó la pieza, mientras Martinel desaparecía de la vista.

Blake pasó, por la ventana, a la azotea. Vió que ésta era amplia, abierta, con un pretil bajo. Lo único que sobresalía era el grupo dentral de chimeneas.

Vió a Martinel detrás de éstas y oprimió el gatillo. Oyose un simple "clic". ¡Estaba descargado! Dió vueltas corriendo a la chimenea y vió a Martinel darse vuelta también y venirle al encuentro. Dirigió una rápida mirada hacia el parapeto y luego acercose a Blake, con el rostro convulso de odio.

Chocaron con fuerza terrible, Blake trató de usar el caño de su pistola como cachiporra. Martinel esquivó el golpe y sujetó el brazo de Blake entre el suyo y su costado.

Lucharon, procurando cada uno sacar ventaja. Los dos sabían que la pelea tenía que ser corta, desesperada, hasta concluir. En su desesperación, Martinel peleaba como un loco. Logró agarrarlo a Blake por el cuello. Pareciole al detective que una prensa de hierro. le oprimía la garganta, tal era la terrible presión.

Se vió obligado a ceder. Si hubiera luchado contra aquella presión, su cuello se habría roto. Martinel le bajó la cabeza más y más hasta que, libertándose de pronto, levantó el puño y pegole a Blake un golpe paralizador en la barba.

Siguió otra lluvia violenta de puñetazos y al estómago de Blake; luego le dió un golpe feroz en el ojo izquierdo. Le alcanzó en plena pupila y el dolor fué tan intenso que, sin un gran esfuerzo de voluntad, habría terminado allí la pelea.

Se trabó en clinch y así se sostuvo desesperadamente hasta recobrar los sentidos y el equilibrio. Luego, cuando Martinel se soltó, dejolo ir y lo atacó de pronto, con ligereza tal que lo tomó desprevenido.

Martinel hizo un esfuerzo desesperado para cubrirse; pero Blake dió un salto y lo rodeó con sus brazos. Usó hasta el último átomo de sus fuerzas y la presión produjo en Martinel una especie de asfixiante agonía. Blake siguió apretando, resuelto a terminar con él.

De pronto quedó Martinel flojo. Y Blake dejó de apretar. Pero no bien disminuyó Blake la presión, el otro pareció revivir y lo atacó con furia renovada.

(Continuará)

pibes:
"el Gorrion"
es para vosotros
10 cts
24 PAGINAS
multicolores
LEALO TODOS LOS MIERCOLES
LA MEJOR REVISTA SEMANAL DE HISTORIETAS
CONCURSOS CON VALIOSOS PREMIOS
BICICLETAS, MONOPATINES, EQUIPOS DE FOOT-BALL ETC.

LA LEGION DE LOS BRAVOS

(Conclusión)

ENTONCES ¿por qué no está aquí? — interrumpió Granito. — Cuando yo doy una orden espero sea obedecida. ¿Está seguro de que entendió?

—Sí, mon capitaine. Le dí el mensaje de usted y contestó que vendría cuando terminara de tomar su vino.

El capitán Mercier, el militar de puño de hierro, se irguió en su silla, fríos como acero los ojos, la mandíbula saliente. Luego una sombra de sonrisa curvó sus labios.

—¿De modo que el sargento Hoffman me honrará con su presencia más tarde, cuando lo crea conveniente? — dijo con tono casi dulce. — Eso significa un desafío público a una orden mía y si no está aquí, dentro de diez segundos, le meteré una bala en el cuerpo.

Sacó el revólver de su pistolera al hablar y el ordenanza comprendió que la amenaza no era ociosa. Como comandante de la fortaleza, Granito tenía derecho de vida y muerte sobre sus soldados y el cuartel general no haría cuestiones por que matara un sargento en aras de... la disciplina.

Manteniendo su dura mirada fija en la esfera del reloj de su muñeca, Granito permaneció sentado, inmóvil como una estatua y estaba a punto de levantarse, cuando alguien abrió la puerta con el pie y el fornido y fofo sargento penetró en la pieza. Sus ojillos parecían rayitas hundidas entre dos rollos de carne púrpura.

—¿Me mandó usted buscar, mon capitaine? — preguntó con leve dejo de sarcasmo en la voz.

—¡Salga! — ordenó Granito volviéndose al asombrado ordenanza.

—Sí, fuera de aquí basura, — gritó el sargento agarrando al soldado por el cuello y lanzándolo a través de la abertura de la puerta. — ¡Muévase, rata!

—Cierre la puerta, sargento Hoffman — dijo el capitán con voz curiosamente tranquila.

—Encantado de serle útil, mon capitaine — sonrió el brutal individuo. — ¿Para qué deseaba verme.

—Eso puede esperar — respondió el oficial, cuyos ojos fríos taladraban al matón. — Ante todo, tengo que averiguar si está usted perdidamente borracho o si simplemente sufre un ataque de insolación.

—Yo puedo tranquilizarlo enseguida respecto a ese punto, mon capitaine — sonrió Hoffman, dejándose caer en una silla y buscando sus cigarrillos — No...

—¡Párese y cuádrese, perro insolente — exclamó el capitán, lívido de ira bajo el atezado de su cutis. — ¡Le está hablando un oficial!

—No se sulfure, mi repollito. Yo estoy muy cómodo así.

Y ahora, con su gentil permiso, vamos a los negocios. En primer lugar, continuó, mientras Granito lo contemplaba atónito de sorpresa — quiero decirle que estoy cansado de ser sargento de la Legión cansado de que me manden y me desprecien, tipos como usted, que se creen ídolos. Usted me trata como si yo fuera basura, capitan Mercier, y no pienso soportarlo más. Soy tan bueno como usted, mi repollito, y va usted a mandarme a la escuela de oficiales de Sidi-bel-Abbes. Conseguiré una comisión y seremos iguales. ¿Qué le parece la idea mon capitaine?

El capitán Granito miraba fijamente al fornido Hoffman, demasiado petrificado para moverse. Que un sargento se atreviera a hablarle así le había dejado aturdido. No podía prestar crédito a sus propios oídos. ¡Aquello era inaudito, increíble!

Echaba por tierra todas las reglas de la disciplina. Mercier sólo podía atribuirlo a que Hoffman sufría alguna nueva y peculiar forma de locura.

—¡Oh! no estoy loco, mi repollito — sonrió el sargento, leyendo rápidamente el pensamiento del otro. — Después de todo ¿por qué no ha de hacerme usted este pequeño favor? — Luego, antes de que el estupefacto oficial pudiera contestar, prosiguió: — A propósito, tengo que informarle que el sol-

dado Flores está nuevamente arrestado en el cuarto de guardia.

En la fofa cara del sargento Hoffman había una expresión sarcástica al hacer aquella declaración; el sarcasmo se convirtió en amplia sonrisa al ver el efecto producido por sus palabras.

Los ojos grises del capitán Granito se iluminaron con luz peligrosa; los delgados labios se estiraron hasta formar una línea recta.

—¿De qué le acusa? — preguntó el capitán ásperamente.

—De levantarle la mano a un superior... a mí — contestó el sargento, todavía sonriente. — Ese delito, como usted sabe, mon capitaine, se castiga con sentencia de muerte. El soldado Flores me pegó y...

—¡Miente, perro, y lo sabe bien! — estalló Granito, llevando la mano a la pistolera. El sargento encogió sus macizos hombros.

—Puedo presentarle una docena de testigos que sostendrán mi afirmación, mon capitaine.

—No me queda duda, rata traicionera, — dijo el capitán Granito con fría cólera. — No hay hombre en la fortaleza que no se avenga a prestar falso testimonio, si usted se lo ordena. Todos tienen miedo de las consecuencias, si desobedecen. No vacilarán en sacrificar la vida de un compañero, por temor a usted.

Nuevamente encogió Hoffman sus macizos hombros.

—Puede que así sea, mon capitaine — sonrió. — El hecho es que, una docena de legionarios jurarán que vieron al soldado Flores pegarme. Pero ¿por qué perder tiempo discutiendo a ese perro americano? Prefiero hablar de mi asunto. Ested me mandará a la escuela de oficiales de...

—¿Y si rehuso, perro? — preguntó el capitán Granito, con los ojos en llamas.

—Poca cosa — contestó Hoffman, arrugadas sus carnosas facciones por astuta sonrisa — Simplemente haré saber que el soldado Flores, la vergñenza de la Legión Extranjera, es hijo del capitán Granito, Mercier.

REBAJADO DE GRADO

Siguió un tenso y dramático silencio en la pequeña y caldeada oficina, mientras el capitán Granito, estaba sentado muy quieto, mirando fijamente el espacio. Soldado esclavo de la disciplina, vivía para la Legión y todo lo que ella significaba. Tendría que renunciar si se sabía que el famoso e indisciplinado soldado Flores, que se pasaba la vida en el cuarto de guardia, era su propio hijo. Sería un golpe mortal para su prestigio. Y no sólo eso. La ley de la Legión castigaba con pena de muerte al soldado que pegaba a un oficial superior, en servicio activo, y Granito sabía que Hoffman no vacilaría en presentar testigos para hacer fusilar a Luis María. El caso iría ante una corte marcial y los altos oficiales de la Legión no perderían mucho tiempo para discutir la suerte de un simple soldado.

Todos estos pensamientos pasaron con la rapidez del rayo por la mente del capitán Granito y al fin tomó una resolución.

—Agradable perspectiva, ¿no, mon capitaine? — dijo irónicamente Hoffman, encendiendo un cigarrillo y lanzando una espiral de humo hacia el techo. Levantando su voluminosa persona de la silla, cruzó el suelo cubierto de barro, colocó sus puños sobre la mesa y sonrió al rostro impasible del capitán Granito. — ¿No le parece más prudente atender razones, mi repollito? — preguntó adelantando su gorda cara. — Papá Hoffman es tan hábil! ¿Qué piensa hacer, mon capitaine?

La respuesta llegó en forma de un puñetazo que pegó a Hoffman entre los ojos y lo envió trastabillando a través de la pieza. La voz dura del capitán Granito resonó tranquila, mientras el fornido individuo caía al suelo con una fuerza que pareció extremecer todo el edificio.

—¡Guardia! ¡Aquí!

Sorprendido, mareado, tembloroso desde la cabeza a los pies, el sargento Hoffman se pasó la mano por los ojos, logrando sentarse. En ese momento oyóse ruido de pasos y un cabo y seis hombres penetraron en la habitación.

—¡Arreste a ese hombre, cabo! — dijo con voz áspera Granito. — ¡Muévase! No se quede ahí como un mono embalsamado.

Hans Hoffman era un bruto, temido y odiado por todos los hombres de la Legión. Una fea y rencorosa expresión apareció en los ojos del cabo cuando comprendió que se presentaba ocasión de ajustar viejas cuentas. No sabía por qué motivo era arrestado el sargento Hoffman; ni era asunto suyo averiguarlo. El capitán Granito había dado la orden y a él sólo le tocaba obedecer.

—¡Pronto! — ordenó Granito — Y ya sabe lo que tiene que hacer, si le da trabajo.

—¡Levántese, cerdo gordo! — dijo el cabo de guardia, dándole a Hoffman un violento puntapié en las costillas. ¡Muévase, basura, si no quiere que le de un culatazo con el rifle en la cabeza! ¡Vamos, levántenlo!

Los legionarios, que aborrecían a Hoffman, no necesitaron que se les repitiera la orden y el gran individuo lanzó un ¡ay! de dolor cuando fué alzado por las narices y las orejas. Luego se quedó de pie, tambaleándose ligeramente, con la boca abierta. Por fin comprendió lo que le pasaba. ¡El, el gran Hoffman, el hombre más temido de la Legión, estaba arrestado! De eso no le quedaba la menor duda, porque estaba rodeado por brillantes bayonetas y legionarios de ojos duros, que no vacilarían en traspasarlo con el frío acero.

—¡Cuádrese, bruto gordo! — dijo con aspereza el cabo, tirándole de la gorda nariz — Barba en alto, pulgares detrás de las costuras de los pantalones, hombros hacia atrás. Una buena dosis de ejercicio le vendrá bien, basura.

—¡Hijo de mil perras! — gritó Hoffman, punpureó el rostro de rabia, sacudido su gran cuerpo por fuerte temblor — Ya me...

¡Paf! Un violento revés lo hizo callar y estaba a punto de lanzarse sobre el cabo.

cuando se encontró con la punta de una bayoneta a pocas pulgadas de su pecho.

—¡Atención! ¿Me lo llevo, mon capitaine? — dijo el cabo.

—¡Un momento! — dijo Granito. — Atravesando la pieza se detuvo delante del sargento Hoffman y lo miró a los ojos. — Soy el comandante de esta guarnición, Hoffman, — dijo — y los testigos están enteramente en mis manos. Usted ha tratado de hacerme un "chantage" y por ese delito ordeno que sea rebajado de grado.

—¡Pe... pero, mon capitaine! — balbuceó Hoffman espantado.

—¡Silencio, cerdo! — bramó el cabo. — Una palabra más y le corto la lengua. Media vuelta. ¡Marche! Izquierda, derecha, izquierda, derecha. ¡Levante los pies, sapo gordo! ¡Paso redoblado!

ARREGLO DE CUENTAS

Hoffman, además de ser rebajado de grado, fué condenado a veinte días de castigo ordinario, que significaba seis horas haciendo ejercicio en la plaza caldeada de sol. Vestido con todo el equipo y un saco de arena agregado a la mochila, sudó y gimió con otros infractores y todo ese tiempo pensaba en el capitán Granito y en su hijo, sintiendo aumentar el odio feroz que a ambos les profesaba. La acusación contra Luis María no había sido tomada en cuenta, porque nadie iba ahora a declarar en contra suya, puesto que nada tenían que temer del ex-sargento Hoffman. De modo que éste, durante aque-

El cabo agarró al sargento por la nariz: "¡Cuádrese, bruto grande!" le ordenó.

llas horas de implacable castigo, solo pensó en vengarse personalmente de Luis María.

No bien terminó sus veinte días de castigo, salió del cuarto de guardia y dirigiose directamente a la cantina. Nada quedaba en él de hombre cuerdo cuando se paró en la puerta, con los ojos inflamados, jadeando como un perro que ha corrido mucho.

—¿En dónde está ese indio hijo de mil perras? — gritó enseñando sus dientes amarillos con mueca feroz. — Lo voy a hacer papilla y tendrán que recogerlo con cucharita. ¡Vamos, indio! Muéstrese, si no tiene miedo.

—¿Me llamaba, viejo? — preguntó Luis María abriéndose paso entre los soldados. Alto, de miembros esbeltos, parecía un débil niño junto al macizo sargento; sin embargo no había señales de temor en sus ojos castaños y tranquilos cuando miró la cara fofa de Hoffman. — ¿Qué le duele, si se puede saber?

Los ojos de Hoffman, convertidos en rayitas, brillaban de odio insano al mirar al joven

—Tengo una cuenta que arreglar con usted, rata, y lo voy a matar a trompadas. — gritó. — Pero no quiero hacerlo aquí, arriesgándome a sufrir una temporada de calabozo. Vamos detrás de la cocina a charlar amistosamente, indio sucio, y verá como lo hago trizas entre mis manos.

Agitó sus peludos puños ante la cara de Luis María mientras lanzaba su amenaza.

—Araca, que está broncoso el tipo! — exclamó Lauchita, el amigo íntimo de Luis María. — Mirá hermano, tenés que andar con mucho cuidao, porque más parece "colo" que otra cosa. Dejame que te de una manito pa hacerle frente a este toro rabioso.

—¡Déjalo por mí cuenta, viejo! Este asunto es entre Hoffman y yo — dijo Luis María, cuando Hoffman estaba a punto de lanzarse sobre el pequeño criollo. Luego volviose al fornido ex-sargento. — Yo también me estoy pelando por acomodarle unas trompadas. Nunca en mi vida he rehusado una pelea, cuando llega el caso. No me asustan los matones como usted. Venga... a menos que haya cambiado de parecer.

El espacio abierto, al fondo de la cocina, era el sitio acostumbrado para arreglar cuentas y más de un legionario había sido dejado por muerto sobre las ardientes arenas.

Muy poco ruido hicieron los soldados al salir de la cantina, porque las peleas están prohibidas entre ellos. Un legionario lastimado o herido es una pieza descompuesta en la máquina de pelea más perfecta del mundo; de manera que cuando alguien quiere liquidar una cuenta a puñetazos, todos los demás se encargan de que la cosa se paga en el mayor secreto.

Cuatro hombres fueron apostados para que vigilaran por sí se acercaba algún superior: los otros formaron alrededor de los combatientes un círculo más o menos regular.

—¡Giarda, viejo, que ese gran animal te va a comer crudo, con botas y todo! — murmuró Lauchita, mientras Luis María se preparaba para la pelea. — ¿Sabés pelear vos?

—Un poco, viejo — sonrió Luis María, fija su mirada tranquila en Hoffman. — Y además, no se muere más que una vez.

—¿Están prontos? — dijo arrastrando las sílabas Henk Murkin, un americano flaco, de Chicago. — Esto es una pelea seria y no juego de niños, muchachos!

—Ten cuidado, pibe, que el tipo no es de fiar — gritó "Chico" Johnson a Luis María.

—Estén tranquilos, compañeros. El amigo Hoffman bajó su cabeza de toro y se lanzó a través de la arena. Luis María, ágil como un bailarín de profesión, saltó sin la menor dificultad fuera de peligro. Pero no antes de acomodarle a Hoffman un "punch" detrás de la oreja que lo hizo caer hacia adelante, sobre las manos y las rodillas.

—¡A él, pibe!

—¡Esta es tu oportunidad, argentino!

—¡Sáltale sobre la espalda!

Tal eran los gritos apagados que Chico Johnson y otros legionarios lanzaban a Luis María; pero éste era demasiado leal para pelear así. Dió un paso atrás y esperó que Hoffman se pusiera de pie. El hombro bufaba como un toro rabioso cuando lo volvió a atacar, sus grandes manos extendidas, los dedos curvados amenazadoramente. Quería trenzarse con Luis María para aplastarle con su fuerza brutal.

—¡Cuidao, Luisito, que el perro está rabioso! — gritó Lauchita que saltaba y bailaba, poseído de violenta agitación.

Pero a Luis María no le convenía trenzarse con Hoffman y nuevamente no tuvo dificultad en esquivar su abrazo. Mejor todavía, le alcanzó con otro puñetazo detrás de la oreja e hizo caer al matón por segunda vez.

Los legionarios casi se habían olvidado de la prudencia y sus voces eran más altas. Inútil es decir que todas las simpatías estaban de parte de Luis María, cuyo sereno valor, agilidad y fuerza, a pesar de su aspecto delicado, no podían menos de admirar.

Aquel "knock-down" pareció llevar hasta el grado de la locura la furia del ex-sargento. Era una figura terrible cuando se puso de pie, arremangados sus gruesos labios con mueca feroz, rechinando los amarillos dientes.

Atacó de nuevo y esta vez recibió un terrible puñetazo en la mandíbula que lo tendió sobre la arena.

Un clamor contenido de excitación recorrió el círculo de legionarios.

Rugiendo como una fiera acorralada, jadeante su enorme pecho, Hoffman se puso de rodillas al segundo y un violento grito de alarma y prevención fué lanzado por los legionarios al ver que el ex-sargento llevaba la mano al bolsillo de la cadera y sacaba una pistola automática de caño chato.

—¡Tomá, indio mugriento! — gritó Hoffman con risa de loco. — ¡Muere, rata sarnosa!

Se produjo un movimiento espasmódico entre los soldados, un brazo se alzó y, hacia la mano armada del sargento, voló un objeto negro.

¡Crac! Una detonación seca resonó a través del desierto; pero fué Hoffman y no Luis

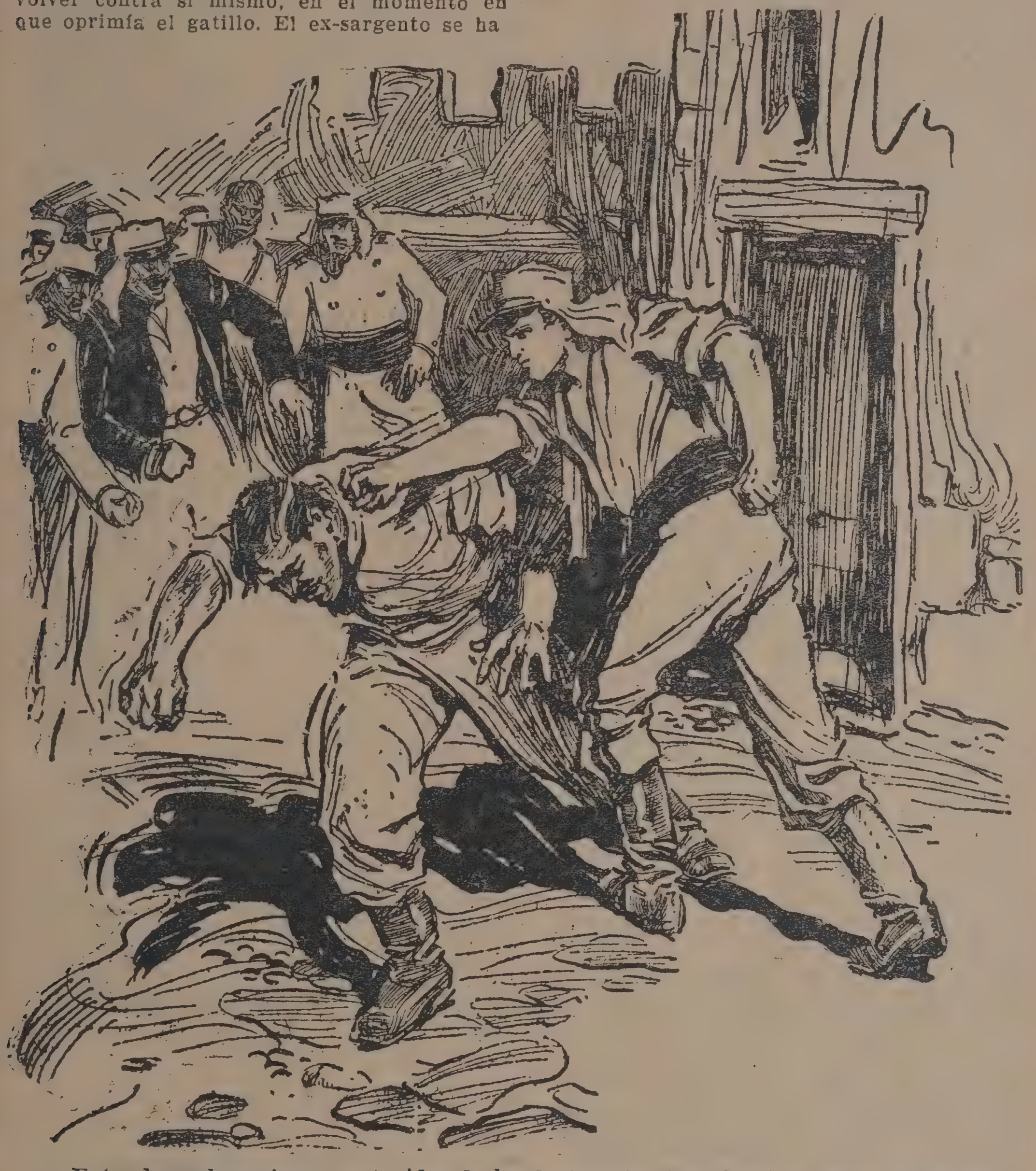
María quien se extremeció extrañamente y cayó de boca, en siniestro montón.

Dió vuelta sobre su ancha espalda y se quedó mirando el cielo, con los ojos fijos, muy abiertos.

El objeto negro arrojado era una bota, la cual pegó en la pistola de Hoffman y la hizo volver contra sí mismo, en el momento en que oprimía el gatillo. El ex-sargento se ha

"Chico" Johnson fué el primero en recobrar la serenidad.

—Cierren el pico, muchachos, y nada ocurrirá. Este valiente muchacho hubiera sido asesinado por ese canalla, sin la intervención de un no menos valiente amigo.



Entre las aclamaciones contenidas de los legionarios, Luis María le pegó un puñetazo detrás de la oreja a Hoffman.

bía "suicidado". Lauchita, que había sido quien tiró el extraño proyectil, se había quedado pálido, tembloroso, con los ojos enormemente abiertos; pero brillaba en ellos una intensa alegría al ver a su amigo ileso. Luis María, también con los ojos desmesuradamente dilatados miraba con incredulidad y temor al tirano muerto.

Vámonos en silencio y todo se arreglará. Pero antes un ¡"hurra!" en voz baja por estos dos valientes muchachos argentinos que nos han librado del peor tirano de la Legión. En adelante, nuestras vidas no serán tan duras.

Un "hurra", que no era más que impresionante murmullo, se elevó de las filas y uno

por uno de los legionarios estrecharon las manos de Luis María y Lauchita, sin dirigir una sola mirada al que quedaba allí, sobre las caldeadas arenas.

La predicción de Chico Johnson resultó cierta, porque más tarde, cuando el oficial de servicio hizo su ronda, tropezó con el cadáver de Hoffman, tendido detrás de la cocina. Tenia todavia en la mano la pistola de caño chato y un agujero sobre el corazón.

—¡Un suicidio! — diagnosticó el oficial, sin mayores muestras de interés. Los suicidios no son raros en la Legión y atribuyó la desesperada resolución del ex-sargento a su rebaja de grado, por el delito de tentativa de extorsión contra el capitán.

La segunda parte de la predicción de "Chico" Johnson se cumplió también. La vida se hizo más soportable en el fortín, libre de su principal tirano. El capitán Granito, aunque siempre severo y exigente en las cuestiones de disciplina, parecía más afectuoso con sus soldados. Una tarde hizo llamar a Luis María y le habló a solas:

—Hijo mío, — díjole dándole por primera vez ese nombre — se por alguien que estuvo en Rundles que, con toda probabilidad fuíste acusado injustamente. El que como tú sufrió un castigo en silencio por salvar la vida de un enemigo — Laurent me lo contó todo — y no delató a sus compañeros, no puede haber sido culpable de una cobardía, como la que motivó tu salida del colegio. He aquí mi mano.

—¡Gracias, papá! — contestó Luis María sencillamente, pero con voz ahogada de emoción, estrechando la mano de su padre; pero éste, en un movimiento impulsivo, lo atrajo a sí y, por vez primera, desde que había dejado de verlo, le apretó fuerte contra su corazón.

—Hoy es día de fiesta — díjole poco después que la emoción de ambos se hubo calmado un poco — Ve a decirles a los muchachos que tienen el día franco, todos los que no estén de servicio urgente. Y... que se levanten también los castigos... cabo Flores.

Luis María, ascendido así por su padre, salió de la habitación a comunicar la buena nueva a sus camaradas. Esa tarde hubo reunión en la cantina. Brindose por el nuevo cabo y Lauchita hizo las delicias de los compañeros cantando más o menos bien, acompañándose con el mandoneón, cuanto tango sabía.

En un momento que quedaron solos los dos amigos, Robles dijo a Luis María.

—Y... estaba escrito que ese compadre moriría a mis manos. No lo hice de gusto, claro está; pero el resultado es el mismo. ¡Y mirá que cosa, Luisito! Por más que quiero sentirlo, por más que me digo que tengo una muerte sobre la conciencia, no lo creo. Estoy contento...

—Ves no tenés sobre la conciencia más que haberme salvado la vida, hermano. Quizá no está bien te alegres de que haya muerto un hombre; pero... ¿querés que te diga una cosa? Tampoco yo puedo remediar el intenso alivio que experimenté al saber que nunca más veré a Hoffman. Y una vez más te repito que te debo la vida, Lauchita, y que nunca, nunca, olvidaré esa deuda.

—¡Bah!... dejate de macanas — dijo modestamente Robles — Fué pura casualidad que le acertara al traicionero tipo. Hablemos de otra cosa. Me has dicho que el capitán Granito te dará de baja, si quieres y que podrías conseguir la mía. ¿Qué pensás hacer?

—Quedarme hasta terminar mi contrata. Pero si vos querés irte...

—¿Yo? ¿Irme sin vos? ¿Estás "colo"? Mirá, de mí no te vas a librar así no más. Donde vayas, te sigo. A pesar de las ganas bárbaras que tengo de volver a Buenos Aires nos iremos o... nos quedaremos juntos.

—¡Gracias, Lauchita! Para mí sería también un gran sacrificio separarme de ti. He estado pensando en lo que haremos cuando volvamos a Buenos Aires. Yo tuve un día la idea de ser militar; pero te confieso que esta vida perra me ha hastiado de la carrera. Decime... ¿te gusta el campo?

—¡El campo! — murmuró Lauchita con acento soñador. — Un potrero verde... un arroyito, mate, guitarra...

—¡No! — contestó Luis María sonriendo — el campo para trabajar, para hacerse hombres.

—Y... también che... Yo no le tengo mucha afición al laburo; pero me acostumbraría ¡que diablo! Al fin y al cabo, laburar de sol a sol no es vida más aperreada que esta.

—¡Claro, hombre! Ya verás como te acostumbras y quien sabe si no te hacés rico. Yo pienso dedicarme a los trabajos de campo.

—¿Tenés alguna estancia por casualidad?

—Yo no; pero mi abuelita posee varias. Le pediré que me permita administrar alguna y vos, Lauchita, serás mi capataz.

—¡No digo más! — exclamó el criollito sacudiendo la mano con entusiasmo. — Contá conmigo. ¡El corte que me voy a dar cuando sea tu capataz!

Dos días después la pequeña guarnición era relevada y tomaba el largo camino hacia Didi-sel-Abbes. Luciano Mercier, el capitán Granito y su hijo se habían reconciliado; pero casi se vuelven a pelear cuando el joven rehusó decididamente que le dieran de baja y manifestó su resolución de seguir hasta la terminación de su contrata. Y el capitán Granito, después de pensar unos momentos decidió que Luis María no había hurtado, por cierto, la veta de granito que había en su carácter.

FIN.

LATIGO NEGRO

DETECTIVE

Por Charles Hutchinson

(Continuación)

UN silbido penetrante resonó a través del agua. Instantáneamente de las sombras de aquellos barcos obscuros, se desprendieron otras lanchas, silenciosas, fuertes y muy rápidas. En cada una de ellas había tres hombres fornidos, con sacos azules y gorras del mismo color, de visera, Como lobos en acecho que se lanzan sobre su desprevenida presa, las lanchas de la policía del río, rodearon la embarcación de Ben Doyle, desde ambos costados del río.

Y Ben Doyle detuvo inmediatamente su embarcación.

Un instante después de haber resonado la pitada, detuvo el motor y se dió vuelta en su asiento con la rapidez del rayo. Con la rapidez del rayo también, comprendió Piggot el lazo en que había caído. La sorpresa paralizó su cerebro un minuto.

Pero luego, blasfemando como un demonio, medio se levantó. Una hoja delgada, de acero, pareció saltar de su cintura a su mano y rápidamente se inclinó para asestar una puñalada mortal al joven rey. Pero, por rápido que anduvo Piggot, Ben Doyle fué aun más rapido. Un látigo sinuoso arrancó, con un silbido, el cuchillo de las manos del gigante. Y en el mismo instante, una figura musculosa, toda nervios y acero, cayó sobre su pecho. Una voz alegre le gritó al oído.

—¡Ahora, perro! Ve si puedes derrotarme esta vez.

Y mientras Látigo Negro peleaba con furia. Nobby Stevens, uno de los más hábiles agentes de la policía secreta de Scotland Yard sacaba al joven rey de abajo de los cuerpos trenzados. Luego, con su carga, desapareció graciosamente en las aguas del Támesis.

Había cortado las cuerdas que sujetaban al joven a los veinte segundos de abandonar el "Speiro".

LA VENGANZA DE LATIGO NEGRO

Látigo Negro gozaba en grande. Su plan había salido a pedir de boca, aunque la llegada de los seis leales de Morana habíalo sorprendido un poco.

Tenía ahora al rabioso Piggot, casi en el escenario de su primer crimen y sin la menor esperanza de ayuda. Látigo Negro pensaba ajustar muchas cuentas con aquel lobo humano.

La pelea que se realizaba en la oscilante lancha, no era ortodoxa. Se trataba de a quien sacudía más y mejor, de cualquier modo, hasta terminar.

—A ti te gusta pelear a lo bruto ¿no?—fué todo lo que Látigo Negro dijo y procedió a usar los mismos procedimientos que su enemigo, aunque más científicamente.

Piggot rugía como un toro. Pero iba retrocediendo, mientras las lanchas de la policía los rodeaban y Stevens y el joven rey eran sacados del agua.

El gigante peleaba con la cabeza, con los dientes, con los puños y con los pies, pero su terrible fuerza de nada valía para contrarrestar el ataque de Látigo Negro.

Al fin mientras la policía se alineaba para auxiliar a Látigo Negro y un reflector iluminaba la obscuridad, el gigante logró lanzar lejos a Látigo Negro, con sobrehumano esfuerzo. Su formidable puño pegó al detective en el pecho; un puntapié amagó su cabeza; pero agachándose a tiempo, Látigo Negro logró agarrar al marinero por la rodilla con su garra de acero. Retorció y retorció. Piggot lanzó un grito ronco. La lancha dió un barquinazo y se inclinó.

Un momento después ambos luchadores habían caído al río. El agua hervía en espuma en el sitio que ambos peleaban salvajemente.

Pero la zambullida en el Támesis terminó prontamente la pelea. En un tiempo, Látigo Negro había peleado por el más rápido y formidable "team" de "water polo", en Estados Unidos. El castigo que Piggot recibió debajo del agua hubiese bastado para un elefante.

A los treinta segundos, el poderoso bandido flotaba, desmayado, en el agua, sostenido por el brazo poderoso de Látigo Negro. A los pocos segundos estaba tendido en el fondo de una lancha de la policía, con esposas.

UN PAR DE BRIBONES

Una hora más tarde se producía una escena dramática en la habitación del Jefe de Policía de Scotland Yard.

Látigo Negro, con ropa seca ya, entró con el superintendente Martin y dirigió una mirada satisfecha a su alrededor. En un rincón estaba sentado el millonario Gusman con un

cabo de uniforme a cada lado. El señor Gusman nunca puso el pie fuera de la Yard a donde tan audazmente entró por su voluntad. Ni tampoco fué él quien envió el mensaje al yate. El superintendente Martin se encargó de eso.

En otro rincón, medio aturdido aún por los golpes de Látigo Negro estaba acurrucado y también con custodia, Piggot.

El superintendente Martín habló al Jefe de Policía:

—Ya está todo arreglado, Sir Hugh. He hecho trasladar a su majestad a un sanatorio particular. Había sido anestesiado con hiocina. Pero los médicos informan que no ha sufrido ningún daño y estará bien después de unos días de descanso.

Sir Hugh asintió gravemente, con la cabeza.

—Su Majestad está ahora en nuestras manos, Super. He recibido órdenes de las más altas autoridades de que el rey sea tratado con la más alta consideración y como huésped de honor, hasta que se arreglen los asuntos de Morana, en los que intervendrá nuestro ministro de Relaciones Exteriores y el Comité de la Liga de las Naciones.

Luego sir Hugh volvió sus fríos ojos a Phillip Gurman.

—Phillip Gusman, — la voz del comisario era de hielo — queda usted arrestado por atentar contra la vida de su Majestad el rey Rodolfo de Morana. Tengo que prevenirle que cualquier cosa que diga puede ser utilizada en contra suya.

Los fríos ojos se volvieron al magullado Piggot. Pero esta vez la voz severa añadió un cargo. La acusación terminaba con la criminal carrera de Piggot.

Luego sir Hugh dijo a sus hombres.

—¡Llévenlos abajo!

Cuando los dos hombres fueron sacados de la oficina, el superintendente Martin exhaló un suspiro de alivio.

—¡Por fin! El rey está seguro y sus enemigos presos. Pero diga, Jefe ¿cómo fué que los de Morana atacaron el yate de Gusman?

—Acabo de interrogarlos. Super. Tenían listo un escondite para el rey, en Soho, y todos estaban dispuestos a emprender una campaña para devolverle su trono. Pero cuando su Majestad y los amigos que lo traían no acudieron al sitio donde debían reunirse a su debido tiempo, sospecharon lo ocurrido. Parece que sabían más que nosotros acerca de Phillip Gusman. Desgraciadamente, en vez de acudir a la policía, decidieron hacer justicia por su propia mano.

De pronto el grave rostro de Sir Hugh se iluminó con una sonrisa. Levantóse y extendió su mano.

—¡Gracias a los dos! — dijo sencillamente. Y luego hizo una astuta guiñada. — Pero... este... no les preguntaré como sacaron a Piggot y al muchacho del yate, amigos míos. Quizá oiría demasiado ¿no?

Martin se miró atentamente las uñas. Pero Látigo Negro contestó con tranquila sonrisa, arrastrando las palabras:

—Es posible que así fuera, Sir Hugh.

Estrechó la mano del sonriente Jefe de Policía y cuando Martín hubo hecho lo mismo, los dos se retiraron. En silencio se dirigieron apresuradamente a la oficina de Martín.

Martín fué el primero en hablar. Miró a su amigo con burlona severidad.

—Buckley Sinclair, yo debería arrestarlo lo mismo que a Gusman y a Piggot — dijo solemnemente. — ¡Mire que ir al Museo Negro y robarle el estuche de las tarjetas a Gusman en las mismas narices del Jefe de Policía! ¡Y luego falsificar su letra en esta misma oficina! Ha quebrantado usted las leyes esta noche.

—¿Es cierto eso? Bueno.. entonces arréstese a sí mismo, viejo — dijo Látigo Negro con su canturreo más perezoso. — Porque ¿Quién fué que sustrajo el billete de la oficina del Jefe a fin de que pudiera yo imitar la letra de Gusman? ¡Oh, muchacho, creo que he gozado bastante de mis vacaciones en el río!

MISTERIO EN LA COSTA

—Estamos en el fin del mundo, hijo. ¡Qué mala suerte!

Látigo Negro habló con desaliento. Por toda respuesta su joven y rechoncho compañero, Beefy, lanzó un gruñido de disgusto, mientras Héctor, el perro alsaciano, tiritaba. En aquellos momentos, los socios de la Agencia de Detectives "La Fusta", no eran los seres alegres, animados, de siempre.

Ni había por qué extrañarse de ello.

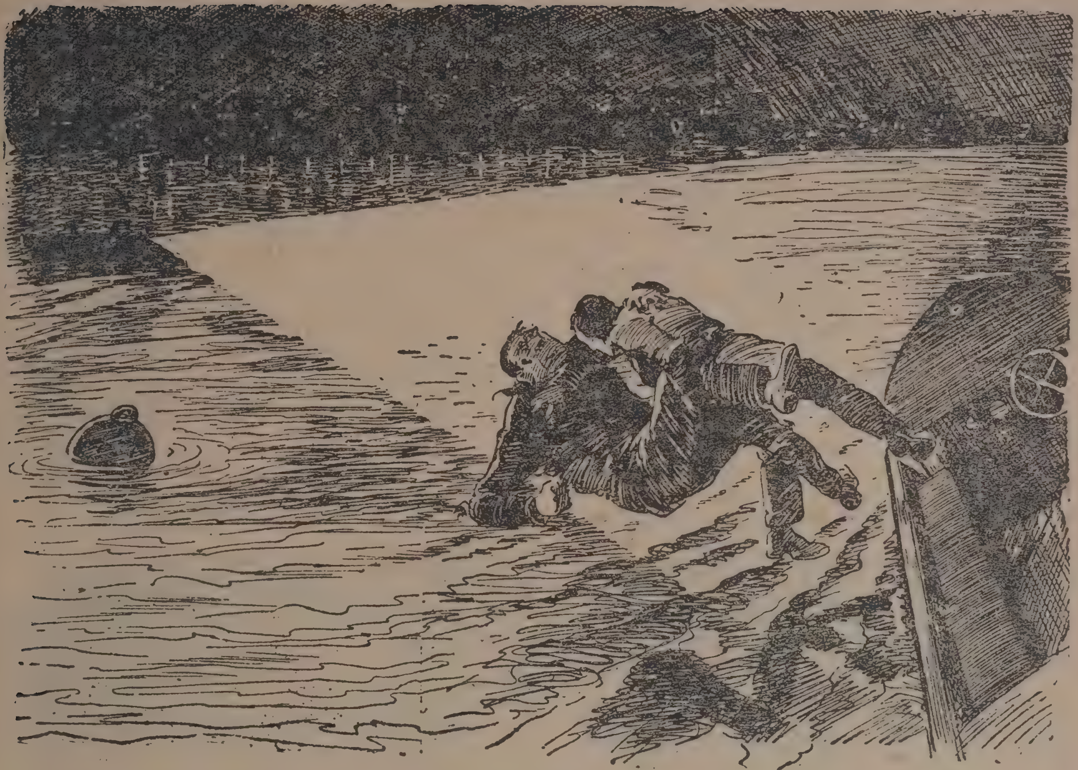
En ningún momento resulta agradable que el auto se descomponga. Pero cuando el accidente ocurre de pronto, tarde de la noche, en un camino aislado, próximo a la costa este de Inglaterra, es bastante, como decía Beefy, para hacer llorar a los hombres más fuertes.

Para colmo de males la noche era tan desolada como el paisaje. El viento frío, cortante, soplaba acompañado por constantes garúas. De vez en cuando, una luna acuosa brillaba fugazmente entre las nubes, para ocultarse de nuevo. El obscuro camino distaba a penas unas cien yardas del mar; pero éste quedaba oculto a la vista por dunas de arena. A la derecha se extendían tierras desnudas, salitrosas, sin que se distinguiera ni una mala cabaña.

Látigo Negro se encogió de hombros.

—Bueno, es imposible reparar aquí el magneto — dijo resignadamente, poniéndose de nuevo los guantes. — Tendremos que abandonar el auto y buscar algún garage en Beyford. Ven, Beefy, vamos a retirarlo del camino y nos pondremos en marcha.

No había otro remedio. Cinco minutos después, los socios emprendían una exasperante caminata de cuatro millas hasta la población más próxima, por una cuesta que ascendía gradualmente. Cuando llegaron a lo alto de la loma, distinguieron claramente el mar, que estrellaba sus blancas olas sobre la playa. El melancólico rumor de las olas y de la lluvia parecía hacer más punzante la soledad. A cierta distancia, en la playa, distinguieron algo que parecía una vieja cabaña, entre las dunas, la primera habitación humana que habían visto desde hacía largo rato. Y aun así parecía deshabitada; simplemente era alguna cabaña donde los pescado-



Mientras el reflector de la policía iluminaba la lancha, Látigo Negro y Piggot cayeron al río luchando.

res guardaban sus redes y avíos de pesca, sin duda.

—¡Uf!... ¡qué paraje más lúgubre! —murmuró Látigo Negro subiéndose bien el cuello y metiendo dentro de él la barba. Pero de pronto volvió a alzar la cabeza bruscamente y dirigió su mirada al mar. — ¡Hola! ¿Qué es eso? ¡Mira hacia allá, hijo!

Se calló bruscamente. Sus vivos ojos, siempre alertas, había visto de pronto, el brillo de un reflector eléctrico en el mar. Desde la obscura inmensidad de las aguas, alguien hacía señales hacia la costa, hacia aquella desolada y fría faja de playa.

Al darse vuelta también Beefy, las señales se repitieron. Una... una... dos. Una... Una, dos. Por lo que podían calcular, el que hacía las señales estaba como a doscientas yardas de distancia de la costa; pero el barco no se distinguía en la profunda obscuridad Beefy, con el ceño fruncido, expresó el pensamiento que estaba en la mente de ambos detectives:

—¡Hum! Eso es muy extraño — murmuró lentamente. — ¿Quién hace señales a esta hora de la noche? Seguramente no puede haber nadie en este desolado lugar... ¡Oh! — la exclamación brotó de sus labios, mientras hacía un brusco movimiento de sorpresa. — ¡La cabaña, jefe! ¡Mire!

Pero Látigo Negro ya había visto.

Aquella vieja cabaña de pescadores no estaba, al parecer, tan desierta como parecía. Alguien esperaba allí, en medio de la lluvia y el viento; esperaba para contestar a las señales misteriosas del barco invisible.

Una... una, dos. Las rápidas señales, contestación a las primeras, partieron esta vez de una linterna azul, en la puerta de la cabaña. En respuesta otro rayo de luz brillo en el mar. Luego el viento trajo el ruido de garruchas y aparejos.

—Barco a vela — murmuró Beefy, instantaneamente, esforzando sus ojos en la obscuridad. — ¿Qué será, jefe? Algo extraño, de cualquier modo.

Pero Látigo Negro, preocupado, silencioso, no contestó. En vez de eso, se tiró súbitamente al suelo y arrastró con él al sorprendido Beefy. Porque, mientras el muchacho hablaba, las nubes se desgarraron y por unos instantes la pálida luz de la luna ilumino vagamente la playa y el mar.

Las nubes volvieron a cerrarse rápidamente y la obscuridad reinó. Sin embargo, los detectives habían visto bastante para hacerlos permanecer tendidos de boca sobre la arena, junto al camino.

Anclado tan cerca de la costa, como era posible, había un queche de pescadores, tal como se estilan en la costa del Mar del Norte. El bote del queche había sido atado del lado de sotavento y cuatro hombres lo cargaban diestramento con pequeños fardos y pesados cajones. Luego, antes de que la obscuridad cerrara por completo, se hicieron nuevas señales y poco después se oyó el apagado rumor de los remos al dirigirse el bote a la

playa. Pasos pesados hicieron crugir el cascajo de la playa. Poco después la borrosa luna iluminó la escena nuevamente. Los cuatro hombres habían atracado el bote a la playa y caminaban, cargados, hacia las dunas de arena. Frente a la pequeña cabaña estaba el que había hecho las señales. Era un hombre fornido, que tenía puesto capote encerado, como los otros.

Desde su ventajoso punto de observación, Látigo Negro y Beefy vigilaban atentamente las acciones de aquellos hombres. Habían tropezado con un misterio. ¿Por qué aquellos pescadores habían acudido a una playa tan desolada, con semejante noche? Ciertamente era aquello una cita. Las señales y el hombre que esperaba en la cabaña lo demostraban. Con el viento que soplaba, el queche corría peligro en aquella costa. Sin embargo, la tripulación se había arriesgado, en su ansia de depositar su extraño cargamento, en un "almacén" aun más extraño.

Látigo Negro resolvió prontamente el pro-

donde los hombres guardaban su cargamento. Movió la cabeza, con ceñudo gesto.

—¡Sí! — murmuró. — Practican el contrabando de noche, en un queche pesquero que tiene buena excusa para estar en cualquier parte y a cualquier hora... pescando. La mercancía es depositada en esta vieja cabaña. Más tarde, supongo, algún pequeño camión la transportará por el camino solitario. Según me ha dicho Martin, el contrabando es ahora el delito más en boga. Y hay cerebros que lo organizan en el continente.

Sus ojos brillaron fríamente. Luego su mano apretó e brazo de Beefy, de un modo que emocionó al muchacho.

—Vamos a darles en la cabeza a estos contrabandistas extranjeros. Hemos descubierto el pastel por casualidad, Beefy, y hay que aprovecharlo.

Tranquilamente dió al muchacho rápidas órdenes.

—No pueden saber todavía que estamos aquí y el auto está fuera de la vista, al pie

Desde la oscura inmensidad de las aguas alguien hacía señales hacia la costa.

blema. Con su acento, tranquilo y cantante, murmuró una palabra que hizo correr un estremecimiento de excitación por las venas de Beefy.

—¡Contrabandistas!

SORPRENDIDO

Beefy murmuró:

—¿Contrabandistas, jefe? ¿En estos tiempos?

—¡Seguro! Hay bastantes — fué la tranquila respuesta. — El superintendente Martin me estuvo hablando de eso el otro día. Desde que se han promulgado los nuevos reglamentos aduaneros británicos, se introduce mucha mercadería de contrabando, que procede del Continente. Sedas y alcohol, principalmente; vinos adulterados, licores y brandy. Y también drogas, en peligrosa cantidad.

Por algunos minutos estuvo Látigo Negro escuchando los vagos ruidos de la cabaña,

de esta loma. Tú vas a bajar hasta la cabaña, hijo. Toma esta pistola y ve con mucho cuidado. Mantén los ojos y los oídos bien alerta.

—¡Muy bien! ¿Y usted, jefe?

Látigo Negro sonrió ceñudamente.

—Yo y Héctor nos ocuparemos del bote. Lo hundiremos o lo haremos arrastrar por la corriente. Esto les cortará la retirada. Y luego - hizo sonar los dientes — voy a sorprender a esos alegres contrabandistas y les daré una lección que no han de olvidar así no más.

Un momento después desapareció en la obscuridad, con aquella rapidez misteriosa y callada que señalaba todos sus movimientos, cuando entraba en "acción". Héctor, el sabueso, se alejó también, como un delgado fantasma. Al quedar solo, Beefy, se metió la pistola de Látigo Negro en el bolsillo de su saco y empezó a bajar, arrastrándose sobre las manos y las rodillas, hacia la cabaña.

(Continuará)

El Mendigo del Bosque Negro

Por JACQUES SAINT PRIEST

(Continuación)

"YO me sentía emocionada hasta las lágrimas. Al fin, un hombre me amaba realmente y sin saberlo me devolvía el amor que yo sentía por él!...

"Luché tres días, antes de decirle que sí. Mi espejo consultado veinte veces por día, me revelaba una realidad que yo no quería aceptar.

—"Será mi última felicidad — pensaba yo — ¡mi última locura!... Si un día él se cansa de mí, me iré sin ruido, dejándole su libertad y bendiciéndolo por las horas inolvidables que hemos vivido juntos!...

"Acepté su pedido. Rompí con todas mis relaciones, vendí mi hotel. Quería que nada subsistiera de mi vida pasada.

"Y nos casamos en la mayor intimidad, la víspera de su gran partida.

"¡Fuí feliz un día!...

"A la mañana siguiente, al amanecer, lo acompañé al campo de maniobras de Vincennes de donde partía el circuito.

"Me estrechó entre sus brazos, le dió la mano a sus jefes y camaradas y subió a su monoplano.

"El avión subió, ligero, frágil y tomo altura.

"Yo lo seguía con unos gemelos.

"De pronto vi una de sus alas que se doblaba como un pájaro muerto. Y el monoplano cayó como una piedra.

"Lancé un grito terrible y me desvanecí.

"¡Cuando volví en mí era viuda!

—¡Pobre abuelita! — suspiró Madette.— ¡Cómo habrá sufrido!

—Pocos días más tarde — siguió la señora Gattet — supe por su notario que Geo me dejaba todo lo que había heredado de su padre. ¡Oh! no era una gran fortuna!...

"No me consolé de su muerte.

"Una noche, más cansada que nunca resolví terminar. Escribí a mi hermano una larga carta suplicándole que me perdonara.

"Y llegada la noche me encaminé a la orilla del Sena.

—¿Iba usted a matarse, abuelita? — interrogó la joven.

—Sí, Madette, iba a cometer esa suprema cobardía... Sin apurarme caminé mucho tiempo ¿cuanto? No podría decirlo... Me decidí al fin bajar a la orilla, cerca del viejo puente... De pronto, una sombra me dejo clavada en el lugar donde estaba.

"Me oculté trás un árbol y esperé. "La sombra, un hombre, llevaba en sus brazos un paquete bastante grande.

"Parecía inquieto, miraba a todos lados, daba vueltas para ver si no había nadie.

"Vaciló un momento. Creí que iba a arrojar el paquete al agua. Pero se dirigió al arco del puente, dejó el objeto en el suelo y huyó.

"Intrigada por ese manejo me acerqué al paquete abandonado. Una manta lo envolvía. Era un bebé que dormía.

"Mi corazón maternal se emocionó.

¿Tenía yo el derecho de matarme cuando había sobre la tierra, niños sin madre?

No pensé más que en tomar en mis brazos aquel que el destino me enviaba y regresar avergonzada de mi

"Al día siguiente hice la declaración al comisario y le pedí, como un honor que me dejara ocuparme de la niña abandonada.

"¡Ah! ¡La bella Juanita estaba bien muerta! Envuelta en sus velos de viuda, transfigurada por su gesto de madre...

"Los padres de la criatura no se presentaron. Concluí por adoptarla.

"Esa niña eres tú Madette, ya lo has adivinado.

"Te quise, desde esa noche, como a mi propia hija. Sólo que como era demasiado vieja para ser tu madre, fuí tu abuela.

"Y para hacerme olvidar, volví a Saint-Etienne!...

Madette, con los ojos llenos de lágrimas, tendió sus brazos a su madre adoptiva, cuya

El mendigo del bosque...

devoción comprendía y se levantó para besarla.

Pero sus labios rozaron apenas las mejillas de la anciana. Su cabeza se inclinó lentamente y perdió el conocimiento.

Capítulo XVII

DOS PREGUNTAS INDISCRETAS

Roberto volvió a su casa, más temprano que de costumbre ese sábado. La cabra que saltaba en el prado vecino, levantó la cabeza al oír los pasos de su amo y se puso a balar corriendo ante él.

¡Ya estoy aquí, "Ojos de Oro"! — dijo Roberto acariciendo el pelo negro y lustroso del animal. ¿No me esperabas tan pronto, eh? Es que hoy es un día lindo y seguramente, nuestra amiguita vendrá a vernos para terminar nuestro croquis. El sábado pasado llovía.... Ella no vino...

Roberto, mientras hablaba, vaciaba el contenido de sus bolsillos sobre su mesa de madera blanca. Había de todo: monedas, pan, una caja de sardinas, unas tajadas de jamón envueltas en un papel, un diario del día anterior, fósforos.

Luego se sentó en un banquito y se puso a comer, mientras cantaba.

La cabra había vuelto al prado y comía la fresca hierba.

Terminada su frugal comida, el mendigo bebió de un trago lo que quedaba de leche y procedió a la limpieza de su casa.

Después limpió la chimenea, sacó las cenizas, luego barrió los ladrillos que formaban el piso.

Al llegar a un rincón de la pieza, Roberto se agachó y, con ayuda de un cuchillo levantó un ladrillo e introdujo la mano en una cavidad bastante profunda donde guardaba lo que según él tenía valor.

No fueron montones de oro y paquetes de billetes de banco lo que sacó. Roberto no era un Harpagon y no trataba de tener dinero.

Pero, la cartera vieja y la polvera hallada una noche en el camino de Rive-de-Gier tenían para él más valor que un tesoro, pues cuando las estrechó entre sus manos temblorosas dirigió una mirada a la puerta y a la ventana para ver si alguien miraba.

Abrió primero la cartera y sacó una carta amarillenta y gastada, un billete de cien francos, único fruto de sus economías y guardado preciosamente para un caso de desgracia, y dos fotografías muy antiguas.

Sin decir nada se llevó a los labios la carta y las fotos, y depositó sobre ellas, somo sobre reliquias yeneradas, un beso de devoción.

Luego dió vueltas entre sus manos la polvera leyó a media voz el nombre grabado en ella: Irene Valmont, y respiró el perfume del polvo.

De pronto, creyó oír pasos en el camino y se levantó. No, no era más que el ruido del viento en los árboles.

Se agachó de nuevo, dirigió a esos objetos que evocaban en él sin duda, tantos recuerdos, una mirada de cariño y los guardó de nuevo en su escondrijo que cerró.

Roberto salió de su casa y se sentó al lado de ella, sobre una pared baja desde donde podía ver el camino, y con la mirada fija y llena de esperanza, esperó el momento en que vería aparecer, pedaleando lentamente, a causa de la subida del camino, a la novia de Jean Martinier.

Esperó así toda la tarde. El sol desapareció detrás de los árboles del lado de Solaure sin que Madette hubiera ido.

Roberto hizo un gesto de desanimo.

Evidentemente — murmuró levantándose — ella no puede acordarse de mí, como yo de ella... Ella tiene otros afectos, otras preocupaciones. Yo no pienso más que en su dolor, que en su inquietud y busco siempre el rastro que me permitirá hallar a ese buen joven y de decir a esa niña: "Sé donde está Jean Martinier, El vive... piensa en usted... la ama!

El crepúsculo caía, melancólico.

"Ahora — se dijo Roberto — debo bajar a la ciudad si quiero llegar a tiempo a la entrada del Eden; allí se puede ganar algo... La vida es dura, hay que trabajar el doble...

Grandes nubes corrían en el cielo crepuscular. El aire era pesado y sofocante.

Cuando llegó a la plaza del Pueblo, el hombre dobló hacia la calle de la Bolsa.

Había sido impulsado por una idea repentina.

Tomando ese itinerario le pareció que iba a encontrar a Madette.

¡Oh! No se expondría a hablarla pero deseaba simplemente verla, estar seguro de que se hallaba bien y que lo reconocía.

Después, estaría contento.

Cuando llegó a la altura de la casa donde habitaba Madette, en el patio de la cual había cantado tantas veces, vió detenido frente a la entrada, un suntuoso y confortable automóvil.

Se detuvo en la acera para observarlo de cerca y como estaba solo en la calle, fué impulsado por la curiosidad hasta mirar a través del cristal el nombre del propietario inscripto sobre una chapa de bronce.

Leyó:

RENE DE LAISY

40, calle Grolee, Lyon

—¡Hola! ¿Tanto te interesan los autos? — oyó una voz que exclamaba detrás de él. Roberto se dió vuelta y saludó a su modo al señor Chautin y un elegante joven que lo acompañaba.

Tomó la pieza de cincuenta céntimos que le dió el tío Toine y pasó a la otra acera.

El señor Chautin subió al coche, mientras el joven, que se acababa de poner los guantes levantó la cabeza para hacer una señal de adiós a Madette y a la señora Gattet, que se adivinaban, más bien que se veían inclinadas a la ventana abierta.

Luego el automóvil se alejó.

—¡Lo he reconocido! — se dijo Roberto. — Es el joven que vi el otro domingo con ella en la terraza de la Casa de Oro... ¿será el nuevo novio de Madette?... ¿Habrá olvidado a Jean?

Sintió un cierto malestar al pensar que el pobre desaparecido no tenía ya en el afecto

de la joven el lugar a que tenía derecho.

Era efectivamente, René de Laisy quien salía de casa de la señora Gattet.

Hacía varios días que Madette había evitado la terrible meningitis que el médico temía.

Su fiebre había cesado y la joven se había repuesto con rapidez.

Con la salud le había vuelto la memoria y durante interminables días había tenido tiempo de pensar en todo lo que había ocurrido, en todo lo que había sabido.

Una cosa la turbaba, la confesión que le había hecho la señora Gattet, sublime en su franqueza, confesión que le había revelado el secreto de su nacimiento.

—En suma — pensaba, y este pensamiento pasó mil veces por su mente en mil aspectos diferentes para llegar a la misma conclusión — yo no soy más que una criatura encontrada es, decir, a despecho del nombre que la que me obstino en llamar abuela, me ha dado, sólo una pequeña piedra arrastrada por el gran torrente de la vida!.

"La señora Gattet, me ha rodeado de un verdadero afecto, me admitió como una hija en su hogar, hizo enormes sacrificios para darme una educación que me permitiera ganarme más tarde, honradamente mi vida. ¿Tengo derecho a rechazar el pedido del señor de Laisy, de negarme a pagar una parte de la deuda de mi reconocimiento?... Mi matrimonio con ese joven rico es para ella, un final de existencia feliz, libre de las mil preocupaciones de dinero, que los que tienen pequeñas rentas como ella, deben sufrir.

"Sacrifico mi felicidad a la suya, sea; pero hay gestos de abnegación que el Destino nos obliga a hacer — ese enigmático y cruel Destino del que me habló de extraña manera el anciano del auto que conocía mi nombre y tenía una mirada tan penetrante!

Y la noche que vió sentarse cerca de su cama a la señora Gattet y al tío Toine, les había dicho con voz tranquila y resignada:

—Abuelita, y usted tío, debo hacerles conocer la resolución que he tomado.

Los dos se miraron vagamente inquietos.

—He tenido tiempo de reflexionar... La enfermedad que he sufrido me ha hecho comprender muchas cosas... Ustedes tienen razón... ¡no debo guardar ya ninguna esperanza de ver regresar a Jean... ya ha concluído!... La otra noche ustedes me trasmitieron el pedido de matrimonio del señor de Laisy. Al principio estuve un poco sofocada... Luego me habitué a esa idea. Hoy ese pedido me parece ventajoso... Y luego.. el señor de Laisy me es simpático... Entonces, acepto. ¡Puede usted decírselo, tío!

—¡Madette! — exclamó la señora Gattet estrechando las manos de la joven. — ¡No te creas obligada a casarte con el señor de Laisy por sernos agradable!

—¡Oh, no tema usted! — contestó la convaleciente.

René, que había vivido en una verdadera inquietud durante los días que se temió una meningitis, acogió con alegría no fingida la noticia que le llevaba el señor Chautin.

Al día siguiente hacía llevar a la que consideraba su novia, un magnífico ramo de rosas blancas.

Pero había decidido no ir a verla hasta que no estuviera completamente curada.

Ese sábado el señor Chautin cenaba con su hermana y había decidido que René iría a buscarlo para asistir a una representación de hipnotismo y ocultismo que se efectuaba en el Edén, por el profesor Wyoming.

Era el tío Toine a quien se le había ocurrido esa idea. René había hecho todo lo posible por disuadirlo de que fuera, pues desde que sabía que Wyoming era su padre, no le agradaba verlo sobre el escenario de un music hall.

Pero el tío Toine era testarudo. Tenía alguna otra idea al insistir tanto? Quizá.

Lo cierto es que el mismo había retenido dos butacas y había dicho a René:

—Mi futuro sobrino, tengo intención de divertirme. ¡El sábado iremos juntos al Edén!...

René se vió obligado a aceptar la invitación.

....

La sala del Edén estaba repleta de un público numeroso y palpitante que había acudido en masa a presenciar las experiencias de ocultismo e hipnotismo anunciadas en todo Saint-Etienne con gran profusión de carteles.

El día anterior, una multitud selecta había asistido a la representación que había obtenido gran éxito.

La reclamo inteligentemente difundida había hecho su obra y esa noche, hubiera sido difícil a los que llegaban tarde hallar un lugar.

—¡Mire! — dijo el señor Chautin al bajar del auto — ¡Comienza a llover!...

Luego tomando del brazo a René le preguntó:

—¿Cree usted en estas historias de hipnotismo? Yo no. Pero estoy seguro de que el profesor Wyoming tiene amigos diseminados por la sala.

—¡No es esa mi opinión! — protestó el joven de Laisy.

El tío Toine se encogió de hombros.

—¡Es usted más inocente de lo que parece, René! — le dijo. — Yo sé lo que me digo. ¡Y le apuesto cien francos contra uno a que su profesor Wyoming no responderá a las preguntas que le voy a hacer!

—¿Tiene usted intención de interrogarlo? — preguntó el joven, inquieto.

—¿Y qué? — exclamó Chautin. — No hemos venido aquí para hacernos mala sangre. ¡Nuestras dos butacas me cuestan cincuenta francos y yo quiero divertirme después de lo que he pagado!...

Había empezado la representación cuando los dos espectadores llegaron a sus butacas de segunda fila.

Sería quizá fastidioso narrar en todos sus detalles las experiencias que esa noche efectuó el profesor Wyoming.

La representación ofrecida por el profesor Wyoming se distinguía de otras, en que era presentada al público con un lujoso decorado hindú y que el hipnotizador y su sujeto estaban vestidos con magníficos trajes

asiáticos y llevaban suntuosos turbantes de seda.

—¡Es extraño! — murmuró el señor Chautin al oído de René. — ¡Me parece que he visto a esas dos personas en alguna parte... ¿pero dónde? ¿cuándo?... — ¡No sabría decirlo!...

—¡Debe usted estar equivocado! — contestó de Laisy en voz baja. — Es la primera vez que este hindú efectúa una representación en Saint-Etienne.

René no mentía, efectivamente, pero su memoria, más fiel que la de su compañero, se acordaba bien de esos dos trajes de las márgenes del Gange, que había visto ya la noche del baile de la Prensa, la famosa noche en que aquel que se decía su padre, después de ser su complaciente banquero, le había dicho que debía casarse a cualquier precio con Magdalena Gattet.

Después de un baile con los ojos vendados, en medio de puñales, frágiles frascos de cristal, y antorchas encendidas, después de la misteriosa animación de una mano de madera colocada sobre una bandeja de cristal, Wyoming anunció que iba a dormir a su sujeto, — Rao — y que iba a pasar entre la asistencia para preguntar a los espectadores las preguntas que desearan hacer a las cuales contestaría en seguida el sujeto dormido.

Wyoming bajó en medio de los sillones de orquesta.

—¡Vamos!, señoras y señores — anunció — hagan señas y sin decir una palabra, pues podrían creer en micrófonos ocultos en el escenario, piensen la pregunta que deseen hacer y el fiel Rao les contestará. ¿Usted, señor?

El profesor se acercó a un espectador que le pedía que se acercara y colocándole una mano sobre el hombro hizo un gesto.

Se oyó la voz de Rao en medio del silencio:

—El señor me pide la fecha y el lugar de su nacimiento. El señor nació en Saint-Etienne, en el No. 18 de la calle llamada Saint-Louis, el 24 de Agosto de 1883, un viernes.

—¡Es exacto! — murmuró el espectador.

Se oyeron aplausos de todos lados.

Varias preguntas hechas, mentalmente sobre los temas más variados y abracadabrantes tuvieron el mismo éxito.

De todos lados, los espectadores llamaban a Wyoming. Pero era en vano que el señor Chautin le hiciera con sus brazos señas desesperadas.

El profesor había visto, hacía tiempo a René y a su compañero, y por la descripción que su hijo le había hecho se dió cuenta de que se trataba del tío de Madette.

No se preocupaba de las señas del hombre, y fingía no verlas.

Pero, cuando tío Toine tenía alguna idea metida en la cabeza, no la tenía en los pies, y su mímica fué tan expresiva, tan insistente, a despecho de los esfuerzos de René para hacerlo callar, que por fin los otros espectadores concluyeron por señalarlo al profesor.

Y éste, bajo pena de verse acusado de eludir las preguntas tuvo, a pesar suyo que acercarse al señor Chautin y preguntarle con la sonrisa en los labios — ¡y que sonrisa! — que pregunta deseaba hacer.

Sacó del bolsillo interior de su saco una imponente cartera y mostrándola a Wyoming le dijo en voz baja:

—Quisiera saber el nombre de las personas que se hallan en la fotografía de aficionado que tengo en la cartera.

"¡Atención!" — pensó Wyoming — estamos en un terreno resbaladizo".

He hizo un gesto hacia Rao, clavando en él su potente mirada, dispuesto a detenerlo si juzgaba necesario.

—El señor me pregunta el nombre de las personas que están en una fotografía que tiene en su cartera — contestó Rao, siempre en estado de hipnósis. — Hay cuatro: veo al señor Antoine Chautin, el señor Jean Martinier, la señora Juana Gattet, la señorita... señorita...

Se detuvo:

—¿El nombre de esa joven, señor profesor? — dijo el tío Toine presa de la más grande emoción.

Wyoming lo miró con una cruel sonrisa.

—Vamos Rao — ordenó — ¿el nombre de esa joven?

René de Laisy estaba lívido.

La voz de Rao se hizo vacilante:

—A esa joven la llaman Madette Gattet — pero ese no es...

Wyoming lo detuvo con un gesto:

—Basta...

—Basta...

—Dió dos pasos para alejarse, pero el tío Toine lo retuvo por el brazo.

—¡Tengo que hacer otra pregunta, señor profesor! — dijo.

Negarse, hubiera sido arriesgar a que todo el auditorio se rebelara.

El viejo profesor se acercó.

—Lo escucho — dijo resignado.

—¿Dónde está el joven que se halla en esa fotografía?

Wyoming le dirigió una mirada llena de rabia, e hizo el gesto tradicional hacia Rao.

—Lo veo — dijo Rao con voz entrecortada — ...como si estuviera muy agitado... lo veo... en un gran camino... es de noche... en motocicleta... Va muy ligero... De pronto dos faros iluminan la noche... llega un automóvil... ¡Ah!...

Y el sirviente hindú cayó como una masa sobre el suelo lanzando un grito.

Toda la sala fué presa de una profunda angustia. Se oyeron algunos aplausos,

Los espectadores se levantaron. Algunos acogieron la caída de Rao con sonrisas de escepticismo

Wyoming en tres saltos estuvo en el escenario y con unos pases magnéticos despertaba a su sujeto, cuyo rostro estaba cubierto de sudor.

Ambos saludaron al público que aplaudía y los aclamaba.

Y el telón del entreacto puso un muro de tela entre el público y la escena.

—¿Y bien? ¿Está usted contento? — dijo René al señor Chautin.

—Sí y no. — contestó el tío Toine. — Es muy astuto... ¡ya se lo había dicho antes!

—¡Quizá todas las verdades no sean convenientes para decirse! — sentenció el joven. — ¿Quiere tomar algo? ¡Todo el mundo nos mira!...

Dió el cuarto de la media noche en el reloj del Hotel de Ville.

La calle Blanqui desparramó sobre la plaza vecina, los espectadores retardados que salían del Eden.

Caía una lluvia fuerte que parecía golpear el pavimento con fuertes latigazos.

Al abrigo de la entrada del music-hall, con las manos en los bolsillos, Roberto esperaba que se calmara la lluvia, para dirigirse a su lejana habitación.

Un murmullo de voces que llegaba del lado del music-hall y que se acercaba lo hizo estremecer.

Sin duda, los empleados que iban a cerrar la verja del hall.

Pero, en lugar del hombre de blusa azul, vió surgir del corredor a un individuo extraño envuelto en un largo sobretodo y con un turbante inmaculado. "¡Ya no estamos en carnaval!" — pensó Roberto.

Rao — pues era el — atravesó la calle corriendo y abrió con una pequeña llave la puerta de un auto obscuro que estaba arrimado a la acera.

Casi en seguida, dos hombres que salían del music-hall, llegaron al hall conversando.

De pronto Roberto, quedó petrificado y recibió en el corazón un choque espantoso; esa voz, esa silueta ¡que horrible recuerdo le traía!...

El profesor Wyoming y el director del Edén se detuvieron a su lado, esperando que Rao pusiera el auto en marcha.

—¡Esté tranquilo! — decía el director — el público volverá mañana en masa.

—Estoy muy contento — dijo Wyoming — tanto por usted como por mí. Hasta mañana, señor director.

—Hasta mañana a las dos, señor Wyoming El espectáculo empieza a las dos y cuarto.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Uno volvió a entrar al music-hall, el otro subió al auto.

Roberto vacilaba. Durante los dos segundos que esos hombres habían pasado ante el tuvo tiempo de reponerse y prestar atención.

No tenía la menor duda. El hombre que acababa de hablar con el director del Edén y el que había visto salir del auto, en el camino de Rive de-Gier cierto domingo de invierno, e inclinarse sobre el cuerpo de Jean Martinier, y que le había pedido a él, Roberto, que fuera en busca de socorro, no eran más que una sola persona.

¡Y se llamaba Wyoming!

¿Tendría al fin la clave del enigma?

Roberto se apartó para no hacerse ver.

¿Iba a dejar escapar el único medio de saber quizá, todo lo que deseaba conocer desde hacía varios meses?

¿Iba a hallarse sólo sobre la acera desierta como antes?

Había que tomar inmediatamente una decisión, sin esperar un segundo más.

Roberto, sacó bruscamente sus manos de los bolsillos. De un gesto rápido se hundió más el sombrero, y con una rapidez asombrosa en un ser que tenía la costumbre de ir encorvado sobre sí mismo, saltó, en el momento que echaba a andar, sobre el paragolpes trasero del coche, se sostuvo del neumático de repuesto, cubierto de tela encerada que estaba colocado allí y se dejó llevar con rapidez por la carrera del coche que subía la calle Blanqui.

—¡El todo por el todo! — se dijo.

El auto atravesó la plaza Fournegron y tomó el camino de Saint Chamond.

Prendido con sus dedos al neumático los pies sólidamente sujetos al paragolpes, Roberto, parecía formar parte del coche y con mirada preocupada, veía como corría debajo de él el camino, sobre el cual los charcos de agua parecían los mil fragmentos de un espejo roto.

¿Hasta dónde lo llevarían? El no sabía. Llegado a Saint Chamond, el coche tomó a la derecha, entró por la avenida de árboles que conduce a la estación, pasó bajo el puente del ferrocarril y se dirigió al camino de Coin. Roberto vió en la noche, el valle que se agrandaba, largas flechas de iglesias y altas chimeneas que se extendían hacia el cielo obscuro.

Pero el auto, no tardó en disminuir la velocidad.

Luego, dobló a la derecha y se inmovilizó ante el portón de hierro de una gran propiedad.

Roberto, oyó que se abría la puerta del coche y una voz, la del profesor Wyoming que decía:

—Quédate ahí, Rao... No olvidemos que Bagheera está en libertad por el parque. Yo mismo la haré entrar en su jaula. Después abriré el portón y tú entrarás el auto al garage.

—¡Entonces vive aquí! — se dijo Roberto. Pero que quiere decir. ¿A quién va a encerrar en su jaula?...

Wyoming abrió una pequeña puerta y desapareció en la propiedad. Un aullido potente y desesperado acogió su llegada.

El mendigo del Bosque Negro no pudo reprimir un estremecimiento que le recorrió de pies a cabeza.

—¡Diablo! — pensó. — ¡Qué extraños habitantes tiene este parque!... ¡Diríase el grito de una fiera!...

Sus manos se entorpecían de sostenerse en la rueda, sus pies estaban como dormidos.

Con infinitas precauciones Roberto se puso de pie y se estiró alegremente.

—¿Qué haré ahora? — se preguntó.

Esperó un momento sin moverse.

De pronto oyó en la propiedad pasos y el ruido del portón que se abría.

Pero, al mismo tiempo, un turbante blanco surgió ante él, dos brazos potentes lo agarraron y una voz exclamó:

—¡Mi amo! ¡Mi amo!...

—¿Que hay? — dijo Wyoming acudiendo.

—Este hombre... — contestó Rao tratando de dominar a Roberto que se debatía este hombre estaba ahí... detrás del auto... junto a la rueda de repuesto.

—¡Al coche! — ordenó el profesor.

En un momento, Roberto fué inmovilizado y levantado hacia el auto. Lo amordazaron.

El auto entró en la misteriosa propiedad.

Capítulo XVIII

UNA NOCHE DE TORMENTA

Roberto era prisionero de Wyoming.

—¿En que antro acabo de penetrar? — pensaba. — ¿Cómo voy a salir?

Luego, la imagen de Jean apareció imperiosa en su cerebro.

—¡Qué loco soy!... ¿Puedo hallar mejor ocasión para entrar a la casa?... Quizá sabré la clave del misterio que tanto me intriga. El señor Wyoming no me matará, supongo...

Por eso, dócil como un cordero, bajó del coche y se dejó llevar al vestíbulo de la casa, cuya puerta se cerró ruidosamente tras de sí.

—¡Sígueme! — ordenó Wyoming penetrando en el corredor que conducía al salón circular donde tanto le agradaba estar.

El viejo profesor levantó el cortinado que cerraba la entrada, hizo pasar ante él a su prisionero y encendió la luz.

—¡Ahora vamos a hablar! — exclamó dirigiéndose hacia Roberto.

—¡No me haga mal! — balbuceó este protegiéndose el rostro con las manos.

—¡Inútil que se haga el tonto! — prosiguió Wyoming. — ¡Conmigo eso no vale!... Primero, ¿cómo te llamas?

—¡Roberto! — contestó el mendigo.

—¿Roberto qué?

—Roberto, nada más. Canto en todos los patios y en todos los cafés para ganarme la vida, y jamás hice daño a nadie.

—¡Ya! ¡Ya! — gruñó Wyoming. — ¿Cómo estás aquí?

—¡Qué pregunta! — respondió Roberto dando vueltas entre sus manos al sombrero, — fueron usted y el hindú, los que me trajeron!...

—No es eso lo que te pregunto!... ¿Cómo estabas a la una de la mañana detrás de mi coche y frente a mi propiedad.

—¡Bah! me había colocado detrás junto a la rueda!...

—Hubieras podido matarte. ¿Por qué hiciste eso?

—Para dar un paseo... Cuando uno no puede sentarse entre los almohadones de un auto, se hace lo que se puede... se sube detrás...

—¡Me parece que te burlas de mí! — exclamó el viejo profesor amenazante.

—No me burlo de nadie — dijo Roberto perfectamente dueño de sí mismo. — Digo la verdad... además, no le he hecho ningún daño...

—¿Dónde subiste a mi auto?

—¡En Saint Etienne!

—¿En qué lugar de Saint Etienne?

—¡Ante el Edén donde su coche esperaba!

Wyoming clavó su mirada en su interlocutor.

—¡O, este hombre es loco o se hace el loco de una manera muy inteligente!...

De pronto frunció el ceño.

—¡Yo te vi en alguna parte! — dijo.

—¡Sólo las montañas no se encuentran! — contestó Roberto.

Esta respuesta pareció sumir al profesor en un abismo de reflexiones.

El mendigo del Bosque Negro se encogió de hombros.

—¡Si se acuerda del accidente de Jean — se dijo. — ¡Soy hombre muerto!...

Luego con voz natural, contestó:

—No sé donde nos hemos podido encontrar... En un café, quizá... ¡Tanta gente me ve al cabo del día!... Pero le aseguro que es la primera vez que me hallo ante usted... ¡Y espero que sea la última!...

—¡Basta de bromas! — dijo Wyoming golpeándole con la mano sobre el hombro. — ¡Confiesa francamente que alguien te ha pagado para que me espíes!...

—¡No sé lo que usted quiere decir! — replicó Roberto.

—No creo una palabra de todo lo que me has dicho. ¡Vamos! dime la verdad o tendré que obligarte.

—Si he hecho algo mal, le pido disculpas...

—Por última vez ¿hablarás?...

Y como Roberto guardara silencio, Wyoming levantó el cortinado y llamó con voz fuerte:

—¡Rao!...

Pero retrocedió.

—¡Usted aquí, señora! — exclamó.

Irene Valmont envuelta en un vaporoso peinador blanco, acababa de aparecer.

Al ver esa femenina aparición Roberto quedó como herido por un rayo.

Su boca se abrió y sus ojos se agrandaron, echándose a temblar.

Pero tuvo la fuerza de colocarse el sombrero y bajar el ala sobre su cara.

—Perdone que lo moleste — dijo Irene extrañada al ver a Roberto. — No lo oí venir. — un ruido de voces me despertó y no sabiendo quien hablaba con tanta animación he venido a ver...

Y señalando a Roberto:

—¿Es un nuevo pensionista? — preguntó.

—¡No sé! — contestó enigmático el opiómano. — Es un hombre al que Rao sorprendió al llegar detrás del coche.

—¡Pero si es Roberto! — exclamó Irene. — ¿Todavía vive?

—¿Lo conoce usted señora? — preguntó Wyoming muy interesado.

—¿Quién no conoce a Roberto en Saint Etienne — siguió la señora Valmont. — Cuando yo era soltera — y eso no es de ayer ya mendigaba... ¿No le hará usted daño verdad?

—Quiero saber — cortó Wyoming — por qué me espía y quien le pidió que me siguiera hasta aquí.

—Pero mi amigo — replicó Irene — es inútil que se preocupe!... Roberto era ya, hace veinte años, medio loco... No tiene control de sus actos... Se puso detrás de su auto... no sé porque... ¡debe estar extrañado de hallarse aquí!

—¿Le parece a usted? — dijo Wyoming perplejo.

—¡No hay dudas! Devuélvale la libertad. Tendrá un castigo bastante duro debiendo volver a Saint Etienne.

Mientras hablaba, Irene se apoyó negligentemente contra la puerta descubriendo un brazo perfecto y blanquísimo.

—¡Se hará según su deseo! — dijo Wyoming turbado. — Sus palabras me han tran-

quilizado. Vaya a dormir en paz. ¡Temo que tome usted frío!... La noche es muy húmeda.

—¡Buenas noches! — dijo Irene.

Roberto apretó los puños.

—¡Buenas! — dijo Wyoming volviéndose hacia el mendigo — ¡Vete y no empieces de nuevo.

Levantó la cortina e hizo señas a Roberto de que pasara.

Pero éste se quedó inmóvil como si no hubiera entendido.

—¿Y que esperas? — replicó Wyoming. — ¡Te digo que te vayas!...

—¡Todavía no! — dijo Roberto con voz tranquila.

—¿Qué quieres?... ¿una limosna?... ¡Toma!... Ahora vete ¡Y rápido!

—¡No quiero limosna de usted! — dijo el mendigo entre dientes — quiero saber una cosa...

—¡Ah!... ¿y que es?...

—¡Algo que me interesa!

Diciendo estas palabras, Roberto se había colocado con decisión ante el profesor que le cerraba la puerta.

—¡Sí!... y que me va a decir en seguida!

Roberto había tomado al opiómano por las muñecas y clavaba en sus ojos su mirada de acero que había tomado una potencia extraordinaria.

Wyoming quiso desprenderse, pero las manos de Roberto lo sostenían como una tenaza. Al mismo tiempo sintió que un malestar lo penetraba y que su voluntad vacilaba en su cerebro oscurecido.

Trató de dominarse.

Pero el esfuerzo que hizo fué en vano. Una fuerza misteriosa lo mantenía sin defensa, bajo el dominio de Roberto.

Le era imposible hacer un movimiento, ni siquiera pensar. Su cuerpo y su espíritu parecían presas de los tentáculos inexorables de un pulpo, y sentía que perdía el conocimiento.

—¿Tu nombre, bandido? — ordenó Roberto. — Tú "verdadero" nombre.

Y se inclinó amenazador sobre el rostro exangüe del profesor.

Los labios de éste se entreabrieron y articularon una palabra.

Debe creerse que ese nombre fué terrible, puesto que Roberto, al oírlo, lanzó un rugido de cólera y levantando la cabeza exclamó:

—¡Te había reconocido!...

Luego sacudiendo a Wyoming le preguntó.

—¿Es tu amante Irene Valmont?

—No — contestó el opiómano anonadado.

—¿Jamás lo fué?

—¡No!... Jamás...

Roberto sonrió.

—¡Tienes suerte!...

Luego siguió su interrogatorio.

—¿Dónde está Jean Martinier?

—¡Aquí!

El mendigo lanzó un suspiro de satisfacción.

—¿Muerto o vivo?

—¡Vivo! — contestó Wyoming.

—¡Estaba seguro — exclamó Roberto. Ahora, ya sé bastante...

Y soltando al profesor, lo empujó a un diván.

—¡Cobarde! — le dijo con una mirada de desprecio.

Y desapareció trás el cortinado.

En el vestíbulo tropezó con Rao. Recobró en seguida su imperturbable sangre fría su aspecto de sufrimiento y preguntó humildemente:

—¿La puerta, dónde está?

—¿Dónde va? — preguntó el sirviente estupefacto.

—El señor Wyoming me dijo: ¡Ve al diablo! Y yo me voy...

Rao no tenía costumbre de discutir las órdenes de un amo como el suyo.

—¡Bien! — respondió. — ¡Sígame!

Y le llevó hacia la puerta de hierro de la propiedad.

Una vez solo en el camino, el mendigo se orientó, observó cuidadosamente la entrada de la propiedad, constató la altura de sus muros y satisfecho de su examen se alejo rápidamente.

La lluvia había cesado y soplaba un viento bastante fresco que venía del Norte.

Roberto siguió el camino que lleva a Saint Chamond teniendo cuidado de anotar en su memoria todos los detalles que podían conducirlo al buen camino cuando volviera.

—¡Ah! ¡El bandido! — monologaba. — ¡Al fin lo desenmascaré!... He necesitado tiempo, pero lo he conseguido!...

Ahora ¡Ya sé! Y comprendo lo que ocurrió la noche... la famosa noche del accidente... se libró de mi bajo el pretexto de ir a buscar socorro y cuando estuvo solo puso al herido en el auto y lo llevó a su casa donde nadie iría a buscarlo... No veo el móvil que así lo hizo proceder pero una cosa es cierta; él ha secuestrado a Jean Martinier. Será evidentemente curioso saber por que. Pues un hombre como... como Wyoming jamás procede así sin tener razones muy serias.

¡Veamos!... Había que hacer relaciones entre el secuestro de Jean y la aparición cerca de Madette de ese elegante joven... ese señor de... de Laisy! Sí, perfectamente, ese señor de Laisy que parece haberse deslizado misteriosamnte en la intimidad del señor Chautin el tío de Madette, lleva un fin que creo adivinar...

"¡Tendré que investigar eso!

"¿Y Irene Valmont? ¿Qué puede hacer en todo eso Irene Valmont?... ¡Eso no lo entiendo!... Y sin embargo estaba al lado de Wyoming el día del accidente de Jean... No hay dudas sobre eso... ¡La polvera que recogí es la prueba!

Entonces, ya que no es la amante de ese individuo ¿qué hace en su casa?...

"Sea como sea ¡sé lo que me queda por hacer! Volver a Saint Etienne lo más pronto posible, dirigirme a la policía, pedir hablar con el jefe de Seguridad, y anunciarle que Jean Martinier es el prisionero de Wyoming!

Mientras hablaba consigo mismo, Roberto había dejado atrás Saint Chamond y marchaba ahora hacia Saint Etienne desierto a esa hora.

Ya palidecía el cielo del lado del Este y hacía prever el alba cercana.

De pronto, la idea que le atravesó el cerebro lo dejó clavado en el suelo.

Hizo un gesto de impotencia y golpeó el suelo con rabia.

—¡Imposible! — rugió entre dientes. — ¡No puedo advertir a la policía! Sería condenar a Irene, señalándola como cómplice de Wyoming...

Presa de febril agitación Roberto siguió su camino.

—¡Qué cruel dilema! — gemía — comprometer a Irene o no denunciar a ese innoble individuo!... ¿Comprometer a Irene? Eso jamás, pues pondría las manos al fuego asegurando que no es culpable...

¿Cómo y por qué se halla esa pobre mujer presa de ese monstruo? ¡Debo saberlo!... ¡Quizá es más desgraciada de lo que yo creo!... Wyoming la retiene prisionera a su modo o la guarda como rehen en caso de peligro!

...Y sin embargo ¿tengo derecho a dejar que ese siniestro profesor proceda al márgen de la ley? ¿Secuestrar jóvenes?... ¡Oh, sería demasiado cómodo!

Jamás me he visto tan indeciso!... y sin embargo debo tomar una determinación lo más pronto posible...

¡La vida de un hombre depende quizá de ella! Jean Martinier vive hoy, es cierto, pero mañana quizá esté muerto. Si hace tantos meses está secuestrado es porque Wyoming persigue un fin maquiavélico. Pero ¿cuál?. ¡Ah! me faltó sangre fría hace un rato! Mientras me hallaba frente a frente a ese individuo debí averiguar todo!...

Hubiera debido hacerlo porque lo tenía en mi poder, pedirle que me hiciera ver a Jean, interrogar a Irene.

No me lo hubiera negado y ahora en lugar de romperme la cabeza, sabría todo ¡todo! En fin lo que está hecho, ya está, no se puede volver atrás!...

Sin embargo. ¡Sí, se puede volver! Puesto que con la policía me veo obligado a guardar silencio, a causa de Irene, sería cometer una cobardía alejarme de donde Jean Martinier está prisionero!...

¡Veamos! ¿Qué día es hoy?... Domingo. Sin duda Wyoming tiene todo el día ocupado, tanto la tarde como la noche, con sus representaciones del Edén.

No tendrá pues materialmente tiempo de hacer nada contra Jean...

Yo me siento al final de mis fuerzas y Ojos de Oro debe esperar su comida diaria. Voy a dormir unas horas en mi casa del Bosque Negro y desde esta noche estaré de nuevo a la puerta de la casa de Wyoming!"

....

La luz eléctrica iluminaba el pequeño salón redondo dando reflejos de oro a los tapices y a las divinidades indias colocadas sobre estantes.

Del "vitraux" circular del techo caía la luz azulada del día, una especie de luz crepuscular que las lámparas eléctricas hacían aún más pálida.

Wyoming se levantó lentamente reprimió un estremecimiento que lo recorrió todo y se preguntó:

—¿Por qué diablos estoy aún aquí?

De pronto, sin transición, le volvió el recuerdo de la noche anterior, del descubrimiento hecho por Rao, de Roberto disimulado detrás del automóvil, del interrogatorio que había hecho sufrir al mendigo. De la llegada inopinada de Irene.

Pero, a partir de ese momento en su memoria se producía un vacío.

Tocó un timbre y esperó, en apariencia muy tranquilo. Pero el movimiento nervioso de su pie martilleando la alfombra revelaba su impaciencia febril.

Rao vestido con su túnica blanca levantó la cortina y quedó inmóvil en el umbral.

—¡Acércate! — le ordenó Wyoming.

Rao dió unos pasos hacia adelante.

—¿Qué se hizo del idiota de anoche? — interrogó.

—Mi amo — respondió el sirviente. — Usted mismo despidió a ese hombre.

—¿Quién te dijo?

—El. Lo encontré en el vestíbulo. Me preguntó donde estaba la puerta y pretendió que usted le dijo que fuera al diablo.

—¿Y después?

—Lo acompañé hasta la verja y él se fué.

—Bien. ¿Cómo está Bagheera esta mañana?

—Estaba helada, mi amo, por haber pasado una parte de la noche en la humedad. Le acabo de encender el calorífero.

—Has hecho bien. Vete.

La cortina cayó, rígida detrás de Rao.

Wyoming permaneció con aire pensativo sentado en el diván.

—¡Es formidable! — se dijo. — No me acuerdo de la partida de Roberto...

Tuvo de pronto una crispación dolorosa y se tocó los puños. ¡Cuanto le dolían esa mañana! De lívido que estaba, su rostro se puso verdoso.

—Sí, me acuerdo ahora. Estas marcas son la prueba palpable. ¡Ese infernal mendigo me ha dominado!... "Quiero saber una cosa", me dijo amenazador. ¿Qué era esa cosa terrible que tanto interés tenía en preguntarme, pues arriesgaba su vida al decirme semejante insolencia?...

Wyoming se torció las manos con desesperación.

—¿Qué le contesté? He ahí el enigma horrible. ¿Qué secreto de mi vida le he descubierto? ¿Es a propósito de Irene Valmont? ¿de Jean Martinier? ¿o de otra cosa? ¡Ah! ¡Haber sido vencido en su propio terreno!... ¡Qué ironía y que decepción!... ¿Quien es ese hombre, quien es ese Roberto?... ¿Quién es? ¿De dónde viene?

Wyoming se secó con un pañuelo de seda, el sudor que le mojaba las sienes.

—¡Ah! — gimió — ¡estoy en un buen estado!... Y mientras me enervo, mientras trato de penetrar las tinieblas que me rodean ese condenado mendigo tiende quizá sus redes y trama contra mí cosas de las que no podré defenderme pues las ignoro!...

¡Vamos! ¡Vamos! ¡Wyoming, ten calma! La cólera es siempre mala consejera. Hagámonos con tranquilidad esta pregunta: ¿Dónde he visto a Roberto?...

No es seguramente ni en Lyon; ni en París ni en la India...

(Continuará)

El Tesoro de la Isla del Muerto

LA PELEA EN LA TABERNA

"UNA vida de aventuras — Arrullado por el mar"...

El joven de cabellos rizados, de rostro tostado por el sol y hombros fuertes, canta la vieja canción de los lobos de mar, inclinado sobre el muro del puerto, cubierto de verdín, mientras dejaba vagar sus ojos por el atrayente panorama de una cantidad de embarcaciones diversas que se mezclan, ancladas, a impulso de las olas.

Recibía impasiblemente salpicaduras de las olas, porque Langley Morgensen descendía de generaciones de marinos y le costaba abandonar aquel escenario, a despecho del motivo que lo había traído a Brixham ese día.

—¡Ah! — el rostro de Langley tomó expresión de interés, mientras sus vivos ojos azules descubrían al fin una goleta de tres mástiles, anclada en el puerto. Desde donde estaba, podía leer su nombre "Santa Rita", con letras muy visibles, a popa.

Como todo Brixham sabía, su propietario, Josiah Morgensen había fallecido ese mismo día, circunstancia que hizo hablar a todos de las proezas de aquel viejo y endurecido gigante, que había sido amigo de muchos y temido enemigo de otros.

El viejo Morgensen daba con la misma facilidad una bolsa de oro que rompía un cráneo, cuando la ocasión se presentaba.

Muchas riquezas había acumulado el viejo Josiah; parte de ellas con honrado comercio, parte quitado por derecho de conquista a los buques españoles que habían tenido la mala fortuna de aparecer en el horizonte tentadoramente, cuando estaban lejos de las costas de Inglaterra.

Su sobrino, Langley, tenía mucho parecido con el viejo Josiah. Langley era un verdadero Morgensen por su espíritu de aventura. Sentía mucho afecto y admiración por su tío y su rostro se entristecía al pensar que nunca más volvería a ver al gigantesco viejo dando órdenes, desde la cubierta del "Santa Rita", a su aventurera tripulación.

Un suspiro escapose de los labios del joven Langley al comprender que la muerte lo había privado de su único guía, filósofo y amigo.. En la bolsa del joven había una sola moneda de oro. Eso y el zurcido traje negro que cubría su fuerte cuerpo, la larga espada de acero toledano y un corazón lleno de valor y de esperanza, eran todo lo que poseía en el mundo. Había abandonado aquella mañana la aldea de pescadores de Stoke Fleming, con toda su fortuna a la espalda.

Para el futuro no había hecho planes; pero Stoke Fleming no lo vería más. A eso estaba bien resuelto. En adelante, buscaría las aventuras que ansiaba su corazón y su hogar sería el mar sin límites. Muchos, en Stoke Fleming, se alegrarían de que Langley Morgensen no volviera, porque el genio vivo de los Morgensen, pronto a vengar un insulto con la espada, si era necesario, le había atraído la enemistad de muchos tiranuelos que vieron en el joven blanco fácil para sus mezquinos desahogos.

—Una linda embarcación... — formuló Langley en voz alta sus pensamientos al examinar la "Santa Rita", con sus cubiertas desiertas, sus mástiles de pino escogido y sus blancas velas. — Digna de un Morgensen..

Mientras el joven cavilaba así, olvidado de la misión que lo había traído a Derespan Manor, donde lo llamó el abogado Shanks, un bribón, de frente estrecha, lo miraba con escrutadores ojos.

—Un joven resuelto. Pobre; pero quizá

Aventuras de Bar

gugli, por Debeck
BUENA IDEA, BARNIGLI; PERO TE RECOMIENDO PRUDENCIA
CARAMBA, TIMOTEO. ¡QUE APURO PARA VER A ESE ZANAHORIA
¡MIREN; AHI VIENE!
ESTA PREGUNTANDO POR TI. BARNIGUGLI
DICEN QUE PARA RASCARSE USA UN RASTRILLO DE CHACARERO
¡QUE VOZARRON TIENE!
¡QUIERO VER A' ESE POBRE GATO DE FORTACHUN
G. B.
ES ESE MONO QUE LLA ALLI ARRIBA?
?
!SALVESE QUIEN PUEDA!
AHORA VAS A VER
¡AUXILIO! ¡AUXILIO!
¡AY!
¡CHE, FORTACHUN! LEVANTATE EN SEGUIDA. TIENES QUE VENGAR UNA OFENSA QUE "HEMOS"RECIBIDO
DE BECK

tenga en el fondo de su bolsa una moneda o dos — Fué lo que la primera mirada reveló a Sly William, — la rata de puerto más astuta de todo Brixham — ¡Que me corten el gañote si no me parece fácil de desvalijar!

Con aquel caritativo objeto en vista, William chocó pesadamente contra Langley, le pegó un puñetazo con su huesosa mano y casi lo hizo caer por encima del bajo muro. Al mismo tiempo le arrebató la bolsa y trasladó la guinea de oro que contenía a su espacioso bolsillo. Luego echó a correr.

Lastimado en su vanidad más que en el cuerpo, Langley se puso, tambaleante de pie, El tipo le había pegado con una fuerza que no le hubiese sorprendido hallarse con la mandíbula rota. Pero no era el golpe lo que dolía a Langley, si no la herida de su vanidad. ¡Pensar que había sido robado en pleno día, por un miserable ratero del muelle!

Con la rapidez del rayo, desnudó su espadín y se lanzó tras el ladrón.

Cerca había una red de callejuelas, por una de las cuales dobló el ladrón, perseguido por Langley. El bribón se detuvo un momento bajo la muestra agrietada de una taberna de sospechoso aspecto, abrió la puerta de un puntapie y desapareció en su interior.

Langley lo siguió, sin un momento de vacilación.

Sus ojos se achicaron dentro de la habitación, obscura y baja de techo. Sus narices temblaron al sentir el olor nauseabundo. Y de pronto el pensamiento de Sly William borrose de su mente.

En el extremo de la pieza oyó rumor de voces y chocar de aceros.

Por lo menos una docena de truhanes de siniestra catadura, atacaban a un hombre con alfanjes, puñales y cuanta arma tenían a mno.

Langley observó fascinado la habilidad con que se defendía el hombre, retirándose hacia la puerta por donde Langley acababa de entrar, manteniendo a raya, con magistrales estocadas, al grupo de asesinos.

—¡Rayos y truenos! — rugió el posadero. — ¿No podéis veinte de vosotros con él?

La risa burlona del atacado se oyó en respuesta.

—Aunque fueran dos veces más, no podrían.

A Langley le emocionó aquella risa argentina, la voz rica y sonora. Sus ojos trataban de seguir el movimiento de la espada del desconocido y no podían. A cada esto ada a fondo, una víctima gritaba y retrocedía, dejando paso a un camarada; pero el desconocido, aunque esbelto y delgado, parecía incansable.

—Venid, escoria de los siete mares — la voz era desafiante. — ¿Qué os parece el sabor del honrado acero?

Aullando, maldiciendo, los bandidos lo atacaban, con sus alfanjes y afilados aceros; pero las puntas eran diestramente apartadas y cada estocada devuelta con creces.

—¡Tened cuidado! — la voz de Langley resonó como un clarín sobre el tumulto, porque vió volar hacia el desconocido un banco de tres patas, lanzado por algún ladrón traicionero que se mantenía al margen de la pelea.

Un momento después, Langley se lanzaba en medio de los combatientes, espada en mano. Ignoraba el motivo de la pelea; pero allí había un hombre luchando contra muchos y era preciso ir en su auxilio.

El taburete pegó al espadachín un golpe en la cabeza y le hizo perder el equilibrio. Como una manada de tigres, los asesinos lo rodearon, ansiosos de asestarle el golpe mortal.

Pero encontraron otra espada que relampagueaba, conteniendo el ataque. Una espada que les hizo frente, con la rapidez del rayo, manejada por un jovencito.

EL RISUEÑO DESCONOCIDO

—¡Un Morgensen!... — uno de los bandidos reconoció el parecido con el viejo Josiah y se santiguó — Conocía bien a la aventurera familia y la pasta de que estaban hechos. — ¡Un cachorro de tigre!

—¡Atrás escoria de los albañales! — exclamó Langley con tono vibrante. — ¿Queréis probar más acero?

Peleaba junto al desconocido que estaba en el suelo y sin duda su rapidez en tomar parte en la desigual batalla salvó la vida del espadachín.

—¡Mil gracias, mi valiente y joven señor! — dijo la voz musical y atrayente del desconocido. — Manejáis admirablemente la espada.

—No tenéis por qué darlas, señor — respondió Langley. — Es lástima que tan buena hoja se ensucie en semejante carroña.

—¡Atravesadlo!

—¡Matad a esos perros!

Maldiciones y amenazas se mezclaban al ruido de los aceros. En el sucio piso de piedras yacían media docena de ratas del muelle, palpándose sus heridas. Pero sus compañeros seguían atacando implacablemente.

En el fondo, el tabernero, tan bandido como los demás, azuzaba a los asesinos. Sería para él una buena presa si el gallardo desconocido, de traje de terciopelo con encajes de seda blanca, era vencido.

Pero el valiente desconocido y su nuevo aliado, Langley eran muy capaces de mantener a raya a un puñado de miserables como aquellos, puesto que les faltaba valor.

Paso a paso, Langley y el risueño desconocido retrocedieron hasta la puerta, relampagueando a derecha e izquierda sus espadas, que parecían lenguas de serpientes furiosas. Medio desalentados ahora, los asesinos los siguieron; pero apenas alguno de ellos escapó sin una señal del desigual combate.

—Pasad primero, señor — sonrió Langley cortesmente al llegar a la puerta.

—Vos primero, joven — fué la respuesta y Langley se sintió suavemente empujado hacia la sucia calle, pavimentada de guijarros que había detrás.

Un segundo más tarde, el desconocido se le reunía.

Langley no podía ver mucho de su cara,

bajo las largas plumas del sombrero y en la media luz del crepúsculo; pero lo que vió dejolo maravillado. El desconocido era rubio, de cutis delicado como el de una mujer y voz argentina, embrujadora.

—¡Mil gracias! — hablaba el desconocido otra vez. — Y si quereis hacer el honor de decirme vuestro nombre, os quedaré más en deuda todavía.

—Langley Morgensen, a vuestro servicio— contestó el joven — La deuda no existe. Hice lo que cualquier hombre de honor hubiera hecho en mi lugar.

No vió el brillo de los ojos del desconocido al oir su nombre.

—¡Un Morgensen! A la verdad que pasan cosas extrañas...

—¿Y vuestro nombre, señor? — preguntó el joven — Sería realmente un honor para mí conocer a tan gallardo espadachín.

Oyose una risa musical y una cortés negativa.

—Mi nombre, valeroso señor, poco importa. Pero volveremos a encontrarnos y vos lo celebraréis... no — concluyó entre dientes.

Langley y el desconocido iban caminando por la callejuela mientras hablaban. No se advertían señales de persecución. Los ciudadanos de la taberna Luz del Puerto no tenían más coraje para seguir peleando.

—Me despido de vos, valiente señor — dijo el desconocido. — Y una vez más, mil gracias,.

Al decir esto inclinose elegantemente, se envolvió en su capa y desapareció a la vuelta de la esquina.

Un extraño sentimiento apoderoso de Langley mirándolo alejarse. ¡Qué manera de manejar la espada! ¡Qué valor! ¡Qué bueno hubiera sido afrontar al mundo con semejante compañero!

Poco imaginaba Langley que el desconocido estaba destinado a cruzarse en su camino desde aquella hora en adelante.

Silbando alegremente continuó el joven su camino, tomando la vereda que conducía a Derepan Manor, que estaba edificado en lo alto de los riscos. Todo pensamiento de venganza contra el ladrón que lo había asaltado en el muelle había desaparecido de su corazón después de su emocionante encuentro en la taberna. La fresca brisa del mar alborotaba sus rizados cabellos a medida que iba subiendo más alto y el joven ofrecía un hermoso aspecto de virilidad y romanticismo cuando se detuvo en los altos riscos y miró hacia el mar.

El cielo estaba nublado y, a despecho de la brillante puesta de sol — no quedaba ahora más que un reflejo rojo en el horizonte — venía tormenta.

Pasando el cabo, a mitad del camino del puerto, un bergantín de tres mástiles estaba anclado. Los ojos de Langley se sintieron extrañamente fascinados por aquel buque. Era extranjero en el puerto de Brixham.

Seguramente el capitán de aquel hermoso bergantín buscaría abrigo en el puerto si la tormenta estallaba y no pasaría una hora sin que ocurriera esto, pensó Langley.

Mientras estos pensamientos pasaban por su mente oyó el ruido familiar de la cadena de un ancla, al ser levantada.

El joven estuvo unos minutos inmóvil observando al bergantín mientras se deslizaba hacia las aguas más tranquilas del puerto, sin soñar que abordo de aquel buque estaba alguien que debía en adelante y a intervalos, atravesarse en su camino.

UN EXTRAÑO LEGADO

—¡Caramba! ¡Vaya una hora de llegar, señorito Langley!

El viejo abogado Shanks, que se estaba sirviendo una pulgarada de rapé dirigió al joven una mirada desaprobadora.

—Disculpad, señor; — replicó Langley, sin intimidarse por aquella represión o por las miradas agrias que los otros ocupantes de la pieza, con paneles de roble, le dirigieron al entrar, pero hay bastante distancia de Stoke Fleming a Brixham.

¡Mis saludos, caballeros!

Se inclinó con gravedad ante la compañía y sentose en una silla jacobina de alto respaldo, exquisitamente esculpida. Desde entonces parecían interesarle más las picas y armaduras que brillaban en aquellas antiguas paredes que los términos del testamento de su difunto tío.

Sobre la ancha y espaciosa estufa, donde chisporroteaba un fuego de leña, había un gran retrato que no podía ser otro que el difunto Josiah Morgensen. Había un extraño parecido entre el inanimado rostro del retrato y el sano y juvenil que lo contemplaba fijamente. La nariz un poco aguileña, los ojos serenos y brillantes, la mandíbula fuerte y dominadora, los hombros, erguidos.

El mismo parecido se advertía, a primera vista, en Black Morgensen, hermano mayor de Josiah; pero de más cerca, disminuía. Faltaba en él el aspecto valeroso y resuelto. Sin embargo, era Black Morgensen que parecía dominar allí a todos sus hermanos... con excepción de uno.

—¡Vamos, hijo de Satanás! — rugió al fin — ¿Es que no vais a llegar nunca al testamento?

—Paciencia, buen señor — graznó el viejo Shanks — Sabéis bien que estaba esperando al señorito Langley.

—¡A ese currutaco afeminado! — dijo con sarcasmo Morgensen. — ¡Triste cosa tenemos los Morgensen que esperar se digne presentarse!

Langley, que sólo oyó a medias la observación, dirigió una mirada de enojo a su tío. Nunca se habían querido. En verdad había poco afecto entre los miembros de aquella extraña y salvaje familia.

El abogado Shanks prosiguió su tarea.

—Caballeros, mis buenos señores, el difunto Josiah Morgensen era algo excéntrico, como todos sabéis. Sinceramente, como albacea suyo, tiemblo al pensar que tengo que llevaros su última voluntad. Hay una especie de homilía, de alguna extensión, en que os

exhorta a todos a reformar vuestras vidas y...

Aquello era más de lo que el impaciente Black Morgensen podía soportar.

Saltando de su silla amenazó con el puño, primero al pequeño abogado que vestía descolorida levita negra y luego al retrato de su difunto hermano, que descansaba desde ese día a la sombra del cementerio de la aldea.

—¡Rayos y centellas! — exclamó — ¿Es que todavía nos van a molestar los rezongos de ese idiota ahora que no está más en el mundo? No tuvimos bastante que aguantarle al viejo hipócrita mientras vivió? El testamento, viejo marrullero. Lea el testamento.

¡Crac!

Apenas habían salido de sus labios aquellas palabras cuando el retrato de Josiah Morgensen se desprendió de la pared, habiéndose roto el cordón que lo sujetaba.

Cayó mismo a los pies de Black Morgensen.

Los supersticiosos que había en la asamblea tomaron aquello como una prevención y un reproche. Se oyó arrastrar las sillas, mientras se apartaban del cuadro. Sólo quizá el joven Langley permaneció imperturbable. Con reverente cuidado levantó el cuadro y mientras lo apoyaba contra una pared, lo contemplaba con admiración.

—¡El testamento! — volvió a exigir Black Morgensen al abogado.

Pero pasaron cinco minutos mientras el viejo Shanks se ajustaba los grandes anteojos y se servía con dedos temblorosos una presa de rapé de su cajita de ébano. Y en aquellos cinco minutos la esperada tormenta estalló con furia tal que el trueno pareció sacudir los viejos cimientos del Manor, mientras violentas lenguas de fuego penetraban por las rendijas de las ventanas cerradas.

Langley, emocionado por la magestad y el esplendor de la tormenta, prestaba más atención a los aullidos del viento y al azotar de la lluvia contra las antiguas paredes que al viejo Shanks y al testamento.

La tos nerviosa del abogado lo volvió al asunto que tenían todos entre manos.

—Este es el testamento y última voluntad de Josiah Morgensen, dueño y señor del Manor de Derepan. — conturreó el hombrecillo. — "Dejo a mi sobrino Langley Morgensen mi bendición y mi hermoso Manor de Derepan, junto con mi goleta "Santa Rita", mil guineas y una misión que le producirá una fortuna digna del rescate de un rey, si tiene valor para ir a buscarla..."

Los ojos azules de Langley brillaron de repentina excitación. Era aquella una fortuna con la cual nunca había soñado... ni en sus momentos más fantásticos.

Inmediatamente en la pieza se levantó un vocerío. Los Morgensen maldecían y blasfemaban. Los ojos inyectados de sangre, llenos de envidia, de crueldad y de codicia se fijaron en el afortunado joven.

—"A mis restantes parientes — continuó el abogado, aprovechando una tregua en el tumulto — les dejo mi bendición. Si no la quieren, entonces los encomiendo al Diablo que seguramente los reclamará para sí de todos modos".

No había necesidad de que el abogado Shanks leyera más. La pieza parecía una jaula de fieras mientras los rabiosos parientes rodeaban a Langley y lo amenazaban con sus puños, en su ira y decepción.

LA LLAVE DE UNA FORTUNA

Sobre el tumulto resonó la voz de Black Morgensen.

—¡El muy perro! — gritó, amenazando con el puño al retrato de su hermano — ¡Vamos, abogado! Díganos cual es esa misión, donde hallará este gallito esa fortuna que vale el rescate de un rey.

—Sí, díganos eso — gritaron en coro los demás.

—Eso sólo pueden oírlo los oídos del señorito Langley. — contestó el abogado Shanks — Mi deber profesional es revelar ese secreto solamente al muchacho.

Black Morgensen se acercó a Langley, dominándolo con su gigantesca estatura; pero el joven no retrocedió.

—Entonces, corderito, ¿eres tú el único favorecido, eh? — dijo con sarcasmo. — Quizá la fortuna está segura, si es que existe, porque si se necesita valor para recuperarla, el viejo Josiah no conocía a tu casta.

Se volvió con una carcajada a la asamblea; pero su risa murió súbitamente, por que Langley agarró de encima de la mesa un vaso de sherry y se lo tiró a la cara de Black Morgensen.

—¡Alto ahí, matón! — gritó Langley con ojos que despedían llamas. — No me impondréis el sello de la cobardía a pesar de mis pocos años. ¡En guardia! ¡Defendeos!

Llevó su mano al puño de la espada y a la luz de las bujías brilló una hoja de acero pulido y exquisito trabajo italiano.

—El espadín de mi buen padre defenderá el honor de su hijo. Tened la bondad de armaros como yo.

Black Morgensen se limpió el sherry de la cara y juró. La rabia que ardía como fuego dentro de su alma mezquina hacía sobresalir sus venas en su frente y en su cuello de toro. Pero no hizo ningún movimiento para sacar su espada. Aunque joven, tenía Langley fama de buen espadachín, conocida en muchas millas a la redonda. Y hubiera sido mal negocio para Black Morgensen ser atravesado por un joven resuelto como su sobrino.

—No, no, gallito de riña — dijo con sarcasmo Morgensen. — Esperaremos. Esperaremos hasta que hayas encontrado el tesoro de Josiah. Luego, joven y barbilampiño fierabrás, llegará la hora de ajustar cuentas.

Langley envainó su espada y se echó a reír. Era extraño que él, el más joven de la asamblea, los tuviera dominados a todos. Sin embargo, así era, porque ni uno solo de los Morgensen hizo un movimiento para aceptar el desafío.

(Continuará)

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

—TOME mis llaves y traiga el "roadster" — ordenó el cheriff, sin parecer haber entendido la idea del otro. — Que tenga bastante nafta, y revise bien los neumáticos. Voy a charlar un rato con el viejo Yarborough. Podremos desayunarnos en San Diego y estaremos en la Frontera a la hora que abran. Vamos allí extra-oficialmente. Como un par de turistas.

—Si a mí alguna pollera me mete en semejantes líos, me pego un tiro y le doy mi carroña a los caranchos. — rezongó Flash.

—Ese mecánico que trabaja en el "Blanco y Negro"... ¿de dónde es? — preguntó Río Kid.

—De Ioway.

—Pídale prestada la chapa del auto y póngala en el nuestro. No es necesario advertir a todo el mundo que venimos de Arizona.

—¡Está bueno! — dijo desdeñosamente Flash, volviéndose para mirar al shehriff. ¿Es que esa muchacha lo ha vuelto loco? ¿Qué idea se le ha metido en la cabeza?

—Tengo una corazonada — contestó Río Kid lentamente. — Hasta ahora no hemos hecho nada. Sólo hemos sabido por pastores y un par de "rangers" que el aeroplano del bandido voló hacia el sur y la Frontera. No podemos descuidar ninguna pista.

El viejo Yarborough, confía en nosotros para que salvemos a Estado Yermo del desastre. Tenemos que conseguir el dinero. No se me importa nada de Janey. La quise mientras no perdió ella la cabeza por el cajero. Ahora... ya estoy curado.

Pero tengo que justificar mi puesto de sheriff o... perecer. Jugaré al azar.

¿Quiere venir conmigo o quedarse aquí a tratar de hallar el aeroplano?

—¿Quién yo? ¿Yo quedarme aquí? Pero, pedazo de piernas combadas, pibe idiota, ¿si yo me quedo quien lo cuidará a usted? ¡Vamos no más!

Mary Nason encontró a Río Kid en la calle, un poco antes de que él partiera para Ensenada. Lo saludó y sus ojos le dirigieron una mirada curiosa. Ya no era más el sheriff-cowboy, con su traje cómodo y descuidado y el sombrero Stetson. Como la oruga, había sufrido una transformación. Estaba o quería estar muy elegante. Se movía molesto dentro de ropas que parecían oprimirlo. Su cabeza estaba ajustada dentro de una gorra. La llevaba echada sobre los ojos y parecía avergonzado por debajo de la ladeada visera.

Una ligera sonrisa vagó en los labios de Mary Nason.

—No lo hubiera conocido — le dijo — ¿Es eso un disfraz?

Río Kid se pasó la mano por el cuello y se arregló la corbata.

—Me siento como un cerdo extrangulado — gruñó.

—Y lo parece también — le aseguró la mujer.

—¿Podré pasar? — preguntó mirando astutamente a Mary.

—Yo apenas lo conocí, como le dije — le recordó ella. — ¿Puedo decir más?

—Creo que no — dijo él arrastrando las palabras y, aparentemente satisfecho.

—¿Y por qué se ha vestido de parada? — insistió ella.

—Falsh y yo vamos a divertirnos en sitios alegres. Nos tomamos unas vacaciones.

—¡Oh! — una sonrisa burlona pasó por los labios de Mary. — ¿Ya no se ocupa más del robo del banco? — su voz expresaba desdén.

—Precisamente no ocuparme más, no. — dijo Río Kid, tironeándose el chaleco y tratando que sus hombros estuvieran más cómodos dentro del saco. — No quiero decir que haya renunciado a esa tarea. — se detuvo y, después de un momento dijo, aparentemente en el deseo de cambiar de tema — recibí una postal de Janey.

—¿De veras?

—Sí, me mandó una muy bonita.

—¿Se divierte? — había algo de amargo en el tono de la mujer.

—Yo creo que sí. El sitio donde está es muy lindo.

La mujer observaba atentamente a Río Kid ahora. No hizo comentarios, esperando que él continuara.

—Está en ... Aguas Calientes — vaciló un poco antes de pronunciar el nombre.

—Hay muchas Aguas Calientes — dijo Mary Nason.

—Es la que está cerca de Tía Juana. En el Viejo Méjico.

Apareció el auto, manejado por Flash. El también se había puesto ropas que no acostumbraba. Mary Nason paseó de uno a otro sus miradas desdeñosas.

—Supongo que van ustedes a Aguas Calientes para persuadir a la señorita Mary que regrese, — aventuró al fin. Era una insinuación velada.

Flash resolló. No simpatizaba con Mary Nason. La consideraba muy despreciativa. Río Kid se limitó a sonreír secamente.

—Le mandaré a usted una postal — contestó.

Con chapa de Iowa el "roadster" tomó rápidamente hacia el sur. Dos oficiales de Arizona, representantes de la estrella, viajaban hacia el viejo Méjico. Para un observador desinteresado, Río Kid y Flash Furlong podían haber pasado por turistas, que se dirigían en viaje de exploración al Sudoeste. Pero bajo aquella capa exterior había dos hombres valerosos y resueltos.

Escondidos de los ojos curiosos llevaban las herramientas del oficio... sus Colts.

V

EL AVISO DE UNA MUJER

Una montaña de cima plana elevábase hacia el cielo en las accidentadas cuchillas de Méjico, como una fortaleza que ocultara secretos, celosamente protegidos de las miradas curiosas.

Los dos hombres que iban en el "roadster" salieron de San Diego por la Avenida Nacional y la Calle Principal. Pasaron rápidamente por delante de ricas granjas, llegaron a San Isidro y se detuvieron a la entrada.

Mejicanos morenos, con uniforme, los examinaron brevemente y los dejaron pasar.

El auto atravesó el puente, sobre el río seco de Tía Juana y tomó a la izquierda, por una calle flanqueada por tabernas y llena de autos de turismo.

—El viejo pueblo de Tía Juana ha progresado — dijo Flash Furlong. — ¡Mire el agente de tráfico! Y han pavimentado las calles también. ¡Caracoles!

—¿Qué tal le sentaría un vaso de cerveza? — preguntó Río Kid.

—No me sentaría mal — contestó Flash Furlong. — Es curioso como un hombre se siente farrista al poco tiempo de salir de sus pagos. Vea esos tipos, no hacen más que beber y sus viejas mujeres miran a todos lados, esperando que haya algún bochinche, para luego tener algo que contar.

—Y después mandan tarjetas postales, con botellas de whisky, para que los muchachos del pago rabien. — dijo Río Kid.

—Usted no puede quejarse, porque lo recordaron — dijo Flash.

—Por eso estamos aquí. Creo que la señorita Wray se alegrará de vernos. — su tono era sarcástico.

—Espero que el volverla a ver lo cure o... lo mate. — rezongó Flash.

Encontrando una playa de estacionamiento al fin, cerca del Club de los Extranjeros, Río Kid arrimó el auto a la acera y pocos momentos después los dos hombres entraron a la taberna.

Un joven de ojos oblicuos, que tenía tipo de oriental, dió vuelta la esquina, donde había estado ocioso y echó a andar lentamente por la calle. Tenía cara flaca, impasible, pálida, y labios descoloridos. En cambio sus ojos parecían pozos de fuego. No había más que mirarlo para comprender que era un producto del arroyo, en la ciudad fronteriza. No había treta del bajo fondo que no conociera, ni delito qué no fueran capaces de cometer sus dedos de ave de rapiña. Ya habían sido teñidos de sangre, como los de los piratas del Mar de la China, de quienes indudablemente descendía.

Flaco, de mejillas hundidas, siniestro, ocultaba dentro de sus bolsudas ropas un puñal de afilada hoja y una pistola automática. Tal era el "Cobra".

Mataba por dinero; para él la vida de un hombre sólo valía el precio que pagaran por ella.

Con ojos que relucían bajo los párpados almendrados, el Cobra penetró, sin ser notado, en la taberna a donde Río Kid y Flash estaban junto al mostrador.

Pidió bebida, con voz casi imperceptible, que le salía del ángulo de la boca. Por encima del borde del vaso estudiaba las caras bronceadas de los hombres que lo conocían bien, que a veces habían empleado sus servicios.

Como un dique, la frontera de Estados

Unidos detiene y retiene a muchos indeseables. Augunos pasan; pero otros quedan. Hay allí hombres y mujeres que han escapado a la justicia de Estados Unidos, que nunca volverán a su país. Parias.

Ojos lagañosos, fragmentos de humanidad empapados de alcohol y, codeándose con ellos, ciudadanos respetables que vienen en busca de diversión.

El ambiente era sórdido. Río Kid y Flash se alegraron de hallarse nuevamente al aire libre.

Río Kid experimentaba amargo resentimiento contra Janey Wray. ¿A que demonios había venido a Méjico? Más y más le costaba creer que sus motivos fueron justificados.

—¡Sigamos — dijo el impaciente Flash, mientras estaban parados en la acera, mirando a los transeuntes.

Un rodeo en las montañas retardó a los viajeros. Era ya cerca de medio día. El camino hasta Ensenada, según los informaron en San Diego, era malo. Las lluvias habían perjudicado una carretera que, aun sin eso, era poco recomendable.

Río Kid sentíase un poco turbado. Su instinto del desierto le advertía que se habían embarcado en una peligrosa aventura. Pero el peligro nunca había detenido al joven y al aceptar aquel cargo de sheriff estaba resuelto a portarse como hombre. El resentimiento que sentía contra Janey se iba convirtiendo en ansiedad. No era agradable pensar que la joven estaba allí. No solamente era a los mejicanos, sino a los de la propia raza que había que temer.

El auto se detuvo ante una casilla de centinela, como a una milla al este de tía Juana, y cumplieron la breve formalidad de obtener pases para la Baja California. El auto empezó luego a ascender la cuesta.

En la encrucijada de dos caminos, uno de los cuales conducía a Ensenada, Río Kid detuvo el auto. Estaba haciendo como que leía el letrero indicador, cuando un sedan, dirigido por un mejicano, dió vuelta el recodo. En la puerta de atrás iban dos hombres. Con rápidos y ansiosos ojos, se inclinaron para mirar a los ocupantes del auto más pequeño. Luego el auto se alejó, envuelto en una nube de polvo.

—Ahí van un par de tipos sospechosos — gruñó Flash. — Me pareció que nos miraban mucho.

—Tengo la sospecha de que nos vienen siguiendo — dijo Río Kid — Juraría que a uno de ellos lo ví en la taberna.

—El grupo forma una deliciosa combinación — gruñó Flash disgustado — Un mejicano, disparando con el auto como hacen siempre, un chino y un americano. Un hombre blanco, que se asocia con esa basura, debe valer muy poco.

—Muchos mejicanos sólo tienen de los de E. U. una idea por los tipos que encuentran en la frontera. — dijo Río Kid. — No puede reprochárseles que nos llamen perros gringos.

En Rosarito, donde la carretera toca la costa, el sedan que había pasado a Río Kid y a Flash estaba parado frente a una taberna, al costado del camino.

—¿Quiere tomar otro vaso de cerveza? — preguntó Río Kid a Flash.

Flash aceptó con un gruñido indiferente. Adentro, el trío del sedan jugaba a la baraja. El Cobra observó disimuladamente la entrada de los dos hombres del "roadster" y una sonrisa burlona se dibujó en su boca.

Cuando Río Kid y Flash salieron de la taberna, el primero iba más convencido que nunca de que los vigilaban.

—No comprendo — dijo el sheriff — Me parece que estos tipos nos vienen siguiendo; pero en Palomas nadie estaba enterado de nuestro viaje; así que no pueden haberlo telefoneado.

—Nadie — recordó Flash al sheriff, — excepto el viejo Yarborough y Mary Nason.

—Diga, ¿qué tiene usted contra Mary Nason? — preguntó Río Kid — Siempre la está atacando. Cualquier cosa que yo le hubiera podido decir, no iba a repetirla.

—¡Cómo si las mujeres fueran capaces de guardar la lengua! — rezongó Flash. — Cualquier cosa que se les diga, a la media hora lo sabe todo el mundo.

El camino estaba lleno de surcos. Las lluvias habían ablandado la tierra y los autos trazado en él huellas profundas. Sin embargo, Río Kid manejaba a buena velocidad. Había aprendido pronto a andar en auto por los malos caminos y no le tenía lástima a los autos. Si se hubiese tratado de un caballo, lo hubiera cuidado; pero un auto era una cosa que no sentía. Y quizá Río Kid, al pensar en su caballo, del que se había visto obligado a separarse, dadas sus nuevas funciones, experimentaba un furioso deseo de vengarse de los autos.

Flash miraba hacia atrás. Varias veces informó haber visto al sedan, manejado por el mejicano.

Entre Tigre Grande y el Carmelo, el auto que los seguía los alcanzó y pasó arrogantemente. Nuevamente Río Kid y Flash vieron dos pares de ojos insolentes fijos en ellos.

—¡Como me gustaría pegarles unas buenas trompadas! — dijo el comisario — Mire como se dan vuelta.

—¿No serán solo dos tontos curiosos? — gruñó Río Kid — Quizás nuestras sospechas son infundadas.

—¡Usted si que es tonto! — replicó Flash irrespetuosamente, porque no le imponía mucho la juventud del sheriff. — Yo precisaría mucho más que una postal chillona, enviada por una pollera, para hacerme venir aquí, se lo aseguro. Hombre, usted tiene aserrían en vez de sesos.

—No es sitio para que una joven venga sola, lo reconozco — dijo Río Kid. — Aunque Janey y yo no somos más que amigos, no desearía que le pasara algo.

—Lo que es yo, si tuviera novia y me jugara una mala pasada, la daría vuelta y le pegaría unas...

—¡Ja! ¡Ja! rió Río Kid — Imagíneme pegándole unas palmas a Janey Wray!

El roadster dió la vuelta a Punta Morro y

poco después encontrose con la estatua de Hidalgo, en el centro de una gran plaza, a la entrada de Ensenada.

Lentamente marchó el auto por Avenida Ruiz, la calle principal, mientras los dos oficiales miraban a su alrededor. Comparado con Tía Juana, Ensenada era un pueblecito adormilado. Asperas montañas le formaban fondo, mientras al frente las plácidas aguas de la Bahía de Todos los Santos se extendían como una vasta alfombra de Plata.

Un muelle sobresalía de la suave media luna de la bahía. Cerca había botes de pescadores. Aquí y allá se veían soldados mejicanos. La gente estaba sentada en las puertas de sus casas. Al parecer la vida era allí muy tranquila.

En lo de Quong Long se oía sonar de platos y salían apetitosos olores. Río Kid y Flash recordaron que no comían desde las diez de la mañana. Detuvieron el auto y entraron al restaurant. Long los recibió con una obsequiosa sonrisa.

En el restaurant no había nadie. Los oficiales de Arizona eligieron una mesa en un rincón y dieron sus órdenes. Flash, después de mirar a su alrededor, miró al sheriff con una especie de tolerancia paternal y le hizo una guiñada.

—¿De modo que esto es Ensenada? Y bien, cowboy ¿qué vamos a hacer aquí? — su voz era baja, poco más que un murmullo.

Río Kid miró larga y pensativamente a su comisario. Furlong tenía disposiciones de conquistador. Las demoras, las indecisiones, lo ponían nervioso.

Una vez metido en una aventura, saliera bien o mal, Furlong deseaba terminarla de una vez. Tenía buenas cualidades; pero necesitaba la mano tranquila y firme del joven sheriff para refrenarlo. Flash era muy peleador. Su divisa era pegar primero y hablar después.

—Escuche, — dijo Río Kid — y no me eche a perder el programa con su impaciencia.

—¿Qué programa?

—Cualquiera.

—Le apuesto a que la damita esa no va venir a este restaurant de hombres.

—Veremos.

Apareció un mozo con una bandeja y Flash se dispuso a comer. Continuó rezongando contra las mujeres en genral y contra Janey en particular.

De pronto Flash se detuvo con el tenedor de plomo a mitad de la boca. Río Kid, que daba la espalda a la puerta, miró interrogadoramente a Flash, pensando que podría haber paralizado tan efectivamente la mandíbula del otro.

—No se de vuelta — murmuró Flash con el ángulo de la boca. — ¡Ahí está Janey!

Río Kid se puso un poco pálido. El oír el nombre de la joven, el saber que estaba tan cerca, lo afectó extrañamente. Esperaba, contra toda esperanza, que la joven hubiera venido allí guiada por un solo propósito. Vagamente sospechaba la razón; pero no se atrevía a pensar en lo que le hubiera gustado. ¡Todo era tan incierto!

Janey vestía un traje que no solamente le sentaba muy bien, si no que aumentaba su hermosura. Parecía llena de fría seguridad. Sus vivos ojos vagaron por el restaurant y su mirada era vaga, impasible, al fijarse en Río Kid y en Flash. No dió muestras de haberlos conocido.

Llamó a Quong Long y se sentó.

—Traiga pollo, empanadas y café — ordenó.

Flash que tenía la boca llena se puso rojo y frunció el ceño.

—¿Qué se cree ella que es? — dijo. — ¡Ni siquiera nos ha saludado!

Río Kid se inclinó sobre el plato, preparándolo sólo para ocuparse de la comida. Había pensado que ella lo necesitaba y parecía que no era así. Quizá no lo había conocido. Aquellas ropas lo cambiaban. Probablemente ella no se imaginaba que él vendría.

Y luego de pronto oyó Río Kid un lento y persistente golpear. Escuchó y abrió la boca. Era el lenguaje de Morse. Janey le estaba haciendo señales.

El telégrafo había fascinado siempre a Río Kid; pero sólo cuando entabló amistad con Janey trató de penetrar sus misterios. Había aprendido algo y podía deletrear lentamente los golpes.

Flash estaba renegando todavía, con la boca llena de comida.

—¡Cállese! — le ordenó Río Kid y Flash lo miró sorprendido.

—Que demonios... — pero una guiñada de Río Kid le advirtió que cesara en sus interrupciones.

Persistentemente, el tenedor de Janey pegaba contra el borde del plato. Puntos, rayas, espacios. El sheriff deletreó: "RIO KID"

El nombre fué repetido insistentemente tres veces, antes de que el sheriff comprendiera. Janey lo necesitaba, después de todo. Sintió gran alegría.

Con su propio tenedor golpeó "SI". Comprendía, estaba escuchando.

Con penosa lentitud Janey fué golpeando las letras, teniendo en cuenta la limitada habilidad de Río Kid como operador. El sheriff aguzaba el oído para entender "V I G I L E H A Y P E L I G R O"

Nuevamente contestó Río Kid "Sí" y luego golpeó: "P O R Q U E?".

Tenía todos los motivos para suponer que su misión allí era secreta. Sin embargo, parecía que no.

—¡Eh! ¿Y ese pollo! ¿Tengo que esperar que crezca?

Luego el tenedor golpeó la respuesta.

D I N E R O D E L B A N C O.

—Anoche asistí a una fiesta,. ¡Estuve muy linda!

..... C E R C A D E A Q U I.

—Me divertí en grande.

—¿S A B E?

—S I — contestó el tenedor de Río Kid

(Continuará)

Raúl de Lancaste

(Continuación)

Es verdad.

—No debemos ocuparnos de entrar nosotros, sino de que ella salga.

—Sí, sí.

—Ya lo ves, aquí no hacemos más que arriesgar mucho sin probabilidades de adelantarse nada, y, por consiguiente, aquí os dejo si habéis de quedaros.

—Espero a Jorge, que ha de venir.

—¿Cuál es su opinión?

—No me ha dicho más sino que espere; no ha hecho sino aconsejarme calma y paciencia.

—Jorge vale mucho...

—Pero ya no puedo esperar...

—No esperes — interrumpió Martín, encogiéndose de hombros.

—¡Oh!... Esta situación es horrible...

—Aun puede ser peor.

—Ya nada tengo que perder más que la vida.

—Si el comendador llega a saber que andamos por aquí, comprenderá que hemos averiguado el paradero de su hija, y entonces la sacará de aquí, y Dios sabe adónde la llevará.

Raúl dejó escapar un rugido de cólera.

—Dios os proteja — añadió Martín, dando un paso para separarse de don Juan y Raúl.

—¿Te vas?

—Quiero ver a mi madre y pensar en la situación.

—Pero...

—Iré mañana a buscaros.

—Mañana...

—De día.

—¿Has perdido el juicio?

—Tal vez.

—¿Queréis explicaros? — preguntó Santisteban.

—Es inútil, porque no me comprenderíais.

Y al decir esto, Martín tomó, cuesta abajo, hacia los Caños del Peral.

Por más que asegurase que era el mismo de siempre, no podían creerlo, y Raúl y don Juan se miraron sorprendidos, preguntando el primero:

—¿Sabes tú lo que a Martín le pasa?

—No.

—Yo tampoco lo adivino.

—Conoces mejor que yo su carácter...

—Por eso me sorprende su conducta.

—Se va...

—En estos momentos...

—Diríase que todo le es indiferente...

—¿Qué le sucede?

—Está incomprensible.

—Aguardemos a mañana.

—Dice que saldrá de día...

—No estoy tranquilo.

Haciendo estas y otras observaciones transcurrieron algunos minutos.

Jorge llegó.

—Vamos — dijo.

—Aguarda...

—Venid — replicó, siguiendo también hacia los Caños del Peral.

Bien pronto se perdieron entre las tinieblas.

Capítulo LXV

PREPARATIVOS

En tanto que Martín hablaba con doña Inés el alférez entraba en la hostería con otro hombre, y decía al hostelero:

—Dadnos de cenar.

Maese Mancioni los siguió, llevando una luz, que dejó sobre la mesa del aposento que ocupaba Andrés, y luego les sirvió la cena, preguntándoles:

—¿Queréis algo más?

—Que nos dejéis solos — respondió el alférez.

El que con éste había ido era un hombre de la última clase del pueblo y que tenía las peores trazas.

Su rostro, sus maneras y su lenguaje parecían ser los de un criminal.

En otro tiempo debía haber sido amigo de Andrés, porque se trataban con bastante franqueza.

Cuando estuvieron solos dieron principio a la conversación en tanto que cenaban.

—Sí o no, como Cristo nos enseña — dijo el alférez, después de apurar un vaso de vino.

—Hace algunos años que nos conocemos — replicó el otro, — y nunca me has visto vacilar.

—Ni faltar a tus compromisos.

—Me haces justicia.

—El negocio que voy a proponerte es un poco peliagudo, y antes de aceptarlo debes mirar bien lo que haces, porque después que hayas dicho que sí, no podrás retroceder sin peligro de que te ahorquen.

—Si no hubiera que sucederme más que eso...

—Estás convencido de que tu fin ha de ser la horca...

—Sí.

—Pero cuanto más tiempo vivas...

—Según.

—Supón que tienes dinero.

—Entonces no quiero que me ahorquen.

—Pues bien, si es dinero lo que deseas, yo puedo proporcionarte mucho.

—Empieza a explicarte, Andrés, porque hasta ahora, todo lo que has dicho es música celestial.

—Advertencias muy saludables.

—Entiendo.

—Escúchame y saldrás pronto de dudas.

—Ya te escucho.

—Se necesita quitar de en medio a un hombre.

—¿Qué más?

—Nada más que eso.

—Es bien poco, si no se trata más que de un cualquiera.

—En eso precisamente consiste la dificultad.

—Sepamos quien es ese estorbo.

—Voy a decírtelo, pero te haré otra advertencia: si el negocio no te conviene...

—Debo guardar el secreto, ya lo sé.

—Y si no lo guardas...

—La horca, ¿no es eso?

—Sí.

—Descuida.

—No hay nadie que no conozca a don Juan de Satisteban.

—¡Andrés!...

—¿Te asustas?

—¡Voto al infierno!...

—¿Tiemblas?

—¿Se trata de don Juan?

—Sí — respondió fríamente Andrés.

El asesino dejó caer sobre la mesa el vaso que iba a llevar a la boca.

—¡Bah! — dijo el antiguo escudero. — Todo es cuestión de precio, y nada más.

—Don Juan de Santisteban — murmuró el asesino, cuya frente se contrajo.

—¿Por cuánto matarías a cualquier hombre?

—Eso puede hacerse por media docena de escudos.

—Y está bien pagado.

—Pero don Juan no es un hombre cualquiera.

—¿Por qué?

—Por dos razones.

—Sepamos.

—La primera, porque es muy valiente.

—¿Y la segunda?

—El día que maten a don Juan, no quedará piedra sobre piedra, hará de tal modo la justicia, que no quedará sin castigo el que le haya matado.

Andrés sonrió irónicamente, y luego dijo:

—¿Crees que a mí me importa algo que viva o muera el ilustre caballero?

—No lo sé.

—Pues te aseguro que, por mi parte, me es enteramente igual.

—Entonces...

—Si aceptas el negocio, si matas a Santisteban, ¿por qué lo harás?

—Ya lo sabes.

—Pues lo mismo me sucede a mí que a tí.

—Lo cual significa...

—No seas torpe: significa solamente que hay otra persona muy elevada...

—Entiendo.

—Y esa persona...

—¿Me protegerá?

—Si a mí me protege, claro es que tú has de ser protegido, puesto que somos cómplices.

—Que es lo mismo que decir...

—Que mi cabeza guarda la tuya, y que no podrían ahorcarte sin que a mí también me apretaran el pescuezo.

—Estoy tranquilo.

—Sigue escuchándome, porque aun tengo que hacerte algunas advertencias.

—Sepamos.

—A don Juan no puede matársele de una puñalada, sino de una estocada; de modo que parezca que ha reñido con otro y ha sido vencido, lo cual no es un inconveniente para que le acometáis muchos.

—Eso presenta sus dificultades.

—Bebe y dime cuáles son, porque no se me alcanzan.

—Primeramente, no podemos herirle por la espalda

—No.

—Y como es hombre que tiene buenos puños, mucha serenidad y mucha destreza para manejar la tizona...

—Pero en cambio puede haber cuatro espadas contra la suya.

El asesino reflexionó.

Luego llenó el vaso, lo vació y repuso:

—Me decido.

—¿Cuánto quieres?

—Tengo que pagar a otros tres amigos; no puedo darles menos de cien ducados a cada uno, y yo he de quedarme con doscientos.

—Que es lo mismo que quinientos ducados

—Sí.

—Tendrás seiscientos.

—Eres generoso...

—Concluyamos.

—¿Hemos de acometer a don Juan donde quiera que le encontremos?

—No; sino, precisamente, en la calle de Puerta Cerrada y junto a la casa donde vive doña Inés de Guevara, porque allí va don Juan muchas noches, y bien puede creerse que le ha costado la vida una querella amorosa.

—Andrés, eres un tesoro; intriga que tú arregles, bien arreglada queda.

—Por eso debes tener mayor confianza.

—¿Y crees que don Juan irá de noche solo?

—Solo va muchas veces, y una de ellas es la que debe aprovecharse.

—Solo, sin luz...

—Para no equivocaros debéis llamarlo por su nombre, que don Juan de Santisteban, bien por arrogancia, bien por otra cualquiera razón, tiene la costumbre de declarar quién es en semejantes lances.

—No es arrogancia, es valor.

—Hemos terminado.

—El dinero...

—¿Quieres algo a cuenta?

—No.

—Mira, prevenido estoy — dijo el alférez, sacando un bolsillo, por entre cuyas mallas se veían relucir muchas monedas de oro.

—Guárdalo — replicó el asesino, poniéndose en pie.

—Haces conmigo una excepción...

—Somos amigos, te conozco, y estoy seguro de que no has de faltar a tu palabra.

—Y si faltase...

—Basta, Andrés.

—¿No bebes más?

—No.

—Has cenado poco...

—No tengo apetito.

—Ya sabes que aquí puedes encontrarme cuando me necesites.

Cruzaron algunas frases más y el asesino salió de la hostería.

A quien lo conociese le habría llamado la atención verlo con la cabeza inclinada sobre el pecho y muy preocupado.

¿En qué pensaba?

Un hombre como él, habituado al crimen, no debía estar pensativo porque tuviese que matar a un hombre; al contrario, en ocasiones semejantes, se le había visto muy alegre porque iba a ser dueño de un puñado de oro que le permitía gozar.

Le dejaremos camino de Puerta Cerrada, adonde parecía dirigirse paso entre paso.

Capítulo LXVI

DE COMO EMPEZARON A ENTENDERSE NUESTROS AMIGOS

Tenemos tres cabezas trastornadas por el amor, que es lo mismo que decir tres personas inútiles, o, más bien, cinco, puesto que lo mismo les sucedía a doña Margarita y la viuda.

Martín sufría horriblemente y estaba desesperado, y como todo hombre desesperado, empezó a cometer locuras, pues desde el día siguiente cumplió su propósito de andar por donde se le antojaba sin miramiento alguno, siendo vanos los ruegos de su madre y los consejos del sacerdote.

No había que preguntarle qué era lo que intentaba conseguir, puesto que no hubiera sabido responder.

No por esto dejó de ser lo que siempre había sido: noble y generoso hasta el último grado.

Su voluntad era la misma en favor de Raúl; pero ¿de qué le servía la voluntad?

Perturbada su inteligencia, nada le era posible hacer.

En aquella lucha el ingenio y el valor eran todo, y si el valor de Martín no había menguado, su ingenio se había oscurecido.

Juan y Julián valían mucho; pero en su situación no podían hacer todo aquello de que eran capaces.

Quedaba, pues, como principal elemento, Jorge.

Este debía ser el alma de la intriga, lo mismo que lo fué en Bruselas, cuando nuestros amigos se encontraron en cierta situación.

Pero sucedió que Jorge, con la calma inalterable que le era natural, no hacía otra cosa sino decir que trabajaba sin descanso y que tenía las esperanzas más risueñas de sacar del convento a doña Luz.

Sin embargo, ni una sola palabra pronunciaba que indicase cuál era el fundamento de sus esperanzas, ni mucho menos en qué consistía su plan.

Como era consiguiente, esto desesperaba a Raúl, inutilizándole más cuanto mayor era su desesperación.

En cuanto a don Juan, ¿qué había de hacer?

Estaba dispuesto a acudir en socorro de sus amigos; conferenciaba con ellos, los animaba y les comunicaba todas sus ideas; pero desde la llegada de Raúl no le correspondía el principal papel, y, por consiguiente, dejó de tomar parte activa y tan directa en aquel asunto, doblemente teniendo que ocuparse de lo que a él tanto le interesaba.

La verdad es que la misión de don Juan estaba cumplida; había hecho mucho más de lo que podía exigírsele y debía estar completamente satisfecho.

Raúl le era deudor del descubrimiento importante del paradero de doña Luz, y a no ser por Santisteban, quizá Martín no hubiera tenido la dicha de abrazar tan pronto a su madre.

Ya sabemos que esto último era lo que don Juan deseaba más ardientemente, y para conseguirlo se arriesgó a desagradar al monarca, arrostrando el real enojo, que no era poco arrostrar, tratándose de Felipe II.

Todo esto dió por resultado lo que era consiguiente: que cada cual se ocupaba con preferencia de lo que le interesaba, sin perjuicio de ayudar a los otros cuando lo necesitasen.

La casualidad protegió a Martín; los días pasaron y no encontró a ninguna de las personas que hubieran podido reconocerle, si bien éstas eran muy pocas.

Una vez decidido a hacer el sacrificio de

su amor en aras de la dicha de don Juan, evitó cuanto le fué posible ver a la viuda, y cuando la visitaba, mostrábase reservado y se esforzaba para ocultar lo que sentía.

—No tengo en el mundo más que mi madre — se decía el infeliz mancebo; — no más que mi madre y mi virtuoso protector, y sólo para ellos viviré.

Y así lo hizo, si bien para esto tuvo que atormentarse horriblemente.

Su conducta llamó la atención de doña Inés, pero no acertó a explicarse el motivo.

—Me ama — pensó la viuda; — me lo han dicho sus ojos, me lo han indicado claramente sus palabras. ¿Qué significa este cambio? ¿Es que teme verse desdeñado por mí? No, porque mi proceder debe haberle dicho lo bastante sobre mis sentimientos, y le sobra inteligencia para haberme comprendido.

Doña Inés buscaba en vano una explicación.

Lo que menos sospechaba era que el mancebo hubiera decidido sacrificarse para no estorbar la dicha de Santisteban.

Si esto lo hubiera sabido la viuda, bien pronto habría concluído con aquella situación, porque a trueque de destrozar el alma de aquel caballero, le habría hecho comprender que nada debía esperar de ella, puesto que su corazón era de otro.

Pero lo ignoraba; no podía poner el remedio, y sufría hasta un punto inconcebible, como era consiguiente que sufriera siendo tan intenso su amor.

Doña Margarita no era más feliz; guardaba el secreto de su corazón, veía desvanecerse sus esperanzas, y devoraba su tormento con la resignación de una mártir.

En tal situación pasó una semana, durante la cual Felipe II pareció olvidarse de aquellas intrigas; pero nunca como entonces sus agentes trabajaron para descubrir a Nicasia y a Martín.

Una noche se presentó el flamenco en la hostería, encontrando a Raúl en extremo abatido y como si ya no le quedasen fuerzas para soportar su dolor.

—¿Qué os sucede? — le preguntó el novicio.

—¿Acaso lo ignoras? — respondió Lancaste con amargura.

—No tenéis calma, y esto es un mal grandísimo, en la situación en que nos encontramos.

—No tengo calma, y ni un solo día más esperaré.

—Bien — repuso Jorge, sentándose. —

En el próximo número de PUCKY iniciaremos la publicación de

LOS SECRETOS DE UNA GRAN CIUDAD

Sensacional romance de aventura, de intriga, de sacrifício y de heroismo escrito por

HAL SIDNEY

el celebrado autor de

"Detrás de la puerta cerrada"

Dejad ahora la pereza y escribid una carta a doña Luz.

Raúl abrió desmesuradamente los ojos y fijó en su amigo una mirada de profunda sorpresa.

—¿Qué os sucede?

—Dices que escriba a doña Luz.

—Sí, escribidle, decidle todo cuanto se os antoje para desahogar vuestro corazón, explicadle la situación en que nos encontramos, si bien con cierta prudencia, y luego añadid lo que yo os indique.

Esto produjo en el enamorado un efecto inexplicable.

En algunos momentos no acertó a pronunciar una palabra; pero luego, con el afán que era consiguiente, dijo:

—Por Dios, Jorge, en nombre de nuestro antiguo cariño, por la memoria de tu buen padre...

—Nada me preguntéis, porque no he de contestaros.

—¿Y por qué?

—Porque os conozco demasiado y estoy convencido de que os empeñaríais en precipitar los sucesos, lo cual sería lo mismo que perderlo todo.

—Yo te prometo...

—Lo que habéis de prometerme es respetar mi reserva, porque de otro modo, de nada responderé.

Raúl hizo un gesto de forzada resignación, y repuso:

—Como quieras, Jorge; te debo demasiado...

—Nada me debéis.

—Me contentaré con saber que has encontrado medios de ponerte en comunicación con doña Luz.

—Hasta este momento no es más que una esperanza, y si os pido la carta es para estar prevenido.

—Una esperanza no más...

—No más, y de ello os convenceréis cuando os diga que aún no he conseguido otra cosa que explorar el ánimo de un dependiente de la comunidad de Santo Domingo y buscarle el flaco que ha de servirme para hacerme dueño de su voluntad; pero ya comprenderéis que puedo equivocarme, y aunque no me equivoque, puede suceder que, con el mejor deseo del mundo, mi hombre no encuentre medios de servirme.

—¡Ah! — exclamó Lancaste, cuyos negros ojos brillaron con el fuego de la más viva alegría.

—Si empezáis a entusiasmaros...

—La fortuna empieza a protegernos...

—Escribir — interrumpió Jorge—y tened cuidado de no estampar en la carta el nombre de doña Luz, porque en el convento se le conoce por otro, lo cual no me ha sorprendido.

—Era natural que tomasen esa precaución.

—Aun queriendo servirnos con lealtad el hombre a quien me refiero, puede acontecer que vuestra carta caiga en manos de la priora, y desde el momento en que Quiñones se aperciba de que conocemos el lugar donde se encuentra su hija....

—Comprendo.

—La carta debe ir escrita de modo que lo mismo se crea que se dirige a doña Luz que a otra novicia cualquiera.

—Entonces, cuantas menos palabras...

—En mi concepto, no debe llevar más que las precisas para pedirle explicaciones sobre la situación de su celda y los demás antecedentes que deben servirnos el día que logremos penetrar en Santo Domingo.

—Ese mismo hombre...

—No puede servirnos para eso.

—¿Y no se te ocurre trazar alguna?...

—Poco a poco vais pidiéndome más explicaciones de las que yo quiero dar.

—Mi buen Jorge...

—No perdamos el tiempo.

Raúl tomó papel y pluma, meditó algunos instantes y se puso a escribir.

En aquel momento se abrió la puerta, presentándose el hijo de Nicasia.

—Llegas a tiempo — le dijo Lancaste.

—Siempre me sucede lo mismo — respondió Martín, dejándose caer en una silla.

Y dirigiéndose a Jorge, añadió:

—¿Habéis adelantado algo?

—Creo que sí.

—Bien, ahora me lo diréis, y luego me escucharéis, porque tengo que haceros un encargo.

El gigante fijó una mirada escudriñadora en el mancebo, y le dijo:

—Lléveme el diablo si no os sucede alguna cosa muy grave.

—Hace ocho días que me estáis diciendo lo mismo.

—Y no me equivoco, bien lo sabéis.

Martín se encogió de hombros y replicó:

—Como estáis viendo, no puedo quejarme de la fortuna; ando por donde se me antoja, lo mismo de día que de noche, no me cuido de ocultarme y me dejan en completa libertad.

—Sí, hacéis ni más ni menos que lo que hace un hombre desesperado.

—Rarezas de mi carácter.

—El tiempo dirá.

—No os ocupéis de mí, porque nada necesito, ni nada podéis hacer en mi favor. Hablemos de doña Luz, y así emplearemos el tiempo más provechosamente.

—A Luz iba a escribir cuando has llegado...

—Lo cual quiere decir que habéis encontrado medios de poneros en comunicación con ella.

—Según dice Jorge, tiene esperanza de conseguirlo.

—¿Y también seguridad de que no lo engañen, como el criado de doña Inés engañó al alférez?

—Escribe, Raúl, pero después de haberme escuchado.

Lancaste y Jorge miraron con sorpresa al atrevido niño.

Capítulo LXVII

DONDE PUEDE SOSPECHARSE QUE MARTIN SE HA VUELTO LOCO

El rostro de Martín estaba pálido y contraído.

Su mirada era profundamente sombría.

No podía negar que una espantosa borrasca agitaba su espíritu.

Con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, escuchó las explicaciones del gigante.

Luego meditó.

Sus negras pupilas relumbraron como dos carbunclos.

—¡Oh! — exclamó, levantando la cabeza y apretando los puños — ¡Quiero hacer algo verdaderamente extraordinario, verdaderamente atrevido.

—Con tal que no sea una locura como la que estáis cometiendo, al presentaros en todas partes a la luz del día..

—¿No dicen que soy audaz?

—Ya lo sabéis.

—¿Y en qué se fundan.

—Sobrado fundamento es vuestra temeridad.

—Aun es muy poco; todavía no estoy satisfecho, porque mi temeridad, mis locuras, no han sido bastante para poner en claro la situación; quiero acabar de una vez, aunque la conclusión sea la muerte.

—¡Martín!...

—Escribe, Raúl, escribe si quieres desahogar tu corazón hablando a la mujer a quien tanto amas; escribe si quieres hacerla feliz, asegurándole que para ella eres siempre el mismo; dile cuanto quieras, estampa su nombre sin temor alguno...

—¿Qué estáis diciendo? — interrumpió Jorge.

—Tranquilizaos — replicó Martín con amargura; — tranquilizaos, que no he perdido el juicio, y si loco estuviera, tanto mejor, porque voy convenciéndome de que solamente con locuras puede resolverse esta situación.

—No digo que estéis loco; pero...

—Sí, sí, explícate — añadió Raúl, — porque es muy grave, muy extraño lo que estás diciendo.

—Muy extraño será; pero si quieres ver en tus brazos a doña Luz, sigue mi consejo.

—Pero esta carta...

—La escribes, me la das...

—¿Y tú?...

—Haré que llegue a manos de la hija del comendador. ¿Quieres más explicaciones? No puedo dártelas, o para hablar con más exactitud, no estoy de humor de dar ningunas.

—Te desconozco, Martín.

—Pues a mí — repuso Jorge — me sucede lo contrario; ahora empiezo a reconocerlo, porque desde hace una semana había dejado de ser lo que siempre había sido.

—Ya lo veis, vuestra opinión es distinta y si os diera a conocer mis planes, sucedería lo mismo, de lo cual resultaría que no nos pondríamos de acuerdo jamás. Podré equivocarme, podré cometer una torpeza en lo que intento; pero algo es preciso arriesgar; los días pasan y la situación es cada vez más difícil y peligrosa. Don Juan de Santisteban lo mismo que tú, anda con demasiada frecuencia por los alrededores del convento; el alférez, a quien he visto esta mañana...

—Martín, me haces temblar.

—Tranquilízate, pues ya me estás viendo libre y en salvo.

—Prosigue.

—El alférez no deja tampoco de dar sus paseos por aquellos sitios.

—Si ve a Santisteban...

—Adivinará fácilmente lo que no es conveniente que adivine.

—¡Oh!...

—No es menester que os diga más para que comprendáis lo que interesa aprovechar el tiempo.

Raúl y Jorge quedaron silenciosos y meditabundos.

—Si quieres entregarte a mí con ciega confianza y sin pedirme ninguna explicación, hazlo, y si no dispón lo que mejor te parezca y que te proteja Dios, porque yo, que mañana o pasado, a más tardar, habré desaparecido de la corte, no podré ayudarte.

Estas palabras, dichas con acento de la más fría indiferencia, produjeron tal sorpresa en el novicio y en Lancante, que no acertaron a replicar.

Martín desplegó una leve, pero muy amarga sonrisa, y añadió:

—Imposible parece que no hayáis comprendido lo que me atormenta.

—Martín, mi querido amigo — replicó el amante de doña Luz con cariñoso acento, — sufres mucho...

—Sí.

—Y sufres más desde que has visto realizado tu más ardiente deseo, el único que te hacía grata la existencia. ¿Por qué no me confías tus pesares? ¿Por qué no depositas el secreto de tus dolores en amigos hechos?

—He abrazado a mi madre, he encontrado en ella toda la ternura que anhelaba mi corazón, al abrazarla me consideré feliz, completamente feliz...

—¿Qué más deseas? Dilo, Martín, dilo, que para ayudarte a conseguirlo me olvidaré de lo que más me interesa, así como tú te olvidaste de todo, todo lo arriesgaste para favorecerme.

—¿Quién es mi padre? — dijo Martín.

—¡Ah!...

—Esta pregunta te lo explica todo. ¿Por qué mi madre se niega a decirme quien fué el hombre que me dió el ser?

—Lo ignoro — murmuró Raúl.

—Perdona, mi buen amigo; pero creo que tú, lo mismo que don Juan de Santisteban, lo mismo que mi noble protector y que doña Inés, sabéis quién es mi padre, que vive tal vez.

—No hablemos de tu padre.

—Pues bien: no hablemos de mis amarguras, y dejadme que busque alivio, que procure desechar los pensamientos que tanto me hacen sufrir.

—¿Y para desecharlos?..

—Me voy.

—¡Te separas de tu madre!..

—Vosotros la protegeréis.

—Martín, tu resolución es incomprensible...

—Yo me entiendo, yo mejor que nadie sé lo que siento, lo que deseo, lo que necesito...

¿Para qué hemos de discurrir sobre este punto? He adoptado una resolución ,esta resolución es como todas las mías... Dejadme.

—Señor Martín — replicó Jorge,—no creo que estéis loco; pero me dan vuestras palabras mucho que pensar.

—Es posible.

—Supongo que estáis desesperado, que todo os enoja, que todo os enfada, que os estorba todo, hasta vuestros amigos, y que creéis que con otra clase de vida sufriréis menos.

—¿Y eso os sorprende?

—No me sorprendería si al abandonar la corte os fueseis también con vuestra madre; pero separaros precisamente de la persona a quien más amáis, de la que más puede consolaros, de la que habéis buscado con tanto afán...

—Repito que no podremos entendernos.

—Y si habéis de salir de la corte mañana mismo, ¿para qué queréis la carta?

—Tengo medios de hacer que llegue a manos de doña Luz.

—¿Y la respuesta?

—No la necesitamos.

—Asegurais que la salvareis...

—Ese es mi secreto.

—Sin estar en Madrid...

—Nada más puedo deciros — interrumpió Martín.

Y volvió a cruzar los brazos y a inclinar la cabeza, quedando inmóvil y mudo.

En vano Raúl y Jorge le dirigieron más preguntas.

El mancebo no respondió.

Lancaste, sólo por dar una prueba de amistad y confianza al hombre a quien tanto debía, escribió a doña Luz, si bien temiendo que su carta fuese a parar a manos de sus enemigos, haciéndose mucho más crítica la situación.

El hijo de Nicasia tomó la carta, la guardó y se puso en pie, diciendo a Jorge.

—¿Me acompañáis?

—¿Adóndo?

—Voy a ver a don Juan de Santisteban y luego a doña Inés.

—Pero antes debemos quedar de acuerdo y determinar si he de seguir trabajando.

—Me parece que es inútil — repuso Martín.

—¿Y el encargo que teníais que hacerme?

—Se reduce a recomendaros que durante mi ausencia vigiléis por mi madre, y sobre este punto os daré explicaciones por el camino.

—Y yo, ¿qué debo hacer? — preguntó Raúl.

—Esperar.

—¿He de olvidarme de la mujer a quien amo?

—No es preciso que te olvides, sino que dejes de ocuparte de sacarla del convento. De todos modos, tienes sobradamente en qué invertir el tiempo. En vez de ir a Santo Domingo dedícate exclusivamente a buscar a tu hijo...

—¡Mi hijo!...

—El señor Jorge te ayudará, puesto que tampoco tendrá que ocuparse de doña Luz, y don Juan de Santisteban hará lo mismo.

Era imposible que Raúl quedara satisfecho con estas explicaciones; pero tuvo que resignarse y despidió tristemente a sus amigos, entregándose de nuevo a sus dolorosas reflexiones.

Martín y Jorge salieron de la hostería sin pronunciar una palabra.

Anduvieron algunos pasos y se detuvieron.

—Escuchadme ahora — dijo el mancebo después de mirar a su alrededor.

—Ya os escucho — respondió el gigante, que aun no estaba tranquilo sobre el estado normal del hijo de Nicasia.

Capítulo LXVIII

EXPLICACIONES QUE NO ENTENDERA EL LECTOR

—Vos — dijo Martín después de algunos momentos — sí podéis conocer mis planes, pero Raúl, no, porque estoy seguro de que sería imposible contenerlo.

—Empezáis a tranquilizarme.

—¿Por qué?

—Si he de hablaros con franqueza...

—Creisteis que me había vuelto loco: ¿no es verdad?

—Sí.

—Pues bien; voy a probaros que no.

—Me alegraré.

—Empezaremos hablando de mi madre y luego de doña Luz.

—Como gustéis.

No repetimos la conversación, puesto que los planes del mancebo hemos de ver cuáles eran.

Sólo diremos que Jorge escuchó atentamente y mientras ambos se dirigían a la vivienda de don Juan.

—Bien, muy bien — dijo el gigante después de algunos minutos.

—¿Necesitáis más explicaciones?

—Ninguna.

—¿Y os será posible?

—Muy fácil.

—Ocupémonos ahora de doña Luz.

—Vuelvo a escucharos.

Martín empezó a dar nuevas explicaciones.

Pocos minutos después detúvose Jorge y lo interrumpió, exclamando:

—¡Por los cuernos de Satanás!

—Tened calma — le dijo el mancebo.

—Ya sabéis que me sobra, pero...

—¡Qué se diría si oyesen a un fraile hablar como vos lo hacéis!

—¡Vive el cielo!...

—Escuchadme, escuchadme.

—No habéis perdido el juicio, pero sois temerario como un loco.

—¿No habéis comprendido que estoy desesperado?

—Sí, he adivinado vuestra desesperación, o lo que es lo mismo, que ahora que tenéis motivos para estimar en algo la vida, deseáis perderla.

—Ya os he dicho antes que sufro, y el secreto de mi sufrimiento no puedo darlo a conocer a nadie, ni al mismo Raúl, porque tal

vez el deseo de hacerme feliz le impulsara a dar algún paso que no quiero dé; pero con vos haré una excepcin y nada ignoraréis.

—Gracias.

—Ahora, proseguid con doña Luz.

—Sí, sí.

Continuó Martín sus explicaciones.

Empero volvió a ser interrumpido por el flamenco, que soltó una carcajada burlona.

—¿De qué os reís?

—El mismo Lucifer debe haberos inspirado.

—No importa, si conseguimos nuestro deseo.

—¿Pero habéis pensado bien?.

—Sí.

—Proseguid.

A juzgar por el efecto que producían en Jorge las palabras de Martín, el plan de éste debía ser, no solamente muy atrevido, sino muy extraño.

Habló nuevamente el mancebo y con más atención que nunca fué escuchado por el novicio.

Llegaron junto a la casa de don Juan.

Paráronse y dijo Martín:

—¿Aprobáis mis trazas?

—Si he de mirar los peligros que ofrecen, no.

—Si a mirar los peligros vais, ningún plan os parecerá bueno.

—En último caso, como yo no he combinado ninguno, ni tengo más que remotas esperanzas.

—Está decidido.

—No menos hicimos en Bruselas y pudimos salvarnos.

—Desengañaos, señor Jorge, que la muerte respeta más al que menos la teme. En mí tenéis la prueba: una sola vez tuve miedo a morir, me hirieron gravemente y curé por milagro. Antes, que sin esperanza alguna de felicidad, no solamente dejé de huir de los peligros, sino que los busqué con afán, los peligros huían de mí. Ahora vuelve a sucederme lo mismo, y ya lo estáis viendo; mientras me buscan por todas partes, yo, a la luz del día, me paseo por donde se me antoja y me presento a todo el mundo. ¿Queréis una prueba más? No vacilaría para dárosla, yendo ahora mismo a palacio, presentándome al monarca y diciendo: "Me aseguran que vuestra majestad me busca y que pagará mi persona a precio de oro; si esto es verdad, que no se incomoden vuestros esbirros; aquí me tiene vuestra majestad".

—Creo que lo haríais como lo decís.

—Y me veríais salir del alcázar sano y salvo.

—No, no provoquéis tanto la fortuna.

Martín se encogió de hombros con indiferencia.

Entraron en la vivienda de don Juan.

Para éste tampoco guardó Martín reserva sobre sus planes.

Sus explicaciones produjeron en Santisteban el mismo efecto que habían producido en Jorge.

Por espacio de una hora hablaron, examinando el audaz intento de Martín, quedando al fin de acuerdo en que se pusiera en práctica.

—Una advertencia me queda que hacer — dijo el hijo de Nicasia.

—¿Cuál? — preguntó Santisteban.

—Nada de esto puede saberlo doña Inés.

—¿Por qué?

—Permitidme que calle las razones que me impulsan a obrar así.

—No las adivino.

—A ella le diré lo mismo que a Raúl; que abandono la corte por algunos días y nada más.

Era imposible que el caballero adivinase los motivos que Martín tenía para obrar así.

Estos motivos no eran otros que su resolución noble de dejar a la viuda y a Santisteban en la más completa libertad.

Una vez decidido a sacrificarse, quería hacerlo completamente.

Su presencia podía influir tal vez en las resoluciones de la viuda, y el generoso mancebo no quería poner inconveniente alguno a la dicha de su amigo.

—Voy a despedirme de doña Inés — dijo después de algunos instantes.

—Descuidad en cuanto a lo que he de hacer ya para que podáis llevar a cabo vuestro plan.

—¿A que hora me podéis entregar la carta que necesito?

—Al mediodía.

—No he de hacer uso de ella hasta el anochecer...

—Hay tiempo sobrado para prepararlo todo.

—Lo demás no me parece que ofrezca inconveniente alguno.

—Es cosa de Julián y podéis estar completamente descuidado.

—Bien; después de haber comido, me tendréis aquí.

—Y desde aquí...

—Sí; ya os he dicho que al oscurecer.

—Me hacéis temblar...

—En último apuro, todo sería dar un escándalo; pero antes de que pudieran apoderarse de mí...

—Dios os proteja.

Despidióse Martín y salió, encaminándose a la vivienda de doña Inés.

La expresión de su rostro no había cambiado: era sombría, lo mismo que cuando se presentó a Raúl y a Jorge.

Entretanto, éste y don Juan entablaban nuevamente la conversación sobre el mismo asunto, admirándose cada vez más de la audacia del mancebo.

Jorge, cuyo frío valor conocemos ya, acabó por estremecerse de miedo.

¿En qué consistiría el plan de Martín?

Sea cual fuere preciso es reconocer al mancebo una gran superioridad sobre todos los demás personajes que figuran en esta historia.

¿Y que opinaría doña Inés?

Vamos a saberlo.

Capítulo LXIX

LA DESPEDIDA

Doña Inés fijó en el mancebo una mirada intensa, profunda, afanosa, como si quisiera penetrar hasta lo más recóndito de aquella

alma, que para ella había empezado a ser un misterio.

Por lo mismo que la viuda encontró inconvenientes que la hicieron dudar de la realización de sus esperanzas, encendióse más y más el amoroso fuego en que se abrasaba su sensible corazón, porque siempre se desea con más ardor lo que menos puede alcanzarse, porque no hay nada más tentador que lo que nos está vedado, porque nada es tan halagüeño como lo imposible.

El primer día que se vieron doña Inés y Martín, creyó ella que era amada, se consideró dichosa y se entregó sin recelo a la dulzura de todas las ilusiones a que daba lugar su situación.

Empero aquellas ilusiones se desvanecieron con sus esperanzas y fueron sustituídas por dudas horribles.

Tras estas dudas debía presentarse una realidad mucho más horrible aún.

Martín se estremeció y bajó los ojos ante la ardiente mirada de la viuda.

No se sentía con fuerzas ni valor para sostener aquella mirada.

No, no tenía valor, porque él, lo mismo que ella, había creído ser amado.

El sufrimiento de Martín era doblemente doloroso, porque voluntariamente, y sin que nadie le obligase, renunciaba a la suprema dicha del amor de doña Inés.

Cruzaron algunas palabras que a cualquiera hubieran parecido de completa indiferencia, porque él por disimulo y ella por decoro, ambos se esforzaban para ocultar lo que sentían.

—Vuestra visita me sorprende — dijo luego la dama.

—¿Y por qué, señora? — preguntó Martín, procurando fijar su mirada en los objetos que había en la habitación.

—Hace no sé cuántos días que no os dejabais ver, a pesar de que, según entiendo, no es en vuestra casa donde habéis estado.

—Tres días...

—No es mucho, es verdad....

El Tesoro de la Isla del Muerto

Por HEDLEY SCOTT

EN una isla del Pacífico está sepultado el gran tesoro de Josiah Morgensen, el pirata más famoso de su tiempo. Este tesoro es legado a Langley Morgensen, un muchacho de corazón aventurero... si tiene el valor necesario para ir en su busca

Todo el encanto y el romance de los tiempos en que la calavera y las tibias cruzadas amenazaban los mares, se hallará en esta emocionante y estremecedora novela de piratas, con sus valerosos hechos y fantásticas aventuras de misterio y de intensa acción.

Raúl de Lancaste

—Mi madre, señora, reclama toda mi atención, y por dedicársela cometo quizás una ingratitud.

—¿Vos ingrato?...

—Ya lo estáis viendo.

—¿Con quién lo sois, señor Martín? — preguntó la viuda, que con más insistencia fijaba cada vez su mirada en el mancebo.

—Con vos — respondió éste, haciendo vanos esfuerzos para mostrarse tranquilo.

Ella desplegó una hechicera sonrisa y replicó:

—Amigo mío, acabáis de cometer una gran torpeza, más imperdonable en vos, que nada de torpe tenéis.

—Las apariencias engañan, señora; aun no me conocéis bien; me juzgáis por lo que de mí se dice...

—¿Y os juzgo equivocadamente?

—Sí.

—Probádmelo.

—La pública opinión exagera siempre y exagera mucho. Se dice que un hombre vale, y tanto se le hace valer, tales cosas de él se cuentan, que a creer lo que se dice tendríamos un ser sobrenatural. Lo mismo sucede cuando a uno se le califica de bueno que de malo, y en mí tenéis el ejemplo. No sé por qué llegó a creerse que yo algo valía, y esto me exageró hasta el punto de que para conservar mi fama envidiable me es preciso ocultarme de todos. El que no me ha visto me considera un hombre extraordinario, un hombre como no puede existir; pero el que me ve, me observa y me examina se convence que soy una criatura como cualquiera, con todas sus debilidades, con todas sus miserias, con todas sus pequeñeces, con todos sus defectos, en fin.

—¿Y creéis que a mí me ha sucedido eso?

—Vos misma lo habéis dicho.

—¡Yo!...

—¿No me acusáis de haber cometido una torpeza?

—Sí.

—Eso prueba que soy torpe, y, por consiguiente...

—Pero es una torpeza que os honra.

—No comprendo...

—Yo desconocía vuestra ingratitud, ni siquiera la había sospechado, y vos la confesáis...

—Es mi deber.

—En eso precisamente consiste vuestra torpeza.

—Pero...

—A la vez vuestra noble franqueza os favorece.

—Si sólo mi franqueza tomáis en consideración...

—Aun — interrumpió la dama — no me habéis dicho en qué consiste vuestra ingratitud.

—Fácil es adivinarlo.

—Pues no lo adivino, caballero.

—Ni yo os lo diré, porque tendría que recordar lo que habéis hecho por mí, y el recuerdo os enojaría.

—¿No sois mi amigo?

—Sí.

—¿Mi amigo de todo corazón? — preguntó doña Inés acentuando más su última palabra.

—De todo corazón — respondió Martín con una vehemencia que en aquellos momentos le fué imposible contener.

—Salvo, por supuesto — repuso la dama con voz que repentinamente se hizo insegura, — salvo el cariño que para otros tengáis...

—Tengo más amigos, ya lo sabéis.

—El dulce y noble sentimiento de la amistad puede ser para muchos.

—Es verdad; con la amistad no sucede lo mismo que con el amor.

—Porque el amor suele ser egoísta, ambicioso, hasta el extremo de que por el objeto amado, la amistad suele olvidarse muchas veces.

—No ha de concluir por eso la nuestra, señora.

—¿Podéis asegurarlo?

—Sí.

—Me sorprendéis...

—¿Por qué?

—No hace muchos días me dijisteis que de vuestra antigua pasión no quedaba más que un dulce recuerdo, que había sido la pasión de un niño, y que muy bien podía vuestro corazón palpitar aún con el amor inextinguible del hombre.

—Eso dije, es verdad.

—Si mañana amaseis...

—No lo veréis, doña Inés.

—No es preciso que yo lo vea..

—No sucederá.

—Decís ahora lo contrario que hace una semana.

—Desde entonces he podido examinar mi corazón...

—¡Ah! — exclamó doña Inés, cuyo rostro palideció por un instante.

—¿Qué os sorprende?

—¿Y del examen que habéis hecho?...

—No puedo amar — murmuró Martín, inclinando la cabeza.

La viuda se mordió los labios.

Es imposible hacer comprender lo que en aquellos momentos sufrió.

Sus dudas acabaron de disiparse y vió la negra realidad que tanto temía.

Martín no la amaba.

El corazón del mancebo era una flor agostada al nacer, una flor cuyos pétalos se marchitan antes de extenderse, porque el huracán ha roto su débil tallo.

Esto pensó la viuda.

En un instante desapereció su última esperanza.

Lo que tuvo que esforzarse para ocultar lo que sentía, no podemos expresarlo.

Pero era preciso disimular.

Así se lo mandaban imperiosamente su dignidad de señora y su decoro de mujer.

Transcurrieron algunos segundos de absoluto silencio.

El rostro de Martín estaba mucho más contraído y mucho más sombrío que antes.

—Hablemos de nuestros amigos — dijo al fin la dama.

—Nada puedo deciros de ellos.

—¿Aun no habéis ideado medio alguno de salvar a doña Luz?

—Ninguno, señora, ni tengo esperanza.

—Entonces — repuso doña Inés, que en aquellos momentos parecía indiferente a la desgracia de su infeliz amiga, — entonces

hablemos de vos, señor Martín, porque vuestra situación aun no está resuelta.
—Se resolverá bien pronto.
—Si no es un secreto lo que habéis determinado...
—Para vos no tengo secretos, ya lo sabéis.
—Gracias.
—He decidido irme de Madrid.
—¡Que os vais!...
—Mañana mismo.
—¡Ah!...
—Nada puedo conseguir en la corte, aquí no tengo más que recuerdos que me atormenten...
—¿Y vuestros amigos?
—Por lo mismo que me aman muy de veras y que están dispuestos a toda clase de sacrificios para protegerme, soy para ellos una carga, un peligro.
—Sois injusto, caballero.
—Perdonad, señora.
—Vuestros amigos...
—Todo lo aceptan con gusto por mí, ya lo sé; pero yo debo evitarles sufrimientos.
—No os hago más observaciones — repuso doña Inés con frialdad.
—Lo que me espera, lo sé — dijo Martín con acento de la más profunda amargura.
—Así podréis obrar con más acierto.
—También sé lo que pasa en mi interior: el mundo no ha de comprenderlo.
—¿Temeis que el mundo os acuse injustamente? — preguntó la viuda.
—No sé lo que el mundo hará; sé lo que he de sufrir... ¡Oh!... Me entenderé con mi conciencia, y... ¿qué le importa al mundo mi conciencia?
—Vuestras palabras son amargas...
—Tengo en el alma hiel...
—Caballero...
—Otra razón tengo para abandonar la corte: empiezo a resentirme de mi herida...
—¡Dios mío! — exclamó la dama sin poder contenerse.
Y su rostro se desfiguró.
Y fijó una mirada de indescriptible afán en el mancebo.
—Tranquilizaos — repuso éste, — no es cosa de importancia...
—Pero...
—Me aconsejan que en la presente estación busque un clima más benigno y nuestro amigo don Juan, dándome otra prueba de su cariñosa solicitud, ha puesto a mi disposición una de sus posesiones de Andalucía.
—Don Juan os facilita los medios para que os vayáis...
—Sí.
—¡Oh!...
—¿Qué encontráis de extraño en eso?
—Nada... Don Juan de Santisteban es muy buen amigo...
—He aceptado su ofrecimiento, y mañana partiré.
—¿Y vuestra madre?...
—Se quedará en Madrid.
—¡La dejáis también!...
—El viaje es muy peligroso para ella en todos sentidos.
—Tanto afán por encontrarla...
—Y ahora me separo de ella.
—Eso es incomprensible.
—Soy voluble, señora, inconsecuente, ingrato; ya os lo he dicho...
—Señor Martín — replicó doña Inés con impaciencia, — guardad vuestros secretos, que nadie os obliga a revelarlos.
—Señora...
—No habéis mentido; tenéis el alma llena de hiel.
—Os juro que es así.
—Bien, bien... ¿He de hacer algo por vuestra madre?
—Si os necesita, no dudéis que a vos acudirá. Para protegerla quedan don Juan y Jorge, y no hablo de Raúl porque en vez de hacer nada por nadie necesita que hagan mucho por él.
Doña Inés quedó pensativa, y otra vez volvió a dudar.
El mancebo se dispuso a salir.
—¿Pensáis estar mucho tiempo en Andalucía? — preguntó la dama.
—No lo sé.
—Cuando volváis a la corte probablemente no me encontraréis...
—¡Señora!...
—Yo también sufro; el mundo se acabó para mí, todo me enoja.
—A vuestra edad...
—Joven sois vos también, y si no tuvierais a vuestra madre, odiaríais la vida.
—No os equivocáis.
—Como nada espero en el mundo, quiero separarme de él.
—Vuestro proyecto me parece irrealizable, porque no está en vuestra mano menguar vuestra existencia.
—Pero si puedo buscar la soledad en el claustro...
—¡Vos en un convento!...
—Perdí a mi esposo, no quiero estar viuda...
—Pero...
—Sí, caballero; otro esposo busco, otro quiero, y como no he de encontrarlo entre los hombres, acudo a Dios.
—¿Y a Dios le ofrecéis un corazón...
—Que ha muerto, a pesar de mi juventud; un corazón que, lo mismo que el vuestro, ya no siente, ya no puede amar.
—Esa resolución...
—Probablemente no lo comprenderá el mundo; pero digo lo que veo; me entenderé con mi conciencia, y mi conciencia, ¿qué le importa al mundo?
—¿Vos también, señora, tenéis hiel en el alma?
—Bien puede ser.
Entonces le tocó a Martín sufrir como nunca había sufrido.
Si alguna duda había tenido sobre los sentimientos de doña Inés, ya no abrigó ninguna.
Acababa de convencerse de que la viuda lo amaba, y por consiguiente, de que don Juan no sería correspondido.
Pero este convencimiento no podía, de ningún modo, hacerle variar de conducta, porque se lo prohibían consideraciones de amistad.
Mientras Santisteban amase a doña Inés, Martín se creía obligado a huir de ella.
Quizá llevaba el mancebo su delicadeza hasta la exageración; pero hay que tener

Raúl de Lancaste

presente que don Juan no era un amigo cualquiera, sino un hombre que a costa de grandes sacrificios había hecho beneficios inapreciables al pobre y desvalido huérfano.

Continuar la conversación era ponerse en peligro de no poder dominarse, y antes de que esto sucediera, queriendo evitar mejor que arrepentirse, el hijo de Nicasia repuso:

—Yo también debo respetar vuestros secretos y no os haré ninguna observación sobre lo que habéis determinado. Puesto que ambos hemos de sufrir y callar, y lo que es más terrible: estamos obligados a decir que somos felices y a sonreir como si lo fuéramos...

—Debemos ocultarnos a los ojos del mundo, que nos pide esas sonrisas; del mundo, que no nos comprende...

—Acudiremos a Dios.

—Y si Dios se niega a escucharnos...

—Señora, si el Omnipotente no quiere enviarnos consuelo, si no quiere darnos lo que en este mundo se llama dicha, al menos aceptará nuestra fe en su misericordia, y para premiarnos en la otra vida, tendrá en cuenta lo que en esta hemos sufrido.

Doña Inés inclinó tristemente la cabeza, y exhaló un suspiro.

Martín le alargó su diestra, estrechando la que doña Inés le daba.

Ambas manos abrasaban.

Las dos temblaron convulsivamente.

Quizá involuntariamente se estrecharon con demasiada fuerza.

El rostro de la viuda empezó a cubrirse de mortal palidez.

El de Martín se contrajo mucho más de lo que estaba.

Con voz ahogada murmuraron un adiós.

El mancebo salió trastornado, casi loco.

Su cabeza se abrasaba, y su corazón y sus sienes latían con desigual violencia.

—¡Oh! — exclamó cuando estuvo en la calle.

Y elevó al cielo una mirada de espantosa desesperación.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — gritó con voz ronca, y sin pensar que alguien podía oirlo. — Ya veis que cumplo mi deber; pero ¡cuánto me cuesta, cuánto me cuesta!

No bien pronunció estas palabras, cuando sonó un grito ahogado.

Estremecióse el doncel y miró a su alrededor.

Empero entre las tinieblas no vió más que algunos rayos de luz que se escapaban por la abertura de un balcón a medio cerrar de la casa de doña Inés.

—Me ama— murmuró Martín, mientras se alejaba rápidamente. — me ama, ya no lo dudo. . ¡Y tengo que renunciar a ella!

¿Qué hacía doña Inés?

Apenas quedó sola se acercó a un balcón, lo entreabrió sin hacer el más leve ruido, y asomó la cabeza para dirigir una mirada de despedida, la última mirada, a Martín, no pudiendo contener el grito al escuchar las frases que éste pronunció.

Después de exhalar el grito se retiró precipitadamente del balcón, dejándose caer en un diván, y con desgarrador acento exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío!

Oprimióse el pecho con fuerza convulsiva.

Sus negros ojos relumbraron con el fuego de la fiebre.

—Me ama — murmuró con voz sorda. — Me ama, ha comprendido que yo también le amo, y, sin embargo, huye de mí... ¡Oh!... ¿Qué significa esto?... Acabaré por volverme loca... ¡Dios mío!... ¿Por qué huye de mí, por qué?

La infeliz ocultó el rostro entre las manos, y de sus ojos se escapó un torrente de lágrimas, arrancadas, no solamente por el pesar, sino por la ira, por la desesperación.

No puede decirse cuál de los dos sufría más.

Lo mismo doña Inés que Martín habían perdido la esperanza de que se realizasen sus deseos.

¡Infelices!

Capítulo LXX

MARTIN SIGUE PREPARANDOSE

Cuando Martín llegó a su casa se habían agotado sus fuerzas; sin embargo, hizo todo lo posible para disimular y que de su triste estado no se apercibiese su pobre madre.

Su tristeza y su preocupación no eran una novedad, pues triste y preocupado se le había visto desde el día siguiente a su llegada a Madrid.

Como casi siempre sucedía, la madre y el hijo empezaron a hablar de la situación en que se encontraban y de la conveniencia de buscar medios de evitar los peligros que les amenazaban constantemente.

—Por de pronto — dijo Martín después de hacer algunas observaciones, — mudaremos de vivienda.

—¡Abandonar esta casa! — replicó su madre sorprendida.

—Es forzoso.

—Aquí, donde tú naciste...

—Si ahora se presentaran los agentes del rey, ¿qué haríamos?

—Una vez que nos descubrieran, el mismo peligro habría en esta casa que en cualquiera otra.

—Os equivocáis, madre mía; lo he pensado bien, he hablado con nuestros amigos y hemos combinado un plan por si llega el caso de que descubran nuestro paradero.

—Explícate, hijo mío, porque no acierto a comprender lo que quieres decir.

—Luego me explicaré, o más bien se explicará Jorge mañana, puesto que él se ha encargado de arreglar este asunto, asegurándome que tiene medios de hacerlo, aunque sin darme muchas explicaciones.

—En Jorge, tengo muchísima confianza.

—Yo también, y por eso lo he dejado y estoy tranquilo.

—Sin embargo...

—De todos modos, yo no he de ocuparme de esto en algunos días, porque mañana nos separaremos...

—¡Que nos separaremos! — exclamó Nicasia, fijando en Martín una mirada de profunda sorpresa.

(Continuará)

Raúl de Lancaste

Aventuras del gran detective NELSON LEE

EL ORPHEUM CLUB

CAPITULO I

Tres hombres en un chalet. — Los vivos que han muerto. — Preparando planes. — Un grito en mitad de la noche. — La sorpresa. — Ante la puerta. — Las aventuras de Martín Caine. — Despedido de la Liga. — La labor de los asesinos. — Un hombre hábil.— Noticia inesperada. — Sir Gordon Hyde

LA noche era muy obscura, serena y deliciosamente templada. En todos sentidos se extendía la encantadora y accidentada campiña de Surrey, envuelta en el silencio y en la mayor tranquilidad. A cualquier rumbo que se mirara sólo se veía oscuridad, con una sola excepción. Por la ventana baja de un chalet cubierto de enredaderas salía una luz suave, filtrada por la delgada tela de algodón de una cortina color de naranja. El aspecto de aquella casa y de aquella ventana iluminada era muy simpático y atrayente.

Llenaba el ambiente una atmósfera de paz y de placidez. En el interior de la habitación del frente del chalet todo era contento y descansada felicidad. Si un observador hubiese mirado por un lado de la corrida cortina, hubiera visto allí a tres hombres, sentados en confortables y mullidas butacas; dos de ellos fumaban cigarros de hoja y el tercero oía con interés la conversación de sus dos compañeros. La ventana que tenía persiana veneciana, a la antigua, estaba abierta de par en par y el suave perfume de las flores del jardín del chalet entraba dulcemente en la habitación de techo bajo y bien amueblada.

Dos de los hombres, — los dos que fumaban y conversaban, — eran de edad y tenían el cabello blanco. El otro era mucho más joven y parecía excesivamente bajo. Un pequeño bigote negro adornaba su labio superior y su cabello era obscuro y ensortijado.

¿Quién hubiera podido, ante semejante cuadro, sospechar, la verdad?

¿Quién hubiera podido reconocer en aquel terceto a los tres indomables espíritus que durante los pasados meses habían librado una guerra terrible contra la infame Liga del Triángulo Verde?

Nelson Lee, el famoso detective; Nipper, su joven discípulo y ayudante; y Douglas Clifford, el joven cuya colaboración había sido tan importante y hasta decisiva, en algunas ocasiones.

Eran ellos, precisamente, aquellos tres.

Sentados en la habitación de aquel tranquilo chalet, aquella tranquila noche de primavera; el sitio y la hora parecían impropios para tratar de lo que estaban tratando. Sin embargo estaban preparados los tres a desempeñar los papeles que estaban representando y su aspecto se avenía admirablemente al lugar en que se encontraban.

Los dos hombres de cabello blanco eran, — claro está, — Nelson Lee y Clifford; el otro, — el del pequeño bigote negro, — era Nipper. Pero ¿por qué estaban allí? ¿Por qué no trataban de sus asuntos en la sala de la casa donde vivía Nelson Lee, en Gray's Inn Road? ¿Cuál era la razón que había para semejante, extraordinaria conducta?

—La situación, — decía en aquel momento Nelson Lee, — es esta: Nosotros tres estamos, oficial y estrictamente hablando, difuntos del Océano Atlántico del Sur. Hemos dejado de existir.

Nipper se sonrió.

—Para ser cadáveres, tenemos bastante vida, me parece, ¿no es verdad señor? — observó.

—Usted sabe perfectamente qué es lo que quiero decir, joven, y usted también, amigo Clifford, — prosiguió el detective, sonriendo. — En nuestra reciente batalla de astucias con la Liga del Triángulo Verde, nos encontramos, en determinado momento, encerrados en un camarote de un yate que se estaba hundiendo. Escapamos gracias a una extraordinaria merced de la suerte. Pero, fuera como fuera, escapamos y llegamos a Inglaterra secretamente. El profesor Zingrave y sus compinches están convencidos por completo que los tres perecimos dentro del buque náufrago y que con nosotros se hundió también, por añadidura, la señorita Vera Zingrave. Pero el hecho es que estamos vivos y sanos y que esto no lo sabe nadie más que nosotros mismos.

Douglas Clifford inclinó la cabeza, asintiendo, con toda gravedad.

—¡Y ahora vamos a entrar en actividad con el propósito de terminar de una vez por todas con la maldita Liga del Triángulo Verde! — dijo. — El profesor Zingrave y todos sus cómplices deben ser esperados con impaciencia en los profundos infiernos.

Nelson Lee sonrió tranquilamente, poniendo la ceniza de su cigarro en el cenicero que estaba a su alcance.

Había transcurrido una semana tan sólo desde el día en que desembarcaron en Inglaterra, después de la terrible experiencia que habían sufrido en el Atlántico del Sur. Los tres habían estado en un yate de vapor llamado Reina del Mar, perteneciente a un miembro del Círculo Dirigente de la Liga del Triángulo Vrde. Aquel yate había partido de Londres para realizar un viaje cuyo verdadero objeto era dar muerte a dos personas: el abogado criminalista Edmund Gresswell, miembro del Círculo Dirigente, que amenazaba traicionar a la liga y Vera Zingrave, la hijastra del profesor, que había descubierto por casualidad cuál era la clase de negocios en que andaba metido su padrastro.

Acaecidos los sucesos narrados en la novela titulada "El Yate Fatal", los de la Liga del Triángulo Verde creían que Vera Zingrave estaba en las profundidas del Atlántico del Sur, junto con Nelson Lee, Nipper y Clifford. Pero la joven Vera se encontraba, — con un nombre falso, como es de suponer — en una localidad del Norte del País de Gales, en casa de unos amigos del gran detective que eran personas de toda confianza. Nelson Lee deseaba que el profesor no se enterara todavía de la verdad porque tenía sus planes preparados y el éxito de esos planes dependía, en gran parte de que nadie supiera que las cuatro personas a quienes habían dado por muertas, estaban vivas y en plena actividad.

La Liga del Triángulo Verde creía que sus enemigos habían muerto; en consecuencncia no tenía por qué tomar precauciones contra ellos. Precisamente contaba Nelson Lee con esa falta de vigilancia preventiva para lograr el éxito de sus planes tendientes a aplastar de una vez a la pestífera sociedad de criminales.

Douglas Clifford vibraba de impaciencia, deseoso de entrar cuanto antes, en acción. Era él quien había proporcionado a Nelson Lee los primeros datos sobre la secreta organización de la Liga del Triángulo Verde, datos que habían hecho posible el comienzo de la terrible campaña. Hacía muchos meses que Douglas Clifford se había visto en la necesidad de adoptar un disfraz, aparentando ser un hombre entrado en años, pero, a juzgar por el giro que tomaban los acontecimientos, parecía que no iba a pasar mucho tiempo sin que pudiera abandonar definitivamente su disfraz y recobrar su verdadera juvenil presencia.

Douglas Clifford y Vera Zingrave eran novios, no estaban "oficialmente" comprometidos, pero ellos ya habían resuelto unirse en matrimonio en cuanto las circunstancias lo permitieran. Vera Zingrave estaba enterada ya, por completo, de cuál era el vil carácter de su infame padrastro y Clifford comprendía perfectamente que su casamiento con Vera no podía realizarse hasta que la campaña contra la Liga del Triángulo Verde no hubiera terminado con el derrumbe definitivo de la criminal institución. Se comprende, pues, que el joven se sintiera impaciente y deseoso de terminar de una vez con la terrible liga.

Había sido Nelson Lee el que había tenido la idea de alquilar aquel chalet amueblado. En aquella casita los tres compañeros podían preparar sus planes con la mayor tranquilidad. El chalet podía, además, servir de base para sus futuras operaciones en contra de la Liga.

—¡Tenemos en la mano las cartas que son triunfo! — dijo Nelson Lee con su acostumbrada tranquilidad. — Zingrave no se hallará prevenido y no estará preparado para rechazar nuestro ataque. Sabe que la policía no está al tanto de nada de lo que se refiere a la liga y está convencido de que hemos muerto. Nuestra tarea, por lo tanto, va a presentar menos dificultades de las que presentaría en otras circunstancias.

—¿Cómo vamos a empezar a entrar en acción, señor? — preguntó Nipper.

El detective se acarició lentamente la barba como de costumbre.

—Hay muchos caminos que escoger, — dijo. — De lo que no cabe duda es de que ha llegado el momento de la gran ofensiva; vamos a estrechar la red rápida y decididamente. Es necesario abandonar toda clase de vacilaciones. De un modo u otro. . .

—¡Hola! ¿Qué es eso? — exclamó de improviso, el joven Nipper.

Se volvió en su asiento y miró hacia la abierta ventana. Estaba sentado más cerca de la ventana que los demás. El detective cesó de hablar.

—¡No he oído nada! — exclamó Douglas Clifford. — ¿Qué ha pasado Nipper?

—Es que. . . Oí rumor de pasos. . . — dijo el joven ayudante del detective.

En aquel mismo instante se oyó, procedente de la oscuridad exterior un grito ahogado y semejante a un gemido. En seguida Nelson Lee y Douglas Clifford se levantaron.

proximamente
petalazos
petalazos
petalazos
0.10 ¢
la revista de la mujer

Se oyó en aquel momento un golpe sordo dado en la puerta de entrada del chalet, que se abría, directamente, en la sala.

—¡Por vida!...

Nelson Lee murmuró su exclamación en voz baja mientras se dirigía hacia la puerta seguido de cerca por Clifford y Nípper. El detective volvió la manija y abrió la puerta de un tirón.

Sobre el umbral estaba tendido un hombre que, al abrirse la puerta, rodó hacia el interior, quedando en una postura tal que la luz de la lámpara de petróleo le dió de lleno en el rostro. Clifford no pudo reprimir un grito de horror. Aquel rostro estaba intensamente pálido y se le notaba una herida profunda en la frente, sobre el ojo derecho. La herida sangraba en abundancia, la sangre corría lentamente por la cara.

—¡Dios mío! — exclamó Douglas Clifford con emoción.

Nelson Lee, sin pronunciar una sola palabra, salió al jardincito del chalet y miró en redor con atención. Pero no vió a nadie; en todo el contorno reinaba el más completo silencio.

En vista de eso, volvió a entrar en el chalet, Clifford y Nípper habían entrado más adentro al herido y le habían sentado en una de las mullidas butacas; el hombre aquel respiraba jadeante. Nelson Lee cerró la puerta y se aproximó al herido.

—¡Acerque un poco la lámpara, Nípper! — exclamó rápidamente.

El joven obedeció y la fuerte luz de la lámpara alumbró el rostro del recién llegado. Nelson Lee, algo sobresaltado, adelantó la mano. Un segundo después le había quitado al herido un par de patillas postizas.

—¡Caine! — exclamó el detective. — ¡Martín Caine! ¡Dios mío, esto sí que es inesperado! ¡No creo que esté seriamente herido. ¡La botella del cognac Nípper!

Una dosis del fuerte licor hizo pronto su efecto. Tanto Clifford como Nípper se habían dado cuenta ya de que se trataba de Martín Caine, uno de los más decididos partidarios de Nelson Lee. Caine era agente de control de la Liga del Triángulo Verde, pero trabajaba en contra de la liga, no en favor de ella. Durante los pasados meses había proporcionado al detective muchos datos de suma utilidad y muchos informes interesantes. ¿Por qué se hallaba en aquel momento en aquel sitio? Esto sí que era un verdadero misterio. ¿Por qué se encontraba en tan triste situación? Esto era aun más misterioso todavía.

Porque, además de tener la herida de la frente estaba empapado hasta la piel, chorreando de pies a cabeza.

Al cabo de unos pocos minutos pudo, sin embargo, hacer uso de sus facultades. Abrió los ojos y sus mejillas se colorearon un poco. Durante unos momentos miró sucesivamente a cada uno de los que estaban cerca de él y por último le brillaron inteligentemente los ojos.

—¡Señor Lee! — murmuró en voz muy baja. — ¡He llegado aquí al fin y al cabo! ¡Creía que iba a caer desmayado en el camino; Por vida de!... ¡Les he dado esquinazo! ¡Canallas! ¡Les he burlado!

Nelson Lee le miró a la cara haciendo al mismo tiempo un ademán tranquilizador.

—¡Calma, Caine! — dijo bondadosamente. — Todo va bien ahora. Lo de la frente parece la rozadura de una bala de revólver, pero no tiene importancia: es superficial. En unos momentos se le hará la curación necesaria. Hay que quitarle esta ropa mojada...

—¡Oh! ¡No importa! Estoy bien, señor Lee, — le interrumpió Caine. — Necesito decirle...

—No piense en eso ahora. Antes de dar explicaciones tenemos que atenderle como es debido. Una pregunta solamente, sin embargo: ¿Le seguían?

—No, señor Lee. Estaba enteramente solo.

El detective inclinó la cabeza en señal de asentimiento y se puso, activamente en acción. Hubo que quitarle a Caine la ropa mojada y vestirle con ropa seca. Clifford ayudó a Nelson Lee en esta tarea mientras Nípper preparaba algo de comer.

Cuando le hubieron cambiado de ropa, Caine se sintió mucho mejor. Le vendaron la frente con un pañuelo después de limpiarle la herida. Declaró entonces Caine que se sentía muy bien. Las atenciones de que había sido objeto le habían hecho variar por completo de aspecto.

—Supongo que usted habrá adivinado lo que significa todo esto, señor, — dijo Caine antes de comenzar a comer. — He escapado en una tabla pero ahora estoy bastante bien. Los tontos se han imaginado que han terminado con mi existencia.

—¡Se nota que si no lo consiguieron no fué porque no lo intentaran! — observó Lee, secamente. — Pero el fracaso ha sido completo porque usted se halla bastante lejos de la liquidación final, Caine. ¡Por todos los diablos! ¡Así que sus excelentes amigos los de la liga le descubrieron al fin!

Caine movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, y el caso es que no sé cuál ha sido la verdadera razón, — dijo. — Tal vez me han seguido en los últimos tiempos o quizás los del Círculo Dirigente desconfiaron de mí después del asunto del yate Reina del Mar. Fuí yo quien recomendó a usted, señor Lee y a Nípper, al comandante del yate, como si se tratara de dos marineros de confianza. Después supieron quienes eran en realidad. y supongo que me inculparon de todo.

Nelson Lee asintió, moviendo la cabeza.

—Sin duda, — dijo, — Sospecharon en seguida que era usted un cómplice nuestro. Pero vamos a ver, díganos qué es lo que le ha sucedido.

—Esta noche, temprano, me dí cuenta de que alguien me seguía, — explicó Caine. — Comprendí que cuanto antes cambiara de aspecto mejor sería porque sentíame convencido de que ya había perdido mi puesto en la Liga del Triángulo Verde. Aquello ha terminado ya para mí. Pues bien, como no me falta experiencia poco tardé en dar esquinazo a mis perseguidores.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Me disfracé con una gruesa peluca y unas patillas y tomé un tren que venía para estos sitios, — agregó Caine. — Como yo sabía dónde estaba usted, señor Lee, porque me lo había comunicado, resolví presentar-

me ante usted, para darle cuenta de lo pasado y recibir órdenes. Mientras me alejaba de la estación, en la obscuridad, descubrí, con la correspondiente amargura, que no me hallaba tan en seguridad como me había imaginado.

—¿Le seguían de nuevo?

—Sí; dos hombres, señor Lee... quizás tres. No estoy seguro, — contestó Caine. — Sea lo que sea, la verdad es que mientras yo miraba cautelosamente en redor, una bala llegó zumbando en la obscuridad, procedente de una silenciosa pistola de aire comprimido, me dió en la frente y me hizo caer al suelo como puede caer un trozo de madera. No estaba desmayado porque recuerdo que los bandidos se inclinaron hacia mí, mirándome.

—¿Y qué pasó luego?

—Mi inteligencia estaba muy alerta a pesar del golpe que había recibido. Tal vez me aguzó el ingenio el pensar que me hallaba perdido. No moví ni un párpado y me hice el muerto. Me daba cuenta, mientras tanto, de que la herida seguía sangrando. La astucia tuvo éxito porque uno de los hombres dijo que yo estaba muerto, que la bala me había atravesado el cerebro.

"Su compañero quería cumplir debidamente su misión, metiéndome otra bala en los sesos, — agregó Caine.

—Cuando oí eso, me pareció que había llegado el momento de dar señales de vida y de intentar algo. Pero el ruido de un automóvil que se acercaba precipitó los acontecimientos. Me tomaron entre los dos hombres y me llevaron, cruzando un prado, hasta la orilla de un arroyo, poniéndome allí sobre la hierba.

—¡Ahora comprendo por qué tenía usted empapada la ropa! — exclamó Nipper. — Los canallas le arrojaron al arroyo.

Caine se sonrió.

—Pueden ustedes creer que el remojón no me hizo saltar de puro gusto, — dijo. — Empezaba a sentirme mareado y comprendí que eso se debía a la pérdida de sangre. Me zumbaba la cabeza y veía ante mis ojos unas lucecitas como estrellas. Bueno, antes de que me diera cuenta de lo que pasaba, aquellos canallas me habían atado una piedra a los pies y me habían arrojado al arroyo.

—¡Dios mío! ¿Cómo pudo usted escapar de semejante sitio y en tales condiciones? — preguntó Nelson Lee con curiosidad.

—La situación parece muy terrible cuando se explica como yo lo he hecho, — dijo Caine, — Pero en realidad, el salvarme fué de lo más sencillo del mundo. Cuando me hundí en el agua, me sumergí como una piedra. El frío del agua me despejó un poco. Necesité diez segundos para doblarme, sacando la navaja, y cortar la soga que sujetaba la piedra. Ustedes comprenderán, señores, que los hombres de la liga me creían muerto, así que sólo consideraron necesario ponerme lastre para que me hundiera. No se habían dado cuenta de que me hallaba en condiciones de poder cortar la soga de la piedra.

—De todos modos, tuvo que ser algo muy difícil y arriesgado, — observó Douglas Clifford.

—En momentos tales no se dispone de tiempo para pensar en dificultades y probabilidades, — dijo Martín Caine. — Ya había tragado un pooc de agua y me daba cuenta de que si no procedía con rapidez, me iba a quedar para siempre en el fondo del arroyo. En cuanto corté la soga subí rápidamente a la superficie, cerca de la orilla, entre mimbreras y espadañas.

—¿Y entonces? — preguntó Nelson Lee.

—Nada más, señor Lee. A lo lejos, vi las sombras de mis dos matadores, que se alejaban y desaparecían luego en la obscuridad de la noche. Se comprendía que no se habían quedado ni un minuto junto a la orilla del arroyo. ¡Los pobres estaban asustados de lo que habían hecho! Esperé lo menos un cuarto de hora antes de moverme de donde estaba. Después me arrastré, saliendo del arroyo, y me dirigí en línea recta a este chalet.

—¿Qué distancia hay de aquí al arroyo? — inquirió el detective.

—Cerca de dos millas. ¡Oh! ¡No tema que los canallas me hayan seguido! — dijo Caine rápidamente. — Regresaron a la estación con paso ligero, convencidos de que habían terminado por completo su sucia hazaña.

—¿No sabían ellos a dónde se dirigía usted?

—¿Cómo iban a saberlo? — dijo el otro. — En este momento están a varias millas de aquí, señor Lee. Y yo me encuentro desde esta noche en la misma situación que usted. ¡Curiosa coincidencia! Los de la Liga del Triángulo Verde suponen que me han quitado de enmedio y el Círculo Dirigente supone que usted, Nipper y el señor Clifford se encuentran en lo más profundo del Atlántico del Sur.

Nelson Lee repiqueteó en el borde de la mesa con la yema de los dedos.

—¡Jum! Quizás todo lo sucedido sea favorable a fin de cuentas, Caine, — exclamó. — El drama final relacionado con la Liga del Triángulo Verde está por comenzar y usted se halla, al menos, libre de mayor peligro. Pero no me ha dicho usted cómo logró llegar hasta este chalet.

—¡Me fué difícil! ¡Muy difícil! — contestó Caine. — Me encontraba helado y me dolía mucho la cabeza. Por precaución no vine por la carretera; crucé campos y prados, siguiendo la dirección del camino.

—¡Muy bien hecho! — dijo Nelson Lee, aprobando el proceder de Caine.

—Me sentí mareado dos o tres veces; tropecé en una raíz sobresaliente y me caí, dando con la cabeza en un tronco. El golpe me reabrió la herida que ya no sangraba y volvió a sangrar. Ya estaba enteramente vencido cuando vi la luz de esta lámpara. Tambaleándome, avancé, convencido de que me hallaba en buen camino. Recuerdo que lancé un ahogado grito y que me desplomé en el umbral de la puerta.

—¿Está usted seguro de que no le siguieron?

—¡Segurísimo! Ya había pasado más de una hora desde el momento en que me echaron al arroyo. Además, yo estuve alerta todo el tiempo. ¡Oh! ¡No, señor Lee! ¡Los sabuesos de la Liga del Triángulo Verde se han

vuelto a su casa convencidos de que habían terminado bien su negocio!

Nelson Lee indicó la comida que estaba en la mesa.

—¡Aliméntese, Caine! — dijo. — Coma bien, que es lo que usted necesita para reponer sus fuerzas.

Martín Caine empezó a comer con excelente apetito. De improviso dejó de comer para mirar a sus compañeros. Pero en esta ocasión, sus ojos relucían de entusiasmo.

—He olvidado decirles algo, señores, — dijo rápidamente. — Tengo una extraordinaria noticia que darles. Ustedes recordarán seguramente, a sir Gordon Hyde, el famoso astrónomo, ¿no es cierto?

Douglas Clifford se rió.

—¿Astrónomo? — repitió. — No digo que sir Gordon no mirara hacia las estrellas de vez en cuando, pero era, en verdad, uno de los bandidos peores de Inglaterra. Edificó un observatorio en una isla cercana de la costa de Escocia, a la que llamó Isla Solar. Y lo que parecía un observatorio era un taller secreto, dependiente de la liga, donde se transformaban las alhajas procedentes de robos. Sir Gordon fué sorprendido allí por el señor Lee y arrinconado...

—No puede decirse arrinconado porque sir Gordon Hyde logró escaparse en su yate y Nipper y yo le perseguimos en un destroyer de la armada. Cuando llegamos al yate fugitivo, sir Gordon se había arrojado al mar; se había suicidado al verse descubierto.

Martín Caine se sonrió.

—¡Sir Gordon Hyde no se suicidó! ¡No murió! — dijo. — ¡Sir Gordon Hyde está en estos momentos en Londres y asistirá a una reunión que el Círculo Dirigente ha de celebrar mañana a la noche en el salón secreto del Orpheum Club!

—¡Dios mío! — exclamó Nelson Lee levantándose y paseando de un extremo a otro de la habitación. — ¡Sir Gordon Hyde vivo! ¡Qué extraño!

—¿Importa algo, señor? — preguntó Nipper con sumo interés.

—Como importar, nada importa, muchacho. La Liga del Triángulo Verde se tambalea ahora más que nunca, y sir Gordon Hyde será sepultado con sus compañeros, en las ruinas de su sociedad, cuando se produzca el derrumbe.

Pero ¿qué significaba la vuelta de aquel miembro importante del Círculo Dirigente a quien se creía muerto?

CAPITULO II

En el Orpheum Club. — Un desaparecido que reaparece. — Sir Gordon Hyde transformado en el señor Stanley Ruthven. — Una noche de animación. — En la oficina presidencial. — La chimenea movible. — Un secreto bien guardado. — En la cámara subterránea. — Sir Gordon Hyde y la historia de su transformación. — El brillante manufacturado. — Un invento fabuloso. — Joseph Blackmore. — La sesión del lunes. — La promesa de sir Gordon

El Orpheum Club era, aparentemente, una de las más secretas instituciones de todo el aristocrático barrio del West End, de Londres. No sólo era un club selecto; era también singularmente exclusivista. El profesor Cyrus Zingrave, su presidente, tenía facultad para admitir o rechazar a los que se presentaban con la pretensión de ser anotados como socios y no se arredraban ante lo alto de la cuota anual que había que pagar por tal concepto. Pero rara vez admitía a un nuevo socio. Algunos socios habían cesado de pasar por el magnífico vestíbulo de entrada del Orpheum Club, en los últimos tiempos, pero no habían sido admitidos otros nuevos socios, en su lugar.

Porque el Orpheum Club era en realidad el cuartel general, la "casa central" de la Liga del Triángulo Verde. Los socios del Orpheum Club eran, todos ellos, miembros del Círculo Dirigente de la grande y poderosa asociación criminal. Y durante los últimos meses, gracias a la campaña emprendida por Nelson Lee y sus amigos, varios miembros del Círculo Dirigente habían caído sin que sus puestos fueran ocupados por nuevos elementos.

El Orpheum Club estaba, sin embargo, animadísimo todas las noches y aquella en particular, — era la noche siguiente a la dramática presentación de Martín Caine en el chalet campesino de Nelson Lee, — parecía que la animación era mayor que de costumbre.

—¡Fíjese! — exclamaba sir Roger Hogarth cómodamente sentado en una de las mullidas butacas del salón de fumar, junto al señor Ernest Monskwell, miembro de la Cámara de los Comunes y también del Círculo Dirigente de la Liga del Triángulo Verde. — ¡Fíjese! Esto tiene esta noche el aspecto de otros tiempos, mi querido Monkswell. Nos sentimos excepcionalmente contentos, esta noche. Recuerdo, al ver esta animación, la época en que Foxcroft y Sylvester y Sinms-Jámeson y los demás de los viejos miembros, andaban aún por estos salones. ¡Dios mío! ¡Parece mentira que hayan desaparecido para no volver nunca más!

Ernest Monkswell, el miembro del Parlamento Británico, se sonrió.

—¡Uno de os de la vieja lista regresa a nuestro seno, sin embargo! — exclamó. — No le he visto personalmente después de su regreso, pero supongo que tendré ese placer esta noche. ¿Estaba usted en el club cuando se presentó Hyde de regreso?...

—¡No hable tan alto! — dijo Hogarth en voz baja. — No pronuncie para nada el nombre de Hyde. Ahora se llama Stanley Ruthven y dice que es estadounidense. Sí, yo estaba precisamente aquí, en el salón de fumar, con Zingrave, cuando él se presentó.

—¿Cuándo fué eso?

—Hace ya dos noches... el jueves, — contestó sir Roger echándose hacia atrás en su butaca. — Acerque un poco su sillón, amigo Monkswell, y se lo contaré todo. Usted se hallaba ausente en su distrito electoral, ¿no es así?

—Efectivamente. Estuve allí unos diez días y regresé esta tarde.

—Entonces no sabe usted nada del asunto.

naturalmente. Pues bien; eran como las diez de la noche del jueves, — explicó el baronet confidencialmente. — Zingrave y yo estábamos sentados en ese rincón, donde está ahora el doctor Northrup, fumando y charlando. Nos llamó bastante la atención el ver que un desconocido entraba con todo desparpajo y se acercaba a nosotros. Nos saludó, tendió la mano, y estrechó la de Zingrave y la mía. — "¡Hola, profesor!", exclamó con toda tranquilidad. "¿No esperaba usted volver a verme en este mundo, no es cierto?". Se sentó entre Zingrave y yo y nosotros le contemplamos asombrados. Antes de que nosotros acertáramos a hablar nos dijo que era el señor Stanley Ruthven, de Hartford. Connectictu Estados Unidos. Zingrave comenzaba a decir que no tenía el honor de conocer a ningún señor Ruthven, cuando el desconocido se rió a carcajadas.

—Pero ustedes reconocieron, sin duda. que era Hyde, ¿no es cierto? — preguntó el miembro de la Cámara de los Comunes.

—¡No! ¡No le reconocimos! — contestó sir Roger echando la ceniza del cigarro que fumaba, en el cercano cenicero. — Hyde, como usted recordará, iba todo afeitado y tenía el cabello gris. El "señor Ruthven" ostentaba una barba completa de color de genjibre y tenía cabello castaño y ondulado. Después de haberse reído nos pidió que le acompañáramos a una habitación reservada donde pudiéramos hablar libres de testigos. Una vez allí, Zingrave y yo experimentamos la mayor de las sorpresas. Sir Gordon Hyde se quitó tranquilamente la peluca y la barba postiza y nos habló con su voz natural. ¡Dios mío! ¡Era como si el hombre hubiese surgido de su tumba! Está algo cambiado, sin duda, porque ha pasado una mala temporada, pero es el mismo Hyde de siempre, con el mismo gesto que le hace torcer la boca cuando sonríe y con la misma vieja cicatriz debajo del ojo izquierdo. El profesor mostró una frialdad admirable, pero yo no tengo ni puedo tener esa impasibilidad infernal de que hace gala Zingrave en algunas ocasiones. Grité asombrado, y estreché una y otra vez la mano de Hyde. No es necesario decir que a Hyde le fué muy agradable que le recibiéramos tan efusivamente...

—¡Hola! — interrumpióle Ernest Monkswell. — Me parece que ese es...

—¡Precisamente! ¡El mismo Hyde en persona! — dijo sir Roger Hogarth en voz baja.

Se volvieron y miraron hacia el hombre que acababa de entrar en el salón de fumar, observándole con toda atención. Era alto y erguido, tenía barba rubio oscuro y tupido cabello castaño. Apoyábanse en su nariz unos anteojos con armazón de oro; pero Monswell sabía que los anteojos no eran consecuencia del disfraz, pues sir Gordon Hyde había usado lentes siempre.

—¡Venga! — dijo Hogarth sonriendo. — Voy a presentarle al señor Stanley Ruthven.

Sir Gordon se acercaba, acompañado por el doctor William Northrup y estrechó calurosamente la mano de Monkswell.

—No creo que aquí sean necesarias mayores precauciones, — dijo Hyde con su voz natural. — Estamos en nuestros propios dominios y no hay nadie indiscreto que pueda oír. ¿Sabe usted, Monkswell, que tengo un verdadero placer en volver a verle? ¡Me parece que estamos en los viejos tiempos otra vez!

—Hemos tenido una temporada de mala suerte, — dijo Monkswell.

—Bueno. Tal vez pueda yo cambiar la corriente. — dijo sir Gordon con calma. — ¡Oh! ¡No crean que pretendo darme importancia personalmente y que soy capaz de suponer que mi presencia puede influir en la fuerza efectiva de la liga! Lo que hay es que traigo un negocio que podemos hacer y puede ser muy productivo.

—¡Hola! — exclamó Hogarth. — Se trata de algo extraordinario, ¿no es eso?

—Sí; tiene usted razón, de algo extraordinario, sir Roger.

La expresión de sir Gordon era tranquila, pero decidida. Los que le conocían recordaban perfectamente su manera de expresarse. Hyde habíase expresado así cada vez que tenía preparada alguna sorpresa para presentarla a sus colegas. Había sido uno de los más valiosos miembros de la Liga del Triángulo Verde y todos los que componían el Círculo Dirigente se felicitaban de que hubiera regresado.

Les parecía que la racha de mala suerte había llegado a su fin. En consecuencia reinaba en el Orpheum Club una animación extraordinaria.

Poco después, los socios que estaban en el local salieron del salón de fumar, de los halls y de los salones de juego y de billar, dirigiéndose de a dos y de a tres a la oficina del presidente del club. Se iba a celebrar una reunión de los socios de la institución para discutir algunos detalles relacionados con varios cambios que se deseaba hacer a un lado del salón del restaurant.

Al menos la invitación hacía constar que era esa la "orden del día" de la asamblea.

Pero cuando todos los socios estuvieron en el vasto escritorio del presidente y hubieron cerrado las dobles puertas de acceso, el profesor Zingrave miró en redor, observando a cada uno de los que formaban su "personal". No se hallaban presentes todos los miembros del Círculo Dirigente. Varios faltaban, pero se debía a que estaban en el extranjero o fuera de Londres, ocupados en asuntos que no les era posible abandonar.

—Creo, señores, — dijo Zingrave, — que estamos prontos.

Se oyó un murmullo de aprobación y el profesor se acercó a la monumental chimenea de piedra. Los dos baronets, — sir Roger Hogarth y sir Gordon Hyde, — eran los que estaban más cerca de Zingrave y avanzaron con él unos pasos, deteniéndose luego, esperando. Sabían perfectamente lo que iba a pasar, porque todos los miembros del Círculo Dirigente conocían el secreto de aquella habitación.

Zingrave sacó del bolsillo una aguja un poco más larga y gruesa que las comunes pero con la punta rota. La insertó en un agujerito insignificante situado entre los ador-

nos de un lado de la chimenea. Casi instantáneamente se oyó un ruido metálico y una pequeña parte del revestimiento de madera de al lado de la chimenea se hundió, dejando ver una cavidad, dentro de la cual había algo como una manija. La combinación era de lo más hábil y astuto. El investigador más inteligente hubiera fracasado al pretender hallar esa manija secreta, por más que hubiese buscado días y más días. ¿Quién hubiera imaginado que la llave para abrir el sitio donde estaba la manija era una aguja y la bocallave un agujero casi invisible perdido entre los adornos de piedra?

Tiró Zingrave de aquella manija y se produjo algo asombroso. Toda la monumental chimenea empezó a retroceder, deslizándose suavemente. Era una obra maestra de habilísima construcción. En cuanto empezó a moverse la chimenea, el hueco donde estaba la manija se cerró automáticamente, ocultando de nuevo lo que servía pora producir aquel movimiento.

En el sitio donde estaba un momento antes la chimenea, se vió el comienzo de una escalera descendente. Pero nada de todo aquello le llamaba la atención a los presentes. Seguían charlando los unos con los otros mientras bajaban por aquella escalera. Pequeñas lámparas eléctricas puestas en huecos que había en la pared, de modo que quedaban al ras de la superficie de la misma, alumbraban el camino.

Zingrave indicaba el camino y sir Roger Hogarth esperó a quedarse al último, para cerrar la entrada secreta, El profesor y los que le seguían tardaron poco en hallarse en un ancho pasadizo. Este era de poca extensión y a su extremo había una puerta de acero.

Era como la puerta del tesoro subterráneo de un banco. Zingrave se acercó a ella, hizo algunos movimientos, y la pesada masa de sólido acero giró sobre sus goznes, abriéndose la puerta. Entonces, los miembros del Círculo Dirigente entraron en la sala de reuniones de la Liga del Triángulo Verde.

Cuando todos estuvieron dentro, la puerta de acero se cerró de nuevo. Una vez cerrada esa puerta era imposible que una fuerza atacante. — suponiendo que esa fuerza descubriera el secreto de la chimenea del piso de arriba, — pudiera entrar en la sala de sesiones del Círculo Dirigente. Era necesario, ante todo, destruír la puerta de acero. Y mientras tanto, los que estuvieran en la sala de sesiones dispondrían de tiempo más que suficiente para escapar por otros medios. No se había omitido ni el menor detalle para hacer que el cuartel general de la liga fuera una plaza absolutamente intomable.

La sala de sesiones era extensa, mucho más larga que ancha, baja de techo, iluminada por numerosas lámparas eléctricas ocultas que enviaban por reflejo, la suavidad de su luz hacia una mesa de rica caoba lustrada, flanqueada por filas de lujosas y bien acolchadas butacas.

Los miembros del Círculo Dirigente ocuparon esos asientos, charlando y fumando. El profesor Zingrave, de pie, a la cabecera de la mesa, dió en ella dos o tres golpes con los nudillos de la mano cerrada.

—Señores, — dijo con su voz suave y encantadoramente musical; — todos ustedes conocen el objeto de esta reunión. Es el de celebrar el regreso de nuestro viejo y fiel amigo sir Gordon Hyde. Le hacemos presente nuestros votos de bienvenida y celebramos que haya regresado a nuestro seno, con la esperanza de que sea para acompañarnos durante muchos años.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! — murmuraron varias voces.

—Me siento complacido y agradecido ante las manifestaciones de mis queridos compañeros, — dijo, sonriendo, sir Gordon Hyde.

—Ante nosotros tenemos, en estos momentos, las más propicias perspectivas de buena fortuna, — agregó Zingrave. — Hace poco, como todos ustedes lo saben, el yate de sir Roger Hogarth, el llamado Reina del Mar, sufrió un desastre mientras realizaba un crucero de placer por el Atlántico del Sur. El más peligroso de los enemigos de la liga se hundió con el yate, recibiendo bien merecida muerte, en tal ocasión. Me refiero al detective particular Nelson Lee. Ese señor pereció en la catástrofe, hundiéndose junto con el yate Reina del Mar. Sus dos ayudantes se hundieron con él: el joven Nipper y un hombre de mediana edad llamado John Merrick. Mi hijastra Vera también murió. Fué aquella una medida decididamente enérgica pero necesaria. Vera estaba ligada en cuerpo y alma con Nelson Lee y constituía un peligro, tanto para la liga como para mí, personalmente.

—¡Bien muertos están! — dijo sir Gordon Hyde con brusquedad.

—Sólo debemos pensar en nuestra prosperidad, — prosiguió Zingrave. — Todo el que pueda constituir un peligro o un obstáculo para el desarrollo de los planes de la Liga del Triángulo Verde, debe ser quitado de enmedio y enviado a un sitio de donde no pueda volver. La liga ha sufrido varios fracasos en los últimos tiempos y ahora tenemos que redoblar nuestra actividad con la finalidad de devolver a nuestra organización su anterior prosperidad y su avasallador prestigio de otros tiempos.

—¡Por mucho que intentemos redoblar nuestra ctividad, no lograremos que vuelvan a nuestro seno Foxcroft, lord Sylvester, Sims-Jámeson y los otros que han desaparecido; — dijo el doctor Northrup, con amargura.

El profesor Zingrave se inclinó hacia adelante, apoyando ambas manos en la mesa.

—¡Otros hay! — replicó. — ¡Contamos con hombres influyentes y tan capaces como los que usted ha nombrado, doctor! Soy el primero en lamentar y en sentir la desaparición de los amigos y colaboradores a quien usted ha mencionado, pero no desconozco por eso, el valor y la importancia de los que hoy figuran en el Círculo Dirigente de la Liga del Triángulo Verde y tengo mucha fe en ellos. Somos poderosos y estamos decididos a que nuestra asociación prospere. La Liga del Triángulo Verde se hallará dentro de

poco más próspera que en sus mejores tiempos y creo que precisamente hoy, sir Gordon Hyde se propone indicarnos cuál es, en su opinión, el primer paso que nos conviene dar en el camino del triunfo.

Sir Gordon Hyde se levantó de su butaca y tosió como quien se dispone a hablar.

—No me propongo explicar todo mi plan en esta reunión, — dijo. — Deseo volver a dirigirles la palabra en la noche del próximo lunes. Pero hoy explicaré lo necesario. En cuanto a mi salvación de lo que se creyó con razón una muerte segura, puede considerarse como un verdadero milagro. Ustedes recordarán que me arrojé al agua desde mi yate, mientras nos perseguía un torpedero-destroyer de la armada británica, después de la huída de la Isla Solar.

—Es verdad, — dijo Monkswell. — El capitán del yate comunicó que usted había muerto, enteramente convencido de que decía la verdad.

—Eso es. Quizá se imaginó que me fuí al fondo. Pero es el caso que yo llevaba puesto un eficiente chaleco salvavidas y no me hundí más que transitoriamente. Admito con toda franqueza que me arrojé al agua pensando morir, pero me recogió un vapor mercante que navegaba con rumbo a Cuba. Me desembarcó en La Habana. Yo le dije al comandante del vapor que había naufragado durante una excursión en un botecito a vela. Como llevaba dinero bastante en el cinto, fuí de La Habana a Estados Unidos y de lo primero que me preocupé fué de renovar mi identidad. No quiero cansarlos con detalles inútiles. Creo suficiente decir que tardé poco en llegar a Nueva York. Adopté allí el nombre de Stanley Ruthven y este nombre es hoy muy conocido en Hartford, ciudad del estado de Connecticut. Sir Gordon Hyde ha dejado de existir y yo, Stanley Ruthven, vivo en su puesto.

—¡Excelente! — aprobó Zingrave.

—Pero durante mi permanencia en Hartford trabé relación con el hombre más extraordinario del mundo, — prosiguió sir Gordon. — Se llama Joseph Blackmore y es químico de profesión, no negociante en cosas de química sino un verdadero sabio en cuestión de química analítica. Se encuentra ahora en Londres, esperando mis órdenes. Blackmore tiene algunos antecedentes que no le conviene ver divulgados y que yo conozco, así que hasta cierto punto, puedo influir en él. Pero me hallo en los términos más amistosos del mundo con él y estoy convencido de que será una adquisición extraordinariamente buena para el Círculo Dirigente.

—¡Cómo! — exclamó Zingrave. — ¿Propone usted que ese desconocido sea hecho miembro del Círculo Dirigente?

—Eso mismo. No tema usted, profesor. Es un tipo único. Es un inventor que hará que la corriente de la prosperidad se dirija hacia nosotros. Blackmore ha hecho un portentoso descubrimiento y está dispuesto a dividir su provecho con la liga. ¿Porque razón?, preguntarán ustedes. Voy a decírselo. — manifestó Hyde. — El descubrimiento hecho por Blackmore requiere capital para ser puesto en acción en debida forma y el hombre carece de capital. Si cuenta con la liga como capitalista, el inventor se dedicará con alma y vida a su trabajo y recogeremos cuantiosísimas utilidades.

—¿Pero... ¿qué descubrimiento portentoso es ese? — preguntó sir Roger Hogarth.

Hyde no le contestó. Llevó la mano al bolsillo del saco y tomó de él una cajita de cartón. De un poco de algodón que había dentro de la caja sacó un pequeño objeto que relució brillantemente y con todos los colores del iris, a la luz de las lámparas obscuras.

—¡Un diamante! — exclamó Zingrave tomando la piedra. — ¡Dios mío! ¡Qué grande es, Hyde! ¡Un diamante de singular pureza y de enorme tamaño! ¡Pero esto vale miles de libras! ¿Dónde lo encontró usted?

—No lo encontré en ninguna parte... Los diamantes de esta clase no se encuentran.

—Quise decir qué cómo lo obstuvo usted, — manifestó el profesor, muy interesado.

—¿No adivina usted a dónde quiero ir a parar, profesor? — preguntó sir Gordon, a quien le brillaban los ojos de modo extraño. — ¡Ese magnífico diamante no ha sido encontrado, ha sido fabricado!

—¡Fabricado! — exclamó sir Roger Hogarth.

—¡Sí! ¡Fabricado! ¡Manufacturado! — dijo sir Gordon Hyde con energía. — ¡Manufacturado por Joseph Blackmore! !Y ese hombre es capaz de hacer miles de diamantes igualmente puros, igualmente valiosos! ¡Y esta piedra es tan buena o mejor que las mejores que hayan salido de las minas de Africa del Sur!

Los miembros del Círculo Dirigente de la Liga del Triángulo Verde se habían levantado de sus asientos, excitadísimos y rodeaban a Zingrave. Después de examinarlo un momento, el profesor dejó que el hermoso diamante pasara de mano en mano hasta volver a las suyas. Pasado un rato se calmó relativamente la excitación. Pero los miembros del Círculo Dirigente deseaban conocer mayores datos sobre la fabricación de tales diamantes. Sir Gordon Hyde, por su parte, no habló mucho más.

—Ese diamante no es más que una muestra que he hecho tallar para ver si daba los mismos reflejos que uno natural — dijo con toda impasibilidad. — Me lo dió Blackmore para que lo examinara. Cuando pueda construir el aparato que necesita estará en condiciones de fabricar los diamantes más estupendos que haya visto la humanidad. ¡Piensen ustedes en las posibilidades que tiene esta manufactura! ¡Piensen ustedes en el valor que ese hombre puede tener para la Liga del Triángulo Verde! Podemos inundar el mundo de diamantes fabricados sin que nadie sepa que no son naturales y guardar el secreto de la existencia de su fabricación, lo que es muy importante porque el día en que se sepa que es posible fabricar diamantes iguales a los naturales, estos y los otros, dejarán de tener el precio que tienen actualmente.

Zingrave, frío y sereno como siempre, en-

tornó los ojos al mismo tiempo que fruncía el ceño.

—¿Está usted seguro de que ese hombre no se burla de usted? — preguntó.

—¿Burlarse de mí? — dijo sir Gordon con energía. — ¡Vamos, mi querido profesor, usted sabe perfectamente que no soy buen candidato para víctima de ninguna clase de engaños! Usted me conoce suficientemente bien y sabe que siempre fuí uno de los más cautelosos miembros de la liga. Le aseguro a usted positivamente que he hablado por experiencia propia. No me limito a decir a ustedes lo que Blackmore me ha dicho.

—¿Ha visto usted hacer diamantes como este? ¿Ha visto?...

—He visto lo suficiente, — interrumpió sir Gordon Hyde. — ¡Pero, hombre! ¿No es suficiente prueba el tener ese diamante en la mano y delante de los ojos? ¡Examínenlo bien! ¿Han visto ustedes alguna vez una piedra más perfecta? Pero, además de todo eso yo no pretendo que ustedes se fien de mi palabra ni de la de Blackmore. El lunes si se reune aquí la asamblea más numerosa que sea posible de la Liga del Triángulo Verde, presentaré a mi amigo y él les explicará a todos los que concurran, cómo es que fabrica estos diamantes y tal vez fabrique alguno delante de todos. Además jurará, en el mismo acto, su fidelidad a la liga.

El profesor Zingrave miró a todos los presentes y leyó en todos los semblantes la misma manera de pensar.

—El lunes, pues,, — dijo. — ¿Pueden ustedes venir, señores?

La aquiescencia fué general.

—¡Muy bien! — dijo Zingrave. — Algunos miembros del Círculo Dirigente no se hallan en este momento aquí, pero no deben faltar a una reunión tan importante como la del lues. El regreso de sir Gordon al seno de nuestra asociación se ha de hacer notar, según parece, por la admisión, en nuestra sociedad, de un nuevo miembro capaz de contribuír, en importante medida, a solucionar las actuales dificultades financieras de la liga.

Así quedó convenido en consecuencia.

El lunes, a las diez de la noche se iba a reunir en asamblea plena, el Círculo Dirigente de la Liga del Triángulo Verde y en esa reunión, sir Gordon Hyde presentaría a Joseph Blackmore, eminente químico, inventor del modo de fabricar artificialmente brillantes exactamente iguales a los mejores hallados en las minas.

CAPITULO III

Como ladrones nocturnos. — Una entrada cautelosa. — Esquivando al sereno. — En el hall de Orpheum Club. — Ante una complicada cerradura. — La puerta de acero. — En el salón secreto del Círculo Dirigente. — La investigación de Nelson Lee. — Las anotaciones de la liga y el libro de los juramentos. — Una combinación ingeniosa. — Substitución hábil. — El plan del detective.

Reinaba la más intensa oscuridad y dos confusas sombras hallábanse acurrucadas al pie de una ventana que daba a un patio limitado por tapias altas del lado que no lo estaba por el edificio. Arriba, en el cielo, pesadas nubes acentuaban la oscuridad nocturna y una fuerte brisa rozaba los techos de las casas. Las dos sombras resultaban casi invisibles en aquellas tinieblas de las que parecían formar parte integrante.

—¡Ya está! — murmuró una voz en seguida de haberse oído un breve ruido metálico.

—Sí, pero es necesario que procedamos con suma cautela... es necesario tener mucho cuidado.

—¿Por qué?

—Porque hay un guardián nocturno — contestó el otro en voz muy baja. — Pero es ahora la una y media y a esta hora el sereno está comiendo en su habitación. Estamos al corriente de todo, así que sabemos con exactitud, lo que hacemos. Cuando el sereno, terminada su cena, comience su próxima recorrida, no hallará ni el menor indicio de que nos encontramos dentro de la casa. Vamos, Sígame sin hacer ruido.

Silenciosamente fué levantada la hoja inferior de la ventana, — que era, como es costumbre en Inglaterra, de las llamadas "de guillotina", — y dos minutos después, las dos sombras se habían metido en la habitación y la ventana estaba cerrada de nuevo.

La oscuridad más completa reinaba en redor, atenuada únicamente en parte, del lado de la ventana. La habitación era un pequeño depósito situado a los fondos del edificio del Orpheum Club.

¿Pero qué hacían aquellos dos hombres que se metían de aquel modo en el local de una institución como el Orpheum Club? En el edificio aquel no había nada de valor, excepción hecha de los cubiertos de plata y semejante botín no merecía las atenciones de ningún ladrón pues la vajilla que parecía de plata, lo mismo que los cubiertos, eran de metal plateado.

—¡Vamos, señor! ¡Avancemos de una vez!

—No tan de prisa, Nipper. Debemos proceder con extrema cautela, — replicó el otro. — No hay que olvidar que ésta es la plaza fuerte de la liga, y que es importantísimo lo que depende de esta aventura.

La voz de Nelson Lee era pausada y tranquila. Eran, en verdad, el gran detective y su joven ayudante los que desempeñaban el papel de ladrones. Nelson Lee tenía sus razones, — y eran muy excelentes razones, — para haberse embarcado en semejante empresa.

Durante el día había realizado muy cuidadosas investigaciones secretas, — porque el detective sabía que el Círculo Dirigente iba a celebrar una sesión plena la noche siguiente, — el lunes, — y consideraba necesario hacer algunos preparativos.

Por que era durante la asamblea plena del Círculo Dirigente de la Liga del Triángulo Verde, cuando Nelson Lee se proponía realizar una visita policial en debida forma, al local del Orpheum Club.

Había llegado el momento de proceder con

toda energía. La liga estaba debilitada y sería una locura dejar que la vil sociedad criminal recuperara su potencia incorporándose nuevos elementos y nuevos recursos.

Lo único que podía hacerse era realizar una vista policial bien organizada, un verdadero ataque policial que terminara con la captura de todo el Circulo Dirigente, incluso el profesor Cyrus Zingrave, su jefe.

La asamblea que había sido preparada para la presentación del señor Joseph Blackmore, proporcionaba a Nelson Lee la deseada oportunidad. Pero era necesario hacer algunos preparativos antes; había que tomar algunas medidas.

Nelson Lee sacó del bolsillo una pequeña pero poderosa antorcha eléctrica. Pero no aprimió el botón para encenderla; se dirigió, silenciosamente hacia la puerta de la habitación que, según lo sabía, daba a un pasadizo. Este pasadizo, a su vez, daba a un ancho corredor que terminaba en el amplio hall del club.

—Todo depende de que no hagamos ruido, Nípper, — murmuró el detective. — No hay que olvidar que el sereno es miembro de la liga y seguramente dispone de medios secretos para defenderse. Nos hallamos en el cuartel general de la liga y Zingrave debe haber adoptado, con toda seguridad, las mayores precauciones para tener el local en constante situación de defensa. No nos conviene tener un encuentro con el sereno. Es necesario que el Círculo Dirigente no pueda sospechar que alguien ha visitado el local durante la noche.

Nípper se rió entre dientes.

—¡Somos un buen par de personajes, señor! — dijo en voz baja. — ¡Linda tarea la nuestra para una noche de domingo! ¡Así santificamos las fiestas!

—No tenga scrúpulos de conciencia de esa clase, Nípper, — murmuró Nelson Lee. — Nuestra conciencia puede tranquilizarse, reflexionando que en realidad estamos en la mañana del lunes, muy temprano, es verdad, pero del lunes.

—Lo dije en broma, señor, — manifestó Nípper. — En todo caso estamos aquí cumpliendo una misión digna de estima, desde que hemos venido para preparar el derrumbe de la más poderosa sociedad de criminales que haya habido en este pícaro mundo. ¡Dios mío! ¡Casi me parece mentira que nuestra campaña contra la Liga del Triángulo Verde esté cerca del fin!

—Bueno, no le parezca nada por el momento y basta de conversación, — dijo Nelson Lee seriamente. — No tiene usted que perderse en conjeturas en estos momentos, lo que le corresponde es estar a mi lado y callar.

—Está bien, señor.

Con mucha precaución abrió Nelson Lee la puerta de la habitación. Los dos salieron al pasadizo. A su izquierda quedaba la mayor parte del edificio y a la derecha, el pasadizo conducía a otros depósitos. El sereno se hallaba en aquel momento, — o debía hallarse, — cenando en un sitio distante del edificio. No había peligro de encontrarse de manos a boca con él. Pero era mejor mostrarse cauteloso.

Tan silenciosamente como dos sombras los dos ladrones improvisados avanzaron por el pasadizo. Llegaron al hall sin incidente. Nelson Lee encendió de vez en cuando su antorcha eléctrica dirigiendo la luz al suelo para ver el camino.

El espacioso hall se hallaba silencioso y oscuro. Un destello de luz les permitió ver dónde estaba la gran escalera y en seguida subieron al piso superior. Siguieron primero por un pasillo y luego por otro, sin hacer ni el menor ruido. Por último Nelson Lee se detuvo ante una maciza puerta de caoba en la que había una chapa de bronce que decía: "Despacho del Presidente. — Particular".

Sin pronunciar una sola palabra, Nelson Lee sacó del bolsillo un manojo de ganzúas. El detective trabajó en la oscuridad y Nípper se quedó a su lado, muy alerta por si se presentaba algo que pudiera indicar alarma.

Los minutos pasaron muy lentamente en opinión de Nípper, pero al fin oyó que el detective lanzaba un breve suspiro de satisfacción. El trabajo había sido largo y dificultoso, pues habían trancurrido diez y siete minutos, pero la puerta ya estaba abierta.

Nelson Lee hubiera podido forzar aquella cerradura en tres minutos, si se le hubiera dado la gana. Era una excelente cerradura común de las que había colocadas miles, en puertas de calle en Londres. Aquella era de las mejor clase. No había razón para hacer que el escritorio del presidente del Club fuera inexpugnable porque la habitación no contenía nada comprometedor. Zingrave no suponía que nadie de fuera de su sociedad pudiera enterarse del sitio donde estaba la entrada secreta al salón de sesiones del Círculo Dirignte.

Pero el detective había tomado especiales precauciones porque era necesario que no quedara ninguna señal de que alguien había entrado en aquella oficina. Cuando la puerta se abrió Nelson Lee tanteó silenciosamente ante él y tomó la manija de una segunda puerta, — una mampara tapizada de cuero, — que quedaba en seguida. La mampara no tenía cerradura. Al cabo de un minuto, Nelson Lee y Nípper se hallaban dentro del despacho del presidente y ambas puertas estaban cerradas tras ellos.

—¡Ah! ¡Ahora ya puedo respirar algo más libremente, Nípper!—murmuró el detective. — El sereno no ha de entrar, lógicamente, en esta habitación, así que estamos en seguridad hasta que salgamos. Creo, por lo tanto, que podemos realizar nuestra misión con buen éxito.

—¡Claro que sí, señor! — murmuró Nípper. — Pero ¿qué hacemos ahora?

—Vamos a visitar la sala secreta donde se reune el Círculo Dirigente de la liga.

—Más fácil es decirlo...

—Y es fácil hacerlo, — interrumpióle Nelson Lee fríamente. — Usted se mostró algo excéptico, hace algunos días, cuando le dije que podría entrar con toda facilidad en la casa secreta del Círculo Dirigente ¿no es

verdad? Pues bien, ahora verá que yo estaba en lo cierto, muchacho.

Nípper tomó con una mano el brazo del detective.

—¡Ya es una hazaña, esta de visitar así la guarida de los bandidos! — murmuró entusiastamente. — ¡Claro está que usted la ha visitado antes, señor, pero yo vengo a estos sitios por primera vez!

Nelson Lee había, en realidad, hecho una visita a la sala secreta de las reuniones del Círculo Dirigente de la Liga del Triángulo Verde. Había asistido a una reunión sustituyendo a uno de los miembros llamado Oscar Sillard, que no era muy conocido debido a que su trabajo le obligaba a vivir en el condado de Devon, pues Sillard era entonces gobernador del establecimiento penal de Portmoor. Despus Sillard había desaparecido de este mundo; pero la argucia de Nelson Lee no había sido descubierta ni había sospechado nadie de que pudiera haberse producido. Pero el incidente había acaecido hacía pocos meses y desde entonces varios detectives habían sufrido transformación.

Se fijó el detective en que la cortina de la ventana estuviera bien corrida, así como los pesados "portiere". No había posibilidad de que nadie viese del lado de fuera, alguna luz que se encendiera en el despacho del presidente.

No había, pues, peligro en encender la antorcha eléctrica, y así lo hizo el detective. Dirigió el rayo de luz hacia los complicados adornos de la chimenea. Después de observar durante un momento, alumbrándose con la antorcha, Nelson Lee indicó con la otra mano, un sitio de la chimenea.

—¡Ahí, Nípper, — dijo. — ¿Ve usted?

—Sí señor; veo unos adornos tapados, muy artísticos.

—No me refiero a eso. ¿No ve usted nada absolutamente nada?

Nípper miró más de cerca con suma atención.

—¡No, señor! ¡Que me condene si veo algo especial o extraño! — dijo. — Hay ahí un agujerito como hecho con una tachuela que hubiera sido clavada y desclavada. Pero, por lo demás...

—No hay que ir más adelante, muchacho, — dijo el detective. — Ese agujerito es la clave de un misterioso acertijo.

—¿De veras? — exclamó Nípper. — ¡Pues sí que es extraño! ¿Está usted seguro?

—Dentro de un momento lo verá.

—Pero... ¿cómo hizo para entcrarse de eso, señor?

—El momento no es como para entrar en explicaciones, porque aún nos queda mucho que hacer, — replicó Nelson Lee. — Conozco el secreto y eso es suficiente. Observe ahora cuidadosamente.

—Soy todo ojos, señor.

El detective sacó del bolsillo un pedazo corto de alambre de acero, — un trozo de cuerda de piano, en realidad, — y lo insertó en el agujerito del adorno de la chimenea. El extremo del alambre tocó en seguida algo metálico, y Nelson Lee empujó, sintió que el alambre resistía un poco y al momento se abrió el pequeño postigo que dejó ver la pulida manija de metal.

—¡Diablos! — dijo Nípper, asombrado.

—¡Hábil combinación, eh, Nípper! — dijo Nelson Lee sonriendo. — Debiera usted sentirse satisfecho porque le estoy iniciando en los secretos. Sepárese a un lado y mire.

Tiró de la manija y la chimenea comenzó a deslizarse, retrocediendo, Nípper miraba con los ojos dilatados por el asombro. Pero no pensaba en lo ingenioso de aquella combinación, sino en cómo se desesperaría hasta darle ataque de nervios, el profesor Zingrave, si llegara a saber que Nelson Lee estaba vivo en aquel momento, — en vez de hallarse en el fondo del Atlántico del Sud, — y que el detective estaba penetrando nada menos que en el salón secreto del Círculo Dirigente.

—¡Mil diablos! ¡Qué arquitecto el tipo que proyectó y que hizo construir esto! — murmuró Nelson Lee con involuntaria admiración. — ¿Qué me dice de esto, muchacho? Toda la chimenea, todo el trozo de pared, ha retrocedido.

—Descendamos por esa escalera, señor — dijo Nípper, ardiendo de curiosidad.

Bajaron los dos por los escalones de piedra que daban acceso al oculto salón subterráneo. No encendieron las luces de la pared porque bastaba con la antorcha del detective.

La gran puerta de hierro apareció ante los atrevidos intrusos.

—¡Hola! ¡Ahora sí que no podemos seguir adelante, señor! — dijo Nípper. — Esa cerradura no es de las que se abren con una horquilla doblada. Ante esa puerta, el que no tenga llave tiene que estar provisto de un soplete de oxi-acetileno o de una carga de dinamita.

—No es necesario. Hay un sistema mejor.

—¿Cuál señor?

—Saber la combinación de letras que la abre, naturalmente.

—¡Cómo! ¿La conoce usted? — exclamó Nípper, cada vez más asombrado.

En contestación, el detective manejó diversas manijas y palancas durante unos segundos. Nípper se rió con satisfacción.

—¡Es usted una maravilla, señor! — dijo, al ver que la puerta se abría. — ¡Ante usted tienen que caer de rodillas, rindiéndole homenaje, los hombres más hábiles del mundo, empezando por Maskeline y Devant!

Nelson Lee se sonrió.

—Los dos señores a quien usted acaba de nombrar, Nípper, realizan sus cosas extraordinarias con aparatos preparados de antemano — dijo. — Pero yo me he limitado a abrir esta puerta de acero por el medio más sencillo, es decir, poniendo la combinación de la cerradura de modo como debe ponerse para abrirla. Ahora debemos proseguir con verdadera cautela.

—¿Por qué, señor?

—Porque es esencialísimo que no dejemos rastro ninguno de nuestra visita.

Nelson Lee entró en la sala de reuniones con su antorcha eléctrica. Le siguió Nípper, vibrante de emoción. Después de dirigir el haz de luz en varias direcciones, el detective se volvió hacia su ayudante.

—¿Conoce usted la razón de esta visita, Nipper? — dijo lentamente. — Hemos venido con un determinado propósito. Si es posible, me llevaré las anotaciones secretas de la Liga del Triángulo Verde.

—¿Las anotaciones secretas, señor? — repitió Nipper. — ¿Qué significa eso?

—En algún sitio de esta sala subterránea están ocultos unos papeles que contienen la historia de los grandes negocios de la liga. Si es posible, me apoderaré de esos papeles. Esos papeles deben constituir las pruebas irrefutables de la infamia de la liga. Además, sospecho que todos los miembros de la Liga del Triángulo Verde han firmado un documento comprometiéndose a servir incondicionalmente a la sociedad. Esos documentos deben estar guardados junto con las anotaciones secretas y ya puede usted suponer el valor que tienen. Con esos documentos en poder de la policía, no se salvará ni uno solo.

—Si nos apoderamos de esos papeles, señor, no será necesaria la visita policial, — dijo Nipper. — La policía puede proceder a detener a cada uno de los miembros del Círculo Dirigente en su propia casa.

Pero Nelson Lee movió negativamente la cabeza.

—Me parece que eso no sería suficiente, muchacho, — dijo. — Este es un asunto que debe ser tratado de modo terminante. Los documentos solos no pueden demostrar nada, porque la Liga del Triángulo Verde no existe a los ojos de la policía. Cada uno de los miembros del Círculo Dirigente se reiría de los documentos y diría que se trata tan sólo de una broma. En cambio ¿qué podrán decir una vez verificada la visita de la policía?

—No lo sé, — manifestó Nipper, ingenuamente.

—El principal objeto es sorprender a los miembros del Círculo Dirigente en este salón, — dijo el detective. — Después de esa sorpresa no les será posible negar nada. Hallándose las anotaciones de la liga y los documentos firmados en poder de la policía, no tendrá ni uno solo de los miembros del Círculo ni la menor probabilidad de escaparse de las mallas de la red de la ley. Todos quedarán condenados desde el momento en que se les encuentre congregados en esta sala.

—Pero, supongamos que no encuentra ni los documentos...

—¡Nada de infundados pesimismos, Nipper! — protestó Nelson Lee. — Espere a que hayamos buscado aunque no sea más que una hora. Mientras yo busco, quédese en el pasadizo, observando, por si se oyera algo sospechoso o por si alguien da alguna señal de alarma.

—¿Qué señal de alarma, señor?

—No lo sé. Pero todo es posible. Tal vez en el momento de abrir esa puerta haya sonado un timbre en casa de Zingrave, — dijo el detective. — El profesor es famoso por la habilidad de sus combinaciones. Sin embargo, no creo que haya sucedido nada por el estilo.

Nelson Lee no tardó en comenzar su investigación. Se preocupó de dejar todo tal como lo hallaba y prosiguió la tarea con toda atención y toda calma. Tenía sobradas razones para proceder con toda atención y cuidado, pues si los papeles no eran hallados entonces, no serían hallados nunca.

En el momento decisivo de la visita policial todo sería confusión y desorden. Nelson Lee estaba convencido de que sería así. Y durante ese desorden el profesor Zingrave conocedor de la importancia de los papeles en cuestión, encontraría, sin duda, el modo de destruirlos antes de que cayeran en manos de la autoridad. Y semejante cosa sería un verdadero desastre, del punto de vista del detective. Si Zingrave destruía algo sería una imitación de los originales.

El golpe final contra la liga tendría que ser un verdadero knock-out.

En un asunto como aquel no debía dejarse ni el menor conducto de escape. Una acción decisiva y enérgica debía terminar con todo.

Nipper estaba de pie en el pasadizo y los minutos transcurrían con abrumadora lentitud. No se oía ningún ruido, fuera de los pocos que hacía Nelson Lee al revisar el salón secreto. Cuando ya había pasado una hora. Nipper se sentía cansado de estar de pie. Estaba, además convencido de que no había probabilidad de que se produjera alarma de ninguna clase.

Pero el muchacho sentíase pesimista y escéptico. Estaba persuadido de que el detective no iba a encontrar nada de lo que buscaba y que el resultado de la visita sería nulo.

Nipper, sin embargo, no estaba en lo cierto en aquella ocasión.

El joven estaba ya a punto de ir en busca del detective para tratar de convencerle de que era inútil que siguiera buscando, cuando oyó que su patrón y maestro lanzaba una breve exclamación de contento. Fué lo primero que Nipper le oyó a Nelson Lee desde que éste comenzó a buscar y el joven comprendió en seguida de qué se trataba.

Tres o cuatro largos pasos le llevaron al interior del secreto salón de sesiones del Círculo Dirigente.

Nelson Lee se hallaba a un extremo, cerca de la pared revestida de tablazón de caoba y dirigía la luz de la antorcha eléctrica hacia un punto del piso.

—¿Qué hace, señor? ¿Qué ha encontrado usted? — preguntó Nipper con grandísimo interés.

—Venga usted a verlo, joven, venga usted a verlo.

El muchacho cruzó el bien alfombrado piso y un instante después estaba al lado del detective. Nelson Lee se había arrodillado y delante de él en el suelo, se veía una abertura como de un pie cuadrado. El detective había levantado en aquel rincón, la punta de la alfombra, que no estaba clavada al piso.

—¡Dios mío! ¿Ha encontrado lo que buscaba, señor?

—Creo que sí, Nipper. — Nelson Lee estaba buscando con la mano en la obscura cavidad. — Busqué tres veces en toda la superficie del piso antes de dar con esto. Las paredes, según lo comprobé, no tienen ninguna alacena oculta, así que dediqué mi atención al piso. Pero este hueco estaba tan hábilmente oculto que escapó varias veces a

mi investigación, antes de que me fuera posible descubrirlo.

—No comprendo por qué razón ocultan de tal modo esa cavidad. — observó Nipper. — ¿Qué puede importar que esté eso visible o no, cuando aquí sólo entran los miembros del Círculo Dirigente? Esos papeles estarían igualmente seguros en cualquiera de los cajones de la mesa. Zingrave debe suponer que esta sala es inexpugnable.

—Es posible, pero... ¡Creo que ya he dado con una explicación!

—Eso mismo. Eso fué lo que estuve mirando tanto rato. Sobre el pequeño pozo a que me he referido hay un pequeño tanque de metal, y un aparato eléctrico. Sin tocar nada, pues podía ser peligroso, he podido darme cuenta de su naturaleza. El tanque debe estar revestido interiormente de vidrio y contener algún producto químico, probablemente un fuerte ácido. Oprimido un botón que se debe encontrar oculto en algún sitio de este salón, se abre una canilla que tiene el tanque y el ácido corrosivo cae en el pozo donde estaban esos libros, que al contacto del ácido, quedarían enteramente destruídos en menos de un minuto, destruyéndose así la prueba de todos los crímenes de la liga. Una combinación muy ingeniosa Nipper.

—¡Ya lo creo, señor!

—Estoy seguro de que mi hipótesis es exacta, — agregó el detective con calma admirable. — He visto rastros que indican la presencia de un ácido muy fuerte, cuya presencia ahí no puede tener otra explicación. Como es posible que al caer el ácido en los libros y consumirlos se produjeran vapores malolientes y sofocantes, por eso han puesto esa combinación debajo del piso, de modo que no pudiera sospecharse de lo sucedido hasta largo rato después, es decir, cuando ya fuera tarde. Pero nosotros, a pesar de eso, hemos logrado apoderarnos de los libros intactos.

Nelson Lee abrió los libros y examinó su contenido durante varios minutos. Después levantó la cabeza, y Nipper vió que le relucían los ojos de contento.

—¡Todo está aquí! ¡Todo! — exclamó. — ¡Zingrave ha llevado un detallado diario de todo cuanto ha hecho la liga y este volumen es de interesantísima lectura! El libro chico contiene las firmas de todos los que forman el Círculo Dirigente. Hay una firma en cada hoja, al pie del juramento copiado, en idéntica forma, en cada una de las hojas. Veo que el último que entró a formar parte del Círculo Dirigente fué el señor Víctor Conan.

—¡El poderoso banquero y hombre de negocios!

—Sin duda. Pues bien el señor Conan tardará poco en convencerse de que adoptó un camino que no es conveniente, — dijo Nelson Lee. — Pero déme la cartera, Nipper. Vamos a realizar una pequeña substitución.

De la cartera sacó el detective varios libros que había llevado a propósito. Dos de ellos eran casi del mismo tamaño de los que había sacado del pozo. Se componían de hojas en blanco pero eran, naturalmente, bastante diferentes de los originales. Pero Nelson Lee consideró que de todos modos era bueno colocarlos en la cavidad. Si Zingrave revisaba el hueco por cualquier razón que no fuese la de averiguar si habían cambiado los libros y sólo dirigía una mirada al pasar, tal vez no notara que no eran iguales a los verdaderos.

Algunos momentos después, la alfombra había vuelto a su sitio y no había ya nada que indicara que alguien había andado por ahí. Sin detenerse más, Nelson Lee y Nipper salieron del salón secreto del Círculo Dirigente y cerraron la puerta de acero, volviendo la combinación al mismo estado en que la hallaron. Nelson Lee estaba convencido de que Zingrave no llegaría a sospechar lo que había pasado.

Los dos visitantes nocturnos salieron por donde habían entrado. Debido a la extrema cautela con que procedieron no tropezaron con el sereno y ni siquiera tuvieron ocasión de verle. Tal vez el hombre estaba durmiendo tranquilamente en lugar de vigilar.

En todo caso, Nelson Lee y Nipper pasaron por la ventana del depósito, la cerraron de nuevo y cruzaron como sombras el patio.

El gran detective sentíase satisfecho del resultado del trabajo de aquella noche. La Liga del Triángulo Verde se tambaleaba ya sobre su base y el derrumbe final no tardaría en llegar.

CAPITULO IV

Un consejo de guerra. — En Scotland Yard, en la oficina del detective inspector Lennard. — Esperando el momento oportuno. — Una noche de animación en el Orpheum Club. — La sesión plena. — Sir Gordon Hyde y Joseph Blackmore. — Declaraciones asombrosas. — Acorralados. — En el último momento. — Una impresión violenta.—El enrejado de hierro. — La salida secreta. — ¡Nelson Lee no se halla derrotado!

"¡Las nueve de la noche! ¡Se acerca el momento de entrar en acción!"

El detective inspector Lennard cerró de golpe su reloj de plata y se lo guardó en el bolsillo.

—¡Ahora va a empezar el movimiento, señor Lee! — agregó, con nerviosidad e impaciencia. — ¡Me siento esta noche con grandes deseos de actividad! Hago fervientes votos porque la visita tenga el excelente éxito que merece la habilidad con que usted lo ha preparado todo.

—¡Claro está que es posible que se produzca algún tropiezo! — exclamó Nelson Lee.— Pero la verdad es que hemos ceñido la red todo lo posible, Lennard, y le aseguro que, en mi opinión no hay ni la menor posibilidad de que puedan escapar Zingrave y sus colegas. ¡Por fin los vamos a tener en un puño!

—Es usted muy bondadoso cuando habla de eso en plural. Todo lo ha hecho usted y yo no he realizado nada que tenga importancia, — dijo Lennard. — Es usted quien fué a verme cuando ya lo tenía todo arreglado, señor Lee. Sin embargo, todos los elogios serán para Scotland Yard cuando llegue el momento de la victoria.

—¡Y el momento de la victoria llegará a su debido tiempo! — dijo Nelson Lee. — Todo está preparado y el profesor Zingrave se halla enteramente inadvertido. Usted sabe Lennard, que todo está en nuestro favor. El profesor Zingrave está convencido de que Nipper y yo, hemos muerto y desprecia olímpicamente a todos los elementos policiales del mundo.

El detective inspector Lennard, ofendido, gruñó.

—¡Tal vez cambie de opinión cuando se vea entre rejas! — exclamó, dándose tono. — ¿Qué opina usted sobre las perspectivas de lo de esta noche, señor Merick?

Lennard se volvió en su asiento e hizo esa pregunta a Douglas Clifford, el cual, como se sabe, ocultaba su verdadera identidad bajo el nombre de John Merick y un excelente disfraz.

—Creo que vamos a dejar hecha trizas a la Liga del Triángulo Verde, — dijo Clifford, con ojos relucientes de entusiasmo. — ¡Es esta la noche que he esperado durante meses y más meses! Mi más ardiente deseo es ver hecha añicos esa maldita Liga del Triángulo Verde.

Los tres estaban cómodamente sentados en la oficina particular del detective inspector Lennard, en Scotland Yard, Nipper se hallaba presente también y el joven estaba sentado silenciosamente en su silla, escuchando todo lo que decían, muy interesado en cuanto hablaban. Pero Nipper sentíase impaciente, a pesar de que hacía todo lo posible por ocultar sus sentimientos. El muchacho tenía que desempeñar una misión especial en lo que iba a hacerse y ardía por entrar en acción. Sería para él una grandísima satisfacción el ver que terminaba la charla y daba comienzo la obra.

Eran poco más de las nueve y a las diez en punto debía comenzar la asamblea plena del Círculo Dirigente de la Liga del Triángulo Verde. Como Lennard lo había dicho, el movimiento estaba por empezar.

Douglas Clifford tenía, también, que desempeñar un importante papel en la acción de aquella noche. Los preparativos que Nelson Lee había hecho para la visita policial al Orpheum Club, eran minuciosos y habían previsto hasta el último detalle.

La oportunidad para aquella incursión, para aquel "raid", no podía ser mejor. En aquellos momentos el profesor Zingrave hallábase enteramente desprevenido y no estaba, por lo tanto, en condiciones de defenderse de la invasión de fuerzas policiales ante la cual iba a verse. Creía que Nelson Lee había muerto, — enviado al fondo del Atlántico por la liga, — y no podía suponer que el detective se hallaba en plena actividad y conocía a tal punto los secretos de la liga que Zingrave se hubiera quedado mudo de asombro ante quien le hubiera manifestado cuál era la verdad de la situación a ese respecto.

Aquella noche, además, debía celebrarse una sesión plena de todos los componentes del Círculo Dirigente, en el salón secreto del Orpheum Club, Nelson Lee no podía haber escogido momento mejor. La totalidad de los que manejaban la Liga del Triángulo Verde sería sorprendida "con las manos en la masa".

Reinaba un indescriptible ambiente en la oficina del detective inspector Lennard. Había llegado el punto culminante de la gran campaña. Reinaba una extraña tensión en la atmósfera, una tensión extraordinaria en los músculos. Se había hecho todo género de preparativos pero aun quedaba, sin embargo, una considerable suma de incertidumbre. A decir verdad, el éxito de lo que resultara del "raid" de aquella noche, dependía, en gran parte, de los esfuerzos individuales de aquellas cuatro personas, reunidas allí, en aquel instante.

Pero la finalidad de la incursión policial en el Orpheum Club era de una importancia grandísima. Si se lograba capturar a todo el Círculo Dirigente, la Liga del Triángulo Verde dejaría de existir.

Era verdad que había miles de "miembros de trabajo" de la liga. Pero una vez desenmascarados los jefes de la gran organización criminal, los miembros de inferior categoría se dispersarían y quedarían enteramente anulados. Era el Círculo Dirigente lo que constituía realmente la liga. Toda la gran estructura de criminalidad se desbarataría automáticamente cuando los jefes cayeran en poder de la policía.

Juzgando por el aspecto que presentaba el Orpheum Club aquella noche, se veía, con plena evidencia, que los socios del club no tenían presentimientos de desastre. Se hallaban todos de excelente humor y se oían alegres risas en todos los salones. Reinaba el general convencimiento de que la racha de mala suerte que había hecho conmover a la liga durante los últimos tiempos, había terminado ya y estaba por comenzar para la sociedad, una época de extraordinaria, asombrosa prosperidad.

Enteramente inconsciente del peligro que les amenazaba, los miembros del Círculo Dirigente charlaban entre ellos. alegres y risueños. Aun cuando en aquel momento se cernía sobre ellos una amenazadora sombra, ellos no la veían.

De todas partes, aun de las poblaciones más distantes, un llamado especial había hecho concurrir a esa reunión especial a todos los que pertenecían al Círculo Dirigente. La Liga del Triángulo Verde tenía por costumbre que siempre que se admitía a un nuevo miembro del Círculo Dirigente estuvieran presentes todos los que formaban esa especie de comisión directiva de la liga. Dos, o tal vez tres, se hallaban en el extranjero y eran los únicos que no podían presentarse.

En uno de los salones de descanso, el profesor Zingrave conversaba amigablemente con Monkswell, el miembro de la Cámara de los Comunes, el doctor Northrup y sir Roger Hogarth. El señor Víctor Conan, el más reciente de los miembros, estaba también allí, conversando amistosamente con el pequeño noble japonés príncipe Yoni-Saka. Este era uno de los miembros más activos de la liga, aun cuando realizaba su obra en absoluto secreto.

A las diez menos cuarto ya estaban en el Orpheum Club todos los que debían asistir a la asamblea. No faltaba ninguno. Sir Gordon

Hyde se mostraba algo reservado; dedicaba sus atenciones exclusivamente a un hombre de extraño aspecto, que se hallaba con él. Dirigiéronse al compañero de sir Gordon muchos miradas de curiosidad. Era este compañero el hombre de quien Hyde había hablado con tanto entusiasmo, el inventor Joseph Blackmore.

No había, por cierto, en el aspecto de Blackmore, nada que pudiera entusiasmar a nadie. Sus facciones tenían un aspecto casi siniestro. Era bastante cargado de espaldas y los ojos le brillaban con destellos como de demencia.

Zingrave en persona recorrió los salones dando aviso a sus compañeros para que se dirigieran hacia la oficina particuar de la presidencia. Daban las campanadas de las diez cuando los miembros del Círculo Dirigente estuvieron sentados en redor de la mesa del salón subterráneo y secreto.

Como de costumbre, era el profesor Zingrave quien ocupaba la cabecera. A su izquierda se hallaban sir Gordon Hyde y el señor Joseph Blackmore. A éste le habían vendado los ojos en el momento en que entró en la oficina particular del presidente y acababan de quitarle la venda que le había impedido ver cómo se obtenía acceso a la sala subterránea. No había podido ver cómo funcionaba el asombroso mecanismo de la chimenea.

—No tengo intención de pronunciar un discurso, — dijo el profesor Zingrave con su suave voz y en medio de un repentino, completo y respetuoso silencio.—A quien le corresponde hablar es a sir Gordon Hyde, así como corresponde a su compañero demostrarnos que es digno de llegar a la categoría envidiable de miembro de nuestra organización.

Dicho eso, el profesor Zingrave se sentó en su presidencial sillón.

Todas las miradas se dirigieron en aquel momento hacia sir Gordon Hyde y el hombre de curioso aspecto que estaba a su lado. Este parecía sentirse bastante nervioso; miraba de un lado a otro constantemente. Sir Gordon, en cambio, hallábase frígidamente tranquilo.

Se levantó y miró sonriente, a todos los que estaban reunidos en torno de la lustrosa mesa de caoba.

—Creo, — dijo con toda tranquilidad y con voz clara y enérgica, — que he preparado para ustedes una gran sorpresa. ¿Está usted pronto, Blackmore?

—¡Sí! — dijo el aludido con voz fuerte.

—¡Retroceda un poco! ¡Ahora!

Aconteció algo asombroso. Zingrave y todos los miembros del Círculo Dirigente oyeron con suma extrañeza las palabras pronunciadas por sir Gordon Hyde y Blackmore. Pero su extrañeza se transformó en estupefacción primero y luego en la más intensa alarma.

Con la rapidez del relámpago, tanto sir Gordon Hyde como su compañero realizaron algunos movimientos. Sir Gordon se despojó de un doble disfraz y Blackmore se irguió como impulsado por un resorte y se despojó de una peluca negra y de una barba, negra también.

—¡Ahora! — vibró una bien conocida voz. — ¡Creo que soy yo quien tiene en la mano las cartas que son triunfo, profesor Zingrave!

El profesor, atónito, lanzó un ahogado grito

—Pero ¿estoy yo loco? — exclamó jadeante. — ¡Nelson Lee! ¡Dios Todopoderoso! ¡Nelson Lee!

El caso era asombroso, pero era verdad. Sir Gordon Hyde era nada menos que Nelson Lee en persona, y Joseph Blackmore era sencillamente un nombre adoptado para el caso por el detective inspector Lennard, de Scotland Yard.

¡El golpe resultaba aturdidor, tanta era la tremenda fuerza con que caía sobre aquella gente!

Tanto Nelson Lee como Lennard empuñaban, con la mano derecha, sendos revólvers amartillados y los caños de acero de las armas apuntaban sin la menor indecisión. Los dos detectives tenían nervios de acero y ambos estaban terriblemente serenos.

—¡El primero que se atreva a hacer el menor movimiento sospechoso, morirá! — dijo Nelson Lee enérgicamente. — No es esto una simple amenaza; ya lo verán si se atreven a no hacer caso de ella. ¡Levanten las manos! ¡Pronto! ¡Todos!

—¡Pronto! ¡Arriba las manos! — ordenó Lennard. — ¡Canallas!

El detective oficial se hallaba algo excitado, aún cuando en condiciones de entrar en inmediata acción, si era necesario.

Los miembros del Círculo Dirigente no habían pronunciado ni una sola palabra inteligible. Todos se levantaron de sus butacas, muy pálidos. Retrocedieron ante los dos detectives con el horror y la alarma pintados en el rostro y los ojos dilatados por el miedo. En menos de un minuto estuvieron todos agrupados detrás de la mesa, con los brazos en alto y respirando jadeantes.

Fué aquél un cuadro verdaderamente asombroso.

Aquellos hombres, todos ellos conocidos en la más alta sociedad, más de uno dueño de títulos nobiliarios, retrocedían, encogiéndose como un grupo de presidiarios amotinados y vencidos. Parecía que cada uno de ellos hubiera recibido un golpe aturdidor. Se hallaban anonadados, ofuscados por el terrible convencimiento que se iba apoderando poco a poco de su mente.

¡El golpe decisivo había sido descargado!

El golpe que habían considerado imposible, había caído sobre ellos cuando precisamente se sentían más seguros. Pero el golpe había sido más terrible para Zingrave que para todos los demás. El profesor había estado seguro de que Nelson Lee había perecido en el naufragio del yate Reina del Mar. ¡Y, sin embargo, el detective estaba allí, vivo y acompañado por un alto empleado de Scotland Yard, en el salón secreto y subterráneo del Círculo Dirigente!

—¡Usted, verdadero demonio! — exclamó el profesor con voz ronca. — Usted, infernal.

Nelson Lee le miró sonriente.

—Le aseguro que no tiene nada de infernal ni de diabólico mi presencia en este sitio, — dijo con suave tono. — Quizás suponga usted que he secuestrado a sir Gordon Hyde para presentarme aquí en su lugar! Tal vez

le interese a usted saber que sir Gordon Hyde no ha vuelto a poner los pies en esta casa desde que, hace varios meses, murió como merecía morir. Sir Gordon Hyde no logró escapar a la muerte. Supongo, con todo derecho, que descansa ahora en su acuática tumba. Fuí yo quien se presentó, representándole, el jueves pasado, por la noche, bajo el segundo disfraz de Stanley Ruthven. Fuí yo quien se quitó ese disfraz para revelarse como si fuera sir Gordon Hyde. La estratagema tuvo favorable resultado, y todos ustedes creyeron mi novelesco relato del modo más favorable para mí.

—¡Pero este hombre es sobrenatural! — exclamó sir Roger Hogarth, asustado.

—¡Nada de eso! No hubo nada sobrenatural, que yo sepa, en todo lo que hice, — replicó Nelson Lee. — A ver, doctor Northrup, no baje las manos, tenga la bondad. Sí, señores: he sido yo quien les ha arrojado tierra a los ojos, de modo que no vieron ustedes claro, durante los últimos días. El sábado por la noche asistí a una reunión celebrada en este mismo salón secreto. Me enteré entonces del secreto de la combinación de la chimenea y de las letras con que se abre la puerta de acero. Sus bien guardados secretos dejaron de serlo para mí,, porque me enteré de todo.

El famoso detective no debía ser criticado si se notaba en su voz algo de satisfacción. Nelson Lee había desempeñado el papel del resucitado sir Gordon Hyde con toda perfección, desde el primer momento. Poco después de haber dado Martín Caine la noticia de la reaparición de Hyde, aquella noche, en el chalet campestre, el detective había explicado cómo había logrado sorprender a los socios del Orpheum Club. Nelson Lee había concebido el plan y lo había realizado sin informar ni a Nipper ni a Douglas Clifford de la intención que tenía. Pero tanto el uno como el otro se habían enterado después de la revelación de Martín Caine y Lee había buscado la ayuda y colaboración del detective inspector Lennard para dar el golpe final.

—Permítanme ustedes que les dé un excelente consejo — prosiguió el gran detective mirando fijamente al grupo de asustados miembros del Círculo Dirigente, — ¡Sería insensato, de parte de ustedes, intentar ni la menor resistencia! Si acaso alguno de ustedes lograra escabullirse y escapar, sería perseguido como se debe perseguir a un criminal de su clase por toda la policía del país. Les ahorrará mucha molestia el entregarse sin oponer resistencia.

El profesor Zingrase inclinó la cabeza.

—Eso es lo mejor — dijo. — ¡Estamos vencidos... enteramente vencidos!

La voz del sabio profesor era ronca y baja. Habíale abandonado toda su acostumbrada vitalidad, estaba débil y flojo. Su habitual suavidad había desaparecido; estaba nervioso y tembloroso.

—En cuanto a mi cuento respecto al señor Blackmore y sus diamantes fabricados, — dijo Nelson Lee, — ese cuento fué, naturalmente, una estratagema. Espero que ustedes no negarán que dió el resultado apetecido. Mi propósito era pescarles a ustedes todos juntos y sabía que en las únicas ocasiones en que se reunía el Círculo Dirigente en pleno, era cuando se decidía la elección de un nuevo miembro. De acuerdo con eso adopté la ficción del hombre que hacía diamantes que me permitiría la ventaja de tener la colaboración de un acompañante muy útil.

Nelson Lee calló. Hubo un momento de silencio. Cambió rápidas miradas con Lennard y éste alzó las cejas.

Empezaban a notar los dos que los prisioneros se mostraban inquietos. Era molesto tener tanto tiempo las manos en alto. Además, aquellos pillos empezaban a dominar su nerviosidad y su terror.

Pero Nelson Lee sentíase enteramente tranquilo.

No había manifestado a los del Círculo Dirigente todo lo que podía haberles dicho, pues no les había enterado de que antes de que transcurriera un minuto, veinte hombres seleccionados entre el mejor elemento de Scotland Yard, entrarían en el salón secreto y pondrían a los prisioneros en condiciones de no poder resistirse.

Esos elementos de Scotland Yard habían sido previamente aleccionados y sabían cómo llegar hasta la sala subterránea.

Era cuestión de unos pocos segundos, nada más.

Sabedores de que los refuerzos debían llegar de un momento a otro Nelson Lee y Lennard sentíanse tranquilos. Sus relucientes revólvers les daban, además, el necesario aplomo. El Círculo Dirigente estaba, por completo, a su merced.

El gran "raid", la incursión policial había alcanzado completo éxito.

Zingrave dirigió la mirada de sus febricientes ojos a Nelson Lee.

—¿Cómo logró usted escapar? — preguntó con voz ronca. — ¿Cómo escapó del yate Reina del Mar? ¡Quedó usted dentro de una trampa de muerte!

—No me parece que éste sea momento oportuno para explicaciones, — dijo el detective. — Además, no me siento inclinado a satisfacer su curiosidad, profesor. Estoy vivo, como usted puede verlo...

—¡Sí! ¡Puedo verlo! — dijo Zingrave con amargura. — Es usted un hombre hábil Nelson Lee, y me ha vencido en el momento en que menos suponía posible un desastre. Pero sea como sea, ¡qué terrible desenlace el de todas mis ambiciones!

El profesor inclinó la cabeza anonadado.

—¿Por qué hemos de sufrir esto? — murmuró sir Roger desesperado. — ¡Somos muchos, contra dos nada más!...

—¡Vale la pena correr el riesgo! — dijo el miembro de la Cámara de los Comunes, Monkswell, con el rostro lívido. — Yo, por mi parte, no acepto...

El detective inspector Lennard miró con ansiedad hacia la puerta.

—¡Cuidado! — exclamó. — ¡Nada de tonterías! ¡Los tenemos dominados, y no ha sido vana la amenaza de Nelson Lee de que haríamos uso de los revólvers! ¡En cuanto alguien se mueva haremos fuego y apuntaremos para matar! ¡Poco vale la vida de una escoria social como ustedes!

Nelson Lee contuvo el aliento de pronto.

—¡Ah! — murmuró después, respirando a sus anchas.

Había oído en la escalera las pisadas de varios hombres. Los de Scotland Yard se hallaban a punto de entrar, y con su entrada terminaría la tirantez de la situación. El Orpheum Club había recibido la visita policial y los presos estarían debidamente seguros dentro de unos instantes.

De pronto, sin que nada lo hiciera esperar, se apagaron todas las luces.

El salón del Círculo Dirigente quedó sumido en la más completa y densa obscuridad.

En un instante reinó la más completa confusión. El detective inspector Lennard lanzó una exclamación de furor y, de pronto, sintió la mano de Nelson Lee apoyada en su brazo

Al detective no le había asombrado lo sucedido. Casi había esperado ver algo por el estilo. Conocía todos los recursos de la liga mejor que Lennard y sabía que Zingrave no iba a aceptar la situación con la triste resignación que había fingido.

En la obscuridad, la voz del profesor tranquila y sonora, se oyó con todo su vigor.

—¡Ya saben qué es lo que han de hacer, señores! — gritó. — ¡No se aturdan o saldremos perdiendo!

Lennard desprendió el brazo de la mano de Nelson Lee.

—¿Qué le pasa, Lee? — preguntó furioso. — ¡Vamos! ¡No podemos dejar que esos canallas se escapen!

—¡Atrás! — gritó el detective. — ¡Atrás! Hizo que Lennard retrocediera y ambos anduvieron dos pasos hacia atrás.

Se oyó un ruido metálico y después un golpe sordo. Las sospechas de Nelson Lee estaban justificadas. No conocía la verdadera naturaleza del peligro, pero había adivinado que se trataba de algo extraordinario.

Todo el incidente no había durado más de diez segundos. Los de policía estaban moviendo ya la combinación de la puerta de acero.

—¿Qué ha pasado? — gritó Lennard, aterrado.

—¡Use de su luz, hombre! ¡Use de su luz! Mientras hablaba, Nelson Lee sacó su antorcha eléctrica y la encendió. Al mismo tiempo, la luz de la antorcha del inspector hendió la oscuridad. Los dos rayos de luz cruzaron de un lado a otro el salón.

—¡Dios mío! — exclamó Lennard.

¡A un paso de donde ellos estaban, una reja de acero ocupaba todo el espacio del piso al techo y de pared a pared!

¡La parte del salón que ellos ocupaban estaba separada por completo del espacio donde se hallaban los miembros del Círculo Dirigente! La reja había, sin duda descendido del techo; pero allí estaba, como un enrejado de jardín pero hecho de acero en vez de estarlo de madera delgada.

Lennard se agarró a las barras de metal y las sacudió violentamente. Se estremecieron y rechinaron, pero no se movieron ni lo más mínimo de su sitio. Si Nelson Lee no hubiera hecho retroceder a su compañero, la reja les hubiera caído encima, matándoles tal vez. Porque la fuerza con que cayó la reja fué terrible. Toda la habitación se había conmovido con el golpe.

—¡Por vida!... — exclamó Nelson Lee. — ¡Qué asombro de precauciones!

Lennard se hallaba tan asombrado que no atinaba a hablar. La luz de las antorchas eléctricas les permitió ver algo más. En el otro compartimiento del salón, — el que no estaba al alcance de los detectives, — se veía un agujero abierto en la pared. Sin embargo allí no había ningún hueco un minuto antes. La puerta quedaba enteramente aculta cuando estaba cerrada.

Con desesperación de parte de Lennard, él y Nelson Lee vieron que el último de los miembros del Círculo Dirigente desaparecía por el hueco aquel. Después se cerró la puerta y la pared recobró su aspecto de antes. No quedó ni rastro de la abertura.

—¡No puedo más! ¡Esto es terrible! — exclamó el de Scotland Yard.

El y el detective se habían quedado solos en el salón secreto. Ante sus ojos habían desaparecido los miembros del Círculo Dirigente.

Nelson Lee había supuesto la existencia de una salida para caso de peligro; sabía, mejor dicho, que existía esa salida. Y estaba preparado para un acontecimiento como el que se había producido. Pero no había supuesto la existencia de nada parecido a aquella reja de hierro.

Se hallaba, sin embargo, tranquilo y sereno.

—¡No se ponga triste, Lennard! — dijo rápidamente. — No hace falta entristecerse...

—¡Se han ido! ¡Nos han burlado! — gruñó el inspector, llorando casi, de enojo.

El Círculo Dirigente se había ido, sin duda; esto no se podía negar.

¡Pero Nelson Lee no estaba derrotado ni mucho menos!

CAPITULO V

La doble trampa. — El túnel secreto y su salida. — El garage de Metcalf Lane. — En el subterráneo. — Zingrave cree destruir los papeles secretos de la liga. Una sorpresa. — La captura. — Inquietud de Nípper. — Resultado inesperado. — El mecanismo de la reja. — El pozo de ácido. — Douglas Clifford ante Zingrave. — Una sorpresa para el profesor

El detective inspector Lennard se volvió hacia la puerta del salón secreto del Círculo Dirigente de la Liga del Triángulo Verde, en el momento en que se abría. Todo el asombroso suceso de la reja de acero no había tardado más de un minuto en desarrollarse, y los elementos de Scotland Yard habían tardado ese tiempo en abrir la puerta de acero, la que tenía tan complicada cerradura de combinación.

Los de Scotland Yard vestían de particular, — pues eran empleados del D. I. C. — y dos o tres de ellos entraron en el salón secreto, dispuestos a ponerles las esposas a los miembros del Círculo Dirigente. Pero cuando vieron que Nelson Lee y Lennard

estaban solos, se detuvieron y miraron con extrañeza.

—Pero ¿qué demonios?...

—¡Está bien, Pémberton, está bien! — dijo Lennard, impaciente. — Mire todo cuanto quiera. ¡Ya vé: no hay a quien poner esposas! ¡Esos infernales canallas nos han burlado! ¡Fíjese en la barrera que hay en mitad del salón!

El detective sargento Pemberton tenía tendencias a verlo todo bajo su aspecto más tétrico.

Su lenguaje fué realmente impresionante en aquella ocasión.

—De nada le sirve expresarse con tanta violencia, — gruñó Lennard. — Todo el vocabulario de insultos no va a conmover a una reja de acero. Pemberton. Vuelva al otro piso y espere órdenes.

—Muy bien, señor. Pero...

—¡Oh! ¡No empiece de nuevo, Pémberton!

El detective sargento se retiró con sus hombres y Lennard miró a Nelson Lee, enteramente abatido. A decir verdad, el detective inspector se sentía tan asombrado y tan furioso que no podía pensar con lucidez. Se sorprendió al ver que Nelson Lee encendía, con toda calma, un cigarro de hoja.

—¡Tiene usted una sangre fría realmente conturbadora! — gruñó Lennard mirándole con enojo. — ¡Se nos ha desbaratado todo el plan, esos pillos se nos han escapado de las manos y está usted tan sereno como el mar en verano!

Nelson Lee se rió entre dientes.

—Perdóneme, Lennard, — dijo, — pero tengo una breve confesión que hacerle.

—¿Qué? ¿Una confesión? ¿A qué demonios viene ahora?...

—Si Zingrave tenía oculta una última carta en la manga, también la tenía yo. — agregó el detective. — No le puse a usted al tanto de ese detalle, estimado Lennard, porque consideré que ya tenía suficiente en qué pensar sin que tuviera que preocuparse de algo que, en realidad, quedaba fuera de sus dominios.

Lennard miró al detective con ojos dilatados por el asombro.

—¡No le entiendo! — dijo con emoción. — Hubiera preferido, que usted se hubiese dado cuenta...

—Pues bien, cuando hablé con el jefe de Scotland Yard y combiné este asunto con él, — dijo Nelson Lee con toda suavidad, — quedamos en que en caso de que usted fracasara: no por culpa suya por cierto, prepararíamos otra sorpreso para nuestro común amigo el profesor Zingrave y la preparamos debidamente. En estos momentos y a causa, de eso, Zingrave debe hallarse experimentando una segunda y más definitiva emoción.

—¿Pero, qué demonios quiere usted decir con todo eso?

—Quiero decir que un grupo numeroso de elementos policiales se halla estacionado en determinado punto, acompañado por Nipper y el señor Clifford, — contestó Nelson Lee. — Usted comprenderá que yo no deseo que la pesca se nos escape por entre las mallas de la red. A juzgar por las apariencias. se han escapado los peces, pero creo que nos convenceremos de que ha pasado lo contrario, dentro de poco.

—¡Ah! ¡Empiezo a comprender, Lee! — exclamó Lennard, nervioso.

—Yo sabía que en alguna parte de este salón existía una salida para casos de apuro, — agregó el detective. — Eso lo adiviné; pero mientras representaba el papel de sir Gordon Hyde me convencí realmente de que así era. Hice varias preguntas a Hogarth y a otros, respecto a esa salida de este salón, pero no me atreví a ser demasiado curioso.

—¿Por qué no?

—¡Qué pregunta, mi querido amigo! ¿Por qué Hyde debía, naturalmente, estar al tanto de todo lo relacionado con esa salida para casos de apuro. Si yo hubiera hecho demasiadas preguntas, hubiese despertado sospechas. Pero no era este extremo el que me interesaba, era el otro. Como quien pregunta por hablar de algo, pregunté, a uno de mis "colegas" si la salida para casos de apuro seguía como antes.

—¿Y qué le dijeron?

—Tuve la suerte de que me dieran los datos que yo deseaba obtener, — dijo Nelson Lee. — Eso no tuvo nada de asombroso porque se trataba de algo que ya, en mi carácter de viejo miebro del Círculo Dirigente, debía saber. En respuesta a mi pregunta, el doctor Northrup, que fué a quien interrogué, me dijo que el garage de Metcalf Lane estaba siempre preparado, como en otros tiempos. Pero agregó que ahora, había allí tres automóviles, en lugar de dos.

—¡Por vida!... — exclamó el detective inspector Lennard.

—¿Comprende usted lo que significa lo que le digo? — preguntó Nelson Lee sacudiendo el cigarro para que se desprendiera la ceniza. — Metcalf Lane, como usted lo sabe, es un estrecho y corto callejón, situado a corta distancia del Orpheum Club. Al enterarme de lo que he dicho, comprendí que un túnel iba desde este salón, hasta el garage de Metcalf Lane. En consecuencia estacioné un grupo numeroso de fuerzas de policía en el garage, con Nipper y Clifford, antes de que usted y yo entráramos en el local del club.

—Entonces... entonces, a estas horas...

—A estas horas toda la gavilla de criminales tiene las muñecas sujetas por sólidas esposas de acero, — dijo Nelson Lee, fumando con toda tranquilidad.

Lennard tomó la mano del detective y la estrechó calurosamente.

—¡Es usted fabuloso, Lee! — exclamó con entusiasmo. — ¡Usted lo piensa todo y lo prevé todo! ¡Ojalá no se haya producido tropiezo por aquel lado!

—No es posible tropiezo de ninguna clase, — dijo Nelson Lee. — Voy ahora al garage a enterarme de cómo se han desarrollado los sucesos. Yo he desempeñado el papel que me correspondía y deseo saber cómo se han conducido mis ayudantes.

—Bien pensado.

—Le recomiendo, Lennard, que no se ocu-

pe de esa reja de hierro por el momento, pues estoy convencido de que todo un grupo de herreros no bastaría para moverla de donde está. Quédese aquí con varios de sus hombres y custodie el sitio con todo cuidado.

—Pero si ya han prendido a los pillastres...

—Puede ser que sin darse cuenta de que les esperan en el garage, algunos intenten volver y los que vuelvan, si algunos vuelven, estarán desesperados y serán capaces de todo. No abandone la vigilancia ni un instante, Lennard.

—Tiene razón.

—Hasta luego, pues.

Pero el gran detective no tuvo necesidad de salir del salón secreto del Círculo Dirigente.

Sus bien combinados planes para producir el definitivo derrumbe de la Liga del Triángulo Verde habían sido preparados con tanta meticulosidad que Nelson Lee estaba convencido de su buen resultado. No les quedaba escapatoria posible, aún cuando se tratara de los criminales más astutos del mundo.

Cuando el salón secreto quedó sumido en la oscuridad, Lee comprendió que lo más prudente era permanecer quieto y esperar.

El profesor Zingrave había procedido de acuerdo con el bien preparado plan que todo miembro del Círculo Dirigente sabía de memoria. Se había considerado como imposible la realización de un "raid" policial; pero Zingrave había insistido siempre en la necesidad de hallarse preparados para todo evento.

Uno de los miembros del Círculo Dirigente — había sido Monkswell, — había vuelto la llave secreta que apagaba todas las luces. Después de eso, todos habían procedido de acuerdo con un movimiento ensayado repetidas veces. Dos pasos fueron suficientes para que Zingrave estuviera junto a la llave que abría la puerta secreta y él y sus compañeros se habían metido en el frío y estrecho túnel.

Sabían que no era posible seguirles porque la reja de acero impedía toda persecución. El otro extremo del túnel no lo conocía nadie, — o al menos así lo creía Zingrave, — así que la fuga era algo muy sencillo.

Todos sabían perfectamente que había llegado el fin.

La Liga del Triángulo Verde se desmoronaba. Aún cuando escaparan a las garras de la ley, todos ellos estaban perdidos, deshonrados, arruinados y por siempre perseguidos.

¡Pero escapar! ¡Escapar!

Esto era lo más urgente, por el momento. El profesor Zingrave estaba enteramente sereno. Sabía que no había más que una débil esperanza de que él y sus compañeros escaparan a la acción de la ley. Pero no pensaba en los demás; pensaba solo en sí mismo.

En aquel momento de grave apuro, el instinto de conservación se apoderó del profesor Zingrave, al que le importaba muy poco lo que pudiera sucederles a sus colegas. Era su propio pellejo el único que consideraba de valor. Y sabía que una vez libre podría reírse de la policía.

Porque el profesor lo tenía todo preparado por si se presentaba el momento que acababa de presentarse. Solamente él mismo conocía esos preparativos. A pesar de que aconsejaba constantemente a sus cómplices que se unieran para apoyarse unos a otros en caso de crisis. Zingrave pensaba desde el primer momento, en hacerles traición. Se había preparado un refugio secreto para él solo, sin preocuparse de lo que pudiera pasarles a los miembros del Círculo Dirigente.

Pero escapar del Club, esto era lo más importante de todo.

Zingrave estaba frío como el hielo. La calamidad habíale asentado los nervios y le había puesto en condiciones de hacer un esfuerzo supremo. Lo primero que hizo una vez cerrada la puerta por donde habían pasado, fué dar una rápida orden.

El túnel que conducía al garage de Metcalf Lane era angosto y bajo de techo. En el primer momento los pillastres pretendieron, medio enloquecidos, correr en busca de libertad. Pero la voz del profesor calmó sus ardores y les hizo detenerse.

—Es necesario que tengamos calma, — dijo Zingrave enérgicamente. — Todo depende ahora de la rapidez con que procedamos, y si perdemos la cabeza fracasaremos del modo más lamentable.

—¡Pero no hay ni un segundo que perder! — exclamó sir Roger Hogarth que temblaba de cobarde terror. — ¡Pueden descorrer la reja!

(Continuará)

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana . . .	$ 0.20
" atrasado. . .	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	" 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números)	" 4.80
Suscripción por 1 año (52 números)	" 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año) $	9.00
Otros países "	" 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ
LIMITADA, S. A.

El de la pipa. — ¿Qué le ha sucedido a González?
El otro. — Que la mujer, se cayó del vapor al agua.
—¡Pobre González!
—Pero un marinero saltó del buque y la salvó.
—¡Pobre González!

En el próximo número de PUCKY se inicia la publicación de otra gran novela de JOHN G. BRANDON titulada:

LA GARRA DEL DRAGON

PIPERMIT por BILLY DeBECK

PUCKY

La Lectura Para Todos

Acción ▭ Drama

Misterio Aventuras

La GARRA del DRAGON

Por JOHN G. BRANDON

No. 482

Diciembre 23
de 19[illegible]
Buenos Aires

PUCKY
La Lectura Para Todos
Acción Drama
Misterio Aventuras
No. 482 Año XIII

PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

BUENOS AIRES, DICIEMBRE 23 DE 1932

La garra del dragón

Por

John G. Brandon

DESDE el cómodo sillón de mimbre, en la galería del hospital donde se hallaba convalesciente — esperando, en verdad, que lo dieran de alta — el inspector detective McCarthy miró el rostro delgado de su buen amigo, Sir William Haynes, ayudante del jefe de policía. En los ojos obscuros de McCarthy había luz de pelea.

—Oye, Bill, — empezó — si crees que me voy a dejar manejar como un chiquillo...

—No lo creo — interrumpió Sir William. — ¡Estoy seguro! El jefe y yo hemos hablado del asunto largamente y no vamos a consentir que nuestra decisión sea discutida por ningún inspector testarudo. ¡Entiéndelo bien, McCarthy! Vas a tomarte unas vacaciones. Irás al extranjero y por una temporada no menor de tres semanas. ¡He dicho!

—Vete al... — empezó McCarthy acaloradamente y se interrumpió con un quejido. — Bill, bien sabes que no puedo tomarme vacaciones mientras no haya terminado con la banda que me puso así. Y luego está el asunto Bensdorp. Eso es cosa mía y no descansaré hasta que no haya quitado el punto de interrogación a ese misterio. Y como ambos forman parte de la misma tarea, no discutamos más. Conforme me den de alta en este lugar, volveré al trabajo.

Pero Sir William movió obstinadamente la cabeza.

—No volverás, Mac — le dijo. — No podemos exponernos a perder el mejor hombre que tenemos para los casos en que hay que trabajar solo... aunque me atrevo a decir que muchos, en Scotland Yard, no estarán de acuerdo con esta declaración. Con todo, es lo que yo digo — su rostro se puso grave — El jefe y yo hemos llegado a la conclusión de que te has echado enemigos mortales entre la raza amarila. Y no solamente en Inglaterra. Tus últimos casos han sido contra nuestros hermanos amarillos; parece que les has achatado aún más las narices y han jurado sacarte del medio. Esta vez casi lo consiguieron.

—Por lo menos hicieron todo lo posible — convino tristemente McCarthy. — Un golpe en el cráneo con un bambú cargado de plomo, un par de puñaladas en la espalda y todos los huesos de mi cuerpo flojos no es mal "score".

—Y la próxima vez puede ser aun mejor — comentó Sir William. — Si crees que vamos a permitirte intervenir en el caso Bensdorp en el estado de debilidad en que te encuentras, te equivocas, hijo.

—¡Bah! Estoy fuerte como un toro — declaró McCarthy.

—Entonces no lo pareces — replicó Bill Haynes. — En el estado en que te hallas, un par de ratas del puerto te pondrían fuera de combate en dos minutos. Conque vas a tomarte esas tres semanas de vacaciones, quieras o no.

—¡Pero, hombre de Dios, si el caso Bensdorp se abandona, toda pista se borrará. Ha sido el problema más difícil que he tenido que afrontar y...

—No se le abandonará, Mac. Hay hombres buenos que le siguen. Hallarás la pista siempre fresca cuando vuelvas, o mucho me equivoco, Mac. Y entretanto, te fortalecerás para poder luchar contra los pájaros de cuenta que figuran en el asunto. Durante tus vacaviones, mantente alejado de París. Ese bandido amarillo Kao-Shi-lan y su banda casi terminaron tu carrera cuando el caso de los Ojos del Idolo. ¿Me estás escuchando? — preguntó al ver que los ojos de McCarthy vagaban por el espacio.

—No mucho — admitió francamente el inspector. — Maldito lo que se me importa de Kao-Shi-lan. Todo lo que sé es que le di a su compañero, el torturador Li Tai, la soba más grande de su vida. Y si me vuelvo a encontrar con él, le pegaré otra. No, no estaba pensando en eso. Bill, si no en el asunto Bensdorp. Pienso donde demonios se habrá metido ese tipo.

—Es un punto que hace cavilar, Mac — dijo Bill Haynes secamente.

—Se trata de un hombre — continuó McCarthy, acalorándose con el tema — de quien tenemos malos informes. Bensdorp, joyero holandés y judío, que comercia con el extranjero y que, si algunas de las cosas que de él hemos oído son ciertas, es poco mejor que un "reducidor". Un ex-presidiario, que sufrió cinco años de condena en Cape Town por el tráfico ilícito de diamantes. Bueno, después de su desaparición, uno de sus preciosos amigos ha dado a entender que Mr. Jake Beusdorp había ido a algún punto, río abajo, a recoger un paquete de valiosas gemas que le trajo un vapor oriental.

—Con toda probabilidad robadas y que serían introducidas de contrabando por Bensdorp.

McCarthy sonrió.

—Ciertamente no las iba a declarar en la aduana, Bill — dijo — De eso puedes estar seguro. Sin embargo, alguien más debió estar enterado de la misión de Bensdorp. Desde que descendió el río no se ha vuelto a saber de él ni se ha hallado rastro de las joyas que se supone fué a buscar. Ese es el Misterio N. 1.

Pero lo que se encontró fué a un tipo malayo, que viajaba en el buque donde venían las joyas y era el hombre de quien debía recibirlas Bensdorp. Se le ha encontrado vagando por Essex, en una especie de estado hipnótico, perdida completamente la memoria. Nada sabe de sus pasadas acciones, no recuerda como llegó a donde lo encontraron, ni nada. Se le ha vuelto a llevar a bordo para que regrese a su tierra: Misterio N. 2. Me encargan a mí del caso y la primera noche que empiezo a investigar que ha sido de Mr. Bensdorp, me asaltan. No me queda duda que fué una banda de chinos. Naturalmente no tengo pruebas de que haya relación entre esto y el caso Bensdorp; pero... lo parece.

—La condición en que fué hallado el malayo parece más magia china que otra cosa. Estos orientales son gente extraordinaria, llenos de extraños poderes y trucos de los que nada sabemos. Un pueblo misterioso, que escapa a nuestra comprensión. Y cruel hasta más no poder. Fíjate en las crueles torturas que se infligen. Los caballeros del torno y del potro, en la edad media, se consumirían de envidia ante los chinos.

—¿Quién mejor que yo sabe eso? — interrumpió el inspector sombríamente. — Si hubieses visto a ese demonio de Li Tai, preparado para la tarea en la casa del Bois, se te hubiera helado la sangre. Pero todos no son crueles por naturaleza. Fíjate, por ejemplo, en esa dama china, Madame de Sorais. ¿Quién podrá tacharla de cruel?

Tuvo que hacer Bill Haynes un gran esfuerzo para no sonreirse. Le era bien conocida la inconfesada debilidad de McCarthy por la bella y misteriosa dama de Berkele Square. En su larga amistad con McCarthy nunca había éste demostrado preferencia por mujer alguna; era amable y atento con todas, fueran de clase alta o baja; pero ahí se detenía. En cambio, con Madame de Sorais...

—Yo sólo pienso de ella que es la más maravillosa de las mujeres. — contestó Bill Haynes diplomáticamente.

—Lo es. — declaró el inspector fervientemente y cualquiera al oírselo decir habría comprendido que estaba convencido de ello. — Y hablando de esa dama — continuó apresuradamente, mientras una arruga de preocupación aparecía en su frente — hay algo que me preocupa.

—¿El qué?

Desde que estoy en este sitio, alguien me ha estado mandando flores y no bien pude empezar a comer todas las frutas de la estación o de fuera de ella: uvas, duraznos de invernadero, las cosas más delicadas que puede obtener el dinero. Y nunca fueron acompañadas por una tarjeta, ni he podido averiguar el nombre del obsequiante en las distintas florerías o provisiones. Sólo hay una persona que puede haber pensado en... — se le ocurrió una idea extraordinaria ciertamente; pero uno nunca puede saber de que son capaces los demás — fuiste... fuiste tú, ¿verdad?

Bill Haynes lo miró estupefacto.

—¡Yo! — exclamó al fin — Yo. ¿Por quién diablos me tomas? ¿Por un Rothchild? ¡Flores exóticas! ¡Frutas de invernadero! Caramba, Mc. Si hubieses esperado para comer hasta que yo pudiera comprarte esas cosas, te hubieras muerto de hambre.

—Sí, ya sé que eres muy tacaño — dijo McCarthy sonriendo afectuosamente — Entonces si no fuiste tú, solo puede haber sido otra persona.

—Madame de Sorais, naturalmente.

—¿Y qué voy a hacer yo ahora, Bill? — preguntó McCarthy ansiosamente.

—Si te fueron enviadas en la forma que dices, nada — fué la respuesta — Es evidente que Madame no quiere se sepa que fué ella la obsequiante y debes respetar sus deseos. Cuando vayas a verla no menciones el hecho. Pero... — continuó — antes de que partas para tus vacaciones, ve a hacerle una visita a Madame y... bueno... que ella te vea, etc., etc.

—Lo haré — le aseguró McCarthy prontamente y se corrigió enseguida. — Es decir, iré a hacerle una visita; pero en cuanto a tomarme vacaciones, ni tú ni el jefe...

—No olvides que el malayo tomó el vapor en Marsella — interrumpió Haynes tranquilamente — Si quieres que te de una idea, fué ahí donde empezó la historia de Bensdop. De modo que ahí tenemos que terminarla. — se detuvo un momento para dejar que el informe hiciera impresión. — Marsella es un sitio maravilloso — continuó indiferentemente. — Y supongo que la vieja ciudad alberga a criminales de todos los países. Londres, Nueva York no pueden compararse con ella. ¿Por qué no vas a disfrutar un poco de su espléndido clima?

McCarthy lo miró indeciso; luego se movió inquieto en su sillón.

—Pero, oye, Bill...

—¿Por qué el malayo que le trajo las joyas a Bensdorp — si es que se las trajo — se embarcó en Marsella? Creo que vale la pena investigarlo, Mac.

—Ciertamente... — dijo McCarthy con acento débil — pero la policía francesa...

—¡Que se vaya al diablo la policía francesa, con todos los respetos debidos! — dijo bruscamente Sir William — Nosotros terminaremos solos el asunto Bensdorp. Si no quieres ir tú — se encogió de hombros — tendré que mandar a otro.

—Tú no permitirás que nadie se entrometa en mi trabajo — dijo McCarthy con calor.

Pensó un momento. — Bien, iré, si se me permite ir oficialmente, con plenos poderes para obrar en caso necesario. Con eso tendré todas las vacaciones que necesito.

Si no voy así, no voy de ninguna manera; grábatelo bien en la cabeza.

—Muy bien — accedió Bill Haynes — Irás con plenos poderes y los gastos pagos.

McCarthy se acercó a uno de los balcones y se asomó a él.

—Y visitaré a Madame de Sorais antes de partir — dijo suavemente, más para sí que para el otro.

Y nuevamente sonrió para sí Bill Haynes.

Pero se produjo una desagradable interrupción.

Oyose un silbido y algo sólido pegó en el pilar de madera del balcón sobre el cual estaba recostado McCarthy. Se vió más tarde que era una bala, recubierta de acero, de calibre 33.

En menos de un segundo, Bill Haynes y McCarthy saltaron del balcón abajo, el primero pistola en mano. Por entre la reja del balcón habían visto una figura dar vuelta la esquina y perderse de vista. El hombre tenía el modo de andar inconfundible de un chino en marcha y poco después el ruido se perdió a la distancia.

—Tus amigos chinos otra vez — dijo suavemente Bill Haynes.

McCarthy se echó a reír.

—Tipos tenaces ¿no? Bueno, reirá bien quien ría último.

EL CIGARRO DE BIM KONG

La víspera de su partida para Marsella hizo McCarthy su prometida visita a la bella Madame de Sorais. Y ni Salomón en toda su gloria se vistió de un modo más elegante que el buen mozo inspector. Su saco de mañana era un sueño de los de Sallive Row, las rayas de sus pantalones parecían filas de navajas, sus zapatos resplandecían y su sombrero de copa era un espejo. Pero después de haber pasado por delante de aquella horrible colección de shams que la servían (¿o cuidaban? pensó McCarthy) entró a la maravillosa salita para recibir una de las sorpresas más aturdidoras de su vida. Sentado allí, con los modales distinguidos y a la vez deferentes que caracterizaban al ladrón de levita, estaba Marcos S. Gilliver, más conocido por "Alelí". Y si el detective-inspector McCarthy estaba inmaculado y buen mozo, Alelí no le iba en zaga.

¡Alelí a quien McCarthy había salvado una vez de la horca y otra de un destino probablemente peor, de ser condenado por toda la vida a la Isla del Diablo!

Después de aquella ocasión había prometido ser honrado... si eso era humanamente posible. ¿Qué hacía en casa de aquella dama, cuya colección de joyas probablemente era única en Europa? ¿Cómo había llegado allí? ¿Cómo la conocía? ¿Se preparaba para dar un gran golpe que dejaría pequeños a todos los demás intentados hasta entonces? Nadie mejor que McCarthy sabía las dificultades conque tiene que luchar un hombre como Gilliver para rehabitarse y conseguir trabajo decente entre insuperables obstáculos. ¡Había ya recaído en la tentación Marcos? No era propio de él, porque McCarthy sabía que Alelí tenía el valor de un león y que ladrón o no ladrón, era de palabra. Pero resolvió tener una larga conversación con Alelí antes de salir de Londres.

Todas estas cosas y muchas más pasaron por su mente cuando vió al ladrón y a la dama sentados juntos, conversando. Y con ellas experimentó otra sensación indefinible que no hubiera podido explicarse ni a sí mismo. La incomparable belleza y fascinación de la mujer, la hermosura y distinción natural del hombre, le produjeron una especie de punzada dolorosa.

—Temo — empezó un poco rígidamente, cuando ella avanzaba sonriente hacia él — haber llegado en momento inoportuno.

—Ningún momento es inoportuno para el inspector McCarthy en esta casa — contestó Osari graciosamente — Realmente no ha podido llegar mejor, porque precisamente hablábamos de usted.

—Me siento muy honrado — contestó Mc Carthy, mientras sus ojos hacían una muda interrogación a Alelí. Y había en su voz un acento que debió prevenir al audaz caballero de industria.

Pero si Madame de Sorais lo advirtió, no dió señales de ello, en sus perfectas, pero inescrutables facciones. En cuanto a Alelí saludó a McCarthy con franco afecto y en sus ojos no se advertía otra cosa que el más perfecto candor. En verdad, sus modales eran como para hacerlo cavilar al inspector. ¿Qué demonios hacía allí Marcos?

Pronto lo iba a saber.

—El señor Gilliver me decía que lo conoce a usted hace mucho tiempo — dijo Osari — En verdad me ha dado su nombre para que pida referencias sobre su persona, para un empleo que voy a ofrecerle.

¡Eso sí que estaba bueno! Lo pintaba al audaz Alelí de pies a cabeza. ¡Ladrón habilísimo, quizá el más habil de Europa, abandonaba la profesión, buscaba trabajo y daba el nombre del detective, que casi siempre había intervenido en sus causas, como referencia!

—Debo decirle — continuó Madame — que el señor Gilliver ha sido completamente franco conmigo respecto a su turbulento pa-

El humo del cigarro produjo su efecto en McCarthy. Frente a él el chino lo observaba con astucia de fiera.

sado. No creo que haya omitido nada. Acusado de asesinato...

Dos veces — completó Gilliver dulcemente — y en las dos fuí salvado de la horca o de la guillotina por el inspector, que no me creyó culpable.

—En el caso del asesinato del Bois de Boulogne y de los Ojos del Idolo, estoy enterada de las circunstancias — dijo Madame. — Además, dice que ha cometido innumerables robos en Inglaterra y en todo el Continente Europeo.

—Más de lo que quisiera recordar en estos días de enmienda — añadió alegremente Alelí — Sin embargo, todo eso ha terminado.

—Esperémoslo así — dijo McCarthy severamento.

Así iban mejor las cosas. Pensara lo que pensara hacer Alelí, procedía francamente. No trataba de engañar a Madame de Sorais. Se portaba con lealtad... como sabía Mc Carthy que era su costumbre.

—Y yo creo que posee precisamente las cualidades del hombre que necesito — continuó Osari. Había una curiosa expresión en sus brillantes ojos al hablar. Algo de humorismo y algo que le pareció burla a McCarthy. ¿Qué piensa usted, Inspector?

—Eso depende del trabajo que tenga que hacer — contestó él cautelosamente.

—Naturalmente. Olvidaba que no está usted al corriente de los detalles. Hace algún tiempo me fueron robados algunos objetos valiosos. No precisamente sacados de mi casa, si no robados al mensajero que me los traía.

—¿No es asunto que corresponda a la policía? — preguntó McCarthy tranquilamente.

—Si así fuese, lo hubiera mandado buscar a usted enseguida. Pero no lo es. Las cosas que han desaparecido tienen tanto valor religioso como intrínseco. Pertenecen realmente a mi pueblo. En mis manos no son más que un depósito. Si yo hiciera intervenir a la policía, desaparecían para siempre. Los métodos ordinarios, aun los brillantes que usted emplea, serían ineficaces. No sólo eso, si no que podrían ser causa de muchas muertes. No, inspector. Yo sola debo recobrar esos objetos o el que yo emplee para devolvérmelos.

—¿Sabe uzted donde están? — preguntó McCarthy.

Por un momento ella no le contestó. Sus ojos parecían vagar fuera de la habitación, en el espacio.

Aquella expresión extraña, mística, que ya había visto McCarthy apareció en ellos. Ambos hombres observaban a Osari con atenta intensidad.

—Tengo una idea — dijo al fin — Hay quienes dirán que yo lo se todo; pero, en realidad, no es así. Las cosas me desconciertan a veces, como a cualquiera. Pero en este caso, sí, creo saber en que manos están. Y alrededor de ellos hay horror, mutilación y muerte. El emisario que envíe a recobrarlas, inspector McCarthy, tiene que poseer astucia, fuerza física y valor ilimitado para afrontar innumerables peligros. Y sobre todo, lealtad hacia mí, su patrona.

—En otras palabras, señora, puede no volver vivo — dijo tranquilamente McCarthy.

—Se expone a morir — contestó ella lentamente — A morir de un modo demasiado horrible para imaginarlo.

—Yo he corrido tantos riesgos, durante tanto tiempo, que esas pequeñeces no me impedirán aceptar un trabajo bien pagado — contestó tranquilamente Alelí.

—¿Comprende lo que puede significar ese trabajo, Gilliver? — preguntó sombríamente McCarthy.

—Perfectamente. O bien recobraré la propiedad de Madame y saldré vivo o bien me convertiré en un tranquilo cadáver. Bueno, yo he corrido riesgos toda mi vida y acepto ahora éste. Esto es, si usted quiere decir en favor mío una palabra y si Madame de Sorais confía en mí para que desempeñe esa misión.

McCarthy se volvió a la hermosa criatura que lo había estado mirando con aquella expresión enigmática que a menudo lo desconcertaba.

—Madame, — dijo lentamente y no sin cierto sentido de su responsabilidad — si el hombre que usted necesita ha de poseer inteligencia, fuerza física y valor indomable, nadie mejor que Gilliver. En cuanto a su lealtad a quien lo emplee, puede juzgar por su manera de presentarse. Conoce usted su historia.

Yo puedo añadir que, si necesitara semejante hombre, no vacilaría en tomarlo. El resto queda por cuenta de Gilliver.

—Disculpe, McCarthy — corrigió Alelí dulcemente. — Yo ya he aceptado. El resto queda por cuenta de Madame de Sorais.

La dama se levantó del sofá donde había estado sentada y se inclinó ligeramente

—Entonces asunto arreglado — dijo. — Esta noche recibirá usted instrucciones Pero recuerde — añadió — que al aceptar este trabajo, acepta usted la muerte.

—Así sea, Madame — contestó Alelí y se levantó para retirarse.

—¡Un momento! — intervino McCarthy — Con el permiso de Madame, quiero hablar con usted una palabra antes de que se vaya.

Madame de Sorais dirigiole aquella deslumbradora, pero enigmática sonrisa suyo. Por el momento sus ojos estuvieron fijos en los de McCarthy, como si quisiera leer en su pensamiento. Luego, con una breve inclinación de cabeza, se dirigió lentamente al otro extremo de la habitación.

—Sólo una cosa tengo que decirle — dijo McCarthy en voz baja — No se mucho acerca de esa misión suya...

—Sabe tanto como yo, McCarthy.

—.....pero tenga cuidado con la policía francesa. Esta vez no le darán oportunidad y no estaré yo aquí para sacarlo del paso. Añadiré que... juegue limpio con esta dama; si no lo hace, lo meteré entre rejas por el tiempo más largo posible. Eso es todo.

Por un largo momento el ladrón de levita miró directamente al detective.

—Escuche, McCarthy, — le dijo — yo le debo a usted mucho... todo. Ciertamente mi libertad y probablemente mi vida. Le prometí hacer un gran esfuerzo para ser honrado. Hasta ahora no lo he pasado muy bien; pero he perseverado. Antes de que vuelva al viejo juego, haré dos cosas. Primero, le pagaré la deuda que le debo. Segundo, le avisaré que estoy en pie de guerra nuevamente. Podré ser ladrón; pero no soy ingrato.

McCarthy le tendió la mano.

—¡Muy bien, Marcos! No hablemos más de eso. ¡Adios y buena suerte!

Después de la partida de Alelí, McCarthy pasó una hora tan maravillosa en compañía de Madame que todo lo demás se borró de su mente. No se dió cuenta de hasta que punto discutió con ella sus futuras vacaciones. No pensaba hablarle de ellas; pero bajo la influencia persuasiva que emanaba de la bella y graciosa dama, charló y charló, casi sin saber exactamente lo que estaba divulgando. Cuando volvía a pie a su casa, aliviado de aquella punzada que le produjo ver a Alelí en la sala de Osari, todavía le quedaba una especie de escozor por saber que el aventurero y elegante joven iba a hacer a Osari un servicio que él pudo rendirle. Con todo, no podía evitarlo.

Tan absorto iba en sus agradables pensamientos que no se dió cuenta de que sus pasos eran hábil y disimuladamente seguidos por un chino, que llevaba una valija de viaje y que no dejó a McCarthy hasta que lo vió entrar en su casa. Luego llamó a la puerta de la casa vecina, entró y situose frente a una ventana que miraba a lo de McCarthy, esperando allí pacientemente.

McCarthy se había instalado cómodamente en el vagón del ferrocarril que tuvo la suerte de hallar vacío. El tren empezaba a salir lentamente de la estación, cuando un hombre robusto, que llevaba una valija de mano tapó la abertura de la puerta que daba al pasillo. Con un gruñido interior de desagrado, alzó la vista McCarthy para sentarse derecho, con todas sus facultades instantaneamente alerta. Porque la persona que había obstruído la entrada y lo miraba con ojos suavemente interrogadores, era un chino de mediana edad, de lentes y apariencia de hombre acomodado. Nada más inofensivo que la apariencia del recién llegado.

—¿Hay asientos vacíos aquí, señor? — preguntó cortesmente en perfecto inglés.

—Ciertamente. — contestó McCarthy. — No hay mucha gente que piense atravesar el Canal esta noche, al parecer — añadió amablemente, aunque sus ojos observaban con disimulo al intruso, buscando en él algún rasgo sospechoso y viéndose obligado a reconocer que no lo hallaba.

El chino cerró la puerta corrediza, colocó su valija en la percha y tomó asiento junto a la ventanilla, mismo frente a McCarthy. Luego sacó de su bolsillo un gran paquete que eran, evidentemente, papeles de negocios. McCarthy, que lo observaba con disimulo, vió que eran papeles de cargamentos y otros peculiares de los mercaderes de su raza. En algunos de ellos veía nombres de puertos muy conocidos, tales como Cantón, Shanghai, Hong Konk, etc. McCarthy volvió a la lectura de su diario. El chino, fuera quien fuese, parecía inofensivo.

—Es un país maravilloso el suyo, señor — dijo el chino. — ¡Tan tranquilo y seguro, tan sólido a pesar de los trastornos financieros mundiales! Comparado con la China de estos últimos años, resulta sorprendente.

—¿Es quizá su primera visita al país? — sugirió cortesmente McCarthy.

—Sí, soy exportador de Shantung y otras sedas para París y Londres. He tenido que visitar a mis agentes de ambas ciudades. Ahora voy a París. Londres me ha parecido maravilloso.

—¿Nunca estuvo en París?

—Es la primera vez que visito Occidente.

—Habla usted muy bien el inglés para ser oriental — observó McCarthy.

El chino sonrió.

—Soy hombre educado, mandarín además de comerciante. Nos enseñan a perseverar en las lenguas vivas, tal como he oído hacen los estudiantes de ustedes con las lenguas muertas. Y, además, he tratado mucho con ingleses en los puertos. Soy muy conocido. Mi nombre es Bin Kong. Tengo que hablar corrientemente el inglés por mi negocio.

—Claro, claro; — dijo McCarthy un poco embarazado — olvidaba eso.

—Quizá usted no tenga necesidad de estudiar idiomas para su profesión.

—Si crees que vas a sonsacarme de que manera me gano el pan de cada día, estás equivocado — pensó McCarthy. Podía haberle dicho que había muchos caballeros y damas extranjeros que se hallaban en la cárcel a causa de la afición que él tenía por los idiomas de otros países; pero guardó la información para sí.

—No, mi trabajo no los necesita. — fué todo lo que dijo.

—Y trabaja usted... — el chino empezó amable y persuasivamente.

—Soy viajante de comercio. Compro hierro viejo y cosas por el estilo. Pero no ropa usada — añadió apresuradamente. — aunque puede ser que lo haga cualquier día de estos, si las cosas no mejoran un poco. Me llamo George Brown.

—Es un nombre muy interesante — dijo gravemente el mandarín.

—No mucho — replicó McCarthy. — Me bautizaron también con el nombre de Algernon; pero no lo uso. Es demasiado retumbante para mi profesión... si entiende lo que quiero decir.

—Perfectamente.

El mandarín-comerciante sacó de su bolsillo una gran cigarrera trenzada. En ella había seis de los cigarros más grandes que había visto jamás McCarthy. Sin necesidad de que los encendiera, su aroma reveló al detective que Bin Kong fumaba de lo bueno.

Bin Kong le ofreció, cortesmente, que se sirviera.

—Le garanto que nunca habrá fumado nada igual. Son hechos en la Habana, de la más pura hoja cubana, para mi hermano y para mí que somos miembros de la Corporación de Sedas de Cambrí.

McCarthy declinó el ofrecimiento con igual cortesía.

—Su aroma habla de su calidad; pero... — sacó su cigarrera — esto es lo más fuerte que fumo. Lo acompañaré con uno de los míos.

Después de encender el cigarro, Bin Kong pareció sumirse en sus pensamientos. Casi antes de que se diera cuenta de ello, estaba haciendo McCarthy lo mismo. Y sus pensamientos, por alguna razón, erraban en torno de la gloriosa Madame de Sorais. El aroma de aquel cigarro de Bin Kong parecía convenir a su suave belleza y encontró McCarthy que le resultaba más agradable imaginarla en medio de su suntuoso marco oriental que conversar.

Aparentemente Bin Kong pensaba en sus negocios, porque se había vuelto también silencioso. Con todas las puertas y ventanillas cerradas, una espesa nube de humo azulado llenaba la parte superior del compartimiento. McCarthy despertó de su agradable y perezoso letargo diciéndose que no estaría demás abrir una ventanilla. Aunque el aroma era agradable, el aire se volvía opresivo. Convenía renovarlo.

Pero notando que Bin Kong seguía fumando impasiblemente, sin demostrar la menor señal de molestia, decidió esperar hasta que terminara su cigarro. Tiró el propio al suelo y lo apagó con el pie. Bin Kong podía fumar por los dos.

El rítmico y monótono traqueteo del tren se volvió música arrulladora para McCarthy. Su cabeza se inclinó más y más soñolienta sobre su hombro. Una vez abrió los ojos con esfuerzo, encontrándose conque Bin Kong seguía siempre inmóvil, fumando, perdido en sus propios pensamientos y sin mirarlo a él. Luego, por última vez la cabeza de MrCarthy cayó sobre su hombro; pero esta vez quedó sumido en profundo sueño. El diario se le deslizó de las manos al suelo.

Por algunos momentos el mandarín-comerciante no se movió. Luego, como prueba, puso su cigarro debajo de las narices del hombre que ahora respiraba fuertemente frente a él. Con una sonrisa, tiró el cigarro por la ventanilla, dejándola en parte abierta para renovar el aire. La droga de que estaba impregnado el cigarro había producido su

efecto en McCarthy, aunque al chino, acostumbrado al opio, apenas lo afectó.

Los largos dedos del chino registraron rápidamente los bolsillos de McCarthy.

Vió su carnet y sonrió señudamente, su boleto para París, cartas, oficiales y otras que sólo interesaban a McCarthy, pero que fueron revisadas rápidamente. Luego encontró el chino una carta particular de Bill Haynes que le hizo fruncir con enojo el ceño. Mencionaba a Marsella y el principio del caso Bensdorp. Por algunos segundos los ojos oblícuos contemplaron amenazadoramente al dormido McCarthy luego el chino empezó a volver apresuradamente las cosas al sitio de donde las había sacado.

Al hacerlo su mano tocó la pequeña pistola automática que McCarthy llevaba, en una funda, debajo del hombro izquierdo. Una luz astuta brilló en los ojos del chino.

Sí, aquel odiado inglés moriría, como le habían ordenado; pero no asesinado, si no con su propia arma. El final del detective McCarthy sería un suicidio en el tren que se dirigía a la costa. El por qué que lo averiguaran sus camaradas de la policía... si podían.

Abriendo la ventanilla del todo, esperó algunos momentos antes de sacarle la pistola a McCarthy. Al entrar el aire, el compartimiento se aclaraba rápidamente; poco quedaba ahora perceptible de aquel extraño aroma. Unos segundos más y se desvanecería por completo. El chino bajó su valija de la puerta pronto para trasladarse a otro vagón, lo más lejos posible de su víctima, no bien hubiera disparado el tiro fatal y colocado el arma en la mano tibia del muerto..

Examinando el arma notó que estaba provista de "silenciador". Mejor. No se oiría el tiro. Nada se sabría hasta que fuera hallado el cadáver. Volvió el arma a su funda hasta que llegara el momento oportuno.

Pero, con verdadera astucia oriental, primero pasó al corredor para ver si tenía el camino libre para una rápida retirada. Sintió una furia salvaje. Porque dos vagones más ella vió a un revisador que venía en dirección adonde ellos estaban. Dentro de un minuto o dos, a lo más, podía ser descubierto McCarthy en su estado de sopor desesperado y... salvado, sin que fuera posible cometer contra él ningún atentado.

Por entre sus manchados dientes silbó Bin Kong maldiciones a los dioses amarillos en quienes creía; luego, con verdadero fatalismo aceptó la derrota en el mismo momento del triunfo.

Pero era astuto. Un instante después su valija estaba en la percha y, acercándose a la puerta del compartimiento, pidió auxilio. Un pasajero se había enfermado. Temía que estuviera sin sentido.

McCarthy, al despertar, vió todas las ventanillas abiertas: una brisa, fresca y pura le abanicaba el rostro. A un lado sacudiéndolo vigorosamente se hallaba Bin Kong, con una mezcla de consternación y ansiedad en su gorda cara, al otro un oficial uniformado del ferrocarril. Les sonrió débilmente a ambos y procuró recobrar sus sentidos.

—Se desvaneció usted de pronto — le explicó Bin Kong muy turbado. — Abrí todas las ventananillas y llamé a este oficial para que me ayudara a hacerlo volver en sí.

—¡Muchas gracias! — dijo McCarthy y añadió pensativo — Es raro que me haya pasado eso.

Nunca me ha ocurrido antes... sin buenas razones. ¡Es extraño!

—Temo que haya sido mi cigarro — dijo con acento pesaroso Bin Kong. — Son muy fuertes para quien no está acostumbrado a ellos. No debí fumar con las ventanillas cerradas.

Naturalmente que a mí no me producen efecto.

—Naturalmente — dijo McCarthy, siempre pensativo. — De todos modos, es una tontería haberme mareado así.

—No volveré a fumar en el compartimiento — dijo Bin Kong.

McCarthy se puso de pie. Sus piernas estaban fuertes; era su cabeza lo que el precioso cigarro había trastornado.

—Puedo fumar cuanto quiera. A mí me conviene más el aire libre. Terminaré el viaje junto a una ventana del corredor, si nadie tiene inconveniente.

—¿Está seguro de que se siente bien, señor? — preguntó el revisador.

—Sí, muchas gracias, caballeros. — y añadió dirigiéndose humorísticamente al revisador. — Que le sirva esto de lección. Fume siempre cigarros fuertes. A un hombre que fuma sólo cigarrillos o en pipa, los cigarros habanos, cuando está en un espacio reducido, le producen mal efecto... aunque no los fume. Especialmente si son hechos para los miembros de la Corporación de Sedas de Cantón. Pregúnteselo al señor Bin Kong aquí presente.

Pero una vez en el corredor, apoyado contra la ventanilla, McCarthy se apostrofó a sí mismo de muy distinta manera.

—¡Idiota! ¡Imbécil! No tienes más cerebro que una mula del ejército. Te sientas ahí y te dejas dopar por el gordo y untuoso individuo que dice llamarse Bin Kong, de la Corporación de Sedas de Cantón. Si te destituyeran lo tendrías bien merecido. Ahora, ojo con el señor Bin Kong, en París. Bill Haynes tenía razón los chinos están sedientos de mi sangre.

Poco después de dedicar unos pensamientos más al incidente, se echó a reír.

—Hay un punto en que los tengo derrotados — se dijo a sí mismo, — Nadie más que Bill Haynes y yo sabe que voy a Marsella y no a París. Algo es algo.

En esto se equivocaba de medio a medio, porque Bin Kong estaba perfectamente enterado de su destino. Y también lo sabía aquella incomparable Osari, princesa de Shan, conocida en Londres por Madame de Sorais.

El camino a Marsella le reservaba varias sorpresas al inspector McCarthy.

(Continuará)

EL COLLAR TRAGICO

Nuevas y emocionantes aventuras de "El Picarón"

Por Herman Landon

(Continuación)

Agarrando una pesada silla, atacó Maynard la puerta

¡QUE Alteza ni que Alteza! Me río yo de esas macanas. Lo que importa es si el noble tiene la plata o no.

Margarita le dirigió una mirada furibunda.

—No le haga caso — dijo al príncipe — Es grosero, pero leal. **Muéstrele** el dinero, querido.

Mientras los ojos de Maynard se desorbitaban de asombro, el príncipe sacó de su bolsillo una cartera y empezó a contar, mientras extraía billete tras billete.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. Mil. — siguió contando. Aquí están las dos mil libras prometidas, amigo.

Snoddy miró codiciosamente el pequeño montón de billetes, que el príncipe mantenía prudentemente a su lado, sobre la mesa.

—Muy bien. Se ha portado, señor Príncipe. Se ve que tiene plata. Pero... ¿dónde está el resto?

—¿El resto? — desde su punto de observación vió Maynard alzarse interrogadoramente las cejas del príncipe — No comprendo...

—Ni yo tampoco — dijo Margarita fríamente.

—¿No? — se burló Snodyy. — Digan ¿qué jueguito es este? ¿Quieren ustedes dos traicionarme?

Hubo una pausa. El observador que estaba al principio de la escalera, sintió tensión en el aire. Poco después habló la joven.

—¿Qué quiere decir, Snoddy?

—Cómo? ¿Todavía no entiende? — dijo sarcásticamente Snoddy — El precio son diez mil libras. O lo toma o lo deja.

Otra pequeña pausa. Maynard, que se sentía más ansioso por momentos, vió aparecer consternada expresión en la cara del príncipe.

—¡Snoddy, pequeño miserable! — exclamó la joven — El precio convenido fué dos mil libras.

—¿De veras? Bueno, entonces tengo mala memoria. De todos modos, ya le he dicho que fué un trabajo muy difícil. Tuve que emplear medios rudos y casi me pescan. El precio son diez mil libras. A tomar o dejar, como dije.

Snoddy se metió los pulgares en las axilas y empezó a hamacarse en la silla, sin hacer caso de las furiosas miradas de la joven. Apareció el mozo de siniestra facha y se puso a limpiar una de las mesas con un trapo. El observador de la escalera tuvo que retirarse un poco para no ser descubierto. El espectáculo que presenciaba era muy extraño. Abajo se representaba un curioso drama en el que eran protagonistas el príncipe, el ladrón y la hija del multimillonario. Aparentemente la última estaba complicada en el robo del collar que pertenecía a su padre. Fué el príncipe quien habló primero.

—Pagaré — dijo — No hay más remedio.

—¡No sea tonto! — exclamó Margarita — Usted no pagará un penique más del precio convenido.

—Pero, mi querida niña, el collar vale muchas veces diez mil libras y mis ganancias en Monte Carlo, el mes pasado...

—¡Cállese, idiota! No permitiré que esta miserable sanguijuela le chupe la sangre. Una sonrisa iluminó los ojos del príncipe. Finalmente volvió a guardar los billetes en su cartera y ésta en el bolsillo.

—¡Es usted exquisita! — exclamó. — Y nunca más exquisita que cuando arden en ira sus ojos. Snoddy, — dijo volviéndose al ladrón — No hay negocio.

Snoddy gruñó y avanzó amenazadoramente la mandíbula.

—¡Bravo, querido! — exclamó Margarita con la cara nuevamente radiante. — Es usted un príncipe, después de todo. ¿Lo oyó, Snoddy? Puede marcharse. Pero antes de irse, antes de que su Alteza Real limpie el suelo con su indigna persona, pondrá usted el collar aquí — golpeó la mesa. — Y en vez de las dos mil libras no recibirá más que mil. ¡Pronto, Snoddy! El príncipe empieza a perder la paciencia.

Pareció, efectivamente, que el príncipe iba a seguir la sugestión al pie de la letra y limpiar el piso con Snoddy. Adelantose con aire amenazador y el pequeño ladrón retrocedió.

—¡Eh!... ¡cuidado! — gruñó. — ¡Buenas piezas son ustedes dos! Un par de ladrones también.

¿Quién me indujo al robo? — sonrió malvadamente y dirigió una mirada colérica a la joven. — Usted, hermosa y su altanero amigo. ¡Linda pareja! Y ahora se quieren aprovechar de mí. Si yo fuera...

Se detuvo y dejó oír una risa maliciosa. La joven lanzó un grito de prevención, seguido por otro de Maynard. Pero ambos llegaron tarde. Inesperadamente, el mozo había entrado en escena, agarrando una silla, mientras corría. La levantó en alto sobre su cabeza y la bajó con salvaje fuerza. El príncipe giró sobre sí mismo y cayó al suelo.

MUERTE Y DECEPCION

Al ser asestado el bárbaro golpe, Maynard había empezado a bajar rápidamente la escalera pero luego retrocedió silenciosamente a su puesto de observación. El daño estaba hecho y nada remediaría interviniendo. Posiblemente su presencia sería más eficaz si esperaba un poco. Evidentemente su grito no había sido oído y nadie lo había visto.

Por un rato, con las manos apretadas contra la cara, quedose Margarita mirando la inmóvil figura del príncipe. Luego alzó la mirada y la fijó, furiosa, en el mozo.

—¡Cobarde asesino! — exclamó.

El mozo que parecía sentirse orgulloso de su acción, como si se tratara de un acto heroico, se limitó a hacerle una guiñada a Snoddy.

—¡Buen trabajo, Sammie! — dijo este último — Le diste un golpe certero. Después de todo un príncipe no tiene el mate más duro que los demás. Ahora ayúdame y lo pondremos sobre la mesa.

Entre los dos malhechores alzaron al hombre desmayado, colocándolo sobre la larga mesa. Luego, con mano experta, Snoddy le revisó los bolsillos. Entre otras cosas, descubrió la cartera y un reloj. Se rió al contar el contenido de la cartera.

—¡Veinte y tres mil libras! — exclamó, con luz codiciosa en sus furtivos ojos. — Esto es lo que se llama un gran negocio, Samnie. Haremos una buena repartija.

—¿Y cómo nos vamos a repartir? — quiso saber Sammie.

—¿Qué quieres decir? Acaso yo no soy buen compañero? — mientras ponderaba su generosidad, Snoddy dejó caer disimuladamente la cartera en su bolsillo. — Esto es lo que se llama tener suerte. ¡Veinte y tres mil libras y un collar que vale otras veinte o treinta mil más!

—Eso no servirá de nada, Snoddy. La damita te lo advirtió ya. Esas chispas grandes son difíciles de vender. Llévaselo a un reducidor y lo dejará caer como si fuera un ladrillo caliente.

—Quizá — asintió complacientemente Snoddy — Pero ¿y Fieldings? ¿Crees que dejará también caer el collar como si fuera

Maynard levantó el collar, causa de la muerte de un hombre. — Que extraño — murmuró. — Es falso.

un ladrillo caliente? Te digo que me dará por él veinte o treinta mil libras, de muy buena gana. ¿Eres fuerte en aritmética, Sammie? Pues suma a lo que ya tenemos lo que nos darán por el collar y serán sus buenas cincuenta y tres mil libras. ¡Noche linda!

Su delgado y amarillo rostro brilló ante las visiones de repentina riqueza. Ambos malhechores se habían olvidado de la joven, que los contemplaba con silencioso desprecio.

—¡Muy bien, Snoddy! — dijo al fin — ¿De modo que van ustedes a quedarse con el dinero y el collar? ¡No son ni siquiera ladrones leales! Brumby se equivocó.

—¡Que Brumby se vaya al diablo! — dijo Snoddy.

—¿Y yo? ¿Creen que no tengo nada que decir? Lo que es de papá no obtendrán ni un penique. A veces es difícil de manejar; pero siempre me escucha. Le diré que será un idiota si les da a ustedes algo. Y le contaré a Brumby que clase de tipos son.

Con un encogimiento de hombros acercose al hombre desmayado. Maynard, al mirarla sintió admiración y temor. No parecía comprender que se hallaba en poder de dos bandidos.

Snoddy se echó a reír y tocó al mozo con el codo.

—¿Oíste eso, Sammie? Ella se lo va a contar a su papá. ¿No es chistoso? Le dirá, supongo, que nos sugirió a Brumby y a mí que robáramos el collar, que anda en trato con ladrones. El viejo se quedará encantado. — Snoddy se echó a reír jactanciosamente..

Margarita se acercó a él y lo miró directamente a los ojos.

—Sí, Snoddy, se lo diré todo a papá. Lo conozco bien. Rabiará un poco y luego se echará a reír y me dará un abrazo. Es así el querido viejo. Y se lo voy a contar también a Brumby. Le diré...

Se detuvo indecisa, mirando la cara de Snoddy, como si hubiera visto en ella algo que la asustara. Maynard, que en esos momentos veía al hombre de espaldas, sólo podía imaginar lo que era. Ahora, como si recién se diera cuenta de la situación, la joven dirigió alrededor de la pieza una mirada ansiosa. Pensaba quizá en la puerta de hierro y en las ventanas fortificadas.

—¡Muy bien! — dijo Snoddy dirigiéndole una mirada astuta. — ¿De manera que lo va

a echar todo a rodar? ¿Oíste eso, Sammie? Lo va a echar a perder todo! — se rió malvadamente. — Es una valiente chica ¿verdad? Y su viejo está loco por ella. Le daría un ataque de desesperación si ella no está mañana a la hora del desayuno. Se sentiría muy desgraciado... muy desgraciado...

Por la médula de Maynard pasó un extremecimiento. Vió que los ojos de Margarita se abrían asustados, como si hubiera descubierto una terrible insinuación en las palabras de Snoddy; pero un momento después miraba al bandido valerosamente.

—¿Quiere asustarme, Snoddy?

—¿Yo asustarla? ¡Oh no! Sammie y yo somos caballeros muy galantes. No queremos hacer daño a una linda chica como usted. No... pensábamos no más... Sammie y yo... pensábamos cuanto daría su viejo por que usted vuelva a su casa, sana y salva. Es rico; posee muchos millones. Seguramente no va a andar regateando por su hija. ¿Qué piensas, Sammie.

Maynard se movió inquieto. Era tiempo de que interviniera para disipar los sueños de riqueza de Sammie El collar era cosa de secundaria importancia.

Snoddy, embriagado de codicia, pensaba claramente secuestrar a la joven y pedir rescate por ella. Con precaución bajó unos escalones más.

—Sí, sí, me da risa, Sammie — dijo Snoddy mostrándole el collar a la joven. — Ella vale más que el collar. ¿Qué te parece que bebamos un trago a su salud, Sammie?

Sammie se retiró. Mientras Margarita lo miraba cavilosa, el ladrón volvió a guardar el collar en su bolsillo. Maynard bajó otro escalón. Esta era su oportunidad. Un rápido puñetazo a la mandíbula de Snoddy, un salto hacia Sammie y todo estaría terminado. Apretó los puños y se miró los nudillos. Luego vaciló.

Una sonrisita apareció en sus labios. ¿Y Summers? Sí. ¿por qué no dejar que Summers interviniera y cosechara un poco de gloria?

Riose suavemente ante ese pensamiento. El Picarón le había jugado a Summers algunas bromas pesadas, en el pasado. Esto lo compensaría de las humillaciones sufridas. Sería para Summers una gloriosa hazaña impedir un secuestro, rescatar un collar, cazar a dos malhechores repulsivos y ahorrar, además a Fielding una gran suma de dinero. ,El Picarón podía permitirse ser generoso. Al encontrar el collar y sacarlo de la caja, había ganado su apuesta con Fielding. Lo que después ocurrió era distinta historia

Snoddy tomaba la bebida que el mozo le había traído. Se pasó la lengua por los labios y pidió más. Había en su rostro una expresión intensa; sin duda cavilaba en su próximo paso y planeaba los detalles del secuestro. Margarita se había alejado unos pasos y vió Maynard que su hermoso valor se iba debilitando.

Silenciosamente volvió Maynard al principio de la escalera. Tenía que obrar rápidamente ahora y su intención era hallar un teléfono. Afortunadamente se había fijado en la situación de la casa. Hablando como el Picarón daría a Summers los detalles esenciales del hecho; luego esperaría un rato para ver que no le ocurriera daño alguno a Margarita y su partida coincidiría con la llegada de Summers.

Rápidamente, sin hacer ruido, atravesó el hall, linterna en mano, abriendo puertas a derecha e izquierda y mirando rápidamente dentro de cada pieza. En la última halló lo que buscaba. Cerró la puerta, levantó el tubo y llamó a la residencia del detective. Después de una pequeña espera, se oyó la voz gruñona de Summers.

—¡Hola, Summers! Habla el Picarón. Escuche y no me interrumpa. — dijo la dirección de la casa. — Encontrará usted ahí a dos malhechores peligrosos, un príncipe desmayado, un collar real y a la heredera de una de las fortunas más grande de la ciudad. Si se apura, impedirá un secuestro. ¡Muévase! Yo me iré cuando usted llegue.

Oyó una exclamación, un murmullo de sorpresa y, riendo, cortó la comunicación. Sabía que Summers se apuraría como nunca lo había hecho antes. Pasadas experiencias le habían enseñado que los avisos de el Picarón no debían ser desoídos. Tardaría por lo menos diez minutos en llegar a la casa y entretanto, Margarita Fielding podría necesitar protección. ¡Con tal que Sneddy decidiera fortalecerse con unos cuantos whiskys mas antes de obrar?

Volvió apresuradamente hacia la puerta, lamentando por esa vez que fuera norma de conducta en el Picarón ir a sus aventuras sin armas. Dió vuelta el pestillo, tiró, quedándose como convertido en piedra con la linterna encendida y expresión de incredulidad en su rostro. ¡La puerta estaba cerrada con llave del lado de afuera! Alguien había cerrado mientras él telefoneaba. ¿Quién? ¿Snoddy? ¿Sammie?

Movió negativamento la cabeza. No, ni Snoddy ni Sammie sospechaban que él estuviera en la casa. Pero quizá...

Retrocedió y lanzose contra el obstáculo. La madera era sólida y la cerradura lo mismo, reliquias de los tiempos en que se hacían las casas para que duraran. Sus ataques sólo arrancaron crugidos a la puerta.

Bañado el rostro en traspiración, corrió a la ventana y la abrió. Su linterna le mostró una caída de quince pies y una pared de piedra al final de ella. La pared no ofrecía punto de apoyo para los pies, ni sitio donde agarrarse. Un salto significaría romperse una pierna o algo peor.

Con un gemido, se enderezó, cerró la ventana y sus ojos vagaron por la pieza hasta que descubrieron una silla de madera fuerte. Luego brotó de sus labios otro murmullo. Se quedó rígido, con la respiración en suspenso. Amortiguado por la distancia y las paredes. resonó un ruido siniestro en la casa. ¡Un tiro!

Frenéticamente descargó Maynard la silla contra la puerta. La silla se rompió y una de las patas voló por los aires. A través de

una niebla cálida que velaba sus ojos, descubrió otra silla más grande y más pesada. El tiro y sus consecuencias obsesionaron horriblemente su cerebro. Un ronco grito formose en su garganta. Atacó nuevamente la puerta y el panel se astilló. Pudo meter la mano y alcanzó la cerradura. Pero no estaba la llave, naturalmente. Nuevamente pegó contra la puerta con la silla y al fin hizo una abertura suficiente para pasar.

La abertura era estrecha y se lastimó las manos y rompió la ropa; pero un momento después corría por el hall y bajaba la escalera. Abajo reinaba la obscuridad y un alarmante silencio, interrumpido solamente por gemidos bajos. Una sensación de frío corrió por su médula, mientras buscaba la llave de la luz. Encontrola, encendió y dirigió una larga mirada alrededor de la habitación, larga y desmantelada.

El príncipe, que volvía lentamente de su desmayo, se retorcía y quejaba sobre la mesa, donde Snoddy y el mozo le habían colocado. A corta distancia, en el centro de la habitación, estaba caído Snoddy, con su nariz chata y sus ojos vidriosos vueltos al techo. Una mirada mostró a Maynard que estaba muerto; una bala le había entrado por la sien, atravesándole el cerebro. Margarita y Sammie habían desaparecido.

Dale corrió a la puerta de entrada. Los pesados pasadores estaban corridos. Era imposible que alguien hubiera salido por allí dejando la puerta cerrada del lado de adentro. El mozo y Margarita tenían que haber salido por otro lado. Turbado por graves presentimientos, corrió al fondo del subsuelo. Ya se había cometido allí un asesinato y probablemente un secuestro. ¿Qué seguiría ahora?

Llegó a otra puerta, no tan protegida como la del frente, descorrió el pasador, abrió la puerta y.. hallose ante la cara roja de un hombre, bajo y fornido de cabeza demasiado grande. Recordó Dale instantáneamente que era Tomás Maynard, el secretario particular. No es que esperara engañar al hombre que tenía delante. El inspector Summers poseía ojos perspicaces y había visto a el Picarón bajo distintos disfraces.

—¡Hola! — dijo Dale, hablando con la voz tímida y ligeramente ronca que convenía a su papel. A través de sus gruesos lentes miraba cohibido al intruso — ¿Busca a alguien?

Summers lo miró con ceñudo humorismo.

—¡Muy bien! Es hábil para sus disfraces, Dale.

—¿Dale? ¿No está equivocado?

—No, sorprendido solamente. ¿No dijo que el Picarón se habría marchado cuando yo llegara?

—¿El Picarón? Realmente no entiendo lo que quiere usted decir...

—¿No? — dijo con sarcasmo Summers — Bueno, busquemos. ¿A dónde están el príncipe, el collar, la heredera y el resto? ¿Supongo que no se trata de una broma?

Agarró el brazo de Dale y lo condujo al frente. Entraron a la habitación del drama

PUCKY

APRENDA UNA PROFESION LUCRATIVA

ENSEÑAMOS POR CORREO:

Dibujante
Procurador
Constructor
Perito Agrícola
Químico - Farmacia
Corte y Confecc. masc. y fem.
Contador — *Tenedor de Libros*
Mecánico Electricista de Autos
Periodismo - Vendedor - *Publicidad*
Electricidad-Radio-Televisión-Fonofilm

El moderno sistema de enseñanza técnica y práctica por correo, permite aprender estas profesiones

Mande el cupón. - Escriba claro.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
1059-Lavalle-1059—Buenos Aires

NOMBRE ....

DIRECCIÓN ....

LOCALIDAD 7 ....

y allí Summers se detuvo en seco.

—¡Carambola! — exclamó mirando al muerto, cuya cara era aún más repulsiva que cuando vivía — ¿Qué ha pasado aquí? ¿Quien es este hombre?

—Creo que el finado se llamaba Snoddy. Acariciaba grandes sueños de riqueza y lo único que obtuvo fué una bala.

—¿Quién lo mató?

—Lo ignoro. No presencié el suceso. Sin embargo, es probable que el tiro fuera disparado por un caballero llamado Sammie. Es el dueño o mozo que atiende este sitio.

Summers le dirigió una viva mirada, se inclinó, examinó brevemente el cadáver y luego, al oír un gemido, acercose al príncipe, que estaba sobre la mesa.

—Y éste, ¿quién es? — gruñó.

—Un príncipe. Es todo lo que puedo decirle. El feroz Sammie le pegó un golpe en la base del cráneo.

—Parece que Sammie ha estado muy activo esta noche. ¿Dónde se halla ahora?

—Desapareció. Y también la heredera. Y lo mismo el collar. ¡Todo ha desaparecido! Summers se acercó a él.

—Vea, Dale; esto parece grave. Mejor es que me cuente lo que sabe.

—Muy bien; pero no me llamo Dale. Y en realidad, no se gran cosa.

Le hizo un relato, cuidadosamente arreglado, de los acontecimientos de la noche. Respecto a la muerte de Snoddy y al rapto de

Margarita Fielding no podía hacer más que suposiciones. Summers escuchó con interés; pero después de un rato, empezó a distraerse. Algo, del otro lado de la pieza había atraído su atención.

Dale siguió la dirección de sus miradas y lo que vió le hizo interrumpir, en mitad de una frase, su relato.

Con una rápida exclamación, acercose a la pared opuesta. En el suelo, semi-oculto por una silla, estaba el collar. Parecía que alguien le hubiera tirado allí, desdeñosamente. Agachose y lo levantó. Luego algo lo hizo acercarlo a la luz y examinarle atentamente. Sí, era el mismo collar que él había sacado de la caja de Fielding. Sólo le dirigió una mirada breve, antes de guardárselo en el bolsillo.

Ahora lo inspeccionó con ojos expertos, de entendido.

—!Que extraño! — exclamó — ¡Es falso!

Arrojó el collar al sorprendido Summers. Este último lo agarró, examinó las perlas y luego miró hacia el sitio que ocupaba Dale un momento antes.

¡El Picarón había desaparecido!

RESCATE

—¿Cómo se siente de la cabeza, Maynard? — preguntó Fielding con interés.

—Mucho mejor, gracias.

Era la mañana siguiente y ambos estaban sentados en la gran biblioteca. Dale, en su papel de secretario, no demostraba ninguna de las agitaciones de la noche anterior. Sentía sin embargo la molesta impresión de que Fielding se estaba riendo de él. Seguramente su patrón debía haber sospechado quien era realmente Tomás Maynard.

—¿No se decidió a dar parte a la policía? — preguntó Maynard.

—No; yo pocas veces cambio de parecer. ¿Por qué voy a poner a la estúpida policía en la pista de el Picarón? Si he de serle franco, simpatizo con ese pillete, aunque nunca lo he visto. Además, el Picarón se llevó anoche un gran chasco.

—¡Un chasco! — fingió Dale gran sorpresa.

—Sí, un chasco — Fielding parecía gozar ante el pensamiento de su broma. — Yo sé lo que buscaba, cierto... este... ornamento que yo importé del Continente hace algún tiempo. La importación encerraba bastante dificultad y peligro. Para mayor seguridad mi agente hizo sacar una copia del objeto. Y... es lo que el Picarón se ha llevado.

Fielding se echó a reir y Dale se rió con él.

—El Picarón — observó — debe haber descubierto ya el engaño. ¿No tiene miedo que realice otra tentativa para apoderarse del original?

—¡Que pruebe! Si lo encuentra, suyo es.

Había una especie de desafío en las palabras. Comprendió Dale que esto era también para él. Fielding gozaba con la situación. Aparentemente confiaba en que el collar estaba tan bien escondido que nadie podría hallarlo. Como había descubierto Dale la noche anterior, la tarea de el Picarón estaba aún por hacer. Sin embargo, ahora, asuntos más graves lo preocupaban.

Los estaba repasando en su mente cuando sonó el teléfono. Con un movimiento de la mano indicó Fielding al secretario que atendiera. Dale experimentó un presentimiento al agarrar el receptor. Escuchó un instante y luego miró a Fielding.

—Es alguien que insiste en hablar con usted personalmente — lo informó.

Con impaciente murmullo, Fielding agarró el tubo y gruñó un "¡Hola!". Dale lo observaba atentamente, con sensación de alarma. Pareció que el viejo había recibido un gran golpe. Su rostro fué perdiendo gradualmente el color y se acentuaron las venas púrpuras. El receptor temblaba en su mano y una expresión de horror dilataba sus ojos. Contestó unos pocos y roncos monosílabos y luego, como aturdido, colgó el tubo y se quedó mirando el teléfono.

—Espero que no habrá recibido malas noticias... — dijo Dale.

Fielding quedó silencioso unos momentos. Luego habló con voz débil.

—¡Margarita!... ¡Ha sido secuestrada!

—¡Secuestrada! — repitió Dale.

—Sí, secuestrada. Amenazan con... — su voz se ahogó — con matarla si no pago lo que me piden. !Oh, Dios mío!

Sollozó y gimió, mientras su cuerpo anguloso se estremecía convulsivamente. Dale lo observaba compadecido, sin saber qué decir.

—No tendrán intención de matarla — dijo al fin. — Si así fuera no hubieran diferido su propósito.

—Tiene razón — se agarró Fielding a aquel pensamiento como un náufrago a una tabla. — No la matarán, Maynard, a menos que... rehuse atender a sus demandas o dé cuenta a la policía. Bien, no haré tal cosa — se pasó la mano por la frente y se irguió. — Estaba mortalmente pálido, pero resuelto. — Me tienen en su poder, Maynard, y les pagaré lo que quieran.

—¿Cuánto piden, si lo puedo saber?

—¿Qué importa? Les pagaría un millón, si me lo pidieran. Pero no quieren más que cien mil libras.

La sombra de una sonrisa vagó en los labios de Maynard. Aparentemente el secuestro estaba manejado ahora por cabezas más sensatas que las del difunto Snoddy. Los hombres que tenían a Margarita en su poder eran demasiado astutos para pedir demasiado.

—Sólo una cosa me preocupa — prosiguió Fielding que había recobrado la serenidad. — Supóngase que, después de entregar el dinero, no me devuelven mi hija.

—Hay que pensar en eso.

—Pueden pedir más — dijo Fielding lentamente. — Sangrarme hasta el extremo. Y al fin... considerar más seguro... matarla.

—Lo dudo — trataba Maynard de consolar al anciano. — Sin embargo, es preciso considerar ese punto de vista. Si está usted resuelto a entregar el dinero, debe insistir en que será a cambio de la joven.

Una débil sonrisa vagó en los labios de Fielding.

(Continuará)

El Tesoro de la Isla del Muerto

HASTA ese día entonces. Black Morgensen. Y que sea pronto. Entonces te arrancaré el negro corazón y se lo arrojaré a los cuervos.

Dando la espalda a los presentes, acercóse al viejo Shanks.

— Y ahora, mi buen señor, — dijo — conversando en secreto.

Guió fuera del comedor, por los viejos corredores, tapizados con armaduras y muchos extraños trofeos, hasta que llegaron a un pequeño escritorio. Allí, detrás de una maciza puerta de roble, que cerró cuidadosamente con llave, el viejo Shanks reveló al joven su secreto.

—Vuestro estimado tío, que Dios tenga en su gloria, era una persona muy extraña, señorito Langley — murmuró el viejo abogado de la familia. — Y quizá de todos los Morgensen y de cuantos lo rodeaban, yo era el único que le inspiraba confianza.

—Algunos dicen que mi tío era un corsario, estimado señor — interrumpió Langley — a mi poco me importa. Era un hombre y en estos tiempos Inglaterra necesita hombres para continuar siendo reina de los mares. Pero, proseguid...

—Josiah Morgensen era traficante, un honrado traficante hasta que el gobierno confiscó sus bienes, por una acusación de traición, fraguada por sus enemigos. Después de eso Josiah Morgensen se convirtió en Josiah el Sanguinario, terror del Mar Caribe. Se hizo pirata, hijo mío, un pirata que despojó a todos los barcos que valían la pena. Lo acompañaba, como teniente, su amigo el Caballero St. Moreau. Pero la codicia del oro rompió los lazos de aquella amistad y se separaron encarnizados enemigos.

El tesoro de que habla el testamento — continuó — se halla escondido en una isla que queda cuatrocientas millas al oeste de Colombia. Tomad esta llave de oro — el abogado sacó de su caja de escrituras una llave de oro puro, hábilmente forjada y que no mediría más de dos pulgadas de largo — y este plano.

Langley tomó, pensativo, ambas cosas.

El plano consistía en un pedazo de cuero de cabra seco, en el cual estaba toscamente dibujado un mapa y donde había una leyenda.

—Realmente, esto no me ayudará mucho, — sonrió Langley. — No conozco la isla. Puede haber muchas al oeste de Colombia.

—En la llave parece haber marcadas líneas de latitud y longitud — dijo Shanks — no os será muy difícil encontrarla, hijo mío.

—Pero la leyenda: "Buscad el oro del pirata a muchas brazas de profundidad. Preguntad a los Ojos del Muerto. Pero buscad cuando la luna está en su plenitud".

Cómo puede un mortal preguntar a los ojos de un muerto?

El viejo Shanks movió la cabeza.

—Eso no es para que lo resuelva mi viejo cerebro — contestó — Pero un Morgensen, de buena sangre, indudablemente conseguirá cosas en las cuales yo fracasaría.

—Entonces un Morgensen triunfará. — dijo Langley sonriendo valerosamente — Proseguid el relato.

—Poco más tengo que contar. Tengo que entregaros mil guineas. Con ellas proveréis la goleta "Santa Rita" y partiréis para esa extraña búsqueda que quien sabe cómo y cuándo terminará. Finalmente estoy encargado de preveniros contra el Caballero. Tened cuidado también con Piel Sammonard, ambos enemigos de vuestro difunto tío, ambos obsesionados por el deseo de hallar el tesoro para sí.

—¿Y cómo los conoceré si alguna vez los encuentro? — preguntó Langley.

—El primero es un renegado francés, el mejor espadachín del mundo. Su rostro tiene la dulzura de una cara de mujer; pero su corazón es el de un bandido.

—Siento arder mi sangre ante la idea de medir mi espada con el Caballero — rió Langley.

—¡Que la prudencia sea siempre vuestra compañera, hijo mío! — dijo lentamente el anciano — Porque el Caballero enfría muy rápidamente las cabezas acaloradas.

—¿De veras? y ese Piel Sammonard...

—Lo conoceréis por su risa que hiela la sangre, su único ojo, su gran alfanje y su fama de ferocidad.

—Estimado señor, — dijo Langley habéis inflamado de ambición mi sangre y cumplido la última voluntad de mi tío Josiah de un modo que éste no podrá menos de aprobar. Pero decidme ¿por qué dejó ese tesoro a tantas millas de distancia?

—Esa es una pregunta sensata, hijo mío. Josiah Morgensen pensaba volver algún día a su país, establecerse y vivir como un caballero. Pero no llegó más que a comprar esta casa y sus terrenos. La Parca segó su vida.

EL GIGANTE TUERTO

Mientras el anciano hablaba, Langley pasaba la llave de oro por una fina cadena que se colgó al cuello.

—Es una medida prudente, hijo mío — aprobó el abogado — Mantenedla siempre bien escondida. Tomad iguales precauciones con el plano. ¡Vamos ahora!

Volvieron los dos al comedor, mal iluminado ahora por las bujías que se habían casi quemado ya.

El resto de los Morgensen había partido y reinaba una quietud extraña en la habitación de paneles de roble.

Mientras el abogado juntaba sus cosas, preparándose para partir, Langley pensaba donde hallaría un escondite temporario, pero seguro, para el plano, hasta que pudiera emprender su expedición hacia la lejana isla.

Recordó haberse enterado, en una visita anterior, de que el viejo escritorio tenía un cajón secreto y acercándose a él oprimió un resorte, abriéndose una cavidad que no tendría más de un pie de largo por cuatro pulgadas de ancho. Dentro de él metió el plano hecho de cuero de cabra.

Mientras lo hacía la ventana se abrió violentamente y una risa estruendosa resonó de un modo que hizo correr por la médula de Langley un extremecimiento.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Jo! ¡Jo! ¡Jo!

El abogado dejó caer su caja de escrituras, su capa y su sombrero, de susto.

—¡Es Piel! — exclamó roncamente. — ¡Piel Samonard!

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo!

—¡Tan pronto! — murmuró Langley; pero recobró enseguida su serenidad y sacando su espada acercose a la ventana abierta. Asomado a ella se veía un hombre de gigantesca estatura, con un solo ojo sano. El otro lo tenía cubierto por una venda que añadía ferocidad a su aspecto. Tenía la cara color ladrillo y de la boca a la oreja una terrible cicatriz.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! — chilló el recién llegado — ¡Un joven gallito! ¿no? ¡Un Morgensen, por la pinta! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Se produjo un ligero movimiento en la ventana y un segundo después Piel Samonard había saltado dentro de la habitación. Al verlo bien, Langley lanzó una exclamación involuntaria. Era hombre de seis pies y ocho pulgadas de alto, con espesos y rizados cabellos negros que rodeaba un pañuelo de violentos colores. De sus grandes orejas pendían aros con piedras preciosas, que brillaban como el ojo sano de Piel, lleno de malicia y de maldad.

El cuello abierto de la camisa mostraba su pecho macizo y peludo y pesadas botas de mar calzaban los pies más grandes que Langley había visto jamás.

Pero lo que más le llamó la atención fué el enorme alfanje que colgaba de su cintura y la colección de cuchillos y puñales que lo acompañaban.

Las mangas enrolladas de la camisa mostraban sus brazos, musculosos, del color de la caoba y del grueso de una pantorrilla de hombre. Ostentaba hábiles tatuajes en ellos que Langley advirtió mientras el gigante se tambaleaba ante él, sacudido por la risa, con los brazos impresionantemente cruzados sobre su gran pecho.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! — graznó Piel, fijándose en el viejo abogado, pero dedicando su principal atención al joven. — Uno de la casta de Morgensen. ¡Que me ahorquen si no parece el viejo Josiah, en carne y hueso, la primera vez que lo ví.

—Tened la bondad de decirme que se os ofrece dijo Langley, con las mejillas encendidas — Y luego os marcharéis de esta casa lo más pronto posible.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! — rugió Piel — Igualito que el viejo! ¡Qué arrogante gallito! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Se rió todavía más burlonamente cuando la mano de Langley se cerró amenazadoramente sobre el puño de su espada.

—¡Salid de aquí! — silbó Langley entre sus dientes apretados — Marchaos si no queréis que os atraviese de una estocada.

—¡Jo! ¡Jo! — rió Piel Samonard — La verdad que sería una lástima agujerearle la fina piel. Dadme el plano, muchacho, y Piel Samonard se retirará muy contento.

—¿Daros el plano? — repitió Langley.

—Sí, el plano, mi hermoso gallito. — contestó Piel. — El plano que creo está en ese escritorio.

—Entonces habéis visto... — empezó Langley y se mordió los labios mortificado.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! De modo que era el plano ¿no? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Entregadmelo antes de que os tuerza el cuello.

Había algo más que amenaza en las palabras de Samonard ahora. No le gustaba el brillo de desafío en los ojos del joven.

—¡Nunca! — exclamó resueltamente Lan-

gley. — Para conseguir el plano tendréis que matarme primero... si podéis.

Su espada brilló como una luz y Piel Samonard retrocedió involuntariamente, si no la hoja lo hubiese atravesado. Luego una expresión de ferocidad pintose en la cara color ladrillo de Piel y levantó el alfanje.

EL CABALLERO

—Tened cuidado, señorito Langley! — el viejo Shanks saltaba de terror.

—¡Apartaos! — jadeó Langley y saltando agilmente a un costado esquivó el golpe del alfanje del gigante por pocas pulgadas; luego extendió su brazo armado.

La sangre brotó del brazo de Piel Samonard al atravesarlo la punta de la espada y los gruesos labios del hombre lanzaron un torrente de invectivas, en una mezcla de español e inglés. La desigual pareja se persea la izquierda y el golpe feroz hubiera partido a Langley por la mitad.

El viejo abogado se retorcía las manos de terror y llamaba a la Providencia en auxilio del valiente joven; pero en su corazón abrigaba pocas esperanzas. La maldición de todos los que tenían algo que ver con la calavera y las tibias había caído sobre el sobrino de Josiah Morgensen.

¡Cloc! ¡Clic!

La luz vacilante de las bujías hacía centellear las hojas de los aceros.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! Mi joven gallito se está cansando. Aunque parezca mentira, la verdad es que me da lástima tener que tajearlo.

El gigante se tendió a fondo y Langley saltó de costado, apenas a tiempo. Un segundo después su pie derecho resbaló en algo y le hizo perder el equilibrio. No lo supo entonces; pero era un charco de sangre lo que había ocasionado su caída. La espada se le

Langley resbaló en un charco de sangre. Piel Samonard lanzóse sobre él con el alfanje levantado.

guía. Silbaba el alfanje de Piel en el aire, errándole a Langley solo gracias a su agilidad de pies.

Dos veces la esbelta hoja del joven relampagueó al descubrirse momentáneamente. Piel y dos veces más lanzó el gigante un gruñido de rabia y brotó la sangre de su macizo cuerpo. Pero Langley comprendía con angustia que aquel desigual combate no podía durar mucho. Si el alfanje llegaba a chocar con la delgada hoja toledana, ésta se haría pedazos. Mientras duraran sus fuerzas, estaba convencido el joven de que, solo su agilidad de pies lo salvaría.

Pero los minutos pasaban y Piel, que rugía ahora como un animal salvaje, atacó con redoblada furia. Las fuerzas del joven empezaron a debilitarse. Añadido a esto sangraba de una herida en el hombro, donde el alfanje de Piel lo había contado. Una pulgada más escapó de las manos mientras trataba de recobrar el equilibrio. Como en sueños oyó la horrible risa de Piel, vió levantarse la brillante hoja y luego empezar su descenso.

Langley cerró los ojos. El fin estaba próximo. Ningún Morgensen hubiera podido hacer más.

Cuando los volvió a abrir, un segundo después, fué para ver a Piel Samonard trabado en furiosa lucha con un recién llegado, un hombre envuelto en una capa, con rostro de mujer, tan delicadas eran sus facciones. Un rostro familiar. ¡El del desconocido a quien salvó en la Luz del Puerto!

—¡El Caballero! — Poniéndose de pie balbuceó Langley el nombre.

Una risa argentina fué la respuesta.

De una estatura que no pasaba de cinco pies y cinco pulgadas, elegante y risueño, mantenía a raya al furioso Piel, con una

maestría que hizo lanzar a Langley exclamaciones de asombro. Mientras peleaba, el Caballero St. Moreau, se acercó más y más a la mesa. Tanto el viejo abogado, como Langley y el mismo Piel Samonard comprendieron que podía rematar a éste cuando se le antojara.

—¡Perro! — exclamó Piel mientras el Caballero se tiraba a fondo y le atravesaba el hombro — ¡Te haré pedazos! ¡Te torceré el lindo cuello!

—Economiza el aliento, amigo — dijo el Caballero con burlona risa — Puedes considerarte afortunado. No siempre un pobre diablo de espadachín como tú recibe una lección de mis manos. ¡Ah!...

Se interrumpió con una carcajada argentina al ver que Piel Samonard retrocedía apresuradamente, corría hacia la ventana y saltaba por ella.

El ruido de sus pesadas botas, cuando echó a correr en la obscuridad, llegó a los tres hombres que habían quedado en el salón de paneles de roble.

Delicadamente enjugó el Caballero la hoja de su espada con un pañuelo de encaje y volvió a meter el arma en su vaina. Luego se inclinó como un cortesano.

—Tengo que deciros adios, amigos míos — dijo con su voz embrujadora y argentina — Y disculparme por mi intromisión. Quizá volvamos a encontrarnos en circunstancias más propicias. Hasta entonces, el Caballero St. Moreau se despide.

Saludando con su tricornio emplumado, el Caballero inclinose gravemente ante Langley y el aterrado anciano. Luego, de un par de zancadas, llegó a la ventana y saltó ligeramente afuera.

Por espacio de unos minutos quedose Langley contemplando la ventana, pudiendo a penas dar crédito a sus sentidos. En el espacio de una hora había entrado en posesión de la llave de una fortuna fabulosa; había peleado con alguien que pretendía disputarle su tesoro. La cabeza le dolía de tantas emociones.

—¡Piel Samonard!... ¡el Caballero! — murmuró debilmente, recostándose contra el borde de la mesa. Luego un nuevo estremecimiento recorrió su cuerpo e impulsado por un presentimiento, tocó el resorte escondido del cajón secreto. La cavidad apareció instantáneamente; pero del plano que había contenido no se veían ni rastros.

—¡Ha desaparecido! — murmuró Langley buscando febrilmente en la estrecha cavidad. ¡Lo han robado en nuestras propias narices!

El abogado se retorció impotentemente las manos.

—¡El Caballero! — tartamudeó. — El conocía el secreto de esa mesa. Debe haber sacado el plano mientras jugaba con Piel. ¡El muy truhán!

Langley hizo un movimiento para lanzarse en seguimiento del Caballero, saliendo por la ventana; pero el abogado lo hizo volver.

—¡Quedaos! Sería ir a una muerte cierta. ¡No conoceis al Caballero!

—Pero tengo que seguirlo — exclamó Langley. — Tengo que...

—El plano es inútil sin la llave de oro. — le recordó el abogado. — Y todavía la tenéis en vuestro poder.

Instintivamente llevó Langley las manos a su garganta. Sí, la cadena estaba allí todavía. Eso quería decir que la llave que de ella colgaba estaba segura. Sí, la sentía contra su pecho. Aunque muy hábil, el Caballero no había logrado apoderarse de ella.

Langley permanecía asomado a la ventana, mientras el viejo abogado le tiraba del brazo. Miraba la obscuridad y aspiraba grandes bocanadas de aire salino. La lluvia caía todavía fuertemente; pero el viento había cesado.

De pronto, en la aterciopelada obscuridad, llegó debilmente el eco de la voz poderosa de Piel Samonard, que se elevaba llena de dolor y de furia. Más suave, pero igualmente penetrante, oyose la risa argentina del Caballero St. Moreau.

PRISIONERO

¡Tap! ¡Tap! ¡Tap!

El deliberado golpear del palo contra un tarro sucio, que estaba en la esquina de la calle Luggerman, encerraba un peligro... era una señal.

Sin embargo el joven alto, ancho de hombros, de rostro resuelto, que caminaba rápidamente, no le prestó atención. Sus pensamientos estaban fijos en la goleta Santa Rita que le había dejado su tío Josiah Morgensen y que estaba anclada en el puerto de Brixham.

Langley Morgensen, como era natural en un joven que tenía sangre de marinos, sentíase ansioso por pisar las cubiertas de su buque. Su misma ansiedad lo había hecho venirse a pie desde Derepam Manor, no bien los primeros rayos de la aurora iluminaron el cielo.

Con paso elástico, juvenil, pasó junto al ocioso marinero, que sonrió malvadamente a la ancha espalda del joven, cuando éste dió vuelta la esquina.

La luz de la aurora se obscureció de pronto para Langley. Algo que pensó él podía ser una capa, envolvió de pronto su cabeza y sus hombros; manos rudas y fuertes sujetaron sus brazos, manteniéndoselos inmóviles al costado.

Voces roncas resonaron con acento de triunfo, penetrando los pliegues de la asfixiante capa.

—¡Que me ahorquen si no es éste el trabajo más fácil que he hecho en mi vida!

—Sí, sí. Trae esa cuerda.

Langley comprendió que era inútil luchar. Sus gritos de cólera sólo obtuvieron en respuesta risas brutales y groseras blasfemias. En un abrir y cerrar de ojos, le ataron los brazos al costado con fuertes cuerdas, ligándole también los tobillos.

—¡Upa, muchachos!

Langley sofocado, loco de rabia, sintió que lo alzaban como si fuera un atado de ropa. Siguieron cinco minutos de marcha so-

bre los guijarros del puerto de Brixham; luego lo bajaron unos cuantos escalones.

Allí, esperando evidentemente la llegada de Langley y sus secuestradores había un largo bote. A proa, fumando un cigarro, estaba un marinero portugués que sonrió con toda la boca, mostrando dientes rotos y manchados. Se preparó para soltar la amarra.

¡Paf!

Con poca ceremonia, los secuestradores arrojaron a su víctima al fondo del bote, sin importárseles que se pudiera romper la cabeza. Luego subieron ellos.

Manejado por tres robustos remeros, el bote se puso en marcha y dirigiose a un magestuoso bergantín, que estaba anclado a un cable de distancia del puerto.

Al acercarse el bote notose en las cubiertas del bergantín gran actividad. Como una bandada de monos, los marineros treparon por los aparejos. En respuesta a órdenes vociferadas, por un hombre gigantesco, que esgrimía tremendo alfanje y pegaba planazos con él a los perezosos, fué izada la vela mayor.

En el mismo momento, media docena de hombres que vestían pintorescamente, entonando un canto marino, arrimaron sus hombros al cabrestante y el ancla fué levantada del fondo arenoso del puerto.

Langley, asfixiado por la capa, oyó el crugido del cable y adivinó que el bergantín se disponía a partir.

El bote atracó a sotavento del bergantín, que se mecía suavemente, y fué bajada una escala de cuerda.

Nuevamente fué alzado Langley por fuertes brazos y subido por la escala.

—¿Traeis al joven gallito, Peters? — emocionose el joven al oír aquella voz conocida.

—Sí, señor, lo traemos.

—Dejame ver su carita de bebé antes de llevarlo abajo.

Langley se encontró sentado. Un momento después un cuchillo cortaba la capa que lo envolvía y sus ojos pestañearon ante la luz.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! — La risa brutal hizo correr un estremecimiento por la médula del joven. Bien sabía que era la marca de fábrica de Piel Samonard, uno de los asesinos más feroces que habían cruzado el océano. — S; es el gallito en persona.

—Me responderíais por este ultraje, si dejarais el brazo que maneja mi espada libre cinco minutos solamente — exclamó Langley con calor.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! El gallito canta muy lindo. — rugió Samonard, cuyo ojo sano brillaba diabólicamente. — Pero tiempo hay para eso cuando nos hayamos alejado de esta maldita costa. ¡Bajad a ese mocoso!

—¡Escoria! ¡Pirata! — el odio que vibraba en la voz de Langley hizo desaparecer la sonrisa que arrugaba el rostro color caoba de Samonard. La larga cicatriz que se extendía de la oreja a la boca se puso tirante y lívida. — ¡Ponedme en libertad, si sois hombre!

—¿Si — una especie de silbido de serpiente siguió a la palabra. — ¿Decís que soy un pirata? Muy bien, gallito; pero tened entendido que Piel Samonard no permite que nadie alce la voz abordo del Reina de la Isla. Con aquellas palabras finales, su nudoso puño pegó a Langley entre los ojos y sin lanzar un gemido el joven se desplomó sobre cubierta.

Piel Samonard, horrible en su rabia, pegó al joven en las costillas con su pesada bota y juró vigorosamente.

—¡Agarrad ese mocoso y llevadlo a la bodega! ¡Ponedle los hierros!

Dan Peters se tocó la frente y se apresuró a obedecer. Echose al hombro al desmayado Langley y bajó, deteniéndose solo al llegar a una bodega mal oliente, donde no entraba la luz. Allí dejó su carga en el suelo empapado de agua sucia, cortó las cuerdas que sujetaban sus miembros y metódicamente le puso los grillos.

Mucho antes de que Langley volviera en sí el bergantín navegaba por el ancho Atlántico, a velas desplegadas, corriendo delante del viento.

ABORDO DEL BUQUE PIRATA

—¡Traed aquí al mocoso!

El capitán pirata del Reina de la Isla estaba de buen humor porque su bergantín navegaba ya cerca de la ruta de las Indias y visiones de ricas presas, en forma de barcos mercantes, flotaban ante sus ojos.

—¿Os referís al joven Morgensen? — preguntó Dan Peters tocándose la frente. — ¡Muy bien, capitán!

El primer piloto desapareció por la escalera. Al volver traía consigo a Langley Morgensen. El joven tenía aspecto muy distinto de cuando salió, tan animoso y alegre, de Derapam Manor. Su rostro estaba pálido y sombrío. Tenía el traje negro mojado y lleno de moho. Sin embargo, en sus ojos azules ardía la misma fiereza.

El muchacho apenas podía tenerse en pie, circunstancia que trajo una sonrisa a la fea cara de Piel Samonard.

—¿Qué tal mi gallito? — dijo burlonamente. — Un poquito de encierro suele obrar maravillas con los obstinados.

—El monstruoso tratamiento a que me habéis sometido os será devuelto con creces, si la suerte se pone de mi parte. — respondió Langley.

—Hablais como un Morgensen — dijo Samonard. — ¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! ¡Cómo os parecéis al viejo Josiah! Vamos, vamos, mi lindo, decidme donde está el plano del tesoro.

Langley se puso rígido.

Desde el primer día de su encierro en la sucia bodega, Piel Samonard lo había visitado, pidiéndole el plano que el viejo Josiah había legado a su sobrino.

—Ya os he dicho, feo hijo de Satanás, que ignoro donde se encuentra el plano — exclamó Langley.

Piel Samonard guiñó su ojo sano.

—Me habéis dicho que el Caballero se lo llevó. — rió. — Quizá Piel Samonard os crea...

(Continuará).

proximamente
Petalazos
0.10 ¢
la revista de la mujer

MOSQUETEROS DEL ESPACIO

Tercera parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

EL TRATADO ESCONDIDO

SE les hizo realizar algunas pruebas, luego pasaron a la ropería y fueron provistos de toscos uniformes de campaña, grises. Al fin fueron entregados a un sargento de voz ronca que los hizo entrar en servicio en seguida, para que no perdieran tiempo en ser útiles al Kaiser.

Los tres se mostraron reclutas muy voluntarios. Se les llevó al comedor de los oficiales donde John Henry y Bud fueron encargados de la deliciosa tarea de pintar las estufas.

Wagstaff que hablaba mejor el alemán y entendía bien las órdenes, fué llevado por el sargento por un corredor. Se detuvieron delante de una puerta donde había un par de altas botas.

—Le lustrará las botas al Herr General — le dijo el sargento. — Su ordenanza se ha enfermado y usted ocupara su puesto, hasta que se mejore. Vea que las botas queden bien brillantes y no se demore mucho porque el general tiene un genio de mil demonios.

Wagstaff prometió que el Herr General no tendría motivo de queja y se dedicó con vigor a la tarea. Mientras estaba así ocupado oyó una conversación, murmurada en una oficina próxima y su corazón dió un vuelco.

—Los tres hombres penetraron en la oficina privada de su Majestad — decía alguien — ¡Es un hecho inaudito! ¡Si hasta atacaron al barón Rolstein! ¿No ha visto usted a tres sospechosos por este campamento? Se están realizando pesquisas por todas partes. Las órdenes de su Majestad son que esos hombres tienen que ser capturados, vivos o muertos, antes de que llegue la noche. Se cree que son espías británicos y que han robado papeles importantes.

Todos lanzaron exclamaciones de sorpresa y Wagstaff se quedó rígido al oír la respuesta:

—Tenemos tres hombres que se han incorporado a nuestro batallón esta mañana — dijo la segunda voz. — Nos parecieron tipos ordinarios, dos de ellos son de Alsasia Lorena. No pueden ser...

—¡Hágalos venir enseguida! — dijo la primera voz excitadamente. — Hay que registrarlos y averiguar sus antecedentes por telégrafo. No podemos descuidar nada en este asunto, amigo mío.

—Muy bien — dijo el otro. — Como usted diga, Herr Kommandant. No sé donde están ahora esos hombres; pero puedo hacerlos buscar en pocos minutos.

Se oyó movimiento dentro de la pieza y Wagstaff pensó con la rapidez del rayo. Obrando por instinto, metió las manos en sus bolsillos, sacó las delgadas hojas del tratado. Las debló chatas, buscó dentro de una de las botas y sacó la plantilla que corría a lo largo de la suela. Metió rápidamente los papeles debajo de la plantilla y se enderezó. Junto a él abrióse la puerta de la oficina y asomó un hombre uniformado.

—Vaya a llamar al sargento Nieumeyer— le ordenó. — ¡Pronto, hombre! Dígale que venga inmediatamente.

—Ya, mein Herr — contestó Wagstaff, haciendo la venia y se alejó por el corredor a paso rápido, mientras la puerta de la oficina se cerraba tras él. Pero no bien sintió que cerraba, volvió sobre sus pasos. Había ocultado el tratado dentro de la bota por temor de que el oficial lo reconociera como uno de los nuevos reclutas. Puesto que no había sido reconocido, era preciso rescatar el tratado.

Pero cuando volvió apresuradamente por el corredor, sintió que abrían la puerta.

Salió una mano, se apoderó de las botas y volvió a cerrar .

Wagstaff se recostó contra la pared, con la mandíbula caída.

El teniente Langton Wagstaff se recostó contra la pared, aturdido. Vestía el tosco uniforme gris, de campaña, del soldado alemán.

Sus dos amigos Bud Atlee y John Henry estaban ataviados de la misma manera.

Wagstaff los veía, muy atareados, lustrando una estufa de hierro forjado en el comedor de oficiales, al final del corredor, ocupación por cierto original para los ases de la Escuadrilla de el Calvo.

La explicación era, sin embargo fácil. Los tres habían venido a Alemania a desempeñar una misión especial de espionaje, conducidos por Wagstaff, que hablaba alemán como un hijo de aquella tierra. Se habían arreglado hasta entonces tan bien que lograron substraer la copia de un tratado que las autoridades británicas deseaban ardientemente conocer.

Para poder salir de Alemania con su precioso documento, los tres se apoderaron de trajes civiles y luego se incorporaron al ejército alemán, como soldados.

Wagstaff sabía que aquello sólo podía ser una medida temporaria, que tendrían que desertar dentro de un día o dos y dirigirse, como pudieran, a las líneas de combate.

Para esto los ayudarían sus uniformes alemanes. Y una vez que llegaran al frente podían esperar una oportunidad de alcanzar las líneas británicas con el tratado por el cual habían arriesgado tanto.

Todo esto parecía muy fácil; pero ahora las cosas se habían complicado. Complicado atrozmente, en verdad.

Wagstaff, bañado de sudor, deslizóse por el pasaje e hizo señas a sus camaradas que se acercaran. Ambos acudieron. John Henry se colocó el monóculo en su ojo izquierdo y sonrió ampliamente.

—¿Qué tal? ¿Cómo van las cosas, viejo? ¿Has pensado en que nos hagan trasladar al cuerpo de aviación alemán, como te dije?

—¡Cállate! — murmuró Wagstaff. — Y, por amor de Dios, quítate esa ventana de Picaddilly de la cara. Se supone que eres un soldado alemán, no un maniquí de sastrería con uniforme. Oigan... ¡he perdido el tratado!

Bud Atlee le agarró el brazo febrilmente.

—¿Qué... qué has hecho? Repítelo... Wagstaff... No puede ser...

—¡Perdido el tratado! — murmuró ahogadamente Dent, dejando caer el monóculo suspendido de su cordón. — Pe... pe... ro... tengo que haber entendido mal. Quiero decir que...

Wagstaff movió desalentadamente las manos.

—No pude evitarlo — dijo. — Tenía que obrar rápidamente. Como sabes, me pusieron de asistente del general. Me mandaron que le lustrara las botas, que estaban delante de su puerta. Bueno, mientras lo hacía, oí que algunos oficiales conversaban en la pieza. Decían que había en este distrito tres espías ingleses. Y preguntaron si no habían visto por el campamento a tres tipos sospechosos.

—Bueno, nada tenemos que temer — dijo John Henry. — Nosotros no somos tipos sospechosos, si no tres honrados soldados alemanes. Nadie nos molestará.

—¡No, señor! — dijo sarcásticamente Bud — Si andan buscando a tres espías, no se les ocurrirá charlar un rato con tres sujetos que se han aparecido de pronto, enrolándose en el regimiento. Los alemanes son muy cándidos.. gente inocente y bondadosa, que jamás piensa mal de nadie. Pero, cielos, Wagger, ¿qué vamos a hacer? Pueden llamarnos en cualquier momento para interrogarnos.

—Eso es lo malo — dijo Wagstaff. — Lo comprendí enseguida y no me atreví a conservar encima el tratado. Esperaba que los oficiales salieran en cualquier momento y sacando el tratado de mi bolsillo, lo metí dentro de una de las botas que estaba limpiando, debajo de la plantilla. Luego antes de que pudiera decir 'amén'' el maldito general abrió la puerta y se llevó las botas.

—¡Caracoles! — balbuceó Bud. — Entonces encontrará el tratado. ¡Estamos frescos!

—Wagger, querido muchacho — intervino John Henry con expresión severa — me duele criticar a un compañero; pero... has sido muy descuidado. Quiero decirte que debiste dejarme llevar a mí el tratado, como lo sugerí al principio. Solamente una persona como yo, de juicio rápido y sereno, puede hacer esas cosas. No es que quiera hacerte reproches; pero comprenderás...

—Eres tú el que debes comprender que, si no te callas, te voy a amordazar con tu propio monóculo — dijo Bud. — Vamos, tenemos que largarnos antes de que ese ridículo general salga rugiendo como un tigre.

—Es el único medio — murmuró Wagstaff. — Tenemos que salir del campamento.. ¡Oh maldición!

Sus últimas palabras fueron pronunciadas con alarmado acento, porque se abrió una puerta en el corredor y un hombre alto, con uniforme resplandeciente, de general, salió. Venía ajustándose el cinturón y llevaba la gorra de uniforme debajo del brazo.

Con rígida expresión los conspiradores se cuadraron e hicieron sonar los talones. El general no les hizo más caso que si hubieran sido tres átomos de polvo. La cara de John Henry demostró que consideraba grosero al general; pero es cierto no había visto a muchos generales alemanes y no estaba familiarizado con sus altaneros modales.

Empezó a hacer algunas observaciones acerca de la descortesía ,de los alemanes cuando el general hubo pasado; Pero Wagstaff le cerró la boca con la mano.

—¡Albricias! — murmuró. — Parece que el viejo no ha encontrado el tratado. Se puso las botas y el tratado esta debajo de la plantilla izquierda. Está hecho en papel muy delgado y transparente. Pero ¿no se fijaron si al general parecía molestarle la bota?

—Me pareció que sí — dijo Bud. — Pero ahora... ¿qué demonios vamos a hacer?

—John Henry se libró de la mano de Wagstaff.

—No se preocupen, muchachos — dijo brillantemente. — No hay más que hacer una cosa: seguir al viejo, sacarle las botas y recobrar el tratado. Como les he dicho, sólo un hombre de inteligencia fina y maduro juicio como yo...

—Si tienes inteligencia debe ser tan fina que no se ve — interrumpió Bud ceñudamente. — Y en cuanto al juicio, más que maduro, debe estar podrido.

Wagstaff, sin embargo, se adelantó e hi-

zo señas a los otros que lo siguieran.

—Johnny tiene razón — dijo. — Parece una locura, pero es el único medio. Tenemos que seguir al viejo, esperar hasta que esté en algún sitio solitario y desmayarlo. No podemos permitir que encuentre el tratado.

UN GENERAL "KNOCK-OUT"

Bud suspiró mientras continuaba junto a John Henry.

—Por mi parte, siempre he deseado pegarle a un general; pero esta es la primera vez que alguien me pide que lo haga. Bueno, muchachos, si ustedes me sobreviven, díganle a mi madre que mi último pensamiento fué para ella.

—Ese es un hermoso sentimiento — aprobó John Henry. — La mejor amiga de un muchacho es su madre. Mientras uno piensa así, nunca hace nada malo. Y a propósito, si quieres que le envíe ese mensaje a tu mamá, es mejor que me digas su dirección.

La cara de Bud se puso extrañamente roja y convulsa. Pero en aquel tremendo peligro que los rodeaba a todos, no se atrevió a reírse.

—Eres muy bueno, Johnny — contestó medio ahogado. — Pero te daré la direccón otro día. Entretanto es mejor que terminemos esta expedición, antes de que no podamos más charlar un rato juntos. ¡Vengan! Su Gorda Alteza ha subido a un camión.

Su Gorda Alteza o, en otras palabras el general ya estaba sentado junto al conductor y el camión se puso en marcha. Wagstaff se lanzó tras él como una liebre y trepó a la parte de atrás. Ayudó luego a subir a los otros al estribo.

Afortunadamente el sitio del conductor tenía detrás una tabla lisa, sin ventanillas, y los tres pudieron acercarse silenciosamente detrás de la tabla, donde se agacharon.

El camión era viejo y el ruido que producía cubrió cualquiera que los otros pudieran haber hecho.

Si alguien vió a los tres soldados saltar a la zaga del camión, no hizo caso de ello. Durante toda la guerra los soldados tenían por costumbre saltar a la zaga de los camiones; pero ninguno lo hubiese hecho al que llevaba un general, sin permiso. El castigo de semejante atrevimiento hubiese sido demasiado terrible para que un soldado se arriesgara a sufrirlo.

Por consiguiente, si los soldados fueron vistos subir, se creyó que tenían para ello perfecto derecho.

Los centinelas vieron a los tres hombres agachados en la zaga del camión pero pensaron que el general los llevaba para alguna tarea a un destino desconocido.

El camión siguió viaje.

Y Wagstaff, sonriendo ceñudamente, murmuró a sus amigos.

—Tenemos suerte — dijo. — No sé donde va este viejo; pero siempre tendremos más probabilidades de atacarlo en algún lugar solitario, lejos del campamento. Quizá podamos desmayar también al chauffeur y apoderarnos del camión. No hablen; pero estén alerta. Prepárense a entrar en acción cuando yo de la señal.

El camión siguió dando tumbos y barquinazos por caminos desiguales, recorriendo unas cinco millas. Pero al fin dió vuelta por una senda y se acercó a lo que evidentemente era un aeródromo. Los ojos de Wagstaff brillaron al ver esto y tocó el brazo de Bud.

—¡Mejor que mejor! — murmuró. — Si podemos recobrar aquí el tratado, quizá lograremos apoderarnos de un aeroplano y volver a las líneas. ¡Alerta, pimpollito! ¿Y, por amor de Dios, no hagan más ruido del necesario cuando llegue el momento.

Bud asintió con la cabeza, en silencio, mientras John Henry se estiraba un poco, observando el cercano aeródromo, a través de su monóculo cubierto de polvo. Su expresión fué también de delicia.

Porque John Henry había sido el as más brillante de aviación del Cuerpo Real Británico, antes de dedicarse a aquel asunto de espionaje. Nadie podía decir, exceptuándolo a él mismo, que su inteligencia fuera notable; pero en el aire, les mataba el punto a todos.

Evidentemente era al aeródromo que el general se dirigía. Pero el conductor disminuyó la marcha al llegar al final de la áspera senda que conducía a los hangares, que quedaban a un cuarto de milla de distancia.

—Herr general, — dijo — con su permiso pararé aquí. El camión es pesado y el suelo está muy blando, después de las lluvias que hemos tenido. Si seguimos, el camión se hundirá en el barro hasta los ejes. Y sólo un tractor muy poderoso y varios hombres conseguirán sacarlo. ¿Da el Herr General permiso para parar?

El Herr General lanzó un gruñido. No le agradaba mucho la cosa. Sintió gran fastidio pero comprendió que el conductor tenía razón y no había sentido común en empantanar el camión para evitarle a él un cuarto de milla de camino.

Bajó, entumecido, de su asiento al detenerse el vehículo; los tres aventureros descendieron al mismo tiempo, por el lado opuesto, y se ocultaron a la sombra de un seto.

—¡Muy bien! — dijo el general. — Haré el resto del camino a pie.

—¿Quiere el Herr General que lo espere? — preguntó el conductor.

El general movió negativamente la cabeza.

—¡No! Ese vehículo es incómodo y lento. En el aeródromo encontraré algún ténder más liviano para que me lleve de vuelta. Váyase y no pieda tiempo. En el campamento tiene trabajo útil aguardándolo.

El conductor del camión dió vuelta obedientemente su pesado vehículo para regresar por donde había venido.

Y el general echó a andar hacia el distante aeródromo tratando de elegir los sitios más secos en el barroso camino.

Un par de minutos más tarde, cuando ya el camión estaba bastante lejos, tres figuras salieron del seto y echaron a correr detrás del general.

El oyó los pasos y se dió vuelta, pensando que trajeran algún mensaje. Pareció ligeramente sorprendido al ver que ninguno de los tres soldados lo saludaba. Y su expresión se hizo más dura al ver que el que iba adelante no se detenía a los seis pasos reglamentarios.

Pero un segundo después la cara del general no tenía más expresión de ninguna especie. Porque el puño de Wagstaff le pegó con inesperada fuerza debajo de la mandíbula, haciéndolo trastabillar primero y caer luego, de boca, sobre el barro. Bud y John Henry cayeron sobre él como jugadores de rugby. Lo sujetaron fuertemente; pero el general no ofreció resistencia porque estaba completamente "knock-out".

—¡Su bota izquierda! — exclamó Wagstaff, dándole vuelta. — ¡No perdamos tiempo! Lo he hecho dormir; pero a lo mejor vuelve en sí y grita....

John Henry y Bud empezaron a tirar de la bota izquierda del general con todas sus fuerzas. Sonreían encantados.

Pero en ese momento sus sonrisas desaparecieron. Porque los tres oyeron un grito que venía de la dirección del seto y se dieron vuelta con desesperada rapidez.

Tres oficiales alemanes corrían hacia ellos Y de la cintura de cada uno de ellos colgaba una abultada pistolera.

UN CAMBIO RAPIDO Y ARTISTICO

Wagstaff, como de costumbre, fué el primero en reponerse. Levantóse e hizo la venia, mientras John Henry y Bud estaban todavía arrodillados, con la boca abierta, sobre la desmayada víctima.

Sin embargo, se serenaron lo bastante para imitar el ejemplo de Bud. Y según el convenio permanecieron silenciosos, esperando que hablara su jefe.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — dijo el primer oficial jadeante. — ¿Qué le ha pasado al Herr General? ¿Qué hacían ustedes con su bota?

—Herr Ober Lieutenant — dijo Wagstaff rígidamente — su Excelencia se ha desvanecido. Nosotros estábamos aflojándole las ropas.

—¿Desvanecido? — repitió otro de los oficiales, arrodillándose junto al general. — ¿Aflojándole la ropa? Pero, pedazos de imbéciles ¿creen que a un hombre que se desmaya hay que sacarle las botas? ¡Eh!... ayúdeme a aflojarle el cuello.

Wagstaff se apresuró a obedecer y su corazón latía furiosamente. Su rápido pensamiento lo había salvado momentáneamente. Pero no era probable que fuera por mucho tiempo. El general volvería en sí en cualquier momento.

—Mil perdones, Herr Ober Lieutenant — dijo jadeante. — Pero mis compañeros y yo vimos caer al Herr General e hicimos lo que mejor nos pareció. Entendemos poco de estas cosas.

El oficial alzó la vista e hizo señas a uno de sus compañeros.

—¡Pronto! — dijo. — Vayan a buscar la ambulancia del aeródromo. A un oficial se la darán; pero es inútil mandar un soldado. Tenemos que llevar al Herr General a un hospital.

Wagstaff suspiró interiormente. ¡He ahí que el premio, por el cual tan afanosamente había trabajado, se le escapaba de las manos nuevamente! Aunque el general no volviera en sí y los delatara, iba a ser llevado al hospital.

Y luego, cuando los enfermeros lo desnudaran hallarían el tratado. Desesperadamente trataba Wagstaff de hallar una manera de impedir aquel desastre; pero no se le ocurrió.

A los cinco minutos la ambulancia del aeródromo apareció dando tumbos por el embarrado camino, con uno de los oficiales trepado en el estribo.

El conductor descendió y Wagstaff ayudó a subir al general a una camilla y a meterlo dentro de la ambulancia. Cuando estuvo hecho esto, el oficial que se había hecho cargo de los procedimientos, se dirigió a Wagstaff.

—Quédese con el Herr General — le dijo — Cuídelo mientras la ambulancia regresa.

Se volvió al conductor.

—Vaya muy despacio. Cuide que la ambulancia no dé barquinazos.

El conductor subió al pescante y Wagstaff cerró la puerta de la ambulancia. Luego el vehículo se puso en marcha al paso, seguido a pie por los otros dos oficiales y por John Henry y Bud, que iban a respetuosa distancia.

Tenían expresión trágica y, si Wagstaff no hubiese estado encerrado dentro de la ambulancia, hubieran intentado cualquier recurso desesperado para recobrar la libertad.

Pero ni por la mente se les pasó abandonar al compañero. Ocurriera lo que ocurriera, siempre estarían juntos... hasta el fin.

Y el fin parecía ahora peligrosamente cercano.

La ambulancia continuó su marcha, tomando las partes más secas del camino y evitando lo más posible los barquinazos.

Siguió así por espacio de diez minutos, hasta que llegó a cincuenta yardas del hangar más próximo. Pero entonces la puerta de atrás se abrió y con sorpresa de todos aparecieron la cabeza y los hombros del general.

Tenía todavía la cara toda sucia de barro, se cubría la frente con un pañuelo embarrado y llevaba el kepis echado hacia atrás. Pero era evidente que estaba bien vivo y había recobrado el conocimiento.

John Henry y Bud se prepararon para la acción.

—Tú vigila a uno de los oficiales y yo me encargaré del otro — murmuró Bud. — Trata de arrebatarle el revólver, cuando se den vuelta para arrestarnos. El viejo va a hacer estallar la bomba.

John Henry se agazapó como un gato y la luz de la batalla brilló a través de su monóculo. Luego casi se cayó de espaldas, porque la voz del general resonó gruñonamente; pero era la voz... de Wagstaff.

—¡Pare! — rugió el general. — ¡Eh!... ¡Pare la ambulancia!

El conductor frenó rápidamente y el oficial que iba junto a él saltó abajo como un conejo asustado. Corrió hacia la portezuela, haciendo la venia, mientras los otros dos saludaban también.

Pero el general, a su altiva manera, no les contestó.

—¡Basta! ¡Basta! — dijo. — Ya estoy bien. ¡Ach! Ya he tenido varios ataques por el estilo. Es cansancio de la guerra. Tengo que verlo a von Hausmann.

(Continuará)

El Mendigo del Bosque Negro

Por JACQUES SAINT PRIEST

(Continuación)

ROBERTO pide limosna en las calles de Saint Etienne o sus alrededores desde hace más de veinte años. ¡Es por donde hay que buscar!... ¡Saint Etienne y sus alrededores!..

De pronto lanzó un ronco grito de triunfo

—¡Ya lo encontré! ¡Al fin!... Es en el camino de Rive de Gier, donde mi automóvil chocó con la motocicleta de Jean Martinier.

¡Sí... es él!... Veo aún su silueta famélica... es él quien se acercó a nosotros, mientras Irene y yo estábamos inclinados junto al cuerpo inanimado del joven... Es a el a quien yo envié, en busca de socorros, porque no precisaba ningún testigo para hacer lo que tenía que hacer... ¿Dónde tenía yo la cabeza? ¿Por qué no me acordé antes? ¡Qué lástima!...

"Es por Jean Martinier que se colocó detrás de mi coche y que trató de saber donde yo vivía...

¡No hay duda!... Estaba esa noche en el hall del Edén a causa de la lluvia mientras yo hablaba con el director. ¡Me acuerdo perfectamente!... Ha reconocido mi voz... quizá me reconoció. ..Ha expuesto su vida sin vacilar... Y si Rao no lo hubiera descubierto, trataría de entrar a mi propiedad, seguro de que Jean está oculto, para raptarlo, quizá...

¡Cómo se descubre todo ahora!...

Pero me parece que Roberto no es tan tonto como parece. Es un hombre "que se hace el loco" ¿Con qué objeto? ¡Con el objeto de hallar a Jean Martinier!... Y yo fuí capaz de revelarle que ese hombre es mi prisionero... que lo he secuestrado... Y ahora quizá está en tren de decir a Magdalena Gattet que su novio no ha muerto.

¡Y esa chica es capaz de negarse a ser la esposa de René! ¿Y toda la maquinación que he edificado alrededor de ese matrimonio, quedaría expuesta gracias a Roberto, a desmoronarse?... No, no; ¡es imposible! No puede ser. ¡No será!...

Como una fiera enjaulada, Wyoming iba y venía a grandes pasos por su pieza circular.

Tocó de nuevo el timbre. Rao apareció enseguida.

—¿Se despertó el joven? — preguntó con voz breve.

—¡Acaba de despertarse, mi amo!

—¿Le diste ya su... poción?

—Aun no.

—Bien; ¡a partir de hoy doblarás la dosis!...

Rao se contentó con inclinarse en silencio. Pero, una enigmática sonrisa erró sobre sus labios.

Capítulo XIX

EL VELO SE DESGARRA...

La señora Gattet acompañó a Madette a la puerta del departamento.

—Es una idea rara la tuya, de ir a pasear en bicicleta cuando aun no te has sentido con fuerzas para volver a tu trabajo y que el señor de Laisy te ha ofrecido llevarte a pasear en su automóvil!...

—Le aseguro, abuelita — contestó Madette, con su caja de pinturas bajo el brazo, — que me siento muy bien hoy y que el lunes podré recomenzar mi trabajo. ¡Si supiera usted que feliz me siento de ir por los grandes caminos, de ver los campos, el cielo!...

—¿Dónde piensas ir?

—¡Oh! ¡no muy lejos... ¡Hasta el Bosque Negro!... ¡Tengo que acabar un croquis!...

—Bien! Ve, hija mía, pero regresa temprano, ya sabes que el tío Toine y René cenan hoy con nosotras y que te necesito para preparar la cena...

Madette sonrió a la anciana la besó y bajó rápidamente la escalera.

Media hora más tarde llegaba a la intersección del camino del Bosque Negro y del de Guizey.

El mendigo del bosque...

Era la primera hora de libertad que disfrutaba para ella sola, desde que los acontecimientos que habían trastornado su vida, la habían hecho la novia de René de Laisy.

Al contacto con el silencio del valle, se sentía renacer.

Y luego — ¿para qué ocultarlo? — tenía prisa por ver de nuevo a Roberto.

Era el único ser en el mundo que le recordaba claramente a Jean Martinier, el único que, en su cerebro, había tenido una idea de afecto para el joven que una noche de invierno, lo había arrancado a tres pillos...

Al llegar cerca de la casa de Roberto, la joven quedó asombrada al no ver a la cabra comiendo hierba en el prado vecino.

La casa misma parecía muerta o dormida, con ese aspecto melancólico que toman las casas donde nadie vive.

—¡Toma! — se dijo acercándose. — ¡Todavía no llegó Roberto!...

Pero, al acercarse oyó un balido apagado y triste.

Era la cabra encerrada en la casita del mendigo que señalaba a su modo, su presencia.

Madette quedó un rato indecisa con la bicicleta en la mano.

—¿Estará enfermo Roberto? — pensó.

Golpeó a la puerta pero sólo los balidos de "Ojos de Oro" le respondieron.

Hacía un rato que el cielo se había obscurecido. Grandes nubes que venían del sudoeste cubrían su puro azul.

En la lejanía se oyó un trueno.

Madette miró inquieta el cielo.

—¡Bah! — exclamó — ...¡me quedo un rato más! Si empieza a llover iré a refugiarme en un café, en la Digoniere.

Con mi bicicleta llego en diez minutos!... me agradaría tanto ver a Roberto...

Lanzó casi un grito de alegría.

Como para cumplir su deseo, Roberto acababa de aparecer en el ángulo del camino. Caminaba a largos pasos, con aire preocupado, el rostro más pálido que de costumbre.

Cuando vió a la joven no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—¡Ah! ¡Roberto! — exclamó Madette. — ¡Tenía miedo de no verlo!

El mendigo se acercó a ella rápidamente.

—Buen día, señorita — dijo — estoy contento, ¡muy contento de verla!... ¡Estaba tan inquieto por usted!...

Roberto miró a su alrededor como si temiera que alguien los espiara.

—¿Me permite? — siguió — ...debo dar de comer a "Ojos de Oro". Entre en mi casa. ¡Estaremos mejor que aquí!...

Se oían efectivamente cada vez más cercanos los rugidos del trueno y grandes gotas de lluvia golpeaban sobre las hojas de los árboles.

El aspecto preocupado de Roberto extrañó a Madette.

Jamás lo había visto así. Ya no era el pobre hombre de paso vacilante que tenía en sus ojos claros el reflejo de su media locura, sino un hombre perfectamente sano de espíritu, que hablaba con claridad, presa de preocupaciones, como el común de los mortales.

Madette entró trás él en la casa empujando su bicicleta.

—He estado muy enferma — le confió la joven. — Es por eso que no he vuelto más pronto a trabajar en mi croquis. ¿Me esperó usted, verdad? ¡En fin vamos a aprovechar el tiempo perdido!...

—Naturalmente, la he esperado... — replicó Roberto dando de comer a su cabra — pero hoy no tendré tiempo de que me siga dibujando. ¡Debo irme en seguida!...

—¿Me dejará ir con semejante tiempo? — dijo Madette sonriendo.

—¡Oh, eso no! esperaré a que pase la tormenta.

Arrodillado cerca de "Ojos de Oro" el mendigo le daba de comer. La joven dirigió su mirada hacia afuera, y sacudió la cabeza al ver como llovía.

—¡Dios mío! — gimió... ¡Qué inquieta debe estar abuelita!

—¿Tiene usted aun a su abuelita? — le preguntó Roberto.

—Sí... no... — contestó evasivamente. — Sigo llamando a la señora Gattet abuelita, pero no es mi abuela...

—¿Y Jean? — interrogó el mendigo.

Madette se estremeció a ese nombre siempre querido a su corazón, a pesar de todo.

Bajó la cabeza, y se puso de pronto más triste.

—Sí... ¡ya veo! — dijo Roberto señalando con un gesto el magnífico solitario que brillaba con mil luces en el anular de la joven.

—¡Ah! ¡no crea que lo he olvidado, Roberto — exclamó — ni que mi corazón se haya entregado a otro!

El mendigo se encogió lentamente de hombros:

—¡No se puede llorar siempre, cuando se tienen veinte años! — sentenció.

—¡Roberto, no me juzgue mal! — contestó con fuerza, en un sobresalto de indignación — ¡Si usted supiera!...

Se puso a sollozar con la cabeza entre las manos.

El mendigo quedó afligido por esas lágrimas, que no esperaba.

—¡Oh! ¡No hay que llorar, señorita! — balbuceó — adivino que ha tenido usted pena, mucha pena... Le pido perdón... ¡No quería causarle pena!... ¡Ahora usted me aborrecerá!... ¡No querrá usted venir más aquí!...

Madette concluyó por calmarse.

—¡Yo no lo aborreceré, mi buen amigo! — suspiró. — ¡Es tan natural que piense usted que he perdido la confianza y que amo a otro hombre! ¡Y sin embargo... sin embargo!... ¡Es preciso creerme cuando digo que el único hombre que amo, que amaré siempre, es Jean!...

Fué una larga confidencia la que Madette hizo a Roberto, pues simplemente, con toda naturalidad, le contó su historia tal como la había sabido pocos días antes de labios de la señora Gattet.

—¡Ya ve! — concluyó — no soy más que una pobre niña abandonada... o robada... ¿Quienes son mis padres? ¿Existen aún? ¿Cuál es mi origen? Misterio angustioso e impenetrable!... ¡Ah!... ¡He tenido tiem-

po de reflexionar durante mi enfermedad!...

Al ver inclinada junto a mi cabecera a esa mujer admirable que borró tan sublimemente los errores de su vida haciéndome su nieta adoptiva he concluído por decirme: ¿Tengo derecho a rechazar la riqueza que se me ofrece, a mí, criatura anónima y que permitirá que la ancianidad de mi abuela sea dulce y apacible? ¿No debo hacer abstracción de todo otro sentimiento que el de la gratitud y reconocimiento infinito que le debo?

Entonces un día, cansada de luchar, le dije: ¡Sí, quiero ser la esposa de René de Laisy?

—¿Conoce usted bien a ese joven? — le preguntó Roberto.

—No... ¡me es tan indiferente!

—¿Vió usted a sus padres?

—No, me dijo que era huérfano.

Roberto quedó un rato en silencio.

—¿Y perdió usted toda esperanza de hallar a Jean Martinier?...

Madette hizo un gesto de impotencia.

—¡Ya no sé que pensar! — suspiró. — ¡Sin embargo!...

—¿Sin embargo? — preguntó Roberto cuya mirada brilló extrañamente.

—No... no es nada... una tontería.

—¡Dígala sin embargo!

Y la joven le contó su encuentro inopinado con el anciano seco y pálido del automóvil y el hallazgo que había hecho, en su cartera de la lapicera de Jean.

—¿Cómo era el coche? — interrogó el mendigo.

—Un gran auto obscuro.

—¿Con una rueda de repuesto atrás, envuelta en hule sobre un paragolpes niquelado?

—Sí... puede ser... sí, en efecto, me parece...

—¡Es ese! — murmuró Roberto.

Y agregó mentalmente.

—¡El auto de Wyoming!...

Siguió un largo silencio entre los dos interlocutores. Se oía la lluvia que caía con fuerza.

—¿Y el hombre a que pertenecía el auto la llamó por su nombre? — preguntó Roberto.

Lea en PUCKY

LA GARRA DEL DRAGON

Por JOHN G. BRANDON

Continuación de las estremecedoras aventuras de Mc Carthy en su terrible lucha contra los bandidos chinos

—Sí, y conocía mi dirección.
—¿Y usted lo veía por primera vez?
—La primera vez en mi vida, estoy segura.
—¡Es extraño!...
El mendigo del Bosque Negro se puso a reflexionar, sin notar, al parecer el aire intrigado de la joven.
—Me pregunto — pensó — si esta niña no es una de las causas del secuestro de Jean Martinier! Jean era su novio. Wyoming lo tiene prisionero. Y he ahí que,, por la mayor de las casualidades, surge un joven, no sé sabe de donde, y trata de ocupar su lugar.
Hay ahí un doble misterio que sería sumamente interesante penetrar: la verdadera personalidad de René de Laisy, la historia del nacimiento de Madette. Ahí, está el nudo del asunto y no en otro lado...
—¿Qué piensa usted, señor Roberto? — inquirió Madette.
—En René de Laisy, señorita Madette. Quisiera saber, si usted no lo ama un poco.
—¿Yo? ¡Ni un poco, usted lo sabe bien!
—¿Y se casará lo mismo con él?
—¡Es necesario! — suspiró la joven.
El rostro del mendigo se crispó al oír esa triste confesión.
¿Le revelaría el secreto que lo ahogaba? ¿le contaría la hora trágica que había pasado en casa del profesor Wyoming?
¡Decir a esa niña que sufría y se sacrificaba para la felicidad de esa mujer a quien quería: ¡Sé dónde está Jean Martinier! ¡Vive!...
Pero decir esa verdad a Madette sería una imprudencia, loca. La joven delirante de alegría ¿no cometería una imprudencia fatal para aquel por quien había conservado intacto su amor?
No, a pesar de todo el deseo que tenía de poner un bálsamo sobre la llaga de su corazón, más valía esperar.
Preguntó con voz sorda:
—Hagamos una suposición: ¿si Jean se presentara a usted antes que su matrimonio se efectuara, que haría usted?
—¿Tendría derecho — suspiró Madette — a asegurarle aún, que lo amo?... Ahora, no soy más que una criatura encontrada.
—¿Pero si él le dijera que guarda intacto su amor? ¿Cuál sería su actitud?
—¡Ah Roberto!—exclamó Madette uniendo sus manos — si él me dijera eso, me arrojaría entre sus brazos y le pediría perdón, sería su esclava, no viviría más que para él y sería la más feliz de las mujeres!... ¡Pero!... ¿para qué soñar?... no se realizará jamás. El 15 de Junio seré la señora de Laisy!...
—¡El 15 de Junio!... ¿dentro de quince días?
—Sí. ¿Por qué me pregunta usted eso?
—Por nada, para saber!
—¿Por qué hoy me habla usted por enigmas? ¿No ve usted que soy sólo una cosa en manos del Destino y que el Destino quiere que me case con el señor de Laisy?
Roberto se irguió con toda su altura.
—Hay una fuerza más potente que el Destino, señorita Madette.
—¿Cuál?
—¡La justicia inmanente!...

Capítulo XX

ANTE LA FIERA

Desde hacía ocho días, Roberto estaba de guardia cerca de la Paroliere, no ausentándose más que pocas veces, justo el tiempo de ir a ver que ocurría en su casita del Bosque Negro y dar de comer a la cabra.
Había elegido, como puesto de observación, un viejo granero, lleno de heno hasta el techo, en el cual descubrió un pequeño respiradero hecho en el muro que dominaba el camino donde se hallaba la propiedad de Wyoming.
Desde allí veía todo lo que entraba o salía de la Paroliere.
A decir verdad, poca gente entraba en esa propiedad, algunos proveedores y nada más.
Desde el domingo anterior, que Roberto había visto a la una de la tarde irse el automóvil de Wyoming al Edén, y a la una de la mañana volver, el mismo coche, no había observado nada de anormal.
La noche que siguió a la tarde en que había tenido con Madette una conversación definitiva en su pobre habitación, durante la tormenta, Roberto llegó a su puesto de observación cuando caía la noche.
—¡Con tal que no haya ocurrido nada durante mi ausencia! — murmuró.
El camino sobre el que se abría el portón de la propiedad estaba desierto a esa hora. La tormenta había pasado y se veían brillar charcos de agua.
Antes de subir a su granero, Roberto resolvió dar una vuelta para ver si por casualidad no había sobre el barro marcas frescas de ruedas de automóviles.
Temía que Wyoming llevara a su prisionero a otra parte.
Pero aunque inspeccionó bien el sendero no vió las marcas características de las ruedas de un auto.
Con la cabeza baja, iba a seguir su exámen hasta el portón, cuando el timbre de una bicicleta lo hizo volverse.
Vió a un joven de gorra que pedaleaba en dirección a la propiedad.
El ciclista no le prestó atención saltó de la máquina y tiró del cordón de la campana que había a la entrada.
—Seguramente es uno de sus cómplices — pensó Roberto — me he sorprendido tanto que no pude verle la cara...
Se alejó con las manos en la espalda como un buen paisano que da un paso antes de acostarse.
Pero, bajo esa apariencia de indiferencia, todo su ser estaba en tensión hacia la puerta de la propiedad y volviendo furtivamente la cabeza, no perdía de vista al joven ciclista.
Oyó pasos que hacían crujir la arena del sendero y que se inmovilizaron detrás de la puerta.
—¡El sirviente debe examinar por la ventanilla! — pensó Roberto.
Casi en seguida, el joven, en respuesta a una pregunta dijo en voz alta:
—¡Es un telegrama para el señor Wyoming!

Roberto respiró. ¡El ciclista no iba más que a llevar un telegrama!

Se abrió la puerta se oyó hablar en voz baja un momento, y luego el joven se llevó la mano a la gorra diciendo:

—¡Gracias!...

Se oyó cerrar la puerta y luego el ciclista pasó al lado de Roberto y desapareció en el ángulo del camino.

—Daría mis cien francos de economías — murmuró el mendigo — por saber lo que dice ese telegrama!...

Luego, preocupado, volviéndose frecuentemente para ver si nadie lo seguía, Roberto ganó el granero que le servía de puesto de observación y se acostó con delicia sobre el heno.

Al día siguiente, desde el alba estaba de facción cerca del pequeño ventanillo que dominaba el camino.

—¡Este día debe ser definitivo! — se dijo fríamente decidido. — No puedo dejar que un ser como Madette sufra tanto y no puedo permitir que se produzca lo irreparable; su matrimonio con el señor de Laisy!... Tengo sobre Wyoming esta ventaja: conocer su verdadero nombre.

Es un sésamo que debe abrirme las puertas de la Paroliere... además, en el duelo que emprendo, con ese siniestro individuo, no tengo la elección de las armas ni del terreno. Puesto que él no quiere venir a mí, es preciso que yo vaya hacia él que me arroje en la boca del lobo.

¡Tanto peor! Tengo confianza en mi estrella... Lo importante es sacar a Jean de las garras de ese individuo cueste lo que cueste... Luego me ocuparé de Irene Valmont... ¡si es que realmente merece que me ocupe de ella!...

A eso de las diez de la mañana el ruido de un motor de automóvil atrajo su atención.

Prestó atención. El ruido se acercaba cada vez más.

—¡Un auto que pasa por el camino!—monologó — ¿Que importancia puede tener?

Pero, no pudo retener un grito de estupor cuando vió un lujoso coche gris que doblaba en el camino de la propiedad y se detenía ante el portal.

Sin saber por qué estableció en seguida una relación entre el telegrama del día anterior y ese automóvil. ¡El telegrama debía anunciar al visitante!

Pero, examinando la forma del coche que veía desde su observatorio un poco de costado y de atrás, Roberto tuvo un gesto de triunfo.

—¡Ah! — exclamó. — ¡Esto es bueno!

Vió un hombre de aspecto joven que saltó del coche, y llamó a la entrada. Casi enseguida, vió abrir la puerta y luego se cerró.

—¡Debo ver de más cerca! — se dijo presa de gran agitación.

—¡Eso es! — se dijo luego con alegría: — la chapa de bronce con el nombre: es el coche de René de Laisy. ..ahora vamos bien

Volvió sobre sus pasos y pasando un cerco bastante bajo, que rodeaba un prado, se ocultó detrás.

—Desde aquí — pensó — podré darme cuenta cuando el auto pase ante mí, si es el señor de Laisy quien maneja.

Sentado en el suelo el mendigo se hundió en un abismo de reflexiones.

—¡Es asombroso! — pensó. — ¡Cómo se encadena todo en la vida!... Wyoming... Jean Martinier... Madette Gattet... René de Laisy... Wyoming... De un lado y del otro es Wyoming quien se halla. Es él el alma de ese misterioso complot. que gira, siguiendo todas las apariencias alrededor de Jean Martinier, pero que en realidad es alrededor de Madette.

Wyoming está en los dos extremos, Madette en el medio. Entre ese individuo y esa joven ¡dos hombres! Jean Martinier y René de Laisy. Uno molesta, se le suprime, o al menos se le secuestra ¿el otro? El otro yo no sé exactamente quien es, pero esa visita a la Paroliere me prueba que tiene algo que ver con el profesor. En todo caso llega a tiempo para pedir la mano de Madette.

¿Con qué objeto? A los ojos de todos, Madette es la nieta de la señora Gattet; una simple empleada que trabaja para ganar su vida, sobrina de un comerciante de accesorios de bicicletas que ha triunfado, y que le dejará después de su muerte, una fortuna de tres o cuatro mil francos... poca cosa, realmente para tentar a un elegante y gastador como el señor de Laisy!

Hay que buscar por otro lado el motivo que impulsa a ese joven y detrás de él a Wyoming — a ese matrimonio con Madette Gattet... Madette es una niña perdida, o más bien abandonada, recogida por caridad por esa buena señora Gattet... ¡No hay duda!... Wyoming conoce el secreto de ese abandono. "El sabe quien es Madette" y como a no dudar, es la hija de gente muy rica que al morir le ha dejado una fortuna considerable. Wyoming suprime fríamente al empleado que era su novio para hacerla casar con uno de su gusto!...

¡Evidentemente, el plan es genial! No tiene más que un defecto... que yo me meto en él... ¡Ahí está otra vez el coche que se pone en marcha!... Se diría que el motor se impacienta...

Poco después René, con la cabeza descubierta y un cigarrillo en los labios, pasó manejando su automóvil, a dos metros de Roberto.

—¡Buen viaje, señor de Laisy! — murmuró el mendigo — aun no es usted, el marido de Madette Gattet.

....

Hacía un calor pesado esa tarde de domingo.

Todo el valle del Gier parecía dormir bajo una lánguida niebla, como bajo un velo de gasa que recubría hasta las montañas más allá de las cuales se extendía, haciendo la lejanía más vaporosa, más indistinta.

En la Paroliere el parque parecía dormir en el pesado silencio.

No se movía ni una hoja.

La casa con las persianas cerradas, como párpados bajados daba la impresión de estar deshabitada.

—Fué en medio de esa aparente tranquilidad, que un fuerte golpe dado a la campana de la puerta, se dejó oír en la Paroliere

Un trueno formidable estallando en mo-

dio de un cielo sereno no hubiera turbado más al profesor Wyoming.

Se oyeron los pasos mesurados de Rao que se dirigía hacia la puerta, y que regresaba más vivamente a la casa.

Poco después el sirviente hindú llamaba a la puerta de la biblioteca de su amo.

—¡Entra! — le dijo Wyoming. — ¿quién es?

—Es el hombre de la otra noche... el que yo encontré detrás del auto, que insiste en hablarle.

Wyoming se levantó de un salto.

—¿Roberto? ¡Hay que tener audacia!... ¡Ah! ¿insiste en hablarme? Está bien... ¡que entre!... Pero, antes, dime Rao ¿dónde está la señora Valmont?

—En su habitación.

—¿Y Jean Martinier?

—En su cuarto también.

—Bien. ¡Cierra a ambos con llave!... Introduce al "señor" Roberto, pero quédate detrás de la puerta dispuesto a acudir a mi primer llamado.

—¡Bien, mi amo!

Wyoming se paseaba por su pieza, cuando se abrió la puerta. Se dió vuelta bruscamente y se encontró frente a Roberto.

Sin intimidarse, Roberto se puso ante su interlocutor y muy tranquilo, le dijo:

—¡He venido en busca de Jean Martinier!...

Wyoming no tuvo más que un simple movimiento de los párpados para acusar su turbación, pero contestó con naturalidad y fingiendo sorpresa:

—¿Jean Martinier? ¡No lo conozco!

—¡No viejo, no! Muy bien imitado el asombro, pero conmigo no vale... Sí... vamos... no te hagas el tonto... He venido a buscar a Jean Martinier. Tú sabes bien quien es.

Jean Martinier a quien una noche de invierno atropellaste en el camino de Rive de Gier y al que transportaste aquí, secuestrándolo para permitir a tu amigo René de Laisy que se casara con Magdalena Gattet, que no es Magdalena Gattet más que de nombre pero que oculta bajo su modestia de empleada, un origen mucho menos... democrático..

—¿Conoce usted a Magdalena Gattet? — preguntó Wyoming presa de cólera.

—¿Por qué no había de conocerla? Tú la conoces... Hasta un día casi la matas con tu auto, y la llevaste a su casa en tu coche!

El profesor hizo un gesto de enervamiento.

—Pero ¿usted sale del infierno para saber y conocer todo?

—¡Salgo quizá de un poco más lejos! — contestó enigmáticamente Roberto.

—Y... la señorita Gattet... — balbuceó Wyoming — ¿sabe donde está Jean Martinier?...

—¡Ah! ¡Ahí está! — suspiró el mendigo. — Te has equivocado el hacerme esa pregunta; ¡me señala el defecto de tu corazón! Tienes miedo que haya revelado a Madette el lugar donde está Jean. "¡Tienes miedo!".. te comprendo. No se divierte uno impunemente en secuestrar gente... Tranquilízate: Madette no sabe nada aún... ignora si su antiguo novio vive...

Pero, lo que puedo decirte es que no ama ni amará jamás a tu señor de Laisy. Si se casa con él es con un sentimiento de reconocimiento hacia la buena mujer que la salvó y adoptó...

¡Y es ese sacrificio, que en el fondo es monstruoso, el que quiero impedir!... ¿sabes? Entonces, como en un asunto como el que me interesa hay que hacer jugar el sistema de las compensaciones, he aquí lo que te propongo: tú me devuelves a Jean Martinier.

Yo me hago garantía de él y de su discreción. Por otro lado, te prometo que jamás, ¡óyelo bien! jamás Madette sabrá donde, ni por quien fué secuestrado!... En compensación es preciso que el señor de Laisy abandone toda idea de matrimonio con Madette y desaparezca de los alrededores...

Wyoming guardó silencio y miró a su interlocutor con un dejo de burla.

—¿Es todo? — dijo.

—¡Todo! — contestó Roberto.

—¿Y si me niego que ocurrirá? — preguntó secamente.

—Eso mi amigo... ¡es asunto mío!... Quizá no te alegrará ver que la justicia mete la nariz en tu vida... y sepa cual es tu verdadero nombre...

Wyoming se estremeció a esta perspectiva.

—¿Mi verdadero nombre? — dijo. — ¡Es Wyoming!...

—¡Veremos! — exclamó Roberto.

—¿Tú que sabes?...

—¡Oh! ¡Yo sé todo!...

—¿Tú?

—Sí, yo... Tengo una manera de interrogar a mis amigos que me dicen todo lo que les pregunto.

Wyoming golpeó el suelo con el pie:

—¡Te vanaglorias!

Los dos hombres, uno frente al otro se desafiaron con el gesto y la mirada.

Los dedos del profesor se crisparon de rabia. ¡Ah! Con que gusto hubiera estrangulado a ese maldito mendigo que trastornaba su existencia y desbarataba sus planes!...

Pero se le ocurrió de pronto una idea maquiavélica y recobró el dominio sobre sí mismo.

—¡Bueno! ¡Roberto! — dijo. — veo que estamos hechos para entendernos. Tú tienes argumentos a los cuales no se resiste... ¡Bien, sea! Acepto lo que me propusiste hace un rato... Primero ¿me juras que en este momento Magdalena Gattet ignora donde está su novio, su ex novio, y si vive aún?

—¡Te lo juro!

—¡Bien! — Voy a devolverte a Jean Martinier... No te garantizo que el pobre muchacho esté en muy buen estado. Temo que haya tenido una fuerte conmoción y que quede resentido para toda la vida. Yo no tengo la culpa!... He hecho lo que he podido para darle aquí todos los cuidados posibles. Voy a ordener que lo traigan... ¡Podrá irse contigo!

Una mirada siniestra brilló en los ojos de Wyoming. Tocó un timbre. Apareció Rao.

—Ve a buscar al joven a su cuarto — ordenó — y ayúdalo a vestirse ¡se va!

Transcurrieron diez minutos. Diez minutos durante los cuales ni Wyoming. ni Roberto cambiaron una palabra.

pibes
"el Gorrion"
es para vosotros
10 cts
24 PAGINAS
multicolores
LEALO TODOS LOS MIERCOLES
LA MEJOR REVISTA SEMANAL DE HISTORIETAS
CONCURSOS CON VALIOSOS PREMIOS
BICICLETAS MONOPATINES EQUIPOS DE FOOT-BALL ETC

Parecía que todo había sido dicho, que un abismo infranqueable se había abierto para siempre entre ellos.

El anciano profesor, inmóvil, las manos en los bolsillos de su pijama, miraba a Roberto de pies a cabeza y parecía querer penetrarlo hasta el alma para tratar de descubrir su verdadera personalidad.

El mendigo, con las manos detrás de la espalda, parecía interesarse vivamente por los libros de la biblioteca, pero no perdía de vista la silueta de Wyoming tan estremecida, tan tensa, que pensó:

¡No! no arriesgo nada... Si tuviera un revólver en el bolsillo "ya" hubiera tirado sobre mí.

Al fin se abrió la puerta y apareció Jean Martinier seguido de Rao.

El joven vestía un pantalón azul y su saco de cuero, llevaba en la mano el violín que Wyoming le había dado para alegrar sus horas de desventura.

—¡No ha querido dejarlo! — balbuceó Rao.

—¡Idea de desequilibrado!... ¡Que lo lleve!... ¡No tiene importancia!...

Roberto, con los ojos agrandados por la sorpresa no podía apartar los ojos de ese despojo humano que le presentaban.

No era ya el joven robusto que había conocido el invierno anterior. Ahora con la espalda encorvada, el pecho hundido, los cabellos demasiado largos, una barba hirsuta, los ojos de mirar vago, Jean Martinier daba la idea de esos pobres locos que se ven a veces en las casas de alienados

Ninguna expresión en su rostro, ningún reflejo en su mirada. Parecía completamente extraño a lo que ocurría a su alrededor y no parecía notar la presencia de Roberto.

Al verlo, el mendigo no pudo retener una exclamación de piedad.

—¡Ya ve lo que hace de un hombre sano y vigoroso un accidente de motocicleta! Su estado ha empeorado ahora Seguramente tiene algún centro nervioso atacado... ¡Pobre muchacho!...

—Haz al menos la caridad de no hablar de su estado delante de él! — protestó Roberto.

—¿Y qué? — dijo el profesor. — ¿Crees tú que entiende una palabra de lo que digo?

—¡Vamos! — dijo el mendigo.

Y se volvió hacia el profesor.

—¡Lo que se ha prometido se mantiene! ¡Adiós'

—Rao — ordenó Wyoming — acompáñalos...

Pero con un gesto imperceptible le hizo señas de que se quedara.

El sirviente hindú se colocó a un lado para dejar pasar a Roberto y a su compañero y se inclinó del lado de su amo.

—Acompáñalos solo hasta la puerta de la casa, — le dijo en voz baja — ...cuando estén fuera entra rápido y cierra detrás tuyo.

Una vez solo, Wyoming se echó a reir con una carcajada siniestra.

—¡Qué viejo ingenuo! — exclamó. — ¡Si crees una palabra de lo que te he prometido! Primero, tu no saldrías tan fácilmente de la Paroliere!...

Y abriendo la puerta que ponía en comunicación su pieza y la biblioteca, se precipitó hacia el tapiz que cubría la pared a la cabecera de su cama, tomó la cadena que estaba detrás y tiró con todas sus fuerzas.

Era, como se recordará, la cadena que abría automáticamente la jaula de la pantera negra y la puerta del pabellón donde está estaba encerrada.

—¡Ve mi bella Bagheera! — rugió. — ¡Es de ti de quien espero mi venganza!...

Roberto, dando el brazo a Jean Martinier, quedó bastante asombrado, cuando, llegados a la puerta del vestíbulo vió que el sirviente hindú les dejaba el paso. Pero él se quedó adentro, y cerró bruscamente la puerta.

—¡Qué manera extraña de acompañarnos? — dijo Roberto.

Bajaron los dos la terraza y dieron unos pasos por la avenida que conducía a la puerta de la propiedad.

De pronto un rugido formidable los dejó clavados en el suelo. Era un grito de fiera, un aullido de carnicero que hizo volar los pájaros que estaban sobre los árboles, y despertó bruscamente los ecos del parque.

—¿Qué pasa? — balbuceó Roberto lívido de espanto.

—¡La pantera negra! — contestó Jean.

—¡Estamos perdidos! — gimió el mendigo.

La fiera estaba evidentemente en libertad. Aun no se la veía, pero se oía su paso, en las ramas rotas y en el roce de las hojas.

De pronto, a unos treinta metros de ellos arrastrándose, como un gato enorme, vieron al animal, todo negro, sobre la verdura del césped.

Volvía la cabeza a derecha e izquierda, olfateando el aire, dejando pasar entre sus blancos dientes, una lengua roja.

Bagheera acababa de verlos y, suavemente, con los ojos ardientes y las fauces abiertas, como saboreando por adelantado el manjar con que se iba a regalar. Se acercó a ellos, lentamente con un movimiento corto y nervioso.

Jean abrió lentamente la caja del violín, la colocó en el suelo tomó el arco del instrumento, se aseguró de que las cuatro cuerdas estaban en perfecto estado y se puso a tocar.

—¡No se aleje de mí! — dijo a Roberto, — ¡Y vamos despacio hasta la puerta!

Roberto miró a su compañero con aire de conmiseración. Decididamente, solo un desequilibrado podía tener la extraña idea de tocar el violín para preservarse del furor de una pantera.

Pero, con gran sorpresa, vió que el animal, desde las primeras notas se había echado y con la cabeza entre las patas de adelante parecía escuchar.

—¡Pero no parece tan loco! — murmuró el mendigo caminando lentamente, seguido de Jean, hacia la puerta.

Súbitamente se oyó que una ventana se abría, y una forma blanca apareció en ella.

Era Irene que, asombrada de oír el violín después de tanto tiempo, miraba hacia el parque.

Cuando vió al joven y a Roberto uno al lado de otro, comprendió que algo extraordi-

nario había ocurrido en la Paroliere.

La melodía del instrumento y la presencia de Bagheera, atenta, encantada le hizo comprender. Se dió cuenta de la felonía maquiavélica de Wyoming, lanzando la fiera sobre Jean en el momento en que, en compañía de Roberto, que había ido a buscarlo, se aprestaba a recobrar la libertad de la que estaba hacía largos meses privado.

Felizmente Jean Martinier se había acordado de la famosa noche de la "Canción de cuna de los Elefantes", que había tocado al violín en el parque y que Bagheera había quedado tan dormida que Rao la creyó muerta.

Y ahora, Jean, comprendiendo la siniestra traición de Wyoming, se encaminaba, paso a paso hacia la salida, hacia la libertad, hacia la vida.

—¡Adiós Jean! — gritó Irene al joven agitando la mano.

Jean no pudo contestarle más que clavando en ella su mirada de agradecimiento.

Tuvo una dolorosa sacudida en el corazón. Dejar la Paroliere le daba una alegría inmensa, pero dejar a la señora Valmont, le empañaba casi por completo esa alegría.

Se puso a tocar su mas conmovedora, su más nostálgica melodía, y, retrocediendo lentamente, se la dedicó con toda su alma.

Cerca de él, Roberto, ante la radiante aparición de Irene en la ventana, lloraba silensiosamente sin pensar en disimular sus lágrimas.

En medio del césped, la pantera negra, parecía dormir.

Llegaron a la verja.

Allí, estaba el camino solitario, lleno de sol, perfumado de olor a heno...

Franquearon rápidamente el umbral de esa propiedad maldita y se hallaron fuera.

Estaban libres... Se alejaron rápidamente.

Capítulo XXI

LA CARTA MISTERIOSA

El ruido seco que produjo la puerta de hierro de la propiedad cuando se cerró bruscamente detrás de los dos hombres, repercutió dolorosamente en el corazón de Irene.

Dejó con pena la ventana de su cuarto, se dejó caer sobre un sillón y con la cara apoyada sobre las manos, los codos sobre las rodillas se puso a soñar melancólicamente.

Del fondo de su alma se elevó una plegaria de agradecimiento hacia aquel que había impedido que se cumpliera el último crimen de Wyoming.

Si Jean no hubiera tenido la idea de llevarse el violín quien sabe qué hubiera sido de él y de Roberto. La fiera hubiera saltado sobre ellos y los hubiera destrozado sin piedad alguna.

"Entonces — pensó — Wyoming es un hombre capaz, si no de matar por su propia mano, al menos permitir un crimen infinitamente más monstruoso.

"He sido lo suficientemente loca para cometer un día, la irreparable falta de dejarme aprisionar entre las garras de ese monstruo!...

"Sí, he sido loca de imaginar que el alma errante de mi pobre Henry, no tendría reposo si yo no permanecía joven y bella!...

"¿De qué ha servido el culto que le he dedicado, desde el día en que me dejó tan trágicamente?...

"¿De que han servido mis lágrimas, mi duelo, todo lo que he hecho, en recuerdo de él?

"¿Acaso me aprueba desde el más allá donde se halla? ¿Me ve acaso?...

¿O sólo se ha transformado en polvo insensible?... ¡Ahí está quizá el gran secreto de la felicidad!...

Un ligero roce contra la puerta de su pieza la arrancó a sus amargas reflexiones.

Se levantó bruscamente y fué a abrir. En la obscuridad del corredor, vió la túnica blanca de Rao que se alejaba.

—¡Rao! — llamó a media voz.

El hindú se volvió y se inclinó ante ella.

—¿Deseas algo, mi ama? — preguntó.

—Sí, hablarte, entra...

Rao siguió a Irene a su cuarto.

—?Eras tú quien estaba detrás de la puerta?

—¡Sí, mi ama!

—¿Me espiabas?

—No, sacaba el cerrojo, para dejarte libre.

—¿Me habías encerrado?

—Sí, por orden de mi amo... a causa de Bagheera.

—¿Qué pasó Rao?... ¡Cuéntame... quiero saber!

—Cuando fuí a avisar al joven que lo venían a buscar, que estaba libre, — contestó Rao — no sé que presentimiento atravesó mi espíritu, pero tuve la sensación de que iba a correr un peligro!... Sobre la mesa, el violín dormía en su caja. El fué hacia la caja, la abrió y lo miró con aire tan desesperado que me dió pena.

—¡Llévelo! — le dije sin saber por qué.

Y en ese momento me acordé de esa noche de primavera en que el joven tocó en el parque, unas melodías tan conmovedoras, en que parecían contar toda la melancolía de la selva; esa noche en que hallé a Bagheera inmóvil, como muerta. En ese momento descubrí la causa del anonadamiento de la fiera; era el violín de Jean Martinier.

—¿Qué trampa tendrá mi amo contra este joven para dejarlo así en libertad?

E, impulsado por una fuerza desconocida, le puse entre las manos la caja del violín, repitiéndole con voz suplicante, esta vez:

—¡Llévelo!...

Irene unió las manos.

—Es pues gracias a tí, Rao — exclamó. — ¡Si Jean y su compañero han partido sanos y salvos!... ¡Gracias, gracias! Si supieras que feliz me siento. ¡Feliz y angustiada a la vez!... ¡Estoy ahora tan inquieta por esa partida inesperada!...

—Te equivocas — le dijo el sirviente hindú. — Jean no corre ningún peligro, puesto que ha franqueado sin obstáculos la puerta de esta casa.

El rostro de la señora Valmont se ensombreció.

—¡Me parece tan extraña la mansedumbre de Wyoming! — suspiró. — ¡Pero dime, Rao! ¿sabes tú en nombre de quien, Roberto

el mendigo, vino a buscarlo? ¿Cómo es que ese desiquilibrado, ese pobre hombre a quién toda mi vida he conocido un poco desiquilibrado ha logrado convencer a Wyoming de que libertara a Jean?

El hindú elevó los ojos al cielo.

—Dices mi ama, que has conocido a ese hombre, un poco desiquilibrado. Yo, no he tenido necesidad de observar su mirada más de diez segundos para darme cuenta de que es un ser formidable. Debe tener una fuerza de voluntad enorme. ¿Estás segura de que es el mismo que tú has conocido antes?

—Nó hay dos Robertos, Rao... Ha envejecido, eso es todo.

—En todo caso, o mucho me equivoco, o mi amo tiene miedo.

—¡Ah! ¡Rao, Rao! — exclamó Irene. — Si supieras que angustia me tortura desde que Jean se fué!... Me apena mucho separarme de ese joven!...

El acento de Irene éra tan conmovedor que Rao apretó los puños.

—¡Cuanto lo qúieres, mi ama! — balbuceó.

La señora Valmont no pudo dejar de sonreir.

—No, tranquilízate Rao — afirmó. — ¡Quiero a Jean como a un hijo, eso es todo! Después de las terribles desgracias que me han herido, es la primera amistad verdadera que he hallado y he sentido. Pero temo que Wyoming...

Piensa en su cólera al ver que Bagheera no hizo lo que él esperaba de ella y se negó, inconscientemente a ser el instrumento salvaje de su venganza!... ¿Lo has visto después?... ¿Que ha dicho?

—Nada mi ama. Se encogió de hombros y a latigazos hizo entrar a la pantera en la jaula. Es la primera vez que le pega... Luego, se arrojó sobre el diván de su biblioteca y me pidió sus instrumentos de fumador de opio... Ahora, parece un cadáver. ¡Si tú lo vieras!... Es espantoso... Esa droga le matará pronto, como ha matado a otros... Entonces, tú estarás libre y podrás irte, mi ama.

—No quiero esperar a que Wyoming muera para irme — declaró Irene con voz fuerte. — Quiero irme en seguida... quiero...

El hindú la miró con piedad:

—Con el amo — dijo. — jamás hay que decir "¡Yo quiero!"

—¿Qué quieres decir?

—Digo que el amo temerá que tú reveles lo que ha ocurrido aquí.

—¿No ha dejado partir a Jean y a Roberto?

—Tiene seguramente contra ellos, armas terribles, y "sabe" que ellos no dirán nada. Pero a ti, no te dejará partir.

—¡Es lo que veremos! — exclamó Irene.

....

Wyoming dejó caer el brazo a lo largo del diván.

Sentía el cerebro vacío. En su pecho el corazón latía a golpes irregulares.

Con gesto cansado se secó el sudor que cubría su rostro.

Rao, como un fantasma, apareció inmóvil, en la puerta de la biblioteca.

—Abre todas las ventanas — le ordenó — y tráeme un vaso de gin, puro.

El hindú obedeció sin decir una palabra.

—Ahora, dame el brazo, Rao, — le dijo — y ayúdame a caminar hasta mi escritorio. ¡Ahora, déjame!

Cuando estuvo ante su escritorio. Wyoming tomó una carta que estaba escribiendo cuando Roberto se había hecho anunciar.

—¿Por dónde estaba? — balbuceó. — Con lo que acaba de pasar y la partida de Jean esta carta debe ser llevada antes de la noche a su destinatario.

Leyó la carta.

De vez en cuando, movía la cabeza como aprobando lo que leía.

Luego sin transición tomó su lapicera y siguió con mano nerviosa, sin tratar de buscar las palabras, como si se tratara de una simple copia.

Por fin colocó debajo del documento su firma.

En el sobre escribió:

Señor Procurador de la República
el Palacio de Justicia

Saint Etienne

Después de leer una vez más la larga carta, Wyoming se levantó, abrió una de las numerosas puertas de su biblioteca sobre cuyos estantes se alineaban viejos volúmenes todos iguales. Apoyó la mano contra el lomo de uno de los libros. Una vez sacado el lomo quedó al descubierto un botón de metal que al apretarlo separó todo un panel de la pared.

Detrás de éste estaba la caja de hierro.

Wyoming combinó las cifras y con una llave muy pequeña pero complicada, abrió la pesada puerta.

De uno de los estantes sacó una cajita de metal y de ésta una objeto brillante, al borde de una cadena de oro, lo envolvió en papel de seda y luego cerró el cofre, el panel y la biblioteca, y volviendo a su escritorio, guardó el objeto dentro del sobre preparado.

—¡Ya está! — murmuró — lo que dentro de veinte y cuatro horas se llamará un golpe teatral!...

Acababa apenas de cerrar la carta, cuando dos golpes dados a la puerta le hicieron estremecer.

—¡Entre! — exclamó de mal humor.

Irene apareció por la puerta abierta.

Mientras la señora Valmont avanzaba, el profesor tomó la carta y la colocó con la dirección hacia abajo sobre su carpeta.

—¿Qué desea, señora? — preguntó Wyoming.

—Usted ha dejado ir a Jean Martinier — contestó Irene — permítame que le dé las gracias.

—¡Oh no tiene por qué! — sonrió el opiómano.

—En el estado en que se halla, me he dado cuenta que no podía hacer nada más para curarlo y que no había ninguna razón para retenerlo en la Paroliere.

—Sin embargo contó usted con Bagheera para librarse de él y su compañero! — exclamó la señora Valmont con voz cortante.

Wyoming elevó los bravos al cielo.

—¿Qué se imagina usted? — exclamó — Hacía un día tan sofocante que tuve lástima de mi pantera y me imaginé que un poco de libertad en el parque le haría bien. En ese momento, los creía muy lejos a ambos. ¿No se habían ido todavía?

El aspecto falso del profesor al sostener esa mentira, hizo saltar de indignación a Irene Valmont.

—¡Ah! ¡No se haga el inocente, señor! — exclamó con rabia. — ¡La hipótesis que usted sostiene es inadmisible! ¿Sabe usted como se llama la actitud que usted tomó hace un rato?... ¡Un asesinato! ni más ni menos... ¡Es usted un infame Wyoming, un bandido, un asesino! ¡Ah! ¡había combinado usted bien su mala acción!... ¡Felizmente, el Destino hizo fracasar su plan!

—Irene ¡ por favor, cálmese! — balbuceó Wyoming levantándose y dirigiéndose hacia la mujer con las manos temblorosas, la mirada vaga...

—¡No se acerque! — exclamó ésta — ¡me da usted horror!... No quiero quedarme aquí ni un día más!... Me voy, abandono todo ¿qué me importa ser joven, ser bella? Si le debo dinero, dígalo, mi fortuna me permite pagarle lo que usted quiera, por los cuidados que usted me dió y la pensión que he tomado en su maldita casa ¡No quiero deberle nada!...

Irene dió un paso hacia la puerta, pero Wyoming, bruscamente le cerró el paso.

—¡No te irás! — rugió entre dientes.

—¡Me iré dentro de una hora! — exclamó Irene. — ¡Vamos! ¡Basta de comedia! ¡Déjeme pasar!

—¡No te irás! — repitió Wyoming.

Irene estalló en una risa nerviosa.

—¿Tanto miedo tiene de que hable? — le dijo.

El profesor sacudió la cabeza con energía.

—¡No! Tú no te irás, primero porque "yo no quiero"; luego porque no puedo estar sin tí, lo mismo que sin esta infame droga! y con un gesto señaló sus objetos de fumador de opio.

—¡No me importa! — contestó Irene.

Wyoming con los ojos fuera de las órbitas, la boca torcida por un gesto horrible la tomó de las muñecas.

—¡No quieres pues, que te ame! — le dijo.

Irene tuvo un movimiento instintivo de retroceso al oír eso y trató de librarse. Pero el opiómano apretó más aún sus dedos.

—¡Déjeme! — exclamó ella. — ¡Déjeme que me lastima!...

—¡Ah! ¿Con que jamás habías notado que te amaba? — balbuceó Wyoming en un estado de exaltación horrible. — ¡Tú la más bella de todas las mujeres! ¡Tú a quien he devuelto sus veinte años!... ¡Bien! Desde que te veo ahí, estremecida de cólera, te amo más aún... Te amo más que nunca. ¡Si pudieras verte!... ¡Eres espléndida!... Tu belleza es mi obra. Yo la he hecho, como el escultor moldea su arcilla... ¿Y quieres tú que por un simple capricho deje yo que ocurra lo irreparable? ¿Que te deje partir para que en pocos días se destruya mi trabajo de largos meses, y muera mi amor de largos años?... Pues tú no sabes que te amo desde... desde...

Esas palabras se ahogaron en su garganta como si se ahogara.

—¡Usted está loco! — murmuró Irene.

—¡Sí, loco por ti! — siguió Wyoming. — Por eso es que no quiero que partas, porque quiero eternizar mi obra... quiero que acabado mi tratamiento, tu belleza persista hasta que... hasta que yo no sea más que un cadáver!

—¡Déjeme! ¡Déjeme! — balbuceó Irene — ¡Quiero irme y me iré!

—No — rugió Wyoming. — Desde ahora Bagheera estará día y noche en el parque. ¿Te expondrás a morir destrozada por sus garras?

Dejó a Irene y quedó ante ella desafiándola con la mirada.

—¡Miserable! — exclamó la pobre mujer frotándose los puños doloridos.

—¡Ahora, estás advertida! — siguió Wyoming triunfante. — A partir de hoy, eres mi prisionera... Rao velará sobre ti, como ha velado sobre Jean...

Irene bajó la cabeza. En medio de su desesperación, el nombre de Rao acababa de brillar como un faro en las tinieblas.

¿Quién sabe? Quizá Rao lograría un día hacerla huir. Mientras, le importaba ante todo, apaciguar la exaltación de Wyoming, calmar su fiebre, pues era realmente un loco el hombre que estaba ante ella, con los ojos inyectados en sangre, los labios torcidos, en cuyas comisuras salía una especie de baba, y todo el cuerpo disecado por la droga, presa de un temblor espasmódico...

—¡No me mire con cólera! — dijo sollozando. — ¡Seré sumisa y no trataré de huir! Esta escena me ha aniquilado. Déjeme pasar... No puedo estar más de pie... quiero ir a mi habitación a reponerme...

Wyoming pareció emocionado.

—Sí — replicó calmado — concibo que estés fatigada, Irene. Pero antes hagamos nuestro pacto de alianza, bésame y podrás retirarte.

—¡Ah, eso jamás! — exclamó la pobre mujer.

Wyoming tuvo una sonrisa siniestra. ¿Qué defensa podía oponerle esa víctima que temblaba con todos sus miembros y cuyas piernas a penas podían sostenerla?

Tomó de nuevo a la señora Valmont de las muñecas y haciéndola dar vuelta la obligó a sentarse sobre el diván.

Ya Irene, veía con horror el rostro de Wyoming acercarse al suyo. De pronto, la imagen del sirviente le atravesó el espíritu y llamó desesperada:

—¡Rao!... ¡Rao!...

Se abrió la puerta. El turbante y la túnica del servidor, fueron manchas de luz en la oscuridad del corredor.

Wyoming sorprendido había dejado su presa.

Irene se puso de pie, dirigió a Rao una mirada de infinito reconocimiento, y comprendiendo qué graves consecuencias podían surgir a causa de ella para el adicto sirviente le dijo con una voz que se esforzó en hacer natural:

—Me he sentido mal de pronto, Rao. —

Creí que iba a desvanecerme. Tu amo me dejó sobre el diván ¿quieres ayudarme a subir a mi cuarto? ¿Me permite? — añadió dirigiendo una mirada a Wyoming.

Este hizo un gesto, accediendo.

—Cuando la señora Valmont esté en su cuerto, baja — le dijo — tengo necesidad de ti.

Irene salió vacilante de la biblioteca, apoyada en el brazo de Rao.

Enseguida Wyoming se precipitó a la puerta cerrada, la entreabrió con precaución y prestó atención para escuchar si no se cambiaban palabras entre Irene y su sirviente.

No oyó más que el ruido regular de sus pasos, primero en el corredor, luego en la escalera, después el roce de una puerta que se abre, el golpe de la puerta que se cierra y los pasos ligeros de Rao que bajaba a toda prisa la escalera.

Le entregó la carta.

—¡Esta carta en seguida a Saint Etienne, al procurador de la República! — ordenó

Rao dirigió una mirada a su interlocutor.

—Es domingo, mi amo, — objetó — no hay nadie en el Palacio.

—¡Diablo!... — exclamó Wyoming.

Luego:

—¡No importa! Pregunta al portero del Palacio de Justicia la dirección del procurador y ve a su casa a dejar la carta en sus manos.

Wyoming cerró tras el hindú la puerta de la biblioteca y agotado por la escena que acababa de tener con Irene, se extendió sin fuerzas sobre el diván y se durmió.

Cuando Rao subió a su cuarto vió a Irene cuyo rostro angustiado lo miraba desde la puerta entreabierta.

Le hizo señas para que entrara.

—¡Tu amo está loco! — balbuceó nerviosamente. — He debido llamarte. ¡Felizmente me has oído!

—Escuchaba detrás de la puerta — confesó Rao — ¡Sospechaba lo que iba a pasar!... ¡Hubiera entrado lo mismo aunque no me llamaras!

—¿Para quien es la carta que tienes en la mano? — preguntó ella.

Rao le tendió el sobre. Irene quedó pensativa después de leer la dirección.

"¿Qué puede tener Wyoming, con el procurador de la República? — pensó. — ¿Por qué envía esa carta en seguida de la partida de Jean?... Con tal que no sea una nueva maquinación contra él!... ¿qué celada tenderá ahora al pobre muchacho?...

La pobre mujer sintió de pronto la necesidad irresistible de proteger aunque fuera de lejos a Jean Martinier.

Tuvo miedo que le ocurriera algo por su culpa y quiso conocer el contenido de la misteriosa carta.

Tendió la mano al sirviente:

—¡Dame la carta, Rao! — imploró. — Te la devolveré dentro de un cuarto de hora, el tiempo de saber si no encierra nada que pueda perjudicar a Jean Martinier.

—¿Crees, mi ama, que Jean puede estar aun amenazado? — preguntó Rao.

—Es para darme cuenta que te pido que me confíes esa carta un momento.

—¡Toma! — que se haga como tú quieras. ¡He aquí la carta!... La tomaré cuando baje..

Una vez sola, Irene dió vueltas la carta entre sus manos. Pero, en el momento de abrir el sobre tuvo un escrúpulo.

Era la primera vez en su vida que leería una carta que no iba dirigida a ella.

—¡No! — murmuró. — No tengo derecho a abrirla, a pesar de todo. Estaría mal.

Un combate terrible se libró en ella. ¿Si Jean, a causa de ese papel, corriera un peligro?

De pronto tuvo una idea luminosa.

Se precipitó a su caja de papel de carta, eligió un sobre igual al que había utilizado Wyoming y puso dentro algunas hojas de papel blanco, lo guardó y escribió la dirección imitando la letra de Wyoming.

Era tiempo; Rao llamaba a la puerta.

Estaba vestido a la europea. Quedó de pie en el umbral.

—¡Nada grave! — dijo Irene dándole la nueva carta. — Puedes llevarla sin temor.

—¡Gracias! — dijo Rao sonriendo.

Y desapareció rápidamente.

—¡Uf! — exclamó la señora Valmont una vez sola. — ¿Qué hago con esta carta? ¡Todo me dice que debo destruírla!... Si hago bien Dios me perdonará; si hago mal, creo que El me perdonará...

Un fósforo brilló entre sus dedos. Encendió una bujía y arrimó el sobre misterioso a la llama.

Lentamente. el papel se consumió.

De pronto, el objeto de metal que Wyoming había guardado cayó al suelo.

Aunque sorprendida, Irene dejó quemar hasta el fin lo que quedaba de la carta y arrojó las cenizas al hogar de la chimenea. Después se agachó a recoger el objeto misterioso que brillaba a sus pies.

Era una medalla de oro, finamente cincelada.

Irene la miró. Una inscripción en el reverso atrajo su atención.

Apenas había leída ésta, se puso lívida. Los dedos temblaban y las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Con un gesto lento y casi religioso, se llevó la medalla a sus labios y depositó en ella un beso tan largo, tan ferviente, tan apasionado, que pareció desfallecer.

De pronto se apoderó de ella un vértigo terrible. Tuvo que apoyarse contra la mesa para no caer.

Un frasco de agua de Colonia estaba a su alcance, se mojó las sienes.

Entonces, se sintió mejor, se precipitó a su caja de papel de cartas, tomó una hoja y escribió estas palabras:

"¡Jean... socorro!"

(Continuará)

Lea en este número de "PUCKY"

EL TESORO DE LA ISLA DEL MUERTO

Condenado a la Isla del Diablo

Por G. H. TEED

(Conclusión)

LA fuerza del nuevo encuentro los llevó, a través de la azotea hacia el bajo pretil. Allí lucharon, moviéndose de un lado a otro, resuelto cada uno de ellos a aprovechar el menor descuido de su adversario.

Fué el peso de Martinel que los llevó aún más cerca del pretil. Luego el pie de Blake resbaló, mientras luchaba para echar hacia atrás al otro. Sintió que sus pantorrillas pegaban contra el borde de piedra, que las rodillas se le doblaban y que el peso de Martinel lo empujaba más y más. Luego cayó por el borde del pretil, siempre abrazado a su enemigo.

Le pareció a Blake que daban vueltas y vueltas, como una rueda de Santa Catalina, antes de caer al agua. En verdad sólo dieron media vuelta antes de tocar la superficie del río. Antes de desaparecer debajo del agua sintió Blake un golpe terrible en un brazo; luego empezó a bajar, a bajar.

Sintió a Martinel inerte en sus brazos. Mientras luchaba para llegar a la superficie, agarró al hombre por el cuello del saco y así braceó para salir a flote. Al llegar a la superficie hallóse junto al bote. Aunque semi inconsciente, logró agarrarse a la borda y sostenerse allí. Oyó que alguien lo llamaba por su nombre; pero no lo veía.

Luego una ola de obscuridad descendió sobre él y no supo más. Sin embargo, pocos momentos después, cuando lo agarró el inspector Botta, todavía tenía a Martinel sujeto por el cuello del saco. Aunque Blake hubiese muerto, no lo hubiera soltado.

Volvió en sí al hacerlo tragar algo fuerte. Se encontró sentado en el bote y vió a Thibaud inclinado sobre él. Su primer cuidado fué preguntar por Martinel.

—Está bien, mon ami — lo tranquilizó Thibaud. — Debe haber pegado contra la borda del bote al caer; pero vivirá para cumplir una larga sentencia. Es usted quien nos preocupa.

—Yo estaré bien en seguida. ¿Y los otros?

—A la mujer, Sofía Beautemps, la encontramos sentada en una de las habitaciones fumando un cigarrillo, tan fresca como si estuviera en la terraza de un café — dijo Thibaud. — El otro tipo, el apache, fué muerto. Encontramos también a la Cachel, sin conocimiento. La han llevado al hospital.

—Entonces — murmuró Blake — este es el fin de la banda de Martinel.

VIII

A LA ISLA DEL DIABLO

Cerca del puerto vizcaíno de la Rochelle, en el departamento de Charente Inferior, está la pequeña población de St. Martín de Re. Es el puerto más triste de Francia. De él, dos veces por año, sale cierto buque que es el único de su clase en el mundo: La Martiniere.

Lo que en un vapor común sería la bodega, está ocupado por cuatro grandes jaulas, con barrotes de acero. Detrás de los barrotes, amontonados por cientos, como ganado, encadenados unos a otros, como perros, hay hombres. La Martiniere es un barco de penados y su cargamento humano se destina a las selvas y pantanos de la Isla del Diablo. Entre las jaulas patrullan guardianes armados y atentos a la menor señal de insubordinación.

Condenado a la isla...

Tubos de hierro, atravesados aquí y allá por pequeños agujeros, corren por todas las jaulas, como los caños de calefacción o los aparatos contra incendios.

Pero no forman parte de ningún sistema benéfico. El vapor que por ellos pasa, en caso de alarma, saldría por los agujeros en chorros calientes y formaría una terrible y mortal nube. El sólo pensamiento de ese vapor, que arrancaría la carne de sus huesos, consigue más para malograr cualquier pensamiento de motín en el ganado humano de la Martiniere que las armas de fuego.

La Rochelle, esa pequeña ciudad última tierra francesa que pisan esos deshechos de la sociedad, es en sus mejores momentos, un sitio bastante triste; pero cuando el cielo está gris y llovizna, coincidiendo el mal tiempo con la partida de los penados, el ambiente de tragedia es doblemente impresionante.

Eran apenas las siete de la mañana, como poco más de dos meses después de la última pelea entre Sexton Blake y Luis Martinel. Las ventanas de las casas, lisas, chatas, tenían sus postigos de madera todavía cerrados. Entre la vaga cortina de la lluvia se divisaba el barco de los convictos, anclado en la Babía.

Lea en este número de PUCKY el principio de

LOS SECRETOS DE UNA GRAN CIUDAD

Sensacional romance de aventura, de intriga, de sacrificio y de heroismo escrito por

HAL SIDNEY

el celebrado autor de

"Detrás de la puerta cerrada"

Mismo bajo el alero de las casas inmediatas al muelle, con su puente y obra superior a nivel de los guijarros, estaba el transporte Pierre Labordere, un gran remolcador en circunstancias comunes. Pero en ésta y otras igualmente melancólicas ocasiones servía para transportar los penados desde la costa hasta el barco. Los condenados eran unos trescientos, destinados a morir en vida, a hacer un viaje del que sólo por milagrosa excepción, uno o dos quizá volverían.

Poco después en el muelle desierto se oyó un ruido distante, los pasos de muchos hombres. Uno o dos espectadores, que se protegían en los portales de la llovizna, miraron en la dirección de donde procedía el sonido. Dando vuelta la esquina apareció una sombría procesión, una línea de guardias con cascos de acero. La luz gris arrancaba opacos reflejos a las bayonetas y alguno que otro a las correas de cuero y bolsas de municiones, mojadas por la lluvia.

Luego, amontonados desordenadamente, aparecieron los convictos.

Vestidos de cualquier modo, abatidos e indiferentes, caminaban ya como bajo el peso de su inevitable destino. Se les miraba con curiosidad impersonal, como si fueran seres extraños, de otro mundo. La mayor parte de ellos estaban cubiertos con toscas chaquetas de lona, una prenda de la prisión, que era lo único que les servía de uniforme.

El resto estaba vestido, al parecer, con las ropas que usaban cuando eran hombres libres y que habían resistido a la situación actual. Algunos llevaban gorras, sucios sombreros de fieltro; uno o dos, abolladas o incongruentes galeras. La mayor parte cargaban fardos donde tenían sus escasas posesiones; otros llevaban las frazadas a la bandolera.

No había necesidad de proveerlos de ropas costosas; no las iban a necesitar adonde iban.

A despecho de su condena, no todos iban tristes. La mayor parte trataban de mostrarse animados ante su destino. En algunas caras había esa expresión dura de las bestias humanas, que no conocen emociones; otros se mostraban francamente abatidos. Había quienes habían delinquido gravemente por primera vez y aparecían avergonzados o miraban furtivamente a los espectadores, como con temor de ser reconocidos. En varios rostros se veían sonrisas fijas, forzadas o irresponsables, de malhechores degradados cuya degenerada vanidad los hacía sentirse personajes importantes en aquella escena. Se creían blanco del interés de los demás.

Mientras la trágica procesión avanzaba, Sexton Blake buscaba a un hombre y cuando lo encontró sorprendióle su aspecto.

El detective estaba parado, dando la espalda hacia las casas, junto al transporte. Era una posición privilegiada que compartía con algunos miembros de la policía local. Los espectadores que marchaban al costado de la procesión se habían ahora detenido a alguna distancia, en el muelle.

Blake, provisto de una tarjeta de monsieur Thibaud, se había presentado la noche antes al comisario local. No era un deseo de venganza que lo impulsaba a querer presenciar la partida del antiguo enemigo de Roxane, si no más bien curiosidad por saber como soportaba Martinel su castigo.

Blake sentía que sólo la expresión de sus ojos lo convencería de que había llegado el fin de la lucha.

Así, pués, pasó la noche en la policía y ahora estaba parado, subido el cuello de su impermeable, mirando por debajo del ala caída de su sombrero empapado de lluvia, a la masa de penados que empezaban a subir la planchada del Pierre Labordere. Fué entonces que vió a Luis Martinel: Iba en medio de un gran grupo, que se había detenido mientras los primeros subían la planchada. El aspecto de Luis Martinel no revelaba el menor abatimiento. No se había quebrantado su ánimo y quizá no se quebrantaría jamás. Miraba hacia el mar con ojos duros, a través de las aguas grises, el fantasma aun más gris, entre la llovizna. La Martiniere parecía esperar allí impersonal, silensoso, inescrutable como el destino.

Otros hombres alrededor de Martinel, tropezaban, conversaban o rezongaban en voz baja, aprovechando aquel momento de relajación en la disciplina.

Pero Martinel, con los hombros echados hacia atrás y una expresión de desdén en sus ojos color pizarra, miraba al barco de los convictos. Permanecía aislado, olvidado de los hombres que lo rodeaban y que, de cuando en cuando, lo rozaban con sus fardos, al moverse lentamente el grupo. En aquel momento vió quizá Martinel su carrera en sus justas proporciones y en el buque que lo esperaba, la retribución de su mala vida. Ostentaba en la cabeza un gorro sucio, y la chaqueta de lona era grande hasta para su fuerte cuerpo. Sobre los hombros llevaba enrollada una manta.

Algo, en la intensidad de la mirada de Blake, atrajo la de Martinel. Se dió vuelta con tanta seguridad como si lo hubieran llamado por su nombre; miró directamente a los ojos del hombre que tanto lo había perseguido.

Sus ojos se achicaron. Los labios se apretaron formando una delgada línea que gradualmente se convirtió en sonrisa, en la que había desdén, sarcasmo, tristeza, diversión... de todo un poco.

La fría sonrisa se desvaneció lentamente mientras los músculos de la mandíbula se contráían al apretarse los dientes. Blake sintió la reacción de aquellas emociones; comprendió el poder de dominio de Martinel. Movido por algún impulso indefinible, el detective se quitó la pipa de la boca, enderezóse y devolvió la mirada, como en un silencioso saludo.

Martinel se irguió también. Con los ojos todavía medio cerrados, siguió mirando a Blake, con sonriente desdén. Su mirada parecía decir: "Me has vencido, Blake, me has traído a esto; pero... todavía no estoy muerto".

De pronto se oyó una orden áspera de uno de los guardias que estaban junto a la planchada. Los hombres que rodeaban a Martinel avanzaron, tirando de la cadena que le rodeaba la cintura. El se dió vuelta y los siguió. El hechizo estaba roto.

No había durado más que un instante; pero hubo en la mirada, saludo y despedida. Blake vió a Martinel subir la planchada. Subió a cubierta y se perdió entre el grupo de penados.

Con una apresurada palabra, se despidió Blake de los compañeros que estaban junto a la casa y echó a andar, pensativo, por el muelle hasta que llegó a una puerta encima de la cual se veía un letrero "Aux Pecheurs" Era una fonda, frecuentada principalmente por los pescadores del puerto, un lugar modesto, pero que tenía la ventaja de ofrecer una buena vista del puerto.

Entró Blake por una puerta lateral, esta daba acceso a una escalera, la cual conducía a las habitaciones privadas, encima de la fonda. Llegó al primer piso y vió dos puertas. Llamó a la de la derecha. No obtuvo respuesta; pero al llamar de nuevo oyó dentro un ruido que le hizo prestar atención, luego abrir despacio la puerta y entrar.

Era una habitación típica de semejantes lugares, con muebles ordinarios y chucherías de mal gusto alrededor de las paredes, un gran lecho y una estufa, coronada por feo caño de hierro.

Pero Blake miró hacia la ventana. Los postigos de madera estaban abiertos y la ventana levantada. El cielo plomizo, la parte superior de los mástiles y más allá la masa gris del buque de los convictos, era el cuadro a que formaba marco la abertura.

Medio arrodillada, medio acurrucada junto al antepecho, había una persona que miró a su alrededor, un poco indecisa, al oír moverse el pestillo de la puerta. Era Roxane.

El detective se acercó a ella con rostro serio. Un convencional saludo hubiera estado fuera de lugar.

—¿Lo vió? — preguntóle.

Roxane asintió con la cabeza, en silencio. Blake se acercó más y vió que tenía los ojos llenos de lágrimas.

A través del agua, áspero, raspante, llegó el sonido de la sirena del barco.

Media hora había pasado desde que Blake entró en la habitación de Roxane y juntos habían presenciado las escenas finales del drama que se desarrollaba abajo. El transporte se había alejado del muelle y se deslizaba sobre las aguas, llenas sus cubiertas de penados, parados en montón. Desapareció del otro lado del buque, dando vuelta por la proa. Hubo un intervalo durante el cual la gente que estaba en el muelle se aclaró y dispersó. Luego el transporte volvió a aparecer a popa del otro barco, alejándose río arriba, con sus cubiertas vacías.

La Martiniere había llenado sus bodegas. Para el mundo los convictos eran ahora un recuerdo.

Nuevamente se oyó el áspero sonido de la sirena. Rechinaron cadenas; el ancla fué levantada.

La Martiniere se movió lentamente a impulsos de la marea. Un blanco torbellino de espuma formóse a popa. La hélice funcionaba.

Sexton Blake, arrodillado junto a Roxane, tenía apoyado un brazo en el hombro de la joven. Sintió que el cuerpo de ella se aflojaba, que su cabeza caía en sus brazos, mientras la estremecían profundos sollozos.

Trató Roxane de decir algo; pero ahogóse su voz y escondió la cara con una emoción que no podía contener más. Su cuerpo se estremecía convulsivamente.

—¡Roxane... Roxane!... — murmuró Blake — no tiene que tomar así esto!

El tono de Blake era tierno, como si tratara de consolarla.

—¡No llore Roxane! No tiene nada que reprocharse. Martinel era...

—¡Lo sé! ¡Lo sé! — balbuceó ella al fin. —¡Oh! quisiera que nunca...

Se interrumpió y empezó a sollozar de nuevo, con los blancos brazos cruzados sobre el antepecho de madera y sus cabellos cobrizos mojados por gotas de lluvia.

—No piense en él, Roxane. Ha salido ahora de su vida y ésta será más brillante y más tranquila. El castigo es terrible; pero... pero el mundo está mejor sin ese hombre. Piense en todo lo que le ha hecho... las veces que atentó contra su vida...

Roxane alzó la mirada. Había aún lágrimas en sus ojos; pero movió afirmativamente la cabeza e hizo un valeroso esfuerzo para sonreír, enjugándose los ojos con el pañuelo.

—¡Parece tan cruel... tan cruel... — murmuró.

Juntos miraron al buque que se alejaba. Blake pensaba en Sofía Beautemps. Ella estaba libre. Los jurados franceses son muy clementes cuando de mujeres se trata y Sofía había usado todas sus artes femeninas en el juicio, obteniendo la absolución.

Pero quizá no estaba libre de peligro. Mientras Germaine Cachel no hubiera satisfecho su venganza, Sofía Beautemps tendría que cuidarse.

Todo había terminado, por el momento al menos. El buque que se alejaba llevaba a la Isla del Diablo al implacable enemigo de Roxane y la joven y Blake, miraban juntos como caía el telón sobre el último acto de aquel drama.

FIN

El episodio que sigue y se publicará en breve se titula: LA FUGA DE MARTINEL

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

LÁTIGO NEGRO

DETECTIVE

Por Charles Hutchinson

(Continuación)

PASARON lentos y tensos minutos. De la dirección del bote no llegaba ruido alguno; pero Beefy se dijo, sonriendo, que no había como su jefe para trabajar en silencio. Al fin llegó Beefy a una alta duna, mismo detrás de la cabaña. Allí se detuvo bruscamente.

Los contrabandistas parecían haber terminado su trabajo adentro porque los oyó salir silenciosamente. Tres de ellos echaron a andar hacia la orilla nuevamente; pero el cuarto se quedó conversando, en voz baja, con el hombre que había hecho las señales desde la cabaña. Beefy sacó silenciosamente su pistola.

¿Les habría cortado la retirada Látigo Negro? Los tres hombres se habían alejado ya algunas yardas, charlando y riendo entre sí. ¿Y de qué hablaban los otros dos? Para acercarse más a fin de poder oír, Beefy se arrastró sobre la cima de la duna. Ocurrió un desastre, con tanta rapidez que lo dejó indefenso.

Antes de que pudiera evitarlo, la traicionera duna lo traicionó. La arena movediza se deslizó debajo de sus manos y sus rodillas y lo hizo caer, cabeza abajo, por la pendiente. Desesperadamente procuró agarrarse, mientras rodaba. La pistola se le escapó de la mano. Jadeante, medio ciego, terminó al fin el descenso a pocas yardas de la cabaña.

Después de eso no tuvo oportunidad de levantarse.

Al oír el ruido de la caída, dos fornidas figuras se lanzaron hacia adelante y cayeron sobre él Sujeto bajo el peso de los dos hombres, apenas percibió vagamente el sonido de un grito en la playa. Luego los otros contrabandistas regresaron corriendo y esgrimiendo en sus manos feas navajas.

El ataque por sorpresa había fracasado.

UN MALHECHOR PELIGROSO

Manos fuertes levantaron al muchacho y lo sacudieron hasta dejarlo sin alientos.

Un puñetazo brutal casi lo desnucó. Luego una voz áspera murmuró roncamente:

—¡Pronto... a la cabaña con él!

Impontente para resistirse, Beefy fué metido dentro de la obscura cabaña. Brilló una linterna azul, llenando el interior de luz espectral. El aire olía a alquitrán y pescado salado; dando vuelta repentinamente la cabeza, Beefy divisó viejas redes, un banco y un montón de cajones y fardos, prolijamente acomodados contra la pared. Lo tiraron sobre uno de los fardos y fué rodeado por los contrabandistas, en actitud amenazadora.

Uno de ellos, evidentemente el jefe, dió órdenes en un francés-belga. Era un extranjero alto, de rostro inteligente y resuelto y ojos perspicaces. Se llamaba Jacques Lecout y era uno de los malhechores más audaces e ingeniosos de los bajos fondos de Antwerp.

—Vuelve al bote, Henri; custódialo — ordenó. — Tú, Piet, vigila la puerta.

Sin decir palabra, los dos hombres salieron corriendo. Con el ceño fruncido, el capitán de los contrabandistas, hizo señas al tipo de la linterna y habló de nuevo, esta vez en inglés, con acento extranjero.

—¡Regístralo, Ben!

"Ben" lo hizo rápida y minuciosamente. No encontró armas sobre Beefy, con excepción de un cortaplumas. La pistola de Látigo Negro había quedado enterrada en la arena. Desahogando su decepción con otro puñetazo a Beefy, Ben retrocedió y su jefe se inclinó amenazadoramente sobre el joven cautivo.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

—Julio César — gruñó Beefy. Hervía de rabia ante su torpeza e infortunio; pero exteriormente se mostraba tan sereno y descarado como siempre. Sabía que no pasarían más que pocos minutos antes de que Látigo Negro y Héctor acudieran en su ayuda.

Jacques Lecout debió sospechar algo por el estilo. Su siguiente pregunta fué:

—¿Obras por tu propia cuenta?. —Rápido di la verdad, muchacho. ¡Contesta!

—Yo siempre procedo por mi propia cuenta cuando estoy solo — contestó Beefy con espereza y perfecta verdad. Perplejo y un poco inquieto, el belga lo miró.

—¡Ajá! ¿Conque eres humorista, no? Bueno, inglesito, yo te enseñaré a hacerte el gracioso. Ben... Luis, átenlo fuerte. Me lo llevaré a bordo. Tenemos que andar pronto, por si tiene amigos cerca.

Menos de un minuto después, Beefy estaba atado de pies y manos. Sin embargo, todavía sonreía insolentemente a sus apresadores... porque pronto iban a recibir la gran sorpre-

sa. Látigo Negro no tardaría mucho, sabía Beefy.

Y no se equivocaba. El detective estaba muy ocupado realmente.

Látigo Negro llegó hasta el bote sin ser visto ni oído. Silenciosa y cuidadosamente empujó la fuerte embarcación a las olas y la dió vuelta de costado. Las aguas espumosas la llenaron en seguida. Los contrabandistas, después de esto, hubieran necesitado diez minutos de trabajo para enderezar otra vez el bote y vaciar el agua. Tenían ahora la retirada cortada.

Látigo Negro se rió suavemente.

—Creo que con eso basta — dijo, alejándose de nuevo, agachado, en la obscuridad, mientras oía los pasos pesados de los hombres que venían hacia él. Fué en ese momento que agarraron a Beefy.

Con una maldición, Látigo Negro se detuvo en seco. Oyó los gritos, la breve lucha cerca de la cabaña y adivinó enseguida lo ocurrido. Frío de rabia y de ansiedad, empezó a caminar silenciosamente playa arriba, resuelto a rescatar a Beefy. Pero en ese momento vió venir corriendo al contrabandista Henri, que se dirigía a custodiar el bote ya inservible.

Henri, el contrabandista, tuvo poca suerte. Cayó en una silenciosa emboscada. Al llegar al cascajo, un perro alsaciano saltó encima de él y lo derribó.

Abrió la boca para gritar; pero no tuvo oportunidad. Algo como una bola de hierro salió de la obscuridad y le pegó en la mandíbula, con una fuerza que casi le separó la cabeza del cuello.

La noche se llenó para Henri de brillantes estrellas; luego siguió una obscuridad de tinta. Cayó de boca sobre la arena y allí quedó, fuera del mundo. Látigo Negro agarró a Héctor por el collar.

—¡Quédate aquí de guardia, viejo! — le murmuró. El perro gris obedeció en seguida. Sacando su famoso látigo, que pocas veces dejaba de llevar consigo, Buck Sinclair echó a correr.

Agachado llegó hasta la cabina, que era una mancha más negra en la negra obscuridad. Una vez alzó Látigo Negro la vista al cielo, rogándole que no fuera a aparecer la luna todavía. Deteniéndose un cauteloso momento, Látigo Negro presintió, más bien que vió a Piet, el centinela, parado, frente a la puerta. Como un fantasma dió la vuelta a la cabaña.

Luego pegó. Saliendo de atrás de la esquina, atacó al centinela con la rapidez del rayo. Un latigazo descargado con toda fuerza, hizo caer al gran flamenco, fuera de combate. Sin detenerse en su avance, Látigo Negro, atropelló la puerta de la cabaña. Llegó en el preciso momento en que el resto de la banda salía, llevando a Beefy.

Sis, chis, chas. Saltó como un tigre, descargando latigazos y golpes de puño al sorprendido trío.

Su terrible directa-izquierda alcanzó a Ben debajo de la barba y lo hizo caer, sin conocimiento; un latigazo hizo trastabillar a Luis. Beefy cayó al suelo lanzando un ahogado "¡viva!" por entre la mordaza. Látigo Negro atacó salvajemente a Jacques Lecout, el jefe de los contrabandistas.

Mientras la cabaña ardía, a

un destroyer a la escena, Látigo Negro luchaba con los contrabandistas.

Sin embargo, en la obscuridad, erró un latigazo dirigido a la cabeza del belga, aunque le dejó dormido el hombro. Maldiciendo de dolor, el hombre retrocedió, agachándose, mientras Látigo Negro casi caía al tropezar con el cuerpo de Beefy.

Lecout, a tientas, encontró el banco, lo agarró y, lanzando un juramento, lo arrojó a su enemigo.

La suerte lo favoreció. El banco pegó a Látigo Negro en plena cara y lo hizo caer largo a largo, sobre el piso de la cabaña. Aturdido, sangrando de una cortadura en la mejilla, Látigo Negro, empezó a descargar latigazos a derecha e izquierda, para mantener a raya a los enemigos. Pero tanto Jacques Lecout, como Luis tenían suficiente por aquella noche. Salieron de la cabaña, disparando como conejos perseguidos por un hurón. Abandonaron al desmayado Ben.

Gritando de miedo, tropezó Lecout con el centinela y cayó sobre la arena. Se levantó en medio segundo, espoleado por el pensamiento de que Látigo Negro pudiera perseguirlos. Para ese tiempo ya Luis, su compinche estaba a algunas yardas de distancia, apretándose la cara magullada, mientras corría con intenciones de escapar en el bote. Pero él también tuvo mala suerte. Porque tropezó ciegamente con el perro alsaciano, centinela gris a orillas del agua. Dos segundos más tarde estaba tendido sobre la playa, sujeto por el perrazo. Lecout, al oír el amenazador gruñido de Héctor, se desvió y siguió corriendo más cerca de la orilla.

Mientras corría gritaba roncamente a los del queche; pero el viento inutilizaba sus esfuerzos. La desesperación le comunicó un poco de serenidad y sacó su linterna. Siempre corriendo, envió un "S. O. S." a través de las agitadas aguas.

Entretanto, en la cabaña, Látigo Negro empezaba a reponerse de los efectos del golpe. Su primer pensamiento fué, naturalmente para Beety; con tres tajos de su navaja, puso en libertad al muchacho y mientras él se deshacía de sus ligaduras, Látigo Negro se dirigió penosamente hacia la puerta.

Apretó los labios con ira al mirar hacia afuera.

Una rápida mirada le mostró el último destello de la linterna de Lecout, a la izquierda La obscuridad cubrió luego la posición del hombre. Pero poco después, el viento le trajo sonidos que le hicieron apretar los puños.

Todos sus esfuerzos para cortar la retirada a los contrabandistas habían sido inútiles; en respuesta al S. O. S. de Lecout, un segundo bote se dirigía rápidamente hacia la playa.

LOS PAPELES SE CAMBIAN

Látigo Negro respiró jadeantemente. La llegada de otro bote era un golpe de la mala suerte que no había podido preveer.

Látigo Negro sabía que la mayoría de los queches tenían un solo bote, que llevaban detrás, a remolque. Pero aquel buque, entregado a una actividad delictuosa, tenía, al parecer, dos; uno más pequeño probablemente estibado sobre cubierta, entre la cabina y el mástil.

Después del aire saturado de alquitrán y pescado salado de la cabaña, el salitroso y puro del mar, fué benéfico para Látigo Negro, porque le aclaró la dolorida cabeza. Estuvo escuchando unos cuantos segundos más el ruido de remos en el mar. Luego se le ocurrió una rápida inspiración y volvió prontamente a la cabaña.

Arrodillándose junto al desmayado Ben, empezó a quitarle al hombre las grandes botas, el capote y el sombrero encerado. Pronto se puso las prendas. Beefy, que conocía a su jefe, comprendió enseguida su idea.

—Usted... usted... ¿va a ir al encuentro de toda la pandilla así, patrón? — preguntó ansiosamente.

—Sí. Más aún, voy a introducirme dentro del queche. — dijo y Beefy lanzó una exclamación de alarmada sorpresa. — No te preocupes. Les va a costar a estos tipos alejarse de la costa, si me dan oportunidad de impedirlo. No me voy a quedar aquí chupándome el dedo, socio.

Enrollado su látigo, se lo metió dentro de la manga del capote. Y mientras lo hacía, se le ocurrió a Beefy su brillante idea.

La inspiración le llegó con la rapidez del relámpago; era una oportunidad para enmendar su anterior fracaso.

—¡Muy bien! Entonces yo voy a incendiar esta cabaña — anunció tranquilamente. — Jefe, si hay brandy o cualquier otro licor en uno de esos cajones, romperé las botellas y todo arderá como un infierno. Hay también alquitrán y casi toda la construcción es de madera, los fardos los sacaré fuera, a las dunas, como prueba.

Agarrando el banco se dirigió hacia la pila de fardos y cajones.

—Voy a hacer una fogata que se verá desde muchas millas de distancia — dijo y empezó a trabajar con furia.

Látigo Negro le sonrió afectuosamente.

—¡Bravo, chico! Un momento después había desaparecido.

No había tiempo que perder. El bote debía estar ahora cerca de la costa. Echándose bien el sombrero encerado sobre la lacerada cara, Látigo Negro corrió en la dirección en que había visto la señal de Lecout. Corrió haciendo ruido, jadeando, como un hombre presa del miedo.

Jacques Lecout acechaba ansiosamente, detrás de un montículo de arena, a unas cien yardas de la cabaña, dispuesto a echar a correr hacia la orilla, no bien llegara el bote. Los golpes que había recibido, el descubrimiento de la périda del bote, carga y cómplices, lo había dejado casi aturdido. Pero conservaba aún suficiente sangre fría para obrar, rápida y violentamente si lo amenazaba un nuevo peligro.

Al fin oyó lo que tan ansiosamente esperaba, el raspar de la quilla de un bote en el cascajo de la playa, como a veinte yardas de distancia de él. Saltando de su escondite, encendió la linterna, una sola señal, para

prevenir a los que llegaban que iba hacia ellos. Luego se detuvo y se dió vuelta, lanzando una blasfemia al oír los pasos pesados que se acercaban.

Su linterna volvió a brillar. La luz iluminó una alta figura, cubierta por el encerado, que se adelantaba, con los hombros encorvados. La mano de Látigo Negro cubría la mayor parte de su cara que no ocultaba el sombrero de lona. Tropezando con Lecout, torpemente, le hizo caer la linterna.

—¡Apáguela pronto, capitán! — dijo con voz ronca y opaca — Nos agarrarán. Vienen otros.

¡Oh mi cara... mi cara!...

A través de los dedos observaba al belga atentamente, pronto para entrar en acción si el hombre desconfiaba. Lecout no veía mucho de él, es cierto; pero el detective tenía que correr su riesgo al imitar la voz de Ben. Sin embargo, el contrabandista se limitó a mirarlo fijamente un momento y luego se estremeció.

Sus palabras siguientes revelaron a Látigo Negro que su ligero disfraz no había sido advertido... todavía.

—¿Eres tú, Ben? ¿Vienen otros, dices? ¡Vamos, entonces! ¡Apúrate idiota! — Y empujó vigorosamente el detective hacia la orilla.

Los dos hombres del pequeño bote habían ya vuelto la proa al mar nuevamente. Metiéndose hasta el tobillo en el agua, Látigo Negro subió por la popa y se dejó caer pesadamente adentro. Lecout saltó detrás de él. Una breve orden, en francés, y la retirada comenzó.

Los dos remeros aplicaban a la tarea todas sus fuerzas para alejarse del lugar del desastre. El progreso era lento, sin embargo, porque el bote, una simple cáscara de nuez, estaba ahora muy cargado. Lecout se hallaba sentado, inmóvil, junto a Látigo Negro. Parecía haberse tranquilizado extrañamente de pronto y ni una sola vez volvió la cabeza para mirar hacia la playa. Látigo Negro, disimuladamente, tocaba el látigo que tenía en la manga izquierda y sonreía con anticipada delicia. Una vez que llegaran abordo del queche, su fuerza herculea y su látigo serían puestos en acción. Volvió a sonreír.

Fué en ese momento que su alegre compañero Beefy encendió el "faro". De pronto la obscuridad de la playa fué iluminada por un reflejo rojo que creció con espantosa rapidez. Los contornos de la cabaña se destacaron como por obra de magia; luego, de la puerta, salió una llamarada. Siguieron otras que subían, enroscándose como lenguas de monstruosas serpientes en la noche. Anaranjadas, rojas, especialmente azules bailaban una danza fantástica, mientras el viento, abanicándolas, aumentaba su fuerza.

Además del brandy del contrabando, Beefy había hallado perfumes baratos, altamente inflamables, en aquellos cajones. Trabajando activamente, había empapado la cabaña desde el suelo hasta el techo y un diario viejo, encendido, hizo lo demás.

En aquellos momentos estaba contemplando el incendio desde prudente distancia, mientras junto a él, todavía desmayados, se hallaban Luis y Ben, a quien previamente había alejado de todo peligro.

El incendio era cada vez más violento, hasta que las llamas se unieron, formando un brillante toldo. Un resplandor cárdeno iluminaba el cielo y era visible a muchas millas, a lo largo de la costa. Pronto vendrían curiosos, policía, algún refuerzo.

El resplandor se extendía a través del mar también, donde las olas reflejaban las llamaradas. El pequeño bote que llevaba a Lecout y a Látigo Negro aparecía negro en un ancho camino iluminado, mientras un poco más allá, en la obscuridad, se distinguían los mástiles del velero.

Atracaron al queche. Con rápida mirada, contó Látigo Negro los hombres que había arriba, recostados ansiosamente contra la borda. Eran tres.

Seis contra uno. ¡Bah! Habíase hallado en circunstancias peores.

Fué bajada una cuerda al bote. Agarrándose a ella trepó Lecout diestramente, dando órdenes bruscas al llegar a cubierta. Los tres contrabandistas se dispersaron, corriendo dos a proa y uno a popa. La cuerda volvió a bajar. Látigo Negrò subió abordo tranquilamente, seguido por los remeros.

Abordo reinaba desesperada actividad. Los dos hombres de proa estaban levando el ancla lo más rápido que podían; los remeros izaban las velas, mientras el quinto hombre se hacía cargo del timón. Lecout estaba todavía recostado contra la amurada, exigiendo más esfuerzos a sus hombres y Látigo Negro, con la cabeza agachada, se hallaba cerca de él.

Un grito, a proa, anunció que había sido levantada el ancla. El velero empezó a alejarse. Era el momento que el detective esperaba. Si podía ahora terminar rápidamente con Lecout y el timonel, el barco quedaría fuera de control, a merced de el viento y la corriente, que lo impulsarían a la playa. Metió la mano dentro de su manga izquierda.

Y luego recibió una sorpresa.

Aunque Látigo Negro era rápido, Lecout lo fué más que él. Se dió vuelta como una pantera, con sonrisa burlona y triunfante en los labios. Una fría hoja de acero brilló en su mano derecha; su mano izquierda sujetó como un torno el brazo de Látigo Negro. Luego el cuchillo pinchó al detective debajo de la barba.

—¡Manos arriba! — ordenó Lecout — Pronto ó lo atravieso con el cuchillo... señor Espía.

UNO CONTRA SEIS

Siguió un momento de sorprendido silencio. Luego, lentamente, alzó Látigo Negro las manos sobre la cabeza. No podía hacer otra cosa. A una orden de Lecout, dos de los hombres se colocaron detrás del detective, con las navajas prontas. Su capitán dijo con sarcasmo a Látigo Negro, entre los dientes apretados:

—¡Ajá! ¿Con qué creyó usted que me engañaría con el encerado de Ben? ¡Idiota! Fuí yo quien le engañó. Es usted hábil; pero... no imitó bien el acento y voz de Ben. El es de Suffolk ¿sabe? También vestía usted sus ropas; pero no tiene sus manos. No tuvo tiempo de romperse las uñas y de ensuciárselas. Sus dedos no son tan gruesos como los de Ben, ni están manchados de alquitrán. Sí, lo descubrí a usted de una rápida mirada. Y lo hice venir abordo para cartigarlo. ¿Se da cuenta?

Látigo Negro miró al hombre de un modo inescrutable. Maestro en el disfraz, aquella vez había fracasado, aunque hizo todo lo posible, dado el poco tiempo de que disponía. Ahora Lecout le había hecho caer en su propia trampa.

—Es usted muy hábil, belga — le contestó arrastrando las sílabas, con sombría admiración. — Sobre todo porque sólo me dirigió una rápida mirada. Bueno, ha triunfado. ¿Cuál es su próxima carta?

El queche estaba ya bastante lejos de la costa. Lecout pinchó más fuerte a Látigo Negro con su cuchillo.

—Mi próxima carta es la muerte — dijo. — La muerte de un espía. Pero no morirá aquí, mi amigo. En alta mar lo arrojaremos por la borda, bien atado y con pesos. Se ahogará, ¿no le parece?

Látigo Negro se encogió de hombros.

—Tal vez; pero no está en alta mar todavía, hijo. ¡Y quien sabe si llega!

El acento tranquilo de su voz borró el sarcasmo de la cara de Lecout.

—¿Qué quiere decir con esto? — dijo amenazador y Látigo Negro se le rió en la cara.

—¿Pero, se cree, idiota, que yo iba a arriesgarme a esto solo? Hay un par de lanchas a motor prontas para perseguirlo. ¿Qué cree que ha sido el incendio de la cabaña? Una señal, viejo, un aviso. — su voz se convirtió en un alarido de júbilo un instante después.

—!Y ahí viene la lancha de Beyford!

Ladeó bruscamente la cabeza y... Lecout cayó en la trampa. Por un momento, se asustó y dirigió una rápida mirada a popa. Pero aquel momento de descuido bastó a Látigo Negro.

Sus brazos alzados se bajaron con la rapidez del rayo. Como dos martillos, cayeron sus puños sobre la cara de Lecout y lo derribaron sobre cubierta. En el mismo momento, el detective se tiró al suelo. Los marineros que estaban detrás le erraron por pulgadas con sus navajas asesinas. Levantó diestramente las piernas y los hizo tropezar y caer sobre cubierta.

Se oyeron corridas. Un cuchillo le rozó la mejilla. Pero, con el cabo del látigo, desmayó al timonel y se apoderó de la rueda. Luego, con el látigo, mantuvo a raya a los contrabandistas que se le venían encima y, rápidamente, puso rumbo al puerto.

El queche viró lentamente.

Las grandes velas aletearon ruidosamente y luego quedaron inmóviles. El viento que soplaba a tierra, se encargó de empujar el queche hacia la costa, como Látigo Negro había supuesto. Azotando al revés las velas, volvió a inflarlas. El queche se inclinó como ebrio. Un rayo de luz de un destróyer patrullero brilló un momento después en la obscuridad.

Dos hombres, que venían corriendo dificultosamente por la inclinada cubierta, se lanzaron sobre Látigo Negro. Otro se levantó, mareado, de junto a la amurada y se les reunió. Látigo Negro los recibió alegremente, con sus puños y la fusta. Derribó a uno e hizo retroceder a los otros. Mientras ellos se alejaban, tambaleándose, el detective arriesgó una mirada rápida hacia la playa.

Lo que vió le hizo sonreir alegremente. La cabaña ardía aún y en el camino de la costa brillaban luces. Autos y motocicletas acudían al sitio del incendio, de Beyford y de los alrededores. La patrulla de policía encabezaba la procesión. El queche distaba ahora apenas cincuenta yardas de la costa.

Atrapados, frenéticos, los contrabandistas ilesos atacaron de nuevo a Látigo Negro. El derribó a uno de un puñetazo y a otro con el látigo.

Luego un tercer hombre se metió por debajo del látigo y se trenzó con él, a mano limpia. Era una vez más Lecout, "groggy", pero salvaje como un tigre. Con fuerza, que era casi locura, hizo retroceder a Látigo Negro.

Mientras chocaban, juntos, contra la amurada el reflector del destróyer volvió a brillar.

Un largo y luminoso rayo osciló un momento delante del queche y luego se detuvo sobre él. Bañados por la luz cálida, blanca, Lecout y Látigo Negro luchaban, pecho contra pecho. Al fin, con un último y largo extremecimiento, el queche tocó fondo y dió un tremendo barquinazo. Látigo Negro y el contrabandista cayeron por la fuerza del choque, pasaron por encima de la borda y fueron a parar a las espumosas aguas, en una profundidad de cuatro pies.

Llegaron al fondo todavía trenzados. La corriente los separó. Se pusieron de pie desesperadamente, tratando cada uno de ellos de salir primero a la superficie. Látigo Negro ganó la carrera por un segundo. Al salir Lecout fué recibido por un terrible "uppercut" a la mandíbula.

Doblose y cayó nuevamente bajo el agua, desmayado esta vez. Látigo Negro lo alzó y empezó a luchar para llevarlo a tierra.

A la luz del reflector viose un bote de formas esbeltas, cuya tripulación remaba con los largos y rítmicos movimientos de los marinos británicos. Atracando al queche encallado, un teniente y tres marineros pasaron rápidamente abordo.

Sin embargo, un gigantesco patrón de lancha había visto a Látigo Negro luchando con su prisionero, en el agua. Lanzando un grito estentoreo, empezó a caminar por entre el agua baja hacia ellos.

(Continuará)

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

ASESINOS PAGADOS

FLASH comprendió que pasaba algo que él no entendía. Sus ojos buscaron alguna indicación en la cara del sheriff. Lo que vió allí fué una lenta transformación. El aspecto sombrío había desaparecido, siendo reemplazado por una tranquila seguridad.

Por primera vez, en muchos días, Río Kid volvió a ser el mismo. Su corazón estaba libre de la negra duda que lo había envenenado. Porque lo deprimía el pensamiento de que una mujer se burlara de él.

Su responsabilidad era grande y dudaba hasta aquel momento de que hubiera hecho bien en venir. Ahora ya no. La grave sospecha que sintió desde el principio se verificaba. Había algún traidor en su jurisdicción. Lo probaba que se hubiera sabido su venida. Los bandidos que habían asaltado el banco de Palomas no vacilarían en terminar su hazaña a sangre y fuego.

Río Kid y Flash pagaron su cuenta y salieron del excelente establecimiento de Quong Loy. Habían entrado varios comensales y ni el sheriff ni su comisario traicionaron por una palabra o por una mirada que conocían a la linda joven del rincón.

Janey Wray, por su parte, estaba absorta en su ocupación. El pollo parecía delicioso y ella lo saboreaba concienzudamente.

Río Kid y Flash encendieron cigarrillos; luego se dirigieron a la playa, para ensayar el "roadster" en la arena de la costa, que tenía la forma de una larga media luna.

—Bueno... ¿y qué hay ahora? — preguntó al fin Flash — Su pantomima con esa chica me pareció misteriosa.

—Vamos bien — dijo Río Kid — Los bandidos han venido a Ensenada con el dinero del banco.

—¡Porque usted lo dice!

—Porque así es, Flash y Janey me ha prevenido que es como si lleváramos la estrella a la vista, porque esos hombres saben que estamos en el pueblo.

—¡Un cuerno, van a saber!

—Yo ya me había enterado — declaró Río Kid — Allá, en Tía Juana.

—Entonces ahora pienso que no fué por casualidad que ese tipo de los ojos almendrados y su pálido amigo nos siguieron. — dijo Flash frunciendo el ceño, mientras sus ojos examinaban las lomas que alzaban sus desgarradas cumbres, más allá de la ciudad.

—No se equivoca, cowboy.

—Es una comarca muy apropiada para refugio de bandidos, jefe.

—Sí; tenemos que andar con mucho cuidado. Estoy seguro de que los hombres que buscamos están aquí. Se creen seguros; pero si las cosas se ponen feas para ellos, pueden escapar fácilmente en esta accidentada comarca. O huír por mar.

—Así es, — murmuró pensativo Flash. — Si no nos dejan secos entretanto.

—Tratarán de hacerlo — dijo Río Kid señudo.

Flash Furlong sonrió, mientras sacaba de una funda, colgada del hombro su gastado revólver 45. — Creo que no será la primera vez que un Colt hace respetar la ley en una comarca — declaró, mientras hacía rodar el cilindro en la palma de su mano.

La noche había caído sobre Ensenada. Las luces brillaban en la obscuridad.

En la Avenida Ruiz había un poco de vida; pero las demás calles eran pozos de negrura, habitadas solamente por sombras vagas y ojos silenciosos, observadores.

En algún sitio, una pequeña orquesta tocaba música dulce, española. De una taberna salían fuertes voces. Se oyó la sirena de un barco, en la bahía. Los pocos turistas que no habían vuelto a Tía Juana se hallaban en las tabernas.

En la callejuela, alejada de la principal, brillaban las luces opacas y amarillentas de la taberna de Araña Burke, un sitio sucio, poco atrayente, para aquellos que no tenían gustos delicados. Lo de Araña Burke había sido siempre puerto de refugio para hombres fuera de la ley. Había allí pequeños cuartos, al fondo, llenos de olor a cerveza ácida y tabaco.

En lo de Araña Burke no había barreras de raza o de color. Negros, amarillos y blancos se mezclaban. La vida tenía precio. Los hombres estaban siempre a la pesca de dólares, aunque fueran manchados de sangre. Eran bandidos de América, de Méjico, de la China. Renegados, escoria del mundo.

Era un sitio siniestro a quienes muchos gustaban alabarse de haber visitado. Muchos entraron allí y no volvieron a salir. Pero todo se hacía de un modo muy disimulado, sin escándalo que pudiera atraer la atención de las autoridades.

Cuatro personas estaban sentadas delante de una mesa, en uno de los sucios cuartos del fondo de lo de Araña Burke. No había luz. El ambiente era opresivo. Parecía un nido de serpientes.

El cuarteto era digno de llamar la atención. Uno de los hombres era una verdadera bestia; el otro un cocainómano, el tercero un individuo astuto, con fama de jugador, pistolero y contrabandista de opio. El cuarto era persona de clase más alta, un pulido caballero, cuyo hábil cerebro había concebido lo que creía un crimen "perfecto".

La obscuridad de tinta ocultaba las caras de los cuatro individuos. El caballero distinguido deseaba que su identidad no fuera conocida por parias como el Cobra, y el Puñales. El plan era conocido solamente por Reno Blackie, el cuarto ocupante de la pieza.

La voz de Reno Blackie resonó en la obscuridad. Era ronca, dominadora. La voz de un potentado que habla a sus súbditos. Reno Blackie, experto en crímenes, hablaba:

—¡Escuchen ahora! Tienen que andar con cuidado. No se trata de matar a dos pobres diablos si no a tipos peligrosos, como les dije antes de ir a Tía Juana.

Hay que matarlos y abandonar sus carroñas lejos de aquí. Dejarlos a mitad del camino de Rosalía. Luego ustedes seguirán viaje. No vuelvan. Tienen el vapor para la costa Oeste. Vayan a las Guayanas y quédense allí. Si vuelven por estos sitios, lo pasarán mal. ¿Comprenden?

—Sí, — murmuró el Cobra. — si honorable patrón.

El Puñales lanzó una áspera carcajada.

—Sí, entendemos. Los atacaremos a los del auto y les meteremos en el cuerpo ocho pulgadas de acero. Rápida y silenciosamente. Luego nos iremos a hacer un viajecito. Todo está muy bien; pero...

—¿Pero qué? — gruñó Reno Blackie.

—La plata, cara de perro, la plata. ¿La tiene o la recibiremos en sueños?

—¡Seguro que la tengo! — dijo con aspereza Reno. — Recibirán quinientos dólares cada uno ahora y otros quinientos cuando lleguen a Santa Rosalía. Luego...

—¡Muy bien! — interrumpió el Puñales. — ¡Vengan!

Reno Blackie puso en las dos palmas extendidas dos paquetitos de billetes de banco, nuevos. El Puñales silbó suavemente y besó la lisa superficie de los billetes.

La voz del miembro no identificado del consejo añadió ahora una palabra de cautela. Tenía voz suave y bien modulada, pero autoritaria. Mencionó la palabra asesinos tranquilamente, sin emoción. Era como si estuviera hablando de los cambios del tiempo.

—Recuerden que hay que andar con mucho cuidado. Nada de bebidas antes del hecho. Nada de coco. Si fracasan, pobres de ustedes. Hay otros asesinos que gustosamente los eliminarán a ustedes por la mitad del precio. Maten a esos hombres. Pero recuerden que ellos se defenderán, si les dan oportunidad. No les den esa oportunidad.

—Quiere decir, — ayudó Reno Blackie — que no les den tiempo para decir ¡ay!

—No chillarán. — dijo el Cobra, pasándose significativamente el dedo por la garganta. — Les cortaremos el gañote con cuchillo bien afilado.

—Eso es, muchacho — dijo el director del complot.

Siguió un plan cuidadosamente estudiado, una tela que se iba tejiendo insidiosamente para que metieran en ella los pies Río Kid y Flash. No sería la primera vez que unos gringos desaparecían misteriosamente, porque en el bajo fondo de la frontera hay muchos que ejercitan de esta manera su derecho a los dólares americanos.

Ensenada es guarida de contrabandistas de seda, de drogas, de gemas, de perfumes, todos dispuestos a cometer un crimen cuando se presenta la ocasión.

FRIO ACERO

Fué en el Bar Americano que volvió a ver Río Kid a Janey Wray. Estaba bebiendo con un caballero en quien el sheriff reconoció instantáneamente a Frank Berger, el cajero del banco de Palomas. No le sorprendió verlo allí a Berger.

Ya se lo imaginaba. Porque era la solución de un problema que de otro modo no la tenía. Era el lógico desenlace de una suposición que estaba en su mente desde que llegó a Tía Juana.

Río Kid estudió a la mujer y decidió que, o era una veterana para beber o una buena actriz. Muchos la miraban. Estaba más linda que nunca, con sus ojos brillantes y el rostro encendido, bajo el tostado del sol.

Frank Berger vestía con su acostumbrada elegancia y estaba realmente muy buen mozo. Los dos formaban una notable pareja, descuidados, alegres, y parecían divertirse mucho.

Los ojos de Flash Furlong se dilataron al reconocer a Berger. Le dió un codazo en las costillas a Río Kid e inconscientemente se echó a la cara la visera de su gorra.

—¡Hola! — murmuró. — Ahí está ese tipo del banco. Seguramente le está mostrando a su amiga de usted las vistas de este pueblo de hombres.

—¡Seguro! — asintió Río Kid.

—A mi me parece que ellos se han dado cita aquí.

Una ligera sonrisa vagó en los labios de Río Kid.

—Así es. — dijo. — ¡Sigamos!

—A mi todo esto me parece muy raro. Yo creí que ella era amiga suya y le había dado un aviso. ¿Qué juego es ese, cowboy?

—Un juego fuerte — dijo suavemente Kid. — ¿Aguanta la parada?

—La aguanto y juego todas mis fichas — contestó Flash.

Pocos minutos después Janey Wray y Frank Berger salieron del bar. Al parecer, ninguno de los dos vió a Río Kid ni a Flash. Poco después resonó en la calle la risa vibrante, un poco nerviosa ahora, de Janey.

—¿Quién hubiera pensado que un tipo con tanta parada como ese Berger viniera a pasar sus vacaciones a este agujero? — dijo Flash — Allá en Palomas es tan orgulloso que no se da con nadie.

—Uno no puede observarlo mucho a un hombre cuando está sobre un pedestal — dijo Río Kid — lo estudia mejor cuando está lejos de su casa.

Pocos minutos después salieron Río Kid y Flash del bar. Cuando estuvieron en la calle, se les acercó un mejicano y le puso un papel en la mano del sheriff. Un instante después el moreno mensajero se había perdido en la boca de una obscura callejuela, como una rata en su cueva.

Río Kid acercó el papel a la luz de una ventana. Había en él un mensaje apresuradamente garabateado.

"Río Kid, lo necesito. Venga pronto a lo de Araña Burke.

Janey".

Río Kid examinó el papel atentamente. Conocía la graciosa letra de la joven, difícil de imitar por un hombre. O la letra estaba muy mal imitada o ella había escrito muy apuradamente.

—¡Que raro que hayan llegado tan pronto a lo de Araña Burke! — dijo Flash.

—Seguro que es raro. Y ese mejicano debe tener algo de sabueso. ¿Cómo nos encontró tan ligero?

—Usted lo ha dicho. Nos descubrió enseguida entre un montón de gringos vestidos con ropa de tienda, como usted y yo. — el joven comisario miró al otro y añadió — ¿Qué va a hacer, jefe?

—Ir a lo de ese Araña Burke. — contestó Río Kid brevemente.

—¡Vamos allá!

Río Kid agarró del brazo a un obscuro nativo.

—¿Dónde queda lo de Araña Burke, amigo?

El mejicano le señaló una calle, hacia el fin de la población.

Río Kid le mostró un dolar de plata.

—¿Quiere guiarnos?

—Sí.

Se pusieron en camino. Al llegar al principio de una calle angosta, mal iluminada, el guía se detuvo. Señaló una taberna en las sombras y se retiró sin demora.

Flash se acercó a la puerta.

—¡Cowboy, esto es como en los viejos tiempos! — Flash, como Río Kid, tenía un pasado aventurero. — Estoy rabiando por entrar.

—No se apee del caballo, todavía — lo aconsejó Río Kid. — Hemos venido en busca del dinero del banco de Palomas. Es preciso andar con cuidado. Yo entraré solo y preguntaré por Janey...

—¿Y yo?

—Usted puede dar la vuelta y vigilar la puerta del fondo. — le dijo el sheriff — la mayor parte de estos antros tienen otra salida. Alguien puede necesitarla.

Flash se alejó. Una tabla crugió bajo sus pies y Río Kid lo oyó maldecir porque la gente dejaba la leña tirada.

El sheriff esperó un minuto o dos. Luego se dirigió a la puerta de la taberna. Entró al sucio bar y llamó a un mozo moreno, con sucio delantal blanco, que traía una bandeja.

—¿No está aquí una señorita? — le preguntó.

El mozo asintió con la cabeza y señaló una puerta, en una división del fondo.

—Sí, está en una de las habitaciones particulares.

—Compañero, — dijo con suave canturreo Río Kid — ¿quiere tener la bondad de enseñarme el camino? No soy práctico en su hermoso establecimiento.

El mozo vaciló, mientras dirigía una mirada de soslayo al hombre fornido, de cara colorada, que estaba detrás del mostrador.

Río Kid

—Guía al caballero — ordenó Araña Burke, con expresión socarrona, mientras su amo jugaba, por debajo del mostrador con una llave que manejaba las luces del corredor y de los pequeños cuartos, como celdas, del fondo.

La hospitalidad era la primera y única ley del establecimiento. El señor Río Kid, el sheriff-cowboy de Estado Yermo, no sería la primera persona que entraba por la puerta del frente y salía por la del fondo... con los pies para adelante.

Araña Burke había ganado de este modo muchos dólares.

La atmósfera olía indefiniblemente... a podrido. Comprendió enseguida Río Kid que no en vano llamaban al señor Burke "Araña". Su casa era una tela para los incautos.

El mozo del delantal sucio se dirigió hacia la puerta, al fondo del salón, seguido por Río Kid. Vagamente llegaron a oídos del mozo palabras de advertencia, dichas en tono suave.

—Amigo, usted y yo nos vamos a encontrar con alguna dificultad, creo, y si quiere quedar sano y salvo, vea que no ocurra nada.

—¿Qué está hablando? — dijo el otro por encima de su hombro.

—Quiero decir que hay un revólver de seis tiros entre usted y yo, luz de mi vida.

—¿Qué dice? ¿Quién se ha creído usted que es?

—¡Oh!... nada más que un joven precavido.

Cuando los asesinos concibieron la feliz idea de atraerlos a Río Kid y a Flash Furlong a lo de Araña para degollarlos, pensaban que los dos oficiales entrarían juntos, simplificando así la operación.

Temeroso de que los vivos ojos del visitante descubrieran figuras sospechosas acechando detrás, en la sombra. Araña Burke apagó lsa luces de los cuartos del fondo, antes de que Río Kid atravesara el umbral. Un biombo portátil, en su marco, protegía la puerta de miradas curiosas. De este modo el angosto corredor de atrás no recibía más que un poco de luz prestada del salón exterior.

El mozo del delantal sucio había precedido a Río Kid contra su voluntad. Se había visto de pronto envuelto en la marea del crimen y, aparentemente, no tenía escapatoria. Pero quien había visto entrar muchos hombres por la pequeña puerta verde que conducía a la cámara de ejecución de la casa, aquel individuo sentía cierta seguridad sin soñar que algún día podía convertirse él también en víctima.

Río Kid había tenido una fugitiva visión de una cara amarilla y ojos almendrados, antes de que las luces del fondo se apagaran. Una sombra rápida, siniestra, se adelantó silenciosamente y el mozo trató de pasar junto a Río Kid y escapar a la seguridad del bar exterior. La puerta, sin embargo, que se abría hacia adentro, cerrose y se lo impidió, antes de que pudiera llegar a ella. Pareció como que el tipo del delantal hubiera estado parado sobre una carga de dinamita antes de hacer explosición. Su salvaje salto hacia atrás fué interceptado por Río Kid. El sheriff introdujo los dedos de su mano derecha entre el cuello de la camisa del mozo y lo arrojó al paso de la amenazadora figura que se había lanzado hacia adelante.

En aquel fugitivo instante, antes de que las luces se apagaran, Río Kid había visto también una siniestra hoja de acero, cerca de la malvada cara oriental.

(Continuará)

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

No deje de comprarlo si quiere convencerse de que su información insuperable abarca diariamente todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas.

Administración
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

Raúl de Lancaste

(Continuación)

Sí, mi queridísima madre, tengo que dejaros para atender a nuestro desgraciado amigo Raúl.

—¿Adónde piensas ir?

—Iré — respondió Martín con inseguridad, — iré al convento de San Martín y allí estaré con Jorge hasta que demos fin a nuestra empresa.

—No te comprendo.

—Ni yo puedo deciros más, porque ignoro lo que hemos de hacer.

—Es extraño.

—También este plan es de Jorge y no hemos tenido tiempo de hablar detenidamente; lo único que puedo deciros es que, por razones que ignoro, hay que engañar a Raúl, diciéndole que me voy de Madrid.

—No estoy tranquila, hijo mío.

—Ya sabéis lo que es Jorge, y cuando él me asegura que ningún peligro corro, nada debéis temer.

—Puede equivocarse.

—Algo arriesgaré; pero el ayudar a Raúl es un deber que tengo que cumplir.

—¿Y don Juan?

—Conoce el secreto y está de acuerdo con nosotros.

—¿Y doña Inés?

—Acabo de verla y decirle que me voy a pasar una temporada a una de las posesiones que don Juan tiene en Andalucía.

—¡También para ella debe guardarse el secreto!...

—Y para doña Margarita.

—¿Acaso desconfiáis?...

—No desconfiamos ni podemos desconfiar de quien por nosotros está dispuesto a hacer toda clase de sacrificios.

—¿Entonces?...

—Vuelvo a deciros que Jorge no me dará más explicaciones hasta otro día.

—Eso es inconcebible.

—Tal me parece a mí también.

—¿Y has de irte mañana al convento? — preguntó con ansiedad Nicasia.

—Después del mediodía.

Nicasia suspiró tristemente.

Mucha confianza le inspiraba Jorge; pero no por eso dejaba de ver nuevos peligros para su hijo.

Este era lo único que la infeliz tenía en el mundo; lo había buscado por espacio de más de veinte años, y cuando lo había encontrado no quería perderlo por nada.

A dejarse llevar de sus deseos, hubiese aconsejado a Martín que se contentara con lo que ya tenía hecho en favor de Raúl; pero no se lo aconsejó así por temor de que la acusaran de falta de generosidad, y también porque estaba convencida de que su hijo no quería dejar sin concluir su buena obra.

Si en esto había algún egoísmo, era el egoísmo del amor maternal.

Ingratitud no había pues ciertamente no era Nicasia la que debía beneficios a Raúl, sino él a ella, que lo había ocultado, que lo había protegido, a riesgo de los males que después sufrió.

La pobre madre quedó pensativa, y después de largo rato se decidió a decir.

—Hijo mío, me llena de satisfacción que seas noble y generoso; pero la generosidad tiene sus límites.

—No sé si los he traspasado; pero ya es tarde para retroceder.

—Te ocupas de los demás hasta el punto de olvidarte de ti.

Martín se encogió de hombros.

—Si la vida te es indiferente — añadió Nicasia, — no puede sucederte lo mismo con mis sufrimientos.

—¡Ah!... Decid lo que necesitáis para ser dichosa y os probaré lo que os amo...

—Para ser dichosa me basta con no perderte.

—Madre mía...

—Pongámanos a salvo de la persecución de nuestros enemigos, y nada tendré que desear.

—Si queréis, nos iremos de la corte, nos iremos de España...

—Sí, sí.

—Pues bien: dejadme cumplir lo que he prometido, y salga o no con mi intento, iremos a ocultarnos al último rincón del mundo, y allí...

—¿Serás dichoso?

—Sí, madre mía.

—Quizá mi amor te pierde, arrebatándote un brillante porvenir...

—Nada ambiciono.

—Sin embargo — replicó Nicasia, esforzándose para no llorar, — tú sufres.

—No.

—Algún pesar me ocultas...

—Ninguno.

—Lo dice tu rostro.

—Mi carácter... es naturalmente melancólico...

—Me engañas...

—No — replicó Martín con voz ahogada, — no...

—¿Ignoras que la mirada de una madre penetra hasta el alma de sus hijos?

—¡Oh!...

—Martín, hijo mío...

—¡Madre de mi alma! — exclamó al fin el mancebo.

Y mientras dos lágrimas se escapaban de sus ojos, se arrojó en los brazos que le tendía su madre.

Por las pálidas mejillas de ésta corrió también el llanto.

Ni una palabra pudieron articular por espacio de algunos minutos.

Ya era imposible que Martín guardara su secreto.

Sufría horriblemente y tenía una necesidad absoluta de desahogo.

¿Quién había de consolarlo mejor que su tierna madre?

El desdichado mancebo hizo una pintura del estado de su corazón y refirió exacta y detalladamente los sucesos que a su situación con doña Inés y don Juan se referían.

No es menester decir cuán grande fué la sorpresa de Nicasia.

Y además de su sorpresa, y por más que fuese tristísimo lo que estaba oyendo, sintióse envanecida porque su hijo había interesado tan profundamente a una dama que, no solamente por su singular belleza y virtud, sino por su clase y riquezas, podía muy bien aspirar al amor de los más elevados personajes.

¡Su hijo, pobre y hasta sin nombre, amado por una de las más ilustres y poderosas damas de Castilla!

¡Cuánto debía valer el corazón de ese hijo!...

Forzoso era que se envaneciese la pobre madre, aunque aquel amor debía considerarlo como una horrible desgracia.

—¡Ah! — exclamó, abrazando nuevamente a Martín y besándolo una y otra vez.

—¿Vos también creéis que doña Inés me ama?

—Sí, te ama como tú mereces; te ama, porque es una mujer sublime, una mujer sin igual, y ha nacido para amar lo grande, lo noble, lo elevado.

—Ese convencimiento me atormenta más.

—¿Y por qué no habéis de ser dichosos?

—No, madre mía, yo no puedo ser dichoso a costa de la dicha del hombre a quien tanto debo, tanto, que tal vez sin don Juan no hubiéramos logrado reunirnos, sin él, estaríais en un calabozo...

—No te equivocas — murmuró tristemente Nicasia.

—Tengo una deuda de corazón — repuso Martín, — y la pagaré aunque haya de destrozar el mío con mis propias manos.

Grande era el sacrificio; pero demasiado noble el propósito para que Nicasia se atreviera a combatirlo.

Sin embargo, creyó que podía dulcificar los dolores de su hijo, infundiéndole una esperanza, y repuso después de algunos momentos:

—Según parece, don Juan ama con demasiado ardor y no podrá callar mucho tiempo, hará lo que todo enamorado, querrá convencerse de lo que debe esperar.

—Sí, tarde o temprano pedirá correspondencia a doña Inés...

—Y ella entonces le dirá que la olvide.

—Don Juan perderá toda esperanza y sufrirá mucho; pero ni a ti ni a nadie podrá culpar, sino a su mala estrella.

—Su mal no puede ser un consuelo para el mío.

—Quedarás en libertad completa...

—No madre mía: mientras Santisteban ame a doña Inés, seguiré ocultando mi amor: no seré yo quien haga más cruel su tormento, no experimentará una nueva amargura viéndome dueño de la mujer a quien tanto ama.

—Creo que exageras, hijo mío.

—La situación está ya resuelta: doña Inés, quizá desesperada lo mismo que yo, ha determinado encerrarse en un convento.

—¡Monja! — exclamó Nicasia en el colmo de la sorpresa.

—Sí.

—¡Dios mío, Dios mío!...

—Mi desgracia no tiene remedio.

Aunque la conversación era demasiado triste, continuaron hablando del mismo asunto gran parte de la noche.

Al día siguiente, a la hora convenida, se despidió el mancebo de su madre, abrazándola con ternura y salió, encaminándose a la vivienda de don Juan.

Este lo esperaba con tanto afán como temor.

Saludáronse cariñosamente y luego preguntó Martín:

—¿Está todo preparado?

—Sí, con la ayuda de mi fiel y astuto sirviente Julián.

—¿Tenéis la carta?

—Aquí la tengo

—Dádmela.

Santisteban sacó un papel y lo entregó a Martín.

Este lo desdobló y leyó muy atentamente

—¿Y ella? — preguntó luego.

—Antes de que anochezca, vendrá

—¿Vos la habéis visto?

—Hace dos horas

—¿Y qué os parece?

—Seguro estoy de que representará admirablemente su papel.

—¿Sus maneras, su lenguaje?...

—El de una persona bien nacida.

—Julián es un tesoro.

—La bribona, para convencerme de que vale mucho en casos semejantes, ha hecho en mi presencia lo que hará después, y os juro que a mí mismo me engañaría.

—Tenemos lo más importante.

—De lo demás nada os digo.

—Ya supongo que siendo cosa de que vos podéis disponer, no habrá ningún inconveniente.

—Julián está al corriente de la intriga, y todo lo encontraréis admirablemente preparado.

No necesitaron hablar más sobre este punto para entenderse.

—¿Visteis a doña Inés de Guevara? — preguntó luego don Juan.

—Anoche.

—¿Y no os decidisteis al fin a descubrirle vuestros planes?

—Le dije sencillamente que me iba de la corte a pasar una temporada en una de vuestras posesiones de Andalucía.

—Vuestra resolución le había parecido extraña.

—Tan extraña como a mí la suya.

—No os comprendo.

—Doña Inés me dijo que se despedía de mí para siempre.

—¡Para siempre! — murmuró Santisteban, cuya frente se contrajo.

—Sí.

—Cada vez os entiendo menos.

—Mi buen amigo, siento daros una mala noticia; pero al fin habéis de saberlo, y mi reserva sería imperdonable.

—Hablad, hablad — dijo don Juan afanosamente.

—Doña Inés ha decidido hacerse monja.

—¿Qué decís?

—Lo que estáis oyendo.

—¡Oh!... Eso es imposible...

—Ella lo asegura: no sé si se arrepentirá.

—Pero semejante resolución...

—No sé qué motivos le impulsan a tomarla, porque no ha querido darme explicaciones, y yo he respetado su silencio, como ella respeta el mío.

—Eso es horrible...

—Doña Inés debe sufrir mucho, lo he adivinado. Ella dice que no tiene más dolor que el de su viudez; pero la verdad Dios la sabe.

Puede comprenderse el efecto que la nueva produciría a don Juan.

Amaba, o por lo menos así lo creía, y la inesperada resolución de doña Inés le quitaba toda esperanza.

Largo rato pasó antes de que consiguiera dominar el arrebato de su desesperación, y luego entró en consideraciones nada halagüeñas sobre el porvenir que le esperaba.

Así transcurrieron las horas.

El sol llegó a su ocaso.

Julián se presentó diciendo:

—Ya la tenemos aquí, señor.

Y añadió, dirigiéndose a Martín:

—No debéis perder el tiempo.

Capítulo LXXI

UN PERSONAJE MISTERIOSO

¿Qué hacía el alférez?

De acuerdo con el comendador había pensado que a pesar de ser ya conocidas las intenciones de doña Luz, debía tendérsele un nuevo lazo, con el fin de comprometerla más y más, haciéndole escribir nuevas cartas o dar otro paso cualquiera por si de este modo se averiguaba dónde se encontraba Raúl.

Para conseguirlo había trazado un plan que creía de éxito seguro, y buscaba los medios de ponerlo en práctica mientras Martín hacía lo mismo.

El plan del alférez no lo damos a conocer, porque ahora es innecesario el hacerlo así; nos concretamos a advertir que existía, porque así se comprenderán mejor los peligros que amenazaban a nuestros amigos, y especialmente a Martín.

A unos y otros los dejaremos para trasladarnos a Santo Domingo el Real y ver cómo se encontraba doña Luz.

Después del tiempo que había transcurrido sin que su carta diera resultado alguno, la hija del comendador empezó a desconfiar de la buena fe del hortelano.

Extrañábale, sin embargo, que la priora nada le hubiese dicho, ni hiciese nada que revelase hacer interceptado la carta en cuestión.

En situación semejante dudó la joven sobre la conducta que le convenía seguir.

Escribir otra carta sin la ayuda de nadie le hubiera sido muy fácil; pero ¿a quién confiarla?

Si Pablo le había sido traidor, no le quedada otra persona a quien acudir en el convento.

No puede darse idea del angustioso afán con que doña Luz contó los días.

Antes que el sol dejase ver sus rayos cuando solamente se extendían en el espacio los resplandores del matutino crepúsculo, la desdichada asomóse a la ventana de su celda, mirando a todos lados, como si hubiera de descubrir algún mensajero que le llevasé una esperanza.

También por las noches, a pesar del aire húmedo y frío, colocábase en el mismo lugar y escuchaba atentamente, ya que las tinieblas no le permitían ver.

Todo en vano.

De día no descubría su mirada otra cosa que los elevados torreones del alcázar real, las techumbres de los edificios que se agrupaban en la vecina altura y alrededor de las iglesias de San Salvador, San Miguel y Santa María, las tres torres de la puerta de Guadalajara y una parte de los sombríos muros de San Martín.

Por la noche no llegaba a sus oídos otro rumor que el de los pasos de alguna ronda que atravesaba por los Caños del Peral, o bien los acordes de alguna cítara tocada por

enamorado galán al pie de los balcones del objeto de su amor, o ya, después de las nueve, el metálico sonido de las campanas, que con el toque de "queda" advertían a los moradores de la coronada villa que había llegado el momento de recogerse y descansar.

En otro tiempo también, para ella de completa felicidad, había escuchado, en medio del silencio de la noche, aquellos amorosos cantares.

En otro tiempo, de dicha sin igual, de ilusiones, de encanto y de risueñas esperanzas mientras las campanas tañían y se entregaban al reposo los habitantes de la corte, ella escuchaba las tiernísimas frases de Raúl.

¡Cuánta diferencia entre los pasados y los presentes días!

Los goces se habían trocado en tormentos y las risas en llanto.

Cuando doña Luz empezó a creer que Pablo era un traidor, volvió a caer en la más profunda tristeza.

Lo que entonces sufrió es inconcebible.

Su padre no había vuelto a verla, a pesar de que así lo había pedido una y otra vez la infeliz.

—¿Quién me ayudará, quién me socorrerá? — se preguntaba desesperadamente la joven.

Y luego se respondía tristemente:

—Dios, no más que Dios.

¿La había Dios escuchado?

La protección divina podía muy bien ser la inspiración de Martín.

Pero en cambio el diablo trabajaba sin descansar un instante, y en tanto que el hijo de Nicasia, inspirado por Dios, combinaba un plan, el alférez, probablemente inspirado por Satanás, combinaba otro.

¿Cuál de los dos debía decidir de la suerte de los desdichados amantes?

He ahí lo que no sabemos y, por consiguiente, no podemos decirlo.

Mucho tememos que triunfe Lucifer, porque debía trabajar sin descanso para hacer que doña Luz se desesperase, lo cual era conseguir mucho para aumentar el número de las almas que encierran sus negros dominios.

Para salir de dudas nos parece el mejor sistema relatar los sucesos según iban teniendo lugar en el convento y estando siempre junto a doña Inés.

Una tarde se habían presentado en el convento dos mujeres pidiendo hablar a la superiora de parte de la muy noble señora duquesa de Aranda.

Debían ser personas de calidad, o por lo menos bastante ricas, porque iban en un coche y acompañadas de tres lacayos.

La anciana las recibió como se recibe a personas distinguidas, hablando con ellas por espacio de una hora.

De las dos mujeres, la una parecía frisar en los sesenta y la otra era joven.

La primera se fué y la segunda se quedó.

Esto nada tenía de particular, no significaba otra cosa que un individuo aumentaba el número de los que componían la comunidad.

Empero la joven, que inmediatamente se encerró en su celda y vistió el ropaje religioso, empezó a hacer una vida distinta de las demás.

Se le había dispensado de comer en el refectorio y le llevaban a su habitación un alimento frugal.

Nadie la veía sino cuando iban al coro todas las monjas; pero entonces la novicia en cuestión se presentaba con la cabeza inclinada sobre el pecho, de tal modo, que apenas dejaba descubierta la parte superior de su rostro.

Colocábase en el rincón más apartado y oscuro, arrodillándose y apoyaba la frente con mucha frecuencia en el asiento más cercano, quedando inmóvil y como absorta completamente en sus pensamientos.

Concluído el rezo, la novicia volvía a su celda.

Pero tampoco entonces podía nadie examinar bien su rostro, porque con frecuencia lo ocultaba el blanco pañuelo con que enjugaba sus lágrimas.

Lo único que podía decirse es que era joven y hermosa.

Por lo menos su pálida frente era tersa y despejada, y bajo sus arqueadas y negras cejas veíanse unos ojos grandes, rasgados, negros también, de brillante pupila, de intensa mirada, de expresión enérgica.

¿Quién era la misteriosa joven que tan retraídamente vivía y cuyos ojos eran perenne manantial de llanto?

Todo esto estaba perfectamente explicado para la superiora.

Pero las religiosas no sabían más sino que la novicia había nacido en la patria de Boabdil, y que no había dejado de ver el risueño cielo de Andalucía hasta que emprendió su viaje a Madrid para encerrarse en el convento.

Por algunas palabras que imprudentemente había dejado escapar la priora, sabíase también que la joven era muy desgraciada, porque había visto morir al hombre a quien amaba frenéticamente.

La dama que la había dejado allí era tía suya, según había podido entenderse.

No se necesitaba más que estas noticias para hacer comentarios y suposiciones, y a las cuarenta y ocho horas no faltaba quien asegurase que la joven en cuestión había tenido la desgracia de que la tentara Satanás, encendiendo en su pecho la más criminal de las pasiones, puesto que la amorosa hoguera reconocía por causa la belleza singular de un mancebo morisco de las Alpujarras.

¿De quién era esta idea?

¿Quién había inventado tan extraña historia?

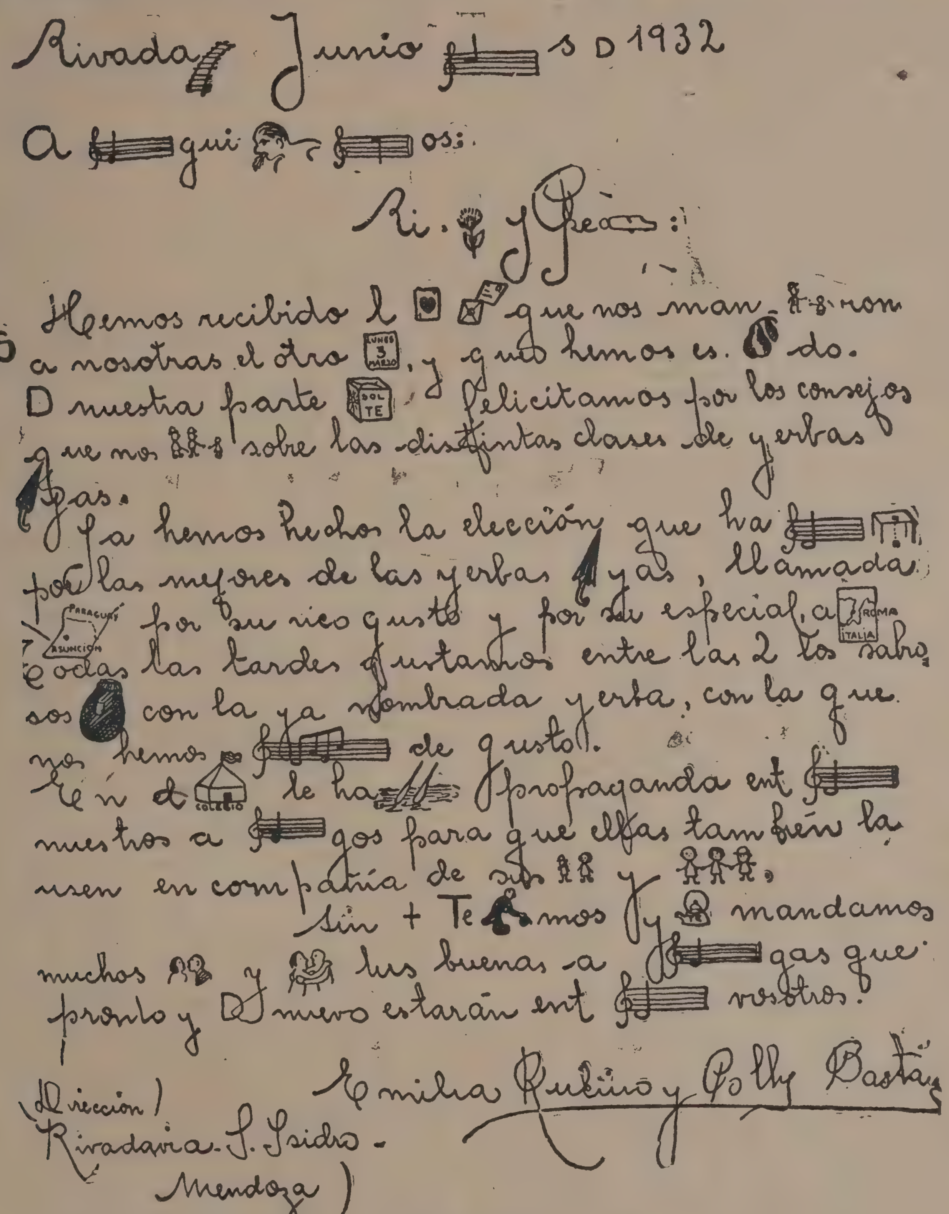
Nadie lo sabía, y casi nos atreveríamos a suponer que la misma abadesa, no sabemos con qué intención, había dejado escapar algunas indicaciones que diesen lugar a tales comentarios.

Aunque doña Luz de Quiñones, según ya sabemos, hablaba muy poco con las religiosas, supo bien pronto todo lo que se decía, y, como era natural, fijó su atención en la

RESULTADO DEL CONCURSO REALIZADO POR LA

YERBA ASUNCION

El segundo premio correspondió a las señoritas Emilia Rubino y Polly Bastan, de MENDOZA, por el logogrifo que reproducimos


Rivada Junio s D 1932

A gui os:

Ri. y Grea :

Hemos recibido l que nos man ron
S a nosotras el otro , y que hemos es. do.
D nuestra parte felicitamos por los consejos
que nos sobre las distintas clases de yerbas
gas.
Ya hemos hecho la elección que ha
por las mejores de las yerbas yas, llamada
por su rico gusto y por su especial a
todas las tardes gustamos entre las 2 tos sabro
sos con la ya nombrada yerba, con la que
nos hemos de gusto.
En el le ha propaganda ent
nuestros a gos para que ellas también la
usen en compañía de sus y .
Sin + Te mos y mandamos
muchos y lus buenas a gas que
pronto y D nuevo estarán ent nosotros.

Emilia Rubino y Polly Bastan

(Dirección) Rivadavia - S. Isidro - Mendoza)

YERBA
Asunción
"Una Bendición de la Naturaleza"
DOMINGO BARTHE (S.A.)

misteriosa joven, aprovechando el tiempo que estaban en el coro.

Sus observaciones dieron un resultado bastante extraño: al mirar doña Luz a la novicia, encontró la mirada de ésta, que, a su vez, parecía examinarla cuidadosamente.

Sin saber por qué, la hija de Quiñones se estremeció.

Aquella mirada ardiente, penetrante y dominadora no era la de una mujer que sufre horriblemente y se encierra en una celda para llorar.

Doña Luz bajó los ojos ante aquella mirada poderosa y aun tuvó que esforzarse para no exhalar un grito de terror.

—¿Por qué tiemblo? — se preguntó después.

No acertó a responderse.

No tenía motivo alguno para sospechar que ella era el objeto de los pensamientos de la misteriosa joven; ningún motivo tenía, y, sin embargo, una voz secreta le dijo que aquella mujer no había ido al convento para separarse del mundo, sino para buscarla, para espiarla, para engañarla tal vez.

Doña Luz se acordó entonces de la mujer implacable que la vigilaba por orden de su padre cuando tuvieron lugar los primeros sucesos de la presente historia.

¿Era la misma?

No parecían de la misma edad.

Sin embargo, la mirada de la novicia producía en doña Luz un efecto parecido al que le producía la otra.

Al parecer, la novicia no se ocupaba más que de rezar y llorar.

¿Había sido una casualidad aquella mirada que aterró a doña Luz?

Esta volvió otra vez los ojos hacia la novicia.

No era casualidad, porque encontró nuevamente la misma mirada atrevida, insistente, profunda y aterradora.

Tres días pasaron.

La hija del comendador, contra su voluntad, había pensado constantemente en la novicia.

—Quiero olvidarla — dijo.

Y fué a la huerta por si allí le era posible distraer sus pensamientos.

Le sucedió todo lo contrario, porque levantó la cabeza y en una de las ventanas del edificio vió el rostro de la joven misteriosa, que parecía mirarla como siempre.

En vano doña Luz cambió de sitio una y ctra vez: siempre encontraba aquel rostro y aquella mirada.

El rostro era bello, pero tenía una expresión inerplicable.

La hija del comendador volvió a su celda.

Llegó la noche, y como muchas veces hacía, se asomó a la ventana.

Pocos minutos después percibió el ruido de una tos suave.

Volvió la cabeza maquinalmente.

En la ventana de la celda que ocupaba la misteriosa novicia había dos puntos luminosos.

Hubiérase dicho que eran dos luciérnagas o los relumbrantes ojos de un tigre.

Doña Luz comprendió inmediatamente que eran las pupilas de la mujer que le infundía tanto terror.

Estremecióse convulsivamente y un frío glacial recorrió todos sus miembros.

Separóse de la ventana, la cerró y fué a dejarse caer de rodillas en su reclinatorio.

Reinó un silencio profundo.

Algunos minutos transcurrieron.

Crujió levemente la puerta de la celda.

La hija del comendador volvió la cabeza.

La luz era rojiza y escasa y alumbraba apenas una parte de la habitación.

A la débil claridad que a la puerta llegaba pudo doña Luz distinguir una blanca figura.

Imposible le fué contener un grito de espanto.

Había reconocido a la novicia misteriosa.

Capítulo LXXII

LA NOVICIA EMPIEZA A EXPLICARSE

La novicia adelantó lenta y tranquilamente hacia doña Luz, que se había puesto en pie y la miraba con expresión de terror profundo.

Luego ambas quedaron inmóviles y mudas.

Trancurrieron algunos segundos.

—Tranquilizaos, doña Luz, — dijo, al fin, la joven misteriosa.

Pero su voz no era para tranquilizar, porque no tenía la suavidad ni la dulzura que debía esperarse de la voz de una mujer joven.

—¿Quién sois? — replicó la hija del comendador, retrocediendo un paso.

—¿Acaso lo ignoráis? ¿No sabéis que hace tres días estoy en el convento? ¿No habéis adivinado que he venido por vos?

—Yo no me llamo Luz...

—Nada temáis, señora — repuso la novicia sonriendo.

Con su sonrisa sucedía lo mismo que con su voz; no era la sonrisa de una mujer joven y de alma sencilla, no era una sonrisa de ternura, sino una sonrisa que tenía un poco de burlona o sarcástica.

—Dejadme — repuso la hija del comendador, que acabó de convencerse de que sus temores eran fundados.

—Para dejaros — dijo la novicia, — no me hubiera tomado el trabajo de venir.

—Vos no sois lo que parecéis...

—Tenéis buen golpe de vista.

—No, no sois lo que parecéis...

—Repito que no os equivocáis, y esto no me sorprende, porque ya sé que tenéis sobrada inteligencia. Ni soy lo que parezco, ni quiera Dios que adivinen lo que soy, porque si lo advirtieran es posible que en vez de celda me dieran por aposento un calabozo, y aun quizá, en lugar de estos hábitos, me pusieran el sambenito y me asaran bonitamente en el brasero de la santa Inquisición.

Doña Luz no acertó a replicar.

La novicia seguía infundiéndole espanto; pero no cesaba de mirarla examinando aquel rostro, cuya expresión encontraba más extraña cada vez.

—Sentaos y escuchadme tranquilamente

— añadió la misteriosa joven. — Debemos aprovechar el tiempo porque no sabemos lo que mañana sucederá.

—Vuelvo a deciros que os equivocáis.

—¿Os atreveríais a jurar que no sois doña Luz de Quiñones?

—¿Y con qué derecho me exigís seguridades, con qué razón ponéis en duda mis palabras? Idos, o me obligaréis a gritar.

La novicia se sentó tranquilamente, cruzó las piernas, poniendo la una sobre la otra, y volviendo a sonreír dijo:

—Escucharéis dos palabras, no más que dos o tres, y después gritaréis si así os conviene hacerlo.

—Basta...

—Me envía Raúl...

—¡Ah!...

—¿Queréis que me vaya?

Doña Luz comprendió inmediatamente que había cometido una torpeza y quiso remediarla.

—No os entiendo — dijo.

—Pronto me entenderéis...

—Idos, idos...

—Escuchad.

—No os escucharé.

—Entonces — repuso con calma la novicia — no hablaré; pero os daré lo que para vos me han dado.

Y al decir esto metió la diestra bajo el sayal y sacó un papel, alargándolo a doña Luz.

Esta, que seguía desconfiando, no se movió.

—Tomad, señora, tomad y leed, que nada perdéis porque para gritar y hacer que me saquen de aquí a puntapiés las buenas madres, siempre estáis a tiempo.

Así era la verdad; para hacer salir a la novicia siempre era buena ocasión.

Dudó algunos instantes doña Luz; pero al fin su mismo afán de salvarse le hizo pensar que bajo la apariencia de un enemigo se ocultaba tal vez alguno de sus amigos y favorecedores.

Sin embargo, temerosa de que la comprometieran sus palabras, replicó:

—Si hemos de concluir y habéis de dejarme sin más condiciones que la de que yo tome ese papel, lo haré; pero repito que ni me llamo Luz ni conozco a nadie que se llame Raúl.

—Bien, leed y después hablaremos si queréis hablar.

A pesar del casi completo convencimiento que la hija del comendador tenía de que se le tendía un lazo, sintióse profundamente conmovida al tocar el papel, y sus manos se agitaron convulsivamente al desdoblarlo.

Un instante después le fué imposible contener un grito.

Había reconocido la letra de Raúl.

No le ocurrió pensar que la letra se falsifica, y leyó con avidez.

Cuando hubo terminado, estaba su rostro desfigurado y lívido y sus negros ojos brillaban con el fuego de la fiebre.

¿Qué hacer en semejante situación?

Una y otra vez examinó el escrito.

Empero no encontró en él nada sospechoso más que su contenido.

Raúl hablaba solamente de su amor; pero en cuanto a lo demás no decía sino que debía tenerse completa confianza en la persona que entregara aquel papel.

La novicia esperó.

Después de algunos minutos doña Luz dobló la carta, volviendo a quedar inmóvil.

—Perdonad si os advierto que no habéis sabido disimular — dijo entonces la novicia. — Ya es inútil que neguéis: si no fueseis doña Luz de Quiñones, hubierais leído con indiferencia, no hubiérais dejado ver más que curiosidad por consiguiente, hablemos como buenos amigos, que, en último caso, podéis volverme la espada cuando se os antoje.

—Pues bien — respondió resueltamente la hija del comendador — hablemos con claridad. Lo mismo podéis ser un amigo que un espía; pero a todo me arriesgaré.

—Nada arriesgáis, puesto que nada tenéis que perder. ¿Puede acaso llegar a ser vuestra situación peor que lo que es ahora? No, porque es imposible que os suceda más que teneros encerrada toda vuestra vida mientras se le dice al mundo que habéis muerto.

—¿Pero quién sois?

—Un amigo.

—Queréis que yo hable con claridad y vos...

—Os daré el ejemplo.

—Ya os escucho.

—Sentaos, o me obligaréis a ponerme en pie.

Doña Luz se sentó.

—¿No sabéis — dijo la novicia — que Raúl de Lancaste ha vuelto a Madrid?

—¡Ah!...

—No gritéis.

—¡Dios mío!...

—Tampoco sabréis que Raúl tiene un amigo que se llama don Juan de Santisteban.

—Sí, sí...

—Pero ignoraréis que le escribió a ese amigo para que averiguase dónde estabais encerrada, y una casualidad ha hecho a Santisteban dueño del secreto.

—Lo que decís es incomprensible.

—Permitidme que os refiera todo lo que ha sucedido desde la noche inolvidable en que entregasteis al cura de San Justo una carta para doña Margarita, o más bien para la reina, y con la carta algunos apuntes referentes a vuestro hijo.

La hija del comendador acabó por sentirse completamente aturdida.

No sabía lo que en aquellas circunstancias era conveniente hacer.

Antes de que acertase a replicar, la novicia, cuyo acento era más enérgico cada vez, empezó el relato de los sucesos que habían tenido lugar desde la supuesta muerte de doña Luz.

Todo o casi todo lo sabía ya ésta por su padre, que se lo había referido, según recordará el lector; pero ignoraba ciertas circunstancias de mucho interés y, sobre todo, el regreso de su amante.

Pocos minutos empleó la novicia en su sorprendente relato.

Aventuras de Barnigugli, por Debeck
DEPORTIVAS
Acaba de llegar a esta Capital el gigantesco atleta GORILA BRUTO, quien ha desafiado a Fortachún a un match de lucha. Los entendidos están apostando 10 a 1 a favor de GORILA.
BUENO. FORTACHUN; BASTA DE GIMNASIA. VAMOS A DAR UN PASEITO, A PIE
MUY BIEN, BARNIGUGLI
1
ASI QUE GORILA HA ESTADO POR AQUI. ¿Y QUE ME CUENTAN? ¿ESTA EN BUEN ESTADO?
¿QUE SI ESTA BIEN EL TIPO? VEN, QUE TE VOY A ENSEÑAR ALGO NOTABLE
2
¿VES ESTO? PARECE UN TERREMOTO ¿NO? PUES TODO ESTO LO HA HECHO GORILA BRUTO, PARA ENCONTRAR UN BOTON QUE SE LE CAYO AL SUELO
? ?
¡JA! ¡JA! ¡JA! ¿SE DIERON CUENTA, COMO SE QUEDARON LOS DOS CUANDO LES CONTE LO DEL BOTON?
¡JA! ¡JA! ¡JA!
¡ES COLOSAL, CHE!
SI NO LO HUBIERA VISTO, NO LO CREERIA
NO TE IMPRESIONES, FORTACHUN. TENEMOS QUE HACER ALGO QUE DE QUE HABLAR. VEN; SE ME OCURRE UNA IDEA

¡AH! ¡ES COMO PARA MORIR DE RISA! ¡POBRE BARNIGUGLI! ¡LA CARA QUE PUSO, CUANDO VIO TODO REVUELTO!
¡AHI LLAMAN AL TELEFONO!
6
¿QUE LE DIGA A LOS MUCHACHOS QUE VAYAN EN SEGUIDA AL ZOO? MUY BIEN, SEÑOR BARNIGUGLI
ESE BARNIGUGLI ES TAN BARBARO... ¡QUIEN SABE LO QUE HABRA HECHO EN EL ZOO!...
?
?
© 1932, King Features Syndicate, Inc. Great Britain rights reserved
8
DE BECK
9

Cuando hubo concluído, la miró doña Luz, diciéndole después de algunos instantes:

—¿Y vos conocéis a doña Margarita?

—Sí.

—¿Decís que no es ella la que os ha descubierto donde yo me encontraba?

—No.

—Me engañáis.

—Lo comprendo todo — repuso la novicia.

—¿Qué comprendéis?

—Estáis en la inteligencia de que doña Margarita sabe dónde os encontráis, lo cual me prueba que algún aviso le habéis enviado; pero no pensáis que debéis estar rodeada de espías, y que es lo más probable que os hayan engañado los que os han prometido serviros.

Doña Luz volvió a dudar.

El hortelano había sido el encargado de llevar la carta a doña Margarita, y el hortelano también se había presentado en casa del comendador con otra carta de la superiora, según la novicia aseguraba.

Si esto era verdad, ¿qué debía deducirse de semejante coincidencia?

La hija de Quiñones volvió a examinar el escrito de Raúl.

—Es su letra — dijo para sí.

Reflexionó.

Pasaron algunos minutos.

—Os repetiré — dijo al fin la novicia — la observación que ya os hice. ¿Qué podéis perder si os fiáis de mí? No ha de sucederos nada peor de lo que os ha sucedido. Si os prometo sacaros de aquí, ¿qué fin he de proponerme más que salvaros?

—¿Pero quién me asegura que no se me tiende un nuevo lazo?

—¿Y para qué, señora?

—No lo sé.

—Si yo os pidiera que me revelaseis algún secreto, podríais desconfiar.

—No guardo ninguno.

—Para sacaros de aquí no tiene vuestro padre necesidad de valerse de estos medios.

La razón no podía ser más convincente.

El que se ahoga no vacila para asirse a un hierro candente, y así le sucedió a doña Luz: estaba desesperada, y como creía que nada le era posible perder, que su situación no podía ser peor de lo que era, decidióse a aceptar francamente la protección que se le ofrecía.

En esto se equivocaba, porque apenas se decidió, cuando la novicia empezó a pedirle explicaciones sobre los medios de que se había valido para escribir a doña Margarita y enviarle la carta.

La hija del comendador, cometiendo tal vez una imprudente ligereza, dió las explicaciones con todos sus detalles.

No necesitó más la misteriosa joven para comprender perfectamente cuanto había sucedido.

Su frente se contrajo.

Inclinó sobre el pecho la cabeza, cerró los ojos y meditó.

Doña Luz la contempló afanosamente.

—Triunfaremos — dijo la novicia después de algunos segundos y poniéndose de pie.

—Explicaos, explicaos...

—Mañana le diréis al hortelano que tenéis necesidad de hablarle y que por la noche iréis a buscarlo a su aposento. Como entonces sucedió, os darán facilidades para la entrevista.

—¿Y luego?

—Yo os acompañeré.

—Pero...

—Nada más — repuso la novicia, disponiéndose a salir.

—Esperad...

—Pueden observarnos.

—Necesito más explicaciones...

—Las tendréis mañana.

—Pero entretanto...

—Disimulad.

—Si sois del número de mis amigos, ¿por qué tanto misterio?

—Es preciso.

—Acabaréis por hacerme desconfiar...

—Haced lo que os digo y pasado mañana seréis la esposa de Raúl.

—Y al pronunciar estas palabras, la novicia salió de la celda.

Doña Luz quedó como aturdida.

—¿Qué clase de mujer es ésta? — se preguntó después de algunos instantes.

Cualquiera se hubiese preguntado lo mismo.

La joven, dolorida, tímida, callada, que parecía no ocuparse más que de rezar y llorar, se había presentado aquella noche desenvuelta, atrevida y hasta desvergonzada como la última mujerzuela.

¿Obraba de acuerdo con el comendador y Andrés o estaba pagada por nuestros amigos?

No era posible adivinarlo.

Martín y don Juan habían hablado de una mujer; pero no más que de una, y en esta intriga figuraban dos: la novicia y la que la había llevado al convento.

La joven descarada, de áspera voz y maneras inconvenientes, no había dado todas las explicaciones que eran de desear, y esto debía ser doblemente sospechoso.

Doña Luz meditó en vano, porque no conseguía disipar sus dudas.

La única prueba que podía tener era la carta de Raúl, y volvió a revisarla una y otra vez con más cuidado que nunca.

Empero cuanto más la examinaba, convencíase más de que estaba escrita por su amante.

La infeliz pasó en una agitación horrible casi toda la noche.

—Esa mujer — decía la hija del comendador — me infunde miedo; y sin embargo, cuando me habla me convence; no sé qué influencia ejerce sobre mí... Sí, sí, tiene razón: no puedo estar peor de lo que estoy... En mi situación debo jugar el todo por el todo... ¡Oh!... ¿Y qué fin se propone, qué puede adelantarse en nuestra entrevista con el hortelano?... No lo entiendo, no lo entiendo.

Convencida de que la carta era de Raúl, la desdichada la leyó una y otra vez, quedándose al fin dormida cuando en Oriente se esparcían los primeros resplandores de la aurora.

La carta la había colocado sobre su corazón, que parecía latir con más fuerza que antes.

Su sueño fué agitado.

Capítulo LXXIII

SE ACLARA EL MISTERIO

Al día siguiente doña Luz, que ya no vacilaba, fué a dar un paseo por la huerta, encontrando a Pablo sólo y diciéndole.

—¿Aun estáis dispuesto a servirme?

—¿Lo dudáis, mi noble señora? — replicó el hortelano.

Y brillaron sus ojuelos, porque creyó que las palabras de la joven darían por resultado otra buena cantidad de monedas de oro, como las que había recibido del comendador.

—De vuestra buena voluntad no dudo; pero a veces las circunstancias...

—¿Qué queréis?

—Es menester que hablemos a la noche — respondió la hija de Quiñones.

—No tengo ningún inconveniente.

—Iré a buscaros cuando todos duerman.

—Os esperaré.

—Ahora no os doy más explicaciones...

—No, mi noble señora, porque pueden observarnos.

—Pues que Dios os pague los beneficios que me hacéis.

—Por de pronto, vos me los habéis pagado con mucha largueza.

—No está lejano el día en que os recompense como deseo.

—Lo más importante es que encontréis alivio a vuestras desgracias, porque yo me consideraré recompensado con veros feliz.

—No hablaron más.

Doña Luz siguió su paseo.

Un cuarto de hora después el hortelano se presentaba a la superiora.

—¿Hay novedad? — le preguntó ésta.

—La hermana me ha dicho que quiere hablarme a la noche.

—¿Y qué le habéis respondido?

—Que no hay inocnveniente.

—Bien hecho.

—Irá a buscarme como la otra vez.

—Esperadla y seguid aparentando que estáis dispuesto a servirla.

—¿Tiene vuestra reverencia algo más que mandarme?

—Nada, hermano.

—Entonces...

—Dios os ilumine.

El resto del día pasó como los anteriores.

La novicia misteriosa no varió de conducta; asistió al coro, y, según su costumbre, se colocó en el rincón más oscuro, llevando el pañuelo a los ojos como si llorase mientras rezaba.

Llegó la noche.

Entonces doña Luz se sintió poseída de terror.

Oró por espacio de una hora.

Luego se asomó a la ventana.

El horizonte estaba despejado y trasparente como nunca.

La luna esparcía sus argentados resplandores y las estrellas brillaban esplendorosamente, bordando el horizonte.

La hija del comendador dirigió una mirada afanosa a la ventana de la novicia que le había prometido salvarla.

Pero aquella noche la novicia no se había dejado ver.

El mismo deseo de libertarse hizo que doña Luz concibiese cada momento más esperanzas, hasta el punto de que su salvación la creyó segura, entregándose entonces a las ilusiones más risueñas.

Mucho antes de que llegara la hora convenida se abrió la puerta y la novicia se presentó.

Su rostro estaba pálido y contraído, y su mirada era sombría.

Doña Luz, que ya la consideraba como a su mejor amiga, dió algunos pasos para acercarse a ella y abrazarla; pero se detuvo, sin poder dominar un sentimiento inexplicable de terror.

—Hacéis bien — dijo la novicia con voz más áspera y acento más enérgico que nunca. — No intentéis abrazarme, porque yo no aceptaría vuestro abrazo a menos que os empeñarais en dármelo después de saber quien soy.

—Siempre misteriosa...

—Dentro de algunos minutos habrán concluído los misterios — repuso la novicia.

Y acercándose a la ventana, añadió:

—Venid y escuchemos.

La hija de Quiñones obedeció.

Quedaron inmóviles

Al cabo de pocos minutos oyóse un silbido prolongado y agudo que resonó al otro lado de la tapia de la huerta y hacia la parte del convento de Santa Catalina de los Donados.

—¿Habéis oído? — preguntó la novicia.

—Sí, pero...

—Vamos, nos esperan.

—¿Quién?

—¡Dos de nuestros amigos!...

—¡Dos de nuestros amigos!...

—El uno es don Juan de Santisteban.

—¿Y Raúl?

—Lo encontraremos después.

—¿El otro es Martín?

La novicia sonrió maliciosamente y respondió:

—El pobre Martín no tiene para qué esperarnos.

—Aun es temprano...

—No importa.

—Puede observarnos alguien...

—De seguro la priora sabrá que tenéis la cita con el hortelano, y hasta después no se cuidará de vos.

—Vamos, pues — dijo resueltamente doña Luz.

—Despedíos de esta celda, adonde, Dios mediante, no volveréis, y seguidme.

La hija de Quiñones miró a su alrededor.

Dos lágrimas se escaparon de sus ojos.

Hubiérase dicho que se separaba con pena de aquel lugar donde tanto había sufrido.

La novicia tomó la luz.

Ambas salieron.

—¿Adónde vamos por aquí?

—A mi celda.

—¡A vuestra celda!...

—Sí, porque es preciso que bajo el hábito llevéis otro ropa. ¿No comprendéis que con ese traje no es conveniente salir de aquí?

—Pero el hortelano...

—Os verá como ahora vais; pero luego os bastará quitaros el hábito. Ahora os pondréis la ropa que yo traje y que aun conservo.

Doña Luz no replicó, porque estaba convencida de que las observaciones eran inútiles.

Llegaron a la celda de la novicia.

—Entrad — dijo ésta; — sobre mi cama encontraréis cuanto necesitáis.

—¿Y vos?

—Aquí os esperaré.

La hija de Quiñones entró en la celda, y en pocos minutos hizo lo que su misteriosa amiga le había mandado.

Volvió a salir y tomaron distinto camino, sin pronunciar una palabra y cuidando de no meter ruido al andar.

Felizmente llegaron al aposento de Pablo.

Este se sorprendió al ver a la educanda en compañía de la otra.

Entonces no era probable que se presentara la abadesa, porque no era aquella la hora de la cita.

Sin embargo, la misteriosa novicia, apenas hubieron entrado, cerró la puerta y echó la llave.

—¿Qué hacéis? — preguntó Pablo, más sorprendido cada vez.

—No es prudente que hablemos aquí — respondió la novicia, — y para evitar que nos sorprendan he cerrado.

—¿Pues dónde hemos de hablar?

—En la huerta; la noche está deliciosa, porque tenemos una luna que alumbra poco menos que el sol y no se siente el frío.

—Pero vos — replicó el hortelano, — ¿por qué acompañáis a esta señora?

—Pronto lo sabréis — dijo doña Luz. — Venid.

Como Pablo no temía las sorpresas, porque estaba de acuerdo con la priora, creyó inútil entrar en explicaciones.

—Vamos — dijo.

Atravesaron otras dos habitaciones y salieron a la huerta, adelantando silenciosamente hasta llegar a un sitio bastante separado del convento.

Detuviéronse allí.

—Ya os escucho — dijo el hortelano.

Doña Luz de Quiñones guardó silencio y miró a la misteriosa novicia.

—Esperad — dijo ésta.

Y en un abrir y cerrar de ojos se despojó de los hábitos, arrojándolos entre la espesura y dejando ver sus vestidos y sus formas de hombre.

Todo podía esperarlo doña Luz menos semejante transformación.

En cuanto a Pablo, no hay que decir que tampoco podía sospechar que, bajo el sayal de la novicia, se ocultara un apuesto mancebo.

Tal fué la sorpresa de ambos, tal el aturdimiento, que en el primer instante no acertaron a moverse ni a gritar.

Martín, porque era él, aprovechó aquellos momentos, y cayendo sobre el hortelano, lo asió fuertemente con la mano izquierda por la garganta y levantó la derecha, haciendo relumbrar la daga de que iba prevenido.

—Silencio, ¡vive el cielo! ¡Silencio, si es que no queréis morir!

Pablo entonces dejó escapar un gemido ahogado.

—¡Dios mío! — exclamó doña Luz.

—Escuchadme, viejo embustero; escuchadme y no intentéis hacer resistencia ni pedir socorro, porque me obligaréis a atravesaros el corazón. Sois muy estúpido; pero debéis comprender que para daros una puñalada se necesita menos tiempo que para hacer despertar a los que duermen lejos de aquí.

—Me ahogo... Compasión — murmuró Pablo.

—¿Estáis dispuesto a obedecer?

—Sí.

Martín soltó entonces el cuello del hortelano; pero lo sujetó de un brazo y siguió amenazándolo con la daga.

La hija del comendador apenas podía respirar, y muda de terror contemplaba aquella extraña escena.

Sus miembros se agitaban convulsivamente y su rostro estaba lívido y desfigurado.

—¡Ah! — murmuró, con voz ahogada.

—Tranquilizaos, señora — le dijo el mancebo; — tranquilizaos y alegraos, porque Dios nos protege y vais a veros libre muy pronto.

—¿Quién sois, quién sois?

—Martín.

—¡Martín!... ¡El protegido del cura!...

—El mismo.

—Sí, vos solamente puede hacer lo que estoy viendo...

—Vuelvo a rogaros que os tranquilicéis; necesitamos aprovechar estos momentos...

—Ya estoy tranquila.

—Dejad los hábitos mientras yo digo a este viejo zorro lo que tiene que hacer.

No tardó doña Luz en despojarse del blanco sayal y ponerse un manto que llevaba oculto y que había encontrado con la demás ropa.

—Por aquel lado de la tapia — dijo Martín a Pablo — hay una puertecilla.

—Sí.

—Vos debéis tener la llave, puesto que por allí nadie más que vos sale y entra.

—Es verdad — respondió el hortelano, cuya pálida frente estaba empapada en frío sudor.

—Pues bien: vais a abrir esa puerta y dejarnos salir, y luego, si queréis gritar, podéis hacerlo con todas vuestras fuerzas.

—¡Dejaros salir!...

—Eso es.

—Pensad bien lo que pedís, caballero.

—Pido lo que me conviene.

—¡Dios bendito!...

—Basta de observaciones.

—Me perderéis...

—¿Preferís una puñalada?

(Continuará)

Raúl de Lancaste

Los Secretos de una Gran Ciudad

Intenso romance de aventura, de intriga, de sacrificio y de heroismo, escrito

Por HAL SIDNEY

Autor de "Detrás de la Puerta Cerrada"

EN LA MISERIA

LA joven vendedora de flores exclamó impaciente:

—¡Descansa un momento, Liz! ¡Siempre estás gruñendo! Me tienes cansada. ¡Cualquiera al oírte, pensaría que yo no me he dado cuenta de que hay una niebla que casi se puede mascar de espesa que es y que solo tú has notado que además está lloviendo! El automóvil que pasó hace un momento me echó encima media pinta de barro líquido, pero por eso no me voy a pasar el día protestando. ¿De qué sirve gruñir? ¿No hay que sufrir lo que nos toca sufrir? ¡Pues a sufrirlo y a callar!

Nance estaba dotada de un carácter alegre que necesitaba algo más que un día de niebla y lluvia para entristecerse.

Aquella joven prototipo de la muchacha londinense, que vendía flores junto a la fuente de la plaza de Piccadilly, podía saludar con una sonrisa a los compradores, aun en un día como aquel en que el frío atravesaba el chal que tenía echado sobre los hombros y en que casi tenía todas sus flores por vender. ¿Quién iba a detenerse a comprar flores con la tarde que hacía?

Era su vecina del veredón de la fuente la causante de lo que Nance había dicho. Se trataba de una mujer de más edad que había nacido gruñona y tenía cara de serlo.

—¡Eres insoportable! ¿Acaso tengo yo la culpa de que haga el tiempo que hace? —exclamó Nance. — ¡Lo que hay es que eres una gruñona y nada más que una gruñona!

Eran las cuatro de la tarde, pero ya estaban encendidos los faroles. La niebla que se había extendido procedente del Este era tan densa que los transeuntes se transformaban en sombras a menos de una yarda de distancia.

—¿Una flor, señor? ¿Un ramito de violetas para el ojal?

Un hombre alto había aparecido en la parte brumosa iluminada por la luz del farol. Nance, mecánicamente, le ofreció sus violetas antes de haberle visto bien.

El se volvió a medias para mirarla. Un instante sus labios se encorvaron con sonrisa de amargura, como si hubiera constituído una burla ofrecer flores a un hombre que se hallaba en la mayor miseria.

Tenía la ropa vieja, desgastada, los ojos hundidos en el rostro pálido y desencajado, tenían un fulgor de angustia: eran los ojos de un hombre hambriento y desesperado.

Nance hizo de pronto una mueca de asombro. Las flores se le cayeron de la mano yendo a dar en el barro de la calle. Miró al hombre como hubiera mirado a un aparecido. Aquel rostro que acababa de ver entre la niebla, debía ser el de un aparecido, tan cambiado estaba de cómo lo había visto dos años antes.

De pronto, la joven metió las manos en el bolsillo de su delantal y sacó tres monedas de cobre. Miró las monedas y luego su canasta con gesto de indecisión. La venta había sido muy poca aquel día. Pero la mirada de hambre de aquella cara pálida, la había impresionado. Volvió a meter la mano en el bolsillo.

—¿Qué es eso, Nance? ¿Qué vas a hacer? — exclamó la gruñona cuyos ojos habían se-

Los secretos de...

guido todos los movimientos de la joven con no disimulada curiosidad.

—Voy a hacer lo que me da la gana y tú no debes meterte en mis asuntos. — replicó Nance.

Y corrió tras el hombre que desaparecía ya entre la niebla.

—¡Oiga! — dijo ella jadeante y con un tono que el hombre se detuvo sorprendido. — ¿No se ofenderá, eh? Yo se lo que es estar de malas, ¡vaya si lo se!

Y puso seis monedas de un penique en su mano. Sólo Nance sabría el sacrificio que era para ella desprenderse de aquel dinero.

Durante un momento la sorpresa inmovilizó al hombre. Era muy joven. A la luz del farol se podía ver que no representaba más de veinticinco años. Dos años antes su hermoso rostro — tan desencajado y con un gesto de tan intensa desesperación en aquel momento, — había sido suficientemente perfecto para justificar el sobrenombre que le habían aplicado sus amigos: — el Bello Jim, — como Nance lo recordaba.

Quizás al primer impulso de su orgullo, un orgullo que ni aun la peor adversidad podía dominar, fué negarse groseramente a recibir el obsequio. Pero al ver la carita simpática y suplicante de la muchacha florista, al notar la compasiva bondad de una joven tan pobre como él, ahogó el clamor de su orgullo.

Rápidamente la joven se volvió y se dirigió a su puesto de venta antes de que él pudiera hallar palabras con que agradecerle.

Mamá Gruñona estaba, naturalmente, roja de indignación cuando Nance regresó a su lado. Se hallaba dispuesta a soltarle una andanada de observaciones, pero la bella y bondadosa joven le volvió la espalda.

—¡Que arruinado está! ¡Se notaba en su cara! — díjose la joven pensativa. — ¡Y se conoce que es hombre de buena educación! Cualquiera lo comprende aun cuando lo vea por primera vez. Con mayor razón lo comprendo yo, que le ví pasar tantas veces, en su automóvil, por esta plaza, y detenerse a comprarme flores... Un día me dió una libra esterlina en pago de un ramo de seis rosas y todo porque me vió resfriada y tosiendo... ¡Y ahora en qué miseria se encuentra "el Bello Jim", como le llamaban una vez unos amigos que iban con él! ¡Lo que más siento es no haberle podido dar más de seis monedas!

La expresión del rostro del "Bello Jim" habíase suavizado cuando aquel continuó su camino. El femenino bondadoso impulso de la joven florista le había emocionado como sólo puede emocionar un semejante acto de bondad a un hombre que está en la miseria.

Y Jim Strange estaba en la miseria — tan en la miseria como pueda llegar a estarlo un hombre. — No había probado bocado desde el día anterior. ¿Se hallaba hambriento y desesperado aquel hombre que dos años antes, obedeciendo a uno de esos impulsos que brotan del corazón, había dado una moneda de oro, una libra esterlina, en cambio de media docena de rosas, a la joven florista!

Era él, entonces, un favorecido por la fortuna, con suficiente dinero para poder arrojarlo a diestra y siniestra en compañía de muchos amigos, o pretendidos amigos, siempre dispuestos a ayudarle en aquella tarea.

¡Y ahora vagaba por las calles y debería a la generosidad piadosa de una pobre florista, su próxima comida.

—¡Dios la bendiga por lo que ha hecho! — murmuró él.

La niebla húmeda y fría parecía penetrarle hasta los huesos cuando Jim Strange se encaminó a la calle Great Paul. Había pagado adelantada una semana de hospedaje en uno de los refugios para dormir situado allí..

Educado como lo había sido, el sitio y la compañía le causaban intensa repugnancia. Pero los pordioseros no pueden darse el lujo de elegir su alojamiento y el calor de la estufa de coke, que ardía en el salón de la cocina del subsuelo era agradable para el hombre pobremente vestido que tiritaba bajo la niebla.

Del otro lado de la ancha calle relucían las luces de los grandes restaurants. ¡Cuántas veces, en los pasados días de riqueza había comido en aquellos lujosos salones! ¡Y ahora miraba con ojos de lobo hambriento la pobre pitanza que podía pagarse en un refugio de desheredados!

Se rió casi muy fuerte. Fué su risa amarga, irónica e hizo que más de un transeunte se volviera para mirar a la cara a aquel hombre pálido que parecía fugitivo y anonadado como fiera perseguida que se ha convencido de que su enemigo ha conseguido arrinconarle.

Se sentía enfermo... Enfermo de cuerpo y de alma. Sentía una inseguridad, un desaliento que parecíale próximo anuncio de que sus fuerzas ya iban a agotarse por completo.

Strange descendió de la acera para cruzar la calzada. Oyó un grito, un toque de bocina que le despertó de su ensimismamiento y vió las luces de un automóvil que pasó junto a él, tocándole casi.

Desesperado salió a un lado. Así evitó que el vehículo le arrojara al suelo. El chauffeur vociferó enojado al pasar.

Dos hombres iban en el coche. Uno de ellos lanzó una exclamación al ver aquella cara pálida repentinamente iluminada por las brillantes luces del automóvil.

—¡Dios mío! ¿Ha visto usted quién era? — preguntó a su compañero con gesto de grandísimo asombro.

—¿Quién? ¿El hombre que estuvo a punto de ser atropellado y a quien el chauffeur insultaba? ¿Qué tenía de raro?

—¡Era Strangways! ¡Era Sir Strangways!

El que hablaba se levantó nervioso. Miraba por la ventanilla hacia atrás, hacia el sitio donde había visto el pálido rostro surgiendo de entre las nebulosidades de la cerrazón.

Pero casi inmediatamente al pensar en hacer detener el vehículo se dió cuenta de la inutilidad de su propósito. El hombre se hallaba a más de doce yardas entre la niebla.

—¡No sería posible encontrarle ya! — exclamó con sentimiento.

Su compañero le miraba con incredulidad.

—¡Strangways! ¿Ese pobre hombre tan mal vestido? ¡No! ¡No es posible! Está usted equivocado, amigo mío. Sé que Strangways perdió su fortuna. Hizo malos negocios hace un par de años. ¡Pero tenía muchos amigos! ¿Es posible que de todos sus amigos íntimos ninguno le haya querido favorecer para evitar que llegara a transformarse en un vagabundo como el que hemos visto?

—¡Le digo a usted que era Strangways! No era posible equivocarse. ¡Y pensar que el pobre se halla en semejante situación! ¡Tan bueno como fué siempre! No supo guardar su dinero, fué muy generoso y cuando se arruinó, nadie pudo escucharle ni una palabra de queja de sus labios. ¡Después, desapareció! Tuvo el valor necesario para decidirse a buscar el porvenir en otro ambiente. Han pasado dos años sin que se sepa nada de él. Hubiera querido hablarle.

De pronto, como si un súbito pensamiento hiriera su imaginación, agregó:

—¿Pero por qué se ha de ocultar ahora de sus amigos? ¿No habrá leído los diarios? Ignora quizás que ha sido, en los últimos tiempos el hombre, de quien más se ha hablado en Inglaterra?

—¿El hombre de quien más se ha hablado en Inglaterra ese hambriento y pálido sujeto? — preguntó el otro con asombro. — ¿Cómo es eso posible? Recuerde usted que acabo de llegar de los Estados Unidos y que no he tenido todavía oportunidad de enterarme de lo que pasa.

Por toda contestación el otro tomó un diario que había en el asiento. A la luz de un fósforo buscó un párrafo. Después dió el diario a su amigo alumbrando con la pequeña luz para que leyera.

El otro se enteró rápidamente de lo que decía el diario e hizo un gesto de asombro en el momento en que se extinguía la luz del fósforo.

—¡Pues sí que es algo extraordinario! exclamó.

EL TENTADOR

El hombre que en otro tiempo habíase llamado Jim Strangways no tenía ni la menor idea — mientras se hallaba sentado ante el fuego en la cocina de aquel refugio de pobres de que su nombre había figurado en los diarios de Londres en los últimos días.

Había consumido su frugal comida pero se hallaba todavía con apetito. Un arenque y un pan de un penique no constituyen suficiente alimento para calmar la necesidad de un hambriento. El resto del dinero que le había regalado la joven florista, lo había gastado en comprar tabaco. Jamás ningún habano le había parecido tan exquisito como le pareció entonces el tabaco de su pipa.

Jim Strangways estaba sentado, perdido en sus tenebrosos pensamientos, mientras los clientes habituales de la casa fueron llegando, procedentes de la nebulosa calle.

Una mescolanza extraña de hombres de distintas profesiones, — vendedores ambulantes de baratijas, mendigos, rezagos humanos, — toda la legión de los desheredados de Londres. Un creciente rumor de conversaciones en distintos idiomas llenó el vasto y mal oliente sótano, resonando a veces la cavernosa tos de algún infeliz preso en las garras de la tuberculosis. El hombre que estaba sentado mirando hacia el fuego, no parecía darse cuenta de nada.

Cuando Jim Strangways se vió arruinado su filosofía fué la misma de Nance, la joven florista: "es una tontería gruñir y quejarse". Habíase conducido como un tonto y no habíe sabido conservar su dinero. Lo que ahora debía hacer era trabajar y nada más.

Poco tardó en convencerse de que un hombre educado como había sido educado él, vale muy poco en el mercado del trabajo por más que se sintiera dispuesto a dedicarse a cualquier clase de tarea, fuese la que fuese.

Pero Jim Strange, — como se hacía llamar ahora — tenía energías. Había apretado los dientes y trabajado de firme. Sin que nadie le protegiera ni ayudara había logrado vivir durante diez y ocho meses.

Una falsa acusación de falta de honradez hizo que Jim fuera despedido por su presuntuoso y autoritario patrón. No había sido gran cosa como dependiente de escritorio, pero trabajaba con tesón y sin descanso. La acusación no había sido llevada a conocimiento de las autoridades; — en realidad carecía de fundamento, — pero Jim fué despedido, negándose el patrón a darle un certificado. La mala suerte le hirió de nuevo e inmediatamente. Cayó enfermo y tuvo que buscar asistencia en un hospital, del que le despacharon antes de que estuviera en condiciones de poder trabajar de nuevo. Desde entonces había vivido sin saber cómo.

No había fracasado por falta de actividad ni por dejar de buscar. Pero la suerte lo había maltratado, sin descanso. No era, pues, extraño que fuesen muy amargos los pensamientos de aquel hombre.

¿Por qué había de morirse de hambre en la ciudad más rica de mundo? No era esto justo desde que su deseo era trabajar. Muchas millas había caminado en busca de trabajo, ¡de trabajo!, sin encontrarlo.

Había evitado escrupulosamente todo pensamiento que no fuera de rectitud y honradez, a pesar de que hubiera podido hallar dinero apartándose de la buena senda. Y ahora, aquel hombre, agobiado por las crueldades de la suerte, preguntábase dolorido qué premio era lo que habíase conquistado con su honradez y de qué servía ser bueno en un mundo tan malo. ¿Acaso no tenía, un hombre honrado y deseoso de trabajar, derecho a vivir?

¿Sería verdad, — como decía Dandy Trench, — que todo hombre honrado es un tonto?

Dandy Trench era un pillo redomado que probablemente no había trabajado honestamente ni un sólo día en toda su vida; pero siempre tenía qué comer y tenía casa donde vivir, muy distinta, por cierto, del sótano que era el último refugio de Jim Strangways.

Más de una vez Trench había dicho a Jim que podía ofrecerle empleo, — un empleo bien pagado, — siempre que se resolviera a poner de lado ciertos escrúpulos. Jim había rehusado con mucha energía.

Pero aquella noche, el joven, enfermo y hambriento como se sentía preguntábase si no había sido un tonto en rehusar con tanta indignación aquellas ofertas. ¡Un hombre tiene derecho a vivir!

—¡No me oirá decir "no" si me vuelve a preguntar lo mismo! — murmuró sonriéndose con tristeza.

Se dice que basta llamar al diablo para que acuda algún mensajero del príncipe del mal. En aquel mismo momento Jim Strange se volvió con rapidez al oír que alguien pronunciaba su nombre.

Un joven alto y delgado, con un cigarrillo colgando de la comisura labial, con la mirada fugitiva y desconfiada de una rata, habíase abierto camino entre el amontonamiento de gente hasta llegar al sitio donde Jim estaba sentado. Jim le reconoció en seguida: era uno de los secuaces de Dandy Trench.

—Dandy me ha dicho que le entregue a usted esto, — dijo el joven dándole un papel.

Jim Strange hizo una mueca de asombro y desplegó la misiva.

"Venga a verme al Bar de la Herradura, — decía. — Puedo proporcionarle una buena situación. Se trata de algo de primer orden. La oferta es seria".

Jim estrujó la carta en su mano. Algo se presentaba, era cierto, algo que constituía "una buena situación" para él, que como Trench debía saberlo, no tenía probabilidades de poder comer al día siguiente.

El mensajero de Trench esperaba la respuesta. ¿Sería "sí" o "no"?

Como nunca, en toda su vida, el desesperado hallábase propenso a ceder a la tentación. "¡Algo de primer orden!" — decía la carta. — ¿Por qué no?

—Bien, ¿qué le digo al patrón? — preguntó el otro impaciente.

Pero cuando le oyó hablar el gesto de Jim varió por completo.

La visión de una cara de mujer habíase presentado ante la imaginación del hombre que estaba por ceder a la tentación y había obrado como un ángel bueno en aquel ambiente maldito. Y sus oídos no escuchaban ya las voces groseras y las risotadas brutales de la concurrencia del sótano; sólo podía oír la vez de aquella hermosa joven como si repitiera en aquel instante las palabras que le oyera en otra ocasión

—Sí, Jim, ¡no me olvidaré nunca de usted! ¡Y cuando haya logrado abrirse camino — estoy segura de que así será porque creo en usted con todo mi corazón — aquí me hallará, esperándole!

Podía ver su rostro — bello, cariñoso — rodeado por la oscura y sedosa cabellera... En un instante acudió a su memoria el recuerdo del florido jardín de casa de la hermosa, de su elegante figura destacándose en la penumbra de aquella noche de despedida en la que le había dicho que no le olvidaría.

—¡Marjorie!

Sus labios modularon silenciosamente su nombre como si fuera un conjuro contra la maléfica tentación.

Jim Strange pareció erguirse. Con rápido movimiento arrojó la carta al fuego. Volvióse hacia el mensajero de Trench y habló con entereza.

—¡Puede decirle a Dandy Trench que no!

El joven le miró. Se encogió de hombros riéndose.

—Piénselo bien, que todavía puede ser que cambie de opinión. Por si acaso ya sabe que puede encontrarle en el Bar de la Herradura.

Dicho esto, se retiró.

Jim Strange sonreía como si el recuerdo de la joven hubiera disipado por completo sus tenebrosos pensamientos. ¡Marjorie! Por ella había querido luchar. Por ella no se había quitado la vida. Por ella llegaría a triunfar sin apartarse de la buena senda!

Si alguna vez cedía a la tentación, ¿cómo podría luego mirarse en sus ojos de pureza y de bondad?

Jim Strange se puso rápidamente de pie y salió de aquella atmósfera repugnante y pesada como si fuera una profanación hasta pensar en ella en aquel ambiente de infamia.

La niebla habíase desvanecido cuando llegó a la calle. El reloj de Westminster estaba dando las seis.

Marjorie Penroe, así se llamaba ella. Habíala conocido hacía un año, cuando logró salvarla de la muerte, arrancándola del camino de un caballo desbocado.

Su tutor, un hombre a quien Jim consideraba odioso instintivamente, no había mirado sus visitas a la casa con buenos ojos y había hecho oposición a su amistad con Marjorie por considerar su situación de empleado con poco sueldo como indigna de un futuro para su pupila.

Jim la había amado desde el primer momento, aun antes de que la hiciera conocer los sentimientos que le animaban. Era pobre entonces, pero quizás un día...

Si le declaró su amor fué sin buscar la ocasión. Encontrábanse solos, en el sombrío jardín. La noche era estrellada, el aire tibio y oloroso. Al sentirla a su lado, al mirar sus ojos en los suyos, Jim traicionó el secreto de su corazón.

Ella le correspondía, también sin haberlo dicho. Jim Strange lo supo entonces. En aquel momento de locura lo olvidó todo y la estrechó en sus brazos...

Entonces un pensamiento cruel, le estrujó el corazón. No era él ya el rico Jim Strangways. ¿Con qué derecho iba a ligar su existencia a la de aquella joven? ¿No era él un pobre cuyo porvenir era un misterio?

—Marjorie, — habíale dicho — no tengo derecho a admitir su promesa. Trataré de conquistarme una posición, pero es necesario que usted no se halle ligada a mí por promesa ninguna y que pueda, si la ocasión se presenta, hacer la felicidad de un hombre en mejores condiciones que yo, de asegurarle un porvenir. Lo mejor es que olvide usted las palabras que he pronunciado en un momento de desvarío.

Entonces Jim Strange se convenció del todo de que ella no le olvidaría.

—Yo le amo, Jim, — dijo ella. — ¿Cómo

—Puedo contestar en nombre de mi amigo, señor Dandy Trench, y lo que puedo contestar es: ¡No!

es posible que olvide las palabras más gratas que he oído en mi vida? Usted se conquistará una posición. ¡Estoy segura! ¡Y yo le esperaré!

Habían pasado muchas semanas desde la última vez que la había visto. Ella y su tutor habían estado fuera de Inglaterra. Aun cuando hubieran estado en Londres él hubiese tratado de evitar el verla. ¡Tan lejos estaba de haber conquistado una posición que había descendido aun más en la escalera de la pobreza!

Quizás no volverían a verse más. El, el fracasado ¿qué derecho tenía a ligarla a su existencia? Sin embargo, como en aquella noche, su recuerdo le había ayudado otras veces a no desviarse nunca de la buena senda.

Había caminado al azar, perdido en los gratos recuerdos que habían desvanecido de su rostro toda expresión de pena. Sus pasos le habían llevado a una calle iluminada y lujosa. En el momento en que pasó por delante de la puerta de una tienda muy alumbrada detúvose de improviso, conteniendo el aliento.

Era aquella la noche de los encuentros extraños. Iba a ser una noche decisiva para la existencia de Jim Strange. Se encontró de pronto, frente a la joven a aquien amaba.

Salía de la tienda y se dirigía a un automóvil que esperaba junto a la acera. Vestía con exquisita elegancia. Era la suya una figura encantadora de juventud y de belleza.

—¡Marjorie!

El grito brotó involuntariamente de sus labios. En el momento de verla se había olvidado de todo. Se había olvidado de que era — y tenía el aspecto de serlo, — un hambriento desarrapado. Solo recordó que era aquella la joven que le había dicho una vez que no le olvidaría.

Ella se volvió sobresaltada al oír su nombre. Sus ojos se fijaron en él. Hubo un momento de pausa. Pero no le saludó con su sonrisa.

Luego dijo ella, fría y claramente y las palabras parecieron darle en el rostro como una bofetada.

—¿Cómo se atreve usted a saludarme con esa familiaridad? ¡Tenga la bondad de no volver a llamarme nunca por mi nombre!

Sin volver a mirarle, la joven cruzó la acera y subió al automóvil. Jim Strange pudo ver un instante la cara sonriente y maligna del tutor, sentado en el coche, mirándole con ironía, mientras el automóvil se alejaba.

Jim estaba muy pálido cuando siguió andando como a ciegas.

Sentía como si la única mujer en quien había confiado en el mundo, hubiérale arrojado al fondo de un abismo.

Diez minutos después, Dandy Trench le saludaba sonriente desde el interior del salón en el momento en que Jim Strange empujaba la puerta de cristales del Bar de la Herradura.

EL AMIGO DE JIM

Trench era un hombre de unos treinta años, moreno de labios delgados y sonrientes, con ojos que parecían siempre semicerrados sin embargo lo observaban todo con gran atención.

—¡Hola, Strange! ¡Me alegro de que haya venido usted, — dijo Trench al ver entrar a Jim. — ¿Qué quiere tomar?

Trench no dejó de notar la expresión intranquila del rostro de Jim Strange. Al notarla, sonrió. Más de una vez Jim había contestado negativamente a las solicitudes de Dandy pero a este le pareció que, por fin, su insistencia iba a tener buen resueltado.

—¿Un cigarrillo? — preguntó presentándole la cigarrera de plata. Los cigarrillos tenían boquilla de oro, Dandy Trench tenía a orgullo mostrarse distinguido y selecto en todo así que vestía con gran elegancia y llevaba su distinción hasta esos detalles de pequeña importancia.

Durante unos momentos habló de todo menos del propósito que le animaba; conversó con volubilidad, en amistosa charla y con muchas sonrisas y no pocas risotadas. Pero lo poco sincero de su alegría se notaba en el brillo de sus ojos, siempre malignos, duros, crueles, Mientras hablaba admiraba sus propias manos, — blancas y cuidadas como las de una mujer — de dedos largos, sensibles, hábiles en todas las malas artes del robo y especialmente en la de abrir cajas de hierro en ausencia de su dueño.

Sin embargo hasta entonces la policía no había podido nunca encontrar pruebas contra Dandy Trench.

—Llevemos las copas a aquella mesa del rincón, donde podremos hablar sin que nadie nos oiga, — dijo al cabo de un rato.

Se sentaron junto a la mesa del rincón. No había cerca de ellos nadie que pudiera oírles. En verdad solo había dos o tres clientes más en el bar.

—Hablando de negocios, — dijo de improviso Dandy Trench. — Como le he manifestado en otras ocasiones usted puede resultarme muy útil, Strange. Un hombre como usted, bien vestido y con dinero a mano, tiene que tener entrada en la mejor sociedad. Se conoce en seguida que es usted una persona distinguida a pesar de que lleve puesta ropa tan vieja. ¿No es cierto?

Trench calló como esperando una respuesta, pero Jim no hizo manifestación ninguna. Pensaba en la joven que le había rechazado tan brutalmente. Por lo menos podía haberle hecho saber su resolución de modo menos enérgico... ¡Al fin y al cabo le había dicho a él, en una ocasión, que le amaba!

No llegaba a comprender cómo Marjorie podía haberle hablado tan fría y despreciativamente, cómo había podido herir con tanta crueldad al hombre que la consideraba poco menos que un angel.

—Vamos a ver, Strange. Puedo ofrecerle intervención en un asunto para el cual se necesita un hombre como usted — continuó el tentador con suavidad. — El resultado será muy bueno para usted si es que se anima a poner de lado, por un rato, todos esos inoportunos y poco prácticos escrúpulos que le tienen atado a la miseria.

Trench observaba a aquel hombre con los ojos entornados. Sentía que iba avanzando por terreno seguro. Strange había mandado decir que no acudiría pero había acudido.

—Antes de seguir adelante quiero plantear ante usted los términos de la situación en que nos encontramos. ¿Se siente usted decidido a entrar en una pequeña aventura, poco arriesgada y que en cambio puede producirle mucho dinero? Esto es lo que usted tiene que decidir. La conciencia es una gran cosa para quien se puede permitir el lujo de tenerla. Por mi parte es ese un lujo que no he podido permitirme nunca. ¿Ha sido su suerte tan buena que pueda permitírselo usted?

Miró a Jim con picaresca intención interrogativa. Sabía que llevaba varias semanas alojándose por la noche en el refugio donde pagaba cuatro peniques por la cama. Hablarle de la suerte a un hombre que se hallaba en semejante situación era una cruel ironía. Pero un hombre en tal situación sería un tonto si no admitía sus proposiciones, pensó Dandy Trench.

No pensaba el tentador que no había sido la miseria sino una mujer la que, — por fin, — había arrojado a aquel hombre en sus brazos, una mujer por cuya constancia y firmeza Jim Strange hubiera puesto las manos en el fuego y que de modo tan cruel le había desengañado.

—Según he podido enterarme, parece que no le va muy bien, Strange. La suerte no le sonríe, ¿eh?

Jim se encogió de hombros. Sentíase completamente vencido. La única esperanza que le daba ánimos se había desvanecido por completo.

—¡La suerte! — exclamó con una amarga risotada. — ¡Hace mucho tiempo que me abandonó!

—Siendo así se encontrará dispuesto a entrar en combinación conmigo. Estoy dispuesto a tenderle la mano y a hacerle cambiar por completo de situación.

A los que conocían a Dandy Trench, oírle decir que iba a tender la mano para ayudar a alguien, les hubiera hecho reír. La única persona a quien Trench había favorecido en su vida era él mismo. Todos sus cómplices habían sido luego sus víctimas.

En Jim Strange veía el instrumento de que podía servirse para realizar alguna pillería que tenía en vista.

Ya le había dicho a un amigo:

—Estoy buscando a alguno que sea persona educada y de buena cuna, no imitación, sino un "caballero distinguido" de verdad. Si no es auténtico el plan fracasará. El que

me vendría muy bien es ese Strange, que se encuentra en la última miseria.

Y siguió diciendo a Jim:

—Poco importa el asunto de qué se trata, Lo único que necesito es que usted me prometa ayudarme. Me basta su palabra. Si se decide a asociarse conmigo, no tendrá más que pasear, divertirse y gastar dinero durante los próximos tres meses.

Durante un momento, Jim vaciló. Sin embargo se preguntaba con amargura: "¿por qué vacilar?". Las palabras de Marjorie, la despreciativa crueldad de su actitud, le habían herido hasta lo más hondo, haciéndole perder toda esperanza. Era como si todo el mundo se hubiera mostrado traidor y falso, enemigo suyo. ¿De qué le serviría ya continuar por el sendero recto?

El tentador se inclinó hacia adelante apoyando una mano, amistosamente, en el brazo de Jim. Un pintor hubiera copiado la sonrisa que en aquel momento apareció en los labios de Trench y hubiese convencido a todos de que era la misma sonrisa de Mefistófeles convenciendo a Fausto .

—¡Vamos!... ¿Sí o no?, amigo mío, — dijo levantando la voz, tan interesado estaba en el asunto. — ¡Es una propuesta que usted puede rechazar o admitir! ¿Sí o no?

Pero no fué Jim el que contestó. Una inesperada voz resonó, la de un muchacho que llevaba un montón de diarios de la tarde y que, después de abrir la puerta de cristales, había entrado y se había quedado oyendo la conversación.

—Puedo contestar en nombre de mi compañero y amigo, señor Dandy Trench, y mi respuesta es "¡No!"

La última palabra pareció sonar como un estampido.

Trench se volvió con rápido ademán de enojo.

—¡Cómo! ¡Jack! — exclamó Jim mirando sorprendido al muchacho.

—¡Nada de tristezas, señor Strange! ¡Aquí estoy yo!

El vendedor de diarios se aproximó a ellos Su rostro era franco y simpático: su mirada serena, altiva y enérgica se fijó en los ojos de Trench medio amenazadora, pero sin arrogancia, más bien con despreciativa indiferencia.

—¿Qué es eso? — exclamó Trench furioso. — ¿Por qué se mete usted donde no le llaman?

—Es que mi especialidad es meterme en todas partes... ¡Soy periodista! Vendo las últimas ediciones con las últimas novedades. A los pillos se las doy a mitad de precio. Aproveche si quiere comprar barato. señor Trench — contestó el muchacho haciendo frente al hombre con toda serenidad.

—¡No necesito oír sus insolencias! — dijo Trench con enojo.

—Eso le parecerá a usted. Por mi parte creo que le conviene oír lo que yo digo. Además se lo digo y usted le oye, convéngale o no, — dijo el joven. — ¿Qué le proponía usted a mi amigo hace un momento? ¡Alguna canallada porque usted no puede proponer otra cosa! ¡Tentar así a un hombre a quien ve pobre y desesperado! ¡Oh! Ya conozco su sistema señor Dandy Trench , pero aquí estoy para hacer fracasar sus combinaciones infames.

La voz clara y sonora del muchacho fué subiendo de tono. Conocía suficientemente a aquel hombre para comprender lo que debía estar combinando. Pero su compañero y amigo no daría el paso fatal como él pudiera evitarlo.

—¡Siga usted el mal camino si quiere, pero no trate de arrastrar por él a mi amigo. ¿Entiende lo que digo? ¡Bueno!

La cara del pillo expresaba el más intenso furor. Las palabras del muchacho habían sido como latigazos. Pálido y vibrante, Dandy Trench miró a Jack. Los demás concurrentes del bar se fijaron en el grupo.

Trench se levantó y dirigióse hacia el muchacho con el puño levantado.

—¡Pilluelo insolente, voy a...

Pero por rápida que hubiera sido su acción más rápidamente se movió Jim Strange que, levantándose, tomó la muñeca a Trench antes de que éste pudiera golpear a Jack.

—¡Este muchacho es mi amigo y si lo toca usted, tendrá que entenderse conmigo!

El gesto de Jim decía más que sus palabras. Trench, asustado, comprendió que aquel hombre podía más que él.

—Usted quería mi respuesta... Pues bien, ya se la ha dado ese muchacho. Sin embargo, va a oírla de mis labios — dijo Jim. — Siento haber venido esta noche y estoy avergonzado de haberle escuchado. Trató usted de alucinar a un hombre arruinado y vencido por la amargura y él, en un cobarde impulso, del que ahora se avergüenza, le escuchó. Pero no está todavía tan desesperado que tenga que hacerse cómplice de sus planes criminales y no lo estará nunca, señor Dandy Trench.

La voz de Jim Strange tenía una vibración inconfundible.

La intervención del muchacho, de su amigo, le había abierto de pronto los ojos, le había hecho comprender en un instante toda la vergüenza a que podía haberle llevado su loco impulso de un momento antes.

¿Era acaso tan cobarde que porque una mujer habíale sido ingrata, se tuviera que asociar con criminales olvidando todo el respeto que debía a la rectitud de su conciencia?

Jim arrojó al hombre de su lado al soltarle la muñeca. En los ojos de Dandy Trench se vió un destello de malignidad.

—¡Se tendrá usted que arrepentir de lo que ha hecho! — dijo en voz baja y reconcentrada. — ¡Soy mal enemigo, llegado el caso!

Su tono era amenazador.

—¡Bien¡ Preferimos tenerlo como enemigo y no como amigo, así que quedamos satisfechos! — dijo Jack riéndose burlón. — No he tenido nunca noticia de que ninguno ganara nada siendo amigo suyo. Casi todos sus amigos han ido a la cárcel mientras usted se quedaba con el producto de su infamia.

La mirada de Trench siguió a Strange y al muchacho mientras estos salían por la puerta de cristales. Se proponía vengarse de ambos, vengarse con toda crueldad.

—¿Por qué se ha permitido no verme en todos estos días, señor Strange? — dijo Jack

Los secretos de...

cuando salieron del bar. — ¿Por qué estaba sin dinero? ¡Pero entonces era cuando debía haber buscado a su compañero! ¡Comprendo que usted sea orgulloso, pero no debe haber orgullo entre compañeros!.

Jack, en verdad, había demostrado ser el mejor compañero del mundo, decíase Jim Strange. Bien sabía él todo lo que debía a aquel muchacho que se ganaba la vida como podía, que era honrado, bueno y trabajador, que tenía un corazón de oro y que, en el momento terrible en que iba a ceder a la tentación, había llegado para salvarle de la ignominia.

—Necesitaba verlo particularmente esta noche — dijo Jack. — Me encontré con Creyke y él me dijo dònde podía encontrarle y lo que andaba buscando Dandy Trench. — Creyke era el joven que había llevado a Jim el mensaje de Dandy. — Quería verlo a usted por dos razones. ¡Aquí tiene la razón número uno!

Y le dió una hoja de papel doblada.

Jim la tomó sorprendido. No tuvo que preguntar de quien era. Al ver la letra a la luz de un escaparate, Jim Strange se estremeció y desplegó apresuradamente el papel.

Era una carta de la joven que menos de una hora antes, le había rechazado con tanta frialdad como desprecio.

LAS FIGURAS DE CERA

Pasaba una joven en el momento en que Jim desplegaba y leía la carta de Marjorie a la luz del escaparate.

—¡Adiós, Nance! — gritó Jack.

Jack vendía diarios a la puerta de los teatros que había en torno de la plaza de Picadilly y él y la joven florista eran muy amigos hacía ya tiempo.

Pero en aquella ocasión. Nance casi pareció no recordarle pues ni se fijó en él. No tuvo ojos más que para mirar sorprendida al que le acompañaba. ¡Así que Jack Lawis conocía al "Bello Jim"!

Jim Strange estaba tan ensimismado en la lectura de la carta que no vió a la joven que le había dado para comer aquella misma tarde

Su gesto había variado. Una alegría intensa le inundaba. La carta que acababa de recibir decí así:

"Querido Jim: Perdóname que haya sido tan cruel con usted esta tarde. Pero comprenderá usted ¿no es cierto? que mi actitud no era verdad y que sólo estaba fingiendo, desempeñando un papel odioso. Mi tutor estaba en el automóvil y me había prohibido hacía tiempo volver a hablar con usted. No tuve valor para proceder de otro modo, aun cuando sentíame triste y dolorida de tener que fingir. ¡Qué pálido estaba usted! Jim: tengo miedo de mi tutor, mucho miedo. ¡Si yo pudiera hablar con usted! Pero me vigilan constantemente. Han sucedido cosas muy raras últimamente. No sabía dónde escribirle. Si usted me ha escrito sus cartas no han llegado. Creo que fué la providencia la que me hizo ver al vendedor de diarios amigo suyo y por él le mando estas líneas, Jack me ha dado también unas señas a las que podré escribirle. — Siempre y por siempre suya, Marjorie".

Jim Strange pareció rejuvenecer de pronto lo menos cinco años. Una risa casi juvenil brotó de sus labios. Se había olvidado de que tenía frío, hambre, fatiga. ¡Había juzgado mal a Marjorie! ¡Ella le amaba todavía!

Muy animado, interrogó Jack.

—La vi en su automóvil en el momento de salir de la plaza de Picadilly, — dijo el muchacho. — No había hablado con ella más que una vez, pero su cara no es de las que se olvidan fácilmente. Creo que me vió mirando y me reconoció. Me llamó hacia el automóvil y seguí al coche como cerca de un minuto. El tutor iba manejando. ¡Si fuera mi tutor en lugar de ser el de ella pronto me lo quitaba de encima, viejo con cara de zorro! Cuando alcancé el automóvil la señorita Marjorie me dijo, haciéndose la que no me conocía: "Deme "Daily News". Al inclinarse para pagarme, me dijo por la ventanilla: "Sígame a la Oficina Cosmopolita". Seguí tras el coche, que se detuvo frente a la oficina Cosmopolita. El tutor bajó del automóvil y entró en la oficina. En cuanto desapareció me acerqué al coche. Ella me preguntó muchas cosas sobre usted, señor y escribió la carta. Durante todo el tiempo pude notar que estaba muy miedosa. Tenía miedo de que se presentara el doctor Marr y la viera hablando conmigo. ¡Qué miedo tenía la pobre! — terminó Jack.

Si la carta de Marjorie le había producido grata impresión, lo que acababa de saber sobre el tutor de la joven y su conducta, le preocupaba. Nunca le había gustado aquel doctor Marr en cuya casa vivía Marjorie. ¿Qué ocultaban sus palabras? ¿Por que tenía miedo de Marr?

—Va a escribirle a usted dirigiendo la carta a mi cuarto. No podía darle las señas de usted: "refugio de la calle San Pablo", — dijo Jack.

Era necesario que viera a Marjorie fuera como fuera. Sin duda residían en la casa que el doctor Marr tenía en el lado norte de Londres. No había sabido nunca, antes, que Marjorie tuviera miedo de su tutor. A Jim le entristecía la idea de que aquella joven tuviera que verse encerrada en la enorme solitaria casa, junto con el viejo astuto a quien tanto temía.

¿Qué había podido suceder para aterrorizarla de ese modo?

Jack volvió a hablar.

—No me quedan más que tres o cuatro diarios, así que se los voy a dar a un compañero para que los venda. Hoy me ha ido bastante bien. Vamos a comer algo juntos. ¡Yo convido! Y si usted dice que no, en venganza no le doy la otra buena noticia que tengo que darle.

Conocía la manera de ser de Jim, que en otras ocasiones se había negado a admitir sus ofertas de convites que no podía retribuir. Pero esta vez. Jack estaba resuelto a hacerse obedecer. Fueron hacia un café situado en una callejuela y donde conocían a Jack.

—¡Qué servicio de amigo me hizo usted esta noche! — exclamó de pronto Jim, acor-

dándose de Trench. — Sí, en un momento de desesperación, hubiera accedido a lo que quería el pillo, ¿qué hubiera dicho luego a Marjorie? — ¡Oh! ¡No lo olvidaré nunca, Jack!

—¡Bah! Eso no es nada. ¡Muchísimo más le debo yo a usted! ¡Vaya! ¡Muchísimo más!

Jack no había olvidado nunca lo que debía a Jim Strange. Y desde entonces el muchacho vendedor de diarios habría dado su mano derecha por ser útil a su amigo.

Jack no había conocido a sus padres. Le habían criado como acróbata y saltarín unos artistas de circo ambulante que le maltrataban de la manera más cruel. Hacía más de un año que Jim se había interpuesto entre él y la brutalidad de su ebrio empresario, ayudándole después a escapar de su poder.

El muchacho había logrado trabajar y venir a la Gran Ciudad gracias a la protección de Jim. Se ganaba la vida vendiendo diarios y — lo que no tenía nada de raro desde que se había criado entre gente de circo — soñaba con poder dedicarse al teatro. Era, de nacimiento, un notable actor y mímico.

Una vez en el saloncito del café, Jack llamó a la camarera.

—Venga usted acá, señorita. Perdone que le haga retirar la mirada del rostro de aquel joven con el bigote a lo Carlitos Chaplin. Cuando pueda dejar de admirarle, venga a atendernos.

La camarera, que conocía la manera de Jack, se acercó fingiéndose muy enojada.

Todos querían a Jack por su simpática manera de ser, su constante alegría y su afán por ser útil. Su aspecto era muy agradable. Tenía el cabello rizado y los ojos obscuros. Siempre iba muy limpio y era amabilísimo con el bello sexo.

—Dígale al "chef" que la última vez que vine a comer aquí con mi amigo el duque de Billingsgate, el señor duque se quejó de que el caldo estaba tan duro que no le pudo meter diente, — dijo Jack imitando la presuntuosa manera de expresarse de un aristócrata de los que creen que por el hecho de tener un título son superiores a todo el mundo. — ¡Deseo, señorita, que cosa semejante no vuelva a acontecer!

La joven se rió y fué luego en busca de los platos que le habían pedido.

Al hambriento, la carne y la verdura le parecieron manjares dignos de un rey. El alimento pareció devolver a Jim el equilibrio mental. Se sintió mejor de cómo se había sentido en muchas semanas, lleno de energía y de esperanzas. Y Jack tenía buenas, muy buenas noticias que darle.

—He encontrado un buen empleo para usted, — dijo el muchacho durante la comida. — ¡Un buen empleo! ¡De chauffeur! — Jack sabía poco de la vida pasada de Jim, pero sabía que conocía el manejo de automóviles. — ¡Chauffeur del señor Viziard!

—¿El dueño de la galería de figuras de cera de quien me habló usted? — exclamó Jim.

—El mismo.

Viziard era dueño de una galería de figuras de cera situada cerca de donde vivía Jack. Entre él y Jack existía una estrecha amistad. Viziard, que había sido artista de teatro, animaba al joven a que se dedicara a la escena y le había enseñado muchas cosas de su arte. Jack había llegado a personificar tan admirablemente algunos tipos conocidos, que su maestro estaba encantado. Hasta al mismo señor Viziard lo imitaba Jack a la perfección con sólo ponerse una peluca y una barba y cambiar de gesto.

Viziard estaba viejo y — como lo sabían todos en la vecindad — había reunido bastante dinero. Había cerrado su galería de figuras de cera y se iba a retirar a vivir al campo. Tenía intención de comprar un automóvil para su uso particular y necesitaba un hombre que lo manejara.

—Vaya usted a verle esta noche. Es un excelente hombre y el empleo será muy bueno, — dijo Jack. — Ya le he hablado de usted y todo se arreglará inmediatamente en cuanto usted vea al señor Viziard.

....

Jim y el joven se separaron al salir del café.

—Me hubiera gustado acompañarle a ver al señor Viziard — dijo Jack — pero no tardaré. Llegaré cuando esté usted fumando un buen cigarro de hoja, con que le convidará el viejo, y tratando del sueldo, ya verá usted que buen tipo es. Muy simpático.

Jim, muy contento, se dirigió hacia el domicilio del señor Viziard.

Le llamaba la atención que no se le hubiera ocurrido nunca. ¡Un puesto de chauffeur! ¡Pero si él entendía y sabía manejar toda clase de automóviles!

La casa a donde llegó era vieja y estaba situada en una tranquila calle a espaldas de Westminster. No vivía en la casa más que Viziard y una anciana ama de llaves.

La galería de figuras de cera ocupaba casi todo el piso bajo. Pero el local estaba en la oscuridad. La galería llevaba más de una semana de cerrada, pero en el frente de la casa se veía aún el letrero, medio borrado, que decía:

VIZIARD

FIGURAS DE CERA SIN RIVAL

La puerta de entrada particular estaba a un lado. Jim tuvo que llamar varias veces antes de obtener respuesta.

La puerta se abrió lentamente y apareció una cara.

—Deseo ver al señor Viziard. Me está esperando. Jack Lawis me ha recomendado a él, — dijo Jim. — ¿Es usted quizás el señor Viziard?

El hombre pareció mirarle con desconfianza antes de decidirse a contestar. Por último dijo:

—Sí, soy Viziard.

Pero no abrió la puerta del todo.

Fué curioso que desde el primer momento y a pesar de la manifestación de Jack, Jim no encontró al señor Viziard tan simpático como su amigo le había dicho.

—Jack me ha dicho que ya le ha hablado a usted de mí, señor Viziard. Me llamo Strange. Como usted necesita un chauffeur y me considero en condición de poder cumplir, vengo a solicitar ese empleo.

Los secretos de...

Durante un momento, Jim creyó que el señor Viziard iba a darle con la puerta en la cara cortando de improviso la entrevista.

—¡Ah! — dijo al fin. — ¡Así que usted viene a buscar empleo!

—Si le parece volveré más tarde — dijo Jim. Jack no ha podido venir ahora, pero puedo volver junto con él. Además no puede tardar.

—¡Ah! ¡Así que Jack no puede tardar! — dijo el hombre como si la noticia le hubiera sobresaltado. — Es mejor que pase usted adelante.

Y abrió la puerta.

Jim no sentía grandes esperanzas cuando siguió al señor Viziard por el oscuro corredor hasta la pequeña oficina donde ardía un pico de gas. La luz pasaba por una mampara de vidrios e iluminaba las figuras de cera que estaban del otro lado, en la galería. Casi entre sombra, aquellos muñecos impresionaban con su aspecto y sus actitudes...

—Vamos a ver. Dígame usted de qué se trata, — dijo el señor Viziard como si hubiera olvidado ya el motivo de su visita. — ¡Ah! Sí. ¡El empleo de chauffeur! Muy bien, muy bien...

Se movió sobresaltado. Antes de que Jim pudiera hablar, se puso de pie.

—Perdone un momento, tengo algo urgente qué hacer. Espere usted aquí.

Y salió, dejando solo a Jim.

Pasaron cinco minutos... diez y el señor Viziard no volvía. Jim no sabía qué pensar. A pesar suyo sentía un vago temor. ¿A qué podía obedecer la nerviosidad extraordinaria de aquel hombre?

Jim abrió la puerta de la oficina y salió a la galería dispuesto a pasear por ella de un lado a otro mientras esperaba al señor Viziard.

La colección de figuras de cera era imponente. vista a la luz de la división de vidrios Las caras horribles de aquellos muñecos — colección de famosos criminales — parecían más horribles aun en aquel ambiente sombrío.

Jim se detuvo de pronto. Le había parecido que una de las figuras que estaban en lo más obscuro de la galería se había movido. Se sonrió después, convencido de que había sido una ilusión.

Se acercó a un lado donde había fuera de los grupos una figura de hombre tirada en el suelo. Jim se aproximó a ver a quien representaba, pero de pronto sintió como si se le encogiera el corazón.

¡No era una figura de cera, era un hombre ¡Muerto!

De pronto, Jim se dió cuenta de todo. El que le había recibido no era Viziard. Recordó lo de la barba que Jack le había dicho en otra ocasión. El verdadero Viziard estaba allí, a sus pies, muerto... ¡Asesinado!

Casi temblando de horror ante lo que veía, Jim reprimió un grito. Casi en el mismo momento la figura que un instante antes le había parecido que se movía, avanzó en la sombra y dió a Jim. que se hallaba de espaldas a ella, tan terrible golpe que le hizo tambalear.

Un segundo después Jim caía al suelo sin sentido.

CUANDO EL MUERTO HABLO

Lentamente recobró Jim Strange los sentidos y abrió los ojos.

¿Qué había sucedido? ¿Cuánto tiempo había estado sin sentido?

Estaba aturdido. Le dolía la cabeza. El golpe que había recibido había sido terrible. Durante unos momentos Jim no pudo darse cuenta de lo que había pasado.

Se incorporó. Miró a su alrededor. Fué recordando poco a poco.

Le costó gran esfuerzo ponerse de pie. Estaba demasiado débil para poder sostenerse sin apoyo. Tuvo que poner una mano en una de las figuras de cera para no caer.

Trató de no mirar a la terrible figura caída en el suelo... pero parecía atraer sus miradas con extraño magnetismo. De pronto el muñeco en que se había ido apoyando más y más, insensiblemente, perdió el equilibrio y cayó, cayendo también Jim, que volvió a quedar sin sentido.

Pero esta vez el desvanecimiento de Jim Strange duró solo unos pocos minutos. Cuando abrió los ojos no estaba ya solo. Un grito penetrante de mujer había resonado en la galería de las figuras de cera.

El ruido que había hecho la figura al caer había atraído al ama de llaves del señor Viziard, temerosa de que el patrón se hubiera puesto enfermo.

Allí estaba, mirando sucesivamente a Jim Strange y a la tendida figura de Viziard que tenía una horrible señal en una sien.

Cuando Jim abrió los ojos y se levantó, el ama de llaves le gritó acusadora:

—¡Usted ha asesinado a mi patrón!

—¡No es cierto! ¡Ante Dios juro que no es cierto! — exclamó Jim luchando por dominar el desconcierto de su sistema nervioso. — ¡Cuando yo vine ya estaba muerto!

La mujer pareció no oír y si oyó no hizo caso.

—¡Usted ha asesinado a mi patrón! — volvió a gritar.

Con esfuerzo Jim trató de coordinar ideas. No le era posible. ¿Qué iba a hacer? ¡Podían los de la policía pensar lo mismo que aquella mujer! ¿Y si le acusaban del crimen que no había cometido cómo probaría su inocencia?

La mujer seguía allí, como si hubiera echado raíces junto al cuerpo de su patrón, repitiendo una y otra vez la terrible acusación.

Era necesario escapar. Si le pescaban y acusaban nada podría librarle ya. En su desesperación pareció recobrar sus energías.

Se volvió y pasando rápidamente por junto a la mujer, se dirigió hacia la puerta.

Su movimiento pareció galvanizar al ama de llaves que corrió tras él.

Pero Jim llevaba ventaja. Salió de la galería, recorrió el pasaje, llegó a la puerta, salió cerrando tras sí y corrió por la calle como ciego.

(Continuará)

EL ORPHEUM CLUB

(Conclusión)

¡BAH! ¡Tranquilícese, Hogarth. — dijo el profesor. — La reja está construída de modo que se necesitan horas de trabajo para abrirla. No hay necesidad de que nos persigan. Debemos entrar en el garage sin hacer mayor ruido y alejarnos por grupos de modo que los automóviles no puedan despertar sospechas.

La voz de Zingrave era suave, aún cuando se la notaba algo ronca. Resonó poderosa en el hueco del túnel y hasta el que estaba más lejos oyó las palabras con toda claridad; porque los miembros del Círculo Dirigente estaban en fila en el túnel, de uno en uno.

El oír la voz del que siempre había sido su caudillo, les infundió algo de confianza. Después de todo el peligro no era inminente. No había que temer que les persiguieran, y el secreto del garage de Metcalf Lane no lo conocía nadie más que ellos. Había, al menos una probabilidad de salvación, para los criminales. Lo que habían de hacer después de haberse alejado de allí, podrían resolverlo más adelante. La liga disponía de varios buenos refugios donde podrían guarecerse provisoriamente.

Zingrave se volvió cuando hubo terminado de hablar. En la pared lateral del túnel había una depresión como un nicho. Una palanca de metal servía para manejar una puerta de sólida piedra, que se veía a un lado. Y junto a la palanca de metal había una pequeña llave de corriente eléctrica, enclavada en la pared.

—¡Las anotaciones secretas de la Liga del Triángulo Verde! — dijo el profesor. — ¡No debemos olvidarnos de ellas! ¡Evitemos que caigan en manos de la policía!

Llevó la mano a la llave y la volvió rápidamente.

—¿Funcionará bien el aparato? — preguntó con recelo el doctor Northtrup, que era el que se hallaba más cerca.

—No es posible que deje de funcionar, — dijo Zingrave con cierta brusquedad. — Ya ha sido puesto en libertad el ácido y los libros, bañados en él, poco tardarán en quedar enteramente destruídos.

No se imaginaba el profesor Zingrave que era una imitación de los verdaderos libros lo que el ácido estaba destruyendo.

Convencido de que las pruebas de todas las infamias de la Liga del Triángulo Verde eran borradas por el poderoso ácido, el profesor Zingrave se deslizó por el túnel hasta ponerse a la cabeza de sus compañeros. Entonces, en fila, todos siguieron a Zingrave.

El pasaje no era muy largo. Ascendía suavemente y describía una rápida curva hacia la derecha poco antes de su terminación. Una puerta, parecida a la que había en el otro extremo, cerraba el paso.

Zingrave se detuvo ante aquella puerta y movió la palanca que servía para manejarla. Lentamente, la hoja de piedra se deslizó de lado y dejó visible un hueco oscuro. El túnel estaba alumbrado por algunas lámparas eléctricas. Pero en el garage reinaba la más completa oscuridad.

—¡Vengan! — dijo el profesor. — ¡Y recuerden lo que hemos convenido hace un momento! Debemos dividirnos en tres grupos, uno para cada uno de los automóviles.

En la mente de aquellos hombres el plan resultaba confuso, porque nunca habían con-

siderado posible que sucediera lo que acababa de suceder. Pero todos estaban dispuestos a seguir a Zingrave y a huir a la desesperada en los automóviles que estaban en el garage.

El profesor entró en el oscuro garage y tanteó la pared en busca de la llave de la luz eléctrica. Pero una mano firme le sujetó la muñeca en la oscuridad. Una mano que hizo que Zingrave se estremeciera de pies a cabeza.

Se había imaginado que el garage iba a hallarse enteramente desierto.

Sin embargo, una mano invisible le sujetaba la muñeca, en la oscuridad, con la fuerza de un torniquete. Durante un instante el profesor se quedó inmóvil, asombrado. Poco a poco se fué dando cuenta de la realidad.

¡El "raid" de que era objeto el Orpheum Club no había sido planeado a medias!

Zingrave comprendió entonces, — si ya no lo había comprendido antes, — que no había escapatoria posible. El era un hombre fuerte, dotado de una voluntad de hierro, pero se sentía anonadado bajo aquel golpe. Antes había fingido debilidad; pero en aquel instante sentíase mortalmente acongojado.

Sin que se oyera pronunciar una sola palabra, la misteriosa mano oprimió aún más la muñeca de Zingrave, y el profesor, sintió que dos manos grandes y pesadas le tomaban de los hombros. En aquel mismo instante sir Roger Hogarth, que le seguía, era igualmente hecho prisionero.

—¡Atrapados! — gimió el baronet. — ¡Dios mío! ¡Esto sí que es el fin de todo!

Los otros miembros del Círculo Dirigente oyeron esas palabras pronunciadas con desesperación y el terror se apoderó de todos ellos. Empujándose los unos a los otros, gritando desesperados, se precipitaron hacia el garage.

Se oyó una voz juvenil que gritó en la oscuridad:

—¡Ya están aquí! ¡Luz!

Había sido Nípper el que había gritado esas palabras. Un segundo después, todas las luces estaban encendidas.

Fué una asombrosa escena la que pudo verse en aquel instante.

El garage era bastante espacioso, y los tres automóviles que antes lo ocupaban, habían sido retirados. Todo el espacio estaba libre, pero se hallaba en él un grupo numeroso de fuerzas policiales.

Los de policía sujetaban con firmeza al grupo de pillos. Allí terminaban del modo más lamentable los bien preparados planes de la Liga del Triángulo Verde.

El cuadro era, por lo demás, asombroso. Los miembros del Círculo Dirigente estaban vestidos de frac. En sus pecheras relucían gruesos botones de diamantes y tenían todos ellos anillos con grandes brillantes. Más de uno de aquellos hombres era poseedor de un título nobiliario y varios eran personas muy estimadas en la más alta y aristocrática sociedad.

¡Y todos ellos estaban sujetos por agentes de policía, como si se tratara de una vulgar gavilla de ladrones.

La espada de la justicia había, por fin, descargado su terrible golpe.

La lucha fué breve y violenta. Los de policía no eran más que los presos, pero la mayoría de estos carecía de entereza para defenderse. La sorpresa les había debilitado por completo. Dos o tres pelearon con desesperada ferocidad, pero nada más.

Nípper contemplaba la escena con reluciente ojos. El "raid" había sido un éxito completo. En el fondo de su corazón, el muchacho temía que la gran organización criminal revelara, en el último momento, alguna terrible y decisiva combinación. Pero se comprendía que la liga había jugado ya todas sus cartas y había perdido.

Esperaba Nípper que su patrón y maestro apareciera de un momento a otro. Pero miró hacia la salida del túnel y no vió a Nelson Lee ni al detective inspector Lennard. Ya no quedaban en el pasaje más miembros de la liga; todos estaban en manos de la policía.

Miró Nípper en redor y vió que todos se hallaban bien sujetos. Los presos formaban un grupo que llenaba la mitad del garage, y los de policía les rodeaban con los "truncheons", — sus fuertes, cortos y terribles palos, — en la mano.

—¿Dónde está el señor Lee? — preguntó Nípper.

Se dirigió a un señor de barba que estaba a su lado. Aquel señor de barba era Douglas Clifford, que movió negativamente la cabeza.

—No le he visto, — dijo. — Creí que aparecería detrás de esta gentuza, pero no le veo.

Nípper no esperó más conversación, Sacó del bolsillo el revólver, lo amartilló, con toda serenidad y se metió, corriendo, en el túnel. Corrió, sin encontrar a nadie. Por último llegó a la puerta que daba al salón secreto.

El muchacho sentíase angustiado.

—Ese Zingrave es el diablo en persona — se dijo. — ¿Qué les habrá pasado al señor Lee y a Lennard? ¡Dios mío! ¡Si han lastimado a mi jefe, yo!...

Calló, cada vez más alarmado. Se comprendía que los del Círculo Dirigente se habían escapado del poder de Lee y Lennard. Por lo tanto, Nelson Lee y Lennard debían haber sido burlados de algún modo. Nípper sintió como si una mano helada le estrujara el corazón, al pensar que podían haber dado muerte a su querido jefe y maestro.

Vió en aquel instante que había una palanca que sobresalía de la pared. Sin vacilar un solo instante, la movió con fiera energía. Oyóse en seguida un leve ruido y, al volver la cabeza, vió que una hoja de piedra se movía y por el hueco que quedó abierto vió el salón secreto.

Nípper pasó por el hueco con los ojos muy abiertos y con un grito de asombro en los labios.

Porque lo que vió fué algo extraordinario. Una enorme reja de acero ascendía del piso del salón e iba a desaparecer en el techo. En aquel instante le pareció a Nípper algo así como el telón de seguridad de un escenario en el momento de levantarlo. Se movía lentamente y con un ruido metálico de carraca

Del otro lado de la reja. Nelson Lee y el detective inspector Lennard se hallaban de pie, inmóviles. Estaban conversando en el momento en que se produjo ese hecho inesperado y los dos miraban sorprendidos. El cigarro de Nelson Lee humeaba entre sus dedos.

—¡Hola! ¡Nípper viene en busca de nosotros! — exclamó el detective, complacido. — ¡Bien, muchacho, bien!

—¿No le ha pasado a usted nada, señor? — preguntó Nípper, agitado.

—¿Tengo cara de que me haya pasado algo? — dijo, sonriendo, Nelson Lee. — Su dramática presentación ha tranquilizado mis dudas, porque demuestra que nuestros amigos han caído en la trampa. Pero, ¿cómo consiguió levantar esa reja?

Los tres miraron hacia el techo y pudieron ver que la parte inferior de la reja desaparecía en un hueco del cielorraso y que una vez en su sitio no se notaba absolutamente señal alguna de que allí hubiera algo extraño.

—¿De modo que eso es lo que no se explica, señor? — dijo Nípper. — Yo no hice nada más que mover una palanca para abrir la puerta. Supongo que la misma palanca hacía mover ambas cosas.

—Así debe ser, muchacho. La reja de acero descendió rápidamente pero su peso no le permitía subir del mismo modo. Pues bien me ha evitado usted un rodeo, porque yo me disponía a ir ahora mismo a Metcalf Lane.

—¿Han capturado a todos los pillastres? — preguntó Lennard con suma nerviosidad.

—Todos, señor, — contestó en seguida Nípper. — Zingrave tiene una cara como si estuviera contemplando el fin del mundo. Pero ¡en buena situación estaban ustedes! ¡Parecían vistos de allá, una pareja de monos del Zoológico!

—¡La comparación no nos favorece gran cosa! — observó severamente Nelson Lee. — ¡Es una comparación muy poco cortés en verdad, Nípper! Nosotros dos sabemos que el señor Lennard no es lo que se llama hermoso y...

El inspector se sonrió.

—¡Hable usted por lo que a usted le toca, Lee! — dijo jovialmente. — Pero ¿no sería mejor que fuéramos por el pasaje a ver qué sucede allá?

—¡Excelente idea!

Los tres sentíanse contentos. La combinación contra la Liga del Triángulo Verde había tenido completo éxito.

Antes de salir del salón secreto, Lee levantó la punta de la alfombra y examinó el contenido de la cavidad oculta debajo de las tablas. Cuando levantó la tapa retrocedió ante un humo rojizo, asfixiante y mal oliente, que salió de ella. Un solo destello de la antorcha eléctrica fué suficiente para que viera lo que quería ver.

—¡Mis pobres libros están enteramente destruídos! — observó sonriendo. — El ácido los ha reducido a pasta. ¡Supongo lo que Zingrave diría si se enterara de que la verdadera documentación de la Liga del Triángulo Verde está debidamente guardada y custodiada en Scotland Yard!

CAPITULO VI

Douglas Clifford ante el profesor Zingrave. — Una intensa sorpresa. — La historia de una campaña. — El por qué del derrumbe de la Liga del Triángulo Verde. — Zingrave anonadado. — Una determinación desesperada. — El tubo de vidrio. — La última farsa de Zingrave. — La fuga del profesor

Poco tardaron los tres en recorrer el túnel, y cuando entraron en el garage llegaron a tiempo para presenciar una sorprendente escena. Habían transcurrido tan sólo unos minutos desde el momento en que Nípper se había alejado, y la policía no había adoptado medida alguna. Estaban por llegar los coches celulares en que debían llevar a los presos, porque no consideraron conveniente llevarlos a la policía en automóviles abiertos.

Un mensajero había sido enviado en el mismo instante en que se realizó la captura y los vehículos se aproximaban ya.

Cuando Nelson Lee, Lennard y Nípper se detuvieron en la puerta, el profesor Zingrave se hallaba de pie, delante de sus colegas y muy cerca de las macizas puertas. Un atlético policeman tenía a Zingrave de una muñeca.

De pie delante del profesor, se hallaba Douglas Clifford.

—¡Ah! — murmuró Nelson Lee. — Clifford me dijo que iba a hacer algo por el estilo si encontraba ocasión. Va a ser de ididamente interesante ver la cara que pone el profesor.

—No comprendo... — comenzó a decir el detective inspector Lennard.

—Mire y oiga, amigo mío; mire y oiga, — díjole Nelson Lee.

Y Lennard miró y escuchó con grandísima curiosidad.

Douglas Clifford se sentía tan sereno y tan fríamente tranquilo como pocas veces, en su vida. Ni le temblaba la mano ni le flaqueaba su mirada enérgica. Era aquel el momento que había esperado con toda la ansiedad de su corazón durante los pasados meses. Era aquel el momento del triunfo para Douglas Clifford.

Antes de partir de la casa de Gray's Inn Road para realizar la decisiva visita al Orpheum Club, para llevar a cabo el "raid" que terminaría con la criminal asociación. Nelson Lee se había ocupado de hacer que el cabello del joven Clifford recobrara su verdadero color: castaño oscuro. Además Clifford se había afeitado la barba que, para cambiar de aspecto, se había dejado crecer. De ese modo desapareció todo rastro de disfraz.

Ya no era "el señor John Merrick" el señor entrado en años y de buena posición social, con cabello y barba grises, que había aparentado ser, sino el mismo Douglas Clifford en persona. Habiendo sido destruída y desbaratada la Liga del Triángulo Verde, ya no tenía nada que temer de parte de la criminal asociación. Había recobrado su verdadero aspecto y además podía respirar libremente.

Lo primero que había pensado Douglas Clifford ante ese suceso, le había estremecido de contento. Vera Zingrave le había dado palabra de que en cuanto él pudiese reasumir su propia personalidad, cuando pudiese volver a ser el joven que realmente era, — y no el anciano que aparentaba, provisoriamente ser, — ella consentiría en ser su esposa.

Pensar en que estaba cercano el momento de que èso sucediera había llenado de alegría el corazón de Clifford. Había telegrafiado a Vera aquella mañana temprano y Clifford sabía que la joven estaría en Londres, en casa de una amiga, aquella misma noche. Clifford podría ir a visitarla la mañana siguiente y estaba enteramente decidido a dirigir a Vera la importantísima pregunta casi en cuanto la viese. Ya había comprado un magnífico anillo de brillantes para regalárselo a Vera como anillo de compromiso. Clifford no tenía ni la menor duda sobre cuál era la respuesta que iba a tener su decisiva pregunta.

Pêro tenía que hacer algo que le parecía muy importante antes de que se realizara su esperada entrevista con Vera. Hacía tiempo que Douglas Clifford había decidido dirigir la palabra a Zingrave, en el momento en que el profesor estuviese irremisiblemente derrotado. Había llegado el momento de realizar ese propósito.

Clifford no tenía intención de jactarse ante su derrotado enemigo, ni de burlarse groseramente de él; quería que Zingrave supiera la verdad y la supiera por sus labios. Era necesario que Zingrave se diera perfecta cuenta de cuál había sido la verdadera causa de la rápida caída de la liga.

Douglas Clifford había ido al garage de Metcalf Lane nuevamente disfrazado, con una poblada barba y una abundante peluca, ambas de cabello negro. Se detuvo, de pie ante Zingrave, con el mayor aplomo, con entero dominio de sí mismo.

—¿Qué tal, profesor Zingrave? — dijo Clifford, sonriente. — ¿Me conoce usted?

—Sé que es usted uno de los que debieron morir al hundirse el yate Reina del Mar, en el Atlántico del Sur... ¡Bah! ¿Por qué he de molestarme en hablar con usted? — exclamó Zingrave bruscamente. — ¡No deseo empeorar mi situación pronunciando palabras poco meditadas que después podrán ser empleadas contra mí mismo!

Clifford, con toda calma, se quitó la peluca y la barba, que se guardó en un bolsillo. De pie ante el profesor Zingrave, con el rostro sonrosado, erguido, constituía una hermosa figura pues Clifford era bien proporcionado, de facciones correctas y realmente varonil en su aspecto.

Zingrave le miró un instante y luego avanzó, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué es esto? ¿Estoy soñando? — dijo en voz baja y ronca. — ¡Oh! ¡No es posible! ¡Usted es Douglas Clifford, el joven que, hace años, fué llevado al castillo de Strathrie y encerrado allí! ¡Pero no; eso no puede ser!

—¡Aun cuando usted no lo crea posible, así es! — replicó Clifford, con enérgica voz. — ¡Soy Douglas Clifford, profesor Zingrave! ¿Será necesario tal vez, que le refresque la memoria? Me escapé del castillo de Strathrie, situado junto a una remota y solitaria costa del Norte de Escocia, hace algunos meses, después de haberme pasado cinco largos años encerrado en una lúgubre mazmorra. Fué el señor Nelson Lee quien me ayudó a escapar. — Y al decir así, Clifford indicó, con la mano, al detective, de pie a corta distancia de él. — Fué el señor Nelson Lee quien se asoció entonces conmigo para pelear con uñas y dientes contra la Liga del Triángulo Verde, hasta derrotarla y destruírla por completo.

—¡Pero... nosotros volvimos a capturarle! — exclamó, atónito, el profesor Zingrave.

—¡Sí! ¡Eso es verdad! Volvieron ustedes a capturarme poco después de mi dramática evasión, — prosiguió el joven, implacable. — Unos secuaces de la Liga del Triángulo Verde me llevaron a la orilla del mar y me hundieron en una mortífera sirte de movedizas arenas. Esperaron hasta verme desaparecer debajo de la superficie. Pero quiso un capricho misericordioso de la Providencia, que lograra salvarme, gracias, una vez más, a la oportuna intervención del señor Nelson Lee. Ustedes creyeron que yo había muerto y desaparecido para siempre, però lo que hice fué adoptar un disfraz y un nuevo nombre. Desde entonces el señor Nelson Lee y yo hemos trabajado tenaz y secretamente contra la liga, preparando el derrumbe que, por fin, se ha producido esta noche. Me juré a mí mismo que sería yo quien enterara a usted de estos hechos en el momento decisivo, profesor Cyrus Zingrave. Ya lo sabe usted todo, y tal vez comprenda usted en este instante, por qué razón la Liga del Triángulo Verde ha decaído tan rápidamente y de tan decisivo modo. A la larga no había escapatoria para usted. No hubo escapatoria para los miembros del Circulo Dirigente que desaparecieron antes, uno tras otro con fatal continuidad. Durante toda la campaña fué indiscutible nuestra superioridad porque íbamos carcomiendo poco a poco el corazón de su sociedad. Ibamos destruyendo de modo implacable, su propia vitalidad. Y, como lo esperé desde el primer momento, el derrumbe final se produjo con aplastante y dramática rapidez.

Clifford calló. Tenía el rostro rojo y respiraba con la agitación que le producía la alegría que experimentaba en aquel instante.

—¡Muy bien! — dijo Nelson Lee en voz baja. — ¡Era necesario y conveniente que el profesor Zingrave conociera todos esos detalles.

—¡Ya lo creo! — murmuró Nipper, muy contento. — ¡Y el señor Clifford se lo ha dicho todo con toda claridad!

Zingrave se había quedado inmóvil como si estuviera hipnotizado. Llevó la mano que tenía libre a la frente y se la pasó una y otra vez, por los ojos. El policeman que le sujetaba le dejó avanzar un poco porque se

tambaleó, pero el atlético representante de la policía ni le soltó la muñeca ni disminuyó la presión de su recia mano.

El profesor Cyrus Zingrave se había dado ya plena cuenta de que estaba irremisiblemente perdido. Además comprendía que desde el comienzo de la campaña de Nelson Lee y Clifford, la Liga del Triángulo Verde no había tenido ni la menor probabilidad de sobrevivir. Comprendió en un momento por qué razón se habían hallado ante la ruina y la derrota inevitables, sin saberlo. ¡Y una vez en poder de la autoridad, no le quedaba más perspectiva que la de pasarse el resto de sus días en un presidio!

Este pensamiento pareció electrizar de repente al profesor que, pasado un instante de anonadamiento se sintió dotado de nueva e intensa vitalidad.

Aún no había agotado todos sus recursos. Aún le quedaban, en aquel momento, una última carta que jugar, pero esa carta era para favorecerse a sí mismo. Poco le importaban sus colegas: estaban vencidos y nada podía salvarles. No había fuerza de ninguna clase que pudiera librarlos de la condena que tan merecida tenían. Pero Zingrave podía, personalmente, intentar algo, todavía, algo que podía tener resultado favorable.

Había llegado para el profesor el momento de que sólo pensara en sí mismo. Iba a tratar de salvarse pero él solo.

De improviso echó hacia atrás el brazo y dió, al policeman que le sujetaba, un terrible golpe de boxeo en el entrecejo. El hombre no pudo sostener la muñeca del profesor en circunstancias tales y Zingrave quedó suelto al instante. Retrocedió un paso y se quedó junto a la puerta. Con una sola mirada se dió cuenta de todo lo que pasaba. El inspector de policía había avanzado. Nelson Lee y Lennard se disponían a cruzar el garage.

Entonces, el profesor Zingrave, habló.

—¡Atrás! — gritó con terrible voz. — ¡Todos ustedes, atrás!

Algo había en el tono de su voz que inclinaba a la obediencia de modo irresistible. En sus extraños ojos brillaba un fulgor que nunca se le había visto. Con un rápido movimiento, sacó del bolsillo del chaleco un pequeño tubo de vidrio con un extremo soldado.

—Les advierto a todos, — gritó con ferocidad, — que esto es el epílogo! ¡El último acto! ¡Antes que dejarme llevar a una prisión, voy a morir aquí mismo! ¡Pero no moriré solo! ¡Todos ustedes vendrán conmigo, para hacerme compañía !

—¡Eso no es verdad! — gritó Lennard, avanzando. — ¡Sujétenle ustedes! ¡Pronto!

—¡Imbéciles! — gritó Zingrave. — El tubo que tengo en la mano contiene el más mortífero de los explosivos que la ciencia conoce. Si yo lo arrojara al suelo perecerían todos ustedes en una fracción de segundo.

Las palabras de Zingrave eran suficientemente significativas y Lennard detuvo su avance como petrificado. No le parecía agradable el peligro de volar hecho trizas y sabía que un hombre, en el estado mental en que se encontraba Zingrave en aquel instante era capaz de hacer lo que anunciaba.

El suicidio era, en verdad, la única salida que le quedaba al profesor y estaba de acuerdo con su carácter el querer que murieran junto con él los que le habían derrotado.

Nelson Lee dudaba. No se decidía a creer que fuera verdad lo que el profesor había dicho. Le parecía imposible que Zingrave pudiera llevar un explosivo semejante en el bolsillo del chaleco de su traje de frac. Pero todo era posible, así que la prudencia hizo retroceder al detective.

—¡No se muevan, ustedes! — dijo Nelson Lee. — ¡Quizás no se trate más que de una baladronada, pero no es conveniente ponerlo a prueba!

—¡Baladronada! — repitió Zingrave con una risotada de loco. — ¡Ahora verá si es o no baladronada!

Nipper se había puesto muy pálido.

—¡Atención! — gritó el muchacho. — ¡Va a arrojarlo al suelo!

—¡Sujétenle la mano! — ordenó Lennard, desesperado.

Pero no estaba cerca de Zingrave ninguno que pudiera evitar que el profesor realizara su mortífero propósito. Todas las miradas estaban fijas en su rostro desfigurado por una mueca convulsiva y todos comprendían que no había nada que pudiese evitar el desastre.

En aquel instante todos los que se encontraban en el garage, — en el que había entrado un momento antes uno de los vehículos en que debían transportar a los presos, — consideraban que se hallaban a punto de morir. Nada de extraño tenía el hecho de que Zingrave quisiera morir. Se hallaba como loco, en aquel momento: loco de furia y de odio.

La mano del profesor se levantó y el tubo de vidrio fué a caer en medio del espacio libre.

Se oyó una rápida explosión. En aquel mismo instante Nelson Lee se dió cuenta de que Zingrave había mentido, efectivamente, pues no se produjo ninguna atronadora explosión. El estallido del tubo no se produjo con mayor fuerza que la de cualquier cohete de pirotécnica vulgar.

Pero el resultado fué aplastante.

En todas direcciones, por el suelo. rodaron grandes e impenetrables nubes de humo amarillento. En dos segundos todo el garage estuvo lleno de humo sofocante que no se esparcía sino con suma lentitud. El objeto que Zingrave había arrojado despedía nube tras nube del espeso y amarillento vapor.

En un segundo Lennard, Nelson Lee y varios otros manoteaban ciegos y aturdidos. Unicamente Nipper había escapado a toda la fuerza de la nube de humo. Cuando Zingrave se disponía a arrojar el tubo, Nipper había avanzado con la rapidez del rayo, cruzando el garage y cuando la bomba de humo cayó, Nipper se encontraba a un paso de Zingrave.

La estratagema del profesor había tenido éxito completo. El tubo de vidrio no contenía más que un compuesto químico, invención

del mismo Zingrave. Su efecto no era venenoso pero irritaba la garganta y producía la más violenta tos. A todos los que estaban en el garage les lagrimeaban los ojos. Los colegas de Zingrave no podían escaparse, de ningún modo. No había peligro, pues, de que se fueran del garage.

Nelson Lee fué a tientas, hasta la puerta grande. Cuando estuvo cerca de ella la buscó manoteando y se dió cuenta de que estaba entornada.

Al instante el detective la abrió de par en par y el fresco aire de la noche desalojó rápidamente los amarillentos vapores que llenaban el garage.

¡Pero el profesor Zingrave había desaparecido!

CAPITULO VII

Lo que hizo Nípper. — Una persecución hábil y peligrosa. — En el jardín de la casa de Grosvenor Square. — El estanque y su "rockery". — A la orilla del agua. — Un momento de espectativa. — La acción desesperada de Zingrave.—Una sorpresa inexplicable. — El último refugio. — Ante la duda. — Conclusión.

¡Zingrave había desaparecido!

No era posible dudarlo. Unas pocas bocanadas de aire frío y puro aliviaron a Nelson Lee de la opresión pulmonar que sentía. El humo amarillento había producido un efecto terrible, pero de poca duración.

En el garage de Metcalf Lane estaban el doctor Northrup, el miembro de la Cámara de los Comunes. Monkswell, sir Roger Hogarth y todos, en fin, los demás miembros del Círculo Dirigente de la Liga del Triángulo Verde. Pero Zingrave, el jefe, el organizador de la criminal asociación, había desaparecido. Su estratagema había dado resultado.

Pero Nelson Lee no incurrió en el error de considerarse culpable de lo que había ocurrido. Era imposible que pudiera estar preparado para la realización de semejante artimaña. Hallándose presentes todos los empleados de policía que estaban en el garage, el detective consideraba, y con razón, que había terminado definitivamente su obra. Era la policía quien debía ocuparse de custodiar a los presos. Pero Nelson Lee no intentó eludir la responsabilidad haciendo que la policía cargara con ella. En realidad, nadie tenía la culpa de que hubiera sucedido aquello. ¡Todo el incidente había sido tan extraordinario y sorprendente!

—¡El mejor ejemplar de todo el lote ha logrado escaparse! — exclamó, con amargura, el detective-inspector Lennard. — ¡Qué tipo asombroso! ¡Pero es necesario que nosotros!...

—¡Hola! ¿Qué es eso? — exclamó, de repente, Nelson Lee.

—¿Qué sucede?

—Que Nípper no está por aquí, — contestó el detective. — ¡A que ese muchacho astuto nos ha ganado a todos y se halla ahora siguiéndole la pista al profesor Zingrave!

Lennard abrió mucho más los ojos.

—Sí lo parece, — dijo. — De cualquier modo, mejor será que nos demos prisa. Después de todo, Zingrave no debe hallarse muy lejos y no tardaremos en pescarle. La red de la policía no deja que se escapen tan fácilmente los criminales cuando ya los tiene marcados.

Nelson Lee inclinó la cabeza, pensativo.

—Nípper se ha ido, — murmuró, — ¿será posible que?...

Pero mientras Nelson Lee reflexionaba, el joven Nípper había puesto manos a la obra. El muchacho seguía, efectivamente, la pista de Zingrave. Nípper había cruzado el garage, aproximándose a Zingrave en el momento de la explosión. El joven había concebido la temeraria idea de apoderarse del tubo de vidrio en el momento en que el profesor lo arrojara. Pero no llegó a tiempo aún cuando sólo se retardó una fracción de segundo, y el tubo de vidrio pasó a corta distancia de su mano y se estrelló en el suelo. Un segundo después, una nube de sofocante vapor lo envolvió por completo. El muchacho se tambaleó como un ebrio, pero, aún en semejante difícil momento, intentó agarrar a Zingrave por un brazo. Pero la amarillenta niebla no le dejó ver bien y además, el picor de los ojos le obligó a cerrarlos un instante.

Manoteó en redor como un ciego y más por suerte que por otra razón, tocó el borde de la puerta. Zingrave había salido, dejando la puerta entornada. Con paso inseguro, Nípper salió del garage a la oscuridad de la estrecha calle. Avanzó algunos pasos, tambaleándose, y después abrió los ojos. En el primer momento no vió nada, pero en seguida, a trasluz de las lágrimas que le llenaban los ojos vió, una sola vez, a un hombre que se alejaba, corriendo hasta la salida de Metcalf Lane a una calle lateral.

Sin pensar en los que quedaban en el garage, el muchacho corrió en seguida tras de aquel hombre. Toda su imaginación estaba concentrada en la idea de seguir a Zingrave y capturarlo antes de que pudiera escaparse.

Cuando Níper llegó al extremo de Metcalf Lane ya se sentía mucho mejor. Volvió la esquina y se halló en una calle más ancha. Allí, por la acera de enfrente, Zingrave se alejaba, caminando con la mayor calma del mundo, con el aspecto pacífico del más honrado de los ciudadanos. Miró hacia atrás una vez y Nípper se ocultó rápidamente detrás de una esquina.

—¡Bueno! ¡No me ha visto! — murmuró Nípper, muy contento.

El muchacho sentíase enteramente despejado y decidido. Se dió cuenta en seguida de que él había sido el único que había escapado al efecto del humo, a tiempo para correr tras del fugitivo. Los demás, — suponía Nípper con toda razón, — seguían manoteando como ciegos en medio de aquella horrible, desagradable e impenetrable niebla amarillenta.

Dos minutos después, el joven detective estaba siguiendo al fugitivo criminal. Nípper era todo un maestro en el difícil arte de seguir a las personas. No había un solo oficial

en todo el Departamento de Investigaciones en lo Criminal de Scotland Yard, que pudiera compararse con Nipper en ese trabajo, que el joven hacía con una habilidad y un acierto de lo más extraordinario.

Aún cuando sospechara que alguien le seguía, el profesor Zingrave no lograría ver jamás a la persona que iba tras él.

No es de extrañar, por lo tanto, que al cabo de unos minutos el famoso sabio se considerara enteramente convencido de que se había escapado sin que le hubiera visto nadie en absoluto.

Si no hubiera tenido más propósito que el de escapar a ciegas, el profesor Zingrave se hubiera dado cuenta de lo inútil de su estratagema. Porque,, en circunstancias comunes, pocas eran las probabilidades que podía tener de escapar a la policía, aún después de haber huído del garage. Al cabo de un tiempo más o menos largo, sería capturado de nuevo. Después de algunos días, tal vez de varias semanas de escaramuzas, la policía acabaría por apresarle.

Pero Zingrave se había escapado del garage porque tenía una combinación preparada.

Era una combinación que había preparado y perfeccionado con toda prolijidad muchos meses, tal vez años, antes de aquella decisiva noche. El profesor, a pesar de todas las precauciones adoptadas para el funcionamiento de la Liga del Triángulo Verde, siempre había temido que algún día se descubriese todo y acabaran por capturarle. Y se había preparado debidamente para eludir esa captura, llegado el momento. Con ese fin se había arreglado, para él solo, un escondrijo que quedaba enteramente fuera del alcance de la fuerza y de la habilidad de la policía.

Y en aquel momento se dirigía con paso rápido, — pero no apresurado, para no llamar la atención, — hacia aquel escondrijo. Sólo disponía de unos pocos minutos de tiempo, y el lo sabía. Antes de un cuarto de hora habrían salido en su persecución docenas de personas.

Pero Zingrave no necesitaba más que esos pocos minutos. Cuando ese tiempo de respiro hubiera terminado, él se encontraría lejos de todo peligro de ser arrestado. Por lo tanto, continuaba avanzando, mientras se felicitaba de que él al menos iba a escapar al manotón dado con tanta eficiencia por los elementos policiales. Sus compinches, los miembros del Circulo Dirigente, estaban irremisiblemente perdidos; nada podía salvarles ya.

El Orpheum Club no se hallaba lejos de Grosvener Square, la plaza en que estaba la casa del profesor, — no habría entre el club y la plaza más que unos pocos minutos de camino, — y el profesor, con grande asombro de parte de Nipper, se dirigía en aquel instante en línea recta, hacia Grosvenor Square, es decir, al sitio donde se hallaba su espaciosa y lujosa residencia.

¿Qué significaba aquello? ¿A qué iba el profesor a su casa?

Nipper sentía grandísima curiosidad. ¿No era un disparate lo que hacía el profesor al dirigirse a su casa? ¿No iba, procediendo de ese modo a caer en un nuevo y aún más grave peligro? O tal vez, — pensó Nipper, — el profesor es tan astuto que se ha dado cuenta de que el último sitio que la policía habrá de revisar, en su busca, será su propia casa.

Con nueva sorpresa de parte del muchacho, Zingrave no se dirigió a la puerta de entrada de su casa, cruzando la plaza. En vez de proceder así tomó uno de los senderos que llevaban a uno de los extremos de la plaza, hacia el sitio donde quedaban los fondos de la casa. El muchacho estaba enteramente decidido a hacer arrestar a Zingrave en cuanto pudiera dar con un policeman, pues Nipper se daba cuenta que toda tentativa contra Zingrave que hiciera él enteramente solo tendría por resultado un lamentable fracaso y tal vez muy graves consecuencias, porque el profesor era capaz de todo.

Había logrado acercarse bastante al hombre a quien perseguía y avanzaba con las mayores precauciones.

Acurrucado en la protectora sombra de un portal, Nipper vió que Zingrave abría una puerta chica que había en una tapia bastante alta. En cuanto la puerta volvió a cerrarse, Nipper estuvo junto a ella.

Tomó la manija de la puerta y la movió, pero se encontró con que la puerta estaba cerrada por dentro. El profesor debía tener en su poder la llave de aquella puerta, lo que no tenía nada de extraño pues, — como Nipper no tardó en comprenderlo, — aquella puerta daba acceso al jardín de la casa del mismo Zingrave.

Desesperado, el muchacho miró en redor suyo y se percató de que, haciendo un esfuerzo extraordinario, podría pasar por encima de aquella alta tapia.

Se alejó varios pasos y después de tomar impulso, saltó hacia arriba. Nipper era un joven de extraordinarias condiciones atléticas, como se ha visto en más de una ocasión; dió pues un salto y consiguió colgarse con ambas manos, haciendo grandísimo esfuerzo. Lo restante, en cambio fué relativamente fácil. Se elevó con la agilidad de un mono y sin tener en cuenta para nada al grave peligro que, con ello, corría, se dejó caer del otro lado de la pared, en el jardín.

Cayó tras de un grupo de altos laureles, casi sin hacer ruido alguno. En seguida apartó unas ramas y miró por entre ellas. Ante sus ojos se extendía todo el jardín de la casa del profesor. Las estrellas brillaban en un cielo sin nubes, y su luz llenaba el jardín con una claridad muy tenue, pero que permitía verlo todo. Parecía reinar una completa oscuridad, pero, sin embargo, el lucir de las estrellas era suficiente para que Nipper pudiera distinguir los objetos.

Casi inmediatamente vió donde se encontraba la sombra del profesor.

Zingrave se hallaba de pie junto a la orilla de un adornado lago que ocupaba el mismo centro del jardín. Tres de los costados de ese lago tenían anchas franjas de césped salpicadas de grupos de plantas altas. El cuarto

costado lo ocupaba una hermosa y bien cuidada "rockery" como se llama en Inglaterra a estas montañas artificiales con que se ornamentan los lagos y estanques de los jardines y que se adornan con plantas de varias clases, sembradas en huecos especialmente hechos para contener la tierra necesaria o dar cabida a grandes macetas, en la piedra artificial de la "rockery".

El lago en sí mismo no era de grandes dimensiones y tenía en el centro una hermosamente esculpida fuente de mármol, que se destacaba sobre el fondo oscuro de piedras y plantas de grandes hojas, de la espaciosa y alta "rockery" construída con excelente sentido artístico.

Nípper vió que Zingrave permanecía inmóvil, de pie junto al borde del estanque, con la mirada fija en el agua serena y transparente. No sospechaba, el profesor, que alguien podía estar observando todo cuanto él hacía.

—¡Hola, hola! — murmuró Nípper. — ¡Esto me parece sospechoso! Zingrave ha llegado a su casa, pero cualquiera diría que está considerando si ha de bañarse o no en su estanque. ¿Pensará zambullir en el agua, a pesar del fresco que hace? ¿Será posible que haya pensado en suicidarse arrojándose a su propio estanque?

Pero si quería suicidarse ¿por qué no recurría al veneno o a cualquier otro de los medios, — el profesor podía sin duda elegir entre gran número de ellos, — que su misma ciencia ponía a su disposición? ¿A qué había ido a su casa? Tal vez porque deseaba morir en su propio domicilio. Nípper sabía que aún los más empedernidos criminales tenían a veces ocurrencias sentimentales de lo más extraño.

¿Estaba allí el postrer escondrijo del misterioso y habilísimo profesor?

Esto era extraño y lúgubre, pero tal vez exacto. El cerebro de Zingrave era algo muy extraño, y tal vez hubiera tenido una última y desesperada idea. Antes que comparecer ante sus jueces en la sala del tribunal de Old Bailey, se ahogaría en el estanque de su propio jardín.

—¿Qué es lo que puedo hacer yo en esta extraordinaria situación? — se preguntó Nípper, sintiéndose perplejo.

Mientras reflexionaba, el muchacho vió que la solitaria sombra se movía. Nípper siguió observando y vió de improviso, que el profesor Cyrus Zingrave levantaba ambos brazos, juntaba las palmas de las manos, arqueaba el cuerpo y zambullía.

Se oyó un fuerte chapaloteo. El cuerpo del profesor había dado en el agua, chapaleó ésta un momento en la orilla del estanque y después, todo quedó en el más completo silencio. Durante unos segundos, Nípper se quedó como petrificado.

—¡Ya hizo lo que yo temía! — exclamó el muchacho asombrado. — ¡El profesor se ha suicidado!

Nípper salió del sitio donde se había escondido y corrió rápidamente hacia el borde del lago. En la superficie del agua no se veían ya más que unas pocas burbujas y las ondulaciones concéntricas producidas por la caída del cuerpo, que se borraban rápidamente, volviendo la superficie del lago a la tranquilidad y tersura que antes presentaba.

Pero a Zingrave no se le veía por ninguna parte.

Se había zambullido buscando la muerte. Nípper permaneció unos instantes a la orilla del estanque, preguntándose si no sería conveniente que él se arrojara al agua y procurara salvar a aquel hombre. Pero no veía nada, que pudiera guiarle, en caso que se arrojara al agua. El cuerpo del profesor debía hallarse hundido hasta lo más profundo del lago y allí tenía que haberse enganchado en algunas raíces o en las cañerías de la fuente, en forma tal que no habría podido volver a la superficie.

—¡Dios mío! — murmuró Nípper — enteramente anonadado.

Permaneció allí mirando, un rato; sin calcular el tiempo que dedicaba, a su inútil observación. Se había quedado como aturdido bajo la influencia de la emoción que le había causado lo inesperado de la tragedia que acababa de presenciar. Pero el profesor Cyrus Zingracve se había dado muerte voluntariamente, de esto no era posible dudar. Su existencia de infamias y de crímenes había tenido fin.

Cuando Nípper volvió a mirar hacia la superficie del lago, vió que las ondulaciones habían desaparecido y que el agua estaba lisa como un cristal.

—Voy a comunicar al señor Lee lo que ha sucedido — dijo el joven detective con voz ronca.

Se volvió; fué corriendo hasta la puerta del jardín y encontróse con que tenía un pestillo que se abría con llave del lado de fuera pero por medio de una manija del lado de dentro. Abrió pues, la puerta, con toda facilidad.

Dejándola un poco entornada, Nípper se alejó de allí corriendo, hacia el Orpheum Club, en cuyas proximidades estuvo unos minutos después. Se notaban allí señales de que la policía se hallaba en plena actividad. En la calle se encontró con un inspector.

—¿Puede usted decirme dónde está el señor Nelson Lee? — preguntóle Nípper, jadeante..

—¡Hola! ¿Es usted Nípper? — dijo el inspector. — Su jefe debe estar aún en Metcalf Lane, según creo. Está enojadísimo porque Zingrave se le escurrió de las manos en el momento decisivo.

—¡Se escurrió de las manos de la policía querrá usted decir! El señor Nelson Lee era uno y ustedes más de una docena; no es justo cargarle a él con la culpa cuando ya estaban los presos en poder de la policía! — replicó Nípper, acalorándose.

Antes de que el inspector pudiera replicarle, Nípper se alejó corriendo. A la entrada de Metcalf Lane se encontró con Nelson Lee y el detective inspector Lennard. Los dos conversaban con animación.

—¡Nípper! — exclamó, de pronto, Nelson Lee.

Tomó de un brazo, nerviosamente, a su joven ayudante.

—Nos aturdió por completo la nube de gas sofocante, — dijo. — Pero... ¿que ha sido de usted, muchacho? ¿A dónde se fué en aquel momento?

—¡Fuí siguiendo a Zingrave, señor!

—¡Ah! ¿Siguió usted a Zingrave? — dijo el detective. — ¡Muy bien hecho, muchacho, muy bien hecho! ¿Y ha logrado?...

—¡Zingrave ha muerto, señor!

Nelson Lee y Lennard le miraron fijamente y con asombro.

—¡Muerto! — exclamó el detective inspector.

—¡Sí, señor! ¡Se ha suicidado!

—¡Dios mío! ¿Está usted seguro de que es verdad lo que dice, Nípper? — preguntó Nelson Lee.

—¡Seguro! La verdad es que no puede caber ni la menor duda a ese respecto. — contestó el joven. — He visto a Zingrave en el momento en que se arrojaba al agua. Se ha ahogado en el lago del jardín de su propia casa.

En pocas palabras, les contó todo cuanto había sucedido. Cuando terminó. Nelson Lee le dió unas cariñosas palmadas en la espalda.

—Se ha portado usted admirablemente bien, Nípper, a pesar de todo, — dijo el detective. — Usted no tenía medios para evitar que se produjera la tragedia. De todos modos sabemos que Zingrave ha terminado, para siempre, de dar trabajo. Tal vez sea más conveniente que haya sucedido eso, en vez de que el profesor cayera en manos de la justicia.

Lennard gruñó, disgustado.

—¡Lo cierto que hay en todo eso es que yo me he quedado sin el más importante de mis presos! — dijo.

—Puede usted estar seguro de que no tiene razón para sentirse disgustado, Lennard — observó Nelson Lee. — Tiene en su poder a la más escogida y distinguida serie de criminales que la policía haya apresado jamás, de una sola vez. Los diarios de mañana elogiarán con loco entusiasmo el procedimiento policial.

El inspector inclinó la cabeza afirmativamente.

—Bueno, eso es verdad. Pero ¿qué se ha de hacer? Me refiero a Zingrave.

—Lo que nos queda qué hacer a su respecto está bien claro, — dijo Nelson Lee. — Lleve usted un grupo de hombres a la casa de Grosvenor Square y hágales buscar, con garfios, en el estanque, el cuerpo de Zingrave. En cuanto lo hayan sacado, que lo lleven al depósito fúnebre. Yo le acompañaré, Lennard.

—Bien — dijo el inspector.

Se alejó corriendo a dar las necesarias órdenes, dejando a Nelson Lee y a Nípper de conversación. Douglas Clifford, se había unido a ellos, mientras tanto. Nípper casi no le reconoció en el primer momento pues era aquella la primera vez que veía, — a aquel que tanto y con tanto tesón les había acompañado en su campaña contra la Liga del Triángulo Verde, — después de su rejuvenecimiento.

—Bueno; todo ha terminado — dijo Clifford cuando se hubo enterado del fin que había tenido Zingrave. — Hemos pasado momentos de grandísima angustia y de gravísimo peligro, Lee, pero hemos alcanzado el fin que nos proponíamos. La Liga del Triángulo Verde ha quedado destruída por completo y yo he podido volver a ser quien soy.

La terrible sociedad secreta había sido, efectivamente, demolida y arrasada. Todo lo que la constituía se había desplomado a la vez, con aterradora rapidez. El local del Orpheum Club se hallaba ocupado por la policía y se había detenido a muchas personas más. fuera de las que componían el Círculo Dirigente.

Procediendo de acuerdo con datos que les proporcionó Nelson Lee, — el que, a su vez, los había obtenido de Martín Caine, — los de la policía prendieron a gran número de los "agentes de control" de la liga y a muchos "miembros de trabajo" de la misma. Todos los que formaban parte, — ya en una, ya en otra categoría, — de la vasta sociedad secreta, se aterrorizaron y muchos fueron los que se presentaron voluntariamente como denunciantes o "testigos del rey", librándose así de toda condena, de acuerdo con lo que dispone la legislación inglesa.

La Liga del Triángulo Verde quedaba, en consecuencia, deshecha y dispersada.

Martín Caine aceptó, muy satisfecho, la situación que le ofreció Douglas Clifford, Caine había sido un fidelísimo ayudante y a Nelson Lee le pareció muy bien que Douglas Clifford decidiera tomarle a su servicio. El detective sabía que Martín Caine era un hombre de excelentes condiciones y esperaba que aun pudiera serle útil en alguna oportunidad.

Los miembros del Círculo Dirigente estaban alojados, cada uno en una celda, una hora después de haber sido capturados y se esperaba con razón, que serían condenados severamente. Varios tenían que hacer frente a acusaciones de homicidio. Pero se lo merecían todo. El hecho de que casi todos fueran personas conocidas en la sociedad, agravaba enormemente su responsabilidad y su situación.

—Es casi una lástima que Zingrave se suicidara, — dijo Clifford, después de una pausa. — Ha sido un triste fin para un hombre así. Yo me figuraba que iba a verle ante sus jueces haciendo frente con todo desparpajo, a las más terribles acusaciones.

—Se le habían agotado ya los recursos de su asombroso ingenio. — dijo Nelson Lee.— El suicidio era el modo más decisivo de terminar de una vez con el cúmulo de responsabilidades que se desplomaba sobre él. Tenía que sentirse enteramente seguro de que le esperaba el patíbulo y no quiso esperar a que se dictara la sentencia. Sin embargo no me parecía que el profesor Zingrave fuera hombre como para recurrir al suicidio: yo creía que, dado su carácter, hubiera preferido morir luchando cara a cara con todas las adversidades hasta el último instante.

El detective-inspector Lennard tardó muy poco en tener preparados sus elementos. Clifford se retiró a su domicilio porque se hallaba cansado y, además, deseaba hablar por teléfono con Vera. Le había prometido

telefonear en cuanto hubiera terminado su "raid" en el Orpheum Club y Clifford no hubiera dejado, por nada del mundo, de cumplir su promesa.

Nelson Lee y Nipper acompañaron a Lennard y a sus subordinados, en su fúnebre misión.

Llegaron pronto al jardín de la casa de Grosvenor Square y los de la policía comenzaron en seguida su trabajo. El lago fué rastreado en toda su reducida extensión. Lennard se había figurado que el cuerpo de Zingrave sería extraído

Pero aquel trabajo de rastreo puso en evidencia una circunstancia tan asombrosa como inesperada.

¡No se encontró por ninguna parte, en todo el lago el cuerpo del desaparecido profesor Zingrave!

¡En el lago no había cadáver alguno! No había en el agua más que plantas y basura, y una cantidad de cieno, amontonada en el fondo, sobre el suelo de cemento. Después de más de una hora de trabajo, los de la policía se vieron obligados a reconocer que así era en verdad. ¡El lago estaba vacío, en ese sentido!

—¡Vamos! ¡El pillo de Zingrave ha logrado escaparse, al fin y al cabo! — dijo Lennard, furioso. — ¡Nipper, usted se ha equivocado!...

—¡No, señor Lennard! ¡No me he equivocado! — replicó Nipper con todo convencimiento. — ¡Ví a Zingrave en el momento en que se arrojaba al agua, con la misma claridad con que ahora lo veo a usted ahí, donde está, inspector Lennard! ¡Se arrojó al agua y se fué al fondo!

—¿Está usted seguro de que no salió del agua del otro lado de esa fuente, joven — preguntó Nelson Lee, que se hallaba excepcionalmente intranquilo.

—¡No, no volvió a salir del agua! — declaró Nipper. — ¡Se hundió como una piedra! No sé qué habrá pasado, ni me explico por qué no se encuentra el cuerpo, pero estoy enteramente seguro de que es verdad lo que afirmo. Cuando llegué a la orilla del lago, aun se veían las burbujas en la superficie del agua.

—¡Pues el cuerpo no está en el lago! — insistió Lennard, con gesto de disgusto.

—¡Tiene que estar! ¡Tiene que estar!

Nipper se sentía profundamente asombrado y tenía razón para estarlo.

Posteriormente las investigaciones demostraron, sin embargo, cómo se habían desarrollado los sucesos. El profesor Zingrave no había muerto, después de todo. ¡Se había escapado!

La explicación de tan extraordinario acertijo era de lo más sencillo que se pueda imaginar.

Zingrave se hallaba vivo y a veinte pasos más o menos, de Nelson Lee y de Nipper en el momento en que éstos dos discutían el extraño suceso con el inspector Lennard, buscando, en vano, el modo de explicarse la desaparición del cuerpo del profesor.

Cuando Zingrave zambulló con el propósito de suicidarse, —al menos al parecer, — había zambullido, en realidad, en dirección de un sitio de refugio. El lago era artificial, con fondo y costados de mampostería y cemento. Zingrave lo había hecho construir hacía dos o tres años; y al construirlo se había preparado al mismo tiempo, un escondrijo, para utilizarlo en el momento, en que se presentase la cruel necesidad de utilizarlo.

Zingrave se había limitado a zambullir, — después de haber estudiado bien, desde la orilla, la dirección de su zambullida, — se había asido a unas agarraderas de hierro que había en la boca del túnel, y en su interior, y había recorrido en pocos segundos el pasadizo sumergido, hasta llegar a la escalera, — realizando, claro está, todo ese trayecto, dentro del agua — por la que había subido a su oculto escondrijo.

Allí, en seco, estaba oculto, cuando Nelson Lee y Lennard discutían las afirmaciones de Nipper. En aquel escondrijo había preparado, — a su tiempo, — el profesor, todo cuanto pudiera necesitar. Había allí ropa, alimentos, — que el profesor renovaba periódicamente, — además de muchas otras cosas. Había también una cuantiosa suma de dinero, una verdadera fortuna, en oro y en títulos extranjeros guardada en una caja de metal dentro de una valija.

Zingrave podría vivir allí hasta varias semanas, si lo consideraba necesario, y salir después enteramente disfrazado, para escaparse del país.

Este era el programa del profesor.

Pero ¿conseguiría realizarlo con éxito favorable? ¿Escaparía a Nelson Lee y a la justicia en el último momento!

Este era el problema.

FIN DE "EL ORPHEUM CLUB"

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662

Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana . . .	$ 0.20
" atrasado. . .	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	" 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números)	" 4.80
Suscripción por 1 año (52 números)	" 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países "	" 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

La señora. — Esta mañana vi que el panadero la besaba a usted, Graciana y eso no puedo consentirlo. Desde mañana tomaré yo el pan.
La sirvienta. — ¡Oh, señora! No se moleste; al panadero no le gustan las rubias.

En el próximo número de PUCKY continua la emocionante novela de misterio y acción

LA GARRA DEL DRAGON

PIPERMIT POR BILLY DEBECK
TUUU... TUUUUU... TUUU...
Evasión a media noche
¿OYES ESA SIRENA? YA SE HAN DADO CUENTA DE NUESTRA FUGA. AHORA ES PREFERIBLE MORIR AHOGADO QUE VOLVER AL ENCIERRO. ¿PODRAS NADAR HASTA LA ORILLA?
¡COMO NO!
ESTOY AGOTADO. VOY A DESCANSAR UN MOMENTO
¡NO! NO PODEMOS DETENERNOS. HAY QUE CONSEGUIR ROPA. ¡VAMOS!
AHORA SI, ESTAMOS SALVADOS. ¿VES AQUEL ESPANTAPAJAROS?
SI
¿QUIEN VA A PENSAR QUE SOY UN PRESIDIARIO?
¿Y YO, DONDE ENCONTRARE ROPA?
NO TE PREOCUPES; YA CONSEGUIREMOS TODO LO QUE NECESITAMOS EN MI CASA. VAMOS
¡AH! ¡SIEMPRE CONDENADO A SUFRIR! ¡QUE DESGRACIADO SOY!
© 1932, King Features Syndicate, Great Britain rights reserved.

PUCKY

No. 483

La Lectura Para Todos
Acción Drama
Misterio Aventuras

Diciembre 30 de 1932
Buenos Aires

LA GARRA DEL DRAGON

Por JOHN G. BRANDON

(Continuación)

PUCKY
La Lectura Para Todos
Acción Drama
Misterio Aventuras
No. 483 Año XIII
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES
EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.
BUENOS AIRES, DICIEMBRE 30 DE 1932

La garra del dragón

Por

John G. Brandon

(Continuación)

PELIGRO EN EL TREN

No bien McCarthy abandonó el barco, perdió completamente de vista al amable Bim Kong. Aquel personaje, a despecho de sus sólidas carnes y su madurez, era escurridizo como una anguila.

En el tren a París no vió rastros de él. McCarthy empezaba a creer que se había vuelto a Londres desde la costa, cuando lo alcanzó a ver en la gran Gare du Nord. Se lanzó tras él velozmente.

Bim Kong tomó un taxímetro, McCarthy otro. El primero atravesó París y subió la colina, en dirección a Montmartre. El vehículo de McCarthy lo seguía de cerca.

Frente a un café, situado en el más sospechoso de los barrios y admirablemente bautizado con el título de "Le Chat Mort" (El Gato Muerto), el primer auto se detuvo.

Bim Kong descendió y se reunió apresuradamente a una docena de hombres amarillos, que estaban agrupados en tres o cuatro mesas, en un rincón apartado. McCarthy que los observaba desde adentro del taxi, vió distintamente la cara de uno de los hombres a quienes Bim Kong habló y quien al oír sus noticias miró hacia el inspector con expresión de ira.

¡Era Kao Shi-lan!

Con un profundo suspiro de satisfacción, McCarthy ordenó a su conductor que volviera a la estación. Pensaba dirigirse a Marsella. Una vez allí confiaba en su ingenio para borrar todo rastro de su verdadera personalidad. Pero, absortos en sus propios asuntos, ni McCarthy ni Bim Kong se fijaron en un tercer personaje que intervino en el drama. Desde un tercer taxi, una cara amarilla los observaba. Era el hombre que había seguido al inspector desde la morada de Madame de Sorais hasta sus propias habitaciones y, que desde una casa de enfrente, lo vigilaba.

El también dió vuelta y fué detrás de Mc Carthy; pero, en vez de seguir al inspector en su aburrido viaje a través de Francia hasta el puerto del Mediterráneo, tomó un segundo auto y, en un barrio totalmente distinto de París, informó al venerable y anciano Dr. Chang Ho, al Alto Sacerdote de los Shans y consejero de Madame de Sorais, princesa Osari, de aquella antigua raza.

McCarthy, viajando al lento paso de los trenes franceses, no estaba descontento de sí mismo. Después de haber cometido la patochada de dejarse narcotizar por Bim Kong, había burlado al enemigo. Si tenían idea de matarlo antes de que llegara a París, habían fracasado. Estaba vivo y sobre la pista del misterio de Bensdorp.

Pasaron por Briare, siguieron siempre hacia el sur, pasaron por Nevers y tomaron hacia el este, rumbo a Lyon.

En esta última ciudad, McCarthy se hizo servir una buena cena y luego volvió al tren, encontrándose solo en el compartimiento. Sus compañeros habían bajado en Lyon.

Nuevamente, al ponerse el tren en marcha, se dispuso a dormir sin temor esta vez a todos los Bim Kongs del mundo con sus cigarros narcotizados.

Dormía aún cuando el tren se detuvo en la ciudad Papal de Avignon y por lo tanto no se dió cuenta de la presencia de un grupo de hombres, bien embozados. Si hubiese podido ver sus rostros se hubiera advertido en ellos los rasgos de los mongoles. Eran como diez y a una señal del hombre que había localizado al dormido McCarthy, subieron al vagón de más atrás y se mantuvieron lejos de la vista del detective. Sus furtivas maneras no auguraban nada bueno para Mc Carthy. Habían llegado a Marsella una hora antes, en respuesta a un telegrama recibido de París, causando perplejidad a los gendarmes de la estación. ¿Que se proponían, se preguntaron éstos, aquellos chinos y mestizos, guiados por un malhechor conocido, como el portugués José da Fonda, haciendo un viaje nocturno hasta Avignon?

Nada podían hacer que fuera beneficioso para nadie... excepto para ellos mismos. Pero como no tenían órdenes al respecto se limitaron a encogerse de hombros y a desear que no volvieran más.

McCarthy se despertó al oír que algo silbaba junto a su oído, como una abeja enojada. Distinguió vagamente un rostro amarillo, con dientes blancos, que lo acechaba desde la sombra. Sacó rápidamente su pistola e hizo fuego. Vió desaparecer la cara, oyó un gemido, luego una caída y comprendió que había herido a uno de sus asaltantes. Tiróse ráp damente al suelo y una lluvia de balas pasóle por encima.

Dos veces vió caras... caras de chinos... e hizo fuego cada vez. El dueño de una de las caras retrocedió; pero el otro siguió avanzando y haciendo al mismo tiempo fuego. McCarthy disparó desde otra posición — quedarse donde estaba era un suicidio — y luego desde otra. Era mejor arriesgarse a saltar del tren que quedarse en aquella trampa, para ser acribillado a balazos.

El tren hacía mucho ruido en aquel momento. O pasaba por un túnel o atravesaba un puente. En cualquiera de los dos puntos podía tener probabilidades, peleando con una banda, pero en el tren ninguna. En un segundo se resolvió. Se arriesgaría a abandonar aquella trampa de muerte. Era evidente que, de alguna milagrosa manera, Kao Shi-lan se había enterado de su viaje y esta vez el chino estaba resuelto a terminar con su enemigo blanco. Sin vacilar más, abrió McCarthy la portezuela y saltó. Lo último que oyó fué un grito de decepcionada rabia, que resonó como agradable música en sus oídos. Pero los secuaces de Kao Shi-lan no habían sido derrotados todavía.

Las balas silbaban violentamente en torno de McCarthy. Desesperadamente contestó al ataque de los chinos

McCarthy cayó con tanta fuerza que por un instante parecióle que se había roto las dos piernas contra el duro suelo de la vía.

Trastabilló, buscando en que apoyarse. Algo le pegó en la espalda, haciéndole perder el equilibrio, faltó el suelo bajo sus pies y un instante después, caía, dando vueltas, a un espacio negro, seguido por una lluvia de balas, disparadas desde el tren.

Un horrible pensamiento lo asaltó, mientras bajaba y bajaba. Había pasado por encima del puente y caía al Ródano, uno de los ríos de corriente más rápida y peligrosos de Francia. Nunca en su vida había sentido McCarthy una sensación de desamparo tan espantosa, frente a la muerte. Luego cayó

McCarthy se agachó entre la espesura, mientras sus perseguidores pasaban a pocas pulgadas de él

al agua y un segundo después era tragado por la rápida corriente.

Fué llevado por debajo del gran puente, como si hubiera sido un corcho; pero afortunadamente, no chocó contra ninguno de los grandes soportes. Salió de abajo de la obscuridad del puente a aguas abiertas; pero la succión, debajo de los arcos, era terrible. Tenía que luchar con todas sus fuerzas, para no ser arrastrado al fondo. Mientras era así llevado, los hombres de Kao Shi-lan habían detenido el tren, al otro lado del puente. Probablemente todavía lo perseguían.

Al salir de abajo del puente, empezó a nadar con todas sus fuerzas hacia la orilla sur. Logró avanzar, pulgada por pulgada; pero los esfuerzos que tenía que hacer contra aquellas aguas le exigían hasta su última onza de energías. Siguió, como sólo puede hacerlo un nadador acostumbrado a luchar contra la corriente.

Pero al fin logró salir a la resbaladiza orilla, cubierta por frondosos árboles y por un momento quedóse tendido en ella, inerte, exhausto. Mientras estaba así acostado vió que se hallaba a orillas de un tupido bosque, en el cual no se distinguía ni una sola luz. Si los chinos lo seguían, tenía allí probabilidad de darles esquinazo.

Lenta, débilmente, aunque sentía que las fuerzas le volvían con la esperanza, fué subiendo la barranca y se internó en la negra espesura del bosque. Allí se tendió aguzando los oídos para percibir el menor ruido que hicieran sus perseguidores.

Descansado al fin, empezó a caminar, siguiendo mentalmente la vía del ferrocarril. Habría hecho poco más de cien yardas cuando se detuvo bruscamente, al oír ruido de voces, voces que eran poco más que un murmullo, de hombres que hablaban... en chino.

Aquí el entrenamiento de McCarthy, en el trabajo de sabueso, le fué muy útil. Con la rapidez de una serpiente y tan silenciosamente como ella, dió un rodeo al sitio en que juzgó se hallaban sus enemigos. Estaba desarmado o por lo menos, con la pistola mojada, era como si lo estuviera; sería para él la muerte instantánea y quizá horrible si lograban descubrirlo.

Desde otro sitio volvió a oír voces. Los chinos se habían dividido en dos grupos. De un modo u otro tenía que pasar entre las dos partidas.

Era otro viejo juego aquél, que revivió en su mente recuerdos de la guerra, de furtivos viajes nocturnos, a través de la Tierra de Nadie. Lentamente, empezó a arrastrarse hacia adelante. Tan cerca suyo estaban a veces los amarillos que se vió obligado a quedarse completamente inmóvil, casi sin atreverse a respirar. Luego seguía avanzando, a menudo detenido por una sombra que se levantaba de improviso delante de él, un hombre a quien hubiese podido tocar, si extendía la mano.

Era una noche tibia; pero la humedad de las ropas mojadas helaba a McCarthy hasta los huesos y dificultaba sus movimientos. Hubiera dado todo lo que poseía por poder levantarse y echar a correr, como loco, hasta que la sangre circulara caliente por sus venas otra vez. Pero se daba cuenta de que hacer semejante cosa era exponerse a una muerte segura.

La suerte de los McCarthy lo había acompañado hasta entonces y con la tenacidad de bull-dog, que era característica en él, siguió arrastrándose lentamente. Poco a poco el rumor de voces se fué debilitando. Las sombras solitarias y repentinas desaparecieron y al fin no las vió más.

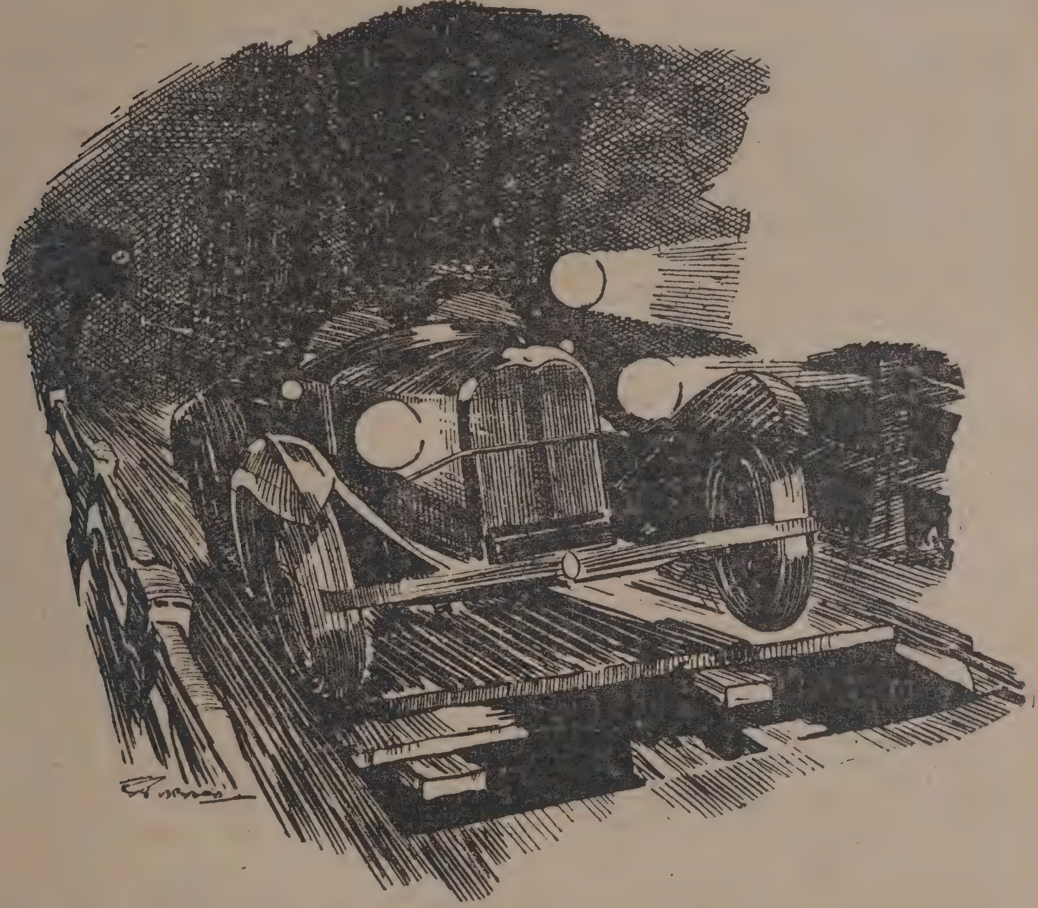
Parecióle a McCarthy que había transcurrido una hora cuando la densidad del bosque empezó a aclararse y vió sobre su cabeza el cielo. Encontróse al borde de un amplio camino que parecía correr paralelo con la vía del ferrocarril; pero no se atrevió a aventurarse por él todavía, porque una luna acuosa había salido, iluminando lo suficiente el paisaje. El recuerdo de la descarga que le habían hecho los chinos desde el tren lo indujo a seguir usando las mayores precauciones.

de un extremo al otro de Francia sin naufragar hasta ahora. Y nos conducirá a Arlés o a cualquier otro sitio por el estilo no bien yo le dé un vistazo. Estos caminos son muy malos y probablemente se ha metido un pedazo de piedra dentro del carburador. Sostén la linterna, mientras yo reviso otra vez sus viejas entrañas.

En ese momento se adelantó McCarthy y dijo con acento de disculpa:

—¡Perdonen, caballeros!

Se encontró ante el caño de un Smith y



Era tal la velocidad del auto que saltó la grieta del puente.

EL CAMINO A MARSELLA

Así que siguió el camino, pero dentro de la orilla del bosque, lo más rápidamente qut pudo. Luego, al llegar a una curva, vió algo que hizo latir violentamente su corazón. Era un gran auto de sport. Dos jóvenes, buenos mozos, hablaban con honrado acento americano, que daba gusto oír.

—Bill, — decía uno de ellos, con cierto cansancio en la voz — ya sabía yo que esta cafetera tuya nos iba a jugar sucio al final. Creo que si queremos llegar esta noche a Arlés, tendremos que hacer la mitad a pie y la otra caminando. Este burro viejo se ha empacado por toda la noche.

—¡Calle, viejo! — le contestó el otro. — No calumnies al barco que nos ha llevado

Wesson, calibre 45. Lo esgrimía en su mano derecha el joven Bill.

—Oiga, — dijo aquella agresiva persona impasiblemente. — nosotros somos dos pacíficos turistas americanos que recorremos, en viaje de exploración, esta parte del globo. No queremos tener dificultades ni con bandidos ni con nadie. Pero si nos buscan, alguien va a recibir una carga de plomo en la cabeza. ¿Qué dices, Jim?

—Has hablado por mí, Bill — contestó el otro con la misma calma, sacando de las entrañas del gran auto, un eficiente rifle de repetición. — Como dice mi compañero, nosotros no buscamos camorra; pero tampoco estamos dispuestos a permitir que ningún atorrante local nos desvalije sin que le demos trabajo. Hemos dejado esos procedi-

mientos detrás nuestro, en Chicago o Nueva York.

—Si me permiten explicarles la dificultad en que me hallo... — empezó McCarthy

—Largue el rollo, hermano, — invitó el caballero Jim. — Si hay alguna cosa que nosotros sabemos hacer es escuchar.

—Escuchar y ayudar al prójimo son nuestros fuertes — corroboró Bill

Escucharon lo que rápidamente les contó McCarthy, es decir el relato de sus aventuras desde que salió de Londres, pocas horas antes. Cuando terminó su historia les entregó su carnet empapado para que lo inspeccionaran. Para ese tiempo los dos pares de vivos ojos que contemplaban a McCarthy bailaban de excitación.

—Oiga, inspector, — dijo Jimmy — si no hemos entendido mal, esa banda de chinos está todavía en esta parte del bosque ¿no?

—No hace mucho que los perdí de vista — respondió McCarthy. — A no ser que hayan dado la vuelta al río, buscándome, no tardarán en llegar a aquí.

—¿Y dice que están armados?

—Armados hasta los dientes.

Bill no hizo más preguntas.

—Tome, inspector — dijo brevemente, poniendo su rifle en manos de McCarthy. — A la primera señal de ellos, lárgueles plomo, no más. Tire alto y un poco a la derecha. Si recuerda eso, habrá trabajo para los cajoneros — se dió vuelta y volvió a meterse en el interior del auto.

—Esos perros amarillos creerán que usted se ha ahogado en el río, inspector — dijo Jimmy. — Bueno, hay tiempo de pensar en eso. ¿Qué le parece si se cambiara de ropa — miró indeciso a la figura mojada que estaba a su lado. — Creo que se expone usted a una pulmonía, si sigue con esas ropas mojadas.

—No tendré más remedio que correr ese riesgo — dijo McCarthy. — Todo lo que traía ha quedado en el tren, en mi valija... incluyendo los disfraces que pensaba usar en Marsella.

—Quizá nadie lo conocerá allí hasta que pueda usted agenciarse otros — dijo alentadoramente Jimmy.

—Parece que soy más conocido de lo que pensaba, por lo que a esa banda se refiere, al menos. Pero de algún modo tengo que recobrar mi valija.

Bajo los manejos del robusto Bill se oyó un suave roncar en los motores del auto. Empezó a vibrar suavemente.

—¡Ahógalo, Bill! — le aconsejó su amigo — Cuando empieza a cantar es peor que un ciclón. Y en estos momentos la publicidad no nos conviene.

—¿Y eras tú quien decía que la querida cafetera nos había jugado sucio? ¿Qué tendríamos que ir a pie a Arlés? ¡Cualquier día! ¿Qué distancia hay de aquí a Arlés? — preguntó, poniéndose los guantes.

—Como unas cincuenta millas, creo. Solamente una vez he recorrido este camino y tuve que ir despacio, porque llevaba al Viejo y a mi hermana.

—Bueno, entonces no tardaremos más de diez minutos en llegar — dijo Bill con convicción.

—¡Espera un minuto! — objetó su amigo y explicó la necesidad que tenía McCarthy de recobrar sus cosas. — Como ves, tenemos que alcanzar este tren para darle al inspector una oportunidad de conseguir su valija. Ahora que recuerdo, el tren se detiene en Arlés, junto a un antiguo acueducto romano. El inspector tiene que subir y volver a bajar, sin que nadie se de cuenta. Podemos apostar cien contra uno que la banda de chinos estará esperando en Marsella, por si ha logrado salvarse. Si creen que ha muerto eso lo favorecerá ¿no es cierto? ¿Me has entendido?

—¡Seguro hermano! Vimos pasar el tren hace cosa de media hora. ¡A qué velocidad iba!

—No más de cuarenta millas por hora — contestó Jim.

Bill asintió con la cabeza, se puso sus anteojos, sacó un paquete de goma, lo abrió cuidadosamente, introdujo su contenido en la boca, subió al auto y se situó al volante.

—Suba, no más, viejo — lo invitó a Mc Carthy — Estaremos un poco apretados; pero no importa. Manténgase agachado para evitar el viento. El calor del motor le secará las pilchas. Alcanzaremos a ver las luces posteriores del tren antes de que seamos mucho más viejos. Con tal, naturalmente, que no nos estrellemos contra algo.

—Cuando Bill dice una cosa, la cumple — afirmó Jim — Es un conductor de primera y aunque esta cafetera no es de último modelo, se bebe los vientos. ¡Dale al acelerador, Bill!

Empezó para McCarthy un viaje tal que ni siquiera en sus sueños — o pesadillas — más violentos había imaginado. Le pareció que al cabo de un minuto marchaba a sesenta millas por hora y siempre más ligero. Los árboles pasaban volando ante ellos. Aparecieron puentes de madera blanca que corrían hacia ellos como cosas enloquecidas y luego, en un abrir y cerrar de ojos, quedaban detrás. Atravesaron como una exhalación pueblos dormidos y volvieron a salir al camino antes de que la mente tuviera tiempo de darse cuenta de ello.

En uno de esos pueblitos, un gendarme que hacía su ronda nocturna, se adelantó para hacer respetar los reglamentos de tráfica. Evitó solamente la muerte saltando hacia atrás, dentro de una laguna de patos. Cuando volvió a abrir los ojos, el auto no estaba más en el pueblo.

Nuevamente siguieron como el viento. Atravesaron un puente del ferrocarril a setenta millas por hora. Al costado había un letrero con una palabra francesa en rojo "DANGER", la palabra francesa que significa peligro. McCarthy se preparó para la catástrofe. Faltaban cuatro tablas en lo alto del puente; pero era tal la velocidad que llevaban que el auto saltó el agujero y siguió rugiendo del otro lado.

—¿Qué decía el letrero? — gritó el impasible Bill en los oídos de McCarthy.

—Peligro — contestó McCarthy.

(Continuará)

El Tesoro de la Isla del Muerto

(Continuación)

ES la verdad.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! — rugió Samonard rompiendo un vaso en fragmentos al pegarlo contra la mesa. — El Caballero fué demasiado hábil y rápido para nosotros dos.

No importa; ya nos hemos de ver las caras.

—Yo también tengo que arreglar una cuenta con él — gruñó Langley.

—Puede ser — río Piel — pero a Piel Samonard no se le engaña fácilmente. Quizá recordéis como era el plano. ¿Queréis decírmelo?

Langley endureció la mandíbula.

—¡Nunca!

Samonard le dirigió una maligna mirada.

—Pues me lo diréis. Vos y yo mi lindo, podemos asociarnos. ¿Qué decís de eso?

—¡Nunca! — repitió Langley fieramente — El tesoro de la Isla del Muerto me fué legado a mí, un Morgensen. ¿Creeis que voy a compartirlo con un bandido como vos?

El buen humor desapareció de la fea cara de Piel Samonard.

—¡Jo! ¡Jo! Piel Samonard no es bastante bueno para vos ¿no?. Eso si que es curioso! ¡Jo! ¡Jo! Piel Samonard, el terror del Océano, no es bastante bueno para un chico que a penas ha salido de la cuna. ¿No es riquísimo eso, Peters?

Dan Peters sonrió forzadamente. Le había tomado simpatía al joven y ya su mente ambiciosa formaba planes para suplantar al gigantesco capitán.

—Sí, sí, capitán — gruñó.

—Y bien, gallito. Piel Samonard está de buen humor. ¿Sabéis que navegáis bajo la bandera del Alegre Rogerio?

—Lo se muy bien — replicó Langley.

—¿Sabéis que vuestro tío Josiah usó también esa bandera? Lo que fué bueno para Josiah debe serlo para su sobrino.

—¿Qué queréis decir?

—¡Jo! ¡Jo! ¿Sabéis, gallito, que todos los que estamo abordo de este barco seríamos ahorcados, si nos apresa un barco de guerra? ¿Sabéis, Langley Morgensen, que lo queráis o no, sois un pirata?

Langley se estremeció.

Piel Samonard se moría de risa. Se sirvió un buen vaso de vino del botellón que tenía al lado.

—Pero seréis debidamente iniciado, mi lindo. Prestaréis el juramento.

Langley se encogió de hombros. Poco le importaba. Procedía de una raza indómita, sin más ley que la necesidad. Poco le importaba jurar alianza con el Alegre Rogerio. Sus ojos brillaron. Mejor era convertirse en pirata que seguir prisionero en la asfixiante cala. Piel Samonard lo observaba atentamente, comprendiendo los pensamientos que pasaban por la mente del joven.

—¿No os agrada la idea, gallito? ¡Qué lástima! — observó burlonamente. — La alternativa es caminar por la planchada y luego... ¡paf!... una zambullida e ir a parar a las mandíbulas de un tiburón hambriento. Linda perspectiva, ¿no?

Sonrió Langley.

—Devolvedme mi espada, Samonard—dijo tranquilamente. — No tendréis abordo hombre más leal que Langley Morgensen; no hallaréis súbdito más voluntario de la bandera negra que el sobrino del viejo Josiah.

—Hablasteis como un Morgensen — rugió Samonard. — ¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! Vos y yo, muchacho, haremos una hermosa sociedad Córtale las ligaduras — ordenó a Peters. Llama luego a la tripulación.

—¡Bien, capitán!

Dan Peters sacó un afilado cuchillo y rápidamente cortó las cuerdas que sujetaban al

joven. Luego se alejó, dejando a Langley y a Piel Samonard solos.

—Sentaos, Morgensen, — dijo Piel afablemente. — Bebed un trago de este exquisito y viejo Madeira. Os infundirá nueva vida.

Sirvió un vaso de vino y lo ofreció al joven. En cuanto a él, empinó la botella.

—¡A nuestra salud, gallito! A nuestra sociedad. ¡Por el tesoro del viejo Josiah y por que lo encontremos!

Se puso de pie y tomando al joven por el brazo lo condujo a la cubierta de popa.

El Reina de la Isla navegaba a velas desplegadas, dejando una estela color crema.

El sol caía a plomo sobre sus cubiertas. En el combés se estaba reuniendo la tripulación.

—¡Un saludo, mis valientes! — rugió Samonard — Tenemos un nuevo camarada. Miradlo bien, porque viene de raza de piratas...

—¡Un Morgensen! — chilló un hombre de Devon. — ¡Y qué hermoso! ¡Un Morgensen!

—Dices bien — rió Piel — Es un fierabrás, sobrino del viejo Josiah. Traed la bandera.

—Sí, señor.

Un ruso de piernas torcidas se acercó a un cofre que había en cubierta y sacó un pedazo de seda negra, sobre el cual, hábilmente bordado, estaba el símbolo de la piratería.

—Es el bonito trabajo de una mujer — explicó Piel — La hija de un rico mercader la bordó para nosotros.

—¿Y qué ha sido de ella? — preguntó Langley.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! ¿Qué ha sido de ella? Tendrás que pescar a algún tiburón y preguntárselo.

La tripulación lanzó una estruendosa carcajada; pero Morgenson sintiose envuelto en una oleada de horror.

Piel Samonard advirtió la expresión de rostro de Langley y se rió más fuerte.

—¡Jo! ¡Jo! ¿No te gusta el pensamiento Es lástima, porque un partidario del alegre Rogerio no tiene que ser débil de corazón. Pero... basta. Ponte de rodillas — extendió la bandera negra sobre la cubierta — y repite las palabras que yo voy a decir.

Caviloso, Langley obedeció.

A su alrededor, con las armas en alto, dirigidas hacia él sus puntas, se situó la tripulación.

—Yo Langley Howard Morgensen — empezó Samonard con voz profunda — solemnemente declaro... — palabra por palabra repitió Langley lo que el gigante decía.

—Renunciar a todas las banderas, excepto la del Alegre Rogerio. Con la espada y valiente corazón prometo servirla fielmente hasta que la sangre cese de correr en mis venas. Además empeño mi palabra de servir fielmente a Piel Samonard en todos los asuntos, sin discusión...

—Eso no puedo decirlo! — protestó Langley tranquilamente. — Un Morgensen no sirve hasta ese extremo a ningún hombre. Mientras esté abordo de este barco. Piel Samonard, cumpliré vuestras órdenes; pero... sólo mientras esté abordo.

Piel Samonard se enojó, amenazó; pero todo fué en vano.

—Es inútil — dijo — Prometo servir la bandera. Y si no os basta, gustosamente caminaré por la planchada.

La tripulación dejó oír murmullos. Ninguno de los hombres tenía esos escrúpulos. Sin excepción habían jurado servir a Samonard hasta la muerte; pero cualquiera de ellos lo hubiera traicionado, si le convenía.

—¡Jo! ¡Jo! — la risa de Piel retumbó por el bergantín. — Está bien, mi lindo. Samonard había olvidado que eras un Morgensen. ¡Besa la bandera!

Langley hizo una mueca; pero tocó el emblema de la piratería con sus labios. Luego se le permitió ponerse de pie y se le entregó su amada espada.

Piel le dió tal palmada en la espalda que lo hizo trastabillar.

—¡Bravo, gallito! Serás mi segundo piloto y compartirás el camarote con Dans Peters.

—Muy bien, capitán — dijo Peters, sin disgusto.

Luego fueron dadas órdenes para que se repartiera ron a los piratas a fin de celebrar el acontecimiento. A los pocos momentos la tripulación bebía y cantaba, hasta que, ebrios, los piratas terminaron por pelearse.

BOTIN DE PIRATAS

Poco tiempo después avistaron un barco procedente de la India, que al ver la bandera negra de los piratas cambió de rumbo y trató de escapar. Pero Piel Samonard no era hombre que dejara escapar una rica presa de sus garras. Con voz vibrante alentó a su tripulación y después de dos horas de caza el bergantín no quedaba a más de media milla de distancia.

Dos tiros de cañón fueron disparados hacia el bergantín, sin dar en el blanco; pero sirvieron para avisar al capitán que ocurriría lo peor si no se ponía al pairo. Sin embargo el capitán del bergantín estaba resuelto a no entregarse sin lucha. Mirando a sus cubiertas pudo ver Langley seis cañones, prontos para entrar en acción.

—¡Enviadle una andanada, mis valientes! — rugió Samonard blandiendo su alfanje — ¡Preparad los garfios! ¡Todos prontos para el abordaje!

¡Bum!

La Reina de la Isla se extremeció al enviar los artilleros una descarga al holandés. Cayó el palo mayor sobre su cubierta, derribando junto con él media docena de hombres. Los cañones, menos pesados del buque holandés, contestaron la descarga y Langley hizo una mueca al pasar cerca de su cabeza una bala de cañón, que fué a decapitar a un pirata portugués.

Luego fueron arrojados los garfios y los piratas, con espadas y cuchillos entre los dientes se lanzaron al abordaje, guiados por Samonard. Langley se encontró combatiendo con un valiente anciano y comprendió que había hallado adversario digno de su espada.

Langley cruzó su espada con la de un valeroso anciano.

A su alrededor reinaba el caos y la destrucción. Piratas y marineros holandeses peleaban a muerte. La espada de Langley relampagueaba al sol haciendo retroceder al valiente anciano. El rostro del hombre estaba fatigado y pálido. Lanzó un gemido cuando Langley, ejecutando una estocada francesa con la astucia de un maestro, desarmó a su adversario, haciéndole volar la espada en alto y dejándolo indefenso.

Cuando el joven iba a despacharlo, porque no había allí tiempo para andar con delicadezas, una joven de unos diez y nueve años salió de pronto del dorado castillo de popa y se arrojó entre ellos. Justo a tiempo retiró Langley la punta de su espada.

—¡Padre! ¡Oh, mi padre! — la joven se arrojó al cuello del anciano, llorando copiosamente.

Langley se fijó en su belleza; pero no tuvo tiempo para más, porque fué furiosamente atacado por un holandés de macizos hombros, que blandía un hacha.

Lanzóse a fondo, pinchó al hombre en las costillas, retiró la espada roja y buscó a otro enemigo. La batalla seguía encarnizadamente. Con media docena de marineros, todo lo que le quedaba después del terrible combate, el capitán se retiró hacia la galería de popa. Lo acompañaba el valiente anciano a quien Langley había desarmado y la llorosa joven. Al ver a ésta, Piel Samonard se relamió.

—¡Jo! ¡Jo! Pronto estarás en los fuertes brazos de Piel, mi linda.

Poco después de la valiente tripulación sólo quedaban dos personas vivas. El valiente anciano y su hija que fueron llevados abordo del Reina de la Isla, prisioneros. Siguió el saqueo del buque, con todo su cargamento de oro, sedas, ornamentos y ricos vinos.

Y una vez desenganchados los garfios, Langley, que contemplaba el buque de la muerte lleno de extraño dolor en su corazón, vió elevarse de él una cárdena llamarada. Un segundo después el buque de las Indias volaba entre una nube de humo, llamas y fragmentos.

POR LA PLANCHADA

Cuando el humo se disipó no quedaba del hermoso buque más que maderas flotantes. A su alrededor, los tiburones levantaban sus feos hocicos, buscando la presa humana.

Mientras la tripulación bebía y cantaba, Piel Samonard ordenó que le trajeran a la joven.

Escoltada por Dan Peters, fué llevada a presencia del pirata, tímida, aterrada y llorosa.

Piel Samonard se frotó las sucias manos, se sirvió otro vaso de vino y se rió.

Ella retrocedió, apoyándose temblorosa contra un manparo.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! ¡Me tiene miedo! — rió el pirata. — Pero Piel Samonard sabe tratar a las mujeres.

Se adelantó, hizo trastabillar al borracho Peters de un puñetazo y abrazó a la joven, que lanzó un desesperado grito de terror.

Un momento después estaba Langley a su lado. Con un tirón hercúleo de su brazo apartó a Samonard y lo hizo caer sobre la mesa.

—¡Basta! — gritó Langley. — ¡Olvidais que es una mujer!

La aterrada niña dirigió a Langley una mirada de gratitud, con sus ojos negros como el azabache. Pero un momento después lanzó un grito, porque Piel Samonard, de pie nuevamente, sacó su puñal y se lanzó contra Langley.

El joven saltó a un costado y sacó su espada.

—¡Jo! ¡Jo!, gallito. ¿Vas a decirle a tu capitán lo que tiene que hacer?, que me ahorquen si esto no es rebelión!

Desnudó su alfanje y se lanzó sobre el joven, que lo esperaba con la espada desnuda, mientras el borracho Peters retrocedía riendo.

Langley obtuvo ventaja desde el principio. No había bebido y sus ojos estaban claros y su puño firme. Su esbelta espada atravesó, como una lengua de fuego el hombro de Samonard.

Con un grito de dolor, el capitán pirata dejó caer el alfanje y se apoyó contra el panel. Su único ojo brillaba de dolor y de furia. Luego...

Algo pesado pegó en la cabeza de Langley, haciéndole caer. En la puerta de la cabina, sonriendo malvadamente, tambaleándose de un lado a otro, estaba un gran nubio, desnudo hasta la cintura. En su mano esgrimía una barra de hierro.

Piel Samonard lanzó un largo suspiro de alivio. Si no hubiese sido por el negro, quien sabe cual hubiera sido su destino. Sin embargo, no demostró su gratitud.

—¡Vuelve a tu puesto, escoria! Los perros como tú no son permitidos en la cubierta de popa.

El negro se asustó y alejose tambaleante. Piel Samonard le dió un puntapié al desmayado Langley.

—¡Eh... capitán! — protestó Peters. — El muchacho está quizá mortalmente herido. Piel volviose a su primer piloto como un tigre.

—¡Ah, perro traidor! Me hubieras visto morir sin alzar un dedo para defenderme. ¡Traidor! Lo pagarás caro. ¡Eh..., aquí, muchachos! ¡Pronto!

Media docena de piratas acudieron. Samonard les gritó:

—Arrestad a ese hombre. Ponedle los hierros. Llevadlo abajo. Y también a ese mocoso de Langley. A la muchacha dejadla aquí.

Su único ojo buscó a la joven; pero había desaparecido.

—¡Jo! ¡Jo! Mi lindo canarito tiene vergüenza de Piel Samonard. Bueno ¿qué importa? Quizá mañana estará más dispuesta a ofrecer sus lindos labios a Piel Samonard.

Bebiose el resto de la botella, estancó la sangre de su herida, luego salió a cubierta. La brisa había cesado. El Reina de la Isla apenas se movía.

Después de ordenar que pusieran el buque al pairo y que nadie entrara a su cabina, el capitán se tendió en un sofá y pronto se quedó profundamente dormido. La tripulación holgaba aquí y allá, reponiéndose de los efectos de la borrachera. El bergantín se mecía con suavidad, a impulsos de una corriente submarina.

Al despertar, Piel estiró su gran cuerpo y bostezó poderosamente. Luego se puso de pie, vacilante, maldijo su herida, el calor y la calma. Salió a popa.

—¡Colocad la planchada! — gritó — Vamos a divertirnos un poco.

Señaló con su nudosa mano hacia la proa. Rompiendo de cuando en cuando la superficie, se veía la aleta dorsal de los tiburones.

La tripulación lanzó un alegre grito y rápidamente colocó la planchada. Cualquier cosa era mejor que aquella forzada ociosidad. Luego Piel mandó a dos marineros que trajeran a Langley y al caballero holandés.

—Estos caminarán primero hacia la eternidad — dijo. — Dan Peters, el traidor será ahorcado después.

De la obscuridad de la bodega salieron Langley y el holandés. La tripulación vociferó al verlos acercarse. Ambos vieron la planchada y comprendieron lo que significaba; pero se dirigieron con tranquilo valor y dignidad hacia la barandilla, mirando con desdén a los tigres sedientos de sangre que los contemplaban.

Tenían las manos fuertemente atadas a la espalda.

Piel Samonard los miró con feroz júbilo.

—¡Jo! ¡Jo! La vejez y la juventud. ¡Linda pareja!

—¡Calla, escoria de los albañales! — dijo el holandés — Termina de una vez. Prefiero estar en el fondo del mar que en este barco maldito.

—¡Jo! ¡Jo! — El holandés tiene ingenio — rió Piel. — Veremos si afrontará tan valientemente a los tiburones hambrientos. ¡Camina, viejo!

El anciano miró serenamente a los piratas y subió a la planchada.

Un clamoreo burlón partió de los piratas. Algunos lo empujaron al último viaje con las puntas de sus alfanjes. El anciano llegó al final de la planchada, tranquilamente observó el mar en calma y se tiró de cabeza.

Al tocar la superficie del agua, una aleta triangular moviose en su dirección.

—¡Jo! ¡Jo! — rugió Piel — Este nos ha divertido poco, mis valientes. Quizá nuestro rebelde compañero, Morgensen nos ofrecerá mejor espectáculo.

—Si no lo hiciera, no sería digno de su nombre, asesino — contestó Langley desdeñosamente. — ¡Adios! Aún con las manos atadas, un Morgensen puede enseñarle a la basura a morir.

Se adelantó tranquilamente, la cabeza en alto, la mandíbula resuelta. La tripulación retrocedió ante aquella mirada serena, que les dirigía por turno mientras caminaba por la tabla fatal.

—¡Adios, gallito! — se burló Samonard. — ¡Recuerdos al viejo Josiah! Le dirás que Piel Samonard tuvo la gentileza de acordarse de él.

Langley no contestó, porque de rabo de ojo había visto algo que hizo latir su corazón de esperanza. Saliendo del abrigo del castillo de popa, que proyectaba su sombra sobre el vidrioso mar, vió un bote. En él, manejando sin ruido los remos estaba Dan Peters.

—¡Camina, perro! — aulló Piel Samonard. — ¡Camina! ¡Ruega! ¡Grita!

Langley le dirigió una mirada desdeñosa y siguió caminando. Al llegar al final de la planchada, dos de la tripulación se acercaron para empujarlo. Perdido el equilibrio, la zambullida del joven fué vacilante o al menos así le pareció a la tripulación. Su cuerpo cayó al agua, en línea paralela con el bergantín. Y los piratas lanzaron un clamoreo ronco al ver un tiburón cambiar de rumbo para dirigirse a su indefensa presa.

LA PRESA DEL TIBURON

Tan absortos estaban los piratas en presenciar los últimos momentos de su víctima

que el bote y su solitario ocupante les pasó inadvertido.

Sin embargo, el bote se iba alejando más y más del bergantín y estaba destinado a desempeñar el segundo acto de aquel drama.

Langley Morgensen había visto el bote, antes de caer al mar. A despecho de sus muñecas atadas, se consolaba pensando que tenía una probabilidad de vivir, si lograba llegar al bote.

Llenando sus pulmones de aire se sumergió casi paralelo al Reina de La Isla. Ahora, abajo del agua, moviendo sus fuertes piernas, nadaba por debajo de la quilla del bergantín, dándose bien cuenta de que un tiburón estaba a menos de veinte pies de distancia.

Llegó al lado de estribor del buque pirata, mientras la tripulación miraba todavía a babor. Luego, con los pulmones casi a punto de estallar, salió a la superficie y miró a su alrededor. A veinte yardas de distancia se mecía el bote. Langley nadó vigorosamente hacia él pensando como había logrado escapar el piloto.

El instinto hizo al joven dar vuelta la cabeza y lo que vió lo dejó helado.

El tiburón estaba a poca distancia. Lo vió darse vuelta para lanzarle su desafío mortal y le pegó un puntapié con todas las fuerzas que le quedaban. Si hubiese tenido las manos libres para sacar aquel cuchillo que colgaba burlonamente de su cintura, Morgensen se hubiera dado vuelta y luchado contra el monstruo. Pero así no podía defenderse.

Sin embargo, alguien había visto su peligro: Dan Peters. El primer piloto obró con rapidez. Algo silbó en el aire, a un pie detrás de donde se debatía el joven y aunque sus ojos estaban turbios vió Langley que era una pierna de puerco salado.

Era alimento lo que el tiburón quería y aquella pata de cerdo, que hubiera satisfecho a media docena de hombres, desapareció dentro de su enorme boca y vientre, de un bocado. La tregua, aunque corta, salvó a Langley.

Jadeante, llegó a la borda del bote y se agarró a ella. Dan Peters le sonrió.

—¡Qué escapada, señorito, Langley!

—Subidme, Dan. ¡Estoy exhausto!

—Sí, si, señor. — Los musculosos brazos de Dan Peters izaron a Langley con toda facilidad. — ¡Pero demonios! Vuestro tiburón quiere más. Lo tendrá.

La aleta del tiburón apareció a penas a un remo de la proa del bote. Un momento después estaba a distancia de golpe. Tendido en el bote, aspirando grandes bocanadas de aire, vió Langley a Peters pararse en el bote y descargar el remo, con toda su fuerza sobre la brillante forma del monstruo.

—¡Bravo, Dan! — rió Langley.

—¡Eh del bote... ¡Eh del bote! — la voz estruendosa de Piel Samonard llegó a través del mar brillante. — ¡Dan Peters, hijo del demonio, vuelve!

—¡Vete al diablo, villano! — contestó Dan Peters, haciendo bocina con las manos. —No tengo ganas que me cuelguen, montaña de hipocresía.

Langley, cuyos ojos se habían aclarado, vió la maciza figura de Piel Samonard parada a popa. Mirando por su anteojo, con el ojo sano, había divisado claramente al joven a quien creía haber anviado a la muerte y a su primer piloto.

Con gritos y juramentos ordenó que bajaran un bote para perseguir a los fugitivos; pero estos llevaban ya alguna ventaja y pronto Langley, repuesto, se unió con Peters para remar. El resultado fué que cada vez fueron ganando más distancia.

Luego, con la rapidez que ocurre en los trópicos, el cielo se nubló y la lluvia empezó a caer con furia tal que Langley se quedó asombrado. La tormenta y la lluvia pusieron fin a la persecución.

Langley vió que el bote perseguidor volvía al bergantín a todo remo.

—¡Salvados! — exclamó jubilosamente.

—Sí, pero sólo por el momento, joven señor, — dijo la voz ronca y áspera de Peters.

—¿Qué queréis decir?

—Que estamos lejos de la ruta de los barcos y no tenemos más que un barril de agua y seis bizcochos para los tres.

—¡Los tres! ¿Qué queréis decir?

Por toda respuesta, Dan indicó con su grueso pulgar la lona que cubría la proa del bote. Langley la levantó y miró. Dormida bajo ella estaba la hermosa hija del gobernador holandés, que había sido tomado prisionero y hecho caminar por la planchada.

Viendo que la niña dormía, el asombrado Langley bajó despacio la lona y volvió junto a Peters.

—Tuve que traer a la damisela — dijo el pirata. — Ella me ayudó a librarme de mis malditos hierros. Pero nadie lo sabrá y podemos tirarla por la borda.

Langley se alejó de él con repugnancia. Comprendió ahora como se había soltado Dan Peters y temió que pensara cumplir su cruel designio.

—No podéis hacer eso — dijo. — La jóben os salvó la vida.

—¿Y qué, joven señor? Vendrá un momento en que os alegreis de ayudarme a desembarazarnos de ella. Esperad que pase la tormenta y nos encontremos a la deriva en este maldito océano, sin una gota de agua. ¿Creeis, que podréis soportar sus gemidos? Yo no. Dan Peters se ha visto antes en situaciones semejantes.

Langley se estremeció

TORTURADOS POR LA SED

Por espacio de tres horas llovió de un modo que Langley nunca había visto. Luego, con la misma rápidez como había empezado, la tormenta cesó. Langley había visto a Peters hacer una bolsa con la lona embreada, dentro de la cual recogió agua de lluvia, para cuando la del barril se terminara. Ató la improvisada botella con una cuerda, haciendo dos nudos de marinero.

Cerca del precioso depósito de agua se notó un movimiento.

—¡Salid, hermosa! — invitó Dan Peters. En respuesta asomó la rizada cabeza de Julia van Dyne. Lanzó un grito de espanto al ver la inmensa extensión del mar; pero pareció tranquilizarse algo a la vista de Langley.

—¿Dónde está mi padre? — preguntó llorosa — Vos me prometistéis salvarlo de ese monstruo inhumano y tuerto.

Langley hizo una penosa mueca. Conocía el destino del padre de la joven y no se atrevía a comunicárselo. Pero Dan Peters no andaba con esas delicadezas.

—Ya que lo queréis saber, vuestro padre sirvió de almuerzo a los tiburones. — contestó.

La joven lanzó un grito de dolor y ocultó el rostro entre sus manos.

Langley, siempre galante con las mujeres, trató de consolarla; su fuerte brazo le rodeó el hombro y dulces palabras salieron de sus labios, hasta que la joven lo miró con valerosa sonrisa.

—Ese hombre me prometió salvarlo — dijo entre lágrimas — y yo lo ayudé a recobrar su libertad. Me ha traicionado.

—Dan nada pudo hácer — dijo con veracidad Langley — Vuestro padre murió como un valeroso caballero. Vamos, quitad el pañuelo de la cara y afrontad la situación con la valiente sonrisa de vuestro padre.

La joven hizo lo que le pedían, lo que arrancó una estruendosa carcajada a Peters.

—Dadle de beber a esta señorita, Dan. Sed galante. — pidió Langley.

Pero Dan Peters movió negativamente la cabeza. En su mano había aparecido una pistola, con la cual apuntaba jugueteando al joven y a la niña.

—Beberéis sólo cuando yo lo permita, señorito Langley — dijo — Y con ciertas condiciones.

Langley lo miró. El cambio en Peters lo sorprendía, por decir lo menos.

—¿Qué queréis decir? — preguntó airadamente.

—Quedaos donde estais, joven fierabrás, si no queréis recibir una bala entre las costillas — dijo Dan al ver que Morgensen hacía un movimiento para ir hacia él. Langley se mordió los labios.

—¿Cuáles son esas condiciones de que habláis? — preguntó prontamente.

—Ya podéis imaginarlas, mi joven gallito. Reveladme el secreto del tesoro del viejo Josiah y no solamente os permitiré beber a los dos sino que tendréis una parte en el tesoro, cuando lo encontremos.

Langley tembló de ira. Comprendía ahora por que Dan Peters se había tomado la molestia de salvarlo del tiburón.

—Yo no tengo el plano, bien lo sabéis contestó. El misterioso espadachín que se hace llamar el Caballero, me lo robó hace unas semanas.

—Sí, sí, oí cuando se lo dijisteis a Piel Samonard; pero un joven inteligente como vos tiene que recordar, con seguridad, las instrucciones.

—Aun así, contestó astutamente Langley — serían de poca utilidad.

Dan Peters jugó descuidadamente con la pistola.

—Y yo puedo deciros esto, Langley Morgensen. No beberéis ni vos ni la muchacha un trago de agua mientras no me digáis cuanto sabéis.

Langley contuvo el torrente de palabras furiosas que acudían a sus labios. Instintivamente llevó la mano a su cintura y vió que hasta su puñal había desaparecido. Dan Peters era el dueño de la situación y comprendió el joven que mientras no revelara el secreto su vida estaría más segura. Había que pensar también en la joven que el destino había arrojado al paso de Langley. Era un caso de astucia contra astucia. En algún momento, Dan Peters tendría que sucumbir al sueño; entonces quizá se le presentaría oportunidad de desarmarlo y cambiar los papeles.

Pero durante las horas ardientes y monótonas que siguieron, Dan Peters resultó un fenómeno de fortaleza. El hombre vivía sin dormir, porque sus ojos nunca se cerraron. A la sombra de la lona y bebiendo parcamente del barril, observaba a sus cautivos como una fiera su presa. Mucho antes de la noche, cuando el brillo del sol se apagó, Langley y Julia, acurrucados juntos en la proa del bote, experimentaron los tormentos de los condenados. Tenían los labios resecos y ensangrentados por la sed y las lenguas tan hinchadas que apenas podían respirar. Sus cabezas, sin protección, sufrían un espantoso mareo. La insolación los había agarrado en su diabólico abrazo.

Dan Peters permanecía indiferente a todos sus sufrimientos. Si no hubiese sido por la ligera sombra de la lona y el barril de agua, su estado hubiera sido el mismo. La joven estaba sin conocimiento, hablabá en su delirio de su padre. Langley la había cubierto con su camisa de seda para protegerla en lo posible del sol.

—¡Agua!... ¡agua!... demonio humano — balbuceó Langley arrastrándose a popa, alzando las manos suplicantes.

—Reveladme el secreto del viejo Josiah y os lo cambiaré por agua — se burló Peters.

—¡Nunca!

Aunque delirante comprendía que su vida nada valdría conforme el otro poseyera el secreto. Débilmente volvió junto a su compañera y se tendió a su lado. Su pecho y sus hombros desnudos estaban rojos y ampollados por el sol, sin embargo, no sentía el dolor. El indomable valor de los Morgensen lo sostenía.

Dentro de sí, algunas débiles voces le decían que llegaría su oportunidad, si tenía coraje suficiente para esperarla.

(Continuará).

EL COLLAR TRAGICO

Nuevas y emocionantes aventuras de "El Picarón"

Por Herman Landon

(Continuación)

¿SU profesión de secretario le ha enseñado el medio de tratar con secuestradores?

—Me ha enseñado muchas cosas. Apropósito ¿han dado instrucciones para la entrega del dinero?

—Sí, instrucciones curiosas. ¿Oyó hablar alguna vez del bastón de Cayman?

—¿El bastón de Cayman? No, nunca.

—Es un bastón hueco, que perteneció a un contrabandista llamado Cayman. Una y otra vez, antes de que fuera arrestado, lo cargó con diamantes y los introdujo en este país. Un amigo que tengo en la policía secreta me lo regaló hace pocos años.

—¿Y ahora los secuestradores quieren que usted lo cargue de dinero? — sugirió Dale.

—Exactamente. Quieren que ponga adentro cien mil libras, en billetes grandes, y salga yo con él esta noche. Debo empezar a caminar a las veintitrés, en Leicester Square y seguir por el lado norte de Picaddilly.

—¡Es una idea única! La parte más difícil de un secuestro es cobrar el rescate. Siempre existe la posibilidad de dar un paso en falso. Este arreglo tiene, por lo menos, el mérito de la novedad. Además, a esa hora, habrá un millón de personas, que salen de los teatros en Picaddilly. ¡Hum! ¿Ha recibido usted alguna seguridad respecto a su hija?

—Se me dijo que una persona se acercaría a mí, recibiría el bastón y me diría donde encontrarla.

—Eso es bastante vago. Bueno... ¿supongo que usted irá hoy al banco a retirar cien mil libras en billetes grandes?

—No tengo tanto dinero disponible — dijo Fielding. — Tendré que vender algunos valores. Voy a telefonear ahora a mi corredor.

Extendió la mano hacia el teléfono; pero Dale lo detuvo.

—¡Un momento, señor Fielding! No venda sus valores. Permítame proporcionarle el dinero.

El otro movió bruscamente su larga cabeza y lo miró.

—¿Usted? — exclamó asombrado.

—¿Por qué no? Deje la parte financiera por mi cuenta. Mejor aún, déjelo todo.

—¡Todo! ¿Está loco?

—No. — sonrió Dale a su modesta manera. — Tengo una idea. Déjeme llevar a mí su bastón a Picaddilly, esta noche y le aseguro que tendrá a su hija antes del amanecer.

Fielding se humedeció los labios. No encontraba palabras.

—No deseo entrar en explicaciones — dijo Dale. — Pero algo me dice que soy yo más apto que usted para entenderme con los secuestradores.

Fielding se recostó en la silla y lo miró con inmenso asombro.

—¡Debe usted estar mal de la cabeza! — gruñó. — El otro día me vino con el Valerio Máximo. Estaba sin dinero y quería vendérmelo. Hoy me ofrece pagar las cien mil libras por el rescate de mi hija. ¿Ha asaltado usted algún banco?

—No; pero tenga la bondad de no hacerme más preguntas, señor Fielding. Deme sólo su consentimiento.

—Pero... pero... ¡Si es absurdo! Quiere usted tomar mi lugar esta noche, llevar mi bastón y... No, no, es un disparate. ¿Cree usted que los secuestradores no me conocen?

—Probablemente sí. Pero los engañaré. Ahora, señor Fielding, sírvase olvidar este asunto hasta las diez y ocho. Luego creo que lo convenceré de que soy la persona indicada para tratar con los secuestradores. ¿Acepta?

La situación, no bien hizo la pregunta, se le presentó absurda. Fielding, sin duda sabía que era el Picarón y secretamente se había estado burlando de él. Siendo así, ¿cómo podía confiarle un asunto en que iba envuelta la vida de su hija?

Fielding miró a Dale unos momentos y luego se rió.

—Es disparatado; pero, en cierto modo,

no puedo menos de confiar en usted, Maynard. Veo que tiene pensado algo. Muy bien. Nada haré hasta esta tarde a las diez y ocho. Luego veremos.

—¡Gracias! — contestó Dale, con la cabeza hecha un torbellino de sensaciones contradictorias. Parecíale increíble. Fielding sabía quien era y confiaba en él. Quizá había oído hablar de las hazañas raras y quijotescas de el Picarón. Eso lo explicaría, naturalmente.

—Ahora, — añadió — tengo que hacer algunos preparativos, así que me dispensara por el resto del día.

—Hasta las diez y ocho — gruñó Fielding.

—¡Muy bien! — contestó el secretario. Agarró su sombrero y su abrigo y salió. Media hora más tarde estaba en su departamento particular, habiendo entrado sin la ayuda de Bilkins. Se cambió rápidamente, borrando todo rastro de su papel de secretario y salió como Martín Dale.

Un poco más tarde llamaba a la puerta de un edificio de piedra obscura, en el distrito de Chelsea. Un individuo flaco y pálido, de ojos furtivos, le abrió la puerta y Dale entró.

Cuando Dale volvió al fin a su departamento, llevaba los bolsillos abultados. Se acostó y durmió, porque poco había descansado la noche anterior. Despertó sereno, cerró la puerta con llave y se dirigió a su guardarropa. Se puso otras ropas, sentóse frente a su espejo de tocador y trabajó concienzudamente una hora. Al levantarse tenía un parecido superficial y, sin embargo notable, con J. Stanley Fielding.

—¡No está mal! — comentó mirándose y hablando con la voz gruñona de su patrón. — No está del todo mal.

Dió la vuelta a la pieza, caminando a la manera de Fielding. El cabello blanco del anciano y sus venas púrpuras habían sido copiados con artística fidelidad. Hasta las ropas eran como las hubiera llevado Fielding. Al fin, después de meter el pequete de billetes de banco en su bolsillo, salió del departamento sin encontrarse con Bilkins.

Fielding estaba sentado en su biblioteca y se puso de pie, lanzando una exclamación de sorpresa al ver a su sosías.

—¡Cielos! — exclamó con voz temblorosa. — ¿Qué demonios se propone?

—¿Cree que pasaré? — preguntóle Dale.

—Claro que pasará — dijo Fielding, haciendo una profunda inspiración y volviendo a sentarse. Es usted un secretario sorprendente, Maynard. ¿Cómo lo consiguió?

—Es principalmente cuestión de accionar. Hay poco disfraz. La manera como una persona camina y lleva la cabeza importa mucho. Aun así no puedo esperar engañar a un íntimo amigo de usted, de cerca al menos. Bueno, señor Fielding ¿me confía su bastón por esta noche?

Fielding meditaba, estudiando la transformación que su secretario había sufrido.

—¿No olvidará usted que está en juego la vida de mi hija?

—No lo olvidaré. Obraré exactamente como si se tratara de la mía propia.

—¿Y el dinero?

—Aquí está — dijo Dale tocándose el bolsillo.

—Quiere decir — abrió Fielding tamaños ojos. — ¡Oh! Sea tan misterioso como le parezca; supongo que sabe lo que hace. Pero, escuche, Maynard. Por amor de Dios, no vaya a exponer la vida de mi hija. Prefiero perder hasta el último penique a...

—Comprendo. Nada le ocurrirá a la señorita Fielding. Le doy mi palabra. Veamos ahora el bastón de Cayman.

Fielding salió de la habitación volviendo a los pocos momentos con un fuerte bastón, con mango de plata. Destornillando el mango, el interior reveló un tubo hueco, que podía sacarse y volverse a poner.

—Muy bien — dijo Dale; con el bastón en la mano caminó de arriba a abajo por la habitación, imitando el modo de andar de Fielding. — Ahora me retiraré a mi cuarto de trabajo y pondré cien mil libras en billetes dentro del bastón.

Se dirigió a la puerta del costado de la biblioteca; luego se detuvo.

—A propósito ¿quiere hacer el favor de decirle a Brumby, que estoy mal del estómago y que no comeré?

Fielding asintió. La ansiedad y la incertidumbre se pintaban en su rostro y algo más también. ¿Qué era? ¿Desconfianza? Dale no lo sabía de cierto; pero la impresión lo siguió cuando pasó a la pieza contigua.

EL BASTON CARGADO

El bastón, con su carga interior de billetes se hallaba sobre el escritorio, frente a Dale. Este estaba ahora pronto para su aventura; pero eran solamente poco más de las diez y nueve y su paseo, desde Leicester Square, no debía empezar hasta las veintitrés. Eso significaba una espera de casi cuatro horas.

Sobre su escritorio, en ordenado montón, estaban los diarios de la tarde. En todo el día no había leído Dale un diario. Dándole un rápido vistazo notó con satisfacción que sólo se hacía una breve referencia a los sucesos de la noche. El nombre de Margarita Fielding no se mencionaba para nada, quizá porque Dale sólo le había dado a entender muy vagamente a Summers que había una joven envuelta en el asunto. Se hablaba del asesinato de Snoddy, como de una pelea entre borrachos. El príncipe ni se mencionaba.

Dale retiró los diarios y bostezó. Tenía aún tres horas y media por delante. Agarró un libro y leyó un rato; pero no pudo fijar el pensamiento en el texto. Algo había entre él y el libro; era la expresión extraña de los ojos de Fielding. Frunció el ceño fastidiado. Era una tontería pensar en eso. Con todo, era desagradable reconocer que el Picarón había fracasado en una empresa. Fielding lo había desafiado desdeñosamente y se iba a salir con la suya.

Impacientemente tiró el libro a través de la pieza y miró su reloj. Eran las veinte y diez. Se dirigió a la puerta, abrióla un poco y miró dentro de la biblioteca. Vió a Fielding sentado delante de su escritorio, mirando fijamente delante de sí con el rostro desencajado y huraño, a la luz de la lámpara de lectura. Se estremeció nerviosamente al adelantarse Dale, bastón en mano.

—¡Disculpe! — murmuró el secretario, acercándose a la puerta y corriendo el pasa-

A NUESTROS LECTORES

AL terminar el año 1932, PUCKY saluda cordialmente a sus estimados lectores y se complace en expresarles sus más sinceros deseos de prosperidad y dicha personal, para el nuevo año.

BUENOS AIRES, DICIEMBRE 30 DE 1932

dor. — Espero que no lo habré sobresaltado.

—Me sobresaltó; pero no importa. Mis nervios están de punta. ¿Por qué corre el pasador?

—Sería embarazoso que entrara algún criado y se encontrara con dos señores Fielding juntos. Eso me hace pensar en una cosa: ¿dónde va usted a pasar la noche?

—Aquí — gruñó Fielding — tratando de contener mis nervios hasta que tenga noticias de usted.

Dale reflexionó, fijos sus ojos en el mango de plata del bastón.

—No olvide que ciertas personas esperan que salga usted de su casa poco antes de las veintitrés. Puede ser que traten de espiar sus movimientos. Por ejemplo, pueden telefonear a su casa para saber si está o no en ella. Eso podría ocasionar complicaciones.

—¿Qué me sugiere usted?

—Dígale a Brumby que regresará tarde y que no precisa esta noche sus servicios. Luego váyase a su pieza, apague las luces y procure descansar.

—¡Descansar! ¿Cree usted que podré descansar cuando mi hija...? Pero, naturalmente tiene razón. Llamaré ahora a Brumby.

Llamó. Apresuradamente agarró Dale el bastón y pasó a la otra pieza esperando allí hasta que Brumby hubo recibido sus instrucciones y se retiró. Luego salió y una vez más cerró con pasador.

—Todo está arreglado — dijo sentándose frente a Fielding. — Quisiera que el tiempo pasara más rápidamente. No son más que las veinte y treinta... Esta larga espera.

Sonó el teléfono y el anciano se estremeció bruscamente. Imitando la voz de Fielding contestó Dale. Después de varias preguntas y respuestas, colgó el tubo y se volvió a sentar.

—Era uno de los secuestradores ¿no? — preguntó con ansiedad Fielding.

—Sí. Deseaba simplemente repetir sus instrucciones para estar seguro de que habían sido entendidos perfectamente.

El otro observó con mirada astuta e incrédula su cara.

—¿Era eso todo, Maynard?

—Todo — contestó tranquilamente Dale. — ¿Para qué repetir la horrible amenaza que había oído, respecto a lo que ocurriría a Margarita Fielding si su padre hacía la menor tentativa para burlar a los secuestradores?

—No le creo a usted — declaró Fielding.

—¿Y por qué?

El otro lo miró con ojos inyectados de sangre. Había en ellos una expresión de incer-

tidumbre y hasta de sospecha.

—Vi una extraña expresión en su rostro mientras hablaba usted. Era una expresión muy curiosa, Maynard. Pienso en ella.

Dale sonrió. El otro interpretaba mal la expresión de cólera aparecida en su cara al oír las amenazas.

—Está usted nervioso — dijo tranquilamente — y su imaginación trabaja. Es natural. Trate de serenarse.

Reinó el silencio; pero el anciano seguía mirando fijamente a través del escritorio.

—Como lo he notado antes, es usted un curioso secretario, Maynard. Tiene talentos y recursos que uno no espera encontrar en los de su profesión.

—¿Pero seguramente usted no considerará eso como un inconveniente?

Fielding no contestó. Su rostro indicaba la concentración de sus pensamientos.

—¿Durmió bien anoche? — preguntó de pronto.

—Como un topo — contestó Dale indiferentemente. Sus ojos y su mente vagaron unos instantes, fijándose al fin en la caja del rincón, de manera que no advirtió lo extraño de la pregunta.

—¿Toda la noche? — insistió Fielding.

—Toda la noche — contestó Dale distraídamente. Sus pensamientos estaban todavía fijos en la caja. La caja sugería el collar y el collar el desafío de Fielding. Luego gradualmente, se dió cuenta de la intensidad de la mirada del anciano. Parecía querer leer sus pensamientos. Con cierto embarazo lo miró a su vez.

—Parece que le interesa a usted mucho mi caja — observó Fielding. — Lo he sorprendido mirándola de manera extraña.

—¿De veras? — rió Dale forzadamente. — Es la segunda vez que mi expresión lo intriga, señor Fielding. ¿Adivina usted el pensamiento?

—No, sólo estoy cavilando. En que pensaba usted al mirar la caja?

—En la cosa más natural. Recordaba lo que pasó la otra noche — se, palpó la base del cráneo. — Todavía tengo un bulto como recuerdo.

—Sí, ya sé lo que usted me contó; pero sólo su palabra me lo garante.

Dale sonrió, pero estaba turbado. No había sospechado siempre Fielding su identidad? Entonces ¿a dónde quería ir a parar con aquelas insinuaciones?

—Supongo que no dudará usted de mi palabra. . .

—Dudo. El cuento que usted me hizo fué muy extraño. Y hace apenas un momento me dijo usted deliberadamente una mentira.

La sonrisa abandonó los labios de Dale. Había una especie de enojo en los ojos del anciano, una mezcla de ansiedad y de sospecha.

—¿Mentira? Es una palabra dura, señor Fielding. No debe usted dejarse llevar así por los nervios. Comprendo que experimenta usted terrible ansiedad; pero trate de serenarse. Pronto terminará todo.

—Mintió usted — repitió el otro — con voz ligeramente alterada. — Me dijo que había dormido toda la noche. Y sé que no es verdad. Yo sufro de insomnio y anoche, a eso de la una, me levanté y bajé a buscar un libro a la biblioteca. No sé que me hizo detenerme ante la puerta de su dormitorio. Lo cierto es que no se hallaba usted en él y continuaba ausente a las tres de la mañana. ¿Qué estaba haciendo?

Dale se reprochó su torpeza. Comprendió que Fielding, en su nerviosa excitación, pensaba de él lo peor.

—¿Qué estuvo haciendo? — insistió Fielding. — ¿Y por qué mintió?

—Hay mentiras inofensivas — dijo Dale tranquilamente. — Yo no tuve mala intención al mentir. Compadezco a todos los que padecen de insomnio; yo también sufro de él. El único medio de curarlo es salir a caminar. Recuerdo que lo hice anoche. ¿Está usted satisfecho?

—No — había terrible impaciencia en la cara del otro. — No le creo. Está amontonando mentiras sobre mentiras. Usted salió anoche y fué anoche que secuestraron a mi hija.

—Pero seguramente no irá usted a pensar. . .

—¿Por qué no voy a pensarlo? Su conducta aquí ha sido muy singular. Me ha engañado usted. Esta noche casi le confié la vida de mi hija. ¡Qué idiota he sido! — gimió, con su largo rostro inflamado de cólera. — Gracias al cielo, al fin he abierto los ojos.

—¿Al fin? — repitió Dale. — ¿Es que los tenía antes cerrados?

La única respuesta de Fielding fué abrir un cajón del escritorio. Un momento después apuntaba con un revólver al pecho de Dale. Había en sus ojos expresión de locura.

—¡Quieto! — exclamó. — Dará usted sus explicaciones a la policía. Pensar que casi. . .

Un gemido ahogó el resto. Con la mano libre agarró el teléfono.

—¡Espere! — le dijo Dale vivamente. — No está usted en su sano juicio, señor Fielding. ¿No comprende que sus ridículas sospechas ponen en peligro la vida de su hija?

—Comprendo que estuve a punto de ponerla en manos de usted. . . un embustero y un ladrón — lanzó una risa ronca e histérica, acercandose más el teléfono. — Irá ahora a la cárcel. Ese es el sitio que le corresponde.

Sin hacer caso de la amenaza del revólver, Dale extendió el brazo y le agarró la mano.

—¡Piense un momento! — le dijo severamente. Si queda algo de cuerdo en su cerebro, hágase una sola pregunta. Estaba usted pronto a darles dinero legítimo a los secuestradores. . . cien mil libras en billetes de banco. Si yo estuviera confabulado con ellos, ¿por qué se lo iba a impedir?

Fielding vaciló. Por un instante una chispa de cordura apareció en sus ojos; pero luego desapareció.

—Porque desempeña usted un doble y traicionero juego. No puedo explicarlo; pero sé que está usted complicado con los secuestradores. Ahora. . .

Dale extendió la mano con la rapidez del rayo y el revólver voló a través de la habitación. Luego pegó un salto, se lanzó sobre el escritorio y rodeó con sus dedos la garganta de Fielding, ahogando el grito, que el hombre estaba a punto de lanzar.

Antes de que el sorprendido Dale pudiera moverse, Fielding le apuntó con el revólver.

—¡Estúpido! — exclamó.—¡Quiere arruinarlo todo!

Lo soltó. Fielding, respirando trabajosamente, lo miró con expresión delirante. Nuevamente trató de gritar y de nuevo le oprimió Dale la garganta. Contó unos pocos segundos y luego retiró sus dedos. Tenía que obrar drásticamente. Se hallaba ante un hombre enloquecido.

Rápidamente, mientras el anciano abría la boca para respirar, sacó Dale de su bolsillo un estuche que había servido a el Picarón en muchos casos de apuro. Contenía una variedad de instrumentos de los cuales eligió uno que sólo usaba en casos de grave emergencia. Con los ojos fijos en Fielding, lo introdujo en un frasquito, levantó la manga del otro, introdujo la aguja en la carne y luego volvió a apretarle la garganta para impedir otro grito.

—Pronto se quedará usted quieto — murmuró.

Dale esperó ansiosamente. El rostro de Fielding fué tomando expresión vaga. Los párpados aletearon, su cabeza cayó hacia atrás. Dale volvió el instrumento al estuche y éste a su bolsillo. De nuevo miró atentamente al otro hombre.

—¡Dormido! — murmuró. — Es una vergüenza, viejo; pero usted se lo buscó.

Ahora, con algún esfuerzo, alzó al hombre inconsciente y lo llevó al sofá. Lo acostó. buscó una manta y lo tapó. A menos que hubiera calculado mal, Fielding no recobraría el conocimiento hasta después de unas horas. Miró al dormido. El cuello parecía molestarle la respiración. Inclinose, le desabotonó la camisa en la garganta y se quedó rígido, mirando algo que brillaba extrañamente a la escasa luz que proyectaba la lámpara del escritorio.

Pareciole que el cuarto se movía. Le palpitaban las sienes. Lanzó una risa breve y nerviosa. Luego volviose a inclinar y con dedos temblorosos quitó el collar de la Princesa Sofía del cuello de Fielding. Lo miró como hipnotizado, luego se acercó al escritorio y lo inspeccionó a la luz. Esta vez no había error. Era la joya legítima.

Con esfuerzo, apartó sus ojos del magnífico ornamento. Miró al hombre del sofá. Una sonrisita vagaba en sus labios. De su bolsillo sacó una tarjeta, la tarjeta de el Picarón. Con su cortaplumas le hizo un agujero en una esquina; luego se inclinó sobre el sofá y abrochó la tarjeta en una prenda interior de Fielding.

—Es una vergüenza — murmuró. — Pero usted se lo buscó.

No bien habían salido estas palabras de sus labios, cuando llamaron a la puerta. Miró a su alrededor confuso. Apresuradamente dejó caer el collar en su bolsillo. Se repitió el golpe. El brillo del collar parecía perdurar en la pieza y obscurecer los sentidos de Dale. Miró nuevamente indeciso a su alrededor. El sofá, donde estaba acos-

Fielding llevaba colgado alrededor del cuello el collar de la princesa Sofía.

tado Fielding, no se veía desde la puerta. La lámpara sólo iluminaba una pequeña parte del escritorio. No hacer caso del llamado podía traer desagradables complicaciones.

Imitando el modo de andar de Fielding acercóse a la puerta y la abrió. Afuera estaba el mayordomo, gordo, con su cara de luna, obsequioso.

—¿Llamó usted, señor?

—No — contestó Dale imitando el gruñido de Fielding. — ¿No le dije que no lo necesitaba más esta noche? Voy a salir dentro de poco.

Cerró la puerta en la cara del mayordomo, como hubiera podido hacerlo Fielding y lanzó luego un largo suspiro de alivio. Estaba seguro de que, gracias a la poca luz, Brumby no había advertido nada de anormal. Era bastante extraño, sin embargo, que Brumby pretendiera haber oído el timbre. Pero de todos modos, una cosa extraña más, entre tantas otras, no importaba.

¿Qué haría con el collar? Era locura llevar una joya así en el bolsillo; pero le sería difícil hallarle escondite adecuado. De pronto se le ocurrió una feliz idea.

El hombre dormido del sofá había resuelto sus perplejidades. Apresuradamente quitóse Dale el cuello, se pasó el collar por la cabeza y lo dejó colgar sobre su pecho, como había hecho Fielding.

Luego volvió a ponerse el cuello y la corbata. Con el reloj delante, sentóse a esperar que fuera hora de salir.

LAS VEINTITRES

A las veintitrés. Martín Dale, con el bastón de Cayman en la mano y la joya real debajo de su camisa, bajaba de un taxi en la esquina de Leicester Square y echaba a andar, a paso moderado. Llevaba puesto uno de los sombreros de Fielding y uno de sus sobretodos. Si no se le miraba muy detenidamente podía pasar por el hombre que yacía, sin conocimiento, en el sofá de su biblioteca. La angulosidad de sus rasgos y de su figura no eran muy pronunciadas; pero las facciones estaban, hasta cierto punto, imitadas, gracias a hábiles toques.

Llevaba la cabeza inclinada y una expresión de fatiga y preocupación en su rostro. Miraba ansiosamente a derecha e izquierda, conduciéndose, en todo sentido, como un hombre que se halla bajo el peso de un gran dolor y una grave ansiedad. No parecía darse cuenta de la gente que pasaba, bajo la cruda luz de los focos eléctricos.

Atravesó el Circus y poco antes de llegar al final de él experimentó un ligero temblor. Parecióle que alguien le había dirigido una rápida y escrutadora mirada, siguiendo luego de largo. Bueno, eso nada tenía de particular. Era de esperarse que, por lo menos, un transeúnte se fijara en él. Tuvo sin embargo la sensación de que aquel hombre que había pasado no era un transeúnte cualquiera. Volvió la mirada; pero sólo distinguió el gentío.

(Continuará)

LATIGO NEGRO

DETECTIVE

Por Charles Hutchinson

(Continuación)

¡EH!... ¡usted!... Alto ahí. ¿Quién es usted?

Luchando contra las olas, Látigo Negro se lo dijo. Le dió también un breve detalle de su aventura.

Cinco minutos después, era aclamado por un grupo de admirados espectadores en la costa, donde Látigo Negro y Beefy se reunieron con el alsaciano.

Agarrado in fraganti, esperaba una buena temporada de cárcel al peligroso Lecout. Pronto los contrabandistas, sombríos y acobardados, fueron conducidos, bajo escolta, a la estación de policía local.

Les fueron ofrecidos a los detectives de Merlin Court ropas secas, hospitalidad y autos. Finalmente el inspector Graves, de la policía de Beyford, tomó a Látigo Negro del brazo.

—Me siento muy orgulloso de conocerlo — dijo — Nos ocuparemos de hacer arreglar el auto de usted; pero será para mí un honor si quieren quedarse esta noche en mi casa.

Látigo Negro aceptó agradecido.

Cuando partían hacia Beyford se inclinó hacia adelante con suspiro satisfecho.

—¡Bueno! Asunto terminado. Otro pequeño caso en nuestro favor. — dijo lentamente y Beefy, acariciando la gris cabeza de Héctor que descansaba sobre sus rodillas miró astutamente a su jefe.

—Yo creo que, de todos modos, nuestro auto no se portó tan mal, patrón. — sonrió — Al descomponerse nos proporcionó una noche de emocionantes aventuras.

Y Látigo Negro, tocándose la cara herida, convino en ello.

LOBO DEL BAJO FONDO

—¡Hum! ¡Joe Pinelli! ¿Qué fechorías andará haciendo en Inglaterra?

Buckley Sinclair, más conocido en ciertos círculos por Látigo Negro, estaba parado en la estación de Waterloo, esperando a Beefy Parker que debía llegar de Southampton en el tren de las diez y ocho y cinco. Su rechoncho, pero inteligente asociado, había pasado todo el día en el puerto de mar, por asuntos de la agencia de detectives "La Fusta". Látigo Negro había prometido a Beefy venir con el auto a buscarlo, desde Merlin Court, donde vivían.

Sin embargo, en aquel momento, el famoso detective particular se olvidó completamente de Beefy y del tren de las diez y ocho y cinco. El descubrimiento que acababa de hacer barrió de su mente toda otra idea. Sus vivos ojos estaban clavados en un hombre que acababa de entrar en su línea de visión.

El objeto de su fija, pero cautelosa mirada era un hombre, bajo y fornido, cuyo traje, sombrero de anchas alas y zapatos con tacones cuadrados eran distintivamente norteamericanos. Su rostro moreno estaba adornado por chuletas. La arrogancia con que sostenía el cigarro entre los gruesos labios demostraba que el hombre estaba satisfecho de sí mismo y de la vida, en general. Sus duros ojos negros tenían mirada sardónica al caminar lentamente por entre el gentío que llenaba el andén.

—¡Joe Pinelli! — murmuró de nuevo Látigo Negro — Y parece muy contento de sí mismo.

¡Caramba! No sabía que estabas en Inglaterra, Joe. Apostaría a que Scotland Yard tampoco lo sabe.

Tranquilamente abrió Látigo Negro el diario de la tarde que acababa de comprar y lo levantó al pasar Pinelli a dos yardas de él. Durante los primeros años de su carrera de detective, en E. U., Látigo Negro y Pinelli se habían encontrado en varias ocasiones, con desastrosos resultados para el segundo. En verdad, la última vez, Pinelli lo amenazó con matarlo algún día, si se presentaba la ocasión.

Siempre con el diario levantado, Látigo Negro echó a andar hacia adelante. Luego se paró bruscamente y miró aún con más atención. Un momento después una sonrisa traviesa curvó sus firmes labios.

Mientras Pinelli se abría paso entre la gente, un hombre haraposo, que parecía una comadreja, rozó ligeramente a Pinelli al pasar. Todo fué obra de un minuto.

La mano del hombrecillo se introdujo en el bolsillo del elegante saco abierto de Pinelli y luego el hombre siguió de largo. Nadie

hubiera podido advertir aquel rápido movimiento, a menos de estar observando con intensidad.

Pero Látigo Negro lo había visto y, literalmente, fué sacudido por una silenciosa risa. ¡A Joe, al gran Joe, lo habían despojado como a un provinciano! Había sido víctima de el "Mono" Smith, el ratero más listo de Londres.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Cómo se reirían de Joe en Estados Unidos si supieran esto! — murmuraba para sí Látigo Negro. Era como ver a un terrier robarle un hueso a un tigre hambriento. Pero, aunque el incidente había despertado el humorismo juvenil de Látigo Negro, su sentido del deber prevaleció. El "Mono" no podía marcharse así.

En dos largas zancadas, Látigo Negro llegó hasta el ratero y le agarró firmemente por el codo.

—¡Pícaro! ¡Pícaro! — lo amonestó con su voz más dulce, moviendo tristemente la cabeza, mientras el "Mono" se daba vuelta asustado.

—¡Ah! — el rostro de Smith adquirió un delicado tinte verde. — ¿Es usted, señor Sin...clair. ¿Cómo le va? Linda tarde, ¿no? Yo... yo me dirigía a Bournemouf. — prosiguió, con un valeroso esfuerzo para parecer tranquilo.

—¿Y supongo que robaste una cartera para pagar el boleto? — sonrió suavemente Látigo Negro. — Mono, eres incorregible, un mal muchacho. ¡Vamos! Dame la cartera. Tengo prisa.

El Mono dirigió una rápida mirada a su alrededor y trató, en vano, de desasirse de la garra de Látigo Negro.

—¿Qué yo robé una cartera, señor? ¿Yo? — Sus ojos se abrieron inocentemente. Parecía asustado y afligido.

Látigo Negro deseaba seguirle la pista a Pinelli y examinar su cartera primero.

Sus dedos se hundieron en el brazo de el Mono.

—¡Vamos, vamos! — repitió pacientemente — Se bueno, Mono, y entrega la cartera. ¿O quieres que te la quite?

Sus últimas palabras resonaron severamente. Un momento después el Mono le ponía docilmente la cartera en la mano.

—¡Muy bien! — era una hermosa cartera de cuero de Rusia y Látigo Negro la abrió rápidamente. El Mono no trató de escapar. Sabía que sería peor intentarlo. Lo único que podía hacer era mirar a Látigo Negro y maldecir en voz baja, mientras el otro revisaba la cartera.

Primero encontró un grueso fajo de billetes ingleses, casi setenta libras entre todo. Luego los ojos del detective se achicaron. En otro bolsillo d la cartera halló una boleta de empeño y el recibo de un paquete de la oficina de encomiendas de Waterloo, ambos con fecha del día. Además había un recorte de diario, sucio, donde se hallaba garabateado un número de teléfono: Richmand 98212.

Miró Látigo Negro a su alrededor rápidamente. Naturalmente ya no se veía Pinelli, que se había confundido con el gentío. Era fastidioso. Pero, sea como fuere, estaba en Londres y a Scotland Yarl le encantaría ayudar a su captura en cualquier momento en que el detective se lo pidiera.

Entretanto, el contenido de la cartera, particularmente las dos boletas y el número de teléfono, podían resultar muy interesantes.

Un débil gemido, junto a él, le hizo bajar la vista y ver la mirada pesarosa con que el ratero contemplaba los billetes.

—¡Setenta libras! — gimió. — ¡Se precisa tener mala pata! ¿No me hará arrestar, verdad señor? Deme una nueva oportunidad de enmendarme... ¡Ay!...

Su doliente súplica fué repentinamente interrumpida por un gruñido de miedo

En el mismo momento también perdió Látigo Negro su indolente actitud. Se quedó rígido como una estatua. Algo duro se apoyaba en su espalda.

—¡Quédese quieto! — la voz que resonó en su oído era sibilante y rencorosa. — No se mueva o lo mato... Látigo Negro.

Látigo Negro no se movió. Sólo un tonto desobedecería cuando un hombre como Pinelli le apoya un revólver en la espalda. El detective comprendió, fastidiado, que se había dejado sorprender sesteando.

Joe no había salido de la estación de Waterloo, después de todo. Volvió por su cartera y, a juzgar por el sonido de su voz. pensaba recobrarla.

UN PISTOLERO DE WATERLOO

Lentamente dió la vuelta el malhechor norteamericano hasta que tuvo cubiertos a Látigo Negro y al cockney ratero. Tenía la mano derecha hundida en el bolsillo, que abultaba un poco. Sus malignos ojos negros miraban a ambos hombres y la cartera que Látigo Negro tenía en la mano.

Pasaban muchos trenseuntes apresuradamente, junto al pequeño grupo, sin darse cuenta del intenso drama que allí se realizaba. Aunque alguien se hubiese fijado en ellos, hubiera creído que se trataba de un grupo extraño, que conversaba. Era un asalto perfecto.

"Mono" Smith fué quien recibió el primer estallido de la rabia de Pinelli.

—¡Pequeño ratero miserable! — le dijo. — ¿Conque has sido lo bastante hábil para desvalijarme? ¡Pensar que Joe Pinelli no se dió cuenta cuando lo robaron! Pero pronto comprendí lo que había pasado. Te hubiera agarrado en seguida, sólo que este gran tipo se me adelantó.

Sus penetrantes ojos atravesaban de parte a parte al intimidado "Mono".

—Sin embargo me has hecho un servicio, rata. Me proporcionaste la ocasión de encontrarme con mi viejo Látigo Negro. Puedes marcharte, pequeño miserable; pero no vuelvas a meterte con Joe Pinelli.

El "Mono" no necesitó que se lo dijeran dos veces. Conocía a los asesinos a primera vista y había oído hablar bastante de Joe Pinelli en el bajo fondo. Con un chillido bajo, el aterrado ratero echó a correr.

Látigo Negro lo miró irse sin sentimiento. "Mono" Smith era pez chico y él tenía delante caza mayor. Miró los negros ojos de Joe

Pinelli y su burlona sonrisa con serenidad.

—¿De modo que está usted también en Londres? — dijo el americano. — Yo había oído decir que había salido de Estados Unidos y no perdía esperanza de encontrarlo. ¿Se acuerda lo que le prometí la última vez que nos vimos? Entrégueme esa cartera si no quiere recibir ahora mismo un balazo.

Látigo Negro continuó sonriendo. Conociendo como conocía a Pinelli, comprendió que se hallaba en situación peligrosa. Con todo tenía una carta escondida bajo la manga.

Mientras Pinelli apostrofaba a "Mono" Smith, el detective había oído llegar un tren.

Una rápida mirada al reloj le dijo que debía de ser el tren de las 18 y 5, de Southamton, el tren de Beefy. Y estaba parado cerca

Látigo Negro se puso a excitar aún más la ira de Pinelli.

—¿Balazos, Joe? — repitió con acento suavemente sorprendido. — No debe hablar de esas cosas en Londres. Sepa que no está en Chicago.

—¿De veras? — dijo Joe con mueca feroz. — Pues sepa que va a ser como si estuviéramos en Chicago, si no me entrega pronto la cartera. Ya me conoce, Látigo Negro. Deme lo que le pido o lo mato, ocurra lo que ocurra.

—No podrá usted escapar, si eso es lo que piensa — dijo Látigo Negro. — Mire detrás suyo.

Pinelli sonrió con ferocidad.

—¿Cree que me va a hacer caer? Es treta

En rápido movimiento la fusta de Látigo Negro se envolvió en torno del tobillo.

del kiosko de librería donde había quedado en reunirse con el muchacho. Ya a su alrededor aumentaba la gente, a medida que los pasajeros descendían de la plataforma 8. Luego, de pronto, por encima del hombro de Pinelli vió a su robusto compañero que lo buscaba. Casi al mismo tiempo vió Beefy a su amado jefe. Beefy vió también a alguien más... al tipo de siniestra facha, parado tan cerca del "patrón". Y el perspicaz ex pillete nunca necesitaba un megáfono para que le anunciara lo que pasaba. Olía el peligro desde lejos y eso era precisamente lo que Látigo Negro esperaba.

Los socios cambiaron una mirada rápida. Luego, dejando su valija, Beefy se acercó descuidadamente a Joe Pinelli.

Para disimular la proximidad de Beefy,

vieja, amigo. Pero conmigo no vale.

—¿De veras? — dijo una voz juvenil junto a él.

Y como le había ocurrido a Látigo Negro, Pinelli se quedó helado al sentir que le apoyaban algo duro en la columna vertebral. Las cartas se habían dado vuelta.

—¡Quieto! Saque la mano del bolsillo. Así me gusta que sea buen muchacho — dijo Beefy, que se había acercado por detrás de Pinelli, silencioso como un gato.

Pinelli retiró su mano apresuradamente, porque no se atrevía a exponerse a un balazo. Pero la sorpresa y la furia lo hicieron volverse como un tigre contra su nuevo adversario.

Fué una desgracia porque descubrió ense-

pibes:
"el gorrion"
es para vosotros
10cts
24 PAGINAS
multicolores
LEALO TODOS LOS MIERCOLES
LA MEJOR REVISTA SEMANAL DE HISTORIETAS
CONCURSOS CON VALIOSOS PREMIOS
BICICLETAS, MONOPATINES, EQUIPOS DE FOOT-BALL ETC.

guida la "parada" de Beefy. Beefy no tenía pistola. Todo lo que había hecho era apoyar con fuerza su duro pulgar en la espalda del americano. Y así, a mano limpia había embromado a uno de los bandidos americanos más peligrosos. Pero la treta se descubrió enseguida. Por una fracción de segundo se agachó Pinelli, mientras sus negros ojos se inflamaban con furia satánica. Luego explotó. Antes de que Látigo Negro o Beefy tuvieran tiempo de moverse, el botín del pistolero pegó con fuerza feroz en la canilla de Beefy y un tremendo puñetazo a Látigo Negro en el pecho. Rápidamente saltó luego Pinelli hacia atrás y llevando la mano al bolsillo, sacó su pistola.

Iba a ser Waterloo teatro de un asesinato. Pero Látigo Negro había hecho demasiado tiempo el papel de cautivo indefenso. El también entró en vertiginosa acción, más rápida aún que Pinelli. En un abrir y cerrar de ojos saltó de costado. La bala fué a incrustarse inofensivamente en la valija de alguien... Y Pinelli no tuvo oportunidad de disparar un segundo tiro.

Entre los gritos de la multitud, Látigo Negro sacó de adentro de la manga su famosa fusta. Los fuertes y fieros anillos se enroscaron alrededor de uno de los tobillos de Pinelli. Su pie fué levantado del suelo; agitó los brazos en el aire. Luego cayó hacia atrás, como un tronco.

Se oyó un fuerte ruido al pegar su cabeza contra la plataforma de piedra. Pinelli perdió todo interés en los procedimientos y en su preciosa carrera, después de eso.

LA PISTA DE LA CARTERA

Diez minutos después, Látigo Negro y Beefy examinaban la cartera nuevamente. Su desmayado propietario había sido conducido al hospital, con un agente de policía en la ambulancia. La gente que se había reunido en la plataforma fué dispersada.

—Vamos a examinar detenidamente el contenido de esta cartera, hijo — dijo Látigo Negro guardándola en su bolsillo. — Debe haber en ella algo importante. Joe es muy audaz y me aborrece; pero nunca hubiera arriesgado andar a tiros conmigo en la estación de Waterloo a menos de estar muy desesperado por la pérdida de su cartera.

Hay esto también. Joe Pinelli es un hábil ladrón, pero nunca trabaja solo; le falta inteligencia. No es más que un pistolero, lo que quiere decir que alguien debe haberlo hecho venir de los Estados Unidos para emplearlo aquí. Tenemos que descubrir quien es ese alguien. Tengo la idea de que su número de teléfono podrá ayudarnos mucho.

Beefy asintió pensativo.

—Así debe ser. Apostaría que era el número de teléfono que tanto le hizo luchar por la cartera.

—Talvez. Pero veamos primero lo que resulta de estos boletos. Vamos a la oficina de equipajes.

Allí entregó al empleado los recibos de equipajes y el hombre le dió en cambio una valija de mano.

Llevando la valija a un extremo del mostrador, Látigo Negro forzó la cerradura y la abrió. Adentro había algunas ropas, tal como puede llevarlas cualquier viajero. Pero había algo envuelto en unos pijamas y varias capas de papel de seda. El detective desenvolvió un hermoso florero pintado, de porcelana china.

—¡Hola! Una pieza auténtica, de antigua porcelana Ming. — murmuró después de un rápido examen. — Valdrá, por lo menos ochocientas libras. ¡Hum!... Beefy, me parece que vamos a descubrir algo.

La primera investigación de la cartera de Pinelli había producido, en verdad, ricos resultados. Ambos detectives estaban emocionados cuando llevaron la preciosa valija al auto, que estaba estacionado a un costado de la estación.

Un rápido viaje los llevó hasta el siguiente puerto: una pequeña casa de empeños cerca de Westminster Bridge Road. Allí Látigo Negro entregó al viejo prendero las boletas de empeño y un billete de cinco libras. Esta vez, sin discusiones, recibió un estuche de violín.

Llevaron el estuche al auto, lo abrieron y examinaron el violín que había adentro. Era nuevo, ordinario y pesaba más de lo común. Además, los agujeros para el sonido estaban herméticamente cerrados, lo que no dejaba de ser extraño. No teniendo tiempo que perder, Látigo Negro rompió la caja con su puño enguantado. Aquel enérgico movimiento produjo rápidos resultados. La delgada madera se rompió fácilmente y, por el agujero, cayeron paquetitos envueltos en algodón. Látigo Negro rompió del todo el violín y halló otros paquetes. Abrió rápidamente uno. Beefy lanzó una exclamación de sorpresa al ver que su jefe sacaba un "pendentif" de brillantes. Uno por uno fué desenvolviendo Látigo Negro los paquetes y pasándoselos a Beefy. Cuando terminó, el muchacho tenía entre sus manos por valor de treinta mil libras de joyas, según calculó a primera vista.

—Sí, hijo, ese es el valor de las joyas — dijo Látigo Negro — Y lo que es más es que las he reconocido por la descripción que hizo circular la policía. La mayoría de ellas provienen del robo efectuado en la joyería de Larocque, en Bond Street y el resto, así como el florero Ming pertenecen a Lois, el anticuario de Piccadilly, que fué robado antes de anoche.

Cuidadosamente guardó el tesoro en la valija de Pinelli, junto al florero chino.

—Supongo que debe haber algo más en otras partes de Londres — dijo Látigo Negro. — Es juego viejo entre los ladrones envolver el botín, de modo que tenga aspecto inofensivo y dejarlo en casas de empeño y guardarropas, hasta que el robo se olvida un poco. A menos que la policía tenga un dato seguro no puede abrir miles de equipajes para buscar el botín. Por Dios que la próxima vez que arresten a "Mono" Smith, in-

tervendré en su favor, porque a él debemos este hallazgo.

Poco después, gracias al número de teléfono hallado en la cartera, era arrestada toda la banda de Pinelli, de la que éste era sólo miembro y que estaba bajo la dirección de un bandido aún más peligroso. Los detectives de "La Fusta" se apuntaron un triunfo más.

LA HABILIDAD DE CON HYLAND

Conrad Hyland era un hombre hábil. El mismo lo decía frecuentemente. En verdad, el sobrenombre de Con Hyland era "El Hábil".

—Sí, hijos míos. Yo tengo cerebro. Pueden confiar siempre en el tío Con. — Era así como a menudo se jactaba delante de sus hombres, cinco de los malhechores más resueltos de los suburbios de Londres.

He aquí como "trabajaba" la banda de Hyland.

A las diez y nueve menos cinco de una hermosa tarde, un hombre alto, elegantemente vestido, caminaba por una calle comercial de West Kesington hasta que llegó a lo de Carews, los celebrados armeros. Estos poseían un establecimiento antiguo, muy conocido entre los sportmans ricos por la seguridad — y alto precio — de sus armas, de todo calibre.

Dejando la valija que portaba, el hombre encendió un cigarrillo y se paró, examinando la calle, como si esperara a alguien. Poco después, algo aburrido, se puso a contemplar las armas que brillaban detrás de la vidriera de Carews. Habíalas allí de todas clases, desde los ligeros rifles de deporte a los pesados, para matar elefantes. Y los precios variaban de 30 a 150 £ y más aún.

Nuevamente se dió vuelta el hombre y observó la calle, buscando a su amigo o amigos. Un reloj vecino dió las diez y nueve. Cuando sonó la última campanada, llegaron los amigos... apresuradamente.

Eran dos y se dirigieron rápidamente hacia el hombre en un auto viejo, pero veloz.

No bien llegó el auto, el hombre levantó su valija y con toda su poderosa fuerza la lanzó contra la vidriera. La valija estaba llena de piedras e hizo pedazos el cristal.

Al oír el ruido de vidrios rotos, el inmaculado ladrón saltó hacia adelante, seguido por su compañero. Con pasmosa rapidez se apoderaron de cinco de las armas más valiosas; luego volvieron, pesadamente cargados, al auto, mientras dos asustados dependientes de la armería salían corriendo y una mujer gritaba, algo más lejos.

Algo cayó en la acera, frente mismo a los valerosos empleados de Carews. Instantáneamente elevóse una nube de humo asfixiante que los envolvió y los hizo retroceder tosiendo. Otras bombas de humo fueron rápidamente arrojadas en todas direcciones y hacia un grupo que acudían, precedidos de un agente de policía. Una cortina espesa, color marrón, se extendió a través de la calle. El auto de Hyland se alejó entre tanto.

Nunca un conductor más hábil y audaz que Con Hyland se había sentado detrás de un volante. Además conocía Londres como el mejor chauffeur.

En el cruce de dos calles, un agente de tráfico oyó el tumulto y vió al mismo tiempo el auto que disparaba a toda velocidad. Valerosamente adelantóse y lanzó su cachiporra hacia el parabrisas. El proyectil erró el blanco y el cabo saltó a un costado, evitando ser atropellado por pocas pulgadas. Con Hyland dió vuelta la esquina en dos ruedas.

Siguió disparando a velocidad máxima. Dos agentes, en motocicleta, lo alcanzaron casi en el siguiente cruce, llegando a menos de dos yardas de las ruedas de atrás. Entonces uno de los ladrones vació en la calle una bolsa de papas comunes y la persecución de la policía fué detenida, pues ambos agentes quedaron tendidos en la calle, junto a sus máquinas volcadas.

—¡Muy bien, Conny! — dijo Lew Michel, su inmaculado teniente. Con Hyland sonrió fríamente mientras lanzaba el auto por calles laterales, hacia Victoria.

Al llegar a Plimlico viró bruscamente y entró en un terreno, empedrado con guijarros, que tenía garages a ambos lados. La quinta puerta de la derecha estaba ya abierta y Con entró el auto hábilmente, cerrando

Saltando del auto los malhechores se pusieron a trabajar en seguida. Uno de ellos cambió el número al auto, mientras los rifles robados eran sacados del interior, entre un coro de risas triunfales. Luego se realizó otras de las hábiles tretas de Con

De abajo de un banco, el joven ladrón sacó una bolsa de cricket, de cuero, los rifles fueron metidos dentro de ella y encima se pusieron unas raquetas. Dos minutos después el original ladrón salía del garage, con todas las apariencias de un robusto deportista, que se dirige a su casa, después de haber estado jugando en su club.

Después de pasar un buen rato, Con Hyland y los otros lo siguieron. La cara de Con resplandecía cuando un segundo auto salió al encuentro del grupo, en Grosvenor Place. Una vez dentro del vehículo, Con se frotó las manos alegremente.

—¡Y bien, muchachos! Otro golpe hábil. Esas armas valen setecientas libras, creo, y el viejo Levison nos dará por ellas trescientas cincuenta. Y hemos trabajado de un modo que ¡cualquier día nos agarran los canas de Londres!

—A mí no me preocupan los canas — gruñó el moreno y elegante Michel. — Me enjaularon una vez; pero no me pescarán más. El primer cana que me ponga las manos encima recibirá una dosis de plomo.

—¡Bah! no hables así. Nada tenemos que temer — sonrió Con confiadamente y puso su carnosa mano sobre la rodilla de Michel. — Hablemos de otra cosa. No olvides que tenemos otra tarea para esta noche... el asalto al Dragón Azul. Ve a espiar el sitio. Con traje de noche, naturalmente.

—Me cambiaré no bien lleguemos a casa — gruñó Michel. Durante todo el resto del camino, los malhechores discutieron su próximo y más serio trabajo: el asalto al cabaret del Dragón Azul.

(Continuará)

MOSQUETEROS DEL ESPACIO

Tercera parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

EL "GENERAL" WAGSTAFF"

¿EL Herr General dice?... — murmuró el teniente. — ¿No será mejor que sea atendido por el médico? El hospital de nuestro aeródromo queda cerca de aquí.

—¡Bah! — contestó el general, todavía enjugándose la frente con el pañuelo. — Un pequeño hospital de aeródromo, dirigido por obtusos médicos campesinos de uniforme. Tengo que ver al doctor von Hausmann, de la clínica de Rhubard.

—¡Eh... conductor! El conductor bajó de su asiento, saludando violentamente, mientras los oficiales se miraban unos a otros y hacían ligeras muecas. No conocían a aquel Herr General; pero parecía tener un genio de los demonios.

El gran hombre seguía hablando.

—Conductor ¿conoce el camino de Rhubard? — preguntó.

—¡Pero si, Herr General! — dijo el hombre tembloroso.

—Entonces diríjase allí en seguida y pregunte donde queda la clínica de Hausmann.

Se metió de nuevo dentro de la ambulançia y pareció a punto de cerrar la puerta. Pero volvió a sacar la cabeza y llamó a John Henry y a Bud.

—¡Eh... hombres! ¿Me vieron ustedes caer? El que está aquí adentro, dice que él no me vió.

—¡Nein! — balbuceó John Henry — que demo — el resto de la frase se le ahogó al recibir en las costillas un codazo de Bud. — El joven Atlee saludó marcialmente y habló en claro alemán, con acento alsacieno.

—Yo lo ví çaer, Herr General — dijo.— Pero mis amigos no.

—Entoncs suban los dos a la ambulancia— dijo ásperamente el general. — El Herr doktor Hausmann siempre quiere detalles sobre mis desvanecimientos. Estudia muy atentamente mi enfermedad. ¡Vamos, suban! ¡Muévanse, idiotas!

Bud agarró a John Henry por el brazo y lo empujó dentro de la ambulancia, mientras el "general" retrocedía a las sombras. La puerta se cerró de golpe.

Pero luego la ventanita de atrás se abrió y el general miró a los sorprendidos oficiales.

—Les doy las gracias, caballeros, por haberme prestado ayuda — dijo gruñonamente, — como si recordara que una especie de cortesía era debida, aun con los subalternos. — Trasmitan mis saludos a su comandante y díganle que su ambulancia le será devuelta no bien yo llegue a la clínica. Siga, conductor. ¡A prisa!

El conductor se puso rápidamente en marcha y la ambulancia tomó hacia el camino principal, mientras los sorprendidos oficiales hacían la venia y se quedaban comentando entre sí.

Con risas de alivio se dijeron unos a otros que el viejo general era un oso y pensaron cual general sería. Supieron — y en eso no se equivocaban — que el hombre que habían hallado desvanecido en el barro era un general que andaba visitando los aeródromos y campamentos, inspeccionando el personal y la administración.

Siguieron su camino para llevarle el mensaje a su comandante.

Entretanto risas silenciosas, pero encantadas, llenaban el interior de la ambulancia. John Henry estaba acostado en una camilla desocupada y agitaba las piernas en el aire. Bud había agarrado las manos del sonriente "general" y se las estrechaba derramando casi lágrimas de entusiasmo.

En otra camilla se veía una figura con uniforme de soldado, atada y amordazada.

—¡Qué...qué chistoso! exclamaba Dent en encantado murmullo. — ¡Caramba Wagger, eres una maravilla! Dudo que yo mismo hubiera podido idear una cosa mejor, tan rápidamente.

—Puedes jurarlo — contestó Wagstaff alegremente, limpiándose el barro de la cara y del uniforme de general que llevaba puesto. — Realmente tuve que andar rápido, por que no sabía cuando la condenada ambulancia se iba a detener. En cualquier momento uno de esos oficiales podía abrirla para ver si el viejo había vuelto en sí y entonces. . . ¡adiós mi plata!

—¡Sí hasta a mí casi me engañaste! — dijo Bud. — Bueno, gracias a que tenías el barro para taparte el feo hocico.

Wagstaff se echó a reír.

—Todo está bien, si termina bien — sonrió. — Y fué una suerte que le hubiera dado un golpe efectivo al viejo. Pude amordazarlo y sacarle la chaquetilla antes de que diera señales de volver en sí. Estaba todavía débil y mareado, por lo que pude fácilmente sacarle su chaquetilla y luego atarlo. Pero voy a completar el cambio. Todavía tengo puestos mis pantalones; por eso no me atreví a mostrarme

Los otros dos lo ayuaaron a cambiarse, riendo. Ya el general había recobrado el conocimiento y, aunque no podía pronunciar una palabra, sus ojos parecían carbones encendidos sobre el gran pañuelo con que Wagstaff le había rodeado la cara.

Cuando terminaron, Bud abrió un pequeño armario, que había en un rincón y sacó de él una botella.

—Es cloroformo — dijo. — Esto será útil, Wagger. Vamos a darle a oler un poco al viejo y luego podremos abandonarlo en cualquier parte; pero. . . ¿qué vamos a hacer con el conductor?

Tardaron algún tiempo en decidir lo que harían. Pero mucho antes de llegar a Rhursbad, Wagstaff golpeó en la madera divisoria y le gritó al chauffeur que parara.

Luego bajose y le señaló una granja, distante una milla o cosa así, a través del campo.

—Vaya allá a buscarme agua. — le dijo. — Me siento mal. ¡Pronto, hombre! ¡Pronto! Estos soldados me cuidarán hasta que usted vuelva.

El pálido conductor hizo la venia y echó a correr a través del campo. Pronto se perdió de vista, detrás de un seto. Pero para ese tiempo, ya John Henry había trepado al pescante y la ambulancia volvió a ponerse en movimiento.

Siguió andando muchas horas y, como es natural, a nadie se le ocurrió detenerla. En verdad marchó toda la tarde y parte de la noche, deteniéndose sólo para levantar nafta en varios depósitos, donde la presencia del "general" hacía que fueran atendidos sin demora.

Recién al amanecer se detuvo, finalmente, la ambulancia. Y entonces estaba bien dentro del area de la guerra, a menos de cinco millas de las líneas.

Por todas partes se veían agujeros de metralla, llenos de barro, causados por las granadas británicas. El tronar de los cañones era incesante y las granadas caían aquí y allá en el distrito que tenía delante.

Sin embargo la ambulancia se había detenido afuera de un hospital de emergencia y a este hospital llevaron John Henry y Bud

La casa se disolvió en polvo y escombros, John Henry, sangrando de una cortadura, gateaba buscando su monóculo.

una camilla. Sobre la camilla iba un soldado sin conocimiento, a quien dijeron que habían recogido en un pozo de metralla próximo.

—Parecía sufrir, de modo que le administramos un poco de cloroformo — explicó Bud en su alemán provinciano. — No hemos tenido tiempo de ver si está mal herido o no.

Las abrumadas autoridades del hospital se hicieron cargo del soldado y lo dejaron, sin ceremonias, en una cama. Tenían muchos heridos que atender en esos momentos y un soldado no significa gran cosa en tiempo de guerra.

La ambulancia siguió viaje; pero ahora resonaban adentro alegres risas. Los aventureros imaginaban la pequeña comedia que se produciría cuando su excelencia el general recobrara el conocimiento en aquel hospital de sangre.

Lanzaban estruendosas carcajadas al comprender que inmediatamente se proclamaría general, a pesar de vestir uniforme de soldado.

Pensaban cuantos días, cuantas semanas quizá, necesitaría para convencer a las autoridades de que no era un simple soldado que padecía un acceso de locura, producido por el estallido de las granadas.

Hicieron un par de millas más en la obs-

curidad; luego se bajaron y John Henry, soltando los frenos, hizo correr la ambulancia por una pendiente, en dirección a un gran pozo de metralla. No podían dejarla a la vista, si no se harían averiguaciones peligrosas.

El agujero estaba casi lleno de agua barrosa. La ambulancia cayó adentro y solo quedaron a la vista dos ruedas.

En aquel campo, barrido por la metralla, ocurrían muchos accidentes por el estilo y era probable que nadie reparara en aquél hasta que se terminara la guerra y se limpiaran los campos.

El "General" condujo a sus hombres a una pequeña aldea en ruinas y con altaneros modales pidió alojamiento en la casa más respetable.

Como es natural, sus órdenes fueron cumplidas inmediatamente. Sin la menor dificultad despojó a un oficial de su cuarto y halló acomodo para sus hombres en la cocina, llena de paja.

Los aventureros se sacaron sus chaquetillas y se acostaron a descansar. La batalla resonaba alrededor de ellos; pero prestaban tanta atención a las granadas distante como un explorador a los mosquitos.

Fué un descuido de parte de ellos porque al rayar el alba, una granada de seis pulgadas cayó sobre la casa.

Y la casa se disolvió en escombros y polvo.

Bud encontró a John Henry sangrando de una cortadura en la frente, aturdido y gateando, en busca de su monóculo.

Bud estaba más o menos en el mismo estado; pero casi gritó de alegría al verlo a Wagstaff.

Aquel valiente, sin embargo, revolvía entre las ruinas. Estaba todo arañado y tenía la camisa hecha girones. Además un marco de ventana le servía, graciosamente de collar.

Otros hombres buscaban ansiosamente entre los restos, porque se temía que muchos hubieran quedado sepultados bajo los escombros. Pero Wagstaff le murmuró desesperadamente a Bud:

—¡Pronto, mi chaquetilla! El Tratado está en ella. Yo la tenía hecha un rollo, a guisa de almohada cuando la granada cayó y debe estar entre las ruinas.

Bud le silbó a John Henry y los tres empezaron a buscar afanosamente. Pero luego Wagstaff se enderezó con un gemido ahogado y agarró el brazo de Bud.

Porque cerca de ellos, un oficial alemán que se había unido a los que revolvían los escombros, se enderezó con una chaquetilla de general.

Y mientras los otros se daban vuelta, el oficial metió la mano en el bolsillo de la chaquetilla y sacó un papel transparente, doblado.

—¡Caracoles! — exclamó Bud — ¡El Tratado!

EL GENERAL LLEGA

Rápidos pensamientos cruzaron por la dolorida cabeza de Wagstaff al ver que el oficial, que buscaba dentro de la chaquetilla papelos de identificación, sacaba el tratado y empezaba a desenvolverlo.

Bud lanzó otra exclamación de angustia

—¡Dios mío, Wagger! Ese come salchichas tiene el Tratado. No debe leerlo, si no se dará cuenta de que quien lo tenía en su poder es un espía.

Wagstaff lo comprendía demasiado bien; pero después de la primera sorpresa, su cerebro no había permanecido ocioso. Atravesó las ruinas, arrebató la chaquetilla de la mano del oficial y el Tratado al mismo tiempo.

—¿Qué significa esto? — rugió en perfecto alemán? — ¿Se atreve usted a leer mis papeles? ¿Se atreve a robarme mis ropas?

El oficial, muy sorprendido, hizo un gesto para protestar. Pero luego recordó que la chaquetilla tenía galones de general e hizo sonar sus talones.

—¡Le pido mil perdones, Herr General! — dijo — Pero creí que la chaquetilla pertenecía...

—¡Me pertenece a mí! — rugió Wagstaff imitando muy hábilmente el mal genio de un oficial superior. — ¿Cómo se atreve a tocarla? ¡Cómo se atreve a registrarme los bolsillos? ¡Dígame su nombre y el de su regimiento

Bud Atlee contuvo una sonrisa y empezó a divertirse. Wagstaff hacía su papel a las mil maravillas.

Los generales alemanes son personas de genio pronto. Rugen por la menor cosa.

Wagstaff también se divertía al representar aquella pequeña comedia. Poniéndose la preciosa chaquetilla miró con enojo al alarmado oficial, mientras él balbuceaba su nombre.

—¡Muy bien! — dijo Wagstaff. — ¡Muy bien ,amigo! Me quejaré a su comandante. En toda mi vida he recibido insulto tal. La carta que ha estado a punto de leer usted era íntima, — prosiguió — De mi esposa, que está en Bonn.

El oficial volvió a saludar y habló con tono suplicante.

—¡Pero, Herr General, no he leído nada! Ni siquiera una línea. Le pido mil y mil perdones. Pero no tuve la menor intención de revisar sus papeles íntimos.

Wagstaff bufó como un general enojado. Pero en aquel momento se fijó en que John Henry le hacía las más expresivas muecas desde el otro lado de una pila de escombros. John Henry hacía con su cara hermosa, pero un tanto inexpresiva, toda clase de contorsiones realmente alarmantes. Al mismo tiempo movía la cabeza como si tuviera el mal de San Vito.

Wagstaff, sin embargo, estaba absorto en su divertida comedia y no le hizo a John Henry caso alguno. Imaginó que aquel valiente quería hacerse el gracioso o que le dolía el estómago.

—¡Silencio! — tronó — Ni una palabra más o lo arresto por insubordinación. ¡Pensar que un general puede ser insultado por un colegial con uniforme de teniente! Ya tendrá noticias mías, amigo.

(Continuará)

El Mendigo del Bosque Negro

Por JACQUES SAINT PRIEST

(Continuación)

Capítulo XXII

EL QUE NO SE ESPERABA

SOBRE el camino, más polvoriento que de costumbre Roberto y Jean caminaban, uno al lado del otro, sin decir nada.

Por Terremoire, Patroa, Point Rond y la Mulatiere llegaban a Bellevue. Detrás de las colinas que cortaban en franjas desproporcionadas el cielo del lado del oeste, el sol se hundía, en una apoteosis de cobre y de oro.

—¡Estoy cansado! — suspiró Jean deteniéndose.

Roberto le dirigió una mirada de piedad.

—¡Vamos! ¡Otro esfuerzo! — le dijo dulcemente.

—¿Dónde vamos? — preguntó Jean.

—A mi casa — contestó el mendigo, — en el camino del Bosque Negro donde éste se junta con el de Guizey.

—¡Quisiera ir a mi casa! — suplicó el joven.

—No, no, todavía no... en ese estado no. Hay que escucharme, que seguirme ¿no lo arranqué a las garras de Wyoming? Confíe en mí. No deseo más que su bien. Venga...

Dócilmente, Jean Martinier siguió su camino.

—¡Pobre muchacho! — murmuró Roberto.

"¿Qué diré yo a Madette? — pensaba. — ¿Cómo prevenirle que su novio "su verdadero" novio está en un estado de aniquilamiento físico que ella no espera?... Y él ¿qué hara ahora? No tiene mucho dinero. No tiene familia y la señora Gattet no puede ocuparse de él y yo ¡soy demasiado pobre! La situación es difícil. Dentro de un tiempo me veré obligado a colocarlo en un asilo. ¡Qué miseria!... ¡Dios mío!... ¡Qué miseria!

"Sin embargo, una cosa me asombra; ¿por qué reflejo misterioso ha recordado que el sonido de su violín tenía influencia sobre la ferocidad de la fiera?... ¡No entiendo!...

"¡Y este pobre joven que quería volver a su casa!... ¿Recuerda, pues su cuarto de la Bolsa?... ¡Ah! ¡Qué emoción tendría Madette si lo viera con esta mirada apagada, esa barba crecida, esa marcha de autómata!

Llegaron así a la choza donde Roberto vivía.

—¡Uf! — murmuró Roberto abriendo la puerta.

Jean lo siguió y se sentó pesadamente sobre la única silla que había.

El joven miraba ese interior tan pobre, y sin embargo tan limpio.

De pronto un suspiro levantó su pecho.

Contempló a Roberto que acariciaba a su cabra mientras le daba de comer.

Luego con la cabeza entre las manos, estalló en sollozos.

El mendigo se volvió sorprendido y quedó contemplando el dolor del joven.

—¡Le hará bien! — pensó.

....

Se oyó el timbre de la puerta.

—¡Otra vez! — dijo Madette desde la cocina.

—No te molestes, yo iré a abrir — exclamó la señora Gattet.

La anciana levantó los brazos al cielo al ver al muchacho de la confitería que le entregaba cuatro paquetes cuidadosamente envueltos.

—Para la señora Gattet, de parte del Sr. Chautin. Ya está pago.

Con precaución llevó los paquetes a la mesa del comedor y se apresuró a abrirlos.

—¿Qué es? — preguntó Madette.

—¡Tú tío está loco! — exclamó la anciana, — ¡Mira el postre que nos envía!... Hay, por lo menos para diez personas!...

Madette sonrió y bajó la cabeza al ver a la que llamaba siempre "su abuelita" desempaquetar todas esas cosas..

El mendigo del bosque...

—¡Mi tío es incorregible! — dijo. — Tiene demasiado miedo de morir de hambre. Arregle todo eso en unos platos, abuelita. Yo vuelvo a la cocina.

Se oyó llamar de nuevo.

—¡Otra vez! — dijo la señora Gattet trayendo un paquete de helados. — ¡El tercer proveedor! El primero trajo un pollo y el fiambre; el segundo los postres, el tercero, helados. Tenemos esta noche comida para...

Otro llamado cortó su frase.

—¿Quién será ahora? — dijo sonriendo Madette.

La señora Gattet fué a abrir. Una muchacha presentó a la anciana un ramo de magníficas rosas blancas.

—Para la señorita Gattet — dijo — trae una tarjeta.

—¡Mira Madette! — exclamó la señora Gattet. — Las flores de tu compromiso. Puede decirse que el señor de Laisy no hace nada a medias.

—Colóquelas en el centro de la mesa — respondió la joven dirigiendo a las flores una mirada indiferente.

La anciana iba y venía por el pequeño comedor. Se agitaba febrilmente, feliz de hallarse en el ambiente de un día de fiesta.

Efectivamente, esa noche, era el compromiso oficial de su nieta, o más bien de la niña a quien consideraba como tal.

Madette volvió a la cocina suspirando:

—¡Dios mío! ¡Qué feliz debía ser para mi este día, y me parece triste como la muerte! — murmuró.

"Si en lugar de René de Laisy, que es, a partir de esta noche, mi novio oficial fuera a Jean Martinier a quien esperara, mi corazón saltaría de alegría en lugar de permanecer helado:

Sus sombríos pensamientos fueron interrumpidos por la llegada del señor Chautin alegre y feliz de vivir.

Se precipitó a la cocina y olfateó el aire.

—¡Buenas noches, hermana! ¡Buenas noches sobrina! — exclamó. — ¡Ah! ¡que perfume delicioso!... Tengo que besar a la cocinera.

Y, alegre de la perspectiva de la suculenta cena que le esperaba dió dos sonoros besos en las mejillas de Madette.

Después de inspeccionar la cocina, el señor Chautin pasó al comedor. No pudo reprimir un grito de admiración.

La señora Gattet había puesto la mesa, en un mantel blanco, adornado de encajes.

—¡Diablo! — exclamó el tío Toine. — ¿Cómo quieren que no se tenga apetito ante semejante mesa?...

—¡Me siento tan feliz! — dijo la señora Gattet.

—¡Demonio! — exclamó de pronto el señor Chautin. — ¿Es sobre el aparador que colocas los postres? Hace mucho calor aquí... Hay que ponerlos en un lugar más fresco.

—¡Bien! ponlos sobre la mesa del cuarto de Madette — aconsejó la anciana. — la ventana estuvo abierta toda la tarde.

El tío Toine estaba ocupado en eso, cuando apareció Madette.

—¿Tardará mucho tío? — le preguntó. — Necesito mi cuarto.

—¡Ya está chica!... ya he concluído... ¡Pero no te vayas a comer todo!...

Un auto se detuvo ante la puerta.

—¡Ya está René! — dijo el hermano de la señora Gattet dirigiendo una mirada por la ventana.

Efectivamente, poco después el joven llamaba a la puerta.

Madette salió en seguida de su cuarto y fué hacia su novio.

Este no pudo retener una exclamación de admiración.

La joven tenía un sencillo vestido blanco Un ramito de flores en la cintura constituía el único adorno.

La señora Gattet y el señor Chautin no habían visto jamás una novia más bella ni más graciosa.

—¿Tiene usted apetito, René? — preguntó el tío Toine.

—¡Yo tengo siempre! — replicó el joven riendo.

—¡Bueno! ¡A la mesa! — dijo el señor Chautin. — ¡Tengo el estómago en los pies! René colóquese al lado de Madette. No hay que separar a los novios... Juanita, trae los fiambres que yo los serviré... luego al final, se les permitirá a los novios que se besen!...

Madette sintió que su rostro enrojecía.

—¡Tío! — suplicó.

Ese beso de que había hablado inconscientemente el tío Toine era lo que ella más temía.

Una sola vez, René había tratado de atraerla hacia él para besarla. Madette se había apartado temblorosa y el joven, tomando ese gesto de su novia como timidez, no había insistido.

Pero esa noche, ese gesto, decidido ya antes, le pareció monstruoso, a Madette, dentro de un rato, debía dejarse besar. ¿Podía hacer de otro modo en presencia de su abuela y su tío?

Y la idea de que se vería obligada a sufrir el contacto de los labios de René sobre sus labios, sintió que un sentimiento de rebeldía nacía en ella.

Le parecía ahora que ese beso iba a manchar en su alma el recuerdo de Jean Martinier.

—Jean es el único hombre que me ha besado — pensó — y ahora otros labios borrarán de los míos los únicos besos de amor que he recibido. ¡Qué traición!... ¡Qué suplicio!...

¡Y le pareció que el sacrificio de su felicidad estaba por encima de sus fuerzas.

Disimuló lo mejor que pudo, la indecible tristeza que la invadió.

El tío Toine y la señora Gattet, comían en silencio.

En cuanto a René miraba a su novia. Al notar su rostro hermético sintió una extraña emoción.

—"¡Qué enigma es esta niña! — pensó. ¡Cuánto daría por poder leer los pensamientos que se esconden detrás de su frente!... ¿Qué pensará de mí?... ¿Me ama?... ¿No me ama? ¡Angustiosos problemas!... Es cierto que Madette ha tenido un gran dolor. No me lo ha ocultado y yo he apreciado en su justo precio su franqueza y la confianza que

tuvo en mí. Pero el recuerdo de ese joven, ¿está siempre presente en su espíritu y en su corazón?

"Sin embargo, Madette ha consentido libremente en ser mi esposa. Ha aceptado el anillo de compromiso que es el primer eslabón de la cadena que debe unir nuestras dos existencias. ¿Lo hace sin idea premeditada?

"Esta noche, debiera estar alegre... Y sin embargo, leo la tristeza en su rostro, veo preocupaciones que debieran haber desaparecido.

"Siento en este momento una gran inquietud... Parece un pobre pájaro herido por el cazador... ¡Ah! ¡Como quisiera conocer el motivo de su tristeza, aunque sólo fuera para tratar de disiparla... Durante ese tiempo la cena había seguido su curso.

—¡Que tal niños!... — exclamó el tío Toine — ¡La comida estuvo maravillosa!... El helado hará bajar todas esas buenas cosas ¡ya quedará sitio para el postre!...

—Para el helado — dijo la señora Gattet — necesito que me ayudes, Toine...

—¡Presente! — dijo el señor Chautin dejando su servilleta.

Los novios quedaron solos en la mesa.

René aprovechó la ocasión para hablarle a Madette.

—¡Jamás ha estado tan bella como esta noche, mi Madette! — le dijo. — ¡Qué lentos pasan los días! ¿Cuándo llegará el feliz día en que pueda llamarla mi esposa?.... ¿Me quiere usted, Madette?...

—¡Sí, René! — contestó Madette dulcemente.

—¡Déjeme que la bese! — suplicó el joven pasando su brazo por el talle de Madette.

—¡No, por favor! — contestó Madette tratando de apartarse. — ¡Si usted me ama, René, déjeme!

René quedó entristecido ante la resistencia.

—No le pido más que algo que creo muy natural — dijo. — ¿Le causo tanto horror?

—¡Ya sabe usted que no! — contestó Madette.

—Entonces tiene usted algo que me oculta, ¡Nunca le he visto en la mirada una expresión más triste que esta noche! ¿Qué tiene usted Madette? ¡Confíese en mí!

—¡Perdón René! — suspiró Madette. — ¡Si le causo pena! Soy tan sensible... Esta noche, a pesar mío, el pasado viene a mi mente... le pido perdón...

El señor de Laisy bajó la cabeza sin contestar. Sus pensamientos no habían sido equivocados.

Del fondo de las tinieblas del olvido, en el alma de aquella a quien amaba, había surgido un fantasma sin piedad.

Era ese fantasma que le disputaba a cada hora del día y de la noche, el corazón de su novia.

Y tuvo conciencia que, a pesar de todos los lazos que desde esa noche comenzaban a unirlos, había, entre su novia y él, un abismo insondable que jamás podría franquear.

Un pesado descorazonamiento se apoderó de él. ¿Tendría la fuerza de conquistar a Madette con todo el afecto que por ella sentía? Estaban allí, silenciosos, uno al lado del

APRENDA UNA PROFESION LUCRATIVA

ENSEÑAMOS POR CORREO:

Dibujante
Procurador
Constructor
Perito Agrícola
Químico - Farmacia
Corte y Confecc. masc. y fem.
Contador -- *Tenedor de Libros*
Mecánico Electricista de Autos
Periodismo - Vendedor - *Publicidad*
Electricidad-Radio-Televisión-Fonofilm

El moderno sistema de enseñanza técnica y práctica por correo, permite aprender estas profesiones

Mande el cupón. - Escriba claro.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
1059-Lavalle-1059—Buenos Aires

NOMBRE ....

DIRECCIÓN ....

LOCALIDAD 7 ....

otro, irguiéndose sin embargo entre ellos, un fantasma del pasado.

—¿Eh? ¿Qué dicen de esto? — exclamó el tío Toine presentando triunfalmente el helado.

Cada uno ocupó su lugar en la mesa.

Se sirvió el helado y el champagne llenó de espuma las copas.

El tío Toine tosió y se puso de pie con la copa en la mano:

—Queridos niños — dijo — como se cantaba antes en el Gato Negro "soy feliz, y mi alma está llena de esa alegría que hace nuestra felicidad!..." Bebo a vuestra salud, a vuestro compromiso... a vuestra futura felicidad, a la cantidad de pequeños de Laisy que me van a dar ustedes... Queridos niños, les doy mi bendición, y los beso con todo mi corazón. Digo: ¡Los beso! es una manera de hablar, pues después de una comida tan copiosa y un helado así he jurado no levantarme de mi asiento... Pero, les paso la palabra y les permito que se besen como dos novios que se aman!...

Madette se había puesto muy pálida. Nada podía evitar ahora que diera a René ese beso que tanta pena le daba.

El señor de Laisy se levantó para obedecer al pedido del tío Toine.

—¡Un momento! — exclamó éste. — ¡René, antes de besar a Madette ¿quisiera ser tan amable de ir a buscar los barquillos para el helado que mi sobrina dejó en su cuarto... ¡Ah! De paso traiga unos platos con masas que también están allí...

—¡Con mucho gusto!... — replicó René. Con la servilleta en el brazo como para imitar a un mozo, salió del comedor y penetró en el cuarto de Madette.

La ventana que daba al patio estaba bierta. Y, tanteando para buscar el conmutador, el señor de Laisy dirigió una mirada distraída al agujero negro del patio.

Allí, del otro lado del patio, en el cuerpo de edificio que quedaba frente a aquel en que se hallaba, había una ventana abierta e iluminada.

Y esa ventana era la que Madette le había señalado un día en que había tenido con él una explicación franca y leal, diciéndole.

—Esa es la ventana de "su" cuarto.

René se frotó los ojos como si estuviera en una pesadilla.

—¡Vamos! — se dijo — he tenido una alucinación!... ¡Seguro que he comido demasiado!... Pero no, no me equivoco; es el cuarto de Jean Martinier, que está alumbrado.... ¡No hay equivocación!... Ahí hay un hombre que acaba de pasar ante la ventana. ¿Si fuera él?

Esta idea lo hizo estremecer.

—¡Ah! ¡Debo averiguarlo! — murmuró. — Y rápidamente arrojó la servilleta por la ventana. ...

Cuando volvió al comedor estaba lívido pero ocultó su palidez bajo una máscara de alegría.

—¡Soy un torpe! — dijo colocando las masas sobre la mesa.

—¡Eh! ¿Se le cayeron? — exclamó el tío Toine

—No, tranquilícese usted — prosiguió René — mi torpeza no fué hasta ahí. — Pero al querer respirar un poco de aire fresco, desde su ventana, Madette, dejé caer mi servilleta al patio.

—¿No es más que eso? — dijo el señor Chautin.

—La voy a buscar — dijo el señor de Laisy — vuelvo en seguida.

—¡No se tome ese trabajo! — dijo la señora Gattet. — Mañana la recoge la portera. Le voy a dar otra.

René protestó con un gesto y antes de que pudieran retenerlo, salió.

—¡Y su helado que se derrite! — gimió el tío Toine. — ¡Qué desgracia!... ¡Por una servilleta!...

Los tres quedaron un rato en silencio.

—Dígame tío — interrogó Madette. — ¿René cerró la puerta al salir?...

—¡Te parace que tarda mucho tu novio!... — exclamó el tío Toine. — Si cerró la puerta pero tú irás a abrir cuando llame. ¡No tardará mucho!

—¡Ya debiera haber vuelto! — dijo Madette consultando maquinalmente su reloj.

Y recordó que hacía unos meses había hecho el mismo gesto en idénticas circunstancias. Era igualmente una noche de alegría. Las mismas personas estaban alrededor de la mesa — un poco menos adornada...

Y esa noche, Madette, esperaba otro novio que había partido y no regresó más.

En medio del silencio una impresión extraña se apoderó de la joven. Le pareció que despertaba de un largo sueño, después de una pesadilla interminable y que seguía su vida de antes, en el punto en que la había dejado la partida precipitada de Jean Martinier a Rive-de-Gier.

Y he aquí, que después de una gran tempestad sobre el mar de la vida, el destino quería que se presentara para ella la misma circunstancia que hacía pocos meses había trastornado su existencia.

A ese recuerdo, una crispación de dolor se reveló en su semblante.

La señora Gattet que la miraba se dió cuenta en seguida.

—Ve a abrir, Madette — le aconsejó. — Tu novio debe estar subiendo.

La joven se levantó, temblando de febril impaciencia y se dirigió sin decir nada hacia la puerta.

Quedó de pie en el oscuro corredor y le extrañó sentir su corazón que latía casi tan apresuradamente como los pasos que oía.

Madette prestó atención. Efectivamente alguien subía.

Pero esos pasos no eran los de René de Laisy. A pesar suyo la joven unió las manos. Le parecía oír la marcha de su propio destino.

"¡Es raro! — se dijo. — René no camina así. Es sin duda un inquilino que vuelve!...

Los pasos se hacían más claros.

Madette esperaba, extática.

De pronto, un profundo suspiro, como un sollozo ahogado, se oyó en medio de la oscuridad.

Una voz — ¡y que voz! — ahogada de emoción, palpitante de alegría contenida, murmuró su nombre:

—¡Madette!...

¿Soñaba? La joven sacudida como por una descarga eléctrica abrió los brazos y exclamó:

—¡Jean!

Lo había reconocido, a pesar de la noche, a pesar de su inquietud, a pesar de todo...

El mismo movimiento los había precipitado uno en brazos del otro.

Y Jean Martinier en un beso tan largo, tan apasionado que creyó desfallecer, volvió a tomar posesión de la que consideraba siempre, a pesar de su ausencia, a pesar del tiempo, a pesar de la sucesión de acontecimientos extraordinarios que se habían sucedido. como su novia.

Capítulo XXIII

LOS DOS NOVIOS

Roberto esperó a que se calmara la crisis nerviosa de Jean Martinier. Luego le dió una gran taza llena de leche.

El joven bebió de un trago el tibio y reconfortante brevaje y tomando con vigor las manos del viejo mendigo, le dijo con una voz que la emoción hacía temblar.

—¡Gracias Roberto! Gracias con todo mi corazón por lo que ha hecho por mí! ¡Me ha salvado usted la vida! Sin embargo, dos cosas me intrigan, dos puntos oscuros que giran sin cesar en mi pobre cerebro fatigado, desde que Rao vino a buscarme a mi cuarto de la Paroliere para llevarme donde usted se hallaba ¿cómo sabía usted que yo había desaparecido? ¿Cómo hizo para descubrir mi cárcel?

—Es verdad — dijo Roberto mirándolo fijamente. — Si Wyoming ha consentido en que usted se fuera conmigo, lo ha devuelto en tal estado!...

Los ojos de Jean chispearon con malicia:

—Míreme bien Roberto — le dijo.

La noche había invadido la pobre choza y los dos hombres estaban en la obscuridad.

Roberto encendió un trozo de bujía que estaba sobre la mesa y la acercó al rostro de Jean.

—Mire mis ojos — prosiguió este — Si mi cara está ennegrecida por una barba que creció como ha querido desde hace un mes, si mis mejillas están hundidas y mi frente pálida, ¿es mi mirada la de un hombre que perdió la razón como usted parece creer?

—No, no — replicó Roberto. — No hay más que oírlo, que examinarlo, para estar seguro de que tiene toda su razón. Pero, entonces no entiendo ¿es posible que Wyoming haya mentido hasta el extremo de decirme que su caída de motocicleta lo?. ..

La palabra expiró en sus labios.

Jean sonrió tristemente:

—¡Oh! puede usted decirlo, no me hara nada... ¿Loco?... ¿verdad? ¿Eso es lo que ese infame de Wyoming pretendió que yo era?... Yo he hecho todo lo posible para que él lo creyera... Si he representado esa comedia más de un mes, sin equivocarme jamás, sin descubrir mi superchería, fué con un solo objeto.

"Figúrese que ese asesino de Wyoming había prescripto que yo debía tomar diariamente un veneno infernal destinado a destruirme el cerebro, a hacerme perder la razón, con un objeto que ignoro.

"Pero allí había alguien, alguien que evitó que se cometiera un crimen, un angel de bondad para quien mi vida será corta para bendecirlo, para respetarlo, para amarlo, que detuvo, sin que él lo sospechara, la mano de mi asesino.

"Ese ángel supo aliarse al sirviente hindú, el buen Rao, que, más sabio aun que su amo, me daba todos los días un antídoto de la droga que Wyoming me hacía absorver, en el café, y que yo no podía dejar de beber, por temor a despertar sus sospechas.

"Me hice el loco, el idiota, hasta el fin, Roberto, y después de estar libre me dió trabajo quitarme la máscara de impasibilidad que me había impuesto.

"Pero siempre he conservado mi plena lucidez de espiritu. He salido sano y salvo de mi abracadabrante aventura, que aun ahora no puedo explicarme.

—Un angel de bondad hizo todo eso por usted — dijo Roberto. — ¿De quién habla?

—De la señora Irene Valmont. Es ella que llena de piedad hacia el pobre ser que estaba expuesto a ser yo, se dedicó en cuerpo y alma a salvarme.

El pedazo de bujía que iluminaba, ¡oh, muy vagamente! la pieza donde se hallaban Jean y Roberto, dejó oír un ligero chisporroteo y se extinguió.

Al nombre de Irene Valmont la actitud de Roberto cambió por completo. — Pareció ser alcanzado en el corazón por un choque doloroso que le hizo vacilar.

Tomó a Jean por el brazo como para retenerlo e, inclinándose hacia él murmuró con voz sorda:

—¿Qué hace Irene Valmont, en casa del profesor Wyoming?

Jean quedó estupefacto de esa extraña pregunta. ¿Qué podía importarle al mendigo del Bosque Negro, la presencia de Irene en la Paroliere? ¿Por qué se interesaba por ella? ¿Por qué su voz temblaba al hacerle esa propunta?

De pronto se dió cuenta que el anciano que tenía frente o él no era un medio loco.

—Por favor Jean, contésteme — siguió el mendigo. — ¡Es necesario!

Su acento era tan desgarrador que el joven tuvo piedad de la pena que adivinó en su interlocutor.

Habló y con toda sinceridad, toda franqueza, y también con todo su agradecimiento, le contó la historia que Irene le había confiado, la de su pobre vida, tan llena de promesas al principio, de desilusiones luego.

A medida que hablaba, el rostro de Roberto se transfiguraba. Bebía, literalmente, las palabras de Jean Martinier.

De sus labios agitados por un temblor convulsivo se escapaban siempre las mismas palabras:

—¡Pobre mujer! ¡Pobre mujer!...

—Y ahora — prosiguió Jean Martinier cuando hubo acabado su relato — hable a su vez Roberto, y dígame como me encontró, que astucias debió emplear para obligar a Wyoming a devolverle su prisionero.

Roberto, con voz lenta, narró al novio de Madette el accidente de motocicleta de que había sido testigo, la escena misteriosa del rapto que había seguido, el descubrimiento de la polvera de Irene en el barro del camino, luego, su encuentro con Madette en el patio de la casa de la calle de la Bolsa, el juramento que le había hecho de hallar a Jean muerto o vivo, en fin, su aventura de la Paroliere, después de la sesión de ocultismo de Wyoming en el Edén.

Jean Martinier no podía creer a sus oídos todo este encadenamiento de acontecimientos, en medio de los cuales el Destino había colocado a Roberto como el "Deus ex machina" de ese formidable drama.

—Pero — interrogó Jean. — ¿Cómo pudo usted hacer que Wyoming lo dejara salir vivo de la Paroliere cuando se dió cuenta de que usted lo espiaba?

—Eso — contestó Roberto — ¡Es un secreto entre Wyoming y yo!

—¿Conoce usted a ese siniestro individuo? — prosiguió Jean Martinier.

—¡No! Lo reconocí.

Jean quedó silencioso ante esa terrible confesión y no se atrevió a llevar más lejos su interrogatorio.

—Otra cosa me intriga — afirmó. — ¿Con qué objeto ha movido usted cielo y tierra para hallarme? ¿Me conocía usted?

—¡Si lo conocía! — exclamó Roberto. — ¿Cree usted que no he guardado en el fondo de mi corazón el recuerdo de ese domingo del invierno pasado, en que usted me libró de los tres pillos que me martirizaban frente al teatro?

—¡Pobre amigo! — suspiró Jean. — ¡Es

pues por agradecimiento que me libertó usted! ¿Cómo podré agradecérselo?

—Por agradecimiento — añadió Roberto — y también porque había jurado a alguien que lo encontraría a usted, costara lo que costara; a Magdalena Gattet.

Al oír ese nombre, el joven no pudo disimular su alegría.

—¡Madette! ¡Oh! ¡Hábleme de ella! — suplicó. — Deme noticias suyas. ¿Estuvo muy inquieta durante mi ausencia?... ¿Me buscó?... ¿Me cree muerto? ¿Tiene confianza en mí?

—La señorita Gattet lo ama aún — respondió Roberto — y lo espera, con canfianza. Lo ha llorado y estuvo a punto de morir cuando usted desapareció.

—Pero, entonces — exclamó Jean levantándose de un salto lleno de inmensa alegría — ¿Qué hago aquí? Ya debiera estar con ella... estrecharla contra mi corazón... decirle mi amor... ¡Adiós Roberto!...

El joven quiso salir. Pero una mano de hierro lo tomó del brazo y lo hizo detenerse

—¡Ahora sí que usted está loco, mi amigo! — exclamó el mendigo — ¡Espere!

—¿Qué? ¿Qué hay? — contestó Jean irritado.

—¿Qué le dirá usted a su novia? — preguntó con calma Roberto. — ¿Cómo le explicará su ausencia? ¿Lo creerá? ¿No le parecerá increíble ese secuestro?

—Madette tiene fe en mí.

—Ella sí, pero ¿los otros? ¿La señora Gattet? ¿El señor Chautin?... O bien dudarán de usted, o pondrán la policía al corriente de su regreso y le pedirán que haga una investigación para saber si dice usted la verdad.

—¿Y qué? — exclamó Jean. — ¿Cree usted que voy a dejar a Wyoming en su guarida, sin asustarlo un poco?

Mañana mismo presentaré mis quejas a la policía.

—Eso no se lo permito — protestó Roberto.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque la señora Valmont sería fatalmente acusada y se la inculparía como cómplice. ¡Y eso no lo permitiré mientras viva!

—Tiene usted razón, Roberto — confesó Jean Martinier bajando la cabeza. — Sería una cobardía, una ingratitud sin nombre... Debo salvar a Irene, aunque Wyoming quede impune.

—¿Quién le dice que su crimen quedará impune? — contestó Roberto cruzándose de brazos.

—Pero...

—¡Los pagará! Tanto aquel de que usted fué víctima como todos los sufrimientos que soporto y he soportado por él.

—¿Wyoming tiene otros crímenes sobre su conciencia?

—¡Sí!...

—¿Y usted cómo sabe?

—Soy viejo — dijo Roberto — y luego, los mendigos, de quienes nadie desconfía observan muchas cosas. Yo hago reir porque canto canciones que invento, que no tienen ni pie ni cabeza. ¡Me creen loco!... Yo los dejo... ¡Tengo mis razones!

Oígame, Jean; esta noche, después de haber descansado, volverá usted a su casa. Tiene necesidad de afeitarse de arreglarse, de ser otra vez el Jean de hace seis meses... También ncesita dormir, para borrar todo rastro de fatiga en su rostro. No salga de su casa bajo ningún pretexto, hasta que yo llegue.

Y yo le diré cuando debe presentarse ante la señorita Gattet... o bien yo se la llevaré.

—Sí, Roberto — contestó Jean aun aturdido por las revelaciones del viejo mendigo — lo obedeceré ciegamente. Pero mañana tiene que venir temprano. ¡Estoy tan impaciente por ver a Madette!...

—¡Cuente conmigo! — contestó Roberto.

Una hora más tarde, repuesto de su fatiga y sus emociones, Jean Martinier, volvió a su habitación.

Pero, al acercarse a la casa, Jean disminuyó el paso. Un auto se hallaba ante la puerta.

Nada más banal, sin embargo, que un automóvil ante una casa.

Sin embargo, eso le intrigó pues al mismo tiempo que lo vió, observó con gran sorpresa, que la ventana del comedor de la señora Gattet estaba abierta y la pieza brillantemente iluminada.

Desde la acera de enfrente, Jean levantó la cabeza. Ruido de voces y risas, en medio de la tranquilidad de la noche, llegaron a sus oídos.

—¿Qué pasa en la casa de la señora Gattet? — murmuró. — Hay fiesta, no hay duda, porque se oye reir, se divierten... Hay invitados a juzgar por el automóvil que está frente a la puerta...

Una voz, que reconoció como la del señor Chautin pronunció el nombre de René.

—¿René? — balbuceó. — Veamos si...

Atravesó la calle como un loco y buscó a través de los cristales del coche, descifrar el nombre grabado sobre una chapa de bronce.

—René de Laisy — leyó.

Sintió que le dolía la cabeza.

—¿Me habrá mentido Roberto? — gimió. — ¿Me habrá olvidado Madette?... Madette ríe... Madette se divierte.. ¿Quién sabe?... Quizá es la novia de ese señor de Laisy que tiene un coche tan lujoso... Yo seré quizá el agua fiestas, el inoportuno, al que se hará entender que hubiera hecho mejor en quedarse donde estaba... ¡Ah! ¡Comprendo ahora, por qué la señora Gattet y el señor Chautin vacilarían en creer la historia de mi secuestro!... ¡Pobre Jean!!... ¡Tú, que creías haber acabado con tus sufrimientos!... ¡Y ellos no hacen más que empezar!...

Con gesto cansado, Jean sacó sus llaves del bolsillo y abrió la puerta y entró en el edificio.

Como si hubiera partido la víspera, colocó la llave en la cerradura y entró en su modesto cuarto.

El olor a encerrado y el pesado calor lo hicieron retroceder. Fué directamente a la ventana y la abrió. Luego encendió la luz.

Su cuarto se le apareció tal como cuando lo dejó. Pero todos sus muebles estaban cubiertos de tal capa de polvo que se sintió desanimado.

Se dejó caer sobre una silla y reflexionó largamente, torturada el alma, el corazón desgarrado por el sufrimiento.

El espejo que había sobre la chimenea le devolvió su imágen, tan hirsuta, tan irreconocible, que creyó ser otro hombre que hacía sus mismos gestos.

—¡Me doy miedo! — murmuró.

Abrió la canilla de su modesta cocina.

¡Oh! ¡felicidad! El agua corría con ruido monótono.

Se cercioró de que el gas tampoco había sido cortado.

—Voy a empezar a rejuvenecerme — se dijo. — Con la tijera se cortó la barba, luego se afeitó, a penas acababa de terminar, cuando quedó inmóvil escuchando: se oían pasos que subían la escalera de madera.

¡Bah! sin duda un inquilino que llegaba tarde.

Sin embargo se sentía inquieto. La persona que subía acababa de detenerse ante su puerta.

Jean suspendió la respiración para escuchar mejor. Oyó claramente el chasquido de una linterna que encendieron y apagaron en seguida.

Un temor atroz se apoderó de él. ¿Si fuera Wyoming que lo iba a buscar?

A paso de lobo se dirigió a la mesa de luz, abrió con precaución un cajón y sacó un revólver.

Apenas había hecho funcionar el resorte de seguridad que dos golpes sonaron en la puerta.

—¿Quién es? — preguntó.

—¿Vive aquí el señor Jean Martinier? — le preguntó una voz de hombre, al parecer tan emocionada como la suya.

—Es aquí ¿qué quiere usted?

—Hablarle personalmente.

—¿De parte de quien?

La voz vaciló un segundo.

—De parte de la señora Gattet.

¿Era una nueva trampa que le tendía Wyoming?...

¡Bah! Estaba en su casa, y además estaba armado ¿qué podía arriesgar?

Abrió la puerta.

Un joven, muy pálido estaba en el umbral, tenía sombrero.

—¿El señor Jean Martinier? — preguntó.

—El mismo.

—Permítame que me presente: soy René de Laisy.

¡René de Laisy! el hombre del auto, aquel cuyo nombre había oído pronunciar por el señor Chautin!... ¿qué iba a hacer allí? ¿Por qué lo enviaba la señora Gattet?...

Con un gesto, indicó al joven que entrara.

—¿Se escapó usted de la Paroliere? — preguntó René, con voz que la emoción hacía vacilar.

—No — contestó Jean. — Me han dejado partir. ¿Entonces está usted al corriente de mi secuestro?

René de Laisy hizo con la cabeza un gesto afirmativo.

—Entonces ¿quién es usted? — interrogó Jean Martinier.

—Soy el novio de Madette.

A esta inesperada revelación, la cólera de Jean estalló terrible.

—¡Ah! ¿Es usted el que ha ocupado mi lugar? — dijo. — Mientras yo me desesperaba en mi cárcel?... Está usted en esa combinación ¿verdad? ¿Amaba usted a Madette y la quería para usted? Entonces imagino esa maquiavélica combinación con ese loco de Wyoming... Singular proceder el suyo, señor... Pero no esperaba usted que yo volviera con mi inteligencia intacta...

Vamos... Si Wyoming me ha dejado partir es porque creía que yo no era ya peligroso... que estaba loco... ¡Es un asesino ese Wyoming!...

¿Pero que viene usted a hacer aquí? ¿Cómo supo que yo había regresado? ¿Estaba usted en casa de Madette, verdad?... Vió luz aquí...

¿Entonces la señora Gattet o el señor Chautin lo han mandado aquí para prevenirme que había tomado mi lugar?... ¡Encantadora intención!...

¡Entonces Roberto me mintió cuando me aseguró que Madette me amaba, que Madette me esperaba!... ¡No era verdad!

¡Ah! ¡la ingrata... la infiel!... No vale ni una pena, ni una lágrima.

Vuelva de donde viene, señor, y repita a los que le esperan esto: "Si está en su cuarto. ..ha vuelto... Pero, no teman... No hará ningún escándalo... por la simple razón de que ya no ama a Madette! Vaya, señor guárdesela... Pero váyase porque soy capaz de matarlo...

Con un gesto de rabia Jean había sacado el revólver del bolsillo.

René abrió su saco y con voz tranquila contestó:

—Tire, señor ¡tiene usted derecho!...

Jean quedó estupefacto ante tanta sangre fría. Tuvo vergüenza del gesto que acababa de hacer y tiró el revólver sobre la mesa.

—¡Le suplico que se vaya! — balbuceó.

—No antes de que me haya explicado! — contestó René

Jean desarmado, hizo un gesto vago como diciendo:

—¡Para qué!

—Primero le suplicaría que apagara la luz— pidió el señor de Laisy. — No es necesario que sepan que yo he venido aquí, pues aunque usted lo suponga, nadie me mandó aquí.

Sorprendi por casualidad su presencia y es por propia voluntad que he venido ante usted.

Jean obedeció sin decir nada.

—No vengo hacia usted como un enemigo — continuó René en la oscuridad. — ni con la intención de provocarlo. Si usted me deja hablar, modificará quizá la opinión poco halagadora que expresó sobre mí, en palabras tan amargas.

La comedia que se me ha hecho representar ha durado bastante: ¡Basta ya! Tal como usted me ve, señor, soy el juguete inconsciente de una maquinación a la cual estoy cansado de prestarme.

—No lo entiendo — dijo Jean.

—Soy el hijo de Wyoming.

Jean Martinier dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—Sí señor, — repitió René — el hijo na-

tural de Wyoming, pero, como mi padre no me ha reconocido, tengo un nombre que no es el mío.

He crecido sólo, sin dirección ni consejo, como un brizna de paja, impulsado por el torbellino de la vida.

Ignorando el valor del dinero, lo he gastado sin contar.

Tuve deudas. Wyoming estaba siempre dispuesto a pagarlas. Puede decir que ha sido mi banquero antes que mi padre.

Bueno, un día — ignoro aún por que razón — exigió que hiciera la corte a la señorita Gattet y que fuera su novio primero y luego su marido.

Me era imposible discutir esa orden. Obedecí. Primero de mala gana. Pero fuí cobarde, lo confieso.

Wyoming me había pagado mis deudas y me daba dinero cada vez que le pedía.

Luego me agradó la aventura. No necesité mucho tiempo para darme cuenta de que la señorita Gattet es una joven excepcional, dotada de sólidas cualidades que uno no está habituado a hallar en las jóvenes de hoy día.

Al frecuentarla, al conocerla cambió completamente el hombre que yo era, el jugador, el juerguista, se transformó de la noche a la mañana en un joven serio... Más aun: en un enamorado sincero.

Pero, no tardé mucho en notar que Madette perdóneme que le dé este nombre — estaba triste y preocupada.

Una conversación leal con ella me reveló el objeto de sus inquietudes y de su incurable melancolía. Era usted, señor, por quien ella guardaba en el fondo de su corazón un amor antrañable a despecho de su desaparición misteriosa.

Iba lealmente a abandonar la partida, cuando un día, el señor Chautin me dijo que su sobrina aceptaba ser mi esposa.

¿Qué había pasado en el corazón de Madette? ¿Lo había olvidado súbitamente a usted?

¿Se sacrificaba por una razón que yo aun ignoraba? Le confieso que quedé perplejo. Parecía más que nunca resignada y triste.

Por fin esta noche, señor — la noche de nuestro compromiso — leí en su corazón como en un libro abierto y descubrí la verdad.

Cuando traté de besarla, — cosa natural al punto a que habían llegado las cosas — comprendí por su negativa que ella lo amaba siempre, más que nunca, a pesar y contra todo.

Por una casualidad, vi la luz en este cuarto que sabía era el suyo... Hallé en seguida un pretexto para venir a asegurarme.

Y lo hallo perfectamente equilibrado, sano de cuerpo y espíritu, cuando mi padre me había hablado de un veneno lento que le administraría y que haría de usted un muerto vivo.

Constato igualmente — añadió el señor de Laisy — que ama usted siempre a Madette. ¡Oh, no diga que no! No se habla tan amargamente de una mujer que es indiferente!...

Entonces, he venido para decirle lealmente: Aunque soy el hijo de Wyoming, aun queda en mí un gérmen de honestidad que ha florecido de pronto en el fondo de mi alma. Le cedo mi lugar. Es usted el verdadero novio de Madette.

Expío en este momento, las faltas que no he cometido. Es una manera como otra de pagar... y devolviéndole esta noche, a la que lo ama, me rehabilito a mis propios ojos.

He ahí donde estoy, señor Martinier. No me reproche el haber tomado su lugar, sabiéndolo vivo y secuestrado por mi padre — puesto que esta noche se la devuelvo y no me odie, se lo suplico, porque no soy más que un pobre ser al que hay que compadecer.

He ahí lo que tenía que decirle, señor; esta noche me ve usted por primera y última vez.

Mañana, partiré a Lyon para deshacerme de todo lo que me partenece y luego tomaré el tren para Marsella. Allí tengo algunos amigos que me facilitaran mi pasaje para la India, donde mi padre posee importantes propiedades cuya administración descuida.

Entonces, señor Martinier, vístase usted rápidamente, no hay que hacer esperar más a Madette.

Suba donde ella está, tiéndale los brazos y entre los besos que le de, reserve uno de mi parte, para reemplazar aquel que jamás quiso darme!...

Jean comprendió que el hombre que en la oscuridad hacía inauditos esfuerzos para contener los sollozos, sufría horriblemente.

Buscó la mano de René de Laisy y la estrechó entre las suyas.

—Señor — le dijo — es usted un hombre honrado y un caballero... Le pido perdón por haberme dejado llevar de la cólera y haberle dicho palabras crueles... Me inclino ante su sacrificio y le doy las gracias.

¡Qué el gesto que acaba usted de tener le de felicidad!... Le prometo, que el primer beso que de a Madette será de su parte...

Y cuando con ella, evoquemos su nombre, será sin amargura, y con gran emoción, pues será siempre para nosotros ¡se lo juro! el nombre de un amigo!...

Con un mismo impulso, los dos jóvenes se arrojaron uno en brazos del otro.

Entonces se dieron cuenta que lloraban.

Capítulo XXIV

DUO DE AMOR

El abrazo fué largo, entre Jean y Madette. Ambos saboreaban con éxtasis, el minuto sagrado que al fin los reunía, y cerraban los ojos para tener la ilusión de que duraría eternamente.

—Ve a ver lo que hacen — sugirió la señora Gattet — estoy un poco inquieta.

El señor Chautin se levantó, con una masa en la mano y, en puntas de pies se aventuró en el corredor, vagamente iluminado por un farol de colores.

Al ver las dos sombras que no formaban más que una y no parecieron notar su presencia, no insistió y dió media vuelta.

—¿Y qué? — dijo la señora Gattet al verlo entrar en el comedor haciendo grandes gestos de estupefacción.

—Es inútil inquietarse Juanita — dijo el señor Chautin. — ¡Se están abrazando! ¡Que quieres!

proximamente
Retazos
Retazos
Retazos
0.10 ¢
la revista de la mujer

La señora Gattet sonrió con indulgencia.

—Si supieras que feliz me siento, Toine— dijo — de verlos que se aman tanto!...

Sin embargo, Madette se había desprendido de los brazos de Jean.

—¡Ven! — le dijo.

Viendo aparecer a Jean Martinier en el umbral de la pieza, la señora Gattet quedó como clavada sobre su silla y el señor Chautin estuvo a punto de dejar caer la copa de champagne que tenía en la mano.

Madette, llenaba de besos a su abuela y a su tío, mientras Jean un poco torpe y molesto de hallarse en ese comedor florido, que respiraba aire de fiesta, no sabía que actitud tomar.

—¡Ven como tenía razón! — exclamó la joven en el colmo de la alegría. — ¡Yo sabía que él no había muerto... que volvería un día!

—¿Y... y René? — interrogó el tío Toine a quien la emoción había cortado el movimiento y que estaba en su asiento con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿René?... ¡Ah! no turbe mi felicidad, tío! — replicó Madette.

Una vez más, la señora Gattet tendió los brazos al joven y lo hizo sentar a su lado:

—¿De dónde vienes hijo mío? — le preguntó.

—¡De más lejos que la muerte, quizá! — respondió Jean. — Pero, ante todo déjeme decirle que si estoy aquí, a esta hora, en medio de una fiesta que no me estaba destinada, es que alguien me ha traído, por así decirlo a la propia puerta.

—¿Quién? — preguntó el tío Toine, aun asombrado.

—¡René de Laisy!

La señora Gattet y el señor Chautin se miraron.

—¿Lo conocía usted?

—No. Recién acabo de verlo, hace un momento. Hemos tenido una explicación muy emocionante, y lo que el me dijo me ha revelado al fin, el enigma del drama de que fui involuntario héroe. Yo era simplemente el prisionero de su padre y me salvó un hombre sublime de abnegación: Roberto, el mendigo del Bosque Negro.

—¿Roberto? — exclamó la señora Gattet.

Sólo Madette, envuelta en la felicidad del momento, no trataba de comprender.

Sentada al lado de Jean se estrechaba contra él como temerosa de perderlo de nuevo.

—Bueno — dijo pensativo el tío Toine todo eso no nos dice de donde viene usted, Jean, lo que hizo durante estos cinco meses de ausencia, y porque estaba prisionero del señor de Laisy padre, que yo creía que había muerto.

—Yo no estaba en casa del señor de Laisy — dijo Jean Martinier. — Efectivamente, no existe un señor de Laisy padre. Estaba secuestrado por el profesor Wyoming.

—Wyoming ¿esa especie de fakir que, en compañía de un hindú, daba sesiones en el Edén.

—¡El mismo!

—¡Oh! ¡Eso es formidable!

—Y Roberto ¿dónde está? — preguntó Madette.

—Lo dejé hace dos horas. Estaba en su casa — respondió Jean — ¡Qué hombre bueno!

—¡Ha mantenido su promesa!

—¿Qué promesa? — interrogó la señora Gattet.

—La que me hizo un día, de devolverme a mi novio — respondió Madette. — Sólo él me dió valor y confianza. Y el sábado pasado, cuando fuí a verlo, y comprendí, por sus restricciones, por/sus medias palabras que sabía que Jean estaba vivo, me sentí feliz ¡muy feliz!

—¿Por qué no nos dijiste nada de todo eso? — le respondió dulcemente la señora Gattet.

—¡Tenía tanto miedo de darles una falsa esperanza!

—Bueno, ahora dejemos hablar a Jean — dijo el señor Chautin. — Debe querer contarnos todo, desde el famoso domingo de invierno que salió en motocicleta a Rive-de-Gier.

—Antes de comenzar — declaró el joven — es preciso que me prometan, que todo el relato que voy a hacer quedará entre nosotros.

¡Les pido, que no divulguen nada!... Lo he prometido formalmente al hombre admirable que tuvo el valor de penetrar en casa de Wyoming y exigir mi libertad. Sobre todo ¡que la policía no sepa nada!

—¡Toma! — dijo el tío Toine. — ¿Roberto no quiere que la policía meta la nariz en sus asuntos?

—No crean que teme a la policía — protestó Jean. — Roberto es el hombre más honrado de la tierra. Lo que quiere evitar, a todo precio, es que una mujer inocente se vea envuelta en este asunto.

—¿Irene Valmont? — preguntó Madette dulcemente

—¡Como! — exclamó Jean. — ¿La conocías?

—No, he oído una sola vez pronunciar su nombre por Roberto. Había en su voz, tal fervor, tal respeto, que comprendí que esa mujer había representado un papel importante en su vida.

—¡Irene Valmont! — exclamó el señor Chautin — Yo también la conozco, fué mi antigua patrona. ¡Siga Jean!

Y Jean hizo a sus tres auditores, el relato de los cinco meses trágicos que acababa de vivir.

Estos, lo escucharon con tal atención que ni una sola vez lo interrumpieron.

Al fin Jean acabó su relato, con la visita inopinada de René de Laisy pocas horas antes.

Al oírlo, Madette no pudo dejar de lanzar un profundo suspiro.

—¡Que buen muchacho! — murmuró. — Lo compadezco de todo corazón.

El tiempo había pasado rápidamente sin que nadie se diera cuenta.

Por la ventana entreabierta, el alba entraba poco a poco en el comedor.

—¿No hay nada más para comer? — preguntó el tío Toine cuando Jean se calló.

—¿No tienes vergüenza- — le contestó su hermana. — Ya es hora de ir a dormir. Van a ser las cuatro. Jean debe estar cansado.

—¡Ni me acuerdo de eso, abuelita! — con-

testó este último. — ¡Soy tan feliz!

—Usted sí debe estar cansada, abuelita — afirmó Madette. — y usted también tío, mañana vengan a almorzar con nosotros.... más sencillamente esta vez... para tener el placer de estar otra vez reunidos.

—¿Mañana? ¡Dentro de un rato, querrás decir, — rectificó el tío Toine — Entendido. Todavía tenemos mucho que hablar con Jean ¡Pero que lástima que no se pueda lanzar toda la policía de Saint Etienne detrás de ese bandido de Wyoming!

—¡Nada se pierde con esperar! — aseguró Jean Martinier. — Tiene una cuenta que arreglar con Roberto...

El señor Chautin se despidió y prometió estar de vuelta a medio día.

Poco después de su partida, la señora Gattet dió la señal de acostarse.

—¡Todavía no! — suplicó Madette. — Déjeme que me quede un rato más con Jean.

La anciana, adivinando tanta felicidad en la mirada de la joven, no se atrevió a negarse y se retiró discretamente a su cuarto.

Cuando estuvieron solos, los jóvenes se arrojaron una vez más en brazos uno del otro.

Jean cubrió de apasionados besos el rostro de su novia. Pero al llevar sus manos a sus labios, una sombra pasó por su mirada.

Y con aire desesperado, dejó caer la mano izquierda de la joven.

Madette enrojeció como tomada en falta.

—¡Perdón Jean! — dijo dulcemente, sacando de su dedo el anillo de compromiso.

—¡Madette! — exclámó el joven tomando entre sus manos la cabeza de la joven y clavando su mirada en sus ojos puros. — ¿Es verdad lo que dijo el hijo de Wyoming?... ¿No lo amas?...

—¡Oh! ¡Jean! — contestó Madette. — Me haces sufrir horriblemente al hacerme esa pregunta y al dudar de mí. René te dijo la pura verdad. Jamás he amado a nadie más que a ti ¡te lo juro!

—Sin embargo, te hubieras casado con él si yo no hubiera regresado.

—Me hubiera casado sin amor, Jean. Me veía obligada a ese casamiento... Te explicaré por qué... Pero no quiero que una sola duda subsista en tu mente. Este anillo, no quiero guardarlo. Ahora mismo, escribiré a René para devolverle su anillo.

Madette fué a buscar a su cuarto papel y su lapicera, empujó las copas y platos que llenaban la mesa y se puso a escribir.

Inclinado detrás de ella, Jean Martinier leyó la carta siguiente:

"Mi amigo:

"Es usted, quien hace un rato trajo a mi puerta al que esperaba desde hace cinco meses y a quien no había dejado de llorar.

"Mi corazón se lo agradece, al mismo tiempo que le asegura toda mi gratitud y todo mi afecto.

"Cuando uno se siente, lo bastante fuerte como para ser el artesano de la felicidad de la mujer que ama, aun a costa de la suya propia, se engrandece a sus propios ojos y no teme nada de la vida.

"De su buena acción, tendrá usted pronto la recompensa, aunque no sea más que la de sentir su conciencia pura y sin mancha.

"Quisiera que esta carta de adiós le llegara antes de su partida de Francia hacia el país misterioso y lejano, donde vivirá después, a fin de que le haga más dulce la melancolía de la partida.

"He aquí el anillo que usted colocó en mi dedo. Se lo devuelvo. ¿No era acaso demasiado bello, para una pobre niña como yo?

"Conozco demasiado lo que es el sufrimiento de amar para no saber que mientras le escribo estas líneas, usted debe hallarse envuelto en la más negra de las tristezas, en el más horrible de los dolores.

"Perdóneme que yo sea la causa... Acaso es uno a veces responsable del mal que causa?

"Le tiende lealmente la mano, como a un buen camarada y me digo su amiga, en el sentido más amplio y más bello de la palabra

Magdalena Gattet"

—Yo no sé donde dirigir la carta — dijo la joven volviéndose hacia Jean. — Es probable que René no esté ya en Saint Etienne.

—Me dijo que estaría varios días en Lyon.

—¡Oh! Entonces sé su dirección... Calle Grolle.

Mientras ella escribía el sobre, Jean tomó distraídamente de encima de la mesa, el anillo de platino, con un enorme solitario.

Lo miró un rato en silencio y dijo con tristeza devolviéndoselo a Madette:

—¡Jamás podré hacerte semejante regalo!...

—¿Qué importa? — contestó ésta. — Este anillo era demasiado bello para mí que no soy más que una chica abandonada...

—¿Qué? — exclamó Jean sorprendido.

—¡Ah, es cierto que no sabes! Sí, mi querido, no soy más que una pobre chica abandonada... Lo supe... una noche... durante tu ausencia. La señora Gattet me contó la historia de mi vida y me confesó que me encontró una noche, en París en la ribera del Sena. Fué un desconocido que, después de haber vacilado al querer arrojarme al agua me dejó en el puente. La señora Gattet cuya existencia había sido hasta entonces bastante tormentosa, me recogió y me crió como a su propia hija.

—Entonces... ¿la señora Gattet no es tu abuela?...

—No, Jean, pero yo la quiero como si lo fuera ¿comprendes la deuda de agradecimiento que tengo hacia ella? Si soy una joven honrada y juiciosa es a ella, a quien lo debo. Por eso, al verme pedida en matrimonio por un joven rico, me he sacrificado hasta aceptar un matrimonio con él, con la esperanza de hacer más tranquila la vejez de mi abuela, que no es rica!... He ahí la razón por qué acepté ser la señora de Laisy.

—¿Un joven rico, dices? Anoche René me confesó que no tenía más que deudas.

—¡No es posible!...

—Me dijo también que si había consentido pedirte en matrimonio era porque su padre no lo dejara sin dinero. ¡Qué raro es todo esto!

Esta constatación hundió a Jean y a Madette en un abismo de reflexiones.

Capítulo XXV

"¡JEAN... SOCORRO!"

Jean salió lentamente del pesado sueño en el que había estado sumido, al acostarse, pocas horas antes.

Estaba aún tan cansado que no recobró en seguida conciencia de la realidad.

Se sentó en la cama, dirigió una mirada circular a su cuarto y recordando súbitamente los acontecimientos de la víspera, sintió una inmensa alegría.

¡Era libre!... ¡Se despertaba en su cuarto que tantos recuerdos le evocaba!... Miró la hora; eran las diez de la mañana. Con la cabeza dolorida se levantó.

Lo primero que hizo fué dirigir una mirada al cuarto de Madette. La ventana estaba abierta.

"¡Madette es más valiente que yo! — pensó. — Debe estar levantada hace mucho rato.

¡Ya las diez! ¡Y Roberto que me había dicho que vendría temprano! ¡Con tal que haya dormido tanto como yo!... ¡Anoche estaba tan cansado!...

Como para contestar a su pensamiento, oyó que golpeaban suavemente a la puerta.

Jean se precipitó y abrió a Roberto que entró en la pieza tendiéndole la mano.

—¡Tiene usted el sueño pesado! — le dijo riendo. — Hace una hora y media que estoy ante su puerta. Si no hubiera oído, colocando el oído contra la cerradura, su respiración, hubiera creído que no estaba, que había desaparecido de nuevo... o que estaba muerto.

—"¿Cómo haré ahora para hablarle de la señorita Gattet? — pensó el viejo mendigo. — ¡Qué pena le va a dar al saber que está de novia! ¿Me creerá cuando le cuente lo que pasó y por qué Madette consintió en casarse con el señor de Laisy! ¡El todavía no me habló de Madette!...

En el momento en que iba a hablar de eso, Roberto, tuvo la sorpresa de ver a Jean que se precipitaba hacia la ventana, la abría y gritaba:

—¡Buen día Madette! ¿Has dormido bien? Dentro de una hora estoy a tu lado!...

Se inclinó para ver si no era objeto de una alucinación y vió a Madette, con el rostro transfigurado de alegría, que enviaba, con las puntas de los dedos besos a Jean.

Quedó estupefacto.

—¿Usted... usted la vió ya? — balbuceó el mendigo.

—¡Claro Roberto, anoche mismo! — contestó Jean.

—¿Entonces usted sabe? ¿Ella le dijo?

—Sí, Madette y yo nos hemos explicado.

—Ella — ¿le dijo que tenía otro novio?

—¿Por qué me lo hubiera ocultado? ¡Matemáticas sentimentales! Desaparece un novio se presenta otro; vuelve el primero, el segundo desaparece.

—¿El señor de Laisy ha desaparecido también?

—Casi ¡oh, es todo una historia! Figúrese que anoche, cuando él cenaba en casa de la señora Gattet, por una casualidad vió luz en mi cuarto.

Lo intrigó y quiso venir a ver. Hemos conversado un rato. Y en lugar de hallarme frente a un enemigo, vi que estaba frente a un muchacho leal y honrado.

Se sacrificó noblemente y a pesar de su desesperación y al desmoronamiento de todos sus sueños — pues creo que amaba profundamente a Madette — me cedió su lugar y me llevó hasta la puerta del departamento de la señora Gattet después de afirmarme que se iría para siempre.

Roberto no podía creer a sus oídos.

—¡No es posible! ¡No es posible! — repetía bajando la cabeza.

—¿Y sabe usted — siguió Jean — quien es en realidad ese joven?

—Es René de Laisy.

—El hijo natural de Wyoming.

Roberto quedó anonadado por esa revelación.

—¡René de Laisy era el hijo de ese asesino! Comprendo ahora por qué fué a la Paroliere! Además tiene cierto parecido con su padre cuando tenía su edad.

—¿Conoció usted a Wyoming cuando era joven? — preguntó Jean en el colmo de la sorpresa.

—Sí... Es lo que me permitió exigir de él que le devolviera la libertad.

—¿Quién es? ¿De dónde sale? ¿De dónde viene ese monstruo?

—Ese es mi secreto — dijo con solemnidad Roberto — Quizá se lo diré... un día... cuando haya vuelto a la Paroliere y lo haya matado como a un perro.

—¿Tanto daño le ha hecho?

—¿El? Ha tratado de ser el amante de Irene Valmont...

—Jean colocó familiarmente su mano sobre el hombro de su interlocutor.

—Roberto — le dijo gravemente — estamos solos, podemos hablar con toda franqueza. Abrame su corazón... adivino en su existencia un drama al que la señora Valmont está mezclada. ¿Qué sabe usted de ella, Roberto? ¡Dígamelo, se lo suplico!

—No, no — exclamó el viejo mendigo — no me haga hablar de ella. No puede usted figurarse los sufrimientos que me torturan desde hace veinte años.

—Roberto ¿usted ha amado a esa mujer?

Esa pregunta pareció herir al pobre hombre en pleno corazón pues se llevó ambas manos al pecho.

—¡Cállese! ¡Cállese! — balbuceó. — ¡No diga eso!

—¿Qué mal hay en eso, mi amigo? — replicó Jean mirando al pobre hombre que temblaba — usted no ha sido siempre el hombre que canta para ganar su pan. Usted ha sido joven Roberto, usted ha tenido un corazón que ha latido fuerte en su pecho.... Adivino muchas cosas... Usted no pudo amar a la señora Valmont más que de lejos porque era pobre ¿verdad? Y yo, que hasta ayer lo tenía por un pobre ser medio loco, que hacía reír a la gente con su propia locura!...

(Continuará)

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

El Cobra era tan diestro en clavar la hoja de su cuchillo en una parte vital del cuerpo de su prójimo como un espada en el del toro. Un puñal, en manos expertas, es tan eficiente como una bala o quizá más. Tiene la ventaja de ser silencioso, factor muy importante si se tiene en cuenta la atmósfera de un sitio como el antro de Araña Burke.

Algo acarició la ganganta del mozo y el grito que estaba en sus labios murió en un gorgoteo. Con desesperada fuerza, logró arrancarse a la garra del sheriff, halló a tientas la perilla de la puerta y cayó dentro del salón del bar, aterrando a los pocos ocupantes de él con la herida que manchaba de rojo su delantal.

El Cobra lanzó un rugido de fiera al comprender que la hoja se había clavado en el mozo en vez de hacerlo en el cuerpo de Río Kid. Ahora bajó la punta del arma para dirigirla hacia el estómago del sheriff.

Nada hay tan mortalmente feroz como un duelo en que toma parte el acero. Ni Río Kid ni el Cobra querían atraer la atención. Aunque cada uno tenía motivos distintos para aquella pelea, en ese punto estaban de acuerdo. La intervención resultaría desastrosa para los planes de Kid, mientras que se precisaría muy poco pretexto para que la justicia sentenciara al chino a ser fusilado

Felizmente la luz que entraba por la puerta entornada permitió a Río Kid ver a tiempo el segundo ataque de el Cobra. Bajó la mano izquierda para protegerse el estómago y extendió la derecha hacia la mandíbula de el Cobra.

El cuchillo le cortó la manga del saco y una rebanada de carne del antebrazo. El puñetazo alcanzó al asesino en el ojo y le hizo perder el equilibrio. Cedió terreno; pero sólo para intentar otro ataque. Poca oportunidad tenía Río Kid para usar el mango de su revólver como cachiporra y tampoco quería hacerlo. Su instinto era más primitivo que eso.

Veía rojo y su único deseo era retorcerle el cuello al chino con las manos limpias y luego agarrarlo y enroscárselo alrededor del pescuezo a Araña Burke. La puerta de una de las habitaciones privadas que daban al sucio corredor se abrió y apareció el Puñales, adelantándose con paso felino. Traía en su mano, esbelta como una garra, un cuchillo cuya hoja medía doce pulgadas.

El Puñales, con un ojo pegado a la rendija de la puerta, había descubierto que nada hay más cierto que el viejo axioma que afirma: "la mano puede ser más rápida que el ojo". Lo que había ocurrido había sido demasiado rápido para el Puñales, de ahí su demora en exhibir sus propias proezas como cuchillero.

Pensó el Puñales que su compañero el Cobra podía necesitar una manito: Y le intrigó también que no apareciera el comisario Furlong. Su misión era hacerle a éste algunos dibujos con el cuchillo; pero como no había

Aventuras de Barnigugli, por Debeck
En estos momentos hacen su aparición, Barnigugli, su discípulo Fortachún y el adversario de éste Gorila Bruto. ¡El público los aclama con delirio! ¡Se va a iniciar la lucha!
¡VAMOS. FORTACHUN! ANIMO Y RECUERDA EL GANCHO AL CUELLO Y EL GOLPE SECRETO QUE TE HE ENSEÑADO
¡NO ME DEJES MAL, GORILA! ECHATE SOBRE EL, SIN COMPASION!
¡Zas! ¡Chás!
SECCION A
!!!
¡EH! ¡FORTACHUN! BAJAL
A ESE TIPO DE AHI QUE Y
LE VOY A DAR LA YAPA
DEBECK
© 1932, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.

Trasmite A B C D, etc., directamente desde el campo de deportes, donde dentro de breves instantes se realizará el encuentro de lucha más formidable de todos los siglos. El estadio se halla completamente ocupado por el público. mientras que las puertas de acceso y las calles adyacentes están atestadas de gente
1
3
¡CUIDADO, FORTACHUN! ¡DALE LEÑA HASTA QUE YO TE DIGA BASTA!
4
"BONG!!
5
Ahora es imposible describir la pelea. Es algo espantoso... Los luchadores vuelan por el aire.... Han caído en medio del público...
8
9

aparecido pensó que, entre tanto, podía desquitarse con Río Kid.

El "palacio" de Araña Burke tenía una puerta al fondo; pero estaba cerrada con llave por el lado de adentro, para impedir la entrada a visitantes inoportunos. Flash Furlong, después de descubrir esto se puso a buscar un medio de vencer el obstáculo.

Ensayó una ventana, que había sido clavada cuando se hizo el edificio y había seguido así desde entonces.

De pronto llegó a oídos del fornido y joven comisario el ruido de una caída y un grito de agonía, seguido por los inconfundibles de lucha.

—¡Al diablo! — chilló Flash y, retrocediendo unos pasos, bajó la cabeza.

Un momento después entraba al establecimiento arrastrando los paneles de la puerta del fondo. Como rompe-puertas, Flash Furlong no tenía rival.

El Puñales se dió vuelta como sobre un eje para ver una figura que entraba en medio de fragmentos de madera. No estaba seguro de que fuera el retardado Flash; pero comprendió que el intruso no vendría a hacer una visita amistosa. Rápidamente dejó que Río Kid y el Cobra se entendieron solos, mientras atendía a aquella nueva amenaza.

Tenía la ventaja de que sus ojos estaban acostumbrados a la luz, mientras que Flash, que había estado en la obscuridad de afuera, sintiose ligeramente deslumbrado.

Sin embargo, el joven comisario vió la sombra de un hombre que se le venía encima y calculó que la expresión más tierna de bienvenida que podía recibir sería una puñalada o un balazo.

La rápida intuición, más bien que la vista, lo informó de que su atacante estaba armado de un cuchillo. Un pistolero hubiera retrocedido, a fin de ganar tiempo para apuntar; pero este tipo avanzaba, como una serpiente que va amorder.

El instinto del desierto en Flash Furlong iba a proteger su cuerpo. Ayopó la espalda contra la puerta rota y extendió el pie derecho. Su bota pegó en mitad del cuerpo de su adversario, mientras él quedaba fuera del alcance del puñal.

El Puñales lanzó un gruñido y retrocedió, con ahogada, blasfemia.

—¡Ven por otra! — murmuró Flash. — ¡Ven, perro asesino!

No dió al otro oportunidad de recobrar el equilibrio, si no que se lanzó hacia adelante con los puños extendidos.

Sin embargo, el Puñales era maestro en la pelea cuerpo a cuerpo. Se tiró al suelo y rodó sobre la espalda. Era una maniobra que había aprendido en su escuela de sangre. Lo colocaba debajo de su adversario en una posición de sacarle los intestinos afuera.

Flash saltó hacia atrás, apenas a tiempo, mientras el asesino, desde el suelo, le tiraba una puñalada al estómago.

—¡Anguila maldita! — exclamó el comisario — ¡Qué habías sido traicionero! Sacó su revólver 45 mientras el otro se paraba sobre los talones, agazapándose para otro salto.

De pronto se abrió la puerta de otro de los cuartitos que daban al corredor y saltó de ella Reno Blackie, con una gran pistola automática en cada mano. Los caballeros del cuchillo, que habían sido contratados para cometer el asesinato, encontraban la tarea bastante difícil, al parecer. Algo había salido mal. Brilló un fogonazo y resonó una detonación, probando que la cosa no iba a ser solamente a arma blanca.

EL VIEJO SEIS TIROS

La casa de Araña Burke nunca descansaba, al parecer, sobre sus laureles. Tenía bien ganada su fama de sitio bullicioso. Y aquella noche todo indicaba que el bochinche iba a ser descomunal.

El alma de escorpión del propietario comprendió que el pequeño duelo a cuchillo se iba a transformar en batalla campal con toda clase de armas, incluso las de fuego. Al ver al mozo con la garganta cortada, los pocos parroquianos se habían marchado más que a prisa.

Mesas, sillas, botellas y jarros de cerveza cayeron al suelo, añadiendo estrépito al que se oía en la, habitualmente tranquila, trastienda. El mozo se dobló en dos, mientras Burke lo contemplaba con ojos indecisos.

Luego sintió que arrancaban una puerta de sus visagras y poco después la detonación de una pistola, que sirvió de preludio al estruendo inconfundible de un Colt de seis tiros.

Era tiempo, decidió Burke, de ir en auxilio de su gente. De modo que movió una llave y todo el sitio quedó sumido en profunda obscuridad. La victoria sería ahora del más listo. Y el más listo tendría que serlo en grado sumo.

Un cuchillo, en la obscuridad, no tiene que ir muy lejos para cumplir su obra.

El Cobra procuró valientemente hallar un sitio en el cuerpo de Río Kid para pincharle; pero los dedos del otro le agarraron la muñeca antes de que fuera descargado el golpe, mientras lo lanzaba contra la pared, con sorprendente fuerza.

Empezó a caer baba de la boca del chino, mientras la mano derecha de Río Kid lo agarraba por la garganta. Su cara impasible se puso espantosa de odio, mientras luchaba para soltarse. Escupió, pateó y arañó, con la mano libre, como gato salvaje.

Pero su método de vida no lo había preparado para pelear contra un hijo de las praderas, fuerte como un potro salvaje.

Río Kid retorció la mano armada de el Cobra, a la vez que le oprimía el cuello.

Atrajo a sí al asesino, sólo para volver a lanzarlo contra la pared con una fuerza que conmovió al edificio.

—¡Demonio amarillo! — jadeó el sheriff. — Tú y tu maldito escarbadiente no podrán contra mí.

Otra torsión y el cuchillo de el Cobra cayó de su torturada mano.

—Y ahora, estás perdido — dijo Río Kid, mientras apretaba al asesino contra el tabique

El chino lanzó un grito ahogado, llamando al Puñales en su ayuda. Pero este caballero tenía bastante que hacer y no se hallaba en situación de prestar ayuda a su colega. Fué, sin embargo, en este momento que Reno Blackie intervino. El pistolero hizo fuego a la sombra de Flash Furlong; pero el comisario, descubriendo la nueva amenaza, se había refugiado en la puerta de una de las habitaciones privadas.

Al moverse hizo fuego al hombre que estaba atrás, pero le erró. Un momento después las luces del salón del frente se apagaron.

Como un gato que acecha a su presa, el Puñales se deslizó silenciosamente, un pie o dos. Esperaría el fogonazo del revólver de su enemigo, mientras que la obscuridad lo protegía a él y a su silencioso cuchillo. Estaba furioso por su fracaso al no encontrar un sitio vulnerable donde hundir su arma. Deseaba hacer picadillo a aquel jactancioso individuo que había aparecido en escena.

Al oír los tiros comprendió Río Kid que había otros enemigos en lo de Araña Burke, además de los cuchilleros. El también había visto fugazmente al tercer bandido antes de apagarse las luces. La pelea iba a ser a muerte. Aquellos asesinos, estaba seguro, eran pagados por la persona que maquinó el robo del Banco de los Ganaderos.

Estaba cierto de que el jefe de los bandidos no concedía valor a la vida humana.

No dudaba el sheriff de que los dos malhechores muertos en Palomas eran solamente individuos alquilados para cubrir la fuga. Y era muy probable que el único interés que estos otros tenían en el asunto era el dinero que recibirían por la muerte del sheriff y de Flash Furlong.

Flash dió la vuelta por el fondo de la casa buscando una entrada

La emboscada se preparó para quitar del medio a los hombres que estaban sobre la pista de los ladrones. Si no hubiera mordido aquella carnada, era revelar que Río Kid estaba sobre aviso y no iba a dejarse engañar por la ingeniosa estratagema del otro. Y su única esperanza de recobrar el dinero robado era fingir que ignoraba los planes de los ladrones.

Una vez que el verdadero jefe se alarmara, escarparía rápidamente a algún sitio más retirado, quizá al desierto de la Baja California. Ciertamente no era lógico pensar que el jefe y su mal adquirido botín estaban en lo de Araña Burke. Confiado en grado sumo, bajo su máscara, se quedaría probablemente en las inmediaciones de la Ensenada, mientras no viera amenazada su seguridad.

El cerebro de Río Kid trabajó rápidamente. El y Flash habían entrado violentamente y violentamente tenían que abrirse paso para salir... si es que salían. Los muertos no podrían ayudar a los hombres que habían depositado su dinero en el Banco de Palomas, y el cadáver de un sheriff tiene escaso valor comercial. Por consiguiente ahora todo consistía en tener agilidad en los pies.

Salir atravesando el salón no había ni que pensarlo. Probablemente el estimable Araña Burke estaba acechando en alguna parte, detrás de la puerta, armado a pistola. Era preciso buscar otro medio.

Río Kid agarró a el Cobra con la mano izquierda y con la derecha sacó su revólver. Le pegó al chino un golpe en la cabeza, con la culata y luego lo dejó caer al suelo.

Las pistolas de Reno Blackie iluminaban la obscuridad y una bala pasó cerca de la mejilla de Río Kid. Esperó un momento y luego tiró en dirección a los fogonazos del otro. Pero Reno Blackie estaba en movimiento y la bala sólo le rozó las costillas.

El bandido se metió de nuevo en el cuartito de donde había salido, hallando que aquel pasadizo era demasiado peligroso. Tropezó con una silla y el ruido instantáneamente provocó una detonación del viejo revólver de Río Kid. La bala atravesó un panel de la puerta y varias astillas pegaron casi en la cara del ladrón del banco.

Reno Blackie contuvo el aliento, mientras su mente empezaba a considerar los medios de salir, si la retirada se hacía necesaria. Maldijo entre dientes a el Cobra por haber fracasado en su misión. Eran unos maulas aquellos asesinos alquilados. Si la suerte se volvía contra ellos, tenían que fumar opio o tomar cocaína antes de que volvieran a servir para algo.

El Puñales estaba agachado sobre sus flacas caderas, esperando con el cuchillo levantado que la pistola que tenía Flash en la mano iluminara la obscuridad con su reflejo anaranjado.

El comisario, sin embargo, ya había tenido que habérselas antes con cuchilleros y sabía de que manera mortal arrojaban su arma. Despacito se dejó caer al suelo, a través del umbral del cuarto donde se había retirado pocos momentos antes.

Apoyó el codo en el suelo, colocó su mano armada en posición de tiro, luego levantó la izquierda sobre su cabeza lo más alto que pudo y suavemente arañó el tabique.

La estratagema dió resultado. Instantáneamente se advirtió un ligero movimiento y algo atravesó el aire. El cuchillo fué a clavarse en la madera. Flash oprimió el gatillo de su revólver y la bala partió en dirección al sitio donde un ligero ruido, al lanzar el

cuchillo, reveló la presencia de el Puñales.

La bala dió en el blanco y el asesino cayó. Se sintieron dos o tres pataleos espasmódicos y el alma del ilustre Puñales emprendió el vuelo.

Hubo un intervalo de silencio. El sitio estaba lleno de humo acre de pólvora, que se mezclaba con los otros olores. Por la puerta rota entraba una ráfaga de aire puro, renovando un poco la asfixiante atmósfera.

Flash sabía que Río Kid estaba agachado en alguna parte del angosto pasaje, entre él y la puerta del cuartito donde había visto a Reno Blackie, con las dos pistolas automáticas. Nada podía hacer allí, sin correr riesgo de herir al sheriff, de manera que empezó a retirarse despacio hacia la puerta, por la cual había entrado violentamente momentos antes.

Una vez afuera, Flash le habló a Río Kid en voz baja, con la intención de que llegara a oídos del pistolero.

—¡Manténgale ahí! Yo voy a incendiar este antro.

Pero ya Río Kid se dirigía con precaución hacia la puerta rota. Se oían pasos en las calles, angostas y sucias, que cruzaban la que enfrentaba la taberna de Burke. Voces excitadas avisaban de que, en la taberna, estaban peleando.

No se ganaría nada prolongando el duelo en la obscuridad. Se verían en dificultades con la policía local, cosa que Río Kid deseaba evitar. Había visto y reconocido a Reno Blackie antes de que las luces se apagaran. El arreglo final de cuentas podía esperar hasta más tarde.

Al fin llegó Río Kid al umbral. Una vez afuera se puso de pie. Flash lo esperaba en las sombras.

—¿Está bien, cowboy?

—Sí. ¿Y usted?

—Perfectamente. ¿Cuántos cayeron allí?

—No lo se. Por lo menos dos. ¡Alejémonos!

—¿No era Reno Blackie el que esgrimía dos pistolas?

—Creo que sí.

—Parece que hemos hallado el rastro.

—Así parece. El viejo Yarborough recobrará todavía su dinero.

Cerca de allí, en un callejón, había un auto con el motor en marcha.

—Ahí se iba a marchar alguien — dijo Flash.

—Nosotros quizá — sugirió Río Kid — si los asesinos hubieran tenido suerte.

Con precaución, los dos hombres se dirigieron a la avenida principal. Cada sombra encerraba para ellos un posible enemigo. Se mezclaron con los grupos de curiosos. De labios de los que habían estado en lo de Araña Burke oyeron lúgubres comentarios acerca del mozo herido y muchas opiniones respecto al origen de la pelea.

—Entró un tipo con gorra y dijo: "¿Vió usted a la muchacha?" Araña contestó: "Seguro; está en el fondo". Y ese pájaro que trabaja para Araña lo hizo pasar. Luego se oyó un barullo y el mozo salió herido.

Eran los forasteros quienes parecían excitados y estiraban sus cuellos para ver.

Los mejicanos habían aprendido hacía tiempo a no emocionarse por los tiros.

—Daría cualquier cosa por agarrarlo al hombre cuando salga de ahí — dijo Flash. Se refería a Reno Blackie.

—Es más valioso vivo que muerto ahora — dijo — Quizá nos conducirá adonde está el dinero.

—Como quiera. Pero a mí me parece que sería mejor agarrarlo al tipo y hacerlo confesar. Se marchará de este pueblo y no lo veremos más.

Río Kid y Flash encontraron un portal desierto desde donde se veía el callejón que pasaba por los fondos de lo de Araña Burke y la angosta calle del frente. Se quedaron un rato allí, en las sombras.

—¿Vió usted a la muchacha que le interesaba? — preguntó Flash sarcásticamente.

—Janey no estaba en lo de Araña Burke, naturalmente. — dijo Río Kid. — Era un lazo, como yo me lo figuré.

—¿Ah, sí?

—¿No comprende el juego? Todo fué tramado para atraernos allí. Lo que temo es que descubran la parte que Janey desempeña en el papel. Si sospechan de ella... Bueno, ya sabe lo que trataron de hacer con nosotros.

—¿Está seguro de que ella no quiere traicionarnos? — preguntó Flash. — Yo no me fío...

—Se que parece raro. Yo también dudé de ella Me avergüenza decirlo. Pero ahora no dudo. Desempeña un papel peligroso. Debe haber sospechado antes que yo la verdad. Yo no lo imaginé hasta que hablé con Mary Nason y visitamos la bóveda del banco.

—No se a donde quiere usted ir a parar — dijo con sorna Flash — Pero la última vez que yo ví a la señorita Wray, estaba muy de amor y compañía con ese Berger. Supongo que no va a hacerme creer que vino aquí por usted o... por mí.

—Yo voy a buscarla — dijo Río Kid, ignorando el sarcástico comentario de Flash — Después de lo que ha ocurrido, se que no está segura

—Yo pensé que iba a buscar el dinero.

—El dinero no debe de estar lejos de Janey Wray.

—Vea... yo no puedo creer que esa muchacha... — dijo Flash con algún calor.

—Quédese aquí y vea de averiguar a donde se dirigió Reno Blackie — prosiguió Río Kid sin hacerle caso — Estoy seguro de que buscará otra guarida, cuando vea que la vía está libre.

—A donde vaya ese hombre, si me cruzo con él, — prometió Flash — lo va a pasar mal.

—No cometa imprudencias. — le dijo Río Kid. — Y dentro de una hora reúnase conmigo en el bar americano.

—AAlí estaré — dijo Flash estrechando la mano de Río Kid — o... tendido en el camino...

(Continuará)

Raúl de Lancaste

(Continuación)

ESCUCHADME, caballero, escuchadme...

—Abrid, ¡por Satanás! — interrumpió Martín.

Y apoyó la punta de la daga sobre el pecho de Pablo.

—Abriré, abriré, — se apresuró a decir éste.

—Vamos.

—Pero no tengo aquí la llave...

—¿Dónde la tenéis?

—En mi habitación...

—¿En qué sitio?

—Colgada en un clavo.

—¿Hay alguna otra?

—Ninguna.

—Doña Luz, id a buscarla, porque no n. fío de este bribón... Corred.

—La joven desapareció, volviendo pocos minutos después con una llave, que enseñó a Pablo, preguntándole:

—¿Es esta?

—Sí — respondió el hortelano.

Y exhaló un profundo suspiro.

—Ahora — repuso la hija del comendador — estoy convencida de que me engañasteis y no entregasteis mi carta a doña Margarita.

—Mi intención era buena; pero cuanto me dijisteis y yo os dijo lo estuvo escuchando la superiora, y apenas os separásteis de mí se presentó y me pidió el papel.

—¿Y el dinero que me enseñasteis?

—Me lo dió el comendador Quiñones, a quien llevé una carta al otro día

—¡Mi padre!

—¡Vuestro padre!..

—Vamos — dijo Martín. — Ya sabemos cuanto necesitamos saber.

—¿Y cómo me defenderé? — preguntó Pablo. — ¡Ah!... Estoy perdido, porque la priora no me perdonará.

—¿No estabais de acuerdo con ella?

—Sí.

—Pues decidle la verdad. ¿Qué habéis de hacer cuando os ponen en la alternativa de obedecer o morir?

—Pero vos...

—Añadiréis que la novicia no era una mujer, sino un hombre, y que este hombre se llama Martín.

No era ocasión aquella de muchas explicaciones, porque un minuto podía perderlos.

Dirigiéndose al punto indicado por Martín.

Pablo, convencido de que nada había de adelantar, abrió la puertecilla, dejando el paso libre a los fugitivos.

Apenas salieron éstos, cerró, y echó a correr hacia el convento, mientras gritaba:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Ya era tarde.

Doña Luz y Martín habían encontrado Jorge, don Juan y su leal sirviente.

—¡Hemos triunfado! — exclamó el mancebo.

Y abrazó al flamenco y a Santisteban, en tanto que decía Julián:

—¡Vive el cielo!... El niño vale mucho más que un hombre.

—Ninguno de ellos encontró palabras con que expresar lo que sentía.

Contemplánronse unos a otros como si quisieran convencerse de que no estaban soñando.

Doña Luz era la que parecía no participar del júbilo de todos.

Su mirada se dirigió afanosamente a uno otro lado buscando a Raúl.

Un penoso suspiro se escapó de su pecho.

—Señora — le dijo don Juan, — tranquilizaos, que si no véis aquí al mejor de mis amigos, no es porque le haya sucedido desgracia alguna. En su situación y con su carácter hubiera sido peligroso darle a conocer

este plan, y solamente se le ha dicho que os esperase esta noche.

—Sí — añadió Martín, — era peligroso, porque Raúl se hubiera empeñado en hacer lo mismo que yo, y todo se habría perdido. Soy más joven que él, y bien afeitado pude fácilmente pasar por mujer.

Iba doña Luz a contestar; pero el sirviente de Santisteban la interrumpió para decir:

—¿No estáis oyendo?

—Grita el hortelano — repuso el hijo de Nicasia.

—Y si nos esperamos aquí cinco minutos más...

—Vamos — dijo Jorge.

—Sí — repuso don Juan, — porque aparte del peligro que corremos, es muy justo satisfacer cuanto antes la impaciencia de esta señora.

Julián sacó de debajo de la suya una capa, un sombrero y una espada, entregándolo todo a Martín y diciéndole:

—Tomad.

—No os habéis olvidado de mi encargo... Gracias — contestó el mancebo.

Y dirigiéndose a Jorge, añadió:

—¿Y mi madre?

—En lugar seguro.

—¿Ya se ha trasladado a su nueva vivienda?

—Hace dos días.

—¿Y mi noble protector?

—Nos espera con el señor Raúl.

No hablaron más.

La hija del comendador, profundamente conmovida, se apoyó en el brazo de Martín, y todos se alejaron presurosamente hacia el arroyo del Arenal.

Capítulo LXXIV

DE COMO PABLO REFIRIO LO QUE HABIA SUCEDIDO

Pablo, sin poder apenas respirar, llegó a su habitación.

Su rostro estaba lívido y desfigurado, y sus ojos, abiertos, como si fuesen a saltar de sus órbitas.

—Abrid, abrid — oyó que decían, mientras golpeaban la puerta, que muy acertadamente había cerrado Martín.

Siempre exhalando tristísimos lamentos abrió Pablo y se dejó caer de rodillas ante la abadesa que se presentó diciendo:

—¿Qué sucede? ¿Por qué gritáis así, poniendo en sobresalto a toda la comunidad?

—¡Misericordia! — exclamó Pablo, con acento de súplica desgarradora y extendiendo los brazos y las manos cruzadas.

—¿Qué sucede, qué sucede? — preguntó con impaciencia la priora.

—¡Misericordia, misericordia!...

—Acabad.

—Escuchadme y os convenceréis de mi ino[illegible] No me condenéis sin oírme.

[illegible]ro...

[illegible] he obedecido, reverendísima madre, he cumplido vuestras órdenes con toda exactitud.

—¿Acabaréis de explicaros?

—No es a mí a quien han engañado, sino a vos... ¡Quién había de sospecharlo!... ¡Dios mío!... ¡Qué horror, qué horror!...

—¿Habéis perdido el juicio?

—No estoy loco, no.

—Decid lo que sucede.

—Pero no me condenéis sin escucharme, no me condenéis...

—¡Oh!... Me haréis perder la paciencia.

—¡Se han ido! — exclamó Pablo.

—¡Que se han ido! — murmuró la superiora, cuya frente se contrajo.

—Sí; se han ido ella y él...

—¿Estáis loco?...

—¡Ah!... Ojalá se me hubiera trastornado la cabeza!...

—Levantaos, hablad... ¿Y la hermana María?

El hortelano se levantó, pero tuvo que dejarse caer en una silla, porque le faltaban las fuerzas para sostenerse.

—Sepamos — dijo la superiora, que empezaba a temer lo que había sucedido.

—La hermana María vino hace cerca de una hora.

—¡Tan temprano!...

—No está en eso el mal, sino en que no se presentó sola.

—¡Que no se presentó sola!...

—No, reverenda madre.

—¿Pues quién la acompañaba?

—Esa novicia que hace tres días vino al convento...

—¿La hermana Soledad?

—Sí.

—¿Y ya se han ido?

—Se han ido — murmuró Pablo, dejando escapar un suspiro penoso.

—¿Y por qué la acompañaba? ¿Qué os han dicho? ¿Por qué habéis cerrado después y habéis empezado a gritar?

El hortelano, que tenía miedo de explicar lo sucedido, respondió:

—Yo no he cerrado; cerró la hermana Soledad.

—¿Y luego?

—Me dijeron que debíamos hablar en la huerta; salimos...

—Proseguid, proseguid.

—La novicia se quitó los hábitos y los tiró...

—¡Se desnudó en vuestra presencia!...

—No se desnudó, sino que se quedó con la ropa que siempre debe usar.

—No os entiendo.

—La hermana Soledad no era tal hermana, sino un demonio.

—Estáis loco, estáis loco..

—¡Era un hombre!

—¡Un hombre! — exclamó la priora, con acento de sorpresa y de terror.

—Sí; un hombre poseído de Satanás, un hombre con una buena daga en la cintura...

—¡Dios mío!

—Un hombre con unos puños de hierro... Mirad, debo tener en el cuello señales de sus dedos, porque ha faltado poco para que me ahogue; y en cuanto a su daga, yo sé que tiene buena punta, porque me la hizo sentir en el pecho.

La priora, completamente aturdida, no acertó a responder.

—La hermana María — prosiguió Pablo — tiró los hábitos también; vino, agarró la

llave de la puerta de la tapia y me obligaron a acompañarlos y abrir...

—¡Qué habéis hecho, desdichado!

—¿Qué había de hacer?

—Os habéis perdido.

—Entre morir ahorcado o de una puñalada, no hay gran diferencia, no pude gritar, porque apenas abría la boca, sentía la punta de la daga sobre el corazón... Yo hubiera querido ver en mi lugar a vuestra reverencia o al hombre de más valor. Soy viejo y débil, pero aun siendo joven y fuerte, desarmado como estaba, me era imposible defenderme.

No se necesitaban más explicaciones para comprender lo que había sucedido.

La superiora, como si aun no diese crédito a lo que oía, dijo:

—Venid.

Y seguida de Pablo se dirigió apresuradamente al interior del edificio.

Diez minutos después había registrado escrupulosamente las dos celdas.

—Ya lo veis, reverenda madre, no están.

—¿Decís que han dejado los hábitos en la huerta?

—Sí.

—Quiero verlos.

La superiora parecía haber recobrado las fuerzas de la juventud, según la ligereza con que se movía.

Fueron a la huerta, efectivamente, encontraron allí los sayales.

—¿Qué señas tenía ese hombre?

—Mejor lo conocéis que yo.

—Debía ser muy joven...

—Sí, y no parece que quiere ocultarse, puesto que me dijo su nombre.

—¿Se llama Raúl?

—Martín, solamente Martín.

La superiora meditó algunos instantes.

—Habéis cometido una gran torpeza — dijo luego.

—¿Pero qué podía yo hacer?

—Después que hubieron salido, debisteis vos también salir, y en vez de gritar aquí, gritar en la calle, que tal vez hubiera llegado en vuestro socorro alguna ronda.

—Me hubieran hecho callar de una puñalada.

—Sois demasiado cobarde.

—Reverenda madre, no podéis concebir lo que se siente cuando una daga bien afilada reluce delante de nuestros ojos.

—Bien, ya hablaremos.

—Os he obedecido...

—Seguid obedeciéndome si queréis vivir.

—Mandad, mandad...

—Ya sabéis dónde vive el comendador Quiñones.

—Sí.

Corred...

—La hermana María dijo que el comendador era su padre...

—No os importa.

—¿Qué he de decir a su señoría?

—Lo que ha sucedido.

—¿Qué más?

—Que no me detengo a escribirle, porque no quiero perder un solo instante.

—¿Y luego?

—Haréis lo que os mande el comendador.

—Bien, bien...

—Corred, corred.

Pablo no se detuvo siquiera a tomar su capa y su sombrero.

Con el afán de hacer méritos para que se le perdonase, echó a correr y salió por la misma puerta que antes lo habían hecho doña Luz y Martín.

La superiora volvió a su celda, después de mandar que se recogiesen algunas religiosas que habían abandonado las suyas al oír los gritos del hortelano.

Reflexionando detenidamente se explicó todas las circunstancias que se habían presentado antes del suceso que acababa de tener lugar.

No creía que estaba obligada a responder de aquella desgracia, porque no había cometido ninguna imprudencia, y mucho menos torpeza alguna.

La carta con que se había presentado la fingida novicia, la ponía a cubierto de todo.

Excusado es decir que don Juan de Santisteban había pedido aquella carta, diciendo que necesitaba complacer a una señora muy amiga suya.

¿Debió la superiora conocer que la fingida novicia era un hombre?

No era fácil.

A la edad de Martín, y sin mas que quitarse el escaso bigote que éste tenía, vestido con habilidad y teniendo cuidado de no olvidar su papel, puede fácilmente un hombre pasar por mujer.

Sin embargo, el intento era peligrosísimo, y el plan revelaba, no solamente ingenio, sino la más temeraria audacia.

¿Pero debe sorprendernos en un hombre de las condiciones de Martín?

No: en él no era nada sorprendente, después de lo que se le había visto hacer en otras muchas ocasiones.

Capítulo LXXV

LO QUE HIZO EL COMENDADOR

Empapado en sudor y sin aliento llegó Pablo a la vivienda de Quiñones, empezando a descargar recios golpes con el aldabón.

—¿Quién es? — le preguntaron.

—Abrid — respondió con voz ronca. — Necesito ver inmediatamente a su señoría; vengo de parte de la priora de Santo Domingo el Real.

A estas palabras se abrió en seguida la puerta.

—¿Dónde está vuestro señor?

—En su aposento.

—Guiadme, guiadme.

El criado que había abierto no hizo ninguna observación y llevó a Pablo a la habitación donde el comendador se encontraba, conferenciando con Andrés, cuya circunstancia debe considerarse desgraciada para nuestros amigos, porque Quiñones no tendría que perder tiempo en buscar a su antiguo sirviente y, desde luego, podrían ambos empezar a buscar a doña Luz.

—Señor — dijo el hortelano, — la reverenda priora no me ha dado ninguna carta para vuestra señoría, porque no ha querido perder el tiempo en escribir.

Quiñones miró sorprendido a Pablo y replicó:
—¿Pero qué sucede?
—Casi no acierto a decirlo, aunque todo ha pasado en mi presencia. ¡Oh! Estoy horrorizado, he salvado la vida milagrosamente...
—Dejaos de observaciones importunas — replicó el comendador con aspereza.
—Perdonad, señor.
—Explicaos con claridad.
—Supongo que sabréis quién es una educanda que se llama María...
—Sí, sí.
—Aunque después he oído llamarla doña Luz.
—¡Oh! — exclamó Quiñones, cuyo rostro se contrajo y cuyos negros ojos brillaron como dos centellas.
—Pues bien: la hermana María, Luz, o como quiera que se llame...
—María, María.
—Me pidió hablarme esta noche...
—¿Y que hicisteis?
—Di parte a la superiora y me mandó acceder a los deseos de la educanda; pero no se presentó sola en mi habitación, sino con una novicia que hace tres días está en el convento.
—¿Y esa novicia?...
—No era tal, sino un hombre, un mancebo con muy buenos puños y una daga muy bien afilada.
—¡Martín! — gritó, Andrés, apretando los puños con desesperación.
—Lo habéis adivinado, caballero...
—¡Ira de Satanás!...
—Acabad — dijo el comendador fuera de sí.
Y asiendo de un brazo a Pablo lo sacudió rudamente.
El hortelano exhaló un grito de dolor.
—Explicaos, explicaos, ¡vive el cielo!
—Yo no he tenido la culpa, yo no he sido el engañado...
—¿Pero qué ha sucedido?
—No podía defenderme, me pusieron la daga sobre el corazón...
—Se han ido... ¿no es verdad? — replicó Andrés.
—¡Se han ido!
Quiñones rugió como un tigre.
Sus ojos se inyectaron en sangre, y su rostro, lívido y desfigurado, tomó una expresión aterradora.
Pablo retrocedió, mientras decía con voz balbuciente:
—¿Puedo irme? ¿No tiene vuestra señoría nada que mandarme?... Aún no hace media hora que se fueron por la puertecilla de la tapia... Dios os guarde, señor.
Y, temeroso de que en él descargase el caballero el furor que demostraba, salió sin esperar respuesta.
El comendador y Andrés se contemplaron sin pronunciar una palabra.
Lo que el primero sufría es imposible explicarlo.
Transcurrieron algunos minutos sin que se percibiese otro ruido que el de la violenta respiración de aquellos dos hombres.
—Señor — dijo, al fin, Andrés, — con nuestra desesperación no adelantamos nada.
—¡Oh!... ¡Ya se habrán reunido!...
—Aprovechemos el tiempo...
—¿Pero cómo ha podido suceder lo que ese hombre dice? Esto no puede ser verdad.
—Después pediremos explicaciones: ahora...
—¿Qué hemos de hacer? — replicó Quiñones con reconcentrada voz.
—Buscarlos...
—Ya estarán ocultos donde sea imposible encontrarlos... Desengáñate, Andrés; cualquiera de esos miserables vale más que nosotros...
—¡Vive Dios!...
—Buscarlos será darles ocasión para que una vez más se burle de mí, para que una vez más te acusen de torpe.
—¡Por Satanás!, que si no pierdo la vida...
—No, no podemos hacer nada.
—Señor, uno de nosotros a palacio.
—Será inútil, porque al rey no le importa nada más que el secreto de sus antiguos extravíos; el rey me escuchará con indiferencia, y me dirá que no puede buscar a mi hija, porque mi hija murió.
—Pero con vuestra hija está Martín, con Martín está Nicasia...
—Y donde Martín esté, es en vano que intentemos nada.
—Estamos perdiendo lastimosamente el tiempo.
—¡Oh!...
—¿Retrocederéis, señor?
—No.
—Entonces..
—Tú — repuso el comendador, — a palacio.
—¿Y vos?
—Yo, a San Justo.
—¡A San Justo!...
—Vamos, Andrés, vamos.
Tomó Quiñones su espada, su capa y su sombrero.
Pocos segundos después se encontraron en la calle.
—¿Y si el rey duerme ya? — preguntó el alférez.
—¿Qué he de decirte?
—¿Me dais permiso para hacer lo que mejor me parezca?
—Sí, para todo, porque estoy desesperado y ya nada me importa.
—¿Qué haréis si no los encontráis en San Justo? — repuso Andrés.
—Iré a casa de Santisteban.
—Mucho temo que no os dejen entrar.
—Iré a palacio...
—Nos veremos allí o en San Justo.
Separáronse.
Andrés tomó apresuradamente por la calle de Cuchilleros.
El comendador entró en la de Puerta Cerrada.
Su agitación crecía más a cada instante.
—Sí — murmuraba con voz sorda, — hay muchas razones para creer que se hayan refugiado en la vivienda del cura. Esto podría calificarse de torpeza, pero ¿quién no las comete?
Bien pronto llegó Quiñones frente a la iglesia.
Detúvose.

—Si los encuentro — dijo, — ¿qué debo hacer?

Interrumpióse y reflexionó como si dudara sobre la conducta que debía seguir.

Nadie hubiera creído que dudara y se detuviera un sólo instante, cuando se le presentaba la ocasión de apoderarse de Raúl y de vengarse por las ofensas recibidas.

Nada importaba que el comendador fuera solo y que encontrase a tres o cuatro hombres dispuestos a defenderse; con tal que los fugitivos estuviesen allí, nada más necesitaba, porque le bastaría gritar para que bien pronto se apoderase por lo menos de Raúl.

—No retrocederé — murmuró después de algunos segundos.

Y dió algunos pasos, llegó a la entrada de la vivienda del cura y empezó a descargar repetidos y desatentados golpes en la puerta.

Capítulo LXXVI

DONDE VEREMOS QUE TAMBIEN MARTIN COMETIA SUS TORPEZAS

Preciso nos es interrumpirnos y retroceder para decir lo que habían hecho los fugitivos desde que los dejamos fuera del convento.

Por bien que se combine un plan, por mucho que se medite, es raro que no se olvide alguna circunstancia, algún detalle; raro que, según vulgarmente se dice, no se deje algún hilo suelto, que viene luego a ser causa de que en un solo instante se pierda todo, como en un instante se aplana el edificio cuya base falsea.

Esto precisamente les sucedió a nuestros amigos: habían convenido en ir desde el convento a la vivienda del sacerdote, donde éste, Raúl, doña Inés y Nicasia, avisados oportunamente, los esperarían y que después de recibir allí la bendición nupcial, determinarían lo que debían hacer.

Consecuentes en este propósito, adelantaron con cuanta prisa les fué posible, y sin pronunciar una palabra, porque ellos no se ocupaban entonces más que de mirar a todos lados por si encontraban transeúntes que pudieran incomodarles, y doña Luz estaba aún aturdida y dudando si soñaba.

Cuando hay demasiado en qué pensar se habla muy poco.

¿Era verdad lo que sucedía?

Esta pregunta se la hacía sin cesar la hija del comendador.

¡Libre!

¿No soñaba?

¡Libre después de un año de encierro y cuando se habían desvanecido todas sus esperanzas.

Parecía imposible.

La joven levantaba los ojos y contemplaba el azulado horizonte cuajado de estrellas, el horizonte sin límites.

Luego aspiraba con avidez el aire y miraba a su alrededor, como si quisiera convencerse de que no estaba entre las paredes de su celda.

—No — se decía entonces, — no es un sueño, es una realidad dichosa... ¡Gracias, Dios misericordioso!

Preciso es haber estado por algún tiempo privados de la libertad para comprender lo que se siente al recobrarla.

Doña Luz no pudo explicarse las sensaciones que experimentó al encontrarse fuera de su encierro.

Todo cuánto veía parecíale desconocido y extraño; todo era para ella sorprendente, tan sorprendente como si hubiera nacido en el convento y recorriera las calles por primera vez en su vida.

Los edificios se presentaban a sus ojos como se nos presentan los objetos cuando soñamos.

Todo tenía para ella un aspecto fantástico, que sólo puede concebirse encontrándose en semejante situación.

Su aturdimiento aumentaba, como era consiguiente, y se dejaba llevar sin ocurrírsele hacer ninguna pregunta ni pensar en otra cosa que en que iba a ver al hombre a quien amaba tanto, y tal vez a recibir noticias de su hijo.

Más de una vez asomaron lágrimas a sus negros ojos, lágrimas de inmensa ternura, de alegría, de júbilo sin igual.

Otras veces entreabría los labios para sonreir con expresión de satisfacción profunda, con la satisfacción del que se considera completamente dichoso.

Así pasó más de un cuarto de hora, que en su aturdimiento, en su arrebatamiento, no fué más que un instante para la infeliz joven.

Llegaron a San Justo.

Apenas dieron un golpe a la puerta de la morada del cura, ésta se abrió.

Lo que sucedió en aquellos momentos no podemos explicarlo.

Resonó un grito unánime, para el que no encontramos calificación.

A favor de la rojiza luz de una vela que el cura tenía, viose un grupo, donde se confundían siete u ocho personas, estrechándose como si todas se abrazasen a la vez.

El grupo pareció petrificarse.

Reinó un silencio profundo, solamente interrumpido por algunos suspiros y sollozos.

Cerca del grupo permanecían también inmóviles el virtuoso cura, cuyos ojos se habían humedecido por el llanto, y los sirvientes de doña Inés y don Juan.

Transcurrieron algunos minutos.

Empezaron a separarse los que estaban agrupados, quedando solamente unidos doña Luz y su amante.

¡Con cuánta violencia palpitaban sus corazones en aquellos momentos!

Debía creerse que después de un año de separación, de horribles sufrimientos y de espantosos peligros, no esperarían un sólo instante para hacerse multitud de preguntas.

Sin embargo, no sucedió así.

¿Por qué callaban, sin hacer otra cosa que exhalar profundos suspiros y dejar que el llanto corriese por sus pálidas mejillas?

Ambos tenían miedo de hablar, porque ambos pensaban en su hijo y no podían de-

oirse más sino que lo habían perdido para siempre.

¡Desdichados padres!

A pesar de haber conseguido reunirse y de haber triunfado por entonces de sus enemigos, su dolor no tenía igual.

No sabemos cuánto tiempo hubieran permanecido inmóviles, si Martín, pensando que entonces corrían tal vez más peligro que algunas horas antes, no hubiese dicho:

—¿Qué hacéis? ¿Olvidáis que los gritos del hortelano habrán puesto en conmoción a la comunidad, y que no tardarán en buscarnos? ¿Queréis que todo se pierda por un minuto? Tiempo os queda para abrazaros, hablar y llorar: ahora concluyamos y pongámonos a cubierto de nuestros enemigos.

—¡Luz! — exclamó entonces Lancaste. — ¡Luz de mi alma! ...

—¡Raúl! — exclamó la joven.

Y con acento que parecía llevarse tras sí el alma, añadió:

—¿Y nuestro hijo, el hijo de mis entrañas?

—¡Luz, Luz mía! ...

—¡Dios misericordioso! — dijo la desdichada joven elevando al cielo una mirada del más intenso dolor.

No eran menester por entonces más explicaciones sobre lo que tanto les interesaba a los dos.

Doña Inés separó cariñosamente a su amiga de los brazos de Raúl, y le dirigió algunas frases de consoladora ternura.

—El último esfuerzo — dijo Jorge, — haced el último esfuerzo y dominaos, porque cada momento que pasa es un nuevo peligro.

Como todos comprendieron demasiado bien lo crítico de la situación, siguieron en cuanto les fué posible el consejo de Jorge, y mientras cruzaban algunas palabras se dirigieron a la sacristía.

—Bendecid nuestra unión, padre mío — dijo Raúl; — bendecidla en nombre de Dios omnipotente y justiciero.

—Sí — repuso el anciano; — bajo mi responsabilidad y en el santo nombre de Dios omnipotente y justiciero voy a uniros con lazos que los hombres no pueden desatar, con lazos que sólo la mano de la muerte pueden romper.

Todos guardaron silencio y quedaron inmóviles.

El sacerdote se revistió para la sagrada ceremonia, y pocos minutos después penetraron todos en el templo.

Daño Inés y don Juan de Santisteban sirvieron de padrinos a los desposados, siendo testigos los demás.

En pocos minutos quedó terminada la ceremonia de los desposorios.

Como había dicho el sacerdote, no había poder humano que desatara lo que en nombre de Dios acababa de atarse.

No falta más que extender la partida en el libro correspondiente.

No se detuvieron más que algunos minutos para orar.

Luego, sin pronunciar una palabra, volvieron a la sacristía.

Continuaron guardando silencio.

El sacerdote tomó un libro con forro de pergamino, lo colocó sobre la mesa, y sentándose, se dispuso a escribir.

En aquel momento resonaron fuertísimos golpes descargados sobre la puerta que daba entrada a la vivienda del cura.

La pluma se escapó de las manos de éste.

Doña Luz exhaló un grito de terror y se arrojó en brazos de su esposo.

Este, Jorge y los dos sirvientes dejaron escapar un rugido de rabiosa ira.

El sacerdote y Nicasia temblaron, palideciendo densamente y quedaron inmóviles y mudos.

La frente de doña Inés se contrajo, y su cabeza se irguió con energía, fijando una mirada ardiente en Martín.

Los negros ojos de éste relumbraron como dos ascuas.

El rostro de don Juan tomó una expresión sombría y terrible, y su diestra se colocó sobre la empuñadura de su espada.

Hubo algunos instantes de absoluta inmovilidad y de profundo silencio.

—Esperad — dijo Martín.

Y se dirigió a una de las puertas de la sacristía.

—¿Qué intentas? — le preguntó Nicasia con acento de terror.

—Dejadme, madre mía, y tranquilizaos.

—Dejadlo, sí — repuso doña Inés, cuyo acento revelaba, no miedo, sino el orgullo que le hacía experimentar el que Martín se mostrase superior a todos.

Ninguno se atrevió a replicar.

Debían tener la más ciega confianza en el que tan hábil y valerosamente acababa de sacar del convento a doña Luz.

El atrevido mancebo no tardó en volver.

Llevaba un manojo de llaves.

Seguían resonando los golpes, y aun se oyó el eco de una voz ronca, destemplada y amenazadora.

—Venid — dijo Martín.

—Y dirigiéndose a doña Luz añadió

—Vos, quedaos.

—No — replicó impetuosamente Raúl — no abandonaré a mi esposa.

—¿No quieres confiármela?

—¡Oh! ...

—Decide.

—Dispón lo que quieras.

Fueron otra vez a la iglesia, quedando en la sacristía el sacerdote y la hija del comendador.

Pocos instantes después volvió Martín.

—Venid, señora, venid — dijo.

La joven lo obedeció maquinalmente y sin pronunciar una palabra.

Desaparecieron por una puertecilla, mientras añadía el mancebo:

—Preparaos, señora, preparaos, porque la prueba va a ser dura, la lucha terrible... Pero si tenéis valor, triunfaremos.

El cura se arrodilló, cruzó las manos y oró fervorosamente .

Al cabo de algunos minutos volvió Martín.

—Supongo, padre mío, que habéis comprendido mi plan

—Sí.

—Pues bien, ayudadme.

—¡Dios nos proteja!
—No tenemos otro remedio de salvarnos.
—Pero esa infeliz...
—Vale mucho.
—¿Y le has advertido?...
—Cuanto es menester.
—Bien, bien — repuso el anciano, levantándose y tomando una luz.
—Vos no necesitáis más explicaciones.
—No.
—Si supiéramos que el comendador venía solo, no necesitaríamos hacer nada de esto; pero es seguro que traerá consigo buena guardia, y una lucha no daría más resultado que nuevas desgracias, y probablemente la muerte de alguno de los que queremos salvar.
—Hijo mío...
—No os detengáis: llaman cada vez más fuerte, y si no abrimos, echarán la puerta abajo.
—¡Protegednos, Dios mío! — exclamó el sacerdote.
Y clavó al cielo una mirada de súplica, saliendo de la sacristía con pasos vacilantes.
Martín cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó pensativo.
Luego escuchó atentamente, oyó el ruido de la puerta que abría el cura, y entonces él desapareció por la que antes había salido con doña Luz.
La situación no podía ser más peligrosa.

Capítulo LXXVII

EL GATO EN LA RATONERA

Nuestros amigos no podían dudar sobre quién sería la persona que llamaba, porque, ¿quién sino el comendador había de dar golpes tan desatentados y repetidos, gritando además como quien pierde la paciencia y amenaza furiosamente?
Además, debía creerse que Quiñones no iba solo, y que estaban guardadas todas las salidas; de otro modo, valor y fuerzas les sobraban a los perseguidos para abrirse paso con la espada, en lo cual no habían pensado ni el comendador ni el alférez, porque la ira y la desesperación los había trastornado, hasta el punto de que no acertaban a darse cuenta con claridad de lo que les sucedía.
El plan de Martín era, como todos los suyos, extraño y original hasta lo inconcebible.
¿Pero habría olvidado algún detalle?
¡Habría cometido una nueva torpeza?
Esto era lo más probable, puesto que no había tenido tiempo para reflexionar.
¿Con qué objeto había separado a doña Luz de los otros?
¿Adónde la había llevado?
Si todos corrían igual peligro, ¿por qué no había hecho lo mismo con todos?
Vamos a saberlo.
El sacerdote abrió la puertecilla y fijó en el comendador una mirada severa y dura, diciéndole:
—¿Qué significa esto, caballero?
—Si hubierais acudido más pronto, me hubierais evitado la molestia de llamar tantas veces, y a vos el disgusto de oírme — replicó impetuosamente Quiñones mientras pasaba el umbral.
—¿Ignoráis que esta es mi casa?
—Lo sé.
—¿Y que sin mi licencia nadie puede entrar aquí?
—Entro en nombre del rey.
—El rey no puede haberos mandado que olvidéis las consideraciones que se me deben, porque él mismo me las guarda.
—Padre, esas observaciones no son ahora del caso.
—Si no queréis entenderlas...
—¿Qué haréis?
—Pedir justicia y se me hará
—A eso vengo...
—En nombre de su majestad habéis dicho, y pensad, caballero, que el nombre del rey...
—¿Ponéis en duda mis palabras?
—No; pero os hago una advertencia.
—Aquí se ocultan criminales...
—No — respondió tranquilamente el cura.
—Sí; se oculta un criminal, tal vez más de uno.
—¿Y venís a registrar mi vivienda?
—Vengo a registrar hasta el último rincón.
—¿La iglesia también?
—También.
—No profanaréis el templo de Dios sin pasar sobre mi cuerpo.
—Olvidáis que me manda el rey..
—¿Y por qué su majestad no ha mandado persona que con autoridad reconocida lo represente?
—Id a preguntárselo.
—Comendador...
—Padre, perdemos el tiempo y a Felipe II no le gusta esperar.
—Ni a mí que se atropelle.
—Aquí está Raúl de Lancaste y mi hija...
—¡Vuestra hija!...
—¿Lo negaréis?
—No.
—¡Oh!...
—Calmaos...
—¿Dónde está mi hija, dónde?...
—¿Queréis verla? — preguntó el cura, que iba recobrando la calma.
—Sí
—¿Os empeñáis en ello?
—A eso he venido, y sin verla no me iré
—Os aconsejo...
—Basta — replicó Quiñones, que ya no podía contenerse.
—Preciso es que escuchéis una advertencia, o no paraséis de aquí.
—Acabad, ¡vive el cielo!...
—No olvidéis que vuestra hija murió.
—¿Os burláis?
—No, caballero.
—Yo la resucitaré.
—Si os decidís a resucitarla...
—Mía será la responsabilidad de mi proceder.
El cura cerró la puerta, y dijo:
—Venid.
Quiñones lo siguió.
A medida que, avanzaba, su rostro se contraía más y era doblemente intenso el brillo de sus ojos.
Llegaron a la sacristía.
—Por aquí — dijo el sacerdote.

Entraron por la puerta de que antes hicimos mención, atravesaron un pasillo y empezaron a bajar una escalera empinada y húmeda.

Estremecióse en comendador.

—¿Adónde me lleváis? — preguntó.

—¿No queréis ver a vuestra hija?

—Sí; pero...

—¿No queréis resucitarla?

—¿Otra vez os burláis?... ¡Vive Dios!...

—Cerca de Dios estáis, tened la lengua: cerca de Dios y cerca de la muerte.

Quiñones se detuvo.

Volvió a temblar.

No hubiera podido decir lo que sentía.

—¿Retrocedéis? — preguntó el sacerdote con acento más tranquilo que nunca.

—No — respondió el caballero con voz sorda.

—Pero tenéis miedo...

—¡Oh!...

—¿Queréis seguir?

—Quiero ver a mi hija, a mi verdadera hija.

—Venid y la veréis.

—A doña Luz, no al cadáver que se puso en su lugar.

—Sí, a doña Luz, a la que estaba en el convento de Santo Domingo...

—¿No vamos por aquí al panteón?

—Sí.

—Entonces...

—En el panteón está doña Luz.

—¿Qué estáis diciendo?

—No temáis encontrar a vuestra hija muerta...

—Vamos, vamos.

Acabaron de bajar.

El cura empujó una puerta, que se abrió, rechinando sus enmohecidos goznes.

—Entrad — dijo.

Quiñones obedeció, haciendo un esfuerzo sobrehumano.

Pasó el umbral de aquella puerta.

Encontróse en el panteón y se detuvo.

Sintióse como si sus cabellos se erizasen y su sangre se helara, dejando de circular.

Un frío intenso y doloroso hizo temblar convulsivamente sus miembros.

¿Qué se había hecho de su valor?

Empezaba a desaparecer.

Aquel espíritu grande, fuerte, de una energía sin igual, comenzaba a debilitarse.

Allí estaba el cuerpo de su desdichada hija Rosa, el cadáver de la hija de sus extravíos, profanado por él.

Y allí también estaba su segunda hija, la segunda víctima de su orgullo, de sus pasiones, de sus crueles abusos.

El primer impulso de Quiñones fué el de retroceder.

Pero lo detuvo su amor propio, lo que él creía su dignidad de padre y caballero.

Y, ¡cosa extraña!, en aquellos momentos se acordó de las últimas palabras que le había dicho en Flandes el virtuoso y severo anciano en cuya casa se albergaban nuestros amigos.

El comendador hizo un segundo esfuerzo.

—¡La conciencia! — murmuró con voz ronca. — No, mi conciencia no me acusa; pero en mi conciencia pienso constantemente

Extendió la mirada en su derredor.

A bastante distancia vió un punto luminoso. Era la luz de un trozo de cirio de amarilla cera colocado en el suelo y junto a una de las paredes.

Aquella luz rojiza y vacilante esparcía como trabajosamente sus rayos, esclareciendo no más que una parte del subterráneo.

El resto se perdía entre las densas tinieblas y la atmósfera húmeda y nauseabunda que allí se respiraba.

En los trozos de muro que podían distinguirse, veíanse en ordenadas hileras las criptas, cerradas unas y abiertas otras, presentando su negro fondo, que esperaba un cuerpo, y el pavimento estaba casi en su totalidad cubierto por las negras losas que cerraban las sepulturas.

Efecto de la escasez de la luz, el abovedado techo parecía más bajo de lo que era, y hubo un momento en que a Quiñones le pareció que los macizos arcos iban a caer sobre su cabeza, hundiéndolo en un abismo, o que por lo menos los límites de aquella silenciosa mansión iban a reducirse hasta el punto de no dejarle aire que respirar.

Sus miembros seguían temblando convulsivamente.

Era forzoso que así sucediera en su situación.

Empero el demonio del orgullo le dió, aunque ficticia, la energía suficiente para no retroceder.

—Me llamo Quiñones — dijo.

Y volvió a mirar a todos lados buscando a su hija.

Cerca de la luz percibió un bulto negro, informe, y que a él le pareció una fantástica sombra.

Dió algunos pasos.

Creyó que se movían las losas del pavimento como si hubieran de abrirse las sepulturas para tragárselo.

Llegó adonde estaba lo que él tenía por fantástica sombra, y que era doña Luz arrodillada ante uno de los nichos.

Allí, en blanco mármol y con letras de oro, estaba escrito el nombre de la infeliz.

Allí, tal vez ya convertido en polvo y gusanos, yacía el cuerpo de la desdichada Rosa.

Repitióse en la bóveda el eco del ruido de los pasos de Quiñones.

Doña Luz se puso en pie.

Su rostro estaba nerviosamente pálido y contraído.

Quizá, lo mismo que su padre, se sentía poseída de terror; pero aparentemente estaba más tranquila.

Su actitud era firme, resuelta, y su mirada ardiente y dominadora.

El padre y la hija se contemplaron por algunos instantes.

—¿Me conocéis? — preguntó al fin el comendador.

—Nunca he desconocido a mi padre — respondió la joven con voz segura;—ha sido mi padre el que a mí me ha desconocido.

Quiñones no sabía qué decir, tal era su turbación, tal su aturdimiento.

La situación era tan violenta, tan penosa, que no podía prolongarse.

Transcurrieron algunos segundos.

(Continuará)

Raúl de Lancaste

Los Secretos de una Gran Ciudad

Intenso romance de aventura, de intriga, de sacrificio y de heroismo, escrito

Por HAL SIDNEY

Autor de "Detrás de la Puerta Cerrada"

(Continuación)

NO habían pasado diez segundos cuando la mujer salió corriendo tras él.

—¡Deténganle! ¡Ha dado muerte al señor Viziard! — gritaba el ama de llaves.

Jim se alejaba, cuando de pronto un hombre le cortó el paso. De un golpe, Jim lo envió a rodar y siguió.

De todas partes parecía surgir gente.

—¡Deténganle! ¡Deténgale!

Jim volvió una esquina y dió de cara con una pareja de agentes de policía. Había terminado la persecución. Luchó un momento, desesperado. Después se dió cuenta de lo inútil que sería resistirse.

Se oían voces que decían:

—¡Ha sido asesinado el señor Viziard! ¡Ese ha sido el que le mató¡

Los policeman conocían al señor Viziard, que era popular en todo el barrio.

Jim protestó; dijo que era inocente. Contó lo sucedido. Los de la policía no le creyeron.

—Usted vendrá con nosotros y ya habrá tiempo de ver si es cierto lo que dice, — manifestó uno de los policemen.

Pero el otro pensó que era mejor ir primero al teatro del suceso.

Entre los dos policemen Jim fué conducido a la casa de donde había salido huyendo cinco minutos antes. Un grupo de gente les siguió. La mujer, muy nerviosa, tardó mucho tiempo antes de poner la llave en la cerradura. Uno de los policemen apartó a la mujer y abrió. Entraron con el preso y cerraron la puerta dejando chasqueados a los curiosos.

—¡Allí! ¡Allí está mi pobre patrón! — exclamó la mujer cuando entraron en la galería.

El silencio que siguió fué interrumpido por una exclamación de los de la policía. De entre las sombras donde estaban las figuras de cera se había oído una risa burlona y la bien conocida figura del viejo Viziard, con su saco de terciopelo, su cabello gris, su barba recortada y su gorro redondo, se adelantó hacia ellos.

¡Era Viziard en persona!

Los dos policemen reconocieron inmediatamente al anciano. Antes de verle habían reconocido su risa.

El ama de llaves que había pasado tantas emociones, vió de nuevo — y vivo, — a su patrón y, lanzando un grito levantó los brazos y se desmayó.

Jim miraba aquello con asombro. Hacía cinco minutos había visto a aquel hombre muerto. ¿Cómo era posible? ¿Habría soñado?

—¿No puede uno dar una bromita en su propia casa, señores de la policía? Esa pobre ama de llaves está vieja y no sabe lo que vé la mitad de las veces. Ya ven que estoy vivo. Pueden retirarse y dejarme con mi buen amigo, al que han tratado tan enérgicamente.

Calló un momento y agregó:

—Aquí tienen ustedes algo para indemnizarles de la molestia sufrida. — y puso unas monedas en la mano de uno de los policemen. — Pueden retirarse. Nosotros atenderemos a esta pobre vieja.

Los de policía se retiraron un poco avergonzados y cuando se oyó el golpe de la

Los secretos de...

puerta que se cerraba, el viejo se acercó a Jim y le dijo familiarmente:

—El conflicto está solucionado momentáneamente, pero tenemos que escapar antes de que tropiecen con la verdad.

Jim miró al que hablaba con gran asombro.

No era ya Viziard .¡Era Jack, su amigo, el vendedor de diarios!

NOCHE DECISIVA

Como salieron de la casa de la tragedia cuya verdad no había sido descubierta aun, — no podría decirlo Jim Strange. No fué por la puerta de calle, frente a la cual estaba reunido un grupo de gente.

Jack conocía una salida a los fondos de la casa vecina por la que pudieron salir sin ser vistos. Se había quitado rápidamente la peluca y la barba — que tan oportunamente había utilizado — el saco de terciopelo y el gorro y lo escondió todo.

Para divertir a Viziard, Jack se había disfragado imitándole varias veces y había llegado a ser, mediante la peluca y la barba postiza, un duplicado, bastante exacto del viejo. Pero nunca lo había imitado tan bien como en aquella ocasión en que Viziard yacía muerto y él tenía que salvar a su amigo falsamente acusado.

Huyeron rápidamente porque no tenían tiempo que perder. La verdad tenía que ser descubierta. Como culpables se deslizaron por la calle llena nuevamente de niebla.

Jack tenía alquilada una pieza en el último piso de una casa situada dos calles más allá. Fué para él una gran satisfacción poder poner en salvo a su amigo. Jim estaba pálido y exhausto. La sorpresa, el golpe recibido, la lucha con los de policía, todo había contribuído a debilitarle.

A no haber desempeñado Jack aquella comedia — dominando al horror y la pena que le había causado la muerte de su amigo — Jim hubiera sido preso y acusado de un crimen que no había cometido, pero del que todos le creerían culpable.

—Llegaba yo a visitar al señor Viziard... ¡pobre viejo!, cuando usted salió como loco, — explicó Jack. — Tan ciego iba usted que no me vió. La mujer salió detrás de usted gritando: "¡Le ha asesinado! ¡Está en la galería!" La vieja dejó la puerta cerrada. Entré. Ví lo que había pasado. Se me ocurrió la idea salvadora. Tomé del cuarto de vestir la peluca, la barba y demás y me transformé. Arrastré el cuerpo del señor Viziard a un sitio oscuro y esperé.

Jim estaba agotado, oyendo a Jack.

Sabían los dos que la policía se daría cuenta de que había sido víctima de una burla, de que Viziard había sido realmente asesinado. Y la policía sabía que él era Jim Strange. Era necesario que huyera de aquel barrio de Londres donde le conocían antes de que cundiera la alarma.

Pero Jack consideraba que era indispensable que su amigo descansara un poco, siquiera una hora, para recuperar fuerzas. Estaba desfalleciente.

El pobre Jim había cerrado los ojos mientras Jack hablaba. Le rendía la fatiga. Jack salió de la habitación dejando a su amigo profundamente dormido.

Fueron los gritos de los vendedores de diarios los que despertaron a Jim. Se estremeció al oír lo que gritaban:

"¡Terrible crimen en Westminster!".

¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Era posible que los diarios hubieran publicado ya la noticia?

Poco después Jack entró en la habitación y encontró despierto a su compañero.

—¡Jack! ¿Ya hablan de eso los diarios?

El muchacho bajó la cabeza afirmativamente. Entonces vió Jim el diario que Jack tenía en la mano.

—Hoy daban los diarios una edición extraordinaria con el resultado de las carreras y, en el último momento, han puesto unas líneas sobre el asunto. ¡Anduvieron rápidos! Parece que todo se descubrió cinco minutos después de irnos.

Jim tomó el diario. La información decía así:

"En el momento de cerrar esta edición " sabemos que el señor Viziard, el conocido " dueño de la galería de figuras, ha sido " asesinado. La policía busca a un hombre, " de apellido Strange, que estuvo en la casa " en el momento del crimen y que desapare- " ció en circunstancias sospechosas".

—Me parece que no va a estar usted seguro aquí — dijo Jack. — Cuando se sepa la noticia son capaces de presentarse en esta casa.

Pero Jim no escuchaba sus palabras. En el diario que tenía en las manos había visto su nombre — su verdadero nombre — y estaba leyendo asombrado el párrafo que lo mencionaba.

Casi con incredulidad, Jim leyó:

"Todos se preguntan qué habrá sido de " un hombre que hace dos años era cono- " cidísimo en la buena sociedad londinense, " el señor Jim Strangways. Durante varios " días han aparecido en los grandes diarios " y sin resultado alguno, avisos pidiendo " datos sobre su paradero. El señor Jim " Strangways es el único heredero de su tío, " el señor Gilbert Frayde, recientemente fa- " llecido y que deja su herencia, al señor " Jim Strangways, más de medio millón de " libras esterlinas".

¡Medio millón de libras esterlinas! ¡Y él había pasado semanas durmiendo en un refugio de pordioseros!

Jim parecía atónito. ¡No era posible! ¡Nada era real aquella noche! ¡El crimen! ¡La acusación! ¡La herencia!

—Jack, lea ese párrafo, léalo fuerte... Quiero estar seguro de que no estoy soñando — exclamó de pronto.

Y Jack lo leyó:

Jim suspiró más tranquilo.

—¿Sabe usted, Jack, o mejor dicho usted no sabe que yo soy Jim Strangways?

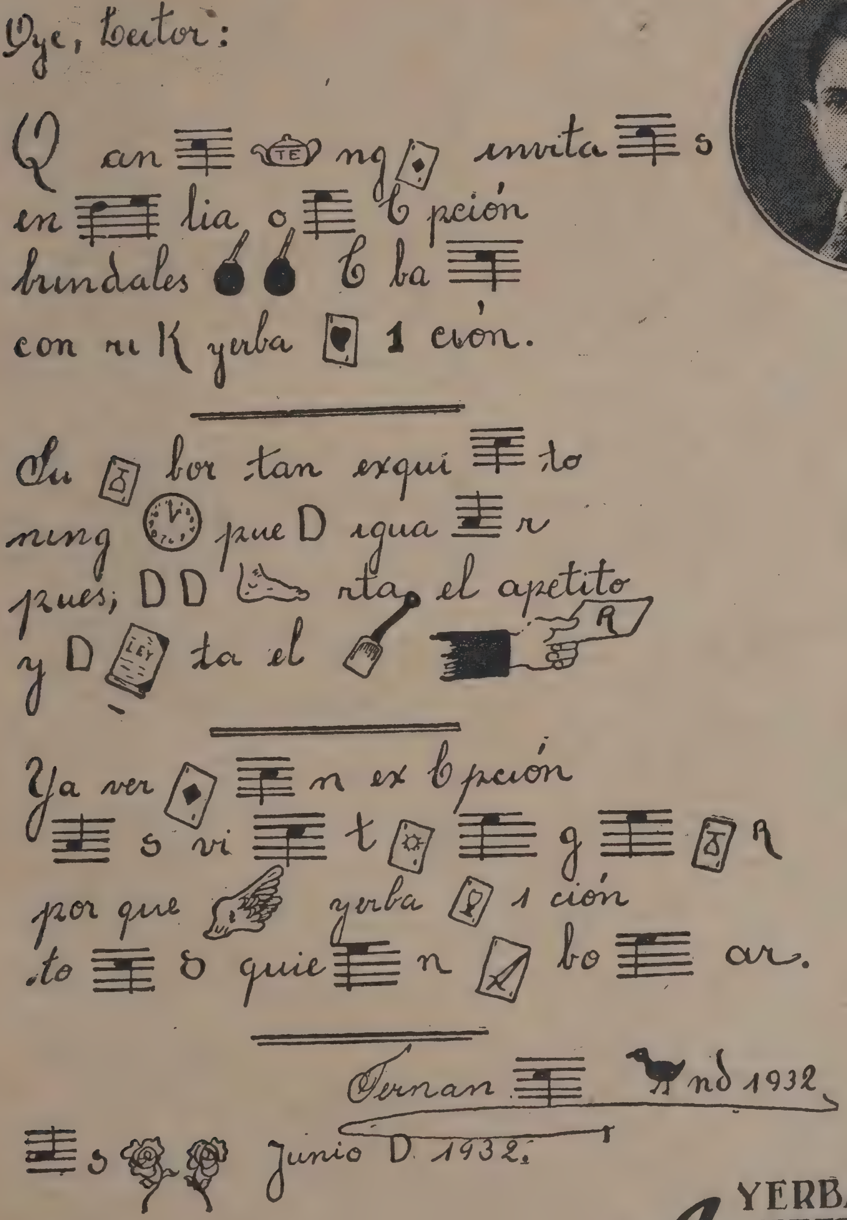
—¿Usted? — exclamó el muchacho mirándole fijamente.

¡Heredero de medio millón de libras esterlinas! Toda la miseria, las luchas, las vaci-

RESULTADO DEL CONCURSO REALIZADO POR LA

YERBA ASUNCION

FERNANDO AVENDAÑO, de 13 años de edad, alumno de 6º. grado de LAS ROSAS, F. C. C. A., es el ganador de un segundo premio del concurso, por el logogrifo que reproducimos:



YERBA
Asunción
"Una Bendición de la Naturaleza"
DOMINGO BARTHE (S.A.)

laciones de los dos últimos años desaparecerían para siempre! ¡Podría casarse con la joven a quien amaba y arrebatarla a la tutela del tutor que tanto miedo la daba!

De pronto, Jim Strange, echóse a reir.

¡Heredero de aquella gran fortuna pero perseguido y buscado como autor de un crimen que no había cometido, pero del cual le acusaban las apariencias!

En el cielo límpido de sus ilusiones se proyectaba la sombra del crimen...

En aquel momento llamaron a la puerta. Jim y Jack se estremecieron y se miraron mutuamente a la cara en el momento en que la puerta se abría.

PIDIENDO SOCORRO

Aquel súbito llamado a la puerta conmovió intensamente a Jack.

Sabía el joven vendedor de diarios que la policía debía estar ya buscando por aquellas inmediaciones al hombre que ya una vez se había deslizado de entre sus dedos y que no faltaría quien encaminara a su casa las investigaciones.

Pero en cuanto vió al inesperado visitante se tranquiló rápidamente. El desconocido, que estaba de pie en la puerta mirando con mucha atención hacia el interior de la pobre bohardilla no era detective.

—¿Jack Lewis? — preguntó mirando alternativamente al muchacho y a Jim Strange. — Me dijeron en la puerta que era en el último piso, pero no me imaginé que estuviera esto tan alto. ¡Me he cansado!

—Lo siento mucho, — dijo cortesmente Jack. — De haber sabido que usted iba a venir hubiese hecho quitar la escalera y poner un ascensor.

Estaba estudiando el aspecto del visitante a la luz de la bujía puesta en el cuello de una botella: era un tipo mal vestido, con la barba crecida de un par de días y cuyo sombrero descolorido por la intemperie le denunciaba como un representante del gremio de cocheros de plaza, de los desaparecidos luego cuando la invasión de los automóviles de alquiler. El rostro rojo y los ojos furtivos e indagadores no inspiraban confianza ninguna.

—¡No estoy con ganas de broma, joven, así que nada de burlas! — dijo con voz ronca. — Traigo una carta dirigida a un señor Jim Strange y que debe serle entregada por Jack Lewis...

—¡Bien! Deme la carta. Yo se la entregaré en cuanto le vea, — interrumpió Jack tendiendo la mano para tomar la carta.

No quería que el visitante se enterara de que Jim estaba allí desde que su nombre se hallaba unido ya a la noticia de la muerte del viejo Viziard en las crónicas que los diarios habían publicado.

Sus palabras llegaron a tiempo para poner en guardia a Jim que ya estaba por pedir la carta.

El cochero retiró la mano con el sobre, haciendo una mueca.

—¡Esto vale un vaso de cerveza! ¿No le parece? ¡Después de subir las escaleras! ¡Podía haberme caído y romperme un hueso!

—No me gustaría gastar dinero en una corona fúnebre, así que tenga cuidado cuando baje. — dijo Jack.

—Traigo esta carta desde lejos... Desde Stoke Newington... De una casa grande que hay allí y se llama "Techos Rojos". Me dijeron que se trataba de algo urgente... Entonces yo... ¡Eh!

El hombre lanzó una exclamación de asombro al ver que Jim Strange, con rápido interés, había arrebatado la carta de su mano.

El nombre de "Techos Rojos" había hecho perder a Jim toda idea de prudencia. La carta no podía ser más que de Marjorie.

—¡Es para mí! — dijo rasgando el sobre.

—¡Ah! ¡Entonces es usted el señor Jim Strange! ¿Por qué no lo dijo antes? — manifestó resentido el hombre de la cara colorada.

Pero su rostro expresó una satisfacción intensa en cuanto Jack dió al cochero una moneda de seis peniques.

—Verán como fué que me dieron el encargo, — dijo con suma amabilidad. — Llevé a un pasajero hasta Stoke Newington y estaba ya camino de regreso, con mi viejo coche de cuatro ruedas, cuando un sirviente viejo, un mucamo según me pareció, salió corriendo de un portón y me hizo señas de que me detuviese. Me detuve. El viejo parecía muy emocionado. Me dijo que me pagaría la carrera de acuerdo con la tarifa si traía la carta. Me pagó y yo, cumpliendo mi compromiso como un caballero que soy, he traído la carta y espero que así se lo diga al viejo cuando tengan oportunidad de verle.

—No nos olvidaremos, — dijo Jack. Pero no habrá que decirle eso de la caballerosidad no vaya a emocionarse demasiado.

Jim estaba leyendo la carta, Jack notó, a la luz de la bujía, que su rostro tenía una expresión de intensa inquietud. Su amigo había cometido un error al dejar saber quién era, pero el nombre no pareció haber despertado sospechas en el cochero.

Sin embargo Jack sentíase muy impaciente por poder sacar de allí a su amigo, lo antes posible. En cuanto su visitante supiera que andaban buscando a Jim Strange, no callaría un solo momento y contaría cómo había tenido oportunidad de ver al hombre buscado.

Cuando el cochero se volvió para retirarse llegó de la calle el grito de un vendedor de diarios que pasaba.

—¿Qué es eso que gritan sobre un crimen que han descubierto en Westminster? — preguntó el hombre deteniéndose.

—He oído decir algo sobre el señor Viziard. Lo hallaron muerto, — dijo Jack con afectada indiferencia.

—¿Cómo? ¿El viejo Viziard, el de la galería de figuras de cera? — exclamó el cochero alarmado. — ¿Dice algo ese diario que tiene usted ahí?

Antes de que Jack pudiera evitarlo, tomó el diario que se hallaba sobre la mesa y leyó el párrafo de última hora.

En cuanto lo leyó cambió la expresión de su rostro. Jack vió que el cochero dirigía una mirada furtiva a Jim. De pronto se vió brillar un destello de astucia en la cara roja del hombre. El cochero dejó el diario. Si antes, se había detenido demasiado entonces parecía tener prisa por irse.

—Pues bien: voy a donde está mi coche, joven. No quiero que mi caballo se canse de esperar y suba la escalera para venir a buscarme — dijo con aire de afectada despreocupación que no logró engañar a Jack ni un solo momento.

—No tenga miedo de que nadie le pueda robar su arca de Noé por mucho tiempo que la deje sola, — dijo Jack en tono que no denunció la gran emoción que sentía. — Adiós, pues, ya que tiene tanta prisa por irse.

En cuanto se cerró la puerta, Jim se acercó, agitadísimo, a su compañero y amigo.

—¡Jack! Es necesario que yo vea a la señorita Penrose esta misma noche — exclamó. Había estaro demasiado absorto en la lectura de la carta de Marjorie para darse cuenta de los temores de Jack. — ¡Me dice que un peligro la amenaza!

Durante un momento, Jack no pensó más que en el peligro que corría Jim.

—¡Espere! — dijo en voz baja. — ¡El cochero le ha reconocido y se propone denunciarle a la policía a menos que yo lo evite!

Jack salió rápidamente del cuarto cerrando la puerta tras de sí. Corrió escaleras abajo tras el hombre que se volvió al oír sus pasos.

—¡Oiga, cochero! — dijo jadeante el muchacho. — Usted no se cayó en la escalera, pero tropezó nada menos que con el mismo a quien busca la policía. ¡Es el que está arriba!

El cochero le miró con atención.

—¿Sí? — dijo fingiendo sorpresa, — Pues no se me había ocurrido que pudiera ser ese.

—Ya suponía yo que usted no lo había notado, — dijo Jack que estaba persuadido de que el hombre mentía.

—Bueno... ¿y qué?

—Yo no quiero verme envuelto en cuestiones por dar albergue a criminales, — dijo Jack en voz baja y mirando a su alrededor con desconfianza. — ¡Poco me importa de él! ¿Por qué voy a arriesgarme a que la policía sospeche de mí? Se me presentó en mi cuarto sin que yo lo llamara. ¡Me da miedo estar en la misma hobitación junto con el que ha cometido un crimen! — agregó Jack tiritando. — Me parece, mi amigo, que no me disgustaría que lo prendieran.

—¿Qué quiere usted decir?

Jack miró a su alrededor y luego hacia el piso de arriba.

—Supongamos que yo pudiera meterle en su coche haciéndolo creer que usted le va a llevar a la estación Victoria, que es donde quiere ir... Yendo en el coche no le verán por las calles. Si él acepta usted se dirige a la oficina policial más cercana. — Bajó la voz temeroso. — Yo no pretendo nada. Usted puede considerarse autor de la captura. Quiero que se vaya porque... ¡Por que me da miedo! — y se estremeció como sacudido por un escalofrío.

El hombre miró desconfiando a Jack y la luz del foco de gas que había en el descanso de la escalera. Pero el muchacho representaba su papel a la perfección.

El cochero se sonrió picarescamente.

—¡Gran idea! — dijo — ¡Gran idea! ¿No cree que el hombre es capaz de sospechar? ¿No temerá una trampa?

—No. Porque yo iré también en el coche, — dijo Jack. — Tiene plena confianza en mí. Yo no le hubiera entregado pero no hace más que hablar solo y maldecir y... ¡Quién sabe si su próxima víctima puedo ser yo!

—Tiene razón, joven. Es mejor para todo el mundo que se aloje, en seguridad, entre las rejas de la cárcel, — asintió satisfecho el cochero.

Como Jack lo había supuesto, su intención había sido la de ir directamente a la policía y decir allí que sabía dónde estaba el hombre buscado.

Le convenía prestar un servicio a la policía. Además, si era él quien hacía prender al autor del crimen de Westminster, su nombre saldría en los diarios. ¡Qué satisfacción!

Pero el plan del joven era mejor que el suyo. ¡Ir con el coche a la policía llevando al criminal! El cochero estaba contentísimo.

—Lo que vamos a hacer es lo siguiente, — dijo. — Iremos hasta la esquina de la calle de la Mitra. Allí usted me grita que pare. La oficina policial está a doscientos pasos. Usted le dice que va a comprar tabaco y se dirige a la policía de donde vuelve con un par de policemen. ¡Entonces los policemen lo prenderán! ¡Lo que me voy a reír! — agregó restregándose las manos de puro gusto.

Jack manifestó su conformidad y volvió a su bohardilla. Allí dijo a Jim en voz bastante alta para que el cochero pudiera oirle desde donde estaba:

—¡Sí! ¡Nos llevará a la estación Victoria! Yo iré con usted. Está ya convenido así.

Jack añadió por la bajo.

—No me pregunte nada, señor. Se lo explicaré por el camino.

Dos minutos después él y Jim bajaron la escalera tras del cochero y salieron en el viejo coche de plaza que esperaba en la nebulosa calle. El coche partió.

—No se emocione, pero vamos hacia la oficina policial, — dijo Jack en voz baja. — Por lo menos es eso lo que supone el que va en el pescante.

El muchacho siguió hablándole a Jim en voz baja.

Al llegar a la esquina de la calle, Jack sacó la cabeza por la ventanilla y llamó al cochero, el cual disminuyó la marcha del vehículo y se inclinó volviendo la cabeza para preguntarle al joven qué se le ofrecía.

—Diga, cochero, ¿no puede ir más de prisa? — exclamó Jack impaciente. — ¡A este paso no vamos a poder llegar nunca! ¡Apure!

El cochero guiñó un ojo con intención y castigó al viejo caballo. Le pareció que las palabras de Jack tenían algún significado.

Tal vez el otro pasajero estaba impaciente y empezaba a sospechar. Cuanto antes llegaran a la policía, tanto mejor. ¡Era vivo el muchacho!

Cuando estuvieron en la esquina de la calle de la Mitra, Jack, como estaba prevenido, volvió a sacar la cabeza por la ventanilla.

—¡Cochero! ¡Contenga los ímpetus de su caballo, que sin duda fué ganador del gran premio hace cincuenta años, mientras voy hasta la cigarrería a comprar una caja de habanos!

El cochero obedeció sonriente. ¡Todo lo combinado marchaba como un reloj! El joven iría a la oficina policial y volvería con los dos agentes y entonces...

La voz de Jack interrumpió los alegres pensamientos del cochero que descendía del pescante para vigilar al pasajero. Mientras tanto Jack había bajado ya del coche.

—¡Adios, cochero! — gritó desde la calle. — ¡Gracias por el paseíto! ¡Qué usted siga bien!

Una rápida sospecha hizo que el hombre mriara por la ventanilla interior del coche. ¡Estaba vacía!

Fué tal su asombro que el hombre no tuvo ánimos ni para blasfemar.

Comprendió entonces que cuando el muchacho le había llamado la primera vez haciendo que menguara la marcha del coche, el otro se había escabullido. Rojo — más rojo que antes, — de furor, corrió tras del muchacho que le había burlado.

Pero no iba a ser aquel su único fastidio. En el mismo momento se oyeron voces y repicar de campanas. Una bomba de incendios apareció a todo galope. El caballo del coche levantó las orejas alarmado y echó a correr.

La última vez que Jack vió al hombre de la cara roja fué cuando trataba de correr lo más rápidamente tras de su coche que no tardó en desaparecer a lo lejos.

Jack se dirigió entonces a la estación Victoria donde había quedado en encontrarse con su amigo. Llegó él primero. Un minuto después llegó Jim.

—Jack: tengo que tratar de hablar por teléfono con la señorita Penrose, — dijo con suma ansiedad. — Me han llegado noticias muy malas de "Techos Rojos".

Jim se dirigió apresuradamente hacia la oficcna telefónica cuando se acordó de que no podría pagar la comunicación si Jack no le daba el dinero. ¡Era heredero de medio millón de libras y no tenía ni un penique en el bolsillo!

—¡Pues no es poco honor para mí esto de prestarle dinero a un millonario! — dijo riendo, Jack, mientras ponía un puñado de monedas en la mano de su amigo.

Jim entró en la casilla. Después de la carta de Marjorie no tenía grandes esperanzas de lograr hablarle por teléfono. Debía, no obstante, intentarlo.

La carta de Marjorie, la que le había angustiado tanto, decía así:

"Querido Jim: ¡Necesito verle inmediata-
" mente! Algo que he oído esta noche ha
" vuelto a hacer renacer mis temores de
" antes. Parece que mi tutor se ha permitido
" apoderarse de mi fortuna y que la única
" manera como puede librarse de tener que
" rendir cuentas y arruinarse es obligarme a
" que me case con Philip Bourne. El sabe
" que yo lo supongo y se ha quitado la ca-
" reta. Sus amenazas me aterrorizan. Estoy
" aquí como prisionera, sin más amigo en la
" casa que el viejo mucamo Drew. Pedro
" Drew teme también a mi tutor. Jim, creo
" que mi vida no está segura si no consiento
" en ese casamiento y yo no accederé jamás.
" Mi única esperanza es usted. ¿Vendrá us-
" ted en seguida, Jim? Siento que voy a
" volverme loca si no dejo esta casa que me
" horroriza. Drew ha prometido procurar
" que esta carta le sea enviada inmediata-
" mente".

Drew, el único mucamo que había estado al servicio de la difunta madre de Marjorie. Philip Bourne era sobrino del doctor Marr.

¡Si pudiera hablar con Marjorie por teléfono! Febrilmente Jim esperó después de pedir la comunicación. Después, con gran alivio, Jim notó que la voz que le contestaba era la de Drew. Rápidamente explicó todo al viejo mucamo.

—Atienda, señor. No estoy seguro de que me sea posible, pero trataré de avisar a la señorita Marjorie en secreto.

Pasaron unos instantes. Después Jim oyó la voz de Marjorie que le hablaba por teléfono. ¡Pero cuán cambiada! La joven estaba dominada por el miedo. Se notaba que respiraba jadeante, inquieta.

—¡Jim! ¿Recibió mi carta? ¡Gracias al cielo! Jim: necesito su auxilio. ¡Mi situación es horrible!

—No se deje dominar por el miedo, Marjorie. Yo iré inmediatamente, — contestó Jim.

—Van a tratar de impedir que usted me vea no querrán recibirle; pero insista ¿eh? Jim: ¡tengo tanto miedo! ¡Veo que me amenaza un peligro grandísimo! Ese hombre...

La voz de la joven parecía estrujar el corazón del hombre que la escuchaba. Después de una breve pausa volvió a oír la voz, implorando.

—¡Oh! ¡Jim! ¡Jim! Quieren que...

Las palabras se cortaron en medio de un grito sofocado que llegó a oídos de Jim. Le pareció como si la joven hubiera sido arrebatada brutalmente de junto al aparato.

Atónito, sorprendido, Jim volvió a hablar. Casi no reconoció su propia voz.

—¡Marjorie!

Esperó en vano una respuesta. El sentimiento de su impotencia le enloquecía. ¿Qué era lo que estaba sucediendo al otro extremo de la línea telefónica?

LO QUE SABIA EL DOCTOR MARR

Con el rostro pálido y desencajado, Jim estaba ya por colgar el auricular cuando se interrumpió el silencio y volvió a oír una voz.

—¡Atienda! — dijo alguien.

Unos pocos segundos después la voz de Marjorie llegó hasta él. Tenía un tono curiosamente burlón.

—Le habla Majorie. Todo era broma, Jim. ¡Nada más que broma! No pasaba nada, absolutamente nada. Fué una ocurrencia que tuve. Como es natural de nada puedo alarmarme. No necesita venir. Le escribiré pronto No venga, ¡Adiós, Jim!

Y se cortó la comunicación.

¿Qué significaba aquello? Algo muy grave: que debía ir tan pronto como le fuera posible a acasa del doctor Marr. Las últimas palabras de Marjorie en lugar de disipar su ansiedad, la habían acrecentado.

Jim Strange sabía, como si sus ojos hubieran presenciado la escena, lo que había pasado al otro extremo del hilo. Marjorie había sido obligada, a la fuerza, por medio de amenazas, a desmentir su primer llamado de angustia, su desesperado pedido de socorro.

Esto era lo que sus últimas palabras significaban. Los canallas que la tenían en su poder habíanle dictado las palabras que había proferido deseosos de evitar que él acudiera a "Techos Rojos".

Por el rostro de Jim, Jack notó que su amigo había recibido malas noticias, en cuanto le vió salir de la casilla del teléfono.

—Algo tenebroso y criminal se combina en "Techos Rojos" — dijo Jim con amargura. — Algo que voy a detener antes de que haya transcurrido una hora. El doctor Marr podrá asustar a una indefensa joven pero se va a encontrar con que tendrá que luchar con un hombre a quien no aterrorizarán tan fácilmente sus amenazas. ¡Y si algo le pasa a Marjorie, ese hombre será responsable de lo que suceda!

—¡Yo iré con usted! — dijo Jack.

Durante la larga travesía hasta aquella casa situada en el norte de Londres, Jim estuvo nervioso y pensativo. Ni una sola vez se acordó de la grande e inesperada fortuna que le había caído del cielo. No pensaba más que en Marjorie y en su situación.

¡Medio millón de libras esterlinas! De pronto podría volver a la vida que llevó en otros tiempos. Después de haber procedido como un inexperimentado, la suerte le presentaba una nueva oportunidad. ¡Si pudiera conseguir que el adinerado James Strangways no fuera reconocido nunca y nadie se enterara de que era el desdichado Jim Strange, el perseguido injustamente como autor de la muerte del viejo Viziard!

Mientras no se supiera quien era el asesino de Viziard la amenaza pendería sobre su cabeza y la sombra del muerto se proyectaría sobre su futuro como una terrible amenaza.

No había ya niebla cuando bajaron del tren y se dirigieron a la casa del Doctor Marr, pero la noche era oscura y sin luna.

"Techos Rojos" era una casa de vastas proporciones, aislada, situada lejos de un tranquilo camino. Se acercaron a la casa sin hacer ruido.

Casi todas las ventanas del piso bajo estaban a obscuras. En el primer piso, una puerta que daba a un balcón, estaba iluminado.

El Doctor Marr debía estar en casa. Un momento después se separaron las cortinas y pudo verse la figura de un hombre. Era el Doctor Marr que procedía a cerrar las cortinas del balcón. Durante un momento permaneció mirando en la oscuridad.

Era una cara de malicia, de maldad, con bigotes negros y retorcidos. El cabello, negro, tenía algunas canas.

Jim miró con atención. ¡Aquel era el hombre! Era el segundo esposo de la madre de Marjorie, el que había sido nombrado tutor de su hijastra y administrador de la fortuna de Marjorie hasta que ésta llegara a su mayoría de edad. ¡Era un astuto aventurero!

La cara desapareció. Jim se dirigió a la puerta de entrada.

Los criados debían tener orden de impedirle la entrada pero Jim estaba decidido a ver al Doctor Marr, costara lo que costara y aun cuando tuviera que meterse en la casa escalando el balcón.

Jack desapareció en la sombra cuando Jim llamó a la puerta. La puerta se abrió y como Jim lo había esperado, fué Drew el que apareció. En el primer momento, el criado de cabello blanco no reconoció al mal vestido personaje que estaba ante él, tan cambiado se hallaba Jim desde cuando había visitado la casa por última vez.

Después exclamó admirado:

—¡Señor Strange!

—Sí, Drew. Vengo a ver a la señorita Marjorie... y al Doctor Marr, — dijo con amargura.

—No le querrá ver, señor. Ni sé si puedo hacerle pasar, — y el hombre miró con miedo a su derredor. — No me atrevo a contradecirle, señor Strange. ¡Usted no sabe cómo es mi patrón!

—Es necesario que se atreva a hacerle frente porque se trata del bien de la señorita Marjorie, Drew. — dijo Jim tranquilamente. — Si usted no se interesara por el bien de la señorita no se hubiera preocupado de hacerme llevar su carta esta tarde.

El anciano miró a su alrededor con miedo. Se notaba que el doctor Marr le infundía grandísimo terror.

—¡Oh! ¡Hace tiempo que me hubiera ido de esta casa si no hubiese sido por la señorita Marjorie! — dijo en voz baja. — Pero soy el único amigo que tiene... yo, el viejo criado de su santa madre. Y esta noche...

—¿Qué ha sucedido? — exclamó rápidamente Jim.

—¡No sé! ¡No me atrevo a pensarlo! — dijo el mucamo. — ¡Se ha ido de "Techos Rojos"! ¡Se fueron en un automóvil cerrado!

—¿Quién?

Jim se había puesto muy pálido.

—Ella y el señor Philip Bourne. ¡Ella no quería ir: se resistía! ¡Cómo sufrí al verlo! ¡Pobrecita señorita Marjorie! Pero no pude hacer nada. Cuando quise hablar el patrón me arrojó a un lado groseramente. "Soy su

Los secretos de...

tutor ante la ley", dijo con tono de mando, "y procedo así por su bien". ¡Pero yo sé que no era por su bien, señor Strange! No tuve más remedio que callarme y verla marchar, — agregó lastimosamente. — ¡No sé más!

—¡Pero yo voy a hacer que el Doctor Marr me diga lo demás!

Al decir esto, la voz de Jim no anunciaba nada bueno para el Doctor Marr.

—Drew, por el bien de Marjorie, anuncie usted mi llegada a su patrón. — Tal argumento no podía menos que influir positivamente en el ánimo del viejo servidor y pareció disipar su miedo. — Dígale que no me quiero ir, dígale cualquier cosa. Écheme encima todas las culpas. No me iré sin haber visto a ese hombre.

Del camino llegó una voz ronca — la del vendedor de diarios fatigado de tanto vocear:

—¡Terrible asesinato en Westminster!

Jim se estremeció. Aquel grito le había traído a la memoria un cuadro horrible: el hombre muerto, en la galería de las figuras de cera. ¡Iba a perseguirle siempre como una amenaza!

—No quiere recibirle, señor Strange. Pero voy a anunciarle su visita, — dijo por último el anciano.

Drew subió a la habitación del primer piso.

—Está el señor Strange, señor y... — empezó diciendo.

—¿No le ha cerrado la puerta en la cara como le ordené que lo hiciera? — preguntó el Doctor Marr.

—Le dije que el señor no le quería ver, — dijo Drew muy nervioso, — pero él insistió en que le avisara al señor.

—¡Drew, la próxima vez que yo le de una orden, trate de cumplirla al pie de la letra o le costará caro! — La voz del dueño de casa tenía al decir esto, un tono de crueldad más amenazador que una explosión de enojo. — He oído a un vendedor de diarios que pasaba por el camino. Compre un diario de la noche. Y dígale a ese vagabundo que si anda rondando mi casa llamaré a la policía.

—No sería mejor que guardara sus amenazas para aquellos a quienes puede intimidar? — dijo una voz detrás de Drew. Y Jim entró en la habitación. — ¡Oh! No necesita acusar a Drew porque ha hecho todo lo posible para que yo no entrara. Pero ya estoy dentro y, tengo algo que decir a usted. Doctor Marr... ¡Y usted va a escucharme!

Drew salió sigilosa y rápidamente de la habitación.

Jim avanzó hacia Marr.

—¿Dónde está Marjorie? ¡Deseo verla!

Durante un momento aquel médico sin enfermos, pareció medir a Jim con la mirada. Después se rió suavemente.

—¡Buena pregunta después de haberse metido en mi casa sin mi permiso! Pero no le hubiera permitido ver a mi pupila si hubiera estado en "Techos Rojos", donde no está.

—Aquí estaba cuando me habló por teléfono hace menos de una hora y fué retirada a la fuerza de junto al aparato! ¿Dónde está ahora?

—¡Donde usted no la encontrará nunca! — replicó el Doctor Marr riéndose y mostrando su dentadura blanca y de afilados colmillos. — Usted parece olvidar que soy su tutor y que la ley me proteje. ¡Forma parte de mi misión de tutor el evitar que se acerquen a mi pupila los vagabundos que andan a caza de dotes!

Jim no hizo caso de aquella frase. — ¡A caza de dotes! Si Marr hubiese sabido que heredaba medio millón de libras esterlinas!

—No es que necesite ella, ahora, que yo la proteja contra usted, — dijo al Doctor Marr con malicia. — Ella le conoce a usted bien. Por esto fué por lo que le envió por teléfono su último mensaje. Dentro de pocos días se casará, por su propia voluntad, con mi sobrino Philip Bourne.

Jim avanzó un paso y la expresión de su rostro hizo que el otro hombre retrocediera.

—¡No mienta! ¡No me retiraré de esta casa sin haber sabido la verdad! ¿Qué infame intriga ha urdido usted en torno de esa indefensa joven a quien su pobre madre, en un momento de aturdimiento, confió a su tutela? — exclamó con apasionamiento.

Antes de que Marr pudiese responder, se abrió la puerta y entró el viejo Drew tímidamente, portador del diario que acababa de comprar y que puso sobre el escritorio de su patrón. Era el diario con la noticia sobre la muerte del anciano Viziard y en el que se mencionaba el nombre de Jim Strange.

En aquel momento una idea brotó en la mente de Jim. Cuando el criado se retiraba tomó el diario rápidamente. Era necesario que Mary no viera el párrafo injustamente acusador.

Antes de que el otro hombre pudiera intervenir, rompió el diario y lo echó al fuego.

El Doctor Marr soltó la carcajada.

—¡Bravo! ¡Hábil movimiento! — dijo en son de burla. — Pero desgraciadamente para usted yo se ya lo que usted no quería que yo leyera. Y Marjorie lo sabe y por eso es por lo que no quiere volverle a ver y se casará de buena gana con Philip Bourne. ¡Me hablaron por teléfono sobre el crimen de Westminster y me dijeron el nombre del autor de la muerte del anciano Viziard!

EN LA TRAMPA

Durante un momento, Jim retrocedió al oír aquellas inesperadas palabras.

—¡Eso es mentira! ¡Marjorie me conoce bastante para no creer que puedo ser culpable! Estoy enterado de su infame combinación para obligarla a aceptar su casamiento que la horroriza y con el cual busca usted el modo de encubrir los malos y culpables manejos de que debe escusarse, — y al oír esto, Marr se estremeció. — ¿Dónde ha llevado usted a esa indefensa joven esta noche y contra su voluntad? ¡Es necesario que me conteste!

Jim avanzó con tal expresión en el rostro y tan amenazadora actitud que el doctor

Marr no pudo sostener su acostumbrada insolente arrogancia.

Retrocedió ,pues, horrorizado, tratando de guarecerse tras del escritorio. Estaba muy pálido. Abrió desesperado uno de los cajones. Antes de que el otro pudiera alcanzarle, Marr encontró lo que buscaba. Se vió brillar un revólver que sacó del cajón.

—¡No se mueva! — gritó jadeante y aún muy asustado. — ¡Un solo paso y le costará la vida! ¡La ley no puede declararme culpable por haber dado muerte, en defensa propia, a un criminal fugitivo!

Una vindicativa sonrisa apareció en su rostro.

El arma había detenido a Jim a dos pasos de distancia, a merced de su enemigo. Pero aún cuando Jim estaba pálido, miró a su enemigo sin pestañear. Había perdido la partida pero nor por eso iba a conducirse como un cobarde.

Sin dejar de apuntar a Jim, Marr tuvo la intención de tocar la campanilla y llamar a los criados, pero cambió pronto de opinión. Sin dejar de mirar a Jim buscó con la mano, en la mesa, el auricular del aparato telefónico.

—¡Fué usted un tonto al venir a esta casa! — dijo Marr con ironía. — ¿Creía usted que yo iba a consentir que fueran desbaratados mis planes por un vagabundo miserable al que, no sé por qué, ama mi pupila? — agregó riendo. — Ahora voy a avisar a la policía diciendo que es usted el hombre a quien buscan como autor del crimen de Westminster. ¡Es una lástima que Marjorie no vea a su adorador con las esposas puestas y entre dos agentes de policía! De fijo que después de contemplar un cuadro semejante no seguiría amándole.

Los pensamientos de Jim no podían ser más lúgubres. No había podido auxiliar a la joven a quien amaba. Había caído en una verdadera trampa. Marr podría avisar a la policía y él saldría entonces de aquella casa preso, para ir a responder ante una acusación por homicidio y con todas las circunstancias en contra suya.

Pero aun en aquel momento difícil su voz no tembló cuando dijo:

—Usted habla así porque tiene el revólver. ¡No se atrevería ni a mirarme a la cara, en igualdad de condiciones!

Marr no contestó, pero no le gustó aquello. Tomó el auricular del teléfono. Sus ojos no dejaron de mirar al prisionero y su revólver le siguió apuntando.

—Deme comunicación con el Departamento de Investigaciones en lo Criminal, Scotland Yard, — dijo.

Con maliciosa sonrisa esperó la respuesta.

Jim no le miraba. Las cortinas de la abierta puerta del balcón, que quedaba detrás de Marr, se movieron como si se hubiera levantado viento.

El timbre del teléfono sonó. El doctor Marr oyó que le decían del extremo de la línea:

—Está hablando con el inspector Smith... ¿qué desea?

Marr se rió con malignidad al responder.

—Le habla el doctor Marr, — dijo en el aparato. — El llamado Strange, a quien buscan como autor de la muerte del señor Viziard, en Westminster, está aquí. Se metió en casa a la fuerza y me ha amenazado. Lo detendrá hasta que llegue la policía. ¡Pronto!

Esperó la contestación de Scotland Yard con sonrisa maligna en los ojos y mirando picarescamente al prisionero. Pero Jim miraba más allá, detrás del doctor Marr, con curiosidad intensa.

El teléfono no trasmitió contestación ninguna. Impaciente, exclamó Marr:

—¿Me oye inspector? Es Strange, el autor del crimen de Westminster.

No recibió contestación. La sonrisa desapareció del rostro del doctor Marr. ¿Por qué no contestaban? En aquel mismo momento el doctor Marr sintió la impresión más intensa de toda su vida.

No había oído a nadie acercarse a su espalda. ¿Cómo podía haber nadie más en aquella habitación donde se creía solo con Strange? Sin embargo un círculo de metal frío se apoyó en su cuello repentinamente.

—¡Baje pronto ese revólver, Doctor Marr! ¡Pronto, le digo! — dijo la voz de Jack Lewis.

Marr dió un respingo. En su emoción, dominado por el miedo, dejó caer el revólver al mismo tiempo que el auricular del teléfono. El arma cayó sobre la mullida alfombra sin que partiera el tiro.

Entonces, su prisionero de un momento antes, con los ojos relucientes de furor, acometió al pícaro oprimiéndole el cuello con las dos manos.

Un grito de desesperación brotó de labios de Marr que intentó en vano librarse de la presión de aquellas manos. La furia que le dominaba parecía haber duplicado las fuerzas de Jim.

—Ahora va usted a decirme inmediatamente donde está Marjorie. ¡Si en algo aprecia su vida, no mienta! ¿Dónde está?

Pero antes de que Marr, pálido y tembloroso acertara a contestar, se oyó otra voz que dijo:

—Y puede usted hacerle saber que si espera que llegue la policía está equivocado y que en su vida perdió el tiempo de manera más lamentable.

Era Jack quien hablaba.

El muchacho, tranquilo, pensando lo que podía pasarle a su amigo, había subido al balcón y había entrado por la puerta, que estaba cubierta por la cortina.

Para demostrar la verdad de lo que afirmaba, Jack mostró el extremo del cordón del teléfono ¡cortado!

El círculo de metal que había asustado a Marr con su contacto, haciéndole creer que se trataba de un revólver, era parte de una tijera de bolsillo con la que Jack, un momento antes — en cuanto Marr iba a comenzar su denuncia, — cortó el cordón de comunicación. ¡Scotland Yard no había recibido el aviso!

Los secretos de...

SOLA EN LAS CALLES DE LONDRES

El ruido de la pelea produjo alarma en la casa. Se oyeron voces de los criados, en el hall y luego se oyó ruido de pisadas de varias personas que subían apresuradamente por la escalera y se dirigían a la puerta de la habitación.

—¡Vienen muchos! — dijo Jack escuchando, después de haber cerrado la puerta.

Se oyó la voz de un hombre que gritó del otro lado.

—¿Pasa algo, señor?

Era el chauffeur de Marr. Al hablar, el hombre trataba de abrir la puerta.

Marr no contestó. No podía contestar. Con aquellas manos al cuello estaba poniéndose su rostro amoratado. Con los ojos de Jim fijos en los suyos, el pillo creyó llegada su última hora.

Jim pensaba en la joven a quien amaba y que aquel pícaro tenía en su poder, habiéndola alejado de su casa ¿con que maligno propósito? Este pensamiento más que sus insultos de antes, desesperaban a Jim Strange.

Los criados, — el chauffeur, el lacayo y dos o tres mucamas, — se impacientaban, alarmados, del otro lado de la puerta.

—¿Me lo va usted a decir? — preguntó Jim.

Soltó un poco la presión de sus dedos para dejarle que contestara. Marr, aterrorizado, gritó a los sirvientes.

—¡Abran la puerta! ¡Llamen a la policía! ¡Me quieren matar!

La puerta crugió al empuje de un hombre poderoso. Se comprendía que no podría resistir mucho. Jack oyó a una mucama que gritaba:

—Pueden llegar al balcón poniendo una escalera.

—No quiero decirle que se apure, señor, — dijo Jack a Jim — pero cuando termine nos tendremos que retirar sin demora. Nuestra línea de salida es el balcón... Pero hágalo hablar primero.

Jim volvió a oprimir el cuello de Marr. Aquel hombre que había robado la fortuna de su hijastra, — hija del primer matrimonio de su difunta esposa — que había transformado su casa en un lugar de horror para la joven, que trataba de obligarlo a un odioso matrimonio... Aquel hombre le diría la verdad o sufriría rudas consecuencias.

—¿Dónde está Marjorie? Por última vez... ¿Me lo dice usted?

Marr no pudo resistir más. Movió la cabeza en señal de asentimiento.

—¡Pronto! ¡Y qué sea verdad! ¡Si me entero de que me ha mentido!...

La mirada de Jim suplió las palabras que no dijo. Con voz que casi no se le oyó, Marr dió la respuesta .

—Camino de Crayle 75, en Highgate — dijo.

¿Sería verdad? Probablemente sí. El hombre estaba demasiado aterrorizado para pensar una mentira.

En el mismo momento la puerta se abrió. El chauffeur, hombre fornido y ágil, entró en la habitación. Tras él entró el lacayo.

Pero Jack había estado preparado para el caso. Los dos hombres se encontraron ante el revólver que el muchacho había levantado del suelo, y con la cara de Jack que no les anunciaba nada bueno.

—¡Ustedes son dos! ¡Entre los dos bien pueden agarrar a ese muchacho! — gritó la cocinera del otro lado de la puerta.

Pero los hombres consideraron que no debían seguir la indicación.

—¡El primero que se atreva a acercarse a mí morirá de pié como un romano! — dijo Jack bromeando y amenazándoles con el revólver que había recogido del suelo.

Jim se había enterado de lo que quería saber. Arrojó a Marr del otro lado de la habitación, dando volteretas. El médico cayó como un fardo en la alfombra.

—¡Vamos, Jack! — gritó entonces Jim.

Jack se dirigió lentamente hacia la ventana sin dejar de dominar a los hombres con el revólver.

—¡Corran y deténganles! ¡No se queden ahí quietos como muñecos! — gritó el doctor Marr furiosamente.

—¡Llamen a la policía con un silbato!

Jim y el muchacho pasaron al balcón cerrando la puerta tras ellos. Ya habían saltado al jardín cuando el chauffeur se asomó al balcón.

—El camino de salida no es sitio saludable para nosotros, señor — dijo Jack en voz baja, mientras se detenían en la oscuridad.

Una de las criadas había corrido a la puerta principal haciendo sonar un silbato policial.

El lacayo corrió escaleras abajo tras ella. Corrió luego hacia una de las esquinas de la casa.

—¡Aquí están! — gritó.

Tuvo ocasión de comprobar pronto la veracidad de su afirmación pues el puño de Jim le pegó con tanta fuerza que el hombre cayó rodando en el suelo.

Los dos amigos corrieron hasta los árboles de junto al camino.

Siguió sonando el silbato policial, mientras la sirvienta corría hasta el portón de salida. Los otros criados seguían por el camino tras ella y pasaron junto a los fugitivos, que estaban acurrucados en la sombra, sin verlos.

—Ya veremos si ese pillo dijo la verdad, — murmuró Jim de pronto.

—En cuanto salgamos de aquí iré al camino de Crayle.

—¡Y caerá usted en la trampa! ¡Sería una locura, señor! Recuerdo que... que la policía lo está buscando.

—No puedo detenerme a pensar en nada. Toda prudencia sería cobardía. ¡Cuando pienso en Marjorie arrebatada a la fuerza de junto al teléfono en el momento en que solicitaba mi ayuda! ¡Cuando me acuerdo que se la han llevado sabe Dios dónde y para qué... ¡Oh! ¡Entonces todo me ordena que busque salvarla sea como sea! ¡Ah! — agregó cambiando de tono. — Parece que ha llegado el momento.

(Continuará)

La última carta de Zingrave

CAPITULO I

El derrumbe de la Liga del Triángulo Verde. — La fuga del profesor Zingrave. — En el escondrijo del lago artificial. — Los planes de Zingrave. — En torno de la desaparición. — Las reflexiones del detective. — Una observación de Nelson Lee. — "El profesor no ha salido del lago". — La futura investigación. — El detective se propone entrar en acción

¡LA Liga del Triángulo Verde había sido derrotada, destruída para siempre!

La gran organización criminal que durante tanto tiempo había sido una mortífera amenaza para todo el país estaba ya derruída, borrada de la existencia. El Triángulo Verde había sido un símbolo cuyo nombre hacía temblar, Scotland Yard y toda la policía británica habían trabajado activamente pero sin provecho, durante años y años, procurando terminar de una vez, arrancar de raíz, aquella plaga.

Pero la policía nada podía hacer. La Liga del Triángulo Verde venció a la policía cada vez que ésta emprendió una campaña contra aquella y los miembros de la liga se habían reído y burlado de lo infructuoso de los esfuerzos policiales. La criminal labor de la liga había proseguido sin que se le interpusiera obstáculo de ninguna especie.

No fué, al menos, Scotland Yard, quien obstaculizó el desarrollo de los trabajos de la liga.

El derrumbe que acababa de producirse era el punto culminante de una tenaz campaña que había sido sostenida contra la Liga del Triángulo Verde por Nelson Lee, el famoso detective. Lenta, pero seguramente, la liga había sido debilitada y debilitada hasta llegar el momento en que el golpe final y decisivo había caído violento y rápido, sobre ella.

El golpe había sido inesperado, aplastante, terrible y fuertísimo.

Nelson Lee había preparado sus planes con la mayor meticulosidad, con las mayores precauciones y el máximo de cuidado. El Orpheum Club, — que era en realidad el cuartel general de la liga, — había sido objeto de un "raid", de una visita investigadora, de parte de numerosas fuerzas policiales mandadas personalmente por el famoso detective, y el resultado obtenido había sido satisfactorio, aun cuando había tenido un tropiezo.

En el momento de la visita policial se celebraba una reunión plena del Círculo Dirigente y todos los miembros "con las manos en la masa". Todos los miembros del Círculo Dirigente de la Liga del Triángulo Verde se hallaban ya en poder de la policía debidamente encarcelados.

Aquellos hombres, — varios de los cuales tenían títulos de nobleza, — eran todos ellos muy conocidos en la alta sociedad y algunos gozaban de prestigio y fama en varios círculos. Eran hombres que disfrutaban del alto respeto de sus conciudadanos. Todos ellos eran considerados en todas partes como personas intachables, situadas por encima de toda sospecha.

Pero el golpe se había descargado con la rapidez con que se produce el estallido de una bomba, y el Círculo Dirigente había sido apresado en forma que constituía la más decisiva demostración de su culpabilidad. Ni uno solo de los presos podía tener ni la menor esperanza de ser absuelto. La acusación contra todos ellos, — probada y debidamente documentada, — tendría por consecuencia la condena de todos y cada uno de aquellos personajes. Y con el derrumbe del grupo superior de la liga, toda la vasta sociedad quedaba reducido a escombros. Los "miembros de trabajo" de la liga se asustaron. Muchos de ellos fueron detenidos; los demás se dispersaron, huyendo aterrorizados.

De lo que no era posible dudar era de que la Liga del Triángulo Verde no volvería a constituírse con los elementos dispersos. La detención en masa de todo el Círculo Dirigente había sido un golpe que había desorganizado por completo todo el andamiaje de la gran sociedad.

Pero, a pesar de tan maravilloso éxito, había un detalle que tenía pensativo a Nelson Lee. Sus planes habían alcanzado el más completo y mejor de los éxitos y el detective tenía sobradas razones para sentirse satisfecho de su obra. El profesor Cyrus Zingrave, el Presidente de la Liga, el espíritu diabólico que lo había combinado y dirigido todo, no se hallaba, sin embargo, entre los presos. Y este era el detalle que tenía preocupado y amargado a Nelson Lee.

El caso era lamentable y doloroso en verdad, pero no quedaba más recurso que admitirlo tal como era. El profesor Zingrave era, precisamente, el hombre a quien Nelson Lee durante toda su campaña, había deseado apresar.

La campaña había terminado victoriosamente, pero Zingrave había logrado escabullirse. El profesor era un hombre maravilloso. Famoso sabio, renombrado y respetado, nadie de la policía había pensado jamás que pudiera tener relación y aun menos ser el jefe director de la Liga del Triángulo Verde. Pero Zingrave había sido algo más que el jefe. Había sido el verdadero cerebro de la liga.

Se sabía ya que Zingrave era un atrevido criminal y había sido capturado junto con los miembros del Círculo Dirigente. Pero, mediante una hábil estratagema, había burlado a sus captores y había desaparecido. La red de la policía es difícil de burlar, cuando rodea a una persona, y sin embargo, se tenía el convencimiento de que el profesor se había escurrido por entre sus mallas.

Nelson Lee conocía bien las condiciones excepcionales de Zingrave y se sentía, por eso, pesimista. Respetaba a la policía y estaba al tanto de lo que valía pero su conocimiento de las facultades de Zingrave le hacía pensar que la policía no podría capturarle de nuevo.

La desaparición del profesor se había producido del modo más extraño y asombroso que se pueda imaginar.

Después de la visita policial al Orpheum Club, todo el Círculo Dirigente, — incluso el profesor Zingrave, — había sido hecho prisionero en un espacioso garage situado a los fondos del club. Empleando un tubo de vidrio lleno de un misterioso líquido, — el tubo, aun cuando pequeño, era una verdadera bomba de humo, — el archi-criminal había logrado fugar. Se había escapado y había podido ponerse fuera del alcance de la policía antes de que los elementos de la misma pudieran ponerse en su persecución.

Pero Zingrave, a pesar de toda su astucia, no se había enterado de algo que había sucedido. Nípper, el joven ayudante de Nelson Lee, había conseguido salir del garage a tiempo y había logrado seguir al profesor hasta una puerta que daba al jardín de su casa, situda en Grosvenor Square. Como era cerca de la media noche, Nípper pudo realizar su persecución sin tropiezo.

En el centro del jardín de la casa de Zingrave había sido construído un hermoso lago artificial, con una fuente en el centro. Ante los ojos del asombrado y anonadado Nípper, el profesor se había arrojado de cabeza al lago, y no había vuelto a salir. Nípper, después de esperar un rato, volvió corriendo a donde estaba Nelson Lee y le enteró de lo que había sucedido es decir, del inesperado suicidio del jefe de la Liga del Triángulo Verde.

La policía procedió, momentos después, a rastrillar todo el lago con garfios a propósito, pero la consecuencia de eso fué asombrosa. ¡El cuerpo del profesor no estaba en el agua! ¡Y sin embargo, Nípper estaba dispuesto a jurar que le había visto hundirse en el agua y que había estado vigilando el lago, sin que resurgiera Zingrave, un tiempo más que suficiente para que se ahogara una persona.

Los de la policía opinaban que Zingrave había fingido suicidarse y había salido del lago en cuanto Nípper se retiró. Nelson Lee examinó detenidamente el lago y se quedó pensativo y en silencio. Si acaso había llegado a alguna conclusión, a nadie se lo dijo, al menos en aquellos momentos.

Pero, no obstante, la desaparición misteriosa del profesor Zingrave, tenía una muy sencilla explicación. Cuando salió del garage, escurriéndose de manos de la policía sabía perfectamente que no le sería posible escaparse en condiciones comunes. Si se había fugado del garage había sido porque sabía que estaba a su disposición un refugio en el que podría esconderse con toda la mayor seguridad.

Cuando se arrojó al lago y zambulló en él, — enteramente ajeno al hecho de que Nípper le estuviera mirando, — no se había arrojado para morir ahogado, como Nípper lo había supuesto, juzgando por las apariencias. Lo que hizo fué zambullir en línea recta hacia la entrada de un escondrijo donde no era posible que le descubrieran. Una vez dentro de ese escondrijo Zingrave estaba seguro de que se hallaba fuera del alcance de todo género de investigaciones. Mientras la policía le creía muerto, él podría preparar sus planes, — planes que había pensado con meses y tal vez años de antelación, — para lo que había de hacer después. Zingrave no dejaba nunca nada confiado a la casualidad, así que lo tenía todo admirablemente combinado.

El lago artificial tendría unos diez pies de profundidad y a un lado, en la pared de concreto, había una abertura de cuatro pies de alto por cerca de dos de ancho. Esa abertura estaba a seis pies más abajo de la superficie del agua y enteramente oculta. Era esa abertura, en verdad, la entrada a un breve túnel sumergido. Al otro extremo tenía unos escalones ascendentes. Por lo tanto cuando Zingrave hubo recorrido el corto túnel, — todo esto debajo del agua, — subió por aquellos escalones y salió del líquido una vez más. Vióse entonces en una pequeña habitación, enteramente en seco. Esa ha-

bitación no tenía más entrada que aquella por donde él se había metido.

Mientras Nelson Lee y los de la policía discutían sobre lo que había ocurrido, sin hallar explicación aceptable, Zingrave estaba tranquilamente quitándose su ropa mojada y vistiéndose con ropa seca, de la que había guardada en aquel cuarto secreto. Si llegado el caso, la entrada subacuático era descubierta, todas las ventajas favorecerían a Zingrave. Por el túnel sumergido no podía pasar más que un hombre a la vez, y Zingrave estaba decidido a proceder de la manera más decisiva con cualquier intruso que se presentara.

En aquel determinado momento, — de mañana, dos o tres horas después de haber amanecido, — los de policía, con Nelson Lee y Nipper, se habían retirado, perplejos e intrigados, y el profesor se felicitaba porque su bien estudiada combinación había tenido el más completo éxito.

Zingrave sabía que la Liga del Triángulo Verde había dejado de existir. Pero la suerte de sus colegas no le importaba ni lo más mínimo. Siempre había pensado que alguna vez se desplomaría sobre la criminal organización, el golpe fatal y siempre se había dicho que, llegado el caso, él, al menos, tendría que hallar el modo de evitar que le capturaran.

Hasta aquel momento sus planes habían tenido resultado favorable, y no veía razón ninguna para que se produjera un desastre. Sus preparativos habían sido tan bien combinados que tendría que resultarle lo más fácil del mundo el desaparecer de Inglaterra.

Aun cuando era de día y el cielo estaba sin nubes, de modo que el matutino sol lucía con todo su espléndido fulgor, ni un solo rayo de luz entraba en aquel escondrijo, pues la pequeña habitación estaba construída en el mismo centro de la masa de piedras artificiales de una hermosa y artística "rockery" que ocupaba todo uno de los extremos del lago.

Esa "rockery" — amontonamiento de rocas artificiales, adornado con plantas artísticamente colocadas en huecos a propósito en los que cabía la tierra necesaria para que vivieran, — era, aparentemente, sólida y nadie adivinaría su secreto. Dentro, en su cuartito, el profesor Zingrave se hallaba en actividad, La habitación estaba bien alumbrada por una potente lámpara eléctrica, de incandescencia alimentada por la corriente que le llevaba un conductor secreto, conectado ocultamente, con la instalación de la casa.

Zingrave estaba sentado en un rústico taburete, ante una mesa hecha de cemento. En la mesa, — fija a una de las paredes laterales, — había, esparcidos numerosos papeles, en los que daba la luz de la lámpara eléctrica.

El techo de la habitación era bajo. Sólo había espacio para que Zingrave estuviera de pie. Las paredes eran de ladrillo sin revestir y el piso de concreto. El piso era liso y no había nada en él. En un rincón se veía un agujero cuadrado lleno, hasta un palmo del borde, de agua verdosa.

Aquel agujero lleno de agua era la entrada al escondrijo. ¿Quién podía imaginarse verosímilmente, que Zingrave se hubiera metido allí, al arrojarse, al parecer, para suicidarse? La combinación era muy hábil sin duda.

La ropa mojada que el profesor se había quitado, estaba amontonada en un rincón. Zingrave se había puesto un traje abrigado. En los primeros momentos y a consecuencia de su mojadura, había sentido mucho frío, pero encendió una estufa de petróleo que se hallaba junto a la mesa y la temperatura del escondrijo se había templado en pocos momentos. La ventilación se hacía por medio de respiradores situados de tal modo que no se veían del lado exterior.

—¡Los he derrotado! — murmuró Zingrave, mientras examinaba los papeles. — ¡Los he derrotado a todos! ¡Hasta al mismo Nelson Lee, que es tan astuto! ¡Ahora sí que no va a encontrar ni el menor rastro de mi persona!

Una y otra vez se felicitó por haber desorientado a sus perseguidores. Ignorando que Nipper le había visto zambullir en el lago, Zingrave suponía que Nelson Lee estaba enteramente desorientado. De la policía, Zingrave no tenía temor alguno: pero conocía cuánta era la habilidad y la astucia de Nelson Lee y el profesor no era de los que pretenden aminorar tontamente, las condiciones de su enemigo. Era a Nelson Lee a quien el profesor tenía en cuenta, pero se decía que, en aquellos momentos, debía hallarse enteramente perplejo y aturdido.

Sin embargo, lo que sucedía era precisamente todo lo contrario.

Nelson Lee no se hallaba ni desorientado, ni perplejo, ni aturdido. Gracias a la astucia y a la rapidez de Nipper, sabía que Zingrave se había echado al lago del modo más singular que pueda imaginarse y, sin duda, por alguna razón debidamente meditada.

Mientras el profesor Zingrave preparaba, tranquilamente su partida de Inglaterra. Nelson Lee y Nipper discutían, comentando los extraordinarios sucesos que acababan de producirse.

Los planes de Zingrave habían sido preparados muchos meses antes a fin de tenerlo todo dispuesto cuándo fuese ocasión de utilizarlos. El profesor se proponía permanecer en aquel encierro durante todo el siguiente día, y al llegar la noche, saldría temerariamente, — disfrazado de modo que nadie pudiera reconocerle, — y se alejaría de Londres y de Inglaterra, para adoptar, en un país extranjero, nuevo nombre y nueva identidad.

Mientras el profesor estudiaba los documentos que había puesto en la mesa de piedra, Nelson Lee y Nipper se encontraban en la salita de consultas de la casa del detective en Gray's Inn Road.

Poco hacía, en realidad, que habían regresado a su casa. Nelson Lee había pasado un largo rato en el jardín de la casa de Zingrave y después había acompañado al detective inspector Lennard, de Scotland Yard, a la oficina de policía de Bow Strett. Después de enterarse de que todos los miembros del Círculo Dirigente se hallaban en sus correspondientes celdas, el detective se dirigió a su domicilio en compañía de Nipper.

—¡Es deplorable, muchacho! — exclamó Nelson Lee fumando su pipa a grandes y frecuentes bocanadas, y paseando de un lado a otro de la sala de consultas. — ¡Es deplorable que el profesor Zingrave se haya escurrido así de nuestras manos! Los demás no tienen importancia, si se les compara con Zingrave. Mi tarea ha quedado a medio hacer, a pesar de todo lo conseguido.

—¡Pero si Zingrave se escapó, no fué por culpa de usted, señor! — dijo Nipper.

—Estimado joven, no hablo ahora de quién tuvo la culpa, — replicó Nelson Lee. — El hecho que tenemos que tomar en cuenta es el de que el jefe de todos ellos ha desaparecido. Sir Roger Hogarth, el doctor Northrup y todos los demás, son personajes de gran importancia, sin duda, pero es lamentable que Zingrave haya encontrado modo de fugarse. El único rayo de esperanza que ilumina toda esta noche de dudas se funda en el hecho de que usted logró ver al profesor en el momento en que zambullía en el lago del jardín de su propia casa.

—¿De qué puede servirnos eso, señor? — preguntó Nipper.

—¡De mucho, joven! Si usted no hubiera seguido a Zingrave nadie hubiese sabido qué fué de él. Pero ahora sabemos que nuestro escurridizo profesor se sumergió en el lago y que no volvió a salir del agua.

—¡Pero los de la policía aseguran que todo fué fingimiento y que el profesor salió del agua en cuanto yo me alejé!

—¡Bah! ¡La policía resulta, a veces, imperdonablemente estúpida! — dijo Nelson Lee. — Yo estoy convencido, plenamente convencido, de que Zingrave no volvió a salir del agua.

—¿Entonces ha muerto, realmente, señor?

El detective permaneció en silencio.

—Y si ha muerto, — prosiguió Nipper, — ya no hay razón para ocuparse de él.

—No me siento convencido de que haya muerto, muchacho, — dijo Nelson Lee deteniendo su paseo delante de Nipper y accionando con la pipa en la mano. — En todo eso hay algo misterioso. Zingrave zumbulló en el lago y se quedó debajo del agua. Sin embargo, el lago fué rastreado y no se halló su cadáver. El problema es este, en consecuencia: "¿A dónde fué el profesor?

Nipper se rascó la coronilla.

—Claro está que no pudo disolverse en el agua del lago, como si fuera un terrón de azúcar, ¿no es así? — preguntó.

—¡Claro que no, Nipper! Pero no ha muerto, — declaró Lee. — Zingrave es un hombre habilísimo...

—¡Pero el hombre más hábil del mundo ni puede evaporarse en el aire, ni disolverse en el agua! — protestó Nipper. — ¿No cree usted posible, señor, que el cuerpo haya quedado en algún agujero, en el fondo del lago? En tal caso, los rastrillos de la policía no habrán podido sacarle y...

—Lennard me dijo que no había ninguna irregularidad en el fondo del lago, — interrumpióle el detective. El lago es artificial y tiene el fondo enteramente liso, de cemento portland. Si hubiese tenido algún hueco, como usted dice, se hubiera notado en seguida.

—Pero entonces, ¿dónde diablos se ha metido Zingrave?

—Ya he dicho que ese es el problema ante el cual nos hallamos. Estoy convencido de que Zingrave está en el lago, muerto o vivo; y aun cuando parezca absurdo, no puedo decidirme a creer que haya muerto. De todos los hombres de este mundo, el último que, en mi opinión, pudiera pensar en suicidarse, es Zingrave.

—Pero, ¿por qué está usted tan seguro de que el profesor no salió del agua y se fué del jardín, mientras yo corría en busca de usted para comunicarle lo sucedido? Yo esperé lo menos diez minutos, a que saliera, pero el hombre pudo recurrir a alguna estratagema.

Nelson Lee sentíase impaciente.

—Sólo se necesita hacer uso de algo de sentido común, del que dicen, con razón, que es el menos común de los sentidos, para convencerse de que Zingrave se quedó debajo del agua, — replicó. — Aún cuando sea extraño, la policía no se dió cuenta de un detalle que saltaba a la vista. Yo noté algo que los de la policía no habían echado de ver.

—¿Y qué fué, señor?

—No hay hombre, por hábil y astuto que sea, que pueda salir de un lago, chorreando agua, sin dejar algo de la humedad en el suelo, junto a la orilla del mismo lago, — contestó Nelson Lee. — Si Zingrave hubiera salido del lago, el camino de arena que hay en todo el contorno del mismo, lo indicaría con toda claridad. Quizás notó usted que, en cuanto llegué al jardín, recorrí todo el perímetro del lago, alumbrando el camino enarenado con la antorcha eléctrica, ¿no fué así?

—Sí, señor; me fijé en lo que usted hacía, — dijo el joven.

—Pues bien, mi querido Nipper, la arena del camino de circunvalación, llamémosle así, estaba seca. ¡enteramente seca en toda su extensión! — exclamó Nelson Lee. — No había en él ni el más mínimo charco, ni una gota; ni siquiera un rastro de humedad. ¿No demuestra eso de modo indudable que Zingrave no salió del lago como la policía, tan infundadamente lo afirma?

—¡Por vida! ¡Claro que lo demuestra!

—Cuando se hace uso de un poco de sentido común, todos estos detalles resultan de lo más sencillo, — agregó el detective con toda calma. — La conclusión a que se llega por ese camino por más inverosímil que parezca, es esta: ¡el profesor Zingrave se halla todavía en el lago! El hecho de que el lago haya sido revisado con resultado negativo, no indica nada. Desde que tenemos una prueba indiscutible de que Zingrave no pudo salir del agua, lo que queda en pie es que aún está en el agua.

—Todo me parece contradictorio, — observó Nipper, — pero es inútil empeñarse en ir en contra de los hechos. señor. ¿Cuál es su teoría, en consecuencia?

—No creo que haya formulado todavía ninguna teoría a ese respecto, pero mañana avanzaré las investigaciones activamente, — contestó el detective. — Ya tengo esbozado mi plan de acción, pero no pienso hacer nada hasta que vuelva a oscurecer.

Nelson Lee sacó el reloj de bolsillo y miró la hora.

—¿Es ya hora de acostarnos? — preguntó Nipper.

—¡Hola! ¡Qué tarde! — exclamó el detective. — Pronto va a ser hora de desayunarse y aún no hemos dormido. ¡A la cama, muchacho! Descansaremos unas horas y nos desayunaremos tarde, por una vez. Me parece que tenemos en perspectiva unas horas de trabajo activo.

Pocos minutos después, tanto Nelson Lee como Nipper estaban en la cama. Dice un viejo proverbio inglés que el segador no pierde tiempo mientras afila la guadaña. Y Nelson Lee y Nipper se hallarían mucho mejor preparados para hacer frente a la labor del próximo día, si se entregaban, durante unas horas, a un bien ganado descanso.

CAPITULO II

Después de la noche decisiva. — En casa de Nelson Lee. — Una pareja de visitantes. — Los novios. — Vera Zingrave y Douglas Clifford. — Comentando los sucesos. — La visita del detective inspector Lennard. — Sigue el misterio del lago. — Nuevas investigaciones infructuosas. — Nelson Lee tiene un plan. — Una compra extraña. — El desperfecto de la escafandra. — Una compostura rápida.

"Si hubiera llegado usted hace una hora, aun nos hubiera encontrado en la cama, amigo Clifford. — dijo Nelson Lee, sonriendo — Como puede usted verlo acabamos de bañarnos, de desayunarnos y de ponernos presentables.

Douglas Clifford se rió.

—También yo me hubiera levantado tarde esta mañana, — dijo. — Si no hubiera quedado en visitar a Vera esta mañana, sin duda seguiría todavía en la cama.

Faltaba poco para las doce del día y el famoso detective estaba en excelente estado de cuerpo y de espíritu. Tanto él como Nipper se habían quedado en la cama unas horas más que de costumbre y a los dos les había sentado bien ese suplemento de sueño y de descanso.

En aquel momento había visitantes en la salita de consultas, visitantes cuya presencia era agradabilísima para el detective y para su joven ayudante. Se trataba de Douglas Clifford y de Vera Zingrave. Clifford era, como se recordará, el joven que había ayudado a Nelson Lee en su campaña contra la Liga del Triángulo Verde.

No sorprendió ni en lo más mínimo a Nelson Lee el hecho de que Clifford le presentara a Vera Zingrave como su futura esposa. Un magnífico anillo con un brillante adornaba el dedo de la mano izquierda de Vera y, su presencia allí, se explicaba con toda la necesaria elocuencia.

Vera Zingrave era una joven encantadora, de trato agradabilísimo y notablemente bella. En aquel momento su belleza lucía como nunca, acrecentada por el júbilo que llenaba su corazón. Brillaban de intenso contento sus bellos ojos y sus mejillas estaban deliciosamente sonrojadas. Durante varios meses había esperado el momento de dar respuesta favorable a la pregunta que había de hacerle Clifford, pero éste no podía solicitar su mano hasta haber resuelto varios importantísimos asuntos.

Vera Zingrave era hijastra del conocido profesor. — Zingrave se había casado con una viuda que tenía una hija de su primer matrimonio, — pero ignoraba por completo en qué viles negocios estaba metido su padrastro. — Lo ignoró hasta muy poco tiempo antes del decisivo golpe al Orpheum Club, que terminó con el derrumbe de la Liga del Triángulo Verde. Cuando se enteró de que su padrasto no sólo era un criminal sino un jefe de criminales, Vera sufrió una impresión grandísima. Pero el hecho de que su padrastro realizara una temeraria y enteramente vil tentativa con el propósito de matarla, la había convencido de la verdad y había hecho desaparecer todo rastro de afecto que aún pudiera sentir por él.

Vera, por su parte, no estaba manchada por todos los criminales y las infamias del profesor, — con el que no tenía ningún lazo de consanguinidad, — y no había en el mundo una joven más encantadora ni más bella. No es necesario decir que Douglas Clifford sentíase aquel día enteramente feliz.

Nelson Lee había felicitado ya al adinerado joven y durante unos momentos el tema de la conversación había sido los sucesos felices de la noche anterior.

—Me parece que hay algo de misterioso en lo que al profesor se refiere, — manifestó Clifford. Pero calló en seguida al notar que Nelson Lee le dirigía una mirada de advertencia.

Vera adivinó inmediatamente el significado de aquella mirada del detective y, acercándose a Nelson Lee, apoyó una mano en el brazo del investigador.

—No tenga recelo de hablar de mi padrastro lo que sea necesario, estando yo delante, — señor Lee, — dijo ella tranquilamente. — Tal vez no debiera expresarme como lo hago, pero puede usted creer que si me dijeran que ha muerto, consideraría esa información como una buena noticia. Hago todo lo posible por olvidar los acontecimientos del pasado y sólo quiero pensar en lo bueno y agradable que me reserva el porvenir.

—Estoy enteramente seguro de que el porvenir sólo le reserva la dicha y contento, señorita Vera, — dijo el detective, — y usted se lo merece. Esperaba haber dado por concluído el asunto de la Liga del Triángulo Verde, anoche, pero gracias a una hábil e inesperada estratagema, el profesor Zingrave logró escabullirse, escapando de manos de la policía. No sabemos ahora con seguridad si ha dejado de existir o si aun vive y se ha escapado de Inglaterra o está escondido en alguna parte.

Vera estaba enterada ya de que el profesor Zingrave habíase arrojado al lago del jardín de su casa de Grosvenor Square, pues Clifford le había enterado de lo sucedido. Pero Nelson Lee fué el que explicó en aquel momento, a los visitantes, cuáles eran sus sospechas y sus conjeturas.

—Lo que no logro comprender por más que lo pienso, señor Lee. — dijo Vera frunciendo el ceño durante un breve momento, — es cómo, habiendo la policía declarado que no ha podido encontrar absolutamente nada dentro del lago usted siga convencido de que mi padrastro no volvió a salir del lago después de haber zambullido en la forma en que le vió zambullirse el joven Nipper.

—Me limito pura y sencillamente a poner de relieve los hechos que han sido deliberadamente comprobados, — contestó Nelson Lee. — No hay sensatez en querer discutir la verdad de los hechos, por más contradictoria que pueda parecer a primera vista. Durante el día de hoy voy a hacer los necesarios preparativos para la realización de un pequeño experimento que demostrará si el profesor Zingrave está vivo o ha muerto.

Vera miró cara a cara al famoso detective.

—Es de desear que haya muerto,—dijo con lentitud. — Se que no demuestro maldad al opinar de este modo por que mi padrastro es un peligrosísimo criminal de los que son capaces de cometer los más horrendos crímenes con la mayor sangre fría. Si aún viviera nuestra existencia no podía ser tranquila ni feliz porque, con toda seguridad mi padrastro intentaría vengarse, y del modo más insidioso y cruel, no solo de usted, causante de su derrumbe, sino de nosotros todos. Le conozco ahora bien y se que así sería, si viviera.

Nelson Lee sonrió, mirando a Vera con tranquilizadora expresión.

—No tenga usted temores de esa clase, señorita Vera, — exclamó. — El profesor no ha podido dañarme en los pasados meses, a pesar de su decidido propósito de hacerlo y cuando disponía de todo el poderoso organismo de la Liga del Triángulo Verde; creo, en consecuencia, que menos fácil le será molestarnos hallándose enteramente solo y en las circunstancias tan desfavorables del que se halla fugitivo de la justicia.

—Francamente, Lee ¿cree usted que el profesor Zingrave está vivo aun? — preguntó Douglas Clifford.

El detective inclinó la cabeza seriamente.

—¡Lo creo, — contestó. — Las circunstancias en que se han desarrollado los hechos son tales que no puedo creer que se trate pura y sencillamente de un caso de suicidio. Hay algo más complicado, debajo de todas esas apariencias. Pero pueden ustedes estar enteramente seguros de que lograré descubrir la verdad.

Después de unos momentos más de agradable conversación, Douglas Clifford y Vera se retiraron. El joven sentíase muy feliz. ¡Había esperado durante tanto tiempo la llegada de ese día! Por fin podía decir que Vera era su futura esposa. Estaba decidido a celebrar la boda tan pronto como pudiera encontrar una casita que fuese del agrado de la novia y la hubiera amueblado según su gusto. Mientras tanto, Vera estaba viviendo en casa de unas amigas. Por nada del mundo hubiera consentido la joven en volver a vivir en la casa de Grosvenor Square. No quiso ni siquiera volver a visitarla. Los recuerdos vinculados con aquella casa eran de lo más lamentable y doloroso del mundo y Vera deseaba que se borraran cuanto antes de su memoria. Una visita a la casa no haría más que recordarle precisamente lo que deseaba olvidar.

Casi en seguida de haberse retirado los novios, llegó otro visitante.

Era este el detective inspector Lennard, del Departamento de Investigaciones en lo Criminal, de Scotland Yard.

El inspector entró en la salita de consultas con ese aire desenvuelto y alegre. Pero se notaba que su desenvoltura y su jovialidad eran finjidas. Nelson Lee notó en seguida que el rostro del inspector desmentía su actitud y que Lennard tenía los ojos enrojecidos por falta de sueño.

—He pensado que sería conveniente que nosotros dos conversáramos un rato, Lee, — dijo el inspector, sentándose en una de las butacas. — ¡Que buen aspecto tiene usted! ¡Le veo fresco y descansado! Ha dormido sin duda ¿eh? ¡Pues yo no he podido cerrar los ojos ni un sólo momento!

—¡Sí! Se nota que está usted fatigado, — observó Nelson Lee. — ¿Y que tal? ¿Tiene usted alguna noticia que darme? ¿Se ha logrado averiguar algo sobre el paradero del profesor?

Lennard gruñó y movió negativamente la cabeza.

—¡Usted puede seguir diciendo todo lo que le de la gana, Lee, pero Zingrave no está en el lago del jardín de la casa de Grosvenor Square! — declaró con toda energía. — Esta mañana, mis hombres y yo hemos vuelto a revisar todo aquello. Hemos rastreado el lago nuevamente, palmo a palmo y no hemos hallado ni una rata muerta. ¡Zingrave se burló lindamente de nuestro joven amigo Nipper! ¡Fingió que se arrojaba al lago para suicidarse y después se deslizó por alguna parte, salió del agua y ¡vaya usted a saber donde se ha ido a estas horas!

—¡Pero si Zingrave ignoraba que yo le estuviera observando! — dijo Nipper con toda tranquilidad.

—¡No! ¡Tenía que saberlo! — dijo el de Scotland Yard. — No pretendo afirmar que usted tiene la culpa de lo que ha sucedido, Nipper. Usted no puede ser considerado culpable de ningún modo. Usted supuso, con toda razón, que el canalla se había ahogado definitivamente. Pero cuando se trata del profesor Zingrave, no hay que fiar de las apariencias. Es un hombre diabólicamente hábil y astuto, aun en los momentos en que otro cualquiera, se aturdiría por completo.

Nelson Lee permaneció en silencio durante unos pocos minutos. Sabía que era inútil

pretender que Lennard se convenciera de que Zingrave no había vuelto a salir del lago. Pero consideró conveniente oír todo cuanto el inspector tuviera que decir.

—¿Usted dice que se halla positivamente seguro de que en el lago no hay nada? — preguntó Nelson Lee. — ¿No le parece posible que el cuerpo haya quedado escondido en algún recoveco?

—¿Dónde? No hay recovecos en los que pudiera haber quedado el cuerpo. ¿Dónde va a estar? — preguntó. — El fondo del lago es liso como esta mesa y está hecho de cemento. Hasta llevamos un botecito, uno de esos que se pliegan y desarman, y paseamos en él todo el lago, ¡pulgada por pulgada! ¡No hay ni la menor desigualdad en aquel recipiente que es tan liso como puede serlo un tintero!

—¡Jum! ¡Eso parece enteramente decisivo y concluyente! — dijo Nelson Lee.

—No hay nada que hacer al respecto, Lee; Zingrave ha logrado escabullirse, — agregó Lennard. — He retirado toda mi gente del jardín y se ha avisado a toda la policía del país para que vigile. Pero yo creo que Zingrave ha desaparecido para siempre. Es un tipo hábil y astuto, que, habiendo logrado escapar, no habrá quien le pesque. ¡Yo personalmente, creo que no volveré a verle jamás!

El inspector estaba decididamente afectado y abrumado, aun cuando pretendía fingir jovialidad.

—¿No hay actualmente nadie, en casa de Zingrave? — preguntó Nelson Lee.

—Ha quedado un policeman de guardia y nada más, — contestó Lennard.

—Pero el jardín ¿se halla desierto?

—Sí. ¿Para qué vigilar el jardín si el pájaro ha volado ya?

—Es que yo quiero ensayar una pequeña combinación esta noche, — agregó el detective. — No; aún no voy a enterarme de nada, Lennard. El caso está enteramente en sus manos, ¿no es así Lennard?

—Así es.

—Pues bien; yo desearía que nadie me molestara esta noche, en el jardín, mientras pongo en práctica mi combinación, — dijo Nelson Lee.

—¡Bueno! ¡Eso es cosa suya y de nadie más! — exclamó el inspector. — Si usted quiere perder el tiempo en hurgar en redor de ese lago maldito, ¡hágalo! Yo le he dicho ya que el pájaro ha volado. De acuerdo con su deseo, daré orden de que no vaya nadie al jardín, esta noche y le aseguro que nadie le molestará durante su nocturna e interesante labor de investigación. Lo que deseo es que logre usted dar con algún rastro verdaderamente útil.

Después de haberse retirado el detective inspector Lennard, Nelson Lee y Nípper conversaron durante un rato. Nelson Lee no le explicó a Nípper todo el detalle de su plan de acción, pero le dijo que, en cuanto fuera de noche habría trabajo importante que que hacer.

Pero antes había mucho que preparar. El detective salió de su casa sin decir a dónde iba, pero anunciando que estaría de regreso a la hora del almuerzo.

Nípper se instaló en una mullida butaca, delante de la ventana y se puso a recorrer los diarios de la mañana. Todos ellos publicaban largas crónicas, — a cual más fantásticas, — sobre los sucesos extraordinarios de la pasada noche. Los diarios elogiaban con unánime entusiasmo lo realizado por la policía.

La revelación de quiénes eran los dirigentes de la Liga del Triángulo Verde proporcionó extenso e interesante tema a los redactores de todos los diarios, que publicaron los retratos de todos los miembros del Círculo Dirigente con sus correspondientes biografías. La alta posición social de casi todos los presos acrecentó el interés de la información y a la vez hizo más intensa la impresión causada por la noticia en todo el público.

Nípper se sintió tan interesado por las informaciones y los comentarios de los diarios, que no se dió cuenta de cómo pasaba el tiempo; dos horas transcurrieron antes de que reapareciera Nelson Lee. Nípper le oyó subir la escalera, se desesperezó y echó a un lado los diarios.

—¡Estas crónicas son veraces, relativamente tan sólo! — exclamó cuando Nelson Lee abrió la puerta — Los periodistas han dado rienda suelta a su fantasía. ¿Pero Dios mío! ¿Qué es eso, señor?

Nelson Lee sostenía en sus brazos en enorme y desigual paquete, que casi le ocultaba, cuando entró en la salita de consultas. El detective puso el enorme paquete en una silla y se quitó el sombrero. Sonrió al notar el gesto de asombro de Nípper.

—Es un aparatito que pienso utilizar esta noche, muchacho, — explicó. — La casa donde lo compré lo hubiera enviado, pero consideré mejor traerlo yo. Tomé un automóvil y en él lo he traído. La molestia ha sido insignificante.

—¿Y qué diablos es, señor?

—Abra el paquete y entérese usted mismo.

Nípper no perdió tiempo en cortar los cordeles. Sacó el papel de embalaje y puso en descubierto un objeto de muy curioso aspecto. Era un globo de metal mate, lo primero que se veía. Fijado a él había varios caños cortos y una especie de válvula. A un costado vió Nípper, que aquel globo tenía un vidrio, protegido por una reja de metal. Lo demás que había en el paquete era algo así como tela de goma gris oscuro.

—¡Dios mío! ¡Quién iba a figurárselo! — exclamó el joven. — ¡Es un traje de buzo! ¡Una escafandra!

—¡Eso mismo!

—¿Pero con qué?... ¡Ah! ¡Ya comprendo! Va usted a explorar el fondo del lago de Zingrave, ¿no es eso, señor? — preguntó Nípper con interés. — ¡Qué idea original! ¡Pero este traje no es como otros trajes de buzo que yo he visto!

—No es uno de tantos, vulgares trajes de buzo, por eso se diferencia de los otros, — dijo Nelson Lee.

—¿Qué es, entonces?

—Como puede usted notarlo, se trata, en primer lugar, de un aparato que funciona con toda autonomía. No tiene tubos de aire que lo unan a la superficie del agua y no hay, por lo tanto, que enviarle aire al buzo, mediante otra bomba. La provisión de aire la proporciona una ingeniosa combinación que va en una mochila. Funciona sola; no hay más que abrir una canilla y sale el aire.

—¡Qué bien señor! — exclamó Nípper — Pero. . . ¿y cuando se acaba la provisión de oxígeno? Porque no puede durar mucho.

—No se necesita que dure mucho, muchacho. Este traje es sólo para trabajar en poca profundidad y durante corto tiempo. No me será necesario estar debajo del agua más de media hora y la provisión dura, según me han dicho, más de una hora.

Nípper estiró aquel traje de buzo sobre la mesa. Era grande, y pesado. El traje en sí mismo era todo de caucho y las extremidadades de las piernas eran de material más grueso, de tamaño suficientemente grande para que cupieran calzados, los pies del buzo y además tenían peso suficiente para hundir en el agua al que usara el traje.

—¡Qué calzado! ¡Número sesenta y cinco, lo menos, señor! — exclamó Nípper. — Este traje me recuerda a los que usan los motocicletas en el invierno. Pero ¿cuál es su propósito, señor? ¿Cree usted que va a averiguar algo paseando por el agua del lago?

—Mi querido Nípper, ¿a qué preguntar? — dijo Nelson Lee. — He decidido revisar el lago porque supongo que oculta algo, a pesar de su inocente aspecto. Las circunstancias que rodean a la desaparición de Zingrave son singularmente curiosas y tengo mis sospechas...

—¡Hola, hola! ¿Qué es esto? — exclamó Nípper de improviso.

Algo había en el tono del joven que hizo levantar la cabeza del detective.

—¿Qué es lo que pasa, muchacho — preguntó el detective.

—Este pié izquierdo no me parece muy seguro, — contestó Nípper. — La goma tiene aquí una especie de grieta y de seguro dejará entrar el agua.

—¡A ver! — dijo el detective.

Examinó detenidamente el pie izquierdo del traje de buzo, y vió en seguida la grieta a que Nípper se había referido. En un sitio el caucho parecía estar reseco y en consecuencia, se había producido una hendija como de tres pulgadas de largo. Sólo estaba rota la superficie exterior. Por dentro no se veía nada.

—¡Jum! ¡Que fastidio! — murmuró Nelson Lee, frunciendo el ceño. — Ha sido una suerte que usted lo notara, Nípper. Aun estoy a tiempo para cambiar este traje por otro. Pero, de todos modos, es un fastidio.

El detective habló en seguida, por teléfono a la casa donde había comprado la escafandra. Le dijo al gerente que el traje de buzo que había comprado tenía un leve defecto y solicitó que le fuera remitido otro, inmediatamente.

Pidiendo disculpas en todas las formas imaginables, el gerente de la casa le manifestó que sentía muchísimo no tener en existencia otro traje igual por el momento. Pero añadió que mandaría a uno de sus operarios para que efectuase la compostura a toda prisa. La casa, — según manifestó el gerente, — haría, en el precio de la escafandra, una rebaja considerable, además.

Poco después llegó el anunciado operario, provisto de todos los elementos necesarios para hacer la compostura. Revisó con el mayor cuidado el traje y declaró que no tenía más desperfecto que el del pié izquierdo.

Nípper observó con toda atención mientras el hombre hacía la compostura. El operario sacó de la valijita en que tenía las herramientas y los elementos para la compostura, un pomo de una especie de solución con un olor que estuvo a punto de desmayar al muchacho. Nípper había olido varias veces soluciones de goma, de las que se usan para componer los neumáticos de los automóviles, pero nunca ninguna tan maloliente como aquella.

Pero, como lo explicó el operario, aquel olor era garantía de la fuerza adhesiva de la solución pues esta era tan fuerte como el olor que despedía.

—A juzgar por como huele, — declaró Nípper, tapándose la nariz, — debo manifestar que tiene que ser de primera fuerza. De todos los olores de cien caballos de fuerza que he tenido ocasión de apreciar en mi vida, este ha sido el más eficiente de todos.

El operario se sonrió y continuó trabajando. Puso un parche sobre la grieta y para asegurarlo mejor, cosió encima un trozo de una tela que parecía lona, previamente untado en la olorosa solución. Este parche se extendía casi desde el talón hasta la pantorrilla. Sobre el parche de lona untó abundante solución, manifestando que se secaría en muy poco tiempo

Aun cuando no hacía falta, puso un parche del lado de dentro.

Nelson Lee examinó la compostura y se declaró satisfecho del resultado.

Pero ni durante un segundo pudo adivinar la importancia que en favor suyo, iba a tener, en su momento oportuno, aquella insignificante compostura.

CAPITULO III

El plan de Nelson Lee. — En el jardín de la casa de Grosvenor Square. — Junto al lago. — La escafandra. — Nelson Lee debajo del agua. — Un comienzo decepcionante. — La cavidad secreta. — La escalera del túnel. — El detective avanza. — Un encuentro lamentable. — Zingrave desesperado. — Nuevo plan de acción. — El disfraz del profesor. — La salida. — El encuentro con Nípper. — Unos violentos instantes. — La fuga.

En el jardín de la mansión del profesor Cyrus Zingrave, situado en Grosvenor Square, reinaba la más completa oscuridad. Aún no era tarde, pues todavía se notaba un leve resplandor en el lado Oeste del horizonte. Pero el cielo estaba encapotado, las nubes

eran muy densas y había, en consecuencia, anochecido prematuramente.

No se veía ni una sola luz en la casa del profesor y el tupido follaje de los árboles que rodeaban el jardín, no dejaba ver las luces de las ventanas de las casas que se hallaban relativamente cercanas. El jardín era bastante espacioso y el lago estaba situado en su centro y podía distinguirse desde cualquier punto del jardín, pero no era posible verle desde fuera. Lo que estaba aconteciendo allí se realizaba, pues, en la más completa reserva.

Dos oscuras siluetas se movían junto al borde del lago. Una de ellas era Nipper. La otra era la de una persona deforme y abultada que se movía con dificultad y cuya cabeza parecía ser ridículamente pequeña.

Este efecto era lógico pues aquella silueta era la de Nelson Lee, el famoso detective, que se había puesto el traje de buzo, pero no se había colocado todavía el casco. Nipper tenía el casco en la mano, pronto para colocárselo cuando Nelson Lee se lo indicara.

—Es muy posible que todo esto no conduzca a nada, joven, pero considero necesario, poner en claro el caso y salir de dudas, — observó Nelson Lee, en voz baja. — Si acaso este lago oculta algún secreto, sea de la clase que sea, ahora vamos a saberlo.

—¿Qué es lo que tengo que hacer yo, señor? — preguntó Nipper con mucho interés.

—Usted debe quedarse junto a la orilla del lago y esperar a que yo reaparezca, — contestó el detective. — No creo que me sea necesario estar largo tiempo en el agua.

Nipper, a pesar de la tranquilidad con que se expresaba el detective, se sentía bastante preocupado.

—Pero ¿y si usted tarda o no regresa, señor? — preguntó con voz en la que se notaba la emoción que sentía. — ¿Y si esa escafandra no funciona bien? En tal caso, usted se ahogaría como una rata y sin que yo supiera, señor. Usted debería llevar un cordel, aunque sólo fuera para hacer señales... un cordel de aviso.

Nelson Lee se sonrió.

—Mi querido Nipper, no me gusta verle tan nervioso, — dijo con bondad y cariño. — Parece usted olvidar que el lago no tiene más que diez pies de profundidad, así que no tendré la cabeza más que a cuatro pies de distancia de la superficie. Si se diera el caso de que sucediera algo de lo que usted teme, me sería muy fácil desprender las suelas de plomo que me tendrán hundido y subir a la superficie. ¡Vamos! Ponga ese casco en su sitio.

Tranquilizado, Nipper levantó el casco y lo aseguró en las ranuras del cuello de la escafandra. Un movimiento lateral aseguró el casco con firmeza pero de modo que era fácil sacarlo invirtiendo aquel movimiento.

Nelson Lee movió en seguida una pequeña canilla que estaba al alcance de su mano, cerca del hombro izquierdo. El oxígeno contenido en el receptáculo de la pequeña mochila empezó a salir de dentro del casco, mientras el aire enrarecido, producto de la respiración, salía por una válvula de escape. Era un aparato muy hábilmente combinado pero, claro está, que inadecuado para bucear en las profundidades del océano. Estaba construído únicamente para ser utilizado en aguas poco profundas y tranquilas.

Nipper acercó el rostro al vidrio que tenía el casco en la parte delantera.

—¿Todo va bien ,señor? — preguntó.

Vió que el detective movía la cabeza afirmativamente. Nelson Lee se encaminó con lento y pesado andar, a la orilla del lago. En cada pie tenía puesta una gruesa suela de plomo que, con su peso, le hundiría en el agua y le permitiría permanecer en posición vertical dentro del agua. Pero ambas suelas podían ser desprendidas instantáneamente, soltando un botón, puesto a cada lado del pantalón de tela de goma.

El detective se deslizó del parapeto del lago al agua y se hundió en el líquido que, en aquél momento, parecía enteramente negro. Durante unos segundos permaneció colgado de las manos, del borde del parapeto y después se soltó.

Se hundió lentamente y, casi en seguida, sintió que tocaba con los pies en el fondo del lago, duro y liso. Avanzó dos o tres pasos y se pudo dar cuenta de que le era posible caminar con toda desenvoltura. El aire que respiraba le causaba una impresión rara, pero era enteramente puro.

Le rodeaba la más densa oscuridad y un silencio sólo comparable con el de una tumba. Pero el detective se había provisto de todo lo necesario y antes de que caminara un solo paso más, tomó de su cinturón una poderosa antorcha eléctrica. Oprimiendo el botón que la encendía, un rayo de brillante luz brotó de la antorcha. Pero el agua estaba muy lejos de ser cristalina y la luz se vió oscurecida y verdosa.

Era suficiente, sin embargo, para que el buzo viera todo cuanto se hallaba delante de él, con bastante claridad. Dirigió Nelson lee el haz de luz en varias direcciones y, por último, la claridad de la antorcha dió en la lisa pared de concreto del costado del lago.

Dirigió la luz hacia abajo y después hacia arriba. Nipper, en el borde del lago, vió con claridad el punto verdoso de luz y se tranquilizó. Pero cuando el detective volvió el rayo de luz a su posición horizontal, dejó de verle.

A Nelson Lee le pareció que estaba explorando una pileta de natación. La formación del lago artificial era, en realidad muy parecida al de un baño de natación, aun cuando tenía menos pulido el revestimiento del cemento portland.

El detective volvió la espalda a la pared y avanzó. Sospechaba que podía existir alguna combinación secreta relacionada con la fuente que ocupaba el centro del lago. Debido a eso resolvió comenzar sus investigaciones examinando la base en que se apoyaba aquella fuente.

La base de la fuente era pura y sencillamente de piedra bruta y Nelson Lee tardó bien poco en convencerse de que era exactamente tal como aparentaba ser y nada más. Las piedras estaban cubiertas de cieno.

Después de dar dos vueltas en redor de la base de la fuente, el detective decidió dirigir su atención hacia otro lado.

Dirigió la luz hacia arriba, pero no pudo ver más que agua turbia. El fondo del lago tenía una gruesa capa de cieno y cada paso que daba el detective, removía aquel barro y enturbiaba algo más el líquido.

Caminó con la mayor cautela a fin de remover lo menos posible el cieno del fondo. Avanzando así llegó de nuevo a la pared vertical del borde, áspera y sucia.

—Temiendo estoy que, al fin y al cabo, sea Lennard el que tenga razón. — díjose Nelson Lee. — Este lago es una construcción enteramente vulgar. Sin embargo, ¿cómo ha sido posible que Zingrave saliera sin mojar el camino que rodea al lago? ¡Eso no es posible, de ningún modo! ¡No es posible! ¡Apostaría cualquier cosa a que el profesor no volvió a aparecer nunca en la superficie del lago!

Apretó los dientes, disgustado y siguió avanzando. Aun faltaba explorar una gran extensión del lago y no había razón para dar por fracasada la investigación.

De pronto, Nelson Lee se detuvo.

Después de abrir y cerrar las mandíbulas con tal fuerza que el chocar de los dientes resonó con ruido extraño en el cerrado espacio del casco el detective avanzó tres largos pasos. La luz de la antorcha eléctrica brillaba, inmóvil, delante de él.

—¡Por vida de un demonio! — murmuró Nelson Lee, con alegría. — ¡Si estaba seguro de que así tenía que ser! Lo que sí, que no me figuré jamás que pudiera tratarse de algo como esto!

Se quedó inmóvil un momento. La luz de su antorcha permitía ver una cavidad que había en la pared de concreto. Era, indudablemente, profunda, porque la luz no penetraba hasta el fondo y la cavidad se veía obscura en medio del verde pálido de la capa de agua que quedaba entre el detective y la pared.

La abertura no tendría más de cuatro pies de altura y era estrecha. Pero ofrecía sitio suficiente para que pasara por ella un hombre, así que al ver aquello, nuevas sospechas pasaron por la mente del detective. En aquel momento sintióse más convencido que nunca de que el profesor Zingrave seguía con vida y en condiciones de ser más peligroso que nunca.

—¡Claro está que las operaciones de rastreo de la policía no pudieron revelar la presencia de esta cavidad! — díjose Nelson Lee. — No me sorprende que a Lennard le pareciera que en el lago no había absolutamente nada sospechoso.

El detective permaneció inmóvil durante casi un minuto. Aun cuando no sabia con exactitud cuál era su situación, dentro del lago, en aquel momento, supuso que aquella cavidad se hallaba precisamente delante de la voluminosa montañita artificial o rockery construída a la misma orilla del agua.

—¡Todo se ve claro! ¡Claro como la luz del día! — murmuró Nelson Lee. — Este túnel ofrece un medio de escapar y Zingrave se metió en él, sin duda, mientras nosotros estábamos junto al lago, sin poder hacer absolutamente nada. Es muy fácil que esta sea la entrada a un largo túnel que conduzca a alguna casa de las inmediaciones.

Sin pensarlo más, el detective avanzó y se encogió lo suficiente para poder entrar en aquella cavidad. El espacio que había era reducido y Nelson Lee, vestido con la escafandra, abultaba bastante, así que avanzó con lentitud. Pero cuando hubo adelantado unos pocos pasos, la luz de la antorcha le permitió ver unos escalones de piedra, cubiertos de barro y que conducían a un nivel superior.

—¡Exactamente lo que yo había supuesto! — pensó Nelson Lee. — Subiendo esos escalones tendré la cabeza fuera de la superficie del agua, al cabo de unos pocos segundos. Zingrave no hizo más que zambullir en las aguas del lago, cruzar este breve túnel y salir del agua, todo ello en menos de medio minuto. ¡Qué hombre hábil, astuto y precavido!

Con suma satisfacción pudo Nelson Lee comprobar que sus anteriores deducciones eran exactas. Suponía el detective que el profesor Zingrave debía hallarse, en aquel momento a muchas millas de distancia del lago y de la casa de Grosvenor Square. Pero su innato sentido de precaución le hizo que apagara la antorcha antes de subir por aquella escalera de piedra.

En medio de la más completa oscuridad ascendió, pues y, casi en seguida, se dió cuenta de que estaba emergiendo del agua. Dos escalones más y pudo sentir que se hallaba fuera del agua hasta cerca de la cintura. En aquel momento, se detuvo.

Desde que estaba fuera del agua podía quitarse en seguida el casco, puesto que ya no le era necesario. Levantó las manos, cerró la canilla del oxígeno, y después hizo girar un poco el casco, que se desprendió inmediatamente, y en cuanto respiró por primera vez el aire que le rodeaba, el detective se estremeció.

¡Aquel aire olía fuertemente a humo de tabaco!

En el mismo instante comprendió Nelson Lee que no se hallaba solo. Puso el casco en el suelo, a un lado y luego encendió, bruscamente, la luz de su antorcha.

Vió un instante las piernas de un hombre a unos cuatro pasos de donde él estaba, pero antes de que pudiera alterar la dirección del rayo de luz de la antorcha, algo le golpeó en la cabeza con terrorífica fuerza. El golpe fué aturdidor y Nelson Lee se inclinó hacia un lado, sin conocimiento y sin haber visto qué cara tenía su asaltante ni siquiera durante un segundo.

La antorcha rodó de su mano en el momento en que recibió el golpe, pero no se estropeó. La luz brilló a ras del suelo pues la llave de la corriente estaba fija, pero su luz fué oscurecida al punto por una más fuerte que brilló en aquella habitación.

El profesor Zingrave, respirando jadeante, miró al desmayado Nelson Lee, con ojos que relucían de reconcentrado furor.

El detective estaba metido a medias en el agua y ostensiblemente fuera de comba-

te. Una mirada le fué suficiente al profesor para comprender quién era su inesperado e inoportuno visitante. Zingrave no intentó hacerse ilusiones de ninguna clase. Se sobresaltó porque se dió cuenta de lo que aquello significaba.

—¡Así que hasta este escondrijo ha sido descubierto! — díjose, relucientes los ojos de furor. — ¡Nelson Lee! ¡Siempre Nelson Lee! ¡Maldito sea este hombre y su infernal astucia! ¡Contra él no está uno seguro jamás!

No había supuesto nunca que fuera posible que el detective, por más hábil que fuese lograra descubrir su escondrijo del lago, pero la presencia de Nelson Lee le indicaba que su situación ya no era tan seguro como se lo había imaginado. El inaccesible escondrijo había resultado accesible para el detective.

El profesor sentíase dominado por el miedo y enteramente alarmado.

Una hora antes se felicitaba porque ya no tenía nada que temer de parte de nadie; porque había logrado despistar a quien le perseguía y porque estaba en tranquila libertad de poder realizar todos sus bien pensados planes, sin el menor tropiezo. Pero.... ¿y ahora?

—¡Dios mío! — murmuró Zingrave. — ¡No es posible calcular todo lo que significa la presencia de Nelson Lee en este sitio. Oculto aquí dentro, ignoro cuánto pasa fuera de aquí. Me he sentido convencido de que el jardín estaba desierto y de qué podría salir de aquí cuando me diera la gana. Pero el jardín debe hallarse en estos momentos, repleto de agentes de policía. ¡Es fácil que me encuentre entera y definitivamente atrapado!

El pensar así era como para enloquecer a un hombre del carácter de Zingrave.

Durante unos momentos, Zingrave dió rienda suelta a su furor. Maldijo y blasfemó sin dejar de mirar a Nelson Lee, que seguía inmóvil. Subconscientemente se percató de que el rostro del detective tenía una palidez de muerte y, de pronto, se serenó por completo.

—¡Está muerto! — murmuró con alegría feroz.

Pero sus pensamientos cambiaron en seguida de rumbo. Consideró rápidamente su situación y se dijo que se hallaba en grave peligro. Era muy probable que hubiera llegado su última hora de libertad. Zingrave supuso que Nelson Lee debía hallarse en combinación con la policía. Si era así no había que pensar en escapar.

Pero el pensar en que le capturarían enloqueció de nuevo al profesor. Su mente se hallaba en plena actividad y en pocos instantes llegó a la única decisión practicable.

Su salvación dependía de que adoptara medidas inmediatas. Ya no era posible llevar a cabo su primitivo plan. Tenía que adoptar otro de acuerdo con lo que las circunstancias exigían.

Habiéndolo decidido así, Zingrave puso manos a la obra.

Si Nelson Lee hubiera podido ver a su atacante antes de recibir el golpe, hubiese visto a un perfecto desconocido porque Zingrave se hallaba hábilmente disfrazado.

Había terminado de disfrazarse hacía pocos momentos y el resultado de su trabajo era asombroso. No se reducía el disfraz a haber variado el aspecto del rostro del profesor; hasta la forma de su cuerpo había variado: era totalmente distinta.

Vestía un traje azul marino, de saco cruzado y su delgado cuerpo estaba acolchado y engrosado de tal manera, que parecía un hombre ancho de espaldas y de imponente musculatura. El relleno estaba tan bien hecho que no era posible que nadie supiera que aquellas carnes no eran verdaderas.

Zingrave había pasado varias horas arreglándose la cara. Se había cubierto el cutis con una preparación imborrable, que lo había transformado en oscuro y burdo, como el de un hombre que se ha pasado la vida a la intemperie. Tenía puesta una barba corta y gris y un bigote poblado y recortado. Pero sus mejillas parecían más gruesas, la nariz había cambiado totalmente de aspecto y forma y la frente había perdido su apariencia de costumbre debido a que la peluca que tenía puesta avanzaba más abajo del límite de la implantación de su verdadero cabello. Y todo el cabello falso que se había puesto; peluca, barba, bigote y cejas, estaba pegado en forma permanente. Mediante procedimientos secretos, Zingrave se había adherido todo aquello de modo que podía hacer frente a cualquier oficial de policía, con toda confianza. Aun cuando se le tirara del cabello o de la barba, éstos no se desprenderían. El profesor Zingrave había desaparecido; otra persona había ocupado su lugar.

Se comprenderá, debido a eso, que Zingrave se sintiera tan confiado en sí mismo. Pero si le pescaban allí, en el momento de salir de su secreto escondrijo, de nada le valdría todo cuanto había hecho. Una vez alejado de la casa, en una calle cualquiera, se atrevería a desafiar a toda la policía con impunidad completa. La cuestión era encontrar el modo de salir de donde estaba, sin que le vieran.

En los bolsillos tenía una suma importante de dinero, en efectivo y en títulos extranjeros de fácil negociación. Eran bastantes miles de libras en total. Su intención era escapar de Inglaterra llevándose una fortuna.

Frustrado su primitivo plan, se decidió a planear una combinación de acuerdo con las circunstancias en que se veía. El éxito de su nuevo plan dependería de la rapidez con que se realizara. Miró en redor para ver si no se le había olvidado algo. Precisamente terminaba sus preparativos en el momento en que Nelson Lee hizo su dramática e inesperada presentación.

—¡Mi destino queda confiado a la suerte desde este momento! — murmuró el profesor con reconcentrado enojo. — ¡Pero tengo que escaparme... es necesario que me escape y me propongo escaparme!

Levantó a Nelson Lee hasta que lo tendió en el suelo. Después, trabajando con febril actividad, le sacó el traje de buzo y lo escurrió. Sin detenerse un solo momento se vistió con él, hasta que estuvo pronto para ponerse el casco.

—¡Esta es mi única probabilidad de éxi-

to! — dijo Zingrave. — Si Nelson Lee tiene compañeros en el jardín, creerán que yo soy el detective, de regreso. En consecuencia, se hallarán a mi merced. En cambio, si yo hubiera salido de acuerdo con mi primitivo plan, sería yo quien estuviera a merced de ellos. Pero así voy a sorprenderles y gracias a su sorpresa me salvaré.

En momentos como aquel, la astucia del profesor era admirable. Con toda rapidez preparó su habilísimo plan. El elemento sorpresa es uno con el cual se puede contar siempre.

Pero la rapidez de acción era, también, un factor de importancia suma.

Zingrave examinó el casco durante un momento y vió que el modo de colocarlo era lo más sencillo. Se puso el casco, lo aseguró y abrió la canilla del oxígeno. Pocos segundos le bastaron para darse cuenta de que el aparato funcionaba bien; tomó la antorcha eléctrica y se dirigió hacia los escalones de piedra.

Una vez en el fondo del lago, dió un salto hacia arriba y subió a la superficie como un corcho. Se orientó en el ambiente nocturno y luego se agarró al borde del lago.

Zingrave era fuerte, así que mediante un enérgico tirón, estuvo en seco. Miró en seguida en redor por el vidrio de la parte delantera del casco.

No vió ante él más que a una sola persona: Nipper.

Zingrave lo vió confusamente porque el jardín estaba muy obscuro. Al salir del lago, al profesor se le había caído al agua la antorcha eléctrica. El corazón le latía violentamente; no podía negarse que estaba muy nervioso.

Pero, al parecer, era Nipper la única persona que le había visto y con la única que tenía que entenderse. Tal vez hubiera otras, pero no se les veía. La mente de Zingrave trabajaba con toda actividad mientras se quitaba el pesado casco y lo ponía en el suelo.

—¡Gracias a Dios que está usted de regreso, señor! — exclamó Nipper. — Ya me figuraba que no iba a volver más. ¡Qué espera más angustiosa la mía, aquí solo!...

El profesor respiró con satisfacción.

¡Solo!

Nipper era el único enemigo con quien tenía que verse. Zingrave apretó los dientes y sintió una grandísima satisfacción. Pero vestido con el traje de buzo, se encontraba en condiciones de inferioridad. Soltando apresuradamente el cinturón, dejó deslizar hacia el suelo el pesado traje de tela de goma.

—¿Qué resultado ha obtenido, señor? — agregó Nipper. — ¿Por qué calla? ¡Maldita sea esta obscuridad! ¡Convendría un poco de luz! ¿Le ha hecho mal el oxígeno del aparato?

Mientras hablaba, Nipper sacó del bolsillo su antorcha eléctrica, y el haz de luz iluminó un momento el falso cuerpo musculoso de Zingrave y su traje azul de saco cruzado y botones de metal. Entonces antes de que la luz pudiera llegarle a la cara, el archicriminal hizo lo que había pensado.

Procedió con rapidez y sin escrúpulos de ninguna clase.

Era de importancia grandísima que Nipper no pudiera verle el disfrazado rostro, pues Zingrave no quería que le identificaran bajo su nueva personalidad. En cuanto se alejara de la vecindad se hallaría seguro, pero únicamente en caso de que Nipper no pudiera haberle visto la cara.

Con rápido movimiento, Zingrave hizo saltar la antorcha de la mano del joven.

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¡Usted no es Nelson Lee! — gritó Nipper en el momento en que la antorcha rodaba a varios pasos de distancia. — ¡Por el diablo! ¿Qué es esto?...

El joven detective no prosiguió.

Zingrave se arrojó sobre él como un tigre. Agarró al muchacho ferozmente y lo levantó del suelo. Nipper manoteó un instante y después se aferró del cuello del que le asaltaba.

Pero Nipper no tenía probabilidades de vencer a aquel desesperado. Todo el incidente fué cosa de unos segundos. Pataleando y forcejeando, Nipper saltó por el aire y fué a caer en las frías aguas del lago.

Desapareció un momento debajo de la superficie. El profesor Zingrave volvió la espalda y corrió rápidamente por el oscuro jardín.

¡Se había escapado! ¡Estaba en libertad! Ni Nelson Lee ni Nipper habían podido verle la cara disfrazada.

¡A pesar de las circunstancias desfavorables, Zingrave había logrado escurrirse de la trampa y su nueva identidad no era conocida!

CAPITULO IV

Nipper en el lago. — ¿Dónde está Nelson Lee? — En busca del detective. — El túnel subacuático y el escondrijo. — Una sorpresa — Estudiando la situación. — Un juramento de Nelson Lee. — ¿Por dónde iba a salir Zingrave? — Al aire libre. — El parche de la escafandra. — Una brillante idea. — Nipper se ausenta y vuelve. — Interviene Guillermo el Conquistador. — ¿Ha pasado la mala racha?

Nipper volvió a la superficie del lago del jardín de la casa de Grosvenor Square, estornudando, resoplando y escupiendo porque había tragado, sin querer, algunos buches de agua del lago. Dos poderosas brazadas le llevaron hasta la orilla. Un rápido esfuerzo le permitió salir del agua. Se quedó inmóvil, de pie, chorreando agua a raudales y respirando jadeante. Al pie de él, el agua que caía de sus ropas formó como un charco.

—¡Se ha ido! — exclamó con voz ronca y apesadumbrada — ¡Dios mío! ¡Qué significará todo eso? ¡Y no era el señor Nelson Lee ni nada parecido! ¡Ese hombre era Zingrave... Zingrave en persona! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Durante unos momentos, Nipper se sintió demasiado aturdido para poder coordinar sus pensamientos. Comprendía, sin embargo, que era inútil intentar una persecución puesto que ignoraba hacia qué lado se había ido

el fugitivo. Además, la mente de Nípper era un verdadero torbellino.

Sus pensamientos eran tales y de tan alarmante naturaleza que se atropellaban los unos a los otros en horrible confusión. Pero, de entre toda aquella enredada madeja se destacaba, con claridad, un hecho aplastante pero indiscutible.

¡Nelson Lee se había metido en el agua del lago y del lago había salido Zingrave!

¿Cómo había podido producirse eso que, a juzgar por su aspecto era algo enteramente imposible?

Todo lo sucedido era tan asombroso que Nípper no podía apreciarlo ni siquiera con relativa claridad, en los primeros momentos. ¿Qué destino había tenido Nelson Lee? ¿Qué suerte era la que había corrido el detective? ¿Cuál era la clave del extraño secreto de aquel misterioso lago artificial?

De pronto, Nípper se estremeció de pies a cabeza porque el aire rápido y fresco de la noche le había dado en su empapada ropa. Aquel estremecimiento pareció reanimarle de modo inesperado y le permitió darse, más o menos, cuenta de la verdad de su actuación. De algún modo extraño, mediante extraordinarias circunstancias, el profesor Cyrus Zingrave había surgido del lago, vestido con el traje de buzo y ocupando de ese modo, el sitio que correspondía a Nelson Lee. Por consecuencia, el detective tenía que hallarse en el sitio donde antes estaba el profesor. Ese sitio, — al que sin duda, se llegaba pasando por las aguas del lago, — ¿dónde está?

Todo el caso era de lo más asombroso que se pueda imaginar y de lo más inexplicable, a la vez.

—¡Que me cuelguen de un clavo, lo que no me vendría mal para secarme un poco, si entiendo algo de todo cuanto ha sucedido! — murmuró Nípper con natural ansiedad. — De lo que no cabe duda es de que se va a alguna parte, pasando por entre las aguas de este maldito lago. Cuando Zingrave zambulló la noche pasada, yo me figuré que lo hacía para suicidarse, pero ahora me doy cuenta con toda claridad de que el grandísimo pillo, lo único que hizo fué dirigirse, atravesando las aguas del lago, a un previamente preparado escondrijo. El señor Lee, vestido de buzo, dió con el escondrijo, encontró al profesor Zingrave y entonces...

Pero Nípper no se atrevió a pensar cuál sería la continuación. Algo tenía que haberle sucedido a Nelson Lee, de esto no era posible dudar. Tampoco era posible dudar de que Zingrave había burlado a Nelson Lee. Nípper no tenía prueba ninguna de que la persona que él había atacado y había terminado por arrojarle, remolineando por los aires, a las aguas del lago, había sido el profesor Zingrave. Pero interiormente, no dudaba de que había sido Zingrave.

Sin malgastar ni un solo segundo más, Nípper se puso en actividad. Había pensado en vestirse con la escafandra y una vez que estuviese vestido de buzo, visitar el lago y hallar el sitio de donde había salido Zingrave y donde debía hallarse Nelson Lee, tal vez en muy lamentable condición porque de un canalla como el profesor se debe esperar siempre lo peor de lo peor. Pero cuando tomó el casco, para examinarlo, se percató en seguida de que el vidrio de la ventana delantera estaba rasquebrajado. Se había roto cuando Zingrave ,desvistiéndose a toda prisa, había arrojado el casco de cobre, al suelo. Nípper se sintió anonadado, en el primer momento, pero tardó muy poco en recobrar su tranquilidad. Una nueva idea acudió rápidamente a su fecunda imaginación.

—¡Si Zingrave pudo meterse en su escondrijo zambullendo, no hay razón alguna para que yo no pueda hacerlo también! — murmuró, enteramente decidido. — Ya estoy empapado hasta la piel, de modo que un remojón más o menos poco importa. Además, la noche no está fría.

Miró en redor suyo, hacia la oscuridad circundante. Consideró en seguida que no podía estar, — la salida secreta y subacuática existente en el lago, — más que de un solo lado: del lado de la "rockery", levantada a uno de los costados del lago y extendida hacia tierra algunas yardas. Por lo tanto, empuñando su antorcha eléctrica, se acercó al borde del lago y se arrojó de cabeza al agua, oscura y turbia, a tal punto que parecía negra.

Nípper se hundió apresuradamente. La luz de la antorcha eléctrica le permitió ver, vagamente, a través de un muro de agua, sucia de limo disuelto, la pared de concreto que formaba el perímetro interior del lago. Vió también, — durante un brevísimo momento, — la cavidad cuadrilonga, más alta que ancha. Pero antes de que pudiera seguir haciendo lo que se proponía hacer, vióse obligado a volver a la superficie en procura de aire fresco.

—¡Allí está una cavidad que me parece sospechosa! ¡Esa debe ser la entrada al escondrijo del profesor Zingrave! — se dijo, mientras recobraba el aliento y se preparaba para la nueva zambullida. — ¡Diablo! ¡Diablo! ¡Este sí que es un lugar curioso y lleno de misterio! ¿Quién se iba a imaginar que el presidente de la Liga del Triángulo Verde estuviera preparando un escondrijo, para casos de gravedad, en medio de la masa, al parecer maciza, de la "rockery"? ¡Un escondrijo al que hay que entrar zambullendo en el lago!

Nípper salió del agua y se alejó algunos pasos de la orilla del lago, escogiendo con cuidado el sitio donde había de zambullir. Después corrió y se achó al agua de modo que su impulso inicial le llevara en línea recta a la cavidad del túnel, situada seis pies abajo de la superficie del líquido.

El muchacho calculó bien la distancia y la dirección. Antes de que pudiera darse cuenta de ello se hallaba entre dos aguas, en la entrada del misterioso agujero sumergido. Conteniendo la respiración, Nípper avanzó. La impresión que experimentaba en aquel momento se hallaba muy lejos de ser agradable, pues no sabía qué era lo que le esperaba ni qué podía temer de lo que hubiese delan-

te de él. Sumergido por completo avanzaba a tientas, mortificado cada vez más por la falta de aire. Pero hallábase preparado para, — en el mismo momento en que considerara peligroso el seguir hacia adelante, — regresar a toda prisa a la superficie y al aire.

Pero casi un instante después de haberse metido en la cavidad de la pared, tropezó con algo y en seguida se dió cuenta de que, en lo alto, una luz penetraba la verde opacidad del agua.

—¡Una escalera! — díjose, en el instante en que tocó el primero de los peldaños de piedra.

Antes de que hubieran transcurrido cinco segundos, Nípper había subido por la escalera penetrando en la misteriosa habitación.

En cuanto le fué posible miró en redor. Fué un cuadro asombroso el que, en aquel instante, se presentó ante su vista. Se encontraba en una habitación cuadrada, con paredes de piedra bruta y con un aspecto parecido al del habitáculo de algún hombre prehistórico. Pero, produciendo un chocante efecto de contraste, brillaba, colgada del techo por un cordón una luminosa lámpara eléctrica de incandes,cencia.

Pero Nípper — a pesar de lo extraño y llamativo de todo eso — no se detuvo a mirar el cuarto ni a observar la luz eléctrica. Miró fijamente a Nelson Lee. El famoso detective estaba sentado a menos de una yarda de donde se hallaba Nípper. En aquel momento se pasaba la mano por la frente y tenía todo el aspecto de una persona que se halla aturdida y mareada.

El ver allí a su querido patrón y maestro, hizo que Nípper estuviera a punto de saltar de contento. Sintió que se le aceleraban las pulsaciones y los ojos le relucieron de alegría.

—¡Usted, señor! ¡Por fin! — gritó con emoción. — ¿Qué ha pasado?

Nelson Lee se estremeció como sobresaltado y dirigió a Nípper una lánguida mirada de sus ojos turbios.

—¡Hola muchacho! — murmuró un instante después y como si fuera despejándose su mente poco a poco. — ¡Dios mío! ¡Parece usted un gato ahogado! ¡Qué remojón! ¿Pero qué demonios hace usted aquí, Nípper? ¿Dónde nos encontramos? ¡Dios mío, tengo la cabeza de un modo!...

—¿Qué es eso? ¿Está usted herido, señor? — preguntóle Nípper con gran ansiedad.

Nelson Lee sufría todavía las consecuencias del terrible golpe que le había dado el profesor Zingrave en cuanto le vió aparecer en su escondrijo.

Nípper acudió en su socorro apresuradamente. Con nerviosa precipitación recorrió los bolsillos del saco del detective hasta que encontró una cantimplora con cognac. Destapó el frasco, lo acercó a los labios de Nelson Lee y logró que el detective tomara unos tragos de licor.

Fué suficiente una dosis de la alcohólica bebida para que, reanimado el cuerpo, la mente de Nelson Lee comenzara a despejarse.

Nípper no tardó en hallar, en la cabeza del detective, la señal dejada por un golpe verdaderamente salvaje y procedió a refrescar la herida con el pañuelo empapado en agua del mismo lago.

—¡Ya me siento mejor, Nípper! — murmuró Nelson Lee, con voz débil. — Es usted una excelente enfermera, muchacho. Me siento mucho mejor aún cuando todavía me duele mucho la cabeza y me parece como si me zumbara. ¡Dios mío! ¡Qué golpe el que me dieron! No me explico cómo no me ha roto el cráneo en varios pedazos. Tal vez porque me hirió algo de costado; si llega a golpearme sin resbalar, me deja sin vida. No sé lo que me golpeó ni quién me golpeó, porque todo se produjo a oscuras. Pero... ¿cómo diablos ha podido usted llegar a este oculto escondrijo.

—Zambullendo y nadando entre dos aguas, señor. No hay otro camino, — dijo el muchacho, que seguía aplicando las compresas frías a la cabeza del detective.

—Pero es que, en realidad, no alcanzo a comprender...

—Yo creí que era usted quien volvía a la superficie, señor, — agregó Nípper rápidamente. — Alguien, que se había puesto el traje de buzo, salió del agua y yo, claro está, creí que era usted. ¡Pero no, el infame debió ser ese grandísimo pillo de Zingrave!

Nelson Lee se levantó, inseguro todavía, procurando mantenerse en pie, a pesar de que le dolía mucho la cabeza y sentía un constante zumbar que le aturdía

—¡De modo que el profesor Zingrave se ha escapado, después de todo! — dijo con amargura.

—Sí, señor: se ha escapado. Pero yo no creo que se me pueda considerar culpable de su fuga. — replicó Nípper. — ¿Cómo diablos iba yo a saber lo que estaba sucediendo aquí dentro? Claro está que en el mismo instante en que Zingrave se quitó el traje de buzo, yo me dí perfecta cuenta de lo que sucedía. Pero antes de que yo pudiera dirigirle a la cara el haz de luz de mi antorcha eléctrica, él me dió un golpe en la mano, que hizo saltar la antorcha a varias yardas de distancia. En seguida se precipitó sobre mí como un tigre furioso. Me defendí lo mejor que pude, pero todos mis esfuerzos fueron inútiles. El hombre aquel me levantó del suelo y me arrojó al lago con las fuerzas de un hércules. Me hundí en el agua, y cuando volví a la superficie, el hombre había desaparecido por completo y yo estaba tan aporreado que no podía ni pensar como de costumbre.

Nípper refirió, con todos sus detalles cuanto le había sucedido. Después, Nelson Lee le enteró de cómo había llegado a tener su desastroso encuentro con el que le había golpeado la cabeza en forma tan brutal que había estado a punto de matarle.

Mientras el uno primero y luego el otro, narraban lo que les había pasado, transcurrieron unos pocos minutos y el detective, aún cuando se sentía débil y dolorido, tenía la mente despejada por completo.

—En mi opinión, — dijo, expresándose en voz baja y con lentitud. — ni usted ni yo

podemos ser considerados culpables de lo que ha sucedido. Por mi parte, declaro que fuí tomado por sorpresa y en cuanto a usted, Nipper, bien evidente está que le sucedió exactamente lo mismo. Nuestra situación fué, en ambos casos, desventajosa para nosotros.

—¿Y ahora?

—Ahora está vivo, ¡y tan vivo! y tenemos pruebas de que sigue siendo, como siempre, capaz de todos los mayores hechos criminates. Peor aún que antes, tiene que resultar el profesor, pues se halla desesperado, y para salvarse no vacilará en matar a quien se interponga en el camino que haya escogido. Es un hombre que en estos momentos constituye un peligro público. ¡Es una lástima, verdaderamente, que se haya escapado!

—¡Y pensar que le teníamos encerrado aquí, a nuestra merced! — exclamó Nipper con disgusto. — ¡Si lo hubiéramos sabido! ¡Metido en este agujero, sin más salida que el túnel de debajo del agua y así mismo pudo burlarnos el canalla! ¡Por vida de un demonio, ese hombre posee una serenidad realmente sobrenatural! No es posible saber dónde está en este momento y tampoco es posible afirmar que se le ha de apresar tarde o temprano.

Nelson Lee apoyó ambas manos en los hombros de Nipper, mirando cara a cara a su joven y fiel ayudante.

—Querido Nipper, — dijo con lenta serenidad. — Le juro a usted solemnemente que no me he de ocupar de ningún otro asunto, hasta que haya prendido y vencido al profesor Zingrave. Este caso tiene un aspecto parecido al de un desafío. Pues bien, acepto el reto y no descansaré hasta haber apresado a ese hombre. Es necesario que la Liga del Triángulo Verde deje de existir, quede aniquilida por completo y mientras el profesor Zingrave se halle en libertad, mi obra estará incompleta.

—Pero ¿por dónde va usted a comenzar su pesquisa, señor? — preguntó emocionado el joven Nipper.

—Empezaremos por salir de este agujero, — contestó, animándose más Nelson Lee. — Pero dígame Nipper: ¿vió usted al profesor con toda claridad? Yo recibí el golpe tan pronto que no tuve tiempo para verle la cara; en verdad, no ví absolutamente nada. Tal vez usted tuvo mejor suerte.

Nipper movió negativamente la cabeza.

—Lo lamento mucho, señor — contestó, — pero no logré verle el rostro ni siquiera un instante. La luz de mi antorcha eléctrica le dió en las piernas, y antes de que pudiera dirigírsela a la cara, el hombre me hizo saltar la antorcha de la mano. Hablando con entera veracidad, debo decir que no ví absolutamente nada.

—¿Cómo estaba vestido?

—Tenía un traje azul, de saco cruzado y con botones de metal, — contestó el joven. — Y parecía ser más ancho y más gordo. Pero ahora que lo pienso, señor: ¿sería realmente Zingrave el que salió del lago vestido con el traje de buzo?

—Pero mi querido Nipper, ¿quién había de ser si no él? Usted mismo vió al profesor en el momento en que se arrojó a las aguas del lago, la otra noche. No tenemos noticia de que nadie más se haya arrojado al agua después. ¡Sí! Aquel hombre, el que se puso mi traje de buzo, era el profesor Zingrave. El hecho de que pareciera más ancho y más gordo corrobora mis sospechas.

—¿Qué sospechas, señor?

—Las de que Zingrave se había de disfrazar para huir, — contestó el detective. — Eso es lo grave y lo lamentable. El profesor debe haberse disfrazado bien, con toda su endemoniada habilidad. Estoy seguro de que es así. Ni usted ni yo le hemos visto. Por lo tanto, en cuanto se halle a alguna distancia de las calles de este barrio, se encontrará en plena seguridad. Podemos cruzarnos con él en la calle, cuando salgamos de aquí, sin reconocerle y por lo tanto, sin que se nos ocurra detenerle. Este es un grave tropiezo, una aplastante desgracia.

Nelson Lee miró en redor, frunciendo el ceño.

—¿Pero.... ¿cómo vamos a salir de esta extraordinaria habitación? — agregó el detective.

—Volviendo a pasar por el túnel subacuático, señor; no hay otro camino, — dijo Nipper.

—Tiene que haber otro, mi joven amigo, — opinó el detective. — ¿Por dónde se proponía salir el profesor Zingrave? ¿Sumergiéndose en el agua? ¿Pasando por el túnel subacuático? Con toda seguridad que no. Después de tomarse el trabajo de disfrazarse, de caracterizarse y vestirse hasta forrarse para parecer más corpulento, ¿iba a estropear todo su meticuloso trabajo empapándose hasta la piel? ¡No!

—Pues bien claro vemos que no existe otra puerta o conducto que no sea el túnel que pasa por el agua del lago. — observó Nipper.

—Aún no lo hemos buscado como es debido. Debemos buscarlo con mayor atención. No es posible que un hombre de las condiciones de Zingrave construyera un escondrijo tan bien oculto como este, sin dotarlo de medios para salir de él. Del exterior es fácil que no ofrezca más medio de acceso que el túnel subacuático, pero con toda seguridad existe una salida para casos de apuro. ¿Cómo es esa salida? ¿Dónde está? Eso es lo que se ha ha de averiguar. Suponga usted que, a falta de la salida a que me refiero, Zingrave saliera por el túnel de debajo del agua. ¿Qué sucedería? Pues llamaría la atención y correría peligro de ser descubierto y apresado.

—Pero salió por el túnel....

—Eso no significa nada, — le interrumpió Nelson Lee. — El traje de buzo estaba aquí, por casualidad, y el profesor aprovechó la oportunidad que se le presentaba. El traje de buzo no sólo le permitió salir por el túnel sin empaparse, le sirvió también para sorprenderle a usted y engañarle hasta el momento en que ya era tarde para que usted adoptara alguna medida contra él. Originalmente, el profesor tenía en la imaginación un plan enteramente distinto.

El detective dirigió en redor suyo una investigadora mirada. Aún se sentía algo mareado y se llevó varias veces las manos a la cabeza mientras volvía la cara hacia uno u otro lado. Sentía un dolor muy agudo en la herida. Otro hombre, en su lugar y en su estado, se hubiese sentido enteramente postrado y en imposibilidad de moverse; pero la voluntad de hierro de Nelson Lee era más poderosa que el sufrimiento físico que él experimentaba, y el detective se hallaba decidido a emprender y proseguir su investigación en busca de Zingrave y la persecución del profesor.

—¡Hola! ¿Qué es eso, Nípper? — exclamó, de improviso, el detective.

Nelson Lee pronunció esas palabras después de haber examinado las cuatro paredes de la habitación durante varios minutos. Nípper, que se hallaba de pie frente a la estufa de petróleo, se acercó al detective.

—¿Ha encontrado usted algo, señor? — le preguntó, con sumo interés.

Nelson Lee indicó algo con la mano. A poca distancia del piso, en un rincón, los trozos de piedra que formaban la pared parecían hallarse sueltos, amontonados sin que los uniera, — como a los demás de aquella y de las otras paredes, — la argamasa.

Arriba, y en torno de aquel sitio, las piedras estaban debidamente sujetas por el cemento que las unía, formando sólido muro. Pero aquel espacio, — que formaba un cuadrado, — tenía un aspecto muy diferente. Los pedazos de piedra habían sido debidamente amontonados, adaptados unos a otros, pero sin que los uniese el cemento.

—Parece que en este último sitio, la pared no está tan sólida como en el resto de la habitación.

No se había intentado de modo alguno de ocultar lo débil y deleznable de aquella parte de la pared, así que no era de extrañar que Nelson Lee hubiese notado en seguida su presencia. Zingrave había construído aquello para su uso exclusivo y no se le había ocurrido ocultarlo, puesto que sólo él debía verlo.

El detective se acercó a la pared y desprendió con toda facilidad un trozo de piedra, y otro, y otro. Todos los que formaban aquel pedazo del muro se desprendieron con la mayor facilidad. Quitadas las piedras quedó el hueco, con el fondo de cemento. Iba Nípper a hacer una observación cuando Nelson Lee apoyó un pie en aquella superficie de cemento y empujó. Toda la superficie se resquebrajó y se hizo pedazos inmediatamente.

—¡Lo que yo suponía, Nípper! — dijo Nelson Lee con satisfacción. — Esa segunda pared no era más que una cara de argamasa de media pulgada de grueso. Desde fuera parecía tan sólida como el resto de la pared de la "rockery", pero desde dentro era muy fácil deshacerla, como usted lo ha visto.

Unos cuantos golpes más dejaron abierto un hueco más que suficiente para que pudiera pasar un hombre, andando a gatas. Salieron los dos y pronto se encontraron bajo el estrellado cielo de la noche, a corta distancia del lago, a espaldas de la "rockery" y en medio de unos altos grupos de arbustos.

Nelson Lee miró la hora en la esfera luminosa de su reloj de pulsera.

—¡Qué temprano es! — dijo. — Hace relativamente muy poco que me puse el traje de buzo. ¡Cuántas cosas han pasado desde entonces!

—¡Y se ha escapado Zingrave! ¡Ese es un suceso que vale por todos! — gruñó Nípper.

El detective se sentó en un trozo de piedra. Necesitaba reflexionar, pero la cabeza le zumbaba de modo molestísimo. Se inclinó hacia adelante, apretándose las sienes con ambas manos. De pronto olfateó el aire con interés.

—¡Por vida!... — murmuró, como si una idea feliz se hubiese presentado a su mente en aquel instante.

Durante un momento permaneció enteramente inmóvil. Después se levantó, con los ojos relucientes, y llamó a Nípper a su lado.

—Cuando salimos por ese agujero, Nípper, me sentía enteramente desorientado. — dijo — Pero ahora se me ha ocurrido un excelente plan. Aún nos queda una probabilidad de dar con la pista de Zingrave.

—¿De veras, señor? — dijo Nípper con mucha alegría. — ¿De qué se trata?

—Escuche con toda atención las instrucciones que voy a darle.

Y Nelson Lee dió rápidamente al joven, algunas explicaciones claras y terminantes. Tres minutos después, Nípper se alejaba corriendo hacia la puerta del jardín y salía por ella. Nelson Lee se quedó sentado en la piedra, encendiendo, pensativo, un cigarrillo.

—¿Dará resultado el plan que se me ha ocurrido? — murmuró. — ¡Así lo espero, qué diablos! ¡No siempre ha de estar contra mí el capricho de la suerte!

Al detective, sentado, solo, en el jardín, se le hacía muy largo el tiempo de espera. Escuchaba el rumor del tráfico del barrio del West End que se oía confuso y lejano Pero Nípper regresó al cabo de veintitrés minutos, y no regresó solo.

Le acompañaba un perro grande y de mal aspecto, de raza indefinida, aún cuando parecido a un sabueso. Olfateó con recelo, durante unos segundos, a Nelson Lee y después movió perezosamente la cola manifestando así que recordaba haber olido a aquella persona en alguna anterior ocasión.

—Pronto ha regresado usted, Nípper, — exclamó Nelson Lee, mientras acariciaba al perro. — ¡Hola! ¡Si hasta ha tenido tiempo para cambiarse la ropa! Muy bien hecho, muchacho, la ropa mojada le hubiera costado una enfermedad, a pesar de la alta temperatura reinante. ¡Muy bien, Guillermo, amigo mío! Voy a darle algo qué hacer, dentro de poco! — agregó, dirigiéndose al perro.

El perro aquel, a pesar de su poco agradable apariencia, era astuto y perspicaz como pocos. Gozaba de un nombre del que muy pocos perros podían jactarse, pues se llamaba Guillermo el Conquistador. Un perro puede sentirse orgulloso de llamarse así; pero no es de creer que la sombra del extinto

y famoso rey Guillermo de Inglaterra se sintiera envanecida por semejante homenaje a su histórica memoria.

El perro era de propiedad de un amigo de Nelson Lee y el gran detective se lo pedía prestado siempre que lo necsitaba. Porque Guillermo el Conquistador, aun cuando no era un verdadero sabueso de pura sangre, era capaz de encontrar y seguir la más leve pista con una seguridad asombrosa y una exactitud absoluta. En muchas ocasiones Nelson Lee había podido reconocer la superioridad de Guillermo el Conquistador sobre sabuesos del más puro "pedigree".

El detective tomó de manos de Nípper un envoltorio que el joven le dió y que resultó contener un par de botines. Nelson Lee se quitó rápidamente los botines que tenía puestos y se puso, los que Nípper le había traído. Nípper, que se sentía muy confortable, vestido con su ropa seca, miraba con gran curiosidad y vibraba por entrar en acción.

—¿Cómo se propone hacer que Guillermo el Conquistador siga la pista del profesor Zingrave, señor? — preguntó — ¿Y por qué diablos me hizo traer esos botines? Me lo he preguntado una y otra vez, pero no he logrado dar con la solución del acertijo.

—El acertijo dejará de serlo muy pronto, muchacho, — dijo el detective. — Voy a decirle en seguida qué motivos he tenido para tomar todas esas disposiciones. Usted recordará sin duda, que el traje de buzo resultó tener una grieta, cuando ya estaba en casa y que se le puso un remiendo poco antes de que yo lo usara, ¿no es así?

—¿Sí, señor. ¿Y qué?...

—Usted recordará que la solución de caucho con que, el que hizo la compostura, pegó los parches, era bastante odorífera.

—Ese calificativo es sumamente cortés, tratándose de ese "perfume" — dijo Nípper. — Creo que, en justicia, aquella solución merecía el nombre de hedionda. ¡Y qué hedor, Dios mío! Me pareció que aun llegaba a mi nariz hace un momento, cuando usted se cambió de calzado.

—Y con mucha razón, muchacho; fíjese en esto, un momento.

Nelson Lee tomó el botín del pie izquierdo del par que acababa de sacarse, y se lo dió a Nípper. El joven dirigiendo la luz de la antorcha eléctrica hacia un punto de la suela del botín, que le indicó el detective, vió a un lado y además en el costado del taco, rastros de una sustancia muy oscura y pegajosa.

—La solución de caucho no se secó tan pronto como dijo que se secaría, el que la puso, — manifestó Nelson Lee. — Eso no es de extrañar porque no podía entrar aire que le secara, al interior de la pernera del traje de buzo. Por eso, aun cuando la compostura estaba bien hecha, parte de la solución se pegó al botín que yo tenía puesto. Le dije que me trajera otro par de botines, Nípper, a fin de no confundir el rastro.

—¿El rastro, señor? ¡Así que usted quiere!...

—Quiero decir que Zingrave, al escapar, se ha puesto, inconscientemente, en mis manos, — manifestó Nelson Lee. — Yo no tuve puesto el traje de buzo más tiempo que el que lo tuvo puesto Zingrave y desde que una parte de esa hedionda solución se pegó a mi botín, es lógico suponer que el botín del pie izquierdo del profesor, se halle en idénticas condiciones.

—¡Ah! ¿Usted supone que Guillermo el Conquistador podrá olfatear y seguir la pista?

—No lo supongo, estoy convencido que así ha de ser, — exclamó el detective. — Un rastro como ese permanece fresco horas y horas y hasta un sabueso de tercera categoría, es capaz de seguirlo. Nuestro poco vistoso amigo Guillermo el Conquistador nos llevará, siguiendo la pista, hasta donde se encuentre Zingrave, con toda exactitud. El hecho de que la solución de caucho fuese tan mal oliente, nos favorece mucho.

—¡Ha tenido usted una idea asombrosa, señor! — exclamó el joven.

Nípper hubiérase puesto a bailar de contento. No perdieron más tiempo, Nelson Lee había permanecido inmóvil durante la ausencia de Nípper para no confundir la pista.

Entonces, tomando con mano firme la trenza de cuero atada al collar de Guillermo el Conquistador, puso el botín que acababa de sacarse junto a su sensible órgano olfatorio. Guillermo el Conquistador lo olió varias veces, como apresurado y después lo siguió oliendo durante unos cuantos segundos.

—¡Cualquiera diría que le gusta! — observó Nípper. — ¡No admiro el buen gusto del perro, señor!

Nelson Lee llevó al perro al lado del lago, hablándole sin cesar en voz baja, incitándole a buscar. Durante unos momentos, Guillermo el Conquistador olfateó el suelo, atentamente, pero sin resultado. De pronto, con un gemido de excitación, el perro tiró de la cuerda con que le sostenía el detective y se quiso alejar como para cruzar el jardín.

—¡Ya ha encontrado la pista! — exclamó Nelson Lee, entusiasmado. — ¡Hemos tenido unos momentos de mala suerte esta noche, Nípper, pero tengo el presentimiento de que ya ha pasado por completo la mala racha!

CAPITULO V

La pista se pierde. — En la estación del ferrocarril. — Un boletero de buena memoria. — Prosigue la investigación. — ¡Guillermo el Conquistador halla de nuevo la pista! — En la aldea de Pelton. — El chalet cubierto de hiedra. — Los informes del viejo campesino. — El capitán Mártin. — Un misterio inescrutable. — Ante un verdadero acertijo. — Perplejidad.

Guillermo el Consquistador debió hallar con suma facilidad aquella pista, porque no vaciló ni una vez y la siguió con la mayor rapidez concebible.

Después de haber salido del jardín de la mansión de Grosvenor Square, el perro guió a Nelson Lee y a Nípper por varias tranqui-

las calles y pronto se comprendió que Zingrave había procurado evitar el paso por las calles de mucho tráfico.

—El profesor se hallaba bastante nervioso, — observó Nelson Lee. — Este rastro cuenta con toda claridad su curiosa historia. Zingrave no deseaba que la gente se fijara en él, y por eso escogió su itinerario con especial cuidado. Desde nuestro punto de vista, nada pudo ser más conveniente pues el rastro, a pesar de toda su fuerza, corría peligro de desvanecerse en medio de una calle de tráfico intenso.

Siguiendo una accidentada pista, Guillermo el Conquistador llevó al detective y a Nipper a considerable distancia. Cruzaron todo el barrio del West End sin que el animal se detuviera un solo momento.

De vez en cuando, Guillermo vacilaba, perplejo, al llegar a algún sitio donde el tráfico era muy intenso, pero volvía a hallar la pista en seguida, sin el menor error. Era de noche, muy temprano aun.

El detective había temido que a medida que la distancia se hacía más grande, el perro dejara de olfatear la pista. Pero no fué así, por suerte. En las calles tranquilas el perro no vaciló ni una sola vez. La noche era clara y el pavimento estaba seco, así que la maloliente cola de caucho había dejado, a su paso, un rastro fuerte y permanente.

—¿A dónde vamos llegando, señor? — preguntó Nipper mientras iban por una avenida de hermosas residencias particulares. — Quizás Zingrave se haya metido en una casa de este distrito. El hecho de que hiciera todo el trayecto a pie indica que no se dirigía a un sitio muy lejano.

Nelson Lee inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Nuestro primitivo fracaso queda ampliamente recompensado por este buen éxito — observó. — Zingrave ignora, naturalmente, que le seguimos, así que le hemos de tomar enteramente por sorpresa. Pero... ¡Hola! ¿Qué es esto?

El detective lanzó esas últimas palabras en un tono que indicaba que estaba alarmado, pues Guillermo el Conquistador, al llegar al extremo de la avenida, se encaminaba, cruzando la calle, a una pequeña estación del servicio ferroviario suburbano.

—¡Oh! — murmuró Nipper. — Esto no presenta aspecto muy favorable. señor.

Nelson Lee no contestó. Siguió tras del perro con los labios apretados y el ceño fruncido. Tenía esperanzas de que Zingrave hubiera pasado por la estación; pero estas esperanzas no se confirmaron. Guillermo se dirigió hacia la boletería, pasó por delante del lado donde estaba la ventanilla y un momento después se encontraba en la plataforma.

El perro fué, durante un rato, de un lado a otro de la plataforma olfateando con grandísimo interés. Por último, Guillermo el Conquistador miró con pesadumbre a Nelson Lee y movió el rabo como pidiendo disculpa.

—¡Fracaso! — murmuró el detective, con pena. — ¡Esto sí que es desagradable, Nipper muy desagradable! ¡Ahora sí que creo que hemos perdido la pista de nuestro hombre!

—¡Qué grandísimo fastidio! — exclamó Nipper, cerrando ambos puños, furioso.

El encargado de la boletería miraba a Nelson Lee, Nipper y el perro con curiosidad y algo de desconfianza. Había varias personas en la plataforma, y todas ellas se mostraban interesadas por aquella pequeña escena.

—¿Qué es eso? — preguntó el boletero. —¿De qué se trata, señor?

—Se trata, amigo mío, de que andamos en busca de un hombre. — contestó Nelson Lee con toda cortesía. — Y lo molesto del caso es que me parece que hemos perdido la pista. ¿Cuánto tiempo hace que salió un tren de esta plataforma?

El boletero miró el reloj.

—Hace cuarenta minutos — contestó.

—¡Jum! ¡Precisamente el tren que Zingrave pudo tomar! — murmuró Nelson Lee. — ¿Era un tren local? — preguntó al boletero. — ¿Paraba en todas las estaciones?

—Sí, señor. Por esta línea no corren trenes rápidos.

—¿Llevó muchos pasajeros? Mejor dicho: ¿subieron muchos pasajeros, en ese tren, en esta estación? — preguntó Nelson Lee.

—Unos pocos nada más, — contestó el de la boletería. — Pero mire usted, señor...

Nelson Lee tomó de un brazo al boletero y lo llevó a un lado para hablarle con toda tranquilidad durante unos momentos. Un par de monedas de plata pasaron del bolsillo del detective al del ferroviario, que saludó, llevándose la mano a la visera de la gorra.

(Continuará)

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662

Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana . . .	$ 0.20
" atrasado. . .	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	" 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números)	" 4.80
Suscripción por 1 año (52 números)	" 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países "	" 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

—Diga: ¿cuánto pide usted por este cuadro?
—Cuatro mil pesos.
—¡Caramba! ¡Ni que hubiese usted muerto hace doscientos anos!

¡Atención!

Lea en el próximo número de PUCKY la gran novela de piratas

El TESORO de la ISLA del MUERTO

Por HEDLEY SCOTT

PIPERMIT POR BILLY DEBECK
OYE, PIPERMIT: DESDE HOY TU ERES MI MEJOR AMIGO. TODO LO QUE TENGO, ES FRUTO DE MI TRABAJO HONESTO Y DESEO COMPARTIRLO CONTIGO
GRACIAS; YO ACEPTO PORQUE SE QUE ES HONRADO Y QUE SI ESTABA PRESO, FUE POR CULPA DE UNOS BANDIDOS
AHORA ME VOY A DEDICAR AL ESTUDIO Y TU HARAS LO MISMO. ¡CUIDADO, PIPERMIT, QUE VOY A GALOPAR!
ME PARECIO OIR PASOS EN LA ESCALERA
ESTAN GOLPEANDO LA PUERTA
¿QUIEN PODRA SER? ¿NOS HABRA DESCUBIERTO LA POLICIA?
ESCUCHA: TENEMOS UN BUEN "TRABAJITO" PARA LA BANDA Y TU ERES EL HOMBRE QUE NOS HACE FALTA. ¡VAMOS, QUE ESTAMOS APURADOS!
NO, MUCHACHOS: NO QUIERO SABER NADA CON USTEDES. ¡FUERA DE AQUI!
¡QUE DESGRACIA! OTRA VEZ LO QUIEREN COMPROMETER A MI NUEVO AMIGO. ¿QUE PODRIA HACER PARA SALVARLO?
¡AY, DE MI! ¡NO ME DEJARAN TRANQUILOS ESOS MALVADOS! SI NO ACEPTO, ME ASESINARAN...
CALMESE, AMIGO; YO VOY A VER SI PUEDO AYUDARLE...
© 1932, King Features Syndicate, Inc. Great Britain rights reserved.
ESE CHICO, ME PARECE QUE INFLUYE EN SU MODO DE SER... SI QUEREMOS CONVENCERLO, VAMOS A TENER QUE SEPARALOS
¿LE PARECE QUE SECUESTRANDO AL PIBE, TODO SE ARREGLARIA, JEFE?
¡AHORA ES EL MOMENTO! ¡APAGUEN LOS FAROS Y ACERQUEN EL AUTO!

CORREO ARGENTINO
FRANQUEO A PAGAR CUENTA 79
TARIFA REDUCIDA CONCESION 261
EL TESORO DE LA ISLA DEL MUERTO
Por HEDLEY SCOTT
PUCKY
20 cts.
La Lectura Para Todos
Acción - Drama
Misterio - Aventuras
No. 484
ENERO 6 DE 1933
Buenos Aires

PUCKY
La Lectura Para Todos
Acción ▫▫▫ Drama
Misterio Aventuras

No. 484 Año XIII

PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

BUENOS AIRES, ENERO 6 DE 1933

El Tesoro de la Isla del Muerto

Por

HEDLEY SCOTT

LA SOMBRA GRIS

PASO un día.

El mar parecía de vidrio. No se divisaba ni una sola vela. El delirio de Julia aumentó.

Todo ese tiempo, Dan Peters esperaba y vigilaba.

Con la llegada del tercer día descuidó mucho su vigilancia. Poco tenía que temer de las abatidas figuras que estaban a proa. Langley apenas podía sostenerse de pie. Decía disparates y tenía mirada de loco.

Dan Peters cerró los ojos para dormir una breve hora.

Sin embargo, antes de que la hora terminara, la voz tranquila, insistente, volvió a hablar dentro de Langley Morgensen.

Sobre las manos temblorosas, el joven se fué acercando pulgada por pulgada al tirano dormido. Sus ojos no se apartaban de la cara de Peters.

Pulgada por pulgada...

Aquellas mismas manos temblorosas buscaron y encontraron por casualidad uno de los largos remos.

Sosteniéndose precariamente, Langley se alzó y también alzó el remo. Luego, con fuerza desesperada, bajó el pesado remo sobre la cabeza de Peters, a tiempo que el sorprendido individuo despertaba.

¡Pam!

El golpe hubiera derribado a un toro. Peters quedó mortalmente inmóvil. Un momento después, Langley, tambaleándose, agarraba el precioso barril y las armas caídas del tirano, tropezando volvió junto a Julia.

Gritando en su histérico júbilo humedeció la frente de la muchacha con el precioso líquido de vida. Suavemente dejó caer unas gotas dentro de sus labios apretados. Entonces, sólo entonces, el caballeresco Langley atendió a su propia necesidad.

Sentíase tentado a beber hasta que estallara. Pero los cuentos que le había narrado el viejo Josiah volvieron, como prevención, a su memoria. Beber profundamente ahora era llamar la muerte, cuando la vida lo invitaba.

Bebió parcamente la preciosa agua, luchando febrilmente contra su deseo de beber más. Luego se tendió en el suelo, largo a largo y se rió, aliviado.

Al cabo de una hora, Dan Peters recobró el sentido.

Movió la cabeza brutal, como un toro enojado y miró a su alrededor. Una blasfemia brotó de sus labios cuando vió que el barril de agua había desaparecido y otro al descubrir que lo habían desarmado.

—¡Cachorro mugriento! — exclamó; pero esta vez tocó a Langley esgrimir la pistola — ¡Por todos los diablos del infierno que me pagarás esto, gallito!

—Como quiera — dijo Langley. — Pero si desea recibir una onza de plomb en su miserable cuerpo, no tiene más que dar un paso.

Aparentemente no deseaba Dan Peters semejante obsequio porque retrocedió y se sentó

—Tire hacia acá esa lona alquitranada — le ordenó Langley. — Servirá de abrigo a la joven.

—¡Un cuerno le voy a tirar!

—Esta pistola repetirá la orden — dijo Langley.

Y el brillo de sus ojos probó que no amenazaba en vano. Toda la lona, menos la parte con la cual había hecho Peters una improvisada botella, fué lanzada hacia Langley. El joven la extendió cuidadosamente sobre la desvanecida joven, para protegerla en lo posible del ardiente sol. Luego, un grito de furia lo hizo volver rápidamente la cabeza.

De pie, con la improvisada botella de lona en la mano, Dan Peters saltaba de rabia.

—¡Perro! — gritó. — ¡Cerdo maldito! ¡Mi agua! ¡Mi agua!

Langley se echó a reir. Comprendía lo que había ocurrido. La lona se había resquebrajado con el sol y por las grietas se había escapado la preciosa agua de lluvia, recogida por Peters, evaporándose.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! — Langley hablaba aún con acento delirante, pues su restablecimiento era muy lento. — El buen Dios os ha castigado, ya lo veis, por bondad de corazón os dejé vuestra agua de lluvia; pero el buen Dios la ha hecho desaparecer.

Aullando y maldiciendo, Peters tiró la inútil lona al mar. Luego se agazapó a popa, mirando al joven con dolientes ojos.

El día transcurrió. El calor se hizo intolerable. Antes de la puesta del sol, Dan Peters deliraba, presa de la insolación.

Aun cuando Langley, compadecido, vertió algunas gotas de agua del casco, entre sus labios, siguió insultando y maldiciendo, de modo que para protegerlo contra sí mismo, el joven se vió obligado a atarlo con una soga que había sacado de uno de los cofres.

Pasaron las horas con alas de plomo.

¿Nunca rizaría un soplo de brisa la brillante extensión del mar?

En respuesta a las plegarias de Langley, el agua, alrededor del bote empezó a agitarse. Algunas olitas ondularon la superficie del plácido océano. Las olitas se convirtieron en olas...olas que hacía muchos días no veía Langley.

Con el corazón inundado de esperanza, Langley hizo un mástil de uno de los remos.

En él, con trozos de cuerdas hallados en los cofres, colocó la lona, a guisa de vela. La vela improvisada se infló con la brisa y pronto el bote empezó a deslizarse sobre el rizado mar.

Por la posición del sol calculó Langley que la brisa lo alejaba de la línea ecuatorial. por donde habían andado a la deriva desde que se separaron tan dramáticamente de Piel Samonard y sus piratas.

Un tosco cálculo le indicó que, si la brisa continuaba, los llevaría hacia el Mar Caribe.

Hora tras hora mantuvo el bote en la dirección del viento, mientras sus ojos, inyectados de sangre, escudriñaban el mar, en busca de un buque. Pero parecían estar solos en aquella ancha extensión de mar espumoso.

Las horas transcurrieron. Calmó el viento y cuando llegó la noche, Langley, incapaz de seguir más tiempo despierto, cayó en un profundo sueño.

Pasaron ocho horas antes de que volviera a abrir los ojos y entonces lanzó un grito de alegría. Como una sombra gris, veíase a lo lejos y a estribor, un buque de mástiles inclinados, mitad goleta, mitad bergantín.

En su excitación, Langley empezó a gritar y agitar los brazos.

El buque siguió su camino, y el ánimo de Langley decayó. A la velocidad que iba, el buque pasaría a proa, a dos millas de distancia.

Pasaron dos horas; horas de agonía y de temor. Luego, cuando todo parecía perdido, cuando el barco gris iba a pasar a proa, dió vuelta y se dirigió hacia ellos.

—¡Hurra! — exclamó Langley; y siguió gritando emocionado. Sacudió a Peters y recibió de él una sarta de denuestos y maldiciones. Sacudió a Julia y le contestó un leve gemido. — ¡Nos van a recoger! ¡Nos han visto!

Decía verdad, porque el barco gris acortó velas y se puso al pairo, donde se encontraba como a una docena de cables de distancia, mientras se bajaba un bote por su inclinado casco. Media docena de robustos marineros, que cantaban mientras iban remando, se dirigieron hacia el bote náufrago.

Langley los observaba lánguidamente, advirtió la colección de armas que portaban y brillaban al sol, preguntándose por qué un buque mercante tenía tripulación tan guerrera.

—¡Ah, del bote! — gritó.

—¡Ah, del bote! — le contestaron. — ¡Manténgase listo!

Eso fué todo lo que oyó Langley antes de que la naturaleza recobrara sus derechos. Sintióse de pronto flojo e inútil. Sus fuerzas lo habían abandonado.

No supo nada más hasta que despertó en una cabina, ricamente amueblada. El sol penetraba por una ventana, cubierta por pesadas cortinas de terciopelo negro y rojo. Una valiosa alfombra turca cubría el piso de madera lustrada. Se veían ornamentos de plata y oro, en gran profusión, mientras la atmósfera general y la armonía de aquella cabina hablaba de los gustos lujosos de su dueño.

Mientras su cabeza se aclaraba. Langley echó hacia atrás la colcha que lo cubría y se incorporó sobre un codo. Sus ojos abarcaron todos los detalles, los esbeltos espadines en sus panoplias, los delicados adornos orientales que ocupaban los rincones. Luego llegó a sus narices la fragancia de un fuerte perfume.

—¡Caramba! — exclamó. — Esto parece el boudoir de una mujer. — Sin embargo, será una dama muy extraña, si necesita espadas como esas.

Estaba a punto de levantarse de la cama cuando resonó en el barco una risa argentina.

—¡Ja! ¡Ja!, perezosos, un poco más de voluntad. La "Fleurette" ha tenido siempre fama de ser el buque más limpio del mundo. Lustrad la plata. Limpiad esos faroles de estribor Lavad bien las cubiertas. ¡Ja! ¡Ja!

Esa voz... esa risa.

Temblando con todos sus miembros, sintiendo sorpresa y placer mezclados, Langley se bajó de la litera.

Al hacerlo, separóse la colgadura de terciopelo de la entrada de la cabina, revelando una esbelta y riente figura en el umbral.

—¡El Caballero! — la palabra fué balbuceada por los sorprendidos labios de Langley

El 'dandy", con traje de terciopelo rojo y dulce rostro de mujer, se rió alegremente. Luego vió Langley inclinarse ante él una rizada cabeza, mientras la voz argentina resonaba agradablemente en sus oídos.

—¡Mis saludos, joven Langley! Es agradable ser recordado tan fácil y rápidamente. El Caballero de St. Moreau se siente muy fe-

El tesoro de la isla...

liz poniendo su buen barco y sus humildes servicios a vuestra disposición.

EL CABALLERO

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

La risa musical del inmaculado y gallardo caballero, que estaba parado en el umbral hizo correr un estremecimiento por la médula de Langley.

Con torpes movimientos terminó de descender de la litera y avanzó un paso.

El Caballero se inclinó.

—Veo, hermoso señor, que aun no os habéis repuesto de la sorpresa del encuentro. Pero tomaos tiempo. Como os he dicho, este barco está a vuestra disposición y, si lo deseais también mi humilde persona.

—¡El Caballero!...

El nombre del risueño y gallardo personaje, con traje de terciopelo, blondas blancas, medias delicadas y zapatos con hebillas, era todo lo que Langley parecía capaz de decir en su sorpresa. Pocas horas antes, fatigado y enfermo, Langley y sus dos compañeros había sido recogidos en el Atlántico, de un pequeño bote.

Parecía providencial que el orgulloso buque llamado La Fleurette hubiera avistado el bote, quemado por el sol, y recogido a su semi delirante carga humana. Una vez a bordo de la goleta bergantín la naturaleza vencida trajo el sueño.

Despertarse repuesto del sueño y lleno de nuevas esperanzas era cosa natural en un joven sano como Langley Morgensen. Sin embargo, la vista del Caballero lo había enervado en el primer momento.

—Monsieur; — logró balbucear al fin — vos sois la última persona a quien yo esperaba volver a encontrar.

—Lamento sinceramente que mi presencia os desagrade — fué la burlona respuesta. — Pero siempre será mejor mi pobre buque que un bote sin velas, ni agua, ni víveres — concluyó de buen humor.

—¡Por el cielo, que decís verdad! — contestó Langley con una sonrisa. — No sé cuantos días han pasado desde que nos alejamos, a la deriva, del barco de Piel Samonard. Pero me ha parecido una eternidad.

—Sois joven, amigo mío — dijo el Caballero dulcemente. — Vuestra salud y vuestro valor os han ayudado. Dentro de un día o dos el señorito Langley volverá a ser el mismo.

—Y mis compañeros... ¿Dan Peters y la señorita Julia? — dijo el joven. — ¿Se hallan bien?

El caballero, con una mano ligeramente apoyada en el pomo de su espada, se puso grave.

—El primero, no; la última sí — contestó sencillamente. — Si no me equivoco, ambos están seriamente afectados. El brillo del sol obra extrañamente sobre ciertas naturalezas humanas — añadió. — Pero os aseguro que vuestro humilde servidor hará por ellos cuanto pueda.

—¡Mil gracias, monsieur!

El Caballero sacó con gracia un pañuelito de encaje y se sirvió una presa de rapé de una rica caja, incrustada con piedras preciosas.

—Cuando os sintáis suficientemente bien para ello, quisiera oír vuestra historia. Saber como os encontrábais abandonados en ese bote.

Langley Morgensen recostó su robusto cuerpo contra el borde de la cama. En sus ojos azules brilló tal destello de cólera que una sonrisa se dibujó en los labios del Caballero.

—Fué ese miserable de Samonard — dijo entre sus dientes apretados — Me obligó a caminar por la planchada...

El Caballero alzó un poco sus finas cejas.

Pero seguramente, Langley, vos erais más útil vivo que muerto a Piel Samonard.

—Debéis saber — explicó Langley — que Piel Samonard me secuestró en Inglaterra. Buscaba el tesoro de Josiah Morgensen y me llevó con él a través del océano. Pero me batí con él...

—¿Por la joven Julia? — preguntó el Caballero con embrujadora sonrisa. — ¡Comprendo! ¡Comprendo! Pero ¿cómo esa hermosa y gentil dama vino a parar a bordo del Reina de la Isla?

—Fué uno de los dos prisioneros tomados a bordo de un barco mercante holandés. — contestó Langley sencillamente. — Lo atacamos y lo hicimos volar.

—¿De manera que Piel Samonard me ha ganado de mano este viaje? ¿Y el otro prisionero?

El rostro de Langley se puso sombrío.

—Era el padre de Julia — explicó tranquilamente. — Caminó por la planchada antes que yo. Los tiburones...

—Siempre están hambrientos — dijo el Caballero con naturalidad. — Pero ¿por qué os hicisteis tan mala sangre, mi valiente señor? Lo que sobran son más malditos holandeses. ¡Y qué espectáculo más hermoso que ver a un hombre caminar hacia su Creador por la planchada! Veo que Piel Samonard sigue siendo el mismo.

—¡Es un miserable! — gruñó Langley. — Quiso besar a la señorita Julia con sus sucios labios y yo se lo impedí. Peleamos. Pero alguien me descargó un golpe a traición. Si no hubiese sido por eso, Piel Samonard hubiera ido a hacerle compañía al padre de Julia.

—¡Qué lástima! — susurró el Caballero. — Pero lo volveréis a encontrar, no temáis. El tesoro del viejo Josiah une nuestros destinos como imán. Y así será hasta que ese oro mal habido sea hallado.

Langley se irguió en toda su altura.

—Ahora que estamos frente a frente, monsieur, — dijo con altanería — os pido me devolváis el plano del tesoro que me robasteis en Brixham.

El Caballero se rió, larga y musicalmente.

—Y tenéis que saber, gallardo señor, que yo me apoderé del plano para impedir que cayera en manos de Piel Samonard.

Langley no contestó inmediatamente. En el testamento de su tío, que le había sido leído por el viejo abogado Shanks, Josiah Morgensen le aconsejaba que no se fiara del Caballero de St. Moreau, que tenía rostro de mujer y alma de demonio, que había trai-

cionado al viejo Josiah en el pasado. Mirando ahora al Caballero, costábale a Langley creer fuera cierto lo que de él se decía. Y no podía menos de reconocer que aquel hombre, valeroso y gallardo, no solamente había impedido que el mapa cayera en manos de Samonard si no que a él mismo le había salvado la vida. El Caballero leyó algo de lo que pasaba por la mente del joven.

—Os repito que lo hice para salvarlo del tuerto Piel — protestó. — Lo saqué de Derepan Manor y, cuando al día siguiente volví allí, me encontré con que os habíais marchado.

Langley pensó hasta que punto eran ciertas esas palabras.

—Sin embargo, — continuó el Caballero — cuando vi el bergantín de Piel Samonard salir de Brixham comprendí que vos ibais a

vo Langley, descendió de la escalera de popa, dirigiéndose a proa. Los vivos ojos del francés se fijaron en el despliegue de velas y en seguida ordenó al timonel que virara un punto a babor.

—Si, si, capitán.

La tripulación, que estaba en el castillo de proa, se puso de pie al acercarse el capitán, tocándose algunos de ellos la frente, a guisa de saludo.

—Necesito un momento de atención, mis valientes — dijo el Caballero y un silencio mortal siguió sus palabras.

Una cabeza más pequeño que el más bajo de sus piratas, el Caballero, por puro magnetismo personal, los dominaba. Sus ojos, castaño obscuro, brillaron alegremente.

—¡Mirad a mi nuevo primer piloto, muchachos!

Con rápida torsión de los hombros y los muslos, el Caballero lanzó al gigante por los aires.

bordo — continuó St. Moreu. — Así que aparejé a toda prisa mi buque y... Bueno, aquí estamos.

Se sirvió un vaso de generoso Madeira y bebió delicadamente en el vaso veneciano.

—Mi intención era ayudaros en la busqueda del fabuloso tesoro de la Isla del Muerto y sigue siéndolo — resumió. — Consideraos es este buque mi segundo. Su tripulación estará dispuesta a morir en vuestro servicio.

Al decir esto hizo una profunda reverencia y salió del camarote.

POR DEBAJO DE LA QUILLA

De proa a popa de la Fleurette resonaban las voces, ásperas de alcohol, de los marineros, coreando el estribillo de una canción pirata que graznaba un galense de rostro malvado.

La Fleurette corría delante del viento dejando una estela color crema. Arriba brillaba el ardiente sol del trópico que sólo hacía humanamente soportable la brisa.

El Caballero, acompañado por el pensati-

Hizo adelantar a Langley.

—¡Qué me ahorquen si no es un Morgensen!...

El Caballero rióse musicalmente, haciendo correr un estremecimiento de emoción por la médula de Langley.

—Dices la verdad, Red Peter. Es un Morgensen, el sobrino del viejo Josiah y tan bueno como él.

Langley se inclinó.

—¡Observadlo bien, mis valientes! — continuó el Caballero. — Ved los ojos claros, la barba resuelta, el cuerpo fuerte. Recordad estas cosas y no os atreváis a desobedecerle. Yo mismo puedo enseñarle muy poco con la espada, mientras que de su valor he tenido muchos y agradables ejemplos.

La tripulación lanzó un gruñido aprobador. Mirándolos con intrépidos ojos vió Langley en ellos a la escoria de los Siete Mares y de todos los puertos del mundo. Griegos, turcos, británicos, franceses, mulatos, rusos, todos ellos representados por endurecidos

criminales con alfanjes, puñales y pistolas, manchadas de sangre.

En todos los rostros siniestros, astutos saturados de alcohol, acechaba la traición y el joven pensaba como un hombre, de figura tan delicada como el caballero, tan pulido, tan currutaco, podía manejar a semejante horda.

Pronto iba a tener un ejemplo de los métodos de el Caballero. Haciendo eses, en dirección al castillo de proa, aproximóse un gigante, que tenía la cabeza cuadrada de los alemanes. Debajo de un brazo llevaba un barrilito de ron, del que había estado bebiendo, imprudente y abundantemente.

Al ver al Caballero se acercó tambaleante a él. Sirvió ron en un jarro esmaltado:

—¡Ja! ¡Ja! Mi capitán necesita beber ¿verdad? Bebed, bebed, sonriente demonio.

Langley observaba al Caballero, como el gato a un ratón. Lo vió ponerse imperceptiblemente rígido; pero la sonrisa no desapareció de su delicado rostro. Un brillo de acero apareció en sus ojos.

—¡Bebed! — dijo entre hipos el alemán. — ¡Bebed, con Strohein, el Fuerte o que el diablo os lleve!

Se adelantó, siempre tambaleándose, y le ofreció el jarro. Un momento después retrocedió con una blasfemia, porque el Caballero agarró el jarro lleno de ron y se lo tiró a la cara hinchada del gigante.

—¡Atrás inmunda escoria! — exclamó el Caballero con su misma voz musical. — ¿No conoces a tus superiores?

El alemán balbuceaba y se limpiaba el rostro. Sus ojos inyectados de sangre, furiosos, miraban al pequeño valiente vestido de terciopelo. Strohein, el Fuerte, había contemplado con ojos codiciosos a la Fleurette desde que se enroló en su tripulación, en el puerto de Brixham. Seguramente era aquella la ocasión de apoderarse del hermoso barco, si conseguía vencerlo al caballero.

Blasfemando en alemán, se adelantó sobre sus pies inseguros y agitó su puño debajo de las mismas narices del Caballero.

—¡Ash! ¡Himmel! ¡Perro francés! ¡Te voy a hacer papilla por esto!

Pero antes de que pudiera cumplir su amenaza, el Caballero hizo un rápido movimiento. Sus esbeltas manos cerráronse como garras sobre el alemán, hizo luego un movimiento de torsión con los hombros y los muslos... Strohein el Fuerte voló por los aires, pasó limpiamente por encima de la cabeza de Langley y fué a caer en los imbornales con una fuerza que debió sacudir todos los huesos de su carnoso cuerpo.

La tripulación lanzó un gruñido aprobador y admirativo ante aquella demostración de fuerza. Y antes de que se hubiera apagado, el Caballero, cuyos ojos despedían ahora chispas de indignación, agarró un trozo de cuerda que había sobre cubierta y azotó al alemán, que lanzaba ayes de dolor, hasta que le despellejó la espalda.

Cuatro docenas de latigazos con aquella terrible arma, en manos de alguien que sabía usarla, cruzaron al alemán antes de que el Caballero tirara lejos la cuerda.

Respiraba jadeantemente; pero sus modales eran tranquilos, casi despreocupados. A una mirada suya, la tripulación se alejó, sin importársele del quejumbroso compañero, caído en los imbornales y trepó a los aparejos, hasta el nido de cuervos... a cualquier parte para escapar a la ira de el Caballero.

—¡Mon Dieu! ¡Qué ratas! — dijo el Caballero, con una sonrisa, a Langley. — Ratas todos. Mantenedlos bajo el talón, Langley.

El joven pensó en las palabras del viejo abogado Shanks: "El rostro de una mujer y el corazón de un demonio". Aquel castigo administrado al alemán era de un salvajismo primitivo, contrastaba extraña y violentamente con los gustos delicados y los modales de salón de el Caballero.

Después de aquel incidente, la admiración de Langley por su héroe disminuyó un tanto. Parte del romance con que el joven lo había revestido empezó a desvanecerse.

Y durante la próxima guardia, cuando la atención de Langley estaba en otra parte, más de aquel romance se hubiese evaporado, si hubiera presenciado otra escena.

Alrededor de la barandilla de babor de la Fleurette un grupo de tripulantes cumplía las órdenes de el Caballero. En medio de ellos estaba Stroheim, con los tobillos y las muñecas atados con cuerdas. Alrededor de la cintura tenía otra cuerda y a una señal de el Caballero, sonriente como siempre, el alemán fué descendido por el costado del buque.

—¡Misericordia! — aullaba, gemía, rogaba — ¡Eso no!... ¡Eso no!

Pero sus agudos gritos fueron ahogados cuando la cuerda se bajó hasta que estuvo el cuerpo completamente sumergido en el mar. Dejando que la cuerda se desarrollara en toda su longitud, el Caballero ordenó al timonel dar vuelta a estribor y la Fleurette pasó por encima del infortunado Stroheim, hasta que el Caballero dió orden de que lo izaran.

Subieron al alemán, aterrado, gimiendo, chorreando sangre de las partes del cuerpo donde la quilla, incrustada de lapas, lo había lacerado.

—¡Misericordia! — chilló.

—¡Bajadlo! — ordenó fríamente el Caballero.

La orden fué cumplida. Una y otra vez fué pasado por debajo de la quilla el gigantesco alemán, hasta que su cuerpo brillaba con parches rojos. Tenía los pulmones semillenos de agua del mar y en sus ojos algo que anunciaba la proximidad de la muerte. Pero el Caballero se mostró implacable.

—¡Nuevamente, perros! — dijo fríamente — Será una lección que recordará hasta la tumba. — ¡Nuevamente, digo!

El alemán, medio ahogado, fué descendido otra vez. Cuando finalmente apareció su figura en las agitadas aguas, estaba sin conocimiento. El Fuerte no era más fuerte.

Tardaría días, semanas quizá, antes de que se repusiera de aquel espantoso castigo.

Y hasta la muerte conservaría las señales de él.

(Continuará).

EL COLLAR TRÁGICO

Nuevas y emocionantes aventuras de "El Picarón"

Por Herman Landon

(Continuación)

¡SUMMERS! — pensó. No no tenía motivo particular para creer que fuera Summers. El nombre había pasado simplemente por su imaginación al sentir aquella mirada escrutadora. Sabía que Summers tenía por costumbre vagar por Piccadilly a aquella hora de la noche, cuando millonarios y pobres se mezclaban en apiñada procesión.

Siguió andando; pero el inquietante pensamiento no lo abandonó. Sería fatal que Summers decidiera seguirlo. Los secuestradores se darían cuenta enseguida de que algo anormal ocurría y las consecuencias serían espantosas. Una reflexión lo tranquilizó. Aunque hubiese sido Summers, era difícil que de una sola mirada lo hubiese reconocido.

Algo aliviado continuó su camino, abriéndose paso entre el torrente humano, pensando cuando sería abordado por un representante de los secuestradores. El roce del collar en su garganta producíale extraña vibración y la perilla de plata del bastón, en su mano, trasmitía encontradas sensaciones a su cerebro. Nunca se había encontrado el Picarón en semejantes andanzas.

Ahora la gente lo empujó contra la línea de edificios y poco después se encontró contemplando una vidriera donde se exhibía una colección de mariposas de la India. Muchas veces, en el pasado, se había detenido frente a aquella vidriera, contemplando fascinado el brillante color turquesa de los insectos. Lo hizo también ahora aunque sin más razón que verse impedido de moverse debido a la aglomeración de gente.

Estuvo un momento absorto, contemplando los pequeños y brillantes insectos; luego se apartó de la vidriera y se dió vuelta bruscamente para ver si alguien había observado su conducta. Un padre que va al encuentro de los secuestradores de su hija no se detiene a admirar mariposas. Otro descuido de esa especie podía traerle complicaciones. Se abrió paso, empujando, entre el gentío y continuó hasta la esquina. Allí otra aglomeración le cerró el paso.

Miró furtivamente a su alrededor. Aquí y allá, un sombrero de copa se levantaba sobre las otras cabezas. De vez en cuando oíase la plañidera voz de un mendigo entre el murmullo de los transeúntes. Todo a su alrededor había un mar movible de rostros y en aquella masa advirtió Dale uno peculiar. Por un momento sus labios se crisparon, luego miró rápidamente a otro lado y volvió a adoptar su preocupada actitud. Había reconocido a Simmie, el mozo de la taberna.

La gente pudo al fin moverse. No tardaría ahora en ocurrir algo. Pronto sería abordado por uno de los secuestradores. Cuándo y de qué modo se dirigiría el hombre a él, no lo sabía.

—¿Taxi, señor?

Dale disminuyó el paso. La frase familiar tenía una nota personal, somo si aquel taxi estuviera destinado a él. Miró al interior y distinguió la cara malvada de Sammie. El mozo de taberna se había adelantado apresuradamente, después que Dale lo descubrió entre el gentío. Fiel al papel adoptado, alzó Dale la cabeza y miró tímidamente el auto. Era un auto común y nada tenía su conductor de particular.

Mientras parecía vacilar, se abrió la puerta.

—¡Suba! — dijo una voz.

Subió nerviosamente, sentose con el bastón entre las piernas y miró, con ansiosa expresión, al otro ocupante del taxi. No era probable, reflexionó, que Fielding y Sammie se hubieran visto jamás.

—¿Dónde... dónde vamos? — gruñó, pensando que Fielding, en aquel caso hubiera demostrado cierta jactancia.

—Ya lo verá.

Con aire de gran nerviosidad, Dale hizo

girar el bastón entre sus rodillas. El taxi no se había movido.

—Y bien... — dijo impacientemente — ¿por qué no seguimos?

Sammie se encogió de hombros. Mirando por la ventanilla examinaba la calle en todas direcciones y Dale comprendió que la demora era debida al prudente deseo de asegurarse de que nadie estaba observando.

—¿Dónde está mi hija? — preguntó Dale.

Otro encogimiento de hombros fué la sola respuesta. Dale demostró creciente ansiedad e impaciencia.

—Si le ocurre algún daño a mi hija... — murmuró con voz temblorosa — los mandaré a todos a la cárcel, los...

—¡Cállese! — dijo Sammie tranquilamente. Como había observado ya Dale, poseía una voz suave que contrastaba poderosamente con su siniestra cara. Se inclinó hacia adelante y le dijo al conductor::

—¡Siga!

El taxi describió un rápido viraje y se mezcló en la línea de tráfico. De cuando en cuando, Dale miraba fijamente a Sammie. Si no hubiese sido por su malvado rostro, Sammie hubiera tenido aspecto casi respetable con su traje nuevo, de sarga, y su galerita negra.

Habrían hecho sólo pocos cientos de yardas cuando el taxi se detuvo. Sammie abrió la portezuela y bajó. Observó Dale que pagaba al chauffeur generosamente.

—¿A dónde vamos ahora? — preguntó Dale, golpeando la acera con el bastón.

—Tenga paciencia — contestó Sammie con modo agradable, encendiendo un cigarrillo. — Y no vaya a romper el bastón.

Mientras Dale daba señales de cólera, de acuerdo a su papel, Sammie miró vivamente a todos lados, para convencerse de que no había señales de espionaje.

—Ya se le previno — dijo al fin. — Si intenta usted alguna traición, se arrepentirá.

Alzó la mano y le pareció a Dale que le hacía señas a alguien. No se equivocó, porque a los pocos minutos un gran auto negro se acercó a la calzada. Sammie abrió la portezuela, le hizo señas a Dale que subiera y subió detrás de él. El auto se puso en marcha, dobló una esquina y pareció que su principal objeto era dar vueltas y más vueltas por calles obscuras. Dale, desempeñando su papel de padre afligido, perdió todo sentido de dirección.

—¡Lindo bastón! — comentó Sammie. — ¿Hace tiempo que lo tiene?

—Mucho tiempo — gruñó Dale. — ¿Por qué esa idea del bastón, después de todo? ¿No era lo mismo que trajera el dinero en el bolsillo?

—Vea... — le confió Sammie — si usted hubiese intentado alguna traición, si se hubiera hecho seguir por alguien, yo le hubiera arrebatado el bastón y echado a correr. ¿Entiende? Es más fácil quitarle a un hombre el bastón, entre el gentío, que revisarle los bolsillos.

—Comprendo. Pero... ¿Y si dentro del bastón no hubiera nada?

—¡Bah! Es usted un tipo prudente ¿no? Demasiado prudente para hacer una cosa así. Su hija... — inclinóse hacia adelante —. Aquí es donde tenemos que bajar.

El auto se detuvo y descendieron; pero parece que no habían llegado aún a su destino. Sammie, silencioso ahora, hizo recorrer alguna distancia más a su compañero. Al fin se detuvieron ante un viejo edificio, obscuro de arriba a abajo. Subieron varios escalones, luego Sammie abrió con llave una puerta y entraron a un hall obscuro.

—¡Ah!... me olvidaba. — dijo Sammie. — ¿No trae usted armas, verdad?

Dale sintió que sus manos le palpaban las ropas y pensó ansiosamente si el individuo no hallaría el collar que llevaba colgado al cuello. Afortunadamente, a Sammie sólo le interesaron, al parecer, sus bolsillos. Advirtió Dale que Sammie lanzaba un gruñido de satisfacción; luego rechinó una llave en una cerradura y Dale fué conducido por un largo y obscuro corredor. Al final Sammie abrió todavía otra puerta y lo empujó dentro de una habitación. Oyose un "clic" y Dale parpadeó ante la luz.

—Siéntese — dijo hospitaliariamente Sammie. — El patrón vendrá pronto.

Dale se sentó, pensando que su aventura llegaba al punto crítico y preguntándose quien sería el patrón. Tenía una sospecha; pero las sospechas no son hechos. Bueno, entretanto, Sammie se había retirado y él quedó sólo, en una pieza alta de techo, de aspecto bastante agradable, cuya construcción antigua atenuaba el efecto de los muebles futuristas que contenía.

Abriose la puerta y él volvió a tomar su apenada e inquieta expresión. Entró una mujer. De una rápida mirada advirtió Dale que pasaba de los treinta años y que había sido una belleza. Aún ahora quedaban rastros de hermosura en el rostro duro, bajo la ondulada melena negra. Avanzó con andar sinuoso, moviendo un cigarrillo inserto en larga boquilla de ambar.

—¿Qué tal? — dijo lánguidamente. — Es usted el señor Fielding, naturalmente. ¡Qué bastón más original!

Se rió, burlona y ligeramente, echando hacia atrás la cabeza y arrojando el humo del cigarrillo por las narices.

—¿Quién es usted? — gruñó Dale — ¿Pertenece a la banda de facinerosos que ha secuestrado a mi hija? ¿Dónde está? ¿Qué han hecho con ella?

—Tranquilícese — dijo ella — y no haga tantas preguntas. Mi marido vendrá enseguida. Le dirá cuanto quiera saber. Entretanto, dejemos esos sórdidos detalles. ¡Los negocios son tan fastidiosos!

—Traiga a mi hija — gruñó Dale amenazándole con el bastón — recibirá usted su dinero de sangre.

—¡Oh!... no tan rápido. — tiró el cigarrillo, apoyó las manos en sus caderas y se enderezó, con la gracia de una coqueta marchita, orgullosa todavía de los restos de su belleza. — Los negocios son negocios. Usted es un anciano muy simpático; pero puede poseer suficiente mezquindad de alma para

En vano trató Dale de intimidar a Madge. Arriba ocurría algo espantoso

aprovecharse de mi juventud e inocencia. Muéstreme primero la plata y luego le traeré a su hija.

—¡No será! — logró Dale dar a sus palabras expresión mezclada de angustia y cólera. — No confío en bandidos como ustedes. ¿Cómo voy a saber si pondrán en libertad a mi hija, si les doy el dinero? ¿Cómo sabré si está viva siquiera? Quizá la han ustedes asesinado. Quizá la... — la emoción ahogó su voz.

—¡Serénese, viejito! No altera la presión de su sangre. Su hija no está lejos. Hasta este momento está bien y segura. Muéstreme ahora el dinero.

—¡Le digo que no lo haré! — en su fingida excitación, Dale se levantó y descargó un puñetazo sobre la mesa. — Le mostraré el dinero cuando vea a mi hija; ni un momento antes.

La mujer suspiró ligeramente y encendió un nuevo cigarrillo.

—Temo que sea difícil entenderme con usted. Los hombres son muy porfiados. Ahí tiene a mi marido. Nunca lo he podido manejar. Con todo, para como son los hombres, no es tan malo. Su peor vicio es la cirujía. No entiende mucho, pero puede hacer amputaciones, de tosca manera.

—¿Me quiere usted decir? ¿Qué tiene eso que ver con mi hija?

Ella arrojó una nube de humo.

—Nosotros presentimos que podría usted mostrarse obstinado y decidimos permitir a Jimmie que hiciera unos pequeños experimentos. ¡Venga aquí!

Lleno de angustiosa sospecha, siguió Dale a la mujer a través de la pieza. Ella tocó un pequeño instrumento de metal que sobresalía de la pared; evidentemente era un antiguo tubo acústico. Instantáneamente se quedó rígido Dale, mientras horribles sonidos llegaban hasta él. Eran ayes, gemidos ahogados, de vez en cuando un bajo y tembloroso grito.

—Esa es su hija — dijo la mujer; escudriñándole el rostro con sus duros ojos. — Sufre mucho. Jimmie tiene costumbre de usar anestésicos. A veces... ¡Oh!... Suélteme el brazo, bruto.

Dale, temblando de pies a cabeza, soltó su brazo que apretaba convulsivamente.

Los gemidos y gritos continuaron, revelando atroz tortura.

—Unas pocas horas más de esto y su hija se volverá loca — dijo la mujer.

Dale miró el tubo. Cada grito era para él una puñalada. Margarita, naturalmente, estaba en otra de las habitaciones de la casa, con la cual comunicaba el tubo acústico. Sus secuestradores pensaban que la agonía de la joven sometería a su padre a todas las condiciones.

Dale saltó hacia la puerta. Estaba cerrada con llave y la madera ofrecía sólida resistencia. Los sonidos que llegaban por el tubo acústico le ponían los nervios de punta. Lanzose contra la puerta.

—Es inútil, viejo — dijo la mujer. — La puerta es fuerte. Aunque lograra usted romperla, le costaría mucho hallar la pieza donde su hija está. Y aunque la encuentre, Jimmie le meterá a usted una bala en la rodilla, antes de llegar a ella.

Otro largo y tembloroso lamento llegó por el tubo acústico, llenando de horribles ecos la habitación.

—¡Basta! — exclamó Dale — ¡Por amor de Dios, basta! Les daré el dinero.

—¡Ah! Ahora se muestra usted razonable. — con su oscilante andar acercose al tubo acústico y oprimió un botón. — Basta, Jimmie! Vuélvala a la otra pieza. Creo que el viejo tiene bastante.

Dale respiraba fatigosamente. Una sensación de horror hacía acudir la sangre a su cabeza. Casi había olvidado que desempeñaba un papel, que representaba a otro hombre. ¿Habría advertido la mujer algo?

—Mejor es que se apure — dijo ella tranquilamente — Jimmie no tiene mucha paciencia.

Dale le dirigió una mirada de ira; luego destornilló el mango del bastón y sacó el tubo interior. Golpeó un extremo sobre la mesa, pero los billetes, fuertemente acuñados, no salieron. La mujer se acercó rápidamente a él y con una varilla de cortina empujó los billetes. Estos cayeron sobre la mesa. Miró Dale inquieto a la mujer mientras los contaba. Quizá había sido demasiado presuntuoso al pensar que podría engañar a los secuestradores con billetes falsos. ¿Caería en la trampa la mujer? ¿Caería Jimmie?

—Ocho, nueve, diez — contó ella. — Muy bien, viejito. Son nuevos y crugientes. Me gusta mucho hacerlos sonar. Es como música para... — se detuvo y miró más atentamente uno de los lados de los billetes; una dura y espantosa sonrisa curvó sus labios — Aunque a usted le parezca increíble, en un tiempo fuí empleada de un banco. ¡Oh! El puesto no me duró mucho. Me descubrieron y tuve que dejarlo.

Con risa dura, empujó a un lado el montón de billetes.

—¿Realmente creyó que podría engañarme con esta basura? — preguntó desdeñosamente. Movió la cabeza y se acercó al tubo acústico. — ¡Hola, Jimmie! Mejor es que bajes. Sammie está ahí arriba ¿no? Bueno, que se quede; pero a tí te necesito.

Sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta. Pasó un minuto y se oyeron pasos afuera. Un momento después entró alguien. Era Brumby, el mayordomo.

DESENMASCARADO

Dale no se sorprendió. La entrada del mayordomo confirmó simplemente lo que había sospechado. Mientras Brumby asomaba su cara redonda y lustrosa y su amplio estómago, Dale miró con ojos achicados la pistola que el hombre tenía en una mano. Se empinó sobre la punta de los pies como si fuera a saltar sobre el mayordomo; pero cambió de idea. Con Margarita a merced de los torturadores, no podía arriesgar el recibir una bala. Además Brumby esgrimía la pistola como quien está acostumbrado al manejo de armas de fuego.

—¿Qué pasa? — ¡Hola, Fielding! No se moleste si suprimo el "señor". ¿Le sorprende verme, supongo? No tiene por qué. Se trata sólo de otro viejo sirviente de confianza que no es lo que parece. Nada de tonterías ahora, Fielding o haré que Sammie vuelva a la hija de usted al cuarto de torturas. ¿Qué pasa, Madge?

Miró a la esbelta y elegante mujer del traje verde. Formaban una desigual pareja, aunque quizá los unía el instinto criminal.

—Esto — dijo Madge indicando los billetes esparcidos. — ¡El dinero es falso!

Brumby agarró uno de los billetes y lo examinó; lo tiró de nuevo y acercó su cara redonda a la de Dale.

—¡Pedazo de sinvergüenza! — gruñó, moviendo amenazadamente la pistola. — ¿Creyó que nos iba a engañar, no? Bueno, pues ahora...

Las palabras murieron en su garganta. Una expresión estupefacta apareció en su gorda cara. Dale la vió y saltó hacia él; pero el mayordomo, con una agilidad que no era de esperarse en un hombre de su cuerpo, lo esquivó.

—¡No se acerque! — exclamó apuntándole firmemente con la pistola. De rabo de o o miró a su mujer. — Este hombre no es Fielding... Es... Maynard.

—¡Maynard! — repitió ella sorprendida.

—Sí; ha estado pasando por secretario de Fielding. Su verdadero nombre no lo se. Pero estoy seguro de una cosa. ¿Has oído hablar alguna vez de el Picarón? Bueno, es este hombre.

Dale tuvo un momento de sorpresa. Margarita, recordó, aparentemente había sospechado de su identidad. Pero ¿cómo había compartido Brumby su sospecha?

—¡El Picarón! — murmuró Madge, mirándolo con franco asombro. — ¡Qué delicioso! Siempre he deseado conocerlo.

—Bueno, ya lo conoces. — gruñó Brumby. — Míralo bien. Entró en lo de Fielding, bajo falsa identidad, para robar el collar. Pero sólo obtuvo una imitación.

A despecho de sus preocupaciones, sonrió Dale. Pensó que diría Brumby si sus ojos poseyeran el poder de los rayos X y viera el collar legítimo de la princesa Sofía, debajo de su camisa. Entretanto, el mayordomo se acercó más

—¿Qué se propone? — dijo — ¿Por qué ha ocupado el lugar de Fielding? Que diablos... ¡Oh!, imagino que él se lo pidió. O quizá usted se ofreció. Los hombres siempre se enamoraron de Margarita y supongo que el Picarón es romántico. — se detuvo y una expresión astuta apareció en sus ojos. — No lo censuro por haberse encaprichado con ella. Es linda la pequeña ladrona.

—¡Cuidado, Brumby! — el tono de Dale era bajo y tenso.

—Lo sabía — el mayordomo se echó a reír. Está enamorado de esa bribona. No, no se excite. Déjeme decirle algo, Maynard. Hace pocos días recibió usted una carta dirigida a él Picarón, por medio de la Policía Metropolitana. ¿Sabe quien la escribió?

Los ojos de Dale se achicaron. Sintió un extraño presentimiento.

—Fuí yo — añadió Brumby. — Firmé con el nombre de Fielding. Fielding no sabe una palabra de la cosa.

Dale estaba inmóvil, con la mente hecha un torbellino. De pronto una gran luz se hizo en su cerebro. Sintió impulsos de echarse a reír. Brumby acababa de explicarle muchas cosas. Por ejemplo por qué Fielding había demostrado tan extraña confianza en su secretario. No sabiendo nada de la carta de desafío, no tenía motivos para sospechar que Maynard era el Picarón.

—Sí, yo la escribí — continuó Brumby — Pero fué Margarita quien me indujo a ello. Los dos concebimos ese plan para robarle el collar a su padre.

—¡Eso es mentira! — exclamó Dale; pero no pudo menos de recordar ciertas misteriosas acciones de Margarita.

—Es la pura verdad y usted lo sabe. Margarita estaba enterada de que su padre había escondido el collar en algún sitio de la casa. Quería apoderarse de él. Estaba desesperada. Era cuestión de vida o muerte. Supongo que pensará usted por qué se sentía tan ansiosa. Bueno, ésa es otra historia. Sea como fuere, buscó y buscó; pero no pudo hallarlo.

Estaba frenética. Y un día se confió a mí.

Brumby, repuesto de su desagradable sorpresa, se rió divertido.

—Sí, se confió a mí. No me mire con esa expresión de sorpresa, Maynard. Yo he estado con los Fielding desde que Margarita puede recordar. Siempre me quiso y me contó sus dificultades. Los Fielding tienen confianza en mí. He sido un sirviente modelo todos esos años. Mi táctica ha sido siempre servir bien, honradamente, y ganar la confianza de mis amos. Vale la pena. — hizo una guiñada a su mujer.—¿No es cierto, Madge?

—Claro que sí — dijo ella.

—¡Comprende, Maynard! No, creo que no. Bueno, hablando de ladrón a ladrón, no me importa decírselo. Un sirviente antiguo y de confianza oye toda clase de conversaciones y recoge toda suerte de informes. Si el señor Rocbick compra un collar de perlas para su esposa, es probable que se entere. Si los Giltmore proyectan cerrar la casa para pasar el invierno en la Riviera, lo sabrá antes de que salga en sociales de los diarios. Y así sucesivamente. Si el sirviento es hábil convertirá esos informes en dinero. Y cuando tiene una compañera inteligente como la mía — guiñó el ojo en dirección a su mujer — la cosa no resulta difícil.

—Comprendo — dijo Dale secamente — Pero volvamos al collar.

—Como le digo, Margarita me confió sus preocupaciones. Estaba desesperada. Necesitaba ese collar. ¿Cómo iba yo a resistir? — Brumby levantó los ojos al techo — De modo que yo también empecé a buscar el collar. Busqué noche y día; pero no tuve suerte. No pude descubrir donde lo había escondido Fielding. Entonces Margarita y yo conferenciamos y se nos ocurrió una idea brillante. Decidimos obtener la ayuda de el Picarón. Razonamos que, si alguien podía encontrarlo, era él. Yo escribí la carta de manera que el Picarón no pudiera resistir al desafío.

—Triunfó usted — admitió Dale — Pero no comprendo...

—¡Espere! Nosotros no teníamos intención de permitir que el Picarón se marchara con el collar. Sólo deseábamos que lo hallara y luego quitárselo. Eso significaba vigilarlo constantemente. Yo era demasiado pesado para la tarea, no podía moverme con la ligereza suficiente. Margarita podría haberlo hecho, suponiendo que el Picarón no ofreciera resistencia; pero... ése era el inconveniente. Decidimos solicitar la ayuda de un profesional.

—¿Y llamaron ustedes a Snoddy?

—Sí, a Snoddy. Madge y yo lo conocíamos desde hace años y siempre había sido leal con nosotros. Era pequeño y ligero de pies. Le prometimos dos mil libras si nos entregaba el collar y aceptó. De modo que yo lo escondí en la casa — es una gran casa, con muchas habitaciones, que nunca se usan — le dije lo que tenía que hacer y esperamos la ocasión.

—Pero todo el tiempo — sugirió Dale — pensó usted traicionar a Margarita y quedarse con el collar.

—Soy humano — dijo Brumby, con un virtuoso suspiro — y la vida es muy incierta. Ví la oportunidad de conseguir una fortuna y retirarme. Madge también se estaba cansando del juego. Bueno, usted se presentó un día o dos después y no necesité mucha imaginación para saber que el Picarón había llegado. Desde entonces, Snoddy empezó a seguirlo a usted, principalmente de noche, después que todos se habían acostado. Ya sabe lo que ocurrió.

Dale asintió y se tocó la parte posterior de la cabeza.

Recibió usted un golpe en el cráneo — prosiguió Brumby — y Snoddy le quitó el collar.

Era sólo una copia; pero Snoddy no lo sabía. Se comunicó con Margarita y arregló verse con ella en un club sospechoso donde Snoddy entregaría el collar y recibiría las dos mil libras. Yo estaba también allí; pero ni Margarita ni Snoddy lo sabían. Tenía mis razones para que ellos no se enteraran de mi presencia. Bueno, Snoddy perdió la cabeza. Las dos mil libras no lo satisfacían. Quería

más. Margarita rehusó y Snoddy, tuvo de pronto una brillante idea. Empezó a delirar con grandes cifras. Margarita sería secuestrada y Snoddy esperaba conseguir por su rescate un millón. El pobre diablo estaba ebrio con sueños de fortuna. Yo oí todo lo que dijo y comprendí que pensaba quedarse él con todo, sin darme ninguna participación.

—Y usted lo mató — dijo Dale.

—Olvidaba que usted estaba también allí. Pero no vió a nadie matarlo a Snoddy, ¿verdad? Fué a hablar por teléfono y mientras lo hacía alguien lo encerró con llave. — Brumby se rió sonoramente. — Fuí yo. Luego bajé y en ese momento una bala salió de alguna parte y le atravesó la cabeza a Snoddy. Una fatalidad. Yo le dirigí una mirada al collar y fué bastante. Le tiré a un rincón. Sammie y yo conversamos luego. Decidimos que la idea de Snoddy de secuestrar a Margarita no era mala. De manera que, mientras usted trataba de echar abajo la puerta, la agarramos y la trajimos aquí.

—¿Sí? — dijo Dale acariciando la parte de su camisa que ocultaba el collar. ¿Y ahora? Brumby miró la pistola con expresión pensativa. Aparentemente daba vueltas en su monte a su problema. Sus ojos, que a veces habían brillado con expresión benévola, la tenían ahora dura y calculadora. De pronto alzó la vista.

—¿Desearía usted ver a Margarita? — le preguntó.

Dale asintió, reprimiendo su ansiedad. Sin dejar de apuntarle, el mayordomo retrocedió de espaldas hacia la puerta y la abrió..

—Por aquí — dijo — Tú quédate aquí, Madge

Dale se dirigió hacia la puerta. La pistola seguía cada uno de sus pasos. Pensaba que traición prepararía el mayordomo. Bajó al hall, seguido a pocos pasos por el mayordomo, que le apuntaba siempre.

—Suba dos tramos de escalera — le indicó.

Dale subió, mientras el otro se quedaba al pie de la escalera. Tenía el presentimiento de que una sorpresa lo esperaba. Al llegar al primer descanso, miró hacia abajo y vió que Brumby no se había movido. — Una puerta de hierro cerraba la entrada de la segunda escalera, impidiéndole a Dale avanzar. Era un obstáculo demasiado grande, aún para el Picarón. Bajó lentamente. Brumby estaba todavía parado al pie de la escalera, pistola en mano.

—¿Qué broma es ésta? — preguntó Dale, resistiendo un furioso impulso de saltar sobre el mayordomo y arrebatarle el arma.

—Esto fué en un tiempo una casa de juego — le explicó el otro — Las puertas de hierro son útiles en semejante sitios. Yo sólo deseaba que viera por sus propios ojos que no tiene probabilidades de hacer el héroe y salvarla.

Indicó con la pistola. Dale, procurando dominarse, volvió al cuarto donde los estaba esperando Madge. Mientras Brumby caminaba detrás de él y cerraba la puerta con llave, Dale observó los bolsillos del hombre. La llave de la puerta de hierro...

Pero Brumby con suave risa interrumpió sus pensamientos.

—No hay esperanzas, Maynard. Sammie está arriba, custodiando a la amada de usted. Y él tiene la llave. No dejará entrar a nadie más que a Madge o a mí. De modo que no intente tonterías.

Dale gimió interiormente. Brumby le había cerrado todos los caminos. Ahora el mayordomo se dirigió a la pared y tocó un botón. Habló por el tubo; pero Dale no pudo oír lo que decía. Después de unas pocas palabras se volvió a su esposa.

—Tengo que salir un rato — le dijo — Tú quedate aquí y distrae a nuestro amigo.

—Muy bien; pero no tardes. Yo lo aburriré.

Dale apenas los oyó. No prestó atención cuando Brumby salió y Madge cerró la puerta, guardándose la llave en el bolsillo. La expresión de la cara del mayordomo, cuando estaba hablando por el tubo acústico, lo obsesionaba. ¿Qué había dicho? Hablaba con Sammie, sin duda. Pero que...

Madge, dirigiéndose hacia él, interrumpió sus pensamientos. Se movía lentamente, caminando como si valsara, con la cabeza erguida. Tenía una hermosa cabeza, pensó Dale. Lo más hermoso en ella era el cabello.

—De modo que es usted el Picarón — dijo la mujer con involuntaria admiración en sus ojos — No vuelvo de mi asombro.

Dale ocultó sus pensamientos. Volvía a ser el mismo nuevamente. Ya no imitaba ni los modales ni el modo de hablar de Fielding.

—¿No tiene usted miedo? Está sola con un hombre peligroso, ya lo sabe — dijo con acento jactancioso.

—Pero Sammie está arriba y siempre hace lo que yo le digo. Si da usted un paso sospechoso, no tendré más que hablar por el tubo y oirá usted gritar a la hermosa que está arriba.

—Lo se — dijo sombríamente Dale — Mis manos están atadas, a lo que parece.

—¿Está usted enamorado de ella?

—¡Dios mío, no! — pero no puedo soportar los gritos.

Se sonrió ella burlonamente Dale dió vuelta lentamente por la habitación. Vió que las dos ventanas estaban provistas de barras de hierro. La puerta podría ceder a un ataque; pero todavía la de hierro, dos escaleras más arriba, detendría sus progresos. Podía correr y pedir auxilio. Pero ¿qué sería entretanto de Margarita?

Su rostro no dió señales de los angustiosos pensamientos que corrían por su cerebro. Miró apreciadoramente a la mujer.

—No la comprendo a usted — murmuró. — No parece cruel.

—¡Oh! Pero lo soy. Se sorprendería usted al saber hasta que punto.

—Tiene muy hermoso cabello. — hablaba ligeramente, sin dar señales de la idea que se iba formando en su cerebro. — Y una melena muy artística. Su peinador debe tener alma de artista.

(Continuará)

LA GARRA DEL DRAGON

Por John G. Brandon

(Continuación)

¡AL diablo! — exclamó Bill con la misma tranquilidad. — Hubiéramos podido tener un accidente, si yo no fuera tan cuidadoso. ¡Cuidadoso! ¡Cielos!

Hacía ya rato que paralelas al camino brillaban las vías del ferrocarril; pero, sin embargo, no se veían todavía las luces rojas de la cola del tren.

Aunque había un cerco entre ellos y la vía vieron que había también una ancha senda, junto al malecón, por la cual un auto, en manos de un conductor experto, podía correr mismo junto a las ruedas del tren, aunque a unos cinco pies o cosa así más bajo.

—¿Cuándo entramos del otro lado del cerco? — gritó Bill a su amigo.

—Un poco antes de llegar al puente de Arlés — fué la respuesta. — Alcanza al tren primero y luego entraremos.

Fueron los ansiosos ojos de McCarthy que primero divisaron las dos pequeñas luces rojas, que parecían brillantes cabezas de alfiler, a la distancia. Lo que hizo entonces Bill hubiera causado el desmayo de un hombre miedoso. Una mirada al velocímetro le mostró a McCarthy que corrían a noventa millas. No se atrevió a mirar más. Luego, habiendo alcanzado el tren, se pusieron a correr a la velocidad, para ellos moderada, del mismo.

—Ya ve como lo conseguimos — dijo el conductor con serenidad. — El interior de la matraca ésta debe estar al rojo. Apuesto a que sus ropas se han secado.

McCarthy las tocó y vió que efectivamente así era.

Afuera del grande y antiguo acueducto de Arlés vieron que, como el enterado Jimmy había anunciado, el tren disminuía la marcha para parar.

—Trate de descubrir donde estaba cuando la banda lo atacó — aconsejó Bill a McCarthy. — Cuanto más pronto agarre sus cosas y disparemos mejor. No hay necesidad de que los muertos sean vistos.

Era un excelente consejo; pero ya McCarthy había visto dos ventanillas agujereadas de bala, que señalaban el vagón desde donde fué a parar al Ródano. El tren se detuvo y el auto lo mismo. Bill apagó los faroles.

—¡Vaya! — le dijo McCarthy. — Tire primero sus cosas y salte usted después. Todo rastro de la misteriosa desaparición del detective inglés quedará borrado. ¡Rápido! Yo me alejaré del tren, sin luces — añadió alegremente. — Nos encomendaremos a Dios para no chocar.

McCarthy saltó el cerco y caminó, evitando las luces del vagón, hasta que llegó a la portezuela por donde estaba seguro de haber saltado. Iba a subir cuando una mano, apoyándose en su hombro, lo detuvo.

—Si está muerto, siga muerto — dijo la alegre voz de Jimmy. — Puede ser que haya alguien observando, por si acaso ocurriera esta clase de milagro. Yo subiré y le tiraré sus cosas. ¿Qué tiene?

—¡Sólo mi sombrero, sobretodo y la valija — contestó McCarthy.

—Dejaremos el sobretodo y el sombrero donde están — aconsejó el ingenioso Jim. — Cualquier ratero puede marcharse con la valija de otro; pero sólo un muerto dejaría su sobretodo y su sombrero.

Cinco minutos más tarde, estaban todos nuevamente en el auto que ahora, lentamente, sin luces, se alejaba hacia donde no pudieran verlo desde el tren parado.

—¡Y ahora... a Arlés! — dijo McCarthy alegremente. — Desde allí podré llegar fácil y secretamente a Marsella, me atrevo a decirlo.

—¡Nada de Arlés! — dijo el intrépido Bill — Es a Marsella que vamos ahora. Usted va a llegar allí en esta cafetera y nada más.

—Muchachos, — dijo conmovido McCarthy — no puedo expresarles cuan grande es mi agradecimiento. Pero no debo consentir en causarles semejante molestia. Ya han hecho demasiado.

Bill se dió vuelta y lo miró directamente.

—Oiga, McCarthy, Jimmy y yo, estuvimos en Inglaterra y todo el mundo fué allí muy amable con nosotros. Seríamos dos perros desagradecidos si dejáramos a un inglés

en semejante apuro. Con que... no hablemos más del asunto. ¡A Marsella!

McCarthy no dijo más. No había más nada que decir. Pero interiormente hizo voto de que el primero que dijera en su presencia algo contra los norteamericanos recibiría un puñetazo en la mandíbula, tal como sólo Mc Carthy era capaz de administrarlo.

En una limpia y tranquila posada, cerca de la Cannebiere, cuya existencia recordó Jimmuy, después de tomar un vaso de excelente vino, los tres se despidieron.

—Muchachos, — dijo McCarthy — no les daré nuevamente las gracias...

—Mejor es que no lo haga — dijo el temible Bill.

—Sólo les pediré una cosa: recuerden que estoy muerto. Nunca hablen de nuestro encuentro, si no mis planes fracasarían. Esos demonios tienen ojos y oídos por todas partes.

—Mac, — dijo Jimmy — está usted más muerto que Abraham Lincoln, Jorge Washington y Cristóbal Colón juntos. Y en cuanto a nuestra discreción, puede apostar en favor de ella hasta su último dólar.

Fué así como el inspector detective Mc Carthy desapareció de la vista de los hombres, final y completamente. Pero aquella noche vióse una cara nueva en las guaridas más sospechosas de la vieja ciudad de Marsella. Era un marinero italiano, con facha de asesino, llamado Antonio Gaspardi. Tan siniestro y vil era su aspecto que la inmunda escoria que infectaba aquellos antros, compuesta de asesinos y ladrones, lo consideraron como un compañero.

A la misma hora en que el marinero aparecía en el bajo fondo de Marsella, una banda de bandidos chinos, conducida por un mestizo portugués, se alejaba fatigada, después de terminar su búsqueda en las orillas del Ródano. Estaban dispuestas a jurar que aquel odiado inglés se había ahogado en el río, que estaba tan muerto como podía desearlo cualquiera de sus enemigos, hasta el mismo Kao Shi-tan.

PATA DE PALO

Si había una cosa en que sobresalía el recién llegado, signor Antonio Gaspardi, era su innata perversidad. No esa perversidad nacida de la codicia del dinero o de los honores, si no natural. Además era pendenciero. Más de uno le disputó su derecho a un lugar en aquella colonia y el signor Gaspardi no discutió con palabras. Nada de eso. Lo hizo con hechos. Una nariz rota, una mandíbula fracturada y un hombre a quien hubo que conducir al hospital probaron sus derechos desde la primer noche de su llegada. El ex-marinero Antonio Gaspardi era un "enfant terrible" con los nudillos. Después de la primera exhibición de sus habilidades pugilísticas, los que tenían algo que criticarle al recién llegado, se lo guardaron para sí.

Si se necesitaban más pruebas de su innata ferocidad, las dió a la llegada de aquel hijo mayor del diablo, José da Fonda, que había estado ausente, por asuntos unos cuantos días. Hacía un año que da Fonda, el mestizo chino-portugués, se había convertido, por obra y gracia de sus habilidades con el cuchillo, en el "Big Shot", como dicen en Estados Unidos. Pero desde la primera noche de su llegada, el marinero le disputó el trono y con sorpresa de todos ganó.

Da Fonda había entrado con su habitual insolencia y al ver al desconocido siguió sus métodos habituales. Acercóse a él y le preguntó como se había atrevido a incorporarse a la colonia.

McCarthy enseñó sus blancos dientes con una mitad sonrisa, mitad mueca feroz.

—Lo hice — contestó con la tosca mezcla de francés e italiano que había adoptado — porque no hay un hombre que pueda impedírmelo, signor. ¿Le molesta a usted esto?

—Yo soy el rey aquí — dijo da Fonda ásperamente. — Si hubiese estado cuando usted llegó...

McCarthy se puso de pie, agarró la botella de vino de la cual había estado bebiendo y la lanzo contra la pared.

—Ahora está aquí — respondió. — Pelearemos y el que pierda pagará la próxima botella de vino.

Una mano rápida se dirigió a la cintura de mestizo, luego algo le pegó en plena cara y lo hizo caer contra la próxima mesa. La mesa, lo que había encima y los dos hombres que estaban junto a ella, cayeron también al suelo con estrépito.

Cuando da Fonda se puso de pié, masculIando maldiciones, brillaba en su sucia mano derecha un cuchillo. Los espectadores, aunque acostumbrados como estaban a las escenas sangrientas, contenían la respiración. El cuchillo, como atras veces, atravesaría el aire y...

Del bolsillo de Gaspardi partió una detonación silenciosa y el arma voló de las manos del mestizo. Antes de que el hombre pudiera reponerse, Gaspardi le volvió a pegar y lo tendió, largo a largo, en el suelo, casi sin sentido.

—¡Levántese! — lo invitó Gaspardi — Pronto veremos quien es el rey aquí.

Pero da Fonda ya tenía bastante.

—¡Mi hombro! — Me hirieron hace una noche o dos. — Estoy débil. Si no fuero por eso...

—Aunque tuviera usted cinco hombros, todos sanos — gruñó McCarthy, alias Gaspardi — estaría donde está. ¡Levántese!

Sin dar el mestizo tiempo para obedecer esta orden, se agachó, lo agarró por el cuello del saco y lo puso de pie. Y luego le mostró los dientes con otra mueca feroz.

—¡Ya basta! — dijo — Haga siempre lo que le diga y estará seguro.

De un empujón envió a da Fonda junto a la mesa, donde él había estado sentado.

—¡Siéntese! — le ordenó con siniestro resplandor en los obscuros ojos — Y da Fonda obedeció.

—Hace un momento hablaba usted de beber. Es lo que vamos a hacer ahora. Beberemos juntos, hermano. Pedirá una botella

de vino, mi amigo, y la pagará usted... no yo.

Y por segunda vez, con ojos torvos, da Fonda obedeció.

Pero el vino aflojó la tensión. Pareció que todo resentimiento contra da Fonda había desaparecido en el recién llegado.

Se puso jovial, insistiendo en conversar de los crímenes que ambos habían cometido.

Empezó a jactarse, a la manera latina, de sus hazañas personales, hablando de las ciudades donde se habían realizado: París, Roma, Burdeos, Nápoles, Londres. Al parecer, el signor Gaspardi había estado en guerra con la sociedad por todo el Continente.

Con el segundo vaso, da Fonda no se quedó atrás. Su activa carrera parecía haberlo llevado también a través de toda Europa.

—En cuanto a Londres — dijo McCarthy, con pesaroso encogimiento de hombros — no es lugar propicio para hombres como nosotros. Su maldita policía es muy rápida y sagaz. Se hace algo y... el hombre siente esposas en sus muñecas antes de que tenga tiempo de tomar una taza de café. Londres, "nom d'un chien", no da resultado.

Llenó el vaso casi vacío de da Fonda y lanzó un bufido de disgusto.

Pero el mestizo chino-portugués, movió la cabeza, en evidente desacuerdo.

—Londres... Londres, también sirve, cuando hay... este... organización, en el trabajo, como dicen los malditos ingleses. ¿Hace mucho que llegó usted de allí? — preguntó ansiosamente.

—Unas cuantas semanas — mintió McCarthy — De Londres fuí a Holanda, luego a Génova. Nada. De allí a Nápoles, donde hice un "trabajo". Y luego me vine aquí.

—Algunas semanas... — murmuró el otro pensativo. — ¿Conoce usted Soho?

McCarthy frunció el ceño profundamente.

—¿Ese sitio — dijo vacilando — que queda entre Shafsterbury Street y el Boulevard Oxford? ¡Oh, sí! Conozco el Soho. Allí compraba mi comida.

—¿De qué crimen se hablaba más cuando estuvo usted allí? — preguntó da Fonda.

McCarthy pensó un momento.

—Creo que de la desaparición de un hombre, un tal Bensdorp — contestó — Un judío. Me parece que era un asunto de joyas, no recuerdo bien. — se encogió de hombros. — Todo lo que se — concluyó — es que no pudieron encontrarlo y que los diarios se burlaban de la policía.

Inclinándose sobre la mesa, da Fonda se golpeó jactanciosamente el pecho. El fanfarrón que había en él apareció.

—Yo tomé parte en ese asunto — dijo y se recostó en la silla para observar el efecto producido por sus palabras.

—¡Usted! — exclamó McCarthy y sonrió incrédulamente.

—¡Bah! ¡Bah! Cuénteselo a otro que se lo crea, hermano. — dijo desdeñosamente. — Ese asunto fué obra de chinos... Así le dijeron los diarios.

—Eso es también cierto — dijo con enojo da Fonda. — Pero yo también participé. No me quiere creer... Bueno, se lo contaré.

APRENDA UNA PROFESION LUCRATIVA

ENSEÑAMOS POR CORREO:

Dibujante
Procurador
Constructor
Perito Agrícola
Químico - Farmacia
Corte y Confecc. masc. y fem.
Contador - *Tenedor de Libros*
Mecánico Electricista de Autos
Periodismo - Vendedor - *Publicidad*
Electricidad-Radio-Televisión-Fonofilm

El moderno sistema de enseñanza técnica y práctica por correo, permite aprender estas profesiones

Mande el cupón. - Escriba claro.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
1059-Lavalle-1059—Buenos Aires

NOMBRE ....
DIRECCIÓN ....
LOCALIDAD 7 ....

Fueron los chinos de aquí, los que lo hicieron; los hombres amarillos de la Varonde.

—¿Se refiere usted a esa vieja ruina que está a la entrada del pueblo?

—Sí. Sí. En un tiempo fué la mansión de una gran familia. Ahora todos sus miembros han muerto y la casa está en ruinas. Una banda de coolíes chinos, que quedaron después de la guerra, se posesionó de ella y estableció allí su cuartel general. Pero ahora no son todos coolíes, amigo. Muy lejos de eso. Hay entre ellos grandes cerebros que proyectan y realizan cosas importantes.

—Yo anduve por allí — dijo McCarthy con indiferencia. — Ví chinos y pensé que harían en ese sitio.

—Es un sitio al que no conviene acercarse mucho, mi amigo — dijo da Fonda significativamente. — Más de uno ha desaparecido de la ciudad por interesarse demasiado en los amarillos que allí viven. No olvide eso

—No lo olvidaré. No me interesan — respondió McCarthy.

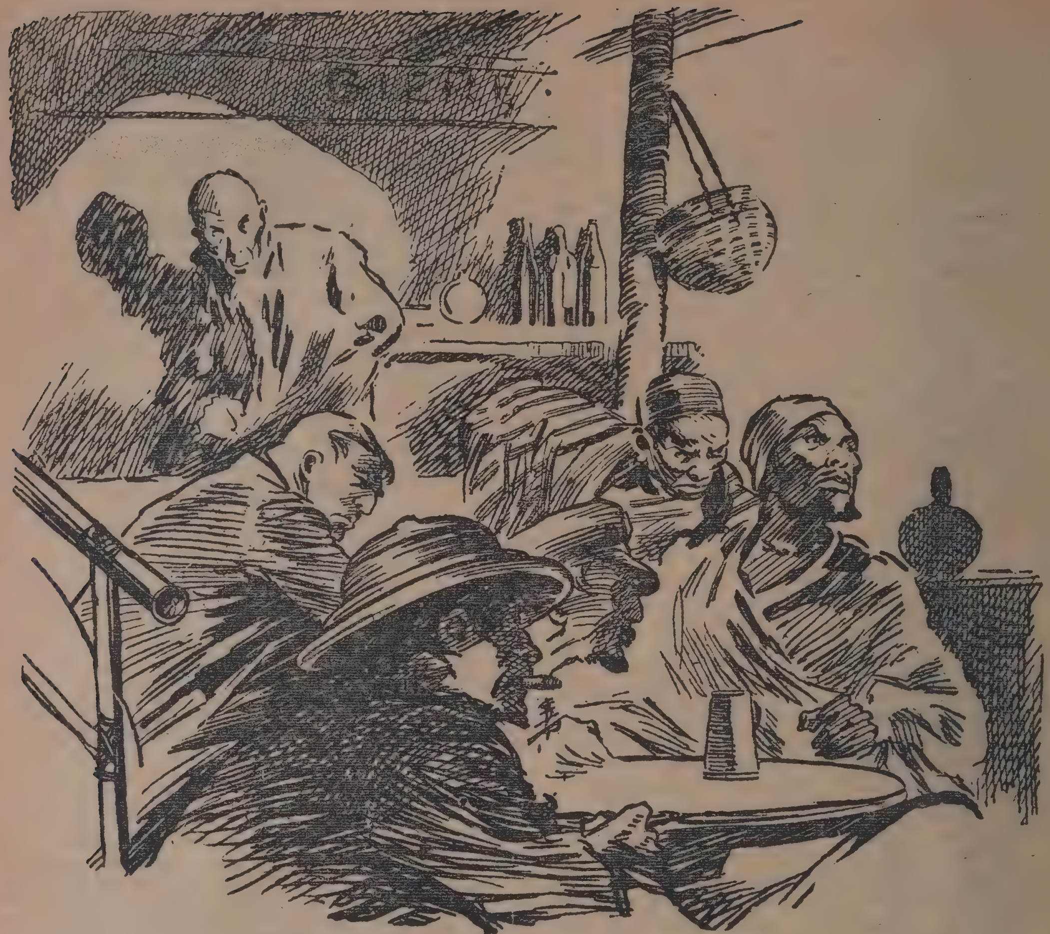
—Tanto mejor... para usted.

Nuevamente llenó McCarthy el vaso de da Fonda. añadiendo algunas gotas al suyo.

—Beba, hermano. ¿Qué decía de ese hombre desaparecido?

—Le decía que yo participé en la cosa. Fuí yo quien atrajo al judío a un sitio que llaman Benfleet. Fuí el chino que lo tomó prisionero y lo trajo aquí.

—¡Aquí! — la sorpresa casi hizo olvidar la cautela de McCarthy.



—Sí, está en La Varonde.

—Pero... ¿y para qué lo tienen ahí? — preguntó McCarthy.

Una sonrisa siniestra entreabrió los labios del mestizo.

—Hay algo que quieren sonsacarle — contestó con malvada expresión — Antes de mucho hablará... y entonces...

—Y entonces... — repitió McCarthy.

—Entonces los chinos le quitarán del medio por sus métodos propios — dijo da Fonda con acento cruel — Y ese será el final del llamado misterio de Bensdorp.

—Pero ¿y de qué se trata, hermano? — preguntó McCarthy con aire de curiosidad y profunda ignorancia. — Los diarios hablaron de joyas.

—Joyas... sí — los negros ojos vagaron furtivamente por la pieza, como si temiera que alguien pudiera estar escuchando. Luego su voz bajó, hasta convertirse en un murmullo.

—No conviene hablar de eso — dijo. — No es prudente hablar en Marsella de los asuntos de Kao Shi-lan. Conversemos de otra cosa.

Resuelto a insistir más tarde cuando el vino hubiera desatado más la lengua de da Fonda, McCarthy le llenó el vaso.

—¿Y qué fué del detective que apuñalearon en Londres? Decían en Soho que él estaba a cargo del caso.

Da Fonda arremangó los labios con mueca cruel.

—¿Se refiere al maldito Macarte?

—El mismo. Estaba en el hospital. ¿Se murió?

—No. Le dí dos puñaladas y los chinos lo dejaron como papilla. Pero no murió entonces. Ahora sí ha muerto. Puede creerle a José da Fonda. Una vez más se atrevió a desafiar al poder de Kao Shi-lan y ha perdido. Ya no oirá hablar más de él.

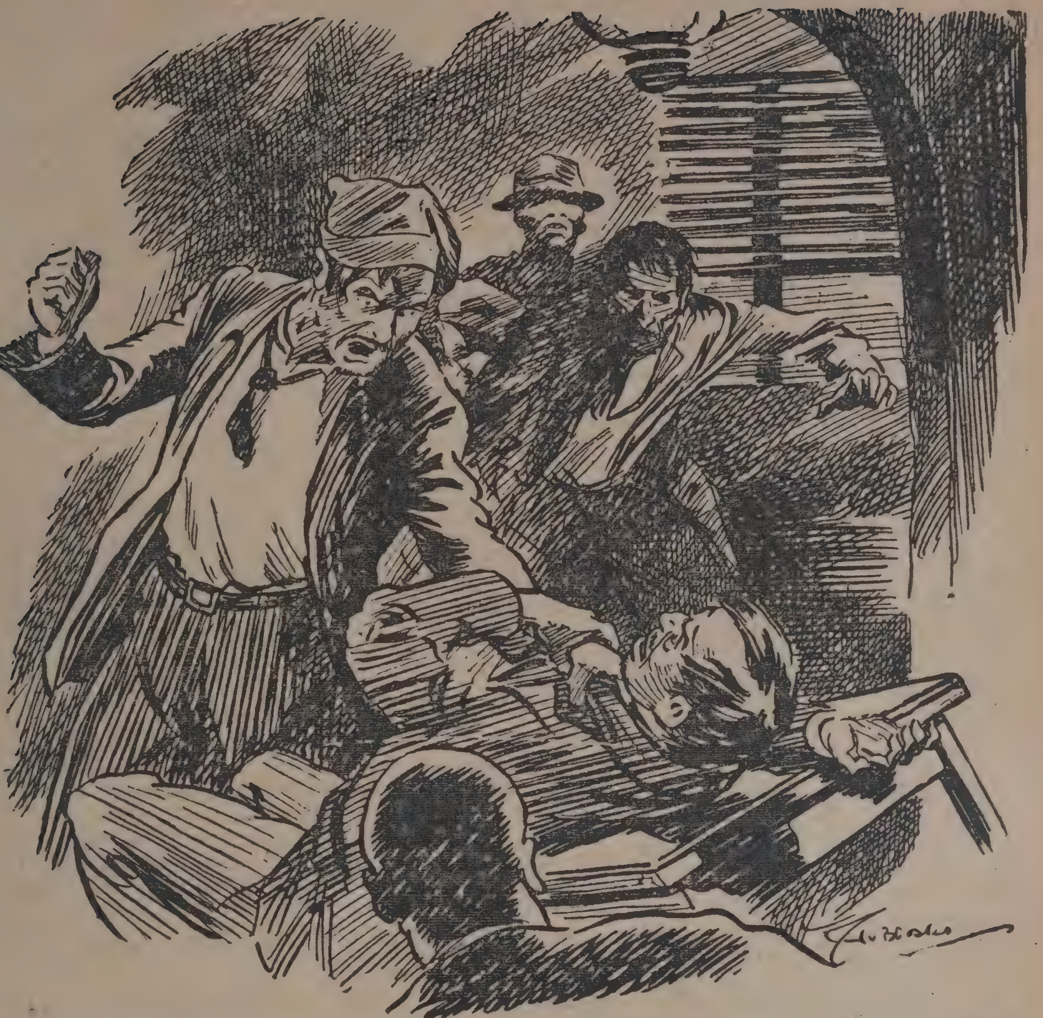
—Ya volverás a oír, perro — pensó Mc Carthy. Deja que ponga mis manos sobre Bensdorp y las joyas.

—¿Y dónde murió? — preguntó descuidadamente. — No es que me importe, ya que ha muerto.

Casi me pesca en Londres.

—No lo volverá a molestar, mon ami — dijo da Fonda. — Se ahogó en el Ródano. Y tuvo suerte de terminar así. Si los amarillos le hubieran echado el guante... — se interrumpió con un gesto que indicó a Mc Carthy cual hubiera sido su destino si lo hacen prisionero en el bosque aquella noche.

Con la esperanza de obtener más informes



De un violento empujón el "signor" Gaspardi tiró al jefe de la banda contra la mesa.

de aquel hombre que, al parecer estaba tan ligado con los que buscaba, pidió McCarthy otra botella de vino. Pero no bien los sirvieron ocurrió algo que cambió completamente el curso de la conversación.

Con un golpe violento que hizo saltar a todo el mundo, abriose la puerta y entró un personaje de lo más extraordinario. Era completamente desconocido allí, hasta para la colonia, como lo evidenció la sorpresa y perplejidad que se pintaron en todos los semblantes. Y si el carácter puede deducirse por el rostro, podía decirse con justicia que el individuo que entró, caminando ruidosamente con una pierna sana y otra de madera, pertenecía a la peor especie.

Era alto, fornido, de alguna edad y sus arrugadas facciones se habían vuelto casi negras por la exposición al sol. Sus enmarañados cabellos grises y su barba cuadrada indicaban que hacía muchas semanas no cultivaban relaciones con el peine ni el cepillo. Lo mismo podía decirse del jabón y del agua, con respecto a toda su persona. Tenía grandes manos, casi negras y bajo la mugre se advertían señales de tatuaje. En una de las manos tenía un viejo sombrero Panamá, que se encasquetó ladeado, después de dirigir una mirada agresiva a su alrededor. Un tipo de avería, según todas las apariencias.

La rápida vista de McCarthy advirtió también que era o había sido marinero. Bajo el saco más sucio que McCarthy había visto, tenía puesta una camiseta de jersey azul, de marinero; y sobre ella, con letras tan sucias que no se distinguían, estaba impreso el nombre de alguna embarcación.

—Y bien, — dijo fuerte y agresivamente a la asamblea, en un inglés que reveló a Mc Carthy había nacido no lejos del Támesis — la próxima vez que me vean, me reconocerán, idiotas. Y si quieren saber mi nombre, sepan que me llamo Pata de Palo Brown. Nací en Rotherithe, si saben donde queda, y si no saben, poco importa. Me embarqué porque le abrí un ojal en la piel a un tipo. Y no era el primero, por cierto. Me vine a esta ciudad, que conozco desde que a ustedes les

daban de moquetes por molestar a sus madres. Y me quedaré todo el tiempo que quiera. Y si hay alguien que no esté conforme, que lo diga y veremos lo que pasa.

Probablemente tendrán que llevarle al hospital o al cementerio. Así soy yo, Pata de Palo, de manera que ya nos conocemos. ¿Dónde está el imbécil del patrón?

McCarthy permaneció sentado, observando los acontecimientos. El señor Pata de Palo, con su aspecto de bandido, iba a resultar interesante; era hombre de pelo en pecho y ciertamente no le faltaba valor. De otra manera no hubiera desafiado así a aquella gente.

Además, si la jactanciosa historia de Pata de Palo era cierta — y McCarthy se inclinaba a creerla — tenía para McCarthy interés profesional. El, personalmente, no tenía noticias de que hubiera cometido ningún asesinato en la parte baja del río, antes de salir de Inglaterra; pero eso nada quería decir porque hacía varias semanas que se hallaba fuera de la lista activa y poco en contacto con las cosas oficiales.

Calculó que el de la pierna de palo debía ser algún temible matón del puerto o del río. Era probable que lo que acababa de contar tan volublemente fuera jactancia, para intimidar a los peligrosos concurrentes del antro.

Pero pronto se vió que el ciudadano Brown no se jactaba en vano respecto a sus cualidades de peleador.

El propietario de la taberna, otro hombre moreno, barbudo, con cejas hirsutas, con ojos de expresión temible y que, además de estos encantos, tenía el rostro con profundas marcas de viruela, se adelantó lentamente hacia el centro del sótano.

Le llamaban "El Buey", a causa de sus formas poderosas y macizas, y era famoso por su ruda habilidad en convencer a los que le desagradaban a dejar sus dominios. Sin discusión alguna, salían de cabeza. Por la expresión de su fea cara, se notaba que había oído cuando dijo Pata de Palo Brown, natural de Rotherhithe. Y había oído demasiado. Aquel valiente ejecutaría ahora una retirada más o menos graciosa.

McCarthy se movió en su asiento, pronto a intervenir si las cosas se ponían demasiado feas. Después de todo el matón era inglés y, sobre todo, inválido. Este hecho no sería tenido en cuenta para nada por el Buey, muy capaz de romperle la pierna sana o cualquier otra cosa, incluso el cuello, si llegaba el caso.

Una mano enorme, carnosa se apoyó en el hombro de Pata de Palo y lo hizo darse vuelta mirando hacia la entrada. Una voz ronca le ordenó salir y la orden fué reforzada con un puntapié.

Esa acción terminó momentáneamente con las actividades de el Buey.

El hombre de la pierna de madera, se dió vuelta, extendido su puño de hierro y le pegó tal puñetazo debajo de la mandíbula que casi le arrancó la fea cabeza de los hombros. Luego Brown agarró a su adversario por la barba y levantando su sólida pierna de palo, reforzada de hierro, le pegó al patrón en el estómago, con la fuerza de un ariete.

Dos veces repitió aquel movimiento estratégico y McCarthy tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener la risa al ver la cara del francés, después de la segunda aplicación. Parecía un hombre herido por el rayo. Su rostro había tomado un matiz verdoso y sus esfuerzos para introducir aire en sus pulmones eran casi cómicos. Si alguien perdió alguna vez el conocimiento, parado, era el Buey.

Luego, Pata de Palo arrojó bruscamente lejos de sí a su adversario. El Buey trastabilló hasta que fué a caer sobre su propio mostrador. Un mozo de mala traza corrió hacia el inglés, enarbolando una botella rota... para recibir aquel espantoso golpe de la pata de palo en el pecho. Se tambaleó y apoyose en la pared, tosiendo débilmente.

Entretanto el Buey había recobrado el aliento; se puso de pie y en su mano brilló un cuchillo. Se agachó para una corrida y un cabezazo que seguramente hubiera hecho perder el equilibrio al otro. McCarthy se puso de pie, pistola en mano, resuelto a intervenir. Pero el señor Pata de Palo Brown, de Londres, no estaba fatigado todavía, ni había agotado todos los recursos de su repertorio. Agarrando una pesada mesa de mármol se la tiró a su adversario.

La mesa voló con la precisión de una flecha. Al hallar blanco en el cráneo de el Buey, éste quedó fuera del mundo por todo el resto de la noche.

Ahora, entre los grupos siniestros se levantaban murmullos. El Buey era un personaje en el barrio y a despecho de sus métodos brutales, tenía partidarios, sino amigos. Era inminente un ataque en masa contra el rengo del cual, lo sabía McCarthy, saldría aquel difunto. Se deslizó hasta el lado de Brown, pensando murmurarle que escapara para salvar el pellejo. Pero antes de que pudiera preverlo, recibió tal puñetazo en la mandíbula del temible Pata de Palo que por un momento sus sentidos, lo mismo que su cuerpo, oscilaron. ¡Al diablo! Pata de Palo sabía pegar.

Se produjo un avance amenazador; pero Pata de Palo agarró otra mesa, como había hecho con la primera y, con sorprendente rapidez, empezó a usarla como escudo y como arma al mismo tiempo. Su eficacia era notable. Todos aquellos a quienes pegó cayeron y la mayor parte se quedaron donde habían caído.

Estos esfuerzos los acompañaba Pata de Palo con un torrente de blasfemias que hubieran hecho ruborizar al más endurecido lobo de mar. Nunca había oído palabras semejantes McCarthy.

Y sin embargo, aunque boca sucia y degradado, había en aquel hombre una cosa digna de admiración: su innato e indómito coraje. No era una rata traidora, aquel sujeto, si no un alma guerrera que daba y recibía con perfecta ecuanimidad e intrepidez.

(Continuará)

LATIGO NEGRO

DETECTIVE

Por Charles Hutchinson

(Continuación)

UN SALTO POR LA VIDA

EL cuartel general del hábil Con Hyland estaba en Willesden, al norte del Gran Junction Canal. Poseía allí dos casas altas, sucias, separadas por un solo patio de hormigón.

Algunos años antes las dos viviendas habían sido construídas por dos patrones de barcas, amigos y socios de toda la vida. Al dejar el trabajo del Canal, construyeron un muelle de ladrillo y madera, guardando sus cargamentos en un enorme galpón de ocho pies de alto, contiguo al edificio de la izquierda. Y, naturalmente, como todos los marinos habían erigido un asta-bandera, completa con aparejos y la bandera de su comercio.

Todavía existía el asta-bandera en las seis yardas de espacio, entre las casas. Pero la bandera había desaparecido hacía largos años, como sus propietarios.

Después de sus muertes, las dos casas habían quedado vacías y abandonadas hasta que Hyland las consideró una guarida conveniente para sus propósitos. Su astuto cerebro vió las posibilidades que encerraban.

Frente a las casas había una red de callejuelas, por las que era fácil escabullirse en caso de necesidad. El gran galpón protegía un lado de la propiedad, de manera que lo compró también. Luego, alrededor de los otros dos lados del patio, construyó una alta pared de ladrillos. El cuarto lado, naturalmente, daba al canal.

Por vía de protección llenó las casas de alarmas contra los ladrones hasta el punto que difícilmente hubiera penetrado en ella una mosca sin que se supiera.

Uno de sus hombres estaba siempre alerta, cerca de la puerta del patio, que daba a la pared lisa de una fábrica. En general, Con Hyland estaba justificadamente orgulloso de su fortaleza secreta.

Dejando aquella noche el segundo auto en un garage de Harrow Road, él y sus cómplices echaron a andar tranquilamente por las calles obscuras, hacia el canal. Al llegar a la guarida, Lew Michel se dirigió inmediatamente a su dormitorio, donde se puso ropas de etiqueta para su visita al Dragón Azul.

Hyland y los otros se dirigieron a la segunda casa, donde dormían tres de ellos y donde toda la banda tenía el comedor. El centinela del patio los saludó.

—¿Salió bien todo, patrón?

—Como sobre ruedas. Fred vendrá pronto con el botín, creo — contestó Hyland. — Tú debes estar afuera, en el patio. — ¿Estás seguro de que todo está bien aquí?

El centinela se rió ceñudamente.

—Seguro que sí. ¿A quién esperabas? ¿A los jefes de Scotland Yard? — riéndose de esta pequeña broma, los bandidos entraron alegremente a la casa.

—¡Bah! Creo que aquí estamos a salvo de las visitas de la policía — dijo Hyland cerrando la puerta. Y lo creía sinceramente.

Por desgracia para él, no era así. A despecho de todas sus paredes y defensas, un enemigo, por lo menos, había penetrado su fortaleza. Aquel enemigo entró en acción no bien la banda se halló adentro.

Del rincón más obscuro del patio salió una figura alta, enmascarada, con ajustado traje de malla negro. Era Buckley Sinclair, el misterioso detective de Merlin Court, conocido también por Látigo Negro por su manera de atacar a los criminales con su larga fusta de cuero.

Había estado acechando pacientemente, algún tiempo, en la obscuridad, dándose cuenta perfectamente de que Hyland no tenía más que un centinela en la casa. Y un solo guardia no era suficiente para impedir a Látigo Negro registrar una guarida. Para semejantes peligrosas expediciones usaba aquel extraño atavío. Le era útil tanto para esconderse, como para trepar, correr o pelear. También podía quitárselo en pocos segundos, si era necesario, desprendiendo dos broches.

Pero lo más importante era el efecto que producía en los criminales. Su fantástica aparición los desconcertaba esos pocos segundos que son necesarios para la victoria y la derrota, cuando se pelea cuerpo a cuerpo.

Silencioso como un fantasma, Látigo Negro llegó al pie del asta bandera, entre las dos casas. A la izquierda, una ventana iluminada mostraba el sitio donde estaba Lew Michel, cambiándose de ropa; del comedor, en el otro lado de la casa, llegaba ruido de voces y sonar de vasos y botellas. Látigo

Negro sonrió fríamente al oír un ronco estallido de risas de parte de Con Hyland.

—¡Muy bien, Con!... Ríe no más — dijo arrastrando las palabras. — Podrás ser muy hábil; pero te has pisado el palito al entrar en tratos con un reducidor tan conocido como Oscar Levinson, hijo mío. Hace tiempo que lo vigilo a Levinson. Y ahora voy a vigilarte y... a atraparte también.

Cada palabra de la alegre conversación de Con Hyland con el centinela había llegado a sus oídos y bastó que mencionaran la palabra "botín" para que Látigo Negro obrara. Pensó cuando llegaría "Fred" el portador del botín. Si todo salía bien, él estaría dentro de la casa para recibir al malhechor cuando llegara a su guarida.

Ejercitando sus poderosos músculos empezó Látigo Negro a trepar por el asta-bandera. Este era otro error de Con Hyland. Debió haber echado abajo aquel mástil hacía tiempo. Látigo Negro era demasiado experimentado para entrar a la casa de un bandido por la puerta o por la ventana; pero... el techo.

—Eso es otro cantar — rió mientras trepaba.

Al llegar al travesaño se agarró de él con ambas manos. El travesaño crugió; pero sólo tendría que soportar su peso un segundo. Balanceando ágilmente su cuerpo, lanzóse como un acróbata de trapecio a través de los seis pies de espacio.

Luego sus brazos agarraron la corniza del techo y se izó fácilmente.

—Ya estamos — dijo sonriendo. Un momento después volvió a sonreir más alegremente. Al otro lado de las chimeneas encontró un pequeño tragaluz, inserto entre las baldosas, que era lo que había contado con hallar.

Levantando hábilmente la sección del centro, se dejó caer en un altillo que había debajo. Desde allí, una empinada escalera lo condujo a un descansillo que tenía puertas de dormitorios a cada lado. Inclinándose por encima de la baranda, escuchó un momento la jarana de abajo. Luego sacó su fusta y descendió las escaleras.

Como de costumbre, sus planes se basaban en el ataque por sorpresa. Las circunstancias no lo preocupaban. En sus manos, el pesado látigo era más mortal y más rápido que los cuchillos. Y una vez que lograba sorprender desprevenidos a los malhechores, no les daba ocasión de reponerse. Sus métodos vertiginosos triunfaban, de cien veces noventa y nueve. Pero ésta era la número cien. A despecho de toda su cautela y audacia los medios preventivos de Con Hyland lo derrotaron a último momento.

Al pisar su pie el cuarto escalón, un timbre eléctrico, resonó violentamente en el comedor de la casa. Un clamor insistente, como si una docena de despertadores se hubieran enloquecido, llenó la casa. El ruido puso sobre aviso a la banda de Hyland e hizo detenerse alarmado a Látigo Negro. No había tiempo de retroceder. Con roncos gritos la banda salió del comedor y Látigo Negro comprendió que estaba descubierto. Resolvió irles al encuentro.

Como un trueno, se lanzó escaleras abajo, cayendo en medio de los bandidos. Con el mango de su látigo hizo volar una cachiporra y de un puñetazo derribó al que la esgrimía. Usando su fuerza hercúlea se abrió paso entre ellos hasta el comedor, peleando como un tigre.

—¡Nada de pistolas! — gritó Con Hyland. — ¡Derríbenlo en silencio!

Uno de los aterrados bandidos le tiró una silla que Látigo Negro esquivó apenas a tiempo. La silla pasó por encima de la mesa, rompiendo vasos y botellas. Luego un latigazo pegó en la lamparilla eléctrica y el cuarto quedó sumido en la obscuridad; pero no por mucho tiempo, sin embargo.

Como empezó el fuego, es un misterio; pero empezó. Sin duda alguna colilla de cigarro encendió un charco de alcohol. Mientras Látigo Negro peleaba por su vida, una llamarada corrió de pronto por el piso. Casi en seguida el fuego tomó incremento. Antes de que ninguno de ellos pudiera apagarlo, las llamas alcanzaron las cortinas y rodearon la silla caída. El humo ahogaba a los hombres que peleaban. La mesa fué dada vuelta y un proyectil abrió la ventana. Medió aturdido de terror, Con Hyland rodeó con sus brazos los muslos de Látigo Negro y trató de hacerlo caer sobre el piso encendido. No lo consiguió. Dos manos de acero lo apartaron y un empellón lo lanzó hacia el fuego. Usando nuevamente el cabo de su fusta, Látigo Negro empezó a abrirse paso para salir de la pieza, en dirección nuevamente de la escalera. Era ese ahora el único camino hacia la seguridad. Las llamas devoraban ya la puerta que daba al exterior.

Como un huracán pegó, se agachó, empujó La punta de un cuchillo le desgarró la parte delantera de su túnica y le hizo un profundo arañazo en el musculoso pecho. Levantó el puño y lo dejó caer sobre una cara, enrojecida por la luz del incendio. Blandiendo por última vez su peligroso látigo, llegó al fin a la puerta y corrió hacia la escalera.

Tras él, tambaleantes, pero resueltos, se lanzaron dos de los bandidos, mientras Hyland y el cuarto se arrastraban desesperadamente fuera de la habitación incendiada. Demasiado enloquecidos ahora para obedecer órdenes, uno de los perseguidores de Látigo Negro, sacó una pistola e hizo fuego. La bala le rozó el hombro y se incrustó en el descansillo. Dándose vuelta con la rapidez del rayo, Látigo Negro se inclinó por la baranda y le pegó al pistolero en la cabeza.

El hombre cayó en brazos de su compañero y ambos rodaron juntos, escalera abajo. Látigo Negro siguió corriendo; una fría sonrisa curvaba sus labios. Las alarmas de Con Hyland habían malogrado su plan; pero la guarida de Con quedaría en ruinas.

Entretanto tenía que escapar de aquella trampa mortal. Subió nuevamnete al altillo y salió a la azotea. Las llamas salían de la ventana rota del comedor y un resplandor rojo iluminaba la noche. Pronto se extendería la alarma en la vecindad.

Corrió al pretil de la azotea. Pero mientras se inclinaba sobre la corniza, la puerta del fondo de la casa se abrió y tres hombres furiosos, aterrados, salieron al patio, llevando al cuarto entre todos. Volvieron los

ojos hacia arriba. Adivinó Látigo Negro que sospechaban estaba él allí. Le iban a cortar la retirada.

Rápidamente retrocedió, pensando con furioso prisa. Había pensado disparar por el patio, utilizando nuevamente el asta bandera. Pero ahora no podía hacerlo. El vengativo trío lo derribaría a tiros antes de que estuviera a mitad del palo. La luz del cuarto de Michel se había apagado, lo que quería decir que él estaba también en alguna parte para ayudar a los otros.

Ayudado por su larga fusta, dió Látigo Negro aquel salto que muy pocos acróbatas hubieran conseguido realizar

que había jurado matar al detective que intentara arrestarlo.

Cuando sonó la primera alarma Michel estaba solo a medio vestir. Apresuradamente se puso una bata y zapatos, corrió al patio y quedóse paralizado ante lo que vió y oyó. Luego, al salir Hyland y los otros, tambaleándose, por la puerta del fondo, sus gestos violentos y desesperados le dijeron cuanto deseaba saber.

Su estupor desapareció. Dándose vuelta, volvió a entrar corriendo en la casa. Y ahora, mientras Látigo Negro llegaba al techo, atravesando el aire. Lew Michel salía por el tragaluz, pistola en mano, a su encuentro.

Látigo Negro estuvo un momento agachado, con los ojos fijos en la otra casa. Era su única esperanza. Si podía llegar al techo de ella estaba en salvo. Fríamente calculó la distancia... seis yardas por lo menos, con el mástil en el medio. Era una hazaña desesperadamente peligrosa la que proyectaba.

Pero, de cualquier modo tenía que probar. Y probó.

Apretando los dientes, saltó audazmente del techo, en dirección al asta-bandera, rígido su cuerpo como una flecha. El fuerte látigo lo precedió, enroscándose fuertemente en el travesaño. Un poderoso impulso lo lanzó nuevamente al aire para el próximo y final salto. Pocos acróbatas de circo hubieran podido realizar aquella peligrosa prueba de trapecio. Pero el látigo dió al detective el impulso extra que necesitaba. Sus músculos y sus nervios de acero hicieron lo demás.

—¡Va! — murmura al pasar vertiginosamente junto al oscilante mástil. Y luego vió el nuevo peligro. Era Michel, el pistolero,

Hizo fuego y erró a Látigo Negro por un cabello, en su prisa. Antes de que pudiera bajar el gatillo nuevamente, Látigo Negro retorció desesperadamente su cuerpo y aterrizó sobre el pecho de Michel. Con fuerte golpe, los dos hombres cayeron en montón sobre el obscuro techo.

En el mismo momento resonó en las calles la alarma de incendio. Detrás de la casa se oyeron pitadas de la policía, seguidas por un coro de gritos. En ese momento, Fred, con su bolsa de cricket lena de rifles, entraba por la puerta del patio a la guarida.

FUGA

—Jefe, jefe, ¿qué ha pasado?

El portador del botín, asustado por el incendio y el barullo, cerró la puerta y corrió junto a Con y los otros. Estos habían visto el salto mortal de Látigo Negro y su deses-

perada terminación. Indefensos, aturdidos estaban en el patio, mirando el techo con ojos extraviados.

Hyland habló al fin, humedeciéndose los labios resecos.

—¿Qué pasa? — repitió roncamente. — Nuestro juego ha terminado, Fred. Estamos descubiertos.

Luego una rabia terrible dominó su miedo. Frenéticamente agarró a Fred por el hombro y lo empujó hacia adelante.

—¡Vengan, muchachos! Tenemos que huir pero antes le ajustaremos las cuentas a ese maldito que está en el techo, si Michel no ha terminado con él ya. Fred, ya sabes lo que tienes que hacer — su voz vibró como un latigazo. — Los otros, que me sigan.

Un momento después estaban en la otra casa. En el corredor que había allí, Lake se separó de ellos y entró en una pieza del fondo. Hyland y el restro subieron jadeantes la escalera.

El jefe de la banda fué el primero en salir a la azotea. Llegó a sus oídos ruido amortiguado de voces mezclados con fuertes golpes a la puerta del fondo. Apenas hizo caso al barullo. En vez, lanzando una triunfal maldición, corrió esgrimiendo una cachiporra de caucho y tras él sus hombres como lobos.

A la sombra de la chimenea estaba caída una alta figura, de negro, boca abajo, con los brazos extendidos. Sus piernas se retorcían y con las manos arañaban las baldosas para levantarse. Y estaba vestido, de pies a cabeza de negro.

Medio aturdido, prácticamente "knocked-out", volvió su cabeza, cubierta por un casquete negro al oír ruido de pasos. Trató nuevamente de levantarse. Con siniestra sonrisa, Con Hyland no le dió oportunidad. — ¡Te agarré! — aulló descargándole un cachiporrazo entre los ojos. Luego rodeó con sus brazos el cuerpo del cautivo.

—Compañeros, ya sé quien es. Es ese tipo que se hace llamar Látigo Negro.

—Ya lo imaginábamos — dijo uno de los hombres. — ¿Pero dónde está Lew? Lew debe haberlo aturdido. ¿Dónde está él? ¡Lew!... ¡Lew!...

No hubo respuesta. Aunque buscaron, el techo estaba vacío. Al fin uno de ellos miró hacia el canal, iluminado ahora por la luz del incendio.

Con voz entrecortada gritó:

—Lew ha caído al canal. Mira, jefe ¿no es esa su bata? Látigo Negro lo tiró antes de caer él. — Dándose vuelta le pegó un puntapié salvaje a la carga de Con Hyland.

—¡Bajemos! Tenemos que socorrerlo a Lew — murmuró uno de ellos. — Pero Con se volvió al que había hablado con una blasfemia.

—¿Socorrerlo? ¿Con toda esa gente a la puerta? No es posible. Tenemos que disparar pronto. Esos canas idiotas creen que se trata sólo de un incndio. Déjemoslos en esa creencia. Si nos pescan aquí, con Látigo Negro, estamos fritos.

—Vamos, ayúdenme a llevar abajo a esta basura — prosiguió rápidamente. — Quizá Lew Michel se salve, a pesar de todo. Se ha desembarazado de su bata y sabe nadar. Si no fuera así... — los miró sombríamente — nada podemos hacer por él y tenemos que pensar en nosotros mismos. ¡Pronto!

Sus duras palabras produjeron efecto. Era cuestión de un sálvese quien pueda. Lew Michel, vivo a muerto, fué abandonado. Jadeantes pasaron por el tragaluz. Hyland dejó caer a su prisionero en el altillo.

—¿Qué vamos a hacer con él? — preguntó el centinela. Nobby, mientras ayudaba a su jefe a bajar al desmayado detective.

—Te lo diré cuando estemos abajo — contestó Hyland roncamente.

Ahora el barullo afuera era terrible. La puerta del patio iba cediendo lentamente al empuje de los salvadores y las campanas de incendio sonaban insistentemente.

Fred Lake se unió a los malhechores al pie de la escalera y todos juntos corrieron a la pieza del fondo de la casa de Lew Michel. Allí se vió otra prueba de la habilidad de Con Hyland.

En el costado de la pared había un angosto panel, que Lake había abierto ya, oprimiendo un resorte secreto, dentro de la estufa. Apresuradamente pasaron los hombres, por la abertura, al galpón contiguo a la casa. Allí los envolvió la obscuridad. Una puerta de acero, cubierta con ladrillos de un lado y con madera del otro, cerróse tras ellos. El barullo de afuera se oía cada vez más débilmente.

Se apuraron. Ahora la salvación estaba a la vista, gracias al ingenio y previsión de Con Hyland. Para toda la vecindad el galpón no era más que una construcción ruinosa y vacía. En verdad, era una salida, hábilmente disimulada, de la casa de Hyland... una retirada.

Con y su banda habían trabajado activamente cuando el primero compró el galpón.

Una ancha vereda de hormigón corría a lo largo del piso y llevaba a una fuerte puerta exterior, la que a su vez conducía a una calle angosta, apartada del canal. En la vereda, con el motor en marcha, estaba un Rolls, cerrado, capaz de hacer ochenta millas por hora en camino abierto.

Gruñendo de alivio, los malhechores se reunieron alrededor del auto. La obscuridad del galpón los hacía sentirse más seguros.

—Fred, agarra el volante; yo estoy demasiado magullado para guiar—dijo Hyland—. Didja, pon los rifles adentro. Nobby, sitúate en la puerta del frente y ciérrala cuando hayamos pasado.

Se volvió a los otros dos, señalando la vaga figura del piso. Sus ojos brillaron con malvada resolución.

—Pero primero nos ocuparemos de Látigo Negro. Es el único que nos ha descubierto hasta ahora. Vamos a... terminar con él. Si lo dejamos aquí charlará cuando pueda hacerlo. Y eso significaría cárcel para todos... ¿comprenden?

El brillo de sus ojos aumentó.

—Fred, busca en la caja de herramientas. Saca todas las más pesadas — Lake obedeció la orden mecánicamente. — Cuando se enderezó con las manos llenas. Hyland sonrió cruelmente

(Continuara)

El Mendigo del Bosque Negro

Por JACQUES SAINT PRIEST

(Continuación)

ROBERTO reflexionó un momento.

—He sido lo que usted dice, Jean, — respondió con voz triste. — He sido antes el Roberto que no tenía toda su razón y que erraba de patio en patio, de café en café... Luego, un día, ese Roberto se metamorfoseó. Fué como todo el mundo.

Vivió con toda su razón, toda su inteligencia, y hubiera podido vivir de su saber y trabajar, pues no era tonto.

Pero era necesario ¿entiende usted? "era necesario" que siguiera siendo Roberto a causa de Ella, a causa de Irene Valmont. Y siguió la locura del Roberto de antes, y hay que creer que lo consiguió, puesto que todo el mundo lo tiene hoy por un loco y solo dos personas sobre la tierra, usted y Madette, están persuadidos de lo contrario.

Pero, desconfíe aún y siempre. Wyoming es un demonio que no deja fácilmente su presa y que jamás se confesará vencido.

Es más feroz que su pantera negra y no es la melodía de un instrumento musical lo que logrará dominarlo.

Mientras esté con usted, podré protegerlo, pues sólo yo puedo dominarlo sin que él lo sospeche.

Mi fuerza magnética es más poderosa que la suya. ¡Pero desgraciadamente, no puedo seguirlos siempre a usted y a Madette!...

Recuerde que su cólera va a ser terrible cuando sepa que ocupó usted el lugar de su hijo. ¿Qué significa para él esa joven?

¿Conoce el secreto de su nacimiento? No lo sé, pero la vigila, pues quería darla por esposa a su hijo.

Debe usted cuidarla a ella tanto como a usted mismo, y apresure su casamiento.

Es un consejo que le doy.

Roberto se puso de pie.

—¡Adiós, Jean! — murmuró.

Quedaron frente uno a otro, presas de la tristeza que precede a una despedida.

Comprendían que el momento era definitivo y querían, sin confesarlo, eternizar el minuto que separaba tan bruscamente el porvenir inseguro de un pasado que les era tan querido.

Sin cambiar una palabra se dirigieron los dos a la puerta...

De pronto, oyeron un ligero roce, y bajando la mirada hacia el suelo de donde parecía venir ese ruido singular, vieron con estupor que debajo de la puerta habían deslizado una carta...

¿Qué significaba ese mensaje misterioso?

La misma idea atravesó sus espíritus: esa carta venía de Wyoming.

Jean volvió el primero de su sorpresa. Abrió bruscamente la puerta y corrió en persecución del misterioso mensajero, mientras Roberto recogía la carta y la daba vueltas entre sus dedos.

Con toda la velocidad de sus piernas, Jean Martinier bajó la escalera, atravesó el patio, y salió a la calle.

Miró a todos lados; vió transeuntes, proveedores, pero ningún rostro conocido...

Subió y halló a Roberto en el mismo lugar con la carta en la mano.

Dirigió una mirada indecisa al sobre. Su nombre estaba escrito con elegante letra femenina.

—¿No es de la señora Valmont? — dijo Roberto.

Con gesto nervioso Jean rompió el sobre y sacó una carta que leyó en alta voz:

"¡Jean, socorro!

Irene".

El joven se la dió a Roberto, éste la leyó y cayó desvanecido sobre una silla.

—¿Qué le pasa, Roberto? — exclamó Jean sosteniendo al mendigo.

Le mojó las sienes con agua fría. Lentamente, Roberto recobró el sentido.

—¿Qué me pasó? — dijo.

—No es nada — dijo Jean. — Tranquilícese Roberto. Fué la emoción que le causó esta carta.

El mendigo del bosque...

La memoria le volvió súbitamente, se puso de pie de un salto.

—Irene necesita socorro — murmuró. — Debe ocurrir algo horrible en la Paroliere. ¿Qué hago aquí? ¡Adiós Jean, me voy!

—¡Quédese un momento para reponerse! — le aconsejó el joven.

—Pero cada minuto que pasa, es un minuto que robamos a Irene! — protestó Roberto. — No tenemos derecho de estar más aquí.

—¡Bien! lo sigo — replicó Jean Martinier. — Es a mí, a quien llama la señora Valmont. No puedo dejar de acudir a un llamado así.

—No — protestó el mendigo del Bosque Negro. — No quiero que se exponga a caer de nuevo entre las manos de Wyoming. ¡Ahora se debe usted a su novia!

—Antes que el amor está el agradecimiento, Roberto. Mi deber es ir con usted. Siendo dos seremos más fuertes... Llevo mi revólver... Si Bagheera nos cierra el paso, la mataré... Si es Wyoming...

Roberto lo detuvo con un gesto.

—¡De ese me encargo yo! — declaró.

Rápidamente, Jean Martinier acabó de vestirse. Guardó su revólver cuyo cargador revisó y se unió a Roberto que ya bajaba la escalera.

En el momento en que los dos hombres atravesaban el patio, Madette se asomó a la ventana y los vió:

—Buen día, Roberto... ¿vienen los dos aquí?

Los dos hombres levantaron la cabeza. Estaban tan pálidos que la joven tuvo miedo. Adivi[illegible] una nueva desgracia.

—¿Dónde van? — balbuceó.

—¡A salvar a Irene Valmont! — respondió Jean. Espéranos. Vamos a la Paroliere.

Y los dos desaparecieron.

—¡Dios mío, protege a Jean! — murmuro la joven.

Cuando el señor Chautin llegó a casa de su hermana, a mediodía, esperando almorzar alegremente halló a la señora Gattet y a Madette llorando.

—¿Qué pasa? — interrogó. — Me imagino que Jean no desapareció de nuevo.

Madette sofocó a duras penas los sollozos que subían a su garganta.

—¡Ah! ¡No bromee tío, por favor! — dijo suspirando. — Jean partió como un loco, en compañía de Roberto, a las diez y tres cuartos para la casa de ese maldito Wyoming. Me gritaron que iban a salvar a la señora Valmont, esa mujer admirable que fué para Jean una verdadera providencia durante su secuestro.

¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo han sabido que la señora Valmont corría peligro? Lo ignoro, pero todo lo que sé es que estoy mortalmente inquieta a la idea de que Jean va a verse de nuevo frente a su torturador.

El tío Toine se rascó febrilmente la cabeza.

—¡Diablo! ¡Diablo! — murmuró. — ¿No se podrá estar más nunca tranquilo, por culpa de ese seudo fakir que es más malo que el diablo en persona?

Evidentemente era un deber de Jean hacer algo por la mujer que impidió que se convirtiera en un inconsciente.

¡Cuanto mejor hubieran hecho de ir a contar a la policía, y de dejar a ésta que se arreglara con Wyoming!...

¡Yo estoy muy intranquilo!

Los tres se sentaron tristemente alrededor de la mesa.

Solo el cubierto de Jean no fué utilizado.

Y, por primera vez quizá en su vida, el tío Toine, desdoblando la servilleta ,declaró con voz sin expresión:

—¡Hoy no tengo apetito!...

Capitulo XXVI

UN APARECIDO

Presa de una violenta agitación, Irene iba y venía por su cuarto, enferma de inquietud.

El gran espejo de su chimenea, le devolvía su imagen. No era ya la bella Irene, que se hubiera dicho en el esplendor de sus veinte años, sino una mujer casi vieja de mejillas pálidas y ojos tristes.

Anonadada al verse con tan triste cara, se sentó delante del tocador para reavivar el tinte de sus mejillas.

Pero, aun así, tratando de ilusionarse con la belleza que le escapaba, era en Jean Martinier en quien pensaba.

—¿Por qué lo he llamado? — murmuró. — ¿Qué obscura potencia me impulsó a escribirle? ¿Y al hacer eso, no he firmado, con mi propia mano su sentencia de muerte?

La cadena y la medalla de oro, colocadas sobre el tocador, atrajeron su mirada.

Tomó en sus manos esas preciosas reliquias, y por centésima vez, quizá leyó en alta voz la inscripción grabada en el reverso de la medalla:

ANDREE VALMONT

"Recuerdo de bautismo"

Quedó acodada sobre el tocador, con la cara entre las manos, ante el espejo hablando a su imagen como si le enviara sus propias reflexiones.

—¿Por qué misteriosa casualidad estaba Wyoming en posesión de esta alhaja?... ¿De dónde la sacó? ¿Quién se la dió!... Quizás estaba en Chambon la noche del incendio?... ¿Habrá hallado esta cadena y esta medalla entre los escombros? No, ¡es imposible!... El fuego las hubiera fundido, como devoró el débil cuerpo de la pobre niña!...

¿Qué enigma turbador he descubierto, Dios mío? ¿Y por qué Wyoming quería enviarlas en su carta al procurador de la República?

De pronto, surgió una idea ante ella, clara, precisa:

—¿Si mi hija viviera? — balbuceó estremecida de emoción a esa idea. — Si una mano misteriosa la hubiera arrancado de las llamas, llevado... ocultado?...

A medida que pensaba, la idea entraba más en el corazón de Irene.

Se puso de pie, presa de una exaltación que no trataba de ocultar:

—¡Mi hija vive! ¡Mi hija vive! — repitió. — ¡Y Wyoming sabe donde está!...

Envuelta en su insensato sueño, Irene no se dió cuenta ni de que el tiempo pasaba, ni del lugar donde estaba.

Su atención fué brutalmente atraída por un grito, rápidamente sofocado, que llegó de la planta baja.

Abrió suavemente la puerta de su cuarto y escuchó.

Vagos gemidos llegaron hasta ella.

¡Debe estar fumando opio! — pensó — y debe sufrir alucinaciones durante su sueño artificial.

Esa idea la hizo estremecer. Jamás había oído a Wyoming gemir así. ¿Si el viejo profesor, cuyo organismo estaba consumido por el veneno, muriera de pronto?

Ella quedaría libre, su martirio acabaría.. Pero otro martirio, más terrible que el anterior ¿no comenzaría para ella, puesto que el viejo profesor llevaría a la tumba el secreo de la misteriosa medalla de oro?

Es mi deber — pensó — ir, sin esperar más y pedirle explicaciones sobre la medalla.

La señora Valmont salió de su cuarto y se aventuró en el corredor, Las quejas, vagas antes, se hacían ahora más claras.

Asustada, quiso volver sobre sus pasos. Pero, un instiuto subconsciente la impulsó a darse cuenta de lo que ocurría.

Bajó la gran escalera.

Los gemidos parecían llegar del pequeño salón circular donde Wyoming se retiraba casi siempre a fumar el opio o a beber ¿qué ocurría allí?

Se detuvo vacilante, en medio del último descanso y concentró toda su atención en los ruidos confusos.

Precediendo al grito de dolor que se renovava cada segundo, Irene oía un ligero chasquido seco semejante al de una alfombra sacudida en un lugar algo apartado.

Al mismo tiempo oyó una risa siniestra.

—¡Es Wyoming que ríe! — murmuró. — No es él entonces el que sufre!... ¿Quién puede ser?

La imágen de Jean Martinier acudiendo a su socorro y castigado por el repugnante fakir apareció en su espíritu como una flecha.

Como una loca, Irene Valmont, se precipitó hacia el salón de su carcelero.

Sin anunciarse, levantó con gesto brusco el cortinado y entró.

Un horrible espectáculo se ofreció a su vista.

Acostado en el suelo, con los brazos y los pies atados, el cuerpo desnudo hasta la cintura, un hombre se retorcía de dolor bajo los golpes de una correa, que Wyoming hacía chasquear en el aire antes de dejarla caer sobre el cuerpo.

La espalda del hombre estaba surcada de lastimaduras de donde brotaba la sangre.

Irene lanzó tal grito de espanto que el verdugo, sorprendido, se detuvo y volvió hacia ella un rostro lívido de cólera, con los ojos fuera de las órbitas.

El hombre que estaba en el suelo trató de levantar la cabeza.

Era el pobre Rao.

—¡Bandido! — gritó Irene indignada. — ¿Qué está haciendo?

—¡Ya terminé! — balbuceó Wyoming agotado por el esfuerzo que acababa de hacer y dejándose caer sin fuerzas sobre un diván.

La señora Valmont se encogió desdeñosamente de hombros y tomando un puñal malayo que adornaba una de las panoplias de la pared, cortó con precaución las ligaduras de Rao y ayudó al pobre hombre a levantarse y lo acompañó sosteniéndolo.

Medio acostado, Wyoming los miraba.

—No te quedes aquí, mi ama — suplicó el sirviente hindú. — Está loco. Te va a castigar a tí también... Vete... Bagheera está muerta... Jean tiene tu carta.

Dominando el sufrimiento que le ocasionaba sus heridas, el pobre hombre se colocó su túnica blanca, que pronto quedó cubierta de rayas rojas en la espalda, y, apoyándose contra el cortinado para no caer, contó a Irene la causa de la cólera del profesor.

—Es por ti, mi ama, para que tu puedas huir que he mezclado a la comida de Bagheera, el polvo que le dió la muerte... Es por ti que he sido castigado... Soy feliz... feliz... ¡Ah! Si lo hubieras visto, cuando descubrió en la jaula, a la pantera muerta! ¡Creí que le atacaba una crisis de locura furiosa!...

Luego, con los ojos inyestados en sangre, me ordenó que lo siguiera. ¡Ah, mi ama!... Su furia le daba más fuerzas...

Se arrojó sobre mí... me paralizó torciéndome un brazo. En un momento quedé reducido a la impotencia arrojado al suelo, atado...

Me golpeó brutalmente... Traté de no gritar, pero el dolor fué demasiado fuerte... No lo lamento, mi ama... Es por ti por quien he sufrido.

—¡Eres admirable, Rao! — suspiró Irene. — Ahora, ve a reposar. Déjame con Wyoming.

Y con paso decidido, Irene entró en el salón.

Pero el hindú, en lugar de alejarse se quedó en el corredor, dispuesto a intervenir al menor llamado.

En la penumbra del pequeño salón, Irene se colocó ante el viejo profesor, que repuesto de su fatiga se servía temblando un gran vaso de gin.

Se lo bebió de un trago y se limpió los labios con la mano.

Dirigió una mirada a la señora Valmont y balbuceó como para excusarse.

—Ese miserable sufrió el castigo merecido... Es un asesino... Ha dejado morir a Bagheera...

Irene, sonriendo desdeñosamente se irguió y preguntó con voz firme:

—¿Qué ha sido de mi hija?

Wyoming clavó en ella una extraña mirada.

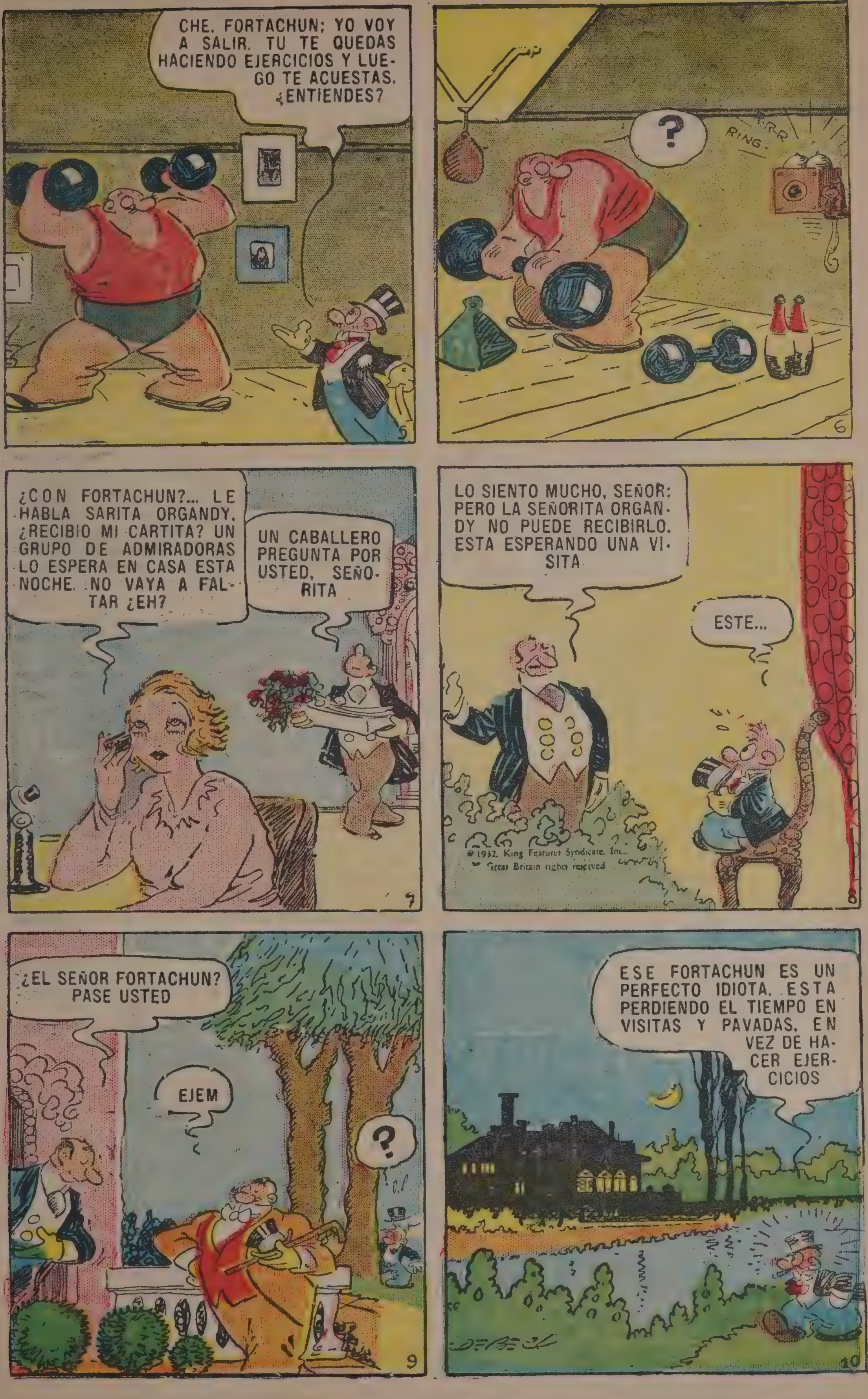
—¿Su hija? — replicó — ¿qué hija?

—Mi pequeña Andreé. ¿Cómo es que tiene usted en su poder la cadena de oro y la medalla de bautismo que ella tenía en el cuello, cuando el incendio de nuestra casa en Chambon-Feugerolles, en el curso del cual desapareció?

El rostro de Wyoming no podía estar más pálido.

—No sé lo que quiere usted decir — con-

Aventuras de Barnigugli, por Debeck
¡QUE COSA BARBARA, SEÑOR BARNIGUGLI! ¡TIENE ACAPARADO USTED SOLO EL CORREO!...
¡UFALALA!... VOY A TENER QUE TOMAR UNAS CUANTAS SECRETARIAS PARA QUE ATIENDAN LA CORRESPONDENCIA
RREOS Y GRAFOS
R.A
R.A
¿QUE ES ESO, SEÑOR BARNIGUGLI?
SON CARTAS, CHE. ASUNTOS PARTICULARES...
¡OH! ¡RETRATOS DE CHICAS, CON DEDICATORIAS!
¡SON REALMENTE ADORABLES! ¿POR QUE ME ADMIRARAN?
S. Barnigugli: Salude en mi nombre al gran Fortachín. Laura
Mi principe Azul es Fortachín Graciela


CHE. FORTACHUN; YO VOY A SALIR. TU TE QUEDAS HACIENDO EJERCICIOS Y LUEGO TE ACUESTAS. ¿ENTIENDES?
?
RING-R-R-R
¿CON FORTACHUN?... LE HABLA SARITA ORGANDY. ¿RECIBIO MI CARTITA? UN GRUPO DE ADMIRADORAS LO ESPERA EN CASA ESTA NOCHE. NO VAYA A FALTAR ¿EH?
UN CABALLERO PREGUNTA POR USTED, SEÑORITA
LO SIENTO MUCHO, SEÑOR; PERO LA SEÑORITA ORGANDY NO PUEDE RECIBIRLO. ESTA ESPERANDO UNA VISITA
ESTE...
© 1932, King Features Syndicate, Inc. Great Britain rights reserved
¿EL SEÑOR FORTACHUN? PASE USTED
EJEM
?
ESE FORTACHUN ES UN PERFECTO IDIOTA. ESTA PERDIENDO EL TIEMPO EN VISITAS Y PAVADAS, EN VEZ DE HACER EJERCICIOS

testó. — ¿De qué medalla quiere usted hablar?

—De esta.

Irene abriendo la mano izquierda que tenía cerrada desde su llegada, hizo brillar el objeto de oro, enseñándoselo a su carcelero.

Con gesto, brusco, éste trató de apoderarse. Pero, rápida como el rayo, Irene cerró violentamente la mano.

Wyoming se sirvió otro vaso de gin.

—¿De dónde sacó eso? — balbuceó con voz ronca.

—¡Ah! — exclamó la señora Valmont. — ¿La reconoce usted?... ¿De donde la saqué?... De la carta que escribió usted al procurador de la República.

Wyoming crispó los puños de rabia y trató, en vano, de levantarse.

—¡Miserable! — rugió. — ¿Leyó usted esa carta?... ¡Es Rao quien se la dió!... ¡Esta vez lo voy a matar!...

—No he leído esa carta — dijo Irene — y no veo por que dice usted eso de Rao, puesto que nada tiene que ver en esto.

Yo le quité la carta al Procurador, que contenía, no sé con qué maquiavélica combinación esta cadena y esta medalla.

Reemplacé todo por un papel en blanco y lo guarde sin que él se diera cuenta en el bolsillo de Rao. Pero si me he permitido conservar esta alhaja, es porque me pertenece, puesto que era de mi hija, y le juro que no leí la carta escrita al procurador.

—¿Me lo jura? — insistió el viejo.

—¿Pone usted en duda mi palabra? — respondió Irene con desdén.

—Entonces vaya a buscarla — suplicó Wyoming. — Es la prueba de...

—La quemé.

—¡Ah!... ¿usted la quemó?

Y el profesor estalló en una risa nerviosa y espasmódica. Estaba contento como un hombre que ha representado una buena farsa.

—¡Ah! ¿quemó usted mi carta? ¡Tanto mejor! ¡tanto mejor!... Así se ignorara siempre la verdad, y usted la primera... Esa verdad que yo soy el único en el mundo que conozco...

—¿Qué contenía esa carta? — preguntó Irene.

Wyoming se puso con comodidad.

—¡La prueba de que su hija vive! — respondió.

Esa confesión fué un golpe terrible para la señora Valmont.

—¡Vive! — exclamó — lo sospechaba. Desde que esta medalla cayó en mis manos, sospeché que un drama horrible ha debido ocurrir... Un incendio no se declara en una casa con tanta violencia.

Fué preciso que alguien lo provocara y el incendiario, lo adivino, fué usted, usted Wyoming... ¡Ah! miserable ¡calla usted!...

Hable, diga con qué objeto cometió usted un crimen... Yo no lo conocía... mi marido tampoco... ¡Bandido!... mi hija... ¿Qué hizo usted de mi hija? ¡Devuélvamela!...

Irene, en el paroxismo de la cólera hablaba, pedía, ante ese hombre frío, impasible, insensible, con la mirada vaga, lejana, como si contemplara una obra de arte

—Usted destruyó la prueba — dijo Wyoming. — ¡Tanto peor para usted!

—¿Qué me importa la prueba? — exclamó Irene. — Dígame solamente donde está mi hija mi Andrée.

Las manos de Irene se retorcían de angustia.

El opiómano le clavó su mirada de acero.

—¡Jamás la he visto tan bella, Irene! — balbuceó.

—¡Ah! ¡Que me importa mi belleza!... Conteste a mi pregunta... ¿Quiere usted dinero?... Dígalo... le daré lo que exija.

—Me conoce usted mal, señora — replicó Wyoming — para no saber que desprecio el dinero...

Y mientras sonreía Wyoming se sirvió otro vaso de gin, que bebió de un trago.

La señora Valmont comenzaba a desesperarse. Veía que los vapores del alcohol oscurecían el cerebro de su interlocutor y que pronto no podría sacar nada de él.

—Wyoming, por favor, — gimió. — Antes de beber más, dígame donde está mi hija... Le daré todo lo que me pida...

—¡Si usted supiera como me gusta verla así! — suspiró el anciano. — ¡Cuando está en ese estado... se pone usted espléndida!...

—¡Ah! ¡Bandido, cobarde, asesino! — exclamó Irene loca de indignación, ¿No le da vergüenza hacer sufrir y torturar a una pobre madre? ¡Bien!... ya que es su vició, beba, beba más aun... Cuando usted se quede como un cadáver sobre ese diván, huiré puesto que Bagheera ha muerto... Iré a buscar a la policía... Y cuando salga usted de su aturdimiento será para ser llevado como un malhechor ante la justicia. Allí se encargarán de pedirle cuentas... Allí le obligarán a decir donde está mi hija!...

—Entonces — dijo él. — ¿Cree usted que me voy a dejar arrestar como un ladrón?... ¿Cree usted que por que Bagheera ha muerto podrá entrar cualquiera en mi casa... Desengáñese, señora. Antes de llegar hasta mí, se derramará sangre. Y si veo acercarse a mí la mano de un policía, el sólo gesto de llevar a mi boca este anillo, de romperlo con los dientes y de aspirar el contenido... hará de mí un cadáver en menos de cinco segundos.

Mire bien éste anillo... Se diría una enorme esmeralda, la piedra es hueca y contiene unas gotas de un veneno hindú que mata instantáneamente a un hombre.

Ruegue a su Dios, señora de que jamás yo lo utilice, pues llaveré a la tumba el secreto por el cual daría usted toda su fortuna... y más quizá...

Exitado por el alcohol, Wyoming siguió:

—¿Quiere usted saber donde se halla su hija, verdad?... ¡Comprendo su deseo! Los ambiciosos corren hacia la gloria... otros hacia sus hijos... Se hace lo que se puede... Por eso quiere usted hallar a su hija, acariciarla, abrazarla... y decirse a sí misma: "¡Es mi propia juventud la que hallo!..."

Estoy seguro que si yo le pidiera inmediatamente, uno o dos millones para ver esta noche a su hija, usted se apresuraría a firmarme un cheque... ¡Tranquilícese. en dinero no me interesa!

Sin embargo, convenga conmigo en que la revelación de ese secreto bien vale una recompensa.

—¡Todo lo que usted quiera! — dijo Irene. — ¿Qué desea usted?

—¡Bien! ¡Quiero algo que espero desde hace más de veinte años!... ¡Quiero su mano!

Irene, anonadada, no entendió enseguida. Interrogó con la mirada a su interlocutor, demasiado emocionada para decir una palabra.

—Dije bien — prosiguí Wyoming cuya mirada brillaba, — quiero su mano... quiero que sea usted mi esposa... a ese precio la llevaré hacia su hija.

Un grito de indignación fué la única respuesta de Irene... Instintivamente, como temiendo que él la tocara retrocedió con horror al fondo de la pieza.

—¡Es mi última palabra! — dijo el opiómano.

Irene hizo un gesto como para apartar una horrible visión.

—¡Entonces! ¡Es usted un monstruo! — exclamó.

—¿Yo? — replicó Wyoming. — Soy al contrario, el mejor de los hombres; no pienso más que en su felicidad y en la de su hija. ¡Pobre niña! ¡Bien hubiera merecido un poco de alegría!...

—¿Es desgraciada?...

—Si o no ¿quiere ser usted mi esposa?

—¡Jamás! el recuerdo de mi marido está tan vivo en mí, como el día de su muerte. Llevar otro nombre que no sea el suyo me parece algo monstruoso, un sacrilegio...

—Entonces no hablemos más...

Y con un gesto, hizo señas a la señora Valmont de que se retirara.

Pero Irene, apoyada contra el cortinado no se movía.

"¿Qué hacer Dios mío, que hacer? — pensaba. — Este ser tiránico, este verdugo, no tiene piedad. No cederá si yo no me presto a su monstruoso deseo de ser su esposa... Mi hija existe... mi hija vive... Este hombre me lo acaba de decir... Sólo él puede indicarme donde está, darme la prueba de lo que dice... Si no tuviera aquí en mi mano esa medalla, donde está grabado su nombre, podría dudar de la palabra de ese hombre... Pero ahora, estoy segura de que dice la verdad.

Resuelta, Irene se inclinó hacia él y le preguntó con voz ronca:

—¿Como fué salvada mi hija del incendio de nuestra casa en Chambon-Feugerolles?

El viejo profesor sonrió. Sentía que su presa, más dócil, se entregaba entre sus manos.

Se levantó con trabajo sobre su codo, se sirvió un nuevo vaso de gin, lo bebió, y con los ojos inyectados en sangre, el cuerpo sacudido de espasmos, la boca torcida por un rictus horrible empezó a hablar:

—Hace veinticinco años, dos jóvenes estaban enamorados de manera diferente de la señorita Bonneford. Ambos aspiraban al honor de ser su esposo. Uno se llamaba de Gourcey; el otro Valmont.

Su corazón se inclinó hacia éste último. Usted era enteramente libre... pero, el despecho del otro, fué tal, que resolvió vengarse.

Ese joven era un arrebatado, una especie de neurótico que tomaba sus deseos como realidades y que se creía irresistible...

Luego puede confesarse hoy, que el señor de Gourcey era elegante, deportista, mundano, gastaba mucho y contaba con un matrimonio rico para seguir el tren de vida que sus recursos ya no le permitían.

Esperó mucho tiempo... meses enteros... siempre sufriendo por su amor propio, vacilando en la elección de una venganza que quería hacer ejemplar pues al final odiaba a aquella que tanto había amado, o creído amar.

En todas partes parecían sentir un maligno placer en anunciarle que el matrimonio Valmont era perfectamente feliz.

Una hija acababa de nacer. Juzgó entonces que había llegado el momento de su venganza... Era desgraciado... quería que también lo fuesen el señor y la señora Valmont... No apreciaré aquí, el carácter y la mentalidad de ese hombre...

El señor de Gourcey empezó por acercarse a Mado, la nurse que se ocupaba de la pequeña Andrée. Luego supo envolverla tan bien que ella se transformó en su esclava, haciéndose cómplice de su odio.

Una noche, sabiendo que usted y su marido iban a Saint Etienne, pudo, gracias a ella, introducirse en el castillo y prenderle fuego.

La niña fué salvada y llevada por el señor de Gourcey con quien la nurse debía encontrarse pocos días más tarde en París.

Pero, esa muchacha, de cerebro un poco débil, enloquecida por el incendio, fué hallada, ya usted sabe, demente, al día siguiente del incendio, y encerrada en un manicomio donde murió.

En cuanto a Gourcey, satisfecho de haber sembrado el duelo y las lágrimas en el hogar de su enemigo mortal, contento de poseer un rehén que pondría, tarde o temprano a la mujer que había amado, a su merced puso la niña en lugar seguro y desapareció prudentemente a la India donde hizo una fortuna.

—¿Entonces usted lo conocía? — exclamó Irene, aturdida por lo que acababa de saber.

—¡Si conozco a de Gourcey!... — sonrió Wyoming. — De lo contario no podía haberle contado toda su historia...

—¿Dónde está?

El anciano tomó la botella de gin y bebio un trago.

—¡Soy yo!... — confesó colocando la botella sobre la mesa.

La señora Valmont miró a Wyoming buscando en ese ser gastado por toda clase de excesos, cuyo rostro era solo una caricatura de su propia imágen, al elegante gentleman de hacía veinte y tres años.

—¡Usted! — balbuceó al fin. — ¡Usted! ¡El señor de Gourcey!... ¡No es posible! ¿Usted robó a mi pequeña Andrea?... ¡Miserable!... Y yo que viví a su lado meses y meses sin sospechar quien era... Ladrón. Asesino de mi marido... Pues no necesitó usted matarlo con su propia mano, para ser

El mendigo del bosque...

u asesino. ¿Y hoy quiere que sea su esposa? ¡Me da usted horror!...

—Se equivoca, señora — contestó fríamente Wyoming. — Al aceptar ser la señora de Gourcey todas las apariencias quedarán salvaguardadas. Yo tomaré mi verdadera identidad, seré un gentlman, como antes. Y podremos vivir a la vista de todos, perfectamente felices, porque usted habrá hallado a su hija.

No le pido más que una cosa: llevar mi nombre. Es la condición "sine qua non".

¡No es tan difícil, después de todo! Usted seguirá viviendo a mi lado, como lo viene haciendo desde hace un año. Tendrá usted su cuarto. Yo el mío. Pero usted tendrá mi nombre, al menos. Es todo lo que deseo. ¿Es tan difícil?

¿No merece un pequeño sacrificio volver a ver a su hija? ¡Vamos! ¡Reflexione!...

Una lucha terrible se entablaba en el alma de la pobre mujer. Ver a su hija... pero ¡a qué precio! Y, sin embargo...

La medalla que apretaba en su mano, parecía animarse... Y la niña le decía dulcemente al oído:

—Mamá... mamá... ¿Por qué vacilas en acudir a mi lado? ¡Si supieras cuanto sufro lejos de tí!...

Irene vencida bajó la cabeza. ¿Para qué luchar... para qué ir en contra del destino?

—¡Vamos señora! ¡Espero! — dijo Gourcey cada vez más impasible. — Sí o no?... hay que acabar... Pone usted mi paciencia a prueba.

—¡Sí! — murmuró Irene ocultándose el rostro entre las manos, como si tuviera vergüenza de sí misma.

De Gourcey - Wyoming lanzó un suspiro de alivio.

—¡Ahora mi hija! — exclamó Irene. — ¡Quiero saber dónde está mi hija!

—Lo sabrá usted el día de nuestro matrimonio — contestó el opiómano.

Irene dió un saltó de indignación.

—¡Ah! ¡Canalla! — exclamó. — ¡Si usted supiera cuanto lo detesto!...

—Y yo ¡cuánto la amo!... — respondió Wyoming.

—Entonces, ¿aunque le dé mi palabra de que seré su esposa, no consiente usted en decirme dónde está mi hija?

—¡Lo siento señora!...

—¿Y cuándo nos casaremos?

—Dentro de unos veinte días, el tiempo de llenar las formalidades de práctica.

—¡Cuánto tiempo! — gimió Irene.

—¡Esa palabra es encantadora! — exclamó Gourcey inclinándose. — La sentí en el corazón...

—¡Comediante! — exclamó la señora Valmont y salió del salón.

Cuando la cortina cayó tras ella, una sonrisa diabólica iluminó el rostro del anciano.

—¡Al fin! — suspiró. — ¡Más de veinte años trabajando por este matrimonio y al fin obtendré mi objeto! Mi venganza será completa!...

Y para festejar su triunfo bebió otra copa de gin.

Sus oídos le zumbaban y no oyó el violento golpe de campana que, en ese momento sonó en la verja del parque.

Poco después apareció Rao entregando a su amo un telegrama.

Wyoming deminando su ebriedad vió al sirviente como a través de una niebla.

—¿Qué quieres, bandido?

—Este telegrama, que acaban de traer — contestó Rao.

—¡Colócalo ahí y sal de aquí rápido!

De nuevo solo el viejo extendió la mano para tomar el telegrama, hizo saltar el sello y leyó en voz alta el contenido como para entender mejor:

"Por razones personales, abandono mis proyectos de matrimonio. No me maldiga, compadézcame. Me voy para siempre de Francia y pronto me embarcaré para la India. Antes de mi partida iré a verlo y le explicaré los motivos de mi irrevocable decisión. Es usted un padre terrible.

René"..

El anciano quedó anonadado ante esa noticia.

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué René rompía su compromiso?

—¡Idiota! — rugió de pronto. — ¡René es un idiota!... Abandonar el plan, justo en el momento en que iba a conseguir su objecto... ¡Qué locura! ¡Gracias a él una parte de mis proyectos se desvanece!

Hizo un movimiento para tomar la botella de alcohol pero perdió el equilibrio y trató de sostenerse en la mesa que cayó al suelo.

Entonces ayudándose con los pies y las manos logró levantarse.

Tenía el rostro congestionado. Palabras sin sentido salían de su boca.

—Me ahogo... — balbuceó. — Mis ojos ya no ven... Es el humo... ¡Ah! ¡Sí, el fuego! ¡Voy a salvar a la niña! ¿De dónde vienen las llamas, que me queman y que yo no veo?... ¡Las llamas!... ¡Quiero ver las llamas!...

Presa de una horrible crisis, Wyoming salió fuera del salón, vacilando tropezando con las paredes seguido de un ruido de cosas rotas.

Salió de la casa y mantenido por una voluntad fija consiguió llegar, ¡Dios sabe cómo! al pabellón donde estaba la jaula de Bagheera.

Se precipitó sobre los despojos de la fiera:

—¡Aquí estoy!... No, tu belleza no estará en contacto con los gusanos de la tumba.. Yo te daré una sepultura digna de tí... ¡Te quemaré como a una princesa hindú!

La crisis que lo dominaba le había dado una fuerza hercúlea.

Salió del pabellón llevando el cadáver de la pantera. La llevó hasta el castillo y la puso haciendo un supremo esfuerzo sobre uno de los divanes del salón circular.

Luego riendo, con una risa horrible que se oyó en toda la casa, corrió como un loco. hacia el garage.

Capítulo XXVII

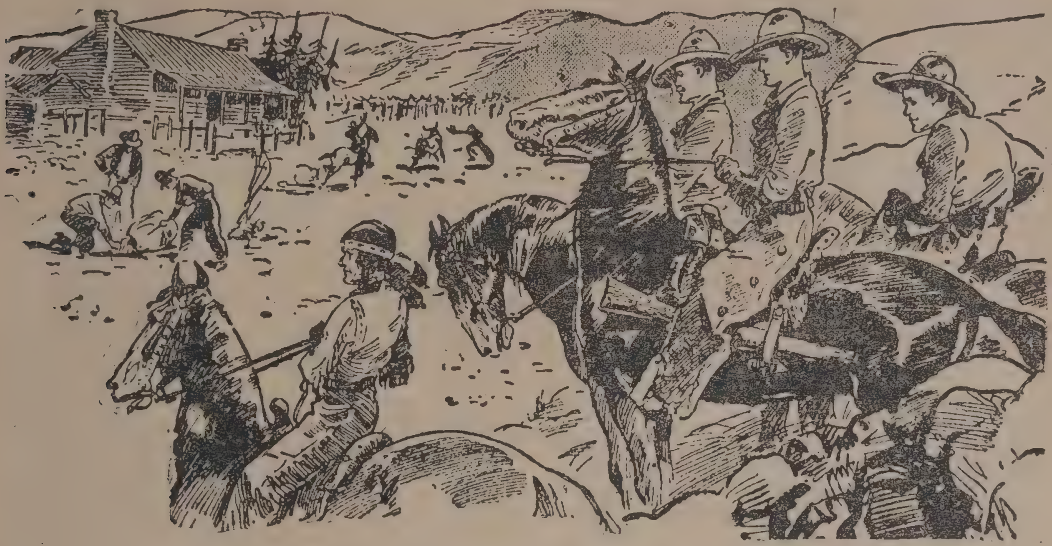
LA MUERTE DE UN BANDIDO

Irene vió a Rao que subía la escalera con gran trabajo.

—¿Dónde vas, Rao? Pareces trastornado.

—Iba a tu cuarto, mi ama — contestó el

En el próximo número de PUCKY iniciaremos la publicación de



EL RANCH "LOS TRES"

Por FRANCIS WARWICK

Extraordinarias y emocionantes aventuras de tres jóvenes, en las montañas Rocosas, en plena naturaleza salvaje y entre pieles rojas no sometidos

sirviente — para advertirte que tuvieras cuidado. El amo está loco... Acaba de salir gritando al parque...

—Está ebrio quizá.

Rao lanzó un suspiro y se apoyó en la baranda de la escalera para no caer.

—¡No puedo más! — dijo.

—Son los golpes que te dió ese bruto.

—¡Ah! ¡Tengo la espalda que me arde, literalmente!

—¡Ven a mi cuarto, te voy a curar!

Lo condujo a pesar suyo.

Con gestos maternales le quitó la túnica, luego sobre la espalda le puso una droga calmante

—¡Oh! ¡mi ama, que buena eres! — murmuró el pobre muchacho.

Irene le hizo luego un vendaje.

—Ahora, Rao — le dijo — sube a tu cuarto y ponte otra túnica.

—Voy mi ama — contestó. — Pero antes déjame que te persuada de partir. Es para que tú puedas huir, que maté a Bagheera. Oye... escucha esos gritos y esos gemidos... Es el amo que vuelve. No estás segura aquí.

Obstinadamente la señora Valmont decía que no con la cabeza.

—Partir me es imposible — declaró luego. — Jamás Wyoming me retuvo con tanta fuerza Ese secreto me ata más sólidamente aquí, que todas las cadenas. Por todo el oro del mundo no me iría!... Quiero saber que es de mi hija... donde la tiene oculta...

—Temo por tí mi ama — siguió Rao — arriesgas tu vida, te lo aseguro, al quedarte aquí.

Como Irene persistiera en negarse Rao se inclinó ante ella.

—¡Bien! ¡Puesto que es así — dijo — no me separaré de ti!

—Rao — replicó Irene — te agradezco tu adhesión pero te voy a pedir un favor más importante que el que me ofreces. Quédate en la puerta del parque y espera a Jean Martinier. Seguramente ha de venir. Le dirás: "La señora Valmont me pidió que estuviera aquí. Vuélvase usted. Ella no teme nada, y le suplica que no entre", ¿comprendido?

—Si tal es tu voluntad, mi ama, esperaré a la puerta del parque. Tu sabes que puedes disponer de mí... Por lo tanto te pido que me escuches y sigas mi consejo. No te quedes en tu cuarto. Ven al de Jean. Yo tengo la llave de la cerradura secreta.

Te encerraré y no temas nada, pues el amo es incapaz de forzar esa puerta.

—¡Acepto! — dijo la señora Valmont que empezaba a temer los gritos inarticulados de Wyoming.

Sin añadir otra palabra. Rao la llevó al piso superior al cuarto que ocupaba Jean Martinier y la encerró, guardando la llave de la cerradura secreta.

Luego, después de ponerse otra túnica se deslizó fuera de la casa, salió del parque y ocultándose esperó la llegada del joven.

....

Jean Martinier y Roberto habían corrido hasta la estación de taxis de la plaza del Hotel-de-Ville, y saltando a uno de los coches dieron la dirección de la Paroliere.

Durante todo el trayecto los dos hombres, inquietos, no habían cambiado una sola palabra. Antes de salir del gran camino y tomar el que conducía a casa de Wyoming, Jean Martinier, por consejo de Roberto, hizo detener el coche y pagó.

Luego, esperaron para proseguir su camino a pie, que el taxi se hubiera alejado.

—No tenemos necesidad de indiscreciones — aseguró el mendigo del Bosque Negro.— Ahora ¡adelante y prudencia! Hay una escalera en ese granero. La vi cuando me oculté para espiar las idas y venidas de la Paroliere. La buscaremos y veremos cual es la parte del muro por donde podremos entrar con mayor facilidad en el parque.

—No cree — preguntó Jean — que sería preferible llamar a la puerta? Rao vendrá a abrirnos y entraremos bien... o a la fuerza.

—¿Y la pantera?

—No se inquiete; tengo mi browning.

Bruscamente Roberto, colocó su mano sobre el brazo de su compañero.

—¡Atención! Jean — murmuró — ¡Ya hemos sido vistos!

Efectivamente, Rao acudía a su encuentro haciéndoles señas.

Su aparición trastornó a los dos hombres que quedaron inmóviles al ver que se acercaba.

—No tema — dijo Jean — Rao no es nuestro enemigo.

—¿Qué querrá? — dijo inquieto Roberto.

—Bien Rao! — interrogó el joven. — ¿Qué ocurre? ¿Dónde está la señora Valmont?

—¡Es ella quien me envía! — exclamó el devoto servidor.

Y les relató la escena que había pasado entre Irene y Wyoming, lo mismo que la muerte de la pantera y la crisis de "delirium tremens" del viejo profesor. Le expresó luego la voluntad formal de la señora Valmont.

—El ama está enloquecida a la idea del secreto que guarda Wyoming concerniente a su hija — explicó Rao. — Figúrense ustedes que ha consentido en ser la esposa de ese viejo loco para saber donde está su hija.

—¡Ese matrimonio no se llevará a cabo! — dijo el mendigo. — ¡Soy yo quien lo digo!...

—¿Acaso puede usted oponerse?

—¡Ya verá usted!... Rao ven con nosotros y abre la puerta...

—Roberto ¡arriesga usted su vida! — suplicó Jean. — Déjeme que lo acompañe..

—El amo está loco — aseguró Rao. — ¡Tenga cuidado, es capaz de todo!

—¡Que me importa! — replicó Roberto. — No tenemos tiempo que perder. Les suplico que me obedezcan. Es preciso que antes de un cuarto de hora sepa quien es la hija de la señora Valmont, el lugar donde Wyoming la oculta y que liberte a esa pobre mujer.

El tono era tan resuelto, tan firme, que Jean y Rao se miraron y en tácito acuerdo siguieron a Roberto, sin decir una palabra.

Entraron los tres a la propiedad y, mientras que el mendigo, con paso seguro penetraba en el vestíbulo, el joven y el sirviente quedaron en la terraza ocultos tras un macizo de plantas.

(Continuará)

Pablo Grendon

Maestro Detective

SE sintió muy fatigado Pablo Grendon cuando su flamante automóvil se detuvo en una cuesta del camino, en mitad del campo, a tres o cuatro millas de la pequeña población más cercana.

—Vea que es lo que tiene el motor, — ordenó a Chan, su criado y chauffeur, chino.

Chan levantó la tapa del motor y dijo casi en seguida:

—No hay nafta.

—Llene el depósito con la lata de repuesto.

—No hay nafta, — repitió.

Pablo Grendon lo miró fijamente. Saco luego la cigarrera y encendió un cigarrillo.

—Anoche le ordené que llenara todos los recipientes, porque quería salir con bastante nafta de repuesto, — dijo; — pero usted no lo hizo. Estamos a tres millas de la población. Vaya usted en seguida y traiga dos litros de nafta. Por suerte el día está muy agradable y no le vendrá mal un paseo para aprender a no olvidarse.

¡Pronto!

El chino partió y Grendon le miró alejarse sonriendo. Fumó tranquilamente unos instantes, y cuando iba a arrojar la colilla del cigarrillo se fijó en un grupo de hombres reunido en el camino a unos doscientos pasos de donde él estaba.

Por su aspecto se comprendía que eran labradores. Miraban algo que había en el suelo. Uno de ellos tenía un caballo de las riendas.

Como nada tenía que hacer, Grendon se dirigió hacia el grupo, y al hallarse cerca vió que en el suelo, junto al cortado tronco de un árbol, estaba tendido un hombre entrado en años, de cabello gris, bien vestido, con pantalones de montar y botas con espuelas. Tenía manchas de sangre en la cabeza. A su lado, en el suelo, estaba la gorra y el látigo.

—Es el señor Logan, señor — Dijo uno de los labradores. — Ha sido arrojado por el caballo y se ha desnucado.

—Tenía que sucederle esto algún día, — dijo otro. — Le gustaba montar caballos muy briosos. Con seguridad le arrojó contra ese resto de troncos y tal vez le dió alguna coz.

Grendon miró el caballo. — Tenido por la brida por otro de los hombres, — que presentaba en los flancos señales de haber recibido terribles latigazos.

—¿Dónde hallaron el caballo?— pregunto.

—Allí, señor, paciendo tranquilamente

Jim conoció que era del señor Logan cuando íbamos camino del bajo y le tomó de las riendas. Seguimos caminando y poco después encontramos al señor Logan.

Grendon se arrodilló junto al muerto Tenía una herida terrible en la base del cráneo.

—Debe haber muerto hace lo menos dos horas, — dijo.

El muerto tenía las botas y hasta los pantalones mojados y con manchas de barro.

—Venga uno de ustedes hasta mi automóvil, que está parado ahí, — dijo Pablo Grendon, — y traiga un par de mantas que encontrará sobre el asiento. ¿Puede alguno tener un momento quieto el caballo? Voy a examinarle los cascos.

Así lo hizo.

—El caballo no le pateó, — dijo, cuando hubo terminado su examen. — ¡Ah! ¡Ahí traen las mantas y se acerca un policemen.

—¿Qué sucede? — pregunto.

—El señor Logan, — dijeros varios. — Se ha caído dèl caballo y se ha desnucado.

Pablo Grendon se separó, dejando que el policemen se acercara y se puso a examinar el piso del sitio del accidente. El césped había sido pateado como por un caballo furioso.

Pusieron la manta sobre el portón tendieron encima al extinto señor Logan y taparon con otra manta. Seis hombres tomaron la improvisada camilla y se pusieron en marcha, camino adelante, seguidos de los demás.

El policemen, que se había quedado atrás se dirigió a Pablo Grendon.

—¿Quiere darme su nombre y domicilio?

—"Detective Pablo Grendon. Colin Court, Londres, E. C."

Cuando el policemen se hubo retirado, Grendon esperó el regreso de Chan.

—Vaya a la hostería del León Gris, en Steynham, — dijo Grendon a Chan, — y ordene que preparen un almuerzo.

Grendon, una vez solo, se puso a examinar la parte del terreno que no había sido pisoteada por los labradores. Frente al sitio donde él estaba sentado en el trozo de tronco de árbol, se veía, del otro lado del camino un cerco alto y una zanja, y más allá, tierra arada.

Pablo Grendon siguió con la vista unas huellas, se levantó y siguió las huellas retrocediendo el camino indicado por ellas; las perdió de vista varias veces, pero logró en-

contrarlas de nuevo, no sólo la huella de las pisadas del caballo sino las huellas de un hombre que debía haber llevado al animal de la rienda. Las huellas del hombre indicaban que calzaba botas grandes, de suela con clavos en grupos de tres, formando triángulo. En la suela izquierda se notaba la falta de un clavo.

Un hombre, procedente del otro lado de la parva de pasto que se hallaba a mitad de la cuesta, habíase encontrado con el señor Logan y había caminado junto a su caballo — tan cerca que en algunos puntos las huellas estaban superpuestas — y había ido así hasta el sitio teatro del accidente.

Grendon siguió las huellas hacia la parva de pasto y observando en torno de ésta, notó que, a un lado, el pasto había sido removido. Alguien había formado como una cama donde echarse.

En aquel sitio había una botella vacía, pero que había contenido whisky, una media manzana mordisqueada y la ceniza del tabaco de una pipa, una vulgar pipa de yeso, a juzgar por la forma del montón de ceniza.

Examinó aquello con todo interés, dejándolo de nuevo donde lo había hallado y siguió buscando. Lo que halló después le llamó la atención: fué una moneda de oro, una libra esterlina, medio oculta entre la paja y huellas del calzado de suela claveteada. A poca distancia encontró otras huellas del mismo calzado, pero en esta ocasión se "alejaban" del camino sin que les acompañaran las pisadas del caballo y daban un gran rodeo, separándose de la línea de las pisadas que se "acercaban" al camino.

Después de pensarlo un momento abandonó esa segunda serie de huellas y también una tercera serie débilmente marcada, la de un hombre de paso vacilante que llevaba calzado muy viejo, — y que debía ser, probablemente el dueño de la botella de whisky — y regresó a las señales dejadas por el hombre y el caballo.

El suelo seguía en cuesta descendente y después de unos trescientos pasos notó Grendon que las huellas del hombre que llevaba de las riendas al caballo presentaban manchas de barro casi blanco, que se secaban en la hierba. Siguiendo más hacia el camino no había señales de barro, lo que indicaba que las botas del hombre se habían ido limpiando automáticamente a medida que caminaba por el pasto. Pero ahora que Grendon estudiaba las pisadas yendo en sentido contrario a aquel en que se habían producido, cada vez eran más evidentes las señales de barro claro.

Después de haber llegado a lo alto de una ondulación del terreno se vió de pronto ante una lagunita con agua procedente de algún manantial. Más allá se veía un cerco recientemente construído. Se notaba que hacía poco se había intentado agrandar la superficie de la lagunita, abierta en tierra blanquecina, pues había en las orillas montones de tierra, húmeda todavía, que había sido sacada del mismo centro de la laguna. Además, el cerco, aún cuando enteramente nuevo y hasta sin pintar, estaba medio caído y roto de intento.

Las pisadas del caballo se detuvieron de pronto a veinte pasos del borde de la laguna, y un rápido examen del piso permitió ver que el animal había llegado a paso lento, procedente de Steynham. Su jinete se habría apeado (había señales de las botas de montar y de las espuelas) y había dejado que el caballo paciera a su placer. Después, el caballo había sido conducido de la rienda siguiendo las huellas que Grendon había recorrido en sentido inverso.

Pasó por el cerco roto. Varios postes habían sido sacados de la tierra y los tirantillos habían sido rotos. Un trozo, roto estaba cerca de la orilla de la lagunita. Era un pedazo de madera nueva, de unos tres pies de ancho, con un extremo astillado. Grendon lo tomó y lo examinó con atención; después lo volvió a poner donde estaba, se sentó en un sitio del cerco que no estaba roto y, encendiendo un cigarrillo contempló el paisaje.

Desde donde estaba no se distinguía el camino, no se distinguía ni la parva de pasto, que quedaba a su izquierda. Más allá había hileras de árboles y después, el mar.

Frente, a una milla de distancia, se extendían campos de pastoreo. En un valle a seis pies, una granja de aspecto próspero, tenía, en un potrero, un grupo de caballos y yeguas de muy buen aspecto. Constituían un grupo selecto que debía ser el orgullo de su dueño que, sin duda, era un muy entendido criador.

Arrojó Grendon el pucho del cigarrillo, descendió de su observatorio y se dirigió hacia la granja donde había distinguido los hermosos ejemplares equinos.

Llegó a la casa, llamó a la puerta, y se presentó una mujer gorda, coloradota y satisfecha, a la que preguntó si podría servirle un vaso de leche. Le hizo pasar a una habitación, especie de oficina y de cuarto de armas pues había en ella una mesa-escritorio cubierta de papeles y en las paredes se vieron escopetas, revolvers, y otras armas. La mujer le sirvió un vaso de exquisita leche y después de darle los gracias, Grendon le preguntó si podía lavarse las manos.

—La mejor habitación, señor, está... — comenzó a decir la mujer.

—Nada de eso, — dijo Grendon. — La pileta y la canilla de la cocina y un poco de jabón; ¡nada más! ¿Por aquí?

—Sí, señor, — dijo la mujer abriendo una puerta — Voy a sacar una toalla limpia.

Grendon se lavó las manos a su gusto y salió al patio mientras esperaba la toalla.

—¡Hermoso paraje! — dijo a la mujer. — ¿Cómo se llama esta posesión?

—Es la "Granja de Sheringham", señor. El propietario es el señor Lukin. Yo soy el ama de llaves.

—¿Están en venta los caballos que he visto en aquel campo? Son muy hermosos... especialmente una pequeña yegua baya...

—Sí, señor, son para vender. El señor Lukin se ocupa de criar para vender. Es poco lo que se hace de agricultura en la granja.

—¿Podría ver un momento al señor Lu-

kin? — dijo Grendon. — Querría conversar con él... quizá le compre algo.

—El señor Lukin no está en casa, señor. Ha ido hasta la costa, a hacer unas compras, en el birloche. Probablemente no volverá hasta la hora del té.

El mayor Pablo Grendon le dió una tarjeta.

—Estaré esta noche en la "Hostería del León Gris" en Steynhan, hasta las diez, — dijo. — Allí me espera mi automóvil. Pídale de mi parte que, si no le es molesto, me vea a las ocho y media. ¿Se vá hacia Steynham por ese sendero?

—Sí, señor, en línea recta. No es posible equivocarse. Muchas gracias, señor.

Grendon deslizó una moneda en la mano de la mujer y se dirigió a buen paso camino de Steynham... y del almuerzo.

Había terminado de hacer los debidos honores a un excelente queso, a un sabroso pan casero, unas cebollitas encurtidas y algunos fiambres, y estaba saboreando una copa de delicioso vino español cuando llamaron a la puerta del comedor.

—El inspector James desea ver al señor, — dijo el hostelero.

—Hágalo pasar, — contestó Grendon.

Entró el inspector, — un tipo alto, delgado, de aspecto militar, de perspicaces ojos grises y bigote negro, recortado, — con unas mantas al brazo.

—Le he traido sus mantas, señor; las que usted tuvo la amabilidad de prestar.

—Gracias, — dijo Grendon. — ¡Chan! Sírvale al inspector una copa de vino.

—Muchas gracias, — dijo el inspector. — He pensado que le interesaría saber que ha habido novedades extraordinarias referente a la muerte del señor Logan, el más antiguo y acaudalado propietario de esta zona, el "squire" o jefe del partido en cuestión de justicia y policía, por descender de los que fueron señores feudales.

En el primer momento se creyó que se trataba de un accidente, pero hace una hora nos hemos convencido de que no ha habido el tal accidente. Ha sido un caso de homicidio y por suerte hemos logrado prender al autor: es un tipo llamado Wranle.

—¿De veras? — preguntó Grendon.

—Sí, señor. Wranle se presentó en esta hostería, en el salón de despacho de bebidas, hace una hora. Es un tipo peligroso de vagabundo. Pidió de beber. Parecía hallarse medio mareado y su actitud era extraña.

La camarera no sabía si debía servirle o no y el hombre arrojó en el mostrador un soberano de oro. Esto aumentó la desconfianza porque el hombre no tenía aspecto de llevar en el bolsillo ni un penique. La muchacha llamó al hostelero. Esto enfadó al hombre que, disponiéndose a pelear se sacó el saco. Al proceder así, se cayó del bolsillo del saco la cartera del "squire" llena de billetes de banco y con su monograma grabado en plata. El hostelero le sirvió bebida para tranquilizarlo y mandó aviso a la oficina de policía que queda en la acera de enfrente. Yo y dos de mis subordinados acudimos y le prendimos, no sin que nos diera trabajo, pues se resistió como una fiera. Logramos dominarlo, le registramos los bolsillos y encontramos treinta libras en billetes en la cartera y diez y nueve monedas de oro de una libra.

—¡Muy interesante! — dijo Grendon — Siga usted.

—Mandé al banco y en el banco informaron que el "squire" había estado personalmente esta mañana temprano y había cobrado un cheque de cincuenta libras, tomando treinta en billetes y lo demás en soberanos de oro. La numeración de los billetes era la misma. La suma del oro, igual. El caso no puede ser más claro.

—Dígame, señor inspector, — manifestó Grendon pensativo. — ¿Qué arma cree usted que empleó el matador?

—No ha aparecido, parece que golpeó a su víctima con el mango del látigo. Es pesado, y tiene un relleno de plomo. El matador debe haber esperado al señor Logan agazapado en algún sitio, para arrebatarle el látigo y pegarle con él. Después le robó lo que llevaba.

La tontería fué presentarse en Steynham.

—No he visto jamás a ese a quien usted llama Wranle, — dijo Grendon lentamente, — y, sin embargo, puedo describirlo con bastante exactitud. Es de estatura mediana, le faltan dos dientes de los de adelante, fuma tabaco del más inferior en pipa de yeso, los dedos del pié izquierdo le salen por un roto del calzado y no lleva calcetines. El botín derecho está mucho más desgastado de la parte de fuera. Cuando se presentó en esta hostería estaba reponiéndose, después de una borrachera de whisky. Durmió "la mona" en la paja de una parva situada a cien yardas del sitio donde fué hallado el cadáver del "squire" y allí se dejó la botella vacía y la moneda que falta para completar las veinte. La moneda se deslizó entre la paja, sin que él lo notara. Tiene la ropa cubierta de pelusas de los yuyos. ¿Estoy en lo cierto?

El inspector lo miró asombrado.

—¿Y dice usted que no le vió nunca?

—Nunca, que yo lo sepa.

—¡Pero si su descripción es exactísima! No se nada sobre la moneda perdida y la botella de whisky, pero todo lo demás es exacto. Lo que no me explico es como ha llegado usted a enterarse

Grendon sonrió.

—Si usted y dos de sus mejores agentes quieren hallarse en el segundo saloncito del bar esta noche a las ocho y media, quizá pueda mostrarles algo interesante, — dijo. — Que no les vea nadie hasta que suene tres veces el timbre de mi habitación. Cuando lo oigan, entren inmediatamente. La puerta estará abierta. ¡A las ocho y media!

—No se a que se refiere usted, señor, pero me parece que algo bueno nos reserva. No faltaremos.

A las ocho y cuarto, Pablo Grendon se hallaba en la "Hostería del León Gris" sentado ante la mesa, terminada la comida, y Chan acababa de alcanzarle la cigarrera y los

fósforos, cuando el hostelero llamó.

—El señor Lukin desea verle, señor, — dijo el hostelero.

Un hombre alto, con pantalón de montar y polainas, de rostro rojo, de gruesas cejas y barba rubia recortada en punta, entró.

—¿El señor Pablo Grendon? — preguntó sin tomarse la molestia de quitarse la gorra.

—Supongo que es usted el señor Lukin, — dijo Grendon. — ¡Buenas noches, señor! ¡Chan: toque el timbre tres veces!

Chan oprimió tres veces el botón de marfil del timbre eléctrico.

—He sabido que usted estuvo hoy en mi granja, la "Granja de Sheringham", y que se interesa por la yegua baya.

—Estuve en su granja, es verdad, — dijo Grendon fumando el cigarrillo, — pero en realidad fué para preguntarle otra cosa para lo que solicité esta entrevista.

La puerta, a espaldas del ganadero, se movió visiblemente y el inspector James y dos policemen miraron desde ella.

—¿Y de qué se trata, señor? — preguntó Lukin de mal modo.

Grendon, con toda lentitud contestó:

—La pregunta es un poco extraña, pero deseo satisfacer mi curiosidad. Hay un punto sobre el cual tengo aún mis dudas. ¿Cuál fué la "verdadera" razón que tuvo usted para dar muerte al señor Logan?

El hombre dió un salto como si le hubiesen dado un pinchazo.

—¡Chan! — dijo Pablo Grendon con rapidez.

Chan saltó abrazándose a las piernas del ganadero, le hizo perder el equilibrio y caer, furioso como un toro enlazado.

Instintivamente los dos policemen acudieron. Lukin forcejeó como un desesperado, pero fué dominado.

—¡El diablo lo lleve! — gritó. — ¿Cómo ha podido usted saber?...

Grendon, con los codos en la mesa seguía fumando, con placidez su cigarrillo, pero el ruido de la pelea había atraído al hostelero y a un pequeño grupo de curiosos.

—¿Cómo logró enterarse? ¡Maldito sea! gritó de nuevo Lukin.

Pablo Grendon miró al inspector significativamente. El inspector sacó unas esposas del bolsillo y aseguró las muñecas de Lukin.

—Puede decirse que se ha confesado.

Pablo Grendon miró el reloj.

—Voy a explicar lo más rápidamente que pueda, todo lo sucedido, — dijo. — Ignoro el motigo. Usted podrá comprobar los hechos más adelante, señor inspector.

"Hay una lagunita, en la que brota un pequeño manantial y que ha sido recientemente ensanchada, a una milla de distancia de donde fué hallado el cuerpo. Hay también un cerco nuevo, que ha sido intencionalmente dañado. Un trozo de madera de ese cerco, de unos tres pies de largo, está cerca de la orilla de la laguna; en el extremo astillado de ese madero hallará usted unas manchas de sangre y unos cabellos grises.

"El señor Logan, procedente de Steynham llegó, lentamente a caballo, cruzando campo, hasta unos veinte pasos de la orilla de la laguna y allí se apeó. Se acercó a pié y se encontró con un hombre que tenía puestas unas botas con la suela claveteada con clavos en grupos de tres. Los clavos de esta suela están desgastados y falta un clavo en la parte externa de la bota izquierda. Esas botas pertenecen a Lakin. Las ví en el patio de su casa, colgadas de una soga, limpias ya, hoy, a la hora del almuerzo.

"Hubo pelea y Lukin mató a Logan dándole un golpe en la base del cráneo, con el trozo de madera. El calzado y la ropa del "squire" están mojadas y tienen manchas del barro claro, casi blanco, que hay en la laguna. Las botas de Lukin también tenían manchas de barro claro pero se fueron limpiando a medida que el hombre caminó por el pasto. No hay barro en los cascos del caballo. Lukin levantó al muerto, lo puso en la montura y llevó al caballo de la rienda hasta el camino. Al pasar se encontró con un vagabundo borracho, — el detenido por usted, señor inspector.

"Al llegar al camino, descendió a Logan y lo puso junto al árbol cortado. Al proceder así golpeó la cabeza del muerto contra el trozo de tronco y dejó en él unas manchas de sangre. Esto fué puramente casual pero sirvió para descubrirle. Tomó entonces al caballo de la brida y le dió unos cuantos terribles latigazos que le hicieron saltar y removerse furioso, dejando en el suelo unas señales como si el cuadrúpedo se hubiese encabritado y arrojado a su jinete al suelo, matándolo.

"Tomó entonces la cartera con los billetes y las monedas de oro, y se retiró. Puso esos objetos en el interior del bolsillo del dormido vagabundo, — excepto una moneda que cayó en la paja, — con el propósito de que las sospechas recayeron sobre el vagabundo. Volvió a su granja, por otro camino, se cambió de ropa y se fué al mercado en su birloche. Las botas claveteadas están aún quizás colgadas en el patio.

Esto es todo cuanto puedo decir. Lo que ignoro es la razón de su proceder.

—Esa la sé yo, señor, — dijo el inspector — ahora que el "squire" ha muerto. Esos dos hombres estaban reñidos hace dos años. El agua es escasa en estas regiones y los dos pretendían ser propietarios de la laguna. Lukin sostenía que sus tierras llegaban hasta pasado el camino; el "squire" afirmaba que tanto la laguna como algo más del terreno, le correspondía. Tuvieron pleitos sobre pleito y hace un mes los tribunales dictaron sentencia en favor del señor Logan y éste dió orden de poner un cerco que impidiera la entrada a la laguna. Después se ausentó regresando sin duda, para ver como se habían cumplido sus órdenes. Debió ir esta mañana y encontrar a Lukin destruyendo el cerco.

—¡Y mil cercos que pongan los voy a destruír! — gritó Lukin. — ¡La tierra de la laguna es mía!

—¡Chan! — dijo Pablo Grendon. — Pida la cuenta y prepare el automóvil.

FIN.

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

LA INVITACION DE FRANK BERGER

FRANK Berger era un caballero educado. De buena familia y de buena sangre. Exteriormente... un snob. Pero ahora estaba de vacaciones y un hombre tiene que abandonar los estiramientos, convertirse en muchacho alegre por una temporada. Janey Wray armonizaba muy bien con sus planes.

Frank Berger gozaba de favor entre las mujeres. Tenía el físico, el modo de vestir, los modales galantes que a ellas les agrada. Le gustaba ejercer su poder de cuando en cuando. Siempre le había halagado que la mayoría de las mujeres hermosas de Palomas lo miraran con simpatía, por no decir más.

Sabía que Mary Nason estaba enamorada de él. Le había hecho creer que él también la quería, que iba en serio. Pero Mary Nason estaba bien para pasar el tiempo en Palomas; nunca había sentido hacia ella más que la tolerancia.

Janey Wray, era distinta. Menos disinguida que Mary Nason; pero muy linda.

Tenía un atractivo singular. Su modo de hablar era brusco, jaranista.

Parecíale a Frank Berger una joven a la moderna. No fumaba, sin embargo, y había ignorado que bebía hasta que se encontró con ella en Tía Juana y empezaron a pasear juntos.

En Palomas, no le había él dedicado más que una pasajera atención. Habían salido juntos algunas veces. Y luego, de pronto, la joven pareció querer metérsele por los ojos. Pensó él que deseaba la joven hacerla sufrir a Mary Nason. Las mujeres son malas unas con otras.

Pero, después de todo, no había que tomar en serio a una joven como Janey Fray.

Berger le hizo el amor, le pidió que se casara con él y ella sintiose, naturalmente, halagada. Ella lo ayudaría, en lo posible, a divertirse en las vacaciones; pero luego la dejaría. Berger tenía otros planes para el futuro. Era ambicioso. Algún día sería algo más que cajero en un banco miserable como el de Palomas. Aquello era sólo un peldaño de la escala.

Había muchas oportunidades para un hombre listo. Se requiere inteligencia para escalar la ciudadela de las grandes finanzas. Frank Berger se jactaba de ser listo, demasiado listo para vegetar eternamente en un pueblo del desierto, como Palomas.

Poseía la virtud de la paciencia y la paciencia suele ser recompensada.

Río Kid caminaba lentamente por la Avenida Ruiz. Imaginaba que la vida nocturna del adormilado pueblo pesaría sobre un hombre como Frank Berger. La mayor parte de los visitantes aristocráticos visitaban aquellos lugares porque estaba de moda hacerlo. quizá como visitaba en sus ciudades los cabarets y otros lugares equívocos.

Aquí, el sitio más exclusivo era el Castillo; gozaba del más alto favor entre los turistas. Tenía una fachada muy importante; pero en el fondo no era más decente que cualquier tugurio.

Muy probablemente, decidió Río Kid. Frank Berger llevaría a Janey Wray a El Castillo, antes de que terminara la noche ahí podrían comer, beber y bailar.

Se dirigió allí en el "roadster" y poco después se encontró, llevado a remolque por un mozo, en el Salón de las Palmas. Había allí música, luces amortiguadas, comida y bebida. Al principio Río Kid so sintió molesto, pues el ambiente parecía de etiqueta; pero pronto comprendió qeu no había que dejarse impresionar por las inmaculadas camisas de los mozos.

Río Kid se alisó un poco el cabello y se sentó en una silla que le ofreció un mozo de aire helado y altivo. Río Kid había ya estado en el Casino y en el patio, buscando a Janey. Mientras examinaba esperanzado el Salón de las Palmas, sintió amarga decepción y aumentó su iquietud. A menos que Flash encontrara el rastro, se hallarían más hundidos que nunca en el tembladeral, con pocas esperanzas de salir de él.

Y luego, de pronto, Río Kid vió a Janey Wray, sentada delante de una mesita, que ocultaba una planta, en compañía de Frank Berger. Tenía la cara encendida y hablaba demasiado fuerte. Pareciole a Río Kid que Frank Berger estaba también un poco ebrio. Se inclinaba a través de la mesa y le hablaba animadamente a Janey.

La joven había visto ya a Río Kid y pareciole a éste que debió ser una mirada fija lo que atrajo su atención. Alzó las cejas inmediatamente y sus ojos se iluminaron con inconfundible expresión de alivio. Le dirigió una sonrisa, que penetró en el cerazón de Río Kid como un rayo de sol.

No ocurrió lo mismo a Frank Berger. Siguió la dirección de la mirada de la joven y reconoció a Río Kid. Se estremeció, enderezose en la silla y apretó rígidamente los brazos contra la mesa. Bajó los párpados y miró a Río Kid con ojos en que brillaba particular malevolencia. Al parecer no le agradaba a Frank Berger ver a un hombre de su mismo pueblo.

Frank siempre había demostrado singular aversión por el sheriff. Parecíale que un cowboy. forastero además, no merecía aquel cargo importante. El modo de hablar de Río Kid, arrastrando las palabras, sus modales propios del que se ha pasado la vida a caballo, su reputación de tirador, su mismo nombre, todo parecía excitar la antipatía del cajero.

Frank Berger odiaba la vulgaridad, despreciada a los cowboys. A juzgar por la expresión de su cara, le desagradó verlo allí a Río Kid. El sheriff, además, estaba descuidadamente arreglado. Tenía el cabello despeinado, la corbata torcida y su barba necesitaría ser afeitada por la mañana.

—¡Pero si es Río Kid! — exclamó Janey, dando por primera vez señales de haber reconocido al joven sheriff. Le habló al mozo y le indicó al hombre de Palomas.

—Dígale a ese caballero que venga a reunirse con nosotros.

—Es Río Kid, efectivamente — dijo con animosidad Berger. — ¿Para qué quieres que venga?

—Parece muy solo — dijo Janey — Creo que necesita beber algo.

—Yo creí que andaba persiguiendo a los ladrones que robaron nuestro banco.

—¡Por Dios! — exclamó la joven. — Un hombre no puede andar noche y día a la caza de bandidos. Además quizá haya venido con alguna misión de su cargo.

Berger hizo una mueca de desagrado.

—Bueno, no esperes que sea amable con él.

—Río Kid es un buen muchacho — dijo Janey indiferentemente. Y añadió: — Creí que quisiera hablar del robo del banco con él.

—No quiero hablar de eso con nadie y menos con ese idiota.

Río Kid se acercó y una vez más le ofrecieron una silla. Parecía cohibido, molesto Trató de enderezarse la corbata y alizarse el pelo.

—¡Hola, Janey! — ¿Cómo le va, señor Berger?

—¿Qué tal, Río Kid? — Janey lo saludó con naturalidad. — ¿Qué anda haciendo por aquí?

—¿Cómo le va, Río Kid? — dijo Berger con altanería. Los ojos del cajero se fijaron en el sheriff con extraña fijeza. Parecía estudiar al otro, querer llegarle al alma.

—¡Qué lujoso es esto! — dijo Río Kid, paseando admirado sus ojos por el salón.

—¡Qué raro encontrarlo en Ensenada! — charlaba Juana — No me convenzo de ello. Creí que andaría usted muy ocupado persiguiendo a los bandidos que robaron el banco.

—La verdad que el robo ha sido un gran golpe para el viejo Yarborough y los ciudadanos de Palomas — dijo Río Kid, mirando a Berger — Doscientos mil dólares es una gran suma para que la pierda una población del desierto.

—¿Y usted qué hacía cuando ocurrió el robo? — preguntó con sarcasmo el cajero — Oí decir que, poco menos, efectuaron el robo en sus narices.

—Creo que Mary Nason se lo contó a usted todo por teléfono — dijo Río Kid y dirigió una mirada de soslayo a Berger.

—¿Qué quiere decir... con "por teléfono"? — dijo con aspereza el otro.

—Ella dijo que lo había llamado a usted — explicó Río Kid — Había visto usted los diarios y estaría, naturalmente, preocupado. Creo que me dijo le habló al día siguiente.

—Es cierto... ahora que me acuerdo — encogió Berger indiferentemente los hombros. Sin embargo su actitud era más tensa.

—El viejo Yarborough hubiera deseado que usted volviera — continuó Kid.

—¿Y por qué iba a volver? — preguntó el cajero. — Todo estaba terminado. El resto le correspondía a usted. Siempre le dije a Yarborough que era una imprudencia tener tanto dinero en la caja.

—Seguramente los bandidos deben tener un jefe hábil — dijo Río Kid — Se sabían el interior del banco como un libro. Y la fuga fué muy bien tramada.

—Así oí decir. — Berger se inclinó de pronto y fijó una astuta mirada en el sheriff.

—¿A propósito, que lo ha traído por estos lados?

Río Kid sacó un paquete de tabaco y papel marrón, empezando a armar metódicamente un cigarro. Cuando terminó humedeció el papel con la lengua, mientras miraba por encima del cigarrillo a Frank Berger. Janey observaba a Río Kid atentamente.

—Bueno, la cosa ocurrió así — dijo finalmente el ex-cowboy con su lento canturreo, mientras buscaba un fósferos — Los bandidos escaparon en un aeroplano y pude ver que tomaban rumbo al sur. — encendió el cigarrillo. — De modo que decidí venir al sur, a la Frontera, y dar un vistazo. Era inútil buscarlos en Condado Yermo.

—¿Vino sólo?

—N...o Me acompañó Falsh Furlong.

—¿Y dónde lo dejó?

—No lo se exactamente. — explicó Kid — Fuímos a un sitio propiedad de un tal Araña Burke.

—¿Araña Burke? Nunca lo he oído nombrar.

—Es un sitio muy tranquilo, refinado. Pero armaron una manifestación en honor nuestro y perdí el rastro de Flash.

Frank Berger sonrió forzadamente.

—Imagino que Flash debe haberse emborrachado. Lo encontrarán... debajo de alguna mesa.

Los ojos de Janey no se apartaban del rostro de Río Kid. Ella también parecía querer leer su pensamiento. Luego se encogió de hombros y se echó a reír.

—Los cowboys siempre serán cowboys. Y, a propósito, vamos a beber. Tengo la garganta tan seca como un pez sacado del agua. ¡Mozo, whisky y soda!

—La señorita Wray y yo nos hemos divertido mucho — dijo Berger, dirigiendo a Río Kid una burlona sonrisa. — Es muy animada. Nadie diría que es la misma tranquila y juiciosa empleada del telégrafo, que conocimos en el pueblo.

—Cuando Mary Nason se entere de esto se va poner furiosa — dijo riendo Janey — y mi reputación quedará por los suelos.

Río Kid se dió vuelta para mirar a los que bailában. Frank Berger aprovechó la oportunidad para escudriñar larga y cuidadosamente al oficial. Miró a la joven y le hizo un guiño, mientras una sonrisa fatua iluminaba un momento su hermoso rostro. Luego, como si hubiera tomado una resolución, estiró los labios y acercó más su silla a la mesa.

—Apropósito, señor Kid, — empezó — he alquilado una pintoresca hacienda, al sur de Ensenada. Un poco primitiva, pero muy cómoda, ¿verdad, Janey?

—Es lindísima — convino la joven. — Estilo español. De adobe, con tejas rojas y obscuros y misteriosos corredores. Hay tapices, ollas y canastos. Parece una casa de comercio de Arizona. Debe ir a verla. ¡Imagínese a un caballero como el señor Berger en ese cuadro! — se echó a reír.

—¡Oh sí! — a Río Kid no pareció interesarle la morada de vacaciones del cajero.

—¡Quizá quiera usted ir a verla! — sugirió Berger, después de una pausa.

—No se — dijo Río Kid — No tengo mucho tiempo. Recuerde que ando en busca de los ladrones.

Berger se encogió de hombros, con indiferencia.

—Como quiera, — dijo.

—¡Oh sí!, tiene que ir a verla — dijo Janey — Hay peones morenos y todo. Usan grandes sombreros. Hay también un par de chinos. ¡No sea perezozo, vaya!

—Hay sitio de sombra — dijo Berger — Si quiere, tendré mucho gusto en que se quede a pasar la noche.

A despecho de la invitación, había en los ojos del hombre el mismo frío brillo que había notado el sheriff al principio.

Río Kid inhaló profundamente el humo de su cigarrillo.

—Ya que es usted tan amable — dijo — creo que aceptaré su invitación, señor Berger.

—Y ahora, — dijo Janey — creo que es mejor que nos retiremos ¿no Frank?

—Nos retiraremos — contestó él.

RIO KID MUESTRA SUS CARTAS

El camino era llano de surcos y pozos y se extendía hacia el sur. Perspectivas del desierto, iluminadas por la luna en cuarto creciente, iban a unirse a las aguas de la Bahía de Todos los Santos.

A la izquierda se veían montañas, envueltas en tinieblas; a la derecha el mar, plateado, brillante. Todo era silencio, magestad y desolación.

Apareció el auto, dando barquinazos y describiendo curvas. Sus brillantes ojos escudriñaban paciente y fútilmente el camino que corría por un lugar llamado Más Allá. Era un "roadster", que llevaba chapa de Iowa.

Río Kid iba al volante; apretados junto a él, en el asiento, Frank Berger y Janet Wray.

—¿Cómo — dijo Río Kid rompiendo un largo silencio — se comunica usted con el pueblo y esa hacienda que alquiló?

—Tengo un auto alquilado. Está... en el pueblo.

—¡Ah!

—Como usted dijo que podíamos ir en el roadster...

—Seguro... seguro. ¿Es un sedan, no? — insistió Kid. ¿Un Chrysler?

—Pues... sí.

—Creo haberlo visto cuando venía hoy de Tía Juana.

—No, no puede ser.

—Me parece que sí.

—¿A dónde quiere ir a parar? — Había acento amenazador en la voz de Frank Berger.

—¿Es aquí donde hay que dar vuelta? —preguntó Río Kid.

—No, en el otro recodo.

Encontraron un auto que se dirigía velozmente a la ciudad.

Janey se había quedado extrañamente silenciosa. Río Kid se sentía un poco emocionado al sentir junto a él la tibieza de su cuerpo. ¿Es qué la quería aún? Por momentos parecíale que sí y en otros que no, que era sólo una amistad de vecinos lo que sentía por la joven.

La miró de rabo de ojo. A la escasa luz que provenía del tablero de instrumentos vió sus facciones, extrañamente pálidas e inmóviles. Janey miraba hacia adelante, aquel camino misterioso.

Las millas del desierto son largas y lentas. Los tres ocupantes iban sumidos en un silencio persistente, casi sombrío. Al fin habló Berger, brevemente.

—Después que crucemos esta cañada, tome a la izquierda y siga siempre derecho, hasta el fin del camino.

El camino era cada vez peor. Río Kid disminuyó la marcha del auto. No había prisa. Minutos más o menos, poco importaba.

Aparecieron edificios bajos, de un piso. Un corral y galpones tomaron forma ahora y también una ruinosa casa de adobe, rodeada por galería con piso de tierra. El techo de la galería estaba sujeto por postes apolillados.

Había un auto parado a corta distancia de la casa. Río Kid lo miró con curiosidad.

—Parece que tiene usted visitas — dijo

—No. Creo que es mi auto. — contestó Berger volublemente. — El peón chino debe haberlo traído. Fué a Ensenada a jugar al fan-tan.

—¿Está seguro de que era al fan-tan? — preguntó suavemente Río Kid.

Aparentemente, Frank Berger no oyó, porque no hubo respuesta. Entraron a la casa y hallaron una luz que ardía debilmente sobre una mesa del espacioso living room.

El resto de la casa estaba obscuro y el silencio era casi opresivo. Parecía un silencio antinatural, hecho de intento. Debía haber habido ruidos de una u otra especie. Pero nada se oía. Ni el tic tac de un reloj. Era una tumba.

—Todo el mundo debe estar acostado — dijo Berger — Pónganse cómodos. Voy a despertar a uno de los peones y lo haré arreglarle un cuarto, señor Kid. Luego beberemos algo. Sing Toy hace unos coktails exquisitos.

—No se ofenda; — dijo Río Kid — pero yo no tomo cocktails. No moleste a Sing Toi

Frank Berger se quitó el sombrero y lo dejó cuidadosamente sobre una mesa; luego se volvió al sheriff, mientras se alisaba el cabello con las manos. Su rostro era una fría máscara de odio. Su boca tenía expresión de sarcasmo; sus labios estaban un poco crispados.

—¿No? — arqueó ligeramente las cejas — Quiere usted dar a entender...

Río Kid miró a Janey. Estaba parada junto a la mesa, golpeando nerviosamente con los dedos.

Tradujo Río Kid, con un poco de dificultad el mensaje. "Está aquí". Se refería al botín.

—No quiero dar a entender nada — dijo Río Kid lentamente. — He venido a buscarlo, Berger.

—¿A buscarme? — gruñó el otro. ¿Qué quiere decir?

—Creo que es mejor que ponga mis cartas sobre la mesa — dijo Río Kid. Sacó de su bolsillo una brillante estrella, de cinco rayos, y la puso donde la luz de la lámpara la iluminara — Esto es la ley — dijo.

—Aquí no — rió el cajero. — Estamos en Méjico, buen hombre.

—Entonces, — dijo Río Kid, sacando rápidamente de su funda el revólver de seis tiros, recurriremos a ésto. Un Colt es ley en todas partes. — Puso el revólver sobre la mesa, junto a la insignia y cerca de la mano de Janey Wray.

Frank Berger apretó los puños.

—¿Qué significa toda esa pantomina? — gritó furioso. — Pedazo de imbécil ¿está usted ebrio o loco?

Quiero el dinero que robó usted del Banco de los Ganaderos — dijo tranquilamente Río Kid — La farsa ha terminado, Berger.

(Continu...)

Lea en este número de PUCKY la continuación de

LOS SECRETOS DE UNA GRAN CIUDAD

Sensacional romance de aventura, de intriga, de sacrificio y de heroismo escrito por

HAL SIDNEY

MOSQUETEROS DEL ESPACIO

Tercera parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

LAS morisquetas de John Henry eran ahora tan frenéticas como las de un derviche.

Pero todavía no se fijó en él Wagstaff.

—¡Sí, sí! — dijo al pálido oficial. — Ya tendrá usted que explicarse.

—Y usted. — dijo de pronto una voz áspera, en alemán — también tendrá que dar una pequeña explicación, amigo mío. ¡Eh! ¡Arresten a ese hombre!

Wagstaff dió vuelta la cabeza, como si una bala de cañón se la hubiese arrancado y luego casi se cayó de espalda. La razón de las muecas de John Henry se le apareció espantosamente clara.

Porque parado mismo detrás suyo estaba el general a quien había robado el uniforme.

Media docena de soldados alemanes se adelantaron, preparando sus rifles.

Por un loco momento tuvo Wagstaff la intención de escapar; pero antes de que pudiera hacer ningún movimiento, los hombres lo rodearon y también a John Henry y a Bud.

El general, unió sus manos a la espalda y se adelántó.

—¡Ajá! — dijo juntando sus enmarañadas cejas. — ¿Conqué al fin nos volvemos a encontrar?

Ustedes tres son muy idiotas, si creyeron que se me iban a poder escapar.

Abarcó con una mirada al estupefacto trío. John Henry sonrió cortesmente.

—¿Que... que tal? ¿Cómo le va viejo? Caramba... quise decir "guten tag, Herr General".

¡Ay!

Su última palabra fué resultado de un terrible pisotón de Bud. Wagstaff habló apresuradamente para tratar de cubrir el error de John Henry, que había hablado en inglés.

—Herr General. — dijo — no se por que nos hace arrestar. Debe haber algún error.

—Sí que lo hay — rió ásperamente el general. — El error es de ustedes, amigos ingleses. Son ustedes espías y ya saben cual es la penalidad.

—¡Oh!... — exclamó John Henry parado en un pie — No... este... nein. Wir sind nicht espías... Nada de eso.

—¡Silencio! — tronó el general. — mientras Wagstaff suspiraba desalentadamente y Bud elevaba sus ojos al cielo. Los esfuerzos de John Henry para hablar alemán eran desastrosos.

—Aunque no fueran ustedes espías, el castigo sería el mismo — prosiguió el general — por haber atacado a un oficial superior, haberlo robado y destrozado innecesa-

riamente la propiedad del gobierno La pena es... de muerte.

WAGGER SE PORTA

John Henry se colocó el monóculo y miró al general con dignidad ofendida. Comprendió que lo peor había ocurrido. Pero fueran cuales fueran los otros defectos del joven Dent, valor no le faltaba.

—Y bien, viejo, — dijo — si cree que nos va asustar con el cuco está muy equivocado. Háganos formar y péguenos cuatro tiros. De todas maneras probablemente hubiéramos tenido que morir en la guerra. De un modo u otro... tanto da.

El general lo miró sin comprender y John Henry hizo un gesto de fastidio.

—Este viejo idiota no entiende, Wagger. ¿Cómo se dice en alemán "viejo idiota"?

Posiblemente Wagstaff se lo hubiera dicho; pero no tuvo oportunidad. El general interrumpió a John Henry gruñendo una orden y los hombres armados rodearan a los prisioneros, marchando con ellos.

—Bueno, — suspiró Bud — ahora sí que entre nosotros y el último baile no hay mucha distancia. Pero es inútil lamentarse. Nos metimos en camisas de once varas y hay que pagarlas.

John Henry movió solemnemente la cabeza, mientras los tres descendían del montón de escombros.

—Temo no poder hallarle salida a esto — dijo. — Por inteligente que uno sea, hay momentos en que no se le ocurre nada. Con todo, creo que hasta el presente no lo he hecho tan mal.

—¿Qué... qué no lo has hecho tan mal? — repitió Bud dirigiéndole una mirada homicida.

Pero luego sus ojos se enternecieron. Estaban muy cerca de la muerte en esos momentos y John Henry, con todos sus defectos, era el compañero más afectuoso que era posible encontrar.

—Johnny, — dijo Bud, lanzando un profundo suspiro — hay tres clases de idiotas: idiotas simples, idiotas insufribles e idiotas simpáticos. Tú eres un idiota simpático. Y aunque más de una vez he sentido deseos de romperte la cabeza con un ladrillo te quiero mucho. ¿No podrías hacer una atropellada y disparar?

Wagger y yo armaremos un bochinche con estos tipos, de modo que no puedan hacerte fuego.

—¿Bud Atlee, — contestó John Henry ajustándose más firmemente el monóculo — sugieres seriamente que yo dispare y los deje a ustedes dos en la estacada? Si es así, te diré que miro eso como un mortal insulto y una grosería. Si llego a tener la ocasión, te daré por ello de trompadas.

—Quizá no la tendrás — contestó Bud con forzada sonrisa. — Antes de que termine el día nos fusilarán, probablemente. No te enojes, Johnny. Pensé que los otros dos morirían más contentos si uno podía escapar..

—Pues entonces, escápate tú — dijo Dent con indignación — O que se escape Wagger.

Wagstaff empezó a hacer ju

El habla alemán mejor que cualquiera de nosotros y puede tener más probabilidades.

Ambos miraron a Wagstaff, al hablar John Henry; pero había una expresión curiosa en el rostro de su camarada. Wagstaff, en verdad, había estado pensando rápidamente mientras marchaban, bajo custodia, a través de la aldea.

Mientras pensaba, el cañoneo en las próximas líneas era cada vez más fuerte.

Bud y John Henry habían estado demasiado absortos en su conversación para fijarse en eso; pero Wagstaff, advirtiendo la proximidad del cañoneo concibió repentina esperanza.

Le
EL
BO

ala bares con las bombas. — ¡Tiren los rifles o hago volar la aldea! — gritó.

PUCKY

GO DEL
NEGRO

Por el tronar de los cañones comprendió que las fuerzas británicas atacaban intensamente aquella parte de las líneas alemanas. Semejantes ataques eran muy frecuentes a todo lo largo de las trincheras y cada lado trataba de tomar al otro por sorpresa.

Los británicos habían logrado atacar por sorpresa ahora. Y Wagstaff vió el medio de aprovechar este hecho. Vió otra cosa más: un montón de bombas al costado del camino por donde marchaban. Las bombas eran pequeñas, en forma de huevo, tipo alemán, fáciles de llevar y de manejar.

De pronto Wagstaff habló con un murmullo que sus camaradas podían oír.

—Estén prontos para agarrar los rifles de los guardias e impedir que me tiren. — dijo. — Voy a disparar. ¡Estén prontos! Al quinto paso, a contar desde ahora, voy a atropellar. ¿Listos?

—O. K. — murmuró Bud; pero John Henry sólo pudo lanzar un extrangulado sonido. El joven Dent estaba atónito ante la acción de Wagstaff. Cierto que él había sugerido que se escapara; pero nunca creyó que su sugestión pudiera ser tomada en serio.

Al quinto paso, Wagstaff se agachó rápidamente; hizo trastabillar al hombre más próximo con diestro movimiento y atropelló la guardia, mientras Bud y John Henry

agarraban los rifles de los soldados para impedirles tirar.

Por espacio de quizá dos segundos se produjo confusión. El general y el resto de los hombres echó a correr hacia el grupo. Uno de los soldados logró libertar su rifle y disparó en dirección a Wagstaff, que había saltado sobre la pila de bombas con la agilidad de un gato.

La bala fué mal dirigida y antes de que el hombre pudiera hacer fuego por segunda vez, la voz de Wagstaff resonó como el restallido de un látigo.

—¡Alto! — gritó en alemán. — ¡Tiren los rifles! ¡Sepárense de esos hombres o los hago volar a todos!

El grupo cesó de luchar y todo el mundo se dió vuelta para mirarlo a Wagstaff.

Luego Bud lanzó una carcajada de alegría y admiración.

Porque Wagstaff estaba parado encima del montón de bombas, con una bomba ligeramente sostenida en cada una de sus manos. Les había quitado la aguja de percusión y no tenía más que dejar caer su carga para que explotara todo el montón.

Bud y John Henry subieron a la pila de bombas, junto a su alto compañero.

—¡Mil bombas! — exclamó Bud — ¡Bravo, Wagger!

Mientras gritaba, los alemanes iniciaron un avance; Wagstaff empezó a hacer juegos malabares con las bombas y los hizo detenerse, asustados, enseguida.

—¡Alto! — rugió nuevamente. — ¡Tiren los rifles o los hago volar, junto con toda la aldea. Si me tiran lo mismo ocurrirá; conque, cuidado con los gatillos.

Los alemanes permanecieron inmóviles, temiendo que el intrépido prisionero pudiera cumplir su amenaza. El general estaba pálido y balbuciente de cólera; pero no se le ocurría nada para poner término a la situación.

—¡Somos los reyes del castillo! — exclamó Bud, riendo debilmente — Wagger, la idea fué brillante... Pero ahora... ¿qué vamos a hacer? Los come salchichas no pueden moverse; pero... nosotros tampoco. ¿No tienes algún truco más bajo capa?

Wagstaff no contestó. A decir verdad él mismo no sabía lo que harían.

Entretanto, el ataque próximo a las líneas se volvía cada vez más violento. Empezaron a llover granadas y el ruido de las explosiones estremecía la pila sobre la cual estaban parados.

Sonaron campanas... campanas que anunciaban un ataque de gases. Salieron hombres de sus alojamientos, poniéndose las máscaras y echaron a correr, guiados por los gritos de los oficiales, hacia las líneas.

Se había hecho un llamado general de emergencia, desde las trincheras. Todos los hombres disponibles eran solicitados para repeler el ataque.

Los tres que estaban sobre la pila de bombas miraban al general y su grupo, pensando qué harían.

EL ATAQUE BRITANICO

Como tres semanas antes de esta pequeña escena en la aldea alemana, a John Henry Dent se le había ocurrido una idea.

John Henry tenía ideas tan a menudo como una chancha gatitos; pero ésta valía por muchas e iba a cambiar el curso de su vida.

Tres semanas antes había emprendido, con los otros aquel viaje a Alemania. Y como hablaba muy mal el alemán, inventó un medio para tener que hablar lo menos posible.

Llenó su pañuelo con pimienta para que si un alemán le hacía una pregunta pudiera sacar el pañuelo y hacer al hombre estornudar violentamente. Luego terminarían las preguntas y respuestas. John Henry sólo había usado su pañuelo en una ocasión, quince días antes y, desde entonces, yacía completamente olvidado en un bolsillo de su chaquetilla.

Ahora, mientras estaba parado sobre el montón de bombas observaba a los grupos de soldados que corrían hacia las líneas, comprendió que él y sus compañeros se encontraban todavía en situación muy peligrosa.

Por lo que el joven Dent veía, Wagstaff parecía tener intenciones de quedarse parado sobre la pila de bombas hasta el fin de la guerra. No se atrevía a moverse de allí porque los alemanes le harían fuego. Ninguno de los bandos tenía ventaja sobre el otro ni podía hacer movimiento alguno.

Entretanto, las granadas empezaban a llover abundantemente alrededor. En cualquier momento podía una caer sobre el montón de bombas y los enviaría a todos hacia el cielo.

Un fragmento de metralla podía también herir a Wagstaff y al dejar caer las bombas el resultado sería el mismo.

Mirada en general, la perspectiva era inquietante... muy inquietante. John Henry llevó instintivamente la mano al bolsillo, sacó el pañuelo y empezó a enjugarse la frente sudorosa. Como es natural lanzó un estruendoso "¡atchis!".

Estornudaba convulsivamente y se tambaleó en el paroxismo, chocando contra uno de los brazos extendidos de Wagstaff. Wagstaff no estaba preparado para eso y sus músculos se aflojaron.

Dejó caer una bomba.

Los soldados alemanes que los rodeaban pegaron un salto. Gritaron y saltaron en el mismo momento, agachándose y echando a correr en la dirección que quedaba más a mano. El general corrió con ellos. En verdad el general resultó ser un corredor de primera y, si no hubiese sido porque tropezó con la espada y cayó en un montón de barro, hubiera batido el record de las cien yardas.

Quizá es innecesario agregar que los tres británicos echaron también a correr. Por un brevísimo instante, Wagstaff se quedó mirando estúpidamente la bomba, como si no pudiera comprender lo que había ocurrido. Pero Bud, como una catapulta, le pegó tremendo empujón, haciéndolo bajar de la pila. Al mismo tiempo, el joven Atlee agarró al convulso John Henry por el cuello del saco,

—¡Corre! — Le gritó. — ¡Levanta los cascos y dispara! No tenemos más que cinco segundos para salvarnos de volar sin aeroplanos.

Wagstaff había caído largo a largo, debido al empujón. Se levantó como una pelota de goma. El también agarró a John Henry, incapaz de valerse debido a su crisis de estornudos. Y con Bud del otro lado, echó a correr por la calle de la aldea, en dirección a una puerta, a menos de cinco yardas

Las bombas estallaron en el preciso momento en que los tres Angeles llegaban a la puerta y la explosión los ayudó en el viaje con considerable fuerza.

La pila de bombas se convirtió en una ola de llamas, blanco-amarillentas y resonó un estruendo como si en el cielo hubiesen reunido todos los truenos para soltarlos en el mismo punto.

Los soldados alemanes, que no habían llegado del todo a refugio, lo hicieron ahora con sorprendente rapidez, al agarrarlos por detrás la explosión y levantarlos del suelo.

Por un par de segundos el aire de la aldea se volvió pesado de fragmentos de acero. Luego todo quedó obscurecido por una mortaja de humo acre que se elevaba del enorme agujero que las bombas habían hecho.

Los que no estaban cerca del lugar del suceso creyeron, naturalmente, que la explosión había sido provocada por una granada británica. Buscaron refugio sólo mientras duraron los ruidos de la explosión y luego siguieron corriendo hacia las líneas, donde el ataque de los británicos era ahora furioso.

Reinaba confusión por todas partes. Las calles estaban llenas de hombres que corrían y nadie se detenía a hacer preguntas. Cada hombre agarraba el arma que tenía más a mano y corría a rechazar el ataque.

Tres tipos, algo desgreñados, con las ropas en desorden, se unieron a la corrida general. Uno de ellos tenía monóculo y expresión fatigada. De tiempo en tiempo trataba de detenerse y estornudar; pero sus dos amigos lo arrastraban implacablemente.

Nunca supieron que había sido del general y sus compañeros. Es más que probable creyeran que los tres espías habían perecido en la explosión. Pero aún suponiendo que hubieran logrado escapar, pocas probabilidades tenía el general de encontrarlos en aquella confusión

Los tres Mosqueteros corrían en la misma dirección que todo el mundo. Y llegaron a las trincheras con una multitud de soldados que eran conducidos a la línea de fuego por oficiales que gritaban y esgrimían revólvers.

Mientras los tres se inclinaban sobre el parapeto, Wagstaff habló entre dientes.

—Procuraremos no separarnos — murmuró — Tenemos el Tratado y no hay más que dejarnos hacer prisioneros por nuestros camaradas. Tiren al aire; por encima de la cabeza de cualquiera a quien vean atacar. Tenemos que fingir que cobatimos por Alemania, si no alguno de estos oficiales podría sospechar algo y dejarnos secos de un tiro de revólver.

—Te comprendo — dijo Bud. — Sin embargo, la idea no me seduce del todo. Llevamos uniformes alemanes y, cuando nuestros compañeros ataquen, naturalmente matarán a cuanto alemán encuentren. No estarán de humor para hacer prisioneros.

John Henry quiso hablar; pero estornudó convulsivamente y se perdieron sus palabras. Entretanto, las de Bud resultaron desagradablemente ciertas.

El fuego de los británicos era ahora intenso y los hombres caían como moscas.

Los cañones retumbaban y enviaban mortífero fuego a través de la desgarrada extensión de la Tierra de Nadie. En cualquier momento se levantaría la barrera y los británicos llegarían, en una ola color kaki, coronada por bayonetas brillantes.

La barrera fué levantada y el avance se produjo antes de que los tres amigos pudieran cambiar más palabras. Habían recogido rifles durante la carrera y hacían fuego febrilmente con el resto de la compañía, en la trinchera al m na.

Pero tiraban, por lo alto, al montón de hombres que salió gritando de las trincheras y echó a correr hacia las líneas alemanas.

—¡Fínjanse heridos! — les dijo Wagstaff — Lancen un grito y déjense caer. Es nuestra única esperanza.

La esperanza no era muy grande; pero se agarraron a ella y los tres "murieron" con variado realismo.

Bud lanzó una tos ahogada y se desplomó muy profesionalmente. Wagstaff simplemente rodó sobre sí mismo y quedó inmóvil en el fondo de la trinchera, boca abajo.

Pero el que tuvo fin más patético y teatral fué John Henry. Se agarró de pronto el pecho, como si se lo hubiera traspasado una bala. Se dió vuelta lentamente y cayó de rodillas, con los ojos vueltos al cielo y expresión de infinita paz en el rostro. Aquella expresión fué, sin embargo interrumpida, debido a que, inadvertidamente, sentose sobre la bayoneta de Wagstaff. Volvió a la vida con grito alarmantemente sano.

Por suerte todos estaban demasiado ocupados para reparar en semejante detalle.

John Henry procedió a expirar del modo normal, sólo que, de cuando en cuando, se frotaba furtivamente el sitio herido, mientras yacía "muerto".

El avance británico se produjo.

Se produjo con un chocar de aceros contra aceros, de gritos salvajes, de corridas. Muchos pies pasaron por encima de los tres "cadáveres".

¡DESAPARECIDO!

El combate fué furioso durante cinco minutos y las granadas de mano estallaban indistintamente entre ambos bandos. Era un combate a muerte y los tres jóvenes, que permanecían lo más inmóviles posible, bajo la refriega, sólo podían orar para que vencieran sus compatriotas.

Entretanto, John Henry advirtió algo muy importante. Un fragmento de metralla había desgarrado el saco de Wagstaff y el precioso Tratado asomaba por la abertura.

Furtivamente extendió la mano y trasladó el precioso documento a su bolsillo, murmurando lo mejor que pudo entre el espantoso ruido. Wagstaff lo oyó y asintió imperceptiblemente con la cabeza.

Había sentido el desgarrón de su bolsillo; pero, por temor de que algún alemán se fijara en él, no se atrevió a moverse. La acción d John Hnry fué para él un alivio.

Cuando se extinguió el fragor de la lucha, algunos minutos después, el alivio que experimentaron fué aún mayor.

La ola de atacantes había pasado sobre la trinchera y se concentraba nueva sobre una línea de apoyo, a pocas yardas de distancia. Entretanto, los Tommies británicos reunían a los pocos prisioneros alemanes que habían tomado en el combate cuerpo a cuerpo. A estos se añadieron voluntariamente los tres amigos. Por el momento, era inútil decir quienes eran o lo que había ocurrido. En el caos general y el alboroto que seguiría a un ataque triunfante, nadie haría mucho caso de prisioneros alemanes, hablaran o no inglés.

Por consejo de Wagstaff, los tres permanecieron callados y finalmente fueron conducidos hacia las líneas de apoyo británicas por un fornido sargento y un par de Tommies, cubiertos de barro.

Una vez detrás de las líneas de apoyo, sin embargo, los prisioneros fueron hechos formar en grupos para un corto interrogatorio, antes de ser llevados a las "jaulas" oficiales.

Luego fueron conducidos a un subterráneo, donde un joven oficial, de cara rosada y expresión severa, estaba sentado sobre un cajón de huevos, vacío, dispuesto a obtener de los prisioneros los informes que pudiera.

—¡Alto! — rugió el sargento. — ¡Sáquense los sombreros, palurdos! Están hablando a un oficial.

Los "palurdos" se descubrieron y el oficialito empezó a hablarles en dificultoso alemán.

—Son ustedes bávaros ¿no? — preguntó mirando las insignias de sus chaquetillas, que proclamaban un regimiento de aquel distrito.

—¡No! — sonrió encantado John Henry — simplemente británicos, mi querido Bunny. Pero pedazo de conejo orejudo ¿no te acuerdas de mí? ¡Si eras mi compañero de banco en la escuela! ¿Siempre te pellizcas la nariz como tenías por costumbre hacerlo?

El oficial casi se cayó del cajón y era evidente que el pellizcarse la nariz constituía en él un hábito nervioso que hasta el asombrado sargento sonrió.

—Soy Dent — anunció John Henry — ¡Por Dios, Bunny! (Conejito) ¿dónde tienes los ojos? Soy John Henry Dent y estos dos compañeros míos me han ayudado a ejecutar un pequeño trabajo de espionaje en Alemania. Por eso nos dejamos tomar prisioneros.

El oficial se repuso con esfuerzo y miró con severidad al sargento que se puso solemne y se echó el rifle al hombro. a manera de disculpa.

—¡Cielos! — dijo el sonrosado joven — Sí, te recuerdo bastante, Dent. Ya me pareció vagamente familiar tu cara, cuando entraste. Pero... ¿qué demonios de historia es esa? ¿Quiénes son esos hombres que te acompañan?

John Henry empezó alegremente a explicárselo; pero en medio del relato, el joven oficial envió al sargento a buscar al coronel y al segundo comandante.

Estos dos caballeros llegaron precisamente en momentos en que terminaba la historia; de manera que John Henry tuvo que volverla a contar de cabo a rabo.

John Henry no era buen narrador. Cuando contaba algo, habitualmente tenía que interrumpirse cada tres frases y volver atrás, para explicar algo que se le había olvidado. Como estaba tan excitado, lo hizo ahora peor que nunca y los oficiales superiores siguieron con cara de banco.

Cuando el relato terminó, el coronel erizó los mostachos y miró a su segundo con expresión francamente incrédula.

—Todo esto me parece muy fantástico — dijo — Con todo... — se volvió al oficial — ¿usted dice que reconoce a este hombre, señor Rabbadge?

—Sí, señor — contestó el oficial — Ciertamente estuvo en la escuela conmigo. Sé que en eso no hay error.

El coronel movió afirmativamente la cabeza.

—¡Bien! — dijo. — Pero, desgraciadamente, hay ingleses que han trabajado traidoramente para el enemigo. Necesitamos pruebas, antes de ir más adelante.

Cruzó las manos a la espalda y se dió vuelta para mirar a John Henry.

—Veamos ese tratado de que habló — le dijo — Luego podremos hacer más averiguaciones respecto a ustedes.

—¿El Tratado? — dijo John Henry alegremente, — metiendo las manos en sus bolsillos. — ¡Cómo no! ¡Cómo no! ¿Quiere ver el viejo e interesante Tratado? Bueno, aquí está, mi querido y viejo señor. Espere un momento... pensé que lo tenía en este bolsillo.

Buscó en el otro y sonrió brillantemente.

—Espere un minutito, se que lo tengo

Buscó en todos los bolsillos. Una ligera traspiración humedeció su frente. Se sacó la chaquetilla y la sacudió. Buscó en los bolsillos del pantalón, volvió hacia afuera los forros. Finalmente levantó la vista con expresión perpleja y sacudió la cabeza.

—¡Querido y viejo señor, — dijo — ha ocurrido una desgracia! ¡Maldición! No puedo encontrar ese Tratado del infierno. Y se que lo tenía.

En los ojos del coronel había vaga expresión risueña; pero su cara era de piedra.

—¡Ah! — dijo, como si hubiera esperado eso todo el tiempo.

Bud miró a Wagstaff.

—¡Estamos frescos! — dijo — El viejo coronel no nos cree. Nos supone traidores. Y ahora sí que nuestra aventura tendrá un divertido fin. Después de haber escapado a tantos peligros, seremos fusilados por nuestros compatriotas. ¡Qué vida!

(Continuará)

Raúl de Lancaste

(Continuación)

VENID — dijo el comendador con imperioso tono.

—Perdonad — respondió doña Luz — no puedo seguiros.

—¿Aun me desobedeceréis?

—Desde hace una hora hay para mí otra autoridad mayor que la vuestra.

El caballero sintió afluir a su cabeza toda su sangre.

La ira le devolvió las fuerzas que había perdido.

—¿Qué estáis diciendo, desdichada? — replicó. — ¿Quién en la tierra puede ser para vos antes que vuestro padre?

—Mi esposo.

—¡Vuestro esposo!...

—Sí.

Rugió Quiñones y apretó desesperadamente los puños, fijando en su hija una mirada ardiente y amenazadora.

—Ahora — repuso doña Luz — me sobra el valor para todo; el sacerdote acaba de unirme al hombre a quien amo, y sólo a ese hombre pertenezco.

—¡Oh!...

—Habéis llegado tarde, padre mío.

—¡Tarde!...

—Ya soy la esposa de Raúl de Lancaste, soy esposa del padre de mi hijo.

Los ojos del comendador relumbraron como dos luces y se abrieron como si fuesen a saltar de sus órbitas.

Un segundo rugido se escapó de su pecho.

—Ya lo veis — añadió la joven, — hecho está lo que no pueden deshacer los hombres... ¿Qué conseguiréis con atormentarme?

—No importa — dijo al fin el comendador, — seréis esposa del miserable que manchó mi honra; pero no volveréis a verlo: estáis en mi poder...

—Sí, en vuestro poder en este instante; pero me dejaréis en libertad.

—¡Vana esperanza! ¿Acaso no me conocéis, señora?

—Sí; ya sé por experiencia que sois severo hasta la crueldad...

—¡Doña Luz!...

—Pero me salvará vuestra propia conveniencia, me salvará el miedo que tenéis de que el mundo os acuse, os desprecie...

—¿Qué haréis, desdichada?

—Matadme, padre mío, matadme, porque es el único recurso que os queda para triunfar.

—No, no os mataré, aunque mucho más que la muerte merecéis.

—Entonces, dejadme.

—¡Que os deje!... Antes consentiría morir.

—El padre no puede tener más derechos que el esposo.

—Habréis de probar esa unión.

—La probaré.

—Y aun así...

—Vos tendréis también que probar que sois mi padre.

—¿Me sería muy difícil?

—Confesad que no he muerto, y entonces...

—¡Ah!...

—¿No me reconoceréis por vuestra hija?

—No — replicó Quiñones sin saber lo que decía.

—Si no soy vuestra hija, ¿cuál es vuestra autoridad, cuáles vuestros derechos?

Este dilema no podía ser más terrible para el comendador; la lógica de doña Luz no podía ser más severa.

Reclamar sus derechos de padre era confesar el caballero sus abusos y sus falsededes; sostener que su hija había muerto era reconocer que ningún derecho tenía sobre aquella mujer.

¿A qué medio recurrir en semejante situación?

Forzoso era transigir.

—Pensadlo bien — dijo la joven.

—Raúl de Lancaste está en mi poder...

—¡Dios mío!...

—Soy en este momento dueño de su vida.

—¡Ah!...

—Si quieres salvarlo, renuncia a verlo, vuelve a tu celda...

—No.

—El verdugo espera a tu esposo.

—Imposible, imposible — replicó doña Luz, haciendo inauditos esfuerzos para sostenerse.

—¿Lo dudas?

—Raúl no está en vuestro poder, es imposible, porque lo protege Martín; es imposible, porque Martín me ha jurado salvarlo, y lo salvará.

—Te engañas, te han engañado...

—No.

—Ese loco mancebo cree que todo lo puede; pero por esta vez se ha equivocado.

—Una prueba, dadme una prueba de que yo no pueda dudar; traedme a Raúl atado y entre esbirros y me convenceré.

El comendador se mordió los labios y apretó los puños con desesperación.

—Eso — replicó — sería lo mismo que aceptar yo la ofensa que me haces al poner en duda mis palabras.

—Pues bien; los dos moriremos, porque sin mi esposo no quiero la vida; pero no me sacaréis de aquí sino haciendo uso de la fuerza.

—Has perdido la razón...

—Si estoy loca, ¿qué esperáis de mí?

—Señora...

—Padre mío; aquí junto a la tumba de mi desdichada hermana Rosa...

—¡Tú también!

—Sí; yo también conozco ese horrible secreto...

—¡Silencio, silencio! — gritó Quiñones con voz destemplada.

Y se pasó las manos por la frente, que tenía empapada en frío sudor.

—Yo también — repuso la joven — sé que, como Raúl de Lancaste, vos abusastéis de la inocencia de una pobre mujer...

—¡Silencio, silencio!...

—La deshonrasteis...

—¡Oh!...

—Pero en vez de lavar la mancha que habíais echado sobre aquella honra, en vez de amparar y de dar vuestro nombre al fruto de vuestro criminal extravío, como ha querido hacer Raúl y ha hecho...

—Basta, basta, o no respondo de mí.

—He concluído.

—Decidid, señora.

—He decidido ya.

—Recurriré a la fuerza.

—Atreveos — replicó enérgicamente doña Luz.

—¿No me seguiréis?

—Antes que vos me iré — dijo la desgraciada joven.

Y dió algunos pasos hacia la puerta.

El comendador volvióse para seguirla y detenerla; pero en aquel instante apareció Martín, diciendo con calma:

—Esperad un momento, comendador.

Y se colocó entre éste y doña Luz.

Quiñones llevó su convulsiva diestra a la espada, diciendo:

—No, ahora no sucederá lo de siempre: a pesar de las prohibiciones del rey, aunque hubiera de caer sobre mi cabeza la cuchilla del verdugo os mataré si no me matáis.

—Nunca — replicó el hijo de Nicasia, — nunca, caballero, he rehusado el honor de cruzar mi espada con la vuestra.

—Y si os negaseis...

—No me negaré; pero a su tiempo...

—Ahora mismo.

—Supongo que no creeréis que soy cobarde, porque ya sabéis que más de una vez he jugado la existencia; pero en estos momentos...

—Os mataré.

—Dejándome antes que termine algunos asuntos de grandísimo interés. Me aguarda Raúl de Lancaste...

—No saldréis de aquí sino después de haberme atravesado el corazón.

—Primeramente — repuso Martín con calma, — debéis pensar que el hombre propone y Dios dispone, y luego he de advertiros que no he venido para batirme con vos, sino para que vuestra hija pudiera salir, lo cual ha hecho, según podéis ver.

Efectivamente, doña Luz, favorecida por la oscuridad y por el trastorno de su padre, había salido del panteón.

Quiñones rugió como un tigre, desenvainó la espada y se lanzó sobre el mancebo.

Empero éste, con prodigiosa ligereza, dió un salto, salió también y cerró tras sí la puerta, echando la llave y guardándola.

Luego acercó los labios al ojo de la cerradura y dijo:

—Caballero, buscábais a vuestra hija, y con vuestra hija os dejo.

Y sin detenerse subió la escalerilla y fué a reunirse con sus amigos, que lo esperaban ansiosamente en la sacristía.

Todos exhalaron una xclamación de alegría y de sorpresa y contemplaron con admiración al mancebo.

—No os entusiasméis todavía — dijo éste.

—El comendador — replicó don Juan — ha cometido la torpeza de venir solo y tenemos franca la salida.

—¿Habéis hecho lo que os dije? — preguntó Martín a los dos sirvientes.

—Sí — respondió Juan, — hemos salido y no se encuentra alma viviente por estos alrededores.

—Entonces, aprovechemos el tiempo.

—Sí, vamos, vamos.

No era ocasión de detenerse a dar más explicaciones.

Salieron todos de la sacristía y pocos momentos después se despedían del sacerdote y se encontraban en la calle.

—¿Y mi padre? — preguntó entonces doña Luz.

—Empezaba a olvidarme de él... Voy a sacarlo de su encierro.

—No — dijo el cura, — yo lo haré dentro de una hora.

—Guardo la llave...

—Dámela.

—No, padre mío, porque el buen comendador está fuera de sí, y si a nadie encuen-

tra más que a vos, es posible que cometa una locura.

—Como es locura que te quedes.

—Nadie vendrá a buscarnos, porque encerrado el comendador, ¿quién ha de llevar al rey la noticia de lo que ha sucedido?

—Su antiguo criado...

—No debe saber nada, porque si hubiera estado con él, también habría venido.

—Sin embargo...

—Nada temáis, padre mío.

—Martín...

—Quiero quedarme y me quedaré — replicó resueltamente el mancebo.

Y dirigiéndose a los otros añadió:

—Cada cual por su lado: ya se ocultó la luna y os favorece la obscuridad. Madre mía, antes de una hora estaré a vuestro lado: esperadme tranquilamente.

Alejáronse los que habían salido, y Martín volvió con el sacerdote a la sacristía.

—Presiento una nueva desgracia — dijo tristemente el anciano.

—Ya veréis cómo es vano vuestro temor.

—¡Ah!...

—¿No habéis extendido la partida de casamiento?

—No.

—Pues hacedlo y después daremos libertad al comendador.

El sacerdote se sentó, tomó la pluma y quiso escribir; pero le fué imposible porque sus manos temblaban convulsivamente.

—Padre mío — dijo Martín, — hagamos lo que siempre: dictad, yo escribiré y vos firmaréis. Estoy completamente tranquilo y nunca he tenido el pulso tan firme.

Hiciéronlo así.

El mancebo no exageraba, y la pluma corrió con seguridad y velozmente sobre el papel.

Lector, nos vemos precisados a dejar al cura y a su protegido y a retroceder al punto en que nos separamos del alférez, porque es indispensable que digamos lo que éste hizo y los resultados que dió.

Capítulo LXXVIII

NUEVOS APUROS

El nombre del comendador le sirvió al alférez para llegar hasta la cámara real.

Felipe lo recibió inmediatamente.

No necesitó el monarca más que mirar el rostro lívido y desfigurado de Andrés para convencerse de que algo muy grave sucedía, y le preguntó:

—¿Se ha burlado otra vez de vos el señor Martín?

—De mí, no, señor; pero sí de la priora de Santo Domingo.

—Explicaos — dijo fríamente el rey.

—Hace tres días entró en el convento una novicia, y esta noche se ha fugado con doña Luz.

—Más o menos tarde, eso había de suceder porque los amigos de doña Luz valen mucho.

—Señor, la novicia no era tal.

—Lo supongo.

—Era el hijo de Nicasia...

—¡Ah!...

—Lo hemos tenido allí...

—Consolaos con eso — replicó rápidamente el monarca.

Andrés se mordió los labios.

—¿Qué más? — preguntó el rey.

—Ya se habrán reunido con Raúl de Lancaste — respondió el alférez.

—Fácil es adivinarlo.

—Si encontramos a doña Luz...

—Comprendo.

—Mi señor, para aprovechar el tiempo, ha ido a San Justo.

—Supongo que los fugitivos no se habrán ocultado allí; pero si así lo han hecho, estad seguro de que se burlarán de vosotros.

—No puede suceder otra cosa — repuso Andrés, que difícilmente se dominaba. — La vida de ese niño es inviolable para nosotros, y para apoderarse de él se necesitan muchos hombres que lo sujeten y no espadas que le amenacen cuando no han de herirlo.

—¿Tenéis esperanzas de encontrarlo esta noche?

—La tengo señor.

El rey tomó un papel y una pluma y escribió algunas palabras.

—Tomad — dijo luego. — Ahora encontraréis en su casa a don Roque de Mejía.

—¡Oh!... No quedará piedra sobre piedra...

—Si no encontráis a los criminales, de nada os acusaré; pero si cometéis alguna torpeza...

—Señor...

—No podréis excusaros por falta de auxilios.

—Gracias.

—Quiero saber el resultado a cualquier hora.

—Vendré.

Salió el alférez y corrió sin descanso hasta llegar a la morada del alcalde, que aquella noche trabajaba y aun no se había acostado.

—Señor don Roque, tomad — le dijo Andrés, entregándole el papel que había recibido del rey.

Leyó el alcalde y su frente se contrajo.

—¿Qué queréis? — preguntó.

—Vuestro auxilio.

—¿Para qué?

—Para prender a Raúl de Lancaste, a Nicasia y su hijo.

—Sabéis dónde están?

—Lo sospecho.

—Poco es eso.

—Nada perderemos si no los encontramos.

—¿Y dónde sospecháis que se encuentran ahora?

—En San Justo.

—¿Hemos de profanar el templo?

—Registrar la vivienda del cura, y si preciso fuese la iglesia también.

—Lugar sagrado...

—Raúl de Lancaste es reo de Estado, y, por consiguiente, está exceptuado de la gracia que se concede a los demás criminales que se refugian en el templo.

—Sí — replicó el severo don Roque, que no se daba fácilmente por vencido; — pero antes de sacar de la iglesia a un reo de Estado hay que llenar otras formalidades.

—Lo manda su majestad...

—¡Oh!...

—Y perdemos el tiempo...
—Ya veremos lo que ha de hacerse.
—¿No venís?
—Iré.
—¿De cuántos hombres podéis disponer?
—De ocho.
—Vos, nueve, mi señor, diez; yo, once...
—¿Es bastante?
—Creo que sí.
Don Roque, sin apresurarse tanto como Andrés hubiera querido, llamó y mandó que se preparasen los ocho alguaciles que habían de acompañarlo.
Luego, con una calma que desesperaba al alférez, tomó su capa y su sombrero, ciñó la tizona y empuñó la vara.
—¿Estáis ya dispuesto? — preguntó Andrés con impaciencia.
—Testigo sois de que no me ocupo de nada que no sea necesario.
—Vamos, pues...
—Vamos.
Salieron de la casa con los ocho alguaciles, que llevaban dos linternas.
¿Llegarían a tiempo?
Por Raúl y Nicasia nada debemos temer porque ya sabemos que se habían ido sin encontrar ningún inconveniente.
¿Y Martín?
En aquellos momentos escribía en el libro la partida de casamiento.
Cuando hubo terminado, se puso en pie y dijo:
—Creo que ya podemos dejar libre al comendador.
—Dame la llave — dijo el sacerdote.
—Perdonad, padre mío...
—Ya que te empeñas en quedarte hasta que el comendador se haya ido, déjame al menos que yo sea la primera persona que se le presente después de lo que ha sucedido.
—Nada temáis.
—Aunque nada deba temer, lo quiero así; no te obstines...
—Tomad — dijo el mancebo, entregando las llaves al anciano.
Este se dirigió al panteón, abriendo y entrando mientras decía:
—Caballero podéis salir cuando gustéis.
Quiñones no se había movido del sitio en que lo dejamos; pero su actitud era muy distinta.
Había envainado la espada, tenía las manos sobre el pecho como si quisiera contener las violentas palpitaciones de su corazón, y en su rostro, más que la ira, se pintaba el terror.
Estremecióse convulsivamente al oír la voz del cura, lo miró un instante, y haciendo un esfuerzo doloroso, murmuró:
—Vamos.
Dirigióse hacia la puerta y salió.
Sus pasos eran vacilantes y sus movimientos inseguros.
No había más que mirarlo para conocer que se habían debilitado sus fuerzas, hasta el punto de que difícilmente podía sostenerse.
El cura lo miró con expresión compasiva.
Sin pronunciar una palabra más subieron la escalerilla, atravesaron el pasillo y entraron en la sacristía.
—Caballero — dijo Martín, — ya he terminado mi obra: aquí me tenéis a vuestra disposición.
Quiñones desplegó una sonrisa profundamente amarga y replicó:
—No sé si antes estaba mi razón trastornada o si es ahora cuando estoy loco: lo único que puedo asegurar es que me han destrozado el alma, y temo que aun me la destrocen más.
—Vos mismo os la destrozáis, porque en vez de buscar un remedio a vuestros dolores los aumentáis vos mismo. Reconozco que para vos debió ser un golpe el más terrible la debilidad de vuestra hija; pero...
—No hablemos de lo que ha sucedido — interrumpió Quiñones. — sino de lo que pueda suceder.
—Como gustéis.
—¿Conocéis los proyectos de mi hija?
—Creo que sí.
—¿Queréis revelármelos?
—No tengo ningún inconveniente.
—Hacedlo, y os lo agradeceré.
—¿Dudáis del cariño de vuestra hija?
—No lo sé.
—¿No le reconocéis nobleza de sentimientos, una abnegación sin igual?
—También lo ignoro.
—Otra mujer en su situación reclamaría sus derechos, no pensaría más sino que era madre y esposa..
—¿Y ella?...
—Sabrá morir antes que acusar a su padre; no lo acusará, si para defenderse no se ve por su padre obligada. Raúl de Lancaste está perseguido y tendrá que salir de España si no ha de ser una de tantas víctimas de la arbitrariedad cruel de Felipe II. Vuestra hija lo acompañará con un nombre supuesto, y yo, o mis amigos, nos ocuparemos de buscar a la infeliz criatura cuyo paradero ignoramos.
—¿Y se resignará a guardar siempre el secreto de su existencia?
—Espera que el tiempo resuelva esta cuestión, o más bien que el tiempo, lo hagáis vos mismo.
—¡Yo!...
—Vuestra conciencia, caballero.
—¡Mi conciencia! — murmuró con voz sorda Quiñones.
Iba Martín a replicar; pero se interrumpió, porque se oyeron repetidos y muy recios golpes, descargados sobre la puerta que daba entrada a la vivienda del cura.
—¡Dios mío! — exclamó el anciano poseído de terror.
—¿Vienen otra vez a buscarnos? — dijo Martín, frunciendo las cejas.
—Antes que todo — repuso el comendador — soy caballero. Si yo no os hubiera detenido para preguntaros lo que sólo a mí me interesaba saber, ya no estaríais aquí. Mía es, pues, la culpa de que os encuentren. Debíais estar en salvo y estáis perdido.
—¿Qué importa? — replicó el mancebo, encogiéndose de hombros. — Dios me protegerá, como me ha protegido siempre.
Los golpes se repetían cada vez con más fuerza.
—Debe ser Andrés — dijo el comendador.
—Me alegro.
—Si viene solo, nada debéis temer, porque

yo le mandaré que os deje en libertad, y me obedecerá.

—Caballero...

—Vos sois quizá la causa de todo lo que he sufrido, porque sin vos no se hubiera conocido el secreto de mi intriga; pero a pesar de todo eso...

—Perdonad — interrumpió Martín, — el alférez se impacienta, y es preciso abrirle para evitar que rompa la puerta.

—Temo que venga con don Roque de Mejía, en cuyo caso...

—Nada podéis hacer por mí, porque el buen alcalde tendrá que cumplir su deber.

—¡Oh! — exclamó Quiñones apretando los puños con desesperación. — Nunca me perdonaré el haberos detenido...

—Tranquilizaos, que todo se arreglará. Vuestro criado vendrá probablemente con buena escolta de gente de justicia.

—¿Queréis la ayuda de mi espada?

—Vuestra espada no debe desnudarse contra los que representan al rey.

—Estoy loco, estoy loco...

—Todas las puertas estarán guardadas— murmuró Martín, como si hablase para sí. — ¿Por dónde saldré?... No encuentro medio...

—Entra en la iglesia.

—Para qué, si esa canalla nada respetará.

—Yo haré que la respeten — dijo el anciano sacerdote.

—Abrid, padre mío, abrid y dejad que entren, y mientras...

—¿Qué harás?

—Lo pensaré.

—¡Ah!...

—Abrid, abrid, que los golpes me incomodan.

Después de lo que había hecho Martín, era forzoso respetarlo y obedecerlo.

El sacerdote tomó una luz, salió de la sacristía y acudió a los que llamaban, abriendo y encontrándose con don Roque, el alférez y los alguaciles.

—¿A quién buscáis? — preguntó.

—Padre, perdonad — respondió el alcalde; — pero tengo que cumplir un penoso deber.

—Supongo a lo que venís.

—Entonces...

—Entrad, que en la sacristía tenéis a una de las personas a quienes buscáis.

—¿A quién? — preguntó vivamente el antiguo escudero.

—Al hijo de Nicasia.

—¡Ah!...

—No os alegréis tan pronto, porque aun no habéis tenido el placer de verlo encerrado.

—Vamos, señor don Roque, vamos...

—Entrad, entrad.

El alcalde y el alférez entraron, seguidos de cuatro alguaciles.

Los otros cuatro quedaron guardando las puertas para que nadie pudiera salir.

Llegaron a la sacristía.

—¡Aquí lo tenemos! — gritó Andrés, fijando una mirada ardiente y de profunda alegría en el mancebo.

Y todos quedaron luego inmóviles y mudos por algunos instantes.

El rostro de don Roque palideció. No podía ocultar su profundo disgusto.

El sacerdote se dejó caer de rodillas y exclamó:

—¡Inspiradlo, Dios mío, inspiradlo y socorredlo!

Martín cruzó los brazos y fijó una mirada desdeñosa en el alférez.

—Esperamos vuestra decisión — le dijo éste. — Todas las puertas están bien guardadas, y por consiguiente, es inútil que intentéis salir.

—Lo sé — replicó tranquilamente el mancebo.

—Sin necesidad de mataros, podemos fácilmente apoderarnos de vuestra persona.

—Ya lo veo.

—Sin embargo, si queréis cometer la locura de resistir...

—No la cometeré.

—Somos siete aquí...

—Seis — dijo el comendador, que hasta entonces había permanecido silencioso, — seis no más, porque yo no ayudaré ni a los unos ni a los otros; seré mero espectador.

Andrés lo miró con profunda sorpresa.

—Por culpa mía — añadió Quiñones — lo encontráis aquí; aquí lo tenéis, porque se ha detenido para hacerme un favor...

—Comprendo replicó el alcalde, — y en vos, mi buen amigo, no me sorprende lo que hacéis.

—Raúl de Lancaste y María Nicasia están ya en salvo.

—Bien, señor, dad una prueba más de vuestra nobleza; pero dejadme obrar, porque tengo que cumplir las órdenes del rey.

—Obre la justicia y que Dios proteja al inocente — murmuró el comendador.

Y se sentó, resuelto a no moverse hasta que hubiera terminado aquella situación.

Don Roque dió un paso hacia Martín y le dijo con grave tono:

—En nombre del rey nuestro señor, daos preso.

—Supongo — dijo el hijo de Nicasia empezando a sonreír — que deberé entregar mi espada.

—Sí.

—Lo haré de buen grado; pero solamente al señor comendador, y a condición de que éste me prometa devolvérmela el día que me presente a pedírsela. Me ha prestado muy buenos servicios, es mi amiga fiel, y no renuncio a ella por nada del mundo.

—Si nada más que eso pedís..

—Nada más.

—¿Me lo prometéis, comendador?

—Os lo prometo.

—Ahora que no he de hacer uso de ella — repuso Martín quitándose la espada — me estorba... Tomad y guardadla bien, que no tardaré en reclamárosla.

Quiñones tomó la tizona.

—Como no os fiaréis de mí — añadió el mancebo dirigiéndose al alférez y a don Roque, — querréis llevarme atado.

—Sí.

—He ahí lo que me desagrada y sobre lo que tenemos que hablar.

—Podéis excusarlo — replicó Andrés, — porque será inútil; ya estáis desarmado...

—Pero aun no estoy en vuestro poder.

—No olvidéis...

—Que están guardadas las puertas, ya lo

sé, y que no puedo apelar al recurso de entablar una lucha con los que las guardan, porque ya he dejado mi espada.

—Entonces...

—Suponed, señor alférez, que ahora también encuentro un medio de burlarme de vos, o lo que es lo mismo, que cometéis la quinta torpeza.

—Basta ya.

—Aun no hemos comenzado.

—Apoderaos de ese mancebo loco...

—Una palabra no más — dijo Martín.

—¿Qué queréis?

—Despedirme de vosotros, porque me voy — repuso el hijo de Nicasia.

Y al decir esto dió un salto, yendo a parar al otro extremo de la sacristía, y echó a correr, desapareciendo por la misma puerta que conducía al panteón.

El alférez dejò escapar un rugido de cólera y se lanzó tras él.

Los alguaciles y don Roque lo siguieron.

Por fortuna, uno de los corchetes llevaba una linterna, y pudieron ver a Martín que seguía rápidamente por el pasillo.

Gritaron y amenazáronle.

Empero el joven no se detuvo.

Siguieron todos corriendo.

Martín se metió por otra puertecilla, y de tres en tres peldaños, con pasmosa agilidad, empezó a subir una estrechísima escalera de caracol.

La escalera no conducía más que al piso superior de la torre de las campañas.

La obscuridad no fué un inconveniente para el mancebo, porque conocía demasiado bien aquel sitio.

Sus perseguidores empezaron también a subir con bastante ligereza.

Llegó Martín en pocos segundos al último piso de la torre, que no tenía mucha elevación.

La oscuridad era completa en aquel sitio, porque ni la forma de la escalera ni la escasez de la luz que llevaban los alguaciles permitía que allí llegase ninguna claridad.

Las pupilas del mancebo brillaron como dos luciérnagas.

El espacio era bastante reducido.

No había puerta alguna que diese paso a otro aposento, ni hueco donde ocultarse.

¿Qué proyectaba el audaz mancebo?

Era imposible adivinarlo.

Sin medio alguno de salvarse, había decidido apelar a un recurso extremo, a uno de esos recursos a que se apela en la desesperación.

No podía perder un solo momento, porque los otros le darían alcance bien pronto.

Como sucede en la mayor parte de las iglesias, una de las campanas tenía una cuerda que introduciéndose por un pequeño agujero practicado en el suelo iba a parar al piso bajo, para que se pudiese tocar sin necesidad de subir.

Martín dió algunos pasos, agarró la cuerda, empezó a tirar y la sacó, arrojándola en seguida por la ventana a la parte exterior de la torre.

En aquel momento oyéronse las voces y los pasos de los otros a muy poca distancia.

—En nombre de Dios — dijo Martín santiguándose.

Y echó atrás la capa para que no le estorbase. púsose de un salto en la abertura donde estaba la campana, asió con ambas manos la cuerda, y sin detenerse a reflexionar un instante sacó el cuerpo fuera de la torre y quedó pendiente sobre lo que en aquellas circunstancias debía considerarse un abismo.

Todo esto fué ejecutado con mucho menos tiempo del que se necesita para referirlo.

No había pensado el mancebo en todos los inconvenientes que aquello ofrecía.

Si por un solo momento le faltaban las fuerzas, su cuerpo se haría pedazos sobre el pavimento de la calle.

Tampoco había tiempo de mirar si la cuerda estaba bien anudada, ni si su estado permitía resistir, sin romperse, el cuerpo de un hombre.

Y así como no había podido ocuparse de estas circunstancias, tampoco pensó si la cuerda sería bastante larga para llegar cerca del suelo.

A pesar de todo su valor y de toda su serenidad, una violenta sacudida nerviosa agitó los contraídos miembros del doncel.

Si no hubiera sido tan densa la oscuridad, hubiérase visto su rostro pálido y desfigurado y sus ojos abiertos como si fuesen a saltar de sus órbitas.

Su cuerpo se balanceó un segundo.

Luego empezó a descender, sosteniéndose con una mano mientras que cambiaba de sitio con la otra, porque el roce de la cuerda le abrasaba como un hierro candente y no podía resistirlo.

Este inconveniente hubiera podido evitarlo si antes hubiese envuelto las manos en el pañuelo o en un trozo de la capa, y así se habría dejado resbalar, descendiendo más rápidamente.

Ya era tarde para remediar la torpeza.

Sus perseguidores acabaron de subir y quedaron mudos de sorpresa al no encontrar al mancebo.

—¡Se ha ido! — exclamó desesperadamente Andrés.

—¿Por dónde? — dijo uno de los alguaciles. No hay ninguna puerta, ningún escondite..

—Por una de las ventanas — añadió otro

—¡Dios de Dios! — gritó Andrés fuera de sí.

Y se acercó a la ventana, asomándose, mientras sacaba un brazo con la linterna.

Nada pudo ver; pero sí se apercibió de que la cuerda estaba colgando por la parte exterior de la torre.

Dejó sonar un rugido.

Asió la cuerda y vió que estaba muy tirante.

—¡Por Satanás! — gritó el alférez, desenvainando la daga. — Antes que se escape, prefiero que se estrelle y que me ahorquen.

—¿Qué intentáis? — le dijo don Roque.

—¡Ira del infierno!... Dejadme.

Y acercó la daga a la cuerda para cortarla.

¿Se encontraba Martín a mucha distancia del suelo?

Tiempo había tenido para bajar, y, sin embargo, no lo había hecho.

¿Qué nuevo inconveniente había encontrado?

¿Qué le había sucedido?

El inconveniente era uno de los que antes hemos previsto.

Llegó al extremo de la cuerda y sus pies no tocaban al suelo.

Sus ojos, relumbrantes como dos ascuas, miraban afanosamente, pero le fué imposible ver si le faltaba mucho para llegar a tierra. En semejantes apuros se calcula con una rapidez inconcebible.

El desdichado mancebo pensó entonces que por la parte exterior tenía la torre más elevación que por la interior.

No se le había ocurrido semejante cosa.

La diferencia consistía en que el pavimento de la iglesia no estaba al nivel del piso de la calle, por lo cual había necesidad de subir los seis u ocho escalones de piedra donde se colocaban los mendigos.

A esta distancia, que podría ser de cuatro o cinco pies, había que añadir la que mediaba por la parte interior entre el suelo y el extremo de la cuerda, que para llegar a éste hubiera necesitado tener otros tres o cuatro pies más.

Ambas diferencias hacían una de bastante consideración.

Martín se detuvo.

¿Debía arrojarse a muerte o a vida?

No se decidió en los primeros momentos.

Sus músculos empezaban a adormecerse y a perder la fuerza, y sus manos, desolladas y doloridas, no podrían resistir muchos instantes.

Por su rostro corría en abundancia el sudor.

Aunque hubiera querido retroceder para entregarse a sus perseguidores, no le quedaban fuerzas para hacerlo.

Y cuando en estas dudas estaba y el infeliz pensaba en su pobre madre, despidiéndose de ella con el pensamiento, Andrés, trastornado, casi loco por la ira, puso el filo de la daga sobre la cuerda, hizo un movimiento...

La cuerda crugió...

El cuerpo de Martín cayó pesadamente, quedando inmóvil.

El ruido sordo que produjo, se apagó instantáneamente.

Ni dió un solo grito, ni exhaló una queja.

El alférez, cuyos ojos estaban inyectados en sangre, soltó una carcajada estridente y exclamó con acento de satánica alegría:

—¡Ah!... Me ahorcarán; pero antes tendré el placer de verlo hecho una tortilla.

—Y levantando la voz para que lo oyesen los que estaban en la calle, añadió:

—Apoderaos de él, y muerto o a medio morir, sujetadlo bien y tened mucho cuidado, porque si se os escapa os ahorcarán.

—¿Qué habéis hecho, desdichado? — gritó el alcalde, acercándose al alférez.

—Ya lo habéis visto.

—¿Qué habéis hecho?... ¡Oh!... ¿Sabéis quién era ese hombre?

—Un reo de Estado.

—Os habéis perdido...

—Pero ya no se burlará de mí.

Mientras así hablaban don Roque y Andrés, llegó hasta ellos el ruido de algunas voces de los corchetes que estaban en la calle; pero no entendieron lo que éstos decían.

—Vamos — dijo el alférez.

—Sí — respondió al alcalde: — vamos, pero antes dadme vuesta espada.

—¡Mi espada!

—Sí.

—¡Mi espada habéis dicho:...

—Vuestra espada, porque voy a llevaros a la cárcel

—¿Habéis perdido el juicio?

—Silencio.

—¡Don Roque!...

—¡En nombre del rey! — dijo el alcalde con severidad y presentando su vara.

Puede comprenderse cuánta sería la sorpresa del antiguo escudero, que quedó como aturdido.

—Por vos mismo — añadió don Roque — sé que su majestad había mandado terminantemente que se respetara la vida de ese mancebo: lo habéis matado y habéis desobedecido al rey; acabáis, pues, de cometer dos delitos muy graves, dos crímenes que estoy obligado a castigar: una desobediencia a la autoridad del monarca y un asesinato

—Bien — replicó al fin al alférez — El rey decidirá

—Sí, decidirá; pero entretanto cumpliré mi deber

—¿Es decir, que os empeñáis?...

—Si os negáis a obedecerme, haré uso de la fuerza; pues por quien soy os juro, señor Andrés, que vivo o muerto iréis desde aquí a la cárcel

El antiguo escudero sabía muy bien que don Roque no amenazaba en vano, y, por consiguiente, excusó replicar y se quitó la espada, entregándola, mientras sus ojos despedían centellas de rabiosa ira

Bajaron y pocos minutos después entraron en la sacristía

El sacerdote y el comendador los miraron con asombro

—¿Y Martín? — preguntaron afanosamente.

—Ahora veremos si está en la calle — respondió don Roque.

Andrés se dejó caer en un banco y no pronunció una palabra.

—¿Pero qué ha sucedido? — le preguntó Quiñones.

—Ya lo sabréis. Ahora no puedo deciros más sino que es muy probable que mis servicios los paguen con la horca.

—¿Qué has hecho, infeliz?

—No lo sé, estaba loco.

—¡Dios mío! — exclamó el cura con acento de terror. — ¿Y Martín y Martín?

—Venid y lo buscaremos — dijo el alcalde.

Y dirigiéndose a los alguaciles, añadió mientras señalaba al alférez:

—Me responderéis de ese hombre.

—¿Hemos de atarlo? — preguntó uno de los corchetes.

—Haced lo que mejor os parezca, puesto que vuestra es la responsabilidad.

—¿Queréis explicaros? — preguntó con impaciencia Quiñones.

—La explicación es muy sencilla—le respondió don Roque; — vuestro antiguo criado ha delinquido y cumplo con mi deber llevándolo preso.

—Pero...

—Ahora no puedo detenerme.

proximamente
Petazos
Petazos
Petazos
0.10 $
la revista de la mujer

—¡Martín, Martín, hijo mío! — exclamaba entretanto el sacerdote. — ¿Qué habéis hecho de él? ¿Qué habéis hecho de él?

—Vamos, vamos.

—¿Adónde?

—A la calle, por donde más pronto pueda salirse.

—Por aquí.

Quedaron en la sacristía el comendador, Andrés y los cuatro alguaciles.

El cura y don Roque salieron sin pronunciar una palabra más.

—¿Qué había sucedido en la calle?

Pronto lo sabremos.

Capítulo LXXIX

DONDE SABREMOS LO QUE HABIA SUCEDIDO A MARTIN

Los alguaciles que estaban en la calle y que habían vuelto a colocarse junto a las puertas, acudieron a la voz del alcalde.

—¿Dónde está ese hombre? — preguntó Mejía.

—¿Qué hombre, señor? — dijo uno de los alguaciles.

—A nadie hemos encontrado — añadió otro.

—¿No lo habéis visto caer?

—¡Caer!...

—No habéis oído que os mandábamos prenderlo?

—Me explicaré — dijo uno de los corchetes. — porque veo que no nos entendemos.

—Sí, explicaos.

—Mateo y yo, que estábamos en aquella puerta, oímos un ruido particular, un ruido sordo y que aun no sabemos lo que lo producía.

—¿Hacia dónde?

—Allí, señor, allí

—¿Y luego?

—Poco después sonó en lo alto de la torre una voz que nos mandaba prender, muerto o a medio morir, a un hombre.

—¿Y qué hicisteis?

—Miramos a todos lados sin ver alma viviente, y aun a riesgo de incurrir en el enojo de vuestra señoría, nos separamos de nuestros puestos y anduvimos algunos pasos en todas direcciones dando la voz de alto a la justicia; pero fué inútil, porque a nadie se distinguía.

—Proseguid.

—Miramos en los huecos de todas esas puertas y, al fin, creímosc que, si no habíamos entendido mal, se había equivocado el que desde la torre nos mandó prender a quien no existía.

—Bien, bien.

—Volvimos a nuestros puestos...

—¿Y después nada sentisteis?

—Allí, al pie de la torre, me pareció ver una sombra.

—¡Ah!...

—Yo temblé — dijo otro de los alguaciles, — porque entre la obscuridad vi una cosa más negra que la obscuridad misma y que salía de la tierra.

—¿Y qué hicisteis entonces?

—Tuvimos bastante valor para intentar acometer al fantasma; pero lo mismo que se había presentado, desapareció.

—Lo habéis dejado escapar...

—No, no hemos dejado escapar a nadie, puesto que nadie había.

—Eso que tomasteis por fantasma, era un hombre.

—¡Un hombre!...

—Sí.

—Imposible, señor.

—Un hombre que se ha descolgado desde la torre con la ayuda de la cuerda de la campana.

—Pero...

—La cuerda se rompió... Venid, venid.

Los corchetes, nada tranquilos, siguieron al alcalde y al cura, que aun temblaba, a pesar de que ya no debía dudar de que Martín había logrado salvarse.

Llegaron al pie de la torre, y, con ayuda de la luz de la linterna, miraron escrupulosamente.

Pero no encontraron la cuerda ni señal alguna que indicase lo que había sucedido.

—Vuestra señoría lo está viendo — dijo uno de los alguaciles: — si ha bajado un hombre, debía tener pacto con Satanás y habrá volado, llevándose la cuerda para no dejar rastro alguno de su fuga, y si no se ha llevado también la campana, será porque está bendita y tiene una cruz.

El cura respiró como quien se siente libre de un peso enorme, y elevó al cielo una mirada de inmensa gratitud:

Inútil era ya correr en busca del atrevido mancebo, porque ni se sabía qué dirección había tomado, ni, aun sabiéndolo, hubiera podido dársele alcance, porque ya estaría bastante lejos.

Los alguaciles no tenían tampoco muchas ganas de correr ni de buscar, y se concretaron a comentar el misterioso suceso, insistiendo más y más en que el diablo debía tener parte en el asunto, y, por consiguiente, que a la Inquisición no más tocaba perseguir al fugitivo.

Don Roque los interrumpió, mandándoles callar y que lo siguiesen, puesto que ya era inútil guardar las puertas.

Volvieron todos a la sacristía.

Los ojos del sacerdote brillaban con el fuego de la más viva alegría.

Andrés permanecía en el mismo sitio en que lo hemos dejado, y el comendador también, con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecía profundamente abatido.

Una vez que había pasado el arrebato de ira que trastornó al antiguo escudero, pudo éste reflexionar y examinar su situación, convenciéndose de dos cosas a cual más tristes: que había cometido una gran torpeza y que el rey no lo perdonaría.

La fortuna le había vuelto la espalda, quizá para siempre, y el término de su gloriosa carrera, el premio de sus servicios sería probablemente la horca.

En pocos segundos desapareció el valor de que antes hacía alarde.

—¿Ha muerto? — preguntó afanosamente Andrés apenas entró el alcalde.

—No.

—¡Ah!...

—No te alegres — dijo entonces el co-

mendador — porque el rey no mirará sino que has intentado matar a ese pobre mancebo, no mirará otra cosa sino que lo has desobedecido.

—¿Os habéis apoderado de él?

—Tampoco.

—¡Oh!...

—Ya lo ves, además de la desobediencia, la torpeza.

—Mi noble señor — dijo el alférez con acento suplicante, — no me abandonéis.

—Buen Andrés — dijo friamente el comendador, — temo mucho por tu vida.

—Señor, vos valéis mucho para su majestad, y si le rogáis os concederá mi perdón. Nada me importa morir; pero sabéis que os amo, vuestra situación va a ser muy crítica, y yo puedo serviros de mucho.

Quiñones se encogió de hombros y replicó:

—Desgraciadamente nada puedes hacer por mí. Una vez que mi hija recobró la libertad...

—¡Vuestra hija! — dijo don Roque con acento de sorpresa. — ¿Acaso tenéis alguna?

—Andrés me entiende — respondió el comendador, sonriendo con amargura.

—¿No hemos de buscarla? — respondió el alférez.

—No.

—¡Señor!...

—Quiero dejarla.

—¿Qué estáis diciendo?

—¿Y con qué derecho la busco?

—Es verdad: la prueba de vuestros derechos sería demasiado costosa.

—Ya lo ves.

—Pero Raúl de Lancaste...

—Es un delincuente, según tengo entendido, aunque de cierto no lo sé; la justicia lo buscará porque es su obligación buscarlo, y lo castigará si lo encuentra, aunque me alegraré no lo encuentre.

Andrés miró a Quiñones como si quisiera convencerse de que éste no había perdido la razón.

—No estoy loco, no — añadió Quiñones.

—Pero...

—Se han casado...

—¡Ah!...

—Hablaremos otro día.

—¡Y de todo tiene la culpa ese miserable rapaz!...

—Para que se matase cortaste la cuerda y es posible que sirva para que te ahorquen.

Esto lo dijo el comendador con una indiferencia espantosa para Andrés.

—No podemos detenernos más — observó el alcalde.

—Mi amigo don Roque, cumplid vuestro deber.

—Atadlo.

Pocos segundos después el alférez tenía los brazos sujetos a la espalda y salía entre los ocho corchetes, que lo miraban con desconfianza y con desprecio.

Con ellos se fué don Roque.

El cura los acompañó hasta la puerta y luego volvió a la sacristía.

—Me habéis asegurado — le dijo el comendador — que mi hija es ya esposa de Raúl de Lancaste.

—No he mentido.

—Padre mío, permitidme besar vuestra mano y dadme luego vuestra bendición, si creéis que la merezco.

—Sufrís mucho...

—Tengo destrozada el alma.

—¡Desgraciado! — murmuró el sacerdote, profundamente conmovido.

Y extendiendo la diestra bendijo al comendador.

—Gracias — dijo éste. — Compadecedme y rogad a Dios por mí.

—¿Aun no ha despertado vuestra conciencia? — preguntó el cura.

—No lo sé... ¡Oh!...

Tomó Quiñones la espada de Martín y salió con inseguros pasos.

Con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, profundamente abatido y sin saber explicarse lo que sentía, dirigióse el comendador a su casa.

Pero cuando iba a llamar, presentósele un hombre y le dijo:

—Esperad un instante, caballero

—¡Martín!...

—Silencio, que podéis comprometerme, y supongo que ahora, lo mismo que antes, no querréis que me prendan, porque vengo fiado en la palabra que me disteis de devolverme mi espada.

—Por mí — interrumpió el comendador — nada tenéis que temer. Más de lo que habéis hecho no podéis hacer ya y, por consiguiente, ningún interés tengo en que se apoderen de vos.

—En cambio, yo no hablaré a nadie de la existencia de vuestra hija, no haré sobre este punto más que lo que ella haga.

—Tomad vuestra espada.

—Gracias, caballero, y os la daré otra vez si queréis aclarar una duda.

—Decid.

—Me traje la cuerda, la he mirado detenidamente y me parece que no se ha roto porque estuviera rozada.

—La cortó Andrés.

—¡Oh!...

—Perdonadlo, porque es muy probable que el haber cortado la cuerda le cueste la vida.

—Entiendo.

—En la cárcel lo tenéis...

—¡En la cárcel Andrés!...

—Sí.

—¡Vive el cielo!... Poco he de poder o lo sacaré de su calabozo, porque una vez que se ha decidido a matarme, a pesar de las órdenes del rey, podemos arreglar las cuentas que tenemos pendientes desde Segovia: le prometí el honor de cruzar mi espada con la suya y quiero cumplir mi promesa.

—¿Estáis en vuestro juicio?

—Repito, caballero, que para devolver a Andrés la libertad, no haré menos que para sacar del convento a doña Luz.

—No os parecéis a ningún hombre.

—Aun hemos de ser amigos, comendador.

—Dios quiera que no os equivoquéis.

—Si en algo puedo serviros...

—¿Tendréis completa fe en una promesa mía?

—Completa.

—Pues bien, yo os juro por mi nombre que nada haré contra vos.

(Continuará)

Los Secretos de una Gran Ciudad

Intenso romance de aventura, de intriga, de sacrificio y de heroismo, escrito

Por HAL SIDNEY

Autor de "Detrás de la Puerta Cerrada"

(Continuación)

COMENZARON a retroceder. Saldrían por los fondos, favorecidos por la oscuridad.

La puerta principal de la casa estaba abierta y a la luz del hall, podían distinguir al Doctor Marr.

Los dos fugitivos se detuvieron de nuevo y volvieron a encerrarse. Llegaba un vehículo. Entró por el camino y descendieron dos figuras. Marr acudió a su encuentro.

—¿Qué ha sucedido? ¿Y el automóvil? — oyeron que preguntaba Marr sobresaltado.

Los recién llegados era Philip Bourne y una criada, los dos que se habían llevado a Marjorie en el automóvil. La criada estaba pálida y emocionada. El hombre tenía el rostro arañado y sucio de sangre.

—¡Chocamos! — exclamó Philip Bourne. — Otro automóvil se nos echó encima y...

—¿Y Marjorie? ¿Dónde está Marjorie? — preguntó el Doctor Marr excitadísimo.

—¡En la confusión que se produjo se escabulló! — dijo, furioso. Philip Bourne. — ¡Qué desdichada suerte! ¡No es posible ni suponer dónde se ha metido!

. . . .

La impresión que experimentó Jim al oír eso fué de alivio. Marjorie se había escapado; no estaba ya en poder de aquellos pillos.

Pero casi en seguida su rostro expresó nueva preocupación. ¿Dónde habría ido después de huir?

—¿Y si ha ido a mi casa a buscarle? — dijo Jack.

Era posible. En su fuga, la joven aterrorizada, podía haber ido en busca del hombre a quien amaba.

—¡Jack! ¡Es necesario que volvamos a Westminster inmediatamente! — dijo Jim.

Habían ido hasta el fondo del terreno de "Techos Rojos" y después de saltar el cerco habían seguido por un camino lateral mientras los sirvientes les buscaban en el frente de la casa.

Tuvieron la suerte de poder tomar el tren casi en seguida, pero pasó más de media hora antes de que se vieran de nuevo en la calle donde estaba la casa de Jack.

—No conviene que le vean a usted en mi palacio, — dijo de pronto Jack, — puede ser que la policía esté vigilando y si lo prenden a usted, ¿quién se ocupará de la señorita Marjorie. Estoy seguro de que el cochero burlado fué con el cuento.

Dejando a su amigo a corta distancia, en otra calle, Jack se encaminó cautelosamente a la casa donde vivía. Era posible que la policía le buscara a él también por el papel que había desempeñado en la fuga de Jim, y Jack no quería caer en ninguna encerrona, presentándose descaradamente en la puerta de la casa.

Se metió en una caballeriza del extremo de la calle. De allí pasó al patio de otra casa y de ésta a los fondos de la casa adonde iba.

Jack silbó de un modo que era conocido por los habitantes de la casa, pues una joven se asomó a una puerta que daba al patio.

—¿Es usted, Jack?

Era la hija del encargada. El se acercó a ella tocándole el brazo con una mano e indicándole prudencia...

—¡Silencio, Lulú! — dijo en voz baja. — ¿Está tu señora mamá? Necesito verla con

urgencia. Que no entre nadie mientras hablo yo con ella.

—Bien. ¡Pero si supiera, Jack! Han venido los de la policía. Buscaban a su amigo, a ese Jim Strange, — dijo Lulú. — ¡Dios mío! ¡Yo no lo hubiera creído jamás capaz de nada malo!

—¡Ni debes creerlo, Lulú! — dijo Jack. — Alguien mató al señor Viziard, pero no fué mi amigo. Puedes estar segura.

Lulú entró en su casa y salió poco después en compañía de la encargada, mujer gruesa, de aspecto bondadoso y simpático, que profesaba a Jack un cariño maternal.

El la interrogó rápidamente.

—Sí. Estuvo aquí una joven — dijo la encargada, — preguntando por Jim Strange. Fué poco después de que vinieran los de la policía. Le dije que no era fácil encontrarle, pues lo andaban buscando como autor de un crimen. Si hubiera sabido el efecto que le iba a hacer a la joven, no lo hubiera dicho. Fué como si alguien le hubiera dado un golpe muy fuerte. Se quedó aturdida, aun cuando no quiso creer que fuese verdad.

—¿Y dónde está ahora? — preguntó Jack.

La mujer movió la cabeza.

—Le dije que se quedara a descansar un rato. ¡La pobrecita parecía tan débil y tan fatigada! Pero no quiso. ¡Se fué como si estuviera desesperada!

Fueron poco tranquilizadoras las noticias que Jack llevó a su amigo.

Miró la expresión del rostro de Jim con simpatía. Estaba pálido, con el ceño fruncido.

—¿Dónde estaba Marjorie? Era una tortura para Jim pensar que su adorada Marjorie andaba sola, a aquella hora, por las oscuras calles de aquel barrio de la gran ciudad, expuesta a centenares de peligros.

Lo que era evidente era que Marr le había mentido. Marjorie no conocía la acusación de que era objeto, cuando, después del choque de automóviles, había obedecido al impulso que la llevó en busca del hombre a quien amaba. Tal vez Marr no se había enterado del caso de Viziard hasta después que la joven hubo salido de su casa, llevada en el automóvil.

Jim pensó que terrible impresión debía haberle causado a Marjorie el saber que su adorado era buscado por la policía como autor de un crimen. Sentíase Jim agobiado por el dolor.

—¡Jack! ¡Jack!

Una voz bien timbrada y el ruido de rápidos pasos, le hicieron volver la cabeza.

Surgiendo de la oscuridad de la calle vieron a una joven que corría desesperadamente hacia ellos, muy emocionada.

Era Nance, la bella y simpática florista.

LA PUERTA INCENDIADA

Era Nance que había corrido hacia ellos, surgiendo de entre la niebla de la calle. Jim Strange reconoció a la bella y simpática florista, cuyo acto de bondad tanto le había emocionado aquella tarde.

—¡Jack! ¡Le estaba buscando por todas partes! — exclamó Nance sofocada. — ¡Qué suerte encontrarle! ¡Gracias a que está cerca del farol, pues de otro modo no le hubiera visto! La joven que estuvo esta noche en su bohardilla...

La voz de Jim interrumpió repentinamente a la joven florista. Se comprendió que Strange estaba muy emocionado.

—¿Puede usted decirme dónde está esa joven? — preguntó.

—Sí, señor, — respondió Nance con sonrisa nerviosa. — Sí es que es a usted, señor Strange, a quien andaba buscando. Precisamente por eso andaba yo tras de Jack.

Y Jim comprendió por la expresión del rostro de Nance, que las noticias que ésta tenía que darle, debían ser buenas.

—La llevé a mi casa, — explicó la joven florista. — Parecía tan asustada y abatida, que no era posible dejarla sola en un barrio tan peligroso como este, donde hay pillos en todos los rincones. Se halla en toda seguridad en mi casa, situada sobre el despacho de aceite que hay en la calle de Gilgrim. ¡Allí está la señorita Penrose y mi madre cuida de ella!

Fué tanta la alegría que sintió Jim en aquel momento, que no supo encontrar palabras con que expresar su agradecimiento.

—¡Bravo, Nance! ¡Es usted la joven de más suerte del mundo! ¡Una verdadera mascota! — exclamó Jack. — Mi compañero el señor Strange y yo hemos recorrido medio Londres buscando a la señorita Marjorie y ya estábamos temiendo no encontrarla cuando usted, apareciendo de pronto, como el muñeco que sale de la caja de sorpresa, nos trae tan excelente noticia! Ahora iremos con usted, Nance.

La joven florista vivía a unas doce cuadras de aquel sitio. Mientras iban con ella les explicó como habían encontrado a Marjorie.

Regresaba de visitar a una amiga que vivía en la misma calle cuando pasó delante de la casa conde vivía el vendedor de diarios y oyó a Marjorie que preguntaba por Jack Lewis.

A Nance le llamó la atención que una mujer tan bien vestida, con unas pieles que valen más que todo lo que ella podía ganar en un año, fuera en busca de Jack. Oyó después que la visitante pronunciaba el nombre de Jim Strange. En el mismo momento Nance pensó que Jim Strange era el hombre que le había dado, en una ocasión, una libra esterlina por un puñado de rosas y a quien había vuelto a ver aquella misma noche en tan diferentes condiciones. Sabía que Jim era amigo de Jack Lewis.

La encargada de la casa había hablado en voz suficientemente alta para que Nance pudiera oír la noticia de que a Jim Strange lo estaban buscando como autor de un asesinato. Interesada, Nance vió como la joven se puso muy pálida y se emocionó mucho al oír aquella noticia que pareció herirla en lo más profundo de su corazón.

—Salió de la casa caminando como si no supiera dónde ir. Me dió mucha pena. Me acerqué a la señorita y la hablé — dijo Nance con sencillez. — Le dije que podía con-

fiar en mí, que era amiga de Jack Lewis. Me pareció que estaba a punto de desmayarse. ¡Tenía una cara! ¡Qué pálida estaba! Llamé a un coche y la hice subir en él. En el coche fuimos hasta mi casa, que está en la calle de Vilgrim, sobre el despacho de aceite.

—¿Qué buena es usted? No encuentro palabras que puedan expresar la gratitud que siento, — dijo Jim. — Y no es ese el único acto de bondad que debo agradecerle.

—¡Bah! ¡No tiene importancia! — dijo Nance como si se sintiera molestada porque le agradecían lo que había hecho. En realidad no creía haber llevado a cabo ninguna acción que mereciera gratitud.

—De todos modos no lo olvidaré nunca, — dijo Jim. Y pensaba en aquellos ejemplos de bondad de parte de muchachos tan modestos como Nance y Jack, pertenecientes a las clases más pobres de Londres. — Pero debo advertirle, — agregó, — que no tiene usted que suponer que ha sido generosa y caritativa con un hombre tan tenebroso como lo pintan las circunstancias.

Nance comprendió. Se había dado cuenta de que aquel hombre era el que, en otro tiempo, cuando tenía dinero, era llamado por sus amigos "el bello Jim".

Jack explicó aquello con mayor claridad.

—No creo que ni usted ni la señorita Marjorie hayan creído que el señor Strange es un criminal. ¡Y no lo es! ¡Basta que yo lo diga! ¡Puede estar segura, Nance, y ya sabe que yo no le diría a usted una mentira por nada del mundo, de que por más que las apariencias le acusen, mi compañero es tan inocente como puedo serlo yo mismo, de la muerte del viejo Viziard.

—¡Eso dijo la señorita Penrose! ¡No quiso creerlo! — exclamó Nance como protestando de que Jack hubiera podido creer que ella había supuesto culpable a Jim.

—¿De veras? — dijo Strange.

—Mi madre y yo no quisimos molestarla haciéndole preguntas. ¡Parecía tan abatida la pobrecita! — siguió diciendo Nance. — Le dije que tratase de dormir y mientras tanto yo saldría en busca de usted. Antes de que yo saliera ya se había dormido. Entonces, como no podía encontrar a ustedes, hice un telegrama.

—¡Un telegrama! ¿A quién? — preguntó Jim con agitación.

—¡A su casa! No quisimos molestarla, pero ella se había empeñado en pagar el coche y me puso su portamonedas en la mano. En el portamonedas había una tarjeta con su nombre y la dirección de una casa, llamada "Techos Rojos". Pensé entonces que lo mejor era avisar por telégrafo a sus amigos de aquella casa.

Jack silbó consternado y Nance notó una expresión de horror en la cara de **Jim** Strange.

—¿No hice bien? — preguntó la joven florista.

Nance escuchó con tristeza lo que le explicó Jack. El telegrama sería leído por alguien que no era amigo ni mucho menos, de Marjorie, por el Doctor Marr, que, en cuanto se enterara de dónde estaba la joven trataría de apoderarse de ella.

—La intención ha sido buena, — dijo Jack, — pero los resultados pueden ser malísimos. El Doctor Marr es un pillastre. Ella se ecapó de su poder esta misma noche, ¡con toda razón! Es necesario que vayamos en seguida a su casa, Nance. ¡Es preciso que lleguemos allí antes que el Doctor Marr se presente!

El súbito temor les hizo apresurar el paso. La niebla se había disipado casi por completo.

No había demasiado tiempo para tratar de llegar a donde estaba Marjorie antes de que se presentara el Doctor Marr. Nance había enviado el telegrama hacía cerca de una hora y era de suponer que el tutor acudiría a toda prisa a hacer valer su autoridad y a llevarse a Marjorie a su casa... ¡la casa del miedo!

Jim apretó los dientes al pensar que pudiera suceder semejante cosa.

Había podido constatar aquella misma noche que los temores de Marjorie eran más que justificados, que su padrastro y tutor estaba combinando algún plan infame en aquella casa del norte de Londres, algún plan que amenazaba seriamente a la joven.

A no haber sido por un solo motivo, la vuelta de la rueda de la fortuna que había transformado a Jim Strange — el pobretón — en James o Jim Strangways, el heredero de una gran fortuna, se hubiera podido reír en la cara de Marr, desafiando al astuto tutor frente a frente.

Pero aquella terrible acusación que pendía sobre su cabeza le tenía dominado, le imposibilitaba para luchar como si tuviera las manos atadas.

La idea de que Marr podía presentarse antes de que ellos pudieran haberse llevado a Marjorie, llenaba a los tres de aprensión. Pero no se hallaban preparados para un peligro aun mayor que amenazaba a la joven y del que no se pudieron dar cuenta hasta que se encontraron cerca de la calle donde vivía Nance.

Notaron entonces que había un inusitado movimiento en aquella calle.

Llegó una bomba de incendios. Pasaba mucha gente, corriendo. En el cielo se distinguía un resplandor rojizo.

—¿Dónde es el incendio? — preguntó Jack a un hombre que pasaba.

—Me han dicho que es en el despacho de aceite de la calle de Vilgrim.

Un grito brotó de los labios de Nance. Se puso muy pálida y se llevó la mano al corazón en cuanto oyó lo que el hombre había dicho echando a correr inmediatamente.

Jim miró a Jack y le tomó del brazo.

—¿La casa incendiada es la de?...

En aquel momento la verdad habíase presentado a su mente.

—Sí. Es la casa donde vive Nance. La casa en que está el despacho de aceite. Nance vive en el piso más alto, — dijo Jack.

Un momento después los dos hombres corrían como desesperados hacia la calle de

Vilgrim. Otra bomba de incendio llegó a toda prisa, tras ellos.

La calle de Vilgrim tenía casas altas, viejas, como muchas tiendas de diversas clases en los pisos bajos. De la puerta de una de esas tiendas, separada de las demás, se veían salir montones de humo y llamas que pintaban de rojo las caras de la multitud que se había reunido y que un cordón de policemen detenía con esfuerzo fuera del espacio libre donde maniobraban los bomberos y estaban las bombas.

¡Y detrás de aquella boca del infierno se hallaba el alojamiento donde Nance había dejado a Marjorie!

Dominado por la mayor ansiedad, Jim corrió como ciego, empujando a los que encontraba a su paso, separándolos violentamente de su camino.

El fuego íbase extendiendo debido sin duda a la gran cantidad de aceite almacenada en la tienda. Los chorros de agua de las mangas parecían impotentes para evitar que el incendio se extendiera. En la parte de la casa donde vivía Nance las llamas se reflejaban en las ventanas y lamían ya el piso primero.

Nance, gritando, corría delante de Jim luchando como loca por abrirse paso por entre la gente agolpada sobre el cordón de policemen. La joven florista acababa de notar qué era lo que muchos miraban alzando la cabeza y había lanzado una exclamación de dolor.

En una de las ventanas de un piso alto de la casa se veían dos figuras iluminadas por el fulgor de las llamas del incendio. ¡Eran la madre de Nance, pobre vieja imposilitada y Marjorie, encerradas en la casa que ardía!

Nance peleó por abrirse paso por entre la gente mientras corría de boca en boca la noticia de quien era. Pero el cordón de policía formaba una barrera por la cual no podía pasar.

—¡Déjenme paso! — gritó la joven suplicante. —¡Mi madre está allá arriba! ¡Déjenme pasar! ¡No tengo miedo! ¡Si entre ustedes, que sos hombres, no hay ninguno que se atreva a intentar salvarla, iré yo!

Peleó con desesperación, mordiendo y arañando, con el policeman que no la quería dejar pasar.

El entrar en aquella casa de la que — a la primera alarma — habían escapado los demás ocupantes con toda precipitación, era peligroso. La única puerta estaba junto a la tienda. La puerta era en aquel momento un antro de humo y de llamaradas.

—¡No podría usted pasar, muchacha! ¡Sería una locura intentarlo! ¡Pretender meterse ahí es ir a la muerte más segura! — argumentó el policeman que detenía a la joven.

Los fondos de la casa estaban cerrados por la alta pared del edificio de una fábrica. No era posible atacar al incendio de aquel lado.

Una voz dijo entonces:

—¡No se apure, Nance! Los bomberos salvarán a las dos mujeres ¿ve? Ya están poniendo las escaleras.

Pero el incendio del piso bajo era tal que no podía considerarse posible el colocar las escaleras en debida forma.

¡Y detrás de aquella ventana se seguía viendo a las dos mujeres, esta vez mejor pues las llamas subían cada vez más arriba!

El resplandor iluminaba la niebla. tenue que aún quedaba sobre la ciudad, transformada en una nube rojiza.

Al ver allí, a las dos mujeree, a la anciana y a la joven que era toda su ilusión, Jim sintió un extraordinario impulso.

Como un demente se abrió paso por entre el público y llegó a la barrera policial. El policeman que intentó detenerle hubiera obtenido el mismo éxito si hubiese intentado detener con sus manos el descenso de una avalancha.

La joven a quien amaba estaba allá arriba, encarcelada por aquellas llamaradas que no parecían ceder ante los esfuerzos de los bomberos. El gesto que se notaba en el rostro de Jim indicaba que sería peligroso tratar de cortarle el paso. No pudieron detener a aquel hombre.

Un clamor se elevó de la multitud y Nance, con los ojos muy abiertos, se olvidó de cuanto le rodeaba y solo se fijó en Jim Strange que cruzaba el espacio donde trabajaban los bomberos y entraba, con rápida intrepidez en la puerta, donde retorcíanse las llamas entre nubes de humo.

DENTRO DE LA CASA

Un instante después se hizo un silencio de expectativa, tributo de admiración de la muchedumbre al acto de audacia inconcebible de aquel hombre.

—¡Qué valiente! — exclamó, conmovida una mujer. — ¡Quiera Dios sacarle con bien!

Un par de hombres, que habían corrido para tratar de evitar que Jim intentara tan descabellada empresa tuvieron que retroceder ante las llamas y no es posible dudar un momento de la valentía de los bomberos de Londres.

¿Hasta donde había podido penetrar, en su desesperado avance a través de la cortina de llamas que cubría todo el espacio de la puerta?

Parecía que solo un hombre que fuera invulnerable al fuego podíap asar. ¿Habíase abnegado aquel hombrep ara morir allí? Todos los espectadores esperaban los acontecimientos con grandísima emoción.

Nance había dejado de luchar con el policeman.

Estaba de pie, como una estatua, mirando hacia la ventana, iluminada por las llamas, donde las dos figuras — la de la madre y la de la joven a quien había querido auxiliar, esperaban su destino.

Jack estaba junto a Nance. Casi no se atrevía a respirar mientras esperaba.

—¡Sí pasará! ¡Ya verá como se sale con la suya! — dijo Jack, orgulloso de su amigo, a Nance.

Pero estaba tratando de convencerse a sí mismo aún cuando en verdad no tenía esperanza ninguna, En lo profundo de su cora-

zón, Jack creía que había visto a su amigo por última vez.

Los hombres trabajaban con desesperación pero sus esfuerzos para poner las escaleras de salvamento eran entorpecidas por la ferocidad del fuego que reinaba en el piso bajo.

De pronto un coro de gruñidos surgió de la muchedumbre.

¡La escalera no tenía longitud suficiente para llegar a la ventana!

Nance se tapó los ojos. No se atrevía a mirar más.

Entonces, después del gruñido de descontento se oyó un grito unánime de entusiasmo que brotó sonoro de los labios de cuantos formaban la multitud.

Jack exclamó muy agitado.

—¡Mire, Nance, mire! ¿No le dije? ¡Pasó!

—¡Ha pasado! — repitieron otras voces.

La emoción de los espectadores era tal que las mujeres sollozaban y los hombres tenían los ojos llenos de lágrimas.

Por la ventana, a la luz de las llamas, había aparecido la figura de un hombre y el público había visto que la joven había corrido a sus brazos.

Una voz conocida hablaba con un policemen no lejos del sitio donde estaba Jack. Pero el muchacho no oía, no veía; no tenía ojos más que para lo que se distinguía por la ventana. ¡Su amigo había pasado!

Aquella voz era la voz de Dandy Trench del pillo.

En aquel momento Dandy Trench a quien poco le importaba ni la audacia ni el heroísmo, que sólo pensaba en hacerle mal al hombre que estaba arriba, decía al inspector de policía:

—¿Conoce usted a ese hombre?

—No. Pero es valiente de verdad.

—Ese es Jim Strange. Ahora, al enterarse de su nombre, lo conocerá, ¿no? — dijo Trench con malicia. — Por muy audaz y valiente que sea no por eso deja de ser el asesino del viejo Viziard, ¿no es cierto? Si sale con vida podrá usted prenderle esta vez.

. . . .

Al mismo Jim le pareció un milagro que le hubiera sido posible pasar, de un solo impulso, la zona, de la entrada, ocupada por las llamas.

Medio sofocado y tambaleándose como un ebrio, con la ropa y la piel medio chamuscadas, había logrado pasar por el estrecho zaguan y subir el primer tramo de la escalera sin tener que apoyarse en la pared, medio enceguecido y casi agotado el aliento.

Cuando miró hacia atrás las llamas estaban subiendo por la escalera como una marea que avanzara. El calor le hacía arder los ojos, le secaba la garganta y parecía maravilloso que aún siguiera con vida.

Agarrándose a la barandilla subió hasta el otro rellano. No le hubiera sido posible subir de otro modo. Había una gran ventana que daba a los fondos. Jim la abrió y se asomó por ella, respirando a plenos pulmones el aire puro y fresco de la noche.

Aquel aire puro le dió nueva vida.

Después subió hacia el piso más alto llamando a Marjorie por su nombre.

O el rugir de las llamas cubrió el sonido de su voz o la aterrorizada joven creyó que aquel llamado era una alucinación de sus sentidos tan martirizados, la verdad es que cuando abrió la puerta. Marjorie se volvió y le miró atónita. sin moverse, con incredulidad.

—¡Soy Jim Marjorie! ¡Aquí estoy para salvarla!

El sonido de su voz pareció despertar de un sueño a la joven.

—¡Jim! ¡Jim! — exclamó sollozante. Corrió hacia él y un momento después estaba en sus brazos. — En el primer momento no me atreví a creer que era usted. Jim. ¡Era demasiado maravilloso para ser verdad!

—No tenga usted miedo, — dijo Jim al notar el gesto de Marjorie. — ¡Todo saldrá bien, todo!

Después se acercó a la otra mujer que había en la habitación, a la madre de Nance.

—Señora Eastwood, no deje decaer su espíritu, — díjola porque notó que la anciana impedida estaba muy emocionada. — Nance la está esperando en la calle. Pronto estará usted a su lado. No tenga miedo de nada.

Pero al decir esto no tenía Jim ni la menor idea de cómo iba a salir de la casa con las dos mujeres.

El rugido de las llamas que iban carcomiendo la vieja casa, aumentaba por momentos. Ni aun solo hubiera podido volver a pasar por donde había entrado, ¿cómo pasaría con las dos mujeres?

Todo parecía unirse en contra suya. La casa estaba separada de sus vecinas y no era posible esperar auxilio por ese lado.

¿Pero por el techo? ¿Podrían llegar a él?

—¿Señora Eastwood? ¿Hay ventana que de al techo?

La aterrorizada anciana manifestó que sí con una inclinación de cabeza e indicó una puerta. Estaba demasiado emocionada para poder hablar.

Jim salió al rellano y allí vió una ventana que daba al techo. ¡Por ahí se abrió paso Jim, subiéndose en una silla, rompió los vidrios. El armazón de madera delgada, quedó roto de un tirón. Había sitio suficiente para pasar.

—Ahora lo único que nos falta es un aeroplano para que nos venga a buscar, — dijo Jim tratando de demostrar una tranquilidad que, en realidad, no tenía.

La ventana estaba bastante alta. Jim vió una cómoda. Le quitó los cajones y la arrastró hasta el rellano de la escalera.

—¡Venga, Marjorie! — dijo mientras ayudaba a la mujer impedida que al salir de la habitación, que era todo su hogar, no pudo reprimir un sollozo.

—¡Poco vale todo! ¡Pero es cuanto tenemos! ¡El hogar mío y de Nance! ¡Y ahora!...

No pudo seguir hablando, dominada por la emoción.

Pero la madre de la joven, a quien tanto debía, habría de tener un hogar mejor que aquel que perdía — decíase Jim. — No estaba Jim Strange en condiciones de ayudarla

en eso, pero James Stragnways sí lo estaría y entonces...

Marjorie salió con ellos al rellano de la escalera. Retrocedió un momento al sentir el vaho cálido del incendio. Después, con un estremecimiento de orgullo, se dió cuenta de todo el valor del acto heroico acometido por Jim en defensa de ella y de la anciana impedida.

Jim había subido hasta la ventana, a investigar. El techo presentaba un espacio bastante extenso, completamente horizontal.

No le costó gran trabajo hacer que Marjorie saliera al techo por la ventana ,ayudándole él en su ascensión. La señora Eastwood era pequeña y delgada. Jim la tomó en brazos y con la ayuda de Marjorie, la hizo pasar por la ventana y llegar al techo sin tropiezo. Jim la siguió.

Las llamas continuaban su avance e iluminaron la escena dejando ver en el techo a las tres figuras que allí estaban. La multitud prorrumpió en frenéticas aclamaciones en cuanto las vió.

Jim miró hacia abajo, hacia el montón de caras que le miraban y notó que varias manos le indicaban la casa vecina.

Casi inmediatamente entendió.

El casco de bronce pulido de un bombero apareció en el techo de la casa cercana, surgiendo de sus claraboya. Le siguió otro bombero. Desplegaron una escalera que pusieron como un puente entre ambas casas y por esa escalera los dos bomberos pasaron a la madre de Nance.

Jim, con Marjorie en brazos, les siguió.

En la calle, Nance, emocionadísima, rompió a llorar a lágrima viva.

Por último, el salvador y las salvadas aparecieron en la calle saliendo por el portal de la casa vecina. Jim tenía la ropa chamuscada y sucia y la cara y las manos lastimadas, pero recién cuando se halló en salvo se dió cuenta de lo que había sufrido.

Nance y Jack corrieron hacia ellos. Pero Nance estaba demasiado emocionada para poder hablar. Jack creía tener en la garganta un entorpecimiento que no le dejaba pronunciar ni una palabra. Lo único que hizo fué estrechar la mano de su amigo.

Mientras tanto un automóvil se había detenido donde terminaba el amontonamiento de gente. Su ocupante saltó con prisa y trató de abrirse camino entre la multitud. Era un hombre de cara simpática, de bigotes encerotados. Desde el automóvil, por encima de las cabezas de la muchedumbre, iluminado por las llamas, había distinguido el rostro de la joven que se había escapado de sus garras aquella misma noche.

Era el Doctor Marr.

UN DRAMA EN LA CALLE

Quiso el Doctor Marr abrirse paso por entre la gente amontonada y tuvo que oír bastantes frases de ironía de aquellos a quienes molestó con sus codazos.

—¡Eh! ¡No se adelante que no hay localidades desocupadas! — díjole uno.

—¡Aquí se queda cada uno donde puede y no tiene derecho a pasar delante de nadie! — díjole otro.

—¡Pero es que esa a quien han salvado es mi hijastra! — gritó el Doctor Marr.

Había acudido de "Techos Rojos" a toda prisa en cuanto recibió el telegrama de Nance y llegó a tiempo para ser testigo del drama que allí tenía efecto.

—¡Usted perdone! — dijo uno de los que le habían interceptado el paso y mostrándose muy amable. — ¡Eh! — gritó: — ¡Dejen paso a este señor! La joven salvada del incendio es hija suya.

Hicieron hueco para que el Doctor Marr llegara hasta el cordón de policía.

Dandy Trench estaba allí, hablando con el inspector.

—Es el mismo Jim Strange, — decía el pillo. — Es el que se escapó tan hábilmente de la casa del viejo Viziard. Si se escapa otra vez es que son ustedes unos tontos.

Marr oyó aquellas palabras. Miró a Dandy Trench con súbita intención. Comprendió que aquel tampoco quería bien a Jim Strange.

—Inspector, — dijo Marr. — ¿quiere permitirme pasar? Soy tutor y padrastro de la joven... Soy el Doctor Marr. Tengo un coche esperando para llevarla.

Durante un momento el inspector pareció no oír, pues estaba atendiendo a Trench. Era un hombre de cara seria, conocido en el barrio por aferrado al cumplimiento de su deber. Sin embargo frunció el ceño al oír lo que le decía Trench sobre el héroe a quien la muchedumbre aplaudía y vitoreaba con grandísimo entusiasmo. Ante aquellas circunstancias el inspector se sentía, por primera vez en la vida, dispuesto a olvidar el estricto cumplimiento de su deber y a desoír la denuncia que había recibido.

—Usted y nadie más que usted dice que se trata de Jim Strange, — manifestó poco dispuesto a atender la denuncia.

Marr intervino expresándose con toda la mayor amabilidad posible.

—Sí, ese es Strange, señor inspector. Parece que ha realizado un acto heroico y le estoy muy agradecido. ¡Muy agradecido! — En su fuero interno maldecía al que había salvado a la joven. Lo que a él le convenía era que la hubieran dejado perecer dentro de la casa incendiada. — ¡Es una lástima que un hombre tan valiente sea tan poca cosa! Hace un momento dí cuenta a Scotland Yard de una tentativa que hizo contra mi vida, esta misma noche, poco después de matar a Viziard. Es un hombre peligroso.

Al inspector no le fué agradable oír esas manifestaciones. Si aquel hombre era Jim Strange, él sabría cumplir con su deber. Pero no por eso dejaba de sentirse impresionado y de admirar su valor, su audacia y su abnegación.

Marjorie vió de improviso al doctor Marr que se acercaba a ella junto con el inspector.

—¡Jim! ¡Es mi tutor! ¡No quiero que me lleve! — exclamó la joven presa del más intenso terror.

Nance oyó también las palabras de Mar-

jorie. Avanzó, como para protegerla, con la mirada fija en el Doctor Marr.

Ninguno de los del grupo se dió cuenta del peligro que corría Jim hasta que el inspector dijo con sequedad:

—Me parece que voy a tener que prenderle, señor mío. Usted es Jim Strange a quien busca la policía. Lo único que puedo decir es que quisiera que resultara usted inocente porque se ha portado muy bien esta noche, pero yo tengo que cumplir con mi deber.

Marjorie se puso muy pálida. Nance se interpuso excitadísima, entre el inspector y Jim a quien las palabras del de policía había dejado atónito.

—¡Usted no lo prenderá! ¡No y no! — exclamó la florista.

—Vamos, muchacha, no sea tonta, — dijo el inspector llamando en su àyuda a un par de policemen.

Jack vió a Dandy Trench y se fijó en su cara sonriente y maliciosa. La verdad de lo que había sucedido acudió inmediatamente a su imaginación.

—¡El hombre que le ha acusado es ese, que se llama Dandy Trench y es ladrón, estafador y canalla! ¡Ese ha sido el denunciante, el ladrón que se hace policía! — gritó Jack de modo que le oyó mucha gente. — ¿Cuando Jim Strange se ha portado como un heroe ha de ser el canalla de Dandy Trench el que lo denuncie a la policía?

A Trench le sentaron muy mal esas palabras. De todas partes se alzaron murmullos hostiles. Se vió rodeado y sin poder salir. Ya no sonreía por cierto.

Y Jack seguía entusiasmando con su palabra el espíritu popular.

—¿Ustedes creen que un pillo, como por ejemplo Dandy Trench, es capaz de hacer lo que Jim Strange ha hecho ante todos ustedes? Los pillos como Dandy Trench, no arriesgan el pellejo por nadie. Lo único que saben hacer es traicionar y denunciar a la policía al hombre a quien ustedes estaban aplaudiendo. ¡Eso es lo que hace el canalla de Dandy Trench! — gritó Jack.

—¡Eh! ¡Basta de oratoria! — le dijo el inspector.

Pero ya era tarde. Las palabras de Jack habían entusiasmado al público y los que habían presenciado el acto heroico de Jim no se conformaron ante la idea de que pudiera ser detenido por la policía el hombre a quien admiraban. Dandy Trench, muy pálido, era empujado de un lado a otro. Se oían voces amenazadoras.

De pronto una mujer que todavía tenía la cara mojada de lo que había llorado al ver como Jim salvaba a Marjorie, levantó la mano y abofeteó a Trench.

—¡Tome usted por ponerse a denunciar a ese buen muchacho! — gritó ella.

Esa fué la señal para un ataque general a Dandy Trench.

Si varios de la policía no se hubieran reunido a su alrededor para defenderle, el pillo hubiera sido lynchado por la enfurecida multitud. Estaba Trench tan pálido como un muerto.

—¡No dejen que lo prendan! — gritó una mujer. — Si entre ustedes hay hombres no dejen que la policía prenda a Jim Strange.

La multitud, enfurecida se movió hacia adelante, impetuosamente.

—¡No dejen avanzar! — gritó el inspector a sus hombres convencido de que podía producirse algo grave.

—¡Lleven al preso a la oficina! — ordenó a los dos policemen que se había apoderado de Jim y le sujetaba cada uno por un brazo.

Marjorie se abrazó desesperadamente a su amado.

—¡Oh! ¡Jim! ¡Jim! — exclamó.

Nance gritó en aquel momento indignada:

—¡No dejen que lo lleven! ¡No hay entre ustedes un hombre tan valiente como él! ¡Es el que ha salvado a mi madre! ¡No lo dejen llevar preso!

Y se arrojó como un tigre hacia los dos policemen.

Marr permaneció de pie, sonriendo.

—¡No se lo van a llevar, Nance! — rugió una voz de entre la muchedumbre.

El inspector comprendió que el pueblo iba a hacer una tentativa desesperada para libertar a Jim. La muchedumbre estaba excitada y su actitud era peligrosa. Los grupos avanzaron con tal ímpetu que los policemen que formaban el cordón de policía fueron arrollados y echados a un lado sin que tuvieran tiempo ni para intentar defenderse.

Jim, al ver que avanzaba la multitud gritó a Nance que se ocupara de poner en salvo a Marjorie.

—Eso corre de mi cuenta, — respondió Nance — Yo cuidaré de ella. Aproveche usted la ocasión y huya.

Jim estaba resuelto a aprovechar la oportunidad.

En el mismo instante en que iba avanzando el torrente humano, Nance y Jack entraron con Marjorie y la anciana impedida en la puerta de la casa por donde acababan de salir un momento antes.

La policía trató de rodear a su prisionero y de pelear para que no se lo quitaran. Pero los agentes no se sentían muy inclinados a poner todo el mayor esfuerzo en esa tarea.

Dos o tres de los espectadores más entusiastas partidarios de Jim le abrieron paso entre la multitud y luego el montón de gente cerró el paso a los policemen poniendo a Jim fuera de su alcance.

Dandy Trench había desaparecido prudentemente.

Nance se rió nerviosamente al ver cómo había logrado escaparse Jim.

—¿Pero cómo va a poder hallarnos de nuevo? — preguntó ella a Jack un instante después.

Jack había estado pensando en eso también. No era posible que lograra acercarse a Jim pasando por entre la gente amontonada. De pronto gritó en voz muy alta:

—¡Adiós, Jim! ¡Dígale a Mabel y al Gordo que no dejaré de ir!

Después agregó Jack en voz baja:

—Si Jim ha oído comprenderá lo que he querido decir.

El inspector estaba enojadísimo, pero no consideró oportuno detener a ninguno de

Los secretos de...

los que había constituído el grupo que arrebató del poder de la policía al prisionero. Dada la excitación que mostraba la multitud hubiera sido, cualquier actitud en tal sentido lo mismo que aplicar una mecha encendida a un barril de pólvora.

El Doctor Marr, furioso también, aún cuando lo disimulaba, por la partida de Jim, se dirigió al inspector para reprocharle, hasta cierto punto, lo que pasaba.

—Parece que el populacho puede a veces más que la policía ¿eh? — dijo. — ¿Podría hacer abrir paso para que yo llegue hasta donde está la joven? Tengo un automóvil esperando para llevarla a su casa.

Pasó y se dirigió a Marjorie hablándole en tono dulzón.

—Querida Marjorie, — dijo, — supongo que después de lo que acaba de pasar no tendrá inconveniente en volver a casa en seguida.

Hubiera tomado a la joven por un brazo pero Nance se interpuso con ademán muy enérgico.

—¡No iré con usted! — exclamó, indignada, Marjorie.

En su rostro se notaba el más intenso dolor.

—¡Oh! No le extrañará que yo piense de modo contrario. Recuerde que soy su tutor y que, si se hace necesario, podré hacerla llevar por la fuerza.

—Me gustaría que lo intentara, — intervino Jack, — y vería lo que la gente hacía con usted. Será suficiente que yo dirija una palabra al pueblo para que le den una paliza de primera.

—¡Sí! ¡Hasta le desrizarían esos bigotes con tanta cera! — agregó Nance. — ¡Cómo iba a quedar usted! ¡Lo menos hecho trizas por haber querido llevarse a la novia de Jim Strange!

—¡Basta ya, muchacha! — dijo el inspector poniendo una mano en el brazo de Nance.

No deseaba el de policía que la masa popular tomara determinación ninguna por su propia cuenta.

—¡No basta, no! ¡Ya verá como no basta si ese viejo pretende llevarse a la señorita! ¡Oh! ¡Si yo pudiera!...

Marr retrocedió al notar su gesto decisivo.

—¡No me toque! — gritó asustadísimo.

La amenaza de Nance y las miradas poco conciliadoras de los espectadores cercanos le atemorizaron después de lo que había visto durante la liberación de Jim Strange.

—¡Le daré un buen golpe como se atreva a acercarse a mí! ¡Y no se atreverá o tendrá que saber quien es Nance! — repitió con enojo. — ¡Trate de seguirnos y verá como, en cuanto yo grite pidiendo socorro lo pisotean entre todos!

Marr temblaba de miedo.

—¡Jack, traiga a mi madre!

Y con Marjorie a su lado, Nance cruzó el espacio libre, dueña de la situación. Detrás de ellas la señora Eastwood, caminando con dificultad, apoyada en su bastón y ayudada por Jack, seguíales.

—No dejen que ese viejo del bigote negro, teñido y encerado, nos siga! — gritó Nance designando a Marr. — Es un pícaro que quiere mal a esta señorita, que es la novia de Jim Strange, el valiente.

—¡No dejemos que se mueva de aquí! — dijo alguien.

Y la multitud le hizo caso. Se cerró el camino abierto para que pasaran los otros.

Marr se mordió el labio con furia al ver que Marjorie se le escapaba de entre las manos.

Pero no se atrevió a intentar seguir tras ella.

EL HOMBRE DEL VIOLIN

Jim pasó sin que nada le molestara, por entre la muchedumbre que con tanta simpatía le trató. Pasada la aglomeración de gente se encaminó por la primera calle lateral.

Comprendió que lo que mejor podía hacer, por el momento, era alejarse lo más posible de la calle de Vilgrim. La policía no podría conformarse fácilmente con su derrota. Ya debían estarle buscando y era lógico suponer que, tratándose de un hombre que se le había escapado dos veces aquella noche, no aborrarían esfuerzo tendiente a encontrarlo, estuviera donde estuviera. Había aprovechado el buen efecto producido por su acto heroico, pero esto no podía valerle ya.

Después de los momentos de excitación transcurridos, Jim se sintió muy fatigado.

¿Dónde iría? ¿Dónde pretendería cobijarse si no llevaba ni un solo penique en el bolsillo?

Jim se rió amargamente al pensar en la ironía de las circunstancias. A menos de un minuto de camino se encontraban las oficinas de los apoderados de su tío. Presentándose allí y comprobando que era James Stragways pondrían a su disposición todo el dinero que pudiera necesitar. Sin embargo no se atrevía a dar ese paso y tenía que andar por las calles sin un solo penique en su poder.

Pero, después de todo, tenía suerte pues se hallaba en libertad y esto era lo más importante por más que no tuviera dónde dormir aquella noche ni medios para comunicarse con Marjorie o con Jack.

Sintió intensísima gratitud hacia la muchedumbre que se había mostrado partidaria suya y hacia Nance y Jack que habían conseguido evitar que la policía le llevara preso. ¿Qué buena era Nance?

¿Qué le había pasado a Marjorie? Esto constituía su mayor ansiedad. Marr intentaría sin duda llevársela con él a "Techos Rojos". Pero había dejado a Marjorie al cuidado de Nance y Jim tenía la seguridad de que pasara lo que pasara, la simpática y valerosa florista no dejaría que Marr consiguiera su objeto.

¿Pero como podría comunicarse con ella o con Jack?

Al día siguiente Nance iría, sin duda, a su acostumbrado sitio, a vender flores en la plaza de Piccadilly. Pero Jim comprendió que la ansiedad en que se hallaría hasta entonces le resultaría intolerable.

Si pudiera ver a Jack... Pero no se atrevía a acercarse a la casa donde vivía el ven-

dedor de diarios y además era dudoso que el mismo Jack se atreviese a ir hasta su casa.

Entonces, de improviso, se presentaron a su mente las palabras que Jack había gritado cuando Jim se alejaba por entre la multitud, libre ya del poder de la policía. Aquellas palabras le habían parecido desprovistas de sentido, pero sin duda debían tener algún oculto significado.

"Dígale a Mabel y al Gordo que no dejaré de ir" — había gritado Jack.

—¡Claro está! — exclamó de pronto Jim.

La explicación se presentó de improviso ante su mente. Había sido una feliz ocurrencia del joven vendedor de diarios que así le había dado una indicación que la policía no podía interpretar de ningún modo. Aquella noche habían pasado por delante de un cinematógrafo donde Jack se había detenido para mirar un enorme cartelón que estaba en la acera y anunciaba una película interpretada por "Mabel y el Gordo". ¡Aquel era el sitio donde el muchacho le había citado por medio de su al parecer misterioso mensaje!

Riéndose contento, el hombre perseguido se dirigió por las oscuras calles hacia el cinematógrafo. Allí mismo, frente al cartelón, estaba Jack.

El muchacho se adelantó alegremente hacia él.

—Ya me figuraba que usted iba a entender perfectamente lo que yo le dije. Tengo buenas noticias para usted. Embromamos a Marr. En cuanto a la señorita Penrose está en seguridad en una casa en Gedge Gardens. Estoy seguro de que ni Marr ni Trench pueden tener la más remota idea de donde está. Tomamos todo género de precauciones. Nance tiene una amiga que es encargada de la casa y allí está la señorita Marjorie esperándole a usted ahora.

Fueron rápidamente a Gedge Gardens, tranquila plaza situada a regular distancia de la calle de Vilgrim.

Dirigiéronse cautelosamente hacia la casa. No había en las inmediaciones nadie sospechoso. La plazoleta parecía completamente desierta. Dieron la vuelta y entraron por los fondos de la casa.

Una vez dentro. Jack abrió la puerta de una habitación dentro de la cual Jim vió a Marjorie. Los ojos de la joven brillaron de alegría al verle. Nance estaba en la habitación con ella, pero sonriente, buscó un pretxto para salir y dejó a Jim solo con su novia.

—No se cómo se sentirá usted, Nance — díjola Jack cuando ella se acercó a él, — pero creo que después de todas esas emociones no nos vendría mal un poco de alimento. Voy a ir a comprar algo sólido.

Pero cuando Jack se vió de nuevo en la calle se percató de que poco podía ser lo que comprara para la cena.

Con el viaje a Stoke Newington y el regreso, su modesto peculio estaba casi agotado. Jack hizo un gesto de decepción cuando contó las pocas monedas que le quedaban.

Entonces se le ocurrió una brillante idea. Fueron los discordantes sonidos de un violín la causa promotora de aquella idea. En la misma calle, a poca distancia, un músico ambulante, sucio, andrajoso y barbudo, estaba tocando el violín a la puerta del bar de un hotel.

El violín era un instrumento de fabricación casera y producía un sonido estrafalario y desagradable. El que lo tocaba ejecutaba la música de una cançoneta popular. El ejecutante tenía un ojo tapado por una venda negra y todo su aspecto no podía ser más deplorable.

Jack le miró compadecido.

—Oiga usted — díjole. — Me parece que no le van muy bien los negocios. ¿Quiere que nos asociemos para ganar dinero? ¿Sabe usted las canciones de ahora?

Jack nombró dos o tres canciones de las más populares.

El hombre le miró con asombro.

—¡Sí! ¡Las sé! — dijo. — Pero...

—Bueno. Si usted puede tocarlas yo las cantaré. Lo que nos den será a medias.

—¿De veras? ¿Sabe usted cantar?

—Si no cantara mejor de lo que toca usted no me metería a cantar. He cantado en el interior ante públicos selectos, así que me creo capaz de cantar en la calle.

Muchas veces, durante su vida de artista de circo, el muchacho había sido aplaudido por sus canciones. Su aplomo pareció convencer al músico.

—¡De acuerdo!

—Pero toque lo mejor que pueda, ¿eh?— dijo Jack.

El hombre ejecutó los compases de introducción de la canción y Jack entonó luego el canto.

Antes de que hubiera llegado a la segunda estrofa se había reunido ya un numeroso corro. Jack tenía buena voz y además cantaba con gracia y accionaba como un verdadero artista. Entre un couplet y otro bailaba con suma destreza y habilidad.

La gente se fué reuniendo y cuando terminó la canción se oyeron entusiastas aplausos.

Cuando Jack paseó su gorra la cosecha fué excelente. La cara del violinista expresó el mayor contento.

—No va mal, — dijo Jack. — Otra cancioncita y tendremos aun más dinero.

En aquel momento salió un mozo del hotel y se acercó a Jack.

—Ahí dentro está un grupo de viajantes de comercio y dicen si quiere entrar a cantar.

—¡Con mucho gusto! — respondió Jack convencido de que los viajantes serían generosos. — Venga conmigo, — dijo al violinista.

—Entraron, guiados por el mozo, en una sala del hotel donde estaban siete u ocho jóvenes, conversando. Uno de ellos, de cara risueña y coloradota estaba sentado al piano, tocando y cantando. Cuando entró Jack suspendió su ejecución y se volvió diciendo con fingidad severidad:

—¿Qué es esto? Aquí no pueden entrar más que viajantes. ¡Sala reservada! ¿Cómo se atreve a meterse?

El violinista se asustó.

—Debe haberse equivocado el mozo, — dijo. — Vámanos.

—¡No! — exclamó Jack. — ¡Estamos en nuestro sitio! — Y agregó dirigiéndose al de la cara colorada: — Yo también soy viajante.

—¿Sí? ¿De qué ramo?

—No tenga miedo de que le haga competencia, — respondió Jack con aplomo. — Vendo algo que usted no puede ofrecer, si juzgo por lo que cantaba.

—¿Y ¿qué es?

—¡Buena voz!

Los otros viajantes se rieron de buena gana.

—¡Bien! — dijo el coloradote. — No ha contestado mal el colega. A ver sus muestras. ¡Cante!

Jack se volvió hacie el violinista. El hombre empezó a tocar. La primera nota de su violín fué como el aullido de un gato moribundo.

Uno de los viajantes exclamó con tono melodramático:

—¡No! ¡Eso no! ¡Mozo! Delo a ese músico una copa de whisky y un cigarro y póngase a su lado con una escoba. Si intenta volver a tocar el violín, péguele un escobazo.

—Yo acompañeré al cantante, — dijo el coloradote. — ¡Adelante, muchacho!

Durante media hora Jack cantó con general satisfacción.

Los viajantes apreciaron sobre manera la habilidad de Jack y no se cansaron de oir hasta que el muchacho estuvo ronco.

El que había tocado el piano se encargó de pasar el sombrero y reunió cerca de veinte chelines para que se los dividieran entre el cantante y el del violín.

Jack no pensó un solo momento en que su acompañante el violinista no había contribuído en nada a la obtención de aquel dinero.

Una vez en la calle le dió la mitad de lo recaudado y se fué a comprar las cosas para la cena.

El muchacho no tenía idea de que una docena de yardas detrás de él el hombre del violín se deslizaba con precaución, sin perderle de vista.

Pero el hombre se había quitado la venda negra que le cubría un ojo y había ocultado el violín debajo del sobretodo.

Y sin la venda, aun cuando disfrazado, el violinista se parecía muchísimo a Dandy Trench, el pillo, el enemigo de Jim Strange.

¡Y en verdad, aun cuando pueda parecer extraño, era el mismo Dandy Trench en persona!

LA SOMBRA EN LA OBSCURIDAD

Jack se dirigió contentísimo a hacer sus compras removiendo el bolsillo donde sonaban las monedas, cuyo valor pasaba de media libra esterlina. Aquello era el producto que, después de una hora de trabajo, había dividido con el músico ambulante.

—¡Esto es mucho más productivo que vender diarios! Lo que no desearía es que el negocio de esta noche hubiera trastornado al músico llenándole la cabeza de ilusiones, porque con seguridad no vuelve a ganar lo mismo, en una sola hora, en toda su vida, — díjose Jack haciendo una mueca. — No sé por qué, pero me pareció que la cara de ese tipo del violín no me era desconocida,— agregó pensativo. — Es fácil que me lo haya encontrado otra vez en alguna parte, aun cuando no lo recuerdo.

Mientras tanto, el músico callejero le seguía cautelosamente a la distancia. Y el violinista ambulante era nada menos que el pillo de Dandy Trench, tan hábilmente disfrazado que ni el mismo Jack, con toda su perspicacia, había podido reconocerle.

Fuera la que fuera la razón que había decidido a Dandy Trench a adoptar ese disfraz, — y la razón no podía ser sino condenable, pues el tipo no andaba nunca metido sino en cosas turbias, — no era, sin duda, de gran urgencia. Se había disfrazado para dar con el paradero de Jack Lewis y la suerte le había proporcionado la ocasión antes de lo que lo esperaba. Por segunda vez, en aquella misma noche, después de que logró escaparse de ser maltratado por la muchedumbre indignada.

Siguiendo al muchacho vendedor de diarios, podía enterarse de dónde estaban Jim Strange y la joven a quien ocultaba. Dandy Trench no estaba tan interesado en dar con la joven como en vengarse de Jim Strange, pero aun cuando hasta aquella noche él y el doctor Marr no se habían conocido, se necesitó poco tiempo para que los dos se unieran estrechamente confabulados en contra del hombre a quien los dos odiaban.

Por las calles alumbradas Trench siguió al muchacho siempre a cautelosa distancia y deteniéndose bastante lejos cada vez que Jack entró en una casa de negocio a comprar algo, para salir poco después y continuar sus compras.

Por fin salió Jack del último negocio. No le quedaban en el bolsillo, — de los diez chelines, — más que unas pocas monedas de cobre. Iba cargado de paquetes como un padre de familia la víspera de Navidad.

¡La cena sería soberbia! ¡Salchichas, jamón cocido, dos latas de ananás en almíbar (había comprado dos porque una le pareció poco) varias otras cosas, un pan de cerca de una vara de largo y un paquete de bollos de huevo que compró en una confitería.

Tan cargado iba que un chico que pasó, — movido por instinto travieso, — le dió un golpe a una bolsa de papel que llevaba llena de papas e hizo que se esparcieran éstas por el suelo.

Jack le pegó al chico en la cabeza con el pan de una vara de largo, lo que hizo que el agresor tuviera durante un minuto, la idea de que todo giraba a su alrededor como si se hubiera apoderado de él un ciclón en rápido movimiento espiral.

Un amigo de Jack, — otro vendedor de diarios, — se acercó y le ayudó a recoger las papas que se habían esparcido por el suelo y le preguntó después si era cierto que había comprado existencias para poner un almacén.

(Continuará)

La última carta de Zingrave

(Conclusión)

¡PIENSE usted con todo cuidado! — díjole Nelson Lee. — Todo depende de que usted tenga buena memoria y el caso es sumamente interesante. Con toda exactitud, ¿cuántos pasajeros había en la estación? ¿Qué aspecto tenía cada uno de ellos? Procure recordar.

El boletero se quitó la gorra y se rascó la coronilla.

—Voy a tratar de recordar todo lo que pueda, señor Lee, — dijo. — ¡Vamos a ver! Generalmente no me fijo gran cosa en la gente que pasa y toma el tren. Había una señora vieja a la que acompañaba un chico de aspecto raro. Y una pareja de enamorados: no había más que verlos para notarlo. Y un hombre bajo, rollizo, vestido de azul, con barba negra y saco cruzado.

—¡Ah! ¡Ese aspecto dice algo significativo! — dijo Nelson Lee. — ¿Y nadie más?

—Sí, señor. Un señor anciano que, según recuerdo, era muy alto y un par de militares, tenientes o algo así. ¡Ah! ¡Un marinero también! ¡Marinero a juzgar por su aspecto! Bajo, ancho de hombros, con gorra de visera. Me preguntó cuanto tardaría en pasar el tren.

—¿Era un oficial de la marina de guerra? — preguntó el detective.

—¡Oh, no! Un marino y nada más. — dijo el boletero. — Debía ser el comandante de algún buque de vela o de un vapor de carga. Vestía de azul, con botones de metal, era...

—¡De azul y con botones de metal — exclamó Nipper. — Es él, señor Lee!

—¡Espere un momento, Nipper! Deje que termine el señor...

—Ya no tengo más que decirle, — dijo el ferroviario. — No recuerdo más pasajeros. Tal vez hubo alguno más, pero crea que yo no lo recuerdo.

Nelson Lee llevó a Nipper a un lado, aparte de los curiosos.

—De todos los pasajeros a que se ha referido el boletero sólo hay dos que pueden posiblemente, ser el profesor Zingrave — dijo el detective. — El hombre bajo vestido de azul y el marino de botones de metal. Sujete un momento a Guillermo el Conquistador, Nipper.

El detective fué hacia la boletería de la estación y regresó a los pocos minutos adonde estaba Nipper con el perro.

—Este boletero es un joven muy inteligente y perspicaz, — dijo Nelson Lee, — Recuerda que el hombre ancho de espaldas tomó boleto para la próxima estación y me ha dicho que recuerda haber visto con anterioridad a ese hombre, varias veces. Por lo tanto debemos suprimirlo, pues queda, de hecho, fuera de nuestras conjeturas.

—Pero el de los botones de metal y la gorra de visera...

—Ese marino tomó boleto para una pequeña aldea de pescadores llamada Pelton, situada en seguida de Staines. Es posible que sigamos una falsa pista, joven, pero creo que debemos dirigirnos a Pelton. La distancia es relativamente corta y sale para allí un tren, dentro de pocos minutos.

Dadas las circunstancias, era eso lo único que se podía hacer. Nelson Lee y Nipper se metieron en el tren, que llegó pocos momentos después. Guillermo el Consquistador se mostró muy disgustado porque se vió obligado a viajar en el furgón.

La estación de Pelton era muy pequeña y a ella llegaron sin atraso. No bajaron allí, de aquel convoy, más pasajeros que ellos y una señora anciana.

Nelson Lee fué en seguida al furgón a dar libertad a Guillermo el Conquistador, que se sintió muy feliz, y saltó con alegría en cuanto pisó la plataforma. La estación

estaba pobremente alumbrada y el piso del andén era de gruesas vigas de madera.

Cuando el detective y Nipper se dirigían hacia la salida, su canino acompañante lanzó de pronto un breve grito y olfateó el suelo con grandísimo interés. En seguida tironeó tan fuerte de la soga con que lo sujetaba Nelson Lee, que estuvo a punto de hacer que se cayera el detective al suelo.

—¡Bravo! — exclamó Nipper. — ¡No hemos hecho el viaje en balde, señor! ¡Guillermo ha vuelto a dar con la pista! ¡Bravo, Guillermito, bravo!

No había razón para dudar de que fuera así. El perro había dado, sin duda, con el mismo rastro que había seguido antes y Nelson Lee no procuró ocultar la satisfacción que aquello le producía. El profesor Zingrave había pasado por aquella estación hacía menos de una hora. Cuando se vistió con el traje de buzo del detective no podía imaginarse por cierto que, lo que él creía sin duda, una ocurrencia genial, iba a proporcionar a sus enemigos el modo de seguirle la pista. Podía decirse, en realidad, que lo sucedido constituía un golpe de buena suerte en favor de Nelson Lee, tan maltratado por las circunstancias en las precedentes horas. Cinco minutos después, Nelson Lee, Nipper y el perro se hallaban en una oscura calle de la aldea de Pelton.

Guillermo el Conquistador seguía la pista sin la menor perplejidad, tironeando a veces con exesiva fuerza, lo que molestaba, y no poco, al detective. Se conocía que el rastro era fuerte, reciente y que nada había podido atenuarlo. No había por allí tráfico suficiente para alterar una pista semejante y menos a aquella hora de la noche.

Aun no era tarde, Nelson Lee y Nipper, a medida que avanzaron, cruzáronse, en la calle, con más de un transeunte, habitante de la aldea. La noche era hermosísima; en el cielo diáfano brillaban rutilantes las estrellas. El aire era suave y tibio. Al parecer habíase celebrado alguna asamblea de carácter político en el local de la escuela, porque Nelson Lee oyó que algunos transeuntes discutían refiriéndose a los argumentos de un orador. Cerca del local de la escuela aun estaban reunidos algunos grupos de hombres que discutían.

Pronto, Guillermo el Conquistador dejó la calle principal de la aldea y guió a sus compañeros por un ascendente y angosto camino transversal y campestre. A ambos lados de este camino y de vez en cuando, se levantaba uno que otro chalet. Después de avanzar como doscientas yardas, el perro, de improviso, volvióse bruscamente hacia la izquierda y entró por un portón que estaba entreabierto. Hizo que Nelson Lee fuese tras él por un corto camino enarenado y se detuviese ante la puerta de entrada de un chalet de muy agradable aspecto.

—¡Quieto, Guillermo, quieto! — díjole Nelson Lee al perro en voz baja, porque Guillermo el Conquistador, muy excitado, mostraba tendencias a alborotar con sus ladridos de contento.

El detective se retiró del jardín y le costó bastante trabajo conseguir que el perro le siguiera sin hacer ruido. A pocas yardas de distancia, Nelson Lee y Nipper se detuvieron. El chalet, según podían verlo desde donde estaban, era de tamaño chico y estaba casi enteramente cubierto de hiedra. En el jardincito del frente habían puesto un asta como para enarbolar una bandera.

—¡Le hemos hallado! — dijo Nelson Lee en voz baja. — ¡Zingrave está en ese chalet, Nipper! No le hemos visto y no se ven luces en la ventanas, pero el hecho es indiscutible. Antes de proceder, sin embargo, me gustaría enterarme de quién es el verdadero habitual ocupante del chalet.

—Me parece que hay un hombre parado allí, del otro lado del camino, — dijo Nipper. — ¿Le parece bien que se lo pregunte a ese hombre, señor?

Lee, convencido de que la captura de Zingrave sería cuestión de unos minutos más decidió aceptar en seguida la idea de Nipper. Del otro lado del camino a corta distancia, había una fila de chalets. Junto al portoncito del jardín de uno de esos chalets se hallaba un hombre, de pie. Un fuerte olor a tabaco flotaba en el ambiente.

El fumador resulto ser un viejo campesino que fumaba tranquilamente, apoyado en el portoncito. Miró a Nelson Lee y a Nipper con sumo interés.

—Estoy esperando a mi Jorge — dijo, sin ser preguntado. — Estuvo en la asamblea que se celebró en el local de la escuela, y de fijo se ha quedado discutiendo sobre algún punto de política con sus amigos. Ya debía haber regresado hace largo rato. ¿Hermosa noche, no es cierto, señor?

—Muy hermosa, — respondió Nelson Lee. — Yo y mi joven amigo estamos dando un paseo y hace un momento nos preguntábamos quién será la persona que vive en ese chalet de ahí enfrente, Es una casita de un aspecto tan simpático... Es tan pintoresca, con su enredadera, que casi la envuelve por completo...

—Ahí vive el viejo capitán Mártin, señor, — interrumpióle el viejo fumador. — Un viejo muy agradable. Vive por estos sitios hará dos años en Agosto. Hace como una hora estuve de gran conversación con el capitán Mártin.

—¿Hace tiempo que está usted en este portón esperando a su Jorge? — le preguntó Nipper con sumo interés.

—¡Cerca de dos horas! Todas las noches, cuando el tiempo está bueno como hoy, vengo al portón a fumarme la última o las últimas pipas del día, — dijo el anciano. — Esta noche me he quedado más tiempo que de costumbre porque estoy esperando a mí Jorge. Todos los hombres de la aldea han ido a la samblea que se celebraba en el local de la escuela. No he visto regresar hacia este lado a ninguno todavía, excepción hecha del capitán Mártin. Se fué a Londres esta mañana a saludar a un compañero y amigo que llegó del extranjero. El capitán regresó hace menos de una hora.

Nelson Lee, pensativo, encendió un cigarro de hoja.

—¿Vive solo el capitán Martín? — preguntó con afectada indiferencia.

—Enteramente solo, señor, — contestó el viejo campesino. — No he visto entrar nun-

ca. por su puerta a nadie más que a él. Y si hubiera entrado alguna otra persona yo hubiese tenido que verla puesto que vivo en la acera de enfrente. No, señor mío, el capitán Martín vive solo y no tiene nunca visitantes.

—Creo que ha tenido uno esta noche, — dijo, lentamente, Nelson Lee.

—¿El? ¡No es posible! — replicó el viejo campesino quitándose de la boca el pito de yeso en que fumaba. — No me he movido de este portón desde que empezó la asamblea, cuando Jorge se despidió de mí, al dirigirse al local de la escuela. Eso fué hace dos horas. Jorge debía estar de vuelta ya. De fijo está discutiendo política con algunos amigos.

—Pero usted debe haberse dado cuenta de un detalle, — dijo Nelson Lee, expresándose como si hablara de algo que le importara muy poco. — ¡Creo que si usted no lo ha olvidado tendrá que recordar que un hombre procedente de la estación, llegó hace menos de media hora, y entró en el chalet del capitán Martín!

—¡Claro que sí, señor! ¡Pero era el mismo capitán! ¡No, no puedo estar equivocado! Se detuvo y charló conmigo durante cinco minutos, lo menos. Encendió su pipa con un fósforo que yo le di. Después se metió en su casa.

Nelson Lee permaneció allí unos minutos más, y después, él y Nipper se alejaron. Se detuvieron, sin embargo cuando llegaron a un sitio desde el cual se veía el chalet del capitán Martín.

—¿Qué me dice señor? ¿Esto parece muy raro, no es cierto? — observó Nipper.

—¡Muy raro, muchacho! Los hechos no pueden ser más contradictorios. — opinó el detective. — Me siento inclinado a creer lo que dice el viejo campesino. Pero si es verdad, ¿cómo ha de ser posible poner esas circunstancias de acuerdo con las que nosotros conocemos? Estamos enteramente seguros de que Zingrave entró en ese chalet. El hecho de que Guillermo el Conquistador siguiera la pista, lo demuestra y comprueba por encima de toda duda. Pero nuestro informante, el viejo campesino de la pipa declara que en el chalet sólo entró el viejo capitán Martín.

—¿No será Zingrave ese capitán retirado que dice llamarse Martín?

—¿Cómo ha de ser eso posible, Nipper? — replicó Nelson Lee. — Ese capitán vive ahí hace dos años, es muy conocido y se hallaba con toda seguridad, anteayer, en la aldea. Zingrave, como lo sabemos, estaba ese día en Londres. El capitán Martín no puede ser un disfraz de Zingrave. Además, si usted lo recuerda, la pista pasó por el portón donde hablamos con el viejo fumador. Todo parece indicar que el perro ha seguido la pista del capitán Martín desde la estación. ¿Es posible que el perro se haya equivocado de ese modo?

—¡No lo entiendo, señor! — exclamó Nipper. — ¡Es un problema cuya solución no veo ni lejos ni cerca! ¡Dios mío! ¡Y si Zingrave ha cambiado de calzado con el viejo capitán, en el tren!

Nelson Lee movió negativamente la cabeza.

—Es casi imposible que haya sucedido eso, — dijo el detective. — No muchacho; no acepto la posibilidad de esa teoría. Estoy enteramente convencido de que hay algo muy extraño y oculto en estos sucesos. Aquí está en juego una combinación más complicada que cuanto podamos imaginarnos en un principio.

CAPITULO VI

Ante el chalet de Pélton. — El detective se decide. — Un encuentro inesperado. — El capitán Martín. — Complicada combinación de Zingrave. — El fracaso en último momento. — Nueva fuga. — El automóvil de carrera. — Un viaje rápido. — En Londres. — Desaparición inexplicable. — Una situación difícil

Nelson Lee tardó muy poco en decidir qué era lo que le convenía hacer.

—De nada nos sirve perder el tiempo aquí entregados a ociosas conjeturas, — dijo, malhumorado —. Tenemos pruebas Nipper de que Zingrave está en ese chalet. Si está en connivencia, con el capitán Mártin o si es él mismo dicho capitán, es algo que debe tenernos enteramente sin cuidado. Eso lo averiguaremos después, cuando el profesor se encuentre bien encerrado en una buena celda.

—¿Cuál es nuestro programa de acción, señor? — preguntó Nipper con sumo interés.

—Lo más conveniente es proceder sin demora de ninguna clase, — dijo el detective. — Tengo en el bolsillo una orden de prisión mediante la cual puedo encarcelar al profesor Zingrave donde quiera que le encuentre. Por lo tanto, tengo derecho a proceder con toda la energía que aconseja el caso.

—Pues en cuanto usted llame a la puerta del chalet, el hombre va a sospechar, y una vez receloso...

—No tengo intención de llamar a la puerta del chalet. Espere usted aquí unos minutos en compañía de Guillermo el Conquistador.

Nelson Lee se separó de Nipper y fué tranquilamente por el camino, hacia el fondo y hallóse poco después ante una ventanita con persiana. Dentro de la habitación brillaba una luz, amortiguada por una pantalla opalina y la ventana casi enteramente corrida.

Acercándose cautelosamente, Nelson Lee miró por la ventana, hacia el interior de la habitación. Vió con toda facilidad cuanto había dentro. Una lámpara, de petróleo encendida, estaba en una mesita y su luz era de poca intensidad. Muy cerca de la mesita estaba, con el respaldo vuelto hacia Nelson Lee, una butaca de brazos y tapizada, de modelo muy antiguo. En esa butaca, según pudo verlo con toda claridad el detective, estaba sentado e inmóvil un hombre. Este hombre tenía puesta una gorra de visera, de las que usan los de la marina mercante. De-

pibes:
"el gorrion"
es para vosotros
10cts
24 PAGINAS
multicolores
LEALO TODOS LOS MIERCOLES
LA MEJOR REVISTA SEMANAL DE HISTORIETAS
CONCURSOS CON VALIOSOS PREMIOS:
BICICLETAS, MONOPATINES, EQUIPOS DE FOOT-BALL ETC.

bía estar leyendo o se había quedado adormilado. Nelson Lee supuso que el capitán estaba leyendo como debía hacerlo todas las noches, pues el detective sentíase convencido de que aquel hombre era el propietario del pintoresco chalet casi enteramente cubierto de hiedra.

Mientras Nelson Lee atistaba llegó a sus oídos un leve ruido procedente del otro extremo del chalet y el detective volvió la cabeza rápidamente. Pero no pudo ver nada en absoluto, y el ruido no se repitió. Opinó Nelson Lee que aquel breve ruido que le había alarmado había sido cosa de las gallinas o de algún animal de los de otras clases, que había en el corral.

Sin embargo, decidió no desperdiciar más tiempo.

Pocos instantes después se hallaba de nuevo junto a Nipper. En voz muy baja dijo al joven que le siguiera. Volvieron a entrar cautelosamente en el jardín del chalet. Nelson Lee sacó el revólver del bolsillo, a fin de tenerlo apercibido, para lo que pudiera suceder.

—¡Conviene que esté usted preparado para cualquier emergencia, Nípper! — dijo el detective en voz baja. — Zingrave debe hallarse desesperado y no tendría nada de particular que nos estacara con toda violencia. Si sucediera eso, suelte al perro. Guillermo el Conquistador se encargará de hacer que se detenga el profesor.

Nelson Lee apoyó la mano en la manija de la puerta de los fondos del chalet y se encontró, — sorprendiéndose, — con que la puerta no estaba cerrada con llave ni tenía corridos los pasadores, así que se abrió en seguida y sin dificultad de ninguna clase.

El detective entró en una cocina de reducidas dimensiones. Una línea de luz que se veía al pie de una puerta situada a la izquierda, fué más que suficiente para indicarle hacia dónde debía dirigirse.

El detective avanzó resueltamente sin intentar, de modo alguno, ocultar o disimular lo que hacía. Abrió de un tirón y por completo la puerta al pie de la cual había visto la línea de luz y entró en la habitación donde ardía la lámpara de petróleo. En aquel momento pensó el detective que sería una desairada situación la suya si se hallaba con que el único habitante de la casa era un viejo capitán retirado, enteramente ajeno a todo. Pero, sin duda, unas pocas palabras de explicación lo arreglarían todo satisfactoriamente.

Pero Nelson Lee detuvo su avance tan pronto como hubo entrado en la iluminada habitación.

Reinaba allí la más completa tranquilidad. Frente al detective hallábase la figura bestida de azul, tal y como él la había visto por la ventana. Pero el hombre estaba enteramente inmóvil y un pañuelo sostenido por el borde, entre la gorra de visera y la frente, le cubría por completo el rostro.

—¡Dios mío! — balbuceó Nelson Lee, con extrañeza y alarma. — ¿Qué ha sucedido aquí?

La postura en que se hallaba aquel hombre, — al que no se le veía el rostro, — era extraña y forzada a la vez que poco natural. Nelson Lee se sintió inmediatamente lleno de recelo y de sospecha. Aquel hombre estaba tan quieto... tan mortalmente quieto. En aquel segundo el detective sintióse convencido de que se hallaba en presencia de un muerto.

Respiró con fuerza, llenando bien los pulmones, avanzó y levantó el pañuelo. En seguida lanzó una exclamación de asombro.

—¡Burlado! — gritó. — ¡Nípper! ¡Mire usted esto! ¡Dios mío, qué ingenio el de este hombre!

Nípper entró, corriendo, en la habitación y se paró de pronto boquiabierto asombradísimo. La figura que estaba en la vieja y acolchada butaca de brazos era un improvisado muñeco.

Estaba hecho con un traje rellenado con lo primero que había encontrado el que había improvisado el monigote. Las manos colgaban por encima de los brazos de la butaca de modo que casi no se veían. ¡Y eran únicamente unos guantes! No habían intentado poner una careta en el sitio correspondiente a la cara. El pañuelo había sido bastante para ocultar la bola de papel que hacía las veces de cabeza.

—¡Por vida del mismo demonio, señor! — exclamó Nípper. — ¿Qué significa esto?

Nelson Lee se había inclinado y había levantado uno de los botines, que en aquel momento, examinaba.

—¡Estos son los botines que Zingrave tenía puestos! — exclamó. — ¿Ve, Nípper? Aún tienen rastros de la solución de caucho, en la parte interior del taco; en la parte que, al caminar, no tiene contacto con el suelo. ¡Dios mío, qué ingenio el de ese hombre y qué rapidez para hallar la solución de todas las dificultades!

—Pero, ¿qué quiere decir esto, señor? — preguntó nuevamente el joven.

—Esto quiere decir que el profesor Zingrave ha vuelto a escaparse — contestó el directive. — ¿Cómo diablos se enteró que le seguíamos? ¡No lo sé! Pero no cabe duda de que lo sabía. Ahora que estoy seguro de un detalle.

—¿Cuál, señor? — inquirió Nipper.

—De que no puede haberse ido muy lejos.

—¡Pero si ha dejado aquí el calzado que tenía puesto, Guillermo el Conquistador ya no puede seguirle la pista! — exclamó el joven, con amargura.

—En eso era en lo que estaba yo pensando precisamente. ¡Pero esto es de lo más desconcertante que pueda imaginarse, Nípper! Ahora estoy convencido de que Zingrave es realmente el capitán Mártin o que, al menos su disfraz procuraba hacer que se pareciese a él. ¡Si yo hubiera estado al tanto de esa valiosa información! Zingrave, hizo sin duda, muy meticulosos preparativos, pero, de pronto, se asustó; tuvo miedo de que lográramos echarle mano porque sabía que, en tal caso, estaría irremisiblemente perdido

Si Nelson Lee hubiese sabido cuáles habían sido los meticulosos preparativos de Zingrave, se hubiese quedado maravillado de la asombrosa facultad del profesor para preverlo todo.

Había sido, en verdad, el mismo Zingrave en persona el que había hablado con el viejo campesino que estaba fumando tranquilamente, apoyado en el portón de su casa, mientras esperaba el regreso de su hijo, que había ido a la reunión política celebrada en el local de la escuela. Pero en aquel momento Zingrave estaba disfrazado de tal modo que resultaba idéntico al capitán Mártin, así que el anciano fumador no era culpable de haberle confundido con el habitante del chalet, al que tan bien conocía.

Constituía todo aquello un plan cuidadosamente preparado por el profesor. Años atrás había hecho sus preparativos por si alguna vez se hallaba en caso semejante. Sabía perfectamente que la Liga del Triángulo Verde había de derrumbarse algún día y de acuerdo con esa perspectiva, había adoptado las necesarias precauciones para poder salvar el pellejo aun cuando todos sus cómplices cayeran en poder de las autoridades.

El plan era completo hasta el último de sus detalles; todo se había previsto en él.

El capitán Mártin era un confederado de Zingrave, aun cuando no hubiera tomado parte activa en los trabajos de la Liga del Triángulo Verde. Su existencia era un secreto para todos los componentes de la liga, pero no para el profesor Zingrave.

Mártin había ido a residir en aquella aldea por una razón. Esta razón era el propósito de crear y establecer una identidad para que el profesor pudiera utilizarla cuando se encontrara en necesidad de ello. Zingrave, de vez en cuando, se entrevistaba con el capitán Mártin y se había disfrazado para parecerse lo más posible a él. Después,, cuando hubo llegado la ocasión, se había disfrazado con entera tranquilidad y asombrosa exactitud. Puestos el uno al lado del otro hubiera sido imposible decir cuál era Zingrave y cuál el capitán Mártin. Casi no es necesario decir que Mártin no era capitán retirado ni cosa parecida: ese carcter había sido adoptado porque contribuía a facilitar el disfraz el modo de vestir de los marinos. Dos hombres de traje azul, con saco cruzado y botones de metal y con gorra de visera ya tienen algo de parecido en su aspecto...

Aquella mañana el capitán Mártin había ido a Londres. Al llegar a la ciudad se había hecho afeitar la barba y el bigote y se había teñido el cabello. Vestido con un vulgar traje de saco de género gris, habíase transformado en un hombre enteramente distinto.

Y Zingrave al salir de su escondrijo secreto, había ido a la alde. de Pelton, al anochecer, de acuerdo con el plan preconcebido. Ahora era el capitán Mártin. Se había combinado todo de modo que el profesor comenzara a vivir como capitán Mártin en el mismo momento en que desaparecía, por completo el preexistente capitán.

De ese modo, Zingrave desaparecería de la superficie del planeta. ¿Quién iba a suponer que aquel viejo capitán de alto bordo, retirado, de su profesión y conocido años atrás en Pélton era el fugitivo jefe de la Liga del Triángulo Verde? El capitán Mártin no acababa de aparecer en Pélton. Hacía dos años que residía allí, donde todos le conocían, pues cultivaba muchas y buenos amistades. La policía no hubiese llegado jamás a sospechar de la existencia de esa combinación. Hasta el mismo Nelson Lee hubiera sido enteramente burlado por tan hábil estragema.

Pero debido a la compostura del traje de buzo, el detective había podido seguir con toda exactitud la pista del profesor y desbaratar todos sus planes.

Toda su maravillosa combinación había quedado definitivamente inutilizada.

Zingrave había supuesto que se hallaría en seguridad plena cuando llegara al chalet de Pélton. Una vez allí podría descansar y preparar sus futuros planes. Había logrado escapar del lago del jardín de la casa de Crosvenor Square, y se felicitaba porque todo iba bien.

Pero, de pronto, se había producido la sorpresa.

Habíase encontrado Zingrave junto a la ventana del frente de su chalet, mirando hacia el camino. En realidad, estaba esperando la llegada de un muchacho al que había encargado que le llevara al chalet algunos artículos de almacén. Zingrave había hecho algunas compras con el propósito de que le vieran en el almacén y dejar así, constancia de que estaba en Pélton aquella noche.

Pero al mirar por la ventana había visto a Nelson Lee y al perro en el momento en que avanzaban por el caminito de entrada hacia la puerta del frente. El profesor Zingrabe perdió al punto toda su serenidad y se sintió intensamente alarmado.

Su furor fué terrible. Precisamente en el mismo instante del éxito, cuando consideraba que ya no había posibilidad alguna de que lo persiguieran, dábase cuenta de que su situación era más peligrosa que nunca. ¡El golpe que sufrió el profesor fué realmento aplastante!

Pero Zingrave, a pesar de todo su furor y de toda su alarma, supo hallarse a la altura de las circunstancias.

Viendo que Nelson Lee conversaba con el viejo campesino fumador, calculó que el detective estaba haciendo averiguaciones, y en consecuencia procedió con toda rapidez a hacer sus preparativos para marcharse.

Pero deseaba retardar todo lo más posible el comienzo de la persecución.

Con suma astucia adivinó que Nelson Lee procedería enseguida a realizar algunas investigaciones antes de proceder a prenderle, y pensó que si el detective veía a un hombre tranquilamente sentado en una butaca, no se daría prisa ninguna.

Zingrave comprendía que era el perro quien le había seguido. En consecuencia se quitó el calzado, y no tardó en descubrir por qué razón habían podido seguirle con tanta facilidad. En unos pocos minutos preparó el

muñeco que puso luego en la butaca, junto a la mesa y casi delante de la ventana.

Hecho eso, Zingrave huyó... huyó a la estación porque sabía que a esas horas pasaba un tren para Londres. Suponía que si lograba tomar ese tren se encontraría fuera del alcance de Nelson Lee cuando éste empezara a buscarle.

En aquel instante el profesor no tenía idea de venganza. Quedarse significaría un completo desastre. No sabía cuántas personas ayudaban a Nelson Lee en su investigación. Tal vez contaba, el detective, con numerosos elementos policiales que esperaban sus órdenes cerca de allí.

¡Huir!

Esto era lo más urgente. De la venganza podría ocuparse más adelante en más oportuno momento. De poca satisfacción podría servirle a Zingrave el matar a Nelson Lee si, al matar al detective, era capturado por los de la policía e iba a parar a una cárcel.

A pesar de su derrumbe, el profesor tenía grandiosos planes para el futuro y para realizarlos necesitaba estar libre.

Cualquier otro hombre, en semejante situación, se hubiera sentido aplastado por la adversidad. Pero el profesor Zingrave era un hombre extraordinario. No admitía jamás que estaba derrotado. Había logrado, hasta aquel momento, que sus perseguidores no le prendieran y esperaba seguir en libertad, a pesar de todo cuanto hicieran sus enemigos.

Por lo tanto, huyó. Nelson Lee oyó el ruido que hizo al salir por una ventana lateral, pero el detective no dió mayor importancia a aquel ruido. No había sido, en realidad, razón suficiente para que sospechara la verdad.

El detective y Nípper se quedaron atónitos al darse cuenta de la verdad de lo que pasaba, pero recobraron en seguida toda su serenidad, dedicándose inmediatamente a averiguar qué había sido del hombre tras del cual andaban. Revisaron toda la casa, pero sin resultado favorable. El chalet estaba enteramente vacío y nada indicaba cómo y por dónde, habíase escapado Zingrave.

—Es necesario que vayamos corriendo a la estación joven, — dijo Nelson Lee rápidamente cuando ya habían perdido en inútiles investigaciones cinco preciosos minutos. — Un tren para Londres sale casi en seguida. En esa línea suburbana los trenes son frecuentes.

—¿Supone usted que?...

—¡No disponemos de tiempo para suponer nada! — exclamó Nelson Lee. — Zingrave se ha dado cuenta del peligro y ha corrido a tomar el primer tren, confiando en que no nos demos cuenta de que se ha ido hasta que sea tarde.

El detective había acertado con el plan del profesor. El y Nípper, con Guillermo el Conquistar, corrieron velozmente hacia la estación del ferrocarril. Pero cuando llegaron encontráronse con que, en aquel momento, salía un tren de la estación.

—¿Para dónde se va ese tren? — preguntó con impaciencia.

—Para Londres, señor. No sale otro hasta dentro de una hora porque...

Nelson Lee no escuchó más. Se volvió bruscamente y fué a la telefonía, dejando al peón que le daba explicaciones sobre el movimiento de trenes con la palabra en la boca. En momentos de tanta prisa el detective consideraba inútiles todas las formalidades de la cortesía corriente.

—¿Sabe usted si el capitán Mártin ha partido en el tren que acaba de salir? — preguntó al boletero.

—Sí, señor, contestó el interrogado, en seguida. — El capitán Mártin ha ido en ese tren. Tomó boleto para Londres.

Nelson Lee apretó los dientes. Nípper miró, desesperado, al detective. Por unos pocos segundos habíaseles escabullido el hombre tras del cual andaban. Sabían, — fuera de toda duda, — que el supuesto capitán era el profesor Zingrave.

—Dígame, ¿en qué estación se detiene ese tren antes de llegar a Londres? — preguntó Nelson Lee, acercándose de nuevo a la ventanilla de la boletería.

—En ninguna estación. Es un rápido.

—¿A qué hora debe llegar a Londres?

Cuando el boletero le dijo a qué hora debía llegar aquel tren a la estación terminal de Londres, Nelson Lee consultó su reloj y después volvióse bruscamente hacia Nípper. Los dos salieron de la estación de Pélton. Guillermo el Conquistador muy contento, corría a saltos junto a Nípper.

—¡Hay una probabilidad! ¡Una sola y débil probabilidad! — dijo el gran detective. — El tren no se detiene hasta llegar a Londres y Zingrave no puede descender del convoy en el trayecto. A juzgar por la hora a que debe llegar, el tren, aunque directo, no es rápido, y nosotros podremos, si la suerte nos favorece, llegar antes que él.

—¿Pero de qué modo? — exclamó Nípper. — ¡No vamos a poder ir a Londres a pie, señor!

Pero Nelson Lee ya tenía un plan en la mente; un plan realmente desesperado. A doscientas yardas de la estación del ferrocarril, delante de una casa grande, había visto hacía un momento, un poderoso automóvil de carrera. Dos oficiales del ejército habían bajado de él con intención de entrar en la casa, sin duda.

Cuando, en aquel momento, Nelson Lee y Nípper miraron hacia el automóvil, vieron que no lo vigilaba nadie y que tenía las luces encendidas. En motor estaba en marcha.

—¡Suba en ese automóvil, Nípper! — ordenó Nelson Lee.

—¡Pero señor, si no es nuestro!

—¡Zingrave se escapa! — dijo el detective. — Utilizando este automóvil tal vez logremos llegar antes que él. Hace dos minutos que salió el tren. La carretera es más corta que la línea férrea porque ésta da un rodeo. Las medidas desesperadas para los casos desesperados.

Sin decir una palabra más, pero agitado y jadeante, Nípper se metió de un salto en el automóvil mientras Nelson Lee se sentaba tras el volante y Guillermo el Conquistador subía a echarse a los pies del joven.

El detective puso el coche en movimiento, y unos segundos después el poderoso automóvil corría a gran velocidad. Nelson Lee no se detuvo a pensar lo que podían opinar los oficiales dueños del automóvil. Su acción era insólita, pero las circunstancias también lo eran, y lo exigían así.

Nelson Lee comprendía que haber telegrafiado hubiera sido enteramente inútil. Zingrave en cuanto hubiera visto a los de la policía en la estación se hubiera alarmado y, tal vez, recurrido a alguna inesperada estratagema. Lo mejor era no alarmarle. Así, cuando el tren llegara a la estación de Londres. Nelson Lee podría prender personalmente al profesor.

La carrera era desesperada. El automóvil era muy veloz y Nelson Lee lo lanzó a toda velocidad, despreciando todas las ordenanzas sobre tráfico.

Pero el detective era un excelente chauffeur, y en condiciones que para cualquier otro conductor hubieran sido causa de graves desastres, logró hacer que el automóvil viajara sin el menor accidente.

A nadie se le hubiera ocurrido hacer lo que Nelson Lee hacía en aquel momento. Pero el detective lo había considerado necesario y lo hacía por esta razón. Después devolvería el coche a los dos oficiales pidiendo todo género de corteses disculpas.

El llegar a la estación terminal de Londres antes que el tren dependía de la suerte más que de otra cosa. Podía hacerse el trayecto, pero con un margen de muy pocos instantes. El tren, aún cuando directo, no era muy rápido, y su velocidad no pasaría de treinta millas por hora. Además, la carretera era más corta porque la línea férrea hacía un rodeo.

En varias ocasiones, los agentes de policía con quienes se cruzaron, ordenaron al automóvil que pasaba a velocidad tan grande, que se detuviera. Pero Nelson Lee no hizo caso de ninguna de aquellas advertencias. Quizá tuviera que pagar alguna multa, más tarde, pero si lograba capturar a Zingrave poco le importaba el dinero que le costara. En realidad, ese era un detalle que carecía de importancia.

Por fin después de una desesperada carrera, el automóvil entró en el vasto patio de la estación terminal de Londres. Ya era bastante tarde y las calles de la ciudad no tenían a esa hora más tráfico que el de los ómnibus y los automóviles de alquiler.

Indicando a Nipper que se quedara en el automóvil con el perro, Nelson Lee corrió hacia la estación. En aquel momento entraba el tren. Había llegado el detective sin tiempo de sobra, pero al menos unos segundos antes que el convoy.

Pero el famoso detective no consiguió su objeto.

Su desesperada carrera resultó enteramente inútil. Ninguno de los pasajeros que bajaron de aquel tren se parecía al profesor Zingrave. Nelson Lee estaba alerta, temiendo alguna nueva estratagema del profesor, pues le suponía capaz de haber cambiado por completo su disfraz durante el viaje.

Cada uno de los pasajeros fué observado por el detective. Ninguno podía ocultar bajo su aspecto al profesor Zingrave. Nelson Lee supo más tarde a qué se debía eso.

Averiguando se enteró de que el tren se había detenido casi, cuando se hallaba cerca de Londres, debido a un breve entorpecimiento de la línea. El profesor Zingrave, sin duda, había aprovechado esa oportunidad para descender del tren... una oportunidad que se le había presentado por puro capricho de la suerte.

El famoso criminalogista sufrió en aquel momento una muy amarga decepción. Después de toda la agitación de aquella noche, el profesor había logrado huir. Y no había dejado rastro alguno que permitiera seguir la pista.

CAPITULO VII

Después del fracaso. — Comentando los sucesos. — Las noticias del detective-inspector Lennard. — Nelson Lee opina. — La posible conducta de Zingrave. — Una investigación. — En la agencia de vapores. — Las admirables deducciones del detective. — El conde Lemerre en viaje a Australia. — El pie lastimado y el cuello alto. — Zingrave descubierto. — ¿Y ahora?

Douglas Clifford quitó la ceniza al cigarrillo que fumaba y miró pensativo por la ventana de la salita de consultas de Nelson Lee. Nipper volvía las hojas de un diario, pretendiendo leer. La atmósfera era molesta; reinaba una nerviosidad extraña en aquella habitación.

Nelson Lee paseaba de un extremo a otro de la salita con pasos cortos y lentos, cabizbajo y con el ceño fruncido. De pronto se detuvo ante Clifford.

—¡He hecho cuanto he podido! — exclamó con amargura. — El caso resulta enteramente desesperado: el profesor Zingrave ha desaparecido por completo. Y sin embargo, anoche se escapó por la más simple y más insignificante circunstancia. Yo no perdí su pista ni un momento. Pero ahora se ha escabullido de verdad y sin dejar rastro.

—No se impaciente Lee, — díjole Clifford emocionado. — Comprendo que lo que sucede es de sentir pero Zingrave es el más astuto de los criminales del mundo, y las probabilidades han tenido que estar siempre a su favor. Sin embargo, creo que, con el tiempo, caerá.

—Es imposible calcular cuáles son sus planes y eso es lo más grave del caso — opinó el detective. — Lo mismo puede haberse escondido en Londres que en una ciudad del interior que en el campo, que haberse ido de Inglaterra. La policía ha extendido sus redes en todas direcciones, pero no tengo esperanzas de que le capture. Un criminal vulgar no tendría ni una sola probabilidad de escapar, pero Zingrave no es un criminal vulgar.

La puerta de la salita de consultas se abrió en aquel momento, y el detective-inspector Lennard entró en su habitación. Era fácil

notar que aquel alto empleado de Scotland Yard se hallaba muy excitado. Evidentemente debía ser portador de importantes noticias.

—¡Ya le hemos pescado, Lee! — exclamó con grandísimo contento.

Nelson Lee, Nipper y Cilfford se estremecieron, acercándose al detective-inspector.

—¿Le han pescado? — exclamó Clifford. — Eso sí que está bien! ¿Y cómo lograron prenderle?

—Procediendo de acuerdo con lo que usted me aconsejó, ordené que se hiciera inmediatamente las más cuidadosas investigaciones. — dijo el inspector, volviéndose hacia el detective particular. — He logrado saber que hace tres días alguien tomó un pasaje para ir a Nueva York en el transatlántico Magnolia y que ese pasaje había sido tomado a nombre del capitán Mártin. El vapor Magnolia zarpó esta mañana en seguida de amanecer. Por telégrafo sin hilos hemos sabido que el capitán llegó poco antes de zarpar el vapor y muy fatigado, como si hubiera viajado durante toda la noche.

A Douglas Clifford le relucían los ojos.

—¡Claro está que el capitán Mártin es Zingrave en persona!... Eso lo sabemos perfectamente, ¿no es verdad, Lee? — dijo. — O él mismo o algún cómplice tomó el pasaje, y Zingrave consideró que lo más sensato y conveniente era alejarse lo antes posible de Inglaterra. Supongo que será detenido al llegar a Nueva York y enviado de vuelta a Inglaterra, para ser juzgado aquí, en el mismo vapor.

Nelson Lee no parecía hallarse muy satisfecho de lo que pasaba.

—¡Jum! ¡Algo es algo! — comentó.

—¡Algo! — exclamó el detective-inspector Lennard, mirándole fijamente. — ¡Pero si ya no es posible que se escape Zingrave! El comandante del vapor ya ha recibido orden por telégrafo sin hilos para que pusiera a "Mártin" bajo vigilancia. Zingrave estaba desesperado y procedió con precipitación. Probablemente se figuró que dejando temerariamente las costas de Inglaterra, disfrazado de modo que pareciera un viejo marino retirado, escaparía a toda nuestra vigilancia, por estricta que fuera.

—¡Pero Zingrave es incapaz de haber hecho semejante tontería! — opinó Nípper, de repente. — El sabía que el señor Lee y yo estábamos enteramente al tanto de su disfraz de capitán Martín y no es posible...

—Ustedes no tienen prueba de ninguna clase qeu demuestre que el capitán Mártin sea el profesor Zingrave, — dijo el inspector. — Seguramente se basa en esa circunstancia para negarlo todo si acaso es reducido a prisión y cuenta tal vez con eso para evitar que le vuelvan a Inglaterra. El profesor Zingrave es habilísimo y de él puede esperarse todo. Pero ahora está fastidiado.

Nelson Lee movió la cabeza, pensativo.

—Nipper tiene razón. — dijo, después de reflexionar un momento. — Además si no tenemos en este instante prueba material de que el capitán Mártin y el profesor Zingrave son una misma persona. Algo hay de lo sucedido la pasada noche que me confunde y conturba. Pero el profesor tiene un cómplice, el hombre que lleva ya dos años instalado en Pélton, y este cómplice es el hombre que se ha embarcado para Estados Unidos.

—¡Cómo! — gritó Lennard escandalizado ante semejante manifestación. — ¿Cree usted posible que?...

—Estimado amigo Lennard, no es mi deseo despreciar ni aminorar su inteligencia, que es realmente de primer orden y así lo he dicho varias veces, pero usted tendrá que confesar en cuanto reflexione un momento que Nípper está en lo cierto, que no es posible creer que un hombre como el profesor Zingrave haya cometido un error tan grande como el que usted le atribuye, — dijo Nelson Lee con toda suavidad. — La estratagema se ve y se comprende que es suficientemente astuta para poder esperar de ella que confundiese a la policía. Crea usted, Lennard, que me sorprende su credulidad en este caso. Zingrave es demasiado vivo para proceder en la forma que usted le atribuye. Lo que el profesor procura con eso es que mientras usted dirija su atención a ese "capitán Mártin", en viaje a Estados Unidos, el profesor Zingrave pueda escabullírsenos, tomando otro rumbo enteramente distinto.

Lennard, resistiéndose a admitir la afirmación del detective porque derrumbaba todas sus ilusiones, pues había llegado a la casa de Gray's Inn Road convencido de que Zingrave estaba preso, o poco menos, se sonrojó.

—Crea usted, amigo Lee, que yo no había estudiado el caso desde ese punto de vista lo confieso, — admitió el detective-inspector Lennard, sintiéndose realmente molesto. — Pero es el caso que seguramente...

—La noticia que usted ha traído es sin duda, importante y en extremo conveniente, — interrumpióle Nelson Lee. — Por lo pronto ha servido ya para aconsejarme una posible línea de conducta. Estudiemos los hechos tal como se presentan. El cómplice de Zingrave se ha embarcado en el vapor Magnolia, para Estados Unidos con el fin de proporcionar al profesor algún tiempo de respiro en el que pueda desenvolverse a su gusto mientras la atención de todos nosotros se concentra en torno del pasajero del Magnolia, embarcado cuando el vapor estaba a punto de salir. Y mientras Zingrave supone que estamos todos con la mirada y el pensamiento fijos en el pasajero del Magnolia, ¿qué cree usted que pueda haber hecho, Lennard?

—Difícil es decirlo de pronto; pero seguramente se ha marchado tierra adentro con rumbo enteramente distinto. — dijo el detective-inspector de Scotland Yard.

—Eso sería lo lógico, — manifestó Nelson Lee, — pero Zingrave es lógico pocas veces. En mi opinión, mientras el "capitán Mártin" va a Estados Unidos en el vapor Magnolia, Zingrave ha tomado otro buque y se ha dirigido, no a Estados Unidos sino a otro país distinto, pero ha salido de Inglaterra en vez de internarse en ella y ocultarse en alguna aldea donde no pudiera hallarle nadie, como

supongo que piensa usted que pudo haber hecho.

—Es muy posible que haya tomado otro vapor, — dijo el detective-inspector Lennard, — aún cuando para poder hacer eso ha tenido que disponer de pasaportes y de otro disfraz, tal vez. Pero en este caso, ¿cómo vamos a averiguar algo a su respecto? Con seguridad el profesor Zingrave ha adoptado otro disfraz, pero nosotros no sabemos cual; con seguridad ha adoptado un nombre falso, que no conocemos... ¡Y con toda seguridad ha presentado pasaporte con el nombre falso y con la fotografía del disfraz, en forma tal que la oficina de vigilancia, que proceden tan estrictamente como usted sabe, no han podido interponerle inconveniente de ninguna clase. Ese profesor Zingrave resulta, no cabe duda, demasiado astuto y artero para nosotros.

Hay dos rastros de carácter sumamente trivial. — dijo Nelson Lee.

—¿Dos rastros? ¿Cuáles? — interrogóle Lennard con sumo interés.

—No; no voy a decirle ahora de qué rastros se trata. Antes de hablar de ellos voy ponerlos a prueba. Si la prueba da el buen resultado que deseo y espero, entonces habrá ocasión de tender la mano para agarrar al fugitivo profesor. Hay una probabilidad de conseguirlo, una sola, en mi opinión. Tal vez resulte que no hay ninguna. ¡Ya lo veremos! Nipper. ¿Quiere alcanzarme ese número de "The Times" que está ahí?

—Aquí lo tiene, señor, — dijo Nipper, dándole el diario.

El detective volvió las hojas hasta hallar la sección dedicada a las noticias sobre entrada, salida y otro movimiento de buques.

—¡Vive Dios! ¡Un vapor postal salió del puerto de Southampton hace una hora, con destino a Australia! — exclamó. — Ha sido el único vapor inglés que ha partido en estos últimos días de la semana. Si mi teoría es exacta, el profesor Zingrave debe hallarse a bordo de ese vapor en calidad de pasajero.

—Pero... ¿cómo vamos a veriguarlo, señor? — preguntó Nipper. — El profesor Zingrave se habrá embarcado, desfigurado por un disfraz y con nombre falso.

—Eso es. Pero si yo describo ciertos detalles de su disfraz y el comisario del vapor logra constatar mis afirmaciones, creo que podremos darnos cuenta de si hemos o no, hallado a nuestro hombre, — dijo Nelson Lee con su acostumbrada calma. — ¿Usted no se explica cómo puedo saber qué aspecto presenta el disfraz de Zingrave? Bueno. Vamos a Fenchuch Street, donde está la agencia de los vapores y pongamos a prueba mi argumentación. ¿Qué le parece, Lennard?

—Me parece que, en la situación en que estamos, no debemos desdeñar ninguna probabilidad de éxito, — dijo. — Vamos, pues.

Poco después, Nelson Lee y el detective-inspector Lennard estaban conversando con el empleado encargado de la venta de los pasajes en la agencia de una importante compañía de navegación. El dependiente manifestó, contestando a una pregunta de Nelson Lee, que había estado de servicio toda la mañana.

—El vapor Ondrómeda partió hace poco, — añadió el detective. — ¿Puede usted decirme si se vendió algún pasaje para ese vapor, esta misma mañana?

—Sí, señor, — dijo en seguida el dependiente. — Un señor entró a tomar un pasaje en cuanto se abrió la oficina. No hay costumbre se despachar pasajes tan temprano, pero resultaba que una "suite", una de las mejores, con saloncito, cuarto de vestir, dormitorio y cuarto de baño, reservada para el conde Ramsdale había quedado disponible porque el conde suspendió el viaje en último momento.

—Y un desconocido vino esta mañana, probablemente un extranjero, y tomó esa "suite" pagándola al contado, ¿no es así?

—Sí, señor, un extranjero; creo que es un francés. Voy a decirle el nombre

A Nelson Lee le brillaron los ojos cuando el dependiente de la agencia de vapores abrió un libro y recorrió con el dedo una columna de nombres deteniéndose en uno de ellos, el del supuesto francés.

—El conde de Lemerre, — dijo el empleado. — Suite letra H, una de las mejores y más caras del vapor.

—Muchas gracias. Pero ahora, — agregó Nelson Lee, bajando la voz, — ¿le sería a usted posible, tal vez, informarme sobre dos puntos que me interesan?

—Usted dirá señor; ¿de qué puntos se trata?

—En primer lugar: ¿notó usted algo extraño en la manera de caminar del señor conde de Lemerre?

—Cojeaba un poco, muy poco! ¿es a eso a lo que usted se refiere? — dijo el dependiente. — Debe tener algún defecto físico o alguna enfermedad en el pie derecho.

—¡Muy bien! — murmuró Nelson Lee. — Veamos ahora el otro punto. El conde de Lemerre llevaba puesto, como es lógico, un cuello planchado, almidonado... ¿qué clase de cuello era? ¿De qué forma?

El empleado meditó un momento, como si procurara recordar algún detalle haciendo un esfuerzo mental. Después se sonrió.

—¡Evidentemente usted debe conocer muy bien a ese distinguido aristócrata francés, señor Lee! — exclamó. — Tenía puesto un cuello postizo exageradamente alto. Hacía tiempo que yo no veía a nadie con cuello de esa altura. Era tan alto que le ocultaba por completo el cuello, pues llegaba a rozar con la barba.

—¡Los dos puntos han sido plenamente confirmados! — dijo Nelson Lee muy complacido y sonriendo misteriosamente. — Muchísimas gracias, señor, — dijo al dependiente de la compañía de navegación y, volviéndose hacia el detective-inspector de Scotland Yard, agregó: — ¿Vamos, Lennard?

Salieron de la agencia de los vapores y en cuanto estuvieron en la acera, agregó Nelson Lee, dirigiéndose a su compañero:

—No nos conviene perder ni un solo segundo, Lennard. El profesor Zingrave se en-

cuentra a bordo del Andrómeda, en viaje a Australia y fingiendo ser el conde de Lemerre, aristócrata francés.

El detective- inspector Lennard abrió mucho la boca, asombrado.

—¿Pero es usted brujo, amigo Lee? —exclamó atónito. — ¿Cómo diablos sabía usted que a Zingrave le pasaba algo en el pie derecho y cómo conocía ese detalle del cuello excesivamente alto? El profesor usaba simpre cuellos vueltos y bajos.

Nelson Lee miró sonriendo al de Scotland Yard.

Había, en realidad, llegado a tales conclusiones mediante dos enteramente sencillas pero decididamente ingeniosas deducciones. La noche pasada, mientras examinaba los botines que Zingrave había dejado en el chalet casi cubierto de hiedra de la aldea de Pelton. Nelson Lee había notado que un clavo sobresalía, por la parte de dentro en forma que debía pincharle en el talón del que llevara aquel botín, al caminar. Probablemente había pinchado el talón de Zingrave mientras este cruzaba las calles del Wes End camino de la estación suburbana donde tomó el tren para Pélton. En el clavo se notaban rastros de sangre, lo que indicaba que el talón había sufrido una herida de poca importancia pero muy molesta, dado el sitio en que estaba. En consecuencia era lógico suponer que, pasada la noche de pie, de un lado a otro, aquella pequeña herida tenía que producirle a Zingrave una dolorosa molestia obligándole a cojear.

La deducción relacionada con el segundo punto era aún más sutil, pero también más importante. Nípper, en su breve pelea con Zingrave en la orilla del lago del jardín de la finca de Grosvenor Square, se había agarrado con todas sus fuerzas del cuello de su asaltante. El joven estaba convencido de que había arañado seriamente el cuello del profesor, hasta hacerle sangre. Nelson Lee se había dado cuenta de que mientras estaba disfrazado de capitán Mártin, el gran criminal tenía puesta al cuello una bufanda cuyo objeto era, seguramente, ocultar las señales bien visibles, dejadas por los arañazos. Pero, dedujo Nelson Lee, Zingrave no podría ocultar esas señales del mismo modo al adoptar su nuevo disfraz. El conde de Lemerre no podía ir de un lado a otro con una bufanda o un pañuelo al cuello. Pero tenía que ocultar las señales de los arañazos, de eso estaba seguro el detective. Pero, ¿cómo? No podía echar mano más que de un recurso y este era de ponerse un cuello postizo de excesiva, excepcional altura. Y así lo había hecho.

El detective-inspector Lennard se sintió asombrado al oír la explicación de Nelson Lee sobre esos puntos. Pero admitió inmediatamente que se trataba de positivas pruebas. El hecho de la presencia del cuello muy alto era por sí solo, suficiente prueba para demostrar que el conde de Lemerre, el aristócrata francés que en aquel momento se hallaba a bordo del vapor Andrómeda en viaje a Australia, no era ni más ni menos que el profesor Zingrave en persona.

Pero ¿qué había de hacer ante semejantes circunstancias?

CAPITULO VIII

En la Isla de Java. — Esperando la llegada de Zingrave. — Un yate providencial. — En día de verano. — Una atmósfera extraña. — El vapor Andrómeda llega. — Nelson Lee se dispone a cumplir su misión. — Zingrave, desesperado, huye de nuevo. — En una plantación.

Batavia, la capital de la Isla de Java estaba bañada por la brillante luz de un claro sol. El calor era sofocante y el cielo tenía una apariencia como si fuese de oro fundido. Muchos de los más antiguos habitantes de Batavia declaraban que no habían presenciado con anterioridad semejantes fenómenos. El tiempo presentaba un aspecto realmente extraño e inusitado.

Bajo el toldo de un vapor de gran tonelaje anclado en la bahía, se veía a un grupo de personas. Eran estas en realidad, Nelson Lee, Nipper, Douglas Clifford y Vera Zingrave. Con ellos encontrábanse también lord Cantyre y su esposa.

Mucho era lo que había acontecido y varias semanas habían pasado desde aquella mañana en que el detective-inspector Lennard y Nelson Lee habían hecho sus averiguaciones en la agencia de la empresa marítima de la calle Fenchurch.

Nelson Lee había decidido que sólo sería posible capturar a Zingrave arrestándolo personalmente. Dejar esa misión en manos de la policía colonial o extranjera hubiera sido correr el peligro de perder todas las probabilidades de prenderle que todavía se tenían. Además, a Nelson Lee no le disgustaba la idea de un largo viaje por mar. Después de su gran campaña contra la liga era justo que el detective y Nipper respiraran el aire vivificador del mar. Así podrían prepararse para nuevos trabajos. A Douglas Clifford y a Vera Zingrave les pareció también muy bien la idea de la excursión marítima y se embarcaron para olvidar, entre las delicias de la nayegación, las amarguras recientemente pasadas.

El famoso detective había emprendido el viaje por dos excelentes razones. El viaje sería para él y para Nipper un excelente paseo y además se aseguraría la captura del profesor Zingrave. Porque, como no podía tener ni la menor sospecha de que se le perseguía, el profesor debía hallarse enteramente desprevenido.

Habíase presentado la casualidad de que Lord Cantyre y su esposa partían para hacer una excursión por Las Indias Orientales al siguiente día de la salidad del vapor Andrómeda. Nelson Lee tenía buena amistad con lord Cantyre y le había visitado sin demora. No salía ningún otro vapor para Australia en la siguiente quincena, así que Nelson Lee tuvo el atrevimiento de hacer un pedido decisivo a lord Cantyre.

El yate de propiedad de Cantyre era muy veloz y podría fácilmente llegar a Batavia

antes que el Andrómeda, en el cual navegaba Zingrave en calidad de pasajero. El puerto de Batavia era el primero en que paraba el vapor Andrómeda, en su viaje de Inglaterra a Australia.

A lord Cantyre le resultó agradable el aspecto casi sportivo de la propuesta que le hacía el detective y asintió inmediatamente. Además, invitó a Douglas Clifford y a Vera Zingrave a que les acompañaran en su marítima excursión.

El viaje se había realizado sin más novedad que un poco de mal tiempo que tuvieron al cruzar el Océano Indico. El yate había anclado en la bahía de Batavia al amanecer de aquel día. Nelson Lee experimentó una grandísima satisfacción cuando se enteró de que el vapor Andrómeda no era esperado hasta aquella tarde, a última hora. De no haber mediado la mencionada tormenta que les hizo perder tiempo en el Océano Indico, hubiera llegado a Batavia con veinticuatro horas de antelación.

Como había estado en comunicación, mediante el telégrafo sin hilos, con varios buques, en varios puntos del mar, el detective habíase hallado constantemente al tanto de cómo se iba desarrollando la persecución. Lo único que le faltaba ya era ir a bordo del vapor Andrómeda, en cuanto llegara, presentar su orden de prisión y arrestar al profesor Zingrave. Nelson Lee estaba seguro de que el grandísimo criminal se iba a llevar la sorpresa mayor de toda su existencia.

—¡Creo que podemos decir, sin temor de que se nos desmienta, que nuestra campaña ha llegado a su fin, mi querido Clifford! — observó Nelson Lee, echándose hacia atrás en su cómoda butaca y sorbiendo una bebida helada. — Hoy se procederá a la prisión del jefe de la Liga del Triángulo Verde y en seguida se le llevará a Inglaterra, lo más pronto posible. La justicia se hará cargo debidamente de su proceso y, por fin, el autor de tantos y tantos delitos, será ahorcado.

—Puede usted creer que yo no lo lamentaré ni poco ni mucho, — dijo Vera Zingrave con toda tranquilidad. — El profesor fué el segundo esposo de mi madre y por esta razón yo debía, tal vez, tenerle algún cariño; pero se ha mostrado tan malvado, tan cruel, tan infame que estoy convencida de que la sociedad se librará de uno de sus putrefactos miembros, el día que sea ejecutado. ¡Ojalá ya hubiese pasado todo y se hubiera terminado de una vez!

—No hay que preocuparse, Vera, — díjola Douglas Clifford, procurando tranquilizarla, pues se la notaba nerviosa. — No habrá tropiezo de ninguna clase y todo saldrá de acuerdo con el plan que ha combinado nuestro amigo Nelson Lee.

Pero el joven no podía ni sospechar los emocionantes sucesos que tenían que acontecer antes de que el profesor Zingrave jugara su última carta. Desde algunos puntos de vista las últimas escenas finales del gran drama del Triángulo Verde iban a ser las más horribles y más estremecedoras de todas ellas.

Cuando ya empezaba a caer la tarde el vapor Andrómeda, de 15.000 toneladas, fué avistado. El calor que reinaba en la bahía era cada vez más opresivo y bochornoso. Aún cuando no había ni una sola nube en el cielo, tenía este una coloración cobriza que parecía extraña, tanto para los nativos como para los extranjeros. Los naturales de Java afirmaban que no habían visto nunca un cielo de aquel color, en su isla.

Nelson Lee deseaba despachar cuánto antes y terminar de una vez su desagradable misión, así que en cuanto el Andrómeda dejó caer el ancla, él con Clifford y Nipper, partió en una lancha a motor, con el propósito de ser el primero en llegar. El detective no quería dejar a Zingrave ocasión de desembarcar.

Las bordas del Andrómeda estaban llenas de pasajeros cuando los tres atracaron al pie de la escalera y subieron a bordo por ella. Nelson Lee se acercó en seguida al primer oficial y supo por él que el pasajero que decía llamarse conde Lemerre estaba en su camarote, muy levemente indispuesto. Pero el detective no estaba, ni mucho menos, preparado para lo que había de suceder a los pocos minutos. El dramático accidente fué, sin duda, inesperado, enteramente inesperado.

El profesor Zingrave había estado mirando por la ventana de su camarote de lujo mientras el Andrómeda entraba en el puerto y anclaba. Había visto cómo se había acercado la lancha automóvil y había mirado a los ocupantes con los gemelos. La impresión que recibió en aquel momento fué terrible. !Los que se acercaban en la lancha a motor eran Nelson Lee, Nipper y Clifford!

Aún cuando parezca extraño, el profesor Zingrave no dió rienda suelta a su furor. Se puso pálido y se quedó muy tranquilo. Nelson Lee le había seguido los pasos durante meses y meses y ahora, cuando creía hallarse enteramente seguro y cuando suponía que no podría reconocerle nadie porque le ocultaba nueva y perfecta identidad, se encontraba con que estaban contadas sus horas de libertad. Zingrave no podía suponer por lo demás, que el famoso detective hubiera hecho tan largo viaje y se hubiese dirigido a bordo del Andrómeda con otro objeto más que el de prenderle.

Y el profesor pensó rápida e intensamente. Vió que la lancha automóvil se acercaba al vapor grande, aproximándose a la escala pendiente, que quedaba precisamente debajo de la ventanilla de su camarote. Un plan desesperado acudió a la mente del profesor, que no perdió ni un solo segundo y lo puso en ejecución. La puerta del camarote de lujo podía abrirse en el momento menos pensado, presentándose en ella Nelson Lee, seguramente bien acompañado.

Pero aún le quedaba una probabilidad... una sola, única y desesperada probabilidad. Si sólo le servía para retardar la hora de la captura algunos momentos o algunos días, valdría la pena intentarla. Zingrave era un hombre que no admitía jamás la derrota. Mientras hubiera la más mínima posibilidad de libertad, el profesor "no arrojaría la es-

ponja", como se dice en términos de boxeo.

Vió que la lancha automóvil flotaba tranquilamente, amarrada al pie de la escalera. La lancha se hallaba a un nivel bastante inferior al de la ventana del camarote de lujo y a varios piés a la derecha. Zingrave sabía que si salía a la cubierta le prenderían inmediatamente.

¡Pero podía salir por allí, por la ventana del camarote!

Sin la menor vacilación, el desesperado profesor pasó por el hueco de la ventana y se arrojó hacia las azules aguas de la bahía. Ignoraba si aquel puerto estaba o no infestado de tiburones. No pensó en ello ni un solo segundo. En todo caso su permanencia en el agua iba a ser únicamente de unos instantes.

Dió en la superficie del agua produciendo un inevitable ruido que atrajo la atención de los que estaban asomados a la borda. Mediante varias brazadas rápidas estuvo junto a la lancha automóvil, en la que se metió con la agilidad de un mono.

Un segundo perdido podía ser causa de desastre, así que Zingrave no perdió ese segundo. Oyó los gritos procedentes de los que estaban asomados a la borda. Un oficial descendía ya por la escalera. Un instante después el oficial llegaba a la lancha y en seguida se desplomó desmayado. Zingrave le había dado un terrible golpe en la cabeza, con la empuñadura del revólver.

A todo esto, Nelson Lee y Nipper habían descendido hasta la mitad de la escalera del vapor cuando la lancha se desprendía del costado del buque y se alejaba con rapidez, con rumbo hacia la orilla de la había.

El detective estaba furioso. No se había podido imaginar que a Zingrave se le ocurriera semejante cosa. ¿Quién hubiese imaginado que el profesor iba a adoptar semejante temperamento? Lo que Zingrave había hecho era enteramente absurdo y el detective maldecía en voz baja, una y otra vez, al profesor. La testarudez del profesor era admirable. Pero ¿no se daba cuenta de que tanta obstinación no podía conducirle a nada bueno? ¿No comprendía que estaba perdido?

La lancha automóvil se dirigía hacia la costa, pero no hacia el lado donde estaba la población. Zingrave sabía perfectamente que le prenderían en cuanto pisara tierra, pues ya habían dado aviso, desde a bordo, de lo que pasaba. En consecuencia navegaba paralelo a la playa, con el propósito, sin duda, de desembarcar en algún remoto punto de la costa.

Una vez en tierra podría ocultarse y preparar algún nuevo plan para desaparecer.

Pero las esperanzas que pudiera tener de escaparse antes de que Nelson Lee le cortara el paso, estaban destinadas a fracasar, porque después de haber recorrido una considerable distancia por las tranquilas aguas, se dió cuenta de que una poderosa lancha a motor se había desprendido del costado del vapor y navegaba a gran velocidad.

La lancha había sido botada al agua con la mayor rapidez y era de marcha muy superior a la que Zingrave manejaba. Poco tardaría, pues, en alcanzarle.

Se comprendía que la persecución no podría continuar largo rato. Si Zingrave no se movía de la lancha sería capturado en más o menos tiempo. Por eso se dirigió hacia la costa, a un punto donde no se veía casa ninguna, donde sólo se distinguía un amontonamiento de plantas que indicaba la presencia de la espesura de un bosque.

El profesor ni intentó detener la marcha de la lancha. La pequeña embarcación avanzó de proa hacia la playa y encalló bruscamente. El profesor saltó de la lancha a tierra con sorprendente agilidad. A poca distancia de él oía los gritos de los que le perseguían. El profesor sabía que le perseguirían con toda tenacidad.

Se metió por entre los árboles de la espesura, desesperado y decidido. Poco tardó en hallarse en una plantación muy bien cultivada. A lo lejos, altas colinas cerraban el horizonte. Algo que distinguió a media milla de distancia hizo que Zingrave concibiera nuevas esperanzas.

Había visto una pequeña locomotora, de sistema antiguo, sobre un terraplén por el que debía correr una vía. La máquina estaba sola, es decir, no estaba enganchada a vagón ni a coche ni convoy alguno. De la válvula de seguridad salía perezosamente el vapor y el maquinista, — un obscuro nativo javanés — estaba en su puesto.

Cuando el profesor corrió, miró hacia atrás y vió que tres hombres aparecían por entre los árboles. Con renovado esfuerzo. Zingrave corrió. Jadeaba pesadamente. Sudaba abundantemente...

CAPITULO IX

La persecución. — Un acto desesperado. — El terremoto y la erupción volcánica

El profesor Zingrave corría, y mientras iba corriendo pensó qué era lo que más le convenía hacer ante semejante situación. Subió, a largos pasos, al terraplén donde se encontraba la vía férrea. Se dirigió jadeante hacia la locomotora, de cuya válvula de escape salían resoplidos de vapor. Al pie del terraplén se había inclinado para tomar del suelo una pesada piedra, y cuando estuvo casi en lo alto del talud la arrojó con mano certera y con todas sus fuerzas, a la cabeza del maquista. la piedra le dió al javanés en medio de la frente y el hombre cayó en su cabina sin lanzar un gemido. Como era de la oscura raza nativa, probablemente tenía el cráneo muy grueso y la piedra del profesor que hubiera causado la muerte de un blanco no hizo más que desmayarlo transitoriamente.

Pero Zingrave no se detuvo a ver si estaba muerto o no. De un salto subió a la locomotora y abrió paso al vapor. La pequeña locomotora se puso en movimiento, resoplando y chirriando y avanzó por la vía, de trocha angosta. Cuando la máquina desaparecía por una curva, los perseguidores de Zingrave llegaba al sitio por donde el profesor había subido al terraplén, por el talud.

—¡Pero este hombre es de lo más asombroso del mundo! — exclamó, jadeante, Nelson Lee. — ¡Sus recursos son incalculables! ¡Siempre está dispuesto a todo y sabe sacar

partido de todo cuanto se encuentra a su paso!

—¡Infernal canalla! — dijo, ahogándose de furor, Douglas Clifford. — ¿Por qué demonios no se entrega de una vez, como un hombre?

Lo que exigían rápidamente las circunstancias era que se diese con algún modo de perseguir al profesor. Esto no presentó mayor dificultad en cuanto volvieron la cabeza y observaron algo que se hallaba a distancia relativamente corta.

A algunas yardas del sitio de donde había partido el profesor Zingrave con la locomotora había una pequeña estación, al lado de la cual se hallaba un corto convoy esperando la señal de partida. En la plataforma de la estación había un grupo de nativos que miraba hacia el sitio donde estaban los ingleses.

Nelson Lee se había percatado de que la pequeña locomotora se hallaba, cuando Zingrave se apoderó de ella en una vía lateral. Era de suponer, en consecuencia que el profesor tendría que aminorar la rapidez de la marcha de la máquina para mover las agujas y hacer los cambios necesarios para que su máquina pasara a la vía principal.

Nelson Lee, Nipper y Clifford se dirigieron corriendo hacia la pequeña estación. El detective, explicó la situación todo lo más rápidamente que le fué posible, al encargado de la estación. Pocos instantes después la locomotora había sido desenganchada de todos, menos de uno de los coches del convoy, — con anuencia de los pasajeros que se veían obligados a suspender el viaje, — y la interrumpida. extraordinaria, estupenda persecución, proseguía de nuevo.

La locomotora era tan pequeña que no había sitio en ella para los tres ingleses. Dejaron enganchado el primer coche por ese motivo; en ese coche subieron los tres. Nelson Lee indicó al maquinista de qué se trataba y le dió orden de avanzar con toda la rapidez que fuese compatible con una relativa seguridad para la máquina y el coche que arrastraba.

Fué aquella una de las más extraordinarias carreras que Nelson Lee, — acostumbrado a todas las más extrañas emociones, — hubiera realizado en toda su vida. El maquinista tomó al pie de la letra la orden que le había dado el detective. El breve tren avanzó por los angostos rieles, rugiendo furibundo a una velocidad realmente prodigiosa.

Tal vez fuese la promesa de una sustanciosa recompensa lo que hizo que el maquinista se decidiera a correr bajo la amenaza de semejantes riesgos.

Pero Zingrave, también, hallábase desesperado. Y su desesperación era de un carácter enteramente distinto de la de sus perseguidores. El profesor no se hallaba vibrante y agitado. Su desesperación le dotaba de una tranquilidad y de un aplomo estupendos. Como le había sucedido siempre que se había visto entre la espada y la pared, perdidas todas las esperanzas, Zingrave gozaba de una admirable sangre fría; podía calcularlo todo con asombrosa claridad y ejecutarlo con entera desenvoltura.

Su locomotora avanzaba casi a saltos, con grande y alarmante ruido de hierros sacudidos, por la vía desigual y mal nivelada, arrojando humo y chispas y vapor, resoplando como un demonio. De algún modo verdaderamente maravilloso, — no es posible calificarlo de otro modo, — la locomotora en que iba el profesor conseguía, a pesar de todo, mantenerse en los rieles. El paisaje que se desarrollaba a ambos lados de la vía durante aquel viaje desesperado y loco, era de una magnificencia asombrosa. Pero el profesor no dirigía ni una sola mirada a todas las maravillas que la naturaleza tropical prodigaba en aquella montañosa isla. Lo único que le preocupaba era avanzar con toda velocidad y esto lo conseguía, sin que la marcha de la locomotora hubiera mermado un solo instante.

Pareció que hubieran transcurrido horas antes de que se percatara de que le perseguían. Comenzaba a caer la tarde cuando, mirando hacia atrás y después de haber recorrido un largo trozo de vía en línea recta, Zingrave alcanzó a ver a la locomotora que le perseguía.

Apretó los dientes, decidido a todo, y miró de nuevo hacia adelante. La línea férrea desaparecía entonces entre la espesura de un bosque a través del cual se había abierto a filo de hacha, el hueco necesario para instalar la vía a flor de tierra. Una curva de radio corto y por lo tanto muy peligrosa, se hallaba ante el profesor en aquel instante. Comprendió que la locomotora en que iba no podría pasar por aquella curva, sin que se saliese de las vías, como no aminorara mucho la rapidez de su marcha. Aplicó los frenos con todo apresuramiento y cerró el paso del vapor. Antes de que la locomotora se detuviese del todo, Zingrave saltó de ella al suelo y se metió por entre los árboles que había junto a la vía.

Y lo que el profesor había esperado que sucediera, sucedió entonces.

La locomotora perseguidora se acercó tronando. Pero aún cuando mediara la promesa de una regia recompensa, el maquinista no se atrevió a seguir avanzando para pasar por la curva sin aplicar los frenos. El maquinista se disponía a pasar por aquella curva muy rápidamente, pero a velocidad menor de la que había llevado su tren en la vía recta. Procuraría cumplir la orden de Nelson Lee pero sin provocar un desastre, al menos voluntariamente.

Cuando el tren se acercaba a la curva, Nelson Lee, que se hallaba de pie en el estribo, lanzó una grito. Acababa de ver al profesor Zingrave corriendo cuesta arriba por la ladera de una colina, a alguna distancia delante de él.

El detective se dió cuenta en aquel instante de que el profesor había dejado la locomotora parada en la vía y que una catástrofe era inevitable, o poco menos. El tren en que iban los perseguidores tenía que estrellarse contra la detenida locomotora.

—¡Saltemos a tierra! — gritó Nelson Lee

dominando con su voz el ruido del tren que avanzaba.

A ambos lados de la vía el pasto era alto, y por lo tanto, mullido. Además, el tren de los perseguidores disminuía por momentos la velocidad de su marcha. Los tres ingleses saltaron a tierra y rodaron por la hierba como otros tantos heridos conejos. El piso era suave y blando y la velocidad del tren no era excesiva. Cuando se levantaron, algo maltrechos pero nada más, oyeron un golpe muy fuerte. Las dos locomotoras se habían golpeado una contra otra, en la angosta vía del bosque.

—¡Dios mío! — exclamó Nipper casi sin aliento. — ¡No podemos decir que no son accidentadas nuestras aventuras en tal día como hoy!

En el momento en que el joven acababa de pronunciar estas palabras, se oyó a lo lejos, uno tras otro, tres terroríficos estampidos. Resonaron con mayor fuerza que si hubieran sido detonaciones de cañones navales del mayor calibre. El suelo que pisaban se estremeció, agitándose del modo más alarmante que pueda imaginarse.

Los tres se miraron unos a otros, asombrados y perplejos, y casi en seguida se dieron cuenta de que, de la cercana colina, se elevaba un lívido pero intenso resplandor.

Mientras miraban, la fuerza de aquella luz fué en aumento rapidísimo. Una vasta columna de fuego se elevó hacia el sereno cielo. Se oyó un nuevo estampido y la llamarada ascendió más, mucho más luminosa aún que antes.

—¡Esto sí que es el colmo! !Dios Todopoderoso! — exclamó Nelson Lee tan asombrado y aterrado como pocas veces se había sentido, en su vida. — ¡Ha hecho erupción un volcán! ¡La erupción acaba de empezar y continúa! ¡Allí! ¿Ven ustedes? ¡De aquel lado!

Nipper y Clifford se hallaban tan estupefactos que casi no podían hablar. Pero, aun cuando se hallaran anonadados, no olvidaron lo que les preocupaba y en seguida se lanzaron en seguimiento de Zingrave. La captura del profesor era, — en su concepto, — mucho más importante que todas las erupciones volcánicas que pudieran producirse en la corteza terrestre.

Suponiendo que sus perseguidores habían perecido en el choque de las locomotoras, Zingrave se había dirigido hacia el campo abierto y podían verle ascendiendo a toda carrera por la cuesta que conducía a la cumbre de una montaña situada a media milla de distancia.

El cuadro que se presentaba a la vista de Nelson Lee y de sus compañeros no podía ser más emocionante. El cielo estaba enteramente rojo, reflejándose en él el fuego de la erupción volcánica y la tierra temblaba violentamente.

Muy cercano al parecer, el volcán arrojaba arroyos de ardiente y roja lava y la cumbre de la montaña estaba coronada por un enorme penacho de llamaradas.

Unas detonaciones que desgarraban los tímpanos se sucedían con la continuidad de un fuego graneado de cañones de muy grueso calibre. La tierra se movía, ondulante, de tal modo, que no sólo no era posible caminar, casi no era posible tenerse en pie.

La colina en la cual se veía a Zingrave, formaba un contrafuerte inferior de la montaña donde se hallaba el cráter del volcán.

Cuando Nelson Lee y sus compañeros se detuvieron, les fué posible ver, destacándose sobre el luminoso fondo da la luz que emitía la lava, la figura de Zingrave.

La erupción se había producido con tan repentina brusquedad que el famoso detective no sabía realmente qué partido tomar.

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

No deje de comprarlo si quiere convencerse de que su información insuperable abarca diariamente todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas.

Administración
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

El Destino fué, en aquellos angustiosos momentos el que decidió por él.

Los tres vieron que Zingrave avanzaba y desaparecía detrás de un amontonamiento de peñascos. Nipper avanzó un paso, tambaleándose en el inseguro terreno, pero Nelson Lee le detuvo.

—¡No debemos aventurarnos a ir más adelante, muchacho! — gritó el detective, procurando hacerse oír a pesar del estrépito reinante. — ¡La erupción toma más y más importancia y ya nos encontramos en sitio donde el peligro es sumamente grande.

Permanecieron allí, observando, durante varios minutos. Les parecieron horas aquellos momentos de espera. Una fuerza irresistible parecía obligarles a quedarse allí, contemplando aquel horrendo espectáculo.

De repente, sin que nada lo hiciera esperar ni prever, toda la cúspide de la montaña pareció desaparecer hecha polvo. El resplandor rojizo se hizo tan fuerte que dañaba a la vista el mirarlo. Una serie de detonaciones retumbó con tal fuerza y de tal modo, que sufrieron un dolor vivísimo en los oídos y se les produjo una molesta hemorragia nasal, breve y transitoria por suerte.

A lo alto fueron proyectadas miles de toneladas de ígnea lava y por el costado de la montaña, en dirección del sitio donde ellos estaban, corrió con fragor impetuoso un río de lava que avanzaba con diabólico rugir.

—¡Retrocedan! ¡Aquí no estamos seguros! — gritó Nelson Lee, desesperado.

Mientras retrocedían tambaleándose, vieron que grandes cataratas de incandescente lava descendían por las laderas de la montaña. En menos de tres minutos, el sitio donde Zingrave se hallaba un momento antes estaba cubierto, — Pero cubierto por completo, — de aquel horrible fuego líquido. El profesor debía haber perecido instantáneamente.

Cuando Nelson Lee y sus compañeros se alejaban, pensaban en cómo el profesor Zingrave tenía que haber sido alcanzado por aquel desborde de ígnea, incandescente lava, en mitad de la cuesta de la montaña. Era un cuadro tan horrible que procuraron alejarlo de la imaginación.

Pero la persecución había terminado de hecho. El gran criminal había sido borrado por la catástrofe, del mundo de los vivos.

La erupción volcánica fué una de las peores de las muchas que ha presenciado la isla de Java. Varios centenares de nativos encontraron la muerte aquella horrenda noche. Las explosiones continuaron hasta el amanecer y miles de acres de tierra fértil y poblada, quedaron devastadas.

Nelson Lee, Nipper y Clifford llegaron a la línea férrea sin accidente. Corriendo lo más rápidamente que les fué posible, alcanzaron a salir de la zona de peligro, con la garganta reseca, el cerebro aturdido y medio sofocados por los humos azufrados del volcán.

Tuvieron que pasar la noche en la cabaña de un nativo, pero al siguiente día, al amanecer, regresaron al yate, con gran satisfacción para Vera y para lord Cantyre y su esposa, el matrimonio dueño del yate.

Una semana después del día del gran desastre, el yate zarpó de aguas de Java.

La misión de Nelson Lee había terminado, pero regresaba a Inglaterra sin su prisionero. El profesor Zingrave no comparecería ante la justicia de los hombres; había sido llamado a comparecer ante más alto tribunal.

Cuando llegaron a Inglaterra, el horror de aquella horrenda noche se había borrado casi por completo de su memoria.

El grupo que llegó a Londres se componía de personas que se hallaban muy contentas.

Nelson Lee y Nipper prometieron, al desembarcar, que se hallarían presentes cuando se celebrara una ceremonia que debía realizarse poco tiempo después.

En aquel entonces el famoso detective y su joven ayudante ya se hallaban ocupados en nuevos asuntos relacionados con su profesión, pero, sin embargo, se arreglaron de modo que no les faltó tiempo para llegar hasta un pintoresco pueblo donde se celebraron las bodas de Vera Zingrave y Douglas Clifford.

La ceremonia se celebró sin exagerada pompa, en la pequeña iglesia cubierta de hiedra, y un día luminoso y templado, como si la Naturaleza quisiera unir sus galas a las de la fiesta, augurando a la vez, muchas felicidades a los nuevos y jóvenes cónyuges.

No se habló aquel día ni del profesor Zingrave ni de la Liga del Triángulo Verde, tan temida, — y con tanta razón, — en una época. Aquellas páginas tristes del pasado, fueron dadas al olvido. Sólo se pensó en el feliz futuro que esperaba a los recién casados.

Y Nelson Lee dijo confidencialmente y en voz baja a Nipper, que no había visto jamás una novia tan encantadora como Vera, observación con la que estuvo enteramente de acuerdo el joven ayudante del famoso detective.

F I N

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662

Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana . . .	$ 0.20
" atrasado . . .	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	" 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números)	" 4.80
Suscripción por 1 año (52 números)	" 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países "	" 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

La del sombrerito cantor. — Tengo un nieto que no fuma, que se acuesta temprano y se levanta antes que todos los demás de casa.
—¡Qué modelo de joven, señora¡ ¿Qué edad tiene?
—Seis meses.

Lea en el próximo número de PUCKY

LA LLAVE DESAPARECIDA

Por Michael Kent

Intenso y dramático relato de un doble crimen

PIPERMIT POR BILLY DEBECK
¿USTED ME BUSCA A MI?
SÍ: YO SOY UN AMIGO DEL QUE SE ESCAPO CONTIGO DE LA CARCEL. VEN; VAMOS A DAR UN PASEO EN AUTOMOVIL
¡AH! ¡CANALLA! ¡SUELTAME EN SEGUIDA! ¡BANDIDO!
¡APURATE; EL AUTO ESTA ESPERANDO
¡OH!... ¡SI NO CONSIGO ESCAPAR DE LAS GARRAS DE ESTAS FIERAS, ESTOY PERDIDO! ¡AUXILIO!
DORMILO DE UN GOLPE PARA QUE NO GRITE MAS
BUENO; AHORA PUEDES GRITAR TODO LO QUE QUIERAS; POR AQUI NO HAY NI UN ALMA
Los bandidos ignoraban, que, junto al camino, había un agente patrullero que oyó el pedido de auxilio de Pipermit.
ES UN AUTO SOSPECHOSO... ME PARECIO OIR GRITOS.
¡DETENGANSE!
©1932, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.
¡AH! ¡QUE SUERTE! ¡ME HE SALVADO!
A VER, AMIGUITO; DEME ALGUNOS DATOS SOBRE ESOS BANDIDOS. DIGAME TODO LO QUE SEPA AL RESPECTO
¡CARAMBA! SI LE DOY LA DIRECCION DE FUNCHITO EL PRESIDIARIO INOCENTE QUE ME AYUDO A FUGAR DE LA CARCEL, LO VAN A ENCERRAR DE NUEVO. NO SE QUE HACER...

LA LLAVE DESAPARECIDA

Por MICHAEL KENT

Intenso y dramático relato de un doble crimen

La Lectura Para Todos
Acción Drama
Misterio Aventuras

20 cts.

No. 485
ENERO 13 DE 1933
Buenos Aires

PUCKY
La Lectura Para Todos
Acción Drama
Misterio Aventuras
No. 485 Año XIII

PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

BUENOS AIRES, ENERO 13 DE 1933

La llave desaparecida

Por

Michael Kent

DURANTE algunos años John Aske había sido mayordomo en casa de las mejores familias. Luego encontró el cuello de una botella rota y se retiró de su trabajo. Fué rico desde entonces; aunque el valor original de la botella era aproximadamente de tres medios peniques, halló el fragmento en circunstancias que aumentaban considerablemente su precio.

Lo había descubierto en las rocosas orillas de un arroyo, donde su patrón había estado pescando. Fué entre los restos de un almuerzo, que él mismo había preparado unas horas antes; pero lo que prestaba singular significado al hallazgo era que la botella había sido estrellada violentamente sobre la cabeza de su patrón y que aquel fragmento era el cuello, es decir el sitio por donde el atacante la había empuñado. Cuando comprendió que no había huellas de pies que pudieran servir al investigador profesional, que la víctima estaba muerta y que muchas personas le habían tenido mala voluntad porque había sido un usurero, se dió cuenta John Aske del excepcional valor de su hallazgo.

John Aske no era precisamente lo que se llama una buena persona. Astuto, hasta para un mayordomo cuya conveniencia es saber algo más que su amo, antes de dejar el servicio del heredero de su ex patrón, tuvo ocasión de comparar las impresiones digitales, dejadas en los vasos por los invitados, con las cuatro de los dedos marcados en el cuello de la botella y la del pulgar en el trozo de la parte ancha. Eran impresiones que hubieran hecho a los solemnes y magestuosos oficiales de Scotland Yard levantarse y ponerse a bailar.

Como consecuencia de esto. John Aske fué a visitar a Mark Kidare, primo del muerto para preguntarle si debía revelar a la justicia que había descubierto un pedazo de vidrio escondido en la grieta de una roca, cerca del teatro del crimen, o si era más humanitario devolverlo al que lo había usado por última vez.

Se apreciará que, habiendo quedado la marca de la botella impresa en la calva del muerto y pudiendo el fragmento de vidrio ser identificado por su borde como perteneciente al arma mortífera, las impresiones digitales condenaban al hombre a quien pertenecían. Si Kildare no hubiese sido tan impulsivo y aturdido cuando ocurrió el suceso, hubiera recordado eso.

Los descuidos siempre se pagan.

,Kildare descubrió que tendría qu pagar caro el suyo.

John Aske no se mostró demasiado exigente. Su modesto pedido fué de cien libras, cada tres meses, por custodia del objeto y cuatro mil en el momento de la entrega definitiva.

Kildare, que heredaba una buena parte de la fortuna del muerto, podría satisfacer aquellas demandas no bien recibiera la herencia, aunque disminuía desastrosamente los beneficios que antes había calculado.

Sin embargo los mendigos no pueden ser exigentes y Kildare mendigaba la seguridad de su cuello.

Pagó cien libras por su opción a la compra y ganó tres meses para pensar en los acontecimientos. Pero siendo, como su difunto primo muy claro y preciso en materia de valores, se dió cuenta de que, aunque había corrido grandes riesgos para asegurarse aquella herencia, solamente le quedarían de ella mil libras, cuando John Aske, que nada había hecho, iba a recibir cuatro mil. La injusticia era manifiesta. Kildare era una persona muy precisa en sus cálculos y dedujo que, si valía la pena correr grave riesgo por mil libras, era preferible correrlo por cinco mil y una noche de descanso, porque Kildare no había vuelto a dormir tranquilo después de su convenio con el ex mayordomo.

Consideró la idea bajo todos sus aspectos. Resolvió también aprovechar la experiencia, de manera que si el expediente empleado antes era aconsejable nuevamente, no fuera a verse privado de los frutos de su hazaña.

Con ese objeto avisó a John su decisión de cambiar de sistema, substituyendo las facilidades de pago por una entrega final. Hecho eso se enteró bien de los métodos de vida de John, de manera que su segundo trabajo no adoleciera de los defectos que habían hecho casi nulo el primero.

Según había podido comprobarlo, el crimen era asunto que necesitaba sangre fría y estudio detenido de los detalles. Teniendo esto en cuenta, con tal que los métodos fueran sencillos y directos, era posible embarcarse en la aventura con entera confianza.

Todo lo que es complicado exige herramientas, ingredientes, los cuales por mucho cuidado que se tenga, dejan rastros para el investigador. El envenenador, por muy meticuloso que sea en su trabajo, no puede conseguir los productos esenciales para él sin dejar alguna huella. Un hombre tampoco puede comprar armas de fuego o cartuchos sin que el hecho sea factible de averiguación. En cambio, romperle el cráneo a un hombre, en su propia habitación, con su propio atizador, durante una visita que, por mutuo consentimiento, sería secreta, no ofrece los mismos inconvenientes. Habría que tener cuidado, claro está, de limpiar al atizador.

Aquella excelente sencillez obsesionaba a Kildare.

John, después de su ascenso en la escala social, se había ido a vivir en la ciudad. Kildare tenía negocios que lo llevaban a ella, de tiempo en tiempo. John trabajaba como agente comisionista en una oficina de Piccadilly y Kildare había ido a verlo allí cuando tuvo que hacer el primer pago. La oficina estaba en el piso bajo y ofrecía fácil acceso desde la calle.

En su primera visita, Kildare se había visto a solas con el ex mayordomo, después de las horas de oficina. Aquello era seguro y prudente; indudablemente para la segunda visita, John haría el mismo arreglo.

El asunto podría realizarse en diez minutos o un cuarto de hora, contando con la natural vacilación al escoger el momento oportuno. No era necesario ningún utensilio. Sus movimientos, si eran averiguados, serían tales que, aunque no sirvieran para absolverlo, inclinarían la balanza en su favor. Además, nada podía relacionarlo con el crimen, fuera de que estaba en la ciudad la misma noche en que un hombre, ex mayordomo de un primo suyo, había sido asesinado.

El plan, si se ejecutaba con vulgar sentido común, era sencillo y seguro. Kildare estaba seguro de poseer algo más que vulgar sentido común: infinito cuidado.

¿Qué podía entonces temer?

Estaba naturalmente el pedazo de vidrio que iba a comprar. Aske probablemente lo ocultaría hasta que viera el dinero. Sería, pues, necesario obtener una suma suficiente en billetes para entretener al mayordomo mientras los contaba. Era ese un gran riesgo que había que correr, porque no es cosa común sacar del banco suma tan grande, en forma tan fácilmente negociable.

Aquí, sin embargo, su modo de vida, le proporcionó excusa plausible. Kildare era jugador empedernido y de tiempo en tiempo gastaba grandes sumas en casinos extranjeros. Por culpa de esa debilidad se había visto obligado a pegarle, a su más prudente primo, un botellazo en la cabeza. Sacó del banco la cantidad en billetes con el pretexto de que tenía que ir a la ciudad por negocios y se llegaría a Le Touquet para jugar. Puesto que no estaría allí mas que el "week-end" prefería el dinero en billetes a una carta de crédito o cheques. Quería también una gran suma para ensayar un nuevo sistema. Aquello era bastante inocente; pero la cifra de los billetes era una molestia. Ciertamente no podía pedir billetes de menor valor que veinte libras y en tal caso serían demasiado fáciles de contar. Kildare decidió cambiar los billetes grandes en otros de una libra, en distintos bancos y casinos de la costa normanda e ir a ver al mayordomo la noche de su regreso.

Pensaba ir al teatro esa misma noche y confiaba en escamotear los minutos entre su llegada a Victoria, el viaje al hotel, la comida y algunas compras, de manera tal que nedie sospechara que había estado también en el sitio del crimen.

Su programa era ir de la estación al hotel, salir de éste no bien le hubieran señalado su cuarto, con la intención expresa de comprar una camisa de fiesta antes de que cerraran las tiendas. Compraría la camisa y se entrevistaría con John antes de ir a vestirse para la comida.

Naturalmente tendría que tener mucho cuidado con las impresiones digitales y las manchas de sangre.

Arregló la entrevista para las seis y treinta, poco después de obscurecer. Como ocurre siempre, lo detuvieron en la aduana. Fué a su hotel, el Magnífico, vió su cuarto y se lavó apresuradamente. Parecía que las cosas se proponían retardarlo.

El taxi se lo habían tomado. El pedazo de jabón se le resbaló de las manos mientras se estaba lavando y no pudo encontrarlo. Tendría que apurarse en la entrevista y no quería hacerlo. Sin embargo tuvo suerte al tomar en seguida un ómnibus. Compró la camisa en Piccadilly y se encontró, a penas con un minuto de retardo, tocando el timbre de lo de John Aske.

Abrióse la puerta. John se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—Tenga la bondad de pasar, señor.

Aske era alto, tenía la altiva dignidad de los mayordomos y, físicamente, era más poderoso que Kildare.

Kildare hizo una inclinación de cabeza y entró, un par de segundos adelante del otro. Tuvo tiempo para dar un vistazo. Había fuego en la estufa y los muebles comunes de una oficina. Todo estaba bien. Kildare había traído un pesado bastón comprado en Boulogne, por si acaso; pero se alegró al ver que no tendría que modificar sus planes. Dejó el bastón sobre la mesa y miró alrededor de la habitación, mientras el mayordomo se le reunía. Era una habitación interior y la ven-

tana daba al pozo de la escalera. Una caja, un gabinete para fichero, una mesa y dos sillones componían el mobiaje de la pequeña habitación. No había allí mucho sitio para escondrijo. Probablemente John guardaba el pedazo de vidrio en la caja. Si era así, tendría la llave de la caja encima. Existía una probabilidad de que Kildare pudiera apoderarse del vidrio por alguna treta. En ese caso no habría necesidad de... nada.

—Y bien — dijo — ¿lo tiene todo listo? ¿Está dispuesto a negociar?

El mayordomo se le reunió.

—Todo está pronto, señor — dijo. — Estaba cerrando la puerta por dentro, con llave. Así evitaremos que se nos interrumpa. ¿Trajo la cantidad que convinimos?

Kildare abrió una valijita, sacó un paquete que contenía una camisa de fiesta y cuatro abultados sobres.

—Aquí está el dinero — dijo. — Mil libras, en billetes de una, en cada sobre. Las traje de Francia. Están en paquetes de cincuenta. Yo mismo los hice.

Abrió la cigarrera y sacó un cigarrillo.

—Muy bien, señor — dijo John Aske, jugando con la pequeña llave de la puerta. — Me perdonará que los cuente.

Kildare se echó a reír.

—Puede hasta olerlos, si quiere Tanto me da. Sólo que apúrese. Quiero terminar de una vez. Voy a ir al teatro. ¿Dónde está ese cuello de botella?

—En la caja, señor — explicó John, siempre jugando con la llave de la puerta. — Usted me disculpará, pero con... este... caballeros como usted, uno tiene que andar con cuidado. La llave de la caja está en mi bolsillo y le entregaré a usted el objeto, no bien haya revisado ese dinero, si me lo permite, señor.

—¡Muy bien! Hágalo y váyase al diablo.

Kildare sentóse en un sillón junto al fuego y extendió sus manos a la llama.

Aske dió vuelta la silla, colocándola en posición más conveniente junto a la mesa, dejó la llave de la puerta sobre aquella y atrajo a sí los fajos de billetes.

Después de un minuto dijo:

—En este paquete no hay más que cuarenta y ocho, señor.

—Entonces encontrará cincuenta y dos en otro — replicó Kildare fríamente. Añadió con ironía: — Mejor es que examine las letras de agua

Las sospechas del mayordomo se despertaron. Así lo deseaba Kildare. Quería que se absorbiera en la cuenta. Lo vió contar hasta veinte, en otro paquete y luego hizo una observación:

—Tengo que ir al teatro.

Fué bien calculado. Aske reclamó silencio con una mano y se concentró en su tarea. Sus labios contaban silenciosamente.

—¡Caramba! — dijo Kildare en voz baja y dejó caer el cigarrillo.

Se agachó como para recogerlo, observando la espalda del mayordomo.

El atizador estaba al alcance de su mano. John Aske murmuraba atentamente: "Treinta y siete, treinta y ocho, treinta..."

Su último pensamiento consciente fué "treinta y nueve".

Cayó al segundo golpe, con la cabeza contra la mesa; el brazo, al caer, barrió los sobres con dinero, tirándolos al suelo.

Apresuradamente los apartó Kildare con el pie.

Tenía que asegurarse de que John Aske no despertaría

Limpió cuidadosamente el mango del atizador y lo dejó satisfecho; luego, quizá por espacio de diez segundos, se quedó parado sobre la alfombrita de adelante de la estufa, perfectamente inmóvil. Le sorprendía su propia tranquilidad; pero un segundo experimento nunca produce la dramática emoción del primero. Cuando el primo Geoffrey, se había sentido terriblemente excitado y trémulo. Ahora se encontraba frío, eficiente, capaz.

Lo primero era encontrar el cuello de botella.

Buscó el llavero en los bolsillos del muerto y, poniéndose cuidadosamente los guantes, probó las llaves en la caja.

La cuarta abrió.

No había adentro más que una caja de cartón. Levantó la tapa. Sobre soportes de corch , cuidadosamente colocado para que no se borraran las impresiones digitales, estaba el cuello de aquella botella que había servido para un salvaje atentado, tres meses atrás.

Con el guante borró para siempre Kildare la prueba. Tiró la caja de cortón en el fuego y cerrando la caja fuerte, dejó las llaves sobre la repisa de la estufa.

Estaba libre.

No tenía más que volver a guardar los billetes en la valijita, meterse el pedazo de vidrio en el bolsillo y marcharse. Todo el asunto no había durado más de siete minutos. Le quedaba tiempo de sobra para vestirse antes de la comida.

Llenó de nuevo la valija, asegurándose cuidadosamente de que no había en ninguna parte manchas de sangre. En verdad, el muerto había sangrado poco. Sobre la mesa había un pequeño charco. No había allí impresiones que pudieran preocupar a Kildare. Pasó, sin embargo, el pañuelo por la repisa de la estufa, por los brazos del sillón y por la caja. Era una precaución extrema, porque había estado con guantes la mayor parte de la entrevista; pero era muy exigente en cuestión de impresiones digitales.

Todo iba bien. Se echó el pedazo de vidrio al bolsillo, con intención de tirarlo por la calle.

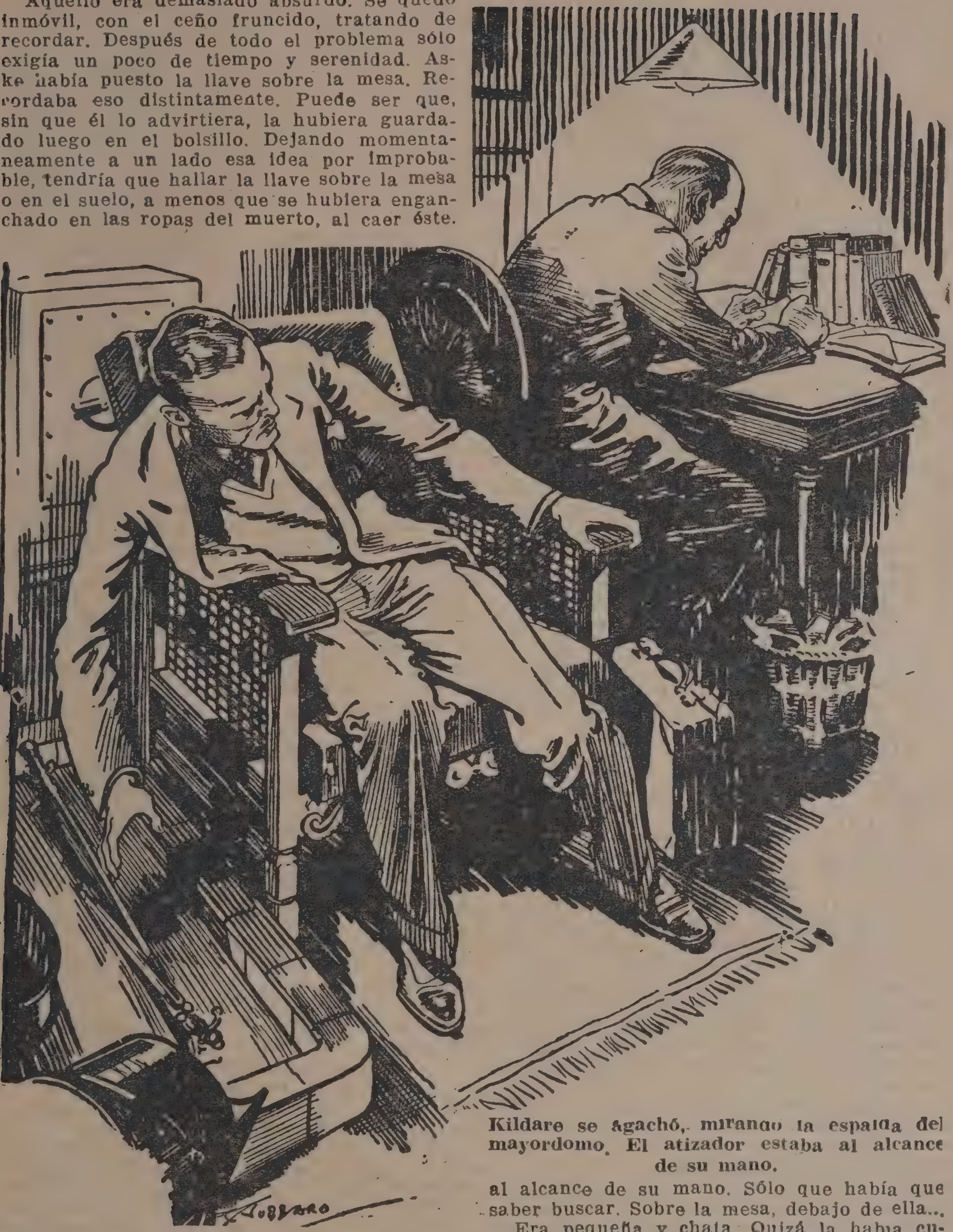
Al fin se puso el sombrero, agarró el bastón y se dirigió tranquilamente hacia la puerta.

¡Qué idiota! Aske había cerrado con llave cuando él entró, naturalmente. Recordó haber visto la llavecita chata en la mano del hombre, mientras hablaban. Aske la había dejado sobre la mesa, cuando empezó a contar los billetes. Kildare volvió junto a la mesa; pero no pudo encontrar la llave. ¿Habría caído al suelo con las otras cosas?

No podía estar lejos. Pero no pudo encontrarla en el suelo.

¡Qué fastidio! Debió meterla, confundida con los paquetes, en la valija. Buscó inútilmente.

Aquello era demasiado absurdo. Se quedó inmóvil, con el ceño fruncido, tratando de recordar. Después de todo el problema sólo exigía un poco de tiempo y serenidad. Aske había puesto la llave sobre la mesa. Recordaba eso distintamente. Puede ser que, sin que él lo advirtiera, la hubiera guardado luego en el bolsillo. Dejando momentaneamente a un lado esa idea por improbable, tendría que hallar la llave sobre la mesa o en el suelo, a menos que se hubiera enganchado en las ropas del muerto, al caer éste.



Kildare se agachó, mirando la espalda del mayordomo. El atizador estaba al alcance de su mano.

Seguramente, eso debía ser. Alegremente se burló Kildare de su tontería que no le permitía ver la evidencia.

Pero no era evidencia. Todos los bolsillos y arrugas de los pantalones del muerto, hasta los bolsillos, fueron revisados por Kildare. ¡Nada!

Kildare estaba incomodado consigo mismo. Aquello no podía ser. Las llaves no caminan, ni se evaporan. Era un hecho incontestable que donde estaba él tenía que estar la llave, al alcance de su mano. Sólo que había que saber buscar. Sobre la mesa, debajo de ella...

Era pequeña y chata. Quizá la había cubierto el pequeño charco de sangre. ¿Cómo no había pensado en aquella sencilla solución? Cuidado ahora. Nada de manchas, ni huellas de dedos. Kildare agarró una lapicera y cuidadosamente exploró el charquito.

Tampoco estaba allí la llave.

Pareció que le daban un golpe. Aquello era irrazonable, contra todas las leyes naturales. Empezó a pensar más de prisa. Debía haberse equivocado. Buscó apresuradamente y mal. Tenía que revisar más minu-

ciosamente el suelo. Era inútil ponerse nervioso. Las llaves no desaparecen sin motivo. Se sentaría tranquilamente, estudiaría cada posibilidad y al fin hallaría la llave.

Al sentarse, vió la cara del muerto, caída junto al brazo estirado. Tenía expresión astutamente divertida. Pero no había que pensar en esto. ¿Por dónde empezar?

La llave estaba en la orilla de la mesa cuando Aske empezó a contar los billetes.

Luego... contó las posibilidades con sus dedos. Podía haberse caído o no. Si no se había caído, tenía que estar sobre la mesa. Si se había caído estaba en el suelo. O quizá se había alojado entre una pata de la mesa y el suelo o estaba en la valija, oculta entre los papeles.

Siguió la primera alternativa. Repitió la terrible tarea de registrar pulgada por pulgada la mesa. Dejando caer la pesada cabeza del muerto, nuevamente, sobre la tabla, retrocedió con vago sentimiento de satisfacción. Una duda quedaba eliminada. La llave no estaba allí.

La siguiente alternativa ofrecía más probabilidades. Vació los sobres, uno por uno, desató la camisa, sacudió los billetes y los volvió a guardar en desorden.

La llave no estaba. Bueno, otro hecho bien establecido.

Al ponerse de rodillas para buscar en el suelo oyó el reloj de Big Ben dar las siete.

Tenía que apurarse ahora. Aquella estupidez había durado demasiado tiempo. Se extremeció. Buscó en la alfombra más allá de donde podía haber caído la llave: sacudió la alfombrita de delante de la estufa.

Luego se le ocurrió que, después de todo, quizá no le hiciera falta la maldita llave. Estaba en el piso bajo. Había una ventana. Podía forzar la puerta. Corrió a la ventana. Había rejas, fijas, para proteger el sitio contra los ladrones. La puerta era de caoba. Hasta los paneles debían tener una pulgada de grueso.

Se encontró ahora dando vueltas por la pieza, sintiendo que la mirada fija y vidriosa de los ojos de Aske lo seguía con maliciosa diversión.

Multitud de hipótesis desfilaban en loca procesión por su cerebro; abandonaba una para seguir otra más probable. La llave se había caído al fuego, se habría metido entre algún pliegue de su ropa, en algún bolsillo. Aquel astuto bribón se la habría ocultado en la boca, deslizado dentro del cuello. Estaba en la valija. Tenía que estar. La habría buscado mal.

De nuevo se entregó a la horrible tarea de buscar sobre el cuerpo del muerto. Ahora su mente divagaba histéricamente. No podía concentrarla en el asunto que tenía entre manos. Se perdía en cien fútiles ideas. Llegaría tarde al teatro. ¿Vendría el sereno a ver por qué había luz en la pieza? Quizá la llave se había caído en el fuego. Agarró el atizador y, mientras revolvía las cenizas calientes, le vino la certidumbre de que tenía que estar en la valija. ¡Qué idiota! ¿Por qué no la había buscado bien antes? La vació febrilmente sobre la mesa, agarrando cada sobre y revisando por separado cada paquete. Una vez que había revisado billete por billete, los tiraba al suelo.

Dieron las ocho menos cuarto. ¡Qué estúpido! ¿Por qué había perdido tiempo precioso, tiempo vital, haciendo lo que había hecho antes? ¿No estaría debajo de los pies del muerto? ¿No se hallaba sentado sobre ella? Tenía que apurarse, apurarse, apurarse. ¿Sería tarde para ir al teatro? ¿Vendría el sereno a investigar? ¿Debajo de la alfombra? ¿Envuelta entre los pliegues de la alfombrita de la estufa? Corrió a la ventana, la abrió y tiró desesperadamente de las rejas.

Regresó junto a la estufa, sobre la alfombrita sembrada de billetes esparcidos, algo le llamó la atención, algo que lo hizo detenerse como si le hubieran disparado un tiro.

Se agachó. En uno de los billetes, que estaban sobre la alfombrita, había curiosa impresión polvorienta. La miró aturdido. Era la inconfundible marca de una llave.

Como un terrier ante una cueva de ratas, se tiró al suelo, entre los billetes y revolvió furiosamente, desparramándolos por todas partes.

Largo rato después se acercó al cadáver y lo sacudió.

—¿Dónde está bribón maldito? ¿Chantagista inmundo, donde la escondiste?

Luego se dejó caer en el sillón, repentinamente débil y tembloroso y se puso a contar las posibilidades con los dedos. "Una, sobre la mesa, dos en el piso, tres en el fuego..."

Abandonó rápidamente la tarea con el pensamiento de que sería tarde para el teatro, —eran las diez y media — y apartando la mesa, empezó a levantar la alfombra del piso, arrancando las tachuelas.

Sollozaba y entre sus sollozos hablaba fuerte, con acento entrecortado.

—Naturalmente que está aquí... ¿Por qué no pensé antes en...? ¿Estará encima del gabinete de ficheros?... Luego se detuvo bruscamente, fija su mirada fría y amenazadora en el cadáver de John Aske.

—¡Yo te voy a dar reirte de mí, demonio! — dijo. Y agarró el atizador.

Un párrafo del "Noticiero de la Tarde", al día siguiente:

".....El caso abunda en detalles extraordinarios. Todos los muebles habían sido movidos de su lugar. Hasta la alfombra del piso fué levantada. Sembrados por todas partes había varios miles de libras, en billetes de una; y una camisa de fiesta, absolutamente nueva, estaba toda arrugada dentro de la estufa.

El cadáver que fué identificado pertenece a John Aske, agente comisionista. Había sido salvajemente maltratado. El cadáver sin identificar, es decir el del hombre que se ahorcó, colgándose de una percha de sombreros, tenía debajo de la suela del zapato izquierdo, cerca del talón, un pedacito de jabón con el nombre del Hotel Magnífico. Lo más curioso del caso es que, incrustada firmemente en el jabón, se halló la llave de la puerta de la oficina".

FIN.

LA GARRA DEL DRAGON

Por John G. Brandon

(Continuación)

En cuanto al resto su sucia lengua y su sucia persona... ¡Puf! Le avergonzaba a McCarthy que fuera su compatriota.

Luego se produjo lo que McCarthy temía y esperaba... el lanzamiento de un cuchillo por la mano siniestra de algún cobarde asesino. El cuchillo se deslizó a lo largo de la mesa y si no hubiese sido por la espesa barba, manchada de jugo de tabaco del inglés, hubiera terminado el viaje en su garganta.

Con un rugido de rabia, el rengo lanzó la mesa hacia la dirección de donde vino el cuchillo y sacó de su bolsillo un arma que hizo abrir los ojos a McCarthy.

No era una moderna pistola automática, con su "silenciador" y sus últimos perfeccionamientos, si no una máquina destructora, tal como las que recordaba el inspector haber visto en los primeros días de la pantalla; un gran revólver de seis tiros, calibre 45, con caño de un pie de largo y una culata que hubiera podido servir de salvaje cachiporra. Un arma que no solamente podía matar a un hombre si no hacerlo volar en pedazos. Además de eso estaba cubierta por una espesa capa de herrumbre.

Sin vacilación, apuntó Pata de Palo al grupo de donde había partido el cuchillo.

Una espantosa detonación llenó el sótano, extendiéndose por todas las grietas y rincones, como las vibraciones de un trueno. Salía del caño humo suficiente como para sugerir que había pasado por el sitio una locomotora.

Aullando como un perro rabioso, Pata de Palo movió alrededor de la cabeza su "trabuco", luego apuntó a otro grupo que retrocedía, mirándolo con ojos vengativos.

—¡Les voy a dar tomarse libertades con un inglés! — gritó. — Les haré agujeros tan grandes que un tren podrá pasar por ellos. ¡Sí, que lo haré!

Pero una demostración de aquella desvastadora máquina de guerra había sido suficiente, para los parroquianos de la taberna. Ante la amenaza de un segundo bombardeo se desparramaron, buscando refugio y dejando al señor Pata de Palo Brown, dueño del campo. El tiró tranquilamente una botella a la espalda del grupo que se atropellaba para ganar la puerta, obstruyéndola en el esfuerzo. La botella pegó en la base del cráneo de un negrazo y la teoría de que la cabeza de un negro es irrompible quedó desmentida. El grito que lanzó lo probaba. Pero apresuró a los otros en su fuga.

El único hombre que había quedado de pie en el sótano era McCarthy y hacia él se dirigió Pata de Palo con evidentes malas intenciones.

—Usted trató de molestarme, hace un rato, compañero, — dijo Pata de Palo. — ¿Por qué no ha disparado con los demás?

McCarthy se encogió de hombros y contestó en su peor inglés. Pensaba que si el señor Pata de Palo no hubiese sido inválido hubiera recibido allí una soba de la que se acordaría toda la vida. Pero no es posible pegarle a un inválido, por lo menos McCarthy no podía hacerlo.

Además, para cumplir la misión que se había impuesto al venir allí, era preciso que anduviera con muchas precauciones. Si dejaba sospechar a aquella escoria que no era la que parecía su vida no hubiera valido un comino. A despecho de la cobarde manera como habían huído del belicoso Pata de Palo hay muchos medios de despachar un hombre, sin hacerlo en lucha leal. Y a la menor sospecha de que había entre ellos un oficial de policía, todas las manos amarillas, negras, blancas o marrones se unirían para un rápido procedimiento de eliminación. De modo que McCarthy se tragó su rabia, limitándose a encogerse de hombros y a sonreír de mala gana.

—¿Por qué iba a disparar? — preguntó — Yo no quise hacerle a usted nada. Es para mí un placer que se quede aquí.

—Y me voy a quedar — le aseguró breve-

mente Pata de Palo — Mas aun: me quedaré tenga usted placer en ello, o no. ¿Sabe? — sus ojos achicados examinaron el rostro de McCarthy — No me gusta usted — continuó Brown. — Es usted uno de esos tipos fanfarrones, con corazón de gallina. No me gusta su hocico. Es uno de esos que me dan ganas de estropear cuando los veo. Y lo haré antes de mucho, sólo porque me desagrada. Conque, vea como se comporta, compañero, porque yo siempre cumplo mi palabra.

Aunque viviera cien años nunca olvidaría McCarthy la sensación de fútil rabia que hervía en él; pero logró dominarla de algún modo y hasta conservar la forzada sonrisa.

—Todo ha sido un error — aseguró a Pata de Palo con tal humildad que el otro se dió vuelta y escupió desdeñosamente. Se acercó al todavía aturdido Buey, que estaba medio caído sobre el mostrador, detrás del cual se parapetaban los mozos.

McCarthy volvió a su mesa. Las manos le temblaban a impulso de una rabia que no podía ocultar. Da Fonda lo notó y sonrió sarcásticamente.

—Parece que es distinto cuando hay otro hombre que puede pelear con sus puños. ¿Por qué no le pegó, Gaspardi?

—Yo no puedo pegarle a un inválido — gruñó McCarthy.

Da Fonda lo miró con ojos dilatados de asombro.

—¿Qué no puede pegarle a un inválido? — repitió sorprendido ante tan extravagante afirmación. — ¿Por qué no? ¿No es más fácil de vencer que otro? — sus negros ojos hicieron un malicioso guiño. — A no ser — corrigió — que un inválido como éste de la pata de palo, resulte más peligroso que media docena de hombres sanos.

McCarthy se inclinó a través de la mesa y apoyó dos dedos rígidos en la mejilla del mestizo.

—Hay un hombre con dos piernas a quien puedo pegarle, da Fonda — le dijo entre dientes apretados. — Y no solamente pegarle si no hacerlo trizas, cuando me parezca.

La cara amarilla del mestizo palideció visiblemente; apartó sus ojos furtivos de los ardientes que lo miraban.

—Ese es usted, da Fonda — continuó Mc Carthy — y si vuelve a abrir la boca quizá me sienta tentado a hacerlo.

Con aquella franca declaración del otro, da Fonda se puso tan amarillo por dentro como por fuera. Nada dijo y dado el humor de McCarthy obró prudentemente.

McCarthy se dió vuelta y se puso a observar los procedimientos al otro extremo del café, si aquel antro podía merecer ese nombre. Algo en la actitud o gestos del rengo había hecho vibrar una cuerda en su memoria. No podía decir donde, pero le parecía haberse encontrado ya alguna vez con aquel sujeto. Esforzó su cerebro, mientras observaba como Pata de Palo agarraba al todavía semi-inconsciente Buey y lo ponía de pie. Algo en sus ojos en ese momento, una nota en la voz estridente, le recordó a alguien. Pero ¿a quién? Su memoria no podía, en ese momento, contestar a la pregunta.

Entretanto, Pata de Palo procedía a su inimitable e impresionante manera. Con la mano izquierda volvió a agarrar al dueño del café por la barba, mientras con la derecha le apoyaba en el pecho el tremendo revólver.

—Ahora, escuche, cabeza de toro — rugió a su víctima — Usted y yo vamos a llegar a un arreglo. ¿Puedo venir aquí a tomar un trago de vino cuando me parezca? Porque si no, voy a venir lo mismo y las cosas se van a poner feas para alguien. Y ese alguien será usted, cabeza de toro. Y dígale a esa pandilla de ratas cobardes y sarnosas que la próxima vez que se metan con Pata de Palo, que tiene raza de foxterrier, alguien va a quedar tan lleno de agujeros como un colador de cocina. Ahora traiga una botella de vino y llévela a la mesa donde está aquel tipo de la cara viscosa. Le he tomado antipatía. Trató de pegarme a traición. Le voy a dirigir unas cuantas palabras más de advertencia. Traiga el vino, rápido si no quiere otro par de trompadas.

Desdeñosamente le volvió la espalda a el Buey y a los ceñudos mozos, dirigiéndose a la mesa donde estaban sentados McCarthy y da Fonda. Sin ceremonias se sentó junto a ellos, mirando a McCarthy con evidente desagrado.

El inspector necesitó hacer un gran esfuerzo para contenerse y seguir fiel a su papel; pero lo consiguió. Da Fonda lo miró maliciosamente; pero, con Pata de Palo, fué la obsequiosidad en persona.

—Bien venido... bien venido — dijo en el pobre inglés que sabía.

Por un momento lo contempló Pata de Palo como si fuera un animal desagradable y molesto. Luego, sin decir palabra, le pegó un revés en la boca, haciéndolo caer de la silla. Cuando el mestizo chino-portugués logró ponerse de pie, tembloroso, el caño del monstruoso revólver de seis tiros apuntaba descuidadamente en su dirección.

—Esta es mi divisa — dijo Pata de Palo con sonrisa perversa. — Pegar primero y dar órdenes después. Así me educaron. Para otra vez sabrá — continuó tranquilamente — que, estando yo presente, debe esperar que le hablen para hablar. Yo me llevo bien con los chinos, los muchachos amarillos y yo somos buenos amigos; pero usted no es chino. No es más que un zorrino, cobarde y sucio, como su compañero aquí presente.

McCarthy se tragó algo que le pareció tan grande y tan sólido como un huevo duro; pero con sobrehumano esfuerzo guardó silencio. ¡Caramba con el hombre aquél!

El desagradable sujeto parecía hallar delicia en fastidiarlo a McCarthy, casi como si un secreto instinto le dijera que no podía defenderse, cosa que, por las razones conocidas, era cierta. Pero, lisiado o no lisiado, si le llegaba a dar alún revés como aquel con que había favorecido a da Fonda, besaría el suelo más pronto que lo había hecho nunca en su vida de matón.

Antes de que las cosas llegaran a ese es-

Pata de Palo tiró la lámpara y una flamarada corrió por el piso

tado, una mirada que El Buey dirigió a da Fonda, advirtió a McCarthy que iba a ocurrir algo. La mirada era, indudablemente, una señal y McCarthy, advertido instintivamente de un próximo peligro provocado por el truculento Pata de Palo, mantuvo sus ojos fijos en el mestizo. No tuvo que esperar mucho.

Sin prevención, se oyeron estampidos y las balas pegaron en las paredes, alrededor de ellos. Rápido como el rayo, se tiró da Fonda al suelo, arrastrándose velozmente fuera de alcance. McCarthy, sacando su pistola automática, hizo fuego a la única luz que colgaba del techo en el largo salón.

Casi simultáneamente con la nubecilla de humo que salió del caño del arma, quedó el salón sumido en la obscuridad. De todas las ventanas venían fogonazos lívidos.

Las ratas de Marsella hacían, protegidos por las paredes y la obscuridad, lo que no se atrevieron a hacer en plena luz. Pensaban matar en masa al insolente Pata de Palo. Un cuerpo acribillado se hallaría fuera de uno de los tugurios de la ciudad y eso sería todo. No se harían preguntas en la taberna. Sería poco menos que inútil.

McCarthy, maldiciendo su mala suerte que lo hacía encontrarse en aquella trampa, se arrastró hacia el centro del salón. Por un momento o dos pensó dejar al agresivo Pata de Palo abandonado a su destino; pero pensó que, a despecho de su insolente truculencia, era lisiado o impedido por la falta de su pierna. Y además, tenía algo de que los otros carecían: valor. Les había hecho frente a descubierto; ellos tenían que parapetarse traidoramente para acribillarlo a balazos, como a un tigre acorralado.

—¡Por aquí, signor! — ¡Sígame si puede!

Por respuesta oyó una risa ronca detrás suyo. Era evidente que, en aquella situación, el londinense no abrigaba temor por su mutilada persona.

—Guíe, compañero — murmuró — Les reservo todavía una pequeña sorpresa. Y cuidado con alguna jugarreta sucia, cara de mono, porque le vaciaré lo que queda en este viejo revólver en el cuerpo. ¡Guíe!

Lindo carácter, pensó McCarthy. ¡Un hombre arriesgaba su vida por librarlo de aquellos lobos y recibía en cambio insultos!

Guiado por McCarthy, se arrastraron hacia el salón de los consumidores de drogas, mien-

tras las balas picaban alrededor de ellos. De cuando en cuando oía McCarthy detrás suyo aquella risa ronca. Evidentemente Pata de Palo Brown era humorista en la adversidad parecía.

De pronto lo hizo detener un enojado gruñido. Oyó detrás que peleaban dos hombres en el suelo y que uno de ellos lanzaba gruñidos de animal feroz. Luego silenció.

Enseguida la voz de Pata de Palo:

—¡Siga, compañero! — fué la áspera orden.

—¿Qué hizo? — murmuró McCarthy.

—Extrangularlo al cara de toro, espero — fué la alegre respuesta — Y siga moviéndose, gringo, si no quiere que le pase a usted lo mismo.

Nuevamente se tragó McCarthy algo duro.

Al llegar a la puerta la encontró cerrada con llave; un esfuerzo combinado de ambos logró abrirla. Se encontraron ante media docena de hombres en diferentes estados de estupor causado por las drogas que habían usado. Uno de ellos, con morisquetas de mono, atropelló a McCarthy, cuchillo en mano; pero un golpe debajo de la oreja lo hizo trastabillar. Abriendo una puerta que daba a un sucio callejón, McCarthy hizo salir a los dopados y los siguió después. Pero Pata de Palo tenía un trabajo final que hacer antes de abandonar el sitio.

La pieza estaba alumbrada por una mal oliente lámpara de pared, que colgaba del techo. Bajándola de sus cadenas, abrió Pata de Palo cuidadosamente la puerta que daba al otro salón y tiró la lámpara al suelo. Se oyó un ruido y un reguero de líquida llama corrió a través del piso, lamiendo hambrentamente las sucias y chillonas cortinas que decoraban el tugurio. En menos de diez minutos el antro de el Buey era una hoguera inextinguible.

Luego Pata de Palo tocó con el codo a su compañero.

—Me voy — dijo. — Iré al barrio de Show. Me entiendo bien con los chinos. Ellos saben apreciar a un hombre como yo. — dirigió una malévola sonrisa al hombre que lo había ayudado. — Y no se olvide, cara de mono, que pequeñeces como ésta no cambian mis sentimientos. Me es usted antipático y uno de estos días le daré una trompeadura. Pata de Palo, de la raza de los bull-dogs, es así. ¡Adios y que el demonio se lo lleve!

McCarthy se dió vuelta con mueca de profundo disgusto. Realmente Pata de Palo era más de lo que su estómago podía digerir.

—¡Oh!... váyase usted también al diablo — gruñó — Si es prudente, apure el paso mientras hay tiempo.

Pata de Palo se hubiese sorprendido al comprender el significado de las palabras de McCarthy.

—Yo se cuidar de mí persona, compañero — contestó y alejose en dirección a La Varonde, la vieja casa de que los chinos se habían posesionado.

Con sorpresa de McCarthy, el hombre no hizo el menor esfuerzo para ocultarse. Caminaba por el medio de la calle, como si nada temiera. Observándolo nuevamente volvió a hallarle McCarthy algo de familiar; pero, como antes, nada pudo recordar. Quizá hubiera caído profesionalmente en sus manos alguna vez; pero estaba seguro de que entonces él no habría olvidado la sorprendente personalidad de Pata de Palo.

—Y bien, — murmuró mirando a la robusta figura que se alejaba — seas quien fueres, tienes valor como el que más. ¡Lo que yo daría porque poseyeras dos piernas en vez de una! ¡Que hora he pasado!

El viejo castillo de La Varonde alzaba sus feas y ruinosas paredes en lo que quedaba del terreno que había pertenecido a una gran familia, es decir dos o tres acres, rodeados por un alto muro. Este también se había derrumbado en parte, dejando grandes boquetes y montones de piedra. Pero los pacientes chinos pronto reedificaron la pared que rodeaba su guarida. En verdad la habían levantado un pie o dos más.

Los hombres amarillos, aún los más pacíficos, no gustan de las miradas curiosas.

Tratándose de los siniestros esbirros de Ka Shi-lan, no solamente no gustaban de que espiaran sus movimientos, si no que tenían especial interés en impedirlo, para lo cual habían tomado severas medidas. Una patrulla de hombres armados custodiaba constantemente el lugar. Y como ya había habido ocasión de presenciar los métodos de los chinos en una o dos reyertas, nadie se atrevía a molestarlos.

McCarthy había hecho varios viajes de exploración, eludiendo el cordón de guardias en dos ocasiones, escalando el muro y dando la vuelta a la casa, obscura y siniestra. Pero nunca vió luz ni señales de vida dentro de ella. Sin embargo sabía que estaba habitada por una horda de bandidos. No había tenido aún McCarthy ocasión de inspeccionar la masa de edificios adjuntos, grandes establos, donde en otro tiempo había docenas de caballos y coches de todas clases, graneros y casillas. Y si era cierto lo que da Fonda había dicho bajo la acción del vino, el desaparecido Bensdorp estaba allí prisionero.

En vano había tratado de hacer hablar nuevamente al mestizo en la taberna que substituyó al antro de el Buey. Sólo una vez pudo sonsacarle algo y eso no era de mucha utilidad, un farfulleo de ebrio acerca de cierta cosa misteriosa que nombró con espantado murmullo: la Garra del Dragón. No sabía McCarthy que relación podía tener eso con la desaparición de Bensdorp. La Garra del Dragón sonaba bastante amenazante; pero lo que era o por qué se hablaba de ello en voz baja no podía adivinarlo.

Otra cosa había advertido McCarthy en da Fonda y era un santo horror a Kao Shi-lan. ¿Qué horror habría visto en aquella desolada casa para que le hiciera mirar temerosamente a su alrededor, cada vez que mencionaba el nombre del jefe chino?

McCarthy no pudo arrancárselo; pero se veía que su miedo era grande.

Parecía que aquel otro truculento vagabundo, Pata de Palo Brown, estaba bajo la protección del jefe chino, porque ni siquiera

McCarthy alumbró la reja con su linterna y oyó dentro de la celda gemidos de terror

los más temibles de la colonia se atrevieron a alzar un dedo contra él. Había hablado Kao Shin-lan y esto bastaba. Y Kao Shi-lan había prometido cosas... por lo que, además de bastar, sobraba.

Pata de Palo siguió, pues imperando en la colonia, constituyendo una amenaza y un terror para los que le hacían la más ligera ofensa. Y también para muchos quo nada le hacían. Pero McCarthy parecía ser su blanco preferido hasta que el paciente oficial casi perdió los estribos. El poder pegarle al insolente Pata de Palo, hasta dejarlo convertido en papilla, hubiera sido quizá para Mc Carthy el mejor regalo de los dioses, en aquella época.

Además de la truculencia del tipo, lo enfurecía que hubiera venido a desalojarlo de la posición que pensaba conquistarse, a impedirle ganar el favor de los chinos de La Varonde. Una vez dentro de la guardia, su tarea sería más fácil. Pero ahora tenía que entregarse a un juego lento, paciente, solitario, sin que al final lo esperara quizá otra cosa que la derrota y la muerte. Hubo momentos en aquellos días en que sintió tentaciones de matar al rengo y estaba igualmente cierto de que aquel le hubiese devuelto el cumplido sin el menor escrúpulo.

Aquella mutua enemistad constituía el tema de las tabernas. Nunca en la historia del barrio se habían demostrado dos hombres tan mutua antipatía como Antonio Gaspardi y Pata de Palo Brown, de Londres. Pero la lástima era que Gaspardi tenía miedo del inglés, si no podrían haber peleado hasta matarse y la colonia se hubiera visto libre de dos extranjeros temibles que desahogaban su rabia con puños de hierro con todo el que se les ponía delante.

LA FORTALEZA DE KAO SHI-LAN

McCarthy se dejó caer silenciosamente de la alta pared de piedra y se agazapó muy quieto, en la sombra. Sabía, por cálculos anteriores, que dentro de pocos minutos uno de los guardias chinos armados pasaría por el lado de adentro de la pared, en su ronda de inspección. Después de eso quedaría el campo una media hora libre, quizá más, si el hombre se entretenía charlando unos minutos con otro guardia. Hasta que el centinela no hubiese llegado y se marchara, no tenía que moverse McCarthy.

Una ramita que crugiera sus pies podía alborotar el avispero amarillo.

Poco después de la sombra de los árboles cuyas ramas se extendían sobre el sendero por donde patrullaban los guardias, vió Mc Carthy salir a un hombre y vió también el moderno rifle que apoyaba en el hueco del brazo. No faltaban buenas armas en La Varonde y los hombres que las portaban sabían usarlas. Lentamente llegó el hombre frente al sitio donde estaba agachado McCarthy, pasó y se perdió en la obscuridad. Todavía no se movió McCarthy: estaba observando el cielo. La luna había salido de entre una masa de nubes y hasta que no volviera a ocultarse tenía que esperar Mientras esperaba levantó el seguro de su pistola automática y se fijó si la linterna eléctrica funcionaba bien. Luego, tan rápida y silenciosamente como una anguila, entre el barro de un río, empezó a avanzar.

Aquella noche pensaba observar los edificios adjuntos. Podía ser que no hallara nada allí; pero, mientras no se presentara oportunidad para entrar en la casa misma, valía la pena de asegurarse de aquel hecho.

Furtivamente se movió a la orilla del sendero, hasta que estuvo frente a la casa. Desde donde estaba, sus ojos distinguían dos de sus paredes, la de la izquierda y la del fondo. No se veía luz ni señales de habitantes. El silencio de aquella gran mole de piedras y argamasa parecíale aquella noche a Mc Carthy más siniestro que nunca.

Cien yardas más adelante estaban las grandes puertas de hierro forjado de los establos o caballerizas; detrás de ellas los ruinosos edificios de piedra que pensaba registrar. Para eso tenía que atravesar un espacio abierto, un patio de piedra, el primer peligro grave. Si los ojos crueles, almendrados, vigilaban aquella parte como el resto del lugar, McCarthy podía encomendarse a Dios.

Nuevamente recurrió a la vieja treta de la Tierra de Nadie, arrastrándose como una culebra por el suelo. A mitad de camino hubiera jurado ver moverse una sombra y se quedó quieto, esperando la interpelación. Pero nada ocurrió y al mirar hacia arriba vió que era la sombra proyectada por un gran álamo, cuya copa se balanceaba a impulsos de la brisa.

Nuevamente se arrastró a la sombra del alero hasta que se puso de pie, no sin lanzar un suspiro de alivio. No se atrevió a usar su linterna dentro del radio de visión de las ventanas altas de la casa; pero sus dedos, acostumbrados a identificar las cosas en la obscuridad, le dijeron que se hallaba ante una pesada puerta, tachonada de hierro, sin duda la entrada principal del establo.

Sus diestras manos descubrieron luego que estaba cerrada por un gran candado, pendiente de gruesas argollas. Estas no estaban, como los ornamentos de la puerta, cubiertas de herrumbre, si no que eran lisas y nuevas. Y la cerradura del candado nada tenía de complicada. Era sólida y fuerte, simplemente. Nunca se les había ocurrido a los que la pusieron que otras manos que las suyas pudieran andar allí. En menos tiempo que tarda decirlo,McCarthy había abierto el candado y estaba dentro del edificio. Cerró tras sí la puerta.

Se encontró en un largo corredor de piedra, al cual se abrían una serie de pesebres. Cada uno de estos era de la misma sólida piedra y tenía puertas de hierro, con una ventanita provista de barrotes de hierro, para la ventilación. Ninguna moderna celda de policía era más segura que aquellas.

Pasó McCarthy por delante de ellas, alumbrando el interior de cada una con su linterna, hasta que llegó a la última. Esta también tenía barrotes de hierro, pero con una diferencia. Tenía una rejilla, además de los barrotes, que estaban más espaciados. Posiblemente había albergado a algún corcel favorito del señor del castillo. Y. . . cuando el primer rayo de la linterna iluminó la celda, oyóse adentro un profundo y agonizante gemido humano, seguido por gritos casi delirantes de misericordia, en inglés.

Rápido como el rayo acercóse Mc Carthy a la reja e iluminó el interior de la celda. Recordó por espacio de mucho años la visión.

Encadenado a la pared, con pesado cinturón de hierro alrededor de la cintura, estaba un ser, flaco, con el rostro huraño y ojos de espanto, todo lo que el hambre, la sed o vaya a saber qué diabólica tortura, habían dejado de un hombre; un hombre que pocas semanas había sido el gordo y próspero joyero Bensdorp. En aquel momento su lamentable estado hubiera conmovido un corazón de piedra.

—¡Bensdorp! — murmuró McCarthy al iluminar la luz aquel trágico rostro.

Al oír su nombre, el prisionero lanzó un grito ronco, semi extrangulado, que parecía provenir de la garganta de un animal. Sus ojos extraviados se iluminaron con luz insana, nacida de una nueva esperanza, después de lentas y horribles horas de desesperación.

Nuevamente oyó McCarthy aquel lamentable balbuceo, rogando que lo salvaran de otra tortura. Horrorizado, sintiendo nauseas McCarthy trató en vano de abrir la puerta para llegar hasta el hombre enloquecido. Todo lo que la puerta exterior ofrecía de facilidad, teníalo ésta de resistente. Parecía sujeta por una cerradura invisible, producto del diabólico cerebro y la habilidad mecánica de los amarillos. No podía hallarla McCarthy Y todo el tiempo seguía oyendo aquel gemido, pidiendo ayuda, protección contra los demonios amarillos. No había más que un medio de libertar al infeliz y era limando los barrotes de la ventana; pero McCarthy no había traído ninguna herramienta adecuada para ello.

Maldijo su propia impotencia y su estupidez al emprender aquella excursión sin la lima, que casi siempre llevaba consigo y que hubiera cortado los barrotes, como un cuchillo el queso. Pero aunque herrumbrosas, las rejas resistieron sus esfuerzos. No pudo moverlas ni una fracción de pulgada

—¡Escuche, Bensdorp! — dijo. — Tenga esperanza. Esta noche nada puedo hacer. No poseo harramientas que me ayuden. Pero mañana por la noche volveré a salvarlo

—Piensan torturarme otra vez — gimió el desdichado. — ¡Oh, sálveme, sálveme, sea quien sea. No me deje morir a sus manos.

(Continuará)

EL COLLAR TRAGICO

Nuevas y emocionantes aventuras de "El Picarón"

Por Herman Landon

(Conclusión)

¡GRACIAS! — se pasó la mano por los cabellos.

—Sí, un cabello muy hermoso. Color negro azulado, ¿no? Y parece que la ondulación es natural.

—Tiene usted buen ojo, señor Picarón. Sí, mis ondas son naturales. — con su andar sinuoso se acercó a él. — usted tampoco no sería mal parecido, si no fuera por el disfraz de viejo.

—Gracias; pero estábamos hablando de su cabello. Está orgullosa de él ¿verdad?

—¿Y por qué no he de estarlo? No me faltan motivos ¿verdad? — su coqueta sonrisa tenía rastro de amargura — Es todo lo que me queda de mi belleza. Si me hubiera usted visto cuando...

Dale saltó hacia adelante y se quedó mirando la boca de nikel del tubo acústico.

—¿Qué es eso? — dijo roncamente.

La sonrisa desapareció de los labios de la mujer. Su cara se había vuelto nuevamente dura y cruel.

—¡Oh!... — encogiéndose de hombros — Creo que Sammie está cumpliendo instrucciones que Jimmie le dió antes de salir.

Dale la miró unos momentos y luego al tubo acústico. Llegaban al cuarto gemidos ahogados, sollozos y gritos temblorosos.

—¡Pobrecita! — dijo Madge sarcásticamente — Sammie la ha llevado de nuevo a la cámara de tortura. El practica todo lo que puede Temo que ella pierda la cabeza antes de la mañana.

Dale saltó hacia la mujer, con idea de agarrarla por el cuello; pero luego retrocedió con un gemido de impotencia. Madge se rio.

—Ahí arriba la tortura es espantosa — murmuró. — No es extraño que ella se ponga histérica. Dentro de pocas horas...

—¡Cállase! — le gritó Dale, fuera de sí. — ¡Malada!... ¡bribona! — la agarró rudamente y la arrastró junto al tubo acústico. — Hará usted que cese eso. Lo hará o...

Le agarró la esbelta y blanca garganta y se la apretó entre los dedos. Los horribles sonidos que venían de arriba lo ponían frenético... loco. La mujer luchó.

No podía respirar. Los ojos se le saltaban. Dale le soltó el cuello, pero siguió sujetándola por el brazo.

—¡Háblele a Sammie! — le ordenó roncamente. — Dígale que cese en su infame trabajo instantáneamente. Si no lo hace, apretaré más fuerte la próxima vez. Hable, le digo.

¿Qué botón oprime?

Ella tembló, hizo una larga inspiración y luego se echó a reír.

—Es usted un pobre extrangulador, Picarón. Supongo que se debe a su necia caballerosidad. Yo sabía que no me extrangularía. Conque no trate de asustarme.

Dale extendió nuevamente sus manos a la garganta de la mujer; pero las dejó caer.

Ella tenía razón. Estaba lo suficientemente loco para oprimirle el cuello hasta hacerle salir los ojos de las órbitas; pero... no podía. Algo se lo impedía. Miró a Madge con desesperación y una sucesión de sonidos espantosos llegó hasta él.

—Si hay en usted el menor rastro de instinto humano... — empezó.

—No lo hay — interrumpió ella fríamente. — Ahora escuche y no proceda como un idiota. Esto seguirá hasta que Jimmie y yo recibamos cien mil libras. Nada puede impedirlo. Si la pobre querida se enloquece, la culpa es suya, por haber tratado de engañarnos.

Dale se retiró con un gemido de la pared. Imaginaba los horrores de arriba.

—Y si vuelve a mostrarse grosero, le ordenaré a Sammie que la mate. Como le he dicho antes, Sammie siempre me obedece.

Un grito desesperado brotó de labios de Dale. No podía más pensar. El horror iba entumeciendo su mente.

—¡Siéntese! — le dijo ella indicándole una silla, que había delante de la mesa. — Ahí encontrará recado de escribir. Si no quiere que la pobre joven se enloquezca, escríbale una carta a Fielding. Dígale lo que ha visto y oído. Puede hacerle una descripción bastante viva. Prevéngale que su hija estará loca por la mañana si no envía las cien mil libras por el mensajero que llevará esta carta.

Dale hacía funcionar su torturado cerebro ¿Una carta a Fielding? Había dejado al anciano, sin conocimiento, en el sofá de la biblioteca. Además ¿de dónde iba a sacar Fielding, a esa hora, las cien mil libras?

—Mejor es que se apure — le aconsejó la mujer. — La pobre parece estar en un estado espantoso.

Dale escuchó un momento, luego se tapó los oídos. Miró a la mujer con desesperada intensidad, como si esperara descubrir en ella rastros de sentimientos humanos.

—¡Escuche! — suplicó. — Fielding no puede conseguir el dinero esta noche. Es imposible. Por amor de Dios...

—¡No diga sandeces! Fielding tiene su casa llena de cosas valiosas. Está el collar por ejemplo. Que nos envíe objetos por valor de cien mil libras y los aceptaremos como garantía. Por la mañana...

Dale no escuchó más. Se estaba desabotonando el cuello y la camisa, mientras Madge lo miraba pensando si se habría vuelto loco, se sacó el collar por la cabeza y se lo tiró a la mujer.

—¡Tome eso! — le dijo. — Debe valer cien mil libras. Y ahora ordene que cese esa infamia.

La mujer lanzó una exclamación al ver el collar. Pareció un poco aturdida. Un momento después lo acercó a la luz y lo examinó.

—¡Caramba! — exclamó. — ¡El collar legítimo! Como... donde... Pero, no importa — se repuso de su sorpresa. Se volvía dura y calculadora otra vez. — Es muy hermoso, pero...

—¡No hable! — gritó Dale. — Tiene el collar. Haga cesar eso...

—Como iba a decir — continuó ella fríamente — es muy hermoso; pero difícil de convertir en dinero. Mejor es que se siente y escriba la carta para Fielding.

—Es decir que no quiere... — Dale se ahogó. La miró a través de una niebla cálida. Vió la orgullosa posición de la cabeza, la hermosa melena negra. Su mirada se prolongó. Un destello de razón iluminó el caos de su mente. Se dió vuelta, pasóse la mano por la frente, saltó hacia la ventana y arrancó un grueso cordón de la cortina.

—¿Está usted loco? — dijo ella. — Que...

Cayó instantáneamente sobre ella, ahogando su grito. Tiró una silla hacia la pared cerca del tubo acústico, la obligó a ir hasta ella y la sentó, atándola al respaldo con el cordón de la cortina. Todo fué hecho antes de que Madge se repusiera de su sorpresa. Ahora estaba ante ella, mirándola, con los ojos un poco inflamados.

—Tenía usted razón — dijo con voz opaca. — No podría extrangularla; pero puedo hacer otra cosa.

Ella le miró el rostro convulso y tembló un poco. Luego, rápidamente, su mano se dirigió a uno de los botones; pero él se la agarró y la obligó a bajarla.

—¡Estúpido! — exclamó ella furiosa. — ¿Qué va a conseguir con eso?

—Ya lo veremos.

Fijos sus ojos en el hermoso cabello de Madge, extrajo un objeto de su bolsillo. Podía haber sido una cigarrera; pero no lo era. Sacó un objeto cilíndrico, del tamaño de una lapicera fuente corta. Calmándose un poco, Madge lo miraba con curiosidad.

—¿Qué es eso? ¿Un lápiz para los labios?

—No. Contiene un ácido. Tiene muchas aplicaciones. Nunca pensé usarlo como voy a hacerlo ahora.

—¿Cómo? — le faltó la voz. Una vaga expresión de miedo apareció en sus ojos.

—Ya lo verá — prontamente destornilló Dale un tapón que había al extremo del cilindro, mientras del otro sacó un émbolo. — Algunas personas tienen miedo a la muerte, otras a la fealdad. Está usted orgullosa de sus cabellos ¿no Madge? Dijo que era lo único que quedaba de su belleza y tiene razón. No los vendería usted ni por cien mil libras ni por una tonelada de collares ¿verdad?

—¿Qué... qué quiere decir? — Forcejeó con sus ligaduras.

—Se lo voy a explicar. — Dale levantó el aparato sobre la cabeza de la mujer. — ¿Sabe lo que unos pocas gotas de este ácido harán a sus cabellos, Madge? Los volverá grises y quebradizos. Su único encanto desaparecerá. La vida será para usted monótona e insufrible.

Un grito bajo y tembloroso brotó de los labios de la mujer.

—Puede usted usar una peluca naturalmente — prosiguió Dale. — Pero ninguna podrá reemplazar a ese hermoso cabello suyo. Peor aun, si la mano no me tiembla, le dejaré caer unas cuantas gotas en la cara y...

Ella se estremeció convulsivamente. Lanzó un agudo grito de terror.

—¡No haga eso! ¡Por amor de Dios, no! ¡No lo haga...

—Entonces oprima el botón y llame a Sammie. Pero recuerde esto. Una palabra o un movimiento en falso significará... Ya lo sabe.

Levantó ella su mano temblorosa. Tenía el rostro convulso de miedo. Tocó el botón. Pronto la voz de Sammie descendió por el tubo. Madge se estremeció convulsivamente al tocarle Dale la cabeza con la punta del aparato.

—Dígale, — murmuró — que saque inmediatamente a Margarita de ese cuarto. Luego que baje y traiga la llave de la puerta de hierro. Acuérdese... nada de traición.

Ella inclinó la cabeza hacia el tubo acústico. Dale le apretó un poco más el aparato. Estaba anhelante; pero Madge, aparentemente asustada, no pensaba en resistir sus órdenes. Lanzó un largo suspiro y habló por el tubo.

—¡Hola, Sammie! Déjela descansar un rato. Tiene bastante — se detuvo para serenar su voz. — Y, oiga, Sammie, baje y traiga la llave de la puerta de hierro.

—¡Muy bien, patrona! — contestó Sammie, alegre y confiadamente.

Dale exhaló su alivio en un largo suspiro. Agarró el collar que Madge había dejado caer al suelo y se lo guardó en el bolsillo. Luego esperó hasta que los sonidos de arriba cesaron. Madge, pálida y temblorosa, lo contemplaba con una mezcla de despecho y de admiración.

—Bien, ha ganado usted — dijo. — No tengo más que una debilidad y usted la ha descubierto. Ahora, desáteme.

—Todavía no — pensativo miró Dale el aparato que tenía en la mano. — Se quedará donde está por el momento. — ¡Ah!... — resonó un golpe en la puerta. — Ahí viene Sammie. ¿Dónde está la llave?

—Aquí — dijo ella dándosela y mirando el instrumento que él tenía en la mano. — ¿Quiere guardar eso? Me da escalofríos.

—Con mucho gusto. — Dale volvió el instrumento y su estuche al bolsillo. Llamaron otra vez a la puerta. Dale se acercó rápidamente a la ventana y arrancó otro de los gruesos cordones. Un momento después abría la puerta.

—¡Cuidado, Sammie! — gritó Madge.

Era demasiado tarde, Sammie forcejeó y pateó; pero lo habían tomado por sor-

Dale no sentía ahora piedad. — Ordene que cesen la tortura o la quemaré con este ácido — le dijo.

presa y a los pocos momentos esta... en el suelo, las manos y pies atados con el cordón. Dale se enderezó con un gruñido de satisfacción y en ese momento oyó abrirse la puerta de calle. Indudablemente el mayordomo volvía. Miró a Madge atada a la silla y a Sammie en el suelo. Escuchó y enarcó las cejas. En vez de un paso oyó dos.

Retrocedió dentro del cuarto, sorprendido. La puerta se abrió. Dos hombres entraron en la pieza. El mayordomo y... el detective Summenrs.

¿DONDE ESTA EL COLLAR?

Brumby tenía aspecto asustado. Su temor aumentó al mirar alrededor de la habitación y ver atados a su mujer y a Sammie.

Summers lo empujó. Muy lentamente dejó en un rincón su paraguas, que chorreaba agua, lo que demostraba había llovido desde que Dale estaba allí. Sus ojos fríos recorrieron metódicamente la habitación, abarcando detalle tras detalle. Luego se volvieron a Dale.

—¡Hola! — dijo sonriendo y adelantándose para examinarlo de más cerca. — Lo vi antes, esta noche. Iba por Picadilly y llevaba un bastón. El bastón me pareció conocido.

Una vez, hace años, se lo quité a una buena pieza que se llamaba Cayman.

—¿De veras? — dijo Dale mirando furtivamente el bastón, que estaba sobre la mesa, junto a un montón de billetes falsos. Summers, siguiendo su mirada, se acercó a la mesa, agarró uno de los billetes y lo volvió a dejar. Luego examinó el bastón.

—Sí, es el mismo. ¡Si lo conoceré! Por eso me fijé en usted. Y luego se detuvo usted a contemplar una vidriera donde había mariposas. Y entonces lo reconocí también, a pesar del disfraz. Lo seguí, aunque fué difícil. He estado observando la casa desde hace un par de horas, esperando que usted saliera. Salió alguien; pero no era usted, si no este hombre — indicó a Brumby. — No lo molesté; pero, cuando regresó, entré con él. Y bien, Dale ¿en que travesuras anda?

—¡Dale! ¡Qué nombre raro! Hablando de travesuras, esta gente ha secuestrado a la

Antes de que la mujer atada pudiera prevenir a su cómplice, Dale saltó sobre él

hija del señor Stanley Fielding y la ha torturado. Yo traté de negociar su rescate con dinero de teatro. Pero no coló.

—¿Dinero de teatro? — con un gruñido se volvió Summers a la mesa y agarró otra vez un billete. — ¿Llama a esto dinero de teatro? Parece más bien dinero falsificado. Pero no importa eso ahora. ¿Qué le ha pasado a la hija de Fielding?

Dale se lo explicó. De pronto parecíale que el collar le agujereaba el bolsillo. Para tranquilizar sus nervios empezó a pasearse por la habitación, mientras hablaba. Una vez llevó la mano al bolsillo y la volvió a retirar.

—Encontrará a la señorita Fielding arriba — concluyó. — Temo que sufra un ataque nervioso. Estos miserables la han torturado. A propósito este hombre — señaló a Brumby — es una asesino. Mató a Snoddy la otra noche.

—¿Snoddy? — fijo Summers una mirada severa en el tembloroso mayordomo. — ¡Ah!... El hombre del cabaret.

—Y esta bella pecadora — indicó Dale a Madge — es una ladrona profesional. ¿No le parece que tiene hermoso cabello?

—¡Cabello! — gruñó Summers. — ¿Qué tiene que ver su cabello?

—Mucho. Es legítimo y las ondas son naturales. Eso forma una siniestra combinación.

Summers le dirigió una larga y perpleja mirada, luego fijó sus sagaces ojos en Madge. Se le acercó más.

—Me parece conocerla — dijo. — A menos que me equivoque, tiene usted antecedentes, bastante malos.

—Y son cada vez peores — observó Dale. — Cuando haya usted visto a la señorita Fielding deseará arrestar a ambos.

Madge le dirigió una mirada de odio. Se rió.

—¡No le crea! Está tratando de arrojarle polvo a los ojos. El es un malhechor. Por eso acusa a los demás. Introdúzcale la mano en el bolsillo. Encontrará usted un collar que recientemente le ha sido robado al señor Fielding.

Summers dirigió a Dale su dura mirada.

—¿Qué dice a eso, Dale? De vuelta sus bolsillos.

Dale obedeció sonriendo; pero nada de importancia cayó.

—¡No deje que lo engañe! — gritó Madge. — Tiene el collar encima. Yo vi cuando se lo guardó en el bolsillo. ¿Por qué no lo registra?

—Lo haré — gruñó Summers. — Levante las manos, Dale.

Dale obedeció y Summers lo sometió a un minucioso registro. Encontró una variedad de objetos, incluso un estuche, que parecía una inocente cigarrera; pero el collar no. Los ojos de Madge se achicaron.

—¡Es extraño! — dijo. — Estoy segura de habérselo visto guardar en el bolsillo. Debe haberlo tirado por alguna parte. Mejor es que registre la pieza.

Siguió Summers la indicación y buscó por todas partes; pero no apareció el collar. Dale parecía la imagen de la inocencia ultrajada.

—¿Puedo volver a su lugar mis bolsillos ahora? — preguntó a Summers. — No me gusta andar por la vida mostrando los forros. Y, en vez de buscar cosas ¿por qué no va a ver a Margarita Fielding? Está dos tramos de escalera más arriba. Al principio de la segunda hallará usted una puerta de hierro. Creo que la llave la tiene Sammie en el bolsillo.

Sammie maldijo y forcejeó con el cordón que le ataba las manos y los pies. Summers se acercó a él y le sacó la llave del bolsillo. La balanceó en la palma de su mano.

—Antes de irse — le indicó Dale — es mejor que le quite a Brumby la pistola. Brumby me aborrece y a mí no me conviene que me maten.

Con un gruñido registró Summers los bolsillos de Brumby. Encontró una pistola y, después de un momento de vacilación, se la tiró a Dale.

—Hay malhechores y malhechores — dijo. — En general, prefiero los del "tipo" Picarón.

Dale se rió. Después que Summers salió, Dale se acercó a la puerta y se quedó allí de guardia.

Pasaron quince minutos en silencio y luego apareció Summers, sosteniendo a Margarita Fielding. El rostro de la joven estaba mortalmente pálido. Con extraña ternura, el inspector la ayudó a sentarse en una silla.

Luego Summers se acercó a Madge y cortó sus ligaduras.

—Vendrá usted conmigo — le dijo severamente. — Y usted también, Brumby. La señorita Fielding me ha contado lo bastante como para mandarlos a ustedes a la cárcel por toda la vida.

—¿Y Sammie? — preguntó Dale. — Usted lo olvida. Y parece ofendido.

—Me lo llevaré también — dijo Summers. Lo desató, quitóle una pistola del bolsillo. — En marcha todos — dijo y luego fijó sus ojos en Dale. — Eso es todo por esta noche. Dale. Me ha hecho usted un buen servicio. Pero no olvide, que alguna vez, arreglaré cuentas con... el Picarón.

—¡Qué tenga mucha suerte, viejo! — murmuró Dale. — Después que salió Summers con sus prisioneros, se volvió a Margarita. Muy suavemente le acarició el cabello.

—¡Qué hermosa cabeza! — le dijo. — Mucho más linda que la de Madge. Ahora hablemos del collar. Lo quería usted para dárselo al príncipe ¿verdad? El príncipe es un poco atolondrado. Se mete en toda clase de líos. Pero, en el fondo, es un verdadero hombre. Usted lo ama. ¡Perro afortunado, ese príncipe! Veamos. Hace algún tiempo se vió en apuros de dinero y vendió el collar ¿no?

Ella levantó la mano. Una débil sonrisa vagaba en sus labios.

—Hizo mal; pero es humano — prosiguió Dale. — Después de cambiar varios dueños, el collar cayó en manos del padre de usted. Entonces... — vaciló, como si su imaginación pudiera llevarlo demasiado lejos.

—El príncipe ganó dinero en Montecarlo, más que suficiente para volver a comprar el collar — dijo Margarita con voz cansada. — Lo vió a papá; pero éste es a veces muy porfiado. Dijo que no vendería el collar por ningún precio. Yo le supliqué pero me gruñó y me dijo que el príncipe era un aventurero. Rogué y rogué, pero papá no cedió. El es así. Y luego, por temor de que alguien pudiera hallar el collar, lo escondió quien sabe donde. Entonces se lo conté a Brumby:

—Lo sé — dijo Dale suavemente. — Confió en él y no me extraña. ¡Bendito sea su corazón! Ahora, después de lo que ha ocurrido ¿no cree que su papá, si se le cuenta todo la perdonará y le dará un beso en su linda frente?

—Seguramente. Papá tiene un corazón de oro, a pesar de su naturaleza obstinada. Pero el príncipe se halla en una situación terrible. El collar no era suyo. Formaba parte de las joyas de la corona. Si no puede devolverlo, habrá disturbios en su país, quizá una revolución, ¡Y papá dice que no quiere vendérselo a ningún precio!

—¡Es lástima! — murmuró Dale. — Conozco al príncipe. Me parece un joven decente y usted hará de él un hombre mejor. Cierto... es una lástima — miró hacia atrás. — ¡Ah! Summers se olvidó el paraguas, en la excitación. Es una suerte para nosotros. Podemos necesitarlo cuando la acompañe a usted a su casa.

Se acercó al rincón y agarró el paraguas.

—Es un buen paraguas — dijo. — Absolutamente impermeable — lo abrió y algo cayó al suelo. — ¿Qué es esto? ¡Pero si es el collar! ¡Eso sí que es extraño!

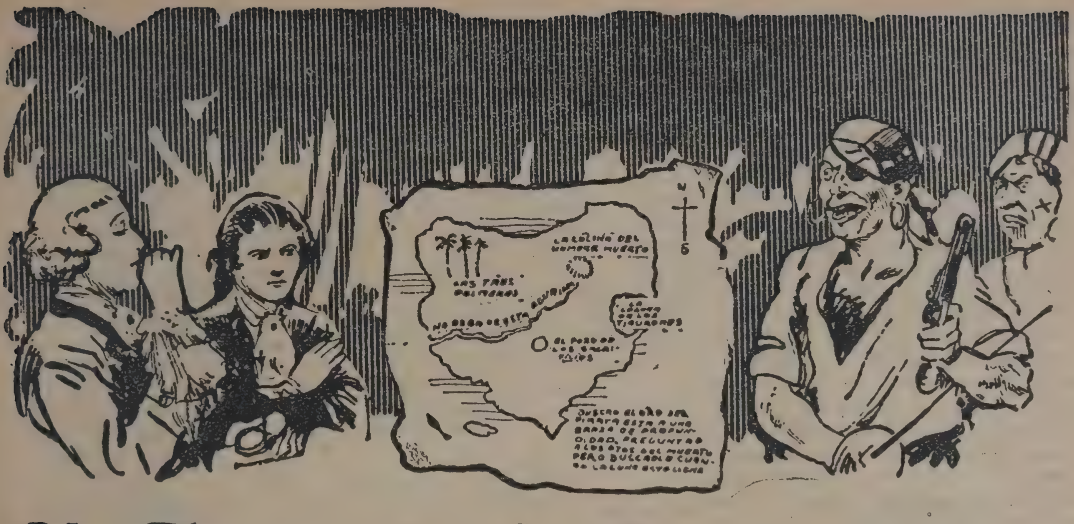
Ella lo miró con expresión radiante.

—Usted sí que es un hombre extraño, señor Picarón — le dijo.

FIN

LEA en este número

EL TESORO DE LA ISLA DEL MUERTO



El Tesoro de la Isla del Muerto

(Continuación)

DOS HOMBRES Y UNA MUJER

¡LLEVADLO abajo! — ordenó el Caballero impasible. — Ponedlo con ese Dan Peters, el hombre a quien recogimos con el señorito Langley.

—¡Sí, sí, señor!

Dos de los marineros agarraron a Stroheim por los hombros y las piernas, dos más lo sostuvieron por la cintura y entre todos llevaron al gigante, abajo.

En la obscura bodega, separada del depósito de provisiones por un tabique de tablas, había un hombre, quejándose, en una hamaca.

Era Dan Peters. A su lado, haciendo lo posible por aliviarlo, se hallaba Langley. No existían grandes motivos para que el joven se interesara por el traicionero Peters; sin embargo, no podía olvidar que una vez le había salvado la vida.

Alzó la vista, sorprendido al entrar el grupo que traía a Stroheim.

—¿A quién traeis ahí? — preguntó.

Luego vió por sus propios ojos y la vista del gigante ensangrentado lo llenó de horror. Sintiendo necesidad de respirar aire puro, porque el olor de sangre le repugnaba, subió a cubierta.

—¡Hola, mi joven amigo! — dijo el Caballero echando a andar junto a él. — Perdisteis un entretenido espectáculo por un momento.

—¿Os referís a Stroheim, monsieur? — preguntó Langley y había tal expresión de disgusto en su hermoso rostro que el Caballero se echó a reír.

—El mismo. Creo, sin embargo, que os sería desagradable enteraros. ¡Venid! Vamos a visitar a la señorita Julia. Quizá su hermoso rostro devolverá la sonrisa al vuestro entristecido.

Riéndose zumbonamente guió a la galería de popa y deteniéndose ante una puerta ornamentada llamó dos veces, ligeramente, en el panel de roble.

Se oyó una exclamación femenina, el roce de un vestido de seda y un pasador que se descorría.

El Caballero sonrió.

—Sí, es necesario que cierre bien la puerta, mi valiente amigo, porque nadie sabe lo que una tripulación de ebrios puede intentar, con una mujer abordo.

Langley sonrió en respuesta. Le agradaba oír que el Caballero tenía consideraciones con la joven huérfana.

Abriose la puerta del camarote y apareció Julia.

Su rostro, pálido y sombrío, se iluminó al ver a Langley, porque era la primera vez que se veían desde que él estaba a bordo. Sus pensamientos y saludos fueron todos para él

—¡Oh, monsieur! — exclamó en un mal francés que apenas entendía Langley — nunca creí volver a veros. — enlazó su brazo con él y sonrió orgullosamente al Caballero. — El es mi protector, monsieur. Me salvó de un bandido tuerto que me hubiera...

—Lo se, lo se, mi hermosa dama. — dijo

el Caballero inclinándose cortesmente. — Es todo lo que decís. En cuanto a mí, no se que hacer con una dama abordo, porque juro por la Santa Virgen que jamás ha pisado estas cubiertas una mujer, ni viva, ni muerta.

—¡Oh monsieur!

Julia se apretó contra Langley.

—Pero estad tranquila, señora mía — continuó el Caballero — No os ocurrirá daño alguno, si puedo evitarlo. No salgáis de vuestro camarote y todo irá bien.

Julia se volvió a Langley con deslumbradora sonrisa.

—El Caballero es muy bueno también ¿verdad? Me salvó también la vida. Yo estaba delirante y él me atendió hasta que recobré la salud. Monsieur le Chevalier, Julia van Dyne os estará eternamente agradecida.

Tomó una mano a cada uno de los hombres y la estrechó entre las suyas.

Sobre la cabeza inclinada, de rizos negros, que exhalaban delicado perfume, los ojos de los dos hombres se encontraron. Había desafío en aquella mirada. Sin darse cuenta quizá, las manos libres de Langley y el Caballero se cerraron sobre las empuñaduras de sus respectivas espadas. Sólo un momento duró aquel cuadro; pero iba a tener extraños resultados en el futuro de los tres.

—Quisiera descansar, messieurs — dijo Julia rompiendo un embarazoso silencio — Me siento tan débil como... ¿cómo decís, vosotros... un perrito? ¿O se dice un gatito?

—Tanto da, ilustre dama — sonrió el Caballero — Os decimos adios.

Los dos hombres, el uno que recién traspasaba los umbrales de la vida, el otro que estaba ya a mitad de ella, volvieron de nuevo a cubierta. El suave murmullo de las olas del Atlántico, mientras la Fleurette navegaba hacia el mar Caribe, mecía sus pensamientes. ¿Y quién sabe si no estaban fijos en la hermosa Júlia y en el hechizo que había arrojado sobre ambos?

LUCHA A MUERTE

—¡Vela a la vista!

La Fleurette se mecía suavemente a impulsos de las olas.

En su puesto de vigía, Red Peter gritó su anuncio. Luego bajó por los rebenques con la agilidad de un mono. Tocándose la frente dió su informe a el Caballero.

—¡Vela a la vista! — repitió el capitán. — ¡Vela a estribor de proa! ¡Virad un punto a barlovento! — esto al timonel. — ¡Desplegad todo trapo!

—Sí, sí señor.

La tripulación de La Fleurette se apresuró a cumplir las órdenes. Las velas se inflaron con la brisa. Los mástiles entonaron una rítmica canción, movidos por el viento. El crugir de los aparejos añadía un coro que era como música para los oídos del despreocupado francés. Con el anteojo de larga vista enfocó un hermoso buque que venía del este. Volvióse y se encontró con Langley que le sonreía.

—Es un viejo amigo, si no me equivoco — murmuró. — ¡Qué despejen las troneras, Langley! ¡Avisad a la tripulación! ¡Haced izar la bandera!

—Sí, sí señor.

Langley se encontró cumpliendo las órdenes de el Caballero como cualquier otro miembro de la tripulación.

Gritó sus órdenes, fué a mezclarse con la tripulación, avivando con el puño a los perezosos y recompensando los esfuerzos de los listos con una alentadora sonrisa.

Las troneras fueron despejadas revelando largos caños de treinta y dos libras en la cubierta principal, de nueve libras en la cubierta de popa y carronadas de distintas clases, presas de muchos sangrientos combates en alta mar.

Media docena de jóvenes, casi niños, corrían arriba y abajo, por cubierta, trayendo pólvora y municiones. Se dió un toque final a los alfanjes, afilándolos en la piedra, las pistolas se revisaron: los hombres se quitaron las camisas y otras prendas incómodas para dar más libertad a sus movimientos en la terrible tarea que les esperaba.

La distancia entre los dos buques se acortó sensiblemente. Muy lejos de demostrar intenciones de escapar ante la amenaza del Alegre Rogerio, cuyo siniestro emblema flameaba ahora en el palo mayor y en el castillo de popa, el bergantín había virado ligeramente para interceptarle el paso a La Fleurette.

—Es un barco rápido, monsieur — dijo Langley excitadamente. — ¿Será mercante?

—¡Ja! ¡Ja! mi joven amigo, ahora lo sabremos.

El Caballero se rió ruidosamente mientras asestaba el anteojo al bergantín.

—¡Enarbola el Alegre Rogerio, Langley!

En lo alto del mástil del bergantín que se dirigía hacia ellos, acababa el anteojo de descubrir la calavera y las tibias cruzadas.

—¡Un filibustero! — exclamó Langley.

Siempre riendo musicalmente, el Caballero le pasó el anteojo.

—Un viejo amigo, creo yo.

Pero todavía no comprendió Langley.

—¿Perro contra perro? — preguntó — ¡El bergantín va a atacar!

—Sí, perro contra perro y el hueso vale la pena — rió sombríamente el Caballero. — Mirad, mi valiente señor. ¿No es vuestro antiguo barco La Reina de la Isla?

—¡Dios! ¡Es él! — exclamó Langley. — Es el maldito buque de Samonard. ¡Oh! Mis dedos arden por trabarse nuevamente en lucha con ese malvado.

—Tened paciencia — le aconsejó el Caballero. — Pronto nos lanzaremos unos contra la garganta de los otros, creo. Preparaos para pelear por vuestra vida y también... por Julia.

Los ojos de los dos hombres se volvieron a encontrar. No se habló más sobre ese tema. Las manos se cerraron sobre las empuñaduras de las espadas.

COMBATE A MUERTE

¡Bum!

Desde el Reina de la Isla, un cañón envió su estridente mensaje a través de la proa de La Fleurette.

—¡No contestéis al fuego, mis valientes! — exclamó el Caballero. — Dejad que ese perro de Samonard gaste su pólvora y tire. Nosotros sabemos hacer algo mejor.

Una y otra vez los caños, feos y chatos, del Reina de la Isla enviaron su mensaje de desafío y destrucción. Pero La Fleurette era manejada por un hábil timonel. El cargar y apuntar con los cañones requería tiempo y cada vez que el Reina de la Isla enviaba una andanada, erraba el blanco, porque La Fleurette había desviado un punto.

—¡Ahora! — gritó el Caballero y fué ésta la primera vez que Langley le oyó levantar la voz. — ¡Tirad a esas ratas! Enviadles una andanada completa y pensad que os ahorcaré a todos si no le acertáis.

¡Buum!

La Ficurette se estremeció desda la borda a la quilla al hacer aquella descarga concentrada. Mirando por entre el humo acre, Langley vió el palo mayor del bergantín caer sobre cubierta. entre una masa de lonas y aparejos.

Pudo oírse ahora la voz de trueno de Piel Samonard, urgiendo a su tripulación a que cortaran el despojo y lo tiraran por la borda

¡Buum!

Tan rápidamente como los artilleros podían cargar los cañones y encender la mecha, La Fleurette enviaba descarga tras descarga al bergantín, poniendo fuera de combate a parte de su tripulación y desmantelando la mitad de sus cañones.

—¡Bravo, mis fieles amigos! — gritó el Caballero. — ¡Otra más! Luego preparaos para bajar los botes.

Otra desvastadora lluvia de hierro atravesó la distancia y halló blanco humano. Y antes de que el humo se hubiera disipado, cerca de cien hombres de la tripulación se hallaban en los botes.

Mientras se alejaban a sotavento del bergartín, el Caballero hacía maniobrar la nave principal, acercándola más y más a su enemigo. Algunos de los cañones del Reina de la Isla empezaron a disparar de nuevo, mientras Piel Samonard se movía entre sus artilleros, jurando, pateando y cortando con su alfanje gigantesco a los que no se apartaban de su paso.

—¡Lanzad los garfios! — gritó el Caballero. — ¡Degolladlos a todos, mis valientes! Nada de cuartel. Pero dejadme para mí a ese demonio de tuerto de Samonard.

—Sí, sí, capitán.

Los dos barcos se tocaron, raspándose y astillándose al contacto. Fueron lanzados los hierros, quedando enlazados ambos buques. La tripulación se lanzó al abordaje.

Se oyó chocar de aceros, gemidos, gritos. La furiosa batalla duró media hora, ni se pidió cuartel ni hubiera sido concedido Era una lucha a muerte.

La espada de Langley relampagueaba al sol, mientras se abría paso en la cubierta del Reina de la Isla. A poca distancia de él, el Caballero se reía y peleaba como un demonio, abriéndose paso, lenta pero gradualmente, hacia el sitio donde estaba Samonard, con su gigantesco alfanje.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! — Emocionó a Langley

APRENDA UNA PROFESION LUCRATIVA

ENSEÑAMOS POR CORREO!

Dibujante
Procurador
Constructor
Perito Agrícola
Químico - Farmacia
Corte y Confecc. masc. y fem.
Contador -- *Tenedor de Libros*
Mecánico Electricista de Autos
Periodismo - Vendedor - *Publicidad*
Electricidad-Radio-Televisión-Fonofilm

El moderno sistema de enseñanza técnica y práctica por correo, permite aprender estas profesiones

Mande el cupón. - Escriba claro.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
1059-Lavalle-1059—Buenos Aires

NOMBRE ....

DIRECCIÓN ....

LOCALIDAD 7 ....

la risa ronca del capitán pirata. — ¡Venid no más, renacuajos! ¡Os mataré de un solo golpe!

El gran alfanje subía y bajaba y cada vez una víctima caía lanzando un ¡ay! sobre subierta. El trabajo era rápido. Pero por la baranda de sotavento llegó ahora el grupo de abordaje que el Caballero había hecho bajar a los botes. Con satánica furia atacaron a la desmoralizada tripulación del Reina de la Isla por detrás. Un grupo de sus propios hombres, que retrocedía ante el nuevo ataque, hizo caer a Samonard sobre cubierta. Sin soltar el alfanje, blasfemando, rugiendo, se incorporó sobre una rodilla. Con ojos inyectados de sangre miró al hombre, gallardo y sonriente, que se inclinaba sobre él.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! ¡Es el Caballero!

—A vuestras órdenes. En guardia!

El Caballero sonreía. Por sus modales parecía hallarse en un salón francés, en vez de sobre la cubierta teñida de sangre, con la muerte por todos lados.

Luego comenzó un duelo que se prolongó mucho después de haber cesado la batalla entre ambos bandos.

Hombres de ambas tripulaciones se habían reunido para contemplar el duelo entre los jefes rivales. Langley observaba a el Caballero con ojos ansiosos, esperando que su diminuto capitán resultara victorioso.

Los dos enemigos caminaban uno alrededor del otro, con la mirada alerta; el sol brillaba sobre sus armas, mientras hacían fintas y tiraban estocadas.

El tesoro de la isla...

La risa burlona de el Caballero resonó sobre el ruido de las espadas.

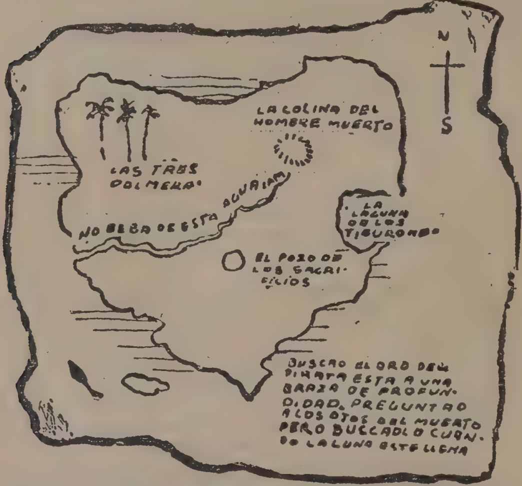
—¡Ja! ¡Ja! Estais mejorando, Piel. Uno de estos días hubieráis llegado a ser un espadachín. Pero he aquí un golpe que ignoráis.

Con movimiento sorprendentemente rápido, el Caballero acortó su brazo armado y lo torció. La esbelta hoja brilló al sol en un movimiento circular que la vista no podía seguir. Los espectadores lanzaron una exclamación de sorpresa; Piel Samonard una de terror porque su gran alfanje pasó volando por encima de su cabeza.

—¡Astuto demonio! ¡Atraviésame y termina! — exclamó abriendo los musculosos brazos. — No te estés ahí riendo, hijo de Satanás.

Pero el Caballero siguió riendo, con risa tan musical como siempre.

—No tengo intenciones de matarte, Piel — exclamó. — La hora no ha llegado todavía. Por el momento, tu vida no corre peligro. ¡Llevadlo a bordo! — añadió volvién-



Plano indicador del lugar donde se encuentra el tesoro del pirata

dose a sus hombres. Con ojos relampagueantes examinó las cubiertas, llenas de despojos humanos. Luego advirtió muchas caras extrañas entre los sobrevivientes, que ahora se habían añadido a la tripulación de La Fleurette.

—¿Servís a Samonard o a el Caballero? — preguntó con acento ligero.

—¡A El Caballero!

—Así sea — contestó él riendo.

Observó como conducían al vencido y sombrío capitán del Reina de la Isla a bordo de La Fleurette; luego se volvió a Langley.

—Pienso daros este buque, muchacho — dijo con su extraña sonrisa. — Entre vos y yo podemos capturar algunas presas. ¿Qué decís?

Los ojos de Langley brillaron.

Ser capitán de su propio barco era una ambición que había acariciado toda su vida.

—Creo que nada podría hacerme más feliz, monsieur — contestó.

—Entonces haced despejar las cubiertas de toda esta basura — ordenó el Caballero. — Llevad cuarenta hombres de mi tripulación y hacedles reparar el barco. Me parece que está bastante agujereado.

Limpiando la hoja de su espada en un cuadrado de cambray blanco, la envainó y pasó ágilmente por la borda a la cubierta de La Fleurette.

Langley se quedó admirándolo con gruñona admiración.

¿Era su amigo el Caballero? ¿Podía confiar en él? ¿Cumpliría su palabra de ayudarlo a buscar el Tesoro de la Isla del Muerto? ¿O era esto parte de un plan para posesionarse de aquel fabuloso tesoro y de la mano de Julia van Dyne?

EL PRISIONERO

—¡El demonio de cara de lirio! Le retorceré el pescuezo; sí, que me ahorquen si no lo hago.

¡Clanc, clanc, clanc!

—¡Lo cortaré en tajadas! ¡Lo haré pedacitos!

¡Clanc, clanc, clanc!

A cada salvaje estallido, el prisionero sacudía el trozo de cadena que lo sujetaba, tratando de arrancarlo de su argolla, profundamente introducida en el mamparo de la bodega. Alrededor de su cintura, rodeándole también los brazos, tenía puesta una banda de acero a la cual estaba remachada la cadena. Si Piel Samonard hubiese tenido las manos libres, pronto aquella burlona y rechinante cadena hubiera sido partida. Pero el Caballero St. Moreau conocía a su prisionero. Hasta los tobillos los tenía atados.

Piel Samonard, terror de los mares, se asemejaba a una fiera encadenada. Aun en la obscuridad de la bodega, su único ojo brillaba de odio. Su macizo pecho se alzaba y bajaba, aspirando bocanadas de aire viciado y, a medida que transcurrían las horas, su genio violento parecía a punto de hacerlo volar, tal era la fuerza de sus estallidos.

Piel Samonard estaba derrotado, pero no abatido.

Le habían quitado su buque, su precioso botín; su tripulación, salvo pocas excepciones había muerto. Ni siquiera su fuerza de gigante y su destreza de espadachín habían podido contra la relampagueante espada de el Caballero.

Los piratas se habían encontrado en un duelo a muerte, en el que venció el mejor.

Aunque Piel Samonard no brillaba por su imaginación, le era fácil adivinar cual sería su destino. Poco después de amanecer colgaría del penol de La Fleurette, mientras la tripulación reiría comentando su ignominioso fin. Sobre su cabeza, como tributo burlón, flotaría la bandera con la calavera y las tibias, emblema de la piratería, que Samonard se gozaba en hacer flamear ante los desdichados buques mercantes que se cruzaban en su camino.

Era una jugarreta irónica del destino; pero Samonard no tenía imaginación para detenerse en filosofías. En su mente ardía el deseo de escapar y, a su debido tiempo, vencer al diminuto valiente que lo había derrotado.

(Continuará)

EL RANCH "LOS TRES"

Por FRANCIS WARWICK

EL CAMINO DEL PRECIPICIO

Un corpulento joven irlandés, el sargento Murphy, que perteneció en un tiempo al famoso cuerpo de caballería británico al que llamaban "los rojos del rey", debido a su uniforme de ese color, comenzó a cantar el alegre estribillo de la popular canción del ejército:

I'ts a long, long way to Tipperary
But my heart's right there!

—Cállate! — le gritó risueñamente uno de sus compañeros. — Tu canto, Murphy, no es como el del ruiseñor y perdona la franqueza.

—¡Tiene razón, Kildare! — asintió una voz gruesa: la del mayor Dalroy, que también había servido en los "rojos del rey". — Tu voz, Murphy, tiene parecido con la de un arado a vapor, — agregó sonriendo y lanzando una imponente bocanada de humo extraída de su vieja pipa de raíz retama.

El corpulento irlandés se rió de buena gana. A Murphy le gustaban las bromas y los chistes aún cuando fueran a costa de él mismo.

—Es verdad que no estoy en voz, mayor, pero eso se debe a que usted está fumando, — replicó. — El humo del tabaco que usted fuma es capaz de poner fuera de combate a toda una compañía de ópera. Me recuerda los ataques alemanes con gases asfixiantes de la gran guerra, — añadió. — ¡Como para matar a un elefante!

Dalroy se rió entredientes, pero siguió fumando con toda tranquilidad.

Era un tipo de corta estatura, de cabello gris y de apostura militar, el mayor Dalroy; tenía el bigote rojo y como un cepillo de dientes, las cejas como matorrales y también rojas. Sus ojos, de mirada muy penetrante, eran verdes y el tono de su voz era brusco y ronco. En suma, el verdadero tipo del militar retirado.

—Es verdad, su pipa tiene un ólor parecido al de un escape de gas, — dijo Kildare entrando en la conversación haciendo oír su agradable voz.

El capitán Kildare, que había servido durante la gran guerra con Dalroy y Murphy y que después había dado la vuelta al mundo junto con ellos, era alto, delgado, atlético, joven y de hermosura poco vulgar. Tenía el aspecto de quien goza de excelente salud, el rostro tostado por el aire libre y una expresión de constante contento en sus bellos ojos. Todo su aspecto indicaba que para Kildare la vida era una sucesión de jubilosas alegrías.

Los tres camaradas, — Kildare, Dalroy y Murphy, — estaban reunidos por los sólidos vínculos de una excelente amistad. Cualquiera de ellos hubiera dado su vida por salvar la de uno de los otros dos y la habría dado sin la menor vacilación si las circunstancias lo hubieran exigido.

Pero habían encontrado un cuarto camarada en sus correrías por el mundo y era este un buen camarada de verdad.

Le llamaban Tommy Hawk, — nombre inglés que traducido al castellano quiere decir Tomasito Halcon, — pero su nombre había sido antes Tomahawk Chico de La tribu de los Mohawks. Era un muchacho de raza piel roja, se había unido a los tres camaradas y había adoptado el modo de vestir europeo hasta cierto punto, pues aun calzaba mocasines indios. Había aprendido a hablar correctamente el inglés. Pero debajo de todo eso seguía siendo tan piel roja como antes. Su condición de indio se dejaba ver en cuanto se encontraba en algún trance apurado o difícil y Tommy habíase visto en muchos trances de esa clase durante su vida.

Los cuatro montados a caballo, marchaban con paso tranquilo.

Delante de ellos, por el camino pedregoso avanzaba la diligencia, — el "pony express", — de Fuerte Geoffrey, un macizo viejo vehículo con un par de tramperos como pasajeros y una enorme pila de equipajes. La mayor parte de ese aquipaje pertenecía a los cuatro camaradas. Lo manejaba un canadiense pequeño de rostro moreno y curtido, de sombrero blanco y de grandes alas que el tiempo había puesto de color gris, y muy conocedor del camino. Hubiera sido capaz de conducir su diligencia a razón de veinte millas por hora en plena oscuridad y sin vacilar nunca, según se lo dijo con orgullo al capitán Kildare.

Tenía razón para darse tono por eso. Porque aquel camino de los contrafuertes de las montañas rocosas era sin duda, uno de los caminos más peligrosos del mundo.

Estrecho y desigual, resbaladizo a causa de recientes lluvias, con abismos y precipicios muy cercanos en algunas partes, con la constante amenaza de que alguna peña movida por la lluvia y desprendida por la trepidación del paso del coche rodara hacia ellos; con algunos precipicios que se abrían verticalmente junto al camino; con torrentes que vadear de vez en cuando; la verdad que se trataba de un camino poco cómodo para los viajeros.

—¡No se parece esto a la plaza de Piccadilly, que menciona la canción que cantaba Murphy! — observó Kildare jocosamente.

—¡A pesar de todo, prefiero estar aquí! ¡Qué diablos! — exclamó Dalroy.

Respiró hinchando el pecho, llenando los pulmones jubilosamente.

Miró hacia las altas cumbres que se alzaban a su izquierda y después hacia la vasta llanura que se extendía hasta el horizonte, del otro lado. A Dalroy le gustaban los vastos panoramas del mundo y se sentía feliz cuando se veía lejos de las estrecheces de las ciudades donde le parecía carecer de aire para respirar.

Habían llegado al pie de una cuesta ascend ente y menguaron el paso de sus cabalgaduras para no acercarse demasiado al vehículo que avanzaba a tumbos delante de ellos, tirado por tres yuntas de briosos caballitos.

¿Por qué estaban en el Canadá aquellos tres compañeros? Era Tommy realmente quien tenía la culpa de que así fuera.

Tomahawk, — pues como se recordará este era su nombre indio, — había manifestado con frecuencia deseos de ir a pasar una temporada a la tierra de sus padres, al Gran Oeste del Norte del Canadá. Había sido su insistencia lo que había hecho que Kildare, Dalroy y Murphy se les ocurriera la idea de comprar un "ranch" o establecimiento ganadero. Se habían puesto en comunicación con un corredor de tierras y al cabo de poco tiempo adquirieron, en el Noroeste del Canadá, al pie de las imponentes montañas rocosas, un ranch no muy extenso. pero de excelente tierra.

Y se encontraban en camino; iban a tomar posesión del terreno adquirido por intermedio del corredor.

Se encontraban a muchas millas del Fuerte Geoffrey el punto más cercano a que llegagaba la línea férrea. Llevaban tres días cabalgando en compañía del Pony Express y aún les faltaban dos días para llegar. El ranch "Los Tres", como lo habían denominado, se encontraba en el mismo corazón de la zona salvaje del Canadá.

No contemplaban su nueva aventura como un negocio que pudiera producirles utilidad. Tenían dinero de sobra. Era la ida que allí podía hacerse lo que les atraía. La libertad de aquellas regiones casi inexploradas; las misteriosas selvas y los torrentosos ríos; las gargantas donde merodeaban lobos y osos; la tierra de la naturaleza salvaje y de los hombres salvajes. Allí había pieles rojas no sometidos aún; había oro, aun no encontrado; había imponentes montañas, cuyas cumbres parecían llegar hasta las estrellas.

Kildare cabalgaba silbando bajo el estribillo de una canción cuando, por fin, llegaron a lo alto de la larga cuesta.

Comenzaron a descender por el otro lado. El viejo vehículo saltaba ruidosamente por el pedregoso camino que pasaba por una estrecha garganta ondulando como una víbora, ascendiendo luego de nuevo, por un precipicio de pared vertical y de una profundidad de trescientos pies, por el fondo del cual corría, entre grandes peñascos, un espumoso torrente. Del lado izquierdo se alzaba, también vertical, la pared de piedra de la montaña.

Fué Tomahawk quien, de improviso lanzó un breve grito de alarma.

El joven piel roja miraba hacia la cumbre de la altura de la izquierda. Señaló pronta y nerviosamente con una mano.

—¡Miren! ¡Allá arriba! ¡Hombres rojos!

Kildare, Dalroy y el irlandés miraron en seguida hacia el sitio que indicaba Tommy.

Destacándose sobre la claridad del cielo veíase a un hombre que se arrastraba cautelosamente por entre las anfractuosidades de las rocas. Después se vió a otro más. Pudieron ver que el segundo tenía el adorno de plumas de colores distintivo de los jefes. El otro indio era un "bravo" o guerrero, pues no tenía más que una sola pluma en su peinado.

—Nos están atisbando, compañeros, — dijo Murphy.

—¡Muy bien! — gruñó Dalroy. — Un grupo de pieles rojos. Pintoresco pero nada más. En estos tiempos los pieles rojas no molestan. No pasa ahora lo que pasaba en los viejos tiempos cuando los pieles rojas andaban siempre en busca de cabelleras de blancos.

Pero un momento después, estas palabras de Delroy fueron desmentidas por los hechos.

La lejana figura del que vestía las guías indicadores de que era jefe, se irguió. Tenía en sus manos un largo arco de guerra. Kildare lanzó un rápido grito al ver que el indio había colocado una flecha en su arco y se disponía a arrojarla.

—¡Dios mío! ¡Cuidado!

A pesar de la distancia oyeron el ruido de la cuerda del arco al soltarla después de haberla estirado con hercúlea fuerza el jefe piel roja.

Una flecha descendió, cruzando el aire con exactísima puntería. Se clavó, hundiéndose un pie, en el cuello de uno de los caballos de la primera yunta del tiro de la diligencia. El caballo saltó, alzando las patas traseras y cayó luego lateralmente, muerto. Dominados por el pánico los demás caballos emprendieron loca carrera.

Horrorizados, los cuatro jinetes vieron que los caballos de la derecha se salían de la orilla del camino.

Murphy lanzó un ahogado grito y se tapó los ojos con la mano.

Los caballos cayeron por el borde del camino hacia las profundidades del abismo chillando de terror. Kildare, Dalroy y Tomahawk vieron que el conductor saltaba de su asiento y que uno de los tramperos también salía del vehículo. En seguida rodó la diligencia, inclinada hacia la derecha, al fondo del abismo arrastrada fuera del camino por los caballos que caían. Dió algunas vueltas en el aire y fué a quedar enteramente destrozada en medio del torrente, trescientos pies más abajo.

Un agudo grito llegó desde lo profundo. Uno de los pasajeros no había procedido con suficiente rapidez y no había logrado salvarse. Aquel grito de dolor, de angustia, de desesperación, estrujó el corazón de los camaradas, helándose al mismo tiempo la sangre en las venas.

Oyóse inmediatamente después del grito un ruido muy fuerte. Después reinó el silencio... Un silencio aplastante y terrible..

En la altura de la izquierda, destacándose sobre el cielo, la delgada silueta del piel roja seguía inmóvil con el arco de guerra, — cuya cuerda vibraba todavía, — en la mano. Aquella figura tenía un aspecto diabólicamente maligno; era realmente satánica.

Kildare descolgó el rifle que llevaba colgado de un hombro, apuntó e hizo fuego con mano segura.

VIBORA AMARILLA

Kildare era famoso por su excelente puntería.

Pero en aquella ocasión la bala de su rifle no dió en el blanco. Instintivamente, al parecer, el piel roja desapareció de la altura en el mismo instante en que Kildare oprimía el disparador de su arma. La bala zumbó en el aire al pasar por encima del cerro.

—¡Atención! — gritó Murphy.

Una segunda flecha había surcado el aire procedente de las rocas desiguales de la cumbre del cerro de la izquierda del camino. Pasó a una pulgada de la mejilla de Dalroy y se hundió entre un grupo de arbustos de junto al camino.

El fiero pequeño militar ya tenía el rifle en sus manos. La penetrante mirada de sus ojos graves escudriñaba la cumbre del cerro con salvaje determinación. Si un piel roja llegaba a apuntar de nuevo a Dalroy podía contarse como muerto.

Pero el piel roja en cuestión estaba bien escondido a juzgar por lo que podía verse. Toda señal de los atacantes había desaparecido con la misma rapidez con que se había presentado.

—¡Rayos y centellas! — gruñó Dalroy furibundo, apeándose de un salto. — ¡Voy a subir tras ellos!

Llevó a su caballo rápidamente a un sitio junto a las rocas de la izquierda donde quedaba resguardado. Murphy y Tommy le siguieron apresuradamente.

Kildare habíase acercado al borde del precipicio a pesar del peligro a que se exponía, inclinábase hacia afuera, mirando hacia abajo.

Se estremeció al ver cómo había quedado destruída la diligencia. Los seis ponies, entre las rocas, estaban casi enteramente ocultos por las espumosas aguas del torrente.

—No puede haber esperanza de que alguno esté vivo, — murmuró Kildare.

Se retiró del borde del abismo nervioso e impresionado. Kildare había visto la muerte de cerca muchas veces y en distintas partes del mundo, pero nada le había horrorizado tanto como le horrorizó en aquel momento la muerte del infeliz trampero que había caído al torrente junto con el vehículo. A su rapidez se unía lo horrendo de muerte tan cruel.

Fué hacia donde estaban los otros a los que se habían dirigido los dos canadienses; el conductor que parecía tener músculos de alambre de acero y el barbudo trampero que iba como pasajero de la destruída diligencia.

Cuando estuvieron al abrigo de las rocas que los ponían fuera del alcance de quienes estuvieran en lo alto del cerro, el trampero tomó a Kildare de un brazo. El pobre hombre estaba muy pálido; la expresión de su rostro era trágica.

—¡Era el viejo Bill Parson el que cayó al abismo! Esos infames rojos tendrán que pagar lo que han hecho. Voy a matar al que arrojó la flecha que lo mató... Al hombre que mató a Bill Parson... ¡Pobre mi viejo Bill! — exclamó.

Tenía en sus manos un rifle de caño largo al que dió rápidas y nerviosas palmadas.

—Necesito ir en busca de ese asesino para matarlo como se mata a un coyote, — dijo con voz ronca y entrecortada por la emoción y brillándole sus penetrantes ojos de cazador debajo de su típico gorro de piel.

El pequeño y curtido conductor gruñó, furioso.

—¡Cobarde! ¡Zorrino! — dijo en voz baja, con reconcentrada furia. Y siguió repitiendo: — ¡Zorrino! ¡Zorrino!

—¡Vengan! — gritó Kildare que saltó por encima de las primeras piedras y avanzó por entre las peñas y el pasto alto y abundante

Tommy estaba a su lado. El joven piel roja se acercaba a Kildare siempre que podía. Adoraba el suelo que Kildare pisaba. Tras ellos fué el barbudo trampero y Dalroy. Murphy y el pequeño conductor, con sendos ri-

fies, subían ya, uno junto al otro por un sitio más a la derecha. Fueron ellos los que primero llegaron a la cima del cerro porque hallaron una hendija que les proporcionó camino más corto.

Olvidando toda precaución, Murphy subió a lo más alto y miró en redor.

Pero si esperaba verse frente a algún enjambre de pieles rojas sufrió una decepción. Allí no había un solo indio.

—¡Diablos! ¡Se han ido! — exclamó con enojo.

Llegaron los otros a su lado. Constituían un grupo pequeño pero de gente decidida a todo. Se quedaron mirando en redor procurando ver algo, pero sin verlo.

Desde donde estaban distinguían toda la extensión de la meseta que constituía la parte alta del cerro y parte de la ladera del otro lado. Un denso grupo de pinos gigantescos se alzaba frente a ellos. Por aquel bosque podían haberse escabullido los pieles rojas.

El caso resultaba enigmático. Si los pieles rojas los habían atacado tan decididamente, sabiendo de cuántos se componía el grupo a que atacaba, ¿por qué se habían retirado tan apresuradamente después?

De repente acudió a la mente de Kildare la explicación de aquello.

—Me parece que su propósito era despacharnos a todos nosotros y después apoderarse de lo que conducía la diligencia, — dijo. — Pero después de caer el coche al precipicio y de perder lo que ambicionaban, resolvieron retirarse evitando un combate del cual no podían sacar provecho alguno.

—¡Eso mismo! — exclamó Dalroy furibundo. — ¡Pero si se imaginan que van a quedar así las cosas, están muy equivocados, pero muy equivocados! ¡Vamos a seguirlos!

Se dirigió hacia los árboles y los demás le siguieron. No había caminado mucho cuando se paró y lanzó un agudo grito.

Estaba mirando hacia abajo por el borde de una profunda grieta abierta en la piedra de la montaña. Un instante después desapareció.

—¿Qué diablos le pasa al mayor? — murmuró Murphy.

Cuando llegó al borde de la meseta lo comprendió:

En las peñas de más abajo es[illegible] tendido un hombre que gemía; era un indio semidesnudo con un par de pintadas plumas en su cabeza de enaceitado cabello negro. Se retorcía como si sufriera muy agudos dolores. Los blancos se dieron cuenta al instante de que aquel rojo estaba gravemente herido.

Era, sin duda, uno de los de la banda que había estado en la cumbre del cerro. Al re-

tirarse hacia el bosque había resbalado y caído en aquella grieta y sus amigos lo habían dejado abandonado.

Dalroy se inclinaba hacia él y el piel roja parecía dirigirle la palabra. Pero Dalroy miró angustiado hacia arriba.

—¡No le entiendo ni una sola palabra de lo que dice! — gritó.

Una ágil figura humana descendió rápida-

mente nacia ellos. Era el joven Tommy.

—Habla el lenguaje de los indios ojibwas. — dijo el joven piel roja. — Yo le hablaré y trataré de entenderle.

—Trata de averiguar quién disparó la primera flecha, — gruñó Dalroy.

Tomahawk se inclinó hacia el gemebundo salvaje. Los ojos del caído se habían puesto

labios del moribundo piel roja. Después, de improviso, se echó hacia atrás, riendo de modo horrible y luego se quedó inmóvi. Tommy se levantó.

—¡Ha lanzado la risotada de la muerte! — dijo solemnemente.

—Pero... ¿te ha dicho algo? — preguntó Dalroy.

La diligencia se salió del camino y cayó al fondo del abismo

vidriosos. Dalroy se había dado cuenta ya de que aquel hombre se moría.

Pero se irguió cuando oyó hablar a Tomahawk Chico y brilló en sus ojos un destello de terror. Gritó algo en su gutural lenguaje y Tommy pareció entenderle.

Un torrente de raras palabras brotó de los

El joven piel roja inclinó la cabeza afirmativamente.

—Ha dicho que su nombre era Víbora Amarilla, de la tribu de los ojibwas. Sabía que tenía que ir a los campos de las felices cacerías. Pero antes de irse quiso decirme el nombre que nosotros queríamos conocer:

el nombre del guerrero rojo que disparó la flecha.

—¿Qué nombre es? — preguntó el conductor, que había subido también a la cumbre del cerro, con grandísimo interés.

—¡Corazón de Lobo, el gran jefe, el que odia a todos los hombres de piel blanca!

—¡Pues le daremos sobrado motivo para que nos odie! — gritó el pequeño y nervioso conductor de la diligencia.

—Pero ¿por qué razón te ha dicho Víbora Amarilla ese nombre? — preguntó Dalroy.

—¿Porque Corazón de Lobo y sus compañeros dejaron abandonado a Víbora Amarilla después de ver que se había caído, que sentía grandes dolores, que no podía moverse y que los espíritus se reunían en redor de él! Por eso, porque lo abandonaron, Víbora Amarilla me dijo que esperaba que ustedes persiguieran a Corazón de Lobo por las montañas y por las praderas hasta que lo alcanzaran y lo mataran.

Dalroy cerró los puños y los blandió furibundo y enérgico.

—¡Puede morir tranquilo Víbora Amarilla! — exclamó, mirando hacia el ya cadáver miembro de la tribu de los ojibwas. — ¡El tenebroso crimen de hoy será castigado! ¡Será vengado! Seguiremos las huellas de Corazón de Lobo... ¡Vaya si las seguiremos! ¡Se lo prometo de corazón, Víbora Amarilla!

El joven Tommy se inclinó y recogió el largo arco de guerra del piel roja muerto. Lo palpó con satisfacción Después tomó el carcaj con las flechas.

—Tal vez Corazón de Lobo muera atravesado por una de las flechas del traicionero Víbora Amarilla, — dijo sonriendo con amarga ironía.

Dejaron al muerto, tal como estaba, en la hendija de piedra y volvieron a encontrarse todos reunidos en la meseta de la cima del cerro. Dalroy explicó a los que aun no lo sabían, lo que Víbora Amarilla había dicho.

Kildare inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—¡Sigamos la huella de Corazón de Lobo! — dijo. — Este amigo, que se llama Rubery, ha inspeccionado las inmediaciones y ha encontrado el comienzo, de las huellas. Dice que se trata de un grupo de seis o siete hombres.

Rubery, el barbudo trampero, llamó a los demás de su grupo.

—¡Por aquí! — dijo aun dolorido y triste. Tenían sus ojos una expresión implacable como la del destino. — Aquí está la huella que ha de llevarnos hasta donde está el hombre que mató al pobre viejo Bill Parson.

Kildare, Dalroy y Murphy, por más que miraban no veían allí huella de clase alguna. Pero Tomahawk podía seguir con igual facilidad que Rubery la huella de los pasos de los hombres rojos. Una ramita rota de un lado, una planta aplastada por otro... Señales así eran las que permitían que aquellos dos seres, nacidos y criados en el bosque, pudieran seguir el rastro de aquellos a quienes perseguían.

Los caballos fueron llevados a sitio conveniente dando un rodeo y precediéndolos, los vengadores de Bill Parson se internaron en el bosque de pinos y de cipreses siguiendo el rastro de Corazón de Lobo, su matador.

EL CAMPAMENTO DS LOS OJIBWAS

Había anochecido ya, pero la pálida luz de la luna se filtraba por entre el ramaje de los esparcidos árboles, transformando la selva en un misterioso espectáculo de negro y plata. Durante todo el día habían seguido el rastro y Rubery acababa de anunciar que estaba muy cerca de su destino.

—¿Cómo lo sabe usted — le preguntó Kildare, intrigado y en voz muy baja, pues no convenía correr el riesgo de que los oyeran.

—¡Bah! ¡Es lo más fácil del mundo! — respondió el trampero también en voz baja. — Las huellas son ahora muy recientes, ¿no lo ve? Tenemos que avanzar con sumo cuidado, ¿sabe usted? Hay que mirar por dónde se anda. Ahora tendremos que dejar escondidos los caballos.

Como no quiso ninguno de ellos quedarse de guardia junto a los caballos y era necesario que se quedara uno, decidieron sacar suertes y le tocó esa misión a Sark, el pequeño, tostado y nervioso conductor de la diligencia. Le dejaron con los caballos en un pequeño claro del bosque, y siguieron cautelosa y silenciosamente por entre los árboles.

Al cabo de un rato, Rubery se paró.

—Oigan, — susurró. — Ya estamos muy cerca de los indios, en este momento.

—Esperen aquí; yo iré en descubierta, — dijo Tommy, el joven piel roja, suavemente.

Rubery se acarició, pensativo y señudo, su poblaba barba.

—Tal vez eso sea mejor. — opinó. — Vaya a enterarse y vuelva a decirnos qué hacen. Supongo que trataremos de sorprender a esos indios.

Sonriendo, Tomahawk deslizó por la sombra del bosque y desapareció entre los arboles. Kildare, Dalrey y Murphy así como el trampero se sentaron sobre la alta y mullida hierba, en medio de la oscuridad, a esperar su regreso.

Como una sombra se deslizó el pequeño piel roja por entre el bosque. No hacía ni el menor ruido. No crujía ni una sola ramita a su paso. Hijo de la selva, sabía cómo andar por ella de acuerdo con las viejas tradiciones indias. Un fantasma no hubiera hecho menos ruido que el que hacían a su paso los mocasines ribeteados de rojo de Tomahawk Chico.

La luz de la luna, que se filtraba por entre las ramas de los árboles, le permitía ver el rostro de los pieles rojas. Aun el mismo Rubery, a pesar de que era un excelente rastreador, no hubiera podido seguir aquella pista en aquellas condiciones; y sin embar-

go, Tommy la seguía sin vacilar un solo momento.

De repente Tomahawk se paró en seco, como si se hubiera transformado en piedra.

Sus negros ojos miraban hacia adelante. Una débil luz había parpadeado en la oscuridad frente a él. Desapareció en seguida pero Tomahawk Chico comprendió que procedía de una hoguera que ardía entre los árboles. Se trataba, sin duda, del fuego del campamento de aquellos tras los cuales andaban: Corazón de Lobo y sus secuaces.

Tommy siguió avanzando

Al cabo de un rato oyó el crujir de los maderos y vió brillar las llamas entre los amontonados troncos de un gigantesco fuego.

Se comprendía con toda claridad que Corazón de Lobo ni sospechaba que le habían seguido.

Un momento después Tomahawk Chico estaba tendido cuan largo era debaja de un grupo de arbustos mirando por entre el ramaje hacia un claro del bosque, donde siete hombres estaban sentados en torno de un crujiente fuego.

El resplandor de las llamas iluminaba el rostro oscuro de los indios, brillaba en sus relucientes hombros y semidesnudos cuerpos. Eran todos ellos unos soberbios ejemplares, físicamente considerados. Pero el más hermoso de todos era el jefe: alto, musculoso, imponente, con su gran adorno de plumas de colores en la cabeza: estaba sentado del lado más alejado del fuego.

El rostro de Corazón de Lobo era enérgico y cruel, de gran nariz aguileña y ojos chispeantes. La expresión de su rostro era orgullosa y arrogante. Era uno de los últimos jefes pieles rojas que desafiaban el poderío de los blancos; era, indudablemente, un hombre de tremenda voluntad y de férreo carácter.

Pero su rostro era satánico y feroz y a Tomahawk Chico le brillaron los ojos cuando lo miró.

Aquel era, entonces, el hombre culpable de la tragedia del camino del precipicio. ¡Aquel era el enemigo a quien los hombres blancos a quienes Tomahawk tanto quería y de los cuales era fiel compañero, habían perseguido! Aquel hombre era enemigo de Kildare, a quien Tomahawk Chico adoraba, y por lo tanto era también enemigo de Tomahawk Chico.

Al joven piel roja le cosquillearon los dedos con que sostenía el largo arco de guerra que había sido de Víbora Amarilla, el guerrero de la tribu de los ojibwas.

Sabía lo que de él se esperaba. Le habían dicho que avanzara a investigar y regresara con las información que pudiera obtener respecto a los indios. Pero la tentación que experimentaba de Lobo era demasiado intensa para que pudieran resistirla sus naturales instintos.

Sin hacer casi ruido, Tomahawk Chico se puso de pie. Tomó una flecha del carcaj que colgaba de su cinto y la puso en la cuerda del largo arco. Poniendo en ello todas sus fuerzas, tiró de la cuerda, apuntando con la flecha al corazón del jefe.

Pero antes de que pudiera disparar la flecha, una sombra surgió de entre la maleza, se oyó una irónica risotada y un brazo poderoso tomó al joven piel roja por la cintura, empujándole lateralmente. La flecha fué a dar, inofensivamente, en el ramaje de los árboles, y un momento después Tomahawk Chico estaba tendido boca arriba en el suelo. Un indio delgado y fuerte le tenía sujeto, empujándolo contra el suelo.

¡El rastreador había sido rastreado!

Al momento comprendió Tomahawk Chico que no se había acercado al claro donde estaba el campamento de Corazón de Lobo sin que lo vieran. Uno de los secuaces del jefe estaba recorriendo el bosque, tal vez en busca de ramas caídas para combustible. Había visto a un hombre que se deslizaba sin ruido y le había seguido, a tiempo para salvar de la muerte a su jefe.

El captor del muchacho lanzó una horrible carcajada sarcástica.

—¡Quieto! — ordenó, expresándose en el lenguaje de los ojibwas. — ¡Quieto, zorro maldito!

Y la punta de su cuchillo de monte pinchó el cuello de Tomahawk Chico.

Con la rapidez del relámpago avanzó la mano del joven piel roja, separando a un lado el cuchillo. Con la otra mano sacó el hacha que pendía del cinto del guerrero ojibwa. El asaltante intentó evitarlo, pero el muchacho procedió con más rapidez que él. Un instante después la hoja del hacha habíase hundido profundamente en el entrecejo del indio ojibwa cuyos brazos, perdidas las fuerzas, soltaron al joven.

Cayó hacia un lado sin hacer ruido alguno y Tommy se puso de pie lanzando un alarido de triunfo. Pero los que estaban antes en torno del fuego, se habían levantado y corrían hacia él por entre los matorrales.

El joven piel roja tomó el arco de guerra y cuando tan terrible arma lanzó su flecha, se oyó un horrendo grito de dolor lanzado por uno de los ojibwas. El hombre herido saltó a más de una yarda de altura y después golpeó contra el suelo, de bruces, saliéndole la punta de la flecha, que le había atravesado el pecho, por mitad de la espalda.

En seguida se volvió Tommy para huir a todo correr.

La potente voz de Corazón de Lobo, el corpulento jefe, resonó entonces.

—¡Tras él, mujeres cobardes! ¡Inútiles chacales! — les gritó en su idioma. Estaba enteramente furioso y sus palabras fueron acicates para sus hombres.

Tomahawk Chico era rápido como un gamo y como lograra meterse en la selva podría escurrirse y burlarlos sin dificultad. Pero mientras podían verle por entre los árboles se oyó un zumbido y una flecha cruzó el aire en su dirección.

Tommy oyó el ruido de la cuerda y se echó

a un lado. La flecha le paso por encima de la cabeza. Pero al salvarse de aquella flecha el muchacho tropezó. Cayó cuan largo era y dió con la cabeza contra un tronco.

Le pareció que brillaban frente a él miles de estrellas. ¡Después lo vió todo negro!

LA PELEA CON LOS ROJOS

Nervioso e inquieto, murmuró de repente el capitán Kildare:

—Me parece que Tommy tarda demasiado.

En el bosque reinaba la más completa calma. A lo lejos aullaban unos lobos, pero, por lo demás se hubiera creído que todo estaba dormido, hasta que la voz de Kildare rasgó el silencio reinante.

—¡Es verdad! — asintió el trampero, que era hombre poco locuaz.

—Yo creo que no estaría del todo mal que fuéramos a ver si le ha sucedido algo. — opinó Murphy. — ¿Qué me dicen a ese respecto, señores?

—La verdad, — dijo Dalroy, — es que el muchacho lleva ya demasiado tiempo lejos de nosotros y eso no me gusta nada.

Los dos pensaban exactamente lo mismo que Kildare. Rubery, el trampero, inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Su rostro curtido y arrugado no lo expresaba, pero se sentía sumamente preocupado.

El joven Tommy debía haberse encontrado de regreso hace largo rato.

Guiados por el trampero, los cuatro se pusieron en marcha, siguiendo el rastro del joven piel roja.

Uno tras otro avanzaron silenciosamente. Rubery llevaba el rifle en la mano. Kildare, detrás de él empuñando una pistola automática. Dalroy y Murphy llevaban sus rifles cargados al hombro. Avanzaron y avanzaron en medio de la sombra como una extraña procesión pero transcurrieron minutos y más minutos sin que vieran señal alguna del jovencito piel roja.

La ansiedad de Kildare se acrecentaba por momentos. Sentía que la tardanza del Tomahawk Chico no podía anunciar nada que fuera bueno.

De improviso se paró el viejo trampero e hizo, con la mano, una indicación de advertencia. Los otros tres se detuvieron mirando hacia adelante a través de la oscuridad tachonada de puntos de luz de luna, que se entendía frente a ellos.

—¡Atención! — dijo Rubery en voz baja.

Todos oyeron un ruido que aumentaba y disminuía y se asemejaba al aullar de un grupo de lobos. Pero Rubery sabía perfectamente de qué se trataba y cerró la boca con fuerza, haciendo sonar los dientes.

—¡Es el alarido de guerra de los ojibwas — dijo en voz baja. — ¡Están decididos a pelear! ¡Cuidado con ellos cuando gritan como demonios! Algo sucede sin duda y temo que al joven amigo de ustedes le haya sucedido algo. Si le han capturado...

Calló. En vano hubiera buscado palabras con que expresar el terror que le inspiraba la posible situación del joven indio.

—¡Adelante! — gritó Kildare, pasados unos segundos de enojosa perplejidad. — ¡Puede ser que aun haya tiempo para salvar a ese joven.

Y avanzaron de nuevo.

El alarido de guerra de los indios ojibwas se oyó cada vez más fuerte. Era sobrenatural, desafinado, escalofriante. Parecía un canto de verdaderos dementes, como lo había dicho el viejo trampero. De pronto vió Kildare un punto de luz que se agitaba frente ellos en la misma forma en que lo había visto Tomahawk Chico poco tiempo antes. Dijo algunas palabras al oído de Rubery, que inclinó afirmativamente la cabeza.

—Sí — dijo el trampero. — Ya lo he visto. Estamos cerca. ¿Oye sus alaridos?

No detuvo su paso. Se apresuraron cuanto pudieron hacerlo sin traicionar su presencia haciendo ruido. El resplandor del fuego veíase cada vez con mayor claridad por entre los árboles. No tardaron en ver cómo se alzaban las llamas al cielo. De vez en cuando la luz del fuego se interrumpía como si se interpusiera una persona entre ellos y la hoguera.

Se acercaron más y más hasta que los tres camaradas y el viejo trampero estuvieron detrás de los árboles que rodeaban el claro, mirando hacia el campamento de los ojibwas.

Entonces se presentó ante sus ojos una escena verdaderamente terrible.

Dos pieles rojas muertos estaban tendidos a un lado del claro. Uno de ellos tenía todavía clavado en mitad de la frente un tomahawk o hacha pequeña, de combate. El otro, tendido boca abajo, estaba atravesado por una flecha que le había entrado por el pecho y le salía por la espalda. En mitad del claro danzaban seis amarillas figuras y daban vueltas y más vueltas en torno de la hoguera agitando sus arcos de guerra y sus rifles, cuchillos y tomahawks, cuyas hojas brillaban el resplandor de la enorme hoguera.

Cerca del fuego habían preparado una alta pila de leña en torno de un alto poste rústico enclavado en tierra. A este poste estaba atado con varias sogas de fibra retorcidas, Tomahawk Chico.

Su rostro expresaba la más completa serenidad. Miraba impávido a los seis danzantes ojibwas que ejecutaban frente a él la danza de la guerra y de la victoria.

Tommy tenía la camisa hecha girones, así que podía verse, a la luz del fuego, la hermosa y recia musculatura del atlético muchacho indio. La leña amontonada en redor de él le llegaba hasta la cintura. Cuando los ojibwas la encendieran llamearían inmediatamente. Pero antes, los ojibwas estaban torturando a su víctima prolongando lo más posible el momento de su horrible muerto.

De mayor estatura que los demás, Corazón de Lobo sobresalía distinguiéndose de los otros cinco que danzaban en redor del poste.

(Continuará)

El Mendigo del Bosque Negro

Por JACQUES SAINT PRIEST

(Continuación)

SIN vacilar, Roberto atravesó el corredor y levantando el cortinado entró al salón redondo que ya conocía.

Wyoming, más tranquilo se había acostado sobre un diván al lado del cadáver de Bhageera.

No oyó entrar a Roberto.

—¡Señor de Gourcey! — llamó Roberto colocándose en medio del salón.

El interpelado se volvió lentamente como si fuera objeto de una alucinación.

—Ayer he venido en busca de Jean Martinier — prosiguió el mendigo. — Hoy vengo a reclamarle a Irene Valmont.

Al oír ese nombre, Wyoming como sacudido por una descarga eléctrica se puso de pie.

—¡Tú! ¡tu otra vez! — gritó. — ¿Cómo has entrado aquí?... ¿Me dejarás tranquilo al fin?... ¿Es que me mezclo yo en tus asuntos? Además ¿por qué me das ese nombre que no es el mío?

—¿Que no es el tuyo? — replicó Roberto. — Eres tú quien me lo reveló.

—¿Yo?

—Sí... tú... la primera vez que vine aquí... cuando tu me sorprendiste detrás de tu auto. ¡Recuérdalo!... Tú quisiste saber a qué había venido... Tus ojos de brasa se clavaron en los míos, para dominarme... para leer mi pensamiento... Y soy yo, Roberto, que fuí más fuerte que tú y que te hice decir, a pesar tuyo ese maldito nombre de de Gourcey.

Quise vencerte en tu propia casa... por tus propias armas... No fué fácil... Pero con voluntad... con voluntad tenaz de llegar a dominar el espíritu de un hombre como tú!

—¡Canalla! — balbuceó el anciano. — ¿Quién eres tú para tener más poder que Wyoming el fakir?...

—Me llamo: la Justicia! — contestó Roberto.

Wyoming retrocedió y se apoyó contra la pared.

—¡Pero eso no es lo más importante! — prosiguió el mendigo. — Cada cosa a su tiempo... ¿Dónde está la hija de Irene Valmont? ¿Quién es? Tú lo sabes. Quiero que me lo digas. ¡Quiero! Luego después de decirme donde está la hija, me devolverás la madre!...

—¡Jamás! — dijo el viejo profesor sacudiendo la cabeza.

Roberto se avalanzó hacia él, lo tomó de las muñecas y clavó en la suya su mirada clara.

Wyoming luchaba con todas sus fuerzas. Trataba de defenderse, lleno de rabia. Pero, la mirada de Roberto era una daga que le llegaba hasta el alma.

—¿Quién es la hija de Irene Valmont? — repitió Roberto. — Basta de vacilación. Yo quiero... ¡Habla!

Wyoming vacilaba bajo la mirada de fuego de su adversario. Pero, con un último esguerzo de su voluntad consiguió dominarse y balbuceó temblando de cólera:

—¡Jamás lo sabrás!

—¡Ah!

Ese grito fué de Roberto que acababa de soltar al opiómano. Wyoming agachándose bruscamente acababa de morderle la mano hasta hacerle sangre.

El dolor fué tan intenso que el mendigo cerró los ojos y tuvo que apoyarse contra una mesa para no caer.

Cuando recobró conciencia, estaba solo en el salón frente a la pantera muerta.

Wyoming había desaparecido.

"¿Dónde estará?" — pensó.

De pronto, una idea terrible atravesó su espíritu.

—¡Le va a hacer daño a Irene! — exclamó.

Salió precipitadamente y vió que el vestíbulo estaba vacío.

—¡Vengan! — gritó. — ¡Jean! ¡Rao!...

Una risa que nada tenía de humano contestó a su llamado, desde el piso superior.

—¡Es él! — gimió Roberto. — ¡Sube a su cuarto... La va a matar!...

Jean y Rao habían acudido.

—¡Síganme! — les dijo subiendo la escalera.

Pero, en el momento que ponían el pie en el primer escalón retrocedieron espantados; una llama inmensa acababa d brillar a lo largo de la espesa alfombra, al mismo tiempo que una voz horrible clamaba desde arriba:

—¡Ah! ¡El fuego! ¡Como antes!... ¡Más nafta todavía!

—¿Dónde está Irene? — dijo Roberto.

—En el cuarto de Jean, por temor al amo, yo la encerré con llave — contestó Rao.

—Está perdida — dijo Jean.

—¡Aun no! — gritó el mendigo. — ¡Vamos! ¡Valor! ¡Hay que subir!

Y los tres hombres, desafiando el incendio se lanzaron por la escalera ardiente.

En el corredor del primer piso, Wyoming gesticulaba, con una lata de nafta en la mano. Cuando vió subir a los tres hombres, les lanzó la lata y sacó un puñal de su cintura que se puso a agitar lanzando gritos.

—Rao, ocúpate de Irene — ordenó Roberto — Jean y yo nos encargaremos del loco?

Más ágil que los otros, Jean Martinier había llegado el primero arriba.

La rabia de Wyoming aumento más aun al verlo.

—¡Tú! ¡Tú aquí!... — dijo — ¡Cobardes!... ¡Son todos unos bandidos!...

—¡Tenemos que arreglar una cuenta entre los dos! — exclamó el joven precipitándose a pesar del peligro.

Con gesto rápido, Wyoming que había dado dos pasos hacia atrás se abalanzó hacia su adversario con el puñal en la mano, al mismo tiempo Jean hizo un gesto para tomar el revólver.

Pero, en el momento en que el brazo del viejo iba a caer, Roberto se había abalanzado entre los dos adversarios.

El puñal se hundió en su hombro.

Se desplomó como una masa.

—¡Socorro! — gritó Jean.

Wyoming, inclinado sobre su víctima la miraba con ojos de loco, riendo.

Jean Martinier repuesto de su sorpresa, saltó sobre el profesor le torció la muñeca para hacerle caer el arma, que cayó a la escalera.

Pero Wyoming se soltó rápidamente, se llevó la mano a los labios y mordió el anillo que adornaba su dedo.

Su boca se torció en un último espasmo, sus brazos cayeron inertes a lo largo del cuerpo, y cayó como una masa.

Durante ese tiempo, las llamas habían devorado la alfombra de la escalera, pero se había extinguido sobre los escalones de mármol.

Irene y Rao sosteniéndose uno a otro, desfallecientes, bajaban y se detuvieron ante los dos hombres.

—¿Qué pasó? — preguntó Irene temblando.

—Wyoming acaba de envenenarse — contestó el joven, lívido. — En cuanto a Roberto, recibió una puñalada de ese loco. ¡Rápido Rao! ayúdame a llevarlo a una cama... Era a mí, a quien quería herir... Antes de que pudiera defenderme, me sentí echado hacia un lado y fué Roberto, quien interponiéndose entre Wyoming y yo, recibió la herida en mi lugar.

—Hay que examinarlo en seguida — aconsejó Irene — hay que curarlo. Llévenlo a mi cuarto.

Jean y Rao levantaron con precaución el cuerpo inanimado del mendigo y lo llevaron al lecho de la señora Valmont.

—Haz tu papel de enfermera — dijo Rao a Irene. — Yo, voy a preparar unas plantas aromáticas de mi país que colocaremos sobre la herida. Si la punta del puñal no alcanzó algún órgano esencial, garantizo la curación de este hombre.

—¡Anda! — le dijo Irene.

Mientras el hindú iba a confeccionar su remedio Jean Martinier y la señora Valmont cortaron las ropas de Roberto y lavaron la herida.

De pronto, Irene, se levantó pálida como una muerta y un sollozo salió de sus labios.

—¿Que le ocurre, señora? — interrogó el joven. — ¿Sufre usted?

—No — contestó Irene. — Es la emoción...

Pero, su corazón de madre acababa de desgarrarse atrozmente.

"Wyoming mantuvo su promesa — pensó. — ¡Ha muerto y se llevó el secreto a la tumba! ¡Estoy condenada a no conocer jamás a mi hija!"

Roberto estaba aún inanimado. Una palidez cadavérica cubría su rostro que rodeaba una barba hirsuta.

—¿No está muerto, verdad? — preguntó Irene.

—No — contestó Jean. — Su corazón late.

Rao entró en el cuarto trayendo el remedio que acababa de preparar. Ayudado de Jean y de la señora Valmont, lo aplicó con precaución sobre la herida y lo mantuvo con una venda.

—¡Ahora hay que esperar! — dijo.

—No se puede dejar a Roberto en esta casa — dijo Irene. — Jean busque un auto.

—Efectivamente — dijo el joven — estaría mejor en el hospital donde tendrá, a pesar de todo, mejores cuidados que los nuestros.

—¿Al hospital? ¡Ni lo piense Jean! — protestó la señora Valmont. — ¡A una clínica! Roberto será atendido en una clínica. Yo me encargo de los gastos. Luego allí, no temeremos ninguna indiscreción.

—¿Por qué — dijo Rao — no utilizan el coche de mi amo?

—¡Que buena idea! — exclamó Irene. — ¡No se me había ocurrido!

—¿Qué haremos del cadáver de Wyoming? — preguntó Jean Martinier. — No se le puede dejar ahí.

—Efectivamente — contestó la señora Valmont. — Llévenlo a su cuarto. De cualquier modo que haya sido durante su vida, debemos rendirle los deberes que deben tenerse a un muerto.

—Es mi opinión — dijo Jean — y en

cuanto llegue a Saint Etienne, avisaré a René de Laisy.

—¿Qué es René de Laisy en relación a Wyoming?

—Es su hijo natural, señora, a quien habían ordenado que se casara con Madette, y que, durante mi desaparición había conseguido hacerse admitir como novio. Más tarde le contaré eso... Por el momento, voy a llevar, ayudado por Rao, al muerto a su cuarto y me ocuparé del auto.

—Yo — dijo Irene. — Lo espero aquí.

Sola a la cabecera de Roberto, la señora Valmont contempló el rostro lívido de éste.

"¡Ah! Si se le pudiera curar! — pensó.— Decir que éste hombre, por simple devoción no vaciló en ofrecer su vida para salvar la de Jean!..."

Luego a pesar suyo, su pensamiento se dirigió hacia Wyoming y el terrible secreto que había llevado con él.

—¡El tenía un hijo! — suspiró — En tanto que yo, ignoraré siempre qué fué de mi pequeña Andrée...

Un débil gemido del herido, arrancó a la señora Valmont de sus sombríos pensamientos.

Se inclinó sobre él, le humedeció la frente con un poco de agua de colonia y vió que los ojos del mendigo se entreabrían.

¿La reconoció?

Sus mejillas se cubrieron de un tinte rosado, su pecho se levantó y su mandíbula temblaba como si quisiera hablar.

—¡No se fatige! — le aconsejó Irene.

Pero comprendió que Roberto le quería decir algo que no podía salir de su garganta contraída.

—¿Quiere decirme algo? — le preguntó en tono maternal.

El mendigo bajó varias veces los párpados para hacerle comprender que sí.

Y sus labios haciendo un esfuerzo lograron articular una palabra, una sola:

—¡Madette!...

Luego como si sus fuerzas se hubieran agotado, cayó en un total anonadamiento.

Irene se irguió:

—¿Madette? — murmuró — ¿Por qué ha pronunciado el nombre de Madette, la joven que ama Jean Martinier?... ¿Madette a quien Gourcey quería dar por esposa a su hijo?

De pronto, se llevó las manos temblorosas al rostro. Un velo acababa de desgarrarse bruscamente en su espíritu.

—¡Si Madette fuera mi hija!... — balbuceó.

Sintió que su corazón latía precipitadamente y lágrimas ardientes humedecieron sus ojos.

La puerta de la pieza se abrió y apareció Jean.

—El auto está abajo — dijo.

Irene lo miró con expresión de felicidad pero el joven se equivocó en su significado.

—Podremos llevar a Roberto — explicó — y conducirlo enseguida a la clínica.

Ya Rao estaba al lado del herido. Jean tomó una manta para envolver al mendigo.

—Jean — balbuceó la señora Valmont. — Madette es...

El joven, absorto en sus funciones de enfermero, no la dejó acabar:

—Madette está en casa de su abuela. Debe estar mortalmente inquieta...

El rostro de Irene se crispó dolorosamente. Esas palabras acababan de destruir la esperanza que había nacido en ella.

—¡Es cierto! — pensó. — Madette tiene a su abuela... ¡no puede ser mi hija!...

Y como una autómata siguió a los dos hombres que llevaban, siempre inanimado al mendigo del Bosque Negro.

Capítulo XXVIII

LA ULTIMA CARTA DE WYOMING

Jean Martinier penetró rápidamente en la clínica donde había sido transportado Roberto, y entró en un corredor claro a lo largo del cual se alineaban puertas, cada una con su número.

Ante la que tenía el Nro. 13 se detuvo y llamó discretamente.

Una enfermera de uniforme blanco le abrió.

—¿Llegó la señora Valmont? — preguntó en voz baja.

—Sí, está hace una hora. Lo espera.

Entró en el cuarto y fué a estrechar la mano de Irene, que trabajaba en un bordado cerca de la ventana.

—¿Cómo está hoy el herido? — preguntó.

Irene se puso de pie y en compañía de Jean se acercó al lecho.

—Juzgue por usted mismo — le dijo. — Roberto es muy razonable. Ya no tiene más fiebre, Pero aun está muy débil. En todo caso, no es muy locuaz. Desde que estoy aquí no ha abierto la boca.

—¡Hola Roberto! ¿Cómo está desde ayer? — le preguntó el joven. ¿Está mejor?

El mendigo del Bosque Negro dijo que sí con la cabeza, luego, después de dirigirle una tierna mirada cerró los ojos como si deseara dormir... o reflexionar.

La señora Valmont atrajo a Jean Martinier junto a la ventana.

—Salvo alguna imprevista complicación— dijo — el médico responde de su curación.

—¡Tanto mejor! — suspiró el novio de Madette.

—¿Y usted? — dijo Irene. — ¿Qué trae de nuevo, fué a Rive-de-Gier, esta mañana?

—De allí vengo — declaró el joven. — Acabo de ver al señor Durand, mi patrón. Tomo mi puesto a partir del lunes que viene.

—¡Oh! ¿Cómo le explicó su ausencia?

—No fué fácil. No quería mentirle. Entonces, le dije simplemente, que había estado esos seis meses en compañía de una joven encantadora y que, la más elemental educación me prohibía decirle más.

La Valmont lanzó un suspiro indulgente.

—¿Y que le contestó?

—¡Oh! ¡Conozco al hombre! Comenzó por parecer muy enojado, pero yo me daba cuenta de que le costaba un gran trabajo reprimir una sonrisa. "¡Ah juventud! ¡Juventud!" — concluyó por decir. — ¡Qué indulgente hay que ser con ella! ¡Felizmente es usted un empleado modelo!... Su ausencia me in-

comodó bastante. "¡En fin!... Al menos terminó ya todo.

—Sí, ya terminó ese asunto. Y para probar que está bien concluído, le anuncio mi matrimonio con la joven que era mi novia antes de... de mi fuga!

"Mi pobre patrón abrió unos ojos como bolas de billar. Levantó los brazos al cielo:

"Que extraña mentalidad tienen las mujeres de hoy! — suspiró. — ¿Su novia lo perdonó? Está bien. No quiero ser más realista que el rey... y a mi vez lo perdono. Pero no vuelva a hacerlo más. Empezará a trabajar el lunes.

¡Ya ve señora como la realidad puede a veces, ser puesta en duda!

—Efectivamente — dijo Irene no pudiendo dejar de reír.

—¿Sabe usted — preguntó Jean — si la señora Gattet y Madette vendrán hoy a la clínica?

—Sí, las espero aquí.

—¡Oh! Si usted fuera amable — y bajó la voz con precaución — iría usted a ver como están las reparaciones que he ordenado... ¿sabe dónde?... ya han empezado. De cualquier modo pase por lo del contratista y dígale que se apresure.

—Voy ahora mismo — dijo el joven tomando su sombrero. — Dígale a Madette que me espere aquí. Volveré a darle la respuesta.

Y, en punta de pies, a fin de no despertar a Roberto que parecía dormir, Jean Martinier salió.

....

Hacía cinco días que Roberto estaba en la clínica.

La herida se cerraba normalmente. Casi no tenía fiebre pero había caído en un completo anonadamiento, casi no hablaba, apenas comía y pasaba la mayor parte del día con los ojos cerrados, como indiferente a lo que ocurría a su alrededor.

Irene Valmont, librada de manera tan trágica de su infame carcelero, se había instalado en un hotel, en Saint Etienne, cerca de aquellos a quienes consideraba sus verdaderos amigos y para distraer su incurable fastidio, aumentado desde que el propietario de la Paroliere había llevado a la tumba su terrible secreto, pasaba las tardes en la clínica, al lado de su protegido.

Cuando Roberto recobró el sentido en manos de los médicos, sus primeras palabras fueron para pedir noticias de su cabra y suplicó que no se la dejara morir de hambre.

Deferente a ese deseo Irene, había acompañado a Jean y a Madette hasta la casa del mendigo.

Fué una verdadera peregrinación la que hicieron los tres a esa casa, donde Madette había pasado horas inolvidables de desesperación y esperanza, en compañía de el enigmático Roberto.

Cuando hubo visitado la destartalada vivienda del pobre hombre y colocado la cabra en pensión en la vecindad, Irene Valmont tuvo una idea encantadora.

Resolvió saber a quien pertenecía la casa fué a ver al propietario y enseguida adquirió la modesta vivienda.

Luego ordenó que todo fuera arreglado y amueblado confortablemente de modo que Roberto, al salir de la clínica tuviera la sorpresa de hallarse en "su casa".

—Es lo menos que puedo hacer por ese excelente hombre — pensó. — Con la pensión que le daré estará al abrigo de la necesidad hasta el fin de sus días.

Desde entonces, sus mañana fueron ocupadas en visitar a los contratistas, los albañiles, los vendedores de muebles.

A mediodía, iba a almorzar con la señora Gattet, donde, desde que había salido de la Paroliere había tomado pensión a fin de hallarse menos sola y donde el señor Chautín, encantado del cariz que habían tomado los acontecimientos iba, también, diariamente a comer.

A la tarde, la señora Gattet, Irene y Madette iban a donde estaba Roberto, cada vez más taciturno, cada vez más reconcentrado.

Un día, al llegar a la clínica, la señora Valmont quedó asombrada al hallar a Roberto sentado en un sillón.

—¡El doctor ha permitido que el enfermo se levantara! — explicó la enfermera.

Envuelto en una "robe de chambre", el mendigo, balbuceó en voz baja un agradecimiento a su bienhechora.

Irene le respondió con un cumplido sobre su buen aspecto, pero no pudo reprimir un gesto de contrariedad.

Si la convalescencia del herido iba a ese paso estaría completamente curado antes de que se hubieran acabado las reparaciones de la casa.

—Entonces, Roberto — le preguntó. — ¿Se siente usted mejor?

—¡Oh! ¡Sí señora! Tan bien que quisiera volver a mi casa, — contestó el hombre.

—¿Se halla mal aquí, entonces? — protestó la señora Valmont. — Para salir de la clínica es preciso que esté completamente curado.

Roberto bajó la cabeza y no insistió. Pero, cuando a la noche, Jean fué a verlo, aprovechó de que estaba solo con él para decirle:

—Quiero irme, Jean. Estoy sufriendo un suplicio mayor que mis fuerzas. ¡La presencia de la señora Valmont me hace daño! Me veo obligado a contener los impulsos de mi corazón. ¡Es tan bella!... Lléveme Jean, se lo suplico. Yo lo he salvado. ¡Sálveme usted a mí!...

Pero, contrariamente a lo que suponía, el joven se negó a obedecer.

—¡No! ¡No Roberto, no puede usted irse aún, tenga paciencia! No puedo decirle porque. En cuanto vea la posibilidad de hacerlo, le prometo llevarlo a su casa.

—¿Entonces estoy prisionero? — suspiró Roberto. — Jamás he apreciado tanto la libertad como desde que la perdí...

—La apreciará más aun cuando vuelva a recobrarla — replicó el joven. — Si se va ahora le causará una gran pena a la señora Irene.

—¡Entonces me quedo! — respondió resignado el mendigo.

....

En la Paroliere, silenciosa y triste, Rene de Laisy iba y venía todo vestido de negro.

El telegrama de Jean Martinier le había comunicado la muerte de Wyoming, en Lyon

donde estaba liquidando sus negocios y preparando su partida para la India.

Había acudido, sorprendido del fin trágico del que había sido su padre, y en la más estricta intimidad, sólo él y Rao, lo habían acompañado a su última morada.

Luego en esa grande y lujosa casa, se había hallado más triste, más desolado, más sólo que nunca.

¡Con que tristeza, con que desolación había hecho el inventario de los papeles de su padre!

En el escritorio, halló el testamento que lo hacía heredero de todo lo que poseía el viejo profesor, lo mismo que los papeles que justificaban la verdadera personalidad de Wyoming.

¡Ah, esos malditos papeles, esos papeles que ponían cínicamente al descubierto los amores, los odios, las villanías del difunto. ¡Con que alegría René los había visto arder!

Más que nunca, estuvo decidido a huir, a colocar miles de kilómetros entre él y su pasado, satisfecho sin embargo, del único gesto de hombre honesto que había tenido.

Pero su partida se vió atrasada pues antes de dejar para siempre Francia quería hacer tabla rasa con todo lo que recordara su existencia y en primer lugar vender la Paroliere.

Un notario de Saint-Chamond le había asegurado que, por el precio que deseaba hallaría fácilmente comprador.

Pensando en la existencia que llevaría allí, casi al otro extremo de la tierra, sentía una vaga satisfacción; la de hallar en él un hombre completamente distinto a lo que había sido hasta ahora. Y, a medida que sentía nacer en él un ser nuevo, dispuesto a todos los esfuerzos, lleno de salvajes energías, se empeñaba en destruir todo lo que aun lo ligaba a su pasado.

Y por eso, con mano febril, registraba todo, a fin de descubrir papeles de su padre para tener el amargo placer de arrojarlos al fuego.

Una noche, sentado frente al escritorio del señor de Gourcey, dejaba errar su pensamiento hacia la existencia enigmática y atormentada del hombre que había sido su padre, cuando su mirada fué atraída por el lomo verdoso de un copiador de cartas.

Hasta ahora no lo había visto.

En ese momento, Rao le traía, con su paso silencioso de fantasma, una taza de te y una carta.

—¿Eres tú — le preguntó — el que colocó esto en eso casillero?

—¡Oh no, mi amo! No me lo hubiera permitido. Siempre he visto ahí ese libro verde. Es ahí donde su padre copiaba todas sus cartas particulares.

—Sin embargo he registrado todo el escritorio y no me había fijado en él...

Sírveme el te, mientras leo la carta que acabas de darme.

Rao obedeció, mientras el señor de Laisy leía la misiva.

Cuando acabó levantó la cabeza:

—Ya está, Rao; la Paroliere fué vendida. Me lo anuncia esta carta del notario. Los fondos están a mi disposición. Al fin podré, mañana mismo irme. Nada más me retendrá aquí... Pero tú... ¿qué vas a hacer? Si quieres volver a la India, te llevo conmigo.

—Gracias, mi amo— contestó el hindú inclinándose. — La señora Valmont me prometió tomarme a su servicio, en cuanto nada me ligara aquí.

Una vez solo, René abrió el copiador y lo recorrió distraídamente.

—¡Nada interesante — se dijo — irá al fuego como todo lo demás!

Para distraerse lo hojeó hasta el final y se detuvo en la última página.

—¡Toma! — se dijo. — ¡La última carta escrita por mi padre!

De pronto se acercó más al libro.

—¡Oh! — exclamó — ¡dirigida al procurador de la República!

Y en voz baja, leyó:

"señor Procurador de la República,

Saint Etienne.

"Si me permito confesarle el secreto que guardo celosamente desde hace veinte años es, primero para librar mi conciencia y luego porque sé que nada puedo temer de la justicia...

"Hace exactamente veinte años y cuatro meses, un incendio, de una violencia extraordinaria estallada en Chambon-Feugerolles, en el castillo habitado por el matrimonio Valmont.

"En pocas horas todo quedó consumido.

"A la pérdida de su inmueble, vino a añadirse para el señor y la señora Valmont, una pérdida mucho más sensible, la de su hijita Andree, de pocos meses de edad, que quedó en el incendio

"Al menos, eso fué lo que creyeron

"Ese incendio, señor Procurador fué hecho por mí No voy a excusarme Toda la vida, he tenido la costumbre de pesar y madurar lo que emprendo y encarar fríamente, primero mis responsabilidades, de manera de no tener más tarde detrás mío, el peso de los remordimientos

"No quiero tampoco defenderme. Tales procedimientos no son los míos. Y luego ¿para qué defenderme, puesto que nadie, ni su justicia, señor Procurador, puede atacarme?

"Sólo quiero exponer los hechos tal como han pasado.

"Antes de su matrimonio yo estaba locamente enamorado de la señora Valmont. Tenía la esperanza de hacerla mi esposa.

"Ella prefirió a Henry Valmont. Sentí un rencor y una pena atroces.

"¡Por primera vez en mi vida, una mujer me resistía!...

"El espectáculo de la felicidad de esa nueva pareja me fué insoportable.

"Fué entonces cuando se deslizó en mí, la idea de venganza.

"Esa venganza resolví ejercerla sobre la niña que acababan de tener y que sería la herida más terrible a su felicidad.

"De la joven nurse encargada del cuidado del bebé, hice primero mi amante, a quien dominé con toda mi potente voluntad y que con ayuda de estupefaciente conseguí hacer una cómplice más segura.

"Una noche, que el señor y la señora Valmont estaban ausentes, me introduje gracias a ella, en el castillo; inundé los graneros de petróleo y los escendí.

"Luego, huí, llevando en mis brazos a la pequeña Andree.

"Habíamos decidido, mi amante y yo, encontrarnos en París tres días más tarde, en un hotel vecino a la estación de Lyon, pues para no atraer sobre nosotros las sospechas, habíamos convenido que ella permanecería en el castillo y que se fingiría desesperada.

"Luego con el pretexto de la pena, debía dejar la casa, venir conmigo a París y ocuparse de la niña que educaría en la Sharte, en casa de una de sus tías, como si fuera suya.

"Pero, el destino cambió mis planes. Con el bebé, esperé tres, cuatro, ocho días, mi amante no venía.

"Supe luego, por los diarios locales que me hice enviar, que la desgraciada niña, había sido hallada, loca, al día siguiente del incendio, en un bosque cerca de Chambon-Feugerolles.

"Sentí temor ¿que haría de la criatura, a quien yo no podía cuidar? ¿No valía más deshacerme de ella para siempre?

"Decidí arrojarla al Sena.

"Una noche, saqué del cuello del bebé su cadena y su medalla que hubieran podido servir para identificar su cadáver, si alguna vez se hallaba, envolví a la criatura en una manta y por calles apartadas caminé hasta la orilla del río.

"¿Es preciso confesarlo, señor Procurador? Vacilé mucho tiempo. Es más difícil de lo que se cree arrojar una criatura al agua.

"Sentí en mis brazos ese pequeño cuerpo que se movía. Se hubiera dicho que comprendía que había llegado su última hora.

"Bueno, me avergoncé de la acción que iba a cometer... ¡A veces tiene uno esas debilidades estúpidas!... Bajo el arco de un puente — creo que el puente María — coloqué mi fardo y huí.

"No fuí lejos, pues una fuerza desconocida me llevó pocos minutos después al lugar de mi cobardía,

"¿Y que vi? Una mujer había recogido a la niña y la estrechaba entre sus brazos con ternura.

"—¡Vaya una cosa extraña! — pensé. — ¿Quién será esa desconocida, enviada por el Destino?

"La mujer que llevaba al bebé que yo acababa de abandonar subió al muelle. De lejos, la seguí hasta su casa. Y al día siguiente supe que se llamaba la señora Gattet y que bajo el nombre de "la bella Juanita" había sido una conocida artista de café concierto.

"Puse tras ella un agente de policía privada. Y poco más tarde, supe que esa señora Gattet que, después de una existencia agitada, se había casado con un joven aviador, había quedado viuda y había partido para Saint-Etienne, su ciudad natal, donde vivía en la calle de la Bolsa 27, llevándose con ella a la pequeña Andree Valmont a la que que adoptó, sin conocer su verdadera identidad.

"Tomé otro nombre y durante largos años me exilé en la India donde hice fortuna.

"De regreso a Francia, hace dos años hice una nueva investigación sobre la señora Gattet y supe que había educado muy bien a la niña hallada una noche sobre la ribera del Sena, que la había llamado Magdalena Gattet y que pasaba por su abuela.

"Por razones que sólo a mí conciernen quiero hoy, señor Procurador, y es el único objeto de esta carta, devolver a esa joven su verdadera identidad.

"Las declaraciones que acabo de escribir, y la medalla de bautismo que incluyo en ésta, son pruebas irrefutables de lo que digo, la señora Gattet podrá decirle, en lo que a ella concierne, que yo he revelado la exacta verdad.

"Me coloco a su disposición para todas las explicaciones que juzgue convenientes.

"Reciba, señor Procurador la expresión de mis más respetuosos sentimientos.

"De Gourcey, llamada Wyoming; propietario de la Paroliere cerca de St. Chamond. (Loira)".

René lanzó un suspiro y dejó caer el copiador sobre el escritorio.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — murmuró, ¡que cosas abominables me acaba de revelar esta carta! ¡He ahí la explicación del misterio!

Mi padre me quería hacer casar con Madette porque sabía que ésta era la señorita Valmont y que, por lo tanto ella sería inmensamente rica.

¡Que maquiavelismo! Pero reflexionándolo bien ¡mi padre estaba loco cuando escribió esa carta... loco... o bajo la influencia del opio... o del alcohol. Es la declaración más formidable que podía haber hecho contra sí mismo!... ¡Y si esta carta hubiera llegado a su destino, que catástrofe hubiera atraído!... ¡El que se creía tan seguro!

El procurador hubiera iniciado, un sumario, hubiera convocado a la señora Gattet, buscado a la señora Valmont... Hubiera sabido el extraño secuestro de Jean Martinier.

¡No me atrevo a pensar lo que hubiera ocurrido!... ¡Ah! que largo se me hace el tiempo para exilarme a mi vez para rehacer mi vida bajo un nombre que no es el de mi padre, para ser un hombre honrado... Sólo una cosa me consuela. Es saber que la señora Valmont ha hallado al fin a su hija!...

Rao golpeó a la puerta para llevarse el servicio de te.

—Dime, Rao — preguntó el joven. — La última vez que viste a la señora Valmont debía ser muy feliz.

Rao pareció asombrado al oír esa pregunta.

—¡Oh! no mi amo — contestó. — La señora Valmont es la más desgraciada de las madres, puesto que ignora donde se halla su hija.

—¡Como! — exclamó Rene. — ¿No la encontró?

—Mi amo se llevó el secreto a la tumba — explicó el hindú.

—Pero esta carta, cuya copia acabo de leer. ¿No la recibió el Procurador de la República?

—No, mi amo... La señora Valmont la tuvo en sus manos, y temiendo que fuera algo contra Jean la quemó sin saber lo que contenía.

—¿Y la medalla?

—Cayó al suelo y fué la señora Valmont quien la guardó.

René de Laisy quedó anonadado, al pensar con qué poca piedad juega el destino con esas marionetas que se llaman los humanos.

Sacudió dolorosamente la cabeza.

—¡Y pensar! — murmuró — que estuve a punto de quemar ese copiador sin leerlo... Pero ahora soy yo, quien puedo si quiero hacerlo, devolver su hija a la señora Valmont y darle la prueba de que Madette es su hija!

—¿Será posible? — exclamó el hindú lleno de profunda alegría.

—Toma lee... Esta carta revela la verdad... Revela el secreto que mi padre creía llevar con él.

—No sé leer — confesó Rao.

—¡He ahí el supremo deber que me queda por cumplir antes de mi partida! ¡Dame un sobre, rápido!

—¡Aquí está, mi amo! !

René cortó con precaución las últimas hojas del copiador y antes de guardarlas en el sobre que le dió Rao, tomó una tarjeta y escribió estas palabras:

"Señora:

"Usted ha sufrido por culpa de mi padre quiero probarle que su hijo no se le parece. Le devuelvo su hija. He aquí la copia de la carta dirigida al Procurador de la República, que usted quemó sin leerla. No me lo agradezca, compadézcame:

René de Laisy"

—¿Tú sabes dónde está la señora Valmont? — preguntó el joven a Rao.

—Sí, mi amo.

—¡Bien! Mañana, después de acompañarme a la estación le llevarás esta carta.

....

Al día siguiente, Rao, después de haber acompañado a René de Laisy a la estación donde debía tomar el tren de Lyon, tomaba el camino de la clínica y llamaba a la puerta del cuarto de Roberto.

Irene y la señora Gattet, al verlo llegar quedaron asombradas de esa visita tan inesperada.

—¿Que nos traes de nuevo, Rao? — preguntó la señora Valmont.

—Mi ama — respondió — Vengo a anunciarte que la Paroliere fué vendida y que dentro de pocos días podrás disponer de mi. Tengo también una carta para entregarte.

—¿Una carta? ¿Y de quien?

—Del señor René de Laisy a quien acabo de acompañar al tren.

—Gracias, Rao. En cuanto quedes libre ven a verme al hotel donde paro. ¿Lo conoces?

—Sí, mi ama.

—Entonces, hasta pronto...

Mientras Irene, inclinada sobre la carta que acababa de abrir leía ávidamente los ojos de Roberto, siempre bajos, se clavaron en la señora Valmont.

Por la expresión de su rostro comprendió que una gran alegría acababa de iluminar su alma.

Lanzó un profundo suspiro y se puso muy pálido.

Irene levantó la cabeza. Gruesas lágrimas anegaban sus ojos.

—¿Es posible? — balbuceó al fin. — ¡Mi hija!... ¡Mi hija querida!... ¿Te he hallado al fin?... ¡Ah! ¡Que buen muchacho!...

—¿Qué dice usted? — preguntó la señora Gattet.

Irene le tendió la carta:

—¡Lea... lea... señora! ¡Esta carta habla de usted! ¡Oh, que feliz soy!... Roberto ¡he hallado a mi hija!... ¡Es usted quien me trajo suerte!...

El mendigo del Bosque Negro bajó de nuevo los párpados.

—¿Es Madette, verdad? — preguntó

—¿Lo adivinó usted?

Roberto no contestó a eso.

—¿Tiene usted una prueba formal? — interrogó.

—De la misma mano del hombre que me la robó — contestó Irene.

—¡Oh! entonces — respondió el pobre hombre — estoy tan contento como usted!

Y la señora Valmont observó que las lágrimas corrían en silencio por las mejillas del mendigo.

Durante ese tiempo, Jean y Madette, tomados del brazo, bajaban alegremente del Bosque Negro

Jean había aprovechado su tarde libre del sábado para ir a ver, con su novia como estaban los trabajos de reparaciones de la casa de Roberto.

—¡Qué linda va a ser la casita de nuestro amigo! — dijo Madette.

Sobre todo, cuando se reemplace el suelo de mosaico por un piso de madera. Yo no desearía más que esto, Jean, para guardar nuestra felicidad.

—¡Ah! — suspiró el joven — la señora Valmont es para Roberto una verdadera providencia.

—Es buena y bella — replicó Madette.

—Era aún más bella hace unos meses — explicó Jean. — Los acontecimientos de estos últimos días la han desmejorado. Recobra, insensiblemente el rostro de una mujer de su edad. Creo que ahora no le importa.

—Sí, sólo piensa en su hija, a quien jamás hallará.

—¡Qué triste es! — suspiró Jean Martinier.

—Ya que está sola en el mundo — siguió la joven — la rodearemos de tanto afecto, que se hará la ilusión de tener una nueva familia.

Los jóvenes tomaron el tranvía en la plaza de Bellevue.

—Te dejaré ir sola a la clínica, Madette — dijo Jean. — Yo iré hasta lo del contratista para hacerle apresurar el trabajo de modo que éste termine el sábado que viene y que, al día siguiente podamos todos acompañar a Roberto a su nueva casa y gozar de su sorpresa. Después te iré a buscar a la clínica. Tardaré una hora.

Con una última sonrisa, los jóvenes se separaron.

Madette entró en el cuarto del mendigo, pues sabía que allí hallaría a su abuela y a la señora Valmont.

Pero, apenas se había sacado el sombrero, que Irene sollozando de alegría se precipitó sobre ella, estrechándola en sus brazos y cubriéndola de besos.

Madette, sofocada no acertaba a compren-

pibes:
"el gorrion"
es para vosotros
10 cts
24 PAGINAS
multicolores
LEALO TODOS LOS MIERCOLES
LA MEJOR REVISTA SEMANAL DE HISTORIETAS
CONCURSOS CON VALIOSOS PREMIOS:
BICICLETAS, MONOPATINES, EQUIPOS DE FOOT-BALL ETC.

der qué significaba ese exuberante cariño.
Roberto volvió la cabeza para no sucumbir a la emoción que lo dominaba.

En cuanto a la señora Gattet riendo y llorando a la vez, no dejaba de decir a la feliz madre:

—¡Pero, explíquele que ella es su hija, señora!...

Madette no podía creer en su felicidad. ¡Ella era la hija de la señora Valmont! ¡Era posible!...

Tuvo que escuchar la carta del señor de Gourcey que su madre leyó en alta voz.

Cuando la señora Valmont, hubo acabado su lectura, Madette la contempló con ternura y rodeándole el cuello con sus brazos le dijo con voz ahogada por la emoción:

—¡Mamá!...

¡Qué dulce le pareció pronunciar esa palabra, nueva para ella!...

—¡Mamá! — repitió, — ¡Que contenta estoy de poderle dar ese nombre!... Ya la quería tanto antes de saber que era su hija... ¿Cómo será ahora? Cuanto debió sufrir usted, mamá cuando pienso en mis propios sufrimientos!... Sonría un poco a su hija... Todo el pasado es un mal sueño... Ahora ya nos encontramos... Vamos a ser felices... muy felices!...

Madette notó que la señora Gattet oía sus palabras y tenía el rostro crispado por el dolor y las mejillas llenas de lágrimas.

Se arrojó a su cuello y le dijo:

—¡No llore abuelita!... ¡A menos que no sea de alegría!... ¡Usted sabe bien que para mí, será siempre mi abuela!...

Capítulo XXIX

UNA TORMENTA... EN UN CIELO AZUL

Madette iba y venía por su cuarto, cantando mientras se vestía.

Cuando estuvo lista, fué a buscar a la señora Gattet que cosía, como de costumbre cerca de la ventana del comedor, y la abrazó cariñosamente.

—¡Hasta luego, abuelita! — le dijo.

—¿Dónde vas?

—Hasta el hotel, a ver si mamá está libre, para encargar mi ajuar y mi traje de novia.

—¡Anda, niña mimada!...

—Abuelita ¡soy tan feliz! — exclamó la joven besando a la anciana.

—¡Calla! — dijo la señora Gattet llevándose un dedo a los labios. — ¡No lo digas demasiado alto, querida!...

—¿Por qué, si es verdad?...

—Porque la felicidad, Madette, es un bello pájaro... del ensueño, muy caprichoso. Para conservarlo, hay que encerrarlo celosamente en la jaula de oro del alma y velar porque jamás se escape. Cuando se comete la imprudencia de abrir la jaula y dejarlo un momento al pleno sol de la vida, abre sus alas, color de aurora y de pronto, sin que uno lo sospeche vuela y ya no vuelve más. ¡Y el resto de la existencia lo pasa uno llorando el bello pájaro del Paraíso perdido!...

—No sé lo que la vida me reserva, abuelita, pero a usted puedo confesarle que me considero un ser muy feliz. He hallado a Jean. Dentro de pocas semanas, seré su esposa. ¡Y tengo para siempre una madre adorable, a quien me parece haber amado siempre!

La señora Gattet bajó los ojos y lanzó un suspiro.

—¡No! — protestó Madette. — ¡Nada de suspiros!... No quiero que mis confidencias le causen pena. El cariño que siento por mamá no disminuye en nada el afecto que siento por usted. Al contrario, pues aprecio en su justo valor todo el afecto que ha tenido para mí, desde mi más tierna infancia. Si usted no me hubiera recogido ¿qué sería hoy de mí?

—¡Querida mía! — dijo la anciana enternecida. — ¡Anda, no hagas esperar a la señora Valmont!

—Estaré de regreso a las once, — aseguró Madette. — para ayudarle a preparar el almuerzo.

No hacía diez minutos que la joven había partido cuando se oyó el timbre, haciendo estremecer a la señora Gattet.

—¡Bueno! — murmuró — apostaría a que es mi hermano que, siguiendo su costumbre me envía algún plato para el almuerzo.

Con gran estupefacción vió a Jean Martinier que le sonreía con aire molesto.

—¿Está Madette? — preguntó en voz baja el joven.

—No, acaba de salir para ir a buscar a su madre al hotel. Seguramente la encontrara allí.

—No se trata de eso — declaró Jean entrando en el vestíbulo. — Al contrario, me alegro de encontrarla a usted sola. Es con usted con quien quiero hablar.

—¿Qué ocurre Jean? — respondió vagamente inquieta.

—¿Puedo abrirle mi corazón con entera franqueza, señora, como siempre lo he hecho? — preguntó el joven.

La señora Gattet lo miraba cada vez más sorprendida:

—¿Señora? — dijo al fin. — ¿Por que hoy no me dice usted abuela?

Tomó las manos de Jean y lo hizo sentar frente a ella.

—Sus manos arden, su rostro está pálido y sus ojos tienen ojeras como si hubiera pasado una noche en vela ¿qué ocurre?

—A partir de hoy — contestó el joven con voz cada vez menos segura — no formó parte del personal de la usina.

—¿Lo han despedido? — inquirió preocupada la anciana.

—No, acabo de presentar mi dimisión. Pero, tranquilícese; si dejo la usina de Rive de Gier no abandono por eso la casa.

La Sociedad Anónima, de la que mi patrón el señor Durand es el presidente, acaba de adquirir las minas de cobre de Queretaro en Méjico.

Yo le he pedido como un favor que me permita partir. Me han dado el permiso tanto más fácilmente cuanto que sólo con gran trabajo se encuentran jóvenes serios y dispuestos a expatriarse. Pero a mí me es igual, al contrario.

—Que le sea igual expatriarse no digo que no — contestó la señora Gattet, pero ¿ha pensado usted en Madette y en su madre,

—Madette no se apartará de aquí — murmuró Jean bajando la cabeza.

—¿Cómo?... ¿Por qué?

—No me casaré con Madette.

—¿Qué dice usted? — exclamó la anciana en el colmo del asombro.

—No me casaré con Madette — dijo Jean levantándose bruscamente para dominar su emoción — porque no quiero. Mientras fuí el novio de Magdalena Gattet, de la hija adoptiva de una buena mujer, de una modesta empleada, he sufrido, he luchado, he trabajado, he esperado en la vida, pues mi novia era, como yo, salida del pueblo y éramos tan humildes uno como el otro. Pero yo, Jean Martinier, hijo de un contramaestre que tuvo que luchar hasta su último día, humilde empleado yo mismo, sin fortuna, sin esperanza, no tengo ya el derecho de hacer de la rica Andree Valmont la compañera de mi existencia. Hoy nos separa un abismo.

Al lado de su madre, Madette tomará hábitos de lujo, de fiestas, de trajes. Mi sueldo no bastará para darle la existencia que ella sueña... Más vale por eso cortar ahora.

Esto es lo que yo tenía que decirle, señora. No veré más a Madette. ¿Para qué? Mi equipaje está preparado. Parto esta noche.

La señora Gattet había oído a Jean Martinier sin interrumpirlo. Cuando se detuvo, le hizo señas de ocupar su lugar frente a ella.

Jean obedeció.

—Hijo mío — le dijo con calma — soy vieja, he visto en mi vida muchos dramas, muchas alegrías, muchas desiluciones. He conocido muchos jóvenes a quienes el orgullo enseguecía y hacía injustos.

Usted es uno de ellos, Jean, sin darse cuenta. En el momento en que tiene la felicidad al alcance de la mano, se hace mentalmente esta pregunta: ¿Qué dirán de verme feliz? ¿Qué dirán al ver a Jean Martinier, sin fortuna casarse con una millonaria?... ¿Qué dirán?... ¿Y que le importa lo que dirán? Viva para usted y no para los otros... Piense antes que nada en la pena que le dará a Madette.

¿Se asusta usted al pensar en la dote que la señora Valmont le entragará? ¡Y bien! Propóngale usted renunciar a ella, para vivir simplemente como si fuera sólo mi hija adoptiva y no la señorita Valmont. ¡Y verá usted si por amor ella no acepta!...

—¡No aceptaré! — dijo detrás de ellos una voz firme.

Jean Martinier y la señora Gattet se volvieron; Madette estaba ahí, a la entrada del corredor.

—¿Estabas ahí? — dijo la anciana.

—Sí, abuelita. Al llegar al hotel hallé una carta de mamá diciéndome que estaría ausente toda la mañana, ocupada en a reconstrucción de mi estado civil. En seguida volví. Usted no me oyó entrar y no he perdido nada de esta entrevista. Quizá he sido indiscreta, pero no lo siento, puesto que acabo de comprender que Jean Martinier no me ama ya.

—¡Pero sé tu un poco más razonable que él! — declaró la señora Gattet.

—Creo que él tiene razón — siguió Madette. — Al tomar el sitio de Magdalena Gattet, Andree Valmont ha matado su amor... Jean lo adivino, algún día ella se avergonzaría tenerlo por marido...

—¡Ahora estoy seguro! — dijo Jean con voz en la que se notaba la cólera.

¡Adiós! Sea feliz Andree... Yo, haré como ayer hizo Wyoming... como hace hoy René de Laisy, como tantos parias buscadores de aventuras... Me exilaré, huiré de Francia y jamás volveré!

Antes de que la señora Gattet pudiera hacer un gesto para detenerlo, Jean Martinier había partido como un loco.

Madette quedó de pie con los ojos fijos sin tratar de detener a aquel que se iba para siempre.

—¿Qué has hecho? — exclamó la anciana.

—No me quiere más — contestó Madette.

—¿Espera usted ahora que yo corra detrás de él?

—¡Ah... tú estás loca!... Se ve que aun no conoces la vida, y menos aun a los hombres. Es únicamente porque te ama, porque te adora, que teme tu riqueza y tiembla a la idea de perderte un día...

—¿No tiene pues confianza en mí, después de la prueba de amor que le he dado?

—Eres tu quien ya no le amas, Madette, y me harás creer que tu nueva situación te ha cambiado el corazón. Si tu hubieras sido la Madette de antes te hubieras indignado al oír las palabras de Jean, te hubieras echado en sus brazos y le hubieras dicho: "¡Jean no sabes lo que dices! ¡Te amo siempre y nada nos separará!"

Era demasiado para los nervios exitados de Madette.

Lanzó un grito de desesperación y se precipitó a los brazos de su abuela sollozando:

—¡Abuelita!... ¡Abuelita!... ¡Lo adoro y lo he dejado partir!...

—Al fin — le dijo la anciana — te das cuenta...

—Fuí una tonta, una orgullosa y una caprichosa — gimió la joven — lo que hice es irreparable. Jean se fué... para siempre... y jamás me perdonará...

Por toda respuesta la señora Gattet lanzó un profundo suspiro...

—No me dice usted nada, abuela... ¿Que puedo hacer... ¿Dónde hay que ir a buscarlo?...

—No... tú no harías más que agravar las cosas... Acabas de destrozar todo y adivino en tus ojos que ahora quisieras arreglarlo... ¡Tengo necesidad de reflexionar!... Necesito tranquilidad. Ocúpate tú del almuerzo. Yo iré hasta la Gran Iglesia... Hace un día lindo y me agradaría caminar!... Y allí en la nave tranquila y oscura, trataré, balbuceando una súplica de hallar la forma de arreglar tus asuntos.

La señora Gattet se levantó. Sin decir una palabra, Madette fué a su cuarto y tiró sobre la cama su sombrero.

Por su ventana abierta, vió la de Jean, que, a pesar del calor, estaba cerrada, como durante los meses trágicos de su desaparición.

(Continuará)

MOSQUETEROS DEL ESPACIO

Tercera parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

EN LA JAULA

POr unos pocos minutos reinó el silencio en el subterráneo. El teniente John Henry Dent abría la boca como un pescado y buscaba nerviosamente su monóculo.

El teniente Bud Atlee se encogió de hombres, lo que indicaba que las cosas habían ido demasiado lejos para que tuvieran remedio.

El teniente Langton Wagstaff frunció el ceño; pero, como de costumbre, no dió señales de que estuviera pensando.

Los tres vestían uniformes grises, alemanes, cubiertos de barro.

Los tres oficiales que los enfrentaban se hallaban igualmente embarrados; pero llevaban el uniforme de un famoso regimiento británico. El que tenía en sus hombros galones de coronel, sentose lentamente sobre un cajón de jabón y movió la cabeza.

—De modo que, en resumen, la historia de ustedes es ésta: son oficiales del Cuerpo Real de Aviación y pertenecen a la escuadrilla de los Angeles, comandada por el Calvo. Fueron enviados a Alemania para un trabajo especial de espionaje; pero sólo uno — indicó a Wagstaff "habla alemán correctamente".

—¡Eso... eso mismo, querido señor! — dijo excitadamente John Henry — Sólo el querido y viejo Wagger habla alemán, tan bien como cualquiera de esos tiñosos. Pero, vea...

Bud y yo pensábamos primero volar en nuestros aeroplanos hasta ciertos sitios de Alemania para recogerlos cuando quisiera marcharse de la tierra de nuestros viejos y alegres enemigos. Sólo que el diablo metió la pata y...

—¡Basta! — dijo el coronel — Ya me dijo eso antes. Pero lo principal es que según contó, los mandaron a ustedes en busca de cierto Tratado. Tras una larga serie de aventuras lograron substraerlo del mismo palacio del Kaiser y se dirigieron después a las trincheras alemanas. Luego esta mañana, cuando nosotros emprendimos el avance, se tiraron al suelo, haciéndose los muertos..

—Seguro... así ocurrió todo, patron — dijo el norteamericano Bud — Usted ha contado en dos minutos lo que John Henry necesitó una hora para decir, porque se olvidaba a cada momento de detalles y tenía que volver atrás. Yo tenía miedo que, con semejante modo de contar las cosas, se hiciera usted un lío.

El coronel lo miró de un modo extraño.

—La historia de su amigo no fué ciertamente muy clara — dijo — y temo que el desenlace sea flojo.

—¿Qué quiere usted decir, señor? — preguntó Wagstaff.

—Quiero decir que, después de toda esa absurda y melodramática historia del robo del tratado en el palacio de Potsdam, llegan ustedes aquí sin él. Como es natural, yo exijo ver el Tratado, como prueba del cuento. Pero su joven amigo, que pretendía tenerlo en el bolsillo, no lo tiene.

—¡Pero mi querido y viejo coronel. señor! — protestó John Henry encajándose nerviosamente el monóculo. — Ya le he dicho que yo tenía el Tratado. Quiero decir que lo llevaba en el bolsillo cuando nos tiramos al suelo, fingiéndonos muertos. Algún trompeta de alemán debe habérmelo robado.

—¡Ah! — dijo el coronel con bastante frialdad. — No niego que usted me contó eso. En verdad, creo que es la cuarta vez que lo menciona.

Volvióse lentamente a su segundo; pero Wagstaff habló con rapidez

—Es perfectamente cierto, señor — dijo — John Henry, quiero decir el teniente Dent, tenía el Tratado en el bolsillo. Puedo jurarlo. Y si quiere usted tomarse la molestia de hacer averiguaciones en el Servicio de Información Secreta...

—Se harán las averiguaciones — contestó secamente el coronel. — Pero, entretanto, quedan arrestados. Visten ustedes uniformes alemanes y siento decir que ha habido ingleses renegados que actuaron como espías

de Alemania, antes de esto, No puedo correr riesgos...

—Pero... — balbuceó Wagstaff.

—Mayor Saunders, — dijo ásperamente el coronel, volviéndose a su segundo — estos hombres serán conducidos, bajo custodia, hasta la jaula de prisioneros más próxima. Serán entregados al oficial de guardia y tratados como los demás prisioneros hasta que reciba nuevas órdenes, señor Rabbage.

Se dió vuelta hacia el joven oficial a quien John Henry había saludado como compañero de colegio.

—Señor Rabbage, usted irá inmediatamente al cuartel general y presentará mis saludos al comandante de Información Secreta. Le contará toda esta historia y le pedirá tenga la bondad de darme su consejo.

—Sí, señor — contestó el joven oficial a quien John Henry había llamado "Conejito". Saludó y dirigió una perpleja mirada a los tres oficiales, que estaban con la cresta caída, antes de salir del subterráneo.

El coronel se volvió luego al sargento.

—Lleve media docena de hombres y conduzca a los prisioneros a la jaula — dijo. — Se hace usted responsable de ellos hasta que los haya entregado. Conque... ¡Cuidado!

El sargento hizo la venia y fué a llamar a la guardia.

Mientras Wastaff se lanzaba hacia el alemán és

Durante la larga marcha hasta la jaula de prisioneros ciertamente no se descuidó.

Nunca tres hombres fueron vigilados más cuidadosamente que los tres sombríos camaradas.

La jaula era un gran terreno cuadrado, bien atrás de la línea de fuego y completamente rodeado por alambrados de púa, de seis pies de altura.

Una vez que los tres amigos se hallaron entre los demás prisioneros, el oficial de guardia les advirtió que el alambre estaba fuertemente electrizado.

—De modo, — dijo — que no les aconsejo cortar con tijeras para abrirse paso. Al primer contacto quedarían ustedes fulminados. Pero, naturalmente, pueden hacer lo que les parezca.

Los aventureros le dieron las gracias y decidieron seguir su consejo. Gozaban de relativa libertad dentro de la jaula, porque a los prisioneros se les permitía ir y venir por donde quisieran, sentarse al aire libre o albergarse en las cabañas destinadas a dormitorios.

Una vez libres de las ceremonias de introducción, los tres "Angeles" se aislaron de sus compañeros y empezaron a conversar sombríamente.

—Naturalmente — dijo John Henry echan-

Lea en

La E
de l

ó una pistola Very, en dirección del aeroplano.

número
ON
NEL

do aliento sobre el monóculo, con aire abatido y limpiándolo — que no bien el viejo y alegre Conejito haya visitado el Cuartel General, donde en Información Secreta les dirán que nuestra historia es cierta, seremos puestos en libertad. Pero, lo que me preocupa es que volveremos a casa sin el Tratado.

—Ese pequeño detalle me preocupa a mí también — dijo Bud sarcásticamente. — Pensar que hemos pasado tres espléndidas semanas burlándonos de los alemanes y desafiando a la muerte para... nada! ¡Y todo por tu culpa, orejudo, percha ambulante de ropas, con ojo de vidrio! ¡Mire que perder el Tratado! Si hubo algún tiempo en tu vida en que debiste tener cuidado...

—¡Vamos, Bud... vamos! — dijo John Henry levantando un dedo en señal de reproche. — Yo sé que no quieres ofenderme; pero...

Bud amenazó el cielo con los puños.

—¡Que sabe que no quiero ofenderlo! ¡Cuando esta cabeza untada de jalea nos ha echado a perder todo nuestro trabajo! ¡Cuando hago todo lo posible para hacerlo comprender que debieran embalsamarlo y exhibirlo en un museo de idiotas, dice que no quiero ofenderlo! Pero, para bien la oreja, Johnny, y escucha esto: quiero ofenderte. Quiero insultarte. ¿Te entró eso en esa estopa que tienes por cerebro?

—Que quieres... mi buen Bud... que dices eso... Viejo, si realmente lo piensas...

Bud exhaló un bufido y agarró un terrón de tierra para tirárselo; pero Wagstaff lo tomó del brazo.

—¿Nunca terminarán de pelearse ustedes dos? ¿De qué vale estar aquí diciéndose estupideces? John Henry no perdió por gusto el tratado. Seguramente fué un borrico al hacerlo; pero no pudo evitarlo. Lo que me preocupa es si lo habrá perdido o se lo habrá sacado del bolsillo algún trompeta de alemán, que sabía lo que tenía encima.

Bud tiró enojadamente el terrón lejos de sí.

—Lo siento, Wagger — dijo — Tienes razón. Yo quiero a Johnny como a un hermano, aunque a veces me saque de mis casillas y desee romperle su cabeza hueca.

Con todo, así nació y no se le puede cambiar.

—¡Otra vez, Bud! — dijo John Henry nuevamente sulfurado.

Pero Wagstaff se interpuso entre ellos e impidió la pelea que amenazaba empezar de nuevo.

John Henry, fuera de sí increpó a Bud, invitándole a pelear.

—¡Alto! — dijo Wagstaff. — ¡No sean

estúpidos! Tenemos que pensar, Aunque el cuartel general nos ponga en libertad, yo no quiero volver sin el Tratado. No quiero confesar mi fracaso y creo que ustedes tampoco lo querrán. Tenemos que pensar algo. Regresar y conseguir el Tratado de quien lo sacó del bolsillo de John Henry.

Los dos convinieron, de mala gana, que en lo que decía Wagstaff había mucho sentido común. Pero¿ cómo diablos iban a poner en práctica su plan? El Tratado había ido a parar sabe Dios donde. ¿Cómo iban a encontrar, sin el menor indicio, al que lo sacó del bolsillo de John Henry?

Durante las largas horas de la tarde discutieron sin hallar una solución al misterio. Ciertamente que John Henry ofreció algunas brillantes ideas y siguió ofreciéndolas hasta que Bud lo amenazó con pegarle.

El resultado fué que Wagstaff se pasó la mayor parte del tiempo actuando de pacificador.

Cuando al fin llegó la obscuridad, Wagstaff estaba fatigado, pero tan lejos de la solución como antes.

Media hora después de obscurecer se produjo, sin embargo, en el campamento un barullo. Se oyeron de repente gritos, tiros y un reflector envió su luz verdosa desde lo alto de la casilla de guardia.

Los tres "Angeles" se pusieron de pie instantáneamente y corrieron en la dirección que indicaba la luz, a fin de averiguar la causa del tumulto.

Mientras corrían, John Henry lanzó un grito y señaló, excitadamente, hacia adelante:

—¡Miren! Ahí se escapa uno .¡Miren! Ha apilado cajones y otras cosas junto al alambrado de púa y salta por encima. ¡Miren!

Los tres miraron y vieron que las palabras de John Henry eran ciertas. Los prisioneros alemanes se amontonaban alrededor de los cajones, por medio de los cuales había escapado el prisionero. Los guardianes luchaban entre sí y era evidente que todo había sido bien organizado. Los prisioneros obstaculizaban lo más posible la acción de los guardias, a fin de que su camarada tuviera tiempo de ponerse fuera de alcance.

En ese mismo segundo, Wagstaff apuró el paso y empezó a hablar en excitado murmullo:

—¡Cielos! — exclamó — ¿Le vieron la cara al tipo? ¿Quiero decir al que se escapó? ¡Era Rolstein!

—¿Qué era quién? — jadeó Bud.

—¡Rolstein! — repitió Wagstaff. — ¡Carambola! Esa es la respuesta a nuestro pequeño problema. ¿Se acuerdan de Rolstein, el jefe de Servicio de Información Alemana, con quien sostuvimos aquella peleíta en Potsdam?

—¡Sí! — exclamó John Henry anhelante. — Lo recuerdo. Pero ¿qué quieres decir, Wagger? ¿Qué hace aquí como prisionero?

—¡Vengan! — jadeó Wagstaff. — Tenemos que seguirlo... salir como él salió. ¿No comprenden que ha logrado seguirnos? Cielos. Estoy seguro que fué él quien te registró los bolsillos, John Henry, y quien te robó el Tratado. Debe habernos seguido todo el tiempo y fué hecho prisionero con nosotros, cuando entramos en las líneas de fuego alemanas.

—¡Diablos y diablesas! — casi rugió Bud. — Wagger, has dado en el clavo. Ese tipo Rolstein se nos acercó durante el ataque y también se fingió muerto. Luego le robó el Tratado a John Henry; pero, seguramente fué tomado prisionero en el avance. Evidentemente les reveló a los otros prisioneros quien es, — les mostraría su pase, sin duda — y por eso lo ayudaron a escapar.

—¡Dios mío! — exclamó John Henry. — ¡Esperen un momento! No entiendo bien la cosa. Vamos a detenernos un momento y conversaremos...

—Si te paras... — jadeó Bud — será para siempre. ¡Sigue, Johny! No procedas como un asno mareado. Tenemos que seguir al viejo Rolstein y agarrarlo antes de que regrese a las líneas alemanas. Yo apostaría a que tiene el Tratado encima.

John Henry balbuceó una protesta; pero ya habían llegado los tres al grupo donde luchaban los prisioneros, de manera que no pudo hablar más.

Los hombres — evidentemente obedeciendo órdenes de Rolstein — se limitaban a detener a los guardias e impedir que hicieran fuego contra Rolstein. Ninguno había tratado de seguirlo en su fuga. De modo que, en la confusión general, los "Angeles" lograron llegar al montón de cajones y Wagstaff saltó como un gato. Bud y John Henry siguieron, pegados a sus talones. Subieron a un tiempo, llegaron a lo alto de la pila y saltaron sobre la red de alambres electrizados, con todas sus fuerzas.

Ahora corrían guardias y centinelas de todas partes. Uno de ellos alcanzó a Wagstaff; pero Bud le saltó encima de la espalda. Los dos rodaron juntos, dando oportunidad a Wagstaff de quitarle al hombre el rifle. Lo alzó, procuró serenar su pulso un instante y luego apuntó al reflector.

¡Bang!

Se oyó una fuerte detonación y el reflector se apagó, en medio de un estrépito de vidrios rotos.

En la casi obscuridad de tinta los tres siguieron corriendo, llamándose unos a otros, en voz baja, para asegurarse de que estaban juntos. Otros hombres corrían también en la obscuridad, evidentemente centinelas británicos.

Pero todos iban en la misma dirección, es decir hacia el sitio donde el astuto Rolstein había dirigido la cacería.

Wagstaff se apartó de pronto y condujo a los otros dos en ángulo. En la obscuridad había divisado vagamente una colección de edificios chatos y su rápida mente adivinó enseguida lo que eran.

—¡Pronto! — murmuró — Eso es un aeródromo. Es casi seguro que Rolstein se dirigirá allí y tratará de robar una máquina. Probablemente tiene allí a alguno de sus espías para ayudarlo.

La idea de Wagstaff no se les había ocurrido a los centinelas. Siguieron en línea recta, bien alejados del aeródromo en cuestión. Y cuando oyeron el zumbido de un aeroplano, un poco a la derecha, no hicieron caso.

Pero los tres Mosqueteros, sí, hicieron. Mientras corrían hacia el aeródromo vieron un aparato salir corriendo del hangar y despegar. Un par de mecánicos, con uniformes británicos, evidentemente espías alemanes, habían ayudado a la fuga.

Wagstaff juró furiosamente y quedó un momento aturdido, sin saber que hacer. Luego oyó, sin embargo, ruido de motores gemelos cada vez más cerca y una forma obscura empezó a descender del cielo, hacia el campo de aterrizaje.

—¡Por Dios, he ahí nuestra oportunidad! — exclamó Wagstaff — Eso es un aeroplano británico, que va a aterrizar. ¡Pronto! Vamos a apoderarnos de él. No peguen más de lo preciso, pero peguen bien! Tenemos que seguirlo a Rolstein y ese es el único medio.

Muchas personas recibieron sorpresas en aquella agitada noche; pero nadie como los dos ocupantes del aeroplano de bombardeo que acababan de aterrizar. Venían cansados, después de un largo viaje y cuando el aeroplano tocó tierra, se desprendieron los cinturones de seguridad y se pusieron cómodos en sus asientos.

Pero luego tres sombras saltaron sobre ellos, inesperadamente, de la obscuridad.

Wagstaff agarró al piloto por la cintura y lo tiró al suelo, antes de que el hombre pudiera lanzar un grito.

El observador siguió el mismo camino, al saltar Bud y John Henry sobre él.

Antes de que ninguno de los dos aturdidos aviadores lograse ponerse de rodillas los motores rugían nuevamente, en toda su fuerza.

El aeroplano despegó, haciendo un brusco viraje al oprimir Wagstaff con el pie los controles. En el asiento de atrás, John Henry y Bud trataban de acomodarse riendo excitadamente.

Empezaron, sin embargo, a discutir acerca de quien ocupaba más espacio

La discusión se hizo más acalorada a medida que la corriente de aire, alrededor de ellos, era más fría.

OBLIGADO A DESCENDER

Wagstaff tomó rumbo al norte y subió empinadamente para ganar altura. En el momento de despegar había visto todavía las débiles llamas amarillas que salían del escape del motor de Rolstein. Ahora, sin embargo, no las veía más. Nada distinguía en la obscuridad que lo rodeaba. Sin embargo supuso que el alemán se dirigiría a su tierra.

Cinco minutos después fué evidente que, desde las líneas del frente, habían telefoneado el robo de los aeroplanos porque subieron granadas y estallaron brillantemente. Aunque aquello era un peligro para los aventureros, se alegró Wagstaff, porque a su luz divisó el aparato de Rolstein, como media milla más adelante, a la derecha.

Por consiguiente alteró el rumbo y pronto tuvo la denunciadora llama del escape delante, para guiarlo.

Seguir al alemán era ahora fácil, porque mientras el motor funcionara, la llama del escape se vería. Entretanto, en tierra, las baterías antiaéreas se interesaban vivamente en el asunto y la metralla empezó a llover desagradablemente cerca.

Wagstaff observaba atentamente la brillante estrella que iba adelante. Estaba indeciso. ¿Qué valía más? ¿Seguir a Rolstein y exponerse a ser derribados por el fuego de tierra o ganar altura y confiar en la suerte para hallarlo otra vez?

Se decidió W[illegible]staff por lo primero y salió bien. Pr[illegible]tuvieron fuera de tiro y sólo quedó al frente la obscura masa del terrible alemán.

Era evidente que Rolstein había organizado el plan de fuga muy cuidadosamente, porque ninguna batería alemana hizo fuego a los aeroplanos, de manera que la larga persecución, en la noche, fué monótona.

Transcurrida media hora más la luna asomó en un pedazo despejado del cielo y el aeroplano del alemán apareció claramente a los ojos de los Mosqueteros.

En ese momento se inclinó Bud hacia Wagstaff.

—Escucha, — le gritó a Wagstaff — Johnny y yo hemos hallado aquí una ametralladora Lewis y cuando hayamos terminado de discutir a quien le corresponde manejarla ¿no crees que sería bueno llenarlo de agujeros a Rolstein? Creo que no debe ya quedar mucha nafta en este carromato.

Por primera vez pensó Wagstaff, en la cuestión combustible y miró vivamente el indicador del tablero Con horror, vió que sólo quedaba muy poco del precioso líquido y por encima de su hombro hizo a Bud un gesto de asentimiento.

—¡Suerte que se te ocurrió pensar en eso! — gritó sobre el ruido del motor — Es evidente que esta máquina es más rápida que la de Rolstein. Le hemos ido alcanzando gradualmente. Conque, prepárense y usen la ametralladora una vez que estemos a tiro.

—¡Muy bien! — gritó Bud y se echó hacia atrás pisando fuertemente a John Henry.

Lamentó entonces Wagstaff no haber puesto a John Henry en los controles cuando partieron. Los tres ases de la famosa escuadrilla de el Calvo; pero John Henry, como piloto, les mataba el punto a los otros dos. Tenía fama de no haber mejor aviador que él en todo el frente. Fueran cuales fueran sus otros defectos, como piloto, era un genio.

Y un genio se hubiese necesitado ahora con aquel aparato, donde se estaba terminando el petróleo y ante la necesidad de obligar a otro a aterrizar.

Wagstaff, sin embargo, se convirtió en genio aquella noche, aunque como hizo lo que hizo no pudo nunca explicarlo después.

Hubo momentos en que se echó hacia adelante en la cabina, como si empujara al aparato con su gran fuerza. Sentía que le dolían todos los músculos; pero al fin sólo cincuenta yardas lo separó del primer aeroplano. Entonces apuntó con los cañones delanteros y envió una descarga.

El tirar a la luz de la luna es difícil y las balas destrozaron el ala derecha del aparato en vez de pegarle al piloto, como era la in-

tención de Wagstaff. El efcto, sin embargo, fué fulminante. Rolstein, tomado completamente por sorpresa, puesto que el ruido de su propio motor le había impedido oír el del otro aeroplano, hizo dar vuelta sobre sí mismo al aeroplano, instintivamente, y bajó en tirabuzón, tratando de escapar a su invisible enemigo.

Esto era lo que Wagstaff había esperado y deseado. Lo siguió, también en tirabuzón, y el movimiento brusco del aparato terminó la discusión entre los artilleros de la zaga, haciendo chocar violentamente sus cabezas.

A los pocos minutos estaba nuevamente Wagstaff dentro de tiro y envió una segunda descarga a la cola del aeroplano perseguido. Rolstein hizo un violento loop y Wagstaff enderezó su aparato debajo del otro.

—¡Ahora! — gritó — ¡Ahora ustedes dos! ¡Tiren desde abajo!

Dsgraciadamente en aquel momento Bud y John Henry tenían una agarrada como dos pibes mellizos que, en un mismo cochecito, se disponen a tirarse del pelo; al oír el grito de Wagstaff se lanzaron a la vez sobre la ametralladora y el resultado fué que la descarga fué dirigida hacia el propio plano superior y una ráfaga de aire frío pasó por encima de la cabeza de Wagstaff.

Se agachó instintivamente y movió los controles al mismo tiempo, de manera que el aeroplano se empinó.

Nuevamente aquel movimiento desalojó de su posición a los artilleros. Bud cayó al fondo de la cabina y casi mordió a John Henry en su excitación.

El joven Dent tenía ahora plena posesión de la ametralladora, la hizo girar hacia arriba y descargó.

¡Ra-ta-ta-ta!

La descarga pegó debajo del motor de Rolstein, agujereando el tanque de petróleo.

El alemán comprendió lo que había ocurrido antes de que el motor se recalentara y parara. Puso proa abajo y descendió como una plomada, a través del cielo bañado de luna, dirigiéndose al punto de aterrizaje más próximo.

A su izquierda veía las vías del ferrocarril y una estación. Hacia allí se dirigió, pensando que si aterrizaba cerca de sus compatriotas se salvaría de un ataque en tierra. Pero no había contado con la tenacidad de degos de los tres británicos, que siguieron su huella.

Wagstaff bajó tras él como un halcón. Comprendió que el aeroplano del alemán estaba inutilizado y, por espíritu de caballerosidad, no hizo más fuego. Fué así que los dos aeroplanos tocaron tierra, como a media milla de distancia de la estación, casi en el mismo momento.

Rolstein fué el primero en salir de su aparato. Echó a correr como una liebre; pero una descarga de balas hizo saltar tierra alrededor de sus pies.

—¡Alto! — rugió Wagstaff, que se había inclinado por la borda y daba vuelta la ametralladora de la zaga, mientras John Henry y Bud saltaban al suelo. — ¡Alto ahí! La tengo cubierto y recibirá la próxima descarga en la espalda.

LA CARTA DE TRIUNFO DE ROLSTEIN

Rolstein se detuvo tembloroso y lanzó una sarta de maldiciones en alemán. Miró desesperadamente a su alrededor; pero no vió a nadie ni cerca de la estación ni en parte alguna. Sabía que estaba acorralado, que dar un solo paso más era recibir la muerte.

El barón von Rolstein era hombre inteligente, muy inteligente, como los tres británicos iban a comprender antes de mucho.

Sin embargo, ahora no se le ocurrió nada de provecho y tuvo que someterse dócilmente, cuando John Henry y Bud se apoderaron de él y empezaron a arrastrarlo hacia donde esperaba Wagstaff.

Una vez que lo llevaron junto al aeroplano, le revisaron prolijamente los bolsillos y de pronto lanzó John Henry un grito de alegría.

—!Aquí... ¡aquí está! — rugió sacando un papel doblado del pecho del hombre — ¡Viva! ¡Aquí está el Tratado! ¡Lo tenemos... lo tenemos otra vez!

—¡Déjame ver! — dijo Wagstaff excitadamente y bajó para agarrar el papel y desdoblarlo, mientras los otros dos, olvidando un momento al prisionero, se estiraban sobre su hombro para leer.

Las palabras de John Henry resultaron ciertas. Era efectivamente el Tratado, bastante maltrecho, pero entero todavía.

—¡Gracias a Dios! — jadeó Bud — Wagstaff, eres una maravilla. Si no hubieses pensado tan rápidamente cuando este tipo se hizo humo, nunca lo hubiéramos recobrado. Bueno, ahora lo único que nos resta hacer es subir a esta carraca y volver alegremente a casa.

—Creo que no — dijo una voz gruesa detrás de ellos — creo que no, amigos míos. Esta noche no habrá más vuelo. ¡Aquí están y aquí se quedarán!

Wagstaff se dió vuelta y lanzose hacia adelante.

—¡Agárrenlo! — gritó — El trompeta tiene una pistola Very. La sacó del aeroplano.

Pero mientras se precipitaba, brilló un fogonazo en la mano derecha del alemán, oyóse una detonación y partió vívida luz que pegó en el aeroplano, junto al cual estaban parados los tres británicos. Al pegar se disolvió en una llamarada.

Los tres camaradas oyeron la risa de Rolstein y comprendieron lo que había pasado.

Durante el momento en que lo descuidaron, se acercó a su inválido aeroplano y sacó de la cabina la pistola Very, de señales.

Las pistolas Very se usaban para disparar un tipo de pequeño cohete, de varios colores. Estos cohetes, naturalmente, ardían con viva llama y esta llama era la que había incendiado el aeroplano, convirtiéndolo instantáneamente en una pequeña hoguera.

(Continuará)

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Conclusión)

FRANK Berger se echó a reír, se rió entre dientes, de un modo forzado.

—¿Oíste eso, Janey? — volviose a la mujer — Nuestro amigo tiene una manera extraña de corresponder a la hospitalidad.

Janey Wray miró a Río Kid. No era más la joven vivaz y alegre que tan completamente se había identificado con el ambiente de Ensenada. Su rostro denotaba señales de cansancio, sus ojos estaban sombríos, tristes.

Agarró el revólver de seis tiros que Kid había dejado sobre la mesa y la cara de Frank Berger se iluminó mientras se adelantaba, con la mano extendida.

—¡Muy bien! — exclamó — Dame ese revólver. Le demostraremos a este cowboy salvaje, convertido en sheriff...

Se detuvo bruscamente. Porque no era el mango del 45 lo que avanzaba hacia él sino el caño, negro, amenazador.

—¡Atrás! — dijo Janey con voz tensa.

—¿Qué mosca te ha picado? — balbuceó el cajero. — ¿Qué intentas hacer gatita salvaje?

—No sé — dijo la joven. Había una especie de nudo en su garganta y el brillo de una lágrima en su mejilla — a no ser que me esté entrenando para ser... esposa de... alguien de la policía.

—Bueno, yo exijo una explicación — exclamó Berger enojado. — ¿Qué significa todo eso?

—Yo puedo decírselo — replicó Río Kid. — Cuando Reno Blackie asaltó el banco, en Palomas, se llevó quizá algunos paquetes de billetes falsos. Pero eso fué todo. Había otras cosas, en el compartimiento, además del dinero, acciones, papeles valiosos y demás. Pensándolo bien, no pudo Reno Blackie tener tiempo para elegir el dinero. Eso fué hecho por alguien que dispuso de mucho más tiempo y obró con toda tranquilidad. Cuando hablé con Mary Nason y con el viejo Yarborough y examinamos la bóveda, imaginé que los doscientos mil dólares pudo llevárselos usted cuando partió el sábado anterior para las vacaciones; pero guardé mi sospecha y traté de hallar el aeroplano.

El asalto fué una añagaza para encubrir el robo. Usted alquiló a Reno y a los otros. Y ellos hicieron perfectamente su papel. Usted pensó que, si todo salía bien, quizá podría regresar, inocente como un cordero. Si salía mal, tenía usted tiempo para buscar escondite seguro a partir a Sud Africa.

Si hubiésemos agarrado a Reno, como estuvimos a punto de hacerlo, encontrando que nada tenía encima más que dinero falso, usted tenía, como digo, tiempo de ponerse en salvo.

Mary Nason, pobre muchacha, estaba enamorada de usted. Desconfió algo, desde el principio. Yo lo comprendí. Tenía miedo de decir demasiado y hacer recaer sobre usted las sospechas. Le perdono que le haya avisado a usted que Flash y yo pensábamos seguirle la pista. Usted debe haberle telefoneado después que salimos de Palomas y ella le dijo que nos dirigíamos a Agua Caliente y Tía Juana, en un "roadster" con chapa de Iowa.

Sea como fuere, usted se enteró y alquiló a un par de asesinos para que nos atacaran cuando cruzáramos la frontera.

Frank Berger, cajero del banco, dejó caer la careta. Estaba ahora delante de Río Kid otro Frank Berger, ladrón y asesino. Un alma torcida y un cerebro inteligente.

Desnudó los dientes y retrocedió, como un lobo a quien se priva de devorar una carroña.

—¡Váyase al infierno! — exclamó. — Usted, Río Kid... ¿quién es para perseguir a nadie?

¡Un bandolero también! ¿Cree que no estoy enterado de sus antecedentes? Tengo amigos que le conocen y en el juicio que me sigan saldrá también a luz su historia.

En cambio a mí nada puede probarme. No tiene ninguna evidencia contra mí y lo sabe.

—¿Qué no hay pruebas contra usted? — intervino Janey con los ojos en llama. — ¿Lo cree así? Bueno, yo las tengo. Yo ví el dinero. Sé donde está escondido.

—¡Mientes, coqueta maldita y ambiciosa!

—¡Cállese! — gritó Juana. Se volvió a Río Kid. — El siempre odió a Palomas. Decía que era un inmundo agujero y sus habitantes unos pobres diablos toscos.

Despreciaba al viejo Yarborough, aunque lo adulaba y ganó su confianza. ¡Después de todo lo que el viejo hizo por él! Conmigo,

simpatizaba mucho. Teníamos cosas en común... así lo creía al menos. Pero yo amo a los hombres del desierto; son sinceros y leales.

Acostumbraba a decirme que un ladrón hábil podía robar el banco una docena de veces sin ser detenido. ¡Oh sí! Tenía mucha confianza en mí. Yo hacía tiempo que sospechaba que era un miserable, lo escuché y la observé. Habló de sus vacaciones y de lo que nos íbamos a divertir.

Yo no sabía que se llevaba el dinero del banco, cuando partió ese sábado; pero dos días antes había decidido vigilarlo. Subí al tren sin que él me viera.

—¡Siga! — dijo Berger furioso — Amontone embustes sobre embustes y veamos adonde quiere ir a parar.

Janey no le hizo caso, salvo para dirigirle una mirada despreciativa y apretar sus dedos en la culata del revólver. — El guarda me consiguió un compartimiento vacío hasta Los Angeles. Luego supe, por el guarda del compartimiento de este tipo, que él se dirigía a Agua Caliente. Había hecho averiguaciones para llegar hasta allí, en aeroplano. Yo también fuí en aeroplano de otra línea. Por casualidad lo encontré en el hotel de Agua Caliente.

Anoche decidimos venir aquí.

—Estaban aquí Reno Blackie y otro pájaro. Este último se marchó al poco rato, llevándose algún dinero que le dieron.

Reno se volvió a la ciudad y mi amigo, aquí presente, apagó las luces y sacó una baldosa de abajo de la mesa. Creo que se sorprenderá de lo que hay ahí.

—¿Ah, con que esas tenemos, traidora maldita? — aulló Frank Berger.

Afuera aulló un coyote. Río Kid, que escuchaba, sintió un extremecimiento de alegría.

El único ser capaz de aullar como coyote, no siéndolo, era Flash Furlong.

En la boca del negro pasaje que conducía al patio se oyó un ruido. Río Kid se dió vuelta vivamente y encontrose ante la cara amarilla de El Cobra.

EL FIN DE UN RASTRO

El Cobra avanzó lentamente dentro de la habitación. Un horrible costurón en el costado de la cabeza aumentaba el siniestro aspecto de sus facciones. Sus pequeños ojos eran oblícuos eran dos rayitas a través de las cuales se veía su alma de demonio.

En su mano derecha esgrimía una pistola automática.

Era, sin embargo, el cuchillo, metido negligentemente en el cinto que tenía más siniestro significado.

Fué Janey quien rompió el tenso silencio.

—¡Demonio amarillo! — gritó — Si da otro paso, lo atravesaré de un balazo.

Frank Berger se inclinó sobre la joven, con expresión de odio y de horrible júbilo.

—No vivirán para matarlo — aulló. — Mira detrás tuyo tontuela!

—Que mire atrás... ¡su abuela! ¿Se cree que soy tan tonta?

—¡Manos arriba! — dijo una voz. — ¡Manos arriba los dos! O los mato enseguida.

Era Reno Blackie que había salido de atrás de una gran cortina que cubría una puerta.

—Escapó usted una vez, Río Kid — dijo al sheriff — Pero no ocurrirá ahora lo mismo.

—¿Quiere jugar — desafió Janey — a que mato ese chino antes de que usted me hiera por la espalda?

Río Kid vaciló. La situación era desesperada. Tenía que pensar no solamente en el dinero del viejo Yarborough si no en la joven. El y Flash pudieron escapar de lo de Araña Burke, cuando el resultado de la lucha se hizo dudoso. Pero de aquí no podrían.

—Creo que ustedes, caballeros, tienen el as del triunfo — dijo lentamente al fin Río Kid. Y alzo las manos. — Debí saber que un hombre tan listo como Frank Berger, tendría una carta escondida. Mis felicitaciones.

Un instante después el pequeño mundo del desierto se estremecía con los ruidos de la batalla entre la ley de la estrella y la ley de los bandidos de la frontera.

Río Kid se movió con la rapidez del rayo. Hizo tres cosas tan velozmente que parecieron una sola. La atención de los tres bandidos estaba fija en el revólver que tenía en su mano Janey. Ella era el problema, por el momento, porque no había acatado la orden de Reno Blackie. Era un factor peligroso. Podía tirar... probablemente tiraría. Tenían que desarmarla o... matarla.

Mientras pensaban en Janey, Río Kid entró en acción. Su mano izquierda se dirigió como un relámpago dentro de su saco y salió armada de otro 45. Con la mano derecha agarró el borde de la mesa y la dió vuelta.

Los bandidos más bien le apuntaban a Janey que a él. Por consiguiente ella sería el blanco de los primeros disparos. Río Kid se arrojó contra ella con una fuerza que la hizo caer. Vagamente oyó Janey su murmullo. "¡Tírese al suelo!" Pero era innecesario, porque se encontró en el mismo instante tendida sobre el duro piso de piedra.

El ruido de la mesa al caer al suelo, el estrépito de la lámpara que siguió el mismo camino, el sorprendido grito de alarma de Frank Berger, la doble detonación de las pistolas de Reno Blackie, la del automático de El Cobra y otros ruidos más cubrieron el de pies desnudos en el patio.

Otros miembros de la casa, el peón mejicano, hombre de mala reputación y el cocinero chino, otro de la misma laya, atravesaron rápidamente el patio interior.

Fué esa pareja, uno de cuyos miembros repetía los sagrados juramentos de sus padres con acento gutural y el otro murmuraba maldiciones en el dulce idioma de sus antepasados españoles, que se encontró con un personaje alto, flaco, cuya lengua americana decía frases capaces de prender fuego al amianto.

Era Flach Furlong, que salió de las sombras y le pegó tremendo puñetazo al sorprendido mejicano.

El fornido peón recibió el golpe en la mandíbula y cayó de rodillas. Un ruido de pies, en zapatillas, sobre el suelo de tierra, detrás

suyo, previno a Flash que se dió vuelta a tiempo para ver el brillo de una hoja de acero.

El bravo comisario paró el golpe del cuchillo con su revólver.

—¡Ah pedazo de cochino! — exclamó.

El cochino o chino perdió ligeramente el equilibrio y le dió a Flash una oportunidad de asestarle un golpe en el cráneo. El atacante cayó con un gruñido; pero el mejicano, sacudidas las telarañas de su cerebro, atacó a Flash revólver en mano. Oprimió desesperadamente el gatillo; pero su pulso era inseguro y la niebla no había desaparecido enteramente de sus ojos .

El ruido de la lucha en el interior había enloquecido a Flash de furia. Dirigió un golpe a la cabeza de su adversario, que debió hacerle a su cabello una raya donde jamás la había tenido. Luego se dió vuelta y corrió hacia el pasaje que conducía a la pieza del frente.

Los tiros que había oído Flash, sabía éste, provenían de pistolas automáticas y sentíase lleno de terribles presentimientos. Se detuvo en una especie de nicho del corredor.

—¡Eh... Río Kid! — llamó ansiosamente.

En respuesta oyó un viejo revólver de seis tiros detonar como un trueno. Río Kid podía tirar aún y Flash exclamó jubiloso:

—¡Ya voy, cowboy!

Después de las primeras y rápidas descargas de las armas de Reno Blackie y de El Cobra, quienes acribillaron la obscuridad con plomo, hubo una pausa, un angustioso silencio, interrumpido sólo por los ruidos de lucha en el patio.

Janey se encontró caída junto a la mesa. Sus dedos se cerraban aún alrededor de la culata del revólver. La lámpara se había apagado, después de una última guiñada espasmódica. Sentíase fuerte olor a kerosene. Los ojos acostumbrados a la luz, experimentaron momentos de obscuridad profunda. Luego penetraron rayos plateados de la noche exterior a través d los sucios cristales, dibujando sombras y claros en el cuarto de la muerte.

Ojos furtivos se esforzaban por identificar sombras hóstiles. Sabía Río Kid que sólo transcurriría breve intervalo antes de que los asesinos hallaran blanco para sus tiros. Además, estaba aquella siniestra y pequeña víbora amarilla, sedienta de sangre, con su cuchillo. Imaginaba al asesino arrastrándose silenciosamente con el arma levantada.

La voz de Flash, en el patio, devolvió la confianza a Río Kid. Si lo mataban a él, no quedaría Janey a merced de aquellos demonios. Parecióle oír junto a sí una respiración Juzgó que sería el chino. Tenía que alejarse de Janey, de otra manera corría ella peligro de ser herida, cuando tiraran otra vez.

Río Kid se agachó un momento sobre los talones, vaciló un instante. Luego se lanzó hacia el sitio donde estaba seguro qu se hallaba el chino, agachado junto a una silla.

Hacía mucho que El Cobra consideraba suya a la obscuridad. Era hijo de la noche y el cuchillo su amigo. Sus dedos, como garras, empuñaron el mango mientras escudriñaba la obscuridad, buscando la débil sombra que debía ser Río Kid. La distancia no podía ser grande y sólo tendría que asestar un golpe.

Río Kid se lanzó hacia adelante. En el momento de obrar, distinguió un vago movimiento cerca de la puerta por donde había entrado Reno Blackie e hizo fuego. Respondió instantáneamente un fogonazo y una detonación. La bala le rozó el saco. El Cobra distinguió la forma del sheriff y saltó de costado tirando una puñalada, con el movimiento rápido y ondulante de su homónima, La Cobra. La hoja y el caño del revólver se encontraron en mitad del aire y Río Kid trató de inmovilizar la mano del asesino con el Colt. Reno Blackie, que no reconocía aliados ni sentía particular interés por el chino, abrió fuego. Su intento era matar a una o a las dos formas que se balanceaban. Sin embargo, prefería hacer blanco en el sheriff.

Las balas pegaban en la pared de adobe, abriendo paqueños y mágicos poros. Ninguna de ellas encontró, en su breve viaje, a Río Kid porque éste se movía como un bailarín profesional. No era la primera vez que tenía necesidad de abrirse paso en un infierno de obscuridad y acre humo de pólvora, hacia el aire libre, bajo las estrellas. No le gustaba pelear así; pero, una vez que había entrado en acción, experimentaba sensaciones emocionantes.

Con la rapidez y seguridad de un gato, colocó la anchura de la pieza entre él y el sitio a donde estaba la joven, hecha un ovillo, en el suelo. Llegó a la pared y agachándose, le dió la espalda. Pasó el Colt a la mano derecha, seguro de que no podían flanquearlo y de que Janey estaba fuera de la línea de fuego.

Separando bien el revólver de su cuerpo hizo fuego en dirección a los fogonazos de la pistola de Blackie. El bandido, en respuesta envió una bala al sheriff.

Entonces Río Kid pasó rápidamente el revólver a su mano izquierda y una vez más, separándolo bien del cuerpo, hizo fuego un poco a la derecha, al último destello amarillo. Nuevamente pasó el 45 a la mano derecha y esperó.

Su oído percibió en el corto intervalo de silencio el ruido de algo que rozaba la tosca y maciza pared. Decidió que era el chino que se arrastraba hacia él. Parecía que el asesino amarillo había tirado su pistola o que deseaba solamente bautizar su cuchillo con sangre tibia. Vaciló en hacer fuego en dirección al ruido porque la entrada del corredor que daba al patio se hallaba ahí y sabía que Flash estaría agazapado cerca, esperando el momento de poder tirar, no bien estuviera seguro de quien era su amigo y quien no.

Frank Berger se había tirado al suelo, espantado por el encarnizamiento de la pelea. Nunca soñó ser espectador, cuanto más actor, en una batalla en la obscuridad, como aquella. Sacó un pequeño automático de un bolsillo de su saco y lo oprimió con dedos inseguros.

Flash Furlong escuchó un rato los ensordecedores estampidos de las armas de fuego y comprendió que el duelo era entre pistolas automáticas y un Colt. Las primeras detona-

ban cerca de la pared exterior y a la izquierda; el último junto a la pared interior, a la derecha. Por lo menos dos ocupantes de la pieza, calculó, no tomaban parte en la lucha.

Sin embargo, era muy probable que intervinieran en cualquier momento. Una vez se dió vuelta Flash para mirar hacia el corredor, detrás suyo, temiendo ser atacado por retaguardia por otras personas de la casa. Luego entró en la pieza, silencioso como un gato. Su largo pulgar estaba curvado sobre el gatillo del revólver y envió una bala en dirección al último destello del automático.

Reno Blackie, sin embargo, estaba ahora pasando recuento a las fichas de su vida, a las blancas, a las rojas y a las azules, para descubrir que, en el juego que había emprendido, no podría compensar las pérdidas. Porque el último mensajero de plomo, proveniente del revólver del sheriff, había hallado blanco muy cerca del corazón del bandido.

La fuerte detonación del pesado revólver del comisario reveló a Río Kid la posición de Flash y se apartó de la pared apenas a tiempo, porque el Cobra había saltado una vez más, con los colmillos desnudos, en busca de carne blanca. El revólver de Río Kid estaba desarmado; pero Flash cuyos ojos se habían acostumbrado ahora a la obscuridad, había divisado una sombra amenazadora contra la pared y su 45 no sólo detuvo al asesino amarillo si no que lo envió a rendir cuentas ante los dioses de sus antepasados.

El ruido de las pistolas de Reno Blackie, al caer éste al suelo, reveló que el bandido estaba fuera de combate. El Cobra se tambaleó a su vez y cayó a los pies del sheriff, con débil suspiro.

—Creo que la batalla ha terminado — dijo Flash.

—Busque a Berger — le previno Río Kid. — Probablemente tiene arma — su siguiente pensamiento fué para la joven. — ¿Está bien, Janey?

—¡Muy bien, Río Kid! — contestó una voz de mujer. Añadió: — Berger está tendido cerca de la puerta. Veo su sombra. Le apunto, por si empieza a tirar.

Flash encendió un fósforo, mientras Río Kid se acercaba al postrado cajero.

—Todo ha terminado, Berger — le dijo. — Levántese y extienda las manos al frente.

El cajero se puso repentinamente de rodillas y acercó el caño del revólver a la cabeza. Era demasiado tarde. Río Kid estaba encima de él. El sheriff medio había esperado que trataría de evitar el juicio en Palomas. Le arrancó el revólver y le puso las esposas.

—¡No puede usted llevarme! — dijo furioso Berger. — Estamos en Méjico.

—Vendrá usted tranquilamente, sin armar barullo — dijo Kid. — Si no me presentaré a las autoridades locales les contaré la historia y será usted fusilado. En estos sitios la justicia es muy rápida.

Era una "parada", pero dió resultado. Frank Berger se asustó; pero todavía intentó obtener alguna ventaja:

—Usted es también un proscripto, Río Kid. Estoy seguro de ello. Si me lleva, lo denunciaré. Le conviene más que hagamos un trato.

—No hago tratos con nadie — contestó Río Kid. — Soy un proscripto, es cierto; pero nada he hecho de que pueda avergonzarme. Una vez que haya llevado a usted a Palomas, presentaré mi renuncia y volveré a mi vida errante.

—Río Kid... — ¿Es cierto eso? — murmuró Janey.

—Es muy cierto — murmuró el joven sheriff. — Pero no hablemos ahora de eso. Hay otras cosas en que pensar.

Río Kid encontró el dinero del banco debajo de la baldosa, como Janey le había dicho. Era la parte que le tocaba del botín. Se le había prometido diez mil más por la muerte de Río Kid y Flash. Dentro del forro de la gorra de el Cobra se hallaron quinientos. El piloto del aeroplano, un contrabandista de drogas, había recibido ocho mil. Y esos se habían hecho humo con el aviador.

Janey y Río Kid se miraron emocionados. La joven deseaba llorar; pero sólo dijo:

—Aunque sea verdad... no me importa.

—Pero a mí sí, Janey. Usted no puede ser la esposa de un hombre que tiene la cabeza a precio... aunque nada haya hecho para merecerlo. Volveremos a Palomas. Usted y Flash se encargarán de explicar el asunto. Yo... yo volveré al "ranch" donde dejé mi caballo. Y usted olvidará esta aventura y será feliz. — Ella entonces lloró.

Más tarde, tranquila ya, mientras estaban bajo las estrellas, frente a la vieja hacienda, le contó los detalles que faltaban.

—Frank Berger, ese demonio humano, — dijo finalmente con un esfuerzo — hacía que sus brutales cómplices me vigilaran continuamente. Dormían en el hotel donde yo paraba y no podía moverme sin que alguno me siguiera. Estaban fuera de la ventana, cuando yo le hice señales en lo de Quong Loy. Berger estaba conmigo cuando le envié la postal y por eso no pude decirle más.

—Fué bastante... vecina. Creo tiene que perdonarme por haber dudado al principio un poco de usted. Lo confieso.

—¡Seguro! — Y yo tuve mucho trabajo para hacerle comprender que usted no podía estar complicada en este asunto. No sabe cuanto la defendí. Si no hubiese sido por mí, él no le hubiera tenido fe — dijo Flash Furlong.

—¡Pícaro embustero! — pensó Río Kid y sonrió melancólicamente.

Se había dado cuenta de que Flash, no bien estuvo seguro de la inocencia de Janey, se mostraba muy atento con ella. Y la muchacha no parecía recibir mal sus galanterías. Al fin y al cabo eran amigos y vecinos de mucho tiempo. Río Kid volvería a su vida libre y aventurera, después de aquel paréntesis en un medio relativamente moderno y civilizado. Y Janey sería, después de todo, esposa de "alguien de la policía".

Poco antes de llegar a Palomas, Río Kid se despidió de sus amigos. Despidámanos también de él, lectores. Quizá algún día lo volvamos a encontrar.

FIN

LATIGO NEGRO

DETECTIVE

Por Charles Hutchinson

(Continuación)

¡BIEN! Mételas ahora dentro de la túnica de ese sabueso. Así — se detuvo un momento a escuchar el ruido detrás de la puerta de acero. Sacó una linterna eléctrica de su bolsillo.

—Alcenlo entre dos. ¡Síganme! — fué todo lo que dijo. Alumbrando con la linterna atravesó el galpón. Lake seguía la procesión en fascinado horror. Sospechaba lo que iba a hacer Hyland y los latidos de su corazón casi lo sofocaban.

—Con, agarró el brazo de su jefe mientras éste se detenía en un rincón obscuro. — Con seguramente no querrás...

Hyland lo apartó con gesto feroz. Se inclinó de pronto e iluminó con la linterna hasta que halló dos argollas en el piso. Agarrándolas, tiró fuertemente y la tapa de un escotillón se levantó con ruido de goznes oxidados. Un olor sofocante de barro y agua estancada salió instantáneamente del agujero, haciéndolo toser. Iluminó la cavidad con su linterna.

Luego miró amenazadoramente a sus cómplices.

—Es ahí donde va a ir Látigo Negro — murmuró. — Dentro del barro y del agua, con todo ese peso encima. El sitio apropiado para un espía.

Diez segundos después la tapa del escotillón se volvía a cerrar.

—¡Ya está! — la voz de Hyland interrumpió un espantado silencio. — Látigo Negro invadió mi casa y debe haber hecho perecer ahogado al mejor de mis hombres. Pero hemos ajustado cuentas. ¡Vamos, muchachos!

Ellos no necesitaron una segunda invitación. Corrieron hacia el Rolls y subieron, mientras Lake se situaba al volante. Dos faroles laterales iluminaron la obscuridad y la vereda de hormigón, a cuyo final estaba Nobby para abrir la puerta y volverla a cerrar. Silenciosa, cautelosamente, el Rolls marchó hacia la puerta. Cuando estuvo a pocos pasos, Nobby, la abrió de par en par.

Y luego, recibió en la nuca un fuerte golpe con la culata de una pistola y cayó sin conocimiento.

JUSTO A TIEMPO

Gritos de terror frenético resonaron entonces en el galpón.

Al caer Nobby, apareció a la luz de los faroles un hombre alto, magullado, sucio, pero terrible. El Rolls se detuvo al detonar la pistola que el otro tenía en su mano y el eco de los tiros resonó atronadoramente en el galpón. El hombre sólo vestía pantalón negro, de noche y lo que había sido, en un tiempo, una camisa de seda blanca.

Sobre el tumulto resonó su voz fiera, jubilosa.

—¡Ahora, Con el Hábil, sal si puedes de aquí!

¡Pam! ¡Pam! Los neumáticos delanteros del auto estallaron y las luces se apagaron bajo la lluvia de plomo. Lake lanzó un gemido y se desmayó sobre la rueda. Hyland bajó del auto, tropezando, gritando como un loco. Los otros bajaron tras él.

Esta vez Látigo Negro no cometió errores. Tirando su pistola vacía a una figura barrosa, sacó su fusta. Esta silbó en el aire, arrancando gritos de dolor a los bandidos, al recibir éstos sus mordeduras.

Hyland, agachándose desesperadamente, fué el único que pudo escapar y corrió hacia la puerta.

Pero cayó en brazos de dos cabos de policía y de una excitada muchedumbre, atraída por los tiros de Látigo Negro.

Medio loco de miedo luchó un momento y luego se entregó. Látigo Negro, dueño de la situación ahora, dió una orden que los policías obedecieron rápidamente.

Uno agarró a Hyland, el otro cerró la puerta en la cara del público. Los bandidos quedaban presos en su propia trampa.

La linterna de uno de los policías iluminó los cuerpos postrados. Látigo Negro subió al Rolls, bajó a Lake y encendió los poderosos reflectores. Uno estaba roto, pero el otro brilló fuertemente. A los pocos segundos los prisioneros fueron agrupados a la luz.

Látigo Negro se volvió anhelante a los policías.

—Yo acabo de bajar de este techo — dijo ansiosamente. — Oficiales, estos hombres han tirado a otro, por una escotilla, al canal. Los vi hacerlo a la luz de la linterna de Hyland. La escotilla está en ese rincón, a mano izquierda. ¡Pronto! Quizá puedan pescarlo, antes de que sea demasiado tarde.

Inmediatamente un cabo atravesó corriendo el galpón, mientras el otro se dirigía a

la puerta del galpón y lo abría, para pedir refuerzos. No había inconveniente en dejar solo a Látigo Negro con los prisioneros: desarmados, doloridos, ninguno estaba en condiciones de intentar resistencia.

Los examinó tranquilamente Látigo Negro, hasta que sus ojos se encontraron con la vidriosa mirada de Hyland. Una burlona sonrisa se dibujó en sus labios.

—Siento tener que presentarme en este estado, Con — canturreó. — Las ropas de noche de Lew Michel no me quedan muy bien que digamos.

La mandíbula de Hyland cayó más aun.

—¡Lew Mich!... — gimió. — Entonces usted...

—Sí. Le di un puñetazo en la azotea y le quité la pistola. Luego cambié mis ropas por las suyas. Todo fué hecho en pocos segundos, mientras ustedes resolvían subir y atacarme. Como Michel es alto y estaba a medio vestir, la cosa fué fácil.

—¡Oh, perro maldito! ¿Y luego... y luego...?

—Y luego no fuí a parar al canal. Tiré la bata de Michel para engañarlos a ustedes y pasé al techo del galpón. Usted cayó en el lazo, amigo, lo que no demuestra ninguna habilidad. Además, debió conservar este galpón en mejor estado, porque las paredes tienen grietas donde es fácil apoyar los pies para bajar.

Sus risueños ojos se pusieron súbitamente fríos y severos.

—Bajé justo a tiempo para impedirles la fuga. Pero no pude impedir que hicieran a Lew Michel lo que pensaba usted hacer conmigo. Hyland, pida al cielo, con toda su alma que su compañero sea salvado. Si no...

Hyland no contestó... no podía. No necesitaba mucha habilidad para comprender lo que le ocurriría si Lew Michel no era salvado.

En ese momento volvió a abrirse la puerta del galpón, dando paso a un inspector de policía y tres cabos, que traían cuerdas. Con Hyland se desmayó.

Por una milagrosa y feliz casualidad, el alto y fornido Lew Michel había quedado acuñado, con los pies para abajo en la angosta abertura. Más muerto que vivo, fué sacado poco después y conducido al hospital No conseguiría, sin embargo, matar detectives ni policías en su vida.

Por muchos años después de esto, Con Hyland estuvo ejercitando su habilidad en coser bolsas para la correspondencia.

EL BUITRE ATACA

Un grito penetrante resonó en la angosta callejuela, pavimentada con guijarros. Por un momento quedó vibrando en el aire sofocante. Luego se apagó y volvió a reinar el silencio, más profundo y siniestro que nunca, en el Barrio Chino.

A la entrada del callejón, un único farol brillaba opacamente. Pero, fuera de su débil resplandor, la obscuridad envolvía las casas misteriosas que se amontonaban a cada lado de la calzada. Al otro extremo se oía el rumor del río, detrás de un bajo muro. Y al pie del muro yacía el hombre cuyo moribundo grito había turbado el silencio de la noche.

Sin embargo, nada se movió en el callejón para contestar a aquel grito de agonía. No aparecieron luces en las casas. El hombre seguía tirado en la calle, muy quieto y silencioso ahora. Así permaneció, solo... hasta que saliendo de pronto de la oscuridad, una figura gigantesca se acercó a él.

Disimulándose contra la pared, el transeunte miró a todos lados, con los sentidos alerta. Al fin se agachó lentamente. El arma que había sacado volvió a su bolsillo. Encendió un fósforo, protegiendo su luz con las manos.

La pequeña llama iluminó su cara amarilla y sus ojos oblicuos. La mandíbula angulosa del hombre y la nariz, fiera y curva, demostraban que no era chino puro si no mestizo, con sangre europea en sus venas.

Miró sombríamente el cadáver, inescrutable el rostro, rígido el cuerpo como una estatua. Solamente sus labios sin afeitar se estiraron un poco ante lo que vió.

El hombre que estaba en el suelo había sido muerto por un hacha arrojadiza, china, que le pegó desde corta distancia y por detrás.

Sobre su pecho había un pedacito de cartulina, prendido allí por la misma mano que terminó rápidamente con la furtiva carrera del hombre.

Encendiendo un segundo fósforo, el gigantesco mestizo se inclinó más aún. Un ahogado juramento salió de sus labios, mientras llevaba la mano derecha al bolsillo. Pintado en la cartulina, con rojo brillante, veíase la fea cabeza de un ave, con el pico cruel bien abierto. Debajo, en caracteres chinos, leíase un siniestro y arrogante aviso:

"Cuidado con el Buitre Rojo".

El mestizo miró un largo momento la temible leyenda. En su rostro impasible no se movió un solo músculo, aunque sus ojos brillaban con fría luz. Luego, de pronto, dió vuelta vivamente la cabeza, como el que husmea un peligro.

En la entrada del callejón aparecieron dos fornidos policías. Iluminaban a un lado y a otro con sus linternas, las puertas y ventanas cerradas. El mestizo se dió vuelta y saltó rápidamente hacia el muro.

El teatro del crimen no era sitio para permanecer ahora. Sus fuertes manos se agarraron a lo alto del muro y con toda facilidad se dejó caer al camino de sirga, del otro lado. Apenas había desaparecido, los policías lanzaron un grito. Las linternas habían revelado la fea forma, junto al muro.

—¡Ya me pareció que el grito había resonado en este maldito pasaje, Ted! — jadeó una voz. Luego el que había hablado lanzó un furioso juramento al ver la fatal tarjeta sobre el hombre caído.

—¡Mira, compañero, otro crimen cometido por el Buitre! — su voz era ronca de ansiedad y exasperación. — ¡Dios! ¿Nunca podremos agarrar a ese demonio amarillo?

El segundo hombre contestó:

—Sí, cuando hayamos descubierto su gua-

rida y la allanemos. Hasta entonces, no.

—Sí, y cuando la encontremos, la mitad de la división perecerá en el "raid" lo apostaría — gruñó el otro con disgusto. — He visto pelear a los chinos cuando se les acorrala. Pero hay que hacer algo pronto. El Buitre está convirtiendo este distrito en un campo de batalla.

Mientras hablaban, los policías examinaban a la víctima. El primer oficial volvió a hablar.

—¡Hum! ¿Lo reconoce? Es Cicatriz Maley, de los Muchachos de Limehouse. Creo que ya no robará más en el río ¿no te parece?

—Es el segundo blanco asesinado esta semana — murmuró su compañero. — Y el séptimo del mes. Y además cuatro chinos. Es una guerra de bandas, Jim. Llama y que vengan otros.

observando la calle. Una vez pasó un hombre con amplias ropas y coleta, sin darse cuenta del gigante que acechaba a dos pasos de él. Luego aparecieron tres más, caminando con una cautela que se advertía aun en la obscuridad.

Al verlos acercarse, el mestizo se movió. Encendió de pronto un fósforo para encender su apestosa pipa de arcilla. Nuevamente iluminó la llama sus facciones de halcón. Cuando el fósforo se apagó, lo tiró en la cuneta, con paso rápido, dió vuelta la esquina y se metió por un obscuro y sucio pasaje que se abría en el cerco.

En respuesta a su señal — pues señal era — los tres recién llegados apresuraron el paso. Rápida, furtivamente, se metieron en el pasaje, rodeando al primero. Una navaja se apoyó siniestramente en sus costillas; una

Al sentir que llegaba la policía, el gigantesco mestizo saltó el muro.

Los dos hicieron sonar estridentemente sus pitos.

Llegaron débiles pitadas en respuesta, las que se fueron haciendo más fuertes, a medida que los agentes corrían, respondiendo al llamodo. El callejón era ahora todo sonido. Pero todavía permanecieron las casas obscuras y silenciosas.

Entretanto, el fornido mestizo se alejó de puntillas por el camino de sirga, desvaneciéndose como una monstruosa criatura de las sombras.

EL ESPIA MESTIZO

Diez minutos más tarde se hallaba en otra callejuela, a trescientas yardas de distancia. Al llegar a la esquina se detuvo y se perdió en la obscuridad, detrás de un cerco de madera. Allí se estuvo unos minutos inmóvil,

linterna le iluminó la cara. Los bandidos chinos no se exponen a equivocarse o a una traición.

La linterna fué bajando, pulgada a pulgada. Como en respuesta a una orden muda, el mestizo alzó plácidamente su manga izquierda, mostrando un dibujo, tatuado en rojo y anaranjado en su musculoso brazo. El silencio fué interrumpido por un gruñido de alivio, lanzado por el que sostenía la linterna.

—¡Ah Song! — habló en dialecto "Cokney" — ¡Suerte que tienes esa marca en el brazo! Ustedes, los amarillos me parecen a mí todos iguales.

Luego su voz adquirió acento de enojo.

—¿Y, dónde demonios te has metido estos dos días? ¡Pronto, chino, contesta! ¿Qué has estado haciendo?

Hubo un momento de silencio. Los que

formaban el sospechoso trío eran hombres blancos, malhechores de la costa del río. Dos de ellos tenían aspecto brutal. El jefe, sin embargo, era un pequeño "Cokney", de delgados labios, malvado como la hoja que tenía en su mano. Lo llamaban "la Vívora". Su nombre era Hyams y era el jefe de los Muchachos de Limehouse, la banda de malhechores blancos más peligrosa del río.

—He estado ocupado. No pude verlos antes. Pero anduve espiando por cuenta de ustedes. ¿Por qué estás tan enojado?

—¿Enojado, pedazo de idiota? ¡Cómo para no estarlo! Hemos recorrido este callejón desde el miércoles, esperándote. Te he hecho buscar también por los otros muchachos. ¿No has visto a ninguno de ellos?

Una extraña sonrisa se dibujó en los labios del hombre tatuado.

—Sí... ví a uno. A Cicatriz Maley... muerto. — dijo tranquilamente.

—¡El... qué! — la Vívora y sus hombres lanzaron una exclamación de temor. Ah Song continuó impasiblemente:

—Siii... muerto. Los hombres de el Buítre lo asesinaron hace poco rato. Yo lo encontré en el callejón de El Barco, ví la tarjeta sobre su cuerpo. Luego disparé, por que apareció la policía.

Los Muchachos de Limehouse maldijeron en voz baja. ¡Otro de su banda asesinado! Otra victoria del misterioso y temido Buítre, para aterrar el Barrio Chino! La Víbora apretó su cuchillo hasta que los nudillos le blanquearon sobre el mango.

—¡Si yo pudiera encontrar a ese maldito, le arrancaría el corazón! — murmuró con odio — Hasta lo denunciaría a los canas, Que descubra yo la guarida de la Tong del Buítre y reuniré a los hombres más decididos de West End, destruyéndolo a él y a sus asesinos amarillos para siempre.

Entonces, por segunda vez, la curiosa contracción arrugó el rostro de Ah Song. Agarró de pronto el brazo a "Víbora" Hyams y se inclinó lentamente hacia adelante, con los oblícuos ojos relucientes.

—Yo encontré la guarida de el Buítre... al fin. — fué todo lo que dijo, tan despacio que sus palabras eran apenas perceptibles.

—¿Tú la encontraste? ¿Dónde...dónde? ¿Estás seguro de no haberte equivocado?

Ah Song asintió, recobrando su primitivo estoícismo.

—No me equivoco. Yo agarré a uno de los hacheros de el Buítre, lo llevé a un sótano vacío... lo hace hablar. Siii... — sus labios se curvaron significativamente. — ¡Escuchen!

Bajando de nuevo la voz, habló rápidamente, mientras los otros bebían sus palabras. Al terminar Víbora Hyms se rió ferozmente.

—¡Córcholis! Nunca pensé que fuera ahí. Te has portado, hijo... te has portado. — murmuró y se volvió a los otros. Su delgado cuerpo temblaba de odio triunfante.

—¡Muchachos, tenemos que movernos! Vamos a atacar la guarida de el Buítre esta noche. Ned! — tocó con un dedo a uno de sus hombres — avisa a todo el mundo. Tú, Ah, ve a buscar a Araña Kelly, pronto. Dile que esta noche olvidaremos viejos rencores y nos uniremos para terminar con esos chinos. Dile que lleve su banda al viejo muelle de Snell, dentro de una hora, y nos encontraremos allí. Yo llevaré el resto de nuestros muchachos.

Haciendo castañear sus dedos los despidió. Sus ojillos se volvieron al impasible espía mestizo una vez más.

—¿Y tú, que harás, hijo? — le preguntó roncamente. Ah Song se palpó el bolsillo suavemente.

—Yo me reuniré con ustedes y tomaré parte en la pelea contra la Tong de el Buitre — dijo brevemente y luego dirigió a Hyams una firme mirada.

—Yo averigüé otra cosa más...también. Ese, que se hace llamar Látigo Negro, creo que está también en el Barrio Chino. Hay que andar con cuidado — dijo con su acento ceceoso. Apartó a la Víbora y se alejó, sin añadir más palabra.

La rata del río lo contempló unos instantes; luego él también se alejó, encogiéndose de hombros. Látigo Negro...La policía.. ¡Que se fuera a un cuerno! El tenía trabajo difícil durante la siguiente hora. Y luego otro más difícil y peligroso todavía.

Entretanto, el misterioso Ah Song, se encaminaba en dirección opuesta. No bien estuvo fuera del callejón, apresuró el paso, sin prestar atención a los chinos que, de cuando en cuando, pasaban junto a él. Poco despues llegó a una ruinosa casilla de madera, que había junto a la alta pared de la vía del tren.

No se veía a nadie. Por alguna razón, una delgada sonrisa distendió su rostro. Frunció los labios y silbó suavemente. Empujó la vieja puerta de la cabaña, la que se abrió con un crugido. Ah Song entró de puntillas.

Tiempo atrás, la casilla había formado parte de un edificio; pero ahora no era más que polvo y polilla, dentro de sus cuatro vacilantes paredes. Cuando Ah Song entró oyóse un paso cauteloso. Una figura fornida — la de un muchachón — apareció ante él. Junto al muchacho había un perro alsaciano, delgado y musculoso.

Ah Song lanzó una pequeña y profunda carcajada. Habló, pero esta vez no con el ceceo chino, si no en perfecto inglés.

—He llegado a la hora convenida ¿no Beefy? ¡Héctor, custodia la puerta!

(Continuará)

Lea en "PUCKY"

EL TESORO DE LA ISLA DEL MUERTO

Raúl de Lancaste

(Continuación)

LO cual quiere decir que deseáis que alguna vez os visite...

—O me digáis donde puedo encontraros.

—Vendré a daros noticias de doña Luz.

—Os lo agradeceré.

Martín reflexionó algunos instantes y luego dijo:

—Quiero aprovechar esta buena ocasión para ver si aclaro algunas dudas.

—Sepamos.

—¿No vais ahora a ver al rey?

—Lo veré mañana.

—¿Creeis que su majestad insista en su propósito de apoderarse de mí?

—Así lo creo.

—Eso es incomprensible.

—Antes se os persiguió porque conocíais el secreto de la existencia de mi hija.

—Pero ahora, en la situación en que todos nos encontramos y cuando vos dejáis de ser mi enemigo, a pesar de que sois el más interesado en este asunto, no hay razón alguna para que quiera encerrárseme.

—Debo advertiros que el rey no piensa hoy como pensaba un año hace.

—¿Y cuál es la causa de ese cambio?

—Lo ignoro.

—Ya sé en estos últimos meses todo su empeño lo ha puesto el monarca, no en protegeros, sino en evitar que yo me reuna con mi buena madre.

—Así parece.

—¿Y cómo se explica esto?

—No lo sé.

—Sí — repuso el mancebo, — vos lo sabéis...

—El rey no me lo ha dicho.

—Pero lo habréis adivinado.

—Si lo he adivinado, no puedo decirlo.

—¡Oh!...

—No os empeñéis en aclarar el misterio.

—Lo aclararé — dijo impetuosamente Martín.

—Peor para vos — repuso Quiñones.

—¿Por qué?

—Porque no conseguiríais más que haceros doblemente desgraciado de lo que sois.

—Vuestras palabras excitan más y más mis deseos de conocer ese misterio.

—Valéis mucho, muchísimo; pero sois demasiado joven.

—¿Y que deducis de eso?

—Nada deduzco, sino que creo que es una razón para que escuchéis un consejo de quien tiene muchos más años y más experiencia que vos.

—Nunca he despreciado los consejos.

—Supongo que apreciáis poco la vida.

—Bien poco.

—Pero tenéis una madre y estáis obligado a mirar por ella.

—No habrá sacrificio alguno que por mi madre no haga.

—Pues bien, aprovechad la primera ocasión y salid de España, buscando refugio donde no alcance el poder de Felipe II. Tenéis sobrada inteligencia y valor para hacer fortuna en cualquier parte, y aun podéis crearos una posición ventajosa, aun podéis ser dichoso.

—¡Dichoso! — murmuró Martín, sonriendo con amargura.

—Os juro que no os doy este consejo para evitar que busquéis a la criatura fruto de la debilidad de mi hija.

—Sois demasiado noble para hacerlo así.

—No os fiéis de la buena estrella que os ha protegido hasta ahora, porque la fortuna cambia muy fácilmente, y por lo mismo que una y otra vez habéis triunfado, es más probable que experimentéis algún contratiempo. Esta noche lo habéis visto: la casualidad,

que primero os favoreció, os fuè contraría después, y si algunos momentos antes, no más que algunos momentos, llega Andrés a la torre, ya no existiríais.

—Es verdad.

—¿Y qué sería entonces de vuestra pobre madre?

—Caballero — replicó Martín, — si continuáis en vuestra reflexiones, acabaréis con mi valor.

—No quiero quitaros el valor, sino haceros prudente. Apenas acabáis de escapar de un peligro y ya pensáis buscar otro.

—La situación me obliga.

—Intentáis libertar a mi criado...

—Es cuestión de honra.

—Olvidadla cuando se trate de Andrés.

—Tenéis razón; pero... No sé lo que haré, caballero.

—¿Os han dicho quién es vuestro padre?

—No.

—Pues tampoco intentéis averiguarlo.

—Vos debéis saberlo...

—No lo sé. no lo sé; pero os conviene tomar mi consejo.

—Explicaos...

—Perdonad: ni sé ni puedo deciros más de lo que os he dicho — replicó Quiñones.

Y tomando el aldabón, dió algunos golpes y añadió:

—Dios os proteja, señor Martín... Hasta otro día.

El mancebo apretó los puños y se alejó desesperado, mientras decía:

—Mi padre... ¡Oh!... ¿Quién es mi padre?... Yo lo averiguaré o dejaré de ser quien soy.

Capítulo LXXX

SIGUE PELIGRANDO LA VIDA DE ANDRES

La cárcel de Villa estaba en aquella época situada junto a la iglesia de San Miguel, que ya no existe, o lo que es lo mismo, en las Platerías, y ocupando parte del terreno que hoy comprende la plaza y mercado que lleva el nombre de aquella iglesia.

Allí dejó el alcalde al desdichado Andrés, y luego se dirigió a palacio para dar cuenta al rey de lo sucedido.

Según había prometido Felipe II, esperaba sin acostarse, porque el asunto le interesaba demasiado, y sin hacerle esperar un solo instante, recibió a don Roque, que no podía ir a otra cosa que a hablarle de Martín.

—¿Venís solo? — preguntó el monarca apenas vió al alcalde.

—Señor — respondió éste, — no traigo más compañía que la de los alguaciles que nos han auxiliado.

—¿Y el alférez?

—Queda en la cárcel.

—¡En la cárcel! — exclamó Felipe II con la sorpresa que era consiguiente.

—He creído deber encerrarlo, y así lo he hecho; pero vuestra majestad dispondra lo que tenga por conveniente.

—Explicaos, don Roque, porque lo que decís es incomprensible.

—No sé si me habré equivocado.

—Decid lo que ha sucedido y no olvidéis ningún detalle.

El alcalde se inclinó respetuosamente.

—Ya os escucho — añadió el monarca.

—Se me presentó el alférez con este papel — dijo don Roque, colocando sobre la mesa la lacónica orden de Felipe II.

—¿Y qué hicisteis?

—Lo seguí con cuanta gente estaba en mi casa.

—¿Y adónde fuisteis?

—A San Justo, poniendo en las puertas cuatro alguaciles con orden de no dejar que saliese nadie. Luego llamamos, mandé abrir en nombre de vuestra majestad y nos recibió el cura.

—¿Os puso algún inconveniente para entrar?

—Ninguno.

—¿Y quién había con él?

—El comendador Quiñones y un mancebo que estuvo preso en Segovia y que dicen llamarse Martín.

—¿Nadie más?

—Según he podido entender, también habían estado pocos momentos antes Reúl de Lancaste y María Nicasia.

—¡Ah!...

—Intimé la rendición al mancebo.

—¿Y qué hizo? — preguntó afanosamente el rey.

—Con una tranquilidad inconcebible respondió que estaba pronto a obedecer, porque comprendía que antes de entrar nosotros se habrían dejado guardadas las puertas y sería imposible salir.

—Semejante tranquilidad debió ser sospechosa para vos.

—Lo fué; pero no me era posible mandarle que temblara ni que se turbase.

—Proseguid.

—Entregó su espada al comendador, después de hacerle prometer que se la devolvería cuando se la reclamase.

—¡Oh!... seguro debía estar de burlarse de vosotros.

—Sí, seguro estaba, y por eso dijo al alférez que cuidase no cometer la quinta torpeza.

—Acabad — repuso el monarca con visible agitación.

—Mandé que lo atasen.

—¿Y consintió en ello?

—Nos rogó que antes le escuchásemos dos palabras.

—¿Accedisteis?

—Era mi deber, señor.

—¿Qué quería?

—Dijo que su objeto era despedirse de nosotros, porque pensaba irse...

—¿Y entonces?...

—Antes de concluir de hablar dió un salto, y entróse por una puerta.

—¡Oh!...

—Lo seguimos; corrió, y corrimos tras él; subió a la torre de las campanas. y también subimos... ¡Pero ya no lo encontramos!

—¿Por dónde se fué?

—Con la ayuda de la cuerda de una de las campanas se descolgó a la calle...

—¡Ah!...

—Pero adivinamos la traza antes de que

el infeliz acabara de bajar, según pudimos ver por la tirantez de la cuerda.

—¿Y no gritasteis?

—Sin darme tiempo a nada, el alférez, que estaba ciego de ira, sacó la daga y cortó la cuerda.

—¡Miserable!..

—Oyóse un ruido sordo.

—Mañana mismo — dijo arrebatadamente Felipe II, — mañana mismo, ¿lo entendéis don Roque? Mañana ha de quedar ahorcado el alférez.

—Afortunadamente — repuso el alcalde — el mancebo debía estar cerca del suelo, puesto que cayó y pudo irse sin exhalar una queja.

—Me tranquilizáis — dijo el monarca.

—A pesar de esto nos queda el delito que cometió el alférez desobedeciendo las órdenes de vuestra majestad, y el crimen que constituye su intención probada de matar al mancebo perseguido.

El rey dió algunos paseos por la cámara.

—Tomad — dijo luego — todas las precauciones posibles para que ese hombre no consiga fugarse, y esperad a que yo resuelva.

—¿No ha de ahorcárcele mañana?

—No.

—En cuanto al llamado Martín y a Raúl de Lancaste...

—Ya sabéis que está en Madrid, lo mismo que María Nicasia.

—Se les buscará.

—Os felicito por vuestra actitud y celo...

—Gracias, señor.

—Guárdeos el cielo, don Roque

El alcalde salió muy pensativo.

—He aquí — murmuraba — cómo es inútil que los hombres nos empeñemos en hacer injusticias, porque la justicia concluye siempre por triunfar. Los misterios van poniéndose en claro y, según voy viendo, lo que se murmuraba sobre la muerte de doña Luz tiene mucho de cierto. Nunca hubiera creído semejante intriga en el comendador.

Haciéndose estas y otras reflexiones por el estilo, salió don Roque del alcázar, mandó a los alguaciles que lo siguieran y se dirigió a su casa.

Ya empezaba a sonreír la aurora.

Aun paseó Felipe II largo rato en su cámara.

—Tiene la sangre de su abuelo — solía decir, — la sangre de su tío don Juan... ¡Oh!... Vale mucho, muchísimo; pero no seré débil no haré con esa criatura lo que con mi hermano hizo mi buen padre; no dejaré al heredero de mi trono la sombra terrible que me dejaron a mí; no le dejaré un rival, y mucho menos cuando el rival puede ser un gigante.

Uno de los sufrimientos que devoró silenciosamente Felipe II fué la gloria de su hermano don Juan de Austria, hijo del emperador y reconocido por éste.

El valor heroico, la inteligencia, la rarísima nobleza de alma de don Juan le conquistaron el aprecio de todos, dándole un prestigio que no podía, sin envidia y despecho, mirar don Felipe.

Este se había hecho temer; pero aquél se había hecho amar.

Ambos eran respetados; pero el uno por miedo y el otro por cariño.

No exageraba al decir que un hermano de estas condiciones era una sombra demasiado temible.

Don Juan de Austria murió joven y siendo gobernador de los Países Bajos.

Las circunstancias de su muerte han dado lugar a muchos comentarios y suposiciones, y aunque hay motivos para creer que un veneno puso término a su gloriosa existencia; no está todavía suficientemente probado quién fuera el autor de tan horrendo crimen, si bien muchos escritores de aquella época, con más o menos disimulo, hacen indicaciones que no favorecen a FelipeII.

Este misterio, como otros muchos, se aclarará, no lo dudamos, si bien tememos mucho que la historia tenga que añadir una acusación más a las muchas que pesan sobre la memoria del gran tirano.

Esto no nos sorprendería: el que estampó su nombre en la sentencia de muerte de su hijo único, bien pudo desplegar una vez más su temible sonrisa y pronunciar algunas palabras vagas, que diesen por resultado el desdichado fin del héroe de Lepanto.

Entre Felipe II y don Juan de Austria no había lazos de verdadero amor fraternal.

En cuanto a las consideraciones que hubieran podido detener al monarca, tratándose de un hombre que tan grandes servicios había prestado, y había dado a su patria días tan gloriosos, no debían ser inconveniente, puesto que ya hemos visto cómo pagó los servicios del vencedor de Gravelinas y San Quintín.

Esta es cuestión que no debemos tratar, porque nada tiene que ver con el asunto de la presente obra: en otra tal vez nos decidamos a presentar la interesante figura de don Juan de Austria, dando a conocer los no menos interesantes episodios de su vida.

Martín, al cabo de algunos años, hubiera sido quizás un segundo don Juan de Austria, y, por consiguiente, una sombra gigantesca y aterradora de Felipe II.

Como para convencerse de que así podía suceder, hizo Felipe II lo que ya le vimos hacer en otra ocasión al principio de esta historia, es decir, sacó de una papelera el retrato de don Juan y lo miró atentamente.

—Es su mismo rostro — dijo, — su misma mirada ardiente, viva, fascinadora... Sí, sí; es una águila que para remontarse hasta el cielo no necesita más que espacio donde tender sus potentes alas.

Meditó algunos momentos, guardó el retrato y añadió:

—Mi hijo Carlos no está llamado a reinar; no puede preverse lo que ha de suceder, y este niño, con su valor, con su audacia y con su rara inteligencia. Dios sabe lo que haría.

Estas palabras harán comprender toda la importancia que Felipe II daba al secreto del nacimiento de Martín.

Era imposible que éste llegara jamás a conseguir que se reconocieran sus derechos: todo lo más lograría que se le dejara vivir tranquilamente, lo cual no hubiera sido poco en su crítica situación.

Ya hemos dicho que empezaba a sonreír

AVENTURAS DE

BARNIGUGLI por Debeck
HASTA LUEGO, BARNIGUGLI. AHI TE DEJO UNOS LIBROS PARA QUE NO TE ABURRAS TODA LA TARDE
¡PEDAZO DE GRANDULON, ENGREIDO!
BAH!
4
¡OH! ¡QUE ALEGRIA! ¡Y YO QUE PENSABA IRME A DORMIR!
7
HOY TE QUIERO MAS QUE AYER... PERO MENOS QUE MAÑANA
8
SE ME OCURRE QUE ESA PRIMITA DE LA DE ORGANDY, DEBE SER COLOSAL
9
¿?
12
¿QUIERE QUE LE CANTE OTRA CANCION?
¡DEJATE DE CANCIONES! TENGO MUCHO QUE PENSAR Y NO ESTOY PARA OIR PAVADAS
DEBECK
13

la aurora.

Felipe II miró a través de los vidrios de una ventana y dijo:

—Aun puedo descansar dos horas.

Luego, llamó, mandó que lo desnudasen y se acostó.

¿Dormiría mucho?

Creemos que ni él ni nuestros amigos se entregarían fácilmente al sueño, porque todos tenían mucho y muy grave en qué pensar, y en cuanto al comendador y Andrés, sucedería lo mismo.

La situación empezaba en apariencia a resolverse; sin embargo, aun no se había encontrado solución a los puntos más interesantes.

Capítulo LXXXI

DE LA INTERESANTE CONVERSACION QUE TUVIERON DOÑA INES Y DOÑA MARGARITA

La conducta de Martín no pudo ser más extraña desde aquella noche: encerróse en la nueva vivienda que Jorge les había buscado y no salió a ninguna hora.

Lo mismo que antes de introducirse en el convento de Santo Domingo, el infeliz mancebo cayó en una profunda tristeza y apenas pronunciaba una palabra.

Doña Luz y su esposo estaban allí también, esperando ocasión oportuna para salir de la corte, pues se habían convencido de que no podían hacer otra cosa sin riesgo de la vida de Raúl.

Tenían por entonces que renunciar a buscar a su hijo, y puede comprenderse lo que esto les haría sufrir.

Verdad es que, al menos, don Juan y Jorge quedaban en Madrid para seguir haciendo averiguaciones; pero esto no podía satisfacer completamente a los desgraciados padres.

Así transcurrió una semana.

Uno y otro día doña Inés había esperado que fuese a verla Martín; pero éste, firme en su propósito de dejarla en la libertad más completa, no lo hizo.

El tormento de la viuda era cada vez mayor.

¿Qué significaba la conducta del mancebo?

La amaba, y, sin embargo, huía de ella.

Debía tener Martín la seguridad de ser correspondido.

¿Por qué, pues, no pedía la ternura que no habían de negarle?

Un misterio que no puede descubrirse, es siempre motivo de tormento, y doblemente cuando se trata de una mujer.

Añadid a la viva y femenil curiosidad de la viuda lo que el misterio le interesaba; pensar que de aquel misterio dependía su felicidad, y comprenderéis lo que sufría.

Hasta su vanidad de mujer estaba herida y la mortificaba horriblemente, porque es preciso advertir que, poca ó mucha, doña Inés, mujer al fin, tenía su vanidad.

—No aguardaré más — dijo un día.

Y para que se lo dijese a Nicasia y a Martín, participó a doña Margarita su resolución de retirarse a un convento.

Su amiga la escuchó con la sorpresa que era natural y le pidió explicaciones sobre tan extraña determinación.

—Nada, absolutamente nada espero en el mundo — respondió doña Inés.

—¡Qué nada esperas a tu edad!...

—¿Qué importa la juventud cuando está destrozado el corazón?

—Mi buena amiga — repuso cariñosamente la doncella, — la pérdida de tu esposo fué un golpe terrible, y eres demasiado noble para que semejante desgracia no te haya hecho sufrir horriblemente; sin embargo, tu dolor no ha podido ser sino el de la amiga que pierde al amigo, la hermana que pierde al hermano, la hija que queda huérfana; no, no ha podido ser otro, porque era imposible que tú amases con la ternura de esposa al hombre a quien te uniste sólo para cumplir la última voluntad de tu padre.

Doña Inés inclinó la cabeza y guardó silencio.

—Cumpliste tus deberes de esposa con una virtud admirable, y nada puede pedirte el mundo ni de nada puede acusarte tu conciencia.

—Sí, cumplí mis deberes.

—Entonces, ¿por qué sufres, hasta el punto de que parece que la vida te es enojosa?

La viuda exhaló un profundo suspiro.

—Dices — añadió la doncella — que nada esperas en el mundo.

—Nada, Margarita.

—¿No esperas amar y ser amada? ¿No esperas la dicha a que aspiramos todas las mujeres?

—No.

—Joven, de ilustre cuna, inmensamente rica, dotada de una belleza singular...

—Tal vez pobre y de cuna humilde, sería más dichosa.

—Eso es incomprensible.

—No, no puedes entenderme.

—Inés, nunca has tenido secretos para mí, y ahora guardas uno.

—Perdona, amiga mía, perdona mi reserva...

—La respeto — replicó la doncella, cuyo rostro cambió de expresión.

—Me acusas....

—No.

—Pues bien — repuso la viuda, haciendo un esfuerzo, — voy a depositar en ti el secreto de mis dolores.

—Inés...

—Amo, Margarita; yo amo como no ha podido amar mujer alguna.

—¡Ah! — exclamó la encantadora rubia, cuyas mejillas se cubrieron de nerviosa palidez.

Y temerosa de que el amor de su amiga fuese inspirado por don Juan de Santisteban, la miró con ansiedad indescriptible.

—¿Qué te sorprende? ¿Acaso no creías que yo pudiese amar?

—Sí, eres joven, sensible...

—Amo y soy correspondida.

Doña Margarita no dudó ya de que el hombre amado era Santisteban, puesto que éste había dejado ver claramente su pasión por la viuda; no dudó ya y exhaló un grito, quedando inmóvil.

—¿Qué te sucede?

—Nada — murmuró la doncella, esforzándose para disimular lo que sentía.

—Tu trastorno...

—Es que tus palabras no pueden ser más sorprendentes...

—¿Por qué?

—Si amas y eres correspondida, ¿en qué consiste tu desgracia?

—Mi amor es un imposible.

—¡Un imposible!...

—Mis deseos no se realizarán jamás.

—¿No es digno de ti el hombre a quien amas?

—Tan digno que aun soy muy poco para él.

—¿Entonces?...

—No puedo explicarte lo que no comprendo.

—¿Y cómo — preguntó afanosamente la doncella, — cómo sabes que ese hombre te ama?

—Me lo han dicho sus ojos...

—¡Oh!...

—Pero no me lo han dicho claramente sus labios.

—¿Y tú?...

—Mis ojos y mi proceder le han revelado también mi pasión.

—¿Y te ha comprendido? — preguntó con acento angustioso doña Margarita.

—Sí, me ha comprendido y sufre lo mismo que yo

—¿No es ese hombre dueño de su voluntad?

—Completamente libre.

—Te ama y comprende que estás dispuesta a corresponderle; es digno de ti y tú digna de él, y, sin embargo, sufrís...

—¿No te he dicho que yo misma no comprendo lo que pasa?

—Pero, ¿por qué sufrís, por qué?

—El hombre a quien amo huye de mí.

—¡Que huye!...

—Sí.

—¿Y cuál es el motivo de su extraña conducta?

—Lo ignoro.

—Y tú también quieres huir de él...

—Quiero separarme de la sociedad, quiero morir...

—Te dejas arrebatar por tu dolor.

—Mi mal no tiene remedio.

—Aguarda...

—Ese hombre no variará de conducta.

—¿Quién puede asegurarlo?

—Yo que lo conozco hasta lo más recóndito del alma, y de ello te convencerás cuando sepas quién es...

—No pronuncies su nombre, lo adivino...

—¿Estás segura de haberlo adivinado?

—Sí — respondió la doncella, cuya agitación crecía por instantes.

—¿Y no eres de mi opinión?

—Creo lo mismo que tú.

Doña Margarita no decía la verdad, porque creía que, más o menos tarde, don Juan acabaría por declarar su pasión y pedir correspondencia.

Empero un sentimiento de egoísmo, que la infeliz no pudo dominar, la impulsó a dejar a su amiga en lo que ella tenía por un error.

Su egoísmo también le quitó el valor para intentar hacer a la viuda desistir de su propósito de retirarse a un convento.

—¡Quién sabe — se dijo — si la olvidará cuando pase algún tiempo sin verla!

Esta esperanza, nada noble, le dió fuerzas para seguir aquella conversación.

No debemos acusarla, porque a ninguna mujer le hubiera sucedido otra cosa.

Hubo algunos instantes de silencio.

—A pesar de todo — dijo, al fin, doña Inés, — haré la última prueba.

Doña Margarita se estremeció.

—No se me alcanza — replicó — lo que puedas hacer.

—Hace una semana que no lo veo

—Cuidado, Inés, que antes que todo es la dignidad...

—No la olvido.

—Bien; sepamos.

—Nadie más que tú puede en esta ocasión servirme.

—¡Yo!...

—Sí.

—¡Imposible! — replicó vivamente la doncella.

—¿Por qué? — preguntó sorprendida la viuda.

—No debo tomar parte en tan delicado asunto — respondió la doncella.

—En nada te comprometerá lo que voy a pedirte, y es tan sencillo, que tú misma lo harías espontáneamente sin que yo te lo suplicara.

—No, no...

—Escúchame.

—Te escucho; pero...

—Quiero que lo veas hoy mismo.

—¡Inés!...

—Y que le digas, no de mi parte, sino como se da una noticia cualquiera, que mañana entraré en el convento de las Descalzas Reales.

—Pero..

—No es prudente que yo le escriba: esto sería demasiado.

—¡Quieres que yo lo vea!...

—¿Es acaso imposible?

—Nunca me visita...

—Irás a su casa...

—¡Inés!... ¿Has perdido la razón?

—¡Margarita!...

—¡Yo a casa de don Juan de Santisteban!...

—¡Ah!...

—¡Yo, yo! — replicó la doncella.

Y sus azules ojos, brillantes como dos ascuas, fijaron en su amiga una mirada dura, ardiente y penetrante.

Doña Inés desplegó una sonrisa.

—Tranquilízate — dijo luego, — no se trata de don Juan...

—¡Que no se trata de don Juan!...

—No, no es Santisteban el hombre a quien amo...

—¡No es él!... ¡Ah!...

—¿Qué te sucede?

—Nada... nada... Prosigue...

—Yo amo a Martín...

—¡A Martín!...

—Sí...

—¡Y yo amo a don Juan!...

—¡Margarita!...

—¡Amiga mía!...

Sin que ellas supiesen por qué, se abrazaron.

Raúl de Lancasté

En aquel momento se agitó el rico tapiz que cubría una de las puertas del gabinete.

Reinó un silencio profundo.

Transcurrieron algunos minutos.

Separáronse las dos amigas.

El llanto inundaba sus pálidos rostros.

—¡Ah! — exclamó doña Inés. — ¡Cuánto debo haberte hecho sufrir!... Perdona mi torpeza.

—Esto no tiene valor, mi buena amiga; lo que importa es mi desgracia, que no ha de remediarse jamás. Tú tienes esperanzas; pero yo...

—¡Esperanza! — murmuró con profunda amargura doña Inés.

—Sí, debes tenerla, porque Martín no ama a ninguna otra mujer; es tuyo su corazón, y algún día te lo ofrecerá.

La viuda movió tristemente la cabeza.

—Yo nada espero — añadió doña Margarita, — nada, porque don Juan no piensa en mí, su corazón no le pertenece...

—¿Quién te lo ha dicho?

—Sus ojos.

—Te equivocas...

—Santisteban te ama...

—No Margarita.

—¿Por qué lo niegas? ¿Acaso no lo has comprendido tan bien como yo?

No se atrevió doña Inés a negar, y guardó silencio.

—Probablemente Martín, lo mismo que yo, habrá adivinado el amor de don Juan...

—¡Ah!...

—Quizá el mismo Santisteban le ha confiado el secreto de su pasión.

—Empiezo a comprender...

—He ahí la explicación de la misteriosa y extraña conducta de Martín.

—Sí, se sacrifica por su amigo... ¡Noble corazón!...

—Y ese sacrificio se lo impone voluntariamente...

—Y sufre, sufre horriblemente; y su alma, como él mismo dice, está llena de hiel...

—¿Tienes ahora esperanza?

—Sí, porque algún día don Juan me hablará de su amor, lo desengañaré, y entonces...

—Amiga mía, siento decirte una cosa desagradable.

—Me haces temblar.

—¿Conoces perfectamente al desdichado hijo de Felipe II?

—Sí, sí.

—Pues bien, yo creo que no basta que Santisteban pierda la esperanza de ser correspondido.

—¿Por qué?

—Mientras te ame, respetará Martín el amor de su amigo, y huirá de él.

—Es verdad — repuso tristemente doña Inés; — Martín es demasiado generoso para no pagar sus deudas de gratitud.

La viuda meditó.

Su frente se contrajo.

—Mañana me iré al convento — dijo

—A pesar de mi opinión...

—Martín ha nacido para luchar y sufrir, y en vano intentaré proporcionarle la tranquilidad y la dicha.

—Sin embargo, espera algunos días...

—No.

—Siquiera una semana...

—Hablemos de ti...

—¿Para qué?

—Confíame tus pesares...

—Ya lo he dicho todo: amo a don Juan, hace mucho tiempo que lo amo...

—¡Mucho tiempo!...

—Un año.

—¡Cuánto habrás sufrido!...

—No, porque he tenido esperanza.

—Y ahora...

—La he perdido desde que sé que ama a otra.

—Yo no le corresponderé jamás...

—¿Qué me importa, si su corazón no puede ser mío?

—Margarita...

Perdona — interrumpió la doncella, poniéndose en pie.

—¿Ya me dejas?

—Es la hora de presentarme a su majestad.

—¿Cuándo verás a Martín?

—Esta noche.

—No le hables de mi determinación sino como de un asunto cualquiera.

—Descuida.

—Y esta misma noche...

—Vendré a verte.

—Gracias, mi buena amiga.

Abrazáronse como hacía mucho tiempo que no se habían abrazado.

Doña Margarita salió.

Doña Inés quedó triste y pensativa

Capítulo LXXXII

UNA CONVERSACION NO MENOS INTERESANTE QUE LA ANTERIOR

Cerca de la iglesia de San Martín, y hacia la parte en que estaba situado el convento de Santa Catalina, o, lo que es lo mismo, en el espacio que deja el ángulo formado por las calles de la Flora y de Trujillo, veíanse, en aquella época, unas cuantas miserables casas de un solo cuerpo, y de las que aun quedan restos, cuya existencia no se comprende desde que la piqueta empezó a transformar el viejo Madrid.

Una de estas pobres casas, que, como todas las de aquel arrabal, pertenecía al monasterio en cuestión, fué la que Jorge había proporcionado a Nicasia, y donde ésta se había instalado, así como también doña Luz y Raúl de Lancaste.

Diez minutos después de la escena que acabamos de referir, don Juan de Santisteban se detenía junto a la puerta de la nueva vivienda de Martín.

El rostro del caballero estaba nerviosamente pálido y contraído, y su mirada era algo más sombría que de costumbre.

A pesar de que el frío se dejaba sentir bastante, la frente de don Juan estaba inundada de sudor.

Debía haber andado mucho y muy de prisa, pues su respiración era violenta y precipitada.

proximamente
0.10
la revista de la mujer

Probablemente le preocupaba algún gravísimo pensamiento, pues no se cuidó de mirar si lo observaba alguien, en lo cual cometió una imprudencia, pues un hombre embozado hasta los ojos y de exterior muy equívoco iba siguiendo a buena distancia, y se detuvo también, ocultándose tras uno de los ángulos de la iglesia, mirando al ilustre caballero, y, al parecer, con propósito de espiarlo.

Llamó don Juan, dando en la puerta dos golpes, después uno y otros dos luego.

Preguntaron desde dentro quién era, y él respondió a media voz con algunas palabras, que debían ser una señal convenida, puesto que la puertecilla se abrió inmediatamente.

Cuando Santisteban entró encontróse con Martín, diciéndole apenas ol vió:

—¡Tengo que hablaros: luego saludaré a vuestra buena madre y a nuestros amigos.

—Entremos aquí — respondió el mancebo, cuya penetrante mirada escudriñó en un instante el rostro pálido y desfigurado de don Juan.

Y penetraron en un reducido aposento, donde no había más muebles que una cama y una banqueta.

En la primera se sentó Martín, y en la segunda, don Juan; dejándose caer como si se hubiesen agotado sus fuerzas.

Transcurrieron unos cuantos segundos sin que ninguno de los dos hablase.

Al fin el hijo de Nicasia rompió el silencio para decir:

—¡Temo que vengáis a anunciarme alguna nueva desgracia...

—¿Y por qué lo teméis?

—Porque no habéis esperado a la noche para venir y porque vuestro semblante no expresa nada bueno.

—Tranquilizaos — repuso Santisteban, — que lo que tengo que deciros, si bien es desagradable nada tiene que ver con vuestra situación.

—No me tranquilizaré hasta que os hayáis explicado.

El caballero pareció reflexionar, y dijo luego:

—No habréis olvidado lo que os dije cuando os confié el secreto de mi amor.

El rostro de Martín palideció y se contrajo ligeramente; pero, esforzándose, consiguió el infeliz joven dominarse inmediatamente y ocultar lo que sentía.

Semejante alteración, aunque momentánea, no pasó entonces desapercibida para Santisteban, como hubiera pasado algunos días o algunas horas antes.

—Recordaréis — añadió don Juan, — que aquella noche os pregunté si creíais que yo amaba a doña Inés.

—Y yo respondí...

—Que os era imposible averiguar lo que pasaba en mi interior.

—Eso es.

—Cuando os hice semejante pregunta, fué porque aún no me había convencido de si lo que yo sentía era un verdadero amor o una de esas conmociones que pasan tanto más pronto cuanto son más violentas.

—¿Y ya lo sabéis? — preguntó vivamente Martín.

—Sí.

—Decídmelo, porque vuestra dicha me interesa demasiado.

—No amo a doña Inés — dijo don Juan.

—¡Que no la amáis!...

—No.

—Pero...

—No la amo.

—¡Don Juan! — exclamó el hijo de Nicasia, cada vez más sorprendido.

—¿De qué os admiráis?

—¡Una pasión tan intensa!...

—No había semejante pasión.

—Mirad no os equivoquéis ahora, que sería mucho peor — replicó Martín.

—No me equivoco: lo que yo había sentido por doña Inés es lo que hace sentir la belleza de cualquier mujer, y como la ilustre viuda es más bella que otras, como está dotada de encantos que muy rara vez se encuentran en ninguna...

—Entiendo.

—¿Y estáis convencido?

—No — respondió Martín sin vacilar.

—Os convenceré.

—Es difícil.

Por lo mismo que era tan inesperado y tan extraño lo que Santisteban decía, lo encontró sospechoso su amigo.

Convencido estaba Martín de que don Juan amaba, y muy de veras, y no podía creer que aquel amor fuese tan pasajero.

Una pasión verdadera no se extingue en un día, si es que llega a extinguirse.

¿Qué se proponía don Juan al asegurar que ya no amaba a doña Inés?

Porque algo debía proponerse quien tan resueltamente mentía, y con la doble circunstancia de ser persona que nunca ni por nada había mentido.

Había otra razón para que Martín sospechase; para Santisteban era su amor un tormento, porque apenas abrigaba una esperanza muy débil de ser correspondido.

Convencerse de que no amaba, era dejar de sufrir, y, por consiguiente, como todo el que se libra de un tormento, debía estar alegre y no triste y preocupado, debía su rostro expresar el contento, en vez de una agitación profunda y dolorosa.

Por la mente de Martín atravesó una sospecha.

¿Habría sido adivinado su amor por don Juan?

¿Había comprendido éste que era un estorbo para la dicha de su desgraciado amigo, y quería rivalizar con él en nobleza y generosidad?

Esto era imposible en un hombre de sentimientos elevados como don Juan de Santisteban.

Por si así había sucedido, debió Martín obrar prudentemente y guardar la más completa reserva, pues una sola palabra podía comprometer el porvenir de los dos, haciéndose imposible que, uno al menos, dejara de sufrir y fuera dichoso.

(Continuará).

Los Secretos de una Gran Ciudad

Intenso romance de aventura, de intriga, de sacrificio y de heroismo, escrito

Por HAL SIDNEY

Autor de "Detrás de la Puerta Cerrada"

(Continuación)

NO es eso — dijo Jack. — Es que he cobrado hoy los dividendos trimestrales de mis acciones de ferrocarriles. Además no me gusta guardar la plata: es mejor gastar el dinero para que se mueva el comercio.

Su amigo llevaba un diario en el que se leía en grandes letras:

"Terrible crimen en Westminster"

Jack miró un momento aquella línea y la sonrisa desapareció de sus labios.

Había vivido dentro de tal torbellino de emociones desde el momento en que Jim se escapó de la casa del hombre de las figuras de cera que casi no había tenido tiempo de darse cuenta de la verdadera importanciade la tragedia.

Había sido muy amigo del señor Viziard el bondadoso ex actor y dueño de la galería de figuras de cera, el cariñoso anciano que siempre le había distinguido con su amistad. Su trágico fallecimiento había constituído un intenso dolor para Jack. ¿Quién habría sido el autor de su muerte?

¿No sería bueno que tratara Jack de dar con la clave de ese misterio?

Esta idea presentóse de pronto a su imaginació. Jim le había dicho qué aspecto tenía el hombre que le había hecho entrar en casa de Viziard. Ya era algo. Sabía mucho sobre las costumbres del viejo ex actor y sobre sus amistades. La policía, que había creído que no necesitaba buscar más autor del crimen, que Jim Strange, no intentaría encontrar rastros que pudieran encaminar sus investigaciones en otra dirección.

No solo por el interés de su amigo, sinó porque el hombre víctima del crímen había sido tan bueno con él. Jack quería que el verdadero culpable pudiera ser entregado a la justicia.

—¡Es una tarea demasiado importante para mí, pero no debo retroceder ante ninguna dificultad! — díjose el muchacho después de reflexionar un momento.

Pensó lo extraño que sería, que él mismo vendiese al siguiente día los diarios con las crónicas detalladas sobre el crímen de la noche anterior y la fuga del supuesto asesino, desaparecido de manera tan rara del teatro del suceso.

Ninguno de cuantos compraran diarios podría suponer que era el muchacho que se los vendía el que habíase disfrazado de Viziard y por ese medio había logrado hacer creer que el muerto vivía y había permitido que se escapara el hombre a quien se consideraba autor de la muerte del hombre de las figuras de cera.

De pronto pensó Jack que era fácil que no tuviera que volver a vender diarios otra vez. Su compañero y amigo era rico — y le parecía esto tan extraño como que el señor Viziard hubiera sido asesinado — y Jim le había hablado de que participaría de su buena suerte.

¡Pero todo le parecía tan raro!... Era como un sueño. Lo sucedido habíase producido en tan rápida sucesión de hechos violentos y extraordinarios que no se atrevía a asegurar que fuera verdad. Lo único cierto — de cuanto le rodeaba, — eran los paquetes que contenían los elementos para la cena que Nance prepararía poco después.

Jack llegó a la tranquila plaza, se dirigió a los fondos de la casa y allí llamó. Nance abrió la puerta.

—¿Qué tal, Nance? ¿Es esto algo?...

La bolsa de papas volvió a volcarse haciendo correr por el piso — por segunda vez — su contenido.

Jack se quedó tan asombrado que no acertó a terminar su frase.

Cuando recogieron las papas el muchacho había recobrado su aplomo.

—¡Sujételas bien, Nance! — exclamó.— ¡Esas papas se han enterado de que las van a pelar y quieren escaparse!

Cuando el joven vendedor de diarios y la bella florista entraron en la casa el hombre que había seguido a Jack se deslizó hacia ella y permaneció un instante en la obscuridad, mirando hacia el edificio como una sombra maléfica.

EN EL ESPEJO

Mientras tanto Jim y Marjorie habían tenido tanto que decirse que les pareció que Jack había vuelto a los cinco minutos en lugar de tardar más de una hora.

La joven estaba abatida y aun a pesar de que sentíase feliz al verse de nuevo junto al hombre a quien amaba, veíase en sus ojos negros el miedo que la dominaba. La noticia de la amenaza que pendía sobre la cabeza de Jim, la llenaba de nuevos temores y aprensiones.

El le había dado noticia de la fortuna que le había caído como un obsequio de la providencia.

—¿Así que es usted Jim Strangways, del que tanto se ocuparon los diarios? — exclamó Marjorie mirando con asombro a su amado. — ¿Pero su apellido no es Strange?

—No. Cambié de nombre cuando perdí mi fortuna. Fué una tontería aconsejada por un mal entendido orgullo. Pero, como han venido las cosas, no estoy arrepentido de haber procedido de ese modo. ¡Si pudiera considerar, que desde esta noche, Jim Strange había dejado de existir y que nadie le relacionará con el adinerado James Strangways! Si fuera posible que nadie supusiera que James Strangways fué, por un tiempo, Jim Strange, el inocente acusado de un crimen horrible! — agregó.

—¡Pero mi padrastro y tutor no dejará de perseguirle en cuanto le reconozca! — dijo Marjorie con angustia.

—Sí. Marr puede llegar a reconocerme,— dijo Jim pensativo. — Y en cuanto Marr me reconozca poco tardará la policía en buscarme... ¡Ya se ocupará de esto su tutor! Ese es el gran peligro. Si no fuera por eso Marjorie, nos casaríamos inmediatamente. Pero la casualidad no lo quiere. Mientras no se dé con el verdadero matador de Viziard no puedo pretender llamarme su esposo, Marjorie. Estoy seguro de que el culpable será hallado pronto y entonces me encontraré en libertad de poder llevarla al altar sin que ni aun la menor sombra turbe el cielo de nuestra felicidad.

Calló un momento y agregó después:

—Mientras tanto, como no puedo considerar que su tutor es digno de cuidar de usted y no me inspira ni siquiera la menor confianza, será necesario que yo busque algún sitio donde pueda usted alojarse en seguridad y donde ese hombre no logre encontarla jamás.

—¿Qué quiere usted decir Jim?

—Marr el peligroso, doblemente peligroso debido al poder que, sobre usted le concede la ley hasta tanto no haya usted llegado a su mayoría de edad.

—Cumpliré los veintiun años dentro de muy pocos meses.

—Esos pocos meses son los más peligrosos, — dijo él con animación. — Hasta entonces no podrá usted reclamar la rendición de cuentas de su tutoría, pues tiene derecho a manejar su fortuna de usted como quiera. Aun cuando usted se hallara convencida de que ha empleado mal su dinero, nada podría hacer en ese tiempo. Es necesario esperar.

—¡No me cabe duda de que ha procedido mal. Le oí hablar de ello a Philip Bourne esta misma noche! — dijo Marjorie.

—También estoy yo convencido, pero no tenemos pruebas y usted no podrá obtenerlas hasta que se halle en condición de pedir cuentas. Y aun luego, si usted, una joven sola en el mundo, le exigiera esas cuentas — agregó Jim, — ya encontraría él algún modo de envolverla y de engañarla.

Pero Jim sentía que él tampoco podía hacer nada. Estaba maniatado por la acusación que pendía sobre su cabeza.

—Por eso digo que los pocos meses que faltan para que usted cumpla los veintiun años, son los que constituyen un grave peligro para usted, Marjorie, a menos que pueda ocultarse donde Marr no pueda hallarla. ¡Oh! No es que uno prefiera esconderse a luchar con ese hombre frente a frente. Lo único que debe tener en cuenta es su seguridad, amada mía. Marr teme que llegue el día en que le sea necesario rendir cuentas. Su única esperanza de poder escapar a la ruina y a la condenación, está en que se produzca uno de los dos hechos que buscará promover.

—¿Cuáles? — dijo Marjorie al ver que Jim vacilaba de decidirse a continuar.

—Es necesario que habla con toda franqueza, Marjorie. Esos dos hechos son: o su fallecimiento de usted antes de que haya llegado a la mayor edad, en cuyo caso el dinero pasa a ser de su propiedad, de acuerdo con lo dispuesto por el testamento, o su casamiento con Philip Bourne, mediante el cual los dos pillos evitarán que se sepa lo que ha hecho uno de ellos — o tal vez los dos — con el dinero confiado al manejo de su padrastro y tutor.

Jim, pensativo, hizo una pausa.

—Cuando usted haya cumplido veintiun años, — agregó. — Marr no tendrá ya ninguna autoridad sobre usted. Sus probabilidades de quedarse con el dinero de la herencia, se habrán desvanecido por completo. Su deber será presentar cuentas. Pero antes no. Así, pues, es necesario que hasta entonces la busque a usted, en vano, Marjorie.

—Tiene usted razón, Jim. Poco me importa dónde he de pasar ese tiempo. Lo único que me interesa es que sea en un lugar donde usted sepa que estoy a salvo de todas las tentativas de ese hombre a quien tanto abomino.

Marjorie se estremeció al recordar la cara antipática, de bigotes puntiagudos, de ojos penetrantes e hipnotizadores que tanto le aterrorizaba.

—¡Oh! Estará usted en sitio tranquilo y seguro, amada mía! — dijo Jim. — Dentro de poco seré hombre de fortuna y disponiendo de dinero se pueden vencer muchas dificultades. Pero por el momento tengo un plan.

Díjole que una vieja criada de su casa, — que había sido su nodriza — vivía entonces en un lejano sitio del condado de Surrey.

—Es una anciana buenísima, muy cariñosa y que me quiere mucho — dijo Jim sonriendo. — Me propongo llevarla allí a usted esta misma noche y dejarla junto a la señora Birket hasta que combinemos nuestros planes. Me parece que estando aquí, estamos dentro de la zona peligrosa y cuanto antes nos vayamos a Surrey será mejor.

Un golpe dado en la puerta interrumpió su conversación.

Jack asomó la cabeza para anunciar que la cena estaba servida y que se iba a enfriar. El olor de las salchichas fritas entró en el cuarto tras de Jack.

—He puesto la mesa en el cuarto de al lado y Nance está poniendo la comida en las fuentes — dijo.

Jack se alejó para ir a ayudar a Nance a llevar las fuentes a la mesa.

—¡Qué bueno es ese muchacho! — dijo Marjorie en el momento en que ella y Jim se dirigían a la habitación donde estaba servida la cena.

Era un cuarto grande, dividido en dos, por medio de una enorme puerta plegadiza. Delante de esa puerta colgaban grandes cortinas que hacían del espacio que quedaba, un sitio reservado y familiar.

En la chimenea brillaba abundante fuego, cuyas llamas se reflejaban en un gran espejo que había en la pared. La casa estaba desalquilada, pero toda ella amueblada. La amiga de Nance cuidaba de la casa a la espera de un inquilino.

Cuatro fueron los que se sentaron a la mesa. La madre de Nance estaba muy abatida por la emoción experimentada en el incendio y se había acostado. La amiga de Nance, la cuidadora de la casa, aun cuando había sido invitada, había preferido quedarse en su departamento del piso bajo.

El muchacho quiso que su amiga presidiera el banquete y sirviera los platos, pero Jim insistió en que ese honor correspondía a Jack.

Así, pues, éste se sentó a la cabecera de la mesa y procedió a ejercer de dueño de casa. No resultó un gran éxito su actuación en ese sentido. Una salchicha, en el momento en que él estaba disponiéndose a pincharla para ponerla en el plato, saltó con fuerza y después de dar varias volteretas, cayó delante de Nance, en el plato.

—¡Qué inteligente salchicha! — exclamó Jack. — ¡Otra salchicha menos viva se hubiera caído al suelo!

Jack notaba que Nance se encontraba triste y procuraba divertirla, con sus ocurrencias, durante la comida. Por su parte, Nance trataba de disimular su angustia y pensaba que, hallándose su anciana madre en salvo, nada debía preocuparle y, sin embargo, no se sentía tranquila. ¡El incendio había destruído todo cuanto la florista y su pobre madre poseían!

Nance no sabía nada, aun, sobre el cambio de situación de Jim Strange. Ya lo sabría a su tiempo. Por el momento, Jim tenía razones para no querer decírselo.

Pero él y Marjorie habían estado conversando sobre Nance y en aquel instante, Marjorie decía:

—El señor Strange y yo hemos estado hablando de usted y de su mamá, querida Nance, y le rogamos quiera decirla mañana de mañana que dentro de pocos días recibirá buenas noticias que la resarcirán del disgusto pasado esta noche.

Nance la miró con asombro.

—¿Esto parece misterioso, no es cierto? — agregó Marjorie riendo. — Por el momento no puedo decirle más. Ya lo sabrá todo más adelante. Lo que sí le prometo es que usted y su mamá tendrán muy buenas noticias dentro de pocos días.

Nance miró el rostro bello y sonriente de su nueva amiga y gruesas lágrimas se agolparon a sus ojos.

Jack dominó la situación llenando con tanta abundancia el plato de Nance, que ésta, riendo, tuvo que ordenarle que no pusiera más.

—Tan pronto como hayamos terminado de comer, saldremos a ver si está el camino expedito, — dijo Jim.

—¡Cómo! ¿La señorita Penrose no se queda aquí esta noche? — preguntó Nance con sorpresa. — Hay habitación preparada para ella. En cuanto a usted y Jack pueden dormir en el departamento de abajo...

—Es necesario que la señorita Penrose no se quede aquí, — dijo Jim. — Mientras se halle en este barrio se encontrará en la zona de peligro. Aun cuando es tarde voy a llevarla esta noche a Surrey, a casa de una persona de confianza que vive en...

Jim fué repentinamente interrumpido. Jack había lanzado un grito de angustia que los hizo estremecer a todos.

—¡Me he tragado un pedazo de papa que estaba caliente como una brasa! — explicó Jack volviendo a chillar.

Retorciéndose como si sintiera horrible dolor en el estómago, se levantó de la silla y luego se echó al suelo rodando desesperado.

Nance lanzó la carcajada. Se había convencido de que aquello no era más que una salida humorística de Jack.

—¡Pero muchacho! ¡Eso se quita bebiendo un poco de agua! — dijo Nance.

—¡Ah! Creo que va pasando. — dijo Jack jadeante. — Pero como quemaba! ¡Me parecía tener adentro todo el fuego del infierno! ¡Qué dolor! ¡Todavía me duele!

Se deslizaba por el suelo como dominado por el dolor, con las manos cruzadas. Así llegó hasta las cortinas que cubrían la puerta plegadiza.

En aquel momento varió por completo la expresión de su rostro. De pronto metió, rápidamente, las manos por debajo de la cortina y se vió tirar con fuerza. Al mismo tiempo se oyó del otro lado de las cortinas

un grito que conmovió a los amigos de Jack. seguido de un golpe fuerte de algo que dió pesadamente contra el suelo.

Jim, emocionado, cruzó la habitación, yendo hacia donde se había oído el golpe.

Lo que el muchacho había agarrado por debajo de la cortina eran unos tobillos.

Porque, en el espejo de la pared, precisamente en el instante en que Jim estaba por hablar de sus planes, Jack había notado la presencia de dos ojos que atisbaban por entre los paños de las cortinas. Su fingido dolor de estómago había sido una astucia a fin de pescar desprevenido al espía.

Descorrió las cortinas. Una de las hojas de la puerta plegadiza estaba abierta. Allí, en el suelo, estaba tendido Dandy Trench. La ventana del otro lado estaba abierta, mostrando por donde había entrado el espía.

—¡Pronto! ¡Sujetarlo antes de que saque el revólver! — gritó Jack.

El hombre estaba por levantarse y llevaba ya la mano al bolsillo del pantalón. Jim llegó a tiempo.

—¡Lástima que no viniera usted un momento antes, señor Dandy, pues le hubiéramos invitado a vernos cenar! — dijo Jack. — Pero ya que ha venido, creo que no tendrá apuro por irse y aunque lo tenga, de aquí no se irá hasta que no lo dejemos nosotros.

Mientras Jim sujetaba al prisionero, Jack revisaba los bolsillos y sacó de uno de ellos un excelente revólver cargado.

—¡Ya suponía yo que debía traer algún juguetito de esta clase! — dijo Jack. — Por eso cuidé de que no se diera cuenta de que yo le había visto por el espejo hasta que le tuviera agarrado por los tobillos y le fuera imposible escaparse. ¿Qué mal le van saliendo las cosas al amigo Dandy hasta ahora, eh?

UNA CARRERA DE NOCHE

Dandy Trench estaba tendido en el suelo gruñendo enojadísimo. Tenía los pies y las manos bien asegurados con cuerdas. No era la primera vez, — en aquella noche — que el muchacho le había burlado.

Ya no estaba disfrazado como músico ambulante. Después de seguir a Jack hasta la casa, había vuelto rápidamente a su domicilio, que no estaba lejos, y antes de regresar, había enviado un telegrama a Marr.

—¡Bien combinado, Jack! — dijo Jim agradecido cuando pasaron al otro lado de la habitación. — De no haber sido por usted, ese pillo hubiera oído las señas del sitio donde voy a llevar a la señorita Marjorie esta noche y entonces ya no hubiese estado ella en seguridad allí. ¡Ya suponía yo que el barrio de Westminster no era seguro y que cuanto, antes nos fuéramos de él sería mejor!

Jim cruzó la habitación y dijo pocas palabras a Marjorie. Después dijo a Jack que iba a hablar por teléfono pidiendo un automóvil a un cercano garage.

Por fortuna, Marjorie tenía varios billetes de cinco libras en la cartera y, telefoneando desde la casa donde se encontraban, Jim no creía que hubiera dificultad en conseguir un automóvil.

Su vieja nodriza vivía en una lejana aldea del condado de Surrey, alejada de toda estación de ferrocarril. Un automóvil de un garage era más conveniente que uno de alquiler tomado en la calle, pues a Jim le convenía manejar él mismo, a fin de que nadie se enterara de a dónde iban, lo que no era posible si tenía que ir con ellos el que manejara el vehículo.

En la casa había aparato telefónico. Jim pidió comunicación con el garage y dijo lo que deseaba.

Como lo había esperado, en cuanto dió las señas de la casa de Gedge Gardens, le contestaron que enviarían el coche inmediatamente. Los departamentos — caros y lujosos — de la casa, estaban ocupados en su mayoría por personas que hacían frecuente uso de automóviles y pagaban bien.

—Podemos mandarle un automóvil dentro de diez minutos — le contestaron. — Ya que no necesitan chauffeur, tengan la bondad de abonarle lo que le corresponda al hombre que lleve el coche.

Antes de diez minutos llegó el vehículo. El cauffeur que lo guiaba cobró y recibió una generosa propina, retirándose inmediatamente.

—¿Qué hacemos con Trench?

Jim pensó que no era conveniente dejar al pillo en la casa para que Nance y su amiga, la encargada de la casa, lo soltaran cuando ellos estuvieran lejos, pues no quedaría ningún hombre en la casa para protegerlas.

—¿Por qué no nos llevamos a este encanto en el automóvil durante un rato? Amordacémosle para que no pueda gritar. Después le dejaremos en medio del campo a unas doce millas de toda población. Le vendrá bien caminar un poco después de tener atadas las piernas tanto tiempo, — dijo Jack guiñando el ojo.

Jim asintió con un movimiento de cabeza.

Jack miró hacia la calle. La plazoleta estaba desierta. Se despidieron de Nance.

—¡No se olvide de que tendremos muy buenas noticias para usted, querida Nance! — dijo Marjorie besando a la florista con toda la ternura de su corazón. — ¡Y gracias mil veces por todo lo que ha hecho por nosotros!

Entre Jim y el vendedor de diarios llevaron a Trench el automóvil. Trench miraba con furor, pero no tenía más recurso que aguantarse, pues atado y amordazado, nada podía hacer.

Jim levantó la capota a fin de que no viera nadie al hombre atado mientras pasaban por las calles de Londres; Jack se sentó en los asientos posteriores, junto al prisionero.

Jim ayudó a Marjorie a subir al coche y puso en marcha el motor. En el momento en que se sentaba tras del volante, junto a la joven, ésta lanzó un grito.

—¡Mire! ¿Qué es eso?

Un hombre corría, cruzando la plaza, hacia el automóvil. Era el Doctor Marr, a quien Trench había enviado su mensaje después de seguir a Jack hasta la casa. Corrió, pues, mirándoles a la cara, en el momento en que el coche arrancaba. Marr era la verdadera imagen de la furia y la desesperación.

Jim se inclinó a mirarle y sonrió con tranquililad.

—¡Hemos partido a tiempo, y esto es lo que importa! — dijo.

Cuando había pronunciado esas palabras se oyó detrás de ellos un breve silbido tres veces repetido.

—¡Es Marr! ¿Qué significará eso?

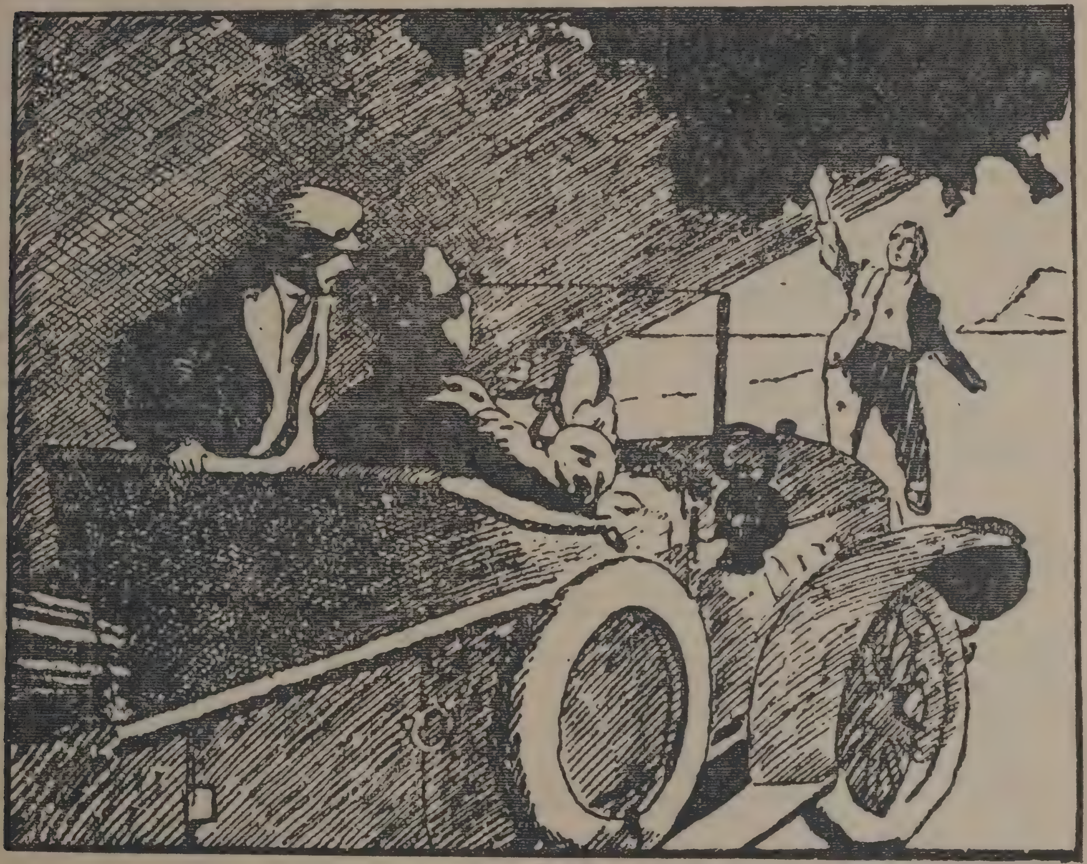
Pronto iba a saberlo.

Un automóvil esperaba en la sombra, al otro lado de la plazoleta. Ese automóvil avanzó en cuanto sonaron los silbidos, pasando junto a ellos al dirigirse al sitio donde habían dejado a Marr. El que lo manejaba era el chauffeur del padrastro y tutor de Marjorie.

—No comprendo cómo Marr y su coche han podido llegar tan a tiempo, pero sin duda se propone seguirnos. — reflexionó Jim, aun cuando nada dijo a Marjorie para no atemorizarla más.

En cambio se sonrió cuando su automóvil salió de la plazoleta y siguió por la calle llena de tráfico antes de que el coche de Marr hubiera podido doblar la esquina.

Hacía mucho tiempo que Jim no manejaba automóvil, pero no por eso había perdido nada de su antigua pericia, como quedó demostrado al guiar el vehículo por entre el tráfico de la capital.



—¡Marr! ¡Marr! — gritó Trench, con toda la fuerza de sus pulmones.

En el mismo momento, mediante un esfuerzo inesperado y hábil, Trench consiguió, con las manos atadas, medio desviarse la mordaza que le cubría la boca.

—¡Surrey! ¡Surrey! ¡Síganme! — gritó al chauffeur del doctor Marr.

Un instante después Jack había vuelto a asegurar la mordaza y había sujetado las manos del preso de modo que no podría volver a moverlas.

En el rostro de Marjorie habíase pintado una expresión de terror al reconocer al chauffuer de su tutor.

—Mire hacia atrás y dígame si puede verlos, — dijo a la joven cuando llegaron a una encrucijada.

En el mismo momento en que hablaba, el policemen encargado de organizar el tráfico interrumpía la circulación para dejar pasar a los de la vía que cruzaba, así que Jim se sonrió pensando que Marr se quedaría aún más atrás pues no podría continuar hasta que se reanudara el movimiento y mientras tanto, ellos se escabullirían.

Jim volvió el coche hacia una tranquila calle lateral, pasó luego a otra... Conocía Londres como la palma de la mano. Por fin salieron a otro de los caminos que conducen hacia el sud.

—Creo que esta vez hemos despistado al doctor, — dijo Jim.

La cara de Trench estaba roja de furor y desesperación.

Ya iban dejando atrás las calles de Londres, iluminadas y animadas, Jim apresuró la marcha del vehículo en cuanto se vió en el camino del campo, flanqueado de cercos y arboledas iluminadas por la brillante luz de la luna.

Tras ellos, la Gran Ciudad, con sus millones de luces, como un fabuloso conjunto de pequeñas estrellas, alejábase en el horizonte.

El camino llegó a un punto de donde se extendían tres diferentes carreteras. Jim detuvo el automóvil. Estaban en campo abierto. A lo lejos se distinguía una que otra casa. Solo alguna lejana luz indicaba la presencia de seres humanos.

—Creo que este sitio es bueno para despedirnos del señor Trench. — dijo Jim.

Entre él y Jack sacaron a su vibrante y furioso prisionero del automóvil y le llevaron al costado del camino. Jim le desató las manos.

—Usted se tomará la molestia de desatarse los pies, — dijo.

Y corrió hacia el automóvil, seguido de Jack.

Los furiosos ojos de Trench siguieron con su mirada a la luz del coche que se alejaba por el camino de la derecha.

Blasfemando con furia, Trench desató las cuerdas que le sujetaban las rodillas y los tobillos. En el primer momento se sintió tan entumecido que casi no podía estar de pie.

Después, rojo de cólera se puso en camino, en dirección de Londres, con el propósito de ir a pie hasta la estación más cercana.

Quizás, de los dos que así le habían tratado, al que más rabia tenía era a Jack el inteligente muchacho que dos veces le había derrotado de manera tan humillante.

Los caminos estaban solitarios y desiertos, pero después de haber caminado durante un cuarto de hora sin hallar a nadie vió que un automóvil, volviendo la esquina de un camino lateral, entraba en la carretera. El coche se aproximaba a toda velocidad.

Una rápida idea cruzó la mente de Dandy Trench en el instante en que se movía a un lado del camino. Casi inmediatamente el automóvil pareció pasar como un relámpago, por su lado, pero no sin que, a la luz de la luna, Trench reconociera la cara del chauffeur.

—¡Marr! ¡Marr! — gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

El chauffeur oyó y detuvo el coche. Trench corrió hacia el automóvil y no tardó en hallarlo junto a la portezuela.

—¡Trench! — exclamó Marr sorprendido.

Trench explicó muy rápidamente todo lo que había pasado.

—Mi chauffeur le oyó a usted gritar "¡Surrey!" — dijo Marr. — Pero después de perder de vista el otro automóvil, en medio del tráfico, parecía desvanecida toda esperanza de poderle seguir. A pesar de todo continuaba por el camino de Surrey. Estaba, sin embargo, decidido a abandonar la persecución dentro de cinco minutos.

—¡Han seguido por el camino de Cropley! — exclamó Trench. — Me dejaron donde empieza el camino. Si tenemos suerte lograremos alcanzarles todavía. — Y una sonrisa de maléfico contento se notó en su faz. — ¿Trae usted su revólver?

—Sí, — dijo Marr.

—Bien. A mi me quitaron el mío pero sé que lo dejaron en la casa de Gedge Gardens. Se creen seguros de que nadie les perseguirá pero ya verán lo que les sucede.

Trench subió en el automóvil. El coche partió con vertiginosa velocidad.

Diez millas más adelante, en el camino de Cropley, el otro automvil se había detenido de improviso. Después de correr admirablemente hasta llegar a unas doce millas de su destino, el motor había sufrido un inconveniente. Jim saltó de su asiento y levantó la tapa del motor. Jack le alumbró con uno de los faroles.

Después de un breve exámen, Jim dijo a Marjorie con tono tranquilizador.

—No es cosa de mayor importancia. Si no es más que esto, dentro de tres minutos continuaremos la marcha.

Pero los tres minutos se extendieron a cinco y luego a diez y sin embargo el motor no se hallaba aún en condiciones de funcionar.

De pronto Jack indicó el camino de tras de ellos, — un camino estrecho y recto, en el que aparecían dos puntitos de luz que iban agrandándose poco a poco.

La gran velocidad con que se acercaban despertó las sospechas de Jim.

—¿Será posible que sea el automóvil de Marr? ¿Habría oido el chauffeur el grito de Trench indicándole que salíamos para Surrey? Pero no! ¡Sería milagroso que hubieran acertado por qué camino seguíamos nosotros!

—¿Y si es Marr y Marr trae revólver? — exclamó Jack. — ¿Trajo usted el revólver de Trench?

—No, — dijo Jim frunciendo el ceño. — Y en caso de ser Marr...

Casi estaba arreglado del todo el motor y ya era posible hacerle funcionar de nuevo. Pero el automóvil tenía que andar con cuidado y a poca velocidad. El otro coche le alcanzaría. Y si era Marr...

—¡Creo que es Marr! ¡Lo siento aquí dentro — dijo Jack. — Nos queda un minuto para decidir lo que debèmos hacer. Porque se trata de un grave peligro... Sobre todo para la señorita Marjorie. ¡Pero tengo un plan señor! ¡Un soberbio plan! — agregó entusiasmado. — Escuche.

Habló con Jim rápidamente y en voz baja. No quería que Marjorie se enterara para que no se alarmase aún más.

Un momento después el muchacho corría a toda carrera, protegido por la densa sombra de los árboles de un lado del camino, hacia el automóvil que se acercaba. Su rostro estaba pálido y su gesto era de intensa decisión.

El automóvil lanzado a toda velocidad, se

hallaba cerca. Oíase con claridad el jadeo del motor. ¿Se trataría de Marr?

La luz de la luna inundaba el centro del camino, pasaba la sombra de los árboles y daba de lleno en la cara del hombre que manejaba el coche. ¡Y aquel hombre era Marr!

Había llegado el momento. Jack surgió de la sombra y, con todas sus fuerzas, arrojó uno de los almohadones que había traído del coche alquilado, a la cara del que manejaba el otro automóvil, en el momento en que lo tuvo a tiro.

Su puntería fué admirablemente certera. Cuando Marr vió aquel objeto oscuro que cruzaba el aire, hizo un movimiento instintivo, levantando un brazo para protegerse del golpe e involuntariamente, movió el volante de dirección.

Ese movimiento resultó fatal. El coche lanzado a la gran velocidad a que iba, se salió del camino yendo hacia un costado. Jack vió que una de las ruedas delanteras daba contra un árbol. Los tres ocupantes fueron proyectados por los aires con impulso poderoso mientras el coche, con formidable crujido, se volcaba en la cuneta.

El ruido del choque fué seguido de juramentos y de quejidos.

Sin detenerse a ver la importancia del daño sufrido por el coche y sus ocupantes, Jack corrió hacia donde estaba el otro automóvil.

—¿Qué ha sucedido? — preguntó Marjorie asiéndose del brazo de Jack en el momento en que éste llegaba sofocado de tanto correr.

—El coche de Marr... Una maniobra falsa de Marr y el automóvil se volcó a la cuneta. Dandy Trench iba en el coche. Supongo que no se habrán hecho mucho daño. Ví a los tres que salían volando del automóvil. Había que proceder así. Trench iba sentado junto a Marr y tenía el revólver en la mano. Sabían que estábamos aquí... ¡Y quién sabe lo que hubiera pasado, pues debían estar preparados a todo!

Marjorie se estremeció. Estaba muy pálida.

Jack estaba pálido también cuando se sentó en el automóvil junto a Jim. No le había sido muy agradable hacer lo que había hecho, pero no pudo procederse de otro modo. De no haber procedido así hubiera caído en poder de unos enemigos implacables y crueles.

Que uno, por lo menos, de los ocupantes del automóvil que había sufrido el accidente y que en aquel momento ardía, incendiado, no había quedado seriamente herido, lo demostró el hecho de que, un minuto después, se oyera una detonación. Alguien había hecho un disparo contra el automóvil que Jim acababa de poner en marcha. Pero el proyectil no dió en el blanco. Cinco segundos después ya estaba el coche fuera del alcance de los tiros, pasado un recodo de la carretera.

Manejado con cuidado, Jim consiguió que el automóvil recorriera la distancia que faltaba sin nueva detención.

No se veía ni una sola luz en la calle de la aldea, cuando, por último, se detuvo el coche ante la puerta de la casa donde vivía la vieja criada de la madre de Jim. Este llamó varias veces hasta que por último una cabeza, cubierta por un gorro de dormir, apareció en una ventana del piso alto.

—¿Quién es? — preguntó una voz.

—Alguien de quien usted no ha tenido noticias en los últimos dos años, señora Birket. ¿Se ha olvidado usted de mí?

—¡Quién se lo había de figurar! ¡Si es el niño Jim! — exclamó la voz de la ventana. — Bajo en seguida, señor, en seguida. Un minuto nada más.

Poco después, Marjorie, muy fatigada, hallábase en seguridad, al cuidado de la maternal anciana que contemplaba a Jim con el afecto con que contemplaría a un hijo a quien no se hubiera visto en mucho tiempo.

El automóvil fué colocado en el viejo establo que había a los fondos de la casa.

Jim y el muchacho permanecieron largo rato, conversando, después que Marjorie se hubo retirado a dormir.

Los dos iban a descansar en el piso bajo uno en un sofá y el otro en una cama improvisada en el suelo de la cocina.

Jack, — dijo Jim de pronto. — Ha demostrado usted ser el mejor compañero y amigo que podía yo tener en una noche como la que hemos pasado, y eso no lo olvidaré nunca.

—¡Bah! ¡Ni vale la pena hablar de eso, señor! — dijo Jack ruborizándose.

Jim se rió al ver la turbación y la modestia del heroico muchacho.

Pero después su cara cambió de expresión y, con gran seriedad, dijo:

—Desde esta noche Jim Strange deja de existir y Jim Strange ocupa su sitio. Pero me parece que Jim Strangways va a necesitar de su ayuda, y su amistad, Jack, tanto como lo necesitó Jim Strange.

Se expresó como si pudiera, proféticamente, prever la extraña madeja de aventuras y de peligros que le reservaba su futura brillante situación de hombre de fortuna y de sociedad, esa situación que comenzaría al siguiente día, pasada la terrible noche de prueba.

—Pero suceda lo que suceda, bueno o malo, compañeros hasta el fin, usted y yo, Jack.

LA CARTA DEL MUERTO

Jim Strangways empujó la puerta de la en otro tiempo tantas veces visitada oficina de los apoderados de su familia y fué recibido con efusiva cortesía a pesar de que se presentara pobremente vestido, por el empleado jefe, en cuanto el portero le anunció su nombre.

Tan pronto como el empleado oyó de quien se trataba, dejó su asiento con cortés apresuramiento y acudió a recibir y a ofrecer una butaca al heredero del señor Gilbert Frayde.

—Voy a anunciar su visita inmediatamente al patrón, señor Strangways. No tendrá usted que esperar sino unos segundos.

—Gracias. — dijo Jim pensando que unos

segundos más o menos no tenían importancia desde que había esperado de intento una semana desde el día en que leyó la noticia de su herencia y aquel en que respondió a los avisos que los apoderados habían hecho publicar en tantos diarios.

Toda aquella cortesía hizo sonreír a Jim. Una o dos semanas antes aquel empleado ni se hubiera molestado en contestar a su saludo. Pero ya no era Jim Strange solamente, era el mismo, más medio millón de libras esterlinas en dinero y ¡quién sabe cuanto más en propiedades!

Le recibieron con los brazos abiertos los dos abogados dueños del estudio y que habían sido durante muchos años los apoderados de su tío. Los dos se mostraron muy deferentes, muy efusivos y muy dispuestos a seguir prestando al heredero los mismos servicios que al difunto tío señor Gibert Frayde.

Después de todo aquello era bastante agradable para Jim.

Durante la semana que había trascurrido desde aquella terrible noche cuyas aventuras habían culminado con la rápida fuga hacia la casita de Surrey, nada había averiguado la policía sobre la muerte del anciano Viziard. Los elementos policiales se hallaban convencidos de que el Jim Strange a quien buscaban era el verdadero culpable.

La primera contestación que los apoderados tuvieron al aviso tantas veces repetido en diversos diarios en procura del desaparecido heredero fué un telegrama procedente de Francia y que decía:

"Acabo de leer su aviso. Partiré para Inglaterra lo más pronto posible. — Strangways".

Un día después de la fuga a Surrey, Jim había partido de Inglaterra cautelosamente.

Al telegrama había seguido una carta que había llegado a poder de los apoderados — procedente de la misma ciudad de Francia que el telegrama, — el día anterior. En esa carta Jim Strangways explicaba cómo había tenido que ausentarse de su país y de qué modo era posible que la noticia del testamento de su tío hubiera tardado tanto tiempo en llegar a su conocimiento.

La noticia de que el heredero de la gran fortuna había aparecido no tardó en ser publicada por toda la prensa de Londres.

"Tenemos noticia — decía un diario — de que el señor Strangways llevaba ausente algún tiempo, viajando por el continente, y que llegará hoy a Inglaterra".

A Jim le convenía mucho que cundiera la creencia de que había estado largo tiempo fuera de Inglaterra.

—Me sorprendió bastante que mi tío me dejara heredero, — dijo a los abogados. — Como ustedes no lo ignoran mi familia estuvo dividida durante años por viejos resentimientos y yo ví pocas veces a mi tío así que no suponía que pudiera acordarse de mí. ¡Además me parecía tan original y excéntrico!

—¡Pero lo natural era que nuestro difunto cliente le dejara heredero! — dijo uno de los apoderados. — En primer lugar hay que tener en cuenta que es usted el único pariente suyo que vive y aun en el caso de no haber testado era usted directamente heredero.

—De todos modos me felicito de que haya testado a mi favor. ¡Me viene muy bien la herencia! — dijo sonriendo Jim. — En los dos últimos años he tenido que luchar reciamente y la suerte no me fué muy favorable. Antes, joven e inexperto, no supe conservar ni manejar la fortuna que me dejó mi padre. Creo haber aprendido, en la cruel pero eficiente escuela de la vida, lo bastante para que no me vuelva a pasar lo mismo con el capital que la suerte pone en mis manos.

—Nuestro difunto cliente nos confió una carta cerrada con orden de entregarla personalmente a usted, — dijo uno de los apoderados abriendo un cofrecillo de acero. — Entiendo que se refiere a una posesión, propiedad de su difunto tío y que lleva el nombre de Granja de Darkmere.

¡La Granja de Darkmere! Jim se había olvidado casi de su existencia. Era un edificio grande, viejo, rodeado de fosos, situado en el condado de Essex. Debido a las rencillas que habían separado a la familia. Jim no la había visitado nunca.

Su tío no había habitado jamás en la Granja de Darkmere. El vasto edificio había estado años y años sin que nadie lo cuidara, sin amueblar, fuera de un par de habitaciones, según recordaba Jim haber oído decir. Gilbert Frayde habitaba una lujosa mansión moderna, en Richmond.

Los apoderados le informaron que — obedeciendo órdenes del difunto — había tenido la casa del tío, con toda la servidumbre y en condiciones de ser ocupada por él en cualquier momento si así lo deseaba.

—¿Puedo telefonear al ama de llaves, señor Strangways, algunas órdenes que usted desee darle? — dijo uno de los apoderados.

—Sí — dijo Jim. — Puede decirle que probablemente iré hoy y que tal vez me quede ya definitivamente.

Después, acompañado por uno de los apoderados, fué en automóvil al banco donde se hallaban depositados los fondos del señor Frayde que, llenadas las necesarias formalidades, fueron pasados a la nueva cuenta abierta a su heredero.

Fué una impresión curiosa la que experimentó Jim al saber que, de nuevo, tenía cuenta abierta y disponía de fondos hasta una suma que pocos días antes le hubiera parecido fabulosa.

—Bien. Ahora iré a una sastrería decente, antes que a otra parte, — díjose Jim al separarse de su apoderado. — Creo que puedo gastarme una pequeña parte de mi medio millón de libras sin que se me pueda tachar de derrochador.

Tomó un automóvil de alquiler y una vez sentado cómodamente en el vehículo Jim abrió y leyó la carta que le había dejado su difunto tío.

Aquella carta decía así:

"Yo habré muerto cuando tú leas estas líneas. Heredarás todo cuanto tengo — una importante cantidad de dinero de la que podrás disponer a tu antojo, — y algo

"que constituirá un legado menos agradable: la casa conocida por el nombre de Granja de Darkmere. Con ésta se halla relacionada una condición: no la venderás ni la alquilarás..."

—Y con toda seguridad, — comentó Jim, — no iré a vivir en ella.

Lo que luego leyó le hizo hacer un gesto de asombro.

"Hay en aquella casa un secreto que yo — ligado por el más solemne de los juramentos — no puedo revelar, un terrible secreto que me oprime, al verme a las puertas de la muerte, de tal modo, que casi siento tentación de faltar a mi juramento y revelar al mundo lo que me ha perseguido como una pesadilla".

—¡Esto se hace interesante — murmuró Jim.

Y siguió leyendo:

"Pero si tú descubres ese secreto nada puede obligarte a no hacer lo que yo no puedo ni me atrevo a realizar. Y creo que descansaré más tranquilo en mi tumba si muero con el convencimiento de que tú conseguirás algún día exponer a la luz de la justicia, lo que la vieja casa oculta entre sus muros.

"No puedo decir más. La tarea no será poca ni fácil, si es que la intentas, sino peligrosa, mortalmente peligrosa. No me atrevo a ordenarte que la emprendas. Pero sé que eres valeroso y que para la juventud, el valor y el peligro es el mejor incentivo.

"Pero no consideres pequeño el peligro — peligro oculto que deberá tenerte constantemente alerta y en guardia si es que tienes audacia para querer arrancar el secreto que está involucrado en la Granja de Darkmere.

"Algo me dice, en el momento. que trazo estas líneas, seguro de que mi fin se halla cercano, que tú intentarás esa empresa y que eres capaz de llevarla a feliz término".

Al pie de la carta estaba la firma de su tío, Gilbert Frayde.

Jim Strangways miró atónito la carta del difunto, cuyas palabras le habian causado la más intensa sorpresa.

LA EXTRAÑA OFERTA

Jim Stranyways miró asombrado la carta de su difunto tío, que acababa de leer.

¿Cuál podía ser el secreto relacionado con la casa que había heredado bajo tan extrañas condiciones.

No podía dudar de que se trataba de algo mortalmente serio a menos que su tío se hubiera propuesto darle una broma. Esta posibilidad cruzó la mente de Jim solo un instante y la rechazó de inmediato. No es de creer que en su lecho de muerte, piense ningún hombre en dar bromas a nadie.

Volvió a leer la carta con toda atención.

"Hay en aquella casa un secreto que yo — ligado por el más solemne de los juramento — no puedo revelar, al verme a las puertas de la muerte, de tal modo, que casi siento tentación de faltar a mi juramento y revelar al mundo lo que me ha perseguido como una pesadilla...".

Era un enigma de lo más original lo que le había quedado como herencia, enigma que descifraría si era posible que alguien lo descifrara. Estaba dispuesto a intentarlo. Debía eso, por lo menos, al difunto que le había estatuído heredero.

Además la curiosidad de Jim se sentía intensamente atraída. Esto constituía una razón más para inducirlo a buscar lo antes posible el secreto de la misteriosa casa.

—Pienso que el tío sabía, cuando escribió la carta, que yo iba a indagar inmediatamente, — dijose Jim. — En cuanto a los peligros de que habla serán el atractivo mayor de la empresa. — agregó riendo.

Del otro lado del papel halló una postdata en la que no se había fijado antes y que decía así:

"La casita portería que está junto al portón principal de la Granja de Darkmere, se halla ocupada por un hombre llamado Rodman. Le he dado permiso para que la ocupe mientras viva, y así lo he dejado dispuesto en mi testamento. En todas las circunstancias puedes confiar por completo en Rodman".

Jim Strangways se hizo llevar a un establecimiento del West End de donde salió vestido con un traje muy elegante, con el que había sustituído las ropas viejas y ordinarias que llevaba antes. Después, sucesivamente, fué a casa de un zapatero, de un sombrerero y a un establecimiento donde vendían artículos de punto y ropa blanca.

—¡No podía presentarme en Orchardway hecho un espantapájaros! — díjose sonriendo.

Orchadway era la casa, situada en Richmond., donde había vivido su tío. El nuevo patrón había hecho telefonear, desde la oficina de los apoderados diciéndole al ama de llaves que llegaría a la hora del almuerzo.

Jim pasó por las calles de West End y se cruzó con dos o tres hombres que le habían conocido en sus viejos días de capitalista y que le saludaron calurosamente interesándose por saber qué había estado haciendo durante los últimos dos años. Parecía que la opinión general era que había estado en el extranjero, opinión que Jim no intentó rectificar.

Después se dirigió a Richmond.

La casa llamada Orchardway se elevaba en un vasto terreno, con un parque y jardín y, en cuanto se la veía se comprendía que se trataba de la mansión de un hombre adinerado. Estaba lujosamente alhajada con muebles antiguos y dotada de todo cuanto el dinero puede reunir en una casa para mayor comodidad y confort de los que la habitan. Además se notaba en todo un aspecto artístico que constituyó su mayor encanto para el hombre que había heredado la mansión aquella después de pasar dos años de miserias y privaciones.

La anciana ama de llaves salió a recibir al nuevo patrón a la puerta de la casa. Era una viejita sonriente y bondadosa que estaba ya en Orchardway en la época en que Jim había

Los secretos de...

visto la casa por primera vez hacía muchos años.

Después, debido a la discordia que había reinado en la familia, pocas habían sido sus visitas, pero tuvo Jim una verdadera satisfacción en volver a ver, firme en su puesto, a la cariñosa señora Byng.

—Me es muy agradable encontrarla a usted todavía en Orchardway, señora Byng, y espero que seguirá usted aquí muchos años más todavía. Veo que no ha variado usted nada desde aquella época en que vine a esta casa por primera vez y usted hizo todo lo posible por acostumbrarme mal, — exclamó Jim estrechándole la mano efusivamente. — ¡Oh! ¡No he olvidado aun lo indulgente que se mostraba usted con el muchacho que al volver de la escuela con gran apetito se atrevía a pasar sin permiso la frontera de la despensa!

La señora Byng le miró sonriente.

—¿Se acuerda usted de entonces, señor Strangways? — exclamó con evidente satisfacción.

Estuvo un momento conversando alegremente con ella antes de subir a su habitación. El no había variado nada, — díjole el ama de llaves — era siempre el mismo joven de carácter franco, leal y alegre que se había ganado sus simpatías años atrás.

La señora Byng dijo a Jim que había estado un señor a verle aquella mañana. La tarjeta que había dejado decía: "Isaac Hart, procurador y corredor". Jim la leyó con indiferencia. No recordaba haber oído nunca aquel nombre.

—No quiso dejar nada dicho. Dijo que volvería esta tarde.

Jim pensó que el señor Hart, fuera la que fuese la razón de su visita corría el riesgo de no encontrarle, pues se proponía ir en automóvil, aquella misma tarde, a visitar a Marjorie.

Subió al piso alto para asearse antes de almorzar. Después pasó diez minutos recorriendo la casa que sería de allí en adelante su hogar para — en día oportuno y cuando la tenebrosa amenaza que se cernía sobre él, se hubiera desvanecido — ser también el hogar de la joven a quien amaba y a la que haría su esposa.

Le costaba trabajo darse cuenta de lo que la fortuna le había dado después de todas las dificultades por las que había pasado en los últimos dos años. ¿Había realmente, tenido la suerte de llegar a ser dueño de aquella casa? Una semana antes dormía en un refugio de mendigos y de gentuza, rezagos de la gran ciudad y había llegado a ser uno de los hombres más justamente envidiados de Londres.

Aun cuando no fuera más que por gratitud, debía obedecer a los deseos del difunto sobre la casa misteriosa y cumplir la promesa que se había hecho a sí mismo de descubrir el secreto que se ocultaba entre sus muros.

Detúvose de pronto delante de un espejo. Al ver en él reflejada su imagen Jim Strangways pensó que los que le habían conocido como Jim Strange no podían reconocer jamás en el rico al pobretón. Quizás le encontraran un parecido... pero nada más.

Antes iba todo afeitado, ahora se había dejado crecer el bigote, recortado, lo que alteraba bastante su apariencia. Sin embargo, lo que más variaba su aspecto era la expresión de su rostro que no era ya la fatigada del que no tenía ni dinero ni trabajo sino la tranquila y sonriente del que tiene ante sí un porvenir brillante... No faltaban escollos en su futuro, pero tampoco le faltaban energías para hacerles frente.

Solo dos hombres podían reconocerle: el Doctor Marr y Dandy Trench. Jim Strangways lo sabía. Los que odian no olvidan.

Había leído en los diarios la noticia del accidente acaecido al automóvil del Doctor Marr. Ninguno de los tres hombres había sido herido gravemente. Los diarios no decían cual había sido la causa del accidente.

Jim había ordenado que tuvieran dispuesto para después del almuerzo el automóvil de su difunto tío.

Era un soberbio automóvil de turismo. Su nuevo propietario lo examinaba con atención encontrándolo excelente, cuando un hombre bajo, gordo, vestido con una levita vieja y pantalones con rodilleras, se acercó por el camino de entrada. Se quitó, con cortesano ademán, el deteriorado sombrero de copa.

—¿Tengo el honor de dirigirme al señor Strangways? — preguntó con voz dulzona y con un acento, que como sus facciones, denunciaban su condición de hebreo.

—Sí, yo soy, — dijo Jim.

—Tengo un verdadero placer en verle, señor, — dijo el suave visitante con exagerada efusión. Me llamo Hart... Isaac Hart. Vine esta mañana por cuestión de negocios.

—Estoy un poco apurado, — dijo Jim sin acertar qué clase de negocios podía tener con él semejante persona. — Lo más que puedo dedicarle será unos pocos minutos.

—Puedo explicar mi asunto en cinco minutos, señor Strangways. Vengo a hablarle de nua propiedad del difunto señor Gilbert Frayde, de la Granja de Darkmere.

Jim no demostró el interés que aquellas palabras le habían despertado. La casa aquella con su secreto al cual se referían las palabras de la carta del moribundo... ¿qué querría decirle sobre la casa en cuestión aquel corredor judío?

—Bien: le dedicaré cinco minutos, — dijo Jim.

Y guió al señor Hart a la biblioteca.

—Sin rodeos, señor Strangways, debo decirle que la Granja de Darkmere, que usted ha heredado es un edificio viejo, húmedo, carcomido, ruinoso y a punto de derrumbarse.

—No lo sabía. No he visto la casa. Pero supongo que usted no me ha visitado dos veces con el exclusivo objeto de comunicarme su importante opinión — dijo Jim.

—Es el caso, señor Strangways, que un cliente mío me ha dado instrucciones para que le haga una oferta...

—¿No se trata de una cosa tan detestable? — preguntó Jim.

Ya se había puesto en guardia. Algo debía haber bajo aquella oferta. O mucho se equivocaba o era algo relacionado con el secreto de que hablaba la carta de su tío.

—Mi cliente se da perfecta cuenta de que sería necesario gastar mucho dinero si se quisiera poner la casa en condiciones de ser habitada. Pero le gusta el sitio. Los alrededores son pintorescos. Debo manifestarle que mi cliente estaba en tratos con su difunto tío el cual hallábase ya dispuesto a vender la posesión. Por desgracia acaeció la lamentable muerte del señor Frayde.

—Sí, sí — dijo Jim que sabía, por la carta de su tío. que lo que aquel hombre decía no era cierto. ¿Por qué quería aquel extraño comprar la Granja de Darkemere y tan luego el mismo día en que había tomado posesión de su herencia? — Así que usted dice, — agregó Jim — que mi tío estaba dispuesto a realizar la venta.

—Estaba enteramente decidido, — dijo resueltamente el señor Hart. — En vista de eso y de la oferta aceptable, por no decir ventajosa. de mi cliente, creo que usted no tendrá dificultad en hacer el negocio.

—Claro está que su cliente (cuyo nombre no me ha dicho) tendrá alguna carta de mi tío que demuestre el estado a que habían llegado las negociaciones.

—¡No! Creo que todo se trató verbalmente, — dijo con rapidez el corredor. — Por lo demás mi cliente (cuyo nombre no hace al caso) ofrece cinco mil libras. Me atrevo a manifestar que la propiedad, en caso de ser tasada por peritos lo sería en la mitad de esa suma.

—Me parece que han transcurrido ya los cinco minutos, señor Hart, — dijo cortesmente Jim. — Pues bien, suponiendo que usted me hubiese ofrecido quince mil libras...

El judío levantó las dos manos en ademán de protesta.

—¡Señor Strangways! — exclamó en tono de reproche. — ¡No es posible que hable usted en serio. ¡Quince mil libras por una casa vieja como aquella! Puede ser que mi cliente se decidiera a dar siete mil quinientas. aun cuando es mucho más de lo que aquello vale, pero... Bueno: le ofrezco siete mil quinientas libras y no hablemos más.

—No quiero aprovecharme de la generosidad de su cliente ni quiero hacerle perder tiempo, señor Hart.

El judío le miró fijamente un instante. Luego, con repentino ímpetu, exclamó:

—¡Diez mil! ¡No doy más, señor Strangways. ¡Ni un penique más!

¿Tanto miedo tenía el incógnito cliente de que se descubriera el oculto secreto, fuera el que fuera, cuando así se disponía a dar tanto dinero por la Granja de Darkmere que en verdad no valía ni la mitad? Era sin duda el secreto y no la casa, lo que se pretendía comprar a Jim.

—Bien. Adiós, señor Hart — dijo Jim dando por terminada la entrevista.

—¡Pero señor! — exclamó el otro enojado. — ¡Si debe usted saber que la propiedad no vale tanto! ¡Esto es querer explotarme! — Cambió de tono y agregó con su melosidad de antes. — Tal vez pueda convencer a mi cliente de que debe dar doce mil quinientas libras aun cuando es un precio ruinoso.

Jim se echó a reir.

—Entonces ¿por qué ha de aconsejar a su cliente que haga un negocio tan malo. Además, señor Hart no es posible hacer nada, ni aún en doce mil quinientas libras.

El corredor le miró con asombro un momento, Jim se dirigió a la campanilla eléctrica para tocar y llamar así a un criado. Hart se interpuso rápidamente.

—¡Qué difícil es tratar con usted, señor Strangways! — exclamó. — Mi cliente quiere comprar y tengo autorización para proceder como me parezca. En consecuencia debo admitir el precio que usted parece decidido a exigir: ¡quince mil libras!

Al decir esto el corredor puso una cara muy triste.

¡Quince mil libras! No era posible dudar. El secreto a que el difunto se refería en la carta debía ser importantísimo desde que había quien estaba dispuesto a pagar semejante suma por ocultarlo.

Con apresuramiento, el corredor sacó un papel doblado y una pluma de fuente.

—Aquí está un breve convenio, que traje preparado. Voy a poner la suma, que dejé en blanco... No sé qué dirá mi cliente, pero... ¿Quiere usted tener la bondad de poner aquí su firma, señor Strangways?

—¿Pero por que da usted por admitido que yo voy a firmar? — dijo amablemente Jim. — Yo no le he dicho que pienso vender.

El judío expresó la mayor decepción.

—Pero usted... usted dijo quince mil libras.

—Dije que suponiendo que usted me hubiera ofrecido quince mil libras, — manifestó Jim — Dígame, señor Hart, ¿por qué razón quiere su cliente comprar la Granja de Darkmere?

Miró al judío cara a cara. Isaac Hart bajó la vista. El hombre pareció desconcertarse.

Sonó la campanilla del teléfono. Jim se acercó al aparato y tomó el auricular.

El corredor le observó, intranquilo, mientras hablaba por teléfono. Por último oyó que Jim decía:

—No hay negocio posible. Acabo de rechazar otra oferta. Le ruego no me moleste al respecto porque no conseguirá nada. Adiós.

Colgó el auricular.

—¡Hay gran interés por la Granja de Darkmere, según parece! Me han hecho otra oferta, — dijo Jim a Hart. — Probablemente, de haberle dado tiempo, hubiera subido a una suma superior a la que usted quiere dar. ¿No le parece raro, señor Hart que dos personas distintas me hablen, a las pocas horas de hallarme de regreso en Inglaterra, deseosas de comprar la Granja de Darkmere a un precio enteramente fantástico?

El judío le miró atónito sin saber que contestar.

—¿Usted sabe lo que creo? Que su cliente no le dijo la verdad cuando aseguró que mi difunto tío estaba por venderle la propiedad. La Granja de Darkmere no ha estado ni está en venta.

Los secretos de...

Por último el corredor tuvo que considerarse derrotado y no pudo ocultar por más tiempo su desagrado.

—Usted tiene mi dirección, señor, — dijo. — ¡Si cambia de opinión puede avisarme! — dijo al retirarse.

—¡Adiós, señor Hart!

¡Dos personas o dos diferentes intereses le buscaban inmediatamente a su regreso a Inglaterra, con el deseo de comprar-la granja de Darkmere! ¿Qué significaba eso? ¡Y uno de los compradores había ofrecido quince mil libras por una propiedad que no valía la tercera parte!

—Me hubiera gustado que Hart hubiese dicho el nombre de su cliente. Pero se conoce que deseaba guardarlo en secreto. Esto constituye un detalle que me incita aun más a querer descubrir el misterio que encierra la vieja casa. ¡Iré con Jack, muy pronto a visitar la Granja de Darkmere!

UN AVISO NOCTURNO

Antes de dirigirse a Surrey, Jim llamó por teléfono a la oficina de los apoderados de su tío y les dió cuenta de las dos ofertas que había recibido, de gente que quería comprar la Granja de Darkmere.

El que le atendió por teléfono manifestó su sorpresa y dijo que no tenía ni la menor idea sobre las condiciones del secreto de que el anciano había dado cuenta a su heredero.

—Admito, — dijo, — que me sorprendió que su señor tío dispusiera que la casa no fuera ni alquilada ni vendida, pues precisamente el señor Frayde siempre había demostrado especial animadversión hacia la granja. Pero no explicó el por qué de su decisión.

—¡Ah! ¿Puede usted decirme quién es Rodman? — preguntó Jim.

Parecía que Rodman se había instalado en la casita de la portería de la casa deshabitada unas seis semanas antes del fallecimiento de Gilbert Frayde. El apoderado no había visto nunca al hombre ni sabía nada a su respecto. No era, sin embargo, un "cuidador de la granja, pues la casa estaba cerrada y las llaves se encontraban depositadas en la caja de hierro de la oficina de los apoderados.

—Quiere usted tener la bondad de enviarme las llaves? — dijo Jim antes de dar por terminada la conversación. — Las necesitaré uno de estos días.

....

Marjorie le estaba esperando, Mucho antes de que el automóvil de Jim apareciera en el camino, ella se hallaba de pie, junto al portón de la casa de la señora Birket, mirando impaciente.

A los ojos de Jim pareció ella la figura más encantadora del mundo. de pie junto al cerco de ramaje, a la luz del sol que salpicaba de puntitos de oro su reluciente cabellera. Bajó Jim del coche y corrió hacia ella.

—¡Marjorie! — exclamó abrazándola.

—¡Una semana sin vernos! — dijo la joven. — ¡He estado más inquieta! ¡Siempre temerosa de que se hubiera producido algo malo!

—Todo ha ido perfectamente hasta ahora — dijo Jim.

No había sucedido nada sospechoso, durante la semana, en el chalet de Surrey. Marjorie dijo a Jim que no se había tenido allí ni la menor noticia del doctor Marr. Pero Jim se hallaba satisfecho de que hubiera estado Jack con ellas y que la señora Birket hubiese vigilado también.

—Corra a ponerse el sombrero. — dijo Jim a Marjorie. — Vamos a dar un paseo en automóvil.

Conversando con Jack, se quedó junto al portón, mientras Marjorie corría a arreglarse para salir.

—Fué para mí una gran alegría y un alivio recibir su carta esta mañana en casa del abogado. — dijo Jim a Jack. — Por ella supe que no había ninguna novedad.

—No se lo dije nunca, señor, pues esperaba verle esta tarde, — dijo Jack. — Aun cuando la señorita Marjorie lo ignora, el Doctor Marr ha estado por estas inmediaciones

Jim le miró atemorizado

—¡Marr!

—Pasó por delante de esta casa, hace dos días, en su automóvil. No me vió ni vió a la señorita Marjorie y estoy seguro de que no tenía ni la menor sospecha de lo cerca que se hallaba de nosotros. Pero es el caso de que estamos a unas doce millas de donde sufrió el accidente su automóvil y con seguridad se figura que la señorita tiene que estar en esta parte de Surrey. ¡Está loco por encontrarla! Si usted me preguntara lo que pienso a este respecto, señor, le diría que no es conveniente que la señorita Marjorie siga aquí mucho tiempo más, — dijo Jack con emoción.

Jim pensaba lo mismo. La permanencia de Marjorie en casa de la señora Birket tenía que ser transitoria y durar únicamente hasta que se hallara un sitio más seguro donde tener a la perseguida joven.

—Sí. Yo arreglaré eso lo más pronto posible, Jack. Se ausentará de aquí dentro de muy poco tiempo.

—¡Muy bien, señor! Así me gusta, porque yo...

—¿Qué? — interrumpió Jim al ver que Jack había callado de pronto.

—Iba a decir que en cuanto la señorita Marjorie esté en sitio más seguro, yo iría otra vez a mi lugar de siempre a vender diarios.

—¿Por qué, Jack? — exclamó el otro sorprendido.

Había quedado resuelto que Jack se dedicara al teatro, a donde le llamaba su vocación y para cuyo arte tenía tan admirables condiciones.

—Estoy pensando en el señor Vizlard, — dijo Jack. — La policía no va a encontrar al asesino. Se han cegado de tal modo, que lo único que piensan es en buscarle a usted. Nosotros debemos dar con el culpable, pues usted no se hallará seguro hasta que se encuentre al autor de la muerte del viejo. Si yo estuviera en mi sitio de siempre, allá, en Westminster, con los ojos bien abiertos y el oído alerta, podría dar con algún rastro. No es que piense que soy un Sexton Blake o un

Nelson Lee señor, pero tengo compañeros que saben ver y oír y me dirían cuanto averiguaran. Además hay otra cosa. Quiero vigilar la casa donde murió el señor Viziard. Todo lo demás puede esperar; eso no. Aquí viene la señorita Marjorie, así que no hablaré más del asunto, por el momento. Pero usted debe dejar que yo haga lo que quiera a ese respecto, señor, no solo por usted, sino por la señorita Penrose.

Pasaron la tarde en el automóvil y, cuando anochecía, volvieron a la casa de la señora Birket. Era cerca de media noche cuando Jim regresó a Orchardway. Se dirigió inmediatamente al dormitorio, se acostó y, tan cansado estaba, que se durmió casi inmediatamente.

Aun era de noche — dos horas más tarde — cuando Jim se despertó sobresaltado mientras soñaba con la casa del secreto, acometido por la idea de que alguien andaba en la habitación.

Se sentó en la cama y encendió la luz eléctrica.

Lo primero que notó fué que la ventana — de las llamadas de guillotina — estaba abierta en la parte inferior. Al acostarse sólo había dejado abierto un pequeño espacio en lo alto para renovar el ambiente del dormitorio sin sentir corriente de aire.

Jim salió de la cama. Sí, como lo sospechaba, alguien había entrado en el cuarto, no estaba ya allí el misterioso intruso.

De pronto sus ojos distinguieron una hoja de papel que estaba sobre la mesa de noche. En aquel papel se leían las siguientes palabras:

"Dése por advertido y no se acerque a la Granja de Darkmere. No queremos hacerle daño. Sólo deseamos avisarle que puede correr usted un grave peligro del que no tiene la menor idea si no desiste por completo de la Granja de Darkmere. Lo que más le conviene es vender la casa lo antes que le sea posible".

No había firma. Al pie de lo escrito se veía dibujado un ojo humano.

No era posible dudar de que alguien había estado en la habitación, alguien que había entrado y salido por la ventana.

Jim estaba pensativo cuando se dirigió de nuevo a la cama. No era posible resolver nada en aquel momento. El intruso — fuera quien fuera — debía hallarse ya lejos de la casa.

La advertencia del difunto había sido refrendada por el aviso de los vivos.

Evidentemente, el "nosotros" de la carta correspondía a algún conjunto de personas que tenía miedo de que se hiciera algún descubrimiento en la Granja de Darkmere. Evidentemente también se hallaba ante una gavilla peligrosa y desesperada de desconocidos, puesto que había usado de un medio tan audaz para llevar a su conocimiento el aviso, penetrando nocturnamente en su propio domicilio.

Después de desayunarse — la mañana siguiente — Jim llamó por teléfono a la oficina del corredor judío.

—He recibido una carta amenazadora sobre la Granja de Darkmere. — dijo por el teléfono. — ¿Se propone usted o su cliente aterrorizarme para hacerme ceder y convencerme de que debo vender la posesión?

La voz melosa respondió protestando de que ignoraba por completo cuanto pudiera relacionarse con la carta.

—Su sospecha me ofende, señor Strangways. Esa carta no puede proceder de mi cliente. Quizás se trate de alguna combinación de la otra persona que, como usted me dijo, también quería comprar la granja y le habló por teléfono mientras yo estaba en su casa. Créame que yo ignoro todo cuanto pueda tener relación con semejante amenaza.

Pero Jim no se convenció. Una súbita idea acudió a su mente. ¿No era posible que la segunda oferta, hecho por teléfono por uno que no había dado sus señas — hubiera sido combinada de acuerdo con Isaac Hart? Mediante esa combinación el corredor podía, llegado el caso, declararse ajeno, como lo había hecho, a todas las amenas que le dirigieran a fin de intimidarle y decidirle a vender, pues mientras se producían las amenazas, el corredor seguía decidido a comprar.

Jim sospechaba que el untuoso señor Hart sabía perfectamente todo lo relativo a la carta anónima y su símbolo — el ojo — que tenía por firma. Pero no iba — de ningún modo — a dejarse intimidar y no desistiría de su propósito de descubrir el secreto que escondían las misteriosas paredes de la Granja de Darkmere.

Volvió a hablar por el teléfono:

—Puede Vd. decir a su cliente que ni con medio millón de libras podría comprar la casa. Y si amenazan, tal vez haga yo algo más que amenazar. No digo más. Adiós, señor Hart.

El nuevo propietario de la Granja de Darkmere había admitido el desafío de los desconocidos adversarios y estaba decidido a librar batalla cuando llegara el momento. Ya que así lo deseaban, pelearía, pero la lucha sería decisiva.

EL "CHALET DE LAS ROSAS"

Jack salió de la pequeña estación de la línea de Surrey acompañando a Nance y a su anciana madre.

—¡Aquí estamos, señor! — gritó el muchacho cuyo aspecto no era ya el que tenía cuando vendía diarios.

Había estado en la ciudad, el día anterior, en compañía de Jim Strangways y había visitado una sostrería. Jack se hallaba contentísimo. Su traje de corte elegante y los pantalones — con la raya del planchado bien marcada, — estaban doblados por la parte de abajo y dejaban ver unas medias de última moda surgiendo de unos zapatos elegantísimos.

—¡Estoy hecho un tipo de lo más "chic". ¿No le parece que todo esto es demasiado elegante? — dijo Jack al verse transformado.

Habían transcurrido tres días desde aquel en que Jim Strangways había acudido a la oficina de los apoderados a tomar posesión de su fortuna. Jack había ido aquella mañana a Londres, por indicación de Jim, a buscar a Nance y a su anciana madre para lle-

varlas a la pequeña estación de la línea de Surrey, donde Jim y Marjorie los esperarían en el automóvil.

Nance no tenía todavía idea de la sorpresa que le preparaban, aunque Jack había estado varias veces por decírselo todo durante el trayecto en el tren. Algo le había dicho sobre el cambio de fortuna de su amigo, pero ella no se dió perfecta cuenta de aquello hasta que se percató de que el nuevo Jim Strangways que esperaba, junto con Marjorie, fuera de la estación, en el soberbio automóvil y se acercó a saludar a la madre de la florista y a su hija, era el mismo a quien había visto tan hambriento y triste, hacía menos de dos semanas, una noche de niebla, que, compadecida, le había dado unas monedas de las pocas que ella tenía.

—Ya le dije que iba usted a tener buenas noticias, Nance, — dijo sonriendo Marjorie. — Pero no le diremos nada hasta el término del viaje.

Jim ayudó a la anciana y a Nance a subir en el automóvil. La florista se sentó emocionada y asombrada. Había visto antes automóviles tan lujosos como aquel pero no había ni soñado que jamás pudiera ir en uso de ellos. Se sentó cómodamente en el mullido asiento con una satisfacción extraordinaria y deleitóse al sentir que el coche se movía suave y rápidamente por el camino campestre flanqueado de hermosos jardines y de prados floridos.

¡Y luego aquel aire tan fresco y tan puro tan distinto de la atmósfera sobrecargada de las calles de la Gran Ciudad!

—¡Qué diferencia! ¿No es verdad madre? — exclamó.

No sabía en qué podía consistir la sorpresa para el final del viaje, pero casi no deseaba que llegara porque se sentía tan feliz que hubiera querido que el paseo no terminara nunca. Le parecía que todo aquello era un sueño.

Pòr último el coche amenguó la marcha. Se hallaba en el centro del condado de Kent a orillas de una pequeña aldea que parecía adormecida bajo las caricias del sol.

—Aquí está el final de nuestro viaje —

Habíanse parado delante de una casita blanca de estilo antiguo, constituída por dos pequeños chalets unidos formando uno solo. Detrás de la tapia de rojos ladrillos se veía un jardín con flores de brillantes colores y luego muchos rosales que elevaban sus ramas hasta casi llegar al techo de tejas. El cuadro era encantador.

Nance había pasado toda su vida de labor en Londres. Las pocas veces que había visto algo del campo se había quedado encantada. Contuvo el aliento al contemplar aquel cuadro.

—¿No parece un sueño, madre? — exclamó mirando por el portón hacia la vereda de baldosas rojas que conducía a la casa. — ¡Qué gusto si pudiéramos llegar a tener una casita como esta! ¿Es aquí donde usted vive, señor Strangways?

—Se parece a la casa donde nací — dijo la madre de Nance con los ojos humedecidos por un dulce recuerdo. — Alguna vez soñé que podría terminar mis días en el campo, pero la Gran Ciudad me envolvió en su torbellino como le ocurrió a tantos otros.

—No. No vivo aquí. Esta es la casa donde vendrán a vivir unos amigos míos, según lo espero y deseo, — dijo Jim mientras se dirigía a la casa. — Solo está a medio amueblar, así que no debe usted fijarse en detalles, señora Eastwood. Los pocos muebles que hay se trajeron ayer. Puede usted decir que anduvimos de prisa, señorita Penrose. Jack y yo estuvimos en actividad casi todo el día.

Abrió la puerta con la llave que llevaba. Por dentro la casa no podía ser más simpática ni más confortable. Las ventanas tenían cortinas de muselina y los muebles, de estilo antiguo, estaban de acuerdo con el aspecto del interior de las habitaciones.

Jim miró a Marjorie y Marjorie se sonrió y se volvió hacia Nance.

—¿No adivina usted, Nance? Esta es la sorpresa que le anuncié. Deseamos que usted y su señora madre vengan a vivir a esta casa.

—¿Yo? — preguntó Nance abriendo mucho los ojos.

—Sí. Usted y su señora madre, Nance. El señor Strangways ha comprado esta casa para ustedes. Además, y por el momento, yo viviré aquí también, — dijo Marjorie. — La idea nos ha sido tan agradable que esperamos que no nos den el disgusto de decir que no.

—¡No quiero que Nance diga que no! — exclamó Jack.

—Pero.... pero.... — Nance no pudo seguir hablando. Era todo aquello tan maravilloso. Le parecía flotar entre nubes rosadas... Miró a su anciana madre que parecía tan deslumbrada como ella por el inesperado obsequio, ¡su anciana madre que por fin iba a ver satisfecho su deseo! Nance, de pronto, rompió a llorar. Sus lágrimas eran de felicidad y de gratitud. — ¡Oh! ¡No sé cómo agradecerlo! — dijo con temblorosa voz.

Jim, que conocía el digno orgullo de quien es pobre y honrado, había planeado su obsequio de modo que su dignidad no pudiera ser ofendida por la idea de que se les hacía una caridad. En cambio del regalo le harían un servicio, pues allí se quedaría Marjorie sin peligro de que la encontrara el canalla que era, a pesar de todo, su tutor legal. Sabía Jim que Marr no ahorraría averiguación y consideraba que la casa de la señora Birket no constituía ya sitio seguro para la señorita Penrosa.

—Mi idea es que usted puede dedicarse a criar gallinas y a hacer manteca para enviar al mercado, — dijo Jim a Nance. — Y le prometo ser el primero de sus clientes.

Para Nance y para su agradecida madre aquel día fué el más feliz de su existencia.

Por la tarde Jim llevó a Marjorie y a Jack a casa de la señora Birket dejando a la madre de la florista y a ésta en posesión de su nueva casa. Marjorie debía dejar su presente alojamiento e ir a habitar en el "Chalet de las Rosas" — que así se llamaba la casa — al siguiente día.

De la casa de la señora Birket, Jim y Jack irían a hacer su primera visita a la Granja de Darkmere.

LA CASA DE LOS RUMORES

Pensaron irse en cuanto hubieron tomado el té, pero Jim se entretuvo conversando con Marjorie y ya comenzaba a amanecer cuando vieron a lo lejos la vieja casa que había llegado a poder de su nuevo propietario envuelta en una atmósfera de misterio.

El edificio se hallaba lejos de toda otra construcción, en uno de los pasajes más solitarios del condado de Essex y a unas seis o siete millas, a lo más, de la costa.

Doce millas más lejos se encontraba el extenso presidio de Bleakmoor.

—¡Debemos hallarnos en el confín del mundo! — exclamó Jack.

La casa, grande y baja, se hallaba lejos del camino, simioculta entre los árboles que crecían agrupados en el extenso y descuidado parque, y estaba envuelta en sombras cuando el automóvil llegó a los portones. Sentíase un ambiente de soledad y de desolación. Un foso había — en otro tiempo — rodeado la casa. Parte de ese ancho foso estaba rellenado, pero quedaba un espacio de agua inmóvil que bañaba dos de los lados del edificio

¡Y era aquella la propiedad por la que habían ofrecido quince mil libras esterlinas! Alguien debía tener vital interés en ocultar el secreto encerrado allí, que Jim se proponía descubrir y que había sido una pesadilla para su difunto tío.

Jack saltó del coche y abrió el herrumbrado portón. La casita de la portería estaba muy cerca. Oyeron el ladrido de un perro; vieron aparecer, un momento, una cara en la ventana. Debía ser Rodman, sin duda.

Aun cuando al hombre se le había concedido derecho a residir allí mientras viviera, no se le cobraba alquiler, según le hab an dicho a Jim los apoderados. Rodman no salió en el momento en que ellos entraron por el portón.

Jim se acercó a la casita de la portería y llamó a la puerta.

Fué un anciano, corpulento, el que abrió. Rodman pareció mirarles con desconfianza. Sus ojos parecían más claros y su mirada más penetrante de lo que se hubiera podido esperar en un hombre de la edad que representaba. Tenía la barba y el cabello grises. Su aire era reservado y taciturno.

—¡Sí! ¡Soy Rodman! — contestó a la pregunta que le hizo Jim.

—Y yo soy el sobrino del difunto señor Frayde.

—¡Hable alto, haga el favor! No oigo bien. — Así que usted es mi nuevo casero. ¡Casero! Pero no para cobrarme el alquiler. ¿Me entiende, señor Strangways? ¡Ah! ¡Y no puede echarme aunque quiera!

El perro — un terranova muy grande — había salido ladrando en cuanto se abrió la puerta.

Pero Jim era amigo de los perros y los entendía bien lo que el terranova pareció comprender por instinto. Jim le habló, palmeándole la pelada cabeza.

—¡Que lindo perro! — dijo a su taciturno dueño. — En un sitio solitario como este conviene tener un perro así.

El rostro de Rodman pareció sonreír.

—¡Es raro que Rock haga amistad con usted! — dijo. — No simpatiza casi con nadie. ¿Viene a hacer una visita a la granja, señor Strangways?

—Sí, aun cuando me doy cuenta de que hubiera sido mejor haber venido de día.

Rodman le miró un instante con curiosidad.

—Supongo que ustedes habrán oído todas las cosas que se cuentan sobre esta casa, — dijo de pronto. — No me corresponde decir si hay algo de verdad a ese respecto. Creo que sería mejor, sin embargo, que vinieran de día. Fíjese bien y ande alerta, señor Strangways; hay sitios donde puede tropezar, en las casas de esta clase... ¡de noche sobre todo!... ¡y no conociendo el sitio! — se apresuró a agregar. — Seguramente han traído ustedes bujías.

Pero Jim pensó en aquel momento si la indicación de que anduviera alerta que habíale hecho el hombre no quería decir que se encontraría con algo más que la oscuridad.

—Sí. Hemos traído bujías — dijo con tranquilidad. — De todos modos andaré alerta. Y gracias por la indicación.

Dejaron el automóvil cerca de la portería y se dirigieron, por el camino descuidado, hacia el edificio.

—No es extraño que se cuenten cosas raras... La casa tiene un aspecto tenebroso, digno de un nido de fantasmas, — dijo Jack.

Sabía que el difunto había hecho referencia a un misterio que estaba en aquella casa. Jim había considerado conveniente advertírselo antes de pedirle que le acompañara. Pero, como era de esperar del valeroso muchacho, Jack exclamó en seguida: "¡Vaya si iré! ¡Con muchísimo gusto!"

La casa estaba a un cuarto de milla del portón, rodeada de árboles que casi tocaban a las húmedas paredes. Jim abrió la puerta que crujió, y entraron en el hall.

Una atmósfera fría y húmeda, con olor a moho, les envolvió. Una rata pasó corriendo en lo oscuro, rozando las piernas de Jack en el momento en que Jim lanzaba, a la oscuridad, el rayo de una linterna eléctrica que había sacado del bolsillo.

En el mismo momento Jack le agarró del brazo.

—¡Oiga, señor! ¿Qué es eso? — dijo el muchacho en voz muy baja.

El gesto de Jim indicó que él también había oído. Era algo así como un cuchicheo lejano, casi inapreciable, lo que les recibía al penetrar en el silencio de la casa. Un cuchicheo que se hubiera creído el rumor de voces que hablaban a la distancia, pero dentro de la casa, si ésta hubiera estado habitada. Pero ¿quién iba a hallarse en semejante sitio cerrado y oscuro?

—Debe ser el viento, al pasar por la chimenea, — dijo Jim después de una pausa.

Mientras hablaba, una ráfaga cerró de un golpe la pesada puerta de roble. El ruido que

hizo la puerta al cerrarse retumbó en todos los ámbitos de la casa.

Permanecieron inmóviles, escuchando. Pero cuando el último eco se desvaneció por fin, reinó el más profundo silencio.

—¿Le parece que exploremos la casa, Jack?

Jack se sonrió. Habíase dejado impresionar por el extraño y a la vez inexplicable cuchicheo que había oído... ¡No! ¡No podía ser el viento! Pero no pensó más en ello.

—Cuando usted quiera, señor, — dijo.

Siguieron adelante. Jim alumbraba el camino con su linterna eléctrica. No volvió a oírse el curioso cuchicheo. El silencio era completo. Sólo se oía el rumor de sus propios pasos en los pisos de piedra.

Exploraron una tras otra las habitaciones. No se encontraba señal ninguna de persona viviente. La casa parecía ser el reinado de la soledad, del polvo y de la ruina.

Las enigmáticas palabras que había trazado la mano de su tío moribundo volvían a su imaginación.

"La tarea no será poca ni fácil, si es que
" la intentas, sino peligrosa, mortalmente
" peligrosa .No me atrevo a ordenarte que la
" emprendas.

"Sé que eres valeroso y que para la juven-
" tud, el valor y el peligro es el mejor incen-
" tivo.

"Pero no consideres pequeño el peligro —
" peligro oculto que deberá tenerte constan-
" temente alerta y en guardia si es que tie-
" nes audacia para querer arrancar el se-
" creto que está involucrado en la Granja
" de Darkmere".

Ante aquellas salas solitarias y tenebrosas no era posible dejar de pensar en que era cierto que allí estaba escondido algún misterioso secreto. ¿De qué podría tratarse? Jim se sintió más decidido que nunca a descubrirlo. Pero ¿cómo lograría dar con él?

En casi todas las habitaciones había restos de muebles y uno de los cuartos se hallaba enteramente amueblado: podía haber estado habitado el día anterior.

La casa parecía haber sido pintada de la manera más original y excéntrica. Tenía muchos corredores curvos y con vueltas y varios inesperados pasajes entrelazados. Todo los recorrieron, tanto en el piso bajo como en el alto, entrando en todas las habitaciones. Pero no encontraron nada que explicara el extraño cuchicheo que habían oído al entrar, allí no había señales de la presencia de ningún ser humano .

—¡Y me parece que lo hemos revisado todo bien! — dijo Jack cuando bajaban del piso alto.

Hallálase uno o dos escalones más abajo que Jim.

De pronto lanzó una exclamación:

—¡Mire, señor! ¡Allá! ¡Allá abajo! ¡Mire! ¡Mire!

Su voz indicaba que se encontraba muy emocionado.

Abajo, en la oscuridad relativa que reinaba al pie de la escalera, había distinguido una forma que pasaba fugitiva, casi invisible en medio de las sombras. Había podido ver algo como una cara que pasara con rapidez.

Jim había visto también aquella sombra fantasmagórica. Bajó la escalera de tres en tres escalones, seguido de Jack.

El corredor al que llegaron hacia una rápida curva. Corrió, iluminando su paso con la luz de la linterna. Jim llegó a tiempo para ver que una puerta se cerraba y para oír el ¡clic! del pestillo. En aquella habitación habíase metido el misterioso intruso.

Jim corrió hacia la puerta. Había esperado encontrarla cerrada por el otro lado, pero no lo estaba. La abrió. Daba a una habitación espaciosa, de extraña forma exagonal? Cada una de sus seis paredes ostentaba un espejo grande, — oscurecido por el deterioro del tiempo, y que llegaba casi del suelo hasta el techo.

Allí había entrado — no era posible dudarlo — la forma que pasó rápidamente. Pero aquella habitación estaba vacía en el instante en que Jim penetró en ella.

¡Vacía! Por un momento, Jim se quedó parado sin saber qué pensar. La misteriosa figura debía haber sido un fantasma incorpóreo. A pesar suyo Jim se estremeció. La desaparición no podía parecerle más inexplicable.

Venciendo su aturdimiento de un instante, Jim corrió hacia la ventana. No estaba asegurada con pasadores y la abrió inmediatamente. Si la figura se había marchado no había sido por la ventana. Al pie del muro estaba el agua del pozo. La superficie del agua se hallaba lisa como un espejo.

Jack entró en la habitación portador de una bujía que había encendido. Jim se volvió hacia él.

—¡Juraría que había visto a la sombra penetrar en esta habitación! ¡Si hasta oí el ruido del pestillo al cerrarse! ¿Qué es eso, Jack?

El muchacho se había quedado inmóvil mirando a la pared.

—¡Allí! ¡En aquel espejo! — exclamó excitado el joven.

Y Jack indicó la pared con mano temblorosa.

Jim se volvió rápidamente. En uno de los viejos espejos, oscurecidos por los años, y colocados en la pared, se veía un ojo humano que les miraba fijamente:

¡Un sólo ojo!

EL ATISBADOR

Jim contuvo la respiración. Luego, instintivamente, miró por encima del hombro como para ver lo que podía estar a la espalda, reflejando en el espejo aquel ojo que le miraba malévolamente.

La único que vió fué otro espejo igual en la pared que quedaba frente por frente. En el instante en que miró al otro espejo este presentó también el ojo misterioso. Después desaparecieron los dos como el aliento echado sobre un cristal.

El espejo no reflejó nada más que sus dos figuras en la solitaria habitación.

¿Se trataba de algún truc? Si era así

¿quién lo había manipulado? Un espejo no puede presentar más que lo que se ofrezca a su reflejo.

Un ojo... También había un ojo en la hoja de papel con la advertencia, colocada la noche anterior en su dormitorio por el nocturno intruso, avisándole que no le convenía meterse en nada relacionado con la Granja de Darkmore. La coincidencia parecía significativa.

Jack se estremeció sacudido por un escalofrío.

—¡Esto es misterioso, señor! ¿Qué significará? A mi lo que sea carne y hueso no me da miedo, pero estas cosas inexplicables y sobrenaturales me atacan los nervios. La próxima vez que venga, vendré de dia.

Pero antes de retirarse, Jim examinó detenidamente los dos espejos. Estaban oscurecidos por el tiempo y parte del azogue había desaparecido. Pero no encontró explicación para la aparición del ojo que, durante un momento, habíase reflejado en ellos. Salió de la habitación completamente confundido.

—El cabo de la madeja del hilo que conduce al secreto de que mi tio hablaba en su carta debe estar en algún sitio de esa sala de los espejos, — díjose Jim recordando la sombra que habían visto entrar en aquella habitación.

La luz de la luna que se alzaba en aquellos instantes extendíase poco a poco en el momento en que salieron de la casa, satisfechos, tanto el uno como el otro, de abandonar la atmósfera sofocante del interior de la vieja mansión, para respirar el aire puro de la noche.

Antes de cerrar la puerta, Jim se quedó un momento escuchando. Seguía el mismo silencio. Con intención, cerró la puerta de un golpe y volvió la llave. Se quedó escuchando un momento más, del lado de fuera.

¿Fué el rumor del viento o realmente fueron lejanas risotadas lo que llegó a sus oídos en momento en que se seperaba de la puerta?

—¡Extraña casa! — decíase — Y muy extraño tendrá, que resultar el secreto cuando lo haya descubierto como lo descubriré!

Dirigiéndose al portón donde habían dejado el automóvil, Jim estuvo por llamar a la portería y hablar con Rudman, pero cambió de opinión. Salieron en el automóvil y se dirigieron por el desierto camino.

Pero el coche solo anduvo una corta distancia. Un camino lateral conducía a uno de los lados de las tierras de la Granja de Darkmere; con asombro de Jack, Jim dirigió hacia ese camino el automóvil.

—¿Dónde va, señor? — preguntó Jack.

Poco después, Jim detuvo el coche y saltó de su asiento.

—Voy a volver a echar otra mirada a la casa. — dijo Jim. — Ahora, la misteriosa persona que está allí se creerá que nos hemos ido de verdad.

—¡Yo iré también! — exclamó Jack por más que, aunque era valiente, aquellas cosas sobrenaturales de la Granja de Darkmere no le habían hecho ninguna gracia.

Encontraron en el cerco un hueco por donde pasar y avanzaron cautelosamente por entre los árboles del parque hasta llegar a distinguir el ancho foso cuyas aguas bañaban la pared de la casa al pie de la ventana de la sala de los seis espejos.

No se hallaban lejos del foso — que tenía allí más de doce pies de ancho — y estaban frente a la ventana. Jim tomó del brazo a Jack con gesto de precaución y se acurrucó detrás de unas plantas de laurel.

—¡Ni una palabra! — dijo Jim en voz muy baja. — No somos nosotros los únicos que andamos por aquí esta noche.

A veinte varas de distancia Jim había visto a un hombre que, acurrucado, avanzaba sin ruido por entre las plantas, como si se dirigiera hacia ellos. A la distancia, entre la sombra de los árboles, no se le distinguía la cara.

—¿Quién es y en qué anda metido? — murmuró Jim.

El hombre que tan cautelosamente avanzaba, detúvose de improviso. Se comprendía que no se había percatado de la presencia de los dos que seguían sus movimientos a la distancia. Se acurrucó en un sitio donde ellos no le vieron. Parecía que estuviera interesado también en la ventana que Jim quería observar, la ventana de la habitación donde aquella figura fantasma a quien él había seguido desapareció y donde podía ser que se mostrara de nuevo al creerles lejos de la casa.

¿Pero quién era el otro atisbador? ¿Por qué estaba atisbando aquella casa de misterio?

Jack esperaba conteniendo la respiración. Sentía que algo raro tenía que producirse mientras él miraba hacia la ventana, encogido detrás de los arbustos.

Y algo sucedió. La ventana de la sala de los espejos — en la cual daba un rayo de luna — se abrió, movida por alguien a quien no pudieron distinguir los que miraban del otro lado del foso. Hubo un momento de pausa. Después una mano y un brazo aparecieron por la ventana abierta. Una mano y un brazo que avanzaron como si quisieran alcanzar al agua del pozo, iluminada por el rayo de luna que sin embargo dejaba en la oscuridad el rostro del que se hallaba en la habitación, rodeado de la más densa oscuridad.

Jack contempló atónito cómo la mano fantasma descendían poco a poco hacia la superficie del agua del foso.

EL AUTOMOVIL SIN LUCES

Que significaba aquel cuadro extraño, aquella mano que descendía de la ventana a la superficie del agua del foso y la figura inmóvil, acurrucada a la sombra del árbol — como un fantasma de la noche, — mirando hacia aquella casa misteriosa?

La luz de la luna solo tocaba parte de la ventana. Iluminaba los dedos que surgían de la obscuridad de la ventana produciendo el raro efecto de que la mano se moviera separada del brazo.

Jim miró con grandísima atención. ¿Qué

era lo que buscaba aquella mano fantasma?

En medio del intenso silencio reinante se oyó una detonación y la pregunta quedó sin respuesta.

Un fogonazo había rasgado, por un momento, la obscuridad donde el otro atisbador estaba acurrucado a menos de doce yardas de distancia y, del lado del agua llegó, en respuesta, un grito como el aullido de un animal herido. La mano misteriosa desapareció por la ventana. ¿Le había herido el proyectil?

Jack no había podido reprimir ni un respingo ni un grito. El hombre que había disparado el tiro se volvió sobresaltado. Se había, sin duda, percatado de su presencia.

La sombra que reinaba bajo los árboles era demasiado densa para que pudiera distinguírsele el rostro y el incógnito observador parecía, por su parte, decidido a no dejarse ver la cara.

Volvióse rápidamente y bajando la cabeza al correr, se alejó lo más ligero que pudo perdiéndose luego en la sombra.

Después del primer momento de sorpresa Jim se incorporó y echó a correr, pero no en persecución de aquel hombre. Tenía en vista un propósito más urgente.

Pero al correr pasó por el sitio donde el hombre había estado acurrucado y vió algo en el suelo. Era un pañuelo de color. Jim recordó entonces que había visto que Rodman llevaba al cuello un pañuelo rojo, igual a aquel, cuando le vieron.

Jim casi no se detuvo para recoger el pañuelo del suelo. Sin dejar de correr casi, lo levantó y corrió hacia la puerta de la casa. En su rostro se veía pintada la más firme resolución.

Jack corrió tras él. Mientras Jim abría la puerta, le gritó:

—¡No es necesario que venga usted, Jack! ¡Tengo revólver y haré uso de él sin recelo ninguno, si hace falta!

—¿Qué yo espere aquí mientras usted entra? ¡No, señor! — replicó Jack.

Al muchacho no le era agradable volver a entrar en aquella casa donde pasaban cosas tan raras, pero no podía consentir que su amigo entrara solo a hacer frente al peligro que podía hallarse oculto en ella.

Vuelta la llave, la puerta se abrió. A Jim no le hubiera extrañado hallar la puerta cerrada por dentro desde que en la casa había, sin duda, alguien.

Pero tal vez el misterioso ocupante no había supuesto posible su regreso o tenía la seguridad de no ser encontrado en caso de que volvieran, ocultándose de modo tan hábil como antes.

Jim corrió hacia la sala de los seis espejos, de cuya ventana había visto salir la mano. Dirigió a su alrededor el rayo de su linterna eléctrica iluminando toda la extensión de la sala. ¡Allí — como antes — no había absolutamente nadie!

Una vez más la escurridiza figura se había evaporado.

(Continuará)

El director de PUCKY contesta a los lectores

Un lector, Capital. — Efectivamente, el autor ha cometido un error al cambiar el ambiente y la época en que se supone vivió el personaje de la obra a que usted se refiere. Coincidimos con su juicio.

Jorge Raúl de Koning, Córdoba. — Trataremos de satisfacer oportunamente su pedido.

G. L. P. (Caballito). — La obra que usted indica, ya se ha publicado en PUCKY. Le agradecemos mucho sus nobles manifestaciones de aprecio.

Los 15 sabuesos de Scotland Yard, Capital. — Agradecemos los conceptos de su interesante carta. Se estudiará detenidamente lo que ustedes proponen.

Alberto P. Rivas, Pinzón. — Muchas gracias por sus afectuosas felicitaciones. Tomamos nota de lo que usted pide, para tratar de satisfacerlo.

C. Morley, Capital. — La obra a que usted se refiere se publicará oportunamente en PUCKY.

Adolfo Acuña Araoz. — Por el momento no podemos publicar de nuevo las obras que usted indica. Estimamos mucho sus afectuosas felicitaciones.

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662

Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	**$ 0.20**
" atrasado	**" 0.40**
Suscripción por 3 meses (13 números)	**" 2.50**
Suscripción por 6 meses (26 números)	**" 4.80**
Suscripción por 1 año (52 números)	**" 9.00**

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	**$ 9.00**
Otros países " "	**12.00**

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA. S. A.

Ella. — ¿Por qué no hace usted un viaje a Europa?

El. — No; me da mucho miedo pasar el mar. ¡Vaya que me suceda, lo que a mi tío, que se ahogó mientras viajaba en un transatlántico!

—¿Naufragó el barco?

—No; se ahogó con un carozo de durazno.

En el próximo número:

LA EVASION DE MARTINEL

Por G. H. TEED

Aventuras de SEXTON BLAKE

PIPERMIT POR BILLY DEBECK
TU DECLARACION ES FRANCA. A TI NADA MALO TE VA A SUCEDER, PERO A FUNCHITO... AUNQUE SEA INOCENTE TIENE QUE VOLVER A LA CARCEL, HASTA QUE DEMUESTRE QUE NO ES CULPABLE
POR FAVOR, AGENTE ¡NO LE HAGA NADA A MI AMIGO!
CREAME, AGENTE; YO TENGO MUCHA EXPE RIENCIA DE LA VIDA, AUNQUE ME VEA CHICO Y LE PUEDO AFIRMAR QUE MI AMIGO FUNCHI- TO. ES UNA BUENA PERSONA. ES UNA VICTI MA DE LA FATALIDAD. ¿QUIERE QUE LE PRUE- BE LO QUE LE DIGO?
PIPERMIT: YO CONOZCO LAS TRETAS DE ESTOS BANDIDOS. DESCONFIO DE FUNCHITO
YO LE ASEGURO, QUE MI AMIGO ES UN BUEN HOMBRE
MIENTRAS TANTO, FUNCHITO, EL EVADIDO DE LA CARCEL SE PASEA NERVIOSAMENTE EN SU CASA
¿QUE LE HABRA SUCEDIDO A PIPERMIT? Y YO NO PUE DO AYUDARLO, PORQUE EN CUANTO SALGA A LA CALLE LA PO LICIA M VUELVE A ENCERRAR
Y SI ME SALVO DE LA POLICIA, CAERE EN LAS GARRAS DE ESOS BANDIDOS QUE NO ME PERDONARAN QUE LOS ABANDONE. ¡QUE SITUACION MAS DESAGRADABLE!
ALGUIEN LLEGA... ¿QUIEN SERA?
NO TE QUEDES AHI, PIPERMIT. ESTE BANDIDO VA A DISPARAR SU REVOLVER Y PUEDES RECIBIR UN BALAZO
¡POR FAVOR, AGENTE, NO LE HAGA FUEGO!
NO TIRE, AGENTE; ABRIRE LA PUERTA
©1952, King Features Syndicate, Inc. Great Britain rights reserved.
¡UÑITO!...
¡MI HERMANO QUERIDO ¡CUANTO TIEMPO SI VERTE!
??

CORREO ARGENTINO
FRANQUEO A PAGAR
CUENTA 79
TARIFA REDUCIDA
CONCESION 261

20 cts.

PUCKY

La Lectura Para Todos
Acción con Drama
Misterio Aventuras

No. 486

Enero 20 de 1933
Buenos Aires

LA EVASION DE MARTINEL

Aventuras de SEXTON BLAKE

POR G. H. TEED

PUCKY
La Lectura Para Todos
Acción Drama
Misterio Aventuras
No. 486 Año XIII

PUBLICACIÓN SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

BUENOS AIRES, ENERO 20 DE 1933

La evasión de Martinel

Aventuras de Sexton Blake y Mlle. Roxane

Por

G. H. TEED

I

LA ESPERANZA RENACE

AL fin del Boulevard Raspail, alejada de toda la vida de París, está la sombría prisión de la Santé.

Es una masa grande, fea, de ladrillo y piedra, cuyas paredes, a cierta distancia, parecen bajas y no difíciles de escalar. Pero es sólo ilusión. Desde más cerca se elevan a gran altura y contra sus puertas macizas un ser humano parece, por contraste, muy pequeño.

A lo menos ésa era la impresión que daba una figura solitaria que salió de ella, a una fría llovizna de otoño, empujada por manos que nada tenían de cariñosas.

Sin embargo aquel hombre que se quedó parado, indeciso, fuera de las paredes donde había pasado los últimos siete años de su vida, era grande de cuerpo.

Nadie lo estaba esperando para conducirlo de nuevo al torrente de la vida; nadie, ni dentro ni fuera de la prisión, parecía preocuparse de aquel deshecho de la humanidad.

Sin embargo, debió creer él que alguien vendría, porque miraba a un lado y a otro, examinando ansiosamente las caras de los transeuntes, como si esperara hallar alguna cara conocida. En vez sólo vió indiferencia en las miradas distraídas o repulsión cuando se daban cuenta de que aquel hombre solitario era un ex penado.

Avanzó un paso, luego otro y empezó a caminar mecánicamente con pasos que aumentaban en rapidez cuando se iba acercando a la esquina de la fea pared. Era como si quisiera alejarse de aquel horrible lugar lo más pronto posible. No tenía el menor deseo de permanecer a su sombra.

La lluvia corría por su espesa barba; pero eso no le importaba. Chorreaba de sus viejas ropas, en las que holgaba su flaco cuerpo, las mismas ropas que llenaba bien siete años antes.

Al dar vuelta la esquina de la prisión, examinóla sin malicia, sin desafío y sin odio. Más bien había expresión pensativa en sus ojos, como si no comprendiera todavía por qué había pasado allí siete años.

Luego volvió la cabeza y siguió caminando. Tomó por una calle que lo conduciría al Boulevard Raspail. En una esquina había una pequeña fonda, donde los obreros comían. A aquella hora de la mañana — las once — el sitio empezaba ya a llenarse. Albañiles, carpinteros, obreros de la calle, iban ocupando las mesas. Los que compraban el alimento proporcionado por la patrona, se sentaban en las mesas de adentro; los que se traían la comida en papeles, aceptaban las sillas de afuera. Podrían traer la comida; pero tenían que comprar el vino.

El hombre de la Santé acercóse al sitio con ademán vacilante. Parecía comprender que, en cierto sentido, era distinto de aquellos hombres. Sentía que los otros se darían, instintivamente, cuenta de que había salido de la cárcel. Si lo sabían, lo mirarían como un paria, como alguien cuyo contacto hay que evitar.

Se detuvo junto a una silla en la acera e iba a darse vuelta cuando un tipo, de saco gris, con pantalones de brin llenos de tierra, sujetos por una faja rojo brillante, le miró.

—¡Hola, "mon vieux"! — dijo con la boca llena. — ¡Siéntese! Ahí hay una silla.

Agradecido a la ruda amabilidad de las palabras, el hombre barbudo dejóse caer en la silla y buscó en su bolsillo. Mucho tiempo hacía que no compraba nada. Siete largos años que no había tocado moneda, ni billetes. Siete largos años que no había tenido la libertad de decir quiero esto o aquello y pagarlo, como cualquier otro hombre libre.

Sacó un billete doblado de cincuenta francos. Se lo habían dado en la prisión y era todo cuanto poseía en el mundo. Lo desdobló y lo puso sobre la mesa. Luego miró al hombre que estaba comiendo el pan.

—¿Aceptaría usted beber conmigo, monsieur? — preguntó con acento vacilante.

El robusto obrero se echó a reir y sus ojillos casi desaparecieron en las mejillas carnosas.

—¡Pero seguramente, mon vieux! — contestó dejando caer miguitas de su boca en su esfuerzo para hablar. — En estos tiempos ganamos muy poco, el vino es caro y casi siempre malo. ¡Seguro, mon ami! Ahí está Henry, el garcon.

El ex presidiario miró los ojillos astutos del mozo. No vió en ellos amistosa benevolencia. Pero no importaba. Sobre la mesa había un billete de cincuenta francos. Lo serviría.

Pidió vino para su amigo, el obrero, y vino y pan para sí. Y se pusieron a conversar. Oyó las noticias del día, una cantidad de cosas sorprendentes que no podía comprender aún. Escuchó las ideas radicales del otro en política, expresadas a gritos y escuchadas por sus compañeros. Oyó muchas amenazas ociosas, rudezas y vulgaridades. Todo aquello era para él tan extraño que le parecía estar en un mundo del que nada sabía. Y sin embargo, había formado parte de ese mismo mundo antes del trágico día, siete años atrás.

Gradualmente, de a uno, de a dos, fueron saliendo los parroquianos. Los obreros se marcharon, con ruda algarabía, al trabajo. Solo ahora, el viejo suspiró. ¡Qué no hubiera dado por ir con ellos, por empuñar en sus manos nuevamente un martillo o un cincel!

Pero eso no podía ser hasta que hubiera buscado a su mujer y a su niña. ¿Niña? Denise no sería niña ya. En siete años se habría convertido en mujer. Quizá estaba ya casada; quizá...

Sus ojos se volvieron sombríos al evocar nuevamente la escena de siete años atrás, una escena que había vuelto a ver mil veces después, una escena imborrable.

¡Todo había ocurrido tan súbitamente! Al volver a su hogar, para la comida del medio día, presenció un cuadro que lo enloqueció. ¡Su esposa estaba en brazos de otro, abrazándolo, besándolo!

Por un momento se quedó paralizado. Luego reaccionó y empezó a descargar golpes, ciego de ira y de humillación. El hombre cayó y su cabeza pegó violentamente contra el hierro de la estufa. Y su mujer... ¡cielos! El había pegado hasta que perdió el sentido. Entre los gritos de su hijita Denise, salió corriendo y se entregó al comisario del distrito. Parecía loco, pero lograron hacerle contar su historia.

Demasiado tarde se enteró de que el hombre, a quien creyó amante de su mujer, era solamente un hermano a quien ella no veía desde muchos años atrás y que había llegado de Marsella. Demasiado tarde se enteró de que el golpe contra la estufa había causado la muerte de su propio cuñado.

Se le dijo que tenía suerte al ser condenado a siete años de prisión. No lo sabía. No le importaba. Estuvo como idiotizado durante el juicio. Vagamente se enteró de que Simone, su esposa, había declarado violentamente contra él, jurado que, en adelante, sólo pensaría en él para odiarlo. Y había cumplido su juramente. Ni una sola vez, durante aquellos siete años, había recibido una línea de su mujer o de la pequeña Denise.

¿En dónde estaban? ¿Cómo habían vivido durante ese tiempo? Tales habían sido sus preguntas, más y más insistentes a medida que se aproximaba el día de la libertad.

Tenía que encontrarlas. Acercarse humildemente a ellas y pedirles perdón, rogar que le dieran oportunidad de rehabilitarse. Si le permitían dedicar su vida a eso, hallaría al fin paz.

Era extraño, pero en todos aquellos años, solamente una persona había demostrado curiosidad acerca de su pasado, expresando deseos de ayudarlo. Y eso había ocurrido muy recientemente, sólo pocos días antes, en realidad.

Recibió en esa ocasión la primer visita, fuera de las del sacerdote y las del director de la prisión.

El visitante era un señor anciano, de voz suave y amables maneras. ¿Qué venía a hacer a la cárcel? Entre los presos corrían rumores de que estaba escribiendo un libro acerca de las prisiones de Francia y tenía permiso para entrar en ellas y observar su rutina.

Le había murmurado palabras de aliento a Paul Laval, le había dicho que estaba enterado de su caso y lo ayudaría en sus pesquisas. Como habían ocurrido las cosas era algo que no recordaba bien ahora Laval. Pero alentado por aquella voz dulce, contó al anciano su historia, le reveló sus esperanzas y sus temores. Y ahora estaba libre nuevamente; podía empezar su búsqueda.

De pronto se dió cuenta de que había alguien, parado al lado suyo. Dió vuelta lentamente la cabeza, miró de soslayo y vió al hombre en quien había estado pensando.

El hombre que lo contemplaba sonriendo hubiera parecido imponente hasta a personas de alma menos simple que Paul Laval. Era alto, de amplio abdomen y mejillas rubicundas sobre una respetable barba y bigote blancos. Estaba bien vestido, a la manera de un médico de clínica próspera. Para un observador superficial, los ojos azules que contemplaban al ex presidiario por detrás de los anteojos parecían llenos de caridad y compasión; pero un fisonomista experimentado hubiera descubierto en esos mismos ojos algo de astuto y de cruel.

Puso una mano en el hombro de Laval y se lo apretó suavemente. Luego sentóse y llamó, con una señal al mozo. Este último acudió con más rapidez y deferencia que la empleada con los clientes obreros.

Paul Laval observaba al hombre a quien creía su protector con pacientes y cansados ojos.

—No ha tomado usted más que pan y vino, mi pobre amigo — dijo el desconocido cuando el mozo se alejó. — Menú de la cárcel. Se ha olvidado de otras cosas. Remediaremos eso. Ahora le diré que tengo noticias para usted.

—¿Usted... usted las ha encontrado?

El acento del ex presidiario era patéticamente ansioso. Hablaba lentamente, como quien ha perdido la costumbre de usar sus cuerdas vocales.

—Las he encontrado, mi pobre amigo; pero temo que no lo hará feliz lo que tengo que decirle.

—Mi esposa, mi querida Simone... ¿No... no quiere perdonarme?

—Ha llevado una vida duda... muy dura, durante estos siete años. Cuando usted fué arrestado no tenía nada, como sabe.

—¡Ah! Si que lo sé! ¿Cómo ha vivido? Ha sido duro para mí no recibir una sola noticia suya. Sé que todo fué culpa mía, de mis celos y de mi genio violento e impulsivo. ¡Pero me he arrepentido profundamente! ¡He sufrido tanto yo también! Dígame, monsieur, se lo suplico... ¿no hay para mí ninguna esperanza? ¿Y mi hijita, la pequeña Denise, también me odia?

—Su hija es ya una mujer. Tiene un empleo en un buen establecimiento de la Rue Montmartre. Pero su sueldo es pequeño, como se imaginará. Piense que todavía no ha terminado su aprendizaje. ¡Y su madre necesita tantas cosas!... alimentos nutritivos... medicinas. Para eso es preciso dinero.

—¡Medicinas! ¿Entonces Simone está enferma?

—Su salud es delicada, mi pobre amigo. Después que usted fué a la cárcel, tuvo que trabajar y luchar mucho para no deshacer el pequeño hogar y mantenerse ella y la niña. Tuvo que dejar la casita donde vivía, porque iban a echarla a bajo para hacer departamentos modernos. ¡Voila! Econtró otro albergue; pero sus sufrimientos eran grandes, parece que nunca se repuso después del día... del día que usted sabe.

Laval lanzó un gemido.

—Por favor, no me lo recuerde, monsieur. ¿No podré arrodillarse ante Simone y pedirle me perdone? ¿No podré nuevamente tener la dicha de mantenerla a ella y a Denise? He vivido solo con esa esperanza. ¡Llévema

El ex presidiario dió vuelta la cabeza, miró de soslayo y se halló ante el hombre en quien estaba pensando.

junto a ella, monsieur, se lo suplico! Verá cuan arrepentido estoy y tendrá lástima de mí. Me escuchará. En un tiempo me quiso mucho; quizá, a pesar de mi indigna conducta, quede en el fondo de su alma algún resto de aquel cariño.

Pero el otro movió lentamente la cabeza.

—Creo que, por el momento, no será prudente hacer eso, mi pobre amigo. Sin embargo, desde que usted se confió a mí, mi mente ha estado ocupada, pensando en su problema. ¿No sería usted capaz de hacer un gran sacrificio para ayudar a sus seres queridos? ¿No se resolverá a esperar unos meses antes de reunirse con ellas, con tal que esté seguro de que recibirán todo lo que necesitan?

—Sí, sí, monsieur. Yo por ellas haría cualquier cosa. Son la única razón de mi vida. Pero... ¿qué es lo que puedo hacer?

—Si la vida fuera para ellas más fácil, si tuvieran dinero suficiente y supieran que es usted quien se los envía, me parece a mí que sus corazones se ablandarían y estarían más dispuestas a perdonarlo y a devolverle su amor cuando se reúna con ella.

—Sí, sí... comprendo, monsieur. Pero ¿cómo puedo proporcionarles esas cosas que necesitan? Yo no tengo dinero. No tengo ni siquiera trabajo y sabe Dios cuando podré hallarlo... si es que lo hallo. Nadie quiere a un hombre que acaba de salir de la cárcel, aunque ese hombre haya expiado su delito y esté dispuesto a hacer cualquier cosa por incorporarse a la vida de los seres honrados. ¿Qué voy a hacer?

—Ya le he dicho que me he preocupado de su problema — contestó el desconocido benefactor. — Hay personas que necesitan de un hombre de sus condiciones. Tendría usted que salir de Francia por algunas semanas, por algunos meses quizá. El trabajo se-

ría muy sencillo y la paga buena. Creo que le ofrecerán hasta diez mil francos por este sencillo trabajo y entretanto cuidarán de que a su mujer y a su hija no les falta nada, que reciban quinientos francos por semana y de que se les recuerde cada vez que es usted quien les envía ese dinero. Piense en lo que le digo. Quinientos francos por semana y diez mil cuando se termine el trabajo y usted regrese. Con ese dinero podrá usted llevárselas al campo, comprar allí alguna pequeña posada y cuidar a su mujer para que recobre la salud. Pronto será usted perdonado, mi pobre amigo y olvidará todo lo que sufrió injustamente, porque nadie está libre de un arrebato y una alucinación como la que usted padeció. Digan lo que digan, la justicia fué demasiado dura. No hay justicia para los pobres. Si se hubiera tratado de algún rico señor, las cosas habrían ocurrido de modo muy distinto. Las leyes se han hecho solamente para los que no tiene dinero con que comprar a los jueces. Yo he visto mucho en mis visitas a las cárceles.

—Sí, sí, tiene razón, monsieur! — contestó Paul Laval en cuyo corazón, sencillo y dolorido, iban penetrando como veneno sutil las insidiosas palabras del desconocido. Sin embargo, no sospechó que pudiera haber nada malo en la proposición de aquel respetable caballero, en quien sólo veía a un filántropo, a un hombre que se compadecía de los pobres parias como él,

El desconocido lo observaba como el gato al ratón.

—Y bien ¿qué dice? — preguntóle al fin.

Los apagados ojos del ex presidiario brillaron ante la visión de felicidad que el otro había desarrollado ante sus ojos. Al llevar el vaso de vino a sus labios le temblaban sus manos. Bebió ansiosa, sedientamente, porque la emoción le había resecado la garganta.

—¿Qué digo? — repitió. — Digo, monsieur, que los santos le bendigan. Haré todo lo que usted desee.

—Vamos a entendernos entonces — contestó su benefactor.

II

LAS ENEMIGAS SE ENCUENTRAN

Mademoiselle Roxane no tuvo necesidad de molestarse en telefonear que le reservaran una mesa en el Ciro, aquel restaurant a la moda de la Rue Danou.

Era tan conocida como cliente valiosa, que su aparición, aún después de larga ausencia, era siempre suficiente para que el maitre d'hotel se deshiciera en atenciones y la condujera a la mesa que ella prefería, junto a la ventana.

No haría más que pocas semanas que se había ausentado de París, sin embargo, cuando un hermoso día otoñal, volvió a entrar al hotel, acompañada por una joven de ojos algo tristes, que parecía desear mantenerse lo más cerca posible de ella.

Roxane saludó amablemente al maitre d'hotel, dejó que la guiará a su mesa acostumbrada, hizo su pedido y luego, quitándose los guantes, sonrió a su compañera.

—Ahora, querida mía, podremos conversar. Es mejor que la llame a usted Estela. Solamente hace un par de días que nos conocemos; pero eso no importa. Si tengo que ayudarla en el asunto de ese joven amigo suyo, tenemos que formar comité, como dicen en política. Evidentemente es inútil tratar de llegar hasta él en su alojamiento. Pero creo convendrá me cuente algo más de la historia. ¿O quiere que yo la interrogue? Haciéndolo, quizá toquemos un punto que pueda guiarnos.

La joven asintió con la cabeza.

—Le diré todo lo que sé, señorita Harfield; pero no creo que se me haya olvidado cosa alguna.

—Bueno, vamos a repasar el asunto, por las dudas. Veamos. Punto primero. Es usted canadiense como yo. Hace seis meses era la feliz prometida de este joven a quien estamos tratando de encontrar, Gordon Carew. Es un joven ingeniero de marina, que trabaja por su cuenta y que vino a París por negocios. Hasta entonces había sido una persona tan tranquila como puede desearse.

—¡Oh sí, realmente! Siempre fué perfecto

—Bueno, digamos casi perfecto — replicó Roxane secamente. — Sigamos. Al principio le escribió a usted regularmente; pero no regresó al cabo de los tres meses, como pensaba y había prometido. Luego sus cartas se hicieron vagas y al fin cesaron.

La joven volvió a asentir en silencio. Roxane esperó hasta que el mozo sirvió los primeros platos y luego continuó:

—Luego le escribió a usted una carta, indicándole que sería mejor para ambos romper el compromiso. Usted no podía rogarle que volviera; pero sí tomar medidas para asegurarse si pensaba lo que decía. Creyó que el "ambiente tentador" de París tenía la culpa de aquel cambio. De manera que decidió venir a París y buscarlo, creyendo que así todo se arreglaría.

—¡Sí!

—Pero, cosa extraña, después de su llegada, no ha podido comunicarse con él, aunque sabe muy bien en que hotel para. Ha estado diez días precurando verlo y luego nos encontramos. Ahora yo trato de ayudarla. Y bien, querida, creo que ése es el resumen de la situación. Debo decir que yo no he tenido más éxito que usted al tratar de verlo. Es un joven muy escurridizo. Hay que afrontar los hechos cara a cara. Él no quiere encontrarse frente a usted. Quizá le falte valor paar decirle lo que tuvo el coraje de escribir. Y la carta que usted recibió hoy confirma mi teoría. Bueno, si yo estuviera en su lugar, lo olvidaría, por mucho que me costara.

En la carta que usted recibió esta mañana le dice claramente que nada conseguirá permaneciendo en París. Lamenta profundamente lo ocurrido y se echa toda la culpa. Dice será mejor que vuelva usted a Montreal, sin tratar de verlo. Añade que no sabe cuando volverá él y que quizá liquide sus negocios en Canadá. Es así ¿no?

Nuevamente el asentimiento mudo.

—Es difícil ver lo que podemos hacer, querida mía. No puede usted seguir al hombre como un sabueso. No puede metérsele por los ojos. Tengo que decirle que me extraña

la conducta de su ex novio, porque por el retrato que de él me mostró no parece hombre capaz de mostrarse tan poco caballero con una mujer. Parece honrado y bueno...

Se detuvo bruscamente. Los ojos de Estela se habían agrandado de pronto y su rostro palideció. Un instante después, por debajo de la mesa, su mano estrechó convulsivamente la muñeca de Roxane.

Roxane alzó la mirada. Aun sin la agitación de Estela Harram hubiera reconocido, por la fotografía, al joven que acababa de entrar al hotel.

Pero cuando su mirada fijóse en la mujer que la acompañaba, sólo su hábito de mundo le impidió demostrar la sorpresa que la hirió coom un golpe. "¡La compañera del joven Carew era Sofía Beautemps, la famosa aventurera!

Para hacer más dramática la situación, Sofía Beautemps guiaba al joven hacia la mesa, ante la cual estaban sentadas Roxane y Estela.

Las olas de intensa animosidad que partieron de ambas mujeres se estrellaron en una playa común. Sofía Beautemps había visto a Roxane al mismo tiempo que ésta a ella y no hizo esfuerzo para ocultar la expresión de odio que apareció en sus ojos verdes. Los hermosos labios de Mademoiselle Roxane se curvaron en una sonrisa de desdén y el suave color violeta de sus ojos cambióse en un azul frío, como el de un iceberg.

Estela y Gordon Carew se miraban el uno al otro, la una lamentablemente sorprendida, el otro rojo de confusión. Pero, por el momento, Sofía Beautemps y Roxane sólo tenían ojos la una para la otra.

Fué Sofía quien habló primero, siendo precedidas sus palabras por ligera risa.

—Parece que uno debería poder venir a almorzar aquí sin encontrarse con cierta clase de gente — dijo, aludiendo a Roxane, pero sin dirigirse a ella.

Roxane se encogió ligeramente de hombros.

—Es extraordinario, Estela, — dijo — que permitan la entrada a ciertas personas en un sitio como éste.

Cada una de ellas había desenvainado su puñal y estaba dispuesta a herir profundamente. Y realmente el asunto hubiera tomado cariz serio, porque Sofía Beautemps no era de las que respetaba lugares ni personas, si no hubiese sido porque el maitre d'hotel presenció el encuentro, comprendió la tensión y oyó las insultantes palabras de Sofía Beautemps.

La conocía. La había conocido cuando estuvo en París con el difunto Félix Dupont y Luis Martinel, actualmente en la Isla del Diablo. Igualmente conocía a Roxane y estaba algo enterado de la mortal enemistad que entre las dos mujeres existía. Además, como todo París, conocía el cobarde atentado de Sofía Beautemps contra Roxane, en Longchamps. Y no sintió dudas acerca de a cual de las dos deseaba conservar como cliente..

Con esa suavidad en que el maitre d'hotel fracés es maestro, se interpuso entre los dos, obsequioso y sonriente, pero cuidando que su ancha espalda ocultara la escena a los que estaban en otras mesas.

—¡Bon jour, mademoiselle! — dijo dirigiéndose a Sofía Beautemps. — ¿Mademoiselle ha venido a almorzar? Lo siento mucho; pero todas las mesas están ocupadas o comprometidas. Quizá si mademoiselle quiere esperar en el vestíbulo con monsieur, dentro de media o una hora habrá sitio. Lo lamento en el alma.

Sofía Beautemps volvió a él sus ojos verdes. Parecían dos puñales prontos a dejarlo muerto en el sitio. Pero el maitre continuó sonriendo y disculpándose. Sofía Beautemps era bastante parisiense para saber que no lograría nada contra aquella pared de ladrillo. Si se ponía a discutir con el maitre en un sitio como aquel, sufriría derrota tan vergonzosa que luego no se atrevería a presentarse más en ningún restaurante de París.

De manera que aceptó la derrota por el momento. Pero antes de salir, arrastrando al confuso Carew, se volvió a Estela Harram. Había comprendido enseguida que era la joven de que Carew le había hablado.

—¡Au revoir, mademoiselle! — le dijo ligera y cruelmente. — Es lástima que monsieur no pueda quedarse a conversar con usted.

Luego se alejó, conducida por el maitre d'hotel al foyer y a la calle.

Roxame sonrió políticamente. Estaba tan serena como si el encuentro no se hubiera realizado.

—¿De modo que, ese joven es, nuestro problema! — observó alegremente al ver que Estela estaba dolorosamente conmovida por el encuentro — No lo tome tan a pecho, mi querida. Como ya le había yo sugerido, ese joven sufre un ataque de locura parisiense. A su edad suele pasar eso.

Pero la joven no se consolaba tan fácilmente. Movió la cabeza con dolor.

—Esa mujer... es tan bella y tan... tan..

—Y tan experimentada. — completó Roxane. — Sí, esa enemiga no es de despreciar. Como se habrá dado cuenta, ella y yo no es la primera vez que nos encontramos.

—¿La conoce usted entonces?

Roxane sonrió tan ceñudamente como su encantadora expresión lo permitía.

—¡Ya lo creo! — contestó — Señaló con su dedo manicurado el hombro, por encima de la blusa de seda. — Me hirió aquí. No fué por falta de deseo que la bala no me mató. Ocurrió en el Grand Prix de París, en Longchamps, hace pocas semanas. Yo no me dí cuenta de que estaba cerca mío, cuando apareció ante mí y me hizo fuego, disparándome varios tiros. Después de eso no recuerdo mucho.

Los ojos de la joven se agrandaron de horror.

—¡La hirió! ¡Pudo haberla muerto! Pero eso fué un crimen. ¿Cómo es que no está presa?

Roxane se rió ligeramente

—Son cosas de Francia, mi querida. Una mujer linda puede hacer así casi cualquier cosa. No tengo necesidad de decirle que el descubrimiento de que es esa mujer quien le ha quitado a su prometido, le presta el asun-

to mucho interés personal, por lo que a mí se refiere. Pero vamos a empezar nuestro almuerzo. Tengo que pensar un poco y luego veremos lo que se puede hacer.

Hablaba, ligeramente porque comprendía la necsidad de prevenir un ataque emocional en su compañera. Se veía que Estela estaba a punto de estallar en llanto. En cuanto a Roxane, nada mejor hubiera podido desear que aquel inesperado encuentro en lo de Ciro.

En un momento todo se había borrado de su mente, excepto Sofía Beautemps. Si Gordon Carew, el inconstante novio de Estela, andaba en relaciones con Sofía Beautemps, como parecía, el asunto era muy distinto que si se hubiera tratado de una pasajera pasión del joven por cualquier muchacha de París, como esperaba descubrir Roxane.

¿Qué atracción tenía Carew para la aventurera? ¿Era por su dinero? Estela le había dicho a Roxane que poseía considerables medios de vida. A ella quizá le parecieran considerables. Pero Sofía Beautemps no era mujer que perdiera el tiempo, a menos que se tratara de un pez muy gordo.

Entonces ¿por qué se había tomado la molestia de atraerlo con sus innegables encantos? El modo como lo agarró del brazo indicaba claramente posesión. Su sonrisa podía haber sido para Roxane o para las dos jóvenes. Era muy posible que, aunque Estela nada sabía de Sofía Beautemps, la otra se habría tomado el trabajo de investigar su presencia en París. Pronto lo habría sabido por Carew y Sofía Beautemps no era mujer que descuidara un posible peligro.

Pero ¿por qué?

Una y otra vez se hizo Roxane la pregunta. No creía, no podía creer que fuera un ocioso flirt de la francesa. Esta nada hacía sin motivos.

Félix Dupont, que había desempeñado papel tan importante en la banda de Martinel, había sido amante de Sofía. Pero Dupont había muerto y Martinel, con quien ella se asoció después, estaba en la Isla del Diablo. De toda la banda, sólo ella, Sofía Beautemps, se hallaba libre; los demás con excepción de Martinel, habían muerto.

¡Luis Martinel! ¿Estaba allí la clave del enigma?

Recordó que Estela le había dicho era Carew ingeniero de marina. ¿Qué podía querer Sofía Beautemps con un ingeniero de marina, de posición acomodada? ¿Era su dinero o era su carrera?

Antes de que Roxane pudiera hallar respuesta satisfactoria a aquellas preguntas, se sobresaltó al sentir caer un objeto, pequeño y duro, en la mesa que estaba frente a ella. La interrupción fué acompañada por ligero sonar del vidrio, casi encima de su cabeza y una ligera lluvia de yeso que le empolvó el hombro y el costado del vestido...

Con el ruido de la jazz-band y de las voces, el incidente no fué advertido por nadie, fuera de Roxane, Estela y otra persona. La otra persona fué el maitre d'hotel, que acudió rápidamente.

Pero Roxane no hizo caso de él. Estaba absorta, observando el pequeño objeto que había atravesado el cristal de la ventana y pegado en el pilar de yeso, mismo encima de su hombro, para rebotar luego sobre la mesa.

Era una bala de calibre 45, según le pareció.

De pronto dirigió su mirada hacia la ventana. Por encima del encaje que cubría la parte baja, impidiendo las miradas de los transeuntes, veía las ventanas de las lujosas casas de departamentos, en la acera de enfrente de la Rue Danou. Y mientras miraba, vió que bajaban uno de los bastidores.

No necesitó más. Desde aquella ventana había sido disparado un tiro y sabía que era para ella. Quizá habían usado silenciador. Quizá la detonación se había perdido entre el ruido del tráfico. Pero, sea como fuere, la bala le había errado por pocas pulgadas y comprendió enseguida quien le había hecho fuego.

¡Sofía Beautemps!

Con la rápida intervención del maitre d'hotel, Roxane cambió de mesa.

Estela Harram había visto la bala; pero no comprendió lo ocurrido. Lo mismo pasó al maitre d'hotel. Al mismo tiempo le complacía que Roxane tomara el incidente con tanta frialdad. No deseaba que otros clientes del establecimiento se dieran cuenta. El que entren balas perdidas por las ventanas de un restaurant no favorece la popularidad de éste.

Roxane silenció las preguntas de Estela con un movimiento de cabeza.

—No hable aquí — la previno en voz baja.

—Pero... pero... pudo haber sido... serio...

—¡Silencio, querida! Aquí no. Espero.

No trató de hacer averiguaciones en los departamentos. Comprendía que la persona que le había hecho fuego alevosamente habría tomado bien sus precauciones para que nada se supiera allí. Supuso que alguno de aquellos departamentos podían ser alquilados por día y que Sofía Beautemps, después de verla a ella, tomó uno y cometió el atentado. Si estaba con ella Gordon Carew o si la esperaba en otro sitio, no podía adivinarlo. Pero sabía que la casa tenía una salida por los fondos, a la Avenida de la Opera, y estaba bien segura de que si la autora del disparo había sido Sofía Beautemps, ya estaría bien lejos.

¿Se había declarado la guerra entonces? Roxane pensó que eso podría interesarle a alguien.

(Continuará).

Lea en el próximo número

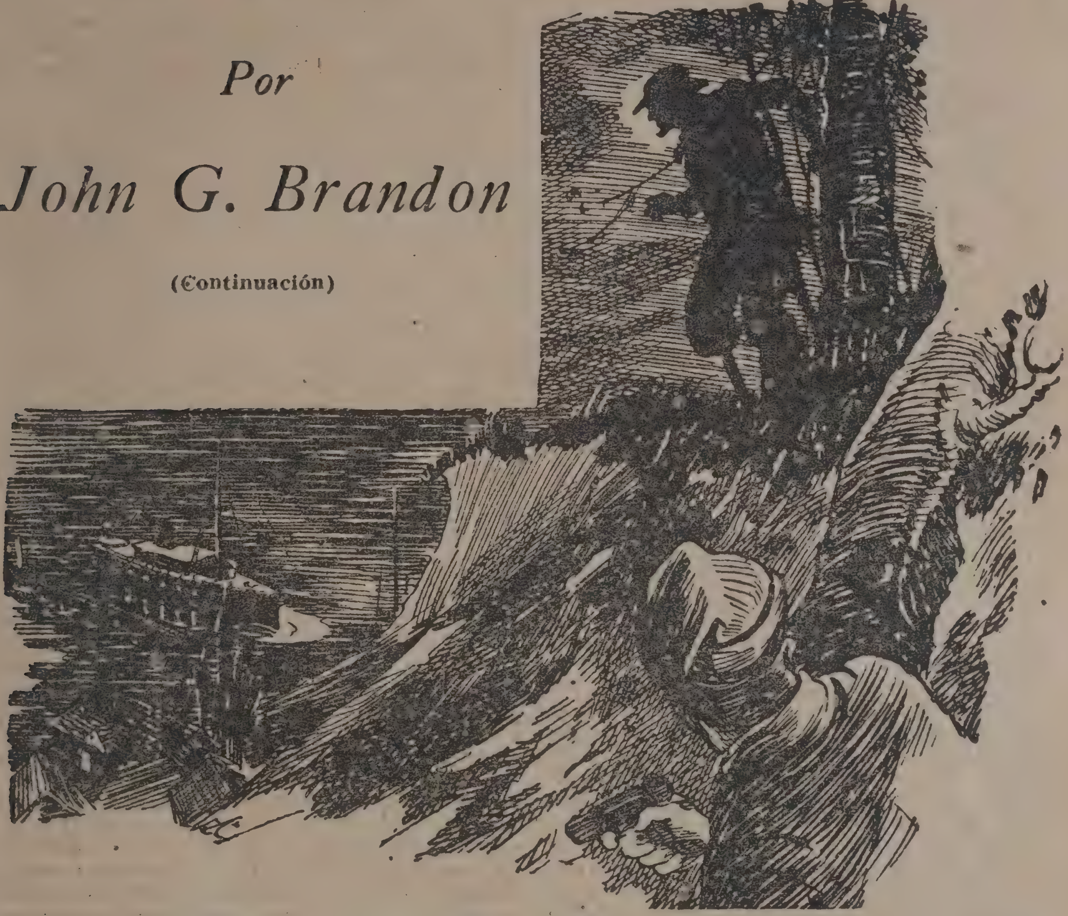
LA EVASION DE MARTINEL

LA GARRA DEL DRAGON

Por

John G. Brandon

(Continuación)



McCarthy distinguió la siniestra figura de Pata de Palo que, al parecer, contemplaba el mar.

LE doy mi palabra de que estaré aquí — le aseguró McCarthy, que apenas podía hablar por la emoción que sentía.

—Es por las joyas — continuó Bensdorp con voz débil, pero febril. — ¡Oh, maldito el día que oí hablar de ellas! ¡Maldito el día que me dejé llevar por la codia. Se me previno que no tocara la Garra del Dragón; pero lo hice. Que el cielo me perdone pero lo hice.

La Garra del Dragón otra vez. ¿Qué significaba aquello?

—Proviene de un templo chino — murmuró Bensdorp casi incoherentemente. — Fué robada y dicen que todos los que desde entonces la han tocado murieron. Pero no quise escuchar. Si yo hubiese sabido que era de ella, que se la traían a ella, no lo hubiera hecho. Esa mujer china, de ojos extraños, que lee en la mente cosas secretas que uno no se atreve a decirse a sí mismo en voz alta.

—¿Mujer china? ¿A quién se refiere? — preguntó rápidamente McCarthy.

La respuesta lo dejó rígido.

—A la mujer de Londres... a quien llaman Madame de Sorais; pero que es más grande que eso. La Garra del Dragón le pertenece a ella y a su raza. ¿Por qué la habré tocado... por qué?

McCarthy trató de serenarse.

—¿Dónde están ahora las joyas? — preguntó bruscamente.

—Las tienen los chinos, el jefe, un tal Kao.K Kao.K no recuerdo bien su nombre. Creo que estoy perdiendo la cabeza. ¡No permita que me torturen otra vez... no lo permita!

—Escuche, — dijo bruscamente McCarthy — tengo que irme ahora. Esta noche nada puedo hacer. Pero mañana, de una manera u otra, hallaré el medio de impedir las crueldades de Kao Shi-lan. Volveré y lo sacaré de aquí. No se desaliente. No lo abandonaré.

Un momento después estaba nuevamente en el patio, mientras resonaba en sus oídos el grito de desesperación del hombre a quien no tenía más remedio que abandonar. Cuidadosamente manipuló de nuevo el sólido candado, de manera que nadie sospechara que el prisionero había sido descubierto. Eso sólo significaría para él un rápido y espantoso fin.

Por lo que atañe al asunto en sí McCarthy sentía que su cerebro era un torbellino. El descubrimiento de que la bella Madame de Sorais tenía algo que ver en el espantoso misterio de Bensdorp lo había dejado estupefacto. Necesitaba tiempo para pensar en esto y en su tentativa de la noche siguiente.

Nuevamente atravesó el patio abierto para internarse en la sombra de los árboles y... la catástrofe ocurrió con imprevista rapidez. La figura de un gran mongol se alzó ante él. rifle en mano. Sin vacilación llevó McCarthy la mano a su pistola e hizo fuego. La gran figura cayó, con el cerebro atravesado por una bala. Pero, al caer, explotó el rifle con fuerte detonación. El mal estaba hecho.

Arrojando las precauciones a los cuatro vientos, corrió Mc Carthy al muro de piedra, lo escaló y echó a correr como un gamo. Sabía que antes de muchos minutos la banda china saldría a perseguirlo y sería una cacería a muerte. Se metió por entre el bosque que rodeaba el lugar. tropezando aquí y allá con raíces sobresalientes, recobrando el equilibrio y prosiguiendo su carrera.

Luego una bala pasó junto a él, a menos de un pie de su cabeza. No podía creer que lo hubieran visto; pero comprendió lo que pasaba. Oían el ruido que hacía él entre la maleza y tiraban en esa dirección. A cada lado de él y detrás picaban las balas y oía también los pasos de sus perseguidores; peor todavía, veía los fogonazos de sus rifles.

Vió la astucia de aquella formación abierta. Corrían a cada lado de él para cortarle el paso e impedirle perderse en el dédalo de calles de la ciudad. Y lo peor de todo era que no estaban lejos. Conocían bien el terreno los que le perseguían y no tararían en alcanzarlo.

No se atrevió a hacerles fuego por temor de que los fogonazos les indicaran con más seguridad la dirección que seguía. Lo único que podía hacer era correr hasta que no pudiera más y luego, dando espalda a un árbol. defenderse hasta su último tiro. Pero pensó en el desdichado a quien había prometido salvar de una muerte espantosa y el pensamiento lo animó a un esfuerzo supremo. Tenía que escapar...

Luego vió, horrorizado, el fogonazo de un rifle, en línea recta, delante de sí.

Quería decir que lo habían rodeado al fin y que no tenía escapatoria. Una y otra vez brillaron los fogonazos, en rápida sucesión, como si provinieran de un rifle de repetición, sin embargo ninguna bala le pasó cerca. En cambio, uno por uno, los disparos a sus costados cesaron, hasta que se extinguieron por completo. McCarthy se detuvo jadeante, para recobrar el aliento y hacer luego un último esfuerzo.

¿Qué quería decir aquel silencio? ¿Qué diabólica treta intentaban ahora los chinos? Nuevamente echó a correr y de pronto se halló fuera del bosque, en un espacio abierto sobre la colina que dominaba la ciudad y el puerto. En mil yardas a la redonda no se divisaba un ser viviente. Había recobrado ahora las fuerzas McCarthy y, aprovechando aquella tregua caída del cielo, echó a correr lo más velozmente que pudo hacia el abrigo de las calles.

Mientras corría vió las luces de lo que parecía un crucero de placer o quizá un yate palacial, que entraba al puerto. De un modo subconciente preguntóse McCarthy si las personas que venían a bordo del yate tenían alguna idea de lo que era la vida, la verdadera vida de miles de personas en la ciudad hacia donde se iban acercando. De las vidas terribles y de las todavía más terribles muertes que esperaban a muchos que, en aquel momento, observaban el flotante palacio, como él mismo. El mundo era muy extraño. Un mundo en que la mitad de la gente nada sabía — ni le importaba — de la otra mitad.

Pero la repentina vista de una figura, poco más que una sombra borrosa, que parecía estar parada junto a un árbol, en el extremo del bosque, lo hizo detenerse de nuevo vivamente. La figura parecía estar completamente inmóvil, contemplando el mar. No era posible confundir aquella figura con el sombrero informe y la pierna de madera. Era Pata de Palo. Y Pata de Palo pertenecía, sin duda, a la banda de Ka Shi-lan. McCarthy se alejó silenciosamente, dando un rodeo y desapareció por el primer callejón obscuro, perdiéndose en la ciudad.

Estaba seguro de que los chinos no lo habían identificado; no le iba a dar a aquel viejo bribón la oportunidad de ponerlo en sus manos.

Poco después que McCarthy se perdió de vista, el hombre de la pierna de madera hizo una cosa curiosa. De atrás del árbol a donde había estado apoyado sacó un rifle de repetición, cuyo caño estaba todavía caliente. El rifle lo metió cuidadosamente dentro del pantalón de su pierna sana y luego echó a andar hacia la ciudad, haciendo sonar el muñón de palo.

Antes de que el puerto desapareciera de su vista, se detuvo y contempló el lujoso yate que se acercaba.

—¡Ah! — dijo para sí. — ¡Por fin ha llegado! Y apenas a tiempo, según mi opinión.

Luego él también fué tragado por la obscuridad de la noche.

Todo el día, desde las primeras horas de la mañana hasta bien entrada la noche, se oyó el suave chis chas de las sandalias chinas en todos los sitios y guaridas sospechosas del barrio. Hombres y mujeres se miraban unos a otros y murmuraban que los lobos amarillos de Kao Shi-lan andaban buscando a alguien ¿A quién? Nadie podía contestar.

La mañana estaba avanzada cuando Mc Carthy se levantó. Un sol radiante brillaba,

alto en el cielo. McCarthy no experimentaba particular temor por su aventura con los chinos, porque el único que podría haberlo identificado era el individuo grandote que lo vió en los terrenos de La Varonde y éste no hablaría más.

Su pensamiento estaba, primero y principalmente, fijo en su proyectada tentativa de libertar al prisionero de Kao Shilan, al infortunado Bensdorp. Necesitaba algunas cosas para aquella tarea, cosas sin las cuales nunca viajaba; pero que en aquel momento estaban en su equipaje, en la pequeña posada a donde llegó primero, en compañía de los dos americanos. Su sierra de reloj, sus limas y otras herramientas del oficio de ladrón.

Al pensar en eso, vino a su memoria el recuerdo de uno de los más hábiles profesores en aquella materia. Alelí, Pensó como le iría en su nueva vida. De Gilliver era muy natural que, por asociación de ideas, se volviera su mente a Madame de Sorais. Le había sorprendido la revelación de que las joyas habían sido robadas a Bensdorp antes de llegar a manos de la joven. Le disgustaba pensar que la hermosa dama tuviera alguna relación con aquella sórdida historia. Pero si la tenía, era ella la perjudicada. Y ninguna responsabilidad le cabía en los males ocurridos a los ladrones.

Después de su furtiva entrada a la posada (no había vuelto allá desde la primer mañana de su llegada), encontró esperándole una carta. Era de Bill Haynes, dirigida al nombre que habían convenido. Entre otras noticias oficiales, le daba varias interesantes.

El fugitivo lanzóse desesperadamente a través del bosque.

"Nuestra común amiga, Madame de Sorais, "le escribía" ha abandonado Inglaterra con intención de pasar una temporada en Norway. Me encontré casualmente con ella, en Bond Street, el otro día. Iba tan hermosa como siempre y me dió ella misma la noticia. Me pareció que se interesaba mucho por la salud y el bienestar de usted (Mc Carthy leyó varias veces aquel pasaje) Como habíamos convenido, le dije que usted había ido a pasar unos días en Italia, con unos parientes de su difunta madre".

Pensó McCarthy, algo avergonzado, que él le había contado una historia distinta a Madame de Sorais; pero eso no tenía ahora remedio.

Otro pasaje de la carta interesó también grandemente a McCarthy.

"El emprendedor joven Marcos J. Gilliver, ha sido visto recientemente en París, en compañía de una dama muy hermosa. Después del lío de que usted tuvo que sacarlo

hace poco, pienso que ese inteligente caballerito es bastante idiota. Hará alguna tontería en Francia y tendrá esta vez que salir del enredo por sus propios medios".

McCarthy sonrió. Conocía cual era la misión de Alelí y, atando cabos, no pudo resistir una sonrisa. Aunque Marcos era muy astuto, esta vez estaba lejos, muy lejos de la presa.

Vuelto al Barrio del Diablo empezó lo que pensaba fuera una recorrida sistemática por todas las tabernas, para enterarse de lo que pudiera, acerca de la invasión amarilla. En la primera taberna ya tuvo suerte. Sentado, con una botella de vino delante, encontró a José Da Fonda, el mestizo. Una mirada bastole a McCarthy para comprender que no era la primera botella que había consumido aquella mañana.

El hombre estaba en un estado muy próximo a la postración nerviosa. Algo había inspirado terror a Da Fonda y al aparecer el seudo italiano dió señales de alivio.

—¡Siéntese! — le dijo y movió la temblorosa mano, aparentando despreocupación. Pero pronto salió a la luz lo que pesaba sobre su mente.

—Gaspardi... — murmuró — lo imposible ha ocurrido. El prisionero... el hombre que estaba en La Varonde y de quien le hablé, se ha... ¡escapado!

—¡Escapado! — tocole el turno a McCarthy de quedar petrificado. Necesitó hacer un gran esfuerzo para mostrar acento de indiferencia. ¡Aquella criatura indefensa, encadenada, había logrado fugar del sitio donde McCarthy lo había visto! Había ocurrido algo imposible, contra toda lógica.

—¿Y qué hay con eso? — preguntó indiferentemente.

Da Fonda dirigió furtivas miradas alrededor del lugar. Un hombre amarillo pasó por delante de la ventana y miró hacia adentro. El mestizo se estremeció, como si le hubieran disparado un tiro.

—Kao Shi-lan piensa que yo he hablado de él, estando bebido.— murmuró febrilmente. Me amenaza... — se interrumpió tembloroso. — Nadie más que yo y los chinos sabíamos que estaba ahí. Solamente a usted, hermano, le susurró algo. Usted no me traicionará ¿no es cierto? No tengo miedo de morir; pero... eso.

El temblor que lo recorrió hizo estremecer la mesa sobre la cual se apoyaba.

Su actitud inspiró desdén al honrado Mc Carthy. Este asesino, cruel, que se reía de la agonía de otros hombres, temblaba al llegarle su turno.

—Seré mudo — dijo brevemente. — ¿Cómo ocurrió?

—Nadie lo sabe — murmuró Da Fonda. — Es un misterio. Alguien entró anoche en el sitio. Pero los candados prueban que no llegó hasta el prisionero. Los guardias lo sorprendieron; pero consiguió escapar. ¿No oyó anoche el tiroteo?

—Sí. — mintió McCarthy — y pensé que ocurriría. ¿Quién era el hombre?

—Nadie lo sabe. El chino que podría haberlo revelado esta muerto.

—Pero si los candados estaban intactos, hermano, — preguntó McCarthy con verdadero deseo de saber — ¿cómo pudo escaparse el prisionero?

El mestizo movió la cabeza.

—Ese es el misterio. Nada parece haber sido tocado... nada. Pero el hombre se ha hecho humo. Y no se ha encontrado rastros de él en el barrio.

—¿Cuándo descubrieron su fuga?

—Cuando volvieron los hombres de buscar al que se había introducido en La Varonde. Kao Shi-lan mandó buscar al prisionero. Usted... usted sabe lo que eso quería decir que...que... era tiempo de terminar con Bensdorp. Li Tai, el torturador, estaba allí, pronto para desempeñar su parte.

McCarthy asintió. Conocía a Li Tai y sabía su papel diabólico en tales acontecimientos. ¡Gracias al cielo que le hubiera sido arrebatada aquella vez su víctima!

—Había desaparecido. — concluyó Da Fonda. — Como si se lo hubiera tragado la tierra.

McCarthy se levantó.

—Cuente conmigo para guardarle el secreto — dijo y se dirigió hacia la puerta.

Instantáneamente Da Fonda se puso en pie de un salto.

—Iré con usted — dijo — me siento nervioso y prefiero no estar solo.

Pero McCarthy, lleno de disgusto por la cobardía del hombre, no quería eso. La sola presencia del mestizo le producía nauseas.

—No se deje ver. — aconsejo. — A lo mejor Kao Shi-lan lo ha amenazado en un momento de decepcionada rabia, nada más.

—No conoce usted a Kao Shi-lan. — le contestó el otro lentamente, dejándose caer de nuevo en la silla y agarrando la botella, mediada de vino.

Una vez fuera, a la luz del sol, exhaló Mc Carthy un suspiro de alivio.

Lo interrumpió en sus labios la vista de Pata de Palo, recostado indolentemente contra un árbol. ¿Lo vigilaba el viejo bribón? ¿Lo había visto la noche antes?

Pero Pata de Palo no parecía sentir especial interés maligno por la persona de Antonio Gaspardi. Más bien tenía aire ambicioso y eso hizo que McCarthy sospechara de él más que nunca.

—Lindo yate ese que llegó anoche — dijo dándose vuelta y mirando hacia el puerto, donde el barco, una masa blanca y dorada, estaba anclado cerca de la costa.

—Sí, — convino McCarthy — Es muy lindo. Debe ser de algún ricacho.

—Es raro también. La planchada está puesta. Pero nadie puede subir por ella. Nadie baja tampoco. Si pudiera hacer mi voluntad — agregó el viejo significativamente — subiría abordo, degollaría a todos, menos a las mujeres, naturalmente, y me haría a la mar. Ese yate debe ser más rápido que un destroyer.

(Continuara)

MOSQUETEROS DEL ESPACIO

Tercera parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

CON risa burlona, tiró Rolstein la pistola vacía a los pies de Wagstaff y echó a correr a todo lo que le daban las piernas.

John Henry se lanzó tras él como una liebre y Wagstaff tuvo mucha dificultad para hacerlo volver.

—¡Es inútil perseguirlo! — dijo jadeante. — Nos llevaría hasta el grupo más próximo de sus compañeros. ¡Vengan! Lo mejor que podemos hacer es alejarnos de la luz de esta maldita fogata. Dentro de pocos minutos se habrá extendido la alarma y el campo estará lleno de gente buscándonos.

John Henry obedeció de mala gana. Se tenía fe para correr y, aunque había perdido de vista a Rolstein en la obscuridad, estaba seguro de alcanzarlo.

Sin embargo, bajo las órdenes de Wagstaff, se alejaron del aeroplano incendiado corriendo hacia el desviadero del ferrocarril. Los tres pensaban lo mismo. Si lograban esconderse en uno de aquellos vagones, tenían la probabilidad de ser llevados a las líneas. Y ahora, que tenían nuevamente el Tratado en su poder, no lo perderían por segunda vez.

El Destino, sin embargo, se complace en hacer jugarretas a los mortales y se conoce que estaba en humor de broma. Apenas habían llegado a la vía, cuando oyeron gritos que provenían de la dirección del aeroplano incendiado. A la luz del fuego vieron un grupo de hombres armados que los perseguían, guiados por Rolstein.

Wagstaff juró furiosamente.

—¡Maldición! — jadeó. — Esos condenados nos han visto. Nos agarrarán. Es imposible escapar.

Bud agarró el brazo de Wagstaff.

—¡Esconde el Tratado! — le murmuró anhelante. — No dejes que esos zorrinos se apoderen de él, ocurra lo que ocurra. ¡Escóndelo, Wagger!

Wagstaff miró desesperadamente a su alrededor. Por el momento estaban fuera de la vista de sus perseguidores; pero escondite no se veía por parte alguna.

Se movió indeciso; pero luego se dió vuelta y sacó el buje de una rueda, en el vagón más próximo.

—¡Aquí! — dijo sacando el Tratado y metiéndolo entre la espesa grasa — Anote pronto uno de ustedes el número del vagón. No estamos muertos todavía y la suerte puede volver antes de mucho.

Bud sacó una libreta y apuntó rápidamente el número del vagón. Wagstaff volvió a colocar el buje y se alejó del vagón.

Ya los soldados corrían por entre los vagones y se acercaban a ellos con los rifles prontos.

Puesto que era inútil intentar otra cosa, levantaron los brazos y se entregaron a sus apresadores.

Pero, con horror, oyeron enseguida el silbido de la locomotora y, mientras eran conducidos hacia la línea, la fila de vagones empezó a moverse.

Fué aumentando velocidad y se perdió en la noche.

—¡Dios santo! — balbuceó John Henry en un murmullo. — Ahí se va el Tratado y aquí quedamos nosotros para siempre. Lo que quiero decir es que mañana afrontaremos un pelotón de tiradores, queridos muchachos.

EL AGENTE DEL SERVICIO SECRETO

La oficina de la prisión militar alemana era amplia y desnuda. Sus paredes eran de piedra y sólo una estufa muy pequeña, cerca del escritorio del gobernador, producía una ligera ilusión de calor.

En verdad, todo era frío, empezando por la expresión del gobernador y por la del Herr Rolstein, jefe del Servicio Imperial Secreto.

Alineados en el lado opuesto de la pieza, los tenientes Wagstaff, Bud Atlee y John Henry sentían frío también y no a causa de la temperatura. Sabían que estaban frente a la muerte. No podían esperar otra cosa. Y las siguientes palabras del gobernador no les trajeron consuelo alguno:

—Ustedes, hombres, — dijo, hablando inglés con espeso acento alemán — son espías.

La evidencia está completa. Hace algunas semanas que se hallan en Alemania, escondiéndose después de haber robado del escritorio particular de su Alteza cierto documento. Miró unos papeles que tenía sobre el escritorio.

—El documento — continuó — era el tratado de los Balkanes, que los generales Aliados tanto desean conocer. Díganme ahora ¿dónde han puesto el Tratado? ¿Dónde lo han escondido?

Los tres jóvenes se miraron unos a otros, sin contestar, porque lo que el gobernador había dicho era perfectamente cierto. Habían robado el Tratado; pero no lograron sacarlo fuera de Alemania.

Cuando, finalmente, fueron rodeados y capturados, Wagstaff había escondido el documento en el cubo de una rueda de cierto tren que estaba parado en un desvío. Afortunadamente los tres británicos pudieron anotar el número del vagón porque luego vieron horrorizados que enganchaban una locomotora a los vagones y el tren se alejaba, pocos momentos antes de que los arrestaran.

Naturalmente que no tenían la menor idea de donde podría estar ahora el vagón. En alguna parte de las miles de millas del ferrocarril Imperial Alemán, era lo creíble. Más a pesar del triste destino que les esperaba, estaban resueltos a no decir una palabra.

—¿No quieren hablar? — dijo el gobernador y miró a Rolstein, como pidiéndole consejo. El jefe del Servicio Secreto Alemán, el hombre a quien llamaban el Archiduque del Misterio, hizo una profunda inspiración y luego habló con su voz fría e inexpresiva. Era un hombre de mediana estatura, con ojos extraños que, al decir de John Henry, producían escalofríos.

—Amigos, — dijo con su voz fina y aguda — tiene que hablar. Si no sufrirán las consecuencias. ¿Saben la pena que tiene el espionaje?

Ninguno de los tres contestó y Rolstein cuadró los hombros y cruzó sus delgadas manos a la espalda.

—Dentro de dos horas serán fusilados — dijo fríamente. — El Tratado en sí mismo es. . . de poca importancia. Pero pueden ustedes salvar sus vidas si dicen donde lo han escondido. De otra manera, dentro de dos horas se formarán de espaldas a una pared. Comprenden ¿no es así?

Los tres comprendieron muy bien y Wagstaff, que hablaba un alemán perfecto, se encargó de contestar.

—Herr Rolstein, — dijo — es inútil que gaste palabras para persuadirnos. No tenemos nada que decir.

—Es lástima — dijo el gobernador con voz distinta — que tres jóvenes valientes pierdan la vida por tan poca cosa. ¿Qué es un Tratado? Nada de importancia. Sólo que deseamos saber donde lo escondieron, para destruirlo. ¡Ach! Gastan su valor por algo que no vale la pena. Piénsenlo bien. . .

Hizo un movimiento con la mano y habló con persuasivo acento:

—Si nos dicen ustedes esa pequeñez — continuó — las cosas pasarán de un modo distinto. No morirán dentro de dos horas. Serán enviados a una prisión muy cómoda, especial. No se les tratará como prisioneros de guerra. Tendrán toda clase de comodidades.

La sonrisa de su boca se amplió.

—Ese campamento especial — prosiguió — está cerca de Munich, la ciudad más alegre de Alemania, donde el sol brilla, donde las mujeres son hermosas, donde tres jóvenes buenos mozos, procedentes de la célebre escuadrilla enemiga de el Calvo, pueden vivir a gusto, olvidando que existen cosas tan horribles como la guerra y la muerte. ¿Han pensado en todo eso? Vamos, amigos, piensen, piensen. . .

—Vea, viejo — dijo John Henry dejando caer el monóculo — no gaste su precioso tiempo diciendo esas tonterías. Esto no es cuestión de guerra solamente, si no de honor personal. Pero quizá usted no comprende eso. . .

El gobernador y Rolstein se pusieron rígidos, mientras Bud Atlee y Wagstaff sonreían. El tiro de John Henry estaba bien dirigido y aun frente a la muerte no podían menos de ver su lado humorístico.

—Entonces serán fusilados dentro de dos horas — dijo fría y secamente Rolstein — Tienen dos horas más para resolver.

Hizo una seña al gobernador.

—¡A las celdas con ellos! — dijo. Y que esté pronto el piquete de tiradores.

El gobernador tocó un timbre de su escritorio e inmediatamente aparecieron media docena de hombres armados, mandados por un sargento. Rodearon a los tres prisionero y los hicieron marchar por un largo corredor, haciéndolos al fin entrar en una pequeña celda, que tenía en la pared una ventana alta, provista de rejas. Cerraron la puerta de hierro.

—Y bien, — dijo Bud una vez que estuvieron adentro — creo que bailaremos la última pieza dentro de dos horas. ¡Pensar que todo se haya vuelto patas arriba en el último momento! Pero. . . no hay que hacerle.

Wagstaff suspiró.

Siento haberlos metido en esto, muchachos — dijo. — Yo he sido el jefe de la expedición y todo ha ocurrido por culpa mía. Con todo, no podíamos volver, sin el Tratado, a los nuestros. Y tampoco podemos revelar donde está el documento. Además, nos fusilarían de todos modos.

—Eso mismo estaba yo pensando — dijo Dent, empañando el monóculo con su aliento y limpiándole con un sucio pañuelo de seda. — ¿Y quién tiene miedo de ser fusilado, después de todo? Quiero decir que algún día hemos de morir. Claro que es triste morir tan jóvenes; pero miles de compañeros de nuestra misma edad han perdido ya la vida en esta guerra. Yo veo esto así, muchachos.

Bud le sonrió afectuosamente.

—Sí, ojo de vidrio, percha de trapos, naturalmente que así tienes que verlo. Eres el tipo de inglés que hace reir a carcajadas a cualquier americano; pero tienes también el valor y la sangre fría del mismo Nelson. Johnny, siento mucho haberte tomado el pelo algunas veces. Pero aunque eres un có-

mico ambulante, te aseguro que te admiro como nunca he admirado a nadie.

Bud se detuvo de pronto y se quedó un poco confuso, porque una observación sentimental de esa clase no era común en él. Por una vez en su vida había dicho todo lo que sentía su corazón; pero es que ahora no había muchas esperanzas de seguir viviendo.

—Rosebud (pimpollo) — dijo John Henry — eres un tipo raro. A menudo te he encontrado grosero, muy grosero, en realidad. Y tú última observación no es todavía lo suficientemente fina; pero, naturalmente, has tenido buena intención.

—¡Oh, por amor de Dios! Déjense de hablar estupideces ustedes dos — intervino tanita. John Henry subió rápidamente sobre la ancha espalda de Wagstaff y se encontró con la tosca cara de un hombre, de cabeza rapada, del lado de afuera de la ventana.

—¡Oh... oh... oh...! — dijo alegremente. — ¿Qué deseas querido y viejo come salchichas? Oye, si alguno de tus compañeros quiere darnos una manito... — ¿entiendes lo que quiero decir? — puedes estar seguro, muy seguro, de que te mandaremos una recompensa cuando lleguemos a casa. Piénsalo, querido y viejo camarada.

John Henry se golpeaba la bastante larga nariz al decir esto.

El hombre que estaba afuera lo miró de un modo extraño.

El centinela alemán daba la espalda a los prisioneros, que como fantasmas se deslizaron a lo largo de la pared.

Wagstaff. — No hay más que dos horas entre nosotros y la muerte. Pero yo no pienso declararme vencido hasta último momento. ¿No hay nada que pueda hacerse? Junten las cabezas y piensen.

—¡Ah! — exclamó John Henry con aire solemne y balanceando el monóculo suspendido de su cordón. — Tienes razón, Wagstaff toda la razón del mundo. Ha llegado el momento de que yo ejercite mi brillante cerebro Esta es una situación en que un hombre de madura inteligencia y sano juicio tiene que hacer algo por salvar a sus compañeros. Quiero decir que...

Fué en ese momento que oyeron un suave golpe en las rejas de acero de la alta ventanita.

—¡Cállese! — le dijo. — Esta llave abre la puerta de la celda. Salgan cuando yo vuelva a golpear la reja. El centinela que hay delante de la puerta de la celda, no estara en ese momento, se hallará al extremo del corredor. Cuando salgan de la celda, den vuelta a la derecha y suban un tramo de escalera de piedra. Al final me encontrarán. ¡Ssss! Ahí viene el centinela.

—¿Eh? — balbuceó John Henry que casi se cayó de la espalda de Wagstaff, mientras agarraba la llave con temblorosa mano. — Quie... quiere... usted... usted...

El hombre sonrió y se llevó el dedo a los labios.

—¡Agente del Servicio Secreto Británico!

— murmuró. — No son ustedes los únicos En Alemania, ¿verdad? Ahora, hasta de aquí un rato.

Y desapareció.

John Henry hizo señas a Wagstaff que lo bajara al suelo. Parecía azonzado. Los otros sólo habían oído un leve murmullo de la conversación; pero ahora agarraron a John Henry y le preguntaron, sacudiéndolo, para que era la llave. El dijo, tartamudeando, la información.

—¡Cara... co... co... les! — balbuceó. — Hay un viejo y alegre espía inglés aquí. Me dió la... la llave y me... me dijo que saliéramos cuando vuelva a llamar.

Se serenó de pronto y pareció recobrar el dominio de sí mismo.

—¡Ahí tienen! — dijo. — ¿No les había dicho que si hacía funcionar mi brilante cerebro?... Sólo un hombre de madura inteligencia y sano juicio como yo, podía conseguir esto.

Bud se dejó caer de pronto al suelo y se echó a reir nerviosamente, aliviado.

LA FUGA

—¡Canarios, pajaritos y otros bichos! — exclamó. — ¡Qué suerte macanuda! ¡Pensar que hemos venido aquí... donde hay ya un espía británico trabajando! Y tú, borrico orejudo, quieres atribuirte el mérito...

John Henry se atragantó indignado, pero Wagstaff exhaló un largo suspiro de alivio.

—¡Cielos! — exclamó. — Apenas puedo creer que sea cierto. ¿Un espía británico aquí? Pero ¿cómo diablos puede ayudarnos a escapar, después de todo?

Su respuesta fué un segundo golpecito en la reja. John Henry dió un salto a través de la celda, para meter la llave en la cerradura. Abrió la puerta con temblorosa mano y no vió al centinela. Murmurando una palabra de aviso a sus compañeros, dobló a la derecha, encontró la escalera de piedra y suspiró aliviado al hallar al hombre que le había dado la llave esperándolos. El hombre se tocó los labios, recomendando silencio y luego hizo señas a los tres sorprendidos amigos de que le siguieran.

Obedecieron en silencio y siguieron, por un largo corredor de piedra, a quel amigo, milagrosamente encontrado. Al llegar al final, el corazón de John Henry casi se le subió a la boca al ver a un centinela alemán que se paseaba a lo largo del pasaje.

Pero cuando los tres aparecieron, el centinela volvía la espalda y al parecer se interesaba profundamente en los ladrillos de la pared.

Como fantasmas pasaron los cuatro; pero le oyeron murmurar un "¡Buena suerte!" al centinela. John Henry se atragantó y se hubiera dado vuelta para estrecharle la mano, si no hubiera sido por el vigoroso empujón de Bud.

Entretanto Wagstaff pensaba rápidamente y había en su rostro una expresión de casi incrédulo alivio.

Evidentemente había allí más de un espía británico. El amigo de la cabeza rapada — su caracterización era maravillosa — no era el único. Quizá el Servicio Secreto Británico trabajaba en favor de los Mosqueteros. Quizá todo aquello había sido arreglado.

Los pensamientos de Wagstaff fueron, sin embargo, interrumpidos porque el guía los condujo a la obscuridad del patio principal, donde pasaron por una fila de edificios anexos a la prisión y finalmente llegaron a la maciza puerta de entrada.

No se veía nadie y, sin decir palabra, el hombre de la cabeza rapada, abrió la puerta con una llave, lo suficiente como para que pudieran pasar.

—Ahora, no pierdan tiempo — murmuró. — ¡Corran a buscar el Tratado y luego a casa, lo más rápido que puedan!

—Pero ¿y usted? — murmuró Wagstaff. — Vamos, hombre, no podemos dejarlo aquí. Lo fusilarán por haber facilitado nuestra fuga.

—¡No discuta! — sonrió el libertador. — Yo sé lo que tengo que hacer. No deseo perder mi joven vida un minuto antes de lo necesario. ¡Márchense por el amor de Dios!... ¡Apúrense! Pronto será descubierta la fuga y entonces yo nada podré hacer.

A la misma hora en que el hombre de la cabeza rapada ayudaba a los tres prisioneros a escapar, el gobernador de la prisión entraba en la oficina principal y saludaba a Herr Rolstein

—Sus órdenes han sido cumplidas, mein Herr — dijo en seco y rápido alemán. — ¿Y ahora?

—¡Ah!... — dijo Rolstein sin un movimiento de su cara de piedra. — ¿Los hombres se han escapado, hein? Ahora, hágame salir por una entrada lateral, a fin de que yo pueda seguirlos.

—¡Ja, mein Herr! — contestó el gobernador.

Parecía muy intrigado. Aquel extraño procedimiento de dejar escapar a tres prisioneros evidentemente lo sorprendía mucho.

—¡Ach! — dijo Rolstein, advirtiendo la perplejidad del otro. — No tengo por costumbre explicar mis acciones, pero le diré hombre, que esto es muy importante. Le diré que su Alteza misma me llamó a su presencia hace dos semanas y me dijo que ese Tratado es la única copia que existe.

La furia ardió un segundo en sus ojos. Hizo castañetear sus dedos.

—Su Alteza me dijo que había que quitarle el Tratado a esos hombres o si no lo pagaría con mi propia vida. ¿Ahora comprende cuan importante es este asunto, cabeza dura?

—¡J... ja, Herr Rolstein! — balbuceó el gobernador saludando. — ¿Y ha dejado usted escapar a los prisioneros?

—Si uno captura a un conejo, ¿cómo va a saber de qué madriguera salió? — dijo Rolstein con seca impaciencia. — El modo de averiguarlo es soltar el conejo y observarlo cuando se dirige a su cueva. Es lo que he hecho con esos malditos espías. He arreglado la fuga de manera que nada sospechen. Ciertamente que irán derecho al sitio donde escondieron el Tratado, a fin de poder llevarlo, a toda prisa, a las líneas inglesas.

La impasible cara del gobernador se iluminó con sonrisa de admiración.

—¡Ah, mein Herr, comprendo claramente! — dijo. — Y usted. . . usted los seguirá, a fin de quitarles el Tratado, cuando lo saquen de su escondite. ¿Qué ocurrirá luego a esos cochinos espías?

—Serán fusilados — dijo Rolstein fríamente. — Pero apúrese, ahora. Pronto saldrán por la puerta de la prisión.

El gobernador se apuró. Condujo a Herr Rosltein por una serie de corredores que desembocaban en una salida lateral de la prisión. Allí esperaban dos hombres con bicicletas. Una tercera bicicleta fué entragada a Rolstein y en silenciosa obscuridad, esperó el pequeño grupo hasta que tres figuras salieron de la puerta principal de la prisión y se alejaron por el camino.

Rolstein y sus compañeros subieron en las bicicletas. Echaron a andar, sin luces, a una distancia como de doscientas yardas detrás de los fugitivos. Sobre el duro camino, las llantas de goma no hacían ruido alguno y pudieron fácilmente conservar su posición en la cacería.

Un par de millas más adelante, sin embargo, la persecución se hizo más difícil. Después de dar vueltas y murmurar entre ellos, los tres prisioneros siguieron un angosto callejón, detrás de un almacén de depósito.

Era un almacén de ropas y Rolstein sospechó en seguida lo que iba a suceder.

Por consiguiente envió a sus dos hombres a situarse en puntos ventajosos, al frente y costados del edificio.

—No podemos correr riesgos — dijo despacio, en la obscuridad. — Quizá salgan por otra parte que por donde entraron. Si alguno de ustedes los sigue, que se mantenga cerca, sin olvidar que vestirán de modo distinto. Luego me telefoneará, conforme pueda, al Cuartel General Militar de esta ciudad.

Los dos ciclistas hicieron la venia y se alejaron, para ocupar sus distintas posiciones; pero tuvieron que esperar las horas muertas, inútilmente. Tocó a Rolstein mismo seguir a los prisioneros cuando salieron.

Ellos usaron la misma ventana baja por donde habían entrado y el agente del Servicio Secreto no tuvo oportunidad de avisar a sus compañeros escondidos. Marchó solo detrás de los fugitivos, con ojos relucientes.

Los tres ,entretanto, estaban del mejor humor. La entrada en el almacén había sido fructífera. A los pocos minutos eligieron ropas, al azar, de una pila de trajes, toscamente hechos, que había en el mohoso lugar.

Las ropas eran de tipo campesino, blusas toscas, de cuero, pantalones de pana, pesadas botas. Tanto mejor. De paisanos llamarían menos la atención.

EN LA TRAMPA

Una vez que se internaron en la ciudad propiamente dicha, Wagstaff los detuvo un momento debajo de un farol y los examinó.

—Ahora — dijo — déjenme hablar a mí y no digan una palabra si no en caso de absoluta necesidad. Lo primero que tenemos que hacer es ir hasta el desvío y ver si podemos averiguar donde se dirigió el tren. Pero... ¡cielos! ¡John Henry, pedazo de borrico!

APRENDA UNA PROFESION LUCRATIVA

ENSEÑAMOS POR CORREO:

Dibujante
Procurador
Constructor
Perito Agrícola
Químico - Farmacia
Corte y Confecc. masc. y fem.
Contador - *Tenedor de Libros*
Mecánico Electricista de Autos
Periodismo - Vendedor - Publicidad
Electricidad-Radio-Televisión-Fonofilm

El moderno sistema de enseñanza técnica y práctica por correo, permite aprender estas profesiones

Mande el cupón. - Escriba claro.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
1059-Lavalle-1059—Buenos Aires

NOMBRE ....

DIRECCIÓN ....

LOCALIDAD ....

—¿Qué hay? — preguntó Dent mirando complacido su equipo. — Yo creí que estaba muy bien con estas ropas. Esta blusa verde aceituna aunque es bastante ordinaria, queda bien con los pantalones de pana marrón. ¿No les parece? En realidad, la combinación de colores me da una idea para mi próximo traje civil. Tengo que anotarlo para darle indicaciones a mi sastre.

—Nunca podrás dar órdenes a sastre alguno, si vas con el monóculo puesto en estos momentos — murmuró Wagstaff. — Tira ese maldito chisme. Piérdelo, quémalo, estréllalo. Eres campesino ahora, hijo, no el figurín de Piccadilly.

—¡Oh!... ¡ah!... — exclamó John Henry, ligeramente confuso.

Se sacó el comprometedor monóculo y lo guardó, con sentimiento, en el bolsillo.

—Cuestión de hábito — dijo dulcemente. — Pero, que diablos ¿no podría ser yo un campesino progresista, ilustrado, de esos que quieren perfeccionarse?

—Tú quedarías más perfecto con un par de alitas y aureola — dijo Bud sombríamente. — Y es lo que vas a conseguir, si no escondes bien ese telescopio. Ahora, trata de evitar lo menos posible hacer el oso de circo.

—Vamos, Bud, — dijo John Henry — ya te he prevenido antes y debo advertirte que si no haces caso de mis observaciones...

Wagstaff, sin embargo, lo agarró por el brazo y lo arrastró.

—¡Vamos, vamos! — dijo. — Yo me siento muerto de fatiga y ustedes no han de estar muy avispados. Hace dos días que no dormimos y, a menos que descansemos, haremos alguna barbaridad. Tomemos por el campo, en dirección al desviadero, y veamos si es posible hallar algún establo o sitio donde dormir. Es preciso ensuciarnos un poco las botas con barro también.

—¿Barro? — repitió John Henry. — ¡Dios mío, querido Wagstaff, que idea más desagradable! Tú sabes que los alemanes son muy prolijos. Es lo único que he advertido en ellos.

—Seguro que lo son — dijo Bud; pero seríamos campesinos sospechosos si aparecemos con botas demasiado lustrosas y trajes recién planchados. Vamos, Johnny, estornuda. Tu cerebro está cubierto de polvo. Y, de cualquier modo, lo que te digo es un cumplido.

John Henry frunció el ceño y pareció un rato intrigado por aquella observación, sin comprender que Bud había querido decir que lo adulaba al pensar que tenía cerebro. Entretanto los tres tomaron por el campo e intencionalmente se metieron por los sitios donde había barro.

Cinco o seis millas más adelante estaba la vía del ferrocarril, con sus luces parpadeantes. Y quinientas yardas detrás, Herr Rolstein juró en voz baja al verse obligado a dejar su bicicleta arrimada a un cerco y caminar por la tierra arada.

Después de media hora de marcha, Wagstaff se dirigió a un gran granero, que había a orillas de un campo. Era viejo y se usaba ahora principalmente para albergar el ganado. El techo tenía aberturas y los costados estaban rotos en muchas partes.

—Con todo, nos servirá — dijo. — Podemos acostarnos aquí y, si alguien viene a despertarnos, decir que somos inválidos dados de baja del ejército para trabajar la tierra. Diremos que hemos recibido órdenes de dirigirnos a cierta granja, del otro lado de la ciudad y que nos acostamos aquí para descansar un poco en el camino.

—Es una brillante idea, querido Wag.— dijo John Henry entrando en el derruído galpón y mirando el cielo. — Ahora a la cama, como buenos chicos. Miren, está amaneciendo. Y pronto podremos disfrutar de lindas vistas.

En realidad, el joven Dent vió algo enseguida. Era un hombre curioso y una o dos trampas herrumbrosas, para ratas, que había en el granero, le llamaron la atención. Una de ellas estaba en un rincón y se agachó junto a ella, mirando con ojos tristes el cebo rancio.

Porque tenía hambre.

Un minuto más tarde, sin embargo, el joven Dent miró hacia afuera del ruinoso granero el campo arado.

Vió una figura que se movía detrás de una pila de verdura amontonada. La figura subió sobre el montón y luego se agachó detrás. Pero lo que vió John Henry fué bastante para hacerle lanzar una exclamación alarmada.

—¡Dios mío! — balbuceó. — ¡Maldición, muchachos! Ahí está el viejo Rolstein. Nos ha venido siguiendo. Está ahí, escondido

Los dos se sobresaltaron y miraron en la dirección indicada. Rolstein se había ocultado ahora, de manera que nada vieron. Pero John Henry protestó que lo que había visto era cierto.

Tiró la trampa de ratas en un rincón del granero y se dió vuelta para agarrar un palo que por allí había visto.

—Es preciso que no nos agarre desprevenidos, — dijo apoderándose del palo. — Busquen algo ustedes...

Sin embargo, sin duda, Rolstein había visto sus movimientos, porque de pronto el agente del Servicio Secreto vino hacia el granero, revólver en mano.

—¡Manos arriba! — rugió. — ¡Pronto! No se muevan o tiro.

Bud lanzó una furiosa maldición y Wagstaff miró desesperadamente a su alrededor, buscando un medio de contrarrestar aquel ataque.

John Henry estaba de pie, blandiendo el palo; pero nada pudo hacer, ante la amenaza del revólver de Rolstein.

—Y bien, caballeros, — dijo el alemán — mis planes salieron perfectamente. No quisieron ustedes decir donde escondieron el Tratado, de manera que les preparé esta fácil fuga. Y me han traído ustedes directamente al sitio donde lo ocultaron.

—Sepan, caballeros, — dijo con su voz oleosa y sarcástica — que el Tratado es el único ejemplar existente, por eso tenemos tanto interés en recobrarlo. Y no bien los saque de aquí, serán ustedes fusilados. Han provocado la cólera de su Alteza.

Hizo un gesto a John Henry.

—¡Apártese de ese rincón! — le dijo apuntándole con el revólver.

Luego, siempre apuntándoles a los tres, se dirigió al rincón del granero y se arrodilló, extendiendo la mano izquierda y tanteando entre las sombras, donde creía estaba el precioso Tratado.

Pero de pronto se oyó ruido metálico y Herr Rolstein se estremeció convulsivamente, dejando caer el revólver y lanzando un salvaje alarido.

Se dió vuelta, tironeando de la pesada trampa de hierro que se le había cerrado sobre la muñeca. Se puso de pie, lanzando una sarta de furiosos juramentos en alemán.

Pero la trampa estaba sujeta con una cadena a la pared del granero y Rolstein se hallaba tan seguro como si tuviera esposas.

—¡Caracoles y babosas! — exclamó Bud. — La suerte nos favorece. ¡Aprovechémosla!

Se agachó y recogió el revólver de Rolstein, mientras las carcajadas se formaban en su garganta.

Wagstaff salió del granero, arrastrando a John Henry, semi estupefacto. Un segundo más tarde los tres echaban a correr.

—¡Vamos a la vía! — murmuró Wagstaff — Subiremos al primer tren que pase por aquí. Más tarde procuraremos encontrar el vagón donde escondimos el Tratado.

Si hubiesen podido ver lo que ocurría en el establo o al hombre que acababa de entrar y ayudaba a Rolstein, sus expresiones hubieran cambiado.

(Continuará)

LATIGO NEGRO

DETECTIVE

Por Charles Hutchinson

(Continuación)

EN EL NIDO DEL BUITRE

BEEFY Parker, de la agencia de detectives La Fusta, sonrió aliviado. Hacía once días que no veía a su jefe, Látigo Negro. Se dieron un fuerte apretón de manos.

—¡Dios mío, patrón! ¡Qué contento estoy de volverlo a ver! — murmuró el muchacho. — ¿Está O. K?

—Espléndidamente, chico. Pero no tengo un minuto que perder, de manera que para bien las orejas. Se sentaron juntos sobre el suelo de tierra, mientras Héctor permanecía, vigilando, en la puerta.

—Todo está listo. Listo para la limpieza más grande de malhechores habida jamás en el Barrio Chino. — continuó Látigo Negro rápidamente. — He tenido bastante trabajo; pero al fin descubrí todo lo que deseaba saber sobre el Buítre Rojo. He descubierto donde se alberga su Tong. Por eso te mandé buscar. He prevenido a las bandas del río. Va a realizarse una terrible batalla dentro del nido mismo de El Buítre. Pero eso me conviene.

Sonrió fríamente.

Los Muchachos de Limehouse y la banda de Araña Kelly van a atacar el sitio. Yo estaré allí, observándolos. Dejaremos que los malhechores blancos y amarillos se diviertan un rato y luego intervendremos para terminar la batalla.

Beefy asintió en silencio, fijos los ojos en su querido jefe. Tranquilamente le dió sus órdenes Látigo Negro, arreglando todos los detalles con su acostumbrada precisión. La entrevista en aquel extraño lugar duró sólo cinco minutos; luego el detective se puso de pie y guió fuera de la casilla.

En la puerta, los compañeros se separaron con apretón de mano final. Beefy, con Héctor detrás, fué por un lado. Látigo Negro se dirigió hacia el río. Caminaba rápidamente.

La misión que se había impuesto de sanear el Barrio Chino era terriblemente peligrosa, a pesar de ser él un actor soberbio. Durante los once días había pasado todo el tiempo en callejones y antros, expuesto a una muerte segura, si descubrían su disfraz. Porque el distrito estaba inflamado por una guerra de bandas y de odios raciales.

El principal culpable de los crímenes que se cometían frecuentemente era el Buítre Rojo.

Fuera quien fuese, tenía el genio del crimen. Hasta entonces había burlado todos los esfuerzos de la policía para descubrirlo a él o a su guarida. Además de contrabandear opio y cocaína, en gran escala, era el cerebro de una nueva y todo poderosa Tong o sociedad secreta china.

No era eso todo. En sus mejores tiempos, el Barrio Chino era un sitio peligroso. Pero desde la llegada de el Buítre Rojo, se había convertido en algo terrible. Marineros mestizos o europeos eran acuchillados y robados en las calles y en las tabernas..

Las tiendas, almacenes de mercaderías y hasta los buques asaltados y robados.

Corrían también espantosos rumores de torturas, ocurridas en la casa secreta de la Tong. Látigo Negro pensaba con honda cólera en el Buítro, mientras caminaba. Con los ojos fijos en el suelo y las manos fuera de la vista dió vuelta al fin por cierta calle, tortuosa.

Los chinos la llamaban la Calle de las Sombras, desdeñando su nombre oficial. Obscura, siniestra, estaba y no estaba silenciosa. Pequeños sonidos, murmullos de voces se mezclaban formando un rumor semejante al zumbido de los insectos en un pantano. Las feas casas estaban divididas por asfixiantes pasajes que desembocaban en un dédalo de callejuelas. En unos cuantos comercios sucios, había muestras en chino. Las luces salían por las pequeñas ventanas iluminando vagamente la calle.

Con sus ojos y oídos alerta, Látigo Negro disminuyó el paso. Calculó que faltarían aún treinta minutos para que empezara la batalla, entre malhechores europeos y chinos. Durante aquel tiempo tenía mucho que hacer.

A mitad de camino se detuvo delante de una pequeña tienda. En su sucia vidriera había tarros de te, arroz y maíz. Adentro pollos colgados, cebollas, remolachas y otras legumbres, todo junto. Un olor indefinible aprimió la garganta de Látigo Negro al entrar.

En un banquito, junto a un montón de canastos, estaba sentado un chino grandote, vestido con traje de algodón azul y casquete

negro. Otro chino, aún más alto, estaba recostado contra una puerta interior. Ambos miraron fijamente a Látigo Negro, con sus anchas caras impasibles.

Pero el hombre que estaba sentado lo reconoció, porque Látigo Negro había ido todos los días a la provisión últimamente y su disfraz todavía soportaba la prueba. Un hombre blanco hubiera sido recibido de muy distinta manera.

Levantándose, el chino le hizo un imperceptible saludo con la cabeza y esperó con las manos cruzadas, mientras el "mestizo" estudiaba gravemente los variados comestibles. Estuvo mirando un rato y al fin decidió lo que iba a comprar. Murmuró dos palabras en áspero cantonés y señaló un pollo flaco. Y luego, mientras el chino se adelantaba para servirlo, le pegó mismo detrás de la oreja.

Había extendido el puño con la rapidez de un rayo y el hombre cayó sin lanzar siquiera un gruñido. Al verlo caer, su compañero se quedó como atontado, por la rapidez imprevista del ataque. Pero luego se repuso y separándose de la puerta, sacó un cuchillo curvo, a la vez que habría la boca para gritar. Sin embargo, su primer momento de vacilación le resultó fatal.

Antes de que pudiera herir o gritar, Látigo Negro se lo impidió. Silbó en el aire su famosa fusta y asestó al chino un golpe terrible.

Al hombre se le aflojaron las rodillas y Látigo Negro lo agarró antes de que cayera. Dejándolo en el suelo, dió un salto de tigre hacia la puerta entornada que daba a la calle. Cerrola rápidamente y corrió la desgarrada cortina. A los cinco minutos ambos chinos estaban fuertemente atados con cuerdas que sacó de un canasto y amordazados con sus propias ropas.

Los arrastró a un rincón y amontonó unos canastos encima de ellos, para que quedaran escondidos. Después de eso se acercó a la puerta interior.

Estaba cerrada con llave, como había esperado. De su bolsillo sacó una bolsita de cuero con herramientas y sus diestros dedos trabajaron activamente. Al fin empujó despacito la puerta, esperando que no tuviera tranca por el otro lado. Con alivio vió que se abría, sobre bien enaceitados goznos. Pasó, dejándola entornada.

Vió frente a él un corredor, largo y angosto, iluminado por una sola lámpara a kerosene. Empuñando fuertemente su arma hizo treinta cuidadosos pasos, antes de llegar a una esquina. El aire era asfixiante, pesado, por un olor extraño que reconoció. Y de pronto oyó murmullo de voces apagadas.

Disimulándose contra la pared, miró con precaución a la vuelta de la esquina. Vió otro corredor, más corto y más ancho, totalmente distinto de aquel en que se encontraba. El olor a pajuelas se hizo más fuerte, las voces también

Ambas paredes del segundo corredor estaban cubiertas por colgaduras de seda roja y adornadas con feos dragones, bordados en púrpura y oro. Una alfombra roja cubría el suelo, que terminaba bruscamente. Al final no había puerta ni pared. Nada más que un espacio vacío, iluminado por un resplandor vago y oscilante. Pero el resplandor permitía ver a un chino, apoyado en una gran espada.

Vestía de pies a cabeza de rojo y amarillo. Tenía la cabeza cubierta por un yelmo chino, grotescamente esculpido y pintado. Estaba allí inmóvil... repulsivo. Un guardián, seguramente. Pero daba a medias la espalda a Látigo Negro y parecía absorto en la contemplación de algo que corría abajo.

Látigo Negro dió vuelta la esquina. Se hundieron sus pies en la mullida alfombra. Llevaba el látigo enrollado dentro de su blusa. Ahora era inútil contra aquel guardián extraño. Tenía, sin embargo, otras armas, igualmente fuertes y silenciosas.

El centinela se dió cuenta de su presencia un segundo demasiado tarde. Dos manos de acero se cerraron sobre su garganta. Una rodilla, apoyada en su columna vertebral, lo echó hacia atrás. Llevó inútilmente las manos a la garganta, para desasirse. Su cara, toda pintada, miraba hacia arriba. Un momento después quedó flojo y Látigo Negro lo dejó suavemente en el suelo.

Pasando por encima de él el Destructor de Bandas miró con precaución por el borde del pasaje. Sus labios se separaron en una mueca de sorpresa. Estaba dentro del nido del Buitre Rojo por cierto. Y por un rato se estuvo inmóvil observando

EL TEMPLO ROJO

Debajo de él, semejante a un pozo, se abría un pequeño hall subterráneo, cubierto de colgaduras rojas y pavimentado con mosaicos chinos. Juzgó que quedaría como a doce yardas de profundidad del pasaje. Una lámpara enorme, con globo de vidrio de color, pendía de una cadena, del sombrío cielo raso, esparciendo fantástica y oscilante luz.

El humo del incienso ascendía en pesada nube azul. Todo alrededor de la pared había como un balcón, con barandillas de madera esculpida. Una escalera, angosta y empinada, bajaba desde el sitio donde se hallaba Látigo Negro. Junto a la pared de la izquierda había un ídolo gigantesco, un buitre monstruoso, rojo y negro, como todo lo que había en aquel templo del mal.

Tan grande era el ídolo que su fea cabeza llegaba a la altura del balcón o galería.

Tenía el pico curvo, abierto y amenazador. Esculpido en madera de sándalo, por algún maestro en el arte de la fealdad, la horrible ave dominaba la escena y sus ojos amarillos contemplaban a los adoradores que había en medio del templo.

Eran más de veinte y estaban arrodillados dentro de un círculo de farolitos, los cuales oscilaban al compás de un canto monótono. La vaga luz de la lámpara iluminaba las cabezas afeitadas y las negras coletas. Se realizaba algún obscuro rito porque mientras se balanceaban, hacían reverencias, tan pronto al ídolo como al hombre que los contemplaba en silencio.

Este hombre estaba sentado en un trono de alto respaldo y sobre una baja tarima, con la barba descansando en una mano que semejaba una garra. Algo en su actitud, en la forma de sus gruesos labios, traicionaba la ferocidad, bajo su impasible exterior. La autoridad estaba también estampada en cada línea de su rostro.

Era el Buitre Rojo, super-criminal y presunto amo del Barrio Chino.

No era extraño que la policía no hubiera podido descubrir su guarida, debajo de la calle y disimulada por una tienda de comestibles. Pero la peligrosa exploración de Látigo Negro por la vecindad había dado sus frutos.

Escondidas dentro de sus ropas, traía Látigo Negro algunas sorpresas destinadas a los hombres de la Tong, para mantenerlos en suspenso y cortar toda posibilidad de fuga o reducir al mínimo las de defensa, cuando sus "aliados", los malhechores del río, llegaran. Pero primero tenía que buscarse un escondite seguro hasta que empezara la pelea. No había, que pudiera verlos él al menos, más centinelas en la galería. Agachándose se alejó de la boca del pasaje y empezó a deslizarse hacia la parte posterior del gran ídolo.

La obscuridad que reinaba arriba cubría su presencia; pero caminaba con las mayores precauciones, por temor de que ojos vigilantes lo descubrieran.

De pronto oyó que el cántico cesaba y deteniéndose miró por entre la baranda de la galería. El humo del incienso se espesaba alrededor del trono de el Buitre. Este se había levantado y ahora, con las manos levantadas hablaba en chino.

Sus palabras sibilantes no llegaban a la galería; pero era fácil adivinar su significado. Sus hacheros estaban arrodillados, rígidamente, mirándolo con ojos brillantes, mientras señalaba primero a unos, luego a otros. Los que él indicaba, inclinábase instantáneamente hasta que sus frentes tocaban al suelo. Indudablemente se organizaba otra excursión criminal para aquella noche.

—Lo que es esta vez fracasarán — murmuró Látigo Negro, cada vez más cerca de la horrible ave. En sus labios vagagaba traviesa y sardónica sonrisa; pero sus ojos eran duros como ágatas. A pesar de sus músculos hercúleos y su frío y astuto cerebro, tenía corazón de muchacho. Nunca era más feliz que cuando corría riesgos espantosos.

Sin embargo su sonrisa murió repentinamente un instante después.

Entre los gritos de los chinos, Látigo Negro se lanzó del buitre que se inclinaba al espacio

Al pensar que no había más centinelas apostados en la galería, había sufrido un fatal error. Y aquel error casi le costó la vida. Porque apenas dos yardas más adelante, había un hombre, detrás de la cabeza del Buitre.

—¡"Sha"! — murmuró una voz ronca y justo a tiempo vió Látigo Negro al brillo del acero. Se agachó rápidamente. El hacha le pasó raspando, junto a la cabeza. Enderezándose, látigo en manos, pegó con todas sus fuerzas. El látigo dió en el blanco; luego un

puño encontró su dura mandíbula.

El chino se dobló en dos, pasó por encima de la baranda y cayó de cabeza al espacio. Aquello trastornó los planes de Látigo Negro.

Oyose una gran gritería al caer el chino, seguido por anhelante silencio. Látigo Negro vió el círculo de hombres que miraban hacia arriba, estupefactos. Entonces decidió un nuevo y rápido ataque.

No tenía más que pocos segundos para obrar. Quedarse donde estaba le sería fatal ahora. Lo rodearían y vencerían. Una rápida inspiración hízole dirigir sus ojos, de la cabeza del buítre que tenía delante a la gran lámpara que colgaba del techo. En aquel breve espacio de tiempo formó su resolución.

—¡Perros! — rugió en cantonés. Y saltó la baranda. Lanzóse hacia el buítre y cayó pesadamente sobre su cuello.

Bajo el peso de su cuerpo, el ídolo osciló y empezó a inclinarse magestuosamente. La casa de la Tong se estremeció ante los gritos de los frenéticos chinos, que paralizados, estúpidos, miraban la inmensa mole de madera moverse hacia adelante.

Luego su base crugió. Y cuando el buítre empezó a caer más ligero, Látigo Negro se lanzó al espacio nuevamente.

El ímpetu del ídolo lo ayudó; sus brazos estaban extendidos y el largo látigo se enroscó hacia arriba. Un momento después el templo del Buítre quedaba sumido en la obscuridad, sin más luz que la hilera de farolitos del piso.

Casi enseguida el ídolo se desplomó, arrancando astillas y chispas al mosaico. Su repulsiva cabeza pegó en el borde del estrado, donde se hallaba el Buítre Rojo, errándole a éste por pocas líneas. Voló en nubes el polvo; un ruido ensordecedor vibró en el aire pesado. Del círculo de farolitos sólo dos quedaron encendidos.

Siguió un espantoso silencio.

Al débil resplandor, la cara de el Buítre Rojo era una visión de pesadilla. Movía los labios en silenciosa rabia. Uno por uno sus hombres temblorosos se le acercaron. El ídolo se había caído. Supersticioso temor se apoderó de sus corazones.

Luego, mismo en medio de ellos cayó un objeto, pequeño y redondo, del cual se escaparon vapores de gases lacrimosos. Era otra de las sorpresas de Látigo Negro.

Siguió otra, algo que silbó sobre la cabeza de el Buítre Rojo. Este lanzó un espantoso grito. Los chinos retrocedieron aterrados, porque el jefe había sido alzado de entre ellos y llevado hacia arriba.

Fué en ese momento también que hicieron irrupción Víbora Hyams y su banda.

LA DOBLE TRAMPA SE CIERRA

"Ah Song" les había preparado el camino. El paso hasta la guarida estaba libre, sin defensores. Habían entrado por la tienda y los pasajes, dejando detrás una guardia. Ahora, con estridente rugido, treinta de los peores ratas de albañal de Londres penetraron en el templo, armados con cuchillos y cachiporras.

Conducidos por la Víbora y el brutal Araña Kelly, bajaron intrépidamente la empinada escalera... ansiosos de vengar viejas derrotas y reconquistar el poder en el Barrio Chino.

Los faroles que quedaban fueron pisoteados. En medio de una obscuridad de tinta, las bandas rivales se trenzaron, a cuchillo y cachiporra.

Y mientras seguía la batalla, cayeron en medio de los combatientes, de una manera misteriosa, tres bombas más de gases lacrimógenos.

Rápidamente se esparcieron los vapores. Los bandidos de ambas partes se detuvieron con las armas a medio levantar, tambaleándose, quejándose, hasta que cayeron al suelo.

La pelea, aunque encarnizada, no había durado ni diez minutos y ya la mayor parte de los combatientes, indefensos, se frotaban los ardientes ojos.

Y en ese momento llegó la policía.

Entraron los agentes tan silenciosa e inesperadamente como los "ganster". Sin el más ligero aviso, brillaron poderosas linternas eléctricas en la escalera y en la galería. Resonaron dos tiros de revólver en el templo subterráneo. Una voz severa dominó el tumulto, gritando:

—¡Manos arriba todos! Los tenemos cubiertos.

Feos caños de pistolas brillaron a la luz, reforzando la orden.

La batalla en la casa de la Tong terminó tan rápidamente como empezara. Los que estaban ya en el suelo, se quedaron ahí, quejándose. Los otros, blancos y chinos, se separaron, lanzando maldiciones. Todo el templo fué inundado de luz. No había esperanza de escapar o de ocultarse. Las armas cayeron al suelo, al levantar ambos bandos los brazos.

Para terminar el asunto, un grupo de agentes de policía, guiados por un fornido sargento, descendió la escalera. Los seguía Beefy Parker, que los había llevado hasta allí. Y a su lado marchaba Héctor.

Otros agentes se diseminaron por la galería, vigilando. Eran hombres escogidos de la división de Pennyfields y estaban provistos de pesados revolvers de servicio. No hubo necesidad de usarlos, sin embargo. Después de los dos primeros tiros de advertencia, no fué bajado un gatillo. Los bandidos estaban acorralados, indefensos.

Rápidamente el inspector dió orden a sus hombres que pusieran esposas a los prisioneros; estos fueron reunidos en pequeños grupos. Dos chinos y Araña Kelly no volverían más a cometer crímenes. La Víbora había sido también muerto por uno de sus propios hombres, en el entrevero. Casi todos los demás estaban heridos o lastimados. Pero la obscuridad y las bombas de gas habían evitado muchas puñaladas.

—Patrón, patrón... ¿dónde está? — gritó Beefy ansiosamente.

La fría respuesta sorprendió a todos los presentes.

—En las nubes, pibe. — dijo una voz alegre, desde la lámpara de color. — La cara amarilla de Látigo Negro fué recibida por un grito de sorpresa de la policía.

—¿Están seguros, inspector? — Entonces voy a bajarle a este pajarito de su percha.

Colgado del lazo de cuero crudo, bajó el Buitre Rojo, con los brazos sujetos al costado, el rostro convulso de rabia loca.

Era el prisionero especial de Látigo Negro. El Destructor de Bandas lo había enlazado, arrebatándolo de en medio de sus hombros, al entrar la banda de la Víbora.

No bien sus pies tocaron el suelo, el mongol empezó a patear y luchar como un poseído. Los cabos lo sujetaron y no con mano suave por cierto. Dominado, vencido, el amo del Barrio Chino, fué hecho marchar, con esposas, en medio de los otros prisioneros. Látigo Negro entonces descendió de la lámpara, por el lazo, al suelo.

—¡Uf! ¡Qué hacía calor aquí! — fué su único comentario. Beefy y Héctor lo recibieron con ruidosas demostraciones de alegría y el inspector, al estrecharle la mano, no tuvo oportunidad de decir mucho.

—¡Qué noche! — dijo el oficial jubiloso — Casi me da un ataque cuando este joven me trajo su mensaje y sus instrucciones. Pero reuní rápidamente una fuerte partida y usted nos lo había allanado todo. Pero... ¿cómo diablos descubrió este antro?

—Convirtiéndome en mestizo chino y viviendo con los legítimos por espacio de once días — contestó riendo Látigo Negro. — Entré también en relaciones con una banda de merodeadores del río. Les aseguré que odiaba a el Buitre Rojo y fueron lo bastante tontos para creerme y utilizarme como espía.

Muchos chinos de aquí aborrecen también a el Buitre. Parece que cometió actos de espantosa crueldad. Naturalmente que no lo hubieran delatado a ningún hombre blanco; pero yo escuché los rumores en tabernas y tugurios, hasta que estos me condujeron a la tienda de comestibles. Armé una doble trampa, para bandidos chinos y blancos. Eso es todo.

Con una inclinación de cabeza, Látigo Negro y Cía., se alejaron en la noche.

EL ERROR DE UN MEJICANO

Con rápido y salvaje tirón, el mejicano hizo detener a su pony en la oscuridad y desmontó ágilmente. Luego estuvo unos momentos, agachado, inmóvil y alerta. Sus ojos del color del aloe brillaban con luz cautelosa, bajo el amplio sombrero trenzado.

Esgrimía fríamente un Colt en la mano derecha, pronto para usarlo si era necesario. Adelante suyo se extendían las primeras cabañas de Oil Cup, tan feas y sombrías como pueden serlo las de un yacimiento de petróleo. No se oía más ruido que el suspirar del viento fresco de la noche, a través de las llanuras. Gradualmente el mejicano fué abandonando su tensa vigilancia y una ligera sonrisa curvó sus labios.

Caminando con la gracia esbelta de una pantera, condujo al sudoroso pony detrás de un cactus gigantesco y lo ató a la manera del Oeste, dejando colgar la brida. Luego, furtivamente, se dirigió hacia la entrada de la única calle de Oil Cup; sus pasos hubieran sido completamente silenciosos, a no ser por las brutales espuelas que resonaban debilmente al caminar.

Al llegar al palenque, afuera del restaurant de los Buenos Manjares, se detuvo nuevamente para dirigir otra atenta mirada a su alrededor. Arriba las estrellas de Texas parecían lámparas de plata en un cielo de terciopelo negro. Separadas por unas cien yardas de distancia, dos grandes grúas se alzaban cerca del pueblo; la luz de las estrellas hacía brillar sus mástiles empapados de petróleo y las pintadas enseñas que llevaban las palabras: Carson Oil Company. Un poco más allá, un gran depósito relucía como acero.

Pero adentro de Oil Cup, propiamente dicho, reinaba la obscuridad. A cada lado de la calle principal, había pequeñas cabañas, toscas a la luz del sol, informes por la noche. No se veían luces. Hasta las cortinas del restaurant y de la taberna El Gran Chorro, estaban bajas.

Los ojos del mejicano se fijaron en una gran cabaña, grande y obscura, junto a la taberna, el escritorio de la compañía Carson. Una sonrisa amenazadora apareció en su cara al darse vuelta. De dos pasos rápidos se deslizó detrás del palenque del restaurant y se mezcló con las sombras.

Había cabalgado cincuenta millas para acudir a una cita y tomar parte con otros en una siniestra misión. Más por el momento su tarea era vigilar el pueblo y muy especialmente la oficina de Carson.

De pronto, sus vivos oídos percibieron el trote de un caballo que venía de la pradera hacia la ciudad. Con aquel movimiento que parecía instintivo en él, volvió a llevar su mano a la culata del Colt.

Más fuerte se oyó el ruido de cascos y pronto apareció el caballo, con una figura alta, negra, balanceándose con soltura en la silla. Con disgusto del mejicano, el jinete se dirigió al palenque de Los Buenos Manjares, en vez de hacerlo al que estaba frente a la taberna, como era costumbre en Oil Cup. El recién llegado detuvo su caballo y desmontó con un gruñido de alivio. Movió vivamente la cabeza al ver al mejicano, allí, ocioso.

Después de un momento de atento escrutinio, sin embargo, saludó tranquilamente.

—¡Buenas noches, amigo! — su voz era suave y cantante — ¿Se come bien aquí? Tengo un hambre que me devoraría el caño de un revólver.

El mejicano, bajando más todavía la cara, gruñó una respuesta áspera. Por debajo del ala de su sombrero dirigió a la despreocupada figura del desconocido una rápida y experta mirada.

Vió a un hombre joven y esbelto, ancho de hombros, fino de talle, de ojos serenos. Sus ojos se achicaron al fijarse en los mangos de nogal de los dos Colts que colgaban del cinto del atlético jinete.

El hombre de los dos revolvers estaba ahora desensillando. Vestía todo de negro: botas, blusa de franela, sombrero alto. Hasta el fino pañuelo de seda que llevaba alrededor del cuello era negro; un látigo, negro y pesado, del mismo color, colgaba graciosamente de su muñeca. Todo esto lo vió el mejicano sin parecerlo. Era su tarea estudiar a los forasteros que llegaran a aquella región.

Al otro lado del desconocido apareció un animal delgado, obscuro, silencioso como un fantasma. Levantó instantáneamente una pata delantera y sus ojos, hundidos y brillantes en la feroz cabeza lobuna, miraron fijamente al mejicano asustado. Los labios del hombre se separaron para lanzar un grito de terror.

—¡Caramba! ¡Un lobo! ¡Un lobo!

Rápido como el relámpago, llevó la mano a la culata de su revólver.

Pero el hombre de los dos Colts anduvo más rápido aún que él. Con velocidad casi misteriosa desarrolló el látigo de la muñeca y lo lanzó como una serpiente. El grito del mejicano terminó en un ¡ay! de dolor y su mano cayó, entumecida e inútil.

El revólver fué a parar a una yarda de distancia.

Antes de que pudiera reponerse, una garra de acero le rodeó la garganta. Fué apretado contra el palenque, impotente como un niño, mientras una cara dura, severa, se acercaba a la suya. El acento del forastero era aún suave cuando volvió a hablar, pero ya no amable.

—Y bien — dijo lentamente. — ¿qué mosca lo ha picado, hermano?

Jadeando, luchando en vano, el mejicano ladeó la cabeza para indicar.

—¡El lobo!... ahí... atrás. — balbuceó.

Por un largo momento miró frenético a su poderoso apresador. Luego se sorprendió al oír una pequeña risa; la presión de su garganta se aflojó.

—¿Un lobo? — dijo arrastrando las sílabas el forastero. — ¡Ah!... comprendo. Se trata de un pequeño error. Ese animal no es un lobo, sí un perro, un sabueso alasaciano. Y me pertenece ¿comprende?

Las últimas palabras tenían dejo de amenaza. Descuidadamente se volvió al vigilante perro, diciéndole con afectuoso disgusto:

—¿Ves lo que consigues por andar siempre por los caminos a la caza de coyotes, Héctor? — sonrió. — No tienes modales y has asustado a este caballero. Amigo, — se dirigió al mejicano nuevamente — siento mucho haberle pegado un latigazo; pero usted obró muy precipitadamente, a la verdad. ¡Oh!... Está usted casi pálido.

El débil dejo de burla en la disculpa sólo consiguió aumentar la furia del mejicano. Retrocediendo, sus miradas rencorosas iban del hombre al perro, mientras se acariciaba la mano. Entre los dientes apretados escupió su veneno:

—¿Es usted bromista, señor? — Por Dios que puede resultarle... peligroso.

Error o no, me pagará usted esto... algún día.

Todo el buen humor desapareció instantáneamente de la cara del otro. Su alta figura él irguió y el látigo se desenrolló amenazadoramente.

—¿Conque esas tenemos? — dijo sonriendo fríamente. — Bien, amigo. Nunca rehuso un desafío.

Siento haberle pegado, como le dije. Pero, si lo toma usted así... — hizo castañear sus dedos — estoy a su disposición cuando guste. Voy a devolverle su arma.

Inclinándose rápidamente recogió el revolver caído del mejicano; lo descargó y lo tiró a los pies del hombre.

—Me llaman Látigo Negro — dijo luego tranquilamente — Quizás nos volveremos a encontrar, ¿no?

Con desdeñosa inclinación de cabeza se volvió hacia el restaurant.

—¡Ven, Héctor! Vamos a comer. — un momento después llegaba a la puerta.

LOBOS DE LA FRONTERA

Temblando de furia lo siguió el mejicano con la mirada. Llevó la mano al cuchillo que tenía metido en la faja; por un momento pensó lanzárselo a Látigo Negro; pero luego, con los dedos en el mango del arma, cambió de idea y se dió vuelta.

Otro hombre, el hombre con quien estaba citado, apareció al fin, acercándose sigilosamente en la obscuridad.

Inmediatamente se tragó el mejicano su rabia contra Látigo Negro y una expresión de triunfante espectativa apareció en sus ojos. Dirigió otra mirada a la oficina de la Carson Oil Company y luego fué rápida y silenciosamente al encuentro de su cómplice.

—Idiota ¿dónde has estado? — dijo. — ¿Por qué me has hecho esperar tanto?

Humildemente le contestó el otro.

—La tarea resultó más difícil de lo que creíamos, señor Miguel. Tuvimos dificultades con los malditos gringos que custodian el pozo. Pero todo está ahora preparado.

¡Venga! Yo lo guiaré, ilustre señor.

Con las manos en las culatas de sus revolvers, dieron la vuelta al restaurant de los Buenos Manjares y salieron del pueblo, en dirección a las grúas.

Mientras caminaban, el segundo mejicano murmuraba excitadamente y Miguel Espinoza lanzaba, de tiempo en tiempo, gruñidos de satisfacción. Finalmente llegaron a una zona arenosa, como a cien yardas de la grúa más próxima. Se detuvieron y se tendieron tranquilamente en el suelo.

Allí esperaba un tercer hombre, agachado junto a una batería eléctrica, cuyos alambres se perdían de vista. Este último hombre era norteamericano y recibió a Miguel con una breve pregunta.

—Y bien ¿ha consentido Carson en pagar lo exigido?

—No, no había señal en la puerta de su oficina.

(Continuará)

El Mendigo del Bosque Negro

Por JACQUES SAINT PRIEST

(Conclusión)

UNA sonrisa iluminó el rostro del señor Chautin.

—¿No es más que eso? — dijo. — ¡Bien! No te aflijas Juanita!...

—¿Comprendes Toine? — siguió la señora Gattet. — Le dije que iba a la iglesia para impresionarla, y luego para tener un pretexto para salir... ¡Si los hubieras visto!... ¡Ah! Te aseguro que es serio...

—¡Bueno! ¡Yo hubiera encontrado esa escena irresistiblemente divertida — aseguró el señor Chautin. — ¡Qué tonto se pone uno cuando está enamorado... ¡Y ella es rica!... ¡y yo soy pobre!... Y debo parecer esto... y... ¡Ah! ¡En mi tiempo la gente era menos complicada! ¡Las cosas que hay que ver hoy día!... ¿Verdad Juanita?

—En fin ¿qué piensas hacer?...

—No te aflijas Juanita; vuelve a tu casa, di a Madette que el Padre Eterno estaba de mal humor y que no quiso inspirarte y espera los acontecimientos.

—Espera... espera... ¡Tú no sabes en el estado que estoy!... Debes ver a Jean esta misma mañana. Arréglate para descubrirlo. No está en su casa, puedo afirmártelo.

—No te prometo nada para esta mañana — replicó el tío Toine. Espero aquí una visita... Sí la visita de una dama... de una bella dama... con quien tengo que hablar seriamente. ¡Vamos vete! ¡Ah! leo en tus ojos que quieres saber con quien es la cita! ¡Ah hija de Eva!... Bueno: es la señora Valmont!

—¿Qué tienes que decirle? — preguntó la señora Gattet.

—Eso, mi querida Juanita, lo sabrás más tarde. Por ahora, ni una palabra... Vete pronto... Prefiero que tú no estés aquí, cuando ella venga.

La señora Gattet se alejó del lado de su hermano bastante intrigada.

"¡Con tal que no se le haya ocurrido la diabólica idea de casarse con ella!" pensó aterrada.

—¡Buen día, señor Chautin! — exclamó Irene Valmont entrando en el negocio del tío Toine.

—Señora, mis homenajes... — contestó galantemente el negociante. — Entre en mi escritorio.

—¿Tiene usted el acta de venta?

—Aquí está. El notario acaba de enviármela. No faltan más que las firmas.

Irene leyó atentamente el papel.

—¡Perfecto! — dijo. — ¿Está seguro de que Jean aceptará?

—¡Diablo!... al cederle así mis fondos de comercio le hago un regio regalo... Le aseguro señora que su yerno no tendrá una situación como para desdeñarla.

—Entonces — preguntó la señora Valmont — ¿Le anunciará usted esta buena noticia después de almorzar?

El tío Toine se rascó enérgicamente la cabeza.

—Bueno sí... si es que viene... — dijo.

—¿Por qué no vendrá hoy a almorzar?

—¡Ah! Porque mi hermana ha venido hace un rato a contarme que Jean y Madette se han disgustado; que Jean tenía escrúpulos en casarse con mi sobrina, perdón; con su hija, a causa de su fortuna. Bueno dejó su empleo y se va.

—Pero me figura que eso no es en serio... sobre todo con la sorpresa que usted le va a dar...

—¡Naturalmente! Ahora Jean no tendrá ninguna razón para exilarse y hacerse mala sangre. Lo esencial es encontrarlo.

—¡Bah! Querella de enamorados, que acaban en besos... — sentenció levantándose. — Me voy. Son más de las once y debo ir al hotel antes de almorzar. Nos encontraremos en casa de la Señora Gattet.

Y salió riendo.

AVENTURAS DE

BARNIGUGLI por Debeck

©1933 King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.

—¡Es más serio de lo que ella se imagina! — murmuró el tío Toine.

El señor Chautin llegó el primero a casa de su hermana.

Madette, con los ojos enrojecidos, daba vueltas melancólicamente, una mayonesa en la cocina.

—Buen día — dijo besando a su tío. — ¿Cómo está?

—¡Muy bien... Y con un apetito de ogro ¿y tú?

—Yo estoy bien, pero no tengo apetito.

El tío Toine dió media vuelta, para no reírse delante de ella.

Luego fué a inspeccionar el comedor.

—¡Toma! — exclamó fingiendo sorpresa. — ¿Tu madre no come hoy con nosotros?

—¿Por qué? — preguntó Madette.

—Porque no hay más que cuatro cubiertos.

—¡Es Jean quien no viene! — murmuró la joven.

La llegada de la señora Valmont evitó a Madette el fastidio de dar explicaciones a su tío.

La joven se precipitó en los brazos de su madre. Esta la miró sorprendida.

—¿Qué significa esa cara? — le preguntó.

Madette se echó a llorar.

La señora Valmont la llevó al comedor y le acarició los cabellos.

Desde el vestíbulo el tío Toine contemplaba esa escena.

Pero prestaba atención a la puerta.

De pronto, con infinitas precauciones, fué a abrir la puerta.

Jean Martinier estaba en el umbral.

El señor Chautin se puso un dedo en los labios y le hizo señas de entrar, señalándole en el comedor a Madette llorando abrazada a su madre.

Jean se acercó en puntas de pie. Irene levantó la cabeza de su hija.

—¿Querías tanto a Jean, hija mía? — le preguntó. — ¡Y lo has dejado ir!...

—¡Mamá!... ¡Mamá! — sollozó Madette. — ¡Quiero que vuelva!... ¡Lo amo tanto!...

—¡Date vuelta, tonta! — dijo el señor Chautin con voz sepulcral.

Madette se dió vuelta, Dió un salto y lanzando un grito de alegría se arrojó entre los brazos de Jean Martinier.

Una misma palabra se escapó de sus labios.

—¡Perdón!

Esta vez todos los rostros brillaban de alegría.

—¿Dónde lo encontró? — preguntó la señora Valmont al tío Toine.

—¡Me dió trabajo! — contestó el señor Chautin — ¡Ah! He telefoneado a todos lados sin resultado. Iba a renunciar a traerlo, cuando se me ocurrió que este joven mejicano podría haber ido a contar sus penas al amigo Roberto. Subí a un taxi y llegué al sanatorio en el momento que Jean daba al mendigo del Bosque Negro sus adioses.

¡Y palabra de honor! Los dos lloraban. Lo tomé de un brazo, le expliqué mi combinación. ¡Este cabeza dura no quería saber nada!... Fué Roberto quien lo hizo entrar en razones... Gracias a ese hombre puedo presentarles, señoras, a mi futuro sucesor, el nuevo director de la casa Antoine Chautin "and Co." como se diría en Inglaterra, bicicletas, accesorios para bicicletas y motocicletas. Casa fundada en 1906!...

—Pero... señor... Chautin... mi tío... — balbuceó Jean. — Debo tomar eso como usted me lo acaba de decir?

—¡Jamás bromeó cuando estoy en ayunas! — declaró el tío Toine.

Capítulo XXX

ROBERTO

La enfermera que había cuidado a Roberto entró en el cuarto del convaleciente llevando una bandeja llena de apetitosas vituallas.

Roberto almorzó lentamente, con los ojos perdidos en un ensueño.

¡He ahí — pensó — un estado de mi pobre existencia que se acaba!... Mañana seguiré otra vez mi vida de mendicidad y canciones absurdas. De nuevo erraré de patio en patio, de café en café, seré otra vez el mendigo a quien se compadece y de quien todos se burlan... y cada noche, volveré junto a mi cabra Ojos de Oro, que será desde ahora mi sola compañía...

Pero ahora estaré demasiado bien para hacer ese oficio... Irene me trajo ayer un traje nuevo, buenos zapatos... una camisa... me han recortado la barba, cortado el cabello, no me reconozco más...

Nada más que esta noche y mañana para verla... para sentirla a mi lado... para mirarla... Y luego, de nuevo la soledad... y llegaré un día, a preguntarme si todo no fué un bello sueño... ¡Bah! Madette y Jean volverán quizá a verme... Y yo me consolaré con la felicidad de ellos!...

....

En casa de la señora Gattet el almuerzo acababa alegremente.

Desde hacía una semana Jean Martinier estaba en el negocio del señor Chautin que lo iniciaba en su comercio.

—Dígame tío. ¿Daría usted esta tarde libre a su sucesor? — preguntó Madette. — Es sábado y mamá quiere que vaya conmigo al Bosque Negro, a casa de Roberto.

—Sí — explicó Irene — quisiera que los chicos se aseguraran por sí mismos que todo está terminado y que los pisos ya están listos, para que Roberto encuentre mañana todo bien al regresar a su casa.

—Con mucho gusto — dijo el señor Chautin, — pero solamente hasta las cuatro, pues tengo cita con un buen cliente que quiero presentar a Jean.

—¡Es usted el mejor de los tíos! — agradeció Madette.

—¡Y tu la más encantodara de las sobrinas! — contestó el señor Chautin.

—¿Y usted mamá, que hará esta tarde?

—Esta tarde — dijo la señora Valmont — debo ir a Chambon Feugerolles para acabar de ocuparme de tu verdadero estado civil, Madette. Después pasaré por la clínica, y le diré a Roberto que mañana puede partir. Después iré a ver al notario para arreglar

definitivamente la cuestión de la renta que pienso dar a Roberto.

—¡No debe perder tiempo mamá, si quiere hacer todo eso! — exclamó Madette. ¡Bien nosotros vamos al Bosque Negro!

La vieja casa de Roberto, era irreconocible En lugar de la miserable pieza, había ahora, una bella y alegre casita.

En el interior, una gran habitación era a la vez cocina y comedor, con una mesa, sillas y un aparador lleno de vajilla. En un ángulo relucía una cocina.

Al lado, una pieza tapizada de claro, con una buena cama, y un armario repleto de ropa. Contra la ventana, un sillón parecía esperar que el dueño de casa fuera a reposar.

Comunicando con la cocina, una minúscula caballeriza llena de paja fresca era la futura habitación de "Ojos de Oro" la cabra de Roberto.

Cuando Madette y Jean llegaron, llenos los brazos de flores que habían cortado en el camino, los obreros acababan de concluir su trabajo, colocando los muebles de la cocina.

Madette alegre, penetró la primera y buscó unos jarrones donde colocar las flores.

No pudo reprimir un grito de admiración

—¡Qué bello está! — exclamó.

El capataz se volvió:

—¡Ah! ¿Es usted señor Martinier? — dijo. — Me alegro de verlo. Me evitará tener que ir a la ciudad.

—¿Por qué señor Barailler?

—Tengo que darle la llave de la casa porque ya acabó el trabajo: luego le entregaré unas cosas que los obreros han hallado bajo el piso de la cocina.

—¿Qué cosas? — exclamó Jean.

—No valen nada... Una vieja cartera del tiempo de Matusalén y una caja de metal. No creo que sean cosas de valor pero quise guardarlas; usted las entregará a la señora Valmont.

—Gracias. Se las daré a la señora Valmont, pues ella es la propietaria.

Cuando Jean y Madette se vieron solos se miraron sorprendidos.

—¿Qué me dices de ese viejo que guardaba sus "tesoros" bajo el piso de la cocina?

—Quizá hay billetes de mil en la cartera!

—¡Te parece!... es muy liviana.

Los dos jóvenes arreglaron las flores que habían traído. Luego Jean miró su reloj.

—¡Bueno! Si quieres, Madette — le dijo — ya que todo está listo aquí y que no hay más nada que hacer volvamos, yo iré al negocio a asistir a la cita del tío Toine y tú pasas por la clínica a darle esas cosas a Roberto.

—¿Te parece? — dijo Madette.

—Debe ser de él — Mejor sería que se las des directamente.

—¡Es una buena idea!

Madette guardó en su cartera la polvera y la cartera y emprendieron el camino a Saint Etienne.

La joven golpeó a la puerta del cuarto Nro. 13.

—¿Tú? ¿Qué casualidad te trae aquí?

Madette miró a la pieza; cerca de la ventana, Roberto estaba en un sillón.

—Vengo de allí, con Jean — explicó en voz baja. — Vimos a los obreros, ya está todo concluído ¡quedó espléndido!... Y el capataz nos dió... algunas cosas que estaban bajo el piso de la cocina. Nosotros creímos que sería de Roberto y pasé por aquí para devolvérselas.

—¿Qué significa eso?... — contestó Irene. — ¿Qué había bajo el piso de la cocina?

—¡Oh! cosas de nada — replicó Madette abriendo su cartera. — Tome, una caja envuelta en papel de seda y una cartera muy vieja.

Irene reflexionó un momento.

—Esos objetos quizá no pertenecen a Roberto. — murmuró. — ¡Quién sabe desde cuando están ahí!... ¿Me los quieres mostrar?

Madette se los dió a su madre.

Al mirar la vieja cartera, Irene no pudo sofocar una exclamación de sorpresa.

Su rostro se puso horriblemente pálido y sus manos temblaban nerviosamente.

Esa cartera tenía las iniciales H. V. Era el primer regalo que había hecho a su marido, después de su matrimonio.

—¡Dios mío! — suspiró. — ¿Cómo está esa cartera en casa de Roberto?

—¿Qué le pasa, mamá? — interrogó Madette, inquieta. — ¡Se ha puesto usted lívida!

Irene no contestó, se volvió bruscamente hacia Roberto y sorprendió su mirada clavada en ella.

¡Oh! ¡esa mirada!... Irene no la vió más que un segundo apenas, pues el convaleciente bajó los ojos como si comprendiera que pasaba algo extraordinario, pero ella tuvo tiempo de conmoverse hasta el fondo del alma y balbuceó:

—¿Es posible?

"¿Qué ocurre? — pensó Madette. — He ahí Roberto que parece avergonzado como pillado en falta y mamá que está ahora más emocionada que el día que me encontró..."

Irene miró en silencio al hombre que tenía ante sí. La cabeza baja, las manos pálidas sobre las rodillas, Roberto daba la impresión de replegarse en sí mismo como si hubiera querido escapar a las miradas de la señora Valmont.

Por primera vez en su vida Irene acababa de notar que los ojos de Henry Valmont y los del mendigo eran los mismos.

Y poco a poco, evocando un pasado doloroso y lejano, hizo surgir de las cenizas de sus recuerdos, la imagen de su marido, y notó que se parecía a Roberto, como dos hermanos.

Sí, el hombre que tenía ante sí, era el sosías de Henri Valmont "tal como éste hubiera sido con veinte años más".

En su corazón, había guardado la imagen de su marido, joven. Hallaba hoy esa misma imagen, herida, maltratada por la vida... pero los ojos, los adorables ojos negros, llenos de ternura, de bondad, de amor, de agradecimiento, de respeto "¡los ojos eran los mismos!".

Con la cartera en la mano, Irene se acercó a Roberto. Un temblor la sacudía como si tuviera fiebre o frío.

Al fin sus labios se entreabrieron y con

un soplo, con voz casi imperceptible, aun más vacilante por los sollozos que la sofocaban balbuceó un sólo nombre:

—¡Henri!

El hombre parecía perdido en un sueño maravilloso. ¿Había oído la palabra que Irene acababa de pronunciar?

Entonces, ante ese obstinado silencio, la señora Valmont se arrodilló lentamente a los pies del hombre y sobre sus rodillas colocó la cartera y la polvera.

Con mano vacilante, abrió la cartera, sacó una fotografía amarillenta y gastada y una vieja carta.

Los ojos de Madette, seguían los gestos de su madre.

La escena era tan conmovedora que su corazón latía con fuerza en su pecho y la emoción que sentía le obligó a sentarse.

— Esta fotografía — dijo Irene con voz tan cambiada que Madette no la reconocía — me representa cuando yo era soltera. Se la dí hace tiempo, a mi novio, cuando mi padre consintió en mi matrimonio... Esta carta, está firmada: Irene... La escribí a mi novio durante un corto viaje que él tuvo que hacer a París... He aquí como empieza:

"Mi querido Henry:

"Hace apenas dos días que te fuiste de Chambon y ya me parece que hace una eternidad que estamos separados..."

Irene suspiró y buscó en otro bolsillo de la cartera.

—Aquí hay una fotografía que representa a mi marido teniendo en sus brazos a su pequeña Andree en mantillas. Yo misma la saqué en nuestro jardín... He aquí una vieja libreta de elector a nombre de Henry Valmont... y un billete de cien francos, conservado como una reliquia.

Luego Irene desenvolvió la caja envuelta en papel de seda.

—Mi polvera... la polvera en que Henri hizo grabar mi nombre en diamantes. La perdí en Rive-de-Gier, al sacar mi pañuelo para limpiar la sangre de Jean Martinier... ¿Qué dice de todo esto... Henri?

A estas palabras el corazón de Roberto cedió a la emoción. De su garganta escaparon sollozos y para que la mujer arrodillada a sus pies no lo viera se ocultó el rostro con las manos.

—¡Entonces es usted! — balbuceó Irene.

Roberto tuvo un sobresalto.

—¡No... no!... ¡No soy yo!

Pero Irene tomó entre las suyas, las manos del hombre y lo miró ardientemente.

—¡Sí... usted es Henri!... ¿A qué negarlo? Sus lágrimas han hablado por usted... Es su mirada, sus ojos... Yo lòs he reconocido... ¿Estaba ciega entonces?... ¿Por qué el velo que cubría mi corazón no se desgarró antes?... Henri... Henri... ¡Es a ti a quien encuentro!... Mírame... ¿Ya no soy tu esposa? ¿He desmerecido ante ti? ¿Por qué añadir un nuevo dolor a todos los que ya he sufrido?

—¡Mi pobre Irene! — murmuró el convaleciente con voz conmovedora. — Yo no puedo ser tu marido... ¡soy horrible!... ¡horrible!...

La mano de la señora Valmont acarició suavemente la frente y las mejillas del que ahora la miraba con toda su ternura, con toda su bondad.

—No, mi amor — protestó Irene — no eres feo, te lo juro, y te amo siempre. ¿Por qué me has dejado llorarte durante veinte años? ¿Qué drama horrible oculta tu verdadera personalidad? ¿Quién es el hombre que, bajo tu nombre reposa en nuestro sepulcro?

—Es Roberto — contestó el hombre. — ¡El verdadero Roberto!

—¿Pero, cómo puede ser? ¡Revélame ese doloroso enigma, por favor!

Madette, con los ojos llenos de lágrimas escuchaba.

Henri Valmont hizo un gesto resignado.

—Ya que tu presencia, Irene, ha aniquilado mi energía; ya que estos queridos recuerdos por ti colocados ante mi, han hecho surgir un pasado que yo creía muerto, y que aun vivía en el fondo de tu alma, he ahí mi lamentable historia. Perdóname antes, porque solo, un sentimiento de amor hacia tí, exacerbado y orgulloso, me inspiró a esa atroz determinación.

"La noche de invierno que, desesperado al verme desfigurado para siempre por mis horribles qeumaduras, partí, con el alma desgarrada, de nuestro querido hogar, para acabar con la vida, vagué mucho tiempo antes de saber qué muerte elegiría.

"¡Es más complicado de lo que pudiera creerse eso de eliminarse!... ¿El revólver? ¿Para qué desfigurarme más? ¿La cuerda? Necio, repugnante y vulgar. Opte por ahogarme.

"Cuando me encuentren — si es que alguna vez me encuentran — pensé — nadie me reconocerá o Irene no se atreverá a mirarme.

"Entonces, conservará de mí el recuerdo de lo que fuí antes de las quemaduras! — Caminé toda la noche, Pronunciaba tu nombre a cada latido de mi corazón para darme valor.

"¿Por donde pasé? Me sería difícil decirlo Cansado, abatido, desanimado, llegué, a la madrugada al "Remolino del Infierno". Hacía un frío horrible... Yo temblaba... y pensaba: "¡Qué momento terrible voy a pasar después de arrojarme al agua!"...

—¡Pobre Henri! — suspiró la señora Valmont.

—¡Ah! ¡No tienes idea de los minutos atroces que he vivido! — siguió el convaleciente. — Se necesita sangre fría para decir: Por mi propia voluntad me separo para siempre del ser que amo más en el mundo... Es necesario... para mi reposo... para su felicidad!" ¡Ah! ¡Sólo de pensarlo me estremezco!...

"Camine al borde del barranco buscando un lugar propicio para arrojarme, cuando oí detrás de mí, una tos seca que me hizo dar vuelta.

"Instintivamente me oculté entre unos matorrales.

"¿Quién podía seguirme? ¿Algún guarda había notado mi presencia?

"¿Un desgraciado, que, como yo iba a hacerlo dentro de un rato, hallaría en la muerte el final de sus sufrimientos?

"El paso se acercaba. Distinguí pronto una

pibes:
"el Gorrion"
es para vosotros
10 cts
24 PAGINAS
multicolores
LEALO TODOS LOS MIERCOLES
LA MEJOR REVISTA SEMANAL DE HISTORIETAS
CONCURSOS CON VALIOSOS PREMIOS:
BICICLETAS, MONOPATINES, EQUIPOS DE FOOT-BALL ETC.

silueta vacilante, inclinada sobre sí misma...

"Un ebrio... pense.

"Lo reconocí en seguida, era Roberto; el mendigo del Bosque Negro a quien todo el mundo conocía en Saint Etienne, por sus estúpidas elucubraciones y sus originalidades.

"Su rostro estaba congestionado, sus ojos fuera de las órbitas. ¿Dónde iba? ¿Qué iría a hacer en ese lugar desierto? ¿No era simplemente enviado por el Destino? De pronto, lo vi detenerse, agitar los brazos, girar sobre sí mismo y caer a pocos pasos de mí.

'Me acerqué a él, le tomé el pulso... ¡Ni un átomo de vida quedaba en ese cuerpo miserable! Una congestión cerebral acababa de matarlo.

—¿Y qué más? — interrogó febril la señora Valmont.

—¿Qué más? Iba a dejarlo allí,, puesto que ninguna ayuda le era necesaria, y cumplir mi gesto irreparable, cuando de pronto tu imagen se manifestó a mi con gran claridad. Te vi, Irene, como en este momento te veo... ¡bella, espléndida!...

"Tuve una crisis horrible de desesperación! ¡No la veré más! — exclamé.

"Bruscamente una idea loca atravesó mi espíritu, arrojando sobre el muerto una mirada de horror y piedad.

"Para tener la alegría de verte aun, siempre de lejos, sin que tu lo sospecharas, decidí, de pronto, una cosa horrible, monstruosa. Rápidamente, me quité el sombrero, el sobretodo, y los arrojé al camino. Me puse a desvestir al pobre Roberto. ¡Que tarea horrible! Cambié sus ropas por las mías, le puse mi reloj en el bolsillo, mi anillo en su dedo, una cédula de identidad en el bolsillo. Sólo guardé mi cartera.

"Luego tomando al cadáver en mis brazos lo precipité al río.

"¡Henri Valmont, ha muerto! — balbuceé. — Desde hoy, yo soy Roberto!

"A pesar de la depresión horrible que sentía, tuve la fuerza de volver sobre mis pasos, y, por caminos alejados, logré llegar a la choza que yo sabía era la vivienda del mendigo y cuya llave había hallado en su bolsillo.

"Viví allí, encerrado durante semanas, oculto de día, buscando de noche provisiones esperando para mostrarme a pleno día que mi barba creciera para parecerme más a Roberto.

"Estaba triste, desesperado, pero vivía, Irene ¡yo vivía! Sabía que te volvería a ver, siempre tan bella, y que guardarías de mí, creyéndome muerto, un recuerdo cariñoso y fiel, el del joven que habías adorado! El resto poco me importaba.

—¡Cuanto te amo! — murmuró la señora Valmont.

"¡Pobre padre!" — pensó Madette.

—En fin, siguió Henry Valmont, después de ejercitarme un tiempo para imitar a Roberto, me decidí a hacer una noche mi debut de mendigo.

"Y no tuve vergüenza de mendigar... Uno se acostumbra pronto... ¡Todo me era igual respiraba el mismo aire que tú... te veía de lejos... ¡Era feliz!...

"Es preciso creer que la imitación era tan buena como el original, puesto que todo el mundo seguía tomándome por el verdadero Roberto.

"Un día, iba a Chambon a pedir noticias tuyas, un obrero me dijo que la usina había sido vendida y que tú te habías ido...

Durante veinte años, esperé tu regreso... Durante veinte años, te busqué en vano! ¡Ah! ¡Dios me castigaba cruelmente por mi orgullo!...

"Envejecí pronto... ¡La miseria es dura compañera! A los cincuenta años parecía tener sesenta...

"Viví sólo con tu recuerdo... ¿Qué me importaban los sarcasmos de los chicos, las risas despreciativas de los grandes?

"Yo había tomado la mentalidad, el alma de Roberto, como un día tomé sus ropas...

"Y luego una noche de Febrero pasando, sobre el camino de Rive-de-Gier, asistí a una colición entre un automóvil y una motocicleta.

"¿Conocen el drama verdad? Solo que cuando yo regresé con socorros no vi a nadie en el camino. Y fué, buscando los rastros del accidente que descubrí, en un charco de agua, tu polvera de oro, sobre la cual yo había hecho grabar tu nombre.

"No había duda... habías pasado por allí... La mujer que estaba a mi lado y que yo no había visto eras tú!... Costara lo que costara debía hallarte.

"¿Por qué encadenamientos misteriosos se han desarrollado todos los últimos acontecimientos?... Solo Dios lo sabe. Sin embargo yo era feliz... te había hallado!...

"Te había salvado de las garras de de Gourcey... había devuelto a Jean Martinier su novia... sin darme cuenta que era mi hija.

"Tu eras siempre tan bella; yo me había transformado en un despojo humano. ¿Por qué circunstancias fué preciso que estos recuerdos, guardados por mí cayeran entre tus manos y te hicieran reconocer mi verdadera identidad? ¿Han registrado mi casa, Irene?..

—No, yo había dado orden de hacer la casa de... de Roberto, una vivienda confortable, y fué en el curso de las reparaciones que los obreros descubrieron ese escondrijo y dieron el paquete a Jean y Madette que acababa de traerlo.

Henri Valmont quedó un rato en silencio.

—Escucha, Irene — dijo al fin, — ¿Eres tú la única que sabes quien soy yo... la única, con Madette?

—Sí — contestó la señora Valmont. — ¿Por qué?

—Porque nadie más debe saberlo... Te he visto más bella, más dulce que nunca me he dado cuenta de que jamás me has olvidado y que es indirectamente por culpa mía que has caído entre las garras de Wyoming.. Estoy satisfecho... Pero, por encima de este momento de inolvidable felicidad, es preciso que el pasado vuelva. Debo ser de nuevo Roberto... es preciso, querida mía, que nos separemos de nuevo.

—¡Oh! ¡No! — exclamó Irene. — ¿Separarnos? ¿Por qué?

—Por que el motivo que me hizo desaparecer persiste aún... Soy horrible... más

que antes... Tengo sobre mis hombros, el sello del mendigo del Bosque Negro... Tú eres tan bella como antes... eres una gran dama... ¡No puedo ser tu marido!

—¡Henri! — suplicó la pobre mujer — mira mis cabellos grises, mis arrugas que empiezan a parecer, el brillo de mis ojos que se apaga... Soy y seré para tí la misma Irene de antes... Después de haberte llorado durante veinte años y de hallarte al fin ¿no quieres envejecer a mi lado, lejos del tumulto de la vida, en una existencia feliz y tranquila?

—Enrojecerás de mí, Irene...

—¿Yo? Vamos... Sí me sentiré orgullosa de tener un marido tan fiel, tan amante como tú... ¡Henri! ¿Quieres que vuelva a la soledad después de los tormentos que he sufrido?... Te lo suplico, Henri. ¡Quédate a mi lado ahora que ya no soy joven. Quédate por nuestra hija, por nuestra Andree, que llora a mi lado y que no quisiera, en el mismo día haber hallado y perdido a su padre...

"Andree — suplicó Irene. — Aquí tienes a tu padre... Abrázalo... ¡ha sufrido tanto!

Estas palabras tuvieron para Henri el efecto de una descarga eléctrica.

Se levantó, tendiendo los brazos a su hija y a su esposa, riendo y llorando a la vez.

Andree miró al hombre que era su padre, y cuyos ojos llenos de lágrimas la miraban con tanto afecto, tanto resignado sufrimiento Comprendió el drama de esa alma y echándole los brazos al cuello murmuró:

—¡Papá!... ¡No te vayas!...

Quedaron un rato estrechamente abrazados.

—Comprendes Henri — murmuró la señora Valmont, para vencer las vacilaciones de su marido. — ¿Comprendes que si te vas, no solo serías desgraciado, sino que dejarías la desgracia detrás de tí... No tienes derecho a privar a esta niña de un padre... Piensa que hace veinte años, la lloramos y hoy la hallamos bella y buena, novia del mejor joven del mundo, cuyas cualidades tu mismo has podido apreciar.

Su felicidad no sería completa si tu no te quedas aquí... No, es preciso que vivas para ellos... es preciso que vivas para mí... ¡Piensa que debemos recuperar veinte años de amor!... Si no quieres no nos quedaremos en Seint Etienne... viajaremos... Compraremos en el Mediodía una quinta con un gran jardín y bellos árboles... viviremos allí felices... los dos... Veremos a nuestros hijos... ¡Reflexiona Henri!... ¿Quieres irte?

Demasiado emocionado para poder hablar, Henri estrechó más su abrazo sobre su esposa y su hija.

Su silencio fué su consentimiento.

Irene así lo comprendió pues cerrando los ojos ante la inmensidad de su felicidad nuevamente hallada, dejó caer su cabeza sobre el hombro de su marido, feliz de apoyar su frente ardiente, satisfecha de materializar su alegría, por ese gesto que resucitaba del ayer, cuando recién se había casado.

Roberto miró dulcemente el rostro de Irene que estaba junto al suyo. La besó con todo su cariño como si en ese beso, lleno de respeto y amor tomara posesión de Irene.

Entonces Madette, la Andree de hoy se desprendió del brazo de su padre, lo levantó y lo colocó sobre el hombro de su madre.

Y como si quisiera que toda su felicidad viniera de ella, unió sus dos cabezas colocó en cada una un beso y murmuró sonriendo a través de sus lágrimas:

—¡Papá!... ¡mamá!... ¡qué lindo es poder pronunciar esos nombres!...

EPILOGO

Han pasado dos años.

El mes de Junio ha vuelto, un poco caprichoso con sus soles deslumbradores, y sus lluvias.

La antigua casa de Roberto, en el ángulo del camino del Bosque Negro y el camino de Guisey ha perdido un poco el aspecto pretencioso de una casa nueva.

El polvo impalpable del carbón que flota en la atmósfera de Saint Etienne se ha encargado de patinar ligeramente su color claro y un rosal trepador, lleno de rosas rojas, ha puesto sobre la desnudez de sus muros, un poco de poesía.

Hace calor, reina una gran tranquilidad.

Es en vano que en el camino cercano, el zumbido de los motores y los klaksons de los automóviles evoquen la vida palpitante y apurada de hoy.

La pequeña casa parece vivir al margen de la fiebre y el ruido.

Se nota que abriga gente a quienes nada atrae en la vida, como no sea el reposo y la tranquilidad.

En el prado vecino, una anciana, sentada en un banco teje un vestido de niño, mientras vigila a una adorable criatura que sobre una manta colocada en el suelo, juega.

Es la abuela Gattet; sus cabellos tienen la blancura de la escarcha de una clara mañana de invierno, sus hombros están algo más inclinados, sus arrugas son más profundas, pero su mirada es siempre viva, y contempla con cariño al pequeño ser que rueda sobre la manta y se chupa su pequeña manecita.

Es el hijo mayor de Madette... ¡De Madette! A la señora Gattet le agrada llamarla así. ¡Qué importa que se llame Andree! No se cambia así no más el nombre de un ser al que uno a visto crecer bajo ese nombre.

Es a la antigua casa de Roberto, regalada a ella por la señora Valmont, que la abuelita Gattet se retiró, en compañía de su hermano, el tío Toine.

Este se ha transformado en un gran jardinero.

Es una vocación que descubrió desde que vive en el campo. Se pasa los días en su jardín. Pero si le divierte hacer crecer flores, su huerta tiene todas sus preferencias.

Pues el tío Toine no ha olvidado el ser goloso.

Nadie tiene arvejas como las suyas... sus papas son mejores que las otras... sus rabanitos son de lo mejor que se pueda hallar...

Y después de dedicar todos sus cuidados al cultivo de las legumbres, las saborea con delicia y orgullo. Es feliz a su manera...

Se oye la bocina de un automóvil en el camino, la señora Gattet levanta la cabeza.

—¿Ya? — exclama sorprendida.

Antes de que tuviera tiempo de levantarse un auto pequeño se detuvo ante la casa y una pareja bajo de él.

Es el matrimionio Martinier. Andree lleva en sus brazos a su bebé, de pocos meses a penas.

Durante el verano, vienen todas las noches a dormir a casa de "su abuela", en el Bosque Negro.

La señora Gattet recoge al niño, que estaba a su cuidado y avanzó hacia los jóvenes:

—¿Cómo llegan hoy tan temprano? — les dice.

Pero Jean tiene un telegrama en la mano.

—Acabamos de recibir este telegrama de papá y mamá! — dijo. — Estarán aquí esta noche. Oigan lo que dice:

"De Valencia. Llegamos en auto esta noche al Bosque Negro y cenaremos allí. Retengan pieza hotel. Besos. Irene".

La señora Gattet levantó los brazos al cielo:

—¡Pero no hay nada dispuesto para la cena! — gimió.

—Tranquilícese, abuela, hemos traído todo lo necesario... ¡Seguimos los principios del tío Toine!

—¿Quién habla del tío Toine? — preguntó el señor Chautin que acudía en mangas de camisa y con un sombrero de jardinero.

—Papá y mamá llegan esta noche — explicó Andree — y vienen a cenar aquí.

—No te aflijas, comerán mis arvejas. Acabo de recoger una cantidad... son riquísimas... ¿verdad Juanita?...

Y añadió, inclinándose hacia el bebé que tenía la joven:

—¿Qué tal está la señorita Irene?

—¡Oh! ¡Se nota que es tu ahijada! — dijo la señora Martinier. — ¡Tiene un apetito!...

—¡Tanto mejor! ¡Me hace honor! — declaró satisfecho el tío Toine.

Desde que se encontraron el señor y la señora Valmont, han comprado en Savary, en el departamento del Var, una casa provenzal edificada entre eucaliptus, pinos y cipreses.

Un jardín y un camino le separan del mar que incesantemente canta su dulce cantilena.

Viven allí, felices, tranquilos, mirando sin amargura, sin pena, el lento descanso de su vida.

El pasado, con sus aventuras y sus tristezas, existe aún para ellos puesto que sus miradas se vuelven hacia el porvenir personificado en los hijos de sus hijos...

El devoto Rao no los ha dejado. A los esplendores de Raigarh, su ciudad natal, en el Asia, ha preferido el encanto de la Provenza y el placer de servir hasta la muerte a unos amos a quienes quiere con todo su corazón de oriental y a los cuales está ligado como a una familia.

Pero, por felices que sean en Savary, el señor y la señora Valmont, su felicidad no es completa.

Se les hace largo el tiempo de conocer a la hija de Andree y Jean, de la que Irene es la madrina y el señor Chautin el padrino.

Es por eso, que esa deliciosa noche de Junio, su coche, conducido por el fiel Rao, devora a toda velocidad el camino de Bourg Argentar a Saint Etienne.

Ya, en la vuelta del Puente Fissemagne, una bruma tan sombría, tan opaca, tan pesada, que no puede elevarse en el cielo, les indica en la lejanía del valle, el lugar de la ciudad negra.

Una misma idea atraviesa el alma de Irene y de Henri; la de un pasado lleno de tristezas y angustias que han vivido allí, en esa gran ciudad, cuyos tentáculos se extienden, cada vez más ávidos, sobre los valles de Furens, de Gier y de la Ondina...

Y al recuerdo de su felicidad recobrada, de la alegría de abrazar a sus hijos y a sus nietos, sus manos se estrechan en silencio y cambiar una sonrisa, que nada teme de la vida.

Ya llegan. Están en el pequeño camino que huele a heno tostado.

La casita clara, se destaca sobre el fondo sombrío de la colina. Los toques roncos del klakson anuncian su llegada.

La puerta se abre. Un rectángulo de luz marca en el suelo, la entrada de la casa.

—¡Aquí están!... Jean... ¡aquí están! — grita una alegre y juvenil voz.

Se agitan algunas sombras en el sendero.

El señor y la señora Valmont, sienten que sus corazones laten con fuerza...

"¡Es posible — piensa Henri — que yo haya vivido aquí durante veinte años, bajo el nombre del Mendigo del Bosque Negro?"

El pasado doloroso, parece simpre una pesadilla.

Eso es lo que Henri ha vivido; es una pesadilla lo que todos esos seres que ahora se abrazan y ríen felices, han vivido.

Y ese pasado desaparece para cada uno, tras el velo plateado y luminoso de un inapreciable presente.

F I N

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

Pablo Grendon- Maestro Detective

POR Frank King

DETUVO Pablo Grendon su automóvil rápidamente por completo. Miró luego por encima del parabrisas cuyo vidrio estaba cubierto de nieve. Frente al coche, los faros eléctricos, de potente luz, revelaban el impresionante hecho de que allí se extendía la ancha superficie líquida de un río desbordado en vez de la bien cuidada carretera.

Pablo Grendon había subido aquella mañana de la aldea de Mendal, en viaje de regreso a Londres con el propósito de pernoctar en Lancaster. Pero el destino, representado por una enceguecedora tormenta de nieve que le había sorprendido mientras el automóvil atravesaba la desolada región de Westmarland, y había durado varias horas, lo dispuso de distinto modo.

La oscuridad de la noche le había sorprendido cuando se hallaba a varias millas de cualquier sitio donde guarecerse, pues el río le cortaba el paso hacia adelante y hacía lo menos dos horas que había pasado junto a una aldea. Al salir de esa aldea seguramente se había equivocado de camino en alguna encrucijada. No le quedaba más recurso que descender el camino y volver a la aldea si no quería pasar la noche a la intemperie. Para mayor molestia estaba calado hasta los huesos, sentía mucho apetito y no le quedaba más que un cigarrillo en la cigarrera.

Sentado tras del volante pasó revista, mentalmente a los detalles de su situación, encendió su único cigarrillo, fumando hasta que no quedó más que una pequeñísima colilla, que arrojó al camino. Entonces, con intención de regresar a su aldea, puso de nuevo en marcha el motor. En aquel mismo momento oyóse el largo, ahogado aullido de un perro.

Grendon volvió a detener el automóvil para que no le molestara su ruido, y escuchó tratando de interesarse de donde venía ese aullido. Se le oyó de nuevo largo, tétrico, quejumbroso, procedente de la derecha y no muy lejano.

Decidió Grendon investigar en seguida y como aquel perro debía estar encerrado, tenía que haber por allí alguna casa o habitación, muy cercana y quizás hubiese en ella alguien que pudiese indicarle en qué sitio estaba o tal vez ofrecerle alojamiento para pasar la noche.

Guiado por los aullidos lastimeros del perro y ayudado por la luz de una antorcha eléctrica que sacó del bolsillo de su sobretodo Grendon llegó hasta un pequeño chalet, bajo de techo y situado a alguna distancia del camino.

Había nieve amontonada en los escalones de la puerta y en el marco de las ventanas. No se veía luz ninguna a través de los vidrios.

Llamó a la puerta pero la única respuesta que obtuvo fueron furiosos ladridos del perro que estaba dentro de la casa, en las habitaciones del fondo.

Grendon se dirigió a la parte posterior no sin darse cuenta de que la superficie nevada del piso estaba lisa y blanca y no tenía señales de que nadie la hubiera pisado en muchas horas.

Llamó repetidas veces a la puerta del fondo pero no acudió nadie a abrir.

Hasta el ladrar del perro cesó, transformado en un gemido débil e intermitente.

Grendon resolvió entrar en la casa y explorar las habitaciones por si podía aprovecharlas para pasar la noche.

Se comprendía de que los ocupantes de la casa se habían ausentado hacía poco y pen-

saban volver pues de otro modo no hubieran dejado encerrado al perro.

Estudió una de las ventanas de junto a la puerta y, subiéndose en un banco que había cerca de la pared, trató de abrir la ventana. Le costó algún trabajo pero al fin pudo introducir la hoja de su navaja y hacer saltar el pestillo.

La ventana daba acceso a una antecocina de piso de baldosa; la puerta que daba a la cocina estaba abierta. En la cocina, muy limpia, y arreglada, estaba, atado con una cadena, a la pata de la mesa, el perro.

Debajo de la mesa había un canasto chato con un colchoncito, — la cama del perro, — un plato enlozado, tan limpio que parecía que le hubieran sacado brillo y un tazón de barro, también vacío.

—¿Tienes hambre y sed, amigo? — dijo Grendon dirigiéndose al perro que gemía tembloroso. — ¿Cuánto hace que te dejaron solo?

—El perro, — que era un hermoso cachorro de raza Airedale, — se arrastró golpeando el suelo con su cortada cola y empujó con el hocico el vacío tazón de barro.

Grendon llenó de agua el tazón en la canilla de la antecocina y contempló cómo bebía el hermoso animal.

—Vamos a ver si encuentro algo que comer, — dijo Grendon dirigiendo en redor la luz de su antorcha y deteniéndola ante un armarito en el que había un pan entero, un rodillo de jamón cocido, un plato con galletas y un plato de vidrio con manteca. — ¡Aquí tienes! — dijo echando un puñado de galletas en el plato enlozado, — después cortaré un poco de jamón, — agregó sonriendo. — Primero voy a visitar la casa.

Salió de la cocina por una puerta que daba a un estrecho pasillo. Al extremo de ésta se hallaba la puerta de entrada. A derecha e izquierda había dos puertas más, todas ellas cerradas.

Grendon volvió la manija de una de las puertas de la izquierda. Cedió a su presión, y durante un segundo, Pablo Grendon permaneció en el hueco, indeciso. El rayo de luz de su antorcha daba de lleno en la figura de un hombre, sentado de espaldas a la puerta, con la cabeza inclinada hacia la mesa que estaba a mitad de la habitación. Aquel hombre estaba muerto.

El brazo derecho tendido sobre la mesa, medio ocultaba con su mano algo que brillaba: un pequeño revólver.

Grendon examinó detenidamente su hallazgo dándose cuenta de que aquel hombre debía de haber muerto veinticuatro horas antes. La causa de la muerte habría sido un disparo de arma de fuego, hecho a quemarropa pues al penetrarle el proyectil por la sien derecha, había chamuscado el fogonazo, el cabello gris que rodeaba la región de la herida.

Terminado su examen, Grendon de pié observó la habitación, pequeña, modestamente amueblada pero escrupulosamente ordenada y limpia. Cubría el suelo una gruesa alfombra; un par de cómodas butacas, un armario, unos estantes con libros y la mesa central, formaban el moblaje. En un extremo de la mesa se veía una lámpara de petróleo con su depósito de vidrio casi enteramente lleno. Grendon fijó en ella su escrudiñadora mirada; después se dirigió a la ventana, que estaba tapada por una gruesa cortina, y luego volvió de nuevo a la lámpara. A ésta le faltaba la pantalla, el tubo de vidrio estaba muy limpio sin más suciedad que una leve línea de hollín en el extremo de lo alto y unas manchas de dedos en la base.

Salió del cuarto después de pasar un momento y recorrió las otras habitaciones del pequeño chalet hallando terminantes pruebas de que había estado habitado por una sola persona que debía ser, seguramente, el hombre a quien había encontrado muerto en la salita.

Tomó nota de la circunstancia de que la puerta principal estaba cerrada con llave y cerrojo y de que ninguna de las ventanas estaba sin pasador. La puerta del fondo no tenía pasadores pero tenía un pestillo de marca patentada pero se cerraba solo y no podía ser abierto de fuera sin tener la llave correspondiente.

Dedujo Grendon que sería locura pretender llegar esa misma noche a la aldea pues la nieve caía cada vez más tupida y más abundante. Consiguió meter el automóvil en una caballeriza situada junto al chalet, encendió lumbre en la cocina y dormitó ante el fuego hasta que empezó a amanecer.

La tormenta cesó en cuanto comenzó a clarear y el día se presentó sereno.

Sacó el automóvil de la cochera y llegó a la aldea de Linsford en menos de una hora. Volvió en compañía del inspector de policía de Linsford, cinco minutos después llegó el médico de la localidad en su tílbury.

El médico examinó al muerto confirmando la opinión de Grendon de que debía llevar veinticuatro horas sin vida cuando Grendon lo encontró. El de policía poco tuvo que decir. Después de revisar todo el chalet manifestó que en su opinión se trataba de un caso patente de suicidio.

—¿Quién era ese hombre? — preguntó Pablo Grendon.

—Se llamaba Cayley — contestó el inspector. — En la aldea se le llemaba: "El loco Cayley". Vivía aquí, solo, hace como veinte años. De vez en cuando corría por la aldea el rumor de que era un avaro y tenía oculto mucho dinero en algún sitio. Eso no era, naturalmente, verdad. Nunca se tomaba la molestia de cerrar con llaves la puerta de su casa cuando iba a la aldea.

Calló el de policía encogiéndose de hombros, como si ya no le interesara el tema.

—Sin embargo, — dijo Grendon lentamente, — si hubiera tenido fundamento ese rumor a que usted se ha referido, eso hubiera constituído una posible causa para el homicidio.

—¡Homicidio! — exclamó el inspector con incredulidad. Después agregó cambiando de tono. — Pero usted no cree que fué muerto por otra persona, señor Grendon ¿eh? ¡No hay rastro ninguno que indique que ese hombre haya sido asesinado!

—Excepto esto, — dijo Grendon indicando la lámpara de petróleo que había en la mesa. — Usted ve que después de que la limpiaron y llenaron el depósito, la encendieron y ardió durante un poco de tiempo, probablemente al anochecer de antes de ayer, cuando el señor Cayley halló la muerte.

—Pero el señor Cayley con seguridad, encendió él mismo, la lámpara, — dijo el de policía frunciendo el ceño. — Halló la muerte a eso de las siete de la tarde...

—Eso es... ¿quién apagó la luz? — preguntó Pablo Grendon.

El inspector se mordió los labios.

—No creo que la apagara el señor Cayley — agregó Grendon.

—¿Por qué no?

Esta pregunta fué hecha bruscamente por el médico.

—Porque si ustedes examinan la lámpara verán que el aparato que maneja la mecha está descompuesto y el único modo de apagar la lámpara es por lo tanto, soplar por el tubo.

—Bien. El señor Cayley pudo apagarla así.

—Sí; pero en tal caso, lo natural hubiera sido que acercara la lámpara al sitio donde se hallaba él sentado. Como está situada ahora, que es donde, precisamente la hallé, el hombre hubiera tenido que dar toda la vuelta a la mesa, para apagarla y después volver a obscuras, a la silla donde se supone que se sentó para suicidarse. ¿Pueden ustedes figurarse por un momento que un hombre que está por darse muerte se tome una molestia tan innecesaria? ¿Creen ustedes que en semejante trance se preocupa nadie de si deja encendida o no una lámpara?

—¡No! — exclamó el médico después de una pausa.

—Hay otro hecho que me preocupa y me intriga, — prosiguió Grendon; cruzando la habitación tomó un usadísimo destornillador que estaba en la repisa de la chimenea. — ¿Qué opinan ustedes de esto? — preguntó.

—Pues nada más que... que es un destornillador — dijo el inspector.

—¿Para qué lo usaba? — insistió Grendon. — A juzgar por el orden y la limpieza que reina en toda la casa, pienso que "el loco Cayley" no era hombre como para dejar un destornillador olvidado en la repisa de la chimenea; y después de revisar detenidamente toda la casa no he hallado ni un solo tornillo que parezca haber sido tocado por un destornillador en muchos años.

—¡Bien! Muchas razones pueden explicar la presencia del destornillador! ¡Puede ser que se lo encontrara en el camino, lo recogiera y lo trajese a su casa, por ejemplo! — dijo el médico bruscamente. — Se necesita algo más que una lámpara apagada y un destornillador, cuando no hay ni rastros de asesino alguno, para decir que ese hombre fué asesinado. Además, y usted lo reconoce, no hay motivo para el crimen, — agregó secamente. — Yo doy por terminada mi misión y me retiro, inspector Watson. ¿Quiere que le lleve en mi tílbury?

Watson miró indeciso el rostro de Pablo Grendon.

—Lamento tener que decirle que no puedo ofrecerle mi automóvil, — dijo Grendon. — Por el momento, al menos no funciona. Una de las bujías se ha descompuesto; tengo que averiguar cuál es y arreglarla. Yo iré después. No me espere.

El de policía cerró la puerta principal cuidadosamente y partió junto con el médico, en el tílbury de este camino de la aldea, seguidos del perro que ladraba alegremente.

Grendon se quedó solo, fingiendo arreglar la bujía del auto.

Tan pronto como el tílbury se perdió de vista, Grendon cerró la tapa del motor y dirigió una mirada en redor. El sol había comenzado a derretir la capa de nieve.

A mediodía, calculó, sus propias huellas y las del doctor y el inspector estarían transformadas en charcos y al mismo tiempo, si por casualidad había otras huellas que hubieran sido cubiertas por la nieve de la tormenta de la pasada noche, quedarían al descubierto en la aún congelada superficie inferior.

Mientras tanto, decidió volver a entrar en el chalet a fin de investigar una línea descolorida que presentaba el papel de la pared y que había notado por primera vez mientras conversaba con el inspector.

Entró en el chalet por la ventana de la antecocina y, en la salita, examinó esa decoloración. Su línea terminaba como a una pulgada de distancia de un costado del armario que estaba vacío y coincidía con la altura del armario, llegando hasta ésta desde el suelo.

Se comprendía que aquel mueble había sido movido de su sitio hacía poco y no había sido colocado, junto a la pared, en el mismo lugar de antes, Grendon consideró que podía ser interesante averiguar por qué lo habían movido.

Empujó el armario un poco más hacia un lado, esperando encontrarse con que ocultaba un escondrijo, pero la pared se presentaba lisa y el piso no ofrecía nada de particular. Separó el armario de la pared y cinco minutos después, con el auxilio del destornillador, había sacado un falso fondo del mismo armario, falso fondo que ocultaba un hueco donde ya no había más que telarañas y polvo.

—Esto explica la presencia del destornillador, — reflexionó sonriendo satisfecho.

—Y si ahí era donde el viejo avaro escondía su tesoro, que ahora ha desaparecido, ya no falta motivo para el crimen y se justifica mi teoría de que ha habido asesinato.

Volvió el armario a su verdadero sitio y permaneció de pie, reflexionando. Recordó las habladurías de la gente de la aldea que llamaba avaro a aquel hombre y supuso que alguien, quizá un profesional del delito se hubiera sentido atraído, en consecuencia, por el chalet, y, observando lo que hacía su ocupante durante unos días, viera confirmado los rumores.

Grendon se figuró al criminal llamando a la puerta principal o a la del fondo pidiendo que le permitieran entrar, con un pretexto

cualquiera, quizá pidiendo de cobijarse durante la tormenta.

Entonces se figuró que el hombre sacaba un revólver y amenazaba al avaro diciéndole que le indicara donde tenía su dinero. El avaro miraría involuntariamente al armario, vendiendo así su secreto. Entonces el intruso le mataría de un tiro, retirándose poco después, con el dinero por la puerta del fondo.

Grendon había estudiado el cierre de la puerta del fondo y se había percatado que se cerraba dando un portazo.

Si su teoría era exacta hasta ese punto, debía existir alguna prueba de sus deducciones fuera del detalle de la puerta del fondo del chalet.

Pasó por aquella puerta y pacientemente contempló como la nieve que se iba derritiendo ponía al descubierto las huellas de unas botas grandes, claveteadas, que partían de la puerta. Tomó la medida de esa huella, anotando especialmente el número de clavos, doble fila de diez en la punta y fila sencilla de siete en el taco. A juzgar por la distancia de los mismos, debían ser de un hombre corpulento y de gran estatura.

Grendon se quedó observando, indeciso.

Después de un momento se decidió a seguir a pié la pista de aquellas pisadas. Esta pista le llevó a través de un campo donde había piedras, hasta un arroyuelo prco profundo y helado. A veces las pisadas se veían con toda claridad, en otras ocasiones era difícil distinguirlas. Pero, con paciencia y perseverancia cuando ya comenzaba a anochecer, la pista se interrumpió al pié de un muro de piedra del otro lado del cual se veía una "caravana", o carreta-habitación, como las que usan los artistas de los circos ambulantes.

Por la abierta puerta de la caravana se veía con toda claridad el iluminado interior de la misma. En aquella pequeña habitación estaba un hombre corpulento sentado delante de una pequeña estufa. A su lado en el suelo veíase algo como una alfombra de piel.

Grendon se fué acercando poco a poco y por fin puso un pié en el escalón inferior de la escalerilla por la cual se llegaba a la puerta. El hombre miró sobresaltado. La luz de la lámpara colgada del techo de la caravana dió de lleno en el rostro de Grendon.

Durante un segundo los dos hombres se miraron fijamente. Después, el de la caravana interrumpió el silencio. Profirió una terrible blasfemia, se puso de pié y gritó:

—¡Vamos! ¡Tob! ¡A ese!

Lo que parecía una alfombra de piel se movió. Era un perro grande y peludo que lanzó un rugido salvaje.

—¡A ese! ¡A ese, Tob! — ordenó el hombre.

Al oír esas palabras el perro, descubiertos sus blancos dientes, se lanzó contra Grendon.

Al mismo tiempo que saltaba el perro, Grendon saltó hacia un lado y el animal no logró morderlo en el cuello como se proponía.

Cayó el perro en la nieve y volviése enseguida para volver a atacar.

Una detonación partió del revólver de Grendon y el perro dió una voltereta y quedó tendido en el suelo casi a sus pies.

Gritó entonces el hombre de la caravana y Grendon se volvió un segundo demasiado tarde.

El hombre se precipitó hacia el detective y antes de que Grendon tuviera tiempo de apuntarle con su revólver, los dos habían rodado por el suelo, luchando cada uno desesperadamente por salvar su propia vida.

Durante unos momentos las ventajas estuvieron de parte del hombre de la caravana. Su enorme peso amenabaza sofocar a Grendon.

De pronto el hombre soltó una mano con la que tenía a Grendon por el cuello y trató de agarrar el revólver que se le había caído.

Se vió un fogonazo y se oyó un estampido. El hombre tosió, trató de levantarse sin lograr más que ponerse de rodillas para caer en seguida. Grendon había logrado volverle el brazo hacia arriba y era su mismo disparo el que le había herido en el rostro al de la caravana.

. . . .

Aquella noche Pablo Grendon volvió a la aldea y tuvo una entrevista con el inspector Watson.

—El señor Cayley fué asesinado, — dijo Grendon con energía. — Creo que fué este el motivo del crimen.

Sacó una cartera chata llena de billetes de banco y la puso ante el asombrado policía.

—¿Pero dónde encontró esto? ¿Quién es el matador? — preguntó Watson con asombro.

—Lo encontré en una caravana situada tres millas al sud del chalet.

—En ella vive un hombre llamado Hill. Lleva allí varios meses dijo el de policía.

—Puede ser que se haga llamar Hill, — dijo Grendon, — pero en una época le conocí bajo el nombre de Eric Calcott, y era miembro de una gavilla de criminales que actuaba en Londres y a muchos de los cuales reduje a prisión.

—¿Cómo logró dar con él? — preguntó Watson.

Grendon le contó rápidamente sus deducciones y razonamientos y le dijo como fué hasta la puerta de la caravana, agregando un breve resumen de la lucha en la nieve en que estuvo á punto de perder la vida.

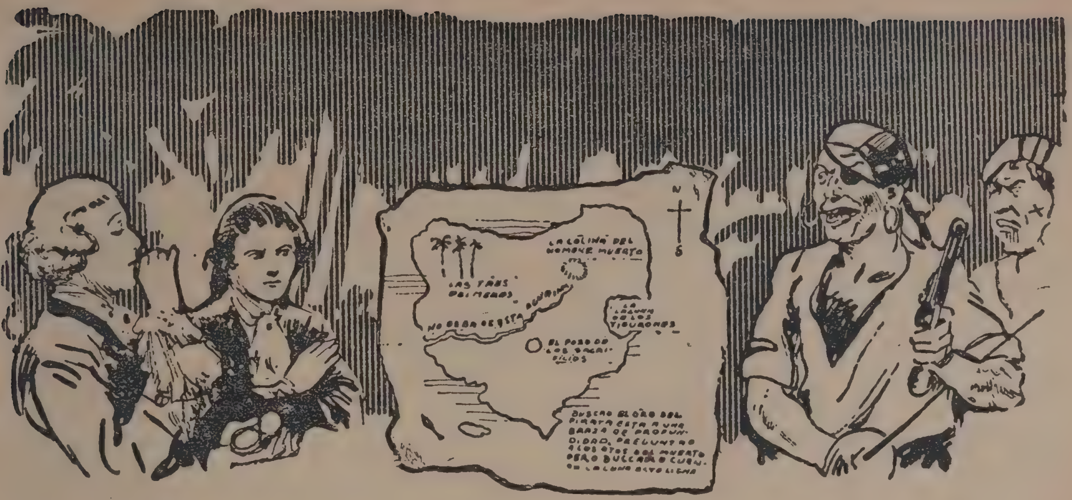
—¿Pero por qué no se fué con el dinero robado en cuanto lo tuvo en su poder. — preguntó Watson.

—Era demasiado astuto para cometer un error semejante, — replicó Grendon. — Comprendió que habiendo estado tanto tiempo en ese sitio, si su desaparición coincidía con la muerte de Cayley, podían sospechar de él, a pesar de haberlo arreglado todo para que cualquiera creyera en el suicidio.

—¡Lástima que haya muerto! — dijo Watson casi resentido.

—Sí, mi intervención en el asunto impidió que el hombre tuviera la muerte que legalmente le correspondía, — dijo Pablo Grendon. — Le he ahorrado trabajo al verdugo.

FIN.



El Tesoro de la Isla del Muerto

(Continuación)

Arriba, en las cubiertas, se oyeron las voces roncas de los tripulantes y los pasos de sus pies descalzos. Luego el crugido del cable al ser corrido y atado.

La Fleurette había anclado. Eso quería decir que estaba cerca de una de las pequeñas islas diseminadas por el Mar Caribe.

Los ruidos se extinguieron. No se oían más pasos que los de la guardia.

La noche había caído y los hombres fatigados, muchos heridos, se habían retirado a sus cuarteles, en el castillo de proa.

De tiempo en tiempo, del castillo de popa, donde se albergaba el Caballero, llegaban ruido de vasos y de alegres risas. Aquellos ruidos hacían rechinar de rabia los sucios dientes de Samonard.

Sacudió una y otra vez su cadena, invocó a todos los santos del calendario y a algunos de su propia invención, fuera de él, para que lo socorrieran.

La rechinante cadena se burlaba de él.

Furioso, bañado en sudor, pero impotente, Samonard se recostó contra el mamparo, entregándose a las más amargas reflexiones.

Y fué en medio de ellas que su único ojo distinguió el brillo de un farol y sus oídos percibieron ruido de pasos cautelosos.

Crugió una tabla floja, los rayos del farol que se balanceaba en manos del que lo traía, se acercaron más. Luego, medio deslumbrado por aquella luz repentina, vió Piel Samonard quien era el que venía. Sus nervios vibraron.

—¡Dan Peters! — su voz ronca era un tenso suspiro.

—¡Chits! Hable lo más bajo posible, capitán.

—Por todos los demonios del infierno. Dan Peters!

El farol fué dejado sobre las húmedas tablas. Su luz iluminó una figura alta, barbuda, en camiseta y pantalón, casi tan imponente como el mismo Samonard.

—Oí decir que el Caballero os había tomado prisionero — murmuró Peters. — Y me dije, es aquí donde Dan Peters intervendrá.

—¡Perro astuto! — murmuró Samonard. — Pónme en libertad y te haré rico.

Dan Peters se echó a reir.

—No contabais con volver a ver a Dan Peters vivo, capitán, lo apostaría — murmuró. — Ni al gallito de Morgensen.

Una expresión feroz apareció en la cara, llena de cicatrices de Samonard.

—¡Vete al infierno! El sólo nombre de ese joven fierabrás me enloquece de deseo de torcerle el cuello.

—Anduvimos muchos días a la deriva en el océano, después que nos despedimos de La Reina de la Isla — continuó Peters, sentándose en cuclillas. — Fué una suerte para nosotros que el buque de el Caballero nos avistara y recogiera.

—Ponme en libertad, Peters y seré tu amigo.

Dan Peters no parecía tener prisa en hacerlo. En su curtido rostro apareció expresión astuta.

El tesoro de la isla...

—El gallito Langley es ahora capitán de vuestro barco, el Reina de la Isla — dijo. — El Caballero se lo regaló. Está a menos de un cable de distancia de éste, capitán. Vuestro buque...

Samonard sacudió nuevamente la cadena en su rabia. ¡Pensar que aquel joven que no tenía veinte años era capitán de su barco! El pensamiento era enloquecedor.

—Pero en estos días, nadie puede decir por cuanto tiempo será capitán — continuó Peters con significativo acento. — Por lo que a mi toca, estaba contento en mi litera de enfermo. El capitán cree que estoy próximo a entregar el alma al diablo. Piensa que tengo fiebre amarilla. ¡Ja! ¡Ja! No sabe que Dan Perters no ha nacido ayer. Mientras el Caballero y su escoria abordaron vuestro barco y os tomaron prisionero, Dan Peters estuvo cavilando...

—Ponme en libertad y luego conversaremos — urgió Samonard.

—No tan rápido, capitán — replicó Dan Peters. — Sé donde está el plano del tesoro..

Piel Samonard contuvo su impaciencia. En su ojo sano brilló luz codiciosa. Ya había arriesgado mucho por la posesión de aquel plano, dejado a Langley por su difunto tío. Pero estaba en poder del Caballero de St. Moreau, el renegado francés que no servía más bandera que la del Alegre Rogerio.

—Quizá entre vos y yo podríamos hallar el tesoro, capitán. Y dividirlo entre ambos. ¿Qué os parece?

El que Dan Peters en un tiempo primer piloto de Samonard y a quien éste había encadenado y amenazado con colgar del penol, le hablara en estos términos era un golpe para el orgullo del capitán. Pero no eran momentos para pararse en tales escrúpulos.

—Tendrás una parte igual en el tesoro de Morgensen, si lo hallamos, Dan — dijo Piel oleosamente. — ¡Lo juro por mi alma!

—Sí, sí capitán. Sé donde está escondido el plano. Narcotizando al Caballero y al mocoso de Langley, lo demás será fácil.

—¿Está el gallito Langley a bordo, Dan?

—Sí. Y los dos se están bebiendo vuestro mejor Madeira. Pero dejadlo por mi cuenta. Una pulgarada de ciertos polvos en sus vasos los hará dormir tan profundamente que ni siquiera una andanada los despertaría.

Mientras hablaba, el bribón de Peters forzaba la banda de acero que aprisionaba a Samonard. En medio de su tarea se detuvo.

—¡Juráis que nos repartiremos el tesoro en partes iguales? — preguntó desconfiado.

—Naturalmente, Dan. Piel Samonard es hombre de palabra. Ponme el libertad y nos apoderaremos de este barco.

Dan movió negativamente la cabeza.

—Dan Peters tiene un plan mejor, capitán. ¿Qué diriáis de hacer volar este barco maldito y a su tripulación y posesionarnos mejor del Reina de la Isla?

—¡Voto al diablo que es mejor idea! — convino Piel. — ¿Hay tripulación a bordo de él?

—Sí, cuarenta hombres y muchachos — contestó Peters. Y cuarenta hombres, con la perspectiva de un tesoro, serán más fáciles de manejar que ochenta.

—Tienes razón — una sonrisa astuta arrugó la cara de Samonard. Dan Peters había pensado en todo para él. O en casi todo...

—¿En dónde está escondido el plano? — preguntó taimadamente.

—Eso os lo diré más tarde — contestó Peters con igual astucia. — Matad el tiempo hasta que yo os avise que la droga ha producido su efecto. Mejor es que preparéis una mecha para la santabárbara. Ya está...

La banda de metal se abrió al fin y la gigantesc figura de Samonard se irguió en toda su altura, sobrepasando hasta a Dan Peters.

—¡Bendito seas, Dan! — murmuró estrechando la manaza del otro. — Apúrate a administrar la droga.

—Sí, sí, capitán.

Peters se alejó en la obscuridad, llevándose el farol y, cuando se perdió el eco de sus pasos, Samonard se sacudió como un perrazo que acaba de salir del agua y se echó a reir.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! ¡Voto al diablo! ¡Esto si que es tener suerte!

Sonrió al pensar en Dan Peters que ahora amenazaría al esclavo nubio que estaba en la cocina con muerte instantánea si tocaba los vasos de color que estaba a punto de llevar a la cabina de el Caballero. En el fondo de cada vaso había unos cuantos granos de polvo blanco.

—¡Socios! ¡Jo! ¡Jo! ¡Repartir el tesoro del viejo! Algunos socios suelen morir jóvenes.

Riendo, de buen humor, ante los negros pensamientos que ocupaban su corazón y su alma, Piel Samonard se internó en la bodega, en busca de la santabárbara. Un farol, que tapaba a medias, lo ayudó en su tarea. Cuidadosamente trenzó el gigante una larga mecha para entretener los momentos de la espera. Cuidadosamente insertó uno de los extremos en la boca de un barril de pólvora. Luego, llevando la mecha, salió de la santabárbara.

Cuando subía la escalera ornamentada, que conducía a la cubierta principal, una sombra salió a su encuentro.

Un grito se escapó de labios del hombre al reconocer la gigantesca figura de Piel Samonard... un grito destinado a advertir a toda La Fleurette que el temido prisionero se había escapado. Pero aquel grito quedó extrangulado al nacer. De un salto cayó Samonard sobre el hombre; sus manazas nudosas se cerraron en la garganta del otro y se quedaron allí hasta que la víctima cesó de luchar.

El ligero crugido de una tronera al abrirse, seguido por un ruido sordo, fué todo lo que señaló la caída de la víctima a su líquida tumba.

En aquel momento, el esclavo nubio, casi rígido de terror, entraba en la suntuosa cámara de el Caballero.

TRAICION

—Tengo por costumbre celebrar la apertura de una nueva botella con vasos limpios, Langley— dijo el Caballero.

Había música en sus palabras y gran sonoridad en la dulce risa que siguió. Langley sintióse emocionado.

Nunca el joven sobrino de Josiah Morgensen había conocido personalidad tan seductora como la de el Caballero. Langley no se cansaba de contemplar aquella figura, esbelta y elegante, con traje de terciopelo y delicados encajes. Nunca se fatigaba de mirar las facciones casi femeninas de aquella hermosa cara, su delicado cutis o los chispeantes ojos castaños que le sonreían con maligna travesura.

El Caballero era un enigma, se dijo Langley. ¿Quién hubiera atribuído a aquel valiente, hermoso y risueño, las atrocidades de que sus detractores lo acusaban? ¿Quién si no los que habían conocido al "otro" Caballero, al hombre implacable, cruel, nacido para mandar; al jefe pirata intrépido, audaz. El sonriente buen mozo de la primera entrevista no denunciaba al segundo.

Langley había visto bastante de ambos caracteres de el Caballero para comprender que las palabras del viejo Shanks. "Una cara de mujer y un corazón de demonio" eran ciertas. Sin embargo, no le temía. Vistos allí, uno frente al otro, separados por la mesa en la suntuosa cabina, cualquiera los hubiera juzgado excelentes amigos.

Sin embargo, Langley no estaba seguro de sí mismo ni... de el Caballero. Aún ahora estaba el asunto del plano que le legara el viejo Josiah y del cual el Caballero se había apoderado. Según los derechos de la ley y... de la amistad, aquel plano debía estar en posesión de Langley. El Tesoro de la Isla del Muerto era suyo... un legado de su tío.

El esclavo nubio colocó sobre la mesa los vasos limpios, con ojos desorbitados de miedo, y el Caballero se inclinó a través de la mesa. Pareció leer algunos de los pensamientos que ocupaban la mente de Langley.

—¿Pensáis en el tesoro, Langley? — aventuró. — Paciencia, mi buen señor. Todavía tenemos que hallar la Isla del Muerto.

Langley sonrió.

—No pensaba precisamente en eso, monsieur...

—¿Entonces son mis atenciones para con vos lo que os preocupan? — el hermosa rostro de el Caballero se puso grave — He empeñado mi palabra de ayudar a encontrar el tesoro ¿no? El Caballero siempre cumple su palabra.

Langley sintiose un poco avergonzado. Bajo la magnética personalidad del audaz francés, su desconfianza se esfumaba. Era cuando sus ojos se apartaban de los chispeantes del otro que aparecían las dudas.

—Pero, monsieur... — empezó con acento de disculpa.

—¿Ese es el plano? Yo lo robé, si queréis decirlo así, para evitar que cayera en manos de Piel Samonard.

—Es cierto, monsieur. No me preocupa el plano — las dudas de Langley se desvanecieron. Está más seguro en vuestro poder que el mío. — Podía haber añadido que recordaba de memoria el contenido del plano y que también, sin la llavecita de oro que llevaba colgada del cuello, era prácticamente inútil; pero se contuvo.

El Caballero sonreía embrujadoramente.

—Entonces llenad vuestro vaso y bebamos por el feliz éxito de vuestra empresa, mi valiente señor. — urgió.

Langley protestó débilmente. Su joven cabeza no estaba acostumbrada al vino fuerte. Pero al final cedió. Después de todo, era aquella una pequeñez que no debía preocuparlo. ¿No le había regalado el Caballero un barco, el Reina de la Isla, para que lo comandara? ¿No era aquella una prueba de amistad? ¿Beber? Con tal de hacerle el gusto a su risueño amigo, Langley hubiera vaciado la botella.

Chocaron los vasos y el Caballero pronunció un brindis:

—¡Por vuestro éxito, gallardo señor! ¡Por el hallazgo del tesoro del viejo Josiah! Que sea tan agradable a los ojos como este viejo Madeira que el bribón de Samonard se proponía saborear.

Los vasos quedaron vacíos y fueron dejados sobre la mesa.

El Caballero se recostó sobre los cojines de seda. Un rayo de luna penetraba en la cabina. El suave gemir del viento se mezclaba al murmullo de las olas. Reinó silencio unos instantes. Luego el Caballero habló:

—El mapa, Langley, parece el de una pequeña isla pocos grados al sur de Jamaica, si la memoria no me es infiel — dijo.

Langley tuvo en la punta de la lengua decirle que la isla del tesoro quedaba a muchas millas de allí al oeste del continente americano, en el Pacífico. Pero algún secreto instinto lo hizo permanecer silencioso.

Afuera, detrás de las cortinas de la puerta, Dan Peters era todo oídos.

—Pienso poner rumbo hacia allá a la salida del sol, si os parece bien.

Langley estaba a punto de contestar cuando sintió una pesadez extraña. Bostezó una y otra vez y se pasó la mano floja por la frente, bañada de sudor.

El Caballero lo miró con extrañeza.

—¿Qué os pasa, mi gallardo amigo? — preguntó. — ¿Es el vino demasiado viejo para vuestra joven cabeza?

Langley sentía vacilar sus sentidos. Sus miembros parecían presas de un ataque de parálisis. Hasta su lengua rehusó abedecerle..

El Caballero advirtiendo su palidez, su mirada fija y las gotas de traspiración de su frente, se puso de pie. Rápidamente abrió el cuello de la camisa del joven para que el aire fresco que entraba por la ventana de la cabina le diera bien.

Y mientras le prestaba este servicio, sintiose tambalear. Sus propios miembros estaban como entumecidos. Eso no podía significar más que una sola cosa. ¡Veneno!

Una expresión demoníaca se extendió por el hermoso rostro al comprender la verdad.

De alguna manera él y el joven que yacía insensible habían sido narcotizados.

Instintivamente llevó el Caballero su mano a la empuñadura de la espada. Con un esfuerzo logró sacar la esbelta hoja de la vaina, mientras se apoyaba contra la mesa. sosteniéndose con la mano izquierda de su borde.

Las pesadas cortinas que cubrían la puerta de la cabina se separaron. Una cara burlona,

El tesoro de la isla...

barbuda, apareció. El resto de su persona fué entrevisto por el Caballero a través de una niebla de ebrio.

—¡Traición! — la espada de el Caballero se alzó unas pulgadas y luego cayó al suelo, habiendo rehusado los músculos de la mano obedecer — Peters...

—Puedes mirarme por última vez, hermoso demonio — dijo burlonamente Peters. — Mírame antes de que los dos voléis hasta el cielo, tan alto que nunca podréis reuniros con el tesoro del viejo Josiah. Dan Peters y Piel Samonard se lo repartirán por partes iguales.

El Caballero cayó sobre la mesa. Su boca se abrió y se volvió a cerrar. El sueño lo reclamaba, irresistiblemente, a pesar de sus esfuerzos sobrehumanos para vencerlo.

Sus nublados ojos alcanzaron todavía a ver la alta figura de Peters, el hombre a quien había recogido con Langley y Julia, al que había cuidado para que recobrara la salud, entrar en la cabina y oprimir ligeramente una górgola en el panel de roble, a menos de tres pies de su cabeza.

Una pequeña sección del maderaje giró sobre bien enaceitadas visagras, hábilmente forjadas como para que fueran invisible. Detrás, en la cavidad, en todo el brillo de su belleza natural, había una colección de diamantes y rubíes, lo más escogido de muchas presas.

Los ojos lagañosos de Dan Peters brillaron a la vista de aquel inesperado botín.

Sabía que en la cavidad secreta estaba el mapa, porque había visto a el Caballero guardarlo allí, después de estudiarlo largamente el día anterior. Pero de aquel tesoro particular de el Caballero no tenía conocimiento.

Sin preocuparse de los hombres narcotizados, Peters introdujo sus manos entre las hermosas gemas, con codicia febril. Luego, dándose cuenta de que el tiempo pasaba y Samonard lo estaba esperando, se las metió en el bolsillo. El mapa, que no era más que un pedazo cuadrado de piel de cabra, donde estaba toscamente dibujado un plano y una leyenda, se lo metió dentro de la camisa.

Eso fué todo lo que alcanzó a ver el Caballero, presa del narcótico que se iba infiltrando en sus arterias, antes de que el sentido lo abandonara por completo.

EL FIN DE LA FLOURETTE

Julia van Dine, recogió sus flotantes polleras, miró fuera de su camarote y, convencida de que no la veían, se deslizó por el angosto corredor que la separaba de la cabina del Caballero, penetrando en ella como un pajarillo asustado.

Lo que vió arrancó exclamación de asombro y disgusto a sus labios.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente, su hermoso rostro se contrajo. La sensación de soledad y desamparo que experimentaba en aquel extraño buque y en medio de aquella extraña tripulación, se convirtió en terror. Las botellas vacías, los vasos, contaban una historia de embriaguez.

Una porción del panel giró sobre sus visagras. Los ojos

Unas cuantas semanas antes Julia van Dyne era pasajera en un orgulloso buque mercante holandés y acompañaba a su padre a las Indias. Aquel orgulloso barco no existía más. Piel Samonard y su sanguinaria tripulación habían asesinado a todo el mundo y robado el rico cargamento.

Sólo la intervención de Langley Morgensen libró a Julia de las brutales atenciones de Piel Samonard. Más tarde Langley, Dan Peters y la aterrada joven se habían encontrado a la deriva en un bote, en medio del Atlántico. El Destino, en forma de el Caballero y su buque, La Flourette, había intervenido para salvarlos. Los tres habían sido recogidos y el Caballero prometió a la huérfana su protección.

El renegado francés y el joven Langley eran tan distintos del feroz y brutal Samonard que Julia se sintió segura. Pero ahora... sabía como eran los hombres borrachos.

Una expresión de repugnancia se extendió por su bello rostro al mirar las figuras insensibles de sus protectores. Era natural creyera que habían bebido demasiado.

Su breve experiencia de la vida no incluía conocimiento de las drogas.

Mientras estaba allí la joven, agarrada a

Lea en
EV
MA

ers brillaron al ver la hermosa colección de gemas

las cortinas para sostenerse, oyó que se acercaban pasos y una voz familiar llevó al paroxismo su terror.

Conocía aquella voz... ¡Era la de Piel Samonard!

Obrando impulsada por el instinto de la propia conservación, Julia saltó a una litera y se metió debajo de la colcha de seda. Era tiempo. La cortina de la puerta fué apartada y Julia, atisbando por debajo de la colcha, vió la fea cara de Samonard arrugarse por amplia sonrisa a la vista de las postradas figuras de el Caballero y de Langley.

—¡Lindo cuadro, Dan! — gruñó Samonard y su mano apretó más el hacha de largo mango que esgrimía.

—¿Duermen profundamente, capitán? — preguntó Dan Peters — La droga es fuerte...

—Sí, sí, perro — había un cambio ahora en la maneras de Samonard. Su antigua brutalidad y jactancia lo poseían nuevamente. — Y ahora, tómate la molestia, rata traicionera, de entregarme el plano.

Dan Peters retrocedió. No le gustaba la expresión amenazadora del único ojo de Samonard.

—Tengo el plano, capitán — fué la pronta respuesta, mientras metía la mano dentro de la camisa. — Pero ¿dividiremos este tesoro en partes iguales, cuando lo hayamos encontrado?

—En partes iguales, repitió Piel Samonard con breve risa. — Dámelo, perro llorón. Le arrebató el plano que Dan Peters le ofrecía con mano temblorosa, lo examinó y metiólo en el bolsillo.

—¿Sabes donde queda esa maldita isla?

—Oí decir a el Caballero que al sur de Jamaica — contestó Peters, recobrando algo de su tranquilidad. — Pero será fácil hallarla, capitán.

Samonard se acarició, pensativo, la barbuda mejilla.

—¡Claro que sí, perro! ¡Claro que sí! Y ahora, Dan, rata de bodega, es aquí donde tú y yo vamos a despedirnos.

—¿Qué queréis decir, capitán? — preguntó Peters sorprendido.

Samonard se echó a reír y pasó el dedo por el filo del hacha.

—Quiero decir que Piel Samonard no comparte sus bienes con ningún hombre.

Al decir esto, la brillante hacha se alzó y bajó, casi en el mismo movimiento.

Una ahogada exclamación de horror subió a los labios de Julia al presenciar la inesperada carnicería. Pero el ruido del cuerpo sin vida de Peters, al caer al suelo, cubrió su grito.

Por algunos minutos se quedó Piel Samonard contemplando su obra. Luego, con una blasfemia, agarró armas de las panoplias y las metió en su cinto. Después registró bien la cabina por si había algo de valor y vió el brillo de un diamánte que había caído del bolsillo de Peters. Comprendió que el traicionero piloto se le había adelantado en ese sentido.

A los pocos momentos las piedras preciosas habían pasado del bolsillo de Peters al de Samonard. Una mirada final dirigió el gigante a las tres inertes figuras y salió.

Resonaron sus pasos pesados cuando caminaba por cubierta y al bajar a la bodega.

Su farol lo guió hasta la larga mecha. El mismo farol le sirvió para encenderla.

La mecha ardería lentamente hasta llegar al barril de pólvora.

Después de convencerse de que la mecha estaba bien encendida, Piel Samonard, hacha en mano, subió nuevamente a la cubierta superior. Un rayo de luna lo descubrió a tres guardias. El grito de alarma que lanzaron repercutió por toda la extensión del buque.

—¡Eh!... ¡Todos arriba! ¡Moveos! ¡Samonard está en libertad!

—¡Jo! ¡Jo! !Jo! — rió Samonard, blandiendo el hacha. — ¡Moveos vosotros, escoria! ¡Acercaos y probad el filo de mi hacha!

No había rastros de miedo en su único ojo. Samonard no temía a hombre alguno en el mundo, si se exceptúa quizá a el Caballero.

Levantó el hacha por encima de su cabeza mientras los tres piratas se lanzaban, provistos de puñales y alfanjes hacia él. Los marineros sabían muy bien cual sería su destino a manos de el Caballero si dejaban es-

cajar a prisionero tan importante como Samonard.

La luz de la luna brillaba sobre el hacha, mientras ésta describía violento círculo. Dos de los tres marineros cayeron a sus golpes. El tercero atacó al gigante y tuvo la satisfacción de pincharle un brazo; pero su satisfacción duró poco.

El hacha volvió a alzarse y el tercer hombre se unió a su camarada.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! — rió Samonard. — ¿Hay más?

Pero la adormilada tripulación, que salía por fuerza del hábito del castillo de proa, apenas se daba cuenta de lo que ocurría. Vieron la gigantesca figura correr hacia la borda de La Fleurette — porque Samonard sabía que era imprudente permanecer más tiempo en el barco de la muerte — y sólo reconocieron al prisionero fugitivo cuando era demasiado tarde.

La risa burlona de Piel Samonard les llegó cuando ya el gigante trepaba por la borda. Se mantuvo un momento en equilibrio, con los brazos levantados y luego se tiró a las aguas, bañadas de luna.

Con poderosas brazadas nadó hacia el Reina de la Isla, el bergantín que el Caballero le había tomado por las armas. Una vez más sería suyo, porque Piel Samonard no tenía miedo de la nueva tripulación, sabiendo por experiencia que a los que servían a la calavera y las tibias poco les importaba quien fuera su capitán con tal que poseyera valor y ciencia marina.

Piel Samonard siguió nadando, lleno el corazón de alegría. Entre sus dientes tenía un largo puñal por si aún en aquel corto trecho que separaba los dos buques era atacado por algún tiburón; pero hasta los tiburones se apartaron de Piel Samonard aquella noche porque llegó hasta el casco del Reina de la Isla sin tropiezo.

Mientras trepaba por una cuerda hasta las solitarias cubiertas, todavía con el puñal entre los dientes, Julia van Dyne apelaba a todo su valor y salía de su escondite, en la cabina de el Caballero.

Comprendía ahora que había juzgado mal a sus protectores. Estos habían sido víctimas de una sola traición. Estaban envenenados o narcotizados. Su rostro tomó expresión dulce al fijarse en Langley Morgensen. ¡Plugiera a Dios que viviera!

Luego, mientras reunía alientos para llamar a alguien de la tripulación, oyóse una poderosa explosión en las entrañas de La Fleurette. Una vívida llamarada casi la encegueció y algún poder extraño la elevó por los aires y la tiró de cabeza sobre la litera que acababa de abandonar. Por algunos minutos fué como si hubiera llegado el fin del mundo. Luego La Fleurette pareció partirse en dos. Julia, en medio de su aturdimiento, comprendió que el buque se hundía. En todas partes se oían gritos, gemidos, ruido de aparejos que caían.

El suelo sobre el cual estaba la temblorosa joven se inclinó de pronto en alarmante ángulo y el agua empezó a entrar en la cabina. Apelando a todas sus fuerzas, Julia arrastró las inanimadas formas de Langley y de el Caballero fuera de aquel torrente invasor. Con sobrehumano esfuerzo logró subirlos por la corta escalera de cámara hasta la parte más alta del castillo de popa. La escena de desolación que contemplaron sus ojos trajo un involuntario grito a sus labios.

La Fleurette o lo que quedaba del hermoso buque, porque sólo el desgarrado castillo de popa asomaba sobre las agitadas aguas, habíase partido en dos pedazos.

El castillo de proa había sufrido los peores efectos de la explosión y sus restos flotaban a la deriva, en una extensión de cientos de yardas.

Subiendo y bajando, como un desgarbado corcho, el castillo de popa se mantenía a flote y derivaba a impulsos de la corriente. Acurrucada junto a la ornamental baranda estaba Julia, Langley y el Caballero. Los dos últimos respiraban pesadamente. El corazón de Julia se llenó de esperanza. ¡Quizá vivirían! Sin embargo sabía que si el castillo de popa perdía su poder de flotación, no podría ayudar a sus compañeros, porque apenas sabía nadar. Al cruzar este pensamiento por su mente, le pareció que el castillo de popa se hundía más y más en el agua.

Con turbados ojos fijó cierta "línea de flotación" con una parte de la madera que estaba fuera del agua. Pasaron los minutos y durante ellos vió Julia que la improvisada embarcación se iba hundiendo lenta, pero seguramente, con su carga humana.

Julia van Dyne se estremeció, envolvióse en su chal y miró a través del mar obscuro. Su corazón latió de esperanza al oír aleteo de velas y el crugir de aparejos.

¡Un barco! Seguramente los tres iban a ser salvados. Pero su alegría se cambió pronto en repentino terror.

De la dirección del barco, que era el Reina de la Isla, haciéndose a la vela, llegó una risa ronca.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! Samonard ha triunfado. ¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! — la voz de Samonard se oía más débil ahora que el Reina de la Isla era impulsado por el viento y la corriente. — ¡Adios, Caballero! ¡Adios Langley, joven gallito! Recuerdos de mi parte Josiah. ¡Jo! ¡Jo! ¡Jo!

En el próximo número continuará

EL TESORO DE LA ISLA DEL MUERTO

EL RANCH "LOS TRES"

Por FRANCIS WARWICK

(Continuación)

LOS que miraban guarecidos detrás de los troncos de los árboles que circundaban el claro reconocieron inmediatamente al jefe por su estatura y por el adorno de vistosas plumas que adornaban su cabeza y era el distintivo de su cargo.

No temblaba la mano de Kildare cuando alzó lentamente la pistola automática esperando el instante en que Corazón de Lobo pasara por delante de él, para hacer fuego.

Los alaridos de guerra seguían estremecedores y horribles y se extendían por todos los ámbitos de la floresta.

Murphy tenía la frente cubierta de gruesas gotas de sudor. Habían llegado a tiempo, pero pensaba en cual hubiera sido el destino del muchacho a quien habían atado al poste si ellos no hubieran acudido tan pronto. Y la idea de que su amigo Tommy podía haber sido quemado vivo era lo que acaloraba al honrado irlandés.

Cada uno de ellos tenía preparada su arma, — tres rifles y la pistola automática del capitán Kildare. — Cada uno de ellos había escogido a uno de los indios danzantes. Cada uno de ellos esperaba la señal de Kildare para hacer fuego todos a un tiempo. Kildare sólo esperaba que Corazón de Lobo pasara de nuevo por delante de él.

Pero, de improviso, abandonó Corazón de Lobo el círculo de los danzantes y avanzó de prisa. Tomó una rama encendida de la hoguera y casi en seguida la metió entre la leña amontonada en torno de Tommy. Al proceder así lanzó un horrendo grito al que siguió otro que profirió cuando vió que la leña es había encendido, como lo anunció una llamarada repentina.

¡Y se hallaba, al proceder así, del otro lado del claro! La ocasión que esperaba Kildare no se había presentado!

Un instante después eran altas las llamas que ardían en torno de Tomahawk Chico. Los ojibwas gritaron más fuerte que antes y con loca alegría, Lanzaban a lo alto cuchillos y hachas, que recogían en el aire. Parecían, envueltos en el rojo resplandor de la hoguera, verdaderos demonios.

Se oyó una detonación de arma de fuego. Era Rubery, el trampero, el que había disparado su rifle. Uno de los ojibwas saltó en alto, lanzando una horrenda carcajada. Fué aquella su risotada de muerte. Cayó en tierra y ahí quedó, inmóvil, encogido.

Las armas de Dalroy y de Murphy hicieron fuego simultáneamente. Uno de los ojibwas cayó de rodillas, herido en el pecho; otro, cuando la bala de Murphy le dió en la pintarrajeada mejilla, se tambaleó. Un momento después cayó al suelo.

Kildare había decidido ser el último que tirara, esperando aun que se le presentara ocasión de matar a Corazón de Lobo. Pero el jefe seguía del otro lado del fuego que crujía en torno de Tomahawk Chico y las llamas le ocultaban. Kildare bajó su arma y, lanzando un grito, corrió hacia el poste.

No pensó ni un solo momento en el peligro que corría. No pensó ya en matar a Corazón de Lobo. En lo único en que pensó fué en salvar de las llamas a su joven camarada.

De los cinco ojibwas que aun vivían, uno estaba en el suelo y se retorcía quejándose. Los otros cuatro habían experimentado una sorpresa tan grande que parecían hallarse enteramente aturdidos. Lo único que se les ocurrió fué alejarse procurando evitar la muerte. Pero cuando se disponían a huir resonó potente en el claro del bosque la fuerte voz de Corazón de Lobo.

—¡Adelante, ojibwas! ¡Ahí están nuestros enemigos! ¡A ellos! — gritó.

Uno junto a otro, Dalroy y Murphy hicieron frente al ataque mientras en el centro del claro Kildare entre llamas procuraba salvar a Tomahawk Chico.

El fuego quemaba ya sus ropas y empezaba a chamuscarle. Tenía las manos negras de humo, le lloraban los ojos cuando comenzó a cortar desesperadamente las sogas que ataban al poste al desdichado joven piel roja.

Pero a pesar de todos los obstáculos y peligros, Kildare realizó su propósito.

Salió tambaleándose de entre las llamas, con el joven, — casi desmayado. — en sus brazos. Murphy lanzó un agudo grito de júbilo cuando los vió.

Dalroy y el irlandés sintiéronse reconfortados al darse cuenta de que Tommy estaba en salvo. Estaban espalda contra espalda, peleando contra los cuatro pieles rojas que los rodeaban. Utilizando el rifle a manera de maza, Murphy abatió a uno de los indios mediante un fuerte golpe que le partió el cráneo.

—¡Toma! ¡Para ti, demonio negro! — rugió jadeante. — ¡Toma ese regalito de parte de la vieja Irlanda!

Kildare corrió hacia donde ellos estaban en el momento en que Dalroy mataba a otro de los pieles rojas con su tomahawk que había recogido del suelo. No quedaban vivos más que Corazón de Lobo y otro de los ojibwas. El último compañero del jefe sintióse súbitamente aterrorizado. Giró sobre sus talones y echó a correr por entre los árboles como un zorro perseguido por la jauría.

Pero Corazón de Lobo no se consideraba vencido. Dejando a un lado su rifle tomó del suelo un tomahawk con el que dirigió un golpe a la cabeza de Dalroy. Esquivó éste el golpe escurriéndose hacia un lado y se lanzó en seguida contra el jefe piel roja.

Fueron de un lado a otro forcejeando furibundos. De pronto, Dalroy consiguió arrancar el tomahawk de la mano del jefe. El piel roja lanzó un grito y retrocedió dándose cuenta del peligro que corría. Un instante después, lanzando una risotada, desapareció entre los árboles.

—¡Corramos tras él! — gritó Dalroy. — ¡Tras él! — gritó Dalroy. — ¡Tras él! ¡Ese es el hombre a quien necesitamos!

Tomó del suelo su rifle y se lanzó a la carrera cruzando el claro y yendo hacia el sitio por donde había desaparecido, internándose en el bosque. Corazón de Lobo, el jefe de los ogibwas.

EN EL RANCH "LOS TRES"

Pero aun cuando Dalroy se metió por entre los árboles en su persecución. Corazón de Lobo se había desvanecido por completo. El bosque, su elemento nativo, lo había envuelto en sus sombríos, misteriosos ámbitos y lo había ocultado de tal modo que los blancos no pudieron hallarlo.

Ya comenzaba a amanecer y era el ambiente frío y ventoso, cuando estuvieron de regreso en el sitio donde habían dejado a Sark, el pequeño conductor, con los caballos.

Tomahawk Chico se había repuesto bastante de la terrible conmoción sufrida y ya podía caminar sin ayuda alguna. Pero a Rubery tenían que llevarlo en brazos porque seguía sin conocimiento.

—Está bastante mal, pobre hombre, — dijo Kildare — Ha perdido mucha sangre por esa herida de bala y con seguridad tiene fracturado algún hueso. tal vez la clavícula. En cuanto al chirlo que tiene en la cabeza ha sido una suerte que no le haya matado.

—No se alegrará, al recobrar los sentidos, cuando se entere de que Corazón de Lobo, el hombre a quien él había jurado matar vengando la muerte de su compañero ha conseguido escapar ileso, — gruñó Dalroy con expresión de pena en su voz.

—¡Pero liquidamos a los otros! — exclamó Murphy.

—¡Sí! Pero no matamos al único que nos interesaba matar, — replicó Dalroy. — Hubiera preferido matar a Corazón de Lobo y que se hubieran escapado todos los demás, pueden ustedes creerlo.

Era cruelmente irónico en verdad el hecho de que, — como Dalroy lo había dicho, — el único hombre que realmente les interesaba hubiérase escapado, mientras los demás que con él estaban habían quedado muertos en el campo de batalla. De los seis secuaces del jefe Tomahawk Chico había matado a dos, y otros cuatro habían sucumbido en el encuentro con Kildare, Dalroy, Murphy y el trampero.

—¡Pero hemos de encontrarlo! — agregó Dalroy entre dientes, modisqueando la boquilla de su pipa mientras la encendía. — ¡Lo encontraremos! ¡Ya daremos nuevamente con el rastro de Corazón de Lobo uno de estos hermosos días.

Entonces emprendieron de nuevo la marcha dirigiéndose al camino del precipicio donde se había producido la catástrofe.

El ranch "Los Tres" estaba situado en una resguardada ladera que se extendía desde un largo bosque de pinos y cipreses hasta la orilla de un serpenteante río.

Se oyó rápido y suave rozar de pasos en la galería, — o "veranda", — de la casa del ranch. Chung Chop, el cocinero chino miraba hacia el camino a cuyo extremo se veía una nubecita de polvo, indicadora tal vez de que llegaban de regreso sus patrones.

Chung había quedado a cargo del ranch durante la ausencia de sus patrones. Y el arrugado chinito de amarillo y sonriente rostro era muy capaz de manejar enteramente sólo las cosas del ranch, al menos durante un tiempo corto y así acababa de demostrarlo. Resultaba una figura simpática, vestido con su blusa azul y luciendo su extraordinaria larga coleta que ondulaba a su espalda cuando miraba a lo lejos de la blanquecina cinta del camino por donde llebagan los tres camaradas y Tomahawk Chico de represo de Fuerte Geoffrey.

Un gruñido de satisfacción brotó de la garganta del chino que se restregó las manos rápidamente.

Convencido Chung Chop de que se trataba de sus patrones, fué corriendo a la cocina donde se apresuró a preparar — con la habilidad maravillosa que le distinguía, — algunos apetitosos manjares.

Debido a eso salía por la ventana de la cocina un agradable perfume a cosas de comer cuando Kildare, Dalroy, Murphy y Tomahawk Chico llegaron hasta los escalones

de la gradería de la "veranda" y desmontaron. Chung Chop salió de la cocina con un gran cucharón en la mano haciendo reverencias y sonriendo como un pequeño ídolo animado por arte maravillosamente mágico.

—¡Muy bienvenidos! ¡Muy bienvenidos patrones! — exclamó el chino con su pronunciación estropeada que hacía "eles" las "erres" y "des" las "tes" además de desfigurar algunos sonidos más.

Dalroy y Murphy ayudaron a bajar del caballo a Rubery al que habían transportado con todo cuidado.

—¡Hola, chino! — gritó Dalroy jubilosamente. — ¡Qué apetitoso aroma sale de su cocina, Chung Chop! ¡Qué agradablemente cosquillea el olfato! ¡Veamos si esos manjares tienen tan buen aspecto y tan buen gusto como tiene buen olor!

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Yo me apuraré! ¡Me apuraré mucho y ahora mismito! — dijo Chung Chop que, agitando su larga coleta, desapareció en su cocina.

—Con toda seguridad nos servirá muy bien, el chinito, — dijo Kildare. — ¿Y cómo se encuentra usted, Rubery?

—Me siento enfermo, — dijo el barbudo trampero. — Me siento tan mal como jamás me he sentido en toda mi vida.

Le ayudaron a subir a la galería cubierta donde le hicieron sentar en una butaca. El trampero se echó hacia atrás, respirando trabajosamente.

Como notaron que el trampero se hallaba grave, pensaron en retroceder y llevarlo a Fuerte Geoffrey, donde encontraría al médico que lo curaría.

Pero Rubery salió de su desmayo e inme-

UNA PRIMICIA

NAZENLER

ESTA novela escrita por Pierre Souvestre y Marcel Allain, es una de las más extraordinarias producciones de la literatura francesa contemporánea, en su género. NAZENLER, es una obra de intensísima acción, en la que los acontecimientos más emocionantes y misteriosos se desenvuelven con tan sorprendente realidad, que impresionan poderosamente la atención del lector, que sigue con interés creciente, el maravilloso desarrollo de la intriga y el drama que palpita en todos sus admirables episodios.

En el próximo número de PUCKY, iniciaremos la publicación de

NAZENLER

diatamente se manifestó contrario a la idea de regresar a Fuerte Geoffrey. El trampero aceptó agradecido el ofrecimiento de los tres que le invitaron a alojarse en su ranch mientras durara su restablecimiento.

Sark — el conductor de la diligencia,— había regresado a Fuerte Geoffrey en compañía de un grupo de ingenieros de minas que pasaron por el camino del precipicio dirigiéndose hacia el lado del fuerte. Con los ingenieros iba también un hombre de rostro curtido y de uniforme rojo, un sargento de la Real Policía Montada del Canadá, el meritorio cuerpo que tanto bien ha hecho y hace en favor de los pobladores del Salvaje Oeste.

Contaron al sargento de la Real Policía todo lo sucedido con Corazón de Lobo, su traidor ataque y su subsiguiente huída. Kildare, Dalroy y Murphy, una vez informado el sargento de todo lo pasado consideraron que ya no debían de ocuparse del asunto. Podían dejar al indio criminal confiado a la acción de la Policía Montada que seguiría su rastro y le castigaría.

Pero si los tres se consideraban satisfechos, no le pasaba lo mismo a Rubery.

Tendido en la butaca, en la galería de la casa habitación del ranch "Los Tres", se notó en su rostro y en su mirada, que el trampero sentíase preocupado e inquieto.

De pronto, hizo un gesto de preocupación y habló:

—¿Dónde diablos estará ahora ese grandísimo canalla de Corazón de Lobo, el gran jefe de los ojibwas en estos momentos? — dijo.

—¡No piense en ese canalla que está condenado a morir! — dijo Murphy procurando tranquilizarlo. — Con seguridad le van a golpear donde el hacha golpeó al pollo... ¡y fué en el cuello! ¡La Policía Montada encuentra siempre a aquél a quien busca, créalo usted!

—¡Yo sí que lo encontraría si no fuese por lo que me molesta la maldita herida del hombro! — exclamó Rubery. Después se dejó caer en el sillón como si el esfuerzo que había hecho al pronunciar aquellas pocas palabras le hubiese dejado agobiado de cansancio.

—¡Vamos! ¡No se preocupe! ¡No piense en eso! — díjole Murphy. — Le tiene que hacer daño. Está usted enfermo. Si se preocupa y se enoja, tardará más en curarse. Yo voy a hacer todo lo posible para que piense usted en otras cosas, — agregó seriamente, pero reluciéndole picarescamente sus azules ojos.

Dicho esto se dirigió Murphy a la cocina a preguntarle a Chung Chop cuando iba a servirles de comer.

Poco tardó el chino en servir la comida. Los tres compañeros y su amigo Tomahawk Chico, el joven piel roja, se sentaron en torno de la mesa, instalada en la amplia y asoleada galería. Chung corrió rápidamente de la cocina a la mesa y atendió cumplidamente a sus patrones. Porque el chinito, además de cocinar muy bien era un excelente camarero.

—La verdad es que este chino, a pesar de su cara arrugada es un tesoro, — dijo Dalroy, mientras comían: — ¡Fíjense en esos caballos! ¡Miren qué bien cuidados están!

E indicó un corral pequeño donde media docena de ponies estaban encerrados. Más allá veíase buen número de espléndidos novillos que pacían en la admirable pradera natural del ranch "Los Tres". Se comprendía que durante la ausencia de los patrones todo había sido debidamente cuidado en el ranch.

Era Chung Chop quien se había ocupado de todo.

—¡Sí! ¡Es un sitio muy agradable, nuestro ranch! — dijo Kildare un poco después, apoyado a la barandilla de la galería, fumando un cigarrillo y mirando cómo descendía el sol hacia las cumbres de las montañas Rocosas. — ¡Un sitio realmente muy agradable!

Durante los días que siguieron Rubery comenzó a pensar, respecto al ranch "Los Tres", lo mismo que pensaba el capitán Kildare.

Aun seguía enfermo. Pero gracias a los asiduos cuidados de sus nuevos amigos comenzó a reponerse cada vez más rápidamente, llegando a ocuparse con ellos, — dentro de lo que sus fuerzas se lo permitían, — de las faenas del ranch, a pesar de que aun le molestaba el hombro herido.

Sin embargo, en algunas ocasiones se pasaba horas y horas en silencio, sentado en la galería de la casa-habitación del ranch, mirando fijamente hacia el lejano horizonte de la extensa planicie de la verde pradera.

Si alguno se acercaba a él y le interrogaba deseoso de saber qué era lo que le tenía preocupado, el trampero contestaba casi siempre lo mismo.

—¡Estoy pensando en un buen compañero... en mi desdichado amigo Bill Parson! — decía.

Algunas veces variaba la respuesta.

—¡Estoy pensando dónde demonios puede hallarse en estos momentos ese maldito y canalla gran jefe de los ojibwas: Corazón de Lobo! — respondía.

—¡Rubery no olvidará nunca! — gruñó Dalroy un día, conversando con Murphy y Kildare. — No dejará en manos de la Policía Montada la misión de vengar la muerte de su amigo Bill Parson.

Los tres camaradas se hallaban de pie a un extremo de la galería. Empezaba a oscurecer. Junto con Tomahawk Chico acababan de regresar después de un pesado día de trabajo a caballo parando rodeo y encerrando en un corral a un crecido número de novillos que se habían disparado durante los pasados días. Por la ventana de la cocina salía el apetitoso aroma de los manjares que Chung Chop preparaba para ellos.

Al oír las palabras de Dalroy, Kildare y Murphy miraron hacia el otro extremo de la "veranda". Allí estaba Rubery, el viejo trampero, sentado en un sillón y meditando, con su largo rifle sobre las rodillas. Su actitud era de preocupación y de tristeza. Con la palma de la mano derecha acariciaba la culata, con adornos de plata cincelada, de su

El jefe de los indios trató de herir con su tomahawk al inglés.

rifle, con el cariño, con la suavidad con que se acaricia a un niño.

—Está pensando en eso en este mismo momento, con toda seguridad, — dijo Dalroy entre gruñidos y chupando con fuerza y nerviosidad su vieja pipa de raíz de retama.

Kildare se volvió y fué hacia el otro extremo de la galería. Rubery no levantó la cabeza cuando se aproximó el capitán Wildare avanzó una mano y le tocó el hombro.

—¿Por qué se está desvanando los sesos de ese modo? — le preguntó jovialmente. — ¿En qué piensa. ¿Le preocupa tal vez inmortalidad del cangrejo?

Rubery no se sonrió y no levantó la cabeza. Su rostro carecía de expresión cuando respondió:

—Estoy pensando dónde diablos puede hallarse en este momento ese maldito, infame y canalla gran jefe de los indios ojibwas: Corazón de Lobo. ¿Dónde estará? Eso me preguntaba: ¡Nada más!

LA CAPTURA DE CORAZON DE LOBO

Cabalgaba Murphy por una huella a unas siete millas del ranch "Los Tres" una húmeda mañana cuando notó que algo se movía entre unos matorrales.

Inmediatamente se descolgó el rifle del hombro preparándose a utilizarlo en cuanto le hiciera falta.

—¡Déjese ver, sea quien sea! ¡Pronto! ¡No sea cobarde! — gritó en voz bien alta. Y esperó.

Había cabalgado desde la salida del sol, jinete en un nuevo poney que había adquirido en una reciente visita a Fuerte Geoffrey, y con el propósito de observar las condiciones del animal. Era un caballo algo más grande que la generalidad de los ponies que tenían en el ranch, tordillo, muy nervioso y Murphy lo había bautizado con el nombre de "Patata" en honor del tubérculo que forma la base de la alimentación del pueblo en Irlanda, y por iniciativa del capitán Kildare.

El camino, o huella, por donde regresaba al ranch le había acercado a una laguna cenagosa y entre los matorrales que crecían a la orilla era donde el joven sargento irlandés había notado un movimiento indicador de la presencia de algo viviente.

Cautelosamente volvió la cabeza de Patata hacia el invisible ser que se movía, fuera lo que fuera. Hizo que el caballo se acercara más, preparando el arma.

Un momento después lanzó Murphy una exclamación de sobresalto.

—¡Diablo! — dijo, saltando de su montura.

Corrió por entre los arbustos y se convenció de que su primera mirada no le había engañado. A sus pies estaba tendido un hombre.

¡Era un piel roja!

El piel roja habíase arrastrado dolorosamente y con los ojos vidriosos hacia el agua del pantano. Tenía la lengua fuera y ennegrecida, hinchada y reseca. Cuando Murphy llegó a su lado el indio se estremeció y estirándose vino a quedar boca abajo con el rostro sobre el cieno seco.

—¡Hola! — exclamó Murphy mirando la ancha espalda del indio y el estropeado y sucio adorno de plumas pintadas que tenía a la cabeza, así como los restos de una túnica de cuero que cuando entera debía llegarle hasta más abajo de las rodillas y estaba desgarrada y ensangrentada como estaban ensangrentadas las piernas y heridos los pies. Murphy hizo una mueco al percatarse de que el indio tenía en un costado una horrible herida de bala.

Inclinándose ,rápidamente tocó al indio pero no obtuvo respuesta.

—¡Vamos! ¡Se ha desmayado! — murmuró Murphy. — Sea como sea tu estado, creo que bien puedo verte la cara.

Con sumo cuidado dió vuelta al piel roja. Un nuevo grito de sobresalto brotó de los labios de Murphy que se sintió aún más maravillado que antes.

Por que, a pesar de que la cara estaba desencajada y desfigurado, Murphy se dió cuenta de que aquel era el rostro de Corazón de Lobo, el gran jefe de los indios ojibwas.

Irguiéndose, el sargento irlandés lanzó un largo y suave silbido.

¡Qué cambio! ¡Qué diferente al orgulloso y activo guerrero a quien habían perseguido por entre los bosques hacía algunas semanas!

Casi parecía increíble que aquel andrajo humano pudiese ser el mismo hombre.

Sin embargo, no era posible dudarlo. Y a pesar de que recordaba la criminal traición del jefe ojibwa y de su propósito, fracasado felizmente, de quemar vivo a Tomahawk chico, el joven irlandés se sintió emocionado y compasivo en aquel momento.

Creyó comprender cómo podía haber cambiado de semejante modo el jefe piel roja. Sin duda alguna Corazón de Lobo había sido perseguido por la montaña y la llanura por los de la Policía Montada. Había sido herido pero había logrado, de algún modo, escaparse y esconderse luego. Muriendo de sed se había arrastrado hacia aquel estanque de agua casi corrompida pero las fuerzas le habían faltado antes de llegar al agua y precisamente en el momento en que Murphy lo había encontrado.

Obedeciendo a las leyes del desierto, Murphy tenía derecho a meterle una bala en la cabeza al piel roja castigando así su delito. Pero en vez de proceder así, el irlandés descolgó su botella de agua y se arrodilló junto al desmayado jefe.

—Si hago esto es por que soy humanitario, — dijo en voz baja el sargento.

Humedeció la ennegrecida lengua y salpicó con unas gotas el rostro del indio. Al cabo de unos momentos el hombre parpadeó y miró a Murphy. El irlandés se dió cuenta de que el indio lo había reconocido.

—¡Siempre doy agua, si la tengo al hombre que la necesita! — dijo Murphy con voz ronca. — ¡Pero si cree usted que he olvidado lo que usted hizo está equivocado, pero muy equivocado!

Los ojos del ojibwa relucieron de modo extraño. Pero no pudo hablar. Cerró de nuevo los ojos.

Murphy lo tomó en brazos y lo alzó del suelo.

—Venga, — dijo. — Usted vendrá a la casa conmigo. Veremos luego lo que los otros deciden que se haga con usted más adelante.

Minutos después Patata trotaba por la huella camino del ranch "Los Tres" y el hombre que lo montaba sostenía delante de él atravesado sobre la montura, a Corazón de Lobo.

Rubery, el trampero, estaba sentado en la galería, pensativo con su rifle con adornos de plata sobre las rodillas. Miraba fijamente, con el entrecejo fruncido.

Kildare, Dalroy y Murphy pasaban rápidamente. El irlandés llevaba en brazos a un hombre.

No miraron a Rubery. Pero el trampero lanzó una exclamación y se levantó de su asiento.

—¿Qué traen ustedes ahí? — gritó con extraño tono de voz.

—Traemos a alguien a quien usted conoce, Rubery, — contestó con voz ronca, parándose.

Los otros dos entraron con su carga, en la casa-habitación del ranch.

Al instante el viejo trampero se dió cuenta instintivamente, de la verdad. Brilláronle los ojos y sus dedos oprimieron el rifle. Se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Dígame: ¿es Corazón de Lobo?

Pronunció esas palabras en voz muy baja. Dalroy inclinó la cabeza afirmativamente. Tenía el ceño fruncido.

—Sí, — contestó. — Murphy lo encontré. Está a punto de morir. Pero esperamos lograr que recobre el conocimiento. Una vez conseguido eso lo entregaremos a la Policía Montada. Es ella la que debe castigarlo, nosotros no.

Los ojos de Rubery relucieron de un modo que echaron chispas.

—¿Ustedes esperan lograr que recobre los sentidos? — gritó con voz ronca. — ¡El hombre que mató a Bill Parson!

Dalroy se encogió de hombros.

—Así lo creo, — dijo, mirando curiosamente al trampero. — En Inglaterra tenemos la costumbre de dejar que la ley cumpla con su deber. Nos parece que eso es lo que corresponde. Tenemos el propósito de dejar que la ley castigue a Corazón de Lobo. ¿Comprende? La ley de Lynch está bien, Rubery, donde no hay otra. Pero en este ranch no la necesitamos ni poco ni mucho.

Rubery lo tomó bruscamente por un hombro.

—¡Yo juré que lo mataría! — dijo lacónicamente. — ¿Comprende?

Se volvió sin esperar a que Dalroy le replicara, y Dalroy, preocupado, entró en la casa.

—¡Rubery es capaz de hacer un disparate! — dijo a los otros. — Quiere matar a Corazón de Lobo. Creo que tiene perfecto derecho a hacerlo. Pero será una crueldad dejar que maten a un hombre gravemente herido. ¡Que diablos! Por lo tanto le he dicho a Rubery que no estábamos de acuerdo con esa clase de procedimientos y que no queríamos de ningún modo que se aplicara la ley de Lynch a Corazón de Lobo, así que lo entregaríamos a las autoridades.

—Hizo usted muy bien y celebro que se haya expresado así, Dalroy, — dijo Kildare.

Pero fuera, en la galería, Rubery, el trampero, acariciaba la culata adornada con plata cincelada de su rifle y mascullaba ininteligibles palabras entre dientes.

LA MANO DEL VENGADOR

Rubery se mostró hosco y silencioso durante toda aquella noche. Se mostraba correcto como corresponde a un hombre educado que está en casa ajena, pero nada más.

Durante toda la noche oyéronse en la casa del ranch las lamentaciones de Corazón de Lobo, el gran jefe de los ojibwas. Tenía altísima fiebre y deliraba.

Kildare le había sacado la bala que halló incrustada en una costilla del piel rojo, pero la herida estaba sumamente inflamada. La falta de alimentos y de agua habían producido, además, una extenuación física.

Había sido perseguido durante varias semanas por los soldados de la Policía Montada. A pesar de toda su energía, había acabado Corazón de Lobo por sentirse debilitado. Luchó entre vida y muerte aquella noche, en la habitación que quedaba entre las de Kildare y Dalroy.

Las palabras que pronunciaba durante su delirio parecían impresionar mucho a Rubery.

Una o dos veces el viejo trampero saltó de su cama aquella noche y se asomó a la ventana de su habitación con el rifle en la mano, escuchando y con los ojos relucientes de furor. El viejo trampero veía constantemente con la imaginación, el cuadro del día de la tragedia: el camino del precipicio en el Fuerte Geoffrey y el ranch "Los Tres", el torrente en el fondo del abismo, la diligencia aplastada, destrozada, los caballos muertos y su viejo amigo Bill Parson cadáver entre aquellos despojos.

Rubery se llevó la mano a su hombro herido. Aun no estaba enteramente cicatrizado. Todavía le dolía muchísimo.

—Fué él, también, el que me hirió, — dijo en voz baja, mirando hacia los oscuros galpones para el ganado, cuya silueta oscura se destacaba sobre el horizonte de la pradera. — ¡Me hirió y luego me golpeó en el rostro! ¡Cobarde coyote! ¡Y mató a mi viejo amigo Bill!

La mañana siguiente, el jefe de los indios ojibwas se encontraba mucho mejor.

Gracias a esa estupenda vitalidad propia de los salvajes. Corazón de Lobo mejoró rápidamente. Sólo un indio podía mejorar así hallándose tan grave. Todavía estaba muy débil pero había bajado la temperatura de la fiebre y ya no deliraba. Sus ojos tenían un aspecto menos vidrioso, menos "de muerto". El jefe había pasado victoriosamente por las sombras del valle de la muerte. Pasada la crisis, su completo restablecimiento ya era tan sólo cuestión de tiempo, de cuidados y de buena alimentación.

Pero aun faltaban varios días para que estuviera suficientemente fuerte para que se hiciera necesario vigilarlo y custodiarlo. En el estado en que se encontraba en aquellos días, le hubiese sido enteramente imposible escapar de la casa del ranch.

Era el conocimiento de esto lo que probablemente apaciguaba a Rubery.

Había de pasar bastante tiempo antes de que los dueños del ranch "Los Tres" pudieran hacer entrega de aquel hombre a los representantes de la ley para que se le procesara por su ataque a la diligencia del servicio de correos y por la muerte de Bill Parson. Esto tranquilizó en parte al viejo

trampero que iba de un lado a otro del ranch cada vez más restablecido y mejor. Ya no se pasaba horas y horas meditando, sentado en la galería de la casa, preguntándose dónde estaría Corazón de Lobo. Sabía dónde estaba el gran jefe de los indios ojibwas y sabía que lo tenía al alcance de su mano.

—Es necesario que vigilemos a Rubery, — dijo Kildare una mañana a Dalroy. — Aun cuando parece hallarse muy tranquilo, yo creo que oculta algún propósito misterioso Rubery es hombre acostumbrado a vivir solo, a muchas millas de toda población, y por lo mismo habituado a arreglar todos sus asuntos por su propia mano. No alcanza a entender como es que nosotros no pensamos lo mismo que él. Pero todo hombre sea el que sea su delito, debe ser juzgado de acuerdo con lo que la ley dispone y su proceso debe ser lo más justiciero posible. Así lo entiendo yo.

Llegó el día en que Corazón de Lobo pudo levantarse, convaleciente ya de todos sus males.

Seguía bastante débil y no podía caminar mucho. Le dejaron que se sentara al sol, cerca de la casa del ranch, pero se dió orden a Chung Chop de que lo vigilara constantemente y... de qqe no perdiera de vista a Rubery.

El trampero estaba ya enteramente repuesto y había manifestado que tenía intención de dejar el ranch dentro de uno o dos días. Como Corazón de Lobo salía ya de la casa del ranch al aire libre, Kildare, Dalroy y Murphy habían manifestado enérgicamente al trampero que como no diera palabra de que no se metería con el jefe ojibwa, podía retirarse del ranch inmediatamente.

Los tres se sorprendieron bastante al ver la facilidad con que Rubery dió su palabra sin inmutarse. A pesar de eso, se preguntaron si el trampero tendría algún propósito oculto y por eso dieron orden a Chung Chop de que lo vigilara lo mismo que a Corazón de Lobo.

Corazón de Lobo se daba perfecta cuenta de su situación. Sabía que iban a entregarlo a los de la Policía Montada, tan pronto como se encontrara razonablemente bien. Sabía también que Rubery tenía el propósito de matarlo donde, cómo y cuando pudiera.

Y el fiero viejo gran jefe de los indios ojibwas, cuyas fuerzas renacían poco a poco, día tras día, se trazaba sus planes.

Entonces, inesperadamente, Murphy cayó enfermo.

Fué su dolencia una fiebre leve, de poca gravedad, pero que le obligó a guardar un par de días de cama.

—¡No se ven más que enfermos en este ranch — comentó Dalroy.

El segundo día de la dolencia de Murphy, Chung Chop, que estaba en la cocina entregado a sus faenas culinarias, miró de improviso por la ventana y lanzó una exclamación de alarma al ver que Corazón de Lobo no estaba en la silla donde se situaba, a un extremo de la galería. El chinito tomó rápidamente el rifle de que le habían provisto.

—¿Habrá huido ese pícaro indio ojibwa? — se preguntó muy excitado, sacando la cabeza por la puerta de la cocina.

En seguida se desplomó el chino sin sentido y quedó tendido, inmóvil, en el umbral. Se oyó una irónica carcajada cuando Corazón de Lobo avanzó sin ruido, saliendo del sitio donde había estado escondido y tomó el rifle que Chung Chop había dejado caer.

Porque Corazón de Lobo, ya no estaba tan débil y tan enfermo como fingía.

Dejando a un lado el pesado garrote con el cual había golpeado al chino traidoramente, se deslizó sin ruido en la cocina y reunió rápidamente todas los provisiones que pudo. Fué luego a la casa del ranch.

Se proponía robar allí algunos puñados de balas.

Fuera de Murphy, — que estaba ocostado, — y de Chung, a quien se suponía de guardia, todos los demás estaban fuera. Habían ido por la costa del río a revisar unos grupos de ganado. Corazón de Lobo se rió sarcásticamente por la gradería de la veranda.

Fué Rubery quien regresó inesperadamente aquella mañana a la casa del ranch. Había ayudado a rodear un grupo de novillos y había regresado en busca de unos rollos de soga que se necesitaban. Llegó a la casa procedente del lado del río, es decir, por el lado contrario a aquel desde donde quedaba la cocina.

Rubery se apeó de su caballo y se dirigió a pie a un extremo de la galería.

—¡Víboras! — exclamó.

En la galería movíase una oscura figura humana que empuñaba un rifle. Era la atlética figura de Corazón de Lobo el jefe de los ojibwas. Y Corazón de Lobo se hallaba frente a una abierta ventana de la habitación donde Murphy yacía enfermo. Y apuntaba con el rifle por el hueco de la ventana.

¡Crimen!

Corazón de Lobo podía hacer fuego en cualquier momento. Así lo comprendió Rubery. Aun tenía tiempo para salvar a Murphy. Pero había prometido respetar al indio... Sin embargo, no era posible que respetara su promesa en semejante circunstancias.

En la mente de Rubery no había más que una sola idea en el momento en que llevó la mano al revólver: la de salvar a Murphy.

En el mismo instante en que Rubery iba a oprimir el disparador de su revólver se oyó una voz a espaldas del trampero, una voz que le sobresaltó de modo tan horrible que el brazo se le movió convulsivamente.

Oprimió no obstante, el disparador del arma pero la bala se clavó en el techo de la galería sobre la cabeza de Corazón de Lobo. En el mismo momento el indio ojibwa disparó su rifle hacia el interior de la habitación.

(Continuará)

Raúl de Lancaste

(Continuación)

Os he prometido convenceros — repuso don Juan después de algunos instantes.

—Sí, y espero las pruebas.

—Una sola será bastante.

—¿Cuál?

—¿Qué pensaríais de mi pasión por la viuda si vieseis que yo amaba a otra mujer?

—¿Pero acaso amáis?

—Sí, amo a doña Margarita.

—¡Vos enamorado de doña Margarita!...

—¿No lo merece?

—Es un angel.

—¿Sabréis decirme si es más bella su alma que su rostro?

—Bellísimo es su rostro, pero mucho más su alma.

—Entonces...

—Doña Margarita es digna de que se la adore; pero eso no es una razón para que os enamoréis de ella.

—Ello es que la amo...

—¿No teméis equivocaros como con doña Inés?

—No.

—Un amor tan repentino...

—Hasta hoy no he comprendido que mi corazón es suyo hace mucho tiempo.

—Don Juan, me ponéis confuso.

—Creedme.

—Me ocurre una duda.

—Decidme cuál es.

—Ya no debéis sufrir como antes sufríais.

—No.

—¿Por qué, pues, no estáis alegre?

—Yo mismo lo ignoro, porque no acierto a explicarme lo que he sentido al convencerme de que el objeto de mi amor no es la viuda.

Martín, siempre esforzándose para ocultar lo que sentía, dijo:

—Os felicito, don Juan.

—No me felicitéis, porque para ser completamente dichoso me falta...

—Que os corresponda doña Margarita, ¿no es verdad?

—Y otra cosa.

—¿Qué es ello?

—Que vos también seáis feliz.

El hijo de Nicasia sonrió con amargura, y replicó:

—Ya lo seré.

—Sí; lo seréis cuando os suceda lo que a mí, cuando améis como yo amo, porque vos no podéis vivir sin amar.

—El amor, como podría satisfacerme, me está vedado.

—¿Por qué?

—Pobre, sin nombre y con un porvenir negro y horrible...

—¿Qué importa eso?

—¿No conocéis el mundo, mi buen amigo?

—Hay mujeres cuya grandeza de alma es bastante para despreciar necias preocupaciones.

—No lo dudo.

—Y muy fácil es — repuso Santisteban, fijando una escudriñadora mirada en Martín, — muy fácil, presentaros un ejemplo.

—Tampoco lo dudo.

—¿Conocéis bien a doña Inés de Guevara?...

—¡Oh!...

—Si la amaseis, seríais correspondido.

Estas palabras acabaron de convencer a Martín de que el noble caballero quería entablar una lucha de generosidad: había decidido sacrificar su corazón lo mismo que el mancebo lo sacrificaba.

Nunca como entonces necesitó disimular el desdichado hijo del rey, y lo consiguió replicando con indiferencia:

—No hablemos de mí, porque a nada conduce ahora: ocupémonos de vuestro nuevo amor, o, más bien, de ese amor que os ha

engañado, porque, si he de deciros la verdad, aún no me he convencido de lo que aseguráis.

—Pues os sobra inteligencia para explicároslo.

—Sí, comprendo vuestro primer error; pero ignoro qué circunstancia os lo ha dado a conocer, porque sin una circunstancia cualquiera no hubiese sucedido así.

No iba prevenido Santisteban para responder a esta observación, y por más que estuviera dotado de una imaginación viva y fecunda, era difícil salir del apuro, porque a Martín no se le engañaba fácilmente.

Meditó, no encontró medio, y queriendo, además, proceder tan lealmente como lo permitiera la situación, decidióse y dijo:

—Sí; ha habido una circunstancia de tal gravedad, que por ser vos quien sois os la daré a conocer.

—No olvidéis, amigo mío, que hay secretos de tal naturaleza, que a nadie absolutamente deben revelarse.

—A nadie ofende mi revelación más que a mí mismo.

—¡Que a vos os ofende!...

—Sí.

—Perdonad; pero no os creo.

—He tenido un momento de debilidad...

—¡Vos! — exclamó, sorprendido, Martín.

—He hecho lo que no se concibe que un caballero pueda hacer.

—¡Don Juan!

—Escuchadme.

—No quiero saberlo.

—Quiero yo.

—No...

—Sí — replicó don Juan, con firmeza.

—Amigo mío...

—Escuchadme, os lo suplico.

—Ya os escucho.

Era imposible que Martín adivinara lo que había sucedido, como tal vez el lector tampoco lo habrá adivinado, a pesar de un detalle muy significativo de que hicimos mención en el capítulo anterior.

De todos modos, el mancebo debía sorprenderse, más cada vez, al oír que Santisteban declaraba haber cometido una falta grave, haber hecho una cosa indigna de una persona delicada y bien nacida.

¿Era concebible esto en don Juan, en el más cumplido caballero de su época?

El hijo de Nicasia esperó, con temor y afán, las revelaciones de su amigo.

Este, cuyo rostro se contrajo más de lo que estaba, dijo, después de algunos instantes:

—Hace una hora fuí a visitar a doña Inés, encontrándome con sus dos criados de confianza, es decir, con Clara y Juan, que, según debéis saber, se aman.

—Sí; deben casarse.

—Debían tratar de algún asunto muy grave par ellos según lo indicaban sus rostros y ademanes, y Juan, a lo que sospecho, deseaba terminar la conversación; de modo que mi llegada fué para él una fortuna y una desgracia para ella, porque Juan, apenas me vió, se apresuró a decir a la doncella: "Anuncia al señor don Juan". Hizo Clara un gesto de disgusto, y, mientras dudaba, replicó: "Mi señora está con la noble doña Margarita". Yo sonreí, comprendiendo lo que pasaba, y dije que, puesto que doña Inés no estaba sola y me honraba tratándome como a su mejor amigo, no había necesidad de que me anunciasen, y pasé, dejándolos continuar su conversación.

Martín empezó a adivinar, y una ligera arruga se marcó entre sus cejas.

—Una segunda casualidad — prosiguió Santisteban — vino a producir lo que nunca hubiera podido yo esperar.

—Empezáis a pareceros a mí: las casualidades, las coincidencias...

—No sé si ésta es feliz o desgraciada.

—Feliz a lo que parece, puesto que os ha sacado de un error.

—El tiempo dirá.

—Proseguid.

—Sin saber cómo, advertí que uno de mis zapatos se había llenado de lodo, y no pareciéndome conveniente presentarme sucio a dos damas tan ilustres, me detuve y saqué mi pañuelo para limpiar el zapato.

—¿Dónde estabáis en aquel momento?

—Precisamente junto a la cortina de la puerta del gabinete donde hablaban doña Inés y su amiga.

—Y mientras quitábais el lodo...

—No os equivocáis — repuso don Juan; — mientras me limpiaba, llegaron a mis oídos algunas palabras...

—¡Oh!...

—Doña Inés hablaba de su amor, lo cual debía sorprenderme, porque ignoraba que amase a nadie.

—Os habéis equivocado.

—No.

—La viuda...

—Ama — repuso don Juan; — pero no tiene esperanza de ver cumplidos sus deseos, y por eso se encierra en un claustro.

—¿Y a quién ama?

—No pronunció el nombre de la persona por quien arde su corazón.

—Don Juan...

—Creyó doña Margarita que esa persona era yo...

—¿Y doña Inés?

—Juró que ni siquiera pensaba en mí, ni pensaría jamás.

—¡Ah!...

—Entonces la noble doncella, queriendo pagar una confianza con otra, declaró espontáneamente que me amaba con locura...

—¡Ella!...

—Sí — repuso don Juan sonriendo.

—¿Estáis seguro de no haberos equivocado?

—Segurísimo.

—Pero, amigo mío, por poco tiempo que tardaron en decirse todo eso, emplearían mucho más del que necesitabais para limpiar vuestro zapato.

—¿No os he confesado que hice lo que sólo hace un hombre ruin?... Al oír mi nombre, cometí la debilidad de seguir escuchando.

—El pecado no es grave, porque hablaban de vos, y casi estabais en vuestro derecho de saber lo que decían.

—Sin embargo...

—Proseguid, proseguid.
—Otra coincidencia.
—Ya son muchas.
—Hace un año que me ocurrió pensar que doña Margarita es una de las mujeres más bellas de la corte.
—Y es así.
—Desde entonces, siempre que la veía la comparaba a las demás, buscando otra más hermosa.
—¿Y qué deducís de eso?
—Nada deduzco, pero la coincidencia consiste en que hace también un año que doña Margarita me ama, según ella misma dijo a la viuda .
—Cuando os amó, os miró como no miraba a los demás, os impresionó fuertemente, y el resultado fué que fijasteis vuestra atención en ella como nunca la habíais fijado
—Ahora la adoro...
—Tened más calma y concluid.
—Nada más puedo deciros, porque nada más escuché.
—¿No entrasteis en el gabinete?
—No me sentí con fuerzas para ello. Mi cabeza estaba trastornada, y Dios sabe si hubiera cometido cien torpezas.
—¿Qué hicisteis?
—Salí sin que me viese nadie más que el portero.
—¿Y luego?
—He venido a daros la noticia, a deciros que soy feliz, porque ya sé que me corresponde la mujer a quien amo.
—¿Es eso todo?...
—¿Y os parece poco, señor Martín?
—No.
—¿Os convencéis ahora?
—Tampoco.
—¿Qué más pruebas queréis?
—Ninguna, porque no podéis darme otras.
—Perdonad que os lo diga con franqueza: estáis obcecado...
—Bien puede ser que me equivoque, porque ningún hombre es infalible.
—Entonces...
—Me permitiré haceros algunas observaciones.
—Cuantas gustéis.
—Un hombre que ama, o que cree amar, no es posible que escuche con indiferencia lo que vos habéis escuchado, dicho por doña Inés.
—Ciertamente.
—Más o menos, todos tenemos nuestro amor propio.
—Razonáis admirablemente.
—Las palabras de la viuda os han herido.
—No, porque ya no la amaba.
—Eso es lo que ahora creéis. Os han herido, sin que vos os deis cuenta de ello.
—Os aseguro...
—Os equivocáis como antes, caballero — replicó el hijo de Nicasia. — La herida ha producido el despecho y el afán de mirar con indiferencia a esa mujer y aun de despreciarla.
—¿Qué decís?
—Repito que de nada de esto os habéis dado cuenta.
—Empezáis a extraviaros.
—Seguid escuchándome.
—Os escucho.
—Al mismo tiempo que herían vuestro amor propio y que os considerabais representando un triste papel, porque amabais a quien no os amaba, otra mujer muy bella y muy codiciada por los hombres, y aun tal vez envidiada por muchas mujeres, decía que su corazón era vuestro. Esto os halagaba y como teníais necesidad de huir de la primera, creisteis de buena fe que amabais o podíais amar a la segunda.
—De deducción en deducción...
—Perdonad — interrumpió Martín, que parecía no ocuparse absolutamente más que del amor de su amigo. — He concluído mis observaciones y voy a permitirme daros un consejo.
—Os lo agradeceré.
—No os dejéis arrebatar por las inpresiones que acabáis de recibir.
—Reflexiono con calma.
—No habléis de vuestro amor a doña Margarita.
—¿Por qué?
—Suponed que os equivocáis ahora, como os equivocasteis antes.
—¡Oh!...
—La noble doncella, que debe amaros mucho cuando lo ha dicho a su amiga, se consideraría dichosa.
—Sin duda.
—Y el día en que conocieseis vuestro error y la abandonaseis...
—Antes consintiría morir.
—Aunque siguieseis fingiendo que la amabais, ella comprendería la verdad, porque a una mujer no puede ocultársele semejante cosa, y toda su felicidad, todos sus goces, se convertirían en un tormento, el más horrible. Evitad, pues, hacerla desgraciada.
—Pero vuestra suposición...
—Don Juan, podéis equivocaros ahora lo mismo que os equivocasteis antes.
—Esperaré, pero sólo porque no me juzguéis imprudente.
—Me alegro.
—Hablemos de vos, de vuestro amor...
—¡Del mío!...
—Sí, antes suponíamos también que os enamoraseis...
—Y que fuese correspondido.
—Eso es.
—Y que ningún inconveniente encontrasen mis deseos... ¿No es verdad?... Muy bella es la suposición, don Juan; pero desgraciadamente no sucede así.
—¿Tenéis seguridad de que vuestro corazón no se interesa por ninguna mujer?
—Por mi madre.
—¿No os conmueven los encantos de doña Inés de Guevara?
—Siempre me habláis de la misma...
—Como de ella nos hemos ocupado...
—Mi buen amigo, yo me iré de España con mi madre, esta es mi resolución; lo cual es prueba...
—Nada.
—Siento no convenceros.
—Sí, estoy convencido, y confieso que me equivoqué.
—¿No queréis ver a Raúl? — preguntó Martín, poniéndose en pie.
—Sí

—Venid.

Salieron del aposento

Don Juan empezó a temer que doña Inés se hubiese equivocado al creer que era amada por el mancebo, en cuyo caso era doblemente digna de lástima.

A presumirlo así daba lugar la firmeza con que Martín había sostenido que no tenía más amor que el de su madre, y la aparente indiferencia con que había tratado de aquel asunto.

No era posible que Santisteban sospechase hasta qué punto engañaban en aquella ocasión las apariencias..

El pobre Martín sufría como nunca había sufrido.

Los esfuerzos que había tenido que hacer para disimular, habían sido horriblemente dolorosos.

Y sobre sus esfuerzos, lo atormentaban nuevas dudas.

¿Qué significaba la conducta de su amigo?

¿Hablaba éste de buena fe?

¿Fingía para que el mancebo pudiera llegar a ser dichoso?

¿Era tal vez un ardid lo de haber escuchado don Juan la conversación de las dos amigas?

Todo podía creerse, tratándose de un hombre tan noble y generoso como Santisteban.

Este habló con Nicasia, doña Luz y Lancaste de lo que hablaban siempre y tanto les interesaba.

Luego salió.

El hombre que le había seguido permanecía inmóvil en el mismo sitio donde lo dejamos.

Santisteban, tal vez más preocupado que antes, no reparó en el espía, mucho menos cuando éste lo dejó entonces marchar.

El sol empezaba a ocultarse.

Apenas desapareció don Juan por la cuesta que iba al arroyo del Arenal, el embozado se acercó a la morada de nuestros amigos y la examinó detenidamente, convenciéndose de que no había más entrada ni salida que la puerta, pues las ventanas tenían fuertes rejas de hierro.

Acercóse a éstas y escuchó .

Sus ojos brillaron con expresión de la más viva alegría.

—Aquí están — murmuró, — y aquí estarán después. Y aquí no hay campanarios... ¡Ah!... Preciso es pensar en todo, porque según afirman, el mozo es demasiado travieso y listo.

Separóse algunos pasos de la casa y miró al tejado.

Allí no había más salida que el conducto del humo del hogar o fogón, pero tan estrecho, que apenas hubiera cabido el brazo de un hombre, pues estaba compuesto de dos o tres caños o tubos de barro, que no tendrían más de medio pie de diámetro.

Astuto y prevenido era el espía, pues no se olvidaba de nada.

Volvió a sonreír como quien está completamente satisfecho, y se alejó.

No hay que decir que nuestros amigos peligraban como nunca, ni es tampoco necesario advertir que no era Andrés el único con quien el rey podía contar para que lo sirviesen en estos asuntos.

La imprudencia de don Juan debía dar en breve sus resultados, y por cierto bien tristes.

Capítulo LXXXIII

UNA SORPRESA DEMASIADO DESAGRADABLE

Acabó de ocultarse el sol.

Pasó media hora.

Dos mujeres llegaron a la vivienda de Nicasia.

Eran doña Margarita y su doncella.

Más prudentes que don Juan, no llamaron sin asegurarse de que nadie las observaba.

Recibieron a la encantadora rubia con el cariño que era consiguiente, pero sorprendidos, porque no esperaban semejante visita.

Doña Luz había salido pocos minutos antes con su esposo, como solían hacer alguna noche.

Aquellos paseos por las calles más solitarias, tenían para ellos un encanto sin igual.

—Señora — dijo Martín a doña Margarita — me parece que os arriesgáis demasiado, y aunque nos proporcionáis un consuelo dulcísimo, no quisiéramos que lo hicieséis a tanta costa.

—Deseaba veros, y además he tenido que cumplir las órdenes de la reina, que quiere saber si habéis determinado ya vuestro plan de conducta.

—Abandonaremos a España, pero no podrá ser sino cuando encontremos ocasión

—¿Y mi buena amiga doña Luz?

—Ha salido con su esposo.

—Y decís — repuso doña Margarita, mirando atentamente a Martín, — decís que habéis resuelto salir de España...

—Sí.

—Y que no esperáis más que la ocasión de hacerlo sin peligro...

—Nada más. ¿Acaso no lo aprobáis?

—En cuanto a Raúl, sí; pero vuestra vida no está amenazada como la suya.

—Mi madre no vive tranquila.

—Mientras don Juan y Jorge os protejan...

—A pesar de su protección, es fácil que nos descubran. Respetarían nuestra existencia, pero nos privarían de la libertad y nos separarían.

—Mis mejores amigos se ausentan; voy a quedar sola — dijo tristemente la doncella.

—Tenéis a la reina, que os ama.

—No vivirá mucho...

—¡Infeliz!...

—Y como soy huérfana

—También doña Inés.

—¿Ignoráis su determinación?

—No la ignoro — respondió Martín, cuyo rostro palideció más de lo que estaba.

—Entonces...

—He abrigado la esperanza de que cambie de propósito.

—Mañana entrará en el convento...

—¡Mañana! — exclamaron Nicasia y su hijo.

—Ya lo veis, no está arrepentida, y si queréis darle el último adi...

—¡El último! — murmuró Martín.
—Supongo que iréis a despediros de ella esta noche...
El mancebo dudó algunos instantes, pero luego repuso con firmeza:
—No, no iré.
—Me sorprendéis...
—¿Por qué?
—Una amiga como ella, que va a separarse del mundo...
—No quiero dejar sola a mi madre.
—Hijo mío — dijo Nicasia, — debes ver a doña Inés.
—No, no iré.
—Le debes mucho; tanto, que sin ella hubiera yo dejado ya de existir en mi encierro...
—Señora — interrumpió Martín, dirigiéndose a la doncella, — os suplico digáis a doña Inés que no puedo verla; pero... Nada más... Nada más... Creo que me acabó de conocer la última noche que estuve en su casa... No iré, no iré.
Y el mancebo se levantó, empezando a pasear muy agitado por el aposento.
En vano Nicasia y doña Margarita continuaron hablando sobre el mismo asunto.
Martín no pronunció una palabra: hubiérase dicho que no se apercibía de lo que pasaba a su alrededor.
El decoro suyo y el de doña Inés no permitía a la doncella ir más allá de donde había ido.
Además, estaba convencida de que era inútil insistir.
Tuvo, pues, que poner término a la conversación con algunas frases vagas, y se levantó.
—¿Tan pronto nos dejáis? — le dijo entonces Martín.
—Me aguarda la reina.
—Expresadle nuestra gratitud.
—Lo haré.
Salió doña Margarita con su criada.
El mancebo se arrojó a los brazos de su madre, mientras exclamaba:
—¡Madre mía!...
—¡Hijo de mi alma!...
Y guardaron silencio, quedando inmóviles.
Apenas habían pasado cinco minutos, cuando aquel triste silencio fué interrumpido por algunos golpes dados en la puerta exterior de la casa.
Martín se separó de su madre y escuchó.
La anciana se estremeció.
Sonaron más golpes.
Los negros ojos del mancebo, pocos momentos antes llenos de lágrimas, relumbraron como dos centellas.
—¡Dios mío! — exclamó Nicasia, con acento de profundo terror.
Antes de proseguir, sepamos quién llamaba con tan poco miramiento.

Capítulo LXXXIV

A QUIEN ENCONTRO DOÑA MARGARITA

Cuando doña Margarita salió, encontró a dos pasos de la puerta un grupo de diez o doce hombres, todos vestidos de negro, algunos con linternas, y todos dejando ver las espadas desnudas que asomaban por debajo de las capas.
Difícilmente contuvo un grito la noble doncella, porque comprendió que aquella gente iba en busca de sus amigos, y sabía que éstos, desprevenidos como estaban, no podrían salvarse.
Uno de aquellos hombres salió al encuentro de las dos mujeres, deteniéndolas y diciendo cortésmente a doña Margarita:
—Perdonad, señora; pero...
—¡Ah! — exclamó ella con acento de profundo terror.
—Tranquilizaos...
—¡Don Roque!...
—El mismo — repuso el alcande, porque era él; — vuestro servidor y amigo... Vuelvo a pediros perdón. Si antes os hubiera conocido, no me habría tomado la libertad de deteneros... Continuad vuestro camino, y que Dios os guarde.
—Una palabra, caballero; una palabra...
—¿Qué me mandáis?
—Escuchadme... venid...
La dama dió algunos pasos, separándose de los alguaciles, y con acento angustioso y conmovedor dijo:
—Adivino lo que buscáis, así como a vos no se os ocultará a lo que he venido, y, por consiguiente, debemos hablar con franqueza.
—Señora — replicó el alcalde, — desgraciadamente, no puedo deciros nada bueno. Creo que esta vez se da el golpe sobre seguro...
—Don Roque...
—Lo siento; pero mi deber...
—Os conozco, caballero...
—Y también conocéis a su majestad...
Doña Margarita exhaló un suspiro
—Si no a todos — añadió el alcalde, — por lo menos estará aquí...
—El desdichado hijo del rey.
—¡El hijo del rey, decís!...
—No ignoraréis...
—Señora — interrumpió don Roque, — no sé que el rey tenga más hijos que el príncipe don Carlos, y...
—Pero...
—Callad, señora, os lo suplico...
—Hablemos de mí...
—Yo no diré que os he encontrado.
—Gracias.
—Pero entre esos hombres hay uno que os conoce sobradamente, y temo que hable.
—¡Dios mío!
—No puedo imponerle silencio, porque nada tengo que ver con él; es un agente del rey, es el mismo que ha descubierto la morada de vuestros infelices amigos...
—¡Estoy perdida!...
—Tal vez no os haya reconocido ahora; pero es lo más probable que sí, y debéis prepararos a todo... ¡Oh!... Se va...
—¿Quién?
—El espía, mirad... Llegará a palacio antes que vos...
—Detenedlo...
—No me obedecerá.
—Efectivamente, uno de aquellos hombres se separó del grupo y tomó apresuradamente

hacia Santa Catalina, desapareciendo en pocos instantes.

—¡Ah!... ¡No podréis salvarme!...

—Señora, os suplico que os esforcéis para comprender lo crítico de mi situación...

—Caballero, conozco vuestros sentimientos nobles... Ya sé que nada podéis hacer por mí...

—Si el rey me pregunta...

—No neguéis, porque nada conseguiríais más que comprometeros.

—Así es.

—No encontraréis más que a Martín y a su madre...

—¡Infelices!...

—¡Dios los proteja!...

—Y a vos también.

Doña Margarita, poseída de terror y sin poder respirar apenas, tomó por la calle de la Bodega para salir al arroyo del Arenal.

Un nuevo personaje le interrumpió otra vez el paso.

Era un fraile, que le dijo:

—Aguardad un momento.

—¡Ah!...

—¿No me conocéis?

—¡Jorge!...

—Silencio.

—¡Están perdidos!...

—¿Qué busca esa gente?

—Los han descubierto...

—¿Está Raúl?

—Martín y su madre no m...

—Preciso es aprovechar el tiempo — repuso Jorge.

—¿Tenéis esperanza?

—Ninguna.

—¡No hay esperanza!...

—Pero no por eso dejaré de intentar salvarlos.

—¿Puedo seros útil?

—Desgraciadamente, no.

—Yo también estoy perdida, porque el rey sabré que he venido...

—Día llegará en que todas las cuentas se ajusten y todas las deudas se paguen.

—Corred, señor Jorge, corred...

—El cielo os proteja, señora.

Alejóse doña Margarita, perdiéndose entre las tinieblas.

—¡Vive Dios! — murmuró el flamenco. — Llegaré tarde y... Es imposible... ¡Ira de Satanás!... Si al menos hubiese estado Raúl o yo, o don Juan, los entretendríamos... No, no hay salvación posible... ¡Voto a cien legiones!....

Y así diciendo, pasó junto a los alguaciles, que se colocaban delante de la casa, dejó atrás la iglesia de San Martín, volvió a la derecha, llegó a la puerta del convento y llamó.

Pocos momentos después se abrió la puerta y el hermano Jorge entró en el sombrío edificio.

¿Por qué se encerraba en el monasterio, en vez de acudir en socorro de sus amigos? Esto no lo hubiera comprendido nadie.

Entretanto los alguaciles habían empezado a llamar, dando los golpes de que hablamos en el capítulo anterior.

Y como a la segunda vez que esto hicieron no les respondió nadie tampoco, dijo don Roque:

—¿Y la palanqueta?

—Yo la tengo — respondió uno de los corchetes.

—Abrid, y adelante con cuidado.

Antes que ellos, entremos otra vez en la casa.

Capítulo LXXXV

LO QUE SUCEDIO DENTRO DE LA CASA

Que no era ninguno de sus amigos, lo comprendió Martín en la manera de llamar, y cuando vió que repetían los golpes con mayor furia, dijo:

—Tranquilizaos, madre mía. Mientras se convencen de que no queremos abrir o dudan si estaremos, nos darán tiempo sobrado.

—Sí, sí... vamos... pero la puerta...

—Descuidad.

Iban a salir del aposento donde estaban; pero sonó un crujido y algunas voces, y Martín no tuvo tiempo más que para sacar la espada y colocarse delante de su madre, porque don Roque se presentó seguido de cuatro corchetes.

Nicasia dejó escapar un grito de espanto y quedó como petrificada, con los ojos extremadamente abiertos y la mirada fija en el alcalde.

El doncel, cuyos negros ojos relumbraban como dos centellas, extendió el brazo derecho y exclamó:

—¡Atrás!... ¡Vive el cielo!...

Los alguaciles, aunque eran cuatro y contaban para caso de apuro con los que habían quedado fuera de la casa, como sabían con quien tenían que habérselas, estremeciéronse y palidecieron; pero se mantuvieron firmes, por más que de buena gana hubieran retrocedido, y huído de aquel Satanás.

Hubo algunos instante de completa inmovilidad y absoluto silencio.

—Comprendo — dijo al fin don Roque — que vuestro primer impulso haya sido sacar la espada.

—Y hoy — replicó Martín — no la dejaré si no me matáis; no la dejaré, porque es a mi madre a quien defiendo.

—¿Qué conseguiréis?

—Cumplir mi deber.

—Fuera han quedado otros ocho hombres, y vuestra resistencia no dará por resultado más que hacer alguna víctima, porque al fin, sin necesidad de mataros, os sujetaremos.

—No me entregaré — replicó enérgicamente Martín.

—Pensad...

—Perdéis el tiempo en vano. Acometedme... ¿Qué aguardáis?

—En nombre del rey...

—No reconozco su autoridad...

—¡Desdichado!...

—¡Vive el cielo!... Concluíd.

—Ya sabéis — repuso don Roque — que debemos respetar vuestra vida: pero es imposible responder de que no suceda una desgracia en las alternativas de vuestra loca resistencia. Sin voluntad pueden heriros...

—Ya os he dicho que moriré antes que permitir que toquen a mi madre.

proximamente
Retazos
Retazos
Retazos
0.10
la revista de la mujer

—Señor Martín...

—Prometedme que dejaréis a mi madre libre, y quizá me entregaré.

—Yo soy la causa de todo — dijo entonces Nicasia. — Llevadme; pero respetad a mi hijo. Conocéis mi situación, caballero...

—Perdonadme — interrumpió don Roque; — mi deber me prohibe entrar en más contestaciones; tengo que apoderarme de vosotros...

—¡Oh!— exclamó Martín, dando un paso hacia los corchetes como si se dispusiera a acometer. — Acabemos.

El alcalde, dirigiéndose a sus dependientes dijo:

—Ya sabéis lo que hay que hacer, porque en último caso nada respetaremos.

—Según — dijo una voz vibrante y enérgica.

Don Roque y los corchetes volvieron la cabeza sorprendidos, encontrando tras ellos un fraile, que extendía los brazos dejando ver un par de pistolas, y que ocultaba el rostro con la capucha, hasta el punto de que no podían verse más que sus negros y relumbrantes ojos y su barba, negra también y muy espesa.

Puede comprenderse el efecto que la aparición produciría.

Volvieron todos a quedar inmóviles y mudos.

¿Por dónde había entrado aquel hombre, siendo así que la puerta estaba bien guardada?

No era posible adivinarlo.

El que sorprende lleva una gran ventaja al sorprendido, y esto sucedió entonces.

Los alguaciles, pálidos como difuntos, temblaron poseídos del más profundo terror.

Jorge los contempló algunos instantes, y luego, dirigiéndose a don Roque, dijo:

—No vengo precisamente a estorbar que la justicia cumpla con su deber, sino a poner en claro la situación. Creo, señor alcalde, que conmigo podréis entenderos.

—¿Quién sois?

—Ya lo véis — repuso el flamenco, — un pobre fraile y nada más.

—Entregad esas armas...

—Descuidad, que no haré uso de ellas si no me obligáis a defenderme.

—Habéis venido a estorbar...

—Nada estorbo — replicó Jorge con calma, — sino que, por el contrario, os presto un gran servicio, porque después que hablemos, si aun insistís en prender a esas dos personas, veréis como yo digo a ese mancebo que se entregue, y cuando yo se lo diga, me obedecerá sin hacer ninguna observación.

—Sí — dijo entonces el hijo de Nicasia; — mandadme dejar la espada, y la dejaré.

—¡Que la dejaréis! — exclamó don Roque en el colmo de la sorpresa.

—Ya lo veis — repuso el flamenco; — preciso es que escuchéis, porque de otro modo ni entenderéis lo que pasa ni podréis cumplir las órdenes de su majestad. La puerta que abristeis está bien cerrada, y mientras gritáis y acuden en vuestro socorro, el señor Martín con su espada y yo con mis pistolas y mis buenos puños, podemos acabar con vosotros. Después nos veríamos algo apurados con la gente que ha quedado fuera; pero no podéis asegurar que nosotros no tengamos también en la calle alguien que nos ayude, y como vuestros alguaciles no son gente de mucho valor, estoy seguro de que acabaríamos por triunfar.

—¿Es decir, que os atreveríais?...

—A todo, si no queréis escucharme.

Don Roque, convencido de que nada perdería por escuchar al fraile, y queriendo evitar desgracias, respondió:

—Bien, hablad; pero sed breve, porque su majestad espera.

—No pueden oírme ni el señor Martín ni su madre.

—Entonces...

—Supongo que les permitiréis entrar en ese otro aposento, puesto que ya sabéis que no pueden salir sin que los vean los que en la calle han quedado.

—¿Y cómo habéis entrado vos?

—Señor don Roque, no soy duende ni fantasma; no puedo filtrarme por las paredes ni colarme por una rendija y debíais haber pensado que aquí estaba yo antes de que vinieseis y que no he tenido que hacer más que salir de una habitación para entrar en otra, si bien cuidando antes de cerrar una puerta que corte la comunicación con los que están en la calle; porque yo, antes que en los enemigos que tengo enfrente, pienso en los que puedan acometerme por la espalda, y si tan prevenido y cauto hubierais sido, también vosotros habríais evitado lo que ahora sucede.

—Esperad un momento — dijo don Roque

Y tomando la linterna que llevaba uno de los alguaciles entró por la puerta, encontrándose en un aposento bastante espacioso; pero que no tenía ventanas ni comunicación con otro alguno.

Volvió a salir, y dirigiéndose a Nicasia y al mancebo, les dijo:

—Entrad ahí y esperad.

Luego preguntó a Jorge:

—¿Os estorban también los alguaciles?

—Prudente sería que no nos escuchasen.

—Salid; pero no os separéis de esta puerta.

Salieron por una los cuatro corchetes, mientras que por otra lo hacían la madre y el hijo.

Jorge guardó las pistolas; pero siguió cuidando de que no pudiera verse su rostro.

—Ya podéis hablar — dijo el alcalde.

—Seré tan breve como lo permita el asunto.

—Sí; porque no se os ocultará que me es imposible perder mucho tiempo.

—No os detendré más que algunos minutos, y ciertamente no serán perdidos, sino muy bien aprovechados.

—Bien.

—Pero como tengo que haceros revelaciones muy graves...

—Os advierto — interrumpió el alcalde —que no quiero conocer cierta clase de secretos.

—Hay secretos peligrosos; ya lo sé.

—Y si de esos se trata...

—Caballero, algo es preciso arriesgar si ha de conseguirse algo...

Creyó don Roque que el fraile iba a decir-

lo que Martín era hijo del rey, y como esto no le convenía escucharlo, le replicó:

—En este asunto nada quiero ganar, y, por consiguiente, nada tampoco me conviene arriesgar.

—¿No estáis decidido a cumplir las órdenes que se os han dado?

—Sí.

—Entonces. . .

—Para cumplirlas no necesito vuestras explicaciones

—Pensad que sin querer podéis muy fácilmente cometer una injusticia.

—Obedezco y nada más.

—Os colocáis en un terreno. .

—En el que debo colocarme.

—Será entonces imposible que lleguemos a entendernos.

—Lo que veo — replicó don Roque — es que el tiempo pasa. . .

—Yo había creído una cosa y me encuentro con otra.

—Pero. . .

—Hemos concluído, señor alcalde.

—Me sorprendéis. . .

—Voy a decirle a Martín que no haga resistencia: ya sabéis que me ha prometido obedecerme.

Don Roque miró con extrañeza al fraile.

—Vais a ver — añadió éste — lo que puede una palabra mía.

—Sí, sí, acabemos.

—Os entregaré a los delincuentes y luego Dios dispondrá.

Y al decir esto, Jorge entró en el aposento inmediato, mientras gritaba:

—Señor Martín, obedeced a la justicia, dejaos prender y no hagáis ninguna observación.

Empero mientras esto decía y el alcalde llamaba a los alguaciles, Jorge cerró la puerta, echando la llave.

—¿Qué hacéis? — gritó don Roque, empezando a temer una burla como la anterior.

Nadie le respondió.

—¡Aquí todos! — añadió el alcalde golpeando en la puerta, que el flamenco acaba de cerrar.

Entraron los carchetes.

—La palanqueta, la palanqueta. . .

—Pero. . .

—Bronto. . . Abrid esta puerta.

Uno de los alguaciles corrió en busca del instrumento que don Roque pedía.

Capítulo LXXXVI

COMO TERMINO AQUEL SUCESO

Tres minutos después crujía la puerta, saltaba la cerradura y quedaba el paso libre.

Empero los corchetes no entraron en el aposento, sino que se miraron unos a otros y luego al alcalde.

—¿Qué esperáis? — les dijo éste.

—Señor — respondió uno de los alguaciles, — vuestra señoría debe haberse olvidado de que el fraile tiene un par de pistolas, lo cual significa dos hombres muertos. y como el otro. . .

—Adelante — replicó imperiosamente don Roque: — si hacen resistencia, acudirán vuestros compañeros.

No fué bastante la orden: los alguaciles permanecieron como estatuas.

—¡Cobardes, seguidme! — gritó el alcalde.

Y tomando una luz y desenvainando la espada, entró.

Entonces los otros se atrevieron a dar algunos pasos; pero bien pronto todos ellos volvieron a quedar inmóviles, mudos y con la mirada fija.

No eran las pistolas del fraile, ni la espada del mancebo, ni las súplicas de Nicasia lo que los había detenido, sino la sorpresa al ver que ni la madre, ni el hijo, ni el reverendo de la negra barba estaban allí.

—¡Se han ido! — exclamó después de algunos momentos don Roque.

—Sí, se han ido — añadió uno de los corchetes.

—¿Y por dónde? — preguntó otro.

—¿No os dije que este mancebo tenía pacto con Satanás?

—El mismo demonio debe ser el fraile.

—Hemos debido hacerle la cruz.

—¡Oh!. . .

—Basta de observaciones — interrumpió el alcalde. — Los delincuentes son hombres como todos, y si se han escapado, alguna salida habrá.

—Vuestra señoría lo está viendo. . . No hay puerta ni ventana. . .

—Ni agujero en el techo. . .

—Ni. . .

—Registremos.

—¿Qué hemos de registrar si lo estamos viendo todo, y no hay ni siquiera un mueble tras el cual pudieran haberse ocultado?

El alcalde, que no creía en el poder sobrenatural de los perseguidos, empezó a examinar el pavimento.

Bien pronto encontró la explicación de lo que parecía imposible: en uno de los ángulos de la habitación había una compuerta o trampa, que debía dar paso a un sótano.

—Por aquí — dijo el alcalde.

—¡Ah!. . .

—Abrid.

Asieron de una anilla de hierro que la compuerta tenía; pero nada consiguieron, porque con llave o cerrojo debían haberla asegurado por el lado opuesto.

No se detuvieron a pensar lo que habían de hacer; recurieron nuevamente a la palanqueta, y aunque con mucho más trabajo que antes, lograron al fin abrirse paso.

Presentóse entonces a su vista una escalera muy estrecha, muy empinada, húmeda y resbaladiza, cuyo término era imposible descubrir.

El alcalde, lo mismo que los alguaciles, hubo de separarse un paso, porque al abrir salió una ráfaga de aire tan frío y pestilente que no podía respirarse sin temor de quedar asfixiado.

—Si aquí se han escondido — dijo uno de los corchetes, tapándose las narices, — aseguro otra vez que tienen pacto con Satanás, porque eso no podrían resistirlo sino los que

tienen la costumbre de habitar en el infierno.

Don Roque se felicitaba de que la madre y el hijo se hubiesen salvado, porque ya sabemos que, como hombre, se interesaba vivamente por aquellos infelices; pero como alcalde y leal vasallo tenía que cumplir su deber.

Disimuló, pues su contento, que no era poco, y fingió enfurecerse por el chasco que acababan de darles, y acercándose nuevamente a la escalerilla, dijo:

—Adelante.

—Señor, creo que es inútil...

—En un rincón o en otro estarán.

—En eso está el mal precisamente — se atrevió a replicar el más hablador de los alguaciles.

—La fortuna diréis, señor Antón, porque así no se nos escaparán.

—Vuestra señoría se olvida otra vez de las malditas pistolas.

—No me olvido.

—Y de que el fraile da muestras de ser un desalmado y un gigante...

—Basta de observaciones.

—Pero, señor, si están ocultos en alguna revuelta del sótano, antes de que los veamos nos asesinarán, sin que podamos siquiera pedir socorro, pues sobre no darnos tiempo para ello, nuestras voces no se oirán desde afuera.

—Empezáis a tener razón — dijo don Roque; — pero ese inconveniente se salvará haciendo que entren también otros cuatro de los que han quedado en la calle.

Hiciéronlo así, y con tal refuerzo atreviéronse a bajar la escalerilla uno tras otro, porque dos a la vez no cabían.

Don Roque iba delante, pues de otro modo no hubiera conseguido que entrasen los demás.

Unos treinta escalones bajaron y se encontraron en el sótano, cuya atmósfera, nauseabunda y espesa, no permitió que la luz de las linternas se esparciese sino a muy corta distancia.

De repente se oyó un ruido extraño y que a los alguaciles les pareció el de muchos hombres que corrían de un lado para otro.

Poseídos de terror quisieron huir, precipitándose todos a la vez a la escalerilla, atropellándose los unos a los otros, resbalando y cayendo tres o cuatro, que empezaron a exhalar ayes, los más lastimeros, y a pedir socorro, mientras el alcalde, que permanecía en su sitio, gritaba:

—¡En nombre del rey!... ¡Alto a la justicia!

El ruido cesó inmediatamente.

—Silencio — dijo don Roque, volviéndose a los alguaciles. — ¿Qué hacéis?... ¿Acaso no habéis comprendido que el ruido que os espantó era el que hicieron las ratas al huir, quizá con menos miedo que vosotros?

Levantáronse medio mugullados los que habían caído, retrocedieron los que ya empezaban a subir la escalera, y el orden se restableció.

Empezaron a registrar el sótano, que tenía varios departamentos

A cada paso que daban se detenían para mirar a su alrededor y examinar el terreno, como si temiesen caer en algún oculto precipicio o que se apareciese algún fantasma.

Realmente en aquella situación era bastante peligroso el registro de la cueva, porque dos o tres hombres allí ocultos podían fácilmente acabar con media docena, antes de que los atacados pudieran defenderse.

La prudencia, y aun más el miedo, que les hacía detenerse a cada instante, hizo que perdieran bastante tiempo.

Llegaron al fin a un sitio donde encontraron otra escalera.

—¡Una salida! — exclamó don Roque.

—Entonces ya estarán en salvo.

—Quedaos aquí cuatro de vosotros, y con los demás voy a ver adónde va a parar esta puerta — repuso el alcalde.

Y subió con cuatro de los corchetes, empujando y levantando sin dificultad otra compuerta, y saliendo a un aposento donde había una cama.

Registraron allí, pasaron a otra habitación, a otra después, y, por último, a la en que habían encontrado a Nicasia y a Martín.

Era evidente que por allí no se habían ido, pues estarían en la casa, que no tenía más salida que una puerta, la cual, según dijimos, estaba bien guardada.

Convencidos de esto, volvieron a la cueva y continuaron recorriéndola por otro lado.

No tardaron en encontrar una puertecilla que parecía bastante fuerte.

Empujáronla; pero en vano.

—La palanqueta.

—Sí, sí, aquí los encontraremos.

No abrieron aquella puerta con tanta facilidad como las otras.

Hubieron de trabajar mucho, dejando la palanqueta los unos para que la tomasen los otros, y al fin consiguieron abrir.

Entraron en la segunda cueva, dando la voz de "alto a la justicia".

Pero tampoco les respondió más que el eco de sus propias voces.

Adelantaron.

Encontraron otra escalera.

—Y van tres — dijo uno de los alguaciles.

—No acabaremos en toda la noche.

Subieron, levantaron la trampa y salieron a una cocina.

—¿Qué es esto?

—Otra casa...

—¡Ah!...

—Veamos, veamos.

Era, efectivamente, otra casa, cuya puerta daba a la calle de Trujillo.

No necesitaban cavilar para comprender cómo había entrado el fraile y cómo se habían ido los tres.

Entonces cayó el buen alcalde en la cuenta de que el reverendo no había querido más que ganar algunos minutos para dar tiempo a que Nicasia y Martín saliesen.

Ya era inútil buscar.

No había ya que temer al fraile y sus pistolas, y los corchetes, envalentonados, prorrumpieron en juramentos y amenazas.

(Continuará)

Raúl de Lancaste

Los Secretos de una Gran Ciudad

Intenso romance de aventura, de intriga, de sacrificio y de heroismo, escrito

Por HAL SIDNEY

Autor de "Detrás de la Puerta Cerrada"

(Continuación)

PERO algo había en la habitación que atestiguaba que allí había habido alguien. En el borde de la ventana y en el piso, junto a la misma, se veían gotas de sangre. El tiro había, indudablemente, dado en el blanco.

Pero, ¿dónde estaba el escondrijo en el que aquel hombre — herido — se había cobijado? Antes había desaparecido en aquella habitación. Sin embargo los espacios que había entre los espejos eran sólidos. Jim examinó los espejos mismos y los encontró firmemente sujetos a la pared. Por ninguno de los muros había escapatoria posible.

—¡Esto sí que es raro! — comentó Jack. — ¡Viene a ser como si se hubiera subido a un árbol y se hubiera llevado el árbol después!

La ventana estaba abierta todavía. Jim se asomó. ¿Qué era lo que la mano había estado buscando cuando la hirió el tiro? Fuera de un trozo de madera que flotaba en el agua no se veía absolutamente nada. La superficie del agua estaba casi cubierta por plantas acuáticas.

Junto al borde de la ventana. Jim notó — del lado de fuera — y al tacto, la presencia de una hendidura como la de un toma-corriente para aplicar un coductor eléctrico. Pero su objeto — si alguno tenía — no se podía comprender.

—¡Mire, señor! ¡Otra vez! — exclamó Jack en aquel momento.

Jim se volvió con rapidez. El ojo que antes se había reflejado de manera tan extraña había aparecido de nuevo en el espejo — o mejor dicho en los seis espejos, — pues la aparición se reflejaba de uno en otro a la luz de la bujía que Jack había encendido.

Era como si de cada uno de los espejos un solo ojo humano y viviente les mirara amenazador.

Después — como antes — se borraron todos a la vez, de los espejos.

Jack se estremeció.

—¿Qué significa esto, señor? — exclamó aun cuando no esperaba respuesta porque sabía que Jim no estaba en situación de dársela.

¿Se trataba de alguna estratagema para asustar al nuevo propietario de la Granja de Darkmere y hacerle desistir de volver a ocuparse de la casa?

Tan difícil era explicar esto como explicarse de qué modo habían aparecido y desaparecido de los espejos los misteriosos ojos.

Su tío le había dicho en la carta que la Granja de Darkmere encerraba un secreto y su primera visita había convencido a Jim por completo de que la casa que había heredado presentaba más que razones suficientes para justificar las advertencias y temores del difunto.

—Pero después de lo que hemos visto esta noche me parece que se le debe llamar no la casa "del secreto", sino "de los secretos" — dijo Jim. — Aquí hay misterio no solo dentro sino fuera del edificio, — añadió.

El desconocido que había disparado el tiro, ¿quién podía ser? Lo que quedaba plenamente demostrado era una cosa; que no era amigo de los incógnitos antagonistas que Jim, — a juzgar por la carta amenazadora que había recibido, — tenía en contra suya.

¿Era posible que fuese Rodman? Sin embargo, fuera de lo que hacía sospechar el pañuelo rojo que había hallado, Rodman era

Los secretos de...

la última persona en quien se le hubiese ocurrido pensar a tal respecto.

No buscaron más. Jim se convenció, — como no se había convencido durante su primera visita, — de que, en la oscuridad, aquella casa podía tener alguna trampa invisible. Las advertencias que había oído le hacían desconfiar.

¿Creía Rodman que alguna trampa terrible le amenazaba allí dentro?

Jim sabía que el hombre con la mano herida estaba, en aquel momento, oculto en algún escondrijo de aquella vieja casa. Y con él, ¡quién sabe cuantos otros! La más elemental prudencia aconsejaba dejar para otro momento, — y a la luz del día, — la visita detenida a toda la vieja mansión.

Jim llevaba el revólver prevenido, en la mano, cuando él y Jack se dirigieron hacia el hall.

Pero el pesado silencio de la siniestra casa no se vió turbado. Había en ella una tranquilidad sepulcral.

Salieron de la casa. Jim cerró la puerta con llave. Siguieron por el camino, hacia el portón.

Pero antes de salir Jim llamó a la puerta de la casita de la portería. Necesitaba confirmar o rechazar su sospecha respecto a Rodman. Oyeron ladrar al perro y poco después apareció Rodman, restregándose los ojos.

—¡Debo haberme quedado dormido sentado en la silla! — dijo con tranquilidad y mientras miraba el reloj de pared. Después agregó con sorpreso: ¡Pero si he estado dormido cerca de una hora!

No habían pasado treinta minutos desde el momento en que se había disparado el tiro. Pero el hombre no tenía, como antes, el pañuelo rojo puesto al cuello.

—¿No oyó una detonación? — preguntó Jim.

—¿Una detonación? ¡Cómo! ¿Un tiro? Es raro que Rock no ladrase y me despertara, — dijo Rodman con indiferencia. — Es fácil que la detonación sonara en el presidio que está del lado de allá. A veces se escapa algún penado y entonces tiran un tiro.

—Fué mucho más cerca, no en el presidio de Bleakmoor. Fué en el parque de esta propiedad, — dijo Jim con lentitud. — ¡Y lo que es curioso, recogí este pañuelo que, según me parece, es suyo!

Al decir esto observaba con atención el rostro de Rodman.

—Es mío con seguridad, — dijo el anciano. — ¿Dónde lo encontró, señor Strangways?

—Entre los árboles, cerca del foso. Yo había notado que usted tenía puesto hoy, cuando llegué, un pañuelo como ese, — agregó Jim con intención.

—Tiene razón. Me lo quité después de comer porque no pensaba volver a salir.

Rodman entró en su cuarto y volvió con otro pañuelo igual en la mano.

—En cuanto al tiro estoy por creer que se trata de alguna hazaña de cazadores furtivos.

—Podría ser, pero no; no eran cazadores furtivos.

Jim dominó su deseo de hacer más preguntas. Suponía que aquel viejo taciturno, no le diría de ningún modo la verdad, si acaso la sabía.

Se retiró intrigado. No lograba darse exacta cuenta del verdadero carácter de Rodman. Si era Rodman quien había disparado aquel tiro se comprendía que el viejo no tenía ganas de confesarlo. Las palabras del hombre habían sido todas evasivas.

—No sé si estaré equivocado, pero estoy creyendo que Rodman es algo distinto de lo que exteriormente parece.

El y Jack se dirigieron hacia el sitio donde habían dejado el automóvil. Jim puso el motor en marcha y, volviendo por el camino lateral, pasaron al camino carretero y continuaron la marcha.

Antes de regresar a Orchardway iba a dejar a Jack en casa de la señora de Birket y a conversar cinco minutos con Marjorie. Se felicitaba de que Marjorie dejara la casa de Surrey al siguiente día. Después de que su padrastro y tutor, el doctor Marr, había andado por aquellas inmediaciones, ese sitio había dejado de ser completamente seguro.

—Me parece, señor, que debe usted estar agradecido a la suerte porque su señor tío no dispuso que viviera usted en la Granja de Darkmere, — dijo Jack indicando con el pulgar la casa donde habían estado.

—¡Prefiero mi buhardilla de Westminster donde llueve por entre las tejas como en mitad de la calle! Allí no tenía yo ni dos pulgadas cuadradas de espejo, y estaba roto en dos pedazos, pero lo preferiría a esos grandes espejos en los que aparecen ojos terribles que miran de repente sin que se sepa de dónde han salido. ¡Y el sitio es solitario como él solo! Ese viejo Rodman debe ser hombre de muy buenos nervios cuando se aviene a vivir solo en semejante lugar.

Sin duda aquellos caminos que se extendían por la llanura pantanosa eran muy desolados. Debían hallarse Jim y Jack, en aquel momento, a muchas millas de toda población. Solo se distinguían, lejanas, dos o tres luces de ventanas de casas de campo.

—¡Me parece que Rodman sabía, sobre lo del tiro, más de lo que demostraba saber! — dijo Jim pensativo. No podía quitarse de la imaginación la idea de que el hombre acurrucado en la obscuridad había sido Rodman. — ¡Eh! ¿Qué le pasa al motor?

En su viaje desde Londres el automóvil había funcionado admirablemente bien. Pero desde que se había alejado de la Granja de Darkmere había demostrado hallarse descompuesto. De pronto un ruido de hierros había provocado aquella exclamación de Jim. Dirigió el coche a un lado del camino, lo detuvo y saltó de su asiento para examinar la máquina.

Hizo un gesto de asombro.

—¡Jack! ¡Esto si que es extraño! ¡Parece que alguien ha tocado el motor! — exclamó. — ¡Y ha sido mientras estuvimos en la Granja por segunda vez!

Si no lo había tocado nadie era curioso que varias tuercas se hubiesen aflojado a la vez.

Al parecer el motor no había sufrido daño ninguno pero era necesario recorrer y asegurar todas las tuercas para apretar las que

estuvieran flojas y este era trabajo de lo menos, un cuarto de hora.

Jim estaba forcejeando con una llave inglesa cuando percibió a lo lejos el suave jadear de un motor. Poco a poco el ruido se hizo más fuerte y más claro. Era el de un automóvil que se acercaba hacia ellos y,—como Jim pudo apreciarlo — a toda velocidad.

Miró hacia el largo y recto camino. La oscuridad era poco atenuada por algo de luz de la luna. No se veía nada aun cuando a juzgar por el ruido que se oía, el automóvil que llegaba debía hallarse suficientemente cerca para que se vieran sus luces.

—¡Esto es curioso! — murmuró Jim. — ¿Por qué viajarán sin luces?

Casi en el mismo momento en que habló, el automóvil que llegaba pareció surgir ante él. Era un coche grande que inmediatamente se halló sobre ellos pero no sin que antes Jim, por puro instinto, se pusiera en guardia.

Con la mano derecha arrastró a Jack hacia la cuneta mientras, rápido como el pensamiento, dirigió la luz de su linterna eléctrica hacia el rostro del que manejaba al automóvil sin luces, en el momento en que éste pasó a toda velociad.

La mente humana muévese rapidísimamente en los momentos de peligro. Jim pensó en aquel instante que los que iban en aquel coche le perseguían. A no haberse retirado tan a tiempo, él y Jack hubieran sido aplastados por el coche que pasó, aplastados por movimiento voluntario del que manejaba el vehículo.

Pero el rayo de luz que le dió de pronto en la cara hizo que el chauffeur se aturdiera un brevísimo instante y que el automóvil se desviara de modo que pudo serle fatal. El coche sin luces casi cayó en la cuneta del otro lado del camino. Gracias tan solo a la grandísima habilidad del que lo manejaba, evitó un desastre. Casi en seguida desapareció el automóvil tras una curva del camino.

Algo que aquel rayo de luz reveló a Jim en el instante que se fijó en el rostro del chauffeur, fué muy curioso. ¡El hombre que manejaba el automóvil sin luces iba enmascarado!

—¡Suerte hemos tenido! — dijo Jack que se hallaba pálido pues la emoción había sido rápida e intensa. — ¡Hubo un momento en que me consideré aplastado sin remisión!

—Eso se proponían: aplastarnos, Jack, aun cuando pudieron pasar ellos mismos un mal momento y chocar con nuestro coche, — dijo Jim. — ¿Vió usted que iban con antifaz? Su intención no era buena. Debían ser los mismos que descompusieron el motor. Estoy seguro de que creen que fué uno de nosotros el que disparó el tiro que hirió a uno de ellos, en la mano.

Jim sentíase cada vez más convencido de que el hombre que había sido herido en la mano no era el único que se hallaba en la Granja de Darkmere en aquel momento.

Aquellos desconocidos enemigos no habían perdido mucho tiempo en emprender la persecución lo que convenció a Jim de que se hallaba bajo una amenaza que no podía, de ningún modo, ser considerada como de poca importancia. Se trataba sin duda de una gavilla en extremo peligrosa.

Pero Jim estaba decidido. No se dejaría intimidar. En sus labios apareció una sonrisa.

—¡Tendré pronta una bala para el primer automóvil sin luces que se acerque a nosotros!

Cinco minutos después su coche se encontraba en condiciones de seguir el interrumpido viaje. No se volvió a oír el ruido del automóvil que había pasado sin luces y había seguido por el oscuro y solitario camino. Pero Jim, al tomar el volante, lo hizo con todos sus nervios en tensión, en plena alerta.

De pronto, Jack lanzó una exclamación:

—¡Oiga, señor!

Jim había oído también. Era algo como un grito que procediera del camino delante de ellos. La oscuridad era densa, pasado el sitio a donde alcanzaba la claridad de los faros delanteros. No era posible ver de dónde procedía el grito.

¿Era alguna nueva trampa?

—¡Paren! ¡Por Dios! ¡Paren!

El grito volvió a oírse en mitad del camino. La voz era la de una persona desesperada.

Entonces, dentro del espacio iluminado por las luces delanteras, Jim notó la presencia de un hombre que, parado en mitad de la carretera, levantaba los brazos indicándole que se detuviera.

¡Aquel hombre vestía el antipático unifoi me de los presidiarios!

LA TRAMPA DEL ENMASCARADO

Era un persidiario! Jim detuvo el automóvil y saltó al suelo. Se dirigió hacia el hombre que estaba de pie en el camino. A la luz de los faros se veía su rostro pálido, lleno de terror. Parecía tambalearse, exhausto, fatigado.

¿—Por qué me ha hecho detener, amigo mío? — preguntó Jim. — Usted es un presidiario fugado, ¿no es así?

El hombre permaneció callado. Pero no era necesario que hablase. El odioso uniforme que llevaba puesto indicaba de dónde procedía.

—¿Por qué me hizo detener? — repitió Jim. — ¿Esperaba usted quizás que yo le prestara ayuda?

—¡No! ¿Cómo podía yo saber quien venía en el automóvil? No pude ver más que las luces que se acercaban. Era posible que se tratara de la policía o de los guardianes del presidio que me andan buscando. ¡Cuando uno ha sido perseguido, como yo, durante horas y horas, corriendo a ciegas de un lado a otro, sin saber a donde ir, se empieza a ver un persegnuidor en cada sombra! — dijo el hombre estremeciéndose de miedo.

Su voz, que debía ser bien timbrada y culta, sonaba ronca y entrecortada por la fatiga. El hombre parecía próximo a caer desfallecido.

—No fué para que me socorrieran a mí para lo que yo les detuve. ¡Si me figuré que eran de la policía! ¡Y si no los de la policía, alguien capaz de prenderme y devolver-

me al presidio! — exclamó el penado. — Pensé sólo un momento en salvarme yo y dejar que corrieran ustedes a un terrible desastre... ¡Pero no era posible que yo hiciera semejante cosa!

—¿Desastre? ¿Qué quiere usted decir con eso? — preguntó, agitado, Jim.

—Si ustedes no hubieran hecho caso de mis gritos y hubieron adelantado diez yardas más... ¡Mírenlo ustedes mismos!...

El hombre se encaminó pesadamente por la carretera y Jim le acompañó. En seguida se dió cuenta éste de qué se trataba.

Tirantes, cruzando de lado a lado el camino, estaban colocados tres fuertes alambres de cobre. Hallábanse atados de uno y otro lado, a troncos de árboles. El alambre más alto venía a quedar a la altura de la cara del que pasara manejando un automóvil.

—¡Infames! — murmuró Jim al percatarse de la terrible trampa puesta allí, seguramente, para que él cayera en ella.

Por lo menos un accidente horrible, la muerte tal vez, le acechaban en aquel camino tras aquellos alambres.

Al pasar con rapidez no hubiera podido ver a tiempo los mortíferos alambres, si acaso los hubiera visto. Tembló al pensar lo que hubiera sucedido de no haber sido por la advertencia del penado.

Los hombres del automóvil sin luces eran los autores de aquello sin duda alguna. Las palabras del penado confirmaron tal impresión.

—Yo estaba escondido, acostado al pie de un cerco, cansado de correr. No me hallaba bastante cerca para darme cuenta exacta de lo que hacían, pero cuando se alejaron me acerqué y ví que habían puesto esos alambres cruzando el camino. Traté de desatarlos de uno de los troncos. Si hubiera podido dejar libre el camino no les hubiese detenido a ustedes, pues no sabía si eran o no de la policía. Pero habían apretado los alambres con alicates y no tuve fuerza en los dedos para desenroscarlos. Entonces oí el ruido de su automóvil que se acercaba, ví las luces, comprendí que se produciría el desastre y sentí que, aun cuando se tratara de los de la policía, mi deber era evitarles la catástrofe.

Mientras hablaba, el hombre escuchaba temeroso si alguien se acercaba.

—He corrido casi hasta caerme, — agregó.

—Pero ¿qué esperaba usted al huir? — dijo Jim muy atentamente, compadeciéndose de aquel hombre perseguido, por culpable que pudiera ser. — ¿No comprendía que le conocerían aun cuando no fuera más que por el traje?

—No me detuve a pensar en nada. Se me presentó la ocasión de escapar y escapé. No pensé más que en la libertad. ¡Libertad después de tres años de encierro! Tal vez pudiera entrar en una casa y conseguir ropa... Y en todo caso, arrojarme desesperado al río. ¡Al fin, la muerte también es libertad!

Jim miraba con interés el rostro de aquel hombre. No era aquella cara la de un empedernido criminal. En otras circunstancias, sin aquella expresión de miedo y de dolor, debía ser muy agradable.

—¿Quién es usted? — preguntó de improviso Jim.

—¿Importa acaso? — dijo el hombre. — Cuando ustedes avancen alguien los detendrá y les preguntará si me han visto. Son los de la policía y los guardianes de la prisión. Si algo agradecen lo que he hecho, digan que no me han visto. Es lo único que pido. — dijo implorando. — ¡No me denuncien!

—¿Después de haber salvado a mi amigo y a mí de la muerte? ¡No! ¡Eso nunca! — dijo Jim. — Pero... ¿quien es usted?

—Antes de ser un "número" en el presidio, me llamaba George Cartwright. Me hallaba en el presidio de Bleakmoor, condenado a diez años por un crimen, ¡si es que fué crimen! que volvería a cometer mañana mismo, — exclamó el hombre con súbito enojo.

—¡Cartwrigh! ¡Pero si ya recuerdo!

El caso presentóse a la memoria de Jim. Había sido un acontecimiento que interesó muchísimo a todo el público tres años atrás.

Durante varios años un pillo había explotado infamemente al padre de Cartwright, le había arruinado y había causado su muerte prematura. Después de la muerte de su padre, George Cartwright se enteró de la verdad. Buscó al pillo y lo castigó con furor y apasionamiento. Uno de los golpes que le dió lo hizo caer al suelo con tan mala suerte que se desnucó y murió.

Cartwright, — que era un distinguido artista dramático, — fué procesado por homicida. El público demostró grandes simpatías en favor del acusado. El jurado encontró circunstancias atenuantes aun cuando manifestó que el procesado había sido el causante de la muerte del pillo. Con asombro general el juez haciendo alarde de una falta de piedad que llamó mucho la atención, le condenó a diez años de presidio.

Jim recordaba especialmente el caso porque un amigo suyo había solicitado, — sin el menor éxito por cierto, — la revisión del proceso de Cartwright.

Jim miró al desesperado y perseguido penado con súbita conmiseración. De pronto preguntó:

—¿Sabe usted manejar automóvil?

—¡Sí!

El hombre le miró con asombro.

—Bien. Infringiré la ley prestándole ayuda, si puedo, no solo por el servicio que nos ha prestado esta noche sino también porque estoy convencido de que, al sentenciarle, no se hizo justicia, — dijo Jim.

—¡Y yo soy de su misma opinión! — exclamó Jack.

El rostro del desesperado expresó contento e incredulidad.

—¡Pero nos vamos a encontrar con los que me buscan y entonces...

—Entonces espero que sigan buscando sin encontrarle.

Jim corrió hacia el automóvil. Al salir de Orchardway aquella mañana había puesto en el cajón del coche el capote y la gorra de automovilista por si hacía frío por la noche. Volvió con ambas prendas.

—Póngase esto. Es usted mi chauffeur. ¡Pronto! ¿Me ha entendido?

El perseguido no necesitó mayor explicación. El capote le llegaba casi a los tobillos. El uniforme del presidio quedaba oculto. La gorra de visera completaba el cambio de aspecto.

Jim se quitó el pañuelo de seda blanco que llevaba al cuello.

En el primer momento el hombre intentó hablar para expresar su gratitud pero no acertó a decir nada.

—No... No olvidaré nunca su bondad.— dijo con voz entrecortada por la emoción.— ¿Quiere usted decirme su nombre?

—Me llamo Strangways.

—¿Pero no será usted el señor Strangways que ha heredado hace poco una gran fortuna y varias famosas piedras entre las que está uno de los brillantes mas grandes del mundo? — exclamó sorprendido.

—Jim se rió.

—Supongo que el brillante llamado "Lago de Fuego" puede ser considerado así, — dijo recordando el nombre de la famosa piedra que figuraba en la herencia de su tío. — ¿Pero cómo lo sabe usted si ha estado en presidio? No hace aun sino poco mas de dos semanas que heredé esa fortuna.

—¡Oh! En el presidio se entera uno de muchas cosas... ¡De cosas muy raras a veces! Las sabemos por vía del "telegrafo sugterráneo", como se le llama, — dijo el penado. — Una o dos palabras dichas en voz baja durante el paseo o en el trabajo... Luego, los mensajes de celda a celda por medio de golpecitos en la pared. Me hallaba ya preso cuando me enteré de quién era usted, señor Strangways.

Calló, sobresaltado. Volvió a su rostro la expresión de temor.

—¡Esuchen! ¡Ya vienen!

De poca distancia llegaba el ruido de las pisadas de un caballo. Después se vió una luz que debía ser la de un farol que alguien llevaba en la mano.

—Puede ser una falsa alarma, pero hay que tomar precauciones, — dijo Jim en voz baja. — ¡Pronto! ¡Usted debe estar ocupado sacando el alambre! — Sacó la caja de herramientas del automóvil. — Quédese metido en la zanja de ese lado para que no le vean los pies, pues podrían reconocerle por el calzado. ¡Calma! ¡No se olvide de que es mi chauffeur! ¡De lo demás me escargo yo!

En el apuro del momento el hombre pareció olvidar su cansancio. Corrió hacia el árbol en torno de cuyo tronco estaban atados los extremos de los alambres de un lado. Las plantas del costado del camino ocultábanle los pies.

El ruido de las pisadas del caballo se aproximó. El jinete avanzaba con lentitud, siguiendo a alguien a pie, el que traía el farol.

Pero en cuanto vió las luces del automóvil el hombre del farol se detuvo y el del caballo refrenó su cabalgadura.

—¡Pronto, Jack! ¡Avíseles que está el alambre! — exclamó Jim.

Ya lo había pensado el muchacho. Jack había sacado uno de los faroles del automóvil. Con él en la mano corrió al encuentro de los dos hombres gritándoles que se detuvieran.

La suposición del penado fugitivo era exacta. El hombre a caballo era un agente de policía. El que traía el farol, y habíase quedado algo atrás, era uno de los guardianes del presidio de Bleakmoor.

EL SEGUNDO AVISO

El agente de policía a caballo detuvo la marcha de su cabalgadura cuando Jack se acercó hacia él corriendo y gritando.

—¿Qué sucede? — preguntó el hombre alarmado.

El resplandor del farol, que le daba en los ojos, no le permitió ver en el primer momento la barrera que cruzaba el camino a pocas yardas de distancia de donde se había parado.

—Vi las luces de su automóvil y me acerqué para preguntarles si no han visto a un penado que ha huido de la prisión de Bleawmoor. Pero, ¿por qué gritaba? — preguntó. — ¿Le han encontrado quizás?

—¿Al presidiario? ¿Pero se ha escapado alguno? — dijo Jim que se había acercado. — Por lo que se le avisó fué por esto, para evitarle un mal tropiezo. ¡Mire!

Jack dirigió la luz del farol hacia los alambres tendidos de un lado a otro del camino.

El agente se había apeado. Observó el obstáculo con toda atención.

—Me alegro de no haber tropezado con eso, — dijo. — Pero ¿qué significa esa barrera, señor? — agregó dirigiéndose a Jim.

—Significa que por este camino, en un automóvil que pasó hace poco, va un grupo de criminales a los que quisiera prender, oficial. Es de presumir que esos alambres los pusieron ellos ahí, dedicados especialmente a mí, — dijo Jim. — Por pura casualidad los ví y pude detener el coche a tiempo, evitándome un desastre. Mi chauffeur está allí, tratando de desprender el alambre. ¡Jack! ¡Ayúdele sino nos vamos a pasar aquí toda la noche!

El agente de policía miró un instante al hombre que tenía puesto el capote y la gorra. En seguida volvió de nuevo la mirada hacia Jim.

—¿Conoce usted entonces a los que pusieron el obstáculo, señor?

Mientras el de policía hablaba llegó el guardián que traía el farol. A alguna distancia, por el campo, Jim podía distinguir otras luces, llevadas por hombres que buscaban al fugitivo.

—Voy a decirle todo lo que sé, — manifestó Jim. — Dicho sea de paso, me llamo Strangways y soy el nuevo propietario do la Granja de Darkmore.

—Conozco la propiedad, señor, — dijo el de policía con tono respetuoso, — y también su nombre. Usted es el sobrino del señor Frayde, ¿no es así?

—Así es. Vine a visitar la casa. Al regreso, un automóvil que no llevaba luces, apareció tras de nosotros. Debido a un inconveniente del motor, nos habíamos detenido a un lado de la carretera. El automóvil sin luces nos quiso atropellar ¡deliberadamen-

te! ¡Estoy seguro de que fué de intento! Los hombres que iban en el automóvil llevaban la cara tapada con antifaces. Pasaron cinco minutos antes de que pudiéramos volver a ponernos en marcha y, a poco, casi dimos contra esto. Los del otro automóvil habían empleado bien los cinco minutos. Nos libramos, por pura casualidad, de un gravísimo desastre.

El de policía miró asombrado.

—¡Los del automóvil iban con antifaces! — exclamó. — ¿Tiene usted alguna idea de quienes pueden ser y por qué han tratado de hacerle daño?

—Estoy convencido de que una gavilla de canallas usa aquella casa desalquilada para sus infames propósitos y desea asustarme para que no vuelva a aparecer por ella. Recibí un aviso anónimo previniéndomelo. Me sería agradable que usted y sus hombres vigilaran todo cuanto pudieran la Granja de Darkmere.

Y al decir esto, Jim deslizó una moneda en la mano del empleado de policía.

—Haré todo lo posible, señor. Se cuentan cosas muy curiosas sobre esa casa, — dijo.

—No me sorprende después de lo que he visto esta noche, — dijo Jim. Y agregó, como si estuviera impaciente, dirigiéndose a su chauffeur: — ¿Aun no ha desprendido esos alambres?

Fué Jack el que contestó. Había soltado el último de los alambres. Jack cruzó el camino enrollando los hilos de cobre y luego arrojó el rollo en la cuneta del otro lado junto al árbol a que estaban atados los otros extremos.

—¿Qué es aquello? — preguntó Jim indicando las luces que se veían a lo lejos.

El policía y el guardián se volvieron a mirar hacia donde señalaba la mano de Jim y con gran satisfacción para éste, el supuesto chauffeur aprovechó la oportunidad que se le presentaba y ocupó el asiento tras el volante, mientras los otros estaban vueltos de espaldas.

—¡Ah! Esos son otros guardianes de la prisión, señor, — dijo el carcelero. — Se ha escapado un presidiario.

—Ya recuerdo que lo mencionó usted,— dijo Jim al de policía. — Supongo que el infeliz no tendrá probabilidad ninguna de evadirse al fin y al cabo.

El guardián se rió.

—Una contra mil, señor. Nos dará un poco de trabajo, pero indudablemente le habremos prendido antes del amanecer. ¡No le quepa duda!

—Por mi parte y aun cuando mis simpatías vayan mal encaminadas, están de parte del perseguido, — dijo Jim sonriendo. — Pero si no les puedo desear buena suerte en su investigación, puedo, al menos, ofrecerles un cigarro. — Sacó la petaca y el guardian, sonriendo, tomó un cigarro de hoja y otro el de policía. — ¡No deje de fijarse por si encuentra al automóvil sin luces, policeman! Aquí tiene mi dirección. — Y dió una tarjeta al de policía. — ¡Buenas noches!

Y Jim se dirigió hacia el automóvil. Subió al coche y se sentó junto al pretendido chauffeur. Jack ocupó uno de los asientos de detrás. El coche avanzó.

—¡Buenas noches, señor! — dijeron los dos de uniforme cuando el automóvil aumentó su velocidad.

El peligro había pasado.

—¡Qué agradecido estoy, señor! — exclamó el que manejaba el coche con voz entrecortada por la emoción. Ante aquel hombre se abría en aquel mismo momento la libertad, no como un sueño, sino como una realidad.

Pocos minutos después Jim volvió a ocupar su sitio tras el volante. El penado se sentó en uno de los asientos del interior del coche, dejándose caer en los mullidos almohadones casi extenuado por completo.

En la primera población por donde pasaron, Jim, al ver abierta una zapatería, paró el coche y descendió a comprar unas polainas de cuero. Con ellas quedó cubierta la única parte del uniforme que podía verse por debajo del capote. También compró, — un poco después, — unos sandwiches que el hombre devoró con grande apetito.

Por el momento debía llevar a Cartwright a la casa de Richmond. Ya habría tiempo después para combinar nuevos planes. En Orchadway había mucha ropa del tío de Jim y se encontraría lo necesario para vestir al fugitivo. Pero primero tenía que ir Jim a Surrey, a casa de la señora Birket, para dejar allí a Jack.

—No tardaré mucho, — dijo a Cartwright cuando descendió del automóvil delante del portón de la casita de la señora Birket.

Cuando él y Jack estuvieron en el camino del jardín, le dijo en voz baja al muchacho:

—No hay que decir ni una palabra de lo que ha sucedido en la Granja de Darwmere. No quiero alarmar a Marjorie.

La señorita Penrose fué la que abrió la puerta del chalet antes de que ellos llegaran a ella.

—Siento mucho no poder detenerme un rato, — díjola Jim. — En el automóvil está esperando una persona. Pero mañana vendré a pasar el día con usted desde que no puedo quedarme ahora como lo había pensado.

—¿Quién está en el automóvil? — preguntó Marjorie con sorpresa. — ¿Algún amigo de usted?

—Amigo precisamente no, — dijo él evasivamente. — ¿Le extraña a usted que, hallándose escondido aquí traiga alguien conmigo? Se trata de alguien a quien, por ciertas y graves razones tuve que invitar a subir en el automóvil en Essex. Pero, aun cuando lo quisiera no podría indicar ni aproximadamente la situación de esta casa, — añadió riendo. — De todos modos, usted se irá de aquí mañana. ¡No! No hubiera sido prudente hacerle entrar.

Mientras hablaba preguntábase Jim qué cara hubiera puesto la señora Birket si le hubiese visto entrar junto con Cartwright, vestido con el uniforme de los presidiarios bajo el capote de chauffeur.

Marjorie despidió a Jim desde la puerta de la casa agitando la mano mientras el automóvil se alejaba. El poderoso coche se dirigió rápidamente hacia Richmond.

A Jim le fué muy agradable llegar por fin a Orchardway. Gracias a las polainas nada se veía del uniforme de Cartwright mientras el hombre entró en la casa tras del propietario.

La señora de Byng, el ama de llaves salió a recibir a Jim. Parecía algo disgustada.

—El señor Jermy estuvo de visita esta noche, señor. Dijo que había venido con confianza, a fumar una pipa y a conversar un poco. Yo no le pude decir cuanto iba usted a tardar, pero él se metió y dijo que esperaría. Estuvo en la biblioteca, a la que le acompañó Thomas, el mucamo.

Jermy era un vecino que, — según le dijo la señora Byng — visitaba con frecuencia al señor Frayde. Era Jermy hombre de vida independiente, de unos treinta y cinco años y se había presentado a Jim al segundo día de la llegada de éste a Orchardway, fundado en la amistad que le ligara con Gilbert Frayde.

—En el momento en que Thomas salía de la biblioteca, dejando allí al señor Jermy— continuó la señora Byng con cierta nerviosidad, — el mismo señor Jermy le llamó muy apresurado. Parecía emocionadísimo...

—¿Qué había pasado? — preguntó Jim al notar que la señora Byng callaba. Comprendía que cuando el ama de llaves no se atrevía a decirlo, debía tratarse de algo muy desagradable.

—El señor Jermy había hallado algo pegado al borde del espejo de sobre la chimenea aun cuando nadie puede explicarse cómo llegó hasta allí. He interrogado a todos los criados. La ventana estuvo cerrada toda la tarde. ¡Para mí es un perfecto misterio, señor, un perfecto misterio!

—Sí, pero aun no me ha dicho usted de qué se trataba — dijo Jim.

La anciana ama de llaves le mostró un pedazo de papel en el que estaban trazadas las siguientes palabras:

"Esta tiene por objeto advertirle — por
" segunda y última vez — que no se acer-
" que de ningún modo a la Granja de Dark-
" mere o de lo contrario le sucederá lo peor
" que puede sucederle".

Y otra vez, como firma, se veía un ojo dibujado.

Era un nuevo aviso de los hombres enmascarados que habían fracasado aquella noche en su tentativa de producir una catástrofe que destruyera su automóvil en el camino de Essex. ¡Y el aviso estaba esperando allí, en su propio domicilio, a su regreso a Orchardways!

UN DATO DE IMPORTANCIA

Jim miró el papel durante un momento, de pronto, preguntó con gran interés:

—¿Qué hora era cuando vino el señor Jermy?

—Más o menos las nueve y media, señor.

Eran las nueve cuando salió de la Granja de Darkmere y cuando se realizó la tentativa de hacer que se destrozara su automóvil. ¿Cuanto tiempo llevaba allí aquel aviso cuando Jermy lo encontró? Y, sobre todo, ¿cómo había podido llegar hasta la biblioteca estando las ventanas cerradas? ¡No era posible que nadie hubiese entrado en la casa sin que le vieran!

—¡Rápidos anduvieron! — murmuró Jim. Después preguntó en voz alta: — ¿El señor Jermy no esperó?

—Esperó como una media hora, señor. Después se fué diciendo que ya vería al señor en otro momento.

Pero Jim no estaba especialmente interesado en el señor Jermy en aquel momento. Pensaba en el segundo aviso, entregado como el primero, dentro de su casa, habiendo entrado y salido el mensajero sin que nadie le viera.

—Muchas gracias, señora Bing. No se preocupe. Debe tratarse de una broma, — dijo.

Puso el papel sobre la mesa, con fingida indiferencia. Pero los sucesos que se habían desarrollado aquella noche no eran cosa de broma.

Cartwright había estado de pie, nervioso, escuchándolo todo. En cuanto la señora Byng se retiró Jim le acompañó al piso alto donde encontraron la ropa necesaria para vestirse de nuevo. No quiso oir las frases de agradecimiento del presidiario. Después de todo él se hallaba en una situación semejante. El también se escondía de la justicia que le buscaba y de no haber sido por Jack se hallaría entre las rejas de la cárcel.

En verdad, por su parte, era inocente del crimen de que se le acusaba — la muerte del anciano Viziard. Pero Jim fué uno de los muchos miles que en Inglaterra habían protestado contra la condena de Cartwright, así que no se consideraba tan culpable por haberle facilitado el modo de quebrantar su confinamiento.

—Cuando esté vestido, baje a la biblioteca, — dijo Jim.

Diez minutos después Cartwright se presentó. Vestido con un traje de saco gris oscuro, parecía otro hombre. Entró en la biblioteca tímidamente como temeroso de su propia sombra. La disciplina de hierro del presidio había influído en su carácter.

—Acérquese y siéntese junto al fuego — díjole Jim. — Aquí no nos molestará nadie. Voy a servirle un poco de whisky y soda.

—Es usted muy bueno, señor Strangways, — dijo el otro. — No me doy cuenta todavía de todo lo grande de su bondad. ¡Por fin libre! ¡No lo olvidare nunca!

Al acercarse hacia la chimenea Cartwright miró sin querer el papel de advertencia que Jermy había encontrado. Se estremeció. Jim notó el efecto que le había causado.

—Siento mucho, señor Strangways... No pensé leerlo, pero...

—¿Pero qué?

—Iba a decir que espero que no habrá tenido usted que encontrarse con la "Liga del Ojo" y no se habrá hecho enemigo de ella, — dijo el hombre que acababa de huir de la prisión de Bleakmoor.

—"¡Liga del Ojo!" — replicó Jim sorprendido. — ¿Qué es eso?

—¿Es de ellos esta carta? Siempre firman así sus comunicaciones — dijo Cartwright. — Es una gavilla compuesta de los criminales más audaces de Londres, con amplias ramificaciones y con un consejo di-

rectivo que celebra sus servicios no se sabe dónde.

Jim le miraba con grandísimo interés.

—La primera vez que oí hablar de esa gavilla fué en el presidio, — siguió diciendo Cartwright. — Ya le he dicho que allí se entera uno de cosas muy raras. Fué en Bleakmoor donde oí, por primera vez, hablar de usted, señor Strangways.

—¿De mí? ¿Con qué motivo?

—Con motivo de haber heredado usted varias joyas de valor y entre ellas el brillante de gran tamaño llamado "Lago de Fuego", codiciado por cierto por todos los ladrones de Londres. Por la prisión corrió la noticia de que el "Lago de Fuego" había cambiado de propietario — dijo Cartwrignt. — Es extraño cómo corren las noticias por dentro de un presidio y con toda rapidez. Un crímen que se cometió y con el cual la "Liga del Ojo" estaba relacionada directa o indirectamente se supo en la prisión antes de las veinticuatro horas. Un mensaje por medio de golpecitos, me fué comunicado por mi vecino el de la celda de la derecha. El mensaje decía que un hombre, señalado por la "Liga del Ojo", porque una vez había hecho caer en manos de la policía a uno de los servidores de la gavilla, había pagado su "delito" y había muerto de un tiro.

—¿Asesinado? — exclamó Jim.

—Sí. ¡Pobre hombre! Era un viejo que tenía un establecimiento en Westminster.

—¡No será el propietario de una fábrica de figuras de cera, un tal Viziard! — dijo Jim rápidamente y muy nervioso.

—¡Sí! — manifestó Cartwright mirándole sorprendido.

Durante un momento, Jim no pudo hablar. Se había puesto muy pálido. ¿Se hallaba ante un verdadero rastro del asesino? ¿Era algún miembro de la gavilla cuya mano oculta habíase hecho notar en la Granja de Darkmere — debido a una asombrosa coincidencia, — el culpable que debía ser entregado a la justicia para que dejase de cernirse sobre él la injusta acusación?

La asombrosa coincidencia le dejó un momento atónito.

Después exclamó:

—¡Dígame usted todo lo que sabe! ¡Usted quería demostrarme su gratitud! ¡Pues bien: deme usted el modo de llegar a saber quién es el hombre que mató a Viziard y me habrá pagado cien veces!

—Sé muy poco mas de lo que le he dicho.

—¿Nada mas?

—Sé únicamente que hay una casa cuyos fondos dan al Támesis, que está en el barrio del Este y cuya ubicación puedo hallar. En una ventana de esa casa se ve, a veces, una luz roja que se refleja en el río como una señal. ¡Allí, en aquella casa, fué donde se preparó el plan para matar a Viziard!

EL HOMBRE DE LOS OJOS VERDES

Jim Strangways permaneció despierto hasta tarde, aquella noche, pensando en el extraño rastro que la casualidad había puesto en sus manos.

El rastro era muy vago pero constituía sin embargo algo en que basarse, una nueva esperanza que por el crimen del cual se sospechaba culpable fuera por fin — algún día — condenado el verdadero autor.

Mientras el misterio de la muerte de Viziard quedara sin solución no sólo estaba amenazado su futuro sino también la seguridad de Marjorie. En cuanto se supiera que era Jim Strange, cuya prisión estaba recomendada, la joven a quien amaba no tendría nadie que la defendiera de las maquinaciones malévolas de su padrastro y tutor el doctor Marr.

Se hallaba en posesión de dos datos únicamente, pero sobre los cuales podía basar sus investigaciones.

En una casa que Cartwright conocía — casa situada en la zona del puerto de Londres y donde algunas noches se veía, en una ventana, una luz roja que se reflejaba en las aguas del río — había sido planeado el asesinato del anciano Viziard.

El propósito del crímen también le era conocido. Lo había constituído un acto de venganza porque el viejo propietario de la galería de figuras de cera había contribuído a hacer que cayera en manos de la justicia un pillastre relacionado con la infame gavilla de criminales que se denominaba la "Liga del Ojo".

A Jim le había parecido asombrosa, en el primer momento, la coincidencia de que tras de los dos misterios que trataba de poner en claro se ocultara la misma mano, pues existía relación entre la casa del puerto de Londres y la misteriosa casa de Essex.

Sin embargo, pensándolo bien no era extraño que se viera de dos modos frente a frente de la misma fuerza, pues — a juzgar por lo que Cartwright le había dicho sobre aquello de que se había enterado en la prisión — la "Liga del Ojo" era un organismo complicado y muy vasto con ramificaciones en todas partes.

Jim sentíase muy agradecido a Cartwright. Al hacerle conocer el secreto que él sorprendiera a través de los muros de piedra de la prisión, aquel hombre le había hecho un servicio tan grande como cuando le avisó — en mitad del camino — de la presencia del obstáculo y le salvó la existencia.

La casa de la luz roja era, ostensiblemente, un almacen de artículos navales con un pequeño muelle sobre el río. En realidad el almacén constituía únicamente un disfraz para evitar la intervención de la policía, pues el dueño hacía provechosas operaciones comprando objetos procedentes de robos.

El dueño se llamaba Tebbut y era también propietario de "El Hombre Verde", taberna situada al lado del almacén de artículos navales.

Jim estaba resuelto a hacer una visita a Limehouse, — así se llama el barrio donde quedaba la casa de la luz roja, — en cuanto le fuera posible.

Estaba convencido Jim de que era muy importante que las investigaciones se realizaran rápidamente. La gavilla no le era conocida ni tenía idea de quienes la componían y ellos en cambio le conocían a él. La situación no era equilibrada.

Además el aviso hallado aquella noche en la biblioteca por su vecino el señor Jermy, indicaba a Jim que los de "La Liga del Ojo" estaban dispuestos a proceder con toda eficacia.

"Esta tiene por objeto advertirle — por "segunda y última vez — que no se acer- "que de ningún modo a la Granja de Dark- "mere — o de lo contrario le sucederá lo "peor que pueda sucederle",, decía.

Muy rápidamente había llegado tal aviso a casa de Jim, pues se encontraba en ella poco después de la hora en que los automovilistas enmascarados quisieron destruir su coche. A la media hora de fracasada la criminal tentativa, el mensaje estaba en casa de Jim. ¡Y el atentado había fracasado a treinta millas de distancia de Richmond!

Pero el misterio era como había podido entrar en la casa y ser colocado en tan visible sitio. La ventana estaba bien cerrada. ¿Cómo era posible que un intruso se hubiera metido a su antojo por una casa iluminada, en la que había numerosos criados, sin que le viera ni siquiera le oyeran?

En la imaginación de Jim otro misterioso punto relacionado con la Granja de Darkmere surgía entonces. ¿Era Rodman el que había hecho fuego contra la mano que salía por la ventana? ¿Quién o qué era Rodman?

—Es necesario que Marjorie no se entere de nada de esto. Sería ponerla más nerviosa aún de lo que lo está, — díjose Jim antes de dormirse y sin dejar de pensar en los misteriosos acontecimientos.

Por orden de Jim le sirvieron a Cartwright el desayuno en la habitación la mañana siguiente. Habíale dicho a la señora Byug — el ama de llaves — que se llamaba Carter y era un viejo amigo. Después de desayunarse, Jim subió al cuarto del escapado de Bleakmoor.

No le causó sorpresa hallar a Cartwright muy abatido, sufriendo las consecuencias de sus emociones del pasado día. Estaba pálido y debilitado. Aceptó de buena gana el consejo de Jim que le dijo que debía quedarse en la cama todo el día.

—Jack, el joven que iba conmigo anoche, vendrá hoy. Le diré que suba a conversar con usted — dijo Jim. — Una hora de conversación con Jack será mejor que el mejor tónico que pudiera darle un médico, — agregó sonriendo.

Jim fué en el automóvil aquella mañana a buscar a Marjorie y a Jack para traerles de regreso, a almorzar en Orchardway.

—Sé que no es usual que una señorita almuerce en casa de un hombre soltero, aún cuando sea su prometida esposa, — dijo Jim sonriente cuando comunicó a Marjorie su plan. — ¿Pero quien hace caso de esas tontas preocupaciones sociales? ¿Además, mi casa se halla bajo la virtuosa salvaguarda de la señora Byng!

Sentía grandes deseos de hacer que Marjorie conociera la lujosa antigua mansión donde habitaría cuando, por fin, pudiera hacerla su esposa.

Fueron en el automóvil de casa de la señora Birket, a visitar a la señora Eastwood y a Nance, en el chalet de las Rosas. Encontraron a la joven muy afligida. La madre de Nance se hallaba enferma, en cama.

—¡Y precísamente el primer día de su permanencia en esta casa que usted nos ha dado y que tanto le gusta! ¡Qué desgracia que mi madre se haya puesto enferma! — dijo Nance.

La señora Eastwood había estado delicada desde que sufrió las intensas emociones de la noche del incendio y para agravar su estado, había contraído un resfrío. El médico que la había visto consideraba el caso como leve pero había dicho que era necesario que se quedara en cama y cumpliera muy estrictamente sus indicaciones.

En vista de esto, Marjorie, — deseosa de no molestar a su amiga, — decidió quedarse algunos días más en casa de la señora Birket, antes de trasladarse al Chalet de las Rosas.

En la vecina población, cuando pasaron en el automóvil, Jim hizo llenar un canasto de cosas exquisitas y adecuadas para la alimentación de la enferma, a fin de enviarlo al Chalet de las Rosas. Para Jim una de las satisfacciones de ser rico estaba precísamente en poder hacer felices a los demás con su dinero.

Jack, que desde que Jim había tomado posesión de su fortuna, se encontraba feliz poseedor de mucho más dinero del que podía gastar, agregó, por su cuenta, algunas cosas.

—¡Es que yo sé lo que le gusta a Nance, señor! — explicó. — En cuestión de comida le deleita la langosta en conserva y después de la langosta las cebollitas en vinagre. ¡Tiene buen gusto! ¿Eh?

Jack ordenó que pusieran un frasco de cebollitas en vinagre como para todo un regimiento.

Después fueron rápidamente hacia Richmond.

Era aquella la primera vez que Jack — igual que Marjorie, — visitaban Orchardway.

Jack no había entrado jamás en ninguna casa como aquella. A pesar de todo el aplomo de que trataba de hacer gala, el joven se sintió en el primer momento emocionadísimo, sobre todo cuando vió los criados de casaca y calzón corto y uno de ellos se aproximó a tomarle el abrigo y el sombrero. Caminó como entre sueños por las alfombras mullidas. Cuando se sentaron a almorzar en torno de la mesa en la que relucía la vajilla de plata y la cristalería tuvo que pellizcarse para convencerse de que no estaba soñando.

Si se hubiera encontrado en un banquete oficial todo le hubiese parecido corriente. En cuanto a su compañero y amigo le veía tan tranquilo, en medio de todo aquello, como se hubiera encontrado él en el restaurant que frecuentaba, pidiendo un plato de salchicha con puré de papas el día que la venta de diarios había sido buena.

Le daba ganas de levantarse y ofrecerle una silla a la mucama que servía a la mesa y se quedaba de pie a poca distancia. No le parecía bien no invitar a aquella joven tan linda y tan atenta a participar de los ricos platos que servía.

Pero la actitud bondadosa de Jim, su son-

risa y la amabilidad con que le hablaba, acabaron por dar a Jack la desenvoltura de siempre. El ambiente era distinto, pero su amigo era siempre el mismo. Este pensamiento le hizo saltar de contento el corazón y el mismo efecto le causaron las palabras que Jim pronunció cuando, servido el café y retirados los criados, dijo:

—Ya sabe usted, Jack, que siento que no venga por ahora a vivir en Orchardway, pero por el momento la señorita Marjorie necesita que usted vigile a su lado. Sin embargo, eso sucederá el día en que las sombras se hayan disipado para siempre. — Y Jim agregó: — Entonces vendrá mi esposa a Orchardway y también Jack, a participar de nuestra felicidad, ¿no es cierto, Marjorie?

—¡Claro que sí! — exclamó la joven.

—¡Cómo! ¿Vivir yo aquí, señor? Pero dígame: ¿no le acorta la vida ver a todos esos sirvientes de librea con unas pantorrillas que dan ganas de pinchárselas con un alfiler para ver si las tienen rellenas de aserrín? — dijo Jack.

Terminaron de tomar el café y pasaron a una de las lujosas salas de la casa. Entonces Jack, comprendiendo que hay ocasiones en las que hasta el mejor amigo puede resultar molesto, buscó una excusa para dejar solos a Jim y a su novia.

—Me gustaría darme un concierto con el gramófono que he visto en la otra sala, si usted me permite y me enseña cómo se maneja, — dijo el muchacho.

Jim, cuando ya le hubo mostrado que, a pesar de ser más fino, aquel aparato se manejaba como los demás gramófonos que Jack había visto antes, tuvo una idea que comunicó inmediatamente a su amigo; la de que llevara el aparato y los discos al cuarto de Cartwhight y gozaran los dos del concierto.

Un momento después subían las escaleras seguidos de dos criados que llevaban el gramófono y el estante con los discos.

—Aquí le traigo a un amigo que viene a visitarle, — dijo Jim a Cartwright que estaba vestido con un "robe de chambre" y sentado junto a la chimenea.

Dejó solos a los dos y regresó a donde estaba Marjorie.

Cartwright había sido actor de una compañía dramática y trabajaba en un teatro de Londres cuando le prendieron. Como todo lo relacionado con el teatro le interesaba mucho a Jack, poco tardaron en hallarse entregados a la — para ambos — más agradable conversación.

Un par de horas más tarde Jim subió para decirle a Jack que bajara a tomar el té. Encontró al muchacho y al ex actor tan entregados al entusiasmo de la conversación que ni le oyeron entrar. El gramófono no había tocado ni siquiera uno solo de sus excelentes discos.

El té fué servido ante la abierta ventana de un encantador saloncito. Fuera, en el jardín rodeado de árboles, el sol de la tarde salpicaba de brillantes puntos de oro el suave césped aterciopelado.

Jack estaba sentado atacando con indiscutible valentía a las pilas de delicados bollos mientras Marjorie servía el té de una tetera de plata casi demasiado pesada para sus pequeñas y blancas manos.

Jack pensaba en lo bien que estaba y en que menos de una quincena antes tenía que correr por las calles todo el día — con tiempo bueno o malo — vendiendo diarios y luego, por la noche, dormir en la destartalada bohardilla cuyo techo dejaba pasar el agua y el frío.

—Hay momentos en que casi no me atrevo a creer que es verdad, señor. ¡Me parece todo un sueño muy lindo y nada más! — dijo tendiendo la mano para tomar otro bollo. — Pero si es sueño, crea que no tengo apuro por despertarme. ¡Créalo!

—¡Pero si casi se me olvida! — exclamó de pronto Jim. — No quiero que se vayan ustedes sin haber visto el "Lago de Fuego". ¡Si precisamente lo traje hoy del Banco para mostrárselo a ustedes!

Fué hasta la caja de hierro de la biblioteca — donde se encontraban las famosas joyas que había heredado de su tío — y sacó de ella un collar de maravillosas perlas y varias joyas mas entre las que estaba el famoso brillante — uno de los diez mayores del mundo — conocido por el nombre de "Lago de Fuego". Estaba engarzado en un colgante suspendido a un broche artístico por cadenitas de oro retorcido.

La maravillosa piedra pareció concentrar y devolver transformada en rayos de mil colores la luz del sol cuando Jim la colocó en el pecho de Marjorie.

—¡Oh! ¡Me daría miedo llevar una joya así! — exclamó Marjorie. — Me daría miedo hasta poseerla.

—¿Por qué? ¿Por qué puede constituir una tentación para un ladrón? — dijo Jim riendo. — Precisamente me han dicho que todos los ladrones de Londres codician esta piedra.

—¡Pero ningún ladrón podría vender una piedra como esta sin denunciarse! — dijo Marjorie desprendiendo la alhaja y mirándola colgante de sus dedos, con el brazo extendido, contemplando sus cambiantes reflejos. — ¡No es posible que pudiera ofrecer a nadie una piedra tan conocida!

—Creo que ese pensamiento no le impediría huir con la piedra si se le presentase la ocasión, — dijo Jim. — Jack, ¿qué impresión le hace tener en la mano algo que vale?... Un millonario norteamericano ofreció a mi tío veinte mil libras esterlinas por el "Lago de Fuego", — agregó en el momento en que el muchacho tomaba la alhaja de manos de Marjorie.

—¡Veinte mil libras! — Y Jack silbó asombrado. — Bueno: yo no digo que no pueda resultar notable como para un alfiler de corbata especial para los domingos, pero personalmente afirmo que preferiría las monedas. ¡Cómo se pondría Dandy Trench al ver esto!

El muchacho calló de pronto. Miraba hacia más allá de Jim, que estaba de pie, de espaldas a la ventana.

Un hombre había aparecido en el jardín, avanzando por el césped, entre los árboles y cuando estuvo cerca gritó, dirigiéndose a Jim:

—¡Buenas tardes, estimado señor, Strangways!

Y Jim se volvió para ver que quien había aparecido era su vecino el señor Jermy.

El jardín de Orchardway y el de la casa de Jermy, eran lindantes. El vecino había venido, sin duda, pasando por algún hueco del cerco divisorio.

Jermy se acercó sonriendo. Detúvose de pronto a una yarda de la ventana al ver a Marjorie y a Jack detrás de Jim, en la habitación.

—¡Oh! ¡Pido a usted mil perdones! — exclamó. — ¡Estaba persuadido de que se hallaba usted solo!

—¡No se retire! — dijo Jim por pura cortesía pues en realidad no le era nada agradable la interrupción. Después de todo, si aquel hombre había sido amigo de su tío no era para Jim, más que casi un desconocido. — ¡Permítame que le presente a la señorita Pensore! — agregó Jim mientras Jermy, subiendo los escalones de la gradería se acercaba a la puerta de entrada de la sala.

Jim se había guardado las valiosas joyas en el bolsillo.

El recién llegado se inclinó cortesmente ante Marjorie y estrechó la mano de Jack.

—Comprendo que soy un entrometido. Estaba tan acostumbrado a venir, en vida del señor Frayde que maquinalmente, por pura costumbre me encontré paseando por el jardín de Orchardwway.

—¡De lo cual me felicito! — dijo Jim con más cortesía que sinceridad.

Jermy tenía un modo de hablar suave y acariciante; su figura era distinguida y su rostro hermoso a pesar de que los ojos eran verdes y oblícuos y que todo su aspecto tenía algo de afeminado. La languidez de sus maneras hacía suponer que el señor Jermy odiaba toda emoción y toda intriga.

Se sentó en una butaca y habló con Marjorie y con Jim.

Jack salió al jardín. Comprendió que corría peligro de que se le escapara alguna observación imoportuna. Pero no dejó de notar, al salir, que el señor Jermy le dirigía una mirada de desconfianza.

—Supongo que habrá notado, al oírme hablar, que no soy de su clase y no tengo la misma educación que el dueño de la casa, — decíase Jack. — Pero si ese Jermy fuera un hombre bien educado de verdad, como lo es Jim, no hubiera dejado que yo notara la desconfianza que yo mismo le inspiraba. ¡Siempre se nota en algo la falta de distinción verdadera! ¡Eh! ¿Qué es eso?

Cortó de improviso sus reflexiones sobre el señor Jermy. En el rostro de Jack se notó una expresión de sorpresa.

—¡Cualquiera diría que ese es mi violinista! — díjose con verdadero asombro.

Por un hueco entre las ramas de un cerco de laurel había visto una figura que salía de los fondos de la casa, — probablemente de los cuartos de los sirvientes. — Era un hombre vestido de andrajos, con un ojo tapado por un parche negro sujeto por una cinta.

Aun cuando sólo vió un instante breve la cara de aquel hombre, que en seguida se volvió para alejarse, Jack le reconoció inmediatamente.

Aquella triste figura era nada menos que la del músico callejero, la del tocador del violín a quien se había encontrado la noche en que, cantando canciones, ganó para la cena gracias a la generosidad de los viajantes de comercio.

Pero el músico no llevaba el violín. Llevaba una canasta de vendedor ambulante colgada al cuello. Desapareció por el portón sin ver al joven que le miraba desde detrás del cerco de laureles.

—¿Qué andará haciendo por Orchardway? — díjose Jack pensativo. — ¿Habrá abandonado la música o le habrán roto el violín de un palo? — añadió riendo.

Sin embargo a Jack aquello no le dejó buena impresión. Era como si hubiese visto a una figura del pasado entrometiéndose en la vida de su compañero y amigo. La coincidencia era extraña... siempre que se tratara de una mera coincidencia.

Y otra vez, — como en la noche en que trabajaron en sociedad. — Jack tuvo la idea de que la cara del violinista no le era desconocida. Pero en vano buscó en sus recuerdos. No logró — como tampoco la había logrado la otra vez, — acertar con el parecido.

Era que el parche negro que le tapaba un ojo y todo lo demás de su habilísima caracterización, constituía un disfraz tan eficiente que ni por un instante sospechó Jack entonces — como no lo había sospechado antes — cuál era la verdadera cara que se ocultaba bajo el disfraz aun cuando no hacía diez minutos que había nombrado a su dueño.

—Señor, — dijo Jack bruscamente cuando el visitante se hubo retirado sin hacer caso por cierto de la presencia del muchacho. — ¡No sé por qué, pero me resulta demasiado empalagoso el dulce, señor Jermy!

—¿Sí? — dijo Jim riendo. — ¿Por qué?

—No es fácil explicar por qué... Lo que hay es que tiene una mano que, cuando la da, le parece a uno que agarra un pescado, frío y suave. No sé por qué, pero ya me había sido antipático antes de darme la mano, y después... ¡después me fué más antipático todavía!

Lo curioso del caso era que Jim tenía también la misma impresión, — aun cuando no sabía por qué había de disgustarle su vecino, — y sentía ante todas las demostraciones de rendida amistad del señor Cecil Jermy, la mayor desconfianza.

LA VENTANA DE LA LUZ ROJA

Tres días después — y una vez combinado el plan de acción en el que figuraba una idea genial del ocurrente Jack — Jim, el vendedor de diarios y el escapado de la prisión de Bleakmoor se dirigieron a la parte del puerto de Londres situada en el barrio llamado Limehouse, al este de la gran ciudad.

Una vez allí Cartwright indicaría la casa situada junto al río donde — como lo había sabido mientras se hallaba entre los muros

Los secretos de...

de la prisión — debía de ser posible encontrar el rastro de los autores de la muerte del anciano Viziard.

El presidiario fugitivo había necesitado varios días para restaurar sus fuerzas materiales y morales y de no haber sido así Jim — que se encontraba muy impaciente, — hubiese emprendido las averiguaciones inmediatamente después de tener la primera noticia.

La noche y la oscuridad habían descendido sobre el río de Londres cuando el bote, con sus tres ocupantes, se separó del embarcadero. Jack manejaba el timón siguiendo la indicación de Cartwright. Era poca la luz de la luna. El cielo estaba nublado. Los edificios de las orillas, que dominaban el río, los altos depósitos y los muelles en los que habían cesado las ruidosas actividades del día, parecían informes siluetas casi deluídas en la sombra.

A lo lejos, — delante de ellos, — podían ver el cielo enrojecido por las llamaradas de los hornos del arsenal de Woolwich en constante actividad.

Siguiendo las líneas de luces de los buques amarrados a los lados del río, el bote siguió silencioso bogando por las aguas, — negras como tinta, — primero en el centro del río, luego acercándose a una de las costas.

Para Cartwright, aquella parte del río le era tan familiar de noche como de día. Desde niño había vivido en Greenwich y tantas veces había recorrido aquella zona del Támesis que podría ir de un lado a otro a ciegas.

No podía esperarse sin duda, que la única luz roja que se viera en una ventana fuera la de la casa de Tebbut; pero Cartwright tenía algo más en que basarse para tomar el rumbo de la casa donde se dirigían. Aun cuando remaban en la oscuridad y a pesar de los tres años pasados en el presidio, — durante los cuales como es lógico, no había visto el río ni había tenido oportunidad de hablar de él, — parecía conocer admirablemente todos los detalles como si acabara de abandonarlo pocas horas antes para volver inmediatamente.

—En cuanto volvamos el próximo recodo, veremos brillar la luz roja, — dijo el hombre del puente. — Siempre que esté encendida esta noche. La luz roja no luce todas las noches. Es una señal, pero no pude saber nunca cuál era su significado. Pero aun cuando no haya luz en la ventana, yo puedo dar el rumbo para que lleguemos a la casa de Tebbut.

El bote, avanzando suave y silenciosamente al impulso de los dos pares de remos, ayudado por la marea, volvió el recodo, y entonces, hasta los atónitos ojos investigadores llegó de pronto una luz roja que parecía, en la oscuridad, una estrella de sangre, cuyo color hacía contraste con el de las más blancas de los barcos anclados.

¿Para qué estaba encendida aquella noche la luz roja de la casa de junto al río?

El bote se fué acercando más y más hacia el sitio donde la luz roja se reflejaba en la superficie del agua turbia marcando en ella como una misteriosa mancha de sangre.

Jim se estremeció a pesar suyo en el momento en que sus ojos vieron por primera vez la lúgubre casa con la ventana iluminada. En aquella casa se había fraguado el crimen de que fué víctima el anciano Viziard. Allí, pues, debía de poder encontrar los cabos de la madeja. Sería una tarea larga, lenta quizás, en la que necesitaría de toda su paciencia, pero que estaba decidido a llevar a cabo.

Un pequeño desembarcadero, construído sobre viejos, carcomidos tirantes que surgían del agua cubiertos de verdín, con peldaños de madera que se hundían en las ondas, que caía a los fondos del almacén de artículos navales. Junto a él, de un lado, pero a diferente nivel, se hallaba un muelle donde descargaban madera, lleno de pilas de tablas y tirantes procedentes de todas partes del mundo. Del otro lado quedaban los fondos de la taberna "El hombre Verde".

La ventana donde se veía la luz roja era la de una habitación construída en los fondos de la casa — una ventana sobresaliente como mirador y de estilo antiguo, — situada sobre el embarcadero y rodeada por un balcón sostenido por sorportes de hierro.

Durante pocos minutos Jim y sus dos compañeros combinaron el desarrollo de sus planes. Después aproximaron rápidamente el bote a la escalera.

Dejando a Cartwright en el bote con instrucciones detalladas sobre lo que debía hacer en caso de emergencia, Jim y Jack subieron cautelosamente los escalones.

Excepción hecha de la luz de la lámpara con pantalla roja que brillaba a través de las cortinas claras, transparentes y corridas, el resto de la casa estaba oscuro, silencioso y al parecer, desierto. Jim dijo algo en voz baja a Jack, — que tenía un paquete debajo del brazo, — y luego se deslizó del lado debajo del balcón y comenzó a subir hasta la ventana.

Podía oír el débil, casi imperceptible, murmullo de voces en el interior de la habitación que — a juzgar por ese detalle — debía estar ocupado. Fué subiendo por una de las columnitas de hierro. Debían haber pasado años desde que habían pintado aquello por última vez. La pintura estaba desprendida a trechos y la irregularidad de la superficie del hierro daba mejor asidero y facilitaba la subida. No le fué muy difícil, pues, llegar al nivel del balcón y saltar por la barandilla de madera.

Había entre las cortinas una pequeña hendija y por ella, en el primer momento, sólo pudo ver Jim a una sola persona aún cuando sabía — por el ruido de voces que había oído, que allí estaban por lo menos dos.

El primero a quien vió por entre la cortina fué un hombre grandote, excepcionalmente gordo, con el cráneo enteramente calvo y la cabeza demasiado chica en proporción de su cuerpo. Tenía los ojos grandes, inexpresivos, sin brillo, como los de un pescado. Jim — recordando las explicaciones que le había dado Cartwright, — reconoció que aquel hombre era Tebbut en persona,

aquel a quien sus amigos le llemaban — irónicamente — "Diminuto". Estaba sentado acariciando a un enorme gato negro que tenía sobre las rodillas.

Las primeras palabras que Jim pudo oír cuando se acercó a la ventana fueron suficientemente curiosas para despertarle interés.

—¡Bien! ¡Esas son las órdenes recibidas de la casa oculta! — decía el hombre gordo.

"¡La casa oculta!" La frase picó la curiosidad de Jim.

Pero lo que siguió de la conversación no ilustró a Jim sobre su significado. La conversación que oyó durante varios minutos fué de lo más vulgar y común. Sin duda ninguna Tebbut y el otro que estaba en la habitación pero al cual Jim no alcanzaba a ver estaban esperando la llegada de alguien. No volvieron a referirse a la "Casa oculta".

¿Se referirían aquellas palabras al cuartel general secreto de la "Liga del Ojo", cuya ubicación solo conocían los jefes de la misma?

Pensaba eso Jim cuando una voz que no había oído antes, habló. Parecía que otro hombre — un tercero — había entrado en el cuarto en aquel momento pues Diminuto Tebbut se volvió a medias para mirar y el que atisbaba se estremeció al reconocer, con incrédulo asombro al que acababa de entrar.

¡Era Jermy!

Jermy, su vecino de Orchardway allí, en aquella guarida donde se fraguaban los más siniestros crímenes y donde era recibido como uno de la casa. ¡Jermy!

¿Qué significaba aquello?

Por lo menos una cosa. Significaba que la instintiva antipatía que había sentido desde el primer momento hacia aquel hombre que se había propuesto ser su amigo de confianza, estaba plenamente justificada.

Muy sorprendido, Jim se acercó más a la ventana. Inadvertidamente tocó la pared con el pie e hizo ruido. Jim vió que el gordo miró rápidamente hacia la ventana, con gesto de desconfianza. Después, lanzando una exclamación, se puso de pie, haciendo caer al gato que tenía en las rodillas y se dirigió hacia la ventana.

Instantáneamente Jim se acogió a la protectora sombra del balcón, quedando envuelto en la oscuridad cuando Tebbut descorrió de un tirón, las cortinas.

EN LA NOCHE

Guarecido en la sombra, Jim oyó la voz de Jermy que decía:

—Estoy seguro de haber oído ruido de pasos en el balcón.

Pero aquella, — si era la voz de Jermy en verdad., como lo era — se diferenciaba mucho del tono untuoso y dulzón con que había querido conquistarse la simpatía de Marjorie tres días antes. Era la voz de Jermy pero áspera, desagradable, grosera y algo temblorosa por la emoción.

Los ojos de pescado de Tebbut miraban hacia la oscuridad pero Jim, junto a la pared estaba fuera del radio de su visión.

Jermy, impaciente, echó a un lado al gordo y se acercó a abrir la ventana. Jim sintió que llegaba el momento de que le viera y se disponía a hacer frente a lo que viniese. Pero la ventana no se abrió.

Diminuto Tebbut no debía ser muy amigo de la ventilación y probablemente no había abierto la ventana — que como en casi todas esas casas era de las llamadas "de guillotina" — desde cuando la pintaron por última vez. El cuadro de abajo había quedado incrustado, inmovible.

De pronto Jermy desistió de su propósito y desapareció de la ventana. Las cortinas se corrieron de nuevo.

Jim comprendió que los que estaban en el cuarto se habían dirigido hacia la puerta, pero tenía un momento de ventaja y era necesario que lo aprovechara.

En un momento salió del balcón y descendió al muelle. Corrió por este hasta el próximo, donde había tantos montones de tablas y tirantes.

Había tomado la precaucin de familiarizarse con el terreno previamente. Se hallaba poco después en el muelle de al lado, oculto detrás de una pila de madera y así frente por frente de la puerta de la casa de Tebbut por la que, en el mismo momento, salían Jermy y otro hombre, iluminados de pronto por la luz que de la casa surgía.

La luz que salía de la puerta abierta se abrió paso entre las sombras llegando hasta el muelle donde estaban los montones de madera. El súbito resplandor dió en una cara pálida que parecía surgir de entre las sombras — la cara de un anciano de barba blanca, de chaqueta de terciopelo, con un gorro redondo, con borla, con cabello blanco...

El hombre que salió precediendo a Jermy y casi a la carrera se detuvo tan pronto como sus ojos vieron la cara pálida que le miraba desde la oscuridad.

Un grito ahogado brotó de sus labios. Se puso muy pálido y se agarró del brazo de Jermy gritando tembloroso y señalando con agitada mano:

—¡Mire! ¡Viziard! ¡Era el muerto el que nos miraba desde el balcón! ¡Es el espectro del muerto!

Jermy se había detenido también. Miró igualmente emocionado al fijarse en la dirección que señalaba la mano del otro y al ver a la luz de la casa, la cara espectral y acusadora del hombre a quien sabían muerto y enterrado.

—¡Viziard!

Desde su escondite del muelle — fuera del radio iluminado — Jim observaba interesado y emocionadísimo la escena.

Porque el hombre que estaba junto a Jermy, temblando como un azogado y pálido ante la súbita aparición, era el mismo que había abierto la noche en que Jim llamó a la puerta de la casa de Viziard y el que se había presentado a él diciendo que era Viziard.

Jim le recordó inmediatamente sin equivocación posible.

Entonces la luz que salía por la abierta

puerta se oscureció en parte porque se presentó el gordo bloqueando casi el hueco al pasar por él.

—¡Tebbut! — dijo con voz desfalleciente el hombre que estaba agarrado al brazo de Jermy. — ¿Ve usted aquella cara, allí?...

Calló de pronto. con la momentánea interrupción de la luz la cara acusadora había desaparecido y al volver a iluminarse el muelle no reapareció. Se había ido tan misteriosamente como se había presentado.

—¿El viejo Viziard? ¡Qué tontería! ¡Cuénteselo a otro! — exclamó Diminuto Tebbut tan incrédulo y burlón como excitado y nervioso estaba el otro. — ¡El que estaba en el balcón era de carne y hueso! ¡Estaba atisbando! ¡Si de aquí se oye el ruido del bote en el agua! — agregó. — ¡Pronto! ¡De este lado! — gritó al ver que Jermy se dirigía hacia el lado del muelle donde estaban los montones de madera.

Con rapidez asombrosa en un hombre tan gordo. Tebbut se dirigió al embarcadero y comenzó a bajar por la escalera.

—¡Cuidado con los ecalones! — gritó Tebbut a Jermy, volviendo la cabeza. — Están resbaladizos. Casi me caí ayer.

Fué un recuerdo fatal. Apenas había dicho aquellas palabras, cuando se resbaló en el verdín de las tablas y un instante después zambullía, involuntariamente, en el río.

Su cabeza pelada, — como un enorme huevo, — apareció sobre la superficie en el momento en que logró agarrarse a un poste de amarre. El gordo había bebido con seguridad en aquellos segundos, más agua de cuanta había pasado por sus labios — sin mezcla de whisky — durante los últimos cinco años.

Diminuto Tebbut daba rienda suelta a una larga serie de palabrotas y agarrado al poste, esperaba que llegaran Jermy y al otro, los cuales se disponían a salvarle.

Mientras tanto, Carwright en el bote, se había alejado hundiéndose en las densas sombras del adyacente muelle.

El rostro de Jim expresaba gran excitación, mientras remaban rápidamente en dirección del sitio donde habían alquilado el bote.

Jack se había quitado la peluca blanca y la barba — su disfraz de Viziard, — con las que había vuelto a representar el papel de su desdichado amigo con emocionante resultado sobre Jermy y sobre el hombre a quien Jim había reconocido.

¡Por fin se hallaba sobre la pista!, la pista encontrada en aquella guarida de la orilla del río a donde le había llevado la explicación del presidiario evadido. No había jamás esperado enterarse de tanto en su primera visita a la casa de la ventana con la luz roja.

No era posible saber todavía si el hombre a quien había vuelto a ver aquella noche — el que le había hecho entrar en casa de Viziard la noche del crimen — era, en realidad, el verdadero autor de la muerte del hombre de las figuras de cera o puramente un cómplice del autor del hecho, pero de todos modos debía ser culpable a los ojos de la ley.

Sería difícil tejer la red de pruebas suficientes para entregar a aquel hombre a la justicia, pero descubierta su guarida, podría encontrarle de nuevo y Jim no descansaría hasta que el culpable recibiese su merecido.

¿Y Jermy?

Al ver a Jermy allí, en la guarida, el hecho evidente de que aquel hombre que vivía como acaudalado rentista en Richmond, rodeado de lujo y de comodidades, era cómplice de aquellos pillos y conocía todos sus secretos, le había emocionado.

Si los otros hombres estaban vinculados a la "Liga del Ojo", ¿por qué no había de estarlo Jermy también?

Si era así, algo que había preocupado y confundido a Jim, tenía su explicación.

—El aviso de la "Liga del Ojo" que Jermy dijo haber hallado pegado en el espejo de la chimenea ¿no fué él mismo quien lo puso? — preguntábase Jim pensativo.

Jermy había visitado frecuentemente Orchadway en vida de su tío. Pero podía ser que el miedo y no la amistad, hubiera hecho que Gilbert Frayde abriera las puertas de su casa a ese hombre que, como lo comprendía ya Jim, estaba unido al misterio de la granja de Darkmere.

Por fortuna, Jermy no le había visto aquella noche y no podía sospechar que el nuevo propietario de la granja de Darwmere conocía el secreto de su doble vida. Jim, al pensar en esto, sonreía. Era una circunstancia que estaba por entero en su favor.

—Es necesario que favorezca en todo lo posible las visitas del señor Cecil Jermy a Orchdway. Después de saber lo que he sabido esta noche ¿no será posible tal vez conseguir que ese señor se pase de vivo y caiga en una trampa? — pensaba.

¡La "Liga del Ojo", fuera como fuera, no iba a salirse tan fácilmente con la suya!

Cartwright se despertó aquella noche sobresaltado en su habitación de Orchardway.

Desde su evasión del presidio había dormido mal, despertándose seis o siete veces durante la noche como si el terror de que le volvieran a encerrar dominara al hombre perseguido, aun durante su sueño.

Pero aquella vez se percató de que había sido no un vano temor, sino un ruido de verdad, que se había producido en el piso bajo de la casa, lo que le despertara.

Cartwright se sentó en la cama y escuchó.

Tenía ese agudísimo oído que se desarrolla en todos los que se hallan sometidos durante un tiempo a la vida de presidio. Cartwright estaba seguro de que alguien andaba en el piso bajo.

Tendió la mano, encendió la luz eléctrica y miró al reloj que estaba sobre la chimenea.

Era la una. Había dormido solo una hora.

Podía ser que fuera el dueño de casa el que andaba por el piso bajo, pero sabía que Jim Strangways se había acostado hacía una hora y muy cansado por cierto. Y la habitación de donde procedía el ruido era la biblioteca, en la que estaba la caja de hierro, dentro de la cual se hallaba el "Lago de

Fuego" y las otras valiosas joyas que codiciaban todos los ladrones de Londres.

Cartwright era valiente. Además estaba muy agradecido a Strangways por lo que había hecho por él. Sintió que debía confirmar o rechazar la sospecha que sentía de que alguien, no autorizado, se había metido en la casa.

Bajó cautelosamente de la cama, de modo que sus movimientos no pudieran alarmar a la persona que se hallaba abajo. Se vistió apresuradamente y luego, sin hacer ruido, abrió la puerta de su dormitorio y salió.

Desde el rellano miró por encima de la barandilla.

Estaba en lo cierto, al menos en lo que se refería a que alguien se hallaba en la biblioteca, pues por el agujero de la cerradura salía un punto de luz que se veía en el hall.

—Sería un tonto si provocara una alarma y resultara luego que es el mismo señor Strangways, — díjose Cartwright. — Lo mejor es que yo vea primero quién está en esa habitación.

Descendió como un gato. Facilitó su propósito de no hacer ruido el hecho de que fuera calzado con zapatillas de suela de fieltro. Además supo evitar que crugieran los escalones. En presidio los hombres aprenden a andar sin ruido. Cartwright se acercó a la puerta de la biblioteca.

Oyó que alguien se movía y luego ruido de acero contra acero. Cartwright movió la cabeza afirmativamente. ¡No podía ser Stranways!

Se arrodilló y miró por el ojo de la cerradura.

Por la pequeña abertura vió, a la luz de una lámpara eléctrica con pantalla, la figura de un hombre — cuyo rostro no podía distinguir — arrodillado ante la caja de hierro.

¡Y la caja de hierro estaba abierta!

Un instinto de precaución reprimió el primer impulso de Cartwright. No intentó abrir la puerta. Sabía que el hombre que estaba dentro debía ser un experimentado ladrón, así que no podía haber olvidado un principio de tan elemental prudencia y habría cerrado la puerta.

Tampoco dió Cartwright un grito de alarma para despertar a la gente de la casa. Tal proceder advertiría al pillo y le daría tiempo para escapar con lo robado antes de que pudieran detenerle.

Cartwright se dirigió hacia una puerta lateral que daba al jardín.

¡Si pudiera abrir aquella puerta sin alarmar al hombre que estaba en la biblioteca!

Mientras tanto, dentro de la habitación, el hombre se había puesto de pie delante de la caja. Había terminado su trabajo.

Tenía la parte superior del rostro cubierta por un cuadrado de seda negra, con agujeros para los ojos. En los labios se le notó una sonrisa de satisfacción y, durante un momento, el hombre examinó lo que había sacado. A la luz de la lámpara eléctrica lució el brillante. ¡El "Lago de Fuego"!

Se rió por lo bajo y se guardó las relucientes piedras en el bolsillo.

Tenía las manos enguantadas para no dejar impresiones digitales, según se pudo ver cuando recogió del alfombrado suelo dos o tres herramientas de finísimo acero de las que le habían servido para forzar la caja.

Una de ellas estaba sucia de aceite. El enmascarado se dirigió con toda tranquilidad hacia el cesto de los papeles y sacó de él una hoja que había sido arrojada hecha una pelota, para limpiar la herramienta.

Al extender el papel antes de usarlo, vió que era una fórmula telegráfica en la que estaba escrito un nombre, una dirección y parte de un mensaje.

Jim Strangways había tenido ocasión de telegrafiar a Jack aquella mañana y aquel era el borrador del telegrama.

El enmascarado miró lo escrito y lo halló muy interesante.

—"Jack Lewis, casa de la señora Birket, — Holne. — Surrey". — leyó. — ¡Jack Lewis! ¿Será el mismo? ¡Sí es así mi suerte es admirable! — murmuró emocionado.

El pillo no limpió el aceite con aquel trozo de papel. Se guardó la fórmula telegráfica en el bolsillo y, al proceder así, se volvió nervioso y miró hacia la ventana.

Antes de encender la luz eléctrica el intruso había corrido cuidadosamente las cortinas de la ventana, que había cerrado a medias.

Aquella mirada indicó al hombre enmascarado que una mano había aparecido, procedente del exterior y apartado las cortinas y que un par de ojos le miraban fijamente.

LA CARA DEL LADRON

En la habitación donde estaba la caja de hierro abierta y robado su valioso contenido, el hombre enmascarado se estremeció, oyéndose, en el silencio de la noche, su respiración jadeante.

Aquellos dos ojos que le miraban por entre las cortinas, desde la oscuridad exterior y cuya presencia le había causado tanto temor, consiguieron que perdiera la tranquilidad con que, hasta aquel momento, había procedido, apoderándose de su valioso botín.

Dominando su primera impresión, el hombre avanzó y, al mismo tiempo se adelantó la mano del que había aparecido, tiró de las hojas de la puerta y la cerró. Cartwright cerró, pues, la salida y al mismo tiempo gritó pidiendo socorro.

De ese modo podría evitar, durante unos momentos, que saliera el hombre que estaba en la habitación. Pero la puerta se abría hacia adentro y Cartwright no podía sujetarla bien. Por fin, el hombre que estaba dentro logró abrirla y al mismo tiempo llevó la mano al bolsillo del pantalón donde tenía el revólver.

Pero antes de que pudiera sacar el arma, Cartwright saltó hacia él sujetándole el brazo mientras no cesaba de gritar pidiendo socorro.

Por la ventana del dormitorio situado sobre el garage y donde dormía el chauffeur apareció un rostro, asombrado al ver dos hombres que luchaban a brazo partido a la luz que salía de la biblioteca.

Los gritos de Cartwright habían sido oídos

también en la casa. Se oía ruido de rápidas pisadas que advertían al enmascarado ladrón del peligro que corría.

—¡Suélteme! — gritó el ladrón al que Cartwright, aun cuando menos fuerte que él, sujetaba con la tenacidad de un bull-dog. — ¡Suélteme! ¡Si intenta detenerme le costará la vida!

Pero Cartwright no soltó. Con los brazos en torno del cuerpo del pillo impedía que éste volviera los suyos y sobre todo, que pudiera sacar el revólver del bolsillo.

Cartwright sabía que cada segundo que pudiera sujetar a aquel hombre tenía suma importancia. Le sostuvo desesperadamente aun cuando comprendía que se le iban debilitando las fuerzas.

De pronto, con un súbito, violento esfuerzo el ladrón, — no ya enmascarado, pues en la pelea se le había caído la tela que le tapaba el rostro, — logró desprenderse de su asaltante. En el momento en que retrocedió, Cartwright pudo ver con toda claridad el rostro del ladrón a la luz de las lámparas eléctricas.

Pero su arriesgado esfuerzo en el sentido de sujetar al ladrón, no había sido completamente inútil. En aquel momento el chauffeur, a medio vestir, salía corriendo del garage y se dirigía a la casa.

El ladrón se volvió, lanzando un juramento, al ver aquella segunda figura. Pero el chauffeur al acercarse corriendo, se enganchó un pie en algún obstáculo, debido a la falta de luz y cayó al suelo cuan largo era, en el camino enarenado.

Pero esa caída constituyó una desgracia con suerte, pues le libró de algo peor. El ladrón, al separar a Cartwright había retrocedido y sacado el revólver con el que apuntó al chauffeur. Hizo el disparo, pero el proyectil pasó por encima del hombre en el momento en que éste se caía.

El ladrón estaba por hacer otro disparo, medio deteniéndose al mismo tiempo, para recoger el caído antifaz, cuando Cartwright, recobrando el equilibrio, avanzó valerosamente hacia él y le golpeó la mano que empuñaba el arma. El revólver disparó, sin herir a nadie, en el momento en que saltó de la mano del ladrón y fué a perderse en un macizo de arbustos.

Furioso, su dueño se volvió hacia Cartwright y le pegó con el puño cerrado y tan fuerte que Cartwright cayó al suelo sin sentido.

El hombre recogió su máscara y salió corriendo, poniéndose al mismo tiempo su disfraz.

A todo esto otra figura había aparecido en el sitio. Jim Strangways había salido por la puerta del jardín. Llegó a tiempo para poder ver un brevísimo instante el rostro del fugitivo en el momento en que el ladrón corría a guarecerse bajo la protectora sombra de los árboles.

Aquella cara no era desconocida para Jim. Le reconocía bien.

Durante un segundo de grandísima sorpresa, Jim se quedó mirando hacia el hombre que huía.

—¡Dandy Trench! — se dijo asombradísimo.

Dandy Trench que, disfrazado de vendedor ambulante, había estado estudiando aquellos parajes durante los últimos días y sonsacando los datos que deseaba, de boca de los criados a quienes había ofrecido sus artículos... Dandy Trench, que había combinado así el "golpe" más importante de toda su vida de ladrón... Dandy Trench, que reconocería la cara del dueño de casa en el mismo momento en que le viera, que tal vez la había reconocido ya como la de un hombre a quien la policía buscaba, acusado de su crimen...

—¡Se lleva el "Lago de Fuego", señor Strangways! — gritó Cartwright medio aturdido todavía por el golpe que le había desmayado.

El chauffeur se levantaba con agilidad.

—¿No está herido, Watson? — le preguntó Jim. — ¿No le hirió el tiro?

—No, señor. Me torcí un poco el tobillo, pero no es nada...

La gente de la casa estaba toda alarmada ya. De una ventana se oyó el vibrar de un silbato policial. Uno de los criados había salido al jardín. Jim ordenó que atendiera a Cartwright y, por su parte, corrió tras del hombre que se dirigía, fugitivo, hacia la sombra de los árboles.

¡Dandy Trench, con las alhajas robadas en el bolsillo!

Jim no sabía si el hombre le había visto o no. No sabía si se había percatado de quién era el dueño del "Lago de Fuego". Pero poco le importaba. Era posible que Trench no estuviera todavía enterado de nada aún cuando no tardaría mucho en saberlo todo.

Si seguía al hombre hasta cansarlo, Dandy Trench no se le escaparía.

Tras él, el silbato policial, seguía sonando una y otra vez.

LA ENTEREZA DE JIM

Dandy Trench se había dirigido a toda prisa hacia un grupo de árboles situado del otro lado del jardín.

Podía ver que solo le perseguía un hombre y sabía que era propietario de las valiosísimas piedras que se hallaban, en aquel momento, en su bolsillo, pues había oído lo que Cartwright había gritado.

Pero verdaderamente Strangwways no era un despreciable perseguidor. No pasó mucho sin que Trench, que corría como una liebre por entre los árboles, se diera cuenta de que el hombre iba ganando terreno y no tardaría en alcanzarle.

¡Si no hubiera perdido el revólver!

Reinaba la obscuridad bajo los árboles. Solo en algunos trechos entraba la luz de la luna por entre el espeso ramaje. El hombre que huía, desconocedor de aquel sitio, tropezó varias veces en la oscuridad. Pero siguió corriendo aún cuando se daba cuenta de que su perseguidor se iba aproximando más y más.

El final de la persecución se produjo de improviso. Trench tropezó en las protube-

rantes raíces de un árbol y cayó de bruces. Desesperado, se levantó pero antes de que pudiera estar de pié sintió que una mano le sujetaba de un hombro con la fuerza con que lo hubiera hecho una tenaza.

—¡Vamos! ¡Quítese de nuevo la máscara, Dandy Trench! — oyó que decía una voz conocida.

Se volvió y se halló cara a cara con su captor en quien reconoció inmediatamente al Jim Strange de otros tiempos.

—¡Usted! ¡Usted! — exclamó asombrado Dandy Trench mirando fijamente al otro hombre.

Pareció serenarse algo y recobrar parte de su aplomo. Intentó reirse.

—¡Ah! ¡Ya voy comprendiendo! — dijo pues se daba cuenta de por qué figuraba el nombre de Jack Lewis en la fórmula telegráfica que había encontrado en la biblioteca. El mismo nombre: Strange, parecía parte de Strangways. Hasta se preguntó cómo era posible que no lo hubiera comprendido antes. — ¡No sabía que iba a tener el gusto de encontrarme con mi viejo amigo Jim Strange a quien busca la policía como autor de una muerte!

—No creo que el haberme reconocido le pueda ser de ninguna utilidad. — dijo Jim.

—Pero yo pienso precisamente todo lo contrario.

En los labios de Dandy Trench se veía una sonrisa burlona. El pillo comenzaba a recobrar todo su aplomo.

Estaban lejos de la casa. Sin duda, en aquel momento, otras personas buscaban al fugitivo. Pero debían haber perdido la pista en la densidad del extenso bosque. Se oía a lo lejos, rumor de voces muy distantes.

—¡Qué escándalo social, señor Strangways, si un hombre que tiene medio millón de libras esterlinas fuera juzgado por asesinato! ¿Por qué me siguió? ¿Qué esperaba? ¡Usted no puede atreverse a hacerme prender!

—¿No? — dijo Jim con tranquilidad. — Por lo pronto le conviene no alzar la voz. Pueden oirle los que le están buscando.

Dandy Trench lanzó una carcajada burlona.

—¡Sí! Sería grave que me encontraran. ¡Grave para usted! — dijo. — ¡Buenas noches, señor Jim Strange!

Estaba por retirarse cuando se detuvo sujeto de nuevo por la mano de hierro de Jim que le agarró del hombro.

—No le he seguido para dejar que se vaya tan fácilmente. No cometa la tontería de creerlo. Dandy Trench — dijo Jim con energía. Trench quiso soltarse pero no lo consiguió. — Usted tiene en su poder lo que me ha robado, ¡ladrón! ¡Devuélvamelo!

—¿Y si no quiero? — preguntó el pillo.

—Si no quiere, dentro de cinco minutos estará usted camino de la cárcel. ¡Puede estar usted seguro! ¡Elija!

—¡No se atreverá usted! ¡Basta que yo diga una palabra para que le detengan acusado de homicidio!

—Es verdad. ¡Acusado! ¡Pero no condenado! En cuanto a usted, le esperarán de seguro lo menos siete años de presidio. Se ha metido usted en casa ajena y ha cometido un robo con tres circunstancias agravantes: nocturnidad, fractura y escalamiento. Disparó usted contra mi chauffeur con intención de matarle. Un experimentado criminal como usted debe saber que los jueces no se muestran clementes con los ladrones que llevan armas, — dijo Jim. — ¡Siete años o quizás diez años para usted. Dandy Trench, con toda seguridad! No piense en "lo que puede pasarme", piense en "lo que con seguridad le ha de pasar"!

Trench le miró intranquilo. Ya no se sentía tan seguro. Había en el rostro de Strangways un gesto de decisión que no le gustaba nada.

—Niéguese y le sujetaré aquí hasta que lleguen los otros. Bastará un grito para orientarlos. Míreme y dígame si puede creer que no hablo en serio.

Su gesto era de inflexible determinación. Trench lo había comprendido así.

—¡Pero usted no puede atreverse! — dijo en voz baja. — Tiene usted mucho que perder.

—Y usted también tiene mucho que perder. ¡Robo y tentativa de homicidio! ¡Diez años en las canteras donde esos dedos tan delicados, tan hábiles en lo de abrir cajas de hierro, se pondrán callosos! ¿Oye? Se acercan. El tiempo pasa, Dandy Trench.

Era cierto. Las voces de los que buscaban por entre el bosque, se aproximaban. Entre los árboles, brilló a la distancia el rayo de una linterna eléctrica. Trench, nervioso, se estremeció.

¿Qué se proponía Strangways? Esto era lo importante. Con un enérgico movimiento se libró de la mano del otro, como resuelto a escapar. Jim se rió suavemente.

—¡Pero si no puede irse! En el momento en que lo intente estará perdido. No hay esperanza para usted. Aun dudo de si, queriendo yo dejar que se escape, le podría ser posible. Lo más fácil es que corra usted a caer en manos de los que le buscan y entre los cuales hay dos, no se le olvide, que le han visto con la cara descubierta y pueden reconocerle ante el tribunal. ¡El momento decisivo se acerca para usted, Dandy Trench!

El pillo se detuvo, irresoluto. Le dominaba un horrible furor, una desesperada mortificación. Perder lo que tanto había ambicionado! Pero comenzaba a darse cuenta de que se hallaba ante una voluntad inflexible y que, costárale lo que le costara, Jim Strangways estaba resuelto a entregarle.

—¡Es la última esperanza que le queda, ladrón! O entrega lo que ha robado o va a la cárcel. Deme lo que es mío o se lo quito a la fuerza y el ruido de la pelea atraerá a los que le están buscando.

Dandy Trench hizo un gesto que expresaba toda la intensidad de su desesperación. Convencíase de que estaba vencido. Sacó del bolsillo las alhajas robadas y las arrojó al suelo. Entre ellas estaba el "Lago de Fuego" que brilló un instante a la luz de la luna, al caer.

Jim se rió mientras recogía las alhajas.

—Ahora tiene usted que sacarme de esta situación — dijo Trench.

Estaba sudando frío de miedo.

Repartidos por el bosque los que le buscaban, era fácil que, por cualquier lado que fuera, se encontrara con algún grupo al salir de la sombra protectora de los árboles, bajo la cual se encontraba ante Strangways, el hombre a quien tanto odiaba. pero que era el único que podía salvarle.

—Tengo algo que decirle antes, — manifestó Jim. — Usted está pensando en traicionarme en cuanto se halle en sitio seguro ¿no es cierto? Porque usted se ha quedado sin lo robado y porque me odia, avisará usted a la policía dónde puede buscar y encontrar a Jim Strange... Esto piensa usted ¿no es así?

Jim podía leer tal intención en el rostro del hombre que tenía delante.

—¿Por qué no me deja ir? ¡Ya llegan!

Trench estaba dominado por el miedo.

Jim no hizo caso de sus palabras.

—La noche pasada usted hubiera podido traicionarme sin peligro, pero ahora no. ¡Fíjese en lo que le digo, Dandy Trench! En lugar de poder usted denunciarme es usted ahora garantía de mi propia seguridad. ¿Caso curioso, eh? No Creo que le guste mucho, pero así es, — dijo Jim en voz baja. — Ha cometido usted un robo con violencia y dos hombres le han visto la cara, dos hombres que en cualquier momento, pueden jurar que le conocen. Si me detienen le prenderán a usted también. De lo que usted ha hecho esta noche hay dos testigos, cuyas declaraciones asegurarían su condena. Ya ve usted que si yo caigo, usted caerá también. ¡Ahora quédese aquí, sin moverse, hasta que yo vuelva!

Jim corrió al encuentro del grupo de los que buscaban y que se componía de un policeman, dos criados y Cartwright. Les dió indicaciones que les orientaron en dirección contraria.

—Casi logré detener al pillo y tanto miedo tuvo que arrojó al suelo lo robado. Está todo. Fué hacia allí. Por aquel lado le encontrarán. Yo iré tras ustedes dentro de un par de minutos.

Mientras ellos corrían en la dirección indicada, Jim volvió al sitio donde había dejado a Dandy Trench.

Estaban próximos al cerco divisorio que separaba el parque de Orchardway del de la propiedad de Jermy. Cuando llegaron al cerco Jim se detuvo unos instantes a escuchar. Parecióle haber oído un ruido de hojas, producido por alguien que se movía junto a los arbustos, del otro lado del cerco. Pero el ruido no se repitió.

—Del otro lado estará usted libre de persecución, por lo menos en lo que a mi gente se refiere — dijo Jim. — Puede usted desaparecer agradecido por no haber tenido que salir de aquí con esposas en las muñecas.

Lleno de furia y de odio, vencido y humillado, Dandy Trench se dirigió hacia el cerco divisorio. mientras Jim, con desprecio, se alejaba volviéndole la espalda.

Trench mientras atravesaba el parque de la propiedad de Jermy, se volvió de pronto, sintiendo que alguien debía seguirle.

De entre la sombra de los árboles, una persona apareció acercándose lentamente hacia él.

Era Jermy. El sonido del silbato policial le había hecho salir a enterarse qué pasaba en Orcherdway y durante toda la conversación de Jim con Trench había estado escuchando del otro lado del cerco.

El atisbador había visto y oído poco de lo que había sucedido y de lo que hablaron aquellos dos hombres, pero se había enterado de lo que Jim había dicho sobre las joyas, le vió que dirigía en sentido contrario a los que buscaban al ladrón y se había dado cuenta de que el autor del robo tuvo que ceder.

Pero ¿por qué evitaba Strangways que se apoderaran del ladrón?

—¿Quién es usted? — exclamó Trench muy nervioso.

Los dos hombres no se habían visto jamás antes de aquel momento.

—¡Da la casualidad de que soy el dueño de esta propiedad donde se ha metido usted sin permiso! — replicó Jermy con energía. — Pero, dadas las circunstancias, se lo perdono.

Calló un instante y luego añadió de improviso.

—Usted odia mucho a Strangways y, sin embargo, él ha evitado que le prendan, obedeciendo a razones que le interesan aún después de descubrir que usted le había robado las joyas. ¿No es verdad?

Trench miró con desconfianza y temor al que así había hablado.

—¡Pues da la casualidad de que yo tampoco quiero a Strangways, — agregó Jermy con intención, — y se me ocurre que usted y yo podemos sernos recíprocamente útiles.

Los dos hombres siguieron caminando juntos.

El encuentro casual había unido a dos enemigos de Jim Strangways. Porque su propia seguridad peligraría. Trench no se atrevería a revelar la identidad de Strangways, el hombre a quien buscaba la autoridad. Pero si podía vengarse de otro modo, se vengaría.

En el bolsillo tenía la fórmula telegráfica con las señas de la casa donde se hallaba Jack Lewis, el muchacho vendedor de diarios.

Dandy Trench pensaba que aquellas señas le presentarían el modo de poder dar con el sitio donde se hallaba oculta la joven a quien Jim Strangways adoraba.

SIGUIENDO LA PISTA

Por décima vez lo menos, en aquella noche Diminuto Tebbut había estornudado. Sus estornudos eran volcánicos y casi amenababan, levantar el techo de la casa de "El Hombre Verde" y enviarlo a caer en el río contiguo donde tres noches antes había tomado Tebbut un baño involuntario.

—¡Vaya un resfrío el que ha pescado! — se oyó decir.

—¡También es ocurrencia la suya de meterse en el Támesis con la ropa puesta! — agregó burlón el que había hablado antes. — ¡Parece imposible que a su edad y con su

El diario encendido cayó al suelo y el hombre lo pisoteó para apagarlo.

volumen, amigo Diminuto, se le ocurran osas cosas!

El tabernero miró con enojo el que así había hablado y que se hallaba sentado ante un jarro de cerveza, en la trastienda de la taberna de la orilla del río.

Había allí unos seis hombres más, que sonreían al oír aquello. Su accidente de la pasada noche constituía un desagradable recuerdo para Tebbut y ya estaba el tabernero por volverse con enojo hacia el que se burlaba de él, cuando otro violentísimo estornudo le cortó la frase que pensaba pronunciar.

En aquel momento se abrió la puerta. Entró un hombre como de unos treinta años. Estaba pobremente vestido. Sus facciones eran correctas, pero se notaba en su rostro una expresión de amargura y de fastidio Se dirigió al mostrador y pidió algo a la mujer de Tebbut que se hallaba sirviendo.

—Un jarro de cerveza, señora, haga el favor.

La señora de Tebbut tenía sesenta años y trataba de no aparentar más que cuarenta, usando generosamente del blanquete y del colorete. Tenía una abundante cabellera rubia que era suya en el estricto sentido de la palabra, pues la había comprado y la había pagado a buen precio al peluquero.

Sonrió, mirando al nuevo cliente como si la amabilidad con que le había hablado constituyera una exquisita cortesía en comparación del modo brusco y grosero con que se expresaban todos los habituales concurrentes a la taberna de El Hombre Verde".

Pero fué ella la única persona, de las presentes, que pareció recibir con agrado la visita del desconocido.

Se pudo notar que la conversación cesó en cuanto el hombre se hubo presentado. Los clientes sentados allí dirigiéronle semi disimuladas miradas de desconfianza.

No era aquel el salón público sino la pequeña trastienda que la costumbre admitida reservaba a unos pocos privilegiados amigos del dueño de casa y los concurrentes consideraban molesta la presencia de un intruso que bien podía ser un detective.

Probablemente la mayoría de los que allí estaban tenían razones sobradas para temer algo de parte de la policía.

El hombre pareció darse cuenta del sentimiento que reinaba en el momento en que se llevó a los labios el jarro de cerveza. Lo puso en el mostrador, sin haber bebido y miró a los concurrentes sin pestañear.

Después se encogió de hombros con aire de desprecio.

—Esos señores no parecen muy compla-

cidos de mi presencia aquí, — dijo a la señora Tebbut. — Supongo que aquí puede entrar el público y que mi dinero es como el de otro cualquiera.

La mujer de la peluca rubia se rió como si la actitud de independencia del desconocido hubiera acrecentado su primitiva buena impresión.

—¡Muy bien, señor! ¡No les haga caso! — dijo con una sonrisa que quiso hacer encantadora.

—No, no hago caso. Tengo algo mejor en que ocuparme. Me basta saber que no me he metido en ningún sitio reservado, señora y si a alguien no le agrada mi compañía, — agregó mirando a los otros con arrogancia, — supongo que sabrá el camino por donde se sale a la calle.

—¿Qué quiere usted decir con eso? — empezó a decir uno de los concurrentes lanzando una blasfemia.

La tabernera le interrumpió.

—¡Nada de palabras gruesas delante de las señoras! Usted no es todavía dueño de "El Hombre Verde" porque no ha comprado el establecimiento, Tom Hake!

Y ante aquella frase, el hombre calló.

El recien llegado se rió.

—En verdad he venido porque conozco a un amigo de la casa, — dijo. — Un amigo del dueño y traigo un mensaje para él.

—Y se volvió hacia Tebbut.

El gordo le miró con sus ojos de pescado, grandes y opacos.

—¿Quién puede ser? — preguntó.

—Supongo que aquí puedo hablar con entera libertad, — dijo bajando la voz. — Es Flash Harry. Le ví la semana pasada.

Por alguna razón estas palabras causaron sensación en la concurrencia.

—¡Eso es mentira! — exclamó el hombre que había hablado primero. — Flash Harry está encerrado y aun le faltan tres años.

El recién llegado le miró fijamente.

—Yo no he dicho que no lo estuviera. Sería mejor que usted se callara hasta que le pregunten algo, — dijo con un tono de altivez que entusiasmó a la tabernera. Le era siempre simpático un hombre tan sereno y enérgico. — Les diré dónde le ví. Fué en Bleakmoor donde el viento que llega de los pantanos de Essex le hiela a uno hasta los huesos. ¡Conozco bien el sitio!

Se acercó adonde estaba sentado el gordo y le dijo en voz muy baja.

—Tengo que decirle, de parte de Flash Harry lo siguiente: que recibió su mensaje relacionado con lo sucedido en Westminster, con el asunto de Viziard.

Tebbut miró al que hablaba y movió afirmativamente la cabeza.

—Así que usted acaba de salir, según parece, — dijo.

—Y precisamente es como parece, — dijo el otro.

Se notó en seguida que los sentimientos de la concurrencia hacia él habían variado por completo. El hombre con quien había cambiado las pocas palabras recientes volvió a hablar.

—Compañero, — dijo — no recuerde lo que dije antes. Que no haya ofensa. En el primer momento me figuré que podía usted ser uno de esos malditos detectives que se meten en todo. ¿Por qué lo encerraron, compañero? Puede hablar. Aquí somos todos amigos.

Un vendedor de diarios, con un manojo de ejemplares, de diarios de la tarde, abrió la puerta de un empujón.

—¡La última edición! ¡Con los ganadores de las carreras de hoy!

El muchacho miró a su alrededor con atención.

—¡Aquí no queremos diarios! — gruñó el gordo a quien el resfrío tenía de muy mal humor. — ¡Fuera de aquí!

—¡Si usted no quiere querrá otro! ¡Usted no compra diarios porque no sabe leer, pero todos estos señores no parecen tan ignorantes como usted! — replicó el muchacho.

Diminuto, rojo de furor, quiso contestar, pero otro estornudo le impidió que realizara su propósito de tirar de una oreja al vendedor.

—¡Venga un diario!

El hombre que había traído el mensaje de Flash Harry dió una moneda de cobre al muchacho. Tomó el diario, lo desplegó, acercándose a la luz de un pico de gas — sin pantalla ni tubo — que iluminaba pobremente la trastienda.

Uno de los concurrentes se acercó al que tenía el diario.

—¿Trae algo interesante? — preguntó con intención de leer por encima del hombro del otro.

En el mismo momento el hombre que había comprado el diario sufrió un inesperado accidente. Mientras sostenía el diario junto a la luz un extremo del papel cayó sobre el pico de gas y se encendió.

(Continuará)

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662

Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana . . .	$ 0.20
" atrasado. . .	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	" 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números)	" 4.80
Suscripción por 1 año (52 números)	" 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países "	" 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

—Y después que el acusado le pegó un golpe, ¿qué pasó?
—Pues me dió un tercero, señor juez.
—Un segundo, querrá usted decir...
—No, señor juez...; el segundo se lo di yo.

Si desea no perder ningún episodio de las aventuras de **SEXTON BLAKE** cuya publicación iniciamos en este número, pida con tiempo al vendedor que le reserve su ejemplar de **"PUCKY"** o suscríbase directamente a la administración de este magazine, **Avenida de Mayo 662, Buenos Aires.**

PIPERMIT POR BILLY DEBECK
¡HIJO MIO! ¿DONDE HAS ESTADO TANTO TIEMPO?
¡OH, MADRE MIA! JAMAS ME IRE DE TU LADO!
ELLA NO SABE QUE ES UN EVADIDO DE LA CARCEL... ¡SI SE LLEGA A ENTERAR!...
¡OH! YO NO DEBO OLVIDAR QUE SOY UN REPRESENTANTE DE LA LEY. DEBO CUMPLIR CON MI DEBER
¡OIGA! USTED NO DEBE LLEVAR DE NUEVO A LA CARCEL A SU HERMANO. COMPRENDO SU RECTITUD, PERO NO OLVIDE QUE SE TRATA DE UN INOCENTE ACUSADO INJUSTAMENTE. ADEMAS, CAUSARIA LA MUERTE DE SU PROPIA MADRE. REFLEXIONE
QUIZAS TENGAS RAZON, PIPERMIT. CREO QUE FUNCHITO ES UNA VICTIMA DE LA FATALIDAD, PERO EL DEBER ES IMPERATIVO. ME MANDA ENTREGARLO A LA JUSTICIA. ¡POBRE MADRE MIA! ¡POBRE HERMANO! ¡Y POBRE SOFIA, LA NOVIA DE FUNCHITO!
Sofía, la muchacha que ha esperado años y años el regreso de Funchito. ¿Será recompensada ahora su constancia y fidelidad?
POR MI POBRE MADRECITA, POR MI HERMANO Y POR SOFIA, ABANDONO UN CARGO SAGRADO, QUE NO TENGO EL VALOR MORAL DE CUMPLIR
¿CON SOFIA? ¡SI! HE VUELTO... ¡NO GRITES ASI, PIMPOLLITO! VENTE EN SEGUIDA A CASA. ¡QUE ALEGRIA!
¡AH! ¡QUE FELICIDAD DEBE SER EL SENTIRSE AMADO! ESTO ME RECONFORTA... ME HACE OPTIMISTA...
¡FUNCHITO! ¡AL FIN ESTAS DE VUELTA, MI AMORCITO! ¡QUE DICHOSA SOY!
OYE, FUNCHITO: NO OLVIDES LOS AÑOS DE SUFRIMIENTO QUE HA PASADO. NO TE FIJES EN EL ASPECTO QUE PRESENTA!
¡SOFIA! ¿ERES TU? ¡QUE BARBARIDAD! ¡QUIEN LO DIRIA!...
¡EH! ¡FUNCHITO!
ABRA LAS PUERTAS DE LA CARCEL. ¡RAPIDO! ¡Y NO ME SAQUEN DE AQUI NUNCA MAS
¡QUE COSAS TIENE LA VIDA!
© 1932, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.

PUCKY

20 cts.

LA EVASION DE MARTINEL

(Continuación)

La Lectura Para Todos

Acción — Drama

Misterio Aventuras

No. 487

ENERO 27 DE 1933

Buenos Aires

PUCKY
La Lectura Para Todos
Acción Drama
Misterio Aventuras

No. 487 Año XIII

PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

BUENOS AIRES, ENERO 27 DE 1933

La evasión de Martinel

Aventuras de Sexton Blake y Mlle. Roxane

Por

G. H. TEED

(Continuación)

SEXTON Blake llegó a París por la mañana temprano... en avión hasta Le Bourget y luego en auto hasta la Plaza de la Concordia.

Su viaje era motivado por un mensaje telefónico de Mlle. Roxane.

—Si dispone de un día, desearía que viniera — le había dicho en resumen.

—¿Qué ha ocurrido? — fué la natural pregunta de él.

—Algo bastante extraño. ¿Se acuerda de lo que pasó en las carreras de Longchamps, el domingo del Gran Prix?

—No es probable que lo olvide en mucho tiempo. Y a propósito ¿cómo sigue su hombro? Espero que la herida de bala no la moleste todavía.

—No, ya estoy completamente bien. Pero algo de naturaleza parecida ocurrió hoy.

—Quiere usted decir... digo ¿le ha pasado algo?

—No; pero hay otros detalles. ¿Puede venir?

—Puedo, naturalmente. Llegaré esta tarde en aeroplano. ¿Dónde se aloja?

—En el Majestic, en los Campos Elíseos.

—Comeremos juntos.

—¡Es usted un encanto! Lo esperaré.

Por eso partió Blake para Croydon.

Se hizo conducir al hotel Carlitz, donde habitualmente paraba y una vez en su departamento se comunicó por teléfono con Roxane, informándola de su llegada y diciéndole que iría a buscarla dentro de tres cuartos de hora. Se bañó, se puso ropas de comida y volvió a salir.

A decir verdad no era tanto el misterio que le había dejado entrever Roxane lo que había llevado a Blake tan precipitadamente a París. Era el hecho de que ella estuviera allí y que hacía algunas somenas que no la veía. Desde la prisión de Martinel había estado muy ocupado en Londres y Roxane parecía haber desaparecido de la vista. Blake no se hubiese confesado que sentía un ardiente deseo de verla. Era bastante humano para afirmarse a sí mismo que experimentaba un interés puramente profesional por lo que ella le había dicho.

Pero experimentaba extraña alegría al encontrarse frente a ella, en una mesa aislada del comedor del Majestic. Ella estaba siempre hermosa y Blake hubiese sido ciego si no hubiera advertido la tierna bienvenida que le dieron sus ojos.

—Y bien ¿qué es lo que me dió a entender por teléfono? — le preguntó cuando el mozo se alejó para cumplir sus órdenes. — ¡No me diga que Sofía Beautemps ha tratado de atacarla otra vez!

—Temo que haya algo de eso.

Le contó como había conocido a Estela Harram y que por tratarse de una joven compatriota trató de ayudarla. Luego describió su dramático encuentro con Sofía Beautemps y Gordon Carew, en lo de Ciro, con el subsiguiente y extraño suceso de la bala que fué a estrellarse en el vidrio de la ventana.

Blake escuchó sin interrumpirla. Sabía que, a despecho del tono ligero de Roxane, el incidente era una nueva tentativa de asesinato. Ella no era mujer que se asustara por cualquier cosa y comprendió que nunca le hubiese pedido que viniera si no se tratara de algo grave.

—¿Qué quiere usted que haga? — preguntóle él cuando su voz dulce y atrayentemente ronca se extinguió. — Puedo verlo a Thibaud de la Sureté y pedirle que vigile a la Beautemps. Creo que a Thibaud nada le agradará más que darle hospitalidad en St. Lazare otra vez. Se quedó ardiendo después que la absolvieron de su complicidad con Martinel.

—No quiero que lo vea a Thibaud. No quiero que haga nada por mí. Se trata del joven Cardew.

Blake alzó ligeramente las cejas.

—¿Y él? Parece que el idiota se ha encaprichado con Sofía Beautemps. En eso nada podemos hacer. Si está enamorado y ella quiere su dinero, lo obtendrá. Cuando lo haya desplumado, lo dejará y él volverá a su verdadero amor, probablemente convertido en joven serio y prudente, aunque más pobre. Creo será mejor no meternos en ese lío, Roxane.

—Se equivoca usted. Carew no es hombre que vaya a tirar todo su dinero en un capricho amoroso. Lo vi sólo un instante; pero no tiene cara débil. Si se ha enamorado de Sofía Beautemps es en serio. Las cosas no pasarán tan sencillamente como usted piensa. Pero no comprendo por qué ella se consagra de ese modo a él. Estela me dijo que era hombre de considerables recursos. Me tomé la molestia de telegrafiar a Montreal, a mis agentes, después del almuerzo, pidiéndoles que hicieran averiguaciones y recibí la respuesta poco antes de llegar usted. El tiene una situación próspera en Montreal, como ingeniero de marina; se calcula su capital en cien mil dólares, veinte mil libras. Pero eso es poca cosa para Sofía Beautemps. ¡Veinte mil libras! Ella las gastaría en muy poco tiempo.

—Puede ser que haya algo más grave, como usted dice. Con todo, si ella se halla necesitada de dinero, esa suma no es de despreciar.

Pero Roxane movió negativamente la cabeza.

—Tiene usted que confiar en mi instinto en este asunto. He visto a Sofía. No anda escasa de dinero. Soy mujer y me doy cuenta de esas cosas. Ella tiene otro motivo para tomarse la molestia de seducirlo a Gordon Carew. Estoy segura de ello.

Blake sonrió ante su ansiedad.

—¿Y qué cree puede ser?

—Puede ser Luis Martinel.

El rostro de Blake se puso grave instantáneamente.

—¿Luis Martinel? ¡Pero si está seguro en la Isla del Diablo!

—Lo sé. Pero no pensará cumplir su condena por toda la vida si puede evitarlo, ¿verdad?

Blake no habló hasta que el mozo hubo servido y los dejó solos.

—¿Qué le ha inspirado esa idea? — preguntó.

—No sé. Llámelo usted instinto, sospecha motivada por los principios de Sofía Beautemps. Pensé en Félix Dupont y luego en Luis Martinel. Si ella pudiera ayudarlo a escapar de la isla, lo haría.

—¿No trató de seguirla, después de lo ocurrido en lo de Ciro?

—No; hubiera sido inútil. Además, creo que la hallaremos, si lo deseamos.

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero a la casa de la Rue Vaneau.

Blake asintió pensativo. Sabía que ella se refería a la grande y antigua casa, en el barrio aristocrático de la orilla izquierda, que había sido en un tiempo hotel principesco. Había ido a parar a manos de Félix Dupont, cuando éste operaba en gran escala en París y después de su muerte fué utilizada por Martinel, hasta la época de su arresto y su condena.

—¿Cree usted que ella la habita todavía?

—Es propiedad de Martinel y la justicia nada dijo acerca de ella. Es muy natural que ella la habite.

—No es fácil arreglar una fuga de la Isla del Diablo — dijo Blake, volviendo a la primera observación de Roxane. — Ambos sabemos algo acerca de eso.

—Cierto. Pero si usted o yo estuviéramos resueltos a intentar una cosa así, lo haríamos. Dinero... mucho dinero sería el requisito principal.

—Y un nuevo plan que a nadie se le hubiera ocurrido — agregó él. — Bueno ¿qué hacemos con este tipo de Carew?

—Quiero que me ayude a alejarlo de Sofía Beautemps, antes de que sea demasiado tarde. Usted podría decirle cosas que le harían impresión. Yo creo que, en poder de ella, corre serio peligro.

—Haré lo que pueda. ¿Dónde está la joven?

—Se ha retirado a su cuarto con dolor de cabeza. El encuentro de hoy la trastornó.

—En cambio usted parece muy serena, después que intentaron asesinarla.

Roxane se encogió de hombros.

—Estoy acostumbrada a esas cosas. ¿Se le ocurre a usted alguna idea?

—Iré a verlo a Carew.

—Puede usted probar; pero yo no he podido conseguirlo. ¿A qué hora irá?

—Inmediatamente después de la comida, si lo desea.

—¡Es usted muy bueno!

Eran las nueve de la noche cuando Blake salía del Magestic y tomaba un taxi para dirigirse al hotel de la Avenue Víctor Hugo, donde sabía que se alojaba Carew.

Al entrar no perdió tiempo ni con los mozos, ni con el portero. Preguntó directamente por el administrador. Y dijo a éste que necesitaba hablarle privada y urgentemente. Una vez en la oficina particular del administrador, fué derecho al grano.

—Sé que para aquí un señor Carew — dijo brevemente. — Sus amigos han tratado varias veces, infructuosamente, de verlo. Esto quizá sea por deseo del señor Carew. Pero, si está en el hotel, yo tengo necesidad de verlo en seguida. Aquí tiene mi carnet de identidad. Puede agregar que Monsieur Thibaud, de la Sureté de París, es amigo mío. No quisiera hacerlo intervenir en este asunto; pero...

—Yo lo complacería, monsieur, si estuviera en mi poder — interrumpió nerviosamente el administrador. — Pero el señor Carew se ha marchado.

—¿Marchado? ¿Del todo?

—Sí, señor.

—¿Y cuando partió?

—En las primeras horas de la tarde.

—¿Se llevó el equipaje?

—Sí, señor. Lo llevó y pagó la cuenta.

—¿No sabe si dejó dirección para que le enviaran sus cartas?

—No sé. Discúlpeme un momento, señor. Voy a preguntar.

Tocó un timbre e hizo su pregunta a un

empleado. Este último salió y volvió poco después, informando que el señor Carew no había dejado dirección ni indicaciones del sitio a donde se dirigía.

—¿Lo vió usted partir? — preguntó Blake al empleado.

—Sí, señor.

—¿Iba en taxi o en auto particular?

—Preguntaré al portero, señor.

Volvió a los pocos minutos diciendo que Mosieur Carew había partido en un auto particular, una limousine grande, de color obscuro. Pero cuando Blake trató de saber el número, ni el portero, ni el empleado del hall pudieron decírselo. No se habían fijado.

No podía Blake hacer otra cosa que volver a contarle su fracaso a Roxane. Ella recibió sus informes filosóficamente.

—No me sorprende. Advierto la mano de Sofía Beautemps en todo esto. Cuando me vió en compañía de Estela comprendió que había peligro. Luego fracasó en su tentativa para matarme. Si, halláramos que considera muy importante hacer desaparecer a Carew a fin de que quede fuera del alcance de sus comedidos amigos.

—Creo tiene usted razón — asintió Blake pensativo. — Empiezo a pensar que hay en esto algo más hondo de lo que parece. Bueno, volveré a mi hotel y cambiaré de ropas. Es temprano todavía y me moveré más ligero de lo que Sofía piensa. Quizá consiga algo.

—¿Qué quiere decir? — preguntó prontamente Roxane.

Blake le sonrió.

—Pues que voy a investigar en la casa de la Rue Vaneau.

—Entonces iré con usted. No olvide que esto es asunto mío y además conozco el interior de la casa, así como la puerta secreta que la comunica con el edificio contiguo.

Blake volvió a sonreír.

—Muy bien. Pero será mejor que no vaya tan elegante.

—¡Oh no! Me pondré un traje obscuro. Estaré pronta cuando usted vuelva.

LAS PAREDES TIENEN OIDOS

—¿Cómo nos acercaremos?

Blake, con traje obscuro, de tweeds, zapatos con suela de goma y gorra, Roxane con paletó azul marino y un sombrero cloche, bien echado a la cara, iban en un taxi que cruzaba el Puente Alejandro III, cuando la joven hizo la pregunta.

—He estado pensando en el sitio. Recordará usted que la casa de Dupont y la contigua formaban antes parte del mismo "hotel". Eso fué cuando Francia estaba bajo el dominio de los Borbones y Richelieu manejaba al rey. Esas casas eran residencia de los nobles entonces y muchas de ellas permanecen intactas. Sabemos que el hotel que nos ocupa tenía una puerta secreta, que lo comunica con la otra casa. Si existe todavía y Sofía Beautemps utiliza la casa como cuartel general.. hay un pasaje, a los fondos. Podríamos entrar por ahí. No quiero armar barullo hasta que sepamos el terreno que pisamos.

—Recuerdo el callejón del fondo. Pero ¿y la retirada, si tenemos que marcharnos precipitadamente?

—Haré esperar el taxímetro, mismo a la vuelta de la esquina de la Rue Vaneau. Bueno, estamos en la Rue de Belle Chase. La próxima calle es la nuestra. ...

Blake golpeó la ventanilla, como señal. El chauffeur se detuvo junto a la acera y la pareja bajó. Después de un corto coloquio, Blake arregló con el conductor para que los esperara. Luego él y Roxane echaron a andar, felicitándose Blake de que empezara a caer una fina llovizna.

No dieron vuelta por la Rue Vaneau, si no que continuaron andando hasta que llegaron a un pequeño café. A un costado de éste había un callejón angosto, pavimentado de guijarros, que probablemente no había cambiado desde que lacayos y palanquineros entraban o salían por las puertas de servicio de las grandes mansiones que daban a la calle principal.

El callejón estaba mal iluminado. Solo la luz del café disipaba hasta cierto punto la obscuridad del pasaje, formando un círculo de claridad difusa que los dos transeuntes cruzaron rápidamente.

Siempre era aquél un sitio tranquilo; pero con aquella noche no se veía un alma.

Hasta el café, notó Blake al pasar, estaba casi vacío; un par de obreros jugaban al dominó en una mesa y la gorda patrona bostezaba detrás de la brillante máquina de café.

Una vez que estuvieron en el callejón, Roxane y Blake hallaron altas paredes lisas a cada lado. Aquí y allá, la superficie de piedra estaba interrumpida por una puerta, que pocas veces se usaba ahora.

Blake contó tres de aquellas puertas antes de detenerse para murmurar a Roxane.

—Es la cuarta ¿no?

—Así lo creo. Recuerdo...

—Probaremos, de todos modos. Pero quisiera que usted se quedará aquí, en el pasaje.

Ella le apretó el brazo.

—¡Por favor, no insista!

El se encogió de hombros y siguió andando. Estaba ahora tan obscuro que tenía que tantear la pared con la mano para guiarse. Era tan angosto el callejón que, aun desde la acera opuesta, sólo podían distinguirse las ventanas más altas de las casas que miraban a la Rue Vaneau. Y Blake no quería arriesgarse a encender su linterna. Mientras venían en el auto había esbozado su plan a Roxane.

—Si Sofía Beautemps vive en la casa de Martinel, existe probabilidad de que la contigua esté vacía. Pero nosotros sabemos que las dos se comunican. Probaremos primero en la más pequeña.

Ella convino en que era eso lo más prudente y ahora, cuando Blake encontró, a tientas, la cuarta puerta de la pared y se detuvo, ella imaginó lo que había detrás de aquella pared, porque había estado ya en la casa.

Blake agarró la gran aldaba de hierro y bajándola con el pulgar, empujó. No había esperado que la puerta estuviera sin cerrojo, así que no quedó decepcionado al ver que no se abría.

Había calculado la altura de la pared, más bien menos que más de diez pies. Empinándose todo lo que pudo, no le fué difícil llegar con los dedos a la angosta cornisa, sobre la puerta.

Convencido de que podría utilizar la cornisa como apoyo para los dedos y los pies, se volvió a Roxane.

—Yo voy a escalar la pared y descorreré el cerrojo de la puerta. Usted esperará aquí. Ella lo detuvo.

—¿Me "abrirá usted" la puerta?

El sonrió en la obscuridad.

—Sí, se lo prometo.

Entonces ella lo soltó. Una vez más se empinó Blake y se agarró de la cornisa. Luego levantó mucho el pie izquierdo y lo apoyó en el hierro saliente de la aldaba.

Se empinó más y, antes de que sus dedos se soltaran, logró llegar a la parte superior del muro.

Le fué bastante fácil a un atleta como él estirarse hasta quedar sentado a horcajadas sobre la pared. Desde esta posición, examinó el fondo de la casa.

Las ventanas estaban completamente a oscuras. Luego volvió la mirada a la izquierda, hacia el edificio contiguo, que había sido cuartel general de Martinel y vió allí igual obscuridad.

Se dió vuelta y se colgó un momento de las manos, dejándose luego caer al patio de piedra. Ahora fué muy sencillo descorrer el cerrojo y hacer entrar a Roxane. Juntos cruzaron el patio hasta que llegaron a una escalera de piedra que bajaba al subsuelo

Sus zapatos con suela de goma no hicieron ruido al descender. En verdad, a no ser por las distantes bocinas de los autos, la noche parecía ahogada bajo la lluvia. Sin embargo, cerca de allí estaba la brillante confusión de la vida nocturna de Montmartre.

Al final de la escalera, Blake oprimió el brazo de su compañera para prevenirla y por un breve momento hizo funcionar la linterna.

La luz reveló un espacio rectangular de ocho pies de largo pero no más de tres de ancho. Frente a ellos había una puerta y un poco más a la izquierda una ventana, cuya parte inferior estaba protegida por barrotes verticales, de hierro, separados por un espacio de tres pulgadas.

Aun en aquel breve instante de luz, pudieron ver que el vidrio estaba sucio, como si hiciera mucho tiempo que la casa se hallaba deshabitada. Pero Blake comprendió que no podían guiarse por ese criterio. No era propio de Sofía Beautemps (ni tampoco lo había sido de Martinel) anunciar su presencia.

Después de apagar la luz, metió la linterna en el bolsillo y extrajo un manojo de ganzúas. Con éstas se puso a trabajar en la puerta. Esperaba que con ellas abriría mejor que con una llave; pero por si fracasaba, tenía de reserva una pequeña sierra y un taladro. No quería entrar por la ventana, si no en caso de necesidad.

Pero, bajo sus diestros manejos, la cerradura cedió. Empujó la puerta y entró, deteniéndose a escuchar. Un ruido de patitas que dispararon en el corredor, le anunció la fuga de una rata. Era aquello una señal de que, por el momento al menos, en el subsuelo no había seres humanos.

Volvió al patiecito e hizo entrar a Roxane. Nuevamente encendió la linterna. Reveló un corredor de piedra con dos puertas, una a cada lado.

Mirando por la de la derecha vieron una especie de despensa. La de la izquierda pertenecía a una cocina. Roxane, práctica en esas cosas, atravesó silenciosamente la pieza y tocó el fogón. Volvió junto a Blake y le dijo al oído:

—Frío.

El asintió con la cabeza y guió por el corredor a cuyo extremo había una escalera. Ambos conocían la extensión del hall de arriba y pensaban si, en el hall del fondo, hallarían aún el panel secreto que permitía el acceso de una casa a la otra. Desde el tiempo de Félix Dupont podía haber sido cerrado el pasaje.

Blake iba adelante, usando de tiempo en tiempo la linterna. Al final de la escalera, donde ésta desembocaba en el hall del fondo, que era un pie o cosa así más bajo que el más grande, del frente, Blake se detuvo y una vez más apoyó su mano en el brazo de Roxane.

Esta vez sin embargo había una fuerza en la presión que ella sabía era imperiosa. Luego sintió los labios de Blake junto a su oído.

—Usted se quedará aquí para cubrir la retirada. Yo probaré el panel.

APRENDA UNA PROFESION LUCRATIVA

ENSEÑAMOS POR CORREO

Dibujante
Procurador
Constructor
Perito Agrícola
Químico - Farmacia
Corte y Confecc. masc. y fem.
Contador -- *Tenedor de Libros*
Mecánico Electricista de Autos
Periodismo - Vendedor - *Publicidad*
Electricidad-Radio-Televisión-Fonofilm

El moderno sistema de enseñanza técnica y práctica por correo, permite aprender estas profesiones

Mande el cupón. - Escriba claro.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
1059-Lavalle-1059—Buenos Aires

NOMBRE ....
DIRECCIÓN ....
LOCALIDAD 7 ....

Ella le apretó la mano para indicarle que le obedecería. Luego lo oyó moverse muy suavemente por el pequeño hall hasta que, pocos momentos después, no lo oyó más. Ella sabía que había llegado a la parte de la pared donde estaba el panel secreto. Se quedó tensa, escuchando con todos sus oídos, pensando.

* * *

En cuanto a Blake estaba parado junto a la pared y sus dedos, largos y sensibles, recorrían la superficie, buscando la perilla que movía el resorte oculto. La encontró, pero no la oprimió en seguida. Recordó una vez más lo que había del otro lado, en el cuarto que en un tiempo había sido utilizado como escritorio por Félix Dupont.

Recordó que había allí un gran gabinete, arrimado contra la pared, el cual cubría el panel. O al menos, un observador casual hubiera creído que era independiente de la pared. En verdad, era giratorio y se movía por medio de un botón, conectado al mismo sistema que manejaba el panel. De modo que si Blake hacía correr el panel, sólo quedaría el gabinete como barrera entre él y la pieza. Y si había alguien en la habitación y conversaban, sus voces le llegarían con bastante claridad.

Oprimió suavemente el resorte y apoyó las yemas de sus dedos sobre el panel. Este corrió con mucha facilidad y como no vió luz, comprendió que la habitación, del otro lado, estaba a obscuras. O que el gabinete se hallaba todavía allí, cubriendo la abertura.

Pero antes de que corriera el panel más de la mitad se detuvo porque le llegó una voz tan claramente como si él estuviera en la misma pieza. Reconoció la voz de Sofía Beautemps. Roxane no se había equivocado.

—...haremos todo lo que esté en nuestro poder para ayudarlo, amigo mío — decía Sofía en francés. — Monsieur Gagnon me ha contado su triste caso. Tranquilícese. Su amada esposa no pasará necesidades y cuando usted nos haya hecho este pequeño servicio, volverá a su casa con dinero suficiente para asegurar el bienestar de sus seres queridos.

¿De qué demonios hablaba aquella mujer? ¡Sofía Beautemps expresándose con acento de tierna compasión, cuando su corazón era duro como el mármol! ¿Qué pobre imbécil bebía aquellas palabras y las creía probablemente? Blake acercó su oído al fondo del gabinete y se quedó perfectamente inmóvil.

Una voz desconocida llegó hasta él, la voz de un hombre que parecía muy cansado.

—Yo no deseo otra cosa que obedecer los deseos de madame. — dijo. — Pero ¿me retendrá mucho tiempo lejos de Francia esa comisión?

—Realmente no, amigo mío. Unas pocas semanas, un mes a lo sumo. Hay razones que nos impiden decirle a usted por ahora de que se trata. Pero todo será muy sencillo. Resulta que tiene usted el físico y el aspecto de alguien a quien necesitamos. Esté tranquilo. Dentro de poco, muy poco tiempo, volverá usted rico a los suyos.

—Es usted muy buena, madame. ¡Qué los santos la bendigan!

La voz se quebró y Blake se dió cuenta de que el hombre luchaba contra su honda emoción. Sabía que aquella voz no era la de Gordon Carew. Era un francés. No debía ser joven. Entonces ¿quién era? ¿Tenía algo que ver con Carew? Era evidente que Sofía utilizaba aquella casa para sus manejos: Roxane no se había equivocado. Y era igualmente cierto que estaba tramando alguno de sus preciosos planes. ¿Pero qué?

Hubo un breve silencio. Luego se oyó una voz amplia, melosa.

—Sería bueno, mademoiselle, que nuestro pobre amigo se quedara aquí hasta que parta para Burdeos.

¡Burdeos! pensó Blake. ¿Qué significaba aquello?

—¡Pero ciertamente! — oyó que decía Sofía Beautemps. — En todo caso no será más que por una noche. Hay un cuarto que le enseñaré. ¿Y usted señor Carew? También se quedará aquí a pasar la noche, no¿

¡Carew! ¿De manera que Carew estaba allí? Y había, lo sintió Blake, una dulce caricia en la voz de Sofía Beautemps. Comprendió que Roxane tenía razón: había hechizado al joven.

—Será quizá mejor, — oyó ahora una voz vigorosa, con ligero acento canadiense. — Como usted quiera, mademoiselle.

—Cenaremos dentro de un momento — continuó Sofía Beautemps. — Luego charlaremos un rato, si eso le agrada.

—¡Claro que me agrada! Nada puede agradarme más — dijo él riendo fatuamente.

Ella también se rió, con risa baja y gutural. Blake se la imaginaba en esos momentos sentada, la cabeza echada hacia atrás los ojos semi cerrados, el vestido de seda revelando los contornos de su cuerpo. Era una mujer capaz de trastornar a cualquier hombre.

Había distinto timbre en su voz cuando se dirigió a Gagnon. Blake juzgó que debía ser éste el que habló con la voz oleosa.

—Esta noche enviará usted un telegrama Monsieur Gagnon, informando al capitán Lemestre que llegaremos mañana. Sería bueno que pudiéramos hacernos a la vela mañana por la noche. Creo que está todo pronto.

¡Hacerse a la vela! ¡Un viaje por mar desde Burdeos? Sí, aquello era muy interesante.

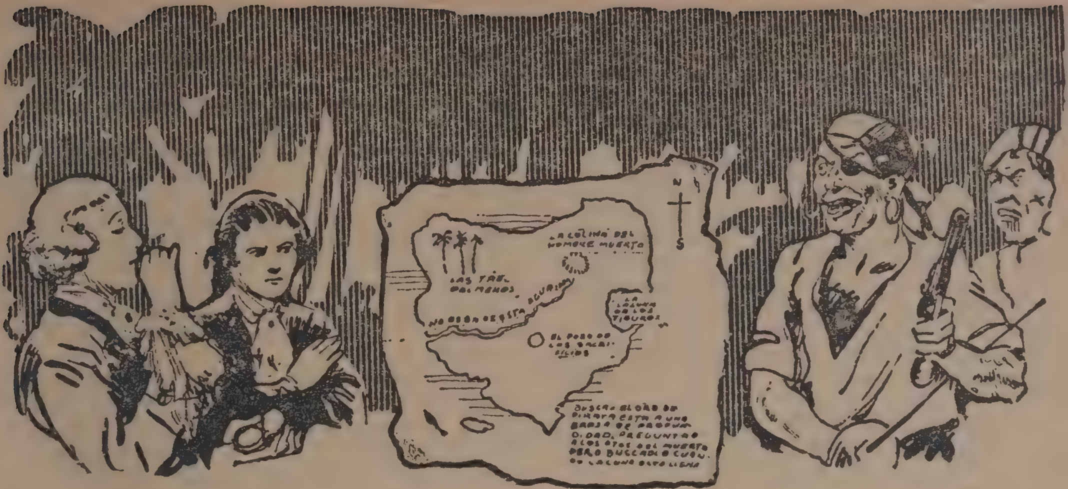
—Bien mademoiselle, así lo haré. Pero primero ¿no le enseñaremos su cuarto a nuestro pobre amigo?

—Yo iré con usted y me ocuparé de que le manden algún alimento.

Blake pensaba rápidamente. Si Sofía Beautemps y los otros dos hombres salían de la habitación, a menos que hubiera presentes otros que no habían hablado, Carew quedaría solo. En tal caso, si hacía girar el gabinete, podría sorprenderlo a Carew apoderarse de él y sacarlo de allí, aunque fuera a viva fuerza. Tendría que obrar muy rápidamente; pero se sentía capaz de intentarlo.

Retrocedió una pulgada o dos y levantó el brazo, dispuesto a oprimir el botón cuando los otros salieron de la pieza.

(Continuará)



El Tesoro de la Isla del Muerto

(Continuación)

EL PEZ DEL DIABLO

—¡TIERRA, mirad messieur, tierra!...

En su excitación la joven sacudió vigorosamente las dos postradas figuras que estaban a sus pies. Pero la única respuesta fué un ininteligible murmullo de uno y un gemido del otro.

—Messieurs...

La joven se mordió el labio. Comprendió que, por el momento ni el Caballero ni Langley Morgensen podían contestarle. Durante las tristes horas de la noche, el castilo de popa, cada vez más hundido, había derivado a merced del viento y de la corriente llevando a los tres sobrevivientes del en un tiempo, orgulloso buque que ninguno volvería más a ver. Los restos del buque de el Caballero yacían esparcidos hacia los cuatro puntos cardinales, maderos y restos flotantes en el Mar Caribe.

La aurora nacía en medio de un espiendor dorado. Por entre la espesa niebla del mar. hacia el este, los poderosos rayos del sol naciente revelaban una extensión de playa y palmeras. Las olas se rompían espumosas sobre la arena y a intervalos, la joven veía desgarradas puntas de roca surgir amenazadoras de las rizadas aguas.

—Tierra...

La niña — pues era poco más que eso — hizo sombra a sus ojos con la mano y midió la distancia entre el despojo de La Fleurette y la playa.

Calculó que sería de un cuarto de milla y, a la velocidad con que el madero era arrastrado por la corriente, tocarían tierra antes de media hora.

Se volvió nuevamente a sus dos compañeros y lanzó un grito de alegría al ver que el Caballero parpadeaba y abría lentamente los ojos.

—¡Mon Dieu! — una mezcla de sorpresa y de ira se apoderó de el Caballero cuando sus ojos se acostumbraron a la luz y abarcaron el extraño escenario que lo rodeaba.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde...?

Se pasó la mano por la dolorida y ardiente cabeza y se sentó, recostándose contra la dorada baranda. Por cinco minutos enteros permaneció así, procurando recobrar el dominio de sí mismo y obligando a funcionar sus sentidos que habían estado adormecidos tantas horas. Tenía la boca seca y la lengua hinchada. Con todo, cuando se rió, su risa era musical como siempre.

Era extraño oírlo en aquellas circunstancias y por un momento Julia, creyendo que se hubiera vuelto loco, retrocedió. Sin embargo, la risa de el Caballero terminó casi tan repentinamente como había empezado y una expresión sombría, casi diabólica, se extendió por sus hermosas facciones.

—¡Mon Dieu! — volvió a exclamar — Esa carroña de Dan Peters me ha de pagar esto.

Julia van Dyne se adelantó, tranquilizada ahora.

—Dan Peters — dijo dulcemente, — no existe más, monsieur.

—¿Cómo? — preguntó el Caballero. — ¿Acaso no fué ese tunante que vertió narcótico en mi vino? ¿Acaso no lo ví con mis

propios ojos poner sus inmundas manos sobre mis joyas y sobre el plano del tesoro de Langley? ¿Qué no existe más, decís? ¿Cómo? ¿Me ha privado alguien de mi venganza? — añadió con acento de sospecha.

La joven asintió con la cabeza.

—Mientras vos, monsieur, y el pobre Langley estabais bajo la influencia del vino narcotizado, Peters y el tuerto Samonard regresaron a la cabina — el hermoso rostro de la niña se ensombreció. — Samonard mató a Peters de un terrible golpe de hacha. ¡Monsieur, fue terrible!

—¡Perro traidor! — dijo el Caballero entre sus labios apretados. — Pero, seguid, hermosa dama.

—Poco más que contar tengo — dijo Julia — Se oyó una monstruosa explosión que pareció reducir a fragmentos el barco. Todo lo que permaneció intacto fué el pedazo sobre el cual estamos ahora.

Tambaleándose ligeramente, se puso el Caballero de pie y miró a su alrededor.

Una expresión de pena cruzó por su pálido y hermoso rostro. La Fleurette había sido la niña de sus ojos, el buque más rápido que flotaba en el mar. Nunca más lo llevaría a través del océano.

Agarrándose a la baranda para sostenerse, porque la cabeza le daba vuelta, el Caballero miró hacia el mar. No se veía vela alguna. Los tres, Langley todavía sin conocimiento, se hallaban tan desamparados como hubiera podido desearles su peor enemigo. El Caballero todavía no había divisado la tierra, entre la niebla que se iba levantando.

Murmurando algo que Julia no entendió alzó al cielo su puño, amenazando a algún enemigo invisible. Luego ya tranquilo, se acercó a Langley Morgensen; nuevamente alzó los párpados del joven y examinó las dilatadas pupilas.

—Volverá en sí dentro de media hora, a menos que me equivoque. Decidme, hermosa niña, ¿cómo subimos el muchacho y yo hasta aquí?

Julia sonrió.

—Fué lo único que se me ocurrió hacer, monsieur, cuando se produjo la explosión. El agua empezó a entrar en la cabina, de modo que os arrastré a lugar seguro.

El Caballero se inclinó como cortesano galante.

—Mil gracias, bella dama! — Nos habéis hecho un servicio que difícilmente os podremos pagar. Pero nuestra situación es crítica. ¿Decís que ese miserable de Samonard hizo volar el barco?

—No dije eso; pero creo que así fué. Oí su odiosa risa hace pocas horas, al pasar un buque cerca nuestro, lo que prueba que se ha salvado.

—Entonces el perro debe estar abordo del Reina de la Isla nuevamente — murmuró el Caballero. — ¡Quiera el cielo que nos volvamos a encontrar!

De pronto sus ojos se volvieron al ardiente sol y en su línea de visión apareció el mismo espectáculo que había hecho iluminar la cara de Julia van Dyne unos momentos antes.

—¡Tierra! ¡Mon Dieu! ¡Tierra! — su hermoso rostro se arrugó con sonrisa de radiante esperanza. — Y a menos que me equivoque, la corriente nos lleva derecho a ella. Bella dama, tened valor.

La joven, arrodillada junto a Morgensen, le acariciaba la frente. Sonrió valerosamente.

—No sé lo que haremos al tocar tierra. — dijo el Caballero con acento más sombrío ahora — Pero cualquier tierra será mejor que este despojo, sobre el mar.

—¡El señor Langley se despierta! — La voz de Julia atrajo a el Caballero a su lado — ¡Abre los ojos!

Julia decía la verdad. Los efectos de la droga estaban pasando y Langley volvía en sí. Sus ojos se abrieron al fin y miraron sorprendidos los dos rostros que se inclinaban sobre él.

—¿Dónde?... ¿Cómo?... — empezó y costándole demasiado esfuerzo hablar guardó silencio.

—¡Despertaos, Langley! — exclamó el Caballero. — Deberíamos estar en el fondo del mar gracias a ese bandido de Samonard, pero un ángel, en forma de esta bella dama, aquí presente, nos salvó.

Los ojos de Langley se abrieron del todo. Desprendiéndose de las manos que lo sujetaban se puso, vacilando de pie. Como el Caballero lanzó una exclamación de asombro al ver lo que lo rodeaba.

—Esto es todo lo que queda de La Fleurette, gallardo señor — dijo el Caballero. — Otro hecho infame que agregar a la cuenta de Piel Samonard. Pero ved... allí hay tierra. Señaló a través de la bruma y Langley, cuya cabeza empezaba a despejarse, sintió renacer la esperanza en su corazón.

—Viviremos para pelear otro día — añadió el Caballero — Agarrad ese bichero, Langley, y tantead, no sea que choquemos contra alguna roca sumergida.

Apenas habían salido de sus labios estas palabras cuando el resto de La Fleurette se estremeció como si hubiera raspado alguna roca puntiaguda. Pareció que una mano gigantesca tiraba de la frágil embarcación, hundiéndola con implacable salvajismo. Un momento después los tres estaban con el agua hasta la rodilla.

¡Nadad hacia la costa, Langley! — gritó el Caballero. — Yo escoltaré a nuestra hermosa dama.

Langley tuvo en la punta de los labios una negativa, dispuesto a ayudar el mismo a Julia. Pero no podía escoger. El castillo de popa de La Fleurette había chocado contra una roca sumergida y era arrastrado al fondo del mar, como partículas de hierro atraídas por un imán poderoso. La sección en la cual estaban Langley y sus compañeros se inclinó precariamente, las tablas se separaron y los tres cayeron de cabeza a las espumosas aguas.

Ni una yarda separaba a Langley de el Caballero y de Julia, cuando su cabeza se levantó sobre el agua.

—¡Nadad! — le gritó el Caballero — Si necesito de vuestra fuerza juvenil, Langley, os llamaré.

Langley, siguió, nadando con facilidad. La repentina inmersión en agua fría lo hab'a reanimado. Detrás de él venían Julia y el Caballero; la primera apenas necesitaba que la ayudaran, porque nadaba valerosamente, a pesar de que sus largas ropas eran un impedimento.

Los tres atravesaron aquel remolino en miniatura y llegaron a aguas menos agitacas. La tierra aparecía tentadora, iluminada por el sol, a unos treinta yardas de distancia. Grandes palmeras oscilaban a impulsos de la brisa y el follaje protector parecía llamar a los nadadores.

Cuando estuvieron más cerca vieron que la tierra formaba una especie de puente natural, con dos puntas, en forma de herradura, a la entrada. Nadando ahora vigorosamente, los tres náufragos se dirigieron a la boca de la bahía y entraron en sus brillantes aguas.

Dentro de la herradura, apenas ondulaba el agua y su misma quietud inspiró recelo a el Caballero.

—¡Ojo a los tiburones, Langley! — le gritó. — La experiencia me ha enseñado que cada ensenada en estos sitios, tiene sus guardianes.

Le contestó la risa juvenil de Langley.

—Monsieur, ésta es una excepción fuera de vuestra experiencia, porque no veo tiburones, ni señales de ellos.

Siguió nadando.

Pronto sus pies tocaron el fondo arenoso y, dándose vuelta gritó el joven la noticia. Pero cuando sus labios se abrían para hablar de nuevo, escapose de ellos un involuntario grito de horror.

Un momento después había desaparecido de las sorprendidas miradas de el Caballero y de Julia.

A su alrededor, el agua empezó a ondular y luego espantoso, aterrador, salió un brazo carnoso a la superficie y empezó a tentar a su alrededor.

—¡Un pulpo! — el nombre del temido monstruo era desconocido para Julia Van Dyne; pero a su vez lanzó un grito al oír el alarmado aviso de el Caballero — ¡Mon Dieu! ¡Y se ha apoderado del muchacho!

Olvidado ahora de la joven que iba a su lado, el Caballero dirigiose hacia el sitio donde había desaparecido su compañero.

Otro brazo carnoso salió de la profundidad, moviéndose alrededor y otro. . . y otro. Salvajemente atacó el Caballero aquellos tentáculos con el cuchillo corto que había sacado de su cintura. Los tentáculos se encogieron, azotaron el agua y desaparecieron, para volver a la superficie. Pero el ataque inesperado salvó, indudablemente, la vida de Morgensen. Su cabeza apareció sobre la superficie del agua. Luchaba Langley desesperadamente contra el tentáculo que lo había envuelto por mitad del cuerpo y lo apretaba, quitándole poco a poco la vida.

Viendo la oportunidad que se presentó, agarró su espadín y atacó al pulpo con la furia salvaje de una fiera acorralada.

—¡Bien, Langley! — rió el Caballero, presa ahora de otro de los tentácunlos — Herid fuerte, debajo vuestro. Encontraréis los ojos del monstruo y todo irá bien.

Pensó Langley era extraño que un hombre pudiera reír en tales corcunstancias; pero aquella era otra de las notables características del hombre a quien el mundo conocía por el Caballero de St. Moreau.

Apuñaleando, tajeando, con la brillante punta de su espada, el joven se libró de los tentáculos que le envolvían. El monstruo de la ensenada azotaba el agua en su furia y atacaba con desesperada energía. Nuevos tentáculos salían a la superficie del agua, apoderándose de las víctimas, a medida que eran cortado los otros. El agua estaba teñida de rojo y un olor repugnante llegaba a las narices de los que luchaban.

Herido en muchos sitios, el pulpo rehusaba, sin embargo, soltar sus presas. Los tentáculos lacerados, sangrantes, lograban asir y apretaban con implacable fuerza.

—¡Valor! — jadeó el Caballero. Su rostro estaba pálido y fatigado; pero una luz resuelta brillaba todavía en sus ojos — Dadme vuestro espadín y tomad el cuchillo. Quizá logre matar a este pez del diablo con una hoja más larga.

Langley, exhaustó, sólo pudo dejar caer la espada, porque las fuerzas le iban faltando. Luego, mientras le atacaba con el cuchillo, el Caballero, sujeto firmemente por dos tentáculos, se agachó y hundió dos, tres veces, la hoja, con todas sus fuerzas, en la vaga forma que veía debajo y donde brillaban dos ojos maléficos.

Langley sintió que la presión de los tentáculos cedía.

Una y otra vez volvió a herir el Caballero, con la espada, que chorreaba sangre y agua. Lentamente, de mala gana, los viscosos tentáculos soltaron sus presas humanas, mientras el monstruo de la ensenada, mortalmente herido ahora, azotaba furiosamente las aguas, en las ansias de su agonía.

Todavía hiriendo con la espada, el Caballero empujó a Langley hacia la orilla, recomendándole que se alejara del pozo donde el monstruo habitaba.

—Iré con vos, monsieur — jadeó Langley, con el cuchillo levantado, pronto a cortar cualquier brazo que se alzara contra él o contra su camarada — Antes no.

El Caballero se echó a reír, hundió nuevamente la espada y luego dió algunos pasos hacia la derecha.

A la izquierda, el pulpo azotaba el agua con rabia y desesperación, con los ojos hundidos en las órbitas por las salvajes estocadas del espadín. Ciegamente, con menos fuerzas, sus ondulantes brazos seguían buscando a las víctimas. Pero Langley y el Caballero estaban a salvo ahora. Mucho antes de que las agitadas aguas se calmaran y el pulpo se hundiera para siempre en su pozo, los dos estrechaban las manos temblorosas de Julia.

La joven había sido horrorizada espectadora de la lucha, sin poder hacer otra cosa que rezar para que sus amigos se salvaran. Aliviada, reía y lloraba por turnos y finalmente los besó a ambos en la frente, antes de caer

desfallecida sobre la arena de la playa.

—Bueno, esta vez casi no contamos el cuento, gallardo señor — rió el Caballero, devolviendo su espada a Langley. — Fué en verdad la Providencia que os dejó conservar vuestro espadín. Sin ella, el "pez del diablo" se hubiera desayunado con nosotros.

Se volvió a reír, se escurrió el agua de sus ropas y se sentó en la arena.

—Nuestra hermosa dama parece muy necesitada de sueño. Quedaos a cuidarla, mientras yo exploro la isla.

Langley asintió en silencio. Mucho hubiera deseado acompañar a St. Moreau; pero no era posible dejar sola a la desfallecida niña. Podía haber salvajes en la isla...

La mano de Langley se cerró sobre la empuñadura de su espada ante ese pensamiento y maquinalmente desnudó la hoja, preparado para cualquier emergencia. Los suaves pasos de el Caballero se alejaron y, fuera del susurro de las palmas en la playa y el murmullo del mar todo estaba tranquilo, agradablemente silencioso.

EL MENSAJE

El Caballero de St. Moreau iba tarareando una canción de la corte, mientras se internaba entre las palmeras. Sus vivos ojos examinaban todo cuanto veían y su mente trataba de calcular las posibilidades de vivir allí hasta que se presentara una oportunidad de escapar.

Era un hombre raro, aquel Caballero... aventurero, pirata, renegado, y uno de los mejores espadachines de su tiempo. No era, pues, extraño que su mente pensara en otras cosas, mientras sus labios tarareaban la última canción que había oído en la corte.

El Caballero era uno de esos pocos hombres que pueden hacer más de una cosa a la vez. Mientras cantaba, con entonación perfecta, su mente evocaba una cabaña, provista de agua y de los comestibles que la isla pudiera ofrecer, una guardia, día y noche para descubrir algún buque que acertara a pasar y la continuación de la búsqueda del tesoro de Josiah Morgensen.

Siempre tarareando, el Caballero sonrió gravemente al pensar en aquel tesoro, que pertenecía a Langley, el sobrino de Josiah Morgensen. Desde que el joven había heredado aquel legado o, por lo menos el plano que indicaba donde estaba el tesoro, la aventura lo había envuelto en su manto.

También buscaba el tesoro de Josiah Piel Samonard, el pirata tuerto que mandaba el Reina de la Isla. Ahora mismo, el plano que Langley había recibido en la lejana Inglaterra hallábase en posesión de Piel.

—Pero el demonio no vivirá para disfrutar la fortuna que el viejo Josiah acumuló — se dijo a sí mismo el Caballero — Y yo viviré para cortarle la maldita garganta, lo juro por todos los santos.

Siguió andando; su delicada figura se abría paso entre la tosca maleza, los largos pastos y las tupidas enredaderas. De pronto se detuvo y miró un hueco natural, como de un cuarto de acre de extensión.

En un tiempo, había sido despojado de enredaderas y en el centro del claro se levantaba una ruinosa cabaña de troncos, toscamente cortados y cuyo techo estaba hecho de enredaderas tejidas.

El viento hacía crugir la puerta, sobre sus visagras de cuero y había en el sitio como un ambiente de tragedia y de misterio.

El Caballero se adelantó con precaución, cuchillo en mano. El instinto le decía que ningún ser viviente habitaba aquella cabaña; pero su mano oprimía todavía el cuchillo al abrir la puerta y entrar audazmente.

Un rayo de luz se filtraba por una ventana cubierta con estera, medio podrida por la edad y el abandono. Iluminaba un catre y una silla, groseramente fabricados, varias tazas y un... ¡esqueleto!

El Caballero se detuvo. El había visto muertos de todas las razas durante su aventurera vida; pero aquel esqueleto, sentando grotescamente en una silla, ofendió su fina sensibilidad. La horrible calavera parecía vuelta hacia él; las cuencas vacías lo miraban irónicamente. Haciendo una mueca de disgusto, el Caballero se agachó sobre el esqueleto y agarró una hoja de pergamino, cuya escritura estaba borrosa por los años y cubierta por partículas de polvo. Junto a la mano derecha del esqueleto, había una pluma toscamente fabricada, de un tallo seco.

Soplando el polvo que cubría el pergamino, el Caballero empezó a leer. El mensaje que sus ojos hallaron era bastante extraño.

"Vos que halláis este pergamino, pensad que los huesos de Nathaniel Corcoran lo acompañan y que la sangre de Nathaniel proveyó la tinta con que fué escrito.

He permanecido prisionero cinco años en esta isla, según mi cuenta. Y el demonio es forma humana que me dejó aquí, para que muriera, fué Josiah Morgensen. ¡Que sus huesos perezcan y su alma se pudra hasta el juicio final! Sin embargo, si mis plegarias son oídas, seré vengado. Las mal adquiridas riquezas de Josiah Morgensen están en la Isla del Muerto, a unas cuatrocientas millas al oeste de Colombia, latitud 5.20 norte y 85.5 oeste. Se esto porque le ayudé a ocultar el tesoro y, para vergüenza mía, maté, por orden suya, a seis de mis compañeros, que también ayudaron a esconder el tesoro de la mirada de todo mortal. Buscad el tesoro y quitádselo a las manos, manchadas de sangre, de Josiah Morgensen y el alma de Nathaniel Corcoran, descansara en paz".

El resto de lo escrito en el pergamino era ilegible; pero el Caballero sabía ya bastante para excitar su interés. Con ojos que brillaban astutamente, dejó caer el pergamino al suelo y lo pisó con el tacón hasta que quedó reducido a fragmentos indescifrables. Luego se limpió las manos en un pedazo de batista, arruinado por el agua salada.

Por un largo momento se quedó allí, luchando consigo mismo. La llave, la verdadera llave del tesoro, se dijo, estaba en su posesión. Cuatrocientas millas al oeste de Colombia. Eso significaba que la isla del tesoro estaba en el Océano Pacífico, y había sido bastante tonto para creer que el tesoro

Aunque herido en muchas partes, el pulpo no soltaba sus presas.

estaba oculto en una isla al sur de Jamaica!

¿Por qué no arrancar el tesoro de su escondite y guardarlo para sí? ¿Por qué compartirlo con el joven Langley... un mocoso que no tenía ni veinte años? El otro lado del francés se sobreponía ahora, su avaricia, que le había hecho perder el favor en la corte de Francia, que le había lanzado a los siete mares con la calavera y las tibias por bandera.

Si Langley Morgensen hubiese visto a su "amigo" en aquel momento, se hubiera quedado horrorizado por la expresión diabólica que se reflejaba en sus hermosas facciones. Cara de mujer, tan bella y blanca era... enmascarando un alma de demonio. Las palabras del viejo Shanks hubieran vuelto a su imaginación.

Pero Langley Morgensen estaba a cientos de yardas de distancia, examinando ansiosamente una goleta de tres mástiles que se dirigía a toda vela a la isla.

—¡Vela a la vista!

El Caballero se sobresaltó al oír el grito penetrante de su compañero, miró una vez más el esqueleto y los fragmentos esparcidos del pergamino; luego salió de la cabaña del muerto. Sus ojos parpadearon a la fuerte luz, mientras se dirigía rápidamente, por entre la tupida maleza, hacia el sitio donde había dejado a Julia y a Langley.

—¡Monsieur! — la voz de Langley era fuerte y emocionada. — ¡Una vela! ¡Una vela!

El Caballero dirigió una mirada a la hermosa embarcación que aparecía en el horizonte, con sus velas infladas por la brisa; luego echó a correr.

—¡La "Santa Rita"! — gritó agarrando a Langley por el brazo — ¡Vuestro barco, Langley!.

—¡El que! — exclamó Langley emocionado. — ¿Dijistéis la "Santa Rita"? ¡Imposible!

En el rostro de el Caballero se dibujó una astuta sonrisa. La llegada de la goleta significaba la salvación y un paso más en la búsqueda del tesoro. Por el momento jugaría limpio con Langley Morgensen.

—El Caballero de St. Moreau nunca olvida un barco aunque lo haya visto una sola vez — contestó gravemente.

Langley gritó de alegría. Su tío, Josiah Morgensen, le había dejado la Santa Rita;

pero acontecimientos ocurridos después de la lectura del testamento en Brixham impidieron al joven pisar siquiera sus cubiertas. Qué hacía la goleta en aquellas aguas y quien la mandaba eran cosas que no preocuparon a Langley en aquel instante.

Le bastaba que su buque... ¡el suyo!... estuviera cerca para salvarlos.

MIGUEL EL NEGRO

El Caballero leyó los pensamientos que pasaban por la mente del mozo y sonrió sardónicamente.

—¿Creeis, gallardo señor, que no tendréis más que reclamar la Santa Rita para que el bribón de su capitán os la entregue? — le preguntó torturadoramente.

El rostro de Langley se ensombreció.

—¿Cómo sabéis que es un bribón el que la comanda, monsieur?

El Caballero se encogió de hombros.

—Digo eso sólo por misterioso presentimiento — contestó riendo. — Hubo un día en que Miguel el Negro, vuestro tío, y el viejo Josiah se disputaron la posesión de la Santa Rita. El Caballero de St. Moreau — agregó orgullosamente — os apuesta un diamante contra una presa de tabaco a que Miguel el Negro está abordo de la Santa Rita.

—¿Pero por qué se dirigiría aquí? — preguntó Langley sin quitar los ojos del buque que se acercaba a la isla.

—Quizá el tesoro del viejo Josiah tenga algo que ver con ello — replicó el Caballero — Quizá Miguel el Negro cree que hallará aquí la clave para llegar a donde está escondido.

Langley se dió vuelta y lo miró con desdén.

—¿Y por qué va a creer eso? No hay aquí ninguna clave del tesoro, podéis estar seguro.

El Caballero también lo miró con desdén. Recordaba ahora que, en un tiempo un compañero de Nathaniel Corcoran, llamado Bent Grant, había sido amigo de Miguel el Negro. Era probable que la noticia de la forzada reclusión de Nathaniel Corcoran en aquella isla hubiera llegado a oídos del tío de Langley.

—Aquí no hay oculta ninguna clave del tesoro — repitió Langley.

—¿Lo creis así? — había tal acento de irritante contradicción en las palabras de el Caballero que las dudas de Langley acerca de su sinceridad volvieron. — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

El Caballero hubiera retirado, a ser posible, lo que había dicho, porque su vanidad se había sobrepuesto a la prudencia. Vió la impresión que había hecho en Langley y trató de destruirla con su risa musical.

Pero la impresión era profunda. De ahora en adelante, Langley Morgensen, un muchacho que tenía en sus venas algo de la salvaje sangre de su tío y de sus sentimientos implacables hacia un enemigo o amigo traicionero, miraría a el Caballero bajo una luz distinta. A la primera oportunidad se separarían. De eso estaba seguro.

Julia van Dyne rompió el embarazoso silencio que se había producido. Se puso de pie, vió el buque que se acercaba y saltó de júbilo.

—¡Señores, nos hemos salvado! ¡Gracias a Dios!

Un momento después sintió que el Caballero colocaba suavemente la mano sobre su hombro; oyó su voz argentina y musical.

—Venid, por aquí, señora mía — aconsejó — Es mejor siempre mirar cuidadosamente la trampa, antes de entrar en ella.

—¿La trampa? ¿Qué queréis decir?

—El Caballero dice eso porque, mientras no sepamos lo contrario, ese barco puede albergar enemigos y no amigos — explicó Langley — Es mejor que nos ocultemos y esperemos los acontecimientos.

—Está veraz y noblemente dicho — rió el Caballero, arrastrando a sus dos compañeros a una eminencia rocosa, que los ocultaba a la vista de los que estaban en el mar y, sin embargo, les permitía a ellos divisar la playa, a pocas yardas debajo.

Por espacio de dos horas los tres permanecieron escondidos, observando la goleta que se acercaba rápidamente al puerto natural de la isla. Mismo fuera de la herradura, el buque se detuvo. Oyóse el ruido de los cables al ser lanzada el ancla, que se hundió en el fondo arenoso.

—Van a desembarcar, monsieur.

No era necesaria la información de Langley, porque los rápidos ojos de el Caballero ya habían advertido que bajaban un bote. Más aún, habían visto subir a él una figura barbuda, familiar, cuyas órdenes vociferadas hacían moverse a los marineros.

—Y me gané mi presa de tabaco, Langley, porque ahí está Miguel el Negro. Hubiera conocido su feo hocico hasta con los ojos vendados.

Langley sintió saltar su corazón. El Caballero había dicho verdad porque al entrar el bote en la ensenada reconoció la gigantesca y barbuda figura de su tío Miguel.

El reconocerlo rebajó al mismo tiempo sus esperanzas de ser salvados. Porque no había cariño ni amistad entre Miguel el Negro y Langley. En verdad, la última vez que se vieron, en Derapan Manor, cuando el viejo abogado Shaks dió lectura al testamento del viejo Josiah, Langley y Miguel casi se agarran a golpes.

Langley, observando el buque que se acercaba, sintió renacer, sin embargo, sus esperanzas al murmurar el Caballero en su oído.

—¡Vamos, recobrad la alegría, valiente señor! No nos costará mucho dominar a ese poltrón y a sus cobardes subalternos.

—Comprendo vuestro pensamiento — dijo Langley cuyos ojos brillaron con fiera resolución — Capturaremos la goleta... mi goleta... ¿no es así?

—¡Vuestra goleta! — replicó gravemente el Caballero — Y luego a buscar el tesoro del viejo Josiah.

(Continuará)

NAZENLER

Por

Pierre Souvestre

y

Marcel Allain

HIJOS DE LORENA

¡CASIMIR!

—¿Mi teniente?

¿—Dónde están mis calcetines, Casimir?

—En la valija, a la izquierda, mi teniente.

—¿Y mi pijama?

—Valija, costado izquierdo.

—¿Mis útiles de tocador?

—Valija, lado derecho.

—Casimir, dame mi sobretodo.

—Mi teniente. ¿Debo ponerle otro traje?

—Es inútil, no estaré mucho tiempo.

—¿Dónde se va, mi teniente?

—Si te preguntan, tú dirás que no sabes nada.

—Perdón, mi teniente, diré que mi teniente ha ibo a Pont-a-Mousson, a ver a su tía, que lo ha citado allí.

—Bien, Casimir. En esas condiciones, tendrás cuatro días de arresto, por haberte permitido leer mi correspondencia.

—Los cumpliré durante su ausencia — mi teniente.

—Imbécil puesto que te digo que estaré ausente sólo 48 horas... vamos, pronto... ¿a qué hora sale el tren?

—Diez y doce mi teniente — estación del Este.

—Ya lo sé. Pont-a-Mousson no queda en la línea de Tolosa. ¡Has llamado a un auto!

Por toda respuesta, el ordenanza del oficial abrió la ventana de la pieza donde ambos se hallaban.

Esta daba sobre las avenidas Suffren; el departamento estaba en la planta baja.

Casimir agitó las manos, un taxi que pasaba, comprendió y se detuvo frente a la puerta.

—Ya está — dijo Casimir — apúrese, mi teniente... son las 9 y 40.

El ordenanza tomó la valija, mientras el oficial dirigió una mirada a su alrededor para asegurarse de que no olvidaba nada.

Iba a salir de su departamento, cuando el ordenanza que se había colocado respetuosamente detrás de él, le llamó:

—¡Mi teniente!

—¿Qué hay Casimir?

Casimir colocándose un dedo sobre los labios, dijo en tono misterioso:

—¿Qué habrá que hacer si vienen damas?

El oficial se encogió de hombros sonriendo:

—Y bueno, sé atento con ellas... sin exagerar la galantería... les dirás que esperen... o que vuelvan...

Amenazando con un gesto a su subordinado, el teniente añadió:

—En cuanto a tí, trata de estar tranquilo... y de no embriagarte demasiado...

—¡Oh! Nunca, mi teniente... eso no me ocurre más que el sábado a la noche... No, voy a ocuparme de mi cantina y de mis futuras operaciones comerciales...

—Bien... ¡hasta la vuelta, Casimir!

—¡Buen viaje, mi teniente!

Casimir había colocado la valija de su oficial, al lado del chofer.

El ordenanza se quedó en la acera hasta que, el auto que llevaba al teniente, aumentando la velocidad, desapareció en la avenida Suffren, casi directa a esa hora.

Casimir consultó su reloj.

—¡Llegará! — dijo — pero lleva el tiempo justo.

Luego, el ordenanza entró lentamente en el departamento en desorden y se ocupó de su arreglo.

Después, en lugar de ocuparse de la limpieza de un saloncito, Casimir se instaló en un sillón y encendió un cigarro, para leer el diario.

Era un ordenanza que tomaba familiaridades, no sólo cuando su superior estaba allí, sino y sobre todo, cuando éste se hallaba ausente.

Casimir además, no era un soldado ordinario.

Había estado dos años en los cazadores de Africa en calidad de ordenanza del teniente Frederic de Mareuil, joven oficial enviado a las avanzadas desde su salida de Saint-Cyr.

El teniente Frederic de Mareuil había luego permutado; estaba, desde hacía unos seis meses en el 47 de dragones de París.

Casimir, su ordenanza, lo había seguido y después de concluídos sus dos años, se había reincorporado.

Era ahora soldado-comisionado y postulaba el empleo medio civil, medio militar de concesionario de la cantina de un cuartel parisien.

Era candidato desde hacía unas semanas y en instancias de obtener la cantina de la Escuela Militar.

Mientras tanto, Casimir que se beneficiaba, por sus campañas en Africa y su medalla, de una indulgencia particular en el 47o. de Dragones seguía siendo ordenanza de su teniente.

Si figuraba en las listas del regimiento, era casi, a título honorífico.

Casimir había adquirido, en el curso de su campaña de Algeria, cierta familiaridad con su teniente que éste no hubiera tolerado a otro.

. . . .

Sin embargo, el teniente Frederic de Mareuil había llegado a tiempo a la estación del Este para tomar el rápido y ahora, confortablemente instalado en un compartimiento de 1a clase, miraba distraído los campos que se extendían como un film cinematográfico.

Era un elegante caballero, de fino bigote, rasgos distinguidos, de buena talla.

Contaba alrededor de veinte y seis años. El teniente de Mareuil había solicitado bruscamente, un permiso para dirigirse a Pont, a Mousson.

Ahora que estaba solo en el vagón, frente a sus pensamientos, reflexionaba en los acontecimientos que le habían determinado a partir tan súbitamente.

Su decisión había sido tomada después de recibir una carta de su tía, Genoveva de Brevonnes.

Genoveva de Brevonnes era una señorita de cierta edad, que siempre había vivido en la Lorena, país del que era originaria la familia de Mareuil. Frederic había pasado allí los primeros años de su infancia.

La carta era como para sorprender al oficial.

La señorita de Brevonnes decía:

"Mi querido sobrino:

"Motivos graves me obligan a pedirte que sin falta vengas a reunirte conmigo a Pont-a-Mousson, el miércoles 5 de Marzo, estaré allí a la noche.

Te abraza tu tía Genoveva".

Eso era todo, no había otras explicaciones y si Casimir, al leer esa carta, supo el lugar de destino de su oficial, este no estaba más enterado que su ordenanza, respecto a los motivos que determinaban a su tía, a convocarlo tan rápidamente.

A las cinco de la tarde, el tren se detuvo en la estación de Pont-a-Mousson.

El teniente de Mareuil descendió y se hizo conducir al hotel.

Una desilución le esperaba. El oficial halló en efecto un telegrama de su tía, en el que le comunicaba que no podría acudir hasta dentro de dos días a Pont-a-Mousson. ¡Y le suplicaba que tuviera paciencia.

—¡Vaya una cosa divertida! — gruñó el joven, que, irrespetuosamente, añadió:

—Con las mujeres ocurre siempre lo mismo.

El teniente de Mareuil estaba libre hasta el sábado a las 8 que debía presentarse al cuartel. Podía pues, esperar a su tía, sin que le ocasionara ningún perjuicio.

El teniente de Mareuil cenó sólo en el pequeño hotel familiar y burgués en que paraba, luego, se acostó temprano.

Al alba, del día jueves, de Mareuil se despertó alegre; se le acababa de ocurrir una idea:

—¡El 24o. de húsares — se dijo — está de guarnición aquí y mi amigo, el teniente Verdier-Bressac forma parte de él! Iré a estrecharle la mano.

De Mareuil, se vistió rápidamente de civil y fué al cuartel de caballería.

Un centinela lo informó. Poco después, ambos camaradas se encontraban.

Verdier-Bressac, aunque oficial de húsares era altísimo, completamente imberbe y usaba un monóculo.

—¡Querido de Mareuil!

—¡Mi viejo Bressac!

Habían sido camaradas en Saint-Cyr, y en el patio del cuartel, cambiaron sus recuerdos.

—Tú sabes — declaró Mareuil. — ¿Que no te dejaré en todo el día?

Pero el oficial de húsares puso una cara desolada.

—¡Es una lástima viejo! — le dijo — pero me veo obligado a partir a mediodía para Luneville... servicio del estado mayor... no puedo hacer nada para evitarlo. ..¡Ah! ¡estoy desolado!...

—Yo también — declaró de Mareuil que veía con fastidio, ante él, la eventualidad de un día de soledad.

Sin embargo, su camarada le sugirió una idea excelente:

—Oye, el tiempo es soberbio y yo tengo dos caballos que no necesito ¿quieres montar? Eso podría distraerte, los alrededores son bellos y, por otra parte, me harías un favor, porque mis caballos necesitan tomar aire...

Una hora después, de Mareuil que había vuelto al hotel a cambiarse de ropa, lo que le fué fácil, pues, aunque no llevara, como en ese caso, el uniforme no dejaba nunca sus botas ni sus pantalones, montaba uno de los caballos del teniente Bressac; se dirigió lentamente por las calles de ese gran

Próximamente una gran primicia, especialmente escrita para **PUCKY**

EN EL VALLE DE LA MUERTE

Misteriosas y emocionantes aventuras de un muchacho argentino en el Far West

pueblo que es Pont-a-Mousson, luego se halló en el campo.

—¡Bressac tuvo una idea excelente! — pensó el oficial — podré distraerme esta tarde.

El teniente de dragones se había formado, efectivamente, el proyecto de ir a almorgar a cierta distancia de allí, a Pagny-sur-Moselle donde sabía que encontraría un restaurant reputado.

Regresaría luego, vagando por el campo.

De Mareuil se divertía montando ese caballo que le recordaba los pequeños "árabes" que tenía a su disposición cuando era cazador en Africa.

—Son menos robustos — pensaba — que nuestras caballerías de dragones, pero lo mismo, es divertido...

A la una, de Mareuil llegaba a Pagny-sur-Mosele, luego, después de un copioso almuerzo, encendiendo un cigarro, salió a pie, para hacer la digestión y para dejar descansar al caballo.

El oficial, siguió primero las poéticas márgenes del Mosela, luego, atravesando campos se internó en los bosques.

Aunque la estación estuviera poco avanzada, ya se manifestaba la primavera.

De Mareuil no podía errar por esas campiñas tan fértiles, tan fecundas sin sentir pena.

Estaba cerca de la frontera, sabía que en el horizonte que sus ojos podían descubrir, se hallaba la tierra prohibida, el territorio anexo; la buena y querida Lorena, uno de cuyos hijos era él!

Largos años habían pasado, es cierto, desde la guerra, de la que había oído solamente hablar, pero en su familia primero, cuando era pequeño y vivía en Metz, luego en París, y al fin en Saint-Cyr, había estado, sin cesar alimentado por ideas de represalias y venganza, que habían hecho de él un corazón doblemente francés, pues era de Lorena.

Y de Mareuil, dejando errar sus pensamientos, se internó en un pequeño bosque en que los viejos robles, cubrían una alfombra de musgo.

Por entre sus ramas, veía a lo lejos las ricas tierras trabajadas.

Y mientras sus pulmones, se llenaban del aire sano y puro que pasaba por el campo, sus labios, instintivamente, repetían los versos admirables de Deroulede:

Oui, cette terre ardente et diverse, et fertile...
Bonne a tous les produits, prete a tous les essais,
Ce sol paissant, ces eaux vives, ce ciel mobile,
Tout cela, c'est la France...

¡"Verst da"!... — dijo una voz que en seguida tradujo en francés su interrogación "¿Quién va?"

De Mareuil se detuvo bruscamente.

Frente a él, se erguía un funcionario a quien el oficial reconoció.

Era uno de esos grandes aduaneros alemanes, suntuosamente vestidos de uniformes del género "traje de general de división" como saben proveer, a su personal de fronteras.

De Mareuil lo consideró con curiosidad y los rasgos de su interlocutor quedaron grabados en su memoria.

Era un hombre de cuarenta y cinco años más o menos, de gran corpulencia, barba espesa, y aunque se paseaba en los campos, parecía estar vestido, para un desfile.

El aduanero continuó en un mal francés, aunque con educación:

—Sin duda, el señor se ha perdido, pero si quiere seguir este sendero hacia la derecha, llegará al camino...

Mareuil en ese momento, comprendió que sin darse cuenta había pasado la línea de la frontera y que estaba en territorio anexado.

Se le ocurrió una idea y orgulloso de demostrar su superioridad, mientras el guarda le interrogaba en un francés deplorable, él le contestó en el mejor alemán.

—Le agradezco que me haya indicado el camino, sabré hallarlo, pues soy del país.

El aduanero se inclinó y afectó no mirar hacia donde se dirigía de Mareuil.

Este, sin embargo siguió el pequeño sendero que lo conducía al camino, el que une Pont-a-Mausson con Metz.

Cuando estuvo en la gran vía de comunicación, se dió cuenta de que se hallaba en la cumbre de una colina y, deteniéndose un momento, sintió que la angustia oprimía su corazón.

De su puesto de observación, veía el valle que se extendía a su derecha. Llegaba el crepúsculo, el campo se sumía en la sombra de la noche, sin embargo, a lo lejos se dibujaba la esbelta silueta de la catedral de Metz.

Luego, más cerca, emergiendo de un tupido bosque, se erguían unas torres doradas por el sol que se ponía.

—¡El castillo de Brevonnes! — murmuró de Mareuil.

Eran, efectivamente las torres del castillo de su tía las que el oficial veía.

El castillo de Brevonnes distaba unos cuatro o cinco kilómetros, situado en las proximidades del pueblo anexado, de Ancy-sur-Moselle.

Mareuil miró a su alrededor, estaba solo. De pronto se apoderó de él un imperioso deseo.

No se sentía fatigado por su paseo. Al contrario, se convenció rápidamente de que algunos kilómetros más, no le hacían nada.

En tres cuartos de hora, siguiendo ese camino, se hallaría ante las verjas del castillo de su tía.

De Mareuil vaciló un momento.

¡Era arriesgado lo que se proponía! era oficial francés y estaba sin permiso para ir a Alemania.

—Pero — se dijo. — ¿acaso no está hecho lo más grave, puesto que me hallo en territorio anexo y... por así decirlo, sin haberme dado cuenta?

"¡Bah!" — prosiguió — Arriesgemos el todo por el todo... Creo que mi tía no se disgustará al verme llegar así a su casa... me muero de ganas de verla... Tanto peor ¡voy!

La desición de deMareuil estaba tomada. Volviendo la espalda a Francia, avanzó a grandes pasos en dirección al castillo de Brevonnes...

Una hora después habiendo subido los escalones de la terraza, llamaba a la puerta. Una muchacha le abrió, interrogándole en alemán.

—Deseo hablar con la señorita — replicó el oficial.

La sirvienta se colocó a un lado y discreta turbada quizá por la aparición de ese bello desconocido, lo introdujo a un pequeño salón de donde se retiró anunciando:

—Voy a avisar a la señorita.

De Mareuil quedó un rato solo, hasta que la puerta se abrió de nuevo.

Saboreó un segundo la sorpresa asustada de su tía, que reprimía un grito de emoción.

Genoveva de Brevonnes era una mujer alta, distinguida, de noble aspecto; era rubia y en su semblante se abrían grandes ojos claros de expresión triste.

La castellana, toda vestida de negro, llevaba, en efecto el duelo por su padre, muerto hacía casi un año.

Cerró bruscamente la puerta tras de sí, luego, en un impulso espontáneo atrajo a su sobrino contra su pecho.

—¡Mi querido Frederic! — le dijo.

Pero, añadió en seguida, a media voz:

—¿Cómo has hecho para venir? ¿tienes un permiso?

—No, tía — declaró riendo el teniente de dragones.

La señorita de Brevonnes palideció.

—¡Dios mío! ¡Que imprudencia, hijo mío!

Luego prosiguió:

—Espérame tranquilamente en este salón, tengo una visita...

Y explicó, más bajo aun:

—Es el profesor Hans Berg... pero, lo despediré lo más pronto posible...

Salió de la pieza, dejando solo a Frederic.

El nombre que su tía acababa de pronunciar, evocó en él lejanos recuerdos.

Desde hacía años, había olvidado la existeicia de ese hombre, pero, su nombre bruscamente pronunciado, le recordó quien era.

El profesor Hans Berg era un pariente lejano de las familias de Brevonnes y Mareuil.

Contrariamente a los otros, era alemán de corazón y no lo ocultaba.

El profesor ocupaba un alto cargo en la Universidad de Metz, era además hijo de uno de los ocho magistrados que, de doscientos funcionarios, en el momento de la anexión de Alsacia y Lorena, habían tenido el triste valor, aunque eran franceses, de prestar juramento al emperador Guillermo.

Mientras pensaba, de Mareuil sentía que se dibujaba en su espíritu una extraña figura de hombre que podía tener cincuenta años, de gran vientre y anteojos con montura de oro.

Sin embargo, Genoveva de Brevonnes, había vuelto al salón, donde se hallaba su pariente, el profesor Hans Berg.

La castellana quedó intrigada por la actitud del profesor.

Se había puesto sus mejores galas para ir a verla, se había puesto su larga levita de universitario, y aunque estuviera en el campo, llevaba un sombrero de copa, de moda algo pasada.

Yo - Yo
EL JUEGO DE MODA
Prepárese para el próximo campeonato de
YO-YO
YO-YO de cedro muy bien terminado, listo para jugar
1 . . . . $ 0.60
2 . . . . " 1.00
Yo-Yo de metal sonoro $ 2 c|u.
Se envían al interior agregando 0.30 en estampillas para franqueo
Pedidos adjuntando el importe a
M. MEZZULLO
DIRECTORIO 3353 Buenos Aires
Mayoristas, soliciten precios por gruesa

Desde hacía un momento, decía cosas inútiles y vagas a su interlocutora, mirándola con una insistencia molesta.

La señora de Brevonnes en el momento que su sobrino llegó tan inopinadamente, se preguntaba que podía desear el profesor.

Había exigido esa cita para ese día.

Era él quien había impedido a Genoveva de Brevonnes ir a Pont-a-Mousson como ella tenía decidido.

Un poco impaciente, después de saber que su sobrino Frederic estaba en la pieza vecina, Genoveva lo interrogó:

—Bueno, querido Hans ¿qué quería usted decirme?

El profesor enrojeció hasta la raíz de sus cabellos; el sudor mojaba su frente, se secó con un gran pañuelo a cuadros saturado de tabaco.

—Es... — dijo — iré derecho al objeto, Genoveva... tengo que pedirle un consejo.

—¿Cuál, mi amigo?

—¿Qué diría usted si yo me casara?

Genoveva tuvo ganas de reír; le parecía divertido que el viejo profesor pudiera pensar, cuando acababa de pasar los cincuenta años, en casarse.

Sin embargo, respondió amablemente:

—Tendría usted razón, y estoy segura que usted es capaz de hacer feliz a una mujer.

Hans Berg suspiró profundamente:

—¡Ah! ¡Genoveva, no sabe usted el bien que me hace su respuesta...

—Es muy natural, mi amigo.

El profesor se ponía cada vez más torpe, Se acercó a ella y tratando de tomarle la mano, le dijo:

—Entonces ¿acepta usted?

Pero, Genoveva, comprendiendo bruscamente se echó hacia atrás.

—¡Como! — exclamó. — ¿Es en mí en quien pensaba? Hans Berg... ¿es conmigo con quien pretende casarse?...

Ligeramente inquieto por esa pregunta que nada bueno auguraba, el profesor contestó sin embargo:

—Es usted, Genoveva, en efecto...

La señorita de Brevonnes no dijo nada...

El profesor siguió:

Nazenler

—Usted siempre ha habitado aquí, Genoveva es querida por todos... Mientras vivió su padre, se consagró usted a él, rechazó usted los mejores partidos de la región... y yo la felicito por haber comprendido tan bien su deber de hija única, pero ahora, es usted libre, sola, y tiene derecho al afecto, al amor, como a la protección de un marido... yo le ofrezco todo eso, los dos tenemos bienes... unamos nuestras fortunas y nuestros corazones...

La proposición estaba hecha, y pareció indignar a la mujer.

—¡Jamás! — exclamó — jamás me casaré con usted...

El profesor Hans Berg frunció el ceño:

—¿Qué tiene usted contra mí? — interrogó. — Siempre he llevado una existencia correcta, digna, de mi profesión, digna de nuestra familia... somos parientes Genoveva...

Pero la castellana contestó sombríamente:

—Cualquiera, que sean los lazos de parentesco que nos ligan, hay algo que siempre nos separará...

Hans Berg se encogió de hombros:

—Ya sé lo que quiere decir — exclamó. — No tenemos las mismas opiniones políticas.

—Perdón — dijo secamente Genoveva. — No se trata de política sino de patria... Usted es alemán Hans Berg.

El profesor se había levantado:

—Y usted también Genoveva...

La mujer protestó con un gesto violento:

—Por la fuerza que domina al derecho, quizá, pero por corazón soy francesa... y jamás, jamás ¿entiende usted? una de Brevonnes, unirá su vida a un alemán.

La declaración de la castellana había sido hecha con un tono vibrante de entusiasmo y de energía que no podía dejar dudas al profesor Hans Berg.

Sin embargo éste no se consideró vencido. Era tenaz.

Se acercó a su parienta y se sentó a su lado pues, demasiado emocionada, Genoveva se había dejado caer sobre un sofá.

Y Hans Berg, insistió:

—Dirá usted lo que quiera, Genoveva, y evocará en vano detalles sin importancia según mi opinión, que nos separan... no son las divergencias de opinión quienes deben evitar que los intereses se unan... Va tanto en su interés el unirse a mí, como en el mío casarme con usted... eso usted lo sabe... ¿me dirá lo contrario?

Genoveva se encogió de hombros silenciosamente.

Sin duda, el profesor tenía razón, si se miraban las cosas desde el punto de vista material, si se trataba de reunir las propiedades de uno y otro bajo un mismo nombre.

¿Pero podía germinar semejante sentimiento en el corazón de tan digna hija de Lorena?

Hans Berg prosiguió sin embargo, casi con dureza:

—Hay otra cosa, Genoveva, que le dicta esas palabras; hay en su vida un secreto, un misterio... que no quiere usted revelarme... Es por eso que no se ha casado hasta hoy... es por eso que no quiere ser mi esposa. ¡Oh! No le pido que hable... sé lo orgullosa y empecinada que es usted... pero no me está prohibido informarme y saber lo que es exactamente... Usted será mi esposa Genoveva... usted dirá...

—Yo diré que no... — interrumpió ella. — y le suplico Hans Berg, que se retire... ya ha durado demasiado esta entrevista...

Añadió pasándose la mano por la frente, mientras una extraordinaria palidez cubría sus facciones.

—¿No se da cuenta de que estoy fatigada, de que sufro?...

Con torpeza y pesadez el profesor se levantó. Abrochó solemnemente su levita, se puso sus guantes amarillos, luego tomó su sombrero.

Se inclinó ceremoniosamente ante Genoveva:

—Volveré a verla — le dijo, mientras hacía el gesto de besarle la mano.

Peró la castellana retiró sus dedos,

Hans Berg llegó al vestíbulo.

—¡Hasta pronto, Genoveva!

Imperceptiblemente, ella contestó:

—¡Hasta pronto!

Luego, cerrando la puerta y segura de que el profesor se había alejado, volvió, corriendo atravesó el hall del castillo dirigiéndose hacia la pieza donde estaba su sobrino.

Al pasar por el comedor donde, se hallaba Katele la pequeña sirvienta, le recomendó:

—Ponga dos cubiertos para la cena...

Y viva, alerta, tenía Genoveva la mano contra la puerta donde estaba su sobrino cuando se detuvo.

De las profundidades del vestíbulo medio obscuro pues ya se acercaba la noche, surgía una forma humana.

Era la silueta de una mujer, bastante alta, elegantemente vestida, con el rostro disimulado por un velo.

Se inclinó ante Genoveva.

—Señorita de Brevonnes — le dijo dirigiéndole la palabra en el más puro alemán, —le pido disculpas por molestarla, pero hace un rato la esperaba... ¿No se acuerda usted de mí?

—En efecto — dijo Genoveva asombrada.

La desconocida prosiguió:

—Sin embargo vengo a visitarla todos los años, señorita... es a propósito de los habitantes tuberculosos de Alsacia y Lorena... me ocupo de hacer colectas para esa pobre gente... y tenemos este año grandes gastos, han edificado un sanatorio en los alrededores de Colmar, y su alteza imperial la kronprincess Eitel debe inaugurar esta primavera, el establecimiento...

Genoveva frunció el ceño; la que pedía añadió sonriendo:

—Sé que no es ese un argumento para convencerla, señorita, en realidad yo no hago un llamado más que a sus sentimientos caritativos.

Genoveva no contestó. Fué a buscar una pieza de oro.

—Aquí tiene 20 marcos, sírvase inscribirme.

—Es usted muy amable, señorita, discúlpeme que la moleste, sobre todo hoy... que usted recibe gente...

Genoveva protestó maquinalmente:

—Pero si usted no me molesta... Además no hay nadie aquí...

La mujer se alejó, sin embargo murmuró claramente al llegar a la puerta:

—Perdón señorita... sin embargo, creí... me pareció... que daba usted orden de poner dos cubiertos.

Genoveva enrojeció, había sido sorprendida en flagranto delito de mentira.

Por otra parte en el vestíbulo, colgado de una percha ¿no había acaso un sobretodo y un sombrero de hombre, que revelaban la presencia de un invitado?

¡Después de todo, eso no tenía importancia!

Apenas retirada la mujer que había ido a pedirle, Genoveva, libre de importunos, saltó literalmente al saloncito donde la esperaba Frederic.

—¡Al fin! ¡estamos solos! — exclamó. — ¡Querido sobrino, vamos a la mesa!

Sin embargo, acercándose al joven le dijo sonriendo:

—¡Voy a hacer subir una vieja botella de vino del Rhin que beberemos a "su" salud!

II

EL SECRETO DE LA TIA GENOVEVA

Al fin concluyó la cena, una larga cena, como se sirve en provincias, y durante la cual los platos se suceden unos a otros, sin que se pueda imaginar el final.

Era muy tarde, casi las nueve y media, cuando se levantaron de la mesa y la tía Genoveva propuso:

—Me imagino Frederic que querrás fumar un cigarro en el salón.

Hasta ese momento, la entrevista de la tía y el sobrino había sido de encantadora cordialidad.

Uno y otro, habían evocado recuerdos, un poco lejanos sin duda, pero agradables a su corazón y si el joven había adquirido en el curso de su permanencia en Africa, una naturalidad de espíritu que lo hacía mayor que su edad, parecía que su tía, se había hecho su contemporánea.

En realidad la tía Genoveva de Brevonnes era una mujer bastante joven aun, pues aunque se calificaba a sí misma de vieja, no tenía aún cuarenta años.

En el curso de la comida, habían bromeado, reído, casi flirteado... y si no hubiera sido por los lazos de familia que los unían, hubiérase creído que eran dos enamorados que vivían esa cordial entrevista.

Sin embargo se borró esa impresión en cuanto Frederic de Mareuil se instaló cerca de su tía en el pequeño salón donde había sido recibido a su llegada al castillo, llegada que había coincidido con la visita del profesor Hans Berg.

Frederic y Genoveva estaban ahora frente una del otro; ella sentada cerca de la mesa, sobre la que estaba la lámpara, tenía un rostro severo, cuyos rasgos parecían alterarse.

Frederic, al contemplarla notó que su rostro tenía arrugas, que sus cabellos, en su nacimiento, en lugar de ser rubios eran grises... y sin embargo, sabía que su tía no tenía cuarenta años!...

¿Era el celibato, o el dolor, o alguna secreta pena que la habían envejecido antes de la edad?

Hubo un silencio, durante el cual Genoveva de Brevonnes pareció recogerse en sí misma.

Durante ese tiempo Frederic fumaba.

Al fin Genoveva empezó con una voz diferente y que temblaba un poco:

—Mi querido sobrino — dijo — desde la muerte de mi padre, eres para mí, el único pariente que me queda y en quien puedo tener confianza; ¡el único pariente francés! Las desgracias que debemos a nuestros orígenes, hacen que hayamos sido criados, uno y otro, con cerca de veinte años de distancia en esta querida tierra de Lorena tan duramente experimentada por la guerra. Eso hace que sintamos y pensemos de la misma manera.

—Es verdad, tía — aprobó Frederic, cuya imaginación al oír evocar eso, volaba hacia el pasado y hacía revivir en él los recuerdos de su infancia.

Había sido criado en Metz, en casa de sus padres; su padre era abogado. Sólo después, de luchar largos años había debido ir a París, tanto para dar a su hijo Frederic una educación de acuerdo al espíritu francés, como para librarse de las persecuciones de que era objeto en la ciudad de la Lorena que ahora era alemana.

Y Frederic, no había vuelto a Lorena, más que raras veces desde entonces, pero, se acordaba perfectamente que de niño, más tarde cuando joven, había ido a menudo con su familia, los domingos y días de fiesta a pasar el día al castillo de Brevonnes que habitaba un hombre alto y rudo, y una joven, cuyos trajes blancos y sus dorados cabellos desparramados sobre sus hombros habían impresionado la imaginación del colegial, que entonces era Frederic.

Ese gran hombre rudo, era el señor de Brevonnes... ¿y la joven?... La persona que Frederic tenía ante sí ¡su tía Genoveva!

Esta, después de una pausa siguió:

—Mi querido Fred, te escribí estos días para pedirte una entrevista, como ya sabes; pensaba ir a verte a Pont-a-Mousson. ¡Circunstancias ajenas a mi voluntad me han obligado, a último momento, a suspender ese viaje, y tú, has cometido la imprudencia de venir hasta aquí.

Si te he pedido esa cita, es porque tengo algo grave... muy grave... que decirte... Se trata de un secreto que quiero comunicarte, ¿Puedo confiar en tí?

El joven oficial miró a su interlocutora:

—Por mí honor — declaró — le juro, mi tía la más absoluta adhesión, y la discreción más absoluta.

—Gracias — declaró la señorita de Brevonnes.

Y prosiguió:

"No es sin violento esfuerzo que voy a hacerte esta confesión, pues una mujer sufre siempre al verse obligada a confesar... Mira... he cometido hace largos años... diez y siete exactamente... una falta imperdonable, que decidió de mi vida.

Nazenter

Los ojos de Genoveva se llenaron de lágrimas; el oficial se estremeció e hizo un gesto de protesta:

—¿Usted mi tía? — preguntó.

—Sí, yo — dijo la señorita de Brevonnes.

Y dejando de mirar a su sobrino siguió:

—Yo tenía apenas veinte años. . . me hallaba con mi padre en casa de unos parientes, de unos primos lejanos que habitaban en Vessul.

Conocí allí a un joven que me agradó; era oficial, como tú Frederic, pero oficial de infantería de marina, llamado, según se decía a un bello porvenir.

"Me hizo una corte asidua. . . yo lo escuché, y proyectamos casarnos.

"Pero nuestras familias, por razones que aun hoy ignoro, se opusieron a esa unión. . . Frederic, tú me perdonarás. . pero nos amabamos con locura. . . yo no tenía aún veinte años... el no tenía más de veinte y cinco... una noche, fué mi amante. . .

—¡Dios mío! — dijo Frederic que presentía el drama.

Genoveva, después de un momento de silencio, en el curso del cual comprimía su pecho, como para calmar los latidos de su corazón prosiguió:

—Fué mi amante; tres días después, recibió bruscamente orden de unirse a las fuerzas que enviaban a Magadascar. . .

"Desde entonces, nada más supe de él, ni una palabra. . . nada . .

—¡Pobre tía! — balbuceó Frederic sinceramente emocionado.

Genoveva de Brevonnes prosiguió:

—Entonces comenzó mi calvario, no solo no tuve más noticias de aquel a quien adoraba, sino que un trágico acontecimiento surgió para subrayar mi falta, para hacerla irreparable. . . Frederic ¡Yo iba a ser madre!

El oficial palideció; miró a su tía con dolorosa conmiseración.

Esta, continuó:

—Tú sabes que yo estaba sola con mi padre, mi madre había muerto hacía muchos años.

"Nació la criatura. Se ocultó este nacimiento|. . yo había ido poco antes a un pueblo perdido en los Vosgos.

"La niña — pues eso fué — me fué arrebatada al cabo de ocho días de su nacimiento y llevada, según dijo mi padre a un hombre de confianza un antiguo guarda que dejaba el país. . . .

"Desde entonces ya no oí hablar más de la que, en mi corazón, había bautizado con el nombre de Margarita y que no tuve el derecho de reconocer.

"¿Nunca más? Sí, sin embargo. . . ¡Oh! Frederic, siempre evocaré esa noche de invierno. . . yo estaba en el castillo, el viento soplaba y el gran fuego, encendido en la chimenea, no lograba calentarnos, cuando mi padre, brutalmente, me anunció, casi con un suspiro de alivio, que mi hija, que debía tener unos seis meses, había muerto.

"Me retiré a mi cuarto sin decir una palabra, pero a partir de entonces ¡he llorado todas las noches!

"Desde entonces empezó, o más bien, continuó, la vida severa, que llevo ahora.

"Lloraba a mi hija. . . lloraba al que me la había dado y de quien jamás volví a oir hablar.

—De veras tía — preguntó Frederic. — ¿Jamás tuvo noticias suyas?

—Jamás — replicó Genoveva de Brevonnes.

Y prosiguió:

—Pasó el tiempo, algunos partidos se me ofrecieron; a pesar de las instancias de mi padre, me negué a casarme. . . luego, como sabes Fred, mi padre murió, hace de eso poco más de un año y quedé sola en el castillo que fué mi cárcel, mi tumba! . . .

—¡Mi pobre tía! — suspiró Frederic que en un impulso espontáneo le tomó las manos.

Genoveva se desprendió, se secó las lágrimas que corrían por sus mejillas, luego abriendo un cajón sacó unos papeles.

—Frederic — dijo — hace ocho días, he hallado en mi correspondencia, esta carta destinada a mi padre, como prueba la dirección.

La tendió al oficial.

—Lee — le dijo

Frederic obedeció.

"Señor:

"Le informo que no hemos recibido el dinero que usted envía habitualmente.

Espero que no tardará en dirigirlo como de costumbre, al notario que me lo entrega; la persona por quien usted se interesa, está bien".

Frederic después de leer ese documento escrito con bella letra de aspecto comercial y que no tenía dirección ni firma, quiso devolverlo a su tía.

Guarda esa carta — dijo Genoveva de Brevonnes, y siguió su relato:

"Ese pedido me llenó de angustia, de la ansiedad más profunda. ¿Quién podía escribir así a mi padre? ¿De què persona hablaba?

"Poco a poco, Frederic, una idea se apoderó de mi espíritu y tomó fuerzas; tuve el presentimiento, que luego se transformó en seguridad, que mi padre no me había dicho la verdad al anunciarme la muerte de mi hija y que, seguramente ella vivía aún.

"Busqué, con una angustia bien comprensible en los libros de cuentas de mi padre.

"Acabé por descubrir que, desde hacía diez y seis años exactamente, mi padre entregaba a un desconocido, siempre en la misma fecha, una suma de tres mil francos.

"La primera entrega caincide con la fecha en que me quitaron a Margarita! ¡La última fué poco antes de la muerte de mi padre!

Genoveva de Brevonnes se animaba.

—¡Frederic! — exclamó levantándose. — ¡Un corazón de madre jamás se equivoca y yo estoy segura, que mi hija vive.

"¡Pero! — prosiguió torciéndose las manos con un gesto de desesperación. — ¿Qué habrá sido de ella? ¡Esta carta no está firmada!

Y la pobre mujer, añadió con aire desesperado:

—¡El único indicio que poseo es que este sobre está sellado en París.

Aterrado por esa revelación, emocionado por las desgracias de su tía, Frederic de Mareuil estaba perplejo, silencioso frente a ella.

Era incapaz de articular una palabra y las ideas más diversas se agolpaban en su mente.

—¡Pobre! — pensaba. — ¡Como ha debido sufrir, como sufre aún!...

Sin embargo Genoveva de Brevonnes, después de dar durante un momento libre curso a su dolor, siguió con voz entrecortada.

—Frederic, soy una pobre mujer ignorante de la vida; encerrada desde mi infancia en esta triste provincia; no sé que hacer... y pens- en tí, espero que tu afecto!... pienso que tu me ayudarás a buscar a Margarita!

—¡Se lo juro! — exclamó solemnemente Frederic.

—¡Gracias! — profirió Genoveva — no esperaba menos de ti...

"Escucha — prosiguió ella, hay que hallar a mi hija, devolvérmela... cuando tu sepas algo, avísame, yo acudiré en seguida, aunque esté enferma... tengo tan mal el corazón que cada día me parece que será el último de mi vida... Hasta ahora, veía la muerte como una liberación ahora ¡quiero vivir para mi hija!...

Genoveva de Brevonnes buscaba febrilmente en los cajones de donde había sacado la carta que poco antes había dado a su sobrino.

Tomó de entre sus papeles un sobre sellado que tendió al oficial.

—He aquí — le dijo — mi testamento; te lo confío. Reconozco a mi hija y le doy el derecho de llevar mi nombre; tú se lo entregarás en cuanto la encuentres; que yo esté viva o muerta poco importa.

"Se entiende, — añadió — que si mi padre dijo la verdad, — que si me equivoqué y Margarita, que debe tener ahora diez y seis años, no está ya en éste mundo, tu serás mi heredero...

Frederic en un impulso de ternura abrazó a su tía.

—Cállese — exclamó — su hija vive, estoy convencido... la carta anónima, lo mismo que las cuentas de su padre lo prueban... Yo la encontraré, tía y sus años de sufrimientos acabarán felices, por la realización del deseo que usted tan ardientemente alimenta en su alma!

Genoveva de Brevonnes, se desprendió del abrazo de su sobrino y uniendo las manos elevó los ojos como para dirigir al cielo una ardiente plegaria.

—¡Que Dios te oiga, hijo mío! — murmuró.

Luego, acercándose a su vez a Frederic le estrechó las manos, emocionada.

—Gracias — le dijo — confío en ti, y tengo esperanzas.

Sin embargo, ella dejó de hablar y prestó atención al toque de un reloj.

—¿Media noche? — observó Genoveva. — ¿Es posible que hayamos conversado tanto tiempo?

Frederic hizo un gesto de indiferencia.

—¡Qué importa!... — comenzó.

Pero su tía lo interrumpió:

—Hijo mío, — dijo angustiada. — Has cometido una imprudencia, tú, oficial francés, viniendo así, sin permiso a territorio anexo. No quiero que pases la noche en el castillo. Mañana ya notarían tu presencia.

Genoveva de Brevonnes hojeó nerviosamente una guía.

—Oye — le dijo — el último tren que se detiene en Aney-sur-Moselle pasa a las doce y treinta y cinco y llegas a las dos de la mañana a Pont-a-Mousson; corre rápido a tomarlo. Tienes tiempo... Sobre todo cuida que nadie te vea.

Frederic reconoció que el consejo de su tía era acertado.

Fué a buscar su sobretodo y el sombrero y volvió a despedirse de su tía.

Viéndola inquieta quiso tranquilizarla.

Encogiéndose de hombros, con aire seguro Frederic de Mareuil dijo:

—Esté tranquila, tía Genoveva. No arriesgo nada, he llegado aquí, sin hacerme notar partiré igual, no hay peligro...

Pero la señorita de Brevonnes protestó:

—Sí, hijo mío — dijo bajando la cabeza, — hay peligro. Este pobre país, siempre vigilado, está muy observado en este momento; desde los últimos incidentes que han reavivado el entusiasmo patriótico y bélico tanto de un lado, como del otro de la frontera, no hay día, y sobre todo de noche, que no se señale un arresto, que no se constate la presencia de gendarmes y patrullas. Hace unos días, Hans Berg me decía que tanto en Lorena, como en Francia, se hace una caza encarnizada de espías...

—Felizmente — concluyó riendo Frederic — yo no soy uno de ellos, tía.

Preocupado sin embargo por no perder el tren, Frederic abrazó a su tía, luego salió perdiéndose en medio de la noche.

—¿Sabes el camino? — le gritó la castellana desde la terraza.

La voz del oficial le contestó desde lejos:

—No tema tía; ya sabe usted que soy hijo del país!

—¡Que buen muchacho! — murmuró suspirando Genoveva, cuando después de cerrar las puertas, entraba a su cuarto.

E, instintivamente, el recuerdo de otro oficial, de otro teniente que había conocido, y amado diez y siete años antes, le volvió al espíritu.

Al pensar en su sobrino Frederic, cuya nobleza y lealtad se veían impresas en su rostro no podía dejar de pensar:

—No sería un de Mareuil quien, en el caso del "otro" hubiera dejado a su amante sin noticias, no sería él quien no se hubiera preocupado más de la que había hecho madre...

A pesar del frío, Genoveva, dejó la ventana abierta y se asomó al balcón, mirando al exterior.

A unos doscientos metros de la propiedad pasaban las vías del ferrocarril y Genoveva no quería acostarse hasta no ver pasar el tren todo iluminado que llevaría a su sobrino hasta la frontera.

Poco después de las doce y media roncos toques de silbato se oyeron y ella oyó el ruido del tren.

El convoy pasó cerca de la propiedad, lentamente. Era una verdadera visión de incendio pues la chimenea de la locomotora vomitaba llamas escarlata. Pero a poco, el ruido se fué atenuando y un gran silencio cayó sobre los bosques y los prados...

Genoveva cerró la ventana y se instaló en una gran mecedora, con un libro en la mano.

Poco después el sueño le cerraba los párpados y la mujer se durmió vestida.

Al cabo de mucho tiempo se despertó.

—¡Dios mío! — murmuró. — ¿Qué hora es?

Miró el reloj:

—¡Las dos de la mañana!

Se le ocurrió una idea que la tranquilizó:

—Frederic, llega ahora a Pont-a-Mousson.

Pero, bruscamente se le heló la sangre en las venas y sintió un estremecimiento.

En el silencio se oía un ruido insólito en el jardín, se diría alguno que caminaba apresuradamente.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — pensó Genoveva. — ¡Con tal que no haya perdido el tren y sea él!

Se inquietaba, en efecto a la idea de que su sobrino podía verse obligado a permanecer en su casa hasta el día siguiente y que entonces debía salir de Lorena a pleno día, pasar cerca de esa gente misteriosa y desconfiada de la policía secreta del Imperio instadados en esa región desde hace cuarenta años.

Cada vez más alarmada, Genoveva, abrió la ventana y se inclinó tratando de ver en la oscuridad.

Sus ojos acostumbrados a la noche descubrieron una silueta que atravesando el prado se acercaba a la propiedad.

—¿Quién es? — preguntó no atreviéndose a levantar la voz por miedo de despertar a los sirvientes.

Nadie contestó.

Pero, de pronto, el corazón de Genoveva se puso a latir con fuerza.

Veía ahora claramente a un hombre que, al pie de la casa, trataba de escalar el muro para llegar a la ventana en que Genoveva se inclinaba.

La ascensión era fácil, debido a la hiedra que tapizaba el muro.

El hombre, además, subía con una agilidad de consumado gimnasta.

—Es él — pensó Genoveva.

Retrocedió en la pieza.

En ese momento, el hombre apareció en el exterior de la ventana.

Genoveva lanzó un grito.

III

¿ESPIA?

Al salir del castillo de su tía, Frederic de Mareuil se hundió en la noche.

Iba casi inconscientemente, a través del parque lleno de sombras por un pequeño sendero rocoso que debía conducirle al gran camino.

Cuando hubiera llegado, no tenía más que doblar a la izquierda y recorrer unos cien metros para llegar a la estación de Ancy-sur Moselle.

El joven se sentía aun turbado por las revelaciones que su tía le había hecho.

¡Que de acontecimientos habían ocurrido en el curso de esa noche memorable!

En el espacio de dos horas, un velo se había desgarrado, que mostraba a los ojos de Frederic el misterio angustioso de la familia de Brevonnes.

Ahora, Frederic, poseedor de ese secreto, se sentía más responsable y más viejo a la vez.

Tenía conciencia de la responsabilidad que había asumido al prometer a su tía que buscaría a la hija cuya desaparición lloraba.

El oficial analizaba los terribles sufrimientos que había debido experimentar su tía, y sus ojos se humedecían al evocar la existencia toda de tristeza, de remordimientos, que por una falta, de un momento, la pobre había debido imponerse.

De Mareuil encaraba por primera vez semejante situación, Aunque fuera aun muy joven, gracias a su elegancia, a su distinción y a sus bellos uniformes, había vivido junto a su existencia de soldado, una vida de intrigas amorosas.

Más de una joven había enrojecido al verlo, más de una bella mujer había murmurado a su oído palabras de ternura de amor.

Pero, hasta entonces, Frederic de Mareuil no había considerado al sexo opuesto al suyo más que como un encantador pretexto de distracciones y placeres.

Veía ahora, bruscamente, que había en la vida cosas más graves, más tristes también. y que los gentiles enamorados podían hundir a seres dignos y honestos en las más profundas desesperaciones, colocarlos en las más horribles situaciones.

¿Era pues a eso, a dramas como el que había enlutado la existencia de su tía, a lo que conducían esas encantadoras intrigas, emboscadas tras los auspicios de los más alegres amores?

¡Sí, en el curso de esa velada inolvidable, el joven teniente de dragones acababa de conocer súbitamente otra faz del grande y doloroso problema humano!

De Mareuil, sin darse cuenta, había llegado al gran camino.

Apenas había dado unos pasos en el, cuando vió que una imponente silueta aparecía ante él.

Pasó un hombre a caballo, era un gendarme, envuelto en un gran capote oscuro. La vista repentina del representante de la autoridad que dirigió al transeunte una mirada de curiosidad, hizo estremecer a de Mareuil.

De pronto, el oficial recordó las últimas recomendaciones de su tía Genoveva.

—Es verdad, — pensó — que el país está vigilado...

Instintivamente apresuró el paso.

Cuando se cruzaron, el gendarme lanzó al pasar su "buenas noches" a lo que respondió de Mareuil.

—¡Buenas noches! — dijo.

Y el oficial se alegró de hablar correctamente la lengua alemana, seguro de que su acento no despertaría sospechas en el gendarme.

De Mareuil prosiguió su camino, mientras el que iba a caballo se alejaba.

Sin embargo, el oficial de dragones sentía cierta emoción, se daba cuenta claramente de su situación.

Si varias veces había ido a Alsacia-Lorena sin ninguna preocupación, era en la época en que era muy joven, pero, desde que

era oficial, aun desde su entrada en Saint-Cyr, jamás había vuelto a pasar la frontera.

Y ahora, estaba sin autorización en territorio extranjero.

—Esto no va a durar mucho — pensó.

Frederic, en efecto, veía brillando en la noche oscura, las linternas multicolores que le señalaban la presencia de la estación.

La estación de Ancey-sur-Moselle, es muy pequeña, los viajeros son escasos, sobre todo de noche y los trenes que allí se detienen poco numerosos.

Una casita de techo rojo, constituye el inmueble reservado a salas de espera y a oficinas. Pero, las dependencias no están en relación con el modesto aspecto de esa estación.

Las bifurcaciones de las vías llamadas de garage, son numerosas, y mientras se acercaba al lugar donde debía tomar el tren, de Mareuil no pudo dejar de comparar los inmensos y soberbios andenes de embarque destinados a las tropas, en caso de movilización con los andenes de las estaciones de Francia que, lo más a menudo, no solo no están en buen estado, sino que están llenos de escombros y materiales inútiles, de cosas diversas, que perjudicarían las evoluciones de las tropas cuando se tuvieran que utilizar.

Y su alma de patriota sufría cuando notaba como, hasta en los más pequeños detalles "los otros" estaban bien preparados.

De Mareuil, sin embargo, llegaba a la estación donde vió muy iluminada, la sala donde se sacaban los billetes.

El reloj marcaba las doce y 25.

—Tengo el tiempo justo — pensó.

E iba a franquear el umbral, cuando se detuvo, echándose hacia atrás, vacilando de salir de la sombra donde se ocultaba.

Siluetas sospechosas en el interior de la estación lo habían prevenido. Algunas personas que se hallaban allí y no eran, ciertamente viajeros vulgares. Tenían más bien el aspecto de militares vestidos de civil, o quizá eran policías.

Parecían estar apostados, de forma tal que vigilaban todas las salidas de la sala.

De Mareuil sintió que palidecía, ¡pensó aún en lo que su tía le había dicho!

"Desde hace un tiempo, se vigila todo el país".

—¿Será prudente presentarse ante esa gente?— se dijo.

Reflexionaba sobre la conducta a seguir, cuando el ruido de un caballo marchando al paso resonó detrás suyo.

Seriamente alarmado de Mareuil saltó hacia la derecha y ocultándose trás un árbol vió pasar al que iba a caballo.

Era el gendarme que diez minutos antes le había dado las buenos noches. Se asombró casi tuvo temor.

¿De modo que ese gendarme con quien se había cruzado, había vuelto hacia atrás para seguirlo de lejos?

¿Había querido vigilarlo?

El joven no tardó en tomar una decisión.

—El aire me hace mal aquí — pensó.

Y prudentemente, decidió no comprometerse tomando el tren.

De Mareuil era un hombre decidido que jamás retrocedía ante las empresas audaces. Y además no conocía el sentido de la palabra "pereza".

—He hecho todo el camino a pie para venir — se dijo — haré lo mismo para volver a Francia.

Volviendo la espalda a la estación penetró de nuevo en el campo.

La noche era profunda; de Mareuil, a pesar de su energía, sentia cierta inquietud que se esforzaba en vano en dominar, en su espíritu.

A medida que avanzaba sobre el camino, sus temores se precisaron. Primero había caminado en medio del silencio, pero poco a poco a su oído inquieto habían llegado ruidos insólitos, anormales.

Había visto pasar a lo lejos, el tren que debía llevarlo, todo iluminado, corriendo con un ruido de trueno, luego desapareció y al volver el silencio, oyó de nuevo ruido de pasos.

¡Eran, no cabía duda, pasos de caballos! Volviéndose y queriendo penetrar la oscuridad, de Mareuil adivinó que se acercaba una tropa de gente montada.

—¡Demonio! — se dijo — esto es grave.

Rápidamente saltó sobre el foso y se ocultó en un bosquecillo que bordeaba el camino. Luego oculto detrás de un matorral escuchó:

Los que venían montados se detuvieron no lejos de él, tuvieron un conciliábulo en voz baja luego se dividieron, tomando distintas direcciones.

—No hay duda — pensó de Mareuil, — es una patrulla que busca a alguien... pero ¿a quién?

El oficial deploró haberse ocultado en el bosque, pues si era descubierto, o si salía por su voluntad, podía parecer sospechoso.

Los que nada tienen que reprocharse no se ocultan al pasar por los grandes caminos, aunque estén llenos de gendarmes.

Sin embargo, había que estar alerta.

De Mareuil cuyo corazón latía con fuerza, se internó en la parte más espesa del bosque; las espinas le lastimaban el rostro pero poco le importaba. Lo esencial era apartarse del camino, peligroso para él.

Cuando llegó al final del bosque, de Mareuil sofocó un grito de cólera.

La luna había aparecido, iluminaba con su luz lívida un gran campo vacío, rodeado de tierras trabajadas. Y en medio de ese campo, vió las siluetas impresionantes de dos gendarmes a caballo.

Y como de Mareuil se detuviera a considerarlos, un ruido de ramas rotas, no lejos de él, atrajo su atención; inclinándose, el oficial vió tres hombres disimulados en el límite del bosque.

—¡Decididamente, me buscan a mí! — se dijo — ...y me parace que estoy rodeado.

Durante varias horas aun, el teniente francés erró, con mil precauciones, por el bosque, a fin de hallar una salida.

Descubrió al fin un camino embarrado y se dirigió corriendo hasta perder el aliento.

Debía ser muy tarde.

A la luna habían sucedido los grises resplandores de la aurora, hacía mucho frío. La niebla atravesaba las ropas del joven oficial, cuyo cuerpo estaba empapado de sudor.

Al llegar al borde del embarrado camino,

de Mareuil vió una línea en el horizonte, distante dos kilómetros, muy obscura y muy negra.

—Es la frontera — pensó. — Es Francia.

Lanzó un profundo suspiro...

—¡Dos kilómetros! No es nada...

Ya el oficial tomaba ánimos; debía recorrer dos kilómetros rápidamente... o con lentitud según las circunstancias. Si se trataba de alejarse de los que iban a caballo en su persecución, tendría bastantes músculos y energía para hacer...

¡Oh! esa lengua de tierra uniforme que se extendía ante él, era la que debía recorrer en el más breve tiempo.

El oficial esperó un segundo más, antes de iniciar su carrera. Se secó la frente, limpió las gotas de sangre que las espinas del bosque habían hecho brotar en su epidermis.

—¡Vamos! — dijo.

Pero, al mismo tiempo, lanzó un grito.

—¡Estoy acorralado!

A su alrededor surgían hombres, civiles, militares, a pie, a caballo...

De Mareuil reconoció el uniforme de los gendarmes y no se movió.

Se acercó un brigadier.

Correctamente, aunque con severidad, lo interrogó:

—¿Qué hace usted aquí? ¿y quién es?

De Mareuil vaciló un momento antes de contestar. ¿Daría su verdadera identidad?... ¿trataría de hacerse pasar por un simple vagabundo?... ¿o diría que era un habitante de la vecindad?

¡Pero desgraciadamente, mirando a la gente que lo rodeaba, el oficial se dió cuenta de que toda superchería era inútil.

Esa gente que parecía dispuesta a detenerlo, estaba evidentemente acostumbrada a semejantes capturas.

Además, si trataba de disimularla, su identidad no tardaría en ser descubierta.

¿No estaba elegantemente vestido, de ninguna manera como un campesino, con sus botas, su traje de buen corte, su bigote arreglado? ¿No tenía, ¡por desgracia! el aspecto característico de un oficial vestido de civil?

¡Luego a de Mareuil le repugnaba la mentira!

A la interrogación del brigadier de gendarmería, contestó con voz clara, categórica y un poco altanera:

—¿Quién soy?... Frederic de Mareuil, francés.

Los gendarmes cambiaron sonrisas de satisfacción. El brigadier continuó interrogándolo en alemán:

—¿Cuál es su profesión?

De Mareuil no contestó directamente a la pregunta, declaró:

—Vine a ver a mi tía que vive en el país, la señorita de Brevonnes.

El militar bajó la cabeza:

—Tenga la bondad de acompañarnos — dijo.

Luego, hizo señas a sus hombres, de que rodearan a de Mareuil que se puso lívido.

Miró un momento a su alrededor, preguntándose si a pesar de todo, sería posible huir, pero no lo podía hacer; los gendarmes y civiles que lo rodeaban eran demasiado numerosos y todos llevaban revólvers y carabinas.

Pálido, desesperado, semejante a un malhechor, tropezando con las piedras del camino, pues sentía un gran cansancio, de Mareuil caminó durante una hora, por el gran camino rodeado de gendarmes.

¡Y el itinerario que seguía volvía la espalda a Francia!

El brigadier de gendarmería había tratado de hacerlo hablar. Pero de Mareuil le opuso un silencio despreciativo.

El oficial quiso interrogar a los que le rodeaban. Acababa de preguntar.

—¿A dónde me llevan?

El gendarme sólo le contestó:

—Ya lo verá.

¡De Mareuil lo sospechaba! Seguramente sería llevado a algún puesto de policía o algún puesto militar; ¿lo llevarían así hasta Metz?

Desde hacía un instante, los ojos del oficial se habían fijado en una especie de cerro cubierto de hierba verde y en el cual de distancia en distancia se veían manchas negras.

Tratando de distraerse de sus tristes pensamientos, de Mareuil se preguntaba que podían ser esas manchas pero, a medida que se acercaban, comprendió.

Eran bocas de cañones que parecían salir de la tierra.

Al mismo tiempo que lo veía, de Mareuil comprendió lo que significaba en realidad esa loma de verdura. Era la cima de un fuerte, también disimulado en el campo, que necesitaba el ojo ejercitado de un militar para notar su presencia.

De pronto doblaron a la derecha, salieron del camino y entraron en un sendero.

—Es allí donde me llevan — pensó de Mareuil.

Y sus nociones de defensa de la frontera alemana eran bastante exactas, para que pudiera precisar de qué se trataba.

Me llevan al fuerte del príncipe Augusto de Wutenberg.

A poca distancia, a la izquierda, surgían los techos rojos de Montigny-les-Metz, lo que le confirmó en sus suposiciones...

Durante todo el día, de Mareuil esperó, solo. Había franqueado con los gendarmes, los anchos fosos, por un puente levadizo, había seguido un pasaje estrecho entre altos muros; al fin lo habían introducido en una sala de muros blanqueados con cal y de ventana enrejada, que tenía, por todo mobiliario una mesa y dos bancos de madera, ordinarios. El oficial sentía una terrible emoción al preguntarse qué sería de él; el más gran silencio reinaba en el fuerte.

En fin, a la noche, se oyó un ruido pesado de pasos.

Una llave giró en la cerradura y entraron dos hombres, de Mareuil que estaba sentado se puso de pie.

Eran dos oficiales, un comandante y un capitán.

El primero era un hombre grueso apoplético, de barba hirsuta, de ojos ocultos tras de gruesos anteojos. Llevaba el uniforme de artillería.

El capitán que lo acompañaba, era un hombre de cierta edad, de cabellos grisáseos, delgado, de tinte terroso, artillero también.

(Continuará)

EL RANCH "LOS TRES"

Por FRANCIS WARWICK

(Continuación)

LA voz que de modo tan extraordinario había sobresaltado a Rubery se había limitado a decir jubilosamente, con toda naturalidad:

¡Hola, viejo compañero! ¿Cómo está usted?

Rubery lanzó un grito y se volvió, con los labios lívidos y temblorosos. El hombre a quien vió entonces a pocos pasos de distancia era su viejo amigo Bill Parson, que sonreía contento. Un ronco grito brotó de los labios de Rubery por que se imaginó que se hallaba frente a un espíritu procedente del otro mundo.

Pero claro está que se convenció de que se trataba de un hombre de carne y hueso. Era Bill Parson que volvía de la tumba. ¡Bill Parson, que, después de todo no había muerto! De repente Rubery recordó a Corazón de Lobo.

El ojibwa, había hecho fuego. Murphy debía hallarse muerto en su cama... ¡Asesinado! Tan horrible idea hizo que el viejo trampero se volviera de nuevo hacia la casa. Pero Corazón de Lobo había desaparecido.

Dejando a Bill Parson asombradísimo, Rubery corrió a la galería, subió de un salto y miró hacia el interior de la habitación de Murphy temiendo encontrarlo muerto.

Pero Murphy estaba bien vivo. Había saltado de la cama desobedeciendo las terminantes órdenes de Kildare.

—¡Demonios! ¡Puedo decir que me he salvado de milagro! — dijo jocosamente el irlandés. — ¡Mire usted esto, Rubery!

Indicó las ropas de la cama donde se veían los restos de una serpiente cascabel con la cabeza destrozada. Rubery abrió la boca, asombrado.

—¡El viejo Corazón de Lobo le destrozó por completo la cabeza! — exclamó Murphy. — Al menos ha hecho algo bueno en su vida el viejo jefe de los ojibwas.

Se oyó el ruido de unos pesados pasos en la galería, a espaldas de Rubery. Una mano golpeó con fuerzo el hombro del viejo trampero.

—Pero dígame; ¿no quiere usted hablar con su viejo compañero y amigo? — exclamó con enojo Bill Parson.

Rubery sonrió, aun cuando aun se sentía algo aturdido.

—¡Creí que había usted muerto! — exclamó.

Bill Parson rió muy contento.

—Lo sé, — dijo. — Lo mismo les pasó a todos los de Fuerte Geoffrey, porque Sark dijo que yo había perecido en la catástrofe. Pero no fué así. Me salvé. Caí en aguas profundas y luego nadé hacia la orilla. Pero la impresión sufrida me tuvo sin conocimiento durante muchas horas y cuando recobré los sentidos había perdido la memoria. ¿Comprende, amigo mío? La recobré al cabo de algún tiempo y me encontré en plena montaña a muchas millas de los sitios por mí conocidos y muy hambriento. Me dirigí a Fuerte Geoffrey, donde pregunté por usted. Me lo dijeron y aquí he venido sin pérdida de momento.

Bill Parson y Rubery se abrazaron. Rubery cuando ya se habían separado lanzó una suave y larga carcajada.

—¡Mi querido viejo Bill! — exclamó. — ¡Siempre dije que usted tenía siete vidas como los gatos! ¡Loado sea Dios, que no permitió que yo matara a ese pícaro jefe de los indios ojibwas, Bill! Los tres ingleses tenían realmente razón. Era yo el loco, no ellos.

—¿Matar a Corazón de Lobo? — dijo Murphy. — ¡Pues ha sido una suerte para mí que usted no lo matara! ¡Esa serpiente de cascabel me hubiera matado a mí si usted mata al indio! ¿Pero dónde está esa monada ahora?

Rubery se volvió. Acababan de oírse pasos de caballos que se acercaban.

—¡Allí va! — exclamó el trampero. — ¡Se escapa! Se ha apoderado de uno de los caballos y corre como un demonio por el camino de la montaña.

Corazón de Lobo se había escapado después de pagarle Murphy su deuda de gratitud, pues el irlandés le había salvado la vida cuando lo encontró al borde del pantano.

Cuando Kildare, Dalroy y Tomahawk Chico regresaron de la orilla del río, encontraron a Murphy, Rubery y Bill Parson tirando al blanco desde la ventana del cuarto de Murphy a una fila de botellas vacías puestas al pie de una de las paredes de un galpón para ganado.

En la cocina Chung Chop, el cocinero chino, preparaba una comida extraordinariamente apetitosa, a pesar de que tenía un espantoso dolor de cabeza, consecuencia del garrotazo que le había pegado el gran jefe de la tribu de los ojibwas, Corazón de Lobo.

EL PERSEGUIDO

Entre rojos resplandores se hundía el sol detrás de las altas montañas y las sombras se extendían intensamente negras y largas sobre el camino del río.

Fué Kildare el primero que vió al caballo alazán que se acercaba cojeando, por la huella, saliendo de improviso de entre las sombras.

Un hombre montaba el caballo cojo; un hombre que se balanceaba en su montura y que gemía de vez en cuando. Tenía los labios secos y agrietados y los ojos inyectados en sangre. Era delgado, con el rostro como de cuero y con una herida de bala en el hombro izquierdo. debido a la cual el brazo le colgaba enteramente sin fuerza. No tenía sombrero; un pañuelo negro le cubría la cabeza. Su negra camisa estaba desgarrada y dejaba a la vista su hundido pecho.

El caballo alazán llegó, cojeando dolorosamente, hasta el cerco que quedaba delante de la galería o "veranda". Su jinete se apeó, avanzó algunos pasos tambaleándose y luego cayó al suelo boca abajo, con el rostro a los pies de Kildare, que había acudido hacia él.

Entre Murphy y Kildare, que lo levantaron del suelo, lo llevaron a la casa habitación del ranch y lo tendieron en sus chaise-longue.

—¡Diablos! ¡Me parece que está bastante mal! — dijo en voz baja el joven irlandés.

—¿Cómo y dónde habrá recibido ese balazo? — preguntó Kildare.

Desgarró la parte de la camisa que cubría el sitio herido y en seguido procedió a lavar y a vendar la herida. En aquel momento entró Dalroy en la habitación, procedente de la "veranda", con su vieja y ennegrecida pipa de raíz de retama entre los dientes.

El pequeño ex mayor del ejército inglés, miró con sorpresa al desmayado herido.

—¡Truenos y rayos! ¿Qué han traído ustedes? — exclamó.

—No lo sabemos, señor, — contestó Murphy sonriendo. — Hace un momento llegó a caballo, del lado del camino del río, surgiendo de pronto de entre la oscuridad; se apeó del caballo y en cuanto quiso caminar se cayó al suelo, desmayado.

—¡Está delirando! — dijo Dalroy.

El desconocido movía los labios. De improviso lanzó un grito extraño, desesperado, al que siguió un torrente de ininteligibles palabras.

—¿Qué ha dicho? — exclamó Dalroy. — ¿Qué ha sido eso?

—¡Escuchemos! — dijo Kildare.

El desconocido, delirante volvió a gritar. Había abierto mucho los ojos y miraba como aterrado. Se movió violentamente en su lecho y sacudió una temblorosa mano.

—¡Malditos sean! — se le oyó decir. — ¡Malditos sean! ¡Pero no se lo llevarán! ¡Yo los despistaré!

Se dejó caer en el lecho y cerró los ojos. Pero al cabo de un momento volvió a hablar como antes.

—¡Ah, Gandal, usted lo quiere! ¿Le quiere? ¡Pues no lo tendrá jamás! ¿Lo ve? ¡En mi mano, pero no en la suya! ¡Lo he vencido, infernal Gandal! ¡Lo he vencido!

Las palabras siguieron, pero en forma incoherente. Luego, el herido delirante, lanzó unas horribles carcajadas.

—Es curioso, — murmuró Kildare, irguiéndose junto a la "chaise-longue". — ¿A qué se referirán sus palabras?

—Parece que hay alguien a quien no profesa mucho cariño, ese Gandal a quien ha nombrado dos veces; — dijo Dalroy sonriendo. — ¿Quién será ese odiado Gandal?

—Gandal es nombre mejicano, — observó Kildare mirando atentamente aquel rostro descarnado y curtido.

El herido abrió de nuevo los ojos y se rió en la misma forma horrible y destemplada de antes. Miraba fijamente a Murphy, pero se comprendía que no veía absolutamente nada. Seguía delirando.

Comenzó a hablar de nuevo, moviendo el brazo que tenía útil.

—¡Gandal, hijo del infierno! ¡Yo lo he vencido! — gritó una y otra vez. — ¿Usted lo quería? ¿Usted quiere tener el ojo de Nawashaba? ¡Pues lo tengo yo! ¡Usted no! ¡Ah! ¡Cómo lo ambiciona!

Permaneció callado y tranquilo un momento y luego comenzó a respirar con mayor normalidad.

—Se ha dormido. — dijo Dalroy.

—¡Qué interesante ha de ser la historia que cuente este hombre cuando despierte, señores! — exclamó Murphy. — ¡El Ojo de Nawashaba! ¡Qué diablos será ese Ojo de Nawashaba?

—El nombre de Nawashaba parece cosa de indios pieles rojas, — contestó Kildare encendiendo un cigarrillo y saliendo a la galería. — Vengan; lo mejor que podemos hacer ahora es dejarlo que duerma en paz. Cuando más tiempo duerma, mejor para él.

La noche se presentaba calurosa y pesada. Aún se distinguía una suave luz en el cielo y los accidentados picos de las montañas proyectaban su sombra sobre la ondulada pradera. Desde la galería de la casa del ranch se alcanzaba a ver la superficie de las

espumosas y amarillas aguas del río del Trueno que, serpenteando, se dirigía hacia el Norte.

Los tres camaradas estaban sentados, fumando, en la galería. Por la ventana de la cocina salía el apetitoso aroma de la comida que para ellos preparaba en aquellos momentos el chino Chung Chop.

—¿Dónde está el joven Tommy, Kildare? — preguntó Dalroy.

—Fué a pescar al río, — contestó el interrogado. — Es raro que ese tipo no se haya encontrado con él, — agregó después de un breve instante de reflexión.

—Tal vez se encontraran, — dijo Murphy.

Pero Kildare movió negativamente la cabeza.

—Tommy hubiera vuelto con él en cuanto se hubiera fijado en que el hombre estaba herido; con toda seguridad, — contestó. — Es curioso el caso.

—¡Voy a quitar de ahí a ese caballo alazán! — gruñó Dalroy levantándose y dirigiéndose a la salida de la galería.

El caballo del desconocido era de feo aspecto. Estaba junto al palenque comiendo unos puñados de maíz que le habían arrojado delante, en el suelo. Dalroy lo llevó a uno de los corrales.

Cuando regresaba oyó ruido de pisadas de caballos. Volviose a mirar hacia el lado del camino del río.

—¿Estará de regreso el joven Tommy? — se preguntó.

Pero pudo darse cuenta unos momentos después que se acercaba más de un caballo; erán varios, realmente. Pasados unos minutos surgieron los jinetes de entre la oscuridad y Dalroy vió que eran seis.

Cinco se pararon al extremo del camino, pero el sexto, — que evidentemente era el jefe del grupo, — avanzó solo y al trote. Vió de improviso a Dalroy y dirigió su caballo hacia él.

Aquel hombre montaba un caballo tordillo de buena estampa, un padrillo de sangre pura, sin duda. Era el jinete de buena estatura, usaba pantalones de cuero y le ceñía la cintura una faja de colores vivos. Un sombrero de anchas alas sombreaba su rostro oscuro y de mandíbula sobresaliente.

—Buenas noches, — dijo en tono cortés, con voz agradable y algo de acento extranjero. — ¿Tendría usted la bondad, si no le es molestia, de decirme qué ranch es éste?

—Este ranch se llama "Los Tres", — contestó Dalroy, quitándose la pipa de la boca y sacudiendo la ceniza del hornillo golpeándolo en la caña de la bota. — ¿Va usted camino de Fuerte Geoffry.

—No, — contestó el otro.

Saltó de su montura y pudo verse entonces que debía tener lo menos seis pies de estatura. Pero no era un hombre bien formado; tenía los hombros estrechos y caídos.

—Estoy de caza, — agregó con su sedosa voz. Y se rió.

—¿De caza? — repitió Dalroy. — ¡Qué quiere usted decir con eso! ¿Va usted a la montaña en procura de osos grises? Hay, por cierto, grandísima abundancia y un buen cazador...

—No cazo osos grises, — le interrumpió el otro, volviendo a reír. — En esta ocasión mi cacería es de hombres.

—¿Cacería de hombres? ¡Esto sí que no lo entiendo! — exclamó Dalroy. — ¿Quién es la "pieza" a quien se propone cazar, entonces? — agregó.

—Un hombre llamado Ellis, — contestó el otro. — Un ladrón. Le persigo hace tiempo, desde que salió de Alaska.

Dalroy silbó, asombrado.

—¡Desde Alaska! ¡Qué distancia enorme!

—Enorme, sin duda, — dijo el otro inclinando afirmativamente la cabeza. — Pero se trata de algo que vale la pena. Si llego a cazar a ese pillo de Ellis no habré perdido el tiempo. ¡Grandísimo canalla! Me robó un diamante; un verdadero diamante grande que vale miles y miles de libras esterlinas. ¡Pero estoy decidido a recobrarlo, cueste lo que cueste! Y creo que lo recobraré. Ellis no me lleva ahora mucha ventaja. En realidad desearía saber si usted lo ha visto.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es un tipo pequeño, muy moreno, de cara delgada y con una herida de bala...

Calló al oír que Dalroy lanzaba una exclamación. Al desconocido le brillaron los ojos.

—¿Le ha visto usted entonces? — preguntó con mucho interés.

—Puede ser, — contestó cautelosamente Dalroy.

Sus sentimientos hospitalarios no le inclinaban a denunciar al hombre que herido y delirante había buscado protección en su casa. Entregar a sus perseguidores al infeliz que en aquel momento yacía, casi moribundo en la casa del ranch...

El del sombrero de anchas alas se volvió y lanzó un agudo silbido. Sus cinco compañeros se aproximaron al trote de sus caballos.

Formaban un grupo de aspecto impresionante. Eran todos ellos tipos de rostro curtido por el sol y el aire. Estaban todos abundantemente armados y llevaba cada uno su lazo colgado a un lado de la montura. El lazo es, sin duda, un buen elemento para quien anda a caza de hombres.

—Pero sepamos quién es usted, — dijo Dalroy al jefe del grupo. — ¿Cómo se llama usted?

—Mi nombre es Lucas. He tenido verdadera desgracia con ese diamante de mi propiedad, ¿no es verdad, muchachos?

—¡Bien puede decir que ha tenido mala suerte, Lucas! — gruñó uno de los cinco: un tipo gigantesco, con una horrible cicatriz en el rostro.

—Primero me lo robó un llamado Gandal, — prosiguió Lucas. — Después, cuando yo lo perseguía ese pillo de Ellis se lo robó a Gandal. — Se rió con amargura. — El único que no lo ha tenido en su mano durante largo tiempo he sido yo, el legítimo dueño.

—¿Gandal? — pensó Dalroy. — Este era el nombre que Ellis pronunciaba durante su delirio.

El relato de Lucas parecía ser verídico.

Delroy volvió a cargar su pipa y la encendió.
—Pues bien: ha llegado usted al término de sus correrías, Lucas, — dijo luego. — Ellis está ahora aquí muy grave, con una fea herida de bala. Ustedes pueden atar sus caballos al palenque y pasar adelante.
Los cinco compañeros de Lucas se apearon. Su jefe estaba impaciente y nervioso.
—¡Así que Ellis está en este ranch — exclamó. — ¡Bien! ¡Debe tener el diamante, sin duda alguna! Ya sabía yo que acabaría por alcanzarlo. Durante dos días lo he seguido sin cesar. Hace sólo unas cuantas horas que está herido. Uno de mis muchachos lo hirió pero, aun cuando estaba herido logró escabullirse, escondiéndose del lado del bosque.
No parecía demostrar mucho entusiasmo a pesar de haber recorrido tantas millas en persecución del pillastre y de encontrarse a punto de recobrar su diamante. Después de un primer momento de entusiasmo había vuelto a su tranquilidad y a su calma de antes.
Pero, a pesar de su afectada tranquilidad, los ojos le brillaban de modo extraño cuando se volvió hacia Dalroy y le siguió, camino de la casa del ranch, acompañado por sus cinco "muchachos".
Kildare y Murphy estaban todavía en la "veranda" de la casa.
—Parece que hemos pescado a un ladrón, — explicó Dalroy a sus compañeros. — Este es el señor Lucas, el dueño de un diamante que Ellis, así se llama el que está ahí dentro, — y al decir así señaló con el dedo pulgar el sitio donde estaba el herido, — le robó a un tal Gandal que se lo había robado a este caballero. Nosotros oímos que Ellis, durante su delirio nombraba a Gandal, ¿no es cierto?
Kildare y Lucas se estrecharon la mano.
—Por aquí, — dijo lacónicamente Kildare.
De pie, junto al lecho de Ellis, Lucas miró al durmiente herido con toda calma.
—Este es el hombre, — dijo; — y, si no estoy equivocado, mi diamante debe estar en el cinto que tiene puesto. Voy a mirar un momento para...
Avanzó. Pero Kildare avanzó también, interponiendo un brazo entre Lucas y Ellis.
—¡Medio minuto! — dijo Kildare. — No puedo consentir eso.
—¡Eh! ¿Qué dice usted? — exclamó Lucas, cuyos ojos relucieron peligrosamente.
—Este hombre podrá ser un ladrón pero es también nuestro huésped. — replicó Kildare. — No se le ha de tocar antes de que haya recobrado el conocimiento y haya podido enterarnos de lo que tenga que decir en su defensa.
Lucas apretó los labios. Después se encogió de hombros.
Se volvió y salió de la habitación junto con Kildare.
Chung Chop se portó maravillosamente. En un tiempo muy breve preparó excelente comida para los seis invitados inesperados. La comida transcurrió en medio de un silencio que no tuvo nada de extraño, pues Lucas sentíase amargado porque Kildare no le había permitido registrar a Ellis y sus compañeros participaban de su resentimiento.
Aun cuando hacía todo lo posible por ocultar su estado de ánimo se comprendía que estaba molesto y sus compañeros disimulaban menos bien que él.
Terminada la comida salieron todos a la galería.
Lucas se metió ambas manos en los bolsillos del pantalón, en actitud de impaciencia.
—¿Cuánto tiempo he de esperar o que se me permita recobrar el diamante que tiene ese ladrón y que me pertenece? — preguntó.
Miró a Kildare pidiendo respuesta. Los cinco, silenciosos, también miraron a Kildare.
—¡Qué diablos! ¡Si ustedes vienen tras él desde Alaska, no creo que les perjudique mucho esperar una noche más! — gruñó Murphy.
Kildare inclinó afirmativamente la cabeza. El irlandés se había adelantado a dar la respuesta que él estaba a punto de dar.
Los silenciosos cinco miraron a Lucas. Su mirada formuló una no hablada pregunta.
A Kildare se le ocurrió que la pregunta que los cinco podían haber hecho a su jefe, era ésta:
—"¿Qué haremos? Esperamos o tomamos la ley en nuestras manos y procedemos a nuestro antojo?"
Y pensó Kildare que en caso de que Lucas y sus hombres optaran por la violencia serían dos contra uno.
Pero esto no preocupaba ni lo más mínimo a Kildare. Con toda serenidad hizo frente a la mirada de los entornados y relucientes ojos de Lucas. Fué aquel un desafío de energías. Lucas fué el primero que bajó la vista.
Se oyó de pronto un ruido al extremo de la "veranda". Kildare se volvió y vió que Tommy. — Tomahawk Chico, el joven piel roja, — se hallaba de pie en el más alto de los peldaños de la gradería de acceso.
—¡Hola, Tommy! ¡Tú de regreso! — gritó, saludando.
El muchacho piel roja no contestó. Se vió un extraño destello en sus ojos. Y sus ojos estaban fijos en Lucas.
Un instante después había corrido por la "veranda" con la rapidez del rayo. Sus oscuros dedos se apoderaron de un pesado látigo que estaba junto a la pared, y con un movimiento rápido hizo chasquear la azotera en el aire.
Lucas lanzó un grito y retrocedió. Pero lo hizo tarde.
El látigo le cruzó la cara y marcó una raya roja, — que se hinchó en seguida, — sobre los ojos, la nariz y la boca del que decía llamarse Lucas.
Tomahawk Chico lanzó una carcajada y arrojó el látigo al suelo.
—¡Quieto, Gandal! — gritó amenazador.

A TIROS

Kildare, Dalroy y Murphy miraron sobresaltados y asombrados al pequeño piel roja.
Lucas había retrocedido pero acababa de sacar del cinto un revólver Colt. Pero Tommy

volvió a tomar el látigo y se oyó un nuevo chasquido. El látigo dió con fuerza en la muñeca de la mano que empuñaba el arma.

El revólver cayó al suelo y Tomahawk Chico lo alzó diestra y rápidamente. Volvió a reír irónicamente. En sus ojos notábase una expresión de triunfo.

—¡Usted hubiera querido tirotearme otra vez, Gandal! — gritó el muchacho con risa burlona, acercando el revólver al pecho de Lucas — ¡Pero esta vez no, Gandal!

Con una salvaje exclamación el corpulento pillastre llamó a sus cinco compañeros. Cinco revólvers Colt aparecieron apuntando a Kildare, Dalroy y Murphy.

—¡Arriba las manos! — ordenó el jefe

Ante la amenaza de los revólvers no quedaba más recurso que obedecer.

Pero Tomahawk Chico tenía en la mano el

vialmente. — Haga fuego si quiere... si quiere que a su jefe le agujereen el cuerpo.

Al expresarse así sacó Kildare el revólver que llevaba al cinto y Dalroy y Murphy lo imitaron.

—¡Rayos y truenos! ¡Vaya un modo de agradecer la hospitalidad! — gruñó ferozmente Dalroy.

—¡Es como admitir en casa la visita de unas serpientes de cascabel! — observó Murphy.

—Le aconsejo que diga a sus hombres que no hagan fuego, — dijo Kildare. — El primero que dispare su arma irá al otro mundo en menos tiempo del que se necesita para aplastar a un escorpión.

La mirada de furia impotente que se notó en los ojos de Lucas indicó que el hombre ya se había percatado de que era así.

En el momento de mayor encarnizamiento golpearon contra la barandilla, que se rompió, cayendo ambos entre las patas de los caballos que estaban atados al palenque.

arma de que se había apoderado y apuntaba a un pie de distancia al corazón del que decía llamarse Lucas.

—¡Le mataré como a un perro, — dijo Tomahawk Chico entredientes, — como sus hombres hagan fuego contra mis amigos!

De pie delante del grupo de hombres, el cuerpo de Lucas quedaba entre Tomahawk Chico y los cinco pillastrs. No podían hacer fuego contra el muchacho piel roja; y como dispararan contra Kildare, Dalroy y Murphy, el muchacho mataría o heriría gravemente a Lucas.

Kildare, dándose cuenta de la situación, bajó los brazos.

—¡Levante las manos, no sea loco! — le gritó el hombre del rostro marcado con una gran cicatriz.

—¡De ningún modo! — replicó Kildare jo-

—En verdad, yo, en su lugar, los mandaría que se guardaran sus revólvers. — manifestó Kildare sonriendo ante la cara feroz del otro.

Después de lanzar un gruñido de furor, Lucas dió la orden a sus secuaces por encima del hombro.

Desaparecieron los cinco relucientes revólvers pero cinco manos siguieron apoyadas en sus culatas.

—¡Ahora ordene usted a ese joven lobo que se vaya! — gritó Lucas después de otro rugido.

Dalroy se rió.

—¡Eso no! — dijo. — ¡Primero has de contarnos todo lo pasado, Tommy! ¿Por qué has llamado Gandal a este hombre? ¿Por qué le has cruzado el rostro de ese modo?

Aun cuando Lucas no había dado señales

de que era capaz de abusar de su hospitalidad, — pues la rapidez con que sus cinco compañeros habían sacado sus revólvers no indicaba nada considerando que Tomahawk Chico había sido el agresor y que los revólvers salen a relucir con suma facilidad en el Oeste. — Kildare no dudaba de que el joven piel roja había tenido excelentes razones para proceder en la forma en que lo había hecho.

Tomahawak Chico tenía aun en la mano el pesado revólver Colt con el cual apuntaba al corazón de Lucas.

La voz del joven piel roja fué tranquila y enérgica cuando contestó a Kildare.

—¿Dijo llamarse Lucas? Pues, su nombre es Gandal. Y es un hombre malo.

—¡Ese muchacho está loco! No le he visto jamás antes de ahora! — exclamó el hombre.

Los ojos de Tomahawk Chico relucieron.

—¿Qué no me ha visto jamás antes de ahora? — repitió amenazador. — ¿Quién fué entonces el que mató a mi caballo de un tiro allá en el río, cuando el hombre a quien usted perseguía quiso tomar mi caballo en lugar del suyo? ¡Usted miente! Usted hizo fuego contra mi caballo y yo ahora, le hago sufrir las consecuencias.

Kildare comprendió entonces de qué se trataba en realidad.

No era de extrañar que Tomahawk Chico se hubiera sulfurado. Matar el caballo de otro hombre es, en el Salvaje Oeste un delito de grandísima gravedad, casi tan grave como el matar al hombre.

—Pero, ¿por qué dices que se llama Gandal, Tommy? — le preguntó.

—Porque oí que uno de sus compañeros le gritaba "¡Gandal!", al llamarlo. Por eso lo se, — contestó Tomahawk Chico.

—¿Y te mataron el caballo en el camino del río? — gruñó Murphy.

Tomahawk Chico inclinó la cabeza afirmativamente.

—Yo estaba pescando, — explicó, — cuando de repente un hombre blanco, jinete en un caballo alazán, se presentó. Un hombre que tenía herido un hombro; en este sitio.

El muchacho se tocó el hombro izquierdo. Los tres compañeros se miraron. El joven piel roja se refería, sin duda, a Ellis.

—¿Y qué pasó? — preguntó Kildare.

—Su caballo alazán estaba muy cansado y por eso trató de robarme mi caballo. Pero en el momento en que montaba en él y antes de que yo pudiera detenerlo, se oyó una detonación procedente del otro lado del río y mi caballo cayó muerto. ¡Yo ví al hombre que disparó el tiro y, fué éste! Entonces me lancé a cruzar el río a nado para vengar esa infamia. Fué en esos momentos cuando oí que otro le gritaba llamándole Gandal. El hombre herido se alejó todo lo más rápidamente que le fué posible, montado en su caballo alazán y ellos se alejaron río abajo a toda prisa. Y yo les seguí como pude.

Kildare y Dalroy miraron al alto y ceñudo personaje. Ambos estaban muy serios.

—Así que usted nos ha mentido, ¿eh? — dijo Dalroy. — ¿Qué se proponía usted con eso? ¿Por qué dice usted llamarse Lucas cuando no es ese su nombre?

—Voy a explicarlo yo, — se le oyó contestar con voz tranquila. — Cuando llegué a este ranch yo no tenía idea de que Ellis estaba delirando y no les había contado a ustedes sus aventuras. La cuestión era que él podía haber dicho a ustedes que el diamante era suyo y que un hombre llamado Gandal lo perseguía para robárselo. No había razón alguna para que ustedes me creyeran más que a él puesto que nada sabían ni respecto al uno ni respecto al otro. Para evitar discusiones me pareció que sería mejor no mencionar el nombre de Gandal que podría provocar sus sospechas y adoptar un nombre falso durante algún tiempo. ¿Comprenden ustedes?

Gandal terminó su explicación con una alegre risotada.

—¿Se han dado cuenta? — preguntó con su suave acento extranjero.

Kildare inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Estoy pensando en lo que usted ha dicho, Gandal. — manifestó secamente, — y me pregunto si debo creerle o no.

—¡Miente! — dijo Tomahawk Chico. — ¡Claro está que miente!

Al aludido le brillaron los ojos malignamente. A sus espaldas los silenciosos cinco, de pie, miraban fijamente formando un desagradable conjunto en verdad.

Pero antes de que Gandal pudiera contestar resonó un agudo y tembloroso grito.

Kildare volvió rápidamente la cabeza.

De pie en la abierta puerta de la habitación donde lo habían dejado estaba Ellis, tenía el rostro de una palidez grisácea, tanto era su miedo; le temblaban las piernas mientras miraba con los ojos dilatados al hombre que tenía el rostro marcado por el latigazo.

—¡Gandal! — gritó. — ¡Es Gandal!

Su grito fué agudo y fuerte y terminó en un chillido estremecedor a tal punto que sobresaltó hasta al mismo Tomahawk Chico. El joven piel roja volvió la cabeza a medias un breve instante. Se dió cuenta en seguida pero se volvió demasiado tarde.

Gandal había arrancado ya el revólver de la mano del joven piel roja.

Como ya no los detenía la amenaza de la posible muerte de su jefe los silenciosos cinco sacaron sus Colts nuevamente. Gandal y sus hombres, con las armas levantadas hacían frente a los tres compañeros y a Tomahawk Chico sonriendo satisfecho.

—¡Ahora, — gritó Gandal, — me parece que estamos del buen lado.

—En el mismo instante Dalroy hizo fuego.

La bala hirió a Gandal en el brazo y el herido gritó. Un instante después resonaban estampido de tiros de uno y otro bando. Dos de los silenciosos se desplomaron y quedaron tendidos en el suelo gimiendo. Murphy cayó también con una bala en una de las piernas y Kildare sintió como una quemadura en una mano.

Como los enemigos eran más numerosos no había tiempo que perder.

En el momento, como si se hubieran puesto de acuerdo, Kildare y Dalroy levantaron del suelo a Murphy. Lo entraron en la habitación en cuya puerta había aparecido Ellis y los siguió Tomahawk Chico. CerCraron la puerta y corrieron los cerrojos.

Todo esto se realizó con tanta rapidez y tan inesperadamente que Gandal y sus hombres no tuvieron ocasión de volver a hacer fuego.

Pero de repente una bala atravesó el tabique de madera y zumbó a poca distancia de Tomahawk Chico.

Oyeron que los otros corrían por la galería.

—¡Se dirigen a la ventana! — murmuró Dalroy.

Levantó su revólver de grueso calibre.

—¡Al primero que se asome por esa ventana voy a meterle una onza de plomo en la cabeza! — dijo fieramente Dalroy. Y la cabeza de Gandal apareció por la ventana.

—¡Tire pronto! — gritó Ellis.

Dalroy oprimió el disparador de su arma.

EL COMBATE EN LA CASA

Dalroy lanzó un grito de furor.

—¡Imbécil! — exclamó luego.

La breve frase de Ellis había advertido a Gandal y le había permitido bajar a tiempo la cabeza. El proyectil del tiro del pequeño mayor había zumbado cruzando el aire y se había incrustado en el techo de la galería.

Murphy se puso de pie.

—¿Te sientes bien? — le preguntó Kildare.

—¡Sí! — contestó el irlandés con un salvaje acento que no anunciaba nada bueno para sus enemigos. Después se rió. — Hemos tumbado a dos, — dijo.

Kildare tomó a Ellis del brazo. Sintió que el hombre temblaba como una hoja de hierba agitada por el viento.

—¿Quién es Gandal? — le preguntó.

—Un mejicano, — balbuceó Ellis. — ¡Un demonio en figura de hombre! ¡Torturó a mi compañero hasta matarlo!

—¡Esa sí que es una hazaña diabólica! — exclamó Murphy.

Escucharon todo. Afuera hablaban en voz baja.

—¿Qué es eso del diamante? ¿Es de Gandal? — preguntó Kildare en voz baja.

Ellis movió negativamente la cabeza. Le brillaron los ojos.

—¡No! ¡Es mío! ¡El quiso quitármelo! ¿Les dijo a ustedes que es suyo? ¡Mintió entonces! — dijo. — ¿Ustedes no dejarán que se apoderen de mí?

Se comprendía que Ellis estaba aterrado. Se dejó caer en la cama y se tapó el rostro con las manos, temblando de terror.

—Nosotros lo defenderemos, Ellis, — dijo Dalroy. — Pero la próxima vez que esté para hacer fuego contra el mejicano, no grite como un chico de la escuela. Me hizo errar el tiro.

Golpearon fuertemente a la puerta.

—¡A ver! — gritó amenazadoramente la voz de Gandal. — Mejor será que salgan. ¡No se escondan, coyotes!

Kildare se rió jocosamente. Las palabras de Gandal no obstuvieron otra respuesta. Pero Kildare se acercó cautelosamente a la puerta.

Mediante una señal dirigida a los otros combinó su plan.

Se proponía abrir la puerta y salir rápidamente a la galería. Como Tomahawk se había apoderado de un rifle estaban todos bien armados, excepción hecha de Ellis que estaba demasiado asustado para poder pelear.

Murphy, aun cuando la bala le había levantado un pedazo de la pierna y el momentáneo dolor le había tirado al suelo, aseguró a Kildare en voz baja que podría estar de pie con ellos. La mirada del corpulento joven irlandés éra de valor y de entusiasmo en aquel momento. Aun cuando no podía hacer uso de la pierna herida se proponía vengar lo que le habían hecho.

Kildare abrió la puerta de un tirón.

Avanzaron. El mejicano y sus compañeros formaban un grupo, conversando a pocas yardas de distancia, en la galería. Uno de ellos estaba apoyado en uno de los tirantes que sostenían el techo de la "veranda", gimiendo. Otro se vendaba una pierna ensangrentada.

Eran hombres desesperados que no se detendrían frente a obstáculo alguno y así lo comprendieron los "ranchers". No tuvieron, pues, reparo en hacer fuego contra el grupo. Sabían que aquello era defender la vida y nada más.

Los revólvers y el rifle de Tamahawk Chico hicieron fuego. Cuatro fogonazos brillaron en la oscuridad. Uno de los hombres de Gandal cayó al suelo muerto. Otro se tambaleó gritando y un tercero chilló furiosamente al sentir que una bala le había herido en el cuello. Se llevó la mano al sitio donde había sentido dolor y la retiró húmeda de sangre.

Gandal se volvió con el revólver levantado. Hizo fuego, pero la bala dió en la puerta a espaldas de Kildare.

Entonces, antes de que los demás pudieran volverse para hacer fuego, los ranchers se precipitaron contra ellos, utilizando las armas que preferían: sus puños.

Fué una pelea ruda, en verdad. En medio de la oscuridad era difícil distinguir a los amigos de los enemigos.

Kildare se había precipitado contra el alto mejicano y los dos, abrazados iban de un lado a otro. Dieron en la barandilla de la galería, que se rompió. Cayeron los dos de costado y dieron en tierra cerca de las patas de los caballos atados al palenque.

Kildare logró agarrar la mano con que el otro tenía el revólver. Gandal intentaba hacer uso de su arma pero Kildare le sujetó la mano contra el suelo.

—¡No! ¡Eso no! — dijo Kildare cuyos ojos sonreían, lo que era una mala señal para su contrario.

Estaba en aquel momento encima del otro y apoyó la rodilla en el pecho del mejicano.

—¡Maldito! — rugió Gandal que pro-

rrumpió en un torrente de maldiciones en español.

—¡Deje usted las maldiciones! — díjole Kildare fríamente, quitándole el revólver de la mano. Pero antes de que pudiera darle con el puño en la nariz para hacerle callar, uno de los caballos se movió relinchando de miedo. Era el tordillo de buena alzada que montaba antes Gandal.

Kildare vió el peligro y saltó a un lado. Pero en el mismo instante movía las patas traseras y con uno de los cascos dió a Kildare un golpe en la cabeza.

En el mismo momento se acalló para él todo el ruido del combate que se desarrollaba en la "veranda". Kildare había perdido los sentidos.

EL OJO DE NAWASHABA

Cuando Kildare abrió los ojos vió que Dalroy y Tomahawk Chico estaban inclinados hacia él, mirándolo con atención.

Lo habían subido a la galería donde yacían dos muertos: dos de los secuaces de Gandal.

—¿Dónde está Gandal? — fué lo primero que balbuceó Kildare.

—¡Se fué! — dijo Dalroy, sonriente. — ¡Desapareció! En el fondo es un cobarde como muchos de esos matones mejicanos. El y sus tres compañeros montaron a caballo y se alejaron por el camino del río, volviendo por donde habían venido.

—¡Volverán esos demonios! — dijo Murphy. — No lo duden ustedes, volverán.

—Sí; han de volver. Quieren apoderarse del diamante. — dijo Dalroy que se retorció nerviosamente su bigote gris.

Ninguno de ellos había sufrido herida de importancia. Era asombroso que al menos uno no hubiese caído sin vida en pelea tan desigual.

Kildare, herido de soslayo por el casco del caballo, tenía una herida que solo interesaba el cuero cabelludo. Si el golpe, en vez de ser de costado hubiese sido directo, le hubiera partido el cráneo. Murphy había sufrido una segunda herida en la pierna que lo había dejado inmovilizado por un momento. Se vendaba la herida en aquel instante, pero se rió de buena gana cuando miró hacia donde estaba Dalroy y Tomahawk Chico al lado de Kildare.

—¡Ya pueden ustedes hablar de los que caminan como los patos! Yo ni así puedo caminar! — exclamó Murphy. Era en realidad sumamente difícil hacer que el joven y jovial irlandés perdiera su buen humor.

Tomahawk Chico tenía un ojo inflamado. Uno de los secuaces del mejicano casi se lo había saltado con el dedo pulgar. Dalroy cojeaba. Un terrible golpe de un taco claveteado había estado a punto de fracturarle un tobillo.

—¡Pero los reventamos! — exclamó triunfante.

Kildare sonrió débilmente y se incorporó hasta sentarse, apoyando la espalda en la pared. La cabeza le dolía de un modo horrible.

Dalroy procedió a vendarle la herida.

—¿Qué ha sido de Chung Chop? — preguntó Kildare.

—No lo he visto, — gruñó Dalroy. — Pero ha debido oír el fragor del combate.

Cuando terminó de vendar a Kildare fué cojeando, a la coina.

Allí encontró a Chung Chop tendido en el suelo, desmayado, con un chichón abultado en una lado de la cabeza. Una pesada barra de hierro que estaba a su lado parecía indicar que con aquello era con lo que lo habían golpeado.

—¡Es curioso! — díjose Dalroy. — No vi que ninguno de ellos viniera hacia este lado. ¿Quién ha golpeado al chino?

Se inclinó, tomó en brazos al chino y lo llevó así hasta la galería.

—Uno de ellos debió andar por el lado de la cocina, sin que lo viéramos nosotros, — dijo Murphy cuando Dalroy se hubo explicado. Pero el caso resultaba muy extraño en realidad. Muy extraño.

Ellis se presentó entonces en la galería con un aspecto que daba pena verlo. Se notaba que estaba enteramente abatido, desesperado y aterrorizado.

—¿Desapareció? — gimió. — ¿Se fué Gandal? ¡Pero volverá!

—Eso creemos todos, — gruñó Dalroy con impaciencia. — ¡Anímese usted, hombre! ¡Y aproveche este momento para enterarnos de lo qeu tenga que decir!

—Ya lo he dicho todo; murmuró Ellis mirando en redor hacia la oscuridad circundante. Gruesas nubes oscurecían cada vez más el cielo; no se vislumbraba ni una sola estrella.

—¿Dijo usted que el mejicano torturó a su compañero hasta matarlo? — preguntó Dalroy. Ellis inclinó afirmativamente la cabeza.

—Eso sucedió hace algunos días, — dijo con el rostro desencajado por el espanto; — allá; del lado del Norte. Nos había perseguido durante largo tiempo y por fin consiguieron arrinconarnos en el paso de la Plata. Yo conseguí escapar porque estalló una tormenta de arena. ¡Pero aquella noche, mientras estaba oculto entre las anfractuosidades de la montaña oí como gritaba Clem mientras ellos lo torturaban!

—¿Y no acudió usted en su ayuda?, — preguntó Dalroy, frunciendo el ceño.

Ellis se estremeció de pies a cabeza:

—¡No me fué posible! — gimió. — ¡Hubiera sido inútil!

—Hay "hombres" que hubieran ido a pesar de todo! — replicó Dalroy, alzando un poco la voz al pronunciar la palabra "hombres" — ¿Pero, por qué razón lo torturaban?

¡Gandal es un verdadero demonio! — dijo Ellis. — ¡Por eso procedió así! Quería que Clem le dijera hacia dónde me había marchado yo. Clem terminó por decirlo... debió decirlo porque ellos me siguieron después, cuando yo creía haberlos despistado. Pero, el pobre Clem murió. Sé que murió porque retrocedí durante dos días procurando burlar su persecución y lo encontré...

Calló de nuevo y volvió a estremecerse de pies a cabeza.

—¿Y el diamante? — agregó Dalroy, des-

pués de una pausa. ¿Qué es del diamante, Ellis?

—¡Es un gran diamante! — contestó el tenebroso Ellis, riendo nerviosamente.

—Durante su delirio usted llamó al diamante el "Ojo de Nawashaba". Ese nombre es indio, ¿no es verdad?

Ellis miró a Dalroy con rápido recelo.

—Sí, — dijo. — ¿Yo dije eso durante mi delirio? Pues bien, así es como lo llaman los indios. En una ocasión yo lo mostré a unos indios de la tribu de los siwas y me dijeron que Nawashaba es el nombre de uno de sus dioses. Creían que el diamante era como el ojo de su dios, según creo.

Metió la mano entre los pliegues de su desgarrada camisa negra y de algún bolsillo secreto sacó un objeto que hizo pestañear a todos los presentes.

Sostenido por Ellis en alto a la luz que salía por la abierta puerta, que quedaba detrás, el enorme diamante, tras del cual había corrido Gandal por montes y valles durante tanto tiempo, brilló y relució con miles de estupendos destellos multicolores. Dalroy se quedó atónito y sin aliento.

—¡Dios mío! ¡Qué espléndida piedra! — dijo en voz baja.

En los ojos de Ellis se notó en aquel momento un brillar de triunfo y de codicia

—Es maravilloso, ¿no es cierto? — murmuró. — ¡Vale miles y miles de libras esterlinas!

Su voz fué entera y clara por vez primera. Había olvidado todos sus terrores.

Pero, de repente guardó de nuevo el diamante entre los pliegues de su desgarrada camisa negra, y miró en redor con verdadero espanto como si sus enemigos estuvieran ocultos entre las sombras que rodeaban a la casa del ranch.

Se humedeció los resecos labios con la punta de la lengua.

—¡No es extraño que Gandal quiera apoderarse de él! — murmuró.

Miró sucesivamente y cara a cara a cada uno de los que con él estaban y se le notó que volvía a temer y a sospechar.

—Gracias a Dios, ustedes son gente decente, — dijo por último, riendo nerviosamente. Pero en el modo de mirar se le notaba que seguía temiendo y sospechando.

Murphy se puso muy rojo.

—¡Por todos los diablos del infierno, no se vaya a imaginar que somos capaces de robarle su diamante, porque no le irá muy bien! ¿Me comprende? — gritó, acalorado.

—¡No! ¡No! — replicó Ellis. — De quien tengo miedo es de ese demonio de Gandal. — De repente se agarró a un brazo de Dalroy. — ¡Tengo que irme! ¡No puedo quedarme aquí! ¡Va a volver! ¡Tengo que irme antes de que regrese! ¡Si pudiera llegar a cobijarme en el fuerte Geoffrey!...

—¿Cómo sabe usted que no va a toparse con Gandal y sus compañeros en el camino? — le preguntó secamente Dalroy.

—Tiene usted razón, — dijo Ellis con voz lastimera. — Me quedaré.

Aquella noche durmió en el ranch "Los Tres".

Durmieron todos en una misma habitación: Kildare, Murphy, Dalroy, el chino, Tomahawk Chico y Ellis.

Chung Chop había recobrado los sentidos, pero no había podido decir nada sobre lo que le había sucedido. Sólo recordaba que al oír un ruido cerca de la cocina salió a la puerta y en cuanto sacó la cabeza le dieron un golpe que le hizo rodar por el suelo inmediatamente.

Fué admirable la facilidad con que el chino volvió a su normalidad. Unos minutos después de haber abierto los ojos, el delgado chinito estaba tan ágil y movedizo como de costumbre.

Kildare también se repuso con extraordinaria rapidez de su terrible golpe, — mucho más fuerte sin duda que el recibido por Chang Chop, — y pudo compartir con sus compañeros la misión de vigilar durante la noche en la galería, mientras los otros dormían.

La faz del nuevo día apareció por fin en el horizonte y la pradera extensa vióse luego bañada por la refulgente luz del sol.

Gandal no había vuelto al ranch "Los Tres".

No había vuelto aún, pero era de suponer que volvería.

¡BURLADOS!

Estaban desayunándose con los revolvers prontos al lado de cada uno.

—¡Demonios y diablos! — exclamó Murphy. — ¡Con todas estos vendajes parecemos una colección de heridos de la guerra!

Generalmente tomaban el desayuno en la espaciosa galería. Pero tal cosa no era prudente en aquella ocasión. Si Gandal andaba por las inmediaciones, — y ellos estaban convencidos de que era así, — podía tirotearlos desde lejos, del lado del río, si ellos se instalaban en la "veranda" a la luz del día

—¡Estos huevos con tocino están exquisitos! — dijo Tomahawk Chico.

—¡Ya me había figurado que pensabas así al ver que te servías por tercera vez! — dijo Kildare jocosamente. — Por qué no tomas de este excelente "porridge"? La avena aplastada, bien cocida y con leche y azúcar, no sólo es un plato exquisito: es muy nutritiva.

Tomahawk Chico movió negativamente la cabeza. No le gustaba el "porridge" y eso que Chung Chop lo preparaba admirablemente.

Pero fué tal vez una suerte que a Tommy no le gustara el "porridge".

De pronto Dalroy se pasó la mano por el rostro.

—No me siento bien, — dijo. — ¿Qué es lo que me pasa?

—Yo tampoco me siento bien, querido mayor, — exclamó Murphy. Se le notó en el rostro una extraña expresión. — Siento como un mareo.

—¡Eso es! — dijo Dalroy. Se levantó y se tambaleó de modo que empujó su silla y la hizo caer hacia atrás. — Yo... yo...

No terminó la frase. Balbuceó tambaleándose y se agarró a la mesa para no caerse. Respiraba jadeante.

Se levantaron todos. Al levantarse Murphy tropezó con la mesa y cayó al suelo una taza con su plato.

Kildare se llevó la mano a los ojos.

—Yo creí que era mi cabeza herida... mi cabeza... — tartamudeó con voz ronca. — Pero si a ustedes les pasa lo mismo...

Se agarró al respaldo de una silla. En el mismo momento Dalroy inclinó la cabeza hacia el pecho. Lentamente se escurrió hacia el suelo y se quedó inmóvil, encogido.

Tomahawk Chico callaba. Observaba a sus compañeros horrorizado con expresión de que se daba cuenta de lo que pasaba.

Ellis se tambaleaba como un borracho.

—¡Veneno! — gritó con voz chillona y cayó de bruces junto a la mesa.

Murphy cayó de rodillas, retorciéndose de dolor. Tenía la frente cubierta de gruesas gotas de sudor frío.

—¡Gandal! — dijo en voz baja. — ¡El fué el que se metió en la cocina y envenenó la comida.

Se dejó caer al suelo donde quedó inmóvil, hecho un montón, encogido y retorcido.

Tomahawk Chico fué el único que pudo quedarse de pie. El "porridge" era el culpable de todo. El, que no lo había probado, no estaba como los demás. El muchacho piel roja se puso muy pálido y miró horrorizado a los demás.

Lanzando un grito de alarma se arrodilló junto a Kildare.

Pero a Kildare le latía el corazón casi normalmente. Poniéndose de pie otra vez, Tommy salió corriendo por la galería, bajó de ésta y fué a meterse en la cocina.

Chung estaba sentado en su silla, inmóvil con los brazos cruzados y puestos sobre la mesa para apoyar en ella la cabeza. En la mesa había un plato de "porridge" consumido a medias por el chino.

Tomahawk Chico se quedó parado en la puerta, mirando hacia dentro. Respiraba jadeante, el corazón le latía a golpes. ¡El chino también! ¡No había escapado nadie más que él!

Volvió rápidamente a la galería. En el momento en que iba a entrar en la habitación donde los cuatro estaban tendidos y en silencio, una bala llegó zumbando, procedente de alguna parte y se hundió en el tabique de madera a la altura de la cabeza del muchacho piel roja. Mirando rápidamente en redor vió que uno de los hombres de Gandal corría hacia la galería cruzando uno de los corrales.

Con los ojos relucientes entró Tomahawk Chico en la habitación. Allí dentro había un rifle.

Le dominaba una furia enérgica y fría a la vez. Creía que todos sus amigos habían sido envenenados por Gandal y se proponía vengar su muerte en toda la proporción que le fuera posible. Deseaba matar al mejicano y a tantos de sus secuaces, como se le pusieran a tiro.

Pero en el momento en que pasó por el hueco de la puerta le llegó una segunda bala. Pasó por entre el cabello de Tomahawk Chico rozándole de un modo que le hizo volver la cabeza y tambalearse. Se enganchó un pie en un travesaño de una silla y cayó hacia adelante. Golpeó con la cabeza en una esquina de la mesa, dentro ya, de la habitación.

Quedó allí tendido, aturdido durante un momento. Después se levantó, agarrándose a una silla para sostenerse.

Aturdido, el joven piel roja fué hacia el rifle, que estaba en un rincón del cuarto. Pero antes de que pudiera llegar hasta él, un hombre cruzó la "veranda". Entró en la habitación y Tommy se volvió para hacer frente a su ataque.

Un fuerte golpe en el entrecejo hizo que tambaleara, pero tomó un cuchillo de encima de la mesa y se lanzó hacia adelante. La brillante hoja hirió el brazo de su atacante y el herido lanzó un grito de dolor. Entonces la culata de un pesado revólver le golpeó al piel roja en la cabeza y le hizo caer al suelo sin sentido.

Se oyó afuera, en aquel momento la voz de Gandal, el mejicano ladrón.

—¡Primero de todo el diamante! — gritó Gandal muy excitado.

Su alta silueta apareció en la abierta puerta. Se detuvo, atónito, al ver en aquella habitación a cinco hombres tendidos, inmóviles en el suelo.

LA EMBOSCADA

El joven piel roja abrió los ojos.

Lo primero que vió fué la alta, siniestra figura del mejicano de pie en medio de la habitación, junto a la inmóvil figura de Ellis. En la mano de Gandal brillaba en enorme diamante, el ojo de Nawashaba.

Sus tres compañeros se agolparon en torno de él con el rostro rojo de excitación y de avidez. Uno de ellos vió que Tomahawk Chico había abierto los ojos y se volvió hacia él furiosamente.

Gandal le detuvo, poniéndole la mano en el brazo.

—No, — dijo con voz suave y melosa. — Vamos a atar al muchacho y a dejarle que presencie el espectáculo.

Se guardó en el bolsillo la reluciente piedra y sus tres compañeros comenzaron a atar al joven piel roja a pesar de su fiera resistencia.

Minutos después Tomahawk Chico, atado de pies a cabeza, era arrojado a un rincón del cuarto.

Fué desde allí desde donde vió con ojos relucientes de furor cómo destruyeron cuanto allí había.

Amontonaron los muebles en el centro de la habitación después de haberlos roto todo lo posible. Uno de ellos encontró una lata de petróleo y la derramó sobre la pila de muebles. Después los cuatro inmóviles cuerpos fueron puestos encima del montón. No estaban muertos, — el joven se percató de esto en aquel momento, — respiraban pesadamente como si durmiesen el sueño artificial producido por un narcótico.

El mejicano sacó del bolsillo un frasco de

pólvora y fué haciendo un delgado reguero que cruzó el suelo desde el montón bañado con petróleo hasta la puerta. El bandido se volvió hacia Tomahawk Chico sonriendo burlonamente.

—Ahora, mi joven amigo, voy a cobrar la deuda del latigazo que me dió en la cara, — dijo, riendo suavemente. — Usted verá, impotente, cómo la chispa va a correr por aquí... ¡Así!

La pólvora chisporroteó.

—¡Vamos! — ordenó Gandal a sus hombres y después de mirar por última vez con maligna sonrisa al joven piel roja salió apresuradamente de la habitación junto con sus hombres.

Sabían que el humo del incendio del ranch sería distinguido por alguien a pesar de la soledad del sitio. Querían alejarse lo más posible en el menor tiempo para que nadie pudiera encontrarlos relativamente cerca del ranch y vincularlos con lo que en él había sucedido.

Tomahawk Chico oyó cómo se alejaba el ruido de los pasos de los caballos por el camino del río.

En la silenciosa habitación chisporroteaba el reguero de pólvora. La chispa avanzaba por él hacia el montón de muebles mojados con petróleo.

Después de eso sólo se oía la respiración pesada y acompasada de los cuatro hombres narcotizados.

Gandal cabalgaba a galope tendido.

Su caballo tordillo "devoraba la huella" como se dice en el Oeste. Tras él sus tres cómplices obtenían trabajosamente que sus caballos corrieran como el de su jefe. Los pinos los envolvían, pero en un momento en que cabalgaba por entre lo más espeso del bosque, el mejicano volvió la cabeza.

Hasta aquel instante, al menos la casa del ranch "Los Tres" no ardía aún. Pero las llamas aparecerían de un momento a otro.

Gandal se rió y sacó del bolsillo el enorme diamante. Brilló a la suave luz reinante lanzando destellos asombrosos, reflejando el brillar de los ojos del mejicano que relucían de codicia y de triunfo.

Tiró de las riendas de su caballo para amenguar la marcha y permitir a sus secuaces que se acercaran.

—¡Bueno! ¡Al fin y al cabo le tenemos! — dijo riendo jubilosamente.

Los cuatro jinetes siguieron en silencio. De repente, Gandal volvió a hablar.

—¡Qué extraño ha sido eso de encontrar ahí a los rancheros adormecidos de modo tan raro! — dijo, frunciendo el ceño. — ¿A qué podía deberse eso? ¡Cualquiera diría que estaban narcotizados!

El de la cara cruzada por la roja cicatriz, que cabalgaba junto al jefe, se encogió de hombros.

—Ese es un misterio, — dijo. — cuya solución no conoceremos nunca, jefe. Por mi parte no me interesé ni poco ni mucho. Tenemos el diamante y esto es suficiente. ¿Para qué meternos en más averiguaciones?

Entre los pinos del bosque reinaba el más completo silencio interrumpido tan sólo por el ruido del andar de los cuatro caballos. La quietud parecía casi sobrenatural en medio de la verdosa luz que llegaba por entre el tupido follaje de los árboles.

De repente algo apareció ondulando de entre los pinos del lado derecho de la huella.

Como una serpiente de sombra cruzó el aire y su lazada cayó sobre los hombres de Gandal con admirable acierto. Gritó al caer del caballo con los brazos ceñidos al cuerpo.

Su caballo siguió galopando pero el mejicano fué arrancado de la montura de un tirón. Dió en el suelo golpeando con tanta fuerza que se aturdió y en vano forcejeó contra el lazo que le ceñía.

Lanzando una exclamación de sobresalto el de la cara marcada detuvo la marcha de su caballo. Hizo que el caballo se volviera y en el instante se oyó un estampido de tiro de rifle entre los ároles. El de la cara marcada cayó del caballo a tierra, muerto. Su caballo se alejó corriendo junto con el de Gandal dejando a su jinete tendido en tierra con el corazón atravesado por una bala.

Otra bala llegó entonces, procedente del otro lado del camino. Otro de los hombres de Gandal murió en su cabalgadura y cayó hacia atrás. Pero los estribos le sujetaron y quedó colgado sobre las ancas del caballo, boca arriba. El caballo, asustado se lanzó a toda carrera.

El último de los bandidos no esperó.

—¡Una emboscada! — gritó con voz ahogada e inclinándose todo lo más posible en su montura, corrió camino adelante con el rostro blanco de terror.

¿Quién estaba entre los árboles? No podía adivinarlo, pero el instinto le dijo que el diamante era la causa del ataque. Gritó como mejor pudo. Entonces una figura semi desnuda apareció deslizándose entre los árboles con un rifle apoyado en el brazo.

El mejicano volvió a gritar.

Del otro lado de la huella apareció la figura semi desnuda de un indio siwashi, con un adorno de plumas en la cabeza, adorno del que le caía por la espalda una larga tira de plumas multicolores.

Gandal logró librar uno de sus brazos de la presión del lazo, pero no dirigió la mano a la culata de su revólver Colt. Sabía que esto hubiera sido enteramente inútil.

Lo que hizo fué meter la mano en un bolsillo y sacar de él el enorme diamante.

Se lo ofreció al corpulento jefe siwashi dejándolo caer al suelo como implorando. El espanto habíale enmudecido y procuraba en vano recobrar el aliento.

—¡Tómelo! ¡Tómelo! — logró balbucear. — ¡Es suyo! He seguido al ladrón millas y millas para quitarle el diamante ¡el ojo de Nawashaba!, que quería devolver a los wigwams de la tribu de los siwashis.

—¡Mientes! — gritóle el viejo. — ¡Tú lengua es doble, perro! Fuiste tú quien robó el Ojo de Nawashaba de nuestro campamento. Te hemos seguido los pasos desde entonces.

—¡No! ¡No! ¡No! — exclamó Gandal, gimiendo.

—Sí; es así, — dijo el alto jefe enérgica-

mente. — Te hemos seguido los pasos esperando... esperando. Esperando hasta que Nawashaba considerara llegado el momento de la venganza. El momento ha llegado. Hemos sido tus sombras durante varias lunas y lo hemos sabido todo. Tu robaste el Ojo de Nawashaba y luego te robaron a tí el Ojo de Nawashaba. ¡Infame embustero! ¡Pero fuiste tú quien lo robó a los siwashis y sobre tí ha de caer la venganza!

Tomó el diamante del suelo donde lo había dejado Gandal.

—¡Perdón! ¡Perdón! — imploró el mejicano.

Pero la mirada de los dos pieles rojas que le habían seguido los pasos con tanta insistencia sin que Gandal llegara a suponerlo, se fijó en él inflexible.

El jefe hizo una señal al otro.

Se oyó un grito en medio del silencio del bosque. Después el mejicano quedó tendido en tierra, inmóvil.

LA VERDAD

En la casa-habitación del ranch "Los Tres" Tomahawk Chico tendido en el suelo había mirado cómo la chispa de fuego avanzaba por el negro reguero de pólvora.

Una de las sogas que lo ataban había sido pasada por uno de los postes que sostenían el techo, de modo que no le era posible rodar hasta el reguero de pólvora y apagarlo con su cuerpo.

La llama avanzaba sin cesar cruzando el piso camino de la pila de madera regada con petróleo sobre la cual estaban tendidos los cuatro narcotizados que respiraban pesadamente.

A un joven, de raza blanca aquel momento de angustia y de espanto lo hubiera vuelto loco.

Pero Tomahawk Chico era de pura sangre piel roja y poseía el espíritu fatalista de su raza. Si había de morir achicharrado porque tal era su destino tenía que someterse a ello y nada más.

Debía ser, sin duda, una muerte espantosa. Pero debía mirarla cara a cara y sin temblar. Unicamente así podía tener esperanzas de crecer y llegar a ser un hombre de valor en el campo de las felices cacerías. En el caso contrario seguiría siendo muchacho para la eternidad. Pero llegar a ser hombre debía ser su ideal. Así se lo había dicho siempre la religión de los mohawks.

Y debido a eso no era el momento tan terrible como podía haber sido.

Sus amigos, narcotizados como estaban no sufrirían la dolorosa agonía que él tendría que sufrir. Pasarán a unirse con él en el campo de las felices cacerías y allí cazarían búfalos de los que crecían para ser cazados únicamente por los bienaventurados.

La chispa del reguero de pólvora ya estaba cerca de la pila de madera.

Entonces Tomahawk Chico miró hacia la puesta. Una sombra había aparecido en ella: la sombra de un hombre.

Chung Chop estaba de pie en el hueco de la puerta, tambaleándose todavía, bajo la influencia de la droga.

Había recobrado con más rapidez que los blancos el uso de sus facultades mientras Kildare, Dalroy y Murphy así como Ellis, seguían profundamente dormidos.

Tomahawk Chico gritó, no nerviosamente sino con calma como si la muerte no le mirara todavía cara a cara. Por que sabía que si el fuego llegaba a encender la madera regada con petróleo todo esfuerzo sería infructuoso. Las llamas subirían poderosas y todo se transformaría en una hoguera en pocos segundos.

—¡Pronto! — le gritó Tomahawk Chico. — ¡Apague ese reguero de pólvora!

La chispa estaba escasamente a un pie de la pila de muebles rotos. Esa distancia iba a ser recorrida en pocos segundos. Pero aun cuando envuelto todavía en las nieblas del narcótico, el chinito se dió cuenta de la situación y entró rápidamente en el cuarto.

Aplastó con el pie la chispa de la pólvora y Tomahawk Chico se rió satisfecho.

—¡Bien! ¡Muy bien! — dijo con calma. — Ahora suéltame, chino.

Chung tomó un cuchillo del suelo, — el cuchillo con que Tomahawk Chico se había defendido por última vez, — y con él cortó las sogas con qué los hombres del mejicano lo habían atado.

Tomahawk Chico estiró sus acalambrados miembros.

Después, entre los dos, bajaron a los que estaban sobre la pila de leña y los sacaron a la galería.

Pero pasó más de media hora antes de que se disiparan los efectos de la droga en los blancos y volvieran estos a poder dominar sus sentidos.

Ellis lo primero que hizo fué buscar el diamante.

Metió la mano dentro de los pliegues de su camisa y el grito que profirió enteró a los demás de que el diamante había desaparecido.

—¡Se lo han llevado! — murmuró poniéndose muy pálido. — ¡Me lo han robado! ¡Gandal me lo ha robado!

—No se queje, — díjole Dalroy. — Suerte ha tenido cuando además no lo ha matado. ¡Vale más poseer la vida que mil diamantes!

—Pero de todos modos, — observó Kildare, — no debemos dejar que Gandal se vaya sin ser castigado después de lo que nos ha hecho.

Se volvió hacia Tomahawk Chico.

—¿Podrías seguir el rastro del mejicano?

—Trataré de seguirlo, — contestó el jovencito piel roja.

Poco después los cinco, dejando a Chung Chop en el ranch, partieron siguiendo por el camino del río, la pista de Gandal. Tomahawk Chico con su portentosa habilidad de siempre había logrado encontrar en seguida el rastro del mejicano y sus tres compañeros.

Media milla río arriba encontraron el cuerpo de Gandal y el del de la cicatriz en la cara. Pero Gandal no tenía el diamante.

(Continuará)

LA GARRA DEL DRAGON

Por

John G. Brandon

(Conclusión)

LA GUARIDA DE LOS LOBOS AMARILLOS

¿Y qué haría con él? — preguntó McCarthy sin sorprenderse de las sanguinarias intenciones del hombre hacia los ocupantes del barco, más o menos parecidas a las que abrigaba contra toda la humanidad, incluyéndolo a él.

—¿Qué haría? — repitió Pata de Palo. — ¿Qué haría? Enarbolar la bandera negra, con la calavera y las tibias, seguramente. ¿Qué se imaginaba? ¿Qué iba a convertirme en padre misionero? ¡Bah! Es preferible la vida corta, pero alegre — luego su sospechosa amabilidad desapareció. — Y puedo decirle una cosa, — añadió con risa fea y despreciativa — no querría a bordo a cobardes como usted, a hombres con corazón de gallina, que se pusieran pálidos al aparecer una vela en el horizonte. En la tripulación de Pata de Palo no habría perros azotados.

McCarthy guardó silencio un segundo o dos. El impulso casi irresistible de pegarle al viejo matón, hasta dejarlo medio muerto, era demasiado fuerte. Pero... no podía ser. no podía ser. Una sonrisa pálida apareció en sus labios y en sus ojos.

—Uno de estos días, signor Pata de Palo — dijo con voz extrangulada — descubrirá usted que Antonio Gaspardi no es como cree — dijo y se alejó.

La risa ronca y odiosa resonó en sus oídos.

—Uno de estos días, signor Corazón de Gallina, — dijo remedándolo — volarán los chanchos... ¡Márchese, gringo sucio!

McCarthy se alejó sin atreverse a volver la cabeza.

El día radiante terminó en una noche muy obscura. A menos que la luna saliera de entre las espesas nubes, no se aclararía. Mc Carthy, escondido en la orilla de bosque que rodeaba el viejo catillo, estaba muy satisfecho con la disposición de la naturaleza en su favor. Esta vez su aventura sería dentro de la casa misma. Sentía inmenso alivio al saber que, por algún medio milagroso, había logrado escapar Bensdorp. Porque el hombre, en el estado de postración en que se hallaba, hubiera sido un peligro para la vida de ambos. La suerte de los McCarthy no se presentaba tan mal, después de todo. Si duraba hasta que recobrara las joyas, su tarea estaría completa.

Aparte del riesgo de una doble guardia y más celosa vigilancia por parte de la horda amarilla de Kao Shi-lan, lo que más preocupaba a McCarthy era Pata de Palo. Aquel bandido tenía el don de aparecer en los sitios más inesperados. La sospecha de Mc Carthy de que era espía de Kao Shi-lan se acentuaba cada vez más.

Agachado entre espesos helechos, mirando en dirección a la ciudad para ver si aparecía el rengo, observó distraídamente McCarthy que, por primera vez, se advertían señales de vida en el gran yate: blanco y dorado, de que le había hablado esa mañana Pata de Palo. Se movían luces en sus cubiertas. Probablemente iba a hacerse a la mar nuevamente. ¡Demonios afortunados los que se hallaban en aquel buque!

Al fin, en algún sitio lejano, un reloj dió débilmente la media noche. Instantáneamente se levantó McCarthy y se movió hacia la pared de piedra. Al llegar a ella usó más precauciones que en sus anteriores visitas. En aquellas ocasiones, los guardianes vigilaban por rutina; pero ahora...

De nuevo escaló la pared y luego se quedó quieto durante minutos que le parecieron eternos. El tiempo era muy importante en

Mientras los dos chinos peleaban furiosamente, McCarthy esperaba una oportunidad para introducirse en la casa.

la excursión que había proyectado y ya habían pasado tres guardas armados a rifle por su escondite.

Siendo su meta el frente de la casa, tomó distinto camino que la noche anterior.

Prometía ser mejor que el otro, porque tenía que moverse por entre tupidos arbustos... si es que no había en ellos trampas u hombres.

Con la astucia sigilosa de una comadreja, se metió por entre las enmarañadas plantas y nuevamente se agachó, esperando un ataque. Estaba ahora cerca de la casa y por primera vez comprendió porque nunca había visto en ella luz. Las ventanas, por lo menos de los dos primeros pisos, estaban tapadas can tablas. Sus ojos no podían alcanzar a los pisos superiores. Probablemente éstos no se utilizaban.

Estaba a punto de salir de entre las plantas, a la sombra proyectada por la casa misma, cuando sin la menor prevención, como había ocurrido la noche antes, salió la luna de entre una masa de nubes e iluminó todo con pálido resplandor. No podía haber ocurrido cosa peor en aquella etapa de su excursión o, por lo menos, así le pareció a Mc Carthy en ese momento. Pero pocos segundos después, cuando sus ojos abarcaron bien lo que lo rodeaba, cambió de opinión, porque algo que antes había tomado por un tronco cercenado movióse ligeramente. Resultó ser uno de los hombres amarillos, una repetición del que había matado la noche anterior. Estaba apoyado sobre un rifle y si McCarthy se hubiese movido en dirección a la casa, nada hubiera podido salvarlo de recibir un tiro por la espalda. Después de lo que le pareció una espera interminable el centinela se alejó lentamente.

McCarthy observó ansiosamente la luna, esperando el instante que volviera a esconderse detrás de las nubes; lo aprovechó para llegar hasta la sombra de la casa; pero antes de que pudiera decidir cual sería su siguiente movimiento, aparecieron las luces

de un gran auto por el sendero principal. El auto se detuvo frente a la puerta de la casa.

Nunca supo McCarthy como logró escapar a tiempo a la luz de los focos del auto.

Se agachó detrás de una de las columnas del edificio y, mientras esperaba que abrieran la portezuela del auto, vió algo más que lo llenó de zozobra. Alguien, que había estado escondido en la parte trasera del auto, se dejó caer al suelo y se escurrió en la obscuridad, con la ligereza de una serpiente.

¿Qué demonios quería decir eso? Sin ningún género de duda, el hombre era un chino. La única visión que de él tuvo McCarthy dejó establecido eso. Pero se trataba de un hombre pequeño, muy distinto de los gigantescos ex coolies que formaban la banda de Kao Shi-lan. Del auto bajó el mismo Kao Shi-lan, seguido por dos hombres altos y fornidos, cuya inesperada presencia sorprendió a McCarthy. Conoció a dos joyeros, inescrupulosos, de París, de quienes la Sureté sospechaba fueran "reducidores", en gran escala. Kao Shi-lan llamó de un modo particular a la puerta, que fué abierta inmediatamente por Li Tai. Se apagaron los faroles del auto y los tres hombres entraron a la casa.

La presencia de los parisienses, advirtió a McCarthy una cosa. Si quería recobrar las joyas, había llegado justo a tiempo. Nada más que un negocio podía haber traído allí a los dos hombres blancos. ¿Cómo entrar? Y, lo que era más difícil todavía, ¿cómo salir?

Para aumentar las dificultades, volvió a aparecer la luna.

Pero aquella parecía ser noche de sorpresas para McCarthy. Antes de que pudiera ocurrírsele algún plan, el chino pequeño, que había bajado de la zaga del auto, acercóse a la puerta y repitió el golpe especial de Kao Shi-lan. Como antes, fué abierta la puerta por Li Tai; evidentemente sorprendido, miró hacia afuera. Fué la última acción voluntaria de su vida.

Como un rayo, el pequeño chino le saltó encima, hundiéndole los dedos en la garganta y arrastrándolo afuera. Doble en tamaño que su adversario, Li Tai luchó desesperadamente para librarse de las garras del otro; pero en vano. La velocidad y fuerza del pequeño chino eran increíbles. El combate recordó a McCarthy lo que había leído de las luchas entre la cobra real y la pequeña mangosta. La mangosta siempre ganaba.

Li Tai no había podido exhalar un solo grito. El otro, todo el tiempo, lo alejaba, lenta, pero seguramente, de la casa. A la vez sus dedos lo extrangulaban con segura presión. Vió entonces McCarthy su oportunidad. Como una sombra, atravesó el espacio que lo separaba de la puerta, entró y cerró despacio dando vuelta la llave, en la obscuridad. Que los dos de afuera se arreglaran solos; Mc Carthy no temía por la pequeña mangosta.

Adentro no se veía luz, no se oía el menor ruido. Pero abajo, en los sótanos, oyó Mc Carthy las voces agudas de los coolies, que jugaban. Aventuró un breve rayo de su linterna y subió una amplia escalera que había en el centro del hall donde él se hallaba. En el descanso, nada encontró. Subió más y al llegar a un piso alto, vió débil brillo de luz. Hacia ella se dirigió, sin vacilar, Mc Carthy.

Por una gran rendija de la puerta, observó McCarthy, fascinado, la escena. Kao Shi-lan estaba sentado ante una mesa desvencijada sobre la cual había dos velas encendidas. Tenía delante un pedazo de bayeta verde y sobre ésta había joyas suficientes como para enceguecer a un hombre. Eran maravillosas. Su valor sólo podría haberlo calculado un perito. Pero debía ser estupendo. Los sorprendidos ojos de los joyeros lo revelaban.

Pero había una joya apartada y, no bien la vió McCarthy, comprendió que era lo que llamaban la Garra del Dragón.

Era un maravilloso ejemplar de arte oriental y tenía la forma de la garra de un dragón mítico.

Su tamaño era el de una mano grande y estaba formada por brillantes de tamaño y color sorprendentes. En el centro de la joya había un geroglífico chino, formado por grandes esmeraldas, cada una de las cuales podía valer el rescate de un rey.

Y cualquiera de las piedras, de todos los colores, esparcidas sobre la bayeta verde hubieran atraído una multitud de curiosos ante las vidrieras de cualquier joyería de Bond Street, Broadway o del Palais Royal. Kao Shi-lan negociaba aquellos tesoros a la manera impávida de su raza; pero con una habilidad que le hubiera enviadiado cualquier ropavejero judío. Las cifras que salían de sus labios hacían sentirse a McCarthy como un individuo que, con sólo media corona en el bolsillo, entra inadvertidamente en el Banco de Inglaterra.

Pero, ahora que había visto el tesoro, era necesario apoderarse de él. Parecía no existir más que un medio: su buena pistola automática, el viejo grito de "manos arriba", apoderarse de las joyas y disparar.

Sacando el arma de su funda, quitó el seguro y se preparó para el dramático momento. Pero, en ese mismo momento, un leve ruido en la escalera de abajo, lo hizo buscar refugio en otra aun más alta. Lo que había oído era el ruido inconfundible de un paso. Un solo paso. Y luego un golpe casi imperceptible: y "aquel golpe provenía de un regatón de hierro, al extremo de una pierna de madera".

¡Pata de Palo!

Desde su escondite vió McCarthy primero la barbuda cara aparecer cautelosamente en su línea de visión, seguida por el poderoso cuerpo y últimamente por la pierna de madera. El hombre tenía actitud de aguda tensión. El también buscaba algo y pensaba derramar sangre. En la mano derecha llevaba, no más el arma antigua que había desmoralizado a la banda de el Buey, si no una pistola automática, calibre 35, provista de silenciador. Y por la manera como la esgrimía, conocíase que sabía muy bien manejarla.

Llegó hasta la puerta y tomó la misma posición que McCarthy había ocupado, la pistola pronta. Pero McCarthy vió que sus ojos estaban fijos en un solo objeto... probable-

mente la maravillosa Garra del Dragón. La audacia del hombre era increíble.

Luego, con una rapidez que dejaba sin alientos, oyóse un tiro y la habitación quedó sumida en la obscuridad. McCarthy oyó entrar a Pata de Palo, las exclamaciones sorprendidas de los joyeros; luego salir a Pata de Palo y bajar nuevamente las escaleras. La única persona que no había dejado escapar ningún sonido era Kao Shi-lan. Un momento después, él y los otros dos salieron, a tientas, al descansillo, bajaron las escaleras, en persecución del ladrón. De labios del jefe chino partió un silbido agudo y abajo oyó McCarthy gritos y voces de chinos; luego el ruido de muchos pies sobra las escaleras. Pata de Palo iba a quedar entre dos fuegos. El viejo bandido había hallado al fin su Waterloo.

Ahora era la oportunidad de McCarthy, si es que existía alguna.

Linterna en mano, penetró él también en la pieza. Vió dos cosas. Primero que la mayor parte de las joyas estaban todavía sobre la bayeta verde, segundo que la Garra del Dragón había desaparecido. Pata de Palo buscaba lo más grande.

Envolviendo apresuradamente el resto de las joyas en la bayeta, se las metió McCarthy en el bolsillo del pecho y luego buscó un medio de escapar. Por las escaleras era imposible; el ruido le dijo que Pata de Palo libraba una terrible batalla por su libertad; pero, dadas las circunstancias, todo sería inútil. Estaba condenado como el que más. Se oían tiros y golpes de cañas de bambú cargadas, distintamente. Pero esta vez Pata de Palo peleaba sin lanzar su flujo de horribles blasfemias. Luchaba silenciosa, sombríamente, como el bulldog que era, a muerte No daba ni pedía cuartel.

¡Cosa extraña! McCarthy, al escuchar el ruido de la lucha, hubiera debido alegrarse de que el hombre, cuyas insolencias se había visto obligado tanto tiempo a soportar hallara su fin. Pero no sentía nada por el estilo. Después de todo, Pata de Palo era inglés como él y aunque lleno de defectos tenía al menos la virtud cardinal de la raza, un valor indómito, que no admitía derrota.

¡No! Si se le hubiese presentado la oportunidad, hubiera llevado al viejo tunante a Inglaterra para que lo juzgaran por sus muchos crímenes y lo ahorcaran, si el jurado así lo decidía. Pero dejarlo morir torturado por aquellos demonios amarillos... ¡por el cielo, nunca!

Rápidamente, pistola en mano, bajaba la escalera, hasta el primer tramo, cuando ocurrió otra de las cosas extrañas de aquella emocionante noche.

McCarthy había levantado la pistola para apuntarle a Kao Shi-lan. Su dedo oprimía el gatillo, cuando de pronto, algo que brillaba en una rendija, en el ángulo de uno de los escalones, le llamó la atención. Agachándose lo sacó. El objeto relumbró como los ojos de un animal vengativo. Era la Garra del Dragón. Pata de Palo atacado en la escalera, la había metido allí o para librarse de ella o para recobrarla más tarde.

El bello y siniestro emblema de tortura y de muerte pasó a los bolsillos de McCarthy, sin la menor ceremonia. Los hombres amarillos podían venerar aquel objeto bárbaro, pero aunque valiera todo el oro del mundo, la vida de un hombre valía más.

De pronto se oyó un gemido y el ruido de un cuerpo al caer sobre la escalera. Pata de Palo había sido derrotado. Luego, la voz de Kao Shi-lan se oyó, dando áspera orden. Instintivamente comprendió McCarthy que la orden era tomar vivo al rengo.

Su muerte, por procedimientos especiales, proporcionaría placer a los chinos. Arrastraban al hombre caído escalera arriba, nuevamente.

McCarthy llegó a su escondite cuando ya la horda amarilla aparecía, trayendo entre ella al cuerpo, ahora inanimado de Pata de Palo. Tenía el rostro cubierto de sudor y suciedad y, sobre la sien, un gran bulto señalaba el sitio donde el bambú le había pegado. Por su cuadrada mandíbula corría sangre, de otra lastimadura en la mejilla. Kao Shi-lan traía en su mano la pistola automática que había visto McCarthy en poder de Pata de Palo.

El chino guió nuevamente a la pieza. Fueron encendidas las velas. Cuando los ojos de Kao Shi-lan se fijaron en la mesa, desprovista del tesoro, partió de sus labios un grito que era espantosa amenaza para el hombre que tanto había arriesgado por apoderarse de las joyas. Pero sólo por un instante cedió el chino al estallido de su cólera. Un momento después su cara era una máscara de piedra. Los que gesticulaban y gritaban como poseídos eran los joyeros.

Los chinos que llenaban la pieza estaban completamente inmóviles. Aquel asunto no les importaba. Esperaban la tortura del hombre blanco y luego volver a sus juegos.

Cuando Li Tai regresara, los bandidos tendrían un rato de diversión en la gran bodega, debajo de la casa. Por lo demás se mostraban impasibles, casi tan impasibles como Kao Shi-lan, cuando ordenaba a Li Tai sus preparativos.

Fué entonces que comprendió McCarthy era necesaria acción repentina y rápida.

Una vez que encontraran a Li Tai, muerto o vivo y Kao Shi-lan pronto haría que lo buscaran, nadie, escaparía vivo de la casa. Entretanto, el hombre era un volcán dormido, pronto a hacer erupción sobre el hombre que estaba en su poder.

McCarthy volvió a su antiguo lugar, junto a la puerta y dirigió una rápida mirada en torno de la habitación. Pata de Palo había vuelto a abrir los ojos y miraba de pie, desafiante a Kao Shi-lan, el cual tenía delante, sobre la mesa, una pistola.

Ninguno de los dos habló. Se miraron con mutuo odio.

Con repentino sobresalto se dió de pronto cuenta McCarthy de que había alguien detrás de él. Se dió vuelta, la pistola pronta y se halló con el pequeño chino que había extrangulado a Li Tai y el recién venido tenía colocado un dedo ambarino sobre los labios, recomendando silencio.

Luego entró tranquilamente en la pieza, mezclándose con los otros hombres de su raza. McCarthy vió que, oculto a la espalda, llevaba un cuchillo de aspecto mortal y debajo de la túnica suelta algún objeto sólido.

Entró y movióse lentamente como quien trata de buscar la mejor posición para contemplar un espectáculo interesante. Pasaba por delante de uno, por detrás de otro, pero siempre en dirección a la desafiante figura de Pata de Palo, ahora atado de pies y manos por fuertes cuerdas de pasto trenzado. Parecían frágiles, pero McCarthy sabía que hubieran sujetado a un buey. Al fin llegó a colocarse junto al pie del rengo a quien miró. Pata de Palo hizo el único gesto de desdén que le era permitido en su indefensa posición: escupió a la cara vuelta hacia él. El hombrecillo pegó un salto y hubiera apuñaleado al rengo, si no hubiera sido por una viva palabra de Kao Shi-lan. El pequeño chino se sentó sobre los talones y el cuchillo desapareció, aparentemente, dentro de su manga; pero McCarthy vió que la hoja pasaba no solamente detrás de sus propios tobillos, si no de los de Pata de Palo.

La vió que cortaba, casi sin movimiento, las ligaduras de pasto del prisionero.

Kao Shi-lan hablaba ahora, con voz mortalmente tranquila que hizo a los joyeros mirarle nerviosamente. La voz del hombre parecía la de un autómata, anunciando los decretos del diablo.

Porque Kao Shi-lan hacía promesas. Sentado tan tranquilamente como un juez, prometía al hombre que estaba en su poder tormentos tales que solamente la imaginación de un demonio encarnado puede concebir. No había nada de pasión en sus palabras, si o crueldad y frío odio.

Si las joyas robadas y, en particular, la Garra del Dragón no aparecían en seguida, se ejecutarían sobre el cuerpo del prisionero cosas que, hasta los mismos chinos recordarían con espanto. Los rostros de los parisienses se pusieron lívido a medida que el chino hablaba y sus labios temblaron.

Pero Pata de Palo echó atrás la fea y desgreñada cabeza y se rió. Luego en un lenguaje que hubiera arrancado la corteza a un árbol, le dijo a Kao Shi-lan lo que pensaba de él. Lo llamó bestia maligna y cobarde únicamente heróico con una pistola cargada. Por Dios que el londinense, en la adversidad, era magnífico.

Sigilosamente levantó McCarthy la pistola y le apuntó a Kao Shi-lan. Si hacía un movimiento para agarrar su arma, el chino iría a reunirse pronto con sus antepasados.

Pero antes de que nada ocurriera, el pequeño chino se había puesto de pie, su cuchillo pasó como un rayo por las cuerdas que sujetaban las muñecas de Pata de Palo y el hombre quedó libre. De un salto llegó hasta la mesa, agarró la pistola y descargó un culatazo sobre la afeitada cabeza de Kao Shi-lan. McCarthy abrió la puerta.

—¡Pronto, Pata de Palo! — gritó. — ¡Corra a la escalera! Yo los contendré.

Una descarga sobresaltó a McCarthy. Evidentemente los chinos llevaban armas pequeñas. La pistola de Pata de Palo detonaba y caían hombres. McCarthy detuvo un ataque con dos tiros bien dirigidos, que derribaron a dos hombres de coleta.

El pequeño chino, que había libertado a Pata de Palo, salió de entre el grupo que peleaba y McCarthy lo vió hacer una imperiosa seña a Pata de Palo. Con sorpresa de McCarthy, el rengo obedeció como un cordero y a fuerza de puños y culatazos se abrió paso hacia la puerta.

—¡Corra, compañero! — gruñó. — Hay demasiados aquí para pelear hasta el fin. Y hay muchos más afuera. ¡Corra!

La última mirada que McCarthy dirigió dentro de la pieza, mostróle a Kao Shi-lan que se arrastraba hasta la mesa; su delgado cráneo era más fuerte de lo que cualquiera hubiera creído. El golpe de Pata de Palo debió partírselo como una cáscara de huevo; pero allí estaba el hombre, arrastrándose como un reptil venenoso. Bajaron el primer tramo de escalera y las balas silbaban sobre ellos. Dos veces se detuvieron para devolver el fuego.

—¡No gaste más balas, compañero! — le aconsejó Pata de Palo. — Las necesitaremos para los de afuera. Fan-sho los detendrá.

Oyeron reir al pequeño chino, que evidentemente había bajado antes que ellos.

—Sí, que los detendré. ¡Sigan no más!

—Corramos a la playa — dijo Pata de Palo y bajó la segunda escalera.

—Pero ¿cómo los va a detener un hombre solo? — preguntó McCarthy. — Voy a volver...

—Deje solo al chino. Sabe su oficio. Pronto verá y oirá como los detiene.

McCarhty, deteniéndose al pie de la escalera, vió y oyó como Fan-sho detenía a los perseguidores.

Una descarga de plomo resonó en el alto hall y rojos fogonazos acribillaron la escasa claridad, acompañados por el ruido de cuerpos que caian. Los joyeros parisienses, confundidos con los chinos, lanzaron gritos do terror.

Fan-sho empleaba la mortal pistola-ametralladora "Tommy", tan usada por los pistoleros americanos. Y a la luz de sus propios fogonazos lo vió allí McCarthy parado tan tranquilamente como si estuviera bebiendo una taza de café. Y la escalera estaba sembrada de muertos y heridos.

—Fan-sho fué as de pistoleros en una banda de Frisco — informó voluntariamente Pata de Palo — Conoce su oficio, créame compañero.

A la luz roja, cárdena, McCarthy vió de pronto al pistolero apoyar sus dos manos sobre la baranda de la escalera, saltar por encima de ella y caer de pie, como un gato. Gozaba como un niño en un juego-divertido. Vió también que el pequeño chino llevaba la terrible pistola colgada del pecho y podía moverla con la misma facilidad que otro hombre una mochila suspendida de su espalda. Abrieron la gran puerta y salieron. Allí fueron atacados por los guardias de afuera. Nuevamente brotaron lenguas de llama de atrás de árboles y matas.

—¡Al auto! — gritó McCarthy y saltó al volante, seguido por Pata de Palo y el pistolero chino.

Instantáneamente tomó por el ancho sendero, al costado de la casa y lo lanzó a toda velocidad. Los poderosos focos enceguecían a los guardias; pero también los hacía destacarse en vívido relieve.

Al final del camino encontraron las puer-

tas de hierro, hermosamente forjadas y una banda como de diez hombres armados a rifle, que los esperaban en sólida formación.

Sin vacilación apoyó McCarthy el pie en el acelerador y los atropelló. Si mató a algunos o si ellos se apartaron del camino para no ser pisados, nunca lo supo, por que un momento después el sólido guardabarro de acero pegaba contra las puertas de hierro y la herrumbrosa ceradura saltó. Lo único de que McCarthy se dió cuenta era que lo cubría una lluvia de vidrios del para-brisas y de que, fuera de una cortadura en el dorso de la mano, nada había sufrido.

—¡Descienda la colina en dirección a la playa! — le gritó Pata de Palo en el oído.

—¿Por qué a la playa? — preguntó Mc Carthy.

—Porque el agua salada es el sitio más seguro para un marino — fué la sarcástica respuesta. — No será usted tan tonto como para creer que hemos terminado con Kao Shi-lan ¿verdad? No pensará que el golpe que le acomodé en el mate y la pérdida de unos cuantos de sus chinos va a impedirle perseguirnos ¿no? Hasta ahora hemos salido bien; pero quien sabe si la suerte dura. ¡Siga!

—Pero ¿y qué vamos a hacer una vez que lleguemos a la playa? — insistió McCarthy.

—Tomar una tacita de café y dormir la siesta — contestó irónicamente el rengo. ¡Siga, le digo!

Pero el hombre propone y Dios dispone. A pesar de todos los esfuerzos de McCarthy, el auto, abollado y con la capota acribillada de balas, iba perdiendo velocidad por momentos. Con un gemido, comprendió Mc Carthy que tenía algo descompuesto. Al fin se paró.

—Tendremos que correr — le dijo Pata de Palo. — Yo no soy un gran campeón de carrera con esta maldita pierna; pero correré.

Así lo hicieron, por el camino, a là mayor velocidad posible. Pero, así como la fuerza de una cadena se mide por su eslabón más débil, tenían que limitar su rapidez a lo que daba la pierna de madera del rengo, aunque éste se manejaba admirable, a pesar de su invalidez. En lo alto de la loma se detuvo y, haciéndose pantalla a los ojos miró hacia el mar. McCarthy vió que miraba el gran yate. Vió también que Fan-sho cargaba cuidadosamente su pistola ametralladora.

—¿Es una luz verde lo que se ve en el palo mayor, compañero? — preguntó Pata de Palo. — No tengo muy bien la vista, a causa de los golpes, esta noche.

Lo era y así lo dijo McCarthy.

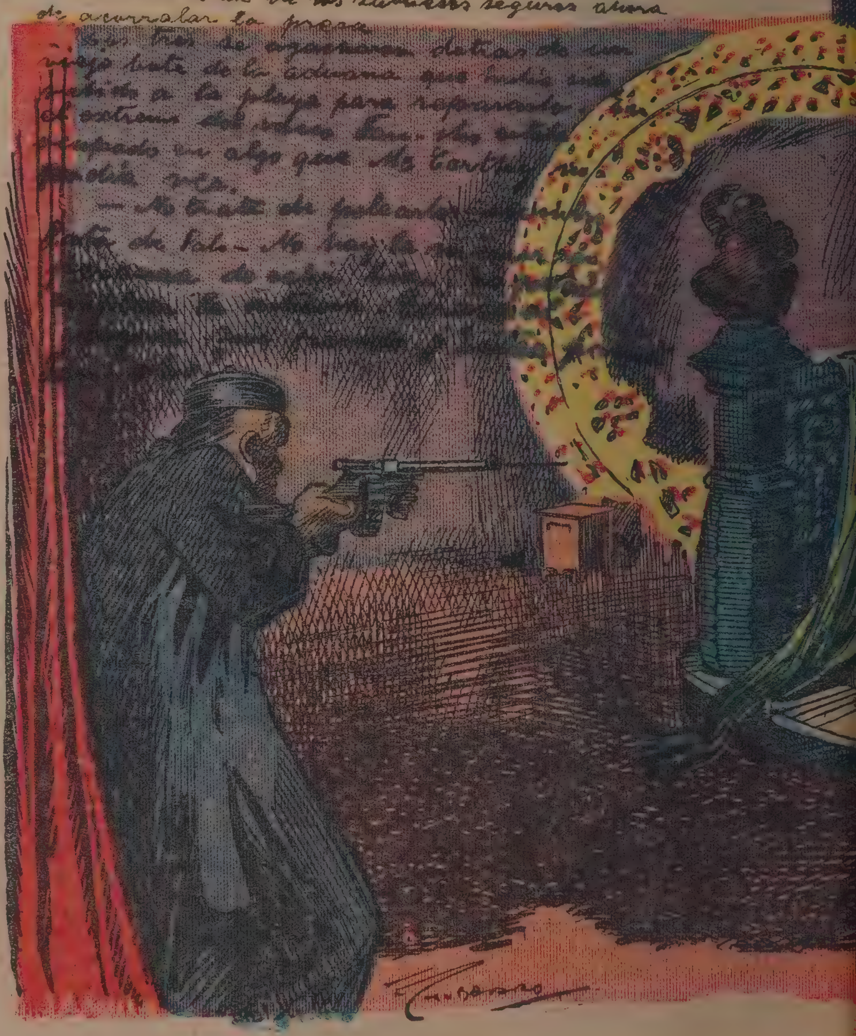
—¡Muy bien! A la playa entonces. No nos separemos, por si intentan otro ataque contra nosotros. Corramos siempre hacia el mar.

En la misma orilla del muelle los amarillos los alcanzaron, veinte o treinta por lo menos. Fueron los rápidos ojos de Fan-sho que los descubrieron primero avanzando hacia ellos con la tenacidad de los sabuesos seguros ahora de acorralar la presa.

los descubrie... do hacia ell... sabuesos, se... rralar la pr...

Los tres s... un viejo bote... bía sido subi... pararlo, En ... Fan-sho esta... que McCarth... podía ver.

—No trat... pelearlos aq... susurró Pat... Palo. — No ... la menor esp... za de salir ... Es preciso ... plear la ag... Tírese al ag... sin ruido. ¿... pronto Fan...



Fan-sho enviaba tranquilamente una lluv...

imero, avanzan-
la tenacidad de
ahora de aco-

naron detrás de
aduana, que ha-
playa para re-
remo del casco,
upado con algo

Muy bien. Conforme nos larguemos, dispara.

Con menos ruido del que pudiera haber hecho un pez, los dos se deslizaron al agua, nadando hacia la boca del puerto. Habrían hecho unos pocas yardas, cuando McCarthy oyó que algo ascendía, silbando, al cielo. Un segundo después, cayó una cascada de tres estrellas verdes Fan-sho había disparado un cohete de señales. Un momento o dos después los alcanzó a nado.

Volviendo la mirada, distinguió McCarthy claramente las figuras de los chinos que los buscaban al final del muelle. Entre ellos había uno con la cabeza vendada. Era Kao Shi-lan. El agua estaba tibia, hasta era sedante después de la larga carrera: pero Mc Carthy notó que el rengo tenía tanta dificultad para nadar como la había tenido al correr. Sus brazadas eran poderosas, pero la pierna de madera parecía molestarlo.

plomo mortal a los hombres de Kao Shi-lan.

Luego, a través de la superficie del agua le llegó el ruido de la quilla de botes arrastrados sobre el cascajo de la playa.

—Nos van a perseguir en botes — dijo tranquilamente Mc Carthy a Fan-sho.

—Sí, muchos botes. Fan-sho es hombre inteligente.

McCarthy hubiera jurado que, aun en el agua, había sonreído con su eterna y filosófica sonrisa.

Ahora se oía claramente el ruido regular de los remos. Nuevamente miró McCarthy la flotante burbuja que era la cabeza de Pata de Palo. Con alivio notó que nadaba tan vigorosamente como ellos.

Calculó que estarían como a un cuarto de milla de la costa y una fuerte corriente los impulsaba mar afuera. ¿A dónde, pensaba?

Los botes estaban ahora tan cerca que oía distintamente las voces de los que venían en ellos. Otras doscientas o trescientas yardas, quinientas quizá, y luego. . .

Bueno, todo terminaría. Son cosas de la vida. A veces se gana, otras se pierde.

Los botes empezaban a separarse a derecha e izquierda, para rodearlos, supuso.

Siempre hacían ese juego los chinos, Rodeaban a la víctima,

cortándole la retirada, lo mismo en el agua que en tierra.

De pronto vió a Fan-sho levantar la cabeza sobre el agua y lanzar un largo y penetrante silbido. Fué contestado de alguna parte, delante de ellos.

El ruido de un poderoso motor pareció estremecer el agua. Pocos pies encima de la superficie brilló un reflector que no hubiera desdeñado un buque de guerra, iluminando, dentro de su radio, con la claridad del día. Vino a posarse sobre los botes manejaos por la banda china.

A través del agua, junto a McCarthy, pasó algo, largo y blanco, con la velocidad de una flecha. Se dirigió directamente hacia el primer bote, chocó en mitad de él y lo partió tan limpiamente como un hacha la madera de pino. Un instante después, el bote se hundía y la tripulación luchaba en el agua. El atacante dió vuelta alrededor, describió un amplio arco y luego atropelló al segundo bote, como una cosa viva, poseída de insensata furia. El bote también se hundió; luego los motores del bote atacante se detuvieron y empezó a derivar hacia los nadadores. McCarthy, a lmirar a aquel enviado del cielo, vió que estaba manejado por una mujer, con traje blanco, de "yachting", la cual se hallaba parada junto al pequeño volante, tan tranquila como si se encontrara en un salón. ¡Y aquella mujer era madame de Sorais! El misterio, la maravilla de todo aquello, lo dejó aturdido.

Luego oyó la voz clara de Osari, elevarse sobre las aguas, con solemne entonación.

—Kao Shi-lan — dijo — una vez te previne y has preferido desoír mi advertencia. Te prevengo por última vez. La próxima vez que levantes tu mano manchada de sangre sobre mí o sobre lo que pertenece a mi pueblo, señalará la última hora de tu vida.

Pero ya los botes de los hombres amarillos recogían a los que estaban en el agua y el que conducía a Kao Shi-lan remaba hacia la costa rápidamente.

—Bueno, la partida ha terminado bien — pensó McCarthy.

El largo bote blanco se dirigió hacia él rápidamente. Luego ocurrió algo imprevisto. En sus mismos oídos resonó un fuerte golpe, las aguas se arremolinaron sobre su cabeza y se sintió arrastrado a un pozo sin fondo. No supo más.

McCarthy despertó en un gran camarote, blanco y dorado, por cuya ventanilla abierta entraba a raudales un sol brillante. Un 'boy' chino daba vueltas por la cabina, tan silencioso como si caminara por el aire. En una silla, junto a su litera, observándolo con ansiedad, se hallaba un joven caballero a cuya vista los ojos de McCarthy se desorbitaron. Era... Alelí.

—¿Qué demo... en nombre de todos los santos, qué hace usted aquí?

—Yo podría preguntarle a usted lo mismo, Mac; sólo que lo sé.

—¿Qué me pasó en el agua?

Gilliver se encogió de hombros.

—Parece que nadie lo sabe. Debe haber sido agarrado accidentalmente por la hélice de afuera. Pero nada lo demuestra.

Un pensamiento inquietante atravesó el cerebro de McCarthy. Sus ropas y lo que contenían... ¿dónde estaban? Casi febrilmente hizo la pregunta.

—Las tiramos por la borda — dijo negligentemente Alelí. — Aquí no necesita esos harapos.

—¿Quién las tiró? — preguntó McCarthy, dominado por terrible sospecha.

—Yo — dijo brevemente Alelí — Y si quiere saberlo, entregué lo que había en los bolsillos a sus legítimos propietarios. Era parte de la tarea que me encargaron.

—¡Usted! Pero si nunca estuvo en Marsella.

—¿Qué no estuve? — preguntó tranquilamente Gilliver. — ¡Oh sí!... estuve.

Se levantó y dándole la espalda se acercó a una de las ventanillas. De pronto la voz ronca, burlona, que McCarthy odiaba tanto, resonó en sus oídos.

—Sí que estuvo, cara de rata — gruñó. — No lo olvide, compañero. El viejo Pata de Palo Brown, de Rotherhite, nunca lo perdió a usted mucho tiempo de vista. Esa era otra parte de mi misión, también. Y creo que, para ser un aficionado, no lo he hecho del todo mal. Mac, pudo usted haberme matado...

—Pero... pero... ¿y esa pierna?

—La buena la tenía atada detrás. Al principio resultó un poco molesto; pero pronto me acostumbré.

—¿Y quién puso en libertad a Benedorp?

—Yo. Es bueno ser tan diestro en candados, cerraduras y rejas ¿verdad? Si quiere interrogarlo, está a bordo.

McCarthy se dejó caer sobre las almohadas.

—Bueno... ¡Qué me fusilen si entiendo palabra de esto!

Alelí sonrió alegremente.

—Lo hubiesen fusilado más de una vez si no hubiera sido por mí — y luego añadió más seriamente. — Creo que, en cuestión de salvarnos la vida, estamos a mano, Mac. Y ahora es mejor que se levante. Hay bastante ropa mía a bordo. Y madame de Sorais lo está esperando en el salón, para el desayuno.

F I N

El episodio que sigue y se publicará en breve se titula "LA CASA DE LOS ESCLAVOS"

Lea en el próximo número

NAZENLER

MOSQUETEROS DEL ESPACIO

Tercera parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

LOS TRES ESPIAS

HERR von Rolstein, se dejó caer de rodillas en el rincón del granero arruinado y tiró de la trampa de ratas que se había cerrado sobre su muñeca derecha.

Gotas de sudor brotaron en su inexpresivo rostro. Los ojos azul pálido — temidos en toda Alemania — parecían más fríos que nunca; pero detrás de ellos una furia loca relucía debilmente.

En ese momento, un hombre apareció en la puerta. Lanzando una exclamación, corrió hacia Rosltein, sacó una navaja y la introdujo entre las fauces de la trampa.

—¡Herr Rolstein! — balbuceó — ¡Pero está usted lastimado! ¿Cómo ocurrió esto?

Rolstein apretó sus dientes, grandes y parejos; pero permaneció rígido, mientras el hombre trabajaba con la trampa y la abría gradualmente.

—Es una suerte que haya usted venido— dijo con voz cansada — ¿Supongo que encontró mi rastro y me siguió desde el pueblo?

—Ja, mein Herr — contestó el otro — Supuse que los tres ingleses debían haberse marchado del depósito y que usted los seguiría. Pero ¿dónde están? ¿Cómo ocurrió esto?

Abrió la trampa al fin y Rolstein se tambaleó, el rostro contraído de dolor, mientras se agarraba la lastimada muñeca.

—Los espías ingleses estaban en este granero — dijo con voz áspera — Los vi; pero me embromaron. Pusieron la trampa en este rincón y cuando yo vi a uno de ellos agachado, pensé que estaba aquí el Tratado. Los amenacé con mi pistola y metí la mano en el rincón para sacar el documento que creía oculto aquí.

Se encogió de hombros y se dió vuelta con expresión de amarga cólera.

—La trampa se cerró sobre mi mano y quedé preso — continuó. — Pero sólo llevan cinco minutos de ventaja. Corrieron hacia la vía del ferrocarril. ¡Venga!... tenemos que seguirlos.

—¡Un momento, mein Herr! — dijo el hombre sacando un frasco de su bolsillo y abriéndolo — Si me permite, la muñeca necesita atención. Y usted mismo ha sufrido mucho.

Rosltein se quedó inmóvil un minuto y su cara se contrajo ligeramente mientras el hombre vertía alcohol puro en la herida.

Luego agarró el frasco que el otro le ofrecía y bebió un largo trago. Cuando terminó sus pálidas mejillas se encendieron ligeramente; pero las sombras que acechaban tras sus pálidos ojos eran más profundas que nunca.

No sin buenas razones era llamado Erbert von Rolstein el Archiduque del Misterio .Era jefe del Servicio Imperial Secreto, un hombre frío, duro, que tenía tremendo poder.

—Ahora me siento mejor — dijo. — Esto me ha devuelto las fuerzas. Pero tenemos que apurarnos. Los tres espías no han encontrado aún el Tratado que robaron a su Alteza y escondieron. Venga, vamos a seguirlos. Nos conducirán al escondite.

Salió corriendo del granero, con su compañero al lado y los dos se dirigieron hacia la vía del ferrocarril. Mientras caminaban, la cara de vaqueta de Rolstein tenía extraña expresión. Empezó a hablar con voz peligrosamente suave:

—Amigo mío, — dijo — cuando encontremos a estos hombres tenemos que mantenernos fuera de su vista ¿entiende? Si sospechan que son seguidos, no se acercarán al sitio donde ocultaron el Tratado.

—Ja, mein Herr — jadeó el otro. — ¿Y ese Tratado es tan importante que no podemos tocar a los hombres hasta que lo hayamos hallado?

—¡Claro, cabeza de adoquín! — dijo con aspereza Rolstein — ¿No comprende que es el único ejemplar que existe? ¿No sabe que su Alteza me llamó hace una semana y me dijo que, si el Tratado no aparecía, lo pagaría yo con mi vida? ¡Importante!...

Por un segundo sus delgados labios descubrieron los grandes dientes, con mueca feróz.

—Pero... ¡basta! — dijo — He aquí co-

mo procederemos. Antes de que transcurra otro día tengo que recobrar el Tratado y luego los ingleses pagarán el robo con sus vidas. No pueden escapar. Son muy hábiles, de la escuadrilla conocida por los Angeles de el Calvo, y uno de ellos habla alemán como nosotros. Pero están rodeados por mis fuerzas. Es sólo cuestión de tiempo capturarlos.

El hombre fijóse un instante en la expresión de Folstein y se estremeció instintivamente. El rostro de Rolstein estaba frío, helado como una piedra sepulcral; pero sus ojos eran dos furias vivas ¡Hombre extraño aquel Rolstein!

Mientras los dos llegaban a la vía y empezaban a caminar sigilosamente hacia el desviadero, tres jóvenes trabajaban rápidamente junto a un vagón del ferrocarril, que estaba muy cerca de la estación.

Entre los tres tenían a un hombre, atado y amordazado, al que echaron sobre un montón de pasto en el fondo del vagón. El más alto de los tres, se estaba poniendo el uniforme de oficial de ferrocarril alemán. Y mientras se vestía habló rápidamente, en inglés.

—Hemos tenido suerte de encontrar a este tipo — dijo. — Su uniforme me permitirá entrar en la estación y darle un vistazo a los libros. Luego, con un poco de suerte, averiguaré donde fué ayer aquel vagón, el vagón donde escondimos el Trátado. ¿Tú apuntaste el número, no Johny?

Miró al joven de fisonomía bastante inexpresiva que estaba junto a él, vestido de campesino alemán.

El otro miembro del trío era un joven bajo, de cara curtida, con expresión humorística en su boca. Los tres pertenecían a la escuadrilla de el Calvo y por extraño decreto del destino se hallaban metidos en aquel lío de espionaje.

El joven teniente John Henry Dent sonrió alegremente.

—¡Si, Wagger, querido muchacho! — contestó. — Anoté el número del vagón mientras tu metías el viejo y alegre Tratado dentro del cubo de grasa.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un pedazo de papel arrugado y lo pasó a su amigo.

—Siempre puede confiarse en el pequeño J. H. — dijo sonriendo. — Pueden estar seguros de que un hombre de madura inteligencia y recto buen juicio siempre hace lo que debe hacer en el momento oportuno.

—¡Y cómo! — sonrió Bud Atlee, el joven de aspecto y cara curtida que estaba a su lado.

Su acento era de Kentucky y, en verdad, había nacido en América, aunque servía en el ejército inglés casi desde el principio de la guerra.

—Tu inteligencia está seguramente madura, Johnny — continuó. — Madura como una manzana. Y a lo mejor cae donde uno menos lo espera. Pero no hay duda de que siempre es buena tu intención.

—Rosebud, (pimpollo) — contestó el joven Dent con acento de reproche — a veces pienso que te complaces en ser grosero. Quiero decirte que soy mayor que tú tres días y me faltas el debido respeto...

El teniente Wagstaff, el más alto de los tres, terminó de vestirse y lanzó un suspiro.

—¡Disputando como siempre! ¡Terminen, borricos y vengan! Quédense rondando por ahí mientras yo trato de descubrir el paradero del vagón. Y, por amor de Dios, no contesten a las preguntas que les hagan. Si llevaran la "Union Jack" en las chaquetas no podrían anunciar mejor sus nacionalidades.

Miró el vagón donde estaba el hombre prisionero.

—¿Se fijaron que ese tipo pueda respirar bien? — preguntó.

—Seguro que puede respirar — sonrió Bud. — Y está cómodo y abrigado también. Lo hemos cubierto con pasto. Probablemente se halla muy a gusto ahí, el condenado.

EL MENSAJE DE AVISO

El infortunado oficial, enterrado debajo del pasto, no estaba tan a gusto como el joven Bud suponía. No le habían hecho daño alguno, pero la mordaza y las ligaduras le impedían mover un sólo músculo y pensaba donde lo llevaría aquel tren de carga, a través de Alemania y cuanto tiempo pasaría antes de que lo descubrieran y pusieran en libertad.

Además la perspectiva era embarazosa, porque vestía únicamente camisa y calzoncillos.

Los tres conspiradores se alejaron. John Henry y Bud, permanecieron escondidos tras el ángulo de un galpón, mientras Wagstaff subía a la plataforma y, audazmente, entraba en la oficina de la estación.

Durante las horas de la madrugada no había en la estación más que otro oficial, el cual dormitaba sobre un fuego de coke, en el cuarto del portero.

Ciertamente oyó los movimientos de Wagstaff, pero imaginó que era su infortunado amigo, el jefe de la estación y se quedó donde estaba.

Wagstaff revisó libros en la oficina principal. Al cabo de veinte minutos volvió a salir y se dirigió a las vías.

Detrás del galpón encontró a sus dos alegres compañeros que estaban disputando en voz baja por un juego de dados, dados que Bud había hecho con dos pequeños trozos cúbicos, de madera, y puntos, marcados con lápiz.

Dent, al parecer, había perdido cincuenta francos — a crédito — pero discutía acaloradamente sobre los puntos de uno de los dados que estaban borrosos.

Wagstaff pareció llegar justo a tiempo para evitar que se fueran a las manos. Le dió un tremendo empujón a Jhon Henry y empezó a hablar, con bajo murmullo:

—El vagón ha ido a Essen — murmuró — El maldito necesitaba ser reparado y lo han llevado al taller de Essen para que lo remienden.

—¡Cielos! — exclamó Bud. — ¡Entonces lo habrán desarmado en trozos!

Wagstaff se encogió de hombros.

—Eso es lo que tenemos que averiguar —

dijo — Sea como fuera, hay un tren de pasajeros que sale de aquí para Essen dentro de diez minutos. Parará en la estación, de modo que podemos subir. Pero, entretanto, es mejor quedarnos escondidos. No podemos esperar que el viejo Rosltein siga para siempre en la trampa. Y cuando quede libre, con toda seguridad que tratará de buscarnos.

Bud sonrió.

—Tengo el presentimiento de que tu consejo es bueno, Wagger. — dijo — Cuando nuestro pequeño amigo se suelte, tendrá un humor tan dulce como el de un tigre herido, con ataque de cólico y sabañones. ¡Caramba! ¡Ese hombre me pone carne de gallina! ¿Te fijaste alguna vez en sus ojos?

Wagstaff asintió, con una mueca.

Pensándolo bien, fué lástima que ninguno de los tres viera los ojos de Rolstein en esos momentos.

Aquellos ojos los estaban observando... observándolos con la fija intensidad de una serpiente. Y como una serpiente, pronta a morder, se hallaba cerca, escondido, inmóvil como la misma muerte.

En ese momento un brazo de señales fué bajado a cincuenta yardas de distancia y Wagstaff hizo un gesto a sus amigos.

—¡Ahí viene el tren! — dijo — Esperen hasta que entre en la estación y que el guarda baje. Luego suban por el costado opuesto.

El tren, mientras Wagstaff hablaba, apareció a la distancia. Entró rechinando y silbando en la estación. La gran máquina hacía un ruido como si resollara, después de su larga corrida.

El adormilado oficial salió del cuarto del portero, miró para ver si andaba por allí el jefe y luego se puso a conversar con el guarda, que había bajado.

Mientras los dos estaban entretenidos, tres figuras aparecieron en el lado opuesto de la vía y subieron a un compartimento vacío.

Otras dos más — Rolstein y su compañero, — se movieron en el mismo instante. Salieron de su escondite, corrieron a lo largo del tren, en el momento en que el guarda levantaba al bandera.

Ellos también subieron a otro compartimento, como dos vagones más atrás que los espías. Y mientras el tren se ponía en movimiento y empezaba su siguiente etapa de viaje, Rolstein no estaba ocioso.

Cuidadosamente escribió un mensaje en una hoja de papel que sostuvo sobre su rodilla. Una vez terminado, lo envolvió en una pesada navaja que pidió a su compañero.

Un cuarto de hora más tarde se asomó por la ventanilla, mientras el tren se acercaba a una pequeña estación, haciendo sonar su silbato como previniendo que iba a pasar de largo. Rolstein vió un peón parado en la plataforma y agitó violentamente las manos para llamarle la atención. Cuando estaba a pocas yardas, le tiró la navaja, envuelta en el papel, la cual resonó al caer sobre el piso de hormigón y saltó, en la velocidad de la caída.

El tren pasó como un trueno y se perdió a la distancia. Pero, antes de que estuviera fuera de la vista, el peón había recogido la navaja y miraba estúpidamente el mensaje escrito en el papel.

De pronto sus ojos se aclararon y apareció en ellos expresión de sorprendido temor. Agarró fuertemente el mensaje y echó a correr hacia la oficina de telégrafos, sobresaltando al entrar al empleado.

—¡Un mensaje para ser telegrafiado! — gritó — Lo tiraron hace un momento del tren.

Es un mensaje para las autoridades de Essen y lo firma el famoso Herr Rolstein.

¡Apúrese, amigo!

El sorprendido empleado tomó el papel y dirigiéndose a su aparato empezó a trasmitir el mensaje.

El peón salió de la oficina, mirando la fina navaja, que llevaba en la mano, con orgullo.

Era una hermosa navaja, mucho mejor de la que podía comprar un pobre peón del ferrocarril.

Ciertamente Herr Rolstein era una gran persona.

LA SUERTE DE JOHN HENRY

Según las palabras del gran Robert Burns. "En los planes mejor arreglados de los ratones y de los hombres, siempre falla algo". O en otras palabras: "No hay que contar los pollos hasta que no están en el gallinero".

Pero Herr Rolstein no leía a Burns ni se dedicaba a la avicultura. En verdad se pasó demasiado tiempo felicitándose a sí mismo por su brillante idea de arrojar el mensaje.

Cuando el tren llegara a Essen habría una cantidad de agentes del Servicio Secreto, en traje civil, esperando a los tres espías ingleses para seguirlos a donde fueran.

Herr Rolstein pensaba que, dirigiendo él mismo la cacería, el fracaso era ahora imposible. Lo único que malogró su plan, tan cuidadosamente preparado, fué que los ingleses no jugaron limpio.

Se largaron del tren antes de que este llegara a la estación. No se quedaron sentados hasta que una partida de detectives alemanes, de ojos de lince, los distinguiera y pudiera seguir sus movimientos.

Pero, en la opinión de Herr Rolstein, los ingleses eran así. No se puede contar con gente que no tiene noción de orden ni de la disciplina.

Vió a los tres a último momento, cuando saltaron del tren, marchando todavía éste a una velocidad de quince millas por hora, al dar vuelta la última curva que conducía a la estación principal. Pero nadie más los vió.

La curva ocultaba sus movimientos a los que estaban en la plataforma, como Wagstaff lo había pensado; de manera que Rolstein tuvo que tirarse también del tren y gritar una sarta de órdenes a su compañero, antes de hacerlo.

—Quédese y hable con los hombres, que estarán esperando — le dijo. — Dígales que se desparramen y me busquen. Yo estaré donde estén los espías ingleses. Pero nadie debe hacer un movimiento mientras yo no dé la

señal. Primero es necesario que nos lleven hasta donde está el Tratado.

—Ja, mein Herr! — balbuceó el hombre y siguió con el tren que iba disminuyendo la marcha, mientras su amo y señor se tiraba a la vía y se metía por entre las casillas y galpones del ferrocarril, detrás de los tres compañeros, que veía a la distancia.

Essen es una gran ciudad. Uno de los centros industriales más grandes de Europa. Sus líneas de ferrocarril forman una gran red, entre numerosos edificios.

Sus fábricas de acero y de productos químicos ocupan miles de acres. Y entre un ejército de hombres, que continuamente se mueven en aquellos alrededores, es bastante difícil descubrir a tres intrusos.

Rolstein halló su tarea engorrosa desde el principio. Perdió de vista a los tres cuando estos dieron la vuelta a un edificio. Cuando él también dió la vuelta, encontrose con una gran cantidad de edificios y cientos de hombres que trabajaban en distintas tareas.

Encontrar a los tres en aquella multitud era casi imposible.

Esto fué porque Wagstaff y sus compañeros recogieron restos y pedazos de materiales que había por allí y echaron a andar, a paso moderado, con ellos. Así no les interrogarían ni se fijarían mayormente en ellos.

La brillante inteligencia de Wagstaff seguía previéndolo todo. Había bajado antes de llegar a la estación, no porque tuviera la menor idea de que Rolstein los seguía de cerca o había hecho planes, si no porque deseaba evitar lo más posible las preguntas.

Ahora condujo a sus cargados compañeros hacia los grandes talleres de composturas del ferrocarril, fuera de los cuales había una fila de vagones alineados junto a un canal.

En el canal había una grúa a vapor que funcionaba, añadiendo su ruido a todos los demás. Wagstaff miró la fila de vagones y habló rápidamente:

—Los tres sabemos el número del vagón — dijo — De manera que cada uno de nosotros elegiremos una fila hasta que encontremos al que buscamos. Pero no vayan a hablar. Finjan que son mudos... idiotas... cualquier cosa.

—Eso no es justo — murmuró Bud — Mira la ventaja que nos lleva Johnny.

Pero se agachó y empezó a trabajar, antes de que John Henry pudiera contestarle.

Sin embargo, fué Dent el que tuvo más éxito de los tres. El vagón que buscaban había sido mandado a la fila de coches, en reparación el día anterior, de manera que estaba muy cerca del extremo.

John Henry lanzó una ahogada exclamación de delicia al ver el número y enseguida empezó a sacar el buje y extrajo el precioso Tratado de entre la espesa grasa.

—¡Eh, Wagger! — gritó Bud... ¡Encontré el viejo y alegre Tratado! ¡Encontré el vagón! ¡Aquí... vengan!

Bud juró violentamente al oír los gritos de alegría de John Henry... todos en perfecto inglés. Wagstaff frunció el ceño y se agachó detrás de un vagón, echando a correr así en la dirección del grito.

Pero aún comprendiendo que el peligro era real no podía menos de sonreír al pensar que había sido John Henry el que halló el Tratado.

Y John Henry hubiera dejado de ser quien era sí, con la mejor intención del mundo, no hacía alguna burrada... como aquella de gritar en inglés.

Había otro individuo que había oído los gritos de John Henry y que saltó como un gato asustado. Era Rolstein, que aún en medio del barullo general, sabía distinguir el inglés, cuando lo oía.

Sus pálidos ojos despidieron fuego mientras corría al lugar de la escena. Pero, antes de que llegara, los acontecimientos se precipitaron.

Dent estaba tan encantado con el hallazgo del Tratado que lo agitaba en el aire, mientras sus dos amigos corrían hacia él, murmurándole que se quedara quieto.

El movimiento de Dent resultó, después de todo, desastroso. El papel engrasado del documento se le escapó de las manos, al agitarlo.

Voló por el aire y fué llevado, en alas de la brisa, hacia el canal, en cuya empinada orilla trabajaba la grúa.

—¡Borrico!... ¡orejudo!... ¡fenómeno! — Bud, en su indignación habló también en inglés — ¡Mono sin cola!... ¡marmota!

Wagstaff, entretanto, había visto el desastre y ya corría barranca abajo para rescatar el precioso documento. Bud y John Henry se lanzaron tras él.

Y Rolstein apareció en lo alto de la barranca, justo a tiempo para presenciar la parte más interesante de la comedia.

LA CARTA DE TRIUNFO DE ROLSTEIN

El Tratado fué a parar a un montón de tierra negra, veinte yardas abajo del sitio donde estaba Wagstaff. Cuando éste bajaba, el gran brazo de la grúa empezó a bajar, con gran ruido de su mecanismo. Las mandíbulas de la grúa se hundieron en la tierra blanda y luego empezaron a subir llevándose una gran cantidad de cascotes y tierra. Encima de lo cual aleteaba el Tratado.

Wagstaff no se detuvo a pensar. Saltó hacia la grúa y cayó en medio del receptáculo, agarrando el Tratado en el momento en que John Henry y Bud subían también.

Rolstein llegó, revólver en mano, al final de la barranca; las venas de su cuello sobresalían y por la voz parecía que iba a darle un ataque.

Pero sucedió que el obrero que manejaba la grúa estaba distraído y el recipiente estaba ya a veinte pies de altura antes de que se diera cuenta de la extraña carga humana que traía.

Entonces se aturdió. Movió equivocadamente una palanca. El recipiente se abrió, dejando caer su carga de tierra y cascotes en el canal.

John Henry y Bud desaparecieron entre la lluvia de tierra y cascotes y sólo se vió una pierna o un brazo asomando en medio del caos.

Wagstaff se sujetó un momento, pero debido a los movimientos del recipiente tuvo que soltarse y cayó también. Cuando las dos cabezas, llenas de barro, asomaron sobre la superficie del agua, él cayó entre ellas.

Finalmente volvió Wagstaff a la superficie, jadeante, medio asfixiado; pero no había soltado el precioso documento. Por suerte, debido a que estaba cubierto de grasa, el agua no podía arruinarlo.

En aquel momento los tres nadadores, medio aturdidos, vieron que un hombre se lanzaba al canal, como a cincuenta yardas de distancia de ellos y Bud lanzó un grito:

—¡Es Rolstein! ¡Pronto, Wagger, lo he

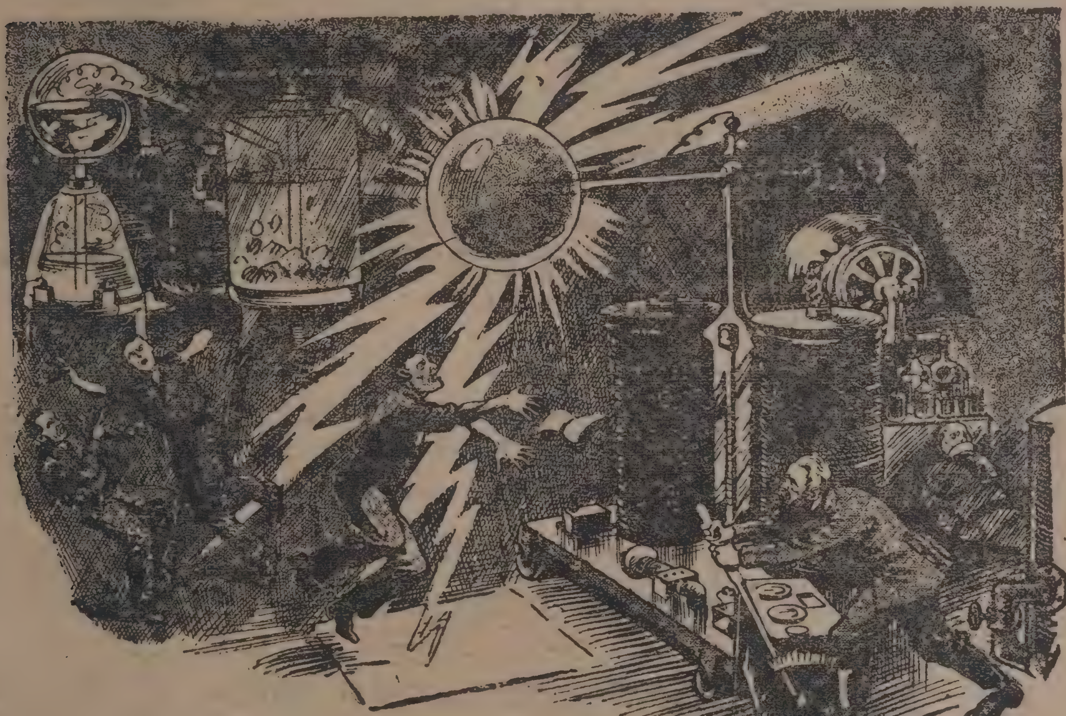
La persecución era encarnizada. Los sabuesos se lanzaron sobre la pista.

Y las liebres lo sabían demasiado bien.

—Hay que esconderse, escabullirse. — murmuró Wagstaff, deteniéndose para tender una mano a John Henry y ayudarlo a salir del agua.. — ¡Pronto, muchachos, ¡síganme! Nos esconderemos... si hay oportunidad.

Los muchachos lo siguieron. Ambos estaban ahora demasiado exhaustos para hablar.

Pero, a despecho de su fatiga, se lanzaron detrás de Wagstaff y se metieron en el bosque de galpones y edificios que había en aquel lado del canal.



Rolstein movió una gran palanca. Inmediatamente se produjo un resplandor que descendió sobre la plancha de acero donde estaba parado Wagstaff.

reconocido! ¡Vengan, tenemos que ganar un campeonato de natación!

Wagstaff apenas podía creer lo que acababa de oír; pero nadó con todas sus fuerzas hacia la orilla opuesta. Cerca suyo iban John Henry y Bud.

Los tres subieron a la orilla cuando Rolstein estaba todavía a mitad del canal. Pero detrás de Rolstein venían hombres, bajando la barranca, que gritaban y a la vez eran gritados por el aturdido obrero de la grúa, que había bajado de su puesto.

Otros hombres llegaban corriendo de diferentes sitios de los talleres. Los hombres del Servicio Secreto alemán estaban al fin en la escena y trataban de averiguar lo que pasaba.

Los ruidos de la cacería resonaban desagradablemente cerca en sus oídos. Sabían que sólo llevaban una pequeña ventaja, que no podía ser superior a cincuenta yardas.

Al llegar a un alto edificio, que tenía ventanas cerca del suelo, Wagstaff se metió por una puerta. Adentro estaba obscuro, pero se distinguía una escalera y por ella subió, con la velocidad de un gato. Había otra escalera la que terminaba en una puerta pintada de blanco. La puerta no estaba con llave; los tres entraron, hallándose en un laboratorio eléctrico, de gigantescas proporciones.

Había todo alrededor enormes máquinas, máquinas que eran una masa de alambres, tubos y brillantes globos terminales.

Un hombre, con guardapolvo blanco, estaba parado en el centro de la pieza y se dió vuelta, con sorprendida expresión al oírlos entrar.

Wagstaff saltó sobre él como un tigre.

Le tapó la boca con la mano y John Henry y Bud cooperaron a la captura.

Entre aquellas fuertes manos, el infortunado sabio quedó indefenso. El pañuelo de John Henry rodeó rápidamente su boca, amordazándole.

—¡Pronto! — jadeó Wagstaff — Sáquenle el guardapolvo, para que yo pueda ponérmelo. Luego ustedes escóndanse entre las máquinas. Yo trataré de engañar a cualquiera que venga.

En estertoroso silencio los tres ataron al sabio con un trozo de cuerda, dejándolo imposibilitado de moverse. Mientras hacían esto, oyeron ruido de pasos en la escalera y Wagstaff se levantó.

—¡Sáquenlo de la vista ... no importa el guardapolvo... escóndanse! — murmuró. Y él también se dispuso a ocultarse.

Era demasiado tarde.

De pronto se abrió la puerta y apareció Rolstein en el umbral. Había un brillo de triunfo en sus extraños ojos y él y Wagstaff se quedaron mirándose como dos animales, prontos a saltar el uno sobre el otro.

Wagstaff se había detenido en el centro de la pieza, sobre una plancha de metal, mismo debajo de una de las más grandes máquinas eléctricas.

Luego Rolstein se movió.

Se lanzó hacia una gran palanca que estaba cerca de la puerta y la bajó con fuerza.

Inmediatamente se produjo un resplandor algo blanco, sibilante, descendió del globo terminal sobre la cabeza de Wagstaff, pegando sobre la plancha donde estaba parado Wagstaff.

Este lanzó un grito y cayó mitad fuera, mitad sobre la plancha de acero. John Henry y Bud quedaron demasiado sorprendidos para moverse en el primer espantoso segundo. Cuanto saltaban hacia su infortunado camarada, la voz de Rolstein los detuvo.

—¡Alto! — gritó. — No den un paso más... ni se acerquen a ese hombre o morirán por la descarga eléctrica que él soporta ahora.

Su rostro se contrajo extrañamente y una vez más sus delgados labios se separaron, enseñando los largos dientes.

—Y dentro de tres segundos más, si no recobro el Tratado, el amigo de ustedes morirá por efecto de la corriente eléctrica.

(Continuará)

Lea en este número de PUCKY la continuación de

LOS SECRETOS DE UNA GRAN CIUDAD

Sensacional romance de aventura, de intriga, de sacrificio y de heroismo escrito por

HAL SIDNEY

LATIGO NEGRO

DETECTIVE

Por Charles Hutchinson

(Continuación)

¡HUM! ¿Hay señales de recelo en el pueblo?

—No he visto ninguna. Los imbéciles creen que nosotros no cumplimos nuestras amenazas — dijo Espinosa y sonrió perversamente. Un odio repentino hizo brillar sus ojos, mientras los otros lo miraban tranquilamente. Levantando la mano miró con expresión burlona el pueblo y luego los edificios de la compañía Carson.

—Pero les demostraremos lo contrario. — murmuró. Bajó la mano con ademán salvaje.

—¡Vamos! — dijo. Y el hombre que estaba junto a la batería se movió rápidamente. Un momento después estalló el desastre en Oil Cup, Texas.

Al pie de la grúa más próxima oyose una breve explosión. La tapa del pozo voló en pedazos; brotó una llamarada, haciendo palidecer la luz estelar y lamiendo las maderas saturadas de petróleo. A los diez segundos, la base de la grúa estaba envuelta en llamas rojas y azules.

—Y ahora, señor Carson, — dijo De Espinoza — quizá pagará usted lo que los Lobos de la Frontera le pidan en adelante.

Como fantasmas en la noche, desapareció el criminal trío para observar desde sitio seguro su nefanda obra.

Oil Cup pareció despertar violentamente.

De la taberna, del restaurant, de las cabañas, salió una multitud de hombres alarmados. Se abrieron las puertas, desprendidas de sus visagras, en la prisa. Látigo Negro, arrancado a su comida por el ruido de la explosión, fué uno de los primeros en salir a la calle. Con Héctor a su lado, corrió a reunirse con los que se dirigían hacia el pozo.

Ya la grúa ardía como un faro gigantesco; las llamas ascendían hambrientamente hacia las estrellas. Grandes bocanadas de humo acre y oleoso subían y bajaban a impulsos del viento de la noche. Una multitud que jadeaba y maldecía se detuvo a orillas del pueblo.

Adelante de ella un hombre robusto, de alguna edad, juraba, mientras lágrimas de cólera corrían por sus curtidas mejillas. Abarcando de una mirada el incendio, alzó los puños al cielo, exhalando su furia con destemplados gritos.

—¡Los Lobos! ¡Han cumplido su palabra! ¡Los malditos! ¡Los Lobos!

Voces ásperas y violentas repitieron en coro el grito.

—¡Los Lobos! ¡Los Lobos! ¡Nos han mordido al fin!

Una multitud de obreros rodeaba a Ted Carson, el duelo de los pozos. Látigo Negro estaba entre ellos, perplejo, sin hacerse notar.

—¿Quienes eran esos lobos? El nombre temido estaba en todos los labios. Era evidente que la catástrofe no era casual si no fruto de un criminal atentado.

Lanzando un grito estridente, Carson se volvió a los demás.

—¡Vengan algunos! Hay que extinguir el incendio. Los otros que se retiren. Si el fuego llega hasta el pueblo o al depósito todo será destruído.

Corrió desesperadamente hacia el galpón de zinc donde se guardaban los extinguidores de incendio. Algunos de los hombres lo siguieron; pero la mayor parte corrió en otra dirección, ansiosos de huir del pueblo que podía convertirse en una trampa mortal. Látigo Negro, sin embargo, siguió a Carson y a sus hombres.

Resueltamente, con la mandíbula de granito proyectada hacia afuera, fué el primero en llegar al galpón y meterse adentro. Al hacerlo tropezó con algo y cayó. Su furioso rugido atrajo a Látigo Negro y a los otros que se atropellaron tras él.

—¡Cielos! ¡Ha muerto a Pearson! — gritaba Carson. Y al reflejo del incendio, los hombres vieron una forma humana, atravesada en el umbral. Estaba inmóvil y el cuchillo que tenía clavado en la espalda, mostraba como había hallado la muerte.

Lanzando furiosos y amargos juramentos, Carson se dirigió hacia los aparatos contra incendio que se hallaban en el rincón más lejano. Pero allí, después de una mirada de estupefacción, dejó caer los hombros, como reconociendo su derrota. Lentamente se dió vuelta y miró con ojos huraños a sus hombres.

—¡Sí! — dijo en respuesta a una pregunta silenciosa. — Han inutilizado los aparatos también. Mataron a Pearson, se introdujeron aquí y luego...

Su voz se extinguió al ver a un desconocido alto, de negro, armado con dos revólvers, que se dirigió de pronto hacia él. Aunque abrumado por su desgracia, hizo una mueca al sentir dedos de acero que se hundían en su hombro.

—Dinamita... ¿Tiene? — la voz de Látigo Negro era áspera, breve. — ¡Pronto! Es preciso extinguir el fuego. Y puedo hacerlo.

Carson lo miró con enojo.

—Dice que... ¿Está loco, forastero? No puede usted apagar...

—¡Vamos, hombre, no discuta! Obre. — Látigo Negro lo sacudió impacientemente, mientras los otros miraban, mudos de sorpresa a aquel imperioso desconocido que parecía de pronto haberse hecho cargo de la situación, mientras ellos permanecían impotentes.

Carson lo miró con más dureza; pero algo en los tranquilos ojos grises y en la resuelta cara terminó enseguida con su resistencia.

Dándose vuelta, dirigiose a otro rincón. Abrió con llave la puerta de acero de un escotillón. De la cavidad de hormigón sacó una caja que contenía tres "bastones" envueltos en papel engrasado. Látigo Negro los agarró, con cuidado, pero rápidamente.

—¡Que nadie se acerque — gritó! — Creo que estos harán su obra cuando los tire! ¡Atrás todos!

Salió corriendo en dirección a la grúa incendiada.

DINAMITA, FUEGO Y BALAS

Rápidamente, oprimiendo las barras de dinamita contra su pecho, echó a correr Látigo Negro, procurando mantenerse lo mejor que podía a barlovento del humo. La mayoría de los habitantes habían abandonado Oil Cup y observaban inactivos, desde prudente distancia. Uno de los soportes de la grúa se partió y cayó en la hoguera, esparciendo llamaradas y chispas. Al fin se dió cuenta Látigo Negro de que Héctor y el grupo de Carson lo seguían.

—¡Atrás, Héctor! ¡Atrás todos, digo! — gritó severamente. — Es tarea para un hombre solo, ¿entienden?

Demasiado bien comprendía el gran peligro de su tarea. Pero había que extinguir el incendio, si no todo el pueblo sería presa de las llamas. Sabía lo que tenía que hacer y, como siempre, había rehusado compartir el peligro con los otros.

Su gran perro, obediente como de costumbre, gimió, pero se detuvo. Los hombres se detuvieron también, contenidos a su pesar por la voz imperiosa de Látigo Negro.

Este volvió a sonreir despreocupadamente y siguió adelante.

A través del reflejo rojo y negro veía una gran roca, a pocas yardas del pie de la grúa. Arrodillándose, se echó el sombrero a los ojos y se ató ligeramente el pañuelo sobre la boca y la nariz. Luego, agachándose, dirigióse, de una corrida, hacia el rocoso refugio.

Ahogándose, medio ciego, chamuscado por el calor, logró de algún modo llegar a la roca, junto a la cual se agachó. Dejó la dinamita bajo una proyección de la piedra y luego tuvo que descansar un momento y dar tiempo a que se normalizara su respiración.

Mientras lo hacía, sin embargo, doblaba y trenzaba su látigo, formando una honda. Poco después, algo repuesto, levantó la cabeza por encima de la roca y con rápida mirada midió el incendio. El resplandor le hacía doler los ojos. Se volvió a agachar y agarró uno de los bastones de dinamita.

Siguió uno de los momentos más ansiosos de su carrera. Un ligero error y... todo habría terminado para él. Sin embargo ni su sangre fría ni sus músculos le fallaron.

Serenamente metió el bastón de dinamita en la angosta presilla que había hecho con el látigo. Se quedó un momento mirando la columna de llamas. Luego, con movimiento rápido y seguro, lanzó con la improvisada honda el bastón de dinamita al centro del incedio.

Al mismo tiempo se tiró al suelo, detrás de la roca.

Apenas lo hizo, tembló el suelo debajo de él. Se oyó un áspero y vivo crugido.

La gran grúa tembló y se desplomó en llameante ruina; elevose al cielo una columna de tierra, que apagó en parte las ondulantes llamas. Pero todavía siguió brotando fuego por la tapa destrozada del pozo.

Con la respiración jadeante, Látigo Negro se enederezó de nuevo, apagando rápidamente las pequeñas gotas de petróleo incendiado que le habían caído sobre el hombro derecho. Sintió que la cara, sin protección, había sufrido quemaduras. Apretó los dientes y agarró las otras dos barras de explosivo.

Mientras lo hacía, un hombre corrió hacia él, por entre el humo. Revólver en mano, con ira asesina en el corazón, hacía fuego a medida que corría.

Era Miguel Espinoza, de los Lobos de la Frontera. Llegaba corriendo para matar al desconocido que malograba sus planes. El mismo desconocido que le había pegado frente al restaurant.

¡Crac! ¡Crac! Las detonaciones se oyeron entre el crepitar de las llamas. Intrépido en su furia, Espinoza corría hacia la roca, despidiendo fuego y plomo de su Colt.

Sintió Látigo Negro una quemadura en el muslo izquierdo. Sólo el humo malogró la puntería del mejicano.

Con un rugido de sorpresa y rabia, Látigo Negro se tiró al suelo, extendiendo al mismo tiempo ambos brazos. Como por obra de magia, una pistola apareció en su mano izquierda y, antes de que Espinoza pudiera tirar nuevamente una bala le atravesó la muñeca armada.

Espinoza se tambaleó, gimiendo roncamente. La fusta de Látigo Negro silbó entonces en el aire y luego se enrolló salvajemente en los tobillos del sujeto. De un tirón derribó Látigo Negro a su traicionero atacante y luego le dió un golpe en la cara con

Por un momento contempló Látigo Negro el incendio. Luego usando el látigo como honda, lanzó una barra de dinamita.

el caño del revólver. Fué lo bastante.

Rápidamente se dió vuelta, dejando al insensible Lobo tendido en el suelo. Había perdido preciosos segundos ya y no tenía tiempo para pensar lo que el ataque significaba. Agarrando las otras dos barras de dinamita, se apoyó una vez más contra la roca.

Otra vez hizo funcionar la honda. Rápida y seguramente partieron los proyectiles. Describieron una larga curva y cayeron dentro de la boca ardiente del pozo. Siguió como el retumbar de un trueno. Luego una erupción de barro pesado, oleoso, se elevó en el aire, como una fuente negra y perezosa.

Látigo Negro había triunfado. Adentro del pozo, el forro, de acero había volado, mientras que la boca del pozo propiamente dicha se había ensanchado formando un amplio crater. Volvió a caer la lluvia de barro, apagando las llamas. Y lo que quedaba de la grúa cayó también, humeante, embarrada, pero inofensiva.

Arriba todavía rodaba el humo, dispersándose por grados, a impulsos del viento. La obscuridad se extendió de nuevo, como un manto, interrumpida solamente por el brillo ambarino de los tizones. Pero la grúa restante, el depósito y el pueblo habían sido salvados, salvados por el valor y la habilidad de un desconocido.

LATIGO NEGRO HACE PREGUNTAS

Entre la obscuridad y el humo llegaron los hombres, lanzando gritos de delirante júbilos y trayendo una pesada tapa de acero, cables de alambre y correas de veinte pies de largo. Corrieron hacia Látigo Negro, con el fornido Ted Carson a la cabeza. Detrás venía la multitud, a pie o a caballo.

Deteniéndose junto a Látigo Negro, Carson dijo a sus obreros.

—¡Vayan hijos! Tapen bien el pozo. Que los otros se dispersen y apaguen cualquier llama que encuentren. ¡Oh, muchacho!...

Se dió vuelta y estrechó en un abrazo de oso a Látigo Negro que acababa de levantarse, después de estar agachado sobre el desvanecido Lobo, que había tratado de matarlo.

—¡Oh, muchacho... que hazaña! — gritó Carson — Hijito, tiene usted más agallas que todos nosotros juntos. Choque, compañero; Ted Carson será su amigo hasta que el cielo se venga abajo.

¡Bah! — dijo Látigo Negro sonriendo penosamente. — No es nada, Carson. Lo vi hacer muchas veces el Oklaomaba y...

Pero la llegada de la multitud ahogó, por el momento, sus palabras. Lo rodearon, le palmearon los hombros, le sacudieron las

manos, casi se pelearon en su ansiedad por rendir homenaje al hombre que había salvado el yacimiento de petróleo. Dispararon tiros al aire; un júbilo ruidoso reinaba por todas partes.

Entretanto los obreros habían tapado bien el pozo. Otros corrieron a la grúa restante, apagando con el pie algunas chispas que amenazaban convertirse en llamas.

Quince minutos después todo peligro había desaparecido. La gente volvió a Oil Cup, dejando una fuerte guardia en el campo

En medio de los hombres caminaba Látigo Negro con su prisionero mejicano colgado del amplio hombro.

—¡Yo pago la bebida! ¡Todos al bar! — gritó Carson. Un momento después el salón de El Gran Chorro estaba lleno. — ¡Vamos, muchachos, — añadió cuando los vasos estuvieron llenos — tres hurras por este caballero tan valiente!

Todos los hombres contestaron con entusiasmo.

—Díganos su nombre, amigo — rogó Carson cuando el barullo se calmó y Látigo Negro, inclinándose gravemente para contestar a los vivas, dijo su apodo.

—Látigo Negro ¿eh? Bueno, Latiguito, déjeme decirle que es el hombre de más coraje y sangre fría que he conocido. Y diga, hijo, de donde...

—¡Un segundo, Ted!... — sonriendo interrumpió Látigo Negro a su nuevo amigo — Creo que ha llegado mi turno de hacer unas preguntas, prosiguió lentamente, mirando las caras rudas y radiantes que lo rodeaban. Había depositado al mejicano sobre la mesa de juegos y ahora puso descuidadamente su mano en el hombro del hombre.

—La primer pregunta es: ¿quienes son esos Lobos de la Frontera de que he oído hablar?

Por alguna razón a sus palabras siguió un instante de silencio. Los hombres se miraron unos a otros; lo miraron a él, con ojos incrédulos, intrigados. Pero nuevamente experimentó Carson la influencia de la poderosa personalidad del hombre alto, parado junto a él. Depositó de golpe su vaso sobre el mostrador.

—¿El qué? — estalló finalmente mientras los otros murmuraban — Quiero decir que no ha oído... que no sabe quienes son los Lobos. Oiga... ¿pero de dónde ha salido usted?

—Poco importa eso — contestó Látigo Negro, moviendo la cabeza. Podría haberle dicho que se había educado en los Estados Unidos y que había llegado a Texas la semana anterior. Que su espíritu vagabundo le había hecho dejar Londres y su próspera agencia de detectives por una temporada. Pero no lo hizo.

En vez repitió la pregunta. El dueño del campo de petróleo, después de dirigirle otra curiosa mirada, contestó vigorosamente esta vez:

—¡Los Lobos! Puedo contarle mucho de ellos. Son chantagistas, ladrones y asesinos, Latiguito. Vea, échele una ojeada a esto.

Sacó de su bolsillo un papel y se lo pasó a Látigo Negro, que lo examinó atentamente. Era una carta, escrita prolijamente, por una mano educada; pero contenía una siniestra advertencia:

"Carson, cinco mil dólares o todo. Ya sabe lo que eso significa. Si accede, clave una tarjeta blanca en la puerta de su oficina, antes de las diez de la noche de mañana. Si no, aténgase a las consecuencias. La próxima vez, el precio será doble".

Abajo estaba estampada la firma, en forma de una cabeza de lobo.

En medio de tenso silencio, Látigo Negro devolvió la misiva a Carson.

—Y naturalmente no hizo usted caso a la exigencia ¿verdad? — preguntó tranquilamente. Y el obstinado propietario juró con una mezcla de cólera y de pena.

—¡Seguro que no! Juré que los quemaría vivos primero. Además, ninguno de nosotros creyó que cumplieran su amenaza, por bandidos que sean. Es la primera vez que han amenazado a este distrito petrolífero. Principalmente aterrorizan el valle de Morro, un distrito ganadero. Eso queda a cincuenta millas de aquí...... detrás de las montañas de Morro. Mañana le mostraré donde. Como le digo, los Lobos imperan en ese lugar. Cometen toda clase de fechorías, Latiguito: roban ganado, asaltan bancos, etc. No hay ganadero en el Morro que no haya recibido una de estas notas, en los últimos seis meses. Quieren cinco mil dólares o... todo. Eso quiere decir que robarán el ganado, incendiarán las casas y lo más probable es que dueños y cowboys reciban dosis de plomo, además.

Carson lanzó una sarta de maldiciones.

—Naturalmente que no sabemos quienes son los Lobos — continuó Carson amargamente — No hay mucha justicia aquí, excepto la que administramos nosotros mismos. Los Lobos parecen operar en pequeñas partidas; pero seguramente deben tener un jefe, con inteligencia y alma negra. Después de esta noche, se envalentonarán, creo.

—Comprendo — dijo lentamente Látigo Negro — Una banda peligrosa, con un hábil bandido por jefe. — ¡Hum! ¿Traen todas las notas estampadas esa firma?

—Seguro — contestó un coro de voces. Luego Látigo Negro se volvió al mejicano. Los otros que habían estado mirando curiosamente al prisionero, se acercaron más.

Hacía pocos segundos que Miguel Espinoza había abierto los ojos, turbios de terror. Látigo Negro lo hizo enderezar hasta que las luces del salón iluminaron su cara, magullada y morena. Inmediatamente se alzaron media docena de veces.

¡Es Miguel Espinoza! Uno de los bribones mejicanos de Morro City, en Río, patrón.

Látigo Negro sonrió tranquilamente.

—¿Lo conocen ustedes? — dijo. — Bueno, muchachos, en su bolsillo encontré... esto.

Extendió la mano. En la palma tenía un pequeño sello de goma, con la forma de una cabeza de lobo.

(Continuará)

Pablo Grendon—Maestro Detective

POR

Frank King

EN la espaciosa biblioteca del castillo de Gleston, donde entraba el sol a raudales por las grandes ventanas, tres hombres se hallan de pie en torno de otro, tendido boca arriba, en el suelo, junto a una ventana abierta. Uno de los tres era un inspector de policía, de cabello gris, perteneciente al personal de la aldea de Scacliffe y tomaba notas escribiendo con lápiz en una libreta de apuntes. Los otros dos eran el doctor Lanes y Pablo Grendon.

El médico había sido llamado al castillo de Gleston por teléfono y había tenido que suspender un partido de golf que jugaban con su amigo Grendon en los links de Scacliffe.

La urgencia del llamado había inducido a Pablo Grendon a ofrecer su automóvil para conducirle de los links al castillo, ofrecimiento que el médico aceptó sin vacilación.

—Es este el más extraordinario de los casos en que me ha tocado intervenir hasta hoy, — dijo el médico en voz baja al inspector. — La muerte se ha producido hace un par de horas, — agregó. — La espina dorsal de Sir Collman presenta una fractura en el cuello, igual a la que se hubiera producido si le hubiesen ahorcado. El fallecimiento debía ser instantáneo. Esas señales. — e indicó unas manchas acardenaladas que había en el cuello del muerto, — demuestran como se produjo el caso. ¡Fué así! — se tomó el cuello con la mano izquierda y con la derecha empujó hacia un lado al mentón con un movimiento de sacudida. — Sólo es necesario un poco de esfuerzo en la presión para que ¡cric! se fracture la columna vertebral, — añadió bajando las manos.

—El matador debió ser un hombre de fuerza extraordinaria.

—Y de mano extraordinaria también, — dijo Pablo Grendon hablando por primera vez desde su entrada en la biblioteca.

El inspector de policía se volvió rápidamente al oír aquella voz serena y autoritaria y alzó los ojos interrogativamente.

—Fíjese en las señales dejadas en el cuello de Sir Collman, — dijo Grendon con tranquilidad. — Desde donde está la señal de la yema del dedo pulgar, en la parte delantera, hasta donde se ven las de los otros dedos, casi detrás, hay una distancia extraordinaria. Tengo la mano bastante larga y, sin embargo, vea usted.... — Se inclinó y puso la mano en el cuello del muerto.

Faltaba más de una pulgada para que, situado el pulgar en la marca de delante, llegaran las puntas de los otros dedos a las marcas de atrás. Tanto el médico como el inspector de policía movieron la cabeza en señal de asentimiento.

Pablo Grendon miró en redor, observando con atención lo que había en la vasta biblioteca. Sus ojos descubrieron múltiples pruebas de que Sir Collman había sido un entusiasta coleccionista de objetos raros y curiosos. Había allí gran número de vitrinas llenas de maniaturas, de joyas asiáticas, de objetos de marfil y de jade. En la baja y ancha repisa de la chimenea notó la presencia de un espacio ovalado, limpio de polvo, demostración de que ahí había estado

algo que faltaba de su sitio hacía poco tiempo.

—¿Falta algo de lo que había en la habitación? — preguntó al inspector.

—Sí; un ídolo de oro, de un valor de más de tres mil libras, — contestó en seguida el de policía. — El mayordomo de Sir Collman, que descubrió el crimen y dió la voz de alarmo, puede atestiguar que el ídolo estaba en su lugar, en la repisa de la chimenea, esta mañana. También puede probar que no se ha acercado a la casa nadie fuera de los proveedores de costumbre. Dos jardineros han trabajado cortando césped, en el jardín de delante de la casa, desde mediodía. Es un enigma cómo ha sido posible que alguien haya entrado en la casa sin ser visto.

"Como usted ve, la casa se halla rodeada de terreno y la entrada del frente se encontraba bajo la observación de los dos jardineros. A los lados hay tapias muy altas, con pinchos de hierro en el borde. La parte de atrás es limitada por la costa. Hay un precipicio, con pared vertical y el mar queda a sus pies.

—¿Y la servidumbre? — preguntó Pablo Grendon sintiéndose interesado.

—No hay en el castillo más criado que Gefton, el mayordomo, que lleva más de veinticinco años al servicio de Sir Collman. Forbes es pequeño de cuerpo, bajo de estatura, delgado, y con manos más chicas que las mías — y el inspector enseñó sus manos cortas y regordetas.

Grendon fué hasta la abierta ventana y se quedó parado mirando la franja estrecha de césped después de la cual se veía una tapia baja como una balustrada, a cuyo pié roncaban las olas del mar.

—Si el asesino no se acercó a la casa por la entrada del frente — dijo, pensativo, al doctor Lanes, — debió subir de la playa por el frente de la costa.

—¡Imposible! — exclamó Lanes enfáticamente. — Observe usted mismo las condiciones de la costa. — Subió por la ventana y le guió hasta el borde del terreno, mirando luego hacia abajo.

Grendon dirigió una rápida mirada escudriñadora a aquella escarpada costa. El terreno de la casa estaba a unos cincuenta pies del nivel de la playa.

Volvieron él y el doctor a la biblioteca, donde, a pedido del inspector de policía, el doctor Lanes ayudó a levantar al muerto de donde estaba y a colocarlo en un sofá.

Mientras se ocupaban de eso, Grendon concentró su mirada en la inerte mano izquierda. En un momento en que los dos no miraban, levantó la mano y examinó la uñas con un cristal de aumento que extrajo de uno de sus bolsillos.

De debajo de la uña del dedo índice sacó un cabello de color claro y ensortijado. En un extremo tenía el bulbo de la raíz, lo que indicaba que había sido arrancado de un tirón de la cabeza de alguno. Al observarle con el lente se percató Grendon de que el cabello no era cilíndrico sino aplastado.

Cuando el inspector se hubo retirado, Grendon enseñó el cabello al doctor Lanes.

—Es un detalle importante, — dijo el médico después de observar el cabello por medio del lente.

—Se comprende que Sir Collman sorprendió al ladrón en el acto de robar el ídolo de oro y lo agarró por el cabello. El ladrón debe tener cabello gris.

—Ese es un punto de partida, — dijo. — Pero lo que es necesario buscar ahora es cómo entró y cómo salió de la casa el matador de Sir Collman. Voy a conversar un momento con los dos jardineros.

Grendon los encontró a los dos trabajando tranquilamente en un invernadero. No le dijeron nada interesante. Afirmaban que estuvieron cortando el césped y arrancando yuyos del jardín desde las doce hasta las cuatro, cuando el mayordomo les dió noticia de la trágica muerte de su patrón en la biblioteca.

Ambos estaban enteramente seguros de que duraite el tiempo que estuvieron en el jardín, frente a la única entrada que tenía la casa por ese lado, no había pasado nadie por el portón.

Pablo Grendon se dirigió a un costado del edificio y siguiéndolo por una vereda de cemento, llegó hasta la cocina donde encontró a tres ancianas sirvientas. Las tres afirmaron haber estado toda la tarde en la cocina prueba positiva de que, por aquel lado de la casa tampoco había entrado nadie.

Grendon volvió a la biblioteca. El médico le estaba esperando.

—Este caso presenta varios puntos misteriosos. — dijo Grendon de pronto. — Y uno de los más extraños es ¿como sabía el ladrón que el ídolo de oro estaba en esa habitación? Cómo no tocó a ningún otro objeto, se comprende que vino especialmente en busca del ídolo.

—Probablemente es esta la explicación, — dijo el doctor Lanes, indicando una revista ilustrada que estaba en una mesa. En la cubierta presentaba una ilustración en colores representando una figura horrible y debajo del dibujo se leía lo siguiente: "La más preciada joya de la colección de Sir Collman. Una diosa de oro macizo. — Ver la explicación en las páginas 16 a 19".

Grendon volvió las hojas de la revista hasta llegar a la página 16. Comenzaba en ella un artículo, acompañado de muchos grabados que representaban objetos de la colección de Sir Collman. La más grande de todas las ilustraciones era una fotografía de la repisa de la chimenea en mitad de la cual se destacaba inmediatamente el ídolo de oro. Comparándolo con los demás objetos de la repisa, Grendon consideró que el ídolo robado debía tener unos dos pies de altura, y era ancho y grueso en proporción.

—Sí, — dijo, pensativo. — esto hace suponer que el ladrón se enteró, por la revista, de donde estaba el ídolo. Pero ¿cómo entró en la casa?

El doctor Lanes movió negativamente la cabeza.

—Tiene que haber subido de la playa, — dijo Grendon después de una breve pausa. —

Toda otra teoría es insostenible, me he convencido plenamente.

—¡Pero si es imposible subir desde la playa.! Usted mismo pudo apreciarlo hace poco, Grendon, — objetó el médico.

—Voy a volver a mirar otra vez, — dijo Grendon.

Dos minutos después se hallaba tendido boca abajo en el césped del borde superior de la costa mirando hacía el mar espumoso, situado cincuenta pies más abajo. La fachada de la costa parecía enteramente vertical. Subir o bajar por ella tenía que ser sumamente peligroso. Solo una persona de excelente musculatura y mucha serenidad podría hacerlo.

Grendon observó detenidamente la pared de la costa y decidió descender.

Ante su compañero asombrado y horrorizado se deslizó, por el borde de la costa hasta quedar colgado de ambas manos. Buscó sostén con las puntas de los pies y consiguió sostenerse momentáneamente apoyándose en una saliente que no tendría dós pulgadas de ancho. Después subió de nuevo a lo más alto de la costa y se sentó en el césped. Cuando hubo recobrado el aliento se desató los cordones de los zapatos.

—¿Qué diablos va usted a hacer ahora? — preguntó el doctor Lane frunciendo el ceño.

Grendon arrojó sus zapatos a la franja de arena cerca de la playa.

—Sin calzado podré afirmarme mejor, — dijo lacónicamente.

Volvió a deslizarse por el borde y de un modo que al doctor le pareció maravilloso, comenzó a descender.

Hubo un momento de intensa ansiedad. Un trozo de piedra cedió al peso de Grendon y éste se quedó sin más sostén que su mano derecha, agarrada en un borde de roca.

Lanes, mirando desde arriba, vió la tensión de los músculos y cerró los ojos estremeciéndose involuntariamente. Cuando volvió a mirar Grendon había logrado encontrar apoyo para la otra mano y seguía descendiendo como una araña por su tela.

Llegó a la playa sin más emoción y gritó desde abajo al doctor:

—¡He llegado bien! ¡Nos veremos más tarde! ¡No me espere ahí!

Grendon se metió en una peña cubierta de algas secas y encendió un cigarrillo. Comenzaba el anochecer, pero aún había luz suficiente para que pudiera examinar detenidamente aquel sitio.

A su izquierda, muy cerca, notó que había una peña situada un poco más arriba que el nivel del agua. La suave arena que se extendía al pie de aquella peña presentaba señales de pisadas.

Un poco más lejos, en dirección de la aldea, pudo ver con claridad huellas, recientes porque presentaban el borde bien definido, que iban y volvían.

Las huellas cesaban de pronto al llegar a un espacio de césped que iba hasta la carretera. Grendon fué a la aldea, situada a una milla de distancia. Hizo algunas averiguaciones en la farmacia de la localidad, sin conseguir ningún dato de interés, así que volviendo a la carretera fué hasta otra aldea a lo que llegó después de andar tres millas más.

Encontró allí que la única farmacia estaba cerrada, pero llamando una y otra vez al timbre eléctrico consiguió que se presentara un hombre de "pyjama" y "robe de chambre" furioso que le preguntó que era lo que deseaba.

Grendon suavizó el enojo del farmacéutico pidiendo disculpa con la mayor cortesía y en seguida le dirigió, a quemarropa, una pregunta.

La respuesta, a juzgar por la chispa de satisfacción que brilló en sus ojos, fué grata. Se retiró de la farmacia y se dirigió de regreso a casa del doctor Lanes, en la cual estaba pasando unos días de descanso.

En cuanto llegó, y como el médico había salido a atender a un enfermo, se puso a revisar las colecciones de diarios del doctor. Después Pablo Grendon hizo uso del aparato telefónico durante un rato.

Cuando regresó el doctor Lanes encontró

Lea en el próximo número de PUCKY la continuación de

EL RANCH "LOS TRES"

Por FRANCIS WARWICK

AVENTURAS DE

BARNIGUGLI por Debeck

a Grendon sentado en una butaca, fumando un cigarrillo.

—¿Ha logrado averiguar algo más sobre lo sucedido en el castillo de Gleston? — preguntó Lanes.

—¡Mucho! — dijo Grendon. — He dado con la verdadera pista y pronto debo recibir confirmación, por telégrafo.

—¿Qué ha averiguado usted, Grendon? — preguntó el médico.

Pablo Grendon sonrió.

—Voy a decirle lo que encontré cuando descendí a la playa desde lo alto de la costa. —dijo.

—Primero de todo distinguí una superficie de arena en la que se veían señales de que alguien había dejado allí un par de botines. Esto me demostró que, estaba yo en lo cierto al afirmar que una persona hábil, y descalza podría subir por la costa.

"Nadie, a no ser persona experimentada en ello, se hubiese decidido a subir por semejante costa. Claro está que si subió fué porque tuvo la ventaja de poder estudiar el aspecto de la fachada de la costa desde abajo. Dejó en la arena huellas que iban hasta la carretera y esas huellas me dijeron que la persona en cuestión cojeaba del pié izquierdo.

—¡Hola! — exclamó el doctor. — ¿Cómo se enteró usted de que cojeaba y del izquierdo?

—Lo deduje al ver las huellas de las pisadas, — dijo Grendon. — Las huellas que se alejaban del sitio de la subida presentaban incompleta la impresión del pié izquierdo. Calculé entonces que el hombre debió sufrir una caída y dislocarse el tobillo izquierdo. Pensé en consecuencia que tenía que haber ido en busca de quien lo curara pero no había estado en la botica de esta aldea. Fuí a la farmacia de la siguiente población y allí me enteré de que el hombre a quien buscaba había estado en la botica.

—¿Cómo pudo usted indicar al boticario de qué hombre se trataba? — preguntó Lanes.

—No se olvide del cabello que encontré en la mano de la víctima. Eso y el espacio anormal que se notaba entre las señales que presentaba Sir Collman en el cuello me dió el punto de partida. Pude describir a un hombre alto, fornido, que cojeaba por que tenía un tobillo lastimado, un hombre que necesitaba ser atendido por un médico. Dije que buscaba a un tipo de proporciones anormales, de cabello rubio, pómulos salientes y enfermo de un pie que llevaba una valija o cartera en la mano.

—¿Por qué dijo esto último? — interrogó el doctor.

—¿No se le ocurrido que un hombre que prepara un plan para robar la diosa de oro y que sabe de que tamaño es, tiene, necesariamente que presentarse provisto de algo en que llevar lo robado?

—Concedido todo eso, — dijo el doctor Lanes. — ¿Cómo va usted a dar con el paradero del criminal?

—He utilizado su teléfono, — dijo Grendon — La diosa es un ídolo de la costa del Oeste. Sir Collman fué asesinado, no por haberlo comprado, sino por haberlo profanado.

—!Concedido! Pero supongo que el ladrón no perderá ni un minuto en regresar a su tierra.

—He telefoneado la filiación del hombre a varias agencias de vapores.

Un sirviente entró en aquel momento portador de un telegrama.

Grendon rasgó enseguida el sobre y sacó de él una hoja de papel delgado.

"El hombre descrito tomó esta tarde un camarote bajo el nombre de Listter Jones en el vapor Warrior que sale de Liverpool". Leyó Pablo Grendon.

La mañanas iguiente, muy temprano, Grendon y el inspector pasaron por la planchada a bordo del vapor Warrior.

Apoyado en la borda de la cubierta de paseo se hallaba un hombre que tenía el pié izquierdo curado y envuelto en una tela negra.

Grendon hizo una seña al inspector y los dos se acercaron al hombre, uno de cada lado.

—Se le busca como autor de la muerte de Sir Collman, — dijo Grendon tomando al hombre de un brazo.

El hombre se volvió, llevando la mano al bolsillo del revólver. Pero el inspector Norwood, procediendo con toda rapidez, le sujetó las manos y lo aseguró con esposas.

El rostro del inspector expresaba todas las diversas emociones que sentía cuando miró a Grendon.

—El único rastro que dejó fué un cabello, — dijo Grendon. — Un cabello que encontré en un dedo de la mano de su víctima. ¡Aquí está! — Y sacó un papel doblado.

El de policía frunció el ceño al mirar aquello.

—El cabello de la gente de nuestra raza es redondo; el de los asiáticos es ovalado y el de los negros, chato y ondulado. El hombre que había cometido el crimen era por lo tanto, un negro.

"Se me ocurrió que trataría de regresar a su tierra, y por teléfono dí su filiación a las agencias de vapores. !Y ya ve usted!

—¡Pero el cabello es rubio!

—¡Sí! ¡Es rubio! Y el hombre es tan rubio como usted mismo, — dijo Grendon con impaciencia. — ¿No sabe usted que hay muchos negros de pura sangre que son tan rubios como ese?

Si usted lo duda aún, fíjese bien en las líneas blancas que tienen sus uñas en la base y en el blanco de sus ojos... que no es blanco... ¡Espere un momento!

Grendon desapareció. Volvió al cabo de un momento con una cartera en la mano.

—¡Si todavía necesita usted una prueba irrefutable, aquí la tiene usted!

Abrió la cartera y sacó de ella un horrible ídolo de oro, de dos pies de alto.

FIN.

Raúl de Lancaste

(Continuación)

SE han burlado de nosotros — dijo el alcalde; — pero es lo cierto que con el más astuto y previsor hubiesen hecho lo mismo.

Salieron de la casa.

Reuniéronse todos.

Recorrieron aquellas calles sin encontrar alma viviente.

—El fraile es de San Martín — dijo uno de los corchetes.

Esta observación desagradó a don Roque, que si bien estaba dispuesto a cumplir sus deberes, quería concretarse a obedecer.

—¿Qué sabéis vos?—replicó ásperamente.

—¿Pues no reparó en el hábito vuestra señoría? — repuso el alguacil.

—El fraile no debe ser tal.

—Ciertamente que hablaba como un profano, y las pistolas...

—Cualquiera puede ponerse un hábito.

—Sí, sí.

—Creer que es un monje, es hacer una ofensa grave a todos los demás, porque equivale a suponer que los ministros de Dios olvidan sus deberes.

—Es verdad.

—Respetad, pues, lo que es tan respetable.

—Perdone vuestra señoría.

—Vamos.

—¿Hacia dónde?

—A palacio.

—¡A palacio!

—Sí: ¿qué os sorprende?

—Este asunto...

—¿Murmuráis otra vez?

—No, no...

—Silencio y adelante.

Un cuarto de hora después se presentaba don Roque al rey.

—Supongo — dijo éste — que no me traéis buenas noticias.

—Señor....

—Ya sé que doña Margarita salía de la casa cuando llegasteis; pero este es asunto mío.

—María Nicasia y Martín estaban en la casa.

—¿Os habéis apoderado de ellos?

—Se han burlado de nosotros.

—¡Oh!...

—Si vuestra majestad me lo permite...

—Explicaos.

Refirió el alcalde con toda exactitud lo que había sucedido.

La frente del rey se contrajo.

—Otra vez el fraile — murmuró.

—Supongo que el hábito será un disfraz.

—Todo lo aclarará el tiempo.

—Ahora, vuestra majestad...

—Estoy satisfecho de vos.

Respiró don Roque como si se sintiera libre de un peso enorme.

No habló más Felipe II sino para decir al alcalde que se fuese a descansar.

Cuando quedó solo, meditó.

Luego fué a ver a la reina.

Lo que aquella noche sucedió no lo sabemos: únicamente podemos decir que al amanecer del siguiente día, doña Margarita salió del alcázar, entró en un coche que estaba esperando y se alejó camino de la Florida.

La noble doncella dejaba ver en su rostro las señales del insomnio y del llanto.

¿Adónde iba?

Pronto lo sabremos.

Capítulo LXXXVII

DOÑA INES ACABA DE PERDER LA ESPERANZA

Aquella noche fué don Juan a visitar a doña Inés, encontrándola muy triste y preocupada.

No pensaba la viuda más que en Martín, y aun aguardaba con impaciencia a su amiga.

El caballero estaba también muy preocupado con el recuerdo de lo que había sucedido aquella tarde, y la conversación que sostuvieron era tranquila y aun lánguida, sin que para animarla sirviese que doña Inés hablara de su resolución de retirarse a un convento.

Más de una hora pasó y la viuda empezaba a temer que no volviese su amiga, cuando se presentó Clara con una carta que acababan de llevar.

Era de doña Margarita.

Santisteban, para dejar en libertad a la dama, se dispuso a salir; pero ella lo detuvo, diciéndole:

—Si nada tenéis que hacer, concededme algunos momentos.

—Nada, señora, más que serviros.

—Doña Margarita me escribe cuando debía venir, y esto me hace temer alguna desgracia.

—Leed, leed.

La noble doncella participaba la resolución de Martín, asegurando que éste no cambiaría de conducta.

El rostro de doña Inés palideció y sus manos temblaron.

—¿Qué sucede? — preguntó vivamente don Juan, para quien no pasó desapercibida la alteración del rostro de la viuda.

—Esperad — respondió ésta, procurando dominarse; — aun no he concluído.

Y siguió leyendo.

Pocos segundos después exhaló un grito de terror.

—¡Ah! — exclamó.

—Señora...

—¡Los han descubierto!...

—¿Qué decís?

—Martín y su madre estarán ya en poder del rey...

—¡Vive el cielo! — gritó Santisteban poniéndose en pie.

—Y nuestra buena amiga saldrá al amanecer de la corte para volver al lado de su tío.

—¡Doña Margarita desterrada!...

—Sí.

Por algunos momentos quedó Santisteban como petrificado.

Su rostro se tornó lívido.

Un sudor abundante y frío corrió por su frente.

No es preciso hacer comprender el efecto que le produjo la noticia de que la doncella saldría de la corte.

—Es preciso averiguar lo que ha sucedido — repuso la viuda.

—¡Oh!...

—Corred, don Juan...

—Pero...

—Es verdad, no os he dado más explicaciones...

—Decid.

Doña Inés repitió lo que sobre este punto decía la carta, añadiendo que a doña Margarita se le había prohibido hablar a nadie de su partida y hasta despedirse de sus compañeras, debiendo desaparecer de palacio sin que nadie supiera adónde había ido.

Esto no era sorprendente para quien, como don Juan, conociera los medios de que se valía Felipe II en esta clase de asuntos.

Pocas palabras cruzaron.

El caballero salió, yendo a ver al cura; pero éste ignoraba lo sucedido, y la noticia le hizo sufrir lo que era consiguiente.

Fué Santisteban entonces a su casa; pero tampoco habían llevado ningún aviso.

En tal situación tuvo la idea de buscar a sus amigos en la casa que antes habían habitado Nicasia y Martín en la calle de Segovia, y allí pudo tranquilizarse, porque allí los encontró.

Jorge, después de dejar a Nicasia y al mancebo, fué a situarse cerca de la casa que había sido teatro de las escenas que hemos referido.

Esperó, y cuando Raúl volvía con la hija del comendador, salióles al encuentro, les dió cuenta de lo que había pasado y los acompañó a la calle de Segovia, volviéndose a su convento, porque creyó peligroso presentarse entonces en la vivienda del cura ni en la de Santisteban.

Después de haberse dado toda clase de explicaciones, Martín llevó aparte a don Juan y le dijo:

—Un refrán asegura que no hay mal que por bien no venga.

—¿Por qué me lo recordáis?

—La desgracia de doña Margarita puede ser una fortuna para ella y para vos.

—No lo comprendo.

—Ahora, mi buen amigo, podréis saber si la amáis — repuso el hijo de Nicasia.

—Sí; porque miro con indiferencia que la viuda se vaya al convento, mientras que la ausencia de su amiga...

—¿Os entristece?

—Me atormenta horriblemente, me desespera.

Los ojos de Martín brillaron un instante.

—Me alegraré — dijo — que no os equivoquéis, porque si amáis a la doncella, seréis correspondido, mientras que con la viuda no tenéis esperanza, puesto que se interesa por otro.

—¿Y no pensáis ver a doña Inés?

—No.

—Mañana se irá al convento.

—Ya lo sé.

—Perdonad; pero siquiera por gratitud...

—No me acusará, estoy descuidado.

—Deberíais ir a tranquilizarla.

—Vos lo haréis por mí.

—Sois tenaz...

—Yo me entiendo.

No había medio de replicar.

—Bien — dijo Santisteban, — la veré.

—Y si queréis tranquilizar también a mi protector...

—Descuidad que iré ahora mismo.

—Gracias.

Despidióse el caballero y se fué con su criado Julián; pero cuando estuvo en la calle pensó que no debía perder tiempo en calmar la inquietud de la viuda, y dijo a su fiel sirviente:

—Ya sabes todo lo que pasa.

—¿Y qué he de hacer?

pibes
"el Gorrion"
es para vosotros
10 cts
24 PAGINAS
multicolores
LEALO TODOS LOS MIERCOLES
LA MEJOR REVISTA SEMANAL DE HISTORIETAS
CONCURSOS CON VALIOSOS PREMIOS:
BICICLETAS, MONOPATINES, EQUIPOS DE FOOT-BALL ETC.

—Participárselo al cura, mientras yo voy a casa de doña Inés de Guevara.

—¿Y luego?

—Te reunirás conmigo.

—¿Os detendréis mucho?

—No.

—Lo digo porque el buen cura querrá explicaciones minuciosas y me detendrá.

—Debes complacerlo, porque en último caso nos encontraremos en la calle.

—Es igual.

—No te detengas.

Separáronse

Don Juan llegó a la vivienda de la viuda, que lo esperaba con el más angustioso afán.

—Se han salvado todos — dijo el caballero.

—¡Ah!... ¡Gracias, Dios mío!...

—La única víctima ha sido doña Margarita, y nada podemos hacer en su favor.

—Referidme todo lo sucedido, no olvidéis ningún detalle... ¡Ah!... Ya sabéis cuánto me interesa la suerte de esos infelices.

—Sí, ya lo sé — dijo don Juan, pensando en el amor de la viuda.

Y luego dió las explicaciones que ésta deseaba.

—¿Por qué — preguntó doña Inés, cuyas mejillas se tiñeron de vivo carmín — por qué no ha venido Martín con vos?

—Se lo propuse...

—¿Y él?....

—Me rogó que viniese y nada más.

—¿Sabe que no volveremos a vernos?

—Lo sabe; pero tal vez la prudencia le haya detenido.

—Es verdad — murmuró la viuda con alguna amargura.

Don Juan quiso evitar más explicaciones sobre este punto, porque eran demasiado delicadas y enojosas, y se despidió afectuosamente.

Cuando doña Inés estuvo sola se oprimió el pecho, exhaló un doloroso suspiro y murmuró:

—¡No hay esperanza!

Capítulo LXXXVIII

UN MAL ENCUENTRO

Aquella noche debía ser fecunda en acontecimientos de mucha importancia.

El lector no habrá olvidado el contrato criminal que hicieron Andrés y un asesino en la hostería y que ningún resultado había llegado a producir, porque había faltado la ocasión.

Pero aquella noche, después de haber esperado muchas, tenían los asesinos lo que buscaban y podían cumplir lo tratado con Andrés.

Salió don Juan, cerróse tras él la puerta, y no bien hubo dado tres pasos, presentáronsele cuatro hombres con las espadas desnudas y diciéndole:

—Quieto.

No era Santisteban hombre que se turbase, y desenvainó la espada con prontitud, disponiéndose a defenderse, mientras exclamaba:

—¡Vive el cielo!... ¡Atrás, canalla!

A pesar de que los otros eran cuatro, detuviéronse algunos momentos como si vacilaran, porque a un hombre como don Juan no se le acomete sin pensar cómo.

—¡Atrás! — dijo otra vez el caballero.

Tampoco entonces se movieron los asesinos.

Este tiempo, aunque poco, le bastó a Santisteban para pensar que aquellos hombres no querrían más que dinero, y, por consiguiente, entregándoles la bolsa, evitaría que corriera la sangre.

—Aunque sois cuatro — dijo — me sobran alientos y fuerza para acabar con vosotros; pero siquiera por evitar el disgusto de veros...

—¿Vais a ofrecernos dinero? — replicó uno de aquellos miserables.

—Supongo que eso es lo que queréis.

—Lo que queremos es vuestra vida.

—Sin duda no me habéis conocido...

—Sí don Juan, os conocemos.

—¿Y os atrevéis?...

—Vais a verlo.

—¡Vive Dios!... ¡Atrás, canalla! — gritó el caballero, en tanto que sus ojos relumbraban, como dos centellas.

Los asesinos le acometieron furiosamente, rodeándolo bien pronto.

No pronunciaron una palabra más.

Sólo se oyó un rugido lanzado por el caballero.

El estridente sonido de las espadas interrumpió el silencio de la calle.

La lucha no podía ser larga.

Era imposible que Santisteban se defendiese, porque mientras paraba los golpes de los que frente a frente le acometían, asestábanle otro por la espa da.

Sin embargo, no tardó uno de los asesinos en prorrumpir en juramentos y espantosas amenazas, porque acababa de ser herido, aunque no de un modo que le impidiera seguir el combate.

—¡Acabemos, acabemos; por Satanás! — dijo otro.

—Sí, acabemos — le respondió la voz de un hombre que, favorecido por la oscuridad y por la confusión de los que peleaban, acababa de acercarse a ellos, haciendo relumbrar su tizona.

Y aprovechando la ocasión, y antes que contra él pudieran revolverse, asestó tan certera estocada a uno de los criminales, que le hizo caer en tierra sin vida o muy poco menos.

Esto, como era consiguiente, produjo la confusión y el espanto, con doble motivo, por ser el jefe el que acababa de quedar fuera de combate.

Los otros tres se consideraron perdidos.

La lucha no era ya tan desigual.

Tres hombres contra dos, y valiendo uno de éstos tanto como los otros tres.

No pronunciaron los asesinos una palabra más, sino que huyeron despavoridos hacia Puerta Cerrada, mientras que por el lado opuesto se oían las voces y los pasos precipitados de muchos hombres, que gritaban:

—¡Alto a la justicia!

Era una ronda, que en pocos momentos llegó al sitio del combate.

Don Juan que había reconocido a su sirviente en el que tan oportunamente lo había socorrido, le alargó la diestra, diciéndole:

—No me sorprende Julián, porque no es la primera vez que llegas tan a tiempo y me salvas la vida.

Mientras algunos alguaciles corrían tras los que acababan de huir, otros, con un alcalde, rodeaban al herido y pedían explicaciones a don Juan.

Apenas éste se dió a conocer, fué objeto de toda clase de atenciones.

—¿Han querido robaros? — le preguntó el alcande.

—No, mi buen amigo — respondió Santisteban, — no querían robarme, sino matarme, lo cual prueba que este lance significa algo más de lo que parece.

—¿Que no querían robaros?...

—Solo he salido de casa de doña Inés, me acometieron cuatro miserables, y por evitar lo que al fin ha sucedido, les ofrecí la bolsa; pero me respondieron que lo que buscaban era mi vida, y me acometieron por todos lados.

—¿Pero este hombre?...

—Es uno de mis criados, que debía venir a buscarme, y ha llegado tan oportunamente...

—Comprendo.

—A no suceder así, me habrían matado, porque me era imposible defenderme de todos, no teniéndoles a todos frente a mí.

—Habéis hecho uso de vuestro derecho — repuso el alcalde, — y si a este bribón le quedan algunas horas de vida, nos aclarará el misterio.

—Sí — dijo con débil voz el asesino, que había caído en tierra; — todo lo aclararé... Bien me lo temía; a un hombre como don Juan...

—No habéis pecado por ignorancia.

—¡Oh!... ¡Por el infierno!... Si de esta no me muero ni me ahorcan...

—Experaos — interrumpió el alcalde, inclinándose sobre el herido.

Y acercando una linterna, pudieron verle el rostro.

—Te conozco — dijo uno de los corchetes, — y no es la primera vez que me entiendo contigo. Buena la has hecho, Lagarto; al cabo de tus días has cometido una torpeza.

El asesino, cuyo rostro estaba lívido y desfigurado, hizo un esfuerzo y sonrió.

—Explicaos — volvió a decir el alcalde. — ¿Por qué habéis acometido al señor don Juan de Santisteban?

—Porque me ofrecieron seiscientos ducados.

—¿Quién? — preguntó afanosamente don Juan.

—Un amigo mío, que era criado del comendador Quiñones.

—¡Ah!... Todo lo comprendo... El alférez...

—No sé.

—Ese hombre se llama Andrés...

—Sí, Andrés, y ahora vive en la hostería de maese Mancioni.

—El mismo, el mismo...

—¡Miserables!...

—Recoged al herido — dijo el alcalde, — y en seguida vamos en busca de ese Andrés...

—Es inútil, caballero — replicó Santisteban. — Andrés está en la cárcel hace algunos días, y de él podrá daros noticias vuestro compañero y mi amigo don Roque de Mejía.

No faltaba más que esto para que Lagarto se decidiese a decir la verdad.

Si Andrés estaba preso, no podría favorecerlo, porque era señal su prisión de que había perdido toda la influencia con que se envanecía, y mucho menos podría pagar el precio del crimen.

Volvieron los corchetes que habían corrido tras los otros sin alcanzarlos, y el alcalde dijo a don Juan.

—Caballero, no os detengáis, porque ya os avisaré para que firméis vuestra declaración.

La casualidad de haberse quedado el sirviente en San Justo, había salvado a su señor.

La situación del alférez era desde aquel momento mucho más crítica, porque el nuevo crimen de que deberían acusarlo no tenía defensa.

Hablar del comendador o del rey hubiera sido perderse más.

El alférez, pues, tenía que aceptar la responsabilidad toda de aquel nuevo crimen.

Don Juan y su sirviente se separaron de aquel sitio y fueron por segunda vez a la morada de sus amigos para participarles el suceso.

Ningún otro acontecimiento de importancia tuvo lugar aquella noche, pues no sucedió más que cuatro personas no pudieron conciliar el sueño; éstas eran doña Isabel de Valois, doña Margarita, que debía partir a la mañana siguiente; doña Inés, que sufría como nunca, y Martín, que estaba desesperado.

Capítulo LXXXIX

QUINCE DIAS DESPUES

Pasaron quince días, durante los cuales la situación había cambiado de faz, y sobre este punto nos permitirá el lector que le demos algunas explicaciones en extremo interesantes.

El rey parecía no ocuparse más que de su desdichado hijo el príncipe don Carlos, cuya sentencia de muerte puede decirse que estaba ya pronunciada.

Doña Isabel de Valois sufría en silencio y guardaba la más completa reserva, a pesar de los muchos comentarios que se habían hecho sobre la desaparición de la doncella.

Doña Inés, según se había propuesto, había ido a ocultar sus lágrimas y su dolor al retiro del claustro.

Martín, profundamente triste noche y día, no salía de su casa sino a la hora de las tinieblas, para ver a su protector.

Doña Luz y su esposo habían conseguido, bien disfrazados y con muchas precauciones, abandonar Madrid, y ya debían estar fuera

de España si ninguna desgracia los había detenido.

Inútil es que intentemos pintar el dolor de aquellos infelices padres al abandonar el lugar donde sabían que se encontraba su inocente hijo; inútil sería, porque hay dolores que no pueden pintarse, que no pueden hacerse comprender si no se han experimentado.

Empero era forzoso que partiesen si querían conservar la existencia.

No tenían miedo a la muerte; ya sabemos que a Raúl le sobraba el valor; pero ambos creían un sagrado deber el conservar la existencia para su hijo.

Se alejaban de la tierna criatura; pero al hacerlo así hacían un sacrificio inmenso en favor del inocente ser a quien por entonces abandonaban.

¿Qué había sido de aquel niño?

Muchos lo buscaban, y muchos que para encontrarlo tenían sobrados medios.

Sin embargo, nada habían conseguido.

La mujer a quien había sido confiado no había dejado huella al abandonar su antigua vivienda.

En vano nuestros amigos recorrían la población de extremo a extremo y preguntaban a todo el mundo.

Nadie tenía noticias de aquella mujer.

No parecía sino que la tierra se la había tragado.

Con doña Luz y Raúl pudieron haberse ido Martín y su madre; pero ésta, que tanto afanaba antes el salir de España, se opuso entonces a que se hiciese así.

La infeliz conocía los sufrimientos de su hijo; sabía muy bien que éste se sentiría más atormentado cuanto más lejos estuviera del objeto de su amor, que bien puede calificarse de desdichado y fatal.

Nicasia no había renunciado a la felicidad de su hijo; no había renunciado ni podía renunciar, porque sobre este punto no se da jamás por vencida una madre.

Abrigaba esperanzas, que ella creía más realizables desde que Martín la había puesto al corriente de lo sucedido con don Juan.

Pero el mancebo no era de la misma opinión; seguía creyendo que Santisteban se había propuesto sacrificarse por él a toda costa, y que para conseguirlo fingía que amaba a doña Margarita.

Y, sin embargo, no daba lugar a semejante creencia la conducta del noble caballero, porque bien claramente dejaba ver su amor a doña Margarita, y aunque él nada dijese, lo hubiera adivinado el más torpe.

Don Juan estaba desconocido.

Había perdido la franca alegría que tan bien le caracterizaba, y siempre se le veía triste, distraído y preocupado, hasta el punto de que muchas veces se le hablaba sin que de ello se apercibiera.

Sus amigos lo buscaban en vano, porque muy rara vez lo encontraban, y ni un solo día llegaron a verlo en los sitios adonde antes concurría con frecuencia.

No parecía sino que el caballero se había propuesto separarse de la sociedad y vivir solo para sus pensamientos.

—¿Qué le sucede a don Juan? — se preguntaban muchos.

—¿Por qué está siempre triste? — decían otros.

Pero nadie acertaba a darse una contestación.

Era Santisteban demasiado conocido, tenía demasiada importancia para que el mundo no se ocupase de él y para que su extraña conducta no excitase vivamente la curiosidad de todos.

Quisieron averiguar la causa de aquel repentino cambio; pero fueron inútiles cuantos esfuerzos hizo la curiosidad o el interés.

Sólo en fuerza de trabajar mucho, de trabajar con la constancia y el anhelo que se trabaja para conocer los secretos de alguien, pudieron saber que todas las mañanas, apenas el sol salía, don Juan de Santisteban montaba a caballo, y sin más compañía que la de su criado favorito, salía de la población, volviendo unas veces al mediodía y otras cuando las tinieblas empezaban a extenderse en el espacio.

¿Adónde iba?

Nadie lo sabía más que Martín; pero como nosotros lo sabemos también, podemos decirlo a nuestros lectores.

Don Juan, pensativo y cabizbajo, salía de Madrid, tomando el camino de la Florida, es decir, por las orillas, no del murmurador, sino del murmurado Manzanares, cuya dirección era la misma que había seguido el coche donde iba la noble doncella.

Ni una vez dejaba de obligar a su caballo a caminar al trote largo o al galope.

Julián, sin pronunciar una palabra, lo seguía.

Media hora después llegaban a El Pardo.

Pero antes de entrar en las calles de la pequeña población, tomaban a la izquierda por un sendero que serpenteaba por entre los sembrados.

A los pocos minutos, la vista de una extensa tapia hacía relumbrar los ojos del caballero.

Su cabeza, antes inclinada, erguíase, y sus miembros se agitaban desapareciendo su languidez.

Aproximándose más, descubríase al otro lado de la tapia un edificio de regulares dimensiones y buen aspecto.

No lejos del edificio extendíase un bosque.

El resto del terreno comprendido en la cerca era huerta y jardín.

El sendero terminaba en una ancha puerta con hojas de pino, donde se veían muchas hileras de grandes clavos de hierro.

Sobre la puerta, incrustado en la tapia y labrado en pedernal, había un escudo de armas, que cualquiera hubiese reconocido por el de la ilustre familia de los Luzones, mayorazgo que se conoce como de los sesenta y cuatro más antiguos, nobles y ricos de la coronada villa.

Allí completamente retirado del mundo, vivía don Pedro de Luzón, que tenía un hijo llamado Alfonso, a la sazón de veinticinco años, y que habiendo sido nombrado capitán y destinado al ejército de Italia, servía a las órdenes del virrey de Nápoles.

Don Pedro había tenido una hermana, do-

ña Petronila de Luzón, que había casado con don Baltasar de Alcocer mayorazgo aun más antiguo, pues fué de los primeros fundadores de Madrid.

De este matrimonio nació doña Margarita.

Cuando ésta tenía seis años, murió don Baltasar.

Cuatro años después dejó de existir doña Petronila.

Don Pedro se hizo cargo de la huérfana, que heredó muy pocos bienes, porque el mayorazgo de su padre pasó a un hermano de éste.

Era don Pedro un hombre de clara inteligencia, y en cuanto a su carácter, para que bien se le conozca, no tenemos que decir más sino que se parecía mucho al del comendador Quiñones.

Las mismas ideas de éste, la misma severidad exagerada.

Amaba muy tiernamente a su hijo y amó también a la huérfana.

¿Cómo no había de amar a una niña, en cuya dulzura angelical no encontró nunca resistencia ni obstáculo el caballero?

Y no solamente la amó, sino que la bella y bondadosa Margarita llegó a ser con el tiempo el encanto de su severo tío.

Jamás éste se hubiera separado de ella: pero era forzoso para cumplir los últimos deseos de doña Petronila.

Así lo prometió don Pedro a su hermana en los momentos en que ésta iba a dejar el mundo, y no era posible que su severidad vacilase para cumplir una promesa.

Cuando tuvo edad, doña Margarita entró en la servidumbre de la reina.

Al salir de palacio volvió, como era consiguiente, al lado de su tío.

Dos horas antes que doña Margarita partiese, había ido al Pardo el príncipe de Eboli y había hecho algunas advertencias a don Pedro, anunciándole el viaje de su sobrina.

Luzón escuchó respetuosamente las palabras del monarca transmitidas fielmente por el favorito, y luego respondió:

—Caballero, decid a su majestad que le agradezco sus bondades y que se cumplirán sus órdenes.

El rostro de don Pedro tenía siempre la expresión de severidad que convenía a su carácter; pero desde aquel momento fué más dura, más sombría.

Recibió a su sobrina cortésmente, pero nada más, lo cual fué un golpe terrible para la infeliz, que con la voz ahogada por los sollozos exclamó:

—¡Ah!... Siempre me habéis amado como un padre...

—Y aun te amo como si fueses mi hija — interrumpió don Pedro; — pero antes de darte pruebas de mi ternura, necesito explicaciones.

—Estoy anciosa de dároslas.

—Hace dos horas recibí una visita...

—Rui Gómez de Silva... ¿No es verdad?

—Sí.

—De parte del rey...

—Me anunció tu regreso.

—Digno mensajero de Felipe II.

—Margarita...

—Señor, escuchadme.

—Ignoro por qué has sido desterrada...

—Lo sabréis.

Don Pedro fijó en su sobrina una mirada escudriñadora y repuso:

—Nunca has mentido...

—Aun no he olvidado quién soy — replicó severamente la doncella.

Y dejó de llorar, levantando la cabeza con orgullo.

—Te conozco... ¡Oh!... Quiera Dios que seas una víctima inocente de las intrigas cortesanas... Ya te escucho.

Don Pedro se sentó, cruzó los brazos y se dispuso a escuchar, como escucha el juez más severo, aunque también imparcial.

Doña Margarita refirió exacta y minuciosamente cuanto había sucedido desde la supuesta muerte de doña Luz, sin olvidar lo que tocaba a Nicasia y al misterioso nacimiento de Martín.

¿En qué consistía su delito¿

No había hecho más que obedecer a la reina, y al obedecerla había cumplido deberes de amistad, satisfecho los nobles impulsos de su corazón y favorecido la justicia y la inocencia.

Tenía don Pedro sobrado conocimiento del mundo para no comprender la situación y apreciar los sucesos como debían apreciarse.

Su frente había ido oscureciéndose a medida que hablaba la joven, y cuando ésta concluyó su relato, inclinó el caballero la cabeza y meditó.

Pasaron algunos segundos.

—Fallad — dijo doña Margarita.

Por toda respuesta, el caballero la abrazó.

Estaba absuelta; pero era forzoso cumplir las órdenes del rey.

—No hablemos más de este asunto — dijo don Pedro. — Cumplí los deseos de tu buena madre. Ahora se cumplirán los míos y no te separarás de mi lado.

—No, mi amado tío, no quiero volver al seno de esa sociedad corrompida, donde tanto he sufrido.

—Descansa, tranquilízate y otro día te daré a conocer mis proyectos sobre tu porvenir; entretanto, piensa que te amo como si fueras mi hija y que deseo tu felicidad.

¡Proyectos sobre el porvenir de la joven!

Sin saber por qué se estremeció doña Margarita.

¿Qué significaban las palabras de su tío?

Eran muy cariñosas; pero le infundían miedo.

Sin embargo, no se atrevió a pedir más explicaciones ni hizo ninguna observación.

Al día siguiente, don Pedro, después de almorzar, dijo a su sobrina:

—Soy viejo y ya no viviré muchos años. Preciso es que tu suerte quede asegurada, porque, de otro modo, cuando yo muriese, te verías sola en el mundo y Dios sabe lo que sería de tí.

—No hablemos de esto — replicó vivamente la joven.

—Es preciso.

—Mi querido tío, en esta casa tendré siempre cabida, porque sabéis que mi buen primo me ama como hermana.

—Pero mi hijo puede casarse con una mujer que no se le parezca, que no te ame como él...

—No, no elegirá una esposa que no sea digna de sus sentimientos.

—Lo más seguro y lo más conveniente es que esa esposa lo seas tú.

—¡Yo! — exclamó la doncella, cuyo rostro se tornó lívido.

—¿Qué te sorprende?

—¡Ah!...

—Desde que acabé de convencerme de la nobleza de tu corazón, decidí que fueras la esposa de Alfonso.

—Pero...

—Así asegurará la suerte de ambos; porque, ¿dónde encontraría él una mujer como tú? Nada os he dicho; pero es cosa resuelta. El momento ha llegado, te lo participo, y hoy mismo escribiré a tu primo.

Y como si no hubiera de contar con más voluntad que la suya, don Pedro añadió:

—No tardaréis en uniros más tiempo que el que se necesita para obtener la dispensa, y como cuento con amigos que me sirvan, esto se conseguirá pronto. Estaréis a mi lado, y si tenéis hijos, seré doblemente feliz. Conoces el carácter de Alfonso y no debes dudar de que te hará dichosa. Prepárate, pues, y que Dios os bendiga, como os bendecirá, porque ambos sois buenos y cumpliréis vuestros deberes como siempre los habéis cumplido.

Al pronunciar estas palabras estampó Luzón un beso en la pálida frente de su sobrina y la dejó sin esperar respuesta.

El caballero creía de buena fe que su voluntad no podía encontrar inconveniente.

No había consultado, había dispuesto, había mandado, y estaba seguro de ser obedecido.

Doña Margarita quedó como petrificada.

No pudo articular una sílaba.

Después de algunos momentos miró a su alrededor con extrañeza.

—¡Dios mío! — murmuró con voz ahogada. — ¿No es esto un sueño?

Desgraciadamente era una realidad.

La infeliz hizo un gesto de dolor, oprimióse el pecho y exclamó:

—¡Pobre corazón mío!

Su situación no podía ser más horrible.

Después de haber perdido la esperanza de ver cumplido su amoroso afán, la obligaban a unirse a un hombre a quien no amaba más que con el cariño puro y tranquilo de hermana.

No tenía valor para oponerse a su tío, ante cuya sola mirada sintióse la infeliz poseída de terror; pero aun teniéndolo, nada hubiera conseguido.

Don Pedro no cedía una vez hecho el propósito.

No había más que obedecer, y sufrir en silencio.

¡Pobre Margarita!

Desde entonces la infeliz, lloró sin cesar lloró como nunca había llorado.

Su semblante revelaba su intenso dolor y su profunda tristeza.

Esto no tenía ninguna importancia para su tío.

Después de lo que había sucedido en la corte, era natural que la doncella estuviese triste.

Preciso es que nos hagamos bien cargo de la situación para comprender que a la doncella le era imposible oponerse a la voluntad de su tío.

Pudo negarse a ser esposa de su primo; pero, ¿qué hubiera conseguido?

Perder para siempre el amor de don Pedro y quedar en aquella casa en una situación la más violenta.

Si ella hubiera sabido que don Juan la amaba, la habríamos visto arrostrar el enojo de su tío, porque al perder un amor, encontraba otro; al renunciar a los cuidados de su bienhechor, se conquistaba los de un esposo.

Empero romper los lazos de ternura que la unían a su segundo padre era quedar sola en el mundo, enteramente sola y casi pobre.

Y entretanto, don Juan, sin pensar siquiera en ella, haría feliz a otra mujer.

Esto era demasiado horrible en todos conceptos, demasiado horrible para que doña Margarita lo aceptase.

Aun había más, para que nada faltase al martirio de la doncella: más o menos tarde. Santisteban la vería, le diría que la adoraba y le pediría correspondencia.

¿Qué sucedería entonces?

Doña Margarita no podría corresponder al noble caballero, no podía aceptar aquel amor que tanto había deseado, que era su dicha, que era su existencia; no podría porque ya la infeliz no era dueña de su voluntad.

No haberse opuesto, desde luego a la voluntad de su tío, era lo mismo que aceptar; no había medio de retroceder después de haber dejado que don Pedro escribiese a su hijo y diese los primeros pasos para obtener la dispensa.

La situación de doña Margarita había llegado, pues, a ser peor que la de doña Inés.

Amaba y era mada, y entre ella y el objeto de su amor se levantaba un imposible.

La infeliz no veía a su tío sino a las horas de comer.

El resto del día lo pasaba en el bosque.

Allí nadie la importunaba, nadie la observaba y podía entregarse a su dolor y dar libre curso a sus lágrimas.

Esto, si no remediaba su situación, era por lo menos un desahogo.

Allí no se veía obligada a disimular y fingir, no tenía que añadir a sus dolores el espantoso martirio de sonreir mientras sufría.

¿Qué pensaba don Pedro de Luzón del sistema de vida de la joven?

Ya lo hemos dicho, no le daba importancia ninguna.

Una mujer que va a casarse puede muy bien estar pensativa, no porque sufra, sino porque le preocupe la idea de su futura dicha.

—Busca la soledad para pensar en él — se decía don Pedro. — ¡Qué felices serán!

Y esto lo creía con la mayor buena fe del mundo.

Así pasaron los días, y transcurrieron, según ya hemos dicho, quince.

Y doña Margarita sufría más cada vez, y siempre lloraba.

Y don Juan todas las mañanas salía de la corte.

¿Qué hacía el caballero?

Vamos a decirlo, puesto que ya conocemos la situación de cada uno.

Capítulo XC

LO QUE HACIA DON JUAN

Como ya hemos dicho, amo y criado tomaban el sendero de la izquierda.

Llegaban cerca de la tapia y descabalgaban. Julián se llevaba los caballos, metiéndose entre unos árboles.

Como no estaba enamorado, sentía la necesidad de comer.

Ya iba prevenido y sacaba una pequeña bota y algunas provisiones, que siempre consistían en jamón, pollos, ternera o cosa por el estilo.

Comía despacio, porque así, no solamente satisfacía mejor su apetito, sino que se entretenía para no aburrirse esperando.

Sentábase junto a un arroyo; pero muy rara vez interrumpía la cristalina corriente para humedecr sus labios.

—No — decía, sonriendo maliciosamento, — esta agua no es mía y no debo tocarla.

¿Habría respetado la ajena propiedad si el arroyo fuese de vino?

Suponemos que no.

Después de almorzar, Julián solía tenderse sobre la yerba y dormir a la sombra de los árboles.

Sabía que su señor no volvía nunca sino al mediodía.

Entretanto don Juan, sin separarse de la tapia, se alejaba.

Sus ojos seguían brillando con el fuego de su pasión.

Su corazón palpitaba con más fuerza cada vez.

Al cabo de diez minutos se detenía en un sitio donde la tapia estaba medio destruída.

Por allí el bosque era más espeso.

Santisteban escuchaba algunos instantes y miraba a su alrededor.

Convencido de que nádie lo veía, trepaba el muro, sentándose luego y quedando oculto por las copas de los árboles.

Su mirada se dirigía con indescriptible afán al interior del bosque.

Luego quedaba inmóvil.

A los pocos momentos se le hubiera tomado por una estatua.

El suave soplo del céfiro acariciaba su frente, que sentía abrasada.

Millares de pájaros cantaban en la espesura, y se percibía el murmullo de los arroyos, que serpenteaban entre los árboles.

¿Escuchaba todo esto don Juan?

Probablemente nada oía, porque estaba absorto en sus pensamientos y su pensamiento estaba en doña Margarita.

No sabía el caballero el tiempo que pasaba hasta percibir un ruido leve, que le hacía estremecer.

Entonces palpitaba con más violencia su corazón y sus pupilas se iluminaban.

No tardó en aparecer doña Margarita.

Caminaba lentamente y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Si algún rayo de sol se deslizaba como temeroso por entre el follaje, reflejaba en la fina cabellera de la bellísima joven, como hubiera podido reflejar en una madeja de oro.

Como no esperaba que nadie la viese, iba siempre vestida con el mayor descuido, y con el mismo descuido también solía sentarse junto a un arroyo y aun recostarse, apoyando la espalda en el tronco de un castaño.

Sobre la verde alfombra de yerba destacábase más de una vez el rojo chapín y la blanca media de doña Margarita.

De lo cual resulta que don Juan, con encendidos ojos, viese unas cosas y adivinase otras muchas, y sintiese que su sangre circulaba por sus venas como una corriente de fuego.

No faltaba más que esto a la pasión de Santisteban.

No faltaba otra cosa para que la hoguera de su amor se convirtiese en volcán.

Doña Margarita suspiraba tristemente y contemplaba los líquidos cristales del arroyo.

El caballero se inclinaba como si quisiera absorber el aliento de la joven.

No tardaba en correr el llanto por las pálidas mejillas de la infeliz.

¡Y no podía don Juan enjugar aquellas lágrimas!

Poco a poco iban tiñéndose de carmín las mejillas del caballero.

Al fin se enrojecían como si por ellas hubiese ido a brotar la sangre.

Sus ojos se abrían como si fuesen a saltar de sus órbitas.

Su rostro se contraía y se desfiguraba.

Lo que expresaba en aquellos momentos no es posible decirlo.

No, no puede decirse, porque no sabemos lo que sentía.

¡Con cuánta rapidez transcurrían entonces las horas!

Llegaba el sol a la mitad de su carrera.

A don Juan le parecía que no había pasado más que un minuto.

Sin embargo, había llegado la hora de comer.

Doña Margarita limpiaba sus ojos, suspiraba y, poniéndose en pie, echaba una última mirada al arroyuelo, levantaba la falda para que no se enredase en la maleza y desaparecía...

—¡Oh! — exclamaba entonces Santisteban.

Y apretaba los puños con fuerza convulsiva y rechinaba los dientes.

Su frente estaba entonces empapada en sudor.

Bajaba de la tapia y se encaminaba al sitio donde Julián esperaba.

¿Era posible soportar esto mucho tiempo?

No, no eran bastante todas las fuerzas humanas.

Doña Margarita había llegado a ser una necesidad absoluta para don Juan.

Este había sufrido y resistido quince días, que fueron para él quince siglos.

Unas veces se volvían inmediatamente a Madrid; pero otras iban al pueblo, entraban en la posada y allí comían, o más bien comía

Julián, porque el caballero no se sentía nunca con apetito.

—Señor — se atrevía el sirviente a decirle, — vais enflaqueciendo, y si continuáis así acabaréis por morir de consunción. Perdonad; pero es preciso que esto acabe.

—Tienes razón, buen Julián; es preciso que esta noche... ¡Oh!... Y acabará.

—¿Pero cuándo?

—Mañana mismo — respondió un día Santisteban.

—Os recordaré la promesa.

Los días que comían en la posada era porque don Juan se sentía con fuerzas para volver a la tarde al sitio de sus observaciones.

Cuando esto sucedía no regresaban a Madrid hasta el anochecer.

El día en que estamos, es decir, el que hacía quince de las trastornadoras observaciones, o lo que es igual, el mismo en que el sirviente se atrevió a decir a su señor que era preciso acabar de una vez, Santisteban fué a ver a Martín y le dijo:

—Pensad lo que mejor os parezca de mi amor; pero no aguardaré más.

El hijo de Nicasia fijó en el caballero una mirada escudriñadora y replicó:

—Don Juan, pensadlo bien: una ligereza puede costaros muy cara, puede hacer infeliz para siempre a doña Margarita.

—¡Ligereza!... Quince días han pasado desde que salió de Madrid; quince días... ¡Oh!... No sabéis lo que he sufrido, no podéis comprenderlo. Sin doña Margarita me es insoportable la existencia, y antes prefiero morir que soportar un solo día más este tormento: dudadlo; pero la adoro. Si ella me ama también, ¿por qué he de sufrir? Todos los días la veo, ya lo sabéis; pero mañana le hablaré, le diré lo que siento por ella y... ¡Cuán dichosos seremos!... El tiempo, que tan largo y penoso me parece cuando estoy separado de ella, ¡con cuánta rapidez pasa cuando la contemplo!... Cuento sus suspiros, que parecen llegar hasta mí, veo correr sus lágrimas, y aun me parece percibir los latidos de su corazón... No, señor Martín, no esperaré un solo día. Con una palabra he de trocar su llanto en sonrisas, tu tormento en goces... Mañana mismo, mañana — añadió arrebatadoramente el caballero.

Su acento era el de la verdad, y sus ojos revelaban su devoradora pasión.

Sin embargo, Martín dudaba todavía; dudaba, porque creía que don Juan llevaría las cosas hasta el último extremo para cumplir su noble propósito.

Y en esto no andaba descaminado, puesto que de ello era capaz un hombre como Santisteban.

Pero llevar las cosas al último extremo no era hacer más desgraciada a doña Margarita, y, por consiguiente, si el caballero llegaba a hacer lo que decía, no debía dudarse de que, efectivamente, sus sentimientos habían cambiado y la noble doncella era la mujer a quien amaba.

Por lo que pudiera suceder, Martín decidió continuar por entonces en su misma reserva y se concretó a rogar nuevamente a su amigo que no se dejase arrebatar, concluyendo por decirle:

—Os aconsejo que suspendáis vuestras idas al Pardo.

—¡Señor Martín!...

—Sólo así podréis convenceros si es verdadero vuestro amor.

—¡Dejar de verla!...

—Es la prueba más positiva.

—Imposible.

—Cuando es verdadera una pasión, se enciende más y más con la ausencia, así como se extingue en el caso contrario.

—No puedo vivir sin ver a doña Margarita.

—¿Creéis que ella os ama menos?

—No.

—Pues ya veis cómo sin veros vive.

—Es en vano que me aconsejéis.

—Don Juan...

—Estoy decidido: mañana mismo cambiará nuestra situación.

Fueron inútiles cuantas reflexiones hizo Martín, porque se separaron sin que don Juan hubiera cambiado de propósito.

No podía sospechar el caballero que en vez de la alegría iba a llevarle un tormento más a la infeliz doncella.

Capítulo XCI

SE ACERCAN

Al amanecer del siguiente día partió don Juan, seguido de su fiel criado, a quien dijo:

—Mi buen Julián, hoy mismo se pondrá término a esta situación.

—Me alegro, señor me alegro mucho.

Aquella misma mañana no iba Santisteban triste y cabizbajo como las anteriores.

Iba tras la dicha que anhelaba, y los minutos le parecían interminables.

Ninguna duda abrigaba sobre el resultado que debía dar su entrevista con la doncella.

¿No había confesado ella misma que le amaba, y que su amor era de esos que no se extinguen jamás?

¿No había declarado que Santisteban era digno de que lo amasen?

Ningún inconveniente podía, pues, oponerse a su dicha.

En don Pedro Luzón no había siquiera pensado don Juan, porque no era posible que el tío se opusiese a que su sobrina se casara con uno de los hombres más ricos, más ilustres y más estimados de la nobleza española.

Aunque poco, en otro tiempo Santisteban había tenido relaciones de buena amistad con don Pedro, y más particularmente con su hijo don Alfonso, y ambos le habían demostrado siempre bastante cariño y consideración.

No era, repetimos, imaginable que Luzón fuese un inconveniente.

Todo dependía d doña Margarita, y ella amaba a don Juan.

Como el que nada malo teme y espera mucho bueno, Santisteban estaba completamente tranquilo y consideraba su felicidad como realizada.

En breve saldría de su error.

(Continuará)

Los Secretos de una Gran Ciudad

Intenso romance de aventura, de intriga, de sacrificio y de heroismo, escrito

Por HAL SIDNEY

Autor de "Detrás de la Puerta Cerrada"

(Continuación)

CON una exclamación de impaciencia el hombre dejó caer la hoja encendida sobre el suelo cubierto de arena, entre las risotadas de parte de los concurrente.

Aquello había sido realizado bien y rápidamente, pues había sido hecho a propósito y a su debido tiempo.

Si el segundo hombre hubiera llegado a ver la primera página del diario, el que había sufrido el "accidente" y el vendedor hubieran tenido que pelear firme para salir con vida de aquella guarida donde todos los concurrentes que había eran criminales.

En el espacio en blanco que había en una punta, estaban trazada con lápiz varias palabras que hubieran despertado inmediata desconfianza y hubieran hecho creer que el desconocido no tenía buenas intenciones.

"Fíjese en el que está vestido de gris y se halla junto a la estufa" — decían aquellas palabras.

Porque el hombre que había comprado el diario era Cartwright, disfrazado.

Aquel había sido su primer paso en el sentido de relacionarse allí y ganarse la confianza de los hombres que frecuentaban aquella guarida, donde había sido planeado el asesinato del viejo Viziard. Lo que sabía sobre el mensaje que había sido trasmitido por medio de golpecitos, de celda en celda en la prisión de Bleakmoor, hasta llegar a conocimiento de Flash Harry, le había servido admirablemente como la mejor presentación.

En la visita que hicieron a la casa de al lado noches anteriores, Cartwright, que no se había movido del bote, no había visto al hombre a quien Jim Strangways, había reconocido como uno de los complicados en el crimen.

Pero Jack, mirando por la hendija de la puerta antes de entrar en la trastienda, había visto al hombre en cuestión. El modo de enterar a Cartwright de cual era el sujeto, había sido combinado de antemano.

Cuando Jack se retiró, Cartwright se dirigió al rincón donde se hallaba el hombre vestido de gris — silencioso, triste y meditabundo — y comenzó a hablar con él, a quien sus compañeros habían dado poco antes el nombre de Jaksman.

En el pasillo mal alumbrado que conducía a la trastienda se hallaba una puerta en la que se leía — en letras blancas y sucias — la palabra "Reservado".

Jack, al buscar la salida, consideró oportuno no fijarse en el letrero. No se veía a nadie. Tebbut y su mujer estaban en la trastienda. Abrió con precaución la puerta reservada y miró por ella.

—¡Esto sí que no me lo figuraba yo! — exclamó el muchacho.

Aquella puerta daba al vecino almacén de artículos navales y Jack consideró que no le vendría mal enterarse de la topografía de la casa desde que era muy posible que tuvieran que volver a visitarla.

La puerta conducía a un pasadizo corto que daba a los fondos del almacén. No había más claridad que la que esparcía un pico de gas con la luz muy baja. De junto a la puerta partía una escalera que conducía al piso superior. A la habitación en la cual brilló la

Los secretos de...

luz roja que se reflejaba en el río, se llegaba por los fondos del almacén.

Jack no tenía intención de quedarse mucho tiempo, para que no le pudieran encontrar el iracundo Tebbut.

Se contentó con mirarlo todo rápidamente y estaba ya por escabullirse hacia la calle cuando oyó voces tras de la puerta que separaba el almacén de la taberna y un momento después la puerta se abrió.

El muchacho se acurrucó detrás de un montón de trebejos, en el sucio y descuidado almacén, en el mismo momento en que se oyeron en el corredor pasos de dos hombres que se acercaban.

Uno de ellos, que respiraba fatigosamente y estornudaba, tenía que ser Diminuto Tebbut. La voz del segundo le pareció muy conocida en cuanto algunas palabras pronunciadas por él llegaron a sus oídos.

—¡Dandy Trench! — murmuró Jack.

En el mismo momento los dos hombres aparecieron donde él podía verlos.

Trench llevaba su disfraz favorito, con el parche negro sobre un ojo, y al verle, Jack se estremeció. El vendedor ambulante a quien había visto en la casa de Richmond el hombre del violín, era Dandy Trench. Aun después de haberse enterado por Jim de que había pretendido llevarse el "Lago de Fuego", Jack no pensó en asociar a Dandy Trench con el vendedor ambulante.

—¡No eres tan vivo como te crees, Jack, desde que no conociste a ese pillo bajo su disfraz! — díjose el muchacho disgustado

Los dos hombres pasaron por delante de su escondrijo.

—Fué el señor Jermy el que me dijo su nombre, — iba diciendo Dandy Trench. — Necesito hablarle por asuntos de negocios. Se trata de algo que se pagará bien, pero que es necesario hacer esta misma noche.

—Se hará, siendo el señor Jermy el que le envía, — dijo el gordo. — Mi deseo es complacer en todo al señor Jermy. Venga a mi habitación donde podremos conversar con toda tranquilidad.

Pasaron al cuarto que tenía el balcón que daba sobre el río y donde la luz roja se veía durante la noche.

—¡Así que Jermy y Dandy Trench se conocen! ¡Es bueno saberlo! — murmuró Jack. — ¡Si pudiera enterarme de lo que hablen! El sitio es peligroso y si me descubren...

A la puerta de la habitación del fondo se llegaba subiendo tres escalones. La puerta se había cerrado después de pasar los dos hombres. Jack salió cautelosamente de su escondrijo y ya iba acercándose a la puerta cuando...

El ruido que había hecho detener a Jack repentinamente fué el de la puerta de comunicación con la taberna, que se había abierto. Antes de que el muchacho pudiera volver a esconderse, la señora Tebbut, andando de prisa, apareció en el pasadizo.

Jack había sido pescado. La señora del cabello rubio lanzó un chillido que fué como un toque de alarma para su esposo, que se hallaba en el cuarto del fondo.

—¿Usted aquí, muchacho? ¿Qué hace?

Poco después de oírse el grito de la mujer, la puerta del cuarto se abrió. Jack se dió cuenta de que le quedaba disponible sólo un momento brevísimo si quería escapar.

Corrió hacia la puerta que daba a la taberna. La señora Tebbut intentó agarrarle e inmediatamente se arrepintió de su acción. Jack la empujó, la hizo caer dentro de un rollo de calabrote embreado con la peluca de medio lado y chillando como una demente.

El muchacho, corriendo con velocidad suficiente para desafiar a todos los records mundiales, salió por el pasillo a la taberna y de allí a la calle.

. . . .

Veinte minutos después se encontró con Cartwright en el extremo de la calle y juntos se dirigieron al sitio donde habían quedado en reunirse con Jim.

Mucho tuvieron que contarse durante el viaje, en automóvil, hasta Surry. El primer paso dado en el sentido de seguir la pista de los autores de la muerte de Viziard parecía haber tenido buen resultado. Cartwright tenía razones más que suficientes para estar satisfecho del giro que llevaba la averiguación. Tenía en su mano los extremos de los hilos de la madeja que algún día lograría desenredar poniendo en claro el tenebroso misterio. Así que los tres hicieron el viaje muy contentos y llegaron a la casita de la señora Birket completamente ajenos al golpe que el Destino les tenía reservado.

Jim comprendió, al ver la palidez de la cara de la señora Birket, cuando abrió la puerta, que algo grave había sucedido.

—¡La señorita Marjorie! — exclamó la anciana, — ¡Ha desaparecido! ¡Temo que le haya ocurrido algo grave! ¡No la he visto desde esta tarde a las cuatro!

¡Desaparecida!

¿Habría conseguido el doctor Marr apoderarse de ella?

EL PELIGRO

¡Desaparecid

Marjorie había salido a pasear un momento ante de la hora del te. Eran ya las diez de la noche y nada se sabía a su respecto.

La señora Birket había hecho todas las averiguaciones posibles en la vecindad, pero nadie había visto a la joven ni podía dar noticias de ella.

En todo aquello andaba la mano de Marr Jim no podía dudarlo.

Pero en casa de Marr, a donde fué Jim en el automóvil desde Surrey, supo por el anciano sirviente Drew que el tutor de Marjorie no estaba en casa y no volvería en toda la noche. Drew no pudo decir dónde estaba.

Pasaron tres días sin que Jim lograra tener noticias de la joven desaparecida, tres días llenos de inquietudes y de ansiedades para Jim Strangwys y su fiel compañero.

Todos los planes sobre investigación del misterio de la Granja de Darkmere y sobre el asesinato de Viziard tuvieron que ser pospuestos por el momento. Lo que más interesaba era encontrar a Marjorie.

Jim no tenía la menor duda de que la jo-

ven había caído nuevamente en las garras del doctor Marr.

Pero estaba seguro de que no la habrían llevado a la casa de Stoke Newington. Esto lo sabía por el anciano sirviente. Drew no pudo informarle de nada, ni siquiera de dónde estaba Marr. El tutor no había estado en Techos Rojos en los últimos tres días.

En todas partes fracasaron sus investigaciones. Todas las pesquisas que hicieron en Surrey fueron ineficaces. La joven había desaparecido como si la hubiera tragado la tierra.

—¿Qué habrá sido de mi adorada Marjorie? — se preguntaba Jim desesperado.

Había llegado la tarde del tercer día siguiente a la desaparición de la joven. Jim había acudido a uno de los más hábiles detectives, que estaba averiguando en Surrey, acompañado por Cartwright. No habían hallado nada aun. Jack había ido a Techos Rojos por si Drew había sabido algo respecto al doctor Marr.

¿Por qué se le ocurrió a Jim aquella idea? No era posible decirlo. La idea cruzó su mente como un rayo de luz.

—¿No será Dandy Trench el autor de todo esto? ¿No habrá intentado vengarse de ese modo? — preguntóse Jim.

Maravillábase de que no hubiera pensado antes en Trench. La amenaza que tenía pendiente sobre la cabeza del pillo, impedía a éste que le traicionara diciendo a la policía que era Jim Strange. Pero el hombre podía haber combinado otra venganza, podía haber espiado sus idas y venidas y haber dado con el sitio donde se ocultaba Marjorie. ¿No había estado el pillo asociado con Marr en el caso del automóvil?

¡Dandy Trench! Era necesario que fuera a ver al hombre inmediatamente y que le arrancara la verdad.

Jim Strangways se puso de pie rápidamente. Tomó un revólver y lo guardó en el bolsillo. Cinco minutos después se hallaba en camino del departamento donde vivía Trench.

Era un departamento espacioso en una casa de muchos pisos situada a poca distancia de la catedral de Wetminster. Dandy Trench vivía con lujo. El departamento, situado en el piso más alto, al que subió Jim en el ascensor, estaba regiamente amueblado.

La única vez que, antes había estado Jim en aquel sitio, había abierto la puerta una joven y bella mucama. Pero aquella noche no debía hallarse en casa la criada, pues fué el mismo Dandy Trench el que acudió al llamado y abrió.

Miró a su inesperado visitante con asombro. Sin ceremonia, Jim entró en el departamento haciendo a un lado a Trench.

—¿Qué sabe usted sobre la desaparición de la señorita Penrose? — preguntó a quemarropa mirando a Trench fijamente y en cuanto éste hubo cerrado la puerta.

Trench se sonrió, encogiéndose de hombros.

—¿Ha desaparecido? — dijo. — ¿Por qué viene usted a preguntarme?

—Porque creo que usted sabe algo. ¡Antes de salir de aquí he de arrancarle la verdad! — exclamó violentamente Jim.

Miró al rostro del pillo mientras le acusaba. Su expresión confirmó las sospechas que tenía. Aquel hombre sabía.

Una puerta — a espaldas de Jim, — se abrió sin ruido una pulgada o dos, dejando ver una cara de rata que miró con asombro al hombre a quien había conocido como Jim Strange. Era Creyke, el joven que le había llevado el mensaje del pillo, aquella noche, al refugio de pobres, cuando Jim estaba hambriento y desesperado.

—¡Mejor debiera usted preguntar al doctor Marr! El es su tutor, — dijo Trench suavemente sonriendo con ironía. — En cuanto a mí, aun en el caso de que supiera algo no me sentiría inclinado a decírselo, señor Jim Strange. Las circunstancias han variado después de nuestra última entrevista. Comprenderá usted que no era posible que estuviera usted siempre dominando.

Jim no dudaba ya de que aquel hombre estuviera complicado en la desaparición de Marjorie.

—¡Va usted a decirme ahora mismo todo lo que sabe o si no!...

La actitud de Jim no podía ser más enérgica. Trench comprendió su amenaza. Vió un fulgor peligroso en los ojos del otro y retrocedió nervioso. Pero, al fin y al cabo, Creyke estaba cerca y podría ayudarle. Esto le devolvió su aplomo.

—¡Bien! Lo diré, pero supongo que no le será muy grato oírlo, se lo aseguro. — dijo Dandy Trench sonriendo de nuevo. — Puede usted olvidar para siempre a la joven a quien ama. No será nunca suya. Mañana se casará con otro hombre por su propio consentimiento. No quiere saber ya nada con usted, esta es la pura verdad.

Jim se rió despreciativamente.

—¿Cree usted que vale la pena mentir de ese modo? ¿Dónde está la señorita Penrose? He de averiguarlo antes de salir de aquí aun cuando tenga que arrancar la verdad de sus labios de impostor! — exclamó Jim.

—Ya le he dicho todo cuanto podía decirle y lo que he manifestado es verdad. Mañana, la señorita Penrose se va a casar con otro hombre y crea usted que me alegro. Ya podía suponer usted de que yo no me conformaría con lo sucedido y puedo declararle para su satisfacción que fuí yo quien tuve el gusto de informar al doctor Marr de donde estaba escondida la joven a quien usted ha perdido para siempre, — agregó con risa sarcástica.

Pero la risa se cortó de pronto, pues Trench tuvo que pensar en defenderse.

Jim había saltado hacia él con tan apasionado furor, que Trench se había tambaleado. Un terror intenso le dominó en el momento en que vió aquella cara furiosa y en que sintió aquellas manos que le ceñían el cuello.

TERRIBLE PELIGRO

Sujeto su cuello por la mano de hierro de Jim Strangways. Dandy Trench no podía moverse.

—¡Creyke! ¡Creyke! — gritó con ahogada voz mientras retrocedía dominado por el avasallador empuje de su enfurecido adversario.

Jim no vió que la puerta situada detrás de él se abría sin ruido, pero el grito de Trench

le advirtió. Arrojó de su lado al pillo con una fuerza que le hizo proyectarse contra la pared tambaleándose, pero antes de que pudiera volverse, el golpe le cayó sobre la cabeza.

Jim se desplomó donde estaba.

Creyke se inclinó a mirarle. El caído estaba tan inmóvil que, por un momento creyó él que le había muerto y se estremeció de miedo. Pero pronto pudo darse cuenta de que la víctima de su golpe traidor — dado con una bolsita llena de arena y atada a un cordel, — respiraba todavía.

Dandy Trench miró con atención al caído. El pillo estaba pálido y jadeante.

—Bien dado el golpe, Creyke! — dijo con salvaje satisfacción.

¡Si le hubiera sido posible entregar a Jim Strangways a la policía sin que corriera peligro su seguridad! Pero no se atrevía a hacerlo y esto constituía, para Dandy Trench, la mayor amargura de toda su vida.

. . . .

Jim Strangways recobró lentamente los sentidos y cuando empezó a serenarse se preguntó dónde estaba y qué le había sucedido.

Abrió los ojos y miró a su alrededor. No se veía más que oscuridad apenas atenuada por la luz de la luna que entraba por la ventana y que le permitía darse cuenta de que estaba en una habitación que le era enteramente desconocida. De pronto el recuerdo de todo lo sucedido acudió a su memoria. Se acordó de su lucha con Trench y del terrible golpe que había recibido por la espalda.

¿Cuánto tiempo llevaba desmayado? ¿Dónde estaba? ¿Se encontraba todavía en el departamento ocupado por Dandy Trench?

Con esfuerzo, Jim logró sentarse en el suelo. Le dolía mucho la cabeza. Se sentía aturdido. Experimentaba una sensación semejante a la que sintiera cuando, en otra ocasión, despertó también de un desmayo que le produjera un golpe y se encontró entre las figuras de cera, junto al hombre muerto.

Escuchó. No oyó sonido ninguno. Logró, con dificultad, ponerse de pie. El esfuerzo le volvió a aturdir un poco y durante unos segundos tuvo que luchar contra la debilidad que amenazaba vencerle de nuevo. Por último, con paso inseguro, se dirigió hacia la puerta y tanteó buscando la llave de la luz eléctrica.

Un torrente de luz inundó la habitación, a la cual había sido llevado, sin duda, mientras se encontraba desmayado. Su mirada vió en el aparador, sobre el cual se veía una botella de cristal con whisky y un vaso. Jim se sirvió un poco de licor y bebió.

El fuerte estimulante produjo su efecto, — la inseguridad desapareció y, por más que aun seguía doliéndole la cabeza. — se sintió mucho más seguro de sí mismo.

Jim se acercó a la puerta y movió el pestillo. ¡La puerta estaba cerrada con llave!

Echó la mano al bolsillo. Como era lógico, le habían quitado el revólver. Miró a su alrededor en busca de algo que pudiera servirle para forzar la puerta. ¿Podría romper la cerradura? No. Era muy sólida y estaba empotrada en la madera.

Jim, por más que miró, no encontró nada que pudiera servir para su objeto.

¿Por qué le habrían dejado Trench y Creyke prisionero en aquel sitio? ¿Qué se proponían hacer?

Había una mesa escritorio en un rincón. Era posible que en alguno de los cajones Trench tuviera alguna palanqueta de las que usaba cuando iba a robar. Abrió uno tras otro los cajones.

Jim no encontró lo que buscaba, pero halló otra cosa. Halló un trozo de papel en el que estaba escrita una dirección: "Tebbut, taberna El Hombre Verde, en Graydon Row, Limehouse". Y debajo, con lápiz, un número — el número del teléfono, como Jim lo recordaba bien, — de la casa del doctor Marr.

¿Era posible que Trench hubiera ido a conferenciar con Tebbut para combinar el modo de llevar a la joven a aquella casa? Tal idea no tenía ninguna prueba en su apoyo, pero Jim tenía el pensamiento de que Marjorie había sido conducida a aquella madriguera de malvados y que allí la tenían prisionera. ¡Pero si se encontraba también encerrado, imposibilitado de correr en su socorro!

Jim sacudió la puerta violentamente. Fué completamente inútil, naturalmente. No era, por otra parte, posible que nadie oyera sus gritos y acudiera en su auxilio.

¿Si lo intentara, sin embargo? Pero no. Inmediatamente abandonó tal idea. Si gritaba y acudía alguien, era posible que le reconocieran como Jim Strange. Estaba en el barrio de Westminster, en la zona peligrosa donde su rostro era conocido por varios, quizá por mucho de la policía. Era demasiado peligroso. No había que pensar en ello.

Se dirigió a la ventana y la abrió de par en par. El aire frío de la noche le rozó la frente, refrescándole. El departamento estaba en el último piso. El espacio que le separaba de la calle iluminada que se distinguía debajo, tenía más de un centenar de pies.

Jim rechinó los dientes. ¡Hallarse prisionero allí mientras Marjorie se encontraba presa en aquella madriguera de facinerosos, en la sucia taberna de la orilla del río! ¡Sólo el pensarlo parecía volverle loco!

Mientras miraba, algo observó que le hizo fijar la vista. Debajo de cada hilera de ventanas el frente de la casa tenía una cornisa de piedra de unas doce o catorce pulgadas de ancho. ¿Podría, por esa cornisa, pasar a la otra ventana del departamento?

Jim se estremeció. La idea de pasar por aquella cornisa estrecha y alta, a seis o siete pisos de la calle; el pensamiento de que, cuando fuera por ella llegaría un momento en que, después de soltarse de una ventana y antes de agarrarse a la otra, tendría que avanzar sin sostén hasta que lograra llegar al otro lado; la sola idea del peligro, le mareó un instante.

Jim se retiró de la ventana como buscando otra alternativa. Hubiera sido una locura intentar aquello. Para arriesgarse a realizar hazaña semejante un hombre necesitaría de toda su serenidad y la plena posesión de sus facultades y él se hallaba repuesto apenas de los efectos del terrible golpe de la bolsa de arena. ¡Era una locura intentarlo!

Pero era igualmente cierto que no había otro medio de salir de allí. Y al pensar que Marjorie estaba prisionera en la taberna de junto al río, al recordar lo que Trench había dicho sobre su próximo matrimonio, el matrimonio a que el doctor Marr la obligaría por medio de amenazas, al considerar su situación de impotencia, encerrado en aquella habitación, Jim se sintió enloquecer.

De pronto apretó los dientes y volvió hacia la ventana.

No había otra camino. Podía perder una hora tratando de abrir la puerta sin conseguirlo. Jim abrió cuanto pudo la ventana y dominando su nerviosidad salió por ella y se paró en la cornisa de piedra. Le iluminaba la luz de la luna. De abajo llegaba el zumbido del tráfico de la ciudad.

Con una mano agarrada al borde de la ventana de donde había salido, con todo el cuerpo rígido, se dispuso a moverse pcr aquel estrecho pasaje situado sobre el abismo de la frecuentada calle.

—¡No debes mirar hacia abajo! — dijose como quien se diera a sí mismo una lección: — ¡No debes mirar hacia abajo!

La muerte le acechaba allí, en la sombra, esperando el menor desliz, la menor debilidad de los nervios una vez que se hubiera desprendido de la ventana que dejaba atrás y empezara a avanzar hacia la otra.

Muy lejos, en los extremos de la calle, veía las luces movedizas de los automóviles y de los ómnibus que pasaban. No quería mirar, pero le atraían de modo fascinador, la mirada. El rumor del tráfico resultábale enervante y tenía el absurdo convencimiento de que el edificio se balanceaba.

Un mareo terrible le dominó un instante pero logró vencerlo mediante un extraordinario esfuerzo de la voluntad y pasó. Avanzó primero un pie, luego otro y por fin los dedos de la tendida mano, dejaron el sostén de la primera ventana.

Jim concentró toda su voluntad para dominarse durante los momentos en que no tendría nada en qué agarrarse, ni más apoyo que la pared a la que aplicaba las palmas de las manos. ¡Ahora! Respiró con fuerza. Avanzó.

Se sintió en la cornisa sin nada que le sostuviera. No se atrevía a respirar. Fué moviéndose con lenta precaución hasta que, finalmente, los dedos de su extendida mano tocaron el borde de la otra ventana. Un instante más y estaba agarrado al marco. Pero aquellos pocos segundos le parecieron una eternidad de pesadilla.

En el momento en que llegaba a la segunda ventana Jim oyó que la puerta del departamento se abría y oyó luego las pisadas de un hombre en el hall.

Dandy Trench había regresado.

EL FIN DE LA PESQUISA

Con un nuevo estremecimiento de terror, Jim Strangways, de pie en la cornisa, a tan enorme altura, ante aquella ventana que aun tenía que abrir, se dió perfecta cuenta del peligro que constituía para él el regreso de su enemigo.

En tales momentos el pensamiento funciona con rapidez vertiginosa. Comprendió Jim en un instante que su suerte dependía de en qué habitación entrara primero Dandy Trench.

Si era en la habitación en cuya ventana se encontraba hallaríase por completo a la merced de Trench y bien sabía Jim que el pillo era tan implacable como infame. Trench tendría entonces el modo de vengarse sin peligro. Si encontraran a Jim, muerto, en la calle, un centenar de pies más abajo de donde se hallaba en aquel momento ¿quién podría culpar a nadie de haberle hecho caer?

Este pensamiento cruzó por su mente en una fracción de segundo y casi en seguida la pregunta le fué contestada por los hechos al hombre que estaba sobre el abismo.

Oyó el clic metálico de la cerradura de la puerta de la habitación de donde había salido un momento antes y Jim comprendió que la Providencia le había dado una última esperanza de salvación.

Pudo oír la exclamación de asombro de Dandy Trench al abrir la puerta y encontrarse con que su prisionero había desaparecido. El pillo corrió hacia la ventana y miró hacia fuera, casi con incredulidad, en el mismo momento en que Jim, por medio de un esfuerzo desesperado, abría la ventana. Casi cayó dentro de la habitación.

Una instantánea parálisis de consternación se apoderó de Trench que, después, volviéndose, salió de la habitación y corrió a cerrar con llave la puerta del otro cuarto, antes de que Strangways llegara a ella. Pero llegó sólo un fracción d segundo demasiado tarde.

La puerta se abrió en el mismo momento en que acercaba la mano a la llave y el pillo se encontró frente al hombre de quien no podía esperar misericordia ninguna..

Jim Strangways no pronunció una sola palabra. Pero el recuerdo del traicionero ataque, de la terrible prueba del paso por la cornisa — que de no haber pensado en Marjorie no hubiera realizado, — y sobre todo, de lo que Marjorie sufría por culpa de aquel hombre, todo esto llenó a Jim de tal serena furia que en aquel instante era más de temer que si hubiera estado acalorado por un súbito arrebato.

Trench vió lo que tenía que temer y retrocedió, instintivamente, protegiéndose con el brazo tendido.

Pero no le valió. El golpe que le dirigió Jim dominó su guardia. Fué un golpe que le dió con todo acierto entre los ojos. Trench lanzó un gemido y cayó desplomado.

Jim no perdió tiempo en dirigir una sola mirada al caído. Salió corriendo del departamento y tocó el timbre del ascensor. Dos minutos después el portero había ido ya en busca de un automóvil de alquiler.

—¡Gaydon Row, Limehouse! — ordenó Jim.

—¿Limehouse? — El chauffeur le miró con desconfianza. — No sé, señor si tengo suficiente nafta para ir tan lejos, — dijo.

—Bien, — dijo Jim. — Si no quiere llevarme y ganar doble tarifa, buscaré otro que me lleve. ¡Llame a otro coche, portero!

—¿Doble tarifa, señor? — dijo entonces el chauffeur. — ¡Suba, señor, ya lograré que dure la nafta!

Jim se metió en el coche. El automóvil

Los secretos de...

fué por Victoria Street, pasó por frente al Parlamento y luego por la avenida de Whitehall.

Allí le detuvo la aglomeración de tráfico. Jim vibraba de impaciencia. La idea de que Marjorie se hallaba presa en aquella madriguera de junto al río, le horrorizaba. Cada instante de los que tardara en verla en libertad era para él un siglo de tortura. Pero la detención fué breve. El automóvil continuó su carrera, rápidamente, por el Strand.

Existía un riesgo, — un grave riesgo — el de que le reconocieran como Jim Strange en aquella madriguera no solo Marr, pues era posible que allí se encontrara el tutor de Marjorie, sino Jackman, el hombre a quien había visto en casa de Viziard. Pero no era momento de pensar en riesgos. Si Marjorie estaba allí, como él lo creía, iba a sacarla de aquel sitio, costárale lo que le costara.

El automóvil corría velozmente, Jim estaba jadeante como si fuera corriendo él mismo. El chauffeur manejaba bien y se mostraba dispuesto a ganarse la propina en buena ley. Por entre medio del tráfico sabía encontrar paso y seguir sin amenguar la marcha.

Siempre que pudo evitó las calles de mucho movimiento demostrando un asombroso conocimiento del laberinto de las calles de aquellos barrios de Londres.

Jim no sabía ni por donde iba. De pronto logró ver una calle conocida: Cable Street. Faltaba un poco.

Pero hubo otro retardo. El automóvil se halló, junto con otros vehículos, en un cruce y tuvo que detenerse ante la orden de un policeman.

De pronto una exclamación de inquietud brotó de labios de Jim mientras miraba hacia los vehículos que pasaban cruzando.

Entre aquellos vehículos iba un automóvil. La luz de los faroles del centro de la calzada le permitió ver la cara del Doctor Marr que iba manejando el coche y dentro del coche vió, rápidamente y al pasar, a una mujer.

¿Era Marjorie?

El automóvil de Marr pasó y se perdió en el tráfico, mientras Jim, sin poder contestarse a aquella pregunta, permanecía quieto, imposibilitado de correr tras el coche.

¿Era Marjorie?

Si era, su viaje resultaba inútil. No hallaría a Marjorie en casa de Tebbut. Cada segundo que pasaba ella se iba más y más lejos hacia un nuevo y desconocido destino y sus esperanzas de rescatar a la joven a quien amaba, se desvanecían.

PASOS EN LA ESCALERA

Jim no podía saber que diez minutos después de salir de su casa aquella noche, para ir en busca de Trench, Jack le había llamado por teléfono.

Porque en la casa del Doctor Marr Jack había conseguido obtener un dato que, como el que Jim había hallado en el departamento de Dandy Trench, indicaba la vieja casa de la orilla del río.

Drew, el viejo criado había dicho a Jack que su patrón el Doctor Marr, después de varios días de ausencia había regresado a Techos Rojos aquella tarde. Había oído a Marr hablar por teléfono y le había oído decir: "La taberna de Tebbut".

Jack corrió a la más cercana oficina telefónica y llamó a casa de Jim, enterándose de que éste había salido. Cartwright estaba haciendo averiguaciones en Surrey.

—Pues entonces soy yo quien debe ir, aun cuando sea solo, a Limehouse — díjose Jack.

Y como lo pensó lo hizo inmediatamente.

Tomó el tren y luego el ómnibus y fué hacia el barrio del Este, descendiendo del último vehículo junto a una avenida en la que había puestos de venta de objetos diversos iluminados con lámparas de nafta que llenaban el aire de humo. Pasó luego a una calle muy tranquila y después llegó hasta cerca de la orilla del río.

Jack pasó un par de veces por delante de la taberna "El Hombre Verde", antes de decidirse a acercarse. No tenía en aquel momento el pretexto de los diarios y además la señora de Tebbut le reconocería en cuanto le viera. Pero no vió a nadie sospechoso, así que se metió en la casa sin hacer ruido y se deslizó hacia el pasillo que conducía a la trastienda.

Miró por la puerta sin que le vieran, observando si el gordo y su pintarrajeada mitad estaban allí. Después se dirigió de puntillas hacia la puerta que había descubierto cuando su visita anterior y comunicaba con el vecino almacén de artículos navales. La joven cautiva debía hallarse en la casa de al lado.

Pero aquella vez la puerta estaba cerrada.

Era esto un inesperado inconveniente. Pero Jack no se desanimaba fácilmente. Volvió a salir a la calle.

El patio, situado del otro lado del almacén de artículos navales y al cual habían entrado del lado del río cuando su anterior visita, tenía, del lado del camino, dos portones de madera. El hecho de que estuvieran cerradas, no constituía obstáculo importante para Jack. Se subió del lado de la calle a uno de ellos y se dejó caer del otro lado.

La casa ante la cual se halló estaba silenciosa y a oscuras, excepción hecha de una ventana de una habitación del piso alto, en la que se veía luz. ¿Estaba Marjorie encerrada allí?

—Pronto voy a saberlo — díjose Jack.

Recogió una media docena de piedritas y las arrojó, una tras otra, hacia la ventana.

Cuando hubo golpeado los vidrios con dos de ellas, una cara apareció detrás de los sucios cristales y miró hacia el patio. ¡Era la cara de Marjorie!

El corazón de Jack dió un salto. ¡Por fin había encontrado a la joven desaparecida!

Cuando vió que aparecía la pálida faz, con expresión de asombro, Jack, comprendiendo que ella no podía distinguirle en la sombra, encendió un fósforo. Durante un breve momento la pequeña luz le iluminó el rostro.

La expresión de la cara de Marjorie indicó que la joven le había visto y reconocido.

Pero con haber descubierto el sitio donde Marjorie se hallaba presa, las dificultades no habían hecho más que empezar. Jack se acercó a la puerta de la casa que daba al patio. No le sorprendió hallarla cerrada. Pero al lado de la puerta había una ventana. cuyo mecanismo no presentaba gran dificultad. Jack, con su navaja, dió pronto cuenta de él y poco tardó en oírse el ruido que hizo el cierre al saltar.

Jack detúvose un momento, escuchando. No llegó ruido ninguno que pudiera inquietarle. Empujó la hoja de la ventana y penetró en la casa, encontrándose en la parte del fondo del almacén de artículos navales.

La luz de un pico de gas le permitió avanzar sin tropiezo y llegar hasta el comienzo de la escalera. Subió rápidamente. Un rayo de luz que se filtraba por debajo de una puerta le indicó que era aquella la del cuarto donde estaba Marjorie. Jack llamó discretamente a la puerta y le contestó la voz de la joven.

La puerta estaba cerrada, pero la llave estaba en la cerradura, del lado de fuera. Jack la volvió y entró. La expresión de pena que vió en el rostro de Marjorie, pálida y temblorosa, le encogió el corazn en el momento en que la joven acudía hacia él.

—¡Oh! ¡Jack! ¡Jack! — exclamó ella con voz entrecortada por los sollozos.

—¡Tranquilidad, señorita! ¡Tranquilidad! -- exclamó el joven tratando de calmarla. — ¡Todo va bien! No tema nada. Yo la sacaré de aquí. Desde que usted desapareció la hemos estado buscando. ¡Lo que ha revuelto de un lado y de otro el señor Jim! El no sabe todavía que yo he dado con el sitio donde está usted. ¡Qué buena noticia para él cuando lo sepa! No hay nadie en la casa. Podemos salir y pasar por el muelle del depósito de maderas. Pero no nos conviene perder tiempo.

—¡Oh, Jack! ¡Pero si es inútil! — exclamó ella desesperada.

—¿Inútil? ¡No! — exclamó el muchacho sin comprender el verdadero sentido de la frase de Marjorie — Puede usted confiar en mí como confiaría en el mismo señor Jim. Saldremos, señorita, saldremos.

—Pero usted no me comprende, Jack, — dijo ella en voz muy baja. — He prometido y debo cumplir mi promesa... He prometido casarme con Philip Bourne, el sobrino de mi tutor. ¡Casarme con él, mañana!

Jack miró a la joven como si dudara de lo que sus oídos acababan de escuchar.

—¿De veras? — exclamó.

—Tuve que prometerlo porque amo a Jim. Era el único modo de salvarle, — agregó ella.

—¿Qué dice usted? En esto debe existir algún error, — protestó el joven. — ¡No es posible! ¡No y no! ¿No comprende que eso sería matar al señor Jim?

—¡Jack, no acreciente mi dolor! — exclamó ella con la desesperación y la angustia pintadas en el rostro. — ¡Yo no podía hacer frente a todas sus amenazas menos esa!

Durante un momento calló, ahogado por los sollozos.

—Hoy, el Doctor Marr me dijo: "Sé quien es Jim Strange y dónde se le puede encontrar. Todo su dinero no le puede salvar de la acusación criminal y lo más fácil es que se le encuentre culpable y le condenen". ¿Qué podía hacer yo sino acceder?—exclamó desesperada. — Aquello era como poner en mis manos la vida de Jim.

Jack la miró. ¡Así que Marr sabía que el hombre a quien había conocido como Jim Strange era el millonario Jim Strangways y había sido suficientemente infame para poner como precio de la libertad de Jim la mano de aquella joven, sometiendo así a Marjorie a sus deseos! ¿Se lo habría dicho Dandy Trench?

Era difícil comprender cómo podía haber llegado el Doctor Marr a enterarse de aquello, de no haber sido por Trench.

—¿Dice usted que él la amenazó a usted así recién hoy? — preguntó Jack.

—Sí, — dijo Marjorie. — Desde el momento en que él y su amigo el llamado Trench se apoderaron de mí en el camino de Surrey y me llevaron, medio desmayada, en el automóvil, el Doctor Marr había tratado de asustarme para que yo consintiera en casarme con Philip Bourne. Me dijo que ya había pedido el permiso matrimonial Pero recién hoy me amenazó con lo de Jim. Vino con aire de triunfo como si se hubiera enterado de algo que le daba la seguridad de vencerme.

Era, sin duda, Trench quien había enterado a Marr. Pero parecía extraño que Trench hubiera confesado su secreto a Marr sabiendo, como sabía, que la amenaza de Jim no era vana. Si detenían a Jim, Trench sería detenido acusado de asalto, robo y tentativa de homicidio en Orchardway. ¿Era capaz el pillo de hacer frente a tal peligro con tal de satisfacer su deseo de venganza!

El robo había causado grandísima impreción en la vecindad de Orchardway. La policía investigaba con toda actividad. Y Trench sabía que existían dos testigos que podían acusarle en cualquier momento.

—¿Está usted seguro de que Marr no mentía? ¿Cree usted que lo sabía de verdad? Mencionó el nombre de Strangways?

—No. Sólo dijo lo que yo le he repetido. En el primer momento fingió no comprender. El repitió las palabras como quien repite una lección aprendida de memoria. Pero, naturalmente, debe saber.

—Bien. Es posible que sepa aun cuando me gustaría que no, — dijo Jack. — ¿Es posible que Trench se juegue cinco años de presidio por servir a Marr? Lo dudo. Lo que creo es que Trench, para perjudicar al señor Jim, le haya dicho a Marr nada más que lo suficiente para asustarla a usted. Le ha dicho que repitiera las palabras que le decía sin dejar que Marr se enterara del verdadero nombre del señor Jim y de dónde se le puede encontrar. Un tipo de la astucia de Dandy Trench es muy capaz de hacer eso.

Y Jack se rió, tranquilizado. Estaba persuadido de que no se hallaba lejos de la

verdad. Marr no sabía nada. — Trench le había dicho lo estrictamente necesario y nada más, — y el muchacho exclamó:

—Señorita Marjorie: una promesa así, hecha a la fuerza, puede usted quebrantarla sin el menor escrúpulo. ¡Hasta la ley dice que no vale el juramento arrancado con amenazas! ¡Usted no se va a casar con este pillo que está en connivencia con Marr. ¡No es posible! Usted va a salir de aquí conmigo, inmediatamente.

Se vió una sonrisa de esperanza en el rostro de la joven.

—¡Qué horror ha sido para mí sólo el pensar en eso! ¡Hubiera preferido morir a ser esposa de ese hombre! ¡Pero se trataba de la salvación de Jim!... ¡No me atrevía a causar su ruina!

—¡Pero el señor Jim no se lo hubiera consentido en caso de saberlo! ¿Cree usted que él hubiese permitido que usted se sacrificara así por él? Yo no creo y estoy seguro de que acierto. Además si Marr sabe algo, y lo dudo, estoy segurísimo de que no puede hacer uso de ello. Dandy Trench se cuidaría de que no dijera nada, esté seguro. El sabe que el señor Jim, en caso de que le prendan, le entregará a la justicia y que ésta le condenará a cinco años lo menos. ¡Los tipos como Dandy Trench cuidan mucho su pellejo!

—¡Oh! ¡Si fuera así!

—Así es. Estoy seguro. Vámonos pronto de esta casa, señorita Marjorie. No conviene perder un momento y...

Jack calló de pronto. Se oían voces en el patio. Un portón se abrió y entró un automóvil. ¡Ya era tarde!

—¡Pronto! ¡Mire por la ventana! ¡No conviene que me vean! — dijo Jack.

Marjorie miró. En la oscuridad del patio brillaban las luces del automóvil. El Doctor Marr hablaba con Trench.

—¡Es mi tutor! Esta tarde, después que accedí a casarme, dijo que vendría esta noche a buscarme. ¿Qué hago, Jack?

Le agarró del brazo, implorando.

Jack había fruncido el ceño. Durante un momento no halló contestación satisfactoria. ¿Qué podía él hacer contra dos hombres? Pero fuera como fuera, defendería hasta el fin a la novia de Jim.

Entonces, en el interior de la casa, en el piso bajo, se oyó ruido de pasos. Después se oyó que alguien subía por la escalera.

—¡Ya vienen, Jack. ¿Qué hago? — preguntó Marjorie desesperada.

Un pensamiento hizo a Jack mirar hacia la ventana. En el patio estaban Marr y el gordo. Se volvió de la ventana, hacia la asustada joven.

—La que sube las escaleras es la señora de Tebbut, — dijo, — y viene sola.

De pronto, — si el gesto expresa algo, — el de Jack expresó que se había tranquilizado. — El joven se encogió de hombros y sonrió. En sus ojos se vió un brillo de entusiasmo. El muchacho a quien tanto había enseñado la vida aventurera de las calles de Londres, no se daba por vencido aún.

—Si la suerte me favorece vamos a burlarnos de todos ellos o dejaré de llamarme Jack Lewis, — dijo a la asombrada joven. — ¡Yo contra todos ellos y me juego todo mi dinero en favor de mí mismo! — agregó

JACK CONTRA TODOS

Jack había supuesto bien. Las pisadas que se oían en la escalera eran de la señora de Tebbut.

Dirigíase al piso alto, a pedido del Doctor Marr, en busca de Marjorie a la que su tutor quería llevar en el automóvil para disponer todo lo necesario a fin de que el casamiento proyectado se verificara al siguiente día.

—¡Así que ha venido usted en busca de la pobre niña querida! — dijo la señora de Tebbut con su acostumbrado tono de hipocresía. — ¡Qué joven más encantadora! ¡La echaremos mucho de menos! ¿Se casa mañana? ¿Se ha decidido ya? Crea usted que no me parece mal que se haya negado y resistido. ¡Los hombres son tan malos! Si una mujer se confiesa enamorada demasiado pronto, ya no le hacen caso. Yo no le dí el sí a Tebbut sino después de haberle hecho pasar angustiado y dolorido mucho tiempo. Por fin cuando lo ví desesperado no pude fingir más un desprecio que no sentía. ¿No es verdad, Diminuto? Pero yo era entonces muy romántica. Tebbut no.

Diminuto Tebutt escuchó la retahila de su mujer con creciente desagrado, pues no le gustaba que su esposa sacara a relucir viejas historias. El Doctor Marr, por su parte, se impacientaba.

—¡Vamos! ¡Un poco menos de charla! — gruñó Tebbut. — ¡Arriba a buscar a la muchacha! Supongo que no pondrá inconveniente.

—No. Por fin, y ante mis argumentaciones, ha comprendido que le conviene hacerme caso. Obedecerá dócilmente, — dijo el Doctor Marr sonriéndose.

No creía ya posible resistencia ninguna de parte de Marjorie. Su amenaza la había dominado por completo aún cuando la amenaza había sido pura mentira. Porque, como Jack lo había inteligentemente supuesto, Dandy Trench había dejado sin satisfacer la curiosidad de Marr en lo que se refería al significado de las palabras que el tutor de Marjorie debía decir a su pupila. El pillo de Trench jugaba, pero sin mostrar sus cartas.

—¡Vendrá como una cordera! ¡Pobrecita mía! ¡Me ha tomado muchísimo cariño! — dijo la señora de Tebbut. — He sido para ella como una madre desde el primer momento que pisó esta casa. ¡No le he negado nada de cuanto pudo ocurrírsele! ¡No tenía más que pedirlo y...!

—¡Vamos! ¡Calla de una vez! — gruñó su marido. — ¿Quieres que el señor se pase lo mejor de su existencia esperando aquí para oír tus majaderías?

La señora de Tebbut lanzó una alegre y sonora carcajada.

—¡Diminuto es siempre el mismo celoso! ¡Si es como para no creerlo, doctor! ¡En cuanto estoy conversando con algún señor

que no sea él, se pone nervioso de celos! ¡Es un Otelo!

El doctor Marr reprimió con dificultad un estremecimiento al pensar que Tebbut podía suponer que existía algún fundamento para sus celos.

Haciendo una reverencia y sonriendo, la señora del abundante cabello rubio, — postizo, — el blanquete y el colorete, subió la escalera que conducía a la habitación donde se encontraba Marjorie.

—¡Queridita! ¡Está el doctor Marr que viene a buscarla!

Volvió la llave de la puerta y al hallarla abierta sintió un temblor de aprensión. Abrió la puerta rápidamente y se tranquilizó al ver que la joven estaba, — sola, al parecer, — en la habitación.

—¡Qué emoción he sentido! ¡La puerta no estaba cerrada con llave! ¡De fijo me olvidé de cerrarla! — díjose. Luego, agregó en su tono dulzón de siempre, dirigiéndose a la pálida joven: — He venido a buscarla para decirle que su papá la espera abajo y que tenga la bondad de venir.

Marjorie miraba con horror a la sonriente, untuosa y pintarrajeada vieja. Retrocedió cuando ella avanzó y la señora de Tebbut cambió de tono.

—¿Qué es eso? — dijo con voz agria. — ¿Qué actitud es esa? — agregó sin notar que la puerta de una alacena situada detrás de ella se abría y Jack aparecía sin ruido. — ¡Yo no tengo carácter para aguantar que se me desobedezca! ¡Pronto! ¡Vamos o!...

En aquel momento tuvo la señora Tebbut la más intensa impresión de toda su vida. Sus palabras se cortaron, ahogadas por una mano que le tapó la boca, mientras a su oído resonaban, sin que se diera cuenta de donde procedían, las siguientes significativas palabras:

—¡Ni un grito! ¡Ni una sílaba o aprieto el gatillo!

Y la señora de Tebbut sintió en la sien el desagradable frío del caño de un revólver.

Miró aterrorizada y ya iba a gritar, pero Jack le tapó la boca y ahogó el grito. Marjorie había cerrado ya la puerta.

—¡No dispararé el tiro si usted no me obliga a ello! — dijo después la misma voz de antes. — ¡Pero su próximo grito será el último que lance usted en el mundo!

El frío que sentía en la sien y que debía ser, — no era posible dudarlo, — el del caño de un revólver cargado era como para desnivelar al sistema nervioso más firme.

La amenaza y aquel contacto helado fueron suficiente para vencer a la señora de Tebbut. No intentó por cierto, volver a gritar. Se estremeció y de pronto, perdió los sentidos.

—¡Todo va hasta ahora como un reloj! — comentó Jack satisfecho dejando sobre la mesa el frasco de la mesa tocador que había hecho el papel de revólvor en aquella ocasión.

Pocos instantes después la mujer estaba amordazada y bien sujeta.

Los siguientes cinco minutos los empleó Jack tan activamente como jamás había procedido en su vida. Era necesario no desperdiciar ni un segundo si deseaba burlar "a todos" los de abajo.

Lo primero que hizo fué apropiarse del largo abrigo, de cuello abotonado hasta arriba que tenía puesto la señora de Tebbut. Le llegaba a los pies.

El muchacho se recogió la parte de abajo de los pantalones para que no se le fueran a ver por debajo del abrigo. Después se apoderó de la soberbia peluca rubia que cubría la exigua cabellera gris de la señora de Tebbut y se la encasquetó sobre su cabello castaño y corto.

En la habitación había eelmentos de toilette — pues era el cuarto de la mujer de Diminuto — así que Jack pudo proceder inmediatamente a caracterizarse.

Con el blanquete, el colorete y los lápices que usaba la vieja para pintarse, con la ayuda de un espejo de mano que tomó del tocador y tomando a la desmayada como modelo, Jack tardó muy poco en transformar su rostro en una copia, bastante parecida al de la pintarrajeada señora.

La cara de Jack se transformó por completo — contribuyendo en mucho al parecido del tipo la peluca — y gracias a la habilidad adquirida mediante las lecciones de su amigo el ex actor Vizíard, el muchacho supo adoptar un gesto que acrecentaba de modo asombroso la similitud.

—¡Creo que ya está! — murmuró Jack, mirándose por última vez al espejo y comparándose con la señora de Tebbut.

—Una voz impaciente llegó desde el piso bajo de la casa.

—¿Qué estás haciendo? ¿Te has creído que te han mandado a que le cuentes tu vida a la muchacha? ¡Baja pronto!

Era la voz del corpulento Diminuto.

Jack abrió la puerta. Los hombres habían entrado en la casa por el patio. Casi en cuanto se oyó la voz de Tebbut se oyó el ruido de sus pasos en la escalera. Subía. Jack contestó a la mirada de terror de Marjorie con una sonrisa.

Pero Jack no deseaba de ningún modo que ni Marr ni Tebbut entraran en la habitación. A la luz del cuarto y muy de cerca, la impostura podía ser descubierta, mientras que en la semi oscuridad del patio casi no había peligro

Imitando la voz suave y dulzona de la mujer que estaba tendida en el suelo, amordazada, atada y mirándoles con ferocidad, Jack contestó:

—¡Ahora voy, Diminuto! ¡No te olvides de que toda mujer tiene que arreglarse antes de salir! Oh! ¡Ni tiempo para ponerse el sombrero le dejan a la niña!

La voz era exactamente igual a la de la vieja. Las palabras eran las mismas que en ocasión semejante hubiera dicho la mujer de Tebbut.

Pero sus palabras no hicieron que cesaran los pasos de la persona que subía.

¡Eran los pasos de una sola persona! ¿De quién? ¿De Tebbut o de Marr?

—¡Pronto! ¿Está usted dispuesta? — dijo en voz baja a Marjorie.

La joven salió de la habitación muy emocionada y algo temblorosa, pero tratando de reunir todas sus energías.

Jack apagó la luz, cerró la puerta del cuarto donde quedaba la mujer amordazada y volvió la llave.

Cuado bajaron, en el rellano, se encontraron con el doctor Marr.

ESCAPAR A TIEMPO

Cuando se vió frente al doctor Marr, en la escalera, Marjorie retrocedió un momento.

—Venga usted, hija mía; ¿de qué tiene miedo? — dijo con el tono dulzón e hipócrita que Marjorie había aprendido a odiar y temer. — Si mi proceder ha podido parecer brusco, se ha debido únicamente a que mis deberes de tutor me obligan a insistir en que usted renuncie a pensar en un hombre completamente indigno de usted. He procedido así en cumplimiento de la promesa que le hice a su adorada madre, de que sólo su bien inspiraría mis acciones.

Esta hipócrita referencia a la difunta madre de la joven hizo que Marjorie sintiera valor para hacer frente a aquel hombre.

—¡Tiene usted un modo muy extraño de cumplir su promesa! — exclamó ella con enojo. — ¿Supone usted que sus protestas pueden engañarme o que estoy tan ciega que no comprenda que usted quiere hacer que me case con un hombre a quien odio y desprecio desde lo más íntimo de mi corazón? El dinero que mi madre dejó a cargo de usted...

El doctor Marr la interrumpió rápidamente, siempre en un tono suave que desmentía el fulgor de sus ojos.

—Habla usted sin razón, Marjorie. Pero no espero agradecimiento. Me basta saber que he cumplido mi deber y que la he protegido contra un aventurero, un hombre a quien busca la policía porque está acusado de homicidio, — agregó sarcásticamente.

—Pero, a pesar de todo, que está tan arriba de Phillip Bourne como las estrellas lo están de la tierra, — exclamó apasionadamente Marjorie, — y tan ajeno al crimen de que se acusa como usted y yo.

Marr se rió en son de burla mostrando sus dientes blancos.

—Le hubiera costado bastante trabajo demostrar su inocencia si usted no hubiese tenido la sensatez de consentir en casarse con Phillip. De no haber accedido usted, su adorado estaría a estas horas entre rejas.

—No estoy segura, — dijo entonces Marjorie, — de que usted pudiera llevar a efecto la amenaza proferida contra Jim Strange. No creo que esté usted en condiciones de realizarla si llegara el caso.

Al hablar miraba fijamente a Marr. Su tutor pretendía conocer el verdadero nombre de Jim y el sitio donde se le podía encontrar. Pero ¿lo sabía realmente o su amenaza, — como lo suponía Jack, — no había sido más que una baladronada sin base?

—¡Ya que usted afirma que lo sabe, dígame cual es el verdadero nombre de Jim Strange! — dijo la joven.

Se vió claramente que el doctor Marr se desconcertó al oír semejante pregunta.

—¡Oh! ¡Estamos perdiendo tiempo inútilmente! — dijo tratando de eludir la respuesta. — Ya le he dicho a usted antes que lo sé.

—Dígame entonces el nombre, — insistió Marjorie.

—¡Vamos! ¡Ya es hora de marcharnos! — dijo Marr bruscamente volviendo la espalda a la joven para ocultar la turbación que le dominaba al verse puesto en tan grave aprieto. — ¡No tengo tiempo que perder en tonterías! — agregó.

Pero Marjorie estaba ya convencida de que Jim no tenía nada que temer de parte de aquel hombre. La amenaza de Marr había sido infundada. Dandy Trench, que era quien había propuesto la mentira sí lo sabía todo. Pero Trench, por conveniencia propia, no diría ni una sola palabra sobre el paradero de Jim Strange.

¡Ah! ¡Pero en tales condiciones no había ya fuerza en el mundo que la obligara a casarse con Phillip Bourne!

Jack, — que seguía desempeñando el papel de la señora de Tebbut, — intervino en la conversación en aquel momento.

—Sí, señorita querida: usted debe ir con su papá que tanto la quiere y que sólo desea su felicidad, — dijo.

El joven imitó con asombrosa fidelidad el tono dulzón de la mujer que estaba atada y amordazada en la habitación del piso alto.

Cuando el doctor Marr miró hacia aquel rostro pintarrajeado y empolvado, no había ni rastro de desconfianza en sus ojos. Pero, como Jack lo sabía, el momento difícil llegaría cuando tuviera que pasar por la señora de Tebbut ante el mismo Tebbut. Por suerte la oscuridad del patio le favorecía.

—¿Dónde me lleva? — preguntó de improviso Marjorie. — ¿De regreso a Techos Rojos?

—Sí; de regreso a Techos Rojos, Naturalmente, querida Marjorie, — dijo Marr.

Pero algo de la expresión de su rostro hacía comprender que estaba mintiendo.

—¡No quiero ir con usted solo! ¡No confío en usted! — exclamó Marjorie de pronto. Se volvió hacia la supuesta señora de Tebbut: — Usted ha sido muy buena, a su modo, conmigo; acompáñeme. ¡No iré si no viene usted!

Esto formaba parte del plan anteriormente combinado con Jack.

—Sí, querida señorita... Tendré mucho gusto en acompañarla... siempre que el señor doctor no tenga inconveniente, — dijo con su voz melosa.

—¡No saldré de aquí sola! — agregó Marjorie. — Si la señora Tebbut no viene conmigo no me sacarán de aquí como no sea por la fuerza y a tirones y gritaré durante todo el camino.

Y miró a Marr con aire de desafío.

—¡Bien! ¡Sea lo que usted quiera! — dijo Marr impaciente encogiéndose de hombros — ¡Todo lo sacrifico a la tranquilidad! ¡No quiero escándalos!

En realidad, Marr se felicitaba por la ocurrencia de Marjorie. Sabía que podía confiar en el matrimonio Tebbut. Había conocido a Jermy por intermedio de Dandy Trench y Jermy había salido garante por Tebbut y su mujer.

Dandy Trench debía haber acudido a la

taberna de la orilla del río aquella noche, pues era él quien debía manejar el automóvil mientras Marr, sentado junto a Marjorie la vigilaría para evitar que se escapase.

Marr no podía saber que Trench estaba, en aquel momento tendido, desmayado, en su departamento, a consecuencia del golpe que le había dado Jim y maldecía la tardanza de su socio. Como debido a la ausencia de Trench tendría él que manejar el automóvil ¿por qué no había de ir aquella mujer cuidando de Marjorie durante el viaje? Marr no quería dejar detalle que pudiera hacer fracasar su plan cuando ya lo consideraba realizado.

—No se muestra usted muy galante cuando una señora hace una oferta llena de bondad y de generosidad, — dijo. fingiéndose ofendida, la supuesta señora Tebbut. — Pero tal vez obedezca su actitud a que está nervioso y a que ha pescado un terrible resfrío. ¡Tenga cuidado! Hágase atender por un médico no se le vaya a hacer crónico el catarro, como a mi esposo.

El doctor Marr no hizo caso de lo que le decía la charlatana señora, aun cuando era verdad que tenía un catarro muy fuerte que le había puesto ronco.

—Tebbut — oyeron que decía Marr al llegar al pie de la escalera, — su esposa se ha ofrecido para acompañar a la señorita Penrose hasta el momento del casamiento.

—No te resientas porque así te abandone. Diminuto querido — dijo la voz de la supuesta esposa del gordo pasando por donde estaba Marr y llegando hasta el patio.

La voz de Jack imitaba con extraordinario acierto la manera de hablar de la vieja

Se hubiera creído que Tebbut había despertado hacía tiempo de su sueño de amor. Recibió la noticia de la partida de su esposa sin emoción y lo único que dijo fué que podía quedarse fuera de casa todo el tiempo que le diera la gana pues a él le tenía perfectamente sin cuidado.

—¡Este es un marido amante y cariñoso! — exclamó la mujer objeto de tan poco galante contestación, Jack se sentía tranquilo. Evidentemente el gordo no sospechaba tampoco. — ¡Pero no crea que siente lo que dice, doctor, no crea! ¡Diminuto lo dice para ocultar la ternura de que rebosa su corazón!

Tebbut volvió la cabeza dirigiendo una mirada de enojo a su pintarrajeada mitad, que estaba en la penumbra. Jack había tomado un largo velo que había encontrado en el cuarto y era propiedad de la señora de Tebbut. Lo había envuelto coquetamente sobre su cabello color de canario cruzándoselo al cuello, como tocado de viaje.

—¡Menos charla! — gruñó el gordo de mala gana.

Marr se dirigió al automóvil que esperaba. Durante un momento la blanca luz del faro de acetileno le dió en el rostro que con su encerotado mostacho y con su barba corta y puntiaguda, parecía el de Mefistófeles sin que faltara, para acentuar el parecido, la sonrisa maliciosa, cruel y burlona.

Habló unas pocas palabras con Diminuto y luego llamó aparte a la supuesta señora de Tebbut.

—Esto se le pagará bien, — díjole en voz baja. — Vigile y esté alerta por si se le ocurre saltar del coche. No es que lo crea posible pero siempre es bueno estar prevenido.

—¡Déjelo usted a mi cargo, doctor! — y la verdadera señora de Tebbut no hubiera podido dirigirle una sonrisa más insinuante.

El doctor Marr se dirigió apresuradamente hacia el automóvil, puso en marcha el motor y ocupó su asiento Marjorie y su compañero ocuparon los asientos interiores.

Jack no pudo resistir a la tentación de sacar la cabeza y saludar al gordo en el momento en que el automóvil se ponía en movimiento.

Y en el mismo instante un grito sofocado, procedente de lo alto de la casa, llegó hasta el patio, haciendo que Tebbut se volviera sobresaltado.

Se notó grandísima sorpresa en el rostro del gordo que corrió hacia el interior de la casa para solucionar el misterio.

Pero no existía tal misterio para Jack. Sin duda la señora de Tebbut había logrado quitarse la mordaza y estaba pidiendo socorro a voz en cuello.

—¡No espere doctor! ¡No es nada! — gritó la fingida señora Tebbut a Marr que había parado el automóvil al oír los gritos ahogados.

Marr, que estaba apurado, no hizo caso de aquella manifestación y el automóvil salió por el portón, del camino.

—¡Uff! ¡Hemos salido a tiempo! — murmuró Jack al oído de Marjorie. — ¡Un minuto antes que hubiera gritado la vieja y nos desconcierta el plan!

Iban avanzando rápidamente, así que cuando Diminuto hiciera el emocionante descubrimiento de que la mujer que iba en el coche no podía ser su esposa — pues la auténtica se encontraría en la pieza de los altos con un ataque de nervios — y saliese al camino, desespeardo, el automóvil se hallaría ya fuera de su alcance.

Fué tres minutos después cuando llegaron a la encrucijada donde Jim Stranways, — como se ha relatado ya, — detenido por un agente de los que dirigían el tráfico en su marcha apresurada hacia el barrio del Este, en el automóvil en que había salido de casa de Trench, logró ver a Marr que pasaba manejando el coche y dentro del vehículo, medio oculta por la capota, a una mujer que indudablemente tenía que ser Marjorie.

Jim sintióse dominado por una gran angustia al ver a Marjorie en las garras de Marr. Si hubiera sabido el plan que su amigo Jack llevaba a efecto hubiérase sentido menos afligido. Pero el plan era arriesgado y se necesitaba toda la valerosa temeridad de un muchacho como el vendedor de diarios para llevarlo a efecto.

Jack habíase propuesto que, sucediera lo que sucediera, el casamiento que Marr y Phillip Bourne habían preparado para la mañana siguiente, fracasara.

EL FRACASO EVIDENTE

Mientras el automóvil les alejaba rápidamente de Limehouse, el cerebro de Jack trabajaba con actividad vertiginosa.

El muchacho se dió cuenta de que preten-

der escapar durante el viaje era demasiado arriesgado y no había que pensar en ello. Aun cuando el automóvil amenguara su marcha lo suficiente, Marjorie no podía llegar a descender del vehículo sin que su tutor lo notara a tiempo para hacer fracasar la tentativa.

El viaje era largo. Mucho antes de que llegaran al final de su jornada — que por cierto, a juzgar por los sitios por donde pasaban, no era Techos Rojos, la casa del doctor Marr — empezó a descender una neblina tenue que fué envolviéndolo todo.

Por último volvieron y entraron en un tranquilo camino cuyo nombre, pintado en el tablerito puesto en un farol del alumbrado, fué recordado en seguida por Jack: Camino de Crayl.

Era a una casa del camino de Crayl a donde se dirigía Phillip Bourne, llevando a Marjorie la memorable noche en que él y Jim habían ido a Techos Rojos. Jack recordaba la dirección que el doctor Marr había dado a Jim antes de que el accidente que sufrió el automóvil hubiera permitido a Marjorie escapar y refugiarse en casa de Nance.

Jack no se sorprendió cuando Marjorie le dijo en voz baja:

—Esa es la casa donde vive Philip Bourne.

El automóvil se detuvo delante de un pequeño chalet. Cuando la criada abrió la puerta, detrás de ella en el hall iluminado apareció la figura del sobrino del doctor Marr a quien Jack había visto con anterioridad en Techos Rojos.

—¡Así que usted me ha mentido! ¡Dijo usted que me llevaba de regreso a Techos Rojos! — exclamó Marjorie.

Marr se encogió de hombros.

—Hemos pensado que la casa de Philip sería más conveniente, ya que mañana ha de celebrarse el casamiento — dijo Marr con suavidad. — Phillip cede a usted su dormitorio. Irá a pasar la noche en un hotel.

Phillip Bourne había descendido los escalones de la galería de entrada para dirigirse sonriente a Marjorie, cuando le llamó la atención notar la presencia de una tercera persona.

—La señora de Tebbut, — explicó apresuradamente Marr. — Marjorie pidió que ella la acompañara.

—Tantísimo gusto en verle, — dijo la supuesta mujer con suma afabilidad tomando la mano de Bourne y sacudiéndola con efusion.

El joven retiró la mano apresuradamente.

Hubiera deseado ayudar a Marjorie a descender del coche, pero rehusó su ayuda. Le miró con expresión de horror y de asco. A en casa de los enemigos, sin más esperanza que Jack, todos sus anteriores temores habían vuelto a dominarla al ver a Phillip que la miraba sonriendo tranquilo y seguro. La pobre joven se sentía envuelta en la red.

—No es muy cordial la recepción — dijo Bourne impaciente, ofendido su amor propio al notar el asco con que Marjorie se había separado de él.

—¿Podía usted esperarla distinta? — preguntó Marjorie en voz baja pero llena de altivez.

Se oyó otra voz: la chillona y desentonada de la supuesta señora de Tebbut.

—¿Usted es el novio feliz? ¡Lo comprendí en seguida! ¡La pobrecita está cansada y abatida! Ya verá como mañana por la mañana todo se volverá sonrisas y alegrías. ¡Ya verá! Pero ahora no le impaciente. ¡Pobre! ¡Tan nerviosa!....

—¡No! ¡No pienso impacientarla, como usted dice, buena mujer! — replicó Phillip. — Voy a retirarme dentro de muy pocos minutos y no volveré a verla hasta que nos encontremos mañana, los dos, ante el empleado de la oficina del registro de estado civil.

(Continuará)

El director de PUCKY contesta a los lectores

B. A. Blanco, Capital. — Entre las obras que usted desea leer, se publicarán las que no han aparecido ya en PUCKY.

El capitán Tidler, M. Ocampo. — Una de las novelas que usted indica, ya se está publicando; las demás saldrán a su debido tiempo. Gracias por sus nobles deseos.

Equis Equis, Córdoba. — La composición que usted nos envía es correcta.

Alé, Tartagal. — Gracias por sus manifestaciones de simpatía hacia esta revista. Estimamos mucho la obra que usted realiza entre sus amistades dando a conocer el valor de las novelas que publica este magazine.

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662

Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

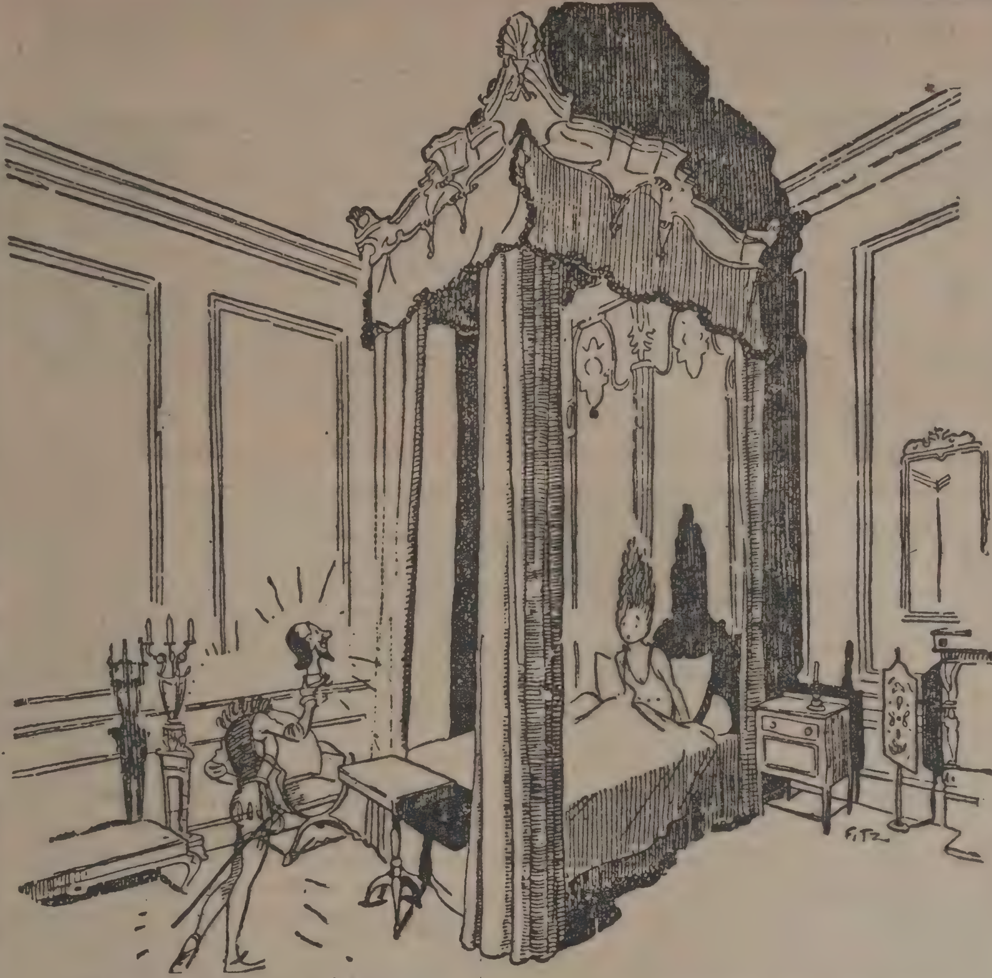
Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
" atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números)	„ 4.80
Suscripción por 1 año (52 números)	„ 9.00

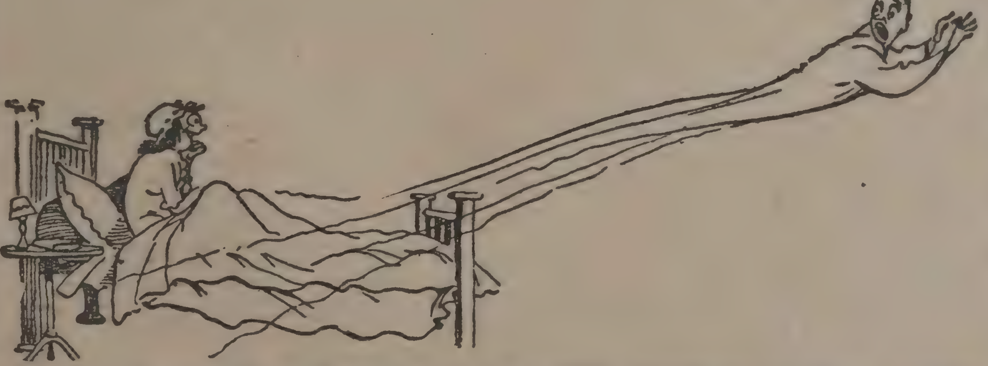
Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países	„ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA S. A.



Todos conocemos la impresión que producen los fantasmas que nos rodean.



Pero nadie piensa en los sustos que los pobres fantasmas se llevan muchas veces.

En el próximo número de PUCKY iniciaremos la publicación de nuevas y emocionantes aventuras del detective Mc Carthy.

LA CASA DE LOS ESCLAVOS

PIPERMIT por BILLY DEBECK

CORREO ARGENTINO | FRANQUEO A PAGAR CUENTA 79 | TARIFA REDUCIDA CONCESION 261

20 cts.

PUCKY

La Lectura Para Todos
Acción Drama
Misterio Aventuras

No. 488

La CASA de los ESCLAVOS

Por John G. Brandon

FEBRERO 3 DE 1933
Buenos Aires

PUCKY
La Lectura Para Todos
Acción — Drama
Misterio Aventuras

No. 488 Año XIII

PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

BUENOS AIRES, FEBRERO 3 DE 1933

La casa de los esclavos

Por

John G. Brandon

EL MUTIS DEL Sr. VAN HOPPER

EN una calle tranquila y retirada, que por espacio de doscientos años había estado consagrada a las altas finanzas y sus adoradores, se hallaban las oficinas de los señores Staynes y Van Hopper; aunque para el público en general y para los pequeños y mal aconsejados clientes, la firma era más conocida por Compañía de Inversión Eldorado. Se le llamaba también La Mina de Oro del Pobre y los señores Staynes y Van Hopper eran quienes la manejaban.

Solamente los dos astutos sujetos que patrocinaban aquella empresa capitalista hubieran podido decir con exactitud cuantos millones de impresos llamativos, prometiendo riqueza, habían penetrado en los hogares de las clases trabajadoras. Nadie más que ellos hubieran podido decir cuantas libras, penosamente ganadas habían entrado en los cofres del Eldorado, aunque los enterados de la City movían la cabeza y decían que millones.

En que era invertidos aquellos millones para producir las vastas utilidades prometidas era otro punto que solamente Staynes y Van Hopper sabían. Y aquellas dos amables y persuasivas personas se mostraban muy reservadas sobre el particular.

Eso hubiera sido enterar a las víctimas, hacerles saber que en la gran caja que se hallaba instalada en las oficinas había títulos al portador por valor de casi dos millones de libras, pagaderos a la vista en cualquier país. Tiempo había para que el público y los infortunados clientes descubrieran eso, cuando los dos astutos caballeros lo tuvieran todo listo. Y parecía que ese momento no iba a tardar mucho, por lo menos para uno de ellos.

La aurora teñía apenas un cielo pesado de nubes, cuando el fornido miembro de la policía de la City, James Harland, caminaba lentamente por la corta aunque famosa avenida en la cual estaban situadas las palaciales oficinas de la Compañía de Inversión Eldorado. Caminaba metódicamente y, en cumplimiento de su deber, empujaba con precaución puerta por puerta. Deseaba que no ocurrieran sucesos enojosos en su recorrida.

Su mano estaba todavía sobre la perilla de una puerta, cuando vió con sorpresa aproximarse un auto lujoso, el cual se detuvo junto a él, descendiendo la pesada figura del señor Jan Van Hopper.

Pensó interiormente el policía que Van Hopper era hombre que se reconocería entre mil. Era gordote, obeso, y hablaba inglés con acento pesado y gutural.

Harland saludó respetuosamente al gran financista. Era, observó, sorprendente ver a un caballero tan eminente como el señor Van Hopper levantado a esa hora. El gordo Van Hopper asintió con una sonrisa. Ciertamente era una sorpresa. Pudo informar al oficial que mucha gente se iba a sorprender grandemente antes de que transcurrieran pocas horas; pero se guardó ese dato para sí.

Todo lo que dijo a Harland fué que se había dejado en la oficina unos documentos que necesitaba. Entró al edificio y volvió a salir media hora después, cerrando cuidadosamente, con la llave, la puerta. Dos horas más tarde abandonaba el país y con él se iban los valores al portador que constituían el único capital de la Compañía de Inversión Eldorado. Y también las esperanzas de miles y miles de obreros. Si alguna vez la viuda y el huérfano fueron despojados hasta de su último chelín, nunca tan limpiamente como por mano de los señores Staynes y Van Hopper.

Pero las oficinas iban a tener esa mañana otro visitante. Antes de que Harland hubiera terminado su recorrida, vió llegar apresuradamente al otro socio. Y había algo de furtivo — si tal término puede aplicarse a un gran financista, — en los movimientos del señor Staynes.

Estaba también tan apurado que dejó la puerta abierta al entrar.

El cabo Harland estaba a punto de seguirlo y hacerle notar su omisión cuando, al parecer, brotó del suelo una segunda figura.

Era una figura que le hizo abrir tamaños ojos, porque se trataba de alguien a quien conocía bien y admiraba más, el detective inspector McCarthy, de Scotland Yard.

¿Qué demonios hacía ahí?

Por sus modales se vió que el inspector andaba en "asuntos". No era aquella una visita matinal.

—¡Buenos días, oficial! — murmuró el inspector y, pasando junto a él, subió las escaleras. — Voy a ver al caballero que está arriba. Tengo un pequeño presente para él.

Cuando el cabo se recobró de su sorpresa, el inspector había desaparecido.

Fué a un hombre enloquecido, en la oficina privada de los señores Staynes y Van Hopper, que McCarthy tocó oficialmente en el hombro. Un hombre que lanzaba delirantes insultos y maldiciones a su socio ausente y no podía apartar sus ojos de la caja, abierta de par en par, y de los papeles esparcidos por el suelo. Pero había un paquete que no se hallaba en el suelo y era el que interesaba a Staynes más que cualquier otra cosa en el mundo.

—¡El ladrón! ... ¡el canalla! — gritaba Staynes. — Me ha traicionado! ¡Se ha escapado!

—Bueno, queda usted y es algo — dijo McCarthy filosóficamente. Comprendía que Van Hopper había previsto el arresto y se había largado con el dinero. Sacó las esposas de su bolsillo y las colocó en las muñecas del hombre.

—¡Idiota! ... ¡idiota! — le gritó el otro — Está aquí, perdiendo el tiempo conmigo, que nada tengo, y Van Hopper se escapa con todo el dinero. El es el ladrón, no yo.

—Según la orden, son ustedes dos y si él lo ha embromado a usted sólo significa que es el más hábil. Pero ya lo detendremos en alguno de los puertos, no se aflija.

—¡Puertos! — exclamó Staynes amargamente. — ¿Cree que Van Hopper es tan tonto para tomar ese camino? Tenía un aeroplano pronto todas las noches, desde hace varios días. Ya debe estar cruzando el Canal y aterrizará donde nadie puede verlo. Todo rastro del aeroplano será destruído.

Lo cual resultó una profecía. Cuando más tarde, aquel mismo día, se supieron las noticias de la estafa, que dejaba miles de hogares en la miseria, oyó McCarthy tantas historias conmovedoras que lo hicieron rechinar los dientes de impotente ira. Había llegado con pocas horas de retraso. ¡Y todo se había perdido!

ALELI EN PIE DE GUERRA

En la tarde de aquel mismo día, el inspector McCarthy leía con el ceño fruncido una carta mientras tomaba apresuradamente una taza de te, en un establecimiento de Whitehall. La carta había llegado a la Yard por el correo de la tarde.

No le importaba mucho el te. En verdad, con aquel ruidoso asunto de la desaparición de Van Hopper, no había tenido tiempo de tomarlo. Pero quería estar unos momentos solo para meditar en aquella turbadora epístola, para ver si estaba a tiempo todavía de hacer algo. Después de leerla cuidadosamente por segunda vez, su esperanza desapareció. El inspector McCarthy juró, entre sí, pintorescamente.

La carta en cuestión había sido escrita esa misma mañana, en papel que llevaba el membrete de uno de los hoteles más exclusivos de West End.

Era corta, significativa, y decía así:

"Mi querido McCarthy:

Esta carta lo sorprenderá o no. Dependerá de la fe que usted haya tenido en la más dudosa de mis cualidades: la fuerza de voluntad.

"Por consejo suyo, yo había empezado a andar por el camino recto, pero infernalmente angosto. Pero, mi querido y viejo Mac, me he convencido de que la vida tranquila no es para mí. Siento que si no pongo violentamente las manos sobre algo, por lo menos, una caja de banco, me volveré loco. De modo que vuelvo a mi viejo y aventurero juego, con mi vida en una mano y mi libertad en la otra.

"Pero no quiero darle dolores de cabeza, Mac. Dejaré Inglaterra y desarrollaré mis actividades en el Continente. Además, quiero hacer una concesión o su honrada conciencia, Mac. Le doy mi palabra que nunca robaré más que a los ricos que lo merezcan. Y hay muchos cerdos, gordos, lustrosos, o ratas flacas y cadavéricas que merecen ser despojados de sus ilícitas ganancias. He oído decir que ese miserable de Jan van Hopper le ha dado esquinazo y se ha marchado con el botín. Voy a perseguirlo, para empezar, y si la suerte me ayuda tendrá usted el hombre y el dinero. Yo soy demasiado buen ladrón para no conseguir robar a otro.

Su sincero y mal aconsejado amigo

Marcos J. Gilliver. (Alelí) ...

Por algunos instantes el inspector McCarthy continuó mirando la firma de su audaz amigo, aunque el significado de la carta era bastante claro. Alelí estaba en pie de guerra nuevamente. ¿Habría todavía oportunidad de discutir el punto con él?

Llamó por teléfono al hotel y lo informaron de que los baúles de Gilliver habían sido despachados y que él no había dejado dirección, ni indicaciones respecto al sitio donde pensaba dirigirse. Encontrar en Londres — si es que estaba en Londres todavía — a persona tan rápida como Alelí era superior a los poderes de McCarthy.

A decir verdad, no se le ocurrió que el caballeresco Alelí pudiera visitar a Madame de Sorais y enterarla de su propósito. Si así hubiese sido, hubiera descubierto que aquel emprendedor joven se enfriaba, en esos momentos, los talones en el hall de Madame de Sorais. Y, además del traje de viaje, tenía a su lado un saco de mano.

Pero en su maravillosa sala, Madame de Sorais estaba ocupada en una entrevista que,

Alelí peleaba furiosamente contra los asaltantes que lo rodeaban. De pronto se oyó un "crac" y el hombre que estaba más próximo a él cayó.

por muchas razones, hubiera deseado evitar. Porque la vivaz y magnífica criatura que se movía graciosamente en la pieza, apenas inferior en belleza física a madame misma, era su media hermana, Osaki, más conocida en el mundo equívoco de Europa por Mademoiselle de Channe. Nadie hubiera imaginado que aquella hermosa aventurera, que parecía una mariposa oriental de brillo deslumbrador, tenía parentesco con la misteriosa y extraña Madame Osari de Sorais.

Ambas habían sido educadas en el mismo convento francés de Hue, en la Indochina francesa, y hablaban el lenguaje de la mayor parte de los países europeos como si hubieran nacido en ellos. Pero mientras la mayor, Osari, había consagrado toda su existencia a la regeneración de su pueblo Shan, Osaki, inquieta y aventurera, había alzado el vuelo, viajando por el mundo, siempre en busca de las emociones que daban sabor a su errante existencia.

Y había hallado tantas, tantas, que estaba proscripta de la raza shan y era una perpetua vagabunda que vivía principalmente, después de sus escapadas, de la generosidad de su media hermana. Una generosidad que, no obstante las inmensas riquezas de la princesa de Shan, estaba casi agotada. Además, Osari deseaba salvar a su hermana menor de la inevitable consecuencia de sus audacias. Mientras tuviera dinero, sabía ella que eso sería imposible.

Todo eso no le importaba a la aventurera Osaki. Segura de su juventud y su belleza, sin el menor rastro de miedo físico en su ser, seguía su camino, desoyendo los consejos y protestas de su media hermana, a quien secretamente quería mucho.

—Mi querida Osari — le decía alegremente — todo lo que dices es perfectamente justo y correcto. Mi manera de vivir es sencillamente escandalosa; pero. .. yo no sé más que volar. Si llevo una vida monótona y res-

petable, me siento desgraciada. Sólo cuando afronto el peligro de muchas fuentes distintas, sólo cuando me acecha la muerte, soy gloriosamente feliz. Siendo así... — se encogió de hombros elocuentemente. — Pero, — añadió — necesito algún dinero. Estoy, como dicen los Occidentales, arruinada.

Sin decir palabra, Madame de Sorais se acercó a un escritorio, maravillosamente esculpido, oprimió un resorte secreto, únicamente conocido por ella misma, y de un cajón sacó un paquete de billetes de cien libras, del Banco de Inglaterra.

—Aquí tienes dos mil libras, Osaki — dijo tranquilamente. — Cuídalas bien, porque serán las últimas. En los últimos y pocos años te he dado muchos miles de libras, que debieron ser destinadas a mejores fines. No puedo robar el Tesoro de nuestro pueblo para mantenerte en la vida de loca aventura que has elegido.

La otra agarró el dinero y lo metió en su cartera, como si fuera papel inservible.

Mademoiselle de Channe no conocía el valor del dinero.

—En tal caso, queridísima Osari, — le dijo con su sonrisa maravillosamente seductora — me sentiré tentada a realizar acciones aún más desesperadas para obtener dinero. Entretanto, "¡au revoir!" Tendrás noticias mías de tiempo en tiempo.

Madame Sorais suspiró.

—Estoy destinada a eso, Osari—dijo tristemente. — Si yo pudiera...

Pero, con alegre risa y saludándola con la mano, la otra se marchó. Los consejos y deseos de su hermana eran letra muerta para Mademoiselle de Channe.

Mirando hacia abajo de la escalera, vió Osaki a un joven extremadamente buen mozo que, en aquel momento, se contemplaba en un antiguo espejo chino, sin sospechar la presencia de la joven. Con sus ropas impeca-

blemente cortadas, era el tipo más interesante que había visto en mucho tiempo.

¿Quién era y que hacía en la respetable casa de Sorais?

De una cosa estaba Osaki segura: de que no hacía una ociosa visita de cumplido.

La vena aventurera que en ella había le hizo reconocer en él, instantáneamente, la misma cualidad. Fuera quien fuese aquel joven, era una persona que hacía las cosas sin preocuparse mucho de sus consecuencias, como ella misma. Determinó averiguar algo más respecto a él.

Dándose vuelta, se ocultó entre las cortinas de una alcoba contigua a la entrada de la sala, en el mismo momento en que el mayordomo chino hacía pasar a Marcos J. Gilliliver a presencia de Osart.

Una vez que lo hizo entrar, Chang Lo se retiró nuevamente. Y Osaki, con traviesa sonrisa en sus labios, escuchó ávidamente la conversación de Alelí y su ex patrona.

No tardó mucho en saber cuanto deseaba acerca de aquella persona, una persona enteramente de acuerdo a sus ideas. Luego, con expresión extrañamente pensativa en su rostro, bajó la escalera y salió a Berkeley Square. Pero no se alejó enseguida de aquella aristocrática vecindad.

Gilliver, al salir de aquella maravillosa casa de misterio, echó a andar a paso vivo hacia Dover Street, desde donde pensaba tomar el subterráneo hasta la estación del ferrocarril. Iba perdido en sus pensamientos. La extraña y enigmática sonrisa con que Madame de Sorais había escuchado su decisión lo había turbado, si es que Alelí se turbaba por algo.

Pero, como dijo un filósofo, lo inesperado nos acecha a la vuelta de la esquina. Para Marcos J. Gilliver se presentó bajo la forma de una hermosa mujer que estaba, de la manera más imprudente, contando un paquete de billetes de banco, en cantidad bastante grande como para tentar a los ladrones, aun en aquel exclusivo barrio de Londres.

Cuando Alelí había casi llegado junto a ella, un tipo de mala traza, que caminaba agachado por el borde de la acera, pegó un manotón al dinero de la mujer y trató de arrebatárselo. Pero recibió de Alelí un puñetazo debajo de la oreja izquierda y cayó de espaldas sobre la calzada. Se levantó con un gruñido e hizo otra tentativa; pero recibió otro puñetazo detrás del otro oído y volvió a caer. Cinco segundos después se levantó y dió vuelta la esquina, corriendo como si los diablos lo persiguieran. En el bolsillo del saco llevaba los dos billetes de una libra que la dama le había dado por simular el atentado. Tal era, forzoso es reconocerlo, la duplicidad con que procedía Osaki de Chanune. El infeliz desocupado, que había pedido una moneda de cobre a la rica dama, se tentaba los dos bultos que tenía ahora detrás de las orejas, conviniendo en que el precio de dos libras, por haberlos recibido, era barato. El que dijera que aquel joven elegante no sabía pegar merecería ser tratado de loco.

—Sabe usted que... — empezó Alelí dirigiéndose a la dama con su agradable sonrisa. Y luego se detuvo bruscamente. ¿Quién era aquella hermosa mujer, que se parecía a alguien a quien conocía y que en ese momento no pudo recordar? Había en ella algo extrañamente familiar y sin embargo, sabía Alelí que no la había visto nunca.

—¿Qué iba usted a decir? — preguntó ella, con aire de adorable sencillez que cautivó instantáneamente a Alelí.

—Iba a decir que se lo tuvo usted bien merecido — contestó Alelí gravemente. — No es prudente, ni siquiera en este barrio, andar con un fajo de billetes del Banco de Inglaterra y ponerse a contarlos, en la calle. La tentación es grande para cualquier pobre diablo necesitado.

—No era mucho — le aseguró ella.

—¡Oh no! — contestó él satíricamente. — Pedo, sí, lo bastante para que él pudiera vivir cómodamente el resto de su existencia.

—Si no son más que dos mil libras! — dijo ella. — Con esto no se va muy lejos hoy en día.

—¡Caramba! Sea como fuere, no las vuelva a exhibir. Quizá no será ese tipo el único tentado.

Entonces, recordando la conversación que había escuchado furtivamente junto a la salita de su media hermana, tocó a Osaki sonreír para sus adentros.

—Tendré más cuidado — dijo y luego le dirigió una curiosa mirada. — Uno nunca sabe con quien puede encontrarse ¿verdad?

—Nunca lo sabe — contestó él brevemente. — Yo también podría ser un ladrón.

Ella lo miró atentamente.

—Puede usted serlo, naturalmente — convino ella. — Pero presiento que, si lo fuera, me sacaría el dinero de la cartera estuviera ésta cerrada o no.

—Eso es muy lisonjero para mí — dijo él. — Y para evitarme la tentación, es mejor que le consiga a usted un taxímetro y siga mi camino.

Mientras hablaba levantó su bastón e hizo detener a un taxi que pasaba; ayudó a subir a la joven y permaneció un momento, sombrero en mano, junto a la ventanilla.

—¿A dónde quiere que la lleven?

—A... este... al Carlton Hotel — dijo ella y le tendió su mano enguantada. — "¡Au revoir!" — parecióle a Alelí que nunca había visto sonrisa tan maravillosa. — Nos volveremos a ver... algún día.

—No es probable — contestó el sonriendo. — Yo soy piedra que rueda.

—¿Y como la piedra que rueda no junta musgo?

El se encogió de hombros.

—A veces — dijo. — Pero en campos tan lejanos de donde podría encontrar a personas como usted que las probabilidades de un encuentro entre nosotros son muy remotas.

Nuevamente le dirigió ella una de sus extrañas sonrisas.

—¡Quién sabe! — contestó. — Yo también suelo cruzar campos muy extraños.

Y luego se alejó. El se quedó un momento mirando al auto, con ceño perplejo.

—¿Quién diablos es? — se preguntó. — ¿Dónde la he visto o a alguien que se le parece? Se hacía aún la misma pregunta cuando bajó del tren en **Harwich** y tomó el vapor para Holanda

ALELI SE HACE DE UN MORTAL ENEMIGO

En el comedor del Hotel der Nederlanden, ese bien conocido lugar de cita de los que buscan lujo, vida alegre y buena comida, en la ciudad de Amsterdam, Alelí, elegantemente vestido, estaba sentado solo, terminando el último plato de una comida exquisita.

No estaba allí por puro pasatiempo. Pasaba mentalmente inventario de las riquezas que había en el salón, especialmente en los brazos y cuellos de las mujeres — en opinión de Alelí — más feas y gordas del mundo. No es que no hubiera presentes algunas bellas y esbeltas; más de una había tratado de atraer las miradas del joven y apuesto inglés, en su mesa solitaria; pero ésas no eran las que llevaban ricas joyas. Las que se hallaban materialmente cargadas de alhajas eran las maduras esposas de gordos y opulentos burgueses, en aquella ciudad, quizá la más rica de Europa. O también las lánguidas mestizas javanesas, esposas de plantadores de la India Oriental, que había venido de visita a la vieja Holanda.

Pero había también otras. En una gran mesa redonda, colocada en la parte más visible del salón, había un grupo bullicioso, en el cual no podían hacerse excepciones respecto a los encantos de las mujeres o los trajes parisienses que vestían. La comida era ofrecida por el gran holandés que estaba a la cabecera de la mesa, aquel listo, si no turbio, financista Mynheer Dirck van Blooch. Acababa de regresar a Holanda, después de larga permanencia en el extranjero, entregado a grandes negocios (Lo que M'neer van Blooch ignoraba acerca de sucias tretas para ganar dinero, nadie podía enseñárselo).

Había otros medios fuera de la Bolsa y el comercio que habían producido a M'neer, (para escribir la palabra como en inglés se pronuncia) inmensas sumas. Pero estos medios los reservaba cuidadosamente para sí y para la banda que con él trabajaba. Ni siquiera el hombrecillo robusto, bajo, de rostro plácido, que comía una modesta cena en un rincón aislado, tenía pruebas de aquellas actividades de van Blooch.

Si así hubiera sido, M'neer Dirck no habría estado allí esa noche, cantando canciones de ebrio y llenando los vasos de las damas con Pommery. Porque el hombrecillo de rostro plácido era el famoso inspector de policía Karl Lennin y lo que él no sabía respecto a las actividades públicas y privadas de las notabilidades de Holanda no valía la pena saberse.

No estaba, sin embargo, enterado, de ciertas fuentes de recursos de van Blooch porque el pesado holandés era demasiado hábil hasta para Lennin. Tenía inteligencia y astucia en su cabeza calva. M'neer van Blooch era original en procedimientos criminales.

En aquellos momentos, además, los suaves ojos del inspector Karl Lennin no estaban fijos en el ruidoso grupo de la mesa de van Blooch, si no en el elegante joven que comía discretamente solo. Y el sagaz inspector pensaba, a su tranquila y reservada manera, que andaba haciendo el encantador Marcos J. Gilliver, alias Alelí, en Amsterdam. Algo, no le quedaba duda, que valía la pena observar.

La mayor parte de los audaces golpes de Alelí, en otras capitales de Europa, eran bien conocidos por Lennin, lo mismo que la hermosa cara de su perpetrador. Alelí era, en opinión de Lennin, un joven excepcionalmente original y simpático, con delicisos modales de hombre de mundo; pero que, inevitablemente, un día u otro tendría que ir a cumplir larga condena en la cárcel.

Fuera lo que fuera que hubiese traído a Alelí a Amsterdam, valía la pena averiguarlo, por lo que el inspector Lennin, terminó su cena, sin perderle ojo, oculto tras el diario que estaba leyendo.

Alelí, sin darse cuenta de la atención de que era objeto, encendió un cigarrillo y se puso a observar también. El mozo que lo servía hablaba algo de inglés y lo informó acerca de aquel vulgar van Blooch, dándole detalles de su riqueza, poder e impertinencia. El mozo dijo también algo más de van Blooch: que durante la guerra se le creía a sueldo de los alemanes y que había establecido un contrabando de malos alimentos, a precios imposibles, en aquel país hambriento. Le contó otras empresas, igualmente turbias, por las cuales pudo y debió ser fusilado contra una pared, si no hubiera tenido personas poderosas para defenderlo. Luego, por espacio de dos años, se había ausentado del país y ahora estaba nuevamente de regreso.

Todo aquello produjo efecto sobre Alelí. Allí estaba uno de esos tiñosos de quien había escrito a McCarthy, uno de esos tipos enriquecidos que merecían ser despojados. Alelí observaba y pensaba. Y cuanto más observaba más antipatía le inspiraba el gordo y bullicioso holandés, antipatía que iba a tener extrañas consecuencias antes de mucho.

De pronto se produjo un acontecimiento que también influyó en las escenas violentas que iban a ocurrir. Por el centro del salón, con el porte de una emperatriz, vestida como podía haberlo estado ésta, avanzó una hermosa mujer. Su aspecto arrancó exclamaciones a los habitualmente flemáticos holandeses; los ojos de sus esposas siguieron a la recién llegada con envidia, mientras que las javanesas, de negras y tupidas pestañas, sentían por ella y por cuanto encima llevaba algo parecido al odio.

La mujer caminaba con gracia lánguida y casi desdeñosa, seguida por un obsequioso maître d'hotel y el jefe de mozos. Aquella belleza era evidentemente persona de importancia. Hasta los dulces ojos del inspector Lennin la siguieron con tremendo interés. Una hermosura así podía hasta despertar la curiosidad de un criminalista tan seco como él. No era una de sus "gallinas", como él las llamaba. Muchas hermosas damas habían pasado por su vida, en otro tiempo; pero él sabía distinguir lo verdadero de lo artificial. Aquella mujer era de alto nacimiento, aunque se hallara sola en el der Nederlanden.

Alelí, absorto en sus propios pensamien-

tos, no se fijó en la deslumbradora aparición hasta que ella hubo pasado lentamente junto a su mesa. Aun la parte posterior de su cabeza y las magníficas pieles que cubrían su traje de fiesta, le dijeron que aquella mujer era distinta de todas los demás que allí había. Pero sólo cuando el maitre d'hotel, con grandes reverencias, le acercó la silla y el jefe de mozos la ayudó a quitarse su abrigo de piel de marta, fué que, por encima del color ambarino de sus hombros, vió su rostro. Por un momento se quedó Alelí inmóvil, aturdido, como petrificado.

¡Era la dama de los billetes de cien libras!

Lentamente los ojos brillante, casi almendrados, de ella miraron a su alrededor y se encontraron con los de Alelí. Entonces lo saludó, con un pequeño movimiento de su mano enjoyada. Siempre aturdido de asombro, Gilliver dejó el cigarrillo e iba a levantarse para acercarse a la joven, cuando el destino, en la forma del gordo M'neer Dirck, se interpuso a su paso.

Aquel caballero, también aturdido por la visión de belleza que había penetrado al lugar, donde evidentemente creía reinar él por derecho supremo, se levantó y se acercó, haciendo eses, a la dama. Sin vacilación apoyó su mano sobre el brazo, exquisitamente modelado de la mujer, y con voz espesa, estertorosa la invitó a reunirse a sus huéspedes.

M'selle Channe se quedó un momento silenciosa; pero sus miradas fueron lentamente de la cabeza calva a los grandes pies del hombre. Dos veces repitió esta operación y había en sus ojos tan frío desdén que penetró hasta la gruesa piel del millonario. Luego:

—¡Quite su mano de mi brazo, patán borracho!

Van Blooch dudó, por un instante, de sus oídos; se quedó inmóvil, siempre apretando con su gorda mano el brazo de la joven, mientras el rostro se le iba poniendo rojo como moco de pavo.

—Ya ha oído usted el pedido de la señorita — dijo detrás de él una voz tranquila. — Si yo fuera usted, lo obedecería sin pérdida de tiempo.

Fué el tono acerado de la voz que hizo darse vuelta de pronto al pesado van Blooch con fea mueca. Se encontró ante un par de ojos azules que en aquel momento tenían un brillo helado. Vió que pertenecían al esbelto inglés que había estado sentado solo... un mequetrefe al que podía partir con sus manos. O, si no lo hacía él, por cuestiones de dignidad, había otras manos que lo harían.

—¡Ocúpese de sus asuntos! — gruñó y apoyando sus manos, de pronto, sobre el pecho de Alelí, intentó empujarlo.

Pero Alelí estaba esperando, precisamente, esa acción; había visto a menudo a hombres pesados ejecutarla. Resistió el peso del otro. Con asombro de Dirck van Blooch, el "mequetrefe" no cedió una pulgada. Lo que ocurrió fué que su puño se le hundió, hasta el codo casi, en el gordo estómago y, simultáneamente el mocito le pegó una trompada en la barba, con fuerza tal que lo alzó del suelo. Trastabilló hacia atrás el holandés, agarrando violentamente el aire para sostenerse. Pero Némesis, perseguida por Alelí, lo persiguió, pegándole a dos manos de un modo que le dejó a la miseria la gorda cara. Al fin el holandés cayó debajo de su propia mesa y Alelí se limpió desdeñosamente las manos, volviéndose a la dama de los billetes de cien libras.

—Está escrito que yo tendré que hacer siempre esto por usted — dijo. — Son los inconvenientes de ser demasiado hermosa.

Ella le dirigió aquella mirada, oblícua y extraña, que era tan atrayente.

—La última vez — contestó — fué porque era demasiado rica. ¿Quiere comer conmigo?

—Yo ya he comido — contestó él. — Pero quizá es mejor que la acompañe hasta que se retire. Si todo lo que he oído es verdad, ese van Blooch es mala persona.

—¡Van Blooch! — repitió ella pensativa. — El nombre no me agrada.

—Ni el hombre — dijo él.—Algún día quizá yo... — viendo que ella lo observaba vivamente, se interrumpió con una sonrisa.

—Algún día usted le arreglará las cuentas — sugirió Osaki.

—¡Tal vez! — dijo él.

Pronto se supo que van Blooch era tipo de temer por la aparición, en la mesa de los jóvenes, de un hombrecillo de modesta apariencia, cuyos dulces ojos estaban cubiertos por gruesos lentes. Hablaba en mal inglés; pero evidentemente se preocupaba tanto por la tranquilidad de los jóvenes que ambos lo escucharon con la mayor cortesía.

—Disculpen que los importune — empezó con acento de disculpa. — Lo hago porque conozco Amsterdam y la gente que lo habita. Por eso les prevengo que el asunto con van Blooch no está terminado.

Alelí le sonrió.

—Creo haber demostrado que sé cuidar de mí mismo — dijo.

El robusto hombrecillo se inclinó.

—El boxeo inglés ha sido para mí una revelación... perfecta. Y para van Blooch también — añadió con un guiño. — Pero el tipo no se conformará con su derrota. Su orgullo ha sido humillado aquí, donde antes todo estaba sujeto a su voluntad — se inclinó más sobre la mesa. — Acaba de salir del restaurant con un fin. Yo, que sé la mayor parte de las cosas de esta ciudad, conozco ese fin. Ha vuelto a su viejo juego y yo les aconsejaría que se retiraran del der Nerlanden por alguna otra salida que no sea la principal.

—¿Quiere decir, — preguntó Alelí bruscamente — que van Blooch lanzará contra mí a alguna banda?

—La suya propia. Todavía tiene lo que ustedes los ingleses llaman "defensores", creo. En otras palabras, una guardia que nunca está muy lejos de él. Harán lo que les diga, corriendo cualquier riesgo.

—Gracias por el aviso. Le quedo muy agradecido. Pero entré por la puerta del frente y por ella saldré.

—Entonces ruego a la señorita que se retire por otra — insistió el hombrecillo. — Esos tipos de van Blooch no tendrán el menor escrúpulo en atacar a una dama, si se les ordena. Y M'neer van Blooch tiene mala reputación en lo que a damas se refiere.

M'selle de Channe eligió un cigarrillo de su cigarrera, aceptó el fuego que le ofreció

Alelí y lanzó una perezosa espiral de humo.

—Parece que M'neer van Blooch tiene mala reputación en muchas cosas. — observó. — En cuanto a mí, naturalmente que también dejaré el hotel por el mismo sitio por donde entré. Mi auto está parado en la puerta. Y si esos bribones se atreven a molestarme en alguna forma, tal vez ellos y su amo tengan qeu lamentarlo. En cuanto a este caballero — indicó a Alelí — espero que me acompañará a mi hotel.

—¡Oh!... naturalmente! — murmuró Gilliver, completamente asombrado. No había esperado que aquella serena joven pensara acompañarlo, en caso de pelea.

—Entonces no hay nada que temer — dijo ella tranquilamente e hizo lo que evidentemente era un saludo de despedida al hombrecillo que tanto parecía preocuparse por ellos.

Pero, preocupado o no, el inspector Lennin no volvió a insistir. Conocía bastante la naturaleza humana para no comprender que cuando dos jóvenes del temple de aquellos se proponían hacer una locura, todos los consejos de una prosaica persona como él no conseguirían disuadirlos.

—Pero, crea que estamos muy agradecidos a su amable interés — dijo Alelí ofreciéndole la mano. — Hombre prevenido vale por dos, como usted sabe.

El inspector Lennin tomó aquella mano y la estrechó calurosamente. Alelí podía ser — e indudablemente era — un ladrón; pero a encantador y valeroso no lo ganaba nadie. El inspector Lennin apreciaba el valor en cualquier forma que se presentara, como ocurre con la mayoría de los hombres de su profesión.

—Si no quieren ustedes escucharme — dijo de mala gana. — no hay nada más que decir.

—Nada, lo temo — dijo Alelí. — No podemos proceder de otra manera.

—No, supongo que no — admitió el inspector a pesar suyo. Se inclinó y volvió a su mesa solitaria.

Alelí vió que m'selle se había envuelto en sus pieles y ambos se dirigieron lentamente hacia la gran puerta giratoria de entrada, advirtiendo que M'neer van Blooch no había vuelto a su mesa. Fuera lo que fuera que había ido a hacer, todavía lo ocupaba. Varios de los invitados masculinos de M'neer lo miraron a Alelí agrevisamente; pero al encontrarse con los ojos acerados, volvieron la mirada que, en cambio se detuvieron, de soslayo, sobre su hermosa compañera.

Ella vió las miradas que los amenazaban y las recibió con tranquilo desdén.

—¿Está usted armado? — preguntó de pronto a Alelí, mientras caminaban.

—No.

—¡Qué imprudencia! — dijo ella. — Con la gente que se reune aquí, nunca se sabe lo que puede ocurrir.

El la miró.

—Para ser una joven de sociedad, inglesa, tiene usted ideas originales — dijo. — ¿Ha de ir armado un hombre sólo por la probabilidad de encontrarse con un truhán borracho en un restaurant?

—Miradas las cosas de ese punto de vista, parece una precaución innecesaria — convino ella dulcemente. — Y sin embargo, — añadió pensativa — quizá cambie usted de idea antes de mucho.

—Yo preferiría que siguiera usted el consejo de un amigo desconocido y saliera por otra puerta — dijo Alelí preocupado.

—¡Gracias! — contestó ella tranquilamente. — No veo por qué ha de privarme usted de una diversión.

—¿Diversión? — repitió él.

—Ciertamente. Ser atacados por una banda es una experiencia nueva para mí y las experiencias nuevas son siempre divertidas.

—Esperemos que ésta lo resulte — dijo él ceñudo, haciendo girar la puerta para que ella pasara.

Una vez en la ancha acera, la joven ordenó al portero que llamara su auto. Alelí, cuyos vivos ojos escudriñaban aquí y allá, distinguió entre las sombras que rodeaban el gran edificio, una o dos figuras en acecho; pero nada dijo. No se veía un gendarme por aquellos contornos. Luego se produjo el ataque, de todos los ángulos.

El primer hombre, un bruto grandote, fué detenido por un "punch", como jamás aplicó boxeador prefesional alguno. El hombre cayó, Otro, respaldado por dos más intentó pegarle a Alelí un cachiporrazo en la cabeza. El joven se agachó y extendió la mano izquierda y la derecha a un tiempo. Los puños hallaron blanco; pero un bastón o algo igual-

APRENDA UNA PROFESION LUCRATIVA

ENSEÑAMOS POR CORREO:

Dibujante
Procurador
Constructor
Perito Agrícola
Químico - Farmacia
Corte y Confecc. masc. y fem.
Contador - Tenedor de Libros
Mecánico Electricista de Autos
Periodismo - Vendedor - Publicidad
Electricidad-Radio-Televisión-Fonofilm

El moderno sistema de enseñanza técnica y práctica por correo, permite aprender estas profesiones

Mande el cupón. - Escriba claro.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
1059-Lavalle-1059—Buenos Aires

NOMBRE ....

DIRECCIÓN ....

LOCALIDAD 7 ....

mente sólido le pegó en el brazo derecho, adormeciéndoselo. Otros hombres atravesaron la calle, para tomar parte en la desigual pelea. Empezaba ésta a aparecer desesperada para Alelí e interiormente maldecía la obstinación de la hermosa criatura que había insistido en acompañarlo para "divertirse".

De rabo de ojo, mientras peleaba, vióla parada tan tranquilamente como si se hallara en Bond Street, esperando un ómnibus. Vió que tenía la mano dentro de la cartera.

¡No le hubiera sorprendido a Gilliver que sacara un cisne y se empolvara la nariz!

Luego, de pronto un "crac" apagado llegó a sus oídos. Con sorpresa, vió caer a uno de sus más encarnizados asaltantes. El hombre de la cachiporra, que ahora la esgrimía con intenciones asesinas, lanzó de pronto un grito y dejó caer el arma. Una tercera detonación y volvió a gritar, agarrándose esta vez el codo.

Un minuto después había desaparecido.

Alelí agarró el arma que el otro había dejado caer tan oportunamente y la esgrimió con tal fuerza que, a los pocos segundos, había dos asaltantes menos. Pero mientras se acercaban las luces de un gran auto, un hombre a quien no había visto antes, apareció. Esgrimía en su mano una pistola automática de pesado calibre. Pensó sombríamente que todo había terminado.

Otro agudo "crac"; el hombre de la pistola se dobló con un quejido de agonía, dejó caer el arma y se agarró el estómago con ambas manos. Cayó al suelo, en feo montón. Alelí oyó detrás suyo una voz tranquila.

—¿No será mejor que suba? — le preguntó.

Dándose vuelta, vió que "ella" estaba en el auto; mantenía abierta la portezuela con la mano izquierda. En la derecha esgrimía una pistola automática, pequeña pero eficiente, de cuyo caño salía ligera nubecilla de humo. Comprendió entonces lo que significaban aquellos "cracs" y a quien debía, con toda probabilidad, la vida.

Mientras el conductor recibía orden de volver al hotel Brevoort, hizo Alelí la pregunta:

—¿Fué usted quien derribó a esos hombres?

—Alguien tenía que hacerlo — contestó ella fríamente. — Me pareció que estaba usted apurado. Discúlpeme un momento.

Se inclinó fuera de la ventanilla y levantó la pistola, apuntando a una sombra que permanecía inmóvil, del otro lado de la calle. De la pistola salió una pequeña lengua roja; de la sombra vino un grito, seguido por una sarta de maldiciones guturales.

—Ya está — dijo la joven, recostándose en el lujoso asiento.

—¿A quién le tiró? — preguntó Alelí. — Aquella hermosa mujer era la más serena, por no decir la más audaz y eficiente, que había hallado en su carrera.

—No estoy segura; pero creo que M'neer Dirck van Blooch tendrá que andar con muleta o llevar un brazo en cabestrillo mañana.

—¿Y cómo sabe que no lo mató? — preguntó él.

—No lo sé, ni me importa. ¿Y a usted?

—Ni lo más mínimo. ¡El muy zorrino! Pero sentiría que fuera usted a verse envuelta en complicaciones. Y además. . . bueno, que me privara usted de mi venganza. He tomado una resolución sobre ese punto.

—Y bien, trabajaremos juntos, — dijo ella — Quiero decir, en su venganza. Entretanto, le recordaré que los muertos no chillan como un perro azotado, ni empiezan a maldecir.

—Eso es verdad — convino él.

—Bueno, discutiremos juntos eso de la venganza, cuando lleguemos a mi hotel — prosiguió ella.

—Mi querida señorita — dijo él con un poco de sequedad. — tengo por norma no trabajar con damas, cuando pongo en práctica mis planes.

La respuesta a esta sencilla y clara declaración lo dejó estupefacto por segunda vez aquella noche.

—Mi estimado Alelí, toda regla tiene excepción. Yo soy la excepción que quebrantará esa regla.

Y aunque él no se comprometió a nada, tuvo el presentimiento de que, antes de mucho la predicción resultaría cierta. Aquella mujer, que hasta conocía su apodo, parecía tener un modo especial de vencer cualquier resistencia que un hombre pudiera oponerle.

Pero, antes de que pudiera inventar algún pretexto plausible para rehusar aquella sociedad, no ofrecida, sino ordenada, estaba en el hall del hotel Brevoort y era invitado a quedarse y discutir el asunto.

Se quedó.

(Continuara.

Lea todos los viernes en

PUCKY

NAZENLER

LATIGO NEGRO

DETECTIVE

Por Charles Hutchinson

(Continuación)

LOS CAZADORES DEL LOBO

CREO que hemos cazado esta noche a uno de los lobos — dijo sonriendo, mientras en el salón se levantaba un gran clamor.

—¡A lincharlo! ¡Colguémosle, compañeros!

—¡Saquemos afuera al mejicano!

El descubrimiento del sello había enfurecido a los hombres. Era para ellos prueba suficiente de que se trataba de un "Lobo" y el odio los convirtió instantáneamente en bestias salvajes.

—¡A lincharlo! — el temido grito de las turbas del Oeste resonó en el salón, mezclado con los de terror de Espinoza.

Manos salvajes lo bajaron de la mesa; le echaban una cuerda al cuello. En vano trató Látigo Negro de salvarlo, pidiendo a los hombres que se calmaran, que lo entregaran al sheriff. Lo apartaron en su ciega furia y llevaron a Espinoza hasta la puerta.

—¡Que traiga alguien una carreta! —

Sonaron dos detonaciones de revólver. El lazo se partió y el revólver de Larson voló por los aires.

gritó un hombre flaco. Los gritos de Espinoza, pidiendo clemencia, dominaron el tumulto.

—¡No, no! ¡No me maten! Confesaré. Revelaré todo lo que se de los Lobos, si me perdonan.

Las aterradas palabras llegaron a Látigo Negro, que había quedado en el salón, estimulándolo a intervenir. Salió corriendo afuera, con los revolvers prontos. Deseaba oír aquella confesión.

Pero llegó un segundo demasiado tarde. ¡Crac!

El tiro que evitó el linchamiento vino de la obscuridad... de un espacio entre dos cabañas, al extremo de la calle. Sólo un tiro. Una seca detonación de Winchester. Y la bala, atravesando a Espinoza, cuando era subido a la carreta, silenció para siempre su lengua traidora.

Su propio cómplice, el norteamericano, era quien había hecho fuego, huyendo antes de que los hombres salieran de su repentino estupor. Lanzando gritos salvajes echaron a correr luego, calle abajo. Pero ya el asesino huía por las obscuras llanuras, espoleando desesperadamente un caballo robado. Los Lobos podían haber fracasado aquella noche; pero, por lo menos, Espinoza no los había vendido. Sus secretos seguían seguros

Más tarde, esa misma noche, cuando renació un poco la tranquilidad, Látigo Negro, en su pequeño dormitorio, sobre el restaurant, tomó su resolución.

Abrazado al perro alsaciano, apoyó su barba sobre la fiera cabeza gris.

—¡Lobos de la Frontera! — murmuró. — Chantagistas, cuatreros, ladrones y asesinos, que tienen entre sus garras al valle de Morro, dirigidos por un hombre misterioso. ¡Siii!

En sus ojos brilló luz acerada, mientras contemplaba las brillantes estrellas.

—Te confundieron esta noche con un lobo, Héctor. Pero mañana, vamos a cazar "lobos" de veras.

EL MUCHACHO SALVAJE DE LAS MONTAÑAS

Los Lobos de la Frontera imperaban en el valle de Morro y en las salvajes alturas de los alrededores. Imperaban por el terror y el plomo, así como por la malvada habilidad de su jefe, a quien llamaban el Lobo.

El valle propiamente dicho se extendía como una enorme herradura verde, limitado por montañas, altas y desoladas, cerrado en su boca por las aguas amarillentas del Río Grande. En la orilla norte del río se hallaba situada Morro City, la única población de aquella solitaria extensión ganadera. Más allá se extendían las llanuras de Méjico.

El sol de Texas brillaba en un cielo sin nubes, inmovilizando toda vida. Ni siquiera el ganado se movía entre los bosquecillos de mezquite o pedazos de campo cubiertos de pasto grueso. Sólo en un sitio, cerca de las montañas del este, se levantaba una nube de polvo, donde un muchacho indio cabalgaba desesperadamente para salvar su vida

Detrás suyo, envueltos en una nube más grande de polvo, galopaban sus perseguidores. Eran cuatro hombres, de aspecto duro y mirada cruel. Todos ellos iban bien armados; sin embargo no hacían fuego al muchacho, aunque sólo distaban de él cincuenta yardas escasas.

Tendido sobre el cuello de su pony, el joven indio daba vueltas y más vueltas incesantemente por entre los mezquites, con sus negros ojos fijos en las montañas.

Una vez que llegara a ellas tenía probabilidades de escapar. Sin embargo, en el fondo de su corazón sabía que esta vez no escaparía.

Al llegar el fugitivo al pie de las montañas, la cacería terminó. Dando un repentino grito, los cuatro hombres se separaron, espoleando sus caballos. Luego, a través del polvo, silbó en el aire un lazo largo, de cuero crudo.

Arrojado con terrible puntería el nudo corredizo cayó sobre las patas delanteras del pony y se cerró. El pequeño animal pegó una espantada y cayó al suelo, despidiendo al jinete por la cabeza. Por algún milagro de agilidad, el muchacho cayó de pie. Antes de que pudiera recobrar el equilibrio y echar a correr, sin embargo, otros lazos silbaron en el aire y lo sujetaron.

Los apresadores desmontaron, enrollando sus lazos a medida que se acercaban.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! — uno de los hombres, un bandido de cara sin afeitar, se echó a reir mientras hundía sus dedos en el hombro desnudo del muchacho. — ¡Al fin te hemos cazado pequeño Aguila Roja! Creo que te has burlado demasiado de los Lobos de la Frontera, ¿no?

El muchacho indio alzó desdeñosamente la barba y los miró, mientras lo rodeaban en actitudes confiadas, con los pulgares metidos en sus cintos. No llevaba más prenda de ropa que un tapa-rabos y mocasines hermosamente trabajados. Parecía esbelto y gracioso como un joven arbusto, en medio de sus fornidos apresadores.

El sol brillaba sobre su cutis bronceado y su jadeante pecho.

Sin embargo, no había temor si no desafío y odio en sus ojos negros. Se decía a sí mismo que se había dejado sorprender torpemente a la luz del día. Sabía que tendría que pagar su error. Su hermosa cara se volvió tan impasible como sólo puede serlo la de un indio.

—¡Lobos cobardes! — les escupió al rostro, en dialecto mejicano. — ¡Asesinos.... ladrones... basura blanca!

El hombre barbudo le pegó una salvaje bofetada. Aguila Roja recibió el golpe sin pestañear. Rechinando los dientes dijo con apasionado acento:

—¿Piensan ustedes matarme? ¡Bah! Un indio no es más que un hombre y todo hombre tiene que morir. También han matado a otros hombres de este valle; hombres que no quisieron pagarles el oro exigido por ustedes; hombres cuyos ganados han robado y cuyas granjas han destruido. Ahora me toca a mí y no me importa.

Los miró altivamente.

—Pero antes de morir escucharán la última prevención de un indio.

Por un momento contempló el cielo. Luego, de pronto, una luz extraña, lejana, brilló en sus ojos; extendió su brazo izquierdo. Los Lobos se burlaban, porque el valor del muchacho los divertía. Pero luego el dedo acusador de Aguila Roja recorrió con lento movimiento el círculo de caras siniestras. Y mientras era señalado, cada rostro perdía su sonrisa. Había en el muchacho algo extraño, algo que no podían comprender, pero que los hizo estremecer a pesar suyo.

—Hace siete noches soñé — la voz del muchacho indio era baja, pero curiosamente vibrante. — Y en mis sueños vi a un forastero venir del este. Era un hombre alto, vestido de negro, un hombre que ríe al pelear. Y venía a combatir con ustedes, asesinos y Lobos de la Frontera.

Les lanzó las palabras como pistoletazos. Sorprendidos, los hombres se quedaron aún más rígidos. La luz de los ojos del indio parecía quemarlos.

—Un día, también ustedes serán destruídos — continuó. — Ustedes y toda la gran banda de ladrones. Hasta el Misterioso que los manda lo vi entre las garras del Forastero Negro. Ustedes tienen aterrada a esta comarca; pero pronto ella se librará de la criminal opresión. Lo soñó Aguila Roja y los sueños de Aguila Roja siempre salen ciertos.

Sus labios se cerraron, formando una línea exangüe, firme. Siguió un tenso silencio. los cuatro Lobos eran hombres perversos, bandidos. Sin embargo las extrañas palabras del muchacho los habían puesto nerviosos.

Pocas personas en Morro sabía quien era Aguila Roja, el muchacho salvaje; menos todavía estaban enterados de donde moraba, entre las montañas. Pero todos, en el valle, habían oído hablar de sus "sueños" y de como siempre se cumplían sus profecías.

El hombre barbudo se pasó la lengua por los labios y medio se dió vuelta.

—¡El Forastero Negro! — murmuró vacilante. — Compañeros, quizá hay algo de cierto en esto. ¿Recuerdan el suceso de Oil Cup, hace dos noches? Uno de los nuestros murió y los pozos de petróleo del viejo Carson no ardieron como lo había proyectado el jefe. Bueno. . .— sus ojos se convirtieron en rayitas — el tipo que salvó Oil Cup y los pozos, impidiéndonos cobrar cinco mil dálares, era un hombre alto, risueño, vestido de negro. . .

—¡Hum! — gruñó de pronto otro de los pistoleros. — Yo también oí hablar de eso, Larson. Pero ¿qué importa? ¿Qué importa si este injun sueña cosas que salen ciertas? ¿Acaso un tipo de negro, de rosa o de amarillo va a poder con nuestra banda? ¡Caramba! Son ustedes unos coyotes miedosos. Cerrémosle el pico para siempre a este pájaro y volvamos a casa.

Sus salvajes palabras rompieron el hechizo. El pistolero volvióse a Aguila Roja, con mueca feroz y sacó su revólver del cinto. Pero, antes de que pudiera hacer fuego, Larson extendió la mano.

—¡Espera! — gruñó. — Yo soy el jefe de este grupo, Montana. Quizá tienes razón acerca del Forastero Negro; si, creo que con nosotros nada podrá, aunque es extraño que este chico haya soñado eso hace siete noches. Pero de todos modos, antes de matarlo, quiero hacerle unas cuantas preguntas.

Agarrando a Aguila Roja por la garganta, le metió el Colt debajo de las narices.

—¡Escucha, rata! Has estado molestando demasiado tiempo a los Lobos de la Frontera y ahora no los molestarás más. Pero contesta a mis preguntas y quizá tendrás un fin rápido. Si no contestas, ¡ay de tí!

Sacudió violentamente al muchacho.

—Hace cuatro noches uno de nuestros muchachos le robó polvo de oro a un minero. Tú lo asaltaste por el camino y te llevaste el polvo. ¿Adónde lo has escondido? Contesta o. . .

—No entiendo inglés — contestó el indio en el dialecto mejicano, impasible.

—¿Qué no? Lo entiendes y lo hablas muy bien cuando quieres. Pero. . .te lo repetiré en dialecto, por las dudas. ¿Dónde está el oro que le quitaste a nuestro amigo? — preguntó con acento feroz, mientras Aguila Roja sonreía y miraba nuevamente el cielo.

—¿Ah. . . sí? ¿No quieres hablar? Muy bien; muchachos, llévenlo hasta aquel árbol, junto a la quebrada. Yo lo haré cantar pronto.

Dos de los hombres agarraron a Aguila Roja y lo hicieron subir la loma, tirándolo debajo de un nudoso árbol. No se perdió tiempo después de esto. Atando juntos los tobillos del cautivo, Larson arrojó el otro axtremo del lazo, con un nudo corredizo, a una rama. Diez segundos después, Aguila Roja colgaba cabeza abajo, de modo que apenas las puntas de sus dedos tocaban el suelo.

La sangre acudió a su cerebro y sus miembros experimentaban vivo dolor. Sin embargo, ni un suspiro escapó de sus labios. Larson lo miró con ira, la boca convulsa.

—Ahora vas a bailar una danza de manos, cabeza abajo, injun. Cada vez que no contentes, mueve rápidamente los dedos, porque mi pistola se puede disparar. ¿Dónde está el polvo de oro, ladronzuelo?

¡Crac! El pesado Colt disparó; una bala picó el suelo a una pulgada de los doloridos dedos del muchacho. Instintivamente levantó las manos y el movimiento lo hizo balancearse y dar vueltas en la cuerda. Pero de sus labios no salió una sola palabra.

Nuevamente levantó Larson el Colt, esperando hasta que su indefensa víctima estuviera quieta. Luego extendió rígidamente el brazo; pero éste volvió a caer con la muñeca destrozada. Una repentina descarga resonó en el silencio de la tarde. Pero los tiros no provenían del revólver de Larson, si no de una parte más alta de la quebrada. Cada bala halló su blanco.

El lazo tirante se partió de pronto y Aguila Roja cayó al suelo. El arma de Larson voló por el aire, mientras el mismo trastabillaba, aturdido. Los otros bandidos se dieron vuelta, lanzando un grito y echando inútilmente mano a sus armas.

Una voz severa, burlona, los detuvo.

—¡Quietos! ¡Manos arriba, preciosos, si no quieren que los haga volar en pedazos!

Levantaron las manos.

EL SUEÑO DE AGUILA ROJA SALE CIERTO

Estupefactos de sorpresa y cólera, los bandidos se quedaron como estatuas, con las manos en alto. Detrás de ellos, el gran Larson se desplomó, agarrándose la muñeca herida. Aguila Roja fué el único que se movió rápidamente, parapetándose detrás del árbol.

En medio de un montón de rocas se veía a un hombre alto, esbelto, vestido de negro.

Había aparecido silenciosamente, con un revólver en cada mano y un látigo, largo y sinuoso, colgando de su cinto. Con precaución subió sobre las rocas y descendió del otro lado. Aunque sus labios sonreían, sus profundos ojos grises tenían expresión fría y amenazadora. Junto a él, como un lobo flaco, se hallaba un gran perro alsaciano.

—¡El Forastero Negro! — el grito ronco escapó de tres pares de labios, mientras Aguila Roja miraba con ojos desmesuradamente abiertos. Su sueño se había realizado. El Forastero Negro había llegado al Morro.

El desconocido sonreía juvenilmente mientras contemplaba a sus cautivos.

—Mi nombre es Látigo Negro, amigos — dijo dulcemente. — Y creo que ustedes no necesitaba serme presentados ¿verdad Lobos? ¿Lobos?... ¡bah!... perros cobardes.

Se volvió a reir desdeñosamente, pero ni sus ojos ni sus pistolas oscilaron.

—Tuve el placer de interrumpir otra de las fechorías de ustedes hace dos noches, en Oil Cup — continuó. — Y ahora he interrumpido ésta también. Los vi desde aquellas rocas. Seguramente se creyeron muy afortunados de poder matar a un niño en pleno día ¿verdad?

Los bandidos no contestaron. Se contentaban con mirarlo furiosamente. Pero luego salió de atrás del árbol Aguila Roja, que ahora había soltado sus tobillos. Hizo rápidamente tres cosas, de una manera que le ganó el corazón a Látigo Negro.

En primer lugar se mantuvo fuera de la línea de fuego, segundo pasó por detrás de los hombres y los desarmó rápidamente. Por último se acercó a Látigo Negro, apuntando a los bandidos con sus propias armas. Látigo Negro sonrió.

—¡Bravo, pibe! ¡Uf! Estos no son lobos, si no conejos.

—¿Siii? — el punzante desprecio de sus palabras impulsó a hablar a Montana.

—Usted se hace el guapo ahora, coyote traicionero — le dijo. — Pero, si alguna vez nos vemos solos, frente a frente, quizá no se ría. Soy rápido en sacar armas.

—¿De veras? — Látigo Negro lo miró con ojos chispeantes. — Bueno, eso me parece un desafío, compañero. Voy a hacerle el gusto.

Se acercó al hombre apuntó con sus pistolas a los otros.

—Ustedes a un lado. Contra aquel árbol y llévense a ese tío quejumbroso. ¡Pronto! ¡Héctor, vigílalos!

Demasiado asustados para discutir, los otros dos obedecieron, arrastrando a Larson hasta el árbol, donde Héctor se puso a custodiarlos a los tres. Solamente quedó Montana, alerta, sarcástico, pero pensando que iría a suceder. Hasta Aguila Roja gruñó al oír las siguientes palabras de Látigo Negro.

—Ahora, compañero, quedamos solamente usted y yo. Pibe, pasa detrás de él y vuelve a ponerle la pistola al cinto. Le daré oportunidad de sacar armas.

Vacilando un poco, Aguila Roja obedeció. Mientras lo hacía, Látigo Negro volvió tranquilamente sus Colts a las pistoleras.

Con las manos limpias miró al Lobo agazapado, a dos yardas escasas de distancias. Era imposible errar y el duelo sería a muerte, a quien andaba más rápido. Látigo Negro se rió en la cara del hombre aturdido.

—¡Ahora, compañero! ¡Saque su revólver!

Rápido como el rayo, echó Montana mano al cinto. Sacó el revólver. El acero brilló azulado a la luz del sol; luego, ¡sss! Más rápido de lo que la vista podría seguirla, la fusta de Látigo Negro se desenrolló y pegó.

Toda su fuerza y destreza acompañaron el golpe. Un verdugón cárdeno apareció en la mano del bandido. Sus dedos, entumecidos de dolor, se abrieron.

—¡Ah!... ¡ay!... — sollozó dejando caer el revólver. Levantó las manos sobre su cabeza dió vuelta, enceguecido y cayó boca abajo, al suelo.

Látigo Negro sonrió ceñudamente.

—No vale la pena gastar plomo ni en usted ni en los otros. Yo no podría matarlos a sangre fría, me parece; pero arrancarles el cuero a latigazos, sí, Lobitos.

En dos zancadas agarró a uno de los hombres ilesos por el cuello y lo tiró al suelo. Después de ese su látigo subió y bajó, con implacable precisión.

El castigo duró quince minutos y al final la respiración de Látigo Negro era jadeante. Tres de los terrores del valle de Morro se retorcían gimiendo, en el suelo, mientras que el cuarto, Larson, se vendaba la herida. La fusta de Látigo Negro le cruzó ligeramente el rostro.

—¡Silencio y escuchen! — ordenó. — Les digo que he venido a esta comarca a perseguir a los lobos. Oí hablar de ustedes en Oil Cup y terminaré también con el jefe de la banda, sea quien fuere.

—¿Sí? — Larson se enderezó de pronto con el rostro inflamado. Sus ojos vejigosos brillaron de júbilo al mirar hacia el bajo. — ¿De veras? Vea, Látigo Negro, quizá no...

—¡Señor... señor... mire hacia allá! — dijo con voz ronca Aguila Roja. Látigo Negro se dió vuelta al oírlo y sentir la presión en su brazo. Lo que vió le hizo comprender el rápido cambio en los modales de Larson.

Venían refuerzos para los bandidos. A través del valle, envueltos hasta la rodilla en una nube de polvo, galopaban seis jinetes. Estaban todavía a una buena milla de distancia; pero se dirigían hacia las montañas a todo lo que daban sus caballos.

(Continuará)

NAZENLER

Por

Pierre Souvestre

y

Marcel Allain

(Continuación)

EL comandante se acercó e interrogo a de Mareuil.

—¿Es usted — le dijo en correcto francés, — el señor Frederic de Mareuil, oficial de dragones de París?

Frederic no lo negó. Sin embargo añadió:

—Soy el sobrino de la señorita Genoveva de Brevonnes que vive a cierta distancia de aquí... he cometido la falta, lo reconozco de haberla venido a ver, sin pasar por la plaza de Metz...

Se detuvo sintiendo que iba a decir una tontería.

El comandante sin embargo tomó su última frase y lo interrogó, no sin cierta sorpresa:

—¿Quería pasar usted por la plaza de Metz?... ¿Para qué?... ¿Tenía usted autorización para entrar en Lorena?

De Mareuil palideció, pero claramente, dijo:

—No, mi comandante...

Este se volvió hacia el capitán; cambiaron miradas misteriosas.

El comandante, sin ninguna maldad volvió a tomar la palabra; mientras de Mareuil quedaba de pie ante él, en una postura correcta y militar.

—Teniente de Mareuil — preguntó. — ¿Por qué se hizo perseguir durante toda la noche por los gendarmes, como si hubiera tenido miedo de encontrarse con ellos?

—Me enloquecí, mi comandante — declaró de Mareuil — reconozco que hubiera hecho mejor entregándome en seguida... estoy furtivo, lo sé, pero en suma, mi falta no es tan grave...

—Ya... ya... — dijo benévolamente el comandante — No muy grave, en efecto; diría simplemente que su actitud, de parte de un oficial, es incorrecta.

El comandante se volvió hacia el capitán y dirigiéndose a él en alemán, le dijo:

—Hay que registrarlo para estar seguro de que no oculta nada y dice la verdad.

De Mareuil tuvo un gesto de indignación que no escapó a los alemanes.

—¡Oh! ¡Oh! — observó el comandante. ¿Parece que entiende usted nuestra lengua?, sin embargo yo hablé muy rápido, a propósito, con el capitán...

El oficial superior, dirigió a de Mareuil una mirada de desconfianza. Luego, como el prisionero no dijo nada, el grueso comandante, con tono de desprecio, siguió.

—El conocimiento perfecto de la lengua francesa es obligatoria a nuestros oficiales, pero sé que no es lo mismo en Francia y que se conoce poco el alemán en sus regimientos, por eso me asombra ver que nuestra lengua es entendida por usted.

Sin embargo, el capitán de artillería, acercándose a de Mareuil se disponía a registrarlo. Frederic tuvo un sobresalto.

—¡Yo mismo voy a vaciar mis bolsillos! — dijo.

Con gesto maquinal registró su sobretodo. De Mareuil lanzó un grito.

A la primera investigación vió un paquete atado que no recordaba haber puesto allí. No eran los documentos confiados por su tía, era otra cosa, algo que no conocía.

El capitán se había apoderado del paquete, lo deshacía sin prisa, mientras de Mareuil inclinado sobre su hombro sentía, seguramente la misma curiosidad que él, por saber lo que contenía ese sobre oscuro atado con un cordón rojo.

Los dos hombres tuvieron de pronto un sobresalto de estupefacción: bajo el papel se hallaban unos calcos multicolores que, a primera vista, no podían dejar la menor duda.

Eran planos de fortificaciones.

A la exclamación lanzada por de Mareuil, y el capitán, el comandante se había acercado.

—¡Oh! ¡Oh! — exclamó — esto es grave.

Y apoyando la mano en una esquina de los papeles, leyó a media voz estas indicaciones escritas en alemán.

"Plaza de Metz", movilización, nota 24".

Otra hoja, atrajo especialmente su atención:

"Repartición de las avanzadas" — leyó.

Durante largo rato, el capitán y el comandante quedaron inclinados sobre esos documentos, observándolos con minuciosa atención.

No parecían preocuparse de Mareuil que absorto, estupefacto a la idea de que tenía semejantes documentos con él, sin sospecharlo, se preguntaba de que odiosa maquinación había sido víctima y lo que le iba a ocurrir.

Al fin el comandante y el capitán, terminaron con su exámen.

El comandante a través de sus anteojos clavó en de Mareuil su mirada impenetrable.

—Teniente de Mareuil — declaró — usted es un espía francés... queda arrestado... ¿De dónde sacó estos documentos?

Simplemente de Mareuil respondió:

—No sé... no soy un espía... le doy mi palabra de honor...

—Ya... ya... — interrumpió el comandante. El Consejo de Guerra decidirá...

Y se volvió al capitán:

—Creo — dijo — que es indispensable transferir al prisionero a una celda; advertiremos en seguida al general gobernador de la plaza de Metz, de nuestra captura.

Se oyó una orden que repercutió en el corredor, luego, de pronto, en la sala donde estaba de Mareuil que hacía inimaginables esfuerzos para no desfallecer surgieron cuatro artilleros y un cabo.

El comandante les ordenó:

—Lleven al prisionero a la celda 22, a partir de este momento, está confiado al teniente de semana.

Con gestos de autómatas, el comandante y el capitán, sin dirigir una sola mirada sobre de Mareuil, salieron de la habitación.

El cabo hizo una seña; sus cuatro hombres rodearon a de Mareuil.

—¡Adelante, marchen! — ordenó el jefe

La pequeña tropa tomó por un corredor, luego por el camino de ronda, hizo un recorrido de unos 260 metros.

A un momento dado — se trataba seguramente de atravesar un patio interior — se detuvieron para vendar los ojos del prisionero a fin de que no pudiera ver. Luego, cuando penetraron de nuevo bajo techo, le quitaron el pañuelo que rodeaba su frente.

—Entre ahí — ordenó el cabo.

De Mareuil obedeció.

Se hallaba en una habitación cuadrada, especie de celda, con una cama, una mesa, una ventana, bastante grande, pero enrejada y que daba sobre un patiecillo interior, o por mejor decir, al fondo de un pozo, por donde parecía imposible pensar en huir. ¡Eran bien superfluos los barrotes.

—El señor teniente va a venir — declaró el cabo retirándose.

Y de nuevo de Mareuil quedó solo.

El pobre oficial tenía la impresión de que poco a poco, iba perdiendo la conciencia de sí mismo.

Las cosas que le ocurrían eran tan extraordinarias, tan inesperadas, que no podía concebirlas claramente.

Tenía más bien, la impresión de vivir una horrible pesadilla, de la que a toda costa, tenía que despertar.

De Mareuil extenuado por su noche de carrera y de caminatas por el campo, se había dejado caer sobre el lecho de su celda.

Sin embargo, si su cuerpo tomaba un poco de reposo, su cerebro no podía dejar de trabajar.

¡Como deploraba amargamente lo que acababa de ocurrir! ¡su venida al castillo de Brevonnes y las consecuencias que esto le había acarreado.

Lo que desolaba sobre todo a de Mareuil, era que no solo había cometido una falta grave hacia el ejército francés, del que dependía, sino que no podía cumplir la promesa hecha a su tía de hallar a su hija!

Durante un momento, de Mareuil había imaginado que sería despedido con una severa amonestación de parte de las autoridades locales, y que sería reconducido hacia la frontera.

Pero, he aquí, que habían hallado sobre él documentos importantes de planos de fortificaciones; no sabía cuales, pero comprendía que a toda costa querían perderlo, que sin duda, los alemanes necesitaban un espía francés y no habían vacilado en deslizarle papeles comprometedores en los bolsillos a fin de poder acusarlo de espionaje.

Sabía que el mínimun de pena sería para él diez años de prisión.

De Mareuil no podía encarar esa eventualidad sin sentirse desfallecer.

—¡Diez años!

¿Qué sería durante ese tiempo de su tía Genoveva?

Bruscamente, el oficial se levantó, acababa de abrirse la puerta de la celda.

Un teniente de uniforme penetró en la pieza.

Los dos hombres lanzaron una exclamación.

—¡Frederic de Mareuil

—¡Karl Raumann!

Después de estas declaraciones espontáneas los dos se callaron, asombrados de ese inesperado encuentro.

Luego, los sentimientos que experimentaban fueron más violentos que las obligaciones de la situación en que se hallaban.

Espontáneamente, ambos jóvenes se acercaron y se estrecharon las manos, largo rato, en silencio.

Al mismo tiempo todo un pasado renacía en sus espíritus.

—¡Karl Raumann!

—¡Frederic de Mareuil!

¡Dos camaradas! ¡Dos amigos de la infancia!... Ambos se habían conocido en Metz donde habían vivido durante sus primeros

años, donde habían aprendido a leer y a contar en una pequeña escuela que veían como si fuera ahora! Se hallaba un poco apartada de la ciudad, casi en el campo; había allí, para educar a algunos niños, un viejo profesor que usaba peluca.

Las ventanas de la clase daban al campo y a los bosques llenos de pájaros...

Karl y Fred, amigos inseparables que, hasta la primera comunión, no habían dejado de pasar juntos un día de fiesta, de la mañana a la noche, inventando mil tonterías no pudiendo pasar el uno sin el otro, se divertían prodigiosamente.

Ambos eran de la misma parroquia y habían hecho sus estudios religiosos al mismo tiempo; reunidos en los bancos de la escuela, eran también vecinos en los bancos de la iglesia.

Luego había llegado la adolescencia y cierto malestar nació entre ellos, pues habían comprendido.

¡Karl Raumann, hijo de alemanes, sería siempre alemán, y sería oficial!

¡Frederic de Mareuil, hijo de anexados, no podía soportar el dominio extranjero, sería oficial también, pero del otro lado de la frontera!

A los quince años, se habían separado y nunca más habían tenido noticias uno del otro.

Y he aquí que bruscamente volvían a encontrarse y en la situación más dramática que pudiera imaginarse.

De Mareuil, oficial francés, detenido, inculpado de espionaje en Alemania; Karl Raumann teniente de ulanos, oficial de semana en el frente del Príncipe Augusto y encargado de guardar al prisionero.

Los dos hombres se miraron con desesperación.

—¡Pobre de Mareuil!... — comenzó Karl Raumann.

Sin embargo, Frederic, que se sentía próximo a estallar en sollozos reaccionó contra la emoción ante la sincera piedad de su amigo.

—No tengo nada que reprocharme — comenzó — y me acusan de espionaje. ¡Te juro Karl!...

Pero el teniente de ulanos, con un gesto impuso silencio a de Mareuil.

—No debo saber, y no quiero — dijo claramente — Cada uno entiende su deber como quiere; me sería penoso, Fred tener que juzgarte... dejemos eso...

El oficial alemán había recobrado su impasibilidad. De Mareuil hizo lo mismo.

No tenía nada que decir, no pronunció una palabra, Karl Raumann sin embargo sugirió.

—Estoy desolado de verte aquí ¿quieres que te haga trasladar a un cuarto de oficial?

—¿En qué condiciones Karl?

—A condición de que me des tu palabra de honor de que no tratarás de evadirte.

De Mareuil sonrió.

—¡Jamás! — declaró... ¡es ese un juramento que no haría jamás un oficial francés!

—Frederic — insistió el teniente de ulanos — Es inútil sostenerse aquí vanidoso y tratar de imponerse; era simplemente una fórmula, inspirada por una buena intención, pues, créeme, ¡nadie se evade de nuestras fortalezas!

Había en esas palabras una ironía despreciativa. De Mareuil se sintió lleno de cólera.

—¡Sin embargo conozco ejemplos! — dijo.

Y mirando fijamente a su amigo:

—Nosotros los franceses no tememos la muerte cuando es por conseguir la libertad.

—¡Silencio! — ordenó el teniente Raumann. ¡Señor de Mareuil, usted está aquí como prisionero!

—¡Yo soy siempre un francés — contestó Frederic — y no tengo por qué recibir observaciones de usted!...

—¡De Mareuil!

—¡Raumann!

Los puños apretados se habían acercado uno a otro, estaban ambos lívidos y sus ojos lanzaban llamas.

Sordamente Karl Raumann articuló:

—¡Te odio, espía!

De Mareuil vió rojo, sintió el impulso de precipitarse sobre el ulano, sin embargo se cruzó de brazos:

—Y yo, — le dijo — te desprecio.

Karl Raumann retrocedió.

Llamó.

Se presentó un suboficial.

—Este prisionero — dijo Raumann con voz temblorosa por la cólera — me ha faltado al respeto. dentro de diez minuto lo llevará a la celda...

Volviéndose hacia de Mareuil añadió:

—¡Tiene diez minutas para presentarme sus excusas!

De Mareuil aulló:

—Puede esperarlas un siglo.

Durante diez minutos Frederic estuvo solo en la celda donde lo habían llevado.

Esa violenta escena había reavivado su energía.

—¡Oh! — pensó — más vale cien veces la muerte que la existencia que me espera!

Loco de rabia, caminaba por el estrecho cuarto como una fiera.

Sus manos estaban ensangrentadas tratando de romper los barrotes de la ventana por la cual se veía un pedazo de cielo azul, grande como un pañuelo.

Pasó el tiempo, se oyeron de nuevo pasos en el corredor, entró el suboficial, y mirando a de Mareuil:

—Pase ante mí.

La puerta estaba abierta; una idea loca, le atravesó el cerebro y juró realizarla.

Más rápido que un rayo, de Mareuil se abalanzó sobre el suboficial le quitó el sable que tenía en la mano, luego de un salto salió de la celda, cerró la puerta tras de sí, dió vuelta la llave, quedando el ulano encerrado en su lugar.

El corredor se perfilaba oscuro delante de sí, de Mareuil lo atravesó corriendo con el sable en la mano.

Llegó al extremo de un corredor; se halló en una especie de terraza, se detuvo un momento, jadeante.

¿Qué hacer?

Retroceder era imposible, el corredor no tenía otra salida. A sus pies, a cuatro metros estaba el camino de ronda.

Nazenler

De Mareuil sabía como estaban construídos los fuertes — más o menos todos son del mismo modelo — sabía que si llegaba al camino de ronda se acercaría a los fosos y quizá pudiera franquearlos. Pero tenía que saltar cuatro metros.

—Más bien la muerte que... — se repitió de Mareuil.

Y cerrando los ojos, se lanzó al espacio.

El choque fué rudo, de Mareuil cayó sobre un suelo pavimentado, el sable que tenía cayó a su lado, y saltó sobre las piedras con un ruido metálico.

Durante sólo un segundo el fugitivo quedó aturdido, se levantó, tomó el arma y corrió, como un loco en el camino de ronda desierto....

De pronto cuando daba vuelta un ángulo, se oyó un grito:

—¡Quién va!

De Mareuil se detuvo.

Frente a él se erguía la silueta de Karl Raumann.

El ulano, aturdido retrocedió tres pasos.

De Mareuil fué hacia él. Sus ojos lanzaban llamas. Con el sable levantado, no tenía más que golpear, y el ulano quedaba muerto.

De Mareuil vaciló un momento.

—¡Defiéndete, Karl! — ordenó.

Instintivamente el oficial alemán sacó el sable. Los aceros se entrechocaron.

¡El combate fué terrible! De Mareuil jugaba su última esperanza.

Sabía como son expertos los oficiales alemanes en el manejo del sable, él estaba poco acostumbrado a ese ejercicio.

Pero, la energía de la desesperación redobló sus fuerzas y le dió una habilidad, un dominio que no sospechaba poseer.

Después de un pase más enérgico que los otros, casi un cuerpo a cuerpo, oyó un sordo gemido, mientras el oficial de ulanos caía al suelo.

Su traje se manchó de sangre.

—¡Pobre hombre! — pensó de Mareuil que temblaba fuertemente.

Karl se había desvanecido, Frederic no vaciló más, recobraba su confianza.

Llegaba la noche; cada vez quedaban más en la penumbra los contornos del fuerte.

—¿Qué hacer? — pensó de Mareuil — Hay que salir de aquí...

Una idea repentina le atravesó el espíritu.

Karl estaba aún ahí, extendido, inmóvil, muerto, quizá, su capa había caído a su lado y el casco había rodado a unos pasos.

De Mareuil tomó la capa, la echó sobre sus hombros, luego recogiendo el casco se lo puso, poniéndolo lo más posible sobre la frente, a fin de disimular sus facciones.

De Mareuil levantó el cuello del capote que le subió hasta las mejillas.

Casi enmascarado fué hacia la aventura, siguiendo el camino de ronda.

De Mareuil llegó al extremo del parapeto y en un segundo se dió cuenta que la suerte le había llevado en una buena dirección; tenía que franquear el cuerpo de guardia, que estaba a cincuenta metros de allí, luego un portillo... después estaría fuera del fuerte.

De Mareuil sintió que su corazón latía con fuerza.

—Es preciso que pase — se dijo con fuerza — ... es necesario.

Afirmando su paso, marchó hacia el puesto...

—¡Quién va! — gritó un centinela.

Los soldados salieron presentando armas.

De Mareuil quería representar su papel hasta el final, entre las dos hileras de hombres, avanzó; se llevó la mano a la visera de su casco... ¡y pasó!...

Se oyó una orden detrás suyo; de Mareuil no se dió vuelta, siguió caminando rígido como un autómata, contaba los metros que le quedaban hasta llegar al portillo...

Bruscamente surgió ante él un centinela con la bayoneta calada.

—¡Señor teniente — dijo el hombre, — la consigna es formal, nadie debe salir de la fortaleza!

De Mareuil se vió perdido.

¿Qué hacer? ¿atacar al centinela? ¿con qué? No tenía armas, el sable había quedado en el lugar del combate.

Se le ocurrió otra cosa; contestó severamente el centinela en su idioma:

—¡Imbécil!... no has entendido... la consigna es para los artilleros, no para los ulanos... media vuelta y cuatro pasos atrás.

El centinela obedeció.

Pocos segundos después de Mareuil franqueaba la puerta de la fortaleza.

Se halló en el campo. La noche era profunda.

—¡Libre! — murmuró lanzando un suspiro — ¡libre!

Luego añadió con aire de desafío, casi en alta voz, pues pensaba en la despreciativa ironía de Karl Raumann:

—¡Ah! ¡los oficiales franceses no escapan de vuestras fortalezas alemanas... ¿estais seguros?

IV

LA PRINCESA NOLESKA

¡Montigny-lez-Metz!

¡El pueblo de techos rojos que la mañana de ese día siniestro, de Mareuil, había visto cuando lo llevaban entre los gendarmes al fuerte del Príncipe Augusto de Wurtemberg.

En ese momento, no esperaba volver a ver tan pronto esos techos y he aquí, que ahora se hallaba apenas a cien metros de las primeras casas del pueblo.

Mientras más se acercaba más aumentaba su inquietud. Los riesgos, en efecto de ser descubierto, aumentaban.

Era la hora en que gran cantidad de soldados volvían a las fortalezas y acantonamientos vecinos. Iban por grupos por el camino por donde bajaba de Mareuil.

La noche era oscura. Pero de Mareuil temía a esos soldados que, perspicaces y desconfiados vigilan sin cesar en la oscuridad, preocupados de descubrir un oficial para saludarlo correctamente.

La apariencia exterior del fugitivo era normal. El casco que le cubría la cabeza era el reglamentario, lo mismo que la capa ro-

bada a Karl Raumann y que le llegaba a las rodillas.

De Mareuil tenía sus botas, de lo que se felicitaba. ¡Era esa vieja costumbre de llevar sus trajes de montar, lo que lo salvaba hasta ese momento!

El fugitivo, dos o tres veces, devolvió a los soldados que pasaban, el saludo militar.

Había cierta ironía, al hacer cruzar, al que acababa de evadirse tan audazmente del fuerte y a los soldados que volvían a él. A medida que pasaban los minutos de Mareuil se daba cuenta que la situación se hacía más crítica.

No había que pensar en entrar en el pueblo. Pues corría el riesgo de encontrar a algún teniente, a algún superior.

Los transeuntes mismos podían sorprenderse al ver a ese militar cuyo rostro estaba obstinadamente oculto por el cuello de la capa y la visera del casco.

Sin embargo no podía seguir vagando por ese campo lleno de soldados y gendarmes.

Por otra parte en el fuerte debía haber sido dada la alarma, los puestos de la frontera serían prevenidos. Durante un momento de Mareuil pensó en internarse más en Alemania, en partir directamente para Berlín, a fin de ocultarse, pero recordó que no tenía más que unos cuarenta francos a penas y en moneda francesa.

Volver a casa de su tía hubiera sido una locura.

—¡Oh! — suspiró el joven — si pudiera hallar un auto. en una hora estaría a salvo en la frontera...

Más bien que entrar en el pueblo, de Mareuil había doblado a la izquierda y el camino seguido por él, lo llevó a la barrera de un paso a nivel. Un reloj, a lo lejos dió las ocho.

De Mareuil sabía que a esa hora, más o menos, un expreso atravesaba Lorena para llegar a Francia.

Venía de Metz luego seguía la misma línea donde él estaba.

Pero los rápidos no se detienen en las estaciones pequeñas y de Mareuil iba a ver el triste espectáculo de ese tren, corriendo a todo vapor ante sus ojos.

Mientras reflexionaba salió una mujer de la casita del guardabarreras; se inclinó ligeramente ante el oficial alemán o al menos el que tomaba por tal.

De Maureil interrogó:

—Cierra usted las barreras — dijo. — ¿Va a pasar un tren en seguida?

La empleada se acercó y le contestó:

—Sí, señor teniente, el expreso 412, el rápido de Metz a Nancy.

—Bien — dijo de Mareuil atravesando las vías.

Sin embargo en lugar de seguir su camino, aprovechando un momento en que la guardabarreras se dió vuelta se puso a correr, siguiendo las vías.

—Dentro de poco — se dijo — va a pasar el tren...

De Mareuil crispó los puños.

—¡Pero no se detendrá! — prosiguió.

La noche era oscura, profunda, sin embargo, a poca distancia se veían luces, eran las señales.

De Mareuil caminó en su dirección; se halló ante un gran mástil de hierro que soportaba un disco redondo detrás del cual había una luz roja.

A cincuenta metros de allí estaba la cabina del guarda agujas.

De Mareuil se agachó al pie del mástil.

—Es insensato, lo que voy a hacer — se dijo — y sin embargo es necesario.

Cualquiera que hubiera pasado por allí se hubiera sorprendido al ver la extraña tarea a que se dedicaba ese personaje en actitud de malhechor y con traje de ulano.

De Mareuil con una nerviosidad que redoblaba sus fuerzas, sacaba los bulones de la trasmisión del disco.

Cuando acabó lanzó un suspiro de alivio y acostado en el suelo para no ser visto esperó con el corazón palpitante.

Al cabo de unos instantes se oyó el silbido lejano, y la campanilla en la cabina del guarda agujas.

—Es el rápido, pensó de Mareuil.

Se levantó, corrió al mástil y tirando de la trasmisión hizo girar el disco.

La luz roja se halló perpendicular a la vía. Era una señal fácil de entender, para el maquinista del expreso, la vía estaba cerrada, debía detenerse.

De Mareuil echó a correr con todas sus fuerzas en la dirección del tren que se acercaba.

Se veían a lo lejos las grandes luces blancas de la locomotora.

Algunos toques de silbato estridente resonaron, luego, se oyó el roce de los frenos.

El convoy, pesada masa oscura que avanzaba a toda velocidad, disminuía la marcha, se detenía...

De Mareuil había calculado bien, estaba al lado del tren cuando éste se detuvo,

El joven no vaciló, a contravía, alzándose hasta el estribo alcanzó la puerta de un vagón.

Era un gran tren de lujo el que abordaba así de Mareuil, únicamente compuesto de coches con corredores a los que se llegaba por los extremos.

El tren parecía sumido en la oscuridad. Sólo atrás había un coche iluminado

—¡El restaurant! — pensó maquinalmente de Mareuil.

Y se alegró a la idea de que la mayoría de los viajeros estarían cenando y los coches estarían casi vacíos.

El joven de pie en el estribo no se atrevía a entrar. Quería antes asegurarse de que el vagón era seguro para él.

—Si alguien me ve subir así — pensó — mi actitud va a parecer extraña... con tal que no me interrogue algún empleado.

Pero se tranquilizó pensando en sus ropas.

—Esta capa y el casco serán para mi una garantía.

A los silbatos de la locomotora y al notar que el rápido se había detenido, los hombres del puesto de guarda agujas, quedaron sorprendidos.

Uno de ellos, salió de la cabina y sobre la vía, interpeló al maquinista.

—¿Qué hace usted?... ¿que espera? — preguntó.

De lo alto de la máquina contestó una voz:

Nazenler

—Espero... el disco está rojo... la vía cerrada...

El guarda agujas miró el mástil de las señales y notó lo que el maquinista decía.

—Es curioso — dijo — no dimos orden de cerrar la vía... ¿cómo habrá pasado eso?

El empleado con su paso pesado se acercó al disco, con su linterna miró el mecanismo, lanzó un grito:

—¡Ah!... ¡La trasmisión está rota!...

Se inclinó más aun y miró largamente.

—Es sorprendente — dijo.

Pero como no comprendió en seguida, no trató de razonar.

—La trasmisión se ha deshecho sola — dijo.

Accionando el disco con violencia, dió vía libre y gritó al maquinista.

—Puede seguir, no es nada, el aparato se descompuso.

Y añadió encogiéndose de hombros:

—Materiales viejos que habrá que reemplazarlos, voy a señalarlo en mi informe.

Como un autómata que obedece, el maquinista puso el tren en marcha.

De pie en la escalera del vagón, de Mareuil había escuchado ese coloquio con violenta emoción.

Lanzó un profundo suspiro al ver que el tren caminaba.

—¡Al fin! — murmuró.

Esos pocos segundos de detención le parecieron siglos.

Abrió la puerta colocada al extremo del corredor y penetró en el vagón: una gran esperanza renacía en su corazón.

—¡Un cuarto de hora! — pensó... — no me falta más que un cuarto de hora para llegar a la frontera... ¡Para ser libre!...

Avanzando lentamente, de Mareuil dirigía miradas inquisidoras a los compartimientos.

En uno de ellos había un hombre muy grueso que dormía... de Mareuil pasó.

Luego una familia con numerosos hijos un olor a fiambrería y salchicha salía de ese compartimiento.

De Mareuil se alejó.

El tercer compartimiento estaba vacío. No había más que una valija en la red y cierto olor, pero agradable, a perfume

De Mareuil se precipitó a ese compartimiento y por prudencia, instintivamente apagó la luz.

Quedó un momento a oscuras

De Mareuil se dejó caer en un asiento. Maquinalmente se ocultó en su capa que disimulaba sus ropas civiles, medio desgarradas, sucias...

Bruscamente se puso de pie monologando:

—¡Es una locura guardar estas ropas que me harán reconocer!...

Con mano febril iba a desprender el capote, cuando se detuvo.

Un movimiento se produjo en el tren y a lo largo del corredor pasaron algunos viajeros.

Evidentemente había acabado la cena y cada uno volvía a su lugar.

De Mareuil no siguió sacándose la capa. de oficial que lo cubría; no debía dejar ver que ese hombre de aspecto militar estaba vestido de civil.

La puerta del compartimiento donde estaba de Mareuil se abrió y entró una mujer.

Pareció asombrada de la oscuridad que reinaba allí, y encendió la luz.

De Mareuil estaba en su lugar y con el casco obstinadamente bajo miraba a la viajera.

Era una mujer joven, elegante, de aspecto distinguido.

Tenía los cabellos rubios, y sus grandes ojos expresivos se clavaron en el recién llegado.

De Mareuil volvió la cabeza.

La viajera se instaló en el otro extremo del compartimiento.

—¿Quién es esta mujer? — pensó de Mareuil — ¿Está sola?... ¿Espera a alguien? ¿a que nacionalidad pertenece?

¡Oh! ¡como lamentaba no haberse podido despojar de esas ropas que hasta entonces lo habían salvado pero que desde ese momento amenazaban serle fatal.

¡Pensaba que esa capa iba, quizá a perderlo!

—Tan cerca de salvarme — pensó—...¡y tan lejos!...

El joven pensaba en efecto que dentro de un rato, diez minutos más, llegarían a la estación de Noveaut, la estación de la frontera y después el tren pasaría a Francia.

¡Oh! ¡no se hubiera salvado si no hubiera sido por el traje! ¿pero qué dirían ahora? ¿qué pasaría si vieran en la última estación que un oficial de uniforme iba a franquear la frontera?

Realmente, debía haber algún control y además de Mareuil no tenía billete.

—¿Podía sacarse su capa ante esa mujer? ¿Iba a perderlo el uniforme salvador!... ¿qué hacer?

Se oyó el silbato de la locomotora, el tren disminuía su velocidad.

De Mareuil cuyos ojos llenos de angustia no se apartaban de la ventanilla, vió que se acercaban a la estación de Noveaut y que antes de dos minutos estarían allí.

Había que proceder costara lo que costara Después de todo ¿qué arriesgaba? Lo peor sería un salto fuera del tren...

Bruscamente se levantó y se acercó a su vecina.

—¿Señora? — interrogó.

De Mareuil se había expresado en alemán, la mujer se estremeció al oírlo, lo miró fijamente y contestó dulcemente:

—¿Que pasa? ¿que desea usted, señor?

Con ansiedad de Mareuil esperaba esa respuesta.

La viajera se había expresado en alemán pero su tono traicionaba un leve acento extranjero, que satisfizo al joven.

Continuó:

—Señora, en nombre del cielo ¿cuál es su nacionalidad?... ¿francesa?... ¿alemana?...

Cesando de expresarse en alemán, la mujer contestó en francés:

—¡Parisienne!

—¡Ah! ¡Lo sospechaba! — gritó de Mareuil, añadiendo febrilmente:

—¡Sálveme usted!

Su compañera de viaje se había levantado algo inquieta y lo interrogaba con la mirada.

De Mareuil prosiguió con voz sorda:

—Señora... soy un oficial francés... escapado de un fuerte alemán... una palabra de usted me perderá... su silencio va a salvarme...

La desconocida palideció, miró aún más fijamente a su interlocutor, luego después de un momento de silencio, declaró:

—No diré nada, señor.

—¡Gracias! — balbuceó el oficial.

Rápido como un rayo de Mareuil se despojó de la capa y el casco y los tiró por la ventanilla — luego se sentó...

Era tiempo ¡poco después el tren entraba en la estación de Noveaut!...

Literalmente loco de alegría, Mareuil se había arrojado a los pies de la viajera, y le llenaba las manos de besos.

Esta se esforzó en separarlo.

—¿Qué hace usted, señor? ¡Realmente!... déjeme...! por favor... ¿por qué está así? ¿Por qué?...

—Porque — gritó de Mareuil, hemos pasado la frontera... ¡Estamos en Francia! ¡Estoy salvado, libre!... ¡Oh, señora!...

La viajera había conseguido soltar sus manos de las de de Mareuil, pero éste, aún de rodillas ante ella con voz de vibrante entusiasmo seguía:

—¡Ah! ¡Gracias señora! ¡gracias!...

Luego apretó los puños diciendo:

—¡Canallas!... ¡miserables!... ¡Figúrese usted que me tomaron por espía...! que me pusieron no sé que documento en los bolsillos a fin de perderme... sí, señora, eran diez años de cárcel... y mi pobre tía... y mi país... ¡Ah! ¡Gracias!...

—Tranquilícese señor — suplicó la viajera cada vez más asombrada.

Entraba en la estación de Pagny-sur-Moselle.

Se oía hablar francés

Hacía varias horas que el tren corría rápido silencio, monótono.

De Mareuil se había hecho dar un billete en Nancy para París.

Estaba en el mismo compartimento frente a la viajera.

Incapaz de moderar su alegría, de callar sus entusiasmos, había contado a su compañera de viaje todo lo que le había ocurrido.

Siguió un largo silencio.

De Mareuil lo interrumpió al fin para decir como con pena:

—¡Dentro de una hora estaremos en París!

La mujer sonriendo, interrogó:

—¿Por qué ese suspiro, señor?

—¡Oh! contestó de Mareuil — porque ya no la tendré a usted ante mí, no podré contemplarla, admirarla, decirle...

Se detuvo. La mujer siguió:

—¿Decirme que?...

Y se rió.

De Mareuil continuó.

—Fué usted tan buena... tan generosa... es usted tan bella...

—¿De veras? — dijo la viajera enrojeciendo.

De Mareuil no podía estar más en su asiento; su corazón saltaba en el pecho, hubiera querido gritar su alegría de vivir a todo el mundo, hubiera querido prevenir a todos los viajeros del tren que era libre, que había escapado de una prisión alemana, que volvía a su regimiento.

Por otra parte de Mareuil tenía frente a sí una mujer tan bella, tan distinguida, que acababa de penetrar en su existencia y mezclarse a ella de una manera tan novelesca.

De Mareuil poseía un temperamento ardiente; ya la adoraba, estaba loco.

—Señora — balbuceó — perdóneme, pero no puedo resistir... es preciso que le diga... la amo... ¡la amo!...

Y más apremiante de lo que jamás habría estado, de Mareuil tomaba las manos de la joven y las cubría de ardientes besos...

Al principio, la viajera había quedado asombrada pero luego se sintió divertida por la impulsividad del oficial.

Curiosa como todas las mujeres se había mostrado atenta al relato que de Mareuil le había hecho de sus aventuras, y era en el tono más cordial que había conversado con él.

Pero ahora, desde que la conversación tomaba otro aspecto, desde que Frederic de Mareuil le hacía una corte tan característica, la joven se puso severa, reconcentrada en sí misma.

—Señor — le dijo en tono de reproche soltando sus manos — por favor... soy una mujer honesta...

—¡Perdón, señora! — dijo él inclinándose.

Luego, turbado, pasó al corredor del vagón y encendió un cigarrillo.

El olor de salchicha persistía, saliendo del compartimiento vecino; pero ahora de Mareuil con aire burlón miró a la familia alemana sentada en sus asientos, mientras los niños dormían envueltos en mantas.

Y al mismo tiempo, sintió que la cólera le invadía el cerebro.

—¡Los canallas! — gruñó — pensar que han querido perderme... que me han dado documentos comprometedores a fin de poder condenarme como espía... para tenerme diez años,, veinte quizás en su abominable prisión.

¡Ah! que feliz se sentía ahora.

De Mareuil, después de acabar su cigarrillo entró de nuevo en su compartimento. El exquisito olor del turbador perfume que desparramaba a su alrededor su compañera de viaje le llegó de nuevo.

De Mareuil era experto en el arte de seducir.

—Señora — comenzó respetuosamente — ha hecho usted por mí, algo inolvidable, me salvó a la vez la vida y el honor... señora cuando se es bella como usted, se es buena y se es indulgente; sus bellos ojos no deben quedar indiferentes a la humilde súplica que de los míos se dirigen hacia usted...

¡Le juro señora, que la amo!... que seré siempre un adorador devoto, respetuoso. ¡Oh! no exijo gran cosa... solo el favor de

verla, de tan lejos como usted quiera... quisiera estar autorizado a decirle, tan raramente también como usted lo desee, cuanta gratitud y reconocimiento hacia usted y...

Y como la joven no lo interrumpiera añadió:

—¡Y amor!...

—Escuche — prosiguió sentándose a su lado — después de lo que ha pasado es imposible que nos separemos, dentro de media hora, dentro de un instante... cuando este tren entre en la estación, con la seguridad de no vernos más... me parece que una buena estrella la ha colocado en mi camino y que está escrito en el Libro del Destino que debemos encontrarnos, conocernos mejor y quizá...

—¿Y quizá?... — dijo la joven cuya voz traicionaba una gran emoción.

—Quizá casarnos — balbuceó de Mareuil cuyos labios rozaron casi el oído de la joven.

El tren aumentaba en velocidad, el vagón era sacudido por un ruido sordo que aturdía...

Los dos interlocutores tuvieron un momento de vértigo.

Se habían acercado uno a otro y audazmente de Mareuil pasó su brazo alrededor del talle de la joven y ésta lo dejó. Instantáneamente, sus labios se unieron...

Luego bruscamente, la bella joven se desprendió del abrazo.

Estaba temblorosa.

—Señor — dijo — es indigno lo que usted hace, usted abusa...

Y apartó a de Mareuil que, aturdido, suplicó:

—Perdóneme, señora, es más fuerte que yo... la amo, la adoro... ¡oh! se lo suplico, no nos separemos así... permítame que vuelva a verla: ya no concibo la existencia sin usted...

La viajera estaba muy turbada. Evidentemente, en el fondo de su corazón se libraba un extraño combate. Ella se había sentado al otro extremo del compartimento.

Evitando mirar a de Mareuil se condenaba a un silencio absoluto.

En vano, el joven se esforzaba en arrancarle una palabra, no obtenía nada.

Permanecieron así, silenciosos, hasta que el tren se detuvo bajo las bóvedas de la estación del Este.

Una nube de changadores se precipitó al vagón tratando de llevarse a la fuerza las valijas de los viajeros.

La joven había hecho señas a un empleado que se ocupara de su equipaje. Iba a salir del compartimento.

De Mareuil tuvo, súbitamente la impresión de que todo había acabado, de que ella iba a perderse entre la multitud, que jamás volvería a verla; la retuvo por el brazo, nerviosamente, con violencia casi.

—¡Señora! — suplicó...

—¿Señor?

La voz de la joven era temblorosa, emocionada también.

—Señora — prosiguió de Mareuil, no debe usted dejarme así: es preciso que sepa quien es usted, es preciso que la vea... se lo suplico...

La joven vaciló un momento; miró al oficial de extraña manera, sus ojos se velaron de infinita tristeza y con voz casi ininteligible profirió:

—¡Tanto peor!

Sin embargo, pareció reaccionar contra una idea secreta y afectando un aire enigmático declaró desprendiéndose del brazo de su compañero de viaje:

—Señor de Mareuil, soy la princesa Noleska...

—Gracias, balbuceó de Mareuil — ¿Su casa?

—Boulevard Malesherbes — prosiguió la joven, que añadió al irse:

—Pero no quiero que usted vaya... Se lo prohibo... ¿entiende?...

Pero a de Mareuil le pareció que al decir esas palabras la princesa Noleska no expresaba el fondo de su pensamiento y que, al contrario esa prohibición era invitación.

. . . .

Cuando de Mareuil penetró en su departamento de la calle Suffren lanzó un juramento de cólera.

Todo su departamento estaba revuelto, la cama deshecha, los armarios abiertos, los muebles fuera de su sitio, había una cantidad de papeles desparramados sobre su escritorio.

Se cruzó de brazos y miró ese extraordinario desorden.

Ese animal de Casimir habrá estado borracho durante mi ausencia y no se ha tomado el trabajo de poner mi departamento en orden. ¡Ah!... desde mañana a la mañana, lo arresto cuatro días...

¿ASESINO?

—¡Casimir! ¡Casimir!

De Mareuil por más que gritaba no obtuvo respuesta.

El oficial se estiró lentamente en la cama, bostezó, luego sentándose, gritó más fuerte aún.

—¡Casimir! ¡Casimir!

Pero, el fantástico ordenanza del teniente se hacía el sordo, o no estaba.

Fué lo último lo que de Mareuil pensó.

—¡El animal! — pensó — ¡siempre borracho!

Luego de Mareuil miró el reloj; tuvo un sobresalto:

—¡Las nueve! ¡Ya debía estar en el cuartel!

Frederic de Mareuil había vuelto el día anterior a su casa, a la una de la mañana y a pesar del desorden constatado en su departamento, se había acostado sin tratar de remediarlo, extenuado como estaba por las cuarenta y ocho horas de insomnio que había vivido y las extraordinarias aventuras que le habían ocurrido.

Apenas en la cama, se había dormido con un sueño de plomo.

El oficial, a la mañana estaba descansado;

saltó del lecho pasó al baño donde después de rápidas reflexiones se vistió; media hora después llegó al cuartel Dupleix.

—¡Uf! pensó de Mareuil ¡al fin aquí! ¡Sin duda llego con una hora de atraso pero podía haberme quedado diez años sin ver este paisaje!

Y después que había conocido la detención en Alemania, después que sabía apreciar esa libertad, hallaba encantador y lleno de alegría, el gran patio del cuartel en el que penetraba.

Se oyó el sonido de clarines, que repercutió alegremente en el oído del oficial.

—¡Ah! que agradable era saborear esas notas vibrantes que, por contraste le recordaban las modulaciones monótonas de los pífanos alemanes, oídos el día anterior cuando estaba encerrado en la fortaleza del príncipe Augusto de Wütemberg.

Le parecía tan extraordinario cuando evocaba esos recuerdos, que de Mareuil se preguntaba si era verdad o lo había soñado. Sin embargo no podía dudarlo.

Cuando atravesaba el patio, se abrió una puerta que estaba al fondo.

Salieron unos dragones; a su cabeza iba un oficial.

—¡Es mi capitán! — exclamó de Mareuil.

Y tomando el paso gimnástico, acudió hacia su superior.

El capitán era un amigo para de Mareuil; se encontraban a menudo en los salones, varias veces habían cenado juntos en el boulevard. Sin embargo durante el servicio cada uno ocupaba su lugar.

Llegado a tres metros de su jefe, de Mareuil rectificó su posición, llevándose la mano al kepi.

—¡Mi capitán! — dijo — ¡me excuso ante usted por no haber asistido a los ejercicios esta mañana!

El capitán que no lo había visto venir se volvió bruscamente.

Miró a de Mareuil con aire asustado, palideció ligeramente, luego dijo con voz sorda:

—¿Es... usted?...

—Sí, mi capitán — dijo de Mareuil que no comprendía ese recibimiento.

Pero, el capitán, añadió:

—El coronel lo espera... vaya a verlo...

El tono del oficial era seco, de Mareuil se asombró:

—¿El coronel quiere verme? ¿por qué?

—Le repito — prosiguió el capitán — que el coronel lo espera.

Clavando en de Mareuil su mirada, el capitán concluyó la entrevista con estas palabras:

—Vaya, señor.

El teniente dió media vuelta y se alejó.

Estaba mortificado por esa acogida y vagamente inquieto.

—Se bien — se decía dirigiéndose hacia el edificio del cuartel — que estoy en falta; pero no esperaba tan frío recibimiento...

—Es cierto — prosiguió — que cuando sepan lo que ha pasado...

De Mareuil no acabó la frase, una ligera sonrisa erró bajo su fino bigote.

¡Se sentía casi un héroe! De carácter juvenil, de Mareuil pasaba fácilmente de los más grandes entusiasmos a los más profundos abatimientos.

Su temperamento había tenido la ocasión en las últimas cuarenta y ocho horas de manifestarse bajo sus diversas formas y ahora el joven mezclaba en su espíritu, al mismo tiempo, la pena de haber pasado la frontera sin autorización y haber vuelto con dos horas de retraso y la satisfacción que experimentaba de haberse evadido de una fortaleza alemana.

Sentía por otro lado una gran tristeza a la idea de la revelación que su tía Genoveva le había hecho y una gran alegría por la entrevista amorosa que había tenido el día antes en el tren, por la intriga original y encantadora que había iniciado con la princesa Noleska.

El coronel de Balise que dirigía el 7º de dragones, era un hombre de perfecta y refinada distinción, militar de raza; y si demostraba gran cortesía, era un hombre intransigente en el puesto del deber y el honor.

Frío, impasible en extremo, su frialdad era más terrible, que la más terrible de las iras.

Jamás elevaba la voz, jamás sus facciones, inmóviles como si fuera de cera, se movían.

El coronel, alto y delgado llevaba siempre un monóculo a través del cual miraba a la gente con su mirada altanera.

Sin embargo, esa vez no pareció conservar su flema cuando vió a la entrada del cuarto donde estaba, al teniente de Mareuil.

Al oficial superior que trabajaba con sus secretarios les dió orden de retirarse. Una vez que estos se alejaron, el coronel se ase-

Lea en este número de PUCKY la continuación de

LOS SECRETOS DE UNA GRAN CIUDAD

Sensacional romance de aventura, de intriga, de sacrificio y de heroismo escrito por

HAL SIDNEY

guró que las puertas estaban cerradas, y avanzó hacia de Mareuil.

—¿Usted aquí, señor? — dijo entonces — ¿Usted ha vuelto?

—Sí, mi coronel — declaró de Mareuil que iba a explicar su retraso.

Pero su jefe lo interrumpió:

—¡Es mejor así! — dijo.

Luego mirando fijamente al teniente dijo con tono breve:

—¿Qué tiene usted que decir?

Asombrado, pero con franqueza, de Mareuil comenzó a acusarse.

Hizo el relato de su viaje que debía detenerlo en Pont-a-Moselle, contó su paso a Lorena, su visita a su tía, callando las confesiones que ésta le había hecho, luego estalló su acusación.

Con gran sorpresa de parte del teniente el coronel de Belise no parecía asombrado como hubiera debido estar; sus extraordinarias aventuras no impresionaban realmente a ese superior que, al contrario, parecía oír a de Mareuil con una frialdad cada vez más glacial, una ironía despreciativa.

Molesto por la actitud de su jefe, de Mareuil obrevió su relato.

Cuando acabó, hubo un silencio y el coronel que hasta entonces había estado inmóvil, se puso a caminar febrilmente.

El teniente de Mareuil no se movía, pero pensaba:

—Está mal, hoy el coronel; ¡seguramente tendré que sufrir quince días de arresto!

El coronel, sin embargo, se acercó a él y mirándolo a los ojos dijo:

—Está bien ideada su historia...

Cada vez más asombrado de Mareuil, balbuceó:

—Que, mi coronel ¿no me cree usted?...

El oficial superior se puso de pronto muy pálido, apretando los dientes dijo:

—No, señor.

Luego añadió rápidamente:

—Desgraciadamente para usted sabemos todo... y me asombra que haya tenido la audacia de volver al cuartel y presentarse ante mí. ¿Tiene acaso la intención de negar?

De Mareuil no entendía:

—Perdón, mi coronel — dijo — pero ¿qué quiere usted decir?

Esta vez la cólera del oficial superior estalló:

—Quiero decir, señor — exclamó — que se ha hecho usted culpable del crimen más odioso que puede cometer, un hombre, un oficial.

El teniente de Mareuil titubeaba:

—No lo pensaba, mi coronel... yo había creído que el hecho de pasar la frontera...

—¡Vamos! ¡vamos! — gritó el coronel — basta de comedia, si usted hubiera hecho lo que dice; simplemente, no sería nada; en efecto; pero estamos informados, ya se le dije, sabemos lo que usted fué a traficar a Alemania ¡desgraciadamente para usted, felizmente para Francia, existe una policía secreta que desenmascaró a los traidores!

—Mi coronel, mi coronel — exclamó de Mareuil que estaba lívido — es a mí que...

—No hay duda — exclamó el coronel — ¡es a usted a quien acuso ¡miserable! Y si lo hago, tengo razones para eso... usted tenía documentos importantes, planos concernientes a la defensa de París ¿qué hizo de ellos?

De Mareuil, nerviosamente replicó:

—Están en mi casa, mi coronel, bajo llave, conforme a las instrucciones! yo había recibido orden de llevarlos al ministerio para estudiarlos... ¿sabe usted que estoy agregado al servicio topográfico?

—Nadie más que yo, lo se! — exclamó el coronel — el extranjero también lo sabe, puesto que esos documentos están en su poder... y eso por su intermedio!...

De Mareuil vió rojo:

—¡Usted miente! — aulló.

—¡Silencio, señor! — ordenó el coronel que siguió:

—Hemos sido avisados dos horas después de su partida, de sus intenciones por el servicio de contra-espionaje. Ha sido hecha esa pesquisa en su domicilio y han hallado, no los documentos originales que usted tenía, sino groseras copias abandonadas por usted para cambiarlas. Se han esforzado para alcanzarlo, pero demasiado tarde, desgraciadamente; ya estaba usted del otro lado de la frontera.

De Mareuil estaba tan anonadado por la acusación que contra él hacía su coronel que tuvo que apoyarse contra la pared para no caerse. La sangre le golpeaba en las sienes y zumbaba en su cerebro.

Quiso protestar, balbuceó cosas vagas, incomprensibles:

—Es imposible, mi coronel... soy un hombre honrado... ¡jamás he cometido una traición!... ¡nada más que pensar en tal acción me horroriza!...

Añadió:

—La mejor prueba de que fuí arrestado en Alemania y que si no me hubiera evadido tendría diez años de fuerte, quizá más...

El coronel sonreía irónicamente.

—Conocemos eso de Mareuil ese arresto "por forma" no tenía más que un objeto... sabemos muy bien que nadie se evade de las cárceles alemanas!

—¡Mi coronel! — suplicó de Mareuil.

Pero, el oficial le impuso silencio.

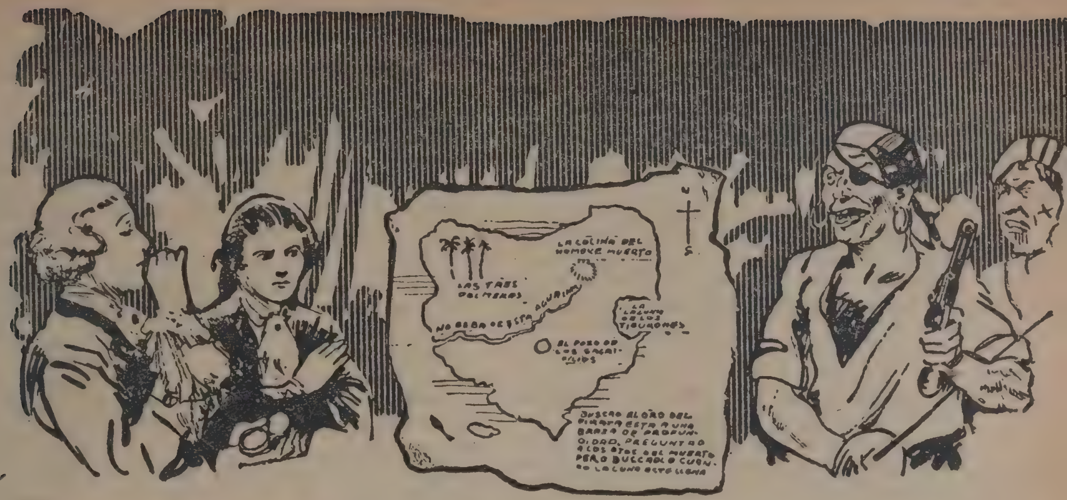
—Escuche — le dijo — lo desprecio más de lo que puedo expresar, pero tengo piedad de usted, piedad por el nombre que usted lleva. Los de Mareuil, hasta hoy han sido sin tacha y por el honor de su familia le acuerdo una gracia...

—¡Vuelva a su casa, teniente! Le informo que pasarán dos horas, a partir de ahora, antes de que vayan a detenerlo, antes de que el escándalo estalle en el país; Si tiene usted un poco de valor y de respeto por sí mismo, ya sabe lo que debe hacer... se dirá que fué un accidente... un acceso de locura...

—¡Mi coronel! — gimió de Mareuil.

Pero, el oficial superior había terminado.

(Continuará)



El Tesoro de la Isla del Muerto

(Continuación)

EL bote avanzaba entre la resaca; uno de los tripulantes se metió en el agua y lo arrastró hasta un sitio, mismo debajo de donde estaban los compañeros.

Miguel el Negro bajó a tierra. Su voz llegó claramente a los que observaban:

—¿Y estás seguro de que es ésta la isla donde el viejo Josiah abandonó a Nathaniel Corcoran, Ben?

—Sí, sí señor — fué la gruñona respuesta — Juro que es. El y Josiah desembarcaron aquí hace cinco años, creo, y sólo volvió Josiah.

Miguel el Negro escupió en la arena y frunció el ceño.

—Entonces en esta maldita isla nos encontraremos con Nathaniel Corcoran — gruñó.

—O con sus huesos — sonrió Ben. — En tal caso, capitán, podéis estar seguro de que Nathaniel habrá dejado alguna carta o cosa así, porque era diestro en el manejo de la pluma y le agradaba demostrarlo. Es seguro de que estaba enterado del sitio donde se halla el tesoro de Josiah. Si no ¿por qué lo iba a dejar el viejo podrirse aquí?

La conversación llegaba claramente a oídos de los tres compañeros. Langley volvió la cabeza y vió fijos en él, con singular expresión, los ojos de el Caballero. Instintivamente comprendió que el risueño francés no era el amigo que fingía ser.

Cuando el joven volvió nuevamente sus ojos a la playa, vió que Miguel el Negro y el marinero de piernas combadas, Ben Grant, se dirigían hacia las palmeras. Los tres marineros restantes que habían traído a tierra el bote, se quedaron ociosos, a la orilla del mar.

En silencio, sacó el Caballero su cuchillo e hizo señas a Langley que desnudara la espada; al mismo tiempo ordenó a Julia que permaneciera escondida, donde estaba hasta que la llamaran. Como un gato, moviose el Caballero a través de la eminencia rocosa y llegó a un sitio donde se hundía considerablemente.

Debajo de él estaba el bote de la goleta, una yarda o cosa así fuera del agua. Separados por alguna distancia, entre el bote y las rocas, se hallaban echados los tres marineros.

Como una sombra, se puso el Caballero de rodillas. Langley hizo lo mismo. Luego, como empujados por un resorte de acero, los dos saltaron de la corniza de roca y cayeron en medio de los tres sorprendidos lobos de mar.

Sin compasión porque no eran momentos para medidas suaves, hundió Langley su espada en el corazón del hombre que tenía más cerca. Cuando el joven retiró la hoja y volviose para enfrentar a un segundo enemigo, vió que el Caballero había andado más rápido que él, Nada más que dos golpes había descargado St. Moreau con su cuchillo y cada uno de ellos silenció una víctima.

El bote era de ellos. Y más allá, meciéndose el ancla, en magêstuoso esplendor, estaba la Santa Rita, la goleta propiedad de Langley Morgensen.

El tesoro de la isla...

TRAICION

El sol caía a plomo sobre la isla orlada de palmeras, comunicando un brillo dorado a la fina y crugiente arena, así como variados matices, de singular belleza, a las aguas de la ensenada.

Las olas se rompían perezosamente en espumosa marejada; pero a distancia como de un remo de donde estaba el bote, en alto y seco. Y allí la escena de paz se convertía en una de horror. Rígidos, espantosos, en el sitio donde habían caído, veíanse tres marineros de cutis moreno, al parecer portugueses.

Un momento antes los tres conversaban, matando el tiempo, mientras su alto y barbudo capitán, volvía del viaje de exploración a la isla, junto con el piloto de piernas combadas. Y de pronto la muerte los había sorprendido.

Langley Morgensen, un joven que no había cumplido aún veinte años, se estremeció a la vista de aquellos cuerpos sin vida; limpió su espada y la envainó. Su compañero, St. Moreau, no era tan sensible.

Se echó a reír, con risa musical, embrujadora, que resonó extrañamente sobre las aguas, tiró a un lado su cuchillo manchado y fríamente se posesionó del brillante alfanje que había caído de los dedos inertes de una de las víctimas.

—¡Sombrío trabajo, valiente señor! — dijo — Pero rápido y sin dolor.

Miró hacia la meseta, encima suyo, y llamó con voz dulce:

—¡Hermosa dama! Venid hacia aquí. El bote es nuestro.

Al oír su voz apareció la linda y morena cabeza de Julia van Dyne. En sus facciones había expresión interrogadora, porque sabía que el Caballero y Langley tenían primero que vencer a los marineros para apoderarse del bote.

Sus negros ojos parpadearon de horror ante las formas sin vida. Un momento después, con revuelo de sus faldas de seda, echó a correr para reunirse con sus compañeros.

Langley se apresuró a ayudarla a descender a la playa, interponiendo a propósito su esbelta figura entre el horrible espectáculo y la aterrada niña.

—No hubo más remedio — murmuró con acento medio de disculpa — Se trataba de sus vidas o las nuestras.

—Lo comprendo — replicó Julia temblorosa. — ¡Pero es horrible! ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Remar hasta la goleta, abordarla y reclamarla como de mi propiedad — contestó resueltamente Langley.

Una expresión de orgullo se reflejó en su hermoso rostro. Más allá de la entrada de la bahía, meciéndose al ancla, estaba la Santa Rita, la goleta que el viejo Josiah Morgensen había legado a Langley, en la lejana Inglaterra.

Una vez abordo del hermoso barco, se levaría el ancla, todas sus velas serían desplegadas y con brisa favorable empezaría la próxima etapa del viaje en busca del tesoro de la Isla del Muerto. A Langley no se le ocurrió pensar que podría encontrar resuelta oposición de parte de los morenos tripulantes de la goleta.

El miedo no formaba parte de sus atributos juveniles. El buque era suyo. Lo pediría, pelearía por él si era necesario.

Al pensar en Miguel el Negro que le había robado aquel hermoso barco, trayéndolo a través del Atlántico para buscar el oculto tesoro de Josiah, el rostro de Langley se nubló. Pensaba esperar el regreso del gigante de la barba negra, que había desaparecido detrás de las palmeras, y exigirle arreglo de cuentas. Poco le importaba que fueran de la misma sangre. No había afecto entre la familia de Morgensen y, aunque tío de Langley, Miguel el Negro no inspiraba cariño ni respeto al joven. Le había robado su herencia... trataba de robarle más aún.

Langley volvió la cabeza hacia el cinturón de palmeras e instintivamente su mano se cerró sobre la empuñadura de su espada.

La voz musical de el Caballero interrumpió sus pensamientos.

—Ayudad a la dama a subir al bote, Langley. No es momento ni lugar para soñar de día.

Langley se dió vuelta vivamente; no le agradó el tono de su compañero.

El Caballero había empujado el bote hasta el agua y estaba sentado en mitad de él. Sus finos y fuertes dedos se apoyaban ligeramente en los remos, colocados en las chumaceras y listos para la partida.

Murmurando sus disculpas a Julia, Langley se agachó y, alzándola, la colocó a popa del bote. Luego, con toda su fuerza juvenil, empujó el bote, separándolo de la playa y se dispuso a subir a él.

Pero cuando su pie pasaba por encima de la borda, el Caballero alzó un remo con rápido movimiento y lo descargó con fuerza

No deje de leer

El Tesoro de la Isla del Muerto

La más extraordinaria novela de piratas que se ha escrito hasta hoy

sobre la cabeza del joven. Aturdido, cayó Langley al agua, de espaldas.

La voz burlona de el Caballero llegó hasta él.

—¡Ja! ¡Ja! Aquí es donde nos separamos, mi joven fierabrás.

Agitó la mano en señal de despedida, se inclinó sobre los remos y alejó el bote con diestros y rápidos movimientos, antes de que Langley se hubiera repuesto lo suficiente para ponerse de pie.

—¡Perro traicionero! — exclamó el joven, adelantándose vacilante. — ¡Sucio traidor! Instinto le había advertido que no debía confiar en el renegado francés, no obstante sus muestras de amistad. A la memoria de Langley acudieron las palabras del viejo abogado Shamks". "Cuidado con el Caballero... tiene cara de mujer y alma de demonio".

—¡El muy perro! — a despecho del dolor que sentía en su cabeza, Langley se lanzó al agua nuevamente y empezó a nadar con poderosas brazadas. — ¡Escoria!... ¡canalla!

La risa armoniosa de el Caballero le contestaba. El bote estaba ahora a cien pies de distancia y se dirigía a la boca de la ense-

Una rápida vuelta de la muñeca de Langley pareció enroscar su espada en la de el Caballero. Este quedó desarmado.

—¡Adios, mi joven gallito! — gritó el Caballero burlonamente. — Mis saludos a vuestro tío, cuando lo veais. Mirad por última vez a la señorita Julia.

La joven estaba agachada a popa, pálida, aturdida de espanto. Le costaba creer en aquella traición al mirar el hermoso rostro de el Caballero.

El bote se alejaba más y más. Pero si el Caballero creía haber terminado con Langley Morgensen, estaba equivocado. El joven ardía de ira y de indignación. Siempre algún nada. Tras él nadaba Langley, acortando poco a poco la distancia que los separaba. No se le ocurrió en esos momentos que el Caballero jugaba con él, que cualquier remero pudo escapar al más rápido nadador.

El joven estaba cada vez más cerca. Distinguía la hermosa cara del hombre que lo había golpeado, la aterrada forma de Julia van Dyne, acurrucada a popa. La ira prestaba fuerzas adicionales a Langley y un momento después estaba a distancia de un paso del bote.

—Y ahora, perro traidor, vamos a entendernos. — silbó.

—¡Ja! ¡Ja! ¿Nunca oísteis hablar del gato y del ratón? — se burló el Caballero.

Así diciendo, se inclinó sobre los remos y envió el bote hacia adelante, rápida y vigorosamente, doblando la distancia que los separaba.

Comprendió Langley que el Caballero había estado jugando con él. Una nueva oleada de ira lo invadió. Deteniéndose un momento, su mano buscó el puñal que colgaba de su cinturón. Lo sacó de la vaina y lo levantó. Los rayos del sol brillaron en la hoja, al partir por el aire. El Caballero vió el peligro y movió rápidamente el remo derecho para dar vuelta la proa del bote; pero lo hizo una fracción de segundo demasiado tarde. La afilada hoja se le clavó en el hombro y se quedó allí, temblando.

Un grito de triunfo escapó de labios de Langley al ver el resultado de su tiro al azar. Pero el grito murió en sus labios, porque el Caballero se arrancó el puñal y lo lanzó a la flotante cabeza de Langley.

Langley viró en mitad de su brazada, vió la hoja manchada de sangre pasarle cerca, como un rayo de luz y oyó el ruido que hizo al ser tragada por el mar. El rostro de el Caballero tenía expresión demoníaca. La sangre corría de la herida de su hombro; pero no hizo caso de ella.

—Si os acercáis lo bastante, me pagaréis esto con creces, gallito. — gritó con sibilante acento.

Se puso de pie en el oscilante bote. Tenía pálido el rostro y los ojos eran dos brasas vivas. Luego se echó a reír.

A través de la ensenada, veía la aleta dorsal de un tiburón. Langley se dió vuelta, la vió y su corazón se paralizó. Ningún hombre inspiraba temor a su juvenil coraje; pero aquello era distinto. Por un momento quedó olvidado el Caballero. Langley tiraba y tiraba del espadín que colgaba de su costado y finalmente logró desenvainarlo. Luego esperó que el monstruo lo atacara.

LA TREGUA

A través del agua cristalina tuvo Langley la visión del vientre blanco, la boca abierta y los malvados ojos. A sus oídos llegó la risa burlona de el Caballero.

—Mi campeón me vengará, creo. ¡Adios nuevamente, señorito Langley! Esto es un lindo obstáculo.

Langley no separaba sus ojos del tiburón. Vió que se daba media vuelta, como desafiándolo, distinguió la doble fila de dientes y se sumergió bajo el agua. Sus ojos ardientes vieron la gran forma pasar directamente encima suyo. Con toda la fuerza de que podía disponer, Langley dirigió hacia arriba la espada y sintió que se hundía en carne blanda.

El tiburón herido azotó el agua, formando abundante espuma, luego se volvió para atacar nuevamente a su víctima. Saliendo a la superficie solo un segundo o cosa así para llenar sus oprimidos pulmones de aire, Langley volvió a sumergirse nuevamente, mientras las abiertas mandíbulas se cerraban a escasas pulgadas de él. Una vez más hirió la espada el blando cuerpo del monstruo; pero esta vez Langley movió la haja, abriendo al tiburón de la garganta a la cola.

Las aguas de la ensenada formaron lluvia al ser azotadas por los coletazos del tiburón, en las ansias de la muerte. Langley se tragó medio litro de agua salada en su emoción y luego salió a la superficie, exhausto. Braceando se preparó para el próximo ataque; pero no se produjo. El tiburón hizo algunos zigzags a través de la ensenada, una serie de evoluciones convulsivas y rápidamente desapareció de la vista.

—¡Hola! Mi gallito vive todavía — la voz zumbona hizo volver a Langley los ojos en la dirección del bote, que estaba ahora a menos de diez yardas de distancia.

El Caballero seguía de pie, guardando perfectamente el equilibrio en el oscilante bote, alfanje en mano. — Poneos a tiro, mi valiente joven y terminaré lo que el tiburón no pudo hacer.

Por un momento sintió tentaciones Langley de seguir al pie de la letra las palabras del burlón francés. Pero prevaleció su prudencia. Sería tontería exponerse a una muerte segura, porque ahora sabía que estorbaba a los planes de el Caballero, que era un obstáculo entre su codicia y el tesoro del viejo Josiah.

Por el momento, el renegado francés tenía todas las cartas del triunfo. Además, seguir en la ensenada era imprudente. Donde un tiburón había hallado entrada, por el angosto canal, podía venir otro.

Dominando su rabia, Langley se dió vuelta de mala gana y nadó hacia la playa.

Subió, arrastrando sus fatigosas piernas, hasta lo alto del bajo risco, tendiose en el suelo y descansó. Alternativamente se dirigían sus ojos a la boca de la ensenada, donde el Caballero remaba ahora tranquilamente y a la hilera de palmeras que guarnecían la parte más alta de la playa. En cualquier momento podrían aparecer Miguel el Negro y su compañero.

No tuvo mucho que esperar. Un hombre gigantesco, de barba negra, cuyas facciones tenían un parecido general con las de Langley, salió de entre los cocoteros.

Le acompañaba el primer piloto de la Santa Rita.

Los dos parecían decepcionados. Pero su decepción no era nada comparándola con la sorpresa que recibieron al llegar, a la playa. Fué Miguel el Negro quien primero comprendió que había pasado algo grave. Sus ojos lagañosos divisaron a los tres marineros muertos.

—¡Rayos y truenos! — exclamó — Los miserables han estado peleando. Pero yo les he de infundir vida a esos perros.

Iba, sin embargo, a descubrir que los tres hombres que habían dejado al cuidado del bote no volverían a prestar un servicio. Hasta entonces, la sorpresa le había impedido

advertir la falta del bote. Fué Ben Grant quien anunció aquel hecho sorprendente.

El rostro de Miguel el Negro se puso lívido.

—¡Desaparecido! Alguien pagará caro esto.

Hizo pantalla a sus ojos con la sucia mano y miró hacia el mar. La repentina actividad que había empezado en los mástiles de la goleta, arrancó una sarta de maldiciones a sus labios. Eran desplegadas las velas y a través de la ensenada llegaron voces de mando y los crugidos del cable.

Miguel el Negro se volvió furioso a Bent Grant. Su amenaza oprimió fuertemente al brazo del piloto.

—¡Truenos y rayos! ¡Un motín! Se hacen a la vela.

Ben Grant asintió brevemente con la cabeza. Veía tan bien como su gigantesco capitán y su corazón se oprimió. Volvió a su memoria el recuerdo de su viejo camarada, Nathaniel Corcoran, que ahora no era más que un horrible montón de huesos en la cabaña, detrás de la palmera. ¿Por espacio de cinco años había permanecido Nathaniel Corcoran abandonado en aquella isla desierta hasta que la muerte misericordiosa lo llamó a sí? ¿Tendrían que sufrir él y Miguel la misma suerte?

Miguel el Negro saltaba y apretaba sus macizos puños de rabia. Su misma impotencia aumentaba su furor y juró terrible venganza contra el traidor que se había alejado con el bote.

Sin embargo, ninguno de ellos se dió cuenta de que Langley Morgensen ¡tan luego! estaba sólo a un par de yardas de distancia, observando todos sus movimientos, escuchando sus rabiosos estallidos y calculando su oportunidad.

—Comprendí que algún perro había estado recientemente en la cabaña — gruñó Miguel el Negro al fin, — porque la tierra estaba recientemente pisada.

—Sí, sí capitán. Y los fragmentos del pergamino que debió dejar el viejo Nathaniel, ¿acaso no los hallamos deshechos por el tacón de una bota?

—¡Idiota! — rugió Miguel el Negro — Nada nos importa eso. El pergamino, si algo de valor había escrito en él, es tan inútil como el polvo. ¿Pero quien, en nombre de Satanás, nos ha precedido aquí?

Ben se rascó la cabeza.

—Probablemente el mismo perro que se llevó el bote, capitán.

Miguel el Negro frunció las cejas con expresión vengativa.

—Tienes razón — silbó entre sus dientes rotos — Pero quien...

—Quizá yo pueda decíroslo, mi querido tío.

Ambos hombres se dieron vuelta con tremenda sorpresa al oír aquella voz burlona y juvenil.

Parado en lo alto de la pueqeña meseta, sobre su cabeza, estaba la última persona a quien esperaban ver: Langley Morgensen.

—¡Tú!... — el acento de incredulidad de Miguel era casi cómico. Sus ojos se desorbitaron, se abrió su boca. — ¡Tú!...

Langley se echó a reír. Espada en mano salió ligeramente a la playa y avanzó hacia los dos hombres. No había rastro de temor en sus hermosas facciones, ni el menor placer por aquel encuentro. Reponiéndose, Miguel el Negro escupió una blasfemia y desnudó su espada.

Ben Grant hizo lo propio.

Langley avanzó, sin importársele de las hojas amenazadoras.

—¡Con que eres tú, mi joven gallito! — graznó Miguel — ¡Nos volvemos a encontrar! ¿De modo que fuiste tú quien mató a mis hombres y me robó el bote?

—¡No! — contestó Langley — Eso tenéis que agradecérselo a el Caballero de St. Moreau.

—¡El Caballero! — el solo nombre de aquel demonio humano enervó a Miguel el Negro y Ben Grant. — ¿El Caballero, dices?

—El mismo. — replicó Langley. — El perro traidor me ha abandonado y se marchó en el bote. Y ahora está abordo de la Santa Rita... mi goleta.

—¿Tu goleta? ¡Eso sí que está bueno! — dijo con sorna Miguel.

—Mi goleta — replicó Langley — Y por la libertad que os tomastéis robándomela, os atravesaré con mi espada.

—¡El gallito canta! — rió Miguel el Negro, aunque mucha de su jactancia no era sincera. Sabía que, no obstante su juventud, Langley era uno de los mejores espadachines del mundo. — Pero creo que no es este momento para pelear. Dí, sobrino ¿qué te parecería si pactáramos una tregua?

—¡Sí, sí! — intervino Ben — Aplacemos la pelea hasta que estemos nuevamente en las cubiertas de la Santa Rita.

Miguel el Negro le hizo una astuta guiñada.

—Esto es lo único con sentido común que te he oído decir en la vida. — rió. — ¿Qué dices, Langley?

Mientras se hallaba en lo alto del risco, Langley había pensado profundamente. Había probabilidades de que los tres unidos consiguieran lo que él solo no podría quizá. La herradura, que cerraba la bahía, era de áspero coral; pero no imposible de andar por ella. Si no perdían tiempo, quizá podrían marchar por la desigual superficie de coral, ganar la boca de la ensenada y atacar la Santa Rita desde tres puntos distintos, antes de que se hiciera a la vela y se perdiera de vista.

—¿Qué dices, sobrino? — habló otra vez Miguel el Negro. — ¿Hacemos las paces por el momento?

—Me conviene. — contestó lentamente el joven. — Pero estaré alerta contra la traición, tío o no tío. ¡Vamos!

Se dió vuelta rápidamente, echó a correr y empezó a trepar por la áspera superficie del coral. Tras él iban Grant y Miguel el Negro. Por este atajo recorrieron, tropezando, unas cien yardas. De pronto Ben Grant perdió pie. Con un grito cayó al agua y desapareció de la vista. Langley observó que el hombre

El tesoro de la isla...

no podía nadar rapidamente. El joven se detuvo.

—¡Ven, Langley! — dijo Miguel el Negro — No perdamos tiempo precioso sacando a ese patas tuertas del agua. Se ahogará rápidamente, porque no puede nadar.

Retrocedió ante la mirada desdeñosa de Langley.

—¿No dijimos que era esto una tregua? — preguntó el joven — ¿Dejaríais a vuestro propio piloto ahogarse así? ¡Carroña! Me avergüenza pensar que tenemos la misma sangre.

Al decir esas palabras se tiró al agua y nadó vigorosamente hacia Ben. El robusto marinero lo arrastró bajo el agua con su desesperado abrazo; pero pataleando enérgicamente logró Langley sacarlo a la superficie, murmurándole palabras de aliento en su oído. Ben cesó de luchar y dejó que Langley lo remolcara hasta los ásperos costados del arrecife. Arriba de ellos se proyectaba la maciza figura de Miguel el Negro. La traición acechaba en sus relucientes ojos. Su mano jugaba con la espada.

—Dejad la traición para más tarde — exclamó Langley, adivinando los asesinos pensamientos de su tío. — Sólo no podréis recuperar la goleta.

Miguel el Negro murmuró algo entre dientes, bajó con aire embarazado a la playa y con sus musculosos brazos ayudó a salir a Langley y a Ben.

—¡Gracias, señorito Langley! — jadeó Ben Grant. — Es un servicio que jamás olvidaré.

Langley se echó a reír.

—Sí, bribón, lo olvidarás no bien se hayan secado tus ropas. No digas más.

Pero el joven se equivocaba. En días difíciles iba Ben Grant a demostrarle de un modo eficaz su gratitud.

Los tres siguieron andando. El promontorio, sobre el cual sobresalían los mástiles de la goleta, no distaba ahora más de una docena de yardas. La vela mayor había sido izada; pero parecía haber cierta conmoción en las cubiertas de la Santa Rita.

Caminando apresuradamente sobre la traicionera superficie de coral, los tres vieron la esbelta y elegante figura de el Caballero, rodeada por un grupo de marineros morenos. El francés movía amenazadoramente su espada al dirigirse a los piratas.

—¡Izad esa vela del trinquete, perros? — ordenó. — Y si rehusáis, probaréis el filo de mi espada, que muerde profundamente.

Los murmullos de la tripulación, llegaban claramente a oídos de Langley y de sus dos compañeros. A despecho de que las probabilidades estaban en su favor, la tripulación no se atrevía a desobedecer las órdenes del valiente que estaba en medio de ella. El modo como el Caballero había aparecido repentinamente, posesionándose de la goleta y alojándose en la cabina del capitán los había dominado. Con la fuerza de su personalidad, el Caballero había sometido a la tripulación, exceptuando a un hombre.

Este era un marinero de Bristol, fiel a Miguel el Negro. Logró amotinar a la tripulación. Aún ahora gritaba a los que lo rodeaban que esperaran la vuelta de su verdadero capitán.

—¡Vamos, cobardes! — rugió — ¿obedeceréis las órdenes de ese tipo afeminado que ha salido no se sabe de donde? Lanzaos sobre él y tiradle por la borda, si no queréis incurrir en la cólera de Miguel el Negro.

Se oyeron nuevos gruñidos y murmullos. Pocos, en la tripulación, se preocupaban de quien mandara el barco, con tal que los llevara a las rutas de los buques cargados de rica mercancía.

—¡Bravo! ¡Pez Espada! — la imponente figura de Miguel el Negro, apareciendo en lo alto del promontorio, hizo que todas las miradas se dirigieran hacia allí.

EL CABALLERO ENCUENTRA LA HORMA DE SU ZAPATO

El Caballero maldijo entre dientes. Si no hubiese sido por aquel perro motinero, a quien llamaban Pez Espada, ya estaría bien lejos de la isla. Su excesiva vanidad y confianza no habían previsto una alienza entre Miguel el Negro y su sobrino Langley.

Frunció el ceño a la vista del joven y comprendió que su destino estaba en la balanza. Repentinamente atacó a Pez Espada.

—¡A tí, imbécil! — aulló — Ahora veremos quien es capitán abordo de este buque. Siguió un brillar de acero, dos o tres pases en el aire y Pez Espada, recibió una profunda estocada en el pecho, que estuvo a punto de terminar con su vida.

—No es tan fácil, mi hermoso señor — contestó. — ¡Tomad ésta!

Se lanzó hacia adelante, con el alfanje extendido, pero con risa ligera el Caballero saltó a un costado.

Sin embargo, aquella lucha, aunque breve, permitió a Miguel el Negro, Langley y Ben Grant llegar al costado de la goleta, que estaba próxima al arrecife y trepar por las cuerdas a cubierta. Manos comedidas se extendieron para ayudarlos; pero, antes de que ninguno de los tres pudiera llegar junto a los combatientes, el leal Pez Espada había sucumbido a las estocadas de el Caballero.

Exhaló el último suspiro, mientras Miguel de Negro, aullando, maldiciendo, acudía con la espada en alto.

La tripulación formó círculo, no importándole quien triunfara en la lucha que iba a empeñarse.

—Hola, Miguel el Negro! — exclamó burlonamente el Caballero, saltando agilmente a un costado? — No habéis oído hablar de mi habilidad en el manejo de la espada? Es lástima que la prudencia no anide en vuestra cabeza, si es cabeza eso que se balancea sobre vuestros hombros.

—¡Tiñoso! — chilló Miguel. — ¡Te voy a dar robarme mi buque!

Atacó furiosamente y su espada trazó un deslumbrador pasaje en el aire. Riendo, paró

el Caballero la estocada y contestó con rápido movimiento que pinchó la carne del costado de su adversario.

—¡Ajá! Un poco más cerca la próxima vez, creo — se burló. — Teneis mucho que aprender todavía, Miguel. Y si no me equivoco, os queda poco tiempo para hacerlo.

Langley era interesado espectador de aquel duelo. Aun ahora, no podía menos de admirar la sangre fría y la audacia del hombre que lo había traicionado y su habilidad en el manejo de la espada.

Desde el principio fué claro que Miguel el Negro había hallado un adversario formidable. Antes de pasar cinco minutos se vió que, en aquel extraño combate, el Caballero jugaba simplemente con Miguel. En este método, había un motivo. Al hacer aparecer como torpe espadachín al capitán, el Caballero se ganaba el gruñón respeto de los tripulantes. Langley lo comprendió y experimentaba grandes deseos de cruzar su espada con la de St. Moreau.

La tripulación estalló en murmullos aprobadores, mientras el Caballero danzaba en círculo, evitando las salvajes estocadas de Miguel el Ndgro y contestándole, de tiempo en tiempo, con una ligera, que le sacaba sangre. El sudor bañaba la frente sucia de Miguel y el temor a la muerte acechaba en sus ojos. La risa burlona de St. Moreau era como un toque funerario.

Miguel el Negro retrocedía hacia la borda. Su respiración era estertorosa. La espada de el Caballero se movió como la lengua de una serpiente irritada, clavando a su desdichado adversario contra la baranda.

Lanzando un grito de dolor, Miguel el Negro cayó. La espada escapó de sus manos, resonando con ruido metálico.

El Caballero se rió de una manera que hizo correr frío por la médula de los que le oyeron. Luego retiró la espada del cuerpo de su adversario.

—¡Despídete de este mundo, Miguel el Negro! — dijo torturante. — ¡Dirígele la última mirada!

—¡Misericordia! — chilló Miguel, poniéndose de rodillas, con las manos levantadas — ¡Misericordia, por el amor de Dios!

Por toda respuesta el Caballero se rió cruelmente y se tendió a fondo para aplicarle la estocada mortal; pero en ese momento se precipitó Langley hacia él, agarró al francés por el hombro, con dedos de acero y lo alejó de su indefensa víctima.

—¡Defendeos, traidor! — gritó con acento vibrante. — Quizá mi espada os servirá mejor para practicar vuestra esgrima.

Una llamarada de ira se encendió en los ojos de St. Moreau. Instantáneamente se apagó, siendo reemplazada por su habitual expresión burlona.

—¡Hola! ¿Todavía no estás convencido de mi superioridad? ¿Quieres otra prueba? — dijo jactanciosamente — Muy bien, mi valiente fierabras. ¡En guardia!

La tripulación aclamó. Les gustaba el brío de aquel joven, que tenía tan extraña semejanza con el vencido capitán. Y, más extraño

Misteriosas y emocionantes aventuras de un muchacho argentino en el Far West

Argumento de la novela

CANSADO de la monotonía y obscuridad de su vida en un pequeño comercio de barrio, en Buenos Aires, Daniel Duffy, un joven argentino, descendiente de yankees, sigue el instinto que lo impulsa a buscar aventuras y parte a reunirse con un tío al Lejano Oeste. Las hazañas de Río Kid han inflamado su imaginación desde los primeros años de su infancia. Daniel Duffy no puede seguir vendiendo cuadernos, cigarrillos y fósforos en el pequeño negocio de su tío Adán. Prefiere partir en busca de Bob, el aventurero, el mala cabeza de la familia.

Innumerables peligros acechan al joven; peligros que ni siquiera soñó. Lean esta estremecedora novela, en la seguridad que ha de proporcionarles horas de suspenso y honda emoción.

Haga reservar con tiempo su ejemplar de PUCKY si desea no perder ningún episodio de

EN EL VALLE DE LA MUERTE

todavía, con el viejo Josiah, primitivo dueño del barco.

—¡A muerte! — exclamó Morgensen. — Sí, traidor. Te mataré con el mismo placer con que aplastaría a un escorpión. ¡Renegado! ¡Maldito! Hallarás en Langley Morgensen un adversario más temible que su tío.

—¡Un Morgensen!...

—¡Langley Morgensen! ¡Rayos y truenos! Es una astilla del viejo tronco.

—Decís verdad — contestó Langley, sin apartar su mirada de el Caballero. — Soy el sobrino del viejo Josiah, mis valientes. El dueño de este buque. ¿Me seguiréis si venzo a este francés fanfarrón?

—¡Sí, sí!

Langley sonrió orgullosamente. Conocía la influencia del nombre y la fama de su difunto tío Josiah sobre aquellos cerebros simples. Si lograba vencer al zumbón Caballero que tenía delante, el barco era suyo.

¡Chas! ¡Chas!

Los aceros chocaron. Riendo, el joven paró la mortal estocada de St. Moreau. Se tendió a fondo. Chocaron nuevamente las espadas y el francés paró la de su adversario a su vez.

—¡Bravo, chiquillo!

—¡Un Morgensen!

Era el agradecido Ben Grant que iniciaba las aclamaciones y el entusiasmo que había en ellos hacía rechinar los dientes a el Caballero. Añadido a esto comprendió, desde los tres primeros minutos que Langley Morgensen era un espadachín de calidad. Los dos alversarios giraban uno en torno de otro, amagaban, se tendían a fondo, paraban las estocadas. Sus espadas describían deslumbradores arcos de luz.

Langley estaba gozoso, pero frío. Sabía lo que valía el francés. Con cuidado y algunos trucos podía decidir al fin la pelea en su favor. Idénticos pensamientos ocupaban la mente de St. Moreau. Nuevamente su vanidad le había hecho desestimar los méritos de su joven adversario. ¡Un muchacho! ¿Qué tenía el mejor espadachín de Francia que temer a sus manos?

Sin embargo, a medida que proseguía el duelo, St. Moreau empezó a perder mucha de su confianza. El joven era igual a él. Todas las fintas y trucos de la escuela flamenca y francesa que ensayó contra el sonriente joven fueron infructuosos.

El corazón de Langley estaba sereno, su memoria alerta. Había usado la espada desde su infancia y aprendido todos los trucos del oficio de un maestro que ahora descansaba a la sombra del campanario de Stoke Fleming.

—¡Rematadlo, joven señor! — gritaban algunos de la tripulación. — ¡Un Morgensen!... ¡Un Morgensen!

—Lo remataré... a su debido tiempo — replicó Langley, saltando hacia atrás y esquivando una furiosa estocada de el Caballero, que lo hubiera partido en dos, si lo alcanza. — ¿Qué decís, Caballero?

El rostro del francés estaba pálido, sus ojos fatigados. Corría a chorros el sudor por su frente. Por primera vez en su aventurera vida tenía miedo. Intentó una última y desesperada finta, sin resultado y luego lanzó una exclamación de angustia. Langley había ensayado, en respuesta un antiguo truco italiano. Aatacó bajo, descubriéndose y esperó el momento en que el Caballero atacara su indefenso pecho; luego inclinó hacia arriba su espada diagonalmente. Una rápida vuelta de la muñeca y su espada pareció enroscarse en torno de la de el Caballero, arrebatándosela y haciéndola volar por los aires, para caer, con suave ruido, al mar.

La tripulación lanzó vibrante hurras, ahogando el grito de angustia de el Caballero.

—Y ahora, traidor, dirigid la última mirada a este mundo — dijo Langley, — como queríais que lo hiciera Miguel el Negro.

El Caballero retrocedió un paso; su respiración subía y bajaba fatigosamente.

Luego, de pronto, salió hacia la borda de la goleta, se posó un momento en ella y luego se tiró al mar.

Langley y los marineros corrieron tras él, examinando el agua, para verlo subir a la superficie. Observaron y esperaron en vano. No volvieron a ver al francés derrotado.

Se había hundido en la profundidad de las aguas, azul-verdosas, dejando sólo un círculo de oleadas, cada vez más ancho, para señalar el sitio de su desaparición.

(Continuará)

Lea en el próximo número de PUCKY la continuación de

EL RANCH "LOS TRES"

Por FRANCIS WARWICK

La evasión de Martinel

Por G. H. TEED

Aventuras de Sexton Blake y Mlle. Roxane

(Continuación)

V

RESOLUCION

BLAKE estaba parado, en esa actitud, cuando, sin la menor prevención giró el gabinete y se encontró mirando a los ojos de... ¡Sofía Beautemps!

No fué eso todo.

Por encima del hombro de Sofía, vió Blake a otras tres personas. Estaban paradas cerca del gran escritorio de tapa plana, que recordaba tan bien. Reconoció en una de ellas a Gordon Cardew. Vestía jacket de comida.

A los otros dos no los había visto nunca. Pero, en aquel instante de aguda percepción, abarcó detalles de sus aspectos. Uno pertenecía, evidentemente a la clase trabajadora. Vestía traje mal cortado, de sarga azul, como si se hubiera puesto sus mejores ropas, después de un día de labor, para aquella reunión. Sin embargo, su rostro tenía una palidez extraña. No decía con la vida al aire libre de un obrero. El otro, lo comprendió Blake enseguida, era el que había hablado con tono suave, oleoso. Era viejo, de barba blanca y vestía esa levita que todavía se lleva en Francia. Su rostro colorado, tenía expresión benévola para un observador descuidado. Pero los ojos de Blake penetraron su careta. Lo calificó enseguida de truhán hipócrita.

Todo esto lo vió Blake de una mirada. En verdad, Sofía Beautemps no se había repuesto de su sorpresa, antes de que los ojos de Blake se volvieran a ella. Más aún, movióse Blake tan rápidamente que ninguno de los que estaban del otro lado de la abertura pudo anticipársele.

De un solo movimiento, corrió el panel. Luego se dió vuelta y, encendiendo la linterna, saltó hacia donde lo esperaba Roxane.

Ella comprendió que algún contratiempo había ocurrido; pero no pudo ver que era. Con todo, sospechó algo de la verdad. Blake no le dió oportunidad de hacer preguntas. La arrastró hacia la escalera y, sin tratar ahora de ocultarse, los dos bajaron corriendo, a tiempo que una luz brillante se encendía encima de ellos.

Se oyó ruido de pies al principio de la escalera. Una bala pasó silbando junto a la oreja de Blake; pero apenas se oyó la detonación del arma. Estaba provista de silenciador.

Blake empujó a Roxane hacia el pasaje en el mismo momento en que varias balas pegaban en la pared, junto al último escalón. Luego corrieron hacia la puerta que daba al patio. Blake no trató de contestar al fuego. No quería hacerlo, si no en último extremo. Ahora que había visto y oído tanto, su único interés era escapar.

Sin embargo, después de la última descarga, al bajar la escalera, no le tiraron más.

A cada momento esperaba Blake una lluvia de balas, a lo largo del corredor; pero llegaron al patio sin ser molestados.

Entonces comprendió Blake la estrategia empleada. Sofía Beautemps se había dado cuenta de que entraron por los fondos. Podía

o no saber que Roxane estaba con él. Pero, por lo menos a él, lo había reconocido. Y sabiendo que tenía que cruzar el patio para llegar a la puerta que daba al callejón, trataría de hacerle fuego entonces.

Blake empujó delante suyo a Roxane.

—¡Corra en zig zag! — le recomendó. — Ella tratará de tirarnos desde las ventanas del fondo.

No se equivocaba. A penas habían empezado a correr hacia la puerta, cuando oyeron abrirse una ventana y las balas picaron . las piedras.

Protegiendo a Roxane lo mejor que podía, Blake la seguía de cerca, la hizo salir por la puerta, al callejón, luego la agarró del brazo y, literalmente, la cargó mientras se dirigía hacia el círculo de luz proyectado por el café.

Al llegar a la orilla del espacio iluminado se detuvo y siguió al paso. Parecía que no había nadie por allí. Mirando por la ventana

Sin la más ligera prevención, giro el gabinete y Blake se encontró frente a Sofía Beautemps.

vió a la gorda patrona, siempre bostezando junto a la máquina de café; los dos obreros seguían jugando al dominó.

Una vez que pasaron el café, echaron a correr de nuevo y al llegar a donde estaba el taxi subieron a él. Mientras el conductor tomaba a toda velocidad hacia el andén que rodea la Cámara de Diputados, Blake miró por la pequeña ventanilla posterior; pero no vió señales de persecución.

—Y bien ¿qué ha ocurrido? — preguntóle Roxane cuando atravesaron una vez más el Puente Alejandro III.

Blake se lo contó.

—Cardew estaba allí y no se ha equivocado usted al pensar que Sofía Beautemps lo ha domado hasta que él es capaz de comer de su mano. No conozco a los otros dos. Uno se llama Gagnon. El otro parece un obrero; pero hay algo de extraño en la palidez de su

rostro. Se diría... ¡Cielos!

—¿Qué hay?

Blake no contestó enseguida, pero sacando su cigarrera, encendió un cigarrillo y fumó, pensativo, unos instantes.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando me habló de los motivos que podían mover a Sofía Beautemps, mencionó a Martinel.

—Sí.

—Y bien, se me ha ocurrido que ese tipo que ví ahí, el que parecía obrero, se asemeja en tamaño y aspecto a Martinel. El parecido es solo general; pero existe.

¿Qué cree puede significar eso? He aquí lo que dijeron.

Le contó, palabra por palabra, lo más aproximadamente posible, lo que había oído. Luego:

—El tipo ese no es un malhechor. Ellos piensan utilizarlo de algún modo. Pero... ¿cómo? Le han prometido dinero por un servicio que tiene que hacerles; le dijeron que lo emplearían pocas semanas, pocos meses a lo sumo. ¿Qué servicio es ése? Hay un buque en Burdeos. Van a salir casi enseguida de París para embarcarse. Le oí decir a Sofía que saldrían de Burdeos, si era posible, mañana por la noche. ¿Qué diablos querrá decir todo esto?

—Cardew es ingeniero mecánico de marina — murmuró Roxane.

—Usted lo ha dicho. Tenemos que analizar esto, Roxane. Sofía Beautemps no pensará hacer un crucero de placer solamente ¡Luis Martinel! Ese hombre que tiene su mismo aspecto físico. Pienso... pienso...

—¿Qué?

—Si realmente no tratará de ayudar a Martinel en su fuga de la Isla del Diablo.

—Pero ¿y de qué manera va a utilizar al obrero para sus fines?

—No lo se todavía. Pero hay algo gordo en todo esto o mucho me equivoco.

—¿Y habrá persuadido a Cardew para que le preste ayuda?

—Indudablemente. Le habrá contado algún cuento que el tonto enamorado se tragó. Y es ahí donde serán útiles las veinte mil libras. Quizá ella está más necesitada de dinero de lo que pensamos. Puede ser que el dinero de Cardew sea el que pagará los gastos del complot. Pero ¿en qué consiste éste? ¿Qué plan tienen?

Si piensan ir a rescatar a Martinel, no pueden presentarse en la Isla del Diablo a reclamarlo sencillamente. El plan requerirá meses de cuidadoso trabajo. Tendrán que trabar relaciones con algunos de los guardas de la isla, con los que están en contacto con Martinel. Para hacerlo deben tener agentes en el Continente, sea en la Guayana Inglesa, Holandesa y Francesa. Y habrá que sobornar... sobornar constantemente.

—El dinero de Cardew nuevamente. — murmuró Roxane.

—Creo que tiene razón. Pero ¿cuál es el plan?

Ella lo miró de soslayo sonriendo un poco en la obscuridad.

—Aunque lo supiera ¿qué podría usted hacer? — preguntó.

Blake tiró el pucho de cigarro por la ventanilla.

—Nada, supongo. Podemos hacer un esfuerzo para abrirle los ojos a Cardew, si logramos entrevistarnos con él mañana. Si no, el joven idiota correrá a su ruina. Y creo que podemos darle cuenta a Thibaud, de la Sureté, de lo que sospechamos. Nada más.

Después de todo, usted ha hecho bastante por esa joven de Canadá.

—La Brise está en el Havre — murmuró Roxane.

El se volvió rápidamente hacia ella.

—¡Su yate... en el Havre! ¿Y qué tiene que ver?

—Está pronto para hacerse a la mar — prosiguió Roxane, como si él no hubiera hablado. — Si ellos parten de Burdeos, mañana por la noche, nosotros podemos estar en el Golfo de Vizcaya.

Blake se echó a reír.

—No es muy ambigua su observación, querida. ¿Propone que emprendamos viaje por el Atlántico del Norte y tratemos de descubrir los propósito de la banda?

—¿Por qué no?

—No vale la pena. Si Cardew quiere hacer el imbécil, dejémosle. En cuanto a la chica, cuanto más pronto se vuelva a Montreal y lo olvide, mejor. No hay nada que hacer, Roxane.

—Lo siento — ¡Hubiera sido tan lindo que usted me acompañara!

El la miró.

—¿Quiere decir que usted irá, a pesar de todo, a cazar patos salvajes?

—Es lo que estoy pensando. Vea, ya hemos llegado a mi hotel. ¿Entra a tomar algo, antes de irse?

—Con mucho gusto, gracias.

Entraron al salón y Blake eligió una mesa en un rincón aislado, mientras Roxane subía para ver como estaba Estela Harran. Su verdadera idea era traerla a Estela para que Blake la conociera. Pensaba que si así sucedía, era fácil que simpatizara con ella y se decidiera a acompañarla en el yate. Porque, decidiera lo que decidiera Blake, Roxane estaba resuelta a seguir a Sofía Beautemps.

No pensaba dejar a la aventurera marcharse tranquilamente después de su segunda tentativa de asesinato contra ella.

Pero al entrar al cuarto de Estela no pudo cumplir su plan, porque el cuarto estaba vacío. No pasó mucho tiempo sin que sus rápidos ojos advirtieran pequeños detalles, como la ausencia de una valija, que ella recordaba haber visto en el suelo, junto a la mesa de tocador. Comprendió que Estela, por una u otra razón, se había marchado del hotel.

Pasó a su propio cuarto para ver si la joven le había dejado algún mensaje; pero allí no había nada. Se sentía más y más preocupada y trataba de asegurarse de que la joven no daría ningún paso imprudente sin consultarla. Entró al ascensor y se dirigió al escritorio de entrada.

En respuesta a sus preguntas, le fué entregado un sobre, dirigido a ella.

—Mademoiselle Harran dijo que le entregáramos esto conforme llegara, mademoiselle.

Le pido mil disculpas por no haberla visto entrar.

Ella hizo una inclinación de cabeza y se alejó con el sobre. Abriólo y sacó la hoja de papel, doblado, que contenía. No era más que un mensaje, apresuradamente garabateado:

"Mi querida señorita Harfield:

Gordon me ha mandado buscar. así que voy a reunirme con él. No pude esperar hasta que usted llegara. Se que es eso lo que deseaba usted. ¡Ha sido tan buena para mí! Mañana se lo contaré todo. Estoy muy apurada.

Estela Harran".

Roxane llevó la carta a Blake, entregándosela sin hacer ningún comentario.

El la leyó y levantó la vista.

—¡Fué a reunirse con Cardew! — murmuró él — Y nosotros sabemos donde está él en estos momentos. Me parece trabajo de Sofía Beautemps.

—Pero ¿por qué va a hacer eso? ¿En que puede serle útil Estela o que puede temer de ella?

—Quizá quiera apartarla de usted. Roxane. A usted la considera peligrosa.

—¿Después de haber tratado de matarme?

—Precisamente. Parece que no se conformará con eso. Puede ser que no supiera que usted me había mandado buscar, cuando ha tendido el lazo a Estela, haciéndola salir del hotel. Pero ahora lo sabe. No me gusta esto, Roxane. Sabemos de lo que es capaz Sofía Beautemps, cuando se ve apurada. Si cree que esa niña es un obstáculo para sus planes, no vacilará en deshacerse de ella.

—No se. — convino Roxane con preocupado acento.

—Espere aquí — dijo Blake levantándose.

Se dirigió al escritorio de entrada y llamó al empleado.

—¿Recuerda usted a que hora fué dejada esa carta para la señorita Harfield? — le preguntó.

—Hace como dos horas, monsieur. — contestó el empleado, después de mirar el reloj.

—¿Recuerda si Mademoille Harran salió con un hombre o con una mujer?

El hombre frunció el ceño, tratando de recordar. Luego su frente se aclaró.

—Con un hombre, monsieur. Ahora lo recuerdo.

—¿Puede usted darme sus señas?

Otro fruncimiento de cejas. Luego:

—Me pareció un señor anciano.

Blake tuvo una inspiración. Brevemente describió al hombre que había visto en la Rue Vaneau y a quien Sofía Beautemps llamaba "Gagnon". Cuando terminó. el empleado movió afirmativamente la cabeza.

—Es ese caballero, monsieur. Estoy seguro.

—¡Gracias!

Blake volvió junto a Roxane.

—No queda duda. mi querida. La persona a quien Sofía Beautemps envió como mensajero es el mismo hombre que vi en la Rue Vaneau, el que ella llamó Gagnon.

Ha obrado rápidamente. Hace dos horas que Estela se marchó.

Roxane alzó las cejas.

—¡Pero... pero... usted y yo estábamos todavía aquí en el hotel, hace dos horas!

—Justamente. Ella debió irse mientras estábamos terminando de comer.

—Entonces, si fué a la calle de la Rue Vaneau, debió estar allí cuando nosotros llegamos.

—Así lo creo.

—¡Pero Estela debe correr gran peligro! Ahora Sofía sabe que usted está en París que la vió en aquella casa.

—Lo que, en mi opinión, la hará precipitar sus planes. — completó Blake. — En verdad, creo que, en lugar de partir mañana, lo hará esta noche.

—Y entonces ¿qué vamos a hacer por Estela?

—Es lo que estaba pensando y he tomado una resolución. Voy a ir a la Sureté y hablaré con Emile Thibaud. Le pediré que vaya con algunos de los hombres de su Escuadrón Volante y allane la casa de la Rue Vaneau. Quizá lleguemos demasiado tarde; pero no podemos ya confiar en nuestros propios recursos.

Tres cuartos de hora más tarde, Roxane y Blake habían vuelto una vez más a la Rue Vaneau; pero esta vez entraron por la puerat del frente, acompañados por Thibaud y cuatro hombres del Escuadrón Volante.

Hallaron abundantes señales de que la casa había estado recientemente ocupada. Los carbones ardían aún en la estufa abierta, en el escritorio del fondo. En los ceniceros se veían colillas de cigarros. El humo flotaba todavía en el aire.

Pero de Sofía Beautemps ni de los otros que Blake vió, ni rastros. Ella había, como Blake supuso, obrado rápidamente, como si comprendiera que él volvería pronto.

En la casa contigua, sin embargo, en uno de los dormitorios del piso alto, hallaron a Estela Harran. Estaba en una cama, al parecer profundamente dormida; pero había sido narcotizada, según lo advirtió Blake a la primera mirada.

—Y estoy segura de que ni siquiera lo vió a Cardew — dijo Roxane cuando volvían a los Campos Elíseos. — Y ahora ¿qué vamos a hacer?

—Creo — dijo Blake tranquilamente — que lo mejor es embarcarnos en La Brise, lo más pronto posible.

Ella lo tomó del brazo y el no pudo ver la deliciosa sonrisa que curvó sus labios.

—Entonces partiremos para el Havre, dentro de una hora — dijo muy contenta.

VI

FUGA

En ese lugar de muertos vivientes, llamado La Isla del Diablo, ha habido muchas evasiones; pero ninguna tan espectacular, a causa de su misma facilidad, como la del

convicto 17,543, que antes de su condena, en Francia, se había llamado Luis Martinel. Menos de un año antes, seis penados lograron escaparse de la isla, a través de aguas infectadas de tiburones, hasta que la frágil embarcación en que iban atracó a las costas de Trinidad.

Cierto que, al desembarcar, no eran más que cuatro y los cuatro fueron encarcelados inmediatamente. Con todo, después de varias audiencias, en las cuales los acompañó la compasión de los presentes, se les puso en libertad. El gobierno de Trinidad decidió que no era un caso en que le correspondía intervenir.

Pero, después de eso, se redoblaron las precauciones en la Isla del Diablo, porque los franceses no miraron con simpatía esas audaces fugas. Por consiguiente era locura pensar que tan pronto se produciría otra evasión, coronada por éxito.

Cualquiera conociendo las condiciones de la colonia penal de la Guayana Francesa, hubiera convenido en que para que una fuga tuviera éxito tendría que disponerse de mucho tiempo y de mucho dinero, que cada paso tendría que ser planeado con el mayor celo y previstas todas las contingencias. Y aun así, había que contar con las dificultades imprevistas. Es decir que una fuga de la Isla del Diablo era empresa poco menos que sobrehumana.

Con todo, los que estaban interesados en la libertad de Martinel se pusieron a trabapar. Lo primero era establecer contacto, unir una cadena de comunicaciones secretas por la cual pudieran ser enviados mensajes al prisionero.

Antes, cuando se hacían esos planes, se establecía generalmente una base en Cayena u otro punto de la Guayana Francesa. Pero, en esta ocasión, se eligió como cuartel general Georgstown, en la Guayana Inglesa.

Desde allí, desde un cuarto encima de un negocio de Demerara, se puso en movimiento la máquina. Al principio funcionó mal. Una y otra vez, los que trataban de no verla se desesperaron por las dificultades que se presentaban.

En verdad, los dos hombres que estaban encargados del asunto en Georgstown hubieran desistido, a no ser por Sofía Beautemps, que no quería oír hablar de fracaso.

Lenta, pacientemente, se fué añadiendo un eslabón a otro. Dinero, dinero y más dinero se precisaba para cada paso y era Sofía Beautemps la encargada de proporcionarlo.

Como lo conseguía, sólo ella hubiera podido decirlo; pero cada vez que llegaba un telegrama, pidiendo más, siempre contestaba con una suma respetable.

Porque se tomaba tanto trabajo para libertar a Luis Martinel, es cosa que no resulta muy clara. Si hubiese sido Félix Dupont, su primer asociado, el que languidecía en aquel agujero del infierno, el motivo se hubiera comprendido mejor. Pero, muerto Dupont, probablemente pensaba Sofía que Martinel era el mejor aliado en su criminal carrera. Había trabajado con él desde la muerte de Dupont. Se convenían el uno al otro. Ambos estaban dispuestos a ir hasta el límite. Y es también probable que tratara de consolarse con Martinel, ahora que Dupont no estaba más.

Además, le había prometido, en la época de su condena, que no le dejaría pasar el resto de su vida en la Isla del Diablo, si podía hacer algo por su libertad. Y fueran cuales fueren los defectos de Sofía, trató de cumplir su palabra con una lealtad y un sacrificio digno de mejor causa.

Pasaron meses y meses antes de que la cadena de comunicación estuviera al fin forjada. Al fin llegó, sin embargo, un momento en que un mensaje, partido de Georgstown, después de pasar por muchas manos, cada una de las cuales recibió una respetable suma de dinero, llegó a Martinel.

Así supo él que ella estaba trabajando para cumplir lo prometido. Supo cuales de los guardianes habían sido sobornados y convertidos en eslabones de la cadena.

Así se enteró de que solo se necesitaban algunos detalles más para que todo estuviera listo.

Llegó un día en que pusieron en su mano un rollito de papel de cigarro. Cuando esto ocurrió, venía de trabajar, con una escuadrilla. Pero hasta que estuvo en su celda no pudo leer el mensaje, el cual se metió luego en la boca y tragó.

El mensaje era lacónico; pero Martinel lo comprendió. Un bote, un pequeño bote, provisto de motor, estaría oculto entre los mangles, en cierto sitio. En el bote encontraría pan, agua y bananas. Y también un compás. Se le proporcionaría ocasión de escapar. Luego quedaba por cuenta suya.

Luis Martinel, en otro tiempo jefe de una banda famosa, experimentó una emoción como hacía tiempo no sentía, al leer la nota. ¡La libertad, el amplio mundo que lo llamaba! ¿Qué riesgo no correría por conquistar esa libertad? Recibiría los peligros con los brazos abiertos. Todo... todo con tal de escapar a aquella muerte en vida, a aquel infierno húmedo y ardiente donde lo habían arrojado.

No sabía en que momento sería dada la señal. El no era más que una carta en el juego.

Y una vez que estuviera en el bote... ¿a dónde iría? Sabía solamente que tendría que dirigirse hacia el noroeste, hacia las islas de las Antillas.

Comprendió que intentarían detenerlo, no bien se alejara de la Isla del Diablo; pero si se les escapaba, tendría que continuar y tratar de desembarcar en Trinidad, Tobago, Sta. Lucía u otra de las islas del grupo de Barlovento. A toda costa debía evitar Guadalupe o la Martinica, islas francesas.

No lo acobardó la perspectiva. Mejor era hacer una intentona y fracasar que continuar así. Aunque la fragil embarcación fuera sorprendida por un temporal, era preferible morir ahogado que seguir aquella vida.

(Continuará)

EL RANCH "LOS TRES"

Por FRANCIS WARWICK

(Continuación)

TOMAHAWK Chico encontró unas plumas en el suelo. Las examinó detenidamente.

—Pertenecieron a un adorno de los que llevan los jefes de los indios siwashis, — dijo. — Fué, pues, un indio siwashi el que le sacó la cabellera al mejicano malo y a su amigo.

Ellis lanzó un grito de terror.

—¡Un siwashi! — exclamó.

—¿Le asustan a usted los siwashis? — preguntóle Murphy. — ¡A este hombre le asusta todo! — agregó entre dientes, dirigiéndose a Kildare.

—Debemos regresar al ranch, — dijo Ellis temblando de miedo — ¡Poco nos importa ya el diamante!

Regresaron al ranch.

Ellis parecía estar de nuevo tan asustado como antes, a pesar de haber muerto Gandal y el otro. Dalroy tomó a Ellis de un brazo.

—Mire usted, — le dijo bruscamente. — ¿A qué vienen esos temores? ¿Qué le pasa? ¡Diga de una vez toda la verdad, con verdadera franqueza o lo llevaremos al fuerte Geoffrey para que allí se entienda con las autoridades.

Ante esa amenaza, Ellis se decidió a decir la verdad.

El Ojo de Nawashaba era una piedra sagrada que Gandal había robado del "totem" o poste del campamento de los indios siwashis. Ellis se había arreglado de modo que se lo había robado a Gandal, gracias a la traición de uno de los secuaces del mejicano. A este traidor lo capturó luego Gandal y lo torturó.

Y como Tomahawk Chico había dicho que era sin duda un jefe siwashi el que había sorprendido y "despachado" al mejicano y a su cómplice en el camino del río, se comprendía claramente que los siwashis habían reconquistado su sagrada gema y habían hecho justicia a su modo en lo que al ladrón se refería.

También se comprendía claramente que había sido el siwashi el que había puesto el narcótico en la comida, y no Gandal. Evidentemente los indios habían seguido al mejicano hasta la casa del ranch y habían querido poner la droga en la cena que habían de consumir Gandal y los demás. Pero el chino había preparado con anticipación el "porridge" para la mañana siguiente así que el plan del indio para apoderarse del diamante aquella noche, fracasó.

Despidieron a Ellis del ranch "Los Tres" sin la menor demora.

En consecuencia se alejó como había llegado, jinete en su caballo alazán, — que había comido a su gusto y con el descanso se había curado de su cojera, — cabizbajo y triste por el camino del río.

—Es una suerte para cualquier casa que se vaya de ella un hombre así, — opinó jovialmente Murphy. — ¡Me alegro de que se haya ido! ¡Pero qué momentos de peligro hemos pasado! ¡Y luego dirán que en el lejano y salvaje Oeste y especialmente en el ranch "Los Tres" no se divierte uno! ¡Si esto es más divertido que el circo! ¿No es verdad?

Sus compañeros asintieron riendo.

¡CAPTURADOS!

Kildare lanzó el grito de advertencia:

—¡Atención! ¡Rápidos a proa!

La larga canoa india avanzaba balanceándose en todos sentidos por las torrentosas aguas. Kildare, Dalroy y Murphy estaban sentados en ella junto con Tomahawk Chico, el joven indio mohawk.

Delante de ellos el río estaba lleno de espuma; sus aguas salpicaban a raudales las rocas de los rápidos, respecto a los cuales

Kildare había dado aviso a sus compañeros. Se oía el ruido de las aguas revueltas; la canoa flotaba sacudida violentamente por la correntada, siguiendo el canal del medio del río, flanqueado de hirvientes aguas.

Pero a los cuatro que iban en la canoa no les asustaban los rápidos.

Estaban acostumbrados a navegar en canoa y a ir entre los rápidos de los torrentosos ríos del Oeste.

—¡Hacia abajo! — gritó, jocosamente Murphy, el corpulento irlandés y al expresarse así dió una vuelta a su paleta gracias a lo cual la canoa subió y bajó salvando la cúspide de una roca semi sumergida.

La canoa siguió cabeceando al avanzar por entre la espuma dirigida con segura mano por Murphy y Tomahawk Chico, — o Tommy, como le llamaban generalmente, — que manejaban las dos paletas.

Un golpe cualquiera hubiese rasgado el fondo de la frágil canoa. Pero no golpeaba: eran los que remaban, suficientemente hábiles para saber evitar que les pasara eso. Traspusieron la zona de los rápidos con toda limpieza y grandísima rapidez y flotaron de nuevo en aguas casi tranquilas y bastante profundas.

Se encontraban a cinco jornadas de viaje del ranch Los Tres.

Los camaradas habían emprendido una expedición de caza, descendiendo el río Miawash; habían seguido por un tributario desconocido, que les llevó hacia el Norte internándolos en extensas selvas enteramente inexploradas, al menos en lo que a ellos se refería. Pero Tommy les había dicho que por allí se acercaban al territorio de los suyos, de los indios mohawks.

—Tal vez nos encontremos con tu gente, muchacho, — observó Dalroy, y ante ese pensamiento relucieron de júbilo los ojos de Tomahawk Chico.

Andaban en busca de alces, — los hermosos ciervos americanos tan grandes como caballos, — pero hasta entonces no habían tenido ocasión de disparar un solo tiro.

—Esos alces no tienen, por lo visto, ganas de que los maten, ¿no es cierto? — gruñó Dalroy, pasando la ennegrecida pipa de un lado a otro de la boca.

—¡Silencio! — dijo Kildare. — ¡Miren!

Una cabeza grande de color pardo oscuro había aparecido por entre el denso follaje de la orilla derecha del río. Las pesadas astas se reflejaban en el agua tranquila de un remanso de la orilla del río.

Era un alce que se había acercado al río para beber.

En el mismo instante, los dos que manejaban las paletas detuvieron la marcha de la liviana canoa. Kildare tomó el rifle y se lo echó a la cara.

Pero antes de que pudieran hacer fuego, el corpulento animal que estaba en la ribera, los vió y se asustó. Movió su enorme cabeza y desapareció entre la fronda de la selva.

—¡Pronto! — gritó Dalroy mientras el joven piel roja y Murphy volvían a hundir las paletas en el agua haciendo que la canoa se aproximara con la rapidez de una flecha al sitio de la costa donde habían visto al alce un momento antes.

La proa de la embarcación rozó con las ramas colgantes de unos arbustos. Kildare se agarró a la rama de un abeto y saltó a tierra, seguido de Dalroy. Murphy amarró la canoa a una rama y luego él y Tommy siguieron a los otros dos.

Una suave luz verde alumbraba la selva. El suelo era suave y liso y en él estaban claramente marcadas las pisadas del alce.

Con rápido paso los cuatro se lanzaron en seguimiento del hermoso animal.

No habían avanzado mucho cuando se oyó un disparo de arma de fuego entre los árboles, delante de ellos. Todos se detuvieron mirándose los unos a los otros con asombro.

—¡Diablo, no somos los únicos que andamos tras el hermoso alce! — exclamó Murphy.

—¡Esto sí que es curioso! — manifestó Kildare. — ¡Hubiera apostado un diente a que éramos los únicos que andábamos de caza por este extremo del mundo! ¡Bueno; avancemos! Es necesario que veamos de quien se trata. De algún trampero, sin duda. Sería una lástima que hubiera matado a nuestro alce.

Después de avanzar un centenar de yardas llegaron a un pequeño claro. Dalroy lanzó una rápida exclamación:

—¡Por vida de Júpiter! — gritó. — ¡Miren ustedes!

Un hombre estaba tendido boca abajo en mitad del claro. Un hombre de piel oscura, de hombros desnudos y relucientes y vestido de cuero, con mocasines bordados y en la cabeza, un gran adorno de pintadas plumas. Se veía en seguida que aquel hombre era un jefe de piel roja.

—¡Así que el tiro que oímos no era dirigido al acaso! — murmuró Kildare. — Esto es algo que tiene muy mal aspecto.

Se arrodilló junto al caído piel roja y con todo cuidado volvió al hombre boca arriba. No estaba muerto, pero una herida que tenía en una sien indicaba cómo la bala había estado a punto de matarlo instantáneamente.

Kildare levantó la cabeza y miró en redor hacia la oscuridad reinante entre los árboles. Después se puso rápidamente de pie.

Un rostro delgado, oscuro, de ojos relucientes miraba hacia ellos por entre las ramas. Desapareció al momento pero no sin que antes Kildare hubiera notado que tenía unos curiosos tatuajes azules en los pómulos.

—¿Han visto a ese hombre? — gritó Kildare. — ¡Es necesario seguirlo en seguida! ¡Probablemente es el que mató a este otro!

Se metieron entre los árboles. Pero el rostro que habían visto lo mismo hubiera podido haber sido el de un fantasma, tan rápidamente desapareció. No lograron hallar huellas, no oyeron ni el menor rumor en el silencio de la selva.

Volvieron al claro donde se hallaba tendido en el suelo, el herido.

Había abierto los ojos. Kildare volvió a arrodillarse a su lado.

El rostro de aquel piel roja estaba impasible cual si fuera de piedra pero en sus ojos brillaba un odio y un furor intensos. Levantó una nervuda mano y estrechó con ella la muñeca de Kildare.

—Yo... Aguila Negra... muero... — dijo en voz muy baja y con acento gutural. — Mi enemigo Zorro Rojo... Najekwan, el Zorro Rojo, hirió de un tiro a Aguila Negra. ¡Zorro Rojo... shangodays|.. cobarde!

Kildare respiró jadeante, emocionado.

—Dígame, Aguila Negra, nosotros hemos visto a un hombre; un hombre con tatuajes azules en el rostro... ¿era Zorro Rojo?

El jefe movió negativamente la cabeza.

—No; ese no era Zorro Rojo. Era el hermano de Zorro Rojo, llamado Víbora Oculta, el médico. Pero es un hombre malo porque miente; su lengua es doble.

El piel roja se estiró en la hierba y lanzó un suspiro. Sus ojos se pusieron vidriosos y después de un instante los cerró lentamente.

—¡Ha muerto! — dijo Dalroy.

Pero Kildare movió negativamente la cabeza.

—No; aún respira, Dalroy. Ha perdido los sentidos pero nada más. Tal vez se salve, después de todo. Pero...

Se puso de pie de un salto, y se quedó inmóvil, erguido en el centro del claro.

Porque por entre las sombras de los árboles llegaba corriendo un enjambre de cobrizas figuras.

Más de doce pieles rojas que blandían tomahawk y rifles gritaron furibundos en cuanto vieron a los cuatro contra los cuales se lanzaron.

Kildare se dió cuenta al instante de la situación.

—¡Dios mío! ¡Estamos fastidiados! Estos son amigos de Aguila Negra y creen que somos nosotros los que lo hemos herido.

Juzgando por las relucientes mirando de furor de los pieles rojas se comprendía con toda claridad lo que pensaban. Aguila Negra privado del conocimiento, no podía decir a sus amigos que no habían sido los blancos, sino Zorro Rojo, su enemigo, quien lo había atacado en la selva.

Un corro de furiosos indios los rodeó. Dalroy estuvo a punto de alzar el rifle para hacer fuego, pero lo bajó de nuevo. No convenía verter sangre, como pudiera evitarse. Si la suerte les favorecía un poco podrían explicar a aquellos hombres el error en que se encontraban.

Tomahawk Chico lanzó una rápida exclamación.

—¡Jefes! — dijo en voz baja y nerviosa a Kildare, Dalroy y Murphy. — Estos rojos pertenecen a mi mismo pueblo: son mohawks; los he reconocido por las pinturas que tienen sus adornos de plumas.

Mientras hablaba, Tommy fué sujetado por un nervudo piel roja que le tomó de un brazo. Como a los otros tres, al jovencito indio le ataron las manos a la espalda con tiras de cuero de búfalo.

Los pieles rojas hablaban entre ellos cuchicheando con enojo reconcentrado.

Algunos se habían acercado al caído Aguila Negra y se inclinaban mirándolo con atención.

—¡Gracias a Dios Aguila Negra no está muerto! — murmuró Kildare.

A pesar de la gravedad de la situación, Kildare, como de costumbre estaba enteramente tranquilo. Era admirable su sangre fría.

Dalroy forcejeaba tratando de romper sus ligaduras.

—¡Suéltenos imbéciles! — gritaban. — ¡Nosotros no le hemos hecho daño alguno a su socio! ¿Comprenden? ¡Han agarrado el bastón por el extremo contrario!

—¡Silencio, perro — ordenó un jefe mohawk en gutural inglés.

Dalroy resopló y empezó a decir a los mohawks qué era lo que pensaba de todos ellos. Pero Kildare hizo callar al turbulento mayor mediante algo que le dijo en voz baja.

—¡Bueno! ¡Salvajes imprudentes! — exclamó Dalroy, en son de protesta.

—Está bien; tiene usted razón. Pero ahora no podemos hacer nada. ¡Están bastante enojados con nostros y no es cosa de enojarlos más! — replicó Kildare en voz baja.

—¿Sabe que me parece que tiene usted razón, capitán Kildare, al decir que es una suerte que Aguila Negra esté vivo todavía? — dijo Murphy sonriendo. — Porque si lo estuviera esa hermosura no podría decirles a sus amigos que han cometido un pequeño error respecto a nosotros. En cambio...

Pero mientras Murphy se expresaba así, uno de los mohawks que se hallaba junto a Aguila Negra, se levantó.

—¡Aguila Negra se ha dormido para largo tiempo! — dijo en idioma mohawk — ¡Aguila Negra no volverá a despertar más que en los campos de las felices cacerías!

Dirigió una mirada cargada de amenazas a los cuatro prisioneros.

—¿Qué ha dicho, Tommy? — preguntó Kildare en cuyo rostro se vió una expresión de sobresalto cuando el joven indio mohawk le tradujo las palabras del piel roja.

Calló Kildare durante un momento.

—¡Así que Aguila Negra ha muerto! — murmuró Kildare. — ¡Pobrecito! ¡Y ahora no queda quien pueda decir a estos salvajes que nosotros no somos responsables de su muerte!

—¡Lo cierto de todo es que estamos fastidiados! — gruñó coléricamente Dalroy.

No cabía duda a ese respecto. Los cuatro camaradas se encontraban en una posición realmente peligrosa y grave.

LA SELVA INCENDIADA

Dalroy parecía echar chispas por los ojos.

—¡Qué encantadora situación! — exclamó indignado y furioso. — ¡Qué deliciosa situación. ¿No les parece? — agregó sarcásticamente.

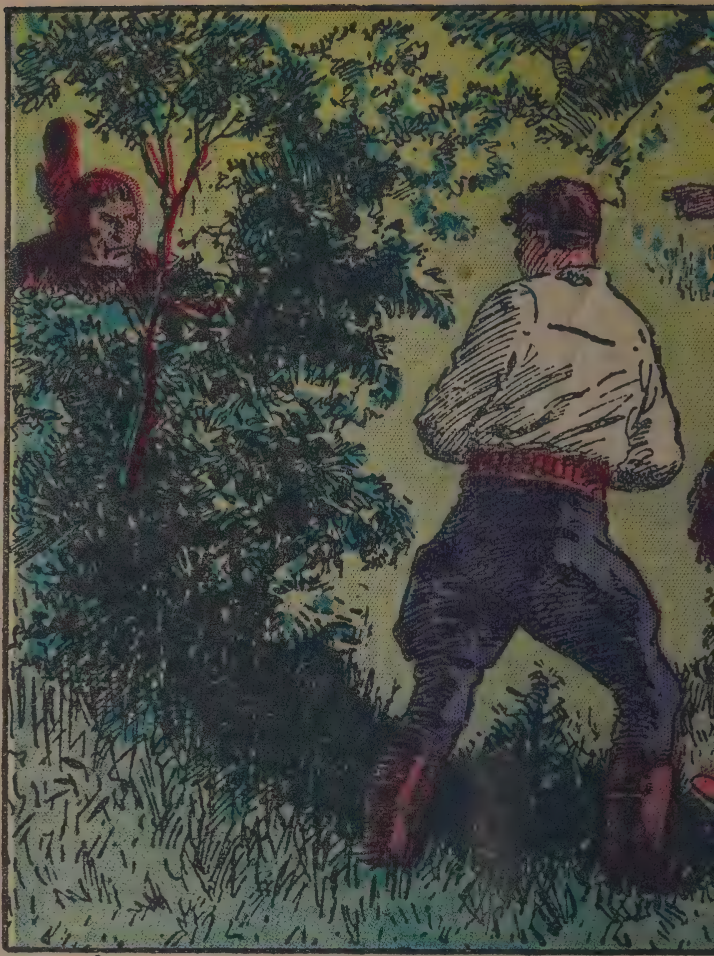
—Las perspectivas no son muy halagüeñas, — dijo Kildare con indiferencia.

Murphy se rió a carcajadas.

Habían transcurrido dos días.

El grupo de indios mohawks navegaba en canoas río abajo llevando con ellos a sus cautivos, Tomahawk Chico había sabido por ellos que el propósito que tenían los captores era hacerlos comparecer ante el consejo supremo de las tribus para que el consejo determinara qué suerte habían de correr.

La presencia de Tomahawk Chico en com-



Un rostro delgado, obscuro, de

pañía de los blancos había despertado el interés de los pieles rojas, especialmente cuando el indiecito hubo manifestado que él también era de la raza de los mohawks. Pero le miraban con desconfianza, y todas sus manifestaciones afirmando que sus compañeros blancos no eran "medicina mala" fueron recibidas con desconfianza y frialdad.

Tendido a la proa de una de las canoas, Tomahawk Chico llevaba bastante tiempo sin haber pronunciado una sola palabra.

Era tanta la amargura de su corazón, que no se sentía con deseos de hablar. Después de haber transcurrido tanto tiempo, volvía al seno de su pueblo y éste le miraba como traidor y como "medicina mala".

Había desistido ya de convencer a los mohawks de que habían cometido un grandísimo error. Ya ni querían oírle.

Debido a eso, el jovencito indio estaba tendido, silencioso, a la proa de la larga canoa hecha con corteza de abedul que se deslizaba por el sereno río de riberas cubiertas casi por completo de compactos pinares.

Eran cuatro canoas en total. Los tres cautivos blancos iban en una. Tommy iba en otra. La primera canoa y la última iban cargadas de caza porque el grupo de mohawks había estado entregado a una expedición de caza.

Kildare habíase dado cuenta de un detalle. Víbora Oculta, el "médico", cuyo rostro habían visto entre ramas en el claro del bosque, no formaba parte del grupo. Tampoco figuraba allí, al parecer, su hermano Zorro Rojo.

Tomahawk Chico había relatado a los mohawks en su propio idioma lo que Aguila Negra había dicho antes de morir y cómo había afirmado que era Zorro Rojo el autor de su muerte.

Pero esta afirmación había sido recibida con incredulidad aun cuando había hecho que los pieles rojas reflexionaran.

Les pareció extraño, en realidad, que aquel muchacho estuviese al tanto de la existencia de Zorro Rojo. Pero pensaron que a Aguila Negra le habían sonsacado cuál era el nombre de su enemigo para que los blancos pudieran inventar un cuento demostrando o pretendiendo demostrar su inocencia.

—Zorro Rojo y su hermano Víbora Oculta, se encuentran muy lejos de nosotros, así que lo que usted nos cuenta es imposible, —dijo el alto jefe mohawk al muchacho.

Después de esta manifestación Tomahawk Chico había considerado inútil todo cuanto pudiera hacer ya procurando sacarlos de su lamentable error.

Ya se encontraban cerca del territorio de los mohawks.

Llegó la noche. En la selva reinaba el silencio. Las estrellas brillaban en el cielo sin nubes y reflejaban sus luces en las serenas aguas del río.

Los indios ni hicieron alto ni instalaron campamento. Siguieron remando acompasadamente.

El río se hacía cada vez más estrecho, llegando a tener tan sólo cincuenta yardas de ancho. Se retorcía serpenteando entre los altos árboles. Una o dos veces descendieron por espumosos rápidos pero, en casi toda su extensión la superficie del río se presentaba tranquila o lisa.

Las cuatro canoas se deslizaban como embarcaciones fantasmas a través de la oscuridad, sin hacer ruido alguno doblando una larga curva. Un sonoro grito brotó de los labios de uno de los pieles rojas que iban en la primera de las canoas.

Todos miraron hacia adelante.

A lo lejos de la estrecha cinta de las aguas, — porque el río se había estrechado más y más,—se veía un resplandor rojo que se reflejaba en la apenas rizada la superficie del río.

El ranch "Los Tres"

—¡Diablo, qué incendio! —exclamó Murphy. — ¡Nos vamos a chamuscar o a achicharrar si estos indios del demonio no se apuran un poco!

Pero los mohawks empezaban a hacer que viraran sus largas canoas.

Las paletas relucían, mojadas, sobre las oscuras aguas y las frágiles embarcaciones movíanse rápidamente cual si estuvieran dotadas de vida. A toda velocidad, comenzaron a alejarse de la terrible amenaza que parecía querer perseguirles.

Era aquella una carrera en la que el premio tenía importancia suma porque era la vida de todos.

Uno de los mohawks miró hacia atrás y el breve grito que lanzó hizo comprender a los otros que el fuego los estaba alcanzando.

Las rojas, hambrientas fauces que avanzaban devorando la selva a su paso se acercaban más y más, amenazando tragarse también, en su ígneo torbellino a las cuatro canoas con su carga y con sus ocupantes.

De ambas riberas llegó entonces la gritería de los aterrorizados animales de la selva a los que se les oía correr, huyendo desesperados, a través de las plantas y arbustos del suelo. Alces y osos, lobos y zorros y cien animales más de los que pueblan las selvas se unían para correr como leones en busca de sitio seguro donde guarecerse.

cientes, los miraba por entre el ramaje.

no número

ION

INEL

Parecía crecer rápidamente, como si al mismo tiempo danzara entre los pinares. Vieron que el resplandor se extendía entre los árboles y el viento que venía de aquel lado trajo con él un ruido extraño, especie de murmullo inexplicable en el primer momento.

Todos los indios gritaron muy excitados señalando hacia aquello con sus largos brazos bronceados.

Se hablaban unos a otros en su lengua y sus frases eran breves y entrecortadas. Aun cuando los blancos no podían entender lo que decían, podían, sin embargo, asomarse lo suficiente al borde de las canoas para llegar a ver el resplandor carmesí y darse cuenta de qué se trataba.

Avanzando hacia ellos a toda velocidad, lamiendo con sus llamas cuanto encontraba a su paso un incendio, — incendio de la selva, — se disponía a cortarles el camino.

El rojo resplandor veíase ya mucho más cercano. Los chasquidos de las ardientes ramas y el ruido de los troncos derrumbados se oía ya con toda claridad. El aire comenzó a poblarse de volantes pavesas llevadas en alas del viento que soplaba.

Vieron una que otra vez, por los claros que tenían los pinares de las orillas, a los numerosos grupos de desesperados animales. Los osos de enorme silueta corrían cabizbajos, resoplando; pasaban rápidos lobos y zorros y ágiles y extraordinariamente veloces los ciervos que ciegos de terror, tropezaban con las ramas que caían golpeando en ellas con sus hermosas y altas cornamentas. De vez en cuando pasaba algún grupo de chillonas ardillas o de otros animales pequeños.

En el río, las cuatro canoas se apresuraban cuanto podían, desesperadamente, procurando escapar a un destino que parecía inevitable a juzgar por el aspecto que las circunstancias adoptaban.

En realidad era el fuego, en su avance, más veloz que las canoas de los mohawks que movían las paletas con una fuerza y una rapidez evidentemente extraordinarias.

El incendio avanzaba implacable, chisporroteando tras ellos, lanzando más y más llamaradas, tiñendo el agua de rojo. Mirando hacia atrás Kildare, aun cuando se hallaba atado, alcanzaba a ver el enorme fuego que se precipitaba hacia las canoas. Distinguía las oscuras siluetas de los árboles destacán-

dose sobre el fondo de llamas. Después, los altos pinos se adornaron con llamas y comenzaron a crugir, se tambalearon y fueron cayendo en el enorme incendio.

El aire estaba cargado de humo, sólido, sofocante. Soplaba un viento que contribuía a acrecentar el furor del fuego. El ruido que hacía el fuego parecíale a Kildare, en conjunto, una carcajada sarcástica y burlona, rara, interminable cual si el fuego fuese un viviente monstruo que los persiguiera enteramente convencido de que no les sería posible escapar.

Los indios, — con la garganta irritada por el humo acre y la voz ronca, — se gritaban breves frases los unos a los otros. En la ribera derecha del río las llamas habían alcanzado a ponerse a nivel con la última de las canoas. Los pieles rojas remaban con tanta fuerza que se hinchaban los músculos de sus brazos y se encorvaban las resistentes paletas hechas de madera flexible. Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles: no podían avanzar con mayor velocidad que las llamas de la conflagración.

Se adelantaron lentamente las llamas, los pasaron y los navegantes sintieron el ardiente hálito de aquella masa de fuego que les achicharraba la piel del rostro. Sobre las canoas cayeron volantes chispas picoteando con pequeñas pero crueles quemaduras el cuerpo de los rojos y de los blancos.

Kildare volvió a mirar en redor.

Por la otra ribera las llamas estaban, también, tomándoles la delantera. Poco tardarían en verse achicharrados por ambos flancos. Miró hacia el sitio donde rugía el fuego a corta distancia, detrás de ellos, donde el fuego zumbaba con mayor potencialidad.

Kildare, aterrado, se estremecía de pies a cabeza.

Las llamas alzábanse ya en ambos lados del curso del río. El chirrido de las áscuas encendidas que caían al agua se oía con fuerza al mismo tiempo que densas y blancas nubes de vapor se alzaban del río, ocultando su superficie.

Era imposible vivir allí entre aquellas dos murallas de fuego. Poco tardarían en encontrarse rodeadas por el incendio porque el fuego seguía su marcha hacia adelante.

—¡Estamos perdidos! — díjose Kildare. Pero, pasado un momento de pasajero terror, el joven militar había recobrado su asombrosa sangre fría.

Tanto Kildare como sus camaradas, habían visto cara a cara a la muerte en muchas diferentes formas en todos los sitios imaginables del globo terráqueo. Pero aun cuando eso no les había tornado impasibles había contribuído mucho a templar sus nervios de acero y a dar serenidad extraordinaria a su mente.

En realidad los pieles rojas estaban bastante más asustados que los blancos. Así lo demostraban dando mucho más visibles muestras de terror a pesar de que los indios pieles rojas son hombres que comúnmente hacen frente al peligro con calma fatalista.

La voz del alto jefe resonó potente dominando el fragor del incendio

Los blancos no pudieron entender que dijo, pues habló en el lenguaje de su pueblo, pero no tardaron en comprenderlo con claridad.

No podían tener más que una sola esperanza de salvación y consistía en buscar protección en las aguas del río. El jefe del grupo de pieles rojas había ordenado a los suyos que procedieran en esa forma.

A Kildare no le hubiese asombrado que los mohawks los hubieran abandonado a su destino. Pero no lo hicieron así los indios. Cortaron rápidamente las ligaduras que sujetaban a sus prisioneros, con sus filosos cuchillos de caza.

—¡Vamos! ¡Algo tienen de caballeros, después de todo!, — rugió Dalroy, poniéndose de pie en la canoa que se balanceaba violentamente, preparándose para zambullirse. Se quitó el saco, mirando hacia atrás, a la muralla de fuego que seguía adelantándose.

Las chispas volantes habían prendido fuego a las canoas. Lenguas de llamas lamían los costados de corteza de abedul de la embarcación en que los tres blancos habían estado prisioneros.

Zambulleron los tres a la vez. Después del intenso calor del aire caldeado por el incendio, el agua del río les pareció tan fría como el hielo.

Kildare no había dejado de mirar hacia la canoa en la cual estaba atado aun, Tomahawk Chico.

Lanzó una exclamación al ver que los pieles rojas saltaban de la canoa al río. ¡Tomahawk Chico estaba atado todavía! Los pieles rojas no habían querido detenerse el instante necesario para libertarlo. Su canoa llameaba, ya con una rama encendida, dentro de ella.

Kildare nadó desesperadamente hacia la incendiada canoa.

Un piel roja nadaba cerca con un largo cuchillo entre los dientes. Habíase arrojado sin volver a envainar el cuchillo y una vez en el agua, como le molestaba en la mano, se lo había llevado a la boca para sujetarlo entre los dientes mientras nadaba.

Esto constituyó una suerte para Tomahawk Chico pues de no haber sucedido así, Kildare no hubiese podido acudir en socorro del jovencito piel roja.

Porque Kildare arrebató el cuchillo de la boca del indio en el momento en que éste pasaba nadando junto a él. Nadó con enérgica expresión en el rostro, hacia la canoa incendiada sosteniendo el cuchillo también él, entre los dientes.

Las llamas brotaban de varios sitios de la canoa, devorándola con rapidez. Las ropas de Tomahawk Chico comenzaban a arder.

Kildare llegó a la canoa, pero no había tiempo para empezar por cortar las tiras de cuero que tenían sujeto al muchacho. Se agarró del borde de la canoa y dando un tirón con todas sus fuerzas, consiguió volcarla. Tomahawk Chico rodó hacia el agua en la que se hundió como una piedra, pues nada podía hacer en su propia defensa, atado como estaba.

Kildare zambulló.

Cuando regresó a la superficie sostuvo la

cabeza del joven indio encima del nivel del agua, con la mano izquierda mientras que, con el cuchillo, que empuñaba su diestra, cortaba las ligaduras.

Por fin Tomahawk Chico estuvo en libertad y nadando junto a su salvador.

Dalroy y Murphy braceaban cerca de ellos. Ellos también habían nadado hacia Tomahawk Chico con intención de auxiliarle, pero habían visto lo que Kildare hacía y habían esperado el final de la escena.

En redor del agua se veía aparecer fuera del agua la cabeza de varios indios mohawks. Pero era tanto el calor del aire procedente de las murallas de fuego de ambas márgenes del río y tan grandes y numerosas las chispas que caían en el agua que los nadadores no tardaron en adoptar la medida de quedar entre dos aguas, sacando la cabeza, para renovar la provisión de aire, sólo de vez en cuando.

Cada vez que levantaban la cabeza fuera del agua casi no les era posible respirar porque el aire estaba sobrecargado de humo acre y sofocante.

Dalroy, resoplando vigorosamente levantó la cabeza para respirar pero el aire caldeado estuvo a punto de sofocarlo. Tosió, se le llenaron los pulmenos de humo y de vapor y luego, para empeorar su situación, una rama que colgaba sobre el río y estaba ardiendo, se desprendió, cayó y le golpeó en la cabeza.

Dalroy se hundió de nuevo en el agua.

Pero sentía como si sus pulmones estuvieran a punto de estallar. Aun cuando había sacado la cabeza del agua esto no parecía haberle proporcionado alivio ninguno porque sólo había respirado sofocante humo.

Y se preguntaba, al volver a sacar, desesperadamente, la cabeza por encima de la superficie del río si sería posible que alguno de ellos pudiera resistir semejante situación hasta que el fuego hubiera pasado, alejándose por la selva y la atmósfera se hubiese aclarado nuevamente.

LA CATARATA SUBTERRANEA

Dalroy volvió a sacar la cabeza del agua temeroso de golpear de nuevo con la rama que había caído.

Pero no fué así y cuando respiró de nuevo aun cuando tosió fué con menos violencia que antes: el aire parecía hallarse más claro.

Se quitó el agua de los ojos y miró.

La orilla del río no presentaba, como antes una no interrumpida muralla de fuego. De los árboles que habían ardido no quedaban más que trozos de troncos que se apagaban ya. En todas direcciones las llamas habían menguado sus furores. Río arriba el fuego se alejaba devorando los pinares donde encontraba nuevo pasto para sus llamas. Pero lo peor había pasado ya.

Dalroy miró rápidamente en redor del sitio donde estaba.

Kildare y Tomahawk Chico también habían sacado la cabeza por encima de la superficie del agua. Un momento después Murphy los imitaba, sacudiendo la cabeza violentamente para quitarse el agua del cabello.

En seguida llamó Dalroy a los otros y nadó vigorosamente río abajo.

Los otros le siguieron dándose cuenta de su propósito. Aquel era el momento oportuno para tratar de escapar.

Por el río cuyas riberas estaban cubiertas de ennegrecidos trozos de árboles, los fugitivos nadaron desesperadamente. En una ocasión Kildare miró hacia atrás pero no vió ni señal de los indios.

A medida que avanzaban río abajo el calor era menos fuerte. Aun cuando todavía quedaban en la selva algunos focos llameantes, la mayor parte de lo que podía arder había ardido ya quedando tan solo los esqueletos de los altos arboles, negros y humeando

Había salido la luna cuya luz de plata se reflejaba en la superficie del río sobre la cual flotaban restos del incendio entre los que figuraban algunas grandes ramas de las cuales ardía todavía, llameando, la parte que sobresalía del agua.

El río describía una curva que siguieron los nadadores y apenas habían terminado de recorrerla cuando Murphy lanzó un grito de advertencia.

—¡Atención, compañeros! — gritó, pasandose la mano por la boca y por los ojos para quitarse el agua que le molestaba.

Los demás vieron en seguida que era lo que le había llamado la atención al irlandés.

Flotando delante de ellos, con la quilla al aire y medio quemada, flotaba una larga canoa de corteza de abedul que la corriente había arrastrado río abajo, delante de ellos.

Era la misma que Kildare había volcado para salvar de las llamas a Tomahawk Chico.

Al volcarla, como lo había hecho, Kildare había apagado las llamas que amenazaban devorarla en cortos momentos. Como la parte de abajo de ella estaba empapada no se prendió fuego a pesar del intenso calor reinante y de las muchas chispas que le cayeron fuego, encima...

Kildare avanzó presuroso, se agarró a la canoa y la volvió a su posición natural.

—¡Esto es suerte! — gritó jubiloso y con los ojos brillándole de contento.

La canoa, a pesar de lo que tenía quemado el lado de proa, estaba aun en condiciones de navegar si lograban encontrar paletas, — o sea remos indios, — con los cuales impulsarla.

—Por ahí deben flotar numerosas paletas — manifestó Murphy alegremente.

En aquel mismo instante vió que una paleta flotaba, movida por la corriente, a corta distancia.

Tomahawk Chico distinguió otra.

—¡Ahora sí que estamos bien! — exclamó Dalroy. — El problema que ahora se nos presenta, sin embargo, es de difícil solución. Tenemos que embarcarnos en esa canoa sin volcarla. ¡A ver cómo nos sale!

No les salió bien ni la primera ni la segunda vez y tuvieron que intentarlo varias veces más, — pues la canoa parecía querer negarse a que se embarcaran en ella y se volcó en repetidas ocasiones, — pero por fin consiguieron su objeto y los cuatro, muy

contentos, estuvieron sentados en ella. La embarcación navegó en seguida río abajo, por entre las riberas todavía humeantes.

Al cabo de unos minutos de navegación, Kildare miró hacia atrás.

No se veía por parte alguna a los indios mohawks. Sin canoa con la cual perseguirlos, los indios se hallaban sin duda en evidentes condiciones de inferioridad. No podían, pues tratar de perseguir a los blancos a quienes creían responsables de la muerte de su jefe y camarada Aguila Negra.

—¡Ya les hemos dado esquinazo! — exclamó Dalroy, sonriendo.

—¡Sí, pero nos hemos quedado sin nuestros rifles! — comentó Murphy con pena.

—Es preferible perder los rifles a perder la vida, — replicó jocosamente Kildare. — Y me parece que esos señores mohawks, como no creían verídicas nuestras manifestaciones, nos hubieran condenado a muerte con toda seguridad, como matadores de Aguila Negra.

La canoa navegaba rápidamente impulsada por la corriente y por las paletas.

El río se hacía cada vez más angosto y más profundo y su corriente notábase más y más rápida. De pronto, se notó más adelante que el agua estaba revuelta.

—¡Más rápidos! — gruñó Dalroy. — ¡Ojalá no nos pase nada desagradable al trasponer esa parte del río llena de peñascos!

Llegaron a distinguir los rápidos. El agua revolvíase violentamente entre rocas sumergidas a medias. Manejaron la canoa con tanta habilidad que traspusieron aquella peligrosa zona sin accidente. El río, pasados los rápidos, era más estrecho aún que antes y corría con la rapidez de un torrente. Era tan rápido, que resultaba muy difícil, — casi imposible en verdad, — dar dirección al frágil esquife.

La corriente tomó en sus garras a la canoa, la arrastró por una violenta curva del río, la hizo avanzar por una garganta a ambos lados de la cual se alzaban altas paredes de roca, en lo alto de las cuales se veían restos de árboles quemados y todavía humeantes, destacándose sobre el cielo iluminado por la luna.

—Vamos a pasar por un sitio, peligroso, — dijo Kildare mirando hacia adelante a través del nebuloso ambiente.

A la distancia, las aguas producían un ruido semejante a un fuerte ronquido.

—Si vamos hacia una catarata, lamentaría en verdad haber salido de casa sin niñera, — observó jocosamente Murphy.

Pero en sus ojos azules se notaba una expresión de temor y de ansiedad.

La canoa avanzaba con rapidez levantando raudales de agua con su proa medio rota. No era una embarcación muy segura en circunstancias normales, pero en aquel trance, — teniendo en cuenta que algo, aun cuando no mucho, la había dañado el fuego, — la canoa resultaba una cáscara de nuez cuya seguridad estaba a merced del menor tropiezo.

—Es una lástima que no conozcamos este río, — gritó Dalroy procurando que se le oyera a pesar del ruido del agua. — ¡Oído al ruido! Si no lo produce una catarata, soy capaz de comerme el sombrero.

—Puede decirlo tranquilamente, puesto que ha perdido el sombrero, — dijo Kildare en tono de broma.

Pero también él sentía ansiedad.

Si había na catarata delante de ellos, — y el ruido que se oía así lo hacía suponer, — el peligro que les amenazaba podía ser grandísimo.

Era imposible hacer que la canoa se detuviera. Aun cuando hubieran navegado lentamente en lugar de hacerlo a prisa, no hubiesen podido detenerla porque las paredes de piedra de ambos costados eran resbaladizas como el vidrio y no presentaban asidero

—¡Dios mío! — exclamó Dalroy de repente, en el momento en que volvían una nueva curva del río.

Por allí, delante de ellos, las dos paredes laterales se juntaban cerrando el paso. El río entraba en una enorme caverna abierta en la roca y el ruido que oían hacía rato salía de la boca de la caverna.

Allí dentro había una catarata cuyo ruido llegaba con toda claridad a sus oídos. ¡Y ellos corrían, inevitablemente, hacia aquel agujero ancho, alto, oscuro y misterioso!

Les era imposible hacer algo por salvarse; les era imposible menguar, ni aun en lo más mínimo, la rapidez de la marcha de la canoa.

—¡Diablo! ¡Aquí terminamos todos para siempre! — exclamó Murphy. — Amigos míos, dentro de un minuto...

Pero Murphy no terminó la frase.

No se pudo oír lo que decía en medio del rugir de la oculta catarata en el momento en que la canoa, arrastrada como por un torbellino, entraba en la boca de la caverna.

Oyeron un chasquido en el momento en que su embarcación golpeó contra una peña semisumergida. El agua entró a chorros por un agujero abierto en la corteza de abedul. Un instante después, manoteaban todos ellos en el agua; la canoa se había hundido.

Kildare nadó a ciegas en medio de la obscuridad, arrastrado al mismo tiempo por la rápida corriente.

Oyó que uno de sus compañeros gritaba algo pero la voz le pareció ahogada y las palabras incoherentes.

Sintió luego como si las aguas se hundieran a su paso y se dió cuenta de que estaba al borde de la catarata.

Descendió más y más, en medio de la obscuridad completa.

El agua se cerró sobre su cabeza, revuelta, espumosa como la del canal de la rueda de un molino. Permanecía inmóvil conteniendo instintivamente el aliento.

Sintió que volvía a sacar la cabeza por encima de la superficie del agua y abrió los ojos. Aún le envolvía la obscuridad: el agua le salpicó el rostro con fuerza.

Kildare sintió que una mano se agarraba a su brazo, soltándole luego y dejando que siguiera siendo arrastrado por la corriente. Sintió que el agua espumosa le rozaba el cuello a medida que seguía siendo arrastrado hacia adelante en la obscuridad.

(Continuará)

MOSQUETEROS DEL ESPACIO

Tercera parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

BUD SALVA LA SITUACION

HERR Erbert von Rolstein se enderezó junto a la gran máquina eléctrica, con expresión de triunfo en sus pálidos ojos. No en balde lo habían apodado en Alemania el Archiduque del Misterio.

Había misterio detrás de sus ojos... misterio en sus inexpresivas facciones, que parecían talladas en madera.

Ahora, en aquel momento en que el triunfo parecía al alcance de su mano, después de semanas de incesantes planes, uno hubiera podido esperar que se riera.

Pero Erbert von Rolstein no sabía lo que era reír. Los hombres a su servicio decían que no conocía ninguna emoción, excepto la cólera.

A su alrededor se extendían las máquinas, de extraño aspecto, del laboratorio. Agachados en un rincón, paralizados por lo ocurrido, estaban John Henry Dent y Bud Atlee, que habían entrado en Alemania, como espías, para robar cierto Tratado que las autoridades británicas deseaban conocer.

El compañero de ambos, Langton Wagstaff, estaba caído sobre una gran plancha de acero, en el centro de la pieza, sobre un ángulo de la cual una descarga eléctrica bajaba, produciendo un chirrido.

No podían salvarlo, porque si se acercaban a un pie de la plancha ellos también sufrirían los efectos de la corriente.

La voz dura y amenazadora de Rolstein resonó sobre el siniestro chirrido de la chispa eléctrica.

—La cacería ha terminado — dijo. — Dentro de pocos segundos más el amigo de ustedes habrá dejado de existir. Y yo podré sacar el Tratado de su bolsillo. Sólo espero que mis hombres entren a este laboratorio para tomarlos a ustedes dos prisioneros. Hasta que no lleguen, no cortaré la corriente. Y hasta que esa corriente no haya sido cortada, no se atreverán ustedes a moverse.

En eso, sin embargo, se equivocaba Rolstein. Bud Atlee, el miembro americano del trío, se movió. Pero su acción fué tan ligera que el jefe del Servicio Secreto no le prestó atención.

Bud Atlee había estado en muchos sitios y hecho muchas cosas antes de que estallara la guerra. Aunque era muy joven, su vida había sido aventurera y variada, su experiencia grande.

Ahora, cuidadosamente, se apoderó de un pedazo de alambre que colgaba cerca de un cuadro, distribuidor eléctrico.

El extremo del alambre estaba desnudo, el otro enchufado en uno de los terminales del cuadro, debajo de una pequeña placa que decía:

Voltios 4000.

Bud retrocedió hacia el cuadro de distribución, tambaleándose, como si estuviera abrumado por el trágico espectáculo que veían sus ojos. En el último segundo, sin embargo, agarró la llave principal, detrás de él, y la movió. Al hacerlo, hizo también un rápido movimiento y lanzó el alambre, que serpenteó en el aire y su extremo desnudo se dirigió directamente hacia la cara de Rolstein.

El hombre lanzó una exclamación y se apartó. Aquel movimiento había sido inesperado y lo tomó desprevenido. Extendió la mano para apartar el alambre, comprendiendo el peligro que encerraba.

Pero era demasiado tarde; por un segundo el extremo desnudo tocó su cabeza. El contacto fué suficiente.

Lanzó un grito salvaje, ahogado, y todos los músculos de su cuerpo se agitaron convulsivamente. Giró sobre sí mismo y cayó al suelo, mientras el alambre rebotaba junto a él. Del extremo desnudo saltaban chispas, contra la base de acero de una de las grandes máquinas.

—¡Ven! — exclamó Bud, cortando la co-

rriente y atravesando el cuarto, en dirección al otro cuadro distribuidor que controlaba la corriente que todavía seguía pasando al inanimado cuerpo de Wagstaff.

Cortó ésta también y luego ambos jóvenes corrieron junto a su caído camarada.

Wagstaff estaba sin conocimiento. La corriente que había recibido era menos de la mitad poderosa que la que había derribado a Rolstein como un golpe de hacha.

Pero, como habían pasado unos segundos, su cuerpo había soportado tal sacudida que otros pocos más le hubieran causado la muerte.

—¡Gracias a Dios que respira todavía! —balbuceó John Henry — Bud ¡qué acertado movimiento el tuyo! Dudo que a mí mismo se me hubiera ocurrido. Pero... ¿qué vamos a hacer con el pobre y viejo Wagger? ¿Se... se morirá?

—¡Que morir... ni que morir! — jadeó Bud, ayudando a sacar a Wagstaff de encima de la plancha de acero y llevándole hacia la ventana, que abrió de par en par. — Entiendo algo de electricidad, trabajé en un taller de energía eléctrica, en Detroit, cuando era un chico. Si Wagger tiene en buen estado el corazón, volverá en sí dentro de un cuarto de hora o cosa así. Pero... no quisiera yo sentirme como él se sentirá entonces.

—¿Quieres decir que no morirá? — balbuceó John Henry. — ¿Qué se pondrá bien, a pesar de todo? ¡Viva!... ¡viva!... ¡viva!... No puedo menos de gritar. ¿Y Rolstein?

—Mantén alta la cabeza de Wagger, a fin de que pueda recibir mejor el aire — murmuró Bud — y dale masaje al corazón, mientras yo me ocupo de nuestro compañero alemán.

Dejó a John Henry cumpliendo sus órdenes con vigorosa energía y se inclinó sobre el cuerpo caído, rígido, de Rolstein. El hombre estaba mortalmente pálido y apenas respiraba. Pero Bud había visto muchos casos parecidos antes y cuidadosamente empezó a atar las muñecas y los tobillos de la víctima con el alambre fatal que había arrancado de su enchufe.

—Este está peor que Wagger — murmuró Bud — La descarga que recibió fué más fuerte.

Con todo, también se repondrá. Pero entretanto, mejor es esconder al zorrino. ¿Cómo va Wagger?

Terminó su trabajo y volvió junto a John Henry que todavía aplicaba sus procedimientos médicos lo más fuerte posible. El color volvía gradualmente a las mejillas de Wagstaff y su respiración se iba haciendo más regular.

—Parece mejor — dijo John Henry, sonriendo alegremente y deteniéndose para enjugar el sudor que le chorreaba por la bastante larga nariz — Dios, mío, Bud, no eres tan burro como pareces. Este tratamiento obra maravillas.

Bud gruñó:

—Más maravilloso será que los compañeros de Rolstein no aparezcan antes de que Wagstaff vuelva en sí. Con todo, — añadió sombríamente — nada podemos hacer mientras no logremos ponerlo en pie. Ea... déjame darle una manito.

EL HORNO DE LA MUERTE

Donde John Henry había trabajado bien, Bud pareció hacer milagros. Bajo sus manos, más diestras, el paciente revivió pronto. Después de otros diez minutos de rudo trabajo, los párpados de Wagstaff aletearon, abrió los ojos y murmuró algo, incoherentemente.

Sus dos amigos quedaron encantados. Lo arrastraron más cerca de la ventana y empezaron a darle masaje en brazos y piernas.

Al principio pareció que lo hacía peor, su rostro se puso lívido; pero pasado el acceso, volvió la fuerza a sus miembros y al fin pudo sentarse.

—¡Dios mío! — murmuró debilmente — Me siento más o menos bien ahora. Déjenme poner de pie. Pero, ¿qué ha ocurrido? ¿Pisé alguna maldita cosa electrizada o qué? ¡Madre mía! ¿Dónde está Rolstein?

—Allí... durmiendo, debido a una dosis de su propia medicina — sonrió Bud — Pero, poco importa lo que ocurrió, Wagger. Hablaremos de ello más tarde. Entretanto, ¿tienes la cabeza suficientemente despejada para pensar? Estamos aquí, acorralados en este laboratorio de Essen. Los compañeros de Rolstein andan esparcidos por todas partes, buscándonos. Pueden entrar a este edificio en cualquier momento. ¿Sabes de que manera podemos salir?

Wagstaff atravesó inseguramente la gran cámara y se arrodilló junto al inanimado cuerpo de Rolstein. Pasó sus manos por él, examinándolo, mientras los otros dos miraban por la ventana, buscando señales de persecución entre los hombres que estaban diseminados, trabajando, en los patios de los grandes talleres.

—¡Mira! — dijo la voz de Bud — Ahí viene una docena de esos zorrinos, en dirección a la puerta de este edificio. Subirán aquí en un decir amén. Wagger, tenemos que movernos.

—Escondan a este tipo. — murmuró Wagstaff. — Me siento débil para hacerlo yo mismo. ¿Dónde está el científico a quien atamos al entrar aquí?

—Lo metimos detrás de aquella gran máquina, hace un rato — jadeó John Henry, apresurándose, con Bud, a obedecer — Pondremos al viejo Rolstein en el mismo sitio. Bien, Pimpollito. ¡Upa!

Herr Erbert von Rolstein fué alzado y cayó sobre su indefenso compatriota.

—Y ahora, vamos arriba — murmuró Wagstaff. — Agárreme del brazo uno de ustedes. Estoy todavía tan débil como un gato mareado.

Sus dos compañeros lo sostuvieron, mientras subían otra escalera, cuando se oían ya pasos abajo.

Oyeron luego la voz áspera de algún suboficial, que daba órdenes a los hombres que buscaban.

En el momento supremo, saltó Wagstaff a través del horno.

—Miren en todos los rincones. No dejen sombra sin explorar. Yo no ví al Herr von Rolstein entrar aquí; pero estaba solo, separado de nuestra partida. Los espías ingleses pueden haberlo matado o dominado en alguna forma. Fué demasiado imprudente al venir solo.

—¡Caracoles! — exclamó John Henry, mientras subían — Ese maldito come-salchichas es demasiado inteligente. Lo encontrarán a Rolstein, no bien entren al laboratorio.

Wagstaff se detuvo de pronto y extendió la mano, reclamando silencio.

—¡Esperen! — dijo — ¿Oyen ese ruido? ¿De dónde proviene?

—De la pieza de la derecha — dijo Bud — Parece una gran máquina que trabaja ahí. Pero... ¿no encontraremos más hombres?

—Probablemente sí — dijo Wagstaff, cuyas fuerzas volvían — Y si es así, ustedes, muchachos, tendrán que entenderse con ellos. Pero ese ruido es de una máquina acarreadora de cabos. Cuando entramos ví una que trabaja en lo alto del edificio. Entremos ahí.

Los otros lo miraron sorprendidos; pero no discutieron la orden. Siempre sosteniéndolo por los brazos se metieron en la pieza, donde se oía el ruido rechinante de la máquina.

Con alivio hallaron la gran cámara, de vigas de acero, completamente vacía; pero los ojos de John Henry se fijaron intrigados en el mecanismo que hacía todo ese ruido.

Parecía consistir en una interminable cadena de cubos o baldes que entraban por una ventana, pasaban alrededor de una gran rueda en movimiento y salían por la otra.

Había grandes montones de material, que parecía polvo de carbón, sobre el piso y palas introducidas en los montones.

—Es lo que pensé — murmuró Wagstaff. — Vean, los resíduos de la refinería son traídos aquí, por estos cubos y volcados en el departamento de química, abajo. Sufren algún extraño proceso y son subidos en un ascensor para ser descargados en los cubos cuando vuelven estos. Sabe Dios a que se destinan en su viaje de vuelta; pero eso no importa. Lo que me interesa es la máquina acarreadora.

—¡Cáscaras! — exclamó Bud. — ¡Qué idea brillante, Wagger! Pero ¿crees que tienes la cabeza suficientemente firme para resistir el vértigo? Quizá este aparato nos lleve a alturas considerables. Y tendremos que hacer... vaya a saber Dios que acrobacia cuando lleguemos al otro lado.

Wagstaff se encogió de hombros.

—Es el único medio de salir de aquí —

dijo. — A juzgar por el alboroto que se siente abajo, nuestros amigos ya han encontrado a Rolstein. Dentro de otro minuto empezarán a registrar todos los rincones del edificio. De modo que, vengan, Agarren cada uno un cubo, al pasar y métanse adentro.

—Primero te pondremos dentro a tí — dijo Bud.

Entre él y John Henry lo ayudaron a subir en uno de los receptáculos de acero, que se movían lentamente.

—Estoy bien.... gracias — balbuceó Wagstaff. — Ahora, no se queden ahí discutiendo la situación política...

Se agarró fuertemente, guardando el equilibrio lo mejor que pudo, mientras el cubo se balanceaba bajo su peso. Fué llevado hacia arriba de la gran rueda, mientras los otros dos se situaban en sus respectivos cubos.

Salieron por la abertura del gran edificio y se balancearon en el espacio, teniendo debajo un vertiginoso vacío.

Los tres estaban agachados, fuera de la vista, porque naturalmente deseaban reservar el secreto de su evasión.

A lo lejos, debajo, distinguían los grandes talleres de Essen, la red de líneas de ferrocarril, las maquinarias, la multitud de obreros, entregados a sus tareas. Cincuenta yardas más adelante, la cadena de cubos de la máquina acarreadora desaparecía dentro de la abertura de un segundo edificio, el que Wagstaff supuso era la refinería.

El aire frío de las alturas parecía haber reanimado a Wagstaff poderosamente; sus ojos tenían expresión vivaz y alerta.

—Prepárense para cualquier cosa ahora — gritó a sus compañeros. — Dios sabe a donde van estos "cosos" una vez que entren por esa pared. Yo trataré de fijarme y avisarles, si tengo tiempo.

Los tres se prepararon, mientras la pared se iba acercando cada vez más. Wagstaff se agachó todo lo que pudo para poder pasar sin tropiezo por la estrecha abertura.

Se agarró bien a los costados del cubo y encogió los hombros, que casi rozaba el ladrillo.

Y luego lanzó un salvaje grito... un grito en que había horrorizada advertencia. Una vez dentro del obscuro agujero había visto un resplandor rojo abajo, que no se distinguía desde afuera.

Vió el final de la cadena de cubos, vió debajo de él un orificio, dentro del cual los cubos se vaciaban automáticamente.

¡Y debajo de aquel orificio, había un horno enorme, lívido!...

Mientras Wagstaff miraba, su cubo llegó a lo alto de la rueda y los sintió dar vuelta por encima, con espantosa celeridad. Parecía no haber medio de salvación.

MUESTRE SUS PAPELES DE IDENTIDAD

Las sensaciones de Wagstaff en aquellos espantosos momentos no pueden describirse. Vió frente a sí la muerte... la más terrible de las muertes que puede esperar a un hombre.

El calor del horno le dió en la cara, le chamuscó los ojos, amenazando con privarlo del conocimiento.

Y en aquel desesperado instante, Wagstaff saltó.

—¡Salten! — chilló enloquecido. — ¡Salten lo más lejos que puedan! ¡Por amor de Dios, salten.

El cubo inclinado se estremeció y resonó bajo sus pies al dar aquel desesperado salto hacia adelante. Cayó, con las manos extendidas, de rodillas, sobre las calientes planchas de acero, mismo a la orilla del horno.

Desesperadamente se puso de pie, sólo para ser derribado por el peso de Bud, que cayó encima de él un instante después.

John Henry lo siguió y por unos momentos los tres rodaron en salvaje confusión de brazos y piernas, al borde mismo de la muerte. Luego se pusieron de pie, saltando como gatos, sobre las planchas calientes y lanzándose hacia los sitios más fríos del piso.

Ahora llegaron a una puerta que daba a una galería de acero, con escaleras que bajaban a las sibilantes profundidades de una red de maquinarias que rodeaban el gran horno central.

Abajo, en aquel brillante enrejado de acero, se movían hombres que más bien parecían demonios, en la guarida del mismo Satanás, que seres humanos.

El resplandor del horno los teñía de rojo y el crepitar de las llamas llenaba de ruidos fantásticos todo el edificio.

Wagstaff cayó al pie de una escalera y por un instante hundió la cabeza entre las manos.

—¡Dios mío! — murmuró — Apenas puedo creer que estemos vivos. Nunca olvidaré esto... nunca.

Bud se pasó el dorso de su mano húmeda por la frente y dejó oír una risa cascada.

—Y yo nunca podré mirar más, cara a cara a un pejerrey frito — dijo con su habitual buen humor, que volvía gradualmente.

—Pero, con todo, estamos vivos y mientras hay vida... hay jabón, como decía la lavandera. Bueno... y ahora, ¿qué hacemos?

John Henry suspiró profundamente y movió la tiznada cabeza.

—Has dado en el clavo, Bud; ese es el problema inmediato. En cuanto a mí, tengo la inteligencia ofuscada. Creo que nunca más se me despejará. Necesitamos, ante todo, bañarnos y cambiarnos de ropa.

Wagstaff se levantó y fué evidente que había recobrado el dominio de sí mismo.

—Tendrás que renunciar al baño y a cambiarte, aunque tuvieras oportunidad para ello, Petronio — dijo. — ¿No comprendes, pedazo de borrico, que con toda esta mugre podremos pasar por trabajadores, como los demás? Nadie nos hará preguntas. Tenemos suerte.

—Si le llamas a esto suerte — murmuró Bud, mirándose las manos ampolladas — no quiero oír tu opinión sobre el verdadero infortunio. Pero, me interrumpieron. ¿Qué hacemos ahora?

Wagstaff indicó con la cabeza la pieza del horno y la máquina acarreadora.

(Continuará)

Raúl de Lancaste

(Continuación)

LA doncella, con su silencio, había adquirido un compromiso del que le era imposible prescindir.

Tal vez en aquellos momentos había ya contestado don Alfonso que esperaba con afán el día de su unión a la mujer que se le destinaba, al ángel que había de hacer de su existencia un perpetuo y dulcísimo goce.

¿Cómo retroceder?

Ya lo hemos dicho: no habiéndose opuesto antes, era imposible negarse después.

Y no era precisamente las reconvenciones de don Pedro lo que la joven temía, sino que su misma conciencia se rebelaba a faltar al compromiso, que, aunque tácitamente aceptado, no dejaba de tener menos fuerza.

¿Por qué había permitido que se le escribiese a don Alfonso?

Doña Margarita ignoraba que su amor era correspondido; no tenía en el mundo más amigos, parientes ni amparo que el hombre que le había servido de padre; todo se lo debía a don Pedro, y además del respeto y la gratitud, estaba la consideración más triste: ¿a quién volvería los ojos si abiertamente rompía con su severo tío?

Quedaría sola en el mundo.

Para todo hubiera tenido valor la joven si hubiese sabido que era amada de don Juan; pero no solamente lo ignoraba, sino que creía que jamás se cumplirían sus amorosos deseos.

Pronto sabría que se había equivocado; pero ¿qué había de hacer entonces?

La infeliz, a pesar de todo su amor, tendría que rechazar a Santisteban, tendría que decirle que ni lo amaba ni lo amaría jamás.

¡Cuánto había de sufrir para pronunciar estas terribles palabras, para condenarse ella misma a un perpetuo tormento!

Don Juan espoleaba con frecuencia a su cabalgadura, y más pronto que los días anteriores llegaron al término de su viaje.

—Señor — dijo el sirviente, — supongo que no os habéis olvidado de vuestra promesa.

—Antes de media hora seré feliz.

—Quiéralo Dios.

—¿Acaso lo dudas, Julián?

—Como de algún tiempo a esta parte parece que el diablo se empeña en mortificarnos...

—Descuida, que esta vez no hay motivo para abrigar temores.

—¿No volveréis antes que otros días?

—¡Volver antes, abandonarla más pronto, cuando he de ser más feliz!...

—Con tal de que cumpláis vuestro propósito, todo va bien.

Encaminóse don Juan al sitio de que ya hemos hecho mención, trepó la tapia y se sentó como los días anteriores.

Lo mismo que siempre, gorjeaban los pájaros, murmuraban los arroyos y susurraba el vientecillo, agitando el espeso follaje.

Empero nadie había junto al arroyo.

La verde alfombra sobre que descansaba la doncella estaba salpicada por las perlas del rocío, y la cristalina corriente serpenteaba con más lentitud, como si sus aguas quisieran quedarse allí para servir de espejo al pálido rostro que en ellas se reflejaba todos los días.

Pasad, líquidos cristales, pasad, que ya vendrán otros y no ha de faltar espejo a los encantos de la doncella.

Y si otros no viniesen, sus lágrimas los sustituirían, formando nueva corriente no menos cristalina.

Media hora pasó que a don Juan le pareció demasiado larga, como siempre parece el tiempo al que espera la dicha.

Oyóse al fin el ruido de un leve roce.
Por entre la espesura caminaba lentamente doña Margarita.
Lo mismo que los días anteriores, inclinaba sobre el pecho la cabeza y el pecho se levantaba acompasadamente a impulsos de su respiración.
Su rostro, cubierto de mate palidez, revelaba el más intenso dolor y la más profunda tristeza.
Una ligera nube parecía velar sus azules y magníficos ojos.
No se entreabrían sus labios sino para exhalar penosos suspiros.
¡Infeliz!
Mucho sufría y, sin embargo, aun debía sufrir mucho más.
Llegó al sitio donde acostumbraba a sentarse.
El corazón de don Juan palpitó con violencia, con tanta violencia como si hubiera ido a romperse.
El fuego de su pasión pareció escaparse en llamaradas por sus ojos.
Sentóse la doncella con el mismo descuido que siempre y fijó su lánguida mirada en el límpido arroyo.
Pocos momentos después se humedecieron sus ojos, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas.
Don Juan no pudo contenerse.
Púsose en pie...

Capítulo XCII

LA DECLARACION

A pesar de su firme resolución, don Juan volvió a detenerse como si dudara.
¿Llevaría la joven a mal aquella extraña presentación?
No era, por cierto, la más conveniente.
Esto le ocurrió al caballero; pero también pensó que no tenía otro medio de presentarse y hablar a la doncella con alguna libertad.
Podía también presentarse a don Pedro y esperar una ocasión; pero esto prolongaría demasiado aquella situación violenta y mortificadora, y don Juan no se sentía con fuerzas para sufrir más.
En el estado en que se encontraba, un sólo día, una sola hora tenía demasiada importancia.
—Reconozco que cometo un abuso — dijo para sí; — pero no puedo hacer otra cosa, porque no soy dueño de mi voluntad. Además, ella también ama, y comprenderá mi impaciencia, apreciará como debe mi afán y será indulgente... No, no retrocederé... ¡Es tan bella!... ¡Ah!...
Decidióse y bajó de la tapia, haciendo el menor ruido posible; pero no tan poco que no lo percibiese doña Margarita, la cual, aunque sin darse cuenta de ello, cambió de postura y miró recelosamente a uno y otro lado.
Luego exhaló un grito, púsose en pie y quedó inmóvil.
Acababa de ver a don Juan, que, cayendo de rodillas a los pies de la doncella, exclamó con acento de conmovedora súplica:

—¡Ah!... ¡Escuchadme!... ¡Siquiera por compasión!...
Contempláronse con expresión indefinible: ella con sorpresa, con asombro, y él extasiado.
El rostro de la joven, poco antes pálido como el de un cadáver, enrojeció.
Estremeciéronse ligeramente sus miembros, y su corazón palpitó con violencia.
Profundamente turbada, no supo qué decir ni aun qué pensar de lo que veía.
¿Qué significaba la aparición de Santisteban?
¿Por qué estaba a sus pies y le suplicaba que lo escuchase como suplica el que se abrasa en el fuego de una pasión?
¿Acaso don Juan de Santisteban no amaba a doña Inés de Guevara?
Sí, la amaba, y su amor lo habían revelado sus ojos, y la revelación no se había ocultado a doña Margarita.
La amaba, y el que la viuda no le correspondiese no era razon para que tan pronto cambiase sus sentimientos, la olvidase y se interesase su corazón por otra a quien antes, y por espacio de mucho tiempo, había mirado con indiferencia.
Esto era incomprensible, y si de algún modo se explicaba, no era ciertamente favorable al caballero la explicación.
—¡Don Juan! — exclamó al fin la joven con acento que dejaba ver su profunda sorpresa.
—Señora...
—Levantaos...
—No, no me levantaré hasta que me hayáis prometido siquiera escucharme...
—Levantaos — repuso la doncella con visible agitación. — Pueden observarnos...
—Doña Margarita...
—Vuestra presencia puede comprometer mi reputación... ¿Qué hacéis?... ¡Ah!... Caballero, pensadlo bien... ¡Dios mío!
—Escuchadme, escuchadme...
—Os escucharé; pero sed breve... Levantaos, don Juan, os lo suplico.
Y la joven dirigió a su alrededor una mirada de miedo.
—Tranquilizaos — repuso Santisteban, poniéndose en pie. — Nadie nos verá, así como ningún día nadie os ve llorar en este sitio...
—¡Ah!...
—Nadie sorprende vuestros suspiros...
—¿Acaso?...
—Nadie más que yo.
Doña Margarita exhaló un grito y se cubrió el rostro con las manos.
Don Juan comprendió que había cometido una torpeza.
—Perdonad — murmuró avergonzado: — no sé lo que digo, estoy trastornado, loco... ¡Oh!... Al subir a la tapia os oí, llorabais y creí que si dejabais correr vuestras lágrimas era porque teníais la seguridad de que nadie os observase, y os lo he recordado para que os tranquilicéis... ¿No me escucháis? — añadió, viendo que la doncella no se movía.
—Caballero — replicó, al fin, doña Margarita, — mis lágrimas no son un crimen, y si las oculto es por no aumentar los pesa-

res de las personas que me aman; por lo demás, ¿quién ha de sorprenderse de que yo sufra, si sabe que he sido tratada injusta y cruelmente? Vos conocéis mi situación...

—No hablemos de esto, señora.

—¿Qué tenéis que decirme — preguntó la doncella, esforzándose para aparecer tranquila. — ¿Por qué os habéis introducido aquí de la manera que lo habéis hecho? ¿Por qué os ocultáis, cuando sabéis que si llamaseis a las puertas de esta casa se os abrirían de par en par?

—Ya lo sé.

—¿No es mi buen tío vuestro amigo?

—Sí.

—Entonces...

—Yo tenía necesidad de hablaros a vos, solamente a vos.

—¡A mí!...

—No es con mi amigo don Pedro con quien puedo desahogar mi corazón...

—¡Don Juan!

—Doña Margarita — dijo arrebatadamente el caballero, — os amo.

—¡Ah!...

—Sí, os amo como ningún hombre amó...

—Callad, callad — interrumpió la doncella con voz ahogada.

—¡Que calle!... ¡Imposible!... Mi existencia es un tormento horrible...

—Idos, donJuan...

—Os amo, os amo.

—¡Oh!...

—De vos depende mi dicha.

—Caballero — balbuceó la joven, que apenas podía sostenerse al hablar.

Y se interrumpió, oprimiéndose el pecho con fuerza convulsiva.

Santisteban la miró con afán indescriptible y esperó como el que espera la sentencia que ha de condenarlo a vivir o morir.

La desdichada hizo un esfuerzo sobrehumano, bajo los ojos para que su mirada no se encontrase con la ardiente de don Juan, y dijo con voz sorda:

—No puedo amaros.

—¡Que no podéis amarme!...

—No.

—¿Quién os lo estorba?

—Nadie...

—¿Entonces?...

—Mi voluntad...

—¡No me amáis! — exclamó Santisteban desesperadamente.

—No.

—¡Ah!...

Fijó el caballero en la dama una mirada de profunda sorpresa, porque no comprendía lo que oía después de lo que la joven había confesado a la viuda, sin que nadie la obligase a ello.

Doña Margarita miró a su vez con extrañeza a don Juan, porque tampoco comprendía la sorpresa de éste.

Hubo algunos instantes de silencio, que rompió al fin Santisteban.

—¿Habéis dicho que no me amáis?

—Eso he dicho.

—¡Doña Margarita!...

—¿Qué os sorprende? ¿Es forzoso que siempre hemos de ser correspondidos? ¿No sucede con frecuencia que la persona amada no ame?

—Sí — murmuró don Juan.

—Caballero, dejadme y... olvidadme...

—¡Que os olvide!...

—Es forzoso.

—No, no puedo olvidaros; mi amor es de los que no acaban sino con la existencia.

—El tiempo y la voluntad pueden mucho.

—Nada pueden contra mi pasión, porque más la enciende el tiempo que pasa, y porque de ella es esclava mi voluntad.

—Alguna vez — replicó intencionalmente doña Margarita — habéis amado, y, sin embargo, habéis olvidado, puesto que ahora me ofrecéis vuestro corazón.

No necesitó más el caballero para comprender que su engañoso amor por la viuda había sido adivinado por la doncella.

—Señora — dijo, — nunca he mentido.

—Lo sé.

—Una sola vez en mi vida me pareció que amaba; yo mismo me engañé, teniendo por amor lo que no lo era; pero conocí mi error, y al mismo tiempo me convencí de que mi corazón era vuestro, vuestro, sin que yo me hubiera dado cuenta de ello... ¿Queréis más explicaciones?... Os las daré, y tan claras, que no os dejen duda... ¡Oh!... ¿No os dicen mis ojos que mis labios no mienten y no revelan lo que pasa en mi alma?

El rostro de doña Margarita volvió a enrojecer.

—Sí — añadió arrebatadamente don Juan — mis ojos deben deciros la verdad, así como los vuestros revelan que ocultáis lo que sentís...

—¿Qué estáis diciendo?

—He venido a buscar la dicha, se trata de lo que me importa más que la existencia, y debo ser franco. Perdonad...

—Pero...

—No sé si me amáis como yo; tal vez no sentís por mí más que una inclinación dulce y tranquila; pero no me rechazáis tan duramente por vuestra voluntad...

—Basta, basta...

—No.

—Pueden observarnos...

—Explicaos de una vez...

—¿Lo queréis? — replicó la doncella, esforzándose nuevamente.

—Sí.

—No puedo corresponderos...

—¿Por qué?

—Porque ya no soy dueña de mi voluntad.

—¡Qué no sois dueña de vuestra voluntad!...

—No me pertenece mi corazón...

—¿Qué decís?

—Cometo una grave falta con sólo escucharos...

—¡Oh!...

—Mi tío ha dispuesto de mi porvenir.

—¡Vos de otro hombre!...

—Sí.

—¡De otro, de otro! — gritó desesperadamente don Juan.

Y se oprimió las sienes, quedando inmóvil y como anonadado.

Largo rato pasó sin que ninguno pronunciase una palabra.

A doña Margarita le era ya imposible disimular.

Sus hermosos ojos se humedecieron otra

pibes:
"el Gorrion"
es para vosotros
10 cts
24 PAGINAS
Multicolores
LEALO TODOS LOS MIERCOLES
LA MEJOR REVISTA SEMANAL DE HISTORIETAS
CONCURSOS CON VALIOSOS PREMIOS:
BICICLETAS, MONOPATINES, EQUIPOS DE FOOT-BALL ETC.

vez, y bien pronto sus mejillas se bañaron en llanto.

Como si las fuerzas de don Juan se hubiesen agotado, inclinó lánguidamente la cabeza sobre el pecho y exhaló un suspiro.

La doncella rompió el silencio, para decir, tristemente:

—Idos, caballero, y... ¡olvidadme!...

Santisteban pareció recobrar la energía, apretó los puños y replicó:

—Vine por la vida y encuentro la muerte; buscaba el consuelo y la dicha y me vuelvo con el alma destrozada.

—¿Os faltará valor para resignaros?

—¡Resignarme!...

—Es forzoso.

—Permitidme que otra vez os hable con franqueza, aun a trueque de parecer un necio.

—Vuestra noble franqueza, don Juan, es una de vuestras más bellas cualidades.

—Me amáis señora.

—Os equivocáis.

—Vuestro semblante me lo dice...

—No debo amaros, y yo no hago jamás lo que no debo hacer.

—A despecho de vuestros deberes, a despecho de vuestra voluntad...

—Dejadme, dejadme...

—No siempre la cabeza puede disponer del corazón.

—Cuando la voluntad es firme...

—Los que tanto pueden con su voluntad es porque no tienen corazón.

—¿Queréis convencerme de que os amo?

—Estáis convencida y sólo falta que lo confeséis.

—¿Qué adelantaríais con semejante confesión? Sufrir doblemente, sabiendo que sufría, y añadir a vuestra pasión incentivos, de modo que jamás se extinguiese... ¡Ah! Dejadme y olvidadme.

—Doña Margarita...

—No puedo escucharos, porque ofendo al hombre que ha de ser mi esposo.

—¿Y quién es ese hombre, quién? — preguntó don Juan, cuyos ojos relumbraron.

—¿Para qué queréis saberlo?

—Eso no puede ser un secreto, porque, más o menos tarde, ha de saberse.

—Es verdad.

—¿Quién es, quién?

—Mi primo don Alfonso.

—¡Oh!...

—Sea quien fuere, el resultado es el mismo para vos.

—Tenéis razón: el resultado será el mismo, enteramente igual... No, no me resignaré...

—¡Don Juan!

—No puedo resignarme — repuso el caballero, con voz sombría.

—¿Qué imagináis?

—Prefiero la muerte..

—¡Dios mío!...

—Veré a vuestro tío, le haré comprender que os sacrifica cruelmente, le suplicaré...

—¿Acaso no lo conocéis?

—Sí.

—Mi tío no cederá, porque no se lo permite su carácter, y, además, se trata de la dicha de su hijo.

—Entonces hablaré a don Alfonso...

—Me hacéis temblar.

—Tendrá que renunciar a vos, o matarme.

—¿Habéis perdido el juicio?

—Tal vez; pero mis resoluciones son como las de vuestro tío: irrevocables; yo tampoco retrocedo; para hacerme desistir es preciso quitarme la vida.

La infeliz joven temblaba, poseída de terror.

—¡Un duelo! — murmuró con voz sorda.

—Vuestro amor o la muerte — dijo el caballero, cuyos ojos brillaban más cada vez.

—Nada conseguiréis, nada.

—Si la fortuna me es adversa, acabaré de sufrir. Ya veis que, aun perdiendo, voy ganando.

—Y si la fortuna os favorece...

—Podré ser dichoso.

—Menos que ahora.

—¿Quién se opondrá entonces a mi dicha?

—Yo.

—¡Vos, que me amáis!...

—Aunque os ame.

—¡Vos!...

—Escuchadme...

—Os escucharé; pero es inútil que intentéis hacerme cambiar de resolución.

—Don Juan, la desesperación os trastorna.

—Tal vez estoy loco.

—Perdonad, que yo no puedo aceptar una mano manchada con la sangre del hijo del hombre que me ha servido de padre y que como padre me ama; don Alfonso es para mí un hermano, y su sangre nos separaría para siempre.

—No seréis mía, pero tampoco suya; no seréis de ningún hombre mientras yo viva...

—¡Dios mío!...

—¿Estáis resuelta a obedecer a vuestro tío?

—Ya no puedo retroceder, ya es tarde...

—Entonces dejadme obrar.

—Don Juan, amigo mío — dijo la doncella con acento suplicante: — En nombre de lo que más améis...

—No amo a nadie más que a vos...

—Pues bien, por mí.

—Todo por vos, todo, hasta la vida; todo menos renunciar a vos, todo menos veros en brazos de otro.

—Me haréis mucho más desgraciada de lo que soy.

—¿Sirvo de estorbo a vuestra dicha?

—Vuestro loco intento...

—Figuraos que me he batido con don Alfonso y que la fortuna me ha sido contraria.

—No bastaría mi voluntad para mirarlo con horror...

—Pues bien — repuso don Juan fuera de sí y colocando la diestra en la empuñadura de su daga: — para que mi sangre no tiña las manos de vuestro primo, yo mismo me atravesaré el corazón...

—¡Don Juan, don Juan! — gritó desesperadamente la infeliz joven.

Y sus manos, convulsas y ardientes, sujetaron la diestra del caballero.

La expresión del rostro de éste era terrible y atormentadora.

Sus ojos estaban inyectados en sangre y relumbraban como dos luces.

—Quitaos la vida — añadió la doncella completamente trastornada, — quitaos la vida y me matará mi conciencia, me matará lentamente y con la más espantosa de las agonías...

—¡Oh!... Dejadme...

—Esperad...

—No sé lo que haré — replicó don Juan de Santisteban; — pero sea cual fuere mi resolución, mía solamente será la culpa.

—¡Ah!...

Don Juan se lanzó como un loco a la tapia, la trepó y desapareció sin escuchar las súplicas de doña Margarita.

La desdichada se postró de hinojos, elevó al cielo una mirada y exclamó con desgarrador acento:

—¡Dios mío, Dios mío!...

No pudo articular una sílaba más.

Estremecióse convulsivamente y su cuerpo cayó sobre la mullida hierba.

¡Cuánto debía haber sufrido!

Cerca de media hora permaneció sin conocimiento. Al fin abrió los ojos y exhaló un penoso suspiro. Hizo un esfuerzo y se levantó.

—¿He soñado? — murmuró con voz débil. — ¡Ah!... No es un sueño, es una realidad horrible... ¡Dios misericordioso, tened piedad de mí!...

Apoyándose en los árboles, porque no podía sostenerse, se dirigió con pasos vacilantes hacia la casa.

Su cabeza parecía que encerraba un volcán.

La devoraba la fiebre.

¡Desdichada!

Capítulo XCIII

LAS IDEAS DE JULIAN Y LOS PLANES DE MARTIN

Don Juan corrió a donde estaba su fiel criado, que aquella mañana no dormía, porque esperaba a su señor con el afán que era consiguiente.

—¡Vive Dios! — exclamó Julián sin poder contenerse al ver los ojos centelleantes y el rostro lívido y desfigurado del caballero

—¡A caballo! — gritó Santisteban.

—¡A caballo!...

—Sí.

—¡Tan temprano!...

—¡Oh!...

—Perdonad. ¿Qué os ha sucedido?

—No lo sé, Julián, yo mismo no sé lo que me ha sucedido, ni acierto a explicar lo que siento.

—¿La habéis visto?

—¡De otro, de otro! — murmuró don Juan con voz sorda y reconcentrada.

—¿Qué decís?

—No... antes la muerte — repuso el caballero sin responder a su criado.

—¡Voto a Satanás!... parece que hayáis perdido la razón.

—Estoy desesperado...

—Pero...

—Estoy loco...

—Sí, ya lo veo... ¡Oh!... ¡Las mujeres!... Dios me libre de ellas, Dios me libre de un amor que dure más de media hora... Mucho valdrá una mujer; pero no tanto, no tanto... Si tomaráis mi consejo, no os arrepentiríais... Estoy por el sistema de los animales, es lo natural... ¿Y todo para qué?... Señor, si doña Margarita no os ama, felicitaos, porque no sacrificaréis vuestra libertad. No hay nada más dulce que los brazos de una mujer cuando no es nuestra; pero después esos brazos se convierten en argollas que nos ahogan. Creedme, señor: el que se casa se acuesta en un lecho de rosas, cuyo perfume lo embriaga deliciosamente; pero las rosas se marchitan, se deshojan, y no quedan más que las espinas.

Don Juan iba de un lado para otro sin oír lo que su criado decía.

—Sosegaos — añadió Julián, — sentaos, descansad y hablemos. Me habéis hecho el honor de confiarme vuestros secretos, habéis escuchado mi opinión, y más de una vez habéis seguido mis consejos. No tenéis por qué arrepentiros, y, por consiguiente, no hay razón para que cambiéis de conducta. ¿No me escucháis, señor?

Santisteban se dejó caer maquinalmente en una piedra, apoyó los codos en las rodillas y la frente en las manos y quedó inmóvil.

—Esto pasará — dijo el sirviente, que no parecía dispuesto a callar. — Un hombre como vos no puede abatirse así más de una hora, no se da por vencido al primer obstáculo, no cede sin haber luchado hasta morir.

—No — replicó al fin don Juan, — no cederé, lucharé.

—Empiezo a reconoceros.

—Pero lucharé sin esperanza.

—Eso es incomprensible.

—¡Oh!... Sufro mucho, Julián.

—¿Pero no me concederéis la gracia de explicaros?

—La mano de doña Margarita está prometida a otro...

—¡A otro!... ¿Y quién la ha prometido?

—Su tío, su tutor, el hombre que le ha servido de padre...

—¡Bah!... ¿No es más que eso?

—¿Es poco?

—¿Y qué dice ella?

—Ha ofrecido obedecer.

—Su mano... ¿Y su corazón?

—Es mío.

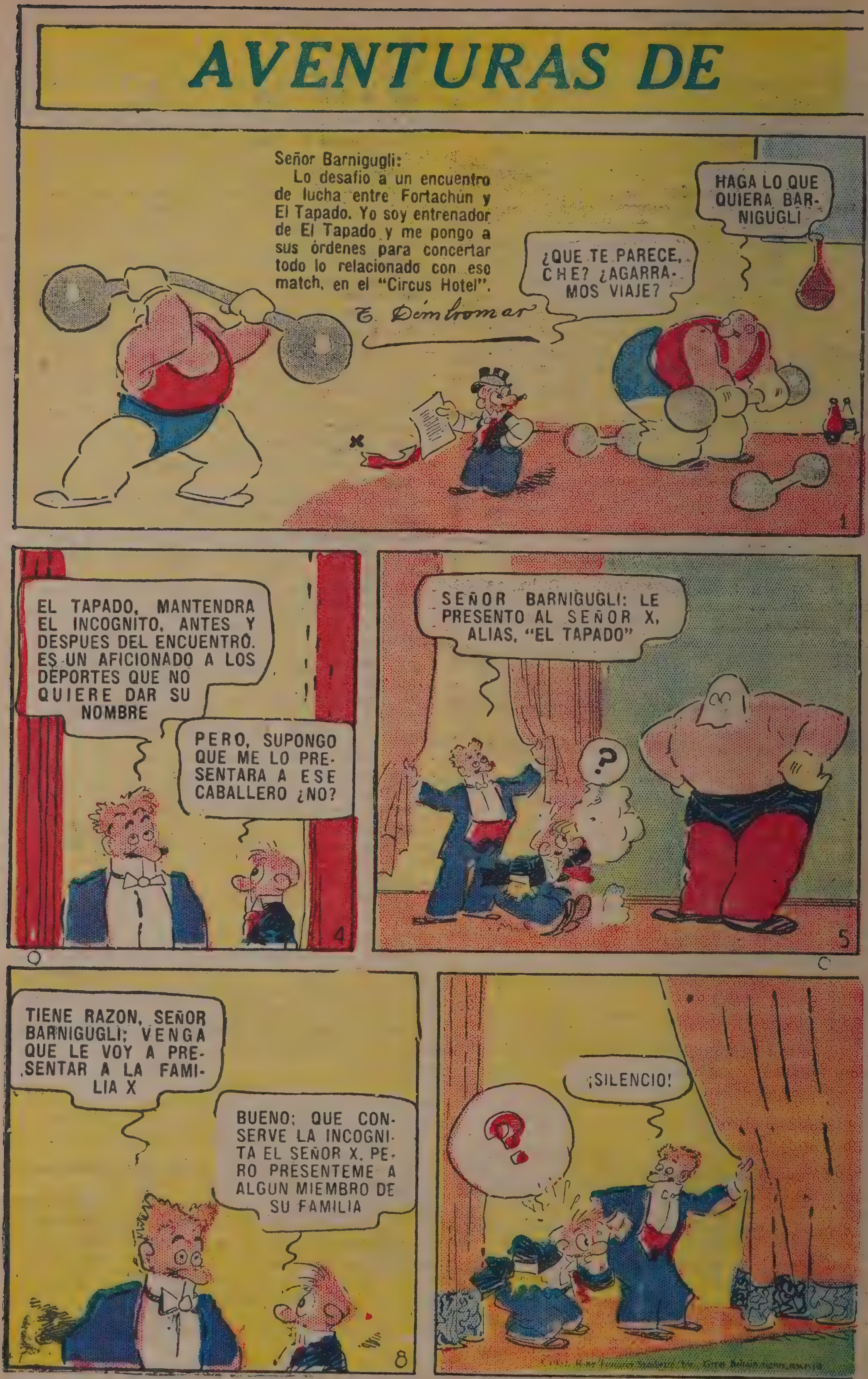
—Entonces.

—Ya es tarde para retroceder.

—Señor, me parece que don Pedro ha prometido más de lo que debía, ha cometido un abuso, y, por consiguiente, la rebelión es justa en todo tiempo. ¿No se lo habéis dicho así a doña Margarita? Si ella no conoce sus derechos, preciso es dárselos a conocer, y que se defienda de esa fiera que Dios le ha dado por tío.

—No, doña Margarita no se opondrá. Como ignoraba que yo la amase, ha prometido, y es forzoso que cumpla la promesa, siquiera por no ser ingrata con el hombre a quien todo lo debe.

—Sacarla vos del compromiso.
—¿Y qué he de hacer?
—Contra la fuerza, la fuerza.
—En esta ocasión...
—Es el mejor remedio. Buscad a ese futuro esposo, y decidle: "Vos amáis a doña Margarita y yo también: no puede casarse con los dos, y, por consiguiente, uno de nosotros está demás en este mundo, y debe ir al otro a buscar mujer". A estas razones no hay más razón que la espada, y vos la manejáis demasiado bien para no quitar de en medio a vuestro rival.
El caballero movió tristemente la cabeza.
—Y si os matase vuestro rival — añadió el criado, — morid tranquilo, que no os atormenten los celos en vuestra agonía, porque yo lo mataré y no será dueño de doña Margarita.
—Ella no aceptará mi mano ensangrentada.
—No será el primer hombre que ha caído a vuestros pies en buena lucha.
—Pero mi rival es su primo, casi su hermano: es dijo del hombre a quien ella todo le debe...
—¡Dios de Dios!...
—Ya lo ves, mi dicha es imposible.
—No, no hay nada imposible... Calmaos y meditemos...
—Vamos — replicó don Juan poniéndose en pie.
—Sí, vamos, y en Madrid hablaremos; ahora estáis trastornado.
Cabalgaron y partieron.
Santisteban no pronunció una palabra en todo el camino.
Cuando llegó a su casa no se detuvo a descansar.
Salió y fué a ver a Martín, que se sorprendió, porque no lo esperaba a semejante hora.
No era el rostro del caballero el del hombre que ha conseguido lo que desea.
El hijo de Nicasia comprendió que algo muy grave sucedía.
—¿La habéis visto? — preguntó
—Sí.
—¿Le habéis hablado?
—Sí.
—¿Y por qué vuestro semblante revela una agitación espantosa?
—¡Y aún dudaréis que amo a doña Margarita!...
—Explicaos, porque si vos la amáis y ella os ama, no comprendo vuestra desesperación.
—Está prometida a su primo don Alfonso.
—¡Oh!...
—Ha consentido, porque ignoraba que yo la amase...
—La culpa es, pues, mía — replicó Martín, cuya frente se contrajo.
—No, no es vuestra; es de mi negro destino.
—Hace muchos días que quisisteis hablarle...
—Ya era tarde también.
—He ahí un inconveniente que puede hacer verdadero un amor falso.
—¿Aun no estáis convencido?
—No.
—¿Acaso no significa para vos nada mi desesperación?... Si yo no amase a doña Margarita, todo me sería indiferente, como indiferente me ha sido que doña Inés se retire a un convento.
Gran trabajo le costó a Martín disimular; pero se esforzó porque temía que todo fuese un noble ardid de Santisteban.
—Bien — repuso; — supongo que la amáis... ¿Qué hemos de hacer?
—No hay remedio.
—Lo hay para todo el mundo.
—Don Pedro de Luzón no cederá.
—¿Y su hijo?
—Tampoco: le ofrecen demasiada dicha para renunciar a ella.
—Le haremos ceder.
—Un duelo...
—Es el único recurso.
—Si mato a don Alfonso...
—Doña Margarita no querrá ser entonces vuestra esposa.
—Si me mata será suya.
—Es la consecuencia inmediata.
—Y ella...
—Sufrirá horriblemente siendo esposa del hombre que os ha matado.
—El duelo no es, pues, un recurso — repuso don Juan, — es un desahogo de la desesperación.
—Estáis equivocado.
—No comprendo...
—Escuchadme con calma.
—Os escucho.
—Mi dicha ha sido para vos como la vuestra propia.
—Ya lo sabéis.
—La vuestra es para mí tanto por lo menos como la mía.
—Lo habéis probado más de una vez.
—En lo que más me interesaba en este mundo, habéis obrado a vuestro antojo, lo habéis arreglado a vuestro gusto.
—Es verdad.
—Tengo, pues, derecho para hacer lo mismo en lo que tanto os interesa
—Proseguid.
—Tengo un plan.
—No adivino...
—Ya lo conoceréis.
—Bien — respondió don Juan, por decir algo, puesto que no creía que hubiese medio de vencer las dificultades que se oponían a su felicidad.
—Cuando mejor os parezca, hablaréis a don Pedro de Luzón.
—Es inútil.
—Creo lo mismo que vos.
—Entonces...
—Preciso es que no haya motivo para que se nos acuse de haber obrado con ligereza.
—Le hablaré; se negará...
—Lo dejaréis.
—¿Y luego?
—Será cosa mía.
—¿Pero qué haréis?
—Permitidme que lo calle.
—Vuestra reserva...
—Es la misma que tuve para Raúl.
—Las circunstancias son distintas.
—Raúl tuvo fe en mí... ¿No la tendréis vos? ¿No me daréis la misma prueba de amistad?
—Si con Raúl fuisteis reservado...


AVENTURAS DE
Señor Barnigugli: Lo desafio a un encuentro de lucha entre Fortachún y El Tapado. Yo soy entrenador de El Tapado y me pongo a sus órdenes para concertar todo lo relacionado con eso match, en el "Circus Hotel".
¿QUE TE PARECE, CHE? ¿AGARRAMOS VIAJE?
HAGA LO QUE QUIERA BARNIGUGLI
EL TAPADO, MANTENDRA EL INCOGNITO, ANTES Y DESPUES DEL ENCUENTRO. ES UN AFICIONADO A LOS DEPORTES QUE NO QUIERE DAR SU NOMBRE
PERO, SUPONGO QUE ME LO PRESENTARA A ESE CABALLERO ¿NO?
4
SEÑOR BARNIGUGLI: LE PRESENTO AL SEÑOR X, ALIAS, "EL TAPADO"
?
5
TIENE RAZON, SEÑOR BARNIGUGLI; VENGA QUE LE VOY A PRESENTAR A LA FAMILIA X
BUENO; QUE CONSERVE LA INCOGNITA EL SEÑOR X, PERO PRESENTEME A ALGUN MIEMBRO DE SU FAMILIA
8
¡SILENCIO!
?

BARNIGUGLI por Debeck

—Amaba ciegamente y hubiera cometido cien imprudencias.

—Pero yo...

—También amáis, y de vuestro trastorno no pueden esperarse más que locuras.

—Señor Martín...

—¿Aceptáis o no mis servicios?

—¡Oh!...

—¡No queréis deberme nada?

Don Juan guardó silencio y meditó.

—Decidios — añadió Martín, después de algunos momentos.

—Dudo...

—Un hombre como vos no debe dudar.

—Para salvar a doña Luz — repuso don Juan — arriesgasteis la vida...

—Algo he de arriesgar ahora también, lo confieso; pero ¿creéis que puede ganarse sin exponerse a perder?

Hubiera dado don Juan la mitad de su vida por conocer el plan de Martín; pero no hizo más preguntas, porque estaba convencido de que nada conseguiría.

Volvió a reflexionar y dijo al fin:

—Acepto.

—Gracias.

—Mañana mismo...

—Dejad que pasen siquiera tres o cuatro días para que recobréis la calma, os lo aconsejo.

—Esperaré.

—Así hablaréis a don Pedro como debéis hablarle, y tal vez...

—El resultado será el mismo.

Poco más hablaron.

Don Juan volvió a su vivienda más tranquilo.

Los enamorados se entregan a risueñas esperanzas con la misma facilidad que se desesperan.

—Bien — dijo Martín cuando estuvo solo — Don Pedro se negará; don Alfonso vendrá para casarse... Jamás falta un pretexto para obligar a batirse a un hombre como el futuro esposo. Lo provocaré: si me mata, que tenga paciencia don Juan, yo habré pagado con la vida lo mucho que le debo; si lo mato, al día siguiente se sabrá que don Alfonso ha muerto, y nada más; doña Margarita quedará libre... Bueno es el plan.

Capítulo XCIV

DE COMO DIOS DISPONE LO QUE NADIE ESPERA

Todo aquel día lo pasó don Juan cavilando para adivinar el plan de Martín, pero no lo consiguió.

Esto le sirvió de mucho, pues le distrajo, dando tregua a pensamientos más atormentadores, y logrando recobrar algún tanto la tranquilidad, que le era entonces más necesaria que nunca.

Poco durmió aquella noche, y a la mañana siguiente, según costumbre, montó a caballo cuando empezaba a salir el sol, y seguido de Julián tomó camino del Pardo.

También el sirviente había cavilado, y con más fruto que su señor, pues en fuerza de hacer suposiciones acertó con lo que había proyectado Martín, y reflexionando acabó por convencerse de que no podía ser otro el medio, sino el de provocar un lance, porque así se evitaría que lo provocase don Juan, inutilizándose completamente, aun cuando lo favoreciera la fortuna.

Pero Julián tuvo buen cuidado de decir que creía haber adivinado el secreto; comprendía bien la situación, conocía perfectamente al caballero, y estaba seguro de que éste no aceptaría el sacrificio de Martín.

Era preciso callar y aparentar torpeza, pues no de otro modo había probabilidades de que se arreglara satisfactoriamente aquel asunto.

—¿Has adivinado algo? — preguntó don Juan a su sirviente cuando salieron de Madrid.

—Nada, señor.

—Yo tampoco.

—Me consuelo.

—¿Por qué?

—Creí que era torpeza mía.

—Lo que ese mancebo imagina, es imposible acertarlo.

—Vale mucho, muchísimo.

—¿Quién hubiera adivinado su plan cuando prometió sacar a doña Luz del convento?

—Diabólica idea.

—El que hizo aquello es capaz de todo.

—No, no hay ningún imposible para el señor Martín.

—Por eso empiezo a tener esperanza.

—Yo también.

—Piensa, Julián, piensa...

—No conseguiré más que calentarme el caletre.

—Yo estoy aturdido y nada conseguiré tampoco.

—Señor, es justo que respetemos su reserva.

—Sí; pero qué quieres, la curiosidad...

—Le habéis prometido dejarlo hacer cuanto se le antoje, y debéis cumplir vuestra palabra.

Don Juan guardó silencio y siguió cavilando, porque su curiosidad podía en él más que todo.

Llegaron al sitio en que siempre se detenían.

Descabalgaron, y don Juan siguió sólo hasta llegar al punto de acecho.

Subióse a la tapia, sentóse y esperó.

Pasó más de una hora.

—Tarda mucho — murmuró el caballero.

Siguió esperando y escuchando.

Pero no se percibía el más leve ruido.

Ttranscurrió otra media hora.

—Paseará por otro lado — dijo don Juan — Esto ha debido preverlo... No querrá encontrarse conmigo, porque sobre exigirlo así su recato, con verme no consigue más que atormentarse.

Era natural que una mujer como doña Margarita hiciese lo posible para evitar escenas como la del día anterior.

Convencido de que no iría la doncella por aquel lado, bajó el caballero y siguió a lo largo del muro, buscando otro sitio accesible por si lo favorecía la casualidad.

No tardó en encontrar lo que buscaba, trepó y esperó.

A nadie vió tampoco.

Nada oyó.

Al cabo de un cuarto de hora dejó también aquel sitio.

Y siempre junto a la tapia, siguió andando y escalándola por cuantas partes le era posible.

Dos horas después se encontró junto a la puerta.

Lo había examinado todo: bosque, huerta y jardín.

No solamente no vió a doña Margarita, sino que tampoco a ninguna persona.

—¡Oh! — exclamó desesperadamente. — Habrá adivinado lo que yo había de hacer, y no saldrá.

Esto era lo más probable.

—¿La habéis visto? — preguntó el sirviente.

—No.

—Después de lo que sucedió ayer, era consiguiente que no saliera de su casa.

—Vamos, Julián.

—¿Adónde?

—A la posada.

—¿Pensáis volver aquí?

—Sí.

—Creo que será trabajo perdido.

—No importa.

Nunca como aquel día parecieron a don Juan tan largas las horas.

Esperaron en la posada hasta el medio día, comieron y tomaron nuevamente el camino de la casa de don Pedro.

Como había previsto Julián, fué inútil que lo hiciesen así.

La doncella no se dejó ver, y ya tocaba el sol á su ocaso cuando se volvieron amo y criado a la corte.

El caballero participó á Martín lo que había sucedido.

El hijo de Nicasia se concretó a responder:

—Doña Margarita hace lo que debe.

No renunció don Juan a sus viajes.

Al otro día hizo lo mismo que el anterior, pero con igual resultado.

Al siguiente día fué también al Pardo.

Empero cuando iban a tomar el sendero que conducía a la tapia, detuviéronse para dejar paso a un hombre que parecía ser un sirviente y salir de la morada de Luzón.

Santisteban, en su afán de saber de doña Margarita, no acertó a dominarse, y deteniendo al hombre, que iba muy de prisa, le dijo:

—¿Sois criado de don Pedro?

— Sí — respondió. — ¿Qué queréis?

—Es mi amigo; hace muchos días que no tengo noticias suyas...

—Está bueno, pero muy disgustado.

—¿Qué le sucede?

—Su sobrina...

—¡Doña Margarita!...

—Sí; mi señora doña Margarita está enferma.

—¡Ah!...

—El médico no responde de su vida...

—¡Vive Dios!...

—Perdonad, caballero; no puedo detenerme: voy por un medicamento... Dios os guarde.

Se alejó el sirviente.

Don Juan quedó como petrificado.

Por algunos momentos la luz huyó de sus ojos.

En el interior de su cabeza resonó un zumbido sordo y espantable.

El hombre propone y Dios dispone: la cuestión iba a resolverse como nadie había pensado.

El plan de Martín, lo mismo que el de don Pedro, de nada servirían.

No puede hacerse comprender lo que sufrió Santisteban.

Largo rato permaneció inmóvil.

Al fin levantó la cabeza.

Su rostro estaba nerviosamente pálido y desfigurado por una contracción violenta.

Poco a poco fué recobrando la energía.

—¡Oh! — murmuró, con voz sombría. — Se muere, y quizás yo la he matado...

—Señor — replicó Julián, — ese hombre no debe saber lo que se dice.

—Sí, doña Margarita morirá; es un alma demasiado sensible y no soportará lo que sufre... Morirá, porque es un ángel, y los ángeles no pueden estar en la tierra.

—Averigüemos la verdad, y entretanto no os entreguéis al dolor, porque quizá os atormentáis en vano.

—¿Y cómo ha de averiguarse?

—Muy fácilmente: sois amigo de don Pedro de Luzón.

—Sí.

—Don Pedro no ignorará lo que ha sucedido en Madrid, y, por consiguiente, que tenéis con su sobrina relaciones de una amistad bastante íntima.

—No debe ignorarlo.

—Nada de extraño tiene que llegue a vuestra noticia la enfermedad de doña Margarita...

—Comprendo.

—No encontrará el tío nada de particular en que enviéis a preguntar por el estado de la sobrina...

—Sí, sí.

—Esperadme y pronto sabréis la verdad.

—Pero no digas a don Pedro que me he quedado aquí.

—¿He perdido el juicio?

—Júrame que nada me ocultarás, por horrible que sea.

—Señor...

—Júralo o no te dejaré ir.

—Puesto que lo queréis, os lo juro.

—Anda.

—Si son malas las noticias que traigo...

—Tengo valor para todo.

—Hace algunos días que os falta...

—Sufro mucho; pero ya ves que ni retrocedo, ni vacilo.

—Por Dios, señor, no dejéis de ser lo que siempre.

—Una cosa quiero advertirte.

—¿Cuál?

—No te contentes con ver a los criados.

—Hablaré con el mismo don Pedro

Raúl de Lancaste

—Yendo de mi parte, te recibirá.

—Dejadme, que sé lo que conviene

—No te detengas, buen Julián.

—Ni vos os atormentéis antes de tiempo, porque siempre es ocasión para sufrir.

—Dios nos proteja.

—Así lo espero.

El fiel criado partió.

Pocos minutos después se encontraba junto a la puerta de que ya hemos hablado, y llamaba, descargando golpes con una piedra.

Capítulo XCV

DE COMO SE CONFIRMO LA NOTICIA Y DE LO QUE HIZO DON JUAN

Después de algunos minutos se abrió la puerta, presentándose un criado.

—¿Está el señor don Pedro? — le preguntó Julián.

—Sí.

—Necesito verlo.

—Pues me parece que será difícil, por no decir imposible.

—Si está en casa...

—Pero no se mueve del lado de su sobrina, que está gravemente enferma, y ha dado orden de que sólo al médico se le deje entrar.

—No importa.

—Decidme lo que queréis...

—Ha de ser a él mismo.

—Entonces...

—Vengo de parte del señor don Juan de Santisteban.

—Caballero muy principal.

—¿No creéis que el señor don Pedro hará una excepción para mí?

—Tal vez; aunque os advierto que por no separarse de la enferma, mi señor ha almorzado junto a la cama, si es que almuerzo puede llamarse a lo poco que ha tomado.

—¿Pero tan grave está doña Margarita?

—Tanto, que se morirá.

—Sería gran pérdida...

—Como que es un ángel. A mí no me sorprende, porque desde que vino la he visto siempre triste y abatida, y muchas veces me he dicho: "Esa melancolía es prueba de que no goza salud".

—Hacedme el favor de avisar a vuestro amo, diciéndole quién me envía, y advirtiéndole que no le haré perder más que algunos minutos.

—Venid, aunque repito que, a pesar de ser quien es el señor don Juan...

—Avisadle, que yo creo lo contrario.

Julián entregó el caballo a otro sirviente que se presentó.

—Esperad — dijo el que lo había recibido cuando estuvieron en la casa.

Y desapareció.

Pocos segundos después se presentó don Pedro, que era un hombre de sesenta años, flaco, de elevada estatura, facciones muy marcadas y ojos pardos de dura expresión.

En aquellos momentos revelaba su rostro el dolor más profundo.

Su cabeza se inclinaba sobre el pecho, como si le faltasen las fuerzas para levantarla. Sufría horriblemente.

Ya hemos dicho que amaba a la doncella como pudiera haber amado a una hija, y en aquellas circunstancias el golpe era demasiado terrible, porque además del cariño que profesaba a la joven, don Pedro veía desvanecerse las risueñas esperanzas de dicha de su hijo, que era para él más que su propia dicha.

—Perdonadme — le dijo el sirviente de don Juan, — perdonadme si os incomodo en estos momentos de angustia; pero me es forzoso cumplir las órdenes de mi noble señor.

—Don Juan me honra, y para él todas las ocasiones son oportunas. ¿Qué queréis?

—No más que saber cómo se encuentra doña Margarita, saber la verdad, y os he molestado por si vuestros criados por torpeza exageraban.

—Mi desgraciada sobrina se encuentra muy mal; el médico cree que no podrá salvarle la vida, y que muy pronto tendré que sufrir el más espantoso golpe.

—¡Oh!.

—Ya sé que don Juan es tal vez el mejor amigo de mi sobrina.

—No lo dudéis.

—Decidle que jamás olvidaré la prueba de cariño que me da, apresurándose a enviaros.

—Hubiera venido en persona, y esta fué su primera intención; pero no le pareció conveniente.

—Me hubiera honrado viniendo, y me hubiera consolado, porque las demostraciones de cariño son un consuelo para los que sufren.

—Puesto que tenéis la bondad de darle licencia para visitaros...

—Siempre la ha tenido.

—Malas nuevas llevo a mi señor, que abrigaba la esperanza de que hubiesen exagerado al darle la noticia.

—Desgraciadamente es verdad.

—¿Y cuándo cayó enferma?

—Hace tres días salió temprano a pasear según acostumbraba; volvió antes de la hora de comer, lo cual me sorprendió, y le pregunté si se había fatigado, pero apenas pudo responderme; se acostó y ya no ha vuelto a levantarse.

—Tan repentinamente...

—No comprende el médico que la enfermedad se haya producido sin una conmoción muy violenta; pero ninguna ha podido experimentar durante su paseo... ¡Oh!.... ¿Qué me importa la causa? Ello es que se muere, y que yo no podré soportar este golpe, porque la he criado y la quiero lo mismo que a mi hijo.

Humedeciéronse los ojos del anciano y la voz se ahogó en su garganta.

Julián se despidió y salió.

—No puedo ocultar la verdad — dijo mientras se alejaba de la casa; — pero mi juramento no me obliga a dar ciertos detalles, y no los daré, porque mi señor comprendería que él es la causa de lo que ha sucedido, y Dios sabe lo que haría en su desesperación... ¡Vive el cielo!... ¿Qué resultara?

Apenas don Juan vió a su sirviente, le preguntó con angustioso afán:

—¿Cómo está?

—He visto a don Pedro — respondió el criado, sin saber cómo dar la triste noticia.
—¿Pero ella?...
—Su tío me ha dicho que está mala.
—Ya lo sé — replicó el caballero con impaciencia, — ya lo sé, y no es eso lo que te pregunto.
—Dejadme hablar...
—¡Oh!... ¡Doña Margarita se muere!...
—Dios lo sabe, no más que Dios...
—¡Se muere!...
—Está muy grave; pero...
—¡Y yo la he matado!...
—¿Os habéis vuelto loco?
—¡Sí, yo la he matado! — exclamó don Juan, oprimiéndose las sienes con toda la fuerza de su desesperación.
—Sosegaos, señor, y escuchadme, que aun tengo que deciros algo de mucho interés.
Santisteban guardó silencio y volvió a quedar inmóvil.
—He dicho a don Pedro — añadió el sirviente — que vuestra primera intención y deseo era venir; pero que no os pareció oportuno, y por eso me enviasteis.
Tampoco respondió don Juan.
—Y don Pedro — dijo el criado — me respondió que se honraría con recibiros, y que vuestra visita, en vez de incomodarle, le serviría de consuelo. Por consiguiente, mañana podréis venir...
—Hoy mismo — dijo al fin Santisteban.
—¡Tan pronto!...
—Sí.
—Puede llamar la atención...
—¿Qué me importa?
—Habrá de ser más tarde.
—Después del mediodía.
—¿Y entretanto?...
—Descansaré para recobrar las fuerzas.
—¿Vamos a la posada?
—Sí.
No hablaron más entonces.
Fueron a la población y entraron en la posada.
Santisteban se encerró en un aposento, diciendo a Julián:
—Come cuando quieras y déjame.
—Señor, pensad que hasta para sufrir es preciso comer.
—Nada quiero.
—Pero...
—Cuando volvamos a Madrid.
Las horas pasaron con la misma horrible lentitud que antes.
Las dos de la tarde serían cuando el caballero salió y llamó a su sirviente.
—¿Y los caballos? — le preguntó.
—Han comido, están ensillados y esperan.
—¿Has pagado?
—Sí, señor.
—Vamos, pues.
El rostro de don Juan estaba desfigurado. Su mirada era sombría como nunca.
No era menester más que mirarlo para comprender lo que sufría.
Cabalgaron y partieron.
—Mucho temo — dijo para sí Julián — que le suceda lo que a doña Margarita. Sufriendo como sufre y sin comer, forzosamente ha de enfermar, y entonces... ¡Voto al infierno!... Ni siquiera me quedará el consuelo de vengarlo, porque de esto nadie tiene la culpa sino él mismo... ¡Dios me libre de enamorarme!
No iba descaminado el sirviente: lo más natural era que el caballero enfermase, lo cual complicaría la situación.
Si Martín lo hubiese visto entonces, no habría dudado, no habría creído que don Juan se sacrificaba y fingía.
¿Se hubiera considerado dichoso Martín?
No, no podía serlo viendo sufrir al amigo a quien tanto amaba y tanto debía.
Llegaron a la morada de don Pedro y llamaron

Capítulo XCVI

DON JUAN SIGUE SUFRIENDO

Don Pedro recibió a Santisteban con todas las consideraciones que éste merecía, y mostrando su sorpresa, porque no lo esperaba hasta el día siguiente.
Ya hemos dicho que don Juan revelaba en el rostro su sufrimiento, y mucho más alterado parecía estar desde que entró en aquella casa.
Esto era natural.
Allí estaba ella, y quizá en aquellos momentos agonizaba, quizá en aquellos momentos aquella alma pura, angelical, se separaba de la materia y se alejaba de este mundo de desdichas, para buscar el reposo y la felicidad inefable en la mansión eterna de la verdadera justicia.
—No — había murmurado el caballero al poner el pie en el umbral de aquella casa: — los ángeles no pueden estar en la tierra, todo lo más se dejan ver para que los admiremos, y pasan y desaparecen como la brillante luz del relámpago. Morirá, morirá, porque una criatura de sentimientos tan delicados, tan sublimes como los suyos, no puede vivir en este mundo de pasiones criminales, de ruindades y de miserias. Aquí no nos quedará más que un dulce recuerdo... ¡Oh!... Pero ese recuerdo no estará mucho tiempo en mi corazón, porque yo no podré soportar mis dolores y si el dolor no me mata me matará la desesperación.
No estaba don Pedro para echar de ver la profunda alteración de don Juan, alteración que para nadie hubiera pasado desapercibida.
La conversación debía ser breve; pero de mucha importancia para Santisteban.
—Mi buen amigo — dijo éste, mientras estrechaba la diestra de Luzón, — me apresuro a venir, porque me han puesto en grandísimo cuidado las graves noticias que me han llevado.
—Gracias, caballero; ya sé que sois quizá el mejor amigo de mi pobre sobrina, porque ella no me ha ocultado nada de cuanto ha sucedido desde la supuesta muerte de la desdichada hija del comendador.
—Así podréis comprender el interés vivísimo que me tomo por doña Margarita, y cuán terrible debe ser para mí el golpe que nos amenaza. Por esto, perdonad si os doy una queja de puro cariño.
—Decid.
—Estando en antecedentes como estáis, ¿por qué no me habéis avisado en cuanto tuvo lugar la desgracia?

(Continuará)

Raúl de Lancaste

proximamente
Retazos
Retazos
Retazos
0.10
la revista de la mujer

Los Secretos de una Gran Ciudad

Intenso romance de aventura, de intriga, de sacrificio y de heroismo, escrito

Por HAL SIDNEY

Autor de "Detrás de la Puerta Cerrada"

(Continuación)

ESTAS palabras llegaron a oídos de Jack, que estaba en la habitación interior y un momento después de que se oyera el ruido que hizo la puerta al cerrarse. Tras de la ida de Phillip, una sirvienta anciana y de aspecto más bien antipático, les sirvió el té.

La sirvienta pareció mirar con dureza a la "Señora de Tebbut" antes de salir de la habitación.

Jack estaba sintiéndose cada vez más seguro. Una dificultad hallábase resuelta. En la habitación situada a continuación de aquella en que se encontraban, había un aparato telefónico.

Durante el viaje había pensado en dos diferentes posibles alternativas: o buscar un pretexto para salir y hablar con Jim desde la más próxima oficina telefónica o tratar de sacar a Marjorie de la casa cuando todos durmieran. El segundo plan parecía expuesto a mayores riesgos pues el Doctor Marr sospechaba de las intenciones de Marjorie.

¡Pero si pudiera estar tres minutos a solas junto a aquel teléfono!

Si le interrumpían podía decir que pretendía hablar con Diminuto, en Limehouse. Marr creía que se trataba de la verdadera señora de Tebbut, así que tal manifestación sería admitida sin dificultad.

Muy suavemente, Jack abrió la puerta y miró hacia el hall antes de dirigirse hacia el teléfono.

¡No era el momento! Marr estaba en el fondo del hall hablando en voz muy baja con la sirvienta antipática y ambos miraban hacia la puerta como si se estuvieran ocupando de los que estaban en ella.

—¿Qué desea, señora Tebbut? — preguntó bruscamente Marr.

Jack tenía que decir algo. Pero habló inmediatamente, sin vacilar.

—Quisiera saber cuánto tiempo voy a tener que quedarme aquí, doctor, pues no me agrada estar separada de mi Diminuto. ¿A qué hora será el casamiento, mañana?

—A las once de la mañana, pero su permanencia no será necesaria allí, — dijo Marr impaciente. — ¡Ah! Señora Tebbut, — agregó bajando la voz, — tengo que salir unos diez minutos o cosa así ¿será seguro dejar a la señorita Penrose confiada a su cuidado?

—¡No puede usted dejarla en mejores manos, doctor!

A Jack le saltaba el corazón en el pecho pensando en la ocasión que iba a tener. En cuanto Marr saliera de la casa él podía telefonear a Jim.

Volvió a la habitación. No tuvo que esperar mucho antes de ver que Marr se dirigía a la puerta de calle. Oyó abrir la puerta y la oyó volverse a cerrar.

Cautelosamente, Jack abrió la puerta de la habitación. Había esperado ver a la criada de guardia en el hall pero ya tenía pronta su respuesta para justificar el empleo del teléfono. Pero no vió nada sospechoso. Sin hacer ruido, Jack penetró en la otra habitación y tomó el auricular del aparato telefónico.

—Deme con el 668, Richmond. — dijo.

Jack no logró darse cuenta de por qué se dió vuelta pero al hacerlo vió que la puerta que había cerrado se abría lentamente y que por ella aparecía Marr mirándole con sonrisa burlona.

Los secretos de...

Algo que explicaba aquel rostro mefistofélico hizo comprender a Jack que su impostura había sido descubierta.

—¡Sepárese del teléfono y sepamos quien es usted realmente! — dijo Marr con energía.

Al hablar avanzó rápidamente y un instante después, Jack luchaba sujeto por él. En un momento, Marr le quitó la peluca rubia y luego exclamó con asombro.

!El muchacho que cortó el alambre del teléfono en Techos Rojos! ¡El que incitó a la multitud a salvar a Jim Strange de la policía la noche del incendio!

Jack peleó desesperado pero el muchacho tenía, naturalmente, menos fuerzas que el hombre. Se sintió horrorizado. La joven que estaba en el otro cuarto confiaba solo en él y él no iba a poder salvarla!

Marr le sujetó a pesar de toda su resistencia.

—No esperaba usted que se le descubriera tan fácilmente después de burlarme como lo hizo en el primer momento ¿eh? — dijo maliciosamente Marr. — Los ojos de una mujer vieron más que los míos. Fué la criada la que me dijo que usted no era mujer. Por eso armé la trampa en que ha caído usted, entrometido. ¡Marjorie está en mi poder y ni usted ni Jim Strange podrán salvarla! — agregó con rabia.

Jack estaba pálido, desesperado.

El auricular había sido arrancado de su mano sin que pudiera decir una sola palabra a Jim sobre dónde estaba secuestrada la joven.

Las palabras de Marr sonaron en sus oídos como el anuncio del derrumbe de todas sus esperanzas.

Detrás de Marr, en la puerta que daba a la otra habitación, vió que aparecía pálida y amedrentada, la joven a la que no había logrado salvar.

LA SORPRESA DE UN RECIEN CASADO

Phillip Bourne estaba esperando, a las once de la mañana del día siguiente, a la puerta de la oficina del Registro de Estado Civil, a la que había ido en un automóvil de alquiler.

El deseo, expresado por Marr la noche anterior, de que la niebla desapareciera al amanecer, no se había cumplido. La atmósfera era cruel y la niebla tan espesa que parecía haber penetrado hasta el interior de la oficina cuando Phillip Bourne entró a ver si los demás de la boda habían llegado primero.

—¿Por qué tardará Marr? — murmuró preocupado al oír que un reloj cercano tocaba el primer cuarto.

Lo natural era que la pesada niebla que detenía el tráfico fuera la culpable del retardo de Marr que impacientaba y ponía nervioso a Phillip Bourne. Pero ¿y si la joven que había dado su consentimiento tan de mala gana se había obstinado en el último momento y se había negado a concurrir?

El pensamiento de que podía ser así le intranquilizó aún más y le hizo fruncir el ceño. No porque amara a la joven. Un hombre como Bourne, tan egoísta y presuntuoso no podía amar a nadie más que a él mismo. Pero se encontraba mal de dinero y deseaba casarse porque, en cuanto Marjorie fuera su esposa dispondría de lo suficiente para satisfacer sus necesidades pecuniarias.

Sabía perfectamente que solo se trataría de una parte de la fortuna que Marjorie heredaba de su difunto padre, pues el doctor Marr había derrochado el resto en especulaciones. Precisamente había sido ésta la razón por la cual Marr había querido casar a Marjorie con Bourne, pues éste se había comprometido a que no se supiera nada del desfalco cometido por el tutor en perjuicio de los bienes de su pupila.

Miró impaciente hacia la calle llena de niebla. ¿No llegaban aun? Le estremeció el pensar que le había sido arrebatada la copa en el momento de llevársela a los labios.

En aquellos momentos se aproximó un automóvil.

Phillip Bourne se acercó rápidamente al borde de la acera. Manejando el automóvil llegaba una persona cuyo aspecto le era familiar.

Sin duda, el resfrío de Marr se había agravado. Se había puesto una bufanda de seda que le tapaba la mitad de la cara, defendiéndola de la niebla. Casi había perdido la voz por completo. Hablaba muy ronco, cuando descendiendo del automóvil se acercó al novio que estaba esperando.

—Siento haber tardado tanto, Phillip, pero la niebla no nos dejaba avanzar rápidamente. Se me metía en la garganta y en los ojos. ¡Cómo me duelen los ojos!

El Doctor Marr había sufrido una leve molestia en la vista cuando el accidente de automóvil de la noche en que siguió a Jim y a Marjorie hacia Surrey. Desde entonces había tenido que usar, con frecuencia, unos anteojos con vidrios oscuros. Los llevaba puestos en aquel momento.

—Si no hubiese sido por este casamiento no hubiese salido de casa con un día como el que hace, Phillip, — agregó.

Phillip acudió a ayudar a la joven a descender del automóvil, pero Marr se le adelantó. La joven se dirigió hacia la oficina del brazo del Doctor Marr.

Llevaba la novia un espeso velo y Phillip la oyó sollozar. Frunció el ceño impaciente. ¡Qué tonta era aquella joven! Con seguridad tenía la cara roja y los ojos hinchados de tanto llorar. ¡Qué diría el empleado del registro civil cuando ella se levantara el velo!

El Doctor Marr, al llegar a la puerta de la oficina, llamó a un lado al novio.

—No es la costumbre, pero pienso que es mejor que Marjorie no se levante el velo, Phillip. Será como usted lo indique, sin embargo, pero está desfigurada, pues se ha pasado la noche llorando y el velo, aun cuando poco, disimula algo. ¡He tenido que tener más paciencia!

Phillip se mostró de la misma opinión de Marr. No le era agradable la idea de que el empleado del registro viera que se casaba con una mujer que lloraba a lágrima viva.

La breve ceremonia fué realizada a toda

prisa. Las respuestas de la novia casi no se oyeron y más de una vez se le oyó sofocar un sollozo.

Por fin se terminó. La joven se había puesto el anillo — que indicaba que estaba ya ligada para toda la vida — y ya era — y esto constituía lo más importante para su marido, — la esposa de Phillip Bourne, razón por la cual éste podía disponer a su antojo de su fortuna. A Phillip Bourne no se le ocurrió ni un solo momento que Marjorie se atreviera a negarle derecho a administrar su fortuna. Por buenas o malas, cedería también a ese respecto.

La novia firmó en el libro. En el mismo momento, Marr estaba hablando algo con el novio, pues de no ser así hubiera notado cómo temblaba la mano de Marjorie.

—Ahora debe usted firmar aquí, — señor Bourne, — dijo el empleado.

—Veo que ha logrado usted manchar su firma con un borrón, Marjorie, — dijo Marr. — Esperemos que esto no constituya un augurio de desgracia.

A pesar de que se rió. Marr parecía enfadado por tan pequeño contratiempo. Tomó un pedazo de papel secante y secó la firma de la novia mientras Phillip firmaba.

—¡Por fortuna un borrón no invalida el matrimonio! — dijo sonriendo el empleado.

Cobró los derechos y entregó el certificado de matrimonio que el Doctor Marr guardó en su cartera. Se oyó un sollozo de la novia como si la joven se diese cuenta de la irrevocable naturaleza del vínculo que acababa de unirle.

Salieron todos a la calle, acercándose el automóvil que esperaba junto a la acera.

—Los recién casados irán dentro del coche mientras yo manejo, ¿no es así? — dijo el Doctor Marr. — ¡Ya está usted bajo el yugo para toda la vida, Phillip! — agregó riendo.

Phillip no contestó y ayudó a su esposa a subir al automóvil. La joven seguía llorando y ésto tenía de mal humor al recién casado.

Se volvió a hablar un momento con Marr mientras éste subía a ocupar el asiento de detrás del volante. En el instante en que, por fin, iba a subir en el automóvil para sentarse junto a la joven, un hombre que pasaba le saludó con grandísima confianza.

Phillip, que ya estaba de malísimo humor, se volvió con enojo hacia el que así le saludaba y sintió que le tomaba la mano, estrechándosela efusivamente, un sonriente y al parecer completamente ebrio, desconocido, que le había confundido con algún amigo.

—¡No le conozco, señor; ni falta que me hace! — exclamó Phillip muy enojado, tratando de soltar la mano del otro.

Mientras profería estas palabras, un ruido le hizo volver la cabeza. El Doctor Marr había puesto en marcha el automóvil y se alejaba.

Asombrado y furioso, Phillip quiso echar a correr. Pero el borracho, que parecía convencido de que se trataba de un viejo amigo suyo, le tomó del brazo con cariñosa, alegre y tenaz persistencia en el momento en que Phillip iba a lanzarse tras del coche. Por fin lo soltó cuando el automóvil no estaba ya a su alcance.

—¿Pero que significa esto, Marr? — gritó, separándose del desconocido.

En el mismo momento lanzó una exclamación de asombro.

Su novia de pocos momentos antes se había levantado el oscuro velo que había ocultado sus facciones y sonreía muy tranquila, sentada cómodamente en el rápido automóvil.

¡Pero no era Marjorie!

Durante un momento Phillip Bourne creyó que estaba soñando. ¡No era Marjorie! ¡Era una desconocida!

Pero... ¿quién era aquella mujer a la que no había visto nunca y con la que se había casado?

Mientras miraba, atónito y desesperado, el automóvil desapareció entre la niebla.

El efusivo desconocido había desaparecido también.

Saliendo de su aturdimiento, Phillip Bourne corrió hacia la oficina para mirar el libro de actas.

La casi ilegible firma de la novia — que gracias a la maniobra del otro hombre con el papel secante no había llegado a ver — era difícil de descifrar; pero, sin embargo, pudo Bourne darse cuenta de que no decía sino Margaret Rose en lugar de Marjorie Penrose.

Phillip se sintió envuelto en una madeja de confusiones. ¡Así que se había casado, no con Marjorie, sino con otra mujer a la que no conocía y que se llamaba Margaret Rose!

¿Por qué le había hecho esa jugada el Doctor Marr?

Pero, era efectivamente el Doctor Marr el hombre ronco de los anteojos negros?

¡Casado con una mujer a la que no había visto jamás, con una desconocida!

LA DECISION DE MARR

Aun cuando Jack, la noche anterior, había fracasado y no había conseguido hablar por teléfono con sus amigos, la situación había sido salvada por la inesperada aparición de Jim Strangways en la casa del camino de Crayl.

Cuando vió el automóvil de Marr, Jim alteró sus planes. Comprendió que era ya inútil ir a Limehouse y que lo que debía hacer era seguir al automóvil del tutor. Pero el coche de Marr se había perdido de vista antes de que el de Jim lograra librarse de la congestión del tráfico. ¿Dirigíase Marr a Techos Rojos?

De pronto se acordó Jim de la casa a la cual los pillos habían pensado antes en llevar a Marjorie y cuya dirección había arrancado a la fuerza a Marr. Camino de Crayl, en Highgate... Allí iría primero. Si no encontraba lo que buscaba en el camino de Crayl, entonces iría a la casa de Marr, situada en Stoke Newington.

En consecuencia el automóvil de Jim iba por el camino de Crayl en el momento en que Phillip Bourne salía de la casa. Desde

el coche Jim pudo ver al Doctor Marr en el zaguán alumbrado y comprendió así que su pesquisa había terminado.

Dos minutos después de la partida de Phillip, Jim estaba realizando un reconocimiento en el jardín de la casa. Desde el jardín oyó lo que dijo Marr cuando sorprendió a Jack hablando — o mejor dicho intentando hablar — por teléfono. Un momento después la puerta de calle se había abierto y Marjorie había acudido a abrazar a su amado. Poco después Jim estaba dentro de la casa tomando parte en el juego. Marr y la sirvienta fueron hechos prisioneros.

El casamiento de mentirijillas había sido idea de Jack. El ex actor Cartwright había tenido oportunidad de estudiar bien al prisionero Marr para caracterizarse. Como podía llevar anteojos con cristales ahumados, ocultando la mirada, el resto de la personificación no presentaba gran dificultad. gracias a la niebla y al catarro que tenía Marr y al que podía atribuírsele el cambio de voz.

Y la novia... la novia había sido Jack. Phillip Bourne, en consecuencia, no estaba realmente casado aun cuando había salido de la oficina, aquella mañana, creyéndose marido legítimo de la mujer desaparecida, creencia que los tres que habían combinado el plan no se tomarían el trabajo de desvanecer. Podía constituir un arma, — llegado el momento, — en contra de aquel peligroso pillastre

Jim, — como el lo decía, — había desempeñado un papel de partiquinó. Se había encargado de personificar al festivo desconocido que había tenido por misión evitar que Phillip Bourne subiera en el automóvil en el momento oportuno.

Lleno de furia y de pena, Phillip Bourne llamó a un automóvil de alquiler — que no le fué fácil encontrar — y se dirigió a la casa del camino de Crayl.

Allí se encontró el automóvil que había manejado el fingido doctor Marr. Estaba junto al portón. De sus ocupantes no halló ni rastros.

En la casa encontró al verdadero doctor Marr y en otra habitación a la sirviente, ambos atados y amordazados como habían sido dejados una hora antes, cuando los del complot se dirigieron a la oficina del Registro Civil.

Fué una interesante entrevista la de los dos fracasados pillos, cuyas combinaciones habían tenido tan desastroso final.

. . . .

Cinco días después el Doctor Marr recibió la siguiente esquela firmada por Jim Strange:

"Comunico a usted que su pupila, la señorita Marjorie Penrose y yo, nos hemos casado esta mañana".

¡Marjorie esposa de Jim Strange! El Doctor Marr se enteró de la breve comunicación con gesto de asombro y de enojo.

Con el casamiento de Marjorie cesaba su tutoría y era su obligación dar cuenta de cómo había manejado su fortuna. Unicamente el hecho de que Jim Strange se tenía que ocultar de la policía evitaba que Marr tuviera que presentar de inmediato sus cuentas por las que se vería la defraudación de que se había hecho culpable.

Sentíase lleno de odio vengativo contra aquel hombre que le había vencido, el hombre de quien se proponía vengarse tarde o temprano.

Marr no había visto a Dandy Trench desde cuando convino con él que iría a la casa de Limehouse, a la que por cierto no fué. Más de una vez había ido al departamento de Westminster. La sirvienta le había dicho que no sabía — y no quería decir — dónde estaba su patrón.

Trench sabía el nombre que usaba Jim Strange y dónde se le podía encontrar, pero se había negado rotundamente a dar detalle ninguno. Marr resolvió, después de los últimos acontecimientos, que Trench tendría que decirle lo que sabía por buenas o por malas.

Y en cuanto supiera eso Jim Strange iría a la cárcel, satisfaciéndose así la sed de venganza del Doctor Marr, iría a la cárcel acusado y tal vez sería condenado como homicida.

Pero los días pasaban y no lograba ni dar con el paradero de Trench ni encontrar dato alguno.

¡Sí! Tenía un dato. El número del teléfono que había oído pedir al muchacho, en la casa del camino de Crayl la noche que intentó hablar... probablemente con Jim Strange.

Hasta aquel momento Marr no había pensado en la importancia que podía tener aquel número de teléfono, cuyas cifras se habían borrado por completo de su memoria. Recordaba únicamente que el número era de la oficina de Richmond.

Pocos días después, como el Doctor Marr fuera a Richmond por cuestiones de negocios, aprovechó la ocasión para visitar a su nuevo amigo Jermy.

No le visitó con la esperanza de saber, por Jermy, nada relacionado con Jim Strange y Marr no hubiera probablemente ni mencionado siquiera su nombre, — durante la visita, — a no haberse presentado incidentalmente la ocasión.

Estaban paseando por el jardín, cerca del cerco divisorio y precisamente casi en el mismo sitio por donde Dandy Trench había pasado después de tratar, en vano, de escapar con el brillante robado, con el "Lago de Fuego". Jermy habló por encima del cerco, con el jardinero que trabajaba en el parque de Orchardway, preguntándole si el señor Strangways había regresado a su casa.

El jardinero contestó que su patrón no había regresado todavía.

El nombre de Strangways le pareció conocido al doctor Marr. Recordó entonces que pocas semanas antes habían aparecido avisos citando a un hombre así llamado y heredero de una gran fortuna.

—Sí, es el mismo, Jim Strangways, — dijo Jermy contestando a la pregunta que le dirigió Marr. — Todos sus amigos habíanle perdido de vista hacía mucho tiempo hasta que murió su tío y le dejó una cuantiosa fortuna. ¿No conoce usted a Strangways?

Creo que el amigo Dandy Trench sí lo conoce, agregó Jermy.

La escena que se había desarrollado bajo los árboles, del otro lado del cerco, la noche del robo, había interesado e intrigado a Jermy. Los personajes a quienes había visto en aquella ocasión representar tan extraña escena habían sido su vecino el dueño de Orchardway y Trench.

De pronto, el doctor Marr se estremeció. Habíasele ocurrido una idea.

La mención del nombre de Trench le había llamado la atención. Pero, sin embargo, le parecía increíble haber llegado por casualidad a hacer el descubrimiento que tanto le interesaba.

¡Jim Strangways no era un nombre muy distinto a Jim Strange! Y Trench le había dicho que Jim Strange había recibido dinero últimamente.

—Me gustaría haberle visto, — dijo Marr con indiferencia. — ¿Qué tipo tiene ese señor Strangways?

Jermy describió lo mejor que pudo el aspecto de su vecino y Marr se sintió más convencido de que la suerte le había ayudado de manera inesperada y decisiva.

—Recuerdo que los diarios decían que había algo original y curioso en la herencia que le había dejado el tío, — dijo.

Jermy movió la cabeza afirmativamente.

—Sí. Usted se refiere, probablemente a una casa, situada en el condado de Essex y llamada la Granja de Darkmere, que el heredero no debe ni alquilar ni vender, ¿no es así?

Jermy se expresó como si el asunto no le interesara absolutamente nada, pero podía haber dicho a su visitante muchas cosas de interés sobre la Granja de Darkmere y la Liga del Ojo que había avisado al nuevo propietario que no se metiera en nada de lo que tuviese relación con el viejo edificio que había heredado.

—Sí. Leí algo a ese respecto. ¿Dice usted que Strangways se halla ausente?

—Lleva ausente más de una semana. Quizás haya ido a pasar unos días en la casa mencionada de modo tan curioso en el testamento, — dijo Jermy sonriendo.

Jermy sabía que no era así. Tenía razones para saber que su vecino no había estado en la solitaria casa del condado de Essex desde la noche en que los enmascarados que iban en un automóvil habían colocado un alambre de un lado a otro del camino a manera de obstáculo para hacer que el coche de Jim sufriera un grave accidente. Jermy se sentía inclinado a creer que Strangways había sido aterrorizado por la tentativa contra su automóvil o por el segundo aviso que la Liga del Ojo le había enviado.

Pero Marr escuchó con crédula atención sus palabras. ¿Era posible que Jim Strange estuviera oculto en aquella casa en la Granja de Darkmere?

Sentíase completamente seguro de que allí encontraría a su hombre.

Al día siguiente consideraba indudable que así era. Había encontrado, por fin, a Dandy Trench en su casa y le había interrogado enérgicamente. Trench le había dicho que estaba equivocado, pero su gesto desmentía su afirmación.

Llegaron a dirigirse palabras airadas y Dandy Trench tuvo ocasión de darse cuenta de que había cometido un eror el dar, aun cuando sólo fuera una vaga información al doctor Marr.

Sabía que si Marr cumplía su propósito de vengarse de Jim Strange, su propia seguridad estaría en peligro. La detención de Strange tendría por consecuencia su propia detención, acusado del robo de Orchardway... significaría su condena a varios años de presidio.

—¡Usted no se ocupará de ese hombre, Marr! — dijo con energía y casi amenazador Era curiosa la situación de que ese pillo defendiera a un hombre a quien odiaba tanto o más de cuanto Marr podía odiarle. — Le quiero tan poco como usted, pero no es posible denunciarle y hacer que le prendan. Es necesario que usted se calle y no diga ni una palabra de lo que ha llegado a saber. ¡Eso es!

En la mirada de Trench notábase un peligroso fulgor de enojo.

Marr lanzó una carcajada.

—¡No me gusta que me hable en ese tono! — dijo con presunción. — Necesito vengarme y me vengaré. ¿Qué me importa que quiera usted o no? En este asunto nadie puede opinar más que yo, porque me interesa sólo a mí. ¡Voy a hacer que prendan a Jim Strange como autor de la muerte de Viziard y tengo la esperanza de que le condenarán a la última pena!

LA VENTANA DEL OTRO LADO DEL FOSO

Jack Lewis bajó del automóvil y fué a abrir el herrumbrado portón de la Granja de Darkmere. Jim guió el coche haciéndolo entrar en la larga y oscura avenida.

Jermy no se había equivocado nunca de modo más completo que cuando se imaginó que Jim Strangways se había asustado y no volvería a la granja de Darkmere.

Si habían pasado cerca de dos semanas desde aquella noche en que Jim visitó la granja y vió aparecer una mano por la ventana situada del otro lado del foso, — la mano sobre la cual un desconocido agazapado entre los árboles, había hecho un disparo, — se debía a que otros asuntos, más interesantes para Jim que lo que pasaba en la casa que había heredado, habíanle tenido ocupado.

Pocos días después del fracaso del casamiento de Philip Bourne, Jim se había casado con la joven a quien amaba.

Después de todo, se había dicho, ¿por qué esperar? Se habían casado sin ostentación y sin que la noticia saliera en los diarios. Marjorie residía desde entonces en Kent, con Nance y su anciana madre, en cuyo chalet se hallaba también Jim desde su regreso de un breve viaje de bodas por el interior.

Cartwright mientras tanto, había vigilado la taberna de Tebbut, situada junto a la orilla del río, fingiéndose amigo del penado Flash Harry y cultivando la amistad de Jackman, el hombre a quien sabía complicado en el asesinato de Viziard.

Jim, Cartwright y Jack habían ido aquella noche a hacer una nueva visita a la Granja de Darkmere.

La clave del secreto que encerraba la casa se hallaba — Jim estaba convencido de ello, — en la sala de los espejos, donde en dos ocasiones habían visto aparecer y desaparecer de modo misterioso el ojo humano que los miraba. Era de la ventana de aquella sala — que daba al foso, — de la que habían visto surgir la misteriosa mano.

Como no era posible dudar de que en el momento en que penetraran en la casa tendrían aviso los que parecían moverse entre sus paredes como sombras, Jim se proponía oponer astucia contra astucia. Se le había ocurrido un plan y aquella noche iba a ponerlo en práctica.

Jim descendió del automóvil y Jack bajó del coche un bulto bastante voluminoso que era el elemento necesario para la ejecución del plan. Era un bote desmontable.

Vieron una luz dentro de la casita de la portería. El perro de Rodman ladraba, impaciente, encerrado. Pero llamaron repetidas veces sin obtener respuesta de Rodman.

Por último, Jim movió el pestillo de la puerta. Notó con asombro, que se abría. El perro salió corriendo, agitado y se alejó por entre los árboles como si fuera en busca de su patrón que no se hallaba, sinduda, en la casita.

—Mucho temo que Rodman no nos dará las gracias por haber soltado al perro, — dijo Jim.

Mientras hablaba, algo que había sobre la repisa le llamó la atención. Era un telegrama dirigido a su nombre, a la Granja de Dardkmere. Lo tomó sorprendido. ¿Quién podía telegrafiarle a semejante sitio?

Era un despacho que había sido expedido aquel mismo día y lo que decía era lo siguiente:

"Felicito de todo corazón al señor Jim Strange y a su esposa. — Marr".

No era posible equivocarse sobre el significado de aquel mensaje irónico. Jim se quedó mirando, pálido, la hoja de papel. Aquello significaba que su enemigo había logrado enterarse de su verdadero nombre. ¡Su enemigo implacable, Marr, que no vacilaría en hacerle prender!

Cuando se sentía más seguro, aquel golpe habíale impresionado muy intensamente; cuando había hecho su esposa a Marjorie, la fatalidad volvía a entrometerse en su vida. ¡Aquello significaba su completa ruina!

Estrujó el telegrama en la mano, durante un momento, como si sintiera que todo el mundo hubiérase desplomado sobre sus hombros.

—¿Pasa algo grave, señor? — preguntóle Jack con ansiedad, mirándole a la cara.

Jim hizo un esfuerzo para dominar sus nervios.

—¡No es nada! — dijo evasivamente. — Vamos adelante, a poner nuestra embarcación en el agua del foso.

No quería hablar del inesperado golpe que le había asestado el destino; quería pensar un poco, apreciar todo su significado, lo que podía indicar para su futuro y el de Marjorie. Marr sabía dónde estaba y no era posible esperar que Marr no presentase su denuncia.

Jack tuvo suficiente tacto para no hacer más preguntas, pero notó que Jim estaba muy silencioso y pensativo, mientras los tres

se dirigían, por entre el bosque, hacia el foso que quedaba delante de la ventana de la sala exagonal, la ventana por donde había aparecido la mano fantasma cuando su anterior visita.

La noche era oscura. Estrellada pero sin luna.

—¡Mire! ¿Ha visto usted eso? — dijo de pronto Jack en voz baja.

Sin duda ninguna las ratas andaban paseando por dentro de la casa, pues durante un momento había brillado una luz tras de la ventana, desapareciendo en seguida.

La ventana estaba en la más completa oscuridad cuando, por fin, halláronse ante ella separados únicamente por el ancho foso. Un estremecimiento de emoción sacudió el cuerpo de Jack. Sentía que, en aquella ocasión

se hallaban ya a poca distancia de un descubrimiento.

Poco tardaron en armar el bote desmontable. No tenía capacidad más que para dos. Cartwright se quedaría en la orilla.

A alguna distancia, entre los árboles, oían ladrar al perro de Rodman, muy excitado. El animal lanzaba curiosos ladridos quejumbrosos como si tratara de llamar la atención de ellos, según Cartwright lo notó.

Dirigióse hacia el sitio de donde llegaban los ladridos mientras los silenciosos ocupantes del pequeño bote cruzaban el agua en dirección de la ventana.

La ventana seguía a oscuras cuando la proa del bote tocó en la pared de la casa.

Escucharon. No se oía nada, absolutamente nada, dentro de la casa.

Marr, que yacía, muerto, en el piso de la sala de los espejos!

LA MIRADA EN LA OSCURIDAD

Los dos que se hallaban en el pequeño bote, en el agua del foso, miraron con asombro hacia el interior de la habitación donde habían contemplado tan inesperado espectáculo.

Hacía muy poco — a lo más un cuarto de hora — Jim había tenido conocimiento de un telegrama que le había sido enviado por el hombre que yacía muerto en la sala de los seis espejos.

¿Era posible que el hombre que había logrado descubrir el secreto de su nombre, hubiera muerto sin poder comunicárselo a nadie?

La luz de la linterna penetró en la sala de los espejos y Jim vió, tendido en el suelo, muerto, al doctor Marr.

Cautelosamente, miraron hacia la habitación. La más densa oscuridad reinaba en su interior.

A través de la ventana dirigió Jim el rayo de luz de una linterna eléctrica de bolsillo. El largo, tembloroso haz de luz penetró en la habitación iluminando una parte del piso y lo que había en él, reflejándose a la vez en los seis largos espejos que cubrían las paredes, haciendo el efecto de que allí no se había cometido un crimen sino varios.

¡Porque, con ojos dilatados por el asombro, Jim distinguió, desde la ventana, el rostro de su implacable enemigo, del doctor

No podía dudarse de que el doctor Marr se hallaba muerto. Su aspecto lo indicaba claramente. Además se le veía en la sien la terrible marca roja de un golpe que debió ser brutal.

Pero ¿cómo había recibido la muerte y por qué, el doctor Marr se hallaba en aquella casa misteriosa?

Jim Strangways miró hacia el rostro del hombre que había vivido para el mal y a quien el mal había quitado la vida. La idea de los daños que había causado aquel hombre y el recuerdo del mal que había hecho a la joven confiada a su custodia desvanecieron todo el sentimiento de lástima que podía

existir en el corazón de Jim, aun cuando no su impresión de horror.

¡Si siquiera pudiera saber que el doctor Marr no había hablado a nadie de lo que sabía y si la horrible tragedia había sellado sus labios para siempre sin que comunicara a nadie su descubrimiento!

Pero, aun cuando no lo supiera de seguro, era de presumir que así fuera. Marr debía haberse enterado hacía muy poco de que Jim Strange era buscado por la policía como autor de la muerte de Viziard. El mismo telegrama en que el doctor Marr comunicaba a su enemigo que sabía su secreto, confirmaba esa presunción.

El telegrama había sido escrito por el doctor Marr, sin duda, en el primer impulso de vindicativa violencia, inmediatamente después de su descubrimiento y la fecha y hora indicaban que el despacho había sido entregado en la oficina expedidora pocas horas antes, aquella misma tarde.

Si el doctor Marr hubiera informado a la policía, los detectives hubiesen acudido con él aquella misma noche. Para prender a Jim se hubiera necesitado el testimonio del denunciante en el momento de la detención. Además el carácter del doctor Marr inclinaba a creer que su deseo había sido prolongar todo lo posible la angustia de Jim antes de hacerle prender por los de lo policía.

Jim respiró profundamente. En realidad resultaba que la horrible tragedia le había librado de la denuncia y sobre todo — y esta era la verdadera causa de satisfacción para Jim, — había suprimido para siempre la amenaza que se cernía sobre Marjorie, a merced, antes de aquel trágico acontecimiento, de las infamias de su tutor, que no contento con haber dilapidado su fortuna, quería aún destruir su felicidad.

Fué la voz de Jack la que sacó a Jim de sus reflexiones.

—¡Señor! — comenzó a decir muy excitado, el muchacho.

Un ademán de Jim le hizo callar, y al mismo tiempo, Strangways apagó la luz de su linterna eléctrica, volviendo a reinar una densa oscuridad.

—¡Silencio! — dijo Jim en voz muy baja. — ¡Escuche!

Dentro de la casa se oía un ruido que, aun cuando era leve, había llegado al oído de Strangways. Alguien andaba allí dentro.

Un instante después pudo distinguir que se trataba de ruido de pasos, acompañado de unos golpecitos acompasados como los del bastón de un ciego que avanza reconociendo el camino con precaución.

Convenía que no les vieran. Sin hacer ruido, Jim hundió el remo en el agua y el bote se alejó de la ventana, quedando inmóvil a poca distancia, protegido por la sombra de la pared.

Desde allí, avanzando la cabeza, Jim podía distinguir la habitación de la ventana.

Se oyó el clic del pestillo de una puerta que se abría. Había esperado ver aparecer una luz por el hueco de la puerta, pero la habitación continuó a oscuras.

En la densa sombra que reinaba y desde el sitio donde podía mirar, distinguió algo que le hizo estremecer, tan extraño parecía.

Eran dos círculos luminosos que flotaban apareados en la oscuridad; parecían los ojos de un gato relumbrando en lo oscuro. Pero eran mayores que los de un gato y según podía apreciarlo Jim, se hallaban a una altura del suelo a que debían haberse hallado los ojos de un hombre de pie.

Instintivamente, después de haber visto por un instante aquellos ojos, Jim Strangways se retiró como si le atemorizaran, como si comprendiera que tales ojos, — como los de un gato, — podían ver en la oscuridad.

Las dos extrañas órbitas luminosas parecían inmóviles como si estuvieran mirando hacia fuera, no hacia los que atisbaban acurrucados en el bote al lado de la ventana, sino hacia el otro lado del foso, hacia donde se podía oír todavía el continuo ladrar del perro de Rodman.

El efecto era tan extraordinario y terrorífico que Jim sintió deseos de encender su linterna y dirigir el haz de luz hacia aquellos puntos luminosos para enterarse de si estaban o no en una cara humana.

Pero dominó el impulso que sintió. Era, sin duda, un ser humano el que estaba en el cuarto; lo indicaba el ruido de pasos, el abrir de la puerta... Y esto ordenábale que trataran de no dejarse sorprender.

Los ocultos enemigos que se hallaban en aquella casa eran demasiado peligrosos para darles ventaja ninguna. Lo mejor era alejarse evitando ser descubiertos.

Un instante después los dos ojos aparecieron en la ventana. Jim comprendió entonces, pues distinguió vegamente una silueta de hombre en la sombra, que se trataba de ojos humanos, pero dotados de la facultad que tienen los ojos de las aves de rapiña, que ven de noche, pero no de día.

Después el hombre de los extraños ojos corrió la cortina que ocultó así el hueco de la ventana.

—¡Desapareció! — dijo Jack.

—Sí, pero va a volver a aparecer y a mostrar su cara antes de tres minutos, ese tipo de los ojos luminosos, — dijo Jim en voz baja a su compañero.

Rápidamente y sin ruido el bote dirigióse a la orilla. Saltaron los dos a tierra. Despues deslizaron el bote fuera del agua y lo ocultaron entre unos árboles.

—Voy a ver la cara de ese hombre y a fotografiarlo, — dijo Jim a Jack que movió la cabeza aprobando la idea.

Se dirigieron sigilosa y rápidamente a un punto situado frente a la ventana.

¿Se hallaría el hombre todavía en la habitación de los espejos? Si era así no tardaría en experimentar una gran sorpresa.

—¡Jack! En cuanto yo dé la señal... ya sabe.

Jim se había subido a una rama baja de un árbol que quedaba frente a ventana.

Enfocó mediante el aparato automático de distancia, una pequeña máquina fotográfica dotada de poderosísimo lente.Jack estaba pronto, con un fósforo en la mano, para encender el magnesio, del utilizado por los fotógrafos para sacar vistas nocturnas.

Jim felicitábase de la ocurrencia que le había hecho llevar todo lo necesario para fotografiar, dentro de la casa, la aparición de

los misteriosos ojos en la sala de los espejos y que iba a servirle para retratar al hombre extraño de la mirada luminosa.

—¡Ahora, Jack! — dijo Jim.

Jack lanzó un aullido extraordinario, quejumbroso, muy adecuado para hacer que se asomara a la ventana cualquier ser humano que estuviera en la sala de los espejos.

Tan fuerte fué el aullido de Jack que cubrió el sonido de un silbido, — que resonó simultáneamente, — y era la señal con que Cartwright había convenido en llamarles.

El hombre estaba aún en la habitación y la estratagema tuvo éxito.

En el momento en que el grito de Jack rasgó los aires, la cortina de la ventana se descorrió de golpe dejando descubierto todo el hueco y Jim distinguió los dos ojos luminosos mirando en la oscuridad.

En el mismo momento Jack encendió el magnesio y la luminosa llamarada de luz blanca iluminó la escena con vívida claridad durante un momento que, aún cuando breve, era más que suficiente para que en la película de la máquina fotográfica quedara impresionado lo que Jim distinguió durante aquel relámpago artificial; una cara demacrada, de nariz grande y aguileña, — que se parecía al pico de un ave de rapiña, — una cara que, a la luz del magnesio presentaba unos ojos sin vida, como los de un ciego.

El resplandor duró tan poco que el hombre que estaba en la ventana intentó retirarse pero antes de que lo hiciera reinaba de nuevo lo obscuridad. Jim pudo distinguir otra vez, los ojos luminosos brillando en lo oscuro.

El negativo impresionado de aquel modo reproduciría — tan indeleblemente como estaba impreso en la mente de Jim, — el retrato de una de las sombras humanas que andaban misteriosa y secretamente por aquella casa donde tramaban sus tenebrosos planes.

Además, como el hombre había descorrido del todo la cortina, la fotografía tenía que haber reproducido parte de la habitación con la figura que yacía inerte en el suelo, reflejada en uno de los espejos.

Jim descendió del árbol.

—¡Ya sabemos cómo tiene la cara uno de los que están en contra de nosotros, Jack! — exclamó. — ¡Pero ahora hay que andar con cuidado porque las "ratas" que están ahí dentro es hallan enteradas de nuestra presencia!

—¡Con seguridad que se ha llevado una sorpresa extraordinaria! — comentó Jack. — ¡Qué cara la del tipo ese! ¿Se fijó usted en la mano, señor?

—¡Ah! ¿También notó usted ese detalle? — exclamó rápidamente.

Porque ambos habían notado que la mano con que el hombre sujetaba la cortina presentaba la señal de una herida recientemente cicatrizada.

Aquella mano, que cuando su anterior visita habían visto salir de la ventana dirigiéndose hacia la superficie del agua del foso, ¿era la de aquel hombre? ¿era la de aquel hombre la mano que había sido herida por el disparo que hicieron desde el bosque?

Volvióse a oír nuevamente el silbido de Cartwright, recordándoles la señal que antes, — demasiado preocupados con lo que estaban haciendo, — no habían atendido.

Dirigiéronse rápidamente, por entre los árboles, al sitio de donde procedía el sonido.

Jim sentíase nervioso. El negativo que había sacado iba a ser el primer paso dado en el sentido de descubrir los secretos de la Granja de Darkmere que su difunto tío, — por alguna razón que quizás no conocería nunca, — le ordenó no alquilar ni vender.

Jim recordó una vez más las recomendaciones de la carta de su tío:

"Hay en aquella casa un secreto, que yo. — ligado por el más solemne de los juramentos, — no puedo revelar, un terrible secreto que me oprime al verme a las puertas de la muerte, de tal modo, que casi siento tentación de faltar a mi promesa y descubrir ante el mundo lo que me ha perseguido siempre como una pesadilla.

"Pero si tú descubres ese secreto nada puede obligarte a no hacer lo que yo no puedo ni me atrevo a realizar. Y creo que descansaré más tranquilo en mi tumba si muero con el convencimiento de que tú conseguirás algún día poner a la luz de la justicia lo que la vieja casa oculta entre sus muros".

¡Un misterio! Jim tenía repetidas pruebas de la existencia de ese misterio, aun cuando sólo había visitado dos veces la Granja de Darkmere. También había podido darse cuenta de los peligros que le amenazaban. Los automovilistas enmascarados que le habían seguido la primera vez se habían mostrado decididos a causar su muerte....

Pero, por lo menos, después que había visto al hombre de los ojos relucientes, ya no tenía que luchar contra desconocidos.

Tenía además, en su máquina fotográfica, el comprometedor retrato de aquel hombre. No podía dudar de que Jermy, su vecino de Orchadway, era otro de los de la gavilla y había sido el mensajero que tan astutamente había llevado los mensajes de sus asociados.

Y Jermy no podía ni imaginar siquiera que se sospechaba de él. Esto era conveniente.

Todo esto lo pensó Jim mientras se dirigía, con Jack al sitio donde habían oído el silbido de Cartwright. El ladrar quejumbroso del perro les guiaba.

Encontraron a Cartwright inclinado, mirando a un hombre tendido en el suelo, desmayado.

Era Rodman, a quien Cartwright guiado por los ladridos del perro, había hallado sin sentido, echado sobre el césped.

EL HOMBRE DE LA CICATRIZ EN LA MANO

Rodman respiraba, pero estaba desmayado. Presentaba una señal lívida, demostración evidente de que había recibido un golpe muy severo.

—¿Será posible que esta tentativa contra Rodman tenga relación con la muerte de Marr? — murmuró Jim.

—¿La muerte de Marr? — preguntó Cartwright mirándole fijamente.

En pocas palabras Jim le explicó lo que había visto en la sala de los espejos, mien-

tras entre los dos levantaban a Rodman del suelo para conducirlo a la casita de la portería. La distancia no era corta y el hombre pesaba bastante, pero al fin llegaron a la casita y pusieron al desmayado sobre un diván. Una vez allí mojaron con agua fresca el sitio donde había recibido el golpe. En un aparador había una botella de cognac. Por medio de una cucharita hicieron que el portero tomara una pequeña cantidad del líquido reconfortante.

Rodman abrió los ojos y miró a su alrededor, pero como si no distinguiera nada. Tenía todavía turbados los sentidos. Movió los labios como si murmurara algo que no se le oyó.

Rock, el perro de terranova, se puso junto a su amo y le lamía la mano que colgaba fuera del diván, expresando a su modo, su cariño.

—No te apures, Rock — díjole Jack al perro, palmeándole la peluda cabeza. — ¡Tu amo se pondrá bueno pronto! ¡No te aflijas, amigo mío!

El perro miró a Jack y movió el rabo como agradeciendo sus cariñosas palabras.

—Espero que que cuando Rodman recobre el conocimiento nos podrá dar algunos datos interesantes sobre la muerte de Marr,— dijo Jim.

—¡Marr! — Al oír aquel nombre algo pareció agitarse en el recuerdo del portero, porque repitió dos veces el nombre. — ¡Marr! — dijo, sin que por eso saliera de su inconsciencia.

De pronto, el que estaba tendido en el diván pareció presa de gran excitación.

—¡He jurado no revelar lo que sabía sobre las tenebrosas combinaciones que se traman en la Granja de Darkmere! — exclamó como el que habla en sueños. — ¡Me forzaron a jurar y un juramento es un juramento!

Jim se estremeció. Aquellas palabras que brotaron de los labios del hombre desmayado coincidían con las que su tío, el extinto Gilbert Frayde había escrito. ¡También Rodman estaba obligado, por un juramento, a no descubrir los secretos de la Granja de Darkmere!

Pero las palabras que pronunciaron después aquellos labios causaron una mayor impresión en Jim.

—¡Juré, es cierto! Pero no infrinjo mi juramento si digo que mató a Viziard. Jim Strangways debe tratar de encontrar a uno que tiene una cicatriz en la mano. . . ¡en la mano que yo le marqué para toda la vida!

¡Así que había sido Rodman, — como Jim lo había supuesto, — el que había disparado el tiro desde el bosque!

¿Un hombre con una cicatriz en la mano? ¿Sería posible que se tratara del hombre de los ojos luminosos?

¿Estaba, entonces, en su máquina fotográfica la imagen del que había cometido el crimen de que acusaban a Jim?

¿Por qué no? Cartwright había oído decir en el presidio de Bleakmoor que la muerte de Viziard había sido un acto de venganza preparado por La Liga del Ojo, y Jim, tenía suficientes razones para suponer que la gavilla infernal tenía su cuartel general en la vieja casa.

—¡Señor! — exclamó Jack con alegría. — ¿Habremos dado finalmente con la pista que buscamos?

¡Cuán importante sería para Jim Strangways que lo dicho por el hombre desmayado resultara verdad! La amenaza de la prisión dejaría de cernirse sobre él y nada tendrían que temer ni él ni la joven a quien había hecho su esposa.

Pero, — pensó Jim, — ó Rodman sabía que él era Jim Strange o las palabras que había pronunciado carecían de sentido.

¿Cómo podía saberlo Rodman? ¿Y quién era Rodman? El hombre había constituído para Jim, desde el primer momento, una figura misteriosa. Su cara no le parecía del todo desconocida. Esto había llamado la atención de Jim cuando su anterior visita y le impresionaba aun más en aquel momento mientras miraba aquel rostro curtido, de barba gris.

Pero por más que pensó no pudo recordar a quien se parecía aquel hombre.

Rodman seguía balbuceando palabras ininteligibles.

—Es necesario que llevemos a este hombre a la población más cercana. Debe asistirlo un médico. Después, si el médico lo considera prudente, le volveremos a traer. Necesita los cuidados de una enfermera. No es posible que le dejemos solo aquí, — dijo Jim. — Pero primero voy a entrar en la casa

Sentía un irresistible deseo de verse, — si era posible, — ante el hombre de los ojos luminosos.

Habíase cometido un crimen y aquel hombre tenía que ser, — sino el autor, — cómplice del que lo había cometido. Además las palabras de Rodman mencionaban otro crimen. Era necesario que el autor de la muerte de Viziard no se escapara de sus manos.

—Pero usted no va a ir solo, señor, — dijo Jack.

—Si usted va, yo iré también, — agregó Cartwright. — Allí debe estar una peligrosa gavilla y no conviene exponerse a riesgos innecesarios. Sería una imprudencia que fuese usted solo. Me alegro de haber traído esto — añadió sacando un buen revólver del bolsillo.

Jim miró a Jack.

—Me complace contar con dos compañeros tan decididos. — dijo — Rodman puede permanecer aquí, custodiado por Rock. Volveremos pronto.

Salieron, dirigiéndose rápidamente hacia la casa.

La puerta crujió al abrirse. En cuanto entraron, Jim se detuvo a escuchar. Reinaba el más completo silencio.

—¡Vamos!

Jim les guió, alumbrando el camino con su lámpara eléctrica, avanzando con precaución a fin de no caer en una emboscada si acaso la habían preparado sus enemigos.

Costara lo que costara, Jim estaba resuelto a buscar al hombre a quien había visto en la sala de los espejos, donde estaba el doctor Marr, muerto. Y cuando le encontrara. . .

Jim apretó los puños.

No se oía ni el menor ruido. Las "ratas" debían haberles oído entrar y se habían llamado a silencio.

La casa, — como lo comprobaron cuando su primera visita, — debía haber sido planeada por un arquitecto demente. Era un verdadero laberinto de corredores y pasadizos. Pero Jim recordaba el corredor que conducía a la sala de los espejos. Recordaba que ese corredor describía una rápida curva y, en su extremo, se hallaba la puerta que daba acceso a la habitación que tenía la ventana situada sobre el foso.

Rápidamente avanzó Jim por el corredor, volviendo el ángulo. Recordaba especialmente aquella curva porque por ella había desaparecido la figura que distinguió la otra vez y que se metió en la sala de los espejos.

Pero en esta ocasión, cuando volvió el ángulo, se quedó asombrado. Había puertas a los dos lados del pasillo, — puertas que conducían a habitaciones vacías, — pero en el fondo del corredor no se veía la puerta. ¡Había una pared unida y lisa sin hueco ninguno!

LA TRAMPA DE LA CORTINA

Donde había estado la puerta sólo se veía una pared lisa. Jim, asombrado, se quedó parado sin atreverse a creer lo que veían sus ojos.

Dirigióse a la pared y la golpeó con los nudillos. Era sólida, no cabía duda. Sin embargo allí estaba la puerta la vez anterior.

Jack estaba tan asombrado como él. La pared presentaba el mismo aspecto de viejo que las de los lados. . .

—¡Esto sí que es raro! — murmuró Jim frunciendo el ceño. — Hubiera apostado cualquier cosa a que aquí había una puerta. Pero no es posible sin embargo. La pared es sólida, demasiado sólida, para que haya podido pasar a través de ella el hombre de los ojos luminosos. Busquemos por otro lado.

Buscaron efectivamente, pero no encontraron por ninguna parte el pasillo que conducía a la sala de los espejos.

—¡Estoy empezando a creer que esta casa está embrujada! Está llena de cosas extrañas como el sombrero del prestidigitador, del que salían conejos, gallinas, flores, pañuelos y hasta una sarta de chorizos, — dijo Jack. — La vez anterior nos miraba un ojo desde cada uno de los espejos y ahora hasta la habitación ha desaparecido. ¿Qué significa esto, señor?

—Significa que tenemos que luchar con una gavilla no sólo astuta sino que cuenta con mucho recursos, — dijo Jim. — En el primer corredor en que entramos, pese a la pared que hemos hallado, estaba la puerta. No comprendo cómo han logrado tapar el acceso a la habitación donde está el muerto, pero. . .

Jim volvió la cabeza rápidamente. Se oían los pasos de alguien que caminaba en el piso alto. Los tres oyeron los pasos con toda claridad.

Sin un sólo momento de vacilación, Jim corrió escaleras arriba. Los otros dos le siguieron.

Al subir, Jim oyó claramente ruido de pasos más arriba, en el otro piso superior. Jim corrió hacia la otra escalera.

El ruido llegaba de lo alto. Jim se detuvo un instante a escuchar. Después volvió a avanzar.

Siguiendo al ruido, corrió por un largo pasillo. Llegó a un ángulo y Jim vió una sombra que pasaba. ¡La casa debía estar llena de espíritus! A una docena de pasos de distancia, a la luz de su linterna eléctrica, vió la figura de un hombre acurrucado como si estuviera escuchando, un hombre enmascarado del mismo modo que los automovilistas que le habían seguido la otra vez.

En cuanto Jim lo vió, el hombre se levantó y corriendo por el pasillo, desapareció detrás de una cortina que cubría el hueco del fondo del pasadizo.

Jim no supo de donde, pero en aquel momento creyó que llegaba a sus oídos una voz que le decía:

—¡Cuidado! ¡Es una trampa!

Casi persuadido de que alguien le había dicho esas palabras y aun cuando comprendía que solo podía ser una ilusión de la mente, lo cierto es que a ellas debió su salvación. Antes de llegar a la cortina tras de la cual había desaparecido el otro hombre, Jim detuvo un tanto la velocidad de su carrera.

No sospechaba que el hombre enmascarado pudiera estar emboscado detrás de la cortina pues oía los pasos que se alejaban resonando no ya en la madera del piso sino en los peldaños de una escalera de hierro que había del otro lado.

Si antes de llegar a la cortina, Jim Strange no hubiera disminuído el ímpetu de su carrera, nada hubiera podido salvarle de la muerte.

Porque, en cuanto apartó la cortina, pisó en el vacío.

Ahí había, un momento antes una escalera de hierro pero no estaba ya. En el mismo instante en que Jim separaba la cortina toda la escalera desaparecía, movida por algún escondido mecanismo, dejando un hueco de más de treinta pies de profundidad.

Jim no se dió cuenta de cómo pudo agarrarse a la cortina. Un movimiento instintivo le auxilió en aquel momento y evitó que cayera. La cortina que había servido para disimular la trampa sirvió para salvarse. Jim se agarró a ella con ambas manos, en un impulso desesperado.

Jack y Cartwright que se acercaban corriendo, por el pasillo, oyeron el grito de Jim en el momento en que se agarraba a la cortina y le vieron desaparecer, Cartwright vió a Jim descender y quedar suspendido sin que se le distinguiera más que la cabeza por el borde del hueco.

Pero mal agarrado, Jim caía. Sus dos compañeros acudían a ayudarle y llegaron recién en el momento oportuno. Jim estaba pálido y emocionado, mientras le levantaron y le sacaron al pasillo.

—¡Casi me quitan de enmedio! — exclamó Jim con forzada risa al encontrarse de nuevo de pie en terreno firme. — Lo bueno es que tuve el presentimiento de que me habían preparado una celada. El suceso me ha emocionado bastante. Creo que por esta noche debemos admitir la derrota y salir de esta casa

—Sí; bien pensado, — dijo Jack, que también estaba pálido, pues lo había emociona-

do mucho el ver a su amigo en peligro tan grave. — Yo también necesito respirar el aire libre. ¡Pero ya sentirán lo que han hecho señor, ya lo sentirán!

Descendieron al piso bajo y salieron de la casa sin nuevo accidente. El aire fresco les calmó algo los nervios.

Recogieron el bote, desarmándolo y lo condujeron al automóvil.

En la casita de la portería estaba Rodman todavía desmayado, con el perro guardián a su lado.

—También habrá sitio para ti en el coche, Rock, — dijo Jack al perro. — No le vamos a dejar aquí.

El automóvil era espacioso. El hombre desmayado, envuelto en mantas, fué conducido al coche. Jim apagó la luz que había en la casita de la portería y cerró la puerta con llave.

Partieron.

Cartwright iba sentado en los asientos de atrás, junto con Rodman. Quizás el viaje al aire libre y fresco lograra hacer que el hombre recobrara los sentidos.

Llevaban unos minutos de camino cuando Cartwright notó que le tocaban el brazo. Encendió su lámpara eléctrica y pudo ver que Rodman había abierto los ojos.

—¿Dónde estoy? ¡No comprendo! . . . — comenzó a decir el hombre.

Cartwright se inclinó y tocó a Jim en el hombro. Este disminuyó la velocidad del automóvil.

—Todo va bien, está usted entre amigos, — dijo Cartwright. — Recibió usted un terrible golpe en la cabeza. Le encontramos en el suelo, desmayado. ¿Recuerda usted algo?

—Sí, recuerdo — dijo Rodman después de una pausa.

Jim Strangways se inclinó hacia atrás en su asiento y le dijo:

—No podíamos dejarlo solo en la casita de la portería. Por eso le traemos con nosotros.

Durante un momento, Rodman miró al que hablaba. Su mirada pareció de miedo.

—¡A Orchardway, no! — exclamó levantando la voz. — No debe usted llevarme allí. ¡No quiero ir a Orchardway!

¿Por qué parecía tener miedo de que le llevaran a la casa cuyo anterior propietario debía haber sido tan amigo suyo?

LO MAS ASOMBROSO DE TODO

Era eso lo que Jim se preguntaba. Pero se apresuró a tranquilizar al hombre.

—Perfectamente. No vamos a Orchardway Ahora estoy viviendo en Kent. Le llevaré al sitio donde estoy y donde le cuidarán muy bien. Pero primero tenemos que ir a Wansford para que le vea un médico, — dijo.

Wansford era una pequeña población situada a pocas millas de distancia.

—No quiero servirle de molestia, — dijo Rodman con brusquedad. — Ya se desvía usted demasiado por servirme. No tiene importancia el golpe . . . ¡Tengo la cabeza tan dura! En Wansford vive un amigo mío y puede usted dejarme en su casa. Así no le molestaré más.

La voz de Rodman era débil. Se comprendía que tenía que hacer grandes esfuerzos para hablar, lo que no era extraño, dada la importancia del golpe que había sufrido.

Pero agregó un momento después:

—Esta noche se cometió un crimen en el parque de la Granja de Darkmere y fué el asesino el que me asestó el golpe que me hirió la cabeza.

No quiso decir más. Cerró los ojos, dominado por la fatiga. Estaba demasiado débil para poder interrogarle y Jim no se atrevió a hacerlo por más que sentíase muy deseoso de conocer más datos sobre la tragedia.

Lo que se comprendía por las palabras que había pronunciado, era que Marr había encontrado la muerte fuera y no dentro de la casa.

Muy preocupado, Jim siguió manejando el automóvil dirigiéndose a Wansford.

Tenía otra razón, — además de hacer atender al herido, — para ir a aquella población. Quería informar a la policía de que en la casa misteriosa hallábase la prueba de un crimen.

Probablemente Rodman cuando se hallara mejor, podría contar todo lo que había visto y poner en claro lo sucedido.

Había dos caminos que conducían a Wansford y Jim tomó el más largo de los dos. Aquella parte del condado de Essex le era poco conocida.

Después de transitar por aquellos tenebrosos y solitarios caminos que los separaban de la terrible casa del misterio, resultó agradable llegar a las afueras de la ciudad y verse de nuevo entre casas alumbradas y entre el murmullo del tráfico.

Tal vez a consecuencia de la emoción sufrida, Jim recorrió todo el camino en un estado de intensa intranquilidad temiendo a cada paso dar con una celada que sus enemigos hubieran tendido.

Pero no vieron nada anormal en todo el trayecto. Las aventuras de aquella noche parecían haberse terminado.

Cuando salieron de un camino lateral desembocando en la carretera que constituía la calle principal de la pequeña ciudad, notaron que estaba desarrollándose algo extraordinario. Oyeron gritos y las rápidas pisadas de un caballo.

En la iluminada calle un caballo y un rodado que tenía el aspecto de un pequeño cochecito de reparto, pasaron a todo correr. El que iba en el pescante estaba derecho y no parecía preocuparse de la rapidez de la marcha del caballo. Era un hombre pálido, cuyo rostro iluminó al pasar la luz de un farol de la calle, de modo que pudieron verlo los que iban en el automóvil.

Jim Strangways y Jack, a un tiempo lanzaron una exclamación de asombro al ver aquel rostro.

—¿Lo vió señor? — exclamó el muchacho — ¡Es Marr! ¡Marr va en el pescante! ¡Un muerto manejando!

—¡Pero eso es imposible! — dijo Jim. — ¡No lo comprendo!

Sin embargo había visto la cara del que iba en el cochecito y se había dado cuenta de que era el muerto que habían dejado en la sala de los espejos de la Granja de Darkmere.

¡Pero era un disparate! ¿Cómo podía ser posible que el muerto manejara un coche?

Jim dirigió al automóvil en dirección del caballo desbocado.

Antes de que lograra alcanzarle, el asustaño animal había sido detenido. Un joven había avanzado hasta el centro del camino, moviendo los brazos. Esto asustó al caballo que varió de rumbo, tropezó y cayó, volcando al mismo tiempo el carricoche.

ojos. El caballo había sido guiado por un muerto hasta la población.

Porque el que se hallaba allí, tendido en el suelo, era el asesinado doctor Marr.

LA SEÑAL DE TIZA

Rodman, después de mirar desde el automóvil el rostro del hombre caído en el camino, se agarró del brazo de Jim Strangways.

—¡Ese es el hombre a quien vi matar esta misma noche en el parque de la Granja de Darkmere! — murmuró. — ¿Cómo es posible que un muerto haya manejado el caballo hasta Wansford?

La gente, emocionada, formó casi inmediatamente un corro en torno del sitio del accidente. El muerto que estaba en el asiento, fué levantado por unos bondadosos circunstantes que lo sacaron de entre los restos del vehículo destrozado.

En aquel momento de excitación ninguno de los presentes pareció darse cuenta de que el muerto estaba sujeto al respaldo del asiento por una correa con hebilla, pero Jim Strangways comprendió todo lo que aquel detalle significaba.

El corro de mirones se abrió para dejar paso a un recién llegado, uno de los médicos de la localidad que pasaba en su automóvil y había descendido del vehículo por si sus servicios eran necesarios.

Pero, mal agarrado, Jim caía. Sus dos compañeros acudieron en el momento oportuno.

Un instante después, al mismo tiempo que llegaban dos o tres curiosos, el automóvil se detenía junto al vehículo caído.

Jack estaba pálido de emoción y se agarró al brazo de Jim, exclamando:

—¡Mire! ¡Mire! Yo tenía razón — y señaló la figura tendida en el suelo y atada aun al respaldo del asiento por una ancha correa.

No podía ser aquello más misterioso a sus

Se inclinó a observar al caído y exclamó casi inmediatamente.

—¡Pero no ha sido el accidente lo que ha causado la muerte de este hombre! — dijo con emoción que se comunicó a los que le rodeaban. Ninguna había sospechado, hasta aquel momento, que la muerte no hubiera sido causada por la caída, al volcarse el carricoche. — ¡Este infeliz ha sido muerto hace varias horas!

Los secretos de...

La noticia del accidente había hecho acudir al dueño del caballo y del vehículo, — un carnicero de la calle principal, — que llegó corriendo, desesperado.

Miró con asombro la cara del muerto.

—¿Pero qué es esto? — exclamó. — ¿Dónde está mi dependiente, el que salió con el carricoche? Este hombre... ¡Si no le he visto jamás en mi vida!

El dependiente del carnicero había salido a repartir la carne a los clientes de las inmediaciones. No se sabía dónde estaba. Había suficientes testigos que podían declarar que en el momento en que el caballo se desbocó no estaba en el vehículo nada más que el muerto.

Había llegado un policemen. La víctima de la misteriosa tragedia fué conducida a una casa cercana.

Jim Strangways, antes de dirigirse a la oficina policial, fué con su automóvil, a la casa cuya dirección le había dado Rodman.

Era una pequeña casa situada en una calle lateral. La anciana que abrió la puerta tenía el aspecto de una criada vieja, de la mejor clase. Miró asombrada al ver que Rodman, ayudado por Jim, descendió, con evidente dificultad, del vehículo.

—No se alarme, Betty, — dijo Rodman para tranquilizarla. — He sufrido un accidente, pero no es nada grave. Supliqué a este señor que me trajera a su casa. No es la primera vez que le sirvo de molestia, ¿no es verdad, Betty? Pero usted no tendrá inconveniente en atenderme uno o dos días.

—¡Al contrario! ¡Será para mí una satisfacción poder serle útil, señor! ¡Espero que no se tratará de nada grave! — exclamó la mujer con ansiosa solicitud.

Jim no dejó de notar el tono de respeto y deferencia con que aquella mujer, — que se llamaba la señora Goldring, — se dirigía a Rodman.

Y también le llamó la atención el hecho de que Rodman, al dirigirse a ella había disimulado un tanto la manera burda de hablar que había empleado hasta entonces y que, por alguna razón, había adoptado deliberadamente.

Más que nunca comprendió que algún misterio envolvía la existencia de aquel hombre a quien su difunto tío había concedido, — para mientras viviera, — el uso de la casita de la portería de la Granja de Darkmere.

—¿No sería mejor llamar al médico, señor? — agregó rápidamente la señora Goldring.

Jim inclinó afirmativamente la cabeza antes de que Rodman pudiera hablar.

El herido fué conducido a una pequeña sala. Le acostaron en un diván mientras la señora Goldring corría escaleras arriba a preparar la cama.

—Es muy buena, Betty Goldring. Me cuidará muy bien. Aun cuando no creo que me encuentre grave, — dijo Rodman.

Pero su aspecto desmentía tal afirmación. Jim lo comprendía así y se felicitaba de haber podido poner al herido en buenas manos.

—Esperaré hasta que venga el médico, Rodman. Después iré a la policía a enterarles de los misteriosos sucesos acaecidos en la Granja de Darkmere y de los que usted fué testigo. Espero que querrán tomarle declaración.

—¡Oh! ¡Vendrán a fastidiarme a fuerza de preguntas, — dijo irritado el hombre. — No es mucho lo que puedo decirles. Ví al que murió y a otro conversando juntos en el parque. Parecía que reñían. No conocía ninguno de los dos, pero ví que a uno el otro le llamaba Marr. Se separaron enfadados. De pronto, cuando Marr volvió la espalda para alejarse, el otro levantó un bastón (cuyo puño estaba relleno de plomo) y le dió un golpe que derribó a Marr. La intención del que pegó era matar; esto lo comprendí en seguida.

Rodman calló unos instantes. Lo que había hablado habíale fatigado mucho.

—Cuando le ví caer, me adelanté. Una mirada me bastó para ver que Marr estaba muerto. El otro corrió y yo le seguí. Era más joven que yo pero le hubiera alcanzado. Sin embargo, como tropecé en la oscuridad y casi me caí, él aprovechó esta circunstancia para volverse y darme con el bastón. Por suerte el golpe cayó de lado y me dió resbalando. Esto es todo cuanto puedo decir.

—De todos modos es un asunto bastante curioso, — dijo Jim pensativo. — Dice usted que le derribó el hombre en el parque. En el parque le encontramos a usted pero antes habíamos visto al muerto en la habitación que tiene la ventana que da al foso. Después, al llegar a Wansford, nos hallamos allí con el muerto. ¿No es esto curioso? Hay, sin duda, muchas cosas raras relacionadas con la Granja de Darkmere y sobre las cuales usted podrá decirme algo probablemente.

Rodman le miró fijamente un instante y después inclinó la vista sin contestar. Si había oído la indicación de Jim había resuelto no atenderla

—El señor Carter permanecerá aquí mientras yo voy a la oficina de policía. Espero que la señora Goldring no ponga reparo. Es posible que yo vuelva a la Granja de Darkmere con los de la policía, — dijo Jim.

Deseaba que Cartwright, — o sea Carter, como le llamaban desde su fuga del presidio, — no figurara de ninguna manera en el asunto y no fuera visto por la policía. La pequeña ciudad de Wansford estaba cerca del presidio, de Bleakmoor y Jim sabía que las autoridades de la prisión no debían haber dejado de buscar al fugitivo.

Mientras Jim esperaba la llegada del médico aprovechó la oportunidad para hablar a solas con Rodman de las palabras sueltas que éste había pronunciado mientras se hallaba desmayado a consecuencia del golpe, palabras que mucho le había emocionado por que indicaban que Rodman sabía que él era Jim Strange.

"He jurado no revelar lo que sé sobre lo que se hace en la granja de Darkmere. Me hicieron jurar a la fuerza pero mi juramento es un juramento", — había dicho, más o menos el hombre desmayado. — "Pero con

seguridad no infringo mi juramento si digo a Jim Strangways que si quiere encontrar al asesino de Viziard debe buscar a un hombre con una cicatriz en la mano... la mano que yo marqué para siempre".

Jim dijo a Rodman tranquilamente:

—Usted pronunció algunas palabras que me preocuparon, mientras estaba desmayado, y mencionó usted mi nombre. — Cuando Jim hubo repetido con toda la fidelidad que su memoria le permitió, aquellas palabras, agregó: — ¿Qué quería usted decir con eso?

Rodman le miró rápidamente.

—Mi mente desvariaba sin duda cuando dije tales tonterías — murmuró. — Pero cuando se está delirando se dicen cosas raras, que no tienen sentido ninguno.

—Sí, pero lo que usted dijo no carecía de sentido. ¿Cómo podía usted haber adivinado que Jim Strangways tenía algo que ver en el caso de Viziard? — dijo — No trato de penetrar sus secretos pero esas palabras suyas me afectaron. Francamente ¿Qué significaban? ¿Puedo aspirar a saberlo?

Rodman pareció vacilar durante un momento.

—Creo que puedo decirle algo. Efectivamente, sé que usted en una época se hizo llamar Jim Strange. Pero su secreto está seguro en mi poder, puede usted confiar en mi silencio, — dijo en tono de persuasiva seriedad. — Fué esta misma noche, cuando ví ese hombre. ¿Cómo? Oportunamente se lo diré. No me siento ahora con ánimos para hablar mucho.

—Pero el hombre de la mano marcada de quien usted habló, — dijo Jim, — ¿es el mismo cuya mano hirió usted de un tiro aquella noche, cuando la mano apareció en la ventana?

—Parece que lo he dicho mientras me hallaba desmayado. No quería decirlo de ningún modo. Usted hará de ello el uso que mejor le parezca. No puedo decir nada más, — manifestó Rodman de mala gana. Y calló.

Pocos momentos después llegó el médico.

—Puede usted estar seguro de que se ha escapado de una buena, mi amigo. — dijo el médico después de examinar cuidadosamente la herida. — Si el golpe hubiera dado media pulgada más hacia la izquierda... pues.... en lugar de ser asunto del médico hubiera sido asunto de las pompas fúnebres.

El médico mencionó después la tragedia que había causado tan intensa sensación en la ciudad.

—Es un caso misterioso. Hasta ahora no se sabe quién es la víctima, pero no cabe duda de que llevaba varias horas muerta antes de que se produjera el accidente del carricoche y que le causó la muerte un golpe tan fuerte que ocasionó la fractura del cráneo. Según parece, el dependiente del carnicero, que salió con el vehículo, había entrado en una casa de los alrededores de la población a recibir órdenes. Dejó el carricoche y el caballo a la puerta y se encaminó hacia la casa, situada bastante lejos de la entrada. Cuando volvió no encontró ni el vehículo ni el caballo. Mientras estaba en la casa oyó el ruido de un automóvil que pareció detenerse. Es esto todo lo que ha podido decir respecto de suceso tan extraordinario.

Jim Strangways escuchó sin explicar al médico lo que sabía.

Para él era evidente que los que manejaban aquel automóvil llevaban con ellos el cuerpo sin vida que habían sacado de la casa donde él, — Jim, — lo había visto, disponiéndose a abandonarlo en un sitio donde no pudiera sospecharse que el crimen había sido cometido en la Granja de Darkmere.

En cuanto a que el hombre asesinado había sido visto allí, por la ventana que daba al foso, no era posible dudarlo.

Sin duda, al ver el vehículo y el caballo abandonados tuvieron una nueva idea. Ataron con la correa al muerto en el asiento del coche y castigaron al caballo, que emprendió tranquilamente, — llevado por la costumbre, — el viaje de regreso a su pesebre. Después, el paso de una motocicleta le había asustado y le había hecho salir disparado.

Pero lo que preocupaba a Jim era cómo había sido posible que sacaran al muerto, tan secretamente de la Granja de Darkmere.

El automóvil, con su fúnebre carga debía haber salido de la Granja antes de que su propio automóvil saliera para Wansford, y donde el camino se bifurcaba había tomado la ruta contraria a aquella por donde había ido Jim. Sin embargo, ¿cómo había sido sacado el cuerpo de la Granja mientras ellos se encontraban todavía en la propiedad? Y por allí no había ciertamente rastro de ningún automóvil.

Era todo inexplicable como cuanto se refería a aquella casa de misterio.

Dejando a Cartwright en casa de la señora Goldring, Jim Strangways, acompañado por Jack, fué en el automóvil a la oficina de policía y solicitó hablar con el superintendente.

—He venido a darle algunos detalles sobre el hombre muerto hallado en el carricoche, — dijo Jim entrando inmediatamente en materia. — Me llamo Strangways y soy propietario de una casa de esta zona, la Granja de Darkmere, en cuyo parque fué cometido el crimen.

—Entonces quizás usted, señor de Strangways, pueda explicar cómo se hallaba la víctima en el carricoche. Sin duda conoce usted y puede decir quién es el muerto.

—Sí, es el doctor Marr, residente en Techos Rojos, en Stoke Newington. Le conozco algo.

Jim explicó rápidamente al superintendente de policía cómo él y Jack habían ido aquella noche a la Granja de Darkmere, — de intento no hizo mención de Cartwright, — cómo, por una de las ventanas de la casa, había visto al muerto tendido en el piso de una habitación desocupada. No hizo referencia al bote mediante el cual pudo acercarse a la ventana: el hecho no era esencial y Jim quería evitar de todos modos que llegara a conocimiento de los de la gavilla.

Siguió diciendo cómo, antes de entrar en la casa habían encontrado a Rodman tirado en el suelo, desmayado; cómo, al entrar en la casa no habían podido hallar de ningún modo la puerta que conducía a la habitación

que tenía la ventana que daba al foso.

—Traje al desmayado a casa de una familia conocida, en Wansford. Es un testigo presencial del crimen y él fué quien me dijo que el hecho había sido cometido en el parque.

—Eso es todo muy extraño, señor Strangways, — dijo el superintendente. — Pero me parece recordar que fué usted el mismo señor que según creo, denunció que unos automovilistas enmascarados intentaron destruír su automóvil de usted en un camino de este mismo distrito.

—Sí. Es la misma gavilla, precisamente, la que sacó al muerto de la Granja y lo ató en el coche que había dejado el dependiente del carnicero a la puerta de la casa, — dijo Jim. — Tengo sobradas razones para creer que una gavilla de criminales que se da el nombre de Liga del Ojo emplea la casa desocupada como cuartel general. He recibido ya dos avisos amenazadores ordenándome que no me meta con ellos, y naturalmente fueron ellos los que intentaron destruir mi automóvil.

—Pero eso que usted dice de que no pudo hallar la habitación por cuya ventana vió usted al muerto, parece increíble, señor Strangways. ¡Quiere usted decir que la puerta estaba cerrada? — preguntó, preocupado el superintendente.

—Lo que quiero decir es que no había puerta de ninguna especie a pesar de que yo había entrado en la habitación cuando mi visita anterior. Esto parece, como usted lo ha dicho, increíble, pero donde la otra vez estaba la puerta encontramos esta noche un sólido muro.

—¿Cuándo usted no halló la habitación, volvió a mirar por la ventana? — preguntó el de policía con suma amabilidad, pero dejando notar que la narración le parecía difícil de creer. — ¿No se le ocurrió entrar por la ventana?

—Es que la ventana está del otro lado del foso, a unos catorce o quince pies de distancia de la orilla.

—¡Ah! ¿Tan lejos estuvo usted de la ventana? — preguntó el superintendente cada vez más incrédulo. — A esa distancia es fácil que se equivocara usted y que no viera muerto ninguno.

El caso de la puerta desaparecida había dispuesto al hombre a no creer nada de todo lo demás.

Jim se rió al ver la incredulidad del de policía.

—¡Es usted difícil de convencer superintendente! — dijo. — Pero tengo una prueba de mi afirmación. Las cortinas de esa ventana se descorrieron de pronto mientras mirábamos y en un negativo, que solo espera ser revelado, tengo impreso, según espero, el rostro del hombre vivo que estaba en el cuarto así como una parte del mismo cuarto y el cuerpo del hombre muerto, tirado en el suelo, reflejado en un espejo de la pared. Usted podrá ver esa fotografía en cuanto la haya desarrollado.

Y Jim contó al superintendente cómo había sacado la fotografía al magnesio del hombre a quien había hecho asomar a la ventana mediante una estratagema, el hombre de los ojos extraños.

—¡Esa sí que ha sido una buena idea, señor Strangways! — exclamó el de policía. — ¡Esa fotografía puede constituír un documento de prueba importantísimo! En vista de lo que usted me dice me propongo ir con un par de agentes a la Granja de Darkmere, inmediatamente. ¿Quiere usted venir con nosotros, señor Strangways?

—Con mucho gusto. Podemos ir en mi automóvil, y cuanto antes vayamos, mejor.

El y Jack salieron de la oficina policial con el superintendente Groom y dos agentes vestidos de particular.

Al llegar a la calle Jack apretó de pronto el brazo de Jim indicando algo que había en las piedras de la acera.

Era un burdo dibujo de un ojo trazado con tiza; la firma con que la gavilla de criminales había suscrito sus dos comunicaciones a Jim Strangways. Había sido trazado mientras él estaba en la oficina policial.

¿Significaba acaso que la gavilla seguía sus movimientos y había resuelto hacérselo saber?

Jim se encogió de hombros y siguió hacia el automóvil.

Si lo que se proponía era atemorizarle ya se vería si lo conseguirían.

LA ESCALERA FANTASTICA

De paso para la Granja de Darkmere el superintendente Groom estuvo en casa de la señora Goldring y vió allí a Rodman. El hombre estaba demasiado abatido para poder ser sometido a un interrogatorio extenso, pero confirmó lo relatado por Jim sobre lo que él había visto en el parque.

—Cuanto más nos podamos acercar a la casa sin que lo noten los que se hallan en ella, mejor será, — dijo Jim. — No es posible saber dónde tienen su escondite las "ratas" que andan por la casa pues cada vez que he visitado el edificio lo he encontrado tal como si se hallara deshabitado.

De acuerdo con lo propuesto por Jim el automóvil no se dirigió al portón de la Granja de Darkmere sino que dobló por el camino lateral. Allí dejaron el coche al cuidado de uno de los agentes. Los demás se dirigieron, pasando por un hueco del cerro y a través del parque, hacia la casa.

Bajo los árboles la oscuridad era intensa mientras seguían adelante. De pronto el superintendente se detuvo estremeciéndose.

—¿Qué ha sido eso? — murmuró — Parecía como el rumor de rápidos pasos.

Los cuatro se volvieron. Escucharon con atención. Pero no oyeron nada más.

Un instante después, Jack gritó alarmado.

—¡Miren! ¡Otra vez esos ojos!

Brillando a través de la oscuridad hallábanse dos puntos de fuego, los dos puntos gemelos que habían visto por primera vez en la habitación donde Marr yacía muerto y que sabían ya que eran los extraños y luminosos ojos del hombre cuya cara estaba en el aun no desarrollado negativo.

Los ojos luminosos les miraban en la oscuridad.

—¡Pronto! ¡La linterna eléctrica Jack! — exclamó Jim.

La luz de la linterna de Jack iluminó un reducido radio. Pero el dueño de aquellos ojos extraños debía hallarse más allá del del alcance de la luz. No se veía figura ninguna cuando los cuatro avanzaron simultáneamente hacia donde antes, se veían los ojos de luz.

—¡Miren! ¡Hay ahí un pozo! — exclamó Jim a manera de advertencia.

La luz de la linterna había hecho ver una abertura circular rodeada de piedras chatas y cubiertas de verdín, con un torniquete para subir el balde, aparato viejo y destartalado.

El pozo se encontraba delante de él. Jim se había acercado tanto que había hecho caer un trozo de una piedra del borde. Un paso más y hubiese caído en el pozo.

No se veía ni rastro de la misteriosa figura. Por último, abandonaron la investigación. Decepcionados se dirigieron de nuevo hacia la casa.

Cuando se alejaron una cabeza apareció cautelosamente por la boca del pozo — la cabeza del hombre de los ojos extraños, — cuyo rostro expresaba la más intensa pero silenciosa alegría.

Del otro lado del foso, Jim indicó la ventana que estaba cubierta por la cortina.

—Esta es la ventana por donde vimos al Doctor Marr, muerto, la ventana de la habitación que no pudimos hallar.

La casa estaba oscura y silenciosa como una tumba cuando Jim abrió la puerta y los cuatro penetraron.

Triste y desolada, parecía aquello apropiado escenario para toda clase de cosas terribles. El superintendente Groom no pudo dominar un escalofrío al sentirse en aquel ambiente helado y húmedo.

Jack encendió la linterna eléctrica y a su vez se dirigieron por el tortuoso corredor que, cuando su visita anterior, terminaba en una sólida pared.

—No se el efecto que le causará a usted, señor, pero cada vez que me hallo debajo de este techo, siento que me están espiando unos ojos invisibles y que alguien escucha todo cuanto hablamos — dijo Jack en voz baja. — ¡Ojalá no nos pase nada malo durante esta visita! ¡Es fácil que la casa quiera conducirse bien con la policía!

Mientras Jack hablaba volvieron el recodo del corredor y allí, ante ellos en el fondo, vieron una puerta, — la puerta de la sala de los espejos, — la misma que no habían podido hallar cuando su visita anterior.

Jim y el muchacho cambiaron miradas de extrañeza.

¡Aquello sí que no tenía explicación posible!

—¡Estamos luchando con una gavilla muy pícara! — murmuró Jack. — ¡Si presentaran trucos como estos en el teatro ganarían una fortuna!

—Venga usted, señor Strangways, — dijo el intendente de policía con una sonrisa de compasión que hizo vibrar de enojo a Jack, pues demostraba que el hombre no quería creer lo que le había dicho. — ¡No va usted a asegurarme ahora que esta puerta era de sólida mampostería hace una o dos horas! ¡Vamos! ¿No ha querido usted dar una broma a la policía?

Jim se encogió de hombros.

—Si usted quiere saber lo que pienso le diré que no soy yo sino alguien bien diferente quien se propone dar esa broma.

Era, en verdad, dificultoso creer que había podido estar un muro compacto en aquel extremo del corredor donde se veía la puerta y sin embargo, a pesar de que lo veían sus ojos, como no fuera que él, Jack y Cartwright hubiesen estado soñando, allí no se hallaba la puerta cuando buscaron el cuarto donde se encontraba, muerto, el Doctor Marr.

Mientras examinaban las paredes y el piso, Jim se preguntaba si, en verdad, no habría estado soñando.

Vió que Groom se reía. Entraron en el cuarto de los espejos.

No se veía allí más que una habitación desocupada, desnuda, sin muebles. Jack miró hacia los turbios espejos donde dos veces habían visto aparecer los misteriosos ojos. Se felicitaba de que no hubieran hablado de ese detalle al superintendente Groom, porque en ese caso se hubiera reído a carcajadas.

—¿Es esta la habitación donde dice usted que vió tendido al hombre muerto?

—Sí.

—Bien.

Jim comprendía que Groom de no existir la prueba de que el Doctor Marr estaba muerto se hubiera reído de toda la narración relativa al crimen.

—Hay algo más que quiero que usted vea ya que está en esta casa, — dijo Jim de pronto. — ¿Quiere usted tener la bondad de subir al piso alto?

Les guió escaleras arriba hasta el corredor donde una ancha cortina ocultaba el tramo de escalera de hierro.

El tramo estaba en su sitio nuevamente, no como lo habían visto la vez anterior, dejando el hueco abierto que casi había constituído una trampa de muerte para Jim.

—Quizás sea vanidad personal, superintendente, — dijo Jim, — pero desearía desvanecer el excepticismo que siente usted, no porque me sorprenda, pues lo encuentro lógico... Deseo persuadirle de que hay cosas muy raras en esta casa, aun cuando ahora todo parece en calma, qnizás en honor del visitante.

Groom se rió. El buen humor de Jim era comunicativo. No cabía duda, el señor Strangways se había propuesto, por alguna razón, reírse de él con lo de la puerta desaparecida.

—No creo que usted esté persuadido de que esta casa es el cuartel general secreto de una gavilla de criminales que conoce todos los recursos extraños de esta extraordinaria mansión, a la que pueden entrar sin que se les vea y donde estarán ahora mismo oyendo todo lo que hablamos.

—Mi deseo es convencerme de que así es, señor Strangways.

Los secretos de...

Pero Jim no lo creía así.

—Esta noche seguí a un hombre enmascarado por este corredor, — siguió diciendo Jim. — Desapareció tras esta cortina y por esta escalera. Yo estaba a pocas yardas de distancia. Pero cuando llegué a la cortina no había ya escalera; sólo se veía un hueco hondo donde no caí por casualidad. La escalera parece suficientemente sólida ¿no es cierto? No sé cómo movieron el mecanismo, pero voy a tratar d averiguarlo ahora.

Dijo estas últimas palabras con gran seguridad en sí mismo Jim Strangways había sido siempre muy aficionado a la mecánica y mientras hablaba había notado algo que le hizo suponer cómo se manejaba el mecanismo del tramo que desaparecía. Era una pequeña bola de hierro que se hallaba a un lado y que no formaba parte de la ornamentación.

—En la ocasión a que me he referido lo hicieron funcionar desde abajo porque el que huía corrió ante mí. Pero espero que también sea posible hacerlo funcionar desde aquí. Lo que quiero es probarle que bajo el techo de esta casa, que he heredado están en acción algunos cerebros muy hábiles que sólo funcionan para el crimen. Pero como es lógico, no estoy seguro de conseguir mi propósito.

Jim tendió las manos hacia la esfera de hierro de la balaustrada.

Estaba convencido de que corría el riesgo de pasar por un tonto a los ojos del superintendente de policía si daba el caso de que el tramo no se moviera.

—¡No se acerque! — ordenó.

Y oprimió con fuerza la esfera de hierro.

Una exclamación de asombro surgió de los labios del superintendente que se retiró con rapidez.

El tramo de escalera de hierro que estaba allí un instante antes, había desaparecido.

A la presión de la mano de Jim se había deslizado sin ruido, mediante algún oculto mecanismo, el mismo que casi se había tragado a Strangways la misma noche.

La cara de Groom no expresaba ya excepticismo. Estaba emocionado y bastante pálido, el superintendente de policía de Wansford.

—Mañana, — dijo Jim bajando mucho la voz, pues temía también que le oyeran los otros cuanto decía, — mañana le mostraré el retrato de uno de los de la gavilla, quizás el peor de todos, asomado a la ventana de esa habitación que mediante algún "truc" dejaron sin puerta porque el muerto estaba en ella, como lo probará la fotografía.

—¿La traerá usted, señor Strangways? ¿Le conviene por la tarde? — dijo Groom. — Es posible que a esa hora nosotros hayamos encontrado algo también. Tengo su dirección, ¿no es cierto? En Grentham, condado de Kent.

—Mañana a la tarde, — dijo Jim.

Regresaron a Wansford sin haber sacado nada en limpio de su visita a la Granja de Darkmere, como no fuera que el superintendente Groom había cambiado de opinión respecto al relato de Jim. Algo extraño había, sin duda, en la Granja de Darkmere y si la fotografía permitía ver, no solo al hombre asesinado, sino el rostro de uno de los de la gavilla, no se tardaría en sacar a las "ratas" de sus cuevas, según dijo Jim con decisión.

Después de dejar a Groom y a sus hombres, Jim fué a casa de la señora Goldring en busca de Cartwright y siguió luego para Kent, donde Marjorie estaba esperándole con ansiedad.

—¡Estaba tan nerviosa al ver que no venía! — dijo ella — ¡Además soy egoísta y no quisiera que mi esposo hablara con nadie más que conmigo! — agregó con una encantadora sonrisa.

Jim Strangways miró con deleite aquel rostro bellísimo. Aun cuando la sombra amenazadora de la acusación por la muerte de VizIard pendía todavía sobre él Jim Strangways tenía fe en que todo se acabaría pronto y podría ser el más feliz de los hombres, puesto que era el esposo de Marjorie.

(Continuará)

PUCKY

La Lectura Para Todos
Acción — Drama
Misterio Aventuras

Aparece todos los viernes

Avenida de Mayo 662

U. T. 33 Avenida 8221
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$	0.20
" atrasado	"	0.40
Suscripción por 3 meses (13 números) .	"	2.50
" por 6 meses (26 números) .	"	4.80
" por 1 año (52 números) .	"	9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$	9.00
Otros países (1 año)	"	12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

HISTORIETA SIN PALABRAS

En el próximo número de PUCKY continuará

LA CASA DE LOS ESCLAVOS

Por JOHN G. BRANDON

PIPERMIT POR BILLY DEBECK
¡HEMOS TENIDO UNA GRAN SUERTE, PIPERMIT! ¡UNA FORTUNA EN JOYAS Y EN MONEDAS DE ORO!
SI, SI; PERO NO SE OLVIDE QUE ESO NO NOS PERTENECE, SEÑOR
VOY A VER SI ENCUENTRO LA CAJA QUE ENTERRO EL VIEJO
UNA VEZ QUE LA ENCUENTRE, SE CONVENCERA DE QUE EL OTRO TESORO HAY QUE PONERLO DONDE ESTABA O ENTREGARLO A LAS AUTORIDADES
ES RARO QUE EL VIEJO NO HAYA HECHO UN PLANO, DEL LUGAR DONDE ENTERRO LOS RESTOS DE SU FORTUNA
¡CARAMBA! ME PARECE QUE AQUI ESTA LA CAJA...
¡QUE SUERTE! ¡ESTA DEBE SER LA CAJA ENTERRADA POR EL VIEJO
¡MIRE! AQUI ESTA LA CAJA QUE USTED ENTERRO
¡OH! ¡QUE ALEGRIA! LUEGO VOY A IR A LA COMISARIA A DEVOLVER LA OTRA CAJA, DE ACUERDO CON TU IDEA
© 1932, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.
¡ESTA TODO EL DINERO QUE GUARDE! SOY MILLONARIO OTRA VEZ
YO NO SOY MILLONABIO, PERO ESTOY SATISFECHO PORQUE HE CUMPLIDO CON MI DEBER

CORREO ARGENTINO
FRANQUEO A PAGAR
CUENTA 79
TARIFA REDUCIDA
CONCESION 201

20 CTS.

PUCKY

La Lectura Para Todos

Acción Drama
Misterio Aventuras

No. 489

Febrero 10 de 1933

Buenos Aires

LA CASA DE LOS ESCLAVOS

Por JOHN G. BRANDON

(Continuación)

PUCKY
La Lectura Para Todos
Acción Drama
Misterio Aventuras
No. 489 Año XIII

PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES
EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.
BUENOS AIRES, FEBRERO 10 DE 1933

La casa de los esclavos

Por

John G. Brandon

(Continuación)

DIRCK VAN BLOOCH DEVUELVE EL GOLPE

CUANDO Alelí volvió a su hotel, en un taxi, iba en agradable estado de ánimo. Por una parte sabía que, por primera vez en su vida, se había encontrado con alguien que lo llevaría tan lejos como siempre deseó ir en el reino de la aventura.

De quien era ella o de como había sabido su identidad, nada le había dicho. No estaba más enterado que cuando por primera vez se fijó en ella en Londres. Pero de una cosa estaba seguro: debía ser mujer resuelta y valiente a juzgar por el modo como se había conducido durante la refriega, frente al Hotel der Nederlanden.

Y puesto que se habían aliado contra Dirck Van Blooch, podían seguir siendo socios en otras cosas, por el momento al menos.

Pero una cosa preocupaba a Alelí, la promesa que ella le exigió de no ir al der Nerderlanden al menos por una semana y dejarla a ella trabajar contra Van Blooch, a su modo. Le aseguró que era eficaz. Por los procedimientos modernos que la había visto usar, no dudó Alelí de que así sería. Pero ¿por qué prohibirle frecuentar aquel sitio? ¿Pensaba ir allí ella? Movió tristemente la cabeza Gilliver. ¡Que el cielo ayude al hombre cuando trata de entender lo que piensa una mujer!

Mientras el taxi marchaba, pensaba en el hombre que les había avisado del ataque que intentaría Van Blooch contra ellos. ¿Quien sería?

Le hubiera sorprendido mucho si hubiese podido leer una carta que el hombrecillo de los anteojos escribía nada menos que al Ayudante del Jefe de Policía, dirigida a Scotland Yard.

En ella aconsejaba el inmediato envío de un tal Jan van Diemen, ahora bajo custodia de la policía de Londres y cuya extradición se había negociado desde Amsterdam por acusación de asesinato. Luego venía el siguiente párrafo:

"Desearíamos saber si se conocen los motivos de haber regresado el conocido ladrón Marcos J. Gilliver, alias Alelí a Amsterdam. No es que la policía de esta ciudad tenga motivos de queja, presentes ni pasados, contra Gilliver; con todo, cualquier advertencia respecto a este asunto, será recibida con agradecimiento por su

S. S.
Karl Lennin
Jefe Inspector de Policía".

Al terminar esta epístola el inspector Karl Lennin, recordó la trompeadura que Alelí había administrado al odioso Dirck van Blooch y luego la lucha afuera del Nederlanden contra la banda de von Blooch.

Al hacer esto, Karl Lennin temblaba de risa; pero no rió al pensar en la experta tiradora que había resultado cierta hermosa dama. Ese era otro cantar. No es que a M'neer Lennin se le importaran tres pitos que matara a toda la banda y a van Blooch con ella; menos malhechores tendría él así que vigilar; pero los modales de la dama daban alimento a sus cavilaciones. No la mencionó, sin embargo, en su carta. Cerró ésta, la estampilló, se puso el sombrero y salió para echarla a un buzón.

Dos días después, el detective-inspector Mc Carthy se hallaba en la oficina de su buen amigo, el Ayudante del Jefe de Policía, Sir Williams Haynes. Este le pasó una carta pidiéndole que la leyera y viera si encontraba en ella algo que le interesara.

McCarthy leyó la carta, la devolvió y dijo con un gemido:

—¡Ese muchacho va a ser causante de mi muerte! ¿Qué demonios ha ido a hacer, a Amsterdam tan luego?

—Por lo que dice Lennin, se porta como un maestro de escuela dominical — respondió Sir William.

—Entonces debe estar preparándoles una sorpresa — fué la instantánea respuesta de McCarthy — Marcos, en la tarea, es bastante malo; pero cuando se comporta como un miembro de la liga anti-criminal, me resulta peor. Conozco al inspector Lennin, es uno de los hombres mejores de Europa, en su profesión, y cuando ha mencionado a Alelí por algo es. O bien Marcos ha trabajado disimuladamente y Lennin sospecha de él o bien trama algo y Lennin se ha enterado. — pensó un momento. — Si no hay inconveniente, Bill, y puedo ausentarme un par de días, yo mismo llevaré a ese criminal cuya extradición se ha solicitado y lo entregaré a la policía holandesa. A pesar mío, le tengo cariño a Marcos y...

Eso era precisamente lo que el Ayudante del Jefe de Policía Bill Haynes, esperaba oír.

—Muy bien, Mac — lo interrumpió — Me ocuparé de conseguirle eso. ¿No tiene noticias de Van Hopper?

—Se lo ha tragado la tierra. — contestó McCarthy de malhumor.

———

Alelí iba en auto, por calles silenciosas, hacia su hotel. De pronto fué arrancado de sus sueños, en los que figuraba la fascinadora e inquietante M'selle Osaki du Channe, por un grito agudo, casi involuntario; ruido de golpes y algunas honradas maldiciones en inglés, aunque con acento americano. Fuera quien fuese la víctima del ataque, era de Nueva York.

Una figura salió al camino y se parapetó como pudo debajo del bajo pretil del puente de un canal. Lo seguían tres hombres cuyas intenciones no eran dudosas.

El perseguido sacó una pistola de su bolsillo y oprimió tres veces el disparador, sin resultado. Era evidente que, traidoramente, le habían inutilizado el arma, por lo que dijo.

En aquella segunda sarta de maldiciones reconoció Alelí la voz de Bart Dalton, un norteamericano que le prestó cierta vez un servicio. Además sabía que Dalton era no solamente hombre caballeresco entre su propia clase, sino en todo tiempo y lugar.

Al primer grito, el conductor del auto se detuvo. Explicó rápidamente que era casado y padre de familia, por lo que no le gustaba meterse en líos con pistoleros.

Pero ya Alelí había bajado del auto. Sólo se detuvo el tiempo necesario para decirle al conductor que esperara y agarrar una pesada llave inglesa que estaba a los pies del hombre. Luego corrió en auxilio del americano, que estaba en situación muy desventajosa.

El primer hombre a quien Alelí pegó con la llave, llevaba cuchillo que intentaba hundir en el sitio más vital del cuerpo del americano. El pesado trozo de hierro le pegó en plena cara y lo hizo pasar por encima del bajo parapeto del puente.

Cayó al agua, con fuerte ¡plaf! y se hundió, gritando ahogadamente.

Pero en el segundo del trío reconoció Alelí una cara, la del hombre grandote que lo había atacado fuera del Hotel der Nederlanden. Parecía que el bribón de Dirck van Blooch tenía también parte en aquella tentativa de asesinato. Con el trozo de hierro, firmemente empuñado, Alelí se lanzó contra su ex-atacante; pero el reconocimiento fué mutuo. Con una exclamación de agradable sorpresa, el malhechor metió dos dedos en su boca y lanzó un silbido, bajo y peculiar.

Instantáneamente, lo que parecían sombras inanimadas en diferentes rincones, se convirtieron en personas extremadamente activas. Como una manada de lobos, acudieron al llamado de la sangre. Pero al aparecer ellos, salió del hueco de una puerta, otra figura, la de un hombre pequeño, fornido, que llevaba lentes. Vió Gilliver, con sorpresa, que se trataba del amable desconocido del Hotel der Nederlanden.

Por algún milagroso procedimiento pareció llegar al medio de la calle antes que ninguno de ellos. Y todo lo que hizo fué pronunciar palabras con su voz suave y amable.

—¡Vamos, vamos! — dijo en gutural holandés — Esto no puede seguir. Quiero verlos mañana por la mañana en mi oficina, Vandan, Hartog y a tí también, tuerto Blummel. Sí, hay una cantidad de preguntas que deseo hacerles por la mañana.

Fué todo lo que llegó a decir porque, como por obra de un segundo milagro, la banda se dispersó, a la manera de ratas que se meten en su cueva. En cinco segundos no quedaron allí más que el hombrecillo de los ojos dudosos, Dalton y Alelí, llave en mano. A éste se dirigió el hombrecillo.

—¡Ah! — dijo. — Más aventuras. Parece que es esta noche de acontecimientos para usted, mi joven amigo. En su segunda pregunta el oído fino de Alelí percibió acento vivo.

—¿Conoce usted a este hombre? — preguntó bruscamente.

Cierto instinto aconsejó a Alelí no revelar que conocía al americano.

—¡No! — dijo — Me dirigía a mi hotel cuando ví que lo asaltaban. Quise ayudarlo. Y eso es todo.

—¡Espléndido... espléndido! — dijo el hombrecillo con evidente admiración. — ¡Que cosa magnífica son la juventud y el valor!

—¡Bah!... no es nada — dijo Alelí modestamente — Si me permite decírselo, señor, la voz de usted produjo en ellos más efecto que cualquier cosa que yo hubiera podido hacer.

—Probablemente me confundieron con alguien de la autoridad dijo el hombrecillo tímidamente.

—Así debió ser. — convino Alelí. — No tardaron mucho en apartarse de su camino. — se volvió al americano que se enjugaba la sangre de una herida en la mejilla. — Mejor es que se retire de aquí lo más pronto que pueda, amigo. — dijo. — Mi taxi está esperando.

¿Quiere que lo lleve a alguna parte?

—Cuanto más pronto me aleje de este lu-

gar, — dijo el otro ansiosamente — más probabilidades tendré de morir en mi casa.

—Venga entonces. ¡Buenas noches, señor!

—¡Buenas noches! — contestó el hombrecillo — Y espero que no tenga más aventuras.

—Así lo espero — contestó riendo Alelí — Lo bueno, cuando es mucho, cansa.

—¿Quién es ese hombre, lo sabe usted? — preguntó Alelí a su compañero, cuando el auto se puso en marcha.

—!Que lo averigüe otro! Lo único que se es que, fuera quien fuera, tiene poder sobre esa banda.

—¿Quién lanzó a esos hombres contra usted?

—El perro más sucio de toda Europa — dijo el americano rechinando los dientes — No se satisfizo con traicionarme, despojándome de una gran suma de dinero antes de partir, si no que al volver, ha lanzado contra mí a esos asesinos, para que me quiten del medio. Pero, aunque es rico, arreglaré cuentas con él. Puede tener a la banda en un puño, pero a mí no me tiene.

—¿De quién está hablando? — preguntó Alelí.

—De un tipo al que supongo usted no conoce. Un mugriento traidor que dice llamarse Dirck van Blooch. Pero tiene también otro nombre.

Alelí silbó suavemente.

—¡Oh, sí! Lo conozco — dijo.

—Entonces conoce a alguien que no merece ni pertenecer a una tribu de salvajes. — fué la respuesta. — Usted sabe como soy yo, Gilliver; incapaz de hacerle una porquería a los hombres para quienes trabajo. Mi nombre de Bart Dalton es limpio en todas partes.

—Para mí es bastante limpio. — dijo Alelí.

—Bueno, ese holandés canalla, me estafó. Y el mugriento se escapó a Inglaterra con... — Bueno eso no importa. — dijo interrumpiéndose de pronto.

—¿Cómo anda de dinero? — preguntó Alelí.

—¡Dinero! — Dalton lanzó una pequeña carcajada. — ¿Qué es eso... algo que pertenece a la historia? Estoy completamente "pato". Dirck me robó cinco mil florines. Debo mil en el hotel y se han quedado con mis baules. Me echaron a la calle hasta que pueda pagar la cuenta. No tengo encima más que medio florín. De manera que estoy en la última miseria.

—Véngase conmigo a mi hotel — le sugirió Alelí. — Yo lo acomodaré hasta que encuentre algo.

Pero el americano movió negativamente la cabeza.

—¡No, Marcos, gracias! Mi situación es comprometida y lo comprometería a usted. Si anda bien de dinero y me quiere prestar unos florines, bueno; pero cuando se separe de mí esta noche, haga de cuenta que no me ha conocido, hasta que yo le diga que todo va bien.

Alelí, recordando a cierta intrépida dama, comprendió la prudencia del consejo del americano. Sacó de su cartera cinco billetes de banco y se los entregó.

—Aquí tiene cincuenta libras — le dijo — Si precisa más, avíseme y... no me de las gracias.

El americano le estrechó la mano.

—Es usted un buen amigo, Alelí — le dijo con voz ronca — Y si alguna vez puedo devolverle el servicio, cuente con Bart Dalton.

—Puede hacérmelo ahora — dijo gravemente Alelí.

—¿De veras? ¡Hable!

—Cuénteme todo lo que sepa de ese Dirk van Blooch. Yo también tengo que arreglar una cuenta con él por cierta mala pasada que me jugó esta noche.

El neoyorkino se volvió rápidamente hacia él.

—Oiga... — exclamó — ¿será usted acaso el tipo de quien oí hablar, el hombre en traje de etiqueta que lo trompeó a van Blooch en el der Nederlanden?

—Ciertamente le dí unos buenos golpes — admitió Gilliver modestamente.

—¡Y él lo hizo atacar con su banda, como a mí!

—Trataron ciertamente de matarme, Bart; si no hubiera sido por una dama que me acompañaba...

La gran mano de Dalton apretó fuertemente el brazo de Alelí.

—Oí hablar también de la hermosa e intrépida dama. No la pierda de vista mientras ella está en Amsterdam y, si desaparece, aunque sea por una hora, búsquela pronto, porque con seguridad estará en poder de van Blooch Y si él la agarra... — nuevamente se encogió expresivamente de hombros.

—En tal caso, que Dios lo ayude a van Blooch después — dijo Alelí con los dientes apretados.

—Eso no la ayudaría mucho a ella — le recordó prácticamente Dalton — ¿Usted quiere que le hable de van Blooch? Bueno, yo no soy "cantor"; pero tampoco voy a permitir que ese perro sucio se burle de mí. ¿Quiere saber de donde proviene su dinero?

—¿Las finanzas, no?

—Las finanzas son la pantalla que oculta otras actividades. Se ocupa del contrabando de drogas y en el tráfico ilícito de joyas, ya sabe lo que quiero decir, las compra baratas en Suiza, en Alemania, en cualquier parte y las introduce aquí, sin pagar derechos, vendiéndolas luego con grandes ganancias. Pero su principal negocio son las drogas y las estafas.

—¡El muy perro!

—¡Perro! ¿Merece acaso un perro que lo compare con ese tiñoso? Esto que voy a decirle es entre nosotros. He leído últimamente los diarios de Inglaterra. Buscan a un tal, Van Hopper. Bueno, van Blooch y Van Hopper son una misma persona. Si pudiera dominar a los malditos malayos, pronto me cobraría. Pero la caja no es de mi especialidad. Yo puedo emplear el "jugo" como cualquier otro; pero cuando se trata de cerraduras de combinación fracaso. Pero hay allí una fortuna, Alelí, aunque puede costar la vida ir a buscarla.

Al aparecer el hombrecillo, los asaltantes huyeron.

—Poco importan el botín. Es al hombre que quiero.

—Tiene otra propiedad... un gran castillo antiguo en el camino de Utrech. Ahí también guarda joyas y — bajó la voz — alberga a las mujeres que trabajan en las drogas y las venden. Pero hay subterráneos; ninguno de los huéspedes que recibe en sus salones, las ha visto. Las mujeres trabajan en las ciudades.

—¿Y las drogas?

—Las guarda en ambos sitios; pero son llevadas a la casa de campo primero. Van Blooch trae la cantidad que necesita para que las mujeres la vendan. ¿Entiende?

—Entiendo, Bart, y veré si puedo hacer que cuelguen a ese miserable en la horca que lo está esperando. Y ahora ¿dónde quiere que lo deje?

—En cualquier parte de aquí. No creo me molesten en este barrio.

Estaban cerca de uno de los trescientos puentes que rodean la ciudad, compuesta de pequeñas islas, que forman un total de hormigón. Debajo de ellos corría el río Amstel.

—No olvide lo que le dije de van Blooch — murmuró ansiosamente Dalton. — Es Van Hopper un zorro astuto, perverso como una serpiente de cascabel.

—Lo veré. Y... oiga, Bart, no trate de cobrarse de la caja de combinación de Van Blooch. Deje eso por mi cuenta. Está más en mi especialidad que en la suya. Si hay dinero en esa caja, será suyo. — ¡Hasta pronto y... mejor suerte!

Vió como el americano cruzaba el puente y desaparecía de su vista; luego dió orden al chauffeur de dirigirse al hotel. Fué Alell la última persona que vió al infortunado Bart Dalton vivo. A la mañana siguiente, al amanecer, fué extraído un cadáver del río, un hombre que había sido muerto de una puñalada. La policía lo identificó como Bartley Dalton, ladrón americano; pero no se dijo que hubieran hallado en sus ropas cincuenta libras en dinero inglés.

El inspector Lennin, sentado en su oficina, meditaba en el descubrimiento. Había en sus benévolas facciones algo más que la preocupación causada por el asesinato de un ladrón extranjero.

—¡Sí! — dijo pensativo. — Hay muchas preguntas cuya respuesta he de exigir dentro de poco y tendrán que ser contestadas por grandes o pequeños, ricos o pobres.

Cuando Marcos J. Gilliver se enteró del descubrimiento, que discutían los porteros y otras personas del hotel, su boca, habitualmente agradable, formó una línea dura.

—¡De modo que lo mataste a pesar de todo, Van Blooch! — murmuró con acento salvaje. — Bueno, es lo peor que has hecho en tu vida, porque tendrás que pagarlo. Y si tratas de hacerle algún daño a ella...

Telefoneó al hotel Brevoort y supo que M'sele du Channe había dormido con el sueño de la inocencia y que estaba por desayunarse.

—Haga lo que haga — la previno Alelí — tenga cuidado con van Blooch.

Ella se rió, una risa musical que le llegó por el alambre como el sonido de una campanilla de plata.

—Y usted. haga lo que haga, no vaya al der Nederlanden por una semana. Fué su promesa.

—La cumpliré — dijo de mala gana. — ¿Pero por que?...?

—Poco importa por qué — lo interrumpió ella vivamente. — Cada uno trabaja a su manera.

Usted a la suya y yo a la mía.

—Sólo espero que su manera no sea peligrosa. — dijo él ansiosamente.

—Mi querido Alelí, — dijo riendo — ¿no le he demostrado que puedo cuidar de mi persona?

—Sí. Sólo quiero decirle una cosa — urgió él — He sabido cosas muy feas de Van Blooch por un hombre que merece mi confianza. Van Blooch no es el único nombre que tiene.

Voy a cumplir mi promesa; pero le telefonearé tres veces por día al hotel esta semana

Nuevamente se rió ella.

—Como guste — le dijo. — ¿Y quién es ese hombre que merece su confianza.

—Debí decir que la merecía — corrigió él sombríamente. — Fué asesinado anoche, a los cinco minutos de separarme yo de él.

—¡Asesinado! ¿Por quién?

—Por Van Blooch — contestó aun más sombríamente Alelí — Así que tenga cuidado.

HABILIDAD DE HOMBRE Y ASTUCIA DE MUJER

El maitre d'hotel, el jefe de mozos y todos los clientes que estaban en el establecimiento la noche anterior quedaron muy sorprendidos cuando, precisamente a las diez de la noche, la puerta giratoria se movió dando paso a la misma bella mujer que tanta sensación había producido la noche anterior. Y venía sola. El caballero inglés, de los puños de hierro, no la acompañaba.

Como en su primera aparición, los ojos de los hombres siguieron ávidamente su hermoso rostro y figura, los de las mujeres se fijaron en sus pieles, traje y joyas con expresión de envidia. El traje que vestía era una nueva creación de Molineux y parecía lucir en ella toda su perfección.

Se dirigió escoltada obsequiosamente, como antes, por el maitre, a la misma pequeña mesa. La mayor parte de las personas advirtieron y también el hombrecillo de los lentes, sentado en el rincón más lejano, que M'ncer Van Blooch llevaba el brazo derecho en un cabestrillo de seda negra.

Por un momento, cuando sus ojillos de lechón distinguieron a la joven, se quedó inmóvil, con el obeso rostro convulso de repentina rabia. Luego los ojillos se echicaron astutamente mientras la seguía mirando. Una expresión horrible apareció en ellos. Ante tal mirada, muchas mujeres que habían deseado los favores del rico Van Blooch se alegraron de pronto de no haber tenido éxito. Si hubo alguna vez un hombre, mezcla de sátiro y de bestia, era aquel Van Blooch.

Miraron a la bella víctima sobre cuyo ambarino cutis los ojos del gordo van Blooch se deleitaban, sin dudar que más tarde o más temprano la mujer caería en sus redes, es decir, si no se marchaba de Amsterdam.

Luego Van Blooch, habiendo resuelto repentinamente el modo de acercarse, entregó su abrigo y su sombrero a un mozo y se acercó a ella tranquilamente. Alzó Osaki la cabeza y lo vió ante ella, inclinándose humildemente.

—Debo a madame una disculpa, mil disculpas. — murmuró en tono de completa deferencia.

—Mademoiselle — corrigió ella. — Es cierto que me debe usted mil disculpas. Todas las que sea capaz de ofrecerme.

—Se las presento ahora mismo — dijo él. — Resulta que festejé mi vuelta con una reunión ruidosa y bebí demasiado. Estaba... ebrio.

Ella lo miró burlonamente.

—Un cortesano realmente hábil hubiera dicho que era mi belleza, añadida al vino dorado, que lo embriagó. — dijo severamente. Pero él vió que en los lustrosos ojos que lo miraban no había más que amistad y hasta invitación. Las cosas marchaban mejor de lo que en sus más locas esperanzas se había atrevido a esperar. A menos — que las miradas de Van Blooch recorrieran furtivamente el salón — no se apareciera el maldito inglés y ella estuviera tratando de matar el tiempo mientras llegaba su caballero...

—¿Cena usted sola? — le preguntó con poca gracia.

—Completamente — contestó ella con franqueza — O mejor dicho, lo haré cuando me sirvan.

—Entonces permítame el honor y el placer de invitarla a cenar — suplicó. — Para hacer las paces. ¿Sí?

—Sí — contestó ella prontamente. — Para que vea que no le guarde rencor.

(Continuará)

MOSQUETEROS DEL ESPACIO

Tercera parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

LOS TRES JINETES

¿No comprendes que si descubren que nos escapamos en los cubos se reirán hasta más no poder? Supondrán que hemos ido a parar derecho al horno. Descendamos a la planta baja de este sitio y echemos a andar despreocupadamente, como si tuviéramos derecho a estar aquí.

Los dos lo siguieron obedientemente, escaleras abajo y tanto se parecían a los otros obreros de aquel gran lugar que pasaron sin ser interpelados.

Palpitantes sus corazones, atravesaron los grandes patios y poco después salían a las orillas mismas de la población.

¡Estaban libres!

Ahora, sin embargo, se hallaban ante otro problema. Y era el problema, siempre presente, de comer. Hacía dos días que ninguno de ellos había tomado otra cosa que un trago de agua o un trozo de pan, por todo alimento.

Wagstaff decidió que, con el aspecto que tenían, no había el menor peligro en entrar a alguna fonda y pedir comida, como cualquier trabajador.

Por consiguiente los tres entraron en la primer casa de comida que encontraron y allí pidieron platos que hicieron abrir la boca al fondero, por su cantidad.

Mientras terminaban de comer, sonó el pito de la gran fábrica y llegaron los obreros a almorzar.

Pero los tres no tenían ganas de moverse. Repletos, contentos, estaban sentados alrededor de una mesa grasienta, fumando y sintiéndose mejor que desde muchos días a la fecha.

Pero en ese momento les pareció a John Henry y a Bud que el desastre los amenazaba nuevamente. Porque un cabo de policía y un par de hombres uniformados entraron e hicieron que todos los hombres se pararan en señal de atenció, a la manera alemana.

—¡Papeles de identidad! — gritó el cabo, situando a sus hombres de espaldas a la puerta y a la ventana. — Todos los que están aquí deben mostrar sus libretas de identidad para ser inspeccionadas.

Se oyó en la pieza un sorprendido murmullo. El gordo propietario de la fonda fué voluble en sus preguntas.

¿Por orden de quién procedía el Herr Cabo y venía a molestar a sus clientes?

—Son órdenes del Servicio Secreto — dijo rudamente el cabo. — Tres espías ingleses andan por alrededor de los talleres; pero, si no están aquí, mi amigo, no tiene que preocuparse. No lo molestaremos mucho. Hay numerosos sitios que visitar.

Bud y John Henry abrieron la boca, asustados, mientras el cabo recorría la pieza, examinando los pasaportes que los trabajadores le mostraban.

Los tres aventureros no tenían pasaporte. La captura parecía inevitable. No había medio de escapar. Pero, aunque parezca extraño Wagstaff estaba lo más tranquilo.

Cuando el cabo llegó a la mesa de los amigos, Wagstaff dirigió a los otros dos, que traspiraban, una extraña mirada y sonrió dulcemente.

—¿Con qué desea ver mi pasaporte, mein amigo? ¿Quiere decir que no me conoce?

Hablaba en culto alemán, muy distinto de los rudos acentos de los verdaderos obreros. El cabo pareció sorprendido y dijo en tono más respetuoso:

—Que yo sepa, nunca lo he visto a usted antes de ahora — contestó.

—¡Ja! ¡Ja! — rió Wagstaff. — ¡Qué policía tengo! ¿No conoce a Herr von Rolstein?

Ahora el cabo quedó estupefacto.

—En mi vida he tenido el honor de ver a tan gran caballero — contestó. — Pero no soy más que un cabo. Por consiguiente, mein herr...

Pero Wagstaff rió más fuerte y sacando

de su bolsillo un fajo de papeles oficiales, se los tiró.

—¡Ahí tiene, amigo mío! — dijo. — Y no pierda tiempo en disculpas. Usted vino aquí por órdenes mías y estaba esperando su visita. Tengo trabajo para usted.

El cabo miró los papeles, luego se enderezó e hizo un tremendo saludo.

—Mil perdones, herr Rolstein — balbuceó — Pe... pe... ro su disfraz es tan... tan hábil que quizá me podrá ser disculpado no... no...

—¡Espere! — dijo Wagstaff, volviendo a doblar los papeles y guardándolos en su bolsillo. ¿Ve esos tres hombres que están sentados en aquella mesa del rincón?

Indicó a tres inofensivos obreros, que comían salchichas con gran gusto.

—No los pierda de vista — murmuró Wagstaff. — Yo mismo hace diez minutos que los sigo, desde que me repuse de mi accidente. Tengo que abandonar ahora la fonda; pero usted siga a esos hombres donde quiera vayan. Y cuando me oiga silbar así...

Emitió un silbido bajo, entre los labios fruncidos.

—Cuando oiga esto — concluyó — arréstelos y nos hallará a mí y mis amigos a su lado.

—Ja, mein herr — balbuceó el cabo. — Haré lo que usted ordena.

Volvió a saludar, mientras Wagstaff conducía a los otros dos hacia la puerta y pagaba la cuenta a la salida.

—¡Dios! — murmuró Bud. — ¡Los papeles de Rolstein! ¿Pero cómo diablos...?

—Se los saqué mientras estaba sin conocimiento en el laboratorio — murmuró Wagstaff. — Pero ahora vengan. La cacería se va haciendo demasiado encarnizada. El barón descubrió, evidentemente, que no perecimos en el horno. Cuanto más pronto salgamos de Essen, mejor. Vamos a tomar un tren para la costa. Se me ha ocurrido que tendremos mejores probabilidades de introducirnos allí en algún barco y salir de Alemania con el Tratado que si intentamos volver a las líneas para pasar al lado británico

Mientras hablaba caminaba tan rápidamente que los otros apenas podían seguirlo.

Se dirigieron directamente a la estación más próxima. Allí Wagstaff compró tranquilamente boletos para una estación del sur, en la comarca del Rhin.

—Si Rolstein se entera de este movimiento, nos seguirá al sur sin pérdida de tiempo.

—¡Caramba! Entonces lo tendremos al tipo otra vez sobre nuestras huellas. No comprendes, Wagger...

—Tendrías razón, si fuéramos al sur; pero a propósito nos equivocaremos de tren y partiremos hacia Bremen, en dirección completamente contraria. Nos bajaremos antes de llegar y luego nos dirigiremos a los muelles, ¿Hay algo que decir?

No hubo. Los tres subieron al tren sin hacer más preguntas. Según el plan de Wagstaff hicieron cambios equivocados y antes del amanecer del día siguiente estaban en un vagón de tercera clase, en los arrabales de la ciudad de Bremen.

En aquel punto el tren pasaba por la costa, una extensión desolada y solitaria de dunas de arena, donde sólo se veía el mar, agitado y gris.

Allí decidió Wagstaff bajar. A la media luz, los tres abrieron la portezuela del vagón y se dejaron caer al camino, cuando el tren disminuía su velocidad.

Rodaron, se levantaron y se metieron entre unos matorrales. Allí se quedaron escondidos hasta que el tren se perdió de vista.

Luego atravesaron las dunas de arena que flanqueaban la vía y echaron a andar hacia las pálidas luces que brillaban en la distante población. Los tres estaban muy cansados, porque hacía tiempo que sólo dormían a ratos y un tren alemán no es sitio donde se pueda descansar cómodamente.

Fué natural, por consiguiente que, al ver un caballo que pastaba plácidamente en un campo, John Henry le dirigiera una mirada codiciosa y saltara el cerco.

—¡Eh... vengan! — murmuró. — ¿Por qué vamos a ir a pie, pudiendo hacerlo a caballo? Esta vieja jaca nos llevará a los tres cómodamente sobre su lomo.

—Johnny tiene razón — dijo Bud con acento de cansancio. — Iremos a caballo, cortando campo y evitando los caminos. Luego podemos soltarlo y nadie se enterará.

Wagstaff se mostró de acuerdo. Parecía no existir peligro en aquella acción y ciertamente ahorraría fatiga a tres pares de piernas cansadas. John Henry había agarrado ya el caballo, que no ofreció resistencia y los tres se acomodaron sobre su ancho lomo.

—Dirígelo hacia el mar — dijo Wagstaff. — Sigue por la orilla de ese risco. Tendremos menos probabilidades de encontrar gente.

Con un alegre "¡arre!", John Henry guió al manso animal a un trote vacilante en la dirección indicada.

Se reían del cómico aspecto que debía ofrecer, montados los tres en un animal y Bud aseguró que sentía no los viera nadie para que se divirtiera.

Pero pronto iba a cambiar de opinión.

A lo lejos y a la derecha, aparecieron las luces de un auto, que daba vuelta una curva del camino. Este quedaba a un par de cientos de yardas de la orilla del risco.

Las luces del auto iluminaron el campo, haciendo palidecer las de la aurora y destacándolo todo claramente. Iluminaron el extraño espectáculo de tres jinetes en un caballo.

En seguida el auto empezó a disminuir la velocidad de su marcha, mientras partía de él un coro de exclamaciones. Junto con estos gritos se oyeron también detonaciones de revólver y brillaron fogonazos.

Wagstaff saltó violentamente al pasarle una bala por encima de la cabeza con zumbido de avispa enojada.

—¡Bajen! — gritó— Salten y pónganse a cubierto. Esos tiñosos deben conocernos, aunque no sé como han encontrado nuestro rastro. Pero bajen...

El trataba de sujetar el caballo mientras hablaba; pero el animal sintió su plácido sistema nervioso alterado por el barullo.

Había saltado cerca de la orilla del risco

APRENDA UNA PROFESION LUCRATIVA

ENSEÑAMOS POR CORREO:

Dibujante
Procurador
Constructor
Perito Agrícola
Químico - Farmacia
Corte y Confecc. masc. y fem.
Contador - *Tenedor de Libros*
Mecánico Electricista de Autos
Periodismo - Vendedor - *Publicidad*
Electricidad-Radio-Televisión-Fonofilm

El moderno sistema de enseñanza técnica y práctica por correo, permite aprender estas profesiones

Mande el cupón. - Escriba claro.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
1059-Lavalle-1059—Buenos Aires

NOMBRE ....

DIRECCIÓN ....

LOCALIDAD 7 ....

a despecho de los esfuerzos de John Henry. En verdad estaba mismo al borde, cuando el silbido de la bala pareció llevar su miedo al colmo. Se encabritó, de manera que los tres jinetes tuvieron que agarrarse para no ser lanzados al suelo y pisoteados. Pero aquel movimiento produjo otros efectos.

El asustado animal perdió pie y resbaló hacia adelante. Wagstaff sintió que se hundían. Gritó desesperadamente y trató de saltar.

Pero era demasiado tarde. El borde del risco se había desmoronado y el animal, con sus tres jinetes cayó hacia las nebulosas profundidades que se extendían al pie del alto risco.

EL TECHO DE PAJA

La sensación de faltar tierra bajo los pies es espantosa. Hasta pareció aterrar al hombre de cara de madera que estaba por bajar del auto, en el camino. Se detuvo en su movimiento y su cara se contrajo espasmódicamente. El ruido de la tierra al desmoronarse llegó hasta él. Una nube de polvo se alzó, formando como niebla irreal a la luz plateada de los reflectores del auto, que estaban vueltos hacia el mar.

De las profundidades ascendió un grito. En aquellas profundidades, pocos segundos antes, se había precipitado un caballo con tres jinetes. Los tres jinetes eran peligrosos espías británicos a los que toda Alemania buscaba.

Solamente aquel grito y luego silencio... silencio que gradualmente se convirtió en el sordo murmullo de las rompientes, al pie del risco.

A la derecha, brillaban débilmente las débiles luces del puerto de Bremerhaven, una masa más obscura dentro de la curva de la desolada costa alemana, Adelante y a la izquierda no había nada si no más obscuridad, riscos, dunas de arena y ruinas de la guerra.

El viento suspiraba sobre el pasto como un fantasma quejumbroso, que entonara fúnebre endecha por los que acababan de caer.

El barón Rolstein, jefe del Servicio Secreto alemán, el hombre de la cara de madera, bajó vacilante al camino y cuadró los hombros.

—¡Herr Gott! — dijo con voz opaca.

Y había honda significación en aquellas tranquilas palabras. Detrás de Rolstein un oficial uniformado y media docena de hombres terminaron el movimiento que habían detenido al presenciar la tragedia que acababa de ocurrir. Todos ellos estaban armados y permanecieron indecisos, esperando que hablara el jefe.

Esperaron un minuto entero; pero ninguno rompió el silencio, porque el barón Erbert von Rolstein tenía fama de ser hombre de pocas palabras. Realmente era también hombre de pocas emociones y se murmuraba en Alemania que no conocía ni la felicidad ni el placer.

Se le llamaba el Archiduque del Misterio y el título le venía bien.

—¡Bueno! — dijo al fin. — La cacería ha terminado. Esos tres ingleses, eran hábiles. ¡Ach, himmel! Casi puedo decir que eran enemigos dignos de mí. Pero, después de esa caída desde el risco... ya no hay más enemigos.

Detrás suyo, el oficial tosió e hizo la venia.

—¿Los hombres eran espías ingleses, herr Barón? — preguntóle. — Le pido disculpa; pero se nos llamó tan rápidamente en ayuda de usted que no tuvimos tiempo de enterarnos del motivo de la cacería.

Erbert von Rolstein casi sonrió. Pero mientras caminaba, a la luz de los faroles, habló por encima del hombro:

—Amigo mío, — dijo — los tres hombres que se despeñaron con el caballo, eran los espías más peligrosos que han entrado jamás en la madre patria.

Hizo un gesto expresivo.

—Sí, jóvenes ingleses, demonios audaces, aviadores pertenecientes a la famosa escuadrilla conocida por Angeles del Infierno — dijo. — Trabajaron con tanta habilidad que lograron robar cierto documento del mismo palacio del Kaiser,

—¡Diez mil rayos! — exclamó el oficial aterrado ante la idea de semejante sacrilegio. — ¿Y el documento... era muy importante, Herr Barón?

—Nada ménos que una copia del Tratado secreto de los Balkanes — contestó Rolstein, con solemnidad impresionante. — Era la única copia que existe. Había que reco-

brarlo. Por eso su Alteza misma me dijo que mi vida respondería si los espías lograban sacar de Alemania el Tratado.

Se interrumpió al llegar al borde desmoronado y miró hacia abajo.

—¡Herr Gott! — volvió a murmurar con un estremecimiento. — Sí, realmente la cacería ha terminado.

—Hay un tortuoso sendero que desciende hasta el pie del risco, Herr Barón — dijo el oficial tranquilamente. — Conozco este lugar bien y recuerdo el sendero porque conduce a una extraña casa, construída sobre una roca.

—¿Una casa? — repitió Rolstein, volviéndose, mientras su compañero guiaba. — ¿Pero qué loco puede haber edificado una casa en sitio tan desolado?

—El Herr Barón dice bien — replicó el oficial con ligera sonrisa. — Creo que el hombre que hizo construir esa casa era un loco. En todo caso, era un artista que se pasó la vida pintando marinas. Decía que le gustaba la soledad.

Se encogió de hombros en la obscuridad.

—Ha hallado el descanso ya — dijo. — Murió en el campo de batalla, peleando por la patria. Era una celebridad, Herr Barón, y un carácter muy raro.

Rolstein guardó silencio. Al bajar el risco había vuelto a recaer en su mutismo habitual. Sus pálidos ojos parecía entonces que se volvían hacia adentro para contemplar las escenas que desfilaban por su imaginación.

El oficial comprendió que debía callar y siguió caminando en silencio, mientras que los soldados alemanes, que iban detrás, se limitaban a respirar fuertemente cuando sus pies tropezaban con alguna piedra suelta del sendero.

Al dar vuelta una curva, se divisó la obscura masa de la casa de la roca. Rolstein se detuvo un segundo, tratando de distinguir más claramente sus detalles.

Si hubiese podido ver dentro de un pequeño cuarto del fondo, se hubiera mostrado menos pensativo y más activo.

Porque dentro de aquel cuartito, un revuelto montón de paja se movió indecisamente al aparecer un gran caballo de carro, el cual escarbó un momento el suelo, antes de detenerse, temblando violentamente, contra la pared.

En el techo de paja había un gran agujero por el cual se veía la pared del risco alzarse hasta el obscuro cielo.

El montón de paja se movió otra vez y de adentro de él salió una figura vacilante. Lo siguió otra y luego ambas ayudaron a una tercera.

El primero en aparecer fué el teniente John Henry y también el primero en hablar.

—¡Gran... gran... Dios! — jadeó. — Que... queridos muchachos, ¿dónde estamos? Quiero decir... que... ¿qué ha ocurrido? Es un milagro que estemos vivos.

—Un verdadero milagro — gruñó Bud, mientras se inclinaba tembloroso sobre el tercero del trío.

—¿Qué tal te sientes, Wagger? Creo que hemos debido pasar a través de un techo o cosa así. Aunque maldito si sé que puede estar haciendo una casa con techo de paja en este sitio.

Wagstaff se levantó lentamente, sacándose las pajas de su cabello y parpadeando asombrado.

—Bueno, — dijo con largo suspiro — no sé como se sentirán ustedes; pero lo que es yo nunca me he visto más cerca de la muerte. Cuando el viejo matungo resbaló del risco creía que al fin habíamos recibido el último pasaporte y no me pareció agradable. ¡Caracoles! Y ahí está el caballo también... ¿Vivo?

El caballo dió señales de estar bien vivo moviéndose torpemente alrededor de la pieza, en la esperanza de hallar una salida.

Bud se echó a reir nerviosamente.

—El caballito — dijo — está vivo y coleando. ¡Pero, cielos, Wagger, que suerte! ¿Has visto lo que pasó? Caímos sobre el techo de paja trenzada, que tiene como tres pies de espesor. Lo agujereamos; pero eso interrumpió nuestra caída y salvó nuestras vidas.

—Pero la casa... — dijo Wagstaff intrigado. — ¿Qué diablos hace aquí? Todo me parece una pesadilla. Salgamos de este cuarto y veamos como van las cosas.

ESPADAS CONTRA PISTOLAS

John Henry pasó por encima de la paja y dió vuelta el pestillo de la puerta, que estaba sin llave. Detrás de la puerta había un corto pasillo, con cuartos a cada lado y al final el vestíbulo, de baldosas, que comunicaba con la puerta principal.

El caballo guió, saliendo de la pieza con tal velocidad que los tres no pudieron menos de reirse.

—Creo que él también debe estar meditando sobre las pesadillas — dijo Bud — y cuanto más pronto respire aire puro y huela una o dos matas de pasto tanto mejor se sentirá. Aquí está la puerta del frente. Abre, Johnny, y deja salir al pobre animal. Su sistema nervioso debe haber recibido un tremendo choque.

La puerta del frente estaba con llave; pero ésta, muy oxidada, giró después de algunos esfuerzos. El caballo se lanzó afuera, sin ceremonias, empujando a John Henry. Este cayó sobre la arena.

El joven Dent se levantó, limpiándose los ojos y frotándose la cabeza.

—¡Ja! ¡Ja! — rió Bud que recobraba el buen humor. — El caballo es amigo del hombre, Johnny; pero no hay que abusar de él. Y ahora... ¿qué vamos a hacer? Era Rolstein el que nos vió en lo alto del risco? ¿Crees que bajará aquí, Wagger?

—Estoy seguro — contestó Wagstaff, mirándose las desgarradas ropas. — Espera que hayamos muerto; pero no tardará en venir en busca del Tratado. Ahora escuchen, queridos amigos; nos hemos escapado maravillosamente y no podemos esperar dos veces la misma suerte. Lo que tenemos que hacer es disparar y cuanto más pronto mejor.

Salió por la puerta del frente y miró cuidadosamente a su alrededor. Pero volvió a entrar de un salto. empujando a John Henry

Al oír el silbido de las balas, el caballo asustado perdió pie y cayó por el borde del risco.

y haciendo caer al ya magullado joven de espaldas.

—¡Caramba, Wagger! — protestó. — Yo no critico a un pobre animal; pero que un camarada tenga esos modales... Quiero decir que...

Una gran mano le tapó la boca. La voz de Wagstaff le murmuró roncamente en el oído:

—¡Calla! Por amor de Dios, Johnny, no hagas barullo. Rolstein y su gente descienden por el sendero del risco. Ahora no podemos correr. Nos verían y están armados.

John Henry empezó a tartamudear, cuando la mano de Wagstaff aflojó su presión.

—Tenemos que pensar — prosiguió Wagstaff. — ¡Pensar!... Deben haber visto el agujero del techo. Vendrán directamente a aquí. Tirarán a lo primero que vean moverse. Y nosotros estamos desarmados.

—¿Qué... qué no estamos armados? — dijo el joven Dent y saltó hacia la pared.

Allí, por primera vez, sus sorprendidos compañeros se fijaron en la decoración de las paredes, una colección de espadas, arregladas en grupos, y que brillaban opacamente en la obscuridad.

—Mejor que nada... — convino Bud, acercándose también para apoderarse de una. — Ven, Wagger. Elige un escarbadiente. Después de todo, si nos agachamos en la obscuridad, podemos ir ensartándolos a uno por uno, conforme entren. Creen que hemos muerto, de manera que no esperarán un ataque.

Wagstaff no contestó, bajó una espada y siguió pensando febrilmente. Escapar de la casa ocultándose, y echar a correr una vez que los otros hubieran entrado era inútil. Oirían los pasos y las balas de los rifles los alcanzarían antes de que hubieran hecho una docena de yardas.

La idea de John Henry y Bud, aunque desesperada era la única posible. Pero contra rifles y revólvers serían de poca utilidad aquellas espadas antiguas, coleccionada por el difunto pintor.

—Vuelvan a la obscuridad de esas dos piezas — murmuró Wagstaff al oír que el grupo venía por la playa. — ¡Agáchense y ataquen de rodillas! Si tiran, lo harán al nivel normal del pecho.

Se agachó el mismo detrás de la puerta del frente, mientras los otros obedecían sus órdenes. Luego la voz del propio Rolstein resonó afuera y se oyó mover el oxidado pestillo.

—¡Atención! — dijo el hombre del misterio. — Esos hombres pueden no estar muertos e intentar un ataque desesperado. Por consiguiente hay que andar con precaución, amigos. ¡Adelante ahora!

Fué entonces que Wagstaff empezó el ataque. Extendió la espada y Rolstein gritó de pronto, depando caer su revólver que explotó con ensordecedora detonación.

El oficial saltó como un gato, haciendo fuego hacia donde había visto un ligero movimiento. Pero Wagstaff se había agachado y ahora saltó hacia adelante y dirigió la espada hacia arriba.

Escapó a la muerte por una pulgada, porque el hombre que venía detrás del oficial lo vió e hizo fuego. La bala rozó la oreja de Wagstaff y destrozó un florero detrás de él.

Sintió que su espada cortaba el antebrazo del oficial. Vió que el soldado lo sostenía, mientras oprimía nuevamente el gatillo.

Luego, en lo obscuridad del hall resonó un grito salvaje.

Sólo un breve instante transcurrido durante el cual Wagstaff hizo caer el revólver de la mano de Rolstein y paralizó el brazo del oficial.

Al final de aquel segundo, John Henry saltó de su escondite y llegó al vestíbulo, gritando con todos sus pulmones, seguido por Bud. Los rifles y revólvers detonaron en manos de los seis hombres que venían detrás de los dos jefes. Pero los jefes habían saltado hacia atrás, maldiciendo y agarrándose las heridas, de manera que reinaba un caos y las balas sólo pegaban en las paredes y en el techo.

El caos aumentó para los intrusos porque el joven Dent se lanzó contra ellos, moviendo la espada, en la obscuridad, como una serpiente de plata.

Como una serpiente, la hoja mordió una y otra vez. Le cortó el cuello a un hombre que estaba a punto de hacer fuego y le pinchó el hombro a un segundo, que saltó hacia atrás, gritando.

Bud siguió a John Henry, manejando la espada como un alfanje, porque no estaba acostumbrado a usar esa arma. Pero John Henry era la imagen de un caballero de los tiempos antiguos.

El joven no tenía por costumbre alabarse de sus habilidades — si se exceptúa el ponderar su inteligencia — pero en días más pacíficos había sido campeón de esgrima y tenía muchas brillantes copas de plata que lo atestiguaban.

Aun en aquellos momentos de lucha caótica y desesperada, no pudo Bud menos de pensar el querido dandy estaba encantado de manejar la espada. Le dijo después a Wagstaff que John Henry había nacido doscientos años después de su época y que hubiera estado en su elemento con encajes y sombrero adornado con plumas. Era un cumplido caballero, que hubiera peleado a muerte con cualquiera que criticara el corte de su casaca.

Pero ahora John Henry sostenía un duelo en circunstancias que jamás conocieron los caballeros de la antigüedad. Era sólo su espada contra media docena de armas de fuego, porque aunque Wagstaff y Bud tiraban estocadas vigorosamente sus esfuerzos eran torpes y sólo escaparon a las balas porque la espada del joven Dent parecía estar en media docena de sitios a la vez.

En verdad fué el reducido espacio donde se realizaba la pelea que decidió la victoria de los defensores. Rolstein y sus hombres estaban demasiado amontonados; no podían usar sus armas más poderosas por temor de herirse unos a otros.

Los jefes desarmados habían retrocedido fuera del radio de las deslumbrantes espadas y los soldados tropezaban unos con otros.

La retirada fué rápida, sin embargo, porque cada vez que un hombre alzaba el brazo para hacer fuego, la espada de John Henry le cortaba los dedos. Y salvajes juramentos en alemán resonaban sobre el ruido de las armas y de los pies.

(Continuará)

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

No deje de comprarlo si quiere convencerse de que su información insuperable abarca diariamente todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas.

Administración
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

NAZENLER

Por

Pierre Souvestre

y

Marcel Allain

(Continuación)

¡VAYA! — ordenó — salga señor ¡tiene dos horas de plazo!

. . . .

Como un hombre ebrio, de Mareuil llegó a su domicilio.

Estaba loco, aturdido, aterrorizado La extraordinaria escena que acababa de tener con su coronel, la seguía viendo como si aún la viviera; las acusaciones del oficial superior. pasaban ante sus ojos, zumbaban en sus oídos, y las palabras de traición, de honor, de espionaje y de deber, le volvían al espíritu.

Seguramente había ocurrido algo horrible, formidable que él no entendía, que a penas podía concebir, pero el desgraciado teniente tenía el presentimiento de que era víctima de una horrible maquinación, de un complot atroz, misteriosamente urdido contra él.

¡Jamás había tenido idea de entregar nada a Alemania! Seguramente había sido robado, habían sacado de su casa los documentos que no habían sido hallados según decía el coronel.

Y si de Mareuil reprochaba esos últimos acontecimientos que le habían ocurrido en el fuerte del Príncipe Augusto comprendía menos aun, pues si pasaba en Francia por un cobarde, en Alemania se le acusaba de espía, habían hallado en sus bolsillos, no los planos de la defensa de París, sino órdenes de movilización del ejército alemán, ¡croquis de las fortificaciones de Metz! . . .

¿Qué significaba todo eso?

Mareuil tuvo miedo; le pareció que una capa de plomo lo rodeaba, que estaba prisionero en una red invisible y formidable, que era víctima, juguete de una infernal maquinación incomprensible, indescifrable y de la que no saldría más que deshonrado o muerto.

Las últimas palabras del coronel le volvieron a la memoria.

"Tiene dos horas ante sí, — le había dicho su jefe — después de lo cual estallará el escándalo". . .

De Mareuil sabía lo que eso significaba. Si no quería que su nombre fuera pisoteado hundido para siempre, ¡no tenía más remedio que matarse!

El desgraciado había llegado ante su casa, iba a franquear el umbral; un muchacho le cerró el paso.

—Cómpreme el diario, mi teniente, — le dijo, — edición especial . . . gran escándalo.

Los ojos del oficial se habían detenido en el título del diario que le ofrecían.

De Mareuil lo compró, acababa de leer el título. Decía así:

"Un oficial francés comete un asesinato en Alemania".

Al leer eso, de Mareuil, creyó que iba a caer al suelo.

Tomó el diario, sin mirarlo, entró en su casa, se sacó el uniforme . . . se ahogaba; luego, dejándose caer sobre un sofá, desdobló el diario con manos temblorosas.

Al leer el título de Mareuil pensó en seguida:

—¿Se tratará de mí?

Pensó efectivamente en su duelo con su antiguo amigo de la infancia Karl Raumann.

De Mareuil había, en efecto, dejado al otros sobre el camino de ronda, inmóvil, bañado en sangre. ¿Había muerto Karl Raumann?

Impaciente por saber, por conocer la nueca inculpación que se le atribuía, de Mareuil leyó ávidamente el texto, impreso.

Pero sus ojos se abrieron desmesuradamente, el oficial se ponía cada vez más pálido a medida que leía . . .

El despacho enviado al diario, y que motivaba su edición especial databa de Metz.

"Un drama espantoso acaba de producirse en los alrededores de Ancy sur Moselle, en

un castillo perteneciente a la familia de Brevonnes.

La propietaria, señorita Genoveva de Brevonnes que vivía sola en esa mansión fué hallada muerta, asesinada.

—Dios mío! — balbuceó de Mareuil. — ¡Es posible...! ¿Mi tía? ¡Mi pobre tía!

Las lágrimas nublaban sus ojos; hizo un esfuerzo y prosiguió la lectura.

"Ayer viernes, a las diez, la sirvienta llamada Katele al sevicio de la señorita de Brevonnes, no habiendo llamado su ama, resolvió golpear a su puerta para despertarla.

No obtuvo respuesta e inquieta, por el sueño prolongado de su ama, trató de abrir la puerta, pero esta, contrariamente a la costumbre estaba cerrada con llave.

La joven sirvienta fué en busca de la cocinera a quien comunicó sus aprensiones; las dos mujeres subieron juntas al primer piso y llamaron con todas sus fuerzas, tratando de penetrar en el aposento de la señorita de Brevonnes; fué en vano.

Alarmadas, temiendo una desgracia, mientras la cocinera se quedaba en el castillo, la sirvienta corrió al pueblo y puso en aviso al guarda campestre.

Este llegó al castilllo y por medio de una escalera subió a la ventana dél cuarto.

Las persianas estaban cerradas; la ventana igualmente, no pudo ver nada ni quiso tampoco hacer otra cosa.

El guarda volvió a Ancy sur Moselle, telefoneando a la policía de Metz.

El comisario decidió entonces ante el enigma enviar en automóvil a uno de sus inspectores al castillo de Brevonnes.

Fué el inspector Wolff el designado para esa investigación.

El señor Wolff acompañado de dos agentes en cuanto llegó al castillo de Brevonnes hiza forzar la puerta del cuarto y un espectáculo horrible se ofreció a su vista.

Sobre el piso, lleno de sangre, yacía el cuerpo inanimado y rígido ya, de la señorita de Brevonnes; no había ninguna duda, ¡La pobre mujer había sido asesinada!

Tenia en el cuello una horrible herida producida por un instrumento contundente, un cuchillo sin duda.

El arma no tardó en ser hallada, ensangrentada en un rincón de la pieza.

Es un cuchillo de modelo muy común conocido bajo el nombre de "cuchillo del ejército suizo".

Las primeras averiguaciones efectuadas por el inspector Wolff tuvieron por conclución que la víctima había debido sufrir un ataque violento y se había defendido desesperadamente.

Los muebles de la pieza estaban en desorden, los cortinados arrancados, el cajon de un escritorio estaba roto lo que hace suponer que el móvil del crimen fué el robo.

El inspector Wolff procedió en seguida a sumarios interrogatorios a fin de saber quien era la persona que vió por última vez a la señorita de Brevonnes.

Adquirió la seguridad de que el día antes, a la noche, un hombre joven, elegante, bien vestido, había llegado furtivamente al castillo, siendo recibido con gran misterio por la señorita de Brevonnes; cenó con ella, luego se encerraron los dos en un pequeño salón.

Después de eso, cuando ya estaban los sirvientes acostados, oyeron a la señorita de Brevonnes que subía a su cuarto más o menos a las doce; después siguió un silencio absoluto; a partir de ese momento las sirvientas no habían oído nada más.

El inspector Wolff tenía las señas del presunto asesino; registrando los documentos de la víctima halló una fotografía que mostró a la sirvienta Katele.

Esta reconoció formalmente a la persona del retrato, como al misterioso visitante, el nombre de ese personaje estaba escrito al dorso de la fotografía; Frederic de Mareuil, teniente del 47 de dragones de París.

Es el sobrino de la víctima y seguramente su asesino.

Mientras tanto, en los alrededores de Metz la gendarmería procedía a la detención de un hombre, con apariencia de vagabundo, pero con ropas elegantes que denotaban su origen aristocrático.

Los gendarmes interrogaron a ese hombre que dijo ser Frederic de Mareuil y que había venido a territorio anexado sin autorización.

Iban a llevarlo al puesto de gendarmería cuando el hombre logró escapar.

Está fuera de duda que el culpable de ese odioso asesinato es el propio sobrino de la víctima, la señorita Genoveva de Brevonnes, un oficial francés, el teniente de Mareuil.

El procurador imperial de Metz acaba de lanzar contra ese criminal una orden de arresto: hay que esperar que se le atrapará".

Con una formidable emoción el infortunado de Mareuil leyó ese relato.

Todo, en los detalles del crimen se volvía contra él. Todo podía parecer cierto, salvo el relato de su arresto y los detalles de su evasión que el despacho ocultaba, intencionalmente sin duda.

Junto al dolor que sentía al saber el trágico fin de su tía, se sentía enloquecer a la idea que se le inputaba ese horrible crimen.

¿No había bastantes desgracias cernidas sobre su cabeza para que aun se añadiera esa?

Hasta ahora, de Mareuil había conservado un poco de energía, ese golpe lo acababa de anonadar.

—¡Está acabado! ¡Acabado! — murmuró con voz muriente. — ¿Qué hacer? ¿Qué lucha emprender? Estoy acusado de traición en un lugar, de espionaje en otro, todo se une en mi contra para confundirme y he ahí que a último momento paso por un asesino! ¡No puedo más! ¡Acabemos de una vez!...

Titubeando de Mareuil se levantó, pasó a su cuarto, tomó su revólver.

Iba a acabar con todo... un grito resonó detrás suyo y un violento golpe asestado sobre el brazo le hizo caer el arma.

—¡Mi teniente! — gritó una voz. — ¿Perdió unted la cabeza?

De Mareuil se volvió. Era Casimir.

El teniente de Mareuil estaba completamente desorientado, desequilibrado y cuando vió la cara del ordenanza, esa cara honrada y alegre que en ese momento expresaba la

mayor ansiedad, se echó a llorar como un niño.

—¡Casimir! ¡Casimir! — balbuceó el oficial — estoy perdido... me han perdido... deshonrado...

De Mareuil se irguió, tendió el diario a Casimir.

—¿Has leído?... — interrogó.

—¡Naturalmente! — dijo Casimir.

—¡Casimir! — exclamó de Mareuil, — ¡Soy inocente!...

El ordenanza se encogió de hombros.

—¡Ya lo sé mi teniente... habrá que desenredar esa madeja y se sabrá lo que ha ocurrido!... ¡No tema todo se descubre!.. Un malentendido, he ahí todo, una maquinación de esos Boches que lo aborrecen por ser oficial francés... ¡Y que oficial, mi teniente! ¡Siempre le he dicho, que usted será general!...

Al oír esto, de Mareuil se estremeció de pies a cabeza; retrocedió, diciendo con voz temblorosa:

—Casimir, el coronel me acusa del más horrible de los crímenes y me dió dos horas para desaparecer...

—¡Vamos, mi teniente! ¡No se aflija!...

—Es preciso, te digo, para salvaguardar el honor de mi nombre, para evitar un escándalo... piensa que dentro de dos horas me mandarán detener... ¡y bajo que acusación, Dios mío!...

NAZENLER

EL interés de esta gran novela, especialmente traducida para PUCKY, se intensifica extraordinariamente desde su comienzo.

¿QUE PODER OCULTO Y PERVERSO ENVUELVE AL SIMPATICO TENIENTE FREDERIC DE MAREUIL?

DETENIDO en Metz, acusado de espionaje, logra escapar en forma dramática, que se intensifica con el duelo en que cae herido su amigo de la infancia, Karl Raumann...

AL llegar a París, después de las emocionantes aventuras que pasa en su huída, la situación de de Mareuil se torna trágica al ser acusado por su propio jefe, de traidor a la patria...

Y al regresar a su casa para suicidarse, agobiado por la horrorosa e injusta acusación que pesa sobre su honor de hombre y de militar, se entera del alevoso asesinato de su tía, la señorita de Brevonnes, crimen cuya ejecución se atribuye al joven teniente de dragones.

¿QUE PODER FATAL Y MISTERIOSO PERSIGUE AL TENIENTE DE MAREUIL?

Evocando esa eventualidad de Mareuil casi desfallecía.

Perplejo Casimir no sabía que decir.

En la actitud de su teniente comprendía que algo grave había ocurrido y que era peligroso para él estar más tiempo en su casa.

El oficial estaba tan pálido que Casimir quiso reconfortarlo.

Y el bravo ordenanza pasó al comedor, buscó en el aparador algún cordial para reanimar a su teniente.

De pronto Casimir lanzó un juramento.

Una detonación sorda acababa de producirse en la pieza de al lado.

Casimir de un salto se precipitó allí, se puso lívido.

—¡Dios mío! ¡Mi teniente se ha matado! — exclamó.

De Mareuil en efecto no había podido resistir a las torturas morales que sufría.

Se había disparado un tiro.

Yacía inerte en el suelo.

Casimir se inclinó, le sacó la ropa, y buscó el lugar de la bala, descubrió una larga cicatriz en la cabeza y a la altura del hombro una herida pequeña que sangraba.

Al acostarlo notó que el oficial tenía otra herida en el omóplato.

—¡Buen negocio! — gruñó Casimir. — ¡La bala no hizo más que entrar y salir!

Fué a mirar el piso y vió el proyectil clavado en la madera.

Con una habilidad de viejo soldado experto en esas cosas, Casimir, cuidaba la herida de su amo.

Mientras murmuraba:

—No es nada, conozco eso, quinina, para evitar la fiebre, sublimado para la herida y al cabo de ocho días de reposo...

Casimir se mordió los labios.

—¡Demonio! ¡Ocho días! — dijo. — Y lo "deben" venir a buscar dentro de dos horas para hacerle toda clase de tonterías... seguros que si "ellos" lo encuentran y se lo llevan le va a producir tal impresión que va a morir... Yo no sé que se le reprocha, pero puedo decir que es inocente como un recién nacido...

Los ojos de Casimir se humedecieron de lágrimas:

—¡Pobre tipo! — dijo.

Luego, después de un silencio su rostro se iluminó.

Miró a de Mareuil que empezaba a recobrar el conocimiento.

—¡Yo lo salvaré!

Llamaron a la puerta. Casimir corrió a abrir. Era el portero que preguntó:

—¿Qué ocurre? He oído ruido hace un rato.

—¡Nada! — dijo Casimir — un florero que cayó al suelo.

Durante un momento, al ordenanza se le ocurrió pedir su ayuda al portero, pero renunció en seguida.

—¡Qué bruto que soy! si pongo a este tipo en mi secreto, todo el mundo lo va a conocer... Al contrario, debo alejarlo.

Le vino una súbita inspiración.

—Dígame — le dijo. — ¿Sería usted tan amable de ir hasta la plaza a buscar un taxi. Pero no to.ne el primero que llegue, es necesario uno con bandera blanca y carrocería verde...

—¿Carrocería verde? — exclamó el portero asombrado.

—¡Sí! — insistió Casimir — es para ganar una apuesta... Mi teniente quiere por eso un taxi de carrocería verde y bandera blanca, son más raros que los otros... vaya trálgalo pronto...

Casimir le deslizó en la mano una pieza de cuarenta céntimos.

—¡Me han encargado de darle esto por la molestia!

El excelente portero no se hizo repetir dos veces la orden. Casimir, desde la ventana entreabierta lo miró alejarse.

—Corre — dijo — antes de que tu descubras un auto verde con bandera blanca, yo habré hecho salir de aquí a mi teniente sin que nadie se entere.

Casimir se quedó un momento en la ventana. Un auto vulgar de bandera roja y carrocería grande pasaba lentamente, Casimir le hizo señas para que se detuviera. El mecánico obedeció colocándose junto a la acera.

El ordenanza entró en la pieza donde se hallaba de Mareuil.

El pobre teniente, recobraba el sentido.

Rápidamente Casimir le quitó el pantalón rojo haciéndole vestir el traje civil.

El oficial que sufría horriblemente, había, poco a poco, perdido la noción de las cosas. Se dejaba vestir sin comprender.

Casimir lo levantó, le sirvió una copa de coñac que le obligó a beber.

—Ahora, mi teniente — le dijo, — valor... trate de estar un poco derecho al atravesar la acera, suba en el coche... y está salvado...

Casimir tenía su idea y había jurado realizarla.

El teniente dió algunos pasos apoyado en el hombro de su ordenanza.

—¿Dónde me llevas? — le preguntó.

—¡Chist! — ordenó Casimir — usted está aún muy débil... ni una palabra...

VI

¡DE FARRA!

Mientras Casimir, el ordenanza del señor de Mareuil se arreglaba para salvar a "su" teniente, al otro extremo de París, en un horrible edificio, rodeado de todos lados de casas de aspecto equívoco se desarrollaba una extraña escena.

Era en el sexto piso, bajo los techos, en un inmueble que tenía el número 420 de la calle de la Glaciere.

Allí, en una estrecha habitación, un verdadero tugurio, amueblado de jergones tirados en el suelo teniendo por todo adorno, harapos fuera de uso, una vieja se hallaba en compañía de un muchacho de unos doce años

Esa vieja era horrorosa. Encarnaba el tipo clásico de la furia.

Gruesa, sucia, vestida de harapos, tenía una cabellera enmarañada, pequeños ojos negros, una nariz roja, enorme, llena de verrugas, los labios gruesos, y un horrible aspecto canallesco.

De sus anchos hombros, colgaban dos bra-

zos sorprendentes, largos, terminados por manos velludas; sus pies aparecían inmensos, hundidos en chancletas a las que hacía tiempo faltaban los tacos.

Esta bruja poseía además una voz extraordinaria, horrible, una voz que, por momentos no tenía más que notas agudas y que en otros era terriblemente sorda, voz de vicio, cobarde y mala.

El niño también hubiera atraído la atención.

Era un pobre ser endeble, de miembros delgados, de aspecto enfermizo, casi deforme, pues su cuerpo menudo terminaba en una cabeza extraordinariamente grande.

Tenían los dos, nombres extraños, apodos de miseria.

La mujer se llamaba: Pupu la Blecharde, el niño; Loupé.

Pupú la Blecharde se llamaba en realidad Pulcherie pero su horrible fealdad le había valido, desde hacía tiempo, — la Blecharde pasa·· de los cincuenta años — el sobrenombre con que la conocían; luego se había cambiado su nombre de Pulcherie demasiado complicado por una resonancia más familiar. Pulcherie se había transformado en Pupú y la malignidad pública se apresuró a añadir el calificativo de la Blecharde...

El nombre de Loupé se explica también pues loupé quiere decir "malogrado" en argot. Nadie hubiera podido decir cual era el nombre verdadero de ese chico, un huérfano, que vagabundeaba en el mundo del hampa, pasando ocho días en casa de unos, ocho en casa de otros, hipócrita, malo, astuto, siempre ocupado en hacer daño, robando en los negocios, peleando con los camaradas y entre tiempo, por dilettantismo por pasión trabajando en la dislocación completa de su cuerpo que soñaba con ser acróbata cuando fuera grande.

Ese día Pupú la Blecharde parecía muy excitada. Ella que, de ordinario era más bien taciturna y que no empleaba con los chicos más que el lenguaje de las cachetadas, ahora se extendía en inflamados discursos:

—Estaría muy mal, Loupé — decía, — que Nib d'Arpions cuando salga de la Santé, no encuentre nada con que llenar el estómago... es por eso que la Culebra y Margot han ido a conseguir provisiones. Sólo que a veces, no estoy muy tranquila...

El Loupé aprobó con un movimiento de cabeza:

—Hay probabilidades — dijo — para que la Margot extraiga alguno fiambres y chorizos y la Culebra espiga del rojo...

—¡No! Yo le dije que traiga embotellado!

¡Soberbio! — aprobó el Loupé.

Luego el chico, haciendo chasquear la lengua contra el paladar siguió:

—¿Embotellado Pupú? ¡Diablo! ¡Te sientes de la alta!... ¡como en el restaurant! ¡embotellado! ¿Hay plata aquí, entonces?

Había una vaga sorpresa, llena de sospechas en la manera como Loupé interrogaba a Pupú la Blecharde.

Evidentemente, trataba de informarse, de saber si realmente, la vieja poseía en ese momento gran cantidad de dinero.

Pero Pupú la Blecharde cortó en seguida esas insinuaciones.

—Aquí — dijo — no hay un centavo; hoy no hay plata... Pero mañana... ¡Ah mañana! ¡Diablo!...

Reía satisfecha y Loupé la interrogó aun:

—¿Mañana va a llover oro?

—No necesitas saberlo. ¡Basta ya! vete a ver si Margot y la Culebra vienen de una vez ya son las cinco; es hora de partir...

—¿Para ir a la estación? — rió Loupé.

—¡Para ir a buscar a mi hombre! — afirmó Pupú la Blecharde.

Luego, la bruja, bruscamente frunció el ceño, apretándose las manos con cólera:

—¡Ay! ¡si tuviera entre mis manos a los que lo han condenado quince días!... ¡Como los arreglaría!...

Se calmó al fin, o pareció calmarse, con la punta de la chancleta Pupú, empujó a Loupé.

—¡Anda!... Ve a lo que te dije...

Pero Loupé no parecía muy dispuesto a levantarse:

—¡A mi que me importa! — dijo. — ¿Acaso estoy invitado?

—¡Sí! — afirmó Pupú — yo te invito...

—Bueno, entonces es otra cosa...

Loupé se levantó esta vez y se estiró pues, de quedarse así las piernas se la habían entumecido un poco; haciendo una pirueta seguida de un salto, llegó a la puerta.

La abrió y atravesó el corredor que conducía a la escalera...

Desde abajo, del pozo negro y sinuoso que formaba la caja de la escalera, subían olores indefinibles. Era a la vez olor a frutas descompuestas, aguas de tocador...

Loupé se inclinó sobre la grasienta baranda de la escalera y anunció:

—¡A la orden!... ¡Y Pupú la Blecharde que se hace mala sangre... ¡Ahí vienen Margot y la Culebra!...

Pupú que había quedado en el fondo de la bohardilla acudió, preguntando:

—¿Están aquí?

—¡Que pasen los príncipes! — contestó Loupé.

De un golpe abrió la puerta y aparecieron los dos personajes que Pupú la Blecharde esperaba, primero la Culebra y luego Margot.

Margot y la Culebra eran por el estilo de Pupú la Blecharde y Loupé.

La Culebra, que entró, primero, llevaba dos grandes canastos donde había doce botellas de vino rojo; era un individuo inquietante, alto y delgado, de cabellos negros, llenos de pomadas, bigote pequeño, cuidadosamente arreglado, de tez pálida, y unas orejas gigantescas que se apartaban del cráneo de manera sorprendente.

Daba la impresión de ser de goma y parecía que se tenía en pie por un prodigio de equilibrio. Su nombre de la Culebra estaba admirablemente elegido.

—¡Aquí está el líquido! — anunció. — ¡Es pesado para subirlo!

Detrás de él llegó Margot, toda sofocada de haber subido ligero.

Era casi una niña, de diez y seis a diez y ocho años. Tenía el aspecto canallesco de las mujeres de arrabal, que se encuentran a altas horas de la noche en las calles populosas.

Sus cabellos rubios, eran más bien ama-

rillos. Llenaban su cabeza de un conjunto complicado de rizos y bucles.

No era ni bella ni fea, pues detallando sus facciones se hubieran hallado grandes ojos, una nariz bastante regular, una boca de bella forma... y sin embargo el cansancio y el vicio habían marcado tan profundamente su rostro que hubiera sido imposible declararla bella.

Margot debía haber hecho, hacía tiempo el aprendizaje de la coquetería pues su aspecto revelaba torpes esfuerzos de elegancia.

Llevaba alrededor del cuello una cinta roja anudada en un moño cuyas puntas caían hacia abajo.

Su blusa estaba llena de encajes finos, pero estaba negra y sucia; su pollera grasienta, manchada, caía sobre sus tobillos delgados dejando ver zapatos pequeños de charol, cuyos tacones muy altos, estaban tan gastados que en realidad Margot, apoyaba el pie casi de costado en el suelo.

A penas entrada en el cuarto, la joven anunció también el resultado de su salida:

—¡Miss Pupú! — exclamó. — Primero, chorizos...

—¿Al ajo? — exclamó Loupé.

—¡La lo creo!... Después queso de chancho... fiambres de todas clases... en el almacén fué más difícil. El tipo no quería darme el café, pero lo conseguí diciendo que le pagaría el doble...

Mientras hablaba, Margot colocaba sobre la mesa, una cantidad de paquetes que hasta entonces tenía entre sus brazos.

De pronto se echó a reir:

—¡Lo más chistoso de todo, — declaró — es que le robé toda una bolsa de ciruelas! Lo que me reí pensando en la cara que pondría cuando se diera cuenta!...

Pupú de Blecharde también reía muy satisfecha:

—Margot, eres una buena chica...

—¿Y yo? — preguntó la Culebra... — ¿yo que soy?... Aquí hay doce litros del rojo, y una botella de licor...

—¿Tienes licor?

Pupú la Blecharde se había vuelto bruscamente hacia el apache; estaba muy alegre...

—Sí — explicó la Culebra — tengo una botella del fino. ¡La extraje como hizo Margot con las ciruelas!...

Luego, la Culebra se interrumpió para dirigirse al Loupé:

—¿Y tú, piojoso? ¿Qué has traído?

Siguió un silencio molesto. La Margot se encogió de hombros desdeñosamente.

¡Seguro que el Loupé no había traído nada! ¡Cuando sabía que había farra en casa de alguien, allí se colaba. ..pero nunca llevaba nada, el señor Loupé!...

Pupú de Blecharde por su lado hacía análogas reflexiones. Casi lamentaba haber invitado al Loupé y acusaba a su buen corazón de un movimiento de generosidad realmente imprudente.

—Es cierto — dijo la bruja al ver que el Loupé ni se movía — es cierto chico... Cuando uno piensa ir a llenarse a otro lado hay que llevar algo... Aquí habrá lugar para ti esta noche, siempre que traigas algo para el banquete.

El Loupé se levantó:

—¡Bueno! ¡Traeré algo! ¡Cállense de una vez! ¡Yo ofreceré los cigarros!...

Pero ya Pupú la Blecharde pensaba en otra cosa...

Ya es la hora chicos. Hay que apurarse no sea que Nib d'Arpions no encuentra a nadie a la salida...

—¡Seguro! — aprobó Margot.

La Culebra en ese momento estaba olfateando el queso.

—¡Esto si que es perfume! — decía.

Luego dió él la señal de partida.

—¡Bueno vamos! ¡Tienes razón vieja vamos a buscar a Nib d'Arpions... El paseo sirve de aperitivo y esta noche... ¡demonios! — hay que tener hambre!...

Sin embargo, en el momento en que hablaba de partir, la Culebra, con un gesto, impuso silencio a sus compañeros.

—¡Primero una cosa! — anunció — doblaremos a la izquierda ¡eh! por el pasaje... inútil atravesar por delante del encargado... se vendrá a quejar por que no se le paga. Sin embargo, yo le he dicho: "Ese es asunto de Nib d'Arpions el sale hoy, mañana pagará"...

Pupú de Blecharde estaba sumamente nerviosa.

—¡Ya que mañana es seguro que habrá plata, se la refregaremos por la nariz a ese ladrón, envenenador!

En ese momento Loupé abría tamaños ojos y se preguntaba:

—Hoy no tienen un centavo, mañana están seguro de que va a caer plata. Decididamente ocultan algo, un golpe que van a dar seguro... porque ¿acaso no dicen que es Nib d'Arpions el que se va a traer la plata?...

¿Pero quien es Nib d'Arpions?

Sin embargo la Margot, Pupú de Blecharde y la Culebra bajaban la escalera; al atravesar el segundo piso se miraron sonriendo.

—No es por decir — anunció Pupú la Blecharde señalando la puerta de una vivienda, — pero esta noche se come mejor en casa!... ¡Me gustaría invitarlos para hacerlos estallar en celos!

Pero esa observación no fué del gusto de Margot.

—¡Calla Pupú! — ordenó — estas diciendo pavadas. Primero, porque Annette come todos los días, y luego...

—¿Quién es Annette? — interrumpió la Culebra.

—La hija del viejo Bonnard.

Y Margot se acercó a la Culebra para decirle al oído:

—¡Oh! ¡No necesitas hacerte el idiota! ¡Debes conocerla y no vale la pena que te sigas haciendo el tonto!...

Pero la Culebra protestó bajando la cabeza:

—¡Yo no la conozco!...

—Bueno ¡no pierdes nada! ¡No está a tu altura! Primero es fea y después ¡que no hay nada que hacer!...

La Culebra tomando a Margot del brazo contestó:

—No seas imbécil, mi vida ¿no sabes que para mí no hay nadie más que tú?

Mientras hablaban habían ido caminando,

Margot estaba todavía explicando a la Culebra que Annette era una chica seria y que no debía tratar de hacerle la corte, cuando Pupú la Blecharde que iba adelante exclamó triunfalmente.

—¡Aquí es! ¡Ah como me late el corazón!

—¿De veras? — exclamó la Culebra. — ¿Hay tanto fuego ahí por tu hombre? ¡Como se va a poner Nib d'Arpions!...

Habían llegado frente a un gran edificio de aspecto siniestro, rodeado de altos muros sombríos, oscuros, de aspecto imponente.

¡Estaban frente a la cárcel de la Santé!

Pues, en realidad, si la Culebra, Margot, Pupú de Blecharde y Loupé se habían reunido ese día y se disponían a pasar toda la noche de farra, era porque Nib d'Arpions el hombre de Pupú de Blecharde, debía, esa tarde, a las seis, ser puesto en libertad, después de quince días de arresto...

Pensando en él Pupú de Blecharde se sentía otra mujer.

Olvidaba su fealdad, olvidaba que era repelente, innoble, que encarnaba el vicio, la miseria, la vergüenza.

Pues Pupú la Blecharde amaba a Nib d' Arpions y se creía amada por él.

A decir verdad, cuando ninguno de los dos estaba preso, cuando la casualidad quería que Pupú la Blecharde y Nib d'Arpions estuvieran libres al mismo tiempo, la casa de la Glaciere no encerraba una profunda paz.

Las disputas eran frecuentes. Nib d'Arpions molía a golpes a Pupú la Blecharde y Pupú la Blecharde se armaba de un palo para contestarle.

Pero los golpes nada tienen que ver con los sentimientos y esas querellas no significaban que Nib d'Arpions y Pupú la Blecharde que vivían maritalmente desde hacía veinte años, no fueran cariñosos y tiernos amantes. Eran las seis menos diez y la liberación de Nib d'Arpions debía ser recién a las seis ¿qué hacer?

A poca distancia se abría una taberna.

Sin necesidad de consultarse, entraron. Bebieron y la Margot más que todos, pues daba la casualidad que era ella la única que tenía dinero y por lo tanto era quien pagaba.

Recién a las seis y cinco, la Culebra dió sobre la mesa, un formidable golpe con el puño, haciendo chocar todos los vasos:

—¡Demonio! — aulló el apache. — ¡Nos olvidamos de la hora! Paga pronto Margot.

En un momento, los cuatro salieron de la taberna. Pero, no habían atravesado el boulevard Arago para acercarse a la puerta de la prisión cuando Pupú la Blecharde lanzó un grito de alegría:

—¡Nib d'Arpions!...

Efectivamente, ante la puerta de la cárcel, de pie en medio de la acera, mirando hacia todos lados y al parecer asombrado de no ver a nadie, se hallaba un hombre que no podía ser otro que Nib d'Arpions.

Era un individuo repulsivo, un lisiado, que no parecía mal colocado ante la puerta de una cárcel

Nib d'Arpions no tenía piernas. Caminaba con dos piernas de madera y un bastón, a veces llevaba muletas.

—¡Nib d'Arpions! — aulló Pupú la Blecharde precipitándose con los brazos abiertos al encuentro del lisiado...

Este estaba furioso.

—¿Es así como se apuran a venir a buscarme?... ¡Me podría morir aquí que para ustedes sería lo mismo. ¡Salgo de la cárcel y no me encuentro a nadie que me espere! Y tú Pupú. ¿Bebes cuando yo no estoy contigo? Espera un poco y verás lo que te pasa...

Y blandiendo la muleta dió a Pupú la Blecharde, que esperaba un abrazó, un tremendo golpe...

—¡Toma! ¡Yo te enseñaré a irte de farra sin mi!

Pero Pupú se inquietaba poco por esa colera:

—No te enojes — explicó. — Bebíamos para esperarte ¡pero hay para ti también!... Además hay algo soberbio en casa... ¿Vamos?

Nib d'Arpions se calmó instantáneamente.

—¿Hay farra en casa? — preguntó emocionado estrechando la mano de la Culebra y dando un beso a Margot. ¿Hay plata?

—No pero mañana habrá, Me imagino que no lo habrás olvidado.

A esa pregunta Nib d'Arpions se echó a reír.

—De ninguna manera — contestó. — La verán...

Hacía, en ese momento, un gran ademán que reclamaba silencio pero ¡desgraciadamente! un incidente que nadie había previsto llegó.

—¡Circulen! —ordenó una voz.

Un agente se había acercado; quería hacer alejar ese grupo de apaches que obstruía la puerta de la Santé.

Nib d'Arpions se irguió:

—¿Qué? — preguntó. — ¿No se puede hablar acaso? Primero, soy un hombre libre y en consecuencia..

—¡Circulen! — repitió el agente.

—¡Idio!... — dijo entre dientes Nib d' Arpions...

El agente no pareció entender la injuria.

—¡Vamos! — insistió. — ¡Vayan más lejos!...

Entonces la Culebra lo interrogó burlón:

—¿El señor agente, paga un coche?

Fué Margot quien echó todo a perder. La joven se había alejado unos pasos y exclamó con aire provocativo.

—¿Qué querrá "la vaca".

¡Acababa de ser expresado el calificativo supremo!

El agente se puso furioso:

—¿De quien habla usted? ¿De mi?

—Hablo de las vacas — repitió Margot. — ¡A mi no me gustan! ¡Estoy en mi derecho!

—¡Soy yo quien está en su derecho! — contestó el agente. — ¡Vamos circulen!... ¡Vamos!...

—¡Pedazo de idiota! — siguió Margot que decididamente estaba enojada. — ¿Qué querrá este borrico? ¡Siempre tiene que venir a molestar! ¡Debían reventar todos juntos!..

Quizá el agente hubiera hecho mejor en comprender que ella se dejaba llevar por la cólera pero era un hombre que no soportaba que se discutieran sus órdenes.

—¿Debíamos reventar, eh? — preguntó.

Nazenler

— Bien vamos a ver lo que dice el comisario, quedas arrestada.

Pero ya Margot había dado un salto hacia atrás.

—¿Detenerme? ¿a mí? ¡Ah! ¿Pero tu bromeas ¡Ya puedes correr! ¡Burgués! ¡Roñoso!...

A cada injuria retrocedía un paso...

Pero eso debía acabar mal.

—¡Ah sí! — gritó el agente furioso. — ¡Ya verás!...

Bruscamente tomaba una decisión, echó a correr tras Margot.

Fué una loca carrera a lo largo del boulevard.

Agil, rápida, Margot corría perseguida por el agente. Hubiera escapado, si para su desgracia, otro agente cien metros más lejos no le hubiera cerrado el paso...

Diez minutos después estaba en la cárcel.

....

—Vamos, ven ya que el comisario quiere ponerte en libertad, yo te voy a llevar, Margot... Pero ¡una vez por todas! trata de comprender que si sigues así te vas a hacer encerrar por bastante tiempo...

En el puesto de policía, Margot había sufrido un corto interrogatorio, seguido de un sermón del comisario.

No faltó nada para que la joven fuera enviada a la Correccional.

Su odisea hubiera probablemente, acabado así, si uno de los agentes del puesto, el No. 26, Teódulo Goularon, que vivía en la misma casa que ella, en la calle de la Glaciere, no hubiera intercedido asegurando que no era mala y que seguramente no habría pensado en la gravedad de sus palabras...

El comisario se había dejado convencer y por eso Margot se había puesto más juiciosa, más tranquila, casi admiraba ahora a los representantes de la autoridad.

¡Era un hombre bueno Teódulo Goularon! Agente respetuoso podía sólo reprochársele un profundo horror por todas las severidades que aman los guardianes de la paz.

Sentía piedad por los pobres, por los humildes...jamás detenía a nadie.

—¡Vamos! — le dijo.

Margot y él entraron en el Nro. 420 de la calle de la Glaciere donde se separaron.

—Sube a tu casa, Margot, tu madre está allí.

—¡Y como no! — afirmó Margot. — ¡Todos están hasta mi padre! Como le dije al señor Comisario, hoy salió de la Santé... Además, señor agente ¿no oye usted el ruido que hacen?...

En el vestíbulo de la casa, o más exactamente en el estrecho corredor que unía la escalera con la calle, Margot se había detenido.

Se oía efectivamente, un ruido infernal que venía de arriba, canciones, gritos, carcajadas...

—¿Los oye? — repitió Margot. — ¡Ah! me tengo que apurar, si no, no voy a poder beber ni una gota...

El agente seguía oyendo:

—¡Están de fiesta! — murmuró. — ¿Hay plata en tu casa, hoy?

—No — dijo Margot. — ¡Pero mañana habrá! Bueno gracias, señor, y buenas noches!

Sin inquietarse más por su protegida, el agente subió a su casa.

Cuando abrió la puerta de su cuarto, el agente tuvo un sobresalto de sorpresa.

Ante él había un hombre que lo acogía con gestos extraordinarios recomendándole ansiosamente que no hiciera ruido:

—¡No hagas ruido!...

—¡Casimir! — contestó el agente en el colmo de la estupefacción.

—¡Claro que soy yo! ¡Pero no hagas barullo! ¡ya hay bastante con el que hacen arriba!

El agente, asombrado, repetía:

—¡Casimir! ¿Pero eres tú?...

—¡Soy yo!... Nada más que yo... ¡Pero silencio!

El agente Goularon podía estar sorprendido. Casimir, el ordenanza del teniente de Mareuil, era su hermano, su hermano menor.

Lo amaba con un afecto profundo, sincero.

Aunque Casimir fuera soldado, era aún, a los ojos de su hermano, el "chico" el hermano menor a quien tenía que proteger.

¿Cómo es que Casimir estaba allí a esa hora, en mangas de camisa y por qué le recomendaba silencio?

—Casimir — preguntó el agente. — ¿Qué haces aquí? ¿y por qué no quieres que haga ruido?

Casimir se rascó la cabeza:

—¡Hay una historia!...

—¿Qué historia?

—Ven y comprenderás.

Casimir llevó a su hermano a la pieza de la casa.

—¡Mira!...

Teódulo miró y exclamó:

—¿Qué significa eso?

—Quiere decir ¡que duerme!... que está herido... ¡que no hay que despertarlo!

El agente Teódulo creía soñar.

En su cama, en su propia cama, veía a la luz de una bujía, colocada sobre la chimenea, un joven que parecía dormir, con la frente vendada y con manchas de sangre.

—¡Silencio! — repitió Casimir.

Teódulo tomó a su hermano del brazo y lo llevó aparte.

—¿Me quieres explicar lo que eso significa?

Pero Casimir no contestó.

Teódulo siguió:

—¿Quién es ese hombre?

Casimir no habló tampoco...

—Bueno, — siguió el agente. — No lo quiero en mi casa. ¡Si tú lo has traído, peor para ti! Hay que avisar al hospital y hacer llevar a este herido en seguida! ¿Es un transeunte que has traído de la calle, verdad?

Casimir no decía nada...

En ese momento se libraba un terrible combate en su mente.

El hombre que dormía en la cama de su hermano no era otro que el teniente de Mareuil que Casimir había llevado en coche a casa de Teódulo Goularon pensando que no podía descubrir un asilo más seguro.

(Continuará)

Pablo Grendon — Maestro Detective

POR

Frank King

PABLO Grendon miró fijamente a su visitante, un hombre obeso, de anteojos con armazón de oro, que estaba sentado en una butaca, delante de él.

—No se apresure, — le dijo, — y trate de ser lo más exacto que pueda. En casos de esta clase los detalles que parecen más triviales suelen ser los que, al final, deciden si el acusado es inocente o culpable.

—Bien, señor, — comenzó el visitante, — el caso es sencillamente este: Ellos, la policía, han detenido a mi hijo Félix por homicidio, acusado de haber dado muerte a un hombre llamado Doran, y si usted no encuentra modo de salvar al muchacho, lo van a declarar culpable como dos y dos son cuatro. Las circunstancias parecen acusarle de modo que no admite duda, pero yo le juro que es inocente. No digo que el muchacho no haya sido un poco díscolo en algunas ocasiones, y que yo no haya tenido que sermonearle con energía. Pero es tan incapaz como yo mismo hasta de soñar en matar a un pobre viejo indefenso.

Grendon miró al visitante y tomó un montón de diarios que había en la mesa, cerca de él.

—¿Doran? — dijo. — Recuerdo haber leído una breve información al respecto. ¿No era un solterón excéntrico residente en Surrey, en una casa llamada "La Margarita".

—El mismo. Yo me llamo Jepton como usted lo habrá visto por la tarjeta que le mandé por su extraño sirviente. Me ocupo de la venta de carne al por mayor, aun cuando ahora soy solo un socio capitalista de ese negocio y me dedico a prestar dinero.

"Ese Doran era viejo cliente mío. Era excéntrico, un poco "destornillado", como se dice. Tenía dinero, pero era loco por coleccionar cosas antiguas. A veces acudía a mí y me pedía prestada alguna suma de dinero, de quinientas a mil libras, pero siempre me entregaba en garantía títulos de renta que valían más y me pagaba buen interés.

"Hace cinco días me escribió una carta, diciendo que necesitaba con urgencia setecientas libras en billetes de una libra. En mi poder obran títulos suyos que valen mucho más, así que mandé al banco por el dinero, pues él no admitía nunca cheques, y le dije a mi hijo Félix que llevara los billetes.

"Doran decía en su carta que iba a partir para Francia porque cerca de París se vendían en remate los muebles antiguos de una casa, y quería llevar el dinero para poder comprar al contado, si encontraba algo de su gusto. Félix fué y, de acuerdo con su relato, entregó los billetes y obtuvo el correspondiente recibo. Trabajaban en "La Margarita" varios pintores, dando una mano de verde a las persianas, y estos dejaron el trabajo a las cinco en punto. Dos de ellos han jurado que vieron entrar a Félix en la casa pero que no lo vieron salir.

"Al día siguiente volvieron a terminar el trabajo y hallaron la casa cerrada. Un vecino les dijo que Doran se había marchado, pero se averiguó en la estación local, donde el viejo era conocido, y tanto el jefe como los empleados y peones dijeron que no le

habían visto en todo el día. El caso fué comunicado a la policía y ésta comenzó sus investigaciones. Abrieron, forzándola, la puerta de "La Margarita", y, después de buscar, no hallaron ni rastros de las setecientas libras, pero encontraron el cadáver de Doran.

"Estaba enterrado de mala manera debajo de unas losas de piedra en la cocina, cerca del hogar. Al cuello del muerto estaba ceñida y retorcida una bufanda de seda, que Félix había comprado en una tienda de Fleet Street. El dependiente que la vendió la reconoció y presentó la copia de la boleta, describiendo con toda exactitud a mi muchacho a quien conocía de vista y de nombre.

—¿Cómo explica su hijo la pérdida de la bufanda? — preguntó Pablo Grendon.

—Se la quitó cuando entró en la casa y la puso en la mesa para contar los billetes. Tenía prisa por tomar el tren de regreso a Londres, y no se convenció de que había perdido la bufanda hasta que se hallaba a mitad del trayecto. Como se trataba de una prenda que no le había costado más que unos chelines, no le dió importancias a la pérdida.

"Cuando los de la policía estuvieron en casa me pidieron que les mostrara el recibo que había firmado Doran al recibir los billetes. Les mostré, está escrito con lápiz indeleble, un lapiz tinta, de esos de color violeta. Los de la policía dijeron que habían revisado toda la casa y no habían hallado ningún lápiz de esa clase. Doran usaba plumas "y" y tinta azul-negra; pero Félix, cuando lo detuvieron, tenía un lápiz tinta, con guardapunta de plata, en el bolsillo del chaleco.

"Sostienen los de la policía que, como los billetes han desaparecido, mi hijo forjó el recibo y se apoderó de ellos, estrangulando después al hombre con la bufanda, y se han aferrado a esa idea porque han descubierto que mi hijo debía unas cuarenta libras, perdidas jugando a las cartas.

"Los pintores suspendieron el trabajo y se retiraron, a las cinco, recuérdelo usted, y el cuerpo tuvo que ser enterrado después, según ha dicho el médico de policía, el crimen fué cometido a eso de las seis o quizás más tarde. Mi hijo había pensado volver temprano; pero, según ha dicho perdió el tren, pues llegó con uno o dos minutos de atraso a la estación y entonces paseó por los caminos de la vecindad, sin hallarse con nadie con quien hablar, y por último tomó el tren de las 6 y 35.

—Voy a visitar "La Margarita" inmediatamente y veré que es lo que se puede hacer. — dijo Pablo Grendon. — Por lo que usted ha dicho me figuro que la policía ha errado la pista. Los criminales, aun los más experimentados, cometen, con frecuencia errores lamentables, para ellos. Pero ni aun el más tonto de los principiantes de la carrera criminal es tan poco previsor que deje al cuello de su víctima una bufanda comprada en una tienda donde la conocen perfectamente, sabiendo que por ella le encontrarán en pocas horas.

"Además tiene que haber sido cuestión de algún tiempo, me figuro, el levantar las losas del piso de la cocina y abrir un agujero suficientemente hondo para contener el cadáver.

Misteriosas y emocionantes aventuras de un muchacho argentino en el Far West

Argumento de la novela

CANSADO de la monotonía y obscuridad de su vida en un pequeño comercio de barrio, en Buenos Aires, Daniel Duffy, un joven argentino, descendiente de yankees, sigue el instinto que lo impulsa a buscar aventuras y parte a reunirse con un tío al Lejano Oeste. Las hazañas de Río Kid han inflamado su imaginación desde los primeros años de su infancia. Daniel Duffy no puede seguir vendiendo cuadernos, cigarrillos y fósforos en el pequeño negocio de su tío Adán. Prefiere partir en busca de Bob, el aventurero, el mala cabeza de la familia.
Innumerables peligros acechan al joven; peligros que ni siquiera soñó. Lean esta estremecedora novela, en la seguridad que ha de proporcionarles horas de suspenso y honda emoción.

Haga reservar con tiempo su ejemplar de PUCKY si desea no perder ningún episodio de

EN EL VALLE DE LA MUERTE

Hay que ver que, aun cuando es verdad que los pintores le vieron llegar antes de que dejaran el trabajo, que abandonaron a las cinco, y el crimen tiene que haber sido cometido, naturalmente, después, — el médico dice que a las seis y media, — considero imposible que su hijo pudiera cometer el crimen, abrir la fosa, enterrar a Doran, tapar el hoyo, volver a colocar las piedras y llegar a la estación — que según dicen los diarios está a una milla de la casa, — a tiempo para tomar el tren de las 6.35, — agregó Pablo Grendon.

"¿Y los billetes? — siguió diciendo. — Nadie los ha hallado en poder del detenido y no se tiene noticias de que los tuviera al salir de "La Margarita"... ¡Y setecientas libras en billetes de una libra forman un bulto bastante grande y visible!

"En cuanto al otro punto, — continuó el investigador, — en cuanto al recibo escrito con lápiz tinta, la teoría de la policía de que es falsificado, me parece desprovisto de todo valor. Su hijo tenía un lápiz indeleble en el bolsillo del chaleco y estaba apurado porque deseaba tomar el tren. Tan poco tiempo le quedaba, en realidad, que lo perdió y, según lo ha declarado, paseó por las inmediaciones esperando el tren siguiente. ¿Qué tiene de particular que para ahorrar tiempo, sacara el lápiz y pidiera a Doran que firmara con él el recibo del dinero, que acababa de escribir a toda prisa?

El señor Jepton estaba emocionadísimo.

—¡Pero en la forma en que usted aprecia los sucesos todo se ve con la mayor claridad, señor Grendon! — exclamó. — Si usted libra a mi hijo de esa horrible acusación haré cuanto pueda por usted, aun cuando tenga que darle hasta mi último penique.

—¡No habrá necesidad de ir tan lejos, señor Jepton! — dijo Pablo Grendon sonriendo — El caso me interesa y no me ha gustado nunca ver a un joven, en situación semejante. Pero, dicho sea para estar seguro al respecto, ¿dónde fué que su hijo entregó el dinero al señor Doran y éste firmó el recibo?

—En la sala del frente de la casa, donde está una mesita, de patas desarmables, en la que había una lámpara.

Grendon se levantó y miró el reloj.

—Voy a partir en seguida, en automóvil, — dijo estrechando la mano de su visitante. — Le telegrafiaré si es que logro encontrar algo interesante.

. . . .

Una hora después estaba en Surrey, — el suburbio de Londres, situado del otro lado del Támesis, — y Chan detenía el automóvil frente a "La Margarita", un chalet de modelo antiguo, situado al final de una tortuosa y poco poblada calle de aldea.

La puerta de entrada daba directamente a una salita, a un lado de la cual se veía una mesita, de patas desarmables, en la que había una lámpara. Todo estaba en desorden en las demás habitaciones. En la cocina el piso había sido levantado y a un lado junto a un montón de tierra arenosa, estaban las losas sacadas del piso, cerca del hueco donde había estado escondido el cadáver.

Pablo Grendon estuvo allí cerca de media hora, estudiando todos los detalles. Después, tras una visita a las piezas del piso alto, regresó a la salita, se sentó y encendiendo un cigarrillo, permaneció en silencio, reflexionando y mirando a veces por las ventanas que tenían persianas.

De repente se puso de pie como impulsado por un resorte, y lanzó una exclamación.

El chalet de Doran estaba algo más alto que el camino y tenía delante un cerco de arbustos; pero otro chalet, situado en la acera de enfrente, delante de "La Margarita", estaba a un nivel diez pies, o más, superior al camino. No había más edificios en unas sesenta yardas a uno y otro lado.

La gente que pasara por el camino no podía ver por encima del cerco, pero cualquiera que estuviese en el chalet de enfrente podía distinguir con toda facilidad lo que aconteciera en casa de Doran, en la sala del frente, sobre todo al anochecer, con una lámpara encendida y con las cortinas descorridas como estaban.

Doran, según lo afirmaban todos; era un solterón excéntrico al que visitaba muy poca gente.

Pero alguien debía haber visto no sólo llegar al joven Jepton, sino también haberle visto contar los billetes a la luz de la lámpara, en la sala, y a Doran guardarlos en la cartera o en un cajón, y firmar lo que debía ser un recibo. También podía haberse percatado de que Jepton se dejaba olvidada en la mesa la bufanda de seda.

Ese alguien no podía haber sido uno de los pintores, pues éstos no sólo se habían retirado más o menos una hora antes del crimen, sino que la policía había averiguado todo cuanto habían hecho después.

En consecuencia el "alguien" que había sido testigo de la entrega de los billetes debía haber sido el ocupante de — o un visitante que se hallara allí, — la casa de enfrente, pues sólo desde aquella casa era posible ver con toda claridad lo que pasaba en la sala de la casa de Doran.

Pablo Grendon se dirigió al almacén de la aldea, que también servía de oficina de correos y telégrafos y entró en conversación con el dueño.

Se enteró que la casa de enfrente a la de Doran se llamaba "Alhucemas" y era de propiedad de un hombre soltero, apellidado Lee hombre relativamente joven y que vivía solo

Supo también que Lee había salido aquella mañana temprano, a pescar al lago de Aersham, y se había detenido en el almacén para decir que, como su casa iba a estar cerrada durante todo el día, él mismo recogería al regreso, para llevarlos, algunos artículos que había encargado.

Lee no era amigo íntimo de Doran pero se conocían y se saludaban por haberse encontrado varias veces en aquel establecimiento y había manifestado sentir mucho la muerte de su vecino.

Doran y Lee se habían encontrado en el almacén la noche anterior al crimen y habían cambiado algunas palabras. Doran había estado ante el pupitre para el público escribiendo una carta, — la carta que, según ave-

riguó la policía, dirigió a Jépton pidiéndole el dinero. — y Lee esperó a su lado, porque quería escribir un telegrama. Pero después desistió y salió de la casa enfadado por la pérdida de tiempo.

Grendon compró unas tarjetas postales y salió. Dirigióse al chalet "Alhucemas" y lo inspeccionó por fuera rápidamente. Fué luego a los fondos y con un hábil golpe de navaja, abrió el pestillo de una de las ventanas.

Dos minutos después estaba en la pequeña cocina del chalet. Se dirigió a la habitación del frente y miró. Como lo había pensado, de allí se distinguía perfectamente el interior de la sala de la casa de Doran y, lo que era más significativo, colgados junto a la ventana estaban unos excelentes gemelos prismáticos en su estuche.

Tomó los gemelos y miró con ellos. Aun a la poca luz que había podían apreciarse todos los detalles del interior. Al oscurecer, con la habitación del viejo alumbrada por la lámpara, se debía haber visto con mayor claridad todavía y todo cuanto hicieron Jepton y Doran, — la entrega del dinero, la firma del recibo, — pudo ser observado sin el menor inconveniente. — Pablo Grendon volvió los gemelos a su sitio y comenzó a revisar rápidamente la casa.

Entre las cenizas de una hornalla de la cocina encontró algunos achicharrados fragmentos de cuero y de metal, y estos, cuando los limpió, resultaron ser parte del monograma: "A D" Alfred Doran. Aquello era lo que quedaba de la cartera donde el viejo había puesto los billetes; pero éstos no se hallaban.

En un estante de la cocina, estaban un frasco casi lleno de esencia de trementina, — que por su aspecto debía haber sido recién comprado, — y un trozo de trapo sucio. Grendon lo observó con su lente de aumento y notó en él restos de pintura color verde esmeralda.

Las puertas y ventanas de la casa de Doran estaban pintadas del mismo verde y la pintura debía estar fresca aun, porque los pintores habían dejado el trabajo hacía poco. Subió Grendon al piso alto y buscó por armarios y alacenas. En una de éstas halló un saco azul obscuro de sarga, que olía fuertemente a esencia de trementina, y en una manga tenía también señales de la misma pintura a pesar de que es había querido limpiarla por completo.

Grendon silbó pensativo y se sobresaltó al oír ruido en la puerta de la casa y el rumor de pasos. Descendió lentamente, llevando al brazo el saco azul.

Un hombre, que en aquel momento ponía en el suelo varios paquetes, la caña de pescar — cerrada y formando un grueso bastón, — y un zurrón para llevar utensilios y provisiones, se irguió lanzando un juramento.

Al ver que Grendon tenía en su poder el saco azul, precipitóse sobre él como un gato rabioso. Grendon le arrojó el saco a la cara con la mano derecha y al mismo tiempo le dió, con la izquierda, un golpe de maestro, en la punta de la mandíbula y el hombre se desplomó, quedando tendido, inmóvil en el suelo.

Grendon le registró detenidamente los bolsillos pero no halló nada de importancia.

Dirigió su investigación hacia el zurrón de cuero. Entre los varios utensilios de pescar había una caja forrada de cuero, para guardar los anzuelos. Grendon la abrió y en ella, entre las hojas de pergamino con los anzuelos, estaban los desaparecidos billetes.

El hombre se había rozado, sin duda, contra la pintura fresca de la casa de Doran, al entrar o al salir. La puerta no quedó cerrada cuando salió el joven Jepton y la policía la encontró cerrada y desaparecida la llave, después de haber cometido el crimen.

Pablo Grendon se asomó a la puerta y silbó dos veces, llamando a su fiel sirviente Chan que se acercó rápidamente.

—Vaya en el automóvil y traiga al inspector de policía de la localidad o quien lo represente. Diga que se trata de un caso urgente.

Aun cuando Lee estaba desmayado, Grendon le aseguró pies y manos para mayor tranquilidad.

Pocos minutos después el automóvil se detenía ante el chalet "Alhucemas". Bajaron de él un inspector de policía y dos policeman y obedeciendo a una indicación de Chan, entraron en la casa.

—¿Qué sucede? — preguntó el inspector a Pablo Grendon después de haber cambiado los saludos a que la cortesía obliga.

—Puede usted hacerse cargo de este caballero — contestó el investigador. — Es el autor de la muerte de Alfred Doran. Tomen este saco, que constituye una prueba, — agregó dándole el saco azul. — En ese zurrón están los billetes robados...

—Pero...

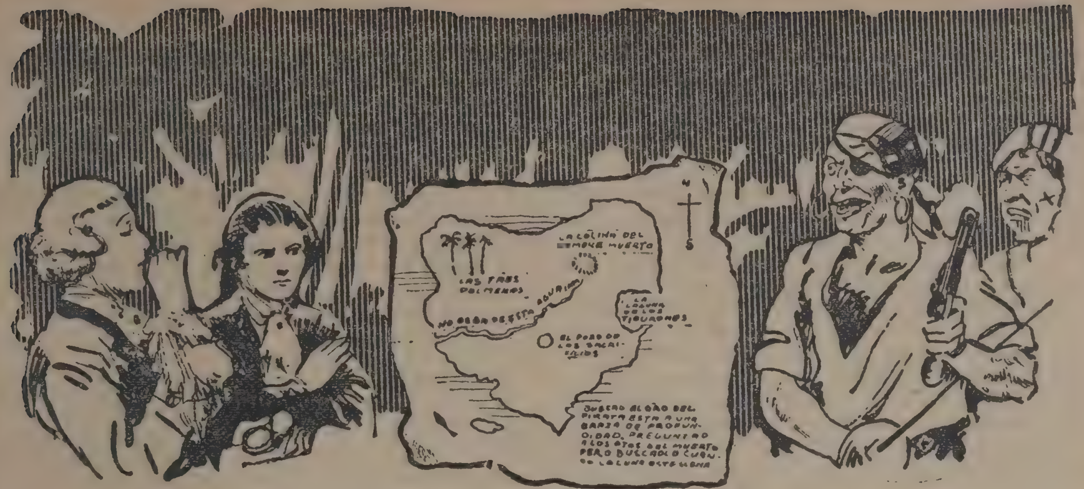
—Aquí tiene mi tarjeta — dijo Grendon entregándole una que sacó de la cartera. Tenga a bien de avisarme cuando he de ir a presentar mi testimonio. ¡Vamos, Chan! Quiero estar en Londres antes de que sea de noche.

FIN

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY



El Tesoro de la Isla del Muerto

(Continuación)

EL HOMBRE SIN CABEZA

¡MIRA, compañero!

En el rostro del marinero se reflejó un gran espanto al señalar con dedo tembloroso. El horror extrangulaba su voz.

Su compañero, un hombre de gigantesca estatura, en cuya gran cara color caoba está escrito el valor, empezó a temblar con todos sus miembros.

Por sobre el suave aletear de las velas y el crugido del aparejo, llegaba un quejido, inhumano, fantasmal.

La obscuridad rodeaba a la Santa Rita, mientras trazaba un surco solitario sobre el Atlántico del Sur. Sin embargo, a través de las obscuras cubiertas, moviéndose con funeraria lentitud, venía una amenazadora figura. Emanaba de ella un resplandor sobrenatural, mostrando la silueta de un hombre vestido con camisa y pantalón. Pero la cabeza no se veía.

—¡Nos señala, compañero!

Con los cabellos de punta, el aterrado marinero agarró del brazo a su gigantesco camarada y retrocedió un paso.

La nebulosa figura del hombre sin cabeza avanzaba con paso firme. Con un brazo extendido señalaba a los dos hombres de la guardia y con el otro blandía una espada que brillaba como si fuera de fuego.

¡Uuuuuuuu...uuuuuuuu!

El gemido empezó de nuevo, espantoso, inhumano.

El gran marinero hizo la señal de la cruz. No tenía miedo a ningún ser viviente.

Pero aquella aparición era cosa del diablo, se dijo, y por primera vez en su aventurera vida tuvo miedo.

La aparición avanzaba hacia él con la espada en alto.

El quejido se hizo más fuerte.

Lanzando un chillido penetrante, el marinero que la había visto primero, se dió vuelta y disparó. Su grito despabiló al timonel que cabeceaba sobre su monótono trabajo de mantener el curso de la goleta. Con ojos soñolientos vió la aparición, la espada levantada brillar y bajar con la rapidez de un relámpago. Oyó el ruido sordo de la caída de un cuerpo humano. Pero cuando sus ojos agrandados escudriñaron nuevamente la obscuridad, la aparición parecía haberse disuelto en el aire.

Pellizcándose para asegurarse de que no estaba dormido, el timonel murmuró una imprecación, aseguró el timón y corrió al sitio donde había visto al fantasma.

Un juramento escapó de sus labios al tropezar con algo que halló al paso y caer largo a largo. Pero el juramento murió en sus labios cuando sus dedos tocaron carne tibia.

—¡Eh!... ¡traed un farol!

La alarma se extendió por las cubiertas de la goleta. Se oían los gritos aterrados del marinero de guardia. Había despertado a sus compañeros del castillo de proa y venían detrás de él, a cubierta. Uno de ellos traía un farol. Sus amarillentos rayos iluminaron la

El tesoro de la isla...

figura caída de uno de sus camaradas, junto al cual estaba arrodillado el timonel.

—¡Dios!... — murmuró el timonel. — ¡Es Tom Widsle!... Y está muerto.

El compañero de Widsle balbuceaba incoherencias.

—Fué un fantasma — lograron entenderle al fin — Una cosa extraña, nebulosa, con una espada.

Algunos de los marineros trataron de echarlo a risa, para alejar el miedo.

—¡Fantasmas, Jim! Tú y Tom bebieron mucho ron.

Pero el timonel tenía algo que añadir para corroborar las palabras del marinero.

El había visto la forma nebulosa, la deslumbrante espada. Por eso estaba allí.

El timonel, hombre rudo, poco impresionable, no era de los que veía apariciones, así no más. Se miraron unos a otros turbados. Cualquiera de ellos merecía ser colgado de un peñol, porque no habían seguido otra bandera que la de la calavera y las tibias cruzadas. Sabían que tendrían que pagar sus crímenes tarde o temprano y no temían; pero temblaban como cobardes al contemplar la forma inmóvil y silenciosa de Tom Widsle. Ser muerto en pelea, limpia o sucia, era una cosa; pero perecer a manos de un "ser" del otro mundo, no los seducía.

—¡Era un fantasma, idiotas! — gruñó el timonel. — Lo ví con mis propios ojos.

Reinó un largo silencio, interrumpido únicamente por el rumor de las aguas, cortadas por la proa de la goleta. Luego, de pronto, oyose un lúgubre gemido. Los ojos se volvieron en todas direcciones; pero no se veían más rastros de la aparición.

Algunos de los miembros más valerosos de la tripulación, se pusieron a buscar; los restantes permanecieron alejados del cuerpo inanimado de Tom Widsle, como del de un apestado. La búsqueda no dió resultado, aunque el lúgubre gemido se oía en distintas partes de la goleta. Cuando la tripulación se reunió de nuevo, los esperaba una nueva sorpresa.

Tom Widsle había desaparecido. Un charco rojo señalaba el sitio donde había estado: pero... nada más. Su cuerpo se había hecho humo.

La tripulación se sintió aún más aterrada por aquel misterio. Todos y cada uno creían ahora que el buque estaba maldito y se oyeron murmullos descontentos.

—Esto pasa por tener una mujer abordo. — gruñó el timonel. — ¿Quién quiere acompañarme para pedirle al capitán que la tire al mar?

Parece que todos estaban dispuestos a seguirlo. Tom Widsle era muy querido y su extraña muerte los agitaba más y más a medida que pasaban los minutos.

—Nosotros te acompañamos, Sansón.

—¿Estáis dispuestos a decirle al capitán que hay aparecidos en el buque?

—Sí, sí.

Sansón, el timonel, cuadró sus musculosos hombros y se dirigió hacia la cubierta de popa. Detrás suyo venía la tripulación. Uno de los rezagados, que venía como a media docena de yardas del grupo principal, dió vuelta la cabeza para mirar de nuevo hacia el sitio donde había caído Tom Widsle. Lo que vió hizo palidecer su curtido rostro, heló el grito de terror de sus labios y lo dejó como hipnotizado.

El fantasma del hombre sin cabeza estaba a pocos pies de él, con la espada en alto.

Se oyó el lúgubre gemido, brilló el acero y el marinero retrasado cayó sobre cubierta, lanzando un grito penetrante que hizo darse vuelta a sus compañeros, espantados.

—¡El fantasma!

—¡Ha tocado a Daniel!

Aterrada, la tripulación volvió sobre sus pasos. Ninguna respuesta obtuvieron de labios de Daniel los amigos que se inclinaron sobre su postrado cuerpo. Daniel Hartley que había escapado al verdugo en varias ocasiones, estaba muerto.

El terror se apoderó con su extranguladora garra de la tripulación de la Santa Rita. Se miraron unos a otros, lívidos, temerosos de que la aparición que había quitado la vida a dos de sus camaradas matara a alguno más.

Y mientras rezongaban y gruñían, diciéndose que tenían que hacer algo, los suaves rayos de la aurora empezaron a iluminar el cielo. Con la proximidad del día volvió el valor. Pero, a pesar de eso, la tripulación de la Santa Rita estaba convencida de que el buque estaba maldito.

—Ahí viene el capitán — dijo un fornido español, al aparecer a popa la figura esbelta de Langley Morgensen. — Ve a decirle, Sansón, que no navegaremos más con una mujer abordo.

Sansón se ajustó el cinto y, moralmente apoyado por la tripulación, adelantose hacia Langley.

LA ENERGIA DEL CAPITAN

—¡Buenos días, amigo!

La voz juvenil de Langley Morgensen resonó agradablemente, mientras una sonrisa se dibujaba en su hermosa cara tostada.

La Santa Rita navegaba rumbo al sur, impulsada por viento favorable. El mar estaba de buen humor y el sol brillaba en el cielo azul, sin nubes. Pero enseguida comprendió Langley que ocurría algo grave.

—¿Andan bien las cosas, Sansón? — preguntó.

El timonel movió la cabeza de toro, pesada, solemnemente.

—Todo menos eso, capitán.

—Si queréis explicaros, Sansón os lo agradeceré.

Con la tripulación detrás suyo, a respetuosa distancia, Sansón contó los extraños acontecimientos de una hora antes.

Langley escuchó aquella extraña historia con expresión de incredulidad impresa en su rostro. Al final del relato se echó a reír desdeñosamente, aunque en el fondo de su corazón comprendía que aquel extraño cuento debía tener algo de real.

—Eso se debe a la calidad del ron que todos bebimos anoche, Sansón — dijo lige-

—¡Cuidado, capitán! — gritó espantado Ben Grant, al ver que un pirata saltaba sobre el joven, cuchillo en mano.

ramente. — Hace jugarretas diabólicas con la imaginación de un hombre.

—Esto no es imaginación, capitán — gruñó Sansón — Ton Widsle y Daniel Hartley han ido a reunirse con el viejo Plutón.

—¡Sí, sí! — gruñó la tripulación.

—Y quizá igual destino caerá sobre todos nosotros, capitán — continuó Sansón — a menos que tiremos a la mujer por la borda.

—¿A la mujer?

—Sí, a la dama a quien llamáis Julia. Todo el mundo sabe que un buque está maldito si lleva mujeres a bordo.

Langley se rió de nuevo.

—¿Qué estupidez es esa? — preguntó — ¿Qué diferencia hay para vosotros, tunantes, que venga una mujer a bordo?

—De niño y de hombre, he pasado cuarenta años en el mar — gruñó Sansón — Y siempre fué así. Mi padre y, antes que él, mi abuelo, nunca hubieran pisado un barco donde hubiera polleras. Y... — volvió su valor — tampoco lo hará Sansón, con perdón vuestro.

—¿Sí? — exclamó Langley. — ¿De manera que yo voy a recibir órdenes de cualquier rata de mi castillo de proa? Marchaos de esta cubierta, Sansón, si no queréis que os ponga los hierros.

—Y nosotros pensamos lo mismo que Sansón, capitán — dijo una voz de la tripulación — ¡Todos!

—¡Sí, sí!

En las caras curtidas se leía la rebelión y comprendió Langley que el momento era crítico. Para empeorar las cosas, las cortinas en el extremo de la cubierta de popa, se apartaron súbitamente: una niña, hermosa y morena, que no tendría veinte años, asomó y miró interrogadoramente a los marineros.

La tripulación lanzó, al verla aparecer, un grito de rabia. En su ignorancia y superstición le atribuían a la joven los acontecimientos de la noche, solamente a ella. Uno o dos de los marineros se adelantaron.

—¡Venid, camaradas! — rugió un fornido holandés — Esta es el mismo diablo. Tirémosla por la borda, a fin de que el buque pueda seguir tranquilamente su camino.

—¡Sí, sí!

—¡Alto! — la voz de Langley Morgensen resonó como un clarín, haciendo detener a los marineros. — Atreveos a poner un solo dedo sobre esta hermosa criatura y responderéis de ello con vuestras vidas.

La tripulación retrocedió murmurando. La joven se adelantó, infladas sus faldas de seda por la brisa. Su lindo rostro, lleno de desdén, volvióse a Langley Morgensen.

—¿Monsieur, ocurre algo?

Langley asintió brevemente con la cabeza. Su mano derecha descansaba sobre la empuñadura de su espada, mientras que, con la izquierda, había empuñado una pistola de arzón, que amartilló, pronto para usarla.

—¡A vuestras sillas, perros! — rugió.

Estallaron nuevos murmullos. Pero tan fuerte era la superstición que hasta la disciplina fué olvidada. Ni siquiera la deslumbradora espada, ahora fuera de su vaina, ni el ancho caño de la pistola sirvieron para intimidar a la tripulación. El buque estaba maldito, embrujado, y la muerte esperaba a todos los que viajaban en él.

Se produjo un avance en masa, para apoderarse de la joven.

—Volved a vuestro camarote, Julia — dijo Langley con voz sibilante — y encerraos bien, mientras yo me entiendo con esta canalla.

—Pero, monsieur... — empezó Julia van Dyne.

—Haced lo que os digo — gruñó Langley — si apreciáis vuestra vida.

¡Bom!

Su pistola detonó ensordecedoramente y el que venía adelante de los marineros alzó los brazos, lanzó un grito de agonía y se desplomó.

—Igual destino espera al que de otro paso adelante — dijo Langley, despidiendo fuego por los ojos.

Apenas habían salido estas palabras de sus labios, cuando el fornido irlandés se lanzó hacia él con una pica. El sol brilló en la punta mortal, mientras atravesaba el aire, como un rayo de luz. Pero Langley se rió desdeñosamente, saltó ágilmente de costado y atravesó con su espada el pecho del irlandés.

—¡Van dos! — exclamó burlonamente — Es lástima, realmente, que tan buen acero se ensucie; pero hay todavía más medicina, si insistís en probarla.

La tripulación se movió como una ola. Mirando al joven capitán vieron en él la personificación de su temido tío, Josiah. Josiah había mandado la Santa Rita con mano de hierro y parecía que el sobrino había heredado sus cualidades.

Pero otro miembro de la tripulación, un italiano, cuya alma mezquina estaba empapada en sangre de inocentes marineros, derramaba durante su larga carrera bajo la bandera pirata, pensó de modo distinto. Se rió mostrando sus grandes dientes amarillos y lanzose hacia adelante.

Sus manos empuñaban una gigantesca espada de doble filo, arma adecuada sólo para hombre de dos veces su estatura y peso. Pero su vanidad le había movido a tomar aquella arma a un enemigo vencido y a llamarla luego suya. Aquella vanidad lo perdió. Antes de que la brillante y formidable hoja, bajara sobre él, Langley se tendió a fondo, una, dos veces.

La espada de doble filo del italiano cayó sobre cubierta con pavoroso ruido. La sucia cara del pirata adquirió palidez mortal; sin lanzar un quejido cayó primero de rodillas, luego largo a largo.

—Soy hombre de palabra — gritó Langley — ¿Volvéis al castillo de proa o queréis que yo os conduzca? ¡Ben!... — añadió con voz fuerte. — ¡Ben! Tráeme el látigo.

—Sí, sí señor — contestó la voz de Ben Grant.

—Estos perros necesitan una azotaína — gritó Langley. — El acero es medicina de-

masiado suave. — ¡Apúrate Ben, holgazán!

El piloto de piernas torcidas apareció apresuradamente, poniéndose los pantalones, junto a su capitán. Traía en sus brazos un largo látigo, con puntas de acero. La tripulación retrocedió vacilante al aparecer Ben

—¿Qué pasa, capitán? — preguntó Ben, entregando el látigo a su joven señor.

—Estos idiotas que creen está el barco maldito porque hay una pollera a bordo — rió Langley — Pienso darles de latigazos.

Hizo restallar el flexible látigo, amenazadoramente.

—Capitán, — Sansón, evidentemente inquieto, se aclaró la garganta — Cometéis una injusticia. Nosotros no queremos amotinarnos. Juramos serviros fielmente cuando vencistéis a el Caballero.

—Sí, sí, bien dicho Sansón.

—Pero ya conocéis la regla del mar Cuando un buque está maldito o embrujado no hay que buscar muy lejos el motivo: si se tiene una mujer a bordo. Por amor de Dios, capitán, arrojadla por la borda y todo habrá concluído.

—No, si es que el barco está maldito o embrujado, si lo acribillan a balazos o naufraga — contestó Langley — No recibo órdenes de ninguno de vosotros, ratas. La joven no vino a bordo por voluntad propia. ¿No fué obligado su padre a caminar por la planchada? ¿No fué el buque en que ella venía de Holanda abordado y hecho volar por los asesinas de Piel Samonard?

—Eso no es asunto nuestro, capitán — contestó Sansón.

—Has dicho la verdad. — dijo Langley con aspereza. — Ahora volved a vuestro sitio, ratas, y no probaréis el látigo.

Todavia se quedaron los marineros, mientras Langley caminaba entre ellos, haciendo restallar el látigo en círculo violento.

Gritos, maldiciones, amenazas resonaron por todos lados; pero el joven capitán fué implacable. La menor señal de debilidad ahora lo perdería. Se estremecía también al pensar el destino que esperaba a la hermosa niña que de modo tan extraño había entrado en su vida si él llegaba a sucumbir.

—¡Ssss! ¡Ssss! ¡Ssss!

Como perros, los piratas se dieron vuelta y dispararon a proa, mientras el látigo mordía sus espaldas desnudas, sus hombros y sus piernas.

AGENTES

responsables, activos, radicados en el interior del país y vinculados al comercio local, se necesitan para la colocación de BONOS. del sensacional Concurso Comercial de

retazos

La revista para la mujer

$ 500.000

en valiosos premios

Por carta únicamente a la

EDITORIAL MANUEL LAINEZ Lda. S. A.

Avenida de Mayo 662 - Bs. As

Langley se detuvo al fin, apoyándose en el largo cabo del látigo, respirando jadeantemente.

—¡Cuidado, capitán!

Ben Grant lanzó el aviso con voz llena de terror. Deslizándose por los obenques, a menos de un pie de la cabeza de Langley, venía un ruso, de cabeza cuadrada, con un cuchillo, largo y curvo entre los dientes y expresión asesina en sus pálidos ojos verdes.

Al lanzar Ben Grant su grito de alarma, el ruso saltó de los obenques y el cuchillo pasó de sus dientes a su mano derecha. Langley se dió vuelta, a penas a tiempo. El cuchillo le pasó raspando la cara y el gigantesco cuerpo del ruso cayó encima de él, derribándolo sobre cubierta.

—¡Perro traidor! — silbó el joven, poniéndose de pie instantáneamente, mientras el ruso estaba todavía buscando el cuchillo que se le había escapado de la mano — Pagarás caro esto.

¡Ssss! ¡Ssss!

El látigo con puntas de acero empezó a describir fulgurante círculo sobre la musculosa forma del ruso. Sus gritos resonaban por todo el buque; pero Langley hizo oídos sordos a sus pedidos de clemencia. El castigo fué severo y su misma severidad dominó el motín.

La aterrada tripulación que espiaba por la puerta del castillo de proa, comprendió que había encontrado a su amo. Aunque joven, Langley Morgensen era capaz de pelear y dominarlos a todos ellos.

—¡Poned los hierros a esa rata! — tronó Langley. — Pronto, si no queréis que os de también de latigazos.

El ruso fué conducido abajo, gimiendo dolorosamente. ¡Bien que se arrepentía de su traición!

Langley, con breves órdenes, reunió a la tripulación.

—Y ahora, cobardones, marineros de agua dulce — rugió — yo os prometí una parte en el tesoro del viejo Josiah ¿no es así?

—¡Sí, sí!

—Y todavía cumpliré mi palabra — continuó — Cuando hallemos la Isla del Muerto, nuestra búsqueda estará casi terminada. Escondido allí hay un tesoro que hará relampaguear vuestros ojos y os volverá agua la boca.

Se detuvo para ver el efecto de sus palabras.

—Ese tesoro, como sabéis, me fué legado por mi tío Josiah, cuyas órdenes os apresurabais a obedecer cuando capitaneaba este hermoso barco. Es mío y lo repartiré lealmente con vosotros. La mitad para mí, la otra para ser dividida entre vosotros, si me servís bien.

Intervino Ben Grant.

—Ahí tenéis, compañeros — gritó — ¿Habéis servido jamás mejor capitán que el señorito Langley? ¿Creeis que Miguel el Negro, cuyo feo cuerpo está mal herido y que se pudre abajo, lo hubiera compartido con vosotros en semejantes condiciones?

La tripulación murmuró sus respuestas; pero el tiro había dado en el blanco.

Todos ellos se habían contratado con Miguel el Negro, el traicionero tío de Langley, que había robado la Santa Rita en el lejano puerto de Brixham.

Miguel el Negro significaba poco ahora, sin embargo. La espada de el Caballero había casi terminado su criminal carrera. Pocas probabilidades podía tener, en verdad Miguel el Negro con un espadachín tan formidable.

Al recordar los acontecimientos, los tripulantes de la Santa Rita miraron con nuevo respeto a Langley Morgensen. ¿No había el joven vencido a su vez al gran Caballero? ¿Qué mejor jefe que el vencedor de aquel famoso pirata?

Estaba dispuesto a repartir la mitad de su tesoro con aquellos que un momento antes se habían amotinado. ¿Qué mejor capitán podían desear?

Sansón se adelantó, tirándose de la greña que le caía sobre la frente.

—Capitán, — dijo — en nombre de la tripulación, os presento mil disculpas. ¿De veras cincuenta hombres leales se repartirán la mitad del tesoro cuando lo encontremos?

—Cincuenta hombres leales — contestó Langley. — Lo juro por mi alma.

—Entonces cincuenta de nosotros son vuestros leales siervos, ocurra lo que ocurra. Fantasmas o no fantasmas, venceremos o pereceremos por voz.

—¡Bien, Sanson! Me alegro que haya triunfado vuestro sentido común. En cuanto al fantasma, pienso permanecer en cubierta con la guardia esta noche. Veremos si el fantasma resiste bueno y honrado acero o una bala.

La tripulación empezó a charlar, encantada. Era extraño que un hombre, apenas hombre por los años, pudiera reanimar así el valor de sus subalternos. Ninguno de ellos se negaría a compartir la guardia con él. Se lo dijeron, Langley se rió.

—Me hacéis poner orgulloso, mis valientes. Tiraremos a la suerte para decidir quien hará guardia esta noche. Y os adelanto que hemos de encontrar al fantasma y pondremos fin a sus fechorías. Ahora, perros, a vuestros puestos. Desplegad todas las velas. El viento es favorable y el día recién empieza.

En el próximo número continuará

EL TESORO DE LA ISLA DEL MUERTO

La evasión de Martinel

Por G. H. TEED

Aventuras de Sexton Blake y Mlle. Roxane

(Continuación)

EL momento llegó inesperadamente. Dos noches después de recibir el último mensaje, volvía con una cuadrilla de trabajadores, cuando uno de los guardianes lo detuvo con una maldición. Se le ordenó que se separara de la línea y fuera a uno de los almacenes de provisiones, con un mensaje para el guardián de allí.

Martinel comprendió que era esta la señal. Se dió vuelta y obedeció la orden.

En su camino a los almacenes tenía que pasar por un pequeño hueco en la gran pared que rodeaba la prisión y desde la cual se veía el mar. En aquel momento se ponía el sol. Pronto descendería la noche del trópico. Era aquel el punto por donde debía escapar. No entró en el hueco hasta que estuvo mismo frente a él. Luego, haciendo una inspiración profunda, dió vuelta a la derecha y corrió hacia la pared.

Sobre el parapeto, de tres pies de espesor, se inclinó un momento. Desde allí podía ver, unos cuantos pies debajo el gran pilar que sostenía la pared en aquella parte. Desde la base de éste, el terreno descendía formando densa maleza hasta llegar a los mangles, los cuales tenían sus pies en una ensenada de aguas negras, infectadas de cocodrilos.

En aquel momento los largos años pasados por Martinel en los bosques del Canadá le sirvieron de mucho. El había aprendido a agarrarse a un tronco arrastrado por las cataratas y a permanecer parado sobre él cuando daba vueltas debajo de sus pies, a terrible velocidad. Iba a necesitar ahora de aquella experiencia. Trepó sobre el parapeto y se descolgó hasta que sus pies tocaron la parte superior del pilar. Estaba a punto de soltarse cuando oyó una detonación de rifle. En ese mismo momento el sol se hundió debajo de la línea occidental púrpura, que señalaba las distantes montañas en el continente sudamericano. Comprendió Martinel que un instante de vacilación le sería fatal; los guardias habían sido sobornados; pero, fuera de darle la oportunidad, no irían más adelante. No bien se advirtiera su ausencia los sobornados se mostrarían tan diligentes en tirarle como los otros.

Se dejó caer, agarrándose a las orillas del pilar con las rodillas, mientras la tosca piedra le lastimaba las piernas, hasta que cada vez más abajo, logró hallar apoyo para las manos, moderando la velocidad de su descenso; al fin llegó a la base.

Detonó otro rifle. Una campana empezó a sonar violentamente. Más tiros de rifle cuando se metió entre la maleza y luego gritos distantes. La persecución había empezado.

No se detuvo Martinel para mirar de que lado venían sus perseguidores. Sólo tenía presente una cosa: había que llegar a la ensenada. Tenía que hallar el bote. Tenía que seguir.

No trató de evitar el ruido; hubiera sido inútil. Como un toro, se lanzó por entre las enredaderas y malezas que le cerraban el paso. Salvajemente, enloquecido, las desgarraba con las manos, las pisoteaba, abriéndose paso entre ellas. Y todo el tiempo comprendía que iba descendiendo.

La obscuridad aumentaba por momentos. Pronto; dentro de pocos minutos ahora, el resplandor de occidente se desvanecería. Tenía que llegar a la ensenada antes de ese momento. Luego, la obscuridad sería tan amiga suya como enemiga de sus perseguidores, se dijo. Se olvidaba de la gran lancha, con sus reflectores, pertenecientes al comandante y que sería usada para buscarlo.

De pronto llegó a una pequeña cuesta, relativamente despejada. Saltó a través de ella, se metió por la siguiente barrera, llegó a otro espacio abierto y lanzó un gruñido de alegría al ver debajo las negras aguas de la ensenada.

Se detuvo para orientarse. Sabía que él bote estaba escondido allí. ¿En qué sitio? ¡Cielos! ¡Si cerraba la obscuridad antes de que lo encontrara! Seis mangles solos.

¿Dónde era? Vió un pequeño grupo a su izquierda. Bajó a la orilla, agarrándose a las raíces, semejantes a tentáculos de pulpo, de los magles, sin importársele de los caimanes.

Llegó al grupo de árboles y, con el corazón en la boca, se metió entre ellos. Apenas pudo contener un grito al hallar el bote, poco más que una canoa, metido en un canal en miniatura, entre las raíces.

Subió a él y desamarró. Luego lo alejó de la orilla y empezó a manipular el motor, febrilmente. Debió estar muy bien preparado porque funcionó a la primera vuelta.

Martinel se puso de rodillas, agarró el timón y miró hacia adelante. No conocía el canal de la ensenada. Lo único que sabía era que seguía un curso sinuoso hasta el mar, como a cien yardas de distancia. El principal peligro eran las raíces de los mangles, que se internaban por todas partes, en el agua. La obscuridad era ahora completa.

Tenía una idea general de las vueltas de la ensenada. Desde algunos sitios, dentro de las murallas, habíala divisado a veces, tratando de recordar sus curvas. Pero hallarse en ella, en completa obscuridad, mientras sonaban disparos y el llamado de la campana, era muy distinto.

Sin embargo, la suerte que lo había acompañado hasta entonces, persistió. De pronto vió una línea fosforescente a derecha e izquierda, una línea que cambiaba al chocar la perezosa marejada contra la orilla. Entre ambas líneas había un espacio negro, dentro del cual dirigió el bote. Luego abrió la válvula del motor y la ligera embarcación vibró bajo sus pies.

Experimentó profundo júbilo al comprender que el bote llegaba a las aguas del océano. ¿Qué importaba que fuera frágil como una canoa? ¿Qué importaba que pudiera sorprenderlo una tormenta? Había salido de aquel infierno. Bajo las estrellas estaba la libertad. ¡La libertad!

Su alegría se enfrió algo al darse vuelta y mirar hacia atrás. Vió luces, moviéndose en varias direcciones. Pero no le preocuparon. Era lo que podía hallar al dar vuelta la punta de la isla que le interesaba.

Se volvió otra vez y buscó la Estrella del Norte; luego las dos estrellas gemelas de la Osa Mayor, que estaba ahora baja en el cielo noroeste: esa era su dirección. La siguió.

No había tenido tiempo de fijarse lo que el bote contenía. Sabía que habría allí pan y agua. Quizá tabaco y fósforos. Tal vez un arma. Debía haber también nafta de repuesto. Y alguna luz. Poco después aseguraría el timón y exploraría, pero todavía no.

¡Ah, no!

Detrás suyo brilló una luz, un reflector que recorría lentamente el agua, de oeste a este, de este a oeste. Dos veces la luz se posó a poca distancia detrás de él; una vez trazó adelante un círculo de luz.

Cada vez se le subió el corazón a la boca, trató de dar mayor velocidad a la lancha, aunque era de un modelo bien escogido y lo llevaba a una rapidez de más de veinte nudos. Pero comprendía por el reflector que la lancha perseguidora tenía velocidad mayor y aun podía desarrollar más.

Luego volvió a saltar su corazón, cuando el rayo de luz se posó en su estela, dió vuelta y lo envolvió en firme resplandor. ¡Lo habían visto!

No oyó el estampido de las armas por el ruido del motor, pero comprendió que a su alrededor caían balas. El mismo comandante debía estar en la lancha.

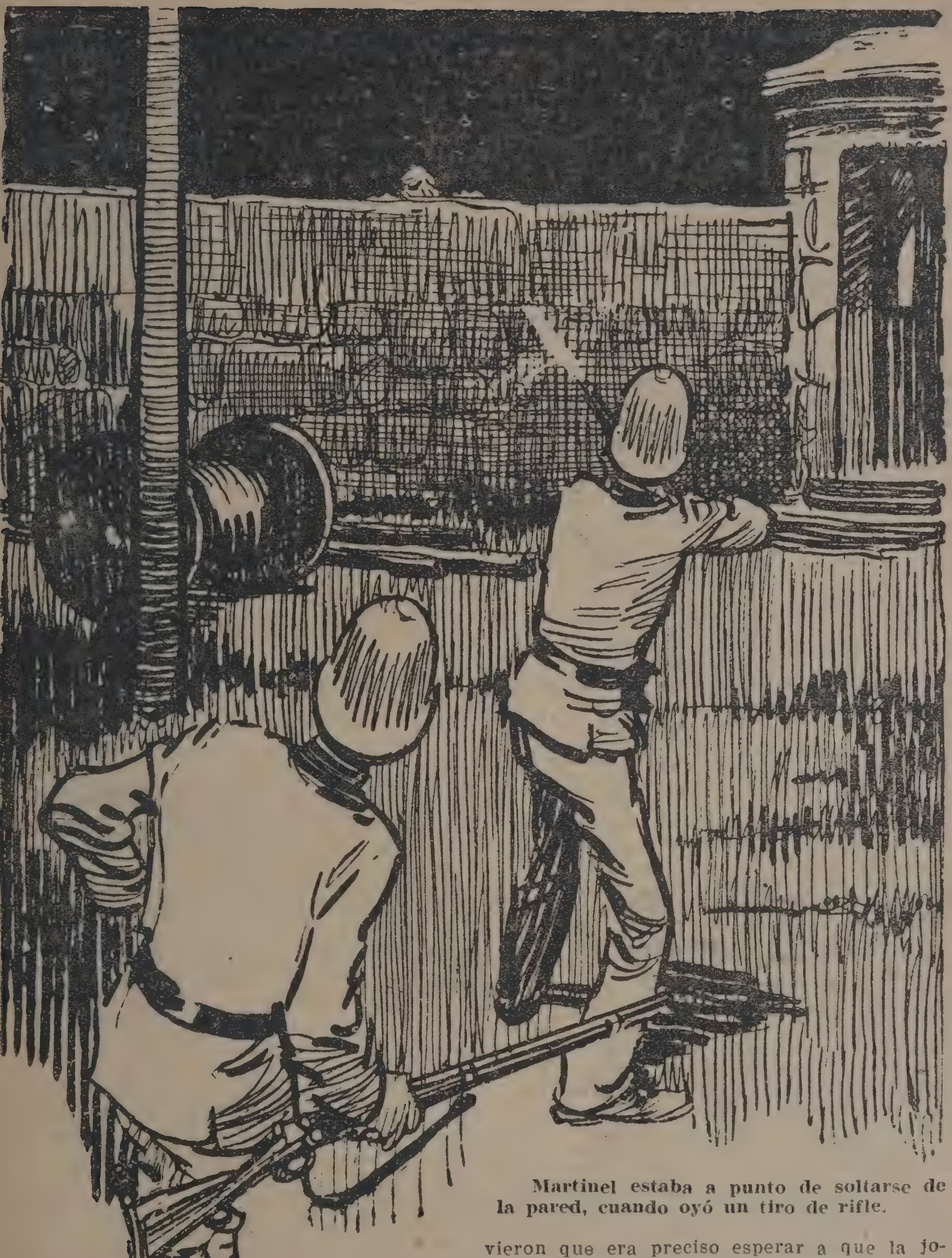
Tendría media docena de hombres armados a rifle. Tirarían y tirarían hasta que lo acribillaran a él y al bote a balazos. A no ser que el comandante estuviera también sobornado. Pero desechó ese pensamiento. Los subalternos podían sucumbir a la tentación; pero un oficial superior no. Sería incapaz de faltar así a su deber.

Su ánimo se apocó. No creía poder escapar ahora de aquella persecución implacable Los otros no renunciarían. Lo seguirían aunque fuera hasta las Antillas. Si pudiera hallar el otro barco que lo buscaba, todavía habría alguna esperanza.

Pero no se animarían a acercarse tanto a la Isla del Diablo. Sólo un milagro podía salvarlo ahora.

Y el milagro se produjo. Fué el aire frío de las montañas, en el interior del continente, que intervino para salvarlo. Poco contaba, Luis Martinel con que las fuerzas de la naturaleza fueran en su auxilio. Poco pensó en los fenómenos de condensación del aire frío, al ponerse en contacto con los tibios remansos de las tierras bajas, en la niebla que iba a nacer de esta unión, en su afinidad con el aire salitroso de la costa, en la brisa de la noche que la iba empujando a través de la extensión de agua que va desde el delta del Orinoco hasta el más vasto delta del Amazonas.

Sólo supo, que, de pronto, rápida, generosa, la niebla descendió sobre las aguas, como una sábana, blanca y húmeda que lo envolvió entre sus pliegues. Martinel gritó, en su júbilo. Ningún bote perseguidor lo hallaría tras aquella impenetrable barrera.



Martinel estaba a punto de soltarse de la pared, cuando oyó un tiro de rifle.

VII

EL NEGRO AYUDA

Contrariamente a lo convenido con Roxane Blake no la acompañó al Havre aquella noche.

Cuando llevaron a Estela a su cuarto del hotel y oyeron el informe del médico, resolvieron que era preciso esperar a que la joven se repusiera, antes de emprender el viaje Roxane no quería partir sin ella. Había empezado a ayudar a la joven por simpatía: pero ahora le parecía un deber continuar haciéndolo, hasta que hubiera deshecho los planes de Sofía Beautemps. Probablemente había un deseo de venganza personal, además en su propósito

El resultado fué que Blake decidió ir en auto a Burdeos esa noche.

—Usted puede partir para el Havre ma-

ñana — dijo a Roxane. — Encontraré algunas cosas que arreglar, aunque el yate esté listo para partir. Además puede ser que yo pesque algún dato de lo que ocurre en Burdeos. Puede ahorrarnos tiempo.

—¿Y luego?

—Le telegrafiaré al Havre. Entonces sabré lo bastante para decidir si iré en auto a reunirme con usted al Havre o si nos conviene más citarnos en algún punto; en la desembocadura del Garonne, por ejemplo.

Quedó así convenido y poco después de la media noche, Blake se dispuso a recorrer en auto las trescientas cincuenta millas y pico que hay de París a Burdeos.

El auto pertenecía al garage de su propio hotel, el Carlitz. El chauffeur conocía hacía tiempo al famoso detective inglés y lo acompañó con mucho gusto, porque nunca se sabía qué clase de emociones esperaban al que llevaba a Sexton Blake. Pero Blake le aseguró, burlonamente, que aquella vez sería una excursión tranquila.

Los caminos franceses no son tan buenos como los ingleses; pero en aquella carretera, de París a Burdeos, a esa hora de la noche, se puede marchar sin peligro a cincuenta millas por hora. Blake había expresado el deseo de llegar a su destino lo más pronto posible y Henri, el chauffeur, hacía todo de su parte para complacer a su pasajero.

El principal motivo de la prisa de Blake era su creencia de que Sofía Beautemps y los otros estarían ya en camino, a no ser que el sorprendente encuentro ante el panel secreto la hubiera hecho cambiar sus planes. Pero Blake pensaba que más bien la haría apresurarlos; y el haber hallado vacía la casa de la Rue Vaneau parecía apoyar esta creencia.

Poco después de las dos de la mañana pasaron por Orleans. Dejaron la ciudad a una distancia de setenta millas. A las dos y media estaban en la antigua ciudad de Blois, la residencia de los reyes de Francia. Ahora el sitio estaba dormido. Sólo algún gendarme dirigió su mirada al auto que pasó a toda velocidad.

Casi antes de que Blake se diera cuenta, Blois quedó atrás y entraron en la igualmente histórica ciudad de Tours. Otras setenta millas y se enhebraron por las calles tortuosas de Poitiers, histórico campo de batalla entre ingleses y franceses. Habían recorrido ya doscientas millas y Blake, al mirar su reloj, vió que eran las cinco.

Habían marchado a una velocidad de cuarenta millas por hora. No estaba mal.

Otras setenta millas y llegaron a Angulema. Eran las seis y treinta y ya día claro. También, mirando por la ventanilla, pudo Blake ver los obreros que se dirigían a su trabajo. Tocó el vidrio y cuando el auto se detuvo junto a la acera, bajó, estirando las piernas y bostezando.

—Podemos tomar un poco de café y ron, Henri — dijo.

—¡Bien, monsieur! — fué la pronta respuesta y luego, cortesmente: — ¿Monsieur durmió algo?

—No he pegado los ojos, Henri. He estado fumando y pensando. Cuando nos pongamos en camino nuevamente, me sentaré en el pescante con usted para tomar un poco de aire puro. ¿A qué hora llegaremos a Burdeos?

—Al paso que vamos, a las nueve y media. Pero, si monsieur quiere llegar antes, iré más ligero.

—No, vamos bien así. A las nueve y media me basta.

Tomaron café, abundantemente rociado con ron en un café, entre un numeroso grupo de obreros. Estos últimos dirigieron curiosas miradas al caballero delgado que viajaba a semejante hora; pero luego alguien mencionó Burdeos y movieron afirmativamente la cabeza, como explicándose el caso. Burdeos es el tercer puerto de Francia, después de Marsella y el Havre; de modo que parecía natural que el viajero se apurara para alcanzar algún barco.

Blake y el chauffeur estuvieron sólo quince minutos en el café; luego no se detuvieron más, atravesaron el Garonne, en Libourne, y entraron a Burdeos, deteniéndose frente al Hotel Inglés, en la plaza de la Quinconce.

Blake no despidió del todo a Henri. Después de decirle que buscara acomodo para el auto, se desayunara y durmiera, le ordenó que volviera al hotel a las tres de la tarde a recibir nuevas instrucciones.

—Puede ser que vuelva o no con usted a París — le dijo. — No puedo decirlo todavía.

Blake pidió un cuarto para él y después de tomar una ducha fría, se desayunó.

Luego, conociendo bien el puerto, salió a pie cruzando el gran puente de piedra que conduce a La Bastide.

De allí se dirigió hacia la dársena interior, esperando que entre la cantidad de buques anclados allí hallaría el que buscaba.

A medio día no le había encontrado aún. Ni, aunque volvió a cruzar el puente y pasó al otro lado del puerto, lo había hallado a las dos de la tarde. Pero cuando llegó al puerto de mayor calado, de Balacan, vió cuatro buques, todos de mediano tamaño y de carga, le pareció que descendían el estuario.

No eran los únicos que habían partido esa noche, pero, grandes o pequeños, los examinó con sus experimentados ojos y no le pareció que niguno de ellos llevara la expedición de Sofía Beautemps.

Sin embargo, entre aquel cuarteto de Balacan, había dos que le parecieron sospechosos. Era demasiado tarde para ver quienes iban a bordo. Pero podía averiguar en la oficina del puerto que buques eran y a que puertos se dirigían.

No perdió tiempo en poner en práctica su idea. Lo demoró irritantemente la identificación; pero al fin se le permitió examinar la hoja de salida de barcos y pasando su dedo sobre la lista lo detuvo sobre lo siguiente:

"B. Nantes. Propietario Bandeau, para Georgetown, Demerara".

No era prueba suficiente, pero le bastó a Blake. Ya había pensado que Sofía Beautemps no se atrevería a usar como base de operaciones ningún punto de la Guayana Francesa, para ayudar a un penado a escapar de la Isla del Diablo.

Elegiría más bien un punto en la Guayana

inglesa u Holandesa. Este le pareció que era el dato que necesitaba.

Con todo, no dejó ahí el asunto. En vez de eso, siguió sus investigaciones hasta que pudo examinar una lista de los oficiales del Nantes. Y cuando llegó al hombre del jefe de máquinas ya no le quedó más duda de que estaba en la buena pista. Porque el nombre era Gordon Cardew.

Ahora sabía porque el joven de Montreal era tan valioso para Sofía Beautemps: por su dinero y por su conocimiento de las máquinas de buques. No era extraño que se hubiera tomado la molestia de seducirlo.

Su primer cuidado al salir de la oficina del puerto fué ir en busca de Henri.

Había decidido ahora volver al norte y reunirse con Roxane en el Havre.

Evitaría París. Podían ahorrar camino y tiempo tomando el camino de Burdeos a Saumer y Carters y de allí a Rouen.

Encontró a Henri esperándolo en la puerta del hotel, según sus instrucciones.

Le hizo un telegrama a Roxane, diciéndole que partía en seguida. A las cuatro de la tarde se pusieron en camino y a las dos de la mañana estaban en el muelle del Havre. Media hora después cenaba a bordo de La Brise y comentaba con Roxane el resultado de sus averiguaciones en Burdeos. Después de salir el sol, el yate partió del Havre.

Trece días después que el pequeño y sucio buque de carga, Nantes salió de Burdeos y doce días después de la partida de La Brise, del Havre, Sexton Blake entraba en el Club de Georgetown, en la Guayana Inglesa, a las seis de la tarde.

En el puerto estaba anclado el yate, que había llegado hacía menos de dos horas. Roxane no bajó a tierra con Blake. El había ido en busca del capitán MacAllister, Jefe de Georgetown y sabiendo que probablemente se encontraría en el club, donde se reunían a esa hora la mayor parte de los europeos, se dirigió a él.

No sufrió decepción. Encontró a MacAllister, mismo donde esperaba hallarlo, su largo y flaco cuerpo repantigado en un amplio sillón de mimbre, el cigarro entre sus fuertes dientes, un vaso de punch a su lado y media docena de compañeros a su alrededor.

Era la hora en que los británicos, procedentes de varios puntos del Reino Unido, se juntaban en el club, que es algo indispensable en la vida de los exilados.

Sexton Blake no era un desconocido. Mac Allister lo había tratado antes, lo mismo que dos de los otros, un comerciante y un banquero. Los otros conocían bien su nombre, de manera que cuando McAllister terminó su ruidosa acogida. Blake se instaló en el círculo, como parte natural de él.

No trató de su asunto antes de media hora. Siguió la conversación general, pidió bebida y les contó las últimas noticias de Inglaterra. Luego, cuando uno o dos se levantaron para irse a comer, Blake llevó a parte a McAllister.

—¿Está comprometido con alguien para comer, Mac?

—Siento estarlo, Blake. Como aquí, en el club, con un amigo. Mejor es que nos acompañe.

—No puedo. Ceno a bordo del yacht.

MacAllister sonrió.

—¿De modo que vino usted en ese yacht? Lo vi entrar esta tarde al puerto. No sabía que se hubiera dedicado al yachting.

—No es así. Viajo con una amiga. Creo que usted la ha oído nombrar, la señorita Harfield, más conocida por Mademoiselle Roxane.

El otro le hizo una guiñada.

—¡Ajajá! — murmuró. — De manera que los rumores no han mentido. ¿Y cuando es el fausto acontecimiento, viejo?

—¡Déjese de bromas, Mac! No hay tal cosa. Yo... nosotros hemos venido por asuntos serios. Por eso quiero conversar con usted. ¿A qué hora cena?

—A las siete y media. Puedo concederle media hora ahora o después de la comida.

—Vamos entonces donde podamos hablar a solas.

MacAllister lo condujo a un pequeño cuarto, separado del salón principal del club.

—Bueno, ¿qué pasa, Blake? — le preguntó, después de pedir bebida. — ¿Viene usted tras algún criminal fugitivo que sospecha se encuentra aquí? No tengo noticias de que haya llegado gente nueva últimamente.

—No es eso precisamente. He venido porque tengo motivos para creer que Georgetown se va a usar como base de operaciones para ayudar a cierto convicto de la Isla del Diablo a fugarse.

—No me sorprendería. Pero nosotros no nos ocupamos oficialmente de eso. Naturalmente que, si un preso escapado desembarcara aquí, tendríamos que arrestarlo; pero mientras no seamos enterados oficialmente. no nos tomamos ninguna molestia. Y hasta creo que la mayor parte de nosotros siente simpatía por esos pobres diablos.

—Estoy de acuerdo con usted. Pero éste es algo distinto. ¿Oyó hablar de Luis Martinel?

—¿De la banda de Martinel?... Sí. Todo el mundo sabe que usted la destruyó.

—No fuí yo solo. Mademoiselle Roxane desempeñó papel importante. Bueno, usted sabe que toda la banda ha muerto. excepto Martinel. Fué condenado por toda la vida a la Isla del Diablo. Y ahora se trata de facilitar su evasión.

—¿Sabe algo del plan?

—En la banda había una mujer. Salió absuelta. Y hace meses que trabaja en ese plan de fuga. Creo que sus agentes están aquí, en Georgetonw.

—Pero ¿y cómo esperan realizar el plan? Las autoridades de la Isla del Diablo no se descuidan después de la última fuga, en que cuatro hombres llegaron a Trinidad.

—Por medio del soborno, en escala tal que puede resultar eficaz. Pero tengo además la sospecha de que esta tentativa no será parecida a ninguna otra. Creo que trabajan de modo muy distinto. En realidad he estado armando los trozos del rompe cabezas durante el viaje, y creo haber llegado a lo que podría ser una solución.

—Parece interesante. ¿Cuál es el plan?

—Hacer que Martinel escape y sin embargo... siga prisionero.

—¿Qué diablos quiere decir?

—Parece un chiste alemán, lo sé. Pero esa mujer, Sofía Beautemps, ha hecho bien sus proyectos. Ahora está en camino de Georgetown. Salió de Burdeos un día antes que nostros del Havre; pero el yate es mucho más rápido que el barco en que ellos viajan. No llegarán aquí hasta dentro de dos o tres días He aquí lo que creo se propone Sofía Beautemps.

En Francia la Beautemps ha atraído a un hombre que le servirá para desempeñar el papel de Martinel. No creo que, ni en sueños, sospeche él el destino que lo espera. Pero pienso que el plan de la mujer es hacer que agarren a este pobre diablo, después de la fuga de Martinel y lo lleven a la Isla del Diablo, en lugar de éste. Si el soborno ha sido eficaz, el plan no ofrece mayores dificultades. Los sobornados cuidarán de que el gobernador no inspeccione, ni se controlen las medidas Bertillon. Simplemente pondrán al infeliz en confinamiento solitario y allí se pudrirá por muchos años. Eso es lo que sospecho y trato de verificar.

—Si está en lo cierto, es un complot diabólico.

—Sofía Beautemps es capaz de cualquier cosa. Por eso estoy ansioso de revisar este nido, donde sus agentes se albergan. Pensé que podría usted ayudarme.

—Usted sabe que, por usted, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa, Blake. Uno de mis hombres puede descubrirle algo. Tengo un criado negro que es una maravilla para esas cosas. Puedo prestárselo. Si hay semejante nido en Georgetown, él lo encontrará

—Le quedaré muy agradecido.

—¿Cuando lo quiere?

—Lo más pronto posible.

—Bien. Le mandaré aviso en seguida. ¿Quiere que se lo envíe a bordo del yate?

—Sí, haga el favor.

A las ocho de aquella misma noche un tipo de lo más extraordinario subía la escala de Jacob y Roxane y Blake, que estaban sentados bajo un toldo, en la cubierta de La Brise, no pudieron reprimir una sonrisa cuando Cameron trajo el hombre hacia ellos.

Era un negro de muy escasa estatura, menos de cuatro pies, y tan delgado que la camisa de algodón y los pantalones, únicas prendas que vestía parecían cubrir holgadamente un esqueleto. Caminaba con los pies hacia afuera, sus brazos eran tan desproporcionadamente largos que le pasaban de las rodillas. Tenía boca enorme y cuando sonreía, como ahora, le formaba una vasta caverna que se extendía de oreja a oreja, Al parecer, no tenía dientes.

Sus ojos eran grandes y el blanco de tamaño mayor que el usual. La cabeza, pequeña y redonda, estaba cubierta de mota, negra como tinta. Aunque el tipo era raro y su aspecto no predisponía en su favor, ni hacía pensar que tuviera mucha inteligencia, Blake sabía que si MacAllister se lo recomendaba era porque lo había puesto a prueba.

Su lenguaje y modales no eran ni tímidos ni insolentes, aunque reía aparentemente sin ningún motivo, con una sonoridad profunda y asombrosa.

Blake decidió que era oriundo de Jamaica; pero su idioma era una mezcla de inglés negro, de francés criollo y de español de la costa. Ante Roxane, su actitud fué de estupefacción. Era probable que nunca hubiera visto de cerca criatura tan hermosa.

Cuando ella le habló quedóse completamente mudo. Sólo pudo sacarle algunas palabras inteligibles. Pero lo que oyó convencióle de que MacAllister le había enviado el hombre que necesitaba.

Adolfo, como se llamaba el negro, estaba ya enterado de lo que se trataba antes de venir al yate, porque después de algunas preguntas, informó a Blake, en su extraño lenguaje de que conocía a dos personas como las que el "patlón" buscaba.

—Son hombles de Cayena — explicó. — Mala gente. Quizá vienen a libeltad a otlo de la "Ile du Diable".

Aquello era vago; pero Blake comprendió que el negro estaba enterado de que habían venido de Cayena dos hombres que estaban entregados a algún trabajo furtivo. Pensaba, además, el negro que podrían estar preparando la fuga de algún convicto de la Isla del Diablo. ¿Podía llevarlo a él hasta el lugar? Sí, podía y lo haría. El "glan Patlón" le había dicho que se pusiera enteramente a las órdenes de Blake. ¿Cuando? Ahora, si el "señol" deseaba.

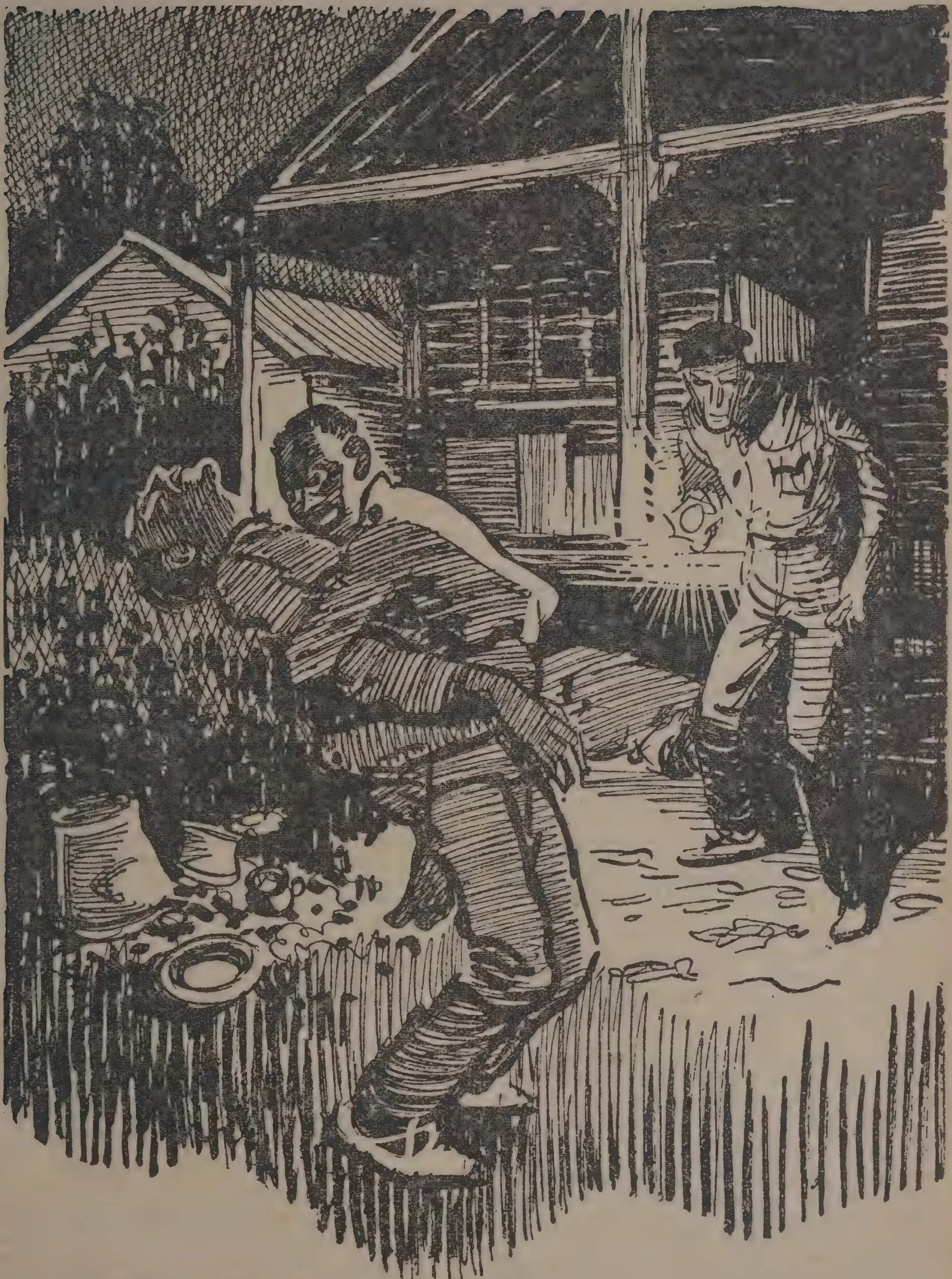
Y Blake lo deseaba. Cuando más pronto hallara un eslabón de la cadena que estaban forjando en Georgetown, tanto mejor. Porque mientras no supiera algo definido tenía que proceder por suposiciones. Después de todo, no había pruebas de que el Nantes fondeara en Georgetown.

Blake se puso un traje de brin azul obscuro, gorra y zapatos con suela de goma, para que su presencia pasara lo más inadvertida posible. No consintió en que lo acompañara Roxane. Se mostró firme en esto, diciéndole que, a lo sumo era una expedición de reconocimiento y que los sitios que iban a recorrer no eran para ella.

Cuatro marineros los llevaron a tierra y, haciendo señas a Adolfo de que guiara. Blake subió al muelle. En Georgetown, la rambla es amplia, porque se trata de una ciudad muy bién construída. Pero, pasando el mercado, se llega a una parte antigua de la ciudad, compuesta de cabañas de madera amontonadas, entre palmeras y pequeñs plantaciones de cañas de azúcar, por entre las cuales corren estrechos senderos. Y el sitio no es agradable de noche.

Adolfo parecía saber perfectamente a donde iba. No vaciló, no habló. Sólo una vez dió vuelta la cabeza para ver si Blake lo seguía.

Tampoco hizo Blake preguntas. Empezaba a creer que el sitio donde vivían los dos "sospechosos" era alguna de aquellas cabañas. Pero no sabía hasta que punto pensaba Adolfo acercarse a ellas. En verdad se sorprendió cuando, sin prevenirlo, el negro se metió por una entrada obscura y le hizo señas, con mano fantasmal, que lo siguiera. Blake lo hizo e instantáneamente llegó a sus narices el fétido olor de los negros. Podía ser lo que Adolfo llamaba "su casa" o donde habitaban algunos amigos. No creía fuera la guarida de los hombres de Cayena,



Blake alumbró con la linterna y vió a Adolfo, abrazado a otro hombre.

a no ser que se tratara de negros.

Se detuvo al pasar la baja entrada. Oía murmullos en el cuartito que comprendió constituía toda la cabaña. Luego sintió que Adolfo le tocaba el brazo.

—Espele aquí, patlón — murmuró el negro. — Voy a vel si los hombles están en casa.

Blake no lo detuvo. Por el camino venía pensando en lo que haría, una vez descubier-

to el nido que buscaba. Si los hombres estaban en casa, poco más podía hacer que observarlos y proyectar una visita más minuciosa al día siguiente.

Pero, si no estaban, podría hacer algunas averiguaciones. Parecióle que Adolfo no había hecho más que entrar en la cabaña, cuando regresó, informándolo de que los hombres no estaban. Blake se decidió rápidamente. Agarró al negro del brazo y lo hizo salir por la puerta:

—Condúzcame al lugar — fué su murmurada orden.

Resultó ser una de las cabañas iguales a la que acababan de dejar, aunque estaba un poco más aislada. Se hallaba en completa obscuridad; pero la puerta, aunque cerrada, no tenía llave.

Blake tuvo que agacharse para entrar.

—Usted quédese aquí y vigile — dijo al negro. — Yo voy a entrar.

Entró a la cabaña y cerró la puerta. Luego encendiendo su linterna, examinó el interior. Estaba pobremente amueblado, dos catres, uno en cada rincón, un par de sillas de madera, una mesa rústica y unos cuantos utensilios de cocina. Fué todo lo que vió hasta que miró debajo de la mesa. Allí vió una pequeña caja negra, de acero.

Se puso en cuatro pies y agarró la caja. Un breve examen le mostró que la cerradura era barata y sencilla. Con cierto instrumento que sacó de su bolsillo la abrió en pocos momentos.

Pero antes de hacerlo sacó su pistola automática y la dejó sobre la mesa, al alcance de la mano. Luego atacó la cerradura. A los tres minutos el contenido de la caja estaba a su disposición, aunque a la primera mirada parecióle que había poco que examinar.

Vió algunos papeles, escritos en francés, un fajo de billetes de banco franceses de cien francos de valor cada uno, algunas monedas sueltas, de plata y oro, material de escribir y, en el fondo, una pequeña libreta negra.

Blake agarró éste y la abrió al azar. Al principio le intrigó lo que leía. Luego comprendió que estaba escrito en clave. Un examen másc detenido lo hizo comprender que eran copias de telegramas enviados y recibidos.

Con tiempo, hubiera Blake descifrado fácilmente la clave, porque no parecía muy complicada. Pero cuando llegó a la última anotación, movió la cabeza satisfecho. Era muy sencilla:

"L. N. 8 - L. O. 55"

Hasta un marinero bisoño no hubiera hallado dificultad en comprender que quería decir: "Latitud Norte, ocho grados; Longitud Oeste, cincuenta y cinco grados".

La posición comprendió Blake — había examinado mucho las cartas geográficas en el viaje — debía ser un sitio del océano, cerca de la costa de la Guayana Inglesa, más o menos frente a una punta entre Georgetonw y Paramaribo, en la Guayana Holandesa, es decir a algunas millas de distancia de la boca del Río Gorentyn.

Volvió la libreta a la caja y cerró ésta. Acababa de dejarla en el suelo cuando oyó un ruido, semejante al silbido de una serpiente.

La pareció que venía de la puerta y, agarrando la linterna, se dió vuelta. Vió a Adolfo, con la boca abierta, agitando los largos brazos y luego oyó ruido sobre la apolillada plataforma de madera exterior. Después Adolfo desapareció como por encanto.

Blake agarró su pistola y saltó hacia la puerta. En el suelo, mismo detrás de la orilla de la plataforma, vió a Adolfo, luchando con dos hombres. Por un momento iluminó Blake el grupo, con la luz de la linterna; luego descendió de un salto de la plataforma y con la linterna en una mano y la pistola en la otra se lanzó sobre los combatientes.

Alguien se metió por debajo de sus brazos y lo agarró por la cintura. Blake bajó el caño de su pistola, como si fuera una cachiporra y sintió que pegaba en un brazo. Pero el golpe fué de refilón y un instante después sintió que le cortaban la manga, desde la muñeca al hombro, de una cuchillada dirigida hacia arriba.

Volvió a pegar y esta vez tuvo cuidado de que el golpe estuviera mejor dirigido, aunque pegó al azar, porque la linterna se había apagado.

El caño de acero tocó algo duro y esta vez no contestaron al ataque. Los brazos del hombre se aflojaron y cayó con un gemido.

Buscando a tientas el resorte de la linterna, Blake se dió vuelta y pudo ver a Adolfo abrazado a otro hombre. Sus largos brazos le oprimían el torso y sus flacas piernas estaban enroscadas en los muslos del otro. Y todo el tiempo pegaba con su duro cráneo contra la barba del otro, que tenía apretado contra sí.

¡Bang, bang, bang!

Cada golpe era distinto, dado con una fuerza de que sólo es capaz la cabeza de un negro. Luego, mientras Blake se lanbaza hacia adelante, se oyó crugir un hueso, como si el costado de la mandíbula del adversario de Adolfo se hubiera partido.

Adolfo saltó antes de que su víctima cayera y a la luz de la linterna pudo ver Blake su boca cavernosa, abierta en silenciosa risa.

Luego, apagando una vez más la linterna, echaron a correr entre la colección de cabañas, siniestras y obscuras.

(Continuara)

Lea en el próximo número

NAZENLER

LÁTIGO NEGRO

DETECTIVE

Por Charles Hutchinson

(Continuación)

POR SENDEROS SECRETOS

¡LOBOS! ¡Un grupo de exploradores! ¡Nos han visto!

Aguila Roja murmuró aquellas palabras alarmado. El gran Larson lanzó una carcajada ronca.

—Claro que los han visto. Y no son exploradores, aunque creo que traen anteojos. Es Lou Peters y su partida... la más temible de la banda. ¿A que no los pelea con su látigo, forastero? ¡Lo dejarían a usted seco!

Galvanizado e intrépido por aquella nueva esperanza, se puso de pie y lanzó un prolongado aullido de lobo, antes de que Látigo Negro pudiera impedírselo.

Pero el aullido se interrumpió bruscamente al cruzarle Látigo Negro la cara de un latigazo.

Látigo Negro miró el grupo de jinetes tranquilamente y en ese momento oyóse el estampido de un rifle y una bala pegó entre las rocas. El joven tocó a Aguila Roja en el hombro.

—¡Agarra un caballo, muchacho! — le ordenó en dialecto. — Sígueme y nada temas — sin dirigir otra mirada a los quejumbrosos Lobos, agachóse y corrió hacia la quebrada.

El joven indio lo siguió, conduciendo el caballo de Larson por la rienda. Más balas picaron cerca; pero la distancia era todavía demasiado grande para que dieran en el blanco. Cinco minutos de trepar sobre rocas y meterse por entre grupos de malezas llevó a los nuevos camaradas hasta un gran risco, detrás del cual había ocultado Látigo Negro su cabalgadura. Era ésta una yegua, huesuda, fea, pero veloz.

Sacó Látigo Negro un winchester del costado de la montura. Introdujo un cartucho en la recámara y dirigió una mirada a su alrededor, buscando el mejor refugio. Pero Aguila Roja le oprimió fuertemente la muñeca

—¡No, señor! — la cara del muchacho era suplicante. — No debemos quedarnos a pelear. Usted es valiente; pero esos hombres son los más peligrosos de los Lobos. Y saben que estamos aquí. Nos rodearán y matarán fácilmente. Es mejor disparar esta vez.

—Pero... ¿a dónde? — preguntó Látigo Negro y el muchacho salvaje, señalando hacia la montaña habló rápidamente.

—¡Allá, a mis cuevas! Yo lo guiaré. Hay muchas cuevas que se internan en la misma tierra. Son las antiguas moradas de pueblos que vivieron aquí, en el principio del mundo. Nadie nos hallará. Los lobos me han perseguido muchas veces, pero siempre pude escaparme por entre mis cuevas. Y una vez que un hombre blanco entre en ellas no puede hallar más el camino de salida. ¡Venga!

Látigo Negro pensó rápidamente. ¡Cuevas subterráneas, catacumbas! Había oído hablar de laberintos primitivos al sudoeste de Texas y Arizona, construídos por habitantes de América, en la edad de piedra, siglos antes de los pieles rojas.

Y el muchacho vivía en ellos,... los conocía. Eso podía ser útil.

Vaciló un momento Látigo Negro entre huir o pelear. Luego su boca se torció súbitamente. Había tomado una resolución.

—¡Vamos, entonces! Te sigo.

Aguila Roja montó con la rapidez del rayo en el caballo de Larson.

Y luego empezó un peligroso viaje y la persecución entre las salvajes alturas de Morro. El nuevo escuadrón de los Lobos estaba ahora al pie de la loma; era un grupo eficiente, valeroso, muy distinto del de Larson. Agachados sobre sus monturas espoleaban cruelmente a sus caballos.

Un grito del herido Larson les indicó el rastro y aparecieron en lo alto de la barranca, haciendo fuego.

Aguila Roja y Látigo Negro cabalgaban, estribo contra estribo, aprovechando lo que más podían su ventaja. Las balas que silbaban sólo hicieron sonreír a Látigo Negro. Había expresión traviesa en sus ojos. Miraba al extraño muchacho que iba a su lado.

—¿Cómo te llamas amigo? — le preguntó.

Aguila Roja se lo dijo:

—Soy un apache, el último de mi raza en el Morro — añadió orgullosamente, haciendo saltar una alta roca a su caballo. — Los hombres me llaman Aguila Roja.

Sus dulces ojos negros se fijaron en el despreocupado compañero, que cabalgaba tranquilamente a su lado.

—¿Usted es mi amigo, señor? ¡Bueno! Por espacio de muchas lunas he peleado solo contra los Lobos. Ahora lo ayudaré — exten-

dió su mano y Látigo Nefro la estrechó.

Así mientras los caballos subían dificultosamente la montaña, a la mayor velocidad posible y los rifles detonaban abajo de ellos, quedó sellada una extraña asociación.

Siguieron subiendo hasta que llegaron a la boca de un desfiladero, que partía en dos la ladera. Pero ahora los lobos estaban peligrosamente cerca.

Látigo Negro se dió vuelta repentinamente en la montura, divisó una camisa azul en la pendiente e hizo fuego con el winchester. Lou Peters lanzó un gemido y cayó sobre el cuello de su caballo; pero se recobró fieramente. Un minuto después Látigo Negro había desaparecido dentro del desfiladero antes de que sus enemigos, que rugían maldiciones, pudieran contestar a aquella demostración de magistral puntería.

—¡Tiren ahora! — murmuró, siguiendo a Aguila Roja a lo largo de la orilla del desfiladero. Los cascos del caballo resonaban sobre sólida roca, ahora, sin dejar huellas. Látigo Negro sonrió, echóse el sombrero a la cara y encendió un cigarrillo. Tiró detrás el fósforo, con gesto burlón

—¡Galopa, injun! — gritó y poco después envió otro tiro fuera del desfiladero. Cuando se unió otra vez a Aguila Roja éste daba vuelta alrededor de una gran masa de líquenes. Látigo Negro detuvo un momento el paso de su caballo.

Ante él, hasta donde la vista alcanzaba, se extendían vastas profundidades, rugosas, obscuras y desoladas. De la orilla del desfiladero cinco senderos angostos se extendían en varias direcciones, como si un pájaro gigantesco hubiera dejado impresas sus garras entre las rocas.

—¡Caramba, que guarida! — murmuró Látigo Negro sonriendo y taloneando nuevamente el caballo. Aguila Roja volvió la cabeza y le sonrió

—Hemos despistado ahora a los Lobos — gritó. — Son buenos rastreadores; pero no nos seguirán hasta aquí.

Luego tomó por el sendero exterior de la derecha que corría entre sombrías paredes de piedra. Látigo Negro tiró su cigarrillo a medio fumar. Pero, poco después encendió otro y la expresión pensativa de sus ojos aumentó.

Diez minutos después el rumbo cambió bruscamente.

Levantando la mano, Aguila Roja se apartó de la especie de cornisa que era el sendero, metiéndose por una angosta y obscura boca, en el costado mismo de la montaña. Látigo Negro, tirando su tercer cigarrillo, lo siguió.

La secreta abertura se parecía a un pequeño pasaje, socavado en la montaña, hasta que se ensanchó convirtiéndose en amplia y sombría quebrada, sembrada de rocas. Esta, a su vez, se unía con otra montaña más grande todavía, un monstruo cuya cara parecía picada de viruela, debido a los agujeros que lo sembraban y que eran pequeñas cuevas. Había una cantidad de cuevas, como vió Látigo Negro de una sola mirada. Pero sólo una, la más grande de todas, estaba al pie de la montaña y hacia ella se dirigió Aguila Roja.

Desmontando, condujo por debajo de un arco sombrío que se perdía en la obscuridad.

El ruido de los cascos de los caballos despertaba extraños ecos que parecían alejarse hacia las entrañas de la tierra. El viento gemía y suspiraba débilmente entre invisibles pasajes, por lo que el aire era puro, aunque frío.

Sacó Látigo Negro una linterna eléctrica de su montura e iluminó a su alrededor, mientras Aguila Roja observaba gravemente. El poderoso rayo de luz de la linterna no alcanzaba, sin embargo, a llegar al alto techo de la cueva, que se perdía en impenetrable obscuridad.

En lo alto de las rugosas paredes, había agujeros negros, unidos entre sí por angostas cornisas, pacientemente socavadas en la roca por los hombres primitivos que habían morado allí. Había pináculos de piedra, semejantes a dientes de dragones, que sonreían malignamente a la luz, mientras que el polvo de los siglos se amontonaba en las grietas. Látigo Negro se dijo a sí mismo:

—¡Qué cuartel general! Creo que podríamos salir al valle por infinidad de "puertas". Lobos, estoy seguro de que yo y mi nuevo socio — dedicó un tierno pensamiento al otro, a Beefy, que había quedado en Londres a cargo de la agencia — los vamos a hacer bailar sin ganas.

—¿Le parece bueno... patrón? murmuró junto a él Aguila Roja y Látigo Negro asintió con la cabeza, sonriendo ante el título que el muchacho le daba.

—Muy bueno. ¿A dónde conducen estos pasajes, Aguila Roja?

El indio extendió los brazos.

—A través de las montañas orientales, patrón. Algún día se los mostraré, porque yo solo conozco sus secretos. Yo que he pasado aquí toda mi vida, desde que murió mi padre. El era el hechicero de la tribu, un hombre muy sabio.

—Su hijo es sabio también y valiente — dijo Látigo Negro, sonriendo con dulzura. — ¿Y crees que estamos seguros aquí?

El muchacho contestó enfáticamente.

—Seguros, patrón! Los Lobos son hábiles pero no les hemos dejado rastro alguno. En la roca, nunca descubrirán por cual de los cinco senderos...

Se detuvo bruscamente y alzó la cabeza con gesto de alarma. Por un segundo se quedó rígido e inmóvil, escuchando. Luego, con áspero gruñido, se tendió en el suelo y aplicó a él el oído. En el mismo momento Héctor gimió suavemente y gruñó.

Látigo Negro observaba atentamente. Pocos segundos después Aguila Roja se puso en pie de nuevo. Con el rostro inescrutable; pero sus ojos estaban dilatados de sorpresa y de alarma. Dedos de acero se hundieron en el brazo de Látigo Negro.

—¡Patrón — jadeó el muchacho — me equivoqué! ¡Perdóneme; pero me he equivocado. Algo ha salido mal ¡Los Lobos... nos han seguido!

Una alegre sonrisa apareció en la delgada cara de Látigo Negro... sonrisa casi traviesa. Y de repente empezó a reir de un modo que hizo a Aguila Roja mirarlo extraña-

do. Sacó sus revólvers y los examinó cuidadosamente.

Luego, por algunos instantes, le murmuró a Aguila Roja órdenes en dialecto; órdenes que hicieron al muchacho salvaje poner tensos sus músculos y sonreir agriamente.

En ese momento, Lou Peter y sus lobos detenían los caballos en la entrada del angosto sendero que atravesaba la montaña exterior.

LA BATALLA EN LAS CUEVAS

Los Lobos se detuvieron a un gruñido de su jefe que cabalgaba con los ojos fijos en el suelo de piedra. Desmontaron y rodearon a Lou Peters, mientras éste atisbaba cautelosamente dentro de la obscura boca. Se dió vuelta con expresión de frío triunfo en su cara.

escondidos en esa cueva, los sorprenderemos. ¡Escuchen todos!

Yo no puedo tomar parte en esta pelea. Este hombro herido me entumece el brazo. Ustedes, muchachos, penetren en la cueva. Yo haré lo que pueda también con mis pistolas para facilitarles la entrada. Una vez que hayan penetrado en la cueva, manténganse cerca y tiren a matar. No pierdan el valor ahora. Sólo es de temer el hombre Entren cuando de la señal y tiren rápidamente. ¿Están listos?

Los hombres contestaron que sí.

—¡Vamos entonces! — gritó y saltó dentro de la quebrada como un tigre. Sus pistolas vomitaron fuego y plomo. Un gran estruendo rompió el silencio de las montañas.

El grupo de bandidos penetró en la cueva, amenazando de muerte a los que estaban adentro.

Látigo Negro y su salvaje compañero escalaban la montaña perseguidos de cerca por los Lobos.

—¡Compañeros, dejen sus caballos! Creo que tendremos que seguir ahora a pie. Este extranjero que buscamos puede ser muy buen tirador, pero es descuidado. Demasiado descuidado, el maldito idiota. Creo que nunca pensó lo seguiríamos tan lejos.

Una mancha roja aparecía en su hombro y debajo de ella la herida le ardía y palpitaba dolorosamente. Pero la voz del bandido era resuelta, sombría. Lou Peters, el pistolero de piernas combadas, era duro de alma y de cuerpo. Después de el Lobo era el hombre más peligroso y temido de la famosa banda de Texas.

Al final del "pasaje", los Lobos se detuvieron a esperar órdenes. Peters dirigió una mirada a las cuevas, a través de la quebrada, y sonrió amenazadoramente.

—Quizá nos están observando. Tienen armas; pero no son más que dos y, si están

Y mientras el jefe los protegía con sus pistolas, los otros Lobos atacaron.

En grupo compacto penetraron por la boca de la cueva, a la obscuridad. Solamente una ametralladora hubiera podido impedir aquel ataque en masa, porque a cada paso los experimentados bandidos hacían fuego juntos; las balas pegaban en las paredes de roca. Los bandidos se mantenían hombro contra hombro, para no perderse en el laberinto. Lou Peters volvió a cargar sus Colts, sonriendo salvajemente.

El tiroteo se había hecho más débil; cesó un momento mientras los atacantes daban vuelta un recodo. Pero luego hicieron todos fuego a la vez. De pronto, sobre el ruido de las detonaciones se elevaron agudos gritos de apache, el furioso ladrido de un perro, ruidos confusos.

Otro grito que terminó bruscamente. ¡Crac,

¡crac! crac! Una voz de hombre volvió a gritar; se apagó, como si el que gritaba se batiera en frenética retirada. Más tiros, más ecos. Luego un débil y triunfante aullido de lobo. Eso y el mortal silencio dijeron a Peters todo lo que deseaba saber. Se adelantó. Detúvose un momento para enfundar una de sus pistolas y encender un cigarrillo. Entró en la cueva despreocupadamente.

Lo que fué una desgracia para él.

Porque no bien lo envolvió la obscuridad, un látigo sinuoso silbó alrededor de su cuerpo. El arma le fué arrebatada de la mano; pero otra se apoyó amenazadoramente en sus costillas. Luego una voz fría, áspera, penetró en su aturdido cerebro.

—¡Manos arriba! — dijo aquella voz y Lou Peters no discutió.

Guiado por el revólver y por la luz de una linterna, Peters se vió obligado a internarse más en la cueva y dar vuelta un brusco recodo. El espectáculo que vieron sus ojos hizo aflojar sus rodillas.

Inertes en el suelo, sujetos juntos por la presilla de un lazo, estaban cuatro de los Lobos. Cada uno de ellos había sido desmayado por un culatazo de revólver. El quinto había detenido el paso de una bala 45 y su carrera de Lobo se detuvo al mismo tiempo.

Era una limpieza en regla de seis de los mejores y... peores hombres de la banda.

Peters miró en torno suyo con ojos huraños; a Aguila Roja que lo contemplaba gravemente, a Héctor, el perro alsaciano, a su alto y tranquilo apresador, Látigo Negro.

Látigo Negro

Se apartó la cortina

Fué este último que interrumpió el espantoso silencio con una carcajada.

—¿Conque fueron ustedes suficientemente hábiles para seguirnos hasta aquí, compañeros? — dijo burlonamente. — Bueno... a decir verdad, yo me lo esperaba. Dejé cartuchos de bala, colillas de cigarro y otros indicios por todos los pasajes.

Peters cuando yo disparo, no dejo rastros. Pero claro está que usted no podía saber eso.

Peters tragó saliva, comprendiendo que su enemigo no era el "descuidado idiota" que él había creído. El idiota había sido él. Aquel sonriente batallador le había tendido un lazo, desde la entrada del desfiladero.

—Sí... cayeron ustedes en la trampa — prosiguió Látigo Negro indolentemente — A ustedes, los Lobos, se les ha llenado de humo la cabeza. Y aunque ese ataque en masa fué hábil, no lo resultó del todo. Porque nosotros no estábamos en el suelo, esperándolo... si no arriba.... en las cornizas.

Olvidó también usted, Peters, que cuando los hombres están en la obscuridad y una luz repentina hiere sus ojos, quedan un momento enceguecidos. Eso fué lo que ocurrió a sus muchachos, cuando dieron vuelta el recodo en montón. Y mientras se hallaban deslumbrados, cayeron dentro de mi lazo, arrojado desde arriba por Aguila Roja y de las mandíbulas de Héctor, muy capaces de volver loco de terror al hombre más malo. ¿Comprende?

Peters comprendía.

—Luego improvisamos por nuestra propia cuenta una pequeña batalla. — sonrió Látigo Negro — Y un aullido de lobo lo atrajo a

na fantástica figura.

usted como un imán. Peters, ha sido usted un papanatas.

Obligó a tenderse al hombre que gruñía ferozmente, entre los otros cautivos.

—Dentro de pocos instantes le curaré la herida — dijo — Pero después de eso, yo y mi nuevo socio, Aguila Roja, los haremos internar en estas cuevas. No pude tomar prisionero al grupo de Larsen; pero a ustedes los tengo y los guardaré.

Siguió otro tenso silencio, interrumpido solamente por las maldiciones entre dientes de Peters. Luego:

—Y no será ésta la última hornada. — continuó tranquilamente Látigo Negro. — Pienso, además, capturar muy pronto al jefe de ustedes: el Lobo.

UN MENSAJE PARA EL LOBO

—¡Eh!... ¿qué es eso? ¡Miren, muchachos!

Con repentinos y ásperos juramentos, los hombres que holgazaneaban frente a la taberna "El Pistolero", de Morro, se pusieron fingidos, en señal de atención. Su actitud indolente se convirtió en alarmada actividad.

—¡Demonios! ¡Es Rod! ¡Rod Arthurs!

—¡Eh!... ¡agarren ese caballo, muchachos!

Gritando, llenos de agitación y curiosidad, se separaron para cerrar el paso al fatigado caballo y al jinete que entraban al pueblo, procedentes del valle. Los flancos del caballo brillaban, cubiertos de sudor, bajo el ardiente sol de Texas.

Su jinete, sin sombrero, sin armas, estaba caído en la montura, con la cara hundida profundamente entre la crin del caballo.

Manos rudas agarraron al caballo y lo detuvieron; otras se alzaron para ayudar al hombre que venía, al parecer herido. Estaba también como atontado y desasiéndose de las manos de sus amigos, se dejó caer, como un peso muerto, al suelo. Cuando lo volvieron a levantar un grito de dolor escapó de sus labios.

—¡Déjenme! ¡No me toquen! — gimió. — ¡Ay!... mi espalda... mi espalda!...

El grupo de malhechores retrocedió, mirando su desgarrada camisa con ojos espantados. Uno de ellos juró al fin, violentamente.

—¿Quién fué, Rod? ¿Quién te azotó, compañero? ¡Vengan, muchachos! Llevémoslo pronto adentro.

—¡No me toquen! — el hombre quejumbroso los maldijo, con el rostro huraño y sombrío — ¿Qué quién fué? Pues... ese sonriente coyote que dice llamarse Látigo Negro.

Ese fué... Yo... yo...

Con un esfuerzo dominó el temblor de sus labios.

—¿Dónde está el jefe? ¡Pronto!... quiero ver al jefe.

Entró, tambaleándose, a la taberna, cayó y fué ayudado cuidadosamente a levantarse. Un sombrío silencio había sucedido a la mención de Látigo Negro. Las duras miradas de los hombres hacían preguntas silenciosas y las manos se dirigieron instintivamente a las culatas de sus revolvers.

¡Látigo Negro! ¿Quién era aquel enemigo misterioso que había aparecido de pronto para pelearlos? ¡A ellos, los Lobos de la Frontera, la gran banda de malhechores de Texas que por espacio de tantos meses había aterrizando el Valle de Morro y la comarca de Río!

Morro City les pertenecía, era el cuartel general de los bandidos. Porque todos los

Aguila Roja

habitantes de aquella mísera población ganadera eran miembros de la banda.

Sin embargo, aquel Látigo Negro ya les había causado serias derrotas, aunque sólo pocos miembros de la banda lo habían visto. Y los que le vieron lo lamentaban profundamente. Ahora le había tocado el turno a Rod Arthurs, un pistolero resuelto, rápido. Llegaba desarmado, casi sollozante, por los azotes recibidos.

Maldiciendo, quejándose, Arthurs fué conducido hasta una de las habitaciones privadas al fondo de la taberna. Allí alguien llamó a la puerta con el caño de su revólver. Uno... uno, dos... uno. Instantáneamente un cholo contestó al llamado. Se apartó con rostro impasible a la vista de los hombres ceñudos.

Pero solamente los dos que sostenían a Arthurs en sus brazos entraron, con el bandido flagelado. Los otros Lobos se quedaron en el bar, murmurando entre sí. Sabían que no era conveniente seguir a los otros, en montón.

El muchacho indígena cerró tranquilamente la puerta y condujo a lo largo de un corredor, apartando luego una cortina de cuentas. Arthur y sus compañeros penetraron a un cuarto alto de techo, obscuro y agradablemente fresco, después del calor de afuera.

Las ventanas, provistas de rejas, estaban cubiertas por cortinas transparentes, de seda. En la pared del fondo había una abertura, en forma de arco. Los muebles consistían en un escritorio con incrustaciones, dos sillas de paja y un cómodo sofá.

Cubrían el suelo de piedra esteras exquisitamente trabajadas por los nativos y, en altos floreros de cerámica, había flores de la pradera, frescas y brillantes.

Formaba sombrío contraste con esta decoración una cabeza roja, de lobo, que enseñaba salvajemente los dientes, encima de la puerta.

Apenas el lastimado Arthurs se había dejado caer sobre el sofá, cuando fué apartada la cortina que cubría la puerta, en forma de arco. Los otros dos bandidos se quitaron los sombreros y retrocedieron respetuosamente al entrar un cuarto hombre en la pieza.

Entró rápidamente. Su figura era alta, erguida, y su aire imperioso quedaba realzado por su fantástico atavío. Desde los hombros a los talones de sus brillantes botas, cubríalo un poncho azul suelto, que disimulaba completamente su figura. Una máscara del mismo color ocultaba sus facciones, de las orejas para abajo. Solamente quedaban al descubierto la frente y los ojos pálidos, inexpresivos.

Deteniéndose, dirigió una larga mirada a los hombres. Sin embargo, ninguna señal de alarma o de piedad apareció en sus ojos al ver al postrado Arthurs. En vez de eso, líneas de altanera sorpresa y cólera surcaron su frente.

—¿Quién te ha dado permiso para sentarte en este cuarto? — su voz era baja, culta, helada como las aguas de un torrente de la montaña. Arthurs hizo una mueca, como si la fusta de Látigo Negro lo hubiera azotado de nuevo.

—Estoy sentado... por.. porque no puedo... tenerme en pie... — empezó sombríamente; pero no fué más adelante. En dos zancadas el Lobo llegó junto a él.

—Entonces, échate en el suelo, como un perro, — dijo con acento sibilante y con fuerza cruel tiró al hombre del sofá al suelo. Arthurs se encogió todo, gimiendo, mientras sus compañeros miraban nerviosamente hacia la puerta

—¡Ay... jefe! ¿No ve que estoy todo lastimado? — gimió el bandolero.

El Lobo arqueó desdeñosamente las cejas.

—¿A mí qué me importa? — dijo desdeñosamente. — Este es mi cuarto y hay que respetarlo como tal. Eso es todo — golpeó el suelo con el pie. — ¿En dónde has estado? Te mandé antes de amanecer con Red Hutches a apoderarte del ganado del "ranch" Box-K. Arruinaré a ese imbécil obstinado de Wilson, su propietario. Y bien ¿cumplistes mis órdenes?

—No, jefe — balbuceó Arthurs — No pudimos ni acercarnos al Box-K. ¿Quiere tener la bondad de escuchar mi relato?

El Lobo lo miró con ira durante un tenso segundo. Luego se sentó en una de las sillas, recogiendo la manta con sus largos y finos dedos.

—Bien... ¡habla pronto! — dijo secamente. Arthurs se puso penosamente de rodillas.

—Pasó esto, jefe. Yo y Red fuímos, como usted nos ordenó. Antes de salir el sol íbamos a caballo. Por el desfiladero de La Navaja, al este de Morro y nos detuvimos un momento para dar resuello a los caballos. Y entonces... — un juramento brotó de sus labios — entonces... se nos apareció Látigo Negro.

—¡Látigo Negro! — los pálidos ojos de el Lobo se encendieron de furia, su cuerpo se puso rígido. — ¿Látigo Negro se ha metido con nosotros nuevamente?

Arthurs se encogió e hizo un movimiento afirmativo de cabeza.

—Sí, jefe. No hacía un segundo que nos habíamos detenido cuando oímos una risa burlona y tranquila, detrás nuestro. Nos dimos vuelta rápidamente; pero no tuvimos oportunidad de defendernos. Todo lo que vimos fué un par de Colts que nos apuntaban desde lo alto de una roca. El que los esgrimía era ese maldito Látigo Negro.

—¿Estaba solo? — rugió el Lobo.

—No, jefe. Se ha unido a él el muchacho apache, ya sabe, Aguila Roja. Ese mocoso nos ha estado peleando solo mucho tiempo. Y es fuerte, el maldito... fuerte como un lobo.

—Y Látigo Negro ¿qué aspecto tiene?

—Como nos han contado, jefe. Es un tipo alto, fuerte, joven; viste completamente de negro. Se reía el maldito. Y no dijo más que: ¡"Arriba las manos, Lobos!". Puede imaginarse que las levanté.

—¡Puedo imaginarlo! — dijo con sorna el Lobo. — ¿Y Hutches también las levantó?

El rostro de Arthurs se ensombreció.

—No, el muy idiota. Llevó la mano a su pistola — hizo una significativa mueca. — Este Látigo Negro es rápido como el rayo. Red recibió una bala en el hombro antes de que tuviera tiempo para sospecharlo.

—¿Y tú, perro cobarde, te rendiste? — con un salvaje juramento, el Lobo le aplicó un puntapié al hombre lastimado, que lo hizo dar vuelta sobre sí mismo. Saltó de la silla luego, para pegarle; pero Arthurs, protegiéndose con el codo, gimió implorante.

—¡No me castigue, jefe!... ¡No me castigue! Hay más todavía. ¡Mire! Látigo Negro me dió esto para usted.

De su cinto sacó un papel arrugado, que puso en la amenazadora mano del jefe.

—Me azotó con un largo látigo — gimió — y luego me dijo que le entregara esto. Me subió a caballo y se llevó a Reddie a algún sitio de las montañas. Yo... yo no pude hacer nada, más que agarrarme al caballo. Y he venido hacia aquí...

—¡Bah! — el Lobo le arrebató el papel, lo abrió y lo leyó rápidamente. Una ola roja inundó su frente mientras lo hacía.

"Al Jefe Coyote.

"Oiga, hombre. Me he apoderado de seis de sus ases, hace dos días. Uno de ellos es Lou Peters, su teniente, según he oído. Los tengo bien escondidos; de manera que no se moleste en buscarlos.

Ahora, he aquí mi oferta. Si quiere recobrar a Lou Peters, vaya a verme a Monte Solitario, esta tarde, a eso de las cuatro. Traiga todos los hombres que crea necesarios para que lo defiendan, si tiene miedo. Pero no intente ninguna jugarreta, porque si no... Quiero hablar de negocios con usted. Mejor es que venga.

Látigo Negro".

Lentamente arrugó el Lobo el papel, en sus manos semejantes a garras. El frío y desdeñoso mensaje lo puso en un estado de cólera próximo a la locura. Se dominó prontamente, sin embargo, con voluntad de hierro. Su rabia se disipó tan rápidamente como había estallado. Los pálidos ojos se volvieron nuevamente fríos e inescrutables. Agarrando una guitarra, adornada con cintas, se puso a tocar suavemente, mientras sus pensamientos acompañaban las notas.

¡Lou Peters prisionero! ¡Su pistolero más rápido y temible, jefe de sus "gangsterns" y uno de los pocos de la banda que tenía inteligencia, además de audacia! Por eso era que había desaparecido. ¡En poder de Látigo Negro con otros cinco pistoleros, de los buenos también!

El Lobo continuaba tocando la guitarra, tranquila, monótonamente. Su rostro, detrás de la máscara, tenía expresión sombría. Las palabras de Látigo Negro resonaban en su cerebro.

En el frío corazón de el Lobo no había temor, si no sorpresa y una gran curiosidad. Fuera quien fuese aquel Látigo Negro, era hombre peligroso, a quien había que conocer y estudiar lo más pronto posible. Además, ocurriera lo que ocurriera, era preciso intentar algo para rescatar a Lou Peters. Dejando bruscamente la guitarra el jefe de los bandidos se levantó. Había tomado una resolución.

—Tú, Kansas, elige a diez de nuestros mejores hombres; que se preparen para partir enseguida. Murden, llevate a este perro quejumbroso de aquí y atiende a sus lastimaduras. El muy idiota no servirá para nada por un mes o dos. ¡Vayan... pronto!

Golpeó las manos, mientras los hombres, levantando a Arthurs salían apresuradamente. El muchacho sirviente entró en la pieza y recibió breves órdenes, en español.

—Mis espuelas, ni poncho de montar y las armas. ¡Pronto!

Cuando el cholo hubo salido, el Lobo agarró una flor del florero más próximo y, pensativo, empezó a arrancar sus pétalos, con crueles dedos, mientras hacía sus últimos planes. Una sonrisa sardónica curvó sus labios.

—Y bien, Látigo Negro, — murmuró — me obligas a tratar contigo mientras tienes prisionero a Lou Peters. Pero... posiblemente, si muy posiblemente, te arrepentirás.

El muchacho volvió a entrar con sus avíos de montar. Diez minutos después una siniestra cabalgata salía de Morro City, envuelta en una nube de polvo

El Lobo iba a la cita.

SE PACTA UNA TREGUA

Monte Solitario estaba situado a unas quince millas de Morro City. Era un alto pilar de piedra, curtido por el tiempo, que se alzaba sobre el valle como un monumento natural. Un angosto sendero partía de él, en dirección a los grandes "ranchs", en el extremo del valle. Aquí y allá, entre los mezquites, pastaban novillos salvajes.

Alzaron las cabezas, provistas de largos cuernos y huyeron al acercarse los Lobos.

Los bandidos se dirigían a todo galope hacia el Monte Solitario. Los rifles brillaban en la parte de adelante de sus monturas. El Lobo cabalgaba audazmente a la cabeza, figura siniestra, pero graciosa, con el largo poncho rojo, la máscara y el sombrero blanco. Por fuera de la capa tenía un cinto de pistolas. Cuando la banda estuvo a un tiro de rifle de la roca, levantó imperiosamente el brazo.

—¡Abranse ahí! ¡Apunten todos o la roca! Y hagan fuego a la primera señal de traición.

Los hombres obedecieron, sujetándose con las rodillas solamente, mientras preparaban los rifles. Pero aparentemente, no había nada que temer. El sitio parecía desierto. Hasta que no estuvieron a unas diez yardas del enorme pilar de piedra, nada ocurrió.

Pero luego se oyó un grito, tan fuerte y repentino que el Lobo casi sentó el caballo sobre las ancas.

—¡Alto!

Todos los Lobos se detuvieron bruscamente.

Luego, por un largo minuto, la salvaje banda permaneció inmóvil, silenciosa, emocionada, a pesar de sus nervios de acero. Con

ojos dilatados miraron a la figura alta, de negro, que salió negligentemente de atrás de la fortaleza de piedra, como si no existieran enemigos en muchas millas a la redonda.

Cierto que llevaba dos pesados Colts y un largo látigo; pero los revolvers se hallaban en sus pistoleras y el látigo colgaba sinuosamente de su muñeca izquierda.

Todo lo que tenía en las manos era un cigarrillo, a medio armar. Una sonrisa burlona curvó sus labios, al saludar con la cabeza a la sorprendida banda.

—¿Cómo les va? — murmuró tranquilamente y terminó de armar el cigarrillo.

Una maldición salvaje murió en labios de el Lobo. La sorpresa dió paso a una ciega cólera. Había esperado que Látigo Negro le hablara desde un refugio o por lo menos que fuera a su encuentro con los revolvers prontos. Su mano se dirigió rápidamente hacia la pistola; pero allí quedó.

No intentó sacarla del cinto. Látigo Negro se limitó a sonreirle.

—Compañero, — dijo con voz cantante — si piensa sacar ese chisme, mire primero hacia arriba. Está lindo el día ¿no?

Los ojos de el Lobo se dirigieron hacia arriba y su mano cayó prontamente. Sus hombres también miraron y maldijeron. Látigo Negro no estaba tan desprevenido ni indefenso, después de todo.

Muy alto, encima de sus cabezas, el caño de un Winchester de repetición, los amenazaba silenciosamente desde una pequeña grieta. Un rostro hermoso, cobrizo, los miraba impasible.

—Ese es Aguila Roja, mi nuevo socio. Buen tirador, el chico — añadió. — Bueno, caballeros, vamos a los negocios.

Encendió el cigarrillo y arrojó al aire una bocanada de humo. Mientras lo hacía logró el Lobo recobrar la serenidad. Momentáneamente, la misteriosa sangre fría de Látigo Negro lo había dejado aturdido. Pero ahora se preparó para jugar aquella partida mortal con la misma frialdad que su adversario.

—¿Y bien? — habló al fin el jefe de los bandidos. — Escucho. — sus hombres se acercaron más para oír la respuesta de Látigo Negro.

—¡Bien! — dijo la voz agradable de Látigo Negro — Permítame empezar diciéndole que he venido a Morro para concluir con los Lobos. ¿Entendieron?

—Entendimos — respondió el Lobo, rabiando interiormente por aquella audaz declaración — ¿Qué más?

—Esto. Como le dije, tengo en mi poder a seis de sus coyotes, incluso Lou Peters.

A cinco de ellos los guardo. A Peters puede usted recobrarlo vivo... con una condición.

—Es usted muy amable — contestó suavemente el Lobo — ¿Cuál es esa condición?

—Que me dejen ustedes entrar en Morro City mañana por la tarde.

—¿Usted... usted... desea ir a nuestro pueblo? — murmuró el Lobo al fin. Látigo Negro movió afirmativamente la cabeza.

—Sí. Pacto una tregua — dijo sonriendo — Quiero comprar alimentos y otras cosas. Tengo que alimentar a mis prisioneros.

—¡Y ahora escuche — añadió vivamente — Mañana yo entraré a Morro City y me quedaré allí hasta la puesta del sol. Después de eso, si cumplen ustedes lo convenido, iré a caballo hasta ese grupo de rocas que queda dos millas fuera del pueblo. Allí haré una señal y, cuando mi compañero la vea, pondrá en libertad a Lou Peters. Yo volveré a casa. Después de eso empezaremos la guerra de nuevo. A cualquiera de sus hombres que agarre lo mataré o lo azotaré. Eso es todo. Lo toma o lo deja. Pero... — sus ojos se achicaron — si lo deja puede tirarle un beso de despedída a su as, Lou Peters. ¿Entiende?

Esta vez pasó más tiempo aún antes de que el Lobo contestara. Sus ojos brillaban sombríamente, mientras trataba en vano de trazar planes.

—Es usted un hombre extraño — se burló — Pero me siento casi inclinado a aceptar su proposición... si tiene usted valor para cumplirla.

—Mi valor es grande, compañero — fué la imperturbable respuesta.

—¿Y cómo voy a asegurarme de que cumplirá usted su promesa de poner en libertad a Peters? — dijo el Lobo.

Látigo Negro se encogió de hombros.

—Tiene mi palabra y eso vale más que un contrato firmado por usted — dijo sarcásticamente. — También... — su rostro se endureció — si piensa usted hacerme matar detrás de las rocas, después que yo haya dado la señal, piénselo bien.

Una vez que yo haya salido del pueblo, cuidaré de mí mismo. Cualquiera que crea lo contrario, Lobo, puede pesarle.

Con movimiento demasiado rápido para que la vista pudiera seguirlo, agarró las culatas de sus revólvers.

—Bueno ¿qué decide? ¿Quiere que vuelva Peters? ¿Acepta una tregua hasta mañana, a la puesta del sol? ¿Promete no intentar nada contra mí dentro del pueblo? Conteste o vuélvase a su agujero. ¡Tengo prisa!

Por un momento más vaciló el Lobo. Era bastante astuto para no comprender por qué quería ir Látigo Nagro al pueblo: para espiar. Bueno, lo que averiguara, no le serviría de mucho, pensó. Resolvió de pronto que Látigo Negro era, después de todo un idiota, un matón arrogante y cabezudo.

Se quitó su sombrero e hizo una reverencia burlona.

—¡Muy bien, Látigo Negro! A sus órdenes. Queda declarada la tregua hasta mañana, al ponerse el sol. Pero después de eso... — odio asesino brilló en sus ojos — cuídese.

—Recuerdos a todos los de la familia — dijo Látigo Negro serenamente. Luego sacó sus pistolas. — ¡Ahora, márchense!

El Lobo maldijo y tiró violentamente de la rienda a su caballo.

—¡Vamos! — gruñó a sus hombres. Se dieron vuelta y se lanzaron al galope detrás de él, en rabioso y maravillado silencio.

(Continuará)

EL RANCH "LOS TRES"

Por FRANCIS WARWICK

(Continuación)

LA DANZA DEL MEDICO

UN débil rayo de luz de luna que vió delante de donde él estaba, fué lo que hizo que a Kildare le palpitase agitadamente el corazón.

Sintióse arrastrado hacia aquella luz girando sobre sí mismo sin poder evitarlo y en medio de las espumosas aguas. Le pareció que un enorme caudal de luz se presentaba de golpe frente a él.

¡Y un momento después la fuerza del agua lo arrojó con ímpetu extraordinario, por los aires!

En esa tan inesperada forma salió Kildare de la parte subterránea del río y se encontró en un extenso remanso de aguas tan serenas que en ellas se reflejaban como en un espejo las titilantes estrellas que brillaban en el cielo nocturno.

Kildare se jactaba a veces, — claro está, que en tono de chanza, — de que tenía siete vidas y con seguridad recordó tales manifestaciones en aquel momento, aun cuando no pensó ni un solo momento en sí mismo. En cuanto se vió en aquel plácido remanso pensó en sus compañeros.

Al primero que vió fué a Murphy, que nadaba hacia él por un sitio donde la luz de la luna daba en el agua.

—¡Ah! ¡De modo que usted había estado por acá! — exclamó Murphy. — ¡Esto ha sido más rápido que el tobogán del parque de la exposición... ¿Pero dónde están los demás?

Kildare se dió cuenta de que hacía pie en terreno sólido. Se había acercado, sin saberlo, a un banco de arena. Se puso de pie y una vez erguido y en lo más alto del banco de arena, miró en redor.

—¡No veo a los otros! — dijo en voz baja.

Murphy se acercó nadando y en cuanto pudo tocar fondo se puso de pie y se acercó a Kildare.

En el rostro del corpulento irlandés se notaba una triste expresión de ansiedad cuando miró a uno y otro lado y no vió a los camaradas que faltaban.

Hasta el borde del agua crecían altos pinos de grueso tronco, en torno de todo aquel remanso iluminado entonces por la luz de la luna. Ahí el río, después de su paso torrencial por las cavernas de la montaña, se ensanchaba hasta tomar las dimensiones de un verdadero lago.

De improviso Murphy adelantó rápidamente una mano agarrando con ella, como con una zarpa, el hombro de Kildare.

—¡Mire! — exclamó — ¿Qué es aquello?

Una cabeza negra acababa de aparecer a la sombra de una de las orillas. Alguien trataba de hacer pie en uno de los bancos de arena. Vieron al punto, que se trataba de Dalroy.

Kildare gritó con todas sus fuerzas, llamándolo.

Dalroy volvió la cabeza, agitó una mano y gritó en respuesta. Se acercó, vadeando el bajío, a donde estaban Kildare y el irlandés.

—¿Y el muchacho? ¿Y Tommy? — preguntó.

Kildare movió negativamente la cabeza.

—No lo hemos visto. ¡Pobre muchacho! Me parece que no ha sido tan afortunado como nosotros.

Durante un largo rato permanecieron los tres observando desde el punto más alto. Pero no vieron rastro alguno del joven piel roja.

Tristes y silenciosos se dirigieron por último a la orilla y no tardaron en pisar tierra seca.

Comenzaba a amanecer.

Una débil luz grisácea aparecía ya del la-

do del Este y les permitió ver la boca de la caverna de la cual salía el caudal de agua de río vertiéndose desde mucha altura sobre unos rápidos y extendiéndose y serenándose luego. La selva, en aquel punto, no había sido atacada por el fuego, aun cuando el aire llevaba en sus salas negras pavesas del incendio.

Los tres compañeros se quitaron toda la ropa que tenían puesta y la colgaron a secar en las ramas de los árboles. El viento cálido y rápido de la mañana comenzó pronto a secarla y la fuerte luz del sol terminó la tarea en poco rato más.

Poco después de haberse vestido de nuevo, con la ropa enteramente seca, oyeron, no muy lejos detrás de ellos, un ruido que les hizo volver la cabeza.

Entre los árboles, de pie, observándolos con atención, estaba un hombre semi desnudo, adornado con muchas y extraordinarias cosas que le colgaban del cuello y de la cintura; cuentas, huesos y plumas pintadas de colores varios. Tenía el rostro tatuado en tal forma, que presentaba muy curiosas señales de color azul en los pómulos. Aquel era, sin duda, un médico, es decir un "hombre de medicinas", de una tribu de pieles rojas.

Además, era un tipo al que habían visto con anterioridad.

—¡Demonio! — dijo Kildare en voz baja. — ¡Es Víbora Oculta, el médico y mago de los mohawks! ¡El hermano de Zorro Rojo, el matador de Aguila Negra!

El extrafalario personaje los miró fijamente y en sus ojos brilló una luz extraña y salvaje.

—¡Nos ha reconocido! — dijo Dalroy.

El médico lanzó un grito de alarma y de terror a la vez. Se volvió y se alejó corriendo por entre los árboles.

Pronto se pudo calcular a qué había obedecido aquel grito de Víbora Oculta.

Llamados a aquel sitio por Víbora Oculta, no tardaron en llegar unos veinte guerreros de la tribu de los mohawks, a todo correr. Llegaron corriendo y gritando muy excitados y rodearon amenazadores a los tres blancos.

—¡Presos otra vez! ¡Por el rabo del diablo! — gruñó Murphy, riendo amargamente.

. . . .

—¡Hola, blancos extranjeros surgidos de las aguas!

Un gigantesco jefe mohawks había entrado en el "tepí" indio a donde habían sido llevados los tres cautivos. El "tepí" era una choza cónica, formada con palos y cueros de búfalos y que tenía como puerta el espacio entre dos de los palos que formaban su armazón. Tapaba esa puerta una cortina de colores.

El jefe mohawk los miró fijamente, muy serio con los brazos cruzados y envuelto el cuerpo en una lujosa manta azul. Miró sucesivamente a cada uno de los presos.

—¡Al menos este habla inglés! — gruñó Dalroy moviéndose dolorido porque las ataduras le tenían piernas y brazos acalambrados.

—¡Oiga usted! — dijo Kildare al indio. — ¡Supongo que usted no nos creerá cuando le digamos que no matamos a Aguila Negra!

El jefe mohawk se estremeció al oír las palabras de joven.

—¿Que ustedes no mataron a Aguila Negra? — repitió lentamente. — ¡Pero entonces, Aguila Negra ha muerto!

—¿No lo sabía usted? — preguntó Kildare maravillado. — Creía que Víbora Oculta le habría contado todo, diciendo que habíamos... mejor dicho que se nos suponía culpables de haber matado a Aguila Negra. Si él no ha dicho eso, ¿por qué entonces, se nos tiene aquí prisioneros?

—¡Sus palabras son muy extrañas ¡oh extranjero, rostro pálido! — dijo el jefe. — Nada sabemos sobre Aguila Negra porque la partida de caza con la que partió río arriba aun no ha regresado. ¡Y afirma usted que el gran jefe Aguila Negra ha muerto! ¡Con seguridad han podido saberlo mediante alguno de sus recursos mágicos de los cuales ha hablado Víbora Oculta!

Los tres cautivos se miraron unos a otros asombrados y perplejos.

—Díganos entonces qué es lo que Víbora Oculta ha dicho respecto a nosotros, — dijo Kildare con tranquila serenidad.

El jefe mohawk inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Así será. Sepan, pues, ustedes, ¡oh blancos extranjeros surgidos de las espumosas aguas! que durante muchos años nos han dicho nuestros hombres sapientes que había de llegar un día en que la gran nación de los mohaws vería restaurada su anterior grandeza de otros tiempos, en los tiempos anteriores a aquellos en que el hombre blanco vino a nuestras tierras, muchos, pero muchos años atrás, cuando el búfalo rumiaba en libertad en la extensa pradera y proporcionaba abundante alimento al hombre rojo, dueño y señor de todo.

"La señal de nuestro resurgimiento, de nuestra vuelta a los viejos tiempos sería el regalo de tres hombres de rostro blanco, destinados al sacrificio y procedentes de las rugientes aguas.

Alzó el brazo y señaló la puerta del "tepí". Por entre las hileras de pinos que separaban el claro donde estaba el campamento de la orilla del río, veíase la boca de la enorme caverna, la caverna por la cual volvía a salir a la luz del día el río subterráneo.

—¡Tres extranjeros blancos que surgieron de las aguas nos serían enviados por los dioses de los mohawks! — El viejo jefe levantó su voz y se expresó en tono triunfante. — ¡Esa sería la señal! ¡La señal de que los mohawks iban a volver a las tierras que antes fueron suyas, desafiando a los hombres blancos y haciendo que brillaran de nuevo los felices días pasados tanto tiempo antes!

—¿Ha dicho usted "destinados a sacrificio"? — preguntó fieramente Dalroy.

El jefe indio inclinó afirmativamente la cabeza.

—¡Al sacrificio! — dijo con solemnidad.

—Se ve claramente que son ustedes los tres hombres blancos de quienes hablaron nuestros hombres de medicina. La venida de ustedes es la esperada señal. ¡Ustedes deben ser sacrificados a los dioses de la nación mohawk!

—Me está pareciendo que no me gusta nada la idea, ¿no es cierto? — dijo Murphy.

Sin pronunciar una sola palabra más el jefe se retiró del "tepí".

Dalroy se volvió hacia Kildare. Era tal su furor que el recortado bigote se le erizaba en forma amenazadora.

—¡Así que ese es el plan de Víbora Oculta! — exclamó irónicamente. — ¿Comprenden ustedes. El sabe que nosotros sabemos que fué su hermano quien mató a Aguila Negra y por eso quiere quitarnos de enmedio. Existe alguna leyenda, imbécil como todas las leyendas, según la cual tres blancos aparecerán como un regalo, entre las espumosas aguas y el pícaro se ha aprovechado de esa superstición para decir que el regalo somos nosotros y que debemos ser sacrificados. Como es el hombre de medicinas y el evocador de fantasmas, todos le tienen miedo y están dispuestos a hacer cuanto él ordene.

—Sí; le es mucho más fácil hacer que nos sacrifiquen que convencer a su pueblo de que nosotros matamos a Aguila Negra y hacernos matar por eso, — dijo Kildare. — Como el grupo que fué de caza y que nos capturó, no ha regresado y es muy fácil que no regrese nunca, pues probablemente han perecido todos en el incendio, ese canalla no iba a tener testigos en que apoyar su acusación y no podía demostrar que matamos a Aguila Negra.

Se oyó en aquel momento un rumor de pasos fuera del "tepí" de los cautivos.

Entraron seis corpulentos guerreros en la cabaña y tomando a los prisioneros, — dos por cada uno, — los alzaron del suelo atados como estaban y los sacaron al exterior.

En el centro de un círculo de "tepís" habían sido enclavados en tierra tres postes. A esos tres postes ataron a los tres cautivos.

Gran número de pieles rojas, guerreros y jefes estaban sentados en círculo. En un sitio el corro se partía dejando lugar a un personaje extraño que danzaba gesticulando y haciendo las más extrañas contorsiones. Era el médico, Víbora Oculta, que danzaba el baile de sus legendarios sortilegios.

Tenía en las manos dos montones de huesos con los cuales hacía un ruido muy desagradable mientras danzaba en torno de los cautivos lanzando al mismo tiempo unos gritos más propios de una fiera que de un ser humano.

Giró y giró una y otra vez, excitándose él mismo en medio de un extraño ataque de locura. Los pieles rojas contemplaban fascinados y con intenso, supersticioso terror pintado en el rostro.

Kildare, atado fuertemente al poste del medio cruzó durante un segundo su mirada con la del hombre de medicina y vió en los ojos del piel roja una expresión de triunfo y de astucia. El médico bajó la cabeza y siguió bailando y gritando y haciendo sonar la ristra de huesos.

Pero Kildare vió lo suficiente para poder convencerse de que su teoría era exacta. Víbora Oculta creía en la leyenda del resurgimiento tal vez menos que los mismos prisioneros. Pero le servía para hacer que quitaran de enmedio a los que estaban enterados de la verdad en lo relacionado con la muerte de Aguila Negra.

El médico giró cada vez con mayor velocidad en torno de los silenciosos cautivos. Luego, de improviso, se detuvo y arrojó al suelo los montones de huesos que tenía en las manos.

Hecho eso lanzó un grito vibrante, una especie de largo alarido y después se arrojó a tierra delante de ellos.

Se echaba de ver que pretendía leer el mensaje que los dioses le enviaban mediante la disposición de los huesos esparcidos por el suelo de modo sobrenatural. El corro de pieles rojas se achicó. Todos miraban con interés grandísimo.

El médico siguió gritando y después se puso a canturrear de un modo extraño y desagradable.

Pero por último se levantó y alzando ambas manos, — que más parecían garras de fiera que manos de hombre, — tembló de pies a cabeza, moviendo en todos sentidos la cabeza, al mismo tiempo.

Víbora Oculta gritó algo en el lenguaje de los mohawks y todos los pieles rojas que formaban el corro lanzaron entusiastas gritos de alegría.

Se echaba de ver con toda claridad que Víbora Oculta había comunicado cuál era el "menzaje de los dioses" y que este mensaje había resultado agradable a los indios.

Como los blancos lo adivinaron sin dificultad mayor, aquel pintarrajeado espantapájaros que tenía en sus manos la vida de los cautivos, había comunicado al consejo de la tribu que, gracias a sus facultades sobrenaturales, — en las cuales creían los pieles rojas, — había recibido el esperado mensaje de los dioses y que el mensaje satisfacía las aspiraciones de la tribu. El mensaje, — está claro, — decía que los tres blancos extranjeros eran los hombres de la leyenda y debían ser sacrificados de acuerdo con la antigua profecía.

—¡Oh, mohawks! ¡Ha llegado el momento de que tanto hablaron nuestros hombres de medicina año tras año! — gritó el astuto intrigante agitando los brazos. — ¡Los dioses de los mohawks me lo han dicho! ¡Estos tres hombres blancos, que han sido traídos por las espumosas aguas de la caverna, son los que durante tantos años hemos esperado! ¡Que sean sacrificados de acuerdo con el deseo de los dioses, ¡oh, mohawks!

Todos los pieles rojas que formaban el numeroso corro que rodeaba a los cautivos, gritaron entusiasmados.

—¡Serán sacrificados! — dijo en seguida el gigantesco jefe de la tribu.

retazos

la revista para la mujer

CELEBRA SU APARICION DISTRIBUYENDO
ABSOLUTAMENTE GRATIS

500.000 $

en valiosos premios y obsequios

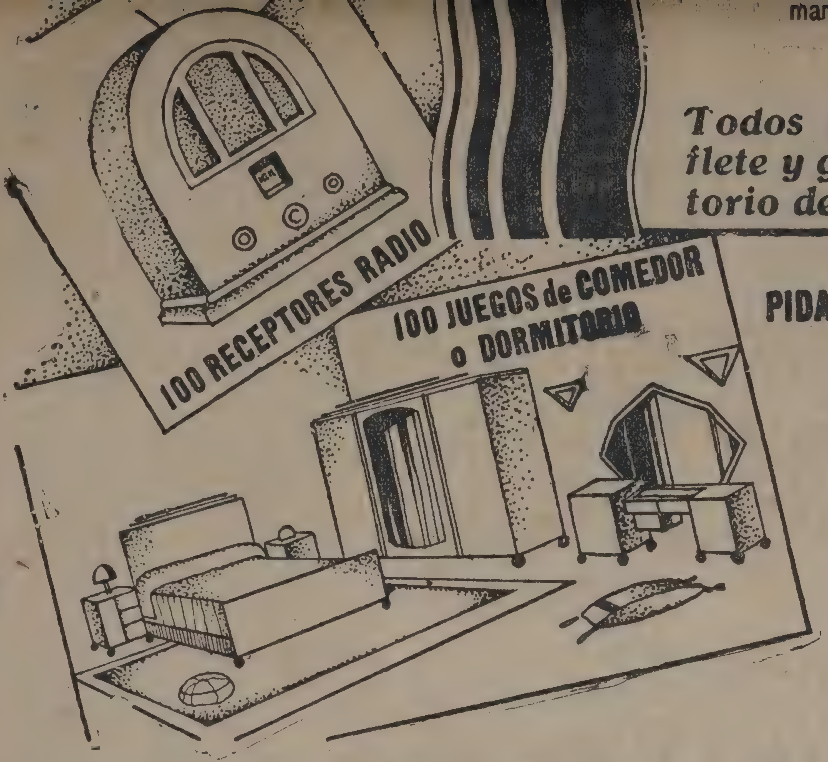
PROGRAMA COMPLETO DE PREMIOS

10	Chalets y 20.000 $ en efectivo, 2.000 $ por cada chalet para la compra del terreno respectivo. Los chalets se entregarán por la casa TORTOSA HNOS. instalados y listos para habitar en cualquier punto de la República donde elija el favorecido	$ 75.000
10	Autos FORD. Modelo Fordor de Grand Luxe 8 cilindros 1932	" 42.700

marcas 200.000

$ M|N. 507.700

Todos los premios serán entregados libres de flete y gastos a los favorecidos, en todo el territorio de la República, por el Expreso Villalonga



PIDA ESTE BONO EN TODOS LOS COMERCIOS DE SU LOCALIDAD

ESTE CONCURSO "RETAZOS" difiere notablemente de todos los realizados hasta hoy, en que no es sólo la posibilidad de obtener un gran premio el único incentivo para el público, sino la seguridad absoluta de un inmediato y valioso beneficio, ya que cada BONO, va munido de un cupón-obsequio de mercadería de marca conocida y acreditada, que se le entrega en el acto.

AHORA CON CADA BONO, UN PAQUETE DE CUARTO KILO DE YERBA "SALUS" Y UN PAQUETE DE "NAFTOL", EL FAMOSO JABON DE NAFTA EN ESCAMAS

CASSINI *en sus casas de Rosario, Córdoba y Santa Fé, obsequia a su clientela, BONOS del concurso "RETAZOS"*

LLEGADA A TIEMPO

La muerte de los tres blancos cautivos de los indios mohawks, había sido decretada irrevocablemente.

Aun cuando Kildare, Dalroy y Murphy no entendían las palabras pronunciadas por los pieles rojas, se daban cuenta, por muchos detalles, de su grave significado.

De una vaina de cuero vieja y sucia, sacó Vívora Oculta un largo cuchillo.

Comenzó de nuevo las danzas en torno de los postes, con la mirada fija malignamente en sus presuntas víctimas. En el momento menos esperado, avanzaría, hundiendo la hoja de su cuchillo en el corazón de uno de los tres.

Pero se produjo una inesperada y dramática interrupción.

Un fuerte grito, procedente de más allá del corro de indios, rasgó los aires en tal forma, que se oyó con toda claridad a pesar del canturreo del danzante hombre de medicina. Vívora Oculta se detuvo, mirando con extrañeza hacia un grupo de indios que había aparecido de improviso entre los "tepís" y se acercaban apresuradamente hacia donde estaban enclavados los tres postes con los cautivos.

Kildare respiró con ansiedad. Las esperanzas perdidas, renacieron en su pecho.

Había reconocido a uno de los recién llegados. Era el jefe del grupo de cazadores que los había capturado y que luego, en las circunstancias ya conocidas, los había puesto en libertad.

Aquel hombre conversaba con animación con otro jefe, indicando con la mano a los tres blancos atados a los postes. Se comprendía que aquellos dos hombres estaban discutiendo algo muy importante para ellos.

Entonces, un indio que tenía puesto en la cabeza el adorno de plumas de mayor tamaño y más complicado que hasta entonces habían visto los cautivos, — y que debía ser algún importantísimo dignatario de la tribu, — avanzó y se dirigió a Víbora Oculta en voz muy alta y, al parecer, con enojo.

El médico replicó sin mucha energía. Discutieron durante un momento y por último, por orden del jefe, tres guerreros pieles rojas se adelantaron y cortaron las ligaduras que sujetaban a los cautivos.

Los llevaron de nuevo a su "tepí" y allí los dejaron, atados todavía. Se miraron unos a otros con asombro.

—¡Esta sí que ha sido una sorpresa del mismo demonio! — exclamó Murphy. — ¿Qué significará todo esto? ¿Ustedes qué dicen?

—Lo único que puede decirse es que han cambiado de opinión respecto a nosotros, — gruñó Dalroy. — El sacrificio ha sido, por lo menos, postergado. Pero, ¿por qué?

—Creo que es fácil hallar respuesta para esa pregunta, — dijo Kildare sonriendo irónicamente. — Los indios que nos capturaron río arriba, han regresado, por fin, al campamento, y al vernos aquí dijeron que nosotros éramos los que habíamos matado a Aguila Negra. Ante semejante afirmación, los jefes mohawks se dieron cuenta de que no podíamos ser los hombres maravillosos surgidos de las aguas, puesto que poco antes nos habíamos conducido como vulgares seres humanos, río arriba.

"En consecuencia, los jefes mohawks comenzaron a dudar de la legitimidad del "mensaje de los dioses" que Vívora Oculta había afirmado recibir poco antes. Creo que lo que resolvieron fué suspender el sacrificio para interrogar de nuevo a los dioses pidiéndoles nuevos detalles".

—Lo que me parece es que con todo eso nuestra situación no ha mejorado, — manifestó Dalroy. — Si deciden que no somos los mismos a quienes acusan de haber matado a Aguila Negra, seremos sacrificados a su superstición. Y si resuelven que efectivamente somos los que mataron a Aguila Negra, nos condenarán a morir por eso mismo.

—Sí; de un modo o de otro podemos considerarnos en una situación bastante grave, — dijo Kildare.

Una sombra nubló durante un momento el brillo de sus ojos siempre risueños. Pero sólo fué durante uno o dos segundos, porque, optimista como siempre, volvió a anidar en su pecho nuevas esperanzas. Pensó en la posibilidad de que Tomahawk Chico hubiera podido hacer algo por ellos.

—Si Tomahawk Chico murió en medio del hervidero de la catarata debió tener una muerte rápida... Sin embargo, es extraño que, si no vivo, no haya sido arrojado muerto de la caverna al remanso.

Transcurrieron dos días, durante los cuales los tuviron presos en la cabaña. No vieron, durante esos dos días, a más persona viviente que el hombre que les llevaba de comer, que les desataba los brazos para que comieran y volvía a atárselos antes de retirarse.

Oyeron, sin embargo, el rumor de muchas conversaciones y pudieron calcular que entre el médico Víbora Oculta y los amigos de Aguila Negra continuaba una violenta discusión porque el médico afirmaba que se trataba de los tres seres sobrenaturales de la leyenda y los otros afirmaban que eran sus fugitivos prisioneros.

Llegó otra nueva noche y los cautivos durmieron, vencidos por la fatiga, a pesar de su incómoda posición.

Fué Kildare el que despertó sobresaltado al ver que la silueta de un hombre se metía cautelosamente en el "tepí" y se deslizaba hacia un rincón oscuro, a su lado.

Con todos los sentidos alerta, Kildare se incorporó cuanto le fué posible ver, escuchando, mirando, procurando ver, en la oscuridad, lo que hacía el intruso.

Pero la respiración de Kildare no dejó de ser acompasada y tranquila, como si durmiera, y el intruso creyó debido a eso, que su presencia no había sido notada.

Aquel hombre avanzó hacia la parte de la cabaña alumbrada por un rayo de luna que entraba por la puerta, y entonces pudo verlo Kildare.

—¡Víbora Oculta! — díjose.

Era el hombre de medicina. Kildare reco-

noció su contrahecha figura, los extraños ornamentos que de él colgaban, la cabeza alta y angosta. Y vió también que Víbora Oculta empuñaba un cuchillo de hoja muy larga y reluciente.

Kildare se dió cuenta de que empezaban a dudar de sus pretendidas facultades sobrenaturales los que hasta entonces habían creído en ellas y debido a eso habían sido manejados por él a su antojo; el farsante temía perder su influencia y su poder. Debido a eso se había decidido a adoptar una medida desesperada.

Se proponía matar a los tres blancos para proclamar luego que su muerte era resultado de un nuevo milagro. ¡Los dioses, impacientes porque no se realizaba el sacrificio habían resuelto matarlos ellos mismos, misteriosamente!

Esto tendría que impresionar a los mohawks y convencerlos de que su médico había dicho la verdad al afirmar que aquellos tres hombres eran los últimos a que se refería la antigua leyenda.

Además evitaría, procediendo así, que los prisioneros pudieran hacerse oír y enterar a todos de la verdad. Aun cuando los blancos aún no habían tenido ocasión de contar lo relacionado con la muerte de Aguila Negra, si llegaban a contarlo, Víbora Oculta se veía en situación sumamente grave.

Se comprendía que Aguila Negra había sido un jefe muy querido. Y aún cuando el desaparecido jefe había declarado que había sido Zorro Rojo, el hermano del médico, quien le había herido de muerte, Víbora Oculta había estado en el sitio del hecho y también había tomado parte en el crimen.

El médico sabía que los blancos estaban enterados de todo, porque sin duda habían escuchado, escondidos entre el ramaje del bosque, cuando el moribundo Aguila Negra dijo que Zorro Rojo le había matado.

Kildare escuchó.

Oyó cómo Víbora Oculta se deslizaba cautelosamente hacia él. En un momento cualquiera el cuchillo de larga hoja podía hundirse en su pecho.

Haciendo un grandísimo esfuerzo, Kildare se puso de pie y se arrojó luego con todo su peso sobre el médico.

Perdiendo el equilibrio Kildare cayó sobre él. Rodaron los dos por el suelo saliendo por el hueco de la puerta y pudo vérseles uno contra el otro, a la luz de la luna.

Vibró en aquel instante un grito gutural. Cerca de la hoguera del campamento había quedado de guardia un guerrero que acudió corriendo. Víbora Oculta le oyó aproximarse y mediante un esfuerzo logró ponerse de pie, tambaleándose.

Se daba cuenta de que su tentativa había fracasado por completo.

Intentó huir entre las sombras pero el que había estado de guardia le hizo rodar por el suelo mediante una rápida y oportuna zancadilla. Se arrojó luego sobre el caído sujetándolo contra el suelo al mismo tiempo que gritaba pidiendo socorro.

No tenía idea de que se trataba del mago de la tribu. Pero cuando un enjambre de guerreros pieles rojas acudió respondiendo al llamado del centinela, no tardó en enterarse de que el hombre que se había metido en la cabaña de los cautivos evidentemente con propósitos homicidas, era Víbora Oculta.

Sujeto por dos guerreros, el médico se retorcía con el propósito de soltarse. Pero no le fué posible desprenderse de sus dos hercúleos captores que lo llevaron en seguida al "tepí" del jefe.

—¿Qué es esto? — gritó con terrible voz el anciano jefe, expresándose en su propio lenguaje. — ¿Qué significa esto, Hombre de Doble Cara?

Víbora Oculta no replicó pero siguió forcejeando desesperado por soltarse.

—¡Víbora Oculta ha cesado de ser el hombre de medicina de los mohawks! — sentenció el viejo jefe con tono solemne. — Ha mentido con lengua doble y su medicina es mala medicina. Desde hoy queda expulsado de la tribu. Como vuelva a presentarse en el campamento de los mohawks será ejecutado inmediatamente, Vívora Oculta.

Indicó a los dos guerreros que tenían sujeto al médico, que se lo llevaran de ahí.

—¡Condúzcanlo fuera del campamento! — dijo.

Víbora Oculta intentó nuevamente soltarse agitándose de tal modo que sus adornos de huesos sonaron de modo siniestro, pero a pesar de todos sus esfuerzos los dos guerreros lo arrojaron fuera del claro del bosque donde estaba el campamento.

Pero aun cuando se habían salvado del puñal del traidor del médico, la situación de los tres blancos seguía siendo sumamente grave.

Poco después entró un piel roja en su cabaña y de pie frente a ellos, con los brazos cruzados, permaneció unos instantes mirándolos fijamente.

—Ha llegado para ustedes, hombres blancos,—dijo después,—el momento de morir. Sabemos ya que no son ustedes los hombres de rostro pálido que han de surgir de las espumosas aguas según afirma la tradición, que no son seres sobrenaturales sino simples mortales. Y son ustedes los que mataron al adorado jefe de los mohawks Aguila Negra. Por eso es por lo que han de morir.

Se retiró del "tepí" antes de que ellos pudieran replicar. En seguida seis corpulentos pieles rojas se apoderaron de ellos y los llevaron una vez más al claro donde estaban los tres postes, a los que los ataron.

Un corro de pieles rojas se formó de nuevo en redor de los postes. Tres indios jóvenes y de alta estatura salieron de un grupo armados de sus arcos de guerra y con sendas flechas prontas para dispararlas.

Dalroy se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—¡Pueden irse todos ustedes al mismísimo infierno! — gritó furibundo. — Ya hemos dicho antes y lo repito bien; están ustedes equivocados . ¡Oigan bien los que entienden lo que digo! Son ustedes un puñado de imbéciles incurables. Nosotros no matamos a

Aguila Negra. Lo encontramos cuando ya estaba tendido en el suelo, moribundo.

—¡Esa es la verdad! — intervino Kildare. — Ya lo dijimos antes y lo repito por última vez: cometen ustedes un error. Fué Zorro Rojo, ayudado por su hermano Víbora Oculta quienes mataron a Aguila Negra en el claro junto a la ribera, río arriba.

Se oyó un coro de risotadas de incredulidad e ironía.

—¿Qué prueba tienen ustedes de que es verdad su disparatada afirmación? — preguntó el viejo jefe. — Es peligroso mentir con doble lengua cuando se tiene cercana la muerte. Verdad es que Zorro Rojo se hallaba ausente del campamento cuando murió Aguila Negra. Pero ¿qué prueba pueden presentar ustedes de que fué Zorro Rojo quien lo mató?

Kildare calló. No tenía en verdad, prueba alguna.

El viejo jefe hizo una señal dirigida a los tres jóvenes arqueros y estos pusieron las flechas en la cuerda de sus altos arcos.

Pero de improviso se oyó un sonoro grito a través de los árboles que rodeaban al claro y después de algunas palabras pronunciadas en el idioma de los mohawks:

—¡Alto! ¡Retiren sus flechas, oh guerreros mohawks!

Instantáneamente los tres arqueros bajaron sus arcos cuando ya habían apuntado con sus flechas al corazón de los cautivos.

Por entre el corro de indios apareció entonces la juvenil figura de Tomahawk Chico.

Murphy al ver al muchacho lanzó un grito de alegría y de asombro:

—¡Tommy! ¡Nuestro querido Tommy! ¡Te creímos muerto! — gritó el irlandés.

Tomahawk Chico miró rápidamente y sonriendo a los tres compañeros.

Después se volvió hacia el grupo de jefes y se dirigió al más anciano, el que estaba en el centro.

—¿Piden ustedes pruebas de que Zorro Rojo mató a Aguila Negra, el gran jefe de los mohawaks, de mi propio pueblo? — gritó en el lenguaje de la tribu. — ¡Pues bien, yo traigo esa prueba.

—¿Qué prueba es?

—¡La prueba la constituye Zorro Rojo en persona! — agregó Tomahawk Chico. Y volviéndose salió del círculo. Volvió un momento después sosteniendo en sus hombros a un piel roja de corta estatura y rostro arrugado. Lo puso en el suelo, tendido al pie de los jefes y el indio se quedó inmóvil, gimiendo y hablando entre dientes.

Aquel piel roja era Zorro Rojo y se notaba claramente que tenía fiebre tan alta que deliraba. Una pierna muy hinchada indicaba la razón de su estado. Zorro Rojo había sido picado por una víbora y se hallaba sin sentido.

Pero lo que decía una y otra vez en medio del delirio era suficiente prueba pues, jactándose de lo que había hecho afirmaba que había matado a Aguila Negra, su viejo enemigo porque lo había odiado siempre. Varias fueron las veces que se le oyó decir:

"¡Lo maté de un tiro y mi hermano estaba pronto para hacer fuego si yo hubiese errado. ¡Lo maté! ¡Mil veces lo mataría si aún estuviese vivo!"

Los indios escucharon en silencio las entrecortadas palabras de Zorro Rojo. El viejo jefe inclinó gravemente la cabeza.

—El muchacho ha dicho la verdad, — manifestó. — Hemos estado a punto de cometer un lamentable error. Suelten a esos hombres blancos. ¡Oh guerreros míos! y de aquí en adelante, durante todo el tiempo que su voluntad les haga permanecer en nuestro campamento, que sean tratados como huéspedes de honor. Porque no tienen culpa alguna y un grave error se cometió con ellos aun cuando hayamos evitado el cometer el más grave e irreparable de todos los errores.

Cuando los tres compañeros estuvieron en libertad Tomahawk Chico les explicó cómo había sido arrojado por la correntada hacia una orilla de río, antes de su parte subterránea y como se había dirigido al campomento de los mohawks donde se enteró de que sus amigos estaban cautivos allí. Decidió en seguida lo que tenía que hacer. Regresó al sitio donde había muerto Aguila Negra y desde allí siguió la pista de Zorro Rojo convencido de que ese era el único modo de salvar a sus amigos.

Lo de la picadura de la víbora había constituído una circunstancia favorable para el propósito del muchacho aun cuando le había obligado a tomar en hombros a Zorro Rojo y a llevarlo así durante varias millas, hasta el campamento de los mohawks.

Kildare, aquella noche, comentando jocosamente según su costumbre, los acontecimientos, exclamó:

—Lo cierto es que ha sido una víbora la que nos ha venido a salvar ¿no es verdad? ¡De aquí en adelante ya no hablaré mal de las víboras... excepción hecha de una: de Víbora Oculta, gracias a cuyas intrigas estuvimos tan cerca de la muerte!

La nueva aventura de los tres compañeros del ranch se titula:

EL SARGENTO MURPHY, BANDIDO

y es una de las más atrayentes y emocionantes de esta extraordinaria serie. Comenzará en el número próximo.

Raúl de Lancaste

(Continuación)

POR casualidad lo habéis sabido, habéis venido y os agradezco este consuelo, que no sabéis cuán grato es para mi corazón; pero a no suceder así... ¡Oh!...

—Comprendo y reconozco que mi queja es infundida; el rey os habrá dado órdenes que forzosamente tenéis que cumplir.

—Mejor que yo conocéis a Felipe II.

—Sí.

—Nadie nos oye ahora y podemos hablar con franqueza; las arbitrariedades del rey son indudablemente la causa del estado en que mi sobrina se encuentra.

—No habrán contribuído poco.

—El médico se empeña en que la enfermedad no puede haberse producido sin grandes sufrimientos, sin profundas conmociones.

Puede comprenderse el efecto que estas palabras producirían en don Juan.

Estremecióse y su frente se contrajo aún más de lo que estaba.

Era evidente que sin la escena que había tenido lugar en el bosque la vida de la doncella no habría peligrado.

La causa de aquella desgracia horrible era él, y aunque causa inocente, no dejaba de mortificarle menos el pensar que la culpa era suya.

Con el tiempo y la reflexión acabaría por tranquilizarse la exageradamente escrupulosa conciencia de don Juan, porque nada más natural y aun bueno que hacer lo que él había hecho.

Amaba y sabía que era amado, y, por consiguiente, hablar de su amor a doña Margarita no debía ser un mal, sino un beneficio, puesto que la mayor dicha de la doncella era saber que correspondían a su pasión, que sus deseos, sus esperanzas y sus ilusiones debían verse realizados.

El caballero no había cometido, pues, ni siquiera una imprudencia; de nada podía acusársele, porque su proceder no había podido ser más noble.

Pero esto, repetimos, no podía comprenderlo Santisteban sino en fuerza de tiempo y reflexión.

—El médico no se equivoca — añadió Luzón. — ¡Cuánto no debe haber sufrido mi pobre sobrina al verse tratada tan injustamente como la han tratado! Y la prueba del mal que esto le ha hecho la tenéis en que desde que vino no la he visto una sola vez sonreir, y muchos días por más que ella ha querido ocultarlo, estaban en su rostro las señales clarísimas del llanto. Se pasaba los días en el bosque, y allí sola, entregada a sus pensamientos, ha ido preparándose la enfermedad que, según todas las probabilidades, la llevará al sepulcro.

Don Juan no sabía qué responder.

Necesitaba desahogar con palabras su dolor y su desesperación, y esto era imposible que lo hiciese.

Tal vez jamás sería mejor ocasión de obligar a don Pedro a que cambiara de resolución, porque viendo que su sobrina se moría y sabiendo que su amor era la causa de su muerte, no habría tenido valor para dejarla sucumbir.

Sí, era aquella la ocasión más propicia; pero ¿cómo hablar de semejante asunto en aquellos momentos solemnes en que la fría mano de la muerte se ponía sobre el corazón de la doncella?

No acertó el caballero más que a pronunciar algunas frases vagas, y para no seguir tan desgarradoras reflexiones, se ocupó de los detalles de la enfermedad.

Media hora después se dispuso a partir, diciendo:

—Mi buen amigo, estáis solo, y si creéis que mi compañía puede serviros de consuelo, decídmelo, porque ya sabéis que soy enteramente libre y que nada tengo que hacer.

—Consuelos grandes son las pruebas de cariño; pero no puedo aceptar vuestro ofrecimiento, porque en el estado en que es encuentra mi espíritu, ni atenderos podría, ni escuchar vuestras amistosas palabras, pues no me muevo del lado de mi sobrina. Venid, sí, venid con cuanta frecuencia os sea posible, que os lo agradeceré con toda mi alma, y si Dios quiere salvar a Margarita, cuando esté convaleciente, dedicadnos algunos días. Para entonces se encontrará ya aquí probablemente mi hijo, y tendrá un gran placer en que participéis de nuestra dicha.

Volvió a estremecerse Santisteban.

No sabía Luzón el mal que sus cariñosas palabras hacían al caballero; no lo sabía ni era posible que lo sospechase.

¡Lo convidaban a presenciar el sacrificio de la joven, a ser testigo de la dicha de su rival!

Trabajo le costó dominarse; pero consiguió disimular, y estrechando la diestra del anciano despidióse y salió quizás más desesperado que antes.

—A Madrid — dijo.

Y clavando sin compasión las espuelas en los ijares de su corcel, partió como un rayo.

Su sirviente lo siguió.

Pronto desaparecieron envueltos en una espesa nube de polvo.

Apenas llegó a su casa, salió otra vez para ir a la de Martín, exclamando apenas lo vió:

—¡Se muere, se muere!... ¡Oh!...

Y como si repentinamente se hubiesen agotado sus fuerzas, se dejó caer en una silla y quedó inmóvil.

El hijo de Nicasia lo miró con miedo, porque no era nada tranquilizador el aspecto de don Juan.

—¿Qué decís? — le preguntó afanosamente. — Vuestra agitación, vuestro trastorno... Hablad, hablad.

—Se muere — replicó Santisteban, apretando los puños.

—¿Pero quién?... Me hacéis temblar...

—¿Quién ha de ser?... Ella...

—¡Doña Margarita!...

—Sí.

—¡Que doña Margarita se muere!...

—Sí, sí.

—¡Vive el cielo!...

—Se muere y yo también me moriré de desesperación o me volveré loco.

—Mi buen amigo — repuso cariñosamente Martín, — sosegaos y esforzaos para no perder el valor: en los momentos de prueba es cuando las criaturas deben hacerse superiores a todo.

—El valor me sobra para todo, ya lo sabéis, para todo menos para soportar este golpe.

—Explicaos, porque me parece que, arrebatado por el dolor, algo exageráis.

—¡Ojalá fuese así!

—Decidme lo que sucede.

—Hace tres días que doña Margarita cayó enferma: el mismo día que hablamos y apenas se separó de mí, postróse en el lecho, que no hay esperanza de que abandone sino para descansar en la sepultura.

—Pero tan repentinamente...

—Yo la he matado.

—¿Habéis perdido el juicio?

—El médico asegura que la enfermedad es consecuencia de una gran conmoción.

—Primeramente habéis de pensar que los médicos se equivocan porque son hombres, y con doble motivo porque son médicos, y además...

—En esta ocasión no se han equivocado.

—¿Y acaso sois vos responsable?

—Sí; porque doña Margarita, por más que fuese muy desgraciada, hubiera vivido con su dolor.

—Decís que la amáis, sabéis que ella os ama también y que con vuestro amor debe ser dichosa, ¿qué habíais de hacer ni de qué podéis acusaros si le llevabais la dicha? ¿Podíais vos ni nadie adivinar que desde el momento de volver al lado de su tío le habían mandado ser esposa de otro y ella había desde luego aceptado? Esto es una desgracia como otra cualquiera y nada más, una desgracia de las que nadie tiene la culpa, porque nadie ha buscado las circunstancias rarísimas que la han producido. Ni siquiera su tío es responsable, porque ignoraba el amor de su sobrina y ha obrado de buena fe.

Santisteban guardó silencio, en tanto que Martín continuaba haciéndole reflexiones para tranquilizarlo.

Al cabo de algunos minutos, el noble caballero miró a su amigo, diciéndole:

—Miradme bien, miradme.

—Ya os veo

—¿No os dice mi rostro lo que sufro?

—Sí.

—¿Y no significa mi sufrimiento que la mujer a quien amo es doña Margarita y no doña Inés?

Movió los labios el hijo de Nicasia para decir que sí; pero se contuvo y calló.

Ya no dudaba del amor de don Juan; pero como era probable que doña Margarita muriese, creyó el mancebo que debía dejar a su amigo en completa libertad para dejarse interesar otra vez, más o menos tarde, por los encantos de la viuda.

En esto obedecía Martín al refrán que dice que la mancha de la mora con otra verde se quita, juzgando también por sí mismo, porque así como él había llegado a enamorarse después de muerta Rosa, también a Santisteban podía suceder lo mismo.

Con acierto o sin él, así pensó el generoso mancebo, y decidido a llevar hasta el último extremo su abnegación, dijo:

—Empiezo a creer que amáis a doña Margarita; pero no es esta cuestión la que ahora nos interesa. Sufrís y sufrís mucho, lo estoy viendo, y esto es para mí lo que importa.

—Os equivocáis, porque vuestras dudas me hacen mal.

—No comprendo...

—Amigo mío, os juro...

—No es menester que juréis; si más tranquilo habéis de estar porque yo no dude, ya creo.

Y después de decir esto Martín, empezó a ocuparse de la enfermedad de la doncella, queriendo evitar así que se nombrase a doña Inés.

Más de dos horas hablaron, mostrándose don Juan unas veces desesperado y como loco, y otras profundamente abatido.

El hijo de Nicasia empleó todo su talento

para consolar a su desgraciado amigo.

El desahogo con las personas queridas es un alivio muy grande, y Santisteban volvió a su casa más sosegado.

Aquella noche debía parecerle interminable.

¿Expiraría la doncella antes que saliese el sol?

Semejante idea, ¡cuánto debió hacer sufrir al enamorado caballero!

Capítulo XCVII

LO QUE SUCEDIO A LA DONCELLA Y LO QUE HIZO DON JUAN

La enfermedad de doña Margarita era una fiebre nerviosa, cuya intensidad parecía imposible combatir.

Muchas veces deliraba, y entonces pronunciaba con frecuencia los nombres de su primo y de don Juan, y alguna vez el de la viuda.

Esto no pudo llamar la atención de don Pedro, porque nada más natural que el pensamiento de la doncella se ocupase con don Alfonso, su primo, y con Santisteban, que había tomado parte tan activa en los últimos sucesos de la corte.

Cuatro días más pasaron.

Una crisis, que pudo haber concluído en pocos minutos con la existencia de la infeliz dió por resultado su salvación.

El médico declaró que había esperanzas, y después de otros tres días aseguró que en breve la joven no tendría necesidad de otros cuidados que de los indispensables para recobrar las fuerzas.

Don Juan, que estaba al corriente de todo, se consideró feliz, pues si bien no había más probabilidades que antes de que se cumplieran sus deseos, al menos su conciencia no le acusaba de haber sido la causa de la muerte de doña Margarita.

La situación volvió a ser lo mismo que antes, había que vencer los mismos inconvenientes y Martín dijo:

—Otra vez mi plan.

—¿Aun debo ignorarlo? — le preguntó Santisteban.

—Sí.

—Me resigno.

—A menos que ahora no tengáis en mí tanta confianza como antes.

—No me hagáis la ofensa de suponerlo.

—Bien, esperemos.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que doña Margarita se encuentre mejor, porque no sabemos lo que puede resultar de vuestra pretensión con don Pedro, y no debe cometerse una imprudencia que dé lugar a una recaída.

—Esperaré.

Dejó el lecho la doncella, y el día que esto sucedió, don Pedro, contra su costumbre, habló mucho, mostrándose cariñoso y risueño hasta con los criados.

Nadie lo hubiera creído en él, y hubiera sido imposible reconocerlo.

No hay que decir que su sobrina fué el objeto de todas sus atenciones.

No se separaba de ella; y sin cesar le dirigía las más coriñosas palabras.

La infeliz, en cuyo rostro se veían las huellas de su peligrosa enfermedad, se había sentado en un sillón cerca de una ventana, y pagaba con dulces y melancólicas sonrisas el cariño de su tío.

—Es menester — le decía éste — que olvides lo pasado, porque de otro modo será imposible que disfrutes un día de salud. Los recuerdos te matan, hija mía, y forzoso es borrarlos de la memoria, porque no son de los que hay un deber de conservar. ¿Qué te importa el rey ni sus injusticias? ¿Qué tienes tú que ver con las intrigas de los cortesanos? No necesitas a ninguno de ellos, debes estar cansada de esa sociedad corrompida. Déjalos, y piensa solamente en ser dichosa con el esposo que mi cariño te da.

Doña Margarita se estremeció y guardó silencio.

¡Cuán ajeno estaba Luzón de que atormentaba a su sobrina, en vez de animarla y consolarla!

—Y si alguna vez — añadió el caballero, — contra tu voluntad, te acuerdas de lo pasado, piensa que en medio de tantas personas sin corazón y de tantas arbitrariedades e injusticias, has encontrado también almas nobles y amigos verdaderos. No todo es bueno en el mundo. Margarita; pero tampoco es malo todo. Hoy tendrás una satisfacción con la sorpresa que te preparo.

—¡Una sorpresa! — murmuró la joven.

—Nada he querido decirte, porque no estabas en estado de que te hablasen; pero ahora me es imposible callar. Digo que tendrás una satisfacción, porque deben serlo para ti las pruebas de amistad, y tienes un amigo, que durante tu enfermedad me ha consolado con sus demostraciones de cariño. No ha pasado un día sin que venga y me acompañe a veces por espacio de tres o cuatro horas. Lo he visto sufrir como yo sufría cuando peligraba tu existencia, y he visto su júbilo cuando se dominó tu enfermedad. Esto no lo olvidaré, no.

—¿Y quién es ese amigo?

—¿No lo adivinas?

—Tengo más de uno...

—Don Juan de Santisteban.

—¡Don Juan de Santisteban! — exclamó la joven.

No puede explicarse lo que sintió la infeliz, porque ella misma no hubiera sabido decir si se alegraba o sufría.

Gratas le eran las demostraciones de cariño de don Juan; pero las visitas de éste complicaban la situación y la hacían más difícil y peligrosa.

¿Había decidido Santisteban ceder?

Esto era imposible, y aun cuando hubiera sucedido así debía procurar alejarse de ella para no sufrir viéndola en brazos de otro.

Doña Margarita dedujo la verdad de la conducta del caballero, es decir, que éste no había cedido ni pensaba ceder.

¿Qué sucedería?

Tembló la joven; pero esforzóse para disimular.

Don Pedro siguió hablando de la nobleza de corazón de Santisteban, asegurando que no sin razón tenía fama de ser el más cumplido caballero y el hombre más generoso del mundo, concluyendo por decir:

Raúl de Landaste

Aventuras de Barnigugli,
por Debeck
¿SABES LO QUE DICEN, BARNIGUGLI? QUE ESTA POR LLEGAR EL HOMBRE MAS SALVAJE DEL MUNDO, QUE VIENE A LUCHAR CON FORTACHUN
¡BAH! SON PAVADAS. ¿QUIEN HACE CASO DE ESO? ¡EL HOMBRE MAS SALVAJE¡ ¡JA! ¡JA!
¡ULTIMAS NOTICIAS! ¡EL HOMBRE SALVAJE DE BORNEO, ESTA POR LLEGAR!
EN ESTE ENCUENTRO VOY A GANAR MEDIO MILLON DE PESOS
FORTACHUN, EL GRAN CAMPEÓN DEL MUNDO LUCHARÁ CON EL HOMBRE X ENMASCARADO
HAGA RESERVAR SUS ENTRADAS
¡EH! ¿A DONDE VAS TAN APURADO?
LLEGA EL HOMBRE SALVAJE DE BORNEO
¡COMO! ¿TE PARECE POCO PERSONAJE EL HOMBRE MAS SALVAJE DEL MUNDO?
¡CUALQUIERA DIRIA QUE LLEGA UN GRAN PERSONAJE!
¡EH! ¡MUCHACHOS! AQUI VIENE EL QUE VENCERA A FORTACHUN
¡AHI LLEGA!
GRRR GRRR GRRR
GRR GRRR RRR

OIGA, AGENTE. DE ORDEN PARA QUE LLEVEN AL ZOO, A ESA BESTIA FEROZ
¿QUE DICE, BARNIGUGLI? ESTOY UN POCO SORDO
7
¡QUE TIPOS! ¡MIREN LO QUE HAN IDO A BUSCAR PARA ARRUINAR MI NEGOCIO! ¡EH! ¡POLICIA!... ¡QUE ENCIERREN A ESA FIERA!...
8
?
CHE, FORTACHUN: ME PARECE QUE PUEDES PREPARARTE PARA MORDER EL POLVO DE LA DERROTA
9
¡GRAN NOTICIA! ¡EL HOMBRE SALVAJE DE BORNEO SE HA ESCAPADO DE LA JAULA!
10
ZZZ
ZZZ
??..
OIGA, BARNIGUGLI: EL HOMBRE SALVAJE, SE HA ESCAPADO; CREO CONVENIENTE PEDIR UNA AMBULANCIA
(Continuará)
11
King Features Syndicate, Inc. Great Britain rights reserved

—Yo lo había tratado poco y lo apreciaba; pero te aseguro que ahora me ha cautivado.

Doña Margarita no sabía qué responder, y en la expresión de su semblante se veía su violento estado.

Empero su tío nada advirtió, porque seguía cada vez más entusiasmado hablando de Santisteban.

Llegó la hora en que éste debía presentarse; pero en su lugar fué Julián.

El caballero lo recibió, preguntándole afanosamente:

—¿Y vuestro amo? ¿Acaso está enfermo?

—No, señor — respondió el sirviente, mientras examinaba el pálido rostro de doña Margarita.

—Comprendo, estará ocupado...

—Mucho; pero me manda venir porque no quiere quedarse sin noticias de la salud de mi señora doña Margarita.

—Ya lo véis...

—Os felicito.

—Decid a don Juan que soy su mejor amigo, y que no estaré satisfecho hasta que pueda servirle.

—Grande va a ser su contento.

—Y decidle también que mi sobrina desea verlo y manifestarle lo que agradece su cariño.

—Sí — dijo entonces la doncella; — pero como don Juan no necesita mis palabras para saber que le agradezco sus cuidados, no quiero que abandone sus asuntos...

—Déjalo, que algunas horas no tienen importancia ninguna.

Como se ve, don Pedro era otro hombre aquel día.

Julián, dando por razón la impaciencia de su amo, despidióse y salió.

No se había quedado don Juan en Madrid, ni era posible que se quedase, sino que esperaba a su sirviente en la posada del pueblo.

¿Por qué no se había presentado en casa de Luzón?

Martín, con mucho acierto le había aconsejado que no lo hiciese.

La joven, a pesar de su deseo de verlo, hubiera sufrido mucho, y tal vez esto hubiera sido causa de una recaída.

Tuvo Santisteban bastante fuerza de voluntad para dominarse, escuchó a su criado y se volvieron a Madrid.

El rostro del caballero no expresaba ya la desesperación ni el dolor, sino todo lo más una tristeza dulce.

El hijo de Nicasia le había prometido estorbar el casamiento de don Alfonso, y don Juan tenía ciega fe en las promesas y planes de su amigo.

Con gran extrañeza de don Pedro y su sobrina, al día siguiente tampoco se presentó Santisteban.

¿Qué debía deducirse de su conducta?

Esto se preguntó la joven; pero no acertó responderse.

Y así pasaron otros seis días.

—Graves, muy graves deben ser las ocupaciones de don Juan — dijo Luzón. — Temo que se hayan complicado las intrigas que tanto le dieron que hacer.

Doña Margarita, a pesar de sus temores y sufrimientos, fué recobrando las fuerzas y pudo salir de la casa y dar un paseo por el jardín.

Cuando supo esto don Juan, su criado dijo a Luzón.

—Mi señor, que se encuentra ya libre de sus asuntos, tendrá mañana la honra de saludaros.

Pero aquel mismo día, dijo Luzón a la doncella:

—Extraño no haber recibido ya contestación de Alfonso. Puede ser que él mismo venga a darla; pero aun así no debe tardar.

Don Pedro calculaba bien, porque al otro día a las nueve de la mañana recibió carta de su hijo.

Doña Margarita, que aun no estaba en estado de madrugar, acababa de levantarse.

La infeliz tembló, y su mirada se fijó en su tío, expresando a la vez el temor y el afán.

Su corazón palpitaba con violencia.

Luzón, repentinamento, volvió a ser lo que siempre había sido.

Antes de abrir la carta tomó su rostro la expresión severa y glacial que siempre tenía.

—Veamos — dijo con grave tono.

Abrió la carta.

Dentro había otra dirigida a la doncella.

—Bien — dijo el caballero, — te escribe y esto es muy natural, porque en breve ha de ser tu esposo. Perdona si me envanezco con haberos hecho felices. . . Modera tu impaciencia y aguarda a que yo haya leído.

La carta de don Alfonso era bastante extensa.

Leyó el caballero con la atención que el asunto requería.

Pasaron dies minutos, y dejó el papel sobre la mesa que tenía cerca de sí.

Luego fijó su mirada en doña Margarita.

Empero antes de que pronunciara una palabra, un criado se presentó, anunciando la llegada de don Juan.

Ya sabemos que éste no debía presentarse sino para pedir la mano de la doncella.

Había llegado el momento crítico y el más terrible para la infeliz doña Margarita.

Capítulo XCVIII

DE COMO DON JUAN PIDIO LA MANO DE DOÑA MARGARITA, Y DE LA EXTRAÑA RESOLUCION DE DON PEDRO

Un rayo que hubiera caído en los pies de doña Margarita no le habría producido tanto efecto como el anuncio de la visita de don Juan en aquellos momentos en que se había decidido su suerte.

Imposible le fué contener un grito, que bien se comprendía era de terror; pero don Pedro no pudo tomar en consideración semejante circunstancia porque estaba muy preocupado.

Hubiérase dicho que tampoco a Luzón le agradó la visita, pues hizo un gesto que indicaba claramente la contrariedad que había experimentado con el anuncio.

Esto nada tiene de extraño.

Cuando acababan de llegar las cartas de don Alfonso, era natural que quisiera estar solo con su sobrina, para ocuparse con li-

bertad completa de aquel gravísimo asunto de familia.

Una persona extraña era un inconveniente por más que fuese el mejor y más íntimo amigo.

Pero a Santisteban no era posible hacerle esperar, ni mucho menos negarse a recibirlo.

¿Cómo hacer semejante cosa con el único amigo que en los momentos de aflicción había llevado los consuelos del más sincero cariño a aquella casa?

Era forzoso tener paciencia y dejar para más tarde el hablar del importante asunto del proyectado matrimonio.

—Hemos de recibirlo — dijo don Pedro a su sobrina. — Después leerás las cartas de tu primo.

—Permitidme, mi querido tío — replicó la doncella con visible agitación, — permitidme que me retire.

Y señalando a su peinado y a su traje, añadió:

—No estoy en estado de presentarme a nadie.

Con gran extrañeza de doña Margarita, don Pedro no le hizo ninguna observación.

Salió ella, y pocos momentos después se presentó don Juan.

El semblante de éste no tenía la expresión de los días anteriores; parecía como si hubiese caído otra vez en su dolorosa tristeza y le agitasen nuevos temores.

Saludó cortésmente a Luzón, aunque no con la franca cordialidad de otras veces, le preguntó por la salud de la doncella, y luego dijo:

—Tengo que hablaros de un asunto de mucho interés, y si ahora queréis escucharme, empezaré por pediros benevolencia.

Estas palabras hicieron que don Pedro mirase sorprendido a Santisteban y que replicase:

—Mi buen amigo, hoy encuentro en vuestro rostro no sé qué de particular y que no acierto a explicarme.

—No os equivocáis; algo debe decir mi rostro que no ha dicho los demás días, porque he procurado disimular; pero muy pronto saldréis de dudas.

—Os escucho — dijo Luzón, cuya sorpresa iba en aumento.

—Seré breve, pues aunque son pocas todas las palabras para explicar lo que siento, comprenderéis la situación con muy pocas.

—Como gustéis.

—De vos — repuso don Juan con vehemencia, — de vos, mi buen amigo, depende, no digo la vida, puesto que la vida bien poco vale, sino la dicha el reposo de mi alma...

—¿Qué estáis diciendo, don Juan?

—Vais a pronunciar el fallo de que depende, no solamente mi porvenir, sino probablemente el de otra criatura a quien habéis dado pruebas de amar mucho.

—No os comprendo — replicó Luzón, mirando con extrañeza al ilustre caballero.

—¡Ah! — exclamó éste. — ¿Para qué he de intentar hacer una pintura de lo que pasa en mi interior y de los sufrimientos horribles que me esperan si os empeñáis en llevar a cabo vuestro plan?

—¡Mi plan!... En verdad, caballero, que si no os explicáis más, será imposible comprenderos.

—¿Acaso no adivináis?...

—Nada adivino.

—¿De quién he de hablar sino de doña Margarita?

—¿De doña Margarita?... ¡De mi sobrina! — exclamó Luzón.

—Sí — repuso arrebatadamente don Juan — de ella, a quien amo con la más intensa de las pasiones; de ella, sin cuyo amor no podré vivir; de ella, en quien para mí se encierra el mundo la dicha y todo.

—¡Caballero!...

—Hacedme dichoso, no seáis insensible a mis súplicas...

—Os dejáis arrebatar — replicó fríamente don Pedro.

—¡Oh! — exclamó Santisteban, oprimiéndose el pecho. — ¡Si pudierais comprender lo que siento, si supieráis lo que sufro!...

—Sosegaos, don Juan, y hablemos con calma. La revelación que acabáis de hacerme...

—Debe haberos sorprendido mucho.

—Sí; pero la sorpresa ya pasó, os habéis explicado, y el asunto es demasiado grave para tratarlo con ligereza. Decís que amáis a mi sobrina, y que la amáis con ese amor que para ella he ambicionado siempre, porque deseo que sea dichosa. Vuestra pasión no sería para nadie cosa extraña, puesto que Margarita está dotada de una belleza singular y de raras virtudes, y lo incomprensible es que ningún hombre la mire sin amarla.

—Le hacéis justicia y veo que comprendéis perfectamente mi situación.

—Sí.

—Entonces...

—Pero ahora falta que sepáis lo más esencial y que seáis tan justo conmigo como yo lo soy con vos. Ante todo no me aseguráis que mi sobrina corresponde a vuestro amor, y esta circunstancia es precisamente una de las que han de decidir de vuestra suerte.

—Si de ella depende no más...

—¿Estáis seguro de obtener correspondencia?

—No lo sé, caballero; pero abrigo grandes esperanzas...

—Hijas tal vez de vuestro mismo deseo.

No se atrevió Santisteban a decir que conocía los sentimientos de la joven, porque le hubiera sido preciso entrar en otras explicaciones que era prudente evitar, por lo cual se concretó a decir:

—Puede ser que mi mismo afán me engañe; pero fácilmente podemos salir de dudas.

—No tan fácilmente, caballero.

—Preguntadle...

—Lo haré; pero con las debidas precauciones.

—No se me alcanza la razón...

—Voy a explicarme.

—Sí, sí.

—Suponed que hay otro hombre que ama a mi sobrina.

—¡Oh!...

—No os alteréis, don Juan.

—Proseguid — dijo éste haciendo inauditos esfuerzos para dominarse.

—Suponed también que ignorante yo de

vuestras pretensiones, he dispuesto de la mano de mi sobrina.

—Pero...

—Y que he dado mi palabra.

—¿Y ella?...

—Suponed además que mi sobrina no ha puesto inconveniente alguno y ha consentido, adquiriendo así un compromiso, que ni su dignidad ni su decoro le permiten romper.

—Lo que decís es horrible.

—No lo dudo: muy horrible debe ser para quien ama como vos decís que amáis; pero si es cierto, si no puede ya remediarse...

—Sí, puede remediarse lo que depende de vuestra voluntad.

—Figuraos que hubiera sido a vos a quien yo hubiera prometido la mano de mi sobrina, y que ahora, porque otro me dijese que la amaba con frenesí, olvidara yo mi promesa. ¿Qué diríais, caballero?... Sed justo, sed imparcial.

Don Juan inclinó tristemente la cabeza. ¿Qué había de responder?

—Vuestro silencio es demasiado elocuente — añadió Luzón, después de algunos instantes.

—Perdonad si os hago una observación — replicó Santisteban; — pero debo hablaros con franqueza, y nada ocultaré, aun a trueque de enojaros.

—Sí, habladme con franqueza.

—¿Os creéis con derecho a disponer por vuestra propia voluntad del corazón de doña Margarita?

—No creo tener ese derecho, sino que, por el contrario, reconozco que tengo el deber de hacerla feliz.

—Pues bien, en ese caso, si vuestra sobrina no ama al hombre a quien la destináis...

—Si no lo amase o creyera que jamás había de amarlo, me hubiera rogado desistir de mi propósito.

—¿Y vos?...

—La hubiese dejado en completa libertad.

—¿Sin mostrarle enojo?

—Ninguno.

—Sois justo.

—Por lo mismo que soy muy severo, no perdonaría a la mujer que se uniese a un hombre sin amarlo; porque una mujer que no ama no puede ser buena esposa, y la que no es buena esposa, no puede ser buena madre.

—Entonces...

—No olvidéis, don Juan, que mi sobrina ha consentido en casarse con el hombre que yo le he destinado, que ese hombre lo sabe así, y que ella no puede retroceder sin mengua de su dignidad; no puede retroceder, caballero, y no retrocederá, porque yo jamás la perdonaría.

Santisteban dejó escapar un sordo rugido y apretó los puños con desesperación.

—Ya lo veis — añadió don Pedro con la misma frialdad que antes, — el inconveniente no está en mí, sino en ella misma. ¿De qué serviría que yo accediese a vuestra pretensión? Ella, aunque os amase, no accedería.

—Puesto que ni en vos ni en ella está el remedio, si ella me ama...

—¿Qué haréis?

—Será cuestión mía con mi rival — dijo arrebatadamente Santisteban.

—Ese rival es mi hijo — replicó severamente don Pedro.

—¡Oh!...

No es menester que lo esperéis, don Juan aquí estoy yo para sustituirlo, que, aunque viejo, no soy débil.

—Perdonad — murmuró Santisteban, como si se avergonzara de lo que había dicho.

—Vuestro arrebato no me ofende — repuso el anciano cambiando de tono.

—Mi razón está trastornada..

—Es natural.

—¡Sufro tanto!

—Haré por vos lo que por nadie haría... Se trata de mi hijo, y no quiero que se diga que me ciega la pasión de padre.

—¿Qué intentáis, don Pedro?

—Renunciaré a mi plan...

—¡Ah!...

—Faltaré a mi promesa...

—¡Caballero!...

—Dejaré en la más completa libertad de acción a mi sobrina.

—¿Qué decís?

—Si quiere ser vuestra esposa, lo será, y ni le mostraré enojo, ni le dirigiré la más leve reconvención...

—Pero vuestro hijo...

—Respetará mi voluntad, se someterá a mis decisiones.

Santisteban se pasó las manos por la frente, que tenía bañada en sudor.

Sentíase completamente aturdido

¡Era verdad lo que oía?

¿No era todo una ilusión, hija de su ardiente afán?

Tal fué su turbación, que no acertó a responder.

—No alimentéis esperanzas — añadió Luzón, — porque, o yo no conozco a mi sobrina, o ha de negarse a ser vuestra esposa, aunque os ame más de lo que vos la amáis.

Don Juan exhaló un triste suspiro.

Conocía perfectamente a doña Margarita, y sabía que don Pedro no exageraba.

—En vuestra presencia — añadió el anciano — preguntaré a mi sobrina, y si se niega, veréis que le suplico cariñosamente en vuestro favor. ¿Puedo hacer más?

—¡Ah!...

—Voy a mandar que avisen a mi sobrina.

—Esperad...

—Este asunto ha de quedar resuelto ahora mismo. La ocasión no puede ser más oportuna, porque, mirad — añadió Luzón señalando a los papeles que había dejado sobre la mesa, — cuando habéis llegado me ocupaba en leer la carta en que mi hijo, con frases cariñosas, contestaba a la que le escribí participándole mi resolución.

Y sin esperar más, llamó Luzón y ordenó que avisasen a su sobrina.

Capítulo XCIX

DIOS SIGUE DISPONIENDO

¿Era un ardid la sorprendente resolución de don Pedro?

¿Prometía ceder, porque estaba seguro de que nada arriesgaba?

Posible era que hubiese buscado este medio de salir del compromiso.

pibes:
"el Gorrion"
es para vosotros
10 cts
24 PAGINAS
multicolores
LEALO TODOS LOS MIERCOLES
LA MEJOR REVISTA SEMANAL DE HISTORIETAS
CONCURSOS CON VALIOSOS PREMIOS:
BICICLETAS, MONOPATINES, EQUIPOS DE FOOT-BALL ETC.
Zigia

Así daba pruebas de ser complaciente, realizaba sus planes y dejaba toda la responsabilidad a su sobrina.

Don Juan no tendría derecho a quejarse, ni de su desgracia podría culpar a don Alfonso.

Un golpe de astucia suele ser el mejor remedio en ciertas situaciones, y según parece, Luzón quiso hacer con la astucia lo que con la violencia tal vez no hubiera conseguido.

No estaba Santisteban en estado de sospechar esto ni mucho menos de apreciarlo. No; no se lo permitía su trastorno, que fué mayor que la sorpresa producida con la inesperada resolución de don Pedro.

Tal vez éste, conmovido por los sufrimientos de don Juan, obraba de buena fe y sin otra mira que la felicidad de la doncella, aunque no era probable que sucediese así, porque no era Luzón hombre que fácilmente se ablandara, ni encontraba nunca razón buena para dejar de cumplir un propósito.

Doña Margarita no tardó en presentarse con el rostro densamente pálido y esforzándose para dominar su agitación.

¿Con qué fin la llamaba su tío?

No podía ser sino para hablarle de las pretensiones de don Juan, y esto precisamente era lo que ella temía.

Santisteban fijó en ella una mirada ardiente y profunda, una mirada indescriptible de amor y de afán.

Hubiérase dicho que el alma se escapaba por sus ojos.

Los de doña Margarita se bajaron, y por un momento sus mejillas se tiñeron de vivo carmín.

Don Pedro observó atentamente a su sobrina, tan atentamente como quien quiere adivinar lo que hay en el fondo del alma.

Los jóvenes cruzaron algunas palabras afectuosas y luego quedaron inmóviles y silenciosos.

El semblante del anciano cambió de expresión, dulcificándose como muy rara vez sucedía.

—Hija mía — dijo con acento cariñoso, — escúchame con mucha atención y luego respóndeme con franqueza, como se responde a un amigo, el más íntimo, y olvidándote de mi autoridad.

—Mi amado tío — contestó la joven, — para deciros la verdad no necesito olvidar el respeto que os debo. Hablad, pues, y no dudéis de mi sinceridad.

—Bien, Margarita, muy bien. Estoy completamente satisfecho de tí, porque siempre eres la misma.

—Gracias... Ya os escucho

—Conoces mi deseo de que seas esposa de Alfonso.

—Sí.

—Sin hacerme ninguna observación me has dejado escribirle y dar los primeros pasos para vuestra unión.

—¿No os ha dicho mi silencio que estoy dispuesta a cumplir vuestra voluntad?

—Eso he creído.

—No os habéis equivocado.

—Sin embargo, no basta tu buen deseo de complacerme, no basta para que seáis dichosos.

—Cumpliré mis deberes y Alfonso será feliz.

—¿Y tú?

—¡Yo! — murmuró la joven procurando sonreír.

Y después de un instante, añadió:

—Si mi esposo es feliz, ¿por qué no he de serlo yo?

Don Pedro miró a su sobrina más atentamente que antes.

Santisteban seguía contemplándola con angustioso afán.

La doncella, sin mirar a ninguno de los dos, estaba como una estatua.

Movía sus labios para hablar, pero no cambiaba su rostro de expresión.

Su voz era vibrante; pero no cambiada de tono ni acento

Parecía que se encontraba en perfecto estado de sonambulismo, o que era un autómata que obedecía a sus resortes.

—Pues bien — dijo Luzón después de algunos segundos; — a pesar de tu deseo de complacerme y de la satisfacción que ha de proporcionarme ver unidos como esposos a los que en su niñez lo estuvieron como hermanos, te relevo de todo compromiso. Tu dicha es para mí antes que todo, y lo que más ha de agradarme, no es que mis planes se realicen, sino que seas feliz. Reconozco que he cometido una ligereza, porque debí darte tiempo para pensar, pero nada se ha perdido. Resuelve ahora con entera libertad.

Doña Margarita no respondió.

—Espero que decidas — añadió su tío.

—¿No queréis que os hable con franqueza?

—Sí.

—¿No os enojará nada que os diga?

—No.

—Me ofendéis al suponer que puedo cambiar.

—¡Margarita!

—Señor, aunque tácitamente, consentí.

—Pero...

—Cumpliré mi compromiso.

—Para tranquilizarme...

—Mi querido tío, estas explicaciones me desagradan — replicó la joven con firmeza.

Don Juan no se atrevió a pronunciar una palabra; pero su rostro se tornó lívido y se contrajo más y más.

—Ahora — repuso con calma Luzón, — debo decirte por qué te hablo de este asunto en presencia de nuestro amigo.

—Respeto los motivos que tengáis para hacerlo así.

—Don Juan acaba de pedirme tu mano.

—Le agradezco la honra que me hace; pero no puedo aceptarla... ¿Acaso no se la habéis contestado así?

—He querido antes conocer tu última resolución y que sepas lo que dice tu primo... Toma y lee.

Don Pedro dió a su sobrina las cartas de don Alfonso.

La joven, sin hacer más movimiento que el puramente preciso para tomar las cartas, empezó a leerlas.

Tampoco entonces se movió un solo músculo de su rostro.

Nunca como en aquella ocasión pudo cono-

cerse a la doncella, nunca pudo apreciarse con más exactitud su grandeza de alma.

—¡Y no será mía! — pensó don Juan.

Cuando doña Margarita acabó de leer, devolvió las cartas a su tío, y le preguntó:

—¿Qué opináis de lo que dice mi primo?

—No le encuentro nada de particular.

—Pero...

—Nunca he negado a mi hijo nada que sea bueno, y ahora tampoco lo contrariaré.

—¿Es esa vuestra última resolución?

—Es tan firme como todas las mías, te lo juro.

Doña Margarita se oprimió el pecho, exhaló un grito, que no hubiera podido decirse lo que expresaba, y en tanto que un raudal de lágrimas se escapaba de sus ojos, se arrojó a los brazos de su tío.

¿Qué significaba tan repentino cambio?

¿Qué querían decir las pocas frases cambiadas entre el anciano y la doncella, después que ésta había leído las cartas?

Santisteban los miró atónito y dudó si estaba soñando.

Transcurrieron algunos minutos sin que se oyese más que los sollozos de la joven y la respiración violenta de don Juan.

Separáronse al fin el tío y la sobrina.

Empero ésta, sin detenerse un instante, salió del aposento.

—¡Oh! — exclamó al fin Santisteban. — ¿Qué sucede? Explicaos, caballero, explicaos, porque creo que voy a perder el juicio.

—Ya habéis oído a mi sobrina...

—Sí; pero...

—Habéis visto que no me equivoqué.

—No comprendo...

—A pesar de que os ama, se ha negado a ser vuestra esposa.

—No se parece a ninguna mujer; es un espíritu privilegiado; pero quiero saber...

—¿Creéis que es digna de un hombre que vale tanto como vos?

—¡Eso me preguntáis!...

—Sí, es digna...

—Caballero — replicó desesperadamente don Juan, — me estáis matando...

—¿Por qué?

—¿No comprendéis lo que sufro? ¿No veis mi angustiosa impaciencia?

—¡Impaciencia!...

—¿No se os alcanza que la duda me atormenta horriblemente?

—Pues no dudéis ya, porque Margarita os ama y yo os concedo su mano...

—¡Ah!...

Don Juan se puso en pie, abriendo los brazos como si fuese a estrechar en ellos a Luzón; pero volvió a dejarse caer en la silla, porque se agotaron repentinamente sus fuerzas.

—Sosegaos — le dijo don Pedro — y no deis muestras de ser más débil que una mujer. Voy a leeros las cartas de mi hijo, para que os expliquéis lo que acaba de suceder y viváis tranquilo con la seguridad de que no sois dichoso a costa de la dicha de nadie.

La explicación era muy sencilla, y ya la habrá adivinado el lector.

Don Alfonso decía a su padre que no amaba ni amaría jamás a doña Margarita sino como un hermano, y que habiendo además resuelto no casarse, deseaba que se le permitiese profesar en la Orden militar de Calatrava, cuya merced había solicitado.

En la carta dirigida a su prima le pedía perdón por no aceptar la dicha y la honra que le ofrecían, asegurándole que no se casaba con ella por no hacerla desgraciada, puesto que le era imposible ofrecerle la clase de ternura que ella debía querer de su esposo.

Así se resolvió la situación; así Dios dispuso, a pesar de los propósitos de todos ellos.

Capítulo C

DE COMO, A PESAR DE LO SUCEDIDO, QUEDABA MUY OSCURO EL PORVENIR DE MARTIN

Doña Margarita no volvió a presentarse a don Juan aquella mañana.

Del efecto que en Santisteban produjo el inesperado giro que había tomado la situación, nada tenemos que decir, puesto que ya lo hemos visto, y solamente añadiremos que después de leídas las cartas de don Alfonso, aun tardó largo rato en desaturdirse el enamorado caballero.

Su dicha era tanta que no podía creerla fácilmente.

Empero después de haberse tranquilizado, no recuperó las fuerzas tan pronto como las había perdido.

Cerca de dos horas permaneció hablando con don Pedro sobre su futura felicidad, y luego salió, no como otras veces, triste y preocupado, sino con el rostro radiante de alegría.

También entonces palpitaba con violencia su corazón; pero ¡cuán diferente es la agitación producida por las satisfacciones y el exceso de júbilo, a la que produce el exceso del dolor!

Así como antes no había más que mirar el rostro de Santisteban para saber que estaba horriblemente atormentado, en aquellos momentos no era menester tampoco más que el primer golpe de vista para saber que se consideraba el hombre más dichoso del mundo.

Ya sabemos que Julián le profesaba especial cariño, y no hay que decir que lo esperaba con impaciencia, con tanta impaciencia, que al verlo, olvidando todo respeto, dijo con acento de reconvención:

—¡Vive el cielo!... ¿Y así os olvidáis de que os aguardo y dejáis pasar más de tres horas sin que os importe mi temor y mi afán?

Por toda respuesta, el caballero abrazó a su sirviente como se abraza al mejor amigo, y exclamó:

—¡Julián!... ¡Soy feliz!...

—¡Voto al infierno!...

—¡Ah!...

—¡Gracias a Dios!... Me alegro, porque ya iba cansándome de veros la cara triste a todas horas.

Santisteban dirigió las más cariñosas fra-

ses a su leal sirviente, y luego le dijo:

—A caballo, y por el camino te referiré punto por punto cuanto ha sucedido... ¡Qué mujer! ¡Oh!... ¡Qué mujer!...

—Sí, una mujer — replicó Julián, cuyas ideas no eran las más favorables al bello sexo.

Y después de algunos instantes, añadió:

—Pero lo que importa es que seáis dichoso, que os hayáis salvado, pues si seguís como estabais, no hubierais vivido mucho tiempo.

—Ya puedes estar tranquilo.

—Supongo que hoy tendréis ganas de comer.

—No sabré decirlo.

—¿Vamos a la posada?

—A Madrid, porque no quiero perder un instante en dar la noticia a mi buen amigo Martín; no quiero perderlo, pues tal vez le llevo la dicha, una dicha como la mía.

—¿No sabéis la hora que es?

—No sé nada — replicó Santisteban disponiéndose a cabalgar.

—Es tarde, señor, y yo estoy desmayado.

—No tardarás en satisfacer tu apetito: comerás bien, en mi misma mesa, y yo te serviré...

—Cuidado, señor, no sea que el contento os haga perder la cabeza.

—Descuida.

—¿Por qué dices eso?

—Tengo hambre, señor, estoy desfallecido...

—Bien, pero...

—En la posada suelen darnos bien de comer y hay un vinillo áspero, que, sin ser superior, me agrada mucho y es milagroso para abrir el apetito.

—En Madrid los tienes mejores y yo te doy licencia para que bebas a tu antojo: aquí no te darán el Jerez ni el Borgoña que hay en mi cueva.

—Sin embargo...

—A caballo, Julián a caballo. Ten paciencia por ahora, que este es el último sacrificio.

Preciso era obedecer.

El criado montó y ambos partieron al trote.

Mientras caminaban, don Juan refirió con todos sus detalles lo que había sucedido, haciendo además una pintura de sus sufrimientos y de los que suponía que había experimentado la doncella.

Llegaron a Madrid.

—¿Y ahora — preguntó Julián — qué pensáis hacer?

—Voy a ver a Martín.

—¿Os olvidáis de la comida?

—Come tú sin esperarme, porque es posible que sea larga la entrevista.

—Aprovecharé vuestra licencia y renunciaré a la honra que me ofrecíais de comer en vuestra compañía. Brindaré por la salud de mi señora doña Margarita, y si al volver no me encontráis...

—Supongo que estarás durmiendo.

—Como he madrugado...

—Hoy tienes permiso para todo.

—Gracias, señor.

En tanto que Julián se disponía a satisfacer su devorador apetito y a alegrarse además de lo mucho que estaba, don Juan de Santisteban se fué en busca del desdichado Martín, a quien encontró, como siempre, triste y preocupado.

Las primeras palabras del ilustre caballero fueron las mismas que cuando encontró a su sirviente al salir de casa de Luzón.

El hijo de Nicasia exhaló un grito y abrazo, a don Juan, mientras murmuraba:

—Yo también, yo también...

—¿Dudáis aún?

—No.

—Grande es mi felicidad y mucho mi deseo de hablaros de ella; pero antes quiero ocuparme de vos, antes quiero disipar mis dudas.

—¿Qué he de deciros?

—¿No amáis a doña Inés?

—Sí — respondió Martín sin vacilar.

—Por fin lo confesáis... ¡Oh!... Dadme otro abrazo, estrechad vuestro corazón contra el mío, ese corazón grande y noble como ninguno... ¡Cuánto os he hecho sufrir, yo que por vuestra dicha hubiera hecho todos los sacrificios imaginables!

—Precisamente por eso estaba yo obligado a sacrificarme por vos.

—¡Amigo mío!

—Si alguna felicidad he alcanzado en este mundo, a vos os la debo...

—No hablemos de eso

—Sí, quiero hablar.

—Son recuerdos tristes

—Al contrario.

—¿No queréis saber todo lo que ha sucedido?

—Sí.

—Pues escuchadme y acabaréis de conocer lo que vale doña Margarita, os convenceréis de que es casi imposible encontrar una mujer que se le parezca.

No debemos repetir la conversación de los dos amigos; pero diremos que muy difícilmente Martín dominaba la agitación de su contento.

Después de hablar de la doncella se ocuparon de la viuda, aunque sobre este punto Martín dudaba en cuanto a la conducta que debía seguir.

No era para él tan sencillo realizar sus deseos, por más que doña Inés lo amase, si bien las dificultades que encontraba eran hijas de delicados escrúpulos y efecto de que, según hemos visto, rarísimas veces apreciaba él las cuestiones como los demás.

Apenas se separaron, Martín corrió al lado de su madre, y, abrazándola tiernamente, la explicó en pocas palabras la situación.

Nicasia levantó al cielo los ojos y exclamó con acento de conmoción profunda:

—¡Gracias, Dios mío!

Y lágrimas de júbilo corrieron en abundancia por sus mejillas.

—Ahora — dijo después de algunos momentos — podrás ser dichoso.

—Veremos, madre mía, veremos.

—¿Aun dudarás?

—Sí

(Continuará)

Los Secretos de una Gran Ciudad

Intenso romance de aventura, de intriga, de sacrificio y de heroismo, escrito

Por HAL SIDNEY

Autor de "Detrás de la Puerta Cerrada"

(Continuación)

EL TELEGRAMA

AQUELLA noche, por lo menos, un peligro había desaparecido. La muerte había sellado los labios de Marr, y Dandy Trench no se atrevía a revelar lo que sabía.

El hombre misterioso: Rodman se había egado a explicar detalladamente aquello de el hombre con la cicatriz en la mano... el ue yo he marcado para toda la vida".

Pero si era aquel hombre el del retrato que abía sacado — con luz de magnesio — quella noche y aquel hombre era el asesino e Viziard, tarde o temprano el culpable ería hallado por la policía y la acusación ue pesaba sobre Jim, se desvanecería.

Antes de acostarse aquella noche desarroó el negativo y sacó una copia en papel al romuro.

—¡Ha salido muy bien, Jack! ¡Ya lo sabía o! — exclamó Jim muy contento enseñano la copia al muchacho.

Era una fotografía horripilante. Con la ara asomada a la ventana estaba una silestra figura con unos ojos raros — ojos ue parecían sin vida, en la fotografía, — na cara salvaje, repelente.

Y detrás de aquella figura, en la habitaión — pues la cortina estaba descorrida or completo — se veía el cuerpo del asesiado reflejado con toda claridad por el esejo.

¡Aquella prueba convencería inmediatamente hasta al incrédulo superintendente Groom!

—¡Algún día! — dijo Jim, — esta fotografía hará que este hombre sea llevado, con el resto de su gavilla, ante la justicia y yo podré, por fin, ver satisfecho el deseo de mi difunto tío Gilbert Frayde, descubriendo el misterio de la Granja de Darkmere!

Después del desayuno, a la mañana siguiente, Marjorie dijo a su esposo cuando salía con él a pasear por el jardín:

—Espero que hoy mi esposo no huirá de mi lado. Es necesario que se quede en casa todo el día.

De corta distancia, llegaban los ecos de una animada conversación mezclada con píos y cacareos. Nance estaba dando de comer a las gallinas ayudada por Jack.

Nance tenía un aspecto que demostraba que la vida del campo le sentaba muy bien. Londres, con su pesado trabajo que la tenía a la intemperie constantemente con su canasta de flores, la había dejado pálida y delgada. Sus mejillas se habían redondeado ya y el color de la salud aparecía en ellas mientras brillaba en sus ojos la luz de la alegría.

—Nance le debe su felicidad, Jim. Aquí está contentísima, lo mismo que su anciana madre — dijo Marjorie después de oír una cristalina carcajada de la ex florista.

—¿No lo merecía acaso? — dijo Jim. — Y aun creo que no he hecho ni la mitad de lo que debía hacer. — Luego añadió refiriéndose a lo que Marjorie había dicho antes: — Quisiera haberme quedado todo el día en casa, pero... ¡Hay un pero!

Miróla al rostro y vió en él una mueca de decepción.

—No le conté anoche todo, — agregó rápidamente. — Ha sucedido algo extraordi-

Los secretos de...

nario en la Granja de Darkmere. Tengo que volver en el automóvil esta tarde a ver a los de la policía, Marjorie. Su tutor, el Doctor Marr, fué hallado muerto la noche pasada.

Ella le miró con asombro.

Jim le relató rápidamente todo lo sucedido.

—Van a realizar una investigación y como es lógico, Jack y yo tendremos que prestar declaración. Pero eso no significa peligro ninguno para mí, es decir no hay temor de que se sepa que tengo algo que ver con Jim Strange el buscado por la policía. Peligro lo había mientras Marr vivía. El mismo día en que Marr supo su secreto, el mismo en que se enteró de que Strangways era Strange, encontró la muerte, — dijo Jim. — Me enteré de que lo había sabido por un telegrama que me dirigió. Pero ese peligro ha pasado ya.

Podía existir peligro de parte de Fhillip Bourne si se le ocurriera hacer investigar lo de su falso casamiento, pero he sabido que abochornado por su fracaso se fué de Inglaterra.

—¡Ha muerto, el hombre a quien yo tanto temía! — exclamó Marjorie — ¡Oh! Ya estaba acostumbrándome a no temerle sabiendo que estaba usted para protegerme, Jim!

—Ese temor ha pasado para siempre, amada mía y espero que, en el futuro, nuestra felicidad será completa.

—¡Si se desvaneciera el otro temor, — dijo ella en voz baja, — esa sombra que le seguirá como una amenaza constante mientras no se sepa quien es el autor de la muerte de Viziard!...

—Tal vez se sepa más pronto de lo que lo suponemos, — dijo él. — Anoche...

Jim calló volviendo la cabeza.

Alguien había entrado en el jardín.

Era un mensajero del telégrafo. Jim tomó el despacho. Estaba dirigido a "Strangways, Grentham, Kent".

—No hay respuesta — dijo al mensajero dándole el recibo y unas monedas.

—¿Noticia importante? — preguntó Marjorie.

—Que no tengo que ir hasta la noche, — dijo Jim. — Había quedado con el superintendente Groom en verle esta tarde, pero ahora me telegrafía esto:

Jim dió el despacho a Marjorie. Decía así:

"Le espero esta noche a las ocho en punto
" en el parque de la Granja de Darkmere.
" No le espero en la oficina de policía por
" razones que le expresaré. He hecho descu-
" brimiento importante. — Groom".

De acuerdo con lo que decía el telegrama, Jim pasó la tarde paseando en automóvil con Marjorie, encontrando muy agradable que el superintendente Groom hubiera cambiado de opinión.

—¿Viene conmigo, Jack? — preguntó Jim mientras se preparaba a partir para ir a entrevistarse con el de la policía aquella noche. — Lo dejo a su elección.

—Prefiero ir, — contestó el muchacho. — ¡Algo raro puede suceder en aquel caserón si no estoy yo para cuidarle!

Jim se rió y dijo a Jack que notaba que ib haciéndose valiente.

Había comenzado a anochecer, cuando pa tieron. Jim llevaba en la cartera una copi de la fotografía. Pensaba en la sorpresa d Groom al verla y en que habría descubierto de policía en la Granja de Darkmere que a le había hecho variar la hora y el sitio de l entrevista.

De paso estuvieron en Wansford, en cas de la señora Goldring, a preguntar como se guía Rodman. El herido se hallaba mejor Jim le dejó dicho que, de regreso, se deten dría unos momentos a conversar con él.

El perro de Rodman, el fiel Rock salió e cuanto abrieron la puerta, a saludarlos com si considerara un deber mostrarse cortés co los amigos de su patrón o porque tenía ga nas de dar un paseo.

Cuando el automóvil se puso en march Jack, mirando hacia atrás, vió que Rock le seguía.

—¡El perro ha decidido venir con nos otros a la granja! — exclamó Jack. — ¿N sería mejor subirle al automóvil? ¡Se va cansar demasiado si sigue a este paso!

Rock había corrido ya tres cuarto de mill y encontró muy de su agrado que Jack l subiera al coche. Pero en cuanto llegaron los portones de la granja de Darkmere salt del automóvil y de un brinco traspuso el cer co, metiéndose entre los árboles del parqu como si se sintiera de nuevo en su casa fuera en busca de algún amigo.

El coche se detuvo ante el portón. Allí, u policeman de uniforme los esperaba y otr en la verja.

—¿El superintende Groom no ha llegado — preguntó Jim al policeman después de en trar.

—Sí, señor. El superintendente está en l casa, — contestó el policeman. — Parece qu sucede aquí algo extraño. Me dijo que l acompañara a usted donde está él, en cuant llegara.

Los tres hombres siguieron a pie hacia la casa preocupado Jim cada vez más con la idea de que podía haber descubierto Groom.

La puerta de la casa estaba entornada. E policeman la abrió y les guió a una de las habitaciones del piso bajo.

La habitación estaba alumbrada, pero allí no se hallaba el superintendente Groom.

—Bien, ¿pero dónde está?...

La pregunta de Jim no continuó. Sintió a su espalda ruido de pasos. Volvió la cabeza y en el mismo momento se sintió sujetos los brazos junto al cuerpo. Al mismo momento, con una risa de triunfo, el hombre vestido de policeman avanzó y sujetó a Jack por las manos.

En un instante se dió cuenta Jim de lo terrible de su situación.

Le habían preparado una trampa por medio del telegrama — falso sin duda pues Groom no lo había enviado — y habían ido a caer en poder de sus enemigos.

Las palabras que Groom — descuidadamente — había pronunciado la noche anterior dando sus señas en Kent, habían sido oídas por los invisibles atisbadores y aquel era el resultado.

¡Estaban en poder de la Liga del Ojo!

Jim luchó desesperadamente por libertare de la cuerda con que luego habían sujetao sus brazos, pero fué en vano.

La parte superior del rostro del hombre ue le había apresado por sorpresa estaba ubierta por una máscara pero notaba Jim ue la boca reíase irónicamente.

—¡Tonto! ¡Pretender luchar contra nostros! ¡Ya se lo advertimos y usted se creyó uficientemente fuerte para luchar con La iga del Ojo! — dijo el enmascarado mirano burlón a su prisionero y al muchacho que n vano peleaba contra el falso policía. — Por eso preparamos esta sencilla trampa en que ha caído usted, señor Jim Strangways de la que no podrá soltarse!

ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

Jim Strangways escuchó con despreciativo ilencio las baladronadas del enmascarado.

Se daba perfecta cuenta de lo desesperado e su situación. Atrapado en aquella siniesra casa, en poder de enemigos tan implacales como poco escrupulosos, comprendía ue solamente un verdadero milagro conseuiría salvarle.

Pero la misma gravedad de la situación ontribuyó a acentuar su serenidad y su vaor. En el rostro de Jim se notaba una exresión de entereza y de decisión invencibles. Miró con altanería a su desconocido captor l notar que se reía, por lo bajo y en son de urla, tras de su negro antifaz.

—Supongo que ahora sentirá usted señor Strangways, no haber hecho caso de las adertencias que le hicimos, — continuó el ombre riéndose con ironía cruel. — ¡Qué onto! ¡Suponer que se puede desafiarnos sin peligro! Lo que es ahora, aun cuando su amigo Groom, el superintendente de policía lograra hallar su rastro hasta la misma puerta le esta casa, seguiría buscándole en vano. Una vez dentro de este edificio habrá desaparecido usted lo mismo que si se lo hubiera tragado la tumba, — dijo con una intención que Jim no dejó de notar.

¿Qué destino les esperaba, a él y a Jack en aquella casa?

El hecho de que aquellos criminales hubieran hecho dos tentativas contra su vida era suficiente prueba de que le consideraban peligroso y tanto más paligroso después de haber llamado a la policía para que hiciera investigaciones en la Granja de Darkmere. Era, pues, Jim, un enemigo demasiado peligroso para que le dejaran escapar una vez que habían logrado apoderarse de él.

Jack, impotente, en manos del falso policeman, se había dado cuenta de la inutilidad de su resistencia. El muchacho estaba muy pálido, pero no se hallaba amedrentado. Miraba cara a cara a aquellos implacables enemigos con la misma entereza que Jim.

En aquel triste momento volaba el pensamiento de Jim hacia su joven esposa. Marjorie, que en vano esperaría su regreso Probablemente no llegaría a saber nunca la suerte que había corrido. El y su amigo y compañero desaparecerían del mundo de los vivos sin dejar rastro.

Era verdad que Marjorie sabía que había ido a la Granja de Darkmere aquella noche y era posible que alarmada de no verle regresar, avisara a la policía.

Pero entonces sería ya tarde, Aquella maldita casa sabía cómo guardar sus secretos

—Bien, señor Strangways, — dijo su captor con risa llena de malicia, — desde que usted no va a tener ya oportunidad de decírselo nunca a nadie, le permitiremos conocer uno de los secretos de esta casa que usted, por cierto, no acertó a resolver.

E indicó la puerta.

—¡Vengan! ¡Caminen! ¡Pronto! — añadió perentoriamente el enmascarado.

Entonces, como Jim no se movía, le dió un golpe como para acentuar la orden que habíale dirigido.

—Tengo algo que decirle — dijo de pronto Jim. — Sea lo que sea lo que ustedes hagan de nosotros, es para mí una satisfacción saber que su triunfo será de muy poca duración. — Hablaba con tranquilidad, pero sus ojos brillaban como carbones encendidos. — Ustedes debían haberse librado de mí hace tiempo, Han dado su golpe demasiado tarde y lo que hagan conmigo no les salvará de lo que se merecen todos ustedes, cáfila de bandidos.

—¿Qué significa esa insolencia? — preguntó airado el otro.

Se notaba por el tono de su voz que se hallaba intensamente emocionado.

—¿De qué puede servir que yo les advierta ahora que la red en que han de caer se está estrechando más y más, a su alrededor cada momento que pasa? — dijo tranquilamente Jim.

El enmascarado le miró y luego lanzó una carcajada burlona.

—¡Bah! ¡Eso lo dice usted para impresionarme, como si yo estuviera dispuesto a creer sus invenciones! — exclamó.

—Llámelo usted invenciones o lo que quiera. Lo que yo sé (y no soy el único en saberlo! sobre usted y los demás pillastres que hacen de esta casa una caverna de bandidos es muy importante y verídico. ¿Será necesario que le diga aún cuando sólo sea una sola cosa para probarle que no hay tales invenciones?

Jim calló un instante. El enmascarado le miró sin hablar.

—Esta casa está muy lejos de la casita situada a la orilla del río, en el distrito de Limehouse, donde fué planeado el asesinato de Viziard, pero tengo en este momento en el bolsillo la prueba que ha servido para dar con la pista del asesino, que estaba en la Granja de Darkmere... ¡Esa prueba es de tal clase que será la que le haga condenar a la pena que tan merecida tiene!

No era posible dudar de que el tiro había dado en el blanco. Los dos hombres temblaron al oír aquellas palabras.

Jim comprendía, naturalmente, que a consecuencia de su captura la copia de la fotografía que había sacado y en la cual se veía al hombre de la cicatriz en la mano asomado a la ventana de la habitación donde Marr yacía muerto, caería indefectiblemente en poder de sus enemigos. Decidió por lo tanto anticipar su descubrimiento infundiendo temor a aquellos culpables Esto lo había con-

Los secretos de...

—¡Ha muerto el hombre a quien yo tanto temía! — exclamó Marjorie.

seguido plenamente, no cabía la menor duda.

El enmascarado ya no reía con desfachatez, como antes.

—¡Mentira! ¡No le creo! — exclamó con voz ronca.

Pero luego, con un rápido movimiento, metió la mano en el bolsillo de Jim. No contenía más que una cartera, pero en ella encontró la prueba — la copia fotográfica, — de que había hablado el prisionero.

Miró la fotografía sacada a la luz de magnesio, con intensa consternación.

—¡Mire! ¿Vé usted esto? — dijo el hombre enmascarado mostrando la fotografía al falso policeman.

En cuanto el otro miró aquello no pudo reprimir un temblor de emoción. Aquella fotografía en poder de la policía podía constituír un gravísimo peligro para la gavilla de criminales que tenía su cuartel general en la Granja de Darkmere. ¡Era nada menos que el retrato de su jefe y tras él veíase tendido en el suelo al doctor Marr, muerto!

En aquel momento de asombro la presión de la mano del falso policía en el hombro de Jack aflojó un poco y el muchacho consideró llegada la oportunidad de hacer algo.

Como una anguila se deslizó de modo que dejó el sobretodo en poder de su captor y corrió hacia la ventana.

Era aquella una tentativa desesperada. Antes de que el muchacho consiguiera abrir la ventana, — no tuvo tiempo más que para mover la manija del cierre, — su captor estaba a su lado y le sujetaba de nuevo. Desesperado, al sentir de nuevo la pesada mano en un hombro, Jack se lanzó al costado contra la ventana y con el codo, dió en uno de

los vidrios. El cristal cayó hecho añicos.

Con toda su voz, sonora y bien timbrada, Jack gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro!

El penetrante grito pasó por el hueco del vidrio roto y fué repetido una y otra vez por los ecos del bosque hasta que los gritos del muchacho fueron sofocados por una mano que se apoyó brutalmente sobre su boca.

Jack no tenía esperanzas que su grito fuera oído por nadie en aquel extenso y solitario parque. Se había tratado únicamente de un ciego y desesperado impulso.

Sin embargo en el momento en que el falso policía arrastraba al muchacho separándolo de la ventana, lanzando una exclamación de furor y procediendo con toda rapidez a atarle las muñecas con un cordel, aquel llamado de desesperación tuvo como consecuencia una inesperada y sorprendente respuesta.

Dos ojos relucientes miraron hacia la habitación por el hueco del vidrio roto y un instante después la ventana se abrió de golpe y por ella saltó un terrible animal.

Era Rock, el perro de Rodman, que les había acompañado a la Granja de Darkmere aquella noche y que, desde el parque, había oído los gritos de Jack.

Sobresaltado por aquella súbita aparición, el hombre que acababa de atarle las muñecas al muchacho, retrocedió. Llevó la mano al bolsillo y sacó una navaja de hoja ancha corta y puntiaguda.

No tuvo tiempo más que para abrir la navaja, pues no llegó a hacer uso de ella.

Con la rapidez del rayo el enorme perro saltó contra él, gruñendo furioso, brillándole los blancos colmillos y clavó sus dientes en el puño del hombre.

Lanzando un grito de dolor, el pillo dejó caer la navaja que dió contra el suelo, en el momento en que los dientes del perro le penetraban en la carne de la mano.

El enmascarado avanzó con el propósito de apoderarse de la navaja y de auxiliar a su cómplice. Logró alzar el arma, pero la dejó casi en seguida porque el perro, soltando la mano del otro, saltó hacia él dándole con tanta fuerza que le hizo caer de espaldas al suelo. El perro se puso sobre él, amenazándole al rostro con sus fauces abiertas y gruñendo feroz.

El hombre de la mano herida. — que le sangraba bastante, — retrocedió hacia la puerta. Estaba pálido como un muerto. Pareció un instante que se proponía pelear. Pero sin embargo, abrió la puerta con la mano no herida. Salió rápidamente de la habitación.

—¡Se ha llevado un buen susto! — exclamó Jack olvidando lo grave de la situación. — ¡Bravo, Rock!

Durante un momento el perro pareció indeciso sin saber si seguir al hombre que se había escapado por la puerta o continuar guardando al que se hallaba echado boca arriba en el suelo, al enmascarado.

Rápido como el pensamiento el hombre caído vió su oportunidad en la momentánea vacilación del animal.

Tomó el sobretodo de Jack, que estaba al alcance de su mano. Lo arrojó a la cabeza del perro, cegándolo por un momento.

Fué un recurso desesperado pero que le salvó. El enmascarado se puso de pie como impulsado por un resorte y desapareció por la puerta abierta.

El perro, sacudiendo violentamente la cabeza, echó a un lado la prenda y saltó hacia el que huía con las formidables mandíbulas dispuestas a morder de nuevo, pero el hombre desapareció en el momento oportuno cerrando tras sí la puerta.

Se oyó el ruido que hizo el cerrojo al correrlo.

—¡Bravo, Rock! — exclamó Jack. — ¡Te debemos una buena, amigo mío! Pero van a volver y esta vez con armas. Señor... ¡Si pudiéramos quitarnos estas cuerdas antes de que volvieran!

Esa era su esperanza, que Jack debía transformar en realidad.

El muchacho tenía las muñecas atadas, pero tenía siquiera los dedos libres. Con febril apresuramiento se inclinó y tomó la navaja que estaba en el suelo. Con ella cortó rápidamente la cuerda que rodeaba el cuerpo de Jim, sujetándole los dos brazos a los costados.

Era aquella una carrera contra el tiempo. Ya oían el rumor de voces de enojo que se acercaban al otro lado de la puerta. Oyeron también el golpear de un bastón llevado por alguien que — como un ciego, — avanzaba reconociendo el camino. Era el mismo golpear que otra vez había precedido a la aparición del hombre de los ojos extraños a la sala de los espejos, la noche pasada.

Con desesperación Jack seguía cortando la cuerda, pero con las muñecas atadas le resultaba difícil. ¿Qué nuevas pruebas les esperarían? En cualquier momento podía abrirse de nuevo la puerta.

En aquel mismo instante, Rock, al parecer, les abandonó.

El perro levantó las orejas, lanzó un breve ladrido y de un salto salió por la ventana hacia la oscuridad del parque, dejándolos entregados a su suerte.

Con la frente cubierta de sudor Jack cortaba las cuerdas con la navaja mal sostenida entre las atadas manos.

Las pisadas y las voces se oyeron cerca del otro lado de la puerta y aun no había cortado del todo la recia cuerda.

—¡Es inútil, señor! — murmuró Jack desalentado al darse cuenta de que el tiempo le iba ganando la carrera. — ¡Nos han vencido!

¡Vencido! ¡Parecía ya que no había triunfo posible. Pero apenas había pronunciado Jack aquella palabra cuando la cuerda, seccionada, cedió. ¡Jim Strangways hallábase, por fin, en libertad!

¡Y la puerta no se había abierto todavía!

En la mirada de Strangways se notaba el entusiasmo del combate. Todo lo veía rojo. Tenía las manos libres, podía defenderse, luchar... Sería una pelea en la que les to-

Los secretos de...

caría morir, pues, tanto él como el muchacho estaban arrinconados, entre la espada y la pared, pero por lo menos caería peleando y dejando marcados a sus enemigos antes de la derrota final.

No hubo tiempo para desatar las manos de Jack. En aquel instante la puerta se abrió. Fué empujada cautelosamente, solo un poco y por la hendija apareció un revólver.

Evidentemente los que estaban del otro lado no se habían enterado de que el perro no se encontraba ya en la habitación. Era prudente tomar saludables precauciones contra sus formidables dientes. No era verosímil que supusieran que uno de sus prisioneros había logrado librarse de sus ataduras. Era, pues, el temor al perro lo que motivaba aquella maniobra de precaución.

Pero, naturalmente, el esperado salto del perro al que se proponían contestar con un tiro, no se produjo. La puerta se abrió un poco más y apareció la cabeza del enmascarado.

A pesar de la emoción de aquel terrible momento, Jim notó que los dedos de aquel hombre dejaban una marca roja en la pintura clara de la puerta, en los sitios donde se habían apoyado.

Sin duda había tenido contacto con la sangre que cayó profusamente de la lacerada mano de su compañero, en la que el perro había hincado sus terribles dientes, cuando Rock le tiró al suelo.

Aquel era el momento que Jim había esperado. Aquel. . .

En el mismo instante en que la cabeza del enmascarado miró hacia un lado y otro de la habitación, Jim hizo un llamado a todas sus fuerzas para dar con ellas un golpe contundente.

Tenía los brazos entumecidos por la presión de las cuerdas, pero era tal su excitación en aquel momento que olvidó toda la fatiga que sentía.

El brazo, tendido con terrible fuerza, dió un golpe como de martillo en la cabeza asomada.

Con un grito que pareció un gemido, el enmascarado cayó hacia atrás.

Jim Strangways se acercó rápidamente como si hubiese perdido el sentido y la puerta se cerró.

No había pasador ni cerrojo de aquel lado, pero antes de que el grupo del otro lado hubiese recobrado suficiente lucidez — después de su sorpresa, — para empujar de nuevo la puerta, Jim la había acuñado fuertemente con la hoja de la navaja, clavada entre dos tablas del piso junto a la puerta.

La navaja sujetaba la puerta tan sólidamente como un cerrojo.

Se produjo un nuevo momento de pausa. Todavía podía pelear. Pero Jim no tenía confianza en el éxito final.

Sacó del bolsillo su cortaplumas y con ella cortó el cordel que sujetaba las muñecas de Jack.

—¡Pronto! ¡Por la ventana! — dijo Jim Strangways.

Corrieron hacia ella cruzando la habitación. Una vez fuera todavía les quedaría la posibilidad de escapar.

Detrás de ellos se oyó ruido de vidrios que se rompen. Pero fué el estampido de un tiro y la bala que pasó silbando junto a ellos lo que les convenció de que tenían que renunciar a todas sus esperanzas.

La banderola situada sobre la puerta tenía un vidrio, que había sido despedazado de un golpe y, cuando se volvieron atónitos vieron que por el hueco se asomaba un hombre que les apuntaba con un revólver.

—¡No se muevan! — gritó con voz áspera. — ¡No se muevan si no quieren que les meta una bala en el cuerpo! ¡Al primero de los dos que intente salir le atravesaré el corazón de un tiro!

Hubiera sido locura desoír aquel aviso y los dos se convencieron inmediatamente de su impotencia.

Cuando ya creían que iban a escapar de la trampa ésta habíase cerrado de nuevo e irremisiblemente sobre ellos. ¿Qué podrían hacer?

A LA CARRERA

Jim Strangways y Jack Lewis habían partido para la granja de Daakmere aquella noche obedeciendo a las indicaciones de un supuesto telegrama de Groom, el superintendente de policía de Wansford, dejando a Marjorie dominada por una curiosa e injustificada depresión nerviosa. Tan abatida y triste estaba la joven que ni aun la charla ocurrente de Nancy logró disipar las sombras que, sin causa aparente, cerníase sobre su espíritu.

De todo corazón hacía Marjorie votos porque Jim no hubiera heredado jamás la casa a la que se dirigía aquella noche. La joven odiaba a aquella casa malhadada sobre la cual, en las pasadas veinticuatro horas había proyectado su sombra el crimen.

Jim había prometido tratar de evitar todo peligro y además le acompañaría el superintendente Groom. Pero aun cuando trataba de convencerse de que no había nada que temer, la joven esposa de Jim Strangways no lograba tranquilizarse.

—Estoy convencida de que es una tontería de mi parte, Nance, — dijo Marjorie. — Quizás hubiera peligro si fueran solos. Pero yendo con Groom no les puede pasar nada. Sin embargo tengo el presentimiento de que algo amenaza a mi marido y a Jack en aquella casa.

Nance trató de disuadirla de tal manera de pensar.

—¿Qué les va a pasar yendo con los de la policía? ¡Nada! ¡Absolutamente nada! ¡Eh! Alguien ha llamado. ¡Ah! ¡Otro telegrama! — dijo Nance.

Marjorie se había estremecido al oír golpear. Se puso muy pálida. Tenía el presentimiento de que aquel telegrama confirmaría sus temores.

—¡Permítame que yo lo abra! — dijo Nance.

Rasgó el sobre. El telegrama era del superintendente Groom. Decía así:

"Le esperé esta tarde de acuerdo con lo

" que habíamos convenido. Espero que le " veré mañana sin falta. No deje de traer " la fotografía. — Groom".

Mientras Nance leía el telegrama en voz alta, Marjorie se ponía más pálida aun y parecíale que una mano helada le estrujaba el corazón. ¿Por qué telegrafiaba Groom en esa forma si antes había enviado un despacho proponiendo la entrevista que debía verificarse por la tarde, para la noche?

Pero... ¿era Groom quien había enviado el primer telegrama?

—¡Nance! —dijo Marjorie febrilmente. El primer telegrama era falso! ¡No lo hizo el superintendente de la policía de Wansford! ¡Debe haber sido una estratagema para hacer que Jim fuese a la Granja de Darkmere a caer en poder de los hombres malos que están allí!

Sentíase presa de cien temores distintos. El presentimiento de una desgracia que la había perseguido venía a quedar justificado con la llegada de aquel telegrama.

—¡Nance, es necesario telegrafiar inmediatamente a Groom!

—Podemos enviar un despacho por el mensajero que aun está esperando, — dijo Nance. — Pero el telegrama tardará en llegar a la policía, aunque sea poco. Más rápido sería hablar por teléfono.

—¡Pero si no hay teléfono a menos de dos millas de distancia! — exclamó Marjorie. — ¡Y en un caso así los segundos son preciosos.

—Es necesario hablar por teléfono. Además así obtendremos contestación inmediata. — exclamó Nance tomando una resolución por su cuenta. — Déjelo usted a mi cargo. Yo encontraré cerca de aquí alguien que pueda llevarnos hasta Mertonstone, antes de que usted se haya puesto un vestido para salir. ¡No se entristezca! ¡Todo se arreglará! — agregó dirigiendo una mirada de simpatía a la joven esposa a quien tanto quería.

Nance salió corriendo de la casa, sin sombrero. El almacenero de la aldea tenía un tilbury con un caballo, para alquilar. Era, el almacenero, hombre de gran cachaza, el que ni un terremoto podía sacar de su paso lento y acompasado. Pero Nance lo miró, le habló y logró galvanizar a aquel estafermo por primera vez en la vida. Jamás había visto nadie al almacenero andar tan apurado como mientras enlazó y ató el caballo al tilbury para que Nance saliera con Marjorie.

Cinco minutos después de haber salido del Chalet de las Rosas, Nance estaba de regreso en el vehículo en que debían ir a Mertonstone.

—Lo mejor que podemos hacer es ir directamente a la oficina policial y telefonear desde allí, — dijo Nance.

Al inspector de guardia explicó Nance rápidamente lo que pasaba. El inspector pidió comunicación con la oficina de policía Wansford.

—¿Está ahí el superintendente Groom? ¿Sí? Bien. Dígale que la señora de Strangways desea hablarle. ¡Es muy urgente! — dijo el inspector.

La mano de Marjorie temblaba cuando tomó el auricular que le tendía el inspector. Con un gran esfuerzo de voluntad logró expresarse sin que le temblara la voz.

—Le habla la esposa de Jim Strangways, señor. Su telegrama acaba de llegar. Mi esposo no fué a verle a usted esta tarde porque recibió un telegrama, firmado con su nombre de usted, diciéndole que, en lugar de ir a la oficina de policía de Wensford por la tarde fuera a la Granja de Darkmere por la noche. Sí: "a la Granja de Darkmere" decía el despacho. Jim salió de casa, en el automóvil, hace cerca de una hora.

Marjorie pudo oír por el teléfono la exclamación de asombro y de alarma de Groom al oír la noticia, pero el superintendente le contestó tratando de infundirle una tranquilidad que él mismo no sentía.

—Voy a ir inmediatamente a la Granja de Darkmere con varios de mis hombres. No se alarme, señora. Podía haber sido un caso serio si usted no hubiera avisado tan pronto como lo ha hecho. Estoy seguro de que llegaremos a tiempo para evitar que suceda algo lamentable si, en todo caso, está por suceder. Puede usted confiar en que procederé inmediatamente.

La pálida joven que hablaba por teléfono parecía a punto de desmayarse.

Groom añadió:

—Si usted quiere tener la bondad de esperar ahí, en la oficina de policía, señora, yo le hablaré por teléfono tan pronto como tenga noticias definitivas.

Marjorie se dejó caer sentada en una silla. El inspector la miraba compadecido. Permaneció sentada, bajo la garra de una angustia indescriptible que se intensificaba a medida que iba pasando el tiempo.

En la oficina policial de Wansford se procedía, mientras tanto con toda actividad. La noticia del telegrama falso había alarmado al superintendente Groom. Constituía una razón más que suficiente para suponer que algo muy serio se estaba desarrollando y que era necesario no perder ni un instante y llegar lo antes posible a la Granja de Darkmere.

Dió una docena de rápidas órdenes. A los pocos minutos un automóvil esperaba en la calle, ante la puerta de la oficina policial, pronto para el viaje. Groom y tres agentes subieron en él. El automóvil salió a toda velocidad, corriendo por los oscuros caminos con una rapidez infernal. Era necesario llegar lo antes posible.

Groom manejaba el automóvil sin fijarse por cierto en si excedía la veocidad autorizada por la ley. Como una flecha, el coche traspuso una y otra milla en dirección de la casa solitaria.

Cuando llegaron al portón, Groom bajó del coche dejando a uno de los agentes al cuidado del automóvil.

Del otro lado del portón vió otro automóvil parado. Debía ser el de Jim Strangways.

—No hagan más ruido que el que harían si tuviesen los pies de algodón, — dijo Groom en voz baja a sus hombres mientras se dirigían cautelosa y silenciosamente hacia la casa lúgubre.

Habían andado la mitad del camino cuando un objeto oscuro se dirigió a recibirles.

Era Rock, el perro de Rodman, que llegaba saltando y que lanzó un ladrido nervioso. Su instinto había indicado al animal que llegaba socorro. Rock conocía al superintendente con quien había trabado amistad aquella mañana, durante una visita que el de policía había hecho a Rodman.

El perro se volvió y corrió delante de ellos hacia la casa, después de convencerse de que le seguían.

Dos minutos después de la oscuridad de la casa se oyó surgir una detonación de revólver.

Fué el perro quien les guió hasta la ventana del vidrio roto, que era la de una habitación situada a los fondos de la casa y en la que había luz.

Groom corrió.

Y allí, en la habitación, vió la cara de un anmascarado asomada por la banderola do encima de la puerta — un hombre que apuntaba a Jim Strangwys y al muchacho con un revólver.

La puerta era violentamente sacudida del otro lado. Los de la gavilla trataban de abrirla y no podían porque la sujetaba la navaja clavada en el suelo.

Casi en cuanto Groom se presentó en la ventana, la puerta pareció ceder. Con un crujido se abrió, pero en seguida se cerró de nuevo a impulsos del pánico causado por la presencia del superintendente que había sacado el revólver y hecho un disparo.

Se oyó un grito de dolor en el momento en que la bala, atravesando la puerta, había hecho blanco del otro lado. La cara con el antifaz desapareció rápidamente de la banderola en el mismo momento.

El superintendente entró en el cuarto por la ventana, seguido de sus hombres. Rock había entrado antes que él y estaba de pie, meneando la cola nerviosamente como si se sintiese principal actor en todo el drama representado y le correspondiese — como así era la verdad — la gloria de haber hecho que los de policía llegaran a tiempo.

—¡Superintendente Groom! — exclamó Jack. — ¡Tengo grandísimo gusto en verle! ¡Jamás he sentido, al ver a una persona, el placer que experimenté al verle a usted hace un momento! — agregó contentísimo no sólo por haber salido de lo que parecía un caso de muerte, sino por ver que su querido amigo se había librado también de la infernal gavilla.

—Parece que realmente llegué en el instante oportuno — dijo Groom emocionado. — Cuando oí el tiro de hace poco tuve miedo de que me tocara dar por teléfono, a la señora de Strangways, una mala noticia.

Mientras hablaba se acercó a la puerta y movió la manija. Pero la puerta estaba cerrada con llave.

La llegada de aquellos inesperados refuerzos había, sin duda, desconcertado a los canallas que pocos minutos antes se consideraban dueños de la situación.

Según parecía habían renunciado definitivamente a toda pelea. Sus apresurados pasos de retirada se oían en el corredor del otro lado de la puerta y también el golpear del bastón que Jim relacionaba siempre con la presencia del hombre de los ojos extraños.

Groom vibraba de impaciencia. ¿Iban a escaparse aquellos pillos después de todo?

Levantando el revólver descargó varios tiros, deshaciendo la cerradura para siempre.

La puerta se abrió.

Groom y sus agentes se precipitaron por ella, seguidos del perro.

Pero aquel minuto de atraso había sido suficiente para desvanecer todas sus esperanzas. No se veía allí ni rastros de los misteriosos criminales. No se oía nada.

Como ratas se habían escabullido metiéndose en sus secretas madrigueras y el superintendente Groom, vibrante de coraje, tuvo que admitir que le habían burlado.

EN LA BOCA DEL POZO

Groom movió la cabeza, apesadumbrado.

—¡Está visto: únicamente demoliendo la casa se va a poder encontrar el sitio donde se meten esos pillastres! — exclamó.

Sus agentes estaban todavía revisando la casa, pero con la desventaja de tener que andar en la obscuridad pocas eran las probabilidades de éxito.

—Mañana, a la luz del día, voy a revisar toda la casa, a sondear los pisos y las paredes y a no dejar una pulgada cuadrada sin examinar. ¡Qué diablos! La solución debe ser de lo más sencillo, pero la cosa es dar con ella... ¡Pero no voy a descansar hasta que la encuentre! — siguió diciendo Groom cuyo amor propio hallábase herido por el fracaso sufrido.

—Tengo un plan — dijo Jim en voz muy baja y con toda reserva — pero no quiero hablar de él hasta que nos hallemos fuera de aquí. Todo lo que se habla en esta casa parece llegar a invisibles oídos. Si lograron hacerme caer en su celada fué porque anoche nos oyeron hablar de la cita que conveníamos para esta tarde...

—¡Eh! ¿Qué es eso? — exclamó Groom interrumpiendo a Jim.

Una mancha, en el borde de la puerta, le había llamado la atención.

Jim recordaba que había sido dejada allí por el enmascarado cuando abrió la puerta cautelosamente despues de huir de la amenaza del perro.

—Puede ser un rastro... un rastro de gran importancia — dijo Groom.

—¡Yo vi cómo dejaban ahí esa mancha y sé a cual de la gavilla pertenece esa impresión digital! — exclamó Jim, notándose nueva nerviosidad en su acento. — Fué uno de los dos hombres que nos hicieron prisioneros. Aun cuando tenía puesto un antifaz, — agregó bajando de nuevo la voz, — tengo vehemente sospecha de que sé de quien era el rostro que se ocultaba bajo la máscara.

—¡Eso puede ser muy útil! — dijo Groom con satisfacción. — Perdone si deterioro su propiedad un poquito más, señor Strangways.

Con su afilada navaja el de policía sacó una hojuela de madera de la superficie de la puerta, con la impresión digital. La guardó en su cartera.

—No hay rastro más concluyente que una impresión digital, pues se ha demostrado que

no hay dos personas que puedan hacerla igual. ¿Y usted dice que puede identificar al hombre? — agregó muy bajo.

Jim inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Escribió algo en un papel que sacó de la cartera y se lo dió a Groom. Era solo un nombre — el nombre de su amistoso vecino de junto a Orchardway, del hombre que como ya estaba convencido de que era así, había llevado el misterioso segundo mensaje de La Liga del Ojo, — Cecil Jermy.

El antifaz que cubría casi todo su rostro había sido suficiente para ocultar cuanto a la cara pudiera concernirse, pero había algo en el tono de la voz — unas inflexiones que en vano trataba de disimular — que casi desde el primer momento en que se vió frente a frente de su captor, convenció a Jim Strangways de que era el rostro de Jermy el que se ocultaba tras de la máscara.

Y la mirada que se notaba en aquel momento en los ojos de Jim no auguraba nada bueno para aquel canalla hipócrita si la sospecha resultaba verdadera.

Había sido por obedecer la voluntad de un muerto, por lo que había emprendido la tarea de descubrir los tenebrosos misterios de aquella extraña casa. Ahora seguiría adelante su propósito por un motivo mucho más importante.

Aquella noche, él y Jack, capturados a traición, habían probado, por anticipado, la amargura de la muerte. Se habían escapado por pura casualidad a las garras de la oculta gavilla, cuyo propósito era — Jim lo sabía bien — que no salieran con vida de la Granja de Darkmere.

Aquella media hora de agonía que pasaron él y su joven compañero. sin esperanza, por su parte de volver a ver a la mujer a quien amaba, tenía que cobrársela. ¡Aquel Judas Jermy, con su aspecto de risueño, amistoso vecino. el hombre que había dado muerte a Viziard, toda la gavilla de criminales que se movía en las sombras de aquella casa engañadora, tenían una cuenta que pagar! ¡La guerra había de ser a muerte y sin cuartel!

—Bien, de nada nos sirve ya quedarnos aquí, señor Strangways, — dijo Groom. — Mis hombres no han hallado nada y no es posible intentar cacería ninguna hasta que amanezca. Además, considero que usted estará impaciente por hablar por teléfono con su esposa para tranquilizarla.

Sí, sentía impaciencia, por hablar con Marjorie por teléfono, a fin de sacarla de su ansiedad. ¡Cuán poco había faltado para que fueran muy distintas las noticias que tuviera que escuchar aquella a quien amaba más que a su propia vida!

Una vez en el parque pudieron hablar con entera libertad sin temor de que les oyeran los invisibles atisbadores.

Jim dijo a Groom lo que sabía sobre Jermy y cómo había descubierto en la taberna de junto al río que su vecino de Richmond estaba afiliado a la llamada "Liga del Ojo".

—Lo primero que hay que hacer es obtener una impresión digital de ese señor Cecil Jermy, — dijo Groom — y eso puede hacerse mediante una pequeña estratagema. Y si esa impresión digital coincide con la de la puerta... entonces le proporcionaremos un par de fuertes brazaletes para sus muñecas con la rapidez con que se hace un juego de prestidigitación. La primera detención será el principio de la caza de toda la gavilla. Esa impresión digital será una prueba de singular importancia, y otra prueba de significación será la fotografía que usted sacó...

—... y de la que los de la gavilla tienen la copia que hice para usted, — dijo tranquilamente Jim.

Contó al superintendente el terrible efecto que había producido a los dos hombres la contemplación de la fotografía.

—¡Cómo deben rechinar los dientes de rabia al pensar que usted se les escapó de entre los dedos, señor Strangways! — dijo, sonriendo el de policía. — No he de negar que me sentía muy excéptico anoche, — agregó. — Lo que usted dijo sobre el hallazgo de una pared sólida donde antes había una puerta me resultaba... ¿cómo decirlo?... ¡Difícil de tragar!

—¡Lo comprendo! — dijo, riendo, Jim.

—Pero ahora, señor, estoy convencido, plenamente convencido de que se combina algo delictuoso en la Granja y de que, buscando con actividad lograremos al fin, dar con la solución del secreto, — dijo Groom con plena convicción. — ¡O lo solucionamos y terminaremos por completo con esa gavilla de criminales, o me retiro de la policía por fracasado!

Era fácil darse cuenta, comprender que Groom sentía herido su amor propio. Le producía escozor pensar que aquellos hombres de cuya presencia había tenido pruebas materiales, se habían escabullido como sombras de entre sus manos.

Agregó de pronto:

—Pero el plan de que usted habló hace un momento, señor Strangways... ¿cómo propone usted que se saque a esas "ratas" de sus madrigueras?

—Es un plan que ya había comenzado a poner en práctica cuando vine la otra noche a mirar por la ventana que da al foso. El secreto que tenemos que encontrar tiene su clave en la sala de los espejos. Fué hasta esa sala a donde seguí a uno de los de la gavilla la noche de mi primera visita; fué en esta sala donde desapareció. Con un ancho foso lleno de agua delante de la ventana, esos hombres se consideran, allí, libres de miradas indiscretas. ¡Qué error, Groom! No le dije a usted anoche que me acerqué a la ventana, por el agua del foso, gracias a un pequeño bote desmontable. Por eso fué que pude ver, sin que se enteraran los de la gavilla, al hombre muerto, tendido en el suelo de la sala de los espejos.

—¡Fué un excelente medio, señor Strangways! — exclamó el superintendente. — Yo había pensado en utilizar un bote, pero se presentaba la dificultad, mejor dicho la imposibilidad de ponerle a flote en el agua del foso sin que lo notaran los de la gavilla y si lo notaban ya no servía de nada. ¡Pero la idea del bote desmontable que puede llevarse en el automóvil y echarse al agua por la noche, es la que hacía falta!

—Quedamos, pues, de acuerdo en que trabajaremos juntos, superintendente. Todo lo que averiguamos debe quedar en el más absoluto secreto. No hay que decir nada hasta que podamos entregar a estos pillos a la justicia. — Y al decir esto la voz de Jim era decisivamente enérgica. — ¡Sí! Aquella ventana será nuestro punto de ataque y tarde o temprano por medio de aquella ventana encontraremos la clave del misterio de la Granja de Darkmere.

Iban cruzando el parque mientras Jim hablaba. De pronto el perro levantó la cabeza y, con un gruñido, corrió hacia adelante.

Un momento después se oyó un grito de Jack.

—¡Miren! ¡Allí está uno de ellos!

Una sombra, casi imperceptible en la obscuidad, había surgido — al parecer del suelo — al avanzar el perro.

La figura aquella estaba a alguna distancia. ¿Había estado agazapado allí vigilando hasta que el perro había descubierto su presencia? Por un momento se la vió recostarse, entre los árboles en un claro por el que se distinguía el cielo estrellado. Después se perdió entre las sombras.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo corrieron todos en persecución de aquella sombra adelantados — bastante — por el perro.

La persecución les llevó hacia el sitio donde, — la noche anterior, — habían visto los ojos luminosos.

El perro se había detenido. Ladraba furiosamente. Corrieron y se encontraron con que el animal se había parado junto al borde del viejo pozo dentro del cual casi se cayó Jim la noche anterior. El perro ladraba como si aquello tras de lo cual había corrido hubiera desaparecido allí.

Durante un momento pensaron todos que era posible que la figura que habían visto hubiera caído al correr, en el pozo. Groom dirigió el haz de luz de su linterna eléctrica hacia el hueco circular del pozo.

Muy abajo la luz se reflejaba en el aguá estancada y verdosa que había en el fondo del pozo y presentaba una superficie lisa como un espejo. Allí no había caído nadie.

Y, sin embargo, el perro seguía ladrando enojado como si su persecución hubiera terminado en el pozo y el animal quisiera enterarles a ellos de que así había sido.

De pronto, una exclamación de asombro surgió de labios de Jack.

—¡Miren! ¡Miren!

Y él muchacho indicó, nerviosamente, algo que reflejaba los rayos de la linterna eléctrica.

EL SECRETO DEL POZO

Lo que el muchacho había visto, dándose cuenta inmediatamente de lo que significaba, era que a intervalos, en la húmeda pared interior del pozo, había grandes clavos iguales a los que ponen, para que suban los cuidadores de las líneas, en los postes telegráficos.

Si la huída del fugitivo había terminado en el pozo, como lo sugería la actitud del perro ¿era aquello lo qué explicaba cómo se había producido su desaparición?

Y si era así ¿dónde estaba el hombre en aquel momento?

La luz de la linterna eléctrica llegaba hasta la tranquila agua del fondo. No se notaba señal de la presencia de ningún ser humano colgado de ningún sitio de la superficie de la pared sobre el nivel del agua.

—¡Alumbren! ¡Voy a bajar a investigar! — dijo Jack muy nervioso. — Ahí hay algo digno de ser investigado, no les quepa la menor duda. Debe ser muy fácil descender de hierro en hierro. ¡Ahí dentro hay un misterio que debemos descubrir!

Y para que no le dijeran que no, Jack comenzó a descender por el brocal hasta que tocó con el pié el primer soporte.

—¡Todo va bien, señor! — dijo con alegría contestando a una advertencia de Jim que le aconsejaba que fuera con cuidado. — Confíe en mi pescuezo para correr riesgo innecesarios.

Jim sabía que el muchacho era ágil y seguro de pies como un gato y en realidad, para cualquiera dueño de sus nervios, la hazaña presentaba poca dificultad. Los soportes de hierro estaban colocados a distancia corta — uno del otro — y uniforme.

La luz de la linterna eléctrica de Groom iluminaba al muchacho a medida que descendía más y más.

Cuando se hallaba aun a unos doce pies de distancia de la superficie del agua del fondo se detuvo. El muchacho había llegado al último de los soportes.

Los que miraban de arriba, vieron que Jack se llevaba la mano al bolsillo. El muchacho sacó su linterna eléctrica y dió luz.

Le vieron luego golpear con los nudillos en la pared circular y exclamar de pronto:

—¡Ya dí con ello!

Un instante después el muchacho trepaba de regreso rápidamente llevando a sus amigos la noticia de lo que había visto.

—Hay una puerta de metal en la pared del pozo, — anunció nerviosamente. — No sé como se abre. Debe ser por medio de algún resorte secreto porque no se ve ni manija ni boca llave y la puerta no cedió cuando la empujé. Pero fué por el pozo y por esa puerta por donde el hombre a quien persiguió Rock, efectuó su desaparición. Hay junto a la puerta una grieta por la que podría meterse la punta de un pico. Quizás se pueda abrir de ese modo.

El descubrimiento del muchacho no podía ser más extraordinario.

Jim Strangway miró a Groom.

—Debe haber en la casita de la portería alguna herramienta que sirva para el caso, según creo y estoy seguro que Rodman no nos dirá nada si la tomamos prestada sin su permiso, — dijo Jim. — Superintendente, por una vez, en su carrera policial debe usted consentir que alguien se abra paso, con fractura, ante su propia cara.

Groom se rió y se ofreció para acompañar a Jim en continuar la investigación comenzada por Jack y que podría tener tan importantes consecuencias.

Se dirigieron rápidamente a la casita de la portería.

Mientras Jim hacía saltar el cierre de una ventana con su navaja, Groom habló con el agente a quien había dejado custodiando el automóvil. Como era posible que la visita a la misteriosa puerta presentara peligros no previstos, era bueno que dejara órdenes para el caso de que no regresara dentro de un tiempo razonable.

Jim entró en la casita de la portería por la ventana. Salió poco después portador de un pico pequeño y al parecer, muy fuerte.

Armado Jim con esa herramienta regresaron al pozo.

—Uno de ustedes dos bajará y tratará de forzar la puerta, — dijo Groom a sus agentes. — Cuando esté abierta, regresará a dar informes de lo que haya visto.

Pero Jim resolvió tomar el asunto a su cargo.

—Voy a bajar yo, — dijo tranquilamente.

Comprendía Jim que el caso le interesaba a él más que a nadie y quería encargarse de aquella tarea aun cuando corriera el riesgo de tener que luchar con los ocultos enemigos.

Descendió a las profundidades del pozo hasta llegar a la puerta que Jack había descubierto.

¿Qué iba a encontrar detrás de aquella puerta?

LA PUERTA DE HIERRO

Era, sin duda, desconcertante el descubrimiento que habían hecho: aquella puerta de hierro a unos quince pies del borde, — en la pared interior, — del viejo pozo situado en el parque de la Granja de Darkmere.

Era evidente que los de la gavilla utilizaban aquella puerta con regularidad. Sin duda ninguna el atisbador a quien el perro había descubierto y seguido había utilizado aquel medio de escape para huir a la persecución del perro. ¿A dónde llevaba el pasaje subterráneo? ¿A la vieja casa?

Eran estas preguntas que Strangways se proponía contestar dentro de pocos minutos en el momento en que se hallaba de pie en el más inferior de los soportes de hierro, a la altura de la puerta de metal, con el pico en la mano.

Jack, vibrante de emoción y de interés había descendido detrás de Jim hasta cerca de donde éste se hallaba.

En la boca del pozo el superintendente Groom y sus dos hombres miraban hacia abajo observando como el hombre metía la herramienta en la hendija de la puerta.

Jim empujó con todas sus fuerzas. Se oyó un chasquido, luego algo que rechinaba: bajo la fuerza tremenda ejercida por la herramienta puesta a manera de palanca, la cerradura había cedido. La puerta se abrió hacia dentro, girando sin ruido sus bien enaceitados goznes.

Jim dirigió la luz de su linterna eléctrica hacia el interior del hueco que había quedado abierto, en cuanto traspuso el umbral de aquella extraña puerta.

La luz le permitió ver un pasadizo de paredes de ladrillo, que se perdía en la remota oscuridad. Los paredes estaban verdes y húmedas y el túnel era de poca altura, pues Jim casi tocaba al techo con la cabeza.

Pero no fué solo eso lo que la luz le permitió ver allí. En aquel momento había alguien más que él, en el túnel.

A alguna distancia, a penas discernible en la oscuridad de un sitio al cual la luz de la linterna no llegaba, Jim logró distinguir la figura de un hombre que se alejaba rápidamente y sin hacer ni aun el menor ruido.

Era, indudablemente, el hombre a quien el perro había perseguido hasta el borde del pozo, obligándole a refugiarse allí. Probablemente esperaba tranquilo, convencido de que nadie podía sorprenderle cuando el ruido que hizo al saltar la cerradura de la puerta le decidió a ponerse en fuga.

En cuanto vió aquella sombra, Jim Strangways, corrió en su persecución. Pero no había contado con lo resbaladizo e inseguro del suelo que pisaba. Se le deslizó un pie y se tuvo que apoyar en la pared, gracias a lo cual logró no caer al suelo de bruces. En el mismo momento oyó llegar desde el fondo del pasadizo el ruido de un pestillo mecánico, de resorte, que se cerraba.

Jack, cuando vió que Jim se metía en el hueco a que daba acceso la puerta abierta violentamente, descendió con rapidez, se metió en el tunel y avanzó en busca de Jim.

—¿Oyó usted cómo se cerraba una puerta situada en el otro extremo de este túnel? — exclamó Jim. — El hombre que fué perseguido por el perro se hallaba en este pasillo cuando yo entré.

Jim se disponía a correr de nuevo en su persecución.

—¡Mejor es esperar a que baje Groom con sus hombres, señor! — exclamó el muchacho. — Hay que ser cauto, señor. Tenga en cuenta la clase de gente con quien estamos en guerra. No es bueno que usted se arriesgue solo. ¡Y si cae en alguna trampa! ¡Debe usted pensar en la señorita Marjorie, no en usted solo!

Para Jack la esposa de Jim era todavía "la señorita Marjorie".

—Voy a subir y a avisar a Groom, — agregó el muchacho.

—Le esperaré, Jack — dijo Jim Strangways, — aunque de buena gana hubiera agarrado a ese tipo por el cuello. Esperaré hasta que bajen los otros.

Jim se quedó esperando a la entrada del túnel mientras Jack subía por los soportes de hierro de la pared para ir a dar cuenta a los de la policía de lo que habían descubierto. ¿A dónde llevaba aquel pasaje subterráneo que indudablemente tenía una puerta en el otro extremo? Jim no dudaba de que comunicara con la Granja de Darkmere en cuyas habitaciones secretas la peligrosa gavilla de criminales había establecido su cuartel general.

Por Cartwright — que se había enterado, en su prisión de muchas cosas relacionadas con la "Liga del Ojo" — sabía cuán vastas y extensas eran las actividades de aquella asociación organizada para el crimen, regidas todas ellas desde aquella "oficina central". Muchos de los crímenes que reciente-

mente habían burlado las más activas investigaciones de la policía habían sido realizados por la gavilla que Jim se proponía encontrar y destruir si era posible.

Un presentimiento de cercanas emociones tenía nervioso a Jim Strangways mientras se hallaba mirando hacia el interior del secreto pasaje subterráneo que, más allá del alcance de los rayos de luz de su linterna eléctrica, se perdía en las sombras.

¿Estaba ya en el umbral de algún descubrimiento que por fin, les permitiera variar las condiciones de la lucha contra aquellos enemigos que no hacía mucho le habían atrapado, escapando de sus garras de una manera evidentemente milagrosa?

Eran unos enemigos cuyos terribles recursos se le habían presentado en todo su valor más de una vez, cuyos medios terribles e insospechables iban a tener en aquel momento una nueva manifestación estremecedora.

Desde lo más profundo del pasaje subterráneo llegó a sus oídos un ruido rápido y sofocado y ante los asombrados ojos de Jim presentóse de improviso un torbellino de turbias aguas que avanzaba como un torrente por el conducto donde él se encontraba.

¡Los enemigos habían inundado el túnel!

Jim se hallaba en aquel momento a menos de tres yardas de la boca del pasaje. Se volvió rápidamente para huir, pero antes de que llegara a la puerta, el torrente le había alcanzado. La fuerza del agua le levantó con energía poderosa y le hizo caer en el pozo.

Se sintió hundir en profundidades sin fondo, pero luchó denonadamente contra el agua, defendiendo su vida contra el torbellino espumoso que le hacía girar.

El nivel del agua del poco iba subiento rápidamente.

El grito de horror que lanzaron los que observaban desde arriba llegó débilmente a sus oídos. El caudal que salía por el tunel iba llenando rápidamente el pozo, girando vertiginosamente, arrojando a Jim de un lado a otro mientras luchaba desesperadamente en defensa de su vida.

Jack, al ver a su amigo en peligro empezó a descender por los soportes. Un momento después el agua llegábale a las rodillas, luego le llegó al pecho, en el momento en que logró agarrar con una mano el cuello del saco de Jim, mientras que, con la otra, colgaba del trozo de hierro empotrado en la pared.

Al llegar a unos tres pies del nivel de la boca del pozo el agua dejó de subir.

Jack — a quien el agua llegaba al cuello — pudo sostener sin embargo a su exhausto amigo hasta que Jim logró agarrarse a uno de los soportes de hierro.

Con ayuda de Jack fué subiendo. Por fin alcanzó a las manos que se le tendían ansiosamente desde arriba y pudo, por último, ser sacado del pozo.

LOS OJOS QUE MIRABAN

Jim Strangways parecía el menos emocionado de todos los del grupo. Pero se había hallado en grave aprieto y en situación muy difícil, así que encontrábase desfalleciente cuando se apoyó en el viejo aparato de subir el balde del pozo, débil y jadeante.

—Un poco golpeado y enteramente sin aliento, nada más, — dijo tratando de sonreir. — Me encontraré bien dentro de un minuto.

Sin duda ninguna sus enemigos disponían de alguna combinación para poder hacer pasar el agua del foso por el conducto subterráneo. Habían esperado, probablemente, poder ahogar a todo el grupo mediante aquella inundación.

—Si hubieran esperado dos o tres minutos más, si que hubiese tenido efecto su maniobra. ¡Nos hubieran pescado a todos dentro del pozo y sin medio de salir! — dijo Jim. Pero lo peor es que tenemos que perder toda esperanza de explorar el túnel subterráneo por ahora.

Al mismo tiempo, — naturalmente — la inundación había tapado uno de los sitios por donde los de la gavilla podían entrar — y salir — secretamente. Pero aquellos hombres debían tener a su disposición otros medios aun no descubiertos de acceso a la granja de Darkmere.

El cadáver de Marr debía haber sido sacado de la Granja de Darkmere la noche anterior, por alguno de esos caminos secretos, pues no parecía verosímil que lo hubiera sido por la abertura aquella del túnel del pozo.

—Tendremos que volver a entrar como ladrones en la casita de Rodman para ver si encontramos algunas prendas con que cambiarles a ustedes de ropa — dijo Groom. — Cuanto antes se quiten la ropa mojada será mejor.

En la casita de la portería había una estufa de petróleo. O su agradable calor Jim y Jack se frotaron activamente para desentumecerse las articulaciones.

—Puedo prometerles a ustedes algo caliente que tomar para cuando lleguemos a la oficina policial — dijo Groom. — En cuanto a ropa, es esto lo mejor que he encontrado para ustedes.

Había estado revisando los cajones de una cómoda y había sacado lo más utilizable que encontrara. Rodman era de gran estatura así que su ropa quedaba en el cuerpo juvenil de Jack sobrando por todas partes y haciendo mil arrugas.

—Nance se moriría de risa si me viera vestido así. Parezco un excéntrico de music-hall — exclamó Jack mientras se doblaba la parte de abajo de los pantalones. — ¡No me falta más que la nariz colorada y las patillas rubias para que la gente me pida que cante un couplet y baile un cake-walk!

Fueron rápidamente a Wansford llevando al perro en uno de los automóviles.

Mientras Groom preparaba unos buenos grogs — preparando uno para él también a pesar de que no tenía el pretexto de la mojadura — Jim llamó por teléfono a la oficina de policía de Mertonstone, donde Marjorie estaba esperando noticias.

—¿Está ahí la señora de Strangways — preguntó Jim al inspector que acudió al llamado telefónico. — ¡Bien! ¡Dígale que quería comunicarle buenas noticias, que se acerque al aparato!

Un momento después oyó la voz de Marjorie.

—¿Es usted, Jim?

—Sí, soy yo, Jim. Vuelva tranquila al Chalet de las Rosas, Marjorie. Voy a salir para ahí inmediatamente ¡a toda velocidad!

Primero pasaron por la casa donde Rodman se hallaba en asistencia. El anciano no se encontraba mucho mejor, aun cuando iba recobrando poco a poco su salud. No podría ir al día siguiente a declarar ante el tribunal con motivo del proceso relacionado con la muerte del Doctor Marr.

Jack acarició la peluda cabeza del perro antes de dejar a Rock junto a su patrón, pues bien sabía que le debían la vida al perro. De no haber sido por la intervención de Rock, él y Jim Strangways hubieran desaparecido de la superficie de la tierra sin dejar rastro que era lo que sus enemigos se proponían antes de que Groom y los suyos llegaran a la Granja.

Jim había decidido no contar a Marjorie sus dos aventuras de aquella noche. Consideraba innecesario alarmarla más de lo que lo estaba. Pero la ropa con que él y Jack volvieron al chalet de las Rosas exigía una explicación. Nance casi se desmayó de risa al ver a Jack vestido de tan extraña manera.

—Parece que le he robado la ropa a un gordo grandote mientras se estaba bañando ¿no es verdad? — dijo Jack. — Pero antes de que proceda a dar explicaciones sería bueno indagar si hay algo de comer en el departamento de provisiones de esta casa, porque tengo un hambre que me comería un plato de cordones para los zapatos creyéndolos tallarines.

El y Nance se retiraron dejando solos a marido y mujer.

Entonces, con gran cariño y ternura, Jim abrazó a su esposa. Dos veces había estado aquella noche tan cerca de la muerte que le parecía mentira que Marjorie no hubiera esperado en vano su regreso.

—Sí, sufrí un remojón y Jack se arrojó al agua para salvarme, — explicó Jim sonriendo. — ¿Para qué tiene uno una casa con foso lleno de agua, sino puede remojarse, en él cuando le dá la gana? En cuanto al telegrama falso.... pues bien... pudo ser causa de graves acontecimientos si usted no hubiese avisado tan pronto a Groom. El superintendente llegó oportunamente y nos salvó de una trampa que nos habían armado esos pillastres que ocupan la Granja de Darkmere sin pagar el alquiler.

Y Jim se negó a dar mayores explicaciones.

—¡Jim! ¡Cuánto me hubiera gustado que no hubiese heredado esa casa! — exclamó de pronto Marjorie. — ¿Necesita volver otra vez? La trampa que esos hombres prepararon esta noche fracasó, pero, ¿fracasará la próxima? ¡Oh! ¡Tiemblo solo de pensarlo! ¡Jim, si supiera la angustia que he sufrido esta noche! ¡Prométame que no volverá a correr tales riesgos otra vez!

Con los brazos al cuello de su amado, Marjorie le miró implorante. El trató de sonreír para tranquilizarla.

Pero la mirada de Jim expresaba resolución. Tenía una deuda que pagar y no era posible no cancelarla. Pensó en la traicionera trampa que prepararon, en el terrible y dsconocido destino que aquellos hombres le reservaban a él y a Jack. Ni aun para complacer a Marjorie podía abandonar las cosas tal cual estaban. Debía hacer todo lo posible por entregar aquellos pillos a la justicia de acuerdo con las esperanzas de su difunto tío.

—No me pida que prometa eso, amada mía, — dijo, — porque no puedo prometerlo. De una parte se halla el deseo que expresó mi tío, un deseo que tiene que ser una orden para mí. De otra parte está el hecho de que en aquella casa se halla también la clave de uno de los secretos de esta gran ciudad que me corresponde más de cerca y que interesa muchísimo al porvenir de nosotros dos...

—¿Se trata de algo relacionado con la muerte de Viziard? — preguntó ella.

—Sí. Por asombrosa que parezca la coincidencia, tengo sobradas razones para creer que el asesino de Viziard es uno de los hombres que esta noche prepararon la trampa en que se proponían hacerme caer.

Una nueva expresión de temor se notó en el rostro de Marjorie.

—¡Entonces es posible que le reconozcan a usted como Jim Strange! — exclamó anonadada.

—Supongo que si me hubieran reconocido yo lo sabría ya en estos momentos. La policía me lo hubiera hecho saber, — dijo Jim sonriendo. — Pero creo que el hombre de quien sospecho es ciego.

En la fotografía sacada con luz de magnesio, los ojos del hombre, que brillaban de modo tan curioso en la oscuridad, parecían sin vida y hasta sin vista. El ruido de los golpecitos de un bastón que precedió su entrada la primera noche que le habían visto, el hecho de que permaneció en la habitación oscura sin encender luz, todo esto había convencido a Jim de que aquel hombre era ciego.

Jackman, el cómplice, el que le había hecho entrar en casa de Viziard la noche del crimen y cuya amistad cultivaba Cartwright frecuentando la taberna de Limehouse, podía reconocerle, naturalmente.

Pero probablemente Jackman no pertenecía al consejo superior de la "Liga del Ojo", cuyos miembros, únicamente, se reunían en la Granja de Darkmere.

—No se alarme por eso, Marjorie, — siguió diciendo Jim. — Considere la importancia que tendrá el hecho de que se sepa quien fué el autor del crimen y si logro que lo prenda la justicia. Una vez descubierto ese misterio, todo lo malo habrá pasado para nosotros y podremos vivir felices. No tenga temor ninguno, adorada mía.

Marjorie no supo que contestar. El presentimiento que la ahogaba aun, antes de que supiera que Jim había sido llamado a una celada por el telegrama falso, la dominaba todavía. Sospechaba que algún terrible peligro atisbaba desde aquella casa del misterio a su adorado esposo.

Pero comprendió que Jim había decidido ya lo que debía hacer, y no insistió. Sin embargo, no por eso disminuyeron sus temores.

Al otro día, a las doce, Jim fué en auto-

móvil, a Wansford, junto con Jack. No se sentían mal como consecuencia de sus aventuras de la noche anterior. Los dos tenían que comparecer como testigos en la investigación sobre la muerte del doctor Marr, cuyas extrañas circunstancias habían causado gran sensación en la pequeña ciudad de Wansford.

Jim había pasado la mañana haciendo una ampliación de la instantánea nocturna.

En la ampliación, la figura del muerto, reflejada en el espejo, detrás de la siniestra cara que se asomaba a la ventana, se veía claramente, comprendiéndose que se trataba del Doctor Marr.

La vista de aquella fotografía había producido consternación a los captores la noche anterior, como era muy natural que sucediera. Una vez que aquella incontestable prueba se hallara en poder de la policía sería peligroso, — para el hombre retratado allí, — salir a la calle.

Jim Strangways y Jack se dirigieron al sitio donde se reunía el tribunal, — un viejo edificio situado a espaldas del más importante de los hoteles de la localidad. — Allí encontraron a Groom. Jack y Jim cruzaron la calle y permanecieron un rato hablando con él, hasta la llegada del juez. Jim le mostró al de policía la copia fotográfica.

—¡Diablos! ¡Esto sí que tiene que ser útil, señor Strangways! No conozco la cara de este hombre, pero haremos circular la fotografía y puede ser que alguno de mis subalternos le conozca. Esta fotografía constituye prueba suficiente para prenderlo en cuanto se le vea.

La parte del salón de la audiencia destinada al público se estaba llenando, tan grande era el interés despertado por el suceso. Un hombre que se abría paso por entre el grupo reunido en la puerta vió a Jim Strangways mientras éste se hallaba hablando con el superintendente.

Se notó que aquel recién llegado se detuvo de pronto en la puerta expresando su rostro repentino asombro. Jim no miraba hacia él. El hombre se retiró precipitadamente. Se volvió y se alejó con rapidez como si temiera que le vieran.

Comenzó la audiencia. El muerto fué identificado por el anciano Drew, el viejo criado de Techos Rojos. Rodman estaba todavía mal y no pudo presentarse, así que se dió lectura a la declaración que le había tomado un empleado del tribunal y en la cual decía que había visto cómo el hombre golpeaba a la víctima en el parque de la Granja de Darkmere. El hombre le era desconocido.

Jim Strangways declaró que había visto al muerto por una ventana, dentro de un cuarto de la Granja de Darkmere.

—La casa está desocupada ¿no es así? — preguntó el magistrado.

—Sí, pero tengo mis razones para creer que es el punto secreto de reunión de una gavilla de criminales, — respondió Jim. — Había ido aquella noche a investigar y a sacar algunas fotografías al magnesio. Tomé esta fotografía que viene en apoyo de mi afirmación de que el hombre fué llevado al interior de la casa después del crimen.

Entregó la ampliación al magistrado que se impresionó mucho al verla. Después la vieron uno por uno todos los jurados. La fotografía causó grandísima sensación.

Durante la audiencia se dijo que el hombre cuyo rostro aparecía en la fotografía no era conocido por el personal de la policía de la localidad.

Por último la audiencia se suspendió para continuar en igual día de la semana siguiente.

Jim Strangways había prometido a Marjorie que no iría a la Granja de Darkmere aquel día. Groom había estado en la casa por la mañana, con varios agentes, pero no había hallado nada.

Antes de regresar a Kent, Jim iba a pasar a hacer una visita a Rodman.

Casi frente al hotel había una casa alta, con las ventanas cubiertas con persianas de tablitas y que parecía desocupada.

Jim, mientras subía en el automóvil, miró por casualidad hacia el otro lado de la calle y vió dos ojos que miraban fijamente desde una de las ventanas del piso bajo de aquella casa.

No se veían nada más que los dos ojos mirando por entre las dos tablitas de la persiana, pero dos de las tablitas eran sostenidas separadas para permitir que miraran los ojos observadores de aquella oculta persona.

La vista de aquellos ojos atisbadores detuvo un instante la atención de Jim y éste indicó a Jack lo que veía aun cuando no se le ocurrió ni por un momento que pudiera ser él el objeto de aquella curiosidad.

Casi en el mismo momento en que Jack volvía la cabeza al ver el gesto de Jim, las dos tablitas de la persiana se juntaron, desapareciendo los ojos.

¡Aquellos ojos habían visto ya lo que querían ver!

LA NUEVA ARMA DE LA GAVILLA

Jack se quedó en el piso bajo, en compañía de Rock mientras Jim subió a visitar a Rodman.

—No, no me siento del todo bien, — dijo Rodman, — pero el médico afirma que voy mejorando y no debo quejarme. Me alegro de no tener que prestar nueva declaración. ¡Ah! Anoche me trajeron esto.

Y mostró a Jim una hoja de papel en la que estaba escrito lo siguiente:

"Cuando menos hable usted a la policía
" sobre lo que ha visto en la Granja de Dark-
" mere, mejor será para usted. Tome bien en
" cuenta esta advertencia y que no se le
" olvide".

No tenía firma. Como en el caso de los avisos recibidos por Jim, se veía al pie de lo escrito, dibujado un ojo.

Rodman se rió con despreocupación.

—¡No me van a asustar si es eso lo que se proponen! — dijo. — Aun cuando creo que no voy a volver a la portería sino para ir a buscar mis cachivaches, no es por miedo que dejo de ir. Sin embargo ya ve usted qué me tienen señalado. Entre usted y yo hemos sa-

cado a luz muchas cosas que esos hombres deseaban tener en secreto, especialmente el hecho de que Marr recibió la muerte en la Granja. Todo el trabajo que se tomaron para enviar al hombre a varias millas de la Granja no les ha servido de nada. Pero si yo volviera serían muy capaces de envenenar a Rock y yo le tengo demasiado cariño a mi perro para exponerlo a eso.

—¿Le han dicho a usted como fué Rock el que salvó la situación la noche pasada?

—Sí. Groom vino esta mañana y me lo contó todo. Rock marcó a uno de ellos y, según parece, bastante gravemente.

—¡Un buen mordisco! Pero pienso como usted, que sería temerario volver a la portería. ¡Si no me explico como pudo usted resignarse a vivir en un sitio tan tenebroso y solitario! — dijo Jim.

—¡Tenía mis razones! — replicó Rodman tranquilamente.

Pero no quiso decir cuales habían sido esas razones.

—Mire usted, — dijo Jim. — Considero un caso molesto el de que, después que mi tío le concedió a usted aquella residencia para siempre, tenga usted que abandonarla, pero supongo que me permitirá que haga lo que mi difunto tío hubiera hecho en mi lugar y le proporcione otro sitio donde vivir.

—Es usted muy bueno, señor Strangways y yo se lo agradezco mucho, — dijo Rodman, — se lo agradezco muchísimo aun cuando no necesito hacer uso de su amable ofrecimiento. En verdad yo tengo más dinero que cuanto podré gastar en lo que me queda de vida. No fué por razón de pobreza por lo que fuí a vivir a la casita de la portería de la Granja de Darkmere.

Jim miró intrigado aquel rostro arrugado y barbudo con el mismo interés y la misma extrañeza con que lo había mirado otras veces.

Recordó las palabras que Rodman había pronunciado durante el delirio que le produjo el golpe que había recibido. "He jurado no revelar lo que se sabe lo que se hace en la Granja de Darkmere. Me hicieron jurar a la fuerza, pero un juramento es un juramento". Por aquellas palabras, inconscientemente pronunciadas, se había enterado Jim de que la misteriosa casa no debía tener secretos para Rodman.

¿Qué había jurado? ¿No era extraño que un hombre que debía haber sido amigo de su tío hubiera hecho el mismo — o parecido — juramento que había sellado los labios de Gilbert Frayde, según se lo escribió a su sobrino y heredero?

—Tengo algo que mostrarle — dijo Jim de pronto. — Mientras usted se hallaba desmayado dijo que si yo quería hallar al asesino de Viziard buscara a un hombre con una cicatriz en la mano y cuando le pregunté algo a ese respecto usted no quiso agregar nada más y se limitó a decirme que sacara del dato el partido que pudiera.

Jack sacó algo del bolsillo y lo presentó ante los ojos de Rodman. Era la fotografía que había sacado del hombre asomado a la ventana y sosteniendo la cortina con una mano en la que se veía la señal de una herida de muy reciente cicatrización.

Rodman lanzó una exclamación de asombro.

—¡Sanquar! — exclamó.

—¡Así que se llama Sanquar! — dijo rápidamente Jim. — ¿Ese es el nombre del que asesinó a Viziard? ¿Es posible que no me pueda decir nada más aun sabiendo todo lo que me interesa poder entregar a la justicia al verdadero autor de un delito del que se me acusa?

Recordaba la rotunda negativa de Rodman en ocasiones anteriores.

—¡No puedo decirle nada más! ¡No me es posible decirle nada más! — Pero puedo agregar algo. Si existe o ha existido algún hombre peor que ese, yo no tengo noticia de su existencia. Y si cualquier dato que usted recoja puede hacer que ese hombre sea entregado a la policía nadie lo celebrará tanto como yo. Pero mis labios están sellados.

Esas palabras, dichas de todo corazón, resonaron graves en medio del silencio reinante. Durante un momento, Jim no habló. El enigma de aquel hombre le tenía perplejo. ¿Qué juramento ligaba a aquel anciano? ¿Era, pues, como el que obligó a su tío a no decir nada de lo que sabía sobre lo oculto en la Granja de Darkmere? ¿Cómo era posible que los dos hombres hubieran hecho el mismo juramento?

Pero era inútil toda reflexión a ese respecto.

—Bien, de todos modos agradezco su manifestación y sus buenos deseos — dijo Jim.

Se sentía, no obstante, atraído por aquel raro, taciturno viejo que conocía su secreto. Aun cuando le había alarmado oír de labios de Rodman, dos noches antes, que el hombre sabía que él era Jim Strange, el hecho no intranquilizaba a Jim Strangways.

Estaba plenamente convencido de que podía confiar en aquel hombre y que su secreto estaba seguro aun cuando él lo conociera.

—¿Cómo supo usted quién era yo? — preguntó Jim de improviso. — La última vez que nos vimos me prometió usted decírmelo.

—Lo supe solo unos momentos antes de la muerte de Marr y de labios del mismo Marr, — fué la respuesta. — Yo me encontraba muy lejos para darme exacta cuenta de por qué reñían aquellos dos hombres, pero oí que Marr gritaba enojadísimo: "¡Ese hombre a quien usted quiere ocultar, ese Strangways o mejor dicho Jim Strange, porque sé que se llama así!...."

Jim le miró con asombro.

—¿Marr dijo eso? ¿Cómo era el otro hombre?

Se le había ocurrido una rápida idea. Un hombre — y precisamente un hombre que le odiaba — era el que tenía buenas razones para querer que la identidad de Jim Strange permaneciera oculta. Ese hombre era Dandy Trench a quien Jim había amenazado con denunciarle y hacerle condenar por delitos que había cometido, si llegaba a denunciarle tanto más cuanto sabía que Jim era inocente.

Los secretos de...

¡La descripción que hizo Rodman del hombre que hablaba con Marr coincidía con la filiación de Dandy Trench!

¿Era posible que hubiera sido aquel pillastre el que había tenido el encuentro con Marr y le había dado muerte?

—No diré nada de mis sospechas a la policía, ni contaré lo que oí porque resultaría de molestas consecuencias para usted, — dijo Rodman, — pero estoy convencido de que ese crimen no tiene nada que ver con los hombres que actúan en la Granja de Narkmere. Marr vino a la Granja con la esperanza de encontrarle a usted y le siguió el otro hombre con el que se hallaba enemistado...

—Pero si esos hombres no tenían nada que ver con el crimen, — dijo Jim, — ¿por qué llevaron al muerto a la casa y luego le sacaron y le pusieron en el carricoche?

—Por una razón muy fácil de comprender — dijo Rodman. — Debieron encontrarse, por casualidad, con el cadáver de Marr. Yo estaba desmayado a poca distancia de allí. Supongo que no me vieron. En mi opinión lo que pasó fué esto: Ellos sabían que si se descubría un muerto en la Granja de Darkmere el suceso atraería hacia la casa la atención de las autoridades, cosa poco deseable desde su punto de vista. Decidieron en consecuencia, llevar al muerto lo más lejos posible de modo que el crimen no pudiera relacionarse de ningún modo con la vieja casa. No contaban con que yo era un testigo, para ellos invisible ni podían sospechar lo que usted iba a ver por la ventana que da al foso. Debido a esto fracasaron sus planes.

Rodman calló un momento.

—Bien. No tengo el propósito de enterar a la policía de ninguno de esos detalles porque no me interesa librar a la gavilla de la sospecha que sobre ella recae. ¡Si son inocentes de ese crimen en cambio son culpables de muchísimos otros más! — dijo después.

Jim se retiró aquella tarde bastante emocionado a consecuencia de la teoría que Rodman había formulado y que era bastante verosímil en realidad.

¿Era efectivamente Dandy Trench el que había dado muerte al Doctor Marr?

Cuando él y Jack pasaron en el automóvil — de regreso — por la calle principal de la ciudad de Wansford, cruzaron por frente a la casa desde la cual aquellos dos misteriosos ojos habían mirado por entre las tablitas de la persiana.

Jim había olvidado ya el incidente al que no diera en verdad importancia ninguna. Pero si hubiese sabido que aquellos ojos estaban esperando el momento en que él saliera de la audiencia para mirarla o hubiera estado al tanto de quién era el que miraba, no le hubiera parecido tan insignificante el caso.

Dentro de aquella habitación, detrás de las persianas echadas, tres hombres habían estado esperando saber el veredicto que el jurado dictara en la investigación sobre la muerte del Doctor Marr.

Uno de aquellos tres hombres era el que, — en la noche anterior, — Jim había visto enmascarado pero le pareció ser su vecino el suave y amable Jermy.

Y era Jermy, efectivamente. En el rostro tenía señales bien claras de haber recibido el terrible golpe que Jim le había asestado.

Otro de los tres era el hombre que, cuando iba de un lado a otro del cuarto, buscaba su camino tanteando con un bastón. Los anteojos de vidrios oscuros que llevaba puestos constituían más bien un disfraz que un dispositivo que favoreciera a sus ojos sin vista, aquellos extraños ojos que eran lo más notable de aquel rostro cuya fotografía se encontraba en poder de la policía.

El ciego — cuyo nombre era Sanquar, según Jim habíale oído decir a Rodman, — era tratado por los otros dos con grandísima deferencia, como si respetaran y temieran a la vez a aquel hombre que era no solo el jefe sino la fuerza intelectual organizadora de la liga criminal.

(Continuará)

PUCKY

La Lectura Para Todos

Acción — Drama

Misterio Aventuras

Aparece todos los viernes

Avenida de Mayo 662

U. T. 33 Avenida 8221

Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

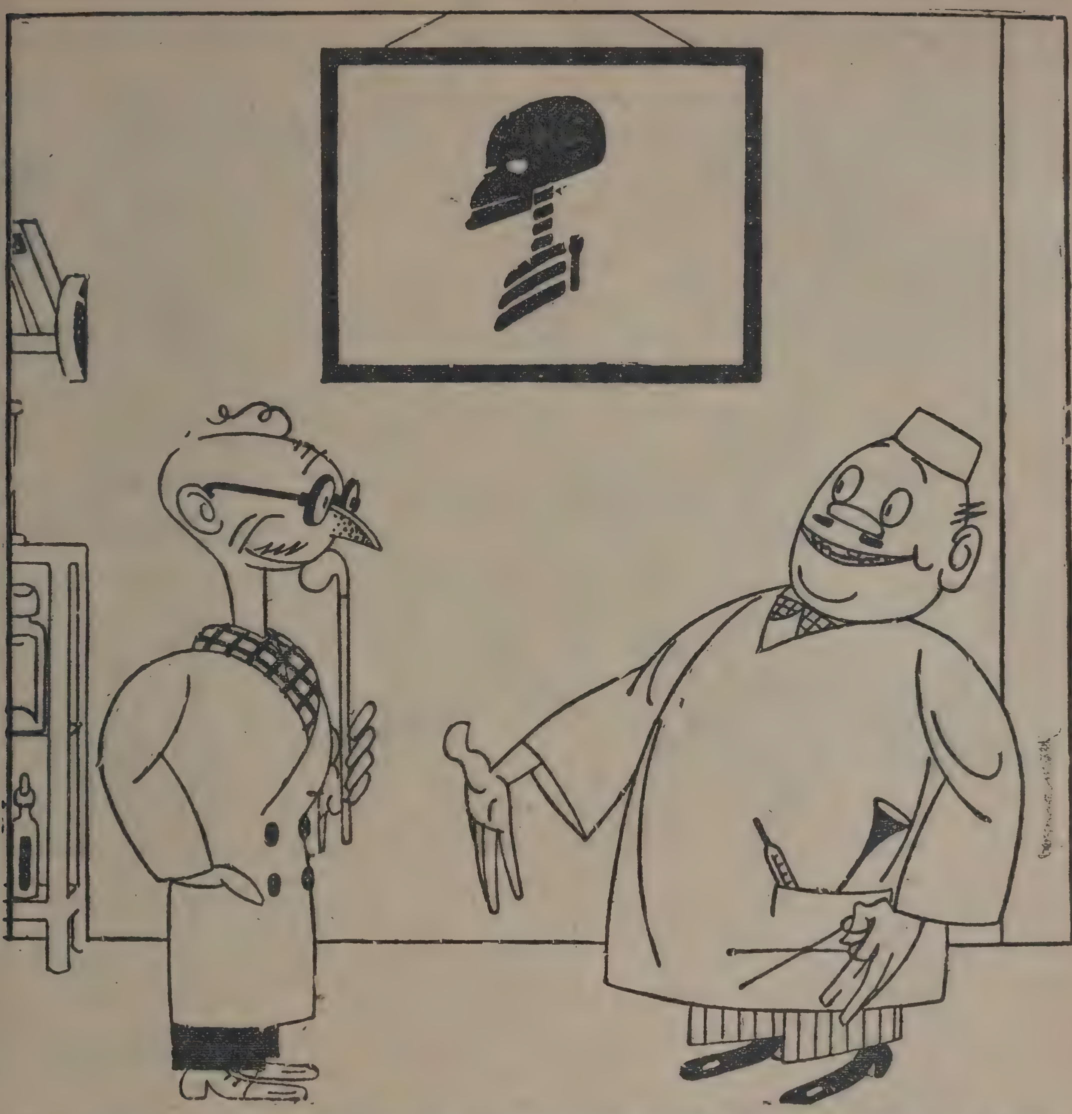
Capital e Interior

Número de la semana	$	0.20
" atrasado	"	0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	"	2.50
" por 6 meses (26 números)	"	4.80
" por 1 año (52 números)	"	9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$	9.00
Otros países (1 año)	"	12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.



—Se me han ido tantos clientes sin pagar, que ahora lo primero que hago con los que vienen a mi consulta es cloroformarlos.

—¿Y qué consigue usted con eso?

—Pues registrarlos y ver si tienen o no dinero para pagarme.

En el próximo número de PUCKY iniciaremos la publicación de una gran novela de HERMAN LANDON, titulada

DE LABIOS MORIBUNDOS

DRAMA - MISTERIO - EMOCION

PIPERMIT POR BILLY DEBECK
PUES SEÑOR; UNA VEZ QUE HE AYUDADO A ENCONTRAR SU FORTUNA AL POBRE VIEJECITO Y LE HICE DESISTIR DE QUEDARSE CON EL TESORO AJENO, SEGUIRE MI CAMINO, SIEMPRE DISPUESTO PARA AYUDAR AL NECESITADO... ¡ADELANTE. PIPERMIT!
¡QUE SUCEDE! ¡PARECE QUE ALGUIEN GRITA! ¡QUE ALARIDOS DE TERROR!
SI VUELVE A PEGARME ASI, OTRA VEZ, VOY A LLAMAR A UN VIGILANTE
¡LLAMALO! ¿CREES QUE YO LE TENGO MIEDO A LA POLICIA?
?
¡EH! ¡NENA! VEN AQUI QUE TENGO QUE HABLARTE
ELLA ME CASTIGA POR CUALQUIER COSA. ME HACE LEVANTAR A LAS 6 DE LA MAÑANA PARA HACER LA LIMPIEZA DE LA CASA Y CASI NO ME DA DE COMER... SE PASA EL DIA GRITANDOME Y PEGANDOME. YO NO VUELVO MAS A CASA...
VEA O PUCKY
RIO KID
¡CARAMBA! ES GRAVE LO QUE TE SUCEDE. SIN AFECTOS... DIME: ¿ES TU MAMA?
¿MI MAMA? ¿TU CREES ACASO QUE SI FUERA MI MAMA, ME TRATARIA TAN CRUELMENTE? ¡NO ES MI MADRE! ES UNA MUJER QUE ME ADOPTO CUANDO PERDI A MIS PADRES
EN ESE CASO, NO PUEDES QUEDAR AQUI
© 1932, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.
¡CHINA! ¿DONDE TE HAS ESCONDIDO? EN CUANTO TE AGARRE TE VOY A ESCARMENTAR PARA TODA TU VIDA
YO NO ME LLAMO "CHINA". MI NOMBRE ES ROSITA. ¡QUE MIEDO ME DA ESA MUJER!...
NO TEMAS. YO TE DEFENDERE
¿QUE TU ME VAS A DEFENDER? BUENO; ¿PERO A TI, QUIEN TE DEFIENDE?
TEN CONFIANZA, ROSITA. DEJAME PENSAR A VER QUE RUMBO TOMAMOS

FRANQUEO A PAGAR
CUENTA 79
TARIFA REDUCIDA
CONCESION 261

PUCKY

La Lectura Para Todos
Acción Drama
Misterio Aventuras

Nº. 490
Febrero 17 de 1933
Buenos Aires

20 cts.

DE LABIOS
IORIBUNDOS
r HERMAN LANDON

PUCKY

La Lectura Para Todos
Acción — Drama
Misterio Aventuras

No. 490 Año XIII

PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

BUENOS AIRES, FEBRERO 17 DE 1933

De labios moribundos

Por

Herman Landon

DESPUES de añadir otra astilla de leña a la estufa, Pablo Forrester llenó de tabaco nuevo su pipa.

—¡Las nueve! — murmuró. — ¡Vaya una hora para irse a la cama! — Pero ¿qué más puedo hacer en una noche como esta? La mitad de mi ser está achicharrado y la otra mitad congelado. ¡Brrrr!

Dió vuelta el sillón y sentóse dando la espalda al fuego.

—Nunca creí hallar el polo norte en las Highlands — murmuró chupando, pensativo, su pipa. — En el querido y viejo Londres no ocurre esto. Hay abundancia de nieve, de lluvia y de viento; pero no se siente ese frío que convierte la columna vertebral en un pilar de hielo. ¡Veamos! Son las nueve y cinco. Deben estar ahora en la mitad del primer acto. Es la hora en que aparece Silvia.

Forrester frunció el ceño. Su fantasía invadía nuevamente el terreno vedado. Había venido a aquel helado rincón del mundo expresamente para olvidar a Silvia Manners y sus encantadoras maneras. Aunque sólo fuera por amor propio, debía curarse de su pasión sin esperanza. Silvia lo había desahuciado con tan arrogante movimiento de su cabeza morena y luz tan burlona en sus grandes ojos color ambar. que Forrester decidió no le quedaba más remedio que borrar la imagen encantadora de su cerebro y de su corazón.

Levantóse y revolvió los troncos encendidos; pero el ceño de su frente no se disipó. Aun en aquel lugar desolado no era tan fácil olvidar como había creído. Por ironía del destino, Silvia Manners estaba ahora ligada a su vida. Era la estrella en su drama "Horas Rojas" que un hábil agente de publicidad, aficionado a las exageraciones y poco cuidadoso de la exactitud, describía como "una orgía de estremecimientos, sorpresas y suspenso". La obra había tenido gran éxito, porque complacía el gusto del público por las obras de carácter misterioso y melodramático. Los derechos de autor aumentaban rápidamente la cuenta corriente del banco de Forrester. ¿Qué tenía, pues, de extraño que sus pensamientos se volvieran a la obra que prometía enriquecerlo? ¿Y qué más natural que fueran también, como consecuencia, directa e inevitable, a su encantadora e inteligente estrella?

Forrester hurgaba la leña con el atizador como para vengarse en algo; pero comprendía que era víctima indefensa de una conspiración contra la paz de su alma.

Había esperado que la nueva obra que escribía le haría olvidar toda otra preocupación; pero no podía estar siempre ante su escritorio y por la noche, la vasta y sombría biblioteca era demasiado fría para trabajar.

Ahora sentía la espalda demasiado caliente, por lo que se puso de costado al fuego. No tenía sueño todavía y la cama no era perspectiva agradable. Desde donde estaba, podía contemplar, por la ventana, la noche fría y estrellada y la triste y estéril loma en cuya cumbre estaba situada aquella vieja casa. Algún alma optimista, aficionada a los nombres extravagantes, había llamado a la propiedad "El Pinar", posiblemente en la esperanza de que crecieran pinos entre rocas apenas cubiertas de tierra como para alimentar zarzas y arbustos achaparrados.

Cuando Forrester alquiló la propiedad por medio de una agencia, se hallaba en un estado de ánimo que le hacía desear la soledad y el aislamiento, aunque tuviera que vivir en una casa ruinosa, demasiado grande para él y cuyo aspecto sombrío era a veces deprimente. Un anciano matrimonio que vivía en una pequeña granja, al pie de la colina, lo proveía de manteca, leche y huevos, prestándole además los pequeños servicios que necesitaba.

El hombre se llamaba William Ott y tenía muchos cuentos acerca de un viejo solterón, que tenía fama de rico y misántropo, quien con su joven sobrina había ocupado "El Pinar" hasta su repentina muerte, ocurrida unos años atrás.

Fuera de "El Pinar" y la granja, al pie de la montaña, no había más que otra residencia en aquella desolada región, una casa bastante pretenciosa de estuco y piedra, la cual se levantaba en medio de un terreno alto, rodeada por muro de piedra también. Se llamaba "Los Escaramujos" y Ott hacía frecuentes y misteriosas alusiones a las personas que la ocupaban por intervalos durante el año, yendo y viniendo con aire reservado y furtivo, que desagradaba al viejo granjero. Forrester nunca había visto a los ocupantes de 'Los Escaramujos"; pero en las últimas tres semanas, estando asomado a la ventana de su dormitorio, vió brillar luz en una de las ventanas altas de la casa de piedra.

Pensó si esa noche estaría también la luz. Era ociosa curiosidad, pero sentía deseos de saberlo. Se apartó del fuego, ahora reducido a unos cuantos tizones ambarinos y humeantes, apagó la luz y se dirigió a su dormitorio. Hacía frío allí; pero Forrester nunca se había mimado hasta el extremo de dormir en habitaciones con calefacción. Parado en la obscuridad miró por la ventana la desolada extensión entre "El Pinar" y "Los Escaramujos". La luz brillaba en la ventana de la propiedad.

El frío hizo tiritar a Forrester; pero su mirada siguió fija. La alta ventana parecía ser el único sitio iluminado de la casa. Aquel resplandor solitario era como un faro amigo en la obscuridad.

II

Su última impresión consciente fué el ruido de una celosía que no cerrada, movida por el viento, seguida por la resolución de hacer que Ott la arreglara por la mañana.

Durmióse y soñó; pero no con Silvia. Su sueño fué extraño y muy claro. La máquina de escribir, antigua y decrépita, en la cual Forrester había ejercitado considerable materia gris y habilidad manual, pareció adquirir de pronto cualidades vivas.

Sonaba sola, algremente, sin que mano alguna moviera sus teclas o cerebro la guiara en su funcionamiento.

Todo era muy real. Sabía Forrester donde estaba la máquina de escribir, sobre una gran mesa desvencijada, delante de la ventana de la biblioteca y mismo debajo del cuarto donde él dormía. De manera que su mente subconciente no halló dificultad en visualizar la escena. Era casi fantástico que la vieja máquina, sin que nadie la manejara, empezara de pronto a trabajar por su cuenta. En su sueño oía claramente Forrester el ruido de las teclas.

Se movió un poco. Su mente subconciente no podía absorber cosa tan rara. Protestaba débilmente y el cerebro del hombre dormido experimentó una brusca vibración. Forrester se sentó en la cama y miró aturdido a su alrededor, en la obscuridad.

Ciertamente que era aquello muy extraño. Quizá no estaba despierto del todo. Sea como fuere el teclear de la máquina de escribir que había oído tan claramente en sueños, continuaba. El ruido débil pero claramente perceptible, venía de abajo, de la biblioteca. Era su máquina de escribir. De eso estaba seguro.

Forrester tiró las ropas de la cama y apoyó los pies en el suelo. Estaba completamente seguro de hallarse ahora bien despierto e igualmente seguro de que la máquina funcionaba. Desde que solamente en sueños cobran vida los objetos inanimados, era preciso creer que alguien andaba con su máquina. ¿Pero quién puesto que él estaba solo en la casa?

Se puso de pie, se echó una bata sobre el pijama, agarró un revólver de la mesita de noche, salió de puntillas del dormitorio y bajó silenciosamente la escalera.

Sus pies, calzados con zapatillas, no hacían ruido. Se detuvo en la puerta de la biblioteca. Estaba cerrada; pero, por la rendija de abajo pasaba un rayo de luz. Forrester dió vuelta suavemente el pestillo y abrió la puerta. Entró, cerró y avanzó unos pasos. Luego se detuvo, parpadeando de asombro, aunque lo que vió era consecuencia natural de lo que había oído.

La gran lámpara a kerosene, sujeta a un pie, sobre el escritorio, y que él usaba para trabajar tarde de la noche, estaba encendida, iluminando con viva luz aquella porción de la pieza. Debajo de la lámpara, encorvado sobre la máquina, donde sus dedos torpes escribían con dificultad, estaba un hombre a quien Forrester nunca había visto. Era un individuo de fornido cuerpo y cara bastante dura, con enmarañada barba negra casi de pulgada y media de longitud. Le cubría la boca la barba y los costados de la cara; pero la nariz prominente y los vivos ojos bastaban para dar sello de individualidad al rostro. Llevaba echado sobre la frente un chambergo gris y tenía puesto un sobretodo desabotonado.

Era la intromisión más extraña que había presenciado jamás Forrester y por unos momentos se quedó mirando al hombre estúpidamente. Este último estaba tan absorto en su trabajo que no había advertido la presencia del dueño de casa.

—¡Hola! — dijo Forrester al fin. — ¿Qué está usted haciendo con mi máquina de escribir?

El hombre alzó la vista y miró en la dirección de Forrester, que estaba parado en la parte sombría de la pieza. Hizo una inclinación de cabeza y continuó escribiendo. Su rostro, al hablarle Forrester, no demostró ni alarma ni sorpresa.

Forrester salió de la sombra, revólver en mano. La serena imprudencia del desconocido era a la vez sorprendente y divertida; pero Forrester experimentó desagradable impresión cuando el hombre alzó la mirada y los ojos de ambos se encontraron un instante.

—¿Qué significa esto? — prosiguió Forrester. — Esta es mi casa por el momento y la máquina me pertenece.

El hombre de la barba negra volvió a levantar la vista, esta vez con ceño de impaciencia.

—No me moleste — gruñó. — ¿No ve que estoy ocupado? — y volvió a inclinarse sobre el teclado de la máquina, absorbiéndose en su trabajo.

Forrester no sabía si enojarse o reirse.

La tranquilidad del intruso le dejaba sin palabras; pero empezaba también a encontrarla un poco irritante. Mientras estaba allí indeciso, aturdido, se le ocurrió que quiza el hombre era un loco.

Se adelantó, colocóse frente al escritorio y le apuntó con el revólver.

—¡Arriba las manos! — le ordenó. Sabía que su actitud era un poco teatral; pero toda la escena era de melodrama.

El desconocido, sin inmutarse, siguió escribiendo unos momentos más. Terminó la frase y alzó la vista, sonriendo desdeñosamente.

—No creo que sepa usted tirar — dijo.

—No soy diestro en el manejo del revólver, si es eso lo que quiere decir — admitió — Pero a esta distancia, una bala no puede errar. Será más seguro para usted que levante las manos, hombre. Quiero hacerle unas cuantas preguntas.

—No tengo tiempo para contestar preguntas en este momento — declaró. — Aguarde hasta que haya concluído.

Forrester se quedó mudo. La insolencia del hombre era colosal y su frío desdén ante la amenaza del revólver sorprendente. Confirmó a Forrester en su creencia de que se trataba de un loco.

Las teclas siguieron sonando; luego el ruido cesó. Ignorando la presencia de Forrester, el hombre de la barba negra sacó la hoja de la máquina de escribir y examinó cuidadosamente lo que había escrito.

—No está mal — se dijo a sí mismo. — Servirá — colocó la hoja junto a la máquina de escribir y miró a Forrester. — Está usted todavía aquí. Sí, recuerdo. Quería hacerme algunas preguntas. Pregunte no más.

—Naturalmente deseo saber el nombre de mi colaborador — dijo Forrester.

—¡Colaborador! — el hombre se echó a reir. — Ha dado usted en el clavo esta vez. Sí, eso soy... su colaborador.

—¿Cuál es su nombre?

—Mason. Mis amigos me llaman Jimmie Mason.

—¿Y qué ha estado escribiendo en mi máquina?

—Algo para que usted lo firme.

—¿Eh? — la declaración parecía absurda.

—Algo para que usted lo firme — repitió Mason. — He tratado de imitar su estilo. Sé como escribe usted porque he visto alguna de sus obras. Puesto que usted lo va a firmar, me pareció mejor escribirlo en su porpia máquina. Me han dicho que no hay dos que escriban igual. Alguien dotado de un par de ojos agudos, advertiría la diferencia y sospecharía la verdad. Yo no quiero correr riesgos, por eso vine a escribir en la máquina de usted.

—Ha sido usted muy previsor, Mason; pero ¿qué le hace pensar que yo firmaré lo que usted ha escrito?

—¡Oh!... lo firmará de cualquier modo. Y a propósito, es inútil que me apunte con ese revólver. No está cargado.

Forrester miró vivamente el arma. Recordaba muy bien haber cargado el revólver la primera noche de su llegada a "El Pinar"

—¡Examínelo! — le aconsejó Mason.

Forrester lo hizo. Palideció. La cámara de cartuchos estaba vacía.

Mason se echó a reir mientras Forrester tiraba el arma, ahora inútil, sobre el escritorio.

—Le sorprende ¿eh? Si busca, verá que la caja de cartuchos, en el cajón de la mesa de arriba, está vacía también. No podía yo correr riesgos — una sonrisa agradable y desagradable al mismo tiempo separó sus labios barbudos. — Ha sido un descuido suyo no cerrar las puertas con llave, señor Forrester.

Forrester, dirigiendo una mirada oblícua al revólver descargado, lo reconoció. No se le había ocurrido que "El Pinar" era un sitio donde era preciso tomar esa clase de precauciones, su mismo aislamiento parecíale garantía de seguridad.

—La noche está fría — dijo mirando los vidrios cubiertos de escarcha y luego los carbones apagados de la estufa. — Quisiera que fuera usted derecho al grano.

—Muy bien — dijo Mason levantándose e indicando la hoja escrita a máquina. Siéntese y lea eso.

III

La escritura, que ostentaba las señales de los tipos gastados y el alineamiento defectuoso, característicos de la máquina de Forrester, resultó ser una carta y el encabezamiento decía:

"A una mujer sin corazón". Forrester arqueó las cejas intrigado; pero siguió leyendo:

" Cuando leas estas líneas habré dejado " de existir. Una bala habrá atravesado el " corazón que tú destrozaste.

" Esto quizá te afligirá; pero no por mu" cho tiempo. Antes de que transcurran mu" chos días, verás el episodio a una luz di" ferente y mirarás esta acción mía como " un tributo a tus encantos. ¿Qué mejor " cumplido puede hacerse a la belleza de " una mujer que matarse por su amor trai" cionero?

" Quizá derrames una o dos lágrimas, " porque tienes la emoción fácil. Pero des" pués sonreirás y me llamarás pobre bo" rrico romántico. Distingo ahora la sonrisa " de tus labios, mujer sin alma, la sonrisa " fría, brillante e infinitamente cruel con " que las hechiceras de la antigüedad con" templaban la caída de los tronos y de los " imperios. Me estoy enterneciendo, así que " termino. No hay resentimiento en mi co" razón. La naturaleza te dió encantos para " destrozar el corazón de los hombres y " cumples simplemente tu destino. Prosigue " con otras conquistas y goza de ésta mien" tras dure."

Había unas cuantas líneas más; pero Forrester había leído ya más de lo que su cerebro podía digerir.

Mason, con las manos a la espalda y enigmática sonrisa en sus delgados labios estaba parado a pocos pasos.

—¿Qué le parece? — le preguntó.

—Muy conmovedora — contestó Forrester aturdido.

Forrester vió con sorpresa a un hombre barbudo escribiendo en su máquina

—¿La encuentra bien?

—En general, sí. Descartando el tono petulante, podría haberla escrito yo mismo, suponiendo fuera tan imbécil para permitir que una cara bonita me arrojara del mundo. Hubiera omitido eso de los tronos y los imperios, sin embargo. Es demasiado... este... cursi.

Mason pareció pensar. Tenía la cabeza ladeada y miraba astutamente a Forrester.

—Creo que lo dejaremos como está. — Me tomó mucho tiempo escribirlo. ¿Tiene algo más que observar?

Forrester miró la hoja.

—¿Escribiría alguien a máquina una carta así? — preguntó encontrando cierta diversión sardónica en considerar seriamente el asunto. — ¿No sería mejor pluma y tinta?

Nuevamente reflexionó Mason.

—No veo por qué. Cuando un hombre está por suicidarse, su mano suele temblar un poco. Se expone a borronear la página. Y siempre hay el peligro de que la letra resulte tan confusa que nadie la entienda.

—Hay algo de verdad en eso, Mason.

—Además, ¿no escribe usted la mayor parte de sus cartas a máquina?

—Lo hago. Mis amigos comprenden que habiendo usado tanto la máquina de escribir, me cuesta agarrar la pluma.

—La mayor parte de los escritores son así, tengo entendido. ¿Entonces cree que la carta pasará?

—Está bastante bien, Mason. Veo que usted se ha tomado la molestia de enterarse de mis asuntos íntimos. ¿Compuso usted mismo la carta o la copió de un borrador dado por otro?

—¿Qué importa eso? — preguntó Mason.

—Nada, supongo. Hay sólo una cosa que no me gusta en esa carta, Mason. Ese... "A una mujer sin corazón", ¿se refiere a alguien particularmente?

—Claro está. Es la señorita Silvia Manners, si lo quiere en todas sus letras.

—Así me pareció. Y ahora, Mason, sepa que Sil... quiero decir la señorita Manners, no es tan mala como todo eso. Un poco coqueta quizá; pero no desprovista de sentimientos nobles. Esa carta es una injusticia.

—¡Quizá — concedió Mason. — Pero un hombre que está a punto de matarse por una mujer no suele ser justo. Yo la trataría así.

Forrester le dirigió una larga mirada.

—No está mal pensado. Veo que sería usted para mí un valioso colaborador, Mason.

—¿Cree entonces que la carta está bien?

—En general y, dadas las circunstancias que ha supuesto, es un recomendable esfuerzo literario.

—Me alegro de oírselo decir. Tiene delante suyo una lapicera. Haga el favor de firmar la carta.

—¿Firmarla? — exclamó Forrester mirando directamente a los negros ojos de Mason. No, decidió que no había en ellos síntomas conocidos de locura.

—Naturalmente — contestó Mason con sencillez. — La carta no estaría completa sin la firma de usted. Yo podría escribirla a máquina. Pero será de más valor con tinta.

—Se está usted volviendo absurdo, Mason. Esa carta ha sido escrita ostensiblemente por una persona que piensa suicidarse y yo le aseguro que no tengo semejante intención.

—¡Oh sí, la tiene! — dijo Mason tranquilamente. — La señorita Manners lo engañó y ése es el motivo. Usted la quería mucho y su vida no tiene objeto, ahora que ella lo ha despachado. Se engañaba usted a sí mismo cuando vino a aquí para olvidarla.

—Al contrario, Mason; estoy haciendo pro-

gresos muy satisfactorios en ese sentido.

Forrester retiró la silla y se levantó. — Esta pequeña escena ha sido muy divertida; pero hace un frío del diablo y es tiempo de terminarla. Guardaré esta carta como recuerdo de una noche agradable — empezó a doblar la hoja para guardarla.

—¡Siéntese!—le dijo Mason tranquilamente y se advirtió un sorprendente cambio en él. Avanzó hacia el escritorio y sacó la mano de atrás de la espalda, Forrester se sobresaltó ligeramente al ver el caño de su propio revólver.

—¡Siéntese! — repitió Mason. La burlona amabilidad que hasta entonces caracterizaba su voz había desaparecido. Sus ojos brillaban con fulgor frío y duro. La malvada expresión de su cara era acentuada por la hirsuta barba negra. — Este chisme está cargado ahora — dijo. — Tenía los cartuchos en el bolsillo.

Forrester se dejó caer en la silla.

—Estoy apurado — dijo Mason haciendo un gesto amenazador con el revólver — y no soportaré dilaciones. ¡Firme pronto!

—¿Y si me niego?

Con la mano izquierda indicó Mason un reloj que estaba sobre la repisa de la estufa. Sus manecillas señalaban las once menos cinco.

—Soy buen tirador — declaró. Si no ha firmado usted cuando el reloj dé las once, al sonar la última campanada oprimiré el gatillo.

Forrester apretó los labios. Comprendía que Mason hablaba en serio, aunque su conducta parecía inesplicable.

—¿Y si firmo? — preguntó. ¿Qué sucederá?

Mason no contestó, limitándose a mirarlo con horrible intensidad. En el mismo instante la respuesta a su pregunta brilló en la mente de Forrester. Por alguna misteriosa razón, deseaba Mason su muerte. Indudablemente lo mataría no bien firmara la carta. Usaría un arma que sería reconocida como de propiedad de Forrester y unido eso a la carta escrita a máquina proporcionaría todas las pruebas del suicidio. Esta teoría sería reforzada por el hecho, bien conocido por sus amigos, de que la traición de Silvia lo había afectado mucho.

Forrester vió todo esto con la rapidez de un relámpago, mientras continuaba observando el brillo duro de los ojos de Mason. Lo único que no comprendía era por qué un hombre, completamente desconocido, quería su muerte.

Un minuto había pasado desde que el hombre barbudo expresó su ultimatum. El frío del aire era cortante.

—Mejor es que se apure — le sugirió Mason.

Forrester miró el revólver que le apuntaba tan firme e implacablemente. Mason lo manejaba con ademán de experto, lo que no le dejaba esperanza de escapar a su mortal puntería por un repentino ataque.

Pasó otro minuto.

—Dígame una cosa, Mason, — dijo Forrester lo más tranquilamente que pudo. — ¿Por qué quiere usted matarme?

—¿Quién dijo nada de matarlo?

—No ha negado usted que tenga esa intención.

Mason dirigió una rápida mirada al reloj.

—No hay tiempo para discusiones. Una cosa es segura. Si no firma usted la carta, dentro de tres cuartos de minuto será cadáver.

—¿Y usted firmará mi nombre con la máquina de escribir, supongo? Eso es más seguro que tratar de falsificar mi letra. Se supondrá que mi mano estaba demasiado temblorosa para permitirme escribir legiblemente mi nombre.

Si queda alguna duda se desvanecerá al ver que la carta fué escrita en mi propia máquina y que la bala partió de mi propio revólver. No está mal pensado, Mason.

—Medio minuto — dijo Mason. — Mejor es que firme.

—Comprendo. Aunque la firma a máquina podrá servir, sería mejor a mano, lo reconozco. Lo que todavía no comprendo es el beneficio que puede proporcionarle a usted mi muerte.

—¡No sea idiota! Nadie lo ha amenazado con matarlo, a no ser que obre obstinadamente y rehuse estampar su firma al pie de la carta. Tiene un cuarto de minuto para hacerlo.

Forrester miró la lapicera que Mason ahora le tendía. Poner su nombre al pie de aquella carta sorprendente parecía muy pequeña cosa, requería sólo unos pocos rasgueos de la pluma. Pero se dijo a sí mismo que era como firmar su sentencia de muerte. En vez de remediar la situación, sometiéndose a la exigencia de Mason precipitaría la crisis.

El reloj produjo un "clic" anunciador antes de dar la primera campanada de las once. Forrester se irguió en la silla.

Un sonido argentino interrumpió el tenso silencio. Forrester miró los ojos del otro hombre y vió el crimen en ellos.

—... tres... cuatro... cinco... seis... siete...

Los nudillos de Mason blanqueaban al oprimir más fuertemente el revólver. El arma se alzó un poco más, a nivel del corazón de Forrester. Este recordó, con esa precisión conque acuden los detalles en momentos críticos, que la carta decía algo de un balazo en el corazón.

—...ocho... nueve... diez...

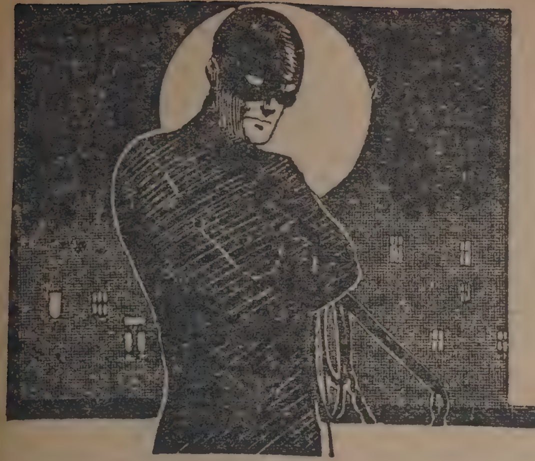
Forrester sintió una violenta contracción de los músculos, un terrible espasmo de los nervios y luego su única sensación fué de profunda sorpresa. Se dió vagamente cuenta de que la puerta se había abierto de pronto, un rostro apareció en su radio de visión, brilló un fogonazo y de la parte obscura de la pieza partió un tiro.

Un grito de dolor y de sorpresa, lanzado por el hombre barbudo, hizo que lo mirara.

Una expresión de angustia y de estupefacción desfiguraba sus facciones. El brazo derecho le colgada inerte al costado y tenía en la muñeca una mancha roja. En el suelo, a sus pies, estaba el revólver conque había amenazado a Mason.

Y todo había ocurrido tan rápidamente que la última campanada de las once vibraba aún en el aire

(Continuará)



LATIGO NEGRO

DETECTIVE

Por Charles Hutchinson

(Continuación)

EN EL PUEBLO DE LOS BANDIDOS

TRES horas antes de la puesta del sol, al día siguiente, Látigo Negro entraba con toda tranquilidad en Morro City, la población de los bandidos.

En sus firmes labios vagaba una sonrisa. Iba montado en Dosey, una linda yegua. Y aunque el sol picaba, llevaba puesto un saco, abotonado hasta al cuello. Junto a él trotaba Aguila Roja, en una mula capturada a los Lobos dos días atrás. Vestido solamente con tapa-rabo y mocasines, el muchacho indio marchaba alerta, una mano en el Winchester, la otra en la cabezada de la mula. Héctor cerraba la marcha, moviendo a un lado y a otro su cabeza lobuna.

La llegada al pueblo provocó sensación.

Apenas habían creído los Lobos que el misterioso desconocido cumpliera su audaz promesa. Sin embargo, allí estaba. Deteniendo a Dosey en la entrada de la calle de tierra, se enderezó tranquilamente en la montura y miró a su airededor.

Frente a la taberna de El Pistolero hab'a un grupo de bandidos, mejicanos y blancos. Tenían las manos apoyadas en sus pistolas; pero no hicieron ademán de sacarlas. Sus caras, duras y brutales, tenían todavía expresión asombrada, aunque habían visto venir a Látigo Negro, desde lejos.

Látigo Negro examinó indolentemente al grupo. El Lobo no estaba. En aquel momento tocaba la guitarra en su cuarto obscuro y florido. Sonreía y pensaba al tocar.

Haciendo adelantar la yegua, Látigo Negro se dirigió a los ceñudos bandidos. Con sonrisa traviesa, le clavó disimuladamente las espuelas a Dosey, cosa que no agradó a la yegua. Lanzando un bufido de indignación, empezó a patear, alto y ancho, haciendo retroceder a los bandidos. Cuando al fin se serenó, Látigo Negro cruzó indolentemente una pierna sobre la montura y se rió, dirigiéndose a los bandidos.

—Antes de que haga... este... mis compras, quiero advertirles una cosa, caballeros. No intenten nada contra nosotros, si no haré volar este pueblo y Lou Peters no volverá. ¡Hasta luego!

Les tiró un beso con la punta de los dedos y siguió al trote. camino abajo, seguido por Aguila Roja y Héctor. Les acompañó un coro de gruñidos de bestias salvajes.

En el único almacén desmontó y dejó al muchacho indio al cuidado de los caballos. Luego sonrió dulcemente al hombre de hirsutas cejas que atendía el mostrador.

—Quiero porotos, tocino, harina, polvo de hornear y tarros. — anunció. — Y apúrese, compañero, porque sólo tengo hasta la puesta del sol para salir de este salvaje pueblo.

—Algún día se encontrará con la horma de su zapato. — gruñó el almacenero; pero se apresuró a obedecer después de dirigir una furtiva mirada a los ojos y armas de Látigo Negro. Cuidadosamente examinó el destructor de bandas cada paquete, temiendo que el Lobo hubiera ordenado venderle alimentos envenenados. No vió nada sospechoso y tiró el dinero sobre el mostrador.

—Y ahora deme algunas municiones. Balas para Colt 45 y 35 para rifle. Muchas, hijo. Sea generoso.

Una fugitiva expresión de sarcasmo pasó por la cara del hombre; pero se apresuró a obedecer. Metiéndose debajo del mostrador, puso luego cuatro pesados paquetes delante de su "cliente". Este abrió prontamente los paquetes.

Sasando un puñado de cápsulas, observó la primera, la alzó hasta su oído y la sacudió ligeramente. Luego, sin la menor prevención, agarró todas las balas y se las tiró a la cara del almacenero.

—Y ahora deme legítimas — dijo secamente, acompañando la orden con un revoleó del látigo. Cápsulas vacías ¿no? ¿De modo que el Lobo había ya preparado una traición? — Levantó de nuevo el látigo.

Pero el almacenero tenía bastante ya... más que bastante. Se metió nuevamente debajo del mostrador, casi gimiendo, y esta vez sacó balas buenas. Sonriendo ceñudamente, Látigo Negro le ordenó que sacara fuera la carga.

Ayudado por Aguila Roja cargó las provisiones en la mula. Luego le dijo a su compañero.

—¡Bueno, ahora vete!

Aguila Negra le dirigió una angustiosa mirada.

—Patrón, quedará usted solo... Dejeme ton...

—He dicho que te vayas, muchacho. — interrumpió suavemente Látigo Negro. Luego sonrió y apoyó una mano sobre el brazo desnudo del muchacho. — Ya conoces nuestros planes. — murmuró. — Mucho depende de ti, camarada. Yo no corro peligro, con que vete como te lo ordeno.

Empujó alegremente al joven apache hacia la mula. Dirigiéndole otra triste mirada, el indio montó.

Juntos volvieron a la taberna, donde el grupo de Lobos había aumentado. Pero allí en vez de seguir, Aguila Roja detuvo su caballo, se cruzó de brazos. Contrastando con el humorismo sardónico de los ojos de Látigo Negro, en los de Aguila Roja brillaba odio profundo.

—Lobos, — dijo — les prevengo que si alguno de ustedes trata de seguirme, lo mataré y a los prisioneros también. ¡Aguila Roja ha hablado!

Se dirigió a ellos en el dialecto, que la mayor parte entendían. El muchacho les silbó las palabras con la ferocidad que en un tiempo había hecho de su tribu la más temida en el sudoeste.

Algunos de los Lobos habían ya proyectado seguirlo para averiguar donde estaba escondido Lou Peters, antes de la puesta del sol. Abandonaron la idea, sin embargo y Látigo Negro, que leía en sus pensamientos, sonrió.

En sombrío triunfo, entonces, empezó Aguila Roja su viaje, porque tenía que volver al campamento secreto de las montañas, a tiempo para recibir la señal de Látigo Negro. Al llegar al sitio donde el camino terminaba y empezaba el sendero de la pradera, se volvió Aguila Roja en la montura, para dirigir una última mirada a Látigo Negro rodeado por enemigos impotentes. Luego levantó el brazo, para saludar a la manera india, diose vuelta otra vez y se alejó al trote. Látigo Negro lo siguió, sonriente, con la mirada.

—Seguramente es un buen compañero. — murmuró. — Vamos ahora a dar una vuelta.

LATIGO NEGRO HACE LA SEÑAL

Comprendía el detective lo peligroso de su posición. Sabía muy bien que podía ser blanco para una bala o un cuchillo, disparados por la espalda. Ni por un momento pensó que el Lobo o sus hombres pensaran dejarlo salir del pueblo sin intentar alguna treta.

Supuso que maquinaban algo y esperaba que en cualquier momento romperían aquella extraña tregua, con tal que pudieran hacerlo impunemente.

Peligrosa y hasta loca la visita, Látigo Negro había tenido sus motivos para hacerla. No sólo quería espiar la guarida de los Lobos si no humillar a la banda, convertirla en el hazme reír de la comarca.

Una vez que se supiera que habían dejado los Lobos a un enemigo solitario entrar al pueblo, comprar alimentos y provisiones y volver a salir, su mala reputación sufriría un gran golpe. Las noticias llegarían a todos los estancieros y dueños de minas del valle, incitándolos a la acción.

Pensando en eso recorrió lenta pero totalmente el pueblo, con Héctor detrás.

Aunque aquello se llamaba "city", no quiere decir nada en el Oeste, donde los lugares reciben nombres muy pretenciosos. En realidad, Morro City era poco más que una aldea.

La única calle, de cuarenta yardas de ancho, conducía directamente a las orillas del fangoso Río Grande, donde estaba el gran corral para los caballos.

Había a cada lado cabañas de adobe y casillas de madera. Eran miserables, calcinadas por el sol, y a los fondos de cada una de ellas se amontonaban latas vacías, de conservas.

En la orilla del río estaba el campamento de mejicanos, por entre los cuales pasó tranquilamente Látigo Negro, seguido por miradas rencorosas. Más allá se extendía el valle, que se prolongaba hasta las remotas montañas.

La exploración de la guarida de los Lobos le tomó algún tiempo a Látigo Negro, pero cuando terminó su paseo, todos los detalles estaban firmemente fijos en su cerebro. Miró el sol. Faltarían todavía treinta minutos para que se pusiera. Volvió pensativo a la calle principal.

En pocos países, no siendo Estadoso Unidos, podría haber existido semejante pueblo.

Propiedad de malhechores, poblado por ellos. Su posición solitaria en Texas, comarca ganadera, contribuía a la seguridad de los Lobos.

La ley y el orden sólo podían llegar allí con mucha dificultad. Y luego, si las papas quemaban, siempre estaba Méjico, cruzando el río. Látigo Negro apretó los labios.

—Sí, cuanto más pronto se destruya este nido de víboras, mejor. — murmuró. Luego, de pronto, su cuerpo se sacudió con silenciosa risa. — Pero ¡qué jugada les he hecho! ¡Entrar en su pueblo y volver a salir! Creo que no se atreverán a intentar nada.

Apenas había dicho esas palabras cuando un grito feroz, mitad aullido, mitad gruñido, fué lanzado por Héctor. Era como si el Destino hubiese contestado las jubilosas palabras de Látigo Negro. Lanzando un grito salvaje, dió vuelta la yegua... demasiado tarde.

El Lobo había devuelto la mordedura.

Indefenso, sujeto por tres lazos, Héctor era arrastrado, pataleando y mordiendo como un demonio. El sonriente trío que lo había enlazado, salió de pronto de atrás de una cabaña.

No estaban solos. Junto a ellos había cinco más, que apuntaban a Látigo Negro con sus Colts. Otros llegaron también, saliendo de la cabaña. A una breve orden, todos hicieron fuego, como significando a Látigo Negro que lo matarían, si intentaba rescatar al perro.

Y luego Morro City entró en actividad. A la primera descarga de armas de fuego, llegaron corriendo hombres de todas partes,

maldiciendo triunfalmente, sacando sus armás al correr. A los pocos segundos, Látigo Negro estaba rodeado por un círculo de acero. El Lobo apareció dentro del círculo, dominador como nunca, con su máscara y su poncho.

Pero Látigo Negro no hizo ademán de sacar armas. Se limitó a agarrar las solapas de su chaqueta cerrada. Su sonrisa había desaparecido. Su rostro tenía una extraña expresión que pocos hombres habían visto y eso a su propia costa.

—¡Suelten ese perro— habló suavemente, pero entre los dientes apretados. El Lobo sonrió y movió negativamente la cabeza.

—De ninguna manera, compañero.

—¿Es así como cumple usted su palabra? — dijo Látigo Negro. — ¡Coyote cobarde!

El Lobo se encogió de hombros, protestando.

—Pero, mi querido amigo, no la he quebrantado. — dijo suavemente. Le prometía que ningún daño le ocurriría a usted "antes" de la puesta del sol. Puede irse libremente.

Naturalmente que si quiere abandonar a su perro. — se encogió de hombros otra vez — Después de todo ¿qué es un perro? ¡Y sobre todo un mestizo como éste!

—Lobo, algún día le haré comer estas palabras — contestó serenamente Látigo Negro — Bien sabe que yo no voy a dejar al perro aquí. Ese es sn modo de hacerme permanecer en el pueblo hasta que la tregua expire. ¡Linda treta! Pero sucia. ¿Y ahora, que va a hacer, zorrino?

—Obligarlo a usted a hacer la señal. Hágala ahora, Látigo Negro o, por el diablo, que mataré al perro ante sus propios ojos. ¡Apúntenle, hombres! Disparen si trata de sacar armas.

Con la suya apuntó al perro enfurecido. Sobre la máscara, sus ojos brillaban como tizones. Látigo Negro lo miró durante un largo y tenso momento. Poco le importaba su propia vida; pero Héctor... Héctor... Moriría instantáneamente si su amo hacía un movimiento sospechoso.

El destructor de bandas se rindió al fin.

—¡Muy bien! Usted gana.

Vigilado estrechamente sacó una pistola chata Verey de su bolsillo y disparó al aire. Con un "plop" salió de ella un pesado cartucho, el cual estalló en una brillante luz roja que tiñó el cielo de la tarde. A lo lejos, Aguila Roja vió la señal. Silenciosamente ayudó a un hombre maldiciente a montar a caballo y observó, impasible, mientras el prisionero, desarmado, descendía por la ladera de la montaña. Lou Peters, el teniente de el Lobo, estaba en libertad.

En Morro City, el Lobo se echó a reír desdeñosamente.

—¡Muy bien! — dijo burlón. — Creo que ha sido usted un idiota, Látigo Negro. Ganó después de todo ¿verdad? Y por una treta muy sencilla. Usted no era capaz de abandonar a su precioso perro. Lo sabía y...

—¡Basta! — interrumpió Látigo Negro, apretando más fuertemente su saco. Sonreía de nuevo de una manera que hubiera hecho temblar a el Lobo, si la hubiera conocido — Y bien ¿qué va a hacer ahora? ¿Matarme?

El Lobo, radiante en su victoria, arqueó las cejas.

—¡Ciertamente no!—dijo con acento sorprendido, mientras sus hombres se reían.— Le prometí respetarlo hasta la puesta del sol, ¿no? Yo también tengo palabra. Mire el sol.

Todos los ojos, excepto los de Látigo Negro, se alzaron. El sol, como una bola de fuego, casi tocaba las ásperas montañas, tiñendo sus crestas de color fuego. Sombras obscuras, como presagios, se extendían sobre el valle. Poco después el Lobo volvió a hablar, con voz llena de odio reconcentrado.

—Faltan quince minutos todavía, Látigo Negro. Por quince minutos se quedará usted aquí, saboreando la muerte. Y finalmente, cuando Lou Peters entre en el pueblo, sano y salvo, usted saldrá de él... muerto.

Un silencio siniestro, espantoso, descendió sobre el grupo, mientras el sol bajaba y Látigo Negro sonreía sombríamente a los rostros implacables que lo rodeaban.

MUERTE ESCONDIDA

—Ha terminado usted, Látigo Negro. Cuando caiga el sol... ¡adiós para siempre!

La voz oculta era tan implacable como el destino, penetrante como la hoja de una es-

APRENDA UNA PROFESION LUCRATIVA

ENSEÑAMOS POR CORREO:

Dibujante
Procurador
Constructor
Perito Agrícola
Químico - Farmacia
Corte y Confecc. masc. y fem.
Contador -- *Tenedor de Libros*
Mecánico Electricista de Autos
Periodismo - Vendedor - *Publicidad*
Electricidad-Radio-Televisión-Fonofilm

El moderno sistema de enseñanza técnica y práctica por correo, permite aprender estas profesiones

Mande el cupón. - Escriba claro.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
1059-Lavalle-1059—Buenos Aires

NOMBRE ....
DIRECCIÓN ....
LOCALIDAD 7 ....

pada. Sin embargo, Látigo Negro no hizo caso de las malignas palabras; apenas pareció oirlas. Sus ojos, aquellos ojos grises y extraños suyos, miraron lentamente el círculo de muerte que lo rodeaba.

Por todas partes vió Colts que le apuntaban firmemente y las caras salvajes de los hombres que los esgrimían. Nunca, hasta entonces, se había visto en semejante peligro, porque los Lobos de la Frontera, la mejor y más temible banda de Texas, lo tenían allí, dentro de una trampa de acero, en su cuartel general, Morro City.

Mas a pesar de todo eso una irónica sonrisa seguía brillando en sus labios. Miró el sol. Había casi desaparecido. Antes de quince minutos se hundiría tras las cumbres de las montañas occidentales, fuera del pueblo, donde el cielo brillaba con reflejos anaranjados, púrpura y escarlata.

Látigo Negro se encogió imperceptiblemente de hombros. Al final miró cara a cara al hombre que le había anunciado su condena, a la alta y teatral figura de la máscara y el poncho azul, jefe y tirano de la banda. A los pies del bandolero estaba Héctor, el temible perro alsaciano, impotente entre los lazos de los bandidos.

—Ha sido una treta hábil — dijo Látigo Negro hablando al fin, tan tranquilamente como siempre. — Me han atrapado ustedes al apoderarse de mi perro y ahora piensan matarme a tiros ¿no?

—A la puesta del sol — sonrió el Lobo y sus modales demostraban había esperado que Látigo Negro perdiera la calma en cualquier momento, quizá que cayera de rodillas y pidiera misericordia, lo cual hubiera sido un gran triunfo para todos.

Pero Látigo Negro permanecía impasible, contemplando negligentemente al Lobo y agarrándose las solapas de su saco cerrado. Los ángulos de su boca firme se torcieron.

—Hice un trato con usted, Lobo... pacté una tregua. — dijo lentamente, pronunciando con claridad cada palabra en el silencio. — Usted convino en dejarme entrar al pueblo a comprar provisiones, con tal que partiera a la puesta del sol y fuera puesto en libertad el as de sus pistoleros, Lou Peters, que era mi prisionero.

Bueno, he cumplido mi palabra. Disparé la señal y ya mi pequeño compañero, Aguila Roja, habrá puesto en libertad a Lou Peters. Supongo que viene hacia aquí. Y usted me traicionó, capturando a Héctor, a fin de que no pueda abandonar el pueblo a la puesta del sol.

—¡Qué mala acción! ¿no? — se burló el Lobo, dulcemente; pero su voz se cambió enseguida con un rugido. — ¡Sí, lo he traicionado, cabezudo! Nos ha molestado usted demasiado tiempo. Nadie le pidió que viniera a Morro City. Vino a pelearnos por cuenta propia.

Pensaba destruirnos ¿no? Bueno, ahora somos nosotros quienes destruimos...

—¿A mí? ¡Pobre imbécil!...

La mordiente interrupción, salvajemente desdeñosa, inesperada, hirió al bandido como una bala.

Lanzó una exclamación de sorpresa, retrocedió instintivamente. En el mismo instante un murmullo de asombro, mezclado de miedo, recorrió el círculo de bandidos.

Miraron y se movieron inquietos. Porque Látigo Negro se había echado de pronto a reír.

Su poderoso cuerpo se había puesto rígido, no de terror, si no con la tensa actitud de un tigre que se dispone a saltar. Sus ojos brillaban como estrellas, mientras sus blancos dientes relucían al echar hacia atrás la cabeza.

Algo en su fuerte personalidad, un presentimiento de peligro escondido y espantoso, paralizó a los bandidos y, por un fatal segundo. En aquel corto espacio de tiempo, Látigo Negro dió un paso adelante y se volvió a reír en la cara de el Lobo.

—¡Gran idiota! — dijo agriamente. — ¿Usted destruirme... a mí? ¿Ordenar a sus asesinos que me maten? ¡Muy bien, entonces!... dígales que tiren... ahora.

Con fiero movimiento abrió su saco, arrancando los botones de la tela. Y luego, por un largo y espantoso momento, no se oyó el menor sonido.

Los endurecidos asesinos de la frontera se pusieron grises de espanto, cuando vieron lo que tenía Látigo Negro colgado debajo del saco. Un gran pánico oprimió sus corazones y sus gargantas con dedos de hielo. El Lobo retrocedió como si hubiera visto a la Muerte misma enseñándole los dientes, entre las solapas de Látigo Negro.

La jubilosa sonrisa murió en sus labios.

Luego, después de lo que pareció una eternidad, un grito penetrante, lanzado por los mejicanos, interrumpió el espantoso silencio.

—¡No tiren! ¡Por la Madre de Dios, no tiren! — apartándose del círculo, echaron a correr enceguecidos, gritando en salvaje confusión. — ¡No tiren!... ¡huyan por sus vidas!

—¡Quédense donde están! — tronó Látigo Negro, con voz que paralizó a los fugitivos, haciéndoles detenerse. Siempre manteniendo abierto el saco, avanzó tranquilamente hasta que su pecho casi tocó la pistola de el Lobo. Con los labios apretados, sonrió a los dos ojos desorbitados y habló nuevamente, con dulzura:

—Lobo, le previne que si trataba de traicionarme, se arrepentiría. Tire ahora... No puede errar.

Era cierto. El blanco no distaba ahora más que dos pulgadas. Pero el Lobo no tiró porque sus dedos habían quedados inertes, flojos. Bajó más y más sus pistolas, hasta que colgaron inofensivas a su costado, apuntando al suelo con sus caños.

Porque del cuello y hombros del destructor de bandas colgaba un extraño "collar", consistente en varias barritas esbeltas, envueltas en papel engrasado. Los labios de el Lobo se separaron al fin para lanzar una sola y horrorizada palabra:

—¡Dinamita!

Látigo Negro se dió vuelta..., demasiado tarde. Héctor luchaba en vano, sujeto por los lazos de los bandidos.

LA MANADA OBEDECE

El Lobo retrocedió, arrastrando los pies, ya no más arrogante ni dominador. Parecía haberse achicado, como si toda su vitalidad lo hubiera abandonado súbitamente.

¡Vencido! ¡Humillado en su propio pueblo, en medio de sus pistoleros, por un solo hombre!

Los Lobos, como si hubieran echado raíces en el suelo, lo miraban desesperadamente, confiando en que les indicaría algo, pero sin atreverse a mover un solo músculo por cuenta propia. El sol había casi desaparecido ya detrás de las montañas y la sombra iba invadiendo el pueblo. Había llegado el momento de matar a Látigo Negro.

Pero eran ellos los que afrontaban la muerte, no él.

Tenía la carta del triunfo y los bandidos nada podían hacer más que contemplar las mortales barritas. Había sobre el cuerpo de Látigo Negro dinamita suficiente para reducir a escombros Morro City y hacer volar por los aires a la banda. Si le tiraban ahora y caía en medio de ellos...

—¡Se acabó! — chilló un hombre y volvió la pistola a su funda. Su movimiento rompió el hechizo y enseguida los otros lo imitaron. No era extraño que Látigo Negro hubiera visitado con tanta tranquilidad el cuartel general de los bandidos, con aquella defensa debajo de su saco.

Solamente el Lobo seguía apretando sus Colts, pensando, tratando de hallar algún medio de evitar aquella derrota, a última hora. La furia cambió su voz en un rugido cuando habló al fin.

—¡Cobardes! — gritó rabiosamente a sus hombres. — ¡Es sólo parada! ¿No comprenden que si nos hace volar a nosotros volará él también, y...?

—Y está muy dispuesto a hacerlo — interrumpió tranquilamente Látigo Negro. La sonrisa desapareció de su rostro, dejándolo sombrío y resuelto. — No cometa un error, Lobo.

—Esto no es "parada". Vine aquí para exterminar su banda y lo haré... aún a costa de mi vida.

Hizo castañetear desdeñosamente los dedos

—Hace tres horas que estoy aquí, frente a la muerte. Sigo estándolo. Pero, si yo muero, morirán ustedes también y todos los pe-

rros que habitan este pueblo maldito.

Mi propia vida es precio escaso por el placer de librar al mundo de semejante escoria. ¡Pienso lo que digo!

Al mirarlo, los bandidos creyeron sus palabras. Su mandíbula dura, sus ojos resueltos, el acento de su voz, eran bastante elocuentes. Y lo creyeran o no tanto daba, porque si lo mataban y la dinamita pegaba contra el suelo duro, serían aniquilados. Los tenía en el hueco de su mano.

¿Qué haría ahora Látigo Negro? El suspenso les desgarraba los corazones. Luego vieron con horror que Látigo Negro desprendía una de las barritas, la tiraba ligeramente al aire y la barajaba con fría destreza. Hasta el Lobo gritó de temor. Látigo Negro se rió infantilmente y tiró otra vez la barrita.

—Y bien, preciosos ¿qué les pasa? — preguntó barajando una vez más el explosivo — No me importa morir con todos ustedes, como dije. Pero, al mismo tiempo, no tengo grandes deseos de que eso ocurra. Por consiguiente, en vista de que soy ahora el jefe de la banda, dictaré condiciones. Y — sonrió significativamente — si saben lo que les conviene, las aceptarán.

—¿Condiciones? — el Lobo contuvo el aliento.

—Sí, condiciones — repitió dulcemente Látigo Negro — Pero no crea que me va a embromar por segunda vez, Lobo. Estoy preparado. Siempre lo estuve. Tengo que hacer proposiciones ahora porque no puedo matarlos a ustedes sin morir yo mismo y eso sólo lo haría como último recurso.

—¿Y si nos rendimos? — preguntó el Lobo.

—Entonces vivirán para pelear conmigo otro día... si pueden, — fué la sonriente respuesta, cruzando los brazos sobre las barritas, Látigo Negro indicó hacia donde estaba Héctor, tendido en el suelo.

—En primer lugar... pongan en libertad al perro. — dijo lentamente y el Lobo, con su propio cuchillo se inclinó rápidamente para cortar los lazos que sujetaban al alsaciano. Héctor se volvió como un demonio; pero Látigo Negro lo detuvo con un grito.

—¡Quieto, muchacho! Si muerdes a estos bandidos, morirás envenenado. ¡Ven aquí!

Héctor, siempre gruñendo furiosamente, obedeció de mala gana. Su dueño señaló con la cabeza a los sombríos bandoleros.

—¡Ahora, en fila todos!

Sorprendidos por aquella extraña orden, juraron y vacilaron, hasta que Látigo Negro levantó la barra de dinamita.

—¡Vamos! — urgió. — Todos en fila de a uno, con el idiota del jefe a la cabeza. ¡Pronto!

¡Ajá!... Ahora, que cada uno agarre al otro del hombro. Así. ¡Muy bien!

Maldiciendo, casi sollozando de rabia, los bandidos más temibles de Texas obedecieron, formándose en fila, como presidiarios, mientras Látigo Negro permanecía junto a el Lobo, sonriendo sarcásticamente.

—¡Que bien formaditos! — canturreó al fin — Quisiera tener ahora una máquina fotográfica. — Luego tocó al bandido en las costillas. — Bien, muchacho. Ahora marche adelante, derecho al río.

El Lobo le contestó con una mirada de odio feroz y un momento después echaba a andar al reforzar Látigo Negro la orden son un vigoroso empujón. En una especie de estupor, los otros lo siguieron, cavilando que iría a ocurrir luego. ¿Pensaba Látigo Negro hacerlos ahogar... obligarlos a tirarse al peligroso río?

¡Chas... chas... chas! Sus altas botas, provistas de espuelas, resonaban sobre la calle de tierra. Algunos de los hombres de aquella extraña procesión iban completamente abatidos y sus corazones latían penosamente. Látigo Negro había montado a caballo y los guiaba implacablemente hasta que el Río Grande apareció ante ellos, a la escasa luz.

Se detuvo entonces a la orilla. Arriba, las brillantes estrellas de Texas empezaban a aparecer, mientras el cielo se iba poniendo obscuro. La brisa de la noche, mezclada con el murmullo del río, era lo único que interrumpía el silencio. Los bandidos estaban rígidos, el Lobo tenía la barba caída sobre el pecho y los ojos fijos en el suelo.

La situación parecía increíble, fantástica al gobernador de Morro City. Todos los músculos de su cuerpo ardían por atacar al apacible adversario que lo había humillado abyectamente ante su cuadrilla. Sólo el conocimiento de lo que ocurriría no lo dejaba obrar.

En todo caso, Látigo Negro no pensaba exponerse más a ser traicionado. No bien los bandidos formaron fila, alzó la mano para dar una orden.

—¡Tiren todas las armas al río! — dijo tranquilamente. — ¡Todas... y pronto!

Al oír aquello, alguien maldijo, con un sollozo en su voz. Toda la banda quedaría indefensa, sus preciosas armas irían a parar al río, sin esperanza de ser recobradas. Algunos de los más animosos miraron desafiantes a Látigo Negro, cuyos ojos despidieron fuego.

—¡Que las tiren, he dicho! — replicó con acento tan amenazador que toda idea de rebelión murió. ¡Plaff! Un asustado bandido fué el primero en tirar lejos su arma en las obscuras aguas.

El resto de sus compatriotas lo imitó.

(Continuará)

Lea todos los viernes en
PUCKY
NAZENLER

MOSQUETEROS DEL ESPACIO

Tercera parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

LA MINA

LOS intrusos se dispersaron, disparando francamente ante aquel ataque de las espadas. A pocas yardas de distancia, sin embargo, se detuvieron por que Rolstein, desde el medio de la playa, gritaba órdenes frenéticas.

No más impedidos por el ataque cuerpo a cuerpo, levantaron sus armas e hicieron fuego. Del lado de adentro de la puerta John Henry cayó violentamente de espaldas.

Pero su caída no se debió, sin embargo, a la puntería alemana. Wagstaff y Bud habían comprendido claramente cual sería el movimiento de Rolstein, no bien sacara afuera a sus hombres. De modo que los dos saltaron sobre John Henry y lo tiraron al suelo.

En el mismo instante media docena de balas destrozaron el vidrio de la puerta del frente y pegaron en las paredes y el techo del hall.

Wagstaff cerró la puerta con el pie y empezó a arrastrarse hacia el hall, siempre sujetando a John Henry en sus musculosos brazos.

—¡No te levantes! — murmuró. — ¡Por amor de Dios, permanece echado! Llenarán ahora todas las aberturas de plomo y nuestra única esperanza es aguardar hasta que se les hayan agotado ls municiones.

En el cuarto del fondo, a salvo de las balas ahora, Bud se levantó y rió brevemente.

—¡Caramba! — exclamó. — Es éste el combate más extraño que he presenciado en mi joven vida. Y hay que reconocer que John Henry se portó. No eres tan idiota como pareces, Johnny, y seguramente sabes manejar la espada.

El joven Dent pareció halagado por el cumplido; pero una expresión de incertidumbre surcó su traspirada frente.

—¡Hum!... no me parece ese un modo muy cortés de decirlo, Bud. Naturalmente que tú no piensas eso... que no crees que yo parezco idiota... No, no... no puedo ser idiota... quiero decir que...

—Seguro... seguro... — dijo Bud conciliadoramente. — Sé que no puedes ser tan idiota como pareces, Johnny. Pero no hay necesidad de disculpas. No lo dije por mal. Volvamos a lo que importa. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Wagstaff levantó la mano, reclamando silencio, mientras John Henry empezaba a tartamudear protestas.

—¡Cállense ustedes dos! — dijo. — Por amor de Dios, ¿nunca pueden estar dos minutos sin pelearse? Estamos en una verdadera trampa y hay que hacer funcionar nuestros cerebros. Rolstein habrá mandado ya a buscar refuerzos. No podemos esperar sostenernos muchas horas aquí.

—Claro que no — dijo Bud y miró alrededor de la pieza, como buscando una inspiración.

Su búsqueda resultó provechosa, porque señaló el agujero del techo.

—Si no podemos salir por la puerta del frente o por las ventanas — dijo. — podríamos trepar al techo y ver qué probabilidades hay por otro lado. Por lo menos veremos lo que esos tipos andan por hacer.

Pegó un salto, agarróse a una viga rota y pasó por el agujero, mientras hablaba. Todavía hacían disparos a la puerta del frente, que ahora se había abierto y dejaba el hall sin protección, por lo que hubiera sido exponerse a una muerte segura ir a recoger alguna de las armas caídas.

Cualquier cosa era mejor que permanecer inactivos en la obscuridad, por lo que los otros dos siguieron a Bud, sin decir palabra.

El techo roto se elevaba en ángulo y luego bajaba, hacia el mar. Los tres se arrastraron hasta la cumbrera de aquella especie de rancho y se sujetaron fácilmente, agarrándose a la paja.

Miraron luego por encima, cautelosamente, y al principio ninguno de los tres habló,

porque no comprendieron claramente lo que ocurría.

En la playa pasaban varias cosas. El fiel amigo de los Mosqueteros, es decir el caballo, era el objeto que más se destacaba, vagando por la orilla del agua y lanzando de cuando en cuando algún resoplido desolado al constatar la ausencia de pasto.

A la derecha y a cierta distancia, un soldado alemán se había parapetado detrás de una pila de maderas y tiraba hacia la destrozada puerta, de modo que las balas picaban en las paredes y silbaban en el vestíbulo.

Un poco más lejos, Rolstein y los otros luchaban con algún objeto pesado. Mientras los tres miraban, lo alzaron y empezaron a caminar hacia la casa, con sorprendente cuidado.

John Henry sacó el monóculo rajado de su bolsillo y se lo incrustó solemnemente en el ojo izquierdo.

—¡Diablos! — dijo. — ¿Se ha vuelto loco ese viejo pájaro del misterio? ¿Qué es eso que trae? Parece una pelota.

Wagstaff volvió hacia él su rostro pálido y sombrío.

—Es una pelota, Johnny. Sólo que... está hecha de acero. En otras palabras, es una mina. ¡Dios mío! Ese hombre es un demonio por su habilidad.

—¡Caracoles! — exclamó Bud. — Has dicho una verdad grande como una catedral, Wagstaff. Es una mina, una de esas minas flotadoras que siempre se salen de su anclادero con la marea. Hay como media docena que han sido arrastradas hacia la playa. ¡Miren!...

John Henry se ajustó apresuradamente el monóculo.

—¿Quieres decir que nos van a hacer volar con esa cosa? ¿Qué nos la van a arrojar? ¡Bah!... es demasiado grande y pesada.

—¡Truenos y rayos! — casi gimió Bud. — Johnny, si no estuviéramos en el momento más crítico de nuestras vidas te abriría el mate para ver si podía introducir un poco de sentido común, en esa caja vacía de tu cráneo. Claro que no nos van a tirar con la mina. La van a traer hasta la puerta.

—Y luego se alejarán, a fin de que el tirador pueda hacerle fuego y estalle cuando ellos estén a prudente distancia de la explosión — añadió Wagstaff. — ¡Estamos fritos, muchachos!

—¡Bah!... yo no lo estoy — dijo John Henry, haciendo un movimiento para bajarse del techo, cuando el grupo llegaba cerca de la puerta con su pesada carga. — Prefiero que me atraviese una bala que volar por los aires. Y antes les voy a hacer algunos agujeros...

—¡Quieto! — murmuró Bud agarrándolo — Wagstaff sujeta a este loco. Es inútil que lo dejemos suicidarse así.

—¡Johnny, sosiégate! — ordenó Wagstaff. — Aquí tenemos al menos esperanza. No saben que estamos encima del techo y el mismo hecho de encontrarnos aquí amortiguará la fuerza del choque. Si uno de nosotros queda vivo, será mejor que morir los tres, en una ataque abajo.

John Henry vaciló.

—Bueno, queridos muchachos, — dijo — yo no quiero exponerlos a un peligro innecesario. Con todo, me parece señal de debilidad estar aquí encaramados como pájaros en las ramas.

—Hunde bien tus manos y tus pies en la paja — murmuró Wagstaff. — ¡Agárrense ahora!... Han dejado la mina y disparan. Escuchen, muchachos, tengo el Tratado en el bolsillo derecho del pecho. Si alguno de ustedes queda vivo después de esto, tiene que quitármelo y hacer lo posible por volver a las líneas británicos. ¡Ahora, buena suerte, viejos! La vida ha sido buena mientras duró y lo único qeu siento es haberlos metido a ustedes en este aprieto.

Bud y John Henry abrieron la boca para contestar, mientras hundían más profundamente sus dedos en la paja. Pero no hablaron, limitándose a dirigir sus rostros sonrientes y pálidos hacia su jefe.

Antes de que hubieran podido decir una palabra, el tirador alemán hizo fuego a la mina y un segundo después los tres fueron enteramente rodeados por un huracán de llama lívida y humo, mientras manos invisibles parecían tironear de sus temblorosos cuerpos.

SUERTE

Todos los truenos de la batería del cielo parecieron estallar a la vez. El cielo, el mar, la playa... todo se borró en aquella pesadilla de ruido y fuego.

El estruendo se extendió a lo largo de la costa, sobresaltando a los pacíficos habitantes de Bremerhaven, haciendo salir a la policía de sus garitas, mientras los pájaros marinos alzaban, asustados, el vuelo de entre setos y rocas.

También sobresaltó a un hombre de cierta edad y rostro rudo que estaba inclinado sobre un juego de diales, en un submarino, a unas diez brazas debajo de la superficie, en sitio opuesto a la explosión.

Se enderezó en seguida y llamó a un oficial subalterno que acudió apresuradamente a su lado.

—¿Oyó eso, Hans? — preguntó el comandante. — ¿Esa explosión? Ha sido una mina, creo.

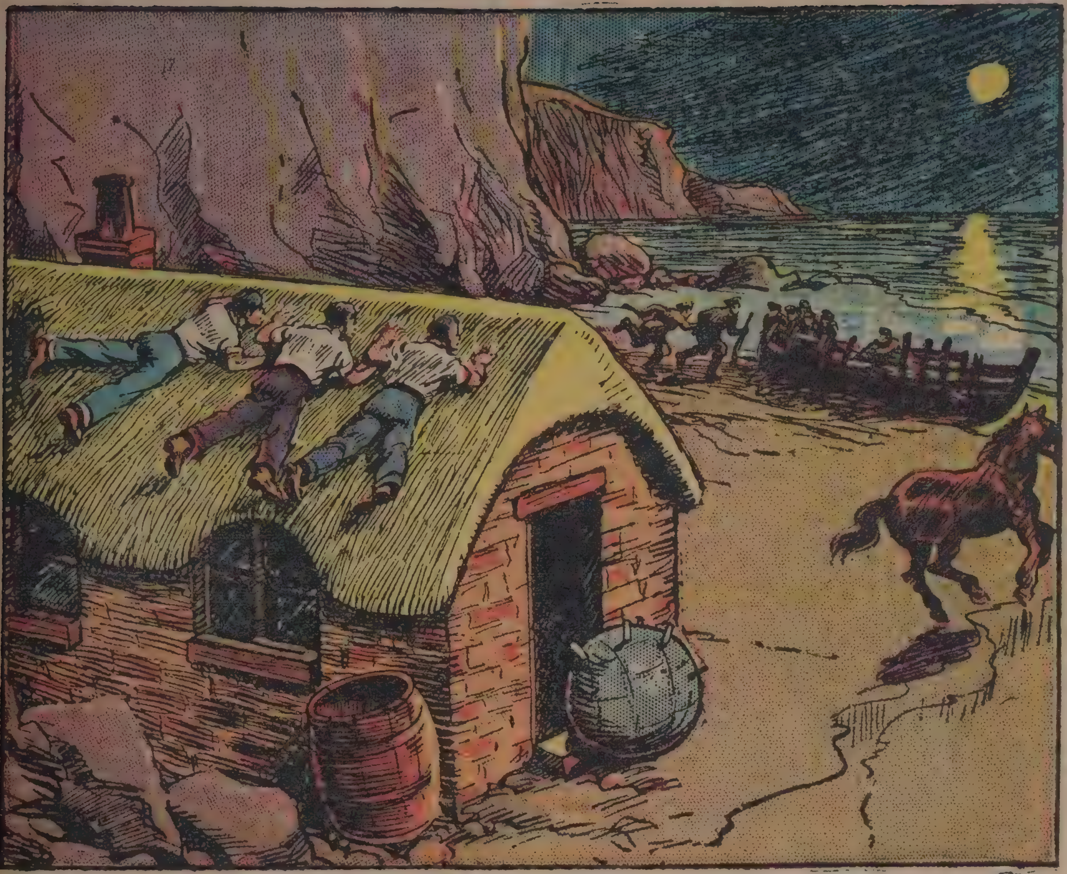
—Ja, Herr Comandante — contestó el otro haciendo la venia. — ¿Doy orden de subir?

El jefe vaciló un instante. Luego se encogió de hombros.

—¡Ja! Que paren las máquinas y arriba en seguida. He andado vagando sin animarme a acercarme a más de doscientas yardas de la costa por temor de que los ingleses hayan estado aquí y sembrando minas en nuestra ausencia. Parece que así es. Ningún otro tipo de explosivo pudo producir ese estruendo.

El oficial subalterno se internó en el submarino antes de que el comandante concluyera de hablar y ahora los hombres se apresuraban a cumplir las órdenes que salían apresuradamente de sus labios.

Los motores eléctricos cesaron en su rítmico vibrar y empezó el silbido de las bombas mientras se vaciaba el agua de los tanques de lastre. Un contramaestre, parado en



Con los dedos hundidos en la paja del techo los aventureros esperaron la inevitable explosión de la mina.

su puesto, junto a un indicador de profundidad, empezó a mover la manija.

El tragaluz estaba sólo vagamente verde, porque ninguna luz llegaba del cielo a través del agua. Débilmente, por grados, se fué aclarando. Se dibujaron ondas en el cristal, mientras que la voz áspera del timonel gritaba: "Seis... cuatro... dos... superficie.

En ese último segundo, sin embargo, el comandante retrocedió con una maldición y aspecto de alarma.

—¡Donnerwetter! — exclamó. — Nuestro periscopio se ha enredado en algo. !Eh!... no suban más. Paren las bombas.

Pero mientras hablaba se oyó un ligero golpe arriba y el submarino se levantó más antes de que pudiera ser detenido. El vidrio del periscopio se aclaró de pronto; pero, en el último momento, el sorprendido comandante vió una cara que miraba la suya.

Era una cara redonda, sucia, mojada, en cuyo ojo izquierdo se veían los restos de un monóculo.

Pertenecía a John Henry Dent, porque el valiente joven estaba peligrosamente encaramado en lo alto del periscopio, al que abrazaba cariñosamente.

Sonreía alegremente a Bud y a Wagstaff que, por milagro del cielo, flotaban cerca, sobre los restos del techo de paja.

Bud Atle y Wagstaff estaban todavía demasiado aturdidos por el sorprendente cambió del techo al mar, de modo que sólo pudieron mirar estúpidamente las morisquetas de su compañero.

Aquel techo de paja les había salvado ciertamente la vida. Sólo en ese momento, cuando el increíble periscopio apareció por entre la paja, alzando a John Henry cinco pies en el aire, se dieron bien cuenta de lo sucedido, de como se habían salvado de la explosión.

Ahora, mientras el trozo de techo flotaba, el submarino salió completamente a la superficie, llevando a John Henry, prendido como una lapa, al periscopio.

En la angosta cubierta de proa había algo más... algo tan sorprendente que a penas podían dar crédito a sus ojos. Un caballo, chorreando agua, resbalaba y pateaba sobre las planchas de acero, con las orejas echadas hacia trás y la narices dilatadas.

Un costado de su cuerpo estaba casi sin pelo. Y si los espectadores estaban sorprendidos, el caballo parecía atónito. En una breve noche se había caído de un precipicio y luego había volado por los aires, yendo a parar al mar.

El que no hubiera recibido más daño que una considerable parte del pelo, no parecía

tranquilizar al caballo. Sus cascos redoblaban sobre las planchas de metal.

El ruido se oía abajo y pronto la puerta de la torre de observación se abrió violentamente y asomaron la cabeza los hombros del pálido comandante.

La cara del alemán se puso aún más pálida al ver al caballo. Sus ojos se dilataron. Una expresión de cómica sorpresa apareció en sus facciones haciendo sonreír a Bud y a Wagstaff que lo observaban desde su percha flotante.

Sus sonrisas aumentaron un momento después al ver a John Henry que sacaba del bolsillo de su pantalón una llave inglesa y la levantaba sobre la cabeza del comandante del submarino.

John Henry era muy cortés y decidió que era preciso decirle: "¿Cómo le va?", al alemán... aunque fuera con una llave inglesa.

MAS SORPRESAS

La aurora se iba extendiendo lentamente sobre el mar gris pizarra y la media luz, reveló una escena curiosa, tan curiosa que el comandante del submarino alemán se frotó los ojos para convencerse de que no se había dormido.

—¡Ash! ¡Himmel!

El submarino había salido a la superficie cerca de la costa, es decir cerca de las ruinas de la casa que había volado pocos momentos antes.

Pero el comandante conocía poco todavía de los sorprendentes resultados de aquella explosión. Su mirada estaba fija en el extraordinario espectáculo de un caballo que se resbalaba, frenético, sobre las planchas de acero del submarino.

A decir verdad, el caballo en cuestión, estaba tan sorprendido como el comandante y un poco más asustado. Pocos momentos antes, el animal se hallaba cerca de la casa de las rocas pensando quizá qué hacían tres hombres en el inclinado techo de paja.

Luego la casa voló por los aires. Y tan terrible había sido la fuerza de la explosión que el caballo fué a parar al mar.

No lejos de él navegaba el techo o la porción de techo sobre la cual estaban los tres hombres. Y en el preciso momento en que el submarino rompía la superficie, el caballo cayó sobre su cubierta de acero, mientras el techo de paja quedaba en parte instalado sobre el periscopio.

—¡Ach! ¡Himmel! — por segunda vez el asombrado alemán lanzó esas exclamaciones. En su vida había experimentado sorpresa más grande.

Pero le esperaba otra... de naturaleza más penosa, cuando dió vuelta la cabeza.

¡Pam!

Encaramado como un mono en el tubo del periscopio estaba el teniente John Henry Dent. Y en la mano tenía una llave inglesa. La mano se levantó y cayó, rápida y seguramente. Sin un murmullo, el comandante se desplomó desvanecido.

Mientras se desarrollaba aquel pequeño drama, los dos compañeros de John Henry subieron a bordo del submarino, comprendiendo apenas que hubieran escapado con vida a la terrible explosión.

El submarino se mecía ahora sobre las aguas y el movimiento asustaba tanto al caballo que saltó por la borda y empezó a nadar hacia la playa, con ojos dilatados de espanto.

—¡Bueno! — murmuró Wagstaff — si ésta no es época de milagros, que venga Dios y lo diga.

Se dió vuelta, vacilante y se halló con Bud Atlee que se frotaba los ojos y se pellizcaba al mismo tiempo. Luego vió a su lado la cara de John Henry.

—¡Esto se llama tener suerte, muchachos! — dijo el sonriente y despreocupado joven. — Espero no haberlo despeinado mucho a nuestro comandante.

—¡Carambola! — fué lo primero que dijo Bud cuando pudo reponerse lo bastante para hallar una palabra.

Los tres británicos, que se tambaleaban, sufrían aún los efectos de la terrible explosión, pero se miraban unos a otros sonriendo.

La suerte los seguía ayudando.

En esos momentos Rolstein y sus hombres se disponían a revisar los escombros, pensando que los tres británicos habían perecido en la explosión. Debido a la escasa luz no había visto el extraño viaje de los tres hacia el mar. Tan absortos estaban en sus tareas que tampoco vieron alzarse al submarino ni presenciaron los extraños acontecimientos que en él se desarrollaban.

El comandante alemán empezaba ahora a recobrar el conocimiento. Tenía un revólver en la cintura, Bud, pensativo, se apoderó del arma y la apoyó en el costado del comandante.

Fué Wagstaff quien habló, sin embargo.

—¡Ahora escuche, amigo! — le murmuró en perfecto alemán. — Introdúzcase esto en la cabeza y... pronto. Si no obedece, le meteré una bala en el cuerpo.

El comandante lo miró con aterrados ojos.

—Grítele a su segundo, por la torre, que suba inmediatamente con un par de pistolas, dígale que está entre minas y quiere hacerlas volar. ¡Párese y obedezca!

Le agarró el revólver a Bud y tocó con él al comandante, mientras éste se ponía de pie. Al inclinarse por encima de la torre de observación, Bud y John Henry se apartaron un poco y esperaron.

El comandante vaciló un segundo; pero luego hizo lo que le ordenaban.

Hacer otra cosa era sacrificar inútilmente su vida. No podía comprender como aquellos tres hombres estaban a bordo de su buque. Pero comprendía demasiado bien la expresión desesperada de sus ojos. Gritó el mensaje y luego Wagstaff lo hizo retirar mientras el segundo comandante contestaba desde abajo y empezaba a subir la escalera.

John Henry era el que estaba más próximo y cuando la cabeza del segundo comandante apareció, los brazos de Dent se cerraron en torno de su cuello, mientras Bud se inclinaba y le quitaba las pistolas que traía.

—¡Suéltalo! — dijo Wagstaff a John Henry en alemán. — Y ahora, amigo, ni un sonido. Como ve, los tres estamos armados y usted se encuentra enteramente en nuestro

poder No vacilaremos en hacer fuego si desobedece nuestras órdenes. Ahora salga de la torre.

Tembloroso, sorprendido, el segundo comandante hizo lo que le decían, mientras los tres aventureros retrocedían y le apuntaban con sus armas. Wagstaff volvió a hablar.

—Llame al primer contramaestre y ordénenle que junte todas las armas que hay a bordo — dijo. — Que no deje ni una. Recuerde que entiendo su idioma y me daré cuenta de cualquier indicación sospechosa que usted haga. Una palabra imprudente, amigo, y será la última que pronuncie.

El oficial abrió la boca, miró a su jefe; pero luego gritó el mensaje, aunque se veía que las palabras salían de sus labios con gran esfuerzo.

LOS PAPELES SE CAMBIAN

—Y ahora ordénele al contramaestre que meta todas las armas en una bolsa, que ate ésta y se la entregue a usted—ordenó Wagstaff. — Vamos amigo, apúrese, que estoy impaciente.

Nuevamente vaciló el oficial y el comandante lanzó un gemido. Pero Wagstaff apoyó el revólver en la espalda del hombre y Bud hizo sonar el gatillo del que apuntaba al otro. El efecto fué instantáneo. Con voz temblorosa, el oficial subalterno repitió el mensaje.

Hubo una espera como de tres minutos. Pero para los hombres parados en la resbaladiza cubierta, parecieron siglos. Al fin se oyeron pasos en la escalera de acero.

—Inclínese y agarre la bolsa —murmuró Wagstaff. — ¡Tírela al agua!

El segundo comandante agarró la bolsa. Pero luego, con poderoso impulso la dirigió a la cabeza de John Henry. Le pegó a éste en el pecho y lo hizo caer de espaldas, lanzando un grito.

Bud, sin embargo, obró con la rapidez de un relámpago. Agachóse al saltar el hombre hacia él, después de aquel valeroso y desesperado movimiento. El oficial cayó sobre su cuerpo y luego sobr la cubierta de acero, porque Bud era experto en el ju-jit-su.

Entretanto, el comandante había hecho un movimiento como para intervenir en la lucha pero Wagstaff le rodeó con un brazo el cuello y siguió apoyándole amenazadoramente el revólver en la espalda.

Dent rodó y rodó; pero logró al fin agarrarse a un puntal y se puso de pie, jadeando de rabia. La bolsa de armas resbaló por el inclinado casco y cayó al agua, con suave ruido. Sólo unas cuantas burbujas indicaban el sitio donde se había hundido.

John Henry se puso de pie y se rió, mientras el hombre que lo había atacado se paraba también, bajo la amenaza del revólver de Bud.

—Querido y viejo pájaro, fué usted muy valiente — dijo con sincera admiración Dent — Simpatizo con usted. Quiero decir que, en lugar de usted, yo hubiera hecho lo mismo. Sólo que, claro está, hubiera tirado mejor la bolsa, pegándole en el mate.

—¡Sigue! — sonrió Bud jadeante. — ¡Alábate, Johnny! El no entiende palabra de inglés. Pero ¿qué hacemos ahora, Wagger?

Wagstaff sonrió. Había expresión de profundo alivio en sus ojos. Se hizo cargo de la situación con su característica inteligencia.

Ordenó a los dos oficiales que volvieran al interior del submarino y los siguió por la escalerilla, apuntando a la cabeza de los sorprendidos tripulantes.

Ninguno de los hombres que estaban adentro podía hacer un movimiento y en verdad quedaron demasiado asombrados para ser capaces de intentar algo en los primeros segundos. Entretanto John Henry se quedó a mitad de la escalera y Bud en la torre de observación, que se dispuso a cerrar.

En su perfecto alemán Wagstaff se dirigió a la tripulación qu empezaba ahora a salir de su estupor.

—Amigos míos, — les dijo. — sin duda comprenderán ustedes que estoy ahora al mando de este buque. El que desobedezca mis órdenes recibirá una bala. Más aun, tengo arriba a dos amigos armados, de manera que el que intente atacarme estará a tiro de dos armas más.

Las siguientes órdenes de Wagstaff fueron concisas y oportunas.

—Herr Comandante, — dijo — ahora hará usted sumergir el submarino y se dirigirá al puerto de Harwich, en la costa inglesa. Cuando llegue allí subirá de nuevo a la superficie. Tenga la bondad de obedecer en seguida. No estoy de humor para eeperar.

El comandante se mordió furiosamente el labio; pero no podía hacer otra cosa que dar las órdenes necesarias. La tripulación irritada, sombría, se movió entre las palancas y diales de las máquinas.

Lentamente se hundió el submarino. Sus motores funcionaron y el comandante se dirigió al timón, que estaba montado frente a la gran cabina de bronce de los compases.

De tiempo en tiempo se movía alrededor del estrecho saco, vigilando los distintos instrumentos junto a los cuales estaban sus hombres. Hizo uno o dos reajustes y volvía de cuando en cuando a la brújula para mantener el rumbo.

Wagstaff se había sentado lo más cómodamente posible y dejaba moverse libremente a los hombres. Después de todo el submarino tenía que ser manejado por los que sabían hacerlo y con tal que siguiera rumbo al oeste, como podía ver fácilmente Wagstaff por la brújula que estaba debajo de él, junto al timón, no había por qué preocuparse. Lo único que tenía qeu hacer era vigilar para evitar algún ataque.

Así siguió el viaje. El submarino continuó su camino por debajo del agua y pasado algún tiempo, el cocinero sirvió algunas raciones.

Por orden de Wagstaff le fué arrojada alguna comida, que compartió generosamente con sus compañeros de arriba. El comandante trabajaba incesantemente con sus compases y carta, mirando el cronómetro que estaba encima de su cabeza para determinar la posición.

Finalmente, en las últimas horas de la tarde, alzó la vista y miró a Wagstaff con sombría expresión.

—Hemos llegado — dijo. — ¡Qué diez

mil maldiciones caigan sobre su negra alma! Lo he obedecido. Pero algún día... sí, algún día me vengaré. No lo olvide, amigo.

—Tomaré nota — contestó Wagstaff alegremente — y la pondré frente al espejo donde me miro diariamente para afeitarme. — Entretanto, viejo, haga subir a la superficie a este pescado de lata y detenga las máquinas.

—¡Y gracias por el viaje! — la voz de Bud resonó irónicamente desde la torrecilla. — Avise cuando estemos al aire libre y sacaré la tapa de esta lata de sardinas.

El comandante dió sus órdenes. Los tanques de lastre silbaban al salir el agua. Finalmente resonó una campana, mientras la aguja de un gran dial señalaba: "Superficie"

El comandante movió la cabeza.

—¡Todo listo! — gritó John Henry desde la mitad de la escalera. — Abre la lata, Pimpollito, ¡Tres hurras por la hermosa Inglaterra!

Bud movió con esfuerzo la palanca. La tapa se levantó, dejando entrar una ráfaga de aire puro y la luz del día.

Wagstaff subió la escalera. Estaba bien a salvo de cualquier ataque, de manera que, abandonando las precauciones, corrió detrás de sus amigos. No había que preocuparse más. Estaban en Inglaterra, en la patria.

Gritando de alegría, los tres aventureros pasaron por encima de la torre de observación y se dejaron caer en la cubierta de acero.

A menos de quinientos pies de distancia veían una ciudad y un puerto. Había por todas partes buques de guerra y destroyers, anclados. Varios submarinos bajaban y subían en el mar.

Un bote alegremente engalanado, se apartó del puerto y se dirigió hacia el nuevo submarino que acababa de salir a la superficie.

Recién en ese momento una expresión perpleja apareció en los ojos de Wagstaff. Luego se estremeció violentamente.

—Nuestro amigo debe haberse equivocado — dijo. — Esto no es Harwich.

—¡Truenos, rayos y centellas! — exclamó de pronto Bud. — ¡Esa es la bandera alemana! ¡Mira a popa del bote! ¡Nos han engañado!

—Ja, mein friends — dijo una voz gruesa, detrás de ellos. — ¡Ja! ¿Me darán ustedes las gracias por el viaje, ahora que los he traído a Kiel?

John Henry se agarró la cabeza, como si la sintiera a punto de estallar.

—¡Kiel! — murmuró. — ¡Pero, Wagger, nos dijiste que estabas mirando continuamente la brújula y que indicaba siempre rumbo oeste!

Wagstaff se recobró del estupor que le había producido la sorpresa y dándose vuelta apuntó a la cabeza del comandante. Pero antes de que pudiera decir nada, el hombre se rió ruidosamente.

—¡Tire, si quiere! — dijo. — Pero los marinos que vienen en ese bote han visto ya que no está usted de uniforme. Le apuntan con los rifles. Tire el arma, amigo, antes de que le hagan fuego.

Se encogió de hombros.

—Vea, — le dijo — cuando andaba dando vueltas por el submarino, agarré un trozo de imán y me lo metí en el bolsillo. Parado junto a la brújula pude hacer que el imán atrajera la aguja y seguir el rumbo que me pareciera, sin que usted se diera cuenta, mi inteligente señor.

Wagstaff dejó caer el arma, impotente, mientras el bote se acercaba al submarino.

Los guardias, con aspecto de sorpresa, estaban parados a proa y mantenían los rifles prontos.

—Permítanme que les de la bienvenida a Kiel — rió el comandante. — Los traje aquí porque sabía que su Alteza Imperial iba a revistar a esta hora su flotilla de submarinos. Prepárense para presentar sus respetos a su Majestad Imperial.

Viene en ese bote.

Su voz cambió repentinamente y gritó a los guardias del bote, que estaba atracando:

—¡Apunten a estos hombres! ¡Desármenlos! ¡Tiren si hacen el menor movimiento! Son espías ingleses y los he traído como un trofeo para deleitar los ojos de mi Kaiser, a quien quiero como a un padre.

Luego Wagstaff lanzó una exclamación. Porque un hombre pequeño, con uniforme muy galoneado, era ayudado a subir al submarino por los miembros de su estado mayor.

¡Aquel hombre de pequeña estatura era su Majestad Imperial, el Kaiser Guillermo II, de Alemania!

(Continuará)

No deje de leer

El Tesoro de la Isla del Muerto

La más extraordinaria novela de piratas que se ha escrito hasta hoy

LA CASA DE LOS ESCLAVOS

Por John G. Brandon

(Continuación)

SE sentaron uno frente a otro. Y los ojillos de cerdo se deleitaron de cerca en la hermosura de ella. Pero ni los más hábiles giros de conversación lograron hacer que la mujer dijera de donde había venido o quien era. Y menos aún que hablara de su alto y buen mozo campeón de la noche anterior.

—¿Cómo voy a saber quien es? — dijo con un encogimiento de hombros, que parecía demostrar que le importaba poco. — Intervino, como usted vió y más tarde me escoltó hasta el hotel. Yo no le hubiese permitido semejante libertad, a no ser porque una banda de ladrones me atacó al salir del hotel. Yo estaba nerviosa. Por lo demás, no lo he vuelto a ver. No es tipo que me interese.

Van Blooch dejaba escapar gruñidos satisfechos, como una gran foca. La intención en las palabras de aquella hermosa criatura era evidente; él era el tipo de hombre que le interesaba.

Pero, no pudiendo hacerla hablar de ella misma, se vió obligado a hablar de él y de sus negocios. Le dijo que había estado en el extranjero por asuntos financieros de gigantescas dimensiones; pero que ahora había vuelto a su patria y pensaba disfrutar en grande de la vida.

Le habló de su departamento en la ciudad, de las suntuosas fiestas que pensaba dar allí; pero se extendió más sobre su casa de campo, un antiguo e histórico castillo heredado de una larga línea de príncipes mercaderes que habían hecho gran fortuna en las Indias Orientales Holandesas.

Pareció empeñado en inspirarle interés por aquel lugar y realmente ella se mostró encantada ante su descripción. Había muchas otras cosas que hubiera podido contarle: pero no lo hizo. No mencionó, por ejemplo, una caja desvalijada en Londres, la fuga en aeroplano de un tal Van Hopper, con valores al portador que significaban la miseria de mucha gente. Sólo le habló de retratos antiguos, de tapices maravillosos, de jardines holandeses llenos de plantas exóticas de Oriente y de mil y mil cosas que podían inspirar interés a una mujer de lujo, como ella parecía ser.

—Como me gustaría conocer ese castillo — dijo ella con extático acento.

Era lo que él esperaba oír. Una vez allí... La mujer, que lo observaba, vió el brillo cruel que súbitamente apareció en sus ojillos inyectados de sangre y pensó que era lo que la había causado. Si hubiese conocido a fondo la depravación del hombre, la crueldad de su naturaleza, aunque de espíritu intrépido, no se hubiera animado a meter la cabeza en las fauces del león.

—Eso puede hacerlo muy fácil y prontamente — se apresuró a decirle. — Mañana o pasado daré una fiesta en honor de usted. Lo más selecto de Amsterdam estará allí para rendir homenaje a su belleza. Nunca habrá usted visto cosa igual. Tiraré el dinero por la ventana, porque nada vale para mí cuando de usted se trata.

¿Acepta?

Lentamente, con cierta vacilación que ocultaba enteramente su ansiedad, ella aceptó. Pasado mañana. El iría a buscarla con un grupo de amigos y la conduciría allí. A la noche daría una fiesta que rivalizaría con las famosas Noches de Arabia. Sería todo un sueño tan maravilloso que ella nunca lo olvidaría.

Así arreglado, se separaron. El la acompañó hasta su lujoso auto—ella no permitió que lo hiciera hasta el hotel Brevoort — y se quedó mirándola al alejarse.

Y luego se dibujó en su rostro la sonrisa más satánica que ningún hombre o mujer había visto en él. Los dioses le facilitaban el camino. Su venganza por el insulto y castigo público que había sufrido sería tan comple-

ta que su negro corazón gozaba enormemente sólo al pensar en ella.

—Y cuando yo, Dirck Van Blooch — haya terminado contigo — dijo con voz sibilante — trabajarás para mí como esclava. Traficarás con joyas o con drogas, como yo quiero. Tu belleza me atraerá muchos clientes y dinero. Y si das señales de querer escapar, serás azotada como un perro bravo o un caballo indómito. Por cada golpe que me pegó aquel inglés maldito, recibirás mil.

Luego, con otra risa espantosa, volvió a entrar al hotel y se puso a beber.

Tres veces había telefoneado Alelí al hotel de M'selle de Channe; pero no pudo comunicarse con ella. Se había ausentado del hotel por la mañana y no dejó instrucciones para que le fueran trasmitidos mensajes. ¿Quería M'neer llamar de nuevo?

M'neer, con expresión ansiosa, dijo que lo haría, dentro de una hora. Pero no tuvo mejor resultado que las otras veces. Con creciente ansiedad, aumentada considerablemente por las prevenciones de Dalton, empezó a pasearse por la pieza, tratando de formarse un plan de acción.

¿Qué diabólico capricho de mujer la había hecho ausentarse así? Ni una palabra, ni un indicio acerca de su paradero. ¡Y en una ciudad, compuesta de tantas pequeñas islas, donde ella apenas diferenciaba una calle de otra, ni siquiera en el elegante barrio de las tiendas!

¡Locura! Pura locura. Como McCarthy acostumbraba a decir, no había como las mujeres, por inteligentes y valerosas que fueran, para hacer tonterías. Cosas que...

A las ocho de la noche no pudo Alelí resistir más. Se vistió de etiqueta, tomó un taxímetro y se dirigió al Brevoort. Obtuvo del gerente algunos informes que le enfriaron el corazón.

Un portero, que estaba de servicio por la mañana y acababa de regresar, interrogado si sabía algo acerca de Mademoiselle de Channe, dijo que había salido del hotel a las diez y media de la mañana. Un grupo de seis personas — hombres todos — había venido a buscarla en un gran auto, hispano suizo. Se fijó que M'selle llevaba una valijita de cuero de cocodrilo y un bolso de toilette. Se los había entregado al caballero que la esperaba en el hall.

¿Conocía el portero por casualidad a aquel señor?

—Oh, sí! Todo el mundo en Amsterdam lo conocía. Nadie había más conocido en la ciudad.

—¿Quién era?

Y la respuesta, dada con expresión tan maliciosa que Alelí sintió deseos de abofetear al hombre, que lo hizo ver todo rojo y sentir deseos de matar, fué:

—M'neer Dirck Blooch

Muchas cosas se hicieron evidentes enseguida para Alelí. La falta de informes, posiblemente todos los hombres eran cómplices de Van Blooch; el portero había recibido una generosa propina para guardar su lengua y apartarse del camino. Los seis hombres del auto, los miembros mejor vestidos de una u otra de sus bandas.

Alelí se dominó. Era inútil hacer comprender a aquella gente la gravedad del asunto. Con un breve "¡Buenas noches!" se dió vuelta y salió del hotel, comprendiendo que los hombres sonreían a espaldas suyas.

Necesitó una buena hora para calmarse y que funcionara su mente con normalidad.

Luego decidió buscar algún sitio tranquilo para comer y pensar. La noche iba a ser azarosa y un hombre con el estómago debilitado se encuentra en malas condiciones para afrontar los acontecimientos.

Cuando terminó de comer volvió a su hotel, se puso un traje viejo, de sarga azul, y un sobretodo obscuro, muy liviano, dentro de cuyos bolsillos guardó varios artículos que hubieran interesado tremendamente a M'neer Lennin.

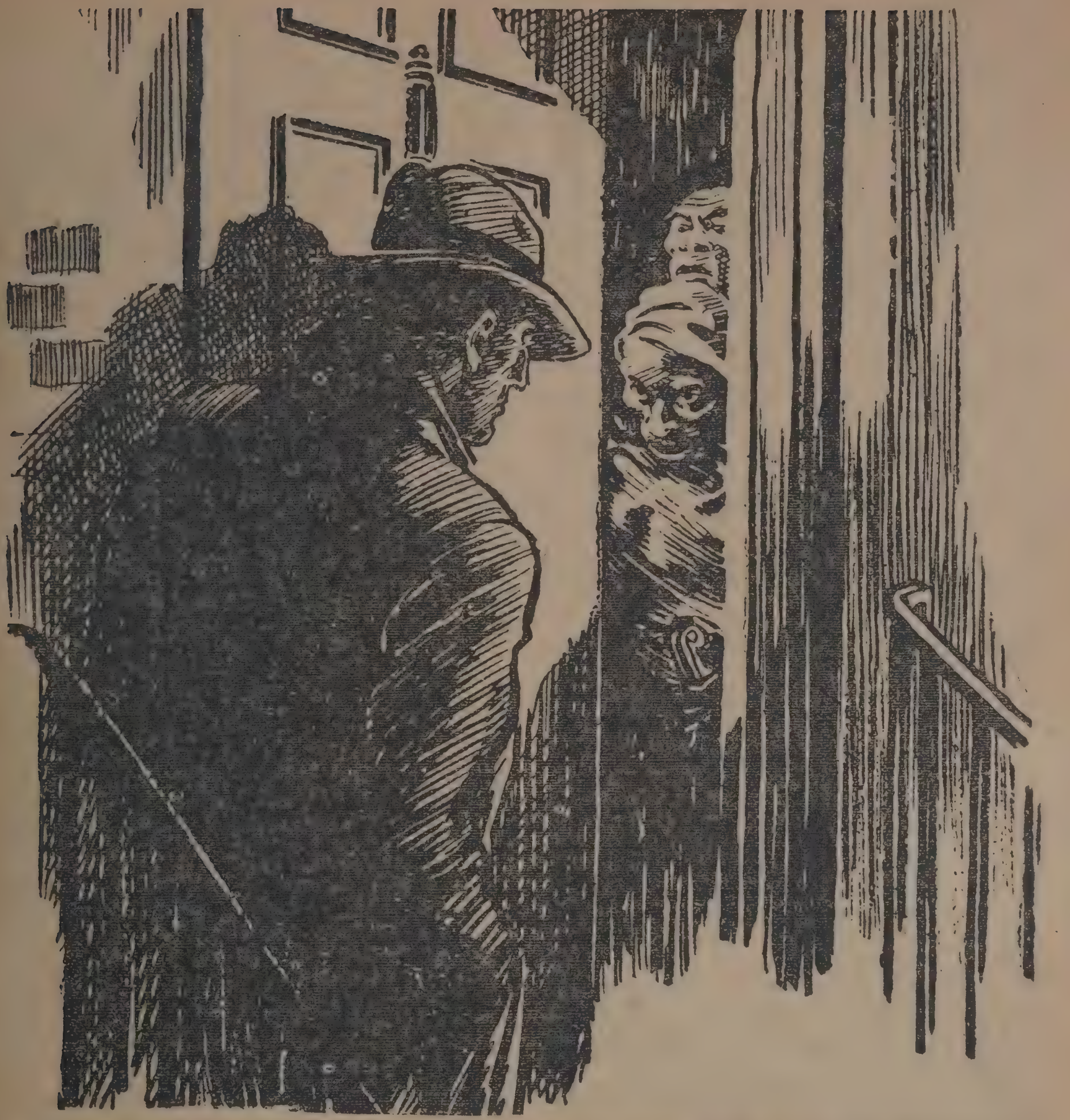
Primero los zapatos de goma que se ponía sobre los otros, cuando "trabajaba"; después un par de guantes, también de goma, seguido por un estuche que contenía sus ganzúas. Siguió un juego de taladros, capaces de horadar el casco de acero de un buque. Una cajita con frascos que metió en el bolsillo del pecho, con mucho cuidado. Contenían suficiente nitro glicerina, el "jugo" de los ladrones, capaz de hacer volar una parte de Amsterdam, sin contar a la persona que lo llevaba. En el bolsillo vecino guardó dos hojas de papel engomado y el corta-vidrios. Luego sacó de un baúl sus dos pistolas automáticas, una grande y pesada, calibre 45, la otra más pequeña y manuable, calibre 25. Las inspeccionó cuidadosamente; la última se la colgó debajo del brazo izquierdo. El arma pesada la guardó en el bolsillo del sobretodo.

Por último, aunque no menos importante para su plan nocturno de campaña, sacó de una caja chata, varios pedazos cuadrados de fino papel de lija. Acercó cada uno de ellos a la luz, eligió dos, los enrolló cuidadosamente y los metió en el bolsillo del sobretodo. Luego apagó la luz, bajó tranquilamente la escalera y salió del hotel por una puerta lateral. Una vez afuera, su sonrisa agradable desapareció, cediendo paso a una expresión sombría y resuelta.

Alelí caminó algunas cuadras antes de tomar un taxi, dando vuelta por muchas calles, angostas y obscuras para que su punto de partida quedara borrado. Entró a beber a un bar y una observación casual le dió la dirección de los departamentos de M'neer Dirck van Blooch. Descubrió que hablaban mucho de ellos, ahora que su dueño había vuelto.

Despidió el auto en una esquina, a dos casas de distancia de la residencia de M'neer. Era ésta un gran edificio de piedra, de exterior sombrío como una cárcel y, a juzgar por el aspecto, tan inexpugnable para un asalto exterior como la misma Dartmoor. No se veía luz; pero eso no engañó a Gilliver; sabía que las ventanas debían estar protegidas por gruesas cortinas.

Se acercó tranquilamente a la puerta y lla-



La puerta se abrió y en la angosta abertura vió Alelí aparecer caras amenazadoras

mó con un llamador de hierro, antiguo y pesado. Produjo un sonido sordo y hueco, como si la casa estuviera vacía.

Pero no era así, como se advirtió pronto por el ruido de pies, calzados con zapatillas, detrás de la maciza puerta. Esta se abrió ligeramente y una cara morena, en la que dos ojos negros brillaban como brasas, apareció en la abertura. Uno de los malayos, pensó Alelí.

Parte del programa de Gilliver había sido introducir el pie en la abertura de la puerta, si ésta se abría, aunque fuera ligeramente, para abrirla del todo; pero le fué impedido por el más sencillo de los mecanismos. La puerta estaba sujeta por fuerte cadena de hierro, que sólo permitía abrirla cuatro pulgadas.

Jaque-mate. Van Blooch no daba oportunidad de descubrir lo que había en su casa a los visitantes curiosos. Detrás de la malévola cara que había aparecido en la abertura, pudo ver los trajes blancos de tres o cuatro nativos más. No había esperanza de entrar por aquel sitio sin alborotar el vecindario.

Cortésmente preguntó Alelí si M'neer van Blooch estaba en casa y podía recibirlo unos momentos. La respuesta fué una mirada de completa incomprensión.

El hombre no entendía inglés. Movió la cabeza y, sin decir palabra, cerró la puerta en las narices de Gilliver. Un momento después oyó éste que corrían por lo menos media docena de pasadores. Si estaba adentro, Van Blooch no quería ser molestado esa noche. Al pensar eso, el hombre que estaba

afuera rechinó los dientes en fútil rabia y se dió vuelta.

Sin embargo no tan fútil. Para un hombre común, en la calle, la entrada hubiera sido imposible; pero no para un experto en su profesión como Alelí. Difícil hubiera sido decir cual era la clase de cerradura, cerrojo o pasador que le hubieran impedido entrar a un edificio, si se lo proponía.

Pero era, no solamente fútil si no tonto, permanecer parado en el umbral, rechinando los dientes, blanco de todas las miradas curiosas que pasaban. Atravesó, pues, la calle y, desde la sombra que proyectaba otra gran casa de enfrente, estudió el sitio con ojo profesional. Mientras lo hacía, pasaron lentamente dos gendarmes.

Su sola presencia dijo a Alelí que las casas, ricas y aristocráticas de la vecindad, estaban bien guardadas por la policía y que cualquier tentativa para entrar por la puerta del frente era imposible.

Una vuelta por el exterior de la casa mostró a Alelí que estaba rodeada por alto muro, el cual encerraba un jardín. En un punto encontró la maciza puerta de madera de un garage. Aquella puerta podía servir de entrada, como cualquier otra. La escaló en un momento y se dejó caer dentro de las cuatro paredes.

LA CASA SILENCIOSA

El frente de la propiedad estaba en obscuridad completa y, lo mismo el fondo. Deslizándose a lo largo de la pared hasta que llegó a la casa, buscó Alelí una manera de entrar, por el piso bajo. Había varias ventanas; pero todas provistas de fuertes rejas. Con sus herramientas no hubiera sido para Alelí largo ni difícil limar los barrotes; pero tenía que contar, lo menos, con cuatro malayos; y cuatro hombres contra uno armarían barullo. Ocurriera lo que ocurriera, Alelí tenía que penetrar en la casa sin levantar alarma.

Descubrió una serie de altas ventanas francesas, entradas en la pared, como a quince pies de altura sobre la cabeza. Probablemente pertenecían a los salones de recepción. No debían tener reja, porque daban a pequeños galpones. Probablemente estaban bien cerradas por la parte de adentro; pero eso era fácil de remediar. En una esquina de la casa vió Alelí una alta pipa que recibía el agua de un sólido caño de desagüe. Aquella era su oportunidad. Agachándose, se puso los zapatos de goma, subió al barril y empezó a trepar por el caño. Encontró que la primera de la serie de ventanas no distaba más de tres pies del ángulo de la pared. Agarrándose bien con la mano derecha, empezó a balancearse lentamente hacia el balcón de hierro. Al principio sólo logró tocarlo con la punta de los dedos; luego, por medio de un gran esfuerzo, con la mitad y por último con la palma de la mano. Se agarró firmemente con la mano izquierda y soltó el caño. Un momento después estaba agachado en el balconcito, esperando, por si su acrobática hazaña había sido advertida. Nada ocurrió.

Golpeando suavemente en la madera, sus experimentados oídos descubrieron donde estaba el pasador interior; aplicó uno de sus papeles engomados al vidrio, usó su cortador diestramente, sacó el pedazo de vidrio y descorrió el pasador. En menos tiempo del que necesitaría un hombre común para encontrar su llave Yale y abrir la puerta de la calle, Alelí estaba dentro de la pieza. Hasta entonces todo había salido bien.

Sacando la linterna del bolsillo, la envolvió en su pañuelo de seda doble y la encendió.

Estaba en lo que parecía ser una gran sala. Se veía que aquella parte del edificio —si es que todo no era suyo y se empleaba la palabra "departamentos" para despistar— pertenecía a Van Blooch, porque había varios retratos de tan abominable persona colgados o puestos en distintos sitios del salón. En aquel momento un reloj dió la hora dentro de la pieza. Contó Alelí las campanadas. Media noche. Era — aunque Alelí lo ignoraba — el momento en que el inspector McCarthy descendía del tren, en Holanda con el preso de cuya conducción estaba encargado.

Alelí no vió en aquella habitación señales de que Van Blooch se hallara en su casa. Imaginando de que manera se divertiría aquel hombre bestial, buscó señales de bebidas, de colillas de cigarro; pero sin resultado. O estaba maravillosamente servido por sus malayos o las reuniones se efectuaban en alguna parte de la casa. Pero la ausencia completa de señales aumentaba la profunda ansiedad de Alelí.

Ligero como un gato atravesó el salón, abrió una puerta dorada, de dos hojas, y miró con precaución. Nada, ni un sonido. El sitio parecía una tumba.

Los rayos suaves, opacos, de la linterna le revelaban un largo corredor alfombrado y, frente a él, una sólida puerta de caoba. Cruzando el corredor, probó el pestillo.

...Estaba cerrada con llave. Aquello parecía más prometedor. Extrajo de su funda el revólver más pequeño y con una ganzúa abrió, en menos de cinco segundos, la puerta. Entró rápidamente y la cerró. Se quedó completamente inmóvil, escuchando. Todavía nada oyó. En aquel cuarto tampoco había nadie.

Nuevamente le mostró la linterna un lujoso dormitorio; pero allí había señales de reciente y común ocupación. Era el dormitorio de Van Blooch, sin duda.

Luego sus miradas cayeron sobre algo embutido en la pared, junto a la cama. Algo que despertó enseguida su vanidad profesional. Era la sólida y al parecer inexpugnable puerta de una caja fuerte; una caja de la altura de un hombre y al parecer tan sólidamente construída como la de un banco. En el centro de la caja, estaba el dial con las letras de combinación. Le pareció una combinación de cinco letras. Cinco letras que serían el "Sésamo, ábrete".

Al revés de otros hombres menos expertos en su oficcio, Alelí no era precipitado. Sabía

que el menor error en sus procedimientos podía echar por tierra un plan bien concebido.

Vió que la caja era una adquisición, relativamente reciente, de Estados Unidos.

La placa, con el nombre de un fabricante de fama mundial, indicaba que la construcción sólo databa de tres años atrás. Sin duda encerraba los últimos perfeccionamientos; todo lo que puede hacer la ciencia para obstaculizar a los Alelíes de este mundo.

Por algunos minutos estudió la caja; luego concentró su atención en la pared que la rodeaba. Suave, casi acariciadoramente, pasó sus dedos, cubiertos con guantes de goma, por el papel. ¿Habría alambre eléctricos conectados con la puerta de la caja los cuales, al abrirse ésta no solamente despertarían la casa, si no que probablemente avisarían a la policía? No pudo hallar nada. No tenía más remedio que arriesgarse.

Volvió al dial y le dedicó un minucioso escrutinio. Su forma era nueva para Alelí, aunque ya había manipulado con éxito el sistema. Se trataba, como le había advertido el ladrón norteamericano, de una cerradura "sensitiva", es decir que devolvería vibraciones a los dedos sensibles que tocaran las letras hundidas.

Lentamente se quitó el guante de goma de la mano derecha. Tuvo cuidado de no apoyar la mano sobre cosa alguna, mientras hacía su trabajo. A Gilliver no le iban a descubrir impresiones digitales. La placa del dial la limpiaría cuidadosamente, una vez abierta la puerta de la caja.

Del bolsillo extrajo una de las hojas de fino papel de lija y pasó suavemente, con moción circular, las yemas de sus largos y blancos dedos. Después de algunos momentos de frotarlos debieron quedar despellejados, a juzgar por su pequeña mueca de dolor. Iba a ser una batalla entre los nervios sensibles y expuestos de un hombre y las delicadas vibraciones de un objeto hecho por el hombre.

Oprimió suavemente letra por letra, escuchando, con el oído apoyado contra el dial, para percibir cualquiera vibración que se comunicara a la electricidad de su propio cuerpo, a través de los nervios desnudos de sus dedos. Había realmente vida bajo el delicado mecanismo del dial, como lo percibía; pero hasta entonces no había obtenido ningún resultado práctico.

Al oprimir hacia abajo y alrededor sobre la letra "W" ocurrió algo... algo que, con el oído aplicado a la puerta de acero, calificó Alelí como un zumbido casi imperceptible, seguido de un "clic". ¡Dios! Había descubierto la primera letra de la combinación.

Así continuó por un tiempo que le pareció interminable, recurriendo más de una vez al papel de lija, ahora casi gastado. Pero no encontró más letras que W O M.

¿Cómo se completaba la combinación? ¡Podía ser de tantas maneras! Luego acudieron repentinamente a su imaginación los párpados pesados y los labios sensuales del holandés, dándole la clave. ¿Era "Woman", (mujer) o "¿Women"? (mujeres).

Hizo girar la letra E, con los nervios casi próximos a estallar por la tensión; pero sus dedos no recibieron vibración como respuesta, ni su oído percibió ruido alguno. ¡Fracaso!

Empezó de nuevo y la letra A ocupó el lugar de la E. Nuevamente aquella vibración, ahora penosa, quemante, en los dedos despellejados, como si los pasara por una placa electrizada, el suave zumbido, el "clic". Repitió la N. Luego se oyó el ruido de una palanca que caía, como si soltara las ocho sólidas barras de acero que, según el fabricante, desafiarían a los más hábiles ladrones del mundo.

Por un momento aquel extraño artista se recostó contra la puerta, casi desfallecido. Luego, enjugándose el sudor que había brotado en su frente, debido a la tensión nerviosa, limpió cuidadosamente el dial, para borrar las impresiones digitales, se puso de nuevo el guante y suavemente dió vuelta la manija de la gran puerta. Se abrió lentamente. Los secretos más ocultos del infame Van Blooch estaban a disposición del hombre que, en pocas horas, se había convertido en su más encarnizado enemigo.

Alelí metió papel tras papel dentro del bolsillo de su sobretodo; documentos condenadores, papeles que revelaban la iniquidad del hombre. Y luego, de un cajón interior extrajo otro paquete, el que definidamente relacionaba al financista, jefe de banda, de Amsterdam, con el hombre a quien McCarthy andaba buscando. Un paquete que contenía valores al portador, por una suma que hizo parpadear a Alelí.

En aquella caja, había también una fortuna en drogas, cuidadosamente empaquetadas, las drogas que esclavizaban los cuerpos y almas de las víctimas de Van Blooch. Como prueba terrible contra el hombre cuyas diabólicas actividades se habían propuesto terminar, guardose Alelí algunas de las drogas malditas en su bolsillo.

Luego, ese instinto de conservación que salva a los hombres de su oficio, le avisó del peligro. Cerrando sin ruido la caja, se dió vuelta, apagó la linterna y se aplanó contra la pared. Lentamente abriose la puerta del cuarto y al reflejo vago de una luz cuyo origen no podía descubrir vió una larga sombra, proyectada en el cielo raso, una figura que se adelantaba lentamente.

Era un hombre, uno de los malayos, y tenía en la mano la más terrible y letal de todas las armas, un kris, de ancha hoja. Por su peso y aguzado filo un hombre fuerte podía degollar una oveja colgada, de un solo tajo. Y ahora veía Alelí que el hombre no estaba solo; lo acompañaban otros de su sanguinaria hermandad. Algún mecanismo que había escapado a Alelí envió, al abrirse la caja, aviso a abajo. Conociendo Alelí algo del tipo malayo, peleador y fatalista como el chino, hombres para quienes la vida y la muerte nada significan, se preparó.

Todavía invisible para ellos, levantó el seguro de su pistola automática, ajustando el

silenciador. No quería que el ruido llegara al mundo exterior. Ni tampoco ser identificado más tarde como un merodeador que se había introducido violentamente en la casa. Sacó de su bolsillo el antifaz que siempre llevaba y se lo puso.

Luego, algo que había advertido desde su entrada a la pieza volvió a su memoria: aquella segunda puerta que había junto a la caja. Podía ser solamente un cuarto de baño; pero probablemente tendría llave y los detendría mientras buscaba por donde escapar. Prefería eso a derramar sangre, cosa que aborrecía cuando podía evitarse. ¡Qué tonto había sido no abriéndola desde el principio!

Rápidamente se dirigió hacia ella, tentó con la mano y halló el pestillo; pero antes de que pudiera moverse una pulgada más, las luces de la habitación se encendieron; algo brillante partió de una mano morena y se clavó en el panel de la puerta, a menos de media pulgada de su cabeza.

Era inútil andar con escrúpulos ahora: se trataba de ser muerto a matar. ¡Plop! ¡Plop! hizo el 45 y el silbido de cada una de las balas forradas de acero terminó con un quejido y el ruido de una caída. Por un momento contuvo a los nativos vestidos de blanco. Pero no esperó más. Se metió por la puerta para tropezar y caer de cabeza sobre el primer peldaño de una escalera que se dirigía hacia arriba. Se levantó, logró correr el pasador de la puerta y subió corriendo la escalera. Lo detuvo arriba otra puerta, asegurada por un fuerte candado. Pero los candados y Alelí eran viejos amigos. Este, aunque realmente fuerte, no escapó a la regla. Un momento después se encontró Alelí en un largo corredor, flanqueado por puertas a cada costado. Cada una de esas puertas tenía un postiguillo y una ventanita con rejas, como una prisión. ¿Qué diablos quería decir eso, si no que Van Blooch tenía prisioneros encerrados allí? ¡Y había un camino directo del dormitorio de Van Blooch a aquellas celdas!

(Continuará).

AGENTES

responsables, activos, radicados en el interior del país y vinculados al comercio local, se necesitan para la colocación de BONOS, del sensacional Concurso Comercial de

retazos

la revista para la mujer

$ 500.000

en valiosos premios

Por carta únicamente a la

EDITORIAL MANUEL LAINEZ Lda. S. A.

Avenida de Mayo 662 - Bs. As.

EL RANCH "LOS TRES"

El sargento Murphy, bandido

Por FRANCIS WARWICK

(Continuación)

EL JINETE ENMASCARADO

KILDARE saltó de la cama. El sol de las primeras horas de la mañana entraba por la casa habitación del ranch Los Tres y por la misma ventana entraba una suave y fresca brisa cargada del agradable aroma de los pinos del bosque.

Kildare se quitó el pyjama y se puso un traje de baño. Abrió la puerta, salió corriendo a la galería, saltó por encima de la barandilla y metiéndose en el corral se dirigió sin dejar de correr, hacia el río.

Pero se detuvo de improviso antes de haber avanzado mucho y lanzando una exclamación de asombro.

—¡Hola, Murphy! ¿Adónde vas?

Murphy miró en redor.

El joven irlandés vestía traje de andar a caballo y había aparecido llevando de la rienda a su caballo tordillo al que llamaba Spud. Se notó inquietud en su rostro cuando miró en redor después de haberle saludado Kildare en voz alta.

Durante unos segundos miró en silencio al que atlético y desenvuelto, vestido con traje de baño, le había saludado jovialmente. El rostro del sargento Murphy se puso rosado, después rojo y por último enteramente carmesí.

Kildar miró a Murphy con creciente asombro.

—No pongas esa cara de muchacho que ha sido sorprendido robando fruta, — exclamó, riendo. — ¿Qué pasa, Murphy? ¿A qué viene esa cara tan roja como un buzón de correo?

Murphy se estremeció

—¡Qué diablos! Yo creía que usted lo sabía, — dijo, bajando ruboroso la cabeza.

—¿Qué sabía qué? — preguntó Kildare — ¿De qué se trata?

—Que sabía que yo iba hoy a Doble Horquilla, — tartamudeó Murphy.

—¡A Doble Horquilla! — exclamó Kildare riendo. — ¡No; si no nos dijiste nada!

Kildare comprendió entonces la razón del curioso aire ruboroso del sargento Murphy.

Doble Horquilla era el nombre de un ranch cercano. Se hallaba a cuarenta millas del ranch Los Tres pero en aquellas regiones cuarenta millas constituyen una pequeña distancia. Era un establecimiento grande, de propiedad de un canadiense llamado Murray. Los tres camaradas lo habían visitado varias veces Murray había devuelto la atención visitando también el ranch Los Tres.

Murray poseía algo más que aquel ranch floreciente y bien atendido.

Tenía una hija extraordinariamente hermosa, que se llamaba Peggy; y Murphy, siempre tan sensible ante los encantos del otro sexo, habíase sentido muy emocionado ante los encantos de Peggy Murray. Kildare y Dalroy se habían percatado de esto inmediatamente y se habían burlado de su compañero de mil distintos modos.

Kildare volvió a sonreír.

—Así que vas a Doble Horquilla, ¿eh? — repitió. ¿Y las rosas, Murphy?

—¿Qué rosas, señor?

—¡Claro! Es necesario que lleves un ramo de rosas. Así se hace en estos trances. No llevando rosas el fracaso es casi seguro, — dijo Kildare con burlona solemnidad.

Murphy se puso aun más colorado, si esto era posible.

—Me parece que usted no me entiende señor, — tartamudeó tratando de fingir extrañeza y asombro. — ¿Para qué he de llevar rosas al ranch Doble Horquilla?

—¡Bah! ¡Eso lo sabes mejor que yo! — replicó, riendo, Kildare. — Supongo que no querrás que yo crea que vas al ranch de Murray sin más objeto que el de dar un paseo higiénico . . . o el de visitar al viejo Murray, ¿eh?

Murphy trató de sonreír, disimulando. Después, sin dar a Kildare ocasión de preguntarle algo más, el joven irlandés montó a caballo y se alejó al trote.

Kildare miró con ojos que saltaban de contento, cómo se alejaba el sargento.

—¡Bueno, bueno! ¡Ojalá no se vaya de nuestro lado al viejo Murphy! — díjose. — No lo creo muy posible, por cierto. Tiene el corazón tan sensible que se enamora de toda mujer atrayente que encuentra a su paso. Y precisamente por esto es por lo que no se enamora en serio de ninguna. Todos sus amores son caprichos que duran poco tiempo.

Pensando así, Kildare, siguió corriendo camino del río. Poco después nadaba en las cristalinas aguas del Miawash.

Un rato después se unió a él Dalroy a quien también encantaban aquellos baños en el torrentoso río.

—¿A dónde se ha ido Murphy tan temprano? — gritó Dalroy cuando después de zambullir, nadó ya junto a Kildare. — Hace un momento lo vi montado en su tordillo y con la cara roja como un tomate.

—¡Ah! Se dirige al ranch Doble Horquilla, — explicó Kildare riendo. — Yo le dije unas tonterías y por eso se puso tan colorado. No sé lo que hay en realidad, pero me parece que algo anda tramando el muchacho. A mí no me ha confiado su secreto.

Lo que pasaba era que Peggy Murray cumplía años aquel día y Murphy estaba al tanto de ello. Era esa la importantísima razón por la cual el joven sargento irlandés había decidido ir al ranch Doble Horquilla.

Cuando estuvo fuera del ranch Los Tres, Murphy lanzó su caballo al trote.

Mientras cabalgaba el irlandés silbaba alegremente. Aquel día el mundo era hermoso y alegre para el sargento Murphy. En el bolsillo llevaba una alhaja que le había costado varias horas de angustias antes de juntar suficiente valor para decidirse a comprarla, en Fuerte Geoffrey. Esa alhaja, — un prendedor, — iba a regalársela a Peggy con motivo de su cumpleaños. No hay que decir que Murphy estaba convencido de que Peggy recibiría con agrado su obsequio.

Pero el amor verdadero suele encontrar tropiezos en su camino y Murphy no debía llegar aquel día al ranch Doble Horquilla sin que algún obstáculo se interpusiera.

Habíase apeado a unas diez millas de su destino y estaba sentado, descansando, en un peñasco situado entre los pinos, cerca de la orilla del río, cuando oyó lejano, el ruido del golpear de los cascos de un caballo lanzado al galope.

Murphy dejó de comer un trozo de uno de los sandwiches de carne asada de que se había provisto. Tanta era su impaciencia por partir del ranch Los Tres que no quiso desayunarse y para reconfortarse en el camino había metido en el zurrón los sandwiches que le preparó Chang Chop, el chino cocinero.

El ruido del andar del caballo se acercó más y más. Murphy miró hacia el camino y no tardó en ver que era un jinete que se aproximaba.

Aquel jinete, que cabalgaba casi echado sobre el cuello del caballo, apresuraba al animal que montaba castigándolo en forma despiadada.

—¡Demonios! ¡Parece tener mucha prisa! — díjose el sargento, mirando con disgusto al que se acercaba. A Murphy le era siempre desagradable ver que se maltratara a un animal.

El joven irlandés se levantó de su asiento y miró hacia la extensión de la huella, cuya presencia era todo lo que indicaba que por allí pasaba el camino.

De repente una exclamación de sobresalto brotó de los labios del irlandés.

—¡Por todos los santos! — masculló Murphy entre dientes.

Por que cuando el jinete estuvo más cerca, un detalle extraño llamó la atención de Murphy. Un trozo de tela negra cubría el rostro de aquel hombre. ¡El jinete iba enmascarado!

—¡Demonios del infierno! ¡Esto es algo que incita a enterarse de lo que pasa! — dijo Murphy frunciendo el ceño y dirigiéndose al sitio donde Spud, su caballo tordillo, estaba paciendo tranquilamente.

Tomando el lazo de bien sobado cuero crudo, de la montura, Murphy salió corriendo a mitad de camino.

El jinete enmascarado se acercaba, Murphy alzó una mano.

—¡Alto! — le gritó. — ¡Necesito hablar con usted!

La respuesta no tardó en llegar. Se oyó una detonación y una bala pasó junto al hombro de Murphy. El jinete se dirigió hacia él y de no haber saltado rápidamente hacia un lado, el irlandés hubiera sido atropellado por el caballo.

Ruidosamente el enmascarado jinete se alejó al galope.

Murphy apretó los dientes, furibundo.

Con habilidad suma, arrojó el lazo tras del jinete. Si el hombre cabalgaba rápidamente, más rápidamente se desenrolló el lazo Le ciñó los brazos al cuerpo y mediante un tirón rápido y enérgico sacó al jinete de la montura y le hizo caer, sentado, en el suelo.

Inmóvil se quedó en medio de la huella y su caballo siguió alejándose pero cada vez con menos rapidez. Murphy se acercó al que estaba en el suelo.

Cuando el irlandés se inclinó hacia él, al hombre le relucieron los ojos. Gruñó e intentó levantarse.

No estaba mal herido, pero el golpe le había aturdido momentáneamente. Murphy le quitó la tela negra que le cubría la cara y vió un rostro delgado y oscuro.

—¡Ah! ¡De modo que es usted, mi encantador amigo! — dijo Murphy tranquilamente. — ¡Es usted el que anda por el mundo saludando a tiros a los hijos de la vieja Irlanda!

Peggy Murray se acercó, agitada a Murphy y le dijo: "Ahí afuera... están cuatro hombres de la policía a caballo... que preguntan por usted".

El otro no replicó. Trató inútilmente de librarse del lazo que le tenía sujeto. Murphy envolvió al cautivo en el lazo. Después lo levantó, poniéndolo de pie.

—¿En qué anda usted? — le preguntó Murphy. — ¡A ver, coyote enmascarado! ¡Conteste! ¿En qué anda usted?

—Suélteme — gimió el prisionero retorciéndose.

—¿Quién es usted? — preguntó Murphy.

El otro no contestó.

—Bueno. De lo que estoy seguro es de que usted no anda en nada bueno, — observó entonces Murphy. Espera aquí mientras examino bien al caballo al cual trataba usted con tanta crueldad.

Ató el extremo libre del lazo al tronco de uno de los pinos y fué al sitio donde el caba-

llo cubierto de espuma, estaba paciendo a la espera de su dueño.

El caballo dejó que Murphy se acercara a él y le tomara de la rienda. Murphy silbó asombrado al encontrar una bolsa de tela colgada detrás de la montura. Aquella bolsa contenía, según lo comprobó en seguida el irlandés, una buena cantidad de polvo de oro.

—¿De dónde lo habrá robado? — se preguntó Murphy guiando al caballo a donde estaba el prisionero.

Desató la bolsa de la montura y la puso en el suelo.

—¿Dónde se apoderó usted de esto? — preguntó, indicando la bolsa.

El cautivo no contestó. Se limitó a mirar con odio al joven sargento.

Murphy hizo una mueca. Se preguntó qué era lo que debía hacer. Aquel hombre era, sin duda alguna, un bandido. Murphy pensó que su obligación era ponerlo en manos de los representantes de la ley.

Pero, ¿y Peggy Murray, el cumpleaños y la visita al ranch Doble Horquilla? ¡Y el regalo que tenía en el bolsillo! El prendedor debía ser entregado a la joven aquel mismo día. La situación era, sin duda, como para que se sintiera perplejo.

Las circunstancias, empero, no concedieron a Murphy el tiempo necesario para reflexionar con calma.

Se oyó un fuerte y repentino ruido entre las ramas de los árboles, sobre el sitio donde estaba el joven irlandés.

Murphy miró hacia arriba y lanzó un grito de asombro y de sobresalto al ver que un animal grande y oscuro descendía por el tronco del árbol al cual había atado al misterioso jinete a quien había detenido.

¡Un enorme oso pardo descendía del árbol, balanceándose de un lado a otro a medida que bajaba!

¡ PRESO !

El que estaba atado al tronco del árbol volvió la cabeza y miró hacia arriba. Gritó aterrorizado al ver que el oso se encontraba a muy pocas yardas de su cabeza.

Murphy sacó del cinto su pistola automática. Pero aun cuando alzó el arma con el dedo puesto en el disparador, vaciló y no se atrevió a hacer fuego.

Como el tiro no tuviera un resultado inmediato y muy afortunado, el enorme oso caería sobre el hombre que estaba debajo y probablemente lo atacaría con mortífera fiereza. Murphy no quería matar al bandido, siempre que le fuera posible y a pesar de que aquel hombre había tratado de matarlo.

Decidiéndose rápidamente, Murphy sacó un largo cuchillo de monte y avanzó.

En unos pocos segundos cortó el lazo que sujetaba al hombre al árbol. El bandido se separó del tronco del pino lanzando un grito en el mismo instante en que el oso caía al suelo y se volvía fieramente contra Murphy.

Durante un momento, el animal se quedó allí, gruñendo, moviendo sus patas delanteras. Estaba de pie sobre la bolsa de polvo de oro y miraba a Murphy con ojos de fuego.

El joven irlandés oprimió el disparador de la pistola con que apuntaba.

Pocas eran las veces que Murphy encontraba un cartucho malo en su arma. Pero su mala suerte quiso que lo encontrara precisamente en aquella ocasión. Se oyó nada más que un "clic" cuando el dedo oprimió el disparador.

El oso avanzó con asombrosa rapidez caminando erguido. Murphy retrocedió, tropezó en una raíz y cayó de espaldas. La pistola automático le saltó de la mano y un instante después el oso estaba sobre él.

El cálido aliento de la fiera le dió en el rostro.

El oso levantó una de sus manazas con él propósito, sin duda, de dejarla caer sobre la cabeza de Murphy y éste sabía que un manotón de la fiera le haría pedazos el cráneo.

Pero antes de que el oso pudiera descargar aquel golpe, Murphy levantó la mano con la que empuñaba el cuchillo. Con todas sus fuerzas Murphy hundió la larga hoja del cuchillo en el cuerpo del plantígrado.

En medio de un horrible y medio ahogado gruñido, el oso se irguió y Murphy rodó por el suelo lo más rápidamente que pudo. Entonces, con un golpe que conmovió el suelo, el oso se desplomó sin vida, con el cuchillo del irlandés clavado en el corazón.

—¡Uf! — respiró Murphy, haciendo una mueca. — ¡Uf! — y se puso de pie.

En su excitación se había olvidado del bandido. Miró en redor y vió que el misterioso caballo había desaparecido con su jinete.

El ladrón de oro había aprovechado la oportunidad para escapar. A lo lejos se oían las pisadas de su caballo durante un momento. Después reinó de nuevo el silencio.

Se daba cuenta de que tendría pocas probabiliades de llegar a capturarlo de nuevo. El bandido se había alejado mucho. Murphy se rascó la coronilla, miró al enorme monstruo peludo tendido a sus pies y luego se fijó en la bolsa de polvo de oro que estaba en el suelo, junto al oso muerto.

—¡El enmascarado jinete pudo escapar pero no pudo llevarse el oro! — dijose Murphy sonriendo irónicamente. — ¿Qué hago yo ahora con esto?

Levantó la bolsa del suelo. Todavía estaba cansado de su lucha con el oso. Pero sonreía jubiloso. Aun cuando se había escapado su cautivo no era mucho lo que lo sentía. Al fin gracias a esa circunstancia podría seguir hacia Doble Horquilla inmediatamente. ¡Y los momentos eran valiosísimos para Murphy!

A los oídos del joven irlandés llegó en aquel momento, del lado contrario a aquel por el cual se alejaba el fugitivo, el ruido del galopar de varios caballos.

Spud había levantado las orejas. El caballo de Murphy estaba nervioso todavía a consecuencia de la aparición del oso pero en aquel momento lo mismo que su dueño, escuchaba el ruido del cabalgar de los que venían a todo correr por la carretera.

Poco tardó Murphy en verlos y en darse cuenta por el color de los uniformes, de que se trataba de soldados de la Policía Montada del Noroeste del Canadá.

De pie, con una mano en la rienda de Spud

y con la bolsa de polvo de oro en la otra Murphy miró cómo pasaron por delante de él persiguiendo sin duda al bandido.

Eran cuatro soldados, montados en espléndidos caballos. Pasaron retuvieron la marcha de sus caballos y se apearon.

Murphy iba a hablar. Pero no le dieron tiempo.

El joven irlandés experimentó entonces una de las mayores sorpresasa de su vida. En pocos segundos lo sujetaron dos corpulentos soldados. El sargento se encaró con Murphy.

—¡Lo pescamos! — exclamó rápidamente. — ¡Ya terminó su juego, Evans el Negro! Mucho nos ha hecho correr, estimado bandido, pero todo ha terminado ya.

De un tirón arrancó la bolsa de polvo de oro de la mano de Murphy, que estaba mudo de asombro.

—¡Aquí está lo robado, compañeros! — exclamó triunfante mirando dentro de la bolsa. — Esto es lo que robó en lo de Makenzie.

Murphy salió por fin de su estupefacción y recobró el uso de la palabra.

—¡Está usted cometiendo un grandísimo error, sargento, — exclamó sonriendo. — Yo no soy Evans el Negro, como usted llama al bandido. Ese hombre acaba de seguir camino adelante.

El sargento se rió.

—¡Cállese Evans! — replicó. Miró al oso tendido en el suelo. — ¡Diablos! ¡Buena caza ha hecho usted! — agregó admirado de mala gana de la hazaña del cazador.

—¡Pero si le juro que no soy Evans, que demonio — gritó Murphy. — Yo me llamo. . .

—No me importa saber cuál es su verdadero nombre. Usted es Evans el Negro para nosotros y eso nos basta. Hace tiempo que es usted el bandido Evans el Negro, así que en vano querrá quitarse ese nombre de encima.

—¡Bueno! ¿Soy bandido entonces? ¡Muy bien! ¡Así sea! — dijo Murphy con cómica desesperación.

Un momento después estaba montado en su caballo, con las manos atadas a la espalda. Lo llevaban al Fuerte Geoffrey.

Murphy no había intentado protestar más. Comprendió que sería enteramente inútil. Las circunstancias le acusaban de tal modo que no le convenía descutir.

Pero aun cuando no habló, pensó y pensó mucho. Sus pensamientos fueron hacia el prendedor que tenía en el bolsillo. Aun en aquellos momentos no abandonó sus esperanzas. Sucediera lo que sucediera Murphy estaba decidido a entregarle el regalo a Peggy Murray el día de su cumpleaños.

EN DOBLE HORQUILLA

"Es necesario que yo me escape de algún modo", Murphy no expresó en voz alta su pensamiento pero estaba enteramente decidido a hacer lo que había pensado.

—¿Pero cómo? ¡Este era el problema!

Con él estaban cuatro soldados de policía a caballo. Dos de ellos iban delante, uno a su lado, llevando a Spud de la rienda y el cuarto cabalgaba detrás de todos. Murphy seguía con las manos atadas a la espalda.

La situación parecía desesperada. Pero a Murphy se le ocurrió, por fin, una idea y resolvió ponerla en práctica.

Lo primero que tenía que hacer para realizar su propósito era pasar adelante y debido a esto hizo que Spud avanzara mediante disimulados movimientos de las rodillas que los de la policía no notaron pero que hicieron que el tordillo se acercara a los dos caballos de la vanguardia a pesar de los esfuerzos del jinete que lo tenía de las riendas.

El caballo del sargento comenzó a ponerse nervioso y por fin el sargento se volvió en su montura.

—¡Guarde la distancia, Watts! ¡Por favor! — gritó.

El que cabalgaba junto a Murphy se encogió de hombros.

—Perdone, sargento, pero este caballo empuja sin cesar, — explicó. — No logro sujetarlo a mi lado.

Murphy se sonrió.

—Así es, — dijo. — Siempre ha sido así. Está acostumbrado a trotar delante, mi viejo tordillo. Es su costumbre. No hace más que molestar si no se le deja ir adelante de todos.

—¡Bueno! ¡Más vale que vaya delante, Watts! — gruñó el sargento.

Y en consecuencia el soldado y el preso ocuparon la parte delantera del grupo.

Murphy sonrió solapadamente.

Miraba con atención la parte del camino que se desarrollaba frente a ellos. Esperó durante algún tiempo. Luego, cuando se aproximaban a un sitio donde el camino describía una violenta curva en torno de unas altas rocas que sobresalían de la montaña, puso lo demás de su plan en ejecución.

Deslizando un pie fuera del estribo dió un puntapié en la mano del hombre que sostenía la rienda del Spud.

Lanzando una exclamación de dolor el de policía soltó la rienda, Murphy, con las rodillas, azuzó a Spud con tanta habilidad que el caballo acostumbrado a ser manejado de ese modo se lanzó a la carrera camino adelante. Antes de que alguno de los dos de policía hubiera podido hacer algo por detenerlo, Murphy y su caballo se habían perdido de vista del otro lado de la curva que rodeaba los peñascos.

Tan pronto como estuvo bastante lejos y fuera del alcance de la vista de los de policía, Murphy, — que seguía guiando a su caballo mediante la presión de las rodillas, — volvió a Spud hacia un lado, internándose entre los pinos. El valiente caballo y jinete quedaron escondidos de tal modo, en la espesura, que hubiese resultado tarea infructuosa la de buscarlos.

Murphy detuvo a su caballo y escuchó. Oyó el ruido que hacían los cascos de los caballos de sus perseguidores lanzados a la carrera. El ruido de los pasos de sus propios caballos había impedido que los de policía oyeran el ruido que hizo Murphy al internarse en el bosque. Convencidos como estaban de que Murphy era Evans el Negro, el

bandido y ladrón, creyeron que huiría camino adelante.

El joven irlandés se rió satisfecho.

Murphy estaba decidido á entregar su regalo de cumpleaños a Peggy Murray, así que no le importaba gran cosa la consecuencia que pudiera tener su fuga. No se le había ocurrido pensar todo lo mal que juzgarían su acción los de policía ni con qué pocas simpatías habían de mirarle cuando volviesen a verlo.

Por otra parte, Murphy no tenía idea de volver a caer en manos de los de la policía.

—¡Llévame rápidamente, Spud querido! — dijo, y el tordillo obedeciendo a una presión de las rodillas se volvió, trotando por entre los árboles con rumbo contrario a aquel en que se habían alejado los de la policía montada.

Al pasar por una solitaria ladera encontró Murphy algo que buscaba: unas piedras de bordes delgados y dentados como sierras. Se dejó caer del caballo y de espaldas a una de las peñas, pasó las sogas que le ataban las manos por aquellos bordes filosos. Poco tardó en tener las manos libres y lanzando una carcajada de alegría. Murphy manoteó desentumeciéndose los brazos.

Montó nuevamente a caballo y dirigió a Spud hacia el ranch Doble Horquilla.

El ranch Doble Horquilla estaba de fiesta.

Los veinte, — más o menos, — cowboys empleados en el establecimiento del Viejo Murray, como todos le llamaban, festejaban alegremente el cumpleaños de la hija del patrón. En medio de la fiesta fué cuando el sargento Murphy llegó al ranch.

Un enjambre de cowboys lo rodeó en seguida. Varios de ellos tocaban el acordeón, otros tañían sonoros "banjos" y uno rascaba las cuerdas de un viejo violín. La improvisada orquesta, organizada en honor del cumpleaños de Peggy mostrábase contenta al contar con un nuevo oyente al cual ofrecer las mejores piezas de su repertorio. El Viejo Murray y su hija se habían metido hacía rato en la casa del ranch, huyendo de los acordes de la orquesta.

Murphy, montado en Spud, sonriente y jubiloso, saludó a los risueños vaqueros. Todos lo conocían. Murphy había visitado con frecuencia el ranch Doble Horquilla en los últimos tiempos. Pero el recién llegado no dejó ni un momento de mirar hacia la galería de la casa y cuando apareció en ella una esbelta joven, se le pusieron las mejillas como el carmín, notándose en el atrayente rostro del joven irlandés una sonrisa de inefable contento.

El corro de vociferentes cowboys dejó paso a la muchacha que descendió de la galería para acudir al encuentro del recién llegado.

—¡Oh! ¡Si es el señor Murphy!

Murphy, que estaba acostumbrado a que le llamaran "sargento Murphy" como cuando estaba en el ejército, no hubiese consentido a persona alguna, — excepción hecha de Peggy Murray, — que le llamase de otro modo. ¡Pero aquel "señor Murphy" sonaba de modo tan distinto en los labios de la joven! Rojo todavía hasta las orejas, se apeó de su caballo y estrechó la pequeña mano de la joven en su vigorosa manaza.

—¿Recordó usted que hoy es mi cumpleaños y ha venido a la fiesta? — exclamó jubilosa la joven. — ¡Cuánto se lo agradezco!

El Viejo Murray apareció en aquel momento en la galería y saludó a Murphy con la mano. Peggy acompañó a Murphy a donde estaba su padre.

—¿Ha venido a divertirse? — preguntó Murray de buen humor. — ¡Bien hecho, muchacho! ¡Se lo agradezco! ¡Hoy, en el ranch Doble Horquilla, se ha de echar la casa por la ventana!

Y en verdad, reinaba en el ranch la mayor alegría.

Murphy comenzó a lamentarse por no haber enterado a Dalroy y a Kildare de su propósito de visitar el ranch de Murray, para asistir a la fiesta de la que había tenido noticia accidentalmente. Había procedido así porque el hermoso Kildare, — aun cuando no por culpa suya, por cierto, — se atraía la atención y el interés de todo el elemento femenino donde quiera que se presentara, y no quería verse oscurecido por él ante los ojos de Peggy.

Sin embargo pensó que era una lástima que sus dos compañeros no gozaran de la fiesta que se desarrollaba en Doble Horquilla. Era una lástima también que no participaran del espléndido té, del enorme pastel de cumpleaños, adornado con tantas velitas de colores como años cumplía la hija del dueño de casa y que Peggy, — que ostentaba el prendedor que Murphy le había regalado, — cortó un trozo mientras todos lanzaban vivas y a cada momento improvisaban extraños y ruidosos coros.

Pero de improviso la satisfacción de Murphy se vió interrumpida.

Fué Peggy en persona la que se acercó a él con expresión de nerviosidad en el rostro.

—¿Qué pasa — preguntóle Murphy vagamente alarmado.

—No lo sé bien, — contestó ella; — pero ahí están cuatro soldados de la policía montada preguntando por usted.

AL ABISMO

El sargento Murphy se puso rápidamente de pie y Peggy lo guió por una pequeña puerta lateral a una habitación contigua. Los ojos grises de la joven miraban con ansiedad al joven irlandés.

—¿Qué significa esto? — le preguntó en voz baja. — ¿Por qué lo buscan los de policía?

—¿Pero cómo sabe usted que es a mí a quien buscan?

—Vieron a su caballo Spud, y lo reconocieron en seguida. No mencionaron su nombre ni hicieron manifestación alguna. Se limitaron a decir que querían ver al dueño de aquel caballo. Papá está conversando con ellos ahora, entreteniéndolos todo lo más posible—

pibes:
"el Gorrion"
es para vosotros
10 cts
24 PAGINAS
multicolores
LEALO TODOS LOS MIERCOLES
LA MEJOR REVISTA SEMANAL DE HISTORIETAS
CONCURSOS CON VALIOSOS PREMIOS:
BICICLETAS, MONOPATINES, EQUIPOS DE FOOT-BALL ETC
Bigio

—Comprendo, — dijo Murphy frunciendo el ceño, — Siento tener que abandonar su divertida fiesta, señorita Peggy, pero lo mejor que puedo hacer es ir con esos hombres si ellos se empeñan en llevarme.

—¿Pero por qué quieren llevarlo? — preguntó ella con emoción. — Debe haber error.

—¡Sí! ¡Un error lamentable! — contestó Murphy alegremente aun cuando no se sentía muy contento, por cierto. — Todo se arreglará debidamente. Es una larga historia pero en resumen, lo que hay es que ellos creen que yo soy un bandido llamado Evans el Negro y me buscan por eso. Yo no tengo deseos de que me prendan, y me escurriría si fuese posible. Por suerte no saben quién soy en realidad.

Miró por la ventana y se dirigió a ella sonriendo.

La joven apoyó una mano en la muñeca de Murphy.

—No, no, — dijo en voz baja; — usted no debe huír. Si huye creerán que tiene algo que ocultar. Usted debe convencerlos de que están equivocados.

—¡Bah! — exclamó Murphy riendo. — Ya me escapé de sus manos una vez hace poco, así que una huída más poco importa. Lo que más me conviene es huír si puedo hacerlo. ¡Adiós!

—¡Entonces no se irá usted solo! — dijo la joven. — Yo iré con usted.

El la miró con asombro y gratitud a la vez.

—¡Qué buena y qué valiente es usted, señorita! — exclamó. — Pero, ¿de qué puede usted servir?

—Conozco un sitio maravilloso donde usted podrá quedarse escondido hasta que los de la policía montada se vayan de este distrito, — dijo Peggy rápidamente. — Es una caverna que está en la cañada del Hombre Rojo. Aun cuando recorran todo el distrito palmo a palmo, no lo encontrarán. ¡Pronto!

Fué Peggy la que primero saltó por la ventana que daba a un patio situaddo en los fondos de la casa-habitación del ranch.

—Debemos correr con la rapidez del viento, — dijo Peggy, mientras iba con Murphy por un lado de la casa.

Comenzaba a anochecer. A la luz crepuscular Murphy vió los caballos de los cuatro de policía maneados debajo del sobresaliente techo de la galería. Del otro lado el viejo Murray estaba entreteniendo todo lo más posible a los cuatro de policía.

Antes de que hubiera transcurrido un minuto, Murphy y Peggy salían del corral, él con su tordillo Spud y la joven con Negro, su caballo favorito. Cuando se hallaron a conveniente distancia montaron y guiando Peggy, se alejaron entre la creciente oscuridad, hacia las cercanas alturas.

Empezaba a salir la luna y las estrellas brillaban con todo su fulgor. La fresca brisa de la noche les acariciaba el rostro a medida que cabalgaban.

Murphy sabía que aun cuando había hablado de la huída, como de algo fácil, no era por cierto cosa muy sencilla, a pesar de la delantera que habían ganado. Los de la policía montada tienen bien conquistada fama de saber cazar a los hombres a quienes buscan y Murphy, considerado como bandido fugitivo iba a ser, sin duda, objeto de una tenaz persecución.

Cabalgaban por la altura de una loma frente a la cual se extendía la llanura de una pradera. Más allá se alzaban las colinas entre las cuales estaba la cañada del Hombre Rojo, donde se encontraba el escondrijo que Peggy conocía.

Murphy miró hacia atrás.

Lanzó una rápida exclamación.

Cuatro jinetes habían aparecido en la parte del bajo, siguiendo su pista. La joven volvió la cabeza.

—¡Vienen! — gritó.

—¡Sí! ¡Qué diablos! ¡Ya vienen! — exclamó Murphy. — ¡No cabe duda, son un encanto!

Los cascos de Spud y Negro golpearon sonoramente en el pasto seco del suelo. Corrieron velozmente, pero los cuatro de policía empezaron a acercarse ganando terreno poco a poco.

En circunstancias comunes, Spud hubiera podido dejar atrás a los caballos de la policía, pero el caballo de Peggy era mucho menos veloz y Murphy no podía adelantarse solo, dejándola atrás.

Murphy volvió a mirar hacia atrás. Los de policía se acercaban.

—Señorita Peggy, — dijo el joven irlandés; — no es posible que yo consienta que usted se vea mezclada más en esto. Váyase por su lado y déjeme solo.

—No; ahora no voy a dejarlo, — insistió la valerosa joven.

A la luz de la luna, los de la policía no se dieron cuenta que la persona que cabalgaba delante, más cerca de ellos era una joven. De haber sido así, no hubieran hecho fuego. Pero en realidad no se habían percatado de esa circunstancia. Creyeron que se trataba de algún compinche de Evans el Negro, así que el sargento de policía lanzó un gruñido de satisfacción cuando vió que uno de los caballos, herido por un tiro, tropezaba y enviaba volando por el aire, por encima de los orejas, a su jinete.

Murphy profirió un grito de angustia e hizo que Spud retrocediera.

La bala había rozado una pata de Negro, haciendo que el caballo rodara antes que Murphy pudiera darse cuenta del peligro.

Peggy se levantó del sitio donde había caído, pero se bamboleó en seguida y volvió a caer. Murphy saltó de su caballo.

—Me he torcido un tobillo, — dijo la joven.

Murphy miró hacia atrás. ¡Con qué gusto hubiera hecho frente en aquel momento a los cuatro de policía! Pero la presencia de Peggy no se lo permitió. Se volvió y cuando montó de nuevo en Spud, tenía en sus brazos a Peggy

(Continuara,

La evasión de Martinel

Por G. H. TEED

Aventuras de Sexton Blake y Mlle. Roxane

(Conclusión)

VIII

REUNION

GORDON Cardew, no era normalmente tan tonto como lo parecía desde que cayó bajo la influencia de Sofía Beautemps.

En sus negocios de Montreal tenía reputación de ser inteligente, un joven de cabeza firme. Si no hubiese ido a París, si no hubiera sido mordido por el microbio embrujador de Sofía Beautemps, es muy probable que se hubiera casado con Estela Harran y seguido la misma rutina.

Pero Cardew era joven. Se dejó deslumbrar por el falso brillo de París. Era demasiado sencillo para distinguir cuan hueco era todo, debajo de la superficie. Y nunca había conocido a una mujer como Sofía Beautemps.

Era vivaz, exótica, un producto que sólo París es capaz de crear. No había seducción en la que no fuera maestra. Junto a la deslumbradora criatura, Estela Harran era un pardo ratoncito.

Si Roxane hubiese podido comunicarse con Cardew, mientras éste estaba todavía en París, el resultado hubiera sido muy distinto. Sofía Beautemps comprendió esto y por eso lo hizo desaparecer del hotel. Porque Roxane era capaz de exhalar un encanto tan poderoso como el de Sofía Beautemps.

Sólo después que el Nantes zarpó de Burdeos empezó Cardew a entrar en dudas. Hasta entonces todo le había parecido correcto. La historia que Sofía Beautemps le contó, con ojos agrandados de compasión, le pareció a Cardew un relato verídico y triste.

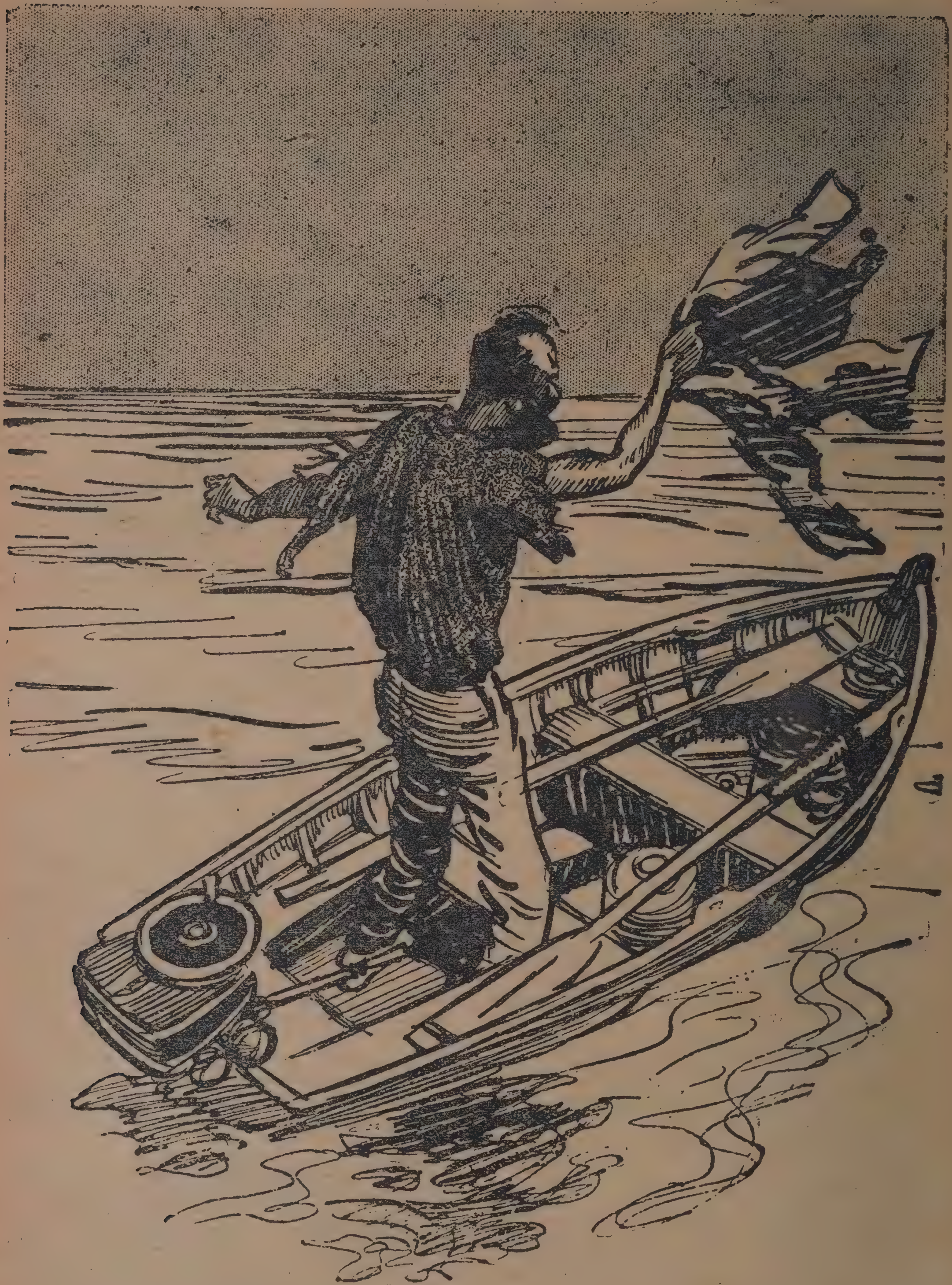
Se trataba de un hombre, pariente de ella, injustamente prisionero en lo que Cardew sabía era un rincón del infierno, la Isla del Diablo. ¡Qué tragedia debía ser la vida de aquella víctima inocente en semejante lugar! ¡Y pensar que los verdaderos culpables estaban en libertad! Ella nunca descansaría hasta libertarlo y recompensaría generosamente a los que la ayudaran, etc., etc. Era tan sencillo que parecía verdad.

Nada sabía Cardew del pobre diablo a quien Gagnon había abordado a su salida de la cárcel de la Santé. Sofía Beautemps y Gagnon (un malhechor hipócrita que ya había trabajado para Sofía en el pasado) tuvieron buen cuidado de que Gondon Cardew y Paul Laval no se quedaran solos. A Cardew se le hizo creer que Laval era otro infeliz a quien ellos, por bondad de corazón, querían ayudar a emprender una nueva vida.

Creyó que lo habían traído a bordo del Nantes para que recobrara las fuerzas y la salud. Nunca imaginó el diabólico plan de Sofía Beautemps.

Pero una vez lejos de Burdeos, les fué imposible a Sofía y a Gagnon seguir usando tan perfectamente la careta. Había pequeñas cosas, incidentes que en sí mismos significaban poco; pero que, eslabonados, hicieron pensar a Cardew.

Estaba la tripulación... una tripulación extraña que no parecía entender mucho de las cosas de a bordo. El mismo se hallaba



a cargo de las máquinas; pero no tardó mucho en darse cuenta de que su cuadrilla de negros sabía muy poco del oficio de fogonero.

En cuanto al capitán y los dos pilotos formaban un trío que, una vez en alta mar, no hizo esfuerzo para ocultar su condición de bribones. Las miradas severas de Sofía Beautemps no lograron impedir que hicieran observaciones que ponían más y más pensativa a Cardew. Parecía que lo miraba a él como un tonto, un instrumento, y no

Uno de los botes se dirigió hacia el sitio donde un hombre, en otro bote, agitaba un saco.

se les importaba que los conociera en su verdadero carácter.

Después, lejos del embrujo de París, libre para analizar más fríamente, empezó a comprender mejor a Sofía Beautemps. Al pasar los días, el hechizo que sobre él había arrojado empezó a debilitarse. Cosas que en París habían contribuído a enamorarlo producían ahora en él un efecto enteramente distinto.

Transcurrida una semana se hallaba en estado de ánimo muy distinto. Luego, una noche, sostuvo una breve conversación con Paul Laval. Antes de que Laval pudiera comunicarle ciertas dudas que también a él se habían presentado, escuchando sin ser visto cierta conversación entre Sofía Beautemps y el capitán, Gagnon se interpuso entre ellos y se llevó a Laval.

Pero, desde ese momento, el cerebro de Cardew se despejó. Sabía que sus veinte mil libras estaban probablemente perdidas para siempre y empezó a sospechar la verdad de lo que se intentaría contra Laval. Pero comprendió al mismo tiempo que se hallaba solo entre enemigos, que Laval no podría ayudarlo y que, a menos de andar con mucho cuidado, compartiría su mismo o quizá peor destino.

Lo único que podía hacer era vigilar y esperar. Así fué que, cuando llegaron al trópico, Cardew aprovechaba todos los momentos posibles para subir a cubierta y examinar el vidrioso mar en busca de algo que pudiera ayudarlo. Pero nada apareció. Luego, un día, se dió cuenta de que pasaban y repasaban una línea de más de cien millas, una línea que iba, más o menos, del sudeste al noroeste.

Cuando esto hubo durado tres días, una mañana, poco después de amanecer, oyó ruidos anormales en cubierta, seguidos por

una sola pitada de la sirena del barco.

Saltando de su litera, se puso los pantalones y la camisa y corrió a la puerta.

Advirtió, asombrado, que no podía abrirla. Furioso pegó en ella con los puños y los pies, haciendo suficiente barullo como para que fuera oído en cubierta. Pero nadie vino y, comprendiendo que estaba prisionero, Cardew renunció a sus esfuerzos.

Pero, aunque no podía salir, sí pudo ver, por el ojo de buey algo de lo que ocurría.

Como a un cuarto de milla de distancia estaba un pequeño bote y parado en él vio a un hombre que, aparentemente, agitaba una prenda de ropa hacia el buque de carga. Luego oyó un ruido de cables y poco después un bote del buque de carga, se alejaba, con Gagnon a popa.

Observó mientras las dos embarcaciones se acercaban y que Gagnon extendió la mano a otra persona, para ayuadarla a pasar a su bote. Luego éste volvió al buque, remolcando al otro.

Sabía bastante para sospechar algo de la verdad. El hombre recogido del bote debía ser el fugitivo de la Isla del Diablo. Aquel crucero de tres días había sido en un sitio convenido de antemano para el encuentro.

Pero... ¿y Laval? ¿Dónde estaba? ¿Por qué remolcaba el otro bote hasta el buque principal? Más aún: ¿por qué lo habían encerrado a él en el camarote, mientras se realizaba el rescate del fugitivo? ¿Habían olvidado que podía presenciar los acontecimientos por el ojo de buey?

Su cólera cedió paso a una firme resolución de poner fin a su actuación en aquel buque, que sabía ahora estaba a cargo de una banda de malhechores. Todo aquel cuento de un hombre condenado inocentemente a la Isla del Diablo era una burda mentira. El había sido un simplote, un idiota. Lo que sentía ahora por Sofía Beautemps era muy distinto de lo que creía haber sido amor. Hubiera deseado agarrar entre sus manos el lindo cuello de la mujer y retorcerlo hasta dejarla medio extrangulada.

Pero era más fácil tomar esas resoluciones que ejecutarlas. Aunque trató una y otra vez de abrir la puerta, siempre la encontró cerrada. Y así permaneció la mayor parte del día.

Se pasó casi todo el tiempo mirando por el ojo de buey. Descubrió que parecían seguir rumbo sud este, desde el sitio donde habían hallado al bote, la misma línea de los tres días anteriores.

¿Por qué hacían eso? se preguntó a sí mismo. Iban en dirección a la Isla del Diablo y habiendo rescatado al fugitivo ¿por qué deseaban volver allí? Seguramente ahí estaba el peligro.

A las cuatro de la mañana tuvo su respuesta. Una vez más se detuvo el buque, oyó que bajaban un bote. Estirándose lo más posible por el ojo de buey, logró una fugitiva visión del bote en que había sido recogido el hombre, el cual se alejaba a la deriva, mientras el buque se ponía de nuevo en marcha. En el fondo del bote vió un cuerpo, que imaginó era la forma, sin conocimiento, de Paul Laval.

Ahora sabía. Laval había sido abandonado a la deriva, no lejos de la Isla del Diablo. Un bote, manejado por los que habían sido sobornados, lo encontraría y lo volvería a llevar, triunfalmente, a la isla. Sería condenado a confinamiento solitario, bajo el nombre y el número del hombre que acababa de fugar. Hasta el final de sus días sería conocido por ese número, mientras el hombre, cuyo puesto ocupaba, se hallaba libre por el mundo.

Cardew sabía que no se equivocaba en sus suposiciones, que inconscientemente se había prestado a uno de los planes más crueles y diabólicos contra un pobre hombre indefenso, sin amigos. Al comprender esto gimió en voz alta.

Pero su tristeza, sus remordimientos, fueron reemplazados por una gran cólera. Una vez más trató de abrir la puerta, resuelto a salir, aunque tuviera que arrancar astilla por astilla. Pero, con sorpresa, vió que la puerta no ofrecía más resistencia.

Habían quitado la llave tan silenciosamente que no oyó nada. Salió, atropelladamente, al corredor y se encontó allí con Sofía Beautemps parada, sonriente, un cigarrillo en los labios.

Hubiera hablado, hubiera lanzado contra ella despreciativas acusaciones; pero, antes de que pudiera hacerlo, oyó un ruido que comprendió era producido por un cañón liviano. El ruido no provenía de a bordo del buque de carga. El rápido cambio de expresión en el rostro de Sofía Beautemps se lo reveló. La sonrisa desapareció, como por encanto, de sus labios. Lanzó una maldición y echó a correr por el corredor.

Cardew la siguió.

No se equivocaba Sofía Beautemps al pensar que aquel tiro era señal de peligro. Porque hacía dos días que La Brise andaba en busca del Nantes.

Al día siguiente de descubrir Blake la libreta en la cabaña de Georgetow, La Brise levó anclas otra vez. Blake estaba razonablemente cierto de que los signos que había leído significaban la latitud y longitud de una cita; pero no había fecha. Ni estaba completamente seguro de que tuviera algo que ver con el Nantes.

Por otra parte, todo concordaba con su teoría y, a falta de algo más definido, decidió probar esa pista. Roxane se mostró de acuerdo con él.

Tomando como punto de cita la latitud y longitud en cuestión, empezaron a buscar. Ignoraban que, por espacio de tres días, el Nantes había estado pasando y repasando una línea que atravesaba ese punto, buscando el bote que debía estar cerca. Tampoco sabían que, cuando divisaron el Nantes, éste había ya recogido a Martinel y se dirigía a toda marcha hacia el sudeste una vez más para abandonar, a la deriva, a la víctima que debía ocupar el puesto de Martinel.

En las últimas horas de la tarde, sin embargo, el yate que era mucho más rápido

que el vapor de carga, avistó el humo de éste. Fué Blake quien, cuando empezaba a alcanzarlo, lo identificó como el barco que había visto salir de Burdeos. Pero fué Roxane quien, a través de su anteojo, vió algo más, que se separaba del barco y se alejaba a la deriva.

—Tenía usted razón, amigo mío — dijo la joven tranquilamente — Eso es un pequeño bote y apostaría que contiene al hombre que vió usted en la casa de la Rue Vaneau.

Blake enfocó el objeto con su anteojo y le examinó unos minutos en silencio. Luego se volvió a Roxane.

—Creo que no se equivoca usted, Roxane. Pero tenemos que pensar también en Cardew. Dentro de otro cuarto de hora estaremos a tiro del vapor de carga.

—Ya sabe que puede dar las órdenes que guste. ¿Qué sugiere? Quizá Cardew no merece que lo salven; pero Estela está tan afligida que no sale de su camarote. Creo que sería mejor...

—¿Qué le parece si disparáramos un cañonazo? — interrumpió Blake — Si no se detiene le tiraremos al timón. Si tienen a bordo a Martinel, que se lo guarden. No puedo olvidar lo que vimos el día que presenciamos el embarque de los penados. No quisiera mandar nuevamente a nadie a ese Infierno de la Isla del Diablo... ni siquiera a Martinel. Pero ese pobre diablo de la Rue Vaneau... si mi suposición es correcta. Sugiero que disparemos un cañonazo de aviso, Roxane.

El resultado de esta conversación fué lo que hizo saltar a Sofía Beautemps, cuando estaba parada fuera de la puerta del camarote de Cardew. La bala no produjo daños. Pasó silbando por encima del barco y cayó con fuerte ruido en el agua. Pero cuando Sofía llegó al puente y dirigió su anteojo al barco blanco que había aparecido tan repentinamente no abrigó dudas acerca de quienes estaban a bordo.

Era imposible ahora recogerlo a Laval para abandonarlo más tarde. El yate se dirigía directamente hacia el bote. Ni tampoco serviría de mucho lanzar maldiciones en francés. Lo único que hizo Sofía fué volverse a Martinel, que aunque debilitado por las privaciones había abandonado el salón para venir a ver lo que pasaba.

Le parecía todavía increíble haber escapado de la Isla del Diablo, sentir bajo sus pies la cubierta de un buque manejado por malhechores amigos, bajo sus órdenes.

La vista del yate que los iba alcanzando rápidamente lo llenó de miedo. Si lo volvían a llevar a la Isla del Diablo, nunca, nunca más se le presentaría oportunidad de escapar. Prefería morir que volver a aquel pudridero del infierno. Aceptaría cualquier cosa antes que aquel horrible destino.

—¿Qué velocidad tenemos? — preguntó roncamente.

—No la necesaria para escapar a ese yate — gruñó el capitán. — Pronto alcanzará a esta vieja tinaja.

—Pero... ¿qué quieren? — preguntó Sofía Beautemps — ¿Es a mí?

Ella se encogió de hombros.

—Lo supongo. Mira, han cambiado el rumbo. Recogerán a Laval dentro de pocos minutos. Oirán lo que él tiene que decirles. Quizá quieran que se les entregue a Cardew. No sabemos todo lo que ese maldito Blake oyó en la Rue Vaneau.

—¿Qué quieres decir?

—No hay tiempo para explicaciones ahora. Pero ellos han venido aquí para desbaratar nuestro juego. Eso es seguro. Si quieren a Cardew...

Buuum!

Una nube de humo apareció a popa del yate y el buque de carga se estremeció de un extremo a otro, oyéndose caer algo a popa. Inmediatamente el buque empezó a virar a estribor y el timonel lanzó una sarta de maldiciones al ver que la rueda no le respondía más.

El yate estaba cada vez más cerca y, yendo en busca de sus armas, Sofía Beautemps y Gagnon se dirigieron, de común acuerdo, al ala del puente.

Ahora distinguían claramente el pequeño grupo en el puente del yate. Sin dificultad reconocieron a Mademoiselle Roxane y a Sexton Blake. Tampoco le costó a Sofía conocer a la tercera persona que ahora se había unido a ellos: la joven.

—¡Esa pequeña tonta de la Harran! — exclamó.

—¿Qué tiene que ver en todo esto? — preguntó Martinel.

—Es la novia de Cardew y anda tras éste. A propósito... ¿dónde está él? Me siguió arriba.

—¡Miren!

Fué Gagnon que habló Y así como hizo guardar silencio a Sexton Blake, la acción de Cardew redujo a inmovilidad a los tres que estaban en el puente del buque de carga.

Porque Cardew estaba parado sobre la baranda del vapor con las manos levantadas sobre la cabeza. Se balanceó así unos segundos, mientras miraba con odio a Sofía Beautemps. Luego se tiró de cabeza, al mar infectado de tiburones.

Apenas había empezado a nadar cuando Blake dió orden de que bajaran al bote. Luego hizo bocina con las manos y gritó:

—Mejor es que no lo moleste, Martinel. El primer tiro que contra él disparen será contestado con un cañonazo que irá diri-

Lea en este número

EL TESORO DE LA ISLA DEL MUERTO

gido al cuarto de máquinas de ustedes. Y quizá volverá usted a la isla, Martinel.

No se oyó ningún disparo. Todos observaban los progresos del nadador, que se iba acercando al bote. Una vez apareció una siniestra aleta dorsal en la superficie del agua, a algunas yardas de distancia.

Pero Cardew siguió nadando firmemente, hasta que brazos solícitos se extendieron para ayudarlo a subir al bote. Al ver eso, Sofía Beautemps se echó a reír.

—Ha vuelto a su niña — dijo con voz lenta — Dame un cigarrillo, Luis.

Y el vapor de carga, con el timón inutilizado, estaba todavía allí cuando el yate desapareció en el horizonte norte del océano, llevando a bordo a dos personas que se habían reunido y a otra que se había reunido con la vida, porque en la Isla del Diablo, Paul Laval hubiera podido considerarse muerto.

FIN

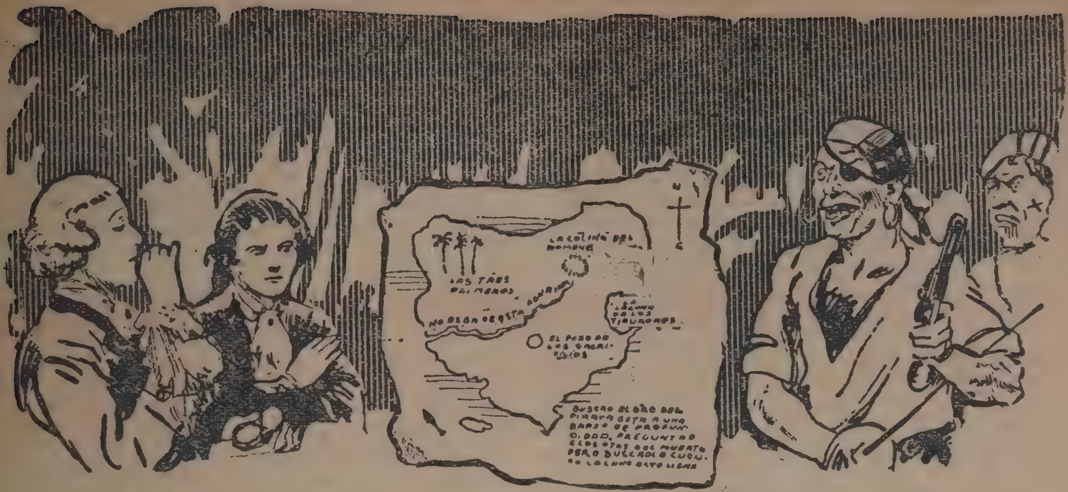
Otro episodio de las aventuras de

SEXTON BLAKE

se publicará en breve

Se titula:

PERDIDOS EN LA LEGION



El Tesoro de la Isla del Muerto

(Continuación)

EN ACECHO DEL FANTASMA

LA tripulación subió a los cordajes como monos. Sus temores habían desaparecido. Sin embargo, no obstante la dominadora presencia de Langley, el miedo volvió con la llegada de la noche. La Santa Rita hizo doscientas millas aquel día y al acercarse la noche tropical fueron acortadas las velas, elegida la guardia y establecido el rumbo.

El cielo era un impenetrable e impresionante manto obscuro. La aguda proa de la goleta trazaba su surco entre las olas, apenas rizadas, mientras el timonel, con ojo de águila, mantenía el rumbo, deseando que continuara el viento hasta la mañana.

Langley se paseaba, de arriba abajo, por las cubiertas, decidido a convencerse por sus propios ojos de la autenticidad del fantasma que había causado la muerte de dos de sus tripulantes y estuvo a punto de hacerle perder a él el barco.

Acompañaba a Langley Ben Grant, con una larga pistola de arzón metida en la faja. Arriba, de vigía, libre de temores con semejantes compañeros, aunque todavía supersticioso, estaba Sansón.

El buque seguía su ruta. Pasaron las horas. Luego, dos horas antes de amanecer, Sansón casi se cayó de su altura. De las mismas aguas pareció levantarse una figura extrañamente luminosa y espectral.

Sansón trató de gritar; pero la lengua se le pegó al paladar, mientras su corazón casi dejaba de latir. Con los ojos y la boca abierta observó a la aparición levantarse del agua y llegar a proa de la goleta.

Pasó por encima de la borda y luego se enderezó. Como antes, no se veía la cabeza.

No era más que un cuerpo, en camisa y pantalón corto, con la espada en alto. Todo a su alrededor brillaba una luz sobrenatural.

De pronto se oyó a popa un lúgubre gemido. Al oírlo, Sansón se soltó del aparejo y cayó, rebotando como una piedra. Logró agarrarse a los obenques cuando se daba ya por perdido. Por un corto momento se estuvo allí, tragando grandes bocanadas de aire puro, antes de dejarse caer silenciosamente sobre cubierta y correr en busca del capitán.

Langley y Ben Grant algo adormilados ahora, sintieron ruido de pasos y se dieron vuelta bruscamente.

—¡Capitán!... — la voz de Sansón vibraba de terror — el fantasma!

Langley lo agarró por el brazo y lo sostuvo.

—¿Dónde? — preguntó fríamente. — ¡Habla, hombre!

Con dedo tembloroso señaló Sansón hacia la proa. Sin embargo lo único que vieron los otros fué el brillo de los faroles. No había fantasma alguno.

Langley sacudió a Sansón, hasta que los dientes del hombre castañearon.

El tesoro de la isla...

—¡Estúpido! — dijo desesperadamente. — Has estado soñando.

—Pero no, capitán; se lo juro. El fantasma se alzó del agua. ¿No oyó su lamento?

Langley se echó a reír.

—Has visto visiones, Sansón. — contestó. Ben y yo oímos hace un momento el grito de un ave nocturna, nada más.

—No era un ave, capitán — exclamó Sansón. — Era el fantasma. Pasó por encima de la borda, alzó los brazos y gritó. Lo oigo todavía.

Langley tuvo en la punta de la lengua acusar a Sansón de estar ebrio, porque conocía la debilidad del hombre por el licor. Pero las palabras murieron en sus labios. A través de las cubiertas de la goleta, claro y distinto, resonó un bajo gemido. Ningún ave podría haber producido aquel sonido plañidero, misterioso, que helaba la sangre.

Murmurando una maldición, Langley y Ben Grant corrieron hacia proa. En sus manos empuñaban las pistolas. Detrás de ellos, medio espantado, fué Sansón.

El lamento creció en intensidad. Sin embargo, los tres hombres, nada veían, fuera del suave resplandor de los dos faroles.

—¡Dios misericordioso! — Ben Grant se detuvo petrificado. Con la mano libre agarró nerviosamente el brazo de Langley. — ¿No lo veis, capitán?

A babor, moviéndose como una sombra gris, estaba el fantasma. Langley sintió que se le enfriaba la sangre al seguir la dirección del tembloroso dedo de Ben.

—¡El monstruo sin cabeza! — balbuceó Ben — Miradlo, capitán. ¿No veis su espada?

—¡Sí! — gruñó Langley — Y me propongo averiguar si su dueño sabe manejarla. ¡Ven!

Se lanzó hacia adelante, latiéndole violentamente el pulso; pero el sentido común le decía que los fantasmas no eran más que productos de imaginaciones afiebradas. No tan seguros, pero leales, lo siguieron Sansón y Ben Grant.

La aparición se detuvo y se dió vuelta al oir el rumor de pasos.

Proyectado contra la obscuridad de la noche se veía algo que hubiera enervado a cualquiera; a pesar del sentido común, era necesario convenir en que era un hombre sin cabeza.

Se distinguía el contorno de sus miembros inferiores; se veían sus hombros; pero ahí terminaba la figura.

Langley y sus compañeros se detuvieron a más de diez pies de distancia.

—¡Alto! — gritó Ben Grant apelando a todo su valor. — ¡Alto, fantasma o ser humano!

Por toda respuesta oyeron una risa suave y burlona, seguida por un bajo lamento que hizo correr un escalofrío por la médula de Ben.

—¡Tiradle, capitán! — Sanson recobró la voz al fin y urgió a Langley a hacer lo que éste ya había decidido.

Langley alzó la pistola a la altura de su cara. Sus resueltos ojos tomaron puntería rápidamente a la forma del fantasma. Pero cuando iba a oprimir el gatillo el fantasma desapareció.

—¡Desapareció!

Langley no necesitaba que se lo dijeran. Mismo bajo sus ojos, el fantasma se había hecho humo.

Mientras los tres quedaban perplejos, el lúgubre lamento se oyó a muchos pies de distancia de donde había aparecido el fantasma. Luego, ante sus propios ojos, la aparición volvió a tomar forma.

—Eso no es mortal — murmuró Sansón espantado. — ¡Es súbdito del dominio!

—¡Bah! — exclamó Langley fastidiado. — Es un truco. De eso no me queda la menor duda. Dame la pistola, Ben.

Le tomó el arma. Ahora, con una pistola en cada mano, se adelantó, sin fijarse si lo seguían o no sus compañeros. Cada vez más cerca del fantasma, sus ojos que escudriñaban la obscuridad, vieron el brillo de la espada levantada. Cuando subía, las dos pistolas de Langley detonaron al mismo tiempo. — ¡Pim! ¡Pum!

Medio ahogado y cegado por el humo, Langley dejó caer las pistolas sobre subierta y saltó hacia adelante.

En su mano empuñaba ahora su querida espada.

En su corazón había gran júbilo. Sobre las detonaciones de las dos pistolas, había oído un grito, un grito humano que le reveló había tenido buena puntería.

Una exclamación murmurada salió de labios de Langley. Tropezó con algo y cayó encima. Medio atontado extendió la mano y agarró algo. Oyó un gemido bajo.

—Y ahora, bribón, — jadeó el joven triunfante — vamos a ver hasta donde eres fantasma.

A través de la cubierta, corrían Ben y Sansón. El primero traía un farol.

—¡Capitán! — gritó Capitán ¿dónde estais?

—¡Aquí, marinero de agua dulce! — rió Langley. — Y tengo agarrado al fantasma.

Tranquilizados por aquella risa, Ben Grant y Sansón se apresuraron. Vieron al joven capitán de rodillas. Vieron también algo más: al "fantasma".

—¡Ja! ¡Ja! — la juvenil sonrisa de Langley resonó fuerte y vibrante. — ¡El fantasma! Ven a ver el fantasma, Ben.

Ben inclinó con precaución la cabeza. Luego se le escapó un juramento. Los rayos del farol iluminaron una cara conocida, nada menos que la de el Caballero de St. Moreau.

—¡Rayos y truenos! ¡El Caballero! — exclamó sorprendido. — ¡El Caballero!...

—Y el fantasma — exclamó Langley — Ved... la larga capa negra. No es extraño que desapareciera en la obscuridad de la noche.

—¡Caracoles! — murmuró Sansón, casi atontado. — Este es el Caballero, como decís, capitán. Pero ¿y cómo salió del mar?

—Eso no fué difícil, Sansón. — contestó Langley — Cuando se tiró por la borda, después que yo le desarmé, debe haber sa-

lido a la superficie por el otro lado.

—¿Y subió a bordo y se escondió? — dijo Ben pensativo.

—Como dices, Ben — rió Langley. — El bribón tenía pensado "aparecerse" hasta que ninguno de mis hombres quisiera servirme, eso está claro. Para salir del agua no tenía más que trepar por una cuerda.

—¡Que astuto! — reconoció Sansón — Pero ¿cómo "hacía" el fantasma, capitán? Tenéis que confesar que el muy bribón lo parecía realmente.

—Es un truco — contestó Laugley — Mi viejo tío me contó de uno parecido. La luz extraña es fósforo, abundantemente untado en sus ropas. Puede obtenerse de un pez de estas aguas y ya sabéis como. El Caballero también lo sabía. Metió en él sus ropas y también su espada. De esa manera parecía sin cabeza.

—Capitán, — juró solemnemente Sansón, — nunca más volveré a creer en fantasmas. Esperad que yo le cuente el relato de toda esta brujería a mis compañeros. Se que sentirán mucho lo ocurrido anteriormente.

—También lo sentirá el Caballero — dijo Langley tranquilamente. — Parece estar gravemente herido. Mis balas fueron bien dirigidas. Llamad a algunos de los tripulantes para que os ayuden a llevarlo abajo.

El Caballero abrió los ojos. Brillaban con odio mortal al fijarse en Langley, que lo había vuelto a derrotar. Abrió los labios para hablar; pero las palabras no acudieron.

En aquel momento apareció Ben Grant, seguido por tres incrédulos marineros.

Langley se volvió a ellos.

—Llevad abajo a este tunante. — ordenó. Ponedle los hierros. Es vuestro fantasma, el Caballero de St. Moreau, el francés renegado, el asesino de Tom Widsle y de De Hartley. Al amanecer se despedirá del mundo. ¡Llevadlo!

Gimiendo ligeramente, llenos de odio mortal los ojos, el Caballero fué conducido abajo. La Santa Rita siguió viaje. Los primeros rayos, rojos y dorados, del día aparecieron en el cielo.

LOS ENEMIGOS ESCAPAN

—¡Tierra a la vista!

La emoción vibró en la voz del vigía, peligrosamente encaramado en las crucetas.

—¡Tierra al cuarto de barlovento:

Sobre las oscilantes cubiertas de la goleta, la tripulación reunida esforzaba sus ojos, quemados por el sol, para descubrir la tierra.

Hacía ahora muchas semanas que la Santa Rita seguía un monótono pasaje desde el amplio Altántico hasta el poderoso Pacífico. En alguna parte del Pacífico estaba la Isla del Muerto y en la Isla del Muerto el tesoro de Josiah, el difunto pirata.

El ardiente ecuador quedaba a popa y la abigarrada tripulación de la goleta se había despojado de la mayor parte de sus ropas para estar más fresca. Las cubiertas estaban ampolladas por el calor, las velas resecas como huesos y a punto de podrirse por aquel largo viaje. Sin embargo, a bordo de la Santa Rita todo era gran animación. El grito del vigía había reanimado los espíritus.

Un hombre de Bristol, tostado por el sol, se dirigió a popa y llamó respectuosamente a la puerta de la cabina del capitán. Una voz juvenil, dulce y enérgica, lo invitó a entrar.

—El vigía informa tierra al cuarto de barlovento, capitán.

Langley sonrió triunfante. Ante él, sobre una gran mesa estaban las cartas cuyo examen producía dolor de cabeza a su compañero, Ben Grant. Ben, el piloto, era marino práctico; pero no entendía nada de la teoría de las cartas de navegación.

Había visto a su joven capitán alterar el rumbo una y otra vez y pensaba si la goleta llegaría al fin a alguna parte.

Sin embargo, la noticia traída por el sonriente marinero le hizo comprender que Langley entendía más de navegación que Ben, que tenía tres veces su edad.

Langley enrolló las cartas de marear, las guardó en un cofre y salió a cubierta. Sus ojos azules parpadearon y se achicaron ante el brillo deslumbrador del sol.

La tripulación lo recibió con gritos de entusiasmo, porque habían llegado adorar a Langley Morgensen, no obstante su juventud. ¿No era acaso el mejor espadachín que habían conocido? ¿No les había prometido, bajo juramento, repartir entre ellos la mitad del tesoro, no bien fuera sacado de su escondite?

Con esbelta gracia trepó Langley por los obenques y se unió al vigía.

Sujetándose contra los vaivenes del barco, Langley miró larga y ansiosamente con su anteojo en la dirección indicada. Luego bajó el catalejo.

—Esa es la isla, Tom — dijo. — Llegaremos a ella antes de la puesta del sol.

Bajó por el aparejo, dió al timonel una orden que hizo tomar a la goleta rumbo noroeste. La tripulación corrió activamente a sus puestos.

—¡Quiera Dios que la brisa continúe, Ben! — dijo Langley caminando por cubierta — No le he dicho a los hombres; pero estamos muy escasos de agua.

—Sí, sí — gruñó Ben, observando el cielo sin límites. — Continuará capitán.

La goleta prosiguió su viaje, dejando una estela de blanca espuma.

—Date una vuelta por abajo. Ben, y échale una mirada a los prisioneros — dijo al fin Langley.

—Sí, sí, capitán.

El piloto de las piernas torcidas bajó la escalera de cámara rezongando. Si lo hubiésen dejado hacer su voluntad, Miguel el Negro y el Caballero haría rato que estarían en el infierno. Pero Langley Morgensen no quiso escuchar los consejos de Ben Grant. Los dos prisioneros estaban heridos y le repugnaba matar a hombres en esas condiciones.

En el fondo de su corazón sabía Langley que, si las circunstancias hubieran sido opuestas, sus enemigos no habrían respetado su vida. Esperó ansiosamente la vuelta de

El tesoro de la isla...

Ben; pero como los minutos pasaran su ansiedad aumentó: no era propio de Ben hacer esperar a su capitán.

Pero el infortunado Ben había sido víctima de circunstancias imprevistas. Farol en mano descendió la escalera, silbando una antigua canción pirata. Afuera de una maciza puerta, sujeta con una viga de roble, que descansaba en sus encajes, dejó el farol. Con ligero movimiento de las muñecas levantó la tranca y la depositó a sus pies; luego agarró el farol, abrió la puerta con el pie y entró.

Los rayos del farol iluminaron a dos hombres, echados de costado y, aparentemente, dormidos. Ambos tenían los hombros vendados.

—¡Despertaos, carroña! — murmuró Ben, moviendo a el Caballero con el pie.

Un bajo gemido fué la respuesta. Riendo ásperamente, volviose Ben a Miguel el Negro, el traicionero tío de Langley.

—Y vos, Miguel el Negro... mejoráis tan rápidamente que pronto podremos regocijarnos, viendoos caminar por la planchada.

Miguel el Negro lanzó un quejido; pero una vez que los rayos amarillos del farol dejaron de iluminar su cara, sus negros ojos adquirieron perversa expresión.

—Otro día y ambos estaréis prontos para la función — rió Ben — El capitán es demasiado sensible para haceros morir en este momento. Pero lo que es yo, ratas, no andaría con tantos cumplidos, ni me fiaría de vosotros.

Convencido de que los prisioneros no podian intentar ninguna traición, Ben se dió vuelta. Pero en ese momento, los "dormidos" despertaron. Un par de manos se dirigió rápidamente a la garganta de Ben; otra mano le tapó la boca para ahogar el grito que acudió a sus labios y fué derribado al suelo con una fuerza que lo dejó aturdido.

—Amordazad a esa rata con un pañuelo, Miguel el Negro — fué el Caballero quien dió la orden con su voz tranquila y suave — mientras yo le ato los brazos.

—Lo haría si tuviera con qué. Pero no trae un cuchillo y la detonación de una pistola atraería a toda la tripulación. Contentemonos con dejarle aquí.

Los dos trabajaron en silencio unos momentos y al final de ellos, Ben Grant, cuyos ojos despedían fuego, estaba atado de pies y manos y amordazado fuertemente.

El Caballero se rió burlonamente y colocó la pistola de Ben en su propio cinto.

—¡Adios, Ben! — le dijo — Dile a tu pichón de capitán que el tesoro del viejo Josiah no es suyo todavía. ¡Venid, Miguel!

Agarrando el farol, el Caballero mantuvo abierta la puerta, mientras que su gigantesco compañero pasaba, doblado en dos. La puerta fué cerrada, la viga puesta en sus encajes y Ben Grant quedó sumido en la obscuridad y entregado a amargos pensamientos.

Sigilosamente el Caballero y Miguel el Negro se dirigieron hacia la cocina. El cocinero chino estaba allí ocupado, preparando la comida para la tripulación; el apetitoso olor hizo fruncir las narices a el Caballero.

El tesoro de la isla...

Próximamente iniciaremos la pub
muchacho a

En el VALLE

las emocionantes aventuras de un
el Far West

la MUERTE

..acía semanas que él y Miguel no probaban ninguna comida substanciosa y estaban próximos a la extenuación.

Además de eso, sus heridas los malestaba y su estado de debilidad se debía a la pérdida de sangre.

Sin el menor ruido, penetraron en la cocina cuando Wun Sing les daba la espalda. El chino de ojos almendrados cantaba una canción nativa. Su corazón estaba alegre. La isla del tesoro se hallaba a la vista. Pronto se encontraría el tesoro y sería la mitad repartida entre la tripulación. El, Wun Sing, sería rico más allá de sus más fastásticos sueños. Con riquezas para pasar en la holganza el resto de su vida, volvería a su tierra natal y se casaría con Flor de Loto.

Acompañaba estos pensamientos con la canción que entonaba en voz semejante a la de un niño. Y fueron aquellos los últimos pensamientos que hilvanó su fantasía.

Una mano, grande y nudosa, se extendió de pronto, apoderándose de un gran cuchillo que había sobre la grasienta mesa. Sin ruido se alzó la hoja sobre la desprevenida espalda del cocinero. Luego bajó de golpe y el pobre Wun Sing fué a continuar sus sueños a la tierra de sus antepasados.

Miguel el Negro se rió brevemente, tiró el cuchillo e hizo señas a su compañero:

—Cerrad la puerta con pasador, Caballero, porque quiero comer sin que me interrumpan.

La puerta de la cocina fué cerrada y los dos prisioneros se pusieron a comer. Por espacio de diez minutos no se oyó más ruido que el de sus hambrientas mandíbulas. Luego, ya repletos, Miguel el Negro empezó a buscar un arma.

Probó el filo de un gran cuchillo de trinchar, pareció satisfecho y se lo metió en la faja. El Caballero se contentó con una barra de hierro que servía para atizar el fuego. La utilidad de esta arma iba a quedar evidenciada poco después, cuando resonaron fuertes golpes en la puerta de la cocina y una voz ronca pidió entrar.

—¡Oye, chino del infierno, te arrancaré la piel si no abres de una vez!

A una señal de el Caballero, Miguel descorrió el pasador. Detrás de él, con la barra levantada, estaba el Caballero. El recién llegado apenas vislumbró a los dos prisioneros y, mientras sus ojos se abrían asombrados, la barra de hierro descendió sobre su cabeza.

El Caballero y Miguel pasaron por encima de la inanimada figura del hombre y empezaron a dirigirse, sigilosamente, a cubierta. Tenía proyectado robar un bote y escapar; cualquier destino era mejor que el que les esperaría cuando Langley Morgensen decidiera librarse de ellos para siempre.

Mientras caminaban por la parte media del barco, el Caballero miró por una tronera en desuso, hacia popa. Su pálido y hermoso rostro se iluminó de alegría y de esperanza, porque amarrado detrás de la goleta había un bote.

—¡Chits! — murmuró la advertencia al

El tesoro de la isla...

oír pasos arriba — Mirad ese bote que está allí y seguidme, Miguel.

Se metió por la tronera, cayó al agua con suave ruido y empezó a nadar vigorosamente. A pocas yardas de él venía Miguel el Negro, gruñendo de dolor al sentir el agua salada en su herida. Sin embargo, ambos llegaron sin inconveniente al bote que se mecía en las aguas y subieron a él. Fué obra de un momento cortar la amarra. En pocos segundos el bote quedó a medio cable de distancia de la popa de la goleta, tan rápidamente navegaba ésta.

En la popa de la Santa Bárbara, Langley Morgensen se estremeció pues imaginó oír una risa burlona y musical. Sólo el Caballero era capaz de reír así.

Langley decidió ir abajo a ver por que Ben Grant se demoraba tanto. Cuando poco después lo descubrió y puso en libertad, maldijo su estupidez por haber quitado el día anterior los dos guardianes que vigilaban constantemente a los prisioneros. Su rabia creció al hallar el cadáver de Wun Sing y al marinero, sin sentido, sobre el suelo de la cocina. Por espacio de una hora se registró minuciosamente todo el barco, en busca de los prisioneros fugados.

Fué Ben Grant quien advirtió la falta del bote que venía a remolque de la goleta e informó de su desaparición. Pero aún cuando se escudriñó el mar en todas direcciones no se le pudo divisar.

El Caballero y Miguel el Negro estaban lejos y lo único que podía esperar Langley era no verlos más. Sin vela ni provisiones, la muerte llegaría a ellos, con tanta seguridad, como si los hubieran colgado de un penol o se les hubiera obligado a caminar por la planchada.

Con expresión pensativa miraba Langley ir tomando forma a la isla del tesoro, lenta, pero seguramente, a medida que pasaban las horas. A la puesta del sol, la Santa Rita no distaba de ella más que media milla. Langley la examinaba con el catalejo, larga y ansiosamente. Advirtió el desgarrado arrecife que la rodeaba por todos lados, vió más allá de él las aguas brillantes de la ensenada y decidió que la noche estaba muy avanzada para seguir más adelante. La goleta se acercaba más y más a los traicioneros arrecifes, sobre los cuales saltaban las olas, quebrándose en espuma blanca. Se echó el ancla .

Con las velas recogidas, la Santa Rita se mecía anclada y la tripulación se puso a beber y a cantar, impaciente porque amaneciera. Se dejó una guardia y Langley y Ben Grant se retiraron a su camarote. Ninguno de los dos durmió, sin embargo, por la excitación de estar tan cerca del tesoro del viejo Josiah y además la fuga de Miguel el Negro y del astuto Caballero eran como para desvelar al más tranquilo.

Langley escuchó por espacio de muchas horas el rumor de las olas contra el fuerte casco de la goleta y cuando al fin quedóse un poco amodorrado fué para oír, en sueños la rugiente risa de Piel Samonard, extrañamente mezclada con la musical de el Caballero. Se despertó al instante y llevó la mano a la empuñadura de la espada. Pero no volvió a cerrar los ojos. Algo le decía que volvería a ver a sus antiguos enemigos. Y no se equivocaba.

LOS OJOS DEL MUERTO

—La goleta no podrá pasar más allá de ese arrecife, capitán.

Ben Grant parecía solemne y mal agorero.

Era al día siguiente, al amanecer, y la aurora acababa de penetrar la cortina de obscuridad con los primeros reflejos de un ardiente sol tropical.

Desde la borda de lo goleta Langley y Ben Grant, lo mismo que la tripulación, habían observado largamente el arrecife de coral, de forma circular, medio escondido, que rodeaba la isla hasta donde los ojos podían alcanzar.

Más allá del arrecife entre las nieblas de la mañana, se distinguía una delgada elevación, conocida por la colina del muerto. Sólo una palmera escuálida, funeral, adornaba aquella altura y la ligera brisa ondulaba e inclinaba sus ramas con monótona regularidad hacia los aventureros, como invitándoles a acercarse.

En línea con la pendiente de la colina se veía brotar agua de un manantial, lo que alegró a los sedientos marineros. Pero Langley, recordando los detalles del plano que Piel Samonard le había robado, pensó que aquella fuente era venenosa para el paladar humano, aunque nada dijo, sin embargo.

De la colina sus ojos fueron a la vista, más próxima, de la ensenada, que era casi una laguna. Mediría aproximadamente un cuarto de acre de extensión y había que penetrar a ella por un canal angosto, por el cual no podía pasar ningún barco de mediano tamaño. El sol brillaba sobre el agua verde pálido, extrañamente límpida. Largas extensiones de arena y de coral rodeaban la ensenada y más allá se veía enmarañada vegetación tropical.

La vista de la Isla del Muerto, a la luz del día, no era alentadora. Un manto de obscuridad se cernía sobre su árida superficie, calcinada por el sol.

—Tienes razón, Ben — dijo al fin Langley — Tendremos que buscar un canal por entre ese maldito arrecife, en el bote. Reune a siete de nuestros hombres más fieles y haz bajar el bote.

—Sí, sí, señor — contestó Ben. — Luego se dió vuelta. — ¿No voy yo, capitán?

Langley movió negativamente la cabeza.

—¡No, Ben! Necesito a bordo un hombre fiel para cuidar mis intereses mientras estoy ausente. Te quedarás aquí, a esperar mi regreso.

Ben pareció decepcionado, pero no replicó. A los pocos momentos volvió con siete hombres armados, cuyo aspecto hubiera deshonrado a la peor cárcel del mundo.

(Continuará)

NAZENLER

Por

Pierre Souvestre

y

Marcel Allain

(Continuación)

PERO mientras que el herido dormía, mientras que reposaba después de un día de delirio y postración, completamente inconsciente, Casimir se sentía bajo una terrible responsabilidad.

Había salvado a "su" teniente, eso era fácil.

No tenía mucho que reflexionar para comprender que había cumplido con su deber.

Pero lo había salvado en bien extrañas circunstancias.

Había terribles secretos, sin duda, en todas las aventuras del oficial.

¿Tenía Casimir el derecho de confiar todo a su hermano? ¿De decirle todo lo que sospechaba?

El bravo soldado pensó que no.

—¡Debe haber muerto para todos! — pensó Casimir, — menos para mí...

Tomando una resolución, Casimir miró a su hermano a los ojos.

—Veo que no puedo contar contigo. ¡Está bien!... ¿Hay que llevarlo al hospital? ¿Te parece bien Teódulo? ¡Bueno! Hazlo si quieres! Pero entonces me condenas a la guillotina...

—¡A la guillotina!...

No entendía nada el buen Teódulo Goularon.

—¿Qué te condeno a la guillotina? — preguntó. — ¿Qué me dices? ¡Vamos habla! ¿No ves que me asustas?

Casimir antes de contestar lanzó un suspiro.

—¡Bueno! — dijo al fin. — El pobre muchacho que está ahí, es un compañero mío, un amigo...

—¿Y qué?

—¡Y está herido!

—¿Y qué?

—Yo lo puse así...

—¡Tú!... ¡tú!

—¡Sí!... ¡Yo!

Y Casimir lanzó de golpe toda la historia que acababa de inventar.

—Hemos disputado. ¡Yo me enojé!... Cuando lo vi herido... un tiro... me dije: si lo llevan al hospital van a hacer averiguaciones ¡me van a prender!...

Si lo cuido, en cambio, nadie sabrá nada. Pues él no me va a vender... Entonces Teódulo, lo traje aquí...

No podía llevarlo al cuartel ¿verdad? Ni a casa de mi teniente tampoco. Pero, desde el momento que tú no lo quieres... ¡tanto peor!

¡Avisa al hospital! ¡Entrégame!

Casimir se cruzó de brazos con fingida resignación.

El agente le dijo:

—¡Ah demonio!... en que te has metido. ¡Bueno; has hecho bien en traerlo aquí! ¡Pero me tenías que haber avisado! ¿Es que puedo saber?...

—¡Silencio! — interrumpió Casimir. — ¡No hay que hacer ruido! Puede despertarse! ¡Que ruido hacen arriba!...

De casa de Pupú la Blecharde, en efecto, trozos de horribles canciones, llegaban hasta ellos...

VII

LA HIJA DE RICOS

Al día siguiente, a las diez, Nib d'Arpions estaba en medio de la pieza irguiéndose todo lo que podía y girando lentamente sobre sí mismo ante Pupú la Blecharde sentada en el suelo sobre un cajón y devorándolo con los ojos.

A decir verdad, Nib d'Arpions tenía aún una voz un poco ruda, que delataba la ebrie-

dad de la noche anterior, Pupú la Blecharde se pasaba, de vez en cuando, la mano por la frente como para alejar una jaqueca persistente, que hubiera probado fácilmente que había tomado una buena parte de los doce litros embotellados que había traído, la noche anterior, la Culebra... Sin embargo los dos esposos se entendían a maravillas y no disputaban.

—¿Estoy bien? — preguntó el lisiado. — ¿Qué tal?

Pupú la Blecharde lo observaba con cuidado extremo...

—Sí — le dijo — estás muy bien. El ropavejero no te dió un saco muy grasiento... Pareces un viejo soldado... solamente que yo me pondría una medalla...

Desde la mañana, efectivamente, Pupú la Blecharde trataba de decidir a Nib d'Arpions a que se pusiera en el ojal una condecoración cualquiera.

Nib d'Arpions estaba vestido de nuevo, se había puesto una levita negra, a penas un poco verdosa que un ropavejero vecino había consentido en alquilarle; el apache se disponía a hacer alguna visita de importancia, y por eso Pupú la Blecharde creía que una condecoración produciría un gran efecto.

Nib d'Arpions no quería, ni oír hablar de semejante impostura.

—¡Oh! ¡No quiero saber nada de eso! ¡Además no sería prudente! mira, lustrame las patas.

Se sentó al borde de una mesa y tendió Pupú sus dos piernas de palo.

Ella había tomado un trapo y humedeciéndolo con cera negra lustraba las piernas de Nib d'Arpions.

—¿Quién te dió la cera? — preguntó el lisiado.

—El de abajo... es con la que lustra las patas de sus caballos.

—¡Maravilloso! — contestó Nib d'Arpions

Sus piernas de madera brillaban. Sin embargo Nib d'Arpions tenía una pena.

—Es una desgracia — decía — que las redondelas de caucho se hayan salido... ¡Bah! esta noche, si me da por las grandezas me podré comprar dos patas nuevas!...

Reía satisfecho y Pupú la Blecharde tuvo una especie de gruñido de admiración:

—Ni que decir... — observó — esta noche si hay plata, tragaremos todavía más que anoche...

Luego llamó en alta voz:

—¡Eh Margot!... ¿todavía no has acabado?...

Una de las puertas de la casa, que se componía de tres piezas, se abrió y Margot apareció transformada de tal manera que no recordaba en nada a la del día anterior.

Los cabellos de la joven estaban esa mañana, peinados con sencillez; tenía una bata de tela a cuadros y una pollera negra, remendada, pero limpia.

—¿Tengo bastante aspecto de tonta así? — preguntó Margot.

Nib d'Arpions estaba tan admirado que comenzó a escupir en el suelo.

—¡Es posible! — decía. — ¡Sí estás como para ir a la iglesia!... Si se te confundiría con los santos del paraíso.

Margot se puso a hacer muecas.

—Mi respetable padre, creo que podemos dirigirnos hacia la salida.

Nib d'Arpions estalló en carcajadas:

"¡Mi respetable padre!" ¡Me llama así!... ¡Se necesita desfachatez!... ¿Oyes Pupú? A veces le da por las grandezas a la chica...

Pero Pupú la Blecharde parecía presa de gran cansancio.

—Bueno... váyanse de una vez... vamos.

—Sí... ya nos vamos...

El padre y la hija bajaron la escalera.

Pupú inclinada sobre la grasienta baranda les gritó una última recomendación:

—¡Eh! ¡No se gasten la plata por la calle!...

Entró otra vez frotándose las enormes manos, tan horrible en su alegría como lo era en sus cóleras.

Llegado a la calle de la Glaciere, Nib d'Arpions avanzaba rápidamente en compañía de Margot, a pesar de sus piernas de palo y sus muletas.

—Oye chica ¿Tomamos el ómnibus?

Margot dijo que "sí" con la cabeza.

Se miraba en todas las vidrieras, en todos los espejos que veía y cada vez que uno de ellos le devolvía su imágen se entusiasmaba.

—Mírame Nib... ¿sabes que estoy bien? Me tomarían por una trabajadora...

Nib d'Arpions aprobaba:

—¡Y yo parezco un antiguo servidor, el íntegro guarda bosques. ¡Bah!... ¡con tal de tener plata entre los dedos!...

El ómnibus los dejó, una hora más tarde, en los alrededores de la Magdalena.

Nib d'Arpions a despecho de sus piernas de madera caminaba rápidamente entre los numerosos vehículos de la calle Royale.

Se detuvieron ante un inmueble de bella apariencia, con una chapa dorada donde estaba grabada la palabra "Notario".

—¡Es aquí! — dijo Nib d'Arpions.

Empujando ante sí a Margot, le hizo una última recomendación:

—Si hablo mal me pellizcas ¿eh?

—¡Claro! — contestó Margot — entra.

Atravesaron el vestíbulo y pasaron una puerta con una chapa donde decía "Estudio".

Dos minutos después, un empleado, con aire de suficiencia, avanzó hacia ellos.

—¿Qué desean, mis amigos?

—Señor — contestó Nib d'Arpions saludando, mientras hacía una reverencia, — queremos hablar con el señor Truffaut el notario. Es a propósito de la pensión que vengo a buscar.

El empleado ni pestañeó. Se informó aún.

—¿Cómo se llama usted?

—Soy el antiguo guardabosques Durand — afirmó Nib d'Arpions y esta es mi pupila. ¡Saluda Margot!... perdón ¡Margarita!...

La joven saludó, luego el empleado pareció comprender bruscamente lo que querían los dos visitantes y les señaló unas sillas:

—Siéntense, el señor Truffaut los va a recibir en seguida.

Poco después fueron introducidos al despacho del señor Truffaut, el notario, Nib d'Arpions haciendo girar el sombrero entre las manos y llevando tras de sí, a Margot que había perdido gran parte de su seguridad, pues se sentía intimidada por el aspecto suntuoso de la habitación.

Nib d'Arpions comenzó a explicarse:

—Señor notario, es a propósito de la pensión que hemos venido... ¿Se acuerda usted, verdad? Aquí está la niña, está muy bien... pero a veces... si la plata... ha llegado... ¿podría dárnosla?...

Pero el señor Trufaut, un hombre de unos sesenta años, de rostro severo, de gestos precisos, interrumpió a Nib d.Arpions.

Siéntese Durand, — dijo — siéntese señorita.

Luego, buscando entre sus legajos una carpeta gris cubierta de multitud de inscripciones, el señor Truffaut, lentamente, declaró:

—Como ya le dije, Durand, he hecho llegar hasta quien debía su carta, o más bien dicho, su reclamación. No me ha sido devuelta, lo que prueba que ha llegado a su destino... sin embargo, no he recibido ningún fondo... por lo tanto...

—¡Imposible! — exclamó Nib d'Arpions.

Con un gesto rápido, el apache, se había levantado y parecía muy colérico.

—¿No han largado la plata? — preguntó.

Pero, un pellizco le recordó la orden, Nib d'Arpions cambió de tono:

—Señor notario ¿no tiene usted los 3000 francos?

Impasible, el señor Truffaut contestó:

—No he recibido nada, ningún dinero ha llegado. Creo que la persona que todos los años, le enviaba esa suma, ha cambiado de opinión, ya no podrá contar más con ese subsidio...

—¡Pero eso es asqueroso!

Nib d'Arpions se dejaba llevar por la cólera; de pie, gesticulando, sin tener en cuenta los pellizcos, señalaba a Margot.

—Porque al fin y al cabo, — explicaba — mire a la chica no está mal... Es juiciosa y virtuosa como una religiosa... Pero yo he cumplido mi deber y no es por decirlo pero soy un buen hombre... Me habían prometido una pensión para educarla, bueno si no la mandan son unos puercos!...

Esta vez, una sonrisa pasó por el rostro del notario:

—Mi pobre Durand, — declaró — yo soy también de su opinión; cuando se hace una promesa hay que mantenerla. Las personas de que usted me habla habían prometido una pensión, se la han enviado durante 16 años, puesto que la señorita tiene 16 años, me asombra pues que cesen tan súbitamente de enviarla... pero no puedo hacer nada.

—¿Y quién puede algo?... — interrogó Nib d'Arpions. — ¿La justicia?...

—No se puede hacer ningún proceso — contestó netamente el notario.

—¡Maldición!

Siempre en medio del estudio del señor Truffaut, Nib d'Arpions parecía poco dispuesto a irse e interrogaba aún.

—¿Y si escribiera de nuevo?

—Sería inútil...

—¿Y si me diera usted la dirección de esa gente?

Pero el señor Truffaut sacudió la cabeza.

—Primero el secreto profesional, — declaró. — me impediría que le comunique esa dirección si la tuviera. Además, no la tengo. Ya le dije que no conocía más que las iniciales y la indicación de poste restante... es a esas iniciales y a ese poste restante que he dirigido esa carta; ignoro, el nombre de las personas que todos los años le dirigían 3000 francos, no hay nada pues, que tentar por ese lado... Sin embargo, es posible que no se trate más que de un atraso... Pase por el estudio dentro de un mes, es todo lo que puedo aconsejarle.

El señor Truffaut se levantó, abrió la puerta y empujó suavemente, ante él a Nib d'Arpions y Margot quienes diez minutos después estaban en la acera de la calle Royale.

Naturalmente, estaban furiosos.

—¡Camellos! ¡Puercos! — gruñía Margot.

A lo que Nib d'Arpions replicó:

—¡Dime si no es una vergüenza... si no es cosa de canallas! ¡Todos los ricos son así! Uno se revienta por ellos y después te mandan a paseo.

Después de un momento de silencio, Nib d'Arpions añadió:

—Y que va a decir Pupú ¡maldición!...

Nib d'Arpions acababa de sufrir un rudo golpe.

Desde hacia diez y seis años, en efecto, Nib d'Arpions sacaba sus principales medios de subsistencia de una renta bantante misteriosa que cobraba en casa del señor Truffaut en campañía de Margot.

¿De dónde provenía esa renta? la cosa era fácil de explicar:

—Margot me fué confiada por gente de la alta, decía Nib d'Arpions. — No sé quien es ni me importa... pero lo que hay de cierto y seguro es que me mandan 3000 francos por año para educar a la chica y que debo recibirlos hasta que ella sea mayor...

Pero, parecía que ya no iba a ser más así.

Poco antes, efectivamente, Nib d'Arpions se había presentado en casa del notario, a la fecha fijada, pero había sabido que ningún dinero había sido enviado al señor Truffaut.

APRENDA CONTADOR EN 6 MESES

Tenedor de Libros en 4 meses — Enseñamos por correo, Dibujo, Idiomas, Farmacia, Química, Taquig. y 60 cursos más. Pida folletos y la 1ª lección de Taquigrafía GRATIS

UNIVERSIDAD AMERICANA

RIVADAVIA 1255 (Enseñanza por Correo) BUENOS AIRES

Nazenler

Siguiendo un consejo del notario Nib d' Arpions escribió entonces una carta de reclamación o más bien le hizo escribir, pues fué el señor Bonnard que vivía en la calle de la Glaciere quien amablemente le sirvió de secretario. Esa carta, el notario la había enviado... y Nib d'Arpions acababa de saber que no había llegado ninguna respuesta:

¡Por primera vez fallaba el dinero!

Nib d'Arpions perdió la cabeza.

—Pero que les pasará a esos tipos — repetía — que ya no quieren largar la plata?...

Ahora, el lisiado atravesaba la plaza de la Concordia, caminando con rapidez y gruñendo.

Margot que caminaba mal, pues llevaba zapatos alquilados al trapero y esos zapatos le hacían doler horriblemente preguntó:

—¿Qué, no se toma el ómnibus?

Pero ese simple pedido consiguió exasperar más aun a Nib d'Arpions:

—¿Te crees que tenemos plata para derrochar? ¡Ya se ha gastado bastante! Volvemos a pie...

—¿A pie? — contestó Margot. — Ni lo pienses Nib... ¡estoy embromada!

—¿Estás embromada? No vuelvas entonces...

—¿Qué te pasa Nib?

Nib d'Arpions, furioso, se detuvo:

—¿Qué me pasa? — aulló. — ¡Que si a ti te embroma, a mi también. Educarte ¡eso estaba bien con los 3000, pero ahora..., ahora ya no conviene... y ya lo sabes ¿eh?

El apóstrofe era tan virulento que dejó al principio a Margot muda de estupor, pero enseguida la joven se repuso.

—¿Cómo dices eso? — preguntó. — ...¡Ah! Durante diez y seis años soy yo quien he dado de beber a toda la casa, soy yo quien los engordó a todos... y el señor no está satisfecho todavía... ¡hay que ver!

—¡Sé lo que digo! — afirmó el lisiado.

Siguieron disputando así hasta la calle de la Glaciere. Pero, como Nib d'Arpions, en el momento de subir la escalera resbaló Margot exclamó lanzando el peor insulto que podía:

—¡Eh! ¡rompete el hocico!... Sería una suerte... estarías más asqueroso que un usurero...

Entonces Nib d'Arpions vió todo rojo. Se irguió bien que mal y blandiendo una de sus muletas.

—¡Más asqueroso que un usurero! ¿Dices que soy más asqueroso que un usurero? ¿Eso dices?

—Sí dije eso... y te digo que no te tengo miedo.

Quizá era cierto pero fué una tontería decirlo.

A despecho de estar lisiado, Nib d'Arpions era ágil, se precipitó sobre la joven la tomó del cuello y la arrojó al suelo y ayudándose de la muleta le dió una paliza formidable.

La cosa no acabó así; Nib d'Arpions era ágil pero Margot era fuerte. Aunque el lisiado, golpeaba de una manera terrible ella halló medio de darse vuelta y feroz le tomó la mano y la mordió hasta hacerle sangre...

—¡Sinvergüenza! — gritó Nib d'Arpions. — ¡Te voy a destripar!...

Golpeaba más fuerte aún. Y mientras se abrían las puertas y los inquilinos asustados acudían a ver que ocurría se oyó una voz chillona desde el sexto piso.

—¡Dejala, no la mates!... ¡no vale la pena! ¡Vamos sube!...

En la escalera había gran ruido; Pupú la Blecharde bajaba los escalones de a cuatro, llegada al lado de Nib d'Arpions le interrogó:

—¿Tienes la plata?

—¡No!

—¡Ah! ¡Canalla!

Pupú amenazó con el puño a Margot que tendida en el suelo lloraba y gemía débilmente.

—¡Canalla!... Haberla criado hasta ahora, para conseguir esto!...

Pupú sin embargo tomó a Nib d'Arpions del brazo:

—Ven — le aconsejó — ¡no vale la pena armar más barullo... arriba explicaremos.

La pareja subió. Prudentemente, los inquilinos habían entrado en sus casas; la pobre Margot quedó sola.

Primero la joven siguió sollozando. Nib d'Arpions la había golpeado como un bruto. Margot estaba dolorida, pero su dolor no era nada, comparado con su rabia.

Cuando sus sollozos se calmaron la joven se levantó, se sentó en la escalera y se puso a pensar:

—...Al fin y al cabo, es asqueroso... Vaya unos puercos... Hasta ahora se han comido toda mi plata... y cuando los otros no largan más, me quieren echar a la calle... ¡Yo me vengare! ¡ya van a ver!...

Estaba en eso, cuando una voz dulce, la interrogó:

—¡Como! ¿Es usted señorita Margot?... ¿Qué le pasa! ¿Llora usted?

Margot levantó los ojos. Ante ella una joven — una bella morena de diez y siete a diez y ocho años, de grandes ojos azules, de aspecto modesto, pero no desprovisto de elegancia, estaba de pie.

—¡Ah! señorita Annette — exclamó Margot. — ¡Me alegro de verla!... si ¡he tenido mucha pena!...

—¿Por qué?... ¿Qué le ocurre?

—Me acaban de pegar.

—¡Pegar! ¿Por qué?

—¡Es mi padre!...

—¿Su padre?

Annette quedó asombrada. ¿Era posible que un padre fuera capaz de castigar a su hija?

Ella que vivía mimada, adorada, al lado del excelente Bonnard, no podía admitir eso. Además cada vez que encontraba a Margot, una antigua compañera de escuela Annette se estremecía. Le parecía, al contemplar a su antigua compañera que contemplaba la desgracia en persona.

Su buen corazón, su generosidad natural, sufrían al ver que alguien era desgraciado a su lado.

Viendo que Margot, seguía llorando, Annette la interrogó le nuevo:

—¿Pero por qué, le han pegado? ¿Qué es lo que hizo?

—¡Es por ciertas cosas!... — contestó Margot sin comprometerse levantándose penosamente.

De pie, la hija adoptiva de Nib d'Arpions preguntó:

—¿Está su papá en casa, señorita Annette?

—Creo que sí... ¿por qué?

—Quisiera hablarle...

—Bueno, venga...

Los Bonnard vivían en el segundo pios.

Annete llevó a Margot a una pequeña pieza transformada en comedor y salita.

Todo estaba limpio, arreglado, todo respiraba la tranquilidad de un hogar honesto.

—Espere — propuso Annette — voy a llamar a papá, debe estar en su cuarto...

Bonnard, que era cobrador, estaba ocupado en hacer cuentas. Al entrar su hija se volvió:

—¿Eres tú, querida? ¿Cómo estás? Te noto un poco pálida hoy...

Pero Annette que había besado a su padre no contestó a las preguntas que él le hizo.

—Ven al comedor — dijo — está mi amiga Margarita, Margot ¿sabes? a quien conocí en el colegio... quiere hablar contigo.

Empujado por su hija, Bonnard se había levantado pero frunció el ceño:

—¿Margarita? — repitió. — ¿Qué querrá?... ¿es la hija de los de arriba, verdad?

—Sí, pero ven, que te espera...

Bonnard parecía vacilar cada vez más.

—No me gusta mucho — contestó, que te trates con esa niña, Annette... ya te lo he dicho...

—¡Oh papá! No es mala, y sufre tanto!... ¿Vienes?

Bonnard no pudo resistir mucho tiempo al pedido de su hija. Pasó al comedor.

—¿Qué puedo hacer por usted, hija mía?

—Señor Bonnard — dijo Margot que se había puesto de pie al acercarse el cobrador, — vengo a verlo por algo grave...

—¿Qué? Hable, la escucho...

—Bien, es por la carta...

—¿Qué carta?

—La carta que escribió usted para Nib d' Arpions.

—¡Ah! ¡Bueno!

Bonnard frunció el ceño. No le había agradado hacer de secretario de Nib d'Arpions, sin embargo, cuando éste le pidió ese favor no se negó pues tenía por principio que entre los pobres hay que ayudarse. Pero ¿qué quería Margot? ¿Qué iba a pedirle?

—Señor Bonnard, — explicó la joven echándose a llorar. — Nib d'Arpions es un canalla... Oígame... ¿usted entendió lo que decía esa carta?...

—No, pero como eso no me interesaba...

—Bien... Primero ¿firmó usted esa carta?...

—Naturalmente que no... fué su papá...

—¡Ah! ¡Muy bien... señor Bonnard, escúcheme...

El cobrador impacientado se encogió de hombros:

—Hija mía — dijo — estoy muy apurado y los asuntos de su padre no me conciernen.. Dígame pronto lo que desea.

Bonnard quería acabar la entrvista, pero Margot trataba de prolongarla.

—Señor Bonnard — explicó — yo no soy la hija de Nib d'Arpions! Soy hija de ricos. Nib d'Arpions me ha criado porque le daban 3000 francos por año. Ahora no pagan más, entonces él habla de echarme... y me ha pegado... Naturalmente yo quiero vengarme...

Cada vez más asombrado, Bonnard interrumpió aún:

—¿Qué quiere usted que yo haga? — preguntó. — ¡Si su padre no quiere tenerla más él está en su derecho!...

—Sí; pero yo también estoy en el mío yendo a buscar a la gente de la alta que mandaba plata a Nib d'Arpions y diciéndole que es un cochino... puedo hacer eso ¿eh?

Sin contestar, Bonnard hizo un gesto vago...

—Bueno — siguió Margot — he subido para preguntarle si en la carta que usted escribió estaba el nombre de esa gente...

Bonnad sacudió la cabeza:

—Escuche — le dijo — puedo afirmarle que no había ningún nombre, pero, además, aunque hubiera habido alguno yo no se lo diría. No quiero mezclarme en lo que no me importa... escribí esa carta por complacencia. eso es todo... y no quiero que me hable más de eso...

En el momento en que el señor Bonnard trataba de desembarazarse de Margot por las buenas, alguien golpeaba a la puerta de la casa.

Annette no había cerrado la puerta, a invitación del cobrador, entró alguien, que no era otro que el excelente Casimir.

—Señor Bonnard — dijo el soldado con voz en la que se notaba cierta molestia — vengo a pedirle un favor...

—A su disposición señor Goularon.. ¿qué desea?

Con la mano extendida Bonnard avanzó. Conocía desde hacía mucho tiempo al hermano del agente y le tenía por un buen muchacho y sentía gran simpatía por él. Casimir parecía sin embargo cada vez más molesto.

—Este... mire — dijo — uno de mis amigos, está enfermo, un buen muchacho... lo llevé a casa de Teodulo, de mi hermano...

—Ya sé — interrumpió Bonnard, — el portero me ha dicho eso...

—Bien señor Bonnard, el médico que acaba de salir me recomendó que le hiciera beber buen vino... Parece que tiene que tomar una copa a eso de las seis... y yo no tengo dinero, y Teodulo está de servicio hasta media noche... ¿Podría darme usted una botella de su viejo Burdeos?

—¡Pero ya lo creo!...

Bonnard se puso una gorra y dijo a Casimir:

—Le elegiré tres buenas botellas ¿quiere venir conmigo?

Los dos hombres se fueron, Annette y Margott quedaron solas.

—Margarita — dijo la hija de Bonnard.— ¡Siento pena por usted... ¿es verdad que no es usted hija de ese hombre horrible? Yo le tengo miedo, con su aspecto malvado... Annette unía las manos, pero Margot, pasando de un tema a otro le preguntó con curiosidad:

—¿Es cierto que hay un herido en casa de los Goularon?

—Sí la portera le dijo a papá..

—¿Vamos a ver?

—Imposible — contestó Annette — porque está en la casa del señor Teodulo...

Nazenler

retazos

la revista para la mujer

CELEBRA SU APARICION DISTRIBUYENDO
ABSOLUTAMENTE GRATIS

500.000 $

en valiosos premios y obsequios

PROGRAMA COMPLETO DE PREMIOS

10	Chalets y 20.000 $ en efectivo, 2.000 $ por cada chalet para la compra del terreno respectivo. Los chalets se entregarán por la casa TORTOSA HNOS. instalados y listos para habitar en cualquier punto de la República donde elija el favorecido	$ 75.000
10	Autos FORD. Modelo Fordor de Grand Luxe 8 cilindros 1932 ...	" 42.700

$ MIN. 507.700

Todos los premios serán entregados libres de flete y gastos a los favorecidos, en todo el territorio de la República, por el Expreso Villalonga

PIDA ESTE BONO EN TODOS LOS COMERCIOS DE SU LOCALIDAD

ESTE CONCURSO "RETAZOS" difiere notablemente de todos los realizados hasta hoy, en que no es sólo la posibilidad de obtener un gran premio el único incentivo para el público, sino la seguridad absoluta de un inmediato y valioso beneficio, ya que cada BONO, va munido de un cupón-obsequio de mercadería de marca conocida y acreditada, que se le entrega en el acto.

AHORA CON CADA BONO. UN PAQUETE DE CUARTO KILO DE YERBA "SALUS" Y UN PAQUETE DE "NAFTOL", EL FAMOSO JABON DE NAFTA EN ESCAMAS

CASSINI *en sus casas de Rosario, Córdoba y Santa Fé, obsequia a su clientela. BONOS del concurso "RETAZOS"*

Pero Margot no se daba por vencida.

—La puerta está entreabierta... Y la pieza está justo en frente. ..al pasar... podíamos mirar...

Margot ya estaba en la escalera; de mala gana, Annette la siguió.

Bajaron a la planta baja y las dos jóvenes pasaron ante el cuarto de los Goularon.

¡Que maravillosamente había previsto las cosas, Margot!

Casimir no había cerrado la puerta, que estaba entreabierta y se veía acostado en su cama al pobre de Mareuil que, hundido en una especie de somnolencia, gemía débilmente.

Al verlo, las dos naturalezas diferentes de ambas jóvenes se pusieron de manifiesto.

Curiosamente, Margot consideró al herido:

—¡No es farsa! — declaró. — ¡Cuando uno se queja así no es de gusto!... Seguro que se va a morir, este tipo...

Al mismo tiempo, la dulce y bella Annette unía sus manos:

—¡Qué pálido está! — murmuró.—¡Dios mío! ¿sufrirá mucho? ¡Oh! ¡Que enfermo parece!... ¡me da miedo!... ¡Con tal que se cure!...

Y observando silenciosamente, Annette, notó que el herido tenía manos blancas, manos finas y que su rostro, de palidez de cera, resaltaba, admirablemente bello, sobre la blancura de las almohadas.

¡Bello! ¡si, por cierto! pero enérgico y voluntario también...

VII

¡MUERTO O VIVO!

Mientras estos acontecimientos ocurrían en París, una conmovedora y dolorosa ceremonia se desarrollaba muy lejos, en Lorena.

A mediodía, un claro sol de primavera iluminaba el campo; una multitud dolorida y en recogimiento, se hallaba reunida en el pequeño cementerio del pueblo de Ancy-sur-Moselle.

Los sepultureros acababan de arrojar las últimas paladas de tierra; terminaba una ceremonia fúnebre, mucha gente lloraba, gente humilde y sincera, honrados campesinos...

Efectivamente acababa de procederse al sepelio muy sencillo, según el deseo manifestado en el testamento de la señorita Genoveva de Brevonnes, la desgraciada mujer asesinada, en las trágicas circunstancias que habían emocionado a todo el país, pocos días antes.

El cortejo había sido conducido por el solo y único pariente que se conocía en la región, el profesor Hans Berg.

El personaje, que inspiraba a la vez inquietud y respeto, por su fisonomía grave y solemne, se preparaba ya a retirarse.

Había estrechado la mano del pastor que había celebrado la ceremonia religiosa, y le expresaba en voz baja su agradecimiento.

Luego, el profesor Hans Berg, después de inclinarse profundamente ante la tumba dió vuelta y con paso vacilante se dirigió a la puerta del cementerio.

Se le dejaba ir solo, por temor de turbarlo, por deferencia también.

Los familiares del pueblo le saludaban ceremoniosamente.

Hans Berg sin embargo, pasaba sin ver nada, abismado en su dolor.

Dió vuelta hacia la derecha y se dirigió a un hombre que modestamente se mantenía apartado.

Era un personaje característico, a quien no se veía una vez sin conservar el recuerdo de su silueta robusta y su cuerpo rechoncho.

Era un hombre de treinta y cinco a cuarenta años, de rostro enérgico, cuadrado, de cabellos rojos, pero de un rojo ardiente. cuando el señor Berg se acercó a él se empezó a murmurar su nombre entre la multitud:

—El señor Wolff inspector de policía de Matz.

Era él en efecto, era ese policía quien primero había descubierto el asesinato de Genoveva de Brevonnes y que por sus rigurosas deducciones había llegado rápidamente a la culpabilidad de cierto sobrino de la víctima, el oficial francés, Frederic de Mareuil.

El señor Hans Berg había ido a su encuentro tendiéndole las manos y con voz quejumbrosa dijo, bastante alto para que los demás pudieran oirlo:

—Quiero, señor Wolff, agradecerle públicamente lo que ha hecho por mi pobre familia. Desde hace unos días se ha dedicado devotamente a nosotros, le estoy muy agradecido...

—Señor profesor — declaró el policía irguiéndose — no soy más que un modesto inspector de la policía, pero tengo conciencia de mi deber, mientras que usted va a reposar un poco, a recogerse en su dolor, yo continuaré las investigaciones y me entregaré en cuerpo y alma, hasta que la justicia haya sido hecha...

Parecía muy emocionado ese señor Wolff y sus enérgicas palabras agradaron a la multitud que las subrayó con un murmullo aprobador.

Familiarmente, el señor Hans Berg tomó del brazo al policía, interrogándolo:

—¿Vuelve a Metz, señor Wolff?

—Sí, señor profesor.

—Es muy lejos y ya es tarde ¿me quiere hacer el placer de almorzar conmigo?

El policía, vaciló y balbuceó:

—Sería indiscreto, un día como hoy...

Pero, a los dos hombres que hablaban, se había unido un tercero, era el pastor que había oficiado. Oyó la conversación y aconsejó al señor Wolff.

—Acepte, su presencia distraerá a nuestro amigo... debe tener necesidad de distracción.

Y levantando la mano con un gesto de bendición, el pastor añadió.

—¡Que la paz sea con los hombres de buena voluntad!...

Wolff bajó la cabeza con aire de recogimiento, luego declaró simplemente:

—Entonces, señor Hans Berg ya que es así, acepto...

El profesor vivía en una casita rodeada de un jardín elegante y confortable, al extremo del pueblo de Ancy-sur-Moselle.

Cuando atravesó la verja del jardincito con su compañero, ambos sintieron el buen olor de choucroute que salía de la ventana abierta de la cocina.

Llegaron al interior de la casa, pasaron al comedor, donde, una joven sirvienta acababa de poner la mesa.

—Un plato más, Gretchen, — ordenó el señor Berg y señalando a su compañero, añadió: — El señor come conmigo.

Se instalaron uno frente a otro, en una pequeña pieza gótica; sobre la mesa había un mantel a cuadros rojos y blancos, que alegraba un poco, con su color vivo la oscuridad de la pieza.

Los dos hombres se sentaron, mientras la sirvienta con gran precaución, colocaba ante ellos una gran fuente de choucroute, dorada, adornada con una guirnalda de salchichas coloradas y papas hervidas.

Largas tajadas de jamón cubrían la fuente y los dos hombres, instintivamente lanzaron al sabroso plato miradas llenas de cariño.

La sirvienta estaba de pie al lado de la mesa; ella también despedía olor a comida, el señor Hans Berg la miró luego con gran conmiseración le dijo:

—Pobre muchacha, es tarde, no espere que acabemos de almorzar.

Y el profesor tomando un cubierto hizo una gran división en la choucroute que sirvió a la doméstica.

—Llévese esto, — dijo, — y coma, nosotros nos serviremos.

Gretchen agradeció y se alejó con su plato que de tan lleno desbordaba.

Sin embargo el profesor Berg lanzó un profundo suspiro:

—Yo no tengo apetito...

Pero la sirvienta apenas se había retirado, cuando el policía Wolff dijo en voz alta:

—¡Me muero de hambre!

Berg se estremeció instintivamente y miró la puerta del comedor. Viendo que estaba cerrada, dijo a su vez:

—Yo también señor Wolff, me siento el estómago en los talones, pero no lo digo ante la gente...

Reinaba ahora el silencio. Los dos hombres comían y de vez en cuando hacían honor a la exquisita cerveza.

—¡Excelente! — dijo el señor Wolff haciendo chasquear la lengua. — ¿Es de Munich verdad?

—No — profirió el profesor Hans Berg — la Munich no es transportable...

Y explicó a su invitado que hacía venir esa cerveza tan deliciosa de una cervecería cercana. Añadió con aire misterioso.

Tengo algo mejor aún.

El profesor se levantó, abrió un aparador cerrado con llave y sacó una botella larga y delgada que colocó sobre la mesa con grandes precauciones.

Los ojos de Wolff se iluminaron.

—¡Oh! — dijo. — ¡Vino del Rhin!...

—Sí — dijo Berg — es un Liebfraumilch 1893, se lo recomiendo.

El huésped abrió la botella, sirvió el vino en altas copas:

Luego los dos hombres instintivamente brindaron.

—¡Liebefraumilch!... la mujer amada ¡Qué bello nombre!

Luego, de pronto, el policía se echó a reír.

—La mujer amada... la pobre desgraciada ya no beberá más...

El profesor Berg pareció anonadado al oír eso, mientras Wolff mirándolo bien de frente dijo:

—¡Ah! mi querido profesor, me divierte usted.

—¡Cállese! por favor — murmuró Berg, — podrían oírnos...

Wolff bajó el tono de su voz y con ironía declaró:

—No tema,, las puertas están cerradas y su sirvienta come choucroute sin ocuparse de nada más... estamos tranquilos, charlemos.

Berg frunció el ceño, sin embargo balbuceó palideciendo ligeramente:

—Bien sea.

Wolff apoyó los codos sobre la mesa y siguió:

—Por la muerte de su parienta, señor Berg es usted rico... le llega una fortuna... mis felicitaciones...

—¡Oh! — profirió el profesor levantando los ojos al cielo. — Es evidente que el azar hace bien las cosas, a veces...

Wolff guiñó los ojos:

—Se bautiza usted de una manera extraña — dijo.

—¿Qué me quiere decir? — interrogó el profesor Berg.

—Quiero dcir — prosiguió Wolff que se había puesto serio — que lo he entendido... adivinado hace tiempo... y que usted lo ayudó singularmente...

El profesor se puso lívido.

—¿Ayudado qué? ¿qué?

Wolff prosiguió:

—Al azar ¡vamos! No se haga el imbécil... usted sabe de qué quiero hablar.

Y como el profesor tratara de hacer un gesto negativo, con tono autoritario, Wolff ordenó:

—Vamos profesor Berg — ya hemos bromeado bastante, ahora hablemos en serio. Reconozco, mi querido señor — dijo — que el asunto fué muy bien llevado... hace tiempo que usted me había puesto al corriente de sus proyectos de matrimonio... yo no me fiaba mucho del amor de usted...

Sin embargo, no eran los encantos de su prima los que lo atraían sino más bien, su dinero. Yo sabía que ella no quería saber nada con usted, tenía sentimientos demasiado francófilos para eso... ¡era preciso entonces que usted entrara en posesión de su dinero sin necesidad de casarse!

Hans Berg seguramente se hallaba extraordinariamente sorprendido pues parecía no entender nada. ¿Era que representaba maravillosamente bien la comedia?

Sin embargo no podían leerse sus sentimientos sobre su rostro.

—¿Entonces? — dijo Berg muy dueño de sí mismo.

—¡Entonces! — declaró netamente Wolf he ahí lo que yo pienso, lo que creo que usted ha debido hacer...

Usted. resolvió que su prima desaparecie-

Nazenlar

ra de este mundo... la cosa era delicada, la muerte de su pariente no bastaba pues, no era usted su heredero directo... ella tenía un sobrino, y un sobrino francés, oficial de dragones, ese Frederic de Mareuil... ¿cómo hacer para desheredarlo?... No había más que un medio; entenderse con él para que cometiera el crimen.

Berg protestó con un gesto formal.

—Apenas conozco a Frederic de Mareuil... hace más de diez años que no lo veo y jamás he convenido nada semejante...

—Lo sé — interrumpió Wolff. — Es una hipótesis... No, usted se dijo otra cosa, señor Hans Berg, y eso muy súbitamente, cuando, hace unos días, ese oficial francés se atrevió a atravesar la frontera y venir aquí sin autorización.

En ese momento, usted se dijo:

"Si por casualidad, Genoveva de Brevonnes fuera asesinada, nada sería más simple y más fácil que hacer creer que el autor del crimen no es otro que su sobrino y heredero". Usted convino todo su plan, para que todo se ligara contra él y para que lo tomaran como culpable.

Y eso ha resultado bien ¡que lo sea o no Frederic de Mareuil pasa hoy por el asesino de su tía!

El profesor Hans Berg había escuchado al policía abriendo los ojos con estupefacción. En lugar de defenderse de la acusación que se hacía contra él, contestó:

—Es maquiavélico, Wolff lo que usted imagina, tan maquiavélico que me pregunto...

—¿Qué? — interrumpió Wolff clavándole una mirada de acero.

Quizá Hans Berg iba a hacer una formidable acusación contra el policía, y no se atrevió, balbuceando simplemente:

—Me imagino que para concebir tan bien lo que ha debido pasar, debe usted, en este momento conocer muy bien al asesino.

—No — dijo Wolff sombríamente, después de un rato de silencio, — yo bromeaba cuando insinué que era usted.

Prosiguió con claridad.

—Poco importa además; la muerte de su desgraciada prima ya es un hecho irremediable... nadie puede resucitarla... ¡entonces hay que aprovechar!...

Parece que por el momento el señor de Mareuil no es el heredero de su tía puesto que es el asesino oficial; parece igualmente que es usted quien va a tener la fortuna de la señorita Brevonnes... ya había usted pensado en ello.

—Perdón — dijo el profesor Berg que miraba a su interlocutor con ojos espantados — pero no entiendo nada de lo que usted me dice... o más bien, temo comprender...

—¡Oh! — dijo Wolff fríamente — no trato de disimular con usted: usted me va a interesar en la herencia de su tía... y entonces todo irá lo mejor del mundo...

Hans Berg bruscamente, saltó sobre Wolff

—Es usted un miserable — aulló — no sé que me retiene a no echarlo de aquí, a decir a sus jefes el innoble negocio que usted me propone.

—Yo — dijo Wolff con aire de burla — yo sé perfectamente lo que lo retiene; primero, el deseo de obtener la herencia de su parienta... aún reducida en la parte que me va a corresponder y luego porque si pretende acusarme de cualquier cosa, yo tendré todos los elementos necesarios para perderlo a su vez irremediablemente...

El profesor Berg se levantó como un loco corrió a la puerta del comedor para asegurarse que estaba cerrada, luego a la ventana, constató que no estaba abierta, y después, deteniéndose ante Wolff interrogó de nuevo:

—¿Qué es lo que sabe usted?

Wolff sonrió y no contestó en seguida, acababa de llenar su pipa, una gran pipa de porcelana, la encendió lentamente, luego respondió:

—Sé señor profesor Berg, que está usted afiliado a ciertas personas que hacen operaciones ilícitas, prohibidas por la ley; por ganar dinero, es usted un hombre dispuesto a todo, y aprovecha usted el haber entrado en la escuela de artillería de Metz donde es profesor no sé de qué, para robar documentos que entrega a los agentes de espionaje francés...

Berg iba a protestar pero el inspector Wolff le impuso silencio.

—No trate de negar Berg, estoy al corriente, mi oficio así lo requiere, me basta sólo una hora para perderlo irremediablemente y hacerlo enviar hasta el final de sus días a las prisiones de Silesia...

Berg que estaba lívido balbuceó:

—¡No hará usted eso Wolff! ¡No lo hará usted!

—No — contestó el policía — más vale por eso entendernos y ponernos de acuerdo.. Usted piensa bien; yo no me intereso en su herencia eventual, por el sólo hecho de ver mejorar su existencia; es preciso que yo tenga mi parte de la fortuna; quiero cinco millones.

—¡Es una enormidad! — exclamó Berg.

—Es suficiente — profirió Wolff, que después de dirigir una mirada a la botella de vino del Rhin, llenó las copas hasta el borde.

—¡Bebamos! — dijo a Berg.

Y solemnemente Wolff exclamó:

—¡A la salud de Su Majestad, el emperador de Alemania!

Maquinalmente Berg levantó su copa.

—A la salud... — repitió.

Pero se detuvo:

—Me parece — murmuró el profesor — que blasfemamos y que si el emperador supiera lo que combinamos no se sentiría muy halagado.

Wolff se encogió de hombros:

—Sin duda pero... él no lo sabe... ¡Y es lo esencial!

Añadió:

—Además mi querido Berg tenemos que hablar aún... el asunto es más complicado de lo que parece... Usted sabe bien que desde el deceso de su tía, yo me he ocupado de ello, informado...

He visto al presidente del tribunal a quien he hecho hablar sin que él se diera cuenta. Ocurre esto: la justicia vacila en entregarle a usted la herencia de la señorita de Brevonnes.

—¡Oh! — dijo Berg súbitamente fastidiado: — ¿Por qué?

—Por que — dijo — Wolff se quiere tener la seguridad de que el asesino acreditado, oficial, es decir el señor de Mareuil ha muerto realmente... Pues si los diarios de Francia han anunciado su fallecimiento, se duda aquí, pues su cadáver no fué hallado... esto no es gran cosa; pero según mi opinión hay un hecho más complicado todavía; el tribunal no se inquieta por ello, pero yo me preocupo.

—Hable Wolff, — insistió Berg.

Es este: el asesino verdadero de Genoveva de Brevonnes fué visto en su casa, en el mismo cuarto del crimen, hay un testigo que, espontáneamente lo declaró por carta... es un francés que volvía de Francfort a París y que, pasando en el tren vió claramente la ventana de la víctima y el asesino... ese hombre acaba de escribir al presidente del tribunal para declararle eso.

—No lo conozco aún — dijo Wolff — sé solamente que se llama Bonnard, vive en París... pretende que si lo ponen frente al individuo que vió en casa de Genoveva de Brevonnes, lo reconocerá entre mil...

—¿Y qué? — dijo Berg que no entendía nada.

—¿Y qué? — exclamó Wolff impacientado — que si ese hombre dice la verdad, cuando venga a declarar aquí, se verán obligados a escucharlo,... y eso podría ser perjudicial. Si por ese testimonio se establece, no la culpabilidad del asesino, sino que de Mareuil no es el verdadero asesino, y que en consecuencia puede heredar, nosotros nos quedamos sin nada... ¿comprende usted ahora?

Berg se había dejado caer en un sillón y con la cabeza entre las manos reflexionaba.

—Comprendo, comprendo — articuló, — pero ¿cómo hacer?

El profesor parecía desesperado; Wolff le dijo desdeñosamente:

—¡Oh! no es realmente la imaginación lo que le sobra, pero por suerte yo estoy aquí...

Se acercó al profesor y poniéndole la mano sobre el hombro con ademán protector prosiguió:

—Bien, tengo mi plan y es éste... por una parte debemos hallar a de Mareuil vivo o muerto a fin de quitarle los escrúpulos al presidente del tribunal; por otra parte el testimonio de ese Bonnard que pretende haber visto al asesino, que cree, como todo el mundo que el culpable es de Mareuil, debe ser utilizado tal como es... pero es preciso que Bonnard no pueda venir a confirmar verbalmente el testimonio de su carta pues entonces de Mareuil sería considerado inocente y declarado heredero.

El profesor Berg levantó la cabeza y miró a Wolff con admiración.

—Me doy cuenta en efecto — dijo — que usted tiene razón pero ¿qué va a hacer?

Wolff que había acabado de fumar su pipa sacudió las cenizas en su plato.

Miró el reloj.

—Mi querido Berg — declaró — debo dejarlo, volver a Metz de donde partiré para París... en cuanto a usted quédese aquí, tranquilamente, siga haciendo delante de todos demostraciones de desesperación.

Wolff sonrió mirando al profesor:

—¡He! ¡he! creo que el disimulo es una cosa fácil para usted, usted representará muy bien la comedia, señor Berg... el papel de Tartufo le conviene a maravilla.

Berg levantó los brazos al cielo:

—Por favor Wolff, basta de bromas...

Wolff se puso serio.

—Tiene usted razón — dijo — no debo perder tiempo. — Hasta pronto.

....

—¿Iré a mi casa? ¿iré al hotel? ¿Seré un honrado comisionista? ¿o un jovial empresario? Veamos lo que debo hacer.

El policía Wolff acababa de bajar del tren que lo llevaba de Metz a París; estaba en el andén de la estación del Este, a las cinco de la mañana.

A pesar de la noche pasada en el tren, Wolff se sentía ágil y rechazó la ayuda de un changador, que quería sacarle la valija, pues Wolff era económico. y llegado al exterior de la estación hizo señas a un coche.

Al mismo tiempo que subía dijo al cochero:

—Calle Saint-Lazare, hotel Moderno.... Decididamente — se dijo Wolff instalándose en el vehículo — seré empresario.

Llegó al hotel Moderno, donde era conocido. Lo tomaban por un belga, empresario teatral; Wolff como policía experto que era, tenía en París, lo mismo que en Alemania, varios domicilios.

Era agente de la Seguridad, dependiendo oficialmente de la policía de Metz pero se ocupaba sobre todo de dirigir el servicio de espionaje civil y militar organizado por las autoridaeds alemanas en Francia.

Era ese su principal papel; del otro lado del Rhin se tenía en Wolff una confianza ilimitada; se conocía su audacia y su habilidad, se preveía para él el porvenir más grande en el servicio de la policía secreta.

—Es — decían los jefes — un segundo Stieber...

Wolff tomó una pieza, era muy temprano para pensar en salir, se acostó y durmió.

A las tres de la tarde, completamente reposado el policía salió del hotel a pie y se dirigió, con paso tranquilo, mirando todos los negocios hacia el boulevar Malesherbes.

Wolff llegó ante un suntuoso edificio situado frente a la iglesia Saint Agustin; sin preguntar al portero, pasó por el vestíbulo y subió la escalera. Llamó a una puerta del tercer piso.

Un mucamo de librea acudió a abrir.

Wolff lo interrogó:

—¿Recibe la señora princesa?

El valet se inclinó:

—La señora princesa nò recibe... pero si el señor tiene la bondad de entrar, la señora lo recibirá seguramente.

Wolff bajó la cabeza con aire satisfecho.

—Decididamente — se dijo — mis agentes son bien educados y éste para sus comienzos no es nada torpe...

Wolff había sido introducido a un salón suntuosamente amueblado, de elegancia refinada, y de un gusto delicado.

El policía se instaló en una butaca del más puro estilo, sin prestar la menor aten-

ción a lo que le rodeaba, se pasó el pañuelo por la frente.

Al cabo de un rato se abrió una puerta y dió paso a una joven de silueta elegante y distinguida.

Era rubia, de cabellos de color oro pálido, de rostro pálido y ojos brillantes.

—¿Usted? — exclamó al ver a Wolff, — que no se movió del sillón.

—Sí, yo — dijo Wolff que, afectando un aire de corrección respetuosa dijo:

—Sí, princesa Naleska, si querida Regina, soy yo... el Patrón!

Había pronunciado la última palabra con énfasis y solemnidad.

La princesa Naleska, pues era ella, en efecto, la mujer que pocos días antes había tenido el extraño encuentro con Frederic de Mareuil en el rápido de Lorena, se estremeció:

—¿Qué quiere usted? — interrogó secamente.

Sumisa sin embargo, pues Wolff acababa de lanzarle una mirada autoritaria, la princesa se sentó en un diván a su lado.

Wolff entonces declaró:

—Quiero detalles...

Y añadió:

—¿Qué es del último asunto? ¿Los planos de la Defensa móvil de París?...

La princesa Naleska bajó la cabeza con nerviosidad.

—No sé — dijo — yo no me ocupé de "eso".

Sin embargo palideció:

Wolff la miró fijamente, no pareció muy convencido con la declaración de la joven, pero no quiso demostrarlo y se excusó hipocritamente.

—Le pido disculpas, creía que usted se había encargado de "eso" pero no importa..

Se había acercado a la joven y su mirada de acero se clavaba en sus ojos.

—Regina — dijo articulando sus palabras — es preciso que yo sepa donde se oculta Frederic de Mareuil...

Regina se apartó un poco.

Pero Wolff avanzando repitió:

—¿Dónde se oculta de Mareuil?

La princesa evitaba la mirada del policía.

—No sé... — contestó — no lo sé...

Suavemente Wolff apoyó su velluda mano sobre el antebrazo de la joven que tembló al sentir el contacto.

—Vamos, vamos — siguió el policía — no trate de engañarme Regina, vamos... usted entró en Francia en el mismo tren que de Mareuil.

La princesa miró a su interlocutor con ojos asustados:

—¿Cómo sabe eso?

Wolff se encogió de hombros:

—¡Es infantil! Yo mismo la acompañé al tren en Metz; sabía que usted estaba en el expreso 412, y ese tren fué detenido cerca de Montigny, debido a la ruptura de un disco obra de de Mareuil, se entiende... después del paso de ese tren, se encontró en la estación de Noveant un capote y un casco robados al pobre Karl Roumann por el canalla francés... ¿me va usted a hacer creer ahora que no lo encontró?

La princesa parecía que vacilaba en contestar, balbuceó esforzándose en ser amable:

—Es usted extraordinario Wolff, usted lo sabe todo...

El policía, después de sentirse halagado quedando un momento en silencio, prosiguió:

—Si no fuesen más que esas cosas, el oficio sería fácil...

Además, prosiguió, amablemente — yo no soy el único que tengo habilidad y debo felicitarla por la forma como dió el golpe de los planos de Metz en el castillo de Brevonnes.

La cómplice del policía, la misteriosa princesa que parecía depender, en efecto del jefe de espionaje alemán nada contestó.

Pero Wolff de pronto, volvió a su primer tema, frunció el entrecejo y con vóz nerviosa articuló:

—Todo iba bien y tuvimos a de Mareuil pero se nos escapó. ¡Ah!... esas son cosas que no se perdonan y de las que nos vengaremos... le juro Regina que tendré su piel, es para mi una cuestión personal.

El tono del policía, se hizo vibrante; se sentía que experimentaba un odio irreductible hacia ese adversario, a quien jamás había visto.

Más tranquilo insistió en saber:

—Veamos Regina, creo que usted no habrá permanecido inactiva durante el viaje; la presencia del teniente de Mareuil en el tren no habrá pasado desapercibida a sus ojos; y usted se habrá arreglado para que él le hiciera la corte ¿eh?...

La princesa Naleska no contestó nada.

Wolff se enojaba:

La tomó de la muñeca, interrogándola bruscamente:

—Bueno basta ya ¿lo encontró si o no?

—¡No! — articuló claramente la princesa Naleska.

Wolff cambió de color; estaba colérico pero no quería demostrarlo.

—¡Tanto peor! — dijo en tono glacial, — sin embargo esperaba que hubiera sido así.

Se levantó y tomó el sombrero:

Cuando iba a irse, y la joven inquieta lo seguía con los ojos, declaró:

—Esto, Regina, es la gota de agua que hace desbordar la copa... desde hace un tiempo he notado que usted pone menos asiduidad a efectuar su tarea... está usted vacilante, distraída, poco trabajadora... nosotros necesitamos agentes enérgicos y audaces, tengo pues el disgusto de informarle que no necesito más sus servicios...

Saludó ceremoniosamente e iba a salir cuando la princesa lo llamó:

—¡Wolff! — suplicó — ¿Es esa su última palabra?...

—Usted sabe que tengo un vencimiento muy elevado mañana a la mañana, usted me prometió diez mil francos ¿los trae?

Wolff se golpeó el pecho:

—Aquí están — dijo — con otros veinte mil que pensaba darle, si tenía los informes que yo venía a buscar...

—¡Dios mío! — dijo la princesa que se torcía las manos. — ¡Dios mío! Wolff me tortura usted... deme ese dinero a condición, adelántemelo.

(Continuará)

Raúl de Lancaste

(Continuación)

TUS dudas están fuera de razón — dijo Nicasia.

—Soy pobre, ella es rica — respondió Martín.

—La conoces demasiado y sabes que mira con desdén las riquezas.

—Me falta un nombre — murmuró fríamente Martín.

—No he de convertir a Da. Inés en mi manceba — añadió Martín; — y si ella, ciega por la pasión, se olvida de todo y se casa conmigo, algún día tendrá que arrepentirse

—¿Por qué?

—Si el cielo nos da un hijo, que sucederá?... ¡Oh!... Nuestro hijo no podrá decir su nombre, tendrá que bajar la frente ante el mundo... No, madre mía, doña Inés no puede ser mi esposa. Cuando dejéis de existir quedaré solo en el mundo, enteramente solo... ¡Para vivir solo he nacido!

Estas palabras las pronunció Martín con una amargura desgarradora.

—¡Hijo de mi alma! — exclamó Nicasia abrazándolo y cubriéndolo de besos, como si así quisiera hacerle olvidar sus desgarradoras ideas.

Bien pensado, la situación era para Martín muy poco menos triste que antes.

—Tal vez — dijo después de algunos segundos — mi desgracia podría remediarse; pero...

—¿Cómo?

—¿Quién es mi padre?... Decídmelo, que tal vez yo consiga lo que vos no habéis podido conseguir.

Estremecióse la anciana y replicó:

—No puedes saberlo.

—Pero ¿por qué?

—Supón que tu padre ha dejado de existir.

—Mi padre vive, estoy seguro de ello.

Nicasia calló.

—Madre mía — añadió el mancebo con ternura, — os lo suplica vuestro hijo...

—Basta, basta...

—Decidme quién es mi padre...

—Imposible.

—¡Ah!...

—¡Imposible, imposible! — dijo resueltamente la desdichada madre.

Estas mismas palabras se habían cruzado muchas veces entre la madre y el hijo.

Martín, como siempre le sucedía, se desesperó y sufrió horriblemente.

¿Por qué se negaban a decirle quién era el hombre que le había dado el ser?

Todos le respondían lo mismo cuando hablaba de su padre, todos, hasta el comendador Quiñones.

Y como el carácter del mancebo no se prestaba a sufrir con paciencia semejante situación, acabó por decidirse a recurrir a la astucia.

Empero ésta no debía darle mejor resultado.

El secreto que tanto anhelaba conocer debía ignorarlo siempre.

Nicasia habló nuevamente de la viuda; pero Martín respondió examinando los inconvenientes que había para que se realizasen sus deseos.

Su alegría debía ser bien pasajera, tan pasajera como la luz del relámpago.

Como había dicho muy bien, no veía en lo porvenir más que a su madre, y después que ésta dejase de existir, la soledad, el aislamiento más triste y más espantoso.

Además de los inconvenientes de que él hablaba, otro había que no era menos importante.

Estaba perseguido y, con razón o sin ella, se le consideraba criminal.

¿Cómo había de casarse?

¿Debía unirse a doña Inés para ofrecerle los horrores del ostracismo?

AVENTURAS DE
NOTICIA SENSACIONAL
El hombre salvaje de Borneo que se escapó de su jaula está aterrorizando a la población. La policía, con ametralladoras, gases lacrimógenos y motocicletas acorazadas está lista para reducir al espantoso bruto. Parece que Barnigugli está atrincherado en la despensa de su casa y que Fortachún no se atreve a salir a la calle por temor a enfrentarse con la temible bestia humana
1
YO ESTOY CANSADO DE ENCIERRO. HOY VOY A DAR UN PASEO POR EL CENTRO. ¡QUE EMBROMAR!
VEA, SEÑOR BARNIGUGLI YO LE ACONSEJO QUE NO SALGA A LA CALLE
2
¡EH! ¡CUIDADO! ¡SALVESE EL QUE PUEDA! ¡AHI VIENE EL HOMBRE SALVAJE DE BORNEO!
5
¡CALMESE, BARNIGUGLI! AHORA VERA QUIEN ES FORTACHUN
6
9
10
© 1952, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved

BARNIGUGLI por Debeck
¿NO SE ARREGLA, BARNIGUGLI?
CHE, FORTACHUN; ¿SABES QUE NO SE VE UN ALMA POR LAS CALLES?
AVISO
¡A los niños! A las señoras y señoritas! A todo el vecindario! ¡Atención! ¡Se les avisa que no salgan de sus casas, hasta que no haya sido capturado el hombre salvaje de Borneo que anda suelto por la ciudad
¿HAS VISTO POR QUE NO HAY GENTE EN LAS CALLES? ¡AHORA SI QUE ESTAMOS EMBROMADOS!
¿? ¿?¿?
GRRR GRRR
¡QUE TRIUNFO, CHE, QUE HEMOS TENIDO! LOS DIARIOS DICEN QUE ERES UN HEROE, FORTACHUN
TENGA PACIENCIA, SEÑOR FORTACHUN. EN UN PAR DE DIAS ESTARA PERFECTAMENTE BIEN

No; esto era demasiado triste, demasiado negro para ofrecerlo a la persona amada.

Sin embargo, como el amor con nada transige, como es implacable el aguijón de nuestras pasiones, Martín no se decidió en seguida a renunciar para siempre a la mujer a quien tanto amaba.

Después de meditar quiso consultar con Jorge.

Ambos solían entenderse bien, y las opiniones del flamenco tenían para Martín mucho valor, lo cual a primera vista, parecerá bastante extraño.

¿Qué debía suceder?

Pronto hemos de verlo, porque esta situación toca a su término.

Capítulo CI

UNA PROPOSICION EXTRAÑA

El rey, como los días anteriores, parecía no ocuparse más que de la gravísima cuestión objeto de asiduos trabajos de todos los historiadores que han florecido desde aquella época, o lo que es lo mismo, de la causa que debía formarse al desdichado príncipe don Carlos.

El comendador había cambiado también de conducta, y ni se presentaba en palacio con tanta frecuencia, ni se dejaba ver de nadie más que de Martín, a quien parecía haber cobrado un especial cariño.

Esto no hubiera sido comprendido por nadie; pero nosotros nos lo explicamos perfectamente, porque creemos que la conciencia del severo Quiñones había empezado a despertar desde la noche inolvidable en que habló con su desgraciada hija en el panteón de San Justo.

Aquel hombre enérgico y cuyo valor había sabido resistirlo todo, estaba, por lo menos en apariencia, completamente agobiado. Su frente se inclinaba constantemente sobre el pecho, como si le fuera imposible soportar el peso enorme de sus recuerdos espantosos.

Sin embargo, nada había hecho que probase estar arrepentido o indicase que empezaba a reconocer sus antiguos errores, nada más que retraerse de todo trato. Ni había intentado hacer nada en favor de la hija, ni pensado siquiera que aun gemían en un calabozo y por espacio de más de un año las víctimas primeras de su horrorosa intriga, porque el lector no habrá olvidado que la dueña de doña Luz y el pobre Fernán fueron presos la misma noche que milagrosamente se salvó Raúl con su inocente hijo, y aunque la dueña no inspire interés, porque algo más que un encierro merecía, el antiguo sirviente era digno de compasión y de más fortuna.

En cuanto a don Juan, en su nueva situación, no hay que decir que sólo se ocupaba de los preparativos para su boda, si bien es verdad que habría pensado más en Martín, si algo le hubiera sido posible hacer por él.

Tal era la situación pocos días después de los últimos sucesos que hemos referido.

El hijo de Nicasia había tenido más de una conferencia con Jorge; pero no habían entrado de lleno en la cuestión; y sobre todo, y esto es lo más interesante, el flamenco se había concretado a escuchar, si bien había meditado mucho con la calma que le caracterizaba.

¿Había conseguido encontrar una solución que salvase todos los inconvenientes?

Lo ignoramos; y por si algo traslucimos, seguiremos al desdichado joven, que triste y meditabundo se encaminaba al antiguo monasterio de San Martín, después que las campanas habían dejado oír el toque de la queda.

Nuestro joven llamó a la ferrada puerta del convento, y, sin dificultad, le dejaron el paso libre hasta la celda del hermano Jorge.

—Como siempre — dijo éste al ver al mancebo, — venís cabizbajo y como si para vuestro mal no hubiese remedio alguno. Cuando se trata de la suerte de otro, no hay para vos imposibles. ¿Por qué no pensáis lo mismo ahora?

Martín se encogió de hombros, sonrió con amargura y replicó:

—¡Remedio!...

—¿Dudáis encontrarlo?

—No dudo.

—Entonces...

—No dudo, amigo mío, porque tengo la seguridad de que el fenómeno no existe.

—Acabo de convencerme de que sois egoísta.

—¡Yo! — repuso Martín, fijando en Jorge una mirada de extrañeza.

—Sí — dijo el flamenco, — egoísta o, por lo menos, ciego con vuestro amor propio, ciego de pura vanidad.

—Grave es lo que decís — replicó el mancebo con indiferencia, — muy grave, y, sin embargo, ya lo veis, no me ofendo.

—Si es verdad lo que os digo, estáis obligado a sufrir y callar.

—Buen Jorge, sin duda con la intención de hacerme olvidar mis negras ideas...

—No por cierto — interrumpió el gigante; — os digo lo que siento, lo que es, lo que vais a probar antes de cinco minutos.

—Veamos cómo.

—Escuchadme y respondedme, para afirmar o negar si en algo exagero o me equivoco.

—Ya os escucho.

—Nuestro amigo Raúl estaba desesperado, y ni él ni ninguno de nosotros encontrábamos medio de sacar del convento a doña Luz.

—Yo lo encontré.

—¿Pero qué hicistéis?

—Ya lo sabéis.

—Exigisteis de Lancaste la más ciega confianza.

—¿No hice bien?

—Lo aprobé, porque de otro modo nada se hubiera conseguido.

—No adivino adónde vais a parar.

—Pronto lo veréis.

—Vuelvo a escucharos.

—Don Juan se encontró después en no menos apuro.

—Y le exigí lo mismo que a Raúl.

—Uno y otro depositaron en vos su confianza.

—No han tenido que arrepentirse.
—¿Qué haríais si en igualdad de circunstancias os pidieran la misma ciega fe que vos pedisteis y os concedieron?
Martín miró a Jorge.
—Responded — añadió éste.
—Según.
—Ya lo veis, si no sois egoísta, sois vanidoso, porque vuestra negativa es hija de la creencia de que vos podéis hacer lo que ningún hombre.
—Os equivocáis — replicó vivamente el mancebo.
—La prueba — repuso el flamenco con calma.
—No puedo dárosla mientras no me encuentre en el caso de que habláis.
—Os encontráis, amigo mío.
—¿Quién exige de mí lo que yo exigí de los otros?
—Yo.
—¡Vos!
—Sí, yo, pobre novicio, que nada puedo, que nada valgo...
—¡Señor Jorge!...
—¿Qué os sorprende?
—Lo que decís...
—Nada tiene de particular.
—¿Queréis explicaros?
—¿Acaso no es bastante lo que os he dicho?
—No comprendo...
—Es muy sencillo.
—Sepamos.
—Tengo un medio de resolver la grave cuestión que tanto os atormenta, que es causa de vuestra desdicha.
—¡Ah!...
—¿Queréis depositar en mí la confianza que pusieron en vos el señor Raúl y don Juan?
—Pero...
—Os repetiré lo que vos les dijisteis.
—¿Qué?
—Sí o no.
—Perdonad, pero...
—Viéndolo estáis, señor Martín, creéis que ninguno puede hacer lo que vos habéis hecho.
—Cuando se trata de imposibles...
—Imposible también parecía que se salvase doña Luz por el medio que se salvó, y también imposible que don Juan de Santisteban se viera libre de su rival sin tener que atravesarle el corazón de una estocada.
—Ciertamente.
—Ahora sucede lo mismo.
—Sin embargo, hay mucha diferencia; ya sabéis que cuando es preciso y quiero, me domino, y, por consiguiente, no debéis temer que un arrebato, una ligereza mía trastorne vuestros planes.
—Acabáis de decirlo: si queréis; lo cual estoy seguro que no sucedería y sobre este punto permitidme que tenga mi opinión, que tenga mis convicciones, como vos las teníais cuando se trataba de Lancaste.
—Yo me fundaba en la experiencia
—Yo también.
—Si a los antecedentes apeláis...
—Suponed que es un capricho.
—En ese caso...
—¿Nada me concederéis?
—Amigo, Jorge...
—Decidid.
—¡Oh!... — exclamó Martín, cuyos negros ojos relumbraron.
—Empezáis a sacudir la tristeza y a recobrar la energía.
—Vuestra promesa...
—¿La aceptáis?
—Amigo mío, no me atormentéis, dándome motivo de nuevas cavilaciones y nuevas dudas.
—Hemos concluído — repuso Jorge con frialdad.
—En nombre de nuestros recuerdos de Flandes...
—Hemos concluído — volvió a decir el flamenco.
—¡Vice Dios!...
—¿Os enfadáis?
—No; pero...
—Aceptad mis proposiciones, porque os conviene.
—Tened entendido que ni por mi vida, ni por satisfacer mi amoroso anhelo, sacrificaré el porvenir de la mujer a quien adoro.
—No puedo entrar en explicaciones, no puedo deciros más sino que tengo medios de salvar todos los inconvenientes.
Martín cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y guardó silencio.
Jorge se puso en pie, se acercó a una mesa, cuyo cajón abrió, y sacando una linterna sorda, dijo:
—Creo que acabaréis por aceptar, y para no perder tiempo haré los preparativos necesarios.
Tampoco entonces respondió el mancebo.
El gigante encendió el cabo de vela que la linterna tenía, la cerró, la guardó bajo sus hábitos y añadió:
—¿Vamos ya?
—¿Pero adónde? — replicó el hijo de Nicasia.
—No puedo responderos.
—Vuestra calma me desespera...
—Por eso mismo cuidaré de no daros explicaciones.
—Esa linterna..
—Es para alumbrarnos — replicó sencillamente el flamenco.
—Sí; pero no adivino...
—Si lo adivinaseis no necesitaríais para nada de mí.
—Acabemos, señor Jorge.
—Por el contrario, debemos empezar — repuso el flamenco con la misma calma que antes.
—¿Estáis resuelto a no explicaros?
—Firmemente resuelto, y ya sabéis que no cambio fácilmente de propósito.
Martín se convenció de que era inútil hacer más preguntas.
Le prometían la dicha que tanto anhelaba, y aunque esto le parecía imposible, era demasiado halagüeño para que lo rechazase.
¿Qué debía hacer en semejante situación?
Siquiera por complacer a un amigo como Jorge, estaba obligado a seguirle.

De todos modos, siempre sería tiempo de retroceder.

Esto pensó el mancebo, y decidiéndose al cabo de algunos segundos, levantóse y dijo:

—Vamos, aunque me llevéis al infierno.

—Descuidad, que os llevo al paraíso, aunque el sendero no tiene nada de agradable, como muy pronto habéis de ver.

—¿Hay que prevenirse contra algún mal encuentro?

—Podéis dejar la espada si os incomoda.

—Vamos.

No hablaron más.

Salieron de la celda.

Atravesaron habitaciones solitarias y silenciosas galerías, sirviéndose de la linterna cuando no encontraban luz.

Bajaron escaleras, dejaron atrás patios y pasillos, volvieron a bajar y se encontraron al fin en un subterráneo.

—¿Aun no puedo saber adónde vamos por aquí? — preguntó el mancebo.

—Vais a verlo, y, por consiguiente, es inútil que yo os lo diga.

Avanzaron hasta llegar donde se veía una puerta, que Jorge abrió.

—Entrad.

Entró Martín y el flamenco tras él, cerrando nuevamente.

Estaban en una galería, que a lo sumo tendría tres pies de ancho y poco más de seis de elevación su ennegrecida bóveda.

—¡Vive el cielo!... Bien dijisteis, señor Jorge, el camino es bastante desagradable y se parece mucho a la mima que tuvimos que atravesar cuando intentamos salvar a los infelices condes.

—Pero ahora no llegaremos tarde, como entonces nos sucedió, ni tendremos que caminar daga en mano.

El ruido de sus pasos se apagaba en el blando suelo, y la luz esparcía trabajosamente sus rojizos rayos a través de aquella atmósfera húmeda y pesada.

—¿Adónde va a parar este endemoniado camino?

—¿Adónde queréis que vaya? Estamos en el convento y al convento vamos.

—¡Al convento!...

—Sí; y os aseguro que es la verdad lo que os digo.

—Pero si del convento no hemos de salir, ¿para qué seguir este camino?

—Señor Martín, no es prudente que hablemos.

—Decíais que ningún peligro había...

—Ningún peligro de esos que necesitan el auxilio de la espada; pero sí el de que se aperciban de que andamos por aquí.

—Callaré, aunque cada vez os entiendo menos.

Siguieron andando por espacio de unos diez minutos.

Encontraron otra puerta.

Jorge sacó una llave y abrió sin ninguna dificultad.

Volvieron a seguir y pronto llegaron a un lugar más espacioso.

Allí encontraron una empinada escalerilla y la subieron, empujando una compuerta.

—Ahora — dijo Jorge a media voz — mucho silencio, porque si el abad supiera que un extraño a la comunidad ha penetrado aquí, no me perdonaría, y probablemente mi vida acabaría en el "in pace".

Martín, a pesar de toda su serenidad y de todo su valor, estremecióse, lo cual no será sorprendente, para los que conozcan el terrible significado de las últimas palabras del flamenco; pero como no todos lo conocerán, creemos oportuno explicarlas brevemente.

El in pace, que lo hubo en muchos conventos, lo mismo de monjas que de frailes, especialmente hasta el siglo XVII y principios del XVIII, era un nicho que no tenía más espacio que el que tienen los destinados a guardar los cadáveres. El sentenciado a esta pena cuya crueldad apenas es concebible para nosotros, era colocado allí, poniendo junto a él un cántaro con agua y un pedazo de pan.

Hecho esto, se tapaba la entrada, y el que podemos llamar enterrado en vida, quedaba completamente olvidado, como si se hubiese muerto. La comunidad entonaba el de profundis, y a nadie le era permitido nombrar siquiera al infeliz emparedado, sopena de ser también encerrado en el in pace.

No es posible hacer una pintura de la horrorosa agonía de los que morían en el in pace.

Alguna vez, muy rara, se dió caso de revocar la sentencia y sacar del nicho aun con vida al sentenciado; pero de esto, repetimos, no hubo más que algún raro ejemplo en el transcurso de los siglos.

Así se explica que Martín se estremeciese.

El mancebo miró a su alrededor como si le hubiera sido posible reconocer el lugar.

Estaban en un aposento bastante espacioso y desamueblado.

Parecíale un sueño lo que le sucedía.

Reinaba allí el silencio más profundo

Jorge le hizo seña de que callase.

Martín obedeció, concretándoso a observar cuanto le rodeaba.

Atravesaron la habitación y otras dos o tres, saliendo a un claustro.

El edificio había cambiado completamente de aspecto, pues parecía de construcción moderna.

—Es extraño — pensó Martín, que todo lo observaba cuidadosamente.

Sin embargo, lo que veía nada tenía de particular, porque muy bien podía haber sucedido que una parte del monasterio se hubiese reedificado en época no lejana.

De todos modos, Martín se sentía cada vez más aturdido.

No quería preguntar, por temor de cometer una imprudencia.

Jorge andaba lentamente, mirando y escuchando y como si no se ocupara de su amigo.

La linterna no iluminaba más que un pequeño espacio.

Subieron una escalera, atravesaron algunas habitaciones y otro claustro.

Pocos minutos después se detenían junto a una puerta.

El gigante volvió a escuchar y a mirar a su alrededor.

Luego cerró la linterna.

Entonces pudo verse que algunos débiles rayos de luz se escapaban por las rendijas de aquella puerta.

Jorge la empujó, abriéndola suavemente y sin hacer el más leve ruido

¿Dónde estaban?

¿Adónde iban?

¿Qué se proponía el gigante?

La sorpresa del hijo de Nicasia era más profunda cada vez.

Era imposible adivinar en qué consistía el plan del flamenco.

Este asió por un brazo a Martín, obligándole a entrar por la puerta que acababa de abrirse.

El joven obedeció maquinalmente.

Dejó de sentir la mano de Jorge, que desapareció en seguida.

Capítulo CII

DONDE SE VERA CUAL ERA EL PLAN DE JORGE

Para no exhalar un grito, tuvo Martín que hacer esfuerzos inconcebibles.

Quedó inmóvil como si se hubiese petrificado.

Su mirada, ardiente y profunda, se fijaba en un objeto con indescriptible afán.

Su cabeza le mandaba retroceder.

Pero su corazón no le permitía moverse y lo impulsaba a seguir adelante.

¿Qué había visto?

Lo que menos esperaba ver, y que, por lo mismo, le produjo doble sorpresa y mayor trastorno.

Estaba en una celda.

Al pie de un reclinatorio había arrodillada una mujer con hábito religioso.

Era doña Inés.

¿Qué sintió el mancebo?

No podemos explicarlo.

Su sangre, convertida en fuego, afluyó a su cabeza.

La luz huyó de sus ojos por algunos momentos.

Latió su corazón como si fuera a romperse.

Sus miembros se contrajeron violentamente y temblaron.

Algunos minutos transcurrieron sin que le fuera posible dominar su conmoción.

Cómo había llegado allí se explicaba perfectamente.

Pero Martín no pensaba en buscar la explicación.

¿Qué le importaba?

Allí estaba la mujer a quien amaba con frenesí, allí estaba, y esto era todo para él.

También se comprendía el objeto de Jorge, que no debía ser otro sino obligar al mancebo a que hablase con la viuda, declarándole su amor y comprometiéndose así de modo que le fuera imposible retroceder, a pesar de todas las consideraciones que hasta entonces lo habían detenido.

Lo demás lo haría doña Inés; lo haría porque también estaba enamorada.

Empero no estaba Martín para entrar en estas reflexiones.

¿Tendría valor y fuerzas para irse sin hablar de su amor a la viuda?

Lo dudamos, porque para esto no bastaba su voluntad.

Todo lo más que conseguiría sería dominar algún tanto su agitación.

Parecíale que doña Inés estaba más bella y más interesante que nunca.

Lo mismo le hubiera sucedido en cualquier situación en que la encontrase.

Largo rato pasó.

No sabemos si una ráfaga de aire o la mano de Jorge movió la puerta, que crujió.

Martín permaneció como una estatua, contemplando a la viuda, que volvió la cabeza.

Ni aun entonces se movió Martín.

Ella lo miró con más sorpresa que miedo, porque lo reconoció al primer golpe de vista.

La ardiente mirada de doña Inés pareció reanimar a Martín.

—¡Ah! — exclamó éste acercándose a ella.

Y sin darse cuenta de lo que hacía, se arrodilló también, añadiendo:

—¡Si pudierais ver mi corazón!

—¡Martín! — murmuró doña Inés, levantándose y pareciendo entonces tan turbada como él lo había estado.

No puede explicarse lo que sintieron el uno ni el otro; no es posible hacer que se comprenda lo que pensaron en aquellos instantes; no es posible, porque ellos mismos no lo sabían.

Lo advertimos para que no aparezca inverosímil o, por lo menos, extraña la escena que empezaba a tener lugar.

Todo lo que se diga de los que se aman, todo, por raro y aun extravagante que sea, es por lo menos creíble.

Martín acababa de hacer una declaración amorosa.

No necesitaba decir más de lo que había dicho.

Sólo faltaba que la viuda contestase.

Y, sin embargo, en vez de aguardar la respuesta que tanto le interesaba, o en vez de suplicar que su amor fuese correspondido, púsose en pie, se pasó las manos por la frente, que tenía empapada en sudor, y dijo:

—Perdonad, señora.

—¡Que os perdone!... ¿Y qué he de perdonaros, mi buen amigo?

—No he venido aquí por mi voluntad, era imposible que yo sospechase siquiera encontraros; me han traído...

—Señor Martín — interrumpió la dama, cuya frente se contrajo, — no os esforcéis en explicarme lo que no pretendo saber. Aseguráis que habéis venido contra vuestra voluntad, y aunque esto parezca inconcebible, os creo porque sé que nunca mentís. La explicación, repito, no me importa; no tiene para mí valor la causa en esta ocasión, sino los efectos, y de éstos no puedo dudar porque viéndolos estoy. Siento que contra vuestra voluntad os encontréis aquí; pero nada habéis perdido, puesto que del mismo modo que habéis entrado, podéis salir.

—Señora...

—Y si es que otra cosa buscáis en este santo lugar...

—¡Oh! — exclamó arrebatadamente Martín. — Me destrozáis el alma...

—¿Por qué?

—Hay en vuestras palabras una amargura...

—Ya sabéis que lo mismo que vos tengo en el alma hiel, y cuando la hiel es mucha, rebosa y por los labios se escapa. ¿Acaso no os ha sucedido esto muchas veces?

—No sé lo que me ha sucedido ni lo que en estos momentos me sucede. Estoy trastornado, loco y no es extraño que cometa cien torpezas y que diga mil necedades. He venido aquí sin saber adónde venía, buscaba lo que me parecía imposible encontrar, y al veros... ¡Oh!.. Doña Inés, tenedme lástima, porque la merezco: tenedme lástima, porque sufro mucho, sufro tanto, que vos misma no podéis concebir mi tormento, a pesar de que también sufrís.

—Estáis incomprensible.

—¿Cómo habéis de entenderme, cuando yo mismo no me entiendo?

—¿Acaso no sabéis lo que sentís?

—Lo único que sé es que os adoro y que mi pasión es de esas que en vez de extinguirse con el tiempo, acaban lentamente con la vida; de esas pasiones que si no matan, trastornan la razón; de esas pasiones que, contrariadas como la mía, son tormento el más horrible, hacen de la existencia la más espantosa agonía. Tiempo es ya de hablar así, tiempo es ya de que yo os diga si no lo habéis adivinado, y si la ocasión no es oportuna, también habré de explicarme, porque así lo quiere mi destino, contra el que nada vale toda la fuerza de mi voluntad...

—¿Me amáis, y hacéis lo posible para huir de mí?...

—¿Y no adivináis lo que me impulsa a separarme de vos?

—Amigo mío, sentaos, sosegaos y hablemos.

Martín se dejó caer en una silla como si todas sus fuerzas se hubiesen agotado.

También se sentó la viuda.

En su bellísimo rostro se pintaba la profunda agitación de su espíritu.

Unas veces enrojecían sus mejillas como si por ellas fuese a brotar la sangre, mientras que otras se cubrían de nerviosa palidez.

Sus negros y magníficos ojos brillaban cada momento más intensamente.

Su pecho se levantaba a impulsos de su violenta respiración.

Hubiérase creído que aquellos momentos iban a ser de completa dicha, lo mismo para ella que para él, puesto que podían desahogar sus corazones y poner término a su amoroso afán.

Empero no sucedió así.

Ambos sufrían quizá más que nunca, sufrían porque aumentaban sus temores.

Para la viuda no había inconvenientes; pero sabía que Martín había de encontrar muchos que le pareciesen insuperables, y que Martín no era hombre a quien se le convenciera con facilidad.

Hubo algunos minutos de completo silencio, durante los cuales aquellas dos criaturas se contemplaron con expresión indefinible.

—Señora — dijo al fin el mancebo, — ya puedo explicarme, porque don Juan de Santisteban no os ama.

—Ni nunca me amó.

—Sí.

—Os equivocáis.

—No me equivoco, porque él mismo...

—Se engañaba.

—Ama a doña Margarita...

—¡Ah!...

—Y es amado por ella.

—Ya lo sé.

—Desde que se separaron han sufrido mucho; pero ya ningún inconveniente se opone a sus deseos, y dentro de pocos días los unirá para siempre el sacerdote.

—¡Gracias, Dios mío ! — exclamó doña Inés.

Pero aunque os amo y tengo necesidad de decíroslo, la fatalidad me obliga a separarme para siempre de vos, a separarme cuando, tal vez...

Interrumpióse Martín como si no se atreviera a terminar la frase.

La viuda desplegó una encantadora sonrisa, y dijo:

—En la situación en que nos encontramos nos es forzoso hablar con franqueza.

—Sí, sí.

—¿Tengo que deciros si es correspondido vuestro amor?

—No es menester.

—Pues bien: entonces...

—Ocupémonos de la negra fatilidad que me persigue.

—Que nos persigue, querréis decir, porque desde este momento, común es todo entre vos y yo.

—Como mejor os parezca.

—Habláis de separación y separación eterna.

—Sí.

—¿Y por qué?

—Porque no puedo ser vuestro esposo.

—¿Quién se opone a ello?

—Mi voluntad solamente.

—¡Vuestra voluntad! — dijo la viuda, mirando con extrañeza al mancebo.

—Por lo mismo que os amo mucho, prefiero morir a ser la causa de vuestra desdicha; todo lo prefiero antes que veros sufrir.

—¿Por ventura no sufro ahora?

—Pero sufriríais mucho más.

—No os comprendo; no se concibe cómo mi tormento había de ser mayor si mis deseos se realizaban.

—Ahora sufrís como mujer que ama y no puede conseguir lo que su amor anhela.

—¿Y luego?

—Sufriríais como madre que no puede hacer por sus hijos lo que su maternal corazón afana, y esto es mil veces peor.

—Tampoco os entiendo ahora.

—¡Oh! — exclamó Martín. — No tengo un nombre para mis hijos...

—¿Y que más creéis que necesito para ser dichosa? — preguntó doña Inés, con una tranquilidad inconcebible en aquella situación.

—¿Os parece poco?

—Me parece que no es nada.
—¡Doña Inés!...
—Escuchadme y veréis si puedo haceros comprender vuestro error.
—Será difícil.
—Si vuestros hijos son dignos de vos, si tienen una alma elevada y un corazón grande y noble como el vuestro, no doblarán la frente avergonzados ante el mundo, porque cuando les pregunten su nombre, responderán con orgullo, refiriendo la historia de su padre; y si a pesar de eso el mundo los desprecia, tendrán lástima de la misericordia de los hombres y probarán que valen más que ninguno.

El mancebo inclinó la cabeza y quedó silencioso.
—Además — añadió la viuda, — no sabéis lo que puede suceder, no sabéis si antes de pocos años llevaréis el más ilustre de todos los nombres.
—Vos conocéis el secreto de mi nacimiento...
—Yo...
—Sabéis quién es mi padre...
—Sí — respondió doña Inés.
—¡Ah!...
—Lo sé; pero no os lo diré.
—Señora...
—No, no os lo diré si no cambian las circunstancias que ahora se oponen a que conozcáis este importante secreto.
—Escucharéis mis súplicas..
—Nada escucharé.
—¡Oh!...
—Os amo demasiado para haceros sufrir más de lo que habéis sufrido.
—Pero mi padre vive...
—Sí.
—¡Tal vez yo lo conozco!...
—Mucho.
—Quizá lo aborrezco sin saber que es el autor de mis días...
—Todo puede suceder.
—Eso es horrible, señora.
—Muy horrible; pero no puede remediarse.
—¡En nombre de nuestro desdichado amor!
—No hablemos más de vuestro padre — replicó la viuda con firmeza.
—Sí, sí...
—No.
—¡Ah!...
—Hablemos de vos, hablemos de mí...
—Doña Inés...
—¿No decís que me amáis?
—¡Que sí os amo!
—Pues bien, no nos ocupemos más que de nuestro amor.
Y volviendo a sonreír con un encanto irresistible, añadió la viuda:
—Explicadme cómo y por qué os encontráis aquí. Hace un mes que vine al convento, y ni quisisteis darme el último adiós, ni habéis intentado venir a verme. Conozco los motivos de vuestra pasada conducta; pero si a pesar de que Santisteban no es ya un estorbo, queréis alejarnos de mí, ¿por qué habéis venido a buscarme y aseguráis al mismo tiempo que ni lo habéis hecho por vuestra voluntad ni esperábais encontraros conmigo?
—Cuando llegué a la puerta de este aposento, ignoraba que me encontrase en el convento donde estábais vos.
—¿Os han traído con los ojos vendados o mientras dormíais?
—Despierto he venido y con los ojos abiertos.
—Entonces...
—Jorge ha hecho conmigo lo que yo hice con Raúl. Me prometió seguro remedio a mis males, me mandó seguirlo y lo seguí.
—¿Pero cómo habéis entrado sin apercibiros de que penetrabáis en este convento
—En el monasterio de San Martín hay un subterráneo...
—Basta.
—¿Comprendéis?
—Lo comprendo todo.
—El objeto con que se abrió esa comunicación oculta, lo cual debió hacerse en tiempos lejanos, no se me alcanza.
—Tampoco nos importa.
Iba Martín a seguir hablando; pero fué interrumpido por Jorge, que se presentó diciendo:
—Se os pasa el tiempo sin sentir.
—¡Ah! — exclamó doña Inés.
—Perdonad, señora.
—Acercaos...
—Hablaremos otro día.
—Tenéis razón; no se me había ocurrido pensar en el peligro que corréis...
—¿Qué me importa? — replicó vivamente Martín.
—Amigo mío — repuso el flamenco, — me habéis dicho que tenéis calma cuando es necesario.
—No la perderé, descuidad.
—Vamos, pues.
—Aguardad un momento...
—No — replicó Jorge, disponiéndose a salir.
Era forzoso separarse.
—Mañana mismo dejaré esta celda — dijo la viuda.
Y estrechando la diestra del doncel, lo despidió con una mirada fascinadora.
Salieron Jorge y Martín, alejándose con cuanta rapidez permitía la prudencia.
—¡Ah! — exclamaba entretanto doña Inés con lánguido acento.
Y dejaba caer la cabeza en el respaldo de la silla, y cerraba los ojos, quedando inmóvil.
¿Se consideraba dichosa?
No lo sabemos.
Lo único que podemos asegurar es que soñaba despierta, y decimos que soñaba, porque no encontramos otra palabra para hacer que se comprenda cómo se entregaba a las delicias de sus amorosas ilusiones.
Martín le había dicho que la amaba, y esto es cuanto necesitaba doña Inés.
De los demás inconvenientes estaba segura de triunfar, o más bien puede decirse que ya había triunfado.
Ni el hijo de Nicasia ni Jorge pronuncia-

ron una palabra hasta que llegaron a la celda de éste.

—Ahora — dijo el flamenco — pedidme cuentas de mi conducta.

Martín, por toda respuesta, lo abrazó.

—Si mi plan no era de vuestro gusto, nada se ha perdido, porque en libertad estáis para no volver a poneros delante de la viuda.

—Me falta el valor para huir de ella.

—Entonces...

—Amigo mío, no sé lo que haré.

—Reflexionad y decidid. Ahora idos a descansar, que aun estáis muy agitado.

Pocos minutos después Martín salía del convento y se encaminaba a su vivienda.

Capítulo CIII

DE COMO DOÑA INES HABLO CON EL REY

Tres días habían pasado.

La conducta de doña Inés dió mucho que hablar a los murmuradores, que no se ocupaban de otro asunto, así como antes no habían pensado en otra cosa que en el cambio de carácter y de costumbres de don Juan de Santisteban.

¿Por qué se había encerrado la viuda en un convento, sí, al cabo de un mes, había de volver al mundo?

Esto era inexplicable.

En fuerza de pensar se sospechó que Cupido tuviese parte en este asunto.

¿Pero quién era el feliz mortal que había conseguido interesar el corazón de la hechicera viuda?

Nadie la visitaba.

Ningún galán se atrevía a requerirla de amores, entonando dulces trovas en medio de las tinieblas y el silencio de la noche; ninguno, porque muchos que lo hubieran hecho esperaban a que la bellísima joven dejase el luto, para lo cual faltaban ya muy pocos días.

Una mañana, cuando apenas serían las once, una dorada silla de manos se detuvo a la puerta del alcázar real, saliendo de ella doña Inés, que entró en el histórico edificio, y sin detenerse siguió hasta llegar a la cámara del monarca.

Sin duda la esperaban ya, porque los gentileshombres no la detuvieron un instante y anunciaron su llegada, franqueándole el paso.

Felipe II recibió a la viuda con todas las consideraciones que ésta se merecía, llevándolas al punto de hacerla sentar, lo cual era una distinción rarísima.

—Señora — dijo el monarca con toda la dulzura de que era susceptible su acento, — la corte está de enhorabuena, porque vuestra determinación de volver al mundo le devuelve una de sus más luminosas estrellas.

—Señor — respondió doña Inés, — siento que no se cumplan esas esperanzas.

—¿Acaso pensáis encerraros otra vez en una celda?

—No, señor.

—¿Proyectáis algún viaje a vuestras tierras de Aragón o Andalucía?

—Eso es: una viaje; pero fuera de España.

—Me sorprendéis — dijo el monarca, fijando una mirada escudriñadora en la viuda.

—He venido a solicitar de vuestra majestad licencia para casarme cuando me quite el luto.

—¡Doña Inés!

—No debe aparecer esto extraño en una mujer de mi edad.

—Y de vuestra belleza.

—Gracias, señor.

—No, no es extraño; pero no tengo noticia de que estéis enamorada...

—He supuesto que lo sospechaba vuestra majestad.

—Tal vez; pero una sospecha no es nada.

—Vuestra majestad no se ha equivocado, y, por consiguiente, no tengo que decir quién es el hombre a quien pienso unirme.

—¿Lo habéis pensado bien?

—Sí, señor.

—¿Habéis tenido en cuenta que vuestro ilustre nombre os impone deberes que no podéis dejar de cumplir?

—Señor — respondió la viuda, como si no dijese nada de particular, — vuestra majestad no ignora que el hombre a quien amo es de estirpe mucho más ilustre que la mía.

La frente del rey se contrajo.

—¿Su nombre? — preguntó.

—Ignora quién es su padre.

—Entonces...

—Pero yo lo sé — dijo la dama, con esa audacia que sólo tienen las mujeres cuando se proponen un fin cualquiera.

La mirada de Felipe II se hizo más sombría.

Empero el rostro de la viuda no cambió de expresión ni se alteró en lo más leve

—¿Y por qué no se lo habéis dicho? — preguntó el monarca después de algunos instantes.

—Nadie mejor que vuestra majestad puede responder a esa pregunta. No se lo he dicho, ni se lo diré si las circunstancias no me obligan.

—¿Y si yo os negase la licencia que me pedís

—Supongo que vuestra majestad quiere que conteste con leal franqueza.

—Sí.

—De todos modos me casaré.

—¡Oh!...

—Perdonadme; pero no puedo prometer lo que no he de cumplir.

—Bien, señora, bien.

—Ahora espero la resolución de vuestra majestad.

—¿Habéis hablado con vuestros parientes?

—Aun no; pero soy libre y nada conseguirían con oponerse a mi casamiento. Estimo en mucho el cariño de todos ellos; pero no necesito su protección. Antes de morir mi noble esposo le supliqué dejase todos sus

bienes a sus sobrinos, y lo hizo así; cuanto poseo procede de mi padre, y, por consiguiente, no pueden acusarme de haber hecho rico a mi segundo marido con la fortuna del primero.

Felipe II sabía que cuando una mujer se decide, sobre todo en cuestión de amoríos, es inútil luchar.

Para verse desobedecido, prefería conceder el orgulloso monarca.

Reflexionó, pues, y al cabo de algunos segundos, dijo:

—Tenéis mi licencia.

—Gracias, señor — respondió la viuda, poniéndose en pie.

—¿Ya os vais?

—No tengo otra cosa que decir a vuestra majestad, porque no es esta ocasión de pedirle clemencia para el que ha de ser mi esposo.

—No, no — murmuró el monarca

—Señor...

—Esperad... Ya os he concedido lo que deseabais; pero será conveniente que hablemos más sobre este asunto.

—Estoy a las órdenes de vuestra majestad — repuso doña Inés.

—Hay detalles de mucho interés.

—De mucho.

—Según veo, no ignoráis nada.

—Absolutamente nada.

—Preciso es que hablemos... Sentaos, doña Inés, sentaos.

Hízolo así la dama y esperó.

El monarca inclinó la cabeza y guardó silencio, como si meditase. Luego dijo:

—¿Dónde pensáis casaros?

—En Madrid.

—¿Y luego?

—Iré adonde vaya mi esposo, con él viviré, con él partiré lo mismo los goces que los sufrimientos. Ese es mi deber, y además el deseo de mi corazón.

—Vuestra respuesta no me sorprende, porque os conozco.

—Os agradezco la justicia que me hacéis — repuso la encantadora viuda.

—¿Y María Nicasia?

—Con nosotros vivirá también.

Por lo mismo que el monarca hubiera querido decir mucho y muy grave, no decía nada de importancia. Volvió a quedar pensativo.

Doña Inés aguardó, sin que tampoco entonces cambiara la expresión de su rostro.

Trascurrieron algunos minutos.

—No os sorprendáis — dijo al fin el rey, — si mis preguntas os parecen inconvenientes.

—No intento juzgar, sino que me concretaré a contestar a las preguntas que vuestra majestad se digne hacerme.

—Doña Inés, ahora hablemos como buenos amigos, y, por consiguiente, os agradeceré que no ocultéis vuestras apreciaciones. Por respeto a mi persona, no manifestaréis vuestros juicios en este momento: pero ¿qué me importa? Ya me han juzgado los demás, o más bien han creído juzgarme; y yo, con toda mi autoridad, a pesar de lo que soy, no he podido hacer lo que hace el hombre más criminal, no he podido defenderme. Martín va a ser vuestro esposo, y en vano me opondría a que sucediese así; vais a ejercer en su ánimo una gran influencia, y ya que para con él no puedo sincerarme, ya que me es imposible darle pruebas de mis sentimientos y hacerle comprender mi gravísima situación, quiero que me escuchéis y que vos la apreciéis; porque, ¿quién sabe si en vos tendrá una defensora?

—Es difícil que así suceda — respondió la viuda sin vacilar.

—El rey no puede ser hombre, no puede ser ni siquiera padre — repuso el monarca con voz sombría.

—El rey es un hombre, señor, y antes que rey debe ser padre; porque la naturaleza es primero que las conveniencias sociales, es primero que lo que vos llamáis razón de Estado.

—¡La razón de Estado! — murmuró Felipe II.

Y su frente se contrajo aún mucho más de lo que estaba.

—Sí — añadió después de algunos momentos, — a la razón de Estado he tenido que sacrificarlo todo, absolutamente todo, hasta mi corazón. ¡Creéis señora, que este sacrificio no me ha sido muy costoso?... ¡Oh!... ¡Si pudiérais penetrar en lo más recóndito de mi alma!...

—¡Vuestra alma! — exclamó doña Inés sin poder contenerse. — Vuestra alma es un abismo sin fondo.

—Eso dicen — replicó el monarca sonriendo con profunda amargura. — Así tal vez me juzgará también la historia; tal vez las generaciones futuras no alcancen a ver más que la engañosa superficie... Mucho temo que así suceda; pero no retrocederé, y esto será un sacrificio más, uno de tantos sacrificios hechos en aras de mis deberes.

—Señor, perdonadme que os lo diga: pero jamás estaremos de acuerdo.

—Concretemos la cuestión.

—Sí, hablemos de Martín.

—¿Conocéis bien a mi hermano don Juan?

—Creo conocerlo.

—¿Y opináis que su posición y su prestigio es un bien para mi pueblo?

—Puede serlo, si vuestra majestad cambia de ideas.

—Señora, si yo no fuera quien soy, mi noble hermano sería la causa inocente de grandes desdichas.

—Señor...

—Y como no hay nadie que pueda responderme de lo que ha de ser el heredero de mi trono...

—Comprendo.

—Tenéis sobrada inteligencia para necesitar más explicaciones.

—No queréis dejar al heredero de vuestra corona una sombra o un fantasma que habría de aterrarle.

—No — dijo Felipe II con breve acento.

—Opináis que no debe haber ningún hombre más grande que el rey...

—Ninguno.

—Es para vos preciso que se corte cual-

Raúl de Lancaste

quier cabeza que esté algo más alta que la que ciñe la corona.

—Ninguna puede levantarse mas.

—No, no reconoceréis a vuestro hijo, como a don Juan lo reconoció su padre; no lo reconoceréis, a menos que algún día os lo exija terminantemente vuestra conciencia.

—Mi conciencia...

—Entretanto — repuso doña Inés, — os olvidáis de la justicia.

—¡Que me olvido de la justicia!

—Sí.

—Una prueba, señora, una prueba.

—Negáis a Martín un nombre, mientras que le echáis en cara el no tenerlo; le negáis un nombre, y porque no lo tiene lo juzgáis indigno de ser esposo de una mujer honrada; le negáis su nombre, y porque el infeliz lo busca para que el mundo no lo desprecie, le llamais criminal.

—Señora...

—Habláis de vuestro corazón de padre, y porque vuestro hijo busca al autor de sus días para amarlo y respetarlo, lo perseguís cruelmente y como al último miserable.

—Basta, señora, basta — murmuró Felipe II, cuyo rostro se había cubierto de nerviosa palidez.

—He concluído.

—Conocéis el carácter de Martín... ¡Oh!... Dadle alas y veréis hasta dónde se remonta.

—Y si para remontarse hasta el sol tiene valor y fuerzas, ¿con qué derecho, señor, le estorbáis que vuele?

—Volar sobre mi cabeza...

—Jamás lo haría, porque es demasiado noble.

—Volaría sobre la cabeza del heredero de mi trono.

—Exageráis, señor.

—Además, ¿qué sería de mi prestigio si yo reconociera públicamente los lamentables extravíos de mi juventud? ¿Con qué fuerza predicaría yo virtudes y castigaría los extravíos de otros?

—La primera virtud, o por lo menos la que prueba más grandeza y más valor, es reconocer nuestras faltas. Si pecasteis y estáis arrepentido, vuestro arrepentimiento servirá de ejemplo saludable para que otros dejen el mal camino.

—Bella es la teoría, señora.

—Cuando el principio es bueno, debe practicarse.

—¿Y cuando se oponen consideraciones graves?

—Volvemos a lo de siempre — replicó doña Inés, sonriendo con ironía.

—No os entiendo.

—La razón de Estado.

—Si le dais tan poco valor...

—Mucho le doy; pero no tanto que valga más que todo.

—No estaremos de acuerdo jamas.

—Creo que no.

—Voy a concluir.

—Como a vuestra majestad le plazca.

—Supongo que Martín me odia.

—Os equivocáis. Podrá no amaros; pero el odio no cabe en su alma.

—Quiera Dios que no os equivoquéis, porque es demasiado horrible la sola idea del odio filial.

—Tiene vuestra majestad desgracia con los hijos — dijo intencionadamente la viuda.

—¿Queréis decir que soy mal padre?

—No señor.

—¡Mis hijos!... ¡Oh!... ¡Mis hijos!...

El monarca apoyó los codos en la mesa y dejó caer la cabeza entre las manos.

Volvió a reinar en la estancia el más absoluto silencio.

Después de algunos minutos levantó el monarca la cabeza.

Su rostro estaba cadavéricamente pálido. Era su mirada sombría como nunca.

¿Qué había pasado en su alma durante aquellos minutos?

Imposible es adivinarlo, porque doña Inés no se equivocaba al decir que el alma de Felipe II era un abismo insondable.

Nadie que lo conociese hubiese creído que hablase como acababa de hablar, ni mucho menos que permitiese decir lo que había escuchado de los labios de doña Inés.

—Señora — dijo, — dudadlo, pero sufro mucho, y toda mi felicidad, toda mi grandeza todo mi poder lo cambiaría por la santa paz del último mendigo. Si lo que sufro podéis comprenderlo, evitad que me odie mi hijo.

—No os odiará, yo os lo prometo.

—Gracias, señora.

—Ahora, si vuestra majestad lo permite, le haré una pregunta.

—Hablemos como amigos, ya lo sabéis.

—¿Se le permitirá a Martín que salga de España después que nos casemos?

—Antes de responderos, necesito saber si vos o su madre le revelaréis el secreto que tanto me importa guardar.

—Descuidad, señor.

—Pues bien: que salga de España, pero que no vuelva.

—¡Oh!

—Sois muy rica; pero si Martín ambiciona oro...

—No.

—Todo se lo concederé a trueque de que no intente averiguar quién es su padre.

—Nada quiero, nada más que la seguridad de que será respetada su persona y la de su madre.

—Se respetará; pero tened entendido que si a España volviese...

—Lo haría bajo su responsabilidad.

—Y en semejante caso, os aseguro que lo trataré sin consideración alguna.

—Lo que sobre este punto sucederá no puedo decirlo, porque Martín deja en la corte deudas de corazón, y algún día se decidirá a pagarlas.

—¡Deudas Martín, cuando todos han recibido de él beneficios!...

—Y si no son deudas, son deseos de su corazón.

—No sé a lo que os referís.

—Raúl de Lancaste y su desdichada esposa han tenido que huír.

(Continuará)

Los Secretos de una Gran Ciudad

Intenso romance de aventura, de intriga, de sacrificio y de heroismo, escrito

Por HAL SIDNEY

Autor de "Detrás de la Puerta Cerrada"

(Continuación)

LA acusadora fotografía de aquel hombre que Jim Strangways había logrado tomar, había caído como una bomba entre los del consejo superior de la "Liga del Ojo". Había hecho presente, de improviso, la existencia de un peligro jamás soñado y que constituía un terrible riesgo para la seguridad de aquel genio criminal que había manejado los centenares de hilos de sus combinaciones tenebrosas desde la Granja de Darkmere en la que se consideraba completamente seguro gracias a la larga impunidad de que había gozado.

—¡Maldito sea ese entrometido de Strangways! — exclamó de pronto el ciego, con grandísimo furor. — ¡Pensar que se nos escapó dos veces, anoche, después de haber escapado otras veces antes! ¡Ese hombre tiene siete vidas! ¡Pero no debemos fracasar la próxima vez! Groom y sus hombres no me inspiran ni el menor cuidado. Son unos tontos sin un ápice de imaginación. Strangways es el hombre a quien hay que temer, así como a su amigo el muchacho que le acompaña. Están dispuestos a enterarse de los secretos de la Granja de Darkmere y lo conseguirán si no procedemos con la necesaria rapidez — agregó con gesto de disgusto.

El hombre se estremeció al recordar la fotografía que se encontraba en poder de la policía y que, en cualquier momento, podía constituir una terrible prueba acusadora.

Estaban esperando con impaciencia algunas informaciones sobre lo que sucedía en la audiencia que celebraba en aquel momento el tribunal y de la que podía resultar algo peligroso para ellos. Habían enviado a un hombre para que presenciara la sesión — uno de los miembros de categoría inferior, de la banda, — a quien nadie conocía en Wansford.

El emisario era el hombre que se había parado al ver a Jim Strangways en el salón de la audiencia y que habíase ausentado rápidamente sin detenerse a esperar los acontecimientos que pudieran desarrollarse en el tribunal.

Había corrido hacia la casa donde los otros tres miembros de la gavilla estaban a la espera de noticias. Se notaba en su rostro la mayor excitación.

Entró por los fondos de la casa. Empujó a un lado a Jermy, que abrió la puerta después de oír una señal convenida; se precipitó jadeante hacia la habitación donde estaba sentado el ciego que dirigió sus ojos sin vista al recién llegado, en cuanto éste entró.

—¿Por qué ha venido tan pronto? — preguntó el ciego con autoritaria brusquedad designando al hombre por su nombre, como si le hubiera conocido por el modo de andar y antes de que el recién llegado pudiese hablar. — La audiencia no puede haber terminado aun.

—No, jefe. Pero no hubiera sido conveniente que me hubiese quedado por que corría peligro. En el mismo instante en que entré en el salón, ví allí al hombre a quien hice entrar aquella noche en casa de Viziard, el hombre que desapareció de modo que aun no hemos vuelto a ver desde entonces... Señor jefe: Jim Strange está ahí, asiste a la audiencia — exclamó el recién llegado, que era nada menos que el mismo Jackman.

—¡Strange! ¡Vamos! ¡Usted lo ha soñado!

—Era Strange, no me cabe duda — repli-

Los secretos de...

có excitadísimo Jackman. — Pero su aspecto ha variado mucho. Ya no es el mismo pobretón a quien vi aquella noche. Está bien vestido y tiene aspecto de hombre rico. Conversaba con el superitendente de policía y no me vió. ¡Era Strange! ¡Con él estaba un muchacho!...

Una exclamación de asombro del ciego, interrumpió sus palabras.

—¡No puede ser! Sin embargo, el nombre de Strange parece parte del de Strangways. Además, anoche, ese hombre le habló a usted del caso de Viziard Jermy ¿no es así? — preguntó el ciego. — Y también le acompañaba un muchacho ¿no es verdad?

—Un muchacho de cabello oscuro y ondulado, vestido de claro, — dijo Jackman.

—¡Es Strangways sin duda! — exclamó Jermy con voz que temblaba de emoción. — ¡Qué tontos hemos sido! ¿No recuerdan ustedes que el caso de Viziard tuvo lugar poco después de la muerte de Gilvert Frayde y que los apoderados del difunto anunciaron en los diarios preguntando dónde se hallaba el que heredaba y cuyo paradero nadie sabía? ¡Era Jim Strangways el buscado! Jim Strangways... Jim Strange! ¡Son la misma persona! Es necesario que vigilemos para verle cuando salga del tribunal después de la audiencia. Y si Jackman está en lo cierto, como yo creo que lo está...

Jermy no terminó la frase, pero se notó en su cara una expresiva sonrisa de malignidad.

Tenía más que suficiente razones para odiar a Jim Strangways... entre ellas su fracaso del día anterior y el golpe terrible con que le había puesto fuera de combate.

Eran los ojos de Jackman los que Jim Strangways había visto entre las tablitas de la persiana, mirando en el momento en que él salía del salón de la audiencia. Detrás de Jackman, en la habitación, estaba Jermy, atisbando también.

—¡Mire! ¡Ese es Strange!... — exclamó Jackman cuando Jim se dirigió a su automóvil seguido de Jack y Lewis.

—¡Jim Strangways! El mismo cuya captura está reconmendada porque se le cree autor de la muerte de Viziard — dijo Jermy con malignidad. — ¡Ya no constituirá peligro ninguno! ¡Lo tenemos a nuestras merced! ¡Ahora sí que quedará vencido para siempre Jim Strangways!

EL GOLPE

Jim Strangways y Jack regresaron al chalet de las Rosas llegando a tiempo para la hora de comer. Después de la comida, Jim estaba sentado en una butaca, fumando en su vieja pipa y conversando con Marjorie y con Cartwright, que acababa de llegar.

Cartwright residía en una casa de la cercana aldea.

Se oían risas procedentes de una habitación contigua, donde Jack conversaba con Nance y, como de costumbre, contaba cosas graciosísimas.

—¡Es admirable el constante buen humor de ese muchacho! — dijo Strangways sonriendo. — ¡Hola! ¿Quién será?

Acababan de llamar a la puerta. No había oído el ruido que hizo un automóvil de alquiler al detenerse, poco antes, delante del portón.

Oyeron que Nance iba hacia la puerta; oyeron que una voz preguntaba por el señor Strangways. Un instante después, Nance entró en la habitación.

—Un inspector de policía, desea verle, señor Strangways. Dice que tiene que hablarle de un asunto de gran importancia.

—¿No dijo si se llama Groom? — preguntó Jim.

—No, no dijo su nombre, — contestó Nance.

—Bien. Hágalo pasar al escritorio, — dijo Jim. — Debe ser uno de los de la policía de Wansford a quien Groom habrá enviado — agregó dirigiéndose a Marjorie. — Ya ve por más que yo quisiera no ocuparme de lo de la Granja de Darkmere, no podría negarme a atender a los de la policía, — dijo riendo mientras salió de la habitación y pasó al escritorio donde se encontró no sólo con un inspector, sino también con un policemen que le acompañaba.

—¿El señor James Strangways? — dijo el inspector.

—Yo soy, — manifestó Jim. — ¿Viene usted de Wansford?

—No. Lamento tener que informar a usted que mi misión es poco agradable. Soy el inspector Darch, de la división de Westminster, y tengo orden de detener a usted, de acuerdo con la orden que obra en mi poder, expedida hace varios meses, bajo la acusación de homicidio. La orden dispone la prisión de Jim Strange, es decir, de usted, señor Strangways, como supuesto autor de la muerte del señor Paul Viziard.

Durante un momento, Jim miró atentamente al hombre, aturdido y anonadado.

¡Había por fin caído el golpe que nunca había dejado de esperar y siempre temió le fuera asestado en el momento más inesperado. Sin embargo, en aquel instante en que se daba cuenta de la realidad, le parecía un sueño lo que le pasaba.

El inspector le puso una mano en el brazo.

Jim, con gesto de arrogancia, se la separó violentamente.

—Mi deber es dar cumplimiento a la orden de prisión, — dijo el hombre — debo advertirle que, desde este instante, todo cuanto usted diga o haga podrá ser utilizado como prueba contra usted en el proceso.

Entonces, — como a juzgar por el primer movimiento de Jim podía suponer que se resistiera, — indicó a su auxiliar que se acercara.

Antes de que Jim se diera cuenta de ello, tnía puestas un par de esposas en las muñecas.

La puerta se abrió violentamente en aquel instante.

Marjorie apareció por ella. Estaba pálida como una muerta, fijos en Jim sus dilatados ojos... fijos en las esposas, símbolo de deshonor, que ceñían las muñecas del hombre a quien ella amaba. Durante unos segundos permaneció en silencio, inmóvil, como aturdida por aquel terrible golpe.

Después corrió hacia su marido lanzando un grito de desesperación y le echó los brazos al cuello.

—¡Oh! ¡Jim! ¡Jim! ¡Pero ustedes no deben llevarse a mi marido! — gritó desesperada.—¡Es inocente! ¡La acusación es falsa! ¡Infamemente falsa! ¡No es posible que le lleven?

—Lo siento muchísimo, señora, — dijo el inspector, — pero tengo que cumplir con mi deber. La culpa es de la ley, no mía. Si su esposo es inocente lo podrá demostrar. Señor Strangways, tenga a bien salir conmigo. A la puerta espera un automóvil.

Un desesperado grito de amargura, surgido de lo más íntimo de su corazón, conmovió a Marjorie.

Estaba allí, frente al hombre a quien amaba y por más que hubiera dado la vida por arrancarlo de poder de la justicia, nada podía hacer.

En la puerta se había reunido un grupo amedrentado, Nance y Jack — olvidados de sus risas de un momento antes y dominados por la gravedad de la situación, — y Cartwright.

Fué Jack el que avanzó para sostener a Marjorie que angustiada y a punto de desmayarse, caía de rodillas al ver que se llevaban preso a Jim y cuyas manos, sujetas por las esposas, no podían auxiliarla.

—¡Vamos, señor Strangways! — dijo el impasible oficial de policía con voz enérgica, al hombre maniatado.

Tomó él a Jim por un brazo y el policeman le sujetó por el otro agregando entonces el inspector:

—¡Y le aconsejo que no intente resistirse ni molestar, porque puede salirle caro! ¡Vamos!

EL OTRO AUTOMOVIL

Marjorie volvió en sí en seguida de su desvanecimiento. Abrió de nuevo los ojos para ver, con angustia, que se llevaban al hombre a quien amaba, ceñidas sus manos con esposas, en poder de los representantes de la ley.

—Vamos, señor Strangways, — dijo el inspector Darch con brusquedad. — No nos queda tiempo que perder.

—Por lo menos, si tiene usted un poco de humanidad en sus sentimientos permítame unos minutos para despedirme de mi esposa y desáteme las manos, — dijo Jim. — Le doy a usted palabra de que no me resistiré. Pero el inspector, — que era un tipo de boca grande y cara de bulldog — movió negativamente la cabeza.

—No puede ser. Las esposas no se las quito, — dijo. — Está usted acusado de un delito muy grave y hace un momento mostró inclinación a resistirse. Sin embargo le concedo dos minutos para despedirse. ¡Pero pocas bromas, eh! — agregó con voz agria.

El y su subordinado se retiraron a la habitación contigua.

Cartwright, Jack y Nance salieron también, dejando solos a marido y mujer, entregados a su triste despedida.

Marjorie, estremecida por una tempestad de sollozos, echó los brazos al cuello de Jim. El besó la blanca frente de la poven con intensa emoción.

—¡Valor, Marjorie! ¡Volveré! ¡Nada hay que temer! — dijo en voz baja. — El golpe terrible e inesperado le había sacudido tanto como a la misma Marjorie. — ¡Volveré, adorada mía!

En aquel momento se oyó la voz autoritaria y perentoria del inspector.

—¡Ya pasaron los dos minutos señor Strangways!

Y se abrió la puerta.

—Nance: venga un momento y acompañe a mi esposa, — dijo Jim.

Dejó a Marjorie y a Nance abrazadas y llorando y salió junto con los dos de policía.

Al llegar a la puerta miró hacia atrás, dirigiendo a su joven esposa una forzada sonrisa. Ella tendió hacia él los brazos, el verle desaparecer.

En el hall, Jack estrechó silenciosamente la mano de su compañero y amigo. No logró pronunciar una sola palabra. Jim, erguido, dominando la amargura que sentía, pasó por la puerta.

Jack no lograba entender la actitud de Cartwright. La cara de Cartwright no expresaba emoción ninguna, mientras el hombre permanecía parado, mirando a Jim Strangways y a los de la policía que se dirigían hacia el automóvil de alquiler que esperaba delante del portón del Chalet de las Rosas.

El inspector caminaba cojeando un poco, como si tuviera alguna dolencia en una pierna. En el momento en que el prisionero llegaba al coche, el inspector, — evidentemente tipo de una brutalidad que en vano hubiera pretendido disimular y que no correspondía por cierto a su condición de empleado de policía inglés, pues es sabido que los policeman ingleses y sus jefes tienen en todo el mundo fama de correctos, — lanzó una carcajada burlona, Jack sintió, al oír aquella carcajadas, ganas de matar a aquel hombre.

Al mismo tiempo notó, con asombro que en el rostro de Cartwright aparecía una leve sonrisa. Cartwright además, movió la cabeza como si se mostrara satisfecho por algún oculto motivo.

El muchacho, — al ver aquello, — sintió subir de pronto su indignación. ¿Cómo era posible que Cartwright, que tan agradecido debía estar a Jim, se sonriera en semejante momento?

Pero Cartwright, acercándose a Jack, díjole rápidamente y al oído:

—¡Muy pronto, Jack! ¡Corra y vea hacia dónde se dirigen!

Sin más explicación, Cartwright corrió hacia la casa. Un instante después volvió a salir y corrió lo más ligero que pudo, hacia el sitio donde Jim guardaba su automóvil.

Jack, — en el camino, frente al portón— observaba cómo se alejaban las luces de la zaga del automóvil que llevaba a Jim y a los de la policía. El muchacho sentíase asombrado y mayor fué su asombro aun al ver que el automóvil de Jim salía del garage Corrió a su encuentro.

—¡Pronto! ¡Suba! — díjole Cartwright con suma agitación.

Cuando Jack subió, Cartwright le dijo algo al oído.

Los secretos de...

Cartwright guió el coche hacia el portón y un instante después corría el automóvil por el tranquilo camino campestre siguiendo la misma dirección que el coche de la policía.

En el automóvil donde iba el inspector y el policeman, Jim, sujetas las manos por las esposas, se encontraba sentado junto al inspector.

El otro — el policeman — manejaba.

—¡Pero yo creía que me llevaban ustedes a Londres! — dijo Jim de pronto. — Por este camino nos alejamos de Londres.

—¡Cállese! — dijo brutalmente el hombre. — ¡Dentro de poco sabrá usted a donde lo llevamos!

Habían pasado ya de la aldea. Un extenso trozo de camino a través del campo, se extendía ante ellos. A su espalda oyeron el ruido de un automóvil. Se aproximaba marchando a una rapidez que demostraba que quien lo manejaba no se preocupaba de las ordenanzas sobre velocidad. A aquel paso tardaría muy poco en alcanzarlos.

El policeman que ejercía de chauffeur guió el coche hacia un lado del camino, — que era más bien estrecho, — a fin de dejar paso al otro vehículo.

En la semi oscuridad reinante, cuando el automóvil pasó junto a aquel en el cual iba él, Jim con sorpresa, creyó reconocer a su propio automóvil. Hasta le pareció que era Cartwright el que manejaba. Pero si así era, no vió a Jim o hizo que no lo veía porque pasó de largo como una exhalación.

Después, cuando estuvo a alguna distancia delante, disminuyó la marcha y luego se detuvo, en mitad del estrecho camino.

Parecía que hubiera sufrido algún repentino desperfecto. Inmediatamente el que manejaba descendió de su asiento como para investigar la causa de la detención.

Debido a lo estrecho del camino, el coche parado lo bloqueaba por completo obstruyendo el paso del otro automóvil, que había menguado su velocidad. El policeman chauffeur gritó con impaciencia.

—¡Eh! ¡Sepárese a un lado! ¡Vamos! ¡Deje pasar!

El que manejaba el otro coche pareció no hacer caso de esas palabras. El automóvil de los de la policía se detuvo a una yarda de distancia del obstáculo que acababa de interceptarle el paso.

Entonces el otro coche se volvió y pudo apreciarse inmediatamente que se proponía no dejar pasar a los de la policía y que obstruía el paso con ese deliberado propósito.

El hombre de uniforme que estaba sentado tras el volante sufrió una repentina conmoción al ver que le apuntaban con un revólver.

—¡Levante las manos, amigo! ¡Y cuidado con lo que se hace si no quiere salir fastidiado! — dijo una voz fuerte, enérgica y decidida, la voz de Cartwright.

El hombre, estremecido, obedeció prontamente aquella perentoria orden.

Mientras tanto, Jack había corrido a dar semejante aviso al hombre que estaba con Jim en el interior del coche.

El hombre, que se había puesto muy pálido al darse cuenta de lo que pasaba, se echó hacia atrás en el asiento, anonadado, al ver que le apuntaba la pistola browning que Jack tenía en la mano.

Pero, pasado un segundo, trató de reaccionar.

—¿Cómo se atreven ustedes a meterse así con la policía? — gritó furioso. — ¡Ya verán lo que les pasa por pretender libertar a un prisionero!

—Poca música, que la canción no me gusta! ¡Baje del coche! ¡Pronto! ¡Obedezca o tiro! — dijo Jack.

Como el hombre no obedeciera Jack movió la mano con el arma.

—Si se hace la ilusión de que no voy a hacer fuego, está usted completamente equivocado, señor mío! ¡No se crea que vamos a tratarlo como si fuera un inspector auténtico! — añadió.

Jim, — que había observado todo aquello con asombro, — comprendió entonces la verdad.

—¡Qué policías! — agregó Jack — ¡Ustedes son unos pillos de los de la gavilla de la Granja de Darkmere, de la Liga del Ojo! ¡Y por esta vez vamos a estropearles la combinación! ¡Qué mal les van saliendo los planes!

EL RASTRO OCULTO

El hombre trató de fingir todavía.

—¡Qué disparate! — exclamó el falso inspector — ¡Usted no sabe lo que dice!

—¡La que va a hablar y esa sabe lo que dice, es esta pistola, si usted no obedece pronto, señor mío! — replicó Jack en tono de broma. — No me gustaría que se produjera un alboroto a consecuencia de los tiros y ustedes se vieran descubiertos antes de tiempo. Pero si interviniera la policía de verdad estoy seguro de que ustedes lo lamentarían muchísimo.

De mala gana y a regañadientes, el hombre obedeció. Descendió lentamente del coche. Entonces, de improviso, esperando pescar desprevenido a Jack, saltó hacia el muchacho, levantando el brazo.

No le sirvió, Cartwright había esperado esa manifestación. Con el brazo izquierdo le dirigió al falso inspector un golpe de boxeo tan enérgico y bien dirigido que el pícaro se desplomó sin lanzar ni un grito. Después quedó tendido en el suelo, gimiendo.

—¡Revísele los bolsillos, Jack! — dijo Cartwright lacónicamente mirando a uno y otro lado del camino que parecía enteramente desierto. — ¡Es necesario no escatimar precauciones!

Fué prudente el consejo. En el bolsillo del pantalón el falso inspector tenía un revólver del que Jack tomó posesión. El otro pillo estaba esteramente dominado. Obedeciendo a una breve orden de Cartwright, bajó de su asiento y Jack le registró los bolsillos, secuestrando otro revólver.

—Vamos a ver ahora ¿dónde está la llave de las esposas?

Cartwright obligó al falso policeman a sacarle las esposas a Jim.

—¡Adelante las manos ahora!... ¡Pronto! — agregó Cartwright con impaciencia.

Le puso los brazaletes de acero al policeman fingido y después arrojó la llave que servía para abrirlos por encima de un cerco de arbustos.

El otro hombre — con un gesto de terrible malignidad en el rostro, aun cuando dominado por el miedo, — iba levantándose lentamente del polvo del camino.

—¡Tengo algo que decirles a ustedes dos canallas! — dijo Cartwright con serena energía. — Si el señor Strangways es detenido como autor del crimen cometido en Westminster y del que ustedes saben es inocente, dos serán los hombres que serán detenidos porque él los acusará basándose en prueba que podrá presentar en cuanto se haya sabido que él es Jim Strange. Uno de esos hombres es Jackman, el que abrió la puerta y lo hizo entrar en casa de Viziard la noche del crimen; Jackman que tiene su guarida en una casa de Limehouse, que conocemos bien. El otro es el que cometió el crimen, el verdadero autor... ¡Sanquar! ¡Qué no se les olvide!

El fingido inspector que había estado mirando el rostro de Cartwright a la luz de los faroles de los coches, lanzó de improviso, un grito de asombro.

—¡Pero si ahora ya sé quién es usted! ¡Usted es el que se presentó diciéndose compañero y amigo de Flash Harry, en la taberde Tebbut.

—¡El mismo! — dijo riendo. Cartwright. — Me he enterado allí de muchas cosas relaccionadas con su gavilla infernal y de todo eso se entenderá la policía si el señor Strangways es detenido, a usted lo ví por primera vez en la taberna de Diminuto Tebbut, señor inspector. Me pareció conocer lo cuando lo ví esta noche, pero no me sentí seguro de quién era hasta que le ví andar, cojeando, y lo oí reír.

Cartwright sacó una navaja del bolsillo. La abrió y pinchó con su afilada y puntiaguda hoja, uno de los neumáticos, después otro. Cada uno de ellos se desinfló inmediatamente, produciendo una detonación al expeler el aire que estaba comprimido.

—¡Ahora pueden ustedes regresar a la Granja de Darkmere por el camino que más les guste! — agregó dirigiéndose a los dos burlados, fracasados y enfurecidos pillastres, mientras seguía a Jim Strangways y Jack hacia su automóvil.

Uno de ellos maniatado, dejados ambos con un automóvil inmovilizado a varias millas de toda población, los derrotados canallas quedaban en situación bien poco envidiable, cuando el automóvil de Jim comenzó a caminar.

—¡Amigo Cartwright! ¡Querido Jack! ¡les debo a ustedes una buena! — exclamó Jim poco después.

Se sentía aliviadísimo. ¡Poder regresar de nuevo junto a la joven a quien adoradaba! ¡Hallarse otra vez en libertad!

—¡La estratagema era buena! ¡No tuve ni la menor sospecha!—agregó después.—No sé qué era la que me preparaban... Pero no es difícil adivinarlo. ¡De buena me han salvado, amigos míos! ¡Qué hubiera sido de mi sin ustedes? Me han librado de...

—¿A qué pensar en cosas desagradables? — dijo Cartwright. Después agregó con una risotada. — Yo estaba medio afligido porque mis repetidas visitas a la taberna de Diminuto Tebbut no habían dado resultado práctico ninguno. Ahora me siento más satisfecho porque gracias a aquellas visitas reconocí al falso inspector. Es evidente que ellos se enteraron de que usted es Jim Strange. Pero después de lo que les he dicho (y que no ha sido más que una baladronada, pues no tenemos "pruebas" de nada) no creo que se sientan muy inclinados a ir pronto a contárselo a la policía. Tratarán de golpear nuevamente, sin duda alguna y debemos estar alerta para que no nos pesquen durmiendo, pero me parece que no pensarán en utilizar a la policía para que los ayude a vengarse.

Marjorie no sabía nada sobre lo que Cartwright se proponía hacer cuando éste partió en el antomóvil. Con los ojos dilatados por el asombro miró, en silencio cuando el hombre a quien había visto salir llevado por los representantes de la ley, entró impetuosamente en el cuarto donde estaba ella en compañía de Nance.

—¡Jim! ¡Jim! — exclamó Marjorie sin atreverse a creer lo que veían sus ojos.

Y corrió hacia su esposo, que la abrazó estrechándola sobre su corazón.

—¿No dije que volvería, amada mía? — exclamó Jim con franca risa de verdadera e intensa alegría. — ¡Sin embargo, no soñaba que había de deber mi rápido regreso al amigo George Cartwright!

En los ojos de Marjorie se veían lágrimas, ¡pero eran lágrimas de alegría!

—Una carta para usted, Jack, acaba de llegar, — dijo Nance cuando hubo pasado el momento de conmoción causado por el súbito regreso de Jim.

—¡Si es de "Rengo" Wilkes! — exclamó Jack en cuanto hubo desplegado la carta. — Este debe comunicarme noticias de importancia.

El llamado "Rengo" Wilkes era un vendedor de diarios, amigo de Jack, de cuando éste vendía diarios en el barrio de Westminster. Pocos días antes, Jack había estado en su antiguo barrio, había reunido a una media docena de sus antiguos amigos y les había convidado. Primero comieron como nunca, — aquellos pobres muchachos de las calles de Londres, — no habían ni siquiera soñado que pudieran comer y después fueron todos juntos al cinematógrafo y vieron la función desde asientos de primera categoría. Jack había pasado también su época mala y obedeciendo a la bondad impulsiva de su generoso corazón, había querido que sus compañeros de miseria participaran un poco de su buena situación. Regresó a su casa, aquella noche, con los bolsillos vacíos pero el "Rengo" Wilkes y otros amigos hacían tintinear las monedas en los suyos cuando se despidieron de Jack.

Fué en aquella ocasión cuando el vendedor de diarios cojo, el llamado Rengo por todos

sus compañeros, le había dicho algo que motivó un gesto de interés de parte de Jack.

—¿Conoce usted la casa vieja donde mataron al señor Viziard, el de las figuras de cera? Pues bien, algo sospechoso sucede en ella, — habíale dicho Rengo Wilkes.

La casa estaba cerrada desde la noche de la tragedia, con todos los muebles y las figuras de cera dentro, tal como estaban la noche de la muerte del que había sido su dueño. No se sabía si alguien tomaría posesión de ella ni qué destino tendría todo aquello.

Aún cuando la casa estaba cerrada el informante de Jack había visto últimamente, más de una vez, por las ventanas, luces que se movían. No sabía quienes eran los intrusos pero sí sabía que no entraban ni salían por la puerta y esto indicaba que lo que hacían no debía ser muy meritorio.

—Usted lo que debe hacer es vigilar esa casa y avisarme en caso de que vea algo. — había dicho Jack al Rengo. — Trate de averiguar todo lo más posible.

Y evidentemente, — a juzgar por el gesto de Jack mientras leía la carta, — el Rengo Wilkes había logrado averiguar algo muy interesante.

La carta decía así:

"Querido Jack. He vigilado de acuerdo con lo convenido. las dos últimas noches alguien ha andado dentro de la casa, de un lado a otro. He logrado saber que entró por una ventana de las que dan al patio. Hay varias novedades más, pero preferiría explicarlas a escribirlas. Lo que yo creo es que están buscando algo dentro de la casa. Vi a uno de los que entraron anoche. Era nada menos que un ciego. — Siempre afectísimo,

Rengo".

¡Un ciego! ¿Quién si no Sanquar cuya fotografía instantánea habían tomado con luz de magnesio? ¡Sanquar! ¡El hombre que según decía Rodman, era el que había dado muerte a Viziard!

Se dice que una extraña, irresistible fascinación arrastra siempre al asesino de nuevo hacia el sitio donde realizó su crimen. ¿Había sido esa fuerza misteriosa la que había hecho que Sanquar volviera a la casa, teatro de la tragedia? ¿O el hombre, — según lo suponía el muchacho cojo, — estaba buscando algo?

A la vuelta, en la misma hoja, halló Jack una postdata que, en cuanto la leyó hizo que el joven corriera hacia la habitación donde se encontraba Jim.

—¡Lea usted esto, señor! — exclamó el muchacho entrando rápidamente en la habitación.

Fué la postdata lo que más interesó a los dos, pues daba unos datos que explicaban hasta cierto punto, lo que Sanquar y los suyos buscaban de noche en la casa cerrada.

Temían seguramente, Sanquar y sus compañeros que el hombre muerto hubiera dejado allí un rastro, — rastro que, en caso de ser conocido ceñiría una cuerda de cáñamo al cuello del culpable. Estaban buscando ese rastro para evitar que pudiera caer en otras manos.

—Parecía, — según lo decía la carta, — que se repetía en el barrio algo que había relatado un amigo del muerto — un marino que acababa de regresar de un viaje.

El marino había visto al señor Viziard poco antes de su muerte y el anciano le había manifestado que tenía el presentimiento de que algo malo iba sucederle y de que, tal vez, le quitaran la vida.

—Puede ser que mis temores carezcan de fundamento, pero es fácil que no me halle muy equivocado, De todos modos, si muero víctima de un crimen, en la casa quedará prueba más que suficiente para poder condenar al autor, — había dicho Viziard. — Tengo algo de inventor y he instalado una combinación, inventada por mí, que proporcionará la más indiscutible evidencia.

Viziard no había querido explicar a su amigo en qué consistía su invención.

—Venga usted a visitarme mañana, — le había dicho, — y le mostraré el aparato en funcionamiento así como qué es lo que constituye la trampa que he preparado. Es necesario que alguien, en quien yo tenga plena confianza, conozca mi secreto por si llega el caso de que mis temores se justifiquen.

Pero las circunstancias habían impedido que el marino fuera a ver al anciano al siguiente día pues el marino tuvo que partir de improviso alejándose por un tiempo de Inglaterra. Antes de su regreso, Viziard había sido muerto.

Si aquel misterioso oculto rastro del cual había hablado el anciano, existía, no era posible dudar de que aun no le habían encontrado.

El marino afirmaba que estaba plenamente seguro de que existía.

—¡Pero lo malo es que no me dijo nada que pueda servirme para guiar una investigación en el sentido de dar con el misterioso aparato! — había dicho el marino.

Todos estos detalles no figuraban, — claro está, — en la carta del Rengo, pero Jack los supo después de labios del cojo. En la carta se daba, a grandes rasgos idea del asunto. Esto había sido suficiente para poner muy nervioso y muy impaciente, a Jack.

—Lo que parece es que lo contado por el marino ha llegado a conocimiento de los de la gavilla y los ha alarmado. ¡Ellos saben perfectamente que si la prueba existe está escondida en algún sitio de la vieja casa y por lo tanto les amenaza el peligro de que alguien la encuentre y los arruine por completo! — exclamó Jack. — Sanquar, se está asustando. Ya le atemorizamos bastante con lo de la instantánea al magnesio sacado en la Granja Darkmere. La tentativa contra usted, esta noche, señor, indica que los de la gavilla se dan cuenta del peligro en que se encuentran.

Jack calló un momento.

—¡Señor! — dijo después. — ¡Somos nosotros los que tenemos que encontrar esa prueba oculta antes que la encuentre Sanquar. ¡Y si la prueba está en la vieja casa del pobre Viziard la encontraremos!

PASOS EN LA OSCURIDAD

Jack y Cartwright siguieron por una oscura calle de Westminster, que daba a la calle principal, en la cual se veía el frente de la galería de figuras de cera. De aquella calle pasaron a otra, donde se encontraba la entrada particular a lo que había sido el establecimiento del señor Viziard.

La casa estaba en la más completa oscuridad cuando ellos llegaron a ella.

Estaban esperando al Rengo Wilkes que debía encontrarse allí con ellos aquella noche. De pronto, cruzando el camino con asombrosa rapidez a pesar de sus muletas, llegó el muchacho cojo.

—He estado paseando de un lado a otro por estos sitios desde hace más de una hora — dijo a Jack. — pero no he visto luz en la casa. Debe ser demasiado temprano todavía.

—Bien. Nosotros entraremos esta noche, — díjole Jack — y será bueno que usted vigile fuera. Si alguien sospechoso se aproxima nos avisa. Ya sabe la señal: el doble silbido.

Una tapia rodeaba el pequeño patio situado en los fondos de la casa, detrás del cual había un estrecho callejón. En la tapia había una puerta que estaba cerrada por dentro.

—Al ciego de quien habié, le ví yo pasar la otra noche por esa puerta, — dijo el Rengo. — Le acompañaba uno que cerró la puerta cuando hubo salido el ciego y luego saltó por encima de la tapia. ¡Hola! Parece que por ahí anda de nuevo el ciego! — añadió el muchacho bajando la voz.

Por el camino lateral llegaba el acompasado golpear de un bastón, un golpear idéntico al que había oído Jack en dos ocasiones en la Granja de Darkmere. Su primer impulso fué evitar el encuentro.

—Pero no, — dijo después, — es necesario que nos enteremos de si es realmente ciego. Si no lo es me tiene que reconocer en cuanto me vea.

Jack esperó allí, donde la luz de uno de los faroles del alumbrado público le daba en el rostro. El ciego, golpeando con el bastón, se acercó hacia él.

Si era Sanquar estaba disfrazado. Tenía barba y bigote negros que alteraban por completo su apariencia. Unos anteojos de cristales oscuros ocultaban por completo los extraños ojos que la fotografía había presentado tan sin vida.

Sin embargo, a pesar de lo cambiado de su apariencia, algo le decía a Jack que era el mismo hombre, el espíritu dirigente de la gavilla maligna que casi había logrado hacer desaparecer para siempre a Jim y a Jack en la Granja de Darkmere, después de haberles hecho acudir mediante el telegrama falso.

Cuando el hombre se acerco, Jack se separó a un lado, mirándole con atención a la cara. No se notó que hiciera ni el menor gesto. El hombre pasó de largo, por su lado, buscando el camino mediante los golpecitos de su bastón.

—Debe ser ciego... — murmuró Jack. — ¡Y, sin embargo!...

Cosas misteriosas, acontecidas en la Granja de Darkmere, parecían desmentir la afirmación de que aquel hombre fuera ciego.

—No cabe duda, va a hacer otra visita a la casa de Viziard esta noche. Probablemente está esperando a alguien — dijo Jack a Cartwright en voz baja. — Debemos entrar nosotros primero. Usted vigile del lado de fuera, Rengo, y haga la señal cuando vea que se meten en el patio, — dijo al otro muchacho.

—Confíen en mi, — replicó el Rengo muy contento, porque podía ser útil a su amigo.

No se había olvidado, por cierto, del generoso convite de pocos días antes.

Jack y Cartwright siguieron por la callejuela hasta un sitio muy obscuro y allí saltaron la tapia y entraron en el patio. En los fondos de la casa encontraron una ventana entornada que era, probablemente, la que había servido al ciego y a su cómplice para meterse en la casa.

Abrieron del todo la ventana y entraron por ella en la obscura casa donde las sombras eran más densas que las de la noche, pues parecían intensificarse con la sombra del crimen que se cernía en aquel local, teatro de una tragedia acaecida entre aquellas tenebrosas paredes.

Jack no pudo reprimir un ligero estremecimiento cuando recordó su última visita a aquella casa, la noche en que para salvar a su compañero, había representado, — tan maravillosamente por cierto, — el papel del hombre que yacía muerto, en la oscuridad, a pocas yardas de distancia.

Cerraron de nuevo la ventana y en el borde Jack colocó una piedrecita. No era posible abrir la ventana sin hacerla caer.

Jack, debido a su buena amistad con el señor Viziard — conocía el interior de aquella casa tan bien como podía conocer el del Chalet de las Rosas. De vez en cuando alumbraba con su antorcha eléctrica y así pudieron ir, sin tropezar, hasta el escritorio, situado detrás de la galería de las figuras de cera, y donde se hallaba, casi siempre — cuando vivía — el señor Viziard.

Era en aquella habitación, — en caso de que estuviera en alguna, — donde, en opinión de Jack, debía hallarse la oculta prueba. Dirigió en redondo la luz de la lámpara y su brillo dió en la polvorienta mampara divisoria de vidrio, dejando ver las más cercanas figuras de cera que parecían mirar con ojos de asombro...

—¿No le parece que esos ojos nos están mirando? — preguntó Jack en voz baja, sacudido por un escalofrío.

Todo estaba allí como en tiempos en que vivía Viziard. Delante de la puerta, en la pared opuesta, había un cuadro al óleo de grandes dimensiones, estaba en su sitio la caja de hierro, la mesa escritorio, varias sillas. Era evidente que los intrusos de quienes el Rengo había hablado, habían registrado detenidamente la habitación. Los cajones de los muebles habían sido forzados, En la capa de polvo se notaban recientes huellas de dedos.

Cuando iluminó con la antorcha todo el contorno de la habitación Jack se dió cuenta — como si no lo hubiera comprendido así cuando describía el plan con Jim, — de lo difícil que tenía qeu ser descubrir la prueba

oculta, suponiendo siempre que existiera.

¿De qué clase era la prueba que buscaban? Era de suponer que la policía había registrado detenidamente aquel cuarto cuando se hicieron las investigaciones erlacionadas con la tragedia y, sin duda, los alarmados criminales habían buscado más todavía y, evidentemente, sin éxito ninguno, como lo indicaba el hecho de que el ciego anduviera por las inmediaciones esperando el momento de volver a entrar.

El único dato que tenía Jack era lo que Viziard había hablado con el marino sobre un aparato de su invención. Esto indicaba que se trataba de algo mecánico. "Soy algo inventor", había dicho Viziard. Jack, por su parte, sabía que el anciano era un excelente mecánico muy mañoso y muy ingenioso y que había construído bastantes aparatos dignos de atención.

—¡Hola! ¿Qué fué eso? — dijo de pronto Jack.

En algún sitio de la habitación se había oído de improviso algo como un ¡clic! El sonido no procedió del suelo pero Jack miró de pronto al piso. Se arrodilló luego y puso las manos en el suelo, observándolo detenidamente.

—Pisé algo como resorte oculto en el suelo debajo de la alfombra, algo que pareció ceder a la presión de mi pie, — dijo Jack con animación y en voz baja. — En el mismo momento se oyó ese clic. ¡Y mire! ¡Allí se ve un alambre revestido que va por el zócalo oculto casi por completo por el borde de la alfombra! A que...

Pero Jack no terminó la frese porque precisamente en aquel instante se oyó, procedente del callejón, un agudo silbido dos veces repetido: ¡era la señal de Rengo!

Esa señal significaba que el ciego — y el que le acompañara, — no tardarían en presentarse en el interior de la casa.

—¡Pronto, antes de que nos vean! — dijo el muchacho en voz baja.

El conocimiento que Jack tenía de toda la casa, les fué muy útil. Ya había pensado dónde se esconderían en caso de necesidad. Cautelosamente en puntas de pie, indicó el camino por la galería de figuras de cera, ocultando lo más posible la luz de la lámpara.

Se dirigió hacia un grupo de varias figuras de cera colocadas sobre una tarima cerca de la pared y que ofrecía suficiente reparo. Se acurrucaron detrás de él, Jack apagó su antorcha eléctrica. Reinó la más densa oscuridad.

Casi en el mismo momento en que se escondieron oyeron el ruido que hizo, al caer, la piedrecita puesta en la ventana, anunciando que los que llegaban habíanla abierto.

Acurrucados, escucharon el rumor de cautelosas pisadas, de palabras en voz baja, de alguien que se acercaba por el pasillo que conducía a la galería de figuras de cera.

Cada vez se oyeron más cercanos aquellos rumores. Luego el suave resplandor de una luz que se aproximaba vióse tras de la entornada puerta del fondo. Las aves nocturnas se acercaban...

Entonces...

Jack se hubiera abofeteado de buena gana. Al inclinarse hacia adelante estirando el cuello para mirar desde su escondite, por desgracia, la lámpara eléctrica se le deslizó fuera del bolsillo, y cayó, con débil ruido, en el suelo.

En el mismo momento el resplandor de la otra luz se apagó. Cesó de pronto el rumor de voces, Las aves nocturnas habían oído y tomaban precauciones.

Reinó silencio completo. En la oscuridad Jack miraba conteniendo el aliento. Esperó... esperó. ..

De pronto, en la galería, en medio de la oscuridad, vieron aparecer dos puntos de luz que, — Jack lo sabía, — eran los extraños ojos del hombre ciego.

De nuevo — como cuando los había visto por primera vez — los puntos brillantes hicieron estremecer a Jack. ¡Eran los ojos que cuando había luz parecían los de un ciego y que en cambio relucían con luz propia en la obscuridad, igual que los de un gato!

Jack se agarró con una mano del brazo de Cartwright indicando con la otra lo que veía. La acción era involuntaria, pues tal era la oscuridad que no distinguía su propia mano.

—¡Mire! ¡Mire! — murmuró — ¡Los ojos del ciego!

Y casi en aquel mismo momento los ojos brillantes que, — de ningún modo, — habían visto el gesto, desaparecieron.

El hombre y el muchacho, agazapados allí, esperaron, escuchando. No se oía nada. ¿Se habían atemorizado los visitantes, por aquella noche? Pero no era seguro. Cartwright tenía empuñado el revólver, dentro del bolsillo, pronto para cualquier evento.

Pasaron los momentos. El silencio resultábales depresivo mientras esperaban acurrucados, sin atreverse a moverse. Los ojos no reaparecieron.

¿Habíanse ausentado las aves nocturnas, temiendo una trampa y tan silenciosamente como habían entrado?

De pronto se oyó un ruido muy cercano: el crugir de una tabla. Pero Jack tuvo la impresión de que había ruido de pasos, de que alguien les amenazaa en la oscuridad

El pensamiento era enervante, pero ¿cómo podía ser posible? Impaciente, Jack se dijo que todo había sido una broma de sus exaltados nervios.

Pero la impresión subsistía; era una inexplicable sensación de la proximidad del peligro.

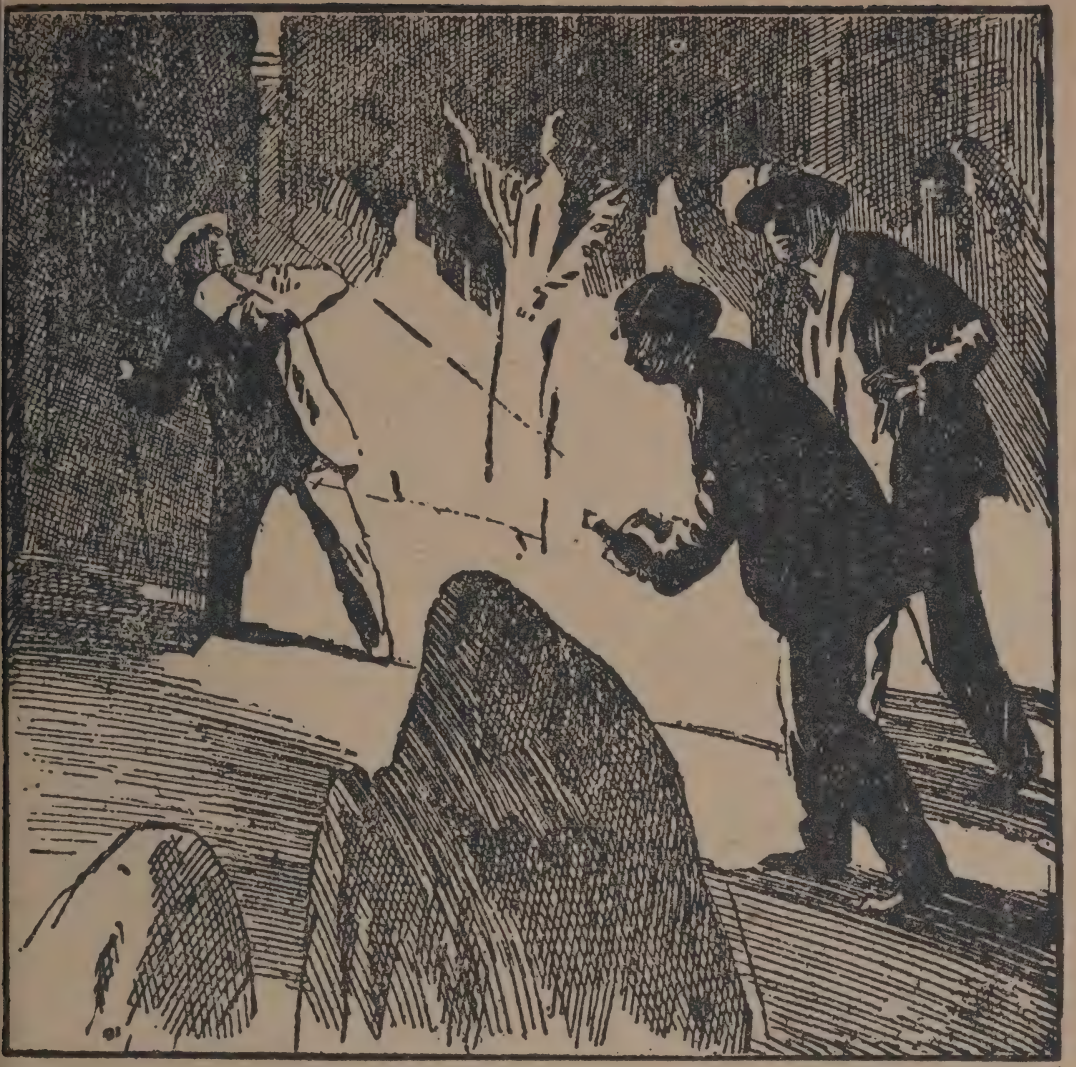
Incapaz de sufrir por más tiempo la tortura de la incertidumbre, Jack encendió su antorcha eléctrica

La brillante luz de la antorcha pasó por los grupos de figuras de cera y se posó en una figura humana, la de un hombre que se deslizaba cautelosamente hacia ellos, que ya estaba cerca, ¡qué presentaba en su rostro la excitación de la criminalidad!

UNA TERRIBLE CONDENA

¡Sanquar!

Parecía imposible que el ciego hubiera podido realizar aquello, que hubiese podido encontrar el camino en la obscuridad, sin hacer ruido, por entre los grupos de figuras



Dramático encuentro de Jack y Cartwright con el ciego en la galería de las figuras de cera.

de cera, cual si lo hubiese guiado algún sentido anormal que le habría permitido no tropezar con ningún obstáculo mientras se deslizaba lentamente igual que un gato que se acercaba a su presa en la obscuridad, aproximándose hacia donde ellos se consideraban escondidos.

¡Sanquar!

Sostenía un cuadrado de cartulina delante de la cara, a medida que andaba y que le servía para ocultar el fulgor de sus ojos que lo hubieran traicionado anunciando su proximidad. En la otra mano tenía un cuchillo.

O el súbito grito de Jack o el brillar de la luz, hicieron sobresaltar a la figura que se acercaba. El pedazo de cartón se le cayó de la mano. Aun cuando ciego, el hombre retrocedió ante la luz, — fuerte y repentina, — como ante un poderoso golpe material.

Después, rápidamente sin que Jack o Cartwright tuvieron tiempo de darse cuenta de lo que se proponía, avanzó y empujó el grupo de figuras de cera. Al caer, las figuras golpearon en la mano de Jack y le hicieron caer la lámpara al mismo tiempo que arrojaban al muchacho al suelo.

En la obscuridad el ciego, como si lo guiara el anormal sentido que suplía su falta de vista, se arrojó sobre Cartwright, derribándolo. Cartwright sintió que le retorcían el brazo impidiéndole sacar el revólver del bolsillo. Sintió la punta del cuchillo en la garganta.

—¡No se mueva ni se resista, o lo mato! — dijo una voz bronca y gutural.

El ciego gritó, llamando a su compañero.

Se vió brillar una luz y por la galería se presentó otro hombre que se arrojó sobre Jack antes de que el muchacho pudiera salir de debajo del grupo de figuras que le habían arrojado encima. El que le atacó era el hombre que había desempeñado el papel de fin-

gido inspector de policía en la tentativa de arresto de Jim Strangways.

Se rió malignamente al mirar a Jack y a Cartwright a la luz de su linterna. Evidentemente había reconocido a los dos recordando que eran los que les habían estropeado su plan la noche anterior.

Estaban los dos inermes, a merced de sus implacables y terribles enemigos.

En un instante Jack estuvo atado de pies y manos.

Después el ex inspector fingido ató a Cartwright manifestando, al hacerlo evidente satisfacción.

—¡Ayer se rieron ustedes, hoy nos reímos nosotros! — dijo lanzando una antipática carcajada.

El y el ciego hablaron unos instantes en voz baja. Después el segundo — que no parecía tan seguro de sus movimientos cuando había luz como cuando no la había, — se acercó de nuevo a ellos y pareció mirarlos con sus ojos sin vista y sin vida.

—¿Saben ustedes para qué vinimos a esta casa esta noche? — dijo con risa odiosa, a sus prisioneros. — Hay una prueba oculta en esta casa, una prueba que sería la salvación de Jim Strange si llegara a ser hallada, una prueba que demostraría quién fué el que mató a Viziard. No hemos podido encontrarla pero vamos a proceder de modo que no la pueda encontrar nadie.

Nurante un momento saltó, riendo por lo bajo, socarrona y malignamente.

—Vinimos esta noche a destruir esta vieja casa por medio del fuego, para destruir así la prueba que contiene y ustedes van a sufrir aquí el mismo fin que la prueba y la casa: ¡perecerán en medio de las llamas!

EL FUEGO RAMPANTE

Amordazados y atados enteramente a merced de sus enemigos. Cartwright y Jack escucharon, anonadados y sin aliento, aquella amenaza hecha a sangre fría.

La malignidad que se notaba en el fondo de la voz del ciego, indicaba a los dos prisioneros, que aquel hombre estaba decidido a cumplir su amenaza terrible.

El mudo terror que se leía en sus ojos, pareció satisfacer el furor vindicativo del cómplice del ciego, del ex fingido inspector de policía que la noche anterior había intentado apoderarse de Jim Strangways, mediante un plan que los dos — en aquel momento sus prisioneros — habían desbaratado. El hombre tenía aun, en el rostro, señales del golpe de boxeo que le había asestado Cartwright.

El ciego se volvió y se dirigió a la salida, situada del otro lado de la galería, dejando a su cómplice para que llevara a cabo sus infames propósitos.

Los preparativos de éste ocupáronle poco tiempo.

De un grupo de figuras de cera situado cerca, tomó dos sillas, tirando de golpe los dos muñecos que en ellas estaban sentados. En las dos sillas sentó a los prisioneros, asegurándolos, con cuerdas cada uno a una silla.

El local estaba lleno de material seco que ardería como paja. Para comenzar el fuego, el hombre amontonó una cantidad de objetos diversos que regó con kerosene — traído exprofeso en una botella grande — lo que demostraba que habían ido con el determinado propósito de provocar esa noche el incendio, a fin de destruir la prueba que se hallaba escondida allí.

Al montón así preparado le aplicó una larga mecha para poder encenderlo a la distancia.

En cuanto se dió cuenta de que el ciego se había ausentado del edificio, el cómplice de Sanquar encendió un fósforo y con él el extremo de la mecha.

Después, con una risa burlona y antipática, se dirigió rápidamente hacia el pasadizo del fondo y salió de la casa, dejando a los dos prisioneros entregados a su terrible suerte.

Jack, — sentado allí, en plena oscuridad, atado a la silla, mirando fascinado de horror el brillo rampante del fuego de la mecha que se iba acercando a lo que había de ser el foco del incendio — había perdido toda esperanza.

Nada, — así lo comprendía el muchacho — podía salvarlos ya. Sin embargo, por convencido que se hallara de que era así, su natural y primitivo instinto de luchar por la existencia, le aconsejaba pelear hasta lo último, y por esta razón forcejeaba con energía, tratando de librarse de sus ataduras.

Tironeó y se inclinó de un lado a otro, — poniendo en sus esfuerzos sus mayores energías, — pero, al parecer, sin resultado inmediato ninguno. Mientras tanto no dejaba de mirar la llama rampante que se deslizaba a lo largo de la mecha tendida en el suelo.

¿Cuánto tiempo tardaría en encender el montón rociado de kerosene que haría estallar el incendio destinado a marcar el fin de la vida de los dos presos?

Aquellos pocos minutos fueron — para el infeliz muchacho, — como toda una eternidad de terribles torturas.

De improviso le pareció a Jack que la cuerda que le cruzaba el pecho y le sujetaba los brazos al cuerpo había cedido un poco. En el primer momento casi no se atrevió a creerlo, pero después, saltándole el corazón a impulsos de nueva y loca esperanza, se dió cuenta de que podía mover algo los brazos, lo que demostraba qeu la cuerda había cedido a sus esfuerzos. ¿Había alguna probabilidad de vida?

Con fiera desesperación luchó moviéndose de un lado a otro, levantando y bajando el pecho... La cuerda descendió algunas pulgadas. Mediante un nuevo supremo esfuerzo consiguió librar de las ataduras el brazo derecho.

Desatar el izquierdo no le fué entonces difícil. ¡Los dos brazos libres! Pero era necesario proceder con la mayor premura. En la oscuridad podía distinguir la llama de la mecha que se arrastraba hacia su destino. Con rapidez levantó las manos y desató el pañuelo que le tapaba la boca.

Un instante después lo arrojó al suelo. En.

tonces Jack, — muy excitado, — gritó a Cartwright, a quien no veía en la oscuridad por más que se hallaba muy cerca de él:

—¡He logrado soltarme los brazos! ¡Valor, amigo mío! ¡Todavía puede haber esperanza!

Con las manos libres, lo demás era fácil. Todo era cuestión de tiempo sí... ¡Pero se trataba de un "sí" de grandísima importancia.

Jack sabía que todo era cuestión de segundos en aquel instante. Si el tiempo le ganaba aquella carrera, pagaría la derrota con la muerte.

Con loca urgencia se fué desatando las otras cuerdas.

De pronto se vió una súbita, luminosa llamarada.

El fuego de la mecha había llegado al montón de material inflamable rociado de kerosene.

Las llamas que se elevaron entonces iluminaron la espantosa galería de figuras de cera y un intenso calor, — que se presentó acompañado de rápidos crujidos — llegó a caldearles el rostro.

A la luz de las llamas, los desesperados ojos de Cartwright vieron al muchacho tratando de desatar los nudos de las cuerdas que lo sujetaban.

—¡Oh! ¡Si tuviera un cuchillo! — murmuró Jack desesperado, con la frente cubierta de gruesas gotas de sudor.

El fuego habíase hecho intenso. Había allí abundante alimento para sus rojas fauces. Las figuras de cera más cercanas al foco de calor habían comenzado a derretirse y sus rostros hacían extraños gestos, antes de que, — derretida la cera, — desaparecieran por completo las facciones tan hábilmente modeladas por el viejo Viziard.

Jack, — de pronto, — lanzó un grito de contento. Había logrado deshacer el nudo de la cuerda que le sujetaba las piernas. En un momento la cuerda quedó tirada en el suelo. ¡El muchacho hallábase libre!

Corrió hacia Cartwright. A Jack se le turbaban los sentidos. Las olas de calor amenazan ahogarle. El fuego se extendía formando un vasto círculo en torno de los dos.

El grandísimo canalla que había planeado aquella terrible muerte, había derramado un reguero de kerosén alrededor de las dos sillas. A cualquier lado que se volvieran les obstruía el paso del fuego como si fuera una insalvable muralla.

¡Y las ataduras que sujetaban a Cartwright no cedían!

Nervioso y atemorizado, Jack perdió pocos momentos en su vana tentativa de deshacer aquellos nudos y se convenció de la inutilidad de su esfuerzo. Antes de que hubiera podido desatar a su compañero el fuego los habría devorado.

Además le iban flaqueando las fuerzas. Jack se sentía mareado, los vapores le cegaban y le sofocaban a la vez.

Apretó los dientes. No debía ceder ante la debilidad que le invadía; era necesario que aprovechara la oportunidad que se les presentaba.

Hubiérale sobrado tiempo para escapar él solo, dejando a Cartwright, pero tal proceder no se le ocurrió ni un solo instante al valeroso muchacho.

Mediante un último esfuerzo de sus flaqueantes energías, Jack agarró el respaldo de la silla en que se halla Cartwright y la arrastró con su ocupante a través del ardiente vaho del incendio y la hizo pasar el reguero de llamas. El muchacho, sofocado y tosiendo, movió la silla decidido a salvar a su amigo o a morir con él.

Las llamas — que cada minuto que pasaba tomaban mayor incremento — iluminaban el cuadro dejando ver las caras de las figuras de cera cuyos ojos sin vida habían sido testigos de otra tenebrosa hazaña obra de los mismos autores de la de aquella noche.

Parecían poseer algunas figuras — tan admirablemente hechas estaban — personalidad viviente y se hubiera creído que miraban con interés lo que sucedía.

En el momento en que Jack arrastraba la silla por entre el humo y el calor, hubiera jurado que una de las figuras — la que representaba al sesinado dueño de casa — se había movido y le había mirado con determinada expresión.

Se trató sin duda de un capricho de la casualidad — de una consecuencia del calor que retorcía y martirizaba todas las figuras, — pero Jack creyó ver que el anciano Viziard se sonreía, como animándole para que hiciera un último, decisivo esfuerzo. Era sin duda su figura... la del viejo, con su traje característico y su gorro redondo y parecía que hubiera reconocido a su joven amigo.

Entonces, el muchacho, — tambaleándose y tropezando, — casi agotado por completo, consiguió retirar la silla, — con su ocupante, — más allá del sitio donde el incendio crecía. Y en el mismo momento, — al volver a mirar la figura de su asesinado amigo — Jack creyó notar que el anciano le indicaba el gran cuadro al óleo que se veía, — por la abierta puerta, — en el escritorio donde el anciano Viziard había trabajado tanto tiempo.

Tal vez se tratara solamente de una alucinación de su cerebro aturdido y caldeado... Fué — además, — lo último que distinguió el muchacho, pues un momento después tropezaba de nuevo y caía sobre la mullida alfombra del piso, perdidos por completo los sentidos.

Cartwright hallábase casi inconsciente también, pero a pesar de lo enturbiado de sus sentidos, pudo oír por sobre el rugir de las maderas, el ruido de rápidas pisadas.

Por la puerta del fondo — según pudo distinguirlo confusamente, — entraban unos hombres a toda prisa.

Pero la tensión nerviosa, la sofocación, todo contribuyó en aquel momento para vencer los sentidos de Cartwright y éste perdió el conocimiento.

EL SECRETO

Jack abrió los ojos y se encontró en el escritorio situado al final de la galería.

Casi frente a él se hallaba el cuadro grande, pintado al óleo. En su confusión de aquel momento, miró hacia atrás como si esperara que la figura de Viziar le hubiera seguido hasta la puerta para indicarle de nuevo aquel cuadro, a través del humo y de las llamas.

Pero todo era una ilusión, — no podía ser otra cosa, — pues las únicas personas que estaban allí eran dos o tres hombres entre los cuales se hallaba el sargento y el policeman de vigilancia en aquella parte del barrio, que se ocupaban en desatar a Cartwright.

El otro extremo de la larga galería era una orgía de fuego. La puerta que daba al exterior y se hallaba cerca del escritorio había sido abierta a golpes. Por ella llegó hasta los oídos de Jack el ruido de la bomba y de los carros de los bomberos que se aproximaban, así como los murmullos de excitación de la muchedumbre a la que la policía no dejaba avanzar.

—¿Se siente usted mejor, muchacho? — decía el sargento de policía. — ¡Vamos! Tome un sorbo de esto. — Y el hombre le acercó a los labios un frasco con cognac. — Su amigo nos lo ha contado todo y nos ha dicho cómo lo salvó. ¡Es usted un joven valeroso!

Había sido Rengo Wilkes el que había dado la voz de alarma. El muchacho vió salir apresuradamente a los dos hombres y un minuto después mientras se preguntaba qué estaría haciendo su amigo dentro de la casa, notó un resplandor rojizo por las hendijas de las ventanas.

—El hombre tenía las peores intenciones cuando le ató a usted a la silla. Debe ser un pillo de la peor clase, — dijo el sargento a Cartwright. — Pero ahora lo que debemos hacer es salir de aquí lo antes posible. El incendio va adelantando con gran rapidez.

El calor era intensísimo y sofocante. El fuego iba avanzando por la galería, hacia el escritorio.

—¡Yo puedo decirle quien era por lo menos su cómplice, el ciego! — dijo Jack con excitación. — No hay tiempo ahora para entrar en detalles pero lo que puedo decirle es que fué él quien dió muerte al señor Viziard. Si vino esta noche a prenderle fuego a esta casa fué para destruir una prueba de su culpabilidad que la víctima dejó oculta aquí. ¡Nosotros estábamos buscando esa prueba cuando nos sorprendieron!

El sargento de policía se sonrió con incredulidad. Había oído el relato, que repetían los vecinos de Westminster, sobre los presentimientos del anciano asesinado y lo que le había dicho a un marino amigo suyo sobre la prueba que dejaría en caso de que fuese víctima de un crimen.

—¡Vamos, joven amigo! Supongo que usted no habrá creído esa mentira, — dijo riendo. — ¡Una prueba! ¿Cómo iba a poder, el hombre, aun cuando sus temores de una muerte violenta resultaran verdad, anunciar previamente que iba a dejar una prueba? La más simple lógica dice que eso es imposible!

—¡Yo no sé cómo! — exclamó Jack. — ¡Lo que sé es que dejó la prueba! ¡Lo juraría! Y hay más: estoy seguro de que nosotros estábamos por encontrarla, ¡Si pudiéramos dar con el secreto antes de que el fuego llegue a esta habitación!

Corrió hacia el rincón, junto al cuadro, donde antes — aquella misma noche — había encontrado el resorte oculto debajo de la alfombra. Cuando lo volvió a pisar se oyó de nuevo el clic que antes le llamara la atención.

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿De dónde procedía? — preguntó el sargento de policía

En el momento en que hablaba un bombero con casco de reluciente bronce, apareció en el pasillo, delante de la puerta, arrastrando la lanza de una manga de incendios.

—¡Procedía de detrás del cuadro! — exclamó Jack con súbito convencimiento. Aquel era el cuadro que la figura de cera parecía haberle indicado, pero Jack no mencionó por cierto el extraño incidente que tanto le había impresionado. — ¡Hay un alambre eléctrico, revestido, que corre junto al zócalo de madera y desaparece detrás del cuadro! ¡El señor Viziard habló de una invención mecánica que había hecho y yo creo que el aparato inventado por él está detrás de ese cuadro!

El fuego se extendía por la galería en dirección del escritorio y a pesar de los esfuerzos realizados por los bomberos. Grandes masas de humo y de vapor — resultado del agua de las mangas caldeadas por las llamas del ígneo elemento, — llegaban hasta aquel cuarto. ¡Pero era necesario tener tiempo para dar con la prueba!

Si el fuego destruía aquella prueba su compañero y amigo no se vería jamás libre de la acusación injusta que sobre él pesaba. Los dos canallas, las dos fieras humanas que habían condenado a tan horrible fin a él y a Cartwright aquella noche, habrían conseguido, después de todo, lo que se proponían.

—¡Pronto! ¡Hay que salir de aquí! — dijo el sargento. — No puedo permitirle que se quede más tiempo, joven!

Pero Jack no hizo caso de tan perentorias palabras. Tomó el cuchillo con el que había cortado las cuerdas que ataban a Cartwright y corrió hacia el cuadro.

Si no estaba allí la oculta prueba no sería encontrada nunca pues sería aniquilada por las llamas devoradoras que no tardarían en llegar a aquella habitación.

Pero las esperanzas de Jack habíanse fortalecido con el hallazgo de algo que acababa de notar en el cuadro.

En el contro de la bien estirada tela se notaba un agujero redondo y pequeño, casi invisible, porque coincidía, con un detalle del dibujo del cuadro que lo disimulaba admirablemente. ¿Para qué era aquel agujero? ¿Por qué estaba ahí? ¿Por qué lo habían hecho? Una aceptable explicación había acudido ya a la mente del joven mientras, con rápido movimiento de la mano armada del cuchillo cortó la tela por dos de sus costados.

—¡Mire! ¡Mire! — exclamó inmediata-

nente muy excitado. — ¡Ahí está el secreto!

El cuadro estaba colocado — en sentido diagonal — en un rincón del cuarto y, como el cuadro era, según se ha dicho, muy grande un espacioso hueco, — formado por el rincón, — quedaba detrás de él. En ese hueco se encontraba un aparato — que era indudablemente una cámara fotográfica, — que estaba ligado por los alambres revestidos, al resorte oculto debajo de la alfombra del piso.

No era una cámara fotográfica de aspecto vulgar. Era muy grande, Jack se apresuró a examinarla y vió que tenía, además de la cámara propiamente dicha, dos reparticiones, una para un rollo de película sin impresionar y la otra para la película impresionada ya. De una repartición a la otra corría la película impresionándose al pasar por debajo de los poderosos lentes. Era — evidentemente — un aparato para sacar vistas cinematográficas. La película pasaba automáticamente de una parte a la otra mediante un ingenioso dispositivo.

El agujero que había en la tela del cuadro coincidía con el objetivo de la cámara que venía a constituir un ojo oculto que no solo veía sino que iba inscribiendo lo que veía en cuanto — pisando el oculto resorte del piso, — el mecanismo era puesto en movimiento.

A juzgar por varios detalles, el aparato funcionaba automáticamente por medio de pequeños motores eléctricos, de modo que no se necesitaba más que oprimir el resorte para que comenzara a fotografiar lo que pasara en el cuarto aquel.

—¡Joven! ¡Voy creyendo que pueda ser que tenga usted razón! — exclamó el sargento. — ¡Saquemos rápidamente ese aparato!

El cuarto estaba lleno de humo acre y de vapor.

Rápidamente, el sargento sacó el aparato del estante en que se hallaba colocado, desprendiendo el alambre, y salió corriendo del cuarto con Jack tras él.

La rapidez con que el fuego iba avanzando no dejaba esperanza ninguna de que la vieja casa pudiera salvarse.

En la oficina de policía Jack y Cartwright contaron lo que les había pasado.

—¿Así que ustdes andaban buscando la prueba oculta de la que todo el mundo hablaba, eh? — dijo el inspector. — Pero, ¿por qué les interesaba a ustedes tanto?

—Es conveniente que manifieste que yo era muy amigo del señor Viziard, — dijo Jack. — Además nosotros habíamos tenido oportunidad de enterarnos de algo, muy interesante, sobre esos individuos, en la Granja de Darkmere.

—¡La Granja de Darkmere! — exclamó el inspector. — ¿Se refiere usted al sitio donde fué muerto recientemente un hombre llamado doctor Marr?

—Sí, señor inspector. Precisamente fuímos el señor propietario de la Granja de Darkmere y yo los que encontramos allí al hombre muerto. En la investigación que se levantó yo declaré como testigo. Me llamo Jack Lewis.

—¡Sí! Recuerdo haber leído su nombre en las crónicas que publicaron los diarios dando cuenta de ese suceso.

—Pues bien, fué en la Granja de Darkmere, donde por primero vez, nos encontramos con el ciego. Es fácil que precisamente por eso estuviera esta noche tan dispuesto a la crueldad. ¡Oh! ¡Me reconocieron en seguida! Cuando le hayan ustedes prendido, podrán decir entonces que han prendido al autor de la muerte del señor Viziard. ¡No me extrañará nada que la película que contiene el aparato que hemos encontrado constituya la prueba definitiva!

El sargento que había llevado la cámara fotográfica no se sentia ya tan incrédulo como antes.

—Eames, el dueño de la casa de aparatos fotográficos de la otra calle, — dijo el sargento a su superior, — tiene laboratorio. Si sacamos la película, como no sea en un cuarto oscuro, podemos velarla y estropearla. ¿Le parece que la lleve a la casa de Eames para que vea él si está impresionada?

Obtenida la autorización del inspector el sargento y Jack fueron al establecimiento de Eames. Allí, en el cuarto obscuro, — o sea en el laboratorio fotográfico, — abrieron el aparato. La película había pasado toda de una repartición a otra, así que debía estar impresionada. El mismo señor Eames hizo una prueba, con un pedacito de película y comprobró que estaba impresionada efectivamente. La película era de una calidad extra sensible, especial para sacar fotografías con poca luz.

El trozo con el cual se hizo la prueba no presentaba nada interesante. Era una media docena de pequeñas vistas del interior del escritorio de Viziard y presentaba una nitidez admirable que demostraba la extremada sensibilidad de la película.

En el mismo cuarto oscuro empaquetaron la película de modo que no hubiera peligro de que viera la luz.

En un automóvil fueron Jack y el sargento al establecimiento de una empresa editora de películas, situada en la calle de Wardwer.

—Necesito que este rollo de película sea desarrollado inmediatamente de modo que mañana podamos tener una copia positiva para proyección, — dijo el sargento al gerente. — Es cosa de la policía y muy urgente. Desearíamos también ver la película proyectada, en su salón de pruebas mañana.

El gerente manifestó que no había ningún inconveniente y que podía satisfacer su deseo.

—Si vienen ustedes mañana a las once de la mañana, podrán ver la película proyectada en la pantalla de nuestro salón, — dijo.

Jack y el sargento volvieron a la oficina policial. Allí les informaron que no quedaba esperanza ninguna de poder salvar nada del edificio incendiado. El techo acababa de derrumbarse y toda la vieja casa era un montón de pavesas.

Pero si el incendio había hecho presa del antiguo edificio había sido después de que, gracias a la valentía y a la sagacidad de Jack se le había arrebatado, no solo las dos víctimas que la maldad de los de la Liga del

Los secretos de...

Ojo quería hacer sucumbir allí, sino también su valioso secreto.

EN LA PANTALLA

Tanto Jack como Cartwright se hallaban fatigadísimos cuando llegaron al Chalet de las Rosas portadores de tan sensacionales noticias. Pero, como decía Jack, es maravilloso lo que la nerviosidad sostiene las fuerzas y prolonga la resistencia.

Fué un público intensamente interesado, — compuesto de Marjorie, Jim y Nance, — el que oyó su pintoresco relato sobre las aventuras que acababan de correr. La parte relacionada con los propósitos viles de los miembros de la Liga del Ojo causó gran emoción en el auditorio.

Fué cuando el muchacho relataba esa parte de lo sucedido, cuando Cartwright le interrumpió.

—Jack se calla detalles de suma importancia, — dijo. — No ha dicho cómo, en el momento en que la muerte parecía segura si se detenía para procurar desatarme, no intentó marcharse, salvándose y se quedó, para defender mi vida con peligro de que muriéramos los dos, pero sacrificando su propia salvación. ¡Esto es lo que Jack tan valeroso como modesto, ha omitido en su relato!

—¡Se ruega no interrumpir al orador! —dijo Jack enfadado. — ¿Lo cuento yo o lo cuenta usted?

Explicó entonces el hallazgo que había hecho detrás del cuadro pintado al óleo.

—Sin duda ninguna el señor Viziard podría poner en marcha el aparato oprimiendo con el pie el resorte oculto debajo de la alfombra, en caso de que alguien le amenazara en su escritorio. Si es así tenemos razón para creer que procedió de ese modo la noche que Sanquar y Jackman le visitaron y que no sería de extrañar que la película reprodujera toda la escena del crimen. ¡Mañana lo veremos! — dijo Jack.

Marjorie estaba contentísima. Sus ojos brillaban de alegría.

—¡Oh, Jack! ¡Y usted, señor Cartwright! ¡No encuentro palabras con que agradecer su abnegación, ni frases que expresen todo lo que admiro el valor con que se han conducido en momentos tan terribles! Tampoco sé cómo expresar la alegría que siento de ver que es posible que se haya encontrado, gracias a ustedes, la prueba de la inocencia de mi amigo Jim — exclamó.

(Continuará)

EL DIRECTOR DE "PUCKY" CONTESTA A LOS LECTORES

Un grupo de lectores, Rosario.—Tarzán de los Monos, ya se publicó en PUCKY. Se inició dicha puplicación en el número 243, durante el año 1928. Gracias por sus afectuosos saludos.

Ramón Inando, La Colina. — Precisamente en este número iniciamos una novela de Herman Landon, el escritor a que usted se refiere en su carta. Le agradecemos mucho, las nobles manifestaciones de simpatía que le merece PUCKY.

Los tres misteriosos, Baradero. — Como le decimos a Un grupo de lectores de Rosario, la obra que ustedes desean leer en PUCKY, ya ha sido publicada desde su comienzo hasta el fin, en este magazine.

Juan C. Cárdenas, Alhuampa.—Por nuestro intermedio, el señor Jacques Saint Priets, agradece sus felicitaciones y le retribuye sus afectuosos saludos.

Antonio Llabrés y Federico Martínez, Capital. — De los escritores P. Souvestre y M. Allain, estamos publicando la interesante obra Nazenler. Tomamos nota de lo que ustedes piden, para tenerlo en cuenta oportunamente.

Juan A. Gener, Córdoba. — Las dos novelas que usted desea se publiquen, ya han aparecido en PUCKY. Tarzán de los Monos, en 1928 y 1929; Justicia Alada, en 1930. Le retribuímos sus afectuosos saludos y estimamos mucho sus felicitaciones.

PUCKY
La Lectura Para Todos
Acción Drama
Misterio Aventuras

Aparece todos los viernes
Avenida de Mayo 662
U. T. 33 Avenida 8221
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
" atrasado	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	" 2.50
" por 6 meses (26 números)	" 4.80
" por 1 año (52 números)	" 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países (1 año)	" 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

LOGICA INFANTIL

La mamá.—Un cigarrillo contiene suficiente nicotina para matar a veinte gatos.

El pibe.—Pero ¿cómo pueden veinte gatos fumarse un cigarrillo?

En el próximo número continuará la publicación de la novela de HERMAN LANDON

DE LABIOS MORIBUNDOS

PIPERMIT POR BILLY DEBECK
ROSITA, LA PEQUEÑA NIÑA MARTIRIZADA POR LA CRUEL MUJER QUE LA HABIA ADOPTADO POR HIJA Y A QUIEN PIPERMIT LE PROMETIO AYUDA PARA LIBRARLA DE SU VIDA DESDICHADA
BUENO, ROSITA; AHORA SEGUIREMOS NUESTRO CAMINO HASTA ENCONTRAR UNA CASA...
TENGO MIEDO
¿QUE DICE EN ESE CARTEL?
QUE NO SE PUEDE PASAR; PERO NO TENEMOS QUE HACER CASO. SIGAMOS ADELANTE
Absolutamente prohibida la entrada
¿QUE MIRA, TIO? EL DOCTOR LE HA ORDENADO QUEDARSE QUIETO EN EL SILLON
VEO DOS NIÑOS EXTRAVIADOS POR EL CAMPO
VAYA A VER A ESOS NIÑOS Y TRAIGALOS A MI PRESENCIA
NO HEMOS HECHO NADA DE MALO, SEÑOR...
?
EL PATRON, QUIERE HABLAR CON USTEDES...
¡QUE INOPORTUNOS! ¡TENGO QUE LIBRARME DE ELLOS!
CUENTALE TU H TORIA, ROSITA. TE SEÑOR PARE MUY BUENO
A VER, NENITA: CUENTAME LO QUE TE HA SUCEDIDO

PUCKY

La Lectura Para Todos
Acción — Drama
Misterio Aventuras

20 cts.

No. 491
Febrero 24 de 193.
Buenos Aires

DE LABIOS MORIBUNDOS
(Continuación)

Por HERMAN LANDON

PUCKY
La Lectura Para Todos
Acción Drama
Misterio Aventuras

No. 491 Año XIII

PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

BUENOS AIRES, FEBRERO 24 DE 1933

De labios moribundos

Por

Herman Landon

(Continuación)

IV

PARECIOLE a Forrester que fueron sus músculos, más bien que su cerebro, los que obraron. Mientras sus facultades estaban todavía embotadas por aquella repentina interrupción, saltó de su silla y llegó junto a Mason, en el preciso momento en que el hombre de la barba negra se había recobrado lo suficiente para echar mano a la pistola.

Rápidamente arrebató el arma de las manos de Mason y ahora, con la mente todavía convertida en un torbellino, miró aturdido en dirección a la puerta. Era allí, en las sombras, que tuvo la visión fugitiva de una cara, antes de sonar la detonación.

La puerta estaba ahora cerrada. Forrester se hallaba solo, con el hombre de la barba negra.

—¡Uf! — exclamó aturdido. — Fué un poco repentino.

Con dolorida expresión, Mason movía hacia arriba y hacia bajo su mano. Sangraba de una herida, mismo bajo la muñeca. Había sido disparado un tiro con sorprendente puntería, desarmando la mano de Mason, mientras éste apuntaba a Forrester. La misteriosa interrupción había ocurrido a tiempo, una fracción de segundo antes de que el reloj diera las once.

Pero ¿quién había hecho fuego? Renunció a cavilar. Mason, tan aturdido como él mismo y además herido, reclamaba su atención.

—¡Veamos! — dijo agarrando la mano herida del otro con la izquierda, mientras esgrimía firmemente la pistola con la derecha — No es más que un arañazo, aunque profundo.

La bala debe haberse alojado en la pared. ¿Tiene idea de quien hizo fuego?

Mason movió la cabeza, con expresión estupefacta.

—Bueno, parece que tengo una gran deuda con alguien. Y ahora, mi amigo ¿tiene usted algo que decir antes de que llame a la policía?

Un gemido inarticulado fué la única respuesta de Mason.

—¿Quién lo mandó a usted aquí?

—Nadie. Vine por mi propia cuenta.

—¿Su idea era dejar una carta y hacerme aparecer como suicida?

—Naturalmente.

Forrester lo miró dudoso.

—Creo que miente usted, Mason. Sin embargo, desde que confiesa tan brillante idea, me agradará oír sus explicaciones. ¡Siéntese!

Con una mirada de soslayo a la pistola que Forrester tenía en la mano, Mason se dejó caer pesadamente en una silla.

—¿Por qué quiso matarme? ¿Qué le he hecho yo?

—¿No sabe usted llevar una broma? — hizo Mason una débil tentativa para sonreír.

—Mis amigos dicen que soy humorista; pero el humorismo me falla en situaciones como ésta. Mejor es que me diga la verdad, Mason. Lo que usted intentó esta noche fué un asesinato premeditado, bajo circunstancias que harían creer que yo me había suicidado. Ciertamente fué una idea brillante. Nunca lo he visto antes de esta noche, de manera que es lógico pensar no tenía usted motivos para matarme. Alguien debe haberlo alquilado para cometer este crimen. Quiero saber quien es, Mason.

—Sólo yo soy el culpable.

Forrester miró la puerta que comunicaba con el hall. En éste había un teléfono y pensaba como llegaría hasta él sin dar al prisionero oportunidad de escapar.

—Muy bien, Mason. Quizá la policía tenga más éxito en obtener de usted la verdad. Son peritos en tales cosas, mientras yo soy solamente un aficionado.

Mason sonrió torcidamente.

Mason sonrió torcidamente:

—Haga lo que le parezca. De lo único que puede acusarme es de tentativa de robo, aunque el testimonio es muy deficiente. Lo demás no puede probarlo.

Forrester se mordió el labio. El hombre tenía razón. Desde que no había testigos de la dramática escena ocurrida entre él y Mason, difícilmente podría hacer otro cargo contra su cautivo que el de haberse introducido en la casa con intenciones de robar. La verdad era tan sorprendente, tan increíble, que, en ausencia de pruebas, las autoridades escucharían la historia con escepticismo. El único testimonio era la carta que Mason negaría todo conocimiento de ella y por la redacción podía muy bien haber sido escrita por Forrester. Las presunciones de veracidad estarían en favor de Mason.

Forrester se inclinó sobre el escritorio, agarró la carta, encendió un fósforo y, sosteniendo la carta por el ángulo, la quemó. Cuando alzó la vista vió los labios peludos de Mason curvados por irónica sonrisa. Evidentemente el hombre había leído sus pensamientos. Una sensación de derrota se apoderó de él y luego un pensamiento repentino lo hizo mirar en dirección a la puerta.

—Se equivocaba, Mason — declaró tranquilamente — Puedo probar algo más serio contra usted que la tentativa de robo. ¿Olvida a la persona que hizo el disparo desde la puerta?

La mandíbula de Mason cayó un momento. Miró con inquietud hacia la puerta.

—Esa persona, hombre o mujer, — continuó Forrester — lo vió a usted cuando me apuntaba con la pistola. No se cuanto vió y oyó, pero fué bastante.

Mason pensó sombríamente; pero luego una astuta sonrisa vagó en sus labios.

—Quizá sea así — dijo — Pero no veo que va usted a sacar con ello. No sabe quien fué, ni yo tampoco. Acaso no la vuelva usted a ver.

La cara de Forrester se ensombreció. Mason había dicho una desconcertante verdad. Forrester sólo había visto fugazmente a la persona que disparó el tiro.

Divisó vagamente un rostro entre las sombras. Fué insuficiente el vistazo para revelarle si era una cara de hombre o de mujer, aunque el pronombre femenino acudía a su mente cuando pensaba en el misterioso intruso.

Afirmó con la cabeza, más a sus pensamientos que a otra cosa.

—Tiene razón, Mason — dijo — Le quedo agradecido por haberme hecho notar el punto débil de mis argumentos. Pensándolo bien, adoptaré su excelente sugestión y lo consideraré, por el momento, un ladrón vulgar.

Levantó el revólver y lo hizo jugar sobre sus rodillas, mientras se sentaba en el ángulo del escritorio. Miró curiosamente al hombre de la barba negra.

—Espero conozca el antiguo proverbio: "La casa de cada hombre es su castillo", Mason. La ley le concede amplios derechos para defender su hogar de los intrusos.

Lo encontré a usted merodeando en mi casa, con intenciones de cuya naturaleza no necesitamos hablar ahora. El punto importante es que ha rehusado usted darme una explicación satisfactoria de su presencia. Si yo lo matara... — miró pensativo el revólver y, de rabo de ojo, vió alarmada expresión en el rostro de Mason.

—Si yo lo matara, unas pocas y simples explicaciones bastarían para convencer a la policía de que estaba en mi derecho. Un hombre que se introduce en la casa de otro, a altas horas de la noche, merece pocas consideraciones, bien lo sabe usted. No se si sería la mejor manera de...

Se interrumpió, mirando sombríamente al hombre de la silla. Un gemido bajo partió de labios de Mason.

—¡Quédese quieto, Mason! — le ordenó vivamente. Quiero pensar bien en este asunto. Si lo hago arrestar a usted, lo primero que hará cuando lo suelten, será volver a atentar contra mi vida. Me sentiré mucho más seguro estando usted muerto.

Mason lanzó otro gemido gruñón. Miró inquieto el revólver y luego la cara sombría de Forrester.

Tranquilamente, como si no se diera cuenta de la actitud beligerante del otro, Forrester se separó del escritorio y dió un paso hacia Mason. Levantó un poco más el arma; pero la manejaba con aire palpablemente inexperto. Mason, poniendo tensos sus músculos, pareció reparar en los métodos de aficionado de Forrester con astuta atención. Observando cada movimiento de Forrester, echó hacia atrás los pies, sacó un poco más hacia afuera las rodillas, ladeó la cabeza y se preparó para saltar.

Forrester se acercó más, como si dudara todavía si le convenía matar o no al otro hombre. Estaba todavía a pocos pies de donde se hallaba Mason sentado, cuando este último saltó de pronto de la silla y, haciéndose un poco a un costado, tiró un salvaje puñetazo al brazo armado de Forrester. No le acertó y Forrester se echó a reír. Había previsto el ataque, aunque su rostro no dió señales de ello. Saltó ágilmente a un costado, mientras Mason agarraba la pesada silla y la levantaba sobre su cabeza. El golpe le hubiera roto el cráneo; pero esquivó hábilmente el ataque y lanzándose hacia adelante, trasladando el revólver a su mano izquierda, pegó con la derecha un formidable puñetazo a la mandíbula de Mason. Este se tambaleó mareado, lanzó un curioso grito inarticulado y cayó al suelo.

Jadeante por el esfuerzo, miró Forrester al hombre caído a sus pies. Sabía que el golpe le había atontado sólo por unos momentos. Forrester se estuvo un instante observando y luego movió, pensativo, la cabeza.

—Sí, eso es lo mejor, dadas las circunstancias — se dijo a sí mismo. Se quitó el cordón con borlas de su bata y ató los to-

billos del hombre desmayado. Hizo unos nudos que hubieran causado risa a un observador por su torpeza. Luego sacó de un cajón del escritorio un rollo de cuerda y ató las manos del hombre. No era un trabajo profesional; pero Forrester sonrió satisfecho.

—Es lo mejor — repitió — Mason no es hombre a quien pueda hacerse hablar contra su voluntad. Sería inútil llamar a la policía. Solamente embrollaría la situación, causándome infinidad de molestias. Esto es mucho mejor.

Se dió vuelta para salir, al prevenirle un movimiento espasmódico de las piernas del hombre que volvía en sí. Apagó la lámpara, se dirigió a la puerta y se quedó un momento en el sitio exacto donde apareció el misterioso intruso cuando fué disparado el tiro.

—¿Quién diablos era "ella"? — murmuró.

V

La mente de Forrester seguía repitiendo la pregunta mientras él ascendía al segundo piso y se vestía. Una vez vestido, pasó al cuarto situado frente a su dormitorio, donde solía sentarse a leer por la noche. Arrojó unos trozos de leña en la brasas de la estufa y pronto ardió alegremente el fuego. Tiritando, ahora que la tensión había pasado, sentose frente a la estufa y nuevamente se hizo la pregunta:

—¿Quién era "ella"?

No halló respuesta. La visión fugitiva del rostro de la persona intrusa no le había proporcionado detalle tangible en que basar sus cavilaciones. Pensándolo serenamente, no podía estar seguro de que la persona que había intervenido tan dramáticamente en su auxilio fuera una mujer.

Su mente volviose a otras preguntas igualmente inquietantes. Que supiera, no tenía un solo enemigo. Tampoco creía que nadie pudiera salir beneficiado con su muerte.

Nunca se había metido en líos peligrosos.

Era inútil cavilar y apartó las preguntas de su mente. A menos que se equivocara mucho, pronto descubriría algo positivo. La solución del misterio podía no estar todavía a su alcance; al menos esperaba descubrir en que dirección había que buscarla.

Acercándose a la puerta, la abrió y se quedó escuchando, en la fría corriente de aire. De la biblioteca le llegaron una serie de gruñidos apagados y jadeos, que podían fácilmente ser producidos por alguien que trataba de libertar de ligaduras sus manos y sus pies. Forrester se rió ligeramente. Apropósito había dejado entreabierta la puerta de la biblioteca, a fin de oír los ruidos que haría Mason para soltarse.

No creía que el hombre estuviera con ánimo para un segundo ataque, especialmente después de haberle fallado el plan principal. Lo más probable era que tratara de escapar lo más rápido posible y fuera a ver a la persona de quien cumplía órdenes. Indudablemente se felicitaba en aquel momento de la facilidad con que podía desatar las cuerdas, convencido de que Forrester tenía intención de mantenerlo seguro el resto de la noche y entregarlo por la mañana a la policía. No sospecharía nunca que Forrester lo había atado a propósito, a fin de facilitar su fuga.

Se puso Forrester una gorra y un sobretodo, dispuesto a hacer interesantes descubrimientos. Estaba prácticamente seguro de que Mason era sólo ejecutor de los planes de otro y por esa razón había adoptado aquel procedimiento, en vez de dar parte a la policía. Metiose el revólver en el bolsillo del sobretodo y reanudó su vigilancia, en la puerta. No tuvo que esperar mucho. Resonó abajo una ahogada y satisfecha exclamación. Luego pasos furtivos que se dirigían a la puerta de entrada.

Forrester esperó hasta que la puerta del frente fué abierta y cerrada, antes de bajar la escalera, en persecución del fugitivo. Abriendo la puerta un poco, vió a Mason que corría por el tortuoso y áspero sendero que conducía, de la casa, al camino principal, distante unas cien yardas.

La noche estaba obscura y silenciosa. Un reciente deshielo había dejado sólo parches aislados de nieve. El frío penetrante le cortaba a Forrester la cara. Quedándose unos momentos en el porche, miró hacia "Los Escaramujos". La luz brillaba todavía en la ventana alta.

Ahora, caminando en silencio sobre el suelo helado, se puso en persecución del fugitivo, cuyos apresurados pasos oía distintamente. Forrester había recorrido la mitad del camino privado, cuando Mason llegó a la abertura del cerco que rodeaba la ruinosa propiedad. Rápidamente se metió Forrester detrás de unas plantas.

—¿A dónde se dirigirá? — murmuró mirando una vez más la luz de la distante ventana — Casi apostaría que al oeste.

Era una suposición al azar; pero un momento después vió confirmada su conjetura. Mason, que era sólo una mancha entre las sombras, salió del sendero privado y tomó por el camino principal. La persecución era ahora más difícil, porque el menor movimiento podía indicar al fugitivo que era seguido. Forrester esperó, para darle más ventaja, y sólo reanudó la persecución cuando su presa se había perdido casi de vista. Luego apresuró el paso, manteniéndose arrimado al seto, siempre alerta contra una sorpresa del fugitivo.

La cacería terminó pronto. Desde el principio había existido una vaga sospecha en la mente de Mason, la que ahora se vió confirmada. Mason se detuvo delante de un alto portón de hierro, en la pared de piedra que rodeaba "Los Escaramujos". Forrester comprendió ahora donde el complot contra su vida se había tramado; pero el misterio seguía siendo el mismo. Nunca había visto a ninguno de los ocupantes de "Los escaramujos", nada sabía de ellos, fuera de las observaciones ocasionales de Ott. No comprendía por que aquel vecino desconocido quería hacerle daño.

Se agachó junto a las malezas del camino, mientras un ruido rechinante le advertía que Mason entraba en la quinta con llave. La puerta se volvió a cerrar y, por espacio de medio minuto largo, Forrester no se movió. Escuchó alejarse los pasos del otro; luego se acercó al muro de piedra y, de un ágil salto, se encaramó en ella. De otro cayó al suelo, del lado de adentro, y con precaución se fué acercando a la casa, un edificio macizo, cuya sombría fachada se destacaba en medios tonos, en la obscuridad.

A mitad del camino de césped se detuvo y vaciló. Acababa de ver la figura de Mason desaparecer dentro de la casa y pensó si conseguiría algo internándose más. Se había enterado de que el atentado contra su vida tenía origen en "Los Escaramujos" y eso parecía bastante, por el momento. Aunque lograra entrar en la casa, lo que era dudoso, no era probable que descubriera algo más. Mason probablemente informaría del fracaso de su misión al instigador de la criminal tentativa; pero, con toda seguridad que la conferencia se realizaría detrás de puertas bien cerradas.

Sin embargo, un impulso que no pudo dominar echó por tierra todos sus argumentos.

Aún mientras se decía a sí mismo que debía volver, seguía avanzando, con pasos lentos y cautelosos hacia la casa. Había algo magnético en aquella casa silenciosa, ahora aparentemente obscura, porque la ventana alta, donde brillaba la luz, miraba en otra dirección. Además, no estaba Forrester dispuesto a volver a su frío lecho hasta que hubiera obtenido, por lo menos, un indicio de lo que se ocultaba detrás de los extraños acontecimientos de aquella noche.

Con silencioso paso subió los escalones de piedra, hasta el porche. Luego se detuvo y escuchó un instante; pero no advirtió señales de vida dentro de la casa. Sus dedos oprimieron un macizo pestillo. Le dió vuelta con precaución y vió, sorprendido, que la puerta cedía. Una especie de recelo se apoderó de él; pero lo dominó. Parecía extraño que hubiera podido entrar tan fácilmente a la casa. Sea como fuere, Forrester estaba ahora adentro y no pensaba retroceder.

Ni el menor ruido le llegó mientras estaba parado en el frío vestíbulo, rodeado por una obscuridad tan intensa que parecía cosa tangible.

Llevó la mano al bolsillo del sobretodo y tocó la culata del revólver. No sentía precisamente miedo; pero sí una trémula sensación de suspenso. Su fantasía poblaba la obscuridad de sombras furtivas y fugaces. Se adelantó, tentando con la mano izquierda y poco después tocó su pie el primer peldaño de una escalera. Enseguida empezó a subir, siendo el ruido de sus pasos ahogado por el mullido caminero. Se detuvo en el descanso y esforzó sus ojos en la obscuridad, mientras escuchaba intensamente.

No le llegó ningún ruido; sin embargo sabía que había gente en la casa. Había visto a Mason entrar por la puerta del frente hacía poco rato y la luz de la ventana indicaba que la propiedad estaba ocupada. Ott, el viejo granjero, había hecho observaciones, discretas y veladas, acerca de las personas misteriosas que habitaban a intervalos "Los Escaramujos" y cuyos manejos secretos en la casa era incomprensibles.

Avanzó Forrester silenciosamente, sus nervios atentos contra una interrupción. Frente a él estaba el descanso, que se prolongaba en la obscuridad, hasta donde se distinguía vagamente una ventana. Estaba a punto de seguir adelante, cuando un débil ruido metálico, detrás de él, lo hizo arrimarse a la balaustrada. Trató de identificar mentalmente el sonido y enseguida comprendió lo que significaba. Era el ligero "clic" hecho al levantar el receptor del teléfono de la horquilla. En el silencio había resonado extrañamente fuerte y distinto.

Forrester apenas respiraba. Alguien estaba en el descanso, a penas a media docena de pasos de donde él se hallaba e iba a hablar por teléfono. Siguió una espera y luego oyó la voz de Mason, pidiendo un número en voz baja, como para no molestar a los otros ocupantes de la casa. El número quedó anotado en la memoria de Forrester:

—"Maywood, 643".

Lo repitió mentalmente y trató de grabarlo bien para futuras referencias. Otra espera y oyó la voz de Mason, baja, pero incisiva. El hombre se había repuesto de los efectos de su aventura nocturna porque habló sin un temblor:

—¿Es usted, Stenhalt? Sabe quien le habla ¿no? ¿Cómo? No... el trabajo fracasó. Se lo contaré. Naturalmente, pude escapar. ¿Estaría aquí hablándole si así no fuera? Una fuga en toda regla. Trató de embromarme, pero no pudo. Fuí demasiado listo para él. ¿Cómo?

Forrester escuchaba con interés, suponiendo que Mason hablaba con un cómplice; pero su forzada inmovibilidad era molesta. Ligeramente buscó postura más cómoda y una tabla crugió bajo su pie. Contuvo por un largo momento la respiración; pero evidentemente Mason nada había oído.

Recobrando la serenidad, Forrester escuchó el fin de una frase y las palabras le hicieron estremecer — ...debajo del piso. Sí, en el altillo. Ya conoce usted el sitio.

Fué el tono, más bien que las palabras, lo que impresionó a Forrester. No sabía por qué, pero parecióle que había algo de siniestro — podía ser también sutilmente enfático o significado — en el modo de hablar de Mason. Pensó si la pieza a que se refería era la de la ventana iluminada y por un breve espacio de tiempo pensó que habría debajo del piso. Luego todos sus pensamientos sufrieron un desorden. Se dió cuenta de pronto de que la voz que hablaba por teléfono había callado. El silencio siguiente estaba cargado de tensión. El instinto prevenía a Mason que debía retirarse; pero en ese mismo momento una luz iluminó su cara, cegándolo, casi, momentáneamente.

—¡Usted! — exclamó Mason — con acento de alarmada sorpresa. — ¡Está bueno!...

VI

Por segunda vez aquella noche los músculos de Forrester actuaron sin consultar su cerebro. De un modo vago se dió cuenta de que se había introducido furtivamente en una casa extraña, que su conducta era insólita pero lo único que pareció importarle era que se hallaba de nuevo frente a frente al hombre que había querido matarle. Sin pensar, guiado principalmente por el impulso, sacó el revólver de su bolsillo y le apuntó al hombre de la barba negra.

La exclamación de Mason murió entrecortada. Sus ojos desorbitados dirigieron a Forrester una mirada fija, de consternación. La linterna eléctrica se movía en su temblorosa mano.

—¿De manera que fué usted demasiado listo para mí? — observó Forrester con buen humor. — Naturalmente no se le ocurrió que yo pude atarle las manos de manera que pudiera escapar, dándome así oportunidad para seguirlo.

Una expresión de penoso entendimiento se reflejó en las facciones de Mason.

—¿De modo que ese era su juego — observó tristemente. — Es usted más vivo de lo que creía. No comprendo, sin embargo, como entró usted en la casa.

—Y yo no estoy dispuesto a decírselo — dijo Forrester, pensando que impresionaría más a Mason, dejándolo en la ignorancia de este punto. — Tengo que agradecerle me haya revelado el nombre y el número de teléfono de su cómplice: Stenhal, Maywood, 643. No lo olvidaré. Supongo que fué Stenhal quien concibió la idea de asesinarme de tal modo que la gente creyera en un suicidio. Estoy ansioso de conocer a tan brillante caballero. Y ahora, Mason ¿cuántas personas hay en esta casa, sin contarlo a usted?

—Dos — contestó Mason, después de un instante de vacilación. — Se reponía rápidamente de su sorpresa y sus ojos brillaban amarillos como los del gato, a la blanca luz de la linterna eléctrica. Habían vuelto a tomar su astuta expresión.

—¿Quienes son? — preguntó Forrester, en guardia contra una posible sorpresa.

—Uno es el señor Mordaunt... Cristóbal Mordaunt, propietario de "Los Escaramujos".

¿No ha oído usted hablar de él?

Hizo la pregunta con acento indiferente; pero su expresión demostró que esperaba la respuesta de Forrester con ansiedad. Ott le había hablado de Mordaunt, diciéndole que era un inválido que se pasaba la mayor parte del tiempo en un sillón de ruedas.

—Cristóbal Mordaunt ¿eh? — repitió el nombre como si no significara nada para él.

—¿En donde duerme?

—En el ala sur. Todos los dormitorios están allí.

—Bien. Entonces no hay peligro de que interrumpa esta amistosa conversación. ¿Quién es el otro?

—La señorita Dorotea Mordaunt.

—¿Hija del señor Mordaunt?

—Hijastra. Lo llama padre al señor Mordaunt; pero es hija de un matrimonio anterior de su esposa. La señora Mordaunt murió hace algunos años.

—¿No hay criados?

—El señor Mordaunt no quiere criados en la casa, La señorita Dorotea lo cuida y a veces le hace la comida. La mayor parte del trabajo lo realiza una mujer anciana y su hija; pero no duermen aquí.

Forrester miró a Mason fijamente. Le parecía demasiado comunicativo. Y la mayor parte de sus respuestas coincidían con lo que ya le había dicho Ott.

—¿De manera que el señor Mordaunt y su hija ocupan toda la casa — murmuró pensativo — Me parece que deben sentirse como perdidos en ella. ¿Dan reuniones?

—Muy pocas veces.

—¿Pero recibirán algunas visitas?

—Algunas — contestó brevemente Mason, con un tono que indicaba podía decir más sobre este asunto, si quería.

—Tenga la bondad de levantar un poco más la linterna — dijo Forrester. — Me siento más tranquilo cuando veo la cara de la persona a quien hablo. ¡Gracias! Así está bien. Ahora, Mason, tengo que hacerle una pregunta más. ¿Qué relaciones tiene usted con el señor Mordaunt y su hija? Parece estar usted aquí como en su casa.

¿Y por qué no? Soy secretario del señor Mordaunt y vivo aquí.

—¿Secretario — repitió Forrester sorprendido. El hombre no tenía aspecto de tal. Reflexionó Forrester, divertido, que las funciones de guardia de corps hubieran estado más en armonía con su persona. — ¿Y cuáles son sus obligaciones, Mason? — preguntó.

—Usted sabe lo que hace un secretario ¿no? El señor Mordaunt sostiene mucha correspondencia, especialmente desde que el reumatismo lo retiene en casa la mayor parte del tiempo. Además de escribir sus cartas, leo para él y le recorto lo que me parece puede interesarle de los diarios.

Forrester asintió con la cabeza.

—Estoy seguro de que sus servicios son invalorables, Mason. Y ahora, dígame ¿fué por orden del señor Mordaunt que vino a hacerme una amistosa visita a "Los Pinos" esta noche?

La pregunta era ociosa y no esperaba Forrester una respuesta verídica, especialmente si debía ser afirmativa. Lo único con qué contaba era que el tono o la expresión de Mason lo traicionara.

Pero el resultado fué decepcionante. Mason se limitó a arquear las cejas, expresando su sorpresa ante semejante pregunta.

—¡Qué esperanza! — dijo con risa opaca — El señor Mordaunt es un tranquilo y respetable caballero. No aprueba actos de violencia.

(Continuará).

MOSQUETEROS DEL ESPACIO

Tercera parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

WAGSTAFF... PRESTIDIGITADOR

La escena era extraña. Su Majestad Imperial se detuvo bruscamente al abordar el submarino y, por vez primera vió a los prisioneros que estaban parados, indefensos, entre el círculo de guardias.

Luego se adelantó de pronto y en sus cansados ojos brilló extraña expresión.

—¿Qué es esto? — preguntó con aspereza. — ¿Quiénes son estos hombres Her Kommander, acérquese y explíquese inmediatamente.

Mientras hablaba, el Kaiser miraba fijamente a Wagstaff. El comandante del submarino salió de la torrecilla y se adelantó, haciendo un saludo militar. Pero antes de que pudiera hablar, Guillermo II extendió su mano, reclamando silencio.

—¡Ah!... — dijo con voz extraña. — Es una suerte que posea excelente memoria. De modo, amigo, que nos volvemos a encontrar. Pero ¿a quién representa esta vez? Seguramente no es todavía K. 3. ¿No irá a decirme que es Herr Lloyd George?

Wagstaff apretó los dientes. Era lo peor que podía ocurrirle. Su Alteza lo había reconocido, recordando su rostro y la audaz visita al palacio de Podtsdam, varias semanas antes, cuando robó el precioso Tratado.

Nada más que una pared blanca y una bala podían esperar ahora los tres británicos y, lo que era peor, Wagstaff llevaba la copia del Tratado en su propio bolsillo.

Instintivamente metió la mano en ese bolsillo, agarrando el fatal papel entre los dedos, como si quisiera defenderlo hasta el fin.

Pero dentro de pocos instantes sería, inevitablemente, hallado, La larga misión de espionaje había fracasado y pagarían el fracaso con la vida.

Pero, Wagstaff decidió luchar hasta el fin.

—Con todo, es una broma que me hace reír — y en los labios de su Majestad se dibujó una leve sonrisa. — ¡Eh!... ¡Agarren a esos hombres y regístrenlos!

Durante aquel último segundo, sin embargo, Wagstaff había estado pensando febrilmente. Se le había ocurrido un plan loco, desesperado; pero que, dadas las circunstancias, valía la pena ensayar. Cerró los ojos de pronto, lanzó un gemido ahogado y, sacando las manos de los bolsillos, se apretó el corazón.

Luego, antes de que ninguno de los guardias tuviera tiempo de llegar hasta él, trastabilló hacia adelante y cayó, largo a largo, como si se hubiera desmayado. Sus manos rozaron la persona sagrada de su Alteza al caer y el Kaiser retrocedió con gesto de disgusto.

Si el prisionero intentaba alguna trastada, no se le dió mucho tiempo para realizarla. Los guardias saltaron sobre su cuerpo caído y lo sujetaron. Pero, aparentemente, el desmayo era real, porque no opuso resistencia y por espacio de cinco minutos no dió señales de vida.

Durante aquellos cinco minutos, sin embargo, se realizaba una búsqueda rigurosa.

El caído prisionero y los otros dos fueron casi desnudados, no quedó sitio en sus personas sin explorar. Pero, con gran sorpresa de John Henry y de Bud, el Tratado no apareció.

Los dos sabían que Wagstaff lo tenía, que lo llevaba encima. Sin embargo, ¿dónde estaba ahora?

Su Majestad Imperial frunció profundamente el ceño cuando lo informaron de la inutilidad del registro.

—¿De modo que lo han escondido en alguna parte? ¡Muy bien! Llévenlos inmediatamente a la fortaleza. Cuando estén allí, posiblemente se encontrará algún medio de hacerlos hablar. Pero ahora, sáquenlos de mi vista. Llamen en seguida a mi presencia al varón von Rolstein. Creo que me debe una explicación que le será difícil darme.

Sin ninguna ceremonia, los tres prisione-

ros fueron metidos en el bote, que se dirigió inmediatamente a la costa. Allí se les condujo a una sombría fortaleza, que daba sobre el gran canal. Cuando estuvieron encerrados, Wagstaff se rió un poco jadeantemente.

—Ahora escuchen; — dijo — tenemos una probabilidad y es que su Alteza no se cambie hoy el uniforme.

John Henry lo miró.

—Querido Wagger, — dijo. — vuelve en ti. Te sentirás mejor dentro de un momento. ¡Caramba! Las emociones y el cansancio han sido demasiado fuertes. Cuando te desmayaste hace un momento...

—¿Quién se desmayó? — sonrió Wagstaff. — Mi querido borrico, ¿no te acuerdas que siempre fuí prestidigitador por afición? Apropósito fingí el desmayo, a fin de poder tocar a su Majestad Imperial y deslizarle el Tratado en su propio bolsillo.

—¿En su... bol... bol...sillo? — repitió John Henry.

—No hables tan fuerte — murmuró Wagstaff. — Tengo un plan más grande que ese ahora. Cállense y déjenme hablar a mí. Golpea la puerta, John Henry, para llamar la atención de la guardia.

En aturdida, pero admirada sorpresa, John Henry obedeció. Cuando apareció el guardia, Wagstaff le preguntó si quería trasmitir un mensaje.

—Mi mensaje es para su Alteza — dijo. — Helo aquí: "Mis amigos y yo hemos resuelto decirle a su Majestad donde está el Tratado, si nos recibe a solas. Pedimos eso porque han ocurrido cosas que sólo sus oídos deben escuchar. Esos asuntos se refieren a uno de los más altos oficiales de Alemania.

El impasible guardia no demostró la menor sorpresa, mientras escribía el mensaje, saliendo luego para entregarlo al jefe de la fortaleza. Después de eso los tres fueron dejados tranquilos, transcurriendo casi una hora.

Al fin de la hora, sin embargo, llegaron un oficial y un grupo armado. Fué abierta la puerta de la celda. El oficial no dió explicaciones. Hasta rehusó contestar a las preguntas. Pero los prisioneros fueron conducidos abajo y se les hizo subir a un camión.

EL AUDAZ PLAN DE WAGSTAFF

Siempre rodeados por los guardias, viajaron en aquel camión hasta el palacio de verano del Kaiser. Se les hizo entrar a un amplio hall y detenerse en él.

Luego esperaron casi otra media hora al cabo de la cual su Magestad Imperial descendió negligentemente una escalera, rodeado por miembros de su estado mayor.

—Posiblemente — dijo — el mensaje de esos hombres tiene importancia. Ultimamente me he sentido disgustado con Rolstein... a pesar mío he sospechado de él. Es muy probable que estos hombres sepan algo que lo incrimine. Y, voluntariamente, me darán esa información y el Tratado, en cambio de sus vidas.

—Pero, Alteza, — murmuró uno de los oficiales — ¿Por qué hacer semejante convenio? No hay necesidad de cumplir la palabra con los espías. Esos hombres deben morir de cualquier modo.

Su Alteza Imperial frunció el ceño.

—¿Más fusilamientos? — preguntó. — ¿Más muertes? ¿No tiene ya bastantes, Muller? Porque el destino nos obligó a esta guerra ¿hemos de añadir más sangre al diluvio de ella? ¡No! Si Rolstein me ha traicionado y estos hombres me entregan el Tratado, vivirán.

Hizo un gesto de impaciencia.

—¿No ven que necesito el Tratado, que lo necesito hoy mismo? — preguntó. — La captura de estos prisioneros es un milagro de la suerte. El rey Fernando de Bulgaria llega hoy para presenciar mi revista naval y hablar sobre detalles del Tratado que él mismo bosquejó. Pero yo no tengo la copia. Estoy confundido. A los ojos de Fernando quedaré humillado por mi falta de conocimientos de nuestro propio convenio.

Se interrumpió al acercarse los prisioneros. Wagstaff saludó militarmente.

—Alteza, — dijo — veo que habéis recibido nuestro mensaje. Si queréis concedernos una audiencia a solas, os diré donde está escondido el Tratado. Hay otros asuntos de los que también quiero hablar... asuntos que creo desearíais mucho conocer. Pero son para vuestros oídos solamente. No puedo decir nada delante de nadie.

—Alteza, — murmuró el oficial que había hablado antes — yo no haría eso. Pero si os decidís a una entrevista con estos hombres, permitidme aconsejaros que les habléis separadamente.

—Su aviso es innecesario, Muller — dijo con aspereza su Majestad Imperial e hizo un gesto a la guardia.

—Pónganle esposas a estos hombres — dijo. Y para estar seguro de que no hay ningún truco, entréguenme las llaves. Lo interrogaré a él primero.

Se dirigió hacia una puerta que comunicaba con una habitación privada, donde había un escritorio, cubierto de papeles.

—Hagan entrar al prisionero — dijo y recibiendo las llaves de las esposas y guardándolas en su bolsillo precedió a Wagstaff dentro de la habitación, mientras uno de los guardias cerraba la puerta.

Guillermo II sentóse en su silla, delante del escritorio y por un segundo estuvo silencioso; su rostro se puso mortalmente pálido, mientras se oprimía con la mano el corazón.

A pesar de todas sus faltas, de sus trágicos errores, siempre había obrado rígidamente, de acuerdo a sus ideas de lo que debía ser un monarca.

En aquellos días, cuando la marea de la guerra iba gradual pero inevitablemente empujando a la Alemania Imperial contra la pared, Guillermo II soportaba el peso de toda la responsabilidad.

Había empezado a desconfiar hasta de sus más grandes ministros. Siempre había sido hombre de gran energía; pero de poca sagacidad. La mayor parte de sus errores provenían de su carácter impulsivo, de su inquieta energía. Los fantasmas de dos millones de soldados muertos parecían obsesionar sus fatigados ojos. Y en realidad estaba próximo a una seria crisis nerviosa.

Aquel día sentía más que nunca el cansancio. Le había producido gran emoción hallarse, cara a cara, con aquel espía británico. Su cerebro neurótico había llegado en seguida a la conclusión de que Rolstein, uno de sus lugartenientes de más confianza, lo traicionaba.

Una gran depresión y ardiente ira luchaban en su interior, hasta el punto de que estaba próximo al desfallecimiento.

—¡Hable! — dijo débilmente. — Hábleme y dígame que villanía se prepara. No puedo ser más herido. Me siento a prueba de dolor. Ni siquiera la traición de uno de aquellos a quienes quería puede conmover mi corazón ahora.

Se irguió, como para luchar contra la ola de mareo que lo envolvía. Y Wagstaff empezó a hablar.

Le contó un cuento de villanía que hubiera excitado la cólera de cualquier hombre, por sereno que fuera.

El objeto de Wagstaff era que el Kaiser se levantara y empezara a pasearse por la habitación. Deseaba tener motivo para hallarse cerca de él.

Aunque parezca locura absurda, realmente quería una oportunidad para rodear, con sus brazos de acero, la augusta cabeza. Luego podría tener la oportunidad de apretar aquella cabeza contra el tapiz del sillón, para que no se produjera ruido, quizá podría sacarle del bolsillo las llaves de las esposas.

En la mente de Wagstaff aquel plan que, naturalmente incluía la fuga de John Henry y Bud, aquel plan loco, audaz estaba claramente diseñado.

Pero ahora, lo primero era que el Kaiser se pusiera a su alcance, sin darle ningún motivo para que diera la alarma.

Y de ese modo salió el cuento de la traición de sus labios, tan rápidamente como su ingeniosa mente podía concebirlo. Acusó a Rolstein de ser espía, a sueldo de Inglaterra. Lo acusó de soborno y corrupción... de traicionar en todo sentido.

A medida que la historia progresaba, parecía producir el deseado efecto. Su Majestad imperial se levantó ahogado de rabia, empezó a pasearse por delante del escritorio mientras Wagstaff maldecía interiormente, pensando como diablos podría hacer acercar al hombre al medio de la habitación, donde pudiera llegar hasta él.

La ira de su Majestad era cada vez más violenta. Interrumpió el relato de Wagstaff para maldecir su destino, para maldecir al hombre en quien tanto confiaba, a quien había honrado y recompensado y que lo hería traicioneramente en su hora de necesidad.

Y de pronto la voz de su Alteza expiró. Levantó la mano, llevándola a su garganta, como si se ahogara. Se puso mortalmente pálido y se tambaleó.

Con leve y ahogado gemido, inclinóse de pronto hacia adelante, mientras las rodillas se le doblaban. Silenciosamente se desplomó sobre la alfombra.

Wagstaff lanzó una ahogada exclamación.

El cielo le enviaba su oportunidad. Atravesó la pieza y empezó a arrodillarse. Pero en ese momento se oyó llamar a la puerta y el pestillo dió vuelta ruidosamente.

APRENDA UNA PROFESION LUCRATIVA

ENSEÑAMOS POR CORREO:

Dibujante
Procurador
Constructor
Perito Agrícola
Químico - Farmacia
Corte y Confecc. masc. y fem.
Contador - *Tenedor de Libros*
Mecánico Electricista de Autos
Periodismo - Vendedor - Publicidad
Electricidad-Radio-Televisión-Fonofilm

El moderno sistema de enseñanza técnica y práctica por correo, permite aprender estas profesiones

Mande el cupón. - Escriba claro.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
1059-Lavalle-1059—Buenos Aires

NOMBRE ....
DIRECCIÓN ....
LOCALIDAD 7 ....

EN EL PALACIO DEL KAISER

El teniente Wagstaff se levantó de donde estaba arrodillándose, junto a la desmayada figura del Kaiser, mientras el pestillo de la puerta resonaba.

Detrás de aquella puerta estaban sus dos amigos, John Henry y Bud Atlee.

Wagstaff había ideado un plan desesperadamente audaz para escapar. Había conseguido aquella entrevista, a solas, con el Kaiser y ahora que su Alteza se había desmayado, las probabilidades de escapar aumentaban en un ciento por ciento.

—¿Quién está ahí? — gritó Wagstaff con voz aguda y quejosa.

Hablaba perfectamente alemán y en otros tiempos había sido un gran ventrílocuo. Más de una vez había hecho reír a carcajadas a los miembros de la escuadrilla de el Calvo imitando perfectamente la voz de otras personas. Pero los "Angeles de el Calvo" estaban ahora a muchas millas de distancia.

Imitar la voz de su Alteza fué cosa fácil para Wagstaff.

—¿Quién se atreve a interrumpirme? — gritó. — ¡Hable!

—Mil perdones, Majestad — fué la respuesta, ligeramente confusa. — Pero creímos mejor golpear para ver si todo iba bien.

—¡Silencio! — rugió Wagstaff. — Cuando yo desee hacer alguna comunicación, hablaré. De otra manera que nadie me interrumpa.

El guardia obedeció y nuevamente inclinóse Wagstaff sobre el desmayado cuerpo del Kaiser. Rápidamente sacó la llave de las esposas, abrió éstas y luego, con pañuelos ató las muñecas y tobillos del Kaiser. Había un gran armario en la pieza, con maciza puerta de roble. A los pocos segundos el emperador estaba fuera de la vista.

Pero Wagstaff tenía ahora puesta la chaqueta del emperador, en cuyo bolsillo estaba seguro el Tratado.

Se acercó a un espejo que había sobre la estufa y miró su imagen. Luego, con despreocupada risa, agachóse y arrancó un montón de lana del grueso cuero negro, de oveja, que había delante de la estufa.

Sobre el escritorio, entre las cosas acostumbradas, había un pote de goma y tijeras. Wagstaff trabajó con dedos temblorosos; pero al cabo de un par de minutos poseía un hermoso y áspero bigote militar. A distancia de cinco yardas, con el dorado casco, coronado por un águila, se parecía bastante a su real enemigo.

La maravillosa imitación de la voz convirtió una mascarada en una magnífica representación; pero Wagstaff era actor por instinto.

Se acercó ahora a la puerta y, casi oculto por ella, la abrió un par de pies.

—¡Hagan pasar a los otros prisioneros! — ordenó.

E inmediatamente habló con su voz natural, que parecía resonar dentro de la pieza.

—Majestad, — dijo — mis amigos sólo podrán apoyar mi relato. No pueden deciros más de lo que ya os he dicho.

—Veremos, veremos — se contestó a sí mismo, imitando la voz del Kaiser. — ¡Eh... apúrense! ¡Qué entren esos hombres! No, no necesito guardias. Este asunto es de proporciones tales que ni siquiera querría aquí a mi primer ministro.

John Henry y Bud fueron introducidos en la pieza y miraron a su alrededor, en busca de Wagstaff, sorprendiéndose al no verlo por parte alguna.

El capitán de la guardia saludó desde el lado de afuera de la puerta y empezó a protestar que era una imprudencia que su Majestad estuviera solo en una habitación con tres espías ingleses, aunque tuvieran puestas esposas.

Pero Wagstaff contestó con un bufido, como si estuviera en el colmo de la ira.

—¡Imprudencia! — repitió. — ¿Se atreve alguien a poner en duda la prudencia de su Kaiser? ¿Tendré que pedirle permiso a un simple capitán de guardia para hacer mi voluntad? ¡Silencio! Espere mis órdenes. Vuelva a interrumpirme y le arrancaré los galones.

El capitán hizo una mueca, mientras la puerta se cerraba. Se volvió a sus compañeros encogiéndose de hombros, con las mejillas ardiendo.

—Esos espías ingleses me pagarán las palabras que han hecho decir a mi Kaiser — dijo con ira. — Con algún infame cuento han despertado la cólera de su Alteza. Conocerán la mía, cuando salgan.

Dentro de la pieza, sin embargo, Henry y Bud miraban con asombro la figura de bigotes, que con un manojo de llaves abrió sus esposas y se recostó contra la puerta, sonriéndoles extrañamente.

—Ahora, idiotas — les dijo con un murmullo en inglés — no hagan ruido ni se sorprendan. He logrado obrar un milagro...

Bud y John Henry saltaron, al oír la voz de Wagstaff. Este sonrió y les indicó el armario.

—Nuestro viejo amigo se ha desmayado y está ahora encerrado ahí, donde no puede hacer mucho barullo.

—¡Wagger! — balbuceó Bud. — ¡Dios mío! Me pareció realmente que su Alteza había crecido de pronto. ¿Y de dónde diablos sacaste ese mostacho, ese hongo... quiero decir el bigote que cubre tu labio superior?

—No pierdas tiempo ahora en hacer preguntas — murmuró Wagstaff.

El joven Dent se tambaleó; abría y cerraba la boca como un pez sacado del agua.

—¡Wa... Wa...gger! — tartamudeó. — Viejo... ese bigote te sienta mucho. ¿Pero no gritó el hombre cuando se lo arrancaste?

—¡No! — dijo suavemente Wagstaff — Enrollé la alfombrita y se la metí en la boca. Johnny, cuando te mueras, tu familia hará negocio vendiendo tu cráneo para fabricar bolas de billar.

—Tú lo has dicho — sonrió Bud, comprendiendo el chiste en seguida. — Es marfil sólido del cuello para arriba. Pero ahora, Wagger ¿qué demonios vamos a hacer?

—Síganme en silencio — contestó el jefe. — Hay otra puerta en esta habitación y saliendo por ella podremos llegar al guardarropa del viejo. Este es su departamento particular.

Atravesó de puntillas la pieza y abriendo la otra puerta vió que daba a una amplia sala. Más allá estaba el dormitorio real, con un cuarto de vestir a la izquierda.

—Es aquí — murmuró Wagstaff. — Ahora... apúrense, cuchachos. Vean... aquí está lo que yo buscaba.

Abrió la puerta de un gran ropero, descubriendo una serie de magníficos uniformes, todos cuidadosamente colgados de sus perchas.

Wagstaff sabía — como todo el mundo — que Guillermo II tenía la manía de los uniformes. Era coronel honorario de todos los regimientos de su ejército y tenía igual grado en media docena de países extranjeros distintos.

Es un hecho histórico que a veces se cambiaba de ropa cinco veces al día. Aquella manía favorecía ahora mucho a los aventureros.

Bud bajó el primer uniforme que encontró, sin perder tiempo en la elección. Era de almirante, completo, con espada y sombrero de picos. Las mangas tenían muchos galones.

Wagstaff también se puso el primer uniforme que encontró, porque hasta entonces llevaba sus propios y viejos pantalones debajo de la casaca del kaiser.

Pronto estuvieron los dos casi vestidos. Pero se fijaron en que John Henry no desplegaba la misma velocidad,

¡"HOCH", EL KAISER!

El joven Dent tenía buen ojo para los trajes y ahora gozaba en grande. Estaba indeciso entre tres lujosos uniformes pertenecientes a regimientos de caballería alemana y parecía hallar dificultad en elegir.

—¡Hum! — murmuró ajustándose el monóculo rajado en el ojo izquierdo — Esta chaqueta de los Guardias Sajones es muy hermosa; pero la de Artillería Bávara es de un color rojo más bonito. Naturalmente que la de Húsares de la Muerte es muy elegante. Pero no se si el casco me quedará bien. ¿Qué les parece, muchachos? En estas cosas hay que ser cuidadoso. Y cuando se va a desempeñar un papel es preciso elegir bien...

Su conversación fué interrumpida por Bud

—Y ahora — murmuró Wagstaff — vengan. Tenemos que salir de aquí de algún modo; de manera que déjenme hablar a mí. Si tengo que hablar, lo haré mientras estoy en la escalera. Me pararé un escalón más bajo que ustedes, para disminuir mi estatura.

Abrió otra puerta, se encontró en un corredor del palacio y empezó a andar por él, siguiendo la dirección de la entrada principal, mientras sus dos compañeros, lujosamente uniformados, lo seguían.

Los criados lo vieron venir y se inclinaron profundamente. Wagstaff les hizo un imperioso ademán que los alejó, disparando como ratas, porque los inferiores no podían estar en presencia de su Alteza, a no ser que los llamaran.

En las escaleras que conducían al hall

Bud y John Henry contemplaban con sorpresa a Wagstaff, con bigote y el casco imperial.

y Wagstaff que lo tiraron sobre un sofá y empezaron a desnudarlo.

—Escucha, maniquí de sastrería — jadeó Bud. — Aquí tienes un par de pantalones. Mete adentro las piernas y déjate de charla. No tenemos tiempo para vestirnos de parada. En cualquier momento pueden encontrar a su Alteza y entonces, ¡adios mi plata!

—¡Caramba! — balbuceó John Henry — ¡Caramba!...

—Ponte esto — exclamó Wagstaff hundiéndole casi hasta los ojos el casco de los Húsares de la Muerte. — Y ahora la chaquetilla. ¡Vamos, ayúdalo, Bud!

Bud le ayudó y en menos de dos minutos, Dent quedó transformado en uno de los famosos húsares.

Se levantó vacilante, murmurando protestas, arreglándose el uniforme, mientras los otros terminaban de vestirse.

principal encontraron a un grupo de oficiales, los que enseguida hicieron militarmente la venia.

El de grado superior se adelantó, con la mano todavía en la visera de su kepis.

Wagstaff se paró.

—Ahora — murmuró — quédense un escalón más arriba que yo y tomen aire terriblemente altanero.

El contestó el saludo del militar con breve movimiento de la mano.

—¡Guten tag! — dijo — Tengo mucho que hacer y no he tenido tiempo de mirar mi libro de compromiso. ¿Dónde está?

El oficial pareció muy sorprendido.

—Alteza, — murmuró — ¿es posible que los asuntos de estado hayan absorbido tanto la atención de Vuestra Majestad hasta el punto de haceros olvidar la visita del Rey Fernando de Bulgaria? Aún ahora, es tarde ya. El tren de su Majestad debe llegar a la

estación dentro de un cuarto de hora. La guardia de honor os espera afuera.

—¡Ach! — exclamó Wagstaff y pareció recordar, de pronto, la circunstancia.

Hizo un gesto perfecto y actuó como un genio, aunque de pronto había sentido convertírsele el corazón en un trozo de hielo.

—¡Ach! Naturalmente... naturalmente — prosiguió. — No perdamos tiempo. Precededme caballeros.

Tengo mucho que hablar mientras cabalgamos.

Los oficiales salieron del palacio y Wagstaff bajó la escalera, seguido por Bud y John Henry. Salió rápidamente y montó el hermoso animal que un groom uniformado le tenía de la rienda.

A un gesto de Wagstaff dos soldados, lujosamente vestidos, descendieron de sus cabalgaduras, entregándoselas a Bud y a John Henry.

Y luego la cabalgata se puso en marcha.

—¡Caramba! — murmuró Wagstaff. — ¡Ahora sí que estamos fritos! Todo ha salido maravillosamente bien hasta el momento; todo el mundo se siente tan confundido en presencia del Kaiser que nada han sospechado. Pero ustedes, borricos, ¿se dan cuenta adonde vamos?

—A la estación — dijo brillantemente John Henry — ¿No lo oíste decir, querido y viejo Wagger El rey Fernando viene de Bulgaria para conversar un rato con su Majestad... Wagstaff. Vamos a recibir su tren.

—Sí — contestó Wagstaff sombríamente — Entendí eso muy bien. Pero la cosa es ¿cómo nos vamos a arreglar? No bien le diga dos frases a Fernando conocerá que no soy el Kaiser. Probablemente se dará cuenta conforme se acerque lo bastante para estrecharme la mano. ¿No comprenden que no he dejado a estos tipos ponérseme a menos de cinco yardas de distancia?

—¿No podemos escapar? — murmuró Bud que comprendía la situación mejor que Dent — Tenemos buenos caballos. ¿Por qué no volvemos grupas y disparamos como el diablo

Un coro de aclamaciones saludó a la cabalgata, conforme salió de los jardines de palacio y se puso en marcha por la calle principal, hacia la estación de Kiel.

Todo el pueblo de Kiel parecía haberse reunido en las aceras para ver pasar al Kaiser y todos lo aclamaban ruidosamente. El saludaba, en respuesta.

Era aquel un gran día en Kiel. Todo el mundo sabía que Fernando de Bulgaria venía para hablar con su Alteza sobre el Tratado Secreto. Todos sabían que su Majestad Imperial, para persuadir mejor a Fernando, iba a mostrarle la flota de combate anclada en el puerto de Kiel.

Era un grandioso espectáculo.

—¡Escapar! — contestó Wagstaff a la última observación de Bud — ¿Y cómo vamos a hacerlo entre toda esta gente? No podemos saltar sobre ella con nuestros caballos. Estamos rodeados de hombres armados y, si hacemos el menor movimiento extraño, seremos detenidos.

John Henry empezó a traspirar. Abrió la boca; pero no salió de ella ningún sonido. Y la cabeza de la procesión dió vuelta, divisándose la estación, vistosamente engalanada.

No había remedio. Los aventureros nada podían hacer. Estaban rodeados por una multitud clamorosa y se dirigieron a la estación, donde los grooms corrieron para sujetar el caballo del Kaiser, mientras desmontaba.

John Henry y Bud descendieron de sus caballos y se mantuvieron cerca. Las mentes de ambos eran un caos. Wagstaff no podía pensar con claridad.

En ese momento se oyó el silbido de la locomotora y el ruido del tren que se aproximaba. A las ásperas órdenes de los oficiales, la guardia se dividió, formando un camino para que pasara el Kaiser. Wagstaff subió a la plataforma de la estación con sus dos altos oficiales amigos, seguido por un numeroso grupo de oficiales y "atachés".

Wagstaff apretó los dientes.

¡Había llegado la hora!

(Continuará).

Lea en este número de PUCKY la continuación de

LOS SECRETOS DE UNA GRAN CIUDAD

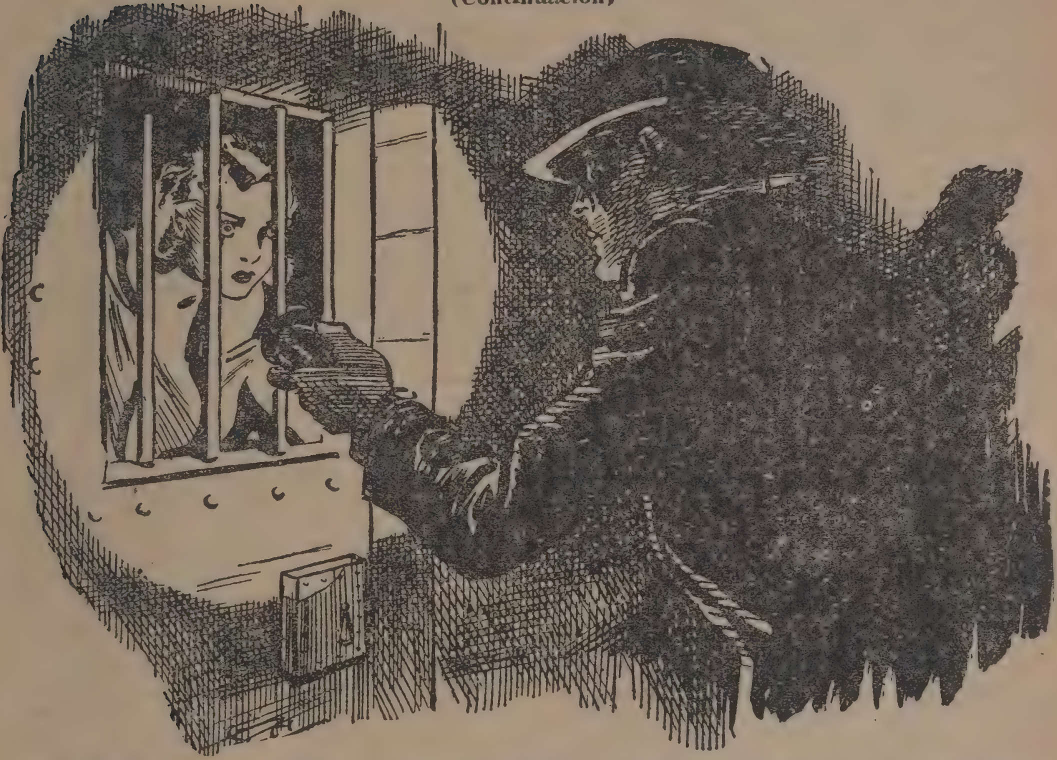
Sensacional romance de aventura, de intriga, de sacrificio y de heroismo escrito por

HAL SIDNEY

LA CASA DE LOS ESCLAVOS

Por John G. Brandon

(Continuación)



A la luz de su linterna, vió Alelí, detrás de la reja, el rostro espantado de una joven

EN EL CAMINO DE UTRECH

ABAJO oía a los malayos, atacando la puerta con sus pesadas armas. Su frenética actividad le dió esperanza de que no hubiera otra camino que la puerta y la escalera para llegar hasta él. Vió una ventana al final del corredor y pensó vagamente en que lado de la casa estaba. Si tenía que escapar por ella — y parecía no haber otro camino — sería un inconveniente que diera a la calle.

Encendió la linterna e iluminó el corredor. De pronto se encontró mirando la cara y los ojos huraños de una hermosa muchacha, que no tendría más de veinte años y que apareció detrás de una de las rejas, cerca de la ventana. De sus labios, hinchados por los golpes, salió un torrente de apasionadas súplicas. Afortunadamente hablaba en francés; de otra manera no le hubiera entendido Alelí una palabra. El joven empezó a forzar la cerradura de la puerta sin esperar realmente a oír su historia; era bastante que estuviera prisionera en aquella casa y fuera una víctima de la brutalidad de Van Blooch.

Pero mientras trabajaba se enteró de que era parisiense y había venido a trabajar en el Circo Carré, que Van Blooch frecuentaba mucho para sus propios fines. En un momento de debilidad había permitido al hombre llevarla a cenar a lo que creyó un restaurant público. No se dió cuenta de que el auto, que fué a esperarla a la salida del teatro, tenía orden de traerla a esta casa. Pero, por alguno u otro medio, durante el camino, la había narcotizado. Cuando volvió en sí se encontró aquí,, prisionera. Van Blooch la quería, al parecer, para su tráfico de drogas, en el que empleaba a muchas mujeres y hombres, pero

especialmente mujeres. A unos y otros los dominaba por el terror y el vicio de los estupefacientes. Cuando la joven se rebeló, fué azotada por sus criados malayos, que eran también esclavos suyos, y obedecían todas sus órdenes. Dijo que habían habitado aquellas celdas otras mujeres y luego se habían ido. Ella se llamaba Magdalena Prevost.

El nombre recordó a Alelí un acontecimiento de que se había hablado mucho en la ciudad: la repentina y completa desaparición de una joven artista francesa del circo. Se suponía que, no agradándole el público holandés, había roto sus compromisos y vuelto a París. ¡Y todo ese tiempo había estado prisionera, en la casa de Van Blooch!

Alelí nada dijo; poco había que decir. Cuando estuvo abierta la puerta, ella salió tambaleándose. Se hallaba en tal estado que, si el bruto que la había tratado así hubiese estado presente, Alelí lo hubiera muerto allí mismo. La vista de la joven trajo a su recuerdo que otra mujer, aún más bella, estaba en aquellos momentos en manos de Van Blooch, sujeta sabe Dios a que brutalidades, en las que no quería ni siquiera pensar.

La puerta de abajo cayó hecha pedazos.

—¿Sabe tirar? — preguntó Alelí a la joven.

—Probaré, señor. — contestó ella y añadió tristemente. — En último caso, podré matarme.

El le entregó la pistola más pequeña.

—Vaya hasta aquella ventana del extremo — le ordenó bruscamente — Procure abrirla, pero evitando la vean desde afuera. Yo...

El ruido de pasos en la escalera lo detuvo. Empujó a la joven detrás de sí y, haciendo fuego desde el bolsillo, alcanzó al primer malayo en pleno pecho. La bala de grueso calibre le atravesó carne y hueso; el hombre levantó las manos y cayó de boca. Ese, al menos, no volvería más a lanzar el kris.

De la manada de lobos — no parecían a Alelí otra cosa — se destacó uno, echó atrás el brazo y en su mano brilló un largo cuchillo. Nuevamente detonó el 45, esta vez desde la mano de Alelí y la pesada bala manchó la pared con lo que quedaba del cráneo del hombre.

Pero aquella vista no produjo emoción al habitualmente sensible Alelí.

Su sangre ardía ahora; la vista de aquellos hombres, que sabía criaturas del dueño de aquel infierno y el estado de la infortunada joven lo habían convertido en un frío homicida. Un malayo muerto o varios o todos, poco le importaba ahora. Era un juego de vida y muerte, con todas sus reglas.

La mortal seguridad de su puntería no dejó de producir efectos aún en aquellos fatalistas orientales. Hay muchos a quienes les importa morir; pero pocos que busquen deliberadamente la muerte. Eran demasiado buenos peleadores para no comprender que el hombre que estaba arriba no se achicaría ante ellos. Por un momento se detuvieron indecisos. Sin la menor lástima, Alelí levantó nuevamente la pesada arma y apuntó a un hombre.

Con un grito, el otro se apartó, fuera de tiro. Más rápido que el pensamiento, los otros hicieron lo mismo, metiéndose en la pieza. Recién entonces Gilliver se dirigió hacia la joven que estaba junto a la ventana.

—Dígame una cosa, si puede — le dijo — ¿Está seguro de que Van Blooch no se encuentra en Amsterdam esta noche?

—Se que no está — le aseguró ella. — El y algunos de sus amigos han ido a una casa de campo que tiene en el camino de Utrech. El mismo me lo dijo anoche, alabándose de que dentro de pocas horas tendría en sus manos a la mujer más hermosa de Europa. —se retorció las manos con vergüenza y desesperación — ¡Oh, si yo pudiera salvarla!

—Tenemos que ir a ese lugar enseguida — le dijo Alelí brevemente. No se sintió capaz de decir más.

En aquel silencioso lugar llegó un débil rumor a sus oídos. Se dió vuelta rápidamente, a tiempo para ver una figura, vestida de blanco, con el cuchillo entre los dientes. El hombre se arrastraba, gateando, desde la puerta. Antes de que pudiera enderezarse, Alelí hizo fuego. El malayo quedó inmóvil.

—Tendremos que saltar desde aquí — dijo Gilliver a la joven — Lo siento, pero no hay otro medio. Atravesando el jardín, podremos ganar la calle y tomar allí un auto. ¿No tiene miedo?

Ella le dirigió una débil sonrisa.

—He saltado de alturas más grandes sin hacerme daño. Olvida usted que soy acróbata de circo — le recordó.

—Cierto — dijo — Lo había olvidado. — En verdad, lo había olvidado todo, a ella, a los malayos muertos; todo, excepto que M'selle du Channe estaba en poder de Van Blooch.

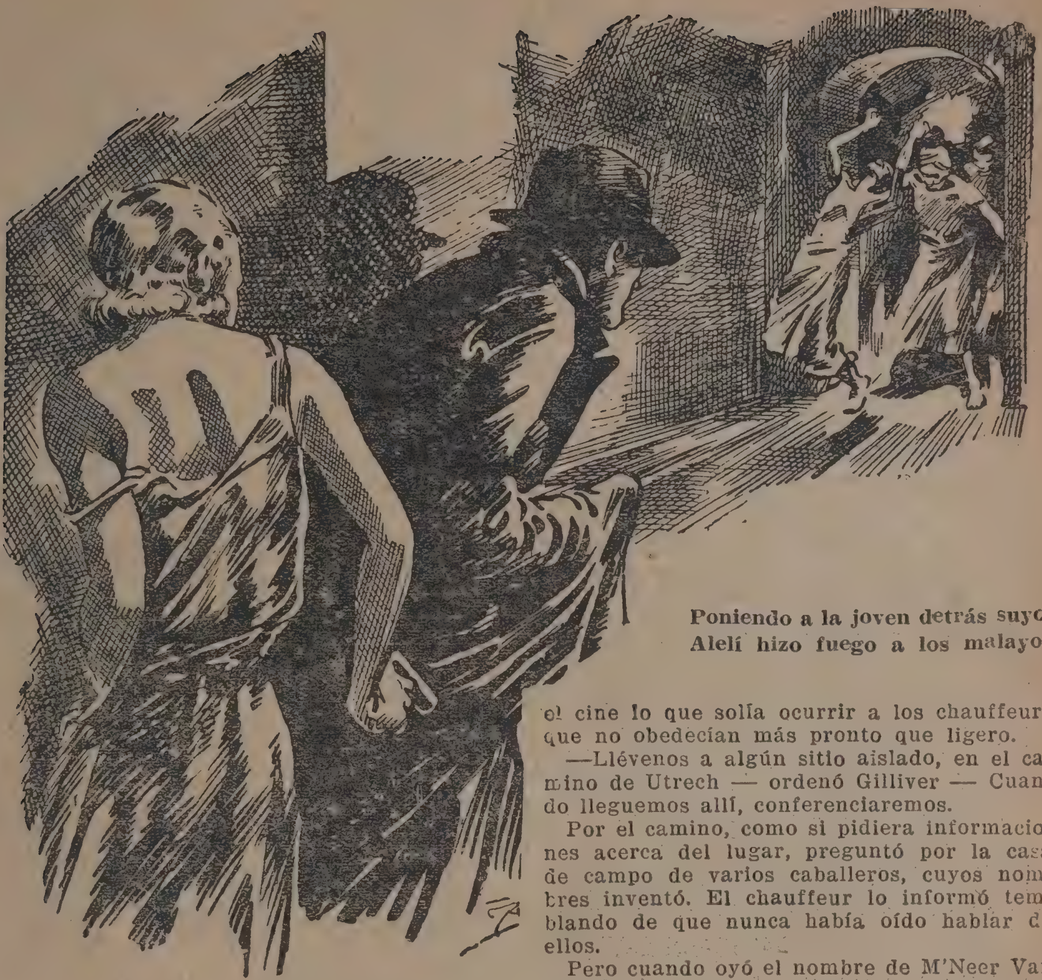
Con la ligereza de un pájaro, la joven saltó al antepecho de la ventana y se dejó caer. La oyó aterrizar y agradeció al cielo que la profesión de la joven le hubiera hecho tan fácil aquella tarea. La siguió, cayendo de pie, con una fuerza que lo sacudió de pies a cabeza. Apresuradamente, se aseguró de que todos sus preciosos testimonios contra Van Blooch estaban intactos; luego agarró por la mano a la joven y echaron a correr hacia la puerta, que vió Alelí conducía al boulevard principal.

Corrían, manteniéndose en la sombra, cuando oyeron ruido de pasos. La pareja de gendarmes a quien había visto antes Alelí pasó, sin sospechar la proximidad de los dos jóvenes. La muchacha señaló la cara de Alelí:

—¡El antifaz! ¡Se ha olvidado de quitárselo — le dijo.

—¡Es cierto! — exclamó él, muy sorprendido. Levantó la mano para quitárselo y luego se detuvo.

Una gran limousine se acercó lentamente a la puerta de entrada de la casa, a cuya sombra estaban escondidos. Bajó un chauffeur de librea, abrió la portezuela para que bajaran dos damas, en traje de fiesta, las cuales se alejaron por un largo sendero. El chauffeur estaba a punto de volver a subir



Poniendo a la joven detrás suyo, Alelí hizo fuego a los malayos

al pescante, cuando Alelí murmuró a su compañera:

—Cúbrase el rostro lo más que pueda y sígame:

El chauffeur se instaló en el pescante, encendió un cigarrillo, con el ademán satisfecho de un hombre que ha concluído su día de trabajo y agarró el volante. Y entonces, Marcos J. Gilliver, embozado y enmascarado, saltó a su lado y le apoyó en las costillas la pistola más amenazadora que había visto el hombre en su vida.

—¡Siga! — le ordenó con una voz y un acento americano tan temible que acabó de aterrar al hombre — A no ser que quiera que los sesos le vuelen a través del sombrero, hermano, haga mover la rueda, es decir cuando mi joven amiga se haya instalado cómodamente en el asiento interior. Después de lo cual tendrá usted que guíar como el diablo, — añadió con acento siniestro — a no ser que quiera ir a reunirse con él. Marche hasta que le diga que pare y nada de tretas, si no quiere que haya que avisar al enterrador.

Completamente aterrado, el chauffeur hizo lo que pedían sin vacilación. Había visto en el cine lo que solía ocurrir a los chauffeurs que no obedecían más pronto que ligero.

—Llévenos a algún sitio aislado, en el camino de Utrech — ordenó Gilliver — Cuando lleguemos allí, conferenciaremos.

Por el camino, como si pidiera informaciones acerca del lugar, preguntó por la casa de campo de varios caballeros, cuyos nombres inventó. El chauffeur lo informó temblando de que nunca había oído hablar de ellos.

Pero cuando oyó el nombre de M'Neer Van Blooch, su rostro se iluminó y ofreció gustosamente tantos detalles y maneras de llegar allí, que Alelí quedó perfectamente informado. El chauffeur hacía todo lo posible por congraciarse con el terrible enmascarado que parecía mirarlo con fríos y asesinos ojos. Cuando más pronto se librara de él, mejor.

Estaba destinado a perderlo de vista antes de lo que imaginaba.

Después de haber recorrido como dos millas de distancia, el bandido enmascarado le hundió un poco más el caño del arma en las costillas y le ordenó que parara. Era un sitio obscuro y solitario. ¿Qué le iba a pasar?

—Estoy harto de oír su voz — dijo el enmascarado — y su cara me hace parecer feo el paisaje.

El chauffeur se puso de rodillas y pidió misericordia. Lo iban a matar, como en el cine. Le ordenarían que caminara hacia atrás hasta que llegara al borde del canal, que flanqueaba el camino. Luego brillaría un fogonazo, resonaría una sorda detonación y los cuidados terrenales de Jan Boumoister, de edad de treinte y siete años, chauffeurs, terminarían. Redobló sus súplicas.

—Si no termina sus jeremíadas, le daré un

golpe en el mate con el cabo de la pistola — le aseguró Alelí — Lo único que tiene que hacer es caminar, ¿entiende? Caminar, no correr, hasta Amsterdam. Allí puede contarle a sus patrones que su auto le ha sido tomado en préstamo, por unas cuantas horas, por el famoso pistolero de Chicago, Bimbo el Sanguinario. ¿Entendió? ¡Bimbo el Sanguinario!

Jan Boumoister tomó nota del nombre.

—El auto — prosiguió Alelí — les será devuelto mañana por la mañana, en buen estado, a menos que algunos amigos, a quienes voy a hacer una visita, lo llenen de agujeros, a balazos. De todos modos, será devuelto. ¿Cómo se llama usted?

—Jan Boumoister, m'neer.

—Le queda bien ese horrible nombre, hermano. Ahora, Jan, vuelva la cara hacia la hermosa ciudad del agua sucia y los puentes y camine. Y no se de vuelta, Jan, antes de la media milla, si no quiere que le llene la cara de plomo. ¡Marche! Uno... dos... uno... dos.

M'neer Boumoister marcó el paso, no echó a correr, ni se dió vuelta, como se lo aconsejaron. Pero cuando estuvo a bastante distancia como para considerarse a salvo del pistolero enmascarado, echó a correr como un gamo y no se detuvo hasta que los grandes edificios de Amsterdam lo rodearon. En la historia de aquella ciudad nunca hubo quien corriera tan ligero. Batió el record por minutos.

Gilliver se quitó el antifaz y se lo guardó en el bolsillo, con un suspiro de cansancio.

—¡Dios sabe que no estoy de humor para payasadas! — dijo — Pero deseo apartar toda sospecha respecto a mi verdadera identidad. Aunque este imbécil cobardón hablará de Bimbo el Sanguinario hasta el fin de sus días, la descripción que de él hará se parecerá tanto a mí como a su Magestad, la Reina de Holanda.

Subió al pescante y lanzó el auto a una velocidad que hubiera hecho pensar ansiosamente a sus legítimos propietarios si lo volverían a ver entero. Pero no era espíritu deportivo lo que urgía a Alelí a desarrollar aquella velocidad, si no el miedo de lo que podría estar sucediendo en la propiedad de Van Blooch

Volaron materialmente, haciendo virajes, dando vuelta las curvas en dos ruedas, unas veces por encima de los puentes, otras junto a ellos, pero siempre a una rapidez terrible.

Luego, sin previo aviso, Alelí apagó las luces y frenó; el auto se detuvo rechinando.

—¿Qué hay? — preguntó la joven agitatadamente

—Un auto, más adelante — la informó Alelí — Está parado en el camino. Debe haberle pasado algo.

Estaba en la linde de un bosque. Alelí se dirigió hacia el auto parado, manteniéndose bien a la sombra de los árboles.

El otro auto era también grande y, por su aspecto, había viajado rápido. Vió que tenía chapa suiza y que lo rodeaban, maldiciendo pintorescamente, unos ocho o diez hombres, todos de sospechoso aspecto.

Eran, como Alelí vió y oyó, de todas las naciones. Había americanos, ingleses, franceses y hasta polacos; pero le pareció que ningún holandés.

¿Quiénes diablos eran?

Se enteró de pronto. Un americano dijo en el acento del Este de Nueva York, copiosamente matizado con juramentos:

—Joe, es mejor que te adelantes y le digas al amo que estamos aquí; por que el auto se ha empacado y no podemos hacerlo andar. El no nos espera esta noche.

No esperaba el cargamento hasta dentro de una semana.

—¡Bah!... yo no estoy dispuesto a servir de mensajero e ese gordo animal. No simpatizo con el señor Van Blooch. ¡Que vaya otro!

¡Dirck Van Blooch!

Era aquella su banda, contrabandista de drogas y joyas, a la que Dalton había pertenecido.

Volvió a oírse la voz del americano, con acento de disgusto.

—No olvides que tenemos en nuestro poder las chispas — le recordó — Y si los pájaros de la aduana nos han visto, como creo, pueden seguirnos. Dice Fritz que necesitará por lo menos media hora para arreglar el auto. Si los de la Aduana nos siguen el rastro, nos alcanzarán. Esos tipos traen ametralladoras Tommy y el plomo en el hígado es malo, como desayuno.

Alelí no pudo oír lo que contestaba el "cockney" a aquellas verídicas palabras, porque había vuelto a su auto. Tenía que llegar al antro de Van Blooch antes que la banda pudiera avisarle o hiciera caminar el auto. Y para eso tenía que pasar junto a ellos. No había otro camino. Decidió atropellarlos, arriesgando una descarga. Pasaría con las luces apagadas.

Los faroles del otro auto le servirían para evitar un choque.

—Tírese en el suelo y cúbrase con lo que encuentre, por si nos hacen fuego — dijo a la joven.

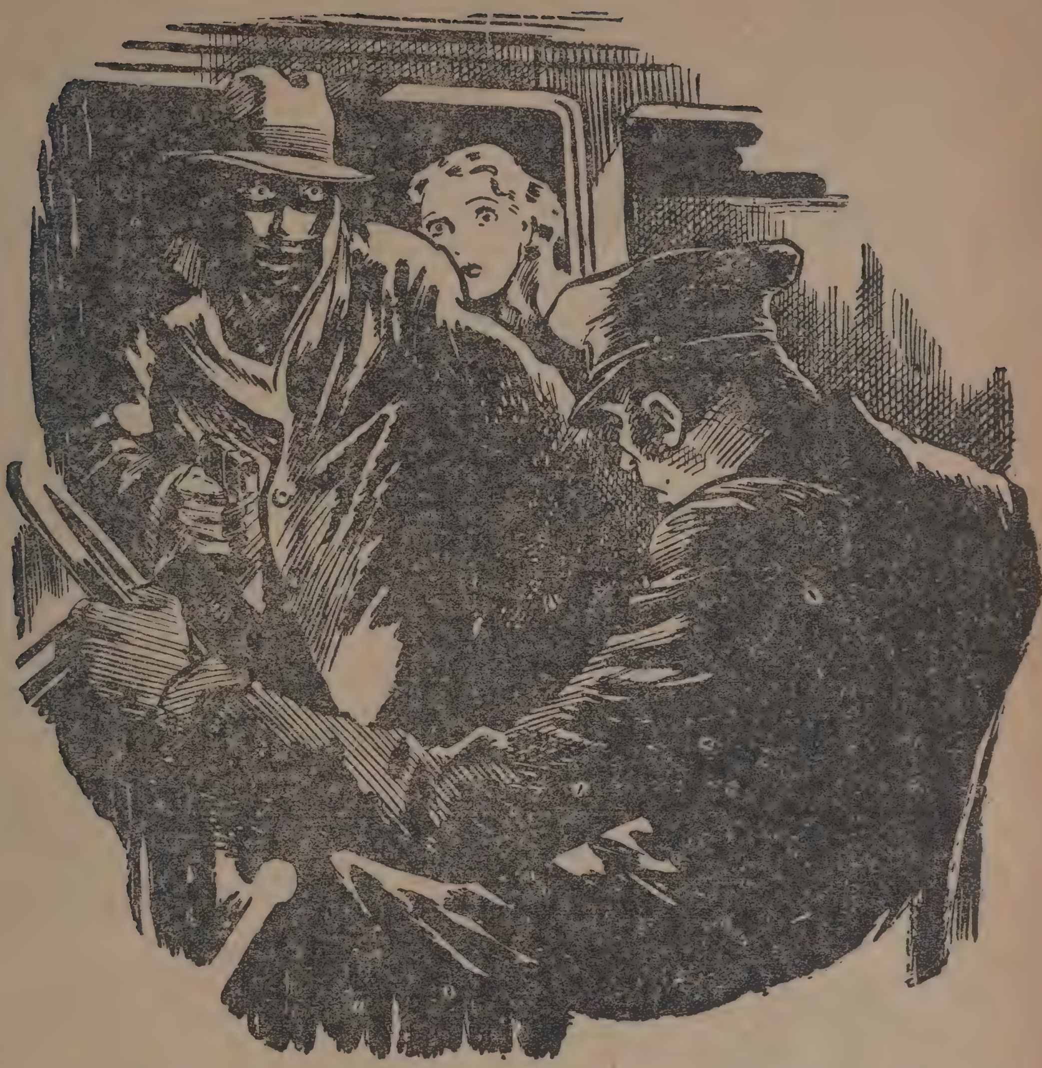
—¿Y usted?

—Oh, por mí no se preocupe — le dijo con más seguridad de la que sentía — Una adivina me dijo que yo no iba a morir de un balazo. Acuéstese y pase lo que pase, no se mueva hasta que yo le avise.

A velocidad máxima, con los faroles apagados, el auto emprendió la marcha. Antes de que los de la banda se dieran cuenta, estaba encima de ellos.

El americano les dió la voz de ¡alto! Siguió un tiro, a la orden, y luego una descarga a la parte posterior del auto; pero felizmente no fueron tocados los neumáticos. Un momento después las luces del auto de los bandidos se habían perdido de vista. Entonces Alelí encedió sus faroles y le dijo a la joven, tendida en el piso, que el peligro había pasado.

El reloj del auto le reveló que era la una y treinta cuando distinguieron las luces de la gran casa, de aspecto sombrío, que se hallaba rodeada por tupida arboleda. Era un



El chauffeur retrocedió espantado al ver aparecer el hombre del antifaz, que lo amenazaba con una pistola.

edificio cuadrado, siniestro, que parecía una prisión.

Lo rodeaba un alto muro de piedra y la única entrada que pudo hallar Alelí fué la del ancho sendero, que conducía hasta la puerta del frente ed la casa. Su primer impulso fué entrar con el auto y pedir, pistola en mano, una audiencia a Van Blooch; pero pensándolo mejor, rechazó ese proyecto.

Por una parte, Van Blooch podía haber sido informado por teléfono de lo ocurrido en Amsterdam y esperar, prevenido, su visita.

De modo que escondió el auto a la vuelta de la esquina más obscura del muro de piedra y luego abrió la portezuela, para ayudar a descender a la joven.

—Mi consejo es que se quede donde está — le dijo — No creo que descubran el auto. Si salgo bien, no tendrán ni oportunidad de burcarlo. ¿Por qué no permanecer tranquilamente aquí, mientras yo voy a explorar?

Pero ella no quiso. Comprendió que los acontecimientos de los últimos días habían minado su valor. Tenía miedo de quedarse sola.

—Y también — dijo y, más tarde recordó Alelí el extraño acento de su voz — quiero hablar con Van Blooch. Hay cosas que deseo decirle.

Alelí se encogió de hombros.

—Como guste — le contestó. — Haremos salir juntos a la rata de su agujero. Sólo le prevengo que en la casa de Amsterdam, donde la encontré a usted, tuve que pelear seriamente. Y aquí puede ser peor. Pero, salgamos bien o mal no hay tiempo que perder. ¡Venga!

LA CASA DEL MAL

Decir que McCarthy escuchó con sorpresa la vívida relación de las escapadas de Mar-

cos J. Gilliver, es poco. Que Alelí hubiera intervenido en defensa de una dama insultada, nada tenía de particular. El mismo McCarthy hubiera hecho lo mismo, aunque los insultadores fueran cincuenta, cuanto más tratándose sólo del brutal holandés.

Pero que en la misma noche interviniera en tres ataques distintos parecíale demasiado para que resultara cosa buena. ¿No tenía sentido común aquel borrico? ¡Un hombre cuyos antecedentes eran conocidos por toda la policía de Europa ponerse así en evidencia! ¡Uf!

—¿Y quién es la dama? — preguntó Mc Carthy.

—Una tal Mademoiselle du Channe. Averigüé que procede de Londres. ¿La conoce usted quizá?

—En mi vida la he oído nombrar — contestó McCarthy con veracidad. — ¿Y dice usted que él la ha visitado en su hotel? ¡Es extraño! Alelí no es mujeriego.

—Si viera usted que hermosa es esa mujer, quizá lo comprendería mejor — dijo el inspector Lennin.

Pero McCarthy movió obstinadamente la cabeza.

—He conocido a algunas de las mujeres más hermosas de Inglaterra que estaban locas por Marcos, como se dice vulgarmente. Y él les hizo tanto caso como si se tratara de fregonas.

—Durante algunos días la visitó en el hotel Brevoort y siempre le llevaba flores o algún presente, en prueba de su admiración como acostumbran a hacer los enamorados... por lo menos en Amsterdam.

—Ocurre lo mismo en todas partes — dijo McCarthy tristemente. — Pero ocupémonos de Marcos. Nunca hubiera creído eso de él; pero bueno, si lo hizo, lo hizo, el muy **idiota**. Es inútil hablar de ello.

—Luego, por espacio de unos días, no fué a verla. Para ser franco con un colega, le diré que, por tratarse de ladrón tan famoso, ha sido vigilado continuamente.

—Naturalmente — convino McCarthy. — El deber es el deber. ¿Qué más?

—No se le ha vuelto a ver con la dama desde la noche que ella cenó con von Blooch.

—Estará celoso, quizá. — sugirió Mc Carthy — El muy estúpido! Quisiera tenerlo aquí. Le cantaría unas frescas.

—Pero hoy recibí informes de que llamó por teléfono al Brevoort varias veces. Esta noche fué a allí. A M'selle no se la había visto desde la mañana. El descubrió que ella había ido al campo con van Blooch y... — el inspector miró a su visitante — ese caballero tiene reputación tan negra en lo que a damas se refiere.

Esta noche nuestro amigo Gilliver fué a la casa de la ciudad de van Blooch, armado. Tengo medios, como usted profesionalmente comprenderá, de enterarme lo que M'neer Alelí lleva consigo.

—Naturalmente. Hace usted revisar periódicamente su cuarto y sus posesiones.

—Cada vez que sale, cierto criado realiza un inventario — convino M'neer. — Es una precaución necesario. Esta noche nuestro buen amigo se llevó... — y en un pedazo de papel leyó el inspector Lennin una lista completa de herramientas de ladrón que Alelí había llevado consigo al salir del hotel. Una vez que terminó Lennin los ojos obscuros de McCarthy estaban materialmente fuera de sus órbitas.

—¡Caramba! ¡Caramba! — exclamó.

—Fué seguido, naturalmente.

—Naturalmente.

—No bien supe a donde se dirigía, hice que mis hombres lo vigilaran, con órdenes estrictas de no molestarlo, pero también de no perder de vista ninguna de sus acciones e informarme. No lo dejaron entrar en la casa. Poco después se había introducido en ella por los fondos.

—Ese muchacho es capaz de introducirse en el cielo contra lo voluntad de San Pedro — dijo McCarthy con convicción. — ¿Y luego?

—A la media hora, más o menos, volvió a salir. Lo acompañaba una joven, cierta artista de circo cuya reciente y completa desaparición había sido tema de muchos comentarios.

—Una artista de circo. ¡Demonios!... Polleras por todas partes. ¿Qué más?

—Lo que hizo después está en este informe que recibí hace menos de media hora.

Y el hombrecillo, con expresión picaresca en sus dulces ojos, leyó fuerte el informe de que un tal Jan Boumeister, chauffeur, había sido asaltado por el notorio pistolero "Bimbo el Sanguinario".

—¿Bimbo el qué? — exclamó MacCarthy.

—Bimbo el Sanguinario — informó gravemente Lennin.

—Bueno... ¡ese tipo es capaz de bromear al pie de la horca! En eso es peor que yo, que es cuanto se puede decir. ¿Y a dónde se dirigió?

El inspector pensó un momento.

—Yo diría que a lo de Dirck van Blooch, en el camino de Utrech — contestó al fin. — La casa de campo donde tiene a la bella dama de la historia.

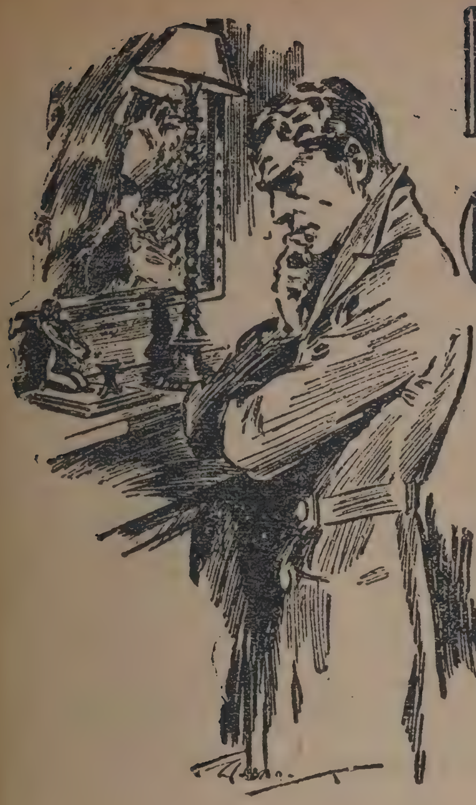
—¿Y qué va a hacer Marcos cuando llegue a allí? Si ella lo ha engañado, la cosa no tiene más remedio y yo diría que vale más así.

—Aparentemente no piensa él lo mismo — observó el inspector Lennin plácidamente. — Usted me pregunta que sucederá en la casa de campo de van Blooch y yo voy a decírselo — continuó y su voz tenía un acento sombrío desacostumbrado. — Creo que matará a van Blooch a primera vista... si la banda que el hombre manda no lo mata primero a él, como hicieron con el americano Bart Dalton. He sabido cosas de van Blooch en estos últimos días que casi ni me atrevo a pensar en ellas. Y, refiriéndome al informe que acabo de recibir, yo diría que nuestro joven amigo se encuentra en la situación más peligrosa de su vida.

El timbre del teléfono, que estaba al alcance del inspector sonó violentamente.

—¡Discúlpeme un momento! — dijo.

(Continuará)



Pablo Grendon — Maestro Detective

POR

Frank King

PABLO GRENDON había prolongado sus vacaciones de Pascua en la aislada aldea de Toridale, situada en la costa del condado de Devon más de lo conveniente. Se daba cuenta de que varios asuntos urgentes reclamaban, en Londres, su inmediata atención. Pero se quedaba sin embargo uno y otro día prometiéndose a sí mismo no regresar hasta que el delicioso tiempo que reinaba aquellos días, no se interrumpiese.

Una tarde, el mercurio del barómetro colgado en la sala de la hostería: "El venado y los perros" donde se había alojado descendió de donde decía "Buen tiempo": La tarde había sido calurosamente sofocante y cuando el día se acercó a su fin el cielo se cubrió de nubes obscuras y bajas.

—Los síntomas son inconfundibles, — díjose Grendon mientras tomaba una guía de ferrocarriles, y se fijaba en que un tren rápido para Londres podía dejarle en la capital la tarde siguiente poco después de las cuatro.

Decidió ir en tren, preparó su equipaje y mientras el viento gemía, se retiró, temprano a dormir.

Cuando se despertó a la mañana un viento huracanado arrojaba la copiosa lluvia contra los cristales de la ventana de su dormitorio en la que golpeaba el agua produciendo un ruido como lejano fuego graneado de fusilería.

Las oleadas producían como estampidos de cañón al dar contra la costa acantilada.

Grendon se desayunó con toda tranquilidad y pensaba que podría hacer hasta la hora de la partida cuando el grueso hostelero entró en la sala portador de la noticia de que un buque había sido arrastrado por el viento hacia la punta de la roca llamada Cinco Dedos, un arrecife situado media milla al sur de la hostería y un par de millas mar adentro.

Con sus poderosos gemelos, salió Grendon en dirección de la roca Cinco Dedos con el propósito de presenciar lo que pensaba y servir de algo si se presentaba la ocasión.

Una escarpada senda le llevó hasta una altura de unos cien pies o sea a la cumbre del arrecife. A sus pies el mar se extendía, revuelto y cubierto de espuma, en todo el espacio que alcanzaba la vista y hasta la rojiza línea de la costa. A lo lejos, en el mar, sacudido sin cesar y casi sumergido el casco del buque náufrago se balanceaba, moviendo de un lado a otro sus dos mástiles.

Grendon se quedó parado, contemplando aquel cuadro, cerca de media hora. De pronto algo le pareció que subía y bajaba en las espumosas aguas, cerca de la costa. Poniéndose una mano para atajar la luz, miró hacia el torbellino que hervía a sus pies.

Aquel algo, podía ser un trozo de madera envuelto en algas rojizas, subió a la cresta de una enorme ola y bajó después. Se dirigió dando vueltas, hacia la costa, fué subido mar afuera y desapareció de nuevo. En el instante en que desaparecía, un haz de luz de sol pasó por un girón de las nubes que encapotaban el cielo, y lo iluminó de lleno.

Como si hubiese recibido de improviso el impulso de una corriente eléctrica, Grendon dejó los gemelos, se quitó su pesado sobretodo, el saco y corrió hacia el borde del arrecife. El agua, pulverizada por el viento le dió en el rostro, cayéndole momentáneamente. Se pasó una mano por la cara y, con una mirada, comprendió que las posibilidades de descender hasta la orilla del mar no eran muchas.

Sin embargo, se volvió y comenzó al des-

censo. Agarrándose a una puntiaguda saliente de las rocas de vez en cuando, logró disminuir la rapidez del descenso. Colgó de una planta, arraigada en la roca, durante un momento, y después, como aquel frágil soporte se desgarrara, cayó hacia la playa como una piedra. El agua se retiraba en el momento en que Pablo Grendon ponía pie en un montículo de arena húmeda. Volvió la oleada en seguida, llegándole el agua hasta las axilas.

Esperó, sofocado pero alerta. El bulto obscuro que había visto antes en la cresta de una ola, era arrastrado hacia él. Esperó el momento oportuno y tendió los brazos para agarrarlo cuando se le acercó. No lo alcanzó. Volvió a repetir la tentativa y por fin pudo sujetarlo en el instante en que otra ola lo acercaba a la costa.

El mar lès sorbió de nuevo a él y a su presa, pero Grendon nadó desesperadamente y logró volver a la costa y arrastrar lo que había agarrado hasta un hueco, — la entrada de una cueva, — que había en el frente de la costa

Se quedó echado, jadeante, durante algunos segundos. Después se levantó el cabello que le tapaba la vista y dejando de sujetar a su inmóvil presa, se puso de pie, no sin esfuerzo. Miró hacia abajo y aun cuando estaba medio aturdido a consecuencia de su reciente recia batalla con las furiosas aguas, retrocedió, involuntariamente, un par de pasos.

El haz de luz de sol que le había revelado la presencia de un rostro humano en lo que traían y llevaban las olas, le había hecho saber que quizás podría salvar la vida de un ser ...jante y le había decidido acudir en su socorro. Podría tratarse de un marinero o de un pasajero, caído del buque naúfrago. Había peleado silenciosamente por traer a la costa a aquel cuerpo sin fijarse en más, enteramente ocupado en luchar por vencer a las traidoras aguas que lo llevaban de un lado a otro.

Pero cuando vió, — relativamente calmado ya, — lo que había salvado, vió la figura esbelta de una joven vestida de negro. Abundante cabellera color caoba ocultaba en parte su plácido rostro, — pálido como el de un espectro, — tapando a medias su infantil contorno,

Se arrodilló junto a la figura inmóvil, obs...vándola con toda atención. Sabía el que ya no podían serle útiles los auxilios terrenales y juzgó que debía haber dejado de existir unas horas antes. Recordó haberla visto en la aldea, en varias ocasiones y también haberla visto trabajando en el pequeño jardín de un coqueto chalet situado a uno de los extremos de la aldea.

Probablemente había acudido a la costa atraída por la noticia de la presencia de un buque naúfrago y, aventurándose demasiado cerca de la orilla habría resbalado y caído o una violenta ráfaga de viento la habría impulsado, haciéndola caer al furioso mar.

Levantó el cuerpo en brazos y lo llevó hacia el interior de la cueva, hasta un sitio en que no llegaba el agua, ni aun en la pleamar. Nada más podía hacer sin ayuda así que ascendiendo con dificultad hasta lo alto de la costa, tomó el saco, el sobretodo y los gemelos y se encaminó a buen paso, a dar la alarmante noticia.

Dirigióse hacia la aldea por un sendero muy frecuentado que, por lo escarpado que era, tenía en algunos sitios una especie de escalones cuyo borde estaba hecho de cantos rodados. Frente a uno de esos peldaños, a un lado del sendero,algo que brillaba metálicamente, le llamó la atención.

Obedeciendo a un impulso del momento se detuvo y se inclinó para levantarlo. Era un alfiler, — un pinche o alfilerón, — de los que usan las mujeres para asegurarse el sombrero y tenía como cabeza una esmeralda de imitación encuadrada en una fila de pequeñas perlas falsas. No debía llevar allí mucho tiempo, pues no estaba enmohecido el alfiler.

Como de nada podía servirle, lo dejó caer donde lo había encontrado y siguió corriendo.

En la oficina de policía de Toredale dió detallada cuenta de como había encontrado y sacado del agua el cuerpo. El inspector con quien habló insistió en que Grendon debía hallarse presente y prestar declaración en la audiencia del tribunal popular. Se trataba de una simple formalidad de procedimiento, pués el veredicto del jurado consistiría en declarar que la muerte habían sido accidental. Grendon comprendió que no le quedaba más recurso que alargar un par de días más su estancia en la aldea y se resignó pronto a aceptar sin protesta lo que el destino le deparaba.

La noticia de la tragedia se extendió rápidamente por toda la pequeña aldea. La demostración de la identidad de la joven fué rápida. Su nombre era Mary Evans y estaba empleada en una conocida casa de ropa para mujeres, de Londres.

Estaba en Torsdale pasando sus tres semanas de vacaciones, en casa de su tía, la señora Sbar.

Algunas horas después de haber sido sacado el cuerpo de la caverna, por los de la policía, conociéronse algunos hechos significativos que dieron lugar a rumores desagradables. El nombre de un joven, — un empleado de Banco que residía en la cercana aldea de Redmor, fué mencionado junto con el de la joven fallecida.

Su primera idea de una sospecha de que su muerte no había sido accidental, tuvo su origen en una manifestación hecha voluntariamente a la policía por un guardacosta llamado John Dee.

Parecía que la noche anterior, poco antes de que dieran las once, Dee había visto a una joven vestida de negro, sentada junto a un joven, cerca de la orilla de los arrecifes. La noche debía ser muy oscura porque el guardacostas no pudo distinguir detalle alguno de la pareja. Lo que sí notó era de que debían estar riñendo. Cuando pasó junto a ellos oyó que la joven decía: "Le digo a usted que está equivocado, Robert", y él reconoció que la voz era de la señorita Evans, a la que conocía perfectamente. Se le había ocurrido a Dee que, como el cuerpo de la joven hagía sido encontrado a poca

distancia del lugar donde él la había visto con un hombre estaban en la obligación de enterar de aquel incidente a la policía.

La tía de la joven, — la señora Sbar, — aturdida y agobiada por la amargura que la había causado la tragedia, cuando la interrogó el inspector de policía de la localidad, se mostró incoherente al manifestar que Mary había ido al teatro de Resdmoor la noche pasada, con Robert Linton, con quien estaba comprometida y debía casarse dentro de poco. La señora Sbar se había retirado a dormir a eso de las diez de la noche, dejando la puerta cerrada, pero sin llave.

La joven llegó a las once. La señora Sbar insistió en que así había sido.

—Oí que el reloj del hall daba la hora y conté las campanadas, — dijo ella varias veces. — Mary volvió a casa, lo repito. — La oí encender un fósforo y distinguí la luz de la bujía. En el hall había yo dejado un candelero con bujía. Mary fué a su cuarto y cerró la puerta. Puede haber estado en su dormitorio largo rato antes de volver a salir.

La cama está abierta como si en ella hubiera dormido. Ustedes encontrarán la bujía y verán que se ha consumido casi hasta la mitad. Fuese quien fuese la joven a quien John Dee vió en los arrecifes a las once, no era Mary. No puede ser ella.

El inspector Holmes era de los que insisten hasta el cansancio.

—¿Tiene usted alguna idea, señora Sbar, de por qué a su sobrina, después de haber estado acostada algún tiempo, pudo ocurrírsele levantarse, vestirse de nuevo y dirigirse a la costa? — preguntó.

—No. No tengo a ese respecto ni la menor idea. No le gustaba nada el mar; mejor dicho, lo odiaba. No se acercó ni una vez a la costa en todo el tiempo que llevaba a mi lado. De esto estoy enteramente segura, — fué la respuesta.

—Entonces, ¿cómo cree usted posible que John Dee la viera en la costa la pasada noche ¿Cómo se explica que su cuerpo fuese hallado en el agua?

—No me lo explico de ningún modo. John Dee no la vió allí, — replicó la señora Sbar, llorosa y enojada. — Usted debía dirigir esas preguntas al señor Robert Linton. Que él les diga donde se hallaba anoche a las once. Averigüen quien era esa mujer que estaba con él, cerca de la orilla del mar, si es que John Dee no ha mentido.

El de policía se retiró convencido de que lo que había dicho la señora Sbar sobre la hora a que había vuelto su sobrina y a los demás detalles de su regreso, que afirmaba tan segura no era más que el resultado del desequilibrio de una mente trastornada por el dolor.

Cuando pasó por el hall del pequeño chalet vió que en la percha estaba un sombrero blanco, de paja en el que se veía pinchado un alfilerón cuya cabeza era una esmeralda de imitación, cuadrada, rodeada por una fila de perlas falsas. Se detuvo. Uno de sus subordinados había llevado a la policía un alfilerón de igual aspecto, aquella mañana, manifestando que lo había encontrado en el camino de lo alto de la costa.

Se quedó parado unos momentos. Después retrocedió y volvió a entrar en la sala.

—¿Pertenecería a su sobrina ese sombrero que está en la percha del hall? — preguntó bruscamente.

—Sí, señor. Lo llevó puesto anoche cuando fué al teatro. Es nuevo. Se lo había regalado yo ayer mismo, como regalo de su cumpleaños, junto con un par de alfilerones.

—¡Ah! ¿Puede usted decirme qué clase de sombrero llevaba puesto cuando salió del chalet por última vez?

—No llevaba sombrero ninguno. Iba con la cabeza descubierta, — contestó la señora Sbar. — Todos los sombreros que tenía están en su cuarto. No creo que saliera por su propia voluntad. Si lo hizo. ¿Por qué no se puso su abrigo grueso, que la hubiera guarecido contra la tormenta? ¿Por qué se fué? Ya le he dicho que odiaba el mar. En todo esa hay un misterio. No logro acertar con la causa de lo sucedido, — agregó con tono que indicaba toda la pena que sentía.

Pero había dado al inspector Holmes suficiente base para que el de policía se sintiera preocupado e intrigado. El hallazgo de aquel alfiler de sombrero en el sendero, — uno de los alfilerones que le habían sido regalados el día anterior, — no permitía dudar de que lo dicho por John Dee tenía fundamento y que la joven había estado sentada en una peña conversando con alguien a quien daba el nombre de "Robert", a las once de la noche, había sido, realmente Mary Evans.

La única explicación que podía tener la señora Sbar en lo dicho, era que la joven hubiera entrado en el chalet a las once volviendo a salir inmediatamente...

¿Pero por qué no se puso el sombrero y el abrigo? Y si no llevaba sombrero ¿qué significación tenía el hallazgo del alfilerón en el sendero de la costa?

El inspector estudió los hechos en todos sentidos, pero no vió solución posible. Cuanto más reflexionaba más confundido se sentía. Decidió interrogar al empleado de Banco, a Robert Linton, y poco tardó en hallarse en la aldea de Redmoor.

Encontró a Linton en la casa donde se hallaba como huésped, se presentó ante él y le preguntó con franqueza que era lo que había hecho la noche anterior.

Linton fué igualmente franco. Había llevado a la señorita Evans al teatro, se había separado de ella antes de terminar la función y había paseado sin rumbo hasta las once, hora en que se retiró a dormir.

Manifestó que no podía probar la verdad de lo que decía. Había entrado solo en la casa de huéspedes. No se encontró con quien hablar desde el momento en que salió del teatro a aquel en que regresó a su casa.

—¿Pero por qué dejó usted a la señorita Evans, sola en el teatro? — le preguntó el inspector.

—El joven se puso muy rojo

Pablo Grendon

En el próximo número iniciaremos la publicación de las extraordinarias aventuras de un muchacho argentino en el Far West

EN EL VALLE DE LA MUERTE

—Porque... reñimos, — dijo en voz baja.

—¿Por qué causa? Le advierto que no tiene usted que contestarme si no quiere, — agregó el de policía.

—¿Por qué no he de contestar? — replicó Linton. No tengo nada que ocultar. No se realmente por qué reñimos. La señorita Evans estaba de mal humor. No lograba entender su actitud. Me dijo varias palabras que me molestaron. Yo no tengo mucha paciencia y le critiqué su actitud. Ella me dijo que prefería estar sola. Me levanté y salí al finalizar el segundo acto. Un poco después, calmado ya regresé con el propósito de acompañar a Mary a su casa, pero ella no estaba ya en el palco. No la volví a ver. Nada más puedo decirle.

El inspector Holmes se retiró poco después, pero antes de regresar a Toredale dejó ordenado que un policeman de Redmoor vigilara la casa donde Robert Linton estaba alojado.

Al siguiente día se realizó la primera sesión del proceso indagatorio. Los procedimient os fueron rápidos y el coroner accedió, a pedido del inspector Holmes, a dejar la terminación de la audiencia pora la siguiente semana.

La declaración del médico establecía que la muerte debía haberse producido entre las once y las doce de la noche, hora la cual, — según la manifestación de la señor Sbar, — la joven estaba en su habitación en su chalet.

Robert Linton, convencido de que las sospechas iban acumulándose contra él, salió de la sala de la audiencia tras un hombre pálido y delgado. Este se dirigió hacia la Hostería del Venado y los Perros, seguido de Linton tras del cual iba un hombre grueso y fuerte con todo el inconfundible aspecto del policeman vestido de particular.

Grendon entró en su salita y se hallaba de pie, mirando distraídamente por la abierta ventana cuando alguien llamó tímidamente a la puerta.

—¡Adelante! — dijo, y se volvió para encontrarse ante la figura temerosa y prudente de Robert Linton.

—Perdone usted que lo importune — dijo el joven cerrando la puerta tras sí, — pero he oído hablar tanto de usted... Usted halló el cuerpo de la señorita Evans. Hay mil probabilidades contra una de que la policía me detenga. Toda la madeja de las declaraciones parece hecha para envolverme. No admito ni por un momento que puedan probar nada contra mí. Pero está solo mi palabra contra la del guardacostas. Estoy en una situación angustiosa. Usted ha ayudado a muchos infelices, señor Grendon, ¿quiere usted ayudarme a salir de este atolladero?

—Quiero, si es posible, — dijo Pablo Grendon, — por la sencilla razón de que si usted ha sido culpable del crimen de arrojar a la señorita Evans al mar desde lo alto de la costa, como la policía parece querer suponerlo, hay falta completa de pruebas que lo demuestren. Además, en favor de usted está el hecho de que usted no ha intentado negar que ha hecho semejante cosa... y por último no creo que, siendo culpable hubiera venido aquí a solicitar mi ayuda, — agregó sonriendo.

—Gracias, señor Grendon...

—No he creído ni por un momento, — interrumpió Pablo Grendon, — que la señorita Evans falleciera a consecuencia de un accidente. Tiene su explicación el hecho de que fuera la costa alta, de que la oyeran hablar con un hombre al que llamaba Robert.

—¡Ese hombre no era yo! — afirmó Linton mirando cara a cara a Pablo Grendon.

—¿Quién era entonces?

—Linton bajó la cabeza.

Grendon caminó lentamente, dos veces, de un extremo a otro de la salita.

—Todo el caso jira en torno de la declaración de la señora Sbar, — declaró lentamente. — Si ella está en lo cierto al afirmar que su sobrina entró en su casa a las once, se quedó algún tiempo y volvió a salir, queda desmentida la afirmación del guardacosta John Dee. La joven no pudo estar a las once en la costa a pesar de la prueba del alfiler del sombrero. Deje usted el caso en mis manos.

Después que se hubo retirado el joven se dirigió al chalet donde vivían la tía de Mary Evans. La señora Sbar le hizo entrar en cuanto él expresó el objeto de su visita.

Revisó detenidamente el dormitorio de la joven: se quedó algunos segundos observando una bujía, puesta en una palmatoria, que había junto a la cama. Se veían raspaduras de estearina en el plato de la palmatoria. Grendon observó con atención aquellas raspaduras. Después recorrió el cuarto y se detuvo a mirar por la abierta ventana. Fuera, al pie de la ventana, había un canterito con plantas de jeranios. Una de las plantas estaba rota y pisoteada en la tierra blanda.

Salió Grendon por la ventana y examinó las plantas. Notó la presencia de un par de anchas huellas de los pasos de una persona, huellas que se alejaban de la casa. Hizo un cuidadoso dibujo — en tamaño reducido, — de la configuración de esas huellas, en una hoja de su cartera. Volvió a la habitación, estudió de nuevo la bujía. Poniéndose antes los guantes, la sacó de la palmatoria, la envolvió en un pañuelo y se la guardó.

Aceptó la invitación de la señora Sbar a tomar una taza de té y se sentó en la sala del chalet, conversando un rato con ella.

Un par de horas más tarde, — después de haber hecho algunas visitas, — caminaba por la calle principal de Redmoor.

Detúvose ante una casa grande y pisando el suave cesped se aproximó a una ventana del piso bajo, que estaba abierta.

Acurrucándose, pudo mirar por ella sin temor de que le vieran de dentro. En la habitación había mucha luz. Sentado a una mesa estaba un hombre comiendo. Estaba solo en aquel cuarto. Debajo del borde del man-

tel se le veían las piernas de las rodillas para abajo.

Grendon estudió el calzado claro de aquel hombre durante unos segundos. Después con deliberado propósito, se metió en la habitación saltando por la abierta ventana.

El que estaba comiendo le miró con asombro y alarma. La luz del techo iluminaba su cabeza calva, su nariz aguileña y su boca de gesto cruel.

—¿El señor Fletcher? — dijo Grendon.

Los ojos de azul acerado le miraron fijamente.

—¿Quién es usted? ¿Qué se le ofrece? — preguntó de mal modo.

—Unos pocos momentos de conversación, — dijo Grendon.

—¿Sobre qué?

—Sobre la muerte de la señorita Mary

—¡Váyase usted si no quiere que lo haga echar a golpes! ¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que usted estuvo con ella en los arrecifes la otra noche.

—¡Eso es mentira! — exclamó el hombre.

—Pero yo se que no es mentira, — dijo Grendon. — La joven estaba empleada en la casa de modas que usted tiene en Londres. Usted sabía que pasaba aquí las vacaciones. Usted había oído decir que se iba a casar con Robert Linton. Usted la obligó a que saliera con usted del teatro y después la llevó a que paseara con Vd. por la alta costa.

—¿De qué tonterías habla usted — gritó, furioso, Fletcher.

—Usted estuvo en la audiencia de la investigación. Yo le ví.

—Por curiosidad me fijé en sus pies y ví que tiene el pie izquierdo con una deformidad. Hay huellas de pisadas al pie de la ventana de la joven, huellas que solo pueden corresponder a pisadas de usted. La tía de la señorita Evans me informó de que usted quiso casarse con la joven y ella le dijo que no.

También me dijo que usted visitaba mucho el chalet.

—Que usted sabía la puerta que iba a ser dejada sin llave para que entrara la joven; que usted no corría riesgo ninguno si la tía lo veía entrar. A toda costa quería usted asegurarse una buena coartada en caso de que el guardacostas pudiera describirle.

—El reloj del hall del chalet, — prosiguió Grendon, — estaba dando las campanadas de las doce cuando usted entró, pero poniendo un dedo entre el martillo y en sitio muy sensible hizo que no sonara la última campanada engañando así a la señora Sbar y haciéndola creer firmemente que su sobrina había entrado en la casa a las once, lo que estaba en contradicción con lo que dijera Dee el guardacostas.

"Usted había llevado el sombrero de la joven y lo puso en la percha del hall para probar que ella había vuelto del teatro. Usted encendió la bujía al entrar en el dormitorio de Mary, desarregló la cama y se marchó por la ventana.

Pablo Grendon hablaba rápidamente, sabedor de que no poseía ni una sola prueba más que las huellas del pie defectuoso junto a la ventana del dormitorio de su víctima.

—¡Ya he oído bastante! ¡Es usted un loco! ¡Retírese! — gritó.

—Tengo que enterarle de dos puntos más, — prosiguió Grendon sin hacerle caso. — Las palabras que oyó John Dee fueron, según dijo: "Le digo a usted que está equivocado, Robert, y esas palabras casi acusan directamente a Robert Linton. Pero Linton no estaba con la joven y usted y ella discutían siendo Linton el tema de la discusión. John Dee recordó las palabras con exactitud, pero cometió un error. Hizo una sola frase de todas las palabras en lugar de una frase y el principio de otra. Lo que Mary dijo, fué esto: "Le digo a usted que está equivocado. Robert..."

—¿Y el otro punto? — preguntó Fletcher.

—La bujía. Se creía que estuvo encendida algún tiempo, algo así como dos horas lo menos, y que la joven la había apagado antes de volver a salir, lo que sería prueba de que había salido después de la una, detalle que cimentaba su coartada. Pero la bujía no estuvo encendida ese tiempo, usted le cortó un pedazo de la parte de abajo, disminuyendo así su longitud. La astucia fué hábil. Pero fracasó porque dejó usted raspaduras de estearina en el plato de la palmatoria. Además hay impresiones digitales en la superficie de la bujía. Han sido fotografiadas y comparadas con las de usted ...¡Eh! ¿Qué es eso?

Dando un salto como el de una fiera, Fletcher se arrojó sobre Grendon, tomándolo del cuello.

Grendon, sorprendido en un instante de distracción, estuvo en inminente peligro de ser extrangulado.

A ciegas, avanzó, echándose sobre el otro con todas sus fuerzas. Comenzó a dar golpes sin ver y tuvo la suerte de que en una de las primeras ocasiones, su adversario recibiera un golpe en la mandíbula que le hizo tambalear. Recobró Grendon el dominio de la situación, y mediante otro recio golpe, envió a Fletcher sin sentido junto a la mesa.

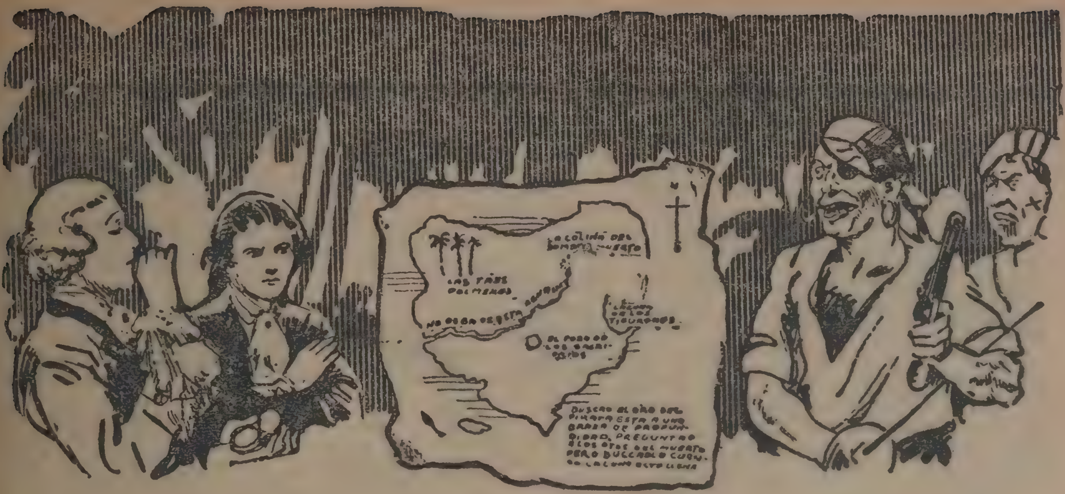
Jadeante aún por el esfuerzo realizado y por que el otro le había aprimido el cuello con grandísima fuerza, sacó del bolsillo un pequeño rollo de cuerda delgada, — compra hecha aquella tarde, — y procedió a atar de pies y manos al autor de la muerte de Mary Evans.

Hecho esto se dirigió al aparato telefónico, que estaba en la misma habitación, cerca de la puerta, y pidió comunicación con la oficina policial de Redmoor.

Después habló con la aldea de Torcdale anunciando lo sucedido al inspector Holmes. El que le anunció que acudiría en seguida.

El tercero y último en recibir noticia de la captura de Fletcher fué Robert Linton, que se encontraba en la casa de huéspedes donde se alojaba.

Una vez más, el sistema deductivo del gran investigador Pablo Grendon había orientado a tiempo el brazo de la justicia que comenzaba a desviarse.



El Tesoro de la Isla del Muerto

(Continuación)

ESTOS siete son leales como el día — confió Ben al capitán, aunque éste al mirarlos hizo una mueca.

—Te creo, Ben — dijo — Pero, por sus caras, poco lo parecen.

Ordenó a los hombres que bajaran el bote y con un alegre adios a Ben se descolgó por la cuerda y se sentó a popa. Los remeros, a una indicación de Langley, siguieron un rumbo paralelo al arrecife. Mientras remaban, los vivos ojos del joven buscaban ansiosamente un canal entre el arrecife, suficientemente ancho como para que pudiera pasar el bote.

—Parad, muchachos — gritó de pronto — A menos que me equivoque, ahí está nuestra abertura.

Señaló a estribor. En el sitio que él indicaba había una brecha, no más ancha que de seis o siete pies. El agua era agitada dentro de aquel canal; pero, guiado por manos serenas y firmes, el bote podría pasar.

Los remeros pasaron, separados del arrecife apenas por pocas pulgadas, porque una fuerte corriente tenía tendencia a arrojar la frágil embarcación contra las rocas.

—Apenas pasamos, mis valientes; pero... pasamos. — sonrió Langley.

El arrecife quedaba a popa del bote ahora, mientras que la costa solo distaba media milla.

—¡Uf!.. Es una excelente fortaleza — murmuró Langley contemplando la isla de todos puntos posibles. — Primero el arrecife de coral que la rodea, luego un canal que apenas deja pasar un bote. No me extraña que la ensenada figure con el nombre de "laguna" en el plano. Casi lo es. El viejo Josiah sabía lo que hacía al elegir esta isla para esconder su tesoro.

Los remeros se iban acercando más y más a la orilla. Los desgarrados arrecifes que rodeaban la isla parecían de cerca aún más altos. A una orden de Langley, los remeros descansaron y durante ese tiempo el joven capitán observó la escena.

—¡Mirad, capitán! — uno de los remeros señaló con dedos temblorosos a estribor. — ¡Tiburones!... ¡Una docena lo menos!

Las horribles aletas dorsales, ahora bien conocidas por Langley asomaban en el agua verde de la ensenada. Langley los contó, calculando que eran lo menos doce. Se formaron en línea, acercándose al bote porque habían olido sin duda la presa humana.

Por un momento pareció que iba a atacar el bote y Langley sintió temblar su pulso. El y sus siete compañeros tendrían pocas probabilidades, si el bote se daba vuelta y tenían que nadar entre aquellas aguas infectadas de monstruos.

En el momento crítico, sin embargo, el primero de los tiburones, tan grande como Langley y sus compañeros no habían visto jamás, se dió vuelta bruscamente. Los otros lo siguieron como soldados. El bote siguió avanzando; pero los guardianes de la ensenada no se alejaron a más de un tiro de pistola. Ni siquiera cuando Langley hizo

El tesoro de la isla...

fuego al jefe y vió que había dado en el blanco, se retiraron.

—Tenemos que andar con precauciones con estos amables bichos — dijo sonriendo Langley — Recordadlos, amigos míos, si os sentís tentados a nadar.

Los hombres hicieron una mueca. Después de haber visto aquel ejército de monstruos, ninguno de ellos nadaría por propio gusto en la ensenada.

La proa del bote entró en la arena y Langley saltó a tierra. El bote fué arrastrado a lugar alto y seco. Luego, a una palabra de Langley, sus compañeros, menos uno que quedó al cuidado del bote, lo siguieron tierra adentro.

Ahora que Langley estaba en la Isla del Muerto recordó las instrucciones finales del plano "Buscad el oro del pirata; está a una braza de profundidad; preguntad a los Ojos del Muerto" — murmuró Langley, mientras ascendía la pendiente rocosa que partía de

Al ver aparecer el bergantín, los marineros saltaron de júbilo mientras Langley observaba con aire sombrío el mar.

la playa. — Quizá eso es un enigma, cuya solución me costará hallar. Sin embargo, busquemos primero los Ojos del Muerto, si es que existen.

Apenas habían salido de su boca estas palabras cuando su pie tropezó en algo que lo hizo trastabillar. Apartando la maleza, Langley sintió que inundaba su cuerpo una oleada de horror, porque vió el espantoso cráneo de un esqueleto, sobre el cual, secos, reducidos a polvo, se veían todavía algunos restos de ropa.

Se advertía que aquel ser, en un tiempo humano, había sido colocado deliberadamente en la posición en que se hallaba, por el modo como estaban dispuestos los brazos

y las piernas, ahora sólo un montón de blancos huesos.

Langley se dió vuelta para ver el efecto producido en sus "leales" compañeros por la vista del esqueleto; pero todos ellos eran hombres acostumbrados a esas cosas y se limitaron a sonreír.

—Este debió ser uno de los lobos de mar del viejo Josiah, capitán — informó uno de ellos — Si estamos en la isla del tesoro, podéis jurar que esta bolsa de huesos sabía demasiado para la tranquilidad de aquel, de modo que lo hizo guardar silencio para siempre.

Langley retrocedió un paso; pero comprendió, en el fondo de su corazón, que la suposición era acertada. Desde que abandonó las costas de Inglaterra había oído contar muchos horrores del viejo Josiah. El respeto que siempre sintiera por su tío se había ido evaporando a cada nueva historia y las siguientes palabras del marinero aumentaron la repugnancia que lo había reemplazado.

—Sí, capitán, con perdón vuestro, os diré que el viejo Josiah era peor que todos nosotros. Cientos de inocentes perecieron por su espada o fueron hechos caminar por la planchada. Que fueran mujeres o niños, lo mismo daba.

—Y en Bristol, — intervino otro — está el viejo Rufo Tunstall, que tiene la lengua y las muñecas cortadas. Rufo acostumbraba a viajar con el viejo Josiah, hasta que un día que estaba bebido habló demasiado. El viejo Josiah se encargó de que no pudiera hablar más ni usar una pluma para escribir lo que sabía.

Los piratas se rieron; pero Langley sintió que se le enfriaba la sangre. Si aquella historia era cierta, buscaría a Rufo de Tunstall a su vuelta a Inglaterra y trataría de aliviar en algo su triste suerte, con el mal adquirido oro del viejo Josiah.

Por algunos momentos estuvo contemplando el macabro esqueleto, mirando fascinadamente las cuencas vacías de sus ojos y en ese momento la frase: "Preguntad a los Ojos del Muerto" volvió a su memoria. La única respuesta al enigma era seguir hacia donde aquellos ojos miraban o parecían mirar.

Guiando a sus compañeros por entre el matorral, traspirando por el ardiente calor y sediento, Langley caminó unas cien yardas y luego se detuvo bruscamente al ver otro esqueleto, colocado como el anterior. Una vez más siguió la dirección de los ojos vacíos, hasta que se encontró con un tercer esqueleto.

Como antes, vió que los brazos y piernas habían sido colocados en determinada posición, la cabeza apoyada de manera que mirara en cierta dirección. Deteniéndose sólo para descansar las fatigadas piernas, los exploradores continuaron abriéndose paso por entre las espinosas malezas, con sus cuchillos y alfanjes.

Los hombres se quejaban del calor, porque la última gota de las improvisadas botellas que llevaban se habían terminado. Langley excitó el amor propio de sus hombres alabando su resistencia y continuaron. Se encontró un cuarto esqueleto al pie casi de la Colina del muerto, a menos de una docena de metros del hilo de agua que brillaba como cristal. Con un grito de alegría, los hombres se lanzaron hacia él.

—¡Alto, si no quieren morir! — gritó Langley — Esa agua es ponzoñosa.

—Penzoñosa o no — gruñó uno — voy a beber.

Langley se lanzó tras el hombre, para impedir que bebiera del agua calificada de "venenosa" por el viejo Josiah; pero llegó una fracción de segundo demasiado tarde. El hombre se había puesto de rodillas, hundiendo la cara en el agua cristalina y bebía codiciosamente.

—¡Estúpido! — exclamó Langley. — ¿No te dije que esa agua era venenosa? Josiah llamaba a ese arroyo el "Arroyo de la Muerte".

—Entonces Josiah era un imbécil — respondió desdeñosamente el hombre — En mi vida he probado néctar semejante. Nunca...

Una expresión de terror apareció de pronto en sus ojos, su gran cuerpo empezó a temblar. Y antes de que ninguno de sus compañeros pudiera acudir en su ayuda, cayó boca abajo, sobre el suelo rocoso, tan muerto como si lo hubiera herido un rayo.

Sus cinco compañeros se miraron unos a otros, con los rostros lívidos. Si no hubiese sido porque el sentimiento de la disciplina los había obligado a obedecer a Langley, hubieran sufrido igual destino.

—Está muerto — dijo el joven capitán — Miraos en ese espejo. Venid, vamos a sepultarlo pronto.

En solemne silencio cavaron una tosca tumba, junto al Arroyo de la Muerte y bajaron a ella a su camarada. Luego llenaron la fosa con arena y piedras. Mientras estaban ocupados en aquella fúnebre tarea, que les tomó casi media hora, el cielo se obscureció de pronto. Sin previo anuncio, estalló la tormenta tropical con tal furia que arrancó el único árbol que había en la Colina del Muerto y lo hizo rodar hasta el mar.

En la parte baja de la isla, Langley y sus compañeros encontraron, sin embargo, abrigo. Por espacio de horas interminables escucharon los rugidos del viento encima de ellos, pensando cuando se calmaría. Pero al calmar el viento cayó la lluvia con fuerza tal que los hizo meterse más en la maleza para protegerse.

El sol se hundía como un enorme globo de fuego cuando la tormenta cesó. Langley y sus cinco compañeros salieron de su refugio.

—Creo que será mejor volver al barco — dijo Langley, mientras dura la luz del día. Quedaos aquí, mientras yo hago la señal a Ben Grant, para anunciarle nuestras intenciones. Trepó por las escabrosa superficie de la Colina del Muerto y miró hacia el arrecife de coral. Siguiendo una línea a través de la ensenada miró larga y atentamente hacia el sitio donde había quedado anclada la Santa Rita. Pero no se advertían señales

de la goleta ahora, no se veía vela alguna en aquella ilimitada extensión de mar.

Langley sintió que su corazón palpitaba ansiosamente. ¿Qué le había pasado a la goleta? ¿Lo había traicionado Ben Grant, alejándose con el buque? Langley pensó un momento eso y luego rechazó la idea. ¿Habría hecho el temporal naufragar al barco?

Había aún otra posibilidad y fué la que más lo preocupó.

Con expresión de alarma en su hermoso y tostado rostro, Langley bajó a reunirse con sus compañeros. La información que tuvo que darles los puso nerviosos. Insistieron en subir a la cumbre de la loma y ver por sus propios ojos. Por hacerles el gusto, Langley los acompañó.

Miraron en todas direcciones, sin descubrir rastros de la goleta. Sólo les quedaba una visión consoladora, la del bote, en alto y en seco, sobre la playa. Evidentemente la furia del temporal no lo había dañado, aunque no se veía al hombre que quedó a su cargo.

Largos y ansiosos momentos estuvieron Langley y sus compañeros en lo alto de la colina.

El primero se fijó ociosamente en las huellas que habían hecho al abrirse paso entre la maleza, mientras seguían la dirección indicada por las calaveras y observó que formaban un tosco semi-círculo. ¿Quería decir aquello que en alguna parte, dentro del círculo, estaba el tesoro?

Sólo un momento pensó en eso Langley. ¿Para qué servía el tesoro sin la goleta para transportarlo? Su rostro tenía expresión sombría al volverse a sus compañeros.

—Tenemos que tomar las cosas con la mayor calma posible, mis valientes — dijo con sencillez. — Quizá la Santa Rita haya tenido que levar anclas por la tormenta. Busquemos algún abrigo para pasar la noche y no perdamos el ánimo. El buque regresará por la mañana.

Parecióle a Langley que recién había cerrado los ojos cuando sintió que lo sacudían bruscamente. Junto a su soñolienta cara apareció la sonriente de uno de sus hombres.

—¡Vela a la vista, capitán! — exclamó excitadamente. — Acaba de aparecer en el horizonte.

Langley se despertó del todo al oír aquella buena noticia. Se puso en pie de un salto y siguió al marinero a lo alto de la colina.

Era cierto: Una vela asomaba en el horizonte. Pasarían muchas horas antes de que el buque estuviera a distancia como para interpelarlo. Pero se veía que se dirigía a la isla.

Con una larga mirada calculó Langley el tamaño de aquella vela y su corazón se oprimió. No era la Santa Rita.

—¡Rayos y truenos! Ese barco es el Reina de la Isla — murmuró — Y con seguridad que está Piel Samonard a bordo de él.

Los hombres demostraron alegría infantil. Poco les importaba que estuviera a bordo Piel Samonard o el mismo diablo. Era un buque y un buque significaba poder salir de aquella isla, horrible y desolada.

Gritaron y saltaron en su júbilo, mientras Langley, en cuclillas miraba sombríamente el mar. La Reina de la Isla se acercaba cada vez más, hasta que sólo estuvo a un cuarto de milla del arrecife de coral. El murmulló de voces era traído a los hombres de la colina por la brisa y de tiempo en tiempo, sobre el murmullo, flotaba la "marca de fábrica de Samonard".

—¡Jo...jo...jo!...¡Jo...jo...jo!

Piel Samonard, después de mucho vagar, había llegado a la isla del tesoro al fin y Langley endureció su mandíbula al pensar en el combate que tendría que sostener contra su antiguo enemigo.

LA INFAMIA DE SAMONARD

—¡Jo...jo...jo...! ¡La Isla del Tesoro!

El gigantesco cuerpo de Samonard era sacudido por convulsiva risa. Su único ojo, turbio por la bebida, hacía guiños maliciosos.

—¡Tirad el ancla, marineros de agua dulce, holgazanes! — gritó, sosteniéndose con dificultad sobre los pies. — Y, si no andáis listos, os arrancaré la piel a azotes.

—¡Sí, sí, señor!

La tripulación del bergantín se apresuró a obedecer. Conocían los métodos de su gigantesco capitán y lo respetaban, por temor.

Piel Samonard le dió un puñetazo a un árabe esclavo, le ordenó que le trajera un vaso de licor, se lo tomó de la mano y de un puntapie hizo rodar a doce pies de distancia al comedido árabe.

El Reina de la Isla se mecía al ancla, subiendo y bajando a impulso de las suaves olas del Pacífico, con las cubiertas descascaradas y resecas por el ardiente sol.

Al costado estaba el peligroso arrecife de coral que rodeaba la Isla del Muerto.

A través de su catalejo, que sostenía con mano insegura, Piel Samonard, uno de los más poderosos piratas de su tiempo, contempló por vez primera la isla, donde se decía estaba el tesoro del difunto Josiah Morgensen. Meses y meses había buscado Piel Samonard la isla y ahora estaba firmemente convencido de que su búsqueda había terminado. Metiéndose el anteojo debajo del brazo, sacó de entre la camisa un pedazo de cuero de cabra y examinó las toscas anotaciones y señales que había en él gruñendo de satisfacción.

—Sí, creo que es la isla del tesoro — murmuró. — Y por cierto que se trata de un lugar desolado.

Nuevamente se recostó contra la baranda del bergantín y volvió a mirar por el catalejo. Lo que vió trajo una expresión de perplejidad a su cara color caoba. Porque a través del lente distinguió claramente la cima de una pequeña colina y en ella, por lo menos, cinco figuras, que agitaban las manos. Desde la colina, las miradas de Samonard fueron a las orillas de la ensenada y una imprecación escapó de sus pulposos labios

al ver el bote en un lugar alto y seco de la playa.

—¡Maldición! — exclamó — Alguien ha llegado antes que yo. ¿Es posible que el Caballero y ese mocoso de Langley hayan sobrevivido?

Escupió rabiosamente sobre cubierta y subió al aparejo, para ver mejor la isla, gruñendo al ver ahora que las cinco figuras descendían la loma y corrían hacia la orilla de la ensenada. No vió entre ellos ni a su antiguo enemigo, el Caballero de St. Moreau, ni al joven Langley, a quien había robado el plano del tesoro. La expresión ceñuda desapareció de su rostro, siendo reemplazada por alegre sonrisa.

Hizo bocina con las manos y miró hacia el sitio donde los hombres se dirigían.

—¡Ah... de la playa! — gritó — Venid a bordo en el bote. Piel Samonard os da la bienvenida.

Oyó le contestaban:

—¡Ah... del barco! ¡Vamos a bordo!

Piel Samonard vió a los cinco hombres subir al bote y empezar a remar hacia la boca de la ensenada. Invitándolos a venir a bordo pensaba Samonard descubrir un pasaje por entre el, aparentemente, impenetrable arrecife de coral, porque era evidente que, en un momento u otro, el bote había pasado. Luego otros pensamientos germinaron en su traicionera mente.

—¡Cocinero!... — gritó. — ¡Maldito seas!... ¿Cocinero, donde estás?

—Ici, monsieur — contestó un francés? que tenía puesto un sucio delantal y un cómico gorro de "chef", apareciendo junto a Samonard, con la rapidez de un muñeco de resorte que sale de una caja — Aquí estoy, siempre a vuestras órdenes, capitán.

—Prepara una botella de Madeira... para cinco — le ordenó Piel haciéndole una guiñada diabólica — ¡Apúrate, sapo del diablo!

—¡Ciertamente! ¡Enseguida, mon capitaine! — contestó el francés y se dirigió a la cocina. Negros pensamientos, criminales, traicioneros, pasaban por la mente de Samonard, de acuerdo con la reputación de crueldad que se había conquistado en los mares. Su actual tripulación se componía de cuarenta bandidos, recolectados en todas las comarcas del globo. Y a los cuarenta les había sido prometida una buena parte en el tesoro del viejo Josiah, cuando Samonard lo sacara de su escondite.

Samonard había decidido ya abandonar, por lo menos, la mitad de su tripulación porque no estaba dispuesto a mostrarse tan generoso en el reparto como lo había prometido. ¿Por qué añadir cinco codiciosos más a los que ya tenía? ¿Por qué, en verdad? ¿No había hecho preparar una botella, en "su honor"? Piel Samonard se rió malvadamente mientras observaba el bote cargado, con ojos calculadores.

Vió al bote salir de la ensenada y pasar por una brecha del arrecife. Por unos momentos desapareció de su vista; luego volvió a aparecer, en aguas abiertas, dirigiéndose al bergantín.

Cinco robustos marineros treparon por las cuerdas, habiendo primeramente uno de ellos amarrado el bote. Se detuvieron, en excitado grupo, ante Samonard.

—¡Dadnos agua! — suplicó el intérprete. — No hemos bebido desde ayer una sola gota.

—Dadles un jarro de agua a cada uno — ordenó ásperamente Samonard — Y que luego vengan a mi camarote.

Cinco minutos más tarde, los cinco hombres, calmada su sed, estaban delante de Piel Samonard. El gigante se hallaba sentado delante de una ancha mesa y tenía junto a sí una botella de vino, recién abierta, que hizo brillar los ojos de los marineros.

—¿Cómo llegasteis a la isla, amigos? — les preguntó Samonard. — ¿Dónde está vuestro barco! ¿Ha naufragado?

—No lo sabemos — contestó el intérprete — Ayer de tarde lo dejamos anclado y fuímos en el bote a tierra.

—¿Para qué?

—Para buscar el tesoro de Josiah Morgensen. — contestó el intérprete.

El único ojo de Samonard brilló, malvadamente.

—¡Jo! ¡jo!... — rugió. — ¿Tesoro, decís? ¿Y lo encontrasteis?

—No encontramos más que unos cuantos esqueletos que, según dijo nuestro capitán, forman círculo. Y parece que dentro de ese círculo debe estar el tesoro. — continuó el marinero.

—¡Ajá! ¿De modo que eso fué lo que dijo vuestro capitán? ¿Y quién es ese capitán?

—Langley Morgensen.

El nombre hizo pegar un brinco a Samonard. ¡Langley Morgensen! Entonces el mocoso vivía, después de todo. Conteniéndose con esfuerzo, el astuto Samonard continuó su interrogatorio.

—¡Langley Morgensen! — murmuró. — Me parece recordar el nombre. ¿Y dónde está ese Langley Morgensen?

—En la isla. No quiso acompañarnos a bordo.

—¡Jo...jo...jo! ¡Qué lindo cuento! ¡Un Morgensen tan tímido! ¿Y dónde está vuestra goleta?

El marinero hizo un expresivo gesto.

—Ayer estalló un temporal. — explicó — y una vez que hubo calmado no vimos más señales de la goleta ni de los que estaban a bordo de ella.

Sus compañeros apoyaron esto con un gruñido.

—Quizá naufragó durante la tormenta — continuó el intérprete. — Y como nosotros no tenemos el menor deseo de morir en esa maldita isla, nos alistaremos con vos, capitán.

Samonard se echó a reír.

—¡Jo...jo...jo! ¿Lo haréis así? ¿Y no tenéis nada más que contarme sobre ese tesoro?

El marinero movió negativamente la cabeza.

(Continuará).

NAZENLER

Por

Pierre Souvestre

y

Marcel Allain

(Continuación)

HUBO un momento de silencio Wolff miró fijamente a su interlocutora tratando de leer el fonfondo de su pensamiento.

—¡Qué mujer! — pensó. — ¡Es tan fuerte como yo!

Wolff sin embargo sacó su cartera, de la que extrajo un sobre.

—Aquí hay treinta mil francos, Regina — declaró — que son suyos... pero antes de tomarlos, dígame la verdad... ¿vió usted a de Mareuil? ¿Entró en relación con él?

Bajando la cabeza y con voz imperceptible la joven contestó:

—Sí...

Un resplandor de triunfo brilló en los ojos del policía, sin embargo, disimuló su satisfacción, volviendo al salón y sentándose al lado de Regina le preguntó:

—¿Dónde está?

La joven había tomado el dinero

—Usted lo sabe tan bien como yo — contestó. — A penas llegado a París el señor de Mareuil desapareció... ha muerto... los diarios lo han anunciado.

—No... — interrumpió bruscamente el policía — no han hallado su cadáver y yo pretendo que vive...

Insistió aún:

—Vive, digo, y es preciso que usted lo encuentre; sin lo cual todo habrá acabado, yo no le doy más un centavo... no la hago trabajar más... y luego ¿que será de usted? es el destierro, es su vida cómoda, elegante que debe usted interrumpir, es la miseria. — piense, Regina... no es una orden cualquiera la que le doy, es un pedido formal de trabajar conmigo, sin pensar en nada más, de dedicarse a mi causa en cuerpo y alma; eso es lo que le pido.

Siguió un profundo silencio.

La extraña princesa Naleska sentía que en su corazón se libraba un terrible combate.

Sin duda, era espía, espía por oficio y por gusto; vivía de esa profesión porque le agradaba; sentía, al interrogar, al robar documentos, al traicionar secretos, la áspera alegría del cazador que espía su presa, que despliega toda clase de astucias para apoderarse de ella.

La princesa Naleska no tenía patria; expulsada de Rusia, odiaba a su país y condenada a errar sin cesar, estaba al servicio de Alemania como hubiera podido estar al de Francia ¡era una espía, eso es todo!

Desde hacía unos días, la princesa Naleska se sentía transformada, transfigurada, pues un nuevo sentimiento acababa de nacer en su corazón ¡estaba enamorada!

Sí; la bella Regina había sido seducida por el encanto del joven oficial encontrado en Lorena, en tan extraordinarias circunstancias y su corazón cerrado hasta entonces a toda ternura, se había abierto espontáneamente, ¡ella amaba!

Pero, he aquí, que el hombre a quien debía dar su alma de mujer, era el que debía buscar para venderlo al ser más temible que conocía, a su jefe del servicio secreto ¡al policía Wolff!

¿Qué podía hacer? Negarse ¡era la ruina la miseria, y seguramente el odio implacable de Wolff hacia ella!

Si aceptaba debía pisotear los sentimientos más delicados que jamás había experimentado, debía destruir el amor que tan espontáneamente había nacido en ella... debía hallar a de Mareuil — Regina tampoco creía que el oficial hubiera muerto. — ¡Y luego, cuando lo hubiera descubierto, debía traicionarlo!

Wolff insistía, interrogó secamente en

medio del silencio glacial que reinaba.

Preguntó:

—¿Es sí, o no?; conteste Regina...

La princesa Naleska afirmó su voz, su rostro se hizo duro, impenetrable, su mano se crispó sobre la cartera llena de dinero; evidentemente el oro triunfaba sobre el amor.

Contestó con energía:

—Es "sí" señor Wolff yo lo hallaré...

El policía estrechó la mano de su cómplice.

—¿Muerto o vivo? — precisó mirándola fijamente.

La princesa no bajó los ojos.

Repitió:

—¡Muerto o vivo!...

IX

AMOR O TRAICION

Hacía ya un rato que el temible policía Wolff había dejado a Regina y sin embargo la joven temblaba aún y pensar en las órdenes que éste acababa de darle.

Una vez que Wolff partió, Regina se dió prisa en vestirse, luego, a su vez salió de su departamento y ahora, caminaba a lo largo de los boulevares profundamente hundida en sus sueños, turbada en alto grado, indecisa por lo que debía hacer.

Regina estaba soberbiamente bella, maravillosamente vestida, los transeuntes que se cruzaban con ella se volvían para mirarla... y sin embargo, seguía avanzando, indiferente a los homenajes, tan sombría que por momentos, un pliegue atravesaba su frente, una mueca levantaba sus labios finos.

¿En qué pensaba?

Regina murmuraba muy bajo:

—¡Desobedecer a Wolff es imposible; obedecerle es una cobardía!

Y, soñadora con los ojos abiertos, entre la vida activa de los grandes boulevares mientras a su alrededor París multiplicaba sus espectáculos, Regina parecía mirar una gran tela blanca sobre la que se proyectaba una cinta cinematográfica cuya vista la hacía estremecer.

Recordaba primero el suntuoso castillo de Lorena donde, con el pretexto de obras de caridad, había cometido la infamia de deslizar en el bolsillo de un oficial francés documentos comprometedores a fin de dár a Alemania un motivo de detenerlo!

Para eso, para esa cobardía, para esa traición, le daban oro y Regina amaba el oro.

Lo amaba hasta el punto de que al evocar el acto que no temía cumplir, una sonrisa se dibujaba en su rostro pensando en los luises de oro, que le habían pagado, que iban a permitirle, por algún tiempo, seguir su vida lujosa, su vida de aventurera, que tanto amaba y a la cual se sentía ligada a pesar de todo.

Pero esos recuerdos, a despecho de su voluntad evocaban aún otras imágenes.

Se veía bruscamente en el tren que la llevaba de Lorena a Francia, en el momento que llegaba del vagón restaurant a su compartimiento, poco antes de la frontera.

Entonces, veía un hombre vestido de oficial alemán, un hombre que no era otro que el teniente de Mareuil, un teniente francés que pocos minutos más tarde le pedía que lo ayudara a salvarse...

¡Ah! Realmente el destino es una cosa extraña que había colocado en ese momento, a ella, a la espía, frente al oficial, a quien ya había traicionado!

Sin duda, si ella lo hubiera querido entonces hubiera entregado a de Mareuil a los gendarmes de la estación fronteriza.

Pero no, se había sentido turbada, emocionada por las palabras del joven. Y se había callado.

El oficial había vuelta a Francia...

Desde entonces todas las imágenes que evocaba el pensamiento de Regina eran turbadoras.

Pasada la frontera, el teniente de Mareuil en su ebriedad de libertad reconquistada, al ver que volvia al suelo de Francia, habíase mostrado exquisitamente amable, tierno, apremiante.

Había nacido entre ambos un flirt, un flirt sin importancia al principio, pero que poco a poco, se había hecho algo muy grande...

En ese momento, Regina se estremeció y se puso muy pálida; le parecía que el fuego quemaba sus labios... recordaba el beso ardiente que el teniente de Mareuil le había robado, o más bien que ella le había dado.

Y todo se hacía gris y opaco...

Regina no evocaba la conversación, las instancias del oficial que habían seguido a ese beso, cambiado entre ambos.

¡No! Regina sólo se repetía que al llegar a París, el teniente de Mareuil le había dicho que quería verla de nuevo, que la amaba, que quería amarla, que era bella, que soñaba en conquistarla...

Regina, siguiendo siempre los boulevares, caminaba al azar, estaba horriblemente pálida, tan pálida tan temblorosa, que por momentos creía desfallecer...

Es que ¡desgraciadamente! el film imaginario que contemplaba, seguía desarrollándose ante sus ojos alucinados.

¿Dónde se hallaba una hora antes?

Frente a Wolff! ¡al agente de espionaje Wolff! de ese Wolff que odiaba a Francia y que parecía encarnizarse particularmente en la persecución del teniente de Mareuil.

Todo se nublaba entonces en el espíritu de la joven.

No comprendía exactamente lo que había podido ocurrir en el castillo trágico de la desgraciada Genoveva de Brevonnes, pero ella sentía que de Mareuil era inocente de ese crimen que la prensa le imputaba.

¿Cuáles eran pues las sombrías maquinaciones que rodeaban al oficial, qué la desgracia se dirigía hacia el y amenazaba arrastrarlo?

Regina hubiera querido reflexionar, pero no era dueña de sus pensamientos; aun sentía en los labios el beso que había dado al oficial francés y en los oídos la voz dura que repetía la última frase de Wolff:

—Regina, necesito a de Mareuil muerto o vivo; ¡traígamelo lo más rápidamente posible!

Era para eso, efectivamente, para hallar a de Mareuil, para entregarlo otra vez a

Alemania que Regina estaba en la calle, que vivía, que caminaba. Ese debía ser su objeto. Debía obedecer. ¡Conseguiría oro si aceptaba colaborar en esa infamia!

Regina apresuró el paso, los estremecimientos que recorrían su cuerpo, hacían latir su corazón hasta romperse.

¡Ah! En ese momento se libraba en ella una horrible lucha, una lucha moral espantosa.

¿Amaba ella a de Mareuil?

No debía entonces entregarlo; debía desobedecer a Wolff, no debía tratar, ni aun de verlo, pues ver al teniente, equivalía a comprometerlo en caso de contraespionaje, atraer sobre sus rastros a los que lo buscaban.

¿Quería ser rica, al contrario?

Debía entonces a toda costa hacer callar los sentimientos de su corazón, vencer su alma, hallar al oficial, representar una comedia, entregarlo a Wolff... luego olvidar...

¿Pero, podría olvidarlo?

Y en el momento en que se hacía esa siniestra pregunta, Regina, a pesar de ella debía hacerse otra:

—¿Podría dejar de ser rica? — se preguntó. — ¿Podría renunciar al oro que hace la vida fácil, que me hace bella; al oro por el que he vivido hasta ahora?....

Regina caminaba hacía mucho tiempo.

Con gesto cansado, llamó un coche, que acababa de detenerse al borde de la acera, pero, en el momento de subir necesitaba dar una dirección, la angustia crispaba su fino rostro.

¿Qué dirección daría?

Costara lo que costara debía decidirse.

¿Iba a regresar a su casa, o comenzaría sus averiguaciones y trataría de hallar a de Mareuil?

Con voz ronca Regina ordenó:

—¡Avenida de Suffren No. 127!

Luego se sentó entre los almohadones y cerró los ojos.

El trayecto no era largo. Regina estaba aún lejos de haber puesto en orden el torbellino de sus pensamientos, cuando el coche se detuvo en la dirección indicada, frente a la casa del teniente de Mareuil.

¿Se decidía Regina a traicionar al oficial francés?

Iba pues, abusando de la confianza que el teniente había tenido en ella, a tratar de hallarlo nuevamente?

Regina atravesó la acera y se detuvo en la portería.

—¿Está en su casa el señor de Mareuil?

Al oír esa pregunta — la portera se asustó.

—¿El señor de Mareuil? — dijo levantándose precipitadamente y tomando un tono confidencial, ¿pero usted no sabe, señora todas las historias que han habido?

Regina no se turbó:

—¡Ya sé! — dijo con tono seguro — pero, precisamente necesito entrevistarme con alguien que pueda informarme... supongo que tiene algún sirviente en su casa...

Por extraordinario que parezca, la portera era discreta. Aunque estaba muy intrigada no insistió.

—En ese caso, es diferente — dijo — la señora hallará seguramente al ordenanza... es allí, en frente...

Regina atravesó lentamente el vestíbulo de una casa confortable, pero poco lujosa. Se detuvo, llamó a una puerta y esperó.

¿Qué iba a hacer a ese lugar la servidora de Alemania?

¿Cómo no se elevaba en su alma una voz de protesta que le ordenara huir, alejarse, evitar la infamia que iba a cometer?

Regina esperó unos segundos, luego del otro lado de la puerta se oyeron pasos, pasos de hombre, alguien abría la puerta...

Regina vió entonces un soldado, un ordenanza, evidentemente, que le preguntó con voz respetuosa, pero no desprovista de cierta familiaridad:

—¿Qué desea la señora?

Cosa curiosa, la voz de Regina no tembló. Fingía ignorar los dramas recientes. Fué con tono tranquilo que contestó:

—¿Vive aquí el señor teniente de Mareuil?

Al oír esas palabras la puerta se abrió del todo.

—Si la señora quisiera entrar...

Y Casimir — pues era Casimir quien recibía a Regina, el buen muchacho fiel a su consigna continuaba cuidando el departamento del oficial — con un gesto la invitaba a entrar.

Sin embargo Regina parecía indecisa.

—¿Está aquí el señor de Mareuil? — preguntó.

Y una repentina esperanza nació en su alma trastornada:

¿De Mareuil vivía como ella lo esperaba, con toda sinceridad?

Casimir a su interrogación contestó evasivamente:

—Eso, señora se lo diré en el salón, ¡pero la consigna ante todo! mi teniente me dijo: "Casimir cuando llamen haz pasar al salón y pregunta que quiere". Entonces, señora yo la hago pasar y cuando esté en el salón le preguntaré que desea.

La respuesta era perentoria, Casimir la decía con tono alegre y Regina sonriente, entró.

—Además — siguió Casimir guiando a Regina, — ¡cuando son damas las que vienen nunca se corre riesgo al hacerlas entrar! ¡Eso no puede hacer daño... y las damas son bien recibidas por mi teniente!...

Pero Regina, una vez en el salón interrumpió sonriendo, a Casimir.

—Ahora — dijo — ¿me informará usted? Fiel a la consigna me ha introducido usted al salón. ¿Puede usted decirme ahora si el teniente de Mareuil está en casa?

Ahora era Casimir quien parecía incómodo.

—Sí señora, puedo decírselo — declaró — mi teniente no está en su casa.

—¿Sabe usted cuándo volverá?

Casimir tosió para darse valor.

—No señora, no lo sé.

Casimir en ese momento se ocupaba en examinar, como conocedor, a la visitante que recibía.

Casimir bajo su apariencia bonachona, bajo su flema de soldado, siempre dispuesto a reír de todo, tenía en realidad, un profundo buen sentido, y Casimir al examinar a

Regina se preguntaba con su brutal candor:
—¡Dios mío! ¿qué puede ser esta mujer? Parece una mujer distinguida. !Y sin embargo es tan bella que debe ser conocida de mi teniente! ¿Entonces él tiene conocidas que no son mujeres fáciles?...

Y Casimir se preguntaba, por otro lado, que debía contestar a la joven...

Pero ¡no debía vacilar! Las circunstancias eran demasiado graves para que pudiera hacer la menor concesión. Decidió ser inflexible.

—¿No sabe cuando volverá el teniente? — prosiguió Regina — ¡Oh! ¡que fastidio! ¿No está de viaje al menos?

—¡No! — contestó Casimir ¡no está de viaje!

—¿Vendrá a almorzar?

—No volverá a almorzar.

—¿Vendrá a cenar, entonces?

—¡No, señora!

—¿Y mañana?

—¡Mañana tampoco, señora!

—¿Seguro?

—Sí, seguramente — contestó Casimir que exagerando sin duda, sus hipótesis añadió:

—¡No volverá en toda la semana! ¡en meses! ¡en años! ¡en siglos!...

Y el buen Casimir esperaba seguramente que Regina iba a retirarse. Sin embargo no fué así.

Regina insistió:

—¿Pero como puede ser?... — dijo — el señor Mareuil vive aquí...

Entonces el buen Casimir se enojó:

—¡Ah! — exclamó — pero no lee usted los diarios? ¿No ha ido al colegio usted? ¡Cuando yo le digo que el señor de Mareuil no volver ás que no volverá! Hay una razón para eso, y es un motivo que el mismo mayor acepta! ¡El teniente de Mareuil ha muerto! ¿está claro?

Casimir anunció esto con voz trágica... más trágica aún que el grito sofocado que escapó de labios de Regina:

—¡Muerto! — decía la joven ¡muerto? ¡ah! ¡Soy yo quien lo ha matado!...

Acababa de llevar un fino pañuelo de encajes a su labios y sollozando lo destrozaba, mientras se dejaba caer sobre un sillón.

Casimir, naturalmente, se quedó sin saber que hacer.

¡Ah! El bravo soldado hubiera experimentado por cierto, muy distante emoción se hubiera conocido el pensamiento verdadero de la espía que tenía ante sí.

Pero ¿podía sospechar que Regina no creía en la muerte del teniente de Mareuil? ¿podía saber que la desesperación de la joven era fingida?...

En el momento en que ella se dejó caer sobre el sillón, Casimir se precipitó hacia ella:

—Cálmese usted, tranquilícese — ¡Y bien! ¡Está muerto! ¡A veces ocurren esas cosas!...

Pero ese consuelo era vago y Regina seguía sollozando.

—¡Muerto! ¡Es horrible! ¡Y soy yo quien lo ha matado!...

Y en el momento en que oyó esa queja pronunciada en tono desgarrador, Casimir pensó que descubría el por qué de muchas cosas que hasta entonces le habían parecido incomprensibles.

—¡Ah! — dijo con voz indefinible — ¿Es usted quien lo mató? ¡Ah! ¿es por usted que quiso pegarse un tiro? ¡Bien! ¡muy lindo! Pero fué una suerte que yo estuviera allí... ¡es usted que!...

Sin darse cuenta, Casimir acababa de traicionarse.

Regina, ahora tenía un arma contra él. Casimir había confesado que el teniente de Mareuilno había muerto!... y la espía aprovechó en seguida esa ventaja!

Se arrojó a los pies de Casimir...

—¡Ah! ¡por favor! — dijo — ¡dígame que no ha muerto!... ¡Repítalo!... ¡dígame que usted lo salvó! ¡No! ¡Sería demasiado terrible que hubiera muerto! ¡Lo amo demasiado! ¡El me amaba tanto!... ¡Eramos tan felices!...

Casimir retrocedía:

—Diablo, gruñó el buen muchacho — ¡Yo no quiero decirle eso! Además, es la consigna. ¿lo entiende usted? Está muerto...

Luego como Regina, trágica maravillosa le tomó una mano y la estrechó mirándole suplicante:

¡Dígame que no ha muerto!

Casimir saltó hacia atrás:

—¡Oh! Suélteme las manos — dijo — sin lo cual me embarullo...

Y después de un rato se decidió a confesar tímidamente.

—Por agradarle yo le diría a usted que él no está muerto, que sólo se pegó un tiro en el hombro y tiene una herida en la frente, sólo que con eso no adelantaría nada... y además...

Pero, ya Casimir estaba perdido, Regina, en efecto se levantaba febrilmente y con ademán cansado ponía en orden su traje, se arreglaba el cabello...

—¡Vamos, rápido! — dijo en seguida, — ¡Lléveme a su lado! ¡Ah! ¡Cómo le pediré que me perdone... y él me va a perdonar...

Parecía muy segura. Casimir estaba cada vez más turbado.

—Pero ¡diablo! — dijo rascándose la cabeza con ambas manos. — Vamos, por darle gusto, le confesé que no estaba muerto, eso debía bastarle, ahora me pide que la lleve donde él está ¡ah! ¡eso no! Yo sabía que él había querido matarse por una mujer, si esa mujer es usted, me guardaré bien de llevarla, pues no tengo ganas de que empiece de nuevo...

Pero Regina no dejó a Casimir el tiempo de acabar.

—Escuche — dijo caminando hacia el ordenanza. — Por todo lo más sagrado del mundo, por todo lo que yo más respeto, le juro, que si puedo ver un momento a su teniente, yo le salvaré. El ha querido matarse porque pensaba que yo iba a dejarlo, pero, cuando me vea a su lado, será feliz y se curará en seguida.

—¿Es verdad eso? — interrogó Casimir
—¡Se lo juro!
—¿Me lo juraría usted sabre su cabeza? o más bien... ¿me lo juraría por la bandera?
Y Casimir hizo el saludo militar...
—¡Se lo juro por la bandera! — contestó Regina.
Casimir, entonces no insistió más...
—Bueno, venga — dijo — yo la llevaré. Si es de usted de quien está enamorado, eso le hará bien, pero le aseguro que si me ha mentido, ¡es conmigo con quien usted tendrá que verse!
Veinte minutos más tarde, Regina y Casimir llegaban a la calle de la Glaciere.
—Quédese aquí — dijo Casimir a Regina haciéndola detenerse en el corredor. — voy a preevnirle que está usted aquí.
Casimir, en efecto, entró en el cuarto del oficial.
Aun muy pálido y débil, el teniente de Mareuil estaba extendido en su cama y parecía soñar.
Al ver a Casimir sonrió:
—¿Tú aquí?
—Sí mi teniente.
—¿Has hecho algo malo? ¿Cuántos días de calabozo has merecido desde que no te veo?
Casimir sonrió al fin.
—He desobedecido a la consigna, mi teniente, hay una dama que lo espera, está abajo, buenas noches, ¡la traigo en seguida!
Y girando sobre sus talones y dando media vuelta por principio, Casimir rígido como la justicia salió de la pieza, dejando a Frederic de Mareuil anonadado:
—¿Una dama que desea verme? ¿Quién podrá ser?
El oficial clavaba en la puerta su mirada interrogadora, cuando de pronto se estremeció:
—¿Usted? ¿Usted aquí?
—Yo, sí...
¡Regina acababa de aparecer!
Soberbiamente bella, muy emocionada, iluminaba con su presencia la obscura habitación.
Primero no cambiaron ninguna palabra, ni el oficial ni la joven; sólo Regina, abandonó su pequeña mano enguatada de blanco entre los dedos adelgazados del herido, y a esa mano, a esa pequeña mano que temblaba, Frederic de Mareuil la acarició tiernamente, le sacó el guante, la besó ardientemente...
Luego, pasada la primera emoción, el oficial interrogaba, quería saber.
—¿Usted aquí? — le dijo. — ¿Pero cómo? ¿cómo me encontró? ¿Cómo arrancó el secreto de mi existencia al mutismo del buen Casimir?
La respuesta, el teniente de Mareuil la leía en los ojos, en la sonrisa de Regina.
—¡Oh! ¡mi amigo! — replicó la joven. — ¿Cree usted que puede ocultarse algo a una mujer que... que...?
No necesitaba terminar "que ama", el oficial había comprendido.
Pero, en el momento mismo en que de felicidad se sentía sofocado. una idea siniestra lo hizo palidecer, echándolo hacia atrás, sobre las almohadas.
—Sin embargo, — preguntó Frederic de Mareuil, — conoce usted mi nombre, sabe usted quien soy. ¿Ha leído usted los diarios? No ignarará que se me acusa...
Hablaba con voz áspera, Regina le respondió dulcemente:
—¡Sí, mi amigo, sé todo eso! ¡He leído todas esas cosas!
—¿Y entonces?...
—No creo una palabra de esas infamias!
—¡Ah! ¡gracias! ¡gracias!
Pero una lágrima brillaba en sus párpad
—¡Que vergüenza! — murmuró en baja el oficial.
Y quizá Frederic de Mareuil iba a enterne cerse, cuando se entreabrió la puerta de su cuarto.
Casimir asomó la cabeza.
—¡Perdón! — dijo el ordenanza — pero Esculapio ha dicho que no debía usted fatigarse, mi teniente. La señora no lo sabe de modo...
—¡Cuatro días de arresto! — exclamó de Mareuil.
Pero cuando tras un gruñido del ordenanza se cerró la puerta el oficial añadió:
—¡Qué buen corazón tiene ese muchacho!
Y se deslizó por la pendiente de las confidencias...
En pocas palabras, en términos claros y precisos que traducían mejor que largas frases las angustias de esos días, el joven contó a Regina las abominables aventuras que le habían ocurrido.
Dijo como lo habían acusado de espionaje, y como sobre las acusaciones, la policía alemana lo acusaba de asesinato:
—¡Oh! — exclamó el joven — acusarme a mí, de haber matado a mi tía, es horrible! ¡Pero eso no es lo peor! Contra una acusación así, uno puede defenderse, puede probar su inocencia.
La misma monstruosidad, de la acusación permite desdeñarla, pero, señora, lo que es horrible, es el creer que he podido traicionar a mi país, que soy un oficial cobarde!
¿Quién habrá tomado esos papeles? ¿Quién pudo tener el deseo de perderme? No lo sé... Pero lo que sé, es que estoy deshonrado, y que quizá jamás podré llegar a probar mi inocencia!
¡Vivo y todos me creen muerto! sin embargo estoy más muerto que si me hubiera matado! ¡Estoy muerto en mi honor!
Y mientras hablaba, mientras confesaba el mortal sufrimiento que le torturaba, Regina, la espía, la mujer perversa, sonreía.
—Cálmese — le dijo — y no piense más en todo eso... o más bien; piénselo. Es un motivo mayor para que usted se cure. Usted debe sanarse ¡es necesario! "señor teniente" como dicen allí, en esa antipática Alemania ¡debe usted vivir para lavar su honor! ¡Vamos, tenga valor!
Luego, de pronto, miró sus manos.
—¡Dígame, Frederic de Mareuil! ¿Tiene usted confianza en mí?
—¡Sí! — contestó el joven que clavaba su mirada en los ojos claros de la intrigante criatura — si ¡tengo confianza en usted! ¿Pero, por qué esa pregunta?
—Debe, oírme primero:. ¡Desde hoy yo soy su enfermera! Quiero que antes de quince

Nazenler

días, usted ya esté bien, fuerte, en estado de defenderse, pues estoy persuadida que le faltará aun bastante tiempo antes de que esos abominables misterios queden aclarados....

Hablaba con convicción... como una artista admirable.

Frederic de Mareuil le contestó con voz temblorosa:

—¡Desgraciadamente eso es verdad! Dentro de quince días, señora, si yo puedo tenerme en pie, ocurrirá, simplemente que me detendrán; seré el asesino a quien llevan a la cárcel, el oficial de quien se sospecha sometido a un consejo de guerra! ¿Pero cómo escapar a todo eso? y aquí mismo ¿qué prueba que la policía no me encuentre?...

Al oír esas palabras, el rostro de Regina se contrajo bajo el dominio de una resolución inquebrantable:

—¡Cállese usted! — dijo, — la policía no lo hallará si usted quiere hasta que haya reunido las pruebas de su inocencia.

Pero, en efecto, no debe vivir aquí... es una tontería habitar semejante casa. ¿Es la casa del hermano del ordenanza? Bueno, a la Policía le será fácil hallar la dirección. ¡Hay que ir a otro lado! ¡Huír!...

—¿Y dónde puedo ir, yo?

Regina estaba arrodillada al lado del lecho del oficial, ahora había retrocedido y su rostro quedaba oculto en la sombra. Frederic de Mareuil veía mal sus facciones; pero oía su dulce voz que le contestaba:

—Mire ¡yo inventé un plan! Oígame: yo me disponía a alquilar una casita en la isla Billancourt, en el camino de Peupliers, es en ese lugar desierto tranquilo... ¿quiere usted que alquile esa casa para usted?

Me sería muy fácil, luego llamar una ambulancia y llevarlo sin molestias... dígame ¿quiere usted?...

Frederic de Mareuil cerró bruscamente los puños:

—¡Ah! ¡Los miserables que me han deshonrado! — exclamó.

Luego se calmó:

—Tiene usted razón, señora, es usted, la mujer querida que en todo piensa,... ¡Oh! quiero vivir... Sí quiero escapar a la policía hasta el momento en que pueda defenderme haga lo que usted quiera... alquile esa casa para mí... ordene que me lleven ¡usted me va a salvar!

—No... no es eso... no diga que yo lo salvaré ¡diga que lo amo!......

Se inclinó sobre el herido... le dió un beso... le dijo:

—¡Mañana usted estará en esa casa, mi teniente!

¡Y quizá fué un beso de Judas, el que acababa de darle!... ¡quizá era una mentira lo que acababa de decir!...

X

RABUOIN, LLAMADO "LA TIÑA"

El policía tenía la casa que le convenía. Ocupándose siempre de asuntos importantes, siguiendo pesquisas difíciles, traficando en ocasiones, en las más bajas tareas, Wolff era rico, disponía de capitales relativamente considerables y pretendía, en consecuencia vivir lujosamente.

Como, por razón de sus ocupaciones especiales era necesario que no atrajera la atención, debía reducir sus aspiraciones a un lujo especial, al lujo de la mesa, al confort.

Ocupaba, en el barrió comercial de la calle Rugemond un dpartamento modesto, donde pasaba por comisionista.

Ese departamento no ofrecía nada de notable en su mobiliario, muy simple, a parte de que los sillones eran excepcionalmente profundos, de que había siempre sobre las mesas dulces, licores, buenos cigarros, y otras cosas de las que el policía Wolff acababa de comer más copiosamente aun que de ordinario.

Una sabrosa choucroute, rociado de rubia cerveza, muy fresca, lo había puesto de excelente humor.

Había comido, hasta el punto de no tener más apetito y sonreía beatíficamente, con la expresión de un hombre que se dispone a descansar tranquilamente.

Wolff acababa de aflojarse el cinturón, y sacaba una cigarrera, cuando su sirviente — un individuo sumamente delgado — entró en el comedor:

—¿El señor tomará aquí el café? — dijo.

Wolff dijo que no con la cabeza. Se levantó muy despacio pues la comida lo había puesto pesado, luego dió las órdenes:

—¡Me lo va a servir en mi escritorio ¡ah! ¡espere! Si viene una dama a preguntar por mí, o más bien si es la señora Regina que viene a verme, la hace pasar al salón y me avisa... Vaya!

Despedido el sirviente, Wolff pasó a su escritorio, donde poco después, el sirviente le trajo el café.

Quedó frente a su taza en la que vertió una copiosa ración de kirsch:

—Ahora — murmuró el policía — ¡A trabajar!

Sin embargo Wolff no fué a sentarse enseguida ante su gran escritorio.

Siguió paseándose durante un rato a lo largo de la habitación cuyas puertas eran acolchadas y el piso estaba cubierto de una espesa alfombra, lo que permitía que se discutiera con toda tranquilidad las cosas más graves.

Y mientras se paseaba así, Wolff murmuraba monologando, según una costumbre que tenía:

—¡Vamos! ¡vamos! creo, decididamente que he ideado el mejor plan... Además lo que voy a hacer es impuesto por las circunstancias. ¡Yo no tengo nada que ver!... Y luego, después de todo, me lavo las manos, ¡o más bien no, no me lavo las manos! al contrario, pienso que me darán el 50 por ciento de los beneficios!...

Se interrumpió para sonreír a algún sueño dorado, acabó de beber su taza de café, luego siguió su monólogo.

—Ese excelente profesor Berg no sospechará jamás, por ejemplo, el trabajo que me dió poner sus asuntos en claro... En fin eso importa poco... ¡el fin justifica los medios!

Se sentó frente a su escritorio, frotándose las manos.

—¡Esa choucruote estaba exquisita! ¡debo pedirla de nuevo!

Y sin transición, saltando de una idea a otra, el policía añadió:

—Puesto que es necesaria la muerte de Bonnard para evitar que ese imbécil venga con un testimonio estúpido a estropear todo, ocupémonos de eso! ¡Mientras más pronto será mejor!...

De un casillero que estaba en el ángulo de su escritorio, Wolff sacó una pequeña guía.

Daba vuelta las páginas:

—Hoy es miércoles — dijo — ... ¡sí! ¿Por qué no ésta noche? ¡oh! eso está bien... Bonnard morirá esta noche!

Decidió ese crimen con perfecta tranquilidad de espíritu, con gran seguridad.

Cerrando los ojos, Wolff soñaba.... Poco después, los abrió de nuevo y abriendo una carpeta eligió una hoja de papel de escribir.

Había de todo, en esa carpeta y los papeles de carta más diversos se mezclaban. Algunos llevaban un membrete comercial:

"Casa de Exportación: Wolff y Cia."

Otros más simplemente, no tenían más que iniciales y había otros que llevaban este escrito:

"Servicio secreto: Confidencial"

Pero no era de esas hojas la que eligió Wolff. Tomó una de debajo de una pila de papeles que decía:

"Servicio de Seguridad"

En esa hoja administrativa, en esa hoja que emanaba de la policía alemana, Wolff comenzó a escribir con letra larga, enorme una escritura que había adoptado para lo que llamaba "asuntos policiales".

Poco después había acabado, y el texto que leyó en alta voz no podía ser más conciso:

"Señor:

"Usted escribió a la Policía Alemana para
" proponer su testimonio sobre el asesinato
" cometido en Lorena sobre la persona de la
" señorita Genoveva de Brevonnes.

"La Policía Alemana me ha delegado para
" recibir ese testimonio.

"Tenga pues, a bien, dirigirse hoy a mi ofi-
" cina, calle de Peupliers 8, isla de Billancourt. Lo esperaré a las 9 y 30 de la noche.

"Reciba mis más sinceros saludos".

Wolff hizo una firma ilegible, sonrió otra vez dobló la carta y la puso en un sobre, donde escribió:

"Señor Bonnard, calle de la Glaciere 420"

Ya estaba hecho, Wolff sonriendo selló la carta:

—¡He ahí un buen trabajo! — murmuró — el individuo va a ir allí sin desconfianza y esta noche será su último sueño...

¡Vamos! Decididamente, creo que la fortuna de Genoveva de Brevonnes aumentará mis ahorros... ¡lo que me fastidia es que la mitad será del profesor Berg! ...¡ya arreglaré eso más tarde!...

Rió más satisfecho aún, luego llamó:

—¡Jesé!

Pero, al mismo tiempo entraba el sirviente:

—La señora Regina espera, señor!

—¡Oh! No había oído llamar...

Wolff vaciló un segundo con la carta en la mano, luego tuvo un gesto de decisión:

—¡Tanto peor! — murmuró:

Y ordenó resuelto:

—Vaya en seguida a llevar esta carta a su dirección. Si le interrogan hágase el imbécil... Usted no sabe nada... usted está al servicio del señor Wolff policía alemán que vive en la calle de Peupliers en Billancourt... No hay respuesta... ¡Vaya!...

Sin pedir otras explicaciones, el sirviente tomó la carta y se fué.

En cuanto a Wolff tenía evidentemente sus razones para cofiar en ese servidor que no le había suministrado ninguna agencia de colocaciones y que le había sido enviado a su pedido, por las oficinas de la policía prusiana...

El sirviente salió; sin embargo Wolff no se apresuró en ir a ver a Regina cuya llegada acababan de anunciarle.

Se dirigió pesadamente hacia el escritorio, abrió un cajón y contó cuidadosamente, una cantidad de piezas de oro que guardó en su bolsillo.

Hecho eso, rió al pensar que sus asuntos marchaban bien, y pasó al salón...

Un segundo antes, el policía Wolff estaba de buen humor, pero al ver a Regina su cara se hizo severa.

A penas contestó al buen día, de ella y fué con voz seca, imperiosa que interrogó:

—¿Qué quiere? ¿Para qué me anunció su visita? ¿Hay algo de nuevo?

Regina que se había levantado al entrar el dueño de casa, se sentó de nuevo con toda tranquilidad.

—No hay nada nuevo — dijo — y mi carta ya lo dijo. Necesito 50 luises.

Wolff se echó a reír.

—Pero querida — le dijo familiarmente, — ya fué usted espléndidamente pagada por sus últimas operaciones en Lorena... y no creo que le debo nada...

Además el otro día le hice un reproche. Usted no trabaja o casi nada, o más bien, no trabaja nada, desde hace un mes no ha hecho nada interesante... Bueno ¡no tengo dinero para usted!

En ese momento, los ojos de Regina resplandecían.

—Necesito 50 luises ahora — repitió — y mañana quizá 100.

—¡Ya le dije que es usted un mal agente!

La conversación se anunciaba mal, realmente. Pero Regina, no era una mujer que se dejase intimidar:

—¡Usted habla sin saber! — le dijo.

—¡Perdón! — contestó Wolff. — Usted misma acaba de confesarme que no hay nada nuevo...

—¿Espera usted novedades?

—Sí, mucho...

—¿Cuáles?

Wolff se puso de pie. Sus ojos claros miraron con sospecha a la joven, dijo lentamente:

—Le he encargado Regina, que encuentre al teniente de Mareuil... Me pide usted 50 luises y yo le pregunto la dirección de ese oficial. ¿Ve usted como hay medios de entenderse?... Trabaje... halle esa dirección.. y yo le entrego no 50 ni 100 luises sino 300. ¿Me comprende?...

pibes:
"el gorrion"
es para vosotros
10 cts
24 PAGINAS
multicolores
LEALO TODOS LOS MIERCOLES
LA MEJOR REVISTA SEMANAL DE HISTORIETAS
CONCURSOS CON VALIOSOS PREMIOS:
BICICLETAS, MONOPATINES, EQUIPOS DE FOOT-BALL ETC

¡Ah! ¡Realmente, Regina comprendía!

Una vez más, una lucha horrible se desencadenaba en su conciencia por las palabras del policía.

Necesitaba dinero. Ella cuyas exigencias eran extremas, ella que soñaba siempre con el lujo, cada vez mayor, se hallaba sin dinero.

Los 50 luises que pedía a Wolff los necesitaba no solo ese mismo día, sino a esa misma hora.

Y no eran sólo 50 luises lo que le ofrecían sino 300 luises...

Pero para ganarlos debía entregar a de Mareuil. ¿Iba a ceder a la tentación?

Regina a las últimas palabras del policía había frucido imperceptiblemente el ceño, la sed de oro le dejaba los labios secos, pero la fiebre del amor hacía palpitar su corazón...

Ella podía ganar esos 300 luises...

Para eso, no tenía más que decir una palabra, más que pronunciar una frase.

Le bastaba indicar que ella había decidido al teniente de Mareuil que fuera a refugiarse en su casa de Billancourt.

Pero eso era la cobardía suprema, era la última traición, y si sü voluntad la ayudaba, esa traición que su corazón prohibía no sería efectuada.

Regina vaciló un tiempo y esa situación que a ella le pareció interminable, no duró más que un segundo...

—Wolff — declaró con voz que no temblaba pues tal era su energía que podía dominar sus nervios. — ¡Wolff se conduce usted como un niño! ¿Me reclama la dirección del oficial? Sea... yo le he prometido dársela y se la daré... Pero se la daré cuando la tenga... Actualmente no sé donde está... Lo que sé es que necesito 50 luises, démelos... los necesito...

Había ansiedad en su voz, pero Wolff fingió que no lo notaba:

—Usted sí que es una criatura — contestó fríamente — y me cree tan tonto que imagina que yo voy así, por nada, a entregarle semejante suma. ¡No Regina! ¡Las buenas cuentas hacen los buenos amigos!... ¡Si no hay trabajo, no hay dinero. ¡Es mi regla y usted la conoce!

Siguió un silencio.

En los ojos de Regina brillaba la cólera. Estaba tentada de gritar la dirección. El día antes cuando decidió a de Mareuil a partir para Billancourt ¿no tenía acaso toda la intención de traicionarlo?

Pero ¡ahora ya no podía! ¡ahora no tenía fuerzas para hacerlo! ¡Amaba! ¡Era preciso darse cuenta! Y tan bien se daba cuenta que se callaba...

Sin embargo Wolff también vacilaba:

—Oiga Regina — dijo al fin — está usted furiosa y hace mal — Mire le daré una prueba de mi espíritu conciliador... quiere usted 50 luises, le daré un medio de ganarlos...

—¿Cuál?

—El medio es simple. ¿Siguió usted mis últimas instrucciones? ¿Además de su departamento del boulevard Malesherbes buscó y halló en la ribera, cerca de París una casa que le conviene ¿una casa dónde puede vivir rigurosamente de incógnito?

—Sí — replicó Regina— usted lo sabe, ya se lo he dicho...

Wolff se golpeó la frente:

—¡Toma! ¡es cierto! — exclamó — ¡lo había olvidado!... es en la calle de Peupliers ¿verdad?, en Billancourt, el No. 89 ¡que curioso, no me acordaba más!...

Hablaba con aire de asombro.

¡Y Wolff mentía!

Sabía muy bien que Regina había alquilado esa casita en la cual, diez minutos antes había citado por carta al infeliz Bonnard.

—¡Pero le agradaba fingir!

Le agradaba también hacer ver que Regina ganaba los 50 luises que él iba a darle.

Wolff no quería jamás pagar a uno de sus agentes sin exigir al menos en apariencia, un servicio, y por eso, tranquilamente, cuando ya su carta había salido, el policía dijo:

—Bien Regina, necesito esa casa, ella puede servirme... cédame la locación y yo le entregaré en seguida la suma que usted me pida... ¿Entendido?

Regina esta vez, no vaciló más que un segundo:

—¡Naturalmente! — exclamó. — Desde mañana la casa estará a su disposición...

—No, desde hoy...

Regina se estremeció...

¿Tendría tiempo de hacer huir al teniente de Mareuil?

Sí, sin duda, pensaba. Y luego más vale no despertar las sospechas, del policía negándole lo que pide. Al salir de aquí, tomaré un auto, en una hora estaré en Billancourt media hora después Frederic de Mareuil ya no estará allí y no me importará nada que Wolff vaya.

En alta voz aceptó:

—Es asunto acabado Wolff, la casa es suya, deme el dinero...

—Aquí está...

El policía sacó del bolsillo las piezas de oro que había preparado. Contó 50.

—¿Ve usted? — dijo. — ¿Cómo siempre se acaba por entender conmigo?

Y tomando un aire bondadoso, mientras Regina guardaba el dinero, Wolff añadió:

—Espere un segundo, voy a buscarle una nota que le va a interesar...

Wolff giró sobre sí mismo, llegó a la puerta del salón. La abrió, salió, pero antes de cerrarla, el policía se volvió:

—A propósito — dijo — hay una cláusula en el contrato de la que no le he hablado... Regina, necesito que usted no salga de aquí antes de las diez de la noche.

¡Es usted muy curiosa!... entonces, la encierro; los diarios están allí, a la derecha, al lado de la chimenea, podrá usted distraesse!...

Y sin dejar a la joven llena de espanto, el tiempo de contestar, Wolff rápidamente esta vez hizo girar la llave en la cerradura.

—¡Todo va bien! — murmuró — y yo prefiero que esa charlatana quede bajo llave mientras me ocupo de Bonnard... Esta noche, si ella está de mal humor cuando vuelva a darle libertad, quedaré bien dándole otros 50 luises...

Y cada vez más sonriente, Wolff se alejó. No sospechaba por cierto, el policía el drama que se desarrollaba en el alma de Regina.

Encerrada en ese salón, la joven, en efec-

to, muda de estupor, estaba inmóvil.

¡Wolff iba a partir para Billancourt! Iba a dirigirse a esa casa desierta y encontraría al teniente de Mareuil herido.

¡Ah! Tenía mucho miedo la bella Regina, tenía un miedo horrible no por ella, a pesar de estar expuesta a la cólera de Wolff sino por aquel a quien amaba.

. . . .

Mientras Regina se desesperaba en el salón donde Wolff acababa de encerrarla, y en vano se esforzaba en salir, el temible policía que era su amo, había desaparecido, como poco antes su misterioso sirviente encargado de ir a llevar la carta al empleado de banco, Bonnard.

Las quejas de Regina no salían del salón cuyos muros, cubiertos de espesas colgaduras atenuaban los ruidos...

Poco después de media hora había pasado desde la entrevista de Wolff y Regina, cuando un individuo de aspecto sospechoso, de apariencia sórdida, se deslizaba desde el vestíbulo del inmueble, al parecer viniendo del interior y dirigiéndose a la salida.

Era un personaje que podía tener unos cuarenta años.

Su aspecto era miserable, su fisonomía reflejaba el vicio, la miseria, la crueldad.

Tenía una larga barba negra sembrada de algunas hebras grises, y sobre su espalda, unas especias de alforjas de contenido heterogéneo.

Ese hombre que venía del patio interior, llegó al vestíbulo en el momento en que allí se hallaba la portera.

Esta lo miró sin la menor sorpresa.

—¡Toma! — dijo — otra vez aquí Rabouin.

El individuo bajó la cabeza:

—Ya lo vé — replicó con voz lenta y tono arrabalero — vine a ver a mi hermano y tratar de conseguir algo, pero ese sinvergüenza no quiere saber nada... nadie sabe lo avaro que es...

—El señor Wolff, su hermano, no es avaro — dijo — Yo puedo decirlo, pues jamás tengo motivos para quejarme de él.

Sólo es un hombre distinguido y trabajador, que conoce el valor del dinero... Usted Rabuoin no es lo mismo... Y a menudo el señor Wolff cuando me hace sus confidencias me dice que tiene pena de tener un hermano que lleva una existencia como la suya...

El sórdido individuo se ingenió.

—¡Cómo la mía! Yo no hago nada que esté prohibido... sólo que, mire, yo no nací para trabajar... que quiere usted, nací cansado...

La joven, sin detenerse de limpiar la parte de abajo de la escalera siguió:

—Es una vergüenza... en esta época todo el mundo debe trabajar... usted viene aquí, para pedir dinero a su hermano y en cuanto lo tiene ya se va. ¿Qué hace usted durante todo el día Rabouin?

—¡Bah! — dijo el hombre sentándose en el último escalón — Yo hago como todos los que son como yo; voy, vengo, y luego cuando acabé vuelvo a empezar... Yo le dije; yo no nací para trabajar...

La portera trataba de hacer salir a Rabouin del escalón donde éste se hallaba sentado; lo empujó con la escoba.

—Salgo, le dijo — para que pueda barrer ahí...

El sórdido individuo obedeció.

—Ya está — dijo — señora ¿tendría usted algún dinero para prestarme?...

Para librarse del individuo la portera le dió algunas monedas, bien convencida de que, dentro de unos días obtendría de nuevo ese dinero quejándose al señor Wolff de la insistencia poco delicada de su hermano para pedir.

Rabouin se fué.

Se alejó con paso cansado, con un pucho entre los labios; se dirigía hacia el Louvre y tomó asiento en un tranvía que sigue la margen del Sena hasta las puertas de París.

¿Quién era Rabouin?

Seguramente, un individuo miserable, mal vestido; parecía a primera vista que ese personaje no podía ser el hermano del policía Wolff. Había entre ambos diferencias demasiado grandes para que el parentezco pareciera real.

Pero, no era la portera de la calle de Rugemond quien iba a hacerse semejante pregunta.

Además poco le importaba; su inquilino Wolff dos o tres veces le había dicho que tenía un hermano que había seguido el mal camino y que lo dejara entrar y salir de la casa cada vez que allí fuera.

La portera era probablemente la única persona que conocía los lazos que unían a Wolff y al miserable individuo.

El policía, entre sus relaciones, se guardaba bien de hablar de su hermano y Rabouin jamás se vanagloriaba de tener un hermano perteneciente a la policía alemana.

¿Eran realmente dos hermanos? ¿había entre ambos personajes otras relaciones que no por ser debidas al parentesco eran menos ciertas?...

. . . .

A las ocho de la noche, Rabouin estaba instalado en Point-du-Jour, en una de esas tabernas que pululan a lo largo de la ribera.

Bebía en compañía de cinco o seis individuos de mala catadura que parecían en gran intimidad con él.

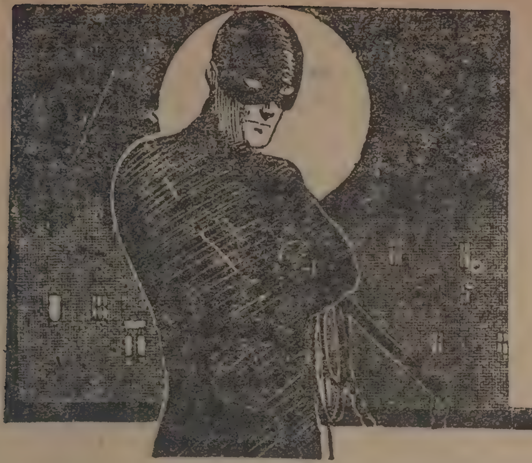
—Bueno Rabouin la Tiña — decía uno — pues al nombre de Rabouin habían añadido, en el hampa donde era conocido como apache, el sobrenombre de "la Tiña" debido a su carácter detestable — bueno ¿por qué nos vas a dejar y que vas a hacer ahora?

Rabouin la Tiña acababa, en efecto, de decir a sus compañeros que se veía obligado a dejarlos.

A la pregunta que le hicieron, contestó con gran seguridad:

—Les digo que me veo obligado a dejarlos. Creo que he bebido bastante con ustedes para que ya me dejen en paz. ¡Cuando un compañero dice que tiene que hacer es porque realmente tiene que hacer! ¿Entiendes tú de esto, Vadrouille?

(Continuará).



LÁTIGO NEGRO

DETECTIVE

Por Charles Hutchinson

(Continuación)

DE a uno, de a dos, luego varias a la vez, cayeron las armas al agua. Colts, Mausers, Lugers; El Lobo fué el último en obedecer; pero cuando vió la mirada de Látigo Negro desenfundó sus pistolas con cabo de marfil, lanzando un juramento, y las arrojó tras las otras armas. La humillación de aquel momento lo ahogaba.

El destructor de bandas armó un cigarrillo, sonriendo a los furiosos bandidos, mientras lo hacia. Luego hizo señas a un mejicano y le dió otra alarmante orden.

—Amigo, abra la puerta del corral. Si trata de escapar, lo mataré ¡vamos!

Sin decir palabra se alejó el hombre, abrió la puerta, hecha de troncos desiguales, del corral. Detrás del cerco, los caballos bufaban y relinchaban; pero poco después avanzaron en receloso grupo. En la orilla del río, Látigo Negro le habló a Héctor.

—¡Vamos muchacho!, asústalos, asústalos!

Se echó a reír, mientras Héctor corría al corral, como una flecha.

Entró con la boca abierta y lanzó un lúgubre aullido, que helaba la sangre. Eso y la vista del flaco y lobuno cuerpo fué bastante para que los caballos, semi-salvajes, dispararan. Bufando, pateando, se atropellaron para ganar la puerta y sus cascos resonaron furiosamente sobre el duro suelo. A los pocos minutos todos habían salido del corral.

Se lanzaron a todo galope por la calle, perseguidos por Héctor que ladraba gozosamente. Salieron del pueblo y se lanzaron a la obscuridad del valle, con las crines flotantes, los cascos al aire. El ruido de la disparada llegaba hasta los abatidos Lobos. Aquel último golpe de Látigo Negro los había quebrantado.

Un hombre del oeste, sin caballo, es como aeroplano sin alas. Además de desarmarlos, Látigo Negro los condenaba a fatigosas marchas, hasta que reconquistaran sus caballos. Nada le impediría ahora regresar tranquilamente a su guarida, sin temor de ser perseguido.

Sólo cuando ya no podía más de cansado regresó Héctor junto a su amo, con la lengua colgando y meneando la cola. Látigo Negro lo acarició riendo. Por algunos momentos permaneció tranquilamente erguido sobre la montura, contemplando a sus estupefactos cautivos. Mucho hubiera deseado obligarlos a marchar hasta la oficina del sheriff más próximo; pero eso, a causa de la obscuridad y de la distancia, era poco menos que imposible. Con todo, si podía llevarse a el Lobo, la mitad del trabajo estaría hecho.

Algo de lo que pasaba por su mente debió ser sospechado por el jefe de los bandidos, porque cuando Látigo Negro volvió ligeramente la cabeza, dió un salto repentino hacia adelante y se metió debajo del vientre de la yegua de Látigo Negro. Un segundo después se oyó el ruido de un cuerpo que caía al agua.

Dándose vuelta en la montura, a tiempo que Dosey pegaba una espantada, Látigo Negro pudo distinguir la figura de el Lobo, antes de que se zambullera en las aguas del Río Grande y desapareciera de la vista.

—¡Maldición! — se mordió los labios humillado Látigo Negro — Ese perro me ha derrotado.

Se encogió de hombros y luego sonrió.

—Bueno, con esto termina la función, caballero. Gracias por el amable rato. Los veré otro día y la próxima vez irán al calabozo del sheriff. ¡Hasta pronto, Lobos!

Lanzó a Dosey al galope y se alejó, seguido por Héctor. Detrás dejaban confusión y desaliento.

LOU PETERS VUELVE

Pasaron muchos minutos antes de que los Lobos se repusieran lo bastante del choque para hablar. Una andanada de maldiciones, blasfemias e insultos rugieron a través del río.

Algunos de ellos llevaron automáticamente la mano a sus pistoleras, sólo para rabiar más al encontrarlas vacías. Los nervios estallaron como cuerdas de violín; tres hombres se empezaron a insultar, pelearon y cayeron al río en la lucha.

Abandonados por su jefe, los bandidos empezaron a moverse lentamente, como hombres que despiertan de una pesadilla.

Un feroz kentuckiano, con más presencia de ánimo que los otros, se hizo cargo de la situación y empezó a dar órdenes.

—Traigan sus lazos, y persigan a los caballos, mejicanos idiotas. Ustedes, los otros, al pueblo, pronto. Traigan los rifles que hayan quedado. Por los cuernos del diablo, que perseguimos a ese coyote, aunque tengamos que recorrer toda la comarca y dividirla en pedazos.

Recobrada la actividad, los mejicanos, expertos, enlazadores, se dispersaron para buscar sus lazos; los otros corrieron al pueblo, entrando al almacen y a la taberna para buscar las armas que quedaban. Encontraron algunas y apresuradamente fueron repartidas a los mejores tiradores. Aun así, la banda lamentaba la pérdida de sus armas, que estaban en el fondo del río.

Después de eso no les quedó más remedio que esperar que regresaran los mejicanos, que tendrían que buscar y hacer volver a los caballos, por lo que demorarían bastante. Pero ya había regresado el Lobo. En aquel momento estaba en su santuario, aquel florido cuarto, detrás de la taberna. Sobre las rodillas tenía su guitarra española y pulsaba sus cuerdas con sus dedos largos y febriles. Trataba de recobrar su sangre fría.

Nunca supo cuanto tiempo permaneció solo. Le llegaban débilmente voces de la calle. Un áspero grito lo arrancó al fin a su sombría meditación. Un momento después su criado entró en la pieza y se inclinó tímidamente.

—Excelencia, se requiere la ilustre presencia de usted. — dijo en español, encogiéndose bajo la mirada de los ojos inyectados de sangre de el Lobo. El jefe de los bandidos se levantó con aire de cansancio, llevó la mano a su pistolera derecha, apartó al criado y salió, encontrándose que entre sus hombres reinaba excitación y actividad.

Las antorchas arrojaban resplandor rojizo sobre el grupo de bandidos, en medio de los cuales había un caballo y un jinete, fatigados. El gordo tabernero se dió vuelta al empujarlo el Lobo arrogantemente.

—¡Oh!... ¡Hola, jefe. Es Lou... — exclamó ansiosamente — Lou Peters... que acaba de regresar.

La buena noticia produjo alivio a el Lobo. ¡Lou Peters, puesto en libertad como había sido convenido en la tregua, había llegado a Morro City! ¡Por fin había alguien que lo ayudaría más que todos los otros bandidos juntos! Su mejor hombre, frío, alerta, experto en tirar con ambas manos.

El Lobo cuadró los hombros y se sintió como si hubiera tomado un fuerte tónico. Le demostraría a Látigo Negro ahora de lo que era capaz en su venganza. El y Peters solos buscarían a aquel maldito y que el diablo lo ayudara una vez que hallaran su rastro.

Cuando salió a la calle sus ojos brillaban como puntos de acero. Levantó impacientemente la voz y los bandidos se apartaron para dejarlo pasar. Lleno de renovada confianza ahora, se acercó al caballo de Peters, sólo para detenerse angustiado.

Los otros contuvieron el aliento.

Porque después de una mirada sorprendida al as de sus pistoleros, toda la esperanza de el Lobo se desvaneció. Peters había vuelto, era cierto; pero, para lo que podía servir, en su estado actual, bien podría haberse quedado.

Estaba caído casi sobre la montura y notábase que se había visto obligado a manejar el caballo con las rodillas solamente. Las bridas colgaban sueltas. Sus brazos los traía en cabestrillo, hechos de bufandas de seda negra.

¡Inválido! ¡El peligroso Lou Peters! De algún modo logró el Lobo encontrar su voz.

—¿Qué ha ocurrido? — balbuceó.

—Me he roto los dos brazos — fué la amarga respuesta — El disgusto, la fatiga, el dolor, se reflejaban en la voz de Peters y en sus fríos ojos había expresión sardónica.

El Lobo seguido por sus hombres, se lan
entre los árboles, pero de pronto algo le

—Traté de escaparme hace dos noches de las catacumbas, al este de Morro. Es ahí donde estaba prisionero. Me caí, en la obscuridad...

Su voz se hizo más amarga.

—¿No le dijo eso Látigo Negro cuando pactó la tregua? — Preguntó ásperamente, pasando a sus labios la expresión sarcástica.

—Dijo que tenías una herida superficial, en el hombro, que él te infirió — contestó el Lobo lentamente, con voz opaca. — Pero que, fuera de eso, no te había causado daño alguno.

—Entonces lo engañó, el muy canalla — aulló Lou Peters — Es cierto que me lastimé yo mismo; pero él bien lo sabía. El mismo me entablilló los brazos. Por eso, pedazo de idiota, fué que le hizo esa proposición. Me ofreció... inválido a fin de poder venir a espiar en el pueblo y embromarlos a todos. Y usted cayó en la trampa... ¡imbécil!

Los Lobos abrieron tamaña boca. Nadie se había atrevido a hablarle nunca así al jefe. Pero Peters estaba demasiado desesperado y furioso para medir sus palabras y el Lobo no tenía ánimos para ofenderse en esos momentos. Más y más empezaba a comprender cómo se había burlado de él Látigo Negro. Sabía ahora porque había soltado de tan buena voluntad a su teniente. Ciertamente el destructor de bandas había obtenido la mejor parte en aquella tregua fatal.

—¿Dices que Látigo Negro te escondió en las catacumbas de Morro — murmuró después de una pausa. — ¿Dónde? ¿Qué descubriste allí?

—¡Nada! — gruñó Peters enfáticamente — ¿Cómo diablos iba a descubrir cosa alguna sobre cuevas y pasajes, en completa obscuridad? ¿Cree que él me hubiera dejado regresar, si yo supiera algo? Tiene más inteligencia que algunos tipos que yo conozco.

—Te agradeceré que moderes la lengua, hombre — dijo el Lobo amenazadoramente — Estarás inutilizado lo menos por dos meses, ahora que Látigo Negro ha concluído contigo. Y no has conquistado mucha gloria con tu inteligencia ¿verdad?

El sordo rencor de su voz hizo maldecir violentamente a Peters.

—¡Mi inteligencia! — ¿Y la suya, Lobo? — sonrió de pronto, pero sin alegría. — Déjeme decirle esto. Lo ví esta noche a Látigo Negro, cuando regresaba del pueblo. Me contó bastante acerca de usted.

—¿Lo encontraste? — exclamó el Lobo y Peters juró.

—¡Sí! Me salió al encuentro cuatro millas de aquí, en el Manantial del Cactus. Venía sereno, sonriente y me dijo: "¿Cómo le va? Encantado de verlo". Y luego me contó lo que había hecho aquí con ustedes. Los trató como a niños. ¡Bah!

—¡Pero Lou, el maldito nos amenazó con dinamita! — Protestaron una docena de voces, mientras el Lobo rabiaba y pateaba.

Resonó la risa furiosa de Peters.

—¿Sí? ¿Con dinamita? — dijo con compasiva burla. — ¡Pedazos de estúpidos! Les voy a mostrar una cosa.

Rápidamente bajó la cabeza, entre los negros cabestrillos, mientras los hombres le miraban sorprendidos. Un momento después lanzaron un grito de temor al enderezarse nuevamente el enojado pistolero, sosteniendo un objeto, largo y fino, entre los dientes. Era una barra de dinamita y la sujetaba por el papel retorcido del extremo.

Por un segundo miró Peters a los bandoleros. Luego, con repentino movimiento de cabeza, lanzó entre ellos la barrita. Todos se diseminaron, poseídos del pánico, atropellándose, gritando. Pero antes de que se alejaran una yarda, la barrita cayó al suelo y... nada ocurrió.

No se produjo explosión, ¡nada! Asombrados, temblorosos, miraban el proyectil, sin poder dar crédito a sus ojos. La voz estridente de Lou Peters resonó en el silencio.

—Es una vela — dijo burlonamente. —

Una vela de fantasía, envuelta en papel engrasado.

¡Ahí tienen su terrible dinamita!

Miró con furia desdeñosa a el Lobo.

—¡Y habla usted de mi inteligencia! —rugió — Eso era lo que Látigo Negro tenía colgado alrededor del cuello para burlarse de ustedes. Y me lo metió en mi cabestrillo cuando me encontró. Me dijo que se lo diera, Lobo, para que encienda la vela cuando se vaya a acostar, por si tiene miedo a los fantasmas, en la obscuridad.

Intrépido en su cólera, lanzó el burlón mensaje a la cara de el Lobo y... lo pagó caro. Antes de que ninguno de los bandidos pudiera intervenir, el jefe se movió con la rapidez de un tigre enfurecido. Su mano se alzó y bajó; su pistola hizo fuego.

Como un saco de trigo, el, en un tiempo, valioso cayó de la montura bajo el cobarde disparo. Y los otros Lobos retrocedieron asustados, mientras el jefe, enloquecido, se volvía a ellos.

—¿Alguien quiere más? — silbó entre los dientes apretados. Y sólo la llegada de los caballos, apresados al fin, impidió una nueva tragedia.

ATAQUE IMPREVISTO

Rodeados por los exhaustos mejicanos, los caballos llegaron, trotando de mala gana. Los habían descubierto pastando la hierba tierna, alrededor de un manantial, a algunas millas de distancia y los vaqueros tuvieron que trabajar como demonios para rodearlos.

Los trajeron, sin embargo, a tiempo para evitar otro acto de locura de el Lobo y acaso también para salvarle la vida, porque sus hombres estaban furiosos. ¡Engañados por una sarta de velas! Miraban a el Lobo sombríamente, mientras él a su vez miraba los caballos, con ardientes ojos.

De pronto enfundó su pistola y levantó un brazo.

—¡Vengan... todos! — gritó — Vamos a perseguir a Látigo Negro ahora mismo. Todos a caballo. El que no lo tenga, que siga a pie.

En la crisis, recobró su antiguo poder, dominando a los bandidos ignorantes e impotentes, a pesar de su cólera. Recobró el dominio, gracias a su fuerte personalidad y también al deseo que sentían los hombres de vengarse de Látigo Negro. Nada más les importaba. Cuando los bandidos estuvieron a caballo, resonó la voz de el Lobo, dominando la confusión.

—¡Sepárense! ¡Busquen el rastro! — rugió. — ¡Busquen las huellas del perro! ¡Mil dólares para el primero que las encuentre!

Espoleados por la gran recompensa, los bandidos no perdieron tiempo. Lo más rápidamente posible salieron del pueblo, desmontaron y empezaron a revisar febrilmente el suelo. Poco después un grito penetrante de un mejicano, de ojos de lince llevó a el Lobo a su lado, de un galope.

—¡Las huellas del perro, señor!... vea... se dirigen en esa dirección.

El Lobo se rió nerviosamente.

—Bien, reclama tu recompensa cuando regresemos, Gómez — se enderezó en la montura y disparó dos tiros. — Ahora... ¡síganme todos!

Haciendo resonar los cascos de sus caballos tempestuosamente, los bandidos se alinearon detrás de su jefe. Estaba allí toda la banda. Morro City quedaba desierta.

O por lo menos no quedaba en ella más que el gordo tabernero, que los había acompañado con alentadores gritos.

Fué muy sencillo seguir el rastro del alsaciano a los expertos de la banda y la partida atravesó rápidamente la fresca llanura, con ruido de casco y crugidos de monturas. Los pocos infortunados que iban a pie se fueron quedando atrás, porque no se habían recobrado todos los caballos. Pronto los jinetes llegaron al Manantial del Cactus, donde Látigo Negro se había detenido para cambiar cumplidos con el infortunado Lou Peters.

Desde allí, el sendero torcía bruscamente a la derecha, serpenteando entre mesquites, zarzas y cactus. De vez en cuando aparecían árboles frondosos y poco a poco se fueron espesando, hasta formar un bosque que se extendía a lo largo de la base de las montañas. Esas montañas eran los solitarios Morros Orientales, donde según Peters, Látigo Negro y su aliado, Aguila Roja, tenían la guarida.

El corazón de el Lobo latía más a prisa a medida que se iba acercando. Iba a todo galope, fijos los ojos en las sombrías alturas.

La tarea de los rastreadores era ahora más fácil que nunca, aun en la profunda obscuridad, porque el suelo era más blando, de manera que las huellas de Héctor y las de Dosey se notaban claramente. Impaciente, deseando más velocidad aún, el Lobo gritó a sus hombres, clavó brutalmente espuelas a su caballo y se adelantó. Pero... Si hubiera pensado más serenamente podría habérsele ocurrido que el rastro de Látigo Negro era sospechosamente visible. Un desastre rápido, inesperado, ocurrió en menos de un minuto.

Mientras galopaba entre dos árboles, un lazo, puesto tirante, le pegó en la cara. Una mano invisible pareció arrancarlo de la montura, tirándolo, medio azonzado, al suelo.

Los hombres, que lo seguían, sufrieron el mismo destino, cayendo encima de su jefe, mientras los caballos también tropezaban y caían. Una tempestad de gritos, blasfemias y maldiciones resonó en el tranquilo valle.

Luego, entre los árboles se oyó el ¡crac! ¡crac! de un rifle de repetición.

Aquello completó la sorpresa. ¡"Látigo Negro!" chillaron varias voces desesperadas, aunque en realidad el tirador era aquel hermoso muchacho apache, Aguila Roja.

Implacable, seguramente, tiraba a las vagas formas que luchaban en el suelo. Dos Lobos murieron, mientras que tres otros fueron heridos. El resto trató de buscar refugio.

Tenían bastante por aquella noche. La sorpresa los volvió cobardes. Alguien subió a el Lobo sobre un caballo que coceaba y la disparada hacia Morrey City en la obscuridad comenzó.

Echados sobre sus caballos, los Lobos se metieron entre las malezas, envueltos en una nube de polvo. No frenaron hasta que estuvieron en el pueblo. Sus caballos estaban cubiertos de sudor y de espuma. Como un hombre solo desmontaron y se dirigieron a la taberna. Allí los esperaba otra sorpresa, porque se sentía un olor sofocante. Era como si un misterioso huracán hubiera desvastado el lugar. Y entre los restos, atado y amordazado, estaba el tabernero, con el rostro color púrpura.

Los jadeantes Lobos, retrocedieron sobre sus pasos. Sabían, sin que nadie se los dijera, que aquel era trabajo de Látigo Negro. Las primeras palabras del tabernero, cuando le quitaron la mordaza, no hicieron más que confirmar sus presentimientos.

—¡Ha estado aquí! — gimió el hombre — Entró riéndose, poco después de haberse marchado ustedes. Ni pude defenderme.

Miró temerosamente a el Lobo, cuya cara era más terrible que nunca, debido al verdugón del lazo, que le cruzaba la frente.

—El... él quería ir al cuarto de usted, jefe... — tartamudeó el tabernero. — Y creo que... que abrió... la... la...

Con piernas que casi rehusaban sostenerlo, el Lobo entró a su santuario, al fondo de la taberna, demasiado abatido para hablar. Allí también encontró un caos. Su criado cholo estaba atado, firmemente, pero sin crueldad, en un rincón. Látigo Negro había hecho en aquel cuarto exótico lo que un escolar travieso podría realizar en el estudio de otro.

Pero no se había olvidado de su objeto. La caja fuerte había sido abierta y su contenido robado.

Hasta el último céntimo del producto de los últimos golpes, que se hallaba allí, junto una gran bolsa de oro en polvo, había desaparecido. La preciosa guitarra de el Lobo había sido destrozada por un tacón desdeñoso. Y metido entre sus astillas había un papel, apresuradamente garabateado:

'Lobo... gocé tanto con mi primera visita que sentí intenciones de volver. Siento no haberlo encontrado. Voy a repartir el dinero que me llevo entre los pobres ganaderos de la localidad. Todavía no lo he contado, pero creo que habrá suficiente para pagarles el ganado robado ¿no?

P. D. Nunca vuelva a dejar su pueblo sin custodia, compañero. Yo aparezco cuando menos se piensa.

Látigo Negro".

—¡Es un demonio... un demonio! — sollozó el Lobo, mientras miraba la caja desvalijada y las ruinas de sus posesiones. Sus hombres se alejaron despacio, dejándolo solo, débil, aterrado, sabiendo que tendrían ahora que pelear por la existencia.

EL LOBO DESCARGA UN GRAN GOLPE

—Hombres tenemos que reconquistar el poder en valle del Morro. ¡Y pronto!

Con gesto brusco, el Lobo, jefe de la banda de malhechores más poderosa de Texas, hizo caer la ceniza de un largo cigarro y se inclinó a través de la mesa. Sus pálidos y vivos ojos brillaban sobre la máscara roja que cubría la parte inferior de su rostro, mientras miraba fijamente a los seis hombres que estaban con él, en su santuario, a los fondos de la taberna de El Pistolero, en Morro City, guarida de los bandoleros.

—Son ustedes los seis hombres mejores que tengo. Quiero utilizar sus inteligencias en este consejo de guerra. — continuó con su voz suave y sibilante, mientras sus duros asociados gruñían. — Látigo Negro es la causa de todas nuestras desgracias. Desde que vino a esta comarca no hemos experimentado más que derrotas.

Una convulsión de odio lo estremeció al pensar en su misterioso e insolente enemigo.

—¡Si alguien me hubiese dicho que un hombre solo nos iba a vencer, a nosotros los Lobos de la Frontera, en nuestro propio pueblo, yo me hubiera reído de él por idiota! — exclamó apasionadamente. — Pero tenemos que confesar que Látigo Negro lo ha hecho. Nos quitó nuestras armas y nuestros caballos. Miren alrededor de esta pieza. Todavía se notan señales de los estragos que hizo el maldito cuando abrió mi caja y nos robó todo lo que poseíamos. Nunca nos han humillado así... ¡y un solo hombre!... ¡un solo hombre!

Sus fieras palabras terminaron en una maldición.

—Seguramente que ese coyote se ha burlado de nosotros, jefe — convino Montana Davis, con voz opaca. — Ya no somos más los terrores del valle de Morro. Se ríen de nosotros en toda la comarca. Le digo claramente que hay una parte de la banda que está descontenta. Látigo Negro ha deshecho todo nuestro trabajo.

—Y tendremos que rehacerlo — tronó el Lobo, descargando un puñetazo sobre la mesa, mientras fuego frío ardía en sus ojos

—¿Cuál es su plan, jefe? — Montana habló con acento dudoso y el Lobo irguió los hombros.

—Matar a Látigo Negro y dominar nuevamente a valle del Morro. — dijo bruscamente. — Tú, Montana, y tú Herrigan, elegirán cada uno cuatro hombres buenos y de aquí en adelante, la misión de ustedes será buscarlo a Látigo Negro. Si no lo encuentran en seguida, por lo menos podrán impedir que malogre nuestros planes. El resto de ustedes me ayudará a llevar a cabo mis proyectos.

Los hombres asintieron resueltamente con rostros duros.

—¡Muy bien! ¿Y cuál será la primera víctima en el valle? — preguntó riendo "Navaja" Hansen, un ex-pistolero de Chicago.

—El viejo Wilson, de la Box-K. El gana-

dero más fuerte del distrito. — contestó inmediatamente el Lobo. Con lo cual la sonrisa de Hansen expiró súbitamente.

—¿Ese viejo y duro cimarrón? — murmuró. — ¡Hum!... Mala faena, patrón. Tiene un grupo de cowboys resueltos. Y si llegamos a fracasar, nos perjudicará mucho en estos momentos. Además, ha llevado todo su ganado hasta la quebrada de la Meseta Azul, como sabe. Es mal paraje para robar ganado.

—Posiblemente. Sólo que no vamos a robar ganado. — contestó el Lobo — Wilson nos ha molestado bastante tiempo. Es uno de los hombres más influyentes de aquí. Si podemos descargarle un buen golpe, infundiremos otra vez miedo a los otros idiotas del valle. Wilson puede guardarse un tiempo sus vacas. Pienso quitarle algo que él valora más que todos sus ganados juntos.

—¡Caracoles! — Montana Davis comprendió a donde su jefe quería ir a parar. — ¿Se refiere usted al nieto del viejo Wilson? ¿El pibe Len, que monta su caballo árabe blanco?

Vea, jefe... ¿no nos meteremos en camisa de once varas?

Animado por las miradas vacilantes de los otros, continuó ansiosamente:

—El viejo Wilson guarda al chico como si fuera una mina de oro. Nunca se aleja, sin ser custodiado por media docena de peones. Y si piensa apoderarse de él atacando la estancia de noche, quíteselo de la cabeza, jefe. La casa de Wilson es una fortaleza y los cowboys que duermen en ella tiradores de primera.

El Lobo lanzó un desdeñoso bufido.

—Con todo, replicó fríamente — eso es lo que vamos a hacer. Quiero al nieto de Wilson ¿entiendes? Y lo que más nos conviene es un ataque de noche. En cuanto a la casa y a su guarnición, poco me importa. — descargó un salvaje puñetazo. — Y ahora atiendan las instrucciones.

Por espacio de varios minutos más, sólo se escuchó su voz en la habitación. Al fin salió con la suya... como siempre.

Y a la noche siguiente los Lobos atacaron el "ranch" de Wilson con la ferocidad que había hecho sus nombres malditos en todo el valle de Morro.

El "ranch" del viejo Wilson estaba situado al pie de las montañas occidentales, junto a uno de los pocos arroyos del valle. Era un campo de pastoreo, con una casa que era una fortaleza, a prueba de balas, y edificios y corrales a cada lado, en la orilla derecha del arroyo.

El Lobo mismo dirigió el ataque, respaldado por doce hombres resueltos que habían envuelto los cascos de sus caballos con gruesos pedazos de cuero. Lenta, pero silenciosamente, la siniestra cabalgata, descendió la ladera, deteniéndose al fin mismo encima de la casa de la estancia.

De las monturas de tres mulas fueron bajados tres fuertes barriles y llevados a distintos puntos, a lo largo de un cerro. No se habló una palabra, aunque las caras de los bandidos estaban iluminadas por malvada espectativa.

Montado en su caballo, el Lobo observaba los siniestros preparativos, con poderosa sonrisa de triunfo. Al fin quedó todo pronto.

—¿Listos? — murmuró y el hombre que colocaba el barril más próximo gruñó:

—¡"Okey" ¡Disparen!

La pistola de el Lobo detonó en el mismo instante.

¡Crac! Los tiros resonaron en el silencio. Y a aquella señal, fieras llamaradas se levantaron en la ladera, mientras los hombres incendiaban y hacían rodar los barriles. Antes de que se extinguieran los ecos de los Colts, los barriles incendiados rodaban hacia la casa del Box-K.

Era una vieja treta de los indios sioux para obligar a rendirse a una fortaleza.

Implacable, terriblemente eficaz. Cada uno de los barriles estaba lleno de brea encendida. Cada uno, hábilmente dirigido, llegó a su blanco.

Saltando, rebotando, en los costados de la montaña, bajaron envueltos en un torbellino de llamas, dejando un rastro de pasto incendiado. Cayeron contra la esquina de la casa y la madera se rompió con el golpe. Una fuente de alquitrán salpicó la pared. Las llamas la siguieron rápidamente.

Abanicado por el viento, alimentado por el alquitrán, el incendio se propagó con rapidez alarmante. Pronto la espléndida casa fué una pesadilla, una hoguera que teñía con su rojo resplandor la montaña y el cielo. A cincuenta yardas de distancia, el Lobo observaba la escena con la misma triunfante y calculadora sonrisa.

De aquel infierno habían salido figuras, con ropas de dormir; los cowboys aturdidos, asfixiados por el humo, algunos de ellos quemados tan gravemente que habían caído al suelo, poco podían hacer. Wilson mismo saltó intrépidamente por una ventana alta del fondo, cayó y se volvió a levantar. A su ronco grito, un esbelto muchacho saltó tras él y el viejo lo recibió, como un oso, en sus brazos, seguidos por los aturdidos vaqueros. Una inplacable descarga de plomo los siguió. Los cowboys, iluminados por la luz del incendio, eran blanco que los bandidos no podían errar.

De los defensores de la Box-K sólo el viejo Wilson y su nieto, un niño de doce años de edad, escaparon, por orden de el Lobo. Los quería vivos. Cubriendo al chico con su robusto cuerpo, el heróico estanciero retrocedió hacia el arroyo. Un tiro del propio Colt de el Lobo, lo hizo caer de rodillas.

Luego, dominando el ruido del incendio, se oyó la voz del bandido:

—¡Arriba las manos, Wilson o... mato al niño!

Con una sorda exclamación y un juramento, el viejo Wilson obedeció.

(Continuará).

EL RANCH "LOS TRES"

El sargento Murphy, bandido

Por FRANCIS WARWICK

(Continuación)

TUVO de nuevo que cabalgar guiando a su caballo con las rodillas. Lanzó a Spud al galope y el valiente caballo corrió de tal modo, que se distanció de nuevo de los de policía.

Pero éstos habían podido ver que era a na joven a quien Murphy llevaba en sus razos.

—¡Maldición! — exclamó el sargento. — Es una muchacha! ¡Hemos hecho fuego ontra una muchacha!

Guardó su pistola automática y taloneó a u caballo para que se apresurara, decidido capturar a los fugitivos antes de que llearan a la entrada de la garganta que se bría delante de ellos.

El suelo era pedregoso y desigual. De reente el sargento Murphy se puso pálido.

Cortaba su camino una ancha zanja de aredes rocosas y verticales. Por el fondo le la zanja corría un espumoso arroyo. Spud e dirigía en línea recta hacia el zanjón.

Murphy miró el rostro de Peggy. La joven enía los ojos cerrados. Habíase desmayado ignoraba el peligro que la amenazaba.

¡Ya no había tiempo para detener a Spud! Si Murphy lo intentaba, el desastre sería nmediato. No era posible esperar que el caballo se detuviera en un corto espacio de aquel suelo desigual y resbaladizo.

La única probabilidad de salvación estaba en hacer que el caballo saltara y confiar en a protección de la providencia.

Los perseguidores habíanse percatado ya de la presencia del abismo y Murphy oyó el ruido que hicieron los caballos de los de la policía cuando sus jinetes intentaron detenerlos en mitad de su carrera. Oyó el ruido que hizo, uno de los caballos.

—¡Ahora, Spud! — dijo, emocionado, el joven irlandés. — ¡Tu mayor esfuerzo, compañero! ¡Ten fe en tus fuerzas!

El abismo parecía ser más ancho abajo que arriba. Murphy sintió frío en la espalda, — no por él sino por la joven a quien tenía en brazos, — pues le pareció imposible que su tordillo pudiera saltar de un borde al otro del zanjón con su doble carga.

Llegaron al borde. El valiente tordillo pareció encogerse todo él como un resorte comprimido para luego soltarse. El caballo resopló, decidido a realizar un esfuerzo supremo.

El sargento de la policía montada lanzó un grito de alarma, considerando que lo que hacían los fugitivos era realizar un suicidio.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — dijo luego en voz baja.

En aquel instante, su caballo, que andaba dificultosamente por el suelo de piedras sueltas, resbaló y cayó lanzando al sargento por los aires de modo que no llegó a ver a Spud con Murphy y Peggy cruzar, volando como un ave, de un lado al otro de la zanja, cayendo en la orilla opuesta, ni media pulgada más allá de lo imprescindible, pero en terreno firme.

—¡Spud de mi alma! — exclamó Murphy delirante de alegría, — ¡Bien, Spud! ¡Bien!

Volviéndose, con el rostro jubiloso, saludó agitando una mano, a sus burlados perseguidores, que se habían quedado del otro lado del abismo. No se atrevió ninguno de los cuatro, — a pesar que tenían excelentes caballos, — a intentar tan arriesgado salto.

Spud se alejó de la orilla a paso lento. El sargento de la policía montada se levantó del suelo machucado y dolorido y vió en

aquel momento que sus perseguidos desaparecían tras una curva de la garganta que se internaba en las montañas.

Había transcurrido una hora.

Entre el laberinto de las montañas, libres de toda persecución, — al menos por el momento, — Murphy había hecho alto entre los árboles de una boscosa ladera y había tendido a su compañera en un mullido lecho de hojarasca.

—¿Cómo se siente usted ahora, señorita Peggy?

La joven, al oír la pregunta, lo miró sonriendo.

—¡Mucho mejor! ¡Muchas gracias! — dijo. — El tobillo ya no me duele casi nada. Creo que no llegué a dislocármelo; fué tan sólo una torcedura y eso se cura pronto.

Murphy no pensaba de igual modo, porque la joven tenía el tobillo muy hinchado. Admiró la resistencia y el valor de la joven.

—Ahora la llevaré a usted a su casa, — dijo. — ¡Cómo me gustaría acariciarle la cabeza al bruto que hizo fuego contra usted!

—Tal vez no se dió cuenta de que se trataba de una mujer, — dijo Peggy.

—¡Debió darse cuenta! — gruñó Murphy. — ¿Y su caballo, señorita?

—¿Negro? La herida debió ser muy leve. Creo que no sufrió más que una rozadura en la pata. Supongo que habrá regresado a Doble Horquilla, tranquilamente.

—Ahora puede usted montar en Spud, — agregó Murphy. — No es conveniente que la vean conmigo. Si llegan a capturarnos juntos, eso no será conveniente para usted, señorita Peggy. ¡Prendería en compañía de un bandolero!

Murphy se rió secamente. Pero la joven no se sonrió.

—¿Y qué será de usted si yo me llevo su caballo? — preguntó ella, pensativa. — Usted tiene que necesitarlo.

—Por el momento, no; — dijo Murphy. — Si usted me indica la cueva de que me habló, yo podré quedarme guarecido en ella durante algún tiempo. No tengo el menor deseo de que me capturen. Después de mis fugas los de la policía deben estar enteramente convencido de que yo soy ese bandido Evans el Negro a quien andan buscando y con el cual me han confundido. ¡Y el caso es que no veo modo de convencerlos de lo contrario!

—Pero crea usted que no me gusta separarme de usted en estos momentos. — protestó ella.

Murphy insistió y la joven se decidió a ceder.

En consecuencia, lo guió por entre gargantas iluminadas por la luna y a través de pequeños valles hasta que llegaron a la orilla del torrente llamado del Hombre Rojo. Sobre el nivel del torrente a uno de los lados del zanjón por cuyo fondo corría, quedaba la entrada de una cueva. La entrada era pequeña y estaba enteramente oculta entre arbustos y piedras de tal modo que no era posible verla hasta que se estaba a su lado.

—¡Bien! ¡Adiós, señorita! — dijo Murphy estrechando con cortedad y turbación la mano de la joven. Se puso nuevamente rojo como una amapola porque hubiera deseado expresar la gratitud que sentía y no conseguía decir una sola palabra, — El caso es, señorita Peggy, — consiguió decir al cabo de un momento, — que yo le estoy agradecido. ¿Sabe? ¡Oh! ¡Muy agradecido! Porque gracias a...

Peggy lo interrumpió lanzando una alegre carcajada.

—¡Qué tontería! ¡Usted no tiene nada que agradecerme porque no he hecho nada! ¡Adiós, pues, y buena suerte!

Murphy se quedó a la orilla del torrente mirando cómo se alejaba Spud, Se rascó la coronilla y suspiró.

Kildare había dicho en una ocasión que los suspiros de Murphy eran como estallidos de neumáticos de automóvil.

—¡Por todos los demonios del infierno, qué muchacha! — dijo— dirigiéndose hacia la entrada de la cueva, situada un poco más alta de donde él estaba. — Ahora voy a descansar hasta que los de la policía montada se hayan cansado de buscarme por estos sitios.

Tenía en su poder la alforja con provisiones que Chug Chop le había preparado. El chinito cocinero ponía siempre vituallas en abundancia, en tales casos, así que Murphy podía estar seguro de que, por un tiempo no le faltaría que comer.

Sin embargo, no tenía idea de esperar mucho tiempo en la cueva del torrente del Hombre Rojo.

—Concederé a los de la policía 24 horas para que se tranquilicen y después me dirigiré al ranch de Los Tres, — se dijo. — Es un viaje un poco largo para hacerlo a pie, pero todo será mejor a pasarme aquí revolviendo los dedos pulgares para no aburrirme.

Dicho está, el falso bandido, el que había pasado por Evans el Negro a pesar suyo, se tendió en el piso de la cueva y se entregó a un bien ganado sueño.

Pasaron dos días con sus noches. Comenzaba a despuntar el día, cuando Murphy salió de su refugio y de acuerdo con lo que había pensado antes, se dirigió hacia el ranch Los Tres.

Sentíase en plena seguridad. Durante el tiempo que había estado oculto en la cueva los cuatro de policía habían pasado por el torrente que corría al pie de la caverna, buscándole, con toda seguridad, por entre las montañas. Murphy los había visto pasar y desaparecer del lado del valle y se había sonreído irónicamente.

Cuando el sol se aproximaba a su ocaso, el joven irlandés se encontraba todavía bastante lejos de su ranch, sin haber visto por parte alguna a sus perseguidores.

Se encontraba en un boscoso valle y avanzaba cautelosamente buscando a la vez un sitio conveniente para pasar la noche en él.

Había supuesto que era el único ser humano que había en aquel valle. Fué, por lo tanto, muy grande su sorpresa cuando, de improviso, llegó a sus oídos una voz que cortó como un filoso cuchillo el silencio reinante.

—¡Levante las manos! ¡Pronto!

Volviéndose, Murphy se vió frente a un hombre que había avanzado hacia él, sonriendo sarcásticamente, de detrás del tronco de un pino.

Aquel hombre era Evans el Negro.

LA GUARIDA DEL BANDIDO

Con los ojos fijos en los del bandido, Murphy levantó lentamente sus manos.

No había modo de evitarlo. El bandido apuntaba al corazón del joven irlandés con la pistola automática.

—¡Oh! ¡Si es Evans el Negro! — exclamó Murphy fríamente.

puños y durante un segundo pudo creerse que iba a arrojarse sobre el bandido.

Eso hubiera sido una locura porque el bandido lo hubiera matado inmediatamente, sin la menor vacilación. Pero el caño de una pistola automático, empuñada por uno de los compañeros de Evans le tocó la espalda en aquel instante e hizo que Murphy desistiera de su insensato impulso.

Se rió, su risa fué breve y sarcástica.

—¡Levante las manos! ¡No sea tonto! — gritó Evans y Murphy obedeció.

—¡No creí que pudiera usted asustarse tanto! — dijo Murphy sonriendo secamente.

—¡Cállase! — gruñó el bandido

Murphy y Peggy cruzaron a caballo una enorme zanja.

—¡A la disposición de usted! — contestó sonriendo el otro.

Su rostro delgado y oscuro tenía una maligna expresión de triunfo. Era un tipo alto, corpulento y musculoso. Avanzó y arrebató la pistola qeu Murphy tenía en el cinto. Después lanzó un silbido y dos hombres más salieron de entre los árboles.

—Me parece que ahora soy yo el que gana — dijo Evans el Negro sonriendo con malignidad.

Le brillaban los ojos. El recuerdo de las humillaciones que había sufrido en poder de Murphy no se había borrado de su memoria. Avanzó y con la mano suelta golpeó con todas sus fuerzas la boca de Murphy.

Al joven irlandés le relucieron los ojos. Instintivamente bajó las manos y cerró los

Había retrocedido rápidamente cuando Murphy bajó las manos. Era cobarde completo. De uo haber sabido que Murphy estaba desarmado, lo hubiera matado de un tiro en aquel mismo sitio.

—¡Atenlo! — ordenó Evans. Los dos que lo acompañaban, unos tipos de rostro oscuro y horrible y de negra y poblada barba, cumplieron la orden de su jefe y ataron los brazos de Murphy al cuerpo ciñéndolo con una soga.

Lo llevaron por entre los árboles al sitio donde esperaban algunos caballos.

Montaron a Murphy detrás de uno de los satélites de Evans el Negro y los bandidos se pusieron en marcha por entre los árboles, llevándose a su cautivo.

Ya había anochecido cuando llegaron a un

retazos

la revista para la mujer

CELEBRA SU APARICION DISTRIBUYENDO
ABSOLUTAMENTE GRATIS

500.000 $

en valiosos premios y obsequios

PROGRAMA COMPLETO DE PREMIOS

10 Chalets y 20.000 $ en efectivo, 2.000 $ por cada chalet para la compra del terreno respectivo. Los chalets se entregarán por la casa TORTOSA HNOS. instalados y listos para habitar en cualquier punto de la República donde elija el favorecido . . . . $ 75.000

UN OBSEQUIO CON CADA BONO, en mercaderías de consumo de grandes marcas . . . . " 200.000

$ MIN. 507.700

Todos los premios serán entregados libres de flete y gastos a los favorecidos, en todo el territorio de la República, por el Expreso Villalonga

PIDA ESTE BONO EN TODOS LOS COMERCIOS DE SU LOCALIDAD

ESTE CONCURSO "RETAZOS" difiere notablemente de todos los realizados hasta hoy, en que no es sólo la posibilidad de obtener un gran premio el único incentivo para el público, sino la seguridad absoluta de un inmediato y valioso beneficio, ya que cada BONO, va munido de un cupón-obsequio de mercadería de marca conocida y acreditada, que se le entrega en el acto.

AHORA CON CADA BONO, UN PAQUETE DE CUARTO KILO DE YERBA "SALUS" Y UN PAQUETE DE "NAFTOL", EL FAMOSO JABON DE NAFTA EN ESCAMAS

CASSINI *en sus casas de Rosario, Córdoba y Santa Fé, obsequia a su clientela, BONOS del concurso "RETAZOS"*

rocoso valle situado a pocas millas de distancia. Era aquel sitio desolado con grandes pináculos de roca que se alzaban hacia el cielo y donde había escasa vegetación. A la luz de la luna aquel valle tenía el aspecto de un paisaje de un país muerto, de algún otro planeta.

A lo alto de un serpenteante sendero rocalloso que se retorcía entre peñas hasta llegar a una ancha plataforma de roca lisa, veíase la boca de una caverna que se abría, negra como el carbón, en la pared del precipicio.

¡Aquella era la guarida de los bandidos!

Los caballos estaban escondidos en una estrecha hendija que cortaba la pared de la montaña a corta distancia.

Encendieron un farol y lo pusieron de modo que su luz estuviera dirigida hacia el interior y no pudieran verla desde el valle. No procedían así por que hubiera realmente necesidad de adoptar esa precaución. Era el sitio tan solitario que había muy pocas probabilidades de que algún ser humano llegara a pasar por allí.

La caverna se internaba en la montaña bastante distancia, entrechándose poco a poco y de su fondo llegaba el ruido de agua que caía. Murphy dedujo en consecuencia que debía existir alguna fuente en aquel subterráneo hueco, lo que permitía a Evans el Negro y a sus secuaces permanecer ocultos en su guarida cuanto tiempo quisieran sin necesidad de salir de su cueva.

—¡Ahí perro! — gruñó Evans. Voy a enseñarle varias cosas antes de terminar con usted. Gracias a usted he perdido mi bolsa de polvo de oro y gracias a usted todavía tengo el cuerpo dolorido de cuando me enlazó y me hizo caer del caballo. ¡Sí! ¡Estoy muy resentido con usted! ¡Pero usted estará dentro de un rato más resentido de lo que yo lo estoy ahora!

Murphy no replicó. Tirado donde le había hecho caer el otro, tenía todavía algo turbia la imaginación por que al caer se había golpeado la cabeza en la pared de piedra.

—Estás en la mala y no es posible dudar de que es así, — se dijo.

Evans el Negro estaba decidido a vengarse aun cuando se volvió y se alejó igual que si se hubiese olvidado de su cautivo. Los otros tres bandidos preparaban apresuradamente de comer.

Murphy se preguntaba qué modo de vengarse adoptaría Evans.

Con seguridad sería algo horrible y cruel. Murphy lo leyó en los ojos del bandido. Pero sucediera lo que sucediera, el joven irlandés estaba decidido a que no pudieran tacharle de cobarde. Ni pediría misericordia al dejarla oír un solo grito de dolor, siempre que esto fuera humanamente posible.

—¡Si es humanamente posible! — díjose Murphy, estremeciéndose.

Porque no ignoraba cuáles eran los límites de la resistencia humana. Hay un punto débil en la armadura de todo hombre y Murphy se daba cuenta de que Evans el Negro debía conocer todos los refinamientos de tortura que pueden hacer flaquear al hombre más fuerte.

—Es de suponer que ese canalla hará uso de todos los medios de tortura que conozca, — pensó Murphy mientras miraba a los bandidos. — ¡Está furibundo conmigo, el angelito! No se sentirá feliz hasta que me oiga suplicar pidiendo misericordia, con seguridad.

El irlandés apretó los dientes. Lo único que le asustaba era la idea de que el bandido lograra vencer su resistencia física y hacerle pedir misericordia. Por que Murphy estaba enteramente convencido de que sería cruelmente torturado.

Evans y sus colegas proyectaban extrañas sombras sobre las paredes de la cueva mientras iban de un lado a otro conversando alegremente y dándose groseras bromas.

Murphy los miraba, inmóvil y silencioso.

Comenzó a mirar en redor en busca de algún trozo de piedra filoso con el cual cortarse los sogas que le sugetaban las muñecas. Pero todo el interior de la cueva parecía enteramente liso.

Los bandidos terminaron de comer antes de que Evans el Negro se acercara de nuevo al caído irlandés.

—¡Su cena, amigo mío! — gruñó riendo con la misma maldad de antes.

Le arrojó un hueso que tenía algunas piltrafas de carne. Riéndose, se volvió. El hueso había caído a una yarda de Murphy y con las manos atadas a la espalda, éste no podía llegar hasta él. Pero Evans no había pensado en que el cautivo se apoderara del hueso. Le había arrojado el hueso, como a un perro, con el único propósito de burlarse sarcásticamente de él.

Murphy siguió en silencio.

Del fondo de la caverna llegaba a sus oídos el rumor del agua que caía. Tenía la garganta seca y el ruido del agua resultaba un tormento agregado al de la sed.

Los bandidos se habían puesto a jugar a la baraja, riéndose y bromeando mientras jugaban. Evans y uno de sus secuaces se envolvieron en sus mantas y se echaron a dormir.

Por el hueco de la entrada de la cueva se veía el cielo grisáceo en el que brillaban algunas estrellas.

También se veían las desiguales alturas del otro lado del valle. Sobre el fondo constituído por el cielo se recortaba la forma inmóvil del tercero de los ladrones que estaba de guardia, a la puerta, sentado en una roca y con el rifle sobre las rodillas.

De vez en cuando miraba hacia donde estaba Murphy. Los bandidos vigilaban bien a su cautivo. Pero Murphy comprendió que, por el momento, no le molestarían. Evans el negro esperaba, — al parecer, — que llegara el nuevo día para realizar su plan de venganza.

(Continuará)

Raúl de Lancaste

(Continuación)

SI; se han ido sin encontrar el fruto inocente de sus amores.

Y ese niño...

—Algún día aparecerá — dijo el monarca con un acento que llamó la atención de la viuda.

Esta lo miró atentamente, y replicó:

—No solamente hay que buscar a ese niño para librarlo de una horrible orfandad, sino que también para evitar que caiga en poder de su abuelo.

—No caerá.

—¿Cómo puede asegurarlo vuestra majestad

—Aseguro lo que creo.

—¡Ah!... Señor, vuestra majestad tiene noticias de esa criatura...

—No.

—Sí, sí.

—No hablemos de eso.

—Guardaré el secreto, señor, lo guardaré; pero decidme que puedo tranquilizar a esos infelices padres...

—Nada puedo deciros.

—Señor...

—Perdonadme, doña Inés, pero ya es tarde, y me esperan los negocios de Estado.

Decir esto Felipe II era prohibir terminantemente que le hablasen más.

Era forzoso resignarse.

Doña Inés se levantó y dijo:

—Si vuestra majestad me da licencia...

—Idos, y que Dios os haga feliz.

Salió la viuda.

—¡Oh! — murmuró el monarca con voz sorda. — Todos me acusan... ¡Y no puedo defenderme! ¡Y no hay quien comprenda mi horrible situación!... ¡Mis hijos!... ¡Dios mío!... ¿Para que me habéis hecho padre?

A pesar de la borrasca espantosa que agitaba su espíritu, al cabo de pocos minutos apareció otra vez indiferente y frío el rostro del monarca.

Doña Inés salió del alcázar, entró en su rica litera y volvió a su casa, mientras decía para sí:

—Ya no tengo duda. El rey ha conseguido averiguar el paradero del hijo de doña Luz... ¡Oh!... ¿Qué será de esa infeliz criatura?

Y, preocupada con estas ideas, entró en su suntuosa morada y se encerró en su gabinete, ordenando que no se recibiera a nadie sino a Martín.

Capítulo CIV

DE COMO ENCONTRO MARTIN LO QUE NO ESPERABA TENER

Doña Inés habló aquel mismo día con Martín de la entrevista que había tenido con el monarca, omitiendo, como era consiguiente, la parte que el mancebo debía ignorar.

De todo ello, lo que más importancia tenía en concepto de ambos era lo referente al hijo de doña Luz.

¿Lo había encontrado el rey?

Esto se preguntaba sin cesar, y empezaban a creer que así había sucedido.

Martín habló del asunto con don Juan y con Jorge, y éste se concretó a responder:

—Averiguaré, trabajaré y veremos si Dios quiere favorecerme.

—¿Pero cuál es vuestra opinión — le preguntó el mancebo.

—Aun no tengo ninguna, ni tampoco os importa, porque ahora no debéis ocuparos más que de vuestra dicha. Ya sabéis que no puedo mirar con indiferencia nada que tenga relación con la dicha de Raúl; sabéis que

la gratitud me obliga a hacer por él lo que por ningún hombre haría, y, por consiguiente, estáis en el caso de dejar a mi cuidado este asunto.

Hay que reconocer que en toda alma, por generosa que sea, existe siempre un fondo de egoísmo más o menos graduado.

Este egoísmo, que si bien se examina, es en muchos casos noble y justo, se ha disfrazado por la criatura con diversos nombres, según las manifestaciones y las circunstancias, porque así ha podido santificarse lo que de otro modo se hubiera condenado.

Decimos esto, porque Martín se convenció bien pronto de que nada podía entonces hacer en favor del hijo de doña Luz, y, por consiguiente, como quien se resigna porque no hay otro remedio, decidió ocuparse exclusivamente de su próxima boda, hasta que las circunstancias le permitiesen entablar nuevamente la lucha.

A Santisteban le sucedió lo mismo.

Y no hay que decir que doña Margarita y doña Inés siguieron el ejemplo de los que habían de ser sus esposos.

Cuidado, lector, no acuses con ligereza a nuestros amigos, porque has de ver algún día que, a pesar de haber conseguido lo que más deseaban eran capaces de hacer muchos y muy grandes sacrificios en favor de los que sufrían.

Con la determinación del monarca, Martín no tuvo inconveniente en salir a todas horas, y su madre hizo lo mismo.

Dos días después no se hablaba en la villa de otra cosa que del casamiento de doña Inés de Guevara, haciéndose muchos comentarios, porque nadie sabía quién era el hombre dichoso que había conseguido conquistar el corazón de la hechicera viuda.

Esta se quitó el luto, y la sonrisa apareció a todas horas en sus labios.

Pasó una semana.

Una mañana, antes de las nueve, se presentó Martín al comendador.

Ya dijimos que en el padre de doña Luz se advertía un cambio completo, y, por consiguiente, no debe extrañar que lo encontremos más pálido, más triste, más sombrío y aun más demacrado que la última vez que lo vimos.

Lo mismo que si el hijo de Nicasia hubiera sido la persona más querida, lo saludó Quiñones cariñosamente y le estrechó la diestra con verdadera efusión.

—Sentaos — le dijo con triste dulzura, — sentaos, mi querido Martín, y hablemos sosegadamente, porque supongo que venís a darme una noticia de mucha importancia.

—No os equivocáis.

—Públicamente se dice que se casa doña Inés.

—Es verdad.

—Y aunque nadie sabe quién es el futuro marido, lo he adivinado fácilmente.

—Soy yo.

—Para quien os conozca, semejante casamiento parecerá imposible.

—Amo a doña Inés, la amo con verdadero frenesí; ella también me ama, y no hay que decir que sus nobles sentimientos y su virtud sobran para hacer dichoso a cualquier hombre. Sin embargo, caballero, no sé si alcanzar esa dicha que parece indudable, o si aun seré más desgraciado.

—Comprendo perfectamente vuestra situación, y estoy seguro que, a pesar de vuestro amor, antes de decidiros a casaros habréis tenido que sostener una lucha verdaderamente horrible.

—No os equivocáis — respondió tristemente Martín.

—Os conozco bien.

—¡Ah!... ¿Con qué os pagaré la justicia que hacéis a mis sentimientos?

—La justicia no debe pagarse.

—Excuso deciros que el misterio de mi nacimiento...

—Sí, os falta un nombre que legar a vuestros hijos.

Martín suspiró y guardó silencio.

—Hablemos como lo que somos—añadió el comendador, — como buenos amigos, y figuraos que cuanto yo os diga os lo dice vuestro padre.

—¡Mi padre!...

—Yo soy un hombre como todos; ya sabéis que en mi juventud he tenido mis extravíos; pero esto lo ignora todo el mundo; nadie más que vos y el rey conoce el secreto de mis antiguas debilidades, y después de lo que ha sucedido, en el estado que mi espíritu se encuentra, os confieso que creo hasta un deber declarar que he cometido faltas, y que estoy arrepentido y dispuesto a remediarlas en cuanto sea posible.

—Desgraciadamente — repuso el joven, — son irremediables.

—Mi pobre hija Rosa, murió...

—Perdonad; pero esos recuerdos...

—Para mí son gratos.

—¡Oh!...

—Sufrid por mí que los evoque.

—Proseguid; que si ha de consolaros hablar de vuestra desdichada hija, no seré yo quien os lo estorbe.

—Suponed que Rosa no hubiese muerto.

—No adivino adónde vais a parar.

—Quiero conocer vuestra opinión sobre un punto que me interesa demasiado.

—Os la diré con franqueza.

—Si mi hija viviese, ¿qué debería yo hacer?

—¿Lo dudáis?

—¿Cuál debería ser mi conducta, teniendo como tengo otra hija?

—En mi situación, no puedo responderos más que una cosa.

—Yo debería reconocer a Rosa.

—Sí.

—Darle mi nombre ilustre...

—Sí.

—Pues bien: a pesar de que ya no existe, se lo doy.

—Ya es tarde, caballero.

—Si ella no puede usar ese nombre, será para su hijo... ¿No tuvo un hijo Rosa

—Pero también murió. ¿Acaso lo ignorabáis?

—No importa: el hijo tendría su padre...

—¡Comendador!...

—Y el padre hereda siempre al hijo.

—¿Qué decís?

—Esperad — repuso el comendador, levantándose y acercándose a la papelera, de donde otras veces lo hemos visto sacar puñados de oro para pagar los criminales servicios de Andrés.

Martín no acertó a pronunciar una palabra.

Lo miró con la sorpresa que era consiguiente y sin querer dar crédito a lo que acababa de oír.

El caballero como si no se apercibiese del efecto que habían producido sus palabras, abrió un cajón y sacó unos papeles, diciendo al joven:

—Tomad y no os neguéis a aceptar esta muestra de cariño; no me quitéis la ocasión de hacer un beneficio que puede compensar una parte de mis graves faltas.

Tampoco entonces acertó Martín a responder.

—Tuve un hijo — añadió Quiñones. — ¿Por qué no habéis de serlo vos? Necesitáis un nombre... tomad el mío en cambio del mal que os he hecho, porque de todo lo que habéis sufrido soy yo la causa.

Era imposible que se hubiese esperado, tan extraña determinación por parte del caballero.

Con los papeles que entregaba a Martín, tenía éste derecho a decir que era hijo del comendador, y, por consiguiente, que le pertenecía el nombre ilustre de Quiñones.

¿Debía el mancebo aceptar?

Inútil hubiera sido preguntárselo, porque no hubiera sabido responder.

Maquinalmente leyó.

Lo que expresaba su rostro no puede decirse: lo único que puede asegurarse es que estaba profundamente conmovido.

Su rostro palideció densamente.

Por su frente corrieron algunas gotas de frío sudor.

—¡Oh! — murmuró al fin. — El nombre de la infeliz Rosa, el nombre del hijo de mi primer amor para los hijos del amor que me ha inspirado otra mujer... No, caballero, no.

—¿Qué haréis en este mundo si todas las cuestiones las miráis desde ese punto de vis-

AGENTES

responsables, activos, radicados en el interior del país y vinculados al comercio local, se necesitan para la colocación de BONOS, del sensacional Concurso Comercial de

retazos

la revista para la mujer

$ 500.000

en valiosos premios

Por carta únicamente a la

EDITORIAL MANUEL LAINEZ Lda. S. A.

Avenida de Mayo 662 - Bs. As.

ta? Martín, estáis trastornado, exageráis...

—No se lo que me sucede — replicó el joven, oprimiéndose las sienes.

—No hablemos más — dijo el comendador con acento que intentaba hacer jovial. — Venid... ¿No queréis darme un abrazo?

Martín se levantó, arrojándose al cuello del anciano, mientras le decía, con voz de conmoción profunda:

—Yo soy feliz, nada necesito... Si queréis compensar vuestras faltas para que Dios os perdone, si queréis hacer beneficios para satisfacer los nobles impulsos de vuestro corazón no penséis en mí, sino en vuestra desdichada hija doña Luz, y perdonadla; abridle los brazos que a mí me ofrecéis, estrechadla contra vuestro pecho y...

—Callad, callad — interrumpió Quiñones, con voz ahogada.

—No, no callaré...

—Doña Luz murió para su padre...

—Eso lo dicen vuestros labios; pero no lo siente vuestro corazón...

—Basta, basta...

—Aceptaré el nombre que me dais, haré cuanto exijáis de mí; pero a condición de que vuestra desdichada hija ocupe el lugar que le corresponde, a condición de que la perdonéis.

—Jamás — replicó Quiñones.

—Escuchad mis súplicas...

—No, no.

Y al pronunciar estas palabras hizo el comendador un esfuerzo inaudito y salió de la estancia, mientras decía:

—Soy vuestro padre.., lo diré a todo el mundo... No me rechacéis, porque esto sería horrible.

Martín quedó solo.

Miró a su alrededor.

Se pasó las manos por la frente, que tenía empapada en frío sudor.

—¿Es esto un sueño? — murmuró.

Y como buscando una prueba de que no estaba dormido, volvió a contemplar los papeles que aun tenía en la mano.

—Sí — dijo, — es una realidad.

Sin saber lo que hacía, se sentó nuevamente y meditó.

Al cabo de algunos minutos examinó por tercera vez el manuscrito, diciendo luego:

—Aunque yo no quisiera, me llamo Quiñones. La palabra del comendador es sobrada prueba para el mundo de que yo soy su hijo, mientras que mis negativas no tendrían valor alguno, no se deduciría de ellas más sino que soy tan perverso que rechazo a mi padre, porque no puedo ver en él más que al hombre que fué mi enemigo, y mi rencor es inextingible.

Volvió a meditar el mancebo.

—Sí — añadió, — para el mundo Quiñones será mi padre: yo podré no hacer uso de su nombre; pero me es imposible asegurar que no soy su hijo, porque esto daría de mis sentimientos la más tristísima idea.

Y pensando otra vez en doña Luz, dijo:

—No he podido hacer más por ella; y en cuanto al comendador, mucho me equivoco o le ha faltado el valor para seguir negándose a perdonarla. ¡Oh!... Empiezo a tener esperanza... La conciencia... Sí, tarde o temprano, su conciencia despertará.

En vano esperó el mancebo por espacio de media hora porque Quiñones no volvió a presentarse, y convencido de que tampoco lo haría después, nuestro joven, muy agitado aún, salió de la casa y se dirigió a la de doña Inés.

¿Qué decidiría?

No es fácil adivinarlo.

Capítulo CV

EN LA IGLESIA Y EN EL PANTEON

No sabemos desde qué punto de vista miraría doña Inés la cuestión; lo único que podemos hacer es dar a conocer el resultado.

Al día siguiente, muy poco después de haber salido el sol, frente al pórtico de la iglesia de San Justo, se detuvo un carruaje, que por lo empolvado demostraba llegar de fuera de Madrid.

Seguíanlo diez escuderos con traje de gala, y entre ellos estaba Julián.

Del vehículo salió don Pedro de Luzón, luego don Juan de Santisteban y después doña Margarita.

Los tres, seguidos de Julián, entraron en la iglesia.

Apenas acababan de hacerlo, llegó otro coche, seguido también de numerosa servidumbre, entre la cual veíase a Juan.

Cuatro personas ocupaban el segundo carruaje: doña Inés, Martín, Nicasia y Clara.

Como los otros, entraron en el templo.

El anciano sacerdote los esperaba.

¿Cómo hemos de pintar la escena que tuvo lugar en aquellos primeros momentos?

Abrazáronse unos y otros, todos habían ido allí para realizar sus deseos, para consumar su dicha, y sin embargo, por casi todos los rostros corrieron abundantes lágrimas, y no hubo un pecho que no exhalara suspiros.

Si en aquellos momentos gozaban o sufrían, es imposible decirlo.

¡Cuántos recuerdos evocaba la presencia de cada una de aquellas personas!

Todos hubieran querido hablar mucho para expresar lo que sentían; pero por lo mismo que sentían demasiado, no acertaron a pronunciar más que algunas palabras.

Por otra parte, hubiera sido inútil que se comunicasen sus ideas, porque cada cual adivinaba las de los otros; las adivinaba, puesto que el pensamiento de todos era el mismo.

No necesitamos decir para qué se habían reunido.

Tampoco entraremos en detalles sobre la solemne ceremonia que tuvo lugar apenas se sosegaron.

Basta con decir que una hora después estaban unidos con lazos indisolubles doña Inés y Martín, doña Margarita y don Juan, Clara y su antiguo prometido.

Cuando apenas se había terminado la ceremonia apareció un nuevo personaje.

Todos hubieran querido saludarle; pero él les hizo seña de que se arrodillasen, dejando para después las muestras de cariño.

Empero como Julián no tenía nada que hacer ni era muy devoto, se acercó al novicio, diciéndole en voz baja:

—Me alegro mucho que hayáis venido, porque, como estáis viendo, esta gente me había dejado solo, haciéndome representar tan triste papel que he tenido intenciones de proponer a la señora Nicasia que se casase conmigo, a pesar de que soy el mayor enemigo del matrimonio.

—No os ofrezco mi mano — respondió Jorge — porque no la aceptaríais.

Y ambos, que no se parecían a los demás, se sonrieron, y separándose del grupo, siguieron hablaron en voz baja, hasta concluir por darse una cita, con el santo fin de cenar opíparamente y celebrar así la felicidad de los nuevos esposos.

Pocos minutos después se presentó Quiñones, triste, meditabundo y sombrío como el día anterior.

Contempló a los desposados, arrodillóse también y oró fervorosamente.

Hay escenas y situaciones que vistas tienen mucho interés, y descritas muy poco o ninguno.

Esto precisamente sucede con la que ahora nos ocupa, y lo mismo que antes, también ahora renunciamos a entrar en detalles que no servirían más que para hacer enojoso este relato.

Salieron de la iglesia y entraron en la sacristía.

El sacerdote, aunque con mano temblorosa, extendió en un libro las correspondientes partidas de casamiento.

¿Qué decía la referente al hijo de Nicasia?

El comendador fijó la mirada en el manuscrito, y vió su ilustre nombre unido al de Martín.

Una vez convencido de que había sido aceptado el beneficio que tan generosamente había hecho alargó la diestra al hijo del rey, diciéndole:

—Dios os haga más dichoso que a mí.

—Padre mío...

—No olvidéis que os amo.

—Nunca mejor ocasión que esta — dijo Martín — para que olvidéis antiguos rencores; nunca momentos más oportunos para que perdonéis.

—Basta— interrumpió el caballero.

Y dirigiéndose al sacerdote añadió:

—¿Queréis llevarme al panteón

—Pensad...

—El valor me sobra.

—Venid.

No hubo nadie que se atreviese a hacer ninguna observación.

Reinó un profundo silencio, mucho más elocuente que cuanto hubiera podido decirse.

Quiñones entró en el lóbrego recinto donde yacía el cadáver de Rosa.

—Ahí la tenéis — le dijo el sacerdote con grave acento y señalando a una de las criptas.

Quiñones fijó la mirada y pudo ver que de la blanca losa había desaparecido el nombre de doña Luz, siendo sustituído por el de Rosa.

Nada preguntó sobre semejante cambio, porque se lo explicó sin ninguna dificultad.

—Dejadme, padre mío.

Salió el sacerdote.

El caballero se arrodilló, quedando inmóvil como una estatua.

En vano intentaríamos penetrar en su alma, agitada horriblemente en aquellos terribles momentos.

Sólo podremos decir que su conciencia había levantado el grito, lo acusaba y le pedía cuenta de su proceder.

A los pocos minutos, Quiñones estaba completamente trastornado y era presa de la más espantosa agitación.

La fiebre abrasaba su cabeza, y sus negros ojos relumbraban como dos luces fosfóricas.

Pareciόle que la lápida se separaba de su sitio para dar paso a un blanco espectro.

—¡Rosa, Rosa! — exclamó con voz destemblada. — ¡Rosa, hija mía!...

Y, extendiendo los brazos, añadió:

—No me hables de tu hermana, no la nombres... Soy padre, no he perdido el corazón de padre; pero... No la nombres, no la nombres... ¡Perdón!... ¡Ah!... ¡Perdón!...

Cubrióse el rostro con las manos para no ver al aterrador fantasma.

Empero el nombre de doña Luz resonaba constantemente en sus oídos.

La respiración del desdichado caballero era cada vez más violenta y desigual.

En el interior de su pecho resonaba como un sordo rugido, y sus miembros se agitaban convulsivamente.

¡Cuánto debía sufrir!

De sus labios se escapaban palabras ininteligibles.

No se atrevía a separar las manos del rostro, por temor de ver el blanco espectro.

Y el tiempo pasaba.

Y su terror era cada instante más profundo.

Y sus prevenciones y su orgullo seguían luchando con su conciencia.

¡Lucha desgarradora!

El trozo de cirio amarillento que había dejado el sacerdote iba consumiéndose.

Y su rojiza luz, ya en el interior del cabo del candelero, esparció trabajosamente un siniestro resplandor.

La oscuridad hubiera sido menos horrible.

Los macizos muros y la ennegrecida bóveda presentaban a los ojos un tinte extraño.

La luz vaciló.

Las losas sepulcrales parecían moverse.

La sombría techumbre parecía bajarse lentamente, y hubiérase dicho que las paredes, moviéndose en opuesta dirección y siempre avanzando las unas hacia las otras, iban a unirse.

La luz, en algunos momentos, se concentraba, se contraía y apenas dejaba escapar algún debilísimo rayo, mientras que otras, convirtiéndose en fugaz llamarada, esparcían vivos destellos.

Raúl de Lancaste

AVENTURAS DE

BARNIGUGLI por Debeck

Apenas iniciada la lucha, ambos contendientes se trenzaron en una espectacular tomada de cabeza. Los contendientes quedan así, silenciosos, esperando la oportunidad para atacar.

El comendador hizo un esfuerzo inaudito, separó las manos del rostro y miró a su alrededor.

No pudo contener un grito de espanto.

Creyó que estaba en el interior de un sepulcro.

Del candelero se escapó una última llamarada y la luz se extinguió, esparciéndose inmediatamente las negras tinieblas.

Quiñones exhaló otro grito, púsose en pie y corrió sin saber adónde iba.

Pocos segundos después encontró una puerta, luego una escalera, que subió rápidamente, y al fin se encontró en la sacristía.

No había nadie allí más que el anciano sacerdote, que no pudo reprimir un grito al ver al comendador.

Muy difícilmente se hubiera reconocido a Quiñones.

Ya no se levantaba su cabeza como en otro tiempo.

Ya no era el hombre que, a pesar de sus cincuenta años, conservaba todo el vigor y toda la energía de la juventud.

Su cuerpo estaba encorvado.

Su rostro se había desfigurado.

Habían perdido el brillo sus negras pupilas. Todos sus movimientos indicaban la más completa enervación y la debilidad de la senectud.

No, no era ya el arrogante y altivo caballero, el hombre que se sentía con sobrado valor y sobradas fuerzas para resistirlo todo. Ya no podía infundir terror, sino inspirar compasión.

¡Desdichado!

Sin poder apenas respirar, dejóse caer en uno de los bancos.

Acercósele el buen cura y le dirigió las frases más dulces y cariñosas.

Luego le habló de la omnipotencia y la justicia divina.

Pero Quiñones no le oía, y aquellas santas palabras no podían dar resultado alguno.

Cerca de media hora pasó sin que el caballero se moviese.

Hizo un esfuerzo, levantó la cabeza, y poniéndose en pie dijo con débil voz:

—Perdonadme, padre mío, pero en estos momentos, ni sé lo que me pasa, ni puedo escucharos. Creo que me habláis de la justicia divina.

—Y también de la infinita misericordia del Omnipotente.

—Sí, para los que se arrepienten.

—¿Acaso vos?...

—Dios no perdona al que no ha tenido la virtud de perdonar, y yo... ¡Oh!... No sé lo que siento ni sé lo que digo...

—Vuestra hija doña Luz...

—No me habléis de ella, no la nombréis — replicó Quiñones, dirigiéndose con pasos vacilantes hacia la puerta.

Y sin escuchar más desapareció.

El sacerdote se arrodilló ante una imagen del Crucificado, inclinó la cabeza y oró fervorosamente.

CUARTA PARTE

LA CONCIENCIA

Capítulo Primero

NOTICIAS INTERESANTES

La situación había cambiado completamente en los Países Bajos. Los inmensos tesoros que se habían gastado, la sangre que se había derramado a torrentes y cuantos abusos y arbitrariedades se habían cometido, todo había sido enteramente inútil para que los esfuerzos de los oprimidos dejasen de dar su resultado.

La tranquilidad y la sumisión que había conseguido el duque de Alba no era más que aparente; no, aquel desdichado pueblo, que luchaba por su libertad y su independencia, no se había sometido, sino que fatigado, aniquilado, descansaba para recobrar las fuerzas perdidas.

Los pueblos no retroceden nunca cuando luchan, no se reconocen vencidos, ni mucho menos impotentes, sino que todo lo más se detienen, reposan; pero cuando han recuperado la energía, cuando despiertan de nuevo, se lanzan otra vez a la lucha con más ardor que antes y son doblemente temibles.

Dos victorias de mucha importancia había conseguido el tristemente célebre gobernador, y había vuelto a Bruselas triunfante y orgulloso como nunca, creyendo que ya todo le sería fácil, porque los rebeldes habían agotado sus recursos y no contaban con medios para oponer la menor resistencia.

Sin escuchar contrarias opiniones, y con el afán de allegar recursos para pagar al ejérsito, impuso una nueva contribución, la conocida en España con el nombre de "alcabala", y que consistía en el pago del diez por ciento del valor de toda clase de mercancías que se vendiesen.

No era menester más que esto para consumar la ruina de la industria y del comercio en aquel desdichado país.

La orden produjo el efecto que era consiguiente; cerrándose todas las fábricas y tiendas, y ni aun donde comprar el preciso alimento encontraban los habitantes de Bruselas.

El aspecto de la ciudad infundía pavor.

Irritado el duque, acudió a sus recursos favoritos: mandó prender a diez y siete de los principales comerciantes, y juzgados inmediatamente por el Tribunal de la Sangre fueron condenados a morir en la horca como rebeldes.

En la plaza donde habían rodado las nobles cabezas de Egmont y de Hoorne, levantáronse cadalsos par aquellos infelices; pero antes de que se ejecutara la sentencia llegó la noticia de que los partidarios del príncipe de Orange se habían apoderado de la ciudad de Briel, en la isla de Worn.

El golpe no podía ser más terrible.

Aturdido el de Alba, y sintiendo el miedo por primera vez en su vida, puso en libertad a los presos y revocó sus órdenes, suspendiéndose el cobro del nuevo impuesto.

Empero ya era demasiado tarde.

La victoria alcanzada por el reducido ejército del príncipe, debía ser el principio de la fundación de la república de las provincias unidas.

Con razón dió el de Alba importancia grandísima al suceso, porque inmediatamente todas las ciudades de la elanda, excepto Middelburgo, abrieron sus puertas a los soldados de la libertad.

El movimiento cundió con rapidez, y en breve el príncipe de Orange fué proclamado Statuder de Holanda, Zelanda, Frisia y Utrecht.

La lucha que entonces principió no podía ser más desigual.

Un pueblo de mercaderes que ocupaba un pequeño espacio de tierra en medio del mar tuvo sobrado valor para resistir a las numerosas escuadras y a los aguerridos ejércitos del monarca más poderoso, que, además, disponía de las riquezas inmensas del Nuevo Mundo.

Empero el entusiasmo y la fé compensaban la falta de fuerza material.

Los partidarios de la reforma de Francia, Inglaterra y Alemania enviaron socorros a los atrevidos rebeldes.

Ya no era una insurreción lo que había que combatir, sino que era preciso sostener una guerra.

Los primeros golpes del príncipe fueron felicísimos, pues el duque de Medinaceli, que fué a batirlos con una escuadra de cincuenta buques, se vió atacado de improviso y fue derrotado, perdiendo la mitad de la flota.

Poco después se apoderaron de otros veinte navíos cargados de artillería y municiones, y al duque de Alba no le quedó más consuelo que el de asesinar casi en masa a los habitantes de Naercen y de Harlem.

Estas fueron sus últimas hazañas, porque el rey lo llamó, nombrando en su lugar al noble Requeséns, que murió de pesadumbre después de haber sufrido muchos reveses, y ver al ejército insurreccionado porque no se le pagaba.

Estas sublevaciones dieron ocasión al príncipe de Orange para extender sus conquistas, y en tres o cuatro años la nueva república tuvo el dominio sobre muchas provincias y contó con grandes recursos para continuar la guerra, pues a pesar de ésta, con sus instituciones liberales empezó a florecer nuevamente la industria y el comercio.

Después de Requeséns fué nombrado don Juan de Austria.

Imposible parece que un puñado de hombres resistieran por tanto tiempo al inmenso poderío de Felipe II, del gran rey que hacía temblar a toda Europa.

¿Cómo pudo suceder esto?

Parece inexplicable y casi inconcebible, y sin embargo, es verdad.

Y aquel pueblo heroico, siempre al grito de patria y libertad, siguió luchando

Y la lucha duró el largo período de ochenta años.

Pero triunfaron al fin; conquistaron su independencia, y marchando a la par que los más civilizados, tenemos hoy, ¡triste es decirlo!, que envidiarles mucho: si tenemos que envidiarles nosotros, entonces dueños de una gran parte del mundo; nosotros, que hemos podido disponer de los fabulosos tesoros de América, ¡nosotros, a pesar de nuestra gloriosa historia, de nuestro valor y de nuestro prestigio.

Sobre este punto podríamos entrar en muy graves consideraciones, y en cuanto a señalar la causa que ha producido tan tristes efectos, sería muy fácil; pero no es esta ocasión oportuna, ni por muchas razones debemos ahora decir todo lo que sentimos.

Tal era el estado en que se encontraban los Países Bajos cuando reanudamos el hilo de la presente historia.

En cuanto a los personajes que nos interesan, daremos también algunas noticias.

Esteban había representado un importante papel a las órdenes del príncipe de Orange, y una vez fundada la república de las provincias unidas, se estableció en ella, como todos los que habían buscado la vida en la emigración, y se casó con María dedicándose al cuidado de sus intereses y de sus hijos cuando no tenía que ir a pelear contra los españoles.

Allí también fué a parar maese Guillermo, a quien el príncipe recompensó largamente, reparando en poco tiempo las pérdidas que había sufrido por favorecer a Martín.

Este y doña Inés permanecían en Francia, donde también se encontraban doña Luz y Raúl de Lancaste.

Nicasia vivía con ellos, y con cuanta frecuencia les era posible se comunicaban con don Juan de Santisteban y doña Margarita, con el anciano sacerdote y con Jorge, que había concluído por hacerse fraile, si bien, en otro convento, pues antes de profesar había solicitado y obtenido entrar en el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

El comendador Quiñones aun vivía; pero tan achacoso y falto de fuerzas que apenas salía de su casa ni se comunicaba con nadie.

¿Qué había sido de Andrés?

Antes de decirlo hemos de ocuparnos de otra persona de mucho interés, de la desgraciada reina doña Isabel de la Paz.

El príncipe don Carlos, como todos temían, fué preso, y murió después de algunos meses, sin que aun se haya puesto en claro aquella misteriosa desgracia.

El carácter de Felipe II se hizo desde entonces mucho más sombrío de lo que era.

Su desdichada esposa sucumbió también a los cinco meses de haber muerto don Carlos, y aunque algunos historiadores indican ciertas sospechas sobre la temprana muerte de doña Isabel, ni se ha probado nada, ni encontrado motivo para acoger las suposiciones que sobre este punto se han hecho.

Felipe II volvió a casarse.

Cuando su nueva esposa llegó a Madrid, se le hizo un recibimiento magnífico, que dió lugar a un suceso, que para muchos fué de grandísima importancia.

El monarca y su esposa entraron en Madrid por la Puerta del Sol, y siguieron hacia la de Guadalajara, que era el camino de palacio.

Al llegar al sitio llamado de las Platerías,

donde el gremio de plateros había desplegado un lujo fabuloso en el adorno de las fachadas de sus casas, los presos de la cárcel, que, como ya hemos dicho, estaba situada junto a la iglesia de San Miguel, empezaron a gritar que se les perdonase.

La reina quiso entrar haciendo beneficios para conquistar el amor del pueblo.

Mostrosé condolida, y una palabra suya fué suficiente para que Felipe II mandase poner en libertad aquel mismo día a cuantos presos encerraba la cárcel.

Si entonces hubiera pensado que se encontraba allí Andrés, de seguro no habría sido el perdón general y sin condiciones.

Hasta entonces, no sabemos por qué, en los días de mal humor de Felipe II no le había ocurrido mandar que ahorcasen al antiguo alférez, y se había contentado con dejarlo en su calabozo, como si se olvidase de él; pero una cosa era concederle la vida y otra la libertad, porque Andrés era dueño de secretos demasiado importantes.

He aquí cómo se salvó cuando menos lo esperaba.

El mismo suceso dió ocasión para que Fernán, a quien no habrán olvidado nuestros lectores, recobrase la libertad, obteniendo la misma gracia el inocente Pedro.

La codiciosa dueña había muerto y, por consiguiente, no tuvo necesidad de otro perdón que el de la justicia divina.

Del hijo de doña Luz nada podemos decir, porque nada sabemos. Jorge, lo mismo que don Juan y su sirviente, habían seguido buscando a la inocente criatura; pero nada debieron conseguir, puesto que nada habían dicho a Raúl ni al hijo de Nicasia.

Tal era la situación de todos ellos, y si de alguno nos olvidamos, lo encontraremos bien pronto al referir los sucesos con que terminó la historia que nos ocupa.

Capítulo II

UN PERSONAJE MISTERIOSO

Habían transcurrido quince años.

La corte no había cambiado oficialmente de residencia; pero de hecho puede decirse que estaba en El Escorial, porque allí pasaba Felipe II muchos meses entregado a las maquinaciones de su tenebrosa política, y a los espantosos recuerdos que empezaban a despertar su conciencia, siendo más vivos cuanto más tiempo pasaba, en vez de borrarse de su memoria.

Ya dijimos en el capítulo anterior que el carácter del monarca se había hecho mucho más sombrío, y esto consistía en que entonces empezaba ya a abrigar algunas dudas sobre si habría obrado bien o mal al sacrificar todo a la razón de Estado ahogando hasta los sentimientos de su corazón de padre.

¿Le era lícito haber vertido la sangre que en tanta abundancia había corrido y aun corría en los Países Bajos?

¿Había sido justo sacrificar tanta víctima al éxito de sus planes?

Estas y otras preguntas se hacía continuamente, sin acertar a darse contestación, y sin que tampoco se atrevieran a dársela los sacerdotes a quienes había consultado.

Algunas veces también abrigaba dudas sobre si lo que él hacía para engrandecimiento de la patria no era su propia ambición y en provecho de su engrandecimiento propio.

La conciencia atormentaba ya a Felipe II, si bien no quería reconocer que lo que le hacía sufrir era el remordimiento de su conciencia.

Su salud se había quebrantado notablemente; pasaba algunos días postrado en el lecho y se le veía enflaquecer, consumirse lentamente aquella materia, como si la devorase su espíritu.

La ciencia se había reconocido impotente para combatir el extraño mal, y en breve plazo no debía quedar de aquel gigante más que el alma, solamente el alma para sufrir.

Con el afán del sediento que busca el agua, acercábase cuanto le era posible al Omnipotente, como si así hubiera de librarse del terrible castigo de la justicia divina.

Esto lo hacía Felipe II sin darse él mismo cuenta de ello.

Aun hoy día, después de tres siglos no hay más que penetrar en el interior de aquel monasterio para comprenderlo así.

Parece que todavía recorre aquellas sombrías bóvedas el espíritu del gran tirano.

Al encontrarse uno en el estrecho recinto que le servía de dormitorio y donde exhaló el último aliento, se adivina que allí moraba el hombre afanoso de acercarse a Dios.

¡Pobre debilidad humana!

¿No había pensado Felipe II que Dios se encuentra en todas partes, y que el camino de la salvación eterna no es precisamente el templo, sino las virtudes?

Esto lo sabía sobradamente; pero estaba trastornado por el tormeno de su conciencia que es el más espantoso de todos los tormentos.

Nunca es el arrepentimiento tardío para alcanzar el divino perdón; pero si suele serlo para remediar los males que se han causado.

No, nunca es tardío para salvarse; pero ¡cuánto hace sufrir!

El que reconoce el mal quisiera anular el tiempo, quisiera que todo lo que ha pasado hubiese sido un sueño.

Empero no basta su voluntad, y la impotencia para deshacer lo hecho produce, no solamente el dolor, sino hasta la desesperación más espantosa.

No queremos decir que ya se había arrepentido FelipeII, ni mucho menos que estuviera dispuesto a cambiar de conducta; no esto no podía suceder mientras ardiese en su alma la pasión del orgullo; pero sucedería en los últimos momentos, y entretanto debía sufrir como pocos han sufrido.

Estamos en los últimos días de agosto.

Un mes hacía que en los alrededores del monasterio se veía constantemente a una mujer, que podría tener cuarenta años, y que por su ropaje parecía ser una mendiga.

Sin embargo, a nadie pedía limosna.

Situábase unas veces en cualquiera de los rincones del templo, desde donde podía ver una buena parte del coro, y otras vagaba por las cercanías de la extensa huerta.

Próximamente se publicará en PUCKY las nuevas y extraordinarias aventuras de

SEXTON BLAKE

PERDIDOS EN LA LEGION

Su rostro estaba siempre pálido, y observándola atentamente se veía en él la expresión del contínuo sufrimiento y las inequívocas señales del llanto.

¿Quién era?

Nadie lo sabía, si bien es verdad que había conseguido que nadie fijase en ella la atención.

¿Qué quería?

Imposible hubiera sido adivinarlo.

Cuando vagaba por los alrededores de la huerta, su mirada se fijaba afanosamente en uno y otro lado, hasta que salían del monasterio los novicios que iban a pasear bajo la custodia de algunos frailes.

Entonces la pobre mujer fijaba una mirada ardiente, de mortal angustia y de indescriptible avidez, en uno de aquellos jóvenes destinados al servicio de Dios, y permanecía inmóvil hasta que el grupo desaparecía.

Según la dirección que tomaban los religiosos, así ella esperaba hasta que éstos volvían, o se colocaba en otro sitio desde donde podía verlos por segunda vez.

En la iglesia hacía lo mismo, de modo que no podía dudarse de que el joven novicio era el objeto de su extraña conducta.

Por casualidad, uno de los frailes fijó en ella su atención una vez, y como la viese también al otro día y luego muchos y siempre haciendo lo mismo, acabó por decirse:

—Es extraño... si pidiera limosna, no había nada sorprendente.

Cuando esto pensó el fraile, que debía ser muy curioso, se puso en observación sin decir a sus hermanos una sola palabra, porque no quería que otros hiciesen las deducciones que él había empezado a hacer.

El día en que estamos, resuelto sin duda el reverendo padre a poner en claro sus dudas, buscó a la pobre mujer en los alrededores de la huerta y no la perdió de vista en toda la tarde.

Púsose el sol y los novicios volvieron al monasterio.

La mujer se encontraba medio oculta entre unos matorrales y se disponía a retirarse también; pero en aquel momento se le presentó el fraile curioso y le dijo:

—Esperad, hermana.

Ella lo miró recelosamente.

Nada respondió, y después de algunos instantes dió un paso para alejarse.

El reverendo, que era de elevada estatura y formas atléticas, puso una mano sobre la espalda de la mujer, repitiendo:

—Esperad os digo y perdonad.

Y sus negros y expresivos ojos fijaron en ella una mirada escudriñadora.

Un fraile en aquel sitio era un señor absoluto a quien no habia más que obedecer.

La mujer obedeció; pero tampoco entonces pronunció una palabra, sino que miró otra vez con expresión de miedo al que de aquel modo la detenía.

—Tranquilizaos — añadió el reverendo después de una breve pausa, — que no pienso haceros ningún mal, sino probablemente algún beneficio.

—No necesito nada — respondió al fin ella. — Si me habéis tomado por una mendiga, os equivocáis, porque a Dios gracias cuento con recursos para vivir, aunque humildemente, con lo cual estoy satisfecha.

—Ya sé — repuso el fraile — que no pedís limosna; os observo hace muchos días y sé a qué atenerme con respecto a vos.

—¡Qué me observáis! — murmuró ella estremeciéndose.

—Sí; pero no tengáis cuidado, ya os lo he dicho.

—¿Qué queréis de mí?

—Primeramente saber quien sois.

—No os importa — se atrevió a decir la mujer.

—Si no me importase no lo preguntaría, y el averiguarlo me es muy fácil.

—¿Y si yo me niego a deciros mi nombre?

—¡Bah! — repuso el fraile con calma y desplegando una sonrisa. — Sin duda no tenéis conocimiento de las cosas del mundo. Estando aquí, como estáis ahora, no tengo más que querer, para que dentro de algunos minutos os encierren, y para obligaros a declarar cuanto deseo me basta con revelar al superior mis observaciones sobre vuestra conducta.

—¡Ah! — exclamó la pobre mujer poseída de terror y extendiendo los brazos con ademán suplicante. — No lo haréis, padre mío, no, porque tendréis compasión de mí. Ningún crimen he cometido, os lo juro por Dios que nos escucha: al contrario, sufro mucho, porque soy víctima de un engaño infame.

A favor de la escasa claridad de los resplandores del crepúsculo, pudo verse cómo la frente del religioso se contraía.

—¡Qué sufrís, que os han engañado!... ¿Y qué tiene que ver nuestra comunidad con nada de eso? ¿Qué tienen que ver los novicios, a quien tan cuidadosamente buscáis y espiáis, a todas horas? Si fueseis una mujer joven y bella, me lo explicaría suponiendo que habiais sido víctima de algún amoroso desengaño, y que el culpable era uno de los jóvenes que se preparan para pronunciar los sagrados votos; pero esto no puede ser, y, por consiguiente, vuestra conducta es incomprensible.

—No, no he recibido ningún amoroso desengaño.

—¿Por qué, pues, buscáis con tanto afan a los novicios?

—Padre — balbuceó la pobre mujer, cuya turbación crecía por momentos, — padre mío...

—Explicaos.

—¡Ah!... En nombre de Dios, tened lástima de mí...

—Ningún mal pienso haceros.

—Dejadme...

—No.

—Os lo suplico por lo que más améis — exclamó la infeliz dejándose caer de rodillas.

—Levantaos.

—¡Tened piedad de mí!...

—Sea cualquiera la causa de vuestros sufrimientos, yo os ofrezco mi ayuda.

—Sólo Dios puede ayudarme.

—Venid — repuso el fraile, asiéndola por un brazo y obligándola a ponerse en pie.

Sin duda lo que ella más temía era entrar

en explicaciones con los individuos de la comunidad.

Su terror pareció hacerse más profundo.

Volvió a suplicar con desgarrador acento.

El llanto corrió en abundancia por sus mejillas.

Pero de nada sirvieron sus lágrimas ni sus ruegos conmovedores.

El fraile permaneció impasible, insistiendo en exigir explicaciones, y prometiendo una y otra vez una protección, que para la desdichada debía ser muy sospechosa.

—Dejadme — dijo por último la pobre mujer; — dejadme y os prometo que no volveréis a verme por estos alrededores.

—Es precisamente lo contrario de lo que yo me propongo.

—Al venir aquí no hago más que satisfacer los deseos de mi corazón y cumplir un deber.

—Sea lo que quiera, ello es preciso que yo lo sepa todo.

—¡Dios mío!...

—Y si para cumplir ese deber necesitáis mi protección, la tendréis.

La mujer volvió a mirar atentamente el rostro del fraile; pero la oscuridad no le permitió observarlo como hubiera querido

¿Por qué aquel hombre le ofrecía protección sin conocerla?

Esto no podía tener otro fin que el de obligarla a que hablase, y creyéndolo así, apeló la desgraciada a todos los medios imaginables para que se le permitiera irse.

Pero fué en vano.

El religioso cuando no encontraba otras razones, la amenazaba con llevarla al monasterio y dar parte de todo al superior y aun al mismo rey.

Esta amenaza producía en la pobre mujer un efecto inexplicable.

En sus ademanes y en sus palabras dejaba ver su profundo terror, y había momentos en que se retorcía los brazos desesperadamente.

—Nada conseguiréis, ya lo estáis viendo — dijo por último el fraile. — Seguidme, porque en este sitio no estamos bien. y si nos observan, yo mismo no podré favoreceros a pesar de mi buena voluntad

Era forzoso obedecer.

—¿Adónde me lleváis?

—Al monasterio.

—¡Ah!...

—No os verá nadie... Venid.

Favorecidos por las tinieblas se encaminaron hacia el sombrío edificio.

A medida que se acercaban los miembros de la mujer se agitaban convulsivamente.

A pesar de las reiteradas promesas del religioso, ella no tenía confianza ninguna, y en vez de tranquilizarse sentíase cada vez más poseída de terror.

El fraile no volvió a pronunciar una palabra.

Al cabo de diez minutos llegaron al monasterio, entrando sin ser vistos de nadie.

—Ahora — dijo el fraile en voz muy baja,

Y atravesaron solitarias galerías, oscuros patios y extensas habitaciones, caminando unas veces a favor de la luz de alguna lámpara o farol y otras en medio de la más completa oscuridad.

La mujer seguía temblando y andaba maquinalmente, sin atreverse a pronunciar una palabra.

Lo que le sucedía parecíale un sueño.

Miraba a su alrededor con asombro, y cuando pasaban cerca de alguna luz, hacía lo posible por examinar el rostro del fraile.

Este aparentaba no advertir semejantes observaciones.

Daba muestras de estar muy preocupado, y caminaba con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Más de un cuarto de hora anduvieron en distintas direcciones.

Detuviéronse al fin.

El religioso abrió una puerta, haciendo a la mujer una seña para que entrase.

Ella obedeció, lo mismo que hasta entonces, sin darse cuenta de lo que hacía.

Encontráronse en una celda.

¿Para qué la llevaba allí el misterioso fraile?

No era posible adivinarlo.

Capítulo III

EXPLICACIONES

Sentóse el fraile, haciendo sentar a la mujer y diciendo:

—Ahora podéis hablar con todo descuido, y no olvidéis que si algo me ocultáis o intentáis engañarme, cumpliré mi amenaza.

Debemos advertir que la mujer que nos ocupa parecía ser bastante cándida, o por lo menos demasiado sencilla.

En su semblante revelaba que tenía buen corazón; pero su inteligencia debía ser muy escasa.

De otro modo no se hubiera aturdido tanto y quizá hubiera conseguido librarse de las exigencias del reverendo.

Al primer golper de vista, comprendíase por sus maneras que no era persona de distinción, sino poco más o menos lo que representaba su exterior vulgar y miserable.

El religioso la contempló cuidadosamente, como si aun quisiera convencerse más y más de que no se había equivocado en sus apreciaciones, y después de algunos segundos, dijo:

—¿Estáis dispuesta a responderme?

—Sí — contestó la pobre mujer, que seguía temblando convulsivamente.

—Sin duda buscábais a un individuo de la comunidad.

—No os equivocáis.

—¿Quién es?

—Un novicio.

—¿Su nombre?

—Padre mío — repuso ella con acento angustioso, — de vuestra buena fe depende quizá la suerte de una infeliz criatura, perseguida por la desgracia desde el momento que nació. Si se tratara solamente de mí, no me veríais vacilar, porque la vida me importa bien poco o nada.

—Os he prometido favoreceros; os lo juro a condición de que no tratéis de hacer mal a nadie, sino solamente de cumplir un deber en beneficio de un desgraciado.

—No, no pienso hacer mal a persona alguna.

—Dejad, pues, observaciones que no sirven más que para hacernos perder el tiempo.

—Es que pronunciar el nombre de ese novicio es tal vez sentenciarlo a morir.

—Tranquilizaos.

—¡Ah!...

—Ya os escucho; el tiempo vuela... Responded.

—Raúl — murmuró la mujer, haciendo un sobrenatural esfuerzo para pronunciar esta palabra.

Y luego fijó una mirada de mortal angustia en el fraile.

Este murmuró:

—¡Raúl!... Uno solo hay de ese nombre... Decid su apellido.

—No lo tiene.

—¡Que no lo tiene!...

—No.

—Me angañáis.

—Padre mío...

—¿Cómo se llama el padre de ese mancebo?

—Matadme — replicó la infeliz mujer con acento de firme resolución; — matadme pero no diré una sola palabra más sobre la familia del desgraciado a quien amo como si fuera mi hijo, y a quien busco tan afanosamente.

—¡Que lo buscáis!... No, puesto que sabéis dónde se encuentra y lo veis todos los días más de una vez.

—Quiero hablarle sin testigos, y esto me es imposible.

—¿Y qué fin os proponé?

—Revelarle su historia.

—¡Oh!...

—Algún día lo separarán del mundo los votos que debe pronunciar, y antes que esto suceda es preciso que sepa quién es y que determine sobre su suerte, porque así no seré yo responsable de su porvenir.

Lo que aquella mujer decía no podía ser más extraño.

El fraile la miró con profunda sorpresa.

Efectivamente, el novicio llamado Raúl, era en la comunidad un personaje misterioso. Sólo el prior sabía por quién estaba protegido el joven.

Se le vigilaba cuidadosamente, y no podía llegar hasta él carta ni aviso alguno sin conocimiento del superior.

Todo esto, como era consiguiente, había dado lugar a muchos comentarios y a que se intentasen averiguaciones.

Pero el afán de los curiosos quedó sin satisfacer, y pasado algún tiempo hubieron de resignarse a ignorarlo todo, y aun respetaron aquel secreto, porque sin saber cómo, salió de los labios de alguno el nombre del monarca.

El atrevido fraile no pudo contener un estremecimiento.

Tal vez iba a saber mucho más de lo que sabía el prior; tal vez iba a descubrir uno de esos secretos que son un peligro de muerte para el que los conoce.

Empero ya era tarde para retroceder, y además el fraile no parecía ser hombre que se acobardara fácilmente.

Decidió, pues, seguir adelante, y dijo:

—Las circunstancias de ese novicio no se parecen a las de ninguno

—No, no deben parecerse.

—Llegad a la portería, preguntad por él, no más que preguntar, y será bastante para que os consideren sospechosa y os encierren.

—Lo sé, y por eso no he podido hablarle.

—¿Y esperáis que os favorezca una casualidad?

—Sí.

—Perderéis el tiempo, porque nada conseguiréis sino cuando haya profesado; es decir, cuando ya sea tarde para que decida en vista de vuestras revelaciones.

—Empiezo a perder la esperanza...

—Veréis a Raúl, hablaréis con él...

—¡Ah!...

—Sí, conseguiréis lo que deseáis, porque cumpliré mi promesa y os ayudaré.

—¡Gracias, padre mío! — exclamó la mujer, tomando la diestra del sacerdote y besándola respetuosamente.

—¿Vais teniendo confianza en mí?

—Si hacéis de modo que yo pueda hablar con mi querido Raúl, no dudaré que Dios ha escuchado mis súplicas y sois un ángel que me envía para salvar tal vez de la más espantosa desgracia a esa inocente criatura.

—Aun dudáis, ya lo veo — repuso el fraile con calma; — pero no importa, os probaré que soy vuestro mejor amigo, y que tanto como voz me intereso por la suerte de Raúl, a cuyo padre me unen lazos de la más estrecha amistad.

La mujer abrió desmesuradamente los ojos y miró al reverendo sin acertar a pronunciar una palabra.

¡Un amigo del padre de Raúl!

¿Cómo era posible que nadie asegurase esto sin que ella hiciese ciertas revelaciones sobre el nacimiento del novicio?

La buena mujer, en su escasa inteligencia, no le ocurrió pensar que muchas veces se adivina lo que más se oculta, y tanto es esto así, que ya en otra ocasión le había sucedido lo mismo, lo cual fué causa de que el joven entrase en el monasterio, sin que él mismo supiera decir con claridad cómo esto podía haber sucedido.

—Os sorprendéis — añadió el fraile, — y no lo extraño, porque ni me conocéis ni estáis en antecedentes de ciertos sucesos de mucha importancia de la vida de Raúl.

—Lo que decís es imposible, debéis equivocaros...

—No.

—Sin duda habéis creído...

—Vos no sois la madre de ese mancebo.

—No.

—Sois su nodriza...

—¡Ah!...

—Lo habéis criado secretamente desde la noche en que su padre lo puso en vuestras manos.

La pobre mujer guardó silencio.

Estaba completamente aturdida.

El fraile, como quien está seguro de lo que dice, añadió:

—Raúl de Lancaste os entregó una criatura hace diez y seis años. La misma noche que esto sucedió, tuvo que salir precipitadamente de la corte...

(Continuará)

Los Secretos de una Gran Ciudad

Intenso romance de aventura, de intriga, de sacrificio y de heroismo, escrito

Por HAL SIDNEY

Autor de "Detrás de la Puerta Cerrada"

(Continuación)

TODO está a nuestro favor, señorita Marjorie! — exclamó Jack. ¡Señor! ¡Estoy tan nervioso y tan intranquilo, que creo que no voy a dormir ni un minuto, ...sar de lo cansado que estoy, esperando ...omento de ver proclamada su inocencia!
...la mañana siguiente, después de tomar ...sayuno, Jack y Cartwright partieron pa... ...ondres.
...Me hubiera gustado que hubiese usted ...do con nosotros, señor, — dijo Jack. — ... comprendo que no sería prudente. A ...l le conocen como Jim Strange. Y si la ...ula no resulta lo que esperamos... ¡De ...s modos me siento profeta y estoy ple...ente convencido de que de esta hecha la ...sta acusación se disipará como humo que ...eva el viento!
... y Cartwright llegaron a tiempo a la ofi... de policía de Westminster. Acompaña... del inspector jefe y del sargento se di...ron en automóvil a la compañía cinema...áfica de la calle Wardwer.
...La película se ha desarrollado e impre...n excelentes condiciones, — díjoles el ...nte del establcimiento mientras les acom...ba al salón de exhibiciones privadas, ...do en el último piso del vasto edificio. ...Ahora podrán ustedes apreciarlo prácti...ente.
... apagó la luz, Jack se estremeció nervio... ...La expectativa le tenía vibrante. La pe...a que él había logrado salvar de la casa ...ndiada empezó a ser proyectada en la ...alla. No era una fotografía clara y ar...ca como las que se exhiban en los salo... públicos, pero presentaba las imágenes ...aceptable nitidez. Sin duda, aun cuando solo un aficionado, el señor Viziard era hombre hábil.

Fué una repetición de los acontecimientos acaecidos durante la noche de la tragedia lo que empezó a presentarse en la blanca pantalla.

Jack miraba conteniendo el aliento. La emoción que sentía era intensísima.

La primera escena era muy dramática. En ella aparecía el anciano Viziard, con su traje característico y su gorrito redondo, haciendo frente — y apuntándoles con el revólver — a dos hombres, en la conocida habitación de su ya desaparecida casa. Uno de los hombres era Jackman, — se le reconocía aunque estaba algo disfrazado; — el otro era el de los extraños ojos sin vida ni brillo.

—¡Sanquar! ¡Ya sabía yo que era Sanquar! — murmuró Jack sin dejar de mirar.

Algo debía haber hecho que Viziard desconfiara repentinamente de sus visitantes. Había sacado el revólver, — que siempre tenía al alcance de la mano, — y en el mismo momento había pisado el resorte poniendo en acción su aparato fotográfico para que tomara la imagen del rostro de los dos hombres.

En el fondo, por la abierta puerta del escritorio, — se veían los grupos de figuras de cera de la galería que parecían observar lo que pasaba.

Durante varios segundos, mientras el aparato proyector producía su característico aleteo, las actitudes de los tres hombres no variaron casi nada. Se comprendía que a los dos visitantes les había sorprendido la rapidez con que su presunta víctima les había hecho frente.

Entonces, de improviso, mientras seguía

corriendo la película, el público, — que observaba con jadeante interés dándose cuenta de que presenciaba una verdadera escena de tragedia y no una representación, de que aquello no era teatro sino la vida misma, — vió que el ciego se dirigía cautelosamente hacia la puerta. Furtivamente su mano llegó al marco de la puerta. Se vió que los dedos buscaban la llave de la luz eléctrica.

Un instante después la vista se oscureció por completo. El ciego había apagado la luz.

Después, en mitad de la obscuridad, se vió un chorro de luz como si entre las sombras, Viziard hubiera disparado un tiro con su revólver. Siguió a este un instante de oscuridad. Sólo un brevísimo momento distinguió Jack dos tenues puntos de luz que reconoció como el resplandor de los ojos de Sanquar, que brillaban en lo oscuro como los de un gato.

A Jack la angustia de la expectativa le resultaba casi insoportable. Miraba hacia la pantalla abriendo mucho los ojos mientras la máquina proyectora continuaba su isócrono aleteo.

¿Qué había sucedido en la oscuridad de aquella habitación durante los momentos en que la película no había recibido impresión?

Volvió la luz. Se vió en el lienzo al otro hombre, — a Jackman, — de pie junto a la llave de la luz que debía haber movido en aquel mismo momento. El ciego estaba al lado del caído cuerpo de Viziard y tenía en la mano el arma con que había herido al anciano en la obscuridad; una corta y pesada cachiporra.

Para Jack era demasiado horrible aquella escena. Le impresionaba cruelmente el contemplar, — así repetido, — el acto de la muerte del anciano Viziard, a quien tanto había querido. Durante unos segundos el muchacho se estremeció, conmovido por los escalofríos que le causaba aquella lúgubre representación.

Se comprendió que fué casi al mismo tiempo que se desarrollaban esos sucesos, cuando Jim Strange llamó a la puerta de la casa.

Porque en el momento en que se inclinaban para mirar al caído se estremecieron y, — por su actitud, — se comprendió que escuchaban. Después tomaron al muerto entre los dos y salieron precipitadamente del escritorio llevándoselo.

Durante un tiempo — que pareció mucho, pero que sólo debió ser unos segundos, — la película no mostró nada más que el solitario interior del escritorio. Después entró Jackman muy nervioso al parecer, y después de él Jim Strange.

La cámara invisible que debía funcionar sin ruido ninguno, — debido tal vez a algún perfeccionamiento del mismo Viziard — pues de otro modo hubiese denunciado su presencia a la suspicacia de los culpables cuyo crimen iba historiando gráficamente, presentó la breve escena entre Jim Strange y Jackman

—Jim Strange había ido a ver al señor Viviard porque el anciano necesitaba un chauffeur y se lo habían recomendado. Pero Jim Strange no llegó a ver al señor Viziard. Y cuando le recibió Jackman creyó que le recibía el mismo Viziard, — explicó Jack rápidamente, al inspector.

En la película, Jackman mostrábase c vez más nervioso, Durante su conversa con Jim estuvo constantemente escucha si llegaba algún ruido del exterior de la bitación. Después, de pronto, se puso b camente de pie y salió del escritorio, de do solo a Jim Strange.

Al cabo de unos momentos, Jim, cans de esperar, se levantó también y salió.

En ese punto terminaba lo interesante la película.

Duró unos minutos más, pero no ref más que el interior del cuarto. De pront cortó bruscamente la proyección. Hab terminado el rollo de película.

Se encendieron de nuevo las luces del sa de proyecciones.

—Bien, — dijo Jack al inspector con ronca y respiración jadeante, pues aun dominaba la emoción que le causara lo había visto. — ¿Cree usted todavía que Strange es culpable?

Durante un momento el inspector — p sativo — no contestó.

—¿Es usted el joven — dijo luego, de proviso — que ayudó a Jim Strange a e par, aquella noche? — y miró fijament muchacho. — No le reconocí anoche, pero ted es el vendedor de diarios que escon al fugitivo en su buhardilla, según lo dec un cochero. Y ese señor Strangways cuyo micilio es el mismo de usted, es Jim Stra ¿no es verdad?

La repentina, emocionante pregunta, enteramente atónito a Jack.

El inspector lanzó la carcajada al ver anonadado que había quedado el muchac

—No crea usted que le condeno porque quiera usted denunciar a su amigo, — d — Pero ha de saber que estoy enterado que es verdad lo que he dicho, así que no tome la molestia de tratar de negarlo. A che recibimos en la oficina una carta a nima (y después hemos comprobado la ve cidad de lo que decía) comunicándonos el Jim Strange, a quien se buscaba como tor de la muerte del anciano Viziard es Jim Strangways, propietario de la Granja Darkmere.

—¡Esa carta la debe haber enviado el go que es el verdadero culpable! — excla Jack.

Rápidamente relató la presentación de falsos policías a prender a Jim Stragways noches antes y como habían sabido que e dos cómplices de Sanquar y los habían b lado.

—Si esta película que acabamos de ver verdad (y no hay razón para dudar de no lo sea) arroja nueva luz sobre este as to, — dijo el inspector después de escuc el relato de Jack. — No creo que la pelíc sea una falsificación tanto más cuanto el ciego que en ella aparece es el mismo ya fotografía, asomado a una ventana de casa de la Granja de Darkmere, fué pres tada en la investigación de la muerte del d tor Marr. . .

—¿Se refiere usted a la fotografía magnesio en la que se ve la figura del d tor Marr en el suelo? ¡Si la sacamos el ñor Strangways y yo! — exclamó el m chacho.

—¡Ah! ¿También anduvo usted metido en ? ¡Para ser tan joven ha mostrado usted ın actividad últimamente! — dijo con una otada el inspector. — Esa fotografía ha culado por todas las oficinas de policía en radie de quince millas y prenderemos al mbre en cuanto nos sea posible hallarle.

Durante un momento, el inspector calló.

—Tenga usted la bondad — dijo después Jack, — de llevar un mensaje extraoficial, mi parte, al señor Stragways. Es un isejo de amigo. Dígale que lo mejor que ede hacer es presentarse voluntariamente. spués de lo que se ha visto en la película o que ni tendrá que molestarse en hablar su inocencia. Es al ciego a quien ahora iemos que buscar. Por lo tanto, en lo que refiere a su participación en el crimen. n Strange no será molestado.

OTRA VEZ EN LA GRANJA DE DARKMERE

Jim Strangways procedió inmediatamente acuerdo con la indicación del inspector. uella misma tarde fué a la oficina de Westnster y manifestó quien era.

El modo cómo le recibieron le permitió rse cuenta de que ya no tenía nada que ner.

Hubo que cumplir algunas formalidades. presentarse el acusado del delito la auridad policial encargada de la instrucción l sumario tuvo que manifestar que, en visde nuevas informaciones recibidas sobre caso era retirado el auto de prisión dictacontra el que, en el primer momento, se spechó culpable. Por último Jim Strangys se encontró finalmente libre de la soma que durante un tiempo habíase cernido enazadora sobre su existencia.

Para Marjorie constituyó el momento más iz de su vida aquel en que su esposo reesó con la nueva noticia.

La policía vigilaba estrechamente la tarna de Diminuto Tebbut con la esperanza lograr prender a Jackman, pero hasta ennces el cómplice del ciego no se había prentado en su vieja madriguera.

Jim y Jack habían llegado a una asombroconclusión. No tan solo porque el crimen que fuera víctima Viziard había sido cotido en la obscuridad — lo que, tal vez constituía una prueba concluyente. — sino r muchos otros detalles, uno de los cua-, y no el menor, era la forma en que Sanar habíase deslizado con tanta seguridad. tre las sombras, hacia el sitic donde Jack Cartwright estaban escondidos en la galería la casa de las figuras de cera la noche del cendio, se habían convencido de quo, aun ando Sanquar era ciego cuando le rodeaba luz, sus ojos extraños y lumionosos tenían misma propiedad que los ojos de los gatos veían en la oscuridad.

Semejante suposición explicaba muchas sas; no tenía — siendo así — nada de exaño que les hubiera visto en la oscura garía, que hubiera podido acercarse a ellos tropezar en todos los obstáculos que ha-a, de un modo que no le hubiese sido poble si no viera en lo obscuro.

Jim Strangways sabía que, aun cuando esos casos de nyctolapía — son escasos pero han sido comprobados por eminentes oftalmólogos, En las personas que poseen esa condición los ojos son tan sensibles que la pupila se cierra por completo en cuanto la hiere la luz, por tenue que sea, dando a la mirada el aspecto de la de un ciego, especialmente por su inmovilidad. En cambio, en la oscuridad el poder de tales ojos se intensifica de modo extraordinario.

En el momento en que apagó la luz del escritorio donde Viziard le había hecho frente apuntándole con el revólver, Sanquar había tenido a su víctima a su merced.

¡Un hombre que puede ver en la obscuridad tiene que ser un terrible y asombroso adversario!

—¡Es bueno que hayamos descubierto ese detalle porque ahora podemos comprender toda la astucia que será necesario poner en juego para arrinconar a semejante pillo. en sus secretas madrigueras de la Granja de Darkmere! —dijo Jim.

Para el día en que Jim Stragways se vió oficialmente libre de todo temor de ser detenido se había dispuesto una visita nocturna a la Granja de Darkmere de acuerdo con el superintendente Groom que estaba ardiendo en deseos de descubrir el misterio del cual había tenido, personalmente, tan explícita demostración.

Jim, Jack y Cartwright salieron para la pequeña población del condado de Essex llevando en el coche el bote desmontable.

Groom les esperaba en la oficina de policía con otro automóvil y un par de policemen que iban a acompañarle. Su propósito era allanar esa noche aquella casa misteriosa.

Jack fué primero, en el coche de la policía, al que habían transferido el bote. Jim Strangways y Cartwright se dirigieron a la casa donde se hallaba Rodman — que estaba casi repuesto y había expresado el deseo de acompañarlos para indicarles el sitio donde el doctor Marr había recibido el polpe que le dió la muerte.

Llegaron a la Granja de Darkmere diez minutos después que el primer automóvil.

La noche era oscura. No había luna. El parque estaba envuelto en sombras.

Dejaron el automóvil en el camino lateral y se dirigieron hacia la casa por entre los árboles.

Los tres hallábanse a mitad de camino cuando se detuvieron a un tiempo y de improviso.

—¿Qué ha sido eso? — murmuró Jim con voz que le temblaba de emoción.

De la obscuridad, del silencio profundo de la noche un grito desesperado había llegado hasta ellos... Un grito tan terrible que pareció helarles la sangre en las venas.

¿De dónde procedía aquél horrible grito?

EN LA TRAMPA

Cuando se oyó aquel terrible grito en el silencio de la noche, Strangways, Rodman y Cartwright, corrieron instintivamente hacia el sitio de donde el grito había partido.

No llevaban luz mientras cruzaban el parque de la Granja de Darkmere, envuelto en

las sombras de la noche, porque no querían que les distinguiera alguno de sus enemigos que estuviera vigilando, pero cuando se oyó aquel horrible grito, Jim Strangways encendió su linterna eléctrica de bolsillo y corrió el primero, guiando a sus compañeros.

El largo y movedizo haz de luz, pasando por entre los árboles les permitió distinguir, a la distancia, la figura de una mujer, tirada en el suelo, inmóvil, en un pequeño espacio en el que no había árboles. ¿Había sido ella quien había gritado?

Cartwright consideró que, dadas las dificultades del terreno, le convenía no correr demasiado de prisa pero, como se hallaba muy atrás, precipitó la marcha, tan aturdido en su apresuramiento, que tropezó con la raíz de un árbol que sobresalía del suelo y cayó.

Instintivamente, Cartwright, al caer, tendió los brazos y gracias a esto su tropezón no le costó más que rasparse algo las palmas de las manos.

Mientras tanto y cuando Cartwright se había puesto de pie otra vez, Jim Strangways y Rodman habían llegado al sitio donde se veía tendida a la mujer, en el suelo.

Cartwright pudo ver cómo los dos hombres corrían y se inclinaba a examinar a la mujer. Lo que sucedió después no lo entendió casi. La lámpara de Jim se apagó de improviso y la oscuridad envolvió toda la escena.

En medio de la oscuridad oyó un grito ahogado. Después reinó el más completo silencio.

Un rápido temor se apoderó de Cartwright, que siguió avanzando.

Al dar el tropezón se le había caído la linterna eléctrica que llevaba y no era momento de buscarla entre la hojarasca del suelo. Pero en el momento en que llegó al sitio donde había visto antes a sus dos amigos, se detuvo y encendió un fósforo.

La pequeña luz brilló un instante. Con grandísimo asombro Cartwright se dió cuenta de que allí no se veía ni rastro de Jim ni de Rodman. ¡El claro del bosque estaba vacío!

La figura de mujer que había estado allí también había desaparecido. ¿Qué significaba aquello?

Cartwright permaneció quieto, escuchando atentamente. No se oía nada. Sin embargo, si Jim Strangways y Rodman habían seguido avanzando ya fuera sosteniendo o llevando a la mujer, debía haberse oído el rumor de sus pasos.

Además, — en ese caso, — también debía distinguirse la luz de la linterna de Jim, aquella luz que se había apagado tan inesperadamente en el mismo momento en que oía el ahogado grito.

¡Pero que podía haber sucedido!

Entonces, mientras permanecía allí, parado, perplejo, lleno de vagos temores, un pequeño ruido que se produjo a sus espaldas un ruido casi imperceptible pero que no escapó a sus sobrexaltados sentidos, hizo que Cartwright se volviera rápidamente y viera ante él los dos ojos relucientes que tan bien conocía.

¡Eran los ojos de Sanquar, del hombre que había planeado su muerte de manera horrible, la muerte de Cartwright y Jack en la galería de figuras de cera, el hombre que podía ver en la oscuridad!

Percatándose instantáneamente del peligro que corría, Cartwrigha avanzó lanzando hacia aquellos dos ojos un terrible golpe de boxeo. Pero en aquella oscuridad, — pues la luz de las estrellas no lograba llegar a disipar ni aun remotamente las tinieblas que reinaban bajo los árboles, — no tenía probabilidades de distinguir a su antagonista. Su golpe dió en el aire. Un instante después se sintió sujeto. Dos poderosos brazos le apretaban los suyos junto al cuerpo.

Cartwright luchó con desesperación, pero tomado, — como lo había sido, — en situación desventajosa, no podía hacer casi nada.

Con toda su voz gritó pidiendo socorro esperando llamar la atención de los de la policía que habían llegado un poco antes a la Granja de Darkmere.

—¡Socorro! ¡Aquí, en el bosque! ¡Compañeros de Strangways! — gritó Cartwright.

Un instante después, mientras seguía forcejeando en vano por librarse de su contrario, Cartwright oyó un grito que contestaba al suyo y rumor de pisadas que se acercaban. Entre los árboles, distinguió el resplandor de una luz que se aproximaba.

Sanquar oyó también. Se dió cuenta de que con la llegada de la luz se encontraría ciego de nuevo y que su situación sería peligrosa. Con un salvaje juramento lanzó a Cartwright de su lado, soltándole y escapó.

Cartwright se tambaleó media docena de pasos. Cuando hubo recobrado el equilibrio uno de los policeman que habían acompañado a Jack y el superintendente Groom en el primer automóvil, se acercó, portador de una luz.

Jadeante, Cartwright le relató con toda exactitud lo que había sucedido.

Pero no se veían ni señales de Sanquar que se había escurrido como un gato en la oscuridad y aun cuando buscaron en el claro del bosque y en los contornos, el misterio de la desaparición de Jim Strangways y Rodman quedó sin explicación.

—¡Ese grito fué una estratagema para hacernos caer en una trampa! murmuró Cartwright. — Los pillos que infestan esta casa se encuentran perdidos, se dan cuenta de lo que hacemos contra ellos y tratan de golpear antes de que los golpeen. ¡Y han asestado su golpe! ¡Jim Strangways y Rodman han caído en sus garras y sólo Dios sabe cuál será su destino si no logramos hallarlos y rescatarlos a tiempo!

FRENTE A LA VENTANA DEL FOSO

El grito de Cartwright pidiendo socorro había sido oído también por Jack y por el superintendente Groom.

Llegó a ellos en un momento poco oportuno desde el punto de vista del de policía, pues algo ocupaba, — muy intensamente, su atención en aquel instante, en la ventana que daba al foso de la Granja de Darkmere.

Cuando se oyó el grito, Groom volvió la
beza rpidamente y escuchó. Vió a uno de
s agentes, al que había dejado de guardia
la orilla del foso — mientras él y Jack
an en el bote remando lenta y cautelosa-
ente — que encendía su linterna y echaba
correr.

Groom inclinó la cabeza, satisfecho.

—Frost ha ido a ver de qué se trata. Si le
cemos falta avisará con un silbido — dijo
voz baja a Jack. — El agente que dejé
cuidado del automóvil debe haber oído y
brá acudido también.

El pequeño bote estaba oculto en la oscu-
lad, cerca de la pared de la casa. Desde el

red y por su hueco llegaba la luz procedente de una habitación situada más allá.

Del hueco que había en la pared vieron que salía cautelosamente un hombre.

Pero fuera el que fuera, su propósito el grito de socorro que resonó en el silencio de la noche, en aquel momento, debió variarlo. El hombre cerró lentamente la abertura por donde había salido.

—Esa puerta debe estar disimulada por algunos de los grandes espejos, como nosotros lo sospechábamos aún cuando todos parecían tan bien seguros — dijo Jack nerviosamente y en voz baja. — Pero ahora sabemos ya cual de los seis espejos forma la puerta secreta: el que está frente a la ventana.

—Silencio — ordenóle Groom.

Jack calló.

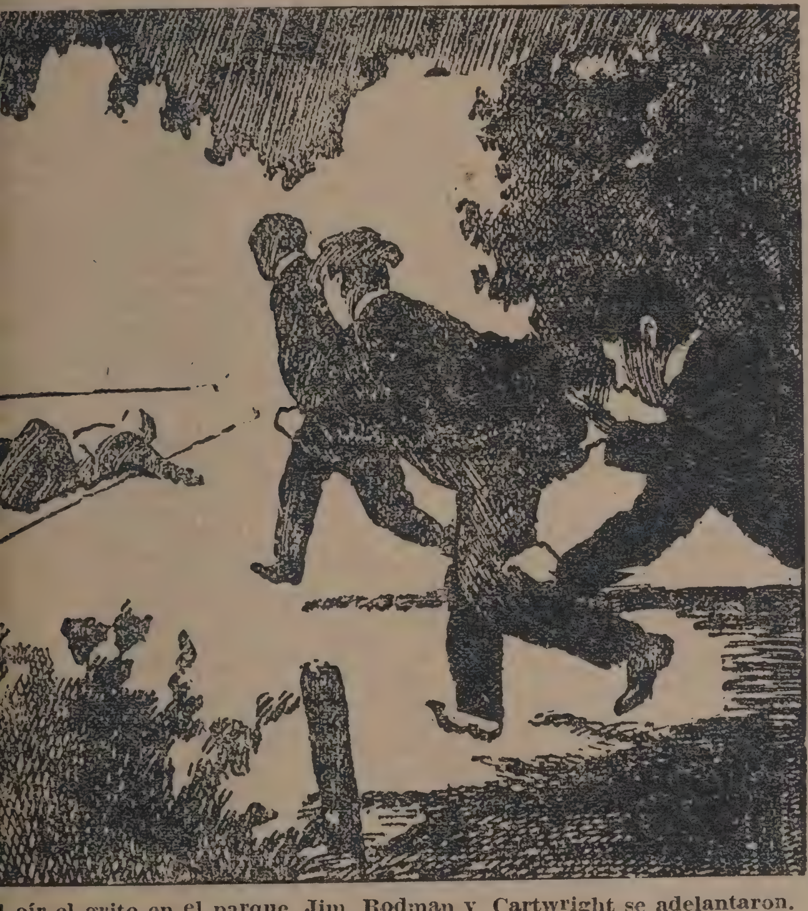
Del frente de la casa había llegado ruido de rápidos pasos y luego se oyó el abrir y cerrar de la puerta de entrada.

—¡Ese que entró fué sin duda uno de los de la gavilla! — murmuró Groom. — Ahora me parece que vamos a ver algo.

Casi inmediatamente oyeron pasos en el corredor embaldosado que conducía a aquella sala. Sin hacer ni el menor ruido, Groom alejó el bote hasta un hueco situado al costado de la ventana.

Oyeron que se abría la puerta de la sala de los espejos.

No se vió aparecer luz en los espejos. ¿Era el ciego el que llegaba?



l oír el grito en el parque, Jim, Rodman y Cartwright se adelantaron.

tio donde se hallaban podían observar por
ventana de la sala de los espejos. Las
ortinas estaban corridas pero quedaba una
endija en medio.

El interior de la sala estaba oscuro, pero
n momento antes de que se oyera aquel
rito alarmante, habían visto algo que pro-
etía que su vigilancia no resultaría tiempo
erdido.

Un resplandor de luz lejana llegó a la ha-
itación como si pasara por una puerta a
edio abrir y situada delante de la ventana.
ero — como los que vigilaban allí lo sa-
ían, — en aquella pared no había puerta.
Sin embargo había una abertura en la pa-

Oyeron que descorrían el pasador de la ventana. Un instante después, a la débil luz estelar, vieron que una mano salía por la ventana y buscaba algo en la superficie del agua del foso.

Desde su punto de observación vieron los dedos extendidos avanzar y levantar después hacia la ventana un pedazo de madera que flotaba en el agua y que Jack recordaba haber visto antes sin darle en aquel momento, importancia ninguna.

Groom no se movió, aun cuando hubiera podido, — de haberlo deseado así, — agarrar aquella mano antes de que se retirara con lo que había buscado. Lo que deseaba

Los secretos de...

Groom era saber a qué obedecía toda aquella maniobra.

No podían ver mucho. Pero, evidentemente, algo estaba oculto en aquel madero flotante, algo que, al parecer, aquella mano introdujo en un hueco que había en la pared, junto al borde inferior de la ventana y que a Jack le había parecido un toma-corrientes eléctrico.

La mano se retiró. La ventana se cerró de nuevo. Casi inmediatamente después oyeron una voz que hablaba ante un aparato telefónico. Era la voz de Sanquar. Jack la reconoció en seguida.

—¡Hola! ¿Es usted, Masters?

En un momento Jack lo comprendió todo.

Era la única solución posible. Un hilo telefónico aislado se hundía en el foso y eso alambre podía ser conectado en cualquier momento por medio de un toma-corriente. Ese teléfono debía comunicar con algún subterráneo y se conectaba con algún aparato portátil era el mismo por el cual hablaba Sanquar en aquel momento.

Cuando no se usaba — a fin de que el alambre telefónico no pudiera inspirar sospechas a alguna persona extraña — se desconectaba y la ficha quedaba oculta en el pedazo de madera qeu flotaba en el foso y que a nadie podía inspirar desconfianza.

Hubo un instante de pausa mientras el ciego que estaba junto al aparato telefónico escuchó la respuesta del otro extremo de la misteriosa línea que se hundía en el agua.

Después oyeron que el ciego se reía a carcajadas.

—¡Muy bien! ¡Sí! Ese tonto de Groom anda rondando por ahí. Pero no me inspira cuidado por que no descubrirá nada en la Granja de Darkmere. Tenemos en nuestro poder a los dos más temibles. Acerque a Strangways al aparato. Necesito hablar con él.

Y el ciego se rió por lo bajo con intensa malignidad. Pero de pronto cesó su risa. Su oído había sorprendido algún ruido fuera de la ventana; había sido la exclamación de Jack cuando se enteró de que su amigo se hallaba en poder de aquellos hombres.

Una de las cortinas de la ventana fué separada bruscamente a un lado. Con un gruñido el ciego, lleno de desconfianza, arrimó su rostro a los vidrios, mirando hacia la oscuridad.

Los dos que se hallaban en el bote pudieron ver aquellos ojos luminosos que miraban fijamente. Pero sin duda ninguna los ojos los vieron claramente y el ciego se dió cuenta de que le espiaban.

En el mismo momento brilló un rayo de luz — el de la lámpara de Groom — que dió de lleno en el rostro del hombre, dejándole ciego una vez más. Los ojos sin vida les miraron sin verles.

—¡Le apunto con el revólver! ¡Levante las manos o hago fuego! — gritó Groom. — ¡Que no avisaré por segunda vez!

El hombre estaba allí de pie, impotente, ante la luz que le cegaba. Al oír la orden levantó las manos. Jack había hundido el remo en el agua. El bote estaba ya delante de la ventana; la ventana cerrada era lo que separaba a Groom del hombre a quien se proponía prender y que no debía escapársele.

Mientras Groom se preparaba a subir a la ventana, Jack dirigía la luz a la cara del hombre. Sanquar pareció tambaleante. Lanzó un grito como un gemido y se dejó caer al suelo como desmayado.

Representó aquello como un consumado artista pues engañó tanto a Groom como a Jack quienes creyeron, en aquel momento que el hombre se había desmayadoo de miedo al verse capturado.

Un momento después se dieron cuenta de la estratagema pues el ciego, fuera ya del radio de los que le miraban por la ventana, cerró las cortinas rápidamente ocultando así la luz que le cegaba.

—¡Me ha burlado! — exclamó furioso el policía.

Descargó el revólver hacia la ventana. Sobre el eco de la detonación llegó, en respuesta, una risotada burlona.

Groom abrió la ventana y se metió por ella en la habitación, seguido de Jack que alumbraba con su linterna.

¡No había nadie! Sanquar se les había escapado de ntre los dedos!

El aparato telefónico portátil había caído de manos del ciego, al suelo. Groom lo levantó y llevando rápidamente el auricular al oído, habló por el aparato.

Recordaba que precisamente antes de percatarse de su presencia, el ciego estaba por hablar con Jim Strangways.

—¿Hablo con el señor Strangways? — preguntó.

Fué la voz de Jim la que contestó. Evidentemente había reconocido el acento de Groom.

—Sí, Rodman y yo, — dijo, — estamos prisioneros en un subterráneo...

La voz se cortó como si alguien le hubiese separado rápidamente del aparato.

Groom siguió escuchando todavía por el teléfono aun cuando comprendía que había poca esperanza de que se volviera a oír la voz de Jim. Después otra voz llegó hasta él por el conductor que le unía al misterioso sitio subterráneo.

—¡Es usted muy ingenioso, señor superintendente y llegué a suponer que se saldría con la suya! — dijo la voz de Sanquar. — Pero aún no me ha pescado y tiene que ser un hombre más astuto que usted el que logre apoderarse de mí. ¡Adiós!

Groom se separó del teléfono. Se notaba en su rostro un gesto de ansiedad.

—Es necesario averiguar qué es lo que le ha pasado al señor Strangways. Quizás pueda decirnos algo el agente Frost.

Jack estaba horrorizado. ¡Su amigo, su compañero, en poder de aquellos implacables canallas!

Volvieron al bote, cruzaron en él, el ancho del foso. En la orilla, — al desembocar, — se encontraron con Cartwright y con Frost que les enteraron de todo lo sucedido y de cómo Strangways y Rodman habían desaparecido del modo más extraño e inexplicable del mundo.

Parecía que la tierra se los hubiera tra-ado y, al parecer, — juzgando por lo que im había dicho por teléfono, — era en las ntrañas de la tierra donde les tenían prisio-eros.

—¡Pero ahora sabemos cómo llegar hasta llos! — exclamó Jack con nerviosidad. — Hay que pasar por detrás de uno de los es-ejos de la sala desde la cual se nos escapó l pillo de Sanquar! ¡Y cómo no vayamos en eguida correremos peligro de llegar dema iado tarde!

LO QUE VIO EL CIEGO

La trampa había sido bien preparada

Cuando Jim Strangways y Rodman corrie-on hacia el claro del bosque después de oír l lastimero grito de mujer y de ver la forma ue yacía tendida en el suelo, olvidaron por l momento toda precaución y avanzaron te-nerosos de que la mujer hubiese sido víc-ima de algún atentado criminal.

Corrieron, pues y se inclinaron ante la caí-a figura alumbrando con la lámpara y se lieron inmediatamente cuenta de que se les abía burlado.

No era una mujer sino un monigote vesti-lo con ropas femeninas. Pero en el momento n que se daban cuenta de que se trataba de na cara de cera, el piso pareció hundirse bajo sus pies y sintieron que caían en el vacío.

Su caída no fué menor de unos quince pies. Encontráronse ilesos. — fuera del sacu-dimiento — porque habían caído sobre una gruesa capa de paja que amortiguó el golpe. Recien entonces comprendieron relativamen-te lo que había sucedido.

Miraron a su alrededor, aturdidos y confu-sos y se encontraron en un pasaje subterrá-neo.

A alguna distancia, — en el pasaje, — se veía lucir una luz, a cuyo fulgor vieron apa-recer a dos hombres que corrían hacia los caídos.

El primero de los dos era el que había re-presentado el papel del inspector Darch en el falso arresto, el que había prendido fuego a la galería de figuras de cera. Reía con ma-lignidad a medida que se acercaba y traía un revólver en la mano como si temiera que aun después del fuerte golpe que habían recibido los dos hombres a quienes acababan de atra-par tuvieran intención de resistirse violen-tamente.

—¡Hola! ¡No esperaba usted verme de nuevo tan pronto señor Strangways! — dijo aquel hombre cuyo verdadero nombre era Masters. — Pero ya ve usted como no per-dimos tiempo y preparamos bien pronto la trampa en que ustedes han caído.

Entonces fué cuando Jim se dió cuenta de lo que había pasado.

Miró al hombre cara a cara y con infle-xible mirada.

—Ustedes no usan más que armas trai-doras, usted y los de su gavilla, — dijo Jim con desprecio. — Para eso es para lo que sirven ustedes: lealmente no serían capaces de luchar.

Masters se encogió de hombros.

—¡No pierda tiempo en decir cosas que solo pueden contribuir a empeorar su si-tuación, que ya es bastante mala! — dijo. — Usted no tenía por qué meterse en la Granja de Darkmere. Se le avisó a tiempo. No le extrañe que si ha querido jugar con fuego, se sienta ahora chamuscado.

Procedió a atar las manos de Jim, ayu-dado por el otro hombre. Era inútil que el prisionero intentara resistirse pues el revól-ver le apuntaba continuamente a la cabeza. A Rodman lo ataron después. Rodman estaba muy sereno. Fueran los que fueran sus sen-timientos, parecía hacer frente a la situación con la misma entereza que Jim Strangways.

—¡Vamos! ¡Caminen de prisa!

Los dos prisioneros fueran llevados por el túnel — cuyas paredes y techo eran de la-drillo — a un sitio donde el pasadizo se en-sanchaba y formaba un cuarto cuyo techo estaba sostenido por vigas muy gruesas pues-tas a manera de columnas. La mampostería de las paredes era vieja y estaba resquebra-jada. Sin duda aquel extraño laberinto sub-terráneo existía desde mucho antes de que la "Liga del Ojo" escogiera la Granja de Dark-mere para instalar en ella su cuartel general.

Aquellos pasajes subterráneos debían ha-ber sido construídos en la época en que exis-tían contrabandistas y cuando aquella parte de la costa del condado de Essex era uno de los sitios en que más contrabando se hacía.

Masters se volvió hacia Rodman en el mo-mento en que entraron en la habitación.

—En cuanto a usted, no está mal que haya caído también en la trampa, — dijo diri-giendo una funesta mirada al más anciano de sus prisioneros. — Según hemos podido ver, usted vino a la casita de la portería con el propósito exclusivo de espiarnos. Con-fieso que en el primer momento nos engañó. Le vigilamos a usted sin saber que usted nos vigilaba y sacamos en consecuencia que era usted un pobre viejo tan tonto como inofen-sivo. Sin embargo, debíamos haber compren-dido que todo amigo del difunto Gilbert Frayde era enemigo nuestro y debía estar en combinación con Strangways. ¡De todo lo pasado resulta que el único que ha salido perdiendo es usted!

Jim habló en aquel momento. Lamentaba que él hubiera sido el intermediario o cosa así, de la prisión de Rodman desde que éste había caído con él por haberle acompaña-do. Después de todo, Rodman no había lu-chado contra la gavilla implacable como ha-bía luchado él.

—Admito que yo soy su enemigo. Pero cuando dice usted que este hombre estaba en combinación conmigo y contra ustedes, no dice la verdad. Sea lo que sea lo que él conoce sobre ustedes y sus criminales secre-tos, jamás ha querido decir nada. Se ha ne-gado siempre a darme los informes que le pedía por más que le he interrogado repeti-das veces, — dijo Jim.

—¡Oh! ¡Cállese! — exclamó Masters bur-lón. — ¿Cree usted que nosotros vamos a tragarnos esa mentira?

El sonar de la campanilla del aparato te-lefónico le interrumpió. Cruzó el cuarto di-rigiéndose a la pared, en la que se hallaba el teléfono y descolgó el auricular.

—Sí, jefe, — dijo ante el aparato. — Han

caído como ciruelas maduras dentro de nuestra trampa. No ha sido mala la pesca aun cuando hubiera preferido que Groom estuviera con ellos también.

Escuchó un momento lo que el otro le decía desde el alejado extremo del hilo telefónico.

—Muy bien, jefe, — dijo después, — voy a hacer que se acerque al aparato.

Fué en aquel momento cuando el ciego, — que se hallaba en la sala de los espejos, hablando por el aparato portátil, — había expresado el deseo de hablar con Jim Strangways y cuando Groom le apuntó con el revólver por la ventana. Sanquar había dejado caer el auricular.

Pero Masters, como es lógico no sabía nada de todo eso. Hizo que su prisionero se acercara al teléfono. Como Jim tenía las manos atadas, Masters tuvo que acercarle el tubo al oído.

Entonces, de improviso, Jim, con gran asombro, oyó que le hablaba la voz del superintendente Groom.

—Sí. Rodman y yo estamos prisioneros en un subterráneo...

Masters quitó rápidamente el auricular y retiró a Jim del aparato antes de que pudiera terminar la frase. Comprendió que algo andaba mal.

En el mismo momento la puerta se abrió y el ciego deslumbrado por la luz, entró. Sanquar respiraba jadeante.

—¡Usted, jefe! — exclamó Masters.

Sanquar se rió.

—Sí. El superintendente Groom interrumpió mi pequeña conversación telefónica hace un momento, — dijo.

Se dirigió hacia el teléfono y habló por él en tono de burla.

—Dejé a Groom en posesión del aparato. — dijo, — sonriendo, a Masters. — ¡Poco importa! El cuarto de los espejos sabrá guardar sus secretos. Groom no hallará nada. En cuanto a nosotros, ¡aun no estamos vencidos!

—¡No se sienta tan seguro! — dijo Jim rápidamente. — Se hallan en acción contra ustedes elementos de los que no tienen ni siquiera la menor idea. La prueba oculta en la casa que usted y su cómplice incendiaron y que ustedes suponían destruída por las llamas, no fué destruída. Se halla en poder de la policía, en estos momentos y demuestra, sin el menor género de duda, que el hombre, al parecer ciego, pero cuyos ojos ven en la oscuridad, fué el que mató a Viziard.

Jim comprendía que esa declaración empeoraría aun su lamentable situación pero, por lo menos, tendría por resultado hacer que el pillo no se sintiera tan seguro de sí mismo.

Sanquar halló aquellas palabras muy significativas.

—¡Mentira! ¡Allí no se encontró prueba ninguna, porque no la había! — gritó excitadísimo.

—¿Qué no había prueba? ¿Entonces, cómo es posible que yo pueda decirle exactamente cómo falleció su víctima? — exclamó Jim Strangways. — El apuntó a usted y a Jackman con un revólver... Entonces usted apagó de improviso la luz eléctrica. ¡En la oscuridad usted le mató mediante un golpe que le asestó con una cachiporra!

El hombre se estremeció visiblemente impresionado.

—¿Cómo sabe usted eso — exclamó. — ¡Dígamelo! ¡Dígamelo pronto!

Jim se encogió de hombros.

—Ya he dicho que se lo voy a contar, así que no se apresure, — replicó Jim.

El ciego se rió malignamente, por lo bajo.

—Ya lo dirá todo antes de que hayamos terminado con usted, — dijo con intención. — ¡Aquí tenemos medios para hacer hablar a los mudos! Masters, quiero ver la cara de nuestros invitados, Apague la luz.

Masters se dirigió al sitio de la pared donde estaba la llave y apagó la luz. En la oscuridad se vieron relucir los dos ojos de Sanquar como pequeñas esferas de luz verdosa amarillenta.

Se oyó casi en seguida una exclamación de sorpresa de Sanquar. Se había acercado a Rodman. El compañero de Jim vió los dos ojos, — relucientes como los de un gato, — mirándole con fijeza.

—¡Usted!... ¿Quién es usted? — preguntó enérgicamente Sanquar con voz en la que se notaba la emoción que sentía. — ¿Es usted el que dice que se llama Rodman?

El aludido no contestó.

En medio de la oscuridad, en la cámara subterránea, se oyó una rápida y perentoria orden.

—¡Masters, encienda la luz! ¡Desnude hasta el codo el brazo izquierdo del hombre que dice llamarse Rodman!

Masters obedeció. No desató para ello las manos del prisionero, se limitó a subir la manga del saco y de la camisa de Rodman hasta más arriba del codo del brazo izquierdo.

Allí, en el antebrazo se veía una señal que debía haber sido hecha por medio de una marca de fuego.

—¿Hay ahí alguna señal, Masters? — preguntó el ciego.

—Sí, jefe, la señal de la marca de fuego de la Liga del Ojo — contestó Masters con emoción.

Hubo un instante de silencio. Después, el ciego gritó dirigiéndose a Rodman:

—¡Así que no le ha valido su disfraz! ¿Eh? ¿Qué hacían mis hombres que no lo reconocieron inmediatamente? ¡Así que Gilbert Frayde no ha muerto, como se dijo! ¡No ha muerto, porque usted es Gilbert Frayde!

ENTRE EL MIEDO Y LA ESPERANZA

Así que aquel hombre a quien había conocido con el nombre de Rodman, el que siempre le había parecido misterioso, era nada menos que su tío Gilbert Frayde!

Aun en aquel momento en que tan pocas probabilidades de vivir le quedaban, hallándose como se hallaba a merced de aquellos facinerosos Jim Strangways dominó su preocupación y miró a su compañero de cautiverio con el mayor asombro.

Por eso había sido que el rostro de Rodman no le había parecido enteramente des-

conocido, a pesar de que se hallaba cambiado su aspecto, con el cabello largo, el bigote y la barba crecida y gris. Gilbert Frayde, el tío a quien había visto muy pocas veces, — a consecuencia de una disputa de familia que les tenía separados, — llevaba el pelo muy corto, a lo militar, e iba siempre todo afeitado, lo que daba muy distinto, aspecto a su cara.

Y, sin embargo, mientras miraba a su compañero de cautiverio, Jim Strangways comprendió que Sanquar había dicho la verdad. Aquel hombre era el mismo Gilbert Frayde cuya muerte se había anunciado, el tío cuya fortuna había heredado.

Rodman, — o Gilbert Frayde, — no dijo nada, ni admitió ni negó la afirmación.

—¡Ahora comienzo a comprender! — dijo el ciego con suave y maligna intención. — Ese disfraz tenía por objeto despistarnos ¿no es así? Usted lo combinó todo de modo que se creyera que había muerto en Venecia a fin de que dejáramos de vigilar y volvió usted, disfrazado, para quebrantar su juramento y traicionarnos...

—¡Eso no! — interrumpió el otro. — Cuando ustedes me propusieron la alternativa de morir o jurar que nunca revelaría los secretos que sabía sobre su gavilla infernal, juré y he cumplido mi juramento.

—¡Cumplido! — dijo irónicamente el ciego con gesto de intensísimo furor. — ¡Cumplido dice usted cuando vino esta noche con Jim Strangways y con la policía a sacarnos de nuestro escondite, del que nos hubiera arrojado, pues no podíamos sospechar tal peligro... Por suerte hemos logrado atraparle a tiempo.

Calló un instante y agregó con ironía salvaje:

—¡Bien! ¡Queda usted libre de su juramento desde este instante! ¡Puede usted hacer el uso que quiera de lo que sabe si acaso logra volver a la vida nuevamente, después de cumplido el programa que le preparo, Gilbert Frayde!

Esa amenaza no pareció conmover a aquel a quien iba dirigida. Había comprendido desde el primer momento que aquellos hombres, acorralados como estaban, no dejarían nunca, por su voluntad, que ni él ni Jim Strangways salieran de allí para contar lo que sabían. Su destino estaba señalado, pero él lo contemplaba con inflexible valor.

—¡Cumplí mi juramento! — replicó con toda tranquilidad. — Poco importa, quizás, pero si lo hubiera quebrantado, ¿no haría ya tiempo que la policía se habría metido en todas sus guaridas secretas, sacando de sus madrigueras a las endemoniadas ratas humanas que infestan esta caverna de maldades?

—¡Silencio, perro! — gritó Masters furioso y con un ademán amenazador.

En el mismo momento él y el ciego se volvieron rápidamente.

Se oía el ruido de rápidos pasos que, por el corredor, se acercaban a la puerta, que se abrió de golpe.

El hombre que entró, muy agitado por cierto, era el que había ayudado a Masters a atar a Jim y a Gilbert Frayde.

En el primer momento casi no pudo hablar de fatigado y jadeante que estaba.

—¡Pronto! — gritó respirando con sofocada rapidez. — ¡No queda un momento que perder! ¡Hay grave peligro para nosotros en este momento!

Sus palabras parecieron caer como una bomba en la habitación subterránea.

—¡Pronto! — repitió con insistencia y dominado por grandísimo terror. — ¡Hay peligro! ¡Hay grave peligro!

Por primera vez, cuando aquellas palabras de pánico llegaron a sus oídos, se vió que Sanquar perdía algo de su anterior arrogancia. En su rostro se notó una expresión de temor.

—¡Hable, hombre hable! ¿Qué pasa? — preguntó con impaciencia.

Pero el hombre había salido ya de la habitación y se alejaba velozmente.

Con apresuramiento, Masters tomó del brazo al ciego. Salieron rápidamente con el rostro desfigurado por el terror y la consternación, aun cuando no sabían todavía de qué se trataba, — dejando a Jim y a Gilbert Frayde solos en la habitación subterránea.

Los dos prisioneros oyeron que la llave se volvía en la cerradura después de pasar sus captores.

—¿Peligro? ¿De qué se tratará? — exclamó Jim con nerviosidad.

El temor de aquellos hombres le parecía de buen augurio para ellos. El peligro no podía proceder más que de sus amigos, los que habían quedado en libertad y que, — como Jim lo sabía bien, — no ahorrarían esfuerzo ninguno a fin de lograr rescatarles. Pero ¿qué más podían haber significado aquellas palabras?

Hacía únicamente unos pocos minutos les había parecido que nada podía salvarles de un destino terrible. ¿Habría en aquel instante alguna probabilidad en su favor?

Escucharon con grandísima atención pero no pudieron oír nada. Tenían las manos demasiado bien sujetas para que pensaran en desatarse Toda tentativa en tal sentido sería inútil.

Como horas pasaron los minutos de angustiosa espera.

—¡Así que es usted mi tío Gilbert Frayde! — dijo, de pronto, Jim Strangways.

Habló más que por otra causa por buscar un modo de distraer la angustia que sentía, pues no podía interesarle — en aquel momento en que sus vidas estaban en tan grave peligro, — nada que con su propia salvación no tuviera atingencia directa. En otras circunstancias, sin embargo, aquello le hubiera interesado muchísimo.

El hombre a quien conocía con el nombre de Rodman movió la cabeza afirmativamente.

—Ya le contaré toda la original historia, con todos sus detalles, algún día, Jim, si es que logramos salir de esta trampa, — dijo el anciano. — Mi supuesta muerte en Venecia fué el único camino que tenía para librarme de una existencia que ese Sanquar y su gavilla habían hecho insoportable, un verdadero y constante tormento. Hace un momento ese archicriminal me libró del juramento que sellaba mis labios, persuadido de que no tendré jamás oportunidad de re-

velar lo que sé. Y ahora, si salimos y al fin y al cabo me parece que hay una probabilidad... ¡Escuche! ¿Oye usted eso? — agregó Gilbert Frayde con emoción.

Era un ruido que se acercaba resonando por el extraño laberinto de pasajes subterráneos y de cuevas, situado debajo de los cimientos de la Granja de Darkmere, un ruido que parecía indicar que sus amigos estaban aun más cerca de lo que ellos se habían atrevido a esperar.

Conteniendo la respiración, esperaron, entre el temor y la esperanza, lo que los próximos minutos habían de traerles.

¡O serían rescatados o sometidos a la suerte implacable a que les habían condenado sus terribles enemigos!

LA CASA DE LAS EXTRAÑAS SORPRESAS

Cuando se enteraron de que Jim Strangways y Rodman habían caído en manos tan implacables, el superintendente Groom y los que le acompañaban se dieron cuenta de que era necesario proceder sin demora y activamente.

Los segundos tenían suma importancia en momentos tales. La suerte de los dos prisioneros dependía de que llegaran a tiempo a salvarlos de las garras de sus terribles carceleros. El menor retardo podía costar la vida a los dos presos.

Groom dió algunas rápidas instrucciones a su subordinado. El hombre corrió hacia donde estaba el otro automóvil que había sido dejado bajo la custodia del segundo policeman. Casi inmediatamente regresó portador de una pesada hacha, una palanqueta y un rollo de cuerda, que habían traído — junto con otros elementos, — en el vehículo.

Entonces — y sin perder un segundo, — cruzaron los cuatro el foso.

En el bote no cabían más que dos, Jack y el superintendente pasaron primero, yendo hasta la ventana de la sala de los espejos. Después el bote fué tirado desde la orilla por medio de la cuerda y luego cruzaron Cartwright y el agente Frost.

Aquella habitación — estaban convencidos de ello — encerraba la clave del misterio de la Granja de Darkmere. Desde ella, — mediante ciertos secretos medios de comunicación — se pasaba a los escondrijos ocultos de la casa. Era, — el descubrir las madrigueras aquellas, — lo primero que se debía intentar.

Ya poseían un dato suficiente para orientarse.

Cuando miraban desde el bote, poco antes de su entrevista con el ciego, habían visto aparecer un resplandor en el fondo de la oscura sala, como si procediera de una habitación situada precisamente frente por frente de la ventana.

Esa habitación la habían distinguido por un hueco cuya naturaleza — debido a la obscuridad reinante, — no habían podido apreciar, pero que debía ser, sin duda, una puerta secreta. Tanto Groom como Jack estaban convencidos de que esa puerta secreta tenía que estar detrás del espejo que quedaba frente a la ventana a pesar de que el espejo parecía hallarse sólidamente enclavado en la pared.

—Una pequeña investigación con la palanqueta nos será útil, — dijo Groom secamente mientras encendía su linterna y la colocaba en el suelo antes de comenzar el trabajo.

La linterna esparció su luz en derredor, por aquella sala de tan caprichosa configuración y a su resplandor vieron algo que Jack lanzara una exclamación.

—¡Ah! está el ojo otra vez!

El único ojo viviente que tanto había emocionado a Jim Strangways y a Jack cuando su primera visita a la casa, había aparecido de nuevo mirándoles con malignidad desde los seis espejos de las seis paredes de la sala.

Parecía tan extraordinario aquel ojo solitario, que les miraba desde cada una de las paredes, como si constituyera una misteriosa amenaza, que aun el mismo Groom — hombre poco dispuesto a creer en cosas sobrenaturales, — se quedó un momento suspenso y atónito al ver tan inexplicable manifestación de los misterios de aquella casa.

Fué Jack el que procedió rápidamente en aquella enervante situación.

El y Jim Strangways habían discutido aquella, al parecer inexplicable manifestación y habían llegado, después de mucho pensar, a la conclusión de que — como no podía tratarse de nada sobrenatural — se trataba pura y sencillamente de uno de los muchos "trucs" preparados por sus enemigos en aquella casa y habían comprendido también cómo se llevaba a efecto.

Y Jack sabía, además, en aquel momento, — cosa que ignoraba cuando sus anteriores visitas a la casa, — que aquel espejo que se hallaba frente a frente de la ventana escondía la entrada secreta a la sala de los espejos. Este conocimiento fué el que guió su rápida acción en aquel momento.

—¡Bueno! ¡Si es un ojo fantasma poco le importa un golpecito! — dijo con irónica sonrisa.

Tomó el hacha y se dirigió hacia el espejo en cuestión. Levantó la pesada herramienta como si fuera a asestar un golpe al ojo que miraba desde el centro del espejo.

Con temerosa rapidez el ojo desapareció ante la amenaza. Al mismo tiempo desaparecieron los otros ojos que miraban desde los demás espejos, borrándose como por arte de encantamiento.

—¡Gran combinación! ¡Pero absolutamente tonta cuando se ha dado con el "quid"! — comentó Jack riéndose de buena gana.

Señaló con la mano el espejo ante el cual se encontraba.

—¿Ven ustedes? ¡Ese era el ojo auténtico y original! ¡Los de los otros espejos eran únicamente reflejos del mismo! El propietario del ojo no quiso hacer frente al golpe que le amenazaba y su prudencia descubrió definitivamente la combinación.

Al parecer la explicación de Jack era xacta. Una parte del azogue del espejo ha-)ía sido raspada y aun cuando formaba una nancha ésta no se echaba de ver en la su-erficie vieja y desgastada de aquellos es-ejos tan antiguos. Aplicando un ojo al hue-o transparente del cristal podía la persona ue lo aplicara, observar perfectamente to-o lo que pasaba en la sala de los espejos.

Pero aquel sitio transparente del espejo o volvería a ser utilizado para espiar a na-ie. Casi inmediatamente después de haber ronunciado Jack sus anteriores palabras, room había tomado la palanqueta. El tiem-o era precioso y no debía derrocharse uscando el secreto que permitía abrir aquel spejo como si fuera una puerta.

—¡Jack! ¡Alumbre de ese lado! — ordenó room. — ¡Y ustedes, pónganse a un cos-ado! — dijo a los otros dos.

Jack se colocó detrás de Groom dirigiendo l haz de luz de su lámpara eléctrica de bol-illo hacia el espejo, pues la linterna alum-raba poco. El oficial de policía metió la unta de la palanqueta detrás del armazón e madera del espejo, ejerciendo un pode-oso esfuerzo de palanca. Un instante des-ués se oyó un crugido y la hoja de cristal e desprendió de la pared cayendo al suelo on estrépito y haciéndose añicos.

En el mismo instante brotó de labios de room una exclamación de asombro.

Aun cuando habían hallado la salida se-reta de aquella habitación la habilidad de us enemigos les había burlado de nuevo. o eran, por cierto, vulgares criminales quellos contra los cuales operaban.

Sin hacer el menor ruido, algo que pare-ía un trozo de sólida pared subía entonces or un hueco que había detrás del sitio ntes ocupado por el espejo, cerrando una bertura de dos pies de ancho que daba a na habitación cuyo interior distinguieron l romperse el espejo.

Casi antes de que ninguno de los cuatro e hubiera repuesto de la sorpresa experi-entada, aquella sección de pared había egado al techo.

Groom avanzó hacia ella y pegó fuerte-ente con la palanqueta. La pared era grue-a y sólida y evidentemente muy fuerte. El olpe no le hizo mella.

En un instante comprendió Jack cómo ha-ía sido que aquella noche, cuando vieron al octor Marr tendido muerto, en aquella sa-, encontraron, en lugar de la puerta de la abitación una pared semejante que se mo-ía sin duda por medio de un mecanismo ue debía funcionar con fuerza hidráulica.

Veíase entonces con toda claridad que lgún genio desequilibrado había dado rien-a suelta a sus invenciones en aquella casa ue luego había sido destinada a los fines riminales a los que tan admirablemente se daptaba.

—¡Esta pared es de cemento armado del ás fuerte! ¡Se necesitaría mucho tiempo ara abrir un boquete en ella — gruñó room fastidiado ante aquel obstáculo y ensando en los dos prisioneros que se ha-aban en poder de la maléfica gavilla. — ¡Sabe Dios cuál será su destino antes de que hayamos logrado abrirnos paso!

Jack, muy nervioso, habló inmediatamente

—¡Debe haber otro camino! ¡Sí! ¿Vió usted la habitación que había del otro lado? ¿Se fijó en el techo?

—¡No! — exclamó el superintendente Groom sorprendido.

—Cuando dirigí hacia el interior de ese cuarto la luz de mi linterna tuve tiempo de ver algo, antes de que la pared que subía se cerrara por completo. En el centro del tercio hay un círculo de vidrio de unos tres o cuatro pies de diámetro.

—¿Y qué? — preguntó Groom confundido. — ¿Qué puede indicar?

—¿No sorprende — exclamó Jack excitadísimo, — que si esa habitación está oculta en el mismo interior de la casa, no puede tener ventanas? El círculo de vidrios del techo no puede tener más que un objeto: el de dejar pasar luz procedente de la pieza de más arriba. Y si es así la luz tiene que entrar por una ventana que esté en el techo de la casa. ¡En este caso podremos entrar en esa habitación por medio de la claraboya!

—¡Excelente idea! — exclamó Groom. — Conviene intentarlo.

Y Groom pensó, — quizás con cierta molestia, — que las facultades de observación y de deducción del muchacho eran más agudas que las suyas y que la idea no podía ser mejor.

—Supongo que no habrá dificultad en llegar hasta el techo.

—¡No! ¡Es lo más fácil! Cuando exploramos la casa vimos que todas las bohardillas tienen ventanas que dan al techo, — dijo Jack. — Nos vendrá bien el rollo de cuerda. ¡Pero no perdamos tiempo! — agregó con grandísima impaciencia.

El muchacho temía que algo malo les estuviera sucediendo en su encierro a su compañero y amigo y al simpático Rodman.

Groom quiso proceder como si la idea hubiera sido suya. Pero estaba impresionado. Pusiéronse inmediatamente en acción. No les hubiera sorprendido si hubiesen encontrado el paso obstruído por algún nuevo mecanismo, por alguna pared invisible o por la falta de alguna escalera, pero no sucedió nada extraordinario.

Habían tropezado con tantas desagradables sorpresas en aquella casa que se dirigieron escaleras arriba con precauciones casi exageradas. Sin embargo, si había trampas dispuestas para cazarlos, las evitaron porque llegaron a las bohardillas sin incidente ninguno. En la casa reinaba un silencio sepulcral.

Jack fué el primero que, pasando por una ventana de una de las buhardillas salió al techo.

Allá arriba, en la oscuridad de la noche sin luna, las ráfagas de viento zumbaban tétricamente en las chimeneas y hacían tambalear al muchacho, a medida que avanzaba, como si pretendieran barrerle de sobre las pizarras de la inclinada techumbre.

A pesar de que llevaba su linterna eléctrica no le era fácil orientarse, pues la oscuridad de la noche ocultaba todo lo que no se hallaba dentro del reducido círculo del alcance de la luz.

Para guiarse no tenía más indicación disponible que lo que podía hallar por la orientación que pudiera proporcionarle la brújula pequeña que llevaba como dije en la cadena del reloj.

Habíase fijado que el cuarto de los espejos se hallaba situado en la esquina noreste de la casa. Consultando la brújula se encaminó en esa dirección.

De pronto lanzó un grito de satisfacción.

—¡Ahí está!

Y con el haz de luz de la linterna indicó a los otros lo que había encontrado.

Hundida entre un círculo de adornos del techo se hallaba una claraboya situada de tal modo que no era posible verla desde abajo. Jack, que había explorado toda la casa en compañía de Jim, estaba seguro de que no había visto habitación ninguna que tuviera aquella claraboya. Además la brújula le demostraba que las habitaciones ocultas, encerradas entre las demás piezas de la casa, debían encontrarse allí debajo.

Cuando los otros se acercaron, Jack señaló aquello con mano temblorosa de emoción.

—Esa es la claraboya que da luz a las habitaciones secretas y los de la gavilla tendrán que emplear algo muy extraordinario si pretenden impedir que nos metamos por ahí. Además no es de suponer que supongan que por aquí pueda llegarles la amenaza.

Cuando dirigieron la luz hacia la claraboya vieron que, debajo de los vidrios, se extendía, de un lado a otro, una amplia cortina de tela verde, de color muy oscuro.

Aquella cortina tenía por objeto, seguramente, evitar que, durante la noche, cuando hubiera luz en la habitación, el resplandor pudiera distinguirse, desde fuera, en las pizarras que formaban el techo.

—Conviene que preparen la cuerda antes de que rompamos el vidrio, — propuso Jack.

Había una chimenea a poca distancia. En ella ataron firmemente uno de los extremos de la larga soga que habían llevado los de la policía.

Groom, con la culata del revólver rómpio varios vidrios de la claraboya hasta abrir un hueco más que suficiente para dejar paso a un hombre. Los vidrios rotos cayeron tintineando sobre la oscura cortina verde.

Después, acostándose boca abajo en el techo, extendió la mano, armada con su navaja abierta y tras de cortar los cordones de la cortina, la corrió a un lado.

Por el hueco, dirigió entonces el haz de luz de su linterna.

La habitación que se veía abajo estaba vacía. Era un cuarto con un gran círculo de vidrio en el piso, el mismo círculo transparente que los avisores ojos de Jack habían visto desda la sala de los espejos, en el techo de la habitación que quedaba debajo de aquella.

—¡Sí! Este es el cuarto que buscábamos — murmuró Groom después de mirar hacia abajo.

Dirigió la luz de su linterna en redondo. La luz permitió ver el comienzo de una escalera de caracol que conducía al piso inferior, sin duda a la habitación que comunicaba con la sala de los espejos.

Pero la luz le hizo ver algo más: el rostro de un hombre que miraba hacia arriba y que se hallaba de pie junto a la escalera y miraba con grandísimo terror a los recién llegados.

LA PUERTA DE ACERO

Instantáneamente el hombre se volvió y se dirigió escalera abajo.

—¡Hay que andar listos! ¡Va a avisar a los de la gavilla! — exclamó Groom.

Desde la claraboya al piso de la habitación que se veía, había una distancia no menor de quince pies. Groom tomó la cuerda que habían atado ya a la chimenea y la dejó caer pendiente dentro del cuarto. Uno tras otro, sus tres compañeros descendieron tras él, que fué el primero en bajar.

En aquella habitación alta no había nada que buscar por el momento. Tenía pocos muebles y no había puerta en ninguno de sus muros. Cautelosa, pero rápidamente, descendieron por la escalera de caracol.

Era aquel un sitio poco favorable para ellos, si los de la gavilla se hubiesen presentado en aquel momento, pero no se veía a ninguno. Groom insistió en avanzar delante con el revólver, apercibido y mirando y escuchando con gran atención.

La escalera — como lo habían imaginado — conducía a la habitación que se hallaba del otro lado del espejo. Estaba lujosamente amueblada. La alfombra, los divanes, las butacas, todo era de gran riqueza y confort.

—Se ve que a los de la gavilla les gusta vivir con comodidad y que se sentían aquí como en su propia casa, — comentó Groom.

La habitación tenía una puerta. Groom la abrió y vió otra habitación más pequeña y desocupada. Parecía que andaban por una casa desierta, pues no se oía ni veía nada que indicase que andaba alguien por entre aquellas paredes.

La escalera seguía hacia abajo desde aquella habitación. Sin duda ninguna, por aquella escalera habíase ido Sanquar después de escabullirse de la sala de los espejos, camino de la mansión subterránea, donde — como Groom lo sabía por las palabras que había oído por teléfono — estaba prisionero Jim Strangways.

No hacía falta alumbrarse en aquel sitio pues desde abajo llegaba por la escalera, el reflejo de una luz.

Temiendo siempre una emboscada, los cuatro hombres descendieron rápidamente la escalera, Groom iba delante del grupo. El superintendente era un poco testarudo, pero no le faltaba valor personal.

Abajo encontraron un pasaje subterráneo, e paredes de ladrillo, iluminado con luz éctrica. El pasaje describía un recodo, desués del cual reinaba la más densa oscudad.

Al pie de la escalera, el grupo se detuvo escuchó con grandísima atención.

¿Habían conseguido amedrentar al eneigo o hallábase éste preparándoles una ceda? Fuera del hombre asustadísimo a uien habían visto por la ventana del techo, o habían hallado rastro de los de la gavia. Las "ratas" debían estar escondidas en is madrigueras.

El no interrumpido silencio, la ausencia e toda tentativa para obstruirles el paso, onsejábales intensificar su vigilancia cada s más. Tenían pruebas de que trabajaban on unos pillos muy hábiles para descuidar- ni un solo instante .

Avanzaron, pues, por aquella casa misteosa, como si esperaran hallar una trampa cada paso.

Había varias puertas que daban al correer subterráneo.

—Es necesario que revisemos sistemátimente estos sitios a medida que avanzaos, — dijo Groom. — Hay que saber qué rreno pisamos. ¡Eh! ¿Qué es eso? — examó repentinamente.

Un débil gemido, casi imperceptible, había egado desde detrás de una de aquellas uertas. El gemido sonó lúgubre en aquella ledad silenciosa. ¿Hallábanse allí los cauvos? ¿Estaban allí los que ellos buscaban?

Groom trató de abrir la puerta. Estaba rrada con un cerrojo por la parte de fue-. Descorrió el cerrojo y abrió la puerta on precaución y avanzó, revólver en ma-, alumbrándose con una linterna.

Su esperanza de hallar a Jim Strangawys a Rodman quedó defraudada. La habitaón — sin muebles — no tenía más que un lo ocupante, un hombre que estaba echa- en un rincón, sobre un montón de paja y e al verles pareció temblar de terror.

—¿Quién es usted? — preguntó con voz mblorosa cuando Groom entró, seguido de artwright.

Daba lástima de ver a aquel hombre ateorizado, deslumbrado por la luz que veía pronto después de quién sabe cuanto empo de estar en la oscuridad.

—¿No puede suponer, viendo mi unifore, qué es lo que soy, por lo menos? — dijo room.

Los ojos dilatados del hombre parecieron conocer el uniforme policial. Durante un empo brilló en sus ojos un rayo de espenza. Después el hombre murmuró.

—¡Sí! ¡Mis carceleros también se visten í en algunas ocasiones!

Groom recordó entonces que los de la galla habían tratado, en dos ocasiones, de oderarse de Jim Strangways mediante ese isfraz.

—Mi uniforme es verdadero y usted no ene nada que temer de mi parte. ¿Pero uién es usted? ¿Por qué está usted aquí?

El hombre miró a su alrededor con recelo antes de contestar, como si tuviera miedo de que le oyeran.

—Me tienen prisionero en esta endemoniada cueva porque les parece que sé demasiado sobre...

—Poco importa ahora el detalle. Sea como sea le ayudaremos a salir. ¿Conoce usted las vueltas y revueltas de este laberinto?

—Sí. Pero ustedes me protegerán... ¿No es cierto? ¡Si esos hombres llegan a saber que yo les he traicionado!...

Un escalofrío le interrumpió. Parecía medio loco de miedo.

Groom le habló, tratando de tranquilizarle mientras le ayudaba a ponerse de pie. El hombre salió, andando trabajosamente, de su celda.

—¡Por esa puerta deben ir si quieren atrapar al ciego! — dijo de pronto, en voz muy baja indicando una de las puertas. Se le notaba en la expresión del rostro lo emocionado que estaba. — ¡Por esa puerta! ¡Oh! ¡Conozco bien el camino!

Muy sigilosamente, mirando con nerviosidad a todas partes, abrió la puerta y entró. Pero la debilidad que sentía debió dominarle de nuevo porque se tambaleó y se apoyó en el marco de la puerta.

—¡Un minuto! ¡Ya pasará! ¡Es un mareo! — dijo con voz débil mientras los otros entraban en el cuarto. — Hay una trampa en el piso, en el rincón de allí, con una escalera que desciende...

Groom atravesó el cuarto seguido de Cartwright y del agente. Jack, iba a seguirlos cuando algo hizo que volviese rápidamente la cabeza.

Lo que vió entonces hizo que gritara a sus compañeros:

—¡Cuidado! ¡Es una traición!

Al volverse había visto al hombre que se retiraba cautelosamente de la puerta. La expresión de su cara había cambiado por completo. El hombre sonreía y su sonrisa era de contento y de triunfo mientras cerraba la puerta tras ellos. ¡Era un traidor! ¡Era uno de los de la gavilla que había representado aquella comedia para hacerlos caer en la trampa.

La puerta se abría hacia el lado de fuera. Jim corrió hacia ella y la empujó con tanta fuerza que la abrió un poco y casi hizo caer al hombre. El avance fué tan rápido que Jack salió al corredor. Saltó hacia el hombre.

Pero ya era tarde. El otro había cerrado la puerta. Antes de que los tres hombres encerrados dentro de la habitación pudieran intentar abrirla, una puerta de acero, corrediza, se deslizó sin ruido y cubrió la puerta dé madera.

¡Los que quedaban dentro del cuarto estaban bien encarcelados!

El hombre que les había burlado en aquella forma se reía desfachatadamente ante su joven antagonista. Mientras pelearon ante aquella puerta de acero Jack se dió cuenta de que no tenía ninguna probabilidad en su favor, en su lucha contra aquel hombre mucho más fuerte que él.

Los secretos de...

—¡Sí! ¡Los tenemos a todos en nuestro poder! — decía el hombre con risa diabólica mientras dejaba que el joven forcejeara inútilmente. — En cuanto a sus amigos... esa puerta de acero cierra herméticamente ese cuarto y al correrse abre las llaves de un depósito de gas en que los adormecerán suavemente para no despertar jamás.

Jack oía horrorizado. Durante un momento dejó de forcejear. Convencióse de que nada podía hacer y de que sus amigos estaban todos en manos de la gavilla. Oía como golpeaban furiosos en la puerta, los tres que estaban en el cuarto, condenados a una muerte segura si lo que había dicho aquel hombre era verdad.

No sólo no había logrado rescatar a Jim Strangways sino que habían caído en una encerrona. Pensó en la joven esposa de Jim, — en Marjorie Penrose, — que esperaría en vano el regreso de su marido. Este pensamiento le enloquecía. Hizo un nuevo desesperado esfuerzo para librarse de las manos de aquel hombre. Pero no lo conseguía.

De pronto el hombre lanzó un rápido y peculiar silbido que era, evidentemente, una señal para los de la gavilla.

¿Iban a salir las "ratas" de sus agujeros?

¡AUN NO ESTAN VENCIDOS!

Dentro del cuarto los tres hombres habían empujado juntos la puerta sin conseguir abrirla.

—¿Qué tontos hemos sido para habernos dejado atrapar de ese modo! — gruñó enojadísimo Groom.

Sacó el revólver y disparó un tiro junto a la cerradura. La bala perforó la madera pero no hizo nada en el acero de la segunda puerta. Groom, que se acercó a examinar el hueco hecho por la bala se dió cuenta de la presencia de la puerta de acero.

—¡Nos han atrapado! — murmuró filosóficamente.

No había ventana, claro está, en aquel cuarto subterráneo, ni chimenea. En el suelo no había trampa ninguna. Lo de la trampa lo había dicho aquel hombre para distraer su atención.

De pronto notaron que una extraña languidez iba apoderándose de ellos. Tenían la garganta seca y respiraban con creciente dificultad.

—¡Están llenando el cuarto de algún gas! — exclamó Cartwright de pronto dándose cuenta de lo desesperado de su situación. — ¡Con seguridad tratan de sofocarnos!

Los tres se miraron pálidos y horrorizados, sin saber que hacer.

Groom miró desesperado a su alrededor. De pronto exclamó:

—¡No queda más que, una cosa que hacer, pero yo no me decido a sufrir el efecto de este gas sin pelear por última vez en defensa de la vida! Quizás sea posible hacer un agujero en el cielo raso sacando el yeso con las navajas y abriéndonos paso por la tablazón del piso de arriba.

Groom tiró un tiro al techo. La bala hizo un agujero en el cieloraso de yeso.

Abrió su navaja y subió en una silla que tomó de un rincón del cuarto.

¡Pero no alcanzaba al techo!

El conocimiento de que su proyecto no era practicable no le hizo desistir y poniéndose de puntillas en el asiento trató de alcanzar con la punta de la navaja al agujero que había hecho la bala.

Un grito brotó de labios de sus dos compañeros.

En su desesperado esfuerzo, Groom había perdido casi el equilibrio y se salvó de caer agarrándose al armazón de metal de la araña que sostenía una lámpara eléctrica en el centro del cuarto.

Con gran asombro de su parte, la araña cedió a su peso y al caer Groom descendió con él y junto con la raña bajó el ancho rosetón que había en el centro del techo, dejando abierto un hueco bastante grande para dar paso a un hombre y por el cual cayó una escala de cuerda.

Durante un momento ninguno de los tres dijo nada, tan inesperada y asombrosa resultaba la presentación de aquellos extraordinarios medios de salvación, qué un simple accidente habíales revelado.

Después exclamó Groom muy nervioso:

—¡Esto sí que es bueno! ¡Es la primera vez que uno de los "trucos" del inventor loco que hizo esta casa se ha ofrecido a favor nuestro! Todavía tenemos probabilidad de luchar.

Tomó la escalera de cuerda y la probó.

Parecía suficientemente fuerte para sostener su peso. ¿Cuál había sido el objeto de tan fantástica combinación? Ni lo podían adivinar ni les interesaba. Les bastaba saber que presentaba un modo de escapar evitando el destino a que les habían condenado.

Uno tras otro subieron por la escala y llegaron a encontrarse en la pequeña habitación que estaba al lado del cuarto lujosamente amueblado de donde se salía, — por la escalera, — al subterráneo.

Durante un momento, cuanto estuvo en la habitación, Groom se tambaleó, casi vencido por los gases y fué para él una satisfacción intensa poder respirar aire puro.

No habían estado suficiente tiempo expuestos a aquellos gases para que estos les hicieran todo su efecto. Pero se hallaron — a pesar de todo — muy cerca de la muerte. Cinco minutos más hubieran bastado para sumirles en un sueño que no hubiera tenido despertar.

Veíase una expresión, en el rostro de Groom, que no anunciaba nada bueno para los autores de aquella hazaña y la misma significación tenían las miradas de Cartwright y de Frost.

—Espero que no le habrá pasado nada malo al muchacho, — dijo Groom mientras los tres se dirigían hacia el comienzo de la escalera que conducía al pasaje subterráneo donde les habían engañado de aquel modo haciéndolos caer en la trampa.

Sentíanse seguros de que los de la gavilla no podían ni sospechar su fuga y que se

imaginaban que ya estaban sin vida en la habitación de la puerta de acero.

Sin ruido, como sombras, descendieron la escalera.

Del pasaje subterráneo llegaba rumor de voces y de risotadas. Las "ratas" se habían aventurado a salir de sus agujeros. Groom comenzó a descender cautelosamente.

Vió entonces a Jack, casi dominado por completo, sin fuerzas para poder seguir luchando, en poder del hombre que casi les hace morir. Junto a ellos estaban el ciego y Masters.

Los tres hombres reíanse entonces sin soñar que la venganza que habían merecido se acercaba sigilosamente hacia ellos.

LA ULTIMA CARTA

El que tenía sujeto a Jack decía en aquel momento, mirando hacia la puerta de acero:

—Muy quietos están ahora, ¡Ya no nos molestará más el señor Groom! ¡Qué pesca para una sola noche! ¡Toda la camarilla! Ya empezábamos a creer que íbamos a tener que abandonar nuestro cuartel general de la Granja de Darkmere...

Pero no terminó la frase.

Una voz vibró en el pasaje subterráneo.

—Les apunto con mi revólver y al primero que se mueva le mataré sin el menor escrúpulo. ¡Levanten las manos!

Los tres pillos miraron como si hubiesen visto a un aparecido y Jack dirigió la vista, con incredulidad, hacia el sitio donde se había oído la voz.

Casi instantáneamente, al ver a Groom, el que sujetaba a Jack puso al joven delante, en línea recta frente al revólver del policía.

Pero, a pesar de su amenaza, no se atrevía a disparar un tiro de miedo de herir al muchacho y aun cuando Masters y el ciego, en el primer momento levantaron las manos, no tardaron en convencerse de la circunstancia que les favorecía.

Groom avanzó rápidamente por el estrecho corredor, seguido de Cartwright y de Frost, que llevaban en la mano, amartillados, sus revólvers. Los ojos sin vida del ciego se dirigían hacia el sitio por donde se acercaban los hombres aun cuando el brillo de la luz eléctrica no le dejaba ver nada. Casi sin mover los labios dijo a Masters en voz muy baja:

—¡Apague la luz!

Masters, contando con la presencia del joven que les escudaba, se agachó de pronto y se acercó a la llave de la luz que estaba en la pared. Durante un segundo, Groom vaciló. Luego apuntando más arriba de Jack, apretó el gatillo. Al mismo tiempo que sonó la detonación se apagó la luz.

No se oyó ningún grito que respondiera al estampido. El proyectil no debía haber herido a nadie. Cuando avanzó corriendo oyó ruido de rápidos pasos que se alejaban en la oscuridad y después el ruido de una puerta que se abría y se cerraba.

A todo esto había logrado sacar del bolsillo su lámpara eléctrica. El largo rayo de luz iluminó el oscuro pasadizo.

Dos de las figuras habían desaparecido. Se habían escabullido metiéndose en una habitación, aprovechando la momentánea oscuridad. Los que se habían ido eran Sanquar y Masters, pero el tercero, aun estaba allí, sujetado desesperadamente por Jack.

Cuando se apagó la luz el hombre había querido soltar al muchacho y escaparse también, siguiendo a los otros. Pero adivinando su intención, el valeroso Jack le había sujetado de tal modo que no había podido moverse cuando la luz apareció de nuevo.

—Le mato de un tiro si intenta moverse, — díjole Groom. — ¡Para usted ha terminado la función!

Jack pálido y exhausto, se apoyó a la pared, jadeante. Había sido su última gota de fuerza la que habíale permitido sobreponerse y dominar al pillo que casi hace morir a sus tres compañeros en la habitación de la puerta de acero.

El caño del revólver de Groom tocó la sien del hombre. El terror — que antes fingió tan bien — lo sintió entonces de verdad. Se le notaba en la mirada y en como le castañeteaban los dientes.

—Después de su tentativa de matarnos, le atravesré el cráneo con una bala, sin el menor escrúpulo, como intente resistirse lo más mínimo, — díjole Groom.

Mientras tanto Cartwright y Frost habían corrido hasta la puerta por la cual habían huido Sanquar y Masters.

Estaba cerrada del otro lado.

. . . .

Jim Strangways y Rodman — o mejor dicho Gilbert Frayde, pues ya sabemos que era ese su verdadero nombre — esperaban, angustiosos en el cuarto subterráneo donde les tenían prisioneros y al oír las detonaciones sintieron esperanzas de que sus amigos pudieran llegar a salvarles.

Después oyeron ruido de rápidas pisadas que se acercaban a la puerta. ¿Eran amigos o enemigos? ¿La puerta se abrió y las esperanzas se desvanecieron de inmediato. Los que entraron fueron Masters y el ciego.

Toda la expresión de triunfo había desaparecido de sus rostros. Se les notaba apesadumbrados. Sentíanse derrotados. Sus enemigos habían logrado destruír sus defensas y conseguido penetrar en sus encondrijos secretos; uno de los de la gavilla estaba prisionero.

Aquellos pillos que habían realizado todas sus maldades impunemente durante tantos años veían por fin el ocaso de su existencia criminal.

Aquella noche había dado la casualidad de que eran pocos. En otra ocasión podían haberse hallado ocho o diez de la gavilla para defender su reducto. Pero estaban solos Sanquar y Masters y el hombre que había dado aviso de que la policía entraba y éste, al parecer, había huido.

La batalla estaba perdida. El ciego no tenía ilusiones que vencer, pero estaba resuelto a luchar hasta lo último, hasta agotar todos sus elementos. No le quedaban más que dos caminos: o caer preso o huir. Si caía preso le condenarían por haber matado a Viziard.

El empedernido criminal parecía haber perdido ya todo su valor.

Pero tenía una última carta que jugar antes de huir.

—Sus amigos se han acercado más de lo que yo lo esperaba, — dijo con un tono de salvaje furor a sus prisioneros. — ¡Pero no les hallarán a ustedes vivos! Son ustedes, Strangways y Gilbert Frayde, los causantes de todo esto, pero no vivirán para tener el placer de contemplar nuestra derrota. ¡No sobrevivirán a su triunfo!

¿Qué destino les esperaba? Jim no acertaba de qué podía tratarse. Fuera lo que fuera sabría sobrellevar la situación con valentía. Sólo un pensamiento llenábale de pesar; el recuerdo de la joven a quien amaba, cuya felicidad hubiera deseado hacer y que quedaría sumida en el dolor y en la desesperación.

Entonces un ruido llegó hasta ellos: alguien golpeaba fuertemente a una puerta

Sanquar y Masters oyeron aquello con evidente inquietud.

Masters exclamó:

—¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder! ¡Van a romper la puerta antes de que podamos marcharnos!

—¡Pero no habrá que felicitarlos cuando la abran! — dijo el ciego dirigiéndose a los dos prisioneros. — ¡Los encontrarán a ustedes muertos en la obscuridad!

Y en aquel momento Masters apagó la luz.

LA TRAMPA DE MUERTE

Masters había apagado la luz apresuradamente tan pronto como el ciego hubo pronunciado sus palabras de amenaza.

La fatalidad perseguía tenazmente a los dos pillastres. No les quedaba mucho tiempo para poder escapar y así lo comprendieron. Sólo les separaba una puerta, como todo obstáculo, del sitio a donde habían llegado sus perseguidores.

Salieron apresuradamente de la habitación, Jim Strangways y Rodman, impotentes, prisioneros, con las manos atadas al cuerpo, oyeron que la puerta se cerraba y después el ruido de la cerradura al funcionar.

Seguían oyendo todavía el ruido de los golpes dados furiosamente en otra puerta no muy lejana, traídos por el eco de aquellos laberínticos pasajes que se extendían debajo de los cimientos del viejo edificio.

No podían ser, — los que golpeaban, — más que sus amigos. Lo comprendían así los dos prisioneros, pero se daban cuenta también de que debían haber hallado en aquella puerta, una invencible barrera que les cortaba el paso.

—¡Sus amigos llegarán demasiado tarde y no podrán salvarles! — había dicho, amenazador, el ciego.

Y, según parecía, sus palabras iban a resultar verdad.

¿Qué muerte, — allí en medio de aquella densa oscuridad, — les enviarían sus implacables enemigos?

Aquellos momentos de espera, mientras escuchaban aguardando en vano oír algún ruido que les indicara que la puerta cedía, fueron de indescriptible y angustiosas torturas.

Desesperado, Jim gritó con toda la fuerza de sus pulmones. Pero al ruido de los golpes dados en la puerta, ahogaba el sonido de su voz. Y los dos prisioneros, rodeados de oscuridad, sabían que, fuera lo que fuera aquello a lo que se habían referido las palabras del ciego, su amenaza no tardaría en ser puesta en ejecución.

De pronto un repentino grito de horror brotó de labios de Rodman. Ya sabía a qué se había referido la terrible amenaza. Había sentido algo que se arremolineaba a sus pies. ¡La muerte se aproximaba ya a ellos!

El mismo peligro que casi había dado muerte a Jim cuando se hallaba en el túnel, al que entró por la puerta descubierta en el pozo, les amenazaba entonces a los dos.

Aquel pasaje, — inundado por el agua del foso, — hallábase separado de aquella habitación, más inferior aún, por una puerta que no dejaba pasar el agua. Pero en aquel momento esa puerta, — que funcionaba mediante un ingenioso mecanismo, — había sido abierta como la compuerta de una esclusa. El volumen de agua, así libertada, dirigíase en torbellino hacia ellos.

(Continuará)

PUCKY
La Lectura Para Todos
Acción — Drama
Misterio Aventuras

Aparece todos los viernes
Avenida de Mayo 662
U. T. 33 Avenida 8221
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$	0.20
" atrasado	"	0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	"	2.50
" por 6 meses (26 números)	"	4.80
" por 1 año (52 números)	"	9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$	9.00
Otros países (1 año)	"	12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

Anécdotas

Pérez venía notando ya varios días que, al subir los ciento ochenta escalones que separaban su cuarto de la portería, se fatigaba mucho, cosa que nunca le había ocurrido.

Aquello le preocupaba y decidióse a ir a que le reconociera un médico.

Cuando Pérez estuvo ante el galeno, éste le inquirió;

—¿Qué le trae por aquí, amigo?

—Mire, doctor: noto algo de opresión al pecho... Me fatigo mucho cuando subo escaleras... No respiro bien.

—Usted es músico, ¿verdad?

—Sí, señor. ¿Cómo lo ha adivinado?

—¡Ah, querido amigo! ¡Yo soy un gran psicólogo! Me ha bastado con ver su cara... Lo delatan sus pómulos prominentes... Sus mejillas chupadas... El contínuo soplar y resoplar le tiene en tal estado. Qué toca usted, ¿la flauta?

—No, señor. El acordeón.

—¿.....?

Hallándose en una reunión dos amigos, uno de ellos médico, y los dos aficionados a la caza, queda concertada una expedición para un día que fijará el médico. El otro amigo, al cabo de un cierto tiempo, recibió la carta anunciada, que estaba escrita con una letra casi imposible de leer. Para poder descifrar lo que en ella dice no se le ocurre mejor cosa que llevarla a un farmacéutico. Este la recoge, se introduce en el laboratorio y cuál no sería la sorpresa del "cazador" cuando ve salir al farmacéutico con una gran botella y decirle:

—Tome dos cucharadas cada dos horas.

De todos es conocida la sencillez y buen trato que el rey Luis XIV de Francia tenía para con sus súbditos.

Una vez, paseándose por la entonces famosa feria anual de los alrededores de París, examinando con visible curiosidad los barracones en que los saltimbanquis ambulantes demostraban su fuerza y destreza para atraer el público, se detuvo delante de una, en la cual un hombre lucía una rara habilidad, consistente en imitar a la perfección, con movimientos de boca rapidísimos, el canto del ruiseñor.

Picado el rey de curiosidad, se acercó a dicho hombre y le felicitó efusivamente por tener tal maestría, a la vez que le preguntó cómo había llegado a lograr hacer una imitación tan perfecta.

El buen hombre, acobardado, le dijo respetuosamente:

—Señor, esto no es ninguna hazaña, pues sin esto no lograría hacer salir de mi boca estos sonidos tan perfectos. — Y al mismo tiempo le enseñaba un pedacito de caña de bambú que tenía oculto entre las comisuras labiales.

Tomó el rey dicho aparatito, y después de limpiarlo, lo introdujo él en la boca, haciendo salir sonidos parecidos a los del saltimbanqui, pero no tan perfectos.

—Es curioso — dijo, — pero este pedacito de caña puede tragarse con facilidad, y entonces perdería usted su atracción para las gentes.

—Verdad es que sí, señor, pero eso no me importa nada. El aparato que Su Majestad tiene en la boca ya me lo he tragado tres veces.

Un judío llamado Mayer se encuentra muy delicado y decide ir a visitar a un célebre especialista de la localidad.

Pero el judío, hombre interesado, como todos ellos, se ha enterado que dicho médico cobra cien pesos por la primera visita y cincuenta por las restantes, y trata de inventar alguna artimaña para hacerle creer al doctor que su visita no es la primera.

En efecto, cuando va a la consulta le dice familiarmente al doctor.

—Otra vez me tiene usted aquí.

El profesor le reconoce, toma los cincuenta pesos, y después le dice:

—No hay novedad, amigo mío. Siga usted el tratamiento que le indiqué la vez pasada.

Se está haciendo el reparto de una obra teatral que se ha de representar a beneficio de los obreros parados e interpretada por aficionados.

El director, que repartía los papeles, encarándose con uno dijo:

—El papel de Juana lo puede hacer tu mujer.

—¿Mi mujer? ¡Imposible! ¡Es demasiado difícil para ella!

—¡Pero si no tiene que decir nada!

—Pues por eso mismo.

Habiendo anunciado los padres de un vago que estudiaba en esta capital que iban a presenciar su examen, el sujeto, que no sabía ni sumar, dada la holganza llevada durante el curso, se entrevistó con el catedrático y acordaron ambos que sólo le preguntaría las seis primeras lecciones.

Llegó el día del examen, y el profesor, haciéndose el distraído le pregunta la lección primera.

Silencio por parte del estudiante.

El catedrático lo mira con ojos interrogadores y le pregunta la lección tercera

Nuevo silencio.

—¿Pues no quedamos en que se estudiaría las seis primeras lecciones? — le dice el profesor iracundo.

El alumno sin inmutarse contesta:

—Sí. Pero es el caso que ya no vienen mis padres.

PIPERMIT por BILLY DEBECK

CORREO ARGENTINO
FRANQUEO A PAGAR CUENTA 79
TARIFA REDUCIDA CONCESION 261
La Lectura Para Todos
Acción — Drama
Misterio Aventuras
MARZO 9 de 1933
Buenos Aires
EN EL VALLE DE LA MUERTE
20 cts.
No. 402

PUCKY
La Lectura Para Todos
Acción Drama
Misterio Aventuras

No. 492 Año XIII

PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

BUENOS AIRES, MARZO 3 DE 1933

En el VALLE de la MUERTE

Por Arturo Steffens

Extrañas y emocionantes aventuras de un joven argentino en el Far West

DANIEL

DANIEL Duffy estaba sentado delante de una mesa, con una taza de café en una mano y una rebanada de pan con manteca en la otra. En un extremo de la mesa se hallaba su tío, Adán Duffy, y en el otro su tía Juana.

La habitación hacía diez años que clamaba por un poco de pintura y aquella mañana de invierno, en que llovía copiosamente, estaba tan sombría como una prisión.

Pero el muchacho no pensaba en la lluvia, ni en la pieza, al mirar por la ventana la pared lisa, de ladrillos que era todo cuanto sus ojos divisaban en aquel feo barrio del suburbio de Buenos Aires. Curvaba sus labios una alegre sonrisa y brillaban sus ojos, porque por su imaginación desfilaban los paisajes del último libro de aventuras que había leído: una extensa llanura, con altas montañas al fondo; que se elevaban hasta casi tocar el cielo azul. La llanura ardía al sol y en ella el muchacho veía...

—¡Daniel! ¡Soñando despierto de nuevo! — dijo con mal modo el tío Adán. — Termina de tomar el café y apúrate. Si no llegarás tarde a la escuela.

Dan volvió en sí sobresaltado y miró el reloj. ¡Las ocho menos diez! Realmente tenía que apurarse. Se tragó apresuradamente el café tibio y el pan con manteca. Luego agarró su gorra y su cartera de una percha, dijo "¡hasta luego!" a sus tíos y salió corriendo.

La voz quejosa del tío Adán lo siguió escaleras abajo.

—No sé que voy a hacer con ese muchacho, Juana. Se parece a su inútil tío Roberto y a su atolondrado padre. ¿Qué vamos a sacar de él cuando haya terminado sus años de escuela?

Daniel abrió la puerta de calle y la volvió a cerrar, de un portazo. Atravesó corriendo la calle, dió vuelta la esquina y tomó un ómnibus. Gracias a él y a una corrida bajo la lluvia, llegó a la escuela cuando los alumnos se disponían a entrar en clase.

Daniel seguía soñando. No le importaba lo que pudiera ocurrirle. Su padre, un norteamericano, que se dedicaba a la pesca, había muerto en el mar junto con su esposa, que era argentina. Su tío Roberto el "mala cabeza" de la familia, se había dirigido a Estados Unidos, de donde era oriunda la familia, aunque hacía muchos años que estaba establecida en Buenos Aires. Aquí se habían casado sus padres aquí había nacido Daniel, el único vástago.

En la casa de su tío Adán, con quien quedó el chico después de la muerte de sus padres, se suponía que el tío Roberto llevaba una existencia vagabunda en los Estados Unidos. Hacía años que nada se sabía de él.

Daniel hubiera deseado mucho seguir el ejemplo de su tío e irse a correr mundo.

A una cosa estaba resuelto: a no pasarse la existencia en un obscuro negocio como el de su tío Adán, preocupado por las entradas y salidas de dinero que permitían escasamente vivir. El...

El señor Antonio, el maestro, había estado hablando; pero Daniel sólo pescaba una palabra aquí y allí. Sin embargo, lo que decía ahora el maestro, penetró como un golpe de martillo en la distraída imaginación del muchacho.

—Luisito Peralta ha caído enfermo — decía el señor Antonio — y es éste el segundo caso de escarlatina que se produce en esta semana. Con mucho sentimiento me veo obligado a anunciarles que la escuela estará cerrada hasta nuevo aviso. En caso de que alguien más se enferme, espero se me informe inmediatamente.

¡La escuela cerrada!

Los ojos de Daniel se abrieron e iluminaron, mientras juntaba los libros y los metía desordenadamente en la cartera. Luego se unió al grupo bullicioso de muchachos que cruzaba el patio, en dirección a la puerta.

Era el último año de escuela de Daniel y estaban a fines de Agosto. El muchacho tenía quince años y era alto para su edad. Deseaba salir de la escuela e ir a ganarse la vida.

Daniel no hubiera podido explicar por qué, pero la lluvia le pareció tibia y agradable,

mientras corría hacia su casa. Lo obsesionaba el pensamiento de no volver más a la escuela.

Corría Daniel Duffy, levantando la cara para que le cayeran en ella las gotas de lluvia. Al llegar a la casa de comercio de su tío, entró como un torbellino.

El tío Adán se quitó los lentes, limpió los vidrios y miró sorprendido al muchacho.

—¿Por qué no has ido a la escuela? — le preguntó con enojo.

—La han cerrado, a causa de la escarlatina — contestó Daniel.

—No lo creo. Voy a telefonear para asegurarme.

Daniel oyó el timbre del teléfono al alzar su tío el receptor de la horquilla y subió la escalera, porque la familia vivía en los altos del pequeño negocio de librería y cigarrería, propiedad del tío Adán. No le ofendió que su tío no creyera en su palabra. El era así. El muchacho metió la cartera en un armario, colgó la gorra, se cepilló el cabello y se preparó para leer PUCKY, su revista favorita; pero oyó en seguida la voz del tío Adán:

—Es cierto lo de la escuela. Pero no quiero que estés holgazaneando. Baja a atender el negocio.

Daniel dejó, suspirando, su revista favorita y bajó las escaleras, hasta el sucio negocio. Se situó detrás del mostrador, donde empezó a arreglar la innumerable cantidad de cajas de cartón que llenaban los estantes y a poner todo en orden.

Era un saloncito obscuro, triste. Adán Duffy vendía artículos de librería y también cigarrillos, tabaco, boquillas y hasta cigarros de hoja, de los baratos. Pero el conjunto era pobre y viejo.

El salón necesitaba arreglos y el negocio un sistema más progesista. Pero Adán y su mujer Juana parecían contentos con tener un cliente de cuando en cuando y llevar una mísera existencia. Estaban envejeciendo junto con su comercio.

Daniel se rebelaba ante la monotonía de aquella vida. Se ahogaba entre el polvo y el moho del sitio. Y cuando su tío se fué para arriba, después de explicarle lo que tenía que hacer — cosa que Dan sabía mejor que el viejo — el muchacho se puso a soñar de nuevo.

Esta vez no era una llanura lo que veía a través de las sucias vidrieras, si no un mar color záfiro y buques que se dirigían a Oriente.

En el cielo, una gran bola dorada parecía calcinar las cubiertas de los buques y ampollaba la pintura de sus planchas de hierro.

Daniel se vió corriendo en dirección a proa, con las piernas y brazos tostados por el sol, de un color cobrizo, con el cabello alborotado por el viento y descolorido por la exposición a la intemperie. Tenía los pies descalzos y cantaba alegremente al correr. Luego...

La puerta de entrada, que tenía timbre, sonó vivamente, haciendo darse vuelta al muchacho.

EL TIO BOB

El hombre que acababa de entrar en el negocio, con un impermeable negligentemente abierto y un sombrero nuevo, de castor, chorreando agua, era alto y de poderosa musculatura. Tenía el rostro de un rojo subido, la mandíbula cuadrada y ojos tan azules como el mar con que Daniel estaba soñando. Había algo de fuerte en su cara y los ojos podían ser severos o tiernos, según el humor del hombre, como pronto iba a ver Daniel.

Vestía tosco traje de tweed y botas con suela gruesa. Camisa de color y corbata, rojo brillante, completaban su atavío.

Avanzó hacia el mostrador, detrás del cual estaba Daniel y miró al muchacho con curiosidad más que común. Daniel, por su parte, también lo miraba. De modo que ambos se contemplaban intensamente.

—¿Qué desea, señor?

—Tú tienes que ser...

Luego ambos empezaron a hablar a la vez; después se detuvieron y se echaron a reir. El desconocido continuó conversando, en voz sonora, profunda, rica.

—Tú debes ser el hijo de Adán Duffy — dijo el desconocido.

—No, no soy su hijo. Mi padre era Daniel Duffy.

—¡Hum! — dijo el desconocido. — Debí comprender que Adán no podía tener un hijo como tú. Tú padre, Daniel, era todo un hombre y tu pobre madre, Dios la tenga en gloria, una de las mujeres más buenas y valerosas de la tierra. Tú te pareces un poco a Daniel — nosotros lo llamábamos Dan — y otro poco a ella. ¿Cómo te llamas, chico?

—Daniel, como mi padre — contestó el muchacho, que estaba muy emocionado.

—Bueno, Daniel, yo soy tu tío Roberto, Bob, que acabo de llegar de Estados Unidos Allá me llaman Duffy, del Valle de la Muerte. ¿Dónde está tu tío Adán?

—Tío Adán está arriba — contestó Daniel, con el rostro encendido y los ojos brillantes. — Oiga... yo he oído hablar mucho de usted. Me alegro que haya venido. ¿Lo llamo a tío?

El muchacho no le dijo al tío Bob que había oído hablar muy mal de él o que lo que menos hubiera deseado en el mundo era llamar al tío Adán.

—Adán puede esperar. Supongo que será tan tacaño como siempre. Cuéntame algo de tí. Me pareces un hijo mío... Ahora...

Pero en este interesante punto, llegó el tío Adán, evitándole a Daniel el trabajo de ir a llamarlo. Entró en el negocio con paso puerte y aire de reprobación.

—Te he dicho a menudo que no pierdas tiempo conversando con los clientes — dijo severamente a Daniel. Dale a ese caballero lo que ha pedido.

El tío Bob sonrió y la sonrisa arrugó su hermoso y curtido rostro de oreja a oreja.

—Es precisamente lo que Daniel estaba haciendo — contestó, extendiendo su mano grande y fuerte. — ¿Cómo te va, Adán? Después de tantos años ¿no quieres estrechar mi mano? Soy tu hermano Roberto.

Adán Duffy no tomó enseguida la mano que le tendían, ni pareció complacido al ver a su hermano. Sus fríos ojos grises examinaron la fornida figura del visitante de los pies

a la cabeza. Al fin tendió al recién llegado dedos, flojos y helados.

—De modo que has vuelto... — dijo con acento gruñón. — Bueno, tienes mejor aspecto de lo que pensé. Juana y yo creíamos que habías muerto.

—Quizá lo hubieras deseado ¿no Adán? — dijo riendo el tío Bob, a la vez que daba al hombre más débil una palmada en el hombro que casi lo derriba. — Nunca hubo mucho afecto entre nosotros ¿verdad? ¿Y Juanita? ¿Se ha humanizado con los años o siempre te tiene sujeto en casa, privándote de toda diversión?

—Mi esposa es una buena mujer, de su casa — contestó Adán, enrojeciendo.

—¡Claro que lo es! Bueno, Adán, estoy en Buenos Aires nuevamente, la linda y querida ciudad que casi podemos considerar nuestra patria, puesto que vinimos a ella muy pequeños. Pensé quedarme hoy a almorzar contigo y traje mis cosas. Están en el auto. Quizá pueda pasar aquí unos días, con ustedes. ¡Hace tanto tiempo que no nos vemos! Y luego está Daniel... el hijo del pobre Dan!

Los ojos del muchacho estaban fijos en la cara del tío Adán. Vió los fríos ojos grises achicarse y estirarse los delgados labios. Comprnedió lo que quería decir eso. Daniel nunca había visto sonreir a su tío.

—Quédate a almorzar, de todos modos — dijo Adán de mala gana. — Sube y ven a saludar a Juana. Daniel, cuida del negocio.

Antes de seguir arriba a su hermano, Roberto se sacó su impermeable nuevo, empapado de lluvia y el sombrero de castor. Dirigió luego a Daniel una amplia sonrisa y le hizo una guiñada.

Daniel no lo vió más hasta que volvió a bajar el tío Adán y puso en la puerta una tarjeta que decía: "Cerrado de doce a catorce". Luego el muchacho siguió a su tío arriba, al obscuro y descuidado comedor.

Encontró a su tío, Bob, fumando el cigarro más grande que había visto Daniel en su vida. El cuarto estaba lleno de humo de tabaco. La tía Juana y el tío Adán parecían más ácidos que de costumbre.

Fué servida una lengua en conserva, como plato extra. Sobre la mesa había queso reseco, pan del día anterior, un poquito de manteca y dulce de ciruela, en tarro de vidrio.

El tío Bob abrió la ventana, tiró fuera su cigarro sin concluir y empezó la comida. Daniel nunca olvidó aquel almuerzo. El tío Adán trinchaba con aire mal humorado y cambiaba miradas furtivas con la tía Juana. El tío Bob se comió su porción de carne en pocos bocados, acompañados por grandes trozos de pan y casi toda la manteca. Todo el tiempo mantenía la conversación, tratando de contarles lo grande que era el sitio donde vivía y los trabajos que había pasado.

Ellos apenas lo escuchaban. El tío Bob encaminó la conversación hacia los padres de Daniel, sin tener mejor éxito.

—Ya sabes, Adán, — dijo que pensaba venir a verlos a ustedes todos cuando me llegó la noticia de que nuestro hermano Dan había perecido en el mar, mientras estaban pescando en su pequeño balandro. Dan era un hombre, por donde quiera que se le mirara. ¿Y la madre de Danielito? ¡Qué mujer! ¿Te acuerdas que siempre quería acompañarlo a Dan en sus excursiones de pesca, porque tenía miedo que él se ahogara? Por eso murió con él.

—Una atolondrada,, digo yo; no era mujer de hogar — intervino con aspereza Juanita.

El tío Bob la miró irónicamente.

—Bueno... tú no lo hubieras hecho, Juanita, lo sé. Ni tampoco Adán hubiera arriesgado su vida, saliendo a pescar mar afuera. Pero ellos lo hicieron y... murieron. Por eso no volví en ese tiempo, Adán. Pero ahora estoy aquí y me alegro de haber venido. Es bueno volverlos a ver. Y Danielito me gusta mucho.

Daniel sintió fijos en él dos grandes ojos azules brillantes, con expresión de cariño y dos grises y otros dos castaños, fríos, severos. El muchacho se movió molesto.

—Supongo que habrás ahorrado mucho dinero con tu negocio — dijo Roberto a Adán

—¡No! — contestó el librero. — El negocio da poco y éste es un barrio pobre.

—Deberías mudarte, establecerte en otro lado, hacer "reclame", comprar mercadería nueva. Eres retrógado, Adán.

Daniel contuvo una sonrisa. Era hermoso oír hablar así al tío Bob.

Pero Adán se ofendió. Su respuesta salió tartamudeante. Todo lo que deseaba decirle a Roberto desde que se le había aparcido aquella mañana, salió ahora en torrente:

—Soy como me parece y me conviene — — gruñó severamente. — Sé lo que hago. Tengo que economizar hasta el último centavo, porque... te di todo lo que pude, Roberto.

—No digo lo contrario — contestó el tío Bob, mordiendo el extremo de otro gran cigarro, que sacó de una cigarrera de piel de cocodrilo y encendiéndolo. — Pero, con todo, tú y Juanita podrían llevar una vida más alegre, sonreir, si se permitieran un gusto de cuando en cuando.

—Cada uno sabe donde le aprieta el zapato, cuando tiene buena cabeza — dijo el tío Adán. — Y ahora, he llegado a lo que quería decirte. No puedes parar en mi casa porque no tenemos cuarto preparado. Hace dos años que nos pasamos sin sirvienta. Y sería demasiado trabajo para Juana. Lo siento mucho, Roberto, pero dadas las circunstancias, sería más conveniente que te alojes en una pensión. Naturalmente que nos sentiremos encantados de verte cuando quieras venir...

Daniel observaba los ojos azules del tío Bob. Un momento antes tenían expresión risueña; ahora parecían de pedernal. Sus gruesos y bondadosos labios se adelgazaron.

Roberto se inclinó a través de la mesa, empujando los platos sucios y agitando su cigarro bajo las narices del hombre que aborrecía el olor del tabaco.

—He venido desde muy lejos para verte y ver a Juanita, Adán — dijo.

—Lo siento. Si nos hubieses avisado... hubiéramos procurado hacerte un sitio. Pero ni por la cabeza se nos pasó que pudieras venir. Siempre has sido así, Roberto.

Nunca tuviste consideraciones con nadie.. Te fuiste y por espacio de muchos años no tuvimos noticias tuyas.

—Yo te escribí, Adán y tú nunca me contestaste. Lo malo en tí es que eres un tacaño. Tan tacaño que no quieres arriesgar un poco de dinero. Este negocio está como yo lo ví la última vez. No has adelantado nada y te estás haciendo viejo. Bueno, me iré.

ciones para ustedes, Adán, Juanita. Pero son ustedes tacaños, mezquinos, siempre lo fueron. Pronto me volveré a Estados Unidos.

Les dijo adiós y se dirigió a la puerta. Daniel había salido al descanso de la escalera. El muchacho sentía un nudo que lo ahogaba en la garganta.

—Adiós, tío Bob! — dijo tristemente.

Daniel se sintió arrojado al mar por un hombre al que nunca había visto.

El tío Bob se levantó. Agarró su sombrero y su impermeable de la percha.

—Y ahora, déjame decirte algo — añadió, sacando de su bolsillo una cartera. La abrió y estaba llena de billetes de banco. — Si me hubieras dejado quedar aquí, te hubiera pagado mi alojamiento. Pero, — sacó un billete flamante, de cien pesos — toma esto por mi almuerzo. Yo traía buenas inten-

—¡No adiós, no! — dijo Roberto sonriendo alegremente. — No te importe del tío Adán y de la tía Juana, ven a dar un paseo conmigo. Hace años que deseaba darme una vuelta por Buenos Aires, mi segunda patria. ¡Como ha adelantado de pocos años a esta parte! En mi breve recorrida he visto barrios maravillosamente transformados. Sólo éste, en que vive Adán ,permanece casi

estacionario. Se diría que él le imprime su espíritu mezquino.

DUFFY, DEL VALLE DE LA MUERTE

La lluvia había cesado y brillaba el sol cuando Daniel salió del mísero negocio de su tío con Roberto Duffy, del Valle de la Muerte. A la vuelta de la esquina, esperaba un gran auto de alquiler. Subieron a él.

—Vaya a cualquier parte — dijo al chauffeur. — Sólo tenga cuidado que estemos de vuelta para las cinco de la tarde.

Daniel nunca olvidó aquel paseo en auto. El chauffeur los llevó por el Balneario, la Costanera, Puerto Nuevo, Avenida Alvear, con sus magníficos palacios. Palermo.... Todo era casi nuevo para Daniel que poco había salido del negocio de su tío y apenas si conocía el centro. El tío Bob lo miraba con expresión compasiva y tierna a la vez. Recostado en los almohadones del auto, fumando, cigarro tras cigarro, le hablaba de su vida, de su casita en el Far West y todo lo que le decía excitaba la imaginación del muchacho.

—Tu tío Adán se ha equivocado feo al creer que soy el pobre diablo que se fué a buscar fortuna a Estados Unidos hace treinta años. Adán siempre me despreció y por eso no quiere tenerme en su casa, ni le importa nada de mí. Es cierto que, cuando yo era muchacho, me mantuvo un tiempo, como a tí, si eso puede llamarse mantenerlo a uno. Pero, antes de irme, le devolveré cuanto me dió. No quise hacerlo hoy para que rabie un poco.

El hombre de la cara roja se inclinó hacia adelante, brillantes sus ojos azules.

—Danielito — continuó — tengo una propiedad en el Valle de la Muerte que te haría abrir la boca, si la vieras. De ahí saco mi dinero, dinero hasta para tirar. Me llaman allá Duffy, del Valle de la Muerte. A mi me gusta el nombre, me enorgullezco de él. El Valle de la Muerte es un sitio maravilloso; se extiende cientos de leguas entre dos cordilleras. Me he construído un "rancho" allá. Algunos lo llaman palacio. Traje agua donde no la había, planté árboles frutales e hice el sitio habitable.

Daniel escuchaba con la boca abierta y los ojos dilatados.

—He ganado y perdido millones. Tengo enemigos que me matarían a primera vista, si se atrevieran. A pocas leguas de distancia hay indios injuns y cerca del valle donde antes hombres y caballos morían, como moscas, existe ahora un camino carretero. Es un sitio maravilloso, Danielito.

—¿Nunca tuvo que andar a tiros con nadie? — preguntó Daniel anhelante.

—¡Sí! — contestó el tío Bob, desnudando su antebrazo, muscular y nudoso y mostrando la cicatriz dejada por una bala. — Es parte del juego, Daniel. Algún día, cuando seas mayor, si esa vida te gusta, ven a reunirte conmigo.

—Me gustaría mucho — exclamó el muchacho, cuyos ojos brillaron febrilmente.

Y así, mientras el auto seguía llevándolos por los sitios más pintorescos, Duffy, del Valle de la Muerte, contó a Daniel como años atrás, cuando empezó a hacer su fortuna, los buscadores de oro morían como moscas en el desierto alcalino y al pie de las montañas que los rodeaban. Le contó que una vez tuvo que pelear contra una banda de ladrones que detuvieron su carreta, tirada por caballos, al borde del valle.

—Eran seis y los maté a todos — dijo el tío Bob, masticando fuerte el extremo de un nuevo cigarro.

—¡Siga! — rogó Daniel anhelante.

El tío Bob siguió contando a su interesante manera, sin detenerse. Daniel escuchaba encantado, sin dudar del relato y haciendo, de cuando en cuando, preguntas. El paseo terminó, sin que él se diera cuenta cuando el auto se detuvo a distancia de un tiro de piedra del negocio de su tío Adán.

El tío Bob estrechó la mano del muchacho al bajar éste del auto.

—¡Adiós, pibe! — le dijo Roberto Duffy. — Uno de estos días te veré.

No dijo más que eso. Arrastrando los pies llegó Daniel al negocio, empujó la puerta y entró, haciendo sonar el timbre.

Y entonces estalló la tormenta.

DANIEL PARTE HACIA LA AVENTURA

Por espacio de varios días tuvo Daniel que aguantar las amargas críticas de sus tíos contra el tío Bob. Roberto Bob no era rico, decían. Le había dado aquel billete de cien pesos nada más que por insultarlos, pagándoles el almuerzo. Roberto siempre había sido un mala cabeza. Y cada vez que Daniel intentaba defenderlo, le decían era lástima no se hubiera ido con él.

Daniel quiso relatarles lo que su tío le había contado del Valle de la Muerte; pero rehusaron oirlo.

La escuela siguió cerrada a causa de la escarlatina. Cayeron enfermos dos niños más, según oyó decir Daniel. La vida en casa de sus tíos y en el negocio era insoportable. De modo que, por fin se dirigió al hotel, donde sabía que paraba su tío y preguntó por él.

—El señor Duffy, — le dijeron — abandonó el hotel hace dos días.

El muchacho sintió que se le oprimía el corazón.

—¿No sabe a dónde fué?

—Tenemos entendido que se embarcó para Estados Unidos.

—¿En qué vapor? — preguntó Daniel ansiosamente.

—En el Aquitania. Partió el viernes pasado.

Daniel salió del hotel con pies de plomo. Le dolía el corazón. Algo había desaparecido de su vida. Se estremeció al pensar que tendría que pasar toda su joven vida en aquel pequeño negocio de su tío Adán. Se dirigió a la compañía de vapores, cuya dirección sabía, pues su tío Bob le había dicho que nunca viajaba en otra línea. Con el corazón palpitante, un poco intimidado, entró por las puertas giratorias de la lujosa oficina.

—¿Puede decirme — preguntó a un empleado — si hay medio de hacer llegar un mensaje a un pasajero que viaja a bordo del Aquitania? — le preguntó. — No tengo di-

nero para pagar un telegrama. Pero me gustaría que el mensaje llegara a Nueva York antes que el vapor arribe.

El empleado a quien se dirigía el muchacho, lo miró fijamente.

—¿Cómo se llama el pasajero? — le preguntó.

—Roberto Duffy, del Valle de la Muerte, como le dicen — contestó Daniel.

Y entonces el empleado arrojó su bomba.

—¿Y cuál es el nombre de usted? — le preguntó.

—Daniel Duffy. Soy sobrino del señor Roberto — contestó el muchacho.

El empleado le entregó una carta.

—El señor Duffy le dejó esto antes de partir — le dijo, con alentadora sonrisa. — Dijo qeu vendría usted seguramente a preguntar por él.

Daniel rompió febrilmente el sobre y he aquí lo que leyó:

"Querido Daniel:

"Si he leído bien en tu alma, no te quedarás mucho tiempo en la mohosa librería de mi hermano. Quizá proguntes por mí en el hotel y quizá tu instinto errabundo te traiga hasta aquí. Si es así, sabrás que tienes tomado un pasaje a bordo del Baratania, que parte dentro de pocos días. Si te sientes con valor, sígueme al Valle de la Muerte. Allí te esperaré. Si sientes demasiado dejar tu patria, haz de cuenta que no recibiste ésta.

Duffy del Valle de la Muerte (Tío Bob)".

Daniel apenas vió al empleado cuando le hizo la pregunta.

—Por favor... ¿hay un pasaje reservado para mí?

Como a través de una bruma vió que el empleado movía afirmativamente la cabeza.

—Sí; un pasaje y además una cantidad de dinero, que su tío le dejó. Teníamos su dirección; pero se nos dió orden de no comunicarnos con usted. Si usted no aparecía antes de partir el Baratania, el pasaje quedaría cancelado y el dinero debía ser devuelto al señor Duffy, a Estados Unidos. Y también tengo orden de remitir al señor Adán Duffy una cantidad de dinero, después de transcurridos tres meses de la partida del señor Roberto.

Anhelantemente pidió Daniel todos los detalles respecto a la fecha de salida del vapor; supo que partía al día siguiente. Provisto del pasaje y del dinero, corrió a su casa. Pensó que sus tíos se afligirían o, por lo menos se sorprenderían ante la noticia; pero no fué así.

—Es mejor que te vayas — dijo el tío Adán. — Hace tiempo he comprendido que tu espíritu aventurero no te permitiría hacer nada bueno aquí. Pero cuando vuelvas, no esperes que te volvamos a recibir. Si te marchas ahora, después de todo lo que hemos hecho por tí, no queremos verte más.

Daniel sintióse herido. Trató de mostrarse afectuoso con la tía Juana; pero ella lo rechazó. De manera que envolvió las pocas cosas que poseía y, diciendo adiós a sus tíos, se fué a pasar el resto del tiempo a un hotel, hasta la salida del barco. En el vapor halló que le habían reservado un cómodo camarote y que tenía un pequeño baúl con ropa y todo lo que necesitaba. Llevaba una etiqueta con su nombre y estaba arrimado a la pared del pequeño camarote. Su tío Bob había pensado en todo.

Daniel se distrajo, paseando por cubierta y observando a los pasajeros que subían.

El movimiento de las grandes grúas lo emocionaba. Sentíase hombre. La comida y el camarote lo encantaron. Y cuando el buque se puso en marcha se sentía feliz.

Todo el viaje se lo pasó en cubierta, dejando que el viento le despeinara el cabello, recostado en la barandilla y contemplando las olas. A veces bajaba a ver trabajar las grandes máquinas.

Los días pasaron con increíble rapidez y hacia la terminación del viaje se puso a pensar Daniel si su tío lo estaría esperando cuando llegara a Nueva York y que ocurriría cuando se volvieran a encontrar.

Los dos últimos días del viaje el vapor tuvo que soportar uno de los temporales más grandes que había sufrido en sus travesías del Atlántico. Grandes olas se estrellaban contra las planchas de acero y enviaban cascadas de agua hacia las chimeneas.

La lluvia caía a torrentes y los truenos y relámpagos se sucedían sin interrupción.

A Daniel no lo asustó la furia de los elementos y hubiera subido a cubierta como de costumbre; pero un oficial le ordenó quedarse abajo.

—No podrá sostenerse ahí, hijito — le dijo. — Las olas suben muy alto y podrían

APRENDA UNA PROFESION LUCRATIVA

ENSEÑAMOS POR CORREO:

Dibujante
Procurador
Constructor
Perito Agrícola
Químico - Farmacia
Corte y Confecc. masc. y fem.
Contador - *Tenedor de Libros*
Mecánico Electricista de Autos
Periodismo - Vendedor - *Publicidad*
Electricidad-Radio-Televisión-Fonofilm

El moderno sistema de enseñanza técnica y práctica por correo, permite aprender estas profesiones

Mande el cupón. - Escriba claro.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
1059-Lavalle-1059—Buenos Aires

NOMBRE ....
DIRECCIÓN ....
LOCALIDAD 7

arrebatarlo a usted. Ya cayó al mar uno de los marineros.

De modo que Daniel tuvo que quedarse abajo. El movimiento terrible del vapor, que era sacudido como un corcho, no lo afectó lo más mínimo. Se le encontraba siempre en el comedor, a la hora de las comidas y era uno de los pocos que podían hacerlo. Muchos de los pasajeros estaban mareados o asustados por la tormenta.

—Usted debía ser marino — le dijo uno de los mozos sonriendo.

Y Daniel, sonriendo también, le contestó:

—Debe ser muy lindo. Pero prefiero el campo y me gusta mucho la vida de los "ranchers" en el Oeste. Allá me dirijo, sepa usted, al "ranch" de mi tío. Es el señor Duffy, del Valle de la Muerte. ¿No lo conoce? — preguntó el muchacho orgullosamente.

El mozo dijo que lo conocía y, que era un hombre muy simpático.

Daniel se puso muy contento. ¡Qué gran hombre debía ser su tío! Todo el mundo lo conocía.

Debido a la tormenta, el vapor, que debía llegar por la mañana, se retrasó muchas horas y era de noche cuando al fin apareció la boca del Hudson.

Una falúa atracó al vapor, Daniel, que estaba en cubierta, sin importársele del tiempo, vió subir a bordo a algunos hombres. Eran el piloto, algunos repórters y empleados de aduana.

Daniel contempló la gran estatua de la Libertad, con la flamígera antorcha en alto, para que el mundo la vea.

El muchacho estaba solo en aquel sitio de cubierta. Se arrimó a la barandilla, inclinándose hacia afuera para ver mejor.

Estaba allí un hombre. . .un hombre a quien no había visto antes. Tenía una cicatriz en la mejilla, ojos astutos, que parerían rayitas y labios muy delgados.

Daniel se enderezó y el hombre se recostó a su lado, en la barandilla, señalando.

—Chico, — le dijo. — esa es la estatua más maravillosa del mundo. ¿Ya la habías visto?

—No — contestó Daniel, un poco ofendido de que lo tutearan y le dijeran "chico".

—¿Tu apellido no es Duffy, por casualidad? — preguntó el hombre ansiosamente.

—Efectivamente — contestó Daniel. — Me llamo Daniel Duffy.

—¡Ah!. . . — los ojos del hombre casi desaparecieron y brillaron malignamente. — ¿Y a qué has venido aquí?

—¿Y por qué quiere usted saberlo? — preguntó Daniel en guardia, porque el hombre no le era simpático.

—¡Oh!. . . yo soy amigo de Duffy del Valle de la Muerte — contestó el hombre. — He venido en la falúa.

—¿Entonces ha visto a mi tío? — preguntó Daniel emocionado.

—Sí. Me mandó a buscarte — contestó el hombre sacando una carta de su bolsillo. — Aquí tienes una carta suya. Es mejor que la leas.

La luna pasaba entre ligeras nubes; pero Daniel tenía buenos ojos. La luz era suficiente para leer.

Se dió vuelta, de espaldas a la barandilla y rasgó el sobre. Y estaba a punto de desdoblar el papel, cuando se sintió agarrado por dos manos que parecían de acero. Una de ellas oprimía su garganta y la otra lo agarró por el tobillo.

Desprevenido, no pudo defenderse y fué alzado por encima de la barandilla, casi asfixiado por la presión que experimentaba en su garganta. Un momento después se sintió precipitado al espacio, lanzado de la cubierta del vapor a la muerte, por un hombre a quien hasta uno o dos minutos antes nunca había visto.

Parecióle que nunca acababa de caer y cuando al fin tocó el agua fué con una fuerza que lo dejó aturdido. Daniel fué envuelto por la espumosa estela del Baratania que se dirigía a Nueva York y a ancladero seguro.

Y mientras daba vueltas en las aguas, luchando por su vida, en las espumosas aguas, vió la estatua de la Libertad que parecía burlarse de él con su brazo luminoso en alto.

(Continuará)

Lea en PUCKY la continuación de

EL RANCH "LOS TRES"

Por FRANCIS WARWICK

MOSQUETEROS DEL ESPACIO

Tercera parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

EL BARON RECIBE UNA SORPRESA

ALLA, en el palacio del Kaiser, su oficina privada estaba llena de personas. Guardias pálidos, sorprendidos, se amontonaban alrededor del escritorio y miraban a su igualmente pálido emperador, que estaba ahora sentado, todo flojo, en una silla, mientras un par de oficiales se inclinaban sobre él, administrándole restaurativos.

—¡El cielo sea loado por haberos oído golpear, Alteza! — balbuceó uno de los oficiales — Como nos habíais dicho que no os interrumpiéramos, no nos atrevimos a entrar hasta que se despertaron plenamente nuestras sospechas.

Su Majestad le dirigió una mirada sombría y se sentó más derecho.

—¡Retírese! — le dijo con acento irritado. ¡Eh!... envíeme a mi valet. Tráigame una chaqueta. ¡Estúpidos, imbéciles! Oí a aquel tunante cuando imitaba mi voz; pero eso prueba la lealtad con que se me sirve. Mis oficiales de más confianza confunden la voz de su amo con la de otro hombre.

Llegó un valet corriendo, tembloroso y asustado. Con un torrente de disculpas y frases comprensivas ayudó a Su Majestad a ponerse otra chaqueta.

El Kaiser se levantó, se la abotonó y aflojó un poco el cuello. Todos comprendieron que, a medida que recobraba apariencia anterior más normal, crecía su cólera.

—¿De modo — dijo — que siempre he de estar rodeado por una turba, de paisanos con uniforme? ¿No tienen cerebro? ¿No son capaces de pensar? ¿Dónde han ido esos insolentes ingleses? ¡Búsquenlos! ¡Registren el palacio! Tienen que traerlos, muertos o vivos. Que vaya mi escolta inmediatamente a la estación a recibir al rey Fernando.

Que le presenten mis disculpas y le digan que un negocio de Estado, de importancia vital, me priva del gusto de ir a recibirlo.

Los hombres salieron apresuradamente a cumplir sus órdenes. Pero mientras lo hacían un hombre bajo, delgado, con las ropas cubiertas de polvo, subió corriendo las escaleras.

Brillaban sus ojos con extraña luz y parecía casi complacido consigo mismo.

Esto era un acontecimiento. Porque el barón Erbert von Rolstein se jactaba de tener cara de piedra. Nunca se le había visto demostrar placer o cualquier otra emoción en su vida.

En Alemania se le llamaba el Archiduque del Misterio. Exceptuando al emperador, Rolstein era el hombre más temido del imperio.

Miró a su alrededor con alguna sorpresa al advertir la conmoción general; pero, al llegar a presencia del Kaiser, se inclinó profundamente.

—¿Alteza, — dijo con voz curiosamente aguda — permitid a vuestro fiel súbdito que interrumpa los negocios, siquiera por breves momentos. Mi misión ha tenido éxito. Os traigo buenas nuevas.

Su Majestad infló el pecho y miró al recién llegado con helada expresión.

—¿De veras? — dijo suavemente. — ¡Ah mi Rolstein, ha llegado usted a buen tiempo! ¿De manera que me trae buenas noticias? Hace ya tres meses que anda usted persiguiendo inútilmente a los insolentes espías ingleses que me robaron la copia del Tratado.

¿Me trae noticias de eso, no?

—¡Pero sí, Majestad! — contestó Rolstein — Tengo el honor de informaros que mis esfuerzos fueron coronados por el éxito hace doce horas. Encontré a los espías ingleses y reduje a la nada sus esfuerzos. Mi organización obró perfectamente, como siempre lo hace.

—¿De veras? — repitió el kaiser y empezaba a aparecer fríamente sarcástico. — Reciba las felicitaciones de su Kaiser, mi querido Rolstein. ¿Así que tiene seguros en la cárcel a los tres espías, sin duda? ¿Ha conseguido el tratado que me robaron?

—Alteza, — dijo Rolstein encogiéndose de hombros — no he podido traeros el Tratado porque ha sido destruído... Voló en fragmentos, por los aires.

—¿Sí? — contestó el Kaiser. — ¡Qué lástima, mi Rolstein! ¿Y los prisioneros? ¿Los espías ingleses?

Su voz era realmente acariciadora... lo que encantó a Rolstein.

—Los insolentes ingleses volaron con el Tratado, Alteza — contestó. — Los capturó en la costa, a doscientas millas de aquí, y murieron rápidamente.

El Kaiser empezó a pasearse por la habitación.

—Si ha hecho usted eso, Rolstein, merece todos los reales elogios que puedan salir de mis labios. Merece la Cruz de Hierro de Primera Clase, la orden de San Miguel y San Ebba... la Estrella de Diamantes del Imperio...

—¡Majestad! — exclamó Rolstein inclinándose tan bajo que casi tocaba el suelo con la cara — Majestad, me abrumáis de honores. Siempre pensé que mi Kaiser era generoso... magnífico...

—Y yo siempre pensé que era usted un embustero... amigo mío. ¡Un embustero! ¿Entiende eso? ¡Un bandido! ¡Un traidor! ¡Judas! ¡Embustero, embustero, embustero!

Agitaba el puño ante la cara aterrada del barón. Su rabia llegaba casi a la locura y ahora al fin había roto la barrera de hierro del sarcasmo que hasta entonces la contenía.

—¡Viene a mí con su negra lengua a contarme mentiras, sucio traidor! — rugió frenéticamente.—Sabe bien que todo lo que ha dicho es puro embuste. Sabe que los ingleses están vivos, que tienen todavía el Tratado. ¡Y viene aquí a burlarse de mí! ¡A arrojarme su traición al rostro!

Rolstein no podía hablar. Por un momento pensó si sería cierto el rumor que corría acerca de la insanía de Guillermo II. Pensó que el Kaiser había perdido la razón. Alzó las manos como para defenderse y balbuceó casi infantilmente.

—¡Alteza! Escuchadme. No se que queréis decir... No comprendo nada. Los ingleses han muerto. Yo los tenía rodeados en una casa que hice volar por medio de una mina. Han sido aniquilados... sin dejar rastro.

—Y sin embargo, estaban aquí hace menos de diez minutos—casi chilló Guillermo II — Quizá ya mis fieles oficiales los habrán capturado. Erbert von Rolstein, pagará y pagará caramente lo que ha ocurrido hoy. Manos sacrílegas se han alzado sobre mí... ¡sobre mí! Mi persona ha sido sujeta a una indigna humillación.

¡ESPIAS!

El Kaiser extendió un dedo que temblaba de rabia.

—Allí en ese armario, me encerraron, atado, indefenso.

Su cólera pareció contenerse ligeramente en ese momento porque apareció en la puerta un tembloroso chambelán de la Corte, inclinándo varias veces como movido por un resorte.

Sus repetidos movimientos atrajeron los reales ojos. Y aquellos ojos estaban enrojecidos.

—¿Qué hay? — dijo ásperamente el Kaiser.

—Majestad, — tartamudeó el chambelán — tememos que se haya realizado una terrible mistifiación. Vuestro guardarropa personal has ido desvalijado. Está claro que los espías ingleses se apoderaron de uniformes. Uon de ellos parece que ha tenido la insolencia de disfrazarse de Vuestra Majestad. Y los tres han marchado a la cabeza de la escolta que se dirigió a la estación a recibir al rey Fernando.

—¿Cómo dice? — rugió el Kaiser.

El mismo Rolstein se dió vuelta, con una exclamación de asombro.

—Es como habéis oído, Alteza — balbuceó el chamberlán. — Y parece que...

Aquí fué sin embargo Rolstein el que se estremeció violentamente.

—¡Mil rayos y mil truenos! — exclamó violentamente — Recuerdo ahora. Ví la escolta yo mismo, que se alejaba al entrar mi auto al palacio, por otra puerta. Pensé que ibais a la cabeza de ella, Alteza, que no os alcanzaría... hasta que os ví aquí y todo lo demás se borró de mi mente. Pero estoy confundido... idiota. ¿Cómo se salvaron los ingleses de la explosión? ¿Cómo llegaron aquí? ¡Parece que ocurren milagros!

Su Alteza se volvió a él, con amenazadora mueca!

—Tendrán que ocurrir milagros para que usted no enfrente un pelotón de tiradores esta noche, mi Rolstein. Vaya ahora a la estación. Vaya y prenda a esos hombres antes de que me humillen más a los ojos de un monarca extranjero. — ¡Vaya!... ¡Vaya!... ¡Apúrese! — Y si vuelve sin esos ingleses, encomiéndese a Dios, amigo mío.

Rolstein se alejó tambaleante. Aun ahora apenas podía creer a sus sentidos. Estaba seguro de que los ingleses habían muerto, tan seguro como de su propia vida.

Y sin embargo... vivían. Una vez más habían robado en palacio. Habían puesto sus manos sacrílegas sobre la sagrada persona del emperador.

—Pero esta vez morirán — se dijo Rolstein a sí mismo, mientras corría escaleras abajo y saltaba a su auto.

El chauffeur estaba a alguna distancia, conversando con unos soldados; pero Rolstein no lo esperó.

Agarró el mismo el volante y se alejó, entre una nube de polvo. En menos de cinco minutos estuvo en la estación. Pero durante

aquellos cinco minutos habían ocurrido muchas cosas.

Sin poder hacer la menor tentativa para huír, los tres aventureros habían subido resignadamente a la plataforma de la estación y se hallaban formados en brillante línea, mientras entraba el tren que conducía al rey Fernando.

La mente de Wagstaff funcionaba febrilmente. Parecía no haber esperanza. El descubrimiento era seguro. Sólo faltaba que el rey bajara y se adelantara para estrecharle la mano...

Entró el tren y la locomotora se detuvo a veinte yardas detrás de donde estaban parados los aventureros. Los oficiales y hombres uniformados se adelantaron inmediatamente a abrir las portezuelas del coche real.

Wagstaff apretó los dientes. Hizo un movimiento para adelantarse, mientras los oficiales se inclinaban y le abrían paso.

Pero en ese momento se oyó el rechinar de los frenos de un auto, movido con terrible fuerza. Una voz aguda gritaba, daba una sarta de órdenes furiosos, en alemán.

Todo el mundo se dió vuelta para ver la causa del alboroto y vieron a un hombre pequeño, cubierto de polvo, que ascendía a la plataforma por el lado más alejado, gritando a todos que detuvieran a los tres espías británicos y agitando los puños.

El grito fué repetido.

—¡Espías!

—¡Espías ingleses! ¡Deténganlos!

—¡Rolstein! — exclamó Bud — ¡Caracoles! Ahora sí que terminamos.

Fué en ese segundo, sin embargo, que Wsgstaff se movió.

Se dió vuelta de pronto y de un puñetazo hizo caer al agregado diplomático más próximo, como si fuera un tronco.

—¡Vengan, muchachos! ¡A la locomotora! — gritó. — Recién se me ocurre. ¡Vengan!

Agarró a John Henry por el brazo, con tanta fuerza que le tiró el kepis, luego lo arrastró por la plataforma, mientras Bud saltaba detrás, lanzando un salvaje alarido.

Soldados, oficiales y porteros corrían ahora detrás de ellos. Tres partes de la concurrencia estaba demasiado sorprendida para intentar nada.

Se oyó el grito de "¡Espías!" y Wagstaff, comprendiendo que estaban descubiertos saltó al tren seguido por sus compañeros.

Pero los que habían oído el sorprendente mensaje de Rolstein entraron en acción.

Los aventureros también se movían con desesperada velocidad. Wagstaff y John Henry, de un salto de tigres, subieron a la locomotora. El asombrado maquinista y los fogoneros quedaron tan estupefactos al ver a su Kaiser hacer aquellos democráticos movimientos que se convirtieron en estatuas.

El maquinista fué despedido de la locomotora por un puñetazo de Wagstaff; John Henry, ahora activo y despierto, envió al fogonero a reunirse con él, mientras Bud agarraba la palanca de la máquina y abría del todo la válbula.

Se oyó un gran ruido al ponerse en movimiento los grandes pistones y girar las brillantes ruedas sobre los rieles.

El tren se movió con brusca sacudida, vaciló, mientras las ruedas encajaban otra vez y luego siguió la marcha con poderosa velocidad.

Rolstein, a la cabeza de los perseguidores, dió un salto terrible hacia el vagón más próximo y se colgó del tren, mientras éste partía en su absurdo viaje hacia lo desconocido.

EL TREN FUGITIVO

La estación de ferrocarril de Kiel era un caos. Oficiales lujosamente uniformados, guardias con petos de acero, particulares, todo el mundo corría en loca confusión. Todos gritaban a la vez; un enviado austriaco agitaba ambas manos ante un chamberlán alemán, pidiendo la ejecución inmediata de varias personas anónimas.

A quinientas yardas de la estación, un tren corto, de tres vagones, arrastrado por poderosa locomotora, corría sobre los rieles, rugiendo y despidiendo humo de su chimenea.

Dentro de la locomotora iban tres jóvenes, con brillantes uniformes, que empezaron a reírse mientras se miraban.

El teniente John Henry Dent se encajó el monóculo en el ojo izquierdo y luego tiró un beso en dirección a la estación.

—¡Adios! — gritó — Adios... y no se olviden de cerrar la puerta! Querido Wagger, has tenido una idea maravillosa. Creo que si no hubiésemos podido saltar a este tren y puesto en marcha la locomotora nos hubieran fusilado.

El teniente Lanton Wagstaff, jefe de los tres fugitivos de la escuadrilla de el Calvo, lanzó un profundo suspiro y meneó la cabeza.

—No te hagas ilusiones, Johnny — le dijo — Creo que nos fusilarán de todos modos. — No iremos muy lejos en este tren. Los alambres del telégrafo ya estarán vibrando y tendremos que abrir los ojos, dentro de un minuto o dos, para ver cualquier obstáculo que se nos atraviese en la vía.

Bud Atlee, el tercer miembro del grupo, dijo tristemente:

—Esto es lo que pasa a los que se meten a espías.

Nunca sabe uno donde está y cuando empieza a darse cuenta tiene que disparar para otro lado. Sin embargo, yo veo un punto bueno: este tren se dirige al sudoeste y, si podemos seguir en esa dirección bastante tiempo, llegaremos a las líneas. No hay más que unas cincuentas yardas de muerte y destrucción, de la Tierra de Nadie, entre nosotros y el dulce hogar.

Se inclinó fuera de la locomotora y vió por última vez la estación, mientras el tren daba vuelta una curva.

Pero en la estación empezaba a hacerse un poco de orden y el enviado austriaco hablaba en buen alemán.

—¡Haga alto! — le rugió al chambelán de la corte — ¿No se da cuenta de que Su Majestad ha sido secuestrado? El rey Fernando no había bajado del tren cuando esos bandidos treparon a la locomotora. ¡Va con ellos! Tenemos qué proteger su persona a toda costa.

El alemán pareció medio aturdido y se detuvo en su corrida hacia la oficina de telégrafos.

—¿Dice que el emperador está en ese tren? — balbuceó. — ¿No bajó entonces? Me pareció verlo en la plataforma, antes de que los tres ingleses subieran al tren.

—¡No, no! — rugió el otro. — Fuí yo quien bajó antes que el rey. Ví a los espías, o lo que fueran, correr hacia la máquina y me dí vuelta para ofrecerle mi mano a Su Majestad, a fin de que pudiera descender más rápidamente. Pero antes de que pudera hacerlo, el tren se puso en movimiento. ¡"Lieber Gott!". Ví caer al rey en el pasillo del coche. Fué derribado por el brusco movimiento.

El alemán se quedó como si hubiera echado raíces en el suelo, con expresión horrorizada en su rostro. En aquel momento pensó si no tendría que pagar con su propia vida los acontecimientos de esa mañana.

¡El rey Fernando de Bulgaria secuestrado! ¡Su sagrada Majestad en un tren manejado por tres espías ingleses!

El alemán pensó en lo que diría el Kaiser cuando se enterara de aquel acontecimiento. Sabía que el rey Fernando se había dirigido aquella mañana a Kiel para una especial entrevista de estado con Guillermo II, de Alemania.

Aunque Fernando pudiera ser rescatado, sano y salvo, no estaría de muy buen talante. Y en cuanto al genio del Kaiser era bien conocido y temido.

En aquel momento, el chambelán de la corte alemana, aterrado por los sucesos acarició ideas de suicidio. Pero en medio de sus mórbidas meditaciones se le acercó un oficial y le hizo la venia.

—¡Herr Chambelán! — balbuceó. — He dado órdenes de despejar las líneas del telégrafo adelante del tren; pero no dí instrucciones. El Herr Barón Rolstein va en ese tren. Lo vi saltar a un coche cuando el tren salía de la estación.

—¡Rolstein también! — casi gimió el chambelán, oprimiéndose las sienes. — ¡Diez mil truenos! ¿Qué vamos a hacer?

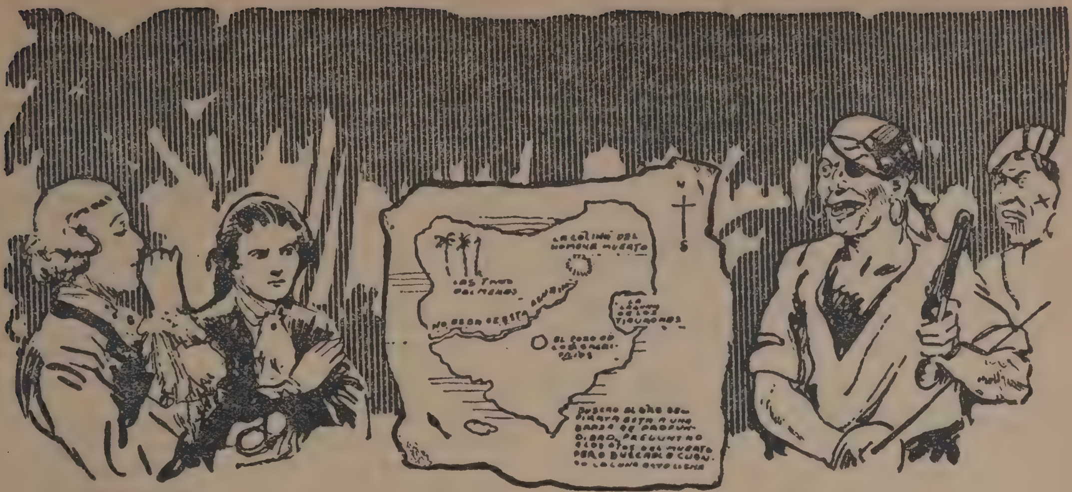
El oficial se encogió de hombros.

—Herr Chambelán, — dijo — vale más, después de todo, que el Herr varón Rolstein esté también en el tren. Es el jefe de nuestro departamento del Servicio Secreto. Hace meses que persigue a los espías ingleses. Y es bueno que el rey Fernando se encuentre protegido por su presencia.

El chambelán asintió con la cabeza, aclarándose ligeramente su semblante. El jefe de la Policía Secreta alemana era hombre de gran astucia y talento.

Si alguien podía proteger al rey Fernando era Rolstein.

(Continuará)



El Tesoro de la Isla del Muerto

(Continuación)

TAMBORES DE MUERTE

POR mí renunciaré gustosamente a la parte que me corresponde por un vaso de ese vino — dijo.

—Lo tendréis y vosotros también, amigos. — dijo amablemente Samonard.

Al decir esto sirvió cinco vasos. Los vió beber ansiosamente el vino rojo como sangre. Luego puso los brazos en jarra y rió, de oreja a oreja.

—Habéis vendido vuestra parte del tesoro por el vino — dijo burlonamente. — Ahora, descansad.

Los miró con salvaje alegría, riose ruidosamente y salió a cubierta.

—¡Cocinero! — la voz estentorea trajo con la rapidez del rayo al francés junto a su amo — ¡Ah!... estás ahí. Tira a esos cinco carroñas por la borda cuando el vino haya producido su efecto. — añadió significativamente.

—Bien, mon capitaine. Oígo y me apresuro a obedecer.

El francés hizo una reverencia, quitándose el cómico gorro y desapareció.

Diez minutos después llegaba a los agudos oídos de Samonard el ruido de cinco cuerpos que caían, uno por uno al agua. Los infortunados marineros que habían buscado refugio a bordo del Reina de la Isla habían hallado el descanso final en el fondo del océano.

Langley Morgensen se dejó caer entre la tupida maleza, completamente agobiado por el implacable calor del sol.

Había pasado una hora desde que trató de convencer inútilmente a sus compañeros. Conocía bien lo traicionero y cruel que era Samonard y adivinaba el destino que los cinco sufrirían al llegar a bordo del Reina de la Isla. Pero ellos se habían reído de los consejos y advertencias del joven Morgensen.

Cuan prudentes y atinados eran, sólo lo descubrieron los cinco cuando el veneno empezó a corroer sus entrañas. Pero era ya demasiado tarde.

Amargos pensamientos ocupaban la mente de Langley, mientras yacía postrado en la escasa sombra que ofrecía las malezas. Su goleta, a cargo de Ben Grant, el piloto, había desaparecido. ¡Pluguiera al cielo que volviera con sus tripulantes! ¿De qué valía ahora el tesoro, en oro y joyas, escondido por el viejo Josiah, dentro del círculo de esqueletos, cuyos ojos vacíos señalaban un radio fijo, si no había barco para llevarlo a Inglaterra?

Con la garganta reseca y la lengua hinchada, Langley permaneció tendido, descansando y pensando si Simonard desembarcaría. ¿Se le presentaría alguna oportunidad de vencer al gigante y apoderarse de su barco?

El sol estaba ahora en el apogeo de su fuerza y después de descansar, Langley decidió exponerse a una insolación y subir a la única colina digna de ese nombre que había en aquella isla rocosa. Quizá su goleta, la Santa Rita se dirigiría ahora a la ensenada porque le costaba a Langley creer que su buque se hubiera perdido durante la tormenta del día anterior. Trepando por las calcinadas rocas llegó a la cumbre de la colina y examinó ansiosamente el mar. Su ánimo habitual lo abandonó. Detrás de la amenazadora sombra del Reina de la Isla, que era para Langley un barco de muerte, no se veía una vela en toda aquella extensión de mar azul. Aunque Langley miró ansiosa y largamente hacia los cuatro puntos cardinales sólo el desengaño recompensó su investigación.

No teniendo cosa mejor que hacer, Langley se puso a examinar la isla. Todo alrededor de él había estériles rocas y piedras, con grupos de vegetación tropical, tupidos y salvajes, aquí y allá. Sus ojos inyectados de sangre vieron las señales que él y sus compañeros habían hecho el día anterior, cuando encontraron aquella cadena de esqueletos dejados a la posteridad por el viejo Josiah.

—"Preguntad a los Ojos del Muerto" — Langley se encontró diciendo en voz alta aquellas palabras escritas en el plano que Samonard le había robado. Hizo una mueca Piel Samonard, con un buen buque y una tripulación de piratas estaba cerca, pronto para arrancar el tesoro del viejo Josiah de su escondite. ¿Significaría eso que Langley había recorrido miles y miles de millas de océano, escapando a innumerables peligros, para nada? El joven rechinó resueltamente los dientes. No, mientras tuviera un hálito de vida, Langley Morgensen no admitiría su derrota.

El tesoro de la Isla del Muerto, por mal adquirido que fuera, le pertenecía a él, a él solo. Piel Samonard tendría que vencerlo antes de terminar su tarea.

El hermoso rostro del joven tomó expresión dura, envejeciéndose. Su mano oprimió la empuñadura de la espada, hasta que sus nudillos blanquearon.

Luego miró al Reina de la Isla, que se mecía en su ancladero y se preguntó si Samonard esperaría aún una o dos horas antes de desembarcar. Desde la boca de la ensenada, los ojos de Langley abarcaron la extensión de la isla. Vió las tres palmeras, lánguidas y achicharradas, que indicaba el plano, el burbujeante arroyo, cuyas aguas cristalinas invitaban a beber y que él sabía eran venenosas para el hombre. Luego, en un hueco, acuñado entre ásperas piedras sobre las cuales brillaba el sol, descubrió un poste. Al principio le pareció un árbol seco; pero su aspecto desusado hizo bajar a Langley la loma y abrirse paso hacia él, por entre la maleza.

En el hueco, sujeto por todas partes por las calcinadas piedras, había un tronco de árbol, despojado de todas sus ramas y corteza. La parte superior estaba tallada, representando una cabeza de gigante, que ostentaba horrible y perpetua sonrisa.

Una nariz, larga y ganchuda, y dos orejas desproporcionadas completaban la cara.

—Esto no ha sido tallado por mano civilizada — pensó Langley, mirando la monstruosa escultura. — ¡Ah!... — un repentino pensamiento cruzó su mente — Este palo debe ser antiguo como el mundo mismo.

Recordó los cuentos que su difunto tío le había relatado respecto a los extraños ritos de los indígenas de aquella parte del globo y como algunas tribus tenían costumbre de tallar esas imágenes para adorarlas.

—Este palo es un ídolo — se dijo nuevamente Langley a sí mismo. Y concuerda con la referencia del viejo Josiah respecto al "pozo de los sacrificios".

Orientándose por el feo ídolo, empezó a caminar fatigosamente en busca del pozo a que se refería el plano. Unos veinte pasos lo condujeron al pozo; pero mucho antes llegó a sus sensibles narinas el fétido olor que de él se exhalaba.

Era el pozo — o estanque — una hondonada natural y profunda, como causada por alguna erupción volcánica. Calculó que tendría diez pies de diámetro. Su profundidad — se acercó lo más posible al desrruído borde, sobre el cual se enlazaban enredaderas y malezas — no podía imaginarla. Aquel pozo natural se internaba en las entrañas de la tierra, terminando en una profunda obscuridad que desafiaba a la vista. Sin embargo, mirando intensamente, le pareció a Langley percibir movimientos en aquella mal oliente profundidad. Su fantasía conjuró la visión de alguna monstruosidad de la naturaleza, que habitaba allí dentro.

Langley retrocedió, casi mareado por el nauseabundo olor.

Mientras procuraba serenarse llegó a sus oídos como el batir de un tambor. El monótono sonido resonaba a lo lejos; pero comprendió que no lo engañaban sus oídos.

El viento soplaba del oeste y traía en sus alas el fúnebre sonido.

La emoción hizo latir el pulso del joven; volvió al camino y una vez más subió a lo alto de la loma. Dirigió una mirada al Reina de la Isla. Estaba anclado todavía y no había sido bajado ningún bote; de eso estaba seguro. Luego miró al oeste, tratando de atravesar la niebla cálida que formaba un delgado manto sobre el mar y descubrió un número de formas bajas, que se movían hacia la isla.

—¡Canoas! — dijo Langley en voz alta la palabra. Comprendió que aquellas canoas traían negros indígenas, caníbales quizá.

Su corazón latió de excitación. Nunca había visto isleños del Pacífico y su juvenil curiosidad se despertó. No pensó en un posible peligro. Echándose sobre una roca, de la que algunas proyecciones le proporcionaban abrigo contra los rayos del sol, observó a las canoas, acercarse más y más. Pasaron dos horas y durante aquel tiempo pudo advertir que la flota se componía de ocho canoas y que eran manejadas por remeros, que parecían incansables.

Próximamente se publicará en PUCKY las nuevas y extraordinarias aventuras de

SEXTON BLAKE

PERDIDOS EN LA LEGION

Cada canoa traía un cargamento de negros, alrededor de veinte. Y en la proa, alta y curva de la embarcación, venía otro negro, tocando el tambor, mientras de vez en cuando los remeros entonaban un canto fúnebre que hizo estremecer al solitario joven que observaba desde su favorable altura.

Las canoas estaban cada vez más próximas. Luego Langley vió algo que hizo saltar su corazón. En las dos canoas delanteras había dos hombres blancos fuertemente atados, con tallos de enredaderas. Su blanca palidez contrastaba visiblemente con el color obscuro de los negros. Sin embargo estaban todavía demasiado lejos para que pudiera identificarlos; pero cuando al fin las canoas atracaron a la playa, después de haber pasado por angosta brecha abierta en el arrecife de coral, hubiera jurado Langley que aquellos dos hombres blancos no le eran desconocidos.

Ansiosamente observó como los remeros saltaban a tierra, formándose en una procesión regular y agitando lanzas con largo mango se internaban en la isla, llevando en medio a los dos hombres blancos.

¡Tan, tan, tan! El monótono sonido de los tambores era un toque funerario, según le pareció al sensible Langley. Y el canto de los motosos nativos, que agitaban las lanzas con la misma energía que habían manejado los remos, le atacaba los nervios. La procesión se acercaba cada vez más. Los últimos cuatro nativos traían recipientes, hechos del esqueleto de algún animal muerto, los cuales contenían agua.

Langley advirtió eso e imaginó, correctamente, que los nativos pensaban quedarse, por lo menos veinticuatro horas en la Isla del Muerto.

Era evidente que conocían aquella estéril región por la seguridad con que seguían un rumbo determinado. Pasaron por debajo de la colina, atravesaron el Arroyo de la Muerte y siguieron su marcha, al son de los tambores, hasta que se perdieron en una vuelta del sendero.

EMBOSCADA

Instintivamente comprendió Langley que los indígenas se dirigían hacia el espantoso ídolo que él había descubierto hacía pocas horas. Dejando el abrigo de roca, olvidando su fatiga, Langley se dirigió con precaución hacia allí. Desde un punto, como a doce yardas de distancia del ídolo, observó a la procesión formarse en círculo.

Los dos cautivos fueron dejados en el suelo, con las espaldas vueltas a Langley.

Siguió un largo discurso, pronunciado por un nativo herculeo, de seis pies de altura, cuyo motoso cabello hubiera hecho reír a Langley en otras circunstancias. Excitados por las palabras del alto negro, los otros estrecharon el círculo, cantando a intervalos y gesticulando con frenesí. Todo el tiempo seguían los tambores redoblando.

Luego uno de los cautivos atados volvió la cabeza un poco, permitiendo a Langley descubrir sus facciones. Una exclamación que no pudo contener brotó, horrorizada, de sus labios. Aquella cara era sin ninguna duda la del Caballero de St. Moreau, que se había escapado de la Santa Rita, en unión de Miguel el Negro, muchas semanas antes.

La respiración de Langley era agitada por la sorpresa de aquel descubrimiento. ¿Y el indefenso compañero de St. Moreau, sería Miguel el Negro, el traicionero tío de Langley? Era.

El movimiento similar al de el Caballero se lo reveló a Langley rápidamente.

El joven sintió que se le enfriaba la sangre. No le quedó duda de que sus antiguos enemigos iban a ser sacrificados de algún modo cruel. Al pensar esto sus ojos se dirigieron involuntariamente al pozo contiguo al ídolo. Ahora se explicaba el olor nauseabundo que salía de sus obscuras profundidades y sabía por qué el viejo Josiah lo había llamado el "pozo de los sacrificios".

El joven se estremeció. Miró compasivamente a los cautivos y maldijo su propia impotencia para auxiliarlos, aunque eran enemigos. Los nativos eran más de ciento cincuenta, todos armados con lanzas y cuchillas, toscamente fabricados, que colgaban de sus cinturones de pasto trenzado. ¿Qué probabilidad podía tener uno solo contra tantos?

Mientras Langley pensaba en la crítica situación de los cautivos, oyó ruido de pasos que venían del costado de la ensenada y comprendió que Piel Samonard y una partida de sus lobos marinos habían desembarcado en la isla.

Los isleños oyeron también ese ruido y cesaron en sus cantos. A una orden del hombre que parecía el jefe, suspendieron sus danzas, silenciaron sus tambores y se diseminaron en abanico, como otras tantas serpientes. Pero un grupo de guerreros armados quedó custodiando a los prisioneros.

Pasaron los minutos.

Langley se disimuló contra la roca y esperó. El ruido de pasos pesados se acercó más. La voz ronca de Samonard resonó cerca.

—¡Jo, jo, jo! Buscad seis calaveras, marineritos. Cuando las encontréis, trazad el círculo formado por ellas. Dentro de ese círculo está el tesoro del viejo Josiah.

—¡Sí, sí, capitán! — Sólo se oyó esa respuesta y el ruido de pies que se movían.

Luego, de pronto, llegó a oídos de Langley un grito terrible, como de hombre en agonía. Fué seguido por otro y por otro. Oyóse choque de aceros y la detonación de una pistola. Añadióse a esto los gritos feroces de los isleños que habían salido de sus escondites cayendo sobre sus desprevenidas víctimas. Sobre todo, resonaba la ronca y poderosa voz de Samonard:

—¡No os separéis, ratas cobardes! — fué la orden que llegó a los aterrados oídos. — Toma negro, hijo del Diablo. Y tú, motoso, prueba el acero de Samonard.

Desde su escondite contempló Langley una escena de carnicería que casi lo heló de horror. El grupo de desembarco, que se componía solamente de doce fornidos marineros, cayó ante el ataque, por sorpresa, de

los isleños. Solamente Piel Samonard, y otro pirata gigantesco, que manejaba una espada casi tan grande como la de su capitán, seguían de pie. La sangre brotaba de un lanzazo, en el musculoso brazo de Samonard, mientras su compañero tenía en el pecho una herida en el pecho por la que se le escapaba, con la sangre, la vida. Con todo seguía blandiendo su espada de dos filos y a su alrededor yacían caídos un montón de negros, testimonio de la furia salvaje de su ataque.

—¡Jo, ¡Jo! ¿A dónde estáis basura, cobardes? — aullaba Samonard tirando estocadas al grupo de negros. ! A mí, a mí!

No recibió respuesta, excepto gemidos y comprendió Samonard que de su grupo nadie podía obedecer la orden. Abatiendo a un isleño, casi tan gigantesco, como él, Samonard se dió vuelta y echó a correr hacia la playa, tan rápido como podían llevarlo sus piernas. Tras él corieron media docena de isleños, con las lanzas en alto.

Piel Samonard llegó a la orilla del agua, jadeando fuertemente. Sin decir palabra al hombre que había quedado cuidando el bote y lo interrogaba, empujó la embarcación al agua, saltó a ella y remó con todas sus fuerzas. Ante sus ojos, el marinero que no tuvo tiempo de imitarlo, fué lanceado por los indígenas.

Samonard se inclinó sobre los remos con toda su fuerza gigantesca. En la playa de arena y piedra, los isleños rabiosos, le gritaban, blandían sus lanzas amenazadoramente o se las tiraban.

Luego, mientras el bote que llevaba al gigante llegaba a la boca de la ensenada, volvieron sobre sus pasos, en dirección al pozo de los sacrificios. Los infelices que quedaban vivos del grupo de desembarco fueron rematados rápidamente a una breve orden del jefe. Luego, infantilmente, como si nada hubiera pasado, reanudaron sus bailes y cantos alrededor del ídolo y de los dos prisioneros.

Langley sentía el corazón enfermo de horror; pero agradeció a la Providencia que lo hubiera preservado de caer en manos de aquellos feroces guerreros. Siempre al abrigo de una roca curva, que casi envolvía completamente su esbelto cuerpo, observaba y esperaba.

Al ponerse el sol, como una bola de fuego en el distante horizonte, los cantos cesaron. Los prisioneros fueron puestos de pie y la procesión se movió ordenadamente hacia el pozo.

Miguel el Negro, ahora lamentable imagen del terror, cayó de rodillas y pidió misericordia. Sus balbuceos llegaban a oídos que no podían entenderlos, aunque no hubiesen sido oídos, de entender los indígenas el inglés.

El jefe ordenó a sus nativos que se arrodillaran, dejando sólo dos fornidos y altos guardias para custodiar a los prisioneros. Luego se dió vuelta, mirando al poniente y levantando los brazos dirigió una larga salutación o plegaria al sol. A intervalos, con impresionante solemnidad, los isleños entonaban su coro. Luego el jefe dejó caer las manos al costado, hizo levantar a sus súbditos y a una señal suya, los guardias agarrarón a Miguel el Negro, que ahora luchaba desesperadamente, y lo arrastraron hacia el pozo de los sacrificios.

El rostro de Langley palideció de horror. Aunque era Miguel el Negro un enemigo, su joven pariente no podía quedarse allí inactivo para presenciar el espantoso fin del hombre indefenso. Mientras Miguel el Negro era alzado del suelo, Langley sacó su pistola de arzón y apuntó al primero de los hombres que lo llevaban.

Dadas las circunstancias, era un acto muy noble, porque después del pistoletazo el descubrimiento de Langley sería seguro y su destino igual al de Miguel el Negro y el Caballero. Sin embargo, la vigilante Providencia decrtó que el gatillo del arma cayera silenciosamente. Se oyó solamente un "clic"; pero no siguió la detonación, ni el fogonazo, ni el humo acre de la pólvora.

Por primera vez desde que la manejaba, la pistola le falló a Langley. Y antes de que pudiera examinarla y cargarla de nuevo. Miguel el Negro fué alzado por sobre el borde del pozo y lanzado en un torbellino de brazos y piernas.

Siguió un largo y horrible grito, el ruido del cuerpo al caer al agua, otro grito que Langley nunca podría olvidar mientras viviera y luego el ruido de algo que azotaba el agua. Después, mortal silencio.

Los excitados isleños se reunieron en apretados grupos alrededor del pozo, mirando a sus profundidades y entonando un cántico extraño.

El Caballero de St. Moreau, momentaneamente olvidado, pareció hacerse una bola y rodar a una distancia de media docena de pies. No más de diez pies lo separaban del sitio a donde estaba Langley, oculto por la roca. La obscuridad llegaba rápidamente.

En el impulso del momento, el joven saltó hacia adelante Su mano empuñaba un afilado puñal. Febrilmente cortó las ligaduras de el Caballero.

Cayeron las cuerdas de pasto trenzado y el Caballero se puso en pie de un salto, dirigiendo una mirada de agradecida sorpresa a su salvador. Jadeó:

—¡Corred, valiente señor! ¡Corred por vuestra vida!

Y mientras ambos corrían en busca de refugio, los isleños se apartaron del pozo de los sacrificios y advirtieron que el segundo prisionero habia deseparecido. Inmediatamente la isla resonó con sus roncos gritos. Los últimos rayos del sol poniente brillaron sobre las lanzas levantadas y los gritos de venganza se convirtieron en clamoreo ensordecedor que hacía enfriar la sangre a los fugitivos.

FUGA

Con la rapidez del trópico, el cielo azul fué cubierto por una obscuridad aterciopelada. Simultáneamente con el cambio del día en noche, se oyó un coro de lamentaciones.

Los negros isleños, vueltos hacia el oeste, con las lanzas en alto, entonaron una endecha fúnebre a sus dioses, culpándose por

haber dejado escapar a una de las víctimas destinadas al sacrificio.

El Caballero de St. Moreau, que conocía algo del lenguaje de los isleños del Pacífico, sonrió sombríamente, porque era él el objeto de aquella lamentación.

Su esbelta figura estaba metida dentro de un hueco, sombreado por una roca calcinada, a cuyo alrededor crecían enmarañadas enredaderas y pasto corto y áspero. Junto a el Caballero se hallaba Langley Morgensen, el joven que lo había ayudado a escapar al horrible destino sufrido por Miguel el Negro.

Los dos observaban y esperaban, temerosos de mover un músculo. No lejos de ellos se elevaba el tosco ídolo, cuya cabeza de gárgola miraba hacia el pozo de los sacrificios. En el fondo de aquel pozo moraba algún monstruo a quien los isleños arrojaban sus víctimas humanas en ciertas épocas del año.

Langley Morgensen volvió a extremecerse, como si escuchara el grito desgarrador de Miguel el Negro y viera al indefenso gigante caer, luchando, al pozo. El mismo destino estaba reservado a el Caballero; pero los nativos, preocupados con el trágico fin de Miguel le habían permitido arrastrarse fuera de la vista de ellos.

Luego, como por obra de magia, había aparecido Langley Morgensen, puñal en mano y cortado sus ligaduras. Después los dos echaron a correr, perseguidos por una horda de nativos. Sólo la obscuridad los había salvado de ser capturados porque la Isla del Muerto ofrecía poca protección. Al aclarar el día su captura sería inevitable porque cientos de isleños, de ojos de lince, los buscarían. Por unas cuantas horas, sin embargo, Langley y St. Moreau estaban seguros.

Levantando un poco la cabeza, Langley vió un grupo de figuras borrosas detenerse a un par de pies de distancia de donde estaban él y sus compañeros. Estirando la mano el joven hubiera podido fácilmente agarrar una pierna morena.

Se aplanó más en su escondite y tocó con el codo a el Caballero, para indicarle que guardara silencio. Por espacio de media hora se estuvo allí el grupo de nativos, hablando y gesticulando y los fugitivos respiraron con alivio cuando se alejaron.

—No sé como llegásteis a esta isla — murmuró el Caballero. — Pero a vuestra presencia aquí, valiente señor, debo mi vida.

En la obscuridad, Langley sonrió. Era extraño volver a oír otra vez la voz musical. Pero el recuerdo de la situación en que se hallaban lo serenó y volvió sus pensamientos a caminos más prácticos.

—La aurora se aproxima, y nuestras vidas no valdrán un comino. Tratad de pensar algo para salvar la situación.

—Habláis razonablemente, como sólo es capaz de hacerlo un Morgensen — contestó el Caballero.

Los dos volvieron a guardar silencio. El Caballero de St. Moreau fué el primero en romperlo.

—El único medio, valiente señor, es tratar de apoderarnos de una de las canoas nativas. Están en la playa, al lado oeste de la isla. ¿Se os ocurre plan mejor?

—Estaba pensando eso mismo — contestó Langley — porque vi a los isleños desembarcar desde lo alto de la colina. Con seguridad, las canoas estarán custodiadas y vos no tenéis armas. Tomad este puñal y la pistola...

—¿Y vos?

—Yo me arreglaré con mi espada, monsieur. ¡Venid!

Los dos se pusieron de rodillas y escudriñaron intensamente a su alrededor, en la obscuridad. Luego, a una señal de Langley, empezaron a arrastrarse hacia el lado oeste de la isla. Más de una vez estuvieron a un paso de ser capturados porque había por todas partes grupos de isleños; pero a fuerza de cautela y de suerte llegaron al fin a la vista de las canoas.

Vieron aparecer en la sombra a dos altos nativos, los cuales, recostados en sus lanzas e inmóviles como sombras custodiaban las primitivas embarcaciones.

Tendidos en el suelo, Langley y el Caballero descansaron un rato antes de iniciar el ataque que significaba la vida o la muerte para ellos.

—Un grito, monsieur, y estamos perdidos —murmuró Langley.—Tenemos que ser rápidos, implacables y silenciosos.

El Caballero murmuró su asentimiento. De pronto los dos centinelas se dieron vuelta, ofreciendo así la oportunidad de un ataque por sorpresa, con el cual ninguno de ellos contaba. Langley y el Caballero se alzaron silenciosamente y saltaron.

Los desprevenidos guardias cayeron víctimas del frío acero. No pudieron lanzar un grito. Unicamente se oyó el ruido apagado de los cuerpos al caer sobre la arena.

Un momento después Langley y el Caballero unían sus fuerzas para arrastrar una de las canoas hacia la orilla del agua. Cuando flotó, saltaron a ella y agarraron un remo. Luego, sus esfuerzos combinados lanzaron la canoa, de proa alta y curva, hacia el mar. El profundo silencio de la noche era interrumpido solamente por sus jadeantes respiraciones y el chorrear del agua de los dos remos.

Por espacio de media hora o más ninguno de los dos habló. Luego algo que evidentemente preocupaba a el Caballero le obligó a romper el silencio.

—¿A dónde vamos, valiente señor? — preguntó descansando un momento. — Parecéis seguir rumbo paralelo a la costa.

—Decís verdad — contestó Langley. — Me propongo llegar a la ensenada, en el extremo más lejano de la isla, y buscar refugio en el barco de Samonard.

El Caballero dió un respingo.

—¡Samonard! ¡Diablos — exclamó. — Ya me pareció haber oído su voz cuando estaba prisionero. ¿Cómo llegó aquí?

—Desembarcó con un grupo de hombres, monsieur — le explicó Langley — y los nativos, emboscados, cayeron sobre ellos. Fué ciertamente su voz la que oísteis. El huyó hacia la costa, a toda la rapidez que sus piernas le permitieron e indudablemente está a bordo ahora.

(Continuará).

DE LABIOS MORIBUNDOS

Por HERMAN LANDON

(Continuación)

HABIA leve sarcasmo en su acento; pero parecía ser sincero.

—¿Entonces el episodio que se realizó esta noche en mi casa fué concertado únicamente entre Stenhalt y usted?

Mason sonrió debilmente.

—No confieso nada.

—No esperaba que usted lo hiciera. Tenga la bondad de darme esa linterna. ¡Gracias!

Y ahora, levánte las manos y precédame, escaleras arriba.

Una mirada de sorpresa, seguida por otra de repentino temor, apareció en la cara de Mason.

—¡Arriba las manos, Mason! — ordenó vivamente Forrester, haciendo amenazador movimiento con el revólver. — Hasta esta noche no he comprendido que tipo resuelto soy. Habiendo llegado hasta aquí, no hay inconveniente en seguir un poco más. ¡Pronto, Mason!

Había en su voz una nota áspera que reclamaba obediencia. Mason levantó las manos y su respiración era agitada, mientras se miraban el uno al otro.

—¡Estoy esperando! — dijo Forrester con acento aun más impresionante, a causa de su dulzura.

Mason tragó saliva, miró calculadoramente el arma que Forrester tenía en la mano y el rostro resuelto, sobre el caño del revólver. Luego se dió vuelta bruscamente y empezó a subir la escalera. Forrester, con el revólver en una mano y la linterna en la otra, lo seguía de cerca. Su aventura le producía extraño júbilo. Un momento antes, por teléfono, había mencionado Mason un altillo, debajo de cuyo piso debía haber algo que se relacionaba con el misterioso episodio de "Los Pinos". Forrester no tenía la menor idea de lo que podría encontrar, mas esperaba arrojara alguna luz sobre los motivos que habían inducido a aquel atentado contra su vida.

—Otra escalera — dijo tranquilamente cuando Mason se detuvo en el descanso.

Mason le dirigió una mirada de desesperación, estremeciose ligeramente y siguió.

—Una más todavía — dijo Forrester, cuando el otro se detuvo en el tercer descanso.

Mason se dió vuelta y lo miró, castañeando los dientes.

—¿No vamos a subir a... "allá" — Protestó quejumbrosamente.

—¡Oh sí! ¡Vamos! Apúrese. Estoy helado hasta la médula. Es extraño que un inválido como el señor Mordaunt no tenga la casa caliente de noche.

—Hay estufa en su dormitorio. — dijo Mason. — Todas las noches yo arrojo un gran puñado de leña en ella, antes de que él se acueste.

—Eso es otra prueba de que tiene en usted un excelente secretario — observó Forrester con tono ligeramente sarcástico, sospechando que Mason sólo quería ganar tiempo. — Bueno, sigamos.

Mason se dió vuelta de mala gana y subieron la última escalera. El altillo era un cuarto, largo y obscuro, lleno de cachivaches, y la parte más fría de la casa.

Con la linterna, indicó Forrester una puerta, al costado. Su sentido de orientación era inseguro; pero pensaba vagamente que la puerta comunicaba con la pieza donde había visto la luz.

Como si comprendiera que toda resistencia era inútil, Mason se encogió de hombros y se acercó a la puerta. La abrió y pasó. Forrester lo seguía a un paso de distancia, siempre alerta contra cualquier movimiento traicionero. Su vigilancia era tanto más activa cuanto que Mason parecía ceder dema-

stado fácilmente a sus imposiciones, aunque era posible que el hombre comprendiera que no tenía más remedio que hacerlo.

La pieza estaba obscura. Evidentemente alguien había apagado la luz. Forrester iluminó el piso y las paredes con la linterna, vió una lámpara de brazo, en la pared y ordenó a Mason que la encendiera. El cuarto era cuadrado, pero tenía una pequeña alcoba, frente a la ventana. No había más que unos cuantos muebles y las paredes estaban adornadas con litografías baratas, amarillas por los años. Por lo que podía ver Forrester hacía años que aquella pieza no la ocupaba nadie, excepto las arañas y los ratones.

—El chauffeur del señor Mordaunt ocupó esta pieza hasta que fué vendido el auto, hace cinco o seis años — informó voluntariamente Mason — Desde entonces está vacía.

Forrester lo observaba, receloso, de rabo de ojo. El sabía que una hora antes había luz en aquella pieza y había visto luz muchas veces desde que se mudó a "Los Pinos" Aunque el cuarto no estuviera ahora ocupado alguien tenía la costumbre de visitarlo. Mientras observaba a su cautivo, miraba también el piso, buscando alguna tabla floja. No vió ninguna; pero advirtió que Mason, de vez en cuando, dirigía una mirada inquieta a la alcoba. Aquella mirada, llena de temor y de ansiedad, le dijo lo que deseaba saber.

Rápidamente abrió la puerta, sacó la llave, cerró del lado de adentro y se guardó la llave en el bolsillo. Luego revisó los bolsillos de Mason, para asegurarse de que no tenía armas ocultas. El hombre lanzó una exclamación ahogada, al verlo entrar en la pequeña alcoba, que medía apenas cinco pies de ancho y no contenía más muebles que un pequeño gabinete. Dejó el revólver sobre el gabinete, al alcance de su mano y se puso a examinar el piso.

Tanteando las tablas, golpeando aquí y allá en busca de un sonido hueco, sentía la aprensiva mirada de Mason fija en él. Por un rato su búsqueda fué infructuosa y pensó si habría entendido mal lo que Mason dijo por teléfono. Finalmente retiró el gabinete que ocupaba un rincón de la alcoba e instantáneamente una entrecortada exclamación de Mason le dijo que estaba en la buena pista.

Vibrante de excitación, miró el ángulo que había ocupado el gabinete. La luz era escasa allí. Forrester se puso de rodillas y empezó a explorar con los dedos. De vez en cuando dirigía una mirada al rostro preocupado de Mason. De pronto lanzó un pequeño grito de triunfo. En el sitio más apartado del rincón, donde se unían las dos paredes, sus dedos encontraron una abertura, apenas de tamaño suficiente para que pasara un ratón, pero bastante grande como para que pudiera servirle de palanca.

Tiró firmemente, emocionado por el descubrimiento que estaba a punto de hacer. La tabla salió hacia rariba y en el mismo instante experimentó una curiosa impresión.

No pudo explicársela, ni tuvo tiempo para reflexionar, porque en ese momento la risa burlona de Mason ahuyentó todos sus pensamientos.

Se puso en pie de un salto; pero una película pareció formarse delante de sus ojos, impidiéndole ver la luz de la lámpara. Se precipitó, aturdido, hacia adelante; pero una barrera que resistió todos sus esfuerzos había aparecido de pronto delante de él. La alcoba estaba aislada del resto de la pieza por una pared que se había cerrado delante de él, como por obra de magia.

—¡Prisionero! — murmuró, mientras lo rodeaba profunda obscuridad y resonaba en sus oídos la risa burlona de Mason.

Forrester pasó sus manos por la parte superior del gabinete y exhaló un suspiro de satisfacción. Su revólver estaba donde lo había puesto, de modo que, por lo menos, no se hallaba indefenso.

El roce del arma le proporcionó un sentimiento de seguridad que apaciguó un tanto la sorpresa y mortificación que sentía.

Estaba a obscuras, porque había dejado la linterna detrás, cuando entró en la alcoba. A tientas, empezó a explorar las paredes de su estrecha prisión, con ambas manos. En todas partes encontró sólida resistencia que le quitaba cualquier esperanza de escapar. No se daba bien cuenta de lo que había ocurrido; pero era claro que el astuto Mason lo había encerrado allí. Mientras Forrester tiraba de la tabla floja, en el rincón, una pared había cerrado repentinamente la entrada de la alcoba; pero ignoraba Mason si había venido de arriba, de abajo o de los costados. Indudablemente, Mason que conocía el mecanismo de la pared, había preparado aquel plan desde que Forrester manifestó su intención de visitar el altillo. Estaba igualmente seguro que, para este tiempo, ya habría escapado de "Los Escaramujos".

Todo aquello parecía claro; pero la repentina aparición de la pared era un enigma. Forrester sospechaba en algún resorte secreto. Recordó la extraña sensación experimentada mientras tiraba de la tabla del piso. En aquel momento estaba demasiado absorto para analizarla; pero recordarba ahora que hubo algo de extraño en la manera como la tabla cedió a su tirón. No había ofrecido resistencia y salido luego bruscamente sino con suavidad, como si hubiera un alambre enroscado. Quizá al tirar de la tabla había movido un resorte que a su vez puso en movimiento la barrera.

—¡Justicia poética! — se dijo a sí mismo, procurando ver el lado humorístico de su situación. — No pensé que semejantes situaciones melodramáticas existieran fuera de mis obras. Me lo tengo merecido.

Se había pasado la mayor parte de una hora pensando en su aprieto y buscando en vano la manera de salir de él cuando se le ocurrió de pronto que, no teniendo nada mejor que hacer, podía ocuparse de la investigación que había sido motivo de su apuro. Arrodillado en el rincón, metió la

mano en la abertura que se produjo al moverse la tabla. Medía como un pie y medio de largo, por nueve o diez pulgadas de ancho y el fondo y los costados estaban forrados con portland. Su mano encontró un obstáculo. Resultó ser una caja de metal, bastante pesada para su tamaño. La dejó en el suelo, junto a él y continuó buscando; pero no había más nada en el hueco.

Levantándose, pasó sus dedos, cuidadosamente, por los costados de la caja de metal. Estaba, evidentemente, cerrada con llave, porque resistió los esfuerzos que hizo para abrirla. Sintiose vagamente decepcionado, mientras daba vueltas entre las manos el hallazgo. De un modo vago esperaba descubrir algo más debajo del piso, algo que le diera un indicio acerca de los motivos que tenían los que habían intentado asesinarlo. La referencia de Mason, por teléfono, acerca del altillo y de algo que debía encontrarse debajo del piso le había hecho pensar que eso se relacionaba con su misterio.

¿Se había equivocado? ¿Fué sólo una casualidad que Mason uniera sus alusiones a la frustrada tentativa y al altillo? No había oído todo lo que Mason habló por teléfono; pero le pareció que ambas cosas tenían relación. Y, pensandolo bién, no estaba todavía convencido de haberse equivocado. ¿Por qué no podría la caja que tenía en la mano contener la clave de la situación? ¿Por qué. . .?

Una sorprendente interrupción puso fin a sus pensamientos. Oyó un chirrido sordo que lo hizo darse vuelta hacia la parte de atrás de la alcoba. La misteriosa pared se había separado de nuevo y una luz, tanto más deslumbradora cuanto que lo había rodeado hasta entonces profunda obscuridad, le dió en la cara.

Forrester parpadeó y murmuró una exclamación. Afuera de la alcoba, mirándolo, vió dos personas. Una de ellas era Mason; pero se había operado en él un cambio, desde que se separaron dos horas antes. El brillo furtivo y astuto de sus ojos había sido reemplazado por una expresión de pena y de horror. Miró a Forrester como si viera un espectro.

Maravillado, Forrester volvió sus miradas a la mujer que estaba junto a Mason. Era muy joven, de poco más de veinte años — le pareció — con grandes ojos azules que, llenos de temor y de sorpresa, miraban a Forrester. Su cabello, de tonos cobrizos, le caía en efusión alrededor de la cabeza y del cuello, acentuando la palidez de su rostro. Era de mediana estatura y estaba envuelta en una bata azul.

La cabeza de Forrester era un caos. No comprendía la expresión de espanto en las caras de aquellas dos personas. Se daba vagamente cuenta de que había algún misterio que él ignoraba. En cuanto a Mason tuvo la vaga impresión de que su actitud era simulada, para engañar a la mujer. Pero ¿por qué lo miraba de aquel modo vago, sorprendido, como si nunca se hubieran visto? ¿Y quién era aquella joven? Sin saber por qué, pensó Forrester en la cara que había entrevisto en el dramático momento en que un tiro arrancó de manos de Mason el revólver que amenazaba su vida.

De los labios temblorosos de la joven escapó una exclamación ahogada. Había bajado la vista y miraba ahora la caja que tenía Forrester todavía en la mano. Mason, siguiendo su mirada movió la cabeza con gesto comprensivo.

—Eso lo explica — murmuró. — ¡Los papeles!

—Se equivoca, Mason — logró decir Forrester — No explica nada.

Mason lo miró con ojos muy abiertos; luego se volvió a la joven.

—¿Oyó eso, señorita Mordaunt? ¡Sage mi nombre! Parece familiarizado con la casa. Creo que los ladrones siempre se enteran bien, por lo demás.

Forrester parpadeó. Por alguna razón incomprensible, Mason quería hacer creer que nunca había visto a Forrester hasta ese momento. Sin embargo, pensándolo mejor, la razón no era tan difícil de buscar. Mason no podía darse por conocido sin aludir al episodio de "El Pinar".

—¿Ladrones? — repitió Forrester. Luego se rió brevemente, como se ríen los hombres cuyas facultades están aturdidas. — hace usted muy bien su papel, Mason. Es un actor soberbio.

Mason le dirigió una ofendida mirada; luego se volvió a la señorita Mordaunt.

—Este tipo es demasiado misterioso para mí — admitió gravemente — O bien trata, en su desesperación, de engañarnos para salir del paso. Esa caja que tiene en la mano lo condena, sin embargo. Si quiere volver junto a su padre, señorita Mordaunt, yo me quedaré aquí hasta que llegue la policía.

La joven no lo escuchaba. Sus grandes ojos azules se fijaban interrogadores en Forrester.

—¿Qué hace usted con esa caja? — le preguntó .

—Pues. . . nada — contestó Forrester, un poco embarazado. — No tengo la menor idea de lo que contiene. La encontré debajo del piso, en esa alcoba.

La señorita Mordaunt se adelantó, miró dentro de la alcoba y vió el revólver que estaba sobre el gabinete. Se lo dió a Mason.

—Mejor es que se haga cargo de esto, Mason — le dijo. Nuevamente volvió su mirada interrogadora a Forrester. — ¿Y cómo encontró usted la cavidad, debajo del piso?

—Es una larga historia, señorita Mordaunt. Quizá Mason se la contará. El la sabe.

—¡Qué audacia! — exclamaba Mason entre dientes.

—¿Qué estaba usted haciendo en esta casa? — prosiguió la señorita Mordaunt.

—Eso es parte de la historia que confío querrá Mason contarle. Mi presencia aquí puede parecer extraña; pero no tengo nada que ocultar.

La pared misteriosa había vuelto a separarse y una luz dió en la cara de Forrester

—¿Quién es usted?

—Me llamo Pablo Forrester y vivo en "El Pinar".

Ella asintió con la cabeza, indicando que la información no la tomaba completamente de sorpresa. Extendió la mano para agarrar la caja y Forrester se la entregó.

Empezaba a pensar que habría ocurrido mientras él estuvo encerrado en la alcoba, por espacio de dos horas o cosa así.

—Tenemos que irnos. — dijo la señorita Mordaunt, poniendo la caja en la mano de Mason. — Quiero oír lo que dice el doctor. Probablemente habrá terminado ya su examen.

—¿El doctor? — la palabra salió involuntariamente de los labios de Forrester. Una porción de conjeturas, vagas pero penosas, empezaban a formarse en su mente. — ¿Hay alguien enfermo?

Mason gruñó.

—¿Oyó eso, señorita Mordaunt? ¡Cómo si no lo supiera! Esta caja nos dice todo lo que queremos saber, sin embargo. Tiene razón, señorita. Tenemos que ir juntos al padre de usted. Pero este bribón nos acompañará. No podemos darle oportunidad de escaparse.

—No tema, Mason — dijo Forrester con acento tranquilizador — Usted ha despertado mi curiosidad y deseo ver hasta el fin. Guie, que lo sigo.

Mason movió detenidamente la cabeza.

—No, ¡qué más quisiera usted! Irá adelante y yo le diré por donde tiene que dar vuelta. Y no olvide que estoy dispuesto a tirar, no bien haga un movimiento sospechoso.

La pequeña procesión se puso en marcha, Mason cerca de la espalda de Forrester, apuntándole al hombro e indicándole, de vez en cuando, la dirección. La mente de Forrester era un torbellino al pensar en aquellos extraños sucesos. No podía comprender a Mason, excepto calificarlo de perfecto hipócrita. Algo en la cara del hombre lo desconcertaba. Había misterios por todas partes y la clave de ellos parecía hallarse en la cajita de metal que Mason llevaba debajo del brazo.

Se detuvieron delante de una puerta y la señorita Mordaunt pasó por delante de Forrester para abrirla. Un hombre, alto y flaco, les salió al encuentro, cuando penetraron en una gran pieza, vagamente iluminada por una lámpara que colgaba del techo.

—¿Cómo está? — Preguntó la señorita Mordaunt, con ansioso murmullo.

El flaco desconocido, evidentemente un médico, la miró afectuosamente.

—Empieza a recobrar el conocimiento. Pero temo que no haya mucha esperanza. La herida es muy profunda. Hay hemorragia interna y...

Terminó la frase con un gesto significativo. Por un momento sus ojos, vivos y de mirada rápida, se detuvieron en el rostro de Forrester.

—Pero quizá podré declarar. — murmuró a la señorita Mordaunt, dirigiendo una mirada al interior de la habitación, donde se veía una gran cama, de cuatro postes. — ¿Habéis dado parte a la policía?

—Yo avisé por teléfono hace veinte minutos — contestó Mason — La policía debe llegar de un momento a otro. — murmuró algo al oído del doctor y éste dirigió a Forrester otra viva mirada. Mason cerró con llave la puerta movió un poco el revólver al situarse junto a Mason y el pequeño grupo se acercó a la cama.

Mirando por encima del hombro de la señorita Mordaunt Forrester vió cosas, como a través de la niebla... un rostro delgado, pálido, con expresión agonizante en los ojos, que ardían con apagado brillo, una mano arrugada, sobre la colcha, cuyos dedos se abrían y cerraban espasmódicamente, una mancha roja en el descarnado y agitado pecho y, como una película sobre las lívidas facciones, el sudor que indica la proximidad de la muerte.

Se sobresaltó al notar que tres pares de ojos lo miraban fijamente. La mirada de la

señorita Mordaunt era interrogadora y fué la que más duró. La afrontó tranquilamente, aunque el escrutinio lo sorprendía, aumentando la sensación de espanto que experimentaba en presencia de la muerte. Al fin ella desvió los ojos y se inclinó sobre el moribundo:

—Padre — preguntó con voz ahogada — ¿tiene algo que decirme?

Por un momento no se oyó sonido alguno, excepto la estertorosa respiración del moribundo.

—¿Puede decirnos quien cometió este hecho horrible? — preguntó la señorita Mordaunt.

Las cuatro personas que estaban junto a la cama esperaron ansiosamente la respuesta.

El hombre de la cama estaba tan rígido que por un momento pensó Forrester que había muerto. Luego sus labios empezaron a moverse temblorosos, se produjo un espasmo violento que sacudió todo su cuerpo. Finalmente, con expresión tan terrible que la señorita Mordaunt retrocedió con instintivo temor, el hombre herido levantó la cabeza de la almohada.

Por la médula de Forrester corrió una sensación de frío. Al retirarse la señorita Mordaunt vió plenamente la cara del moribundo. Sus ojos se encontraron, y Forrester retrocedió ante la mirada espantosa, en las cuencas moribundas. Una poderosa emoción pareció electrificar el abatido cuerpo que la vida abandonaba. Mordaunt alzó con dificultad una mano y el movimiento fué acompañado por sonidos interrumpidos y guturales. La mano se alzó más, el dedo índice señaló a Forrester.

—¡Fué él! — exclamó con voz horriblemente chillona, como si hubiera reunido sus postreras energías para un esfuerzo final. — El... — tuvo un extremecimiento y pareció aspirar ansiasamente el aire que le iba faltando — "stone" (piedra)... "papers" (papeles)... "attic" (altillo)"...

Un estremecimiento convulsivo cortó las incoherentes palabras. La mirada del moribundo se puso rígida, una mirada de extraño asombro apareció en los ojos vidriosos, todavía fijas implacablemente en la cara de Forrester, y luego la cabeza volvió a caer sobre la almohada.

—Ha muerto — dijo el doctor

VIII

Las tres palabras "stone... papers... attic" daban vueltas vertiginosamente en la mente de Forrester. El significado de la tercera era claro y suponía que la segunda referíase al contenido de la caja de metal que había encontrado en la cavidad, debajo del piso. Pero la primera "stone" parecía sólo una formación de letras, sin significado.

—"Piedra" — de un modo vago repitió mentalmente la palabra, mientras escuchaba lo que Mason estaba diciendo. El grupo se aumentó con la llegada de un oficial de policía grueso, de cara roja y movimientos pausados, llamado Wattle. Todos se habían retirado a la pieza contigua a la del muerto. El doctor Chutes se había quedado para participar en la investigación.

Forrester apenas prestó atención al extraño cuento que salió volublemente de labios de Mason. Desde el principio al fin era un tejido de falsedades; pero Forrester no se sorprendió. Había esperado eso de Mason, además había llegado a no sorprenderse de nada y su mente rehusaba registrar más sensaciones. Después de lo que ha había ocurrido, particularmente después de la asombrosa escena en la cámara de la muerte, el relato, altamente imaginativo de Mason, no era más que un desenlace previsto.

La única cosa que interesaba a Forrester era la cara seria, solemne y el aire de seguridad con que el hombre amontanaba mentira sobre mentira. Estaba sentado cerca de la estufa, en la cual había avivado el fuego de leña y las llamas iluminaban su cara morena, sombría y convenientemente apenada. Hablaba en voz baja, como si se tratara de una conversación, no como quien quiere convencer a sus oyentes, si no como quien está seguro de que será creído. Forrester mismo, si lo hubiera juzgado solamente por su aspecto y manera de hablar, no hubiese puesto en duda sus palabras.

—Tengo sueño muy liviano — dijo, en resumen, Mason — y puede decirse que dormía con un solo ojo, en los últimos tiempos. Me había dado cuenta de que el señor Mordaunt estaba preocupado por algo; pero no pude descubrir qué era. Pensé — aunque podría haberse equivocado — que temía algún atentado contra su vida. Eso puede parecer extraño; pero un hombre con un genio como el que tenía el señor Mordaunt suele hacerse de enemigos. Sea como fuere, advertí que siempre dormía con un arma al alcance de la mano y, generalmente, parecía más tranquilo cuando yo estaba cerca de él. Pude ver que estaba nervioso y habló un poco de todo, menos de lo que parecía preocupar su mente. Me inquietó un poco aunque no ví que hubiera nada como para preocuparse. Quizá era una especie de presentimiento. Sea como fuere, cuando me separé del señor Mordaunt, a eso de las nueve, decidí permanecer despierto. Mi conversación con él me había desvelado.

Mi cuarto queda mismo frente del señor Mordaunt. Dejé la puerta entreabierta, me envolví en una frazada y me senté mirando a la puerta. Por espacio de una hora o cosa así permanecí despierto; pero al fin empecé a cabecear. Debo haberme dormido, porque recuerdo haberme puesto de pie, sobresaltado. Un grito parecía resonar en mis oídos y experimentaba la extraña sensación de haber sido llamado por alguien. Tiré a un lado las mantas y corrí enseguida a la habitación del señor Mordaunt. Sabía que algo horrible había ocurrido.

(Continuará)

LA CASA DE LOS ESCLAVOS

Por John G. Brandon

(Conclusión)

TAN absorto estaba en lo que escuchaba que sólo al terminar se dió cuenta de que McCarthy se había marchado. El honrado oficial había salido hacia unos momentos, dirigiéndose apresuradamente a su hotel. Sacó de la valija dos artículos, escondiéndolos cuidadosamente en sus ropas: su pistola automática y una cachiporra de goma. Bajó y habló apresuradamente al administrador.

—Consígame, antes de cinco minutos, el auto más veloz que pueda encontrar — le dijo. — No importa el precio.

Seis minutos justos más tarde, corría a una velocidad ilegal, hacia el camino de Utrech y la expresión de su cara presagiaba disgustos para alguien.

La casa de van Blooch, en el camino de Utrech, era como Dalton había informado a Alelí un edificio de dos caracteres muy distintos. La parte alta, con sus magníficos salones de recepción, que daban sobre maravillosos y antiguos jardines holandeses, y el subterráneo, donde no penetraba la luz, ni siquiera de día.

La fortuna de la familia, que había construído aquella sólida y vieja propiedad, fué acumulada en el cruel siglo XVII. Entonces los holandeses peleaban contra los salvajes malayos y los piratas zulús por la posesión de lo que son hoy las islas fabulosamente ricas de la India Oriental Holandesa. Vendían a sus malhechores como esclavos a los primeros colonos, como el gobierno inglés los suyos a los aristocráticos plantadores de Virginia. Los hombres eran reducidos a la esclavitud en las plantaciones, en aquellos desdichados días, como son hoy enviados a Dartmoor. Era en aquellos calabozos subterráneos que los infortunados que pertenecían a aquella familia eran encerrados, antes de hacerles emprender el horrible viaje a Oriente. En estos tiempos, sin embargo, los esclavos que caían en manos de M'neer Dirck van Blooch eran de clase muy distinta: hombres y mujeres, más especialmente mujeres, que traficaban con sus drogas y pasaban sus contrabandos de joyas a los nuevos poseedores. Allí era quebrado su espíritu de resistencia por hombres cuya crueldad no era inferior a los que manejaban el látigo, siglos atrás.

En el momento en que Alelí encontró una abertura que conducía a la prisión subterránea, se estaba preparando un tratamiento semejante nada menos que para la bella mademoiselle du Channe.

Las personas a quienes estaba encomendado este trabajo formaban una grotesca pareja. Eran dos enanos espantosos, marido y mujer, cuyas facciones indicaban bien a las claras la crueldad y avaricia de sus almas. M'neer van Blooch podría haberlos hecho ahorcar en cualquier momento, denunciándolos a la policía; prefería tenerlos a su servicio. Eran criados dignos de tal amo.

Con su silencioso paso de felino, Alelí se había introducido en la casa y junto con su compañera se hallaba oculto en uno de los muchos rincones obscuros, sin que la pareja, que conversaba con gruñidos que parecían de fiera, se diera cuenta de su presencia. La joven Magdalena, que entendía el holandés, le murmuró un resumen de su conversación.

—Parece que preparan sitio para otra víctima de van Blooch — le dijo.

—¡Ah! — fué todo lo que él contestó: pero había un mundo de significado en su voz. — Lo veremos.

De pronto arriba, en el jardín, se oyó una pitada, aguda y singular. Sucedió una larga pausa y se volvió a repetir. Al primer sonido, el jorobado, salió apresuradamente de la celda donde se hallaba y se puso a escuchar con atención. Al repetirse el silbido empezó a hablar excitadamente con su horrible compañera.

—¿Qué dice? — preguntó Alelí.

—Que llega una banda de la frontera — dijo ella. — Al parecer, inesperadamente.

—Son los que encontramos en el camino. Traen drogas y joyas. ¿Bajarán a aquí? No es buen sitio este rincón para que nos sorprendan.

—¡Mire! — murmuró ella.

Siguiendo la dirección de su dedo, vió al jorobado, que con extraordinaria agilidad para un hombre deforme, subía una escalera de madera y con esfuerzo, levantaba una puerta-trampa. Un instante después había desaparecido. La vieja daba todavía vueltas alrededor de la celda.

—¡Venga! — dijo Gilliver a la joven. — Este es el momento de introducirnos en la casa. Sígame y nos agacharemos en el primer escondite que podamos hallar.

Levantada la puerta unas pulgadas. Alelí vió una antecámara a la que se podía llegar desde la puerta del frente. Se usaba como un anexo del hall principal por que en ella se veían colgados distintas clases de sobretodos, sombreros. Había también una percha con rifles de sport y varios pares de botas de caza.

—Métase detrás de uno de esos sobretodos y quédese lo más quieta que pueda — instruyó Alelí a la joven. — Yo iré a explorar. No sea miedosa. No me alejaré, mucho. Usted tiene mi revolver.

—Sí — contestó ella en el mismo tenso murmullo.

—No lo use a no ser que sea absolutamente necesario.

Atravesó el gran hall vacío, como una sombra. La puerta del frente estaba abierta y oyó ruido de voces, dominando las otras la del americano que explicaba el motivo de su retardo. Maldijo Alelí su mala suerte al no haberles demorado el accidente una hora más. Advirtió que la voz de van Blooch no se oía entre las otras.

Se ocultó tras las colgaduras de una gran puerta dorada y vió entrar a los hombres del camino, conducidos por el jorobado.

—¿Dónde está el patrón? — preguntó el americano.

—Está ocupado — contestó el jorobado ásperamente. — Ha dado orden de que no se le moleste.

—¡Bah!... déjese de cuentos — estalló el otro. — Hemos arriesgado mucho para llegar aquí con la mercancía. Los de la Aduana pueden estarnos esperando en la frontera. Vaya a decirle que, si quiere lo que traemos, me reciba en seguida.

—Le digo que no verá a nadie — dijo el jorobado con enojo.—¿Cree que quiero que me pegue con su maldito látigo? Lo maneja a menudo, desde que vino de Londres. Tendrá usted que esperar.

—No espero... nada — empujó al jorobado y se dirigió hacia la puerta, junto a la cual estaba escondido Alelí.

Quiso la buena suerte de Marcos, que el hombre entrara derecho, sin sospechar nada, dejando la puerta abierta. Alelí pudo distinguir una gran sala a cuyo extremo estaban parados van Blooch y la mujer que él buscaba. Ella daba la espalda a una maciza y esculpida chimenea y miraba al holandés. Vió también que la pieza como la casa de Amsterdam de van Blooch tenía cuatro puertas que daban a otros tantos balcones. Había en cada uno de ellos pesadas colgaduras, así como del lado de adentro de la puerta, junto a la cual estaba parado Alelí. De dos pasos estuvo adentro de la pieza y oculto detrás de la cortina de la ventana más próxima. No lo vieron.

Al entrar el americano, van Blooch se dió vuelta con una exclamación de enojo, inte-

Al contar "cuatro" el detective, el cuadro giró, apareciendo van Blooch, lívido, convulso.

rrumpida por otra de sorpresa al ver quien era el visitante. Enseguida le hizo una serie de rápidas preguntas en holandés; con sorpresa de Gilliver, el americano le contestó en el mismo idioma. El hombre hablaba holandés como un nativo. Gilliver nada pudo entender de la conversación.

Pero el americano sacó del bolsillo del pecho de su saco un paquete cuadrado, envuelto en bayeta, que colocó sobre la mesa, desenvolviéndolo. Alelí vió que era un sólido cofrecillo de joyas. Van Blooch, sacó de su bolsillo una llave y lo abrió. Entre sus dedos, cortos y rechonchos, hizo pasar una cantidad de deslumbradoras joyas, una pequeña fortuna. Cuando las hubo examinado, con mirada entendida, las volvió a dejar caer en la caja, lanzando un gruñido de satisfacción. Indicó, con la mano, la puerta y, por vez primera, habló en inglés gutural.

—Puede irse — dijo. — Dígale a Marken que les dé a los hombres alimento y bastante bebida. Hablaremos de ese asunto de la Aduana mañana.

—Alguien nos ha delatado — dijo el americano con acento de seguridad. — ¿Habrá sido Bart Dalton? ¿Dónde se ha metido? Hace como quince días que se separó de la banda de contrabandistas. ¿Lo encargó de otro trabajo?

Por un momento lo miró von Blooch sin contestar. Luego:

—Sí— dijo con aspereza. — Ahora, váyase. Tengo que hablar de negocios con esta dama.

El americano le dirigió una larga y dura

mirada: luego volvió sus ojos a la hermosa mujer, que había permanecido silenciosa sin demostrar el menor interés ni en el diálogo, ni en las joyas. Era la primera vez que el "gansgster" había visto a una mujer mirar joyas de tanto valor y en tal cantidad con indiferencia. La contempló con atención.

—¡Caramba! — exclamó, con una mirada de soslayo. — Tiene buen gusto, patrón. Esta...

—¡Márchese! — tronó van Blooch, señalándole con el dedo rígido la puerta entreabierta.

Lentamente, con despreocupación, el americano giró sobre sus talones y salió de la pieza, cerrando la puerta. Luego el altanero holandés, bufando de fastidio, lo siguió y cerró la puerta con llave.

—Te estás volviendo demasiado insolente, amigo — murmuró casi junto a Alelí.— Eres así porque crees que no puedo pasarme sin tus servicios. Pero ya veré yo de que sigas a Dalton, antes de que pasen muchas horas.

Volviéndose, se dirigió a M'lle du Channe y una sonrisa forzada apareció en su gorda cara.

—Tiene que disculpar al hombre le dijo — No podía saber que usted entienda el inglés. Estos americanos creen que nadie más que ellos son capaces de hacer las cosas.

Se rió desagradablemente y se volvió a la joven, agarrando la caja y pasándosela.

—Estas alhajas o algunas de ellas quedarían muy bien en una garganta tan hermosa como la suya — le dijo groseramente.

Sacó un collar de esmeraldas que Alelí tasó profesionalmente en veinte mil libras, por lo bajo. ¡Uf! Van Blooch negociaba en gran escala con joyas.

Sus dedos empezaron a crisparse al verlas. El derecho de Aduana del collar hubiera sido de tres mil libras, si se hubiera pagado, cosa que ni había ocurrido, ni ocurriría.

Van Blooch se movió hacia la joven, como para ponerle el collar; pero ella, con su desvastadora sonrisa, lo apartó. Dijo que las joyas no le interesaban y que las esmeraldas traían mala suerte.

Al oír aquello van Blooch se echó a reír hasta que sus costados temblaron. ¡Jo! ¡Jo! ¡Semejantes esmeraldas traerle mala suerte a alguien! ¡Ja! ¡Ja! Pero volvió a guardarlas en la caja, cerró ésta y la dejó sobre la mesa.

—Lo que es a tí la van a traer muy mala — murmuró Alelí y dejándose caer silenciosamente al suelo empezó a arrastrarse, como una serpiente, por la alfombra, en dirección a la mesa.

En el fondo de su corazón bendecía aquella antigua moda holandesa de llenar una habitación con muebles grandes y pesados. Cada mueble le proporcionaba protección en su avance. M'neer van Blooch se reía aún de la extraña ocurrencia de que las esmeraldas trajeran mala suerte.

—Y ahora, Minheer van Blooch, — dijo la joven alegremente — creo que es hora que vuelva a Amsterdam. Mis amigos, los pocos que aquí tengo, estarán inquietos por mi ausencia. Y a propósito ¿qué se han hecho los suyos?

El la miró tranquilamente, por debajo de los pesados párpados.

—Se han marchado — contestó lacónicamente.

—¿Marchado? — repitió ella alzando las cejas. — ¿Marchado a dónde?

—Al infierno, por lo que a mí me importa — fué la concisa respuesta. — Sirvieron a mis fines y una vez conseguidos estos, los despedí.

—¿A sus fines? ¿Qué fines?

Los ojillos de cerdo tuvieron una mirada dura y cruel.

—Hacerla venir a usted aquí — dijo bruscamente. — Aquí, donde hará usted lo que yo quiera o lo pasará muy mal. ¿Cree que dejo ir a la gente sin pagar? — se tocó las marcas en los sitios de su gorda cara, donde había pegado el puño de Alelí. — ¿Cree que no me voy a cobrar esto? — tocó la muñeca, que no llevaba más en cabestrillo, pero sí todavía vendada. — ¿Y esto? — se irguió con el rostro despidiendo fuego — Lo va a pagar usted, en cuerpo y alma.

Alelí, desde su escondite, notó que ella apoyaba la mano derecha sobre aquella cartera que siempre llevaba consigo. Vió también que la mano estaba perfectamente firme, sin el menor temblor en los largos y blancos dedos. Alelí se acercó más. Otro trecho y podría extender furtivamente la mano, apoderándose de la caja de las joyas de contrabando.

—Y supongamos — dijo la joven tranquilamente — que yo no secundo sus planes, M'neer, supongamos que tengo la temeridad de reírme de sus ideas de venganza. ¿qué ocurrirá entonces?

—Se lo diré. No se reirá usted más, m'selle. —un horrible júbilo se reflejó en su voz — Muchas mujeres se han reído en esta casa antes de ahora. Pero fué la última vez que lo hicieron en el mundo. Puede creerlo. ¡Ríase ahora!...

Y Mademoiselle du Channe se rió con aquella risa sonora, musical, que había hechizado a Alelí, desde la primera vez que la oyó.

—¡Qué emocionante! — dijo Osaki y le dirigió su más seductora sonrisa.

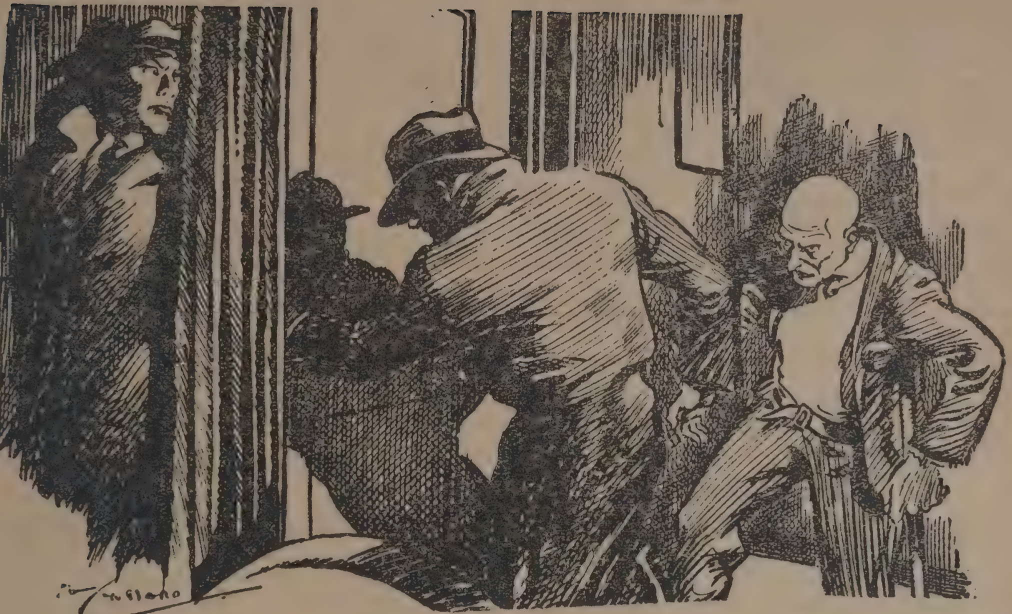
—Esta extraordinaria mujer tiene una sangre fría maravillosa, pensaba Alelí — Es valiente hasta más no poder.

Lentamente se acercó van Blooch a ella, que se burlaba a las claras de él. La gran cara del hombre se movía convulsivamente; sus manos se abrían y cerraban de rabia.

—Tan emocionante — dijo roncamente — que mañana, a estas horas, me pedirá usted que la salve, matándola, de lo que los años le depararán. Pero no lo haré.

Vivirá usted y trabajará para mí, será mi esclava, como lo son otras mujeres y hombres. Y yo me gozaré en su miseria, no...

En ese momento los flexibles dedos de Alelí se cerraron sobre la caja de joyas de m'neer, metiéndola debajo del borde de la mesa. Podían ser propiedad ilegítima del hombre que profería amenazas capaces de helar la sangre de cualquier mujer común; pero ya no estaba en su poder. En semejan-



Marcos Gilliver, oculto detrás de la cortina, vió que el americano le daba un empujón al jorobado y pasaba

tes casos, según las teorías de Marcos J. Gilliver, la posesión constituía nueve puntos de la ley. El otro punto o puntos no le importaban.

Retrocedía Alelí otra vez, cuando ante alguna horrible profecía de lo que iba a ocurrirle, Osaki se volvió a reír. La risa enloqueció al hombre de furia. Apretó el enorme puño y lo alzó como para pegarle. Y nuevamente la mano, larga y ambarina, se dirigió a la cartera. Luego los ojos del holandés se fijaron en la mesa y se quedaron allí, como los de un hombre hipnotizado, mirando... la nada. ¡Sus joyas, las joyas que el mismo había puesto allí, no estaban más... habían desaparecido!

—¡Mis joyas! — casi chilló. — ¿Dónde están?

Ella lo miró como si se hubiera vuelto loco de repente.

—Mi querido y grosero idiota — le contestó brevemente — ¿cómo voy a saberlo? Supongo no me acusará de habérselas robado desde aquí ¿no? Yo soy, generalmente, una persona maravillosa; pero... mis poderes no llegan hasta hacer desaparecer las cosas en esa forma. ¡Ojalá pudiera!

—Es... estaban sobre la mesa hace un momento — tartamudeó el holandés roncamente — No hay nadie aquí más que nosotros. Usted, maldita sea, debe tenerlas.

—Habla usted como un loco — le contestó desdeñosamente.—Yo pienso que M'neer van Blooch está tan acostumbrado a robar a los demás que, inconsciente y automáticamente empieza a robarse a sí mismo. Y ahora — continuó firmemente — voy a volver a Amsterdam. La hospitalidad de su casa de campo es demasiado desagradable para una pobre mujer, débil e indefensa.

Van Blooch se dirigió hacia un timbre que había junto a la estufa.

—¡Lo veremos! — dijo con sorna.

—No toque ese timbre, van Blooch — le ordenó una voz tranquila, detrás de él. — Quédese perfectamente inmóvil y levante bien las manos. No estoy de buen humor y le haré fuego con tan poco escrúpulo como si fuera usted un perro rabioso.

Estupefacto y alarmado por aquella inesperada voz, que reconoció enseguida, se dió vuelta van Blooch y se encontró ante el caño de una pistola automática, en manos del hombre que había hablado, muy capaz de hacer lo que había dicho y algo más.

—¡Usted!... ¿Cuánto tiempo hace que está aquí?

—Acabo de entrar — mintió Alelí alegremente — Llegué a tiempo para oírle decir a esta dama que desea volver a Amsterdam. Yo también creo que es tiempo de que ella parta. Quizá otra vez tendrá más cuidado en elegir a las personas que visita.

Siempre apuntando al hombre con la pistola atravesó la pieza, llegando hasta un sofá donde estaba el abrigo de Marta, de ella. Lo tuvo un momento entre sus manos y luego le hizo señas a la joven que se acercara.

—Venga a ponerse esto. — le ordenó brevemente.

—Un caballero se lo traería a una dama — protestó ella encogiéndose de hombros.

—Yo no lo soy — dijo él. — ¡Póngaselo!

—En el bolsillo — le murmuró luego, casi imperceptiblemente, con la espalda medio vuelta.

—Ya lo se — le contestó ella en igual forma — Lo estuve observando a usted todo el tiempo.

—Huya... por la segunda ventana. Hay un auto, a la vuelta de la esquina de la pared del frente. Espéreme allí. Alguien más tiene que salir de aquí.

—¡Muy bien!

Ella se acercó lentamente a la ventana que Alelí le había indicado, aunque sin volver los ojos hacia ella.

—Muy buenas noches, Mynherr van Blooch, y mejor suerte otra vez — dijo Osaki.

—Yo quiero charlar unos momentos con usted antes de retirarme, van Blooch — dijo Alelí.

—¡Pobres tontos! — prosiguió tranquilamente — ¿Creen que podrán escapar de manos de van Blooch? ¡Miren detrás! — concluyó.

Alelí se dió vuelta. Todas las puertas, todas las ventanas, al extremo de la habitación, estaban llenas de hombres armados y las armas apuntaban a Alelí y a Mademoiselle du Channe. En la puerta por donde había entrado Gilliver estaba el americano, detrás de una ametralladora Tommy. Las perspectivas, por decir lo menos, no eran color de rosa. Por un momento experimentó Alelí una mareante y fría sensación de desamparo. Aquella banda, la bestia furiosa que era van Blooch y... las dos mujeres. No quedaba más remedio que pelear, hasta el último tiro.

Su primero y rápido disparo fué dirigido a la gran araña antigua, convertida en eléctrica. La bala atravesó el cristal y, por suerte providencial, cortó la corriente. Instantáneamente la pieza quedó sumida en la obscuridad.

Luego, a una orden gritada por van Blooch la sala se convirtió en un infierno. Un infierno de rojos fogonazos y balas.

Pero Osaki se había ido. El fino oído de Alelí oyó el ruido que hizo al caer sobre el blando césped del jardín. El, al apagarse la luz, se había tirado al suelo alejándose lo más posible del sitio donde lo habían visto por última vez. Oyó las balas pegar contra la pared, donde él estaba antes.

Solamente dos tiros había disparado, después del primero, Alelí; ambos a los rojos fogonazos que partían de la ametralladora. Al segundo cesó el fuego; había inutilizado el arma o al que la manejaba.

Había tenido, además, la suerte de tropezar con un sofá mullidamente tapizado, detrás del cual se agachó. Su misma blandura hacía de él un espléndido escudo.

Van Blooch, rabiando, maldiciendo, gritaba a la banda que cesara en el fuego y encendieran las luces de la pared; pero en la confusión no encontraban la llave. Cuando lo hicieran, sería el final. La carrera de Marcos J. Gilliver, ladrón de levita, terminaría como el querido McCarthy se lo había predicho tantas veces, violenta y trágicamente.

Entretanto... ¡arriba corazón! Que siguiera la pelea. Hizo fuego, al sitio donde había resonado la voz de van Blooch, esperando lo mejor.

EL FIN DE VAN BLOOCH

M'selle du Channe al saltar del balconcito y caer sobre el césped, palpó su abrigo para ver si las joyas estaban seguras. Luego se levantó las polleras, apretándolas alrededor de las rodillas, y echó a correr.

—Un auto a la vuelta de la esquina — le había dicho Alelí. Bueno, lo buscaría, dejaría allí el cofre y luego volvería a pelear, junto a él. Ni siquiera el cheuffeur que había sido asaltado aquella noche por el "feroz" Bimbo el Sanguinario, corrió con más velocidad que aquella esbelta mujer de mundo, por el sendero que conducía al portón de la casa maldita.

Luego, a mitad de camino, un hombre que acababa de saltar de un auto y corría como loco hacia la casa, donde resonaban siniestramente las detonaciones, tropezó con Osaki. Instantáneamente una mano de acero sujetó a la joven por la muñeca.

—Suélteme, si no quiere que le haga volar la tapa de los sesos — le dijo ella furiosa.

—¿Quién es usted que habla inglés y qué hace en este sitio?

—¿Y usted quién es y qué derecho tiene a interrogarme?

—Si es usted inglesa, le diré que soy el detective inspector McCarthy, de Scotland Yard, y ando buscando a un amigo mío que se llama Marcos J. Gilliver. He oído de buena fuente que se encuentra en trance apurado.

—¡Apurado! — casi le aulló ella. — El pobre querido está peleando allí dentro, con un ejército. ¿Está armado? ¿Sí?... Bueno, corra, corra... Yo lo alcanzaré.

Mademoiselle no buscó el auto, a la vuelta de la esquina. Dejó cierta caja al borde de un pequeño estanque de peces, donde más tarde... Pero esa es otra historia. Sacó de su cartera aquella mortal y pequeña arma de su pertenencia y echó a correr como un gamo, detrás de McCarthy, siempre con las polleras enrolladas alrededor de la cadera. Así había estado durante la breve pero intensa entrevista del sendero. Pero ninguno de los dos había reparado en ello. McCarthy era hombre modesto.

—¡Por aquí! — jadeó ella, pasándolo. — Conozco una entrada. La descubrí esta tarde.

Lo condujo a un pequeño invernáculo al costado de la casa, desde el cual una escalera conducía a uno de los balcones.

—Ellos están en ese extremo de la habitación — murmuró Osaki. — Marcos en el otro o.. estaba cuando lo dejé. Y también van Blooch. Donde estará Marcos ahora sólo Dios lo sabe. Probablemente saltando alrededor para esquivar las balas, espero. En ese momento las luces de la segunda araña se encendieron.

Sin vacilación y desde el abrigo de la ventana a donde se había estacionado, Osaki levantó la pequeña pistola automática y derribó a un hombre con la misma seguridad que lo hubiera hecho cualquier pistolero. Le apuntó a otro y nuevamente oprimió el gatillo. El hombre levantó las manos y cayó. Luego McCarthy derribó a tres, uno después del otro.

—¡Hola, cherie! — gritó Alelí. — Oigo la dulce nota de su arma. Haga lo que pueda desde sitio seguro; pero no entre aquí.

—¿Está herido? — le preguntó ella ansiosamente, habiendo percibido cierta nota forzada en su voz.

—¡Pobres tontos! — dijo van Blooch. — ¿Creen que podrán escapar? ¡Miren detrás!

—Nada más que un arañazo en un hombro — le contestó él. — Nada por qué preocuparse. Es cosa dulce mantenerse fuera del peligro.

—¿Quién tira con usted, socia? — gritó Alelí.

—Yo, borrico condenado! — rugió Mc Carthy. — ¡Yo! ¿Quién cree que puede ser el rey de Siam?

—¡Mac! Que...

Iba a atravesar la pieza.

—¿Quiere ponerse a cubierto, maldito?— fué el único modo como McCarthy correspondió al caluroso recibimiento.

Vieron a un hombre salir de un rincón y apuntarle rápidamente a Alelí. Este cayó al suelo. Un momento después vió McCarthy a la asombrosa criatura que estaba a su lado levantar la pistola y al hombre que había herido a Alelí, caer con un agujero en la frente. Luego, sin la más ligera vacilación, la joven entró a la pieza y se arrodilló junto al caído Marcos.

No queriendo ser menos que una dama, aunque está perteneciera al circo, como McCarthy lo suponía, él la imitó. Pero no acudió en auxilio de su amigo. Por una parte una mirada le demostró que Marcos recibía todas las atenciones que necesitaba y por otra McCarthy experimentaba una especie de locura sanguinaria que lo incitaba a apuntar y matar lo más posible. Atacó al resto de la banda, como un toro furioso.

Su primer tiro pegó a un hombre en la pierna, otro recibió un puntapié en el estómago que lo puso fuera de combate por una hora y un tercero, como la pistola se atrancara, recibió en el cráneo un culatazo tan fuerte, que fué como si se lo hubiera atravesado una bala. Luego McCarthy atropelló la ametralladora, la dió vuelta y ordenó a todos los que querían vivir que levantaran bien altas las manos. Obedecieron como un solo hombre.

El ruido de autos que se dirigían apresuradamente hacia la casa llegó por las ventanas, seguido pocos momentos después por golpes terribles en la puerta del frente. Luego una voz estentórea gritó en holandés:

—¡Abran a la policía!

McCarthy oyó una voz dulce, que hasta entonces no había oído, contestar que abriría. En menos tiempo del que se tarda en contarlo. la habitación se llenó de musculo-

sos agentes de policía; se oyó el ruido de las esposas al cerrarse sobre las muñecas, con tanta rapidez como pueden hacerlo hombres experimentados. Pensó el inspector McCarthy que era el espectáculo más hermoso que había presenciado desde que estaba en Holanda.

Alelí abrió los ojos y, con precaución, se tocó el costado de la cabeza.

—Por Dios que fué una milagrosa escapada, socia. Una pulgada más adentro y...

—Y las joyas de van Blooch hubieran sido todas para mí — contestó ella.

—¿Están seguras? — murmuró él.

—Muy seguras, socio.

—¡Usted es una verdadera maravilla! — dijo él.

Entró a la pieza lentamente, mirando a su alrededor con ojos miopes, mientras caminaba, un hombrecito pequeño, robusto, cuyos dulces ojos hacían juego con el acento suave, casi humilde, de la voz. Alelí lo miró asombrado. ¿Qué hacía el amable y pequeño caballero del Nederlanden y del puente del canal allí en aquellos momentos? No era sitio para él. Se impresionaría.

—¡Ah! — dijo el hombrecillo, con su pequeño guiño habitual. — Nuestro joven amigo otra vez, siempre en aventuras violentas. ¡Qué cosa es la juventud! Y ahora, busco a M'nner van Blooch. ¿Dónde está?

Recién se descubrió que el grueso y miserable individuo no estaba allí, que no se le había visto desde que se encendió la segunda araña. En el calor de la batalla había desaparecido.

Pero el hombrecillo que lo buscaba no pareció preocuparse.

—Es parte de mi profesión saber bastante acerca de estas antiguas e históricas casas — dijo y se volvió hacia el gran cuadro que representaba un viejo ladrón del siglo diez y seis.

—Dirck van Blooch, — gritó — si cuando yo haya contado hasta cinco no ha aparecido para que pueda cumplir la orden de prisión que contra usted tengo, a fin de que responda por sus muchos crímenes, mis hombres acribillarán a balazos ese cuadro. Ya sabe lo que eso significa.

Uno... dos... tres. ¡Hombres, prepárense! ¡Cuatro!

Lentamente el gran cuadro se movió hacia un costado y van Blooch, lívido de terror temblando como si tuviera fiebre, se adelantó.

El inspector Lennin se dirigía hacia él, esposas en mano, cuando una voz tranquila dijo detrás suyo:

—Quiero hablar una palabra con este caballero antes de que se haga otra cosa.

Era la joven francesa, del circo le Amsterdam.

Y nunca en la historia de la criminalidad moderna, se oyeron acusaciones tales como las que salieron de labios de la joven. Y todavía su voz dulce, amarga, siguió añadiendo crimen, crueldad sobre crueldad, hasta que resultó casi insoportable.

—Pero todo esto es cierto — continuó ella. — Hace una semana era yo una muchacha alegre, feliz, con todo el mundo por delante. Ahora todo lo que había en mí ha muerto, esperanza, felicidad... todo. ¿Que tiene que decirme delante de estas personas, van Blooch?

Pero él, con la cabeza caída, no contestó.

—No hay castigo para sus crímenes — dijo ella. —No hay más que uno.

Antes de que nadie pudiera extender su mano para detenerla, ella sacó de su bolsillo la pistola que le había dado Alelí e hizo fuego.

Como un gran animal, el holandés se desplomó lentamente al suelo y quedó estirado. Como había matado, a su vez, recibió la muerte.

—Ha desaparecido su última esperanza de arrestarlo a van Hopper, Mac — dijo Alelí tristemente. — Porque aquel bribón y éste eran una misma persona.

—Y tampoco recobraré el dinero que robó — dijo con tristeza McCarthy —Seguramente que lo tiene fuera del alcance de todos nosotros.

—Lo tenía — corrigió Gilliver. — Lo tenía. Pero gracias a mi habilidad en abrir cajas fuertes, puedo obsequiarlo con algunos valores al portador que aliviarán la situación de muchos hogares ingleses. ¡Tome!

Quince días después una hermosa mujer, que se atraía todas las miradas, descendía de un vagón de primera class, en Amsterdam. Fué recibida por un joven buen mozo, cuya esbelta figura y ropas de impecable corte envidiaron todos los hombres presentes.

M'selle acababa de volver de un viaje de una semana a Berlín.

—¿Y bien? — le preguntó él mientras caminaban.

—Schroeder, de la Fredrisckstrasse, me ofreció treinta y cinco mil libras y acepté — le ofreció un paquete. — Son suyas. Usted es propietario. Yo no soy más que una comisionista.

—¡Que tontería! Vamos a medias. Somos socios.

—Rehuso.

—Muy bien. Entonces disolveremos nuestra sociedad aquí mismo.

—Las tomaré — dijo ella prontamente. — ¡Pero estoy tan cansada de Amsterdam! La vida es demasiado monótona y tranquila.

—¿Cómo? — dijo Gilliver. — ¿Qué ha sido monótona y tranquila, dice?

—Bueno, ya entiende lo que quiero decir — contestó ella inconsecuentemente. — Quisiera probar otros campos.

—Muy bien — convino Alelí. — La llevaré a comer esta noche, conseguiremos un mapa de Europa y decidiremos nuestro próximo viaje empleando un método que, según me dijo un "bookmaker" era el único medio científico de acertar en las carreras.

—¿Y cuál es?

—Para nuestro caso, cerraremos los ojos y clavaremos un alfiler en el mapa. El sitio donde aparezca la pinchadura será nuestro próximo campo de hazañas. Ya le dije a Mac que yo no he nacido para la vida tranquila.

F I N

El próximo episodio, que se publicará en breve se titula: LA COBRA NEGRA

LATIGO NEGRO

DETECTIVE

Por Charles Hutchinson

(Continuación)

FUGA Y PERSECUCION

CONDUCIENDO los caballos por la rienda, iluminados por el resplandor del incendio sus rostros de demonios, los Lobos se dirigieron hacia el sitio donde estaba el viejo Wilson, maldiciéndolos desafiante. Los ojos del jefe de los bandidos eran cruelmente fríos, como los de un lince.

Desdeñosamente movió al hombre caído con el pie.

—¡De modo que al fin ha recibido su lección, Wilson! — le dijo — Ha merecido su castigo.

El viejo lo miró en silencio. Pero el joven Len, con un sollozo de furia, se lanzó contra el poderoso bandido, solo para ser enviado a rodar de un puñetazo en la cara. Los Lobos rodearon a su jefe y sujetaron fuertemente al muchacho.

—¡Cobardes! — Wilson se levantó, agarrándose el brazo herido. — Por el cielo, Lobo, le juro que lo he colgar algún día con mi propia cuerda. ¿Qué... qué va usted a hacer con el chico?

El Lobo se echó a reír.

—Voy a llevarlo con nosotros, Wilson. Eso es todo — contestó arrogantemente — Después, naturalmente, será lo que usted quiera. Pero le advierto francamente mi hombre, que tendrá que vender hasta la última vaca para pagar el rescate que pediremos por su cachorro. Mañana le diré la cifra exacta, cuando haya valuado su ganado.

Su frialdad arrogante puso furioso al estanciero. Por un momento miró a su alrededor como una fiera acorralada, pronta a saltar hacia adelante y a morir matando. Pero la vista del niño, a quien adoraba, indefenso en manos de los bandidos quebró su resistencia. Sus hombros de toro cayeron y su mano hizo un movimiento desalentado.

—¡Muy bien! Pagaré lo que usted pida, miserable. — dijo y el Lobo se rió de nuevo.

—¡Oh, ya se que pagará! Y ahora... acuéstese, perro.

¡Paf! Sin prevención extendió el puño y de un cobarde upper-cutt tendió al anciano de espaldas. Después de mirarlo, el Lobo se volvió a sus hombres que reían.

—Tú, James, sujeta bien a ese mocoso. Cooper, Gómez, vayan al corral. Saquen el caballo árabe del muchacho y tráiganlo aquí. Es el caballo más rápido del valle y lo quiero para mí. Después espanten a los otros. ¡Pronto!

Indicó con el brazo y los hombres se alejaron.

—Buckeye, lleva cinco hombres, rodea el "ranch" y manten los ojos bien abiertos. No tenemos tiempo que perder. Este incendio se verá desde lejos y Wilson tiene muchos hombres en el campo.

—Usted lo ha dicho, patrón — dijo Buckeye, y un momento después los seis centinelas daban vuelta y se perdían en la obscuridad.

El Lobo miró a los hombres que le quedaban y los despidió, haciendo castañear sus dedos.

—Ustedes tiéndanse en el suelo — les ordenó — Preparen los rifles y vigilen todos los puntos. Los peones nocturnos de Wilson vendrán del oeste; pero... — se detuvo significativamente — alguien más podría llegar desde otra dirección.

—¿Piensa usted en Látigo Negro? — murmuró uno de los hombres, tendiéndose en el suelo.

El Lobo asintió con sombría sonrisa.

—No sospecho que Látigo Negro venga. Se que vendrá. — dijo sardónicamente. — Sí, algo me dice que nuestro amigo no andará muy lejos de aquí esta noche.

Y en toda su criminal vida nunca dijo cosa más cierta.

Porque en ese momento Látigo Negro estaba, en verdad, muy cerca; se acercaba con la velocidad del viento. Y Aguila Roja, el hermoso salvaje, cabalgaba junto a él, con Héctor, el gran perro alsaciano adelante.

Habían salido a hacer un reconocimiento nocturno, habían visto el gran incendio a lo lejos y habían imaginado demasiado bien sus causas.

Corrían por la parte alta de la loma, cabalgaban intrépidamente en la obscuridad.

Látigo Negro, rifle en mano y con el ímpetu de la batalla en el corazón, dejaba a Dosey galopar libremente, con las riendas flojas. La gran yegua picaza bajaba la cuesta con paso tan seguro como una cabra;

la alta figura que llevaba sobre su lomo se balanceaba graciosamente.

Como mil yardas debajo de ellos ardían los restos de la Box-K; arrojando las precauciones a los cuatro vientos, Látigo Negro, al ver aquella escena de pesadilla, picó espuelas a la yegua, mientras Aguila Roja taloneaba su caballo con sus pies desnudos.

El primer aviso de peligro que recibieron los Lobos fué cuando el rifle de Látigo Negro detonó violentamente. Un centinela que estaba al pie de la loma, lanzó un grito, levantó los brazos y cayó, mientras su caballo disparaba.

Los demás, que lo vieron caer, se agacharon y dispersaron, haciendo fuego. La alarma se extendió, como un reguero de pólvora.

Luego resonó en la noche el largo aullido del alsaciano. Y se unió a él ese grito que hiela la sangre, el del guerrero apache. El vengativo coro resonó en los oídos de los Lobos como una maldición. Solamente el jefe conservó la cabeza en el momento de pánico que siguió.

Por alguna razón sus ojos adquirieron expresión extraña y sonriente.

—Es Látigo Negro — dijo — ¡Gracias sean dadas al diablo! — rugió con extraño júbilo — ¡Al arroyo todos! ¡Pronto, idiotas!

En aquel momento, aparecieron dos de los bandidos, trayendo un espléndido caballo árabe, cuyos flancos aparecían teñidos de rojo a la luz del incendio.

Loco de miedo, el animal coceaba y se encabritaba, hasta que le fué arrojado un saco a la cabeza. A una breve orden del Lobo, el joven Len Wilson fué atravesado sobre el caballo. Luego resonó de nuevo la voz de el Lobo.

—A caballo todo el mundo!... ¡A Morro City y que el diablo cargue al que se quede atrás!

Aun en la confusión, los hombres vacilaron en seguir aquella sorprendente orden.

"Navaja" Hansen expresó sus pensamientos en sorprendido murmulló:

—¡Como! ¿No lo vamos a esperar a Látigo Negro? Ya está aquí... Si no lo atacamos ahora nos seguirá y...

—Seguirnos? — el Lobo se echó a reír estridentemente. — ¡Ojalá nos siga! Así lo espero.

En atropellado grupo los bandidos dieron la vuelta a la casa incendiada, se metieron en el arroyo y se lanzaron al galope a través de la llanura. Una mancha blanca, en el medio, señalaba el sitio donde iba el caballo árabe, sostenido su joven dueño por dos hombres que cabalgaban a sus costados.

Del otro lado de la casa incendiada, Látigo Negro y Aguila Roja bajaban la loma con desesperada prisa. En su ansiedad por llegar habían olvidado algo muy importante: que podían hacerles fuego.

Los Lobos, aunque en plena retirada, no tenían más miedo. No bien las dos vengativas figuras se destacaron a la luz del incendio, los bandidos se dieron vuelta e hicieron una descarga. El efecto fué desastroso.

Una bala silbó junto al oído de Látigo Negro. Una mano invisible lo tironeó de la manga izquierda. Por milagro le erraron las balas; pero Aguila Roja no tuvo tanta suerte. Cuando llegaba al arroyo, una bala hirió a su caballo en la paleta.

El animal herido cayó al suelo, azotando el aire con los cascos, mientras el jinete iba a parar de cabeza al agua.

La persecución se detuvo bruscamente.

Aturdido, magullado, el joven indio apareció cerca de la orilla, su obscura cabeza sobresaliendo apenas de la superficie del agua. Látigo Negro detuvo su yegua, entre una nube de polvo, desmontó de un salto y corrió hacia el indio. Los Lobos hicieron una última e inútil descarga y luego se los tragó la obscuridad.

El asalto a la Box-K había terminado victoriosamente.

Látigo Negro se metió en el arroyo y ayudó a su joven compañero a volver a la orilla. Látigo Negro tenía expresión sombría y sus ojos brillaban de rabia. Por espacio de un segundo miró Látigo Negro hacia el sitio donde habían resaparecido los Lobos, maldiciendo su tontería por haberse expuesto a sus tiros.

Sin embargo, como siempre, su cólera fué de corta duración.

Con un encogimiento de hombros, volvió a ser el mismo, frío, alerta. Puso su mano sobre el hombro del abatido Aguila Roja.

—¡Animo, muchacho! — le dijo, en el dialecto de la frontera. — Esos chacales se nos han escapado ahora; pero siempre hay otro día. Los hemos hecho disparar; contentémosnos con eso. ¡Ven! Hay heridos a quienes auxiliar.

Seguido por el apache, que rengueaba, Látigo Negro se metió nuevamente entre el humo y se dirigió hacia donde estaba caído el viejo Wilson, retorciéndose debilmente en el suelo.

Látigo Negro le levantó con suavidad la hirsuta cabeza y sonrió a la bronceada cara.

—¿Está mal herido, compañero? — le preguntó suavemente. Pero, antes de que Wilson pudiera contestar, se produjo una interrupción ruidosa.

Llegaron cuatro hombres, en ponies cubiertos de espuma, los cuales se tiraron al suelo maldiciendo. Eran algunos de los guardias nocturnos de la parte alta del valle y sus delgados cuerpos temblaron a la vista de sus compañeros caídos.

—¡Los Lobos!... los Lobos!... — murmuraron roncamente, reuniéndose en torno de Látigo Negro y mirándolo con penetrantes ojos. Revolver en mano le preguntaron ásperamente.

—Forastero ¿quién es usted?

El los miró.

—Me llaman Látigo Negro — contestó tranquilamente — Muchachos, han llegado a tiempo.

RASTRO DIVIDIDO

—¡Látigo Negro!

Los cowboys bajaron lentamente sus armas. El respeto y la admiración sucedió a la desconfianza en sus duras caras, mientras miraban larga y silenciosamente al alto batallador, cuyo nombre y hazañas habían electrizado a todo el valle del Morro. Un penoso gemido del viejo Wilson interrumpió el solemne silencio.

—¿Qué es eso? — sus turbios ojos se iluminaron con repentina esperanza y en vano trató de alzar la cabeza, que Látigo Negro había apoyado en el hueco de su brazo — Látigo Negro... compañero... me alegro de conocerlo.

Sus nudosos dedos se enroscaron en la camisa de franela negra.

—¡Escuche! — jadeó el viejo — Se han llevado a mi pibe... a mi nieto. Los Lobos... incendieron la casa con barriles de brea. !Y se llevaron... a Len!

—¡El qué!

La voz de Látigo Negro resonó como un latigazo. De modo que ese era el objeto del asalto, un secuestro. Naturalmente hasta ese momento ignoraba semejante cosa y los músculos de su mandíbula sobresalieron mientras Wilson proseguía:

—Se han llevado a Len a Morro City. Lo atravesaron sobre su propio caballo, Flecha Blanca. El Lobo dirigió el asalto. Y me dijo que mañana me haría saber el precio del rescate, maldito sea. Quiere quitarme hasta El último céntimo. Pero yo le pagaré. Les daré todo cuanto tengo con tal que me devuelvan a Lenny.

Una risa profunda, áspera, le contestó.

—¿Sí? ¡Por Dios, Wilson, que no pagará nada!

Dejándolo cuidadosamente en el suelo, Látigo Negro se puso de pie, convertidos sus labios en una línea exangüe. A la luz del incendio, su alta figura, toda vestida de negro, lo hacía aparecer como el hombre misterioso que todos los supersticiosos mejicanos del valle creían firmemente que era.

—Ni un nikel agujereado pagará usted a el Lobo — dijo rechinando los dientes — No sabía que le habían robado a su nieto, Wilson, aunque vi un caballo blanco en el montón. Pero le prometo esto: se lo traeré, aunque tenga que partir en pedazos a Morro City.

—Y nosotros iremos con usted — dijeron los cowboys.

Látigo Negro movió resueltamente la cabeza.

—¡No! Es trabajo para mí solo Creo que se han llevado al muchacho a su cuartel a Morro City. Yo he estado ya allí y puedo volver. Conozco bien el interior de la guarida, ahora. Pero voy a ir solo.

Hizo un gesto resuelto ante la protesta de los hombres.

—Sí ustedes, muchachos, organizan una partida para atacar el pueblo ¿qué sucederá? Pues que matarán al niño. Además, se necesitarían cien hombres y ametralladoras para rodear y tomar el pueblo. Déjenlo por nuestra cuenta, compañeros. Además, tienen ustedes bastante que hacer aquí, con la casa incendiada y los compañeros heridos...

—Pero... — objetó uno de los hombres y Látigo Negro, calurosamente, los convenció al fin, aunque eran valerosos y obstinados. El que había hablado primero lo hizo de nuevo.

—¡O. K, patrón! Pero escuche, si no regresa usted con el pibe, nosotros y todo el valle iremos a atacar ese nido de serpientes. Ya probamos una vez y salimos derrotados. Lo dejamos en sus manos, porque usted creo que se ha ganado ese derecho.

Pero, si fracasa...

—Vayan y ataquen. — dijo Látigo Negro que había ya montado a Dosey, mientras Aguila Roja se apoderaba del caballo más próximo. Látigo Negro les gritó a los cowboys palabras animosas, mientras se dirigía al arroyo.

—¡Buena suerte, Wilson! No se aflija. — Luego levantó a Dosey para que saltara el agua.

Aguila Roja y Héctor lo siguieron, alejándose en la obscuridad. La salvación de un niño dependía de la sangre fría y habilidad de los compañeros.

No es que, al principio se necesitara mucha habilidad para seguir el rastro de nueve o diez jinetes en fuga, aun a la escasa luz. Por algún tiempo fueron con bastante velocidad, hasta que el "ranch" incendiado quedó atrás. Al cabo de una hora, el rastro era todavía visible. Pero poco después, al aparecer un débil resplandor, sobre las montañas orientales, Látigo Negro disminuyó el paso de su yegua.

—La aurora no está lejos — murmuró — y no quiero caer en alguna emboscada. Pueden estar escondidos dentro de estos matorrales.

Murmuró una orden a Aguila Roja que movió comprensivamente la cabeza. Otra orden a Héctor envió al perro gris, saltando, adelante, con los ojos y oídos alerta para cualquier peligro.

Siguieron andando segura, aunque más cautelosamente, mientas el esplandor encima de las montañas aumentó y luces grises empezaron a descender las lomas. Pronto ambos jinetes, tendidos sobre los cuellos de sus caballos, observaron los mezquites y cactus del camino. Aguila Roja "leía" el rastro que bajaba hacia el valle, en dirección a Morro City, todavía a muchas millas de distancia.

Un pensamiento extraño preocupaba a Látigo Negro. ¿Por qué el Lobo se había retirado con tanta presteza? ¿Por qué la banda había disparado, como conejos asustados, ante dos hombres solos? No encontraba respuesta satisfactoria.

—Quizá estaban demasiado ansiosos por escapar con el joven Wilson y no quisieron arriesgar una pelea — murmuró dudosamente — O quizá se figuraron que era una partida de cowboys que venía hacia ellos.

Pero con todo... ¡hum!... no estoy seguro. ¡Eh... ¿qué es eso, hijo?

Un silbido de Aguila Roja lo hizo detener el caballo y darse vuelta. Al hacerlo vió que el muchacho apache desmontaba y lo llamaba, curvando el dedo. Látigo Negro se apeó a su lado, el rifle pronto.

—¿Qué hay?

El muchacho señaló rápidamente el áspero suelo.

—El rastro se divide. — murmuró y Látigo Negro se puso inmediatamente de rodillas. Era un descubrimiento inesperado.

—Vea aquí. Uno... dos... cinco caballos se han separado del grupo principal. Espere, patrón, voy a seguir.

En cuatro pies, el muchacho se arrastró hacia adelante, mientras Látigo Negro observaba, sabiendo que, como rastreador, no podía compararse con el joven indio.

De pronto Aguila Negra se dió vuelta nuevamente.

—Es como dije, patrón. La banda debe haberse separado. — murmuró. — La mayor parte ha seguido; pero cinco de ellos se han desviado, dirigiéndose a las montañas. Miró fijamente a Látigo Negro.

—Y el caballo blanco ha ido con estos — murmuró con tanta seguridad que Látigo Negro lo miró sorprendido

LA EMBOSCADA

—¿El qué? ¿Estás seguro? ¿Cómo lo sabes? — Látigo Negro hizo rápidamente las preguntas después de una sorprendida pausa.

Aguila Roja señaló nuevamente el suelo.

—Muchas veces ví al señor del gran "ranch" cabalgar en el caballo blanco

Aguila Roja conoce las huellas. Vea éstas... son más pequeñas, más ligeras que las de los caballos de los otros jinetes. Mas... aguarde. Voy a seguir otra vez.

Se alejó rápidamente, agachándose cuanto podía al meterse en un chaparral enmarañado que conducía a las montañas occidentales. Látigo Negro lo protegía con el rifle; pero no se advirtieron señales de peligro. El mismo dirigió una viva mirada a las huellas.

Sí, distinguía ahora las huellas de los cascos del caballo árabe, más pequeñas, más delicadas, que las de los ponies comunes. Esperó impacientemente hasta que el joven indio volvió poco después, con expresión de sombrío triunfo en su hermoso rostro.

—¡Mire! — dijo tranquilamente y extendió la mano. Entre sus dedos cobrizos había unos cuantos pelos blancos que sus ojos de lince habían descubierto, adheridos a una mata espinosa.

—¡Hum! — gruñó Látigo Negro — No queda duda. Han llevado al chico a algún escondite, con escolta, en vez de conducirlo a Morro City. ¿Qué se propondrán?

Sus pensamientos corrían rápidamente. Durante la persecución había estado formando planes para entrar de nuevo a Morro City; pero ahora estos planes tenían que ser reformados. De pronto se dió una palmada en el muslo.

—¡Ya sé! Deben haber escondido al niño en las montañas por si todo el valle se levanta y ataca al pueblo, hijo mío. Apostaría que fué por eso que se marcharon tan precipitadamente, para sacar buena ventaja antes de separarse. Al mismo tiempo se figuraron que yo los seguiría a Morro City y no encontraría allí lo que buscaba.

Se rió brevemente.

Bueno, han tenido mala suerte, porque no iré. Creo que no contaron con tu viveza y tus ojos, compañero.

Agilmente volvió a montar a Dosey.

—¡Ven! — ordenó y los dos se metieron silenciosamente en el chaparral.

Aguila Roja guiaba ahora, dando vueltas y más vueltas, mientras seguía el rastro borroso entre las malezas. Las montañas occidentales se iban acercando, estaban demasiado cerca para el gusto de Látigo Negro. Deteniéndose detrás de un grupo de cactus, Látigo Negro ató a Dosey e indicó a Aguila Roja que hiciera lo mismo. Después de eso siguieron su camino a pie.

Una marcha fatigosa, de media milla, por entre tupidos matorrales, los llevó al pie de las montañas. Al llegar allí, se tendieron en el suelo y empezaron a arrastrarse. Fueron subiendo la ladera, sin hacer ruido, examinando las malezas que tenían delante con ojos avizores.

Una baja exclamación de Látigo Negro detuvo al fin el largo y silencioso avance.

—¡Esa cueva! — murmuró lentamente. — Allí detrás de los mesquites y rocas. Me parece un sitio interesante, compañero.

Aguila Roja lanzó un gruñido. Veinte yardas más arriba, entre el matorral, se abría una obscura boca en la ladera de la montaña. A la luz del alba se distinguían débilmente huellas de cascos, cerca de la entrada de la cueva. Látigo Negro sonrió agriamente.

—Sí... aquí debe ser. — Levantó la cabeza pulgada por pulgada, pero no vió señales de la escolta del joven Wilson.

—¿Ni siquiera han apostado un centinela? ¡Qué descuido! Creo que no imaginaron que los seguiríamos hasta acá, pibe. Pero van a recibir tremenda sorpresa.

Aguila Roja, sin contestar, sacó un cuchillo. Como para desvanecer toda duda que pudieran todavía abrigar, oyose dentro de la cueva el débil relincho de un caballo, seguido por una maldición de hombre.

Silenciosos como panteras, los compañeros se arrastraron rápidamente a través de la peligrosa zona, pero sin acercarse a la boca de la caverna. Al fin estuvieron en posición de hacer fuego, teniendo detrás el matorral y las rocas por si se veían obligados a retirarse. Látigo Negro apoyó el rifle en su cadera.

—Cuatro hombres. ¡Un rápido ataque a la manera apache! — murmuró, bailando en sus ojos la luz de la pelea. Al decir esas palabras entró en acción, lanzándose hacia la cueva. Pero nunca llegó a ella.

(Continuará).

EL RANCH "LOS TRES"

El sargento Murphy, bandido

Por FRANCIS WARWICK

(Continuación)

PARA el sediento irlandés aquella noche fué horrible. A la tortura de la sed se unía la que le causaba el oír el ruido del agua que corría y a la que no podía llegar. Por último llegó la luz de la aurora y el cielo gris antes se puso sonrosado.

Evans el Negro se desperezó.

Murphy apretó los dientes y retorció sus acalambrados miembros. Se percataba de que había llegado el momento.

Pero el sol estaba bastante alto ya cuando Evans dejó saber en qué forma había decidido vengarse.

Fuera de la cueva el sol caía como rayos de fuego tan luminosos que turbaban la vista. La plataforma que había delante de la boca de la caverna formaba como una repisa en la cual la piedra caldeada por el sol, quemaba. No soplaba ni la menor ráfaga de viento.

Evans indicó algo con la mano y se rió suavemente.

—Ahí tiene, amigo mío, — dijo el sitio donde se sostendrá usted por haberme robado la bolsa llena de oro en polvo.

Tomaron a Murphy entre dos y lo sacaron de la caverna.

Después de la oscuridad de la caverna, la luz exterior enceguecía. Le aflojaron las ataduras de las manos pero le apuntaron con un revólver a la nuca. Así no le quedaba probabilidad alguna de escapar por más que no hubiese podido correr teniendo, como tenía, entumecidas las piernas. Lo pusieron boca arriba atándole las muñecas y los tobillos a unos grandes clavos de hierro que antes habían colocado en la superficie de la cornisa.

—¡Son ustedes diabólicos! — opinó Murphy, furibundo.

Evans el Negro se rió.

El resplandor del implacable sol enceguecía a Murphy. Aun teniendo cerrados los ojos veía ráfagas de luz a través de los párpados que le parecían como lancetazos de fuego.

El implacable calor empezó a ensombrecerle el cerebro. Tenía la piel del rostro como chamuscada y la garganta reseca. Todavía, a pesar de la distancia, oía el ruido del agua de la fuente del fondo de la caverna y esto era lo que tal vez más le martirizaba.

¡Había sido condenado a morir de calor!

Tal era, pues, la venganza de Evans el Negro y era, en realidad, una venganza digna de él.

Murphy sintió dolorido el cuello, falta de apoyo la cabeza. Comenzaron a dolerle las piernas y los brazos pero lo que más le torturaba era el efecto del sol en los labios.

Tenía toda la piel como chamuscada. Por su cerebro cruzaron extrañas visiones. Aquello no podía durar mucho, llegó a decirse. El calor tenía que producirle una congestión fatal.

De sus labios brotó una sarcástica y horrible risa El joven irlandés comenzaba a delirar.

De pie al borde de la plataforma, protegido por su sombrero de anchas alas echado hacia adelante, Evans el Negro contemplaba con cruel satisfacción la tortura de Murphy.

—¡El hombre que se cruza en mi camino recibirá siempre la lección merecida! — dijo Evans a sus compañeros. — ¡Este imbécil!...

No terminó la frase.

Del otro lado del valle, de entre las anfractuosidades de las alturas, había llegado el estampido de un tiro de rifle. La bala cruzó el angosto valle e hizo un agujero en el sombrero de Evans.

Lanzó un grito y se volvió alarmado y pálido. Tan asustado se volvió que pisó en falso y cayó por el borde de la repisa de piedra. Gritando y manoteando fué a estrellarse al fondo del valle.

Se vió una luz del otro lado del valle. Era el reflejo del sol en los lentes de unos gemelos de campo.

El sargento Murphy con la cabeza vuelta en la plataforma de piedra, se dió cuenta confusamente de lo que pasaba. Y se dió cuenta también de que Evans había muerto. Una sonrisa apareció en sus resecos y agrietados labios.

Después, vencido, perdió el conocimiento.

. . . .

Cuando recobró los sentidos sintió la agradable sensación del contacto del agua en la garganta. Aquella agua le pareció un néctar divino.

Sus maltratados ojos vieron entonces el rostro de Dalroy, muy cerca del suyo y en la semioscuridad del interior de la caverna a donde lo habían llevado.

—¿Saben ustedes que llegaron a tiempo pero nada más, querido mayor? — murmuró Murphy.

Pero su voz fué tan ronca que ninguno de los que estaban en la cueva le entendieron lo que dijo. Y ahí estaban Dalroy, Kildare, Tomahaw Chico y Peggy Murray.

Porque Peggy, en vez de ir a Doble Horquilla había ido al ranch Los Tres. Gracias a la asombrosa habilidad del muchacho piel roja para buscar pistas habían podido llegar hasta la guarida de Evans el Negro desde el sitio dondé éste se había escapado después de la caza del oso.

Los dos compañeros de Evans habían escapado pero aquella misma noche los apresaron los de la policía a caballo.

El sargento de policía encontró al verdadero Evans el Negro, encogido entre unas rocas, en el fondo del valle y tuvo que convencerse de que Murphy no era Evans el Negro.

En cuanto al verdadero Evans el Negro, — que se había destrozado la cabeza contra una piedra, — ya no volvería a dar lugar a que el sargento se equivocara de nuevo.

DELROY EN SON DE GUERRA

El fuerte Geoffrey se hallaba animadísimo. Las polvorientas calles hallábanse llenas de gente, de ágiles y delgados ganaderos y cowboys, barbudos tramperos procedentes de la región salvaje, buscadores de minas que gozaban de bien ganado descanso y uno que otro soldado o sargento de la policía montada, luciendo su llamativa chaquetilla roja.

No sólo había hombres sino caballos, — caballos en profusión, — inquietos y pequeños "mustangs" de las praderas, algunos mestizos y no pocos caballos puros de buena estampa y reluciente pelo, además de muchos vivarachos ponies y de bastantes mulos de largas orejas. Todos estos animales tenían aspecto de hallarse bien alimentados y bien atendidos porque en el Noroeste el hombre considera que su montura es su mejor amigo, siendo muy pocas las excepciones a este respecto.

—Está esto tan animado, que me parece estar en Piccadilly, — murmuró una voz jocosa.

Era la voz de un joven delgado y de curtido cutis, montado en un alto caballo negro y que paseaba por la calle principal de la población del fuerte, mirándolo todo con escudriñadores ojos.

—Tiene usted razón... hasta cierto punto, capitán Kildare, — dijo sonriendo el sargento Murphy, el joven y corpulento irlandés que cabalgaba a su derecha, montado en su valiente caballo tordillo.

A la izquierda de Kildare cabalgaba un jovencito de piel bronceada, — el joven Tommy a quien tanto estimaban los dueños del ranch Los Tres. — Tommy montaba un espléndido caballo blanco al que llamaba Iskudá, que en lenguaje indio quiere decir "cometa rápido" y al que le caía muy bien ese nombre porque era inteligente, nervioso y veloz como pocos.

Detrás de Tommy seguía la delgada, pequeña y vibrante figura del mayor Dalroy con una pipa de raíz de retama, ennegrecida por el uso, entre los dientes y mirando hacia todos lados como si todo lo estudiara con gran interés.

Dalroy montaba su caballo favorito, un potrillo puro de pelo ruano y al que llamaba Redskin (Piel Roja).

También sonrió Dalroy al oír la observación de Kildare. Porque aun cuando la calle principal de Fort Geoffrey, — la población que estaba más cerca del ranch Los Tres, del que se hallaba a pocos días de camino, — se hallara llena de movimiento, no se parecía ni poco ni mucho a la calle Piccadilly le Londres. Sus bajos edificios de madera con amplias galerías al frente y la muchedumbre de hombres curtidos vestidos con calzones de montar o con sus zahones de peludo cuero, no se parecía a la de gente elegante que circula por Piccadilly. Esto no quería decir que Dalroy no prefiriera el ambiente que le rodeaba. El fiero y pequeño mayor odiaba las grandes ciudades. Le gustaba vivir en el campo libre. El fuerte Geoffrey, aun cuando era una población pequeña, le fatigaba muy pronto.

En la población iban a celebrarse unas fiestas y por eso había acudido tanta gente. La concurrencia procedía de todas partes e iba a presenciar sus fiestas o a tomar parte en las carreras y en los concursos de doma para los cuales ofrecían premios las autoridades de la localidad.

—¿Comemos? — preguntó Kildare cuando llegaron al extremo de la calle, donde había un letrero que decía: Casa de Margle que le había llamado la atención.

—¡Buena idea! — opinó Dalroy. Y Tomahack Chico, pues éste era el nombre in-

dio del joven piel roja a quien ellos llamaban generalmente Tommy, inclinó afirmativamente la cabeza, sonriendo y mostrando una doble fila de blanquísimos dientes.

Tomahawk Chico estaba siempre dispuesto a hacer los debidos honores a una buena comida, lo que no era de extrañar en un muchacho saludable y constantemente activo como él.

En consecuencia, se apearon de sus caballos, los ataron al palenque y subieron por los peldaños de madera que coducían a la ancha veranda o galería de la Casa de Margle.

Mientras subían a la galería lanzó Kildare una exclamación y se paró un momento.

—¡Dios mío! — dijo después. — ¿Qué hermoso caballo!

Miraron los otros hacia donde él miraba y vieron un hermoso caballo, de gran alzada y de pelo castaño, que su jinete, un hombre proporcionadamente corpulento, guiaba hacia la casa de comidas en que ellos se disponían a entrar.

Se veía en seguida que aquel jinete era mejicano. Su obscuro rostro, su traje de vivos colores, con faja de seda y lustrados botones de metal, todo indicaba que era esa su nacionalidad.

Cabalgaba con aire jactancioso, con una mano en la cadera. De vez en cuando alzaba esa mano y se retorcía con ellos las largas guías de los bigotes negros que adornaban su labio superior. Sus ojos negros miraban desdeñosamente a la multitud.

—¡Debe ser lo menos el rey de Tumbuctu! — exclamó Murphy, riendo y sin que lograra impresionarlo ni en lo más mínimo la actitud petulante y jactanciosa del jinete del caballo castaño.

Los otros, por su parte, sintieron que les disgustaba tanto o más de lo que les gustaba el caballo que montaba.

Sucedió entonces algo que les hizo que confirmaran su rápida opinión de manera definitiva.

Dos perros que peleaban salieron corriendo y gruñendo por el hueco de entre dos casas y se metieron entre dos caballos dándose de dentelladas, peleando furiosos y girando como un torbellino. Pasaron por debajo del cuello del caballo castaño que, asustado, retrocedió con la mirada extraviada y gimiendo.

Cualquier hombre normal hubiera tratado de tranquilizar a su caballo y hubiese seguido andando sin dar mayor importancia al incidente. Pero el corpulento mejicano blasfemó en la forma más grosera que se puede imaginar, gritando de un modo que asustó y excitó mucho más a su caballo.

El animal corcobeó mordiendo el freno porque el jinete tiraba de la rienda con demasiada fuerza, con verdadera crueldad.

El mejicano volvió a jurar a gritos. Hundió sus crueles espuelas mejicanas de grandes rodajas en los ijares del caballo, que lanzó un desesperado gemido de dolor y se encabritó cada vez más nervioso.

—¡Qué bruto es ese hombre! — exclamó Kildare.

Varios hombres se habían parado a observar lo que sucedía. El mejicano, comprendiendo que el efecto de su jactancioso paseo había perdido algo debido a lo que pasaba, sentíase enojadísimo, — según podía notarse con toda claridad, — y castigó una y otra vez al infeliz animal, con su rebenque corto y pesado.

En el mismo momento Dalroy, con su bigote gris erizado y moviéndose nerviosamente, cruzó la calle y tomó de la brida al asustado caballo.

—¡Así no se tranquiliza a un caballo! ¡No sea usted bruto! — gritó con enojo.

El mejicano lo miró con ojos relucientes de furor, sorprendido ante la inesperada intromisión de Dalroy. Hizo una mueca de desprecio y gritó:

—¡Quítese del camino, gringo!

En Méjico se da despectivamente el nombre de "gringo" a todos los extranjeros que no son españoles, porque a éstos los llaman "gachupines".

Después de gritar aquellas palabras, el mejicano dió un rebencazo en la espalda al mayor Dalroy.

Los hombres que se habían reunido allí para ver lo que pasaba, lanzaron una unánime exclamación, reprochando la conducta del mejicano. Casi todos esperaron que Dalroy sacara el revólver, — en el Nordeste los hombres sacan muy pronto el revólver; — pero Dalroy no era de esos. En cambio, era hombre que tenía el puño rápido y eficaz.

Avanzó ambas manos, tomó al mejicano de una pierna y lo sacó de la montura con maravillosa rapidez.

Rodó el hombre por el polvo del camino lanzando furibundas amenazas. Se levantó en seguida y llevó la mano al cinto del que sacó una larga pistola. Pero Dalroy le tomó la muñeca como en un torniquete y le hizo lanzar un grito de dolor a su contrincante que abultaba dos veces lo que él.

—¿Dice usted que yo soy "gringo"? — gritó, acercando su rostro al del otro en forma agresiva.

Con razón decía Kildare que Dalroy cuando se enojaba parecía un foxterrier.

El caballo se había alejado al paso por entre la muchedumbre y un par de cowboys lo había detenido, procurando tranquilizarlo. Pero el mejicano se había olvidado por completo de su caballo.

Tenía los ojos inyectados en sangre, tanta era su furia y movía convulsivamente los labios como una fiera acorralada.

—¡Yo voy a matarlo a usted! ¡Yo Pedro Zancada! ¡Lo mataré a usted, "gringo".

—¡Usted no mata a nadie! — replicó Dalroy con desprecio.

Haciendo girar la mano retorció de tal modo la muñeca del mejicano que éste, vencido por el dolor, dió media vuelta contra su voluntad. Dalroy le dió entonces con la punta de la bota en el sitio donde generalmente se dan los puntapiés bien dados, haciendo saltar del suelo a Pedro Zancada.

Todos los que miraban lanzaron carcajadas de contento aprobando la conducta del nervioso mayor cuando vieron que el me-

jicano avanzaba un paso tambaleándose y caía de bruces al polvoriento piso.

Zancada lanzó un grito que fué como un rugido de furor. Se levantó y se volvió llevándose de nuevo la mano al cinto. De pronto se quedó frío. Antes de que tuviese tiempo de sacar el arma vió que el revólver de Dalroy le apuntaba a la cabeza. El mejicano se puso pálido como un muerto.

—¡Y ahora váyase! ¡Váyase o hago de usted un "mejicano bueno"!

Pedro Zancada comprendió lo que Dalroy quería decir con eso.

Según piensan los de raza anglo-sajona con quienes conviven en el continente norteamericano el único mejicano bueno es el que está muerto. Hacer un "mejicano bueno" es matar a un mejicano. ¡Y Pedro lo sabía bien!

Lanzando un bufido de impotente furor, Pedro Zancada se volvió y fué a donde esba su caballo, sujeto de la rienda por un vaquero que sonreía irónicamente. Tenía sus ropas cubiertas de polvo, el rostro sucio de sudor y de tierra y en sus ojos brillaban fulgores de venganza. Pero un mejicano puede siempre esperar que llegue para él el momento de vengarse.

Así, pues, aun cuando el coro de risotadas que oyó al retirarse le hizo hervir la sangre en las venas. Pedro Zancada se alejó, montado en su caballo sin volver la cabeza al hombre que lo había humillado. Pero eso no quería decir que estuviese definitivamente domado.

Dalroy volvió tranquilamente su revólver al cinto de donde lo había sacado.

—Me parece que no he conseguido hacer obra buena, — dijo. — Esta gentuza ni sabe aprovechar las lecciones que se les da.— Y se volvió hacia la casa de comidas de Margle.

—¿Sabe usted quién es ese mejicano? — preguntó sonriendo un barbudo trampero que estaba sentado en una silla de mimbre a la entrada de la casa.

—No puedo decir que lo sé, — manifestó Dalroy. — Dijo llamarse Pedro Zancada, pero no pienso tomarme la molestia de hacer averiguaciones a su respecto, — agregó riendo. — Cualquiera que lo mire...

—Comprendo, — le interrumpió el trampero; — cualquiera que lo mire se imaginará que es el dueño de la ciudad o poco menos.

—¿Pero quién es entonces ese Pedro Zancada? — preguntó Kildare.

—Según me han dicho pertenece a la "troupe" de Sheppard, — contestó el barbudo trampero: — es el jinete extraordinario que doma potros indomables y jinetea caballos en forma espectaculosa y llamativa. Traza letras a tiros de revólver, en una tabla mientras se halla montado en un potro sin domar.

Dalroy se sonrió, pasando su negra pipa de un lado al otro de la boca.

—Si es así es un adversario serio, — opinó. — ¿Así que desprende a tiros las cuñas clavadas en una tabla, en las funciones del circo Sheppard?

Ya habían oído hablar de las representaciones de Sheppard, aun cuando sólo llevaban unas horas en la población.

Era una variedad propia del noroeste de lo que en Europa se llama circo; un espectáculo de equitación acrobática, tiro al blanco de todo género, equilibrios en la cuerda tirante y ejercicios en la cuerda floja, con una o dos "atracciones" agregadas como "La sirena viviente, "La mujer cortada por la mitad". "La cabeza parlante" o algo por el estilo.

Sheppard, el dueño del circo, había llegado a Fuerte Geoffrey al mismo tiempo que se reunía allí la gente para las fiestas. Su primera representación, según lo anunciaban los programas, debía realizarse aquella misma noche.

—Según parece, — agregó el trampero; — el espectáculi no es malo. Asistirán casi todos los muchachos. ¿Han oído ustedes hablar de la hazaña de esta tarde?

—No, — contestó Kildare interesado. — ¿De qué se trata?

—¿Han oído hablar del Zanjón del Indio Muerto? — preguntó el trampero echándose hacia atrás en su silla de mimbre. — ¿No? Pues bien, es una hendija que hay en las montañas, a dos millas de aquí y del lado de allá — y señaló con su pipa calle arriba. — Tiene cuarenta pies de ancho lo menos y una profundidad de cerca de cien pies. Abajo hay rocas puntiagudas y revueltas. Pues bien, Sheppard tiene en su compañía un joven acróbata que se propone pasar de un lado a otro de ese zanjón caminando por un alambre tirante. No se cobra mucho por ir a ver cómo se realiza la hazaña y devuelven el dinero a todo aquel a quien no le guste el espectáculo! — añadió jocosamente.

—Me parece bastante interesante el caso, — dijo Murphy, el joven irlandés. — Voto porque vayamos al Zanjón del Indio Muerto a presenciar la función compañeros.

—Salgan temprano entonces, — advirtióles el trampero. — No hay mucho espacio desde donde se pueda ver bien y de cerca y de fijo serán muchos los que vayan.

Dieron las gracias al trampero por sus indicaciones y entraron en el restaurante de Margle.

Cuando traspusieron la oscura puerta no notaron la presencia de un hombre delgado y de oscura piel que se hallaba a un lado. Si se hubieran fijado un poco hubieran notado que era mejicano y que les miró de modo extraño, al pasar.

Aquel hombre había oído la conversación que los amigos habían tenido con el trampero y sabía, en consecuencia que se disponían a ir al zanjón del Indio Muerto.

Sonriendo con malignidad sarcástica aquel mejicano se escabulló cautelosamente, salió a la galería, desató del palenque las riendas de su pony, montó a caballo y se fué sin que nadie se fijase en él.

Apresurando el paso de su pony aquel hombre se dirigió hacia donde poco antes se había dirigido Pedro Zancada.

EMBOSCADA

El camino de Fuerte Geoffrey al zanjón del Indio Muerto ere bueno y estaba flanqueado por grandes y numerosos árboles.

Kildare, Dalroy, Murphy y el joven piel roja Tomahawk Chico, — o Tommy, como familiarmente le llamaban, — se dirigieron por aquel camino, sin apresuramiento, en las primeras horas de la tarde. Habían aprovechado las indicaciones del trampero con quien habían conversado en el restaurante de Margie y habían partido temprano a fin de llegar a tiempo para ver la hazaña de acrobacia desde un buen sitio. Además, siendo de los primeros en pasar por aquel camino no hallarían revuelto el polvo de la huella que con seguridad haría irrespirable la atmósfera un poco más tarde.

—Tiene que resultar interesante el espectáculo del joven acróbata pasando por el alambre rígido por encima del abismo. — opinó Dalroy.

Kildare inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí; ¡ya lo creo! El andar por un alambre tirante es mucho más difícil que andar por una maroma, también tirante, como hacía Blondin. Declaro con toda franqueza que yo no intentaría pasar de ese modo de una a otra orilla del zanjón del Indio Muerto. — agregó, riendo. — Pero supongo que esa gente de circo sabe lo que hace. No se arriesgaría ese acróbata a realizar tal hazaña si temiese el menor accidente.

El joven Tomahawk Chico sonrió al oír esas palabras y respiró por la nariz con aire despectivo.

—El muchacho piel roja sabe caminar por alambre tirante — dijo con toda tranquilidad.

Kildare lo miró y se sonrió.

—¡No lo digas con tanta seguridad o te pediremos que lo hagas para demostrar que es cierto lo que has dicho, Tommy! — exclamó entre risas. — ¡Se trata de algo mucho más difícil de lo que parece puedes creerme!

El camino habíase internado en una hondonada muy poblada de árboles y donde el aire estaba embalsamado por el saludable olor de la resina de los pinos y cipreses. Un pájaro cantaba entre las ramas pero por lo demás reinaba la más completa calma y un silencio completo en los obscuros bosques de ambos lados del camino.

Aquel silencio y aquella calma fueron interrumpidos bruscamente y en forma inesperada.

Entre los árboles se oyó lo detonación de un disparo de revólver. La bala pasó zumbando cerca de la cabeza de Murphy; tan cerca que le chamuscó el cabello, según explicó después.

Al momento los cuatro camaradas volvieron sus caballos y fueron a guarecerse entre los árboles del lado izquierdo del camino, donde echaron pie a tierra.

—¿Qué diablos significa esto? — rugió Dalroy mirando por entre los árboles.

Llevó la mano al revólver.

Pero antes de que pudiera sacarlo una voz melosa y burlonamente cortés, interrumpió el silencio que reinaba entre los árboles situados a espaldas de ellos:

—¡Arriba las manos, señores!

Volviéronse sobresaltados y se encontraron frente a los alzados revólvers de tres oscuros mejicanos que habían surgido sin que se supiese de donde. La emboscada había sido bien preparada en realidad.

No había defensa posible. Levantaron lentamente las manos. Un momento espués llegaron unos doce mejicanos más procedentes del otro lado del camino y los tres ingleses y el muchacho piel roja fueron desarmados y amarrados en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Ahora se convencerá usted de que hizo una tontería cuando se le ocurrió cruzarse en el camino de Pedro Zancada! — dijo la voz dulzona del mejicano.

El enemigo de Dalroy miraba a los cautivos con aire de triunfo y de burla a la vez.

—¡Tres contra uno! ¡Así cualquiera se hace el valiente. Pedro! — dijo Kildare mirando con desprecio al corro de obscuros mejicanos. Había doce en total. Uno de ellos era el que había quedado como espía en el restaurante de Margie y había partido en cuanto los amigos entraron a almorzar después de hablar con el trampero en la ventana. Pero no le habían visto lo bastante para reconocerlo al volver a verlo. Sin embargo comprendieron que Zancada los había hecho espiar.

Pero Zancada hizo una mueca de ironía al oír las frías palabras de Kildare.

Sabía que era un grandísimo cobarde pero no le gustaba que se lo dijeran. Le hubiese complacido poder arreglar personalmente sus querellas, pero le faltaba hombría. Claro está, sin embargo, que le fastidiaba que le recordaran esta circunstancia.

—¡Silencio, coyote! — gritó.

Conversó un momento en voz muy baja con sus compinches, que eran tipos de rostros aun más cruel y desagradable que el de su jefe.

El resultado de aquella conferencia fué que los amordazaron a los prisioneros y luego los internaran en el bosque, llevando también con ellos, a sus caballos.

En un pequeño y sombreado claro del bosque los cautivos fueron atados por los brazos a sendos troncos de árbol, les quitaron después el saco, y Pedro Zancada tomó un látigo de larga azotera.

—Ahora, — dijo, volviendo a expresarse con la odiosa melosidad de antes; — voy a darles una buena lección... ¡Gringos!

Se veía con toda claridad cual era su propósito. Pero ni uno solo de los atados prisienoros blancos demostró de modo alguno que tenía miedo. Igual entereza demostró poseer el jovencito piel roja, en cuyos ojos brilló el terrible furor propio de su primitiva raza.

Zancada levantó el látigo y lo dejó caer cruzando la espalda de Dalroy.

Una enorme señal roja apareció en la blanca piel de la espalda del militar, a través de la desgarrada camisa. Pero Dalroy no se movió ni lo más mínimo; ni siquiera forcejeó por desatarse.

Sabía que tenía que sufrir aquello y lo soportaba estoicamente. Habían sido domina-

dos por la fuerza aplastante de la superioridad numérica y hallándose en manos de semejante gente, tenían que esperar, necesariamente que los trataran con toda crueldad. Todos los cautivos estaban resueltos a sufrirlo todo sin flaquear. Ya llegaría el momento del desquite.

Entonces, en el momento en que Zancada se disponía a azotar a Dalroy por segunda vez, se oyó un agudo grito entre los árboles del bosque.

Pedro Zancada se detuvo, y volvió la cabeza. Los compañeros miraron también aterrorizados.

Por entre los árboles de la orilla del claro apareció sonriendo un puñado de hombres encabezado por un jovencito rubio, de unos diez y seis años.

El muchacho avanzó corriendo y gritando con voz ronca y arrancó el látigo de la temblorosa mano del corpulento mejicano.

—¡Zancada! — gritó jadeante. — ¿Se ha vuelto usted loco?

En respuesta el mejicano, consiguiendo recobrar el uso de sus miembros un momento paralizados por el terror, golpeó con el puño, en el entrecejo al jovencito rubio.

El muchacho retrocedió tambaleándose. Pero se repuso en seguida, y se lanzó contra su adversario, — que a su lado parecía un gigante. — y le dió un golpe de boxeo en la mandíbula con tanto acierto y tanta fuerza, que el corpulento Zancada tuvo a su vez que retroceder tambaleándose.

Una rápida y vertiginosa pelea se trabó entre ambos bandos, en medio del claro del bosque.

Los recién llegados hicieron buen uso de sus puños, y aun cuando eran menos que los secuaces de Zancada poco tardaron en dominarlos por completo. Trataron los mejicanos de hacer uso de sus armas pero cayeron rodando por el suelo antes de que pudieran sacarlas. Uno o dos, sin embargo, llegaron a hacer fuego y al oírse una de las detonaciones el jovencito rubio se desplomó, quedando inmóvil, tendido en el suelo. La bala le había rozado una sien.

Se oyó ruido de pasos y de ramas movidas entre los pinos del bosque y apareció en el claro un grupo de cinco hombres. Uno de ellos, — Kildare lo reconoció por haber visto su retrato en los carteles anunciadores de la función del circo Sheppard, — era el mismo Sheppard en persona.

El y sus compañeros intervinieron al punto en la pelea y los mejicanos no tardaron en manifestar que ya habían recibido suficientes golpes. Se volvieron y huyeron por entre los árboles. Pero a Pedro Zancada lo

Dalroy, al ver que el mejicano maltrataba a su

sujetaron dos de los que acababan de llegar y que lo arrastraron a presencia de Sheppard.

El empresario del circo era un hombre de corta estatura pero recio y fuerte, de bigote gris y mandíbula cuadrada.

—Bueno, Pedro, — preguntó con energía — ¿qué significa todo esto?

Con un movimiento del brazo indicó Sheppard a los cuatro que estaban atados a los troncos y que en aquel momento eran puestos en libertad y a los dos que estaban tendidos en el suelo, uno de los cuales era el jovencito rubio y el otro un hombre blanco que había sido abatido por uno de los mejicanos, pero que no estaba herido de gravedad.

A Sheppard le temblaba la voz de contenido furor y sus ojos brillaban peligrosamente. Abría y cerraba las manos, nerviosamente.

Pedro Zancada alzó la vista y miró a Sheppard sombríamente.

—¡Ese hombre es mi enemigo! — dijo indicando con el dedo a Dalroy.

—¡Y tiene razón en serlo! — replicó Sheppard con energía. — ¡Usted es un despreciable perro! ¡Que desde hoy no vuelva a ver su cara fea en parte alguna, Pedro! ¡Queda usted despedido de mi compañía!

LEA
V
M

tomó por una pierna y lo hizo caer al suelo.

Adelantó la mano, tomó al mejicano de un hombro, y lo hizo girar sobre sí mismo.

—¿Qué le hacemos? — preguntó a Dalroy frunciendo el ceño.

Dalroy lanzó una breve y fría risotada.

—¡Déjelo a mi cargo! — contestó fieramente. — ¡Por mi vida! ¡Qué lección tengo que darle al canalla que tuvo la cobardía de cruzarme la espalda con su látigo!

En el rostro del mejicano se notó una expresión de grandísimo terror. Pero sabía que no le era posible escaparse, rodeado como estaba por los hombres de Sheppard.

—¡Perdón! ¡Perdón! — gimió.

Toda su arrogante fanfarronería había desaparecido por completo.

—¿Perdón, eh? — dijo Dalroy irónicamente. — Miren ustedes, — agregó dirigiéndose a los otros. — ¡Ahora mismo voy a hacer de usted un "mejicano bueno", Pedro Zancada!

El mejicano se puso pálido como un muerto.

Cayó de rodillas y así se dirigió, arrastrándose, hacia el mayor Dalroy.

—¡No! ¡No! — chilló con destemplada voz, muerto de miedo. — Comprendo lo que usted quiere recir con eso de "mejicano bueno" porque ustedes dicen que sólo un mejicano muerto es un "mejicano bueno". ¡No! ¡No! ¡Misericordia! ¡No me mate!

—¿Puede usted indicarme alguna buena razón para que no lo haga? — gruñó fieramente Dalroy.

El infeliz comenzó a mascullar palabras ininteligibles. Dalroy le tocó con el pie, haciendo una mueca de asco.

—¡Levántese, mejicano cobarde, vergüenza de su raza y de su país, donde hay tanta gente valerosa y decente! — ordenó. — ¡Levántese y váyase!

Zancada se levantó en seguida y se alejó corriendo, temeroso, al parecer, de que Dalroy cambiara de modo de pensar.

Entonces, al verse nuevamente libre, Pedro Zancada hizo una tontería. Se volvió, cuando se hallaba ya en el borde del claro, y gritó en son de burla a la vez que de amenaza:

—¡Gringo! ¡No lo olvidaré nunca! ¡Hijo de cerda!

Y desapareció.

A Dalroy se le puso el rostro rojo como una amapola.

No le hubiese importado que Pedro le llamara cerdo. Pero aquel insulto a la memoria de su respetada madre, era más de lo que Dalroy podía soportar.

—¡Dios me es testigo de que juro de que ésta me la ha de pagar! — gruñó, corriendo tras el mejicano.

Kildare y Murphy corrieron tras él en cuanto se dieron cuenta de la situación. Pero aun cuando oyeron los pasos de Dalroy entre los árboles, estaban estos tan cerca los unos de los otros de aquel lado del claro que pronto lo perdieron por completo, porque el ruido de los pasos de su compañero de jó de oírse.

Dalroy, en cambio, no había perdido la pista a Pedro Zancada y seguía avanzando con los ojos relucientes, fulgurantes como los de un loco.

Como llegara a encontrar al mejicano iba a suceder algo grave... ¡muy grave!

EL OFRECIMIENTO DE TOMAHAW CHICO

Dalroy salió de entre los árboles. Frente a él se alzaba una escarpada ladera salpicada de grandes peñascos y que llegaba a una altura en que se recortaba su masa de piedra sobre la extensión del cielo sin nubes.

Allí a mitad de la ladera, avanzando penosamente hacia la cumbre, vió a la fugitiva figura del hombre a quien buscaba.

Apretando los labios se lanzó Dalroy en su persecución, llegó al pie de la ladera y comenzó a subir por ella.

El mejicano le vió e instintivamente, llevó

la mano al cinto. Pero en el claro le habían quitado el revólver. Estaba desarmado.

Fué esto lo que impidió que Dalroy le matase de un tiro mientras subía por la montaña, lo que dada la asombrosa puntería del avezado mayor, le hubiera sido sumamente fácil, pero Dalroy, caballeresco siempre, no quiso hacer fuego contra quien estaba desarmado.

Subieron más y más, perseguido y perseguidor. El mejicano llegó por último a la cumbre y se volvió. Dalroy le oyó reir irónicamente.

—¡Ríe, ríe cuanto quieras! — murmuró entre dientes Dalroy, sin dejar de subir.

Durante unos instantes Zancada desapareció. Cuando apareció de nuevo empujaba hacia el borde de la escarpada ladera un peñasco casi esférico y bastante grande.

Dalroy comprendió inmediatamente cual era el plan de aquel infame.

Era un viejo sistema muy usado por los pieles rojas, el arrojar piedras cuesta abajo... ¡Un mortífero sistema de defensa!

Pero Dalroy no se detuvo por eso. Siguió subiendo hacia la cumbre donde Zancada estaba escondido detrás de un peñasco que había rodado hasta muy cerca del borde superior de la ladera.

Luego, mediante un empujón dado con todas sus fuerzas, el mejicano envió el peñasco a rodar cuesta abajo.

Con ruido de trueno el pesado proyectil, girando y saltando, bajó por la ladera en línea recta hacia el sitio donde estaba Dalroy. Dalroy, en guardia, no se movió del sitio donde estaba. Calculó que el peñasco iba a desviarse hacia su derecha y así sucedió. En seguida continuó su marcha ascendente con terrible tenacidad.

El mejicano desapareció una vez más y reapareció con otro peñasco que arrojó como había arrojado el primero.

Dalroy, de un salto, se guareció el amparo de una cornisa de piedra, echándose boca abajo en el suelo. El peñasco dió en la piedra que lo protegía y Dalroy sintió que la tierra temblaba. Después pasó la peña por encima de él y siguió ruidosamente cuesta abajo arrastrando con ella una gran cantidad de tierra y de piedras menudas.

Una vez más continuó Dalroy su ascención.

El próximo peñasco que arrojó Zancada pasó por su izquierda, a pocas yardas de distancias. Pudo entonces reir a su gusto y rió, procurando que Zancada lo oyese.

El mejicano empezaba a asustarse de nuevo. Le parecía imposible librarse de Dalroy: veía que no había modo de amedrentarlo y hacer que abandonara la persecución.

Pero cerca de él había un peñasco más grande que todos cuantos había arrojado hasta entonces. Estaba metido en la tierra y aun cuando forcejeó cuanto pudo no logró sacarlo. Pero se hallaba precisamente sobre el camino de Dalroy que ascendía por una especie de hondonada cubierta de hierba.

De pronto acudió una idea a la mente del mejicano. Arrancó una rama de un cercano árbol, con ayuda de su cuchillo y comenzó a empujar con aquel palo procurando sacar el peñasco de donde estaba.

Dalroy se daba cuenta de que si el mejicano lograba arrojar aquella peña, el peso enorme del peñasco lo aplastaría sin remedio porque ni podía salir de donde estaba ni había sitio donde guarecerse. No era escrúpulo de clase alguna. Así que sacó el revólver, apuntó hacia arriba y oprimió el disparador

Fué aquel un espléndido tiro. Quitó el palo de la mano del mejicano, haciéndolo volar por el aire y Pedro, con la mano herida, desapareció lanzando un aullido de dolor.

Cuando Dalroy llegó a la cumbre se encontró al borde de un denso bosque. No vió al mejicano por parte alguna y comprendió que sería inútil continuar su persecución.

—¡Ah! ¡Pero no lo olvidaré! — murmuró volviéndose para regresar al claro donde había partido en seguimiento de Pedro Zancada.

Poco tardó en llegar al claro donde dió cuenta de su fracaso.

Los hombres de Sheppard estaban en torno del jovencito rubio, que seguía desmayado. Todos expresaban grandísima pena.

Sheppard se volvió hacia Dalroy, diciéndole desesperado y afligido:

—El muchacho no está mal y no tardará en recobrar los sentidos pero el pobrecito no se hallará en condiciones de realizar la prueba esta tarde.

—¿Qué prueba? — preguntó Dalroy. — ¿A qué prueba se refiere usted?

—¡Cómo! — exclamó sorprendido. — ¿No lo sabe usted, amigo mío?

El empresario de bigote gris y de cuerpo atlético estaba arrodillado junto al jovencito rubio, tendido boca arriba sobre la hierba y lo miraba con tristeza. De pronto se levantó de un salto y gesticulando excitado y nervioso.

—Yo soy Sheppard, señor, — dijo con voz ronca. — Estos muchachos son los elementos de la compañía de circo. ¡Y este jovencito — e indicó al desmayado muchacho, — este es el que esta tarde iba a pasar de un borde a otro del zanjón del Indio Muerto, caminando por un alambre tirante. ¡Y sólo faltan dos horas para la indicada para la realización de esa hazaña!

Calló un momento y luego gesticuló de nuevo, desesperado.

—¡La gente de Fuerte Geoffrey va a suponer que todo ha sido una farsa! — exclamó. — ¡Se pondrán todos furiosos si van al zanjón del Indio Muerto inútilmente! ¡Y eso sería mi descrédito y mi ruina!

Se pasó la mano por la frente, inclinando la cabeza apesadumbrado.

Al sentir qeu alguien le tocaba suavemente el brazo, Sheppard levantó la cabeza y miró. A su lado se hallaba Tomahawk Chico el muchacho piel roja, sonriendo muy contento.

—No se preocupe usted, — le dijo.

—¿Qué no me preocupe? ¿Por qué dice usted eso? — replicó Sheppard, impaciente. — El caso es como para que me preocupe y me preocupe mucho. La gente de Fort Geoffrey se pondrá loco como un montón de gallinas mojadas. Pensarán que todo fué una farsa para atraer la atención del públice hacia mi circo y que nunca pensé en dejar que presenciaran el paso del zanjón del

Indio Muerto por una de mis acróbatas. Tal vez se enfurezcan tanto que destruyan mi circo esta noche. ¡En estos momentos se encuentra en Fort Geoffrey una turba que es capaz de todo!

—Bueno. No se preocupe usted. — repitió Tomahawk Chico con toda calma. — No se preocupe, le digo. Usted les ofrecerá esta tarde la prueba del paso del zanjón del Indio Muerto por el alambre tirante.

—¿Cómo? ¿Cómo voy a hacerlo? — gritó Sheppard en respuesta. ¿Quién ha de pasar? Este joven es el único de la "troupe" que sabe caminar por el alambre y ya ve usted...

Tomahawk Chico volvió a sonreír.

—Yo puedo hacer la prueba; yo también camino por el alambre tirante y puedo cruzar esta tarde de un lado a otro del zanjón del Indio Muerto, — dijo con su imperturbable calma de siempre.

CUMPLIENDO SU PALABRA

Al expresarse en aquella forma Tomahawk Chico dirigió una pícara mirada a Kildare.

Kildare no había prestado mucha fe a las palabras del jovencito piel roja cuando éste le dijo que era capaz de caminar por un alambre tirante, Tomahawk iba a tener ocasión de demostrar la veracidad de su afirmación.

Sheppard miró de pies a cabeza al muchacho piel roja asombrado y maravillado.

—¿Usted? — dijo, después de una breve pausa.

—Sí; yo, — replicó sonriendo, el jovencito con todo aplomo. — Yo pasaré por el alambre tendido de un lado a otro del zanjón del Indio Muerto en lugar del que debía cruzarlo. Ocuparé el sitio de ese joven, — e indicó al que estaba tendido en el suelo, sin conocimiento, — porque usted es un hombre bueno de verdad y nos libró de las garras de esos bandidos mejicanos.

Sheppard tomó del brazo al muchacho piel roja. En sus ojos brilló un destello de esperanza.

—¿De veras está usted disuesto a hacer eso? — preguntó, dudando todavía. — Si lo hace usted me salvará de la ruina, salvará mi circo de la destrucción. ¡Si el paso del zanjón por un acróbata se suspendiera yo no podría volver a presentarme nunca más ante el público de Fort Geoffrey!

—Sí; el muchacho ha hablado en serio, — intervino entonces Kildare, — pero es el caso...

Calló, frunciendo el ceño. Después de todo Tomahawk Chico era dueño de exponer la vida como le diera la gana.

—¿Qué iba usted a decir? — preguntó Sheppard.

—Yo ignoraba hasta hace poso que él supiera caminar por el alambre tirante, — dijo Kildare.

—¡Pero afirma que sabe! ¡Debe saber! — dijo Sheppard, riendo. — ¿Es verdad que es usted capaz de eso? Conteste con toda franqueza, muchacho.

Tomahawk Chico volvió a sonreír.

—¡Claro que sí! ¡Con toda facilidad! — contestó.

—No es cosa fácil, sin embargo, — dijo Sheppard en cuyos ojos se disipó en parte el destello de esperanza. — ¿Lo ha hecho usted otras veces? Esto es lo que deseo saber.

—No; pero eso es cosa muy fácil para todo muchacho indio, — contestó Tommy con la más completa confianza.

Sheppard miró en redor, a sus compañeros El gesto de desesperación de antes se presentó de nuevo.

—¿Qué me dicen ustedes muchachos? — preguntó.

—Que no puede usted correr el riesgo de un fracaso, Sheppard, — dijo un delgado canadiense de sombrero negro. — No puede usted dejar que este muchacho arriesgue la vida en el zanjón del Indio Muerto tan sólo por no suspender la prueba. No se debe dejar que haga eso si no está habituado a hacerlo.

—¡No tengan miedo! — gruñó Dalroy.

Tomahawk Chico se tomó del brazo de Sheppard. Le relucieron los ojos de entusiasmo.

—¡Le digo que soy capaz de hacer eso! – exclamó con impaciencia!. — Si no quieren creerme pónganme a prueba... Ahora mismo si quieren.

—¡Sí! — exclamó Sheppard nuevamente entusiasmado. Se volvió dirigiéndose a uno de los suyos. — Ned: ponga su lazo tendido entre dos de esos árboles. ¿Podrá sostener el peso de ese joven? — agregó.

—¡Puede sostener el peso de un elefante! dijo Ned con pleno convencimiento. Pasó el chicle que mascaba de un lado a otro de la boca. — A ver, alguno que me ayude! — gritó.

Dos de los hombres de Sheppard colocaron el lazo, — hecho de cuero crudo trenzado y muy sobado, — entre dos árboles de modo que cruzara el claro a una altura de seis u ocho pies del suelo.

Se formó un corro y no fueron, por cierto, los espectadores menos interesados Dalroy, Kildare y Murphy.

Deseaban servir a Sheppard en todo lo posible, pero Tomahawk Chico parecía ser el único capaz de hacer algo en favor del empresario. Lo único que podían hacer era contribuír a que el muchacho demostrara que era capaz de la hazaña, si realmente lo era. Pero los tres camaradas mirábanse unos a otros preocupados y con el ceño fruncido.

Si Tomahawk Chico se caía al realizar el ensayo no se haría daño alguno. Pero si no se caía en el ensayo y luego, al realizar el paso del zanjón perdía el equilibrio, el resultado sería trágico.

Agil como un mono, Tommy subió a uno de los árboles a los cuales había sido atado el lazo. Se deslizó por una rama y luego se puso en pie en el extremo de la cuerda de cuero.

Se había quitado el calzado y sus pies parecían agarrarse a la soga como los de un mono.

Los que miraban contuvieron la respiración.

¿Era posible que el jovencito hiciera aquello? Había manifestado que lo hacía por primera vez. Sabían todos que el indio se fundaba tan solo en las condiciones propias de su raza. Los pieles rojas saben mantenerse en equilibrio por natural instinto.

Agilmente, con toda soltura y facilidad, los cobrizos pies del muchacho avanzaron por el tirante lazo que se movía lateralmente balanceándose.

—¡Diablos de diablos de diablos! ¡Es una verdadera maravilla! — dijo Murphy que nunca había esperado que Tommy pudiese realizar semejante hazaña.

Sin esfuerzo aparente, el joven cruzó el claro con lentitud avanzando por la insegura cuerda de cuero como hubiera avanzado por el piso más firme y sólido.

Se oyó un murmullo de nerviosidad. Después, cuando el muchacho llegó al otro árbol a que estaba atado el lazo, resonó un grito de alegría.

Sheppard, que había presenciado la prueba desde donde estaba, arrodillado junto al desmayado jovencito rubio, se puso de pie de un salto y agitó el sombrero, entusiasmado.

—¡Hurra! — gritó. — Le daré cien dólares por pasar por encima del zanjón del Indio Muerto!

Tomahawk Chico saltó a tierra.

—No quiero dólares, — dijo. — Lo haré porque mis amigos y yo le debemos un buen servicio.

Kildare y Dalroy respiraban jadeantes. Les parecía que su joven amigo había demostrado su capacidad en forma terminante. Pero aun cuando comprendían que no les era posible interponerse y evitar que realizara la hazaña, se sintieron acongojados cuando, cinco minutos después el grupo se dirigió a caballo, por entre los árboles, hacia el zanjón del Indio Muerto.

En cambio Murphy sentíase enteramente optimista.

—¡Claro está que el muchacho puede hacer eso y algo más! ¡Y es cierto que le debemos un grandísimo servicio a Sheppard y a su gente! ¡Si no hubiera sido por ellos!...

—Estoy impaciente por ver todo terminado. ¡Rayos y truenos, así es! ¡Jamás sentí una nerviosidad y una impaciencia como las que siento en este momento! — dijo Dalroy con reconcentrada emoción.

EN EL ZANJON DEL INDIO MUERTO

No cabía duda; la representación gratuita anunciada por Sheppard mediante numerosos carteles, iba a obtener un éxito excelente.

Una numerosa muchedumbre había ido a caballo desde Fuerte Geoffrey con el propósito de ver cómo el acróbata pasaba, caminando por un alambre tirante de un lado a otro del zanjón del Indio Muerto.

La muchedumbre se componía casi totalmente de hombres, aun cuando figuraban en ella algunas mujeres. Se colocaron en fila a ambos lados del zanjón que tenía varios centenares de yardas de profundidad.

Sheppard había nacido empresario de circo. Se subió a una alta plataforma de piedra y desde aquella tribuna improvisada y natural, dirigió la palabra a la muchedumbre.

—¡Señoras y señores! — gritó con muy sonora voz. — ¡Se ha producido un accidente!

Esperó que pasara la conmoción causada por la noticia y luego prosiguió.

—El joven Jim Ballew el que se pasea por la cuerda tirante como cualquiera de nosotros por un camino llano, ha sufrido un accidente grave y no podrá realizar hoy la estupenda hazaña anunciada. Para mí es una grandísima pena tener que comunicar esto al respetable público. Pero, — e hizo una dramática pausa; — el respetable público no se verá defraudado. La hazaña terrible, esa hazaña asombrosa que erizará el cabello de los espectadores, señoras y señores, será realizada por otro joven. Permítanme ustedes que lo presente al respetable público. Se llama Tomahawk Chico y es de la gran nación de los mohawke. El es quien cruzará de una lado a otro del zanjón del Indio Muerto, caminando por un alambre tirante para mayor emoción del distinguido público.

Hizo que el sonriente jovencito piel roja subiera a la plataforma y se pusiera a su lado.

Se oyeron rumores de animadas conversaciones y después todo el público aplaudió con verdadero entusiasmo.

Kildare, Dalroy y Murphy, que observaban desde corta distancia sentíanse más nerviosos e impacientes cada minuto que pasaba.

Deseaban que todo terminara lo más pronto posible. En cambio Sheppard, pensando en su negocio, procuraba prolongar la ansiedad del público.

Siguió hablando. Se hubiera dicho que le complacía oír el sonido de su propia voz, como a todos los oradores. Pero terminó al fin y se abrió una calle entre la muchedumbre hacia el sitio donde un cable de alambre de acero de una pulgada de grueso cruzaba el hueco del profundo zanjón.

Tomahawk Chico se quitó el calzado y sin vacilación alguna avanzó por el comienzo del cable de alambre.

Perfectamente en equilibrio, ágil, esbelto, resultaba destacándose sobre la claridad del cielo.

Se le notaba sereno y tranquilo mientras avanzaba lentamente hacia el punto donde el alambre pasaba del borde del zanjón.

Los entusiasmados espectadores miraban en silencio, conteniendo la respiración. Reinaba un silencio extraño dada la enorme cantidad de gente que se había reunido en las alturas que rodeaban al zanjón del Indio Muerto.

Tomahawk Chico seguía avanzando más y más hacia el profundo abismo. Debajo las rocas alzaban del suelo sus puntiagudos pi-

En el próximo número de PUCKY se iniciará la publicación de

EL GRAN JEFE BLANCO

Estremecedoras aventuras entre los indios siux del oeste del Canadá, escrita por

DUDLEY TEMPEST

Autor de "El lirio tigre" y "Margarita del Bosque"

naculos. Si el muchacho llegaba a caerse sufriría una muerte horrible ensartado en aquellas puntas de piedra, agudas como espadas.

Tan entregados estaban todos a la contemplación de la simpática figura del indiecito que realizaba su peligrosa hazaña con tan encantadora desenvoltura, que nadie se percató de que entre las rocas de abajo se veía una sombra... la sombra de un hombre.

El cable de alambre se balanceaba lateralmente a medida que el joven piel roja posaba en él, cuidadosamente, los pies, cada paso que adelantaba. Caminaba erguido, con los brazos extendidos a los lados, para conservar mejor el equilibrio.

Ni el más leve ruido brotaba de la muchedumbre de espectadores. Se hubiera podido decir que todos habían sido transformados por arte de magia, en estatuas de piedra.

De repente, Kildare sintió como si se le helara el corazón.

Acababa de ver al hombre que atisbaba desde abajo, escondido entre las rocas.

Miró hacia abajo, parpadeando y entornando los ojos, aun cuando ya había adivinado instintivamente quien debía ser el hombre que desde allí atistaba.

Tomó los gemelos que llevaba colgados del hombro, los enfocó y miró.

—¡Dios mío! — exclamó.

Al mirar con los gemelos había visto la cara de Pedro Zancada que miraba al muchacho piel roja que avanzaba por el alambre, en la altura. Cruzado sobre las rodillas de Zancada, vió un rifle.

—¿Qué pasa? — preguntó Dalroy y en voz muy baja al ver cómo el rostro curtido de Kildare cambiaba de color.

En respuesta, le indicó Kildare el sitio donde estaba el mejicano y le dió los gemelos a su camarada. Dalroy miró a su vez y sintió como si una mano de hielo le estrujara cruelmente el corazón.

—¡Zancada! — dijo con ahogada voz.

Los tres camaradas se hallaban en un sitio un poco apartado del resto de la concurrencia, así que el público no se dió cuenta de su consternación.

Dalroy apoyó la mano en el brazo de Kildare.

—¿Cree usted que ese hombre piensa hacer fuego? — preguntó con voz ronca.

—¡No querrá Dios que exista en el mundo un hombre tan infernal! — dijo Kildare.

Murphy había tomado los gemelos y miraba con ellos al hombre que estaba entre las puntiagudas piedras del fondo del zanjón.

Una ronca exclamación brotó de sus labios.

—¡Silencio! — le advirtió Kildare. — Un grito cualquiera puede asustar a Tommy, interrumpir la concentración de su mente entregada por completo a lo que está haciendo provocar su caída.

—¡Pero es que ese canalla de abajo está apuntando ya con su rifle! — exclamó Murphy horrorizado.

A simple vista pudieron verlo Kildare y Dalroy. Un rayo de sol se reflejó en el brillante caño de acero del rifle. Fué un destello rapidísimo, que sólo ellos notaron. Las miradas de todos los concurrentes estaban fijas en Tomahawk Chico, que en aquellos momentos se acercaba a la mitad del ancho del zanjón.

Kildare tomó su pistola automática. Tenía la boca reseca; respiraba jadeante.

—¡Mátelo! ¡Pronto! — dijo Murphy impaciente. — ¡Mate a Zancada antes de que Zancada mate al muchacho!

Pero Kildare vacilaba con razón. Se percataba mejor que Murphy del peligro por que estaba pasando el jovencito piel roja.

Aun cuando Tomahawk Chico no se sintiera ni nervioso ni inquieto y aun cuando avanzara guardando equilibrio perfecto, todo hombre, — aun el más avezado de los sonámbulos, — necesita hallarse rodeado de la mayor tranquilidad para concentrar debidamente la imaginación y realizar la peligrosa hazaña.

Un ruido inesperado y sobre todo un estampido de arma de fuego, podría ser causa de un traspié, y en tal situación el menor traspié no podría tener más consecuencias que la muerte.

Por eso tenía Kildare mucha razón al no querer tirar aun cuando viese que Zancada se echaba el rifle a la cara. Kildare comprendía que si no avisaba previamente al muchacho, sería él mismo el causante de su muerte.

Alzó la voz pero expresándose en tono tranquilo y sereno. Esto era arriesgado pero no había otro recurso; era enteramente necesario hacerlo.

—¡Tommy, no te asustes! Voy a disparar un tiro... Es para matar a una serpiente de cascabel.

Tommy oyó las palabras de su amigo y aun cuando durante un segundo la sorpresa le tuvo cerca de perder el equilibrio, recobró en seguida su serenidad.

Pensó que debía tratarse de un caso de vida o muerte, de que alguien estaba en peligro de que le picara una serpiente de cascabel y que Kildare iba a matar al reptil. No estaba muy equivocado al pensar así porque la manifestación de Kildare no había sido inexacta del todo. Pedro Zancada era un hombre peor que muchas serpientes de cascabel.

—¡Tire! — gritó Tommy desde el centro del abismo.

Kildare oprimió el disparador de su arma.

Era un tiro difícil. El sol le daba de frente, en los ojos y con una pistola es difícil apuntar a distancia larga. La bala le dió al mejicano en el hombro izquierdo, lo que constituyó un maravilloso tiro de Kildare.

Abajo, en el fondo del zanjón, Pedro Zancada lanzó un grito de sobresalto y de dolor al sentirse herido.

(Continuará)

NAZENLER

Por

Pierre Souvestre

y

Marcel Allain

(Continuación)

EL individuo al que Rabouin, la Tiña se dirigía, era un joven delgado, con la fisonomía más canallesca que pueda imaginarse.

Se encogió de hombros:

—Comprendo y no comprendo — dijo — pero después de todo; ¡no me importa! Sólo La Tiña, si es un golpe lo que piensas dar, me ofrezco, estoy aburrido y ando sin trabajo...

La oferta era explícita y todos se disponían a entrar en la sociedad...

Sin embargo Rabouin La Tiña, no lo tuvo en cuenta.

—Oye — dijo estrechando la mano de sus compañeros — no es por un golpe por lo que los dejo, es por una mujer:

¡Cómo! ¿La Tiña con una mujer? ¿Se metía ahora en esas cosas? ¡Oh! Eso era divertido!

Y fué en el momento en que todos reían que se levantó.

—¡Cállense la boca! — dijo — Cualquiera diría que soy un fenómeno y que ninguna mujer se puede enamorar de mí!

—...¡Bah! ¡después de todo no me importa lo que ustedes digan!

Y sin discutir más, se alejó.

Era tarde y Rabouin tenía que hacer.

Una siniestra tarea lo esperaba, y él se apresuraba.

No era hacia una cita de amor donde se dirigía el apache, sino hacia una casa de Billancourt donde el policía Wolff había citado a Bonnard, el peligroso testigo; la casa de Billancourt donde se hallaba también el teniente de Mareuil, por cierto muy lejos de esperar la visita de Rabouin, esperando, al contrario la querida aparición de esa Regina a quien comenzaba a amar con todo su corazón...

Daban las nueve en la iglesia de Billancourt cuando Rabouin la Tiña se dirigía por el camino de Peupliers... A las 9 y 30 Bonnard debía acudir a la cita.

XI

DOS CARTAS

—¿Qué hace usted mi teniente?

De Mareuil bosteza; contestó a Casimirc después de desperezarse.

—Me voy a acostar — Ya son las 9 y es tarde para un convalesciente y necesito descansar.

Casimir aprobó.

—Bueno, mi teniente, ya que usted se va a dormir yo haré otro tanto... Pase primero.

Y el excelente ordenanza se hizo a un lado para dejar pasar al oficial y subir al primer piso de la famosa casa, que ocupaban desde esa mañana, en el camino de Peupliers en la isla de Billancourt.

Pero de Marouill, con gesto autoritario y afectuoso, empujó a Casimir.

—Sube tú primero, — le dijo — yo tengo aún algunas cosas que hacer aquí...

El ordenanza no se hizo rogar, sus gruesos zapatos resonaron en la escalera de madera.

Al cabo de algunos minutos, en medio del silencio, se oía el ruido caracterizado de su ronquido sonoro y regular.

De Mareuil que había prestado atención parecía esperar ese momento.

—Duerme — murmuró — y tan profundamente que ni una salva de artillería sería capaz de despertarlo...

retazos

la revista para la mujer

CELEBRA SU APARICION DISTRIBUYENDO
ABSOLUTAMENTE GRATIS

500.000 $

en valiosos premios y obsequios

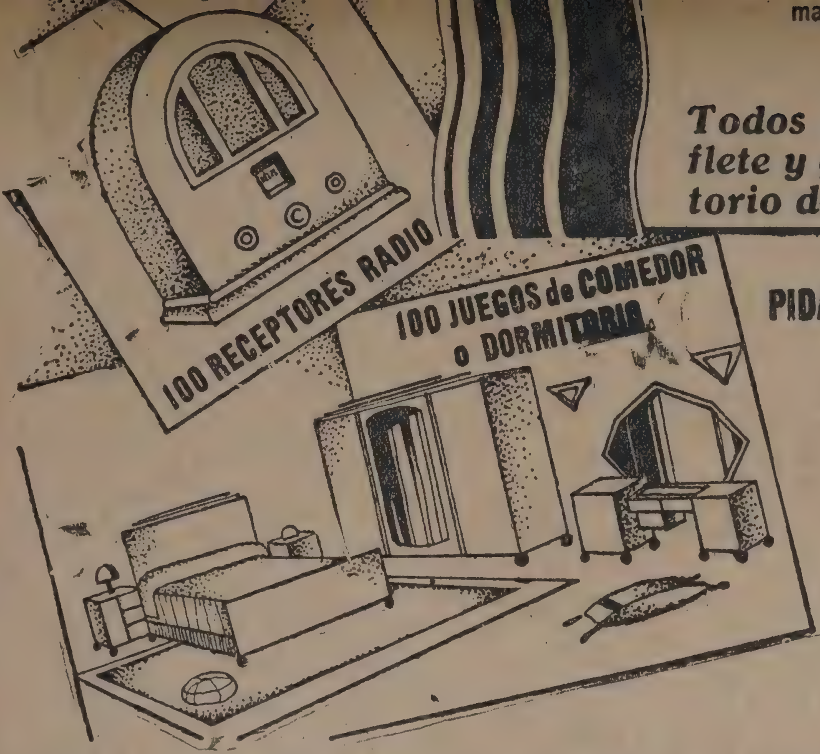
PROGRAMA COMPLETO DE PREMIOS

10 Chalets y 20.000 $ en efectivo, 2.000 $ por cada chalet para la compra del terreno respectivo. Los chalets se entregarán por la casa TORTOSA HNOS. instalados y listos para habitar en cualquier punto de la República donde elija el favorecido . . . . $ 75.000

marcas . . . . " 200.000

$ MIN. 507.700

Todos los premios serán entregados libres de flete y gastos a los favorecidos, en todo el territorio de la República, por el Expreso Villalonga



PIDA ESTE BONO EN TODOS LOS COMERCIOS DE SU LOCALIDAD

ESTE CONCURSO "RETAZOS" difiere notablemente de todos los realizados hasta hoy, en que no es sólo la posibilidad de obtener un gran premio el único incentivo para el público, sino la seguridad absoluta de un inmediato y valioso beneficio, ya que cada BONO, va munido de un cupón-obsequio de mercadería de marca conocida y acreditada, que se le entrega en el acto.

AHORA CON CADA BONO, UN PAQUETE DE CUARTO KILO DE YERBA "SALUS" Y UN PAQUETE DE "NAFTOL", EL FAMOSO JABON DE NAFTA EN ESCAMAS

CASSINI *en sus casas de Rosario, Córdoba y Santa Fé, obsequia a su clientela, BONOS del concurso "RETAZOS"*

Entonces, el joven se acercó a un espejo y maquinalmente arregló el desorden de su tocado. Arregló su peinado con un peine de bolsillo, se ajustó el nudo de la corbata.

De Mareuil dirigió la mirada al reloj y constató que eran alrededor de las 9 y 20.

—¡Dios mío! — pensó — ¡Con tal que ella venga!

El desgraciado oficial, esperaba efectivamente desde la mañana, con una ansiedad febril, la llegada de esa misteriosa y bella mujer de quien estaba tan ardientemente enamorado y que parecía amarlo de la misma forma.

De Mareuil en medio de todos los trastornos que había agitado su existencia no había podido evitar que su corazón latiera por la bella Regina que, con verdaderas astucias de enamorada lo había hallado en la calle de la Glaciere, y luego le había pedido que fuera a ocultarse en esa casa aislada y desierta de la isla de Billancourt.

De Mareuil no había tenido que ocuparse de nada y se sentía allí tan cómodo como en su casa.

Regina había prometido arreglar todo con el propietario.

La princesa Naleska además, había anunciado su visita para ese día a de Mareuil y pensaba que vendría a la noche.

La idea de estar con Regina en esa casa exquisitamente aislada y discreta, lo hacía estremecer de gozo.

Y esa esperanza daba al desgraciado, torturado por tantos acontecimientos, un semblante de alegría.

Ese amor era además, lo único, con el deseo de hallar la hija de su tía, que lo retenía ligado a la vida.

Quería estar esa noche sólo con Regina; había persuadido a Casimir que se fuera a acostar y que se durmiera antes de que él hiciera lo mismo.

El plan había resultado.

Ahora, de Mareuil podía recibir a Regina solo y sin tener que preocuparse de las observaciones que no dejaría de hacerle el ordenanza que vigilaba su salud, aún bastante precaria, con la solicitud de una madre y la competencia de un médico.

De pronto de Mareuil creyó oír un ruido fuera.

Salió de la casa.

Esta era una pequeña villa modesta pero confortable, construída en la isla de Billancourt en medio de un jardín que bordeaba, de un lado el camino de Peupliers, a los lados tenía muros bastante elevados, y del otro lado en fin, el Sena.

Sobre el camino de Peupliers se hallaba una verja de hierro forjado de bastante buena apariencia.

Fué hacia esa dirección que de Mareuil se encaminó, instintivamente atraído por el ruido impreciso que acababa de oír en medio de la noche.

—Quizá es Regina — se dijo.

E iba a salir del oscuro abrigo de los árboles del parque para dirigirse al camino, bajo la luz de los focos de gas y de la luz, cuando se detuvo bruscamente.

A poca distancia de la verja acababa de ver a un hombre que caminaba, al parecer, con precaución.

Tenía el aspecto sórdido y miserable, llevaba una barba negra que caía sobre su pecho.

De Mareuil, retrocedió instintivamente, y se ocultó en la sombra.

Esperó un momento suponiendo que el hombre no tardaría en alejarse y quedó sorprendido al ver que el individuo se detenía delante del jardín de la villa.

—¿Qué querrá? — se dijo de Mareuil.

No tardó en comprenderlo, el individuo quería penetrar al interior de la propiedad.

Acababa de abrir la puerta, sin hacer ruido, levantó el brazo y detuvo un pequeño llamador, destinado a hacer sonar la campanilla.

Ese hombre, evidentemente, quería entrar sin hacerse notar.

A medida que el individuo avanzaba en el jardín, multiplicaba las precauciones para no hacer ruido, de Mareuil retrocedía, efectuando una prudente retirada hacia la casa, de donde acababa de salir.

—Es un ladrón, — pensó.

Entró al interior de la casa, y tomó su revólver que cargó.

De Mareuil por la ventana abierta, miró de nuevo el jardín pero no vió nada.

El misterioso visitante, en lugar de seguir acercándose a la casa, se había, sin duda, detenido y ocultado tras un macizo, esperando el momento propicio para surgir.

De Mareuil esperó a su vez cuando de pronto, el temor se apoderó de él.

—¡Dios mío!.— balbuceó el oficial — con tal que no sea un agente de Seguridad!... un hombre de la policía que hubiera descubierto mi retiro y me viniera a buscar.

De Mareuil no iba a tardar en ver confirmada esa opinión.

En el momento en que se hacía esa suposición oyó de nuevo ruido en el camino y la campanilla que sonó levemente en la verja.

De Mareuil podía ver desde la ventana donde se hallaba, un segundo personaje que llegaba.

Este no parecía querer ocultarse.

Había llamado y esperado que alguien fuera a abrir.

Sin embargo la puerta estaba abierta, pero el hombre, por prudencia o discreción, sin duda, no quería entrar.

—Con tal — pensó de Mareuil — que ese llamado no despierte a Casimir, el haría ruido y eso estropearía todo...

El oficial cuyo corazón latía con violencia estaba inmóvil.

Imaginaba un plan de fuga, diciéndose que por nada del mundo se dejaría atrapar por los policías.

Y luego, siempre tendría en su revólver una bala para matarse.

¡Sin embargo el recién llegado seguía llamando!

La campanilla resonaba lúgubremente, nadie se movía.

Por fin, el personaje pareció renunciar

a la espera y empujando la puerta avanzó lentamente en el jardín.

El ruido de sus pasos resonaba sobre el sendero; de Mareuil quedó muy intrigado por esa extraña escena.

¿Qué significaba, en realidad la llegada de ese primer hombre que estaba tan bien escondido y la de ese segundo individuo, que por el contrario no se disimulaba?

Y de Mareuil se hizo de nuevo esta pregunta.

—¿Serán malhechores o policías?

El oficial estaba a favor de la segunda hipótesis cuando bruscamente sofocó un grito. Un incidente inesperado se produjo:

De la obscuridad, el primer hombre, el que estaba escondido, saltó; se precipitó sobre el que llegaba.

Este lanzó un grito que fué enseguida sofocado por una mordaza hábilmente colocada por su agresor sobre su boca.

Luego los dos hombres rodaron al suelo, luchando.

De Mareuil palideció, instintivamente, levantó el revólver, trataba de apuntar al agresor: la lucha ocurría a pocos metros de él, entre la casa y el Sena.

—¿Qué significa esto? — se dijo.

El no comprendía, pero se daba cuenta de que debía intervenir.

El agresor estaba atando a su víctima y tratando de estrangularla.

De Mareuil resolvió utilizar su arma, tiró sobre el criminal apuntando a las piernas.

Un grito de dolor se oyó, en seguida de la detonación.

El hombre que atacaba, dejando a su adversario rodó al suelo.

De Mareuil no escuchando más que a su valor se abalanzó fuera de la casa. Al cabo de unos segundos, llegaba al lugar del combate.

Vió un hombre inerte en el suelo, aquel que acababa de ser atacado.

En cuanto al otro, al herido, al que seguramente acaba de tocar la bala, se dejó deslizar rodando por el césped hacia la márgen del Sena y cayó al agua.

Reapareció en la superficie. Debía ser un nadador experimentado pues haciendo la plancha se alejó de la orilla, ayudado pŏr la corriente.

De Mareuil llegó justo a tiempo para verlo desaparecer y huir.

El oficial pensó que había que hacer algo más urgente que correr trás el misterioso malhechor.

Volvió sobre sus pasos y se dirigió al hombre atado.

Cuando se acercaba, de Mareuil se encontró frente a frente con Casimir.

El ordenanza se había despertado al oír la detonación y en seguida había acudido.

—Mi teniente — exclamó Casimir. — ¿Está usted herido?

Estaba estupefacto al ver al oficial ante él en el jardín. De Mareuil lo tranquilizó.

—No — dijo — soy yo quien tiró, a fin de alejar al agresor de este hombre...

De Mareuil ayudado por Casimir, levantó al hombre inerte cuyo rostro estaba tapado con un trapo que no lo dejaba respirar.

Entre los dos lo llevaron a la casa. Con gran prisa lo despojaron de sus ligaduras.

El hombre, que parecía medio desvanecido recobró enseguida posesión de sí mismo suspiró profundamente.

Casimir, al ver la cara del que acababa de escapar a la muerte, lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Ah! — dijo — es el vecino de mi hermano... el señor Bonnard...

De Mareuil también reconoció al excelente hombre, al que debía ese famoso vino que le había permitido restablecerse.

Era Bonnard, en efecto.

Después de haberse repuesto, el cobrador abrió los ojos y miró a su alrededor estupefacto.

Luego pareció que la memoria volvía a él.

—¡Ah! ¡Dios mío! — exclamó — ¡me asesina! ¡me mata!...

Luego miró a los dos hombres inclinados sobre él y profirió con alegría:

—Casimir... ¿es usted quien me ha salvado?

Mirando a de Mareuil añadió:

—¿Y el amigo de Casimir también está aquí? ¡Oh Dios mío! ustedes me expicarán...

De Mareuil tomó la palabra:

—Acaba de ser usted víctima de una agresión... sí nosotros lo hemos salvado... pero ¿por qué vino usted aquí?

—¿Por qué? — repitió Bonnard que lentamente coordinaba sus ideas — por qué vine aquí?... Porque me citaron...

—¡Ah! — dijo de Mareuil, ¿una celada?

Como un eco, Bonnard repitió, con la mirada vaga!

—Una celada sin duda, es evidente, y sin embargo no es posible.

Casimir estaba anonadado.

—Mi teniente — murmuró al oído de de Mareuil. — ¿qué haremos? No habrá otros bandidos por aquí?

A esa pregunta de Casimir de Mareuil sintió un estremecimiento.

No es que temiera por él, pero acababa de pensar que Regina, seguramente iba a venir y que quizá sería asaltada por los malhechores.

—Casimir — suplicó el oficial. — Déjanos aquí y ve a vigilar los alrededores de la casa.

El oficial prosiguió bajando la voz:

—Espero la visita de Regina, no quería decírtelo... te lo confieso ahora... tengo miedo de que le ocurra algo... ve cerca de la verja desde donde se vé todo el camino, y llámame si hay algo sospechoso...

Casimir, tuvo un momento de vacilación pero el oficial insistió:

—Por favor — dijo — ...te lo ordeno.

—Bien mi teniente... comenzó Casimir.

Pero el oficial, con un gesto brusco le cortó su frase.

De Mareuil al alejar a Casimir tenía otra finalidad.

Temía la espontaneidad de su ordenanza, temía que en el curso de la conversación que iba a tener con Bonnard, Casimir lo llamara por su grado lo que le haría conocer.

Una vez que Casimir se alejó, el oficial volvió hacia el cobrador a quien interrogó:

—¿Fué usted citado aquí? — preguntó de Mareuil a quien intrigaba la última frase de

Bonnard — ... ¿Por quién?... sin duda apaches que habían tendido una celada contra usted!...

—No lo creo — dijo Bonnard — he sido convocado categóricamente, pero no por apaches... por la policía...

De Mareuil sofocó un grito.

¡Ah! ¿Entonces tenía razón cuando se preguntó si el merodeador que se había arrojado sobre Bonnard era de la policía secreta?

Su estupefacción fué mayor aún, cuando Bonnard añadió:

—Cosa curiosa, señor, no es la policía francesa sino la alemana la que me convocó aquí...

¡De Mareuil no entendía nada!

—Pero usted está loco. — dijo — ¿qué tiene que hacer aquí, la policía alemana?...

Bonnard lo interrumpió con un gesto:

—Querido, señor, yo se lo probaré, tengo aquí la carta de citación.

El cobrador buscó en su bolsillo y sacó una carta que había recibido pocas horas antes.

—Tome, lea — dijo, dando el sobre a de Mareuil.

Pero de Mareuil lo miró asombrado.

—Pero señor ¿qué significa esto? — preguntó, su carta... es papel blanco...

Fué ahora Bonnard quien quedó estupefacto.

Arrancó el documento de manos de de Mareuil. ¡Su interlocutor había dicho la verdad!

—Papel blanco... papel blanco — repetía Bonnard. — ¡ah, Esto es raro... pero sin embargo estoy seguro de que aquí había algo escrito... era la cita a que vine... y la mejor prueba es que estoy aquí...

De Mareuil había vuelto a tomar el papel de manos de Bonnard.

Lo miraba atentamente a la luz y notó que la hoja de papel tenía algunos trozos amarillentos.

De pronto entendió, y dijo triunfalmente:

—¡Oh! He adivinado, señor Bonnard... es muy simple... la carta está escrita con una tinta llamada "simpática" que tiene la propiedad de desaparecer rápidamente... es por eso que esta hoja en la que, había un texto visible cuando usted la recibió, está ahora en blanco.

Bonnard meneó la cabeza.

—No comprendo, trato de entender...

—Pero, insistió de Mareuil — ¿qué le decían en esta carta?

—Ya le dije: que viniera aquí...

—¿Para qué?

—Por el asesinato de la señorita de Brevonnes.

De Mareuil dió un salto.

Se precipitó hacia Bonnard y con voz vibrante de emoción interrogó:

—¿Sabe usted algo acerca del asesinato de la señorita de Brevonnes? — ¡Ah! Hable, hable por favor...

Bonnard estupefacto miraba a su interlocutor...

—La... dijo — no se ponga así...

Luego después de un silencio, mientras de Mareuil dominaba la emoción.

—Es toda una historia, señor, y puedo referírsela puesto que es usted amigo de Casimir y por otra parte me salvó usted la vida, sin que sepa yo, por otra parte como es que se hallaba en la casa donde fuí citado.

Todo es explicará — dijo de Mareuil que temblaba de impaciencia — pero por favor, cuénteme su historia.

—Bueno — dijo Bonnard — debo tener un enemigo.

—¿Un enemigo? ¿Por qué?

—Espere; he aquí el asunto: hace exactamente ocho días fuí enviado por la administración del "Contador Francés" ha hacer un gran cobro de dinero a Alemania. Yo estaba encargado de traer de Hanovre una suma de quince mil francos en oro y billetes.

Naturalmente éramos dos para eso, yo y un tal León Pajot, que ejerce las funciones de cajero de mi administración.

Estábamos pues de regreso, en un tren nocturno que nos traía a París.

Usted se imaginará que con tal fortuna en las valijas hacíamos guardia constantemente, aunque tuviéramos un compartimiento reservado.

Decidimos que cada uno dormiría a su turno... Hacia las dos de la mañana, estábamos en Lorena, el señor Pajot me despertó para decirme:

—"Es su turno Bonnard, debe usted velar hasta las cinco de la mañana.

Luego se instalópara dormir y yo quedé vigilando.

Acabábamos de partir de Metz y nos acercábamos a una estación cuyo nombre vi escrito, era Ancy-sur-Moselle.

—¿Ancy-sur-Moselle? — exclamó de Mareuil muy intrigado por el relato.

—Sí — prosiguió Bonnard, que añadió engañándose con respecto a la emoción de su interlocutor:

—Yo, usted sabe, soy un buen francés y siempre me emociona atravesar por territorio anexado... Miro con toda mi alma, para grabar en mi mente ese pobre país. Pero sigo: estaba pues mirando por la ventanilla, cuando el tren disminuyó la velocidad. ¿Por qué?... No lo sé ¿quizá la vía estaba en reparación? ¿Subía una pendiente?... lo cierto es que vi, muy claramente a cierta distancia de donde estaba, la silueta de un castillo, que se destacaba en la noche clara.

Había una ventana abierta que permitía ver una pieza iluminada, dos personas parecían discutir con tal animación que atrajeron mi atención.

Una mujer unía las manos en actitud suplicante y parecía aterrada por un hombre que estaba frente a ella, en actitud amenazadora.

—¿Vió usted eso? — interrumpió aterrado de Mareuil. — ¿Y luego?

Bonnard prosiguió:

—Eran alrededor de las tres de la mañana... maquinalmente observé que el hombre era robusto, de anchos hombros, de cabellos rojos, de fisonomía bestial... ¡qué cara más brutal! — pensé, — luego el tren aumentó

la velocidad y nos perdimos en medio de la noche... le confieso que no volví a pensar más en eso, hasta que al día siguiente supe que un crimen espantoso había sido cometido en Lorena, en un castillo que se hallaba precisamente a poca distancia de Ancy-sur-Moselle, y que se veía desde las vías del ferrocarril.

No hay duda, la persona asesinada es la que yo vi uniendo las manos en actitud suplicante, su asesino, el hombre de cabello rojo...

De Mareuil estaba anhelante:

—¡Dios mío! — balbuceaba...

Sin embargo no queriendo mostrar sus pensamientos siguió interrogando.

—¿Entonces señor Bonnard, que hizo usted?

—Soy un hombre honrado y el deber de un hombre honrado es ayudar a la justicia... aunque sea la justicia alemana...

Veía en los diarios que nadie había sido testigo del asesinato... Naturalmente, nadie me conocía... entonces escribí al Procurador Imperial de Metz para decirle lo que acabo de contarle a usted, que había visto al asesino...

De Mareuil continuó:

—El asesino; un hombre de cabello rojo, bajo, grueso...

—Como acabo de decirlo — confirmó — si se pudiera saber su nombre...

Pero Bonnard lo miró sorprendido:

—Su nombre yo lo sé... todos los diarios lo han dicho... nadie ignora que el asesino de la señorita de Brevonnes es su sobrino, un oficial francés, el teniente de Mareuil...

Bonnard al decir esto, miraba al que conocía bajo la designación vaga, de amigo de Casimir, y lo miraba estupefacto.

De Mareuil hasta entonces, había hablado con Bonnard en el pequeño, salón, iluminado por una pequeña lámpara de petróleo. Ahora, acababa de levantarse y sacar la pantalla, había bujías sobre la chimenea, de Mareuil las encendió; fué a la pieza vecina a buscar otra lámpara.

Después de organizar esa iluminación intensa se acercó a Bonnard.

De Mareuil estaba transfigurado, sus ojos brillaban con resplandor extraordinario a sus mejillas pálidas volvían los colores perdidos, y sus labios temblaban.

—Míreme — dijo con voz vibrante — míreme y responda francamente a mis preguntas.

Anonadado Bonnard miraba fijamente a su interlocutor.

—¿Qué le ocurre? — le preguntó — ¿De qué se trata?

—Señor Bonnard — interrogó de Mareuil — ¿cuál es el color de mis cabellos?

—Son castaños, señor, casi negros — replicó el cobrador a quien esa inesperada pregunta comenzaba a inquietar.

—¿Cómo definiría usted mi silueta, mi aspecto?

—Y... balbuceó Bonnard, — es usted alto, delgado. ..pero ¿por qué me pregunta eso?

—Porque — dijo de Mareuil — quiero hacerle aclarar que no soy ni de cabello rojo, ni bajo, ni grueso...

—Naturalmente, pero no entiendo...

—Comprenda, señor Bonnard, y comprenda que soy inocente de la horrible acusación que pesa sobre mí... pues el teniente Frederic de Mareuil a quien los diarios alemanes acusan de ser el asesino de su tía, ese teniente de Mareuil no es otro que yo... soy yo... lo...

—¿Usted?

—Sí, yo...

—¡Ah! — exclamó Bonnard.

Y añadio sin embargo:

—Pero se dice que el teniente de Mareuil se había suicidado, que había muerto...

—He querido morir, en efecto, reconoció el oficial, pero alguien me ha salvado... Casimir... Me llevó a casa de su hermano, me cuidó, usted también, señor Bonnard me ha cuidado...

—¡Sí! — interrumpió el cobrador — y sin sospechar...

—Sin sospechar, naturalmente — prosiguió de Mareuil — yo había jurado desaparecer, pasar por muerto a los ojos del mundo, hasta que no hubiera reunido las pruebas suficientes para demostrar mi inocencia...

De Mareuil se precipitó hacia Bonnard, estrechándole las manos.

—Hasta ahora, señor ignoraba que el asesino de mi tía había sido visto; que había un testigo del crimen!... ahora, usted acaba de contarme esa historia y comprende la inmensa alegría que siento...

¿Vió usted al asesino? ¿Sabe usted como es? ¿Podía conocerlo entre mil hombres?

—Sí señor(entre mil — afirmó Bonnard — la fisonomía de ese hombre de pelo rojo, de rostro bestial, está grabada en mi memoria.

—Estoy salvado, salvado... — exclamó de Mareuil.

Pero de pronto Bonnard se turbó:

—Señor — observó tomando la mano del oficial — escuche lo que pienso. No hay duda de que fuí atraído aquí a una trampa... han querido matarme... pero ¿por qué? ¡Oh! es fácil comprender... el asesino de la señorita de Brevonnes ha debido saber de alguna manera, que yo había escrito al Procurador General de Metz; debió llegar a la conclusión de que yo podía ser un testigo molesto para él; es él quien debió atraerme a esta celada; quizá era él quien trató de matarme...

De Mareuil objetó:

—El, o uno de sus cómplices pues su agresor señor Bonnard, era un hombre de sórdido aspecto, de barba negra y larga...

Es cierto — prosiguió el oficial — que bien puede ser el asesino de mi tía, a veces uno se equivoca.

Los dos hombres quedaron perplejos uno frente al otro.

—Veamos... — dijo de Mareuil que se apretaba la cabeza con las manos — pongamos un poco de claridad en todo esto... ¿Puedo contar con usted señor Bonnard?... ¿me va a ayudar?... es preciso que la verdad salga a luz.

—¡Oh! Yo no pido otra cosa — dijo Bonnard. — Será necesario que yo sepa lo

que me ha ocurrido... y todo es tan extraordinario...

El oficial había recobrado toda su sangre fría.

—Es necesario — declaró — proceda por orden... veamos; primer punto: ¿usted recibió una carta convocándolo aquí, el texto de la cual ha desaparecido? ¿Podría usted recordarlo.

—Ya lo creo, señor.

De Mareuil fué en busca de papel y tinta.

—¿Quiere escribirlo?—preguntó — trate de reconstruir de memoria los términos de esa carta...

Bonnard se instaló y mojó la pluma en la tinta.

—¡Dios mío! — dijo. — ¡Que de misterios!...

Luego añadió:

—Escribo... recibo gran cantidad de cartas en este momento... eso no me trae suerte... mire hace unos días para hacer un favor a un vecino escribí una carta, a propósito de la cual parece que hubo no se que embrollos... en fin...

—¡Ah, Dios mío!...

Bonnard se detuvo bruscamente y levantó la cabeza hacia de Mareuil que estaba inclinado sobre su hombro y había lanzado esa exclamación.

—¿Qué tine usted, mi teniente? — le preguntó.

De Mareuil estaba lívido; con dedo tembloroso señalaba las palabras escritas por el cobrador.

—Es... es... — interrogó balbuceando, ¿es esa... su escritura ordinaria?

—Sí señor. ¿Por qué?

—¡Ah! ¡por qué! — repitió de Mareuil estremeciéndose — se lo voy a decir.

Pero rápidamente cambió de tema.

—Hace un momento hablaba usted de una carta escrita por usted hace unos días. ¿De qué se trataba?

—¡Oh! ese es otro asunto.

—No importa — insistió de Mareuil que parecía sobre ascuas, cuéntemelo...

—Bueno, consintió Bonnard, no pido otra cosa; están ocurriendo cosas tan extraordinarias que más vale decirlo todo...

Y el cobrador contó al oficial que por prestar un servicio a uno de sus vecinos, llamado Nib d'Arpions, había escrito para éste una carta en la que Nib d'Arpions pedía dinero a la familia de una niña que había recogido y que tenía con él desde hacía diez y seis años.

Bonnard no pudo acabar su relato.

De Mareuil lo interrumpió poniéndole ante si un documento.

El oficial estaba lívido, gruesas gotas de sudor mojaban su frente.

Esas emociones lo aniquilaban; tanto las grandes alegrías, como los grandes dolores, influyen sobre la fortaleza física. Y de Mareuil estaba aún convalesciente, a penas repuesto de sus heridas.

Al leer el documento que le tendía el oficial, Bonnard exclamó:

—¡Ah! pero si es mi carta... es la carta que he escrito para Nib d'Arpions...

De Mareuil balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—¿Ese hombre? .. ese hombre... ese Nib d'Arpions — dijo al fin. — ¿Tiene, dice usted una niña?... ¿una niña que encontró?... ¡Ah! contésteme francamente... Bonnard, usted debe conocer a esa niña!...

—¡Sí, conozco a Margot! — exclamó el señor Bonnard.

De Mareuil al oír estas palabras, vaciló hacia atrás y si Bonnard no se hubiera precipitado, hubiera caído al suelo.

Se desplomó en los brazos del cobrador.

—¡Margot!... ¡Margarita!... murmuró — la hija de mi tía... Ya la encontré...

Luego, sus labios palidecieron, sus ojos se cerraron, el oficial perdió el conocimiento.

—¿Pero qué pasa? — exclamó Bonnard — ¡con tal que no esté muerto!...

Bonnard acostó a de Mareuil sobre un sillón y luego corriendo a la puerta de la casa, llamó con voz llena de angustia:

—¡Casimir!... ¡Casimir!...

VII

LA FAMILIA BRELAND

Mientras estos acontecimientos se desarrollaban, sn la casa misteriosa de Billancourt, un hombre flotaba sobre el agua.

Hacia la plancha y por momentos se agitaba, se sofocaba.

A las aguas negras del río donde estaba se mezclaban manchas rojas de sangre que salían de una herida y la luz lívida de la luna alumbraba trágicamente ese espectáculo.

El misterioso nadador, el herido que así se dejaba llevar por la corriente, no era otro que el agresor del cobrador Bonnard el sórdido individuo llamado Rabuoin la Tiña.

Este, mientras se mantenía sobre la superficie del agua, sufría un martirio horrible y expresaba su dolor por medio de juramentos.

Había hecho un esfuerzo inaudito; no pudiendo mantenerse sobre sus piernas, después del tiro que había recibido, se había dejado rodar a lo largo de la ribera para llegar al Sena.

—Los ríos — dijo — son caminos que corren.

Y el asesino, en esa voluntaria inmersión veía una probabilidad de salvación.

Sin embargo Rabouin la Tiña sufría y su corazón se llenaba de secreta angustia al mismo tiempo que en él germinaba una cólera terrible.

—¿Quién? — decía — ¿quién ha querido matarme?

El apache se daba cuenta de que no era Bonnard, que este había llegado inocentemente para caer en la trampa que le habían tendido.

—Pero entonces se decía Rabuoin, la casa de Regina no está vacía, como yo creía. ¿Había alguien oculto, alguien que esperaba quizá?...

Se preguntó si no sería Regina que había tendido una trampa, pero pronto se dió cuenta de que era imposible.

El policía Wolff, en efecto, había exigido

de Regina, su casa de Billancourt pocas horas antes, en seguida Wolff para impedir que Regina fuera allí o que tentara cualquier cosa, la había encerrado en su propio departamento de la calle de Rugemond.

¿Por qué?

¡Oh! Si Wolff lo había hecho así es porque precisamente desconfiaba de algo.

Cuando solicitó de Regina su casa de Billancourt, la joven le había contestado con aire extraño y turbado.

Wolff había pensado:

—Oculta a alguien en esa casa alguien a quien quiere proteger contra mí, alguien a quien con seguridad ama...

Razonando de so manera no le fué difícil a Wolff sacar conclusiones más claras.

Mientras se hallaba en medio del río luchando para mantenerse en la superficie, Robauin la Tiña que, decididamente parecía al corriente de las ideas de Wolff y compartía sus odios dejó escapar esta imprecación.

—El seguramente es él, ese miserable, de Mareuil quien debe estar en la casa de Billancourt... es él quien me ha tirado y ha impedido que Bonnard desaparezca... ¡Ah! ¡Maldición!...

Rabouin debía luchar contra el dolor y el frío.

Era un nadador excelente, pero sin embargo, sentía que poco a poco sus fuerzas lo traicionaban y que iban a abandonarlo.

—Estoy muy pesado — se dijo.

Y de repente penso:

—¡Mi cinturón!...

Rabuoin, en efecto, no debía ser un apache ordinario, pues siempre tenía dinero sobre sí, llevaba alrededor de su cintura, bajo sus ropas, un ancho cinturón de cuero, con los bolsillos llenos de oro.

Tenía allí, varios miles de francos en monedas de todos los países; marcos, libras, luises franceses; era esa fortuna la que aumentaba su peso, era ese oro el que quizá le costaría la vida, llevándolo al fondo del agua.

—Sin embargo, no debo morir, dijo Rabouin.

Hizo un esfuerzo sobrehumano.

El Sena, no es muy ancho en ese sitio, trató de nadar con los brazos y orientarse con la corriente a fin de ganar la orilla.

Volvía hacia la isla, pero poco le importaba, estaba casi sin fuerzas; debía llegar lo más pronto posible!

Rabuoin debía estar dotado de una energía poco común. A pesar de su fatiga, su peso, su herida, se acercaba sensiblemente a la orilla.

De pronto, lanzó un grito de alegría, su mano acababa de hallar una mata de hierba que estaba en la orilla.

Se prendió a ella con la energía de la desesperación, luego desfalleció un momento.

Se oyó una voz lejana que gritó trágicamente:

—Un cliente en el agua...

Otra voz contestó:

—Tráelo Brazo - Nuevo.

Luego el primero que había hablado, el hombre de la voz trágica acudió:

—¡Tenemos trabajo!...

Se oyó luego ruido de pasos precipitados, de zuecos que chapaleaban en el barro graciento de la orilla.

Sin embargo Rabouin gemía, su herida le hacía sufrir horriblemente.

—¡Rabouin la Tiña! — exclamó una voz— ¡esto sí que es extraordinario!...

El extraño apache, había reconocido la voz de ese hombre.

—¡Los Breland!... ¡estoy perdido!... o salvado!...

Casi sin conciencia cerró los ojos

Lo atrajeron a la orilla.

. . . .

¿Quiénes eran los Breland? ¿Y por qué buena o mala suerte, Rabouin, perdido en medio de la noche sabía con quienes iba?

Al extremo de la isla, en la lengua de tierra que corta el puente de Billancourt, se halla una especie de gran terreno baldío, plantado de grandes árboles, rodeado de un cerco destrozado en medio del cual hay una infecta vivienda, hecha de chapas rotas, cubierta de toda clase de materiales, latas, papeles, trapos, sin embargo es una casa grande, donde vive una familia de renombre siniestro.

La familia Breland, comprende cinco personajes; los cinco tienen un pasado oscuro, los cinco temen a la policía, y sin embargo reinan, por el terror que inspiran en toda la región de los alrededores.

La familia Breland, o más exactamente, la tribu de los Breland, pues esa gente tiene algo de común con los peores salvajes — la ferocidad — tiene por jefe incontestable a la madre Greland, la madre Victorina...

Tiene más de sesenta y cinco años, es robusta, astuta, tiene ojos pequeños, un rostro cruel, una manera de hablar canallesca, hábitos de mando.

Nadie sabe de donde vino nadie sabe lo que ha hecho.

Un buen día Victorina, apareció en la punta de la isla con sus cuatro hijos, primero vivió bajo los árboles, luego se elevó, la casa y allí se instaló el campamento... ¡Hace diez años de eso y aún están allí!

Nadie sabe que hizo Victorina pero en cambio se sabe lo que hace.

La horrible mujer gobierna, como un general en jefe a sus cuatro hijos.

Son por orden de edad los los mayores:

"Mossieu" Julot, llamado comunmente Brazo-Nuevo y Arturo llamado Raisiné, luego vienen los dos menores. Víctor, llamado Casse-Pippe y Mauricio llamado Ciboulot, estos tienen menos importancia que los dos mayores.

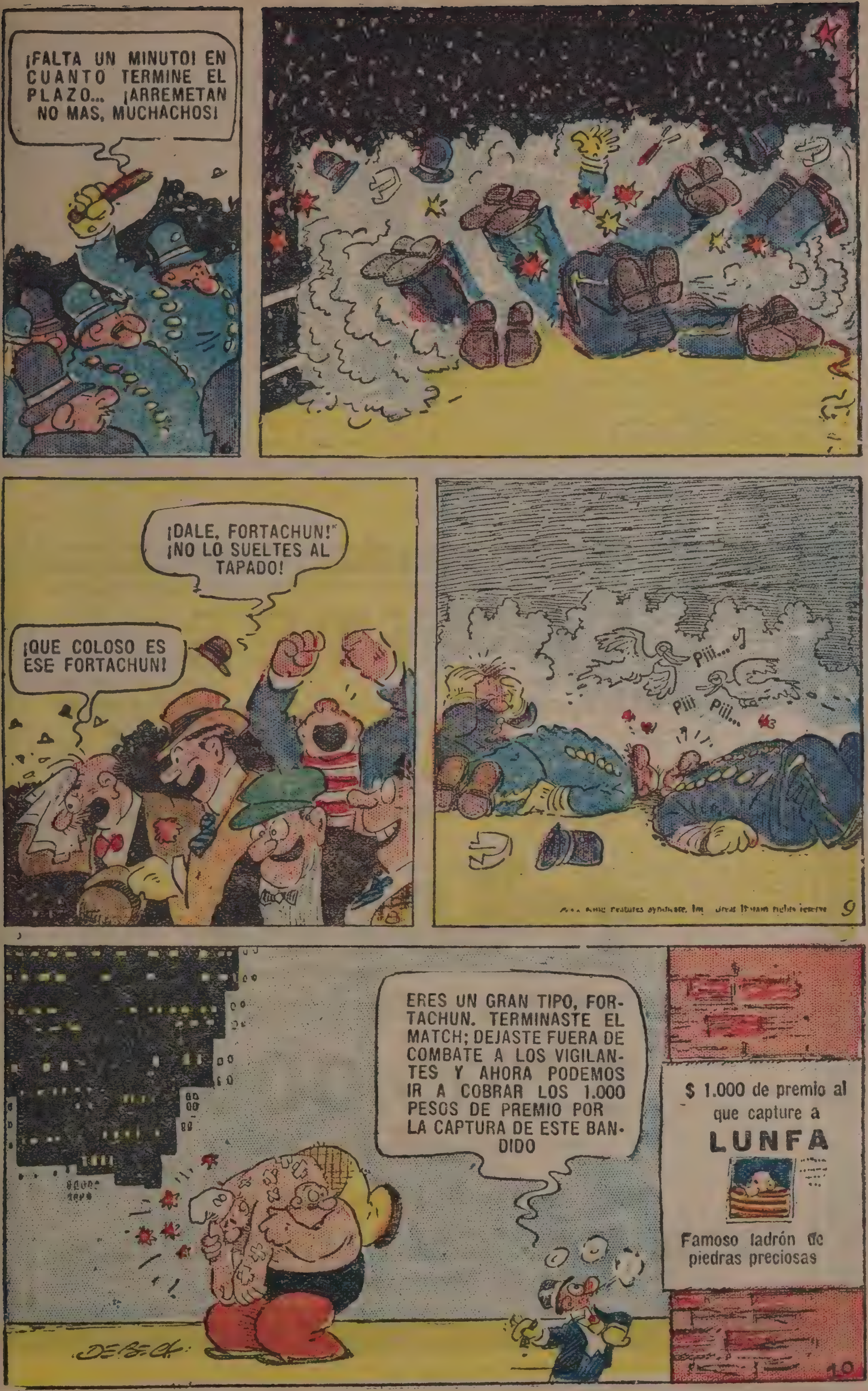
La profesión de los cuatro hijos de Breland es tan fácil de definir como la de Victorina.

Victorina no tiene otro oficio que mandar a sus cuatro hijos y los hijos no tienen otra ocupación que obedecer a su madre.

Hay entre los cinco personajes, se dice, secretos capaces de hacer poner el cabello de punta; todos han vertido sangre, todos son asesinos, todos viven de los asesinatos que cometen...

Nazenler

Aventuras de Barnigugli, por Debeck
TELEGRAMA
JEFE DE POLICIA
CIUDAD
ARRESTE A X, EL HOMBRE ENMASCARADO, QUE EN ESTOS MOMENTOS ESTA LUCHANDO CON FORTACHUN. ES UN CONOCIDO LADRON DE PIEDRAS PRECIOSAS SE OFRECE $ 1.000 POR SU CAPTURA.
VENGA, BARNIGUGLI; TENGO QUE DECIRLE ALGO
???
¡PERO, AGENTE! SI USTED ME SUSPENDE EL MATCH, ME ARRUINA. FIJESE LA CONCURRENCIA QUE HAY. ¿COMO QUIERE QUE DEVUELVA EL DINERO DE LAS ENTRADAS?
ESPERE AGENTE, SIQUIERA TRES MINUTOS. VOY A APURARLO A FORTACHUN
¡EH! ¡FORTACHUN, VIEJO! TERMINA CON ESE, ANTES DE TRES MINUTOS. SI NO, NOS ARRUINAN EL NEGOCIO



¡FALTA UN MINUTO! EN CUANTO TERMINE EL PLAZO... ¡ARREMETAN NO MAS, MUCHACHOS!
¡DALE, FORTACHUN! ¡NO LO SUELTES AL TAPADO!
¡QUE COLOSO ES ESE FORTACHUN!
Piii... Piii Piii...
9
ERES UN GRAN TIPO, FORTACHUN. TERMINASTE EL MATCH; DEJASTE FUERA DE COMBATE A LOS VIGILANTES Y AHORA PODEMOS IR A COBRAR LOS 1.000 PESOS DE PREMIO POR LA CAPTURA DE ESTE BANDIDO
$ 1.000 de premio al que capture a
LUNFA
Famoso ladrón de piedras preciosas
DE BECK
10

Fuerte musculoso "Mossieu" Julot ha obtenido su nombre de Brazo-Nuevo no utilizando jamás sus biceps que son de dimensiones respetables.

Arturo ha hallado su sobrenombre de Raisiné en medio de la sangre. Víctor es aficionado a contar sus crímenes...

En cuanto a Mauricio se llama Ciboulot sin razón; tiene una extraña fisonomía, una cara redonda, un mentón enorme, prominente, vagamente simiesco.

Si se preguntara a cada uno de los miembros de la familia Breland que profesión ejercen, no se quedarán callados.

Las respuestas serían:

—¡Yo sol trapera! — contestaría Victorina Breland.

—Yo — diría "Mossieu" Julot — ¡soy botero!

Arturo inventaría que él es "recolectador de puchos". Casse--Pippe y Ciboulot se pretenderían fondistas...

Eso es cierto y falso a la vez:

Victorina, en efecto, puede traficar con trapos viejos, "Mossieu" Julot no desdeña tener una barca anclada en la orilla. Raisiné recoge pedazos de cigarrillos, y hay en la casa, dos mesas negras suficientes para justificar las pretensiones de Casse-Pippe y Ciboulot.

Sin embargo la verdad es muy diferente y la gente de los alrededores lo sabe muy bien.

¡El oficio real de los miembros de la tribu es ser recolector de todo lo que pueden.

Cuando cae la noche, en invierno, cuando la bruma hace el río misterioso en las noches buenas de verano, los Breland se embarcan en sus miserables barcas. Erran al azar, no se sabe por donde.

—Pescan las maderas flotantes, arrojan redes, recogen el cuerpo de algún ahogado, lo que les hace obtener de las autoridades, la prima habitual de 25 francos.

Es precisamente la frecuencia de esas pescas siniestras lo que ha valido a los Breland su renombre siniestro.

¡Encuentran demasiado ahogados!

La gente de los alrededores dice que si no los hay los fabrican, arrojando al agua de buen grado o a la fuerza a los transeuntes retrasados de que pueden apoderarse.

(Continuará)

AGENTES

responsables, activos, radicados en el interior del país y vinculados al comercio local, se necesitan para la colocación de BONOS, del sensacional Concurso Comercial de

retazos

La revista para la mujer

$ 500.000

en valiosos premios

Por carta únicamente a la

EDITORIAL MANUEL LAINEZ Lda. S. A.

Avenida de Mayo 662 - Bs. As.

Raúl de Lancaste

(Continuación)

Capítulo IV

MAS EXPLICACIONES

ME habéis prometido..

—Que hablaréis con Raúl.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—Vamos — dijo ella, poniéndose en pie.

—Quizá tengáis que esperar a más tarde; pero repito que será esta misma noche.

—Esa será la mejor prueba de que no me engañáis.

Sentaos otra vez, no hagáis ruido alguno, y esperad mientras voy a ver si la ocasión es propicia.

—¿Me dejáis sola?

—No más que por algunos minutos.

—¿Y entretanto?

—Nadie os verá.

—¿Hablaréis a Raúl antes que yo?

—Sí; le diré que se prepare a recibir a su nodriza, a la que le ha servido de madre y viene a revelarle su nombre.

—Haced lo que os parezca.

—Después seré yo quien con él me entienda, porque puedo decirle lo que vos ignoráis y que le interesa mucho.

Y al decir esto, salió el fraile de la celda.

Más de media hora transcurrió, durante la cual la mujer que nos ocupa miró a su alrededor con esa expresión de extrañeza que se advierte en los que no dan crédito a lo que ven.

Más de una vez se restregó los ojos y sacudió la cabeza; hubiérase dicho que quería convencerse de que no estaba dormida, o que hacía grandes esfuerzos para dominar un sueño pesado.

Imposible nos es seguir el curso de sus reflexiones.

Preguntábase cómo el religioso había podido adivinar la verdad, y si era cierto que el interés que mostraba aquel hombre reconocía por causa la amistad antigua con Raúl de Lancaste.

A nada de esto acertaba a responderse, y su aturdimiento era mayor cuanto más se esforzaba en buscar explicaciones satisfactorias.

No era aquel asunto para su pobre cabeza, y en fuerza de cavilar hubiera concluído por no saber lo que ella misma sentía.

Volvió al fin el fraile.

—¿Vamos? — le preguntó la pobre mujer con afán indescriptible.

—No es ocasión oportuna, y tendréis que esperar hasta media noche.

Ella exhaló un triste suspiro.

—Quien ha perdido tantos días — añadió el religioso — bien puede tener paciencia tres o cuatro horas.

—Aguardaré.

—Pero no aquí, donde probablemente os descubrirían.

—Disponed de mí: ya estoy decidida a todo.

—No os pesará.

—Hable yo con Raúl y luego nada me importa.

—Seguidme.

No hizo ella ninguna observación.

Atravesaron nuevamente muchas habitaciones y nuevos patios, hasta que sacando el religioso una llave, abrió una puerta y dijo:

—Entrad... Tendréis que estar sola y a oscuras, porque de otro modo os descubrirían, y además os encerraré...

—¡Encerrarme!...

—Nada tenéis que temer...

La infeliz volvió a desconfiar.

—Volveré a buscaros y hablaréis con Raúl, os lo juro.

—No olvidéis que sólo un interés noble me guía, que no quiero más que cumplir mi deber.

—Ya os he dicho que soy el mejor amigo de Raúl de Lancaste.

—Por Dios, callad...

—Entrad, hermana.

—¡El cielo os bendiga, si no me engañáis!

El sitio donde debía esperar la buena mujer era un reducido aposento completamente desamueblado.

La infeliz se acurrucó en un rincón, apoyó las manos en las rodillas y la frente en las manos, y quedó inmóvil.

—¿Me sacarán de aquí? — se preguntó.

No se hizo más que esta pregunta, por cierto bien desagradable, porque daba lugar a dudas horribles.

Desde aquel momento las horas transcurrieron para ella con una lentitud mortal.

El frío de la fiebre hacía temblar todos sus miembros.

El terror de que era presa su espíritu se hacía más profundo cada instante, lo cual se comprende en la situación en que se encontraba.

No pasarían menos de cuatro horas antes de que la llave volviese a rechinar en la cerradura.

Imposible le fué a la antigua nodriza contener un grito, que lo mismo podía ser de alegría que de terror.

Su mirada se fijó en la puerta.

Bien pronto respiró como si se viese libre de una mano que la ahogara.

El fraile se dejó ver, diciendo:

—Seguidme y dominaos, porque uno de esos gritos puede ser vuestra perdición y la mía, sin contar con que Raúl quedaría completamente abandonado.

—Callaré, callaré.

Anduvieron hasta llegar a un patio.

—Aun tenéis que perder algunos minutos — dijo el fraile, — porque es preciso que me escuchéis.

—Bien.

—No he podido hablar con Raúl, y, por consiguiente, os daré a conocer ciertos antecedentes de importancia para que satisfagáis las preguntas que os hará, sin perjuicio de que yo le daré más explicaciones mañana.

—Os escucho.

—La madre de Raúl es doña Luz de Quiñones, hija del comendador...

—¡Ah!...

—¿Lo sabíais?

—No.

—¿La conocíais?

—Tampoco; pero he oído hablar mucho de ella.

—¿En qué sentido?

—Se contaron ciertas cosas...

—Sí, se aseguraba que doña Luz no había muerto, y se decía la verdad.

—¡Dios mío!...

—Esta falsedad fué obra del comendador, que encerró a su hija en el convento de Santo Domingo el Real, donde permaneció más de un año, hasta que logramos devolverla la libertad.

—¿Pero vos?

—Soy flamenco — replicó Jorge, — lo mismo que Raúl de Lancaste.

—¿Y no tembláis?...

—De ira no más — repuso el fraile sonriendo.

—¿Y doña Luz?...

—Se casó con el padre de su hijo.

—¿Y viven?

—Sí.

—¡Viven!

—No levantéis la voz, que aquí las paredes escuchan.

—Proseguid.

—Ya os digo que Raúl, para cumplir sus deberes de ciudadano y de caballero, y para salvar la vida, tuvo que salir de Madrid a las pocas horas de haberos entregado a su hijo.

—Dicen que Raúl de Lancaste es hereje...

—Lo calumnian.

—Y también que en Flandes peleaba contra el rey...

—Sí.

—¡Contra su majestad! — murmuró la pobre mujer, que no concebía cómo nadie podía intentar siquiera rebelarse contra el monarca.

—Vos no podéis comprender esto.

—Es verdad.

—Aunque Raúl se fué, quedaron en la corte personas que mirasen por su hijo de quien el comendador, protegido por el rey, quería apoderarse.

—¿Y para qué?

—Ya lo estáis viendo; si no para otra cosa peor, al menos para hacerlo fraile.

—Empiezo a comprenderlo todo...

—Cuando os buscaron los amigos de Raúl — dijo Jorge — no os encontraron, porque habíais cambiado de vivienda.

—Es verdad.

—Y algunos meses después cuando Raúl de Lancaste se atrevió a volver ocultamente a España, tampoco pudo descubrir vuestro paradero.

—¡Dios mío!

—Han transcurrido diez y seis años desde el nacimiento de la criatura que se confió a vuestros nobles sentimientos.

—Y he cumplido mi promesa, he cumplido mis deberes...

—Creo que sí.

—En mi triste situación sin contar para vivir más que con el meszquino producto de mi trabajo...

—No habéis abandonado a esa infeliz criatura...

—Ni lo he dedicado a trabajar como el hijo de un pobre...

—Tendréis la recompensa que merecéis.

—¡Recompensa! Lo amo como si fuera mi hijo, y lo único que pido es que no me separen de él... ¡Si supierais cómo me lo han arrebatado!...

—Con el engaño y la mentira...

—¡Oh!... No perdonaré a los que han abusado de mi ignorancia y buena fe...

—Y de vuestra debilidad.

—No tengo a nadie que me defienda...

—Ahora me tenéis a mí.

—¡Dios os bendiga, padre mío!...

—Pero es menester mucha prudencia, es preciso que desconfiéis de todo el mundo.

—Descuidad, que por Raúl soy yo capaz de todo.

—Pensad que vamos a ponernos frente a hombres muy poderosos.

—Me sobra el valor, porque no le temo a la muerte.

—Vamos a luchar con el rey...

—¡El rey! — murmuró la mujer con sorda voz.

—La última advertencia.

Decid.

—Aunque estéis en lo más interesante de la conversación con Raúl, cuando oigáis que dan algunos golpecitos a la puerta, no os detengáis un solo momento, y salid.

—Lo haré.

—¡Dios nos guía!

Atravesaron el patio y desaparecieron en una galería.

Capítulo V

ANTECEDENTES INTERESANTES

Como el lector habrá comprendido, el novicio en cuestión era efectivamente el hijo de doña Luz.

Tampoco es menester que digamos que el fraile era Jorge, y, por último, recordaremos que la sencilla mujer se llamaba Tomasa.

La dejaremos explicarse con el joven a quien había criado y a quien tanto amaba, y en vez de referir la conversación que tuvieron, nos permitirá el lector retroceder diez y seis años para referir lo que había sucedido, y que se comprendan los sucesos que han de ocuparnos de esta parte de la peregrina historia que damos a conocer.

Procuraremos ser breves y no tratar más que de los hechos culminantes que puedan dar a la situación su verdadero colorido.

Antes de llevarle a su hijo, Raúl de Lancaste se había puesto de acuerdo con Tomasa, y ésta lo había preparado todo para cambiar de morada, lo cual verificó a la mañana siguiente de haberse hecho cargo del recién nacido, adoptando tales precauciones, que nadie pudiera averiguar su paradero.

Sin embargo, a un vecino de su completa confianza, hombre que tenía probada su honradez, reveló Tomasa el secreto de su nueva vivienda, encarcándole que trasmitiera las señas al que se presentara pronunciando el nombre de Raúl, y diciendo además otras palabras ya convenidas, según indicamos en las primeras páginas de ste libro.

Si el anciano sacerdote lo hubiera hecho así, habría encontrado al niño que con tanto afán buscaba.

El honrado vecino murió algunos meses después, y cuando Lancaste volvió a España le fué imposible averiguar lo que poco antes hubiera podido saber con sólo pronunciar su nombre.

Tomasa, para ocultar mejor el secreto, cambió de nombre y se instaló en una miserable casa del arrabal de San Ginés, dedicándose a criar al niño y a trabajar como hilandera, que era su único recurso.

Con estas precauciones era imposible que la descubriesen.

Pasaron algunos días, y la buena mujer empezó a temer una desgracia porque era sorprendente que Raúl de Lancaste no se hubiera presentado a saber de su hijo.

Esperó Tomasa con creciente afán; pero en vano.

Más intranquila cada vez, fué a preguntar a su antiguo y honrado vecino.

Entonces supo que un sacerdote se había presentado en la casa, haciendo averiguaciones sobre el paradero de ella; pero no había pronunciado el nombre de Raúl, y el honrado vecino había guardado la más absoluta reserva.

Pasaron los días y los meses.

Tomasa esperó con el mismo creciente afán, y al fin, sin que le fuera posible contener su impaciencia, habló de Raúl de Lancaste con cuantas personas reconocía, lo cual fué una imprudencia y llegó a saber que el flamenco estaba considerado como un personaje de importancia, y que era perseguido por hereje, y como reo de alta traición.

No hay que decir cuán profundos fueron el terror y la sorpresa de aquella sencilla mujer, que, según ya hemos dicho, no podía concebir que nadie se rebelara contra el rey, ni mucho menos que después de ser católico, se hiciera hereje.

Tanto le dió esto que cavilar, que llegó a tener escrúpulo de alimentar con su sangre al hijo de un excomulgado; pero al fin triunfaron sus nobles sentimientos, porque pensó muy acerdamente que aquella infeliz criatura no debía ser responsable de los extravíos del hombre que le había dado el ser.

Triunfaron sus nobles sentimientos, sí; pero decidió educar al inocente niño como al mejor cristiano, y no revelarle el nombre del hereje que le había dado vida.

Tomasa trabajó como nunca, y cuidó al pequeño Raúl con el mismo amor que si hubiera sido su hijo.

Creció el niño, y desde sus primeros años pagó con sin igual ternura los sacrificios de su nodriza.

Más tarde empezó a dar pruebas de una inteligencia nada común.

De todo esto resultó que Tomasa se sintiese hasta orgullosa de ser ella quien, después de sus padres, había dado vida a aquella criatura privilegiada.

La noble mujer redobló sus esfuerzos, hizo lo que a ella misma le parecía un imposible, y si no una educación distinguida, dió a su ahijado la que no podría esperar en su triste situación.

Cuando el niño tuvo doce años, complacióse Tomasa en imponerse mil privaciones para que el mancebo pudiera vestir como el hijo de un hidalgo.

A todo correspondía Raúl.

Al verlo, aunque su ropaje fuese pobre, hubiérase dicho que había sido criado entre personas de distinción.

Esto podía ser un mal, lo mismo que un bien.

¿Qué había aprendido Raúl?

¿Para qué servía?

Era gallardo, hermoso y valiente.

Si no abrazaba la carrera de las armas, su porvenir era demasiado triste.

—Seré soldado — decía muchas veces a su nodriza, — y si no me matan me nombrarán alférez, y siendo alférez haré tales cosas, que tengan que nombrarme capitán, y cuando un hombre es capitán, no es locura que piense en llegar a maestre de campo.

Cuando esto escuchaba Tomasa, miraba al niño con asombro y exhalaba un suspiro, por que no tenía esperanzas de que se realizasen semejantes ilusiones.

No hablaba solamente el niño de sus proyectos sobre lo porvenir, sino que en varias ocasiones interpeló seriamente a su nodriza deciéndole:

—¿No sois mi madre?

—No — le contestaba ella; — pero te amo como si fueras mi hijo.

—¿Quiénes son mis padres? — preguntaba entonces el niño con afán.

—Por ahora es imposible darte a conocer ese secreto.

—¿Y por qué?

—Cuando yo, que tanto te quiero, no lo hago...

—Decidme el nombre de mis padres — interrumpió el niño con impaciencia.

Empero Tomasa haciendo un esfuerzo, se negaba a responderle.

Más de una vez mostróse irritado el hijo de doña Luz; pero de nada le sirvió llevar hasta el último extremo sus exigencias ni su enojo, porque la nodriza lloraba, y entonces él, pasando del coraje a la ternura y al dolor, la consolaba con mil caricias y con la promesa de no enfadarse otra vez.

Como se ve, el niño había heredado el alma impetuosa y el carácter impresionable de su padre.

¡Y querían hacer un monje del que aspiraba a ser un héroe y a conquistar la elevada posición de maestre de campo!

Esto parecía un imposible, y, sin embargo, no lo era.

Ya hacía muchos años que una vecina de Tomasa mostraba grandísimo interés por aquel niño.

La vecina era visitada con frecuencia por un fraile capuchino.

El valor que esto tenía no lo podemos decir.

Lo único que sabemos es que el fraile, llamado Fulgencio, acariciaba también al niño cuando lo encontraba al paso.

Tuvo quince años Raúl.

El padre Fulgencio se presentó un día en la vivienda de la nodriza que se sorprendió de ser objeto de tan señalada honra.

Raúl había salido a pasear.

Entre el fraile y Tomasa hubo el siguiente diálogo:

—¿Tenéis vuestra conciencia tranquila?— preguntó el capuchino.

La nodriza lo miró con extrañeza, respondiendo:

—¿Y por qué no he de tenerla, padre mío?

—Los réprobos son maldecidos por el Omnipotente, y la maldición divina pesa hasta la cuarta generación.

—Me hacéis temblar.

—Sin embargo, los hijos del pecador pueden, con sus virtudes, salvarse, y con su fe alcanzar para sus padres el perdón de la misericordia divina, siempre que sus padres reconozcan sus errores y lloren sus pecados.

Si el capuchino estaba dentro o no de los principios teológicos, no es del caso; él se había propuesto un fin y empezaba a conseguir su propósito, que era lo que le importaba.

Tomasa tembló.

—Mis padres — dijo — murieron como buenos cristianos.

—Ya lo sé.

—Entonces...

—De vos depende la salvación de un alma, y tal vez la de dos o más.

—¡De mí! — exclamó la nodriza con terror y abriendo desmesuradamente los ojos.

—Sí.

—Padre mío, no os entiendo.

—Pronto me entenderéis.

—Yo os escucho.

—¿Sabéis quién es el padre del niño que habéis criado?

—Sí.

—¡Que lo sabéis!...

—Lo sé, padre mío.

—¡Horror, horror!

—¡Dios bendito!...

—¡Y decís que tenéis la conciencia tranquila!

—¿Acaso no debo tenerla, si al criar a ese niño he hecho una obra de caridad?

—Pero el padre es un hereje.

—¡Un hereje!...

—En vano intentaréis disimular.

—Pero...

—El padre de ese niño se llama Raúl de Lancaste...

—¡Ah!...

—Es un reformista, pertenece a la descreída secta de los iconoclastas que en Amberes profanaron los templos y las santas imágenes...

—¡Dios mío!...

—Sois responsable de la salvación de esa criatura.

Menester es conocer bien aquella época para comprender el efecto que en la nodriza debieron producir las palabras del capuchino.

Poseída del más profundo terror y completamente aturdida, en aquellos momentos no hubiera vacilado para sacrificar al niño, creyendo que así cumplía sus deberes de católica.

—Tranquilizaos y escuchadme — repuso el padre Fulgencio.

—Aconsejadme — dijo ella, sin pensar que con su turbación y sus palabras revelaba el secreto que tan cuidadosamente, había guardado.

—¿Sabe Raúl quiénes son sus padres?

—No.

—Andando el tiempo, y esa criatura andando por el mundo, averiguará quién le dió el ser, y cuando el padre y el hijo se

reúnan, arrastrado el uno por la influencia del otro, acabará por ser también hereje.

—¡Hereje mi Raúl!

—Sí.

—Antes que eso suceda...

—¿Estáis dispuesta a evitarlo?

—Sí, aunque tenga que sacrificar mi vida.

—El propósito es noble, es santo y tengo un deber en prestaros ayuda.

—Nada valgo, nada puedo...

—Contad conmigo.

—¿Qué debo hacer para que esa pobre criatura salve su alma?

—Dos cosas.

—Decid.

—Evitar que sepa quién es su padre.

—No lo sabrá por mí.

—Y en vez de dejarlo que siga los impulsos de su carácter ardiente — repuso el fraile, — dirigirlo por otra senda.

—No os entiendo.

—Ese niño quiere ser soldado.

—Sí.

—¿No os parece que será más dichoso con la vida religiosa, y que a más de la dicha le será así más fácil alcanzar del Omnipotente la gracia inapreciable del perdón para el autor de sus días?

—Sí; pero eso no podremos conseguirlo de Raúl; sueña constantemente con ser soldado y se negará a ser fraile.

—No se negará, si hacéis lo que yo os diga — replicó el capuchino.

—Lo haré.

—Bien, escuchadme con atención y seguid mi consejo, sin que Raúl sepa jamás que yo he tomado parte en este asunto, porque si llegara a saberlo, desconfiaría de todos, hasta de vos.

—Ya os escucho.

—¿Puedo hablar sin temor de que él nos interrumpa?

—No tardará menos de una hora en volver — respondió Tomasa.

—Nos sobra tiempo.

La sencilla mujer, cuyo rostro estaba cadavéricamente pálido y desfigurado, se dispuso a escuchar.

Fray Fulgencio tosió, arqueó las cejas, cruzó y descansó las manos sobre su abultado vientre, inclinó sobre el pecho la cabeza y meditó.

Capítulo VI

EL PLAN DE FRAY FULGENCIO

Quince días pasaron, en los cuales el capuchino visitó muchas veces a la nodriza.

Esta lloraba con frecuencia, y a todas horas se la veía triste y preocupada.

El joven Raúl le preguntó muchas veces por la causa de aquella tristeza; pero ella no contestó más que con suspiros y sollozos.

Y como Raúl amaba con todo su corazón a la que le había servido de madre, sufrió, caviló y se le vió también preocupado.

En aquella morada donde, a pesar de la pobreza, había reinado la más dulce alegría, pareció extenderse una nube, que oscureció las frentes del niño y de la nodriza.

Semejante situación no podía prolongarse.

Raúl era demasiado impaciente para que pudiera sufrir mucho tiempo sin que se le dieran explicaciones.

Una tarde, cuando el sol se despedía de nuestro hemisferio, Tomasa estaba junto al hogar, más triste que nunca.

Sin que ella misma se apercibiese, dos lágrimas se escaparon de sus ojos y rodaron por sus pálidas mejillas.

El niño, que la contemplaba silenciosamente, al ver aquel llanto, exclamó:

—¡Oh!... Basta ya.

Y apretó los puños y fijó en su nodriza una mirada ardiente.

Tomasa levantó la cabeza, exhaló un suspiro y dijo con voz entrecortada por los sollozos:

—Ven, hijo mío, dame un abrazo.

—No — replicó Raúl, — no os abrazaré hasta que os expliquéis... Ya no puedo sufrir más...

—¿Qué quieres?

—Yo debo ser la causa de vuestros sufrimientos.

Tomasa volvió a suspirar.

—Todo — añadió Raúl, — todo lo que conmigo tiene relación es misterioso, misterioso también cuanto me rodea, y hasta vuestra conducta...

—¡Hijo mío!...

—Empiezo a ser un hombre, o más bien lo soy ya, puesto que tengo quince años, y necesito saber a qué atenerme. No he de pasar toda mi vida como ahora la paso; pero antes de tomar una determinación necesito saber cuál es mi situación y qué esperanzas debo abrigar.

—Es verdad — dijo tristemente Tomasa, — ya es tiempo de que sepas qué esperanzas puedes abrigar; esperanzas que para otro serían risueñas, pero que a tí te parecerán tal vez horribles.

—No importa, explicaos y comenzad diciéndome quiénes son mis padres.

—Eso no puedes saberlo.

—¡Que no puedo saberlo!...

—No.

—¡Oh! — exclamó desesperadamente Raúl.

—Te amo demasiado para hacerte mal.

—¡Se me hace mal diciéndome a quién debo el ser!...

—Sí.

El pobre niño se oprimió las sienes y se sintió trastornado.

—Escúchame, Raúl, escúchame con cuanta calma te sea posible Si es para tí un consuelo saber que vive tu padre, no te lo ocultaré.

—¿Y mi madre?

—Ignoro quién sea

—¡Que lo ignoráis!...

—Eres hijo de la liviandad, de la deshonra, hijo del pecado...

—¡Dios mío!...

—Tu padre, que es el único a quien co-

nozco, no me reveló el nombre de la infeliz que había olvidado sus deberes.

—¡Vive mi padre, quizá está muy cerca de mí!...

—Está muy lejos.

—¡Y mi pobre madre!...

—Si ha llegado a morir y Dios la ha perdonado...

—¡Ah!... ¡Cuánto sufro!...

—¡Pobre Raúl!... ¡Te destrozo el alma!... Perdóname, pero es forzoso.

El llanto volvió a correr por las mejillas de Tomasa.

El niño guardó silencio y ocultó el rostro entre las manos.

Trascurrieron algunos minutos.

Luego prosiguió Tomasa:

—Hace quince años que, una hora después que naciste, tu padre te confió a mis cuidados y desapareció.

—¿Y no habéis vuelto a saber de él?

—Sí, está perseguido.

—¡Perseguido!... ¿Por qué?

—Por enemigo del rey.

—¡Ah!...

—La cabeza de tu padre...

—¡Pertenece al verdugo! — murmuró Raúl con voz sorda.

Y sus negros ojos despidieron dos centellas.

—En los quince años que han transcurrido no ha intentado tu padre averiguar siquiera si vivías.

—¿Créis que mi padre se ha olvidado de mí?

—Bien puede olvidarse de un hijo quien reniega de Dios.

—¿Qué estáis diciendo?

—Tu padre es hereje.

—¡Hereje!

—Y tú estás condenado a pagar las culpas que no has cometido.

—Lo que decís es incomprensible.

—Si me ves llorar noche y día, es porque no ha faltado quien haga averiguaciones, y cuando menos lo esperemos, la Inquisición se apoderará de tí, para imponerte largas y duras penitencias que te purifiquen de la mancha que has heredado.

—Eso no puede ser...

—No conoces el mundo, Raúl.

—¿Con qué derecho atentarían contra mí?

—Con el que les da su poder. Si esto es justo, lo ignoro; pero sí puedo asegurarte que así sucederá y que no serás tú el primero.

El joven miró con asombro a Tomasa.

—Aun es tiempo — repuso ésta — de que te libres de tan horrible desgracia, y lo que es más, de que te pongas en situación de alcanzar algún día el perdón de tu padre.

—Por mi parte todo lo haré — dijo Raúl sin vacilar.

—Renuncia a tus proyectos de ser soldado.

—Renunciaré si es preciso.

—Y antes que te obliguen a seguir una vida de penitencia y santidad, abrázala tú.

—¡Que yo abrace una vida!...

—La religiosa.

—¡Yo fraile!...

—Sí.

—¡Jamás!

—Por tu padre...

—Huiré y lo buscaré...

—Te perseguirán lo mismo que a él lo persiguen, te declararán criminal...

—¡Oh!...

—¿Qué podrás hacer entonces?... Hijo mío, es menester que, a toda costa, te libres del peligro que te amenaza. Huir es una locura. ¿Adónde irás, pobre niño, sin recursos ni protección de nadie? ¿Dónde te ocultarás? ¿Cómo vivirás? Esto es imposible.

Raúl inclinó tristemente la cabeza.

Tomasa añadió, después de algunos segundos:

—Un santo varón a quien he acudido, me ofrece su ayuda, que vale mucho.

—¿Y qué os promete?

—Mucho, muchísimo más de lo que merecemos.

—Sepamos.

—Entrarás como novicio en el real monasterio de El Escorial; el superior te mirará como a un hijo y después que profeses te recomendarán al monarca. Tienes talento y sabrás hacerte querer y valer.

—Comprendo.

—¡Quién sabe si te esperará un brillante porvenir!...

—Lo que me importa es mi padre.

—Entonces sabrás quién es y harás en su favor lo que de otro modo te sería imposible.

—¿Y si aun vive mi madre?...

—Tal vez tu pobre madre lo espera todo de ti... ¿Le negarás este sacrificio?

—No— dijo Raúl.

Y el llanto humedeció sus negros ojos.

No podía suceder otra cosa sino lo que vamos viendo.

Raúl tenía quince años, era un niño con un corazón muy noble; pero desconocía completamente el mundo.

Todo lo que le decían de su padre y de su porvenir lo veía a través del prisma de su inocencia y su filial ternura.

Con la misma facilidad que había creído poder llegar a ser maestre de campo creyó entonces que podría ser obispo, y aun tener influencia en el ánimo del rey y en los negocios de Estado, con lo cual alcanzaría para sus padres cuanto quisiese.

Esto no es raro en un niño doblemente cuando el niño se cría como Raúl.

La conversación se prolongó bastante, concluyendo con decir Tomasa:

—Reflexiona y decide.

(Continuará)

Lea en el próximo número

NAZENLER

Los Secretos de una Gran Ciudad

Intenso romance de aventura, de intriga, de sacrificio y de heroismo, escrito

Por HAL SIDNEY

Autor de "Detrás de la Puerta Cerrada".

(Continuación)

SI sus amigos no llegaban a tiempo a sacarles de allí quedarían atrapados definitivamente en aquella trampa de muerte!.

Mientras tanto Groom y los e estaban con él seguían realizando todos esfuerzos posibles para forzar la puerta e Masters y el ciego habían cerrado desés de su desesperada fuga.

La puerta era maciza y aun cuando Groom el policeman golpearon en ella repetidas ces con toda la fuerza de sus hombros, no lió absolutamente nada. ¡Y cada segundo nía grandísima importancia en aquellos omentos!

Débilmente, como desde lejos, llegaban sta ellos los gritos de Jim. ¡Pero si no loaban forzar aquella puerta la venganza Sanquar y de Masters caería sobre sus isioneros! Este pensamiento hízoles redoar sus esfuerzos, pero todo resultó inútil.

—¡No será posible forzar esa puerta sin rramientas! — exclamó Jack desespera. — ¡Si tuviéramos siquiera la palanque- que dejamos en la sala de los espejos!

Pero el único sitio por el cual se podía ir la sala de los espejos era aquel que, ennces, hallábase tapado por la pared modiza que ellos habían visto cerrarse.

Una rápida idea acudió a la mente de room. El hombre a quien tenían prisione, en su calidad de miembro de la gavilla, bía conocer el secreto del mecanismo que ovía aquella pared.

Se volvió hacia el preso, que estaba muy lido.

—Venga conmigo al piso de arriba. ¡Vaos! ¡Pronto!

Obligó al hombre a que le precediera, escalera arriba, hasta llegar a la habitación, — tan lujosamente amueblada, — que quedaba detrás de la sala de los espejos.

Groom indicó la pared movediza, que, mediante algún mecanismo hidráulico, había cerrado el paso entre la sala de los espejos y el misterioso interior de la casa.

—¿Cómo funciona eso? Necesito pasar. ¡Dígalo inmediatamente!

El hombre movió negativamente la cabeza.

—No sé, — dijo. — No me dijeron nunca el secreto.

Mentía. Groom lo comprendió al ver su mirada que se esquivaba, al fijarse en el gesto de aquel rostro repulsivo. Pero no estaba dispuesto a dejarse burlar por aquel hombre cuya traición pérfida había estado a punto de causarles la muerte a él y a sus dos compañeros en el cuarto donde los encerró soltando luego el gas sofocante y mortífero. Dirigió una mirada a su alrededor. En un rincón del cuarto había un bastón de bambú. Tomándolo rápidamente, Groom aplicó con él un fuerte golpe en la espalda del prisionero.

—¡Voy a apalearlo hasta que se caiga muerto o hasta que me haya dicho cómo se hace funcionar ese mecanismo! — dijo Groom con terrible acento.

El hombre se acobardó al oír la amenaza. Antes de que Groom repitiera el golpe se había rendido por completo. Acercóse a un rincón del cuarto y allí oprimió un oculto botón. La pared se movió hacia abajo con la suavidad de un ascensor, desapareciendo en el piso.

Los secretos de una...

—¡Tome el hacha y la palanqueta! — ordenó Groom iluminando con su linterna la sala de los espejos. — ¡Y no se olvide de que tengo el revólver en la mano y no ceso de apuntarle!

El hombre tomó las herramientas. En el momento en que volvían, corriendo, por el pasaje subterráneo, Jack acudía a su encuentro.

—¡Mire! — gritó señalando el piso del pasadizo.

Por la hendija de debajo de la puerta comenzaba a salir agua.

No había un momento que perder. Groom tomó la palanqueta mientras el policeman tomó el hacha. Golpe tras golpe, cayeron fuertes y enérgicos sobre la pesada puerta de roble. Ante semejante ataque la puerta cedió por último.

En el pasaje, del otro lado de la puerta, había una capa de agua de un pie de altura.

Groom tomó por el cuello al prisionero.

—¡Diga inmediatamente donde están Strangways y Rodman! — dijo.

—¡No podemos ir! — exclamó el hombre temblando de miedo. — ¡Han soltado el agua del foso! ¡Nos vamos a ahogar si intentamos ir a buscarlos ahora!

Hubiera querido soltarse de la mano de Groom para huir ante el agua que avanzaba. Pero Groom le sujetaba con fuerza.

—¡Y yo le meteré una bala en la cabeza si no hace lo que le he dicho! — gritó el superintendente con energía.

El hombre miró al rostro de Groom y comprendió que el policía no le amenazaba en vano. Desesperado de terror corrió, avanzando, por el inundado pasadizo.

Pero no era casi necesario que el hombre les guiara. Se oían claramente los gritos de los prisioneros que estaban al otro lado de una puerta que se hallaba ante ellos.

—Quédense ustedes atrás. No es necesario que vayamos todos, — dijo Groom a Jack y a Cartwright mirando por encima del hombro.

Pero su indicación no fué escuchada. Estaban demasiado ansiosos por la suerte de los prisioneros para quedarse atrás.

Mientras avanzaban, Groom, dirigiendo la luz de su linterna hacia la oscuridad que se extendía ante ellos, vió que el pasaje terminaba en otra puerta, situada una docena de yardas más allá de la puerta hacia la cual se dirigían.

Era aquella por donde Sanquar y Masters habían huido después de abrir paso al agua, una puerta que cerraba herméticamente y que les había permitido escapar sin miedo a la inundación que habían desencadenado.

Jack, cuando se acercaban al sitio por donde salía el agua a borbotones, gritó muy emocionado, dirigiéndose a los prisioneros:

—¡Ya llegamos! ¡Ya estamos aquí! ¡Soy Jack!

Pero la llave no estaba en la cerradura. Un terrible golpe de la palanqueta de Groom dió en la puerta.

Inmediatamente se oyó la voz de Jim que decía, del otro lado de la puerta, algo que les emocionó mucho.

—¡El agua nos llega al pecho!

Del otro lado de la puerta el agua entraba más rápidamente de cómo podía pasar, — por debajo de la misma puerta, — al pasaje.

—¡Pónganse a un lado! — ordenó Groom.

Con otro golpe poderosísimo la cerradura saltó. Entonces, en el momento en que Groom abrió la puerta, el enorme volumen de agua encerrado en el cuarto se precipitó sobre ellos como una catarata. En pocos instantes halló su nivel en el nuevo espacio en que pudo extenderse. El agua les llegaba entonces a las rodillas y seguía subiendo.

La luz de la linterna de Groom iluminó el interior del cuarto.

Jim Strangways y Rodman, que habían sido abatidos por el impulso del agua, parecían a punto de hallarse vencidos por su terrible emoción. El socorro había llegado en el momento oportuno. Cuando se abrió la puerta el agua les llegaba ya al cuello.

Los salvadores entraron rápidamente y tomando del brazo a los dos exhaustos prisioneros comenzaron a salir de aquel horrible remover de agua en torbellino.

El nivel del agua alcanzábales casi al pecho cuando llegaron a la escalera por donde se salía de aquellos subterráneos.

—¿Se siente mejor, señor? — preguntó Jack con asiendad cuando hubo cortado las cuerdas que sujetaban las muñecas de Jim.

La expresión del rostro de Jack mostró a Jim todo lo que había sufrido el muchacho durante los últimos momentos, angustiado por la idea de que su amigo corría peligro de muerte.

Sentíase Jim casi a punto de desmayarse, pero así mismo trató, — con grandísimo esfuerzo, — de sonreir.

—Me siento bien, muchacho... y dentro de uno o dos minutos me sentiré mejor. ¡Pero puedo asegurar que el ruido más agradable que he escuchado en mi vida fué el de los golpes de la palanqueta en la cerradura de la puerta!

—La única lástima es que los dos canallas que urdieron ese diabólico plan se nos han escapado de entre las manos, — dijo apesadumbrado Groom. — ¡Pero tenemos en nuestro poder a uno de los de la gavilla, que tendrá que responder a la acusasión por tentativa de triple homicidio!

Y se notó una salvaje satisfacción en su mirada cuando se fijó en el rostro del prisionero.

Jim Strangways y Rodman estaban empapados de pies a cabeza y para ellos, por suerte había, — en la casita de la portería, — ropa con la que pudieran cambiarse.

Cuando pasaron por la sala de los espejos, al salir Groom se asomó a la ventana y miró. El foso estaba sin agua.

LIGADO POR UN JURAMENTO

Mientras se cambiaban apresuradamente de ropa en la casita de la portería, Rodman dijo de pronto y por lo bajo a Jim:

—Que nadie se entere de que yo soy Gilbert Frayde.

Hallándose ya fuera de peligro y pudiendo Jim darse cuenta de la nueva situación,

el conocimiento de la verdadera identidad de Rodman le daba mucho que pensar.

¿Qué destino debía tener, — por ejemplo, — el dinero que le había sacado de la pobreza más absoluta para hacer de él un hombre de fortuna, desde que el hombre a quien había heredado resultaba no haber muerto?

—En cuanto al dinero y demás bienes de que yo le dejé heredero es suyo y suyo seguirá siendo, naturalmente esté yo vivo o muerto, como había resuelto estarlo...

—¡Pero yo no puedo despojarlo de su fortuna en estas circunstancias! — dijo rápidamente Jim.

El otro echó a reir.

—¿Por qué no, si yo lo deseo así? Yo estoy legalmente muerto y no quiero volver a la vida. Más tarde le explicaré por qué procedí de ese modo. No fué para darle a usted una broma de mal género, presentándome luego, de improviso a reclamar mi dinero. Es usted mi único pariente y mi heredero directo y yo me felicito de que me haya heredado ya sin tener que esperar a mi muerte

—Pero si yo me quedo con su fortuna ¿qué hará usted?

—¡Oh! ¡No estoy pobre si es a eso a lo que se refiere! — dijo riendo el llamado Rodman. — Yo tomé mis precauciones cuando decidí "morir" en Venecia. Lo que usted heredó, Jim era tan solo una parte de mi fortuna. Yo era más rico de lo que podía usted figurárselo. Me quedé con dinero más que suficiente para cubrir todas mis necesidades. No podré gastarlo todo por mucho que viva. ¡Y le advierto, Jim, que como vuelva a hablarme de cuestión de dinero, reñiremos!

Calló un momento y después agregó con tristeza:

—Usted debe saber, Jim, que aun cuando no le vi a usted si no muy pocas veces, hasta estas últimas semanas, debido a un disgusto de familia, del cual fuí culpable, le tuve siempre mucho aprecio y ese aprecio se acentuó sobremanera cuando me enteré de cómo. después de enterarse de mi supuesta muerte. se dispuso a cumplir mi deseo respecto a la Granja de Darkmere. Usted demostró su carácter y su valor esta noche, al caer en manos de esos canallas. Por mi simpatía de antes y por mi afecto de ahora, quiero que mi fortuna sea suya. Jim. Lo único que espero es que sea para usted una bendición, ya que fué todo lo contrario para mí.

No hubo entonces tiempo para más. Corrieron a tomar el automóvil. El primer coche había partido ya con Groom y su prisionero, Cartwright y Jack. Jim dejó que el automóvil corriera a toda velocidad. Llegaron a Wansford en pocos minutos. En la oficina de policía encontraron a Cartwright y a Jack cambiados de ropa y sorbiendo algo humeante y aromático.

—¡Qué bien huele eso! ¡Espero que no se lo habrán tomado todo! ¿Queda algo para nosotros? — preguntó Jim.

Jim y sus amigos no permanecieron allí mucho. Tenían prisa por volver a su casa.

—¿Y usted, Rodman? — dijo Jim. Supongo que vendrá usted con nosotros, ¿no es verdad? Allí acabará usted de curarse. Además... ¡Tenemos tanto que hablar!

—Sí. Tendré mucho gusto en ir, — fué la respuesta. — Pero recuerde que Gilbert Frayde ha muerto y debe seguir muerto, — agregó en voz baja de modo que sólo Jim le oyera. — ¡Nadie, ni aun su esposa, debe saber que vivo!

—Sería bueno que viniera usted mañana, señor Strangways, — dijo Groom al despedirlos. — Podemos hacer una investigación detenida de toda la casa. ¡Me parece que de esta hecha las "ratas" han tenido que abandonar su madriguera!

Sabía que Sanquar y Masters se habían escapado por el testimonio del policeman a quien había dejado de guardia al cuidado de los automóviles.

El policeman había visto un automóvil con dos personas que se alejó con suma rapidez de la Granja de Darkmere más o menos cuando Groom estaba llegando con sus compañeros, al cuarto inundado.

Rodman pudo explicar a Jim como se habían escapado aquellos dos hombres.

La continuación del túnel cerrado por la puerta que no dejaba pasar el agua, conducía a una vieja caballeriza situada del otro lado del terreno de la Granja. Del túnel se pasaba a la caballeriza por una puerta que había disimulada en el suelo, bajo una capa de paja.

En aquella caballeriza era donde los de la gavilla guardaban su automóvil, el que habían usado para sacar secretamente el cuerpo del doctor Marr de la Granja de Darkmere y en el cual el ciego y su compinche habían huido aquella noche.

Fueron, pues al Chalet de las Rosas, donde Rodman fué presentado a Marjorie para quedar inmediatamente, como le pasaba a cuantos la conocían, prendado del encanto de la joven.

—Sí, hemos tenido una aventura bastante peligrosa, — dijo sonriendo Jim al notar que Marjorie le miraba interrogante viendo la ropa que tenía puesta. — No me importa confesarlo desde que ya no nos amenazan nuevos peligros en la Granja de Darkmere. ¡Hemos vencido a las "ratas" dentro de sus propias cuevas!

Y contó cómo habían detenido a uno de los de la gavilla mientras los otros huían. Rodman no le notó una expresión de alivio en el rostro de Marjorie.

El pensar en aquella vieja casa había sido siempre, para ella, una pesadilla, por el peligro que constituía para Jim.

—¡Jim! ¡Quisiera que mi esposo no tuviera que encontrarse de nuevo jamás con esos hombres! — exclamó la joven.

Jim no hizo a eso respecto observación ninguna.

Pero comprendía perfectamente que no era posible que no volviera a tener un nuevo encuentro con los de la gavilla de Sanquar o con el mismo Sanquar.

Mediante la intervención de Jim y de sus amigos el jefe de aquella organización criminal había sido arrojado de su escondrijo secreto y su culpabilidad, — en lo que a la muerte de Viziard se refería, — puesta en evidencia.

Semejante hombre tenía que devolver el golpe. Hasta que el ciego y sus cómplices no estuvieran presos Jim, — y él lo sabía bien,

— debía vigilar constante y estrictamente. Aquella noche había terminado un capítulo de sus aventuras, pero ¿y el próximo? Jim no ocultaba de que Sanquar tenía que figurar en ese próximo capítulo.

El y Rodman permanecieron levantados hasta muy tarde, conversando.

—¡Sanquar y sus hombres habían trastornado mi vida en un infierno! — dijo el anciano. — No debo negar que mi vida no fué, en una época, todo lo intachable que yo hubiera deseado. Cometí una vez algo, que no fué ningún delito grave, pero que me puso a merced de Sanquar. Me sometió al más terrible chantage. Era insaciable en sus pedidos. Mediante el poder que ejercía sobre mí me obligó a dejar que la Granja Darkmere se transformara en oficina central de su gavilla diabólica. Pero entonces yo ni aún sabía a qué se dedicaba la gavilla infernal.

El anciano frunció el entrecejo, preocupado por aquellos horribles recuerdos.

—Sanquar se dió cuenta de lo bien que se prestaban, para sus propósitos criminales, todos aquellos pasadizos subterráneos que datan de la época de los contrabandistas. Un grupo de la mecánica había inventado e instalado todas esas combinaciones extrañas que podían hacer su guarida más segura todavía.

—Es verdad.

—Como me encontraba a su merced tuve que ceder ante sus amenazas y dejar que empleara la Granja como quisiera. Pero ni aun el temor que me imponía ese hombre no pudo hacer que me callara cuando supe los siniestros propósitos a que dedicaba la casa... En una ocasión fué el más tenebroso de los crímenes... ¡el homicidio!

Rodman hizo una pausa.

—Aun ahora no tengo valor para relatar los detalles. Baste decir que les desafié y que logré evitar que cometieran otro crimen semejante que habían urdido, arrebatando a la víctima de sus garras. ¿Oyó usted esta noche a Sanquar que me acusaba de haber quebrantado mi juramento?

—Sí.

—Me dejaron con vida poniéndome por condición para ello que jurara que nunca les traicionaría. Fuí, quizás un cobarde al comprar a ese precio mi seguridad, pero dominó en mí el instinto de conservación. Cumplí mi juramento sin discutir si había hecho bien o mal en prestarlo. Recién esta noche, Sanquar, como usted lo sabe, me relevó presuntuosamente de su cumplimiento.

De nuevo volvió Rodman a callar un momento.

—El pensar en el tenebroso crimen que se había cometido en aquella casa de mi propiedad, y la idea de que no me era posible entregar a la justicia a los autores, conociéndolos, hacían de mi vida una continua tortura. Comprendía que estaba en la obligación de hacer algo ¿pero qué? El juramento me ataba. Entonces se me ocurrió la idea de mi fingida muerte en el extranjero y comencé a preparar la combinación. Para un hombre de mi fortuna el plan no era de realización difícil.

—¿Cómo hizo?

—Un inglés, que se hallaba gravemente enfermo, consintió en adoptar mi nombre. Con mi dinero yo había aliviado sus crueles días de enfermedad. Cuando falleció se le enterró como si fuese yo, con mi nombre.

—¡Ah!

—Por primera vez entonces, me ví libre de lo que había sido para mí una pesadilla; me ví libre de la persecución de Sanquar y sus secuaces. Estaba convencido de que la carta que había dejado para usted haría que mi heredero, a menos que yo me hubiese equivocado por completo al juzgar su carácter, se preocupara en descubrir el nido de pillos instalado en la Granja de Darkmere cosa que yo, debido a mi juramento, no debía intentar. Fuí a vivir a la casita de la portería con el nombre de Rodman, a fin de que, llegado el caso, me fuera posible protegerle a usted si se encontraba en peligro. Esta noche he visto realizada parte de mis esperanzas y por ello tengo que darle a usted las gracias, Jim. Usted procedió tal como yo esperé que lo hiciera. ¡Pero hasta que esos criminales no hayan sido prendidos y entregados a la justicia, como deben serlo, no me consideraré satisfecho! — exclamó el anciano.

Y al decir eso se notó en sus ojos una mirada de terrible decisión.

—¡En eso le acompaño con alma y corazón! — exclamó Jim. — ¡No me consideraré satisfecho hasta que no hayamos entregado a Sanquar a la justicia. No sólo porque, como usted, he sufrido por su culpa sino también porque es horrible pensar que un criminal de esa especie ande suelto sin pagar, ante la sociedad, los crímenes que ha cometido.

—Yo, por mi parte, no tendré, en mi vida, más objeto que ese: ¡la prisión y la condena de Sanquar! ¡Y en ese propósito quiero que usted me ayude! — dijo con ímpetu el anciano.

—¡Puede usted contar con mi colaboración más entusiasta! — exclamó Jim con energía. — ¡Hay que terminar con las maldades de esa gavilla! — Y después añadió: — ¿Está usted decidido a seguir siendo Rodman hasta que todo eso se solucione?

—¡Sí! Las circunstancias lo exigen ahora. ¡Figúrese todo el escándalo que produciría mi regreso del otro mundo! Además no serviría de nada. Yo no tenía amigos, mi carácter, agriado, me había hecho vivir aislado. Creo que el dinero que tenía era lo que envenenaba mi existencia haciéndome desconfiar de todos, sin poder ver nunca, en nadie un acto de sinceridad y desinterés. ¡No! No deseo volver a ser Gilbert Frayde otra vez. En el tiempo que llevo siendo Rodman he aprendido a apreciar lo que vale una amistad desinteresada: la de usted, Jim. Y espero, en lo futuro, conquistar otra amistad no menos encantadora, la de esa muchacha tan bella y tan buena con quien usted se ha casado.

Y dicho esto el extraño y excéntrico anciano, tendió con franqueza su mano.

Jim se la estrechó de todo corazón.

EL FUMADERO DE OPIO

Envolvía una niebla húmeda todos los barrios londinenses cercanos al río en el momento en que un automóvil, saliendo del bullicio y de la luz de la vida nocturna de una bien iluminada avenida, penetró en una calle estrecha y oscura que conducía a la orilla del Támesis.

Una orden — trasmitida mediante el tubo acústico — hizo que el chauffeur detuviera el vehículo.

Cuatro hombres descendieron del coche.

El primero de ellos era Groom, — el superintendente de policía de Wansford, — vestido de particular; le acompañaba Jim Strangways. Los otros dos eran agentes de policía, vestidos también de particular.

Habían pasado ya dos noches desde la realización de los sucesos que acaecieron en la Granja de Darkmere.

Dejando allí el automóvil, los cuatro hombres siguieron por la estrecha y sucia calle hacia los muelles de las Indias Occidentales. En aquellos parajes se encontraba el barrio más curioso, quizás, de Londres, el llamado "la ciudad china".

—El fumadero de opio de Yen Lun está situado a la vuelta de aquella esquina, — decía Groom. — Y allí, a mucho me equivoco lo encontraremos a Jermy. Como yo les he dicho puse estricta vigilencia frente a esa casa y hace dos días le vieron entrar en ella sin que, hasta el presente se haya ausentado, como no haya sido por el río, el que da el fondo del tugurio de Yen Lun. Pero eso no es verosímil.

Jim Strangways pensó en su vecino de Orchardway, en el hombre siempre tan pulcramente vestido y le pareció extraño que pudiera ser cliente de uno de esos inmundos fumaderos de opio en los que los viciosos se entregan secretamente a su afición.

Pero también era difícil creer que aquel hombre, — que frecuentaba los círculos sociales más distinguidos, — fuera miembro de la gavilla criminal de Sanquar y, sin embargo lo era.

Además Jim estaba convencido de que Jermy había sido el enmascarado que había contribuído a hacerle caer en la celada, — a él y a Jack, — en la granja de Darkmere, la noche aquella en que a no haber sido por el perro de Rodman, hubieran desaparecido para siempre sin que nadie pudiera averiguar cómo y dónde habíase efectuado su desaparición.

Aquella noche inolvidable el hombre enmascarado había dejado una impresión digital roja en la madera de la puerta, una denunciadora impresión digital que Groom había sacado con toda prolijidad y conservado como dato importante.

En cuanto se pudiera probar que aquella impresión digital era de los dedos de Jermy tendrían la prueba concluyente de que aquel hombre era uno de los afiliados a la gavilla cuyos miembros quería, la autoridad policial, entregar a la justicia.

El convencimiento de Jim Strangways no constituía prueba palpable así que necesitaban conseguir una impresión de los dedos de Jermy para poder compararla con la impresión recogida por Groom.

Esto era lo que esperaban obtener aquella noche en el fumadero de opio situado en la ciudad china de Londres, donde la presencia de Jermy era conocida debido a que uno de los subordinados de Groom le habían seguido sin cesar, vigilándole constantemente junto con varios compañeros de la policía.

—¡Usted quédese aquí y vigile bien! — dijo Groom a uno de los agentes.

Con sus otros dos compañeros se dirigió hacia una tenducha pequeña y sucia sobre cuya estrecha puerta había un letrero que decía "Yen Lun — Cigarrería" y tenía debajo varios caracteres de escritura china.

Groom abrió la puerta y penetró en el pequeño mugriento negocio.

No había nadie en él, pero de detrás de una cortina de tela asiática, adornada con grandes dibujos de flores, surgió un chino anciano vestido de blusa larga, pantalones azules y zapatos de gruesa suela de fieltro. El chino miró de soslayo, con sus ojos oblícuos y en forma de almendra a los tres recién llegados.

Sin hacer caso de él, Groom apartó la cortina y avanzó por un corredor. Al extremo de éste había un tabique de madera con una puerta en la cual golpeó con impaciencia.

Abrióse en el tabique un ventanillo como de un pie cuadrado y por el hueco apareció un rostro, — un rostro que parecía ser de pergamino viejo, amarillento y sucio, — un rostro como una máscara horrenda. Jim se dijo que no solo no había visto jamás sino que jamás había podido figurarse que pudiera existir una cara tan fea.

—¡Hemos venido a hacer una visita a su fumadero, amigo mío!, — dijo Groom.

Los ojos de la arrugada cara no cambiaron de expresión.

—¡Aquí no se fuma nada! ¡Está equivocado! ¡No es esta la casa! — dijo suavemente el celestial.

Iba a cerrar otra vez el ventanillo, pero Groom metió por el hueco su forzudo puño y lo hizo permanecer abierto. Después, el superintendente se levantó un momento la solapa del saco y mostró su medalla oficial.

—No sea tonto, Yen Lun, si es este su nombre, — — dijo con intención. — Con nosotros no valen mentiras. Necesito echar una mirada a su clientela esta noche. No se trata de una visita oficial, al menos en lo que a usted se refiere, así que no tendrá nada que temer, si es que no pretende obstruírme el paso. ¿Comprende?

Al parecer el hombre comprendió. Con manifiesta mala gana abrió la puerta. Groom y sus dos acompañantes entraron. Su encogido guía, con paso breve y silencioso, les dirigió hacia otra habitación cuya puerta abrió.

La atmósfera, — dentro de aquel cuarto,

— era sofocante, venenosa, nauseabunda. Jim retrocedió un paso con asco. Aquel aire, cargado de emanaciones de opio, era casi irrespirable.

Un farol de papel, colgado del techo iluminaba pobremente la repulsiva escena. Junto a las paredes del cuarto había camas como las de los camarotes de buques, puestas una sobre otras y delante algunos "chaises longues" con mantas y cojines. Todos los lechos estaban ocupados.

Jim no tuvo más que fijarse en el rostro de sus ocupantes para darse cuenta de que se trataba de seres humanos degradados a la categoría de bestias.

Algunos estaban con los ojos cegados, respirando sonoramente; otros miraban atónitos cómo si vieran entre sueños a los recién llegados; varios chupaban diminutas pipas de metal. Los había blancos amarillos, morenos, todos con caras tétricas, caras que horrorizaban.

En un rincón del cuarto un hombre de raza amarilla, de aspecto repulsivo, con la cabeza afeitada de manera característica, estaba de pie ante un velador en el que había una pequeña lámpara de petróleo, con una bolita de opio puesta en la punta de una larga aguja, sosteniéndola sobre la llama hasta que, por el calor, comenzó a formar una burbuja. Entonces la dejó caer en el pequeño hornillo de bronce de una pipa que alcanzó a uno de los clientes que esperaba con horrible gesto de ansiedad en el rostro.

Jim miró con un estremecimiento de fascinado horror, aquel cuadro, olvidando por el momento el objeto que les había llevado a tan horrible tagurio.

Groom le tocó el brazo.

—¿Ha encontrado usted al hombre que buscamos? — le preguntó su voz baja.

Saliendo de su abstracción, Jim miró a su alrededor. De pronto, su mirada se detuvo. El hombre que estaba echado boca arriba en una de las "chaises longues" con los ojos entreabiertos, mirando como entresueños a su derredor, con la pesada apatía del que se halla bajo los efectos de la terrible droga, era el elegante Cecil Jermy.

—Hay aquí ojos que observan todos nuestros movimientos. Dígame cuál es Jermy sin indicarlo con la mano ostensiblemente, — dijo Groom y Jim en voz muy baja.

—Es el que está en la "chaise longue" situada en aquel rincón, cerca de la puerta que tiene la cortina — respondió Jim también en voz baja. — El que está acostado con la mano colgando fuera de la manta que le cubre medio cuerpo.

—¡Muy bien!

Groom se volvió y dijo algunas palabras en voz baja al agente que le acompañaba. Pero no se dirigieron a Jermy inmediatamente. Los ojos de su amarillo guía les miraban desconfiados. — Groom lo sabía, — y su deseo era llevar a cabo lo que se proponía sin inspirar sospechas.

El superintendente y su subordinado dirigiéronse como ociosamente, a pasear en torno de la habitación. Cuando llegaron al lecho de Jermy, el compañero de Groom se detuvo fingiendo muy bien un sobresalto de sorpresa.

—¡Que me ahorquen si usted no es Charlie Hake, de San Francisco de California! — exclamó de pronto. ¡Como está con el opio no me conoce, pero es usted, no cabe duda! ¡Venga esa mano, amigo y compañero!

Los ojos atónitos de Jermy se fijaron en el que hablaba con extrañeza y sorpresa, como si apenas lograra darse cuenta de su presencia.

El agente tendió la mano y estrechó la del hombre acostado. Jermy dejó descansar su mano en la del otro. La mano cayó como inerte cuando el agente la soltó.

—¡Charlie Hake! — dijo entonces Groom con el tono de sorpresa más natural del mundo. — ¡Yo conocí mucho a Charlie Hake, pero, en verdad, no le hubiera reconocido porque está muy cambiado. Puede ser que no sea Charlie. De todos modos, un saludo no hace mal. ¡Qué tal Charlie o quien quiera que sea!

Y Groom, a su vez, con su enguantada mano, estrechó la diestra del fumador de opio tendido semi-inconsciente en la "chaise longue".

Jim Strangways miraba todo aquello desde el otro extremo del cuarto y se daba cuenta de que Groom había realizado el plan que le había hecho ir aquella noche a aquel sitio. En la palma del guante de cabritilla clara que llevaba puesto Groom, debía estar la impresión de las yemas de los dedos de Jermy.

Porque en el guante del primero que había estrechado la mano de Jermy había sido untada una sustancia oscura y pegajosa que debía haber manchado los dedos del otro.

Y si las impresiones que aparecían en el guante de Groom eran iguales a las recogidas por el superintendente en la puerta del cuarto de la Granja de Darkmere, la prueba de la culpabilidad de Jermy se hallaba ya en poder de la policía.

En aquel momento, cuando se iba a acercar al grupo, algo atrajo de pronto la atención de Jim Strangways.

Cerca del rincón donde se hallaba tendido el hombre dormido por el opio, veíase una puerta, cubierta por una cortina. — No era la puerta por donde habían entrado al cuarto del fumadero. — Y por entre los pliegues de la cortina que cubría la puerta había aparecido una mano que agarraba — como tanteando — los pliegues de la tela, para abrirse paso.

Pero aquella acción pareció detenerse de pronto. La cortina dejó de moverse. La persona que iba a entrar no entró.

LA PERSECUCION DE SANQUAR

La mano había desaparecido detrás de la cortina casi inmediatamente después de haberla visto Jim Strangways.

Pero no antes de que sus asombrados ojos hubieran reconocido de quien era aquella

mano, gracias a la delatora cicatriz que tenía.

Sanquar, una de las figuras más siniestras de toda la Gran Ciudad, aquel de cuya culpabilidad tenía pruebas la policía, el mismo en cuyo poder encontróse a punto de morir, estaba—Jim no lo dudó ni un solo instante, — detrás de aquella cortina chinesca en la casa del fumadero de opio.

Había sido, — sin duda — el timbre de voz de Groom, — que probablemente había reconocido, — lo que le había advertido rápidamente del peligro al terrible ciego. Sanquar debió oír la voz en el mismo momento en que se disponía a entrar en el fumadero.

Rápidamente, Jim Strangways se acercó al superintendente Groom.

—¡He sacado cuatro excelentes impresiones digitales y las tengo marcadas en el guante! — dijo Groom en voz baja, entusiasmado, mirando al hombre adormecido por el opio, tendido en la chaise-longue del fumadero. Y agregó inmediatamente al notar la emoción que se mostraba en el rostro de Jim. — ¡Qué le pasa! ¿Qué sucede?

—¡Creo que Sanquar se halla en esta covacha! — dijo Jim en voz baja.

Y rápidamente le contó lo que había visto, mirando al mismo tiempo, varias veces a la cortina chinesca de la puerta interior.

Detrás de ellos, los oblicuos ojos del propietario del fumadero, les observaban con desconfianza y temor.

—¡Diablos! — murmuró Groom guiñando un ojo — ¡Eso es importante!

Volvióse para decir algunas palabras en voz baja al agente de policía que había entrado con él y se dirigió después hacia la puerta que quedaba oculta por la cortina.

En el mismo momento, el chino, con rápida intención, había sacado un silbato y lanzado un breve silbido. Corrió al mismo tiempo a interponerse entre Groom y la puerta.

—¡No pase por aquí! ¡Por aquí no es la salida! — exclamó Yen Lun.

Pero Groom no estaba dispuesto a tolerar que el chino le obstruyera el paso.

—¡Fuera del camino! ¡Fuera! — exclamó tomando al chino por los hombros y arrojándolo a un lado sin delicadeza ninguna.

En seguida acercóse a la puerta y descorrió de un tirón la cortina.

En la oscuridad del pasadizo que se veía allí, pudo distinguir la silueta de un hombre que huía en dirección de una puerta. Cuando corrió en su persecución, seguido de Jim Stranways y del otro agente de policía, oyeron el ruido de una llave que se movía en la cerradura.

Groom se lanzó hacia la puerta cerrada. La hoja crugió al sentir su golpe, pero resistió el choque. Un segundo ataque semejante tuvo el mismo resultado negativo.

Entonces, de la habitación situada del otro lado llegó el ruido de una detonación. Una bala agujereó la puerta a seis pulgadas de la cabeza de Groom y fué a aplastarse en la pared de enfrente.

A todo esto el pasadizo parecía haberse llenado, — por arte misterioso, — de gesticulantes chinos que surgieron sin que se supiera de dónde y que gritaban y manoteaban muy exaltados.

—¡Hola! ¡No traten de ponerme inconveniente, ustedes, señores "peligros amarillos" o me llevo preso a toda la banda! ¿comprenden? — gritó Groom arrojando a un lado, mediante un recio empellón, al chino que le quedaba más cerca.

Volvióse entonces hacia sus colegas.

—Tom ¿tiene usted su linterna eléctrica? ¡Bien! Dirija el rayo de luz a esta puerta y dentro de la habitación cuando la puerta se abra. Sanquar no puede ver más que en la obscuridad. La luz le pone ciego. ¡Que los demás se quiten de enmedio!

De nuevo cargó Groom contra la puerta dando esta vez con el hombre y con tanta fuerza que saltó la cerradura. Se oyó un fuerte crujido y la puerta se abrió.

Tuvo Groom la suficiente serenidad para echarse al suelo inmediatamente en cuanto se abrió la puerta.

Un disparo sonó en la habitación y una bala pasó por sobre Groom. Su colega, situado a un lado de la puerta, no presentaba blanco, pues lo que hacía era únicamente tenderle la mano en la que sostenía la linterna eléctrica cuyo haz de luz brillante proyectaba dentro del cuarto.

La luz permitió ver a Sanquar de frente a ellos, de espaldas a una ventana que estaba abierta. El rayo de luz le había cegado. No podía apuntar y se había quedado quieto, indeciso. Tenía el rostro muy pálido y un gesto de furia y de odio que horrorizaba.

Pero antes de que Groom pudiera ponerse de pie y avanzar, el ciego, — dándose cuenta de que estaba acorralado, — se volvió y con asombrosa agilidad se subió al borde de la abierta ventana.

Recortándose en la leve luz nebulosa, Jim vió la figura del ciego definirse con toda claridad durante un brevísimo instante.

¿Qué se proponía hacer el ciego? No era posible decirlo. Quizás quería saltar y agarrarse al caño de desagüe que corría por la pared de la casa, cerca de la ventana.

Pero cuando cruzaron el cuarto, sus perseguidores vieron que la figura que estaba de pie en el alfeizar se inclinaba.

Sanquar hizo un desesperado esfuerzo para no caer, pero no le valió. Instintivamente tendió los brazos como para recobrar el equilibrio. Pero en seguida, — lanzando un grito agudo, como el de un animal herido, — desapareció en el vacío de bruma que quedaba debajo de la ventana.

EN LA OSCURIDAD DE LA NOCHE

Un instante después, Jim Strangways se asomaba a la ventana y se daba cuenta de que daba al río.

Sobre el agua reinaba la oscuridad y había neblina. Fuera del ruido que hizo el ciego al dar en el agua no se oyó nada más. Reinaba el silencio sobre la superficie del río, velada por la bruma.

La marea estaba descendiendo y la corriente era muy rápida.

Dirigieron la luz de la linterna hacia abajo, hacia el agua que se había tragado al hombre, pero sus rayos no revelaron la presencia de nada.

Groom tocó su silbato policial. Inmediatamente la señal fué contestada por las voces de la tripulación de una de las lanchas automóviles de la policía que recorren día y noche el silencioso camino del Támesis. La lancha se acercó al sitio donde, en la ventana, brillaba la luz.

Groom les gritó rápidas explicaciones. La lancha, con sus tres ocupantes se dirigió rio abajo. En la proa se puso el oficial, dirigiendo a la superficie del agua el rayo de luz de un potente foco eléctrico, buscando así rastros del hombre que había caído al río.

Pero no se halló a Sanquar por aquellos sitios.

Era posible que hubiera zambullido muy hondo y hubiese sido llevado a alguna distancia, río abajo, por la impetuosa corriente.

—¡Miren! ¡Allá está! ¡Apuren!

Girando entre los remolinos de la rápida corriente, había visto una cara pálida y mojada tan cerca, que hubieran podido tocarla con un remo en el mismo momento en que los rayos de la luz del foco daban en el agua.

Obedeciendo a una orden, la lancha viró, cortando la corriente.

Pero antes de que llegara al sitio donde se hallaba lo que estaban buscando y que la corriente arrastraba con tanta rapidez, oyeron los de la lancha el vibrar de una sirena y de entre la niebla surgió un buque de vapor, grande y negro, con su línea de iluminados ojos de buey, un vapor que partía del puerto de Londres.

La lancha de la policía fué sacudida violentamente por el oleaje producido por el paso del vapor que marchaba a buena velocidad. El movimiento del agua continuó unos momentos después de pasado el buque grande y cuando la lancha pudo, por fin, ser manejada de nuevo, sus tripulantes no volvieron a ver lo que antes habían visto.

Después de un rato, la lancha regresó llevando al superintendente Groom la noticia de su fracaso.

—¡De todos modos Sanquar ha terminado su carrera en este mundo! ¡No hemos podido llevarle ante la justicia, pero ya no cometerá más crímenes! — murmuró Groom con pena. — Pero si las impresiones digitales que he tomado coinciden con las que ya tenía, podremos prender a otro de la gavilla que no se nos escapara por cierto, del fumadero de opio. ¡Pero créalo usted, hubiera sacrificado de buena gana un puñado de libras esterlinas de mis economías con tal de haber logrado que ese archipillo no escapara a la acción de la justicia!

Jim Strangways regresó al chalet de las Rosas llevando la noticia de que Sanquar había muerto ahogado en el Támesis.

—Si eso es verdad, el mundo se ve libre de un peligrosísimo criminal. Pero no me convenceré de que Sanquar ha muerto hasta que hayan recogido su cadáver y lo hayan identificado. — dijo Rodman pensativo.

Rodman, — con cuyo nombre era conocido por todos, menos por Jim, y que era, el tío de éste llamado Gilbert Frayde, — hallase alojado en el Chalet de las Rosas, mientras decidía sus futuros planes. Aquel mismo día había estado en Wagstaff a recoger sus ropas y objetos y había regresado acompañado de su fiel perro Rock.

Marjorie, que sabía cómo Rock había salvado la situación aquella noche en que Jim y Jack se hallaban en gravísimo peligro en la Granja de Darkmere, recibió al noble animal con grandes manifestaciones de simpatía.

Jim encontraba muy conveniente la permanencia del valeroso perro en el Chalet de las Rosas. Su presencia constituía una valiosa protección para los que estaban en la casa. Aun cuando casi no dudaba de que Sanquar se hubiera ahogado y aunque el arresto de Jermy debía efectuarse de un momento a otro, Jim pensaba que se hallaban en libertad otros miembros de la gavilla y en que no era improbable, dada la gente de que se trataba, que estuvieran combinando el modo de vengarse de la derrota sufrida.

Aquella noche se acostaron tarde. Después de comer estuvieron conversando y no faltó, por cierto, tema para la conversación. Por último, Cartwright — que se había alojado en una hostería de la muy cercana aldea, — vació la ceniza de su pipa golpeándola contra los hierros del hogar de la chimenea y se despidió. Los demás se retiraron a sus dormitorios dejando a Rock enroscado, en una alfombra, al pie de la caminera del hall.

Debía haber pasado más de media hora — aun cuando a Jim le pareció que acababa de dormirse, — cuando le despertó un ruido. Eran los furiosos ladridos del perro, — en el piso bajo, — unos ladridos interrumpidos por gruñidos de enojo.

Jim saltó de la cama y abrió la puerta de su dormitorio. Cuando salió se encontró con Rodman, que también había sido despertado por el ladrar del perro.

—Esto me parece sospechoso. Rock no ladra si no con causa muy justificada, — dijo el dueño del perro mientras encendía un fósforo y con él la bujía de su palmatoria.

Con la luz en la mano. Rodman miró, asomándose por la barandilla del rellano de la escalera.

Rock estaba junto a la puerta de entrada, arañándola con sus uñas como impaciente por salir.

—Alguien anda por fuera de la casa, — dijo Rodman en voz baja. — ¿Qué es aquello blanco que se ve allí?

Los dos hombres descendieron por la escalera. Una hoja de papel había sido deslizada por debajo de la puerta principal. Jim se inclinó, lo tomó y lo leyó.

"Han ganado ustedes la primera batalla
" pero aun hay que librar la batalla decisiva y en ella encontraremos nosotros nues-
" tro desquite y ustedes su completa derrota".

y como firma estaba en el papel el tantas veces visto dibujo de un ojo.

Jim Stranways y Rodman se miraron. ¡Otra vez la señal del ojo! ¡Aquel papel era un aviso de la terrible "Liga del Ojo".

Jim iba a descorrer los cerrojos y a abrir la puerta, pero Rodman le puso una mano en el brazo impidiendo así que realizara su propósito.

—¡Prudencia! ¡Nada de precipitaciones! No se olvide la clase de enemigos con quienes estamos luchando. No tiene usted armas. Sería imperdonable imprudencia precipitarse hacia lo que puede constituír una celada de esos canallas.

Jim movió la cabeza en señal de asentimiento. Subió corriendo la escalera y fué a su cuarto en busca de un revólver.

En el corredor, — en el piso alto. — se encontró con Nance que se había puesto un peinador y había salido de su habitación. La joven estaba pálida y muy conmovida.

—¡Señor Strangways! — exclamó — Hace un momento, cuando ladró Rock, miré por la ventana de mi dormitorio y vi, en la obscuridad, dos ojos brillantes... brillantes como los de un gato. ¡Pero eran los ojos de un hombre, porque distinguí su silueta entre las sombras!

Jim miró a Nance sin poder reprimir un estremecimiento de sorpresa y de alarma|

—¡Sanquar! — murmuró. — ¡Pero entonces Sanquar no murió ahogado en el río!

—¡Jim!

Volvióse rápidamente al oír aquella voz. Marjorie estaba de pie a la puerta de su dormitorio y había oído las palabras de su esposo. Estaba pálida y al hablar le temblaba la voz.

—¡Sanquar! — ¿Dice usted que no se ahogó y que está rondando la casa — exclamó Marjorie.

Jim maldijo la imprudencia que había cometido al decir lo que había dicho. Comprendió que sus palabras habían hecho renacer todos los temores de Marjorie y que su joven esposa no tendría un momento de tranquilidad después de haberse enterado de que Sanquar se hallaba de nuevo en acción.

—No se asuste, — esposa mía. — dijo Jim en tono tranquilizador. — Vuelva a acostarse. No pasa nada alarmante. ¡No es posible que se trate de Sanquar! ¿Quién puede creerlo cuando Groom, que tiene tanta experiencia de esas cosas, no duda de que el hombre se ahogó?

Pero Jim, — en su fuero interno, — hallábase plenamente convencido de que, por algún medio, el ciego había escapado a lo que pareció una muerte segura y había estado rondando aquella casa pocos momentos antes.

Había estrujado la carta de aviso en la mano, Marjorie no debía enterarse de la nueva amenaza de la "Liga del Ojo".

Entró en su cuarto en busca del revólver Se puso un "robe-de-chambre" sobre su pyjama, calzóse unas zapatillas y corrió luego escalera abajo en busca de Rodman que estaba en el hall.

—¡Sanquar! — díjole en voz baja. — ¡Nance le vió desde la ventana de su dormitorio!... ¡Le reconoció por la luminosidad de sus ojos!

Jim abrió la puerta.

Rock salió corriendo por ella internándose, ladrando, en la oscuridad de la noche. Corrió hasta el portón y allí se detuvo, mientras Jim avanzaba por el camino del jardín revólver en mano.

Pero lo que hizo el perro, parado ante el portón gruñendo, le dió a comprender que el ciego no se hallaba ya en el jardín, Rock le hubiese buscado si así hubiera sido.

Sin duda alguna el hombre había saltado por encima del portón al darse cuenta de que habíase producido alarma en la casa y, aprovechando los pocos minutos transcurridos, había puesto la mayor distancia posible entre él mismo y el chalet de las Rosas, al que había ido sin más objeto que el de depositar el papel amenazador.

Jim llamó al perro, entró en la casa, seguido de Rock y cerró la puerta.

—Aun nos espera todavía alguna entrevista con Sanquar, — dijo a Rodman. — ¡Que sea cuanto antes! ¡Es necesario terminar de una vez!

DE VIAJE

Cuando Jack vió a Marjorie, la mañana siguiente, le llamó la atención ver lo pálida que estaba. El regreso de Sanquar, después de su supuesta muerte, la había llenado de nuevos temores. ¿Qué le pasaría a Jim? Un hombre como Sanquar era capaz de todo con tal de vengarse.

Parecía seguro que no podía haber sido sino Sanquar el que había puesto en el hall el papel amenazador, pasándolo por debajo de la puerta. El hecho de que Nance hubiera visto los ojos luminosos lo indicaba.

Probablemente el hombre había pensado en llegar y retirarse sin que le vieran. Le convenía que tanto los de la policía como Jim Strangways le creyeran muerto. Pero el perro había desbaratado sus planes.

—Me ha parecido que la señorita Marjorie está un poco emocionada, dijo Jack aquella mañana a Jim. — No tiene nada de extraño que esté nerviosa porque la vuelta del tipo de los ojos de luz no es cosa como para que nadie baile de contento... Pero tengo una idea, señor. ¿Por qué no hace que la señorita Marjorie cambie "de ambiente", como dicen? Ustedes no han hecho su viaje de novios... ¡Los momentos no eran los más apropósito para viajecitos de ninguna clase!... Pero ahora todo ha cambiado y, aunque tarde, pueden realizar su viaje de bodas. ¡Llévela a hacer una excursión en automóvil, pero una excursión que sea como un viaje y dure lo menos un mes!

—¡Bien, muchacho! ¡Es una excelente idea! — exclamó Jim. — ¿Por qué no?

—Eso digo yo, ¿por qué no? — insistió Jack Lewis.

También había pensado Jim que Marjorie necesitaba cambiar de ambiente. La idea de Jack, de realizar un largo viaje en automóvil, le gustaba. Se dirigió al jardín del Chalet de las Rosas en busca de Marjorie.

—¡Querida esposa! — dijo con mucha ale-

gría. — ¿Cuánto tiempo necesitaría para prepararse para hacer una excursión, en automóvil, un viaje de turismo, que dure todo un mes? Digo esto siempre que la idea del viaje le agrade.

La cara de la hermosa joven expresó grandísimo contento al oír las palabras de Jim.

—¿Si me agrada la idea? ¡Muchísimo! ¡He pensado más veces en lo divertido y variado que debe ser un viaje de esa clase!

—¡Y yo! Entonces estamos de acuerdo en lo principal, — agregó Jim ciñendo un instante con su brazo la cintura de su esposa.

El ver tan pálida a Marjorie tenía preocupado a Jim. Pero un mes de viaje en automóvil, al aire libre, la contemplación de tantos y tantos paisajes nuevos e interesantes, conseguiría devolver a sus mejillas el color que le faltaba y a sus ojos el brillo que habían perdido.

—Partiremos mañana por la mañana, Marjorie. Correremos velozmente y nos olvidaremos de Sanquar y de muchas otras cosas desagradables durante lo menos un mes. He pensado que no dejemos señas de donde vamos para que no puedan molestarnos telegráficamente, — añadió en el momento en que oyó llamar al portón y volviendo la cabeza vió que quien había llamado era un mensajero del telégrafo.

Un momento después se acercó Jack con el telegrama que había traído el mensajero.

El despacho era del superintendente Groom y decía así:

"Las impresiones digitales coinciden como lo suponíamos. Espero prender a nuestro hombre esta misma mañana".

La detención de Cecil Jermy, — el ceremonioso propietario de la casa situada al lado de Orchardway, la mansión heredada por Jim de su tío, — significaba que otro de los de la gavilla quedaría imposibilitado de hacer mal. Sin embargo, aun quedaban en libertad dos de los que figuraban en el "estado mayor" de la "Liga del Ojo", dos de los más peligrosos por cierto, Sanquar — el que era ciego de día y veía de noche, — y Masters.

Pero Jim no se iba a preocupar de lo que le pasara a esos dos enemigos en todo el próximo mes. Iba a llevar a Marjorie de paseo y a pasarlo, ella y él, lo mejor posible. Ya volvería a hablar de Sanquar y compañía a su regreso, si la policía no los tenía ya entre rejas para entonces.

—¡Jack! ¡Vamos a seguir su consejo! — dijo alegremente Jim. — ¡Partiremos mañana! ¡Desaparecemos durante todo un mes!

Jack vió que el rostro de Marjorie expresaba grandísima alegría y también esto agradó muchísimo al muchacho.

—¡Pues entonces, muy buen viaje, señor! ¡Muy buen viaje, señorita Marjorie!

Porque Jack — a pesar de que sabía que Marjorie se había casado con Jim, — no lograba acostumbrarse a llamarla "señora de Strangways".

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

Había transcurrido una semana, Jack abrió los ojos adormilado todavía y se dió cuenta de que alguien gritaba al pie de la ventana de su dormitorio. Los gritos eran tales que no le permitían seguir durmiendo.

Eran las diez de la mañana, como se lo indicó la esfera de un antiguo reloj colocado sobre la chimenea.

—¡Diablo! ¡No me imaginaba que pudiera ser tan tarde. ¿Se habrá levantado ya Cartwright? — exclamó.

La habitación donde estaba Jack no era su dormitorio del Chalet de las Rosas. Era una pieza de un hotel — frecuentado habitualmente por viajantes de comercio. — Y situado en la pequeña población provinciana de Dalwood.

Dos días después de la partida de Jim Strangways y Marjorie a realizar su paseo de un mes en automóvil, Jack y Cartwright habían seguido su ejemplo, buscando también un "cambio de ambiente".

Después de todo, las agitadas semanas de riesgos y aventuras que tuvieron como apoteosis la expulsión de los de la "Liga del Ojo" de la madriguera de la Granja de Darkmere, le daba derecho a pretender un poco de solaz y de descanso.

—¿Por qué no realizamos nosotros también un viaje de turismo? ¡De turismo a pie! — dijo Jack a George Cartwright. — Sería muy divertido y nos encontraríamos en el camino con nuevas e interesantes aventuras.

—¡Vaya una idea! — dijo riendo Nance. — ¡Cómo si no hubieran tenido en los últimos tiempos bastantes aventuras para no pretender más en lo que les resta de vida!

—¡Yo siempre deseo más y más emociones! — exclamó Jack con cómico gesto melodramático.

A Cartwright le pareció excelente la idea. Rodman declinó la invitación de Jack a que les acompañara. Había decidido permanecer en el Chalet de las Rosas durante la ausencia de Jim y de Marjorie.

Cartwright y Jack no demoraron en poner en ejecución su proyecto. Llevaban varios días de viaje a pie, andando por las carreteras con su mochila a la espalda, por uno de los condados del centro de Inglaterra.

No habían tropezado aun con ninguna aventura cuando era posible que más adelante no escasearan los sucesos emocionantes. Pero resultaba vivificante aquella vida al aire libre, andando por los caminos campestres, recorriendo sus veinte millas por día y pasando la noche en alguna hostería a la antigua, donde se presentaban con el más excelente de los apetitos.

Habían llegado de noche, bastante tarde y muy fatigados a aquella pequeña ciudad y se habían alojado en el hotel situado junto al pequeño teatro de la localidad.

Procedían del teatro los gritos que habían despertado a Jack, según el muchacho pudo comprobarlo cuando se asomó a la ventana.

En la acera, delante del teatro, — un local muy pobre y que tenía el mismo aspecto de miseria que toda aquella población de poquísima importancia, — se hallaba reunido un grupo de hombres y mujeres que hablaban con animación. Eran todos gente de teatro,, su aspecto era inconfundible.

Un hombre alto y delgado, de trágicas cejas, cubierto con un sobretodo de pieles,

—¡Plegue al cielo que una fulmínea maldición!... — comenzó a decir el del sobretodo de pieles.

— calvas en algunos sitios, — y tan viejo que merecía con todo derecho la jubilación, había levantado un brazo, con melodramático e imponente ademán.

—¡Plegue al cielo que una fulmínea maldición!... — comenzó a decir con atronadora voz que retumbó en toda la calle.

—¡Cállese, Ferdy! Cállese, que no está de guardatren cantando las estaciones! — dijo pacíficamente el actor cómico, que se llama Fred Delf y cuyo nombre figuraba en los carteles pegados en los tableros del frente del teatro. — Teniendo en cuenta que el viejo Topknot se escapó para Londres esta mañana en el tren de los tarros de leche, considero que todas las maldiciones del repertorio dramático no le alcanzarían a estas horas.

El hombre a quien llamaban Ferdy, y cuyo carácter, — como actor, — debía ser el de encargado de los papeles más dramáticos y atronadores, no respondió. Quedó "sumido en el tétrico silencio de una necrópolis", durante un momento.

—Claro está, — agregó Fred Delf en tono de broma, — que si usted siente necesidad de lanzar a los cuatro vientos el rugido de su indignación para no envenenarse de rabia comprimida, nosotros no podemos evitarlo. Pero fíjese que en aquella esquina está un policeman que nos observa, note que le ha llamado la atención su gesticular de semáforo apurado y que no sabe qué hacer, si venir a prenderle o tirarle una moneda en el sombrero si llega a tenderlo solicitando su óbolo.

El señor Ferdinand Fitzclarence frunció el ceño, miró fijamente al actor cómico un instante y luego le volvió la espalda con desprecio.

Evidentemente aquel grupo de personas que se había congregado por alguna razón, a hora tan temprano, delante del teatro, no eran miembros de una compañía de primer orden.

A Jack le parecieron de la categoría de los cómicos de la legua que había conocido hacía tiempo — cuando formaba parte del personal de un circo ambulante, — especialmente el trágico del gabán de pieles, prenda que se hallaba tan fuera de su sitio en aquella mañana calurosa y de sol. Pero el señor Fitzclarence, — o por lo menos así lo decían sus compañeros, — usaba aquel adorado gabán, invierno y verano hacía lo menos veinte años.

Jack no se había enterado de la causa de toda aquella agitación cuando se retiró de la ventana para proceder a vestirse.

Media hora después él y Cartwright estaban sentados a la mesa, satisfaciendo su apetito, en un salón del hotel.

Habíanse hecho grandes amigos. Tenían aficiones muy semejantes. Cartwright había sido actor durante algunos años; — antes de su prisión, — y los sueños de Jack eran poder dedicarse al teatro. Pero lo que más les vinculaba era el haber hecho frente a la muerte juntos la noche aquella, en la galería de figuras de cera que fué incendiada por los dos archicriminales. Aquella aventura había sellado para siempre su amistad.

Habían pasado varias semanas desde la evasión de Georges Cartwright del presidio de Bleakmoor. Desde el momento en que había pasado, — representando el papel de chauffeur del automóvil de Jim Stragways, — por delante de las propias barbas de los guardianes, éstos habían perdido, evidentemente, todo rastro del fugitivo. Las autoridades de la prisión le consideraban desaparecido para siempre. Cartwright no tenía ya, — en consecuencia, — temor de que lograran capturarle.

Además, Cartwright no necesitaba más que mirarse al espejo para convencerse de que no debía temer nada por ese concepto. Con su bigote recortado, con la barba corta que se había dejado crecer en las últimas semanas, era tal el cambio que había experimentado su fisonomía que no era concebible que nadie reconociera en él al hombre que se había evadido del presidio.

Cuando volvió a mirar hacia la calle, por la ventana del comedor, Jack vió que el grupo que antes estaba frente al teatro se había dispersado.

Preguntó al camarero de qué se trataba.

—¡Poca cosa! ¡El empresario de la compañía se escapó anoche con todo el producto de las funciones de la semana y dejando a los artistas fastidiados. No ha pagado a nadie, según dicen, — explicó el camarero. — La compañía no supo hasta esta mañana la fuga del empresario y ahora se sienten sedientos de su sangre.

Mientras hablaba el mozo, Jack vió al pegador de carteles que fijaba, cruzando los tableros del teatro, una tira impresa que decía: "Hoy no hay función".

El camarero se rió como si lo sucedido le pareciera muy gracioso. Jack y Cartwright no lo veían así. ¡Sabían perfectamente la triste tragedia que representa para los actores el quedarse sin dinero en un pueblo de provincias!

Lo que no sabían era que la fuga del empresario y el abandono de la compañía iba a ser — de la manera más inesperada — el comienzo de una aventura de lo más extraño, de una aventura tan interesante o más que cuantas ya podían contar los que se habían visto envueltos en la lucha contra la "Liga del Ojo" en la Granja de Darkmere.

LOS ACTORES EN APUROS

Si al camarero del hotel le había parecido que la situación de la compañía abandonada sin dinero era cosa de risa, no pensaban, por cierto, lo mismo, los actores que se habían quedado en tan dificultosa situación.

Dos de ellos caminaban con aire mustio por la carretera que pasaba por Dalwood. Uno de ellos iba envuelto, — además de irlo en su tristeza, — en un largo gabán de pieles, con pieles atacadas de calvicie en muchos sitios; el otro era bajo y grueso, se llamaba Fred Delf, era el actor cómico de la troupe y aun cuando se le veía generalmente alegre, encontrábase triste en aquella ocasión. La temporada en aquella población había sido mala desde su comienzo. Hacía varias semanas que el empresario no les pagaba más que medio sueldo. De pronto, después de la representación de la noche del jueves, en Dalwood, había desaparecido con "el capital", así que Ferdy Fitzclarence y Fred Delf — grandes amigos que siempre se contrataban en la misma compañía — se encontraban enteramente desamparados.

Habíanse visto obligados a dejar el equipaje — empeñado — en la casa de huéspedes y habían partido de Dalwood sin más capital — en todos los bolsillos de ambos — que la suma de un chelín y cuatro peniques y medio.

Su última comida había sido la poco sustanciosa cena que les sirvieron al regresar del teatro, después de la función. La patrona de la casa de huéspedes se habían negado rotundamente a darles desayuno aquel día.

Fred se sentó, de pronto, en una piedra miliar, situada a la orilla del camino, lanzando un gruñido. Había contado seis de aquellas piedras desde su partida de Dalwood y Havershan, — la población donde esperaban encontrar ayuda pecuniaria, — estaba aun doce millas más lejos.

Era Fred de aspecto rechoncho y jadeaba resoplando mientras contemplaba tristemente el paisaje. No se veía ninguna casa en todo lo que alcanzaba la vista. Se hubiera creído que aquel camino no conducía a ninguna parte si no hubiera sido por un poste con tablillas indicadoras que se notaba en una cercana bifurcación.

—Yo no sé cómo se siente usted, Ferdy, —dijo Fred Delf de improviso—pero se me está haciendo en uno de los dedos del pie una ampolla como una castaña. No tengo ni la menor idea de cómo vamos a llegar a Havershan. Me parece que vamos a perdernos en el campo como "los niños en el bosque",

en el cuento de hadas y vamos a quedar dormidos de tal modo, que podrán venir los pajaritos a cubrirnos con hojas de árboles... Para cubrirme a mí harían falta muchas hojas, porque no tengo talle de avispa, — agregó. — Pero es posible que los pajaritos no se atrevieran a cercarse a usted, Ferdy, a causa de su gabán... Son capaces de creer que se lo ha quitado usted a algún espantapájaros.

El actor trágico se movió impaciente como dispuesto a protestar contra aquella alusión a su adorado gabán, pero Fred continuó implacable.

—¡Y la ampolla no es lo peor de todo! ¡Estoy vacío como un tambor, Ferdy! Me dan ganas de cortar en tiras su gabán... ¡Lástima no tener fuego para hacer un caldo con ellas?

Dirigió una mirada de envidia a un caballo que pacía tranquilamente en el cercano prado.

—¡Mire usted ese cuadrúpedo glotón tragando con insolente desvergüenza! ¡Ni siquiera se da cuenta de la felicidad de que goza! — continuó. — ¡Se levanta por la mañana y se encuentra puesta la mesa con el desayuno! Me gustaría haber nacido caballo en lugar de burro, porque sólo a un burro como yo se le ocurre dedicarse a las tablas, soñar con celebridad, creer que las jóvenes hermosas se disputarían a golpes mis tarjetas postales! ¡Bah! ¡Seguiremos la marcha, no hay otro recurso! ¡Seguiremos, aún cuando la suela de mi zapato tiene un agujero terrible!

Levantóse de la piedra miliar y los dos se dirigieron hacia donde bifurcaba el camino.

Toda su esperanza estaba en llegar a Havershan. Era aquella la semana de ferias en Havershan y un viejo amigo de ellos, — propietario de un teatro ambulante, — se hallaba instalado allí. Ese amigo les prestaría el dinero que necesitaran y tal vez pudiera darles trabajo. ¡Pero aun había que caminar doce millas!

Llegaron al poste indicador. Fitzclarence gruñó. Parecía que la suerte estuviera decididamente en contra de ellos. Las letras de las dos tablillas habían sido borradas por la intemperie.

¿Cuál de los dos caminos conducía a Havershan? No lo sabía ninguno de los dos. Y si tomaban el que no les correspondía... adiós todas sus probabilidades de llegar a Havershan.

—¡Esto es ya lo último! — exclamó disgustado el actor. — ¡Y no se ve a nadie a quien preguntarle el camino! Tenemos que seguir adelante confiando en la casualidad. Lo echaremos a la suerte, ¿no le parece? Si sale cara iremos por la derecha; si cruz por la izquierda. Hay que resolverlo pronto. ¡Ahí va!

Fred sacó del bolsillo el chelín, — su única moneda de plata! La arrojó violentamente al aire, más violentamente de lo que se había propuesto, porque la moneda, al caer girando dió con uno de los brazos del poste indicador y proyectóse locamente por el espacio.

Durante un momento de angustia los dos desdichados actores la vieron brillar a la luz del sol antes de desaparecer para siempre en el medio de un charco pantanoso situado a poca distancia.

Un doble grito de horror acogió aquella última desdichada broma de la suerte. Todo lo que les quedaba — perdido así aquel chelín — eran cuatro peniques y medio ¡y uno de los peniques tenía un agujero!

—¡Ferdy! ¡He sido un adoquín! ¡Merezco un puntapié! — exclamó el actor cómico con grandísimo pesar. — ¡Pégueme un puntapié! ¡Desahóguese, amigo mío!

Pero el tonante trágico tenía muy buen corazón.

—¡No se aflija, compañero! ¡Yo no le pegaré puntapié ninguno! Usted no tiene la culpa. Todo eso es obra de la fatalidad. Estamos marcados por el "ananké" de la adversidad. ¿Qué podemos hacer, pobres de nosotros, contra la fatalidad, "ananké", en griego? — dijo con tono melodramático.

—Yo no sé si la desgracia, por más que en griego se la llame "ananké", se puede preocupar de dos infelices como nosotros — dijo Fred, — cuando tiene en el mundo tanta gente de más importancia a quien molestar. Las cosas vienen así y así hay que tomarlas, pero sin desesperarse. ¡Es cierto que con la pérdida del chelín se ha desvanecido la probabilidad que teníamos de poder consumir un poco de pan y queso y un jarro de cerveza en la primera hostería que encontráramos!... Pero... ¡Ferdy! — exclamó alzando la voz y después de una breve pausa. —¡Sí encontramos una hostería antes de que nos haya dominado el cansancio, debemos recordar que las hosterías están establecidas para dar de comer y de beber a quienes tienen hambre y sed! ¿No es verdad, Ferdy? Contésteme ¿no es verdad?

Y miró fijamente al trágico.

—Sí... pero con cuatro peniques y medio en la caja de hierro...

—¡Al diablo los cuatro peniques y medio! ¡Estoy desesperado! ¡No he tomado desayuno, pero voy a almorzar aun cuando para ello tenga que pasar por encima del ensangrentado cadáver de un hostelero! ¡He dicho! — exclamó Fred con un destello de resolución en la mirada. — ¡Vamos Ferdy! Cualquiera de los dos caminos nos llevará a una hostería, tarde o temprano, ya que no a Haversham. ¡Deje usted a Fredy que arregle el asunto! ¡Ahora se trata de comer! ¡Ah! ¡Me siento reanimado!

Encaminóse con paso rápido por el camino de la derecha. El trágico lo miró nerviosamente como si temiera que el apetito hubiera trastornado el cerebro de su compañero. ¡Almorzar los dos con cuatro peniques y medio!

Tres minutos después Fred, que iba adelante, lanzó un grito de entusiasmo.

—¡Mire! ¡Allí comienza una aldea, amigo mío y las aldeas han sido contruídas para poner en cada una de ellas una hostería, por lo menos! ¡Ferdy, casi huelo desde aquí el almuerzo que nos van a servir en cuanto nos sentemos a la mesa. ¡Pero por favor, abandone usted ese gesto funerario mientras Fred le miente al hostelero más que un capitán holandés que cuenta sus aventuras al regresar de la India! ¡Con esa cara en lugar

de darle de comer le van a soltar el perro!

—Pero usted no se propone conseguir que nos den de comer cuando... ¿Qué va usted a hacer cuando le presenten la cuenta? — exclamó Ferdy con pundonoroso temor, pensando en los cuatro peniques y medio.

—¿Qué tipo es usted que sólo mira el lado tétrico de las cosas? — dijo su amigo con cómica indignación. — ¡No nos van a mandar a la cárcel! ¡Además, después de haber comido bien estoy seguro de que tendré fuerzas para hacer frente a todo lo que venga! ¿Pero es que usted se figura que no vamos a pagar? ¡Pagaremos! Hoy mismo no, porque no tenemos dinro, pero sí en cuanto lo tengamos. El hostelero nos tendrá que conceder crédito y nada más. Si es hombre que se da cuenta de lo que es este mundo, comprenderá la razón.

Habían llegado a la aldea mientras tanto Ante ellos colgaba el cartelito de hierro anunciador de una hostería.

Fred Delf lo señaló con exuberante ademán.

—¡Ahí es donde vamos a llenar un vacío, Ferdy! ¿No le reanima ese pensamiento? ¿Cómo vamos a llenar el vacío? Poco importa cómo. ¡Déjelo eso a cargo de Freddy! ¡Atención, señoras y señores, que va a empezar la representación! ¡Va a levantarse el telón y a comenzar un gran drama realista y naturalista de cinco platos, digo, cinco actos, titulado: "Almuerzo para dos o pánico en la cocina"!

Con la mano abierta golpeó en la espalda del poseedor del vetusto gabán de pieles.

—¡Anímese, Ferdy! Lo único que tiene usted que hacer, en el drama, hasta que llegue la escena principal, la del tenedor y el cuchillo, es mostrarse lo más alegre y contento del mundo y adoptar la actitud de uno que tiene mucho dinero, aun cuando me consta que no es así, mientras yo converso con el hostelero. ¡Si usted me ama, Ferdy, represente bien su papel porque si no consigo por buenas que nos den de comer, esa hostería será hoy teatro de un horrendo crimen. ¡Adelante, compañero!

Fred Delf se dirigió hacia la puerta de la hostería con el aire más desenvuelto del mundo, seguido del trágico, tan lleno de encontrados temores y con tal aspecto que parecía que estuviera acompañando el cortejo de su propio entierro.

En el mismo momento en que entraron en la hostería dos hombres aparecieron en el comienzo de la calle de la aldea: Jack y Cartwright.

FRED LO ARREGLA TODC

Fred Delf entró en la hostería con la desenvoltura mayor del mundo. Ferdinand Fitzclarence — el actor trágico — le seguía, envuelto en su viejo gabán de pieles y mucho menos seguro y tranquilo que su compañero el actor cómico.

En la sala de la hostería, al fondo del pasillo con el piso de madera cubierto de arena vieron a un individuo corpulento en mangas de camisa, que miró a los recién llegados, mientras bebía un jarro de cerveza. Debía ser el hostelero.

El trágico sintió, al verle, que se desvanecía el poco valor qeu le quedaba.

Así lo primero que echó de ver, en el conjunto del aspecto del hostelero, fué que tenía unos pies enormes, y que calzaba unas botas con la suela de pulgada de grueso. No podía decirse que el dueño de la hostería tuviera nada de simpático o de atrayente. Tenía la mandíbula inferior prominente y cuadrada como la de un bull dog. Bajo las mangas de la camisa, se notaba el bulto de unos terribles biceps que hicieron temblar de pavura a Fitzclarence

Más que nunca consideró que era una locura pensar en hacerse servir la suculenta comida que Fred había resuelto consumir, hallándose como se hallaban sin el dinero necesario para pagarla.

De pronto, Fitzclarence agarró a su compañero de una manga.

—Me... me parece que ya no tengo apetito, querido Fred, — dijo, en voz baja, nerviosamente, — y que es mejor que tomemos un vaso de cerveza cada uno y nada más. Eso podremos pagarlo. ¡No juguemos con el destino!

Fred hubiera preferido que el hostelero no hubiese sido tan forzudo, pero su resolución era irrevocable. La vacuidad de su estómago le hacía sordo ante todos los gritos de la prudencia.

—¡Aun cuando fuera del tamaño de una casa, lo mismo me importaría! ¡Tengo que comer! — dijo impacientemente, en voz baja. — Confíe usted en mí. Fred se encarga de todo! Voy a tener una breve conversación íntima con ese voluminoso personaje.

Después agregó en alta voz para que le oyera el dueño de casa.

—¡Estoy fastidiado Ferdinand, y puede usted creer que no lograrán jamás inducirme de nuevo a hacer una excursión a pie! Me siento dispuesto a anclar aquí y no moverme hasta que venga mi automóvil a buscarnos o mejor aun, hasta que enviemos a casa de Carlitos Grangewood a pedirle el suyo prestado. Si se lo pido me lo enviará en seguida. ¡Nos conocemos tanto! — dijo Fred con petulancia.

Sir Charle Grangewood era un baronet que residía cerca de allí. Teniendo en cuenta que Fred no le conocía ni siquiera de vista y que, en realidad, no había oído su nombre hasta el día anterior, puede suponerse que su familiar alusión a Sir Charles, designándole con el nombre íntimo de "Carlitos", era un poco aventurada.

El hostelero les miraba con interés. Era posible que lo que había dicho Fred le hubiera dejado tan tranquilo, sin impresionarle ni lo más mínimo. Su mirada parecía estudiar fríamente el aspecto deplorable de la indumentaria de los recién llegados.

Sin dejar decaer su arrogante desenvoltura, Fred dirigióse hacia él. Necesitaba impresionar a aquel hombre de cualquier modo fuera como fuera.

—¿Tiene usted teléfono, hostelero? — preguntó.

—¡No! — gruñó el hombre de mala manera y con cara de pocos amigos.

—¡Qué fastidio hostelero! ¡No sé en qué habrá estado usted pensando para no haber

puesto teléfono! Yo no podría vivir cinco minutos sin disponer de teléfono. Ahora, precisamente, hubiera deseado pedir comunicación con Sir Charles Grangewood para hacerle saber que sus viejos amigos, el señor Fred y el honorable señor Fitzclarence, están por estos lados. La última vez que vi a Sir Charles en su casa de Londres... ¡Pero eso importa poco! Creo que lo mejor es que nos quedemos a almorzar y le hagamos un telegrama enviándolo a la oficina de la aldea.

Fred estaba "preparando" al hostelero con toda su mayor habilidad, pero no podía quitarse la idea de que aquel hombre no se había dejado impresionar por nada de lo que le había dicho hasta aquel momento.

El hostelero parecía contemplar pensativo el calzado de sus presuntos clientes. Uno de los botines de Fred tenía la capellada rajada. Los de Fitzclarence no tenían casi ni rastros de suela. La parte de abajo de los pantalones de ambos tenía barba corrida.

—¿Qué podemos almorzar, hostelero? — dijo Fred continuando su propósito. — ¡Claro está que no espero un menú como el que generalmente me presentan en mi club o en el hotel Carlton, pero!...

—¡Un poco de queso y pan y nada más! — dijo el hostelero fijando insolentemente su mirada en el calzado del que le había dirigido la palabra.

Fred se irguió arrogante y ofendido, con gesto teatral de grandísimo enojo.

—¡Queso y pan! — y miró al hombre como si no le hubiera oído bien. — ¡Pan y queso!... ¡Bah! ¿Tenemos nosotros, acaso aspecto de gente que almuerza pan y queso? — preguntó con melodramática altanería.

Fred sabía perfectamente que las monedas de cobre que constituían todo su capital, no bastarían ni siquiera para pagar una frugal merienda de pan y queso. Pero puestos a tratar de comer sin pagar al contado lo mismo era correr el riesgo por poco que por mucho.

No tenía el propósito de defraudar al hostelero. Fred no era capaz de semejante cosa. Cuando llegaran a Havershan su amigo y compañero Monty Pilks, les daría dinero y lo primero que haría sería pagar su deuda.

—¡Jamás escuché nada semejante en toda mi existencia, hostelero! ¡Ofrecernos pan y queso! — E indicó con gesto dramático a su compañero el actor trágico. — Dejándome a un lado, o cree usted que el honorable Ferdinand Fitzclarence, — y pronunció el nombre con énfasis asombroso, — es decir casi Lord Fitzclarence, pues será lord dentro de poco, es hombre que almuerce pan y queso? ¡Hostelero: su actitud me sorprende, me molesta y me ofende! ¡Llegamos a esta casa, después de una larga etapa de nuestra excursión pedestre.... Llegamos aquí sedientos y hambrientos y...

—Crea usted que siento haberle molestado... — comenzó a decir el hostelero.

—¡Más lo sentirá a su tiempo! ¡Mucho más de cuanto pueda sentirlo ahora! — interrumpióle Fred con intención.

—¡Pero... — continuó el hostelero con desagradable entereza, — aquí no se les puede servir nada de comer como no lo paguen adelantado!

Las esperanzas de Fred descendieron más abajo del cero de un solo golpe. Entonces tuvo la idea brillante de acudir a un atrevido recurso que le ofrecía nueva esperanza de éxito.

—¡Su insolencia es inaudita! ¡Usted no piensa más que en el dinero que podemos tener nosotros cuando nosotros no sabemos si tiene usted siquiera un pedazo de salchichón en su despensa! Después de un insulto como este no nos queda nada más que decir... Nada más que esto, señor...

Y fijó su mirada en el hostelero mientras sacó una cartera del bolsillo interior del saco.

—Nada más que esto, señor: Tendré bien cuidado de hacer que lo sucedido llegue a conocimiento de Sir Charles para que sepa cómo se trata aquí a sus amigos. No quiero amenazarle, buen hombre, pero no me sorprendería que mi amigo usara de su influencia con la policía para que, cuando usted desee renovar su permiso para la venta de bebidas alcohólicas, no se la concedan de nuevo. Anotaré el nombre de la hostería. ¿Se llama "El Pájaro Verde", no? ¡Ah! ¿"El Cisne Azul"? Algo del Zoológico me había parecido.

Fred había sacado un pedazo de lápiz y abrió la cartera como si fuera a anotar el nombre de la hostería. Al proceder así hizo, a propósito, que algo que parecía un montón de billetes de banco sujeto por una anilla de goma, se cayera al suelo.

Lo levantó en seguida dándose cuenta de que el hostelero había abierto mucho los ojos al ver el mazo y movió entre los dedos los crujientes billetes nuevos.

—¡"El Cisne Verde"! — dijo haciendo que escribía. — ¡Ya tendrá usted noticias sobre este incidente, mi excelente señor!

Cerró la cartera de un golpe y se la guardó, — junto con el mazo de billetes, — en el bolsillo. Los billetes no eran billetes de verdad, pero habían hecho al hostelero la impresión de que lo eran.

Fred se había acordado de pronto de que tenía en la cartera un mazo de billetes de los que se usan en el teatro para figurar dinero y que había sacado en una escena de la última obra que representaron.

El hostelero cambió por completo de actitud y se transformó en la persona más amable del mundo.

Al fin y al cabo había oído decir muchas veces que los ricos son a veces excéntricos y les da por vestir de la manera más rara y no le era agradable la idea de disgustar a Sir Charles, la persona más importante de la localidad.

—Claro está que puedo servirles, señores, algo mejor que pan y queso... Si lo dije antes fué sólo por broma...

—Temo que esa broma tenga para usted muy desagradables consecuencias, cuando yo le haya dicho a sir Charles lo que le voy a decir a su respecto, — dijo Fred con frialdad, sacando partido del giro que tomaba la situación. — El honorable señor Fitzclarense y yo llevaremos nuestra clien-

Los secretos de una...

tela a otra parte. ¡No! ¡Es inútil que pida usted disculpas! ¡Vamos, querido Ferdinand!

Ferdinand se hubiera ido de muy buena gana. Pero el hostelero intervino.

La actitud de Fred y la vista de aquel mazo de billetes, le habían convencido por completo y tenía un miedo terrible de ofender a aquellos amigos de Sir Charles. Su actitud se hizo enteramente servil.

—¡No deben ustedes retirarse, caballeros! — exclamó. — Los verdaderos caballeros como ustedes, y conste que lo noté en cuanto pasaron por esa puerta, no se ofenden cuando se dan cuenta de que no ha habido intención de ofenderles. Les serviré lo mejor que tengo en mi casa. Hay un pato asado suave y tierno como el corazón de una doncella.

Los ojos de Fred relucieron. Pero hizo un gesto como si desistiera, contra su voluntad de lo que había decidido antes.

—Nos quedaremos porque usted lo indica ¡ya lo sabe! — dijo con seriedad y frunciendo el ceño. — Por esta vez seremos conciliadores. En cuanto al pato, supongo que se nos servirá acompañado de su correspondiente salsa de manzanas...

—Sí, señor. Pero si lo prefieren, tengo un excelente trozo de rosbif.

—¡Qué casualidad! ¡Una de mis debilidades es el rosbif! — exclamó Fred con entusiasmo. — ¡Sírvanos el rosbif también buen hostelero! ¡Y los encurtidos! ¡No me destroce el corazón diciéndome que no tiene encurtidos!...

—Tengo un tarro de pepinillos en vinagre preparados por mi esposa y que están excelentes.

—¡Bravo! — dijo Fred cada vez más contento. — ¡Felicite a su esposa por la excelente idea de haber preparado esos pepinillos en vinagre que vendrán tan bien con el rosbif.

—Además, señor, si usted lo prefiere puedo servirle unos bifes con patatas fritas.

—¡Pero por qué no lo dijo antes! ¡Agregue los bifes y las patatas al menú! — exclamó Fred. — ¡Y que pongan muchas patatas! ¿Hay algo más en su despensa?

El hostelero los miró con sorpresa. Empezó a pensar que gente que de tal modo disponíase a comer debía ser de la mayor importancia.

(Continuará)

EL DIRECTOR DE "PUCKY" CONTESTA A LOS LECTORES

Nos escribe un muchacho chileno que vivió algunos años en la Argentina, manifestándonos que desea tener correspondencia con algún muchacho argentino, a fin de mantener los lazos de afecto que lo ligan a nuestro país.

Los que deseen atender el simpático pedido de nuestro amiguito chileno, pueden escribir a **Hernán Mariscal, Porvenir 249, Santiago, Chile.**

Antiguo Lector, Córdoba. — Tomamos nota de su pedido. Gracias por el interés que demuestra en favor de este magazine.

Enrique Allemand, San Francisco. — Las aventuras de Tarzón ya han sido publicadas hace tiempo en PUCKY. Le agradecemos sus afectuosas felicitaciones.

Nicolás Moreno, San Rafael, Mendoza. — Haremos lo posible por satisfacer sus pedido. Gracias por sus amables apreciaciones, referentes a las novelas que se publican en PUCKY.

PUCKY

La Lectura Para Todos

Acción — Drama

Misterio Aventuras

Aparece todos los viernes

Avenida de Mayo 662

U. T. 33 Avenida 8221

Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$	0.20
" atrasado	"	0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	"	2.50
" por 6 meses (26 números)	"	4.80
" por 1 año (52 números)	"	9.00

Exterior

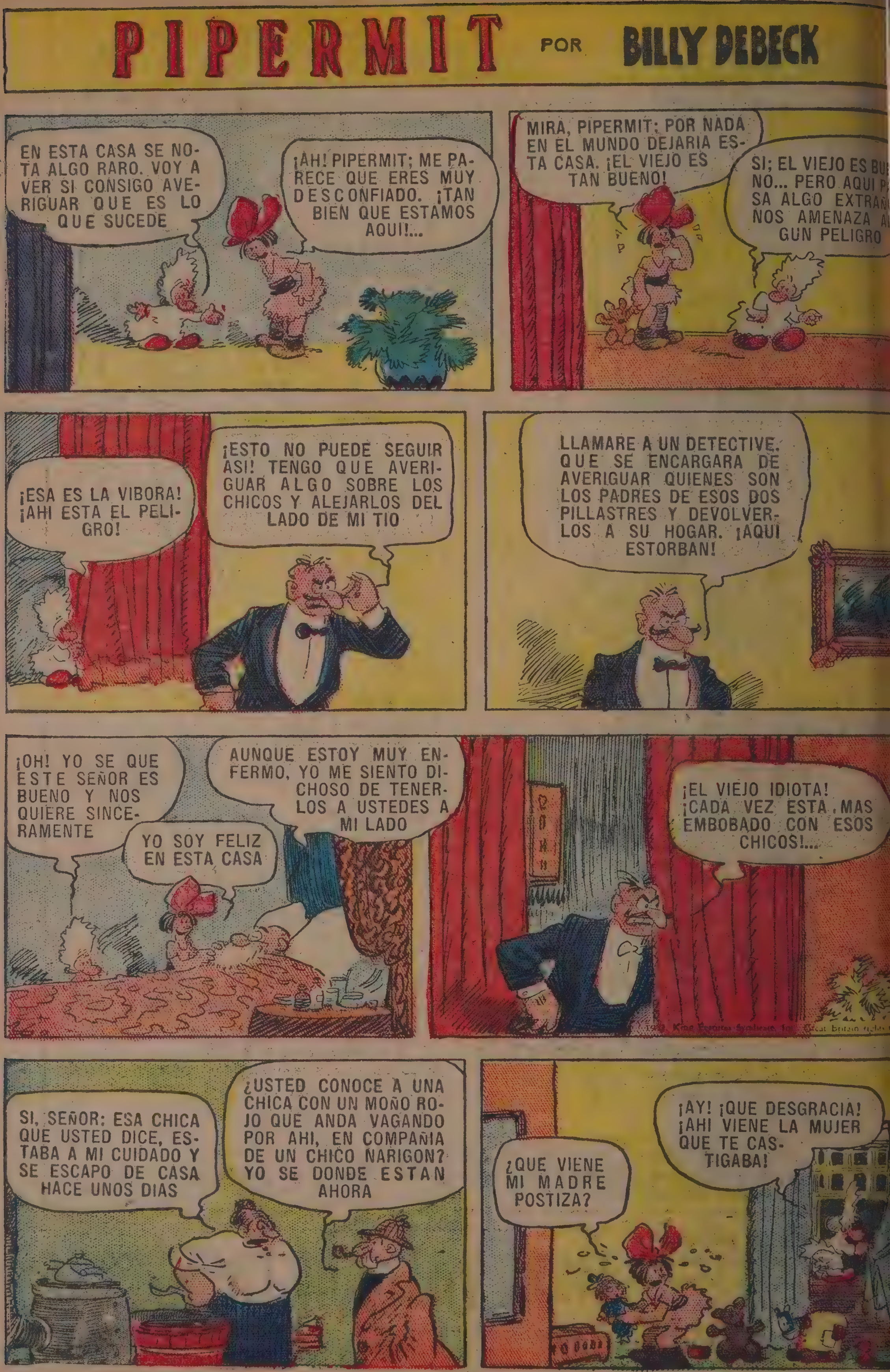
España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$	9.00
Otros países (1 año)	"	12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

—¿Una limosna, señora?
—Yo no doy limosna a un hombre sano como usted.
—¿Y cree usted que por cinco centavos hay derecho a exigirle a uno que esté tuberculoso en último grado?

Lea en este número y los siguientes la notable novela especialmente traducida para PUCKY MAGAZINE

EN EL VALLE DE LA MUERTE


PIPERMIT POR BILLY DEBECK
EN ESTA CASA SE NOTA ALGO RARO. VOY A VER SI CONSIGO AVERIGUAR QUE ES LO QUE SUCEDE
¡AH! PIPERMIT; ME PARECE QUE ERES MUY DESCONFIADO. ¡TAN BIEN QUE ESTAMOS AQUI!...
MIRA, PIPERMIT; POR NADA EN EL MUNDO DEJARIA ESTA CASA. ¡EL VIEJO ES TAN BUENO!
SI; EL VIEJO ES BU NO... PERO AQUI P SA ALGO EXTRAÑ NOS AMENAZA A GUN PELIGRO
¡ESA ES LA VIBORA! ¡AHI ESTA EL PELIGRO!
¡ESTO NO PUEDE SEGUIR ASI! TENGO QUE AVERIGUAR ALGO SOBRE LOS CHICOS Y ALEJARLOS DEL LADO DE MI TIO
LLAMARE A UN DETECTIVE, QUE SE ENCARGARA DE AVERIGUAR QUIENES SON LOS PADRES DE ESOS DOS PILLASTRES Y DEVOLVERLOS A SU HOGAR. ¡AQUI ESTORBAN!
¡OH! YO SE QUE ESTE SEÑOR ES BUENO Y NOS QUIERE SINCERAMENTE
YO SOY FELIZ EN ESTA CASA
AUNQUE ESTOY MUY ENFERMO, YO ME SIENTO DICHOSO DE TENERLOS A USTEDES A MI LADO
¡EL VIEJO IDIOTA! ¡CADA VEZ ESTA MAS EMBOBADO CON ESOS CHICOS!...
¿USTED CONOCE A UNA CHICA CON UN MOÑO ROJO QUE ANDA VAGANDO POR AHI, EN COMPAÑIA DE UN CHICO NARIGON? YO SE DONDE ESTAN AHORA
SI, SEÑOR: ESA CHICA QUE USTED DICE, ESTABA A MI CUIDADO Y SE ESCAPO DE CASA HACE UNOS DIAS
¿QUE VIENE MI MADRE POSTIZA?
¡AY! ¡QUE DESGRACIA! ¡AHI VIENE LA MUJER QUE TE CASTIGABA!